



BRANDON SANDERSON

TRILOGÍA MISTBORN



NACIDOS DE LA BRUMA
EL POZO DE LA ASCENSIÓN
EL HÉROE DE LAS ERAS

se

Lectulandia

Mistborn es la saga que ha convertido a Brandon Sanderson en el mayor autor de fantasía del siglo XXI.

Más de diez millones de ejemplares vendidos en todo el mundo.

En otros tiempos, un héroe se alzó para salvar la humanidad. Fracasó. Desde entonces, el mundo es un erial de ceniza y niebla gobernado por un emperador inmortal conocido como el lord Legislador.

Pero la esperanza perdura. Una nueva revuelta cobra forma cimentándose en la treta definitiva: la astucia de un brillante genio del crimen y la determinación de una heroína insólita, una joven ladrona callejera que deberá aprender a controlar el poder de los nacidos de la bruma.

«Una de las mejores obras de fantasía jamás escritas».

Forbes

«Un fenómeno de la fantasía literaria de dimensiones desconocidas».

El País

Brandon Sanderson

Trilogía Mistborn

Nacidos de la bruma

El Pozo de la Ascensión

El Héroe de las Eras

Nacidos de la bruma 0

ePub r1.0

Kelsier 12.10.2024

Título original: *The Mistborn Trilogy*

Brandon Sanderson, 2011

Traducción: Rafael Marín Trechera

Mapas y símbolos: Isaac Stewart

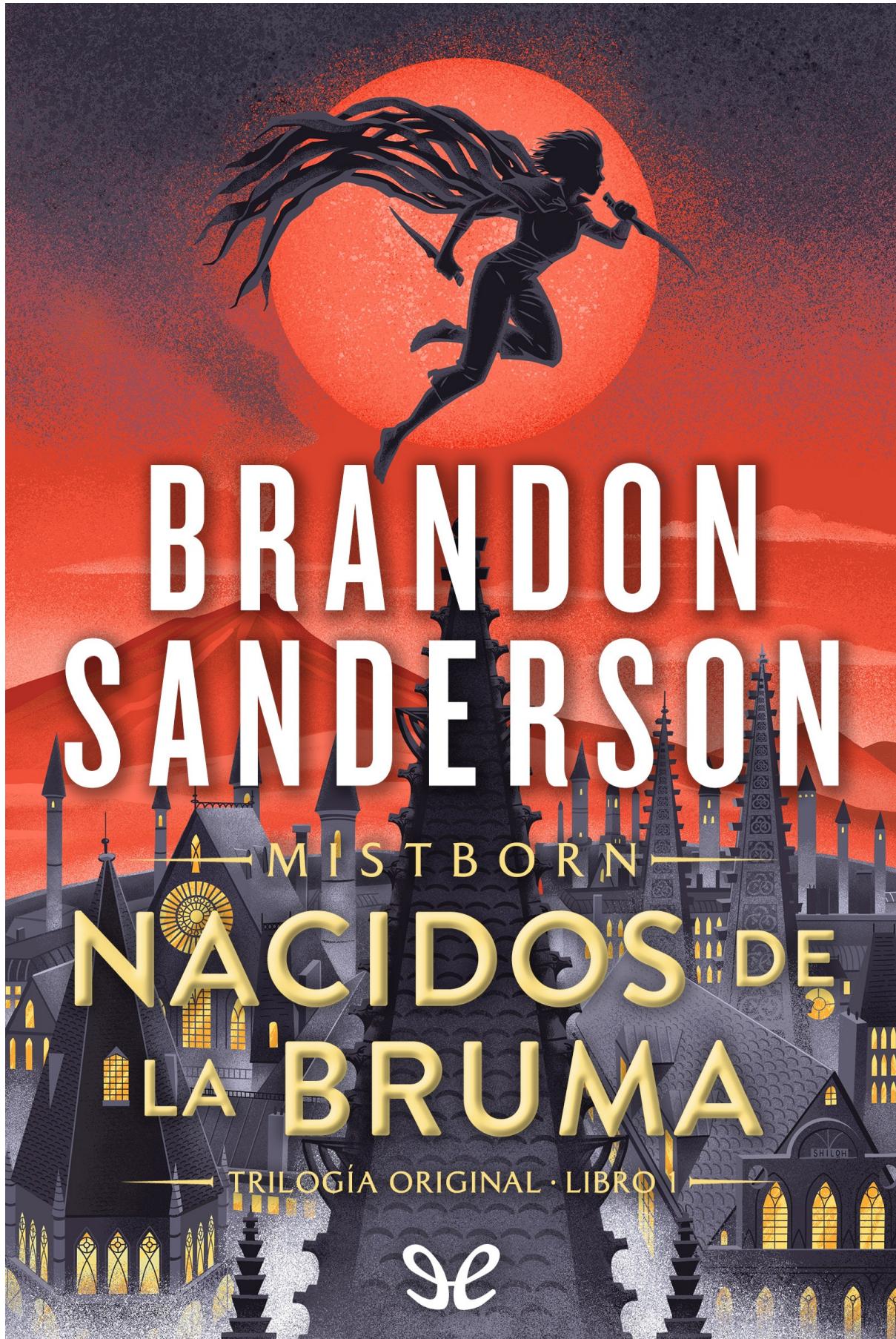
Ilustración de las cubiertas: Danny Schlitz

Editor digital: Kelsier

ePub base r3.0 (ePub 3)

Aa Para una óptima experiencia de lectura, use la opción *Fuente Original / Fuente del editor / Predeterminada*.

 Por la naturaleza de la red, puede que algunos de los vínculos a páginas web en el libro ya no sean accesibles.



**Las brumas gobiernan la noche.
El lord Legislador domina el mundo.**

Durante mil años han caído cenizas del cielo. Durante mil años nada ha florecido. Durante mil años los skaa han sido esclavizados y viven en la miseria, sumidos en un miedo inevitable. Durante mil años el lord Legislador ha reinado con poder absoluto, dominando gracias al terror, a sus poderes y a su inmortalidad, ayudado por obligadores e inquisidores, junto a la poderosa magia de la alomancia.

Pero los nobles a menudo han tenido trato sexual con jóvenes skaa y, aunque la ley lo prohíbe, durante siglos algunos de sus bastardos han sobrevivido y heredado los poderes alománticos: son los nacidos de la bruma y brumosos.

Ahora Kelsier, el Superviviente de Hathsin, un brillante ladrón, líder natural y nacido de la bruma, ha encontrado a Vin, una pobre chica skaa con mucha suerte... Tal vez los dos, con el mejor equipo criminal jamás reunido, unidos a la rebelión que los skaa intentan desde hace mil años, logren cambiar el mundo y acabar con la atroz mano de hierro del lord Legislador.



BRANDON SANDERSON

Edición revisada por Ángel Lorenzo y Tamara Tonetti de *Cosmere.es*,
con la colaboración de Manu Viciano

Traducción de Rafael Marín Trechera
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia

epublibre

*Para Mary Beth Sanderson,
que lee fantasía desde antes
de que yo naciera, y merece plenamente
tener un nieto tan loco como ella*

AGRADECIMIENTOS

UNA VEZ MÁS, HE DE DAR las gracias a mi maravilloso agente, Joshua Bilmes, y a Moshe Feder, editor no menos sorprendente. Realizaron un trabajo maravilloso con este libro y estoy orgulloso de tener la oportunidad de trabajar con ellos.

Como siempre, mis incansables grupos de escritura han sido constantes en su interacción y apoyo. Gracias a Alan Layton, Janette Layton, Kaylynne ZoBell, Nate Hatfield, Bryce Cundick, Kimball Larsen y Emily Scorup. También gracias a los lectores que vieron una versión de este libro mucho más primitiva y me ayudaron a darle la forma que tiene ahora: Krista Olsen, Benjamin R. Olsen, Micah Demoux, Eric Ehlers, Izzy Whiting, Stacy Whitman, Kristina Kluger, Megan Kauffman, Sarah Bylund, C. Lee Player, Ethan Skarsdtedt, Jilena O'Brien, Ryan Jurado y el gran Peter Ahlstrom.

También hay unas cuantas personas concretas a las que me gustaría dar las gracias. A Isaac Stewart, que hizo el mapa para esta novela; fue una valiosísima fuente de ideas y pistas visuales. A Heather Kirby, que me dio excelentes consejos para ayudarme con el misterioso funcionamiento interno de la mente de una joven. También agradezco mucho la corrección realizada por Chersti Stapley y Kayleena Richins.

Por último, como siempre, doy las gracias a mi familia por su continuado respaldo y entusiasmo. En particular, me gustaría darle las gracias a mi hermano Jordan.

PREFACIO

—SÉ FUERTE, HIJO.

En algún momento de 2001 escribí esas palabras, las primeras de una historia a la que, con el tiempo, terminaría poniendo el título de *Mistborn*. Por aquel entonces el libro era muy distinto: lo protagonizaba un grupo de alomantes que decidían derrocar el régimen de su reino y convertirse en los nuevos dirigentes. El protagonista era un joven que había visto cómo asesinaban a su familia y al que luego criaba su enemigo como su propio hijo y aprendiz. Al final, deseché la idea, pero me encantaban la magia y muchos aspectos de su ambientación. Cuando por fin vendí un libro, *Elantris*, en 2003, me vi preparado para retomar esa novela y ofrecí a mi editor el relato que ya se ha hecho conocido, el de una banda de ladrones, un emperador inmortal y unos secretos que se remontan miles de años atrás en el tiempo.

Aunque *Elantris* fue mi carta de presentación ante la comunidad de literatura fantástica, *Mistborn* fue lo que de verdad me consolidó como escritor. A día de hoy, su aproximación modernista a los convencionalismos de la literatura fantástica y la «magia dura» que ha pasado a definir la era de fantasía épica en la que vivo son dos sellos distintivos de mi carrera.

A la hora de escribir esta introducción, mi editor me preguntó si sabía por qué *Mistborn* había resistido tan bien el paso del tiempo. Es evidente que su longevidad no está provocada por un solo factor. De hecho, incluso plantearse un tema como este conlleva el riesgo de caer en la autocomplacencia. Soy muy consciente de que buena parte del éxito o fracaso de un escritor depende por completo de cosas que escapan a su control. El boca a boca, o lo aleatorio de la colocación de la novela en librerías, o llegar en el momento preciso con algo que toca la fibra sensible adecuada. Existen libros mejores que los míos que no encontraron su público, sin que hubiera nada que reprochar a su escritura. Por

tanto, la respuesta inicial a esa pregunta, con toda probabilidad, sería: «pura suerte».

Dicho eso, tengo alma de académico y no puedo evitar analizar qué es lo que hizo que Mistborn diera la campanada, por así decirlo. De modo que a continuación tenéis algunos posibles factores que me he planteado.

El primero es la mezcla que mencionaba más arriba. A juzgar por las pruebas circunstanciales —sobre todo mi propia opinión, la de mis amigos y la de la gente con la que hablé en convenciones durante esa época—, a finales de los noventa y principio de siglo había un cierto hartazgo por la fantasía épica entre los lectores.

A esa gente, aupándome bien alto a hombros de gigantes, pude proporcionarle una fantasía que trastocaba y recompensaba las expectativas previas sobre el género. El héroe profetizado. El señor oscuro. La naturaleza de la magia y el heroísmo. Mistborn captura parte del aire clásico de la fantasía, pero premia a los lectores de género establecidos volviendo del revés algunos tópicos.

Sin embargo, la novela también triunfó mucho entre los lectores recién llegados al género. Para ellos, también contenía una magia innovadora y una historia de desarrollo que adoptaba la forma del aprendizaje de Vin. Esa mezcla, la del cinismo de Kelsier respecto al mundo (y de forma oblicua, respecto al género) combinada con el sentido de la maravilla de Vin ante el nuevo universo que descubre, podría ser la clave más importante del éxito del libro.

También tengo la impresión de que publicar una historia completa en un solo volumen resultó refrescante para aquellos de nosotros que, a pesar de encantarnos las series largas, nos veíamos un poco agobiados por todas las fantasías épicas extensas y venerables que había en el mercado en aquellos momentos. Uno de los comentarios que más me hacen es agradecer que *Nacidos de la bruma* se sostenga tan bien como libro independiente, a la vez que la trilogía narra una historia completa, cohesionada y potente. Las obras de arte terminadas resultan atractivas.

Por último, el motivo de que Mistborn perdure... bueno, sois los lectores. La gente empezó la serie y se enganchó de verdad. Todavía recuerdo la primera vez que vi una capa de brumas casera, hecha por un aficionado, en una firma de libros. Todos os aferrasteis a este libro con un entusiasmo que, a día de hoy, sigue provocándome sorpresa y agradecimiento.

Gracias por diez años de pasión. Diez años de Empujar, Atraer y secretos.
Diez años de Mistborn.

BRANDON SANDERSON





NACIDOS DE LA BRUMA



A veces me preocupa no ser el héroe que todo el mundo cree que soy.

Los filósofos me aseguran que este es el momento, que las señales se han hecho realidad. Pero yo me sigo preguntando si no se habrán equivocado de hombre. Son tantas las personas que dependen de mí... Dicen que tendré en mis brazos el futuro del mundo entero.

¿Qué pensarían si supieran que su paladín, el Héroe de las Eras, su salvador, dudó de sí mismo? Tal vez no se sorprenderían en absoluto. En cierto modo, eso es lo que más me preocupa. Quizá también ellos duden, en el fondo de sus corazones, al igual que yo.

Cuando me miran, ¿será un mentiroso lo que ven?

PRÓLOGO



CAÍA CENIZA DEL CIELO.

Con el ceño fruncido, lord Tresting contempló el rojizo cielo de mediodía mientras sus criados se acercaron apresuradamente y los cubrieron con un parasol a él y a su distinguido invitado. Las lluvias de ceniza no eran extrañas en el Imperio Final, pero Tresting confiaba en ser capaz de evitar que se le mancharan de hollín la elegante chaqueta nueva y el chaleco rojo, los cuales acababan de llegar en barco por el canal desde la mismísima Luthadel. No hacía mucho viento, por suerte: con el parasol debería bastar.

Tresting se encontraba junto a su invitado en un pequeño patio elevado que dominaba los campos. Cientos de personas con saya marrón trabajaban bajo la lluvia de ceniza, cuidando las cosechas. Había torpeza en sus movimientos... claro que, por otra parte, así eran todos los skaa. Los campesinos pertenecían a una especie tan indolente como improductiva. No se quejaban, por supuesto: sabían cuál era el lugar que les correspondía. Se limitaban a faenar con la cabeza gacha, realizando su labor con tranquila apatía. El látigo de algún capataz que pasaba los obligaba a acelerar durante

unos momentos, pero en cuanto se marchaba el encargado, ellos regresaban a su sopor.

Tresting se volvió hacia el hombre que lo acompañaba.

—Cabría pensar —apuntó— que mil años de trabajo en los campos los habrían vuelto un poco más aplicados.

El obligador se volvió, alzando una ceja en un movimiento que se diría ensayado para realzar su rasgo más característico: los intrincados tatuajes que marcaban la piel que le rodeaba los ojos. Los tatuajes, enormes, le llegaban hasta la frente y el puente de la nariz. Era un prelado absoluto, un obligador muy importante. Tresting tenía sus propios obligadores personales en la mansión, pero no eran más que funcionarios menores, con apenas unas pocas marcas alrededor de los ojos. Aquel hombre había llegado de Luthadel en el mismo barco que había traído el nuevo traje de Tresting.

—Debería ver a los skaa de la ciudad, Tresting —replicó el obligador, volviéndose para contemplar de nuevo a los trabajadores—. Comparados con los de Luthadel, estos son bastante diligentes. Aquí tiene... más control sobre sus skaa. ¿Cuántos dice que pierde al mes?

—Bueno, media docena o así —respondió Tresting—. Algunos por azotes, otros por agotamiento.

—¿Fugitivos?

—¡Nunca! Cuando heredé esta tierra de mi padre, hubo unos cuantos fugitivos... pero ejecuté a sus familias. Los demás perdieron rápidamente el valor. Nunca he comprendido a la gente que tiene problemas con sus skaa: a mí me resulta fácil controlar a las criaturas con una mano adecuadamente firme.

De pie, envuelto en sus ropajes grises el obligador asintió en silencio. Parecía complacido, lo cual era buena cosa. Los skaa no eran en realidad propiedad de Tresting. Como todos los skaa, pertenecían al lord Legislador; Tresting solo alquilaba los trabajadores a su Dios, igual que pagaba por los servicios de sus obligadores.

El obligador bajó la mirada, comprobó su reloj de bolsillo, luego miró al sol. A pesar de la lluvia de ceniza, brillaba un fulgurante rojo carmesí tras la negrura ahumada de las alturas. Tresting sacó un pañuelo y se secó la frente, agradecido por la sombra del parasol que filtraba el calor de mediodía.

—Muy bien, Tresting —dijo el obligador—. Presentaré su propuesta a lord Venture, como ha solicitado. Tendrá un informe favorable por mi parte sobre sus operaciones aquí.

Tresting contuvo un suspiro de alivio. Se requería un obligador como testigo para cualquier contrato o acuerdo comercial entre nobles.

Cierto, incluso un obligador menor como los que Tresting empleaba podía servir como testigo... pero era mejor impresionar al mismísimo obligador de Straff Venture.

El obligador se volvió hacia él.

—Volveré por el canal esta misma tarde.

—¿Tan pronto? —preguntó Tresting—. ¿Por qué no se queda a cenar?

—No —respondió el obligador—. Aunque hay otro asunto que deseo discutir con usted. No he venido solo de parte de lord Venture, sino para... investigar algunos asuntos para el Cantón de la Inquisición. Según los rumores le gusta a usted relacionarse con sus mujeres skaa.

Tresting sintió un escalofrío.

El obligador sonrió; quizá solo pretendiera expresar seguridad, pero Tresting lo encontró inquietante.

—No se preocupe, Tresting —dijo el obligador—. Si hubiera *verdadera* preocupación por sus acciones, habrían enviado en mi lugar a un inquisidor de acero.

Tresting asintió con la cabeza, despacio. Inquisidor. Nunca había visto a ninguna de esas criaturas inhumanas, pero había oído historias.

—Quedo satisfecho en lo relativo a sus acciones con las mujeres skaa —dijo el obligador, contemplando los campos—. Lo que he visto y oído aquí indica que siempre sanea sus problemas. Un hombre como usted, eficiente, productivo, podría llegar lejos en Luthadel. Unos cuantos años más de trabajo, algunos contratos mercantiles inspirados, ¿y quién sabe?

El obligador se volvió y Tresting sonrió. No era una promesa, ni siquiera una recomendación (los obligadores eran más burócratas y testigos que sacerdotes), pero oír tales alabanzas por parte de uno de los servidores del lord Legislador... Tresting sabía que algunos nobles consideraban a los obligadores inquietantes, algunos incluso los encontraban una molestia; pero en aquel momento hubiese besado a su distinguido invitado.

Tresting se volvió hacia los skaa, que trabajaban en silencio bajo el sol ensangrentado y los perezosos copos de ceniza. Siempre había sido un noble de campo que vivía de su plantación y soñaba con mudarse a la propia Luthadel. Había oído hablar de los bailes y las fiestas, el glamour y la intriga, y eso lo entusiasmaba.

Tendré que celebrarlo esta noche, pensó. Estaba aquella muchachita de la decimocuarta choza a la que llevaba observando desde hacía algún tiempo...

Volvió a sonreír. Unos cuantos años más de trabajo, había dicho el obligador. Pero ¿podría acelerar Tresting el curso de los acontecimientos si trabajaba más? Su población de skaa había aumentado en los últimos tiempos. Tal vez si los apretaba un poco más pudiera producir una cosecha extra ese verano, y cumplir así con creces su contrato con lord Venture.

Tresting asintió mientras observaba al grupo de perezosos skaa, algunos trabajando con sus azadas, otros de rodillas apartando la ceniza de la cosecha. No se quejaban. No tenían esperanzas. Apenas se atrevían a pensar. Así era como debía ser, pues eran skaa. Eran...

Tresting se quedó inmóvil cuando uno de los skaa alzó la mirada. El hombre lo miró a los ojos, con una chispa (no, un fuego) de desafío en su expresión. Tresting nunca había visto nada parecido, no en el rostro de un skaa. Dio un paso atrás por instinto y le recorrió un escalofrío mientras el extraño y erguido skaa le sostenía la mirada.

Y sonreía.

Tresting apartó los ojos.

—¡Kurdon! —exclamó.

El fornido capataz subió corriendo la cuesta.

—¿Sí, mi señor?

Tresting se volvió para señalar...

Frunció el ceño. ¿Dónde estaba aquel skaa? Trabajando con la cabeza gacha, el cuerpo manchado de hollín y sudor, era muy difícil distinguirlos. Tresting se detuvo, buscando. Creía saber el sitio... un punto vacío donde ya no había nadie.

Pero no. No podía ser. Era imposible que el hombre se hubiese alejado tan deprisa del grupo. ¿Adónde habría ido? Tenía que estar allí, en alguna parte, trabajando con la cabeza gacha. Sin embargo, aquel instante de aparente desafío era inexcusable.

—¿Mi señor? —volvió a preguntar Kurdon.

El obligador observaba a su lado, con curiosidad. No era aconsejable que supiera que uno de los skaa había actuado con tanta desfachatez.

—Dales un poco más fuerte a los skaa de la sección sur —ordenó Tresting, señalando—. Los veo lentos, incluso para ser skaa. Golpea a unos cuantos.

Kurdon se encogió de hombros, pero asintió. No era un motivo de peso para golpear a nadie, pero tampoco necesitaba razones especiales para dar una

paliza a los trabajadores.

Después de todo, no eran más que skaa.

KELSIER HABÍA OÍDO HISTORIAS.

Había oído susurros de la época lejana en que el sol no era rojo. Tiempos en los que el cielo no estaba cubierto de humo y ceniza, cuando las plantas no luchaban por sobrevivir y los skaa no eran esclavos. Tiempos anteriores al lord Legislador. Esos días, sin embargo, estaban casi olvidados. Incluso las leyendas se volvían difusas.

Kelsier contempló el sol, siguiendo con los ojos el gigantesco disco rojo mientras se arrastraba hacia el horizonte occidental. Permaneció de pie en silencio un buen rato, solo en los campos vacíos. El trabajo del día había terminado; los skaa habían sido conducidos de vuelta a sus chozas. Pronto llegarían las brumas.

Al cabo de un rato, Kelsier suspiró y se volvió para regresar por socavones y trochas, abriéndose paso entre grandes montículos de ceniza. Evitaba pisar las plantas, aunque no estaba seguro de por qué se molestaba. Las cosechas apenas parecía que merecieran el esfuerzo. Débiles, con hojas marrones ressecas, las plantas parecían casi tan deprimidas como la gente que las atendía.

Las chozas de los skaa se alzaban a la escasa luz. Kelsier vio que las brumas empezaban ya a formarse en el aire, dando a los edificios en forma de montículo un aspecto surrealista e intangible. No había guardia ninguna en las chozas: no había necesidad de vigilantes, pues ningún skaa se aventuraba fuera cuando caía la noche. Su miedo a las brumas era demasiado fuerte.

Tendré que curarlos de eso algún día, pensó Kelsier mientras se acercaba a uno de los edificios más grandes, *pero cada cosa a su tiempo*. Abrió la puerta y entró.

La conversación cesó de inmediato. Kelsier cerró la puerta, luego se volvió con una sonrisa hacia la treintena de skaa que había allí reunidos. Una hoguera ardía débilmente en el centro y el gran caldero que había a su lado estaba lleno de agua salpicada de verduras: el comienzo de una cena. La sopa estaría insípida, por supuesto. Con todo, el olor era agradable.

—Buenas noches a todos —dijo Kelsier con una sonrisa, depositando la bolsa a sus pies y apoyándose contra la puerta—. ¿Cómo os ha ido el día?

Sus palabras rompieron el silencio y las mujeres volvieron a sus preparativos de la cena. Sin embargo, el grupo de hombres sentados a una

burda mesa continuó observando a Kelsier con expresión incómoda.

—Nuestro día ha estado cargado de trabajo, viajero —dijo Tepper, uno de los miembros del consejo skaa—. Algo que tú has conseguido evitar.

—El trabajo del campo nunca me ha llenado —dijo Kelsier—. Es demasiado duro para mi delicada piel. —Sonrió, alzando manos y brazos llenos de capas y capas de finas cicatrices. Cubrían su piel a lo largo, como si alguna bestia le hubiera pasado las garras por los brazos una y otra vez.

Tepper bufó. Era joven para ser miembro del consejo, debía de contar poco más de cuarenta años: como mucho podía llevarle cinco años a Kelsier. Sin embargo, el hombrecillo se comportaba con el aire de alguien a quien le gusta estar al mando.

—Este no es momento para chanzas —dijo Tepper, severo—. Cuando acogemos a un viajero, esperamos que se comporte y evite levantar sospechas. El hecho de que te apartaras de los campos esta mañana podría haberles valido un azote a los hombres que te rodeaban.

—Ciento —respondió Kelsier—. Pero a esos hombres también podrían haberlos azotado por encontrarse en el sitio equivocado, por detenerse demasiado o por toser cuando pasaba un capataz. Una vez vi darle una paliza a un hombre porque su amo dijo que había «parpadeado de forma inadecuada».

Tepper permaneció sentado, con los ojos entornados y envarado, el brazo apoyado en la mesa. Su expresión era firme.

Kelsier suspiró y puso los ojos en blanco.

—Bien. Si queréis que me marche, lo haré.

Se echó la bolsa al hombro y abrió la puerta con toda tranquilidad.

Una densa bruma empezó a entrar de inmediato por la puerta, se arremolinó con languidez alrededor del cuerpo de Kelsier, se remansó en el suelo y se arrastró como un animal vacilante. Varias personas gimieron horrorizadas, aunque la mayoría estaban demasiado desconcertadas para emitir ningún sonido. Kelsier se detuvo un instante, contempló las oscuras brumas, las veloces corrientes iluminadas débilmente por los carbones de la hoguera.

—Cierra la puerta. —Las palabras de Tepper eran una súplica, no una orden.

Kelsier hizo lo que le pedían, cerró la puerta y cortó el flujo de bruma blanca.

—La bruma no es lo que pensáis. La teméis demasiado.

—Los hombres que se aventuran en la bruma pierden el alma —susurró una mujer. Sus palabras conllevaban una pregunta. ¿Había caminado Kelsier entre las brumas? ¿Qué le había sucedido entonces a su alma?

Si supierais, pensó Kelsier.

—Bueno, supongo que esto significa que me quedo. —Hizo un gesto a un niño para que le acercara un taburete—. Menos mal... Hubiese sido una lástima haber tenido que marcharme antes de compartir mis noticias.

Más de una persona alzó la cabeza al oír el comentario. Este era el verdadero motivo por el que lo toleraban, la razón por la que los tímidos campesinos daban cobijo a un hombre como Kelsier, un skaa que desafiaba la voluntad del lord Legislador viajando de plantación en plantación. Podía ser un renegado, un peligro para la comunidad entera, pero traía noticias del mundo exterior.

—Vengo del norte —dijo Kelsier—. De tierras donde la mano del lord Legislador se nota menos.

Habló con voz clara y la gente se inclinó de forma inconsciente hacia él mientras hablaba. Al día siguiente, las palabras de Kelsier serían repetidas a los varios cientos de personas que vivían en otras chozas. Los skaa podían estar sometidos, pero eran unos chismosos incurables.

—Los lores locales gobiernan al oeste —dijo Kelsier— y distan mucho de tener la mano de hierro del lord Legislador y sus obligadores. Algunos de estos nobles lejanos están descubriendo que los skaa felices son mejores trabajadores que los skaa maltratados. Un hombre, lord Renoux, incluso ha ordenado a sus capataces que detengan los azotes no autorizados. Se comenta entre susurros que está pensando en pagar un salario a los skaa de sus plantaciones, como el que podrían ganar los artesanos de las ciudades.

—Tonterías —dijo Tepper.

—Mis disculpas —respondió Kelsier—. No sabía que el buen Tepper hubiese estado en los dominios de lord Renoux últimamente. ¿Cuando cenaste con él por última vez, te dijo algo que no me dijera a mí?

Tepper se ruborizó: los skaa no viajaban y, desde luego, no cenaban con lores.

—Me tomas por tonto, viajero —dijo Tepper—, pero sé lo que estás haciendo. Tú eres el que llaman el Superviviente; esas cicatrices de tus brazos te delatan. Eres un provocador: viajas por las plantaciones sembrando el descontento. Te comes nuestra comida, cuentas tus grandes historias y tus

mentiras y luego desapareces y dejas que la gente se las arregle con las grandes esperanzas que contagias a nuestros hijos.

Kelsier alzó una ceja.

—Vamos, vamos, buen Tepper —dijo—. Tus temores son del todo infundados. Mira, no tengo ninguna intención de comerme vuestra comida. Traigo la mía propia.

Con esas palabras, Kelsier arrojó su mochila al suelo ante la mesa de Tepper. La mochila se volcó y su contenido se desparramó. Buen pan, fruta e incluso unos cuantos embutidos curados quedaron a la vista.

Una fruta de verano rodó por el suelo de tierra apisonada y topó con suavidad contra el pie de Tepper. El maduro skaa observó la fruta, incrédulo.

—¡Eso es comida de nobles!

Kelsier resopló.

—Ni por asomo. ¿Sabes? Para ser un hombre de renombrado prestigio y rango, vuestro lord Treating tiene un notable mal gusto. Su despensa es una vergüenza para su noble posición.

Tepper palideció.

—Ahí es donde fuiste esta tarde —susurró—. Fuiste a la mansión... *;Le robaste al amo!*

—En efecto. Y he de añadir que, aunque vuestro señor adolezca de un gusto deplorable a la hora de comer, su ojo para los soldados es bastante más impresionante. Colarme en su mansión durante el día fue todo un desafío.

Tepper todavía contemplaba la bolsa de comida.

—Si los capataces descubren esto aquí...

—Bueno, entonces os sugiero que lo hagáis desaparecer —dijo Kelsier—. Estoy dispuesto a apostar a que sabe un poquitín mejor que esa sopa aguada.

Dos docenas de ojos hambrientos estudiaron la comida. Si Tepper pretendía seguir discutiendo, no actuó lo bastante rápido, pues su silencio fue interpretado como aceptación. En pocos minutos el contenido de la bolsa fue inspeccionado y distribuido; la olla de sopa se quedó allí burbujeando, ignorada, mientras los skaa se daban un festín con una comida bastante más exótica.

Kelsier se quedó aparte, se apoyó en la pared de madera de la choza y contempló a la gente devorar la comida. Había dicho lo cierto: los contenidos de la despensa eran deprimentemente vulgares. Sin embargo, esa gente no se había alimentado más que de sopa y gachas desde la infancia. Para ellos, el pan

y la fruta eran raros manjares de los que solo comían sobras cuando las traían los sirvientes de la mansión.

—Tu historia ha quedado interrumpida, joven —comentó un skaa mayor, que se acercó cojeando para sentarse en un taburete junto a Kelsier.

—En fin, sospecho que ya habrá tiempo de contarla más tarde —dijo Kelsier—. Cuando todas las pruebas de mi hurto hayan sido devoradas como es debido. ¿No quieres nada?

—No hace falta —dijo el anciano—. La última vez que probé comida de lores me dolió el estómago tres días. Los nuevos sabores son como las nuevas ideas, joven: cuanto más viejo te haces, más difíciles son de digerir.

Kelsier hizo una pausa. El anciano no era en absoluto impresionante. Su piel correosa y su cabeza calva le hacían parecer más frágil que sabio. Sin embargo, tenía que ser más fuerte de lo que aparentaba; pocos skaa de las plantaciones vivían hasta esa edad. Muchos lores no permitían que los viejos se quedaran en casa durante la jornada de trabajo, y los frecuentes azotes que componían la vida de los skaa se cobraban un precio terrible en los ancianos.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó Kelsier.

—Mennis.

Kelsier miró a Tepper.

—Así pues, buen Mennis, dime una cosa. ¿Por qué le dejas ser el jefe?

Mennis se encogió de hombros.

—Cuando llegas a mi edad, hay que tener mucho cuidado y no malgastar energías. No merece la pena librar algunas batallas.

Había una insinuación en los ojos de Mennis: se estaba refiriendo a cosas de más calado que su pugna con Tepper.

—Entonces ¿estás satisfecho con esto? —preguntó Kelsier, indicando con un gesto la choza y sus habitantes, medio famélicos y sobrecargados de trabajo—. ¿Te contentas con una vida llena de azotes y fatigas insoportables?

—Al menos es una vida —dijo Mennis—. Sé lo que traen los salarios, el descontento y la rebelión. La atención del lord Legislador y la ira del Ministerio de Acero pueden ser mucho más terribles que unos cuantos azotes. Los hombres como tú predicen el cambio, pero me pregunto si es una batalla que realmente podamos librar.

—Ya la estáis librando, buen Mennis. Pero la estáis perdiendo espantosamente. —Kelsier se encogió de hombros—. Pero ¿qué sé yo? Solo soy un trotamundos depravado que viene a comerse vuestra comida e impresionar a vuestros jóvenes.

Mennis sacudió la cabeza.

—Bromeas, pero es posible que Tepper tuviera razón. Temo que tu visita nos cause problemas.

Kelsier sonrió.

—Por eso no lo he contradicho... al menos en lo de llamarme provocador.

—Hizo una pausa y sonrió de oreja a oreja—. De hecho, diría que llamarme provocador quizá sea lo único acertado que ha hecho Tepper desde que llegué.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Mennis, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—Sonreír tanto.

—Ah, es que soy una persona feliz.

Mennis observó las manos de Kelsier.

—¿Sabes? Solo he visto cicatrices así en otra persona... y estaba muerta. Llevaron su cadáver a lord Treating como prueba de que su castigo había sido ejecutado. —Mennis miró a Kelsier—. Lo pillaron hablando de rebelión. Treating lo envió a los Pozos de Hathsin, donde trabajó hasta que murió. El muchacho duró menos de un mes.

Kelsier se miró las manos y los antebrazos. Todavía le quemaban algunas veces, aunque estaba seguro de que el dolor solo existía en su imaginación. Miró a Mennis y sonrió.

—¿Preguntas por qué sonrío, buen Mennis? Bien, el lord Legislador cree que la risa y la alegría son solo tuyas. No quiero que sea así. Y es una batalla que no cuesta mucho trabajo librar.

Mennis miró a Kelsier y por un instante este pensó que el anciano iba a responderle con una sonrisa. Sin embargo, al final Mennis tan solo sacudió la cabeza.

—No sé. No sé...

El grito lo interrumpió. Vino del exterior, tal vez del norte, aunque las brumas distorsionaban los sonidos. La gente de la choza guardó silencio y trató de escuchar los débiles y agudos alaridos. A pesar de la distancia y la bruma, Kelsier oyó el dolor contenido en aquellos gritos.

Kelsier quemó estaño.

Había pasado a resultarle sencillo, después de años de práctica. El estaño esperaba con otros metales alománticos que se había tragado con anterioridad, dentro de su estómago, a que lo llamara. Buscó con su mente y tocó el estaño, recurriendo a poderes que apenas entendía. El metal cobró vida en su interior,

quemando su estómago como una bebida caliente que se traga demasiado deprisa.

El poder alomántico recorrió su cuerpo, amplificando sus sentidos. La habitación se volvió nítida. La hoguera, que a duras penas ardía, adquirió un brillo casi cegador. Notó el grano de la madera del taburete en el que estaba sentado. Pudo saborear los restos de la hogaza de pan que había comido antes. Más importante aún, oyó los gritos con oídos sobrenaturales. Dos personas distintas. Una era una mujer mayor, la otra, una mujer más joven... tal vez una niña. Los gritos de la joven eran cada vez más lejanos.

—Pobre Jess —dijo una mujer que estaba cerca, y su voz resonó en los oídos ampliados de Kelsier—. Esa hija suya era una maldición. Es mejor para los skaa no tener hijas bonitas.

Tepper asintió.

—Estaba claro que lord Tresting iba a mandarla llamar tarde o temprano. Todos lo sabíamos. Jess lo sabía.

—Pero no deja de ser una lástima —dijo otro hombre.

Los gritos continuaron en la distancia. Quemando estaño, Kelsier pudo calcular adecuadamente la dirección. La voz se acercaba a la mansión. Los sonidos provocaron algo en su interior y sintió que su cara enrojecía de furia.

Kelsier se volvió.

—¿Devuelve alguna vez a las muchachas lord Tresting después de haber acabado con ellas?

El viejo Mennis sacudió la cabeza.

—Lord Tresting es un hombre que cumple la ley: hace matar a las muchachas al cabo de unas cuantas semanas. No quiere llamar la atención de los inquisidores.

Esa era la orden del lord Legislador. No podía permitirse tener niños mestizos por ahí sueltos, niños que podrían poseer poderes que los skaa no imaginaban que existían...

Los gritos se apagaron, pero la furia de Kelsier aumentó. Los gritos le recordaron otros gritos. Los gritos de una mujer del pasado. Se levantó de improviso, y el taburete cayó al suelo tras él.

—Cuidado, muchacho —dijo Mennis, lleno de temor—. Recuerda lo que he dicho de malgastar energías. Nunca alzarás esa rebelión tuya si te matan esta noche.

Kelsier miró al anciano. Entonces, a través de los gritos y el dolor, se obligó a sonreír.

—No he venido aquí a liderar ninguna rebelión, buen Mennis. Solo quiero crear algunos problemas.

—¿Y de qué va a servir eso?

La sonrisa de Kelsier se ensanchó.

—Se acercan nuevos tiempos. Sobrevive un poco más y puede que veas grandes acontecimientos en el Imperio Final. Os doy las gracias a todos por vuestra hospitalidad.

Dicho esto, abrió la puerta y se internó en la bruma.

MENNIS ESTABA YA DESPIERTO antes del amanecer. Parecía que cuanto mayor se hacía más le costaba dormir. Eso se cumplía además cuando estaba preocupado por algo, como el fracaso del viajero en regresar a la choza.

Mennis esperaba que Kelsier hubiera recuperado el sentido y decidido continuar su camino. Sin embargo, eso parecía improbable: había visto el fuego en los ojos de Kelsier. Era una lástima que un hombre que había sobrevivido a los Pozos encontrara allí la muerte, en una plantación cualquiera, tratando de proteger a una muchacha a la que todos los demás daban ya por muerta.

¿Cómo reaccionaría lord Tresting? Se decía que era particularmente duro con todo aquel que interrumpía sus goces nocturnos. Si Kelsier había conseguido perturbar los placeres del amo, Tresting bien podía decidir castigar al resto de los skaa, de rebote.

Al cabo de un rato, los otros skaa empezaron a despertarse. Mennis permaneció tendido en el duro suelo (los huesos doloridos, la espalda entumecida, los músculos exhaustos), tratando de decidir si merecía la pena levantarse. Cada día estaba a punto de rendirse. Cada día era un poco más difícil. Un día se limitaría a quedarse en la choza, esperando a que los capataces vinieran a matar a aquellos que eran demasiado viejos o estaban demasiado enfermos para trabajar.

Pero no aquel día. Veía demasiado miedo en los ojos de los skaa: sabían que las actividades nocturnas de Kelsier traerían problemas. Necesitaban a Mennis; lo miraron. Tenía que levantarse.

Y por eso lo hizo. Una vez que empezó a moverse, los dolores de la edad menguaron levemente y pudo salir de la choza y dirigirse a los campos apoyándose en un hombre más joven.

Fue entonces cuando notó el olor en el aire.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Hueles a humo?

Shum, el joven en el que se apoyaba, se detuvo. Los últimos restos de la bruma de la noche se habían desvanecido y el sol rojo se alzaba tras la habitual cortina de nubes negruzcas.

—De un tiempo a esta parte siempre huele a humo —dijo Shum—. Los Montes de Ceniza son violentos este año.

—No —respondió Mennis, cada vez más aprensivo—. Esto es distinto.

Se volvió hacia el norte, donde se reunía un grupo de skaa. Se soltó de Shum y se acercó al grupo, levantando a su paso polvo y ceniza.

En el centro del corrillo encontró a Jess. Su hija, la que todos habían supuesto que había sido tomada por lord Tresting, estaba junto a ella. Los ojos de la joven estaban enrojecidos por la falta de sueño, pero parecía ilesa.

—Volvió poco después de que se la llevaran —estaba explicando la mujer—. Vino y llamó a la puerta, llorando en medio de la niebla. Flen estaba seguro de que era un espectro de la bruma que la imitaba, ¡pero tuve que dejarla entrar! No me importa lo que diga, no voy a abandonarla. La he traído a la luz y no ha desaparecido. ¡Eso prueba que no es un espectro!

Mennis se apartó trastabillando de la rugiente muchedumbre. ¿Es que nadie se daba cuenta? Ningún capataz acudía para disolver el grupo a golpes. Ningún soldado acudía a contarlos como cada mañana. Algo iba muy mal. Mennis continuó hacia el norte, avanzando frenéticamente hacia la mansión.

Cuando llegó los otros habían advertido la retorcida columna de humo que apenas era ya visible con la luz de la mañana. Mennis no fue el primero en llegar a la linde de la pequeña altiplanicie, pero el grupo le abrió el paso. La mansión había desaparecido. Solo quedaba de ella una huella negra y humeante.

—¡Por el lord Legislador! —susurró Mennis—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Los mató a todos.

Mennis se volvió. Quien había hablado era la hija de Jess. Contemplaba la casa destruida con una expresión satisfecha en su juvenil rostro.

—Estaban muertos cuando me sacó —dijo—. Todos ellos: los soldados, los capataces, los lores... muertos. Incluso lord Tresting y sus obligadores. El amo me había dejado y había acudido a investigar cuando empezaron los ruidos. Al salir, lo vi tendido en su propia sangre, con heridas de puñal en el pecho. El hombre que me salvó lanzó una antorcha al edificio cuando nos marchábamos.

—Ese hombre —dijo Mennis—, ¿tenía cicatrices en las manos y los brazos, hasta más arriba de los codos?

La muchacha asintió en silencio.

—¿Qué clase de demonio era ese hombre? —murmuró incómodo uno de los skaa.

—Un espectro de la bruma —susurró otro, al parecer olvidando que Kelsier se había marchado de día.

Pero se internó en la bruma, pensó Mennis. *¿Y cómo consiguió una hazaña como esta? ¡Lord Tresting tenía más de dos docenas de soldados! ¿Tenía quizá Kelsier una banda de rebeldes ocultos?*

Las palabras que Kelsier había pronunciado la noche anterior resonaron en sus oídos. *Se acercan nuevos tiempos...*

—¿Qué pasará con nosotros? —preguntó Tepper, aterrado—. ¿Qué ocurrirá cuando el lord Legislador se entere de esto? ¡Pensará que lo hicimos nosotros! ¡Nos enviará a los Pozos, o tal vez enviará a sus koloss a matarnos de inmediato! ¿Por qué haría una cosa así ese alborotador? ¿No comprende el daño que ha hecho?

—Lo comprende —dijo Mennis—. Nos lo advirtió, Tepper. Vino a crear problemas.

—Pero ¿por qué?

—Porque sabía que nunca nos rebelaríamos por nuestra cuenta, así que no nos ha dejado otra salida.

Tepper se puso lívido.

Lord Legislador, pensó Mennis. *No puedo hacer esto. Apenas puedo levantarme por las mañanas... No puedo salvar a esta gente.*

Pero ¿qué otra opción tenía?

Mennis se volvió.

—Reúne a la gente, Tepper. Tenemos que huir antes de que la noticia de este desastre llegue a oídos del lord Legislador.

—¿Adónde iremos?

—A las cavernas del este —dijo Mennis—. Los viajeros dicen que los skaa rebeldes se ocultan en ellas. Tal vez nos acepten.

Tepper se puso aún más lívido.

—Pero... tendremos que viajar durante días. Pasar las noches en *la bruma*.

—Podemos hacer eso, o podemos quedarnos aquí y morir —respondió Mennis.

Tepper permaneció inmóvil un instante y Mennis pensó que la conmoción lo había abrumado. Sin embargo, al final, el hombre más joven fue a reunir a los demás como le había ordenado.

Mennis suspiró, contempló la columna de humo y maldijo para sus adentros al tal Kelsier.

Nuevos tiempos, en efecto.



PRIMERA PARTE
EL SUPERVIVIENTE
DE HATHSIN

Me considero un hombre de principios. Pero ¿qué hombre no se considera tal? Incluso el asesino, según he advertido, interpreta sus acciones como «morales» en cierto modo.

Tal vez otra persona, al leer mi vida, me considere un tirano religioso. Puede llamarme arrogante. ¿Qué hace que la opinión de ese hombre sea menos válida que la mía propia?

Supongo que todo se reduce a una sola cosa: al final, soy yo quien tiene los ejércitos de su parte.

1



CAÍA CENIZA DEL CIELO.

Vin contempló los copos revolotear en el aire mientras caían. Con languidez. Descuidadamente. Libres. Los trozos de hollín caían como copos de nieve negra, descendiendo sobre la oscura ciudad de Luthadel. Se acumulaban en las esquinas, impulsados por la brisa, y se enroscaban en diminutos remolinos sobre el empedrado. Parecía que no les importaba nada. ¿Cómo sería eso? Vin estaba sentada en silencio en uno de los miradores, un hueco oculto construido en los ladrillos de un lado de la guarida. Desde dentro, un miembro de la banda podía vigilar la calle en busca de signos de peligro. Vin no estaba de guardia: el mirador era uno de los pocos lugares donde podía estar a solas.

Y a Vin le gustaba estar sola. *Cuando estás sola, nadie puede traicionarte.* Palabras de Reen. Su hermano le había enseñado muchas cosas, luego había reforzado sus enseñanzas haciendo lo que siempre había prometido que haría: traicionarla. *Es la única manera de aprender. Cualquiera puede traicionarte, Vin. Cualquiera.*

La ceniza continuó cayendo. A veces Vin se imaginaba a sí misma como la ceniza, o el viento, o la misma bruma. Una cosa sin pensamiento, capaz simplemente de «ser», sin pensar, ni preocuparse, ni sentir dolor. Entonces podría ser... libre.

Oyó un sonido cercano y luego la trampilla al fondo de la pequeña recámara se abrió de golpe.

—¡Vin! —dijo Ulef, asomando la cabeza—. ¡Estás ahí! Camon lleva media hora buscándote.

Precisamente por eso me he escondido.

—Deberías prepararte —dijo Ulef—. El trabajo está a punto de empezar.

Ulef era un chico larguirucho. Amable, a su manera; ingenuo, si alguien que había crecido en el mundo de los bajos fondos en verdad podía considerarse tal cosa. Eso, desde luego, no significaba que no pudiera traicionarla. La traición no tenía nada que ver con la amistad; era un simple acto de supervivencia. La vida era dura en las calles y, si un skaa ladrón quería evitar ser capturado y ejecutado, tenía que ser práctico.

Y la frialdad era la más práctica de las emociones. Otro de los dichos de Reen.

—¿Bien? —preguntó Ulef—. Deberías ir. Camon está enfadado.

—*Cuándo no lo está?* Sin embargo, Vin asintió y se apartó del estrecho, aunque cómodo, espacio del mirador. Pasó rozando a Ulef y salió por la trampilla para dirigirse a un pasillo y luego a una despensa ruinosa. La habitación era una de las muchas del fondo del taller que servía como tapadera del refugio. El cubil de la banda en sí estaba oculto en los túneles de una caverna de piedra situada bajo el edificio.

Salió del edificio por una puerta trasera, seguida de Ulef. El trabajo sería a unas manzanas de distancia, en una zona más rica de la ciudad. Era un trabajo complicado, uno de los más complejos que había visto Vin. Suponiendo que Camon no fuera capturado, los beneficios serían grandes. Si lo capturaban... Bueno, timar a nobles y obligadores era una profesión muy difícil, pero desde luego era mejor que trabajar en las fraguas o las fábricas textiles.

Vin salió del callejón y se internó en una calleja oscura de uno de los muchos suburbios de skaa de la ciudad. Los skaa demasiado enfermos para trabajar yacían acurrucados en esquinas y aceras, con la ceniza revoloteando a su alrededor. Vin mantuvo la cabeza gacha y se subió la capucha para protegerse de los copos que todavía caían.

Libre. No, nunca seré libre. Reen se aseguró de eso cuando se marchó.

—¡Aquí estás! —Camon alzó un dedo cuadrado y grueso y le apuntó a la cara—. ¿Dónde te habías metido?

Vin no dejó que el odio ni la rebeldía se notaran en sus ojos. Se limitó a agachar la cabeza, dándole a Camon lo que esperaba ver. Había otras formas

de ser fuerte. Esa lección la había aprendido ella sola.

Camon soltó un leve gruñido, luego alzó la mano y le dio un revés en la cara. La fuerza del golpe envió a Vin contra la pared, y su mejilla ardió de dolor. Se desplomó contra la madera, pero soportó el castigo en silencio. Solo otro cardenal más. Era lo bastante fuerte para soportarlo. Lo había hecho antes.

—Escucha —susurró Camon—. Este es un trabajo importante. Vale miles de cuartos: más que tú cien veces. No permitiré que metas la pata. ¿Entendido?

Vin asintió.

Camon la estudió un momento, el rostro gordezuelo rojo de furia. Se apartó, al cabo, murmurando para sí.

Estaba molesto por algo... no era solo por Vin. Tal vez se había enterado de la rebelión skaa que había tenido lugar en el norte, a varios días de distancia. Uno de los lores de provincias, Themos Tresting, al parecer había sido asesinado y su mansión, calcinada. Esos altercados eran malos para los negocios: hacían que la aristocracia estuviera más atenta y fuese menos fácil de engañar. Eso, a su vez, podía traducirse en una drástica reducción de los beneficios de Camon.

Está buscando alguien a quien castigar, pensó Vin. *Siempre se pone nervioso antes de un golpe*. Miró a Camon, saboreando la sangre de su labio. Debió de dejar traslucir algo de confianza, puesto que él la miró con el rabillo del ojo y su expresión se ensombreció. Alzó la mano, como para volver a golpearla.

Vin utilizó un poco de su Suerte.

Gastó solo una pizca: necesitaría el resto para el trabajo. Dirigió la Suerte hacia Camon, calmándolo su nerviosismo. El jefe de la banda se detuvo, ajeno al contacto de Vin, pero sintiendo sus efectos de todas formas. Permaneció inmóvil un instante; luego suspiró, apartándose y bajando la mano.

Vin se limpió el labio mientras Camon se marchaba. El ladrón tenía un aspecto muy convincente vestido de noble. Llevaba el traje más lujoso que Vin hubiese visto jamás: una camisa blanca y un chaleco verde oscuro con botones de oro grabados, casaca negra larga, a la moda, y sombrero negro a juego. Sus dedos brillaban con anillos e incluso llevaba un hermoso bastón de duelo. Camon imitaba bastante bien a los nobles: cuando se trataba de interpretar un papel, había pocos ladrones más competentes que Camon. Siempre que pudiera controlar su temperamento.

La habitación en sí era menos impresionante. Vin se puso en pie mientras Camon empezaba a gritar a algunos otros miembros de la banda. Habían

alquilado una de las *suites* del hotel de la localidad. No demasiado lujosa, pero esa era la idea. Camon iba a interpretar el papel de lord Jedue, un noble de campo que tenía problemas financieros y había ido a Luthadel a establecer algunos contratos finales y desesperados.

La habitación principal había sido transformada en una especie de sala de audiencias, con una gran mesa para que Camon se sentara a ella y las paredes decoradas con obras de arte baratas. Había dos hombres de pie junto a la mesa, con uniforme de criado; interpretarían el papel de los lacayos de Camon.

—¿Qué es todo este alboroto? —preguntó un hombre mientras entraba en la habitación. Era alto e iba vestido con una sencilla camisa gris y unos pantalones, con una fina espada atada a la cintura. Theron era el otro jefe de la banda: aquel golpe era en realidad idea suya. Se había asociado con Camon porque necesitaba a alguien que hiciera de lord Jedue, y todos sabían que Camon era uno de los mejores.

Camon alzó la cabeza.

—¿Eh? ¿Alboroto? Pero si no ha sido más que un pequeño problema disciplinario. No te preocupes, Theron. —Camon recalcó sus palabras haciendo un gesto con la mano; había motivos para que interpretara tan bien a la aristocracia. Era tan arrogante que podría haber pertenecido a una de las Grandes Casas.

Theron entornó los ojos. Vin sabía lo que debía de estar pensando el hombre: decidía si sería muy arriesgado clavarle al gordo Camon un cuchillo en la espalda cuando el golpe hubiera terminado. Al cabo de un rato, el alto jefe de la banda se apartó de Camon y miró a Vin.

—¿Y esta quién es? —preguntó.

—Una de mi banda —respondió Camon.

—Creía que no necesitábamos a nadie más.

—Bueno, la necesitamos a ella —dijo Camon—. Ignórala. Mi parte de la operación no es asunto tuyo.

Theron miró a Vin y su labio ensangrentado. Ella apartó la mirada. Sin embargo, los ojos de Theron se posaron en ella, recorriendo todo su cuerpo. Llevaba una sencilla camisa abotonada y un mono. En realidad, resultaba poco atractiva: flaca y de rostro juvenil, no parecía tener ni dieciséis años. No obstante, algunos hombres preferían ese tipo de mujeres.

Pensó en usar con él un poco de Suerte, pero al poco dejó de mirarla.

—El obligador está a punto de llegar —dijo Theron—. ¿Estás preparado?

Camon puso los ojos en blanco, acomodando su masa en el asiento, tras la mesa.

—Todo perfecto. ¡Déjame en paz, Theron! Vuelve a tu habitación y espera.

Theron frunció el ceño, pero se dio media vuelta y salió de la habitación murmurando para sí.

Vin escrutó la habitación, estudiando la decoración, los criados, la atmósfera. Por último, se acercó a la mesa de Camon. El jefe de la banda estaba sentado ojeando un fajo de papeles, intentando al parecer decidir cuáles colocar sobre la mesa.

—Camon —dijo Vin en voz baja—, los criados están demasiado bien.

Camon frunció el ceño y alzó la cabeza.

—¿Qué tonterías dices?

—Los criados —repitió Vin, hablando todavía en un susurro—. Se supone que lord Jедue está desesperado. Puede tener trajes elegantes de antes, pero no podría permitirse esos criados tan opulentos. Usaría skaa.

Camon la miró con mala cara, pero acto seguido dirigió su mirada hacia los «sirvientes». Por lo que al físico respectaba, había poca diferencia entre los hombres nobles y los skaa. Los criados que había dispuesto Camon, sin embargo, iban vestidos como nobles menores: se les permitía llevar un chaleco colorido y su pose era un poco más confiada.

—El obligador tiene que pensar que estás casi en la miseria —dijo Vin—. Llena la habitación con muchos sirvientes skaa.

—¿Qué sabrás tú? —dijo Camon, mirándola con desdén.

—Suficiente. —Vin lamentó de inmediato haberlo dicho: sonaba demasiado rebelde. Camon alzó una mano enjoyada y Vin se preparó para recibir otro sopapo. No podía permitirse usar más Suerte. En cualquier caso, tan solo le quedaba una pequeña y valiosa pizca.

Pero Camon no la golpeó. En vez de ello, exhaló un suspiro y posó una mano gordezuela en su hombro.

—¿Por qué insistes en provocarme, Vin? Sabes las deudas que me dejó tu hermano antes de escapar. ¿Te das cuenta de que un hombre menos misericordioso que yo te habría vendido a los proxenetas hace mucho tiempo? ¿Qué te parecería servir en la cama de un noble hasta que se canse de ti y te mande ejecutar?

Vin se miró los pies.

Camon la agarraba con fuerza, lastimándole la piel allí donde su cuello y su hombro se encontraban, y ella jadeó de dolor a su pesar. Él sonrió ante su

reacción.

—La verdad, Vin, no sé por qué te conservo —dijo, aumentando su tenaza—. Tendría que haberme deshecho de ti hace meses, cuando tu hermano me traicionó. Supongo que tengo un corazón demasiado blando.

La soltó por fin, luego le indicó que se colocara a un lado de la habitación, junto a una planta de interior. Ella hizo lo que le ordenaba, orientándose para tener una buena panorámica de la habitación. En cuanto Camon apartó la mirada, se frotó el hombro. *Solo es un dolor más. Puedo enfrentarme al dolor.*

Camon permaneció sentado unos instantes. Luego, como era de esperar, llamó a los dos «criados».

—¡Vosotros dos! —dijo—. Vais demasiado bien vestidos. Id a poneros algo que os haga parecer siervos skaa... Y traed a seis hombres más cuando vengáis.

Pronto, la habitación estuvo llena tal como había sugerido Vin. El obligador llegó poco después.

Vin observó al prelado Laird cuando entró arrogantemente en la estancia. Rapado como todos los obligadores, llevaba una túnica gris oscuro. Los tatuajes de su ministerio alrededor de sus ojos lo identificaban como prelado, un burócrata veterano en el Cantón de las Finanzas del Ministerio. Un grupo de obligadores menores, de tatuajes más sencillos, lo seguía.

Camon se levantó cuando el prelado entró, en señal de respeto, un respeto que incluso los nobles de la más alta de las Grandes Casas debían mostrar a un obligador del rango de Laird. Este no inclinó la cabeza ni expresó ningún saludo, sino que avanzó y tomó asiento delante de la mesa de Camon. Uno de los miembros de la banda que hacía de criado se apresuró a traer vino helado y fruta para el obligador.

Laird aceptó la fruta, dejando que el criado esperara allí de pie, obediente, con el plato de comida, como si fuera un mueble.

—Lord Jedue —dijo por fin Laird—, me alegro de que por fin tengamos ocasión de conocernos.

—Igual que yo, Vuestra Gracia —respondió Camon.

—¿Por qué, de nuevo, no pudo acudir al edificio del Cantón y requirió en cambio que yo lo visitara aquí?

—Mis rodillas, Vuestra Gracia —dijo Camon—. Mis médicos me recomendaron que viajara lo menos posible.

Y, *con motivo, sentías bastante aprensión a entrar en una fortaleza del Ministerio*, pensó Vin.

—Ya veo —dijo Laird—. Rodillas delicadas. Un desafortunado defecto para un hombre cuyo negocio es el transporte.

—No tengo que ir en los viajes, Vuestra Gracia —dijo Camon, inclinando la cabeza—. Solo organizarlos.

Bien, pensó Vin. Asegúrate de que sigues mostrándote servil, Camon. Tienes que parecer desesperado.

Vin necesitaba que aquel timo tuviera éxito. Camon la amenazaba y la golpeaba, pero la consideraba su amuleto de la buena suerte. No estaba segura de que supiera por qué los planes salían mejor cuando ella estaba presente en la habitación, pero al parecer había atado cabos. Eso la convertía en valiosa... y Reen siempre había dicho que la forma más segura de mantenerse con vida en los bajos fondos era ser indispensable.

—Ya veo —repitió Laird—. Bien, me temo que nuestro encuentro se ha producido demasiado tarde para sus propósitos. El Cantón de las Finanzas ya ha votado su propuesta.

—¿Tan pronto? —preguntó Camon con sorpresa genuina.

—Sí —repuso Laird, tomando un sorbo de vino, sin despedir todavía al criado—. Hemos decidido no aceptar su contrato.

Camon permaneció sentado un momento, aturdido.

—Lamento oír eso, Vuestra Gracia.

Laird ha venido a verte, pensó Vin. Eso significa que aún está en posición de negociar.

—Bien —continuó diciendo Camon, viendo lo que había visto Vin—. Eso es muy desafortunado, ya que estaba dispuesto a hacer al Ministerio una oferta aún mejor.

Laird alzó una ceja tatuada.

—Dudo que importe. Hay un elemento del consejo que considera que el Cantón recibiría un servicio mejor si encontráramos una casa más estable para transportar a nuestra gente.

—Eso sería un grave error —dijo con delicadeza Camon—. Seamos sinceros, Vuestra Gracia. Los dos sabemos que este contrato es la última oportunidad de la Casa de Jedue. Ahora que hemos perdido el contrato con Farwan, no podemos permitirnos seguir trasladando nuestros barcos por el canal a Luthadel. Sin el patrocinio del Ministerio, mi casa está condenada económicamente.

—Esto es hacer muy poco para persuadirme, Alteza —dijo el obligador.

—¿De verdad? —preguntó Camon—. Hágase esta pregunta: ¿quién los servirá mejor? ¿Será la casa que tiene docenas de contratos que atender o la casa que ve su contrato como su última esperanza? El Cantón de las Finanzas no encontrará un socio más servicial que uno desesperado. Dejen que mis barcos sean los que transporten a sus acólitos desde el norte... dejen que mis soldados los escolten, y no se sentirán decepcionados.

Bien, pensó Vin.

—Yo... Comprendo —dijo el obligador, preocupado ahora.

—Estaría dispuesto a ofrecerles una ampliación de contrato, con un precio fijo de cincuenta cuartos por cabeza el viaje. Sus acólitos podrían viajar en nuestros barcos a su antojo y siempre tendrían los escoltas necesarios.

Esta vez, la ceja del obligador se levantó incluso más.

—Eso es la mitad de la tarifa anterior.

—Ya se lo he dicho. Estamos desesperados. Mi casa *necesita* mantener sus barcos en marcha. Cincuenta cuartos no nos dejarán beneficio, pero no importa. Cuando tengamos el contrato ministerial que nos garantice estabilidad, podremos encontrar otros contratos para llenar nuestros cofres.

Laird pareció pensativo. Era un trato fabuloso... un trato que en circunstancias normales habría levantado sospechas. Sin embargo, la presentación de Camon creaba la imagen de una casa al borde del colapso financiero. El otro jefe de la banda, Theron, había pasado cinco años construyendo, timando y engañando para crear aquel momento. El Ministerio se mostraría remiso a no considerar la oportunidad.

Laird se estaba dando cuenta de lo mismo. El Ministerio de Acero no era solo la fuerza de la burocracia y la autoridad legal del Imperio Final: era como una casa nobiliaria en sí misma. Cuantas más riquezas tuviera, cuanto mejores fueran sus propios contratos mercantiles, más peso tendrían los Cantones del Ministerio entre sí y con las casas nobles.

Sin embargo, Laird parecía vacilar. Vin vio la expresión en sus ojos, el recelo que tan bien conocía. No iba a aceptar el contrato.

Ahora, pensó Vin. Es mi turno.

Vin usó su Suerte con Laird. Lo hizo de modo tentativo, sin estar siquiera segura de lo que hacía o de por qué podía hacerlo. Su contacto fue instintivo, no obstante, entrenado durante años de práctica sutil. Tenía diez años de edad cuando se dio cuenta de que la gente no podía hacer lo que podía hacer ella.

Volvió a presionar contra las emociones de Laird, cubriéndolas. Él se volvió menos receloso, menos temeroso. Dócil. Sus preocupaciones se

fundieron y Vin vio un calmado control asentarse en sus ojos.

Sin embargo, Laird todavía parecía indeciso. Vin empujó con más fuerza. Él ladeó la cabeza, como pensativo. Abrió la boca para hablar, pero ella empujó de nuevo, agotando con desesperación sus últimas reservas de Suerte.

Él volvió a hacer una pausa.

—Muy bien —dijo por fin—. Llevaré esta nueva propuesta al Consejo. Tal vez todavía se pueda alcanzar un acuerdo.

Si los hombres leen estas palabras, que sepan que el poder es una pesada carga. No busquéis caer en sus redes. Las profecías de Terris dicen que yo tendré el poder para salvar el mundo.

Sin embargo, dan a entender que también tendré poder para destruirlo.

2



EN OPINIÓN DE KELSIER, la ciudad de Luthadel, sede del lord Legislador, era un espectáculo deprimente. La mayoría de los edificios habían sido construidos con bloques de piedra y rematados con techos de tejas para los ricos y sencillos tejados de madera terminados en pico para el resto. Las estructuras estaban demasiado juntas, por lo que parecían pequeñas a pesar de que, en general, constaban de tres alturas.

Las casas de vecinos y los comercios eran de aspecto uniforme: no era un sitio donde nadie quisiera llamar la atención. A menos, por supuesto, que fueras miembro de la alta nobleza.

Repartidas por toda la ciudad había una docena aproximada de fortalezas monolíticas. Intrincadas, con hileras de agujas como lanzas o profundas arcadas, constituían los hogares de la alta nobleza. De hecho, eran el *sello* de una familia de la alta nobleza: cualquier familia que pudiera permitirse construir una fortaleza y mantener una presencia llamativa en Luthadel era considerada una Gran Casa.

La mayoría de las zonas despejadas de la ciudad estaban en torno a estas fortalezas. Los espacios vacíos entre edificios eran como claros en un bosque, las fortalezas como montes solitarios alzándose sobre el terreno. Como negras montañas. Como toda la ciudad, las fortalezas estaban sucias por incontables años de nevadas de ceniza.

Todas las estructuras de Luthadel (prácticamente todas las estructuras que Kelsier había visto) estaban ennegrecidas hasta cierto punto. Incluso la muralla de la ciudad, en la que ahora se encontraba Kelsier, estaba cubierta por una pátina de hollín. Las estructuras solían ser más oscuras en la parte superior, donde se acumulaba la ceniza, pero las lluvias y la condensación de cada tarde habían llevado las manchas hasta los salientes y las habían hecho chorrear por las paredes. Como pintura corriendo por un lienzo, la oscuridad parecía resbalar por los lados de los edificios en pendiente irregular.

Las calles, por supuesto, eran completamente negras. Kelsier seguía esperando, escrutando la ciudad mientras un grupo de obreros skaa trabajaba en la calle de abajo, despejándola de los últimos montones de ceniza. La llevarían al río Channerel, que pasaba por el centro, para que la arrastrara la corriente, no fuera a ser que siguiera acumulándose y acabara por enterrar la ciudad. A veces, Kelsier se preguntaba por qué el imperio no era solo un enorme montón de ceniza. Suponía que la ceniza acabaría por convertirse en tierra tarde o temprano. Sin embargo, se dedicaba una cantidad absurda de esfuerzo a mantener las ciudades y los campos lo bastante despejados para poder utilizarlos.

Por fortuna, siempre había skaa suficientes para hacer el trabajo. Los trabajadores que veía abajo llevaban abrigos y pantalones sencillos, desgastados y manchados de ceniza. Como los obreros de la plantación que había dejado atrás hacía varias semanas, trabajaban sumisos, con movimientos controlados. Otros grupos de skaa pasaron, respondiendo a las campanas que sonaban a lo lejos marcando la hora y llamándolos al turno matutino en las fraguas o los molinos. La principal exportación de Luthadel era el metal: la ciudad albergaba cientos de fraguas y refinerías. Sin embargo, las aguas del río proporcionaban un caudal excelente para los molinos, bien fuera para moler grano o para fabricar telas.

Los skaa continuaron trabajando. Kelsier se apartó y miró a lo lejos, hacia el centro de la ciudad, donde el palacio del lord Legislador se alzaba como una especie de enorme insecto espinoso. Kredik Shaw, la Colina de las Mil Torres. El palacio superaba varias veces en tamaño al torreón de cualquier otro noble y era con diferencia el edificio más grande de la ciudad.

Otra nevada de ceniza empezó a caer mientras Kelsier contemplaba la ciudad. Los copos se asentaban con languidez sobre las calles y los edificios. *Hay un montón de nevadas de ceniza últimamente*, pensó, contento por tener

una excusa para ponerse la capucha. *Los Montes de Ceniza deben de estar activos.*

Era improbable que lo reconociera nadie en la ciudad: habían pasado tres años desde su captura. A pesar de todo, la capucha le daba seguridad. Si todo salía bien llegaría un momento en que Kelsier querría ser visto y reconocido. Por ahora, lo mejor sería permanecer en el anonimato.

Al cabo de un rato una figura se acercó por la muralla. El hombre, Dockson, era más bajo que Kelsier y tenía un rostro cuadrado, adecuado a su constitución moderadamente fornida. Una vulgar capucha marrón le cubría el pelo negro y llevaba la misma barba corta que usaba desde que le habían crecido cuatro pelos hacia veinte años.

Como Kelsier, llevaba ropa de noble: un colorido chaleco, chaquetón y pantalones oscuros y una fina capa para resguardarse de la ceniza. El traje no era lujoso, pero sí aristocrático, propio de la clase media de Luthadel. La mayoría de los hombres de noble cuna no eran lo bastante ricos para ser considerados como pertenecientes a una Gran Casa; sin embargo, en el Imperio Final, la nobleza no se basaba solo en el dinero. Era cuestión de linaje y de historia; el lord Legislador era inmortal y, al parecer, aún recordaba a los hombres que lo habían apoyado durante los primeros años de su reinado. Los descendientes de aquellos hombres, no importaba lo pobres que se volvieran, siempre serían favorecidos.

Aquella ropa impedía que las patrullas de guardias hicieran demasiadas preguntas. En el caso de Kelsier y Dockson, esa vestimenta era falsa. En realidad, ninguno de los dos era noble, aunque en términos estrictos, Kelsier fuese mestizo. En muchos aspectos, ser mestizo era peor que ser un simple skaa.

Dockson se detuvo junto a Kelsier, se apoyó en las almenas, descansando un par de fuertes brazos sobre la piedra.

—Llegas unos cuantos días tarde, Kel.

—Decidí hacer unas cuantas paradas adicionales en las plantaciones del norte.

—Ah —dijo Dockson—. Así que *tuviste* algo que ver con la muerte de lord Tresting.

Kelsier sonrió.

—Podríamos decir que sí.

—Su asesinato ha causado gran commoción entre la nobleza local.

—Esa era la intención —dijo Kelsier—. Aunque, para ser sincero, no planeaba nada tan dramático. Fue más un accidente que otra cosa.

Dockson alzó una ceja.

—¿Cómo se mata «por accidente» a un noble en su propia mansión?

—Clavándole un cuchillo en el pecho —respondió con animosidad Kelsier—. O, más bien, un par de cuchillos en el pecho: siempre es mejor ser precavido.

Dockson puso los ojos en blanco.

—Su muerte no es precisamente una pérdida, Dox —dijo Kelsier—. Incluso entre los nobles, Treating tenía fama de cruel.

—No me importa Treating —contestó Dockson—. Solo estoy pensando en el grado de locura que me impulsa a planear otro trabajo contigo. Atacar a un lord provinciano en su mansión, rodeado de guardias... La verdad, Kel, casi me había olvidado de lo temerario que puedes ser.

—¿Temerario? —preguntó Kelsier con una carcajada—. Eso no fue temerario: fue solo un pequeño entretenimiento. ¡No imaginas algunas de las cosas que *planeo* hacer!

Dockson se quedó quieto un momento, luego se echó a reír también.

—¡Por el lord Legislador, me alegro de tenerte de vuelta, Kel! Me temo que me he vuelto muy aburrido estos últimos años.

—Lo arreglaremos —prometió Kelsier.

Inspiró hondo mientras la ceniza caía liviana a su alrededor. Las cuadrillas de limpieza skaa ya habían vuelto a trabajar en las calles de abajo, barriendo la negra ceniza. Por detrás de Kelsier y Dockson pasó una patrulla de guardias y saludó. Ambos esperaron en silencio a que los hombres se alejaran.

—Me alegro de estar de vuelta —dijo Kelsier por fin—. Hay algo acogedor en Luthadel... aunque sea una ciudad deprimente y agobiante. ¿Has organizado la reunión?

Dockson asintió.

—Pero no podemos empezar hasta esta noche. ¿Cómo has logrado entrar, por cierto? Tengo hombres vigilando las puertas.

—¿Hummm? Ah, es que me colé anoche.

—Pero ¿cómo...? —Dockson hizo una pausa—. Bueno, está bien. Me va a costar acostumbrarme.

Kelsier se encogió de hombros.

—No veo por qué. Siempre trabajas con brumosos.

—Sí, pero esto es diferente —dijo Dockson. Alzó una mano para contrarrestar cualquier oposición—. No es necesario, Kel. No estoy poniendo trabas... Solo digo que me costará acostumbrarme.

—Bien. ¿Quién va a venir esta noche?

—Bueno, Brisa y Ham estarán allí, ni que decir tiene. Sienten mucha curiosidad por ese misterioso trabajo tuyo... Por no mencionar lo molestos que andan porque no les he contado qué has estado haciendo estos últimos años.

—Bien —dijo Kelsier con una sonrisa—. Que sigan en la duda. ¿Qué tal Trampa?

Dockson negó con la cabeza.

—Trampa ha muerto. El Ministerio lo capturó por fin hace un par de meses. Ni siquiera se molestaron en enviarlo a los Pozos: lo decapitaron en el acto.

Kelsier cerró los ojos y resopló con delicadeza. Parecía que el Ministerio de Acero acababa por capturar siempre a todo el mundo. A veces, Kelsier sentía que la vida de un skaa brumoso no consistía tanto en sobrevivir como en escoger el momento adecuado para morir.

—Esto nos deja sin ahumador —dijo Kelsier por fin, abriendo los ojos—. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Ruddy —respondió Dockson.

Kelsier negó con la cabeza.

—No. Es un buen ahumador, pero no es buena persona.

Dockson sonrió.

—No es lo bastante buena persona como para estar en una banda de ladrones... Kel, *he* echado de menos trabajar contigo, de veras. Muy bien, ¿quién entonces?

Kelsier lo pensó un momento.

—¿Sigue Clubs con ese taller suyo?

—Que yo sepa... —dijo Dockson, despacio.

—Se supone que es uno de los mejores ahumadores de la ciudad.

—Eso parece —respondió Dockson—. Pero... ¿no resulta difícil trabajar con él?

—No es para tanto —dijo Kelsier—. Cuando te acostumbras a él. Además, creo que podría ser... adecuado para este trabajo en concreto.

—Muy bien. —Dockson se encogió de hombros—. Lo invitaré. Creo que uno de sus parientes es un ojo de estaño. ¿Quieres que lo invite también?

—Me parece bien.

—De acuerdo —dijo Dockson—. Bueno, además, tenemos a Yeden. Suponiendo que le siga interesando...

—Estará allí —dijo Kelsier.

—Será mejor que esté. Él nos paga, después de todo.

Kelsier asintió, luego frunció el ceño.

—No has mencionado a Marsh.

Dockson se encogió de hombros.

—Ya te lo advertí. Tu hermano nunca aprobó nuestros métodos y ahora... Bueno, ya conoces a Marsh. No querrá tener nada que ver con Yeden ni con la rebelión, mucho menos con un puñado de criminales como nosotros. Creo que tendremos que buscar a otra persona que se infiltre entre los obligadores.

—No —dijo Kelsier—. Lo hará. Tendré que pasarme a persuadirlo.

—Si tú lo dices...

Dockson guardó silencio y los dos permanecieron inmóviles un momento, apoyados contra la muralla y contemplando la ciudad cubierta de ceniza.

Transcurridos unos instantes, Dockson sacudió la cabeza.

—Es una locura, ¿no?

Kelsier sonrió.

—¿A qué sienta bien?

Dockson asintió.

—Estupendamente.

—Será un trabajo único —dijo Kelsier, mirando hacia el norte, al retorcido edificio que se alzaba en el centro de la ciudad.

Dockson se apartó de la muralla.

—Faltan unas cuantas horas para la reunión. Hay algo que quiero mostrarte. Creo que todavía tenemos tiempo... si nos damos prisa.

Kelsier se volvió, curioso.

—Bueno, *iba* a ir a echarle una buena reprimenda a mi prudente hermano.

Pero...

—Esto merecerá la pena —prometió Dockson.

VIN ESTABA SENTADA EN EL rincón del cubículo principal de la guarida. Se mantenía en las sombras, como de costumbre; cuanto más permaneciera apartada de la vista, más la ignorarían los demás. No podía permitirse malgastar suerte haciendo que los hombres mantuvieran las manos apartadas

de ella. Apenas había tenido tiempo para regenerar la que había gastado unos cuantos días antes, durante el encuentro con el obligador.

La multitud de costumbre ocupaba las mesas de la habitación, jugando a los dados o discutiendo trabajos de poca importancia. El humo de una docena de pipas se acumulaba en el techo y las paredes estaban oscuras por años del mismo tratamiento. El suelo estaba manchado de ceniza. Como la mayoría de las bandas de ladrones, el grupo de Camon no era famoso por su limpieza.

Había una puerta al fondo de la habitación y, más allá, una escalera de piedra que se enroscaba sobre sí misma hasta llegar a una falsa alcantarilla en un callejón. Aquella habitación, como tantas otras ocultas en la capital imperial de Luthadel, se suponía que no existía.

Llegaban risotadas de la parte delantera de la cámara, donde Camon estaba sentado con media docena de amigotes disfrutando de una tarde típica de cerveza y chistes groseros. La mesa de Camon estaba situada junto a la barra, cuyas bebidas, demasiado caras, no eran sino otro de los numerosos métodos de los que se servía Camon para aprovecharse de quienes trabajaban para él. Los elementos criminales de Luthadel habían aprendido bastante bien las lecciones de la nobleza.

Vin hacía todo cuanto podía por permanecer invisible. Seis meses antes no hubiese creído que la vida pudiera ser peor sin Reen. No obstante, a pesar de la abusiva ira de su hermano, había impedido que los otros miembros de la banda se propasaran con ella. Había relativamente pocas mujeres en las bandas de ladrones: por lo general, las que se relacionaban con los bajos fondos acababan trabajando de prostitutas. Reen siempre le había dicho que una chica tenía que ser dura: más dura aún que un hombre, si quería sobrevivir.

¿Crees que los jefes de las bandas querrán a una molestia como tú en el grupo?, le había dicho. *Ni siquiera yo quiero trabajar contigo, y soy tu hermano.*

Todavía le dolía la espalda: Camon la había azotado el día anterior. La sangre le estropearía la camisa y no podía permitirse otra. Camon se estaba quedando con su salario para cobrarse las deudas que había dejado Reen.

Pero soy fuerte, pensó.

Esa era la ironía. Las palizas ya casi no le dolían porque los frecuentes abusos de Reen la habían vuelto resistente y le habían enseñado al mismo tiempo a parecer patética y rota. En cierto modo, las palizas eran contraproducentes en sí mismas. Los cardenales y las magulladuras se curaban, pero cada nuevo golpe volvía a Vin más dura. Más fuerte.

Camón se levantó. Rebuscó en el bolsillo de su casaca y sacó su reloj de oro. Hizo un gesto a uno de sus acompañantes y luego escrutó la habitación... buscándola.

Sus ojos se clavaron en Vin.

—Es la hora.

Vin frunció el ceño. *¿La hora de qué?*

EL CANTÓN DE LAS FINANZAS del Ministerio era una estructura impresionante, pero, claro, *todo* cuanto tenía que ver con el Ministerio de Acero tenía a serlo.

Alto y cuadrado, el edificio disponía de un enorme rosetón en la fachada, cuyos cristales se veían oscuros desde el exterior. Dos grandes estandartes colgaban junto a la ventana. La tela roja manchada de hollín proclamaba alabanzas al lord Legislador.

Camón estudió el edificio con ojo crítico. Vin notó su aprensión. El Cantón de las Finanzas no era la más amenazadora de las sedes del Ministerio: el Cantón de la Inquisición o incluso el Cantón de la Ortodoxia tenían una reputación mucho más ominosa. Sin embargo, entrar por voluntad propia en cualquier edificio ministerial... ponerte a ti mismo en manos de los obligadores... bueno, era algo que se hacía solo después de serias consideraciones.

Camón se llenó los pulmones de aire antes de dar un paso adelante, golpeando con su bastón de duelos las piedras mientras caminaba. Llevaba su caro traje de noble y le acompañaban media docena de miembros de la banda, incluida Vin, para hacerse pasar por sus «criados».

Vin siguió a Camón escalinata arriba y esperó mientras uno de los miembros de la banda se adelantaba de un salto para abrir la puerta a su «amo». De los seis partícipes, parecía que solo a Vin no le habían dicho nada del plan. Sospechosamente, a Theron (el supuesto socio de Camón en el timo al Ministerio) no se le veía por ninguna parte.

Vin entró en el edificio del Cantón. Una vibrante luz roja con destellos azules entraba por el rosetón. Un único obligador, con tatuajes de nivel medio alrededor de los ojos, estaba sentado tras una mesa al fondo de la alargada recepción.

Camón se acercó dando golpes de bastón contra la alfombra.

—Soy lord Jedue —dijo.

¿Qué estás haciendo, Camon?, pensó Vin. Le insististe a Theron en que no te reunirías con el prelado Laird en su despacho del Cantón. Sin embargo, estás aquí.

El obligador asintió, tomando nota en su libro de registro. Señaló a un lado.

—Puede acompañarle un sirviente en la sala de espera. El resto debe permanecer aquí.

El bufido de desdén de Camon indicó lo que pensaba de esa prohibición. El obligador, sin embargo, no levantó la cabeza de su libro. Camon permaneció inmóvil un instante y Vin no supo si estaba verdaderamente enfadado o si tan solo interpretaba el papel de un noble arrogante. Al final, la señaló con un dedo.

—Ven —dijo, dándose la vuelta y yendo hacia la puerta indicada.

La habitación que había al otro lado era lujosa y cómoda. Varios nobles esperaban en ella, reclinados en diversas posturas. Camon escogió un sillón y se sentó, y luego señaló una mesa con vino y pasteles de escarcha roja. Vin, obediente, le sirvió un vaso de vino y un plato de comida, ignorando su propia hambre.

Camon empezó a atacar los pasteles con ansia, haciendo chasquear los labios mientras comía.

Está nervioso. Más nervioso incluso que antes.

—Cuando entremos, no dirás nada —murmuró Camon entre bocados.

—Vas a traicionar a Theron —susurró Vin.

Camon asintió.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?

El plan de Theron era de ejecución compleja, pero conceptualmente simple. Cada año, el Ministerio trasladaba sus nuevos acólitos obligadores de las instalaciones norteñas de adiestramiento al sur, a Luthadel, para terminar su instrucción. Sin embargo, Theron había descubierto que esos acólitos y sus supervisores traían consigo grandes cantidades de fondos del Ministerio, disfrazadas de equipaje, para su almacenamiento en Luthadel.

Dedicarse al bandidaje era muy difícil en el Imperio Final debido a que las patrullas no se alejaban nunca de las rutas del canal. Sin embargo, si se controlaran las propias barcazas en las que navegaban los acólitos, el robo sería factible. En el momento preciso los guardias se volvían contra sus pasajeros... Un hombre podía sacar unos buenos beneficios y luego achacar las pérdidas a los bandidos.

—La banda de Theron es débil —dijo Camon en voz baja—. Ha invertido demasiados recursos en este golpe.

—Pero las ganancias que obtendrá... —dijo Vin.

—No tendrán lugar jamás si cojo ahora lo que pueda y huyo —dijo Camon, sonriendo—. Convenceré a los obligadores para que me den un adelanto para mantener a flote mis convoyes, y luego desapareceré y dejaré que Theron se encargue del desastre cuando el Ministerio se dé cuenta de que lo han timado.

Vin dio un paso atrás, levemente sorprendida. Preparar un golpe como ese le habría costado a Theron miles y miles de cuartos: si el trato salía mal, estaría arruinado. Y, con el Ministerio persiguiéndolo, ni siquiera tendría tiempo de buscar venganza. Camon obtendría beneficios rápidos además de deshacerse de uno de sus más poderosos rivales.

Theron fue un necio al meter a Camon en esto, pensó Vin. Pero, claro, la suma que le había prometido a Camon era enorme: debía de haber supuesto que, empujado por la avaricia, Camon se mostraría honesto hasta que el propio Theron pudiera idear una jugarreta. Camon solo había actuado más rápido de lo que nadie, ni siquiera Vin, esperaba. ¿Cómo podía saber Theron que Camon socavaría el trabajo en vez de esperar para intentar robar todo el dinero de los convoyes?

El estómago le dio un vuelco. *Es solo otra traición*, pensó, asqueada. *¿Por qué sigue molestándome tanto? Todo el mundo traiciona a todo el mundo. Así es la vida...*

Quiso buscar un rincón, un sitio apartado y diminuto, y esconderse. Sola. *Todos te traicionarán. Todos.*

Pero no había ningún sitio adónde ir. Al cabo de un rato, un obligador menor entró y llamó a lord Jedue. Vin siguió a Camon mientras los conducían a una sala de audiencias.

El hombre que esperaba dentro, sentado tras la mesa, no era el prelado Laird.

Camon se detuvo en la puerta. La sala, austera, disponía por todo mobiliario de aquella mesa y una sencilla alfombra gris. Las paredes de piedra estaban desnudas y la única ventana apenas tenía un palmo de anchura. El obligador que los esperaba tenía alrededor de los ojos los tatuajes más intrincados que Vin había visto jamás. Ni siquiera estaba segura del rango que implicaban, pero se extendían hasta las orejas y la frente del obligador.

—Lord Jedue —dijo el extraño obligador. Como Laird, llevaba una túnica gris, pero era muy distinto de los severos burócratas con los que Camon había tratado antes. El hombre era esbelto y musculoso, y su cabeza calva y triangular le daba un aspecto casi depredador.

—Tenía la impresión de que iba a reunirme con el prelado Laird —dijo Camon, sin entrar en la sala todavía.

—El prelado Laird ha tenido que atender otros asuntos. Soy el sumo prelado Arriev, jefe del consejo que recibió su propuesta. Tiene usted la rara oportunidad de dirigirse a mí directamente. Por norma general no atiendo ningún caso en persona, pero la ausencia de Laird ha hecho necesario que me ocupe de algunos de sus trabajos.

El instinto de Vin la puso en guardia. *Deberíamos irnos. Ahora.*

Camon se detuvo un largo instante y Vin notó que se lo estaba pensando. ¿Huir ahora? ¿O correr el riesgo por el premio mayor? A Vin no le importaban los premios: solo quería vivir. Camon, sin embargo, no había llegado a ser jefe de banda sin correr algún riesgo ocasional. Entró despacio en la sala, cauta la mirada, y se sentó frente al obligador.

—Bien, sumo prelado Arriev —dijo Camon, cauteloso—. ¿Debo suponer que, puesto que se me ha convocado a otra cita, el consejo está considerando mi oferta?

—En efecto —dijo el obligador—. Aunque debo admitir que hay algunos miembros del consejo que se muestran reacios a tratar con una familia que se halla tan cerca del desastre económico. El Ministerio suele preferir ser conservador en sus operaciones financieras.

—Ya veo.

—Pero hay otros en el consejo que están bastante dispuestos a aprovecharse de las ventajas que nos ofrece.

—¿Y con qué grupo se identifica Vuestra Gracia?

—Aún no he tomado una decisión. —El obligador se inclinó hacia delante—. Y por eso he recalcado que tiene usted una rara oportunidad. Convénzame, lord Jedue, y tendrá su contrato.

—Sin duda, el prelado Laird le habrá dado los detalles de nuestra oferta —dijo Camon.

—Sí, pero me gustaría oír sus argumentos de viva voz. Complázcame.

Vin frunció el ceño. Se encontraba casi al fondo de la sala, cerca de la puerta, aún medio convencida de que debía echar a correr.

—¿Bien? —preguntó Arriev.

—Necesitamos este contrato, Vuestra Gracia —dijo Camon—. Sin él no podremos continuar con nuestras operaciones en el canal. Vuestro contrato nos dará un necesario periodo de estabilidad... Será una oportunidad para mantener nuestros convoyes durante una temporada mientras buscamos otros contratos.

Arriev estudió a Camon durante un momento.

—Sin duda que sabe hacerlo mejor, lord Jedue. Laird dijo que fue usted muy persuasivo... Déjeme oírle *demostrar* que se merece nuestro patrocinio.

Vin preparó su Suerte. Podía hacer que Arriev se sintiera más inclinado a creer... Pero algo la contuvo. La situación le parecía extraña.

—Somos su mejor oportunidad, Vuestra Gracia —dijo Camon—. ¿Temen que mi casa sufra un colapso económico? Bueno, si es así, ¿qué habrán perdido ustedes? En el peor de los casos, mis barcos dejarán de navegar y ustedes tendrán que encontrar otros mercaderes con los que tratar. Sin embargo, si su patrocinio es suficiente para mantener mi casa, entonces habrán encontrado un envidiable contrato a largo plazo.

—Ya veo —dijo animadamente Arriev—. ¿Y por qué con el Ministerio? ¿Por qué no hace su trato con otra persona? Sin duda hay otras opciones para sus barcos... otros grupos que aprovecharían sin dudar esas tarifas.

Camon frunció el ceño.

—No es cuestión de dinero, Vuestra Gracia, sino de la victoria, la muestra de confianza que representaría tener un contrato con el Ministerio. Si ustedes confían en nosotros, otros lo harán también. *Necesito* su apoyo. —Camon estaba sudando. Debía de empezar a arrepentirse de su temeridad. ¿Lo habían traicionado? ¿Estaba Theron detrás de la extraña reunión?

El obligador esperó en silencio. Vin sabía que podía destruirlos. Si llegaba a sospechar que lo estaban timando, podría entregarlos al Cantón de la Inquisición. Más de un noble había entrado en un edificio del Cantón y no había salido nunca.

Apretando los dientes, Vin se esforzó y usó su Suerte con el obligador, volviéndolo menos suspicaz.

Arriev sonrió.

—Bien, me ha convencido —declaró de pronto.

Camon suspiró aliviado.

—En su carta más reciente sugería que necesitaban tres mil cuartos como anticipo para rehacer su equipo y reemprender las operaciones fluviales — continuó Arriev—. Vea al escriba del salón principal. Que se encargue de

terminar el papeleo para que pueda solicitar los fondos necesarios. —El obligador sacó una hoja de grueso papel burocrático de un fajo y estampó un sello al pie. Se la tendió a Camon—. Su contrato.

Camon sonrió con toda el alma.

—Sabía que recurrir al Ministerio era la opción adecuada —dijo, aceptando el contrato.

Se levantó, dedicó un respetuoso saludo al obligador y, a continuación, indicó a Vin que le abriera la puerta. Ella así lo hizo. *Algo va mal. Algo va muy mal.*

Se detuvo en la puerta cuando Camon salió y miró al obligador. Todavía estaba sonriendo.

Un obligador feliz era siempre un mal signo.

Pero nadie los detuvo mientras atravesaban la sala de espera con sus nobles ocupantes. Camon selló y entregó el contrato al escriba adecuado y ningún soldado apareció para arrestarlos. Él escriba sacó un cofrecito lleno de monedas y se lo entregó a Camon con gesto indiferente.

Luego, sin más, salieron del edificio del Cantón. Camon se reunió con el resto de sus ayudantes con obvio alivio. No hubo gritos de alarma. Ni pasos de soldados. Eran libres. Camon había conseguido timar con éxito tanto al Ministerio como al otro jefe de la banda.

En apariencia, al menos.

KELSIER SE METIÓ EN LA boca otro de los pastelitos de cobertura roja y lo masticó con satisfacción. El grueso ladrón y su flaca ayudante atravesaron la sala de espera camino de la salida. El obligador que había entrevistado a los dos ladrones permaneció en su despacho, al parecer preparando su siguiente cita.

—¿Y bien? —preguntó Dockson—. ¿Qué te parece?

Kelsier miró los pastelitos.

—Están bastante buenos —dijo, tomando otro—. En el Ministerio siempre han tenido un gusto excelente: es lógico que ofrezcan manjares de primera.

Dockson puso los ojos en blanco.

—Me refiero a la chica, Kel.

Kelsier sonrió mientras se aprovisionaba de cuatro pasteles, y luego indicó la puerta. La sala de espera del Cantón empezaba a estar demasiado

abarrotada para discutir asuntos delicados. Al salir, se detuvo para decirle al obligador secretario del rincón que tendrían que fijar una cita para otro día.

Luego los dos atravesaron la cámara de entrada, pasando junto al voluminoso jefe de banda, que estaba hablando con un escriba. Kelsier salió a la calle, se puso la capucha para protegerse de la caída de ceniza y abrió la marcha. Se detuvo en la boca de un callejón, desde donde Dockson y él podían observar las puertas del edificio del Cantón.

Kelsier masticó feliz sus pastelitos.

—¿Cómo la descubriste? —preguntó entre bocados.

—Tu hermano —respondió Dockson—. Camon trató de engatusar a Marsh hace unos cuantos meses, y también llevó a la chica. Lo cierto es que el pequeño amuleto de la suerte de Camon está adquiriendo una fama moderada en los círculos adecuados. Aún no sé muy bien si Camon es consciente de lo que es ella o no. Ya sabes lo supersticiosos que pueden ser los ladrones.

Kelsier asintió y se sacudió las manos.

—¿Cómo sabías que ella estaría aquí hoy?

Dockson se encogió de hombros.

—Unos cuantos sobornos en el lugar adecuado. Llevo vigilando a la chica desde que Marsh me la señaló. Quería darte la oportunidad de verla con tus propios ojos.

Al otro lado de la calle, la puerta del edificio del Cantón se abrió al fin y Camon bajó a toda prisa la escalinata, rodeado de un grupo de «sirvientes». La muchachita de pelo corto lo acompañaba. Kelsier frunció el ceño al verla. Caminaba ansiosa y dio un leve respingo cuando alguien hizo un movimiento rápido. Tenía la mejilla derecha todavía ligeramente lívida por un cardenal a medio curar.

Kelsier miró al engréido Camon. *Tendré que idear algo adecuado para ese hombre en concreto.*

—Pobrecilla —murmuró Dockson.

Kelsier asintió.

—Pronto se librará de él. Es asombroso que nadie la haya descubierto antes.

—¿Tu hermano tenía razón, entonces?

Kelsier asintió.

—Al menos es una brumosa y, si Marsh dice que es algo más, me inclino a creerlo. Me sorprende un poco verla usar la alomancia con un miembro del

Ministerio, sobre todo dentro de un edificio del Cantón. Supongo que ni siquiera sabe que está utilizando sus habilidades.

—¿Es eso posible? —preguntó Dockson.

Kelsier asintió.

—Los minerales sedimentarios del agua pueden ser quemados, aunque solo sea para obtener una brizna de poder. Ese es uno de los motivos por los que el lord Legislador construyó su ciudad aquí: hay mucho metal en el suelo. Yo diría que...

Kelsier se calló y frunció levemente el ceño. Algo iba mal. Miró hacia Camon y su grupo. Todavía eran visibles no muy lejos, cruzando la calle y dirigiéndose hacia el sur.

Una figura apareció en la puerta del edificio del Cantón. Esbelto y con aire confiado, llevaba alrededor de los ojos los tatuajes de un sumo prelado del Cantón de las Finanzas. Quizá se tratara del mismo hombre con el que Camon se había reunido un rato antes. El obligador salió del edificio y un segundo hombre salió tras él.

Junto a Kelsier, Dockson se envaró de pronto.

El segundo hombre era alto y de constitución robusta. Cuando se dio la vuelta, Kelsier vio que un grueso clavo de metal atravesaba cada uno de los ojos del hombre. Tan anchos como la cuenca ocular, los clavos eran lo bastante largos como para que sus afiladas puntas sobresalieran dos centímetros por la parte posterior del cráneo afeitado del hombre. Las cabezas planas de los clavos brillaban como dos discos de plata en las cuencas donde deberían haber estado los ojos.

Un inquisidor de acero.

—¿Qué está haciendo *eso* aquí? —preguntó Dockson.

—Cálmate —dijo Kelsier, tratando de hacer lo mismo.

El inquisidor miró hacia ellos. Los ojos claveteados observaron a Kelsier antes de volverse hacia el lugar por donde se habían ido Camon y la muchacha. Como todos los inquisidores, llevaba intrincados tatuajes en los ojos (sobre todo negros, con una dura línea roja), que lo identificaban como un miembro de alto rango del Cantón de la Inquisición.

—No está aquí por nosotros —dijo Kelsier—. No voy a quemar nada: pensará que solo somos nobles ordinarios.

—La muchacha —dijo Dockson.

Kelsier asintió.

—Dices que Camon lleva trabajando en este timo al Ministerio algún tiempo. Bien, la chica debe de haber sido detectada por uno de los obligadores. Están entrenados para reconocer cuándo un alomante juega con sus emociones.

Dockson frunció el ceño, pensativo. Al otro lado de la calle, el inquisidor dijo algo al otro obligador y luego los dos se volvieron para echar a andar hacia donde había ido Camon. Caminaban sin ninguna prisa.

—Deben de haber enviado a alguien a seguirlos —dijo Dockson.

—Se trata del Ministerio —respondió Kelsier—. Habrán enviado al menos a dos.

Dockson asintió.

—Camon los llevará directamente a su guarida. Morirán docenas de ladrones. No son las personas más admirables del mundo, pero...

—A su modo, combaten al Imperio Final —dijo Kelsier—. Además, no estoy dispuesto a dejar que una posible nacida de la bruma se nos escape. Quiero hablar con la chica. ¿Puedes encargarte de esos perseguidores?

—Te decía que me estaba aburriendo, Kel, no que me hubiera vuelto torpe. Puedo encargarme de un par de sicarios del Ministerio.

—Bien —dijo Kelsier metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un frasquito. Varios copos de metal flotaban en una solución salina. Hierro, acero, estaño, peltre, cobre, bronce, cinc y latón: los ocho metales alománticos básicos. Kelsier le quitó el tapón y engulló el contenido de un solo trago.

Se guardó el frasco vacío y se limpió la boca.

—Me encargaré de ese inquisidor.

Dockson pareció preocuparse.

—¿Vas a intentar enfrentarte a él?

Kelsier negó con la cabeza.

—Demasiado peligroso. Lo distraeré nada más. Ahora, en marcha... No queremos que esos perseguidores encuentren la guarida.

Dockson asintió.

—Nos reuniremos en la encrucijada Quince —dijo antes de desaparecer callejón abajo doblando una esquina.

Kelsier contó hasta diez antes de buscar en su interior y quemar sus metales. Su cuerpo se llenó de fuerza, claridad y poder. Sonrió. Luego, quemando cinc, extendió su poder y se apoderó con firmeza de las emociones del inquisidor. La criatura se detuvo en el acto, luego se dio la vuelta y miró hacia el edificio del Cantón.

Ahora vamos a jugar a perseguirnos, tú y yo, pensó Kelsier.

Llegamos a Terris a principios de semana y tengo que decir que el paisaje me pareció maravilloso. Las grandes montañas al norte, con sus cimas nevadas y sus faldas boscosas, se alzan como dioses guardianes sobre esta tierra de verde fertilidad. Mis propias tierras del sur son llanas: creo que serían menos monótonas si hubiera unas cuantas montañas para dar variedad al terreno.

Aquí la gente se dedica sobre todo al pastoreo, aunque no son extraños los leñadores y los granjeros. Es una tierra de pastos, desde luego. Parece raro que un sitio tan agrícola sea la cuna de las profecías y las ideas teológicas en las que se basa el mundo entero en la actualidad.

3



CAMON CONTÓ SUS MONEDAS, dejando caer los cuartos de oro uno a uno en un cofrecito que había en la mesa. Todavía parecía un poco aturdido, y bien podía estarlo. Tres mil cuartos era una fabulosa cantidad de dinero, mucho más de lo que Camon ganaba incluso en un año muy bueno. Sus amigotes más íntimos estaban sentados a la mesa con él, mientras la cerveza y las risas fluían libremente.

Vin permanecía en su rincón tratando de comprender sus temores. Tres mil cuartos. El Ministerio nunca debería haber soltado semejante suma con tanta ligereza. El prelado Arriev parecía demasiado astuto para dejarse engañar con tanta facilidad.

Camon dejó caer otra moneda en el cofre. Vin no estaba segura de si se estaba haciendo el tonto o de si era astuto al hacer aquella exhibición de riqueza. Las bandas de los bajos fondos trabajaban siguiendo un acuerdo estricto: todos recibían una parte de las ganancias en proporción a su estatus en el grupo. Aunque a veces resultaba tentador matar al jefe y quedarse el dinero, un líder exitoso creaba más riqueza para todos. Su asesinato prematuro equivaldría a quedarse sin ganancias futuras, además de ganarse la ira de los otros miembros de la banda.

De todas formas, tres mil cuartos... Eso era más que suficiente para tentar al ladrón más sensato. Todo era un error.

Tengo que salir de aquí, decidió Vin. *Alejarme de Camon y de la guarida, por si sucede algo.*

Sin embargo... ¿marcharse? ¿Ella sola? Nunca había estado sola; siempre había tenido a Reen. Era él quien la guiaba de ciudad en ciudad, uniéndose a bandas de ladrones distintas. A ella le encantaba la soledad. Pero la idea de estar sola, ahí fuera en la ciudad, la horrorizaba. Por eso nunca se había escapado de Reen; por eso se había quedado con Camon.

No podía irse, pero tenía que hacerlo. Alzó la cabeza en su rincón, estudiando la habitación. No había mucha gente en la banda por quien sintiera afinidad. Sin embargo, había un par a los que lamentaría ver heridos si los obligadores actuaban contra la banda. Unos cuantos hombres que no habían intentado abusar de ella o, en casos muy raros, la habían tratado con cierta amabilidad.

Ulef encabezaba esa lista. No era un amigo, pero sí lo más parecido que ella tenía ahora que Reen se había marchado. Si la acompañaba, al menos no estaría sola. Con cautela, Vin fue avanzando contra un muro de la habitación hasta el lugar donde Ulef bebía con alguno de los otros miembros jóvenes de la banda.

Le tiró de la manga. Ulef se volvió hacia ella, tan solo algo achispado.

—¿Vin?

—Ulef —susurró ella—. Tenemos que irnos.

Él frunció el ceño.

—¿Irnos? ¿Irnos adónde?

—Fuera —susurró Vin—. Fuera de aquí.

—¿Ahora?

Vin asintió impaciente.

Ulef miró a sus amigos, que reían entre sí, dirigiendo miradas cargadas de picardía hacia Vin y él. Se ruborizó.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio, solos tú y yo?

—No para eso —dijo Vin—. Es que... tengo que salir de la guarida. Y no quiero estar sola.

Ulef frunció el ceño. Se acercó más, con un leve hedor a cerveza en su aliento.

—¿Qué es lo que pasa, Vin? —preguntó en voz baja.

Vin hizo una pausa.

—Creo... Creo que puede pasar algo, Ulef —susurró—. Algo con los obligadores. No quiero estar en la guarida en este momento.

Ulef guardó silencio.

—Muy bien —dijo por fin—. ¿Por cuánto tiempo será?

—No lo sé —respondió Vin—. Hasta la noche, al menos. Pero tenemos que irnos. *Ahora*.

Él asintió lentamente.

—Espera aquí un momento —susurró Vin, volviéndose. Dirigió una mirada a Camon, que se reía con uno de sus propios chistes. Luego se dirigió en silencio hacia el fondo de la sala, lleno de humo y cenizas.

La habitación donde dormía la banda era un sencillo pasillo alargado cubierto de petates. Era un sitio estrecho e incómodo, pero mucho mejor que los fríos callejones en los que ella había dormido durante sus años de viaje con Reen.

Callejones que tal vez tenga que volver a utilizar, pensó. Había sobrevivido antes a ellos. Podría hacerlo de nuevo.

Se acercó a su camastro oyendo las risas y los ruidos apagados de los hombres que bebían en la habitación de al lado. Se arrodilló y recogió lo poco que le pertenecía. Si algo le pasaba a la banda, no podría volver a la guarida. Jamás. Pero no podía llevarse el petate porque hubiese sido demasiado obvio, solo la cajita que contenía sus efectos personales: un guijarro de cada ciudad que había visitado, el pendiente que según Reen le había dado su madre y un pedazo de obsidiana del tamaño de una moneda grande. Tenía forma irregular y Reen lo llevaba como si fuera una especie de amuleto de la buena suerte. Era lo único que había dejado al abandonar la banda medio año antes. Cuando la había abandonado a ella.

Como siempre dijo que haría, se reprendió con severidad Vin. *Nunca creí que fuera a hacerlo... y por eso mismo tuvo que marcharse*.

Se guardó el pedazo de obsidiana y los guijarros en el bolsillo. Se puso el pendiente en la oreja izquierda: era un adorno muy sencillo. Parecía más bien un botón que no merecía la pena robar, y por eso no temía dejarlo en la habitación del fondo. Vin apenas se lo ponía por temor a que el adorno la hiciera parecer más femenina.

No tenía dinero, pero Reen le había enseñado a mendigar y rapiñar. Ambas cosas eran difíciles en el Imperio Final, sobre todo en Luthadel, pero encontraría un modo, si tenía que hacerlo.

Vin dejó su caja y su petate y volvió a la habitación grande. Tal vez estaba exagerando; a lo mejor no le pasaría nada a la banda. Pero si pasaba... Bueno, si una cosa le había enseñado Reen era cómo salvar el cuello. Llevarse a Ulef era buena idea. Tenía contactos en Luthadel. Si le pasaba algo a la banda de Camon, seguro que Ulef encontraría trabajo para ambos en...

Vin se detuvo. Ulef no estaba en la mesa donde ella lo había dejado, sino de pie en la parte delantera de la sala. Cerca de la barra. Cerca... de Camon.

—¡Qué es esto! —Camon se levantó, con la cara roja como la luz del sol. Apartó su taburete del camino y se abalanzó hacia ella, medio borracho—. ¿Te escapas? Vas a traicionarme al Ministerio, ¿eh?

Vin corrió hacia la puerta de la escalera, abriéndose paso a la desesperada entre mesas y miembros de la banda.

El taburete de madera de Camon la alcanzó en la espalda y la arrojó al suelo. El dolor ardió entre sus hombros; varios miembros de la banda soltaron una exclamación cuando el taburete rebotó en ella y golpeó las tablas del suelo.

Vin se sintió aturdida. Y algo en su interior, algo que conocía pero no comprendía, le dio fuerzas. La cabeza dejó de darle vueltas, el dolor se convirtió en su centro de atención. Se puso en pie con torpeza.

Camon estaba allí. Le dio un revés mientras se incorporaba. La cabeza de Vin se movió siguiendo el impulso de la bofetada, torciendo el cuello de manera tan dolorosa que apenas sintió que volvía a golpear el suelo.

Camon se inclinó, la agarró por la camisa y la puso en pie mientras alzaba el puño. Vin no se paró a pensar ni se molestó en hablar; solo podía hacer una cosa. Usó toda su Suerte en un único y tremendo esfuerzo, y la lanzó contra Camon calmando su furia.

Camon se tambaleó. Su mirada se suavizó por un momento. La bajó un poco.

Entonces la furia regresó a sus ojos. Dura. Aterradora.

—Maldita zorra —murmuró Camon, agarrándola por los hombros y sacudiéndola—. Ese traidor hermano tuyo no me respetó nunca y tú eres igual. He sido demasiado amable con los dos. Debería...

Vin trató de zafarse, pero la tenaza de Camon era firme. Desesperada, buscó ayuda de otros miembros de la banda, aunque sabía lo que iba a encontrar. Indiferencia. Ellos se volvieron, avergonzados pero no preocupados. Ulef todavía estaba junto a la mesa de Camon, con la cabeza gacha y expresión culpable.

En su mente, a Vin le pareció oír una voz que le susurraba. La voz de Reen.
¡Necia! La frialdad es la más lógica de las emociones. No tienes ningún amigo en los bajos fondos. ¡Nunca tendrás ningún amigo en los bajos fondos!

Renovó sus esfuerzos, pero Camon volvió a golpearla, derribándola al suelo. El golpe la aturdió y jadeó, sin aliento.

Sopórtalo, pensó, la mente confusa. *No me matará. Me necesita.*

Sin embargo, mientras se volvía con torpeza vio a Camon alzándose sobre ella bajo la tenue luz, el rostro dominado por una furia ebria. Supo que aquella vez iba a ser diferente: no sería una simple paliza. Él creía que pretendía traicionarlo al Ministerio. Estaba fuera de sí.

Había una expresión asesina en sus ojos.

¡Por favor!, pensó Vin con desesperación, buscando su Suerte, tratando de hacerla funcionar. No hubo ninguna respuesta. La Suerte le había fallado.

Camon se agachó, murmurando para sí mientras la agarraba por el hombro. Alzó un brazo, su mano carnosa formó otro puño, sus músculos se tensaron, una furiosa perla de sudor resbaló por su barbilla y la golpeó en la mejilla.

A unos pocos metros de distancia, la puerta de la escalera se sacudió y luego se abrió de golpe. Camon se detuvo con un brazo en alto mirando hacia la puerta y al desafortunado miembro de la banda que había elegido tan inoportuno momento para volver a la guarida.

Vin aprovechó la distracción. Sin hacer caso al recién llegado, trató de zafarse de la presa de Camon, pero estaba demasiado débil. Le ardía la cara donde él la había golpeado y notó sabor a sangre en los labios. Tenía el hombro retorcido y le dolía el costado sobre el que había caído. Arañó la mano de Camon, pero de improviso se sintió débil, su fuerza interna le fallaba igual que le había fallado la Suerte. El dolor iba en aumento, cada vez más insopportable, más... exigente.

Se volvió desesperada hacia la puerta. Estaba cerca, dolorosamente cerca. Casi había escapado. Solo un poco más...

Entonces vio a un hombre de pie en la escalera, un desconocido. Alto y de rostro aguileño, tenía el pelo rubio y vestía un holgado traje de noble, con la capa suelta. Tenía unos treinta y cinco años. No llevaba sombrero, ni bastón de duelo.

Y parecía muy, muy furioso.

—¿Qué es esto? —exigió saber Camon—. ¿Quién eres?

¿Cómo ha pasado ante los vigías?, pensó Vin, esforzándose por concentrarse. El dolor. Podía tratar con el dolor. *Los obligadores... ¿Lo habían enviado ellos?*

El recién llegado miró a Vin y su expresión se suavizó ligeramente. Entonces miró a Camon y sus ojos se ensombrecieron.

Las furiosas exigencias de Camon quedaron cortadas en seco cuando saltó hacia atrás como si hubiera sido golpeado por una fuerza poderosa. Su brazo se soltó bruscamente del hombro de Vin y se desplomó en el suelo haciendo que las tablas se estremecieran.

La sala quedó en silencio.

Tengo que escapar, pensó Vin, obligándose a ponerse de rodillas. Camon gemía de dolor a unos pocos palmos de distancia y Vin se apartó de él, escabulléndose bajo una mesa desocupada. La guarida tenía una salida oculta, una trampilla junto a la pared del fondo. Si lograba arrastrarse hasta allí...

De repente, Vin sintió una paz abrumadora. Se le vino encima como un peso repentino y sus emociones guardaron silencio, como aplastadas por una mano poderosa. Su miedo se apagó como una vela, e incluso su dolor dejó de parecer importante.

Se detuvo, preguntándose por qué había estado tan preocupada. Se incorporó y se detuvo ante la trampilla. Tenía la respiración entrecortada, mareada un poco todavía.

¡Camon acaba de intentar matarme!, advirtió la parte lógica de su mente. *Y alguien está atacando la guarida. ¡Tengo que escapar!* Sin embargo, sus emociones contradecían la lógica. Se sentía... serena. Sin preocupaciones. Y más que un poco curiosa.

Alguien acababa de emplear la Suerte con ella.

Lo reconoció de algún modo, aunque nunca lo había sentido. Se detuvo junto a la mesa, con una mano en la madera, y se dio la vuelta despacio. El recién llegado seguía en la puerta. La estudió con ojo crítico y luego sonrió de un modo que la desarmó.

¿Qué está pasando?

El recién llegado entró por fin en la sala. Los de la banda de Camon permanecieron sentados a sus mesas. Parecían sorprendidos, pero extrañamente despreocupados.

Está usando la Suerte con todos ellos. Pero... ¿cómo puede hacerlo con tantos a la vez? Vin nunca había podido acumular suficiente Suerte para conseguir otra cosa que un ocasional y breve empujón.

Cuando el recién llegado entró en la sala, Vin vio por fin que había una segunda persona en las escaleras. El segundo hombre era menos llamativo, más bajo, con una media barba oscura y el pelo liso y corto. También llevaba un traje de noble, aunque de corte menos elegante.

Al otro lado de la habitación, Camon gimió y se sentó en el suelo sujetándose la cabeza. Miró a los recién llegados.

—¡Maese Dockson! ¡Vaya, vaya, caray, qué sorpresa!

—En efecto —dijo el hombre más bajo, Dockson.

Vin frunció el ceño al darse cuenta de que las voces de estos hombres le resultaban levemente familiares. Las había oído en alguna parte.

El Cantón de las Finanzas. Estaban sentados en la sala de espera cuando Camon y yo nos marchamos.

Camon se puso en pie, estudiando al rubio recién llegado. Miró las manos del hombre, cubiertas de extrañas cicatrices que se solapaban unas con otras.

—Por el lord Legislador... —susurró Camon—. ¡El Superviviente de Hathsin!

Vin frunció el ceño. El título le resultaba desconocido. ¿Tendría que haber conocido a ese hombre? Las heridas aún le dolían a pesar de la paz que sentía, y se notaba mareada. Se apoyó en la mesa, pero no se sentó.

Fuera quien fuese el recién llegado, saltaba a la vista que Camon lo consideraba importante.

—¡Vaya, maese Kelsier! —farfulló—. ¡Qué raro honor!

El recién llegado (Kelsier) sacudió la cabeza.

—¿Sabes? En realidad no me interesa escucharte.

Camon dejó escapar un quejido de dolor cuando fue impulsado de nuevo hacia atrás. Kelsier no hizo ningún gesto para empujarlo. Sin embargo, Camon se desplomó en el suelo, como empujado por una fuerza invisible. Guardó silencio y Kelsier escrutó la habitación.

—¿Los demás sabéis quién soy?

Muchos de los miembros de la banda asintieron.

—Bien. He venido a vuestra guarida porque vosotros, amigos míos, estáis en deuda conmigo.

La habitación permaneció en silencio. Solo se oían los gemidos de Camon. Al cabo, uno de los hombres habló.

—¿Lo... estamos, maese Kelsier?

—En efecto. Veréis, maese Dockson y yo acabamos de salvaros la vida. Vuestro incompetente jefe salió del Cantón de las Finanzas del Ministerio hace

una hora y regresó directamente aquí. Lo siguieron dos oteadores del Ministerio, un prelado de alto rango... y un único inquisidor de acero.

Nadie habló.

Ay, Señor... pensó Vin. Estaba en lo cierto: no había sido lo bastante rápida. Si había un inquisidor...

—Me he encargado del inquisidor —dijo Kelsier.

Hizo una pausa, dejando que lo que eso implicaba flotara en el aire. ¿Qué tipo de persona podía decir tan campante que se había «encargado» de un inquisidor? Según los rumores esas criaturas eran inmortales, podían ver el alma de un hombre y eran guerreros sin rival.

—Exijo mi pago por los servicios prestados —dijo Kelsier.

Camón no se levantó esta vez: había caído con fuerza y estaba obviamente desorientado. La habitación permaneció en silencio. Transcurridos unos instantes, Milev (el hombre de piel oscura que era el segundo de Camón) cargó en sus brazos el cofre de cuartos del Ministerio y se acercó rápidamente con él. Se lo ofreció a Kelsier.

—El dinero que Camón ha conseguido en el Ministerio —explicó Milev—. Tres mil cuartos.

Milev está ansioso por complacerlo, pensó Vin. *Esto es más que simple Suerte... O eso, o es un tipo de Suerte que yo nunca he podido utilizar.*

Kelsier hizo una pausa y luego aceptó el cofre de monedas.

—¿Y tú eres...?

—Milev, maese Kelsier.

—Bien, jefe Milev, consideraré esta paga satisfactoria... suponiendo que hagas otra cosa por mí.

Milev asintió.

—¿Qué tengo que hacer?

Kelsier señaló con la cabeza al semiaturrido Camón.

—Encárgate de él.

—Por supuesto —dijo Milev.

—Quiero que viva, Milev —dijo Kelsier, alzando un dedo—. Pero no quiero que lo disfrute.

Milev asintió.

—Lo convertiremos en mendigo. El lord Legislador desaprueba la profesión... Camón no lo tendrá fácil aquí en Luthadel.

Y Milev lo eliminará en cuanto piense que este Kelsier no está prestando atención.

—Bien —dijo Kelsier. Entonces abrió el cofre y empezó a contar cuartos de oro—. Eres un hombre de recursos, Milev. Rápido de reflejos, y no te dejas intimidar con tanta facilidad como los demás.

—He tratado con brumosos antes, maese Kelsier.

Kelsier asintió.

—Dox —dijo, dirigiéndose a su acompañante—, ¿dónde vamos a celebrar nuestra reunión esta noche?

—Estaba pensando que deberíamos usar el taller de Clubs —respondió el otro hombre.

—Un sitio poco neutral —dijo Kelsier—. Sobre todo si decide no unirse a nosotros.

—Ciento.

Kelsier miró a Milev.

—Estoy planeando un trabajo en esta zona. Me sería útil tener el apoyo de algunos lugareños. —Alzó un puñado de monedas, un centenar de cuartos—. Necesitamos usar vuestro cubil esta noche. ¿Puede ser?

—Por supuesto —dijo Milev, aceptando con ansiedad las monedas.

—Bien —respondió Kelsier—. Ahora, fuera.

—¿Fuera? —preguntó Milev, vacilante.

—Sí. Toma a tus hombres, incluido vuestro antiguo jefe, y marchaos. Quiero tener una conversación en privado con la señora Vin.

En la habitación volvió a reinar el silencio y Vin supo que no era la única en preguntarse cómo sabía Kelsier su nombre.

—¡Bien, ya lo habéis oído! —exclamó Milev. Llamó a un grupo de matones para que recogieran a Camon y envió al resto de la banda escaleras arriba.

Vin los vio marchar cada vez más aprensiva. Ese Kelsier era un hombre poderoso y el instinto le decía que los hombres poderosos eran peligrosos. ¿Conocía su Suerte? Por supuesto que sí: ¿qué otro motivo podía tener para querer quedarse con ella a solas?

¿Cómo va a intentar utilizarme este Kelsier?, pensó, frotándose el brazo con el que había golpeado el suelo.

—Por cierto, Milev —dijo despreocupadamente Kelsier—. Cuando digo «en privado», quiero decir que no quiero que nos espíen los cuatro hombres que están asomados a los miradores tras la pared del fondo. Ten la amabilidad de llevarlos al callejón contigo.

Milev se puso pálido.

—Por supuesto, maese Kelsier.

—Bien. En el callejón encontraréis a los dos espías muertos del Ministerio. Por favor, encargaos de los cadáveres.

Milev asintió, dándose la vuelta.

—Y, Milev... —añadió Kelsier.

Milev volvió a girarse.

—Que ninguno de tus hombres nos traicione —replicó Kelsier, sin alterarse. Y Vin lo sintió de nuevo: una renovada presión en sus emociones—. Este grupo ya ha llamado la atención del Ministerio de Acero... No me convirtáis también en vuestro enemigo.

Milev asintió con brusquedad y desapareció escaleras arriba tras cerrar la puerta. Unos momentos más tarde, Vin oyó pasos en la habitación mirador; luego todo quedó en silencio. Estaba a solas con un hombre que era, por algún motivo, tan singularmente impresionante que podía intimidar a una habitación llena de ladrones y asesinos.

Miró la puerta cerrada. Kelsier la estaba observando. ¿Qué haría si echaba a correr?

Dice que ha matado a un inquisidor, pensó Vin. Y... ha usado la Suerte. Tengo que quedarme, aunque sea el tiempo necesario para averiguar lo que sabe.

La sonrisa de Kelsier se ensanchó hasta que, al final, se echó a reír.

—Ha sido *tremendamente* divertido, Dox.

El otro hombre, al que Camon había llamado Dockson, resopló y se acercó a la parte delantera de la habitación. Vin se envaró, pero él no se acercó a ella sino a la barra.

—Ya eras bastante insufrible antes, Kel —dijo Dockson—. No sé cómo voy a soportar esta nueva reputación tuya. Al menos, no estoy seguro de cómo voy a soportarla y mantener la cara seria.

—Estás celoso.

—Sí, eso es —dijo Dockson—. Tu habilidad para intimidar a criminales de tres al cuarto me provoca unos celos terribles. Si te sirve de algo, creo que has sido demasiado duro con Camon.

Kelsier se acercó a una de las mesas de la sala y tomó asiento. Su alegría se ensombreció un poco mientras hablaba.

—Ya has visto lo que le estaba haciendo a la muchacha.

—La verdad es que no —dijo Dockson, desabrido, mientras rebuscaba entre las mercancías de la barra—. Alguien me bloqueaba la visión desde la puerta.

Kelsier se encogió de hombros.

—Mírala, Dox. La pobrecilla ha estado a punto de quedarse inconsciente por los golpes. No siento ninguna compasión por ese tipo.

Vin permaneció donde estaba, observando a los dos hombres. Cuando la tensión del momento decreció, las heridas empezaron a dolerle de nuevo. El golpe entre los omóplatos se convertiría en un buen moratón, y el bofetón de la cara le ardía también. Todavía se sentía un poco mareada.

Kelsier la estaba observando. Vin apretó los dientes. Dolor. Podía soportar el dolor.

—¿Necesitas algo, niña? —preguntó Dockson—. ¿Un pañuelo húmedo para esa cara, tal vez?

Ella no respondió. Continuó concentrada en Kelsier. *Vamos. Dime quéquieres de mí. Haz tu jugada.*

Dockson se encogió de hombros, al cabo, y terminó por agacharse un momento tras la barra. Instantes después apareció con un par de botellas.

—¿Algo bueno? —preguntó Kelsier, dándose la vuelta.

—¿Tú qué crees? Incluso entre ladrones, Camon no destaca precisamente por su refinamiento. Tengo calcetines que valen más que este vino.

Kelsier suspiró.

—Dame una copa de todas formas. —Entonces se dirigió a Vin—. ¿Quieres algo?

Vin no respondió.

Kelsier sonrió.

—No te preocupes. Somos bastante menos peligrosos de lo que creen tus amigos.

—No creo que fueran sus amigos, Kel —dijo Dockson desde detrás de la barra.

—Buena observación —respondió Kelsier—. De cualquier forma, niña, no tienes nada que temer de nosotros. Aparte del aliento de Dox.

Dockson puso los ojos en blanco.

—O los chistes de Kel.

Vin no dijo nada. Podía hacerse la débil como había hecho con Camon, pero el instinto le decía que con aquellos hombres no le serviría esa táctica. Así que permaneció donde estaba, calibrando la situación.

La calma volvió a apoderarse de ella. La animaba a estar tranquila, a confiar, a hacer sin rechistar lo que sugerían los hombres...

¡No! Se quedó donde estaba.

Kelsier alzó una ceja.

—Eso no lo esperaba.

—¿Qué? —preguntó Dockson mientras servía una copa de vino.

—Nada —respondió Kelsier, estudiando a Vin.

—¿Quieres un trago o no, chica? —preguntó Dockson.

Vin no dijo nada. Toda su vida, desde que podía recordar, había tenido su Suerte. La hacía fuerte y le daba ventaja sobre otros ladrones. Quizá por eso aún seguía con vida. Sin embargo, en todo ese tiempo nunca había sabido realmente qué era o por qué la usaba. La lógica y el instinto le decían ahora lo mismo: que necesitaba averiguar lo que sabía aquel hombre.

Fueran cuales fuesen sus planes, y cómo intentara utilizarla, necesitaba soportarlo. Tenía que descubrir cómo era tan poderoso.

—Cerveza —dijo por fin.

—¿Cerveza? —preguntó Kelsier—. ¿Nada más?

Vin asintió, observándolo con atención.

—Me gusta.

Kelsier se frotó la barbilla.

—Tendremos que trabajar en eso —dijo—. Ven, siéntate.

Vacilante, Vin se acercó y se sentó frente a Kelsier a la pequeña mesita. Le dolían las heridas, pero no podía permitirse mostrar debilidad. La debilidad mataba. Tenía que fingir que ignoraba el dolor. Al menos, sentada, la cabeza se le despejó.

Dockson se reunió con ellos un momento después, le dio a Kelsier un vaso de vino y a Vin, su jarra de cerveza. Ella no bebió.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja.

Kelsier alzó una ceja.

—Eres directa, ¿eh?

Vin no respondió.

Kelsier suspiró.

—Se acabó mi intrigante aire de misterio.

Dockson soltó una risita.

Kelsier sonrió.

—Me llamo Kelsier. Soy lo que podrías llamar el jefe de una banda, pero dirijo una banda que no se parece a ninguna que hayas conocido. A los hombres como Camon y los suyos les gusta considerarse depredadores y se alimentan de la nobleza y las diversas organizaciones del Ministerio.

Vin sacudió la cabeza.

—Depredadores, no. Carroñeros.

Hubiese cabido suponer que, tan cerca del lord Legislador, las bandas de ladrones no podían existir. Sin embargo, Reen le había enseñado que era todo lo contrario: la nobleza rica y poderosa se congregaba en torno al lord Legislador. Y, donde había poder y riqueza, también había corrupción, sobre todo desde que el lord Legislador tenía a controlar a sus nobles mucho menos que a los skaa. Tenía que ver, al parecer, con su aprecio por sus antepasados.

En cualquier caso, las bandas de ladrones como la de Camon eran las ratas que se alimentaban de la corrupción de la ciudad. Y, como a las ratas, era imposible exterminarlas por completo, sobre todo en una ciudad con la población de Luthadel.

—Carroñeros —dijo Kelsier, sonriendo; al parecer, le gustaba la corrección —. Es una descripción adecuada, Vin. Bien, Dox y yo somos carroñeros también... solo que somos carroñeros de más calidad. Estamos mejor criados, como si dijéramos... O tal vez solo somos más ambiciosos.

Ella frunció el ceño.

—¿Sois nobles?

—Cielos, no —dijo Dockson.

—Al menos, no de sangre pura —dijo Kelsier.

—Se supone que los mestizos no existen —dijo Vin con cuidado—. El Ministerio los caza.

Kelsier alzó una ceja.

—¿Mestizos como tú?

Vin sintió un arrebato de sorpresa. *¿Cómo...?*

—Ni siquiera el Ministerio de Acero es infalible, Vin —dijo Kelsier—. Si pueden pasarte a ti por alto, pueden pasar por alto a otros.

Vin reflexionó.

—Milev. Os llamó brumosos. Eso es un tipo de alomante, ¿no?

Dockson miró a Kelsier.

—Es observadora —dijo el hombre que era más bajo, con un gesto apreciativo.

—Sí que lo es —reconoció Kelsier—. El hombre nos llamó brumosos, Vin... aunque tal vez se precipitara, puesto que en teoría ni Dox ni yo somos brumosos. Sin embargo, nos relacionamos bastante con ellos.

Vin guardó silencio un momento, sintiendo el escrutinio de los dos hombres. Alomancia. El poder místico concedido a la nobleza por el lord Legislador un millar de años antes como recompensa por su lealtad. Era una doctrina básica del Ministerio: incluso una skaa como Vin lo sabía. La nobleza

gozaba de la alomancia y de privilegios gracias a sus antepasados; los skaa eran castigados por el mismo motivo.

La verdad, sin embargo, era que no sabía en realidad lo que era la alomancia. Tenía algo que ver con combatir, había supuesto siempre. Se decía que los «brumosos», como los llamaban, eran lo bastante peligrosos para matar a una banda entera de ladrones. No obstante, los skaa que conocía hablaban del poder en susurros inciertos. Hasta aquel momento nunca se había parado a considerar la posibilidad de que pudiera ser simplemente lo mismo que su Suerte.

—Dime, Vin —preguntó Kelsier, inclinándose interesado hacia delante—. ¿Te das cuenta de lo que le hiciste a ese obligador en el Cantón de las Finanzas?

—Utilicé mi Suerte —respondió Vin en voz baja—. La uso para que la gente se sienta menos enfadada.

—O menos recelosa —dijo Kelsier—. Más fácil de timar.

Vin asintió.

Kelsier alzó un dedo.

—Hay un montón de cosas que vas a tener que aprender. Técnicas, reglas y ejercicios. Una lección, sin embargo, no puede esperar. *Nunca* uses la alomancia emocional con un obligador. Todos están entrenados para reconocer cuándo están manipulando sus pasiones. Incluso los altos nobles tienen prohibido empujar o tirar de las emociones de un obligador. Tú eres la causa de que ese obligador mandara llamar a un inquisidor.

—Reza para que la criatura nunca vuelva a encontrar tu rastro, muchacha —dijo Dockson, con toda tranquilidad, mientras bebía su vino.

Vin palideció.

—¿No has matado al inquisidor?

Kelsier negó con la cabeza.

—Solo lo he distraído un poco... Cosa bastante peligrosa, debo añadir. No te preocupes, muchos de los rumores que hay sobre ellos no son ciertos. Ahora que te ha perdido la pista, no podrá volver a encontrarte.

—Lo más probable —dijo Dockson.

Vin miró con aprensión al hombre más bajo de los dos.

—Lo más probable —reconoció Kelsier—. Hay un montón de cosas que no sabemos de los inquisidores. No parecen seguir las reglas normales. Esos clavos que les atraviesan los ojos, por ejemplo, deberían matarlos. Nada de lo que yo he aprendido de alomancia me ha proporcionado jamás una

explicación a cómo siguen viviendo esas criaturas. Si fuera solo un buscador brumoso que te siguiera la pista, no tendríamos que preocuparnos. Un inquisidor... Bueno, querrás mantener los ojos abiertos. Naturalmente, ya pareces bastante buena en eso.

Vin se sintió incómoda. Al cabo de un rato, Kelsier indicó su jarra de cerveza.

—No estás bebiendo.

—Podrías haberle echado algo —dijo Vin.

—Bah, no hay ninguna necesidad de que te eche nada en la bebida —dijo Kelsier con una sonrisa, sacando un objeto del bolsillo de su casaca—. Después de todo, vas a beber de este vial de líquido misterioso por voluntad propia.

Colocó el frasquito encima de la mesa. Vin frunció el ceño, observando el líquido que contenía. Había un oscuro poso en el fondo.

—¿Qué es?

—Si te lo dijera, no sería misterioso —contestó Kelsier con una sonrisa.

Dockson puso los ojos en blanco.

—El frasquito está lleno de una solución de alcohol y algunos copos de metal, Vin.

—¿De metal? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Dos de los ocho metales alománticos básicos —dijo Kelsier—. Tenemos que hacer algunas pruebas.

Vin miró el frasquito.

Kelsier se encogió de hombros.

—Tendrás que beberlo siquieres saber algo más sobre esa Suerte tuya.

—Bebe tú la mitad primero —dijo Vin.

Kelsier alzó una ceja.

—Un poquito paranoica, por lo que veo.

Vin no respondió.

Transcurridos unos instantes, él destapó el frasco con un suspiro.

—Agítalo antes —dijo Vin—. Para que tomes algo del sedimento.

Kelsier miró al techo, pero hizo lo que le pedía, sacudió el frasquito y se bebió la mitad de su contenido. Lo depositó sobre la mesa con un golpecito.

Vin frunció el ceño. Entonces miró a Kelsier, que sonreía. Sabía que la tenía. Le había mostrado su poder, la había tentado con él. *El único motivo de someterse a quien tiene el poder es aprender para tomar algún día lo que tiene.* Palabras de Reen.

Vin tendió la mano, tomó el frasquito y apuró su contenido. Se sentó, esperando alguna transformación mágica o un arrebato de poder... o incluso signos de envenenamiento. No sintió nada. *Qué... decepcionante.* Frunció el ceño y se repantigó en el asiento.

Por curiosidad, probó su Suerte.

Y abrió unos ojos como platos, sorprendida.

Estaba allí, como un enorme almacén dorado. Una acumulación de poder tan increíble que ponía a prueba su capacidad de comprensión. Siempre había sentido la necesidad de ser ahorrativa con su Suerte, de mantenerla en reserva, de consumir las migajas con cuidado. Ahora se sentía como una mujer hambrienta invitada al festín de un alto noble. Permaneció allí sentada, aturdida, observando la enorme riqueza de su interior.

—Bien —la instó Kelsier—. Pruébalo. Tranquilízame.

Vin lo intentó, tocando su recién hallada masa de Suerte. Tomó un poquito y lo dirigió a Kelsier.

—Bien. —Kelsier se inclinó hacia delante, ansioso—. Pero ya sabíamos que podías hacer eso. Ahora la auténtica prueba, Vin. ¿Puedes hacer lo contrario? Puedes aplacar mis emociones, pero ¿puedes inflamarlas también?

Vin frunció el ceño. Nunca había usado su Suerte de esa forma; ni siquiera se había dado cuenta de que pudiera hacerlo. ¿Por qué estaba él tan ansioso?

Con recelo, Vin recurrió a su fuente de Suerte. Al hacerlo, advirtió algo interesante. Lo que al principio había interpretado como una enorme fuente de poder eran en realidad dos fuentes diferentes. Había tipos distintos de Suerte.

Ocho. Él ha dicho que son ocho. Pero... ¿qué hacen las otras?

Kelsier seguía esperando. Vin recurrió a la segunda fuente desconocida de Suerte, hizo lo que había hecho anteriormente y la dirigió hacia él.

La sonrisa de Kelsier creció y se echó hacia atrás en su asiento y miró a Dockson.

—Eso es. Lo ha hecho.

Dockson sacudió la cabeza.

—Para ser sinceros, Kel, no estoy seguro de qué pensar. Tener a uno de vosotros cerca ya es bastante inquietante. Pero dos...

Vin los miró con ojos entornados y dubitativos.

—¿Dos qué?

—Incluso entre los nobles, Vin, la alomancia es moderadamente rara —dijo Kelsier—. Cierto, es una habilidad hereditaria, con la mayoría de sus

linajes de poder reducidos a la alta nobleza. Sin embargo, la casta por sí sola no garantiza fuerza alomántica.

»Muchos altos nobles solo tienen acceso a una única habilidad alomántica. La gente así, la que solo puede emplear la alomancia en uno de sus ocho aspectos básicos, se llama brumosa. A veces estas habilidades las tiene un skaa... pero solo si ese skaa tiene sangre noble de sus antepasados cercanos. Por lo general se puede encontrar a un brumoso entre... No sé, uno de cada diez mil skaa mestizos. Cuanto mejores y más cercanos y más nobles sean los antepasados, más probable es que el skaa sea un brumoso.

—¿Quiénes fueron tus padres, Vin? —preguntó Dockson—. ¿Los recuerdas?

—Me crió mi hermanastro, Reen —dijo Vin en voz baja, incómoda. Había cosas de las que no hablaba con nadie.

—¿Te habló de tus padres?

—De vez en cuando —admitió Vin—. Reen decía que nuestra madre era una puta. No por decisión propia, pero en los bajos fondos... —Guardó silencio. Su madre había intentado matarla, una vez, cuando era muy joven. Guardaba un vago recuerdo del hecho. Reen la había salvado.

—¿Y tu padre, Vin? —preguntó Dockson.

Vin alzó la cabeza.

—Es un alto prelado del Ministerio de Acero.

Kelsier dejó escapar un silbidito.

—Vaya, *esa* sí que es una falta levemente irónica al cumplimiento del deber.

Vin se quedó mirando la mesa. Al final, tendió la mano y dio un buen trago a su jarra de cerveza.

Kelsier sonrió.

—La mayoría de los obligadores de rango del Ministerio son altos nobles. Tu padre te dio un raro don en esa sangre tuya.

—Entonces... ¿soy una de esas brumosas que has mencionado?

Kelsier negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Verás, esto es lo que te hace tan interesante para nosotros, Vin. Los brumosos solo tienen una habilidad alomántica. Tú acabas de demostrar que tienes dos. Y, si tienes al menos dos de las ocho, entonces también tienes acceso al resto. Así es como funciona: si eres alomante, o tienes una habilidad o las tienes todas.

Kelsier se inclinó hacia delante.

—Tú, Vin, eres lo que en términos generales se llama una nacida de la bruma. Incluso entre la nobleza, eres increíblemente rara. Entre los skaa... Bueno, digamos que solo he conocido a otro skaa nacido de la bruma en toda mi vida.

De algún modo, la habitación pareció más silenciosa. Más tranquila. Vin miró la jarra con ojos distraídos e incómodos. *Nacida de la bruma*. Había oído las historias, por supuesto. Las leyendas.

Kelsier y Dockson permanecieron sentados en silencio, dejándola pensar. Al cabo de un rato, ella habló.

—Entonces... ¿qué significa esto?

Kelsier sonrió.

—Significa que tú, Vin, eres una persona muy especial. Tienes un poder que la mayoría de los altos nobles envidian. Es un poder que, si hubieras nacido siendo aristócrata, te habría convertido en una de las personas más letales e influyentes del Imperio Final. —Kelsier volvió a inclinarse hacia delante—. Pero no naciste siendo aristócrata. No eres noble, Vin. No tienes que jugar según sus reglas... y eso te hace aún *más* poderosa.

Al parecer, la siguiente etapa de mi viaje nos llevará a las tierras altas de Terris. Se dice que es un lugar frío e implacable, una tierra donde las montañas mismas están hechas de hielo.

Nuestros sirvientes habituales no sirven para ese viaje. Es probable que tengamos que contratar a algunos porteadores de Terris para que lleven nuestras pertenencias.

4



—¡YA HABÉIS OÍDO LO QUE ha dicho! ¡Está planeando un trabajo! —Los ojos de Ulef brillaban de entusiasmo—. Me pregunto a cuál de las Grandes Casas va a robar.

—Será a una de las más poderosas —dijo Disten, uno de los principales rastreadores de Camon. Era manco, pero tenía los ojos y los oídos más agudos de la banda—. Kelsier nunca se dedica a trabajos de poca monta.

Vin estaba sentada en silencio, con su jarra de cerveza (la misma que le había dado Kelsier) todavía casi llena sobre la mesa, repleta de gente. Kelsier había dejado a los ladrones volver a su escondite poco antes de que terminara su encuentro. Vin, sin embargo, hubiese preferido quedarse sola. La vida con Reen la había acostumbrado a la soledad: si dejabas que alguien se acercara demasiado, le dabas más oportunidades para traicionarte.

Incluso después de la desaparición de Reen, Vin se había mantenido apartada. No quiso marcharse; sin embargo, tampoco sintió la necesidad de intimar con los otros miembros de la banda. Ellos, a su vez, se mostraron perfectamente dispuestos a dejarla en paz. El lugar de Vin era precario y asociarse con ella los hubiera salpicado. Solo Ulef había hecho algún intento por ganarse su amistad.

Si dejas que alguien se te acerque, solo te lastimará más cuando te traicione, pareció susurrarle Reen al oído.

—¿Había sido Ulef de verdad su amigo? Desde luego, la había vendido con bastante rapidez. Además, los miembros de la banda habían aceptado la paliza de Vin y su súbito rescate como cosa hecha, sin mencionar su traición ni su negativa a ayudarla. Solo habían hecho lo que cabía esperar.

—El Superviviente no se ha dedicado a *ningún* trabajo en los últimos tiempos —dijo Harmon, un ladrón viejo y de barba descuidada—. Apenas se le ha visto en Luthadel un puñado de veces durante los últimos años. De hecho, no ha dado ningún golpe desde...

—¿Este es el primero? —preguntó Ulef, ansioso—. ¿El primero desde que escapó de los Pozos? ¡Entonces tendrá que ser algo espectacular!

—¿Te ha dicho algo al respecto, Vin? —inquirió a su vez Disten—. ¿Vin?
—Agitó un grueso brazo para llamar su atención.

—¿Qué? —preguntó ella, alzando la cabeza. Se había limpiado un poco desde que Camon le propinara aquella paliza. Al final, acabó por aceptar un pañuelo de Dockson para quitarse la sangre de la cara. Sin embargo, no podía hacer gran cosa con los cardenales. Aún le dolían. Esperaba no tener nada roto.

—Kelsier —repitió Disten—. ¿Ha dicho algo sobre el trabajo que está planeando?

Vin negó con la cabeza. Miró el pañuelo manchado de sangre. Kelsier y Dockson se habían marchado hacia poco, prometiendo regresar cuando hubiera tenido tiempo de pensar en las cosas que le habían contado. Sin embargo, sus palabras encerraban... una oferta. Fuera cual fuese el trabajo que planeaban, ella estaba invitada a participar.

—¿Por qué te ha escogido para ser su intra, Vin? —preguntó Ulef—. ¿Ha dicho algo al respecto?

Eso era lo que todos suponían: que Kelsier la había elegido para que fuera su contacto con la banda de Camon... de Milev.

Había dos bandos en los bajos fondos de Luthadel. Estaban las bandas normales, como la de Camon. Y luego estaban... las *especiales*. Grupos formados por gente habilidosa en extremo, temeraria en extremo o talentosa en extremo. Alomantes.

Los dos sectores de los bajos fondos nunca se mezclaban: los ladrones normales dejaban tranquilos a sus superiores. En ocasiones, no obstante, alguna de aquellas bandas de brumosos contrataba un equipo de ladrones corrientes para que hiciera parte de su trabajo mundano y se elegía a un intra

(un intermediario) para que trabajara con ambos grupos. De ahí la deducción de Ulef sobre Vin.

Los miembros de la banda de Milev advirtieron su silencio y pasaron a otro tema: los brumosos. Hablaban de la alomancia en voz baja y dubitativa, y ella los escuchó, incómoda. ¿Cómo podía estar relacionada con algo que los asombraba tanto? Su Suerte... su alomancia era algo pequeño, algo que usaba para sobrevivir, pero a la vez sin importancia.

Pero, ese poder... pensó, mirando su reserva de Suerte.

—Me pregunto qué habrá estado haciendo Kelsier estos últimos años — comentó Ulef. Parecía un poco incómodo con ella al principio de la conversación, pero se le había pasado enseguida. La había traicionado, pero así eran los bajos fondos. No había amigos.

No parece ser igual entre Kelsier y Dockson. Parece que confían el uno en el otro. ¿Una tapadera? ¿O era simplemente uno de esos raros equipos que no se preocupan de que el otro los traicione?

Lo más inquietante de Kelsier y Dockson había sido su franqueza con ella. Parecían dispuestos a confiar en Vin e incluso a aceptarla, después de un tiempo relativamente corto. No podía ser cierto: nadie sobrevivía en los bajos fondos siguiendo esa táctica. A pesar de todo, su actitud amistosa era desconcertante.

—Dos años... —dijo Hrud, un ladrón callado y de cara chata—. Debe de haberse pasado todo el tiempo planeando este golpe.

—Debe de ser todo un golpe... —dijo Ulef.

—Habladme de él —pidió Vin en voz baja.

—¿De Kelsier? —preguntó Disten.

Vin asintió.

—¿No hablaban de Kelsier allá en el sur?

Vin negó con la cabeza.

—Era el mejor jefe de bandas de toda Luthadel —explicó Ulef—. Una leyenda, incluso entre los brumosos. Robó a algunas de las Grandes Casas más ricas de la ciudad.

—¿Y?

—Alguien lo traicionó —dijo Harmon en voz baja.

Cómo no, pensó Vin.

—El mismísimo lord Legislador capturó a Kelsier —dijo Ulef—. Lo envió junto con su esposa a los Pozos de Hathsin. Pero *él escapó*. ¡Escapó de los Pozos, Vin! Es el único que lo ha conseguido.

—¿Y la esposa? —preguntó Vin.

Ulef miró a Harmon, quien sacudió la cabeza.

—No lo consiguió.

Así que él también ha perdido a alguien. ¿Cómo puede reír tanto, tan sinceramente?

—De ahí esas cicatrices —dijo Disten—. Ya sabes, las que tiene en los brazos. Se las hizo en los Pozos, con las rocas de una pared cortada a pico que tuvo que escalar para escapar.

Harmon hizo una mueca.

—No se las hizo así. Mató a un inquisidor mientras escapaba... Así se hizo las cicatrices.

—He oído que fue luchando contra uno de los monstruos que guardan los Pozos —dijo Ulef—. Se metió en su boca y lo estranguló *desde dentro*. Los dientes le arañaron los brazos.

Disten frunció el ceño.

—¿Cómo se estrangula a alguien desde dentro?

Ulef se encogió de hombros.

—Eso es lo que he oído.

—El hombre no es normal —murmuró Hrud—. Le sucedió algo en los Pozos, algo malo. No era alomante antes, ¿sabes? Entró en los Pozos siendo un skaa corriente y ahora... Bueno, es un brumoso con toda seguridad... si es que sigue siendo humano. Ha estado mucho tiempo ahí fuera en la bruma. Algunos dicen que el verdadero Kelsier está muerto, que la criatura que lleva su rostro es... otra cosa.

Harmon negó con la cabeza.

—Eso son tonterías de los skaa de las plantaciones. Todos hemos estado ahí fuera, en las brumas.

—No en las brumas de fuera de la ciudad —insistió Hrud—. Allí hay espectros de la bruma. Atrapan a un hombre y le roban la cara, tan seguro como que el lord Legislador existe.

Harmon puso los ojos en blanco.

—Hrud tiene razón en una cosa —dijo Disten—. Ese hombre no es humano. Puede que no sea un espectro de la bruma, pero tampoco es un skaa. He oído decir que hace cosas, cosas que solo *ellos* pueden hacer. Los que salen por la noche. Ya habéis visto lo que le ha hecho a Camon.

—Nacido de la bruma —murmuró Harmon.

Nacido de la bruma. Vin había oído el término antes de que Kelsier se lo mencionara, por supuesto. ¿Quién no? Sin embargo, los rumores sobre los nacidos de la bruma hacían que las historias sobre inquisidores y brumosos parecieran racionales. Se decía que los nacidos de la bruma eran heraldos de la misma bruma a los que el lord Legislador había conferido grandes poderes. Solo los altos nobles podían ser nacidos de la bruma: se decía que eran una secta secreta de asesinos que le servían y que solo salían de noche. Reen siempre le había dicho que eran un mito y Vin había dado por supuesto que tenía razón.

Y Kelsier dice que yo, igual que él, soy uno de ellos. ¿Cómo podía ser? Hija de una prostituta, no era nadie. No era nada.

Nunca confíes en un hombre que te da buenas noticias, había dicho siempre Reen. *Es la forma más antigua, pero más fácil, de timar a alguien.*

Sin embargo, ella tenía su Suerte. Su alomancia. Todavía podía sentir las reservas que el frasquito de Kelsier le habían proporcionado y había puesto a prueba sus poderes con los miembros de la banda. Como ya no estaba limitada a solo un poco de Suerte al día, descubrió que podía producir efectos mucho más sorprendentes.

Vin estaba empezando a comprender que su antiguo objetivo en la vida (sobrevivir, sin más) carecía de valor. Había muchas cosas que podía hacer. Había sido esclava de Reen; había sido esclava de Camon. Sería también esclava de este Kelsier, si tarde o temprano eso la conducía a la libertad.

En la mesa, Milev miró su reloj de bolsillo y luego se levantó.

—Muy bien, todo el mundo fuera.

La sala empezó a despejarse para la reunión de Kelsier. Vin se quedó donde estaba: Kelsier había dejado claro a los demás que estaba invitada. Permaneció sentada un rato, sintiendo la habitación más cómoda conforme se iba vaciando. Los amigos de Kelsier empezaron a llegar poco después.

El primer hombre que bajó las escaleras tenía aspecto de soldado. Llevaba una camisa sin mangas que dejaba al descubierto un par de brazos bien esculpidos. Tenía una musculatura impresionante, sin llegar a ser grotesca, y llevaba el pelo rapado casi al cero.

El compañero del soldado era un hombre vestido con elegancia de noble (chaleco púrpura, botones dorados, casaca negra), tocado con un sombrero negro de ala corta y que llevaba bastón de duelo. Era mayor que el soldado y un poco grueso. Se quitó el sombrero al entrar en la habitación, revelando un

pelo negro bien peinado. Los dos hombres charlaban amistosamente mientras entraban, pero se detuvieron cuando vieron la habitación vacía.

—Ah, esta debe de ser nuestra intra —dijo el hombre trajeado—. ¿Ha llegado ya Kelsier, querida?

Hablaban con familiaridad, como si fueran amigos desde hacía mucho tiempo. De repente, a su pesar, Vin descubrió que le caía simpático aquel hombre bien vestido y elocuente.

—No —respondió. Aunque el mono y la camisa de trabajo siempre le habían parecido bien, de pronto deseó poseer algo más bonito. El porte de aquel hombre requería una atmósfera más formal.

—Deberíamos haber previsto que Kel llegaría tarde a su propia cita —dijo el soldado, sentándose en una de las mesas del centro de la habitación.

—Desde luego —respondió el hombre trajeado—. Supongo que su tardanza nos permite tomar un refresco. Me vendría bien algo de beber...

—Déjenme que les traiga algo —se apresuró a sugerir Vin, poniéndose en pie de un salto.

—Muy amable por tu parte —dijo el hombre trajeado, escogiendo una silla junto al soldado. Se sentó con las piernas cruzadas, el bastón a un lado, la punta contra el suelo, y una mano en la empuñadura.

Vin se acercó a la barra y empezó a buscar bebidas.

—Brisa... —dijo el soldado en tono de advertencia cuando Vin escogió una botella del vino más caro de Camon y empezó a servir una copa.

—¿Mmm...? —preguntó el hombre trajeado, alzando una ceja.

El soldado indicó a Vin con un gesto de cabeza.

—Oh, muy bien —dijo el otro hombre con un suspiro.

Vin se detuvo, con el vino a medio servir, y su ceño se pobló de sutiles arrugas. *¿Qué estoy haciendo?*

—Te juro, Ham, que a veces eres terriblemente estirado —dijo el hombre trajeado.

—Solo porque puedes empujar a alguien no significa que debas hacerlo, Brisa.

Vin se quedó allí de pie, desconcertada. *Él... ha usado la Suerte conmigo.* Cuando Kelsier había intentado manipularla, había sentido su contacto y podido resistirse. Esta vez, sin embargo, ni siquiera se había dado cuenta de lo que hacía. Miró al hombre, entornando los ojos.

—Nacido de la bruma.

El hombre del traje, Brisa, se echó a reír.

—Lo dudo. Kelsier es el único skaa nacido de la bruma que conocerás jamás, querida... y reza por no encontrarte nunca con uno noble. No, solo soy un humilde brumoso corriente.

—¿Humilde? —preguntó Ham.

Brisa se encogió de hombros.

Vin miró la copa medio llena de vino.

—Has tirado de mis emociones. Con... alomancia, quiero decir.

—Las he empujado, más bien —dijo Brisa—. Tirar hace a la persona menos confiada y más decidida. Empujar las emociones, aplacarlas, vuelve a la persona más confiada.

—Sea como sea, me has manipulado. Me has obligado a traerte una bebida.

—Bueno, yo no diría que te haya «obligado» a nada —replicó Brisa—. Me he limitado a imprimir una leve alteración a tus emociones, colocándote así en un estado mental más predispuesto a satisfacer mis deseos.

Ham se frotó la barbilla.

—No sé, Brisa. Es una cuestión interesante. Al influir en sus emociones, ¿le quitas su capacidad de elección? Si, por ejemplo, ella tuviera que matar o robar bajo tu control, ¿el crimen sería suyo o tuyo?

Brisa puso los ojos en blanco.

—En realidad no hay ninguna pregunta que contestar. No deberías pensar en esas cosas, Hammond... Te lastimarás el cerebro. Le he dado ánimos, solo que por medios irregulares, eso es todo.

—Pero...

—No voy a discutir contigo, Ham.

El hombretón suspiró, un poco contrariado.

—¿Vas a traerme la bebida...? —preguntó Brisa, esperanzado, mirando a Vin—. Ya estás de pie e ibas a volver de todas formas...

Vin examinó sus emociones. ¿Se sentía anormalmente impulsada a hacer lo que le pedía? ¿La estaba manipulando de nuevo? Se apartó de la barra, al cabo, dejando la bebida donde estaba.

Brisa suspiró. Sin embargo, no se levantó para recoger el vino.

Vin se acercó con cautela a la mesa de los dos hombres. Estaba acostumbrada a las sombras y las esquinas, lo bastante cerca para escuchar, pero lo bastante lejos para escapar. Sin embargo, no podía esconderse de esos hombres: no mientras la habitación estuviera tan vacía. Así que eligió una silla en la mesa de al lado y se sentó. Necesitaba información: mientras fuera

ignorante, iba a estar en seria desventaja en este nuevo mundo de bandas de brumosos.

Brisa se echó a reír.

—Eres una chiquilla muy nerviosa, ¿eh?

Vin ignoró el comentario.

—Tú —dijo, señalando a Ham—. ¿Tú también eres un brumoso?

Ham asintió.

—Soy un violento.

Vin frunció el ceño, confundida.

—Quemo peltre —dijo Ham.

De nuevo, Vin lo miró, intrigada.

—Puede hacerse más fuerte, querida —dijo Brisa—. Golpea cosas, sobre todo a otras personas que intentan inmiscuirse en lo que el resto de nosotros esté haciendo.

—Hay más que eso —dijo Ham—. Me encargo de la seguridad general de los trabajos, proporcionando a mi jefe hombres fuertes y guerreros en caso necesario.

—E intentará aburrirte con filosofía de andar por casa cuando no esté ocupado en eso —añadió Brisa.

Ham suspiró.

—Brisa, de verdad, a veces no sé por qué te... —Guardó silencio cuando la puerta volvió a abrirse y entró otro hombre.

El recién llegado llevaba un abrigo marrón oscuro, pantalones marrones y una sencilla camisa blanca. Sin embargo, su rostro era más llamativo que su ropa. Lo tenía retorcido y distorsionado, como un pedazo de madera, y sus ojos brillaban con el grado de recriminación propio de los viejos. Vin no supo calcular su edad: era lo bastante joven para no caminar encorvado y, sin embargo, lo bastante mayor para que incluso Brisa, de edad mediana, pareciera juvenil a su lado.

El recién llegado miró a Vin y los demás, rezongó con desdén, y luego se acercó a una mesa del otro lado de la habitación y se sentó. Una clara cojera marcaba sus pasos.

Brisa suspiró.

—Voy a echar de menos a Trampa.

—Todos lo haremos —añadió Ham en voz baja—. Pero Clubs es muy bueno. Ya he trabajado con él.

Brisa estudió al recién llegado.

—Me pregunto si lograré que *él* me traiga mi bebida.

Ham se echó a reír.

—Pagaría por verte intentarlo.

—Estoy seguro de que sí.

Vin miró al recién llegado, que parecía perfectamente capaz de ignorarlos a ella y a los otros dos.

—¿Qué es?

—¿Clubs? —preguntó Brisa—. Es un ahumador, querida. Es el que impedirá que los demás seamos descubiertos por un inquisidor.

Vin se mordió el labio, digiriendo la nueva información mientras estudiaba a Clubs. El hombre la miró con mala cara y ella desvió la mirada. Al darse la vuelta, se dio cuenta de que Ham la estaba mirando.

—Me gustas, chica —dijo—. Los demás intras que he conocido o bien estaban demasiado intimidados para hablar con nosotros o sentían resquemor porque nos metíamos en su territorio.

—En efecto —replicó Brisa—. No eres como la mayoría de esos migajas. Te apreciaría mucho más, ni que decir tiene, si me trajeras ese vaso de vino...

Vin lo ignoró y miró a Ham.

—¿Migajas?

—Así es como algunos de los miembros más pagados de sí mismos de nuestra sociedad llaman a los ladrones de poca monta —dijo Ham—. Os llaman migajas, puesto que soléis implicaros en... proyectos menos inspirados.

—Sin ningún ánimo de ofender, por supuesto —añadió Brisa.

—Qué va, yo nunca me ofendería por un... —Vin hizo una pausa al sentir un irregular deseo de complacer al hombre bien vestido. Miró fijamente a Brisa—. ¡Deja de hacer eso!

—¿Ves? —dijo Brisa, mirando a Ham—. Sigue conservando la capacidad de elegir.

—No tienes remedio.

Crean que soy una intra, pensó Vin. Así que Kelsier no les ha dicho lo que soy. ¿Por qué? ¿Por falta de tiempo o el secreto era demasiado valioso para compartirlo? ¿Hasta qué punto se podía confiar en esos hombres? Y, si la consideraban una simple «migaja», ¿por qué eran tan amables con ella?

—¿A quién más esperamos? —preguntó Brisa, mirando hacia la puerta—. Además de a Kel y Dox, quiero decir.

—A Yeden —respondió Ham.

Brisa torció el gesto con expresión agriada.

—Ah, sí.

—Estoy de acuerdo —dijo Ham—. Pero estaría dispuesto a apostar que él piensa lo mismo de nosotros.

—Ni siquiera sé por qué lo han invitado.

Ham se encogió de hombros.

—Obviamente, tendrá algo que ver con el plan de Kel.

—Ah, el famoso «Plan» —dijo Brisa, divertido—. ¿Qué trabajo puede ser...?

Ham sacudió la cabeza.

—Kel y su maldita teatralidad.

—Desde luego.

La puerta se abrió un instante después y entró el hombre del que estaban hablando, Yeden. Resultó ser un tipo bastante corriente y a Vin le extrañó que los otros dos estuvieran tan descontentos con su asistencia. Bajo, con el pelo rizado y corto, Yeden iba vestido con sencillas prendas grises de skaa y un abrigo marrón, remendado y cubierto de hollín. Aunque lo miró todo con desaprobación, no se mostró tan hostil como Clubs, que permanecía todavía sentado al otro lado de la habitación, mirando con mala cara a todos los que se volvían hacia él.

No es una banda muy grande, pensó Vin. *Con Kelsier y Dockson, son seis*. Ham, por su parte, había dicho que lideraba un grupo de «violentos». ¿Tal vez los hombres presentes en la reunión no fueran más que simples representantes? ¿Los jefes de bandas más pequeñas, más especializadas? Algunas bandas actuaban así.

Brisa comprobó su reloj de bolsillo tres veces más antes de que Kelsier llegara por fin. El jefe nacido de la bruma cruzó la puerta con alegre entusiasmo, seguido por Dockson. Ham se puso en pie de inmediato, sonriendo de oreja a oreja, y le estrechó la mano. Brisa se levantó también y, aunque su saludo fue menos efusivo, Vin tuvo que admitir que nunca había visto a unos hombres tan contentos de saludar a ningún jefe de banda.

—Ah —dijo Kelsier, mirando hacia el fondo de la sala—. Clubs y Yeden están aquí también. Bien, ya estamos todos. Me alegro: odio que me hagan esperar.

Brisa alzó una ceja mientras Ham y él volvían a sentarse. Dockson ocupó una silla de la misma mesa.

—¿Vamos a recibir alguna disculpa por tu tardanza?

—Dockson y yo hemos visitado a mi hermano —explicó Kelsier, dirigiéndose hacia la parte delantera de la guarida. Se volvió y se apoyó contra la barra, escrutando la sala. Cuando sus ojos se posaron en Vin, hizo un guiño.

—¿Tu hermano? —dijo Ham—. ¿Va a venir Marsh a la reunión?

Kelsier y Dockson intercambiaron una mirada.

—Esta noche no —respondió Kelsier—. Pero se unirá al grupo más adelante.

Vin estudió a los demás. Parecían escépticos. *¿Tensión entre Kelsier y su hermano, tal vez?*

Brisa alzó su bastón de duelo, apuntando a Kelsier.

—Muy bien, Kelsier, has mantenido este «trabajo» en secreto durante ocho meses. Sabemos que es algo grande, sabemos que estás entusiasmado y todos estamos tan molestos como corresponde contigo por tu secretismo. Así que ¿por qué no vas y nos cuentas de qué se trata?

Kelsier sonrió. Luego se irguió y señaló con la mano al sucio y simple Yeden.

—Caballeros, os presento a vuestro nuevo patrón.

Esto, al parecer, fue una declaración sorprendente.

—¿*Él*? —preguntó Ham.

—Él —asintió Kelsier.

—¿Qué? —preguntó Yeden, hablando por primera vez—. ¿Tenéis problemas para trabajar con alguien que tenga moral?

—No es eso, querido mío —dijo Brisa, cruzando el bastón sobre su regazo—. Es que, bueno, tenía la extraña impresión de que no te *gustaban* mucho los de nuestro tipo.

—No me gustan —fue la sucinta respuesta de Yeden—. Sois egoístas, indisciplinados y habéis dado la espalda al resto de los skaa. Vestís bien, pero por dentro sois tan sucios como la ceniza.

Ham bufó.

—Veo que este trabajo va a ser *magnífico* para nuestra moral.

Vin observó en silencio, mordiéndose los labios. Saltaba a la vista que Yeden era un obrero skaa, quizá trabajador de una fragua o una fábrica textil. ¿Qué relación tenía con los bajos fondos? Y... ¿cómo podía permitirse los servicios de una banda de ladrones, sobre todo de una al parecer tan especializada como el equipo de Kelsier?

Tal vez Kelsier advirtió su confusión, pues lo descubrió mirándola mientras los demás seguían hablando.

—Sigo un poco confundido —dijo Ham—. Yeden, todos somos conscientes de lo que piensas de los ladrones. Así que... ¿por qué quieres contratarnos?

Yeden se rebulló.

—Porque todo el mundo sabe lo efectivos que sois —dijo por fin.

Brisa se echó a reír.

—Desaprobar nuestra moral no te impide hacer uso de nuestras habilidades, ya veo. Bien, ¿cuál es el trabajo? ¿Qué quiere de nosotros la rebelión skaa?

¿*Rebelión skaa*? pensó Vin, mientras un fragmento de la conversación encajaba en su sitio. Había dos sectores en los bajos fondos. El más grande estaba compuesto por ladrones, bandas, putas y mendigos que trataban de sobrevivir apartados de la cultura skaa principal.

Y luego estaban los rebeldes. La gente que trabajaba contra el Imperio Final. Reen siempre los había considerado idiotas, un sentimiento que compartía la mayoría de la gente que Vin había conocido, ya fueran skaa corrientes o miembros de los bajos fondos.

Todos los ojos se volvieron muy despacio hacia Kelsier, quien se apoyó de nuevo en la barra.

—La rebelión skaa, cortesía de su líder Yeden, nos ha contratado para algo muy específico.

—¿Qué? —preguntó Ham—. ¿Robo? ¿Asesinato?

—Un poco de ambas cosas —dijo Kelsier—, y, al mismo tiempo, ninguna. Caballeros, esto no va a ser un trabajo corriente. Va a ser distinto de todo lo que ninguna banda haya intentado jamás. Vamos a ayudar a Yeden a derrocar al Imperio Final.

Silencio.

—¿Cómo dices? —preguntó Ham.

—Me has oído bien, Ham. Ese es el trabajo que he estado planeando: la destrucción del Imperio Final. O, al menos, de su centro de gobierno. Yeden nos ha contratado para que le proporcionemos un ejército y luego le demos una oportunidad para hacerse con el control de esta ciudad.

Ham se echó hacia atrás en su asiento y luego compartió una mirada con Brisa. Ambos hombres se volvieron hacia Dockson, quien asintió solemne. La habitación permaneció en silencio un momento más; luego el silencio se rompió cuando Yeden empezó a reír sin ganas para sí.

—Nunca tendría que haber accedido a esto —dijo Yeden, sacudiendo la cabeza—. Ahora que lo dices, me doy cuenta de lo ridículo que parece.

—Confía en mí, Yeden —dijo Kelsier—. Estos hombres tienen por costumbre llevar a cabo planes que parecen ridículos a primera vista.

—Puede que eso sea cierto, Kel —dijo Brisa—. Pero, en este caso, estoy de acuerdo con nuestro reticente amigo. Derrocar al Imperio Final... ¡Eso es algo en lo que los rebeldes skaa llevan trabajando mil años! ¿Qué te hace pensar que tendremos éxito donde esos hombres han fracasado?

Kelsier sonrió.

—Tendremos éxito porque tenemos visión, Brisa. Eso es algo de lo que siempre ha carecido la rebelión.

—¿Disculpa? —dijo Yeden, indignado.

—Es cierto, por desgracia —contestó Kelsier—. La rebelión condena a gente como nosotros por nuestra avaricia, pero pese a su elevada moral (que desde luego yo respeto) nunca consiguen que se haga nada. Yeden, tus hombres se ocultan en los bosques y las montañas planeando cómo algún día se alzarán y dirigirán una guerra gloriosa contra el Imperio Final. Pero no tenéis ni idea de cómo desarrollar y ejecutar un plan adecuado.

La expresión de Yeden se ensombreció.

—Tú sí que no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—¿No? —dijo animadamente Kelsier—. Dime, ¿qué ha conseguido vuestra rebelión en sus mil años de lucha? ¿Dónde están vuestros éxitos y vuestras victorias? ¿La Masacre de Touvier, hace tres siglos, en la que siete mil rebeldes skaa murieron? ¿El ataque ocasional a un barco en el canal o el secuestro de un funcionario menor?

Yeden se ruborizó.

—¡Es lo mejor que podemos conseguir con la gente que tenemos! No responsabilices a mis hombres de sus fracasos... Échale la culpa al resto de los skaa. Ni siquiera podemos conseguir que nos ayuden. Llevan mil años siendo explotados, no les queda ningún espíritu. ¡Es difícil conseguir que nos escuche uno entre un millar, y todavía más que se rebele!

—Paz, Yeden —dijo Kelsier, alzando una mano—. No intento insultar tu valor. Estamos en el mismo bando, ¿recuerdas? Acudiste a mí en concreto porque tenías problemas para reclutar a gente para tu ejército.

—Cada vez lamento más la decisión, ladrón.

—Bueno, ya nos has pagado —dijo Kelsier—. Así que es un poco tarde para que te eches atrás. Pero conseguiremos ese ejército, Yeden. Los hombres

de esta sala son los alomantes más capaces, más astutos y más hábiles de la ciudad. Ya lo verás.

La habitación volvió a quedar en silencio. Vin permaneció sentada en su mesa, asistiendo a la conversación con el ceño fruncido. *¿Cuál es tu juego, Kelsier?* Sus palabras sobre derrocar al Imperio Final eran una fachada, eso saltaba a la vista. Le parecía más probable que pretendiera engañar a la rebelión skaa. Pero... si ya le habían pagado, ¿por qué continuar con la charada?

Kelsier se volvió hacia Brisa y Ham.

—Muy bien, caballeros. ¿Qué os parece?

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Por el lord Legislador —habló Brisa, al cabo—, no soy de los que renuncian a un reto así como así. Pero, Kelsier, pongo en duda tu razonamiento. ¿Estás seguro de que podremos conseguirlo?

—Estoy seguro —contestó Kelsier—. Los anteriores intentos de derrocar al lord Legislador han fracasado por falta de organización y planificación adecuadas. Nosotros somos ladrones, caballeros... y extraordinariamente buenos. Podemos robar lo imposible y engañar al impasible. Sabemos cómo emprender una tarea colosal y reducirla a porciones manejables, y luego ocuparnos de cada una de esas porciones. Sabemos cómo conseguir lo que queremos. Estas cosas nos hacen perfectos para esta tarea concreta.

Brisa frunció el ceño.

—Y... ¿cuánto nos van a pagar por conseguir lo imposible?

—Treinta mil cuartos —dijo Yeden—. La mitad ahora, la otra mitad cuando entreguéis el ejército.

—¿Treinta mil? —dijo Ham—. ¿Por una operación de tanta envergadura? Eso apenas cubrirá nuestros gastos. Necesitaremos un espía entre los nobles para recoger los posibles rumores, necesitaremos un par de escondites seguros, por no mencionar un lugar lo bastante grande para ocultar y entrenar a todo un ejército...

—No tiene sentido regatear ahora, ladrón —replicó Yeden—. Treinta mil puede que no parezca mucho a los de *tu* clase, pero es el resultado de décadas de ahorro por nuestra parte. No podemos pagar más porque no tenemos más.

—Es un buen trabajo, caballeros —comentó Dockson, uniéndose a la conversación por primera vez.

—Sí, bueno, todo es magnífico —dijo Brisa—. Me considero un tipo bastante amable. Pero... esto me parece demasiado altruista. Por no decir

estúpido.

—Bueno... —intervino Kelsier—, puede que haya un poco más para nosotros...

Vin alzó la cabeza y Brisa sonrió.

—El tesoro del lord Legislador —dijo Kelsier—. El plan, hoy por hoy, es proporcionar a Yeden un ejército y la oportunidad de apoderarse de la ciudad. Una vez que tome el palacio, se hará con el tesoro y usará sus fondos para asegurarse el poder. Y, junto a ese tesoro...

—Está el atium del lord Legislador —dijo Brisa.

Kelsier asintió.

—Nuestro acuerdo con Yeden nos garantiza la mitad de las reservas de atium que encontremos en el palacio, no importa lo vastas que sean.

Atium. Vin había oído hablar del metal, pero nunca había llegado a verlo. Era increíblemente raro, y se suponía que solo podían usarlo los nobles.

Ham sonreía.

—Muy bien, ese premio es casi lo bastante grande para resultar tentador —dijo con parsimonia.

—Se supone que la cantidad de atium acumulada es enorme —replicó Kelsier—. El lord Legislador vende el metal solo poco a poco, cobrando sumas escandalosas a la nobleza. *Tiene* que mantener una reserva enorme para asegurarse de que controla el mercado, y de que tiene suficiente riqueza para casos de emergencia.

—Cierto... —dijo Brisa—. Pero ¿estás seguro de que quieres intentar algo así tan pronto después de... de lo que pasó la última vez que intentamos entrar en el palacio?

—Esta vez vamos a hacer las cosas de un modo distinto —dijo Kelsier—. Caballeros, seré sincero. No va a ser un trabajo fácil, pero *puede* funcionar. El plan es sencillo. Vamos a encontrar un modo de neutralizar la Guarnición de Luthadel, dejando la zona sin fuerza policial. Luego, sumiremos la ciudad en el caos.

—Tenemos un par de opciones para hacerlo —dijo Dockson—. Pero de eso podremos hablar más tarde.

Kelsier asintió.

—Entonces, en medio de ese caos, Yeden entrará con su ejército en Luthadel y tomará el palacio y hará prisionero al lord Legislador. Mientras Yeden se asegura la ciudad, nosotros robaremos el atium. Le daremos la mitad

y desapareceremos con la otra mitad. Después de todo, su trabajo es conservar aquello de lo que se haya apoderado.

—Parece un poco peligroso para ti, Yeden —advirtió Ham, mirando al líder rebelde.

Yeden se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero si por algún milagro conseguimos controlar el palacio, entonces al menos habremos hecho algo que ninguna rebelión skaa ha conseguido antes. Para mis hombres, no se trata de un asunto de riqueza... ni siquiera de supervivencia. Se trata de hacer algo grandioso, algo maravilloso para dar esperanza a los skaa. Pero no espero que vosotros comprendáis este tipo de cosas.

Kelsier lanzó una mirada a Yeden para acallarlo y el hombre sorbió por la nariz y se reclinó. *¿Ha usado alomancia?*, se preguntó Vin. Había visto relaciones entre patrones y bandas antes, y le parecía que Yeden estaba más en el bolsillo de Kelsier que lo contrario.

Kelsier se volvió hacia Ham y Brisa.

—Este asunto es más que una simple demostración de arrojo. Si conseguimos robar el atium, será un fuerte golpe contra los cimientos financieros del lord Legislador. Depende del dinero que le proporciona el atium... Sin él, podría quedarse sin medios para pagar a sus ejércitos.

»Aunque escape a nuestra trampa, se quedará en la ruina. No podrá enviar soldados para que arrebaten la ciudad a Yeden. Si esto sale bien, la ciudad quedará sumida en el caos y la nobleza estará demasiado debilitada para reaccionar contra las fuerzas rebeldes. El lord Legislador se sentirá confuso e incapaz de agrupar un ejército importante.

—¿Y los koloss? —preguntó Ham en voz baja.

Kelsier negó con la cabeza.

—Si lanza a esas criaturas contra su propia capital, la destrucción que causará será aún más peligrosa que la inestabilidad financiera. En medio del caos, los nobles de las provincias se rebelarán y se erigirán en reyes, y el lord Legislador no tendrá soldados para volver a meterlos en cintura. Los rebeldes de Yeden podrán mantener Luthadel, y nosotros, amigos míos, seremos muy, muy ricos. Todos tendremos lo que queremos.

—Te olvidas del Ministerio de Acero —exclamó Clubs, casi olvidado en un rincón de la habitación—. Esos inquisidores no permitirán que hundamos en el caos su preciosa teocracia.

Kelsier hizo una pausa y se volvió hacia el hombre retorcido.

—Tendremos que encontrar un modo de ocuparnos del Ministerio... Tengo unos cuantos planes al respecto. Sea como sea, ese tipo de problemas son los que tenemos que solventar... en equipo. Tenemos que librarnos de la Guarnición de Luthadel: es imposible conseguir nada con la policía patrullando las calles. Tendremos que encontrar un modo adecuado de sumir la ciudad en el caos y un modo de mantener a los obligadores apartados de nuestros pasos.

»Pero si jugamos bien, podremos obligar al lord Legislador a enviar a la guardia de palacio, tal vez incluso a los inquisidores, a la ciudad para restaurar el orden. Eso dejará el palacio sin protección, lo que dará a Yeden una oportunidad perfecta para actuar. Después ya no importará lo que suceda con el Ministerio o la Guarnición: el lord Legislador no tendrá dinero para mantener el control de su imperio.

—No sé, Kel —dijo Brisa, sacudiendo la cabeza. Parecía estar sopesando sinceramente el plan—. El lord Legislador tiene ese atium en alguna parte. ¿Y si va y extrae más?

Ham asintió.

—Nadie sabe dónde está la mina de atium.

—Yo no diría que *nadie* —repuso Kelsier con una sonrisa.

Brisa y Ham intercambiaron una mirada.

—¿Tú lo sabes? —preguntó Ham.

—Por supuesto —contestó Kelsier—. Me he pasado un año de mi vida trabajando allí.

—¿Los Pozos? —preguntó Ham, sorprendido.

Kelsier asintió.

—Por eso el lord Legislador se asegura de que nadie sobreviva a los trabajos allí: no puede permitir que se filtre su secreto. No es solo una colonia penitenciaria, no es solo un agujero infernal donde envían a los skaa a morir. Es una mina.

—Vaya, vaya... —dijo Brisa.

Kelsier se enderezó, se apartó de la barra y se acercó a la mesa de Ham y Brisa.

—Tenemos una oportunidad, caballeros. Una oportunidad de hacer algo grande... algo que ninguna otra banda de ladrones ha conseguido jamás. ¡Le robaremos al mismísimo lord Legislador!

»Pero hay más. Los Pozos estuvieron a punto de acabar conmigo y veo las cosas... de un modo diferente desde que escapé. Veo a los skaa trabajando sin

esperanza. Veo a las bandas de ladrones tratando de sobrevivir con las sobras de los aristócratas, a menudo haciéndose matar junto con otros skaa en el proceso. Veo la rebelión skaa esforzándose por resistir al lord Legislador y sin lograr ningún progreso.

»La rebelión fracasa porque está demasiado dispersa y extendida. En el momento en que una de sus muchas piezas gana impulso, el Ministerio de Acero la aplasta. Esa no es forma de derrotar al Imperio Final, caballeros. Pero un equipo pequeño, especializado y altamente dotado, tiene esperanza. Podemos trabajar sin gran riesgo a exponernos. Sabemos cómo evitar los tentáculos del Ministerio de Acero. Sabemos cómo piensan los altos nobles y cómo explotar a sus miembros. ¡Podemos hacerlo!

Hizo una pausa junto a la mesa.

—No sé, Kel —dijo Ham—. No es que esté en desacuerdo con tus motivos. Es que... Bueno, parece un poco temerario.

Kelsier sonrió.

—Ya lo sé. Pero vas a hacerlo de todas formas, ¿verdad?

Ham hizo una pausa y luego asintió.

—Sabes que me uniré a tu grupo no importa cuál sea el trabajo. Parece una locura, pero lo mismo parecen la mayoría de tus planes. Pero... dime, ¿hablas en serio de derrocar al lord Legislador?

Kelsier asintió. Por algún motivo, Vin casi se sintió tentada a creerlo.

Ham asintió con vehemencia.

—Muy bien, pues. Cuenta conmigo.

—¿Brisa? —preguntó Kelsier.

El hombre bien vestido sacudió la cabeza.

—No estoy seguro, Kel. Esto es un poco extremo, incluso para ti.

—Te necesitamos, Brisa —dijo Kel—. Nadie puede aplacar a una multitud como tú. Si vamos a formar un ejército, necesitaremos a tus alomantes... y vuestros poderes.

—Bueno, eso es cierto. Pero, con todo...

Kelsier sonrió y puso algo en la mesa: la copa de vino que Vin había servido para Brisa. Ella ni siquiera había advertido que Kelsier la hubiese recogido de la barra.

—Piensa en el desafío, Brisa —dijo Kelsier.

Brisa miró la copa y luego a Kelsier. Transcurridos unos instantes, se echó a reír y tomó el vino.

—Bien. Cuenta conmigo.

—Es imposible —rezongó una voz desde el fondo de la habitación. Clubs estaba sentado con los brazos cruzados y miraba a Kelsier con mala cara—. ¿Qué planeas hacer en realidad, Kelsier?

—Estoy siendo sincero —repuso Kelsier—. Planeo apoderarme del atium del lord Legislador y derrocar su imperio.

—No puedes —dijo el hombre—. Es una estupidez. Los inquisidores nos colgarán con ganchos de la garganta.

—Tal vez —respondió Kelsier—. Pero piensa en la recompensa si tenemos éxito. Riqueza, poder y una tierra donde los skaa puedan vivir como hombres, no como esclavos.

Clubs emitió un sonoro bufido. Entonces se puso en pie, derribando la silla al suelo.

—Ninguna recompensa sería suficiente. El lord Legislador intentó matarte una vez... Veo que no quedarás satisfecho hasta que lo consiga.

Dicho esto, el hombre se dio la vuelta y salió cojeando de la habitación dando un portazo.

La guarida quedó en silencio.

—Bueno, supongo que necesitaremos a otro ahumador —dijo Dockson.

—¿Vais a dejarlo marchar? —preguntó Yeden—. ¡Lo sabe todo!

Brisa se echó a reír.

—¿No se supone que tú eres la moral de este grupo?

—La moral no tiene nada que ver —dijo Yeden—. ¡Permitir que nadie se vaya así es una locura! Podríamos tener encima a los obligadores en cuestión de minutos.

Vin asintió, pero Kelsier negó con la cabeza.

—Yo no actúo así, Yeden. Invité a Clubs a una reunión en la que he esbozado un plan peligroso... un plan que algunos pueden considerar estúpido. No voy a mandarlo asesinar porque haya decidido que es demasiado peligroso. Si haces así las cosas, muy pronto nadie viene a escuchar tus planes.

—Además —dijo Dockson—, no invitaríamos a nadie a una de estas reuniones si no confiáramos en que no nos va a traicionar.

Imposible, pensó Vin, frunciendo el ceño. Tenía que tratarse de un farol para mantener alta la moral de su banda: nadie era tan confiado. Después de todo, ¿no habían dicho los otros que el fracaso de Kelsier unos años antes (que lo había enviado a los Pozos de Hathsin) se había producido a causa de una traición? Debería haber ordenado que unos asesinos siguieran a Clubs en aquel mismo momento, para asegurarse de que no acudiera a las autoridades.

—Muy bien, Yeden —dijo Kelsier, volviendo al tema—. Han aceptado. El plan sigue en marcha. ¿Sigues de acuerdo?

—¿Devolverás el dinero de la rebelión si digo que no? —preguntó Yeden.

La única respuesta a eso fue una risita de Ham. La expresión de Yeden se ensombreció, pero solo negó con la cabeza.

—Si tuviera otra opción...

—Bah, deja de quejarte —dijo Kelsier—. Formas parte oficialmente de una banda de ladrones, así que bien podrías acercarte y sentarte con nosotros.

Yeden se detuvo un instante, luego suspiró y se acercó a sentarse a la mesa de Brisa, Ham y Dockson. Kelsier seguía de pie junto a ellos. Vin estaba sentada en la mesa de al lado.

Kelsier se volvió a mirarla.

—¿Y tú, Vin?

Ella vaciló. *¿Por qué me lo pregunta? Ya sabe que me tiene en su poder. El trabajo no importa, mientras aprenda lo que sabe.*

Kelsier esperó.

—Cuenta conmigo —dijo Vin, suponiendo que eso era lo que él quería oír.

Suponía bien, pues Kelsier sonrió y señaló con la cabeza la última silla de la mesa.

Vin suspiró, pero hizo lo que le pedían. Se puso en pie y se acercó a la mesa para ocupar el último asiento.

—¿Quién es la chica? —preguntó Yeden.

—Intra —dijo Brisa.

Kelsier alzó una ceja.

—En realidad, Vin es más bien una nueva recluta. Mi hermano la pilló aplacando sus emociones hace unos meses.

—Una aplacadora, ¿eh? —preguntó Ham—. Supongo que siempre nos vendrá bien utilizar otra.

—Lo cierto es que también parece capaz de encender las emociones de la gente —advirtió Kelsier.

Brisa se lo quedó mirando.

—¿De veras? —preguntó Ham.

Kelsier asintió.

—Dox y yo la hemos probado hace unas cuantas horas.

Brisa se echó a reír.

—Y yo que estaba diciéndole que lo más probable era que nunca conocería a otro nacido de la bruma aparte de ti.

—Un segundo nacido de la bruma en el equipo —apreció Ham—. Bueno, eso aumenta de algún modo nuestras posibilidades.

—¿Qué estáis diciendo? —farfulló Yeden—. Los skaa no pueden ser nacidos de la bruma. ¡Ni siquiera estoy seguro de que los nacidos de la bruma existan! Desde luego, yo nunca he conocido a ninguno.

Brisa alzó una ceja y luego colocó una mano sobre el hombro de Yeden.

—Deberías intentar no hablar tanto, amigo mío —sugirió—. De esa forma parecerás mucho menos estúpido.

Yeden se zafó de la mano de Brisa y Ham se echó a reír. Vin, sin embargo, permaneció callada, considerando las implicaciones de lo que había dicho Kelsier. La parte referida al robo de las reservas de atium era tentadora, pero ¿tomar la ciudad para hacerlo? ¿Tan intrépidos eran estos hombres?

Kelsier acercó una silla a la mesa y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo.

—Muy bien —dijo—. Tenemos una banda. Planearemos los detalles en la próxima reunión, pero quiero que todos penséis en el trabajo. Tengo algunos planes, pero quiero mentes frescas que consideren nuestra tarea. Tendremos que discutir formas de sacar a la Guarnición de la ciudad, y formas de crear tanto caos en este sitio que las Grandes Casas no puedan movilizar sus fuerzas para detener al ejército de Yeden cuando ataque.

Los miembros del grupo, excepto Yeden, asintieron.

—Antes de terminar por hoy, sin embargo —continuó Kelsier—, hay una parte más del plan sobre la que quiero advertiros.

—¿Más? —preguntó Brisa, riendo—. ¿Robar la fortuna del lord Legislador y derrocar su imperio no es suficiente?

—No —respondió Kelsier—. Si puedo, también voy a matarlo.

Silencio.

—Kelsier —empezó Ham—, el lord Legislador es la Lasca del Infinito. Es un pedazo del mismo Dios. No se le puede matar. Incluso *capturarlo* es probable que resulte imposible.

Kelsier no respondió. En sus ojos, sin embargo, había determinación.

Eso es, pensó Vin. Tiene que estar loco.

—El lord Legislador y yo tenemos una deuda pendiente —dijo Kelsier, despacio—. Me quitó a Mare y casi me robó la cordura también. Admito que mis motivos para llevar a cabo este plan son en parte vengarme de él. Vamos a quitarle su gobierno, su hogar y su fortuna.

»Sin embargo, para que eso funcione, tendremos que deshacernos de él. Tal vez encarcelarlo en sus propias mazmorras... Como mínimo, expulsarlo de la ciudad. No obstante, se me ocurre algo mejor. En esos pozos a los que me envió, mis poderes alománticos despertaron. Ahora pretendo usarlos para matarlo.

Kelsier rebuscó en su bolsillo y sacó algo. Lo colocó sobre la mesa.

—En el norte tienen una leyenda —dijo—. Según ella el lord Legislador no es inmortal... no del todo. Dicen que se le puede matar con el metal adecuado. El undécimo metal. Este metal.

Todos los ojos se volvieron hacia el objeto que había sobre la mesa. Era una fina barra metálica, quizás del diámetro del meñique de Vin, recta, de color blanco plateado.

—¿El undécimo metal? —preguntó Brisa, inseguro—. No he oído semejante leyenda.

—El lord Legislador la ha eliminado —dijo Kelsier—. Pero todavía puede encontrarse, si sabes dónde buscar. La teoría alomántica habla de diez metales: los ocho básicos y los dos altos. Existe otro, no obstante, desconocido para la mayoría. Mucho más poderoso que los otros diez.

Brisa frunció el ceño, escéptico.

Yeden, sin embargo, parecía intrigado.

—¿Y este metal puede de algún modo matar al lord Legislador?

Kelsier asintió.

—Es su punto flaco. El Ministerio de Acero quiere que creáis que es inmortal, pero incluso él puede morir... si un alomante quema esto.

Ham extendió la mano y recogió la fina barra metálica.

—¿De dónde lo has sacado?

—Del norte —respondió Kelsier—. De una tierra cercana a la península Lejana, una tierra donde la gente aún recuerda cómo se llamaba su antiguo reino en los días anteriores a la Ascensión.

—¿Cómo funciona? —preguntó Brisa.

—No estoy seguro —respondió con toda sinceridad Kelsier—. Pero me propongo averiguarlo.

Ham miró el metal de color de porcelana y lo giró entre sus dedos.

¿Matar al lord Legislador?, pensó Vin. El lord Legislador era una fuerza, como los vientos o las brumas. Esas cosas no se mataban. No vivían, en realidad. Sencillamente *eran*.

—De cualquier forma —dijo Kelsier, recuperando el metal de las manos de Ham—, no tenéis que preocuparos por esto. Matar al lord Legislador es tarea mía. Si resulta imposible, nos contentaremos con engañarlo para que salga de la ciudad y luego robarle en sus narices. Solo me ha parecido que debíais saber lo que planeo.

Me he unido a un loco, pensó Vin con resignación. Pero eso no importaba, en realidad... No mientras le enseñara alomancia.

Ni siquiera comprendo lo que se supone que tengo que hacer. Los filósofos de Terris dicen que lo sabré cuando llegue el momento, pero es un flaco consuelo.

La Profundidad debe ser destruida y, al parecer, soy la única persona que puede hacerlo. Asola el mundo en estos mismos momentos. Si no lo hago pronto, de esta tierra no quedarán más que huesos y polvo.

5



—¡AJÁ! —LA FIGURA TRIUNFAL DE Kelsier salió de detrás de la barra de Camon, con una expresión de satisfacción en el rostro. Alzó el brazo y dejó de un golpe en el mostrador una polvorienta botella de vino.

Dockson lo miró, divertido.

—¿Dónde la has encontrado?

—En uno de los cajones secretos —dijo Kelsier, limpiándole el polvo a la botella.

—Creía que los había descubierto todos.

—Y lo has hecho. Pero uno tenía un doble fondo.

Dockson se echó a reír.

—Qué astuto.

Kelsier asintió, descorchó la botella y sirvió tres copas.

—El truco es no dejar nunca de buscar. *Siempre* hay otro secreto.

Recogió las tres copas y se reunió con Vin y Dockson en la mesa.

Vin aceptó la copa sin convicción. La reunión había terminado un rato antes, y Brisa, Ham y Yeden se habían marchado a reflexionar sobre los asuntos que les había indicado Kelsier. Vin pensaba que también debía marcharse, pero no tenía ningún sitio al que ir. Dockson y Kelsier parecieron dar por sentado que se quedaría con ellos.

Kelsier tomó un largo trago de vino tinto y sonrió.

—Ah, esto está *mucho* mejor.

Dockson asintió mostrando su acuerdo, pero Vin no probó la bebida.

—Vamos a necesitar a otro ahumador —advirtió Dockson.

Kelsier asintió.

—Los otros parecen habérselo tomado bien.

—Brisa sigue indeciso —dijo Dockson.

—No se echará atrás. Le gustan los desafíos y nunca encontrará un desafío más grande que este. —Kelsier sonrió—. Además, le volvería loco saber que estamos perpetrando un trabajo en el que no toma parte.

—Aun así, tiene derecho a mostrarse aprensivo —dijo Dockson—. Yo también estoy un poco preocupado.

Kelsier asintió y Vin frunció el ceño. *¿Así que este plan va en serio? ¿O siguen fingiendo porque yo estoy delante?* Los dos hombres parecían tan competentes... No obstante, *¿derrocar al Imperio Final?* Antes detendrían el fluir de las brumas o impedirían que saliera el sol.

—¿Cuándo llegarán tus otros amigos? —preguntó Dockson.

—Dentro de un par de días —respondió Kelsier—. Para entonces tendremos que contar ya con un nuevo ahumador. También voy a necesitar algo más de atium.

Dockson frunció el ceño.

—¿Ya?

Kelsier asintió.

—Lo gasté casi todo comprando el Contrato de OreSeur y usé lo poco que me quedaba en la plantación de Tresting.

Tresting. El noble que había sido asesinado en su mansión la semana anterior. *¿Estaba implicado Kelsier? ¿Y qué era lo que había dicho antes sobre el atium?* Había asegurado que el lord Legislador controlaba a la alta nobleza manteniendo el monopolio del metal.

Dockson se frotó la barbilla.

—El atium no es fácil de encontrar, Kel. Casi tardamos ocho meses en planificar el robo de esa porción.

—Eso es porque tuviste que ser delicado —dijo Kelsier con una sonrisa maliciosa.

Dockson miró a Kelsier con aprensión. Kelsier sonrió aún más y, al cabo, Dockson puso los ojos en blanco y exhaló un suspiro. Después miró a Vin.

—No has tocado la bebida.

Vin negó con la cabeza.

Dockson se quedó esperando una explicación y al final Vin se vio obligada a responder.

—No me gusta beber nada que no haya preparado yo misma.

Kelsier se echó a reír.

—Me recuerda a Vent.

—¿A Vent? —dijo Dockson con un bufido—. La chica es un poco paranoica, pero no es *tan* mala. Ese tipo era tan desconfiado que incluso los latidos de su propio corazón podían sobresaltarla.

Los dos hombres compartieron una carcajada. Vin, sin embargo, se sintió más incómoda por su trato amistoso. *¿Qué esperan de mí? ¿Voy a ser algún tipo de aprendiz?*

—Bueno, ¿vas a decirme cómo planeas conseguir algo de atium? —preguntó Dockson.

Kelsier abrió la boca para responder, pero en las escaleras se oyó el sonido de alguien que bajaba. Kelsier y Dockson se volvieron; Vin, como cabía esperar, se había sentado de manera que pudiera controlar ambas entradas sin tener que moverse.

Vin esperaba que el recién llegado fuera uno de los miembros de la banda de Camon, enviado para ver si Kelsier ya había acabado su reunión en la guarida. Así que se sorprendió mucho cuando la puerta se abrió para revelar el rostro hosco y torcido del hombre llamado Clubs.

Kelsier sonrió, los ojos chispeando.

No se sorprende. Le complace, tal vez, pero no le sorprende.

—Clubs —dijo Kelsier.

Clubs se detuvo en la puerta, dirigiendo a los tres una impresionante mirada de desaprobación. Por fin entró cojeando en la sala. Un adolescente, delgado y torpe, le seguía.

El chico colocó una silla para Clubs junto a la mesa de Kelsier. Clubs se sentó refunfuñando. Por fin miró a Kelsier con los ojos entornados y la nariz arrugada.

—¿El aplacador se ha ido?

—¿Brisa? —preguntó Kelsier—. Sí, se ha ido.

Clubs gruñó. Entonces vio la botella de vino.

—Sírvete —dijo Kelsier.

Clubs indicó al chico que le trajera una copa de la barra y luego se volvió hacia Kelsier.

—Tenía que asegurarme —dijo—. Nunca puedes confiar en ti mismo cuando hay un aplacador cerca... sobre todo uno como él.

—Tú eres ahumador, Clubs —dijo Kelsier—. No podría hacerte gran cosa, si no quieres.

Clubs se encogió de hombros.

—No me gustan los aplacadores. No es solo alomancia... Los hombres como él... Bueno, no puedes confiar en que no te estén manipulando cuando están cerca. Con cobre o sin cobre.

—Yo no recurriría a algo así para conseguir tu lealtad —dijo Kelsier.

—Eso he oído —dijo Clubs mientras el chico le servía una copa de vino—. Pero tenía que asegurarme. Tenía que pensarme las cosas sin tener a ese Brisa cerca. —Frunció el ceño, aunque Vin no entendió por qué, y luego apuró la mitad de la copa de un solo trago—. Buen vino —dijo con un gruñido. Luego miró a Kelsier—. Bien, así que los Pozos te volvieron loco de verdad, ¿eh?

—De remate —respondió Kelsier, serio.

Clubs sonrió, aunque en su rostro la expresión tenía un aspecto decididamente retorcido.

—Así pues, ¿pretendes seguir adelante con esto? ¿Con este trabajito tuyo?

Kelsier asintió con solemnidad.

Clubs apuró el resto de su vino.

—Entonces ya tienes un ahumador. No es por el dinero, que conste. Si hablas en serio de derribar a este gobierno, entonces cuenta conmigo.

Kelsier sonrió.

—Y no me sonrías —replicó Clubs—. Lo odio.

—No me atrevería.

—Bien —dijo Dockson, sirviéndose otra copa—, eso resuelve el problema del ahumador.

—No importará mucho —dijo Clubs—. Vais a fracasar. Me he pasado toda la vida tratando de esconder brumosos del lord Legislador y sus obligadores. Al final, siempre los encuentran.

—Entonces, ¿por qué te molestas intentando ayudarnos? —preguntó Dockson.

—Porque me encontrará también a mí tarde o temprano —dijo Clubs, poniéndose en pie—. Al menos de esta forma podré escupirle a la cara. Derrocar al Imperio Final... —Sonrió—. Tiene estilo. Vámonos, chico. Tenemos que preparar el taller para los visitantes.

Vin los vio marchar. Clubs cojeó hasta la puerta y el chico la cerró tras ambos. Luego miró a Kelsier.

—Sabías que volvería.

Él se encogió de hombros, se puso en pie y se desperezó.

—Tenía la esperanza. La gente se siente atraída por las visiones. El trabajo que propongo... Bueno, no es el tipo de cosa de la que te apartas... no si eres un viejo aburrido molesto con la vida. Bueno, Vin, supongo que tu banda es dueña de todo el edificio, ¿no?

Vin asintió.

—El taller de arriba es una tapadera.

—Bien —dijo Kelsier, comprobando su reloj de bolsillo y luego entregándoselo a Dockson—. Di a tus amigos que pueden recuperar su guarida... Las brumas estarán saliendo ya.

—¿Y nosotros? —preguntó Dockson.

Kelsier sonrió.

—Vamos al tejado. Como te decía, tengo que buscar más atium.

DURANTE EL DÍA LUTHADEL ERA una ciudad ennegrecida, manchada por el hollín y la luz roja del sol. Era dura, contrastada y opresiva.

Durante la noche, sin embargo, las brumas salían para nublar y oscurecer. Las fortalezas de los altos nobles se volvían siluetas espirituales al acecho. Las calles parecían más estrechas con la niebla, cada una de ellas convertida en un callejón solitario y peligroso. Incluso a los nobles y los ladrones les daba aprensión salir de noche: hacía falta un corazón fuerte para enfrentarse al imponente silencio envuelto en la bruma. La ciudad, de noche, era un lugar para los desesperados y los atrevidos, una tierra de misterio cambiante y criaturas extrañas.

Criaturas extrañas como yo, pensó Kelsier. Se encontraba en la cornisa del tejado de la guarida. Los edificios en sombras se alzaban en la noche a su alrededor y las brumas hacían que todo pareciera cambiar y moverse en la oscuridad. Débiles luces brillaban en alguna que otra ventana, pero las diminutas perlas de iluminación estaban encogidas y asustadas.

Una fría brisa barrió el tejado, removiendo la bruma, frotándola contra la mejilla húmeda de Kelsier como una exhalación. En tiempos pasados, antes de que todo saliera mal, siempre se subía a un tejado por la noche antes de un trabajo, deseando contemplar la ciudad. No se dio cuenta de que estaba

siguiendo aquella vieja costumbre esa noche hasta que miró a su lado, esperando que Mare estuviera allí junto a él, como había estado siempre.

Pero encontró solo aire vacío. Solitario. Silencioso. Las brumas la habían sustituido. Pobremente.

Suspiró y se dio la vuelta. Vin y Dockson estaban detrás de él, en el tejado. Ambos parecían temerosos de estar allí en la niebla, pero dominaban su miedo. No llegas muy lejos en los bajos fondos sin aprender a dominar tu miedo a las brumas.

Kelsier había aprendido a hacer más que eso. Se había internado en ellas tantas veces durante los últimos años que empezaba a sentirse más cómodo por la noche, dentro del oscuro abrazo de la bruma, que de día.

—Kel —dijo Dockson—, ¿tienes que asomarte así al borde? Nuestros planes puede que sean un poco alocados, pero prefiero que no terminen contigo desparramado en los adoquines de allá abajo.

Kelsier sonrió. *Sigue sin considerarme un nacido de la bruma*, pensó. *Todos tardarán en acostumbrarse*.

Años antes había sido el más famoso jefe de bandas de Luthadel, y lo había conseguido sin ser siquiera un alomante. Mare era ojo de estaño, pero Dockson y él... solo eran hombres corrientes. Un mestizo sin poderes y un skaa de plantación fugitivo. Juntos habían puesto de rodillas a las Grandes Casas, robando con osadía a los hombres más poderosos del Imperio Final.

Ahora Kelsier era más, mucho más. Antaño soñaba con la alomancia y deseaba tener un poder como el de Mare. Ella murió antes de que él consiguiera sus poderes. Nunca pudo ver lo que hacía con ellos.

Antes, la alta nobleza lo temía. El propio lord Legislador había tenido que preparar la trampa en la que había caído. Ahora... el Imperio Final mismo se estremecería antes de que acabara con él.

Escrutó la ciudad una vez más, inhalando las brumas, y luego se bajó del saliente y se acercó a Dockson y Vin. No llevaban luces: por lo general, la luz ambiental de las estrellas difuminada por las brumas era suficiente para ver.

Kelsier se quitó la casaca y el chaleco, se los ofreció a Dockson, y luego se desabrochó la camisa, dejando que la prenda colgara suelta. El tejido era lo bastante oscuro como para que no lo vieran de noche.

—Muy bien —dijo Kelsier—. ¿A quién debería probar?

Dockson frunció el ceño.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

Kelsier sonrió.

Dockson suspiró.

—Han robado a las Casas Urbain y Teniert recientemente, aunque no su atium.

—¿Qué casa es la más fuerte ahora mismo? —preguntó Kelsier, agachándose y deshaciendo los nudos de su mochila, que reposaba a los pies de Dockson—. ¿Quién no pensaría que van a robarle?

Dockson hizo una pausa.

—Los Venture —dijo por fin—. Llevan en la cima unos cuantos años. Mantienen una fuerza armada de varios cientos de hombres y en la casa de la nobleza local hay unas dos docenas de brumosos.

Kelsier asintió.

—Bien, ahí es donde iré, entonces. Seguro que tienen atium.

Abrió la bolsa, sacó una capa gris oscuro. Grande y envolvente, la capa no estaba hecha de una sola pieza de tela, sino de cientos de largas tiras como lazos. Estaban cosidas en los hombros y en el pecho, pero colgaban separadas unas de otras, como cintas superpuestas.

Kelsier se puso el atuendo y las tiras de tela se retorcieron y enroscaron, casi como las brumas.

Dockson resopló en voz baja.

—Nunca había estado tan cerca de alguien que llevara una de estas.

—¿Qué es? —preguntó Vin. La voz apagada casi daba miedo en la bruma nocturna.

—Una capa de nacido de la bruma —dijo Dockson—. Todos la llevan... Es una especie de... como un signo de pertenencia a su club.

—Tiene la forma y el color precisos para ocultarte en la bruma —dijo Kelsier—. Y advierte a los guardias de la ciudad y a los otros nacidos que no te molesten. —Se dio media vuelta, dejando que la capa se agitara dramáticamente—. Creo que me queda de maravilla.

Dockson puso los ojos en blanco.

—Muy bien —dijo Kelsier, agachándose y sacando un cinturón de tela de la bolsa—. Casa Venture. ¿Hay algo que necesite saber?

—Se supone que lord Venture tiene una caja fuerte en su estudio —dijo Dockson—. Ahí es donde debe de guardar su reserva de atium. El estudio está en el segundo piso, a tres habitaciones del balcón superior del ala sur. Ten cuidado, la Casa Venture tiene una docena de mataneblinos además de sus soldados y brumosos.

Kelsier asintió y se ató el cinturón; no tenía hebilla, pero sí dos pequeñas fundas. Sacó un par de dagas de cristal de la bolsa, comprobó que no estuviesen melladas y las envainó. Se quitó los zapatos y los calcetines, quedándose descalzo sobre las heladas piedras. Con los zapatos también desapareció el último trozo de metal que llevaba encima, aparte de la faltriquera y los tres frascos de metal del cinturón. Seleccionó el más grande, se tomó su contenido y le tendió el frasco vacío a Dockson.

—¿Ya está? —preguntó Kelsier.

Dockson asintió.

—Buena suerte.

Junto a él, la muchacha observaba sus preparativos con intensa curiosidad. Era una criatura pequeña y silenciosa, pero ocultaba una intensidad que le resultaba impresionante. Era paranoica, cierto, pero no tímida.

Tendrás tu oportunidad, muchacha, pensó. Pero no esta noche.

—Bien —dijo, sacando una moneda de la bolsa; la arrojó desde lo alto del edificio—. Supongo que allá voy. Me reuniré con vosotros en el taller de Clubs dentro de un rato.

Dockson asintió.

Kelsier se dio la vuelta y se acercó al borde del tejado. Luego saltó del edificio.

La bruma se enroscó en el aire a su alrededor. Quemó acero, el segundo de los metales alománticos básicos. Luces azules transparentes cobraron existencia en torno a él, visibles solo para sus ojos. Cada una brotaba desde el centro de su pecho hasta una fuente de metal cercana. Las líneas eran relativamente débiles, signo de que apuntaban a fuentes de metal pequeñas: bisagras de puertas, clavos y otras menudencias. El tipo de fuente de metal no importaba. Quemar hierro o acero hacía llegar líneas azules a todo tipo de metal, suponiendo que estuviera lo bastante cerca y el objeto fuera lo bastante grande para reparar en él.

Kelsier escogió la línea que apuntaba directa hacia abajo, hacia su moneda. Quemando acero, empujó contra la moneda.

Su descenso se detuvo de inmediato, y fue lanzado por el aire en dirección opuesta siguiendo la línea azul. Se volvió de lado, seleccionó al pasar el pomo de una ventana y empujó, inclinándose. El cuidadoso empujón lo envió hacia arriba y por encima del edificio que se hallaba justo al otro lado de la calle de la guarida de Vin.

Kelsier aterrizó con agilidad, agazapado, y echó a correr por el techo picudo del edificio. Se detuvo al otro lado, en la oscuridad, y escrutó el aire revuelto. Quemó estaño y lo sintió cobrar vida en su pecho, amplificando sus sentidos. De repente las brumas parecieron menos densas. No es que la noche a su alrededor se volviera más clara, sino que, sencillamente, su capacidad de percepción había aumentado. Al norte, en la distancia, distinguió apenas una enorme estructura. La fortaleza de Venture.

Kelsier dejó el estaño encendido: ardía poco a poco y probablemente no tendría que preocuparse de que se agotara. Al incorporarse, las brumas se enroscaron ligeramente alrededor de su cuerpo. Giraron y revolotearon, haciendo pasar una ligera corriente, apenas perceptible, junto a él. Las brumas lo conocían, lo reclamaban. Podían sentir la alomancia.

Saltó, empujando una chimenea de metal que tenía detrás, lo que lo impulsó en un amplio salto horizontal. Lanzó una moneda mientras saltaba y la diminuta pieza de metal fluctuó a través de la oscuridad y la niebla. Se impulsó contra la moneda antes de que esta golpeara el suelo y la fuerza de su peso la envió hacia abajo de golpe. En cuanto tocó el suelo, Kelsier salió catapultado hacia arriba, lo que convirtió la segunda mitad de su salto en un gracioso arco.

Kelsier aterrizó en otro tejado de madera picudo. Empujar acero y tirar de hierro eran las primeras cosas que le había enseñado Gemmel. *Cuando empujes algo, es como si arrojaras tu peso contra eso*, le había dicho el viejo lunático. *Y no puedes cambiar cuánto pesas: eres un alomante, no un místico del norte. No tires de nada que pese menos que tú, a menos que quieras que venga volando hacia ti, y no empujes nada más pesado a menos que quieras que te lance en dirección contraria.*

Kelsier se rascó las cicatrices, luego se arrebuscó en la capa de bruma, agazapado en el tejado, notando el roce de la madera contra sus pies descalzos. A menudo deseaba que quemar estaño no amplificara todos sus sentidos... o, al menos, no todos a la vez. Necesitaba la visión mejorada para ver en la oscuridad y hacía también buen uso de la audición mejorada. Sin embargo, quemar estaño hacía que la noche fuera aún más gélida para su piel supersensible y sus pies notaban cada guijarro y cada surco de la madera que tocaban.

La fortaleza de Venture se alzaba ante él. Comparada con la ciudad oscura, parecía arder de luz. Los altos nobles no seguían el mismo calendario que la gente normal: la capacidad para mantener, incluso dilapidar, lámparas de

aceite y velas, permitía a los ricos no plegarse a los caprichos de las estaciones y del sol.

La fortaleza era majestuosa; se notaba con tan solo observar su arquitectura. Aunque tenía una muralla defensiva en torno al terreno, la construcción era más artística que defensiva. Recios contrafuertes sobresalían a los lados, permitiendo intrincadas ventanas y delicadas torretas. Vidrieras de colores iluminadas cubrían los muros del edificio rectangular, dando a las brumas que lo rodeaban un brillo irregular.

Kelsier quemó hierro, lo mantuvo potente y escudriñó la noche en busca de fuentes de metal. Estaba demasiado lejos de la fortaleza para usar elementos pequeños como monedas o bisagras. Necesitaba un punto de apoyo más grande para cubrir esa distancia.

La mayoría de las líneas azules eran débiles. Kelsier advirtió que un par de ellas se movía con parsimonia por encima de él: una pareja de guardias en el tejado, lo más probable. Captaba sus petos y sus armas. A pesar de las consideraciones alománticas, la mayoría de los nobles aún armaba a sus soldados con metal. Los brumosos que podían empujar o tirar de metales eran poco corrientes, y los nacidos de la bruma aún menos. Muchos lores consideraban poco práctico dejar a sus guardias y soldados prácticamente indefensos para contrarrestar un segmento tan pequeño de la población.

No, la mayoría de los altos nobles confiaba en otros medios para enfrentarse a los alomantes. Kelsier sonrió. Dockson había dicho que lord Venture tenía un escuadrón de mataneblinos. Si eso era cierto, cabía la probabilidad de que se los encontrase antes de que acabara la noche. Ignoró por el momento a los soldados, concentrándose en una sólida línea azul que apuntaba hacia el tejado de la torre. Debía de estar revestido de cobre o de bronce. Kelsier avivó su hierro, inspiró profundamente y tiró de la línea.

Con un súbito latigazo, salió despedido por los aires.

Kelsier continuó quemando hierro, tirando de sí hacia la torre a enorme velocidad. Algunos rumores decían que los nacidos de la bruma podían volar, pero era una exageración. Tirar y empujar metales solía parecerse menos a volar que a caer... solo que en la dirección equivocada. Un alomante tenía que tirar con fuerza para conseguir el impulso adecuado, y eso lo lanzaba hacia su asidero a velocidades asombrosas.

Kelsier salió disparado hacia la torre mientras las brumas se arremolinaban a su alrededor. Rebasó con facilidad la muralla protectora del perímetro, pero su cuerpo cayó un poco hacia el suelo mientras se movía. Era su inoportuno

peso de nuevo: tiraba de él hacia abajo. Incluso las más veloces flechas se torcían ligeramente hacia el suelo en su vuelo.

El tirón de su peso significaba que, en vez de salir disparado hacia el tejado, lo hizo trazando un arco. Se acercó a la muralla de la fortaleza situada a varios metros por debajo del tejado, todavía viajando a enorme velocidad.

Inspiró profundamente y quemó peltre, usándolo para ampliar su fuerza física del mismo modo que el estaño amplificaba sus sentidos. Giró en el aire, golpeando la pared de piedra con los pies. Incluso sus músculos reforzados protestaron por el trato, pero se detuvo sin romperse ningún hueso. Inmediatamente se soltó del tejado, lanzando una moneda y empujándola en cuanto empezó a caer. Seleccionó una fuente de metal situada por encima de él (uno de los refuerzos de alambre de una de las vidrieras) y tiró de ella.

La moneda golpeó el suelo y pudo de repente soportar su peso. Kelsier se lanzó hacia arriba, empujando la moneda y tirando de la ventana al mismo tiempo. Entonces, apagando ambos metales, dejó que el impulso lo llevara hacia arriba los últimos pocos metros a través de las oscuras brumas. Con la capa aleteando silenciosamente, llegó al borde de la pasarela de servicio superior del torreón, pasó por encima de la balaustrada de piedra y aterrizó en el alféizar.

Un sorprendido guardia lo descubrió, ni a tres pasos de distancia. Kelsier arremetió contra él como una exhalación tras saltar al aire y tirar levemente del peto de acero del hombre y hacerle perder el equilibrio. Sacó una de las dagas de cristal, permitiendo que la fuerza de su tirón al hierro lo lanzara hacia el guardia. Aterrizó con ambos pies contra el pecho del soldado y luego se giró y cortó con una estocada reforzada por el peltre.

El guardia se desplomó con la garganta segada. Kelsier aterrizó ágilmente a su lado, aguzando el oído al acecho de sonidos de alarma en la noche. No hubo ninguno. Dejó al guardia borbotear su muerte. El hombre debía de ser un noble menor. El enemigo. Si en lugar de eso hubiera sido un soldado skaa obligado a traicionar a su gente a cambio de unas monedas... Bueno, entonces Kelsier se hubiese alegrado aún más de enviarlo a la eternidad.

Empujó el peto del moribundo, saltando por encima de la pasarela de piedra hacia el tejado. El bronce del tejado bajo sus pies estaba helado y resbaladizo. Corrió por él, dirigiéndose a la parte sur del edificio, buscando el balcón que había mencionado Dockson. No le preocupaba demasiado ser localizado: uno de sus propósitos de esa noche era robar un poco de atium, el

décimo y más poderoso de los metales alománticos generalmente conocidos. Su otro propósito, sin embargo, era causar una conmoción.

Encontró sin problemas el balcón. Largo y ancho, probablemente era un balcón de recreo, utilizado para entretenimiento de pequeños grupos. Sin embargo, en aquel momento estaba tranquilo, vacío a excepción de dos guardias. Kelsier se agazapó en silencio en las brumas de la noche por encima del balcón, oculto por la envolvente capa gris, con los dedos de los pies engarfiados en el borde metálico del tejado. Los dos guardias charlaban debajo, distraídos.

Hora de hacer un poco de ruido.

Kelsier saltó al saliente justo entre los dos guardias. Quemando peltre para reforzar su cuerpo, se extendió y empujó acero con violencia contra ambos hombres al mismo tiempo. Equilibrado como estaba en el centro, su empujón lanzó a los dos guardias en direcciones opuestas. Los hombres gritaron de sorpresa cuando la súbita fuerza los envió hacia atrás, lanzándolos por encima del balcón a la oscuridad. Cayeron con un alarido. Kelsier abrió las puertas del balcón de golpe, dejando que entrara un muro de bruma, envolviéndolo, sus tentáculos arrastrándose para reclamar la habitación oscura.

Tercera habitación, pensó, corriendo agazapado hacia allí. La segunda estancia era una silenciosa terraza interior, casi un invernadero. A lo largo de todo el recinto había parterres bajos de arbustos cultivados y árboles pequeños, y una pared estaba compuesta de enormes ventanales desde el suelo hasta el techo, para proveer de luz solar a las plantas. Aunque estaba oscuro, Kelsier sabía que las plantas serían de colores ligeramente distintos al marrón típico: algunas serían blancas, otras rojizas y quizás alguna incluso amarillo claro. Las plantas que no eran marrones constituían una rareza cultivada y conservada por la nobleza.

Kelsier avanzó rápidamente por el invernadero. Se detuvo en la siguiente puerta, advirtiendo su contorno iluminado. Apagó su estaño para no deslumbrarse al entrar por culpa de los ojos amplificados y abrió la puerta.

Entró agachado, parpadeando a causa de la luz, con una daga de cristal en cada mano. Sin embargo, la habitación estaba vacía. Obviamente, era un estudio; una linterna ardía en cada pared junto a unas estanterías, y en un rincón había un escritorio.

Kelsier guardó sus cuchillos, quemó acero y buscó fuentes de metal. Había una gran caja fuerte en un rincón, pero era un escondite demasiado obvio. En efecto, otra potente fuente de metal brillaba dentro de la pared este. Kelsier se

acercó, pasando los dedos por la escayola. Como muchas paredes de las fortalezas de los nobles, esta estaba decorada con un mural: criaturas extrañas retozaban bajo un sol rojo. La falsa sección de pared media menos de medio metro cuadrado y había sido colocada de manera tal que el mural cubría sus rendijas.

Siempre hay otro secreto, pensó Kelsier. No se molestó en intentar descubrir cómo abrirla, sino que quemó acero, se extendió y tiró de la débil fuente de metal que supuso que era el mecanismo de cierre de la trampilla. Se resistió al principio, tirando de él hacia la pared, pero quemó peltre y tiró con más fuerza. La cerradura chasqueó y el panel se abrió, revelando una pequeña caja fuerte empotrada.

Kelsier sonrió. Parecía lo suficientemente pequeña para que un hombre reforzado por el peltre se la llevara, suponiendo que lograra sacarla de la pared.

Saltó hacia arriba, tirando de hierro contra la caja, y aterrizó con los pies contra la pared, uno a cada lado del panel abierto. Continuó tirando, manteniéndose en su sitio, y avivó su peltre. La fuerza inundó sus piernas y Kelsier avivó también su hierro para tirar de la caja fuerte.

Se esforzó y dejó escapar un ligero gruñido. Era una prueba de fuerza para ver qué cedía primero, si la caja fuerte o sus piernas.

La caja fuerte vibró en su marco. Kelsier tiró con más fuerza, mientras sus músculos protestaban. Pasó un buen rato sin que sucediera nada. Luego la caja se estremeció y se soltó de la pared. Kelsier cayó hacia atrás, quemando acero y empujando contra la caja para apartarse. Aterrizó mal, con el sudor corriéndole por la frente, mientras la caja se estrellaba contra el suelo de madera y arrancaba astillas.

Un par de sorprendidos guardias entraron corriendo en la habitación.

—Justo a tiempo —comentó Kelsier, alzando una mano y tirando de la espada de uno de los soldados. La liberó de la vaina. El arma salió disparada de su funda, giró en el aire y corrió de punta hacia Kelsier, que apagó su hierro, se apartó y agarró la espada por la empuñadura cuando pasó por su lado.

—¡Un nacido de la bruma! —gritó el guardia.

Kelsier sonrió y saltó hacia delante.

El guardia desenvainó una daga. Kelsier la empujó, arrancándola de la mano del hombre, y luego lanzó un ataque que le separó la cabeza del cuerpo. El segundo guardia maldijo y se soltó las correas del peto.

Kelsier empujó su espada mientras completaba su mandoble. El arma salió despedida de sus dedos y corrió silbando hacia el segundo guardia. La armadura del hombre se soltó, impidiendo que Kelsier empujara contra ella, justo cuando el cadáver del primer guardia caía al suelo. Un momento después, la espada de Kelsier se hundía en el pecho ahora descubierto del segundo guardia. El hombre se tambaleó y luego se desplomó en silencio.

Kelsier se apartó de los cadáveres, la capa susurrando. Su ira era sutil, no tan tremenda como la noche que había matado a lord Tresting. Pero la sentía allí, en el picor de sus cicatrices y en el recuerdo de los gritos de la mujer a la que había amado. Por lo que a Kelsier se refería, todo hombre que apoyara al Imperio Final también perdía su derecho a vivir.

Encendió su peltre, reforzando su cuerpo, y luego se agachó y recogió la caja. Vaciló un segundo bajo su peso, luego recuperó el equilibrio y tomó el camino de vuelta al balcón. Tal vez la caja contuviera atium; tal vez no. Sin embargo, no tenía tiempo de buscar otras opciones.

Estaba a medio camino, en el invernadero, cuando oyó pasos a su espalda. Se dio la vuelta y vio el estudio lleno de siluetas. Eran ocho, cada una con una túnica gris suelta, un bastón de duelo y un escudo en vez de espada. Mataneblinos.

Kelsier dejó caer al suelo la caja fuerte. Los mataneblinos no eran alomantes, pero estaban entrenados para combatir a los brumosos y los nacidos de la bruma. No habría ni un solo pedacito de metal en sus cuerpos y estarían preparados para sus trucos.

Kelsier dio un paso atrás, desperezándose y sonriendo. Los ocho hombres se desplegaron por el estudio, moviéndose con silenciosa precisión.

Esto va a ser interesante.

Los mataneblinos atacaron, lanzándose por parejas hacia el invernadero. Kelsier sacó las dagas, esquivó el primer ataque y lanzó una estocada al pecho de uno de los hombres. El mataneblino, sin embargo, saltó hacia atrás y obligó a Kelsier a retroceder blandiendo su bastón.

Kelsier avivó su peltre, dejando que sus piernas reforzadas lo impulsaran hacia atrás de un tremendo salto. Con una mano arrojó un puñado de monedas y las empujó contra sus oponentes. Los discos de metal salieron disparados hacia delante, dispersándose en el aire, pero sus enemigos estaban preparados para eso: alzaron los escudos y las monedas rebotaron en la madera, astillándola, pero dejando ilesos a los hombres.

Kelsier dirigió la mirada hacia los otros mataneblinos que llenaban la habitación y avanzaban hacia él. Seguramente no esperaban mantener con él una lucha prolongada: su táctica sería abalanzarse todos a la vez, esperando poner pronto fin a la pelea, o al menos retenerlo hasta que pudieran despertar a los alomantes y estos vinieran a combatir. Kelsier miró la caja fuerte mientras aterrizaba.

No podía marcharse sin ella. Él también tenía prisa por terminar la pelea. Avivando peltre, saltó hacia delante y probó a descargar un golpe con la daga, pero no pudo superar las defensas de su adversario. Apenas esquivó a tiempo para no recibir en la cabeza el golpe de un bastón.

Tres de los mataneblinos saltaron tras él, cortándole la retirada hacia la habitación del balcón. *Magnífico*, pensó Kelsier, tratando de mantener la mirada fija en los ocho hombres a la vez. Avanzaron con cuidadosa precisión, trabajando en equipo.

Con la mandíbula apretada, Kelsier volvió a avivar su peltre; advirtió que se estaba quedando sin reservas. De los ocho metales básicos, el peltre era el que más rápido se quemaba.

Ahora no tengo tiempo de preocuparme por eso. Los hombres que tenía detrás atacaron y Kelsier se apartó de un salto, tirando de la caja para lanzarse hacia el centro de la habitación. Empujó nada más posarse en el suelo cerca del recipiente blindado, lanzándose al aire en ángulo. Se encogió, pasó por encima de las cabezas de dos atacantes y aterrizó en el suelo junto al pulcro parterre de un árbol. Giró, encendiendo su peltre y alzando un brazo para defenderse del golpe que sabía que recibiría.

El bastón de duelo impactó contra su brazo. Un estallido de dolor le recorrió el antebrazo, pero su hueso fortalecido por el peltre resistió. Kelsier siguió moviéndose, adelantó la otra mano y clavó una daga en el pecho de su oponente.

El hombre retrocedió, sorprendido, y el movimiento despojó a Kelsier de una de sus dagas. Un segundo mataneblino atacó, pero Kelsier lo esquivó y luego con la mano libre se soltó la bolsa del cinturón. El mataneblino se preparó para bloquear la daga que le quedaba a Kelsier, pero este alzó la otra mano y golpeó con la bolsa de monedas el escudo del hombre.

Luego empujó las monedas que contenía.

El mataneblino gritó. La fuerza del tremendo empujón del acero lo lanzó de espaldas. Kelsier avivó su acero, empujando tan fuerte que salió también despedido hacia atrás... lejos de la pareja de hombres que intentaba atacarlo.

Kelsier y su enemigo se alejaron, arrojados en direcciones opuestas. Kelsier chocó contra la pared, pero siguió empujando, aplastando a su oponente (bolsa, escudo y todo) contra uno de los enormes ventanales del invernadero.

El cristal se quebró, las chispas de la luz de las linternas del estudio juguetearon en sus añicos. El rostro desesperado del mataneblino desapareció en la oscuridad exterior y la bruma (silenciosa, pero ominosa) empezó a colarse por la ventana destrozada.

Los otros seis hombres avanzaron implacables y Kelsier se vio obligado a ignorar el dolor de su brazo mientras esquivaba dos golpes. Giró apartándose, rozando un arbólito, pero un tercer mataneblino atacó y le golpeó el costado con su bastón.

El ataque lanzó a Kelsier contra el parterre. Resbaló, luego se desplomó cerca de la entrada del estudio iluminado y dejó caer la daga. Jadeó de dolor, rodó de rodillas y se sujetó el costado. El golpe hubiese roto las costillas de cualquier otro hombre. Incluso Kelsier tendría un enorme moratón.

Los seis hombres avanzaron, desplegándose de nuevo para rodearlo. Kelsier se puso en pie a duras penas, la visión nublada por el dolor y el esfuerzo. Apretó los dientes y sacó uno de los frasquitos de metal que le quedaban. Apuró su contenido de un solo trago, reponiendo su peltre, y luego quemó estaño. La luz casi lo cegó y el dolor del brazo de pronto le pareció más agudo, pero el estallido de sentidos amplificados le despejó la cabeza.

Los seis mataneblinos avanzaron en un súbito ataque coordinado.

Kelsier tendió la mano hacia un lado, quemando hierro y buscando metal. La masa metálica más cercana era un grueso pisapapeles plateado que había en el escritorio del estudio. Se hizo con él, se giró, alzó el brazo hacia los hombres que avanzaban y adoptó una postura defensiva.

—Muy bien —gruñó. Quemó acero en un arrebato de fuerza. El lingote rectangular salió despedido de su mano. El mataneblino más cercano alzó su escudo, pero se movió demasiado despacio. El lingote le golpeó el hombro con un crujido y el hombre cayó al suelo gritando.

Kelsier se volvió a un lado, esquivando un mandoble del bastón y colocando a un mataneblino entre sí y el hombre caído. Quemó hierro, tirando del lingote hacia él. El pisapapeles voló por los aires y se estrelló contra la sien del segundo mataneblino. El hombre se desplomó mientras el lingote flotaba en el aire.

Uno de los hombres maldijo y se lanzó al ataque. Kelsier empujó el pisapapeles que todavía flotaba en el aire, apartándolo de sí mismo... y del

mataneblino que tenía alzado su escudo. Kelsier oyó el lingote golpear el suelo a su espalda. Alzó la mano, quemando peltre, y detuvo el bastón del mataneblino a mitad del golpe.

El mataneblino gruñó, debatiéndose contra la fuerza amplificada de Kelsier, quien no se molestó en quitarle el arma; tiró bruscamente del lingote que tenía detrás dirigiéndolo hacia su propia espalda a una velocidad letal. Se volvió en el último momento, usando su impulso para hacer girar al mataneblino y colocarlo justo en la trayectoria del proyectil.

El hombre cayó.

Kelsier avivó peltre, reforzándose contra nuevos ataques. En efecto, un bastón se estrelló contra sus hombros. Cayó de rodillas mientras la madera se quebraba, pero quemó estaño para mantenerse consciente. El dolor y la lucidez destellaron en su mente. Arrancó el pisapapeles de la espalda del hombre moribundo y se apartó dejando que el arma improvisada pasara de largo.

Los dos mataneblinos que tenía más cerca se agacharon, en guardia. El lingote se clavó en uno de los escudos, pero Kelsier no continuó empujando para no perder el equilibrio. En vez de eso quemó hierro y tiró del pisapapeles hacia sí. Lo esquivó, apagó el hierro y sintió el lingote pasar volando por encima de él. Sonó un crujido cuando chocó con el hombre que le saltaba encima.

Kelsier giró, quemando hierro y luego acero para enviar el lingote volando hacia los dos últimos hombres. Estos se apartaron, pero Kelsier tiró del pisapapeles y lo hizo caer en el suelo directamente ante ellos. Los hombres lo miraron con aprensión, momento de distracción que Kelsier aprovechó para correr y saltar, empleando un empujón de acero contra el lingote, y pasar por encima de sus cabezas. Los mataneblinos maldijeron dándose la vuelta. Cuando Kelsier aterrizó, tiró de nuevo del lingote, haciéndolo caer desde detrás contra el cráneo de uno de los hombres.

El mataneblino cayó en silencio. El lingote revoloteó en la oscuridad y Kelsier lo atrapó en el aire. Su fría superficie estaba resbaladiza de sangre. La bruma de la ventana rota se arremolinó a sus pies, enroscándose en sus piernas. Bajó la mano y señaló directamente al mataneblino restante.

En algún lugar de la habitación, un hombre caído gruñó.

El mataneblino que seguía en pie dio un paso atrás, soltó su arma y salió corriendo. Kelsier sonrió y bajó la mano.

De repente, un empujón de acero le arrancó el pisapapeles de entre los dedos. Cruzó la habitación y salió rompiendo otra ventana. Kelsier maldijo, se dio la vuelta y vio que un grupo más numeroso de hombres entraba en tromba en el estudio. Vestían como los nobles. Alomantes.

Varios de ellos alzaron las manos y un remolino de monedas voló hacia Kelsier, quien quemó acero y empujó las monedas apartándolas del camino. Las ventanas se rompieron y la madera se quebró cuando la habitación quedó regada de monedas. Kelsier sintió un tirón en el cinturón cuando le arrebataron su último frasco de metal, que salió volando hacia la otra habitación por un tirón alomántico. Varios hombretones corrieron hacia él, detrás de las monedas que caían. Violentos: brumosos que, como Ham, podían quemar peltre.

Hora de irse, pensó Kelsier, repeliendo otra oleada de monedas con los dientes apretados a causa del dolor de su brazo y su costado. Miró tras de sí; tenía unos instantes de ventaja, pero no conseguiría llegar al balcón. Cuando más brumosos avanzaron, Kelsier inspiró profundamente y se abalanzó hacia uno de los ventanales rotos. Saltó a las brumas, girando en el aire mientras caía, y se extendió para tirar firmemente de la caja fuerte caída.

Se sacudió en el aire, cayendo hacia el muro del edificio como si estuviera atado a un alambre. Sintió la caja fuerte deslizarse hacia delante rozando el suelo del invernadero mientras su peso tiraba de ella. Chocó contra la pared del invernadero, pero él continuó tirando tras detenerse en el dintel de una ventana. Tiró de la caja, boca abajo en el hueco de la ventana.

La caja apareció en el borde del balcón superior. Se tambaleó, luego cayó y se precipitó directamente hacia Kelsier. Él sonrió, apagó su hierro y se apartó del edificio empujándose con las piernas y lanzándose a las brumas como un buceador loco. Cayó de espaldas a través de la oscuridad, sin apenas ver el rostro airado que se asomaba a la ventana rota.

Kelsier tiró con cuidado de la caja, moviéndose en el aire. Las brumas se enroscaban a su alrededor, impidiéndole ver, haciéndole sentir como si no cayera... aunque flotaba en mitad de la nada.

Se extendió hacia la caja, luego giró en el aire y empujó contra ella, lanzándose hacia arriba.

La caja se estrelló contra los adoquines que había justo debajo. Kelsier empujó contra ella con suavidad, reduciendo su propia velocidad hasta que terminó detenido en el aire un poco por encima del suelo. Flotó entre la

bruma un momento, con las cintas de su capa enroscándose y aleteando al viento, y luego se dejó caer al suelo junto a la caja.

La caja fuerte se había roto con el impacto. Kelsier forzó la destrozada puerta, los oídos amplificados por el estaño al acecho de las llamadas de alarma en el edificio de arriba. Dentro de la caja encontró una bolsita con gemas y un par de cartas de crédito por valor de diez mil cuartos. Se lo guardó todo en el bolsillo. Palpó en su interior, temiendo que el trabajo de aquella noche hubiera sido para nada. Entonces sus dedos encontraron una bolsita, al fondo.

La abrió y descubrió un puñado de oscuras perlitas de metal. Atium. Sus cicatrices ardieron, recuerdo de su época en los Pozos.

Asió con fuerza la bolsa y se puso en pie. Divertido, advirtió una forma retorcida en el suelo, no muy lejos: los restos destrozados del mataneblino que había arrojado por la ventana. Kelsier se acercó y recuperó su faltriquera con un tirón de hierro.

No, esta noche no ha sido una pérdida de tiempo. Aunque no hubiera encontrado el atium, cualquier noche que acabara con un grupo de nobles muertos era una noche de éxito en su opinión.

Sujetó la faltriquera con una mano y la bolsa de atium con la otra. Mantuvo su peltre ardiendo (sin la fuerza que daba a su cuerpo, era probable que se hubiese desplomado por el dolor de sus heridas) y se perdió en la noche, corriendo hacia el taller de Clubs.

Nunca quise esto, cierto. Pero alguien tiene que detener la Profundidad. Y, al parecer, Terris es el único sitio donde puede hacerse.

Sin embargo, sobre este hecho, no tengo que aceptar la palabra de los filósofos. Ahora puedo sentir nuestro objetivo, puedo sentirlo, aunque los otros no puedan. Late, en mi mente, allá lejos en las montañas.

6



VIN DESPERTÓ EN UNA habitación silenciosa. La luz roja de la mañana se colaba por las rendijas de los postigos. Permaneció en la cama un instante, inquieta. Algo iba mal. No era por el hecho de despertar en un lugar desconocido: viajando con Reen se había acostumbrado a un estilo de vida nómada. Tardó un instante en comprender la fuente de su incomodidad.

La habitación estaba vacía.

No solo estaba vacía, sino también despejada. Sin abarrotamientos. Y era... cómoda. Estaba acostada en un colchón de verdad, alzado sobre postes, con sábanas y una colcha mullida. La alcoba estaba decorada con un recio armario de madera e incluso tenía una alfombra circular. Tal vez otra persona la hubiese encontrado estrecha y espartana, pero a Vin le parecía lujosa.

Se sentó, frunciendo el ceño. No le parecía bien tener una habitación para ella sola. Siempre había dormido en huecos estrechos llenos de miembros de las bandas. Incluso mientras viajaba dormía en callejones de mendigos o cuevas de rebeldes, y Reen estaba allí con ella. Siempre se había visto obligada a luchar para tener intimidad. Tenerla tan fácilmente parecía devaluar los años que había pasado saboreando sus breves momentos de soledad.

Se levantó de la cama, sin molestarte en abrir los postigos. La luz del sol era débil, lo que significaba que todavía era temprano, pero ya oía gente moverse en el pasillo. Se acercó a la puerta y se asomó.

Después de dejar a Kelsier, la noche anterior, Dockson había acompañado a Vin al taller de Clubs. Como era muy tarde, Clubs los había llevado directamente a habitaciones separadas. Vin, sin embargo, no se había acostado de inmediato. Cuando ya todos dormían salió a inspeccionar el lugar.

La residencia era casi más una posada que un taller. Aunque tenía una sala de muestras abajo y un gran espacio de trabajo al fondo, la primera planta del edificio estaba dominada por varios pasillos largos flanqueados por habitaciones de invitados. Había una segunda planta con las puertas más espaciadas, lo que implicaba habitaciones más grandes. No había sondeado en busca de trampillas o paredes falsas (el ruido podría haber despertado a alguien), pero la experiencia le decía que no sería una guarida adecuada si no tuviera al menos un sótano secreto y algunos escondites.

En general, se sintió impresionada. Las herramientas de carpintería y los proyectos a medio acabar de abajo indicaban una tapadera de trabajo decente. La guarida era segura, estaba bien abastecida y bien mantenida. Al asomarse a la puerta, distinguió un grupo de unos seis jóvenes adormilados que salían del pasillo situado frente al suyo. Vestían ropa sencilla y bajaban las escaleras hacia el taller.

Aprendices de carpintero, pensó Vin. *Esa es la tapadera de Clubs: es un skaa artesano*. La mayoría de los skaa vivían hacinados en las plantaciones; incluso aquellos que vivían en la ciudad se veían generalmente obligados a hacer trabajos miserables. Sin embargo, unos cuantos con talento podían dedicarse al comercio. Seguían siendo skaa: se les pagaba mal y casi siempre estaban sometidos a los caprichos de los nobles. Sin embargo, tenían una libertad que la mayoría de los skaa envidiaban.

Clubs debía de ser un maestro carpintero. ¿Qué podía impulsar a un hombre así (alguien que tenía, para ser skaa, una vida sorprendente) a arriesgarse a unirse a los bajos fondos?

Es un brumoso, pensó Vin. *Kelsier y Dockson lo llamaron «ahumador»*. Quizá tuviera que intentar averiguar por su cuenta lo que significaba eso: la experiencia le decía que un hombre poderoso como Kelsier le ocultaría el conocimiento cuanto fuera posible, impulsándola a seguir adelante con algunas migajas ocasionales. Su conocimiento era lo que la ataba a él: no sería sabio revelar demasiado tan rápidamente.

Sonaron unos pasos en el exterior y Vin continuó asomada a su puerta.

—Querrás estar preparada, Vin —dijo Dockson mientras pasaba ante ella. Llevaba camisa y pantalones de noble, y ya parecía despierto y aseado. Se

detuvo—. Hay un baño esperándote en la habitación del fondo y le dije a Clubs que te buscara una muda de ropa. Te servirá hasta que te consigamos algo más apropiado. Tómate tu tiempo en el baño: Kel ha planeado una reunión para esta tarde, pero no podremos empezar hasta que lleguen Brisa y Ham.

Dockson sonrió mirándola a través de la puerta rota y continuó pasillo abajo. Vin se ruborizó porque la había descubierto. *Estos hombres son observadores. Voy a tener que recordarlo.*

El pasillo quedó en silencio. Vin se deslizó por la puerta y se dirigió con cautela a la habitación indicada. Se sorprendió al descubrir que en efecto había un baño caliente esperándola. Frunció el ceño y estudió el alicatado y la bañera de metal. El agua olía a perfume, como solían oler las damas nobles.

Estos tipos parecen más nobles que skaa, pensó Vin. No estaba segura de qué conclusión sacar de ello. Sin embargo, estaba claro que esperaban que hiciera lo que le decían, así que cerró la puerta, echó el cerrojo y luego se desnudó y se metió en la bañera.

OLÍA RARO.

Aunque el olor era leve, Vin todavía captaba efluvios de sí misma ocasionalmente. Era el olor de una noble de paso, el olor de un cajón perfumado abierto por los burdos dedos de su hermano. El olor se fue haciendo menos claro a medida que la mañana progresaba, pero seguía preocupándola. La distinguía de los otros skaa. Si esa banda esperaba que se bañara de manera regular, tendría que pedir que eliminaran los perfumes.

La comida de la mañana estuvo más cerca de sus expectativas. Varias mujeres skaa de diversas edades trabajaban en la cocina del taller, preparando rollos de pan fino rellenos de cebada hervida y verdura. Vin observó a las mujeres trabajar desde la puerta. Ninguna olía como ella, aunque eran más limpias y vestían mejor que la mayoría de los skaa.

De hecho, había una extraña sensación de limpieza en todo el edificio. No lo había advertido la noche anterior a causa de la oscuridad, pero el suelo estaba limpio. Todos los trabajadores (las mujeres de la cocina o los aprendices) tenían la cara y las manos limpias. A Vin le parecía raro. Estaba acostumbrada a que sus propios dedos estuvieran negros de ceniza: estando con Reen, si alguna vez se lavaba la cara volvía a frotársela con ceniza. Una cara limpia destacaba en las calles.

No hay ceniza en los rincones, pensó, mirando el suelo. *Barren el suelo.* Nunca había vivido en un lugar semejante. Era casi como vivir en la casa de un noble.

Miró de nuevo a las mujeres de la cocina. Llevaban sencillos vestidos blancos y grises, con pañuelos en la cabeza y largas coletas colgando por la espalda. Vin se acarició su propio cabello. Lo mantenía corto, como el de un chico, y su actual corte irregular se lo había hecho otro miembro de la banda. Ella no era como esas mujeres: no lo había sido nunca. Por orden de Reen, Vin había vivido de modo que los otros miembros de la banda pensaran primero en ella como ladrona y luego como muchacha.

Pero ¿qué soy ahora? Perfumada por el baño y vestida con los pantalones marrones y la camisa de botones de un aprendiz, se sentía claramente fuera de lugar. Y eso era malo: si se sentía incómoda, entonces indudablemente lo parecería. Otra cosa más que la haría destacar.

Vin se volvió y contempló el taller. Los aprendices estaban ya en sus puestos, trabajando en diversos muebles. Permanecían al fondo de la sala mientras Clubs trabajaba en la zona de exhibición, dando los últimos detalles al acabado final de las piezas.

La puerta trasera de la cocina se abrió de golpe. Vin se apartó instintivamente, apretando la espalda contra la pared mientras se volvía a mirar.

Ham estaba en la puerta, enmarcado por la luz rojiza del sol. Llevaba una camisa suelta sin mangas y chaleco, y cargaba con varias bolsas grandes. No estaba sucio de hollín: ninguno de la banda lo estaba las pocas veces que Vin los había visto.

Ham cruzó la cocina camino del taller.

—Bien —dijo, soltando las bolsas—, ¿alguien sabe qué habitación es la mía?

—Se lo preguntaré a maese Cladent —contestó un aprendiz, y se marchó a la sala delantera.

Ham sonrió, se desperezó y se volvió hacia Vin.

—Buenos días, Vin. ¿Sabes?, no tienes que ocultarte de mí. Estamos en el mismo equipo.

Aunque Vin se relajó, permaneció donde estaba, junto a una hilera de sillas casi terminadas.

—¿Vas a vivir aquí también?

—Siempre compensa estar cerca del ahumador —dijo Ham, volviéndose y desapareciendo en la cocina. Regresó un momento después con cuatro grandes rollitos—. ¿Alguien sabe dónde está Kel?

—Durmiendo —respondió Vin—. Regresó tarde anoche y no se ha levantado todavía.

Ham gruñó y dio un mordisco a un rollo.

—¿Y Dox?

—En su habitación, en la segunda planta —dijo Vin—. Se ha levantado temprano, ha bajado a comer algo y ha vuelto a subir.

No añadió que sabía, porque había mirado por el ojo de la cerradura, que estaba sentado a su mesa escribiendo unos papeles.

Ham alzó una ceja.

—¿Siempre llevas el control de dónde está todo el mundo?

—Sí.

Ham hizo una pausa, luego se echó a reír.

—Eres una chica extraña, Vin.

Recogió sus bolsas cuando el aprendiz regresó, y los dos subieron las escaleras. Vin se quedó allí, escuchando sus pasos. Se detuvieron a la mitad del primer pasillo, quizá a unas cuantas puertas de distancia de su habitación.

El olor de la cebada hervida le llamó la atención. Vin contempló la cocina. Ham había ido a buscar comida. ¿Le permitirían hacer lo mismo?

Tratando de parecer confiada, entró en la cocina. Había un puñado de rollitos en un plato, quizás para ser repartidos entre los aprendices mientras trabajaban. Tomó dos. Ninguna mujer puso objeciones; de hecho, unas cuantas asintieron con respeto al mirarla.

Ahora soy una persona importante, pensó con cierta incomodidad. ¿Sabían que era una... nacida de la bruma? ¿O solo la trataban con respeto porque era una invitada?

Al cabo de un rato, Vin tomó un tercer rollito y corrió a su habitación. Era más comida de la que podía comer; sin embargo, pretendía quitarle la cebada y quedarse con la oblea de pan, que se conservaría bien si lo necesitaba más tarde.

Llamaron a la puerta. Vin la abrió con precaución. Había un joven fuera: el muchacho que había acompañado a Clubs a la guarida de Camon la noche anterior.

Alto, delgado y de aspecto desgarbado, iba vestido de gris. Tendría unos catorce años, aunque por su altura parecía mayor. Estaba nervioso por algún

motivo.

—¿Sí? —preguntó Vin.

—Hmm...

Vin frunció el ceño.

—¿Qué?

—Te en llaman —dijo con fuerte acento del este—. Ahí en arriba con lo que hacen. Con el maestro Jumps en el segundo piso. Uh, en me tengo que irme. —El chico se ruborizó, se dio la vuelta y se marchó escaleras arriba.

Vin se quedó en la puerta de su habitación, desconcertada. *¿Se supone que eso tenía algún sentido?*, se preguntó.

Se asomó al pasillo. Parecía que el chico esperaba que la siguiera. Finalmente, decidió hacerlo y subió con cautela los escalones.

Llegaban voces de una puerta abierta al fondo del pasillo. Vin se acercó y se asomó. Se encontró en una habitación bien decorada, con una hermosa alfombra y sillones de aspecto cómodo. Una chimenea ardía al fondo y los sillones estaban dispuestos en torno a un gran tablero de pizarra colocado en un atril.

Kelsier estaba de pie, con un codo apoyado en la chimenea de ladrillo y una copa de vino en la mano. Colocándose un poco de lado, Vin pudo ver que estaba hablando con Brisa. El aplacador había llegado pasado el mediodía y se había apropiado de la mitad de los aprendices de Clubs para que descargaran sus pertenencias. Vin había visto desde su ventana cómo los aprendices transportaban el equipaje (disfrazado de cajas de trozos de madera) hasta la habitación de Brisa, quien no se había molestado en ayudar.

Ham estaba allí, al igual que Dockson, y Clubs, sentado en el sillón más grande y cómodo, alejado de Brisa. El chico que había llamado a Vin estaba sentado en un banco junto a Clubs y obviamente se esforzaba por no mirarla. En el último sillón ocupado se hallaba Yeden, vestido, como antes, con ropa corriente de obrero skaa. Estaba sentado sin apoyar la espalda, como si desaprobara que fuese mullido. Llevaba la cara manchada de hollín, como Vin esperaba de un obrero skaa.

Había dos asientos vacíos. Kelsier advirtió a Vin de pie en la puerta y le dirigió una de sus sonrisas cautivadoras.

—Bien, ahí está. Pasa.

Vin escrutó la habitación. Había una ventana, aunque con los postigos cerrados previniendo la oscuridad que se acercaba. Los únicos asientos eran los que formaban un semicírculo en torno a Kelsier. Resignada, avanzó y

ocupó el asiento vacío junto a Dockson. Era demasiado grande para ella y se sentó de rodillas.

—Ya estamos todos —dijo Kelsier.

—¿Para quién es el último asiento? —preguntó Ham.

Kelsier sonrió, le hizo un guiño, pero ignoró la pregunta.

—Muy bien, hablemos. Tenemos una gran tarea por delante y, cuanto antes empecemos a esbozar un plan, mejor.

—Creía que ya tenías un plan —dijo Yeden, incómodo.

—Tengo una idea general —respondió Kelsier—. Sé lo que tiene que pasar y tengo unas cuantas ideas para lograrlo. Pero no se reúne a un grupo como este y se les dice a sus miembros lo que tienen que hacer. Tenemos que planear esto juntos, empezando por elaborar una lista de problemas que tenemos que resolver si queremos que el plan funcione.

—Bien —dijo Ham—, déjame que esboce la idea general primero. ¿El plan es conseguirle un ejército a Yeden, causar el caos en Luthadel, asegurar el lugar, robar el atium del lord Legislador y luego dejar que el gobierno se desmorone?

—Básicamente —dijo Kelsier.

—Entonces nuestro principal problema es la Guarnición. Si queremos caos en Luthadel, no podemos tener aquí dentro a veinte mil soldados para mantener la paz. Por no mencionar el hecho de que las tropas de Yeden nunca tomarán la ciudad mientras haya algún tipo de resistencia armada en las murallas.

Kelsier asintió. Con tiza escribió «Guarnición de Luthadel» en la pizarra.

—¿Qué más?

—Necesitamos un modo de causar ese caos en Luthadel —dijo Brisa, haciendo un gesto con la copa de vino en la mano—. Tus instintos son certeros, querido amigo. En esta ciudad el Ministerio tiene su cuartel general y desde ella las Grandes Casas dirigen sus imperios mercantiles. Tenemos que derribar Luthadel si queremos acabar con la capacidad del lord Legislador para gobernar.

—La mención de los nobles nos lleva a otro punto —añadió Dockson—. Todas las Grandes Casas tienen guardias en la ciudad además de alomantes. Si vamos a entregarle la ciudad a Yeden, tendremos que tratar con esos nobles.

Kelsier asintió, añadiendo «caos» y «Grandes Casas» junto a «Guarnición de Luthadel» en la pizarra.

—El Ministerio —dijo Clubs, tan apoltronado en su mullido sillón que Vin apenas veía su rostro gruñón—. No habrá ningún cambio en el gobierno mientras los inquisidores de acero tengan algo que decir al respecto.

Kelsier escribió «Ministerio» en la pizarra.

—¿Qué más?

—El atium —dijo Ham—. Bien puedes anotarlo: tendremos que asegurar el lugar rápidamente, cuando se desate el caos general, y asegurarnos de que nadie más aproveche la oportunidad para apoderarse del tesoro.

Kelsier asintió y escribió «atium: asegurar el tesoro».

—Tendremos que encontrar un modo de reunir a los soldados de Yeden —añadió Brisa—. Tendremos que ser silenciosos pero rápidos, y entrenarlos en algún sitio donde el lord Legislador no los encuentre.

—También tendríamos que asegurarnos de que los rebeldes skaa están preparados para tomar el control de Luthadel —añadió Dockson—. Apoderarse del palacio y atrincherarse en él será una hazaña espectacular, pero no estaría de más que la gente de Yeden estuviera preparada para gobernar cuando todo haya acabado.

«Soldados y rebelión skaa» fueron añadidos a la pizarra.

—Y voy a añadir «lord Legislador» —dijo Kelsier—. Al menos querremos tenerlo fuera de la ciudad, si fallan otras opciones.

Después de añadir «lord Legislador» a la lista, se volvió hacia el grupo.

—¿Se me olvida algo?

—Bueno —dijo Yeden secamente—, si estás haciendo una lista de los problemas que tendremos que superar, deberías escribir que todos estamos locos de remate... aunque dudo que podamos arreglar ese hecho.

El grupo se echó a reír y Kelsier escribió «mala actitud de Yeden» en la pizarra. Entonces dio un paso atrás y examinó la lista.

—Cuando se reduce a algo así, no parece tan terrible, ¿verdad?

Vin frunció el ceño, tratando de decidir si Kelsier intentaba hacer un chiste o no. La lista no era solo preocupante: era terrorífica. ¿Veinte mil soldados imperiales? ¿Las fuerzas y poderes reunidos de la alta nobleza? ¿El Ministerio? Se decía que un inquisidor de acero era más poderoso que mil soldados.

Lo más incómodo, sin embargo, era la manera desenfadada en que todos consideraban el tema. ¿Cómo se les podía ocurrir siquiera resistirse al lord Legislador? Él era... Bueno, era el *lord*. Gobernaba todo el mundo. Era el creador, protector y castigador de la humanidad. Los había salvado de la Profundidad y luego había traído la ceniza y las brumas como castigo por la

falta de fe del pueblo. Vin no era particularmente religiosa (los ladrones inteligentes sabían evitar el Ministerio de Acero), pero incluso ella conocía las leyendas.

Y, sin embargo, el grupo observaba su lista de «problemas» con determinación. Había en ellos una alegría sombría, como si comprendieran que tenían más posibilidades de conseguir que el sol saliera de noche que de derrocar al Imperio Final. Sin embargo, iban a intentarlo de todas formas.

—Por el lord Legislador —susurró Vin—. Habláis *en serio*. Vais a hacerlo de verdad.

—No uses su nombre como palabrota, Vin —dijo Kelsier—. Incluso la blasfemia le honra: cuando maldices usando el nombre de esa criatura, lo reconoces como tu dios.

Vin guardó silencio y se quedó sentada en su sillón, algo aturdida.

—Muy bien —dijo Kelsier, sonriendo levemente—. ¿Alguien tiene alguna idea sobre cómo superar estos inconvenientes? Aparte de la actitud de Yeden, por supuesto: todos sabemos que no tiene remedio.

Todos en la habitación permanecieron en silencio, pensativos.

—¿Ideas? —pidió Kelsier—. ¿Puntos de vista? ¿Impresiones?

Brisa negó con la cabeza.

—Ahora que todo está ahí anotado, no puedo dejar de preguntarme si la chica tiene razón. Es una tarea colosal.

—Pero *puede* hacerse —dijo Kelsier—. Empecemos discutiendo cómo desbaratar la ciudad. ¿Qué podemos hacer que sea tan amenazador que lance a la nobleza al caos, tal vez incluso que haga salir a la guardia de palacio de la ciudad exponiéndolo a nuestras tropas? Algo que distraiga al Ministerio, y al propio lord Legislador, mientras nosotros preparamos nuestras tropas para el ataque.

—Bueno, se me ocurre una revolución general entre el populacho —dijo Ham.

—No funcionará —dijo Yeden con firmeza.

—¿Por qué no? —preguntó Ham—. Sabes cómo tratan al pueblo. Viven en suburbios, trabajan en fábricas y fraguas todo el día, y la mitad *sigue* pasando hambre.

Yeden sacudió la cabeza.

—¿No lo entiendes? La rebelión lleva *mil años* intentando que los skaa de esta ciudad se levanten. Nunca funciona. Están demasiado sometidos: no

tienen ni voluntad ni esperanza para resistir. Por eso tuve que recurrir a vosotros para conseguir un ejército.

La habitación quedó en silencio. Vin, sin embargo, asintió lentamente. Lo había visto; lo había *sentido*. No se combatía al lord Legislador. Incluso viviendo como una ladrona, agazapada al filo de la sociedad, lo sabía. No habría ninguna rebelión.

—Me temo que tiene razón —dijo Kelsier—. Los skaa no se levantarán, no en su estado actual. Si vamos a derrocar a este gobierno, necesitaremos hacerlo sin la ayuda de las masas. Quizá podamos reclutar a nuestros soldados entre ellos, pero no debemos contar con el populacho.

—¿No podríamos causar algún desastre? —preguntó Ham—. ¿Un incendio, tal vez?

Kelsier sacudió la cabeza.

—Interrumpiría el comercio cierto tiempo, pero no tendría el efecto que queremos. Además, el coste en vidas skaa sería demasiado alto. Arderían los suburbios, no las mansiones de piedra de los nobles.

Brisa suspiró.

—Entonces ¿qué quieres que hagamos?

Kelsier sonrió con ojos brillantes.

—¿Y si volvemos a las Grandes Casas unas contra otras?

Brisa hizo un gesto de asentimiento.

—Una guerra entre casas... —dijo, tomando un sorbo de vino, especulativo—. Ha pasado mucho tiempo desde que la ciudad padeció una de esas.

—Lo cual significa que la tensión ha tenido tiempo de sobra para irse acumulando —dijo Kelsier—. La alta nobleza es cada vez más poderosa: el lord Legislador apenas la controla y por eso tenemos una oportunidad de sacudir su tenaza. Las Grandes Casas de Luthadel son la clave: controlan el comercio imperial, por no mencionar que esclavizan a la gran mayoría de los skaa.

Kelsier señaló la pizarra, pasando el dedo entre la línea que decía «caos» y la que decía «Grandes Casas».

—Si conseguimos que las casas de Luthadel luchen entre sí, podremos derribar la ciudad. Los nacidos de la bruma empezarán a asesinar a los jefes de las casas. Las fortunas se desplomarán. No pasará mucho tiempo antes de que haya una guerra abierta en las calles. Parte de nuestro trato con Yeden es que le daremos una oportunidad para apoderarse de la ciudad. ¿Se os ocurre algo mejor?

Brisa asintió con una sonrisa.

—Tiene estilo... y me gusta la idea de que los nobles se maten entre sí.

—*Siempre* te gusta más que otros hagan el trabajo, Brisa —comentó Ham.

—Mi querido amigo —repuso Brisa—, el sentido de la vida es lograr que otros hagan el trabajo por ti. ¿Sabes algo de economía básica?

Ham alzó una ceja.

—Bueno, yo...

—Era una pregunta retórica, Ham —lo interrumpió Brisa poniendo los ojos en blanco.

—¡Esas son las mejores! —replicó Ham.

—Dejemos la filosofía para más tarde, Ham —dijo Kelsier—. A lo nuestro. ¿Qué os parece mi sugerencia?

—Podría funcionar —dijo Ham, acomodándose—. Pero no veo cómo el lord Legislador va a dejar que las cosas lleguen tan lejos.

—Nuestro trabajo es encargarnos de que no tenga otra opción. Se sabe que alguna vez ha dejado a su nobleza pelear, es probable que para mantener el desequilibrio —dijo Kelsier—. Prenderemos esas tensiones y luego obligaremos de algún modo a la Guarnición a salir. Cuando las casas empiecen a luchar en serio, el lord Legislador no podrá hacer nada para detenerlas... excepto, tal vez, enviar a su guardia de palacio a las calles, que es exactamente lo que queremos que haga.

—También podría llamar a un ejército de koloss —advirtió Ham.

—Cierto. Pero están acantonados a cierta distancia. Es un fallo que tendremos que explotar. Las tropas koloss son soldados estupendos, pero tienen que mantenerse alejadas de las ciudades civilizadas. El mismo centro del Imperio Final queda expuesto, pero el lord Legislador confía en su fuerza... ¿Y por qué no iba a hacerlo? No se ha enfrentado a ninguna amenaza seria desde hace siglos. La mayoría de las ciudades solo necesitan fuerzas policiales pequeñas.

—No puede decirse que veinte mil hombres sea un número «pequeño» —dijo Brisa.

—Lo es a escala nacional —contestó Kelsier, alzando un dedo—. El lord Legislador mantiene a la mayoría de sus tropas en las fronteras de su imperio, donde la amenaza de rebelión es mayor. Por eso vamos a golpearlo aquí, en la propia Luthadel... y por eso vamos a tener éxito.

—Suponiendo que podamos encargarnos de la Guarnición —aclaró Dockson.

Kelsier asintió y se volvió para escribir «guerra de Casas» bajo «caos» y «Grandes Casas».

—Muy bien. Hablemos de la Guarnición. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Bueno —especuló Ham—, históricamente, la mejor forma de oponerse a un gran número de soldados es tener un gran número de soldados. Vamos a conseguirle un ejército a Yeden, ¿por qué no dejar que ataque a la Guarnición? ¿No es ese el objetivo de reunir a un ejército?

—No funcionará, Hammond —dijo Brisa. Miró su copa de vino vacía y luego la alzó hacia el chico que estaba sentado junto a Clubs, quien corrió a llenarla de nuevo—. Si quisiéramos derrotar a la Guarnición —continuó diciendo—, necesitaríamos que nuestras fuerzas tuvieran *al menos* el mismo tamaño que las suyas. Nos vendría bien tener muchos más hombres, tal vez, ya que los nuestros no serán veteranos. Podríamos conseguirle un ejército a Yeden... Quizá incluso pudiéramos conseguirle uno lo bastante grande para conservar la ciudad durante un tiempo. Pero ¿conseguirle uno lo bastante grande para enfrentarse a la Guarnición dentro de sus fortificaciones? Si ese es nuestro plan, bien podríamos dejarlo ya.

El grupo guardó silencio. Vin se agitó en su asiento y miró por turno a cada hombre. Las palabras de Brisa tuvieron un profundo efecto. Ham abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar y lo reconsideró.

—Muy bien —dijo Kelsier por fin—. Volveremos a la Guarnición más adelante. Hablemos de nuestro propio ejército. ¿Cómo podemos reunir un ejército de tamaño importante y ocultárselo al lord Legislador?

—Eso será difícil, una vez más —respondió Brisa—. Hay una razón muy clara por la que el lord Legislador se siente a salvo en el Dominio Central. Hay patrullas constantes en las carreteras y los canales, y apenas puede uno pasar más de un día de viaje sin toparse con una aldea o una plantación. No es el tipo de lugar donde se pueda formar un ejército sin llamar la atención.

—Los rebeldes tienen cuevas al norte —dijo Dockson—. Tal vez podamos esconder algunos hombres allí.

Yeden se puso pálido.

—¿Sabéis lo de las cavernas Arguois?

Kelsier puso los ojos en blanco.

—Incluso el lord Legislador lo sabe, Yeden. Pero los rebeldes no son lo suficientemente peligrosos para constituir una molestia todavía.

—¿Cuánta gente tienes, Yeden? —preguntó Ham—. En Luthadel y en los alrededores, cuevas incluidas. ¿Qué tenemos para empezar?

Yeden se encogió de hombros.

—Tal vez trescientos... incluyendo mujeres y niños.

—¿Y a cuántos crees que podrían albergar esas cuevas?

Yeden volvió a encogerse de hombros.

—Las cuevas podrían albergar a un grupo más grande, eso es seguro —dijo Kelsier—. Tal vez a diez mil personas. He estado allí. Los rebeldes han estado escondiendo gente allí durante años y el lord Legislador nunca se ha molestado en destruirlos.

—Imagino por qué —comentó Ham—. Luchar en las cuevas es un asunto desagradable, sobre todo para el agresor. Al lord Legislador le gusta mantener las derrotas al mínimo: sobre todo es vanidoso. Pero, diez mil... Es un número decente. Podríamos tomar el palacio con facilidad, tal vez incluso mantener la ciudad si tomáramos las murallas.

Dockson se volvió hacia Yeden.

—Cuando pediste un ejército, ¿en qué cantidad de hombres estabas pensando?

—Supongo que diez mil es un buen número —contestó Yeden—. La verdad es que... es más de lo que pensaba.

Brisa inclinó ligeramente la copa, agitando el vino.

—Odio llevar de nuevo la contraria (ese suele ser el trabajo de Hammond), pero tengo que volver a nuestro problema anterior. Diez mil hombres. Eso ni siquiera *asustará* a la Guarnición. Estamos hablando de veinte mil soldados bien armados y entrenados.

—Tiene razón, Kel —dijo Dockson. Había encontrado un cuadernillo en alguna parte y se había puesto a tomar notas sobre la reunión.

Kelsier frunció el ceño.

Ham asintió.

—Lo mires como lo mires, Kel, esa Guarnición va a ser un hueso duro de roer. Tal vez deberíamos concentrarnos en la nobleza. Tal vez podamos causar suficiente caos para que ni siquiera la Guarnición sea capaz de controlarlo.

Kelsier negó con la cabeza.

—Lo dudo. El cometido principal de la Guarnición es mantener el orden en la ciudad. Si no podemos enfrentarnos a esas tropas nunca nos saldremos con la nuestra. —Hizo una pausa, luego miró a Vin—. ¿Qué te parece, Vin? ¿Alguna sugerencia?

Ella se quedó helada. Camon nunca le preguntaba su opinión. ¿Qué quería Kelsier de ella? Se enderezó ligeramente en su asiento cuando se dio cuenta de

que los otros miembros del grupo se habían vuelto a mirarla.

—Yo... —respondió Vin lentamente.

—Venga ya, Kelsier, no intimides a la pobrecilla —dijo Brisa, agitando la mano.

Vin asintió, pero Kelsier no cedió.

—No, en serio. Dime lo que estás pensando, Vin. Tienes un enemigo mucho más numeroso amenazándote. ¿Qué haces?

—Bueno —dijo ella lentamente—, no lo combates, eso seguro. Aunque ganaras, saldrías tan maltrecho que no podrías luchar contra nadie más.

—Tiene razón —dijo Dockson—. Pero tal vez no tengamos elección. Tenemos que deshacernos de ese ejército de alguna forma.

—¿Y si saliera de la ciudad? —preguntó ella—. ¿Funcionaría eso? Si tuviera que vérmelas con alguien tan poderoso, intentaría distraerlo primero, obligarlo a dejarme en paz.

Ham se echó a reír.

—¿Conseguir que la Guarnición abandone Luthadel? Buena suerte. El lord Legislador envía escuadrones de patrulla algunas veces, pero la única vez que la Guarnición entera se marchó, que yo sepa, fue cuando la rebelión skaa estalló en Courteline hace medio siglo.

Dockson negó con la cabeza.

—La idea de Vin es demasiado buena para descartarla tan alegramente, creo. Es cierto que no podemos combatir a la Guarnición... al menos, mientras esté atrincherada. Así que necesitamos que de algún modo salga de la ciudad.

—Sí —dijo Brisa—, pero haría falta una crisis concreta que implicara recurrir a la Guarnición. Si el problema no fuera lo suficientemente amenazador, el lord Legislador no enviaría a toda la Guarnición. Si fuese demasiado peligroso, se atrincheraría y mandaría llamar a sus koloss.

—¿Una rebelión en una de las ciudades cercanas? —sugirió Ham.

—Eso nos deja con el mismo problema que antes —dijo Kelsier, sacudiendo la cabeza—. Si no podemos conseguir que los skaa de aquí se rebelen, nunca conseguiremos que lo hagan los que están fuera de la ciudad.

—¿Y algún tipo de treta? —preguntó Ham—. Estamos dando por hecho que podremos congregar un ejército de tamaño apreciable. Si fingiera atacar algún lugar cercano, tal vez el lord Legislador enviara la Guarnición como ayuda.

—Dudo que la enviara para proteger otra ciudad —dijo Brisa—. No si eso le dejara en Luthadel sin protección.

El grupo guardó silencio, pensando de nuevo. Vin miró alrededor y entonces descubrió que Kelsier la estaba mirando.

—¿Qué? —preguntó él.

Vin se rebulló un poco, la cabeza gacha.

—¿A qué distancia están los Pozos de Hathsin? —preguntó por fin.

Todos se quedaron inmóviles.

Finalmente, Brisa se echó a reír.

—Ay, *eso* sí que es retorcido. La nobleza no sabe que los Pozos producen atium, así que el lord Legislador no podría armar mucho alboroto... No sin revelar que hay algo muy especial en esos Pozos. Eso significa que nada de koloss.

—No llegarían a tiempo, de todas formas —dijo Ham—. Los Pozos están a solo un par de días de distancia. Si fueran amenazados, el lord Legislador tendría que responder con rapidez. La Guarnición sería la única fuerza capaz de actuar.

Kelsier sonrió, los ojos iluminados.

—Y tampoco haría falta un gran ejército para amenazar los Pozos. Mil hombres podrían hacerlo. Los enviamos para que ataquen y, cuando la Guarnición salga, nuestra segunda y mayor fuerza actúa y toma Luthadel. Para cuando la Guarnición se dé cuenta del engaño, no podrá volver a tiempo de impedirnos que tomemos las murallas de la ciudad.

—Pero ¿podremos conservarlas? —preguntó Yeden, aprensivo.

Ham asintió ansiosamente.

—Con diez mil skaa podría defender esta ciudad contra la Guarnición. El lord Legislador tendría que mandar llamar a sus koloss.

—Para entonces ya tendríamos el atium —dijo Kelsier—. Y las Grandes Casas no estarían en condiciones de detenernos: estarían debilitadas y frágiles debido a sus luchas internas.

Dockson escribía frenéticamente en su libreta.

—Entonces necesitaremos utilizar las cuevas de Yeden. Están cerca de ambos objetivos, y mucho más cerca de Luthadel que los Pozos. Si nuestro ejército partiera de allí, podría llegar aquí antes de que la Guarnición regresara de los Pozos.

Kelsier asintió.

Dockson continuó escribiendo.

—Tendré que empezar a acumular suministros en esas cuevas, tal vez incluso hacer un viaje para comprobar su estado.

—¿Y cómo vamos a llevar a los soldados hasta allí? —preguntó Yeden—. Está a una semana de la ciudad... y los skaa no pueden viajar solos.

—Ya tengo a alguien que puede ayudarnos allí —dijo Kelsier, escribiendo «atacar los Pozos de Hathsin» bajo «Guarnición de Luthadel» en su pizarra—. Tengo un amigo que puede ofrecernos una tapadera para llevar barcos al norte por el canal.

—Suponiendo que seas capaz de cumplir tu primera promesa —dijo Yeden—. Te pagué para que me consiguieras un ejército. Diez mil hombres son muchos, pero todavía no me has explicado cómo vas a lograr reunirlos. Ya te he contado los problemas que hemos tenido tratando de reclutar gente en Luthadel.

—No necesitaremos el apoyo de la población en masa —dijo Kelsier—, solo de un pequeño porcentaje: hay casi un millón de obreros en Luthadel y sus alrededores. Esta debería ser la parte más sencilla del plan, ya que estamos en presencia de uno de los mejores aplacadores del mundo. Brisa, cuento con tu fuerza y la de tus alomantes para que nos proporciones una buena selección de reclutas.

Brisa bebió un sorbo de vino.

—Kelsier, mi buen amigo, desearía que no emplearas palabras como «fuerza» para referirte a mis talentos. Yo me limito a animar a la gente.

—Bueno, ¿puedes animar un ejército para nosotros? —preguntó Dockson.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Un año —respondió Kelsier—. Planeamos llevar esto a cabo el próximo otoño. Suponiendo que el lord Legislador congregue a sus fuerzas para atacar a Yeden cuando tomemos la ciudad, bien podríamos obligarlo a hacerlo en invierno.

—Diez mil hombres —dijo Brisa con una sonrisa—, reunidos a partir de una población reacia en menos de un año. Desde luego, será todo un desafío.

Kelsier se echó a reír.

—De ti, eso es tan bueno como un sí. Empieza por Luthadel, luego dirígete a las ciudades cercanas. Necesitamos gente que esté lo bastante cerca para reunirse en las cuevas.

Brisa asintió.

—También necesitaremos armas y suministros —dijo Ham—. Y habrá que entrenar a los hombres.

—Ya tengo un plan para conseguir las armas —respondió Kelsier—. ¿Puedes buscar a algunos hombres para que se encarguen del entrenamiento?

Ham reflexionó un momento.

—A lo mejor. Conozco a algunos soldados skaa que lucharon en una de las Campañas de Supresión del lord Legislador.

Yeden palideció.

—¡Traidores!

Ham se encogió de hombros.

—La mayoría no están orgullosos de lo que hicieron —dijo—. Pero a la mayoría también le gusta comer. Es un mundo duro, Yeden.

—Mi gente nunca trabajará con esos hombres.

—Tendrán que hacerlo —dijo Kelsier con severidad—. Gran número de rebeliones skaa fracasan porque sus hombres están mal entrenados. Vamos a darte un ejército de hombres bien alimentados y bien entrenados... y que me zurzan si voy a dejarte que los hagas matar porque nunca les enseñaron por qué extremo se empuña una espada. —Hizo una pausa y luego miró a Ham—. Sin embargo, te sugiero que busques hombres que estén furiosos con el Imperio Final por lo que les obligó a hacer. No confío en tipos cuya lealtad solo se cuenta por las monedas de sus bolsillos.

Ham asintió y Yeden guardó silencio. Kelsier se dio la vuelta y escribió «Ham: entrenamiento» y «Brisa: reclutamiento» en la pizarra, debajo de «tropas».

—Me interesa tu plan para conseguir armas —dijo Brisa—. ¿Cómo, exactamente, pretendes armar a diez mil hombres sin que el lord Legislador recele? Controla con *mucho* cuidado cómo fluyen las armas.

—Podríamos hacerlas nosotros —dijo Clubs—. Tengo madera de sobra para fabricar un par de bastones de combate al día. También podría conseguiros algunas flechas.

—Agradezco el ofrecimiento, Clubs —dijo Kelsier—. Y creo que es una buena idea. Sin embargo, vamos a necesitar algo más que bastones. Necesitaremos espadas, escudos y armaduras... Y las necesitaremos rápidamente para empezar a entrenarnos.

—Entonces ¿cómo vas a hacerlo? —preguntó Brisa.

—Las Grandes Casas consiguen armas —dijo Kelsier—. No tienen ningún problema para equipar a su retenes personales.

—¿Quieres que se las robemos?

Kelsier negó con la cabeza.

—No, por una vez vamos a hacer las cosas de manera más o menos legal... Vamos a comprar nuestras armas. O, más bien, vamos a hacer que un noble comprensivo las compre por nosotros.

Clubs soltó una risotada.

—¿Un noble comprensivo con los skaa? Nunca.

—Bueno, entonces «nunca» ha sido hace poco —respondió alegre Kelsier—. Porque ya he encontrado a alguien que va a ayudarnos.

La habitación permaneció en un silencio roto solo por el chisporroteo del fuego. Vin se agitó en su asiento mirando a los demás. Parecían sorprendidos.

—¿Quién? —preguntó Ham.

—Se llama lord Renoux —dijo Kelsier—. Llegó a la zona hace unos cuantos días. Se aloja en Fellise... No tiene todavía suficiente influencia para establecerse en Luthadel. Además, creo que es prudente mantener las actividades de Renoux un poco apartadas del lord Legislador.

Vin ladeó la cabeza. Fellise era una ciudad pequeña y suburbana a una hora de Luthadel; Reen y ella habían trabajado allí antes de trasladarse a la capital. ¿Cómo había reclutado Kelsier a este lord Renoux? ¿Lo había sobornado o lo había timado de alguna manera?

—He oído hablar de Renoux —dijo Brisa lentamente—. Es un lord del oeste; tiene mucho poder en el Dominio Lejano.

Kelsier asintió.

—Lord Renoux decidió hace poco intentar elevar a su familia al rango de alta nobleza. Su historia oficial es que vino al sur para expandir sus objetivos mercantiles. Envío buenas armas sureñas al norte esperando ganar suficiente dinero (y hacer suficientes contactos) para construirse una fortaleza en Luthadel a finales de la década.

Todos guardaron silencio.

—Pero esas armas irán a parar a nuestras manos —dijo Ham lentamente.

Kelsier asintió.

—Tendremos que falsificar los registros de los consignatarios, por si acaso.

—Eso es... es bastante ambicioso, Kel —dijo Ham—. La familia de un lord trabajando de nuestra parte.

—Pero, Kelsier, si tú *odias* a los nobles —comentó Brisa, confuso.

—Este es diferente —contestó Kelsier con una sonrisa taimada.

El grupo estudió a Kelsier. No les gustaba la idea de trabajar con un noble: Vin lo notaba con absoluta claridad. Quizá tampoco ayudara el hecho de que Renoux fuese tan poderoso.

De repente, Brisa se echó a reír. Se acomodó en su asiento y apuró el vino que le quedaba.

—¡Bendito loco! Lo has matado, ¿verdad? A Renoux... Lo has matado y lo has sustituido por un impostor.

La sonrisa de Kelsier se ensanchó.

Yeden maldijo, pero Ham se limitó a sonreír.

—Ah. Ahora sí que tiene sentido. O, al menos, tiene sentido si eres Kelsier el Temerario.

—Renoux va a establecerse de manera permanente en Fellise —continuó diciendo Kelsier—. Será nuestra tapadera si necesitamos hacer algo oficial. Lo utilizaré para comprar armas y suministros, por ejemplo.

Brisa asintió con la cabeza, contemplativo.

—Eficaz.

—¿Eficaz? —preguntó Yeden—. ¡Has matado a un noble! Y a uno muy importante.

—Estás planeando derrocar el imperio entero, Yeden —le advirtió Kelsier

—. Renoux no va a ser la única baja aristocrática en esta pequeña empresa.

—Sí, pero... ¿hacerse pasar por él? —preguntó Yeden—. Eso me parece un poco arriesgado.

—Nos contrataste porque querías resultados extraordinarios, querido amigo —dijo Brisa—. En nuestro trabajo, los resultados extraordinarios suelen requerir riesgos extraordinarios.

—Los minimizamos lo mejor que podemos, Yeden —dijo Kelsier—. Mi actor es *muy* bueno. Sin embargo, estas son las cosas que vamos a tener que hacer en este trabajo.

—¿Y si os ordeno no hacer unas cuantas? —preguntó Yeden.

—Puedes cancelar el trabajo en cualquier momento —dijo Dockson sin levantar la cabeza de sus papeles—. Pero mientras el asunto esté en marcha, Kelsier tiene la última palabra en lo referente a planes, objetivos y procedimientos. Así es como trabajamos: lo sabías cuando nos contrataste.

Yeden sacudió tristemente la cabeza.

—¿Bien? —preguntó Kelsier—. ¿Continuamos o no? La decisión es tuya, Yeden.

—Siéntete libre de darlo por terminado, amigo —dijo Brisa en tono servicial—. No temas ofenderlo. Yo particularmente agradezco el dinero regalado.

Vin vio a Yeden palidecer levemente. En su opinión, tenía suerte de que Kelsier no le hubiera quitado el dinero y le hubiera clavado un puñal en el pecho. Pero cada vez se convencía más de que esa no era la manera en que funcionaban por allí las cosas.

—Es una locura —dijo Yeden.

—¿Tratar de derrocar al lord Legislador? —preguntó Brisa—. Bueno, sí, la verdad es que sí.

—Muy bien —suspiró Yeden—. Continuamos.

—Bien —dijo Kelsier, y escribió «Kelsier: equipo» debajo de «tropas»—. La fachada de Renoux también nos permitirá frecuentar la alta sociedad de Luthadel. Será una ventaja muy importante: necesitaremos seguir con atención la política de las Grandes Casas si queremos iniciar una guerra.

—Esta guerra de casas tal vez no sea tan fácil de promover como crees, Kelsier —comentó Brisa—. El grupito de altos nobles actual es cuidadoso y discriminador.

Kelsier sonrió.

—Entonces es buena cosa que estés aquí para ayudarnos, Brisa. Eres un experto consiguiendo que la gente haga lo que quieras... Juntos, tú y yo, planearemos cómo hacer que los altos nobles se vuelvan unos contra otros. Hay guerras entre las casas importantes cada dos siglos más o menos. La competencia del grupo actual solo los volverá más peligrosos, así que enfrentarlos no debería ser *tan* difícil. De hecho, ya he iniciado el proceso...

Brisa alzó una ceja y luego miró a Ham. El violento gruñó, sacó una moneda de oro de diez cuartos y la lanzó al otro lado de la sala hacia un complacido Brisa.

—¿De qué va esto? —preguntó Dockson.

—Hicimos una apuesta acerca de si Kelsier estuvo o no implicado en los disturbios de anoche —explicó Brisa.

—¿Disturbios? —preguntó Yeden—. ¿Qué disturbios?

—Alguien atacó la Casa Venture —dijo Ham—. Se comenta que tres nacidos de la bruma fueron enviados a asesinar al mismísimo Straff Venture.

Kelsier bufó.

—Tres? Desde luego, Straff tiene una opinión muy elevada de sí mismo. Yo ni siquiera me acerqué a su excelencia. Fui por el atium... y para asegurarme de que me vieran.

—Venture no sabe a quién echar la culpa —dijo Brisa—. Pero como hubo nacidos de la bruma de por medio, todo el mundo supone que fue de una de

las Grandes Casas.

—Esa era la idea —dijo Kelsier con regocijo—. La alta nobleza se toma muy en serio los ataques de los nacidos de la bruma: tienen un acuerdo tácito de que nunca enviarán a un nacido de la bruma para asesinarse entre sí. Unos cuantos golpes más como este y haré que salten unos contra otros como animales asustados.

Se volvió y añadió «Brisa: planificación» y «Kelsier: caos general» bajo «Grandes Casas» en la pizarra.

—Necesitaremos además estudiar la política local para averiguar qué Casas están haciendo alianzas —continuó—. Eso significa enviar un espía a algunos de sus actos.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Yeden, incómodo.

Ham asintió.

—Es el procedimiento normal para *cualquier* trabajo en Luthadel. Si hay alguna información, pasará por los labios de los poderosos de la corte. Siempre compensa tener un par de oídos atentos en sus círculos.

—Bueno, eso debería ser fácil —dijo Brisa—. Traemos a tu impostor y lo enviamos a las fiestas.

Kelsier negó con la cabeza.

—Desgraciadamente, lord Renoux no podrá venir a Luthadel.

Yeden frunció el ceño.

—¿Por qué no? ¿No aguantará tu impostor un escrutinio de cerca?

—Bueno, se parece a lord Renoux —dijo Kelsier—. Es *exactamente* igual, en realidad. Pero no podemos dejar que se acerque a un inquisidor...

—Ah —dijo Brisa, intercambiando una mirada con Ham—. Uno de *esos*. Bien, entonces.

—¿Qué? —preguntó Yeden—. ¿Qué quiere decir?

—No quieras saberlo.

—¿No?

Brisa negó con la cabeza.

—Cuando Kelsier ha dicho que había sustituido a lord Renoux por un impostor, eso te ha inquietado, ¿verdad? Bueno, esto es una docena de veces peor. Confía en mí: cuanto menos sepas, más cómodo te sentirás.

Yeden miró a Kelsier, quien sonreía de oreja a oreja. Palideció y volvió a acomodarse en su asiento.

—Es probable que tengas razón.

Vin frunció el ceño y contempló a los otros hombres presentes en la habitación. Parecían saber de qué estaba hablando Kelsier. Tendría que estudiar a ese lord Renoux en alguna ocasión.

—De todas maneras, tenemos que enviar a alguien a las fiestas de sociedad —dijo Kelsier—. Dox, por tanto, hará de sobrino y heredero de Renoux, un miembro de la familia que recientemente se ha ganado el favor de lord Renoux.

—Espera un momento, Kel —dijo Dockson—. No me habías hablado de esto.

Kelsier se encogió de hombros.

—Vamos a necesitar a alguien que sea nuestro topo en la nobleza. Suponía que tú encajabas en el papel.

—No puedo ser yo —dijo Dockson—. Me marcaron durante el trabajo de Eiser hace un par de meses.

Kelsier frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó Yeden—. ¿Quiero saber de qué estáis hablando esta vez?

—Quiere decir que el Ministerio lo anda buscando —dijo Brisa—. Se hizo pasar por noble y lo descubrieron.

Dockson asintió.

—El propio lord Legislador me vio en una ocasión, y tiene una memoria perfecta. Aunque consiguiera evitarlo, alguien me reconocerá tarde o temprano.

—Así que... —dijo Yeden.

—Así que necesitamos a otra persona que haga de heredero de lord Renoux —dijo Kelsier.

—A mí no me mires —repuso Yeden, aprensivo.

—Créeme: nadie pensaba en ti. Clubs también queda descartado: es un artesano skaa demasiado conocido.

—Yo también quedo fuera —dijo Brisa—. Ya tengo varios alias entre los nobles. Supongo que podría usar uno de ellos, pero no podría asistir a ninguno de los bailes ni fiestas importantes... Sería muy embarazoso si me encontrara con alguien que me conociera por un alias diferente.

Kelsier frunció el ceño, pensativo.

—Yo podría hacerlo —dijo Ham—. Pero ya sabéis que no actúo bien.

—¿Y mi sobrino? —dijo Clubs, señalando al jovencito que tenía al lado.

Kelsier estudió al muchacho.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Lestibournes.

Kelsier alzó una ceja.

—Vaya nombrecito. ¿No tienes ningún apodo?

—En todavía no de los jamases.

—Tendremos que trabajar en eso —dijo Kelsier—. ¿Siempre hablas con ese argot callejero del este?

El chico se encogió de hombros, obviamente nervioso por ser el centro de atención.

—Por allá que andaba en cuando era chaval.

Kelsier miró a Dockson, que negó con la cabeza.

—No creo que sea buena idea, Kel.

—Estoy de acuerdo. —Kelsier se volvió hacia Vin y sonrió—. Supongo que solo nos quedas tú. ¿Cómo se te da imitar a una noble?

Vin palideció un poco.

—Mi hermano me dio unas cuantas lecciones. Pero en realidad nunca lo he intentado...

—Lo harás bien —dijo Kelsier, y escribió «Vin: infiltración» bajo «Grandes Casas»—. Muy bien, Yeden, deberías empezar a planear cómo conservar el control del imperio cuando todo esto haya acabado.

Yeden asintió. Vin sintió un poco de lástima por el hombre, viendo cómo el plan, su descarada audacia, parecía estar abrumándolo. Con todo, le resultaba difícil sentir pena por él, considerando lo que Kelsier había explicado sobre la parte que desempeñaría *ella* en el plan.

¿Hacerme pasar por una noble?, pensó. Tiene que haber alguien que pueda hacerlo mejor...

Brisa todavía estaba dedicando su atención a Yeden, claramente incómodo.

—No te pongas tan solemne, mi querido amigo —dijo Brisa—. Lo más probable es que nunca tengas que *gobernar* la ciudad. Es casi seguro que nos capturarán a todos y nos ejecutarán mucho antes de que eso suceda.

Yeden sonrió sin ganas.

—¿Y si no morimos? ¿Qué os impide a todos vosotros apuñalarme y quedarnos con el imperio?

Brisa puso cara de hartazgo.

—Somos ladrones, querido mío, no políticos. Una nación es una molestia demasiado grande para merecer nuestro tiempo. Cuando tengamos nuestro atium, seremos felices.

—Por no decir ricos —añadió Ham.

—Las dos palabras son sinónimas, Hammond —dijo Brisa.

—Además —Kelsier se dirigió a Yeden—, no vamos a darte todo el imperio. Es de esperar que se desmorone cuando Luthadel se desestabilice. Tú tendrás tu ciudad, y quizá un buen pedazo del Dominio Central... suponiendo que consigas sobornar a los ejércitos locales para que te apoyen.

—¿Y... el lord Legislador? —preguntó Yeden.

Kelsier sonrió.

—Sigo con la intención de ocuparme de él personalmente... Solo tengo que averiguar cómo hacer funcionar el undécimo metal.

—¿Y si no lo logras?

—Bueno —dijo Kelsier, escribiendo «Yeden: preparación y gobierno» bajo «rebelión skaa» en la pizarra—, intentaremos buscar un modo para hacerlo salir de la ciudad. Tal vez consigamos que vaya con su ejército a los Pozos y asegurar allí las cosas.

—¿Y luego qué?

—Encuentra tú un modo de tratar con él —respondió Kelsier—. No nos contrataste para matar al lord Legislador, Yeden: eso es solo un posible beneficio adicional que pretendo incluir si puedo.

—Yo no me preocuparía *demasiado*, Yeden —añadió Ham—. No podrá hacer mucho sin fondos ni ejército. Es un alomante poderoso, pero en modo alguno omnipotente.

Brisa sonrió.

—Sin embargo, si lo piensas bien, cabe la posibilidad de que las seudodeidades hostiles destronadas sean unos vecinos desagradables. Tendrás que meditar qué hacer con él.

Al parecer a Yeden no le gustó mucho la idea, pero no insistió.

Kelsier se dio la vuelta.

—Entonces, eso es todo.

—Hummm... ¿Y el Ministerio? —dijo Ham—. ¿No deberíamos encontrar al menos un modo de echar un ojo a esos inquisidores?

Kelsier sonrió.

—Dejaremos que mi hermano se encargue de ellos.

—Y un cuerno —dijo una nueva voz desde el fondo de la habitación.

Vin se levantó de un salto, giró y miró hacia la oscura puerta. Había un hombre de pie en el umbral. Alto y ancho de hombros, tenía una rigidez estatuaría. Vestía de forma modesta, con una sencilla camisa, pantalones y una

casaca skaa suelta. Tenía los brazos cruzados en gesto de insatisfacción y un rostro duro y cuadrado que le resultaba familiar.

Vin se volvió a mirar a Kelsier. El parecido era evidente.

—¿Marsh? —dijo Yeden, poniéndose en pie—. ¡Marsh, eres tú! ¡Nos prometió que te unirías a nosotros, pero yo...! ¡Bueno, bienvenido de vuelta al grupo!

El rostro de Marsh permaneció impasible.

—No estoy seguro de haber «vuelto» o no, Yeden. Si no os importa, me gustaría hablar en privado con mi hermano pequeño.

Kelsier no pareció intimidado por el duro tono de Marsh. Hizo un gesto al grupo.

—Hemos terminado por hoy, amigos.

Los demás se levantaron despacio, dando a Marsh un fuerte abrazo al salir. Vin los siguió, cerró la puerta y bajó las escaleras para dar la impresión de que se retiraba a su habitación.

Menos de tres minutos más tarde había vuelto a la puerta para escuchar en silencio la conversación que tenía lugar al otro lado.

Rashek es un hombre alto; naturalmente, la mayoría de los terrisanos lo son. Es joven para que los otros porteadores lo respeten tanto. Tiene carisma, y las mujeres de la corte probablemente lo describirían como apuesto, a su burda manera.

Sin embargo, me sorprende que alguien preste atención a un hombre que predica tanto odio. Nunca ha visto Kh倫nium, pero maldice la ciudad. No me conoce, pero noto el odio y la hostilidad en sus ojos.

7



TRES AÑOS NO HABÍAN CAMBIADO mucho el aspecto de Marsh. Seguía siendo la persona severa e imponente que Kelsier conocía desde la infancia. Todavía ardía aquel brillo de decepción en sus ojos y hablaba con el mismo aire de desaprobación.

Sin embargo, si había que creer a Dockson, la actitud de Marsh había cambiado mucho desde aquel día, tres años atrás. A Kelsier todavía le costaba trabajo creer que su hermano hubiese renunciado al liderazgo de la rebelión skaa. Siempre se había mostrado muy apasionado en su tarea.

Al parecer, esa pasión había menguado. Marsh dio un paso adelante y observó la pizarra con ojo crítico. Tenía la ropa algo manchada de ceniza, pero la cara relativamente limpia para tratarse de un skaa. Se detuvo un instante a examinar las notas de Kelsier. Finalmente, se volvió y arrojó una hoja de papel a la silla situada junto a su hermano.

—¿Qué es esto? —preguntó Kelsier, recogiéndola.

—Los nombres de los once hombres que mataste anoche —dijo Marsh—. Me ha parecido que al menos querrías saberlo.

Kelsier arrojó el papel a las llamas.

—Servían al Imperio Final.

—Eran *hombres*, Kelsier —replicó Marsh—. Tenían una vida, familia. Varios de ellos eran skaa.

—Traidores.

—Personas —dijo Marsh—. Gente que intentaba conseguir lo mejor posible con lo que les había dado la vida.

—Bueno, yo estoy haciendo lo mismo. Y, por fortuna, la vida *me dio* la habilidad de arrojar hombres como esos desde lo alto de los edificios. Si quieren enfrentarse a mí como nobles, también pueden morir como nobles.

La expresión de Marsh se ensombreció.

—¿Cómo puedes dar tan poca importancia a algo así?

—Porque, Marsh, el humor es lo único que me queda. El humor y la determinación.

Marsh dio un suave resoplido.

—Deberías estar contento —dijo Kelsier—. Después de décadas de escuchar tus sermones, finalmente he decidido hacer con mis talentos algo que merezca la pena. Ahora que estás aquí para ayudarme, estoy seguro...

—No he venido a ayudar —lo interrumpió Marsh.

—Entonces ¿a qué has venido?

—Para hacerte una pregunta. —Marsh dio un paso al frente y se detuvo justo delante de Kelsier. Eran más o menos de la misma estatura, pero la recia personalidad de Marsh siempre le hacía parecer más alto—. ¿Cómo te atreves a hacer esto? —preguntó en voz baja—. Yo dediqué mi vida a derrocar al Imperio Final. Mientras tú y tus amigos ladrones os dedicabais a pasarlo bien, yo ocultaba a fugitivos. Mientras planeabas pequeños robos, yo organizaba revueltas. Mientras tú vivías en el lujo, yo veía a gente valiente morir de hambre. —Marsh alzó un brazo y clavó un dedo en el pecho de Kelsier—. ¿*Cómo te atreves?* ¿Cómo te atreves a intentar robar la rebelión para uno de tus «trabajitos»? ¿Cómo te atreves a usar este sueño como medio para enriquecerte?

Kelsier apartó el dedo de su hermano.

—No se trata de eso.

—¿No? —preguntó Marsh, señalando la palabra «atium» de la pizarra—. ¿Por qué los juegos, Kelsier? ¿Por qué embaucar a Yeden, fingiendo aceptarlo como tu «patrón»? ¿Por qué actuar como si te preocuparan los skaa? Los dos sabemos lo que pretendes realmente.

Kelsier apretó los dientes y sintió que parte de su buen humor se esfumaba. *Siempre ha podido hacerme esto.*

—Ya no me conoces, Marsh —dijo en voz baja—. Esto no es por el dinero... Una vez tuve más riquezas de lo que ningún hombre pueda gastar.

Este trabajo es algo diferente.

Marsh se acercó, estudiando los ojos de Kelsier, como buscando la verdad en ellos.

—Siempre fuiste un buen mentiroso —dijo por fin.

Kelsier puso los ojos en blanco.

—Bien, piensa lo que quieras. Pero no me des sermones. Derrocar al imperio tal vez fuera tu sueño una vez... pero ahora te has convertido en un buen skaa, te quedas en tu taller y te inclinas ante los nobles cuando te visitan.

—He aceptado la realidad —dijo Marsh—. Algo en lo que tú nunca has sido bueno. Aunque seas sincero en lo referente a este plan, fracasarás. Todo lo que han hecho los rebeldes (las incursiones, los robos, las muertes) no ha servido para nada. Nuestros mejores esfuerzos nunca llegaron a ser ni siquiera una pequeña molestia para el lord Legislador.

—Ah, pero en ser una molestia *soy* muy bueno —contestó Kelsier—. De hecho, soy más que una «pequeña» molestia: la gente me dice que puedo ser absolutamente enervante. Bien podría usar ese talento para una buena causa, ¿no?

Marsh suspiró y se volvió.

—Esto no es ninguna «causa», Kelsier. Es una venganza. Tiene que ver contigo, como siempre. Creeré que no vas detrás del dinero, incluso que pretendes entregar a Yeden ese ejército por el que al parecer te está pagando. Pero no creo que te importe.

—En eso te equivocas, Marsh —dijo Kelsier suavemente—. En eso siempre te has equivocado conmigo.

Marsh frunció el ceño.

—Tal vez. Pero ¿cómo empezó todo? ¿Fue a verte Yeden o acudiste tú a él?

—¿Importa? —preguntó Kelsier—. Mira, Marsh. Necesito a alguien para que se infiltre en el Ministerio. Este plan no irá a ninguna parte si no descubrimos un modo de vigilar a esos inquisidores.

Marsh se volvió.

—¿Esperas de verdad que te ayude?

Kelsier asintió.

—Por eso has venido, digas lo que digas. Una vez me dijiste que creías que podría hacer grandes cosas si me aplicaba a un objetivo digno. Bueno, eso es lo que estoy haciendo ahora... Y tú me vas a ayudar.

—Ya no es tan fácil, Kel —dijo Marsh, sacudiendo la cabeza—. Algunas personas son distintas. Otras... ya no están.

Kelsier dejó que el silencio se apoderara de la habitación. Incluso el fuego de la chimenea empezaba a apagarse.

—Yo también la echo de menos.

—Estoy seguro de que sí... Pero tengo que ser sincero contigo, Kel. A pesar de lo que ella hizo... a veces deseo que no hubieras sido tú quien sobreviviera a los Pozos.

—Yo deseo lo mismo cada día.

Marsh se dio la vuelta, estudiando a Kelsier con mirada fría y escrutadora. Los ojos de un buscador. Lo que vio reflejado en los de su hermano debió de merecer finalmente su aprobación.

—Me marcho —dijo Marsh—. Pero por algún motivo pareces sincero esta vez. Volveré y escucharé el plan loco que hayas urdido. Entonces... Bueno, entonces ya veremos.

Kelsier sonrió. En el fondo, Marsh era un buen hombre: mucho mejor que él mismo. Cuando su hermano se acercaba a la puerta, Kelsier captó la sombra de un movimiento más allá. Inmediatamente quemó hierro y las líneas azules translúcidas brotaron de su cuerpo conectándolo con las fuentes cercanas de metal. Marsh, naturalmente, no llevaba metal encima, ni siquiera monedas. Recorrer los sectores skaa de la ciudad podía ser muy peligroso para un hombre que pareciera incluso mínimamente próspero.

Sin embargo, había alguien que no había aprendido todavía a no llevar metal sobre su persona. Las líneas azules eran finas y débiles (no atravesaban bien la madera), pero fueron lo suficientemente fuertes para permitir a Kelsier localizar la hebilla del cinturón de la persona que se apartaba rápidamente de la puerta con pasos silenciosos. Sonrió para sí. La chica era extremadamente habilidosa. Su vida callejera, sin embargo, la había marcado profundamente. Con suerte él podría fomentar sus habilidades mientras la ayudaba a sanar esas cicatrices.

—Volveré mañana —dijo Marsh en la puerta.

—No vengas demasiado pronto —respondió Kelsier con un guiño—. Tengo algunas cosas que hacer esta noche.

VIN ESPERABA EN SU HABITACIÓN a oscuras, prestando atención a las pisadas que bajaban las escaleras. Se agazapó junto a su puerta tratando de determinar si el sonido de los pasos había continuado bajando o no. El pasillo quedó en silencio, así que dejó escapar un callado suspiro de alivio.

Llamaron a la puerta apenas a unos centímetros de su cabeza.

El sobresalto casi la hizo caer al suelo. *¡Es bueno!*, pensó.

Se despeinó rápidamente y se frotó los ojos, tratando de simular que estaba durmiendo. Se sacó la camisa y esperó a que volvieran a llamar antes de abrir la puerta.

Kelsier estaba apoyado en una jamba, recortado por la luz de la única linterna del pasillo. Alzó una ceja al ver su estado de desaliño.

—*¿Sí?* —preguntó Vin, tratando de hacerse la dormida.

—Bueno, *¿qué te parece Marsh?*

—No sé —dijo Vin—. No lo he visto demasiado antes de que nos hiciera salir.

Kelsier sonrió.

—No vas a admitir que te he pillado, *¿eh?*

Vin casi le devolvió la sonrisa. El entrenamiento de Reen acudió al rescate. *Es al hombre que quiere que confíes en él al que más debes temer*, la voz de su hermano pareció susurrarle al oído. Se había hecho más fuerte desde que conocía a Kelsier, como si sus instintos estuvieran siempre a prueba.

Kelsier la estudió brevemente y se apartó de la puerta.

—Remétete esa camisa y sígueme.

Vin frunció el ceño.

—*¿Adónde vamos?*

—A iniciar tu entrenamiento.

—*¿Ahora?* —preguntó Vin, mirando los postigos oscuros de su habitación.

—Naturalmente. Es una noche perfecta para dar un paseo.

Vin se alisó la ropa y se reunió con él en el pasillo. Si de verdad planeaba empezar a enseñarle cosas, no iba a quejarse. Daba igual la hora que fuera. Bajaron las escaleras. El taller estaba oscuro, los proyectos de muebles a medio terminar sumidos en las sombras. La cocina, sin embargo, estaba iluminada.

—Un momentito —dijo Kelsier, y se metió en la cocina.

Vin se detuvo en las sombras del taller, dejando que Kelsier entrara en la cocina sin ella. Pero con todo, estaba lo bastante cerca como para ver el interior. Dockson, Brisa y Ham estaban sentados con Clubs y sus aprendices alrededor de una gran mesa. Había vino y cerveza, aunque en pequeñas cantidades, y los hombres tomaban una cena sencilla de pastelitos de cebada hervida y verduras rebozadas.

Escuchó risas. No risas estentóreas, como sonaban a menudo en la mesa de Camon. Eran más suaves, una muestra de alegría verdadera, de disfrute sano.

Vin no estaba segura de qué era lo que la mantenía fuera de la habitación. Era como si la luz y el buen humor fueran una barrera que exiliaba al silencioso y solemne taller. Observó desde la oscuridad, incapaz de suprimir por completo su anhelo.

Kelsier regresó un momento después con su mochila y un pequeño hatillo. Vin miró el hatillo con curiosidad. Él se lo tendió con una sonrisa.

—Un regalo.

Notaba la tela lustrosa y suave entre los dedos y Vin supo inmediatamente de qué se trataba. Dejó que el tejido gris resbalara entre sus manos revelando una capa de nacido de la bruma. Como el atuendo que Kelsier llevaba la noche anterior, estaba hecho de tiras de tela separadas.

—Pareces sorprendida —comentó Kelsier.

—Yo... suponía que tendría que ganármelo de algún modo.

—¿Qué hay que ganar? —dijo Kelsier, poniéndose su propia capa—. Esto es quien eres, Vin.

Ella se detuvo, se echó la capa sobre los hombros y se la abrochó. Parecía... diferente. Gruesa y pesada sobre sus hombros, pero liviana y suelta alrededor de sus brazos y piernas. Las cintas estaban cosidas en la parte superior, lo que le permitía arrebujarse en ella si lo deseaba. Se sentía... envuelta. Protegida.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Kelsier.

—Bien —dijo ella, sucinta.

Kelsier asintió y sacó varios frascos de cristal. Le ofreció dos.

—Bebe uno; guarda el otro por si lo necesitas. Te mostraré cómo mezclar frascos nuevos más tarde.

Vin asintió, apuró el primer frasco y se guardó el segundo en el cinturón.

—He mandado hacerte ropa nueva —informó Kelsier—. Querrás acostumbrarte a vestir cosas que no lleven metal: cinturones sin hebillas, zapatos que puedas calzarte y sacarte fácilmente, pantalones sin botones. Tal vez más adelante, si te atreves, te consigamos ropa de mujer.

Vin se ruborizó un poco. Kelsier se echó a reír.

—Me estoy burlando de ti. Sin embargo, ahora vas a entrar en un mundo nuevo... Puede que descubras que hay situaciones en las que te convendrá parecer una dama joven más que una ladrona.

Vin asintió y siguió a Kelsier hacia la parte delantera del taller. Abrió la puerta, revelando una muralla de oscuras brumas cambiantes. Se internó en ellas. Inspirando profundamente, Vin lo siguió.

Kelsier cerró la puerta tras ellos. Vin tuvo la sensación de que la calle adoquinada amortiguaba el sonido, de que la movediza bruma lo humedecía todo un poco. No veía muy lejos en ninguna dirección y los extremos de la calle parecían difuminarse en la nada, caminos hacia la eternidad. Arriba no había cielo, solo remolinos de gris sobre gris.

—Muy bien, empecemos —dijo Kelsier.

Su voz sonaba con fuerza en la calle vacía y silenciosa. Había confianza en su tono, algo que, enfrentada a las brumas que la rodeaban, Vin desde luego no sentía.

—Tu primera lección —dijo Kelsier, saliendo a la calle seguido de Vin—, no es de alomancia, sino de actitud. —Tendió la mano hacia delante—. Esto, Vin. Esto es *nuestro*. La noche, las brumas: nos pertenecen. Los skaa evitan las brumas como si fueran la muerte. Los ladrones y los soldados salen de noche, pero también las temen. Los nobles fingirán indiferencia, pero las brumas los incomodan. —Se volvió a mirarla—. Las brumas son tus amigas, Vin. Te ocultan, te protegen... y te dan poder. Según la doctrina del Ministerio, algo rara vez compartido con los skaa, los nacidos de la bruma son descendientes de los únicos hombres que permanecieron fieles al lord Legislador durante los días anteriores a su Ascensión. Según otras leyendas somos algo que está incluso más allá del poder del lord Legislador, algo que nació ese día cuando las brumas cayeron por primera vez sobre la tierra.

Vin asintió levemente. Le parecía extraño que Kelsier hablara con tanta franqueza. A cada lado de la calle se alzaban edificios llenos de skaa dormidos. Y, sin embargo, los postigos oscuros y el aire silencioso la hacían sentirse como si Kelsier y ella estuvieran solos. Solos en la ciudad más densamente poblada, más abarrotada de todo el Imperio Final.

Kelsier continuó caminando, la viveza de su paso era incongruente con la oscura penumbra.

—¿No deberían preocuparnos los soldados? —preguntó Vin en voz baja. Sus bandas siempre tenían que estar atentas a las patrullas nocturnas de la Guarnición.

Kelsier negó con la cabeza.

—Aunque fuéramos lo suficientemente descuidados para que nos localizaran, ninguna patrulla imperial se atrevería a molestar a un nacido de la bruma. Verían nuestras capas y fingirían no vernos. Recuerda, casi todos los nacidos de la bruma son miembros de las Grandes Casas... y el resto

pertenece a casas menores de Luthadel. Sea como sea, son individuos muy importantes.

Vin frunció el ceño.

—Entonces, ¿los guardias ignoran a los nacidos de la bruma?

Kelsier se encogió de hombros.

—No es conveniente reconocer que la figura agazapada que ves en el tejado es en realidad un señor de alcurnia muy distinguido... o incluso una dama de alcurnia. Los nacidos de la bruma son tan raros que las casas no pueden permitirse tener prejuicios de ningún tipo contra ellos.

»Además, la mayoría de los nacidos de la bruma vive dos vidas: la vida de los aristócratas de la corte y la vida de los sibilinos espías alomantes. La identidad de los nacidos de la bruma es uno de los secretos de las casas: los rumores sobre quiénes son los nacidos de la bruma son siempre el centro de los chismorreos de la alta nobleza.

Kelsier enfiló otra calle y Vin lo siguió, todavía un poco nerviosa. No estaba segura de adónde la llevaba; era fácil perderse en la noche. Tal vez ni siquiera tuviera un destino y solo la estuviera acostumbrando a las brumas.

—Muy bien —dijo Kelsier—, empézemos a acostumbrarte a los metales básicos. ¿Puedes sentir tus reservas de metal?

Vin hizo una pausa. Si se concentraba, distinguía ocho fuentes de poder en su interior; cada una de ellas mucho más grande incluso que las dos que había notado el día en que Kelsier la puso a prueba. Se había sentido reacia a usar mucho su Suerte desde entonces. Estaba empezando a darse cuenta de que había estado empleando un arma que nunca había comprendido realmente, un arma que había llamado accidentalmente la atención de un inquisidor de acero.

—Empieza a quemarlos, uno a uno —dijo Kelsier.

—¿A quemarlos?

—Así es como llamamos cuando se activa una habilidad alomántica —dijo Kelsier—. «Quemas» el metal asociado con ese poder. Comprenderás a qué me refiero. Empieza con los metales que aún no conoces, y dejaremos para más adelante el trabajo en aplacar y encender las emociones.

Vin asintió y se detuvo en medio de la calle. Vacilante, recurrió a una de las nuevas fuentes de poder. Una de ellas le resultaba levemente familiar. ¿La había usado antes sin darse cuenta? ¿Qué haría?

Solo hay una forma de averiguarlo... Insegura de qué se suponía que tenía que hacer exactamente, Vin agarró la fuente de poder y trató de usarla.

De inmediato sintió una llamarada de calor dentro del pecho. No era incómodo, pero sí algo claro y diferente. Junto con el calor vino algo más: una sensación de euforia y de poder. Se sentía... más *sólida*, de algún modo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kelsier.

—Me siento diferente —respondió Vin. Alzó la mano y pareció como si el miembro hubiera reaccionado demasiado rápidamente. Los músculos estaban ansiosos—. Mi cuerpo... es extraño. Ya no me siento cansada y sí en guardia.

—Ah —dijo Kelsier—. Eso es el peltre. Aumenta tus habilidades físicas y te hace más fuerte, más capaz de resistir la fatiga y el dolor. Reaccionarás con más rapidez cuando lo quemes y tu cuerpo será más duro.

Vin flexionó los músculos, experimentando. No parecían más grandes pero sentía su fuerza. Sin embargo, no se trataba solo de sus músculos... era todo en ella. Sus huesos, su carne, su piel. Recurrió a su reserva y notó que menguaba.

—Me estoy quedando sin ella —dijo.

Kelsier asintió.

—El peltre se quema de manera relativamente rápida. El frasquito que te di estaba medido para contener diez minutos de quema continua... aunque irá más rápido si avivas a menudo y más lento si tienes cuidado con cómo lo usas.

—¿Avivar?

—Puedes quemar tus metales un poco más fuerte si lo intentas —dijo Kelsier—. Hace que se agoten mucho más rápido y es difícil de mantener, pero puede darte un impulso extra.

Vin frunció el ceño y trató de hacer lo que él decía. Con un empujón de esfuerzo agitó las llamas dentro de su pecho, avivando el peltre.

Fue como el aire que uno toma antes de dar un salto atrevido. Un súbito arrebato de fuerza y poder. Su cuerpo se tensó de expectación y durante un momento se sintió invencible. Entonces pasó y su cuerpo se relajó lentamente.

Interesante, pensó, advirtiendo lo rápidamente que se había quemado el peltre durante ese breve instante.

—Hay algo que tienes que saber sobre los metales alománticos —dijo Kelsier mientras se internaban en las brumas—. Cuanto más puros son, más efectivos resultan. Los frasquitos que preparamos contienen metales absolutamente puros, preparados y vendidos específicamente para alomantes.

»Las aleaciones, como el peltre, son aún más difíciles, ya que hay que mezclar bien el porcentaje de metal si quieres un poder máximo. De hecho, si

no tienes cuidado cuando compras los metales puedes acabar con la aleación equivocada.

Vin frunció el ceño.

—¿Quieres decir que pueden timarme?

—No de manera intencionada —respondió Kelsier—. La cosa es que la mayoría de los términos que utiliza la gente (palabras como «latón», «peltre» y «bronce») son bastante vagos. El peltre, por ejemplo, se considera generalmente una aleación de estaño y plomo con un poco de cobre o plata dependiendo del uso y las circunstancias. El *peltre alomántico*, sin embargo, es una aleación de estaño al noventa y uno por ciento y un nueve por ciento de plomo. Si quieres sacar la máxima fuerza de tu metal, debes usar esos porcentajes.

—Y... ¿si quemas el porcentaje equivocado?

—Si la mezcla solo se desvía un poco, obtienes algo de poder. Sin embargo, si está muy desviada, quemarla te enfermará.

Vin asintió lentamente.

—Creo... creo que he quemado este metal antes. De vez en cuando, en muy pequeñas cantidades.

—Metales residuales —dijo Kelsier—. Por beber agua contaminada por metal o por comer en vajilla de peltre.

Vin asintió. Algunas de las jarras de la guarida de Camon eran de peltre.

—Muy bien. Apaga el peltre y pasemos a otro metal —dijo Kelsier.

Vin hizo lo que le pedía. La retirada de poder la dejó débil, cansada y expuesta.

—Ahora deberías poder notar una especie de emparejamiento entre tus reservas de metal.

—Como los dos metales emocionales —dijo Vin.

—Exactamente. Busca el metal emparejado con el peltre.

—Lo veo.

—Hay dos metales para cada poder —dijo Kelsier—. Uno empuja, otro tira: el primero suele ser una aleación del segundo. Para las emociones (los poderes mentales externos) tiras con cinc y empujas con latón. Acabas de usar peltre para empujar tu cuerpo. Ese es uno de los poderes físicos internos.

—Como Ham —dijo Vin—. Quema peltre.

Kelsier asintió.

—Los brumosos que pueden quemar peltre se llaman violentos. Un término burdo, supongo... pero tienden a ser gente bastante burda. Nuestro

querido Hammond es una excepción a esa regla.

—¿Qué hace el otro metal físico interno?

—Prueba y verás.

Vin lo hizo ansiosamente y el mundo de pronto se volvió más brillante a su alrededor. Oh... bueno, eso no era cierto del todo. Podía ver mejor y más lejos, pero las brumas seguían allí. Eran tan solo... más transparentes. La luz ambiental a su alrededor parecía de algún modo más brillante.

Había otros cambios. Notaba la ropa. Se dio cuenta de que siempre había podido notarla, pero normalmente la ignoraba. Ahora, sin embargo, la notaba más cerca. Sentía las texturas y era agudamente consciente de los lugares donde la tela le quedaba tirante.

Tenía hambre. También había estado ignorando eso: sin embargo, ahora su hambre era más acuciante. Notaba la piel más húmeda y podía oler el aire mezclado con olores de tierra, hollín y residuos.

—El estaño agudiza tus sentidos —dijo Kelsier, y su voz de pronto sonó muy fuerte—. Y es uno de los metales que se queman más despacio: el estaño de ese frasquito es suficiente para mantenerte durante horas. La mayoría de los nacidos de la bruma deja conectado su estaño cada vez que salen a las brumas: yo tengo conectado el mío desde que salimos del taller.

Vin asintió. El flujo de sensaciones era casi abrumador. Podía oír crujidos y roces en la oscuridad que le daban ganas de saltar, alarmada, segura de que había alguien a su espalda.

Va a costarme acostumbrarme a esto.

—Déjalo ardiendo —dijo Kelsier, indicándole que caminara a su lado mientras continuaba calle abajo—. Querrás acostumbrarte a los sentidos ampliados. No lo avives continuamente. No solo te quedarías muy pronto sin él, sino que avivar metales de manera constante hace... cosas extrañas a la gente.

—¿Extrañas?

—Los metales, sobre todo el estaño y el peltre, estiran tu cuerpo. Avivarlos solo hace que ese estiramiento se pronuncie. Estíralo demasiado lejos durante demasiado tiempo y las cosas empezarán a romperse.

Vin asintió, incómoda. Kelsier guardó silencio y continuaron caminando para que Vin explorara sus nuevas sensaciones y el detallado mundo que revelaba el estaño. Antes, su visión quedaba reducida a un diminuto bolsillo dentro de la noche. Ahora, sin embargo, veía la ciudad entera envuelta en una manta de bruma cambiante y revuelta. Podía distinguir los torreones como

pequeñas montañas oscuras en la distancia y veía motas de luz en las ventanas, como agujeritos en la noche. Y arriba... vio luces en el cielo.

Se detuvo, maravillada. Eran débiles, difusas incluso para sus ojos aumentados por el estaño, pero logró distinguirlas levemente. Cientos de ellas. Miles. Tan pequeñas como las ascuas moribundas de las velas recién apagadas.

—Estrellas —dijo Kelsier, caminando a su lado—. No se pueden ver muy a menudo, ni siquiera con estaño. Debe ser una noche particularmente clara. Antes la gente podía mirar al cielo y verlas cada noche... Eso fue antes de que llegaran las brumas, antes de que los Montes de Ceniza escupieran ceniza y humo al cielo.

Vin lo miró.

—¿Cómo lo sabes?

Kelsier sonrió.

—El lord Legislador ha intentado empecinadamente erradicar la memoria de aquellos días, pero aún quedan vestigios.

Se volvió, sin haber respondido realmente a la pregunta, y continuó caminando. Vin se unió a él. De repente, con estaño, las brumas a su alrededor no parecían tan ominosas. Empezaba a entender cómo podía caminar Kelsier en la noche con tanta confianza.

—Muy bien —dijo Kelsier al cabo de un rato—. Probemos con otro metal.

Vin asintió, dejó su estaño encendido pero escogió otro metal para quemarlo también. Cuando así lo hizo, sucedió algo muy extraño: una multitud de finas líneas azules brotó de su pecho, extendiéndose hacia las brumas. Se detuvo, jadeando levemente, y se miró al pecho. La mayoría de las líneas eran finas, como pedazos transparentes de hilo, aunque un par eran tan gruesas como la lana.

Kelsier se echó a reír.

—Deja ese metal y su pareja por el momento. Son un poco más complicados que los demás.

—¿Qué...? —preguntó Vin, siguiendo las líneas de luz celeste con la mirada. Apuntaban a objetos aleatorios. Puertas, ventanas... Un par incluso apuntaba a Kelsier.

—Ya llegaremos a ello —prometió él—. Apágalo y prueba uno de los otros dos.

Vin apagó el extraño metal e ignoró su pareja, escogiendo uno de los últimos metales. De inmediato sintió una extraña vibración. Se detuvo. No oía

los latidos, pero podía sentirlos recorriéndola. Parecían proceder de Kelsier. Lo miró, el ceño fruncido.

—Supongo que eso será bronce —dijo Kelsier—, el metal mental interno de los empujones mentales. Te permite sentir cuándo alguien usa la alomancia cerca de ti. Los buscadores, como mi hermano, lo utilizan. Normalmente no es muy útil... a menos que seas un inquisidor de acero en busca de brumosos skaa.

Vin palideció.

—¿Los inquisidores saben usar la alomancia?

Kelsier asintió.

—Todos son buscadores... No estoy seguro de si es porque eligen a los buscadores para convertirlos en inquisidores o porque el proceso de convertirte en inquisidor te concede ese poder. Sea como sea, como su principal trabajo es encontrar a niños mestizos y nobles que usen la alomancia indebidamente, les resulta una habilidad útil. Por desgracia, «útil» para ellos significa «bastante molesto» para nosotros.

Vin iba a asentir, pero se detuvo. El latido había cesado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—He empezado a quemar cobre —respondió Kelsier—, la pareja del bronce. Cuando quemas cobre, ocultas tu uso de los poderes a otros alomantes. Puedes intentar quemarlo ahora, siquieres, aunque no sentirás mucho.

Vin así lo hizo. El único cambio fue una leve vibración en su interior.

—El cobre es un metal cuyo aprendizaje es vital —dijo Kelsier—. Te esconderá de los inquisidores. Quizá no tengamos nada de qué preocuparnos esta noche: los inquisidores nos tomarán por nobles normales nacidos de la bruma que están entrenándose. Sin embargo, si alguna vez vas vestida de skaa y necesitas quemar metales, asegúrate de encender tu cobre primero.

Vin asintió, comprendiendo.

—De hecho, muchos nacidos de la bruma mantienen su cobre encendido todo el tiempo. Arde despacio y te hace invisible a otros alomantes. Te oculta del bronce y también impide que otros manipulen tus emociones.

Vin alzó la cabeza.

—Ya suponía que eso te interesaría —dijo Kelsier—. Todo el que quema cobre es inmune a la alomancia emocional. Además, la influencia del cobre crea una burbuja a tu alrededor. Esta nube, llamada nube de cobre, oculta a

todo el que está dentro de ella de los sentidos de un buscador, aunque no lo hace inmune a la alomancia emocional, como hará contigo.

—Clubs —dijo Vin—. Eso es lo que hace un ahumador.

Kelsier asintió.

—Si uno de nosotros es localizado por un buscador, puede volver corriendo a la guarida y desaparecer. También pueden practicar sus habilidades sin miedo a ser descubiertos. Los latidos alománticos que brotan de un taller en un sector skaa de la ciudad serían una revelación para un inquisidor que pasara por allí.

—Pero si tú puedes quemar cobre, ¿por qué te preocupaba tanto encontrar a un ahumador para la banda?

—Puedo quemar cobre, sí —dijo Kelsier—. Y tú también. Podemos usar todos los poderes, pero no podemos estar en todas partes. Un jefe necesita saber cómo dividir el trabajo, sobre todo uno tan grande como este. El procedimiento normal es que haya una nube de cobre permanentemente en la guarida. Clubs no lo hace todo él solo: algunos de sus aprendices son ahumadores también. Cuando contratas a un hombre como Clubs, se da por entendido que te proporcionará una base de operaciones y un equipo de ahumadores lo suficientemente competente para mantenerte oculto todo el tiempo.

Vin asintió. Sin embargo, estaba más interesada en la habilidad del cobre para proteger sus emociones. Necesitaría localizar suficiente para mantenerlo ardiendo continuamente.

Echaron a andar de nuevo y Kelsier le dio más tiempo para acostumbrarse a quemar estaño. No obstante, la mente de Vin empezó a divagar. Algo... le parecía raro. ¿Por qué le estaba contando Kelsier todas estas cosas? Le estaba revelando sus secretos demasiado fácilmente.

Excepto uno, pensó, recelosa. El metal de las líneas azules. No ha vuelto a él todavía. Tal vez eso lo iba a mantener apartado de ella, sería el poder que guardaría en reserva para controlarla.

Debe de ser fuerte. El más poderoso de los ocho.

Mientras caminaban por las silenciosas calles, Vin buscó en su interior. Miró a Kelsier y luego quemó con cuidado ese metal desconocido. De nuevo, las líneas brotaron a su alrededor, apuntando en direcciones aparentemente aleatorias.

Las líneas se movieron con ella. Un extremo de cada hilo permaneció pegado a su pecho mientras el otro permanecía unido a un sitio dado a lo

largo de la calle. Nuevas líneas aparecieron mientras caminaba y las antiguas se difuminaron, desaparecieron detrás. Las líneas venían en anchuras diversas y algunas eran más brillantes que otras.

Curiosa, Vin las probó mentalmente, tratando de descubrir su secreto. Se concentró en una particularmente pequeña y de aspecto inocente, y se dio cuenta de que podía sentirla de manera individual si se concentraba. Casi sintió que podía tocarla. Buscó con su mente y le dio un leve tirón.

La línea se sacudió y algo salió inmediatamente de la oscuridad hacia ella. Vin soltó un gritito y trató de apartarse, pero el objeto (un clavo oxidado) voló directamente hacia ella.

De repente, algo agarró el clavo y lo envió de vuelta a la oscuridad.

Vin se incorporó, la capa aleteando a su alrededor. Escrutó la oscuridad y luego miró a Kelsier, quien reía en voz baja.

—Tendría que haber sabido que lo intentarías —dijo.

Vin se ruborizó, avergonzada.

—Vamos —dijo él—. No pasa nada.

—¡El clavo me atacó!

¿Daba vida a los objetos ese metal? Ese sí que sería un poder increíble.

—La verdad es que te atacaste tú misma.

Vin se levantó con cuidado y se reunió con él cuando empezaba a recorrer de nuevo la calle.

—Te explicaré lo que has hecho dentro de un momento —prometió—.

Primero, hay algo que tienes que comprender sobre la alomancia.

—¿Otra regla?

—Más bien una filosofía. Tiene que ver con las consecuencias.

Vin frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Toda acción que emprendemos tiene sus consecuencias, Vin —dijo Kelsier—. He descubierto que tanto en la alomancia como en la vida la persona que mejor pueda juzgar las consecuencias de sus acciones será la que tenga más éxito. Pongamos por caso quemar peltre. ¿Cuáles son sus consecuencias?

Vin se encogió de hombros.

—Te haces más fuerte.

—¿Qué pasa si estás cargando algo pesado cuando se acaba el peltre?

Vin hizo una pausa.

—Supongo que lo dejas caer.

—Y, si es demasiado pesado, podrías lastimarte seriamente. Muchos violentos han sofocado una fea herida mientras peleaban, solo para morir de esa misma herida cuando se les acaba el peltre.

—Comprendo.

—¡Ja!

Vin dio un salto y se llevó las manos a los oídos, ensordecida.

—¡Ay! —se quejó, mirando a Kelsier.

Él sonrió.

—Quemar estaño tiene también sus consecuencias. Si alguien enciende de repente una luz o produce un sonido fuerte, puedes quedarte ciega o sorda.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con los dos últimos metales?

—El hierro y el acero te dan habilidad para manipular otros metales que estén a tu alrededor —explicó Kelsier—. Con el hierro, puedes tirar de una fuente de metal hacia ti. Con el acero, puedes empujarla para apartarla. Ah, ya hemos llegado.

Kelsier se detuvo y alzó la mirada.

A través de la bruma, Vin vio la enorme muralla de la ciudad.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Vamos a practicar tirar del hierro y empujar el acero —respondió Kelsier—. Pero primero, algunas cosas básicas. —Sacó algo de su cinturón: un óbolo, la moneda más pequeña existente. La alzó ante ella y se colocó a un lado—. Quema acero, el opuesto al metal que quemaste hace unos instantes.

Vin asintió. De nuevo, las líneas azules brotaron a su alrededor. Una de ellas apuntó directamente a la moneda que Kelsier tenía en la mano.

—Muy bien. Empújala.

Vin localizó el hilo adecuado y empujó levemente. La moneda salió despedida de la mano de Kelsier, alejándose de Vin. Ella continuó concentrándose, empujándola por el aire hasta que chocó contra la pared de una casa cercana.

Vin fue impelida violentamente hacia atrás con un súbito movimiento. Kelsier la sujetó e impidió que cayera al suelo.

Vin se tambaleó y se incorporó. Al otro lado de la calle, la moneda, ahora liberada de su control, cayó al suelo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Kelsier.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. He empujado la moneda y ha salido volando. Pero cuando ha golpeado la pared, he salido despedida.

—¿Por qué?

Vin frunció el ceño, pensativa.

—Supongo... supongo que la moneda no podía ir a ninguna parte, así que tuve que ser yo quien se moviera.

Kelsier asintió, aprobando su razonamiento.

—Consecuencias, Vin. Usas tu propio peso cuando empujas acero. Si eres mucho más pesada que tu anclaje, saldrá despedido de ti como hizo esa moneda. Sin embargo, si el objeto es más pesado que tú, o si se topa con algo que lo sea, serás tú la que salga empujada. Tirar de hierro es similar: o eres atraída hacia el objeto o el objeto es atraído hacia ti. Si vuestros pesos son similares, entonces ambos os moveréis.

»Ese es el gran arte de la alomancia, Vin. Saber lo mucho o poco que te moverás cuando quemes hierro o acero te dará una gran ventaja sobre tus oponentes. Descubrirás que estas son las más versátiles y útiles de tus habilidades.

Vin asintió.

—Ahora, recuerda —continuó él—. En ambos casos, la fuerza de tu empujón o tu tirón es *directa* hacia ti o desde ti. No puedes dar la vuelta a las cosas con tu mente, controlándolas para que vayan adonde quieras. No es así como funciona la alomancia, porque no es así como funciona el mundo físico. Cuando empujas algo, ya sea con alomancia o con tus manos, va directamente en la dirección opuesta. Fuerza, reacciones, consecuencias. ¿Comprendes?

Vin volvió a asentir.

—Bien —respondió Kelsier alegramente—. Ahora, vamos a saltar sobre esa muralla.

—¿Qué?

La dejó allí, boquiabierta. Ella lo vio acercarse a la base de la muralla y corrió a su lado.

—¡Estás loco! —dijo entre susurros.

Kelsier sonrió.

—Creo que es la segunda vez que me lo dices hoy. Necesitas prestar más atención: si hubieras estado escuchando a todos los demás, sabrías que mi cordura desapareció hace mucho tiempo.

—Kelsier —dijo ella, mirando la muralla—. No puedo... quiero decir, ¡nunca había usado la alomancia hasta esta noche!

—Sí, pero aprendes rápido —respondió Kelsier, sacando algo de debajo de su capa. Parecía un cinturón—. Toma, ponte esto. Tiene pesos de metal. Si algo

sale mal, creo que podré agarrarte.

—¿Seguro? —preguntó, Vin nerviosa, mientras se ataba el cinturón.

Kelsier sonrió y dejó caer a sus pies un gran lingote de metal.

—Pon el lingote directamente debajo de ti, y acuérdate de empujar acero, no de tirar de hierro. No dejes de empujar hasta que llegues a lo alto de la muralla.

Dicho esto, se agachó y saltó. Salió despedido por los aires y su oscura forma se desvaneció en las arremolinadas brumas. Vin esperó un momento, pero él no volvió a caer hacia su perdición.

Todo estaba en silencio, incluso para sus oídos amplificados. Las brumas revoloteaban juguetonas a su alrededor. Tentándola. Desafiándola.

Miró el lingote, quemando acero. La línea azul brillaba con una luz débil y espectral. Se situó junto al lingote, colocando un pie a cada lado. Miró hacia arriba y luego hacia abajo una última vez.

Finalmente, tomó aire y empujó contra el lingote con todas sus fuerzas.

«Él defenderá sus costumbres y, sin embargo, las violará. Será su salvador y, sin embargo, lo llamarán hereje. Su nombre será Discordia y, sin embargo, lo amarán por ello.»

8



VIN SALIÓ DESPEDIDA HACIA ARRIBA. Contuvo un grito, recordándose que debía continuar empujando a pesar del miedo. La muralla de piedra fue un borrón de movimiento a unos palmos de distancia. El suelo desapareció bajo ella y la línea azul que apuntaba hacia el lingote se volvió cada vez más débil.

¿Qué ocurrirá si esto desaparece?

Empezó a frenar. Cuanto más débil era la línea, más se reducía su velocidad. Después de unos breves instantes de vuelo, se detuvo... y quedó flotando en el aire sobre una línea azul casi invisible.

—Siempre me ha gustado la vista desde aquí arriba.

Vin miró a un lado. Kelsier estaba allí cerca; se había concentrado tanto que no había advertido que él flotaba a pocos palmos de la cima de la muralla.

—¡Socorro! —dijo, mientras seguía empujando desesperadamente, por miedo a caer. Las brumas a su alrededor giraban sin cesar, como un oscuro océano de almas condenadas.

—No tienes que preocuparte demasiado —dijo Kelsier—. Es más fácil equilibrarte en el aire si tienes un trípode de anclajes, pero puedes hacerlo bien con solo uno. Tu cuerpo está acostumbrado a equilibrarse. Parte de lo que has estado haciendo desde que aprendiste a caminar se transfiere a la alomancia. Mientras permanezcas inmóvil, flotando en el mismo filo de tu habilidad para empujar, conservarás la estabilidad: tu mente y tu cuerpo corregirán cualquier

leve desviación de la base central de tu anclaje, impidiendo que caigas hacia los lados.

»Pero si empujas otra cosa, o mueves demasiado peso a un lado... bueno, perderías tu anclaje abajo y no estarías empujando directamente hacia arriba. Entonces tendrías problemas... Caerías como un peso muerto desde lo alto de un poste muy alto.

—Kelsier... —dijo Vin.

—Espero que no te den miedo las alturas, Vin. Es toda una desventaja para un nacido de la bruma.

—No... me dan... miedo... las alturas —dijo Vin, los dientes apretados—. *¡Pero tampoco estoy acostumbrada a flotar en el aire a treinta metros de la calle!*

Kelsier se echó a reír, pero Vin sintió un tirón en su cinturón que la hizo volar por el aire hacia él. Kelsier la agarró y la colocó sobre la almena de piedra, y luego se posó a su lado. Extendió un brazo por encima de la muralla. Un segundo más tarde, el lingote brincó al aire, rozando el borde de la pared, hasta que llegó a su mano.

—Buen trabajo —dijo—. Ahora volveremos a bajar.

Lanzó el lingote por encima del hombro, arrojándolo a las oscuras brumas al otro lado de la muralla.

—¿De verdad que vamos a salir ahí fuera? —preguntó Vin—. ¿Al otro lado de las murallas de la ciudad? *¿De noche?*

Kelsier sonrió de aquella irritante manera que le era característica. Se subió a una de las almenas.

—Cambiar la fuerza con la que empujas o tiras es difícil, pero posible. Es mejor caer un poco y luego empujar para frenarte. Déjate ir y cae un poco más, y luego vuelve a empujar. Si le pillas el ritmo, llegarás bien al suelo.

—Kelsier —dijo Vin, acercándose a la muralla—. Yo no...

—Ahora estás en lo alto de la muralla de la ciudad, Vin —dijo él, dando un paso al aire. Quedó flotando, en equilibrio, como le había explicado antes—. Solo hay dos formas de bajar. O saltas, o intentas explicarle a esa patrulla de guardias por qué un nacido de la bruma necesita utilizar una escalera.

Vin se volvió preocupada y vio que la luz de una linterna se acercaba en medio de las oscuras brumas.

Se volvió hacia Kelsier, pero él ya no estaba. Maldijo, se asomó a la muralla y contempló las brumas. Podía oír a los guardias tras ella, hablando entre sí en voz baja mientras hacían su ronda.

Kelsier tenía razón: no había muchas opciones. Furiosa, se subió a la almena. No tenía miedo a las alturas, pero ¿quién no sentiría aprensión, de pie en lo alto de una muralla y contemplando su perdición? El corazón de Vin aleteó, el estómago le dio un vuelco.

Espero que Kelsier no esté ahí en medio, pensó, comprobando la línea azul para asegurarse de que estaba encima del lingote. Luego, dio un paso hacia el vacío.

Inmediatamente empezó a caer. Empujó por instinto con su acero, pero su trayectoria era incorrecta: había caído al lado del lingote, no directamente encima. Por tanto, su empujón la llevó aún más hacia un lado y empezó a dar vueltas en el aire.

Alarmada, volvió a empujar, con más fuerza esta vez, avivando el acero. El súbito esfuerzo la lanzó hacia arriba. Trazó un arco en el aire, flotando junto a la muralla. Los guardias que pasaban giraron sorprendidos, pero sus caras pronto se volvieron indistinguibles cuando Vin volvió a caer.

Con la mente aturdida por el terror, rebuscó por instinto y tiró del lingote, tratando de lanzarse hacia él. Y, naturalmente, el lingote obedeció y saltó hacia ella.

Estoy muerta.

Entonces su cuerpo se sacudió, impelida hacia arriba por el cinturón. Su descenso se redujo hasta que quedó flotando en el aire. Kelsier apareció entre la bruma, de pie en el suelo bajo ella. Estaba, naturalmente, sonriendo.

Kelsier la liberó para que cayera la corta distancia que la separaba del suelo, la atrapó y la depositó en la tierra blanda. Ella permaneció temblorosa un momento, respirando de manera ansiosa y entrecortada.

—Bueno, ha sido divertido —comentó Kelsier.

Vin no respondió.

Kelsier se sentó en una roca cercana, dándole tiempo para recuperarse. Al cabo de un rato, ella quemó peltre, usando la sensación de «solidez» que proporcionaba para calmar sus nervios.

—Lo has hecho bien —dijo Kelsier.

—He estado a punto de morir.

—Le pasa a todo el mundo, la primera vez. Tirar de hierro y empujar acero son habilidades peligrosas. Puedes empalarte con un trozo de metal del que tiras, puedes saltar y dejar tu anclaje demasiado atrás, o puedes cometer una docena de otros errores.

»Mi experiencia, limitada como es, me dice que es mejor llegar pronto a estas situaciones extremas, cuando alguien puede vigilarte. De todas formas, supongo que comprendes por qué es importante que un alomante lleve encima la menor cantidad de metal posible.

Vin asintió, hizo una pausa y se llevó la mano a la oreja.

—Mi pendiente —dijo—. Tendré que dejar de usarlo.

—¿Tiene un engarce en la parte de atrás?

Vin negó con la cabeza.

—Es solo una perlita y el alfiler de atrás se dobla.

—Entonces no pasará nada —dijo Kelsier—. El metal que hay en el interior de tu cuerpo, aunque solo haya una parte mínima dentro de él, es inmune a los empujones y los tirones. De lo contrario, otro alomante podría arrancarte los metales del estómago mientras los estás quemando.

Es bueno saberlo, pensó Vin.

—Por eso los inquisidores pueden ir por ahí tan confiados con un par de clavos de acero asomándoles de la cabeza. El metal perfora sus cuerpos, así que no puede ser afectado por otro alomante. Conserva el pendiente: es pequeño, así que no podrás hacer mucho con él, pero podrías usarlo como arma en una emergencia.

—Muy bien.

—¿Lista para continuar?

Ella miró la muralla, preparándose para saltar de nuevo, y asintió.

—No vamos a volver —dijo Kelsier—. Sigamos.

Vin frunció el ceño cuando Kelsier echó a andar entre las brumas. *Así que tiene un destino después de todo... ¿o ha decidido continuar vagabundeando?* Curiosamente, su amable despreocupación hacía muy difícil leer sus intenciones.

Vin se apresuró a seguirlo, pues no quería quedarse sola en la bruma. El paisaje alrededor de Luthadel era yermo a excepción de unos cuantos matorrales y matojos. Hierbajos y hojas secas, cubiertos de ceniza por la nevada anterior, rozaban sus piernas al pasar. La hierba que cubría el suelo crujía, inmóvil y un poco empapada por el rocío de la bruma.

Ocasionalmente, pasaban ante montoncitos de ceniza que habían sido trasladados desde la ciudad. Sin embargo, la mayoría de las veces la ceniza era arrojada al río Channerel, que atravesaba Luthadel. Con el tiempo, el agua la disolvía... o al menos eso era lo que suponía Vin. De lo contrario, el continente entero habría quedado enterrado hacía mucho tiempo.

Vin se mantuvo cerca de Kelsier mientras andaban. Aunque se había aventurado fuera de las ciudades antes, siempre lo había hecho como parte de un grupo de barqueros: los trabajadores skaa que tripulaban las barcas y gabarras por las múltiples rutas de los canales del Imperio Final. Había sido un trabajo difícil (la mayoría de los nobles usaba skaa en vez de caballos para tirar de los barcos por los caminos de sirga), pero había cierta libertad en saber que por lo menos viajaba, pues la mayoría de los skaa, incluso los ladrones skaa, nunca salía de su plantación o su ciudad.

El constante movimiento de una ciudad a otra había sido decisión de Reen: le obsesionaba no ser encerrado. Normalmente les buscaba hueco en barcas dirigidas por bandas de los bajos fondos, y nunca se quedaba en ningún lugar más de un año. Siempre se mantenía en marcha, siempre en movimiento. Como si huyera de algo.

Continuaron caminando. De noche, las colinas peladas y las llanuras cubiertas de matorrales adquirían un aire amenazador. Vin no hablaba, aunque trataba de hacer el menor ruido posible. Había oído historias de lo que pasaba en el exterior de noche, y la cobertura de las brumas (incluso horadada por el estío como en aquel momento) le daba la sensación de que la estaban observando.

La sensación se volvió más enervante a medida que viajaban. No tardó en oír ruidos en la oscuridad. Eran débiles y apagados: crujidos de hierbajos, roces en la bruma envolvente.

—*¡Te estás comportando como una paranoica!*, —se dijo, mientras daba un respingo ante un sonido medio imaginado. Sin embargo, al cabo de un rato ya no pudo soportarlo más.

—¡Kelsier! —dijo con un susurro urgente, un susurro que sonó traicioneramente alto a sus oídos amplificados—. Creo que hay algo ahí fuera.

—¿Hummm? —preguntó Kelsier. Parecía perdido en sus pensamientos.

—¡Creo que hay algo siguiéndonos!

—Oh —dijo Kelsier—. Sí, tienes razón. Es un espectro de la bruma.

Vin se detuvo en seco. Kelsier, sin embargo, continuó caminando.

—¡Kelsier! —exclamó ella, haciéndolo detenerse—. ¿Quieres decir que *son reales*?

—Pues claro que lo son. ¿De dónde crees que salen todas esas historias?

Vin se sintió anonadada.

—¿Quieres ir a mirarlo? —preguntó Kelsier.

—¿*Mirar al espectro de la bruma?* ¿Estás...? —Se detuvo.

Kelsier se echó a reír y volvió a su lado.

—Puede que los espectros sean un poco perturbadores cuando los miras, pero son relativamente inofensivos. Son carroñeros, en su mayoría. Vamos.

Volvió sobre sus pasos, indicándole que lo siguiera. Reacia (pero movida por una curiosidad morbosa), Vin se acercó. Kelsier caminaba a paso vivo hacia la cima de una colina relativamente despejada de matojos. Se agachó, indicando a Vin que hiciera lo mismo.

—No oyen muy bien —dijo mientras ella se arrodillaba en la áspera tierra cubierta de ceniza—. Pero su sentido del olfato (o, más bien, del gusto) es bastante agudo. Debe de estar siguiéndonos la pista, esperando que arrojemos algo comestible.

Vin escrutó la oscuridad.

—No puedo verlo —dijo, buscando entre la bruma una figura en sombras.

—Allí. —Kelsier señaló una colina plana.

Vin aguzó la vista, esperando ver una criatura agazapada en su cima, observándola a su vez.

Entonces la colina se movió.

Vin dio un salto. El oscuro montículo (de unos tres metros de altura y el doble de longitud) avanzaba con un extraño paso rezongón, y Vin se inclinó hacia delante, tratando de ver mejor.

—Aviva tu estaño —sugirió Kelsier.

Vin asintió y convocó un estallido de poder alomántico añadido. Todo se hizo inmediatamente más claro, las brumas fueron una obstrucción menor.

Lo que vio la hizo estremecerse, fascinada, asqueada y más que un poco preocupada. La criatura tenía una piel grisácea y transparente, y Vin distinguió sus huesos. Tenía docenas y docenas de miembros, y parecía como si cada uno procediera de un animal distinto: manos humanas, cascos bovinos, cuartos caninos y otros que no pudo identificar.

Los miembros permitían caminar a la criatura, aunque era más bien una extraña forma de arrastrarse. Reptaba despacio, moviéndose como un ciempiés torpe. Muchos de los miembros, en realidad, ni siquiera parecían funcionales: brotaban de la carne de la criatura de un modo retorcido y antinatural.

El cuerpo era bulboso y alargado. Sin embargo, no era solo una masa: había una extraña lógica en su forma. Tenía una clara estructura esquelética y (entornando los ojos amplificados por el estaño) a Vin le pareció que distinguía músculos y tendones envolviendo los huesos. La criatura flexionaba

extraños amasijos de músculos al moverse y parecía tener una docena de diferentes cajas torácicas. A lo largo del cuerpo principal colgaban brazos y piernas en ángulos rarísimos.

Y cabezas. Vin contó seis. A pesar de la piel translúcida, distinguió una cabeza de caballo junto a la de un ciervo. Otra cabeza se volvió hacia ella y vio su cráneo humano. La cabeza reposaba en el extremo de un espinazo unido a una especie de torso animal, que a su vez estaba unido a un puñado de extraños huesos.

Vin estuvo a punto de vomitar.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—Los espectros de la bruma tienen el cuerpo maleable —dijo Kelsier—. Pueden moldear su piel en torno a cualquier estructura esquelética e incluso recrear músculos y órganos si tienen un modelo que imitar.

—¿Quieres decir...?

Kelsier asintió.

—Cuando encuentran un cadáver, lo envuelven y digieren lentamente los músculos y órganos. Luego, usan lo que han comido como pauta para crear un duplicado exacto de la criatura muerta. Reagrupan un poco las partes, excretando los huesos que no quieren y añadiendo los que sí precisan para su cuerpo, formando un amasijo como el que ves ahí delante.

Vin contempló la criatura avanzar por el terreno, siguiendo sus huellas. Un trozo de piel costrosa sobresalía en su bajo vientre y se arrastraba por el suelo. *Busca olores*, pensó Vin. *Está siguiendo el olor de nuestro paso*. Dejó que su estúpido volviera a la normalidad y el espectro de la bruma una vez más se convirtió en un montículo oscuro. La silueta, sin embargo, todavía parecía más anormal.

—¿Son inteligentes, entonces? —preguntó Vin—. ¿Si pueden desarmar un cuerpo y... volver a poner las piezas donde quieren?

—¿Inteligentes? No, no tan jóvenes como este. Son más instintivos que inteligentes.

Vin volvió a estremecerse.

—¿Sabe la gente que existen estos seres? Quiero decir, ¿aparte de las leyendas?

—¿A qué te refieres con «la gente»? —preguntó Kelsier—. Un montón de alomantes conoce su existencia, y estoy seguro de que el Ministerio también. La gente normal... bueno, apenas sale de noche. La mayoría de los skaa teme y

maldice a los espectros de la bruma, pero se pasa la vida entera sin haber visto uno.

—Tienen suerte —murmuró Vin—. ¿Por qué no hace nadie algo con esas criaturas?

Kelsier se encogió de hombros.

—No son tan peligrosas.

—¡Esa tiene una cabeza humana!

—Habrá encontrado un cadáver —dijo Kelsier—. Nunca he oído decir que ningún espectro atacara a un adulto sano. Quizá por eso todo el mundo los deja en paz. Y, naturalmente, la alta nobleza ha ideado su propio uso para estas criaturas.

Vin lo miró, intrigada, pero él no dijo nada más. Se puso en pie y empezó a bajar la colina. Ella miró una vez más a la antinatural criatura, y luego se incorporó y siguió a Kelsier.

—¿Me has traído aquí para ver eso?

Kelsier se echó a reír.

—Los espectros de la bruma pueden parecer extraños, pero no merecen un viaje tan largo. No, vamos hacia allí.

Ella siguió su gesto y distinguió un cambio en el paisaje por delante.

—¿La carretera imperial? Hemos trazado un círculo hasta la entrada de la ciudad.

Kelsier asintió. Después de un breve tramo, durante el cual Vin miró hacia atrás no menos de tres veces para asegurarse de que el espectro no les había comido terreno, dejaron los matorrales y salieron a la tierra lisa de la carretera imperial. Kelsier se detuvo, escrutándola en ambas direcciones. Vin frunció el ceño, preguntándose qué estaba haciendo.

Entonces vio el carroaje. Estaba aparcado a un lado de la carretera y Vin vio que un hombre esperaba a su lado.

—Hola, Sazed —dijo Kelsier, avanzando.

El hombre hizo una reverencia.

—Maese Kelsier —dijo, y su suave voz sonó con fuerza en el aire nocturno. Tenía un tono agudo y hablaba con acento casi melódico—. Casi pensaba que habías decidido no venir.

—Ya me conoces, Saz —dijo Kelsier, dándole una jovial palmada en el hombro—. Soy el colmo de la puntualidad. —Se volvió y señaló a Vin—. Esta aprensiva criaturita es Vin.

—Ah, sí —dijo Sazed, hablando despacio y con entonación cuidada. Había algo extraño en su acento. Vin se acercó con cautela, estudiando al hombre. Sazed tenía un rostro largo y plano y un cuerpo larguirucho. Era aún más alto que Kelsier, tanto como para resultar incluso un poco anómalo, y tenía los brazos inusitadamente largos.

—Eres terrisano —dijo Vin. Los lóbulos de sus orejas habían sido estirados y las orejas mismas tenían pendientes que rodeaban todo su perímetro. Vestía los pintorescos ropajes de un criado de Terris, de piezas en forma de V, bordadas y superpuestas alternando los tres colores de la casa de su amo.

—Sí, niña —dijo Sazed, inclinándose—. ¿Has conocido a muchos de mi pueblo?

—A ninguno. Pero sé que la alta nobleza prefiere a los hombres de Terris como mayordomos y sirvientes.

—Así es, niña —dijo Sazed. Se volvió hacia Kelsier—. Deberíamos irnos, maese Kelsier. Es tarde y todavía nos queda una hora hasta Fellise.

Fellise, pensó Vin. Así que vamos a ver al lord Renoux impostor.

Sazed abrió la puerta del carro y la cerró cuando ellos subieron. Vin se sentó en uno de los mullidos asientos y oyó cómo Sazed se subía al pescante del vehículo y ponía a los caballos en movimiento.

KESLER PERMANECIÓ EN SILENCIO EN el carro. Las cortinas de las ventanillas estaban cerradas y una pequeña linterna, medio cubierta, colgaba en un rincón. Vin estaba sentada directamente frente a él, con las piernas recogidas bajo su cuerpo, arrebatada en la capa que ocultaba sus brazos y piernas.

Siempre hace eso, pensó Kelsier. Dondequiera que esté, intenta llamar la atención lo menos posible. Tan tensa. Vin no se sentaba, se agazapaba. No caminaba, rondaba como un gato. Incluso sentada al aire libre parecía estar intentando esconderse.

Pero es valiente. Durante su propio entrenamiento, Kelsier no se había mostrado tan dispuesto a arrojarse desde lo alto de la muralla de una ciudad: el viejo Gemmel se había visto obligado a empujarlo.

Vin lo observaba con aquellos ojos oscuros y silenciosos suyos. Cuando advirtió que él la estaba mirando, apartó la mirada y se acurrucó aún más en su capa. Sin embargo, inesperadamente, habló.

—Tu hermano —dijo, con una voz que era casi un susurro—. No os lleváis muy bien los dos.

Kelsier alzó una ceja.

—No. No nos hemos llevado bien nunca, en realidad. Es una lástima. Deberíamos, pero...

—¿Es mayor que tú?

Kelsier asintió.

—¿Te pegaba a menudo?

Kelsier frunció el ceño.

—¿Pegarme? No, no me pegaba.

—¿Le paraste los pies, entonces? —dijo Vin—. Tal vez por eso no le caes bien. ¿Cómo escapaste? ¿Huiste, o eras más fuerte que él?

—Vin, Marsh nunca *intentó* pegarme. Discutíamos, cierto... pero nunca quisimos hacernos daño el uno al otro.

Vin no le llevó la contraria, pero él pudo ver en sus ojos que no lo creía.

Vaya vida... pensó Kelsier, guardando silencio. Había tantos niños como Vin en los bajos fondos... Aunque, la mayoría moría antes de llegar a su edad. Kelsier había sido uno de los afortunados: su madre fue la amante de un alto noble, una mujer astuta y llena de recursos que consiguió ocultar a su señor que era una skaa. Kelsier y Marsh habían crecido siendo privilegiados: considerados ilegítimos, pero nobles, hasta que su padre descubrió por fin la verdad.

—¿Por qué me enseñas estas cosas? —preguntó Vin, interrumpiendo sus pensamientos—. La alomancia, me refiero.

Kelsier frunció el ceño.

—Te prometí que lo haría.

—Ahora que conozco tus secretos, ¿qué me impide huir de ti?

—Nada.

Una vez más, su mirada de desconfianza le dijo que no creía en su respuesta.

—Hay metales de los que no me has hablado. En nuestro encuentro del primer día dijiste que había diez.

Kelsier asintió y se inclinó hacia delante.

—Los hay. Pero no he dejado fuera los dos últimos porque quiera ocultarte nada. Es... difícil acostumbrarse a ellos. Será más fácil si primero practicas con los metales básicos. Sin embargo, si quieres saber sobre los dos últimos, puedo enseñarte cuando lleguemos a Fellise.

Vin entornó los ojos. Kelsier puso los ojos en blanco.

—No estoy intentando engañarte, Vin. La gente sirve en mis bandas porque quiere y yo soy efectivo porque podemos confiar los unos en los otros. No hay desconfianza, ni traiciones.

—Excepto una —susurró Vin—. La traición que te envió a los Pozos.

Kelsier se quedó inmóvil.

—¿Dónde te has enterado de eso?

Vin se encogió de hombros.

Kelsier suspiró y se frotó la frente con una mano. No era eso lo que quería... quería rascarse las cicatrices, las que corrían por sus dedos y sus manos, subiendo por sus brazos hasta sus hombros. Se resistió.

—No es algo de lo que merezca la pena hablar.

—Pero hubo un traidor —dijo Vin.

—No lo sabemos con seguridad. —Las palabras le parecieron vacías incluso a él—. En cualquier caso, mis bandas se basan en la confianza. Eso significa ninguna coacción. Si quieres marcharte, podemos volver a Luthadel ahora mismo. Te enseñaré los dos últimos metales y luego podrás seguir tu camino.

—No tengo dinero suficiente para sobrevivir sola.

Kelsier hurgó dentro de su capa y sacó una bolsa llena de monedas, que arrojó al asiento al lado de ella.

—Tres mil cuartos. El dinero que conseguí de Camon.

Vin miró la bolsa con desconfianza.

—Cógela —dijo Kelsier—. Tú eres quien se lo ganó... por lo que entiendo, tu alomancia estaba detrás de la mayoría de los éxitos más recientes de Camon, y fuiste tú quien se arriesgó al empujar las emociones del obligador.

Vin no se movió.

Bien, pensó Kelsier. Alzó la mano y llamó al cochero tocando el techo con los nudillos. El carroaje se detuvo y Sazed se asomó a la ventanilla.

—Da la vuelta, por favor, Sazed —dijo Kelsier—. Llévanos de vuelta a Luthadel.

—Sí, maese Kelsier.

Momentos después, el carroaje volvía por donde había venido. Vin continuaba en silencio, pero parecía menos segura de sí misma. Miró la bolsa de monedas.

—Hablo en serio, Vin —dijo Kelsier—. No puedo tener a alguien en mi equipo si no quiere trabajar conmigo. Dejarte fuera no es un castigo: es la

forma en que deben ser las cosas.

Vin no respondió. Dejarla ir sería un riesgo, pero obligarla a quedarse sería un riesgo aún mayor. Kelsier permaneció sentado, tratando de leer en ella, intentando comprenderla. ¿Los traicionaría al Imperio Final si se marchaba? Pensaba que no. No era mala persona.

Tan solo pensaba que todos los demás lo eran.

—Creo que tu plan es una locura —dijo ella en voz baja.

—Igual que la mitad de la banda.

—No se puede derrotar al Imperio Final.

—No tenemos que hacerlo —dijo Kelsier—. Solo tenemos que proporcionarle a Yeden un ejército y luego apoderarnos del palacio.

—El lord Legislador os detendrá —dijo Vin—. No se le puede derrotar: es inmortal.

—Tenemos el undécimo metal. Encontraremos un modo de matarlo.

—El Ministerio es demasiado poderoso. Encontrarán tu ejército y lo destruirán.

Kelsier se inclinó hacia delante y miró a Vin a los ojos.

—Confíaste lo suficiente en mí para saltar desde lo alto de la muralla, y te sostuve. Tendrás que confiar también en mí esta vez.

Obviamente, a ella la palabra «confiar» no le gustaba demasiado. Lo estudió a la débil luz de la linterna, sin decir nada, hasta que el silencio se volvió incómodo.

Finalmente, agarró la bolsa de monedas y la ocultó rápidamente bajo su capa.

—Me quedaré. Pero no porque confíe en ti.

Kelsier alzó una ceja.

—¿Por qué, entonces?

Vin se encogió de hombros y pareció perfectamente sincera cuando respondió:

—Porque quiero ver qué pasa.

DISPONER DE UNA FORTALEZA EN LUTHADEL confería el estatus de alta nobleza a las casas. Sin embargo, poseerla no implicaba vivir en ella, sobre todo no de manera continuada. Muchas familias también mantenían una residencia en alguna de las ciudades del extrarradio.

Menos poblada, más limpia y menos estricta en su cumplimiento de las leyes imperiales, Fellise era una ciudad rica. En vez de tener impresionantes fortalezas estaba llena de lujosas mansiones y villas. Los árboles incluso adornaban algunas de las calles; la mayoría eran álamos, cuya corteza color blanco hueso era de algún modo resistente a la decoloración de la ceniza.

Vin contempló por su ventanilla la ciudad envuelta en bruma, la linterna del carroje apagada a petición propia. Quemando estaño pudo estudiar las calles, perfectamente organizadas y cuidadas. Aquel era un sector de Fellise que rara vez había visto; a pesar de la opulencia de la ciudad, sus suburbios eran notablemente parecidos a los de cualquier otra.

Kelsier contemplaba también la ciudad, el ceño fruncido.

—Desapruebas el despilfarro —aventuró Vin, con un hilo de voz. El sonido llegaría a los oídos amplificados de Kelsier—. Ves la riqueza de esta ciudad y piensas en los skaa que trabajaron para crearla.

—En parte, sí —dijo Kelsier, su propia voz convertida apenas en un susurro—. Pero hay más. Considerando la cantidad de dinero invertida, esta ciudad debería ser preciosa.

Vin ladeó la cabeza.

—Lo es.

Kelsier negó.

—Las casas siguen manchadas de negro. El suelo sigue siendo árido y sin vida. En los árboles siguen saliendo hojas marrones.

—Pues claro que son marrones. ¿De qué color deberían ser?

—Verdes. Todo debería ser verde.

¿*Verde*? pensó Vin. *Qué extraña idea*. Trató de imaginar árboles con hojas verdes, pero la imagen le pareció tonta. Kelsier tenía desde luego cosas raras... pero todo el que hubiera pasado tanto tiempo en los Pozos de Hathsin tenía por fuerza que acabar siendo un poco extraño.

Kelsier se volvió hacia ella.

—Antes de que se me olvide, hay un par de cosas más que deberías saber sobre la alomancia.

Vin asintió.

—Primero, acuérdate de quemar todos los metales sin usar que tengas en tu interior al final de la noche. Algunos de los metales que empleamos pueden ser peligrosos si se digieren; es mejor no dormir con ellos en el estómago.

—Muy bien.

—Además, nunca intentes quemar un metal que no sea uno de los diez. Ya te advertí que los metales y aleaciones impuras pueden hacerte enfermar. Bueno, si intentas quemar un metal que no sea alománticamente sano, podría ser mortífero.

Vin asintió solemnemente. *Es bueno saberlo*, pensó.

—Ah —dijo Kelsier, volviéndose hacia la ventanilla—. Ya hemos llegado: la recién adquirida Mansión Renoux. Creo que deberías quitarte la capa: la gente de aquí nos es leal, pero siempre es bueno andar con cuidado.

Vin estuvo completamente de acuerdo. Se quitó la capa y dejó que Kelsier la guardara en su mochila. Luego se asomó a la ventanilla del carroaje y vio a través de las brumas la mansión a la que se acercaban. Los terrenos tenían un muro bajo de piedra y una verja de hierro; un par de guardias les permitieron el paso cuando Sazed se identificó.

El camino tras el muro estaba flanqueado por álamos y en la cima de la colina Vin vio una gran mansión. Una luz fantasmal brotaba de sus ventanas.

Sazed detuvo el carroaje ante la mansión y luego le tendió las riendas a un criado y bajó.

—Bienvenida a la Mansión Renoux, señora Vin —dijo, abriendo la puerta y tendiendo la mano para ayudarla.

Vin le miró la mano, pero no la aceptó. Bajó por su cuenta. El terrisano no pareció ofendido por su negativa.

Las escalinatas hasta la mansión estaban iluminadas por una doble fila de postes con linternas. Mientras Kelsier bajaba del carroaje, Vin vio a un grupo de hombres reunidos en lo alto de las blancas escaleras de mármol. Kelsier subió los escalones con paso vivo; Vin lo siguió, advirtiendo lo limpios que estaban. Tendrían que fregarlos con regularidad para impedir que la ceniza los manchara. ¿Sabían los skaa que mantenían el edificio que su amo era un impostor? ¿Cómo iba a ayudar el «benévolos» plan de Kelsier para derrocar al Imperio Final a la gente corriente que limpiaba esas escaleras?

Delgado y anciano, «lord Renoux» vestía un rico traje y llevaba un par de aristocráticas lentes. Un ralo bigote entrecano teñía su labio y, a pesar de su edad, no llevaba bastón para apoyarse. Hizo un gesto de respeto hacia Kelsier, pero mantuvo un aire digno. Inmediatamente, Vin advirtió un hecho obvio. *El hombre sabe lo que está haciendo*.

Camón tenía habilidad para hacerse pasar por noble, pero sus aires de importancia siempre le habían parecido a Vin un poco infantiles. Aunque había nobles como Camón, los más impresionantes eran como aquel lord

Renoux: tranquilos y confiados. Hombres cuya nobleza estaba en su porte en vez de en su habilidad para hablar con desdén a aquellos que los rodeaban. Vin tuvo que reprimir las ganas de encogerse cuando los ojos del impostor se posaron en ella: parecía demasiado un noble y ella había sido entrenada para evitar por instinto su atención.

—La mansión tiene mucho mejor aspecto —dijo Kelsier, estrechando la mano a Renoux.

—Sí, me impresionan sus progresos —dijo Renoux—. Mis equipos de limpieza son bastante eficaces. Con un poco de tiempo, la mansión será tan grandiosa que no vacilaré en invitar al lord Legislador en persona.

Kelsier se echó a reír.

—Sí que sería una fiesta extraña. —Dio un paso atrás e indicó a Vin—. Esta es la joven dama de la que te hablé.

Renoux la estudió y Vin apartó la mirada. No le gustaba cuando la gente la miraba de esa forma; hacía que se preguntara cómo iban a intentar utilizarla.

—Tendremos que seguir hablando de esto, Kelsier —dijo Renoux, señalando la puerta de la mansión—. Es tarde, pero...

Kelsier entró en el edificio.

—¿Tarde? Pero si apenas es medianoche. Que tu gente prepare algo de comer. Lady Vin y yo nos hemos perdido la cena.

Perderse la cena no era nada nuevo para Vin. Sin embargo, Renoux llamó de inmediato a unos criados, que se pusieron en movimiento. Renoux entró en el edificio y Vin lo siguió. Se detuvo en la entrada, con Sazed esperando pacientemente a su lado.

Kelsier se dio media vuelta cuando advirtió que ella no los seguía.

—¿Vin?

—Está tan... limpio —dijo Vin, incapaz de pensar ninguna otra descripción. En sus golpes con la banda, había visto en ocasiones las casas de los nobles. Sin embargo, esos trabajos los hacían de noche, en la oscuridad. No estaba preparada para la escena bien iluminada que tenía delante.

Los suelos de mármol blanco de la Mansión Renoux brillaban con el reflejo de la luz de una docena de linternas. Todo era... prístino. Las paredes eran blancas excepto donde habían sido pintadas con tradicionales murales de animales. Una reluciente lámpara colgaba sobre una escalera doble y los otros objetos de decoración de la sala (esculturas de cristal, jarrones adornados con puñados de ramas de álamo) brillaban, libres de hollín, suciedad o huellas de dedos.

Kelsier se echó a reír.

—Bueno, su reacción habla muy bien de tus esfuerzos —le dijo a lord Renoux.

Vin permitió que la condujeran al interior del edificio. Giraron a la derecha y entraron en una habitación cuya blancura quedaba levemente contrastada por la adición de muebles y cortinas granates.

Renoux se detuvo.

—Quizá a la dama le apetezca quedarse aquí un momento a tomar un refrigerio —le dijo a Kelsier—. Hay algunos asuntos de... naturaleza delicada que me gustaría discutir contigo.

Kelsier se encogió de hombros.

—Por mí, bien —dijo, siguiendo a Renoux hasta otra puerta—. Saz, ¿por qué no le haces compañía a Vin mientras lord Renoux y yo hablamos?

—Naturalmente, maese Kelsier.

Kelsier sonrió, mirando a Vin, y de algún modo ella supo que la dejaba con Sazed para impedirle ir a escucharlos.

Dirigió a los hombres una mirada molesta. *¿Qué decías de la «confianza», Kelsier?* Sin embargo, estaba aún más molesta consigo misma por quedar excluida. *¿Por qué debería importarle que Kelsier la mantuviera al margen?* Se había pasado toda la vida siendo ignorada y apartada. Cuando otros jefes de banda la enviaban fuera de sus sesiones de planificación, nunca le había molestado.

Vin se sentó en una de las sillas granates tapizadas, encogiendo los pies debajo. Sabía cuál era el problema. Kelsier le había estado mostrando demasiado respeto, haciéndola sentirse demasiado importante. Estaba empezando a pensar que *merecía* ser parte de sus confidencias secretas. La risa de Reen en el fondo de su mente desacreditaba aquellos pensamientos, y se quedó allí sentada, molesta consigo misma y con Kelsier, sintiéndose avergonzada, pero no exactamente segura de por qué.

Los criados de Renoux le trajeron un plato de fruta y panecillos. Colocaron una mesita junto a la silla e incluso le dieron una copa de cristal llena de un brillante líquido rojo. No sabía si era vino o zumo y no pretendía averiguarlo. Sin embargo, picoteó la comida: su instinto le impedía no aprovechar una comida gratis, aunque hubiera sido preparada por manos desconocidas.

Sazed se acercó y se situó detrás de la silla, a la derecha. Esperó, de pie y rígido, con las manos cruzadas, los ojos mirando al frente. La pose pretendía ser respetuosa, pero su postura acechante no mejoró nada su estado de ánimo.

Vin trató de concentrarse en lo que la rodeaba, pero eso solo le recordó lo rico que era el mobiliario. Se sentía incómoda entre tanta elegancia, como si fuera una mancha negra en una alfombra limpia. No comió los panecillos por miedo a dejar caer migajas al suelo y le preocupó que sus pies y piernas (que se habían manchado de ceniza mientras caminaban) estropearan los muebles.

Toda esta limpieza se produce a expensas de algún skaa, pensó Vin. *¿Por qué debería molestar me echarla a perder?* Sin embargo, no conseguía estar molesta porque sabía que todo aquello era solo una fachada. «Lord Renoux» tenía que vivir con cierto lujo. De lo contrario, levantaría sospechas.

Además, algo más le impedía lamentar el despilfarro. Los criados eran felices. Cumplían sus deberes con eficaz profesionalidad, sin que hubiera ninguna sensación de pereza en su trabajo. Vin oyó risas al otro lado del pasillo. No eran skaa maltratados; era irrelevante que hubieran sido incluidos o no en los planes de Kelsier.

Así, Vin permaneció sentada y se obligó a comer fruta, bostezando ocasionalmente. Estaba resultando una noche larga, en efecto. Los criados al final la dejaron sola, aunque Sazed continuó de pie tras ella.

No puedo comer así, pensó finalmente, llena de frustración.

—¿Podrías no estar ahí de pie detrás de mi hombro?

Sazed asintió. Dio dos pasos al frente para situarse junto a la silla en vez de detrás. Adoptó la misma postura rígida, alzándose sobre ella como antes.

Vin frunció el ceño, molesta, y entonces reparó en la sonrisa que tenía Sazed en los labios. Él la miró con ojos divertidos por su propia broma y luego fue a sentarse en la silla contigua a la de ella.

—Nunca había conocido a ningún terrisano con sentido del humor —dijo Vin secamente.

Sazed alzó una ceja.

—Tenía la impresión de que no habías conocido a ningún terrisano antes, mi señora Vin.

—Bueno, nunca he *oído* hablar de uno que tenga sentido del humor. Se supone que sois completamente rígidos y formales.

—Solo somos sutiles —dijo Sazed.

Aunque se sentaba envarado, había algo... relajado en él. Era como si se sintiera tan cómodo cuando estaba sentado adecuadamente como las otras personas cuando estaban tumbadas.

Así es como se supone que son. Los servidores perfectos, completamente leales al Imperio Final.

—¿Hay algo que te preocupe, mi señora Vin? —preguntó Sazed mientras ella lo estudiaba.

¿Cuánto sabe? Tal vez ni siquiera es consciente de que Renoux es un impostor.

—Me estaba preguntando... cómo llegaste aquí —dijo por fin.

—¿Quieres decir, cómo acaba un mayordomo terrisano siendo parte de una rebelión que pretende derrocar al Imperio Final? —preguntó Sazed con su suave tono de voz.

Vin se ruborizó. Al parecer estaba en efecto bien informado.

—Es una pregunta intrigante, señora —añadió Sazed—. Ciertamente, mi situación no es común. Yo diría que llegó a ella a causa de la fe.

—¿La fe?

—Sí. Dime, señora, ¿en qué crees?

Vin frunció el ceño.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—La más importante, creo.

Vin no dijo nada durante un momento, pero obviamente él esperaba una respuesta, así que acabó por encogerse de hombros.

—No lo sé.

—La gente suele decir eso, pero descubro que rara vez es cierto. ¿Crees en el Imperio Final?

—Creo que es fuerte —dijo Vin.

—¿Inmortal?

Vin se encogió de hombros.

—Hasta ahora lo ha sido.

—¿Y el lord Legislador? ¿Es el Avatar Ascendido de Dios? ¿Crees que, como enseña el Ministerio, es una Lasca del Infinito?

—Yo... nunca lo había pensado.

—Tal vez debieras —dijo Sazed—. Si, tras estudiarlo, descubres que las enseñanzas del Ministerio no te satisfacen, yo estaría encantado de ofrecerte una alternativa.

—¿Qué alternativa?

Sazed sonrió.

—Eso depende. La fe adecuada es como una buena capa, creo. Si te sienta bien, te mantiene cálido y a salvo. Sin embargo, si no te sienta bien, puede asfixiarte.

Vin frunció levemente el ceño, pero Sazed tan solo sonrió. Al cabo de un rato, ella devolvió su atención a la comida. Tras una breve espera, la puerta lateral se abrió y Kelsier y Renoux regresaron.

—Ahora discutamos sobre esta joven —dijo Renoux mientras Kelsier y él se sentaban y un grupo de sirvientes traía otro plato de comida—. ¿El hombre que ibas a hacer que interpretara a mi heredero no lo hará, dices?

—Desgraciadamente —dijo Kelsier, dando buena cuenta de la comida.

—Eso complica enormemente las cosas.

Kelsier se encogió de hombros.

—Haremos que Vin sea tu heredero.

Renoux sacudió la cabeza.

—Una chica de su edad *podría* heredar, pero sería sospechoso por mi parte elegirla. Hay varios primos legítimos en el linaje Renoux que serían opciones más adecuadas. Ya iba a ser difícil que un hombre de edad mediana pasara el escrutinio de la corte. Una chica joven... no, demasiada gente investigaría su pasado. Los linajes familiares que hemos falsificado soportarán un escrutinio superficial, pero si alguien enviara mensajeros a investigar sus posesiones...

Kelsier frunció el ceño.

—Además, hay otro tema —añadió Renoux—. Si yo fuera a nombrar heredera a una joven soltera, instantáneamente se volvería la mano más solicitada de Luthadel. Sería muy difícil que se dedicara a espiar si recibe tanta atención.

Vin se ruborizó de pensarlo. Sorprendentemente, notó que se abatía a medida que el viejo impostor hablaba. *Esta era la única parte que Kelsier me ha encargado del plan. Si no puedo hacerlo, ¿para qué le sirvo a la banda?*

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Bueno, no *tiene* que ser mi heredera —dijo Renoux—. ¿Y si, en cambio, no fuera más que una joven pupila que he traído conmigo a Luthadel? Tal vez prometí a sus padres (primos lejanos, pero apreciados) que introduciría a su hija en la corte. Todos supondrían que mi principal intención es emparentarla con una familia de la alta nobleza, consiguiendo por tanto otra conexión con los que tienen el poder. Sin embargo, ella no llamaría demasiado la atención... sería de estatus inferior, por no decir algo rural.

—Lo cual explicaría por qué es menos refinada que otros miembros de la corte —dijo Kelsier—. No te ofendas, Vin.

Vin alzó la cabeza mientras intentaba guardarse en el bolsillo de la camisa un panecillo envuelto en una servilleta.

—¿Por qué debería ofenderme?

Kelsier sonrió.

—No importa.

Renoux asintió para sí.

—Esto funcionará mucho mejor, en efecto. Todo el mundo da por hecho que la Casa Renoux acabará por unirse a la alta nobleza, así que aceptarán por cortesía a Vin entre sus filas. Sin embargo, ella misma será tan poco importante que la mayoría de la gente la ignorará. Es la situación ideal para lo que queremos que haga.

—Me gusta —dijo Kelsier—. Pocas personas esperan que un hombre de tu edad y con negocios mercantiles se dedique a bailes y fiestas, pero tener a una joven que enviar en vez de una nota de disculpa será ventajoso para tu reputación.

—En efecto. No obstante, habrá que refinara un poco... y no solo en lo que atañe a su aspecto.

Vin se agitó un poco ante su escrutinio. Parecía que su participación en el plan iba a seguir adelante y, de repente, se dio cuenta de lo que eso significaba. Estar ante Renoux la hacía sentirse incómoda... y era un noble *falso*. ¿Cómo reaccionaría a toda una sala llena de nobles de verdad?

—Me temo que tendré que pedirte a Sazed una temporada —dijo Kelsier.

—Muy bien. En realidad, no es mi sirviente, sino tuyo.

—Lo cierto es que no creo que sea sirviente *de nadie*, ¿verdad, Saz?

Sazed ladeó la cabeza.

—Un terrisano sin amo es como un soldado sin armas, maese Kelsier. He disfrutado de mi estancia con lord Renoux, y estoy seguro de que disfrutaré volviendo a tu servicio.

—No, no vas a volver a mi servicio.

Sazed alzó una ceja.

Kelsier indicó a Vin.

—Renoux tiene razón, Sazed. Vin necesita un poco de formación y conozco a un montón de altos nobles que son menos refinados que tú. ¿Crees que podrías ayudar a preparar a esta chica?

—Estoy seguro de que podría ofrecer alguna ayuda a la joven dama.

—Bien —dijo Kelsier, metiéndose en la boca un último pastelito antes de levantarse—. Me alegro de que esto quede zanjado, porque empiezo a estar cansado... y la pobre Vin parece a punto de quedarse dormida encima de su plato de fruta.

—Estoy bien —dijo Vin inmediatamente, quitando un poco de veracidad a su afirmación al sofocar un bostezo.

—Sazed —dijo Renoux—, ¿quieres indicarles las habitaciones de invitados?

—Naturalmente, maese Renoux —dijo Sazed, levantándose de su silla con un movimiento fluido.

Vin y Kelsier siguieron al terrisano mientras un grupo de criados retiraba los restos de la cena. *Me he dejado comida*, advirtió Vin, sintiéndose un poco somnolienta. No estaba segura de qué pensar de la situación.

Mientras subían las escaleras y se internaban en un pasillo lateral, Kelsier se acercó a Vin.

—Siento haberte excluido antes.

Ella se encogió de hombros.

—No hay motivo para que tenga que conocer todos tus planes.

—Tonterías —dijo Kelsier—. Tu decisión de esta noche te convierte en tan parte de este grupo como cualquiera. Sin embargo, las palabras que tuve con Renoux en privado eran de índole personal. Es un actor maravilloso, pero se siente muy incómodo si la gente sabe los detalles de cómo ocupó el lugar de lord Renoux. Te prometo que nada de lo que hemos hablado tiene que ver con tu parte en el plan.

Vin continuó caminando.

—Yo... te creo.

—Bien —dijo Kelsier con una sonrisa, y le dio una palmada en el hombro —. Saz, conozco el camino al ala para invitados masculinos... Después de todo, fui yo quien compró este lugar. Puedo ir desde aquí.

—Muy bien, maese Kelsier —dijo Sazed, con un ademán respetuoso. Kelsier le dirigió una sonrisa a Vin y se marchó pasillo abajo, con su característico paso vivo.

Vin lo vio marchar y luego siguió a Sazed por un pasillo diferente, pensando en su entrenamiento alomántico, en la conversación con Kelsier en el carruaje y, finalmente, en la promesa de Kelsier de unos momentos antes. Los tres mil cuartos (una fortuna en monedas) eran un extraño peso atado a su cinturón.

Al cabo de un rato, Sazed le abrió una puerta en concreto y se adelantó para encender las lámparas.

—Las sábanas están limpias y enviaré criadas para que te preparen un baño por la mañana. —Se volvió y le entregó la vela—. ¿Necesitarás algo más?

Vin negó con la cabeza. Sazed sonrió, le deseó buenas noches y salió al pasillo. Vin se quedó de pie un instante, estudiando la habitación. Luego se dio media vuelta y miró una vez más en la dirección que había seguido Kelsier.

—¿Sazed? —dijo, asomándose al pasillo.

El mayordomo se detuvo y se giró.

—Sí, señora Vin?

—Kelsier —dijo, en voz baja—. Es un buen hombre, ¿verdad?

Sazed sonrió.

—Muy buen hombre, señora. Uno de los mejores que he conocido.

Vin asintió levemente.

—Un buen hombre... —dijo en voz baja—. Creo que nunca había conocido a ninguno.

Sazed sonrió, luego inclinó respetuosamente la cabeza y se volvió para marcharse.

Vin dejó que se cerrara la puerta.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE
REBELDES BAJO UN
CIELO DE CENIZA

En el fondo, me preocupa que mi arrogancia nos destruya a todos.

9



VIN EMPUJÓ CONTRA LA MONEDA y se lanzó a la bruma. Se alejó volando de la tierra y la piedra, surcando las oscuras corrientes del cielo, la capa aleteando al viento.

Esto es libertad, pensó, mientras inhalaba profundamente el aire fresco y húmedo. Cerró los ojos, sintiendo el viento al pasar. *Esto es lo que siempre eché de menos, aunque no lo sabía.*

Abrió los ojos cuando empezó a descender. Esperó hasta el último momento y entonces arrojó una moneda. Golpeó el empedrado y ella la empujó levemente, refrenando su caída. Quemó peltre con un destello y golpeó el suelo a la carrera, precipitándose por las tranquilas calles de Fellise. El aire de finales de otoño era fresco, pero los inviernos eran generalmente suaves en el Dominio Central. A veces no caía ni un copo de nieve en años.

Lanzó una moneda hacia atrás y la usó para empujarse levemente hacia arriba y a la derecha. Aterrizó en un muro bajo de piedra, sin detener apenas el ritmo mientras corría a lo largo de la parte superior. Quemar peltre reforzaba algo más que los músculos: ampliaba todas las habilidades físicas del cuerpo. Mantener el peltre a bajo nivel le proporcionaba una sensación de equilibrio que cualquier ladrón nocturno hubiese envidiado.

La muralla daba un giro hacia el norte, y Vin se detuvo en la esquina. Se agazapó, los pies descalzos y los sensibles dedos aferrados a la fría piedra. Con el cobre encendido para ocultar su alomancia, avivó estaño para reforzar sus sentidos.

Quietud. Los álamos formaban frágiles hileras en la bruma, como skaa macilentos en sus filas de trabajo. Las mansiones se alzaban en la distancia, cada una de ellas amurallada, atendida y bien vigilada. Había muchos menos puntos de luz en la ciudad que en Luthadel. Muchas de las casas eran solo residencias de temporada, pues sus dueños estaban fuera visitando cualquier otro rincón del Imperio Final.

De repente aparecieron líneas azules ante ella, un extremo de cada una apuntándole al pecho, el otro perdido en la bruma. Vin saltó inmediatamente a un lado, esquivando un par de monedas que pasaron de largo en el aire nocturno y dejaron su rastro en la bruma. Avivó peltre y aterrizó en la calle adoquinada junto a la muralla. Sus oídos amplificados por el estaño detectaron un sonido de roce; entonces una forma oscura salió despedida hacia el cielo, mientras unas cuantas líneas azules apuntaban a su bolsa de las monedas.

Vin dejó caer una moneda y se lanzó al aire tras su oponente. Volaron un momento, surcando el aire por encima de los terrenos de algún noble que nada sospechaba. El oponente de Vin cambió de rumbo en el aire, hacia la mansión. Vin lo siguió soltándose de la moneda que tenía debajo, quemando hierro y tirando del picaporte de una de las ventanas del edificio.

Su oponente llegó primero y topó con un golpe seco contra la fachada lateral del edificio. Al cabo de un segundo ya se había vuelto a proyectar por los aires.

Una luz ganó brillo y una confusa cabeza asomó por una ventana cuando Vin rodaba en el aire para posar los pies contra la mansión. Inmediatamente se impulsó en la superficie vertical, desviándose un poco y empujando contra el mismo picaporte. El cristal crujío y ella salió disparada en la noche antes de que la gravedad pudiera reclamarla.

Vin voló a través de la bruma, forzando los ojos para seguir a su oponente. Él le lanzó un par de monedas, pero ella las apartó, empujándolas con desdén. Una débil línea azul cayó al suelo, una moneda arrojada; su oponente se movió de nuevo a un lado.

Vin dejó caer su propia moneda y empujó. Sin embargo, la moneda salió despedida hacia atrás desde el mismo suelo: el resultado de un empujón de su oponente. El súbito movimiento cambió la trayectoria del salto de Vin, arrojándola a un lado. Maldijo, lanzó otra moneda lateralmente, la usó para empujarse de vuelta a su rumbo. Pero ya había perdido su presa.

Muy bien... pensó mientras caía a la tierra blanda del interior de la muralla. Se puso unas cuantas monedas en la mano y luego arrojó la bolsa casi

llena al aire, dándole un fuerte empujón en la dirección por donde había visto desaparecer a su oponente. La bolsa desapareció en la bruma, dejando una débil línea alomántica azul.

Un puñado de monedas salió disparado de los matorrales que tenía delante, corriendo hacia su bolsa. Vin sonrió. Su oponente había supuesto que la bolsa voladora era ella. Estaba demasiado lejos para ver las monedas que tenía en la mano, igual que antes había estado demasiado lejos para que ella viera las monedas que él llevaba.

Una oscura figura salió de los matorrales, saltando sobre la muralla de piedra. Vin esperó tranquilamente mientras la figura corría a lo largo de la muralla y pasaba al otro lado.

Vin se lanzó al aire y luego arrojó su puñado de monedas hacia la figura que pasaba por debajo. El oponente empujó inmediatamente, dispersando las monedas... pero eran solo una distracción. Vin aterrizó ante él, desenfundando dos cuchillos idénticos de cristal. Atacó y descargó un golpe, pero el contrario dio un salto hacia atrás.

Algo va mal. Vin esquivó y se hizo a un lado mientras un puñado de chispeantes monedas (las suyas, las que su oponente había dispersado) caían desde el cielo en la mano del rival, que se volvió y las lanzó contra ella.

Vin soltó las dagas con un gritito ahogado, parapetándose con las manos y empujando las monedas. Inmediatamente, fue impelida hacia atrás cuando su oponente igualó su empujón.

Una de las monedas saltó al aire y quedó flotando directamente entre ambos. El resto de las monedas desaparecieron en la bruma, dispersadas por fuerzas contrarias.

Vin avivó su acero mientras volaba y oyó a su oponente gruñir mientras era empujado también hacia atrás hasta que golpeó la pared. Vin chocó contra un árbol, pero avivó peltre e ignoró el dolor. Usó la madera para sostenerse y continuó empujando.

La moneda titiló en el aire, atrapada entre la fuerza amplificada de dos alomantes. La presión aumentó. Vin apretó los dientes, sintiendo el pequeño álamo doblarse tras ella.

El empuje de su oponente era implacable.

¡No... dejaré... que me venza!, pensó Vin, avivando acero y peltre a la vez, gruñendo ligeramente mientras arrojaba toda su fuerza a la moneda.

Hubo un momento de silencio. Entonces Vin saltó hacia atrás y el árbol chasqueó con fuerza en el aire nocturno.

Vin golpeó el suelo dando tumbos, rodeada de trozos de madera. Ni siquiera el estaño y el peltre fueron suficientes para mantener su mente despejada mientras rodaba por el empedrado y acababa por detenerse, mareada. Una figura oscura se acercó, las cintas de la capa de bruma revoloteando a su alrededor. Vin se puso en pie de un salto y echó mano a los cuchillos, olvidando que los había dejado caer.

Kelsier se quitó la capucha y le ofreció los cuchillos. Uno estaba roto.

—Sé que es algo instintivo, Vin, pero no tienes que extender las manos cuando empujas... ni tienes que soltar lo que llevas en las manos.

Vin hizo una mueca en la oscuridad, se frotó el hombro y asintió mientras recogía las dagas.

—Buen trabajo con la bolsa —dijo Kelsier—. Has estado a punto de engañarme.

—Para lo que ha servido —gruñó Vin.

—Solo llevas unos cuantos meses haciendo esto. Considerándolo, tu progreso es fantástico. Sin embargo, te aconsejaría que evitas competiciones de empuje con gente que pesa más que tú. —Hizo una pausa, mirando la figura bajita y delgada de Vin—. Lo cual significa que deberías evitar enfrentarte casi con cualquiera.

Vin suspiró y se desperezó. Tendría más magulladuras. *Al menos no serán visibles*. Ahora que los moratones que le había causado Camon habían desaparecido por fin, Sazed le había advertido que tuviera cuidado. El maquillaje no los cubriría completamente y tendría que parecer una joven noble «decente» si iba a infiltrarse en la corte.

—Toma —dijo Kelsier, entregándole algo—. Un recuerdo.

Vin alzó el objeto: la moneda que habían empujado entre los dos. La presión la había doblado y aplastado.

—Te veré en la mansión —dijo Kelsier.

Vin asintió y Kelsier desapareció en la noche. *Tiene razón*, pensó. *Soy más pequeña, peso menos y tengo un alcance más breve que la gente con quien pueda enfrentarme. Si ataco a alguien de frente, perderé*.

La alternativa siempre había sido su método de cualquier manera: debatirse en silencio, permanecer invisible. Tendría que aprender a usar la alomancia del mismo modo. Kelsier seguía diciéndole que estaba desarrollando de manera sorprendentemente rápida sus habilidades alománticas. Parecía convencido de que era por sus lecciones, pero Vin creía que se debía a otra cosa. Las brumas... los paseos nocturnos... todo eso le

parecía *adecuado*. No le preocupaba dominar la alomancia a tiempo para ayudar a Kelsier contra otros nacidos de la bruma.

Era su otra función en el plan lo que la preocupaba.

Suspirando, Vin saltó sobre la muralla para buscar su bolsa de monedas. En la mansión (no la casa de Renoux, sino la vivienda de algún otro noble) había luces encendidas y gente moviéndose. Nadie se aventuró a salir a la noche. Los skaa temían a los espectros; los nobles seguramente imaginaban que los nacidos de la bruma habían causado el alboroto. Ninguna de las dos posibilidades invitaba a una persona en su sano juicio a un enfrentamiento.

Vin localizó su bolsa siguiendo las líneas de acero en las ramas superiores de un árbol. Tiró suavemente hasta hacerla caer en su mano y luego se marchó a la calle. Kelsier debía de haber dejado allí la bolsa: las dos docenas de óbolos que contenía no merecían su tiempo. Sin embargo, durante casi toda su vida Vin había mendigado y pasado hambre. No podía permitirse derrochar. Incluso lanzar monedas para saltar la hacía sentirse incómoda.

Así que usó sus monedas lo menos que pudo mientras regresaba a la Mansión Renoux, prefiriendo empujar y tirar de edificios y trozos abandonados de metal. El paso, medio carrera medio salto, de los nacidos de la bruma ya le resultaba natural y no tenía que pensar mucho en sus movimientos.

¿Cómo le iría, cuando intentara hacerse pasar por noble? No podía ocultar sus temores, no de sí misma. Camon había sido bueno imitando a los nobles porque tenía mucha confianza en sí mismo, y ese era un atributo del que Vin carecía. Su éxito con la alomancia solo demostraba que su lugar estaba en las esquinas y las sombras, no frecuentando salas de baile con vestidos elegantes.

Kelsier, sin embargo, se negaba a dejarla renunciar. Vin aterrizó acuclillada ante la Mansión Renoux, jadeando levemente por el esfuerzo. Miró las luces con una leve sensación de aprensión.

Tienes que aprender a hacerlo, Vin, le decía Kelsier continuamente. *Eres una alomante de talento, pero necesitarás más que empujones al acero para tener éxito con los nobles. Hasta que puedas moverte en su sociedad con la facilidad con que lo haces en las brumas, estarás en desventaja.*

Dejando escapar un silencioso suspiro, Vin se incorporó, se quitó la capa y la dejó caer para recogerla más tarde. Luego subió los escalones y entró en el edificio. Cuando preguntó por Sazed, los criados de la mansión le indicaron las cocinas, así que se encaminó hacia la sección apartada y oculta del edificio formada por las viviendas de los sirvientes.

Incluso esa parte del edificio estaba inmaculadamente limpia. Vin estaba empezando a comprender por qué Renoux era un impostor tan convincente: no permitía imperfecciones. Si mantenía su actuación la mitad de bien que mantenía el orden en su mansión, entonces Vin dudaba que nadie descubriera jamás el engaño.

Pero debe de tener algún defecto, pensó. En la reunión de hace dos meses, Kelsier dijo que Renoux no podría soportar el escrutinio de un inquisidor. ¿Es posible que puedan percibir algo de sus emociones, algo que lo traicione?

Era un asunto secundario, pero Vin no lo había olvidado. A pesar de las palabras sobre la sinceridad y la confianza, Kelsier todavía tenía sus secretos. Todo el mundo los tenía.

Sazed estaba, en efecto, en las cocinas. Hablaba con una criada de mediana edad. Era alta para tratarse de una skaa, aunque de pie junto a Sazed parecía diminuta. Vin la reconoció como un miembro del personal de la casa; se llamaba Cosahn. Vin había hecho el esfuerzo de memorizar los nombres de todo el personal, aunque solo fuera para no perderles la pista.

Sazed se volvió cuando ella entraba.

—Ah, dama Vin. Regresas a tiempo. —Indicó a su acompañante—. Ella es Cosahn.

Cosahn estudió a Vin con aire profesional. Vin ansió regresar a las brumas, donde la gente no podía mirarla así.

—Creo que ya es lo bastante largo —dijo Sazed.

—Es probable —respondió Cosahn—. Pero no puedo hacer milagros, maese Vaht.

Sazed asintió. «Vaht» era, al parecer, el tratamiento que se daba a los mayordomos terrisanos. Sin ser del todo skaa, pero tampoco claramente nobles, los terrisanos ocupaban un lugar muy extraño en la sociedad imperial.

Vin los estudió a los dos con recelo.

—Tu pelo, señora —dijo Sazed tranquilo—. Cosahn va a cortártelo.

—Oh —dijo Vin, tocándoselo. Lo tenía un poco largo para su gusto, aunque dudaba que Sazed fuera a hacérselo cortar como un muchacho.

Cosahn indicó una silla y Vin se sentó, reticente. La enervaba sentarse dócilmente mientras alguien trabajaba con tijeras tan cerca de su cabeza, pero no había más remedio.

Después de pasar las manos por el pelo de Vin, mientras dejaba escapar leves sonidos de desaprobación, Cosahn empezó a cortar.

—Qué pelo tan bonito —dijo, casi para sí—, denso, con un precioso tono negro. Es una lástima que lo lleve tan descuidado, maese Vaht. Muchas mujeres de la corte morirían por un pelo como este... Tiene suficiente cuerpo para ahuecarse, pero es lo bastante liso para trabajar con facilidad con él.

Sazed sonrió.

—Tendremos que encargarnos de que reciba mejores cuidados en el futuro —dijo.

Cosahn continuó su trabajo, asintiendo para sí. Al cabo de un rato, Sazed se acercó y se sentó delante de Vin.

—Supongo que Kelsier no ha regresado todavía, ¿no? —preguntó Vin.

Sazed negó con la cabeza y Vin suspiró. Kelsier no creía que tuviera suficiente práctica para acompañarlo en sus incursiones nocturnas, muchas de las cuales realizaba directamente después de sus sesiones de entrenamiento con ella. Durante los dos últimos meses, Kelsier había visitado las propiedades de una docena de casas nobles diferentes, tanto en Luthadel como en Fellise. Cambiaba de disfraz y de motivo aparente, tratando de crear confusión entre las Grandes Casas.

—¿Qué? —preguntó Vin, mirando a Sazed, que la observaba con expresión curiosa.

El terrisano asintió respetuoso.

—Me estaba preguntando si estarías dispuesta a escuchar otra propuesta.

Vin suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Bien.

No es que pueda hacer mucho más que quedarme aquí sentada.

—Creo que tengo la religión perfecta para ti —dijo Sazed, y su rostro normalmente estoico reveló un atisbo de ansiedad—. Se llama trelagismo, por el dios Trell. Lo adoraban los nelazanos, un pueblo que vivía muy lejos, al norte. En su tierra, el ciclo del día y la noche era muy extraño. Durante algunos meses del año estaba oscuro casi todo el día. En verano, sin embargo, solo oscurecía unas cuantas horas.

»Los nelazanos creían que había belleza en la oscuridad y que la luz del día era más profana. Consideraban las estrellas los Mil Ojos de Trell que los miraban. El sol era el único ojo celoso del hermano de Trell, Nalt. Como Nalt solo tenía un ojo, lo hacía brillar con tanta fuerza para superar a su hermano. Los nelazanos, sin embargo, no se dejaban impresionar y preferían adorar al silencioso Trell, que los vigilaba incluso cuando Nalt oscurecía el cielo.

Sazed guardó silencio. Vin no estaba segura de cómo responder, así que no dijo nada.

—Realmente es una buena religión, dama Vin —dijo Sazed—. Muy amable y a la vez muy poderosa. Los nelazanos no eran un pueblo avanzado, pero sí bastante decidido. Trazaron mapas de todo el cielo nocturno, contando y situando cada estrella importante. Sus costumbres encajan contigo... sobre todo su preferencia por la noche. Puedo contarte más cosas, si lo deseas.

Vin negó con la cabeza.

—No importa, Sazed.

—¿No te parece bien, entonces? —dijo Sazed, frunciendo levemente el ceño—. Ah, bueno. Tendré que pensarla un poco más. Gracias, señora... creo que eres muy paciente conmigo.

—¿Pensarlo un poco más? —preguntó Vin—. Es la quinta religión a la que tratas de convertirme, Saz. ¿Cuántas más puede haber?

—Quinientas sesenta y dos —dijo Sazed—. O, al menos, ese es el número de sistemas de creencias que conozco. Hay, probable y desafortunadamente, otras que han desaparecido de este mundo sin dejar huellas para que mi pueblo las recopile.

Vin hizo una pausa.

—¿Y tienes *memorizadas* todas esas religiones?

—Tantas como es posible. Sus oraciones, sus creencias, su mitología. Muchas son muy similares: derivaciones o sectas unas de otras.

—Incluso así, ¿cómo puedes recordar todo eso?

—Tengo... métodos.

—Pero ¿qué sentido tiene?

Sazed frunció el ceño.

—La respuesta debería ser obvia, creo. Las personas son valiosas, dama Vin, y también, por tanto, lo son sus creencias. Desde la Ascensión de hace mil años, han desaparecido muchas de esas fechas. El Ministerio de Acero prohíbe adorar todo lo que no sea el lord Legislador y los inquisidores han destruido muy diligentemente cientos de religiones. Si *alguien* no las recuerda, desaparecerán sin más.

—¿Quieres decir que estás intentando hacerme creer en religiones que llevan mil años muertas? —preguntó Vin, incrédula.

Sazed asintió.

—*Es que todos los que se relacionan con Kelsier están locos?*

—El Imperio Final no puede durar eternamente —dijo Sazed en voz baja—. No sé si maese Kelsier será quien le ponga fin, pero ese fin *vendrá*. Y cuando lo haga, cuando el Ministerio de Acero ya no domine, los hombres querrán regresar a las creencias de sus padres. Ese día recurrirán a los guardadores y ese día devolveremos a la humanidad sus verdades olvidadas.

—¿Guardadores? —preguntó Vin mientras Cosahn procedía a recortar su flequillo—. ¿Hay más como tú?

—No muchos. Pero algunos. Suficientes para pasar las verdades a la siguiente generación.

Vin permaneció pensativa, resistiendo la necesidad de agitarse bajo la labor de Cosahn. La mujer, desde luego, se estaba tomando su tiempo: cuando Reen le cortaba el pelo a Vin le bastaban unos cuantos trasquilones.

—¿Repasamos tus lecciones mientras esperamos, dama Vin? —preguntó Sazed.

Vin miró al terrisano, que le dedicó una leve sonrisa. Sabía que la tenía cautiva: Vin no podía esconderse, ni siquiera acercarse a la ventana para contemplar las brumas. Solo podía quedarse sentada y escuchar.

—Bien.

—¿Puedes nombrar las diez Grandes Casas de Luthadel por orden según su poder?

—Venture, Hasting, Elariel, Tekiel, Lekal, Erikeller, Erikell, Haught, Urbain y Buvidas.

—Bien. ¿Y tú eres...?

—Soy lady Valette Renoux, prima cuarta de lord Teven Renoux, dueño de esta mansión. Mis padres, lord Hadren y lady Fellete Renoux, viven en Chakath, una ciudad del Dominio Occidental. Su principal exportación, la lana. Mi familia se dedica al comercio de tintes, sobre todo rojo cárdeno, de los caracoles que son comunes allí, y amarillo margarita, hecho con corteza de árbol. Como parte de un acuerdo comercial con su primo lejano, mis padres me enviaron a Luthadel para que pueda pasar algún tiempo en la corte.

Sazed asintió.

—¿Y qué te parece esta oportunidad?

—Estoy sorprendida y un poco abrumada. La gente me prestará atención porque desea conseguir favores de lord Renoux. Como no estoy familiarizada con las costumbres de la corte, me halagará su atención. Me integraré en la comunidad cortesana, pero me mantendré tranquila y apartada de las intrigas.

—Tus dotes de memorización son admirables, señora —dijo Sazed—. Este humilde ayudante se asombra de cuánto éxito podrías tener si te dedicaras a aprender en vez de evitar tus lecciones.

Vin se lo quedó mirando.

—¿Todos los «humildes ayudantes» terrisanos dan tanta conversación a sus amos como tú?

—Solo los que tienen éxito.

Vin lo miró, luego suspiró.

—Lo siento, Saz. No pretendo evitar tus lecciones. Es que... las brumas... a veces me distraigo.

—Bueno, afortunada y sinceramente, eres muy rápida aprendiendo. Sin embargo, la gente de la corte ha tenido toda la vida para estudiar etiqueta. Incluso como noble rural, hay ciertas cosas que debes saber.

—Lo sé. No quiero destacar.

—Ay, eso no podrás evitarlo, señora. ¿Una recién llegada, de una parte lejana del imperio? Sí, se fijarán en ti. Lo que no queremos es hacerles sospechar. Debes ser estudiada y luego ignorada. Si te haces demasiado la tonta, eso levantará sospechas.

Magnífico.

Sazed ladeó ligeramente la cabeza, dirigiendo su mirada hacia la puerta. Unos cuantos segundos más tarde, Vin oyó pasos en el pasillo. Kelsier entró en la sala con paso tranquilo y una sonrisa de satisfacción. Se quitó la capa de bruma y se detuvo al ver a Vin.

—¿Qué? —preguntó ella, hundiéndose un poco más en el asiento.

—El corte de pelo está muy bien —dijo Kelsier—. Buen trabajo, Cosahn.

—No ha sido nada, maese Kelsier. —Vin captó el rubor en su voz—. Solo trabajo con lo que tengo.

—Un espejo —dijo Vin, tendiendo la mano.

Cosahn le entregó uno. Vin lo alzó y lo que vio la dejó sin habla. Parecía... una chica.

Cosahn le había igualado el pelo con gran pericia y había logrado deshacerle los enredos. Vin sabía desde siempre que, si se dejaba crecer el cabello demasiado, tendía a encresparse. Cosahn también había arreglado eso. El pelo de Vin seguía sin estar muy largo —apenas le llegaba hasta las orejas—, pero por lo menos se mantenía liso.

No quieras que piensen en ti como en una chica, le advirtió la voz de Reen. Sin embargo, por una vez, quiso ignorar aquella voz.

—¡Podríamos convertirte en toda una damisela, Vin! —dijo Kelsier con una risotada, y se ganó una mirada de reproche por su parte.

—Primero tendremos que convencerla de que no frunza tanto el ceño, maese Kelsier —comentó Sazed.

—Eso va a ser difícil. Está acostumbrada a poner mala cara. De todas formas, muy bien, Cosahn.

—Todavía me quedan unos cuantos retoques que hacer, maese Kelsier —dijo la mujer.

—Continúa pues. Pero voy a llevarme a Sazed un momento.

Kelsier le hizo un guiño a Vin, sonrió a Cosahn y después Sazed y él salieron de la habitación... dejando una vez más a Vin en situación de no poder escucharlos.

KELSIER SE ASOMÓ A LA cocina y vio a Vin sentada en su silla, malhumorada. El corte de pelo era realmente bueno. Sin embargo, sus cumplidos tenían un motivo ulterior: sospechaba que Vin había escuchado decir demasiadas veces que no valía nada. Tal vez con un poco más de confianza en sí misma no intentaría esconderse tanto.

Dejó que la puerta se cerrara y luego se volvió hacia Sazed. El terrisano esperaba, como siempre, con descansada paciencia.

—¿Cómo va el entrenamiento? —preguntó Kelsier.

—Muy bien, maese Kelsier —respondió Sazed—. Ella ya sabía algunas cosas por la formación recibida de su hermano. Aparte de eso, es una chica enormemente inteligente, receptiva y de memoria rápida. No esperaba tanta habilidad en alguien que creció en sus circunstancias.

—Muchos niños de la calle son listos —dijo Kelsier—. Los que no lo son, mueren.

Sazed asintió solemnemente.

—Es extremadamente reservada y creo que no aprecia mis lecciones en todo su valor. Es muy obediente, pero es rápida a la hora de aprovecharse de errores o malentendidos. Si no le digo exactamente dónde y cuándo reunirnos, suelo tener que buscarla por toda la mansión.

Kelsier asintió.

—Creo que es su forma de tener un poco de control sobre su vida. De todas maneras, lo que quería saber es si está preparada o no.

—No estoy seguro, maese Kelsier —respondió Sazed—. El conocimiento puro no equivale a habilidad. No estoy seguro de que tenga la... capacidad para imitar a una noble, aunque sea a una joven e inexperta. Hemos practicado cenas, repasado la etiqueta para conversar y memorizado chismorreos. Parece hábil en todo, en una situación controlada. Le ha ido bien en las meriendas que Renoux ha celebrado para algunos invitados nobles. Sin embargo, no podremos saber con seguridad si es capaz de hacerlo hasta que la dejemos sola en una fiesta de aristócratas.

—Ojalá pudiéramos practicar un poco más —dijo Kelsier, sacudiendo la cabeza—. Pero cada semana que pasamos preparándola aumentan las posibilidades de que el Ministerio descubra nuestro creciente ejército en las cuevas.

—Es una prueba de equilibrio, entonces —dijo Sazed—. Debemos esperar lo suficiente para reunir a los hombres que necesitamos y movernos pronto para evitar ser descubiertos.

Kelsier asintió.

—No podemos detenernos por un miembro del grupo... Tendremos que encontrar a otra persona que nos haga de topo si a Vin le sale mal. Pobre chica... ojalá la hubiera entrenado mejor en la alomancia. Apenas hemos cubierto los primeros cuatro metales. ¡Pero no tengo suficiente *tiempo*!

—Si puedo hacer una sugerencia...

—Por supuesto, Saz.

—Envía a la chica con alguno de los brumosos del grupo. He oído decir que Brisa es un aplacador eficaz y sin duda los demás son igualmente dotados. Que ellos le enseñen a Vin cómo usar sus habilidades.

Kelsier hizo una pausa y reflexionó.

—Es buena idea, Sazed.

—¿Pero?

Kelsier miró hacia la puerta. Al otro lado, Vin seguía sometida a su corte de pelo.

—No estoy seguro. Hoy, cuando nos estábamos entrenando, nos enzarzamos en una pelea empujando acero. La chica debe de pesar menos de la mitad que yo, pero me ofreció de todas formas un enfrentamiento decente.

—Personas distintas tienen fuerzas distintas en la alomancia —dijo Sazed.

—Sí, pero la diferencia no suele ser tan grande —respondió Kelsier—. Además, yo tardé muchos meses en aprender a manipular mis tirones y empujones. No es tan fácil como parece: incluso comprender algo tan sencillo

como empujarte a ti mismo hasta lo alto de un tejado requiere asimilar el peso, el equilibrio y la trayectoria.

»Pero Vin... parece saber todas esas cosas por instinto. Ciento, solo puede usar los primeros cuatro metales con habilidad, pero el progreso que ha hecho es sorprendente.

—Es una chica especial.

Kelsier asintió.

—Se merece más tiempo para aprender sus poderes. Me siento un poco culpable por haberla metido en nuestros planes. Seguro que acaba en una ceremonia de ejecución del Ministerio con el resto de nosotros.

—Pero esa culpabilidad no te impedirá usarla como espía de la aristocracia.

Kelsier negó con la cabeza.

—No —respondió Kelsier en voz baja—. No lo hará. Necesitamos toda la ventaja que podamos conseguir. Pero... vigíllala, Saz. De ahora en adelante, actuarás como mayordomo y guardián de Vin en todos los actos a los que asista... No resultará extraño que la acompañe un sirviente terrisano.

—En absoluto —reconoció Sazed—. De hecho, sería extraño enviar a una chica de su edad a la corte sin escolta.

Kelsier asintió.

—Protégela, Sazed. Puede que sea una alomante poderosa, pero carece de experiencia. Me sentiré mucho menos culpable enviándola a esos cubiles aristocráticos si sé que tú estás con ella.

—La protegeré con mi vida, maese Kelsier. Te lo prometo.

Kelsier sonrió y colocó agradecido una mano en el hombro de Sazed.

—Pobre del hombre que se interponga en tu camino.

Sazed inclinó la cabeza con humildad. Parecía inofensivo, pero Kelsier conocía la fuerza que escondía. Pocos hombres, alomantes o no, lo tendrían fácil para enfrentarse a un guardador cuya furia hubieran despertado. Quizá eso explicara que el Ministerio hubiese perseguido a aquella secta hasta su práctica extinción.

—Muy bien —dijo Kelsier—. Vuelve a tus enseñanzas. Lord Venture va a celebrar un baile a finales de semana y, preparada o no, Vin estará allí.

Me sorprende cuántas naciones se han unido en pos de nuestro propósito. Sigue habiendo disidentes, naturalmente, y algunos reinos, por desgracia, se han enzarzado en guerras que no he podido detener.

Sin embargo, contemplar esta unidad general es glorioso, casi abrumador. Ojalá a las naciones de la humanidad no les hubiera hecho falta una amenaza tan terrible para ver el valor de la paz y la cooperación.

10



VIN CAMINABA POR UNA CALLE de las Grietas, uno de los muchos suburbios skaa de Luthadel, con la capucha puesta. Por algún motivo, prefería el calor asfixiante de una capucha a la opresiva luz roja del sol.

Caminaba encorvada, la mirada gacha, pegada al borde de la calle. Los skaa con los que se cruzaba tenían el mismo aire de derrota. Nadie alzaba la cabeza; nadie caminaba con la espalda recta o una sonrisa optimista. En los suburbios, esas cosas podían hacerte parecer sospechoso.

Casi había olvidado lo opresiva que podía ser Luthadel. Las semanas que había pasado en Fellise la habían acostumbrado a sus árboles y su piedra limpia. Aquí no había nada blanco: ningún álamo, nada de granito encalado. Todo era negro.

Los edificios estaban manchados por incontables y sucesivas lluvias de ceniza; el aire lleno del humo de las infames herrerías de Luthadel y un millar de cocinas de nobles; el empedrado, los portales y las esquinas cubiertos de hollín: los suburbios rara vez se limpiaban.

Es como... como si las cosas fueran más brillantes de noche que durante el día, pensó Vin, arrebujándose en su capa skaa y doblando una esquina. Pasó junto a mendigos agazapados con las manos tendidas esperando una limosna; sus súplicas caían en vano en los oídos de unas personas que también pasaban hambre. Pasó junto a obreros que caminaban con la cabeza gacha y los

hombros hundidos, los gorros o las capuchas caladas para mantener la ceniza apartada de sus ojos. De vez en cuando, pasaba ante escuadrones de guardias de la ciudad, armados de pies a cabeza (peto, casco y capa negra) e intentando parecer lo más intimidatorios que podían.

Este último grupo se movía en los suburbios actuando como la mano del lord Legislador en una zona que la mayoría de los obligadores encontraba demasiado repugnante para visitar. Los hombres de la Guarnición daban patadas a los mendigos para asegurarse de que eran realmente inválidos, detenían a los obreros que pasaban para acosarlos porque estaban en la calle en vez de trabajando y solían molestar a todo el que podían. Vin se encogió cuando pasó un grupo y se bajó aún más la capucha. Era lo bastante mayor para tener que estar engendrando hijos o trabajando en una fábrica, pero por su altura parecía más joven.

O bien la treta funcionó o aquel escuadrón no estaba interesado en buscar gente descarriada, pues la dejaron pasar sin apenas mirarla. Vin dobló una esquina, recorrió un callejón manchado de ceniza y se acercó al comedor comunitario que había al fondo de la pequeña calle.

Como la mayoría de las cocinas, esta era sucia y estaba pobemente mantenida. En una economía en la que los obreros rara vez obtenían una paga directa, las cocinas tenían que ser mantenidas por la nobleza. Algunos lores locales (dueños de las fábricas y fraguas de la zona, lo más probable) pagaban al dueño de la cocina para que proporcionara comida a los skaa. Los obreros recibían vales por su tiempo y se les concedía un breve descanso a mediodía para ir a comer. Los comedores evitaban a los pequeños negocios los costes de proporcionar comidas en el lugar de trabajo.

Naturalmente, como al dueño del comedor se le pagaba, podía embolsarse lo que ahorrara en ingredientes. Según la experiencia de Vin, la comida de las cocinas era tan sabrosa como el agua manchada de ceniza.

Por fortuna, no había ido a comer. Se unió a la cola en la puerta y esperó en silencio mientras los obreros mostraban sus fichas de comida. Cuando le llegó el turno, sacó un disquito de madera y se lo pasó al skaa de la puerta. El hombre aceptó la ficha con un rápido movimiento, asintiendo casi imperceptiblemente hacia la derecha.

Vin se encaminó en la dirección indicada, atravesó un sucio comedor cuyo suelo estaba cubierto de la ceniza que habían arrastrado al entrar. Cuando se acercó a la pared del fondo, vio una ajada puerta de madera en un rincón. Un

hombre sentado ante la puerta la miró a los ojos, asintió brevemente y abrió la puerta. Vin pasó veloz a la habitación contigua.

—¡Vin, querida! —dijo Brisa, sentado ante una mesa situada cerca del centro de la habitación—. ¡Bienvenida! ¿Qué tal por Fellise?

Vin se encogió de hombros y se sentó a la mesa.

—Ah —dijo Brisa—. Casi había olvidado lo fascinante de tu conversación.
¿Vino?

Vin negó con la cabeza.

—Bueno, pues a mí sí que me apetece.

Brisa vestía uno de sus extravagantes trajes y tenía un bastón de duelo cruzado sobre el regazo. La habitación, iluminada por una única lámpara, estaba mucho más limpia que el comedor. De los otros cuatro hombres presentes, Vin solo reconoció a uno, un aprendiz del taller de Clubs. Los dos que había junto a la puerta eran guardias, sin duda. El último hombre parecía un obrero skaa corriente, casaca ennegrecida y rostro ceniciento incluidos. Su aire de confianza, sin embargo, demostraba que era miembro de los bajos fondos. Uno de los rebeldes de Yeden, tal vez.

Brisa alzó su copa y la golpeó con la uña. El rebelde lo miró con mala cara.

—Ahora mismo te estás preguntando si estoy usando la alomancia contigo —dijo Brisa—. Tal vez sí, tal vez no. ¿Importa? Estoy aquí por invitación de tu jefe y te ordenó que te encargaras de que me sintiera cómodo. Y, te lo aseguro, una copa de vino en la mano es *absolutamente* necesaria para mi comodidad.

El skaa esperó un momento y luego tomó la copa y se marchó, murmurando entre dientes sobre costes estúpidos y recursos malgastados.

Brisa alzó una ceja y se volvió hacia Vin. Parecía bastante contento consigo mismo.

—¿Así que lo has empujado? —preguntó ella.

Brisa negó con la cabeza.

—Un desperdicio de latón. ¿Te contó Kelsier por qué te pidió que vinieras aquí hoy?

—Me dijo que te observara —respondió Vin, un poco molesta por haber sido entregada a Brisa—. Dijo que no tenía tiempo de entrenarme en todos los metales.

—Bien, empecemos entonces —dijo Brisa—. Primero, debes comprender que aplacar es algo más que simple alomancia. Se trata del delicado y noble arte de la manipulación.

—Noble, en efecto —dijo Vin.

—Ah, hablas como uno de *ellos*.

—¿*Ellos*?

—Todos los demás —dijo Brisa—. ¿Viste cómo me ha tratado el caballero skaa? La gente no nos aprecia, querida. La idea de que alguien pueda jugar con sus emociones, de que pueda «místicamente» obligarlos a hacer ciertas cosas los hace sentirse incómodos. De lo que no se dan cuenta, y tú *debes* hacerlo, es que manipular a los demás es algo que todo el mundo hace. De hecho, la manipulación está en el meollo de nuestra interacción social.

Se echó hacia atrás, alzó su bastón de duelo e hizo un leve gesto con él mientras hablaba.

—Piénsalo. ¿Qué hace un hombre cuando busca el afecto de una joven? Bueno, intenta manipularla para que lo mire con buenos ojos. ¿Qué pasa cuando dos viejos amigos se sientan a tomar una copa? Se cuentan historias, tratando de impresionarse mutuamente. La vida del ser humano es todo postura e influencia. Esto no es malo: de hecho, dependemos de ello. Estas interacciones nos enseñan a responder a los demás. —Hizo una pausa y señaló a Vin con el bastón—. La diferencia entre los aplacadores y la gente corriente es que nosotros somos conscientes de lo que hacemos. También tenemos una ligera... ventaja. Pero ¿implica de verdad mucho más «poder» que tener una personalidad carismática o unos buenos dientes? Creo que no.

»Además, como mencionaba, un buen aplacador debe tener más dotes que su habilidad para usar la alomancia. La alomancia no te permite leer la mente ni las emociones... En cierto modo, estás tan ciego como los demás. Lanzas ráfagas emocionales dirigidas a una sola persona o a una zona y tus sujetos alterarán sus emociones... es de esperar que produciendo el efecto que deseabas. Sin embargo, los grandes aplacadores son aquellos que pueden usar con éxito sus ojos e instintos para saber cómo se siente una persona *antes* de ser manipulada.

—¿Qué importa lo que sientan? —dijo Vin, tratando de disimular su malestar—. Vas a aplacarlos de todas formas, ¿no? Así, cuando acabas, sienten lo que tú quieras que sientan.

Brisa suspiró, agitando la cabeza.

—¿Qué dirías si supieras que te he aplacado en tres ocasiones durante nuestra conversación?

Vin se envaró.

—¿Cuándo? —exigió.

—¿Importa? —preguntó Brisa—. Esta es la lección que debes aprender, querida. Si no puedes leer lo que siente alguien, nunca tendrás sutileza con la alomancia emocional. Empuja a alguien demasiado e incluso el más ciego de los skaa se dará cuenta de que está siendo manipulado de algún modo. Si tocas con demasiada suavidad, no producirás ningún efecto perceptible y las otras emociones, más potentes, seguirán dominando a su sujeto. —Brisa volvió a negar con la cabeza—. Todo se basa en comprender a la gente. Tienes que leer cómo se siente alguien, cambiar ese sentimiento dándole un empujoncito en la dirección adecuada y luego canalizar ese nuevo estado emocional para tu ventaja. ¡Ese, querida mía, es el desafío! Es difícil, pero para aquellos que lo hacen bien...

La puerta se abrió y el hosco skaa regresó con una botella entera de vino. La depositó con una copa en la mesa, delante de Brisa, y luego se situó en el otro extremo de la habitación, junto a la mirilla que daba al comedor.

—Hay enormes recompensas —dijo Brisa con una tranquila sonrisa. Le hizo un guiño y sirvió un poco de vino.

Vin no estaba segura de qué pensar. La opinión de Brisa parecía cruel. Sin embargo, Reen la había entrenado bien. Si no tenía poder sobre eso, otros lo tendrían sobre ella. Empezó a quemar cobre, como le había enseñado Kelsier, para protegerse de nuevas manipulaciones por parte de Brisa.

La puerta volvió a abrirse y una figura familiar, ataviada con un chaleco, entró.

—Hola, Vin —dijo Ham con un gesto amistoso. Se acercó a la mesa, mirando el vino—. Brisa, sabes que la rebelión no tiene dinero para este tipo de cosas.

—Kelsier las pagará —respondió Brisa con un ademán de indiferencia—. No puedo trabajar con la garganta seca, eso es todo. ¿Cómo está la zona?

—Segura —dijo Ham—. Pero he apostado ojos de estaño en las esquinas por si acaso. Tu salida de emergencia está detrás de esa puerta de la esquina.

Brisa asintió. Ham se volvió a mirar al aprendiz de Clubs.

—¿Estás ahumando por ahí atrás, Cobble?

El muchacho asintió.

—Buen chico —dijo Ham—. Eso es todo, entonces. Ahora solo tenemos que esperar el discurso de Kel.

Brisa comprobó su reloj de bolsillo.

—Todavía faltan unos minutos. ¿Pido que alguien te traiga una copa?

—Paso —dijo Ham.

Brisa se encogió de hombros y bebió vino.

Hubo un momento de silencio. Finalmente, Ham habló.

—Entonces...

—No —interrumpió Brisa.

—Pero...

—Sea lo que sea, no queremos oírlo.

Ham miró al aplacador con mala cara.

—No puedes empujarme para que obedezca, Brisa.

Brisa puso los ojos en blanco y tomó un sorbo de vino.

—¿Qué? —preguntó Vin—. ¿Qué ibas a decir?

—No lo animes, querida —dijo Brisa.

Vin frunció el ceño. Miró a Ham, que sonrió.

Brisa suspiró.

—Dejadme fuera. No estoy de humor para uno de los absurdos debates de Ham.

—Ignóralo —dijo Ham ansiosamente, acercando su silla un poco más a Vin—. Verás, me he estado preguntando... ¿Al derrocar al Imperio Final estamos haciendo algo bueno o algo malo?

Vin se lo quedó mirando.

—¿Importa?

Ham pareció sorprendido, pero Brisa se echó a reír.

—Bien contestado —dijo el aplacador.

Ham miró a Brisa, luego se volvió hacia Vin.

—Pues claro que importa.

—Bueno, supongo que estamos haciendo algo bueno —contestó Vin—. El Imperio Final lleva siglos oprimiendo a los skaa.

—Ciento. Pero hay un problema. El lord Legislador es Dios, ¿no?

Vin se encogió de hombros.

—¿Importa?

Ham se la quedó mirando.

Ella puso los ojos en blanco.

—Muy bien. El Ministerio dice que es Dios.

—La verdad es que el lord Legislador es solo un *pedazo* de Dios —advirtió Brisa—. Es la Lasca del Infinito... No es omnisciente ni omnipotente, sino una sección independiente de una conciencia que lo *es*.

Ham suspiró.

—Creía que no querías implicarte.

—Solo me aseguraba de que todo el mundo comprende los hechos — respondió Brisa.

—Pues bien —dijo Ham—, Dios es el creador de todas las cosas, ¿no? Es la fuerza que dicta las leyes del universo y, por tanto, es la fuente última de la ética. Es moralidad absoluta.

Vin parpadeó.

—¿Ves el dilema? —preguntó Ham.

—Veo a un idiota —murmuró Brisa.

—Estoy confusa. ¿Cuál es el problema?

—Nosotros decimos estar haciendo el bien —contestó Ham—. Pero el lord Legislador, como Dios, *define* lo que es el bien. Así que, al oponernos a él, somos el mal. Pero, como él está haciendo algo malo, ¿cuenta en este caso el mal como bien?

Vin frunció el ceño.

—¿Bien? —preguntó Ham.

—Creo que me das dolor de cabeza.

—Te lo había advertido —le recordó Brisa.

Ham suspiró.

—Pero ¿no crees que merece la pena pensarla?

—No estoy segura.

—Yo sí —dijo Brisa.

Ham sacudió la cabeza.

—Aquí a nadie le gusta tener conversaciones decentes e inteligentes.

El rebelde skaa del rincón se volvió de repente.

—¡Ha llegado Kelsier!

Ham alzó una ceja, luego se puso en pie.

—Debería ir a asegurar el perímetro. Piensa en lo que te he dicho, Vin.

—Muy bien... —dijo Vin mientras Ham se marchaba.

—Por aquí, Vin —dijo Brisa, incorporándose—. Hay mirillas en la pared para nosotros. Sé amable y acércame la silla, ¿quieres?

Brisa no miró atrás para ver si ella hacía lo que le pedía. Vin se detuvo, insegura. Con el cobre encendido, él no podía aplacarla, pero... Al final, suspiró y llevó ambas sillas hasta un extremo de la habitación. Brisa corrió una larga y delgada pieza de madera en la pared, revelando una vista del salón.

Varios sucios skaa estaban sentados a las mesas. Vestían casacas marrones o capas harapientas. Eran un grupo sombrío, con la piel manchada de ceniza y aspecto vencido. Sin embargo, su presencia en la reunión significaba que

estaban dispuestos a escuchar. Yeden ocupaba una mesa en la parte delantera, con su habitual ropa remendada de obrero y el pelo rizado más corto que la última vez que lo había visto Vin.

Vin había esperado una especie de entrada triunfal de Kelsier. En cambio, se limitó a salir en silencio de la cocina. Se detuvo junto a la mesa de Yeden, sonrió mientras conversaba brevemente con el hombre un momento y luego se plantó ante los obreros sentados.

Vin nunca lo había visto con ropa tan mundana. Llevaba una casaca skaa marrón y pantalones pardos, como muchos de los presentes. Sin embargo, el atuendo de Kelsier estaba limpio. El tejido no estaba manchado de hollín y, aunque era tan burdo como el que los skaa usaban normalmente, no tenía parches ni remiendos. La diferencia era bastante notable, decidió Vin: si se hubiera presentado con un traje, habría sido pasarse.

Él se puso los brazos a la espalda y poco a poco los obreros se fueron callando. Vin frunció el ceño mientras miraba y se preguntó por la habilidad que tenía Kelsier para imponer el silencio en una habitación de hombres ansiosos con tan solo plantarse ante ellos. ¿Estaba tal vez usando la alomancia? Sin embargo, incluso con su cobre encendido ella sentía una... presencia por su parte.

Cuando la habitación estuvo silenciosa, Kelsier empezó a hablar.

—Es probable que, a estas alturas, todos hayáis oído hablar de mí —dijo—. Y no estaríais aquí si al menos no sintierais cierta simpatía por mi causa.

Al lado de Vin, Brisa bebió de su copa.

—Aplacar y encender no son como las otras formas de alomancia —murmuró—. Con la mayoría de los metales, empujar o tirar tiene efectos opuestos. Sin embargo, con las emociones, a menudo puedes producir los mismos resultados tanto si aplacas como si enciendes.

»Esto no se cumple con los estados emocionales extremos: la completa falta de emoción o la pasión absoluta. No obstante, en la mayoría de los casos, no importa qué poder uses. Las personas no son como bloques sólidos de metal: en todo momento tendrán una docena de emociones diferentes revolviéndose en su interior. Un aplacador experimentado puede apaciguarlo todo menos la emoción que quiere que sea dominante.

Brisa se volvió.

—Rudd, que entre la criada de azul, por favor.

Uno de los guardias asintió, abrió la puerta una rendija y le susurró algo al hombre que había al otro lado. Un momento después, Vin vio que una criada

vestida con un ajado vestido azul empezaba a servir bebidas a los congregados.

—Mis aplacadores están mezclados con la gente —dijo Brisa, con voz distraída—. Las criadas son un aviso que indica a mis hombres qué emociones hay que retirar. Trabajará como lo hago yo...

Se calló y se concentró mientras miraba a la multitud.

—Fatiga... —susurró—. No es una emoción necesaria ahora mismo. Hambre... distrae. Recelo... decididamente no es útil. Sí, y a medida que los aplacadores actúan los encendedores inflaman las emociones que queremos que la multitud sienta. Curiosidad... eso es lo que necesitan ahora. Sí, escuchad a Kelsier. Habéis oído leyendas e historias. Ved al hombre en persona e impresionaos.

—Sé por qué habéis venido hoy —dijo Kelsier en voz baja. En su voz apenas quedaba rastro del descaro que Vin asociaba con él, reemplazado por un tono suave pero directo—. Doce horas al día en una fábrica, una mina o una fragua. Palizas, falta de paga, poca comida. ¿Y para qué? ¿Para que podáis volver a vuestras casuchas al final del día y encontrar otra tragedia? Un amigo muerto a manos de un capataz descuidado. Una hija convertida en el juguete de algún noble. Un hermano muerto por un lord que tenía un mal día.

—Sí —susurró Brisa—. Bien. Rojo, Rudd. Envía a la chica de rojo claro.

Otra criada entró en el salón.

—Pasión y furia —dijo Brisa, casi en un murmullo—. Pero solo un poquito. Solo un empujón... un recordatorio.

Curiosa, Vin apagó su cobre un momento y quemó bronce tratando de sentir el uso que Brisa hacía de la alomancia. No brotaba nada de él.

Por supuesto, pensó. Me olvidaba del aprendiz de Clubs: me impide sentir ningún pulso alomántico. Volvió a encender su cobre.

Kelsier continuó hablando.

—Amigos míos, no estáis solos en vuestra tragedia. Hay millones como vosotros. Y os necesitan. No he venido a suplicar: ya hemos tenido suficiente de eso en nuestras vidas. Lo único que os pido es que reflexionéis. ¿En qué deberíais invertir vuestras energías? ¿Forjando armas para el lord Legislador? ¿O en algo más valioso?

No menciona a nuestros soldados, pensó Vin. Ni siquiera lo que van a hacer aquellos que se unan a él. No quiere que los obreros conozcan los detalles. Quizá sea buena idea: los que reclute podrán ser enviados al ejército y el resto no podrá revelar ninguna información específica.

—Sabéis por qué estoy aquí —dijo Kelsier—. Conocéis a mi amigo Yeden y lo que representa. Todos los skaa de la ciudad están enterados de la rebelión. Quizá hayáis pensado uniros a ella. La mayoría de vosotros no lo hará... la mayoría de vosotros volverá a vuestras fábricas manchadas de hollín, a vuestras ardientes fraguas, a vuestros moribundos hogares. Lo haréis porque esta vida terrible os resulta familiar. Pero algunos de vosotros... algunos de vosotros vendrán conmigo. Y esos hombres serán recordados en los años venideros. Recordados por haber hecho algo grandioso.

Muchos de los obreros se miraron, aunque algunos siguieron con los ojos clavados en sus cuencos de sopa medio vacíos. Finalmente, alguien situado casi al fondo de la sala tomó la palabra.

—Eres un necio —dijo el hombre—. El lord Legislador te matará. No te rebelas contra Dios en su *propia ciudad*.

La habitación permaneció en silencio. Tensa. Vin se irguió mientras Brisa susurraba para sí.

En la sala, Kelsier no contestó inmediatamente. Finalmente estiró los brazos y se remangó la casaca, mostrando las cicatrices.

—El lord Legislador no es nuestro Dios —dijo tranquilamente—. Y no puede matarme. Lo intentó, pero fracasó. Pues soy lo que él nunca podrá matar.

Dicho esto, Kelsier se dio la vuelta y salió de la habitación por donde había venido.

—Hummm —dijo Brisa—, bueno, ha sido un poco dramático. Rudd, trae a la roja y envía a la marrón.

Una criada vestida de marrón se mezcló con los congregados.

—Asombro —dijo Brisa—. Y, sí, orgullo. Aplacar la furia, por ahora...

La multitud permaneció tranquila un momento, el salón extrañamente inmóvil. Finalmente, Yeden se levantó para hablar y animar un poco más, además de para explicar lo que deberían hacer los hombres si deseaban oír más. Mientras hablaba, los skaa volvieron a su comida.

—Verde, Rudd —dijo Brisa—. Hummm, sí. Hagamos que penséis todos y os daremos un empujoncito de lealtad. No queremos que nadie corra a avisar a los obligadores, ¿no? Kel ha cubierto bien sus huellas, pero cuanto menos oigan las autoridades, mejor, ¿eh? Ah, ¿y qué hay de ti, Yeden? Estás un poco demasiado nervioso. Aplaquemos eso, para borrar tus preocupaciones. Dejemos solo esa pasión tuya... Es de esperar que sea suficiente para contrarrestar el estúpido tono de tu voz.

Vin continuó mirando. Ahora que Kelsier se había ido, le resultaba más fácil concentrarse en las reacciones de la multitud y en el trabajo de Brisa. Mientras Yeden hablaba, los obreros parecieron reaccionar con precisión a las instrucciones que murmuraba Brisa. También en Yeden se notaron los efectos del aplacador: se sintió más cómodo, habló con más aplomo.

Curiosa, Vin dejó caer de nuevo su cobre. Se concentró para ver si podía sentir el toque de Brisa en sus emociones: estaría incluida en sus proyecciones alománticas generales. Él no tenía tiempo para elegir individuos, excepto tal vez a Yeden. Era muy, muy difícil sentirlo. Sin embargo, mientras Brisa murmuraba para sí, ella empezó a notar exactamente las emociones que él describía. No pudo dejar de sentirse impresionada. Las pocas veces que Kelsier había usado la alomancia en sus emociones, su contacto había sido como un repentino puñetazo en la cara. Tenía fuerza, pero muy poca sutileza.

El contacto de Brisa era increíblemente delicado. Aplacaba ciertas emociones, reduciéndolas, mientras dejaba otras intactas. A Vin le pareció notar a sus hombres encendiéndo también sus emociones, pero esos contactos no eran tan sutiles como el de Brisa. Dejó apagado su cobre, buscando toques emocionales mientras Yeden continuaba su discurso y explicaba que los hombres que se unieran a ellos tendrían que dejar familia y amigos por un tiempo, hasta un año, pero serían bien alimentados durante ese periodo.

Vin sintió que su respeto por Brisa continuaba aumentando. De repente ya no estaba tan molesta con Kelsier por librarse de ella. Brisa solo podía hacer una cosa, pero obviamente tenía mucha práctica. Kelsier, como nacido de la bruma, había tenido que aprender todas las habilidades alománticas; era lógico que no estuviera tan concentrado en ningún poder concreto.

Tengo que asegurarme de que me envíe a aprender de los otros, pensó Vin. Serán maestros de sus propios poderes.

Vin volvió su atención hacia el comedor mientras Yeden concluía su exhortación.

—Habéis oído a Kelsier, el Superviviente de Hathsin —dijo—. Los rumores sobre él son ciertos: ¡ha renunciado a su oficio de ladrón y dedicado su atención a trabajar para la rebelión skaa! Nos estamos preparando para algo grande. Algo que puede, en efecto, convertirse en nuestra última lucha contra el Imperio Final. Uníos a nosotros. Uníos a vuestros hermanos. ¡Uníos al Superviviente!

El comedor permaneció en silencio.

—Rojo brillante —dijo Brisa—. Quiero que esos hombres se marchen sintiéndose apasionados por lo que han oído.

—Las emociones se consumirán, ¿no? —preguntó Vin mientras una criada vestida de rojo se acercaba al grupo.

—Sí —contestó Brisa, acomodándose en su asiento y cerrando el panel—. Pero quedan los recuerdos. Si la gente asocia una emoción fuerte con un hecho, lo recuerda mejor.

Unos momentos después, Ham entró por la puerta trasera.

—Ha salido bien. Los hombres se marchan fortalecidos y varios de ellos se quedan rezagados. Tendremos un buen puñado de voluntarios que enviar a las cuevas.

Brisa sacudió la cabeza.

—No es suficiente. Dox necesita unos cuantos días para organizar cada una de estas reuniones y solo conseguimos unos veinte hombres cada vez. A este ritmo, nunca conseguiremos diez mil a tiempo.

—¿Crees que necesitamos más reuniones? —preguntó Ham—. Va a ser difícil... Debemos tener mucho cuidado con estas cosas y por eso solo se invita a aquellos en los que se puede confiar razonablemente.

Brisa permaneció sentado un momento. Finalmente, apuró el resto de su vino.

—No sé... Pero tendremos que pensar en algo. Por ahora, volvamos al taller. Creo que Kelsier quiere celebrar una reunión para evaluar este encuentro de hoy.

KELSIER MIRABA HACIA EL OESTE. El sol de la tarde, de un rojo letal, brillaba implacable desde un cielo de humo. Justo bajo el sol, Kelsier podía ver la silueta recortada de una oscura cima. Tyrian, el más cercano de los Montes de Ceniza.

Se encontraba en lo alto del terrado del taller de Clubs, escuchando a los obreros regresar a casa, abajo en las calles. Un terrado obligaba a limpiar la ceniza de vez en cuando, por eso la mayoría de los edificios skaa tenía tejado a dos aguas. Pero, en opinión de Kelsier, por la vista merecía la pena el esfuerzo.

En la calle, los obreros skaa caminaban en filas cansadas, levantando a su paso una pequeña nube de ceniza. Kelsier dejó de fijarse en ellos y se volvió hacia el norte... hacia los Pozos de Hathsin.

¿Adónde va?, pensó. El atium llega a la ciudad, pero luego desaparece. No está en el Ministerio, los hemos vigilado, y ninguna mano skaa toca el metal. Suponemos que va al Tesoro. Esperamos que así sea, al menos.

Mientras quemaba atium, un nacido de la bruma era virtualmente imparable, y en parte por eso era tan valioso. Pero su plan se centraba en algo más que en riquezas. Sabía cuánto atium se sacaba de los pozos y Dockson había investigado las cantidades que el lord Legislador vendía, a precios exorbitantes, a la nobleza. Apenas un diez por ciento de lo que se extraía acababa en manos de los nobles.

El noventa por ciento del atium producido en el mundo había sido acumulado, año tras año, durante mil años. Con tanto metal, el equipo de Kelsier podría intimidar incluso a las más poderosas de las casas nobles. El plan de Yeden para dominar el palacio podía parecer descabellado a muchos... de hecho, estaba condenado al fracaso. Sin embargo, Kelsier tenía otros planes...

Contempló la barrita blancuzca que tenía en las manos. El undécimo metal. Conocía los rumores sobre él: los había propiciado. Ya solo tenía que hacerlos valer.

Suspiró y se volvió hacia el este, hacia Kredik Shaw, el palacio del lord Legislador. «La Colina de las Mil Torres», un nombre adecuado, ya que el palacio imperial parecía una masa de enormes lanzas negras clavadas en el suelo. Algunas de las torres se retorcían, otras eran rectas. Algunas torres eran gruesas, otras finas como agujas. Variaban en altura, pero todas eran elevadas, acabadas en punta.

Kredik Shaw. Ahí era donde todo había terminado tres años antes. Y necesitaba regresar.

La trampilla se abrió y una figura salió al tejado. Kelsier se volvió alzando una ceja mientras Sazed se sacudía la túnica y luego se le acercaba con su característico paso respetuoso. Incluso un terrisano rebelde mantenía las formas en las que había sido adiestrado.

—Maese Kelsier —dijo, inclinando la cabeza.

Kelsier asintió y Sazed se colocó a su lado para contemplar el palacio imperial.

—Ah —dijo para sí, como si comprendiera los pensamientos de Kelsier.

Kelsier sonrió. Sazed había sido un valioso hallazgo, desde luego. Los guardadores eran un grupo necesariamente secreto, pues el lord Legislador los había cazado prácticamente desde el mismísimo Día de la Ascensión. Algunas

leyendas decían que el sometimiento absoluto del pueblo de Terris al Legislador (incluidos los programas de reproducción y adoctrinamiento) no era más que la consecuencia del odio que profesaba a los guardadores.

—Me pregunto qué pensaría si supiera que hay un guardador en Luthadel —dijo Kelsier—, a tan corta distancia del palacio.

—Esperemos no descubrirlo nunca, maese Kelsier.

—Aprecio tu disposición para venir a la ciudad, Sazed. Sé que es un riesgo.

—Es un buen trabajo —dijo Sazed—. Y este plan es peligroso para todos los implicados. De hecho, creo que para mí vivir ya es peligroso. No es conveniente para la salud pertenecer a una secta que el propio lord Legislador teme.

—¿Temor por su parte? —preguntó Kelsier volviéndose para mirar a Sazed. A pesar de su altura por encima de la media, el terrisano seguía sacándole una cabeza—. No estoy seguro de que tema a nada, Saz.

—Teme a los guardadores. Definitiva e inexplicablemente. Tal vez sea a causa de nuestros poderes. No somos alomantes, sino... otra cosa. Algo desconocido para él.

Kelsier asintió, volviéndose hacia la ciudad. Tenía tantos planes, tanto trabajo que hacer... y en el meollo de todo estaban los skaa. Los pobres, humildes, derrotados skaa.

—Háblame de otra secta, Sazed —dijo Kelsier—, que tenga poder.

—Poder? —preguntó Sazed—. Eso es un término relativo cuando se aplica a la religión, creo. Tal vez te guste oír hablar del jaísmo. Sus seguidores eran bastante fieles y devotos.

—Háblame de ellos.

—El jaísmo fue fundado por un solo hombre. Su verdadero nombre se ha perdido, aunque sus seguidores lo llaman el Ja, a secas. Fue asesinado por un rey local por predicar la discordia (algo en lo que al parecer era muy bueno), pero con eso solo aumentó el número de sus seguidores.

»Los jaístas creían que la felicidad era directamente proporcional a su devoción, y eran conocidos por sus frecuentes y fervientes profesiones de fe. Al parecer, hablar con un jaísta podía ser frustrante, ya que tendían a terminar casi todas sus frases con “alabado sea el Ja”.

—Eso está bien, Sazed —dijo Kelsier—. Pero el poder es algo más que palabras.

—Sí, desde luego —reconoció Sazed—. Los jaístas eran fuertes en su fe. Las leyendas dicen que el Ministerio tuvo que eliminarlos por completo, ya

que ninguno aceptó al lord Legislador como Dios. No duraron mucho después de la Ascensión, pero solo porque eran tan descarados que fue fácil perseguirlos y matarlos.

Kelsier asintió y luego sonrió, mirando a Sazed.

—No me has preguntado si quería convertirme.

—Mis disculpas, maese Kelsier, pero esa religión no te conviene, creo. Su grado de exhibicionismo podría resultarte atractivo, pero la doctrina te parecería simplista.

—Estás llegando a conocerme demasiado bien —dijo Kelsier, contemplando la ciudad—. Al final, después de que reinos y ejércitos cayeran, las religiones siguieron luchando, ¿no?

—En efecto. Algunas de las religiones más resistentes duraron hasta bien avanzado el siglo quinto.

—¿Qué las hacía tan fuertes? —preguntó Kelsier—. ¿Cómo lo hicieron, Sazed? ¿Qué daba a esas doctrinas tanto poder sobre la gente?

—No una sola cosa, creo. Algunas debían su fuerza a la fe sincera, otras, a la esperanza que prometían. Otras eran coercitivas.

—Pero todas tenían pasión.

—Sí, maese Kelsier —repuso Sazed, asintiendo—. Esa afirmación es bastante certera.

—Es lo que hemos perdido —dijo Kelsier, contemplando la ciudad de cientos de miles de habitantes de los cuales apenas un puñado se atrevía a luchar—. No tienen fe en el lord Legislador, tan solo lo temen. No tienen nada más en lo que creer.

—¿En qué crees tú, si puedo preguntarlo, maese Kelsier?

Kelsier alzó una ceja.

—Todavía no estoy seguro del todo —admitió—. Pero derrocar al Imperio Final parece un buen principio. ¿Hay alguna religión en tu lista que incluya la matanza de nobles como deber sagrado?

Sazed frunció el ceño, desaprobando sus palabras.

—No lo creo, maese Kelsier.

—Tal vez debería fundar una —dijo Kelsier con una sonrisita—. Bien, ¿han regresado ya Brisa y Vin?

—Acababan de llegar cuando yo subía.

—Bien —dijo Kelsier, asintiendo—. Diles que bajo dentro de un momento.

VIN ESTABA SENTADA EN SU sillón tapizado, en la sala de reuniones, con las piernas dobladas, tratando de estudiar a Marsh con el rabillo del ojo.

Se parecía mucho a Kelsier. Era solo... severo. No estaba furioso ni era cascarrabias como Clubs. Pero no era feliz. Estaba sentado en su sillón, con una expresión indescifrable.

Todos los otros habían llegado ya, menos Kelsier, y charlaban tranquilamente entre ellos. Vin vio que Lestibourne la estaba mirando y lo saludó. El joven se acercó y se sentó junto a su sillón.

—Marsh —susurró Vin entre el murmullo general de la sala—. ¿Eso es un mote?

—Es más bien en el deseo de sus opás.

Vin hizo una pausa, tratando de descifrar lo que pudiera del dialecto oriental del chico.

—¿No es un mote, entonces?

Lestibourne negó con la cabeza.

—Pero en tenía uno y tó.

—¿Cuál era?

—Ojos de Hierro. Los demás en dejaron de usarlo. Demasiao paresío a un hierro en los ojos de verdá, ¿no? Inquisidor.

Vin miró de nuevo a Marsh. Su expresión era dura, sus ojos firmes, casi como si *estuvieran* hechos de hierro. Entendía por qué la gente había dejado de usar su mote: la simple alusión a un inquisidor de acero la hacía temblar.

—Gracias.

Lestibourne sonrió. Era un muchacho servicial. Extraño, intenso y algo nervioso... pero servicial. Se retiró a su banco cuando Kelsier llegó por fin.

—Muy bien, gente —dijo—. ¿Qué tenemos?

—¿Además de la mala noticia? —preguntó Brisa.

—Oigámosla.

—Han pasado doce semanas y hemos reunido menos de dos mil hombres —anunció Ham—. Incluso sumados a los que ya tiene la rebelión, andamos escasos.

—¿Dox? —inquirió Kelsier—. ¿Podemos celebrar más encuentros?

—A lo mejor —dijo Dockson, desde su asiento detrás de una mesa repleta de libros.

—¿Estás seguro de que quieres correr ese riesgo, Kelsier? —preguntó Yeden. Su actitud había mejorado en las últimas semanas... sobre todo desde que los reclutas de Kelsier habían empezado a aumentar. Como Reen decía

siempre, los resultados hacen amigos rápidos—. Ya corremos peligro — continuó Yeden—. Corren rumores por los bajos fondos. Si seguimos causando revuelo, el Ministerio se dará cuenta de que se cuece algo importante.

—Quizá no le falte razón, Kel —dijo Dockson—. Además, hay un número limitado de skaa dispuestos a escuchar. Luthadel es grande, sí, pero nuestro movimiento aquí es limitado.

—Muy bien. Entonces empezaremos a trabajar en otras ciudades de la zona. Brisa, ¿puedes dividir tu equipo en dos grupos efectivos?

—Supongo que sí —dijo Brisa, vacilante.

—Podemos hacer que un equipo trabaje en Luthadel y el otro en las ciudades cercanas. Creo que estaré en condiciones de asistir a todas las reuniones, suponiendo que las organicemos de modo que no se celebren al mismo tiempo.

—Tantas reuniones nos expondrán aún más —dijo Yeden.

—Y eso, por cierto, nos causa otro problema —dijo Ham—. ¿No se suponía que íbamos a trabajar para infiltrarnos en las filas del Ministerio?

—¿Bien? —preguntó Kelsier, volviéndose hacia Marsh.

Marsh negó con la cabeza.

—El Ministerio es hermético... necesito más tiempo.

—No va a poder ser —gruñó Clubs—. La rebelión lo ha intentado ya. Yeden asintió.

—Hemos intentado colocar espías en los Ministerios Internos una docena de veces. Es imposible.

Todos guardaron silencio.

—Tengo una idea —dijo Vin en voz baja.

Kelsier alzó una ceja.

—Camón estaba preparando un golpe antes de que me reclutarais —dijo ella—. La verdad es que fue el golpe que hizo que los obligadores nos localizaran. El núcleo de ese plan lo organizó otro ladrón, un jefe de bandas llamado Theron. Preparaba un falso convoy por el canal para llevar fondos del Ministerio a Luthadel.

—¿Y? —preguntó Brisa.

—En esos mismos barcos llegaban nuevos acólitos del Ministerio a Luthadel para acabar su adoctrinamiento. Theron tiene un contacto en la ruta, un obligador menor que acepta sobornos. Tal vez podamos conseguir que añada un «acólito» al grupo de su capítulo local.

Kelsier asintió, pensativo.

—Merece la pena echarle un vistazo.

Dockson escribió algo en una hoja de papel con su pluma.

—Me pondré en contacto con Theron y veré si su información es viable todavía.

—¿Cómo van nuestros recursos? —preguntó Kelsier.

Dockson se encogió de hombros.

—Ham encontró dos instructores que habían sido soldados. Las armas, sin embargo... Bueno, Renoux y yo estamos entablando contactos y llegando a acuerdos, pero no podemos movernos muy rápidamente. Por fortuna, cuando lleguen las armas lo harán todas de golpe.

Kelsier asintió.

—¿Eso es todo?

Brisa se aclaró la garganta.

—Yo... he oído un montón de rumores en las calles, Kelsier. La gente está hablando de ese undécimo metal tuyo.

—Bien.

—¿No te preocupa que el lord Legislador se entere? Si está sobre aviso, será mucho más difícil... combatirlo.

No ha dicho «matarlo», pensó Vin. No creen que Kelsier pueda lograrlo.

Kelsier se limitó a sonreír.

—No te preocupes por el lord Legislador... Tengo las cosas bajo control. De hecho, pretendo hacerle una visita personal en los próximos días.

—¿Una visita? —preguntó Yeden, incómodo—. ¿Vas a visitar al lord Legislador? ¿Estás lo...? —Yeden guardó silencio y miró al resto de los presentes—. Ciento. Lo olvidaba.

—Ya se está enterando —comentó Dockson.

Sonaron pasos en el pasillo y uno de los guardias de Ham entró un momento más tarde. Se acercó al asiento de Ham y susurró un breve mensaje.

Ham frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó Kelsier.

—Un incidente.

—¿Incidente? —preguntó Dockson—. ¿Qué clase de incidente?

—¿Sabéis la guarida donde nos reunimos hace unas cuantas semanas? ¿Dónde Kel presentó por primera vez su plan?

El cubil de Camon, pensó Vin, aprensiva.

—Bueno —dijo Ham—, al parecer, el Ministerio la ha encontrado.

Parece que Rashek representa a una facción creciente en la cultura de Terris. Gran número de jóvenes piensa que sus inusitados poderes deberían ser usados para algo más que trabajar en el campo, engendrar hijos y tallar piedras. Son rudos, incluso violentos, muy distintos a los tranquilos y razonables filósofos y hombres santos de Terris que he conocido.

Tendrán que ser vigilados con cuidado, estos terrisanos. Podrían ser muy peligrosos, si se les da ocasión y motivo.

11



KELSIER SE DETUVO EN LA puerta, tapándole la vista a Vin. Ella intentó ponerse de puntillas para ver la guarida, pero había demasiada gente en medio. Solo vio que la puerta colgaba torcida, astillada, arrancada del gozne superior.

Kelsier permaneció quieto un instante. Por fin se volvió a mirarlos a ella y a Dockson.

—Ham tiene razón, Vin. Tal vez no quieras ver esto.

Vin se quedó donde estaba, mirándolo con decisión. Finalmente, Kelsier suspiró y entró en la sala. Dockson lo siguió y Vin vio entonces qué habían estado tapándole.

El suelo estaba sembrado de cadáveres cuyos miembros torcidos asomaban entre sombras acechantes a la luz del solitario farol de Dockson. Todavía no estaban putrefactos (el ataque había sido esa misma mañana), pero había un leve olor a muerte en la sala. El hedor de la sangre secándose lentamente, el hedor de la miseria y el terror.

Vin se quedó en la puerta. Había visto la muerte: la había visto a menudo, en las calles. Apuñalamientos en los callejones. Palizas en los cubiles. Niños muertos de hambre. Una vez había visto cómo un lord molesto le rompía de

un revés el cuello a una anciana. El cuerpo permaneció tirado en la calle durante tres días antes de que una cuadrilla de skaa lo retirara por fin.

Sin embargo, ninguno de aquellos incidentes tenía el mismo aire de carnicería intencionada que veía en la guarida de Camon. Esos hombres no habían sido asesinados sin más: los habían descuartizado. Los miembros estaban separados de los torsos. Sillas rotas y mesas empalaban los pechos. Solo había unas pocas zonas del suelo que no estuvieran cubiertas de sangre oscura y pegajosa.

Kelsier la miró, esperando algún tipo de reacción. Ella siguió contemplando los muertos, sintiéndose... aturdida. ¿Cuál debería ser su reacción? Aquellos eran los hombres que la habían maltratado, golpeado, que le habían robado. Y, sin embargo, eran también los hombres que la habían acogido, la habían aceptado, le habían dado de comer cuando podrían haberse limitado a entregarla a los proxenetas.

Reen la habría reprendido por la traicionera tristeza que sintió al ver aquello, lo más probable. Naturalmente, él siempre se enfadaba con ella cuando, de niña, lloraba al abandonar una ciudad u otra porque no quería dejar a la gente a quien se había acostumbrado, no importaba lo cruel o indiferente que fuera. Al parecer, no había superado esa debilidad. Entró en la habitación sin derramar ni una sola lágrima por esos hombres y, al mismo tiempo, deseando que no hubieran tenido ese final.

Además, la masacre en sí era perturbadora. Trató de obligarse a mantener una expresión impasible delante de los demás, pero tuvo que apretar los dientes en ocasiones y apartar la mirada de los cadáveres destrozados. Los autores del ataque habían sido... concienzudos.

Resulta exagerado, incluso para el Ministerio, pensó. ¿Qué clase de persona haría algo así?

—Inquisidor —dijo Dockson en voz baja, arrodillándose junto a un cadáver.

Kelsier asintió. Tras Vin, Sazed entró en la sala, cuidando de no mancharse la túnica de sangre. Vin se volvió hacia el terrisano, dejando que sus acciones la distrajeran de un cadáver particularmente horrible. Kelsier era un nacido de la bruma y Dockson se suponía que era un guerrero capaz. Ham y sus hombres estaban asegurando la zona. Sin embargo, otros (Brisa, Yeden y Clubs) se habían quedado atrás. La zona era demasiado peligrosa. Kelsier incluso se había opuesto al deseo de Vin de ir allí. Sin embargo, había dejado que Sazed los acompañara sin vacilación aparente. La decisión, sutil como era,

hizo que Vin mirara al mayordomo con nueva curiosidad. ¿Por qué era demasiado peligroso para los brumosos pero seguro para un mayordomo terrisano? ¿Era Sazed un guerrero? ¿Cómo había aprendido a luchar? Se suponía que los terrisanos eran criados desde el nacimiento por formadores muy cuidadosos.

El suave paso de Sazed y su rostro tranquilo le ofrecieron pocas pistas. Sin embargo, no parecía escandalizado por la masacre.

Interesante, pensó Vin, abriéndose paso entre los muebles rotos, cuidando de no pisar los charcos de sangre, para llegar al lado de Kelsier. Él se agachó junto a un par de cadáveres. Uno, advirtió Vin en un momento de aturdimiento, era Ulef. El rostro del muchacho estaba desencajado y la parte delantera de su pecho era una masa de huesos rotos y carne desgarrada: como si alguien le hubiera arrancado la caja torácica con las manos. Vin se estremeció y apartó la mirada.

—Esto no me gusta —dijo Kelsier en voz baja—. Los inquisidores de acero no suelen molestarse con simples bandas de ladrones. Lo normal habría sido que los obligadores hubiesen venido con los soldados y apresado a todo el mundo, y que luego los hubiesen utilizado para dar un buen escarmiento un día de ejecución. Un inquisidor solo se implicaría si tuviera un interés especial en la banda.

—¿Crees...? —dijo Vin—. ¿Crees que podría ser el mismo de antes?

Kelsier asintió.

—Solo hay unos veinte inquisidores de acero en todo el Imperio Final y la mitad están siempre fuera de Luthadel. Me parece demasiada coincidencia que llamas la atención de uno, escaparas y luego atacaran tu antigua guarida.

Vin permaneció en silencio, obligándose a mirar el cadáver de Ulef y a enfrentarse a su pena. Él la había traicionado al final, pero durante una época casi fue un amigo.

—¿Entonces el inquisidor sigue todavía mi rastro?

Kelsier asintió y se puso en pie.

—Entonces es culpa mía —dijo Vin—. Ulef y los demás...

—Fue culpa de Camon —respondió Kelsier con firmeza—. Él es quien intentó engañar a un obligador. —Hizo una pausa y luego la miró—. ¿Estarás bien?

Vin dejó de mirar el cadáver destrozado de Ulef, tratando de parecer fuerte. Se encogió de hombros.

—Ninguno era amigo mío.

—Eso es un poco frío, Vin.

—Lo sé —asintió ella.

Kelsier la observó un instante y luego cruzó la habitación para hablar con Dockson.

Vin volvió a mirar las heridas de Ulef. Parecían obra de un animal enloquecido, no de un hombre.

El inquisidor debe de haber tenido ayuda, se dijo. *Es imposible que una sola persona, aunque sea un inquisidor, haya hecho esto.* Había un puñado de cadáveres amontonados junto a la salida de emergencia, pero un rápido recuento le indicó que la mayoría de la banda, si no toda entera, había sido eliminada. Un hombre no podía haberse encargado de todos ellos con suficiente rapidez... ¿O sí?

Hay un montón de cosas que no sabemos de los inquisidores, le había dicho Kelsier. *No siguen las reglas normales.*

Vin volvió a estremecerse.

Sonaron pasos en las escaleras y Vin se envaró, preparándose para echar a correr.

La figura familiar de Ham apareció en la escalera.

—La zona es segura —dijo, alzando una segunda linterna—. No hay rastro de obligadores ni de hombres de la Guarnición.

—Es su estilo —dijo Kelsier—. Quieren que la masacre sea descubierta... Han dejado los muertos como mensaje.

La habitación quedó en silencio a excepción de los murmullos de Sazed, que estaba de pie en el extremo izquierdo de la sala. Vin se le acercó y escuchó la rítmica cadencia de su voz. Al cabo de un rato, dejó de hablar, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—¿Qué era eso? —preguntó Vin cuando volvió a alzar la cabeza.

—Una oración. Un canto fúnebre de los caazzi. Pretende despertar a los espíritus de los muertos y liberarlos de su carne para que puedan regresar a la montaña de las almas. —Sazed la miró—. Puedo enseñarte esa religión, si lo deseas, señora. Los caazzi fueron un pueblo interesante... muy familiarizado con la muerte.

Vin negó con la cabeza.

—Ahora mismo no. Has dicho su oración... ¿Es esta la religión en la que crees, entonces?

—Creo en todas.

Vin frunció el ceño.

—¿Ninguna se contradice con las demás?

Sazed sonrió.

—Sí, claro, a menudo. Pero yo respeto las verdades que esconden todas... y creo en la necesidad de que cada una de ellas sea recordada.

—Entonces, ¿cómo has decidido la oración de qué religión usar?

—Me ha parecido... apropiada —dijo Sazed tranquilamente, contemplando la escena de muerte.

—Kel —llamó Dockson desde el fondo de la habitación—. Ven a ver esto.

Kelsier se reunió con él y lo mismo hizo Vin. Dockson estaba de pie junto al largo pasillo que servía de dormitorio a la banda. Vin asomó la cabeza, esperando encontrar una escena similar a la de la sala. En cambio, había solo un cadáver atado a una silla. A la débil luz apenas pudo distinguir que le habían sacado los ojos.

Kelsier permaneció en silencio un momento.

—Es el hombre que puse al mando.

—Milev —asintió Vin—. ¿Qué pasa con él?

—Lo han matado lentamente —dijo Kelsier—. Mira la cantidad de sangre en el suelo, la forma en que sus extremidades están retorcidas. Tuvo tiempo de gritar y debatirse.

—Tortura —certificó Dockson.

Vin sintió un escalofrío. Miró a Kelsier.

—¿Debemos cambiar de base? —preguntó Ham.

Kelsier negó lentamente con la cabeza.

—Cuando Clubs vino a esta guarida llevaría disfraz al entrar y al salir, ocultando su cojera. Es su trabajo como ahumador asegurarse de que no se le pueda encontrar con tan solo preguntar en la esquina. Ninguno de los miembros de esta banda podría habernos traicionado... deberíamos estar a salvo todavía.

Nadie dijo lo que era obvio: *El inquisidor no debería haber podido encontrar esa guarida tampoco*.

Kelsier volvió a la habitación principal, llevó a Dockson aparte y le habló en voz baja. Vin se acercó, tratando de oír lo que decían, pero Sazed le colocó una mano en el hombro.

—Dama Vin —desaprobó—, si maese Kelsier quisiera que oyéramos lo que está diciendo, ¿no hablaría en voz alta?

Vin dirigió al terrisano una mirada enfadada. Luego buscó en su interior y quemó estaño.

El súbito hedor de la sangre casi la ahogó. Pudo oír la respiración de Sazed. La habitación ya no estaba oscura; de hecho, la intensa luz de las dos linternas le lastimó los ojos. Fue consciente del aire rancio y estancado.

Y pudo oír, claramente, la voz de Dockson.

—... fui a comprobarlo un par de veces, como pediste. Lo encontrarás tres calles al oeste de la Encrucijada Cuatropozos.

Kelsier asintió.

—Ham —dijo en voz alta.

Vin dio un respiro. Sazed la miró con severidad.

Sabe algo de alomancia, pensó Vin, leyendo la expresión del hombre. *Ha deducido lo que estaba haciendo.*

—¿Sí, Kel? —preguntó Ham, asomándose desde la habitación del fondo.

—Lleva a los demás de vuelta al taller. Y tened cuidado.

—Por supuesto —prometió Ham.

Vin miró a Kelsier, luego permitió a regañadientes que Sazed y Dockson se la llevaran de la guarida.

TENDRÍA QUE HABER TOMADO EL CARRUAJE, pensó Kelsier, frustrado por su lento ritmo. *Los otros podrían haber vuelto caminando de la guarida de Camon.*

Ansiaba quemar acero y ponerse a saltar hacia su destino. Por desgracia, era muy difícil no llamar la atención cuando volabas sobre la ciudad a plena luz del día.

Kelsier se ajustó el sombrero y continuó caminando. Un noble a pie no era extraño, sobre todo en el distrito comercial, donde los skaa más afortunados y los nobles con menos fortuna se mezclaban en las calles... aunque cada grupo hacía lo posible por ignorar al otro.

Paciencia. La velocidad no importa. Si saben de su existencia, ya está muerto.

Kelsier entró en una gran plaza. Había cuatro pozos en sus esquinas y una enorme fuente de cobre (su superficie verde resquebrajada y ennegrecida por el hollín) dominaba el centro de la plaza. La estatua representaba al lord Legislador de pie, en postura teatral con su capa y su armadura, sobre una representación informe de la Profundidad muerta en el agua a sus pies.

Kelsier dejó atrás la fuente de aguas sucias por la reciente lluvia de ceniza. A los lados de la calle suplicaban mendigos skaa y sus penosas voces marcaban

un fino equilibrio entre lo audible y lo molesto. El lord Legislador apenas los toleraba; solo los skaa severamente desfigurados podían dedicarse a mendigar. Su penosa vida, sin embargo, no era algo que envidiaran ni siquiera los skaa de las plantaciones.

Kelsier les arrojó unas pocas monedas, sin preocuparle que eso le hiciera destacar, y continuó caminando. Cuando rebasó esas calles, encontró un cruce mucho más pequeño. También estaba lleno de mendigos, pero no había ninguna bella fuente en el centro de la intersección ni en las esquinas pozos para atraer el tráfico.

Allí los mendigos eran aún más patéticos: lamentables individuos demasiado maltrechos para luchar por un sitio en una plaza importante. Niños desnutridos y adultos envejecidos llamaban con voces llenas de aprensión; hombres sin dos o más miembros yacían acurrucados en las esquinas, sus cuerpos manchados de hollín casi invisibles en las sombras.

Kelsier echó mano por instinto a su monedero. *Sigue adelante*, se dijo. *No puedes salvarlos a todos, no con monedas. Ya habrá tiempo para ellos cuando el Imperio Final haya desaparecido.*

Ignorando los penosos gritos, que se hicieron más fuertes cuando los mendigos se dieron cuenta de que los estaba mirando, Kelsier estudió sus rostros. Solo había visto a Camon brevemente, pero pensaba que sería capaz de reconocerlo. Sin embargo, ninguno de los rostros parecía el suyo y ningún mendigo era grueso como Camon, que, a pesar de las semanas de hambre, aún tendría que estar gordo.

No está aquí, pensó Kelsier con insatisfacción. La orden que le había dado a Milev, el nuevo jefe de la banda, de convertir a Camon en mendigo, había sido ejecutada. Dockson lo había comprobado.

La ausencia de Camon de la plaza quizá solo significara que había conseguido un sitio mejor. También podía significar que el Ministerio lo había encontrado. Kelsier se detuvo un instante, escuchando los tristes gemidos de los mendigos. Unos cuantos copos de ceniza empezaron a caer del cielo.

Algo iba mal. No había mendigos en la esquina norte de la intersección. Kelsier quemó estaño y olió sangre en el aire.

Se quitó los zapatos y se soltó el cinturón. A continuación, soltó el cierre de su capa y la hermosa prenda cayó al suelo. Una vez hecho eso, el único metal que quedó sobre su cuerpo fue su bolsa de monedas. Tomó unas cuantas y avanzó con cuidado, dejando su ropa a los mendigos.

El olor de la muerte se intensificó, pero no oyó más que la carrera de los mendigos tras él. Se dirigió a la calle norte y advirtió de inmediato un estrecho callejón a su izquierda. Tras tomar aire, avivó peltre y se metió en él.

El fino y oscuro callejón estaba cubierto de basura y ceniza. Nadie le esperaba... Al menos, nadie vivo.

Camon, bandido convertido en mendigo, colgaba de una cuerda atada en lo alto. Su cuerpo giraba lentamente con la brisa y la ceniza caía a su alrededor. No lo habían colgado de la manera convencional: la cuerda estaba atada a un gancho y este hundido en su garganta. El extremo ensangrentado del gancho le salía por debajo de la barbilla. Colgaba con la cabeza echada hacia atrás, con la cuerda saliéndole por la boca. Tenía las manos atadas y su cuerpo aún grueso mostraba signos de tortura.

Mala cosa.

Un pie rozó el empedrado tras él y Kelsier se giró, avivando acero y desparramando un puñado de monedas.

Con un gritito infantil, una figura pequeña se echó al suelo desviando las monedas mientras quemaba acero.

—*¿Vin?* —dijo Kelsier. Maldijo, tendió la mano y la atrajo hacia el callejón. Se asomó y vio que los mendigos alzaban la cabeza al oír las monedas caer el suelo—. *¿Qué estás haciendo aquí?* —exigió saber, dándose la vuelta. Vin llevaba el mismo mono marrón y la camisa gris de antes, aunque al menos había tenido el buen sentido de echarse encima una capa corriente con la capucha puesta.

—Quería ver lo que hacías —dijo ella, retrocediendo levemente ante su furia.

—*¡Esto podría haber sido peligroso! ¿En qué estabas pensando?*

Vin retrocedió un poco más.

Kelsier se calmó. *No puedes echarle la culpa por ser curiosa*, pensó mientras unos cuantos mendigos más valientes se colaban en el callejón en busca de las monedas. *Es solo...*

Kelsier se detuvo. Era tan sutil que casi se le pasó. Vin estaba aplacando sus emociones.

La miró. La chica estaba tratando de hacerse invisible contra la esquina. Parecía muy tímida. Sin embargo, captó un oculto brillo de determinación en sus ojos. Había convertido en un arte la capacidad de parecer inofensiva. *¡Qué sutil!*, pensó Kelsier. *¿Cómo habrá llegado a ser tan buena así de rápido?*

—No tienes que usar la alomancia, Vin —dijo en voz baja—. No voy a hacerte daño. Lo sabes.

Ella se ruborizó.

—No lo pretendía... Ha sido por costumbre.

—No pasa nada —dijo Kelsier, colocando una mano en su hombro—. Pero recuerda: no importa lo que diga Brisa, no está bien controlar las emociones de tus amigos. Además, los nobles consideran un insulto usar la alomancia en ambientes formales. Esos reflejos te meterán en un lío si no aprendes a controlarlos.

Ella asintió y se puso en pie para estudiar a Camon. Kelsier esperaba que se diera la vuelta, asqueada, pero se quedó allí de pie con una expresión de sombría satisfacción en el rostro.

No, no es nada débil, pensó Kelsier. *No importa lo que te haya hecho creer.*

—¿Lo han torturado aquí? ¿Al aire libre?

Kelsier asintió, imaginando los gritos reverberar hasta los incómodos mendigos. Al Ministerio le gustaba que sus castigos no pasaran en absoluto desapercibidos.

—¿Por qué el gancho?

—Es una muerte ritual reservada para los pecadores más terribles: gente que hace mal uso de la alomancia.

Vin frunció el ceño.

—¿Camon era alomante?

Kelsier negó con la cabeza.

—Debió de admitir algo horrible durante su tortura. —Kelsier miró a Vin

—. Debía de saber que tú lo eras, Vin. Te utilizó intencionadamente.

Ella palideció un poco.

—Entonces... ¿el Ministerio sabe que soy una nacida de la bruma?

—Tal vez. Depende de si Camon lo sabía o no. Puede que haya supuesto que eras una brumosa.

Ella guardó silencio un instante.

—¿Qué implica esto para mi parte en el trabajo, entonces?

—Continuaremos según lo planeado —dijo Kelsier—. Solo un par de obligadores te vieron en el edificio del Cantón y haría falta alguien muy especial para relacionar a la criada skaa con la noble bien vestida.

—¿Y el inquisidor? —preguntó Vin en voz baja.

Para eso, Kelsier no tenía respuesta.

—Vamos —dijo finalmente—. Ya hemos llamado demasiado la atención.

¿Cómo sería si todas las naciones, desde las islas al sur hasta las montañas de Terris al norte, estuvieran unidas bajo un solo gobierno?

¿Qué maravillas podrían conseguirse, qué progreso podría lograrse si la humanidad renunciara permanentemente a sus disputas y se uniera?

Supongo que es demasiado esperar. ¿Un único imperio humano, unificado? Nunca sucederá.

12



VIN RESISTIÓ LAS GANAS DE tirar de su vestido de noble. Incluso después de media semana de verse obligada a llevar uno (sugerencia de Sazed), el pesado atuendo le resultaba incómodo. Le apretaba en la cintura y el pecho, y luego caía al suelo en varias capas de tejido rizado que entorpecía el andar. Seguía creyendo que iba a tropezar... y a pesar de lo ampuloso del vestido le parecía que iba desnuda por lo apretado que le quedaba en el pecho, por no mencionar el escote. Aunque enseñaba casi tanta piel cuando vestía camisas normales de botones, aquello le parecía diferente.

Sin embargo, tenía que admitir que el vestido lo cambiaba todo. La muchacha que la miraba desde el espejo era una criatura extraña y desconocida. El vestido celeste, con sus lazos y encajes blancos, hacía juego con los pasadores de zafiro de su pelo. Sazed decía que no estaría contento hasta que el pelo no le llegara al menos hasta los hombros, pero de todas formas había sugerido que comprara los pasadores y se los colocara sobre cada oreja.

—Los aristócratas no suelen ocultar sus defectos —le había explicado—. Al contrario, los resaltan. Llama la atención sobre tu pelo corto y, en vez de pensar que no vas a la moda, tal vez les impresione la declaración que estás haciendo.

Vin también llevaba un collar de zafiro; modesto para un noble, pero que valía más de doscientos cuartos. Lo complementaba con un brazalete de rubí, para acentuarlo. Al parecer, la moda del momento dictaba un único toque de color distinto para marcar contraste.

Y era todo suyo, pagado con fondos de la banda. Si se escapaba y se llevaba las joyas y sus tres mil cuartos, podría vivir durante décadas. Era más tentador de lo que quería admitir. Imágenes de los hombres de Camon, de sus cadáveres retorcidos en la silenciosa guarida, la acosaban. Eso debía de ser lo que le esperaba si se quedaba.

¿Por qué, entonces, no se marchaba?

Se apartó del espejo y se puso un chal de seda celeste, la versión femenina de una capa para los aristócratas. ¿Por qué no se marchaba? Tal vez era por su promesa a Kelsier. Él le había ofrecido el don de la alomancia, y dependía de ella. Tal vez era por su deber hacia los demás. Para sobrevivir, las bandas necesitaban que cada persona hiciera su trabajo.

Por la formación que le había dado Reen sabía que esos hombres eran unos necios, pero se sentía tentada, atraída por la posibilidad que ofrecían Kelsier y los otros. En el fondo, no eran las riquezas ni la emoción del trabajo lo que la hacían quedarse. Era la oscura perspectiva (improbable e irracional, pero seductora) de pertenecer a un grupo cuyos hombres se fiaban unos de otros. Tenía que quedarse. *Tenía* que saber si duraría, o si todo era, como prometían los crecientes susurros de Reen, una mentira.

Se dio la vuelta y salió de su habitación camino de la puerta de la Mansión Renoux, donde Sazed la esperaba con un carruaje. Había decidido quedarse y eso significaba que tenía que cumplir su cometido.

Era el momento de hacer su primera aparición como noble.

EL CARRUAJE DIO UNA SACUDIDA violenta y Vin se sobresaltó. Sin embargo, el vehículo continuó con normalidad su avance y Sazed no se movió de su lugar en el pescante.

Algo sonó en el techo. Vin avivó sus metales, tensándose, mientras una figura saltaba de la parte superior del carruaje y aterrizaba en el estribo, ante su puerta. Kelsier sonrió cuando asomó la cabeza por la ventanilla.

Vin dejó escapar un suspiro de alivio y se acomodó en su asiento.

—Podrías habernos pedido que te recogiéramos.

—No era necesario —dijo Kelsier, abriendo la puerta del carroje y entrando. Fuera ya estaba oscuro y él llevaba su capa de bruma—. Ya le advertí a Sazed que me dejaría caer durante el viaje.

—¿Y por qué no me lo dijiste a mí?

Kelsier hizo un guiño y cerró la puerta.

—Supuse que te lo debía por la sorpresa en el callejón de la semana pasada.

—Qué madurez por tu parte —dijo Vin llanamente.

—Siempre he confiado mucho en mi inmadurez. ¿Estás preparada para la velada?

Vin se encogió de hombros, tratando de ocultar su nerviosismo. Bajó los ojos.

—¿Qué... uh, aspecto tengo?

—Espléndido —dijo Kelsier—. Igual que una noble joven. No te pongas nerviosa, Vin: el disfraz es perfecto.

Por algún motivo, a ella no le pareció que esa fuera la respuesta que quería oír.

—¿Kelsier?

—Sí?

—Hace tiempo que quería preguntarte algo —dijo, mirando por la ventanilla, aunque todo lo que podía ver era bruma—. Comprendo que pienses que es importante... esto de tener a una espía entre la nobleza. Pero... bueno, ¿de verdad tenemos que hacerlo así? ¿No podríamos encontrar informadores callejeros que nos dijeran lo que necesitamos saber sobre la política de las casas?

—Tal vez —respondió Kelsier—. Pero esos hombres se llaman «informadores» por un motivo, Vin. Cada pregunta que les haces les da una pista sobre tus verdaderos motivos... Incluso el hecho de reunirte con ellos revela un poco de información que podrían vender a otro. Es mejor confiar en ellos lo menos posible.

Vin suspiró.

—No te envío al peligro a ciegas, Vin —dijo Kelsier, inclinándose hacia delante—. Necesitamos a una espía entre la nobleza. Los informadores suelen conseguir sus datos de los criados, pero la mayoría de los aristócratas no son tontos. Las reuniones importantes tienen lugar donde ningún criado puede oírlas.

—¿Y esperas que yo pueda participar en esas reuniones?

—Tal vez sí, tal vez no. Sea como sea, he aprendido que siempre es más útil tener a alguien infiltrado en la nobleza. Sazed y tú os enteraréis de temas vitales que los informadores callejeros no considerarían importantes. De hecho, estar en esas fiestas, aunque no te enteres de nada, ya nos proporcionará información.

—¿Cómo? —preguntó Vin, el ceño fruncido.

—Toma nota de la gente que parezca interesada en ti —dijo Kelsier—. Esas serán las casas que querremos vigilar. Si te prestan atención a ti, cabe pensar que estén prestándole atención también a lord Renoux... y hay un buen motivo para que estén haciéndolo.

—Armas —dijo Vin.

Kelsier asintió.

—La posición de Renoux como mercader de armas lo hará valioso para aquellos que planeen emprender acciones militares. Esas son las casas en las que necesitaré concentrar mi atención. Ya tendría que haber cierta tensión acumulada en la nobleza... Es de esperar que estén empezando a preguntarse qué casas van a volverse contra qué otras. No ha habido una guerra abierta entre las Grandes Casas desde hace más de un siglo, pero la última fue devastadora. Tenemos que repetirla.

—Eso podría significar la muerte de un montón de nobles.

Kelsier sonrió.

—Puedo vivir con eso. ¿Y tú?

Vin sonrió a pesar de la tensión.

—Hay otro motivo para que hagas esto —dijo Kelsier—. En algún momento durante este alocado plan mío puede que tengamos que enfrentarnos al lord Legislador. Tengo la sensación de que cuanta menos gente tengamos que colar en su presencia, mejor. Tener a una nacida de la bruma skaa oculta entre la nobleza... bueno, podría ser una ventaja poderosa.

Vin sintió un ligero escalofrío.

—El lord Legislador... ¿estará allí esta noche?

—No. Habrá obligadores, aunque quizás no inquisidores... y, desde luego, quien no estará es el lord Legislador en persona. Una fiesta como esta no merece su atención.

Vin asintió con la cabeza. No había visto al lord Legislador: nunca había querido hacerlo.

—No te preocupes tanto —dijo Kelsier—. Aunque fueras a encontrarte con él, estarías a salvo. No puede leer la mente.

—¿Estás seguro?

Kelsier hizo una pausa.

—Bueno, no. Pero si puede leer la mente, no lo hace con todo el mundo al que ve. He conocido a varios skaa que se hicieron pasar por nobles en su presencia... Yo mismo lo hice varias veces antes de... —Se calló y se miró las manos cubiertas de cicatrices.

—Al final acabó capturándote.

—Y es probable que vuelva a hacerlo —respondió Kelsier, guiñándole un ojo—. Pero no te preocupes ahora por él: nuestro objetivo esta noche es la presentación de lady Valette Renoux. No tendrás que hacer nada peligroso ni extraño. Solo asistir y marcharte cuando te lo diga Sazed. Nos preocuparemos más tarde de ganarnos la confianza.

Vin asintió.

—Buena chica —dijo Kelsier. Abrió la puerta—. Estaré escondido cerca de la fortaleza, vigilando y escuchando.

Vin asintió, agradecida, y Kelsier saltó del carroaje y desapareció entre las brumas oscuras.

VIN NO ESTABA PREPARADA PARA lo mucho que brillaba la fortaleza de Venture en la oscuridad. El enorme edificio estaba envuelto en un aura de luz brumosa. Mientras el carroaje se acercaba, distinguió ocho luces gigantescas que ardían en el exterior del edificio rectangular. Brillaban tanto como hogueras, pero eran mucho más firmes y tenían espejos al lado para iluminar directamente la fortaleza. Vin no acababa de entender su propósito. El baile sería dentro, ¿por qué poner luz en el exterior del edificio?

—Mete la cabeza, por favor, mi señora —dijo Sazed desde su puesto en el pescante—. Las damas no se asoman.

Vin le dirigió una dura mirada que él no pudo ver, pero volvió a meter la cabeza, esperando con impaciente nerviosismo a que el carroaje se detuviera ante la enorme mansión. Al cabo de un rato se detuvo y un lacayo Venture inmediatamente le abrió la puerta. Un segundo criado se acercó y le ofreció una mano para ayudarla a bajar.

Vin aceptó la mano, tratando con toda la gracia posible de sacar del carroaje la falda de encajes de su vestido. Mientras descendía con cuidado, tratando de no tropezar, agradeció la mano firme del criado y finalmente se dio cuenta de por qué se esperaba de los hombres que ayudaran a las mujeres a

salir de los carruajes. No era una costumbre tonta después de todo: lo tonto era la ropa.

Sazed entregó el carruaje y ocupó su lugar unos cuantos pasos detrás de ella. Llevaba una ropa aún más refinada que de costumbre; aunque con la misma pauta en forma de V, tenía un cinturón y anchas mangas envolventes.

—Adelante, señora —la instruyó Sazed en voz baja desde atrás—. Hasta la alfombra, para que tu vestido no roce el empedrado, y luego entra por la puerta principal.

Vin asintió, tratando de tragarse su incomodidad. Avanzó, dejando atrás nobles y damas con diversas galas y vestidos. Aunque no la miraban, se sentía observada. Sus pasos no tenían la gracia de las otras damas, que estaban hermosas y parecían cómodas con sus atuendos. Las manos empezaron a sudarle dentro de sus guantes blanquiazules de seda.

Se obligó a continuar. Sazed la llevó hasta la puerta y entregó su invitación a los encargados. Ambos hombres, vestidos con el atuendo negro y rojo propio de los sirvientes, hicieron una reverencia y le cedieron el paso. Una multitud de aristócratas se congregaba en el vestíbulo, esperando para entrar en el salón principal.

¿Qué estoy haciendo?, se preguntó Vin, frenética. Podía desafiar la bruma y la alomancia, a ladrones y rateros, espectros y palizas. Sin embargo, enfrentarse a esos nobles y sus damas... caminar entre ellos a la luz, visible, incapaz de esconderse... Eso la aterrorizaba.

—Adelante, señora —dijo Sazed con su voz tranquilizadora—. Recuerda tus lecciones.

¡Escóndete! ¡Busca un rincón! ¡Sombras, brumas, lo que sea!

Vin caminaba hacia delante, con las manos rígidamente entrelazadas. Sazed avanzaba a su lado. Con el rabillo del ojo, pudo ver la preocupación en su rostro normalmente calmado.

¡Y bien que debe preocuparse! Todo lo que le había enseñado parecía huidizo, vaporoso como las brumas mismas. No podía recordar nombres, costumbres, nada.

Se detuvo nada más adentrarse en el vestíbulo y un noble de aspecto imperioso vestido de negro se volvió a mirarla. Vin se quedó petrificada.

El hombre la miró con gesto despectivo, luego se volvió. Ella oyó susurrar claramente la palabra «Renoux» y miró aprensiva a un lado. Varias mujeres la estaban mirando.

Y, sin embargo, no parecía que la estuviesen viendo siquiera. Estaban estudiando el vestido, el pelo y las joyas. Vin miró al otro lado, donde un grupo de hombres más jóvenes la miraba. Veían el escote, el hermoso vestido y el maquillaje, pero no la veían *a ella*.

Ninguno podía ver a Vin, solo el rostro que se había puesto, el rostro que ella quería que vieran. Veían a lady Valette. Era como si Vin no estuviera allí.

Como si... como si estuviera ocultándose, justo delante de sus ojos.

Y de repente la tensión empezó a remitir. Dejó escapar un largo suspiro para calmarse y la ansiedad se redujo. La formación de Sazed regresó y Vin adoptó la expresión de una muchacha asombrada por su primer baile de gala. Se hizo a un lado entregando el chal a un sirviente y Sazed se relajó junto a ella. Vin le dirigió una sonrisa y entró en el salón principal.

Podía hacerlo. Todavía estaba nerviosa, pero el momento de pánico había pasado. No necesitaba sombras ni rincones: solo una máscara de zafiros, maquillaje y tela azul.

El salón principal Venture era grandioso e imponente. Tenía tres o cuatro pisos de altura y era varias veces más largo que ancho, con hileras de enormes y rectangulares ventanales de cristal tintado sobre los que caían directamente las extrañas y potentes luces del exterior, proyectando una cascada de colores por toda la sala. Enormes columnas de piedra adornaban los muros entre las ventanas. Justo antes de que las columnas tocaran el suelo, la pared cedía creando un arco y una galería de una planta bajo las ventanas. Docenas de mesas con mantelerías blancas ocupaban esta zona, protegidas tras las columnas y bajo el arco. En la distancia, al fondo del salón, Vin distinguió un balcón bajo donde había un grupo más pequeño de mesas.

—La mesa donde cena lord Straff Venture —susurró Sazed, indicando el lejano balcón.

Vin asintió.

—¿Y esas luces de fuera?

—Candilejas, señora —explicó Sazed—. No estoy seguro de cuál es el proceso empleado: de algún modo, las piedras de cal pueden ser calentadas para que brillen sin derretirse.

Una orquesta de cuerda tocaba en un escenario a la izquierda, proporcionando música para las parejas que bailaban en el mismo centro del salón. A la derecha, las mesas ofrecían plato tras plato de comida que servían presurosos criados vestidos de blanco.

Sazed se acercó a un sirviente y le mostró la invitación de Vin. El hombre asintió, luego susurró algo al oído de un criado más joven. El muchacho hizo una reverencia a Vin y luego la guio por la sala.

—He pedido una mesa pequeña y apartada —dijo Sazed—. No necesitarás mezclarte en esta visita, creo. Solo que te vean.

Vin asintió, agradecida.

—La mesa apartada indicará que eres soltera —le advirtió Sazed—. Come despacio... Cuando acabes, los hombres vendrán a sacarte a bailar.

—¡No me has enseñado a bailar! —dijo Vin con un susurro urgente.

—No hubo tiempo, señora —respondió Sazed—. No te preocupes: respetuosamente y con todo derecho puedes rechazarlos. Ellos supondrán que estás anonadada por tu primer baile, y no pasará nada.

Vin asintió. El criado los condujo a una mesita, cerca del centro del pasillo. Vin se sentó en la única silla mientras Sazed ordenaba su comida. Luego se colocó detrás del asiento.

Vin permaneció sentada con recato, esperando. La mayoría de las mesas se encontraba justo bajo el saliente de la galería, cerca de la pista de baile, y eso dejaba un pasillo entre ellas y la pared. Parejas y grupos pasaban, hablando tranquilamente. De vez en cuando alguien señalaba hacia Vin.

Bueno, esa parte del plan de Kelsier está funcionando. Reparaban en ella. Sin embargo, tuvo que esforzarse para no rebullirse ni hundirse en su asiento cuando un alto prelado caminó por el pasillo tras ella. Por fortuna, no era uno de los que había conocido, aunque llevaba la misma túnica gris y los mismos tatuajes alrededor de los ojos.

La verdad era que había varios obligadores en la fiesta. Caminaban, mezclándose con los asistentes. Y, sin embargo, había en ellos cierto distanciamiento. Una separación. Se mantenían aparte, casi como carabinas.

La Guarnición vigila a los skaa, pensó Vin. *Al parecer, los obligadores realizan una función similar con la nobleza.* Era una constatación extraña: siempre había pensado que los nobles eran libres. Y, desde luego, eran mucho más confiados que los skaa. Muchos parecían estar divirtiéndose y los obligadores no parecían actuar como policía, ni siquiera específicamente como espías. Sin embargo, allí estaban. Deambulando, uniéndose a las conversaciones. Un recordatorio constante del lord Legislador y su imperio.

Vin dejó de prestar atención a los obligadores (su presencia aún seguía haciéndola sentirse un poco incómoda) y se concentró en otra cosa: las

hermosas vidrieras. Sentada donde estaba, podía ver algunas de las que estaban directamente enfrente y encima.

Eran escenas religiosas, como muchas de las preferidas por la aristocracia. Tal vez para mostrar devoción, o tal vez se trataba de una exigencia. Vin no lo sabía con exactitud... pero Valette tampoco debía de saberlo, así que no importaba.

Por fortuna, reconoció algunas de las escenas, sobre todo por las enseñanzas de Sazed. Parecía saber tanto sobre la doctrina del lord Legislador como de otras religiones, aunque a ella le resultaba extraño que estudiara la religión que consideraba tan opresiva.

En el centro de muchas de las vidrieras estaba la Profundidad. Negra (o, en términos de vidriera, violeta), era informe, con vengativas masas en forma de tentáculos extendiéndose por varias ventanas. Vin la contempló, junto con las brillantes imágenes coloreadas del lord Legislador, y se sintió un poco absorta por las escenas a contraluz.

¿Qué era la Profundidad?, se preguntó. ¿Por qué describirla de manera tan informe? ¿Por qué no mostrar lo que realmente era?

Nunca había pensado en la Profundidad hasta entonces, pero las lecciones de Sazed la habían hecho dudar. Su instinto gritaba que había engaño. El lord Legislador había inventado una amenaza terrible que había sido capaz de destruir en el pasado, «ganándose» por tanto su puesto como emperador. Y, sin embargo, al contemplar aquella cosa horrible y retorcida, Vin casi podía creer.

¿Y si algo así hubiera existido? De ser cierto, ¿cómo había conseguido derrotarla el lord Legislador?

Suspiró, sacudiendo la cabeza ante la idea. Ya empezaba a pensar como una noble. Estaba admirando la belleza de los adornos, pensando en lo que significaban, sin pensar más que de pasada en el dinero que habían costado. Pero todo parecía maravilloso y ornado.

Los pilares del salón no eran solo columnas normales, sino obras maestras talladas. Grandes estandartes colgaban del techo sobre las vidrieras y la suave bóveda del techo estaba cruzada por vigas y rematada con piedras angulares. De algún modo, supo que cada uno de aquellos remates estaba intrincadamente tallado, a pesar de que estaban demasiado lejos para verlos desde abajo.

Y los bailarines rivalizaban, quizá incluso superándolo, con el exquisito entorno. Las parejas se movían con gracia, siguiendo la suave música con

movimientos fluidos, aparentemente sin esfuerzo. Muchos incluso charlaban mientras bailaban. Las damas se movían libremente con sus vestidos... muchos de los cuales, advirtió Vin, hacían que su propio atuendo de encajes pareciera sencillo en comparación. Sazed tenía razón: el pelo largo estaba de moda, aunque el mismo número de damas lo llevaba recogido.

Rodeados por el majestuoso salón, los nobles con sus atuendos de gala parecían de algún modo diferentes. Distinguidos. ¿Eran estas las mismas criaturas que golpeaban a sus amigos y esclavizaban a los skaa? Parecían demasiado... perfectos, demasiado bien educados para cometer esos terribles actos.

Me pregunto si alguna vez se fijarán en el mundo exterior, pensó, cruzando los brazos sobre la mesa mientras contemplaba el baile. *Tal vez no pueden ver más allá de sus fortalezas y sus bailes... igual que no pueden ver más allá de mi vestido y mi maquillaje.*

Sazed le dio un golpecito en el hombro y Vin suspiró, adoptando una postura más digna de una dama. La comida llegó unos instantes después, un festín de sabores tan extraños que se hubiera quedado desconcertada de no haber comido cosas similares durante los últimos meses. En sus lecciones Sazed podía haber omitido la danza, pero había sido bastante puntilloso en lo referente a la etiqueta para cenar, cosa que Vin agradeció. Como había dicho Kelsier, el principal objetivo de la noche era hacer acto de presencia... y por eso era tan importante que lo hiciera de manera adecuada.

Comió con delicadeza, como le habían enseñado, y eso le permitió ser lenta y meticulosa. No le gustaba la idea de que la invitaran a bailar; en el fondo temía que fuera a dejarse llevar por el pánico si alguien llegaba a hablarle. Sin embargo, una comida podía durar un tiempo limitado... sobre todo dado lo pequeñas que eran las raciones servidas a una dama. Terminó pronto y colocó el tenedor sobre el plato indicando que había acabado.

El primer pretendiente apareció apenas dos minutos más tarde.

—¿Lady Valette Renoux? —preguntó el joven, haciendo una ligera reverencia. Llevaba un chaleco verde bajo su traje largo y oscuro—. Soy lord Rian Strobe. ¿Le gustaría bailar?

—Mi señor... —dijo Vin, bajando vergonzosa la mirada—. Es usted muy amable, pero este es mi primer baile, ¡y aquí todo es tan grandioso! Y temo tropezar por el nerviosismo. ¿Quizá la próxima vez...?

—Por supuesto, mi señora —dijo él, asintiendo cortés antes de retirarse.

—Muy bien hecho, señora —susurró Sazed—. Tu acento ha sido magistral. Naturalmente, tendrás que bailar con él en la próxima ocasión. Sin duda para entonces ya te habremos enseñado, creo.

Vin se ruborizó.

—Tal vez él no asista.

—Tal vez —dijo Sazed—. Pero no es probable. Los jóvenes nobles son muy aficionados a sus diversiones nocturnas.

—¿Hacen esto cada noche?

—Prácticamente. Los bailes son, después de todo, el principal motivo por el que la gente viene a Luthadel. Si estás en esta ciudad y hay un baile (y casi siempre lo hay), sueles asistir, sobre todo si eres joven y soltero. No esperarán que acudas con mucha frecuencia, aunque deberíamos intentar que asistieras a dos o tres por semana.

—Dos o tres... —dijo Vin—. ¡Pero voy a necesitar más vestidos!

Sazed sonrió.

—Ah, ya piensas como una noble. Ahora, señora, si me disculpas...

—¿Disculparte? —preguntó Vin, dándose la vuelta.

—Voy al comedor de los mayordomos. Normalmente un sirviente de mi categoría se retira cuando su señor ha terminado de comer. No me apetece irme y dejarte, pero esa habitación estará llena de los presumidos criados de los altos nobles. Habrá conversaciones que maese Kelsier desea que oiga.

—¿Me dejas sola?

—Hasta ahora lo has hecho bien, señora —dijo Sazed—. No has cometido ningún error importante... o al menos ninguno que no quepa esperar de una dama nueva en la corte.

—¿Como cuál? —preguntó Vin, aprensiva.

—Los discutiremos más tarde. Quédate en la mesa tomando vino... Trata de que no llenen la copa demasiado a menudo y espera mi regreso. Si otros jóvenes se acercan, recházalos tan delicadamente como has hecho con el primero.

Vin asintió, vacilante.

—Regresaré dentro de una hora —prometió Sazed. Sin embargo, se quedó allí de pie, como si esperara algo.

—Hummm, puedes retirarte —dijo Vin.

—Gracias, señora —dijo él, haciendo una reverencia antes de marcharse y dejarla sola. *No estoy sola*, pensó. *Kelsier está ahí fuera en alguna parte*,

vigilando en la noche. La idea la reconfortó, aunque deseó no sentir de manera tan aguda el espacio vacío tras la silla.

Tres jóvenes más se acercaron para invitarla a bailar, pero cada uno de ellos aceptó su amable rechazo. Ningún otro vino después: debía de haberse corrido la voz de que no estaba interesada en bailar. Memorizó los nombres de los cuatro hombres que la habían abordado (Kelsier querría conocerlos) y se dispuso a esperar.

Extrañamente, pronto se sintió aburrida. La sala estaba bien ventilada, pero seguía notando calor bajo las capas de tela. Lo peor eran sus piernas, ya que tenían que soportar toda aquella ropa interior que le llegaba hasta los talones. Las mangas largas no ayudaban tampoco, aunque la seda era suave contra su piel. El baile continuó y ella lo observó con interés durante un rato. Sin embargo, pronto dedicó su atención a los obligadores.

Parecía que tenían algún tipo de función en la fiesta. Aunque a menudo se mantenían apartados de los grupos de nobles que charlaban, de vez en cuando se unían a ellos. Y, con la misma frecuencia, algún grupo se detenía y buscaba a un obligador, llamándolo con un gesto respetuoso.

Vin frunció el ceño, tratando de decidir qué estaba pasando por alto. Al cabo de un rato, un grupo sentado a una mesa cercana llamó a un obligador que pasaba. La mesa estaba demasiado lejos para oír nada sin ayuda, pero con estaño...

Buscó en su interior para quemar el metal, pero se detuvo. *Primero cobre*, pensó, encendiendo el metal. Tendría que acostumbrarse a dejarlo encendido casi todo el tiempo, para no exponerse.

Oculta su alomancia, encendió estaño. Inmediatamente, la luz de la sala se volvió cegadora y tuvo que cerrar los ojos. La música de la banda se hizo más fuerte, y una docena de conversaciones a su alrededor pasaron de ser zumbidos a voces audibles. Tuvo que intentar concentrarse con fuerza en la que le interesaba, pero la mesa era la que estaba más cerca, así que al final logró aislar las voces adecuadas.

—... juro que compartiré con él la noticia de mi compromiso antes que con nadie —dijo una de ellas. Vin abrió un poquito los ojos: era una de las nobles sentadas a la mesa.

—Muy bien —dijo el obligador—. Soy testigo y doy fe de esto.

La noble tendió una mano y las monedas tintinearon. Vin apagó su estaño, abriendo del todo los ojos a tiempo para ver al obligador marcharse,

guardando algo (las monedas, seguramente) en uno de los bolsillos de su túnica.

Interesante, pensó.

Por desgracia, la gente de la mesa no tardó en levantarse y marcharse, dejando a Vin sin nadie cerca para escuchar. Su aburrimiento regresó mientras observaba al obligador cruzar la sala y acercarse a uno de sus compañeros. Empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa, mirando a los dos obligadores hasta que se dio cuenta de algo.

Reconoció a uno de ellos. No el que había aceptado el dinero, sino su compañero, un hombre mayor. Bajo y de rasgos firmes, tenía un aire dominante. Incluso el otro obligador lo trataba con deferencia.

Al principio, Vin creyó que su familiaridad se debía a su visita al Cantón de las Finanzas con Camon y sintió una puñalada de pánico. Entonces, sin embargo, se dio cuenta de que no se trataba del mismo hombre. Lo había visto antes, pero no allí. Era...

Mi padre, advirtió con estupefacción.

Reen se lo había señalado una vez, a su llegada a Luthadel un año antes: él estaba inspeccionando a los obreros de una fragua local. Reen coló a Vin en el lugar, insistiendo en que al menos viera una vez a su padre... aunque ella no comprendió por qué. De todas formas, había memorizado su cara.

Resistió las ganas de encogerse en su silla. Era imposible que el hombre pudiera reconocerla: ni siquiera sabía que existía. Se obligó a desviar su atención de él y miró en cambio las vidrieras. Sin embargo, no pudo echarles un buen vistazo porque las columnas y los tapices se lo impedían.

Mientras estaba allí sentada, reparó en algo que no había advertido antes: un balcón descubierto que corría por encima de la pared del fondo. Era como una contrapartida al hueco bajo las ventanas, excepto que corría por la parte superior de la pared, entre las vidrieras y el techo. Vio movimiento allí, parejas y gente sola paseando y contemplando la fiesta de abajo.

Su instinto la guio hacia el balcón, desde donde podría ver la fiesta sin ser vista. También le permitiría contemplar los maravillosos estandartes de las ventanas que había directamente sobre su mesa y estudiar las piedras angulares sin parecer curiosa.

Sazed le había dicho que se quedara allí sentada, pero cuanto más tiempo pasaba, más se dirigían sus ojos al balcón oculto. Ansiaba levantarse y moverse, estirar las piernas y airearlas un poco. La presencia de su padre (ajeno a ella o no), era otra motivación para dejar la planta principal.

No se puede decir que nadie más vaya a invitarme a bailar, pensó. Y ya he hecho lo que quería Kelsier: los nobles me han visto.

Se detuvo y llamó a un criado, que se acercó velozmente.

—¿Sí, lady Renoux?

—¿Cómo se llega allí arriba? —preguntó Vin, señalando el balcón.

—Hay escaleras al lado de la orquesta, mi señora —respondió el muchacho

—. Conducen al rellano.

Vin asintió dándole las gracias. Entonces, decidida, se levantó y se encaminó al lugar. Nadie le dirigió más que una mirada al pasar, y caminó con más confianza cuando hubo cruzado el salón y llegó a la escalera.

El corredor de piedra se retorcía hacia arriba, enroscándose sobre sí mismo, sus escalones cortos pero empinados. Pequeñas vidrieras, no más anchas que su mano, se abrían en la pared exterior, aunque oscuras, sin contraluz. Vin subió ansiosamente, consumiendo su inquieta energía, pero pronto empezó a jadear por el peso del vestido y la dificultad de sujetarlo para no tropezar. Sin embargo, una chispa de peltre quemado la hizo subir sin esfuerzo para no sudar y no estropearse el maquillaje.

La subida mereció la pena. El balcón superior estaba iluminado solamente por varias linternitas de cristal azul en las paredes y proporcionaba un panorama sorprendente de las vidrieras. La zona estaba tranquila y Vin se sintió prácticamente sola mientras se acercaba a la barandilla de hierro entre dos columnas y se asomaba. Las losas de piedra del suelo de abajo formaban un dibujo que no había advertido, una especie de caprichosa curva de gris sobre blanco.

—*Brumas?*, se preguntó, apoyada contra la barandilla, que al igual que la linterna que tenía detrás era intrincada y detallada: las dos habían sido forjadas en forma de gruesas enredaderas que se curvaban entre sí. A ambos lados, los capiteles de las columnas eran animales de piedra detenidos en el momento de saltar del balcón.

—Bueno, ese es el inconveniente que tiene ir a volver a llenar la copa de vino.

La súbita voz hizo que Vin diera un respingo y se girara. Había un joven tras ella. Su traje no era el más bonito que había visto, ni su chaleco el más brillante. La casaca y la camisa le quedaban demasiado grandes e iba un poco despeinado. Llevaba una copa de vino y en el bolsillo exterior de su casaca se notaba un bulto: un libro demasiado grande para caber en él.

—El problema es —dijo el joven—, que regresas y descubres que te ha robado tu sitio favorito una chica guapa. Un caballero se iría a otra parte, dejando a la dama con sus meditaciones. Sin embargo, este es el mejor sitio del balcón, el único lugar que está lo bastante cerca de una linterna para tener buena luz para leer.

Vin se ruborizó.

—Lo siento, mi señor.

—Ah, vaya, ahora me siento culpable. Todo por una copa de vino. Mira, hay espacio suficiente para dos personas aquí arriba... échate un poco para allá.

Vin se detuvo. ¿Podía rechazarlo amablemente? Estaba claro que él quería que se quedara cerca. ¿Sabía quién era? ¿Debería tratar de averiguar su nombre para poder contárselo a Kelsier?

Se apartó un poco y el hombre ocupó su sitio a su lado. Se apoyó contra una columna y, sorprendentemente, sacó su libro y se puso a leer. Tenía razón: la linterna iluminaba directamente las páginas. Vin se quedó allí mirándolo un momento, pero él parecía completamente absorto. Ni siquiera se detuvo a mirarla.

¿Es que no va a prestarme atención?, pensó Vin, sorprendida de su propio malestar. *Tal vez debería haberme puesto un vestido más bonito.*

El hombre bebía vino concentrado en su libro.

—¿Siempre lees en los bailes?

El joven alzó la cabeza.

—Cada vez que puedo escaparme.

—¿No va eso en contra de la idea misma de asistir? —preguntó Vin—.

¿Por qué asistir si vas a evitar relacionarte con nadie?

—Tú también estás aquí arriba —señaló él.

Vin se ruborizó.

—Solo quería ver bien el salón.

—¿Sí? ¿Y por qué has rechazado bailar con esos tres hombres que te invitaron?

Vin se detuvo. El hombre sonrió, luego volvió a su libro.

—Han sido cuatro —rezongó—. Y los he rechazado porque no sé bailar muy bien.

El hombre bajó un poco el libro para mirarla.

—¿Sabes? Eres mucho menos tímida de lo que parece.

—¿Tímida? No soy yo quien está mirando un libro cuando hay una joven a su lado, sin que hayan sido presentados adecuadamente.

El hombre alzó una ceja, especulativo.

—Ahora hablas igual que mi padre. Más atractiva, pero igual de gruñona.

Vin se lo quedó mirando con mala cara. Finalmente, él se encogió de hombros.

—Muy bien, seamos caballerosos. —Le hizo una reverencia, formal y refinado—. Soy lord Elend. Lady Valette Renoux, ¿puedo tener el placer de compartir este balcón contigo mientras leo?

Vin se cruzó de brazos. *¿Elend? ¿Eso es nombre o apellido? ¿Debe importarme? Solo quiere recuperar su sitio. Pero... ¿cómo sabía que me he negado a bailar?* Tuvo la sospecha de que Kelsier querría enterarse de esa conversación.

Curiosamente, no sentía ningún deseo de rechazar a ese hombre como había hecho con los otros. Sintió otra punzada de malestar cuando él volvió a levantar su libro.

—Todavía no me has dicho por qué prefieres leer a participar.

El hombre suspiró y volvió a bajar el libro.

—Bueno, verás, tampoco soy exactamente el mejor de los bailarines.

—Ah.

—Pero —dijo él, levantando un dedo—, eso es solo una parte. Puede que todavía no te des cuenta, pero es difícil no hartarse de fiestas. Cuando has asistido a quinientos o seiscientos bailes de estos empiezan a parecerte un poco repetitivos.

Vin se encogió de hombros.

—Aprenderías a bailar mejor si practicaras, supongo.

Elend alzó una ceja.

—No vas a dejarme volver a mi libro, ¿verdad?

—No lo pretendía.

Él suspiró y volvió a guardarse el libro en el bolsillo de la casaca, que empezaba a mostrar signos de desgaste.

—Muy bien. ¿Quieres ir a bailar?

Vin se quedó inmóvil. Elend sonrió indiferente.

¡Señor! O es increíblemente sibilino o socialmente incompetente. Era preocupante no poder determinarlo.

—¿Debo suponer que eso es un no? —dijo Elend—. Bien... creía que debía ofrecerte, ya que has establecido que soy un caballero. Sin embargo, dudo que

las parejas de abajo aprecien que les pisemos.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué lees?

—Dilisteni —dijo Elend—. *Juicios de monumento*. ¿Lo conoces?

Vin negó con la cabeza.

—Ah, bueno. No lo conocen muchos. —Se apoyó en la barandilla y contempló el salón—. Bien, ¿qué te parece tu primera experiencia en la corte?

—Es muy... abrumadora.

Elend se echó a reír.

—Di lo que quieras sobre la Casa Venture: saben dar una fiesta.

Vin asintió.

—¿No te gusta entonces la Casa Venture? —dijo. Tal vez esta fuera una de las rivalidades que Kelsier estaba esperando.

—No particularmente, no —respondió Elend—. Son ostentosos, incluso para la alta nobleza. No pueden dar una fiesta cualquiera, no, tienen que dar la *mejor* fiesta. No les importa que sus sirvientes se queden hechos polvo preparándola, luego tienen que golpear a los pobres cuando el salón no está perfectamente limpio a la mañana siguiente.

Vin ladeó la cabeza. *No son palabras que esperara oír de un noble*.

Elend se detuvo. Parecía un poco cohibido.

—Pero, bueno, no importa. Creo que tu terrisano te está buscando.

Vin se asomó al balcón. En efecto, la alta figura de Sazed estaba junto a la mesa vacía, hablando con un criado.

Dejó escapar un gritito.

—Tengo que irme —dijo, volviéndose hacia la escalera.

—Ah, bien, volveré a leer —dijo Elend. Le hizo un gesto de despedida, pero había abierto el libro antes de que ella bajara el primer escalón.

Vin llegó abajo sin aliento. Sazed la vio de inmediato.

—Lo siento —dijo ella, avergonzada.

—No te disculpes, señora —respondió Sazed en voz baja—. Es algo extraño e innecesario. Moverte por tu cuenta ha sido buena idea, creo. Te lo habría sugerido, pero parecías nerviosa.

Vin asintió.

—¿Es hora de irse ya?

—Es un momento adecuado para retirarse, si lo deseas —dijo él, mirando hacia el balcón—. ¿Puedo preguntar qué estabas haciendo allá arriba, señora?

—Quería echar un vistazo a las vidrieras. Pero acabé charlando con alguien. Pareció interesado en mí al principio, pero ahora creo que no

pretendía prestarme mucha atención. No importa... ni siquiera me parece lo bastante importante para molestar a Kelsier con su nombre.

Sazed se detuvo.

—¿Con quién has estado hablando?

—Con el hombre de aquel rincón, en el balcón.

—¿Uno de los amigos de lord Venture?

—¿Se llama Elend uno de ellos?

Sazed palideció visiblemente.

—¿Estuviste charlando con lord *Elend Venture*?

—Hummm... ¿sí?

—¿Te invitó a bailar?

Vin asintió.

—Pero no creo que lo pretendiera en serio.

—Ay, cielos —dijo Sazed—. Se acabó el anonimato controlado.

—¿Venture? —preguntó Vin, frunciendo el ceño—. ¿Como la fortaleza de Venture?

—El heredero del título.

—Hummm —dijo Vin, dándose cuenta de que quizá debería haberse sentido un poco más intimidada de lo que se sentía—. Ha sido un poco molesto... de una manera agradable.

—No deberíamos hablar de esto aquí —dijo Sazed—. Estás muy, muy por debajo de su nivel. Venga, retirémonos. No debería haberme ido a cenar...

Echó a andar, murmurando para sí mientras conducía a Vin a la salida. Ella miró una vez más hacia el salón mientras recuperaba su chal, y quemó estaño, entornó los ojos contra la luz y buscó en el balcón.

Él tenía el libro, cerrado, en una mano. Y ella hubiese jurado que la miraba. Vin sonrió y dejó que Sazed la condujera hasta el carroaje.

Sé que no debería dejar que un simple porteador me perturbe. Sin embargo, es de Terris, donde se originaron las profecías. Si alguien pudiera identificar un fraude, ¿no sería él?

Sin embargo, continúo mi viaje, acudiendo a los lugares donde los augurios escritos proclaman que me encontraré con mi destino... a pie, sintiendo los ojos de Rashek en mi espalda. Celosos. Burlones. Llenos de odio.

13



VIN ESTABA SENTADA CON LAS piernas cruzadas en uno de los cómodos sillones de lord Renoux, contenta de haberse librado del voluminoso vestido y haberse puesto de nuevo una camisa y pantalones.

Sin embargo, la tranquila incomodidad de Sazed le daba ganas de moverse. Él estaba de pie al otro lado de la habitación y Vin tenía la clara impresión de que se había metido en un lío. Sazed la había interrogado a fondo, investigando cada detalle de su conversación con lord Elend. Las preguntas de Sazed habían sido respetuosas, naturalmente, pero también molestas.

En opinión de Vin, el terrisano parecía indebidamente preocupado por su conversación con el joven noble. En realidad no habían hablado de nada importante, y el propio Elend era decididamente poco espectacular para tratarse de un lord de una Gran Casa.

Pero sí que *había* algo extraño en él... algo que Vin no le había confesado a Sazed. Ella... se había sentido cómoda con Elend. Al recordar la experiencia, se daba cuenta de que durante aquellos pocos instantes no había sido en realidad lady Valette. Ni había sido Vin, pues esa parte suya, la tímida ladrona, era casi tan falsa como Valette.

No, había sido... quienquiera que fuese. Había sido una experiencia extraña. De vez en cuando sentía lo mismo cuando estaba con Kelsier y los

demás, pero no tanto. ¿Cómo había podido Elend evocar su auténtico yo de manera tan rápida y concienzuda?

¡Tal vez usó alomancia conmigo!, pensó alarmada. Elend era un alto noble; tal vez fuese un aplacador. Tal vez había habido más en la conversación de lo que ella creía.

Vin se acomodó en su asiento, el ceño fruncido. Tenía el cobre encendido y eso significaba que él *no* había podido usar contra ella alomancia emocional. De algún modo, sin razón aparente, la había hecho bajar la guardia. Vin recordó la experiencia, pensando en lo extrañamente cómoda que se había sentido. Visto en retrospectiva, estaba claro que no había tenido suficiente cuidado.

Seré más cauta la próxima vez. Suponía que volverían a verse. Más valía.

Un criado entró y le susurró algo a Sazed. Un rápido prendimiento de estaño le permitió a Vin oír la conversación: Kelsier había regresado por fin.

—Por favor, manda llamar a lord Renoux —dijo Sazed. El criado vestido de blanco asintió, y se marchó con paso vivo—. Los demás podéis marcharos —añadió tranquilamente, y los otros sirvientes se retiraron. La silenciosa vigilia de Sazed los había obligado a quedarse, esperando en la tensa habitación, sin hablar ni moverse.

Kelsier y lord Renoux llegaron juntos, charlando tranquilamente. Como siempre, Renoux llevaba un rico traje cortado al poco común estilo occidental. El anciano mantenía su bigote gris recortado y acicalado y caminaba con aplomo. Incluso después de pasar una noche entera entre los nobles, Vin se sorprendió de nuevo por su porte aristocrático.

Kelsier todavía llevaba su capa de bruma.

—¿Saz? —dijo al entrar—. ¿Alguna noticia?

—Eso me temo, maese Kelsier. Parece que la señora Vin llamó la atención de lord Elend Venture en el baile esta noche.

—¿Elend? —preguntó Kelsier, cruzándose de brazos—. ¿No es el heredero?

—Así es —dijo Renoux—. Lo conocí hace unos cuatro años, cuando su padre visitó el oeste. Me pareció un poco indigno para tratarse de alguien de su rango.

¿Cuatro años?, pensó Vin. *Es imposible que lleve tanto tiempo haciéndose pasar por lord Renoux. ¡Kelsier escapó de los Pozos hace tan solo dos años!* Miró al impostor, pero, como siempre, fue incapaz de detectar ningún fallo en su porte.

—¿Se mostró muy atento el muchacho? —preguntó Kelsier.

—La invitó a bailar —respondió Sazed—. Pero Vin tuvo el buen sentido de rechazarlo. Al parecer, su encuentro fue casual... pero me temo que le llamara la atención.

Kelsier se echó a reír.

—La enseñaste demasiado bien, Sazed. En el futuro, Vin, tal vez deberías intentar ser un poco menos encantadora.

—¿Por qué? —preguntó Vin, tratando de ocultar su malestar—. Creía que queríamos agradar.

—No a alguien tan importante como Elend Venture, niña —dijo lord Renoux—. Te enviamos a la corte para que pudieras establecer alianzas... no armar escándalos.

Kelsier asintió.

—Venture es joven, elegible y heredero de una casa poderosa. Que tengas una relación con él podría crearnos serios problemas. Las mujeres de la corte sentirían celos de ti y los hombres mayores desaprobarían la diferencia de rango. Te apartarías de grandes sectores de la corte. Para conseguir la información que necesitamos, la aristocracia tiene que considerarte insegura, poco importante y, sobre todo, nada amenazadora.

—Además, niña —dijo lord Renoux—. Es improbable que Elend Venture tenga ningún verdadero interés por ti. Se sabe que es un cortesano excéntrico: no es descabellado que solo intente aumentar su reputación haciendo lo inesperado.

Vin sintió que su cara enrojecía. *Puede que tenga razón*, se dijo severamente. Con todo, no pudo dejar de sentirse molesta con los tres; sobre todo con Kelsier por su actitud desinteresada y desenfadada.

—Sí —dijo Kelsier—, quizá lo mejor sea que evites a Venture por completo. Intenta ofenderlo o algo. Dirígele un par de esas miradas tuyas.

Vin dirigió a Kelsier una mirada inexpresiva.

—¡Esa, esa misma mirada! —dijo Kelsier con una carcajada.

Vin apretó los dientes, luego se obligó a relajarse.

—He visto a mi padre en el baile esta noche —dijo, esperando distraer a Kelsier y los otros de lord Venture.

—¿De veras? —preguntó Kelsier con interés.

Vin asintió.

—Lo reconozco porque mi hermano me lo señaló una vez.

—¿Qué es? —preguntó Renoux.

—El padre de Vin es obligador —contestó Kelsier—. Y, al parecer, importante, si tiene suficiente poder para asistir a un baile como este. ¿Sabes cómo se llama?

Vin negó con la cabeza.

—¿Descripción?

—Hummm... Calvo, tatuajes en los ojos...

Kelsier se echó a reír.

—Señálamelo alguna vez, ¿de acuerdo?

Vin asintió y Kelsier se volvió hacia Sazed.

—¿Me traes los nombres de los nobles que la invitaron a bailar?

Sazed asintió.

—Ella me ha dado la lista, maese Kelsier. También tengo información interesante que he descubierto en la comida con los mayordomos.

—Bien —dijo Kelsier, mirando el reloj de pie que había en el rincón—. Pero tendrás que esperar a mañana por la mañana. He de irme.

—¿Irte? —preguntó Vin, irguiéndose—. ¡Pero si acabas de llegar!

—Eso es lo curioso que tiene llegar a alguna parte, Vin —contestó él con un guiño—. Una vez que llegas, lo único que te queda por hacer es volver a marcharte. Duerme un poco, se te ve cansada.

Kelsier se despidió del grupo y salió de la habitación silbando suavemente para sí.

Demasiado despreocupado, pensó Vin. *Y demasiados secretos. Normalmente nos dice a qué familia planea atacar.*

—Creo que me iré a dormir —dijo, bostezando.

Sazed la miró con recelo, pero la dejó marchar mientras Renoux empezaba a hablarle. Vin subió hasta su habitación, se puso la capa de bruma y abrió las puertas del balcón.

La bruma entró en la habitación. Ella avivó hierro y fue recompensada con la visión de una débil línea de metal azul que apuntaba a lo lejos.

Veamos adónde vas, maese Kelsier.

Vin quemó acero, empujándose a la fría y húmeda noche de otoño. El estío agudizaba sus ojos y hacía que el aire húmedo le cosquilleara en la garganta cuando respiraba. Empujó con más fuerza tras ella y luego tiró ligeramente de las puertas de abajo. La maniobra la hizo girar en arco por encima de la verja de acero, que luego empujó para lanzarse aún más al aire.

Siguió la pista azul que apuntaba hacia Kelsier, a distancia, para no ser vista. No llevaba ningún metal consigo, ni siquiera monedas, y mantuvo su

cobre encendido para ocultar su uso de la alomancia. Teóricamente, solo el sonido podía alertar a Kelsier de su presencia, por eso se movió lo más silenciosamente posible.

Sorprendentemente, Kelsier no iba a la ciudad. Después de franquear las puertas de la mansión, giró hacia el norte, hacia las afueras de la ciudad. Vin lo siguió, y aterrizó y corrió en silencio por el áspero suelo.

¿Adónde va?, pensó confundida. ¿Va a rodear Fellise? ¿Se dirige a una de las mansiones de las afueras?

Kelsier continuó hacia el norte un rato, luego sus líneas de metal de repente empezaron a hacerse más tenues. Vin se detuvo junto a un grupo de árboles retorcidos. Las líneas se difuminaban a ritmo veloz: Kelsier había acelerado de pronto. Maldijo para sí y echó a correr.

La línea de Kelsier, por delante, se desvanecía en la noche. Vin suspiró, frenando el paso. Avivó su hierro, pero apenas era suficiente para ver un atisbo de Kelsier desapareciendo de nuevo en la distancia. Nunca lo alcanzaría.

El hierro avivado, sin embargo, le mostró algo más. Frunció el ceño y continuó adelante hasta que llegó a una fuente fija de metal: dos pequeñas barras de bronce asomaban del suelo, separadas entre sí un par de palmos. Tomó una y contempló las brumas.

Está saltando, pensó. Pero ¿por qué? Saltar era más rápido que correr, pero no parecía tener mucho sentido hacerlo en medio de la nada.

A menos...

Avanzó unos pasos y encontró otras dos barras de bronce clavadas en el suelo. Vin miró hacia atrás. Era difícil decirlo en plena noche, pero parecía que las cuatro barras formaban una línea que señalaba directamente a Luthadel.

De modo que así es como lo hace, pensó. Kelsier tenía una habilidad asombrosa para moverse de Luthadel a Fellise a gran velocidad. Ella había supuesto que lo hacía a caballo, pero parecía que había un medio mejor. Él (o quizás alguien antes que él) había trazado un camino alomántico entre las dos ciudades.

Tomó la primera barra (la necesitaría para suavizar su aterrizaje si se equivocaba) y se plantó delante del segundo par de barras y se lanzó al aire.

Empujó con fuerza, avivando su acero, impulsándose lo más alto que pudo. Mientras volaba, avivó el hierro para buscar otras fuentes de metal. Pronto aparecieron: dos directamente al norte y dos más en la distancia a cada lado.

Las de los lados son para corregir el rumbo, advirtió. Tendría que seguir moviéndose directamente hacia el norte si quería permanecer en el camino de

bronce. Se escoró levemente a la izquierda, moviéndose de manera que pasó directamente entre dos barras adyacentes del camino principal, y luego se lanzó de nuevo adelante trazando un arco de un salto.

Pronto le pilló el truco, saltando de punto en punto, sin acercarse nunca al suelo. En solo unos minutos llevaba tan buen ritmo que apenas tuvo que hacer ninguna corrección con los lados.

Su progreso por el yermo paisaje fue increíblemente veloz. Las brumas pasaban volando y su capa se agitaba y sacudía tras ella. Con todo, se obligó a acelerar. Había pasado demasiado tiempo estudiando las barras de bronce. Tenía que alcanzar a Kelsier; de otro modo llegaría a Luthadel pero no sabría adónde ir a partir de allí.

Empezó a lanzarse de un punto a otro a una velocidad casi temeraria, buscando a la desesperada algún signo de movimiento alomántico. Después de unos diez minutos de saltos, una línea azul apareció por fin ante ella, apuntando hacia arriba en vez de hacia las barras del suelo. Suspiró aliviada.

Entonces apareció una segunda línea, y una tercera.

Vin frunció el ceño y se dejó caer al suelo con un golpe sordo. Avivó estaño y una forma enorme apareció en la noche ante ella, su parte superior chispeando con bolas de luz.

La muralla de la ciudad, pensó divertida. ¿Tan pronto? ¡He hecho el viaje el doble de rápido que un hombre a caballo!

Sin embargo, eso significaba que había perdido a Kelsier. Fastidiada, usó la barra que llevaba para impulsarse por encima de la muralla. Cuando aterrizó en la húmeda piedra, tiró de la barra para recogerla. Entonces se acercó al otro lado de la muralla, saltó y aterrizó acuclillándose en la barandilla de piedra mientras scrutaba la ciudad.

¿Y ahora qué?, pensó molesta. ¿De vuelta a Fellise? ¿Me paso por el taller de Clubs y veo si ha ido allí?

Permaneció sentada, insegura, un instante. Luego se lanzó desde la muralla y empezó a abrirse camino por los tejados. Deambuló al azar, empujando picaportes de ventanas y trozos de metal, usando la barra de bronce y luego recuperándola cuando eran necesarios saltos largos. No fue hasta que llegó que se dio cuenta de que inconscientemente se había dirigido a un destino específico.

La fortaleza de Venture se alzaba ante ella en la noche. Las candilejas estaban apagadas y solo unas cuantas antorchas fantasmales ardían cerca de los puestos de guardia.

Vin se agachó en el reborde de un tejado, tratando de decidir qué la había traído de vuelta a la imponente fortaleza. El frío viento le agitaba la capa y el pelo, y le pareció que podía sentir unas pocas gotitas de lluvia en la mejilla. Permaneció allí un buen rato, sintiendo los pies cada vez más fríos.

Entonces advirtió movimiento a su derecha. Se agazapó de inmediato, avivando su estano.

Kelsier estaba sentado en un tejado a menos de tres casas de distancia, iluminado apenas por la luz ambiental. No parecía haber reparado en ella. Estaba contemplando el torreón, demasiado lejano el rostro como para poder leer su expresión.

Vin lo miró con recelo. Había despreciado su encuentro con Elend, pero tal vez le preocupaba más de lo que admitía. Una súbita punzada de miedo la hizo tensarse.

¿Podría haber ido a matar a Elend? El asesinato de un alto noble heredero desde luego crearía tensiones entre la nobleza.

Vin esperó, llena de aprensión. Sin embargo, al cabo de un rato, Kelsier se incorporó y se marchó, impulsándose al aire.

Vin dejó caer la barra de bronce, pues la delataría, y corrió tras él. Su hierro mostraba líneas azules moviéndose en la distancia y saltó a toda prisa por la calle y se empujó contra la reja de una alcantarilla, decidida a no volver a perderlo.

Él se dirigía hacia el centro de la ciudad. Vin frunció el ceño, tratando de adivinar su destino. La mansión Erikeller estaba en esa dirección y era una suministradora importante de armamento. Quizá Kelsier planeaba hacer algo para interrumpir su suministro, haciendo que la Casa Renoux fuera más vital para la nobleza local.

Vin aterrizó en un tejado y se detuvo, viendo a Kelsier perderse en la noche. *Vuelve a moverse con rapidez. Yo...*

Una mano se posó en su hombro.

Vin soltó un grito, saltó atrás y avivó peltre.

Kelsier la miró arqueando una ceja.

—Se supone que deberías estar en la cama, jovencita.

Vin miró a un lado, hacia la línea de metal.

—Pero...

—Mi bolsa con las monedas —dijo Kelsier, sonriendo—. Un buen ladrón puede robar trucos astutos tan fácilmente como roba otros tesoros. He

empezado a ser más cuidadoso desde que me seguiste la semana pasada... Al principio, creía que eras un nacido de la bruma Venture.

—¿Tienen alguno?

—Estoy seguro de que sí. La mayoría de las Grandes Casas los tienen... pero tu amigo Elend no es uno de ellos. No es ni siquiera un brumoso.

—¿Cómo lo sabes? Podría estar ocultándolo.

Kelsier negó con la cabeza.

—Casi murió en un ataque hace un par de años. Si hubo un momento para demostrar sus poderes, fue entonces.

Vin asintió, todavía con la cabeza gacha, sin mirar a Kelsier a los ojos.

Él suspiró, se sentó en el tejado con una pierna colgando.

—Siéntate.

Vin se sentó enfrente de él en el tejado. En el cielo, las frías brumas continuaban girando y había empezado a lloviznar levemente, aunque no era muy distinto de la humedad normal de la noche.

—No puedes seguirme así, Vin. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre la confianza?

—Si confiaras en mí, me dirías adónde vas.

—No necesariamente —dijo Kelsier—. Tal vez no quiero que tú y los demás os preocupéis por mí.

—Todo lo que haces es peligroso. ¿Por qué ibas a preocuparnos más si nos cuentas los detalles?

—Algunas tareas son más peligrosas que otras —respondió Kelsier en voz baja.

Vin se calló, miró a un lado, hacia donde iba Kelsier. El centro de la ciudad.

Hacia Kredik Shaw, la Colina de las Mil Torres. El palacio del lord Legislador.

—¡Vas a ir a enfrentarte al lord Legislador! —dijo Vin en voz baja—. La semana pasada dijiste que ibas a hacerle una visita.

—«Visita» es, tal vez, una palabra demasiado fuerte. Voy a ir al palacio, pero espero sinceramente no toparme con el lord Legislador en persona. No estoy preparado para él todavía. Y, de todas formas, tú vas a irte derechita al taller de Clubs.

Vin asintió.

Kelsier frunció el ceño.

—Vas a intentar seguirme de nuevo, ¿verdad?

Vin hizo una pausa y luego volvió a asentir.

—¿Por qué?

—Porque quiero ayudar. Hasta ahora, mi parte en todo esto ha sido asistir a una fiesta. Pero soy una nacida de la bruma: tú mismo me entrenaste. No voy a quedarme sentada y dejar que todo el mundo haga el trabajo peligroso mientras yo ocupo un asiento, ceno y veo bailar a la gente.

—Lo que haces en esos bailes es importante.

Vin asintió, bajando los ojos. Lo dejaría marchar, para seguirlo luego. Era lo que había dicho antes: estaba empezando a sentir camaradería hacia su grupo, y no se parecía a nada que hubiera conocido. Quería participar en lo que estaban haciendo. Quería ayudar.

Sin embargo, por otra parte Vin se decía que Kelsier no lo estaba contando todo. Puede que confiara en ella, puede que no. Sin duda tenía secretos. El undécimo metal y, por tanto, el lord Legislador estaban implicados en esos secretos.

Kelsier la miró a los ojos y debió de ver en ellos la intención de seguirlo. Suspiró.

—¡Habla en serio, Vin! No puedes venir conmigo.

—¿Por qué no? —preguntó ella, abandonando los fingimientos—. Si lo que haces es tan peligroso, ¿no sería más seguro que otro nacido de la bruma te cubriera las espaldas?

—Sigues sin conocer todos los metales.

—Solo porque tú no me has enseñado.

—Necesitas más práctica.

—La mejor práctica es hacer las cosas —dijo Vin—. Mi hermano me enseñó a robar llevándome a los robos.

Kelsier negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso.

—Kelsier —dijo ella muy seria—. Estamos planeando *derrocar al Imperio Final*. No espero vivir hasta finales de año de todas formas.

»Sigues diciéndoles a los otros la ventaja que es tener a dos nacidos de la bruma en el equipo. Bueno, no va a ser mucha ventaja a menos que me dejes ser una nacida de la bruma. ¿Cuánto tiempo vas a esperar? ¿Hasta que esté «preparada»? No creo que eso vaya a suceder nunca.

Kelsier la miró durante un instante, luego sonrió.

—La primera vez que nos vimos, apenas pude conseguir que dijeras unas palabras. Ahora me estás dando sermones.

Vin se ruborizó. Finalmente, Kelsier suspiró y rebuscó bajo su capa para sacar algo.

—No puedo creer que esté considerando esto —murmuró, tendiéndole el pedazo de metal.

Vin estudió la diminuta bola plateada. Era tan brillante y lisa que parecía una gota de líquido, aunque resultaba sólida al tacto.

—Atium —dijo Kelsier—. El décimo y más poderoso de los metales alománticos conocidos. Esa perla vale más que la bolsa entera de cuartos que te di.

—¿Este pedacito? —preguntó ella, sorprendida.

Kelsier asintió.

—El atium solo procede de un sitio: los Pozos de Hathsin, donde el lord Legislador controla la producción y distribución. Las Grandes Casas consiguen comprar una cantidad mensual de atium, y esa es una de las principales formas que tiene el lord Legislador de controlarlos. Venga, trágatelo.

Vin miró la bolita de metal, insegura de querer malgastar algo tan valioso.

—No se puede vender —dijo Kelsier—. Las bandas de ladrones lo intentan, pero sus miembros son localizados y ejecutados. El lord Legislador protege a toda costa su suministro de atium.

Vin asintió y luego tragó el metal. Inmediatamente sintió un nuevo brote de poder en su interior esperando ser quemado.

—Muy bien —dijo Kelsier, poniéndose en pie—. Quémalo en cuanto yo eche a andar.

Vin asintió. Cuando él empezó a caminar, rebuscó en su nueva fuente de poder y quemó atium.

Kelsier pareció difuminarse brevemente ante sus ojos; luego una imagen transparente, casipectral, surgió en las brumas ante él. La imagen era exactamente igual a Kelsier y caminaba unos cuantos pasos por delante. Una segunda imagen, aún más leve, se extendía desde el duplicado hasta el propio Kelsier.

Era como... una sombra inversa. El duplicado hacía todo lo que hacía Kelsier... excepto que la imagen se movía *antes*. Se volvió y Kelsier siguió el mismo curso.

La boca de la imagen empezó a moverse. Un segundo después, Kelsier habló.

—El atium te permite ver un poquito del futuro. O, al menos, te permite ver lo que la gente va a hacer dentro de un momento. Además, amplía tu mente, permitiéndote captar la nueva información y reaccionar más rápida y acertadamente.

La sombra se detuvo, luego Kelsier se acercó a ella y se detuvo también. De repente, la sombra la abofeteó y Vin reaccionó instintivamente alzando la mano justo cuando la mano real de Kelsier empezaba a moverse. Capturó su brazo a mitad del gesto.

—Cuando quemas atium, nada puede sorprenderte —dijo él—. Puedes blandir una daga, sabiendo con toda confianza que tus enemigos irán directos a ella. Puedes esquivar ataques con facilidad porque podrás ver dónde caerá cada golpe. El atium te vuelve casi invencible. Amplía tu mente, volviéndote capaz de hacer uso de toda la nueva información.

De repente, docenas de imágenes salieron disparadas del cuerpo de Kelsier. Cada una de ellas saltó en una dirección distinta, algunas al tejado, otras al aire. Vin le soltó el brazo, se incorporó y retrocedió confundida.

—Acabo de quemar atium también —dijo Kelsier—. Puedo ver lo que vas a hacer, y eso cambia lo que voy a hacer yo... lo que a su vez cambia lo que vas a hacer tú. Las imágenes reflejan cada una de las posibles acciones que podemos emprender.

—Es confuso —dijo Vin, contemplando el loco amasijo de imágenes, las antiguas desapareciendo de manera constante, las nuevas apareciendo de continuo.

Kelsier asintió.

—La única manera de derrotar a alguien que está quemando atium es quemarlo tú también. De esa forma, ninguno tiene ventaja.

Las imágenes se desvanecieron.

—¿Qué has hecho? —preguntó Vin con un sobresalto.

—Nada —contestó Kelsier—. Tu atium debe de haberse consumido.

Vin advirtió con sorpresa que tenía razón: el atium se había acabado.

—¡Qué rápido se quema!

Kelsier asintió y volvió a sentarse.

—Debe de ser la fortuna más rápida que hayas quemado jamás, ¿eh?

Vin asintió, aturdida.

—Parece un despilfarro.

Kelsier se encogió de hombros.

—El atium solo es valioso para la alomancia. Así que, si no lo quemáramos, no valdría la fortuna que vale. Naturalmente, si lo quemamos, hacemos que sea aún más raro. Es una relación interesante... Pregúntale a Ham. Le encanta hablar sobre la economía del atium.

»De todas formas, lo más probable es que cualquier nacido de la bruma al que te enfrentes tenga atium. Sin embargo, se sentirá reacio a usarlo. Además, no lo habrá tragado todavía: el atium es frágil y los jugos gástricos lo estropean en cuestión de horas. Así que hay que caminar por la frontera entre la conservación y la efectividad. Si te parece que tu oponente está usando atium, entonces será mejor que también uses el tuyo. Sin embargo, asegúrate de que no te engañe para que agotes tu reserva antes de que lo haga él.

Vin asintió.

—¿Significa esto que vas a llevarme contigo esta noche?

—Sospecho que lo lamentaré —dijo Kelsier, suspirando—. Mas no veo el modo de que te quedes atrás... Amarrándote, tal vez. Pero, te lo advierto, Vin. Esto podría ser peligroso. *Muy* peligroso. No pretendo encontrarme con el lord Legislador, pero sí colarme en su fortaleza. Creo que sé dónde podríamos encontrar una pista para derrotarlo.

Vin sonrió y dio un paso al frente cuando Kelsier le indicó que se acercara. Kelsier echó mano a su faltriquera y sacó un frasquito, que le entregó. Era como un frasco alomántico normal, pero en su interior había una sola gota de metal. La perla de atium era varias veces más grande que la que le había dado para practicar.

—No la uses a menos que sea necesario —advirtió Kelsier—. ¿Necesitas algún otro metal?

Vin asintió.

—He agotado casi todo mi acero para llegar hasta aquí.

Kelsier le tendió otro frasquito.

—Primero, recuperaremos mi monedero.

A veces me pregunto si me estoy volviendo loco.

Tal vez sea debido a la presión de saber que de algún modo debo soportar la carga de todo un mundo. Tal vez sea por las muertes que he visto, los amigos que he perdido. Los amigos que me he visto obligado a matar.

Sea como sea, a veces veo sombras siguiéndome. Oscuras criaturas que no comprendo, ni deseo comprender. ¿Serán acaso fruto de mi mente agotada?

14



EMPEZÓ A LLOVER JUSTO DESPUÉS de que localizaran la bolsa con las monedas. No era una lluvia fuerte, pero pareció despejar un poco la bruma. Vin se estremeció, se puso la capucha y se agazapó junto a Kelsier en un tejado. Él no le prestaba mucha atención al clima, ni tampoco ella. Un poco de humedad no iría mal; quizá ayudara, de hecho, puesto que la llovizna apagaría los sonidos de sus acciones.

Kredik Shaw se alzaba ante ellos. Las torres picudas y los pabellones se erguían como oscuros espolones en la noche. Variaban enormemente en grosor: algunos eran lo bastante anchos para alojar escaleras y grandes habitaciones, pero otros no eran más que finos viroles de acero que apuntaban al cielo. La variedad daba a la masa una simetría retorcida y desviada, casi desequilibrada.

Las torres y agujas tenían un aspecto impresionante en medio de la noche húmeda y brumosa, parecidos a huesos manchados de ceniza de un cadáver putrefacto. Al mirarlos, a Vin le pareció que sentía algo... una especie de *depresión*, como si el mero hecho de estar cerca del edificio bastara para sorber su esperanza.

—Nuestro objetivo es un complejo de túneles situado en la base de una de las torres de la derecha —informó Kelsier, su voz apenas audible en el

tranquilo rumor de la lluvia—. Nos dirigiremos a una sala del centro de ese complejo.

—¿Qué hay dentro?

—No lo sé. Eso es lo que vamos a averiguar. Una vez cada tres días (y hoy no es uno de ellos), el lord Legislador visita la cámara. Se queda unas tres horas y luego se marcha. Traté de entrar una vez. Hace tres años.

—El trabajo —susurró Vin—. El que...

—Logró que me capturara —asintió Kelsier—. Sí. En esa época pensábamos que el lord Legislador acumulaba riquezas en esa sala. Ahora no creo que sea verdad, pero sigo sintiendo curiosidad. La manera en que la visita es tan regular, tan... extraña. Hay algo en esa sala, Vin. Algo importante. Tal vez contenga el secreto de su poder y su inmortalidad.

—¿Por qué tenemos que preocuparnos por eso? —preguntó Vin—. Tienes el undécimo elemento para derrotarlo, ¿no?

Kelsier frunció levemente el ceño. Vin esperó una respuesta, pero él no le dio ninguna.

—Fracasé la última vez que intenté entrar, Vin —dijo en cambio—. Nos acercamos, pero llegamos con demasiada facilidad. Cuando llegamos, había inquisidores ante la sala. Esperándonos.

—¿Alguien los avisó de vuestra llegada?

Kelsier asintió.

—Planeamos durante meses ese trabajo. Nos sentíamos muy confiados, pero teníamos buenos motivos. Mare y yo éramos los mejores... el trabajo tendría que haber sido perfecto. —Kelsier hizo una pausa, luego se volvió hacia Vin—. Esta noche no he planeado nada. Vamos a entrar sin más... silenciaremos a quien intente detenernos y luego irrumpiremos en esa sala.

Vin no dijo nada, sintiendo el frío del agua de la lluvia en sus manos y brazos. Luego asintió.

Kelsier le dedicó una leve sonrisa.

—¿No hay objeciones?

Vin negó con la cabeza.

—Te he obligado a traerme. No estaría bien que ahora pusiera pegas.

Kelsier se echó a reír.

—Supongo que he estado frecuentando demasiado tiempo a Brisa. No me siento bien a menos que alguien me diga que estoy loco.

Vin se encogió de hombros. Sin embargo, mientras se movían por el tejado, la sintió de nuevo: la sensación de depresión que procedía de Kredik

Shaw.

—Hay algo, Kelsier —dijo—. El palacio parece... raro, de algún modo.

—Es el lord Legislador —dijo Kelsier—. Como si fuera un aplacador increíblemente poderoso, suaviza las emociones de todos los que se le acercan. Enciende tu cobre: eso te hará inmune.

Vin asintió y quemó cobre. Inmediatamente la sensación desapareció.

—¿Bien? —preguntó Kelsier.

Ella volvió a asentir.

—Muy bien, pues —dijo él, dándole un puñado de monedas—. Permanece cerca de mí y mantén tu atium a mano... por si acaso.

Dicho esto se lanzó desde lo alto del tejado. Vin lo siguió, los flecos de su capa esparciendo agua de lluvia. Quemó peltre mientras caía y golpeó el suelo con sus piernas reforzadas por la alomancia.

Kelsier echó a correr y ella lo siguió. Su velocidad por el empedrado húmedo hubiese sido peligrosa sin sus músculos impulsados por el peltre que reaccionaban con precisión, fuerza y equilibrio. Corrió en medio de la noche húmeda y brumosa, quemando estaño y cobre: uno para ver, el otro para esconderse.

Kelsier rodeó el complejo del palacio. Curiosamente, no tenía muralla exterior. *Pues claro que no. ¿Quién se atrevería a atacar al lord Legislador?*

Un espacio llano, empedrado, era todo lo que rodeaba la Colina de las Mil Torres. Ningún árbol, planta o estructura de madera para distraer la mirada de la perturbadora y asimétrica colección de alas, torres y agujas que era Kredik Shaw.

—Allá vamos —susurró Kelsier, pero su voz llegó a los oídos amplificados por el estaño de Vin. Se volvió, corriendo directamente hacia una sección cuadrada del palacio, parecida a un búnker. Mientras se acercaban, Vin vio un par de guardias junto a una puerta ornamentada e imponente.

Kelsier saltó sobre ambos en un destello, abatiendo a uno con un golpe de cuchillo. El segundo hombre trató de gritar, pero Kelsier saltó y lo golpeó en el pecho con ambos pies. Lanzado hacia un lado por la patada inhumanamente fuerte, el guardia chocó contra la pared y se desplomó al suelo. Kelsier se incorporó un segundo más tarde, cargó su peso contra la puerta y la abrió.

La tenue luz de un farol se escapaba del interior de un pasillo de piedra. Kelsier atravesó la puerta. Vin redujo su estaño y lo siguió a la carrera, el corazón martilleando. Nunca en toda su vida como ladrona había hecho algo parecido. Su vida había estado plagada de timos y hurtos, no de incursiones y

asaltos. Mientras seguía a Kelsier pasillo abajo y sus capas dejaban un rastro mojado en el liso suelo de piedra, Vin desenfundó nerviosa una daga de cristal, aferrando el mango envuelto en cuero con la mano sudada.

Un hombre apareció en el pasillo ante ellos, saliendo de lo que parecía ser una especie de sala para la guardia. Kelsier saltó y lo golpeó en el estómago con el codo y luego lo hizo chocar contra la pared. Mientras el guardia se desplomaba, Kelsier entró en la habitación.

Vin lo siguió y se encontró en medio del caos. Kelsier tiró de un candelabro de metal del rincón hasta que llegó a su mano, luego empezó a girar con él, abatiendo a soldado tras soldado. Los guardias gritaron, se pusieron en movimiento y echaron mano a los bastones que había a un lado de la habitación. Una mesa con platos a medio comer fue empujada a un lado mientras intentaban abrir espacio.

Un soldado se volvió hacia Vin y ella reaccionó sin pensar. Quemó acero y arrojó un puñado de monedas. Empujó y los proyectiles salieron disparados hacia delante, desgarrando la carne del guardia y haciéndolo caer.

Quemó hierro, tirando de las monedas hacia su mano. Se volvió con el puño ensangrentado, roció la habitación de metal y tumbó a tres soldados. Kelsier acabó con el último con su porra improvisada.

Acabo de matar a cuatro hombres, pensó Vin, aturdida. En el pasado Reen siempre se había encargado de hacerlo.

Oyó un ruido detrás. Vin se volvió y vio otro grupo de soldados que entraba por una puerta situada frente a ella. A su lado, Kelsier soltó su candelabro y dio un paso al frente. Las cuatro lámparas de la habitación saltaron de pronto de sus monturas y se precipitaron hacia él. Kelsier se apartó para que chocaran entre ellas.

La habitación quedó a oscuras. Vin quemó estaño y sus ojos se adaptaron a la luz del pasillo. Los guardias, sin embargo, se detuvieron.

Kelsier se plantó entre ellos un segundo más tarde. Las dagas destellaron en la oscuridad. Los hombres gritaron. Luego todo fue silencio.

Vin se encontraba rodeada de muerte, con las monedas ensangrentadas resbalando entre sus dedos aturdidos. Sin embargo, sujetaba con fuerza su daga... aunque solo fuera para reafirmar su tembloroso brazo.

Kelsier le puso una mano en el hombro y ella dio un salto.

—Eran hombres malvados, Vin —dijo—. Todos los skaa saben en el fondo de su corazón que el mayor de los crímenes es tomar las armas en defensa del Imperio Final.

Vin asintió, aturdida. Se sentía... mal. Tal vez fuera por los muertos, pero ahora que estaba dentro del edificio, hubiese jurado que aún sentía el poder del lord Legislador. Algo parecía empujar sus emociones deprimiéndola a pesar del cobre.

—Vamos. Tenemos poco tiempo. —Kelsier echó a correr de nuevo, saltando ágilmente por encima de los cadáveres, y Vin lo siguió.

Lo he obligado a traerme, pensó. Quería luchar, como él. Voy a tener que acostumbrarme a esto.

Llegaron corriendo a un segundo pasillo y Kelsier saltó al aire, se agazapó un instante y salió despedido hacia delante. Vin hizo lo mismo, saltando, buscando un anclaje más adelante y usándolo para impulsarse.

Los pasillos laterales pasaban veloces, el aire aullaba en sus oídos amplificados por el estaño. Delante aparecieron dos soldados. Kelsier golpeó a uno con los pies, luego dio una voltereta y clavó una daga en el cuello del otro. Ambos hombres cayeron.

No hay metal, pensó Vin, cayendo al suelo. Ninguno de los guardias de este palacio usa metal. Mataneblinos, se llamaban. Hombres entrenados para combatir a los alomantes.

Kelsier se desvió por un pasillo lateral y Vin tuvo que acelerar para no perderlo. Avivó peltre y obligó a sus piernas a moverse más rápido. Por delante, Kelsier se detuvo y Vin se paró tras él de golpe. A su derecha había un arco que brillaba con una luz mucho más resplandeciente que la de las pequeñas lámparas del pasillo. Vin apagó su estaño y siguió a Kelsier traspasando el arco y adentrándose en la sala.

Seis braseros ardían en las esquinas de la gran cámara abovedada. En contraste con los sencillos pasillos, la sala estaba cubierta de murales grabados en plata. Cada uno representaba obviamente al lord Legislador; eran como las vidrieras que había visto antes, pero menos abstractas. Vio una montaña. Una gran caverna. Una mancha de luz.

Y algo muy oscuro.

Kelsier avanzó y Vin se dio la vuelta. El centro de la sala quedaba dominado por una pequeña estructura; un edificio dentro del edificio. Adornado, con piedra tallada y pautas intrincadas, el edificio de una sola planta se alzaba reverente ante ellos. En conjunto, la cámara silenciosa y vacía le produjo a Vin una extraña sensación de solemnidad.

Kelsier avanzó, pisando con sus pies descalzos el liso mármol negro. Vin lo siguió, agazapada y nerviosa: la sala parecía vacía, pero tenía que haber otros

guardias. Kelsier se acercó a una gran puerta de roble que había en el edificio interior, su superficie tallada con letras que Vin no reconoció. Abrió la puerta.

Dentro había un inquisidor de acero. La criatura sonrió, frunciendo los labios en una escalofriante expresión bajo los dos enormes clavos que perforaban sus ojos.

Kelsier se detuvo un instante.

—*Vin, corre!* —gritó entonces, mientras la mano del inquisidor salía disparada y lo agarraba por el cuello.

Vin no reaccionó. A los lados, vio llegar a otros dos inquisidores vestidos de negro dando zancadas a través de los arcos. Altos, delgados y calvos, también llevaban los clavos y los intrincados tatuajes del Ministerio en torno a los ojos.

El inquisidor más cercano alzó a Kelsier sujetado por el cuello.

—Kelsier, el Superviviente de Hathsin —dijo la criatura con voz rechinante. Luego se volvió hacia Vin—. Y... tú. Te he estado buscando. Dejaré que este muera rápidamente si me dices qué noble te engendró, mestiza.

Kelsier tosió, debatiéndose por respirar mientras se agitaba bajo la tenaza de la criatura. El inquisidor se dio media vuelta y miró a Kelsier con sus ojos perforados por los clavos. Kelsier volvió a toser, como si tratara de decir algo, y el inquisidor, curioso, lo atrajo un poco más hacia sí.

La mano de Kelsier clavó una daga en el cuello de la criatura. Mientras el inquisidor se tambaleaba, Kelsier golpeó con el puño su antebrazo y le rompió el hueso. El inquisidor lo soltó y Kelsier cayó tosiendo al resplandeciente suelo de mármol.

Jadeando en busca de aire, miró a Vin con expresión frenética.

—*Te he dicho que corras!* —espetó, y le lanzó algo.

Vin se detuvo a atrapar la bolsa de las monedas. Sin embargo, se agitó súbitamente en el aire, disparada hacia delante. Bruscamente, advirtió que no se la estaba lanzando sino que la había arrojado *contra* ella.

La bolsa la golpeó en el pecho. Empujada por la alomancia de Kelsier, proyectó a Vin hasta el otro lado de la sala, dejando atrás a los dos sorprendidos inquisidores, hasta que cayó despatarrada al suelo y siguió resbalando sobre el mármol.

Vin alzó la cabeza, todavía mareada. En la distancia, Kelsier se puso en pie. Sin embargo, el principal inquisidor no parecía muy preocupado por la daga de su cuello. Los otros dos se encontraban entre ella y Kelsier. Uno se volvió y Vin se quedó helada por su horripilante y antinatural mirada.

—¡CORRE!

La palabra resonó en la cámara abovedada. Y esta vez, por fin, surtió efecto.

Vin se puso en pie. El miedo la aturdía, le gritaba, la obligaba a moverse. Corrió hacia el pasillo más cercano, sin saber si era por el que habían venido. Agarró la bolsa de monedas de Kelsier y quemó hierro, buscando frenéticamente un anclaje en el pasillo.

¡Tengo que escapar!

Agarró el primer trozo de metal que vio y tiró, despegándose del suelo. Se lanzó por el pasillo a velocidad descontrolada, el terror avivaba su hierro.

De pronto se sacudió y todo giró. Golpeó el suelo de mala manera, su cabeza chocó contra la burda piedra y se quedó allí aturdida, preguntándose qué había sucedido. La bolsa de monedas... Alguien había tirado de ella usando su metal para obligarla a retroceder.

Vin se dio la vuelta y vio una forma oscura abalanzándose hacia ella por el pasillo. La túnica del inquisidor revoloteó cuando se posó a corta distancia. Avanzó, el rostro impasible.

Vin avivó estremo y peltre, despejando su mente y apartando el dolor. Lanzó unas cuantas monedas, empujándolas contra el inquisidor.

Él alzó una mano y las monedas se detuvieron en el aire. El propio empujón de Vin de repente la impulsó hacia atrás y cayó al suelo, resbalando contra las piedras.

Oyó las monedas resonar en el suelo mientras se detenía. Sacudió la cabeza, con una docena de nuevos moratones ardiéndole por todo el cuerpo. El inquisidor pasó por encima de las monedas esparcidas, caminando hacia ella a ritmo veloz.

¡Tengo que escapar! Incluso Kelsier había temido enfrentarse a un inquisidor. Si él no podía combatir a uno, ¿qué posibilidad tenía ella?

Ninguna. Soltó la bolsa y se puso en pie, luego echó a correr y se metió por la primera puerta abierta que vio. La habitación a la que accedió estaba vacía, pero en el centro se alzaba un altar dorado. Entre el altar, los cuatro candelabros en las esquinas y el resto de ornamentos religiosos, estaba abarrotada.

Vin se volvió y tiró de un candelabro atrayéndolo hasta sus manos, recordando el truco de Kelsier de antes. El inquisidor entró en la habitación y, casi divertido, alzó una mano y le arrancó el candelabro con un sencillo tirón alomántico.

¡Es tan fuerte!, pensó Vin con horror. Debía de estar reforzándose tirando contra las abrazaderas de las linternas que tenía detrás. Sin embargo, la fuerza de su tirón de hierro era mucho más poderosa que la de Kelsier.

Vin saltó, empujándose por encima del altar. En la puerta, el inquisidor extendió el brazo hacia un cuenco situado encima de una columna baja y sacó lo que parecían ser un puñado de pequeños triángulos de metal. Eran afilados y cortaron la mano de la criatura en una docena de sitios diferentes. Hizo caso omiso a las heridas y alzó de sopetón la mano ensangrentada hacia ella.

Vin gritó y se ocultó detrás del altar mientras las piezas de metal chocaban contra la pared del fondo.

—Estás atrapada —dijo el inquisidor con voz rechinante—. Ven conmigo.

Vin miró a un lado. No había otras puertas. Asomó la cabeza mirando al inquisidor y una pieza de metal corrió hacia su cara. Empujó contra ella, pero el inquisidor era demasiado fuerte. Tuvo que esquivar y dejar que el metal pasara, o de lo contrario la hubiese clavado contra la pared.

Necesito algo para bloquearlo. Algo que no esté hecho de metal.

Mientras oía al inquisidor entrar en la habitación, encontró lo que necesitaba: un gran libro encuadrado en cuero situado junto al altar. Lo tomó, luego hizo una pausa. No tenía sentido morir rica. Echó mano al frasquito de Kelsier, apuró el atium y lo quemó.

La sombra del inquisidor rodeó el altar y el inquisidor real la siguió un segundo más tarde. La sombra de atium abrió la mano y una lluvia de diminutas dagas translúcidas voló hacia ella.

Vin alzó el libro cuando las dagas reales la siguieron. Agitó el libro a través del rastro de cada sombra justo cuando las dagas de verdad volaban hacia ella. Las detuvo todas y sus bordes afilados y dentados se clavaron profundamente en la tapa de cuero del libro.

El inquisidor se detuvo y ella obtuvo la recompensa de ver una expresión confundida en su rostro retorcido. Entonces un centenar de imágenes-sombra salieron disparadas de su cuerpo.

¡Lord Legislador!, pensó Vin. También él tenía atium.

Sin detenerse a preocuparse por lo que eso significaba, Vin saltó por encima del altar, llevándose el libro como protección contra nuevos proyectiles. El inquisidor giró, los ojos de clavos siguiéndola mientras se escabullía por el pasillo.

Un pelotón de soldados la esperaba. Sin embargo, todos tenían una sombra-futura. Vin pasó entre ellos sin apenas ver dónde caían sus armas,

evitando de algún modo los ataques de doce hombres diferentes. Y, durante un instante, casi olvidó el dolor y el miedo, sustituidos por una increíble sensación de poder. Fue esquivando sin esfuerzo los bastones que intentaban alcanzarla y fallaban por apenas unos centímetros. Era invencible.

Se abrió paso entre las filas de hombres, sin molestarse en matarlos ni herirlos: solo quería escapar. Cuando dejó atrás al último, dobló una esquina.

Y un segundo inquisidor, el cuerpo rebosando de imágenes-sombra, avanzó un paso y la golpeó con algo afilado en el costado.

Vin jadeó de dolor. Hubo un sonido aterrador cuando la criatura liberó el arma de su cuerpo: era un palo de madera con afiladas puntas de obsidiana. Vin se llevó la mano al costado, se tambaleó hacia atrás, sintió una enorme cantidad de sangre caliente manar de la herida.

El inquisidor le resultaba familiar. *El primero, el de la otra sala*, pensó a través del dolor. *¿Significa... significa eso que Kelsier ha muerto?*

—¿Quién es tu padre? —preguntó el inquisidor.

Vin mantuvo la mano en el costado, tratando de detener la sangre. Era una herida grande. Una herida mala. Las había visto antes. Siempre mataban.

Sin embargo, todavía estaba en pie. *Peltre*, pensó su mente confusa. *¡Aviva peltre!*

Así lo hizo, y el metal le dio fuerza a su cuerpo permitiéndole seguir en pie. Los soldados se apartaron para dejar que el segundo inquisidor se le acercara por el flanco. Vin miró horrorizada a ambos inquisidores que se cernían sobre ella mientras la sangre corría entre sus dedos y por su costado. El primer inquisidor todavía llevaba el arma parecida a un hacha, el filo manchado de sangre. Su sangre.

Voy a morir, pensó aterrorizada.

Y entonces la oyó. Lluvia. Era débil, pero sus oídos amplificados por el estaño la captaron tras ella. Se dio media vuelta, se abalanzó por una puerta y vio un pasillo ancho al otro lado. La bruma se arremolinaba en el suelo y la lluvia golpeaba las piedras del exterior.

Los guardias deben de haber llegado por ahí, pensó. Mantuvo el peltre encendido, sorprendida por lo bien que funcionaba aún su cuerpo, y salió dando tumbos a la lluvia, sujetando por instinto el libro de cuero contra su pecho.

—¿Tratas de escapar? —preguntó el primer inquisidor desde atrás, divertido.

Aturdida, Vin se volvió hacia el cielo y tiró de una de las muchas torres del palacio. Oyó al inquisidor maldecir mientras se lanzaba al aire y se perdía en la noche oscura.

Las mil torres giraron a su alrededor. Tiró de una, luego pasó a otra. La lluvia era fuerte y volvía negra la noche. No había bruma que reflejara la luz ambiental y las estrellas estaban ocultas por las nubes. Vin no podía ver adónde iba: tenía que usar la alomancia para captar las puntas metálicas de las torres, y esperar que no hubiera nada en medio.

Chocó con una torre, se agarró y se detuvo. *Tengo que vendarme la herida*, pensó débilmente. Estaba empezando a marearse y sentía la cabeza aturdida a pesar del peltre y el estaño.

Algo chocó contra la torre que había encima y oyó un gruñido. Vin se apartó con un empujón alomántico mientras notaba el aire moverse por un tajo del inquisidor a su lado.

Solo tenía una oportunidad. A medio salto, tiró para desviarse a un lado, hacia una torre diferente. Al mismo tiempo, empujó contra el libro que tenía en la mano, pues aún tenía pedacitos de metal clavados en la portada. El libro continuó en la dirección que ella seguía, las líneas de metal brillando sin fuerza a la luz. Era el único metal que llevaba encima.

Vin llegó a la siguiente torre, tratando de hacer el menor ruido posible. Escrutó la noche, quemando estaño, mientras la lluvia se convertía en un trueno en sus oídos. Por encima, le pareció escuchar el claro sonido de algo que golpeaba una torre en la dirección hacia donde había empujado el libro.

El inquisidor había picado. Vin suspiró, colgando en la torre, empapada por la lluvia. Se aseguró de que su cobre estuviera aún ardiendo, tiró con suavidad de la torre para sujetarse y desgarró una tira de camisa para vendarse la herida. A pesar de su mente aturdida, no pudo dejar de advertir lo grande que era el tajo.

Ay, Señor, pensó. Sin peltre, hubiese caído inconsciente hacía un buen rato. Debería estar muerta.

Algo sonó en la oscuridad. Vin sintió un escalofrío y alzó la cabeza. Todo era negro a su alrededor.

No es posible. No puede...

Algo chocó contra su torre. Vin soltó un grito. Tiró de otra torre, la capturó débilmente e inmediatamente se impulsó de nuevo. El inquisidor la siguió, y su avance resonaba mientras saltaba de torre en torre tras ella.

Me ha encontrado. No podía verme, ni oírme, ni sentirme. Pero me ha encontrado.

Vin alcanzó una torre, se agarró con una mano y quedó colgando en la noche. Sus fuerzas casi se habían agotado. *Tengo... que huir... esconderme...*

Sentía las manos abotargadas y la mente casi igual. Sus dedos resbalaron del metal frío y mojado de la torre y se sintió caer a la oscuridad.

Cayó con la lluvia.

Sin embargo, solo recorrió una breve distancia antes de golpear algo duro: el tejado de una zona particularmente alta del palacio. Aturdida, se puso de rodillas y se arrastró en busca de una esquina.

Escóndete... escóndete... escóndete...

Se arrastró débilmente hasta el hueco formado por otra torre. Se agazapó en el oscuro rincón, en medio de un charco de agua manchada de ceniza, abrazada a sí misma. Su cuerpo estaba mojado por la lluvia y la sangre.

Pensó, durante apenas un momento, que tal vez había escapado.

Una sombra oscura saltó al tejado. La lluvia remitía y el estaño permitió ver a Vin una cabeza con dos clavos, un cuerpo envuelto en una oscura túnica.

Estaba demasiado débil para moverse, demasiado débil para hacer otra cosa que tiritar en el charco de agua, con la ropa pegada a la piel. El inquisidor se volvió hacia ella.

—Eres una criatura pequeña y problemática —dijo. Avanzó un paso, pero Vin apenas podía oír sus palabras.

Volvía a oscurecer... no, era solo su mente. Su visión se ensombrecía, cerraba los ojos. La herida ya no le dolía. Ni siquiera... podía... pensar.

Un sonido, como de ramas quebradas.

Entonces unos brazos la agarraron. Brazos cálidos, no los brazos de la muerte. Se obligó a abrir los ojos.

—¿Kelsier? —susurró.

Pero no era la cara de Kelsier la que le devolvió la mirada, marcada por la preocupación. Era una cara distinta, más amable. Ella suspiró aliviada, perdiendo el sentido mientras los fuertes brazos la acercaban y la hacían sentirse extrañamente a salvo en medio de las terribles tormentas de la noche.

No sé por qué me traicionó Kwaan. Incluso así, este hecho acosa mis pensamientos. Fue él quien me descubrió; él fue el filósofo de Terris que me llamó primero Héroe de las Eras. Parece irónicamente surrealista que ahora, después de su larga pugna por convencer a sus colegas, sea el único hombre santo terrisano de importancia que predica contra mi reino.

15



—¿DEJASTE QUE TE ACOMPAÑARA? —preguntó Dockson, irrumpiendo en la sala—. ¿Te llevaste a Vin a Kredik Shaw? ¿Estás loco de remate?

—Sí —replicó Kelsier—. Has tenido razón todo el tiempo. Estoy loco. Soy un lunático. ¡Tal vez debería haber muerto en los Pozos y no haber vuelto jamás para molestaros a ninguno!

Dockson se detuvo, sorprendido por la fuerza de las palabras de Kelsier, quien dio un puñetazo en la mesa lleno de frustración, quebrando la madera por la fuerza del golpe. Seguía quemando peltre, el metal que le ayudaba a resistir sus diversas heridas. Su capa de bruma yacía hecha jirones y tenía en el cuerpo media docena de cortes de poca gravedad. Todo el costado derecho le ardía de dolor. Tendría una magulladura enorme allí, y tendría suerte si no se había roto ninguna costilla.

Kelsier avivó el peltre. El fuego en su interior le sentó bien: le proporcionaba un foco para la ira y el asco que sentía por sí mismo. Uno de los aprendices trabajaba con rapidez, tratando de vendarle la herida más grande. Clubs estaba sentado junto a Ham en un rincón de la cocina; Brisa estaba fuera, en uno de los suburbios.

—Por el lord Legislador, Kelsier —dijo Dockson en voz baja.

Incluso Dockson, pensó Kelsier. Incluso mis más viejos amigos juran en nombre del lord Legislador. ¿Qué estamos haciendo? ¿Cómo podemos enfrentarnos a esto?

—Había tres inquisidores esperándonos, Dox.

Dockson palideció.

—¿Y la *dejaste* allí?

—Ella escapó antes de que yo lo hiciera. Traté de distraer a los inquisidores todo lo que pude, pero...

—Pero?

—Uno de ellos la siguió. No pude impedirlo... Quizá los otros dos inquisidores tan solo han intentado mantenerme ocupado para que su compañero pudiera encontrarla.

—Tres inquisidores —dijo Dockson, aceptando una copa de brandy que le ofrecía uno de los aprendices. La apuró.

—Debimos de hacer mucho ruido al entrar —dijo Kelsier—. Eso, o ya estaban allí por algún motivo. ¡Y seguimos sin saber qué hay en esa sala!

Todos guardaron silencio en la cocina. La lluvia en el exterior volvió a arreciar, asaltando el edificio con furia vengativa.

—Bueno... —dijo Ham—. ¿Qué ha sido de Vin?

Kelsier miró a Dockson, y vio pesimismo en sus ojos. Kelsier había escapado a duras penas y tenía años de entrenamiento. Si Vin estaba todavía en Kredik Shaw...

Kelsier sintió un agudo dolor en el pecho. *La dejaste morir también. Primero, Mare; luego, Vin. ¿A cuántos más llevarás a la muerte antes de que esto acabe?*

—Puede que esté oculta en algún lugar de la ciudad —dijo Kelsier—. Temerosa de venir al taller porque los inquisidores la están buscando. O... tal vez por algún motivo haya vuelto a Fellise.

Tal vez esté en alguna parte ahí fuera, muriendo sola bajo la lluvia.

—Ham —dijo Kelsier—, tú y yo vamos a volver al palacio. Dox, con Lestibournes, visitad a otras bandas de ladrones. Tal vez uno de sus vigías haya visto algo. Clubs, envía a un aprendiz a la Mansión Renoux para ver si ha vuelto allí.

El solemne grupo empezó a moverse, pero Kelsier no necesitó decir lo obvio. Ham y él no podrían acercarse a Kredik Shaw sin toparse con patrullas de guardia. Aunque Vin estuviera ocultándose en algún lugar de la ciudad, lo más probable era que los inquisidores la encontrasen antes. Ellos habrían...

Kelsier se detuvo y su súbito movimiento hizo que los otros lo imitaran. Había oído algo.

Sonaron pasos apresurados mientras Lestibourne bajaba corriendo las escaleras y entraba en la habitación, completamente empapado por la lluvia.

—¡Viene alguien! ¡En la noche en avisando!

—¿Vin? —preguntó Ham, esperanzado.

Lestibourne negó con la cabeza.

—Hombre grande. Túnica.

Ya está, entonces. He causado la muerte de la banda... He traído a los inquisidores hasta aquí.

Ham se puso en pie y empuñó una vara de madera. Dockson sacó un par de dagas y los seis aprendices de Clubs se dirigieron al fondo de la habitación con el espanto en los ojos.

Kelsier avivó sus metales.

La puerta trasera de la cocina se abrió. Una forma alta y oscura, con una túnica mojada, se alzaba bajo la lluvia. Y llevaba en sus brazos una figura envuelta en tela.

—¡Sazed!

—Está malherida —dijo Sazed, entrando rápidamente en la habitación, su elegante túnica chorreando—. Maese Hammond, necesito peltre. Su suministro está agotado, creo.

Ham se abalanzó mientras Sazed depositaba a Vin sobre la mesa de la cocina. Tenía la piel pegajosa y pálida y estaba totalmente empapada.

Es tan pequeña, pensó Kelsier. Apenas poco más que una niña. ¿Cómo se me ha ocurrido llevarla conmigo?

Tenía una enorme herida ensangrentada en el costado. Sazed dejó algo a un lado, un libro enorme que había llevado en brazos debajo de Vin, y aceptó un frasco de Hammond. Lo abrió y vertió el líquido en la garganta de la muchacha inconsciente. La habitación permaneció en silencio mientras el sonido de la lluvia seguía llegando por la puerta todavía abierta.

El rostro de Vin cobró un poco de color y su respiración pareció estabilizarse. Para los sentidos alománticos potenciados por el bronce de Kelsier, empezó a emitir un suave pulso no muy distinto a un segundo latido.

—Ah, bien —dijo Sazed, deshaciendo el vendaje improvisado de Vin—. Temí que su cuerpo estuviera demasiado poco familiarizado con la alomancia para quemar metales inconscientemente. Hay esperanza, creo. Maese Cladent, necesito una olla de agua hirviendo, vendas y la bolsa médica de mis habitaciones. ¡Rápido!

Clubs asintió e indicó a sus aprendices que trajeran lo que se había pedido. Kelsier dio un respiro mientras observaba el trabajo de Sazed. La herida era grave, peor que ninguna a las que él mismo había sobrevivido. El corte le llegaba hasta el intestino: el tipo de herida que mataba lenta pero inevitablemente.

Vin, sin embargo, no era una persona corriente: el peltre mantenía vivo a un alomante mucho después de que su cuerpo hubiera cedido. Además, Sazed no era un curandero cualquiera. Los ritos religiosos no eran lo único que los guardadores almacenaban en su sorprendente memoria; sus mentes de metal contenían enormes tesoros de información sobre cultura, filosofía y ciencia.

Clubs echó a sus aprendices de la habitación cuando empezó la operación. El procedimiento requirió una alarmante cantidad de tiempo, con Ham aplicando presión a la herida mientras Sazed cosía lentamente el interior de Vin. Por fin, cerró la herida exterior, aplicó un vendaje limpio y luego le pidió a Ham que llevara con cuidado a la muchacha a su cama.

Kelsier se levantó, viendo cómo Ham sacaba de la cocina el cuerpo débil y flácido de Vin. Luego se volvió hacia Sazed con expresión interrogativa. Dockson, la otra única persona presente, estaba sentado en un rincón.

Sazed negó gravemente con la cabeza.

—No sé, maese Kelsier. Podría sobrevivir. Tendremos que suministrarte peltre... Eso ayudará a su cuerpo a crear nueva sangre. Incluso así, he visto a muchos hombres fuertes morir por heridas más pequeñas que esta.

Kelsier asintió.

—Creo que llegué demasiado tarde —dijo Sazed—. Cuando descubrí que se había marchado de la Mansión Renoux, vine a Luthadel lo más rápido que pude. Usé toda una mente de metal para hacer el viaje rápidamente. Y aun así, llegué tarde...

—No, amigo mío. Lo has hecho bien esta noche. Mucho mejor que yo.

Sazed suspiró y luego acarició con la mano el gran libro que había apartado antes de iniciar la operación. El tomo estaba manchado de lluvia y sangre. Kelsier lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué es eso?

—No lo sé —respondió Sazed—. Lo encontré en el palacio, mientras buscaba a la muchacha. Está escrito en khleni.

Khleni, el lenguaje de Khlellium, la antigua tierra del lord Legislador, antes de la Ascensión. Kelsier se acercó.

—¿Puedes traducirlo?

—Tal vez —dijo Sazed, y de repente pareció muy cansado—. Pero... no por ahora, creo. Después de esta noche, necesitaré descansar.

Kelsier asintió y llamó a uno de los aprendices para que preparara una habitación para Sazed. El terrisano hizo un gesto de agradecimiento y empezó a subir cansinamente las escaleras.

—Ha salvado algo más que la vida de Vin esta noche —dijo Dockson, acercándose a Kelsier—. Lo que has hecho es una estupidez, incluso para ti.

—Tenía que saberlo, Dox. Tenía que volver. ¿Y si el atium está allí?

—Dijiste que no lo está.

—Lo dije y estoy casi seguro. Pero ¿y si me equivoco?

—Eso no es excusa —dijo Dockson, enfadado—. Ahora Vin se está muriendo y el lord Legislador sabe que existimos. ¿No fue suficiente que causaras la muerte de Mare intentando entrar en esa sala?

Kelsier estaba demasiado agotado para sentir ninguna ira. Suspiró y se sentó.

—Hay más, Dox.

Dockson frunció el ceño.

—He evitado hablar del lord Legislador a los demás, pero... estoy preocupado. El plan es bueno, pero tengo esta terrible sensación ominosa de que nunca tendremos éxito mientras él viva. Podremos robar su dinero, podremos quitarle sus ejércitos, podremos expulsarlo de la ciudad... pero sigue preocupándome no poder detenerlo.

Dockson frunció el ceño.

—¿Entonces hablas en serio de ese undécimo metal?

Kelsier asintió.

—Llevo dos años buscando un modo de matarlo. Los hombres lo han intentado todo. No le afectan las heridas normales y la decapitación solo le molesta. Un grupo de soldados incendió la posada donde se alojaba durante una de las primeras guerras. El lord Legislador salió de allí siendo apenas un esqueleto y luego sanó en cuestión de segundos.

»Solo las historias del undécimo metal ofrecían alguna esperanza ¡Pero no puedo hacerlo funcionar! Por esto he tenido que volver al palacio. El lord Legislador esconde *algo* en esa sala, puedo sentirlo. No puedo dejar de pensar que, si supiéramos qué es, lograríamos detenerlo.

—No tenías que llevarte a Vin contigo.

—Me siguió —dijo Kelsier—. Me preocupaba que intentara entrar por su cuenta, así que se lo permití. La chica es testaruda, Dox... Lo oculta bien, pero

es enormemente obstinada cuando quiere serlo.

Dockson suspiró, y luego asintió lentamente.

—Y seguimos sin saber qué hay en esa sala.

Kelsier miró el libro que Sazed había dejado sobre la mesa. La lluvia lo había manchado, pero el tomo obviamente había sido diseñado para durar. Estaba bien cerrado para impedir que la lluvia se colara dentro y la tapa era de cuero bien curtido.

—No, no lo sabemos —dijo Kelsier por fin. *Pero tenemos esto, sea lo que sea.*

—¿Ha merecido la pena, Kel? —preguntó Dockson—. Esa hazaña de locos, ¿ha merecido la pena realmente que estuvieran a punto de mataros, a ti y a la chica?

—No lo sé —contestó Kelsier con sinceridad. Se volvió hacia Dockson y miró a su amigo a los ojos—. Pregúntamelo cuando sepamos si Vin va a vivir o no.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE



TERCERA PARTE
HIJOS DE UN SOL
SANGRANTE

Muchos creen que mi viaje comenzó en Khlellium, esa gran ciudad de maravillas. Olvidan que yo no era rey cuando comenzó mi misión. Nada de eso.

Creo que los hombres harían bien recordando que esta tarea no la iniciaron emperadores, sacerdotes, profetas ni generales. No comenzó en Khlellium ni en Kordel, ni vino de las grandes naciones del este o del feroz imperio del oeste.

Comenzó en un pueblo pequeño y sin importancia cuyo nombre no significará nada para vosotros. Comenzó con un joven, hijo de un herrero, que no destacaba en nada... excepto, quizás, en su habilidad para meterse en líos.

Comenzó conmigo.

16



CUANDO VIN DESPERTÓ, EL DOLOR le dijo que Reen había vuelto a golpearla. ¿Qué había hecho? ¿Se había mostrado demasiado amistosa con uno de los otros miembros de la banda? ¿Había hecho algún comentario tonto, despertando la ira del jefe? Tenía que permanecer callada, siempre callada, apartada de los demás, sin llamar nunca la atención. De lo contrario, él le pegaba. Tenía que aprender, decía. Tenía que aprender...

Pero su dolor parecía demasiado fuerte como para tratarse de eso. Había pasado mucho tiempo desde que podía recordar que algo le doliera tanto.

Tosió levemente, abrió los ojos. Yacía en una cama demasiado cómoda y un muchacho larguirucho estaba sentado en un sillón junto a ella.

Lestibourne, pensó. Así se llama. Estoy en el taller de Clubs.

Lestibourne se puso en pie de un salto.

—¡Estás despierta!

Ella trató de hablar, pero solo volvió a toser, y el muchacho le dio a toda prisa un vaso de agua. Vin bebió agradecida, haciendo una mueca por el dolor que sentía interiormente. De hecho, parecía como si le hubieran golpeado a conciencia todo el cuerpo.

—Lestibournes —balbució por fin.

—En ná deso ahora —dijo él—. Kelsier me lo ha cambiao. Ahora me llamo Fantasma.

—¿Fantasma? —preguntó Vin—. Te viene bien. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Dos semanas —respondió el muchacho—. Espera aquí.

Se marchó corriendo y ella lo oyó llamar a alguien en la distancia.

¿*Dos semanas*? Bebió agua tratando de ordenar sus confusos recuerdos. El sol rojizo de la tarde asomaba por la ventana, iluminando la habitación. Puso a un lado el vaso, comprobó su costado y descubrió un gran vendaje blanco.

Ahí es donde me hirió el inquisidor, pensó. *Debería estar muerta.*

Tenía el costado magullado y lívido por el golpe en el tejado al caer y en su cuerpo una docena más de moratones, arañazos y cortes. En conjunto, se sentía terriblemente mal.

—¡Vin! —exclamó Dockson, entrando en la habitación—. ¡Estás despierta!

—Apenas —dijo Vin con un gruñido, tumbándose contra la almohada.

Dockson se echó a reír y se acercó para sentarse en el taburete de Lestibournes.

—¿Qué recuerdas?

—Casi todo, creo. Nos colamos en el palacio, pero había inquisidores. Nos persiguieron y Kelsier luchó... —Se detuvo, mirando a Dockson—. ¿Kelsier? ¿Está...?

—Kel está bien. Escapó del incidente en mejor estado que tú. Conoce bastante bien el palacio, por los planos que hicimos hace tres años y...

Vin frunció el ceño al ver que Dockson se callaba.

—¿Qué?

—Dijo que los inquisidores no parecían muy empeñados en matarlo. Uno se encargó de él y enviaron a otros dos a perseguirte.

¿*Por qué?*, pensó Vin. *¿Querrán concentrar primero su energía en el enemigo más débil? ¿O existe otro motivo?* Reflexionó, repasando los acontecimientos de aquella noche.

—Sazed —dijo por fin—. Me salvó. El inquisidor estaba a punto de matarme, pero... Dox, ¿qué es Sazed?

—¿Sazed? —dijo Dockson—. Supongo que esa pregunta debería dejar que la responda él.

—¿Está aquí?

Dockson negó con la cabeza.

—Tuvo que regresar a Fellise. Brisa y Kel siguen reclutando gente y Ham se marchó la semana pasada a inspeccionar nuestro ejército. No volverá al menos hasta dentro de un mes.

Vin asintió, mareada.

—Bébete el resto del agua —sugirió Dockson—. Tiene algo que te ayudará con el dolor.

Vin apuró el resto del vaso, luego se dio la vuelta y dejó que el sueño volviera a apoderarse de ella.

KELSIER ESTABA ALLÍ CUANDO DESPERTÓ, sentado en el taburete junto a la cama, las manos unidas y los codos en las rodillas, observándola a la débil luz de una lámpara. Sonrió cuando ella abrió los ojos.

—Bienvenida.

Ella echó inmediatamente mano al vaso de agua que había en la mesita de noche.

—¿Cómo va el trabajo?

Él se encogió de hombros.

—El ejército crece y Renoux ha empezado a comprar armas y suministros. Tu sugerencia en lo referente al Ministerio resultó ser buena: encontramos al contacto de Theron y casi hemos negociado un trato que nos permitirá colocar a alguien como acólito.

—¿Marsh? —preguntó Vin—. ¿Lo hará él?

Kelsier asintió.

—Siempre ha sentido cierta... fascinación por el Ministerio. Si hay un skaa que pueda imitar a un obligador, es él.

Vin asintió y tomó un sorbo de agua. Había algo diferente en Kelsier. Era sutil, una leve alteración en sus aires y actitud. Las cosas habían cambiado durante su enfermedad.

—Vin —dijo Kelsier, vacilante—. Te debo una disculpa. Casi te matan por mi culpa.

Vin dio un leve resoplido.

—No es culpa tuya. Te obligué a llevarme.

—No debería haberlo permitido. Mi primera decisión, la de hacerte volver, fue adecuada. Por favor, acepta mis disculpas.

Vin asintió.

—¿Qué necesitas que haga ahora? El trabajo tiene que continuar, ¿no?

Kelsier sonrió.

—Por supuesto. En cuanto estés lista, me gustaría que volvieras a Fellise. Hemos difundido la historia de que lady Valette está enferma, pero empieza a haber rumores. Cuanto antes puedan verte en persona, mejor.

—Puedo ir mañana.

Kelsier se echó a reír.

—Lo dudo, pero podrás hacerlo pronto. Por ahora, solo descansa. —Se incorporó, dispuesto a marcharse.

—¿Kelsier? —preguntó Vin, deteniéndolo. Él se volvió a mirarla. Vin se esforzó para formular lo que quería decir—. El palacio... los inquisidores... No somos invencibles, ¿no?

Se ruborizó. Parecía una estupidez cuando lo decía de esa forma.

Kelsier, sin embargo, sonrió. Parecía comprender lo que ella quería decir.

—No, Vin —contestó en voz baja—. Distamos mucho de serlo.

VIN CONTEMPLABA EL PAISAJE QUE desfilaba ante la ventanilla de su carroaje. El vehículo, enviado desde la Mansión Renoux, supuestamente había llevado a lady Valette a dar un paseo por Luthadel. En realidad no recogió a Vin hasta que se detuvo brevemente junto a la calle de Clubs. Ahora, sin embargo, tenía abiertas las ventanillas, mostrándose de nuevo al mundo... suponiendo que a alguien le importara.

El carroaje regresó a Fellise. Kelsier tenía razón: tuvo que descansar tres días más en el taller de Clubs antes de sentirse lo bastante fuerte para hacer el viaje. En parte había esperado tan solo porque temía tener que debatirse bajo los vestidos de noble con los brazos magullados y el costado herido.

Con todo, se sentía bien estando de nuevo en pie. Había algo... extraño en tener que estar recuperándose en cama. Tanto tiempo no se le daba a una ladrona corriente: los ladrones volvían pronto al trabajo o eran abandonados para que murieran. Los que no podían traer dinero para comer tampoco podían ocupar espacio en la guarida.

Pero esa no es la única forma en que vive la gente, pensó Vin. Todavía se sentía incómoda con ese conocimiento. A Kelsier y los demás no les había importado que ella agotara sus recursos, no habían explotado su debilidad, sino que la habían cuidado, velándola por turnos. El más notable de todos había sido Lestibourne. Vin ni siquiera creía conocerlo muy bien y, sin

embargo, Kelsier le había contado que el muchacho se había pasado horas cuidándola durante su coma.

¿Qué se podía esperar de un mundo donde el jefe de la banda se preocupaba por los suyos? En los bajos fondos, cada persona era responsable de lo que le pasaba: el segmento más débil de la banda tenía que ser abandonado a su suerte para que los demás pudieran sobrevivir. Si una persona era capturada por el Ministerio, la abandonabas a su destino y esperabas que no te traicionara demasiado. No te preocupabas de si eras culpable de haberla puesto en peligro.

Están locos, respondió la voz de Reen. Todo este plan acabará en desastre... y tu muerte será culpa tuya por no dejarlos cuando pudiste.

Reen la abandonó cuando pudo. Tal vez sabía que los inquisidores la perseguirían por los poderes que poseía sin saberlo. Siempre comprendió cuándo tenía que marcharse: no era ningún accidente, pensó, que no hubiera acabado masacrado con el resto de la banda de Camon.

Y, sin embargo, ignoró las palabras de Reen, dejando que el carroaje la condujera hacia Fellise. No es que se sintiera completamente segura en su puesto en la banda de Kelsier. De hecho, en cierta manera su lugar entre esa gente la hacía sentirse más aprensiva. ¿Y si dejaban de necesitarla? ¿Y si se volvía inútil para ellos?

Tenía que demostrar que podía hacer lo que necesitaban que hiciera. Había bailes a los que asistir, una sociedad en la que infiltrarse. Tenía mucho trabajo que hacer; no podía permitirse pasarse más tiempo durmiendo.

Además, necesitaba regresar a sus sesiones de prácticas de alomancia. Solo habían hecho falta unos cuantos meses para que desarrollara una dependencia de sus poderes y anhelaba la libertad de saltar a través de las brumas, de tirar y empujar para abrirse paso a través de los cielos. Kredik Shaw le había enseñado que no era invencible... Pero la supervivencia de Kelsier con apenas un arañozo demostraba que era posible ser mucho mejor de lo que ella era. Vin necesitaba practicar, crecer en fuerza hasta que también pudiera escapar de los inquisidores como lo había hecho Kelsier.

El carroaje tomó una curva y se dirigió hacia Fellise. El familiar paisaje bucólico hizo que Vin sonriera. Se apoyó contra la ventanilla abierta, sintiendo la brisa. Con suerte, la gente de la calle comentaría que habían visto a lady Valette recorriendo la ciudad. Llegó a la Mansión Renoux poco después. Un sirviente abrió la puerta y Vin se sorprendió al ver que el mismísimo lord Renoux esperaba ante el carroaje para ayudarla a bajar.

—¿Mi señor? —dijo Vin, ofreciéndole la mano—. Sin duda tienes cosas más importantes que atender.

—Tonterías —respondió él—. Un lord debe tener tiempo para entretenese con su sobrina favorita. ¿Qué tal el viaje?

¿*Es que nunca se sale del personaje?* No preguntó por la gente de Luthadel, ni dio muestra alguna de estar al corriente de sus heridas.

—Muy distraído, tío —dijo ella mientras subían las escalinatas hasta la mansión.

Vin agradeció que el peltre que ardía levemente en su estómago les diera fuerzas a sus piernas aún débiles. Kelsier le había advertido que no lo usara demasiado, no fuera a acabar dependiendo de su poder, pero no veía otra alternativa hasta que hubiera sanado.

—Magnífico —dijo Renoux—. Tal vez, cuando te encuentres mejor, deberíamos almorzar juntos en el balcón del jardín. Ha hecho calorillo últimamente, a pesar de que se acerca el invierno.

—Eso sería muy agradable —contestó Vin.

Antes, el porte del noble impostor la impresionaba. Sin embargo, cuando ella adoptaba la personalidad de lady Valette experimentaba la misma calma que antes. Vin la ladrona no era nada para un hombre como Renoux, pero Valette la noble era otra cuestión.

—Muy bien —dijo Renoux, deteniéndose en la entrada—. Sin embargo, dejémoslo para otro día. Por ahora, seguro que prefieres descansar de tu viaje.

—Lo cierto, mi señor, es que me gustaría visitar a Sazed. Hay unos asuntos que me gustaría discutir con el mayordomo.

—Ah —dijo Renoux—. Lo encontrarás en la biblioteca, trabajando en uno de mis proyectos.

—Gracias.

Renoux asintió y se marchó, dando golpecitos con su bastón de duelo contra el blanco suelo de mármol. Vin frunció el ceño, tratando de decidir si estaba completamente cuerdo. ¿Podía alguien de verdad adoptar de manera tan absoluta otra personalidad?

Tú lo haces, se recordó. Cuando te conviertes en lady Valette muestras un aspecto de ti misma completamente diferente.

Se dio la vuelta, avivando peltre para que la ayudara a subir las escaleras del ala norte. Cuando llegó arriba, lo apagó. Como decía Kelsier, era peligroso mantener los metales avivados demasiado tiempo; un alomante podía volverse rápidamente dependiente.

Inspiró varias veces. Subir las escaleras había sido difícil, incluso con la ayuda del peltre. Luego recorrió el pasillo hasta la biblioteca. Sazed estaba sentado a un escritorio junto a un pequeño brasero de carbón en el extremo de la pequeña sala, escribiendo en un cuaderno. Llevaba su ropa habitual de mayordomo y un par de finas gafas en el puente de la nariz.

Vin se detuvo en la puerta y contempló al hombre que le había salvado la vida. *¿Por qué lleva gafas? Lo he visto leer sin ellas.* Parecía completamente absorto en su trabajo, estudiando periódicamente un gran tomo que había sobre la mesa y volviéndose luego para tomar notas en su cuaderno.

—Eres alomante —dijo Vin en voz baja.

Sazed se detuvo, luego soltó su pluma y se volvió.

—¿Qué te hace decir eso, señora Vin?

—Llegaste a Luthadel demasiado rápido.

—Lord Renoux mantiene varios rápidos caballos mensajeros en sus establos. Podría haber cogido uno.

—Me encontraste en el palacio.

—Kelsier me contó sus planes y supuse con acierto que lo habías seguido. Localizarte fue un golpe de suerte, aunque casi tardé demasiado tiempo en conseguirlo.

Vin frunció el ceño.

—Mataste al inquisidor.

—¿Matarlo? —preguntó Sazed—. No, señora. Hace falta mucho más poder del que yo poseo para matar a una de esas monstruosidades. Me limité a... distraerlo, sin más.

Vin se quedó un momento más en la puerta, tratando de dilucidar por qué Sazed se mostraba tan ambiguo.

—Bien, ¿eres alomante o no?

Él sonrió y luego sacó un taburete de debajo de la mesa.

—Por favor, siéntate.

Vin hizo lo que le pedía, cruzó la sala y se sentó en el taburete, de espaldas a una enorme estantería.

—¿Qué pensarías si te dijera que no soy alomante? —preguntó Sazed.

—Pensaría que estás mintiendo.

—¿Te he mentido alguna vez?

—Los mejores mentirosos son aquellos que dicen la verdad la mayor parte de las veces.

Sazed sonrió, mirándola a través de sus gafas.

—Es verdad. Sin embargo, ¿qué pruebas tienes de que yo sea alomante?

—Hiciste cosas que no podrían hacerse sin recurrir a la alomancia.

—¿Sí? ¿Nacida de la bruma desde hace dos meses y ya sabes todo lo que puede hacerse?

Vin dudó. Hasta hacía muy poco, no sabía gran cosa sobre la alomancia. Tal vez había más cosas de las que había supuesto.

Siempre hay otro secreto. Las palabras de Kelsier.

—Bien —dijo con cierta parsimonia—, ¿qué es exactamente un «guardador»?

Sazed sonrió.

—Esa es una pregunta bastante más inteligente, señora. Los guardadores son... almacenes. Recordamos las cosas para que puedan ser utilizadas en el futuro.

—Como las religiones.

Sazed asintió.

—Las verdades religiosas son mi especialidad particular.

—Pero ¿también recuerdas otras cosas?

Sazed asintió de nuevo.

—¿Como cuáles?

—Bueno —dijo Sazed, cerrando el tomo que estaba estudiando—. Idiomas, por ejemplo.

Vin reconoció de inmediato la portada cubierta de glifos.

—¡El libro que encontré en el palacio! ¿Cómo lo has conseguido?

—Me lo encontré cuando te estaba buscando —dijo el terrisano—. Está escrito en un idioma muy antiguo, un idioma que no se habla desde hace casi un milenio.

—Pero ¿tú lo hablas?

Sazed asintió.

—Lo suficiente para traducirlo, creo.

—¿Y... cuántos idiomas conoces?

—Ciento setenta y dos —dijo Sazed—. La mayoría, como el khleni, ya no se habla. El movimiento unificador del lord Legislador en el siglo quinto se aseguró de eso. El idioma que ahora habla la gente es en realidad un lejano dialecto de Terris, el lenguaje de mi tierra natal.

Ciento setenta y dos, pensó Vin, sorprendida.

—Eso... parece imposible. Ningún hombre puede recordar tantos.

—Un hombre, no —dijo Sazed—. Un guardador, sí. Lo que yo hago es similar a la alomancia, pero no es lo mismo. Tú extraes poder de los metales. Yo... los uso para crear memorias.

—¿Cómo?

Sazed negó con la cabeza.

—Quizá en otro momento, señora. Los de mi clase... preferimos mantener nuestros secretos. El lord Legislador nos da caza con notable y confusa pasión. Somos mucho menos amenazadores que los nacidos de la bruma... y, sin embargo, él ignora a los alomantes y prefiere destruirnos. Odiando al pueblo de Terris por nuestra causa.

—¿Odiar? —preguntó Vin—. Se os trata mejor que a los skaa. Se os ofrecen puestos respetables.

—Eso es cierto, señora. Pero, en cierto modo, los skaa son más libres. La mayoría de los terrisanos son educados desde que nacen para ser criados. Quedamos muy pocos y los criadores del lord Legislador controlan nuestra reproducción. Ningún mayordomo terrisano puede tener familia, ni engendrar hijos.

Vin resopló.

—Eso parece muy difícil de conseguir.

Sazed hizo una pausa, colocando una mano sobre la portada del libro.

—En absoluto —respondió, el ceño fruncido—. Todos los mayordomos terrisanos son eunucos, niña. Creía que lo sabías.

Vin se quedó helada. Luego se ruborizó hasta las cejas.

—Yo... yo... lo siento.

—No es necesario que te disculpes, de verdad. Me castraron poco después de nacer, como es común hacer con todos aquellos que serán mayordomos. A menudo, pienso que cambiaría con gusto mi vida por la de un skaa corriente. Los de mi pueblo son menos que esclavos... son autómatas fabricados, creados por programas reproductores, entrenados desde la cuna para cumplir los deseos del lord Legislador.

Vin continuó ruborizándose, maldiciendo su falta de tacto. ¿Por qué no se lo había contado nadie? Sazed, sin embargo, no parecía ofendido: nunca parecía enfadarse por nada.

Quizá sea una función de su... estado, pensó Vin. Eso es lo que deben de querer los criadores. Mayordomos dóciles de temperamento manso.

—Pero —dijo, frunciendo el ceño— tú eres un rebelde, Sazed. Estás combatiendo al lord Legislador.

—Soy algo parecido a una desviación —contestó Sazed—. Y mi pueblo no está tan completamente sometido como el lord Legislador cree. Ocultamos a los guardadores ante sus mismos ojos y algunos de nosotros incluso tenemos el valor de romper nuestro entrenamiento.

Sazed negó con la cabeza.

—Sin embargo, no es fácil. Somos un pueblo débil, señora. Estamos ansiosos por hacer lo que se nos dice, nos sometemos rápidamente. Incluso yo, a quien tú llamas rebelde, busqué inmediatamente un puesto como mayordomo servil. No somos tan valientes como nos gustaría, creo.

—Fuiste lo suficientemente valiente para salvarme —dijo Vin.

Sazed sonrió.

—Ah, pero también en eso hubo un elemento de obediencia. Le prometí a maese Kelsier que me encargaría de tu seguridad.

Ah, pensó ella. Se había preguntado si Sazed tenía un motivo para sus acciones. Después de todo, ¿quién arriesgaría su vida con la única intención de salvarla? Permaneció sentada un momento, pensativa, y Sazed volvió a su libro. Finalmente, volvió a hablar, atrayendo la atención del terrisano.

—¿Sazed?

—Sí, señora?

—¿Quién traicionó a Kelsier hace tres años?

Sazed se detuvo, luego soltó su pluma.

—Los hechos no están claros, señora. Casi toda la banda supone que fue Mare.

—¿Mare? ¿La esposa de Kelsier?

Sazed asintió.

—Al parecer, era la única persona que pudo haberlo hecho. Además, el mismo lord Legislador la implicó.

—Pero ¿no la enviaron también a los Pozos?

—Murió allí —dijo Sazed—. Maese Kelsier no suele hablar de los Pozos, pero siento que las cicatrices que lleva de ese horrible lugar deben de ser mucho más profundas que las que se ven en sus brazos. No creo que llegara a saber nunca si ella fue la traidora o no.

—Mi hermano decía que cualquiera puede traicionarte, si tiene ocasión y un buen motivo.

Sazed frunció el ceño.

—Aunque eso fuera cierto, yo no querría vivir creyéndolo.

Parece mejor que lo que le pasó a Kelsier: ser entregado al lord Legislador por alguien a quien creías amar.

—Kelsier está distinto últimamente —dijo Vin—. Parece más reservado. ¿Es porque se siente culpable por lo que me ha pasado?

—Sospecho que es en parte por eso —dijo Sazed—. Sin embargo, también se está dando cuenta de que hay una gran diferencia entre liderar una pequeña banda de ladrones y organizar una gran rebelión. No puede correr los riesgos que corría antes. El proceso le está cambiando a mejor, creo.

Vin no estaba tan segura. No obstante, guardó silencio, advirtiendo con frustración lo cansada que estaba. Incluso estar sentada en un taburete le parecía agotador.

—Ve a dormir, señora —dijo Sazed, tomando su pluma y marcando con un dedo el punto de lectura—. Has sobrevivido a algo que debería haberte matado. Dale a tu cuerpo las gracias que se merece: déjalo descansar.

Vin asintió, cansada, luego se puso en pie y lo dejó escribiendo silenciosamente a la luz de la tarde.

A veces me pregunto qué habría sucedido si me hubiera quedado allí, en aquella perezosa aldea de mi nacimiento. Habría sido herrero, como mi padre. Tal vez habría tenido familia, hijos propios.

Tal vez otra persona habría tenido que llevar esta terrible carga. Alguien que pudiera soportarla mejor que yo. Alguien que mereciera ser un héroe.

17



ANTES DE LLEGAR A LA Mansión Renoux, Vin nunca había visto un jardín cultivado. Al realizar algunos robos o en misiones de exploración había visto de vez en cuando plantas ornamentales, pero nunca les había prestado demasiada atención: como muchos intereses de los nobles, le parecían frívolas.

No había advertido lo hermosas que podían ser las plantas cuando se las atendía con cuidado. El balcón de la Mansión Renoux era una estructura pequeña y ovalada que asomaba a los campos. Los jardines no eran muy grandes: requerían demasiada agua y atenciones para ser otra cosa que una fina franja a lo largo de la parte trasera del edificio.

Con todo, eran maravillosos. En vez de los tonos blancos y marrones corrientes, las plantas cultivadas poseían colores más intensos y vibrantes: rojo, naranja y amarillo concentrados en las hojas. Los jardineros las habían plantado para que formaran pautas hermosas e intrincadas. Más cerca del balcón, árboles exóticos con pintorescas hojas amarillas daban sombra y protegían de las lluvias de ceniza. Era un invierno muy benigno y la mayoría de los árboles todavía conservaba el follaje. El aire era fresco y el rumor de las ramas al viento, relajante.

Casi tan relajante que hacía que Vin se olvidara de lo molesta que estaba.

—¿Quieres más té, niña? —preguntó lord Renoux. No esperó su respuesta; se limitó a hacerle una seña a un sirviente, el cual se apresuró y volvió a llenarle la taza.

Vin estaba sentada en un mullido cojín, en una silla de mimbre diseñada para ser cómoda. Durante las cuatro últimas semanas había visto satisfechos todos sus deseos y caprichos. Los criados lo limpiaban todo, la atendían, la alimentaban e incluso la ayudaban a bañarse. Renoux se encargaba de que le dieran todo cuanto pedía, y desde luego no esperaban que hiciera nada trabajoso, peligroso ni remotamente inconveniente.

En otras palabras, su vida era enloquecedoramente aburrida. Antes su estancia en la Mansión Renoux había consistido en lecciones con Sazed y entrenamiento con Kelsier. Dormía de día y solo tenía un contacto mínimo con el personal de la mansión.

Sin embargo, la alomancia (o al menos los saltos nocturnos) le estaba prohibida ahora. Su herida no estaba completamente cicatrizada y si se movía mucho se le abriría. Sazed le impartía lecciones de vez en cuando, pero invertía casi todo su tiempo en la traducción del libro. Se pasaba largas horas en la biblioteca, enfrascado en sus páginas con extraño entusiasmo.

Ha encontrado un nuevo pozo de sabiduría, pensó Vin. Para un guardador, eso debe de ser tan embriagador como una especia callejera.

Bebió su té con contenida petulancia, mirando a los criados. Parecían aves carroñeras que esperaban cualquier oportunidad para hacer que se sintiera lo más cómoda (y frustrada) posible.

Renoux tampoco era de mucha ayuda. Su idea de «almorzar» con Vin era sentarse y atender sus propios asuntos (anotar números en libros de cuentas o dictar cartas) mientras comía. Para él parecía importante que ella asistiera, pero rara vez le prestaba atención aparte de preguntarle cómo le había ido el día.

Sin embargo, se obligaba a representar el papel de primorosa noble. Lord Renoux había contratado a algunos sirvientes nuevos que no estaban enterados del complot; no personal de la casa, sino jardineros y obreros. A Kelsier y Renoux les preocupaba que las otras casas recelaran si no podían colocar al menos a unos cuantos sirvientes-espías en las posesiones de Renoux. Kelsier no lo veía como un peligro para el trabajo, pero eso significaba que Vin tenía que mantener su falsa personalidad siempre que era posible.

No puedo creer que la gente viva así, pensó mientras algunos criados empezaban a retirar la comida. ¿Cómo pueden las mujeres nobles ocupar sus días con tanto vacío? ¡No me extraña que todo el mundo esté ansioso por acudir a esos bailes!

—¿Es agradable tu estancia, querida? —preguntó Renoux, asomando la cabeza tras otro libro de cuentas.

—Sí, tío —respondió Vin con los labios apretados—. Bastante.

—Deberías ir de compras pronto —dijo Renoux, mirándola—. ¿Te gustaría visitar la calle Kenton? Para comprar unos pendientes nuevos que sustituyan ese tan poco refinado que llevas.

Vin se llevó la mano al lóbulo donde todavía llevaba el pendiente de su madre.

—No —dijo—. Conservaré este.

Renoux frunció el ceño, pero no dijo nada más, pues un criado se acercó y llamó su atención.

—Mi señor, acaba de llegar un carruaje de Luthadel.

Vin se irguió. Era la forma que tenía el criado de decir que había llegado un miembro del grupo.

—Ah, muy bien —dijo Renoux—. Trae a los ocupantes hasta aquí, Tawson.

—Sí, mi señor.

Unos cuantos minutos más tarde, Kelsier, Brisa, Yeden y Dockson llegaron al balcón. Renoux despidió discretamente a los criados, quienes cerraron las puertas de cristal y los dejaron a solas. Varios hombres ocuparon sus puestos en el interior, vigilando para asegurarse de que nadie inadecuado tuviera oportunidad de escuchar nada.

—¿Interrumpimos vuestra comida? —preguntó Dockson.

—¡No! —respondió Vin rápidamente, cortando la respuesta de lord Renoux—. Sentaos, por favor.

Kelsier se acercó al borde del balcón y se asomó para contemplar los jardines y los terrenos.

—Bonita vista tienes desde aquí.

—Kelsier, ¿es eso aconsejable? —preguntó Renoux—. Algunos de los jardineros son hombres por quienes no puedo hablar.

Kelsier se echó a reír.

—Si pueden reconocerme desde esta distancia, se merecen más de lo que les pagan las Grandes Casas.

Sin embargo, se apartó del balcón, se acercó a la mesa y le dio la vuelta a una silla para sentarse a horcajadas. Durante las últimas semanas había regresado a su antiguo yo. Sin embargo, todavía había cambios. Celebraba

reuniones más a menudo y discutía más sus planes con el grupo. También parecía diferente, más... reflexivo.

Sazed tenía razón, pensó Vin. *Nuestro ataque al palacio puede que fuera casi mortal para mí, pero ha cambiado a Kelsier a mejor.*

—Pensamos celebrar nuestra reunión aquí esta semana —dijo Dockson—, ya que vosotros dos apenas participáis.

—Muy atento por tu parte, maese Dockson —respondió lord Renoux—. Pero tu preocupación es innecesaria. Estamos bien...

—No —interrumpió Vin—. No estamos bien. Algunos necesitamos información. ¿Qué pasa con el grupo? ¿Cómo va el reclutamiento?

Renoux la miró con desaprobación. Sin embargo, Vin lo ignoró. *No es un lord de verdad*, se dijo. *Es solo otro miembro de la banda. ¡Mi opinión cuenta tanto como la suya! Ahora que los criados se han ido, puedo hablar como quiera.*

Kelsier se echó a reír.

—Bueno, el cautiverio la ha vuelto un poco más habladura, al menos.

—No tengo nada que *hacer* —dijo Vin—. Me estoy volviendo loca.

Brisa colocó su copa de vino sobre la mesa.

—Algunos considerarían tu situación envidiable, Vin —dijo.

—Entonces deben de estar locos *ya*.

—Bueno, casi todos son nobles —dijo Kelsier—. Así que, sí, están bastante locos.

—El trabajo —recordó Vin—. ¿Qué está pasando?

—El reclutamiento sigue yendo demasiado lento —contestó Dockson—. Pero estamos mejorando.

—Tal vez tengamos que sacrificar parte de nuestra seguridad por conseguir mayor número de hombres —dijo Yeden.

Eso también es un cambio, pensó ella, impresionada por la mesura de Yeden. Había empezado a vestir no trajes de caballero como Dockson o Brisa, pero sí ropa más bonita: una casaca y pantalones de buen corte, con una camisa abotonada, todo limpio de hollín.

—Eso no puede evitarse, Yeden —dijo Kelsier—. Por fortuna, Ham va bien con las tropas. Recibí un mensaje suyo hace unos cuantos días. Está impresionado con sus progresos.

Brisa resopló.

—Cuidado... Ham tiende a ser un poco optimista con este tipo de cosas. Si el ejército estuviera compuesto por mudos cojos, alabaría su equilibrio y su capacidad auditiva.

—Me gustaría ver el ejército —dijo Yeden ansiosamente.

—Pronto —prometió Kelsier.

—Deberíamos poder infiltrar a Marsh en el Ministerio este mismo mes —dijo Dockson, haciendo un gesto de saludo a Sazed cuando el terrisano pasó entre los centinelas y salió al balcón—. Es de esperar que Marsh pueda arrojar algo de luz sobre cómo tratar con los inquisidores de acero.

Vin se estremeció.

—Son un problema —reconoció Brisa—. Considerando lo que un par de ellos os hicieron a vosotros dos, no envidio tener que tomar el palacio con ellos dentro. Son tan peligrosos como un nacido de la bruma.

—Más —dijo Vin en voz baja.

—¿Puede el ejército luchar de verdad contra ellos? —preguntó Yeden, incómodo—. Quiero decir, se supone que son inmortales, ¿no?

—Marsh encontrará la respuesta —prometió Kelsier.

Yeden hizo una pausa y luego asintió, aceptando la palabra de Kelsier.

Sí, *cambiado, desde luego*, pensó Vin. Parecía que ni siquiera Yeden podía resistirse al carisma de Kelsier durante un periodo prolongado de tiempo.

—Mientras tanto, espero enterarme de qué ha descubierto Sazed sobre el lord Legislador —dijo Kelsier.

Sazed se sentó, colocando su libro sobre la mesa.

—Os diré lo que pueda, aunque este no es el libro que creí que era al principio. Pensé que la señora Vin había recuperado el texto de alguna religión antigua... pero es de naturaleza más mundana.

—¿Mundana? —preguntó Dockson—. ¿Cómo?

—Es un diario, maese Dockson —dijo Sazed—. Un archivo que parece haber sido escrito por el lord Legislador en persona... o más bien, por el hombre que se convirtió en el lord Legislador. Incluso las enseñanzas del Ministerio son que, antes de la Ascensión, era un hombre mortal.

»Este libro nos cuenta su vida antes de su batalla final en el Pozo de la Ascensión hace mil años. Sobre todo, es un registro de sus viajes: una narración de la gente a la que conoció, de los lugares que visitó y de las penurias a las que se enfrentó durante su búsqueda.

—Interesante —dijo Brisa—, pero ¿en qué nos ayuda?

—No estoy seguro, maese Ladrian. Sin embargo, creo que comprender la historia verdadera antes de la Ascensión será útil. Como mínimo, nos dará información sobre la mente del lord Legislador.

Kelsier se encogió de hombros.

—El Ministerio lo considera importante... Vin dijo que lo encontró en una especie de altar en el complejo central del palacio.

—Lo cual, por supuesto, no plantea ninguna duda sobre su autenticidad —advirtió Brisa.

—No creo que sea una falsificación, maese Ladrian —dijo Sazed—. Posee un extraordinario nivel de detalle, sobre todo acerca de asuntos importantes... como porteadores y suministros. Además, el lord Legislador que describe es un hombre lleno de conflictos. Si el Ministerio fuera a crear un libro de oración, presentaría a su dios con más... divinidad, creo.

—Querré leerlo cuando hayas terminado, Saz —dijo Dockson.

—Y yo —dijo Brisa.

—Algunos aprendices de Clubs trabajan ocasionalmente como escribanos —comentó Kelsier—. Haremos que realicen una copia para cada uno de vosotros.

—Muy útiles, ese grupito —comentó Dockson.

Kelsier asintió.

—¿Dónde nos deja eso?

Dockson señaló a Vin con la cabeza.

—Con la nobleza.

Kelsier frunció el ceño.

—Puedo volver a trabajar —dijo Vin rápidamente—. Ya casi estoy curada.

Kelsier le dirigió una mirada a Sazed, quien negó con la cabeza de forma casi imperceptible. Comprobaba su herida periódicamente. Al parecer, no le gustaba lo que veía.

—Kel —dijo Vin—, me estoy volviendo *loca*. Crecí siendo ladrona, peleando por comida y sitio... no puedo quedarme sentada y dejar que esos criados me mimen.

Además, tengo que demostrar que todavía puedo ser útil para esta banda.

—Bien —dijo Kelsier—. Eres uno de los motivos por los que hemos venido hoy. Este fin de semana hay un baile que...

—Iré.

Kelsier alzó un dedo.

—Escúchame, Vin. Has sufrido mucho últimamente y esta infiltración podría ser peligrosa.

—Kelsier, toda *mi vida* ha sido peligrosa. Yo voy.

Kelsier no parecía convencido.

—Tiene que hacerlo, Kel —dijo Dockson—. Para empezar, los nobles empezarán a recelar si no comienza a asistir de nuevo a las fiestas. Además, necesitamos saber qué ve. Tener criados actuando como espías entre el personal no es lo mismo que tener un espía escuchando las conspiraciones locales. Lo sabes.

—Muy bien —dijo Kelsier por fin—. Pero tienes que prometer que no usarás alomancia física hasta que Sazed lo autorice.

ESA NOCHE, VIN SEGUÍA SIN poder creer lo ansiosa que estaba por acudir al baile. De pie en su habitación, examinó los diferentes vestidos que Dockson había encontrado para ella. Como se había visto obligada a vestir como una noble un mes seguido, empezaba a sentir que los vestidos eran un poquito más cómodos que antes.

No es que no sean frívolos, por supuesto, pensó, inspeccionando los cuatro vestidos. *Todos esos encajes, las capas de tejido... Una camisa sencilla y unos pantalones son mucho más prácticos.*

Sin embargo, *había* algo especial en los vestidos, en su belleza, como en los jardines de fuera. Cuando los miraba como elementos estáticos, como una planta solitaria, los vestidos eran solo levemente impresionantes. Pero cuando pensaba en asistir al baile, los vestidos adquirían un nuevo significado. Eran hermosos y la harían hermosa. Eran el rostro que mostraría a la corte, y quería elegir el adecuado.

Me pregunto si Elend Venture estará allí... ¿No había dicho Sazed que la mayoría de los jóvenes aristócratas normalmente asistían a todos los bailes?

Pasó la mano por un vestido negro con bordados de plata. Hacía juego con su pelo, pero ¿no era demasiado oscuro? La mayoría de las mujeres llevaba vestidos de colores, mientras que los tonos más apagados se reservaban para los trajes masculinos. Contempló un vestido amarillo, pero le parecía demasiado... chillón. Y el blanco tenía demasiados adornos.

Quedaba el rojo. El escote era más bajo (no es que tuviera mucho que enseñar), pero era precioso. De gasa, con mangas abombadas de redecilla transparente en algunos sitios, le gustaba. Pero parecía tan... descarado. Acarició el suave tejido con los dedos, imaginándose con el vestido puesto.

¿Cómo he llegado a esto?, pensó. ¡Con esta cosa será imposible ocultarme! Estas creaciones de organdí no son para mí.

Y sin embargo... parte de ella anhelaba volver al baile. La vida diaria de una mujer noble la frustraba, pero los recuerdos de aquella noche eran seductores. Las bellas parejas bailando, la perfecta atmósfera y la música, las maravillosas vidrieras...

Ya ni siquiera me doy cuenta de cuándo llevo perfume, advirtió con sorpresa. Prefería bañarse en agua perfumada cada día y los criados incluso perfumaban sus ropas. Todo era sutil, pero bastaría para delatarla mientras se escabullía de algún sitio.

Le había crecido el pelo, que la peluquera de Renoux había recortado con mucho cuidado para que le cayera alrededor de las orejas, rizándolo levemente. Ya no se veía tan delgaducha en el espejo, a pesar de su larga enfermedad: las comidas regulares le habían hecho ganar peso.

Me estoy convirtiendo en... No sabía en qué se estaba convirtiendo. Desde luego, no en una noble. Las nobles no se molestaban cuando no podían salir a acechar por la noche. Sin embargo, ya no era tampoco Vin la ladronzuela. Era una...

Nacida de la bruma.

Vin volvió a colocar cuidadosamente el vestido rojo sobre la cama y cruzó la habitación para asomarse a la ventana. El sol estaba a punto de ponerse; pronto saldrían las brumas. Aunque, como de costumbre, Sazed colocaría guardias para asegurarse de que no saliera a correr ninguna aventura alomántica sin permiso. Ella no se había quejado de las precauciones. Sazed tenía razón: sin vigilancia, lo más probable era que hubiese roto su promesa hacía tiempo.

Vio un atisbo de movimiento a su derecha y apenas pudo distinguir a una figura asomada al balcón del jardín. Kelsier. Vin se detuvo un instante, luego salió de su habitación.

Kelsier se volvió mientras ella se adentraba en el balcón. Vin era reacia a interrumpirlo, pero él le dirigió una de sus sonrisas características. Vin se reunió con él en la balaustrada de madera tallada.

Kelsier se volvió a mirar hacia el oeste: no a los terrenos de la mansión, sino más allá. Hacia las tierras yermas iluminadas por el sol poniente de las afueras de la ciudad.

—¿No te parece que están mal, Vin?

—¿Mal?

Kelsier asintió.

—Las plantas secas, el sol abrasador, el cielo negro de humo.

Vin se encogió de hombros.

—¿Cómo pueden esas cosas estar bien o mal? Son como son.

—Supongo. Pero creo que ver las cosas así es parte de lo que lo hace estar mal. El mundo no debería ser así.

Vin frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Kelsier se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un papel. Lo desplegó con suavidad y se lo entregó a Vin.

Ella lo aceptó, sujetándolo con cuidado. Era tan viejo y gastado que parecía a punto de romperse por los pliegues. No contenía ninguna palabra, solo una imagen antigua y desgastada de una forma extraña... algo parecido a una planta, aunque se trataba de una planta que Vin no había visto nunca. Era demasiado frágil. No tenía un tallo grueso y sus hojas eran demasiado delicadas. En la parte superior tenía una extraña colección de hojas que eran de un color diferente al resto.

—Se llama flor —dijo Kelsier—. Solían crecer en las plantas antes de la Ascensión. Aparecen descripciones de ellas en los antiguos poemas e historias... cosas que solo los guardadores y los sabios rebeldes conocen ya. Al parecer, estas plantas eran hermosas y tenían un olor agradable.

—¿Plantas que huele? —preguntó Vin—. ¿Como la fruta?

—Algo parecido, creo. Según algunos de los informes estas flores *se convertían* en frutos, en los días anteriores a la Ascensión.

Vin guardó silencio, el ceño fruncido, tratando de imaginar una cosa semejante.

—Ese dibujo pertenecía a mi esposa, Mare —dijo Kelsier en voz baja—. Dockson lo encontró entre sus cosas después de que nos capturaran. Lo conservó, esperando que regresáramos. Me lo dio después de que escapara.

Vin volvió a mirar el dibujo.

—A Mare le fascinaban los tiempos anteriores a la Ascensión —dijo Kelsier, todavía contemplando los jardines. En la distancia, el sol acariciaba el horizonte y se volvía de un rojo aún más intenso—. Coleccionaba cosas como este papel: dibujos y descripciones de los viejos tiempos. Creo que esa fascinación (junto con el hecho de que era una ojo de estaño) la condujo a los bajos fondos, y a mí. Ella fue quien me presentó a Sazed, aunque en esa época no lo incluí en mi banda. No le interesaba robar.

Vin dobló el papel.

—¿Y sigues guardando este dibujo? ¿Después... después de lo que ella te hizo?

Kelsier guardó silencio un momento. Luego la miró.

—Has estado escuchando otra vez detrás de las puertas, ¿eh? En fin, no te preocunes. Supongo que es de todos sabido.

En la distancia, el sol se convirtió en una llamarada y su luz rojiza encendió nubes y humo por igual.

—Sí, conservo esa flor —dijo Kelsier—. En realidad no estoy seguro de por qué. Pero... ¿dejas de amar a alguien porque te traiciona? No lo creo. Eso es lo que hace que la traición duela tanto: el dolor, la frustración, la furia... y yo seguía amándola. Y la amo todavía.

—¿Cómo? —preguntó Vin—. ¿Cómo puedes? ¿Y cómo puedes fiarte ya de nadie? ¿No aprendiste de lo que te hizo?

Kelsier se encogió de hombros.

—Creo... creo que si me dieran la opción entre amar a Mare, traición incluida, y no haberla conocido nunca, elegiría amarla. Me arriesgué y perdí, pero el riesgo mereció la pena. Lo mismo pasa con mis amigos. El recelo es sano en nuestra profesión... pero solo hasta cierto punto. Prefiero confiar en mis hombres que preocuparme sobre lo que pasará si me traicionan.

—Eso parece una tontería.

—¿Es una tontería la felicidad? —preguntó Kelsier, volviéndose hacia ella—. ¿Dónde has sido más feliz, Vin? ¿En mi banda o con Camon?

Él ya sabe la respuesta. Vin no dijo nada.

—No sé con seguridad si Mare me traicionó —dijo Kelsier, mirando de nuevo la puesta de sol—. Ella siempre dijo que no lo había hecho.

—Y la enviaron a los Pozos, ¿no? —dijo Vin—. Eso no tiene sentido, si se alió con el lord Legislador.

Kelsier negó con la cabeza, todavía contemplando la distancia.

—Apareció por los Pozos unas semanas después de que me enviaran a mí: nos separaron después de nuestra captura. No sé qué sucedió durante ese intervalo, o por qué acabaron por enviarla a los Pozos. El hecho de que ella fuera enviada a morir da a entender que tal vez no me traicionó, pero... —Se volvió hacia Vin—. No lo oíste cuando nos capturó, Vin. El lord Legislador... le dio las gracias. Le dio las gracias por traicionarme. Sus palabras, pronunciadas con una extraña sensación de sinceridad, se mezclaron con la forma en que el plan fue trazado... bueno, resultó difícil creer a Mare. Pero eso no cambió mi amor... no en lo más profundo. Casi me morí cuando ella

murió un año más tarde, tras una paliza de los capataces de los Pozos. Esa noche, después de que se llevaran el cadáver, rompi.

—¿Te volviste loco? —preguntó Vin.

—No. Romper es un término alomántico. Nuestros poderes están latentes al principio... solo brotan después de un hecho traumático. Algo intenso... algo casi letal. Los filósofos dicen que un hombre no puede dominar los metales hasta que ha visto la muerte y la ha rechazado.

—Entonces... ¿cuándo me pasó a mí?

Kelsier se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. Creciendo como lo hiciste, seguro que hubo oportunidades de sobra para que rompieras. —Asintió como para sí—. En mi caso fue esa noche. Solo en los Pozos, los brazos sangrando por el trabajo del día. Mare estaba muerta y yo temí ser responsable... porque mi falta de fe acabó con sus fuerzas y su voluntad. Ella murió sabiendo que yo cuestionaba su lealtad. Tal vez, si la hubiera amado de verdad, no la habría puesto en duda. No lo sé.

—Pero tú no moriste.

Kelsier sacudió la cabeza.

—Decidí que vería cumplido su sueño. Crearía un mundo donde hubiese flores de nuevo, un mundo con plantas verdes, un mundo donde no cayera hollín del cielo... —Guardó silencio, luego suspiró—. Lo sé. Estoy loco.

—Lo cierto es que tiene sentido —dijo Vin en voz baja—. Por fin.

Kelsier sonrió. El sol se hundió por detrás del horizonte y, aunque su luz era todavía un fulgor por el oeste, las brumas empezaron a aparecer. No surgían de ningún punto concreto, tan solo parecían... crecer. Se extendían como tentáculos transparentes en el cielo, enroscándose adelante y atrás, ampliándose, bailando, mezclándose.

—Mare quería hijos —dijo Kelsier de repente—. Cuando nos casamos, hace una década y media. Yo... no estaba de acuerdo. Quería convertirme en el ladrón skaa más famoso de todos los tiempos, y no podía dedicarme a cosas que me pusieran freno.

»Quizá sea buena cosa que no tuviéramos hijos. El lord Legislador podría haberlos encontrado y los hubiese matado. O tal vez no... Dox y los demás sobrevivieron. Ahora, a veces, desearía tener algo de ella conmigo. Un hijo. Una hija, tal vez, con el mismo pelo oscuro de Mare y su testarudez.

Hizo una pausa y miró a Vin.

—No quiero ser responsable de que te pase algo, Vin. No otra vez.

Vin frunció el ceño.

—No voy a seguir más tiempo encerrada en esta mansión.

—No, supongo que no. Si intentamos retenerte más, es probable que aparezcas una noche por la guarida de Clubs después de haber hecho algo muy peligroso. Nos parecemos demasiado, tú y yo. Pero... ten cuidado.

Vin asintió.

—Lo tendré.

Se quedaron allí unos cuantos minutos más, viendo concentrarse la bruma. Finalmente, Kelsier se irguió y se desperezó.

—Bueno, por si sirve de algo, me alegra de que decidieras unirte a nosotros, Vin.

Ella se encogió de hombros.

—Si te digo la verdad, me gustaría ver una de esas flores personalmente.

Podríamos decir que las circunstancias me obligaron a dejar atrás mi hogar. Sin duda, si me hubiera quedado, estaría muerto. Durante aquellos días (huyendo sin saber por qué, llevando una carga que no comprendía), supuse que me perdería en Khlellium y buscaría una vida para no llamar la atención.

Empiezo a comprender poco a poco que el anonimato, como tantas otras cosas, es algo que he perdido para siempre.

18



DECIDIÓ LLEVAR EL VESTIDO ROJO. Era desde luego la opción más atrevida, pero le pareció bien. Después de todo, ocultaba su verdadero yo tras una apariencia aristocrática; cuanto más visible fuera esa apariencia, más fácil le resultaría esconderse.

Un lacayo abrió la puerta del carruaje. Vin tomó aire, el pecho un poco confinado por el corsé especial que llevaba para ocultar sus vendajes, aceptó la mano del hombre y bajó. Se alisó el vestido, hizo un gesto a Sazed y se unió a los otros aristócratas que subían la escalinata de la mansión Elariel. Era un poco más pequeña que la de la Casa Venture. Aquella mansión, sin embargo, al parecer tenía un salón de baile aparte, mientras que la Casa Venture celebraba sus eventos en el enorme salón principal.

Vin miró a las otras nobles y sintió que un poco de su confianza se desvanecía. Su vestido era precioso, pero las otras mujeres disponían de algo más que simple ropa. Sus cabellos largos y ondulados, así como sus aires de suficiencia, hacían juego con sus figuras enjoyadas. Llenaban la parte superior de sus vestidos con curvas voluptuosas y se movían con elegancia en sus esplendorosas faldas con volantes. Vin ocasionalmente llegaba a ver los pies de las mujeres, que no llevaban zapatillas sencillas como las suyas sino zapatos de tacón alto.

—¿Por qué no tengo zapatos como esos? —preguntó en voz baja mientras subía las escaleras alfombradas.

—Hay que practicar para usar tacones, señora —respondió Sazed—. Como apenas has tenido tiempo de aprender a bailar, pensamos que sería mejor que usaras zapatos planos de momento.

Vin frunció el ceño, pero aceptó la explicación. Sin embargo, el hecho de que Sazed hubiera mencionado el baile aumentó su incomodidad. Recordó los fluidos movimientos de los bailarines de su última fiesta. Ella no podía imitarlos: apenas sabía los pasos básicos.

Eso no importará, pensó. No me verán a mí: verán a lady Valette. Se supone que es novata e insegura y todo el mundo cree que ha estado enferma últimamente. Tendrá sentido que sea mala bailarina.

Con ese pensamiento en mente, llegó a lo alto de las escaleras sintiéndose un poco más segura.

—Debo decir, señora, que pareces mucho menos nerviosa esta vez —dijo Sazed—. De hecho, pareces entusiasmada. Esa es la actitud correcta que debe mostrar Valette.

—Gracias —sonrió ella. Sazed tenía razón: *estaba* entusiasmada. Entusiasmada por ser de nuevo parte del trabajo, incluso de encontrarse en medio de la nobleza, con todo su esplendor y su gracia.

Llegaron al edificio que albergaba el salón de baile, una de las varias alas bajas que surgían de la fortaleza principal, y un sirviente tomó su chal. Vin se detuvo un momento en la puerta, esperando mientras Sazed elegía su mesa y su comida.

El salón Elariel era muy distinto del majestuoso salón Venture. Solo tenía una planta y, aunque contaba con un montón de vidrieras, todas estaban en el techo. Claraboyas en forma de rosetón brillaban en lo alto, iluminadas por pequeñas candilejas en el tejado. Cada mesa estaba adornada con velas y, a pesar de la luz cenital, había cierta penumbra de intimidad en toda la sala. Parecía... privada, a pesar de la numerosa gente que asistía a la fiesta.

Aquella sala había sido obviamente diseñada para albergar fiestas. Una pista de baile hundida en el suelo ocupaba el centro, mejor iluminada que el resto. Había dos niveles de mesas alrededor de la pista: el primero estaba solo a un metro escaso de altura sobre la pista, el otro más apartado y al doble de altura.

Un criado la acompañó hasta su mesa, al fondo de la sala. Vin se sentó, Sazed ocupó su puesto de costumbre junto a ella y esperaron a que llegara la

comida.

—¿Cómo se supone que voy a conseguir exactamente la información que quiere Kelsier? —preguntó ella en voz baja, scrutando la oscura sala.

Los intensos colores cristalinos de arriba proyectaban patrones sobre las mesas y la gente, creando una atmósfera impresionante, aunque costaba distinguir las caras. ¿Estaría Elend en alguna parte?

—Esta noche, algunos hombres deberían invitarte a bailar —dijo Sazed—. Acepta sus invitaciones... así tendrás un pretexto para buscarlos más tarde y mezclarte con sus grupos. No tendrás que participar en las conversaciones: solo tienes que escuchar. En bailes futuros, quizá algunos jóvenes empiecen a pedirte que los acompañes. Entonces podrás sentarte a su mesa y enterarte de todo.

—¿Quieres decir acompañar a un hombre toda la noche?

Sazed asintió.

—No es extraño. Bailarías solo con él toda la noche también.

Vin frunció el ceño. Sin embargo, dejó correr el asunto y se volvió para inspeccionar de nuevo la sala. *Lo más probable es que ni siquiera esté aquí; dijo que evitaba los bailes cuando le era posible. Y aunque estuviera, andará por ahí, por su cuenta. Ni siquiera le...*

Sonó un golpe sordo cuando alguien dejó caer un puñado de libros sobre la mesa. Vin dio un respingo, sobresaltada, y se volvió a tiempo de ver a Elend Venture acercar una silla y sentarse de manera relajada. Se acomodó en el asiento, se volvió hacia un candelabro situado junto a la mesa y abrió un libro para empezar a leer.

Sazed frunció el ceño. Vin ocultó una sonrisa, mirando a Elend. Seguía pareciendo que no se había molestado en peinarse y de nuevo llevaba los botones sin abrochar. Su atuendo no era pobretón, pero tampoco tan rico como los otros que había en la fiesta. Parecía haber sido cortado para que le quedara suelto y cómodo, desafiando la moda tradicional bien ajustada.

Elend hojeó su libro. Vin esperó pacientemente a que reparara en ella, pero él continuó leyendo. Por fin, Vin alzó una ceja.

—No recuerdo haberle dado permiso para sentarse a mi mesa, lord Venture —dijo.

—No me hagas caso —dijo Elend, sin alzar la cabeza—. Tienes una mesa grande. Hay espacio de sobra para los dos.

—Para nosotros dos, tal vez. Pero no estoy tan segura de que quepan todos estos libros. ¿Dónde van a poner mi comida los criados?

—Hay un poco de espacio a tu izquierda —respondió Elend como si tal cosa.

La expresión de preocupación de Sazed aumentó. Dio un paso adelante, recogió los libros y los colocó en el suelo junto a la silla de Elend.

El joven continuó leyendo. Sin embargo, alzó una mano para hacer un gesto.

—¿Ves? Por eso nunca recurro a sirvientes terrisanos. Son insufriblemente eficaces, debo decir.

—Sazed no es insufrible —dijo Vin con frialdad—. Es un buen amigo y, probablemente, mejor persona de lo que tú llegarás a serlo jamás, lord Venture.

Elend alzó finalmente la cabeza.

—Yo... Lo siento —dijo con tono sincero—. Pido disculpas.

Vin asintió. Sin embargo, Elend abrió su libro y se puso a leer de nuevo.

¿Por qué se sienta conmigo si solo va a leer?

—¿Qué hacías en estas fiestas antes de tenerme a mí para incordiarme? —preguntó, molesta.

—Pero ¿cómo puedo estar molestandote? De verdad, Valette. Estoy aquí sentado, leyendo en silencio.

—En *mi* mesa. Estoy segura de que podrías conseguir una propia: eres el heredero Venture. No es que fueras muy claro al respecto durante nuestro último encuentro.

—Ciento —dijo Elend—. Sin embargo, recuerdo haberte dicho que los Venture son muy molestos. Solo intento adecuarme a la descripción.

—¡Tú eres quien hizo esa descripción!

—Acertada, ¿verdad? —dijo Elend, sonriendo mientras leía.

Vin suspiró, frustrada.

Elend miró por encima del libro.

—Llevas un vestido deslumbrante. Es casi tan bonito como tú.

Vin no supo qué decir y se quedó levemente boquiabierta. Elend sonrió con malicia, luego volvió a su libro, con chispitas en los ojos, como para indicar que solo había hecho el comentario porque sabía la reacción que iba a causarle.

Sazed permaneció de pie junto a la mesa sin molestarse en disimular su desaprobación. Sin embargo, no dijo nada. Elend era demasiado importante para que un simple criado pudiera reprenderlo.

Vin acabó por encontrar la lengua.

—¿Cómo es, lord Venture, que un hombre en edad casadera como tú acude solo a estos bailes?

—Qué va, no es así. Mi familia suele tener una chica u otra haciendo cola para acompañarme. Hoy le toca a lady Stase Blanches: es esa del vestido verde que está sentada en la fila más baja, allí enfrente.

Vin la buscó con la mirada. Lady Blanches era una rubia preciosa. No paraba de mirar hacia la mesa, ocultando su malestar.

Vin se ruborizó y apartó la mirada.

—Hummm, ¿no deberías estar allí con ella?

—Tal vez —dijo Elend—. Pero, mira, te voy a confesar un secreto. La verdad es que no soy muy caballeroso. Además, yo no la he invitado: hasta que subí al carroaje no me informaron de quién era mi acompañante.

—Ya veo.

—Mi conducta, de todas formas, es deplorable. Desgraciadamente, tengo tendencia a esos arrebatos de comportamiento deplorable. Mira, por ejemplo, mi afición a leer en la mesa. Discúlpame un momento: voy a buscar algo de beber.

Se levantó, se guardó el libro en el bolsillo y se acercó a una de las mesas donde servían bebidas. Vin lo vio marchar, a la vez molesta y divertida.

—Esto no es bueno, señora —dijo Sazed en voz baja.

—No está *tan* mal.

—Te está utilizando, señora. Lord Venture es célebre por su actitud rebelde y estafalaria. Mucha gente lo repudia... precisamente porque hace cosas como esta.

—¿Como esta?

—Se sienta contigo porque sabe que molestará a su familia —dijo Sazed—. Ay, niña, no deseo causarte dolor, pero debes comprender las costumbres de la corte. A este joven no le interesas sentimentalmente. Es un lord joven y arrogante, molesto por las restricciones de su padre... así que se rebela, y actúa de manera ruda y ofensiva. Sabe que su padre cederá si sigue actuando de esa manera el tiempo suficiente.

Vin sintió que el estómago le daba un vuelco. *Seguro que Sazed tiene razón, por supuesto. ¿Por qué si no iba a buscarme Elend? Soy exactamente lo que necesita: alguien de cuna lo bastante baja para molestar a su padre, pero lo suficientemente inexperta para no ver la verdad.*

Llegó la cena, pero Vin ya no tenía mucho apetito. Empezó a picotear la comida cuando regresó Elend y depositó sobre la mesa una gran copa con una

bebida. Se la fue tomando mientras leía.

Veamos cómo reacciona si no interrumpo su lectura, pensó Vin, molesta, recordando sus lecciones y comiendo con la elegancia propia de una dama. No era una cena copiosa (consistía principalmente en ricos vegetales con mantequilla) y cuanto antes terminara, antes podría ponerse a bailar. Al menos no tendría que estar sentada con Elend Venture.

El joven lord se detuvo varias veces mientras ella comía, mirando por encima de su libro. Obviamente, esperaba que dijese algo, pero ella no lo hizo. Sin embargo, mientras comía, su furia se fue apaciguando. Miró a Elend, estudiando su aspecto levemente desaliñado, observando la ansiedad con la que leía su libro. ¿Podía realmente ese hombre dedicarse al retorcido tipo de manipulación que daba a entender Sazed? ¿De verdad la estaba utilizando?

Cualquiera te traicionará, susurró Reen. *Todos te traicionarán*.

Elend parecía tan... auténtico. Parecía una persona real, no una fachada ni una máscara. Y desde luego parecía deseoso de que ella hablara con él. Vin consideró una victoria personal que él finalmente soltara el libro y la mirara.

—¿Por qué estás aquí, Valette? —preguntó.

—Aquí en la fiesta?

—No, aquí en Luthadel.

—Porque es el centro de todo.

Elend frunció el ceño.

—Supongo que lo es, en efecto. Pero el imperio es un lugar demasiado grande para tener un centro tan pequeño. Creo que en realidad no comprendemos lo enorme que es. ¿Cuánto tardaste en llegar aquí?

Vin sintió un momento de pánico, pero las lecciones de Sazed acudieron veloces a su mente.

—Casi unos dos meses por el canal, con algunas paradas.

—Mucho tiempo —dijo Elend—. Dicen que se tarda medio año en viajar desde un extremo del imperio al otro, y, sin embargo, la mayoría lo ignoramos todo, excepto que este pedacito es el centro.

—Yo... —Vin guardó silencio. Con Reen había recorrido todo el Dominio Central. Sin embargo, era el más pequeño de los dominios y nunca había visitado los lugares más exóticos del imperio. La zona central era buena para los ladrones; curiosamente, el sitio más cercano al lord Legislador era también el más corrupto, además de ser el que congregaba las mayores fortunas.

—¿Y qué te parece entonces la ciudad?

Vin se detuvo a pensar su respuesta.

—Está... sucia —dijo con sinceridad. Bajo la tenue luz, un criado llegó para retirar el plato vacío—. Está sucia y llena de gente. Tratan terriblemente a los skaa, pero supongo que es así en todas partes.

Elend ladeó la cabeza, dirigiéndole una extraña mirada.

No tendría que haber mencionado a los skaa. No es típico de los nobles.

Él se inclinó hacia delante.

—¿Crees que aquí tratan a los skaa peor que a los de tu plantación? Siempre creí que estaban mejor en la ciudad.

—Hummm... No estoy segura. No iba muy a menudo a los campos.

—¿Así que no te relacionabas mucho con ellos?

Vin se encogió de hombros.

—¿Por qué importa? Solo son skaa.

—Eso es lo que decimos siempre. Pero no lo sé. Tal vez soy demasiado curioso, pero me interesan. ¿Los has oído hablar alguna vez entre sí? ¿Hablan como personas corrientes?

—¿Qué? —preguntó Vin—. Pues claro que sí. ¿Cómo si no iban a hablar?

—Bueno, ya sabes lo que enseña el Ministerio.

Ella no lo sabía. Sin embargo, si tenía que ver con los skaa, seguro que no se trataba de nada favorable.

—Tengo por norma no creer nunca del todo nada de lo que dice el Ministerio.

Elend ladeó de nuevo la cabeza.

—No eres... lo que esperaba, lady Valette.

—La gente rara vez lo es.

—Háblame de los skaa de las plantaciones. ¿Cómo son?

Vin se encogió de hombros.

—Como los skaa de cualquier otra parte.

—¿Son inteligentes?

—Algunos lo son.

—Pero no como tú y yo, ¿no?

Vin se detuvo. *¿Cómo respondería una noble?*

—No, por supuesto que no. Son solo skaa. ¿Por qué te interesan tanto?

Elend parecía... decepcionado.

—Por ningún motivo —dijo, volviendo a acomodarse en su silla y abriendo su libro—. Creo que algunos de aquellos hombres de allí quieren invitarte a bailar.

Vin se volvió y vio que, en efecto, había un grupo de jóvenes de pie, a cierta distancia de la mesa. Apartaron la mirada en cuanto se giró. Al cabo de un instante uno de los hombres señaló hacia otra mesa; luego se acercó e invitó a bailar a una joven dama.

—Varias personas se han fijado en ti, mi señora —dijo Sazed—. Sin embargo, no se acercan. La presencia de lord Venture los intimida, creo.

Elend bufó.

—Deberían saber que soy cualquier cosa menos intimidatorio.

Vin frunció el ceño, pero Elend continuó leyendo. *¡Bien!*, pensó, volviéndose de nuevo hacia los jóvenes. Miró a uno de ellos a los ojos y le dedicó una leve sonrisa.

Unos instantes después, el joven se acercó. Le habló con mucha formalidad, estirado.

—Lady Renoux, soy lord Melend Liese. ¿Querría bailar conmigo?

Vin miró a Elend, pero este no levantó la cabeza de su libro.

—Me encantaría, lord Liese —respondió, tomando la mano del joven y levantándose.

Él la condujo a la pista de baile y, mientras se dirigían hacia allí, el nerviosismo de Vin regresó. De repente, una semana de práctica no le pareció suficiente. La música cesó, permitiendo que las parejas entraran en la pista o la abandonaran, y lord Liese la guio hacia delante.

Vin combatió su paranoia, recordándose que todo el mundo veía el vestido y el rango, no a ella. Miró a los ojos de lord Liese y, para su sorpresa, vio aprensión.

Comenzó la música y, con ella, el baile. El rostro de lord Liese adquirió una expresión de consternación. Ella notó su palma sudando en sus manos. *¡Vaya, pero si está casi tan nervioso como yo! Quizá incluso más.*

Liese era más joven que Elend, más de la edad de Vin. No debía de tener mucha experiencia en bailes; desde luego, no parecía que hubiera bailado mucho. Se concentraba tanto en los pasos que los movimientos eran rígidos.

Tiene sentido, advirtió Vin, relajándose y dejando que su cuerpo se moviera según le había enseñado Sazed. *Los experimentados no me invitarían a bailar, no siendo tan novata: no me prestan atención.*

Pero ¿por qué me presta atención Elend? ¿Es solo por lo que dice Sazed, para molestar a su padre? Pero entonces, ¿por qué parece interesado en las cosas que digo?

—Lord Liese —dijo Vin—. ¿Qué sabe de Elend Venture?

Liese alzó la cabeza.

—Hummm, yo...

—No se concentre tanto en el baile. Mi instructor dice que fluirá de modo más natural si no se intenta con tanto empeño.

Él se ruborizó.

¡Por el lord Legislador!, pensó Vin. *¿Tan novato es este chico?*

—Hummm, lord Venture... —dijo Liese—. No sé. Es una persona muy importante. Mucho más importante que yo.

—No deje que su linaje le intimide. Por lo que he visto, es bastante inofensivo.

—No sé, mi señora. Venture es una casa extremadamente influyente.

—Sí, bueno, pero Elend no hace honor a esa reputación. Parece aficionado a ignorar a quienes lo acompañan... ¿Hace eso con todo el mundo?

Liese se encogió de hombros, bailando de manera más natural ahora que estaban charlando.

—No lo sé. Usted... parece conocerlo bastante mejor que yo, mi señora.

—Yo... —Vin se calló. *Sentía* como si lo conociera bien, mucho mejor que a ningún hombre después de dos breves encuentros. Sin embargo, no podía explicárselo muy bien a Liese.

Pero tal vez... ¿No dijo Renoux que había visto a Elend una vez?

—Bueno, Elend es amigo de la familia —dijo Vin mientras giraban bajo una cristalina claraboya.

—¿Ah, sí?

—Sí. Mi tío fue muy amable al pedirle a Elend que me vigilara en estas fiestas, y hasta ahora ha sido un encanto. Pero desearía que prestara menos atención a esos libros suyos y más a presentarme.

Liese estiró el cuello y pareció un poco menos inseguro.

—Vaya. En fin, tiene sentido.

—Pues claro. Elend ha sido como un hermano mayor para mí durante mi estancia aquí en Luthadel.

Liese sonrió.

—Le pregunto por él porque no habla mucho de sí mismo —dijo Vin.

—Los Venture han estado todos muy callados últimamente —dijo Liese—. Desde el ataque a su mansión hace unos cuantos meses.

Vin asintió.

—¿Sabe mucho al respecto?

Liese negó con la cabeza.

—Nadie me cuenta nada. —Bajó la mirada para contemplar sus pies—. Baila usted muy bien, lady Renoux. Debe de haber asistido a muchos bailes en su ciudad natal.

—Me halaga, mi señor.

—No, de veras. Es usted tan... grácil.

Vin sonrió, sintiendo un leve arrebato de confianza.

—Sí —dijo Liese, casi para sí—. No es en absoluto como dijo lady Shan...

—Calló, sacudiéndose levemente, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Qué? —dijo Vin.

—Nada —respondió Liese, ruborizándose aún más—. Lo siento. No es nada.

Lady Shan, pensó Vin. Recuerda ese nombre.

Sondeó un poco más a Liese mientras seguían bailando, pero quedó claro que él era demasiado inexperto para saber gran cosa. Eso sí, consideraba que la tensión estaba creciendo entre las casas; aunque los bailes continuaban, había cada vez más ausencias, pues había quien no asistía a las fiestas celebradas por sus rivales políticos.

Cuando terminó el baile, Vin dio por buenos sus esfuerzos. Quizá no hubiese descubierto nada que resultara de mucho valor para Kelsier, pero Liese era solo el principio. Ya llegaría a gente más importante.

Lo cual significa que voy a tener que asistir a muchos bailes más, pensó mientras Liese la conducía de vuelta a su mesa. No es que los bailes en sí mismos fueran desagradables, sobre todo ahora que confiaba más en su capacidad para bailar. Sin embargo, más bailes significaban menos oportunidades para estar ahí fuera, entre las brumas.

Sazed no me permite ir, de todas formas, pensó con un suspiro, y sonrió amablemente mientras Liese hacía una reverencia y se retiraba.

Elend había esparcido sus libros sobre la mesa y su parte estaba iluminada por varios candelabros más... aparentemente de otras mesas.

Bueno, al menos tenemos el robo en común, pensó.

Elend estaba encorvado sobre la mesa, haciendo anotaciones en un librito de bolsillo. No levantó la cabeza mientras ella se sentaba. A Sazed no se lo veía por ninguna parte.

—He enviado al terrisano a cenar —dijo Elend, distraído, mientras escribía—. No hay necesidad de que pase hambre mientras tú revoloteas por ahí.

Vin alzó una ceja, mirando los libros que dominaban la mesa. Mientras Vin lo observaba, Elend apartó un tomo, dejándolo abierto por una página concreta, y acercó otro.

—Y bien, ¿qué tal el bailoteo?

—La verdad es que ha sido divertido.

—Creía que no eras muy buena bailarina.

—No lo era —dijo Vin—. He practicado. Puede que esta información te parezca sorprendente, pero sentarse al fondo de una sala a leer libros en la oscuridad no ayuda exactamente a ser mejor bailarín.

—¿Eso es una proposición? —preguntó Elend, apartando su libro y seleccionando otro—. No es propio de una dama invitar a bailar a un hombre, ya sabes.

—Por favor, no quisiera distraerte de tu lectura —dijo Vin, volviendo un libro hacia ella. Hizo una mueca: el texto estaba escrito a mano, con letra pequeña e intrincada—. Además, bailar contigo estropearía todo el trabajo que acabo de hacer.

Elend se detuvo. Por fin alzó la cabeza.

—¿Trabajo?

—Sí. Sazed tenía razón: intimidadas a lord Liese y yo también, por asociación. Podría ser desastroso para la vida social de una dama joven que todos los hombres la creyeran fuera de su alcance por el mero hecho de que un lord molesto decida estudiar en su mesa.

—Así que... —dijo Elend.

—Así que me he limitado a contarle que me estabas enseñando las costumbres de la corte. Como si fueras un... hermano mayor.

—¿Hermano mayor? —preguntó Elend, frunciendo el ceño.

—Mucho mayor —sonrió Vin—. Quiero decir, al menos me doblas la edad.

—Te doblo la... Valette, tengo *veintiún* años. A menos que seas una niña de diez años *muy* madura, no te «doblo la edad».

—Las matemáticas nunca se me han dado muy bien —dijo ella como si tal cosa.

Elend suspiró y puso los ojos en blanco. Cerca, lord Liese charlaba tranquilamente con su grupo de amigos, señalando hacia ellos. Con suerte, uno la invitaría a bailar pronto.

—¿Conoces a una tal lady Shan? —preguntó Vin como quien no quiere la cosa mientras esperaba.

Sorprendentemente, Elend alzó la cabeza.

—¿Shan Elariel?

—Supongo. ¿Quién es?

Elend volvió a su libro.

—Nadie importante.

Vin alzó ambas cejas.

—Elend, solo llevo unos meses haciendo esto, pero incluso yo sé que no hay que fiarse de un comentario así.

—Bueno... Puede que esté comprometido con ella.

—¿Tienes una prometida? —preguntó Vin, exasperada.

—No estoy seguro del todo. Hace como un año que no hacemos nada al respecto. Es probable que todo el mundo se haya olvidado del asunto a estas alturas.

Magnífico, pensó Vin.

Un momento después, uno de los amigos de Liese se acercó. Contenta por librarse del frustrante heredero Venture, Vin se levantó, aceptando la mano del joven lord. Mientras se dirigía a la pista, miró a Elend y lo pilló mirándola por encima del libro. Inmediatamente volvió a su lectura con aire declaradamente indiferente.

VIN SE SENTÓ A LA MESA, considerablemente agotada. Resistió la tentación de quitarse los zapatos y frotarse los pies; sospechaba que no sería muy propio de una dama. Encendió con cuidado su cobre, luego quemó peltre, reforzando su cuerpo y reduciendo un poco su fatiga.

Dejó que el peltre, y luego el cobre, se agotaran. Kelsier le había asegurado que con el cobre encendido no podría ser identificada como alomante. Vin no estaba tan segura. Con el peltre ardiendo, sus reacciones eran demasiado rápidas, su cuerpo demasiado fuerte. Le parecía que una persona observadora podría advertir esas anomalías, fuera alomante o no.

Con el peltre agotado, su fatiga regresó. Había estado intentando últimamente no depender tanto del peltre. La herida solo le dolía mucho si se giraba sin cuidado, y quería recuperar fuerzas por su cuenta, si podía.

En cierto modo, el cansancio de esa noche era bueno: el resultado de bailar mucho tiempo. Ahora que los jóvenes consideraban a Elend una especie de guardián y no un interés romántico, no dudaban en invitar a Vin a bailar. Y, temerosa de hacer una declaración política inadecuada al negarse, Vin había accedido a todas las peticiones. Unos cuantos meses antes se hubiese reído de

la idea de sentirse agotada por bailar. Sin embargo, los pies destrozados, el costado dolorido y las piernas pesadas se sumaban al esfuerzo de memorizar nombres y casas (por no mencionar el de mantener la conversación banal de sus compañeros de baile), que la había dejado mentalmente exhausta.

Menos mal que Sazed me hace llevar zapatos planos en vez de con tacón, pensó con un suspiro, mientras bebía zumo helado. El terrisano no había vuelto todavía de su cena. Curiosamente Elend tampoco estaba en la mesa, aunque sus libros aún la cubrían.

Vin miró los tomos. Tal vez si la veían leyendo, los jóvenes la dejaran en paz un rato. Acercó y revisó los libros en busca de un candidato probable. El que más le interesaba (el cuadernito encuadrado en cuero de Elend) no estaba.

Se llevó un grueso tomo azul a su lado de la mesa. Lo había escogido porque tenía la letra grande: ¿tan caro era el papel que los escribas necesitaban introducir el mayor número posible de renglones por página? Vin suspiró y repasó el volumen.

No puedo creer que la gente lea libros tan grandes, pensó. A pesar del tamaño de la letra, cada página estaba llena de palabras. Harían falta días y días para leerlo entero. Reen le había enseñado a leer para que pudiera descifrar contratos, escribir notas y tal vez hacerse pasar por noble. Sin embargo, su formación no se había extendido a textos tan largos.

Prácticas históricas en la norma política imperial, decía la primera página. Los capítulos llevaban por título cosas como «El programa de gobierno del siglo V» y «El ascenso de las plantaciones de skaa». Hojeó el libro hasta el final, suponiendo que sería lo más importante. El último capítulo se titulaba «Estructura política actual».

Empezó a leer:

Hasta ahora el sistema de plantaciones ha producido un gobierno mucho más estable que los métodos previos. La estructura de Dominios con cada lord provincial al mando de sus skaa y responsable de ellos ha engendrado un entorno competitivo donde la disciplina se mantiene de manera férrea.

El lord Legislador al parecer encuentra preocupante este sistema a causa de la libertad que permite a la aristocracia. Sin embargo, la relativa falta de rebeliones organizadas es indudablemente interesante; durante los doscientos años que el sistema lleva en funcionamiento, no ha habido ningún levantamiento importante en los Cinco Dominios Interiores.

Naturalmente, este sistema político es solo una extensión del gran gobierno teocrático. La independencia de la aristocracia ha sido templada por un renovado vigor en la aplicación de la

ley por parte de los obligadores. No hay lord, por pequeño que sea, que se considere por encima de la ley. Cualquiera puede recibir la visita de un inquisidor.

Vin frunció el ceño. Aunque el texto era árido, le sorprendió que el lord Legislador permitiera semejantes discusiones analíticas sobre su imperio. Se acomodó en su asiento con el libro en las manos, pero ya no siguió leyendo. Estaba demasiado agotada por las horas que había pasado intentando sonsacar información a sus compañeros de baile.

Por desgracia, la política no prestaba atención a su cansancio. Aunque hizo todo lo posible por parecer absorta en el libro de Elend, una figura se acercó a su mesa.

Vin suspiró, preparándose para otro baile. No obstante, enseguida advirtió que el recién llegado no era un noble, sino un mayordomo terrisano. Como Sazed, llevaba ropas de capas superpuestas en V y le gustaban mucho las joyas.

—¿Lady Valette Renoux? —preguntó el hombre, con voz levemente cargada de acento.

—Sí —respondió Vin, vacilante.

—Mi señora, lady Shan Elariel requiere su presencia en su mesa.

¿*Requiere*? pensó Vin. No le gustó el tono y tenía pocos deseos de conocer a la exprometida de Elend. Por desgracia, la Casa Elariel era una de las Grandes Casas más poderosas: seguro que no se trataba de alguien a quien se pudiera ignorar por capricho.

El terrisano esperó.

—Muy bien —dijo Vin, levantándose con toda la gracia de la que fue capaz.

El terrisano la condujo hacia una mesa cercana. La mesa estaba bien atendida, con cinco mujeres sentadas a su alrededor, y Vin localizó a Shan de inmediato. Lady Elariel era obviamente la escultural mujer de largo pelo oscuro. No participaba en la conversación, pero parecía dominarla de todas formas. Sus brazos chispeaban con brazaletes de color lavanda a juego con su vestido. Volvió sus ojos despectivos hacia Vin mientras se acercaba.

Aquellos ojos oscuros eran penetrantes. Vin se sintió desnuda ante ellos, despojada de su hermoso vestido, reducida a una sucia chica callejera una vez más.

—Discúlpennos, señoras —dijo Shan. Las mujeres hicieron de inmediato lo que se les ordenaba y se levantaron de la mesa a toda prisa.

Shan tomó un tenedor y empezó a diseccionar y devorar meticulosamente una pequeña tarta. Vin se quedó allí de pie, insegura, mientras el mayordomo terrisano ocupaba su puesto tras la silla de Shan.

—Puedes sentarte —dijo Shan.

Me siento de nuevo una skaa, pensó Vin, sentándose. *¿También las nobles se tratan unas a otras de esta manera?*

—Te encuentras en una posición enviable, niña.

—¿Cómo es eso?

—Dirígete a mí como lady Shan —dijo Shan sin cambiar su tono—. O puedes llamarme «mi señora».

Shan esperó con expectación, dando bocaditos a la tarta. Finalmente, Vin dijo:

—¿Cómo es eso, mi señora?

—Porque el joven lord Venture ha decidido utilizarte en sus juegos. Eso significa que tienes la oportunidad de ser también utilizada por mí.

Vin frunció el ceño. *Acuérdate de seguir interpretando tu papel. Eres Valette, que se deja intimidar fácilmente.*

—¿No sería mejor no ser utilizada por nadie, mi señora? —preguntó Vin con cautela.

—Tonterías —replicó Shan—. Incluso una simple inculta como tú debe ver la importancia de ser útil a sus superiores. —Shan dijo incluso el insulto sin vehemencia: parecía dar por hecho que Vin iba a mostrarse de acuerdo.

Vin estaba desconcertada. Ningún otro miembro de la nobleza la había tratado de aquella manera. Naturalmente, el único miembro de una Gran Casa que había conocido hasta ahora era Elend.

—Confío por tu expresión sumisa que aceptas tu lugar —dijo Shan—. Compórtate bien, niña, y tal vez te deje unirte a mi séquito. Podrías aprender mucho de las damas de Luthadel.

—¿Como qué? —preguntó Vin, tratando de apartar la brusquedad de su voz.

—Mírate en el espejo alguna vez, niña. Tienes un pelo que parece como si hubieras pasado por una enfermedad terrible y estás tan delgada que el vestido te cuelga como un saco. Ser una noble en Luthadel requiere... perfección. No *eso*. —Pronunció la última palabra mientras hacía un gesto despectivo con la mano hacia Vin.

Vin se ruborizó. Había un extraño poder en la actitud despreciativa de esa mujer. Con un sobresalto, Vin advirtió que Shan le recordaba a algunos jefes

de banda que había conocido, como Camon: hombres que golpeaban a una persona sin esperar ninguna resistencia. Todo el mundo sabía que resistirse a esos hombres solo empeoraría los golpes.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

Shan alzó una ceja apartando el tenedor y dejando la tarta a medio comer. El terrisano recogió el plato y se marchó con él.

—Eres un poquito obtusa, ¿no?

Vin guardó silencio.

—¿Qué quiere *mi señora* de mí?

—Te lo diré alguna vez... suponiendo que lord Venture decida seguir jugando contigo.

Vin captó un levísimo destello de odio en sus ojos cuando pronunció el nombre de Elend.

—Por ahora —continuó Shan—, cuéntame la conversación que has tenido con él esta noche.

Vin abrió la boca para responder. Pero... algo estaba mal. Solo captó una leve fluctuación. Ni siquiera la hubiese advertido sin la formación de Brisa.

¿*Una placadora? Interesante.*

Shan estaba intentando volverla complaciente. ¿Para qué hablarla, tal vez? Vin empezó a contarle su conversación con Elend, sin revelar nada interesante. Sin embargo, seguía pareciéndole extraña la manera en que Shan jugaba con sus emociones. Con el rabillo del ojo Vin vio que el terrisano de Shan regresaba de las cocinas. Sin embargo, no volvió a la mesa sino que se encaminó en la dirección opuesta.

Hacia la mesa de Vin. Se detuvo junto a ella y empezó a curiosear entre los libros de Elend.

Sea lo que sea lo que quiere, no puedo dejar que lo encuentre.

Vin se levantó de repente, provocando por fin una reacción en Shan, que alzó sorprendida la cabeza.

—¡Acabo de recordar que le he dicho a mi terrisano que se encontrara conmigo en mi mesa! ¡Se preocupará si no estoy sentada allí!

—Ay, por el amor del lord Legislador —murmuró Shan entre dientes—. Niña, no hay ninguna necesidad...

—Lo siento, mi señora. Tengo que irme.

Quizá fuera demasiado evidente, pero no se le ocurría otra salida. Vin ensayó una reverencia y se retiró de la mesa de Shan, dejando atrás a la disgustada mujer. El terrisano era bueno: cuando Vin estaba solo a unos pocos

pasos de la mesa de Shan ya había reparado en ella y continuaba su camino, con movimientos admirablemente impasibles.

Vin regresó a su mesa, preguntándose si se habría puesto en evidencia al dejar tan bruscamente a Shan. Sin embargo, estaba demasiado cansada para que le importase. Cuando advirtió que un grupo de jóvenes la miraba, se sentó a toda prisa y abrió uno de los libros de Elend.

Por fortuna, la estratagema funcionó mejor esta vez. Los jóvenes acabaron por darse media vuelta y dejarla en paz, y Vin pudo relajarse un poco con el libro abierto delante. Se hacía tarde y el salón de baile empezaba a vaciarse lentamente.

Los libros, pensó con el ceño fruncido, levantando su copa de zumo para tomar un sorbo. *¿Para qué los quiere el terrisano?*

Escrutó la mesa, tratando de decidir si había tocado algo, pero Elend había dejado los libros en tal estado de desorden que era difícil decirlo. Sin embargo, un librito que asomaba bajo otro tomo llamó su atención. La mayoría de los textos estaban abiertos por una página específica, y ella había visto a Elend repasándolos. Aquel libro, sin embargo, estaba cerrado... y no recordaba que él lo hubiera abierto. Estaba allí desde antes (lo reconoció porque era mucho más fino que los otros), de modo que el terrisano no lo había dejado.

Curiosa, sacó el libro de debajo del otro. Tenía una negra cubierta de cuero y en el lomo ponía *Pautas climatológicas del Dominio Septentrional*. Vin frunció el ceño, volviendo el libro en sus manos. No había página de créditos ni aparecía ningún autor. Comenzaba directamente con el texto.

Cuando nos referimos al Imperio Final en su totalidad, hay un hecho inconfundible. Para tratarse de una nación gobernada por una divinidad autoproclamada, el imperio ha experimentado un aterrador número de colosales errores de liderazgo. La mayoría han sido ocultados con éxito y solo pueden encontrarse en las mentes de metal de los feruquimistas o en las páginas de los textos prohibidos. Sin embargo, solo hace falta mirar al pasado cercano para advertir errores como la Masacre de Devanex, la revisión de la Doctrina de la Profundidad y la recolocación de los pueblos de Renate.

El lord Legislador no envejece. Eso, al menos, es innegable. Este texto, sin embargo, se propone demostrar que no es en modo alguno infalible. Durante los días anteriores a la Ascensión, la humanidad sufrió el caos y la incertidumbre causados por un interminable ciclo de reyes, emperadores y otros monarcas. Se podría pensar que ahora, con un único gobernante inmortal, la sociedad tendría por fin una oportunidad para encontrar estabilidad e iluminación. La notable falta de esos atributos en el Imperio Final es el fracaso más oneroso del lord Legislador.

Vin se quedó mirando la página. Algunas de las palabras la superaban, pero comprendió lo que quería decir el autor. Estaba diciendo...

Cerró el libro y lo dejó rápidamente en su sitio. ¿Qué sucedería si los obligadores descubrían que Elend poseía un texto semejante? Miró hacia los lados. Había obligadores presentes, por supuesto, confraternizando con la multitud como en el otro baile, distinguibles por sus túnicas grises y sus rostros tatuados. Muchos estaban sentados a las mesas de los nobles. ¿Amigos o espías del lord Legislador? Nadie parecía demasiado cómodo cuando había un obligador cerca.

¿Qué está haciendo Elend con un libro como ese? ¿Un noble poderoso como él? ¿Por qué lee textos que acusan al lord Legislador?

Una mano se posó sobre su hombro y Vin se volvió instintivamente, el peltre y el cobre ardiendo en su estómago.

—Caramba —dijo Elend, dando un paso atrás y alzando la mano—. ¿No te ha dicho nadie lo nerviosa que eres, Valette?

Vin se relajó, se acomodó en su silla y apagó sus metales. Elend se dirigió a su sitio y se sentó.

—¿Disfrutando de Heberen?

Vin frunció el ceño y Elend señaló con la cabeza el libro grande y grueso que todavía tenía plantado delante.

—No. Es aburrido. Solo fingía leer para que me dejaran en paz un rato.

Elend se echó a reír.

—Ahora verás cómo tu astucia viene a jugarte una mala pasada.

Vin alzó una ceja mientras Elend empezaba a recoger sus libros y los apilaba sobre la mesa. No pareció advertir que ella había movido el libro «climatológico», pero lo deslizó con cuidado en medio del montón.

Vin apartó la mirada del libro. *Quizá no debería hablarle de Shan... no hasta que hable con Sazed.*

—Creo que mi astucia me ha servido bien —dijo en cambio—. Después de todo, he venido al baile a bailar.

—A mí bailar me parece aburridísimo.

—No puedes permanecer apartado eternamente de la corte, lord Venture: eres el heredero de una casa muy importante.

Él suspiró, se desperezó y se arrellanó en su asiento.

—Supongo que tienes razón —dijo, con sorprendente franqueza—. Pero cuanto más lo aplazo, más se molesta mi padre. Eso, en sí, es un objetivo digno.

—No es el único al que haces daño. ¿Qué hay de esas muchachas que nunca son invitadas a bailar porque tú estás demasiado ocupado repasando tus libros?

—Que yo recuerde —dijo Elend, colocando el último libro encima del montón—, alguien estaba fingiendo leer para *evitar* tener que bailar. No creo que las damas tengan ningún problema para encontrar acompañantes más amistosos que yo.

Vin alzó una ceja.

—No he tenido problemas porque soy nueva y mi rango es bajo. Sospecho que las damas que están más a tu altura tienen problemas para encontrar acompañante, amistoso o no. Tal como yo lo entiendo, los nobles se sienten incómodos bailando con mujeres que están por encima de su rango.

Elend guardó silencio, buscando obviamente una contestación.

Vin se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasa, Elend Venture? ¿Por qué te empeñas con tanto ahínco en eludir tu deber?

—¿Deber? —preguntó Elend, inclinándose hacia ella—. Valette, esto no es deber. Este baile... es inconsecuencia y distracción. Una pérdida de tiempo.

—¿Y las mujeres? ¿También lo son?

—¿Las mujeres? Las mujeres son... como tormentas. Son hermosas de contemplar y a veces agradables de escuchar... pero la mayor parte de las veces son solo una molestia.

Vin notó que se quedaba boquiabierta. Entonces advirtió el brillo en los ojos de él, la sonrisita en las comisuras de sus labios, y tuvo que sonreír también.

—¡Solo dices esas cosas para provocarme!

La sonrisa se hizo más amplia.

—Eso me hace encantador. —Se levantó, mirándola con aprecio—. Ah, Valette. No permitas que te engañen para que acabes tomándote demasiado en serio. No merece la pena. Pero debo despedirme. Trata de no dejar pasar meses entre los bailes a los que asistas en el futuro.

Vin sonrió.

—Me lo pensaré.

—Por favor, que así sea —dijo Elend, agachándose y recogiendo el montón de libros. Se tambaleó un momento, luego recuperó el equilibrio y se asomó por un lado—. Quién sabe, tal vez un día de estos consigas que me ponga a bailar.

Vin sonrió, asintiendo con la cabeza cuando el noble se dio media vuelta y se marchó rodeando la segunda planta de la pista de baile. Se encontró con otros dos jóvenes y Vin vio con curiosidad cómo uno de ellos le daba una palmada amistosa en el hombro y luego se hacía con la mitad de los libros. Los tres se marcharon juntos, charlando.

Vin no reconoció a los recién llegados. Se quedó allí sentada, pensativa, hasta que Sazed apareció por fin en un lateral y Vin lo llamó con un gesto impaciente. Sazed se acercó sin prisas.

—¿Quiénes son esos hombres que están con lord Venture? —preguntó, señalando a Elend.

Sazed entornó los ojos tras sus gafas.

—Vaya... Uno de ellos es lord Jastes Lekal. El otro es un Hasting, aunque no conozco su nombre.

—Pareces sorprendido.

—Las Casas Lekal y Hasting son rivales políticas de la Casa Venture, señora. Los nobles suelen visitarse en fiestas más pequeñas tras los bailes, para hacer alianzas... —El terrisano hizo una pausa y se volvió hacia ella—. Creo que maese Kelsier querrá enterarse de esto. Es hora de marcharnos.

—Estoy de acuerdo. Y mis pies también. Vámonos.

Sazed asintió y los dos se dirigieron hacia la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Vin mientras esperaban a que un criado le trajera su chal.

—He regresado varias veces, señora —dijo Sazed—. Pero siempre estabas bailando. Me ha parecido mejor hablar con los criados que estar de pie detrás de tu mesa.

Vin asintió, aceptó su chal y ambos bajaron las escaleras alfombradas, Sazed detrás. El paso de Vin era rápido: quería volver y contarle a Kelsier los nombres que había memorizado antes de olvidar la lista entera. Se detuvo en el rellano, esperando a que un criado trajera su carruaje. Mientras lo hacía, notó algo extraño. Una pequeña perturbación tenía lugar a poca distancia entre las brumas. Dio un paso adelante, pero Sazed colocó una mano sobre su hombro, reteniéndola. Una dama no se internaría en las brumas.

Recurrió al cobre y el estaño, pero esperó: la perturbación se acercaba. Un guardia salió de la bruma tirando de una forma pequeña que se debatía: un niño skaa con la ropa sucia y la cara manchada de hollín. El soldado hizo ante Vin una amplia reverencia, pidiéndole disculpas mientras se acercaba a uno de los capitanes de la guardia. Vin quemó estaño para oír lo que decían.

—Un pinche de las cocinas —dijo el soldado en voz baja—. Trató de pedir limosna a uno de los nobles que iba en un carro cuando se ha detenido a esperar a que abrieran las verjas.

El capitán se limitó a asentir con la cabeza. El soldado se llevó a su cautivo entre las brumas camino del lejano patio. El niño se debatía y el soldado gruñó, molesto, agarrándolo con fuerza. Vin lo vio marchar mientras Sazed mantenía la mano sobre su hombro, como intentando retenerla. Naturalmente, no podía ayudar al niño. No debería haber...

En la bruma, más allá de la vista de la gente corriente, el soldado sacó una daga y le cortó la garganta al pequeño. Vin dio un resingo, anonadada, mientras los sonidos de la resistencia del niño se apagaban. El guardia dejó caer el cuerpo, luego lo agarró por una pierna y empezó a arrastrarlo.

Vin se quedó allí de pie, commocionada, mientras llegaba su carro.

—Señora —la instó Sazed, pero ella no reaccionó.

Lo han matado, pensó. Aquí mismo, a unos pocos pasos de donde los nobles esperan sus carros. Como si... la muerte no fuera nada extraordinario. Solo otro skaa sacrificado. Como un animal.

O menos que un animal. Nadie mataría un cerdo en el patio de una fortaleza. La postura del guardia mientras llevaba a cabo el asesinato indicaba que estaba demasiado molesto por la resistencia del niño para esperar a estar en un sitio más adecuado. Si otros nobles habían advertido lo sucedido no prestaron atención y continuaron charlando mientras esperaban. De hecho, parecían charlar un poco más ahora que los gritos habían cesado.

—Señora —repitió Sazed, empujándola hacia delante.

Ella permitió que la llevara hasta el carro, su mente todavía distraída. El contraste le parecía imposible. La agradable nobleza, bailando, dentro de una habitación que resplandecía con luces y vestidos. Muerte en el patio. ¿No les importaba? ¿No sabían?

Esto es el Imperio Final, Vin, se dijo mientras el carro se ponía en marcha. No olvides la ceniza porque veas un poco de seda. Si esa gente de ahí dentro supiera que eres una skaa, te habrían matado con la misma facilidad que a ese pobre niño.

Fue un pensamiento amargo que la mantuvo absorta durante todo el viaje de regreso a Fellise.

Kwaan y yo nos conocimos por casualidad... aunque supongo que él diría que fue la «providencia».

He conocido a muchos otros filósofos terrisanos desde aquel día. Son, cada uno de ellos, hombres de gran sabiduría y sorprendente sagacidad. Hombres de una importancia casi palpable.

No es así Kwaan. En cierto modo, era tan improbable que fuese profeta como yo héroe. Nunca tuvo un aire de sabiduría ceremoniosa; tampoco era un erudito religioso. La primera vez que nos vimos, estaba investigando uno de sus ridículos intereses en la gran biblioteca de Khlenni; creo que trataba de determinar si los árboles pueden pensar o no.

Que fuera quien finalmente descubrió al gran Héroe de la profecía de Terris es un asunto que me habría dado risa si los hechos hubieran sucedido de manera algo distinta.

19



KELSIER PERCIBIÓ A OTRO ALOMANTE latiendo entre las brumas. Las vibraciones lo sacudieron como olas rítmicas que besaran una orilla tranquila. Eran débiles, pero inconfundibles.

Se agazapó sobre el muro bajo de un jardín escuchando las vibraciones. La arremolinada bruma blanca continuaba su habitual y plácido revoloteo, indiferente, salvo por la más cercana a su cuerpo, que se enroscaba en la corriente alomántica normal en torno a sus extremidades.

Kelsier escrutó la noche, avivando estaño y buscando al otro alomante. Le pareció ver a una figura agazapada sobre un muro distante, pero no podía estar seguro. Sin embargo, reconocía las vibraciones alománticas. Cada metal, cuando ardía, emitía una señal clara, reconocible para aquellos experimentados con el bronce. El hombre lejano quemaba estaño, como hacían los otros cuatro que Kelsier había sentido ocultos alrededor de la fortaleza Tekiel. Los cinco ojos de estaño formaban un círculo vigilando la noche en busca de intrusos.

Kelsier sonrió. Las Grandes Casas se estaban poniendo nerviosas. Mantener a cinco ojos de estaño de guardia no sería tan complicado para una

casa como Tekiel, pero a los nobles alomantes no les haría ninguna gracia verse obligados a actuar como simples guardias. Y si había cinco ojos de estaño a la vez, era muy probable que varios violentos, lanzamonedas y atraedores estuvieran también de servicio. Luthadel se hallaba en silencioso estado de alerta.

De hecho, las Grandes Casas estaban tan inquietas que Kelsier tenía problemas para encontrar huecos en sus defensas. Era un solo hombre y aunque fuese un nacido de la bruma, tenía sus límites. Su éxito hasta el momento había que atribuirlo al factor sorpresa. Sin embargo, con cinco ojos de estaño de guardia, Kelsier no podría acercarse mucho a la mansión sin correr un serio riesgo de ser sorprendido.

Por fortuna, Kelsier no necesitaba poner a prueba las defensas de Tekiel esa noche. Se arrastró por la muralla hasta los terrenos exteriores. Se detuvo junto al pozo del jardín y (quemando bronce para asegurarse de que no había alomantes cerca) se acercó a unos arbustos para recoger un gran saco. Era tan pesado que tuvo que quemar peltre para echárselo al hombro. Se detuvo un momento en la noche, tratando de escuchar sonidos en la bruma, y luego cargó con el saco hasta la mansión.

Se detuvo junto a un gran porche encalado próximo a un pequeño estanque. Allí, descargó el saco y dejó caer al suelo su contenido, un cadáver reciente.

El cuerpo, de un tal lord Charrs Entrone, rodó hasta detenerse boca abajo, con las heridas de dagas gemelas brillando en su espalda. Kelsier había emboscado al hombre medio borracho en la calle de un barrio skaa y había librado al mundo de otro noble. Lord Entrone, en particular, no sería añorado: era famoso por su retorcido sentido del placer. Las peleas de skaa, por ejemplo, eran una de sus diversiones favoritas. Dedicado a ellas había ido a pasar la noche.

Entrone, y no por coincidencia, era un importante aliado político de la Casa Tekiel. Kelsier dejó el cadáver tendido en un charco de su propia sangre. Los jardineros lo encontrarían y, cuando los criados se enteraran de la muerte, la obstinación de los nobles no podría mantenerla en secreto. El asesinato provocaría un clamor y la culpa sería achacada a la Casa Izenry, rival de la Casa Tekiel. Sin embargo, la muerte inesperada y sospechosa de Entrone haría recelar a la Casa Tekiel. Si empezaban a hacer indagaciones, descubrirían que quien había apostado contra Entrone la noche de la pelea de skaa había sido Crews Geffenry, un hombre cuya casa había solicitado a los Tekiel una alianza

más fuerte. Crews era un nacido de la bruma reputado y un experto con los cuchillos.

Y así comenzaría la intriga. ¿El asesinato era responsabilidad de la Casa Izenry o tal vez un intento de la Casa Geffenry para alarmar aún más a Tekiel y animarlo a buscar alianzas con la baja nobleza? ¿O había una tercera casa que quería reforzar la rivalidad entre Tekiel e Izenry?

Kelsier saltó del muro del jardín rascándose la barba falsa que llevaba. En realidad no importaba a quién decidiera echar la culpa la Casa Tekiel; el verdadero propósito de Kelsier era hacerlos dudar y preocuparse, recelar y malinterpretar sus actos. El caos era su mejor aliado para alentar una guerra entre casas. Cuando esa guerra estallara por fin, cada noble muerto sería una persona menos a quien los skaa tendrían que enfrentarse en su rebelión.

En cuanto Kelsier se encontró a cierta distancia de la mansión Tekiel, lanzó una moneda y se subió a los tejados. De vez en cuando, se preguntaba qué pensaba la gente de las casas por las que pasaba al oír pasos en sus tejados. ¿Sabían que los nacidos de la bruma convertían sus viviendas en una conveniente carretera, un lugar por donde moverse sin ser molestados por guardias o ladrones? ¿O atribuían los golpes a los siempre aterradores espectros?

No deben de darse ni cuenta. Las personas cuerdas ya duermen cuando salen las brumas. Aterrizó en un tejado a dos aguas, recuperó su reloj de bolsillo del hueco donde lo había dejado, comprobó la hora y luego lo guardó de nuevo, junto con el peligroso metal del que estaba hecho. Muchos nobles llevaban metal de manera ostentosa, una bravata estúpida. Habían heredado la costumbre directamente del lord Legislador. A Kelsier, sin embargo, no le gustaba llevar encima ningún metal (reloj, anillo o brazalete) innecesario.

Se lanzó de nuevo al aire y se dirigió hacia los Laberintos de Hollín, un suburbio skaa situado en el extremo norte de la ciudad. Luthadel era enorme y se extendía en todas direcciones; cada pocas décadas se añadían nuevos barrios y la muralla de la ciudad se ampliaba con el sudor y el esfuerzo de la mano de obra skaa. Con la llegada de la moderna era de los canales, la piedra se había vuelto relativamente barata y fácil de trasladar.

Me pregunto por qué se preocupa por la muralla, pensó Kelsier, moviéndose por los tejados en paralelo a la enorme estructura. *¿Quién va a atacar? El lord Legislador lo controla todo. Ni siquiera las islas occidentales resisten ya.*

Hacía siglos que no había una verdadera guerra en el Imperio Final. La «rebelión» ocasional consistía en unos cuantos miles de hombres ocultos en

montañas o cuevas que realizaban ataques esporádicos. Ni siquiera la rebelión de Yeden se basaba mucho en la fuerza: contaban con que el caos de una guerra entre casas, mezclado con la confusión estratégica de la Guarnición de Luthadel les diera una oportunidad. En una campaña extensa, Kelsier perdería. El lord Legislador y el Ministerio de Acero podían reunir literalmente a millones de soldados si era necesario.

Naturalmente, tenía otro plan. Kelsier no hablaba de él y apenas se atrevía a considerarlo. Tal vez no hubiera ocasión de llevarlo a cabo. Pero si se daba...

Saltó al suelo en los Laberintos de Hollín, luego se arrebujo en su capa y caminó por la calle con paso confiado. Su contacto estaba sentado a la puerta de un taller cerrado, fumando tranquilamente una pipa. Kelsier alzó una ceja: el tabaco era un lujo caro. O bien Hoid era un manirroto, o bien tenía tanto éxito como había dado a entender Dockson.

Hoid apartó la pipa con tranquilidad y se puso en pie... aunque eso no lo convirtió en mucho más alto. Delgado y calvo, ensayó una profunda reverencia en la neblinosa noche.

—Saludos, mi señor.

Kelsier se paró ante el hombre, los brazos cuidadosamente ocultos bajo la capa de bruma. No le interesaba que un informador callejero se diera cuenta de que el noble desconocido con el que se reunía tenía en los brazos las cicatrices de Hathsin.

—Vienes bien recomendado —dijo Kelsier, imitando el acento despectivo de un noble.

—Soy uno de los mejores, mi señor.

Todo el que es capaz de sobrevivir tanto como tú debe de ser bueno, pensó Kelsier. A los lores no les gustaba la idea de que otros hombres conocieran sus secretos. Los informadores no solían vivir mucho.

—Necesito saber algo, informador —prosiguió Kelsier—. Pero primero debes jurar que nunca le hablarás a nadie de este encuentro.

—Por supuesto, mi señor —dijo Hoid. Lo más probable era que terminase faltando a su palabra antes de que la noche tocase a su fin: otro motivo por el que los informadores no solían vivir mucho—. Está, sin embargo, el asunto del pago...

—Tendrás tu dinero, skaa —replicó Kelsier.

—Por supuesto, mi señor —dijo Hoid, agachando rápidamente la cabeza—. Pediste información sobre la Casa Renoux, creo...

—Sí. ¿Qué se sabe? ¿Con qué casas está aliada? Debo saber esas cosas.

—En realidad no hay mucho que saber, mi señor. Lord Renoux es nuevo en la zona, y es un hombre cuidadoso. No tiene ni aliados ni enemigos por el momento... Está comprando gran número de armas y armaduras, aunque quizá lo haga para una amplia gama de casas y mercaderes, a fin de congraciarse con todos. Una sabia táctica. Tendrá, tal vez, un exceso de mercancía, pero también un exceso de amigos, ¿no?

Kelsier bufó.

—No veo por qué debería pagarte por eso.

—Tendrá demasiada mercancía, mi señor —dijo Hoid rápidamente—. Podrías sacar un buen beneficio de saber que Renoux consigna con pérdidas.

—No soy ningún mercader, skaa —dijo Kelsier—. ¡No me importan los beneficios ni las consignaciones!

Dejemos que se lo trague. Ahora piensa que pertenezco a una Gran Casa... Naturalmente, si no lo ha sospechado ya por la capa, entonces no se merece la reputación que tiene.

—Por supuesto, mi señor —se apresuró a decir Hoid—. Hay más, claro...

Ah, ahora lo veremos. ¿Se sabe en la calle que la Casa Renoux está relacionada con los rumores de rebelión? Si alguien había descubierto ese secreto, entonces el grupo de Kelsier corría un serio peligro.

Hoid tosió con suavidad, tendiendo la mano.

—¡Hombre insufrible! —gruñó Kelsier lanzando una bolsa de monedas a los pies de Hoid.

—Sí, mi señor —dijo Hoid, cayendo de rodillas y rebuscando con la mano—. Pido disculpas, mi señor. Mi vista es débil. Apenas puedo ver mis propios dedos delante de la cara.

Astuto, pensó Kelsier mientras Hoid encontraba la bolsa y la guardaba. El comentario sobre su agudeza visual era, naturalmente, mentira: nadie llegaba muy lejos en los bajos fondos con semejante impedimento. Sin embargo, un noble que creyera que su informador era medio ciego temería menos ser identificado. No es que a Kelsier le preocupara: llevaba uno de los mejores disfraces de Dockson. Además de la barba, llevaba una nariz falsa pero realista, plataformas en los zapatos y maquillaje para aclararse la tez.

—¿Has dicho que había más? Te lo juro, skaa, si no merece la pena...

—La merece —dijo Hoid rápidamente—. Lord Renoux está considerando una unión entre su sobrina, lady Valette, y lord Elend Venture.

Kelsier se quedó parado. *No me esperaba esto...*

—Eso es una tontería. Venture está *muy* por encima de Renoux.

—Se vio a los dos jóvenes hablando, y largamente, en el baile de los Venture hace un mes.

Kelsier se rio, despectivo.

—Eso lo sabe todo el mundo. No significó nada.

—¿No? —preguntó Hoid—. ¿Sabe todo el mundo que lord Elend Venture habló muy bien de la muchacha a sus amigos, un grupo de nobles filósofos que frecuentan la Pluma Rota?

—Los jóvenes hablan de mujeres —dijo Kelsier—. No significa nada. Devuélveme esas monedas.

—¡Espera! —dijo Hoid, aprensivo por primera vez—. Hay más. Lord Renoux y lord Venture han tenido tratos secretos.

—¿Qué?

—Es cierto —continuó Hoid—. Es una noticia fresca... Yo mismo la he oído hace apenas una hora. Hay una relación entre Renoux y Venture. Y, por algún motivo, lord Renoux ha podido conseguir que asignaran a Elend Venture para que vigilara a lady Valette en los bailes —bajó la voz—. Incluso se susurra que lord Renoux ejerce algún tipo de... presión sobre la Casa Venture.

—¿Qué sucedió anoche en el baile?, pensó Kelsier. Sin embargo, en voz alta, dijo:

—Todo eso parece muy poca cosa, skaa. ¿No tienes nada más que tontas especulaciones?

—No sobre la Casa Renoux, mi señor —dijo Hoid—. ¡Lo intenté, pero tu interés por esa casa carece de sentido! Deberías buscar una casa más centrada en la política. Como, por ejemplo, la Casa Elariel...

Kelsier frunció el ceño. Al mencionar a Elariel, Hoid estaba dando a entender que tenía información importante que valdría el pago de Kelsier. Parecía que los secretos de la Casa Renoux estaban a salvo. Era el momento de pasar a hablar de otras casas, para que Hoid no recelara del interés de Kelsier en Renoux.

—Muy bien —dijo Kelsier—. Pero si esto no merece mi tiempo...

—Lo merece, mi señor. Lady Shan Elariel es una placadora.

—¿Pruebas?

—La sentí tocar mis emociones, mi señor —dijo Hoid—. Durante un incendio en la mansión Elariel hace una semana, ella estuvo allí calmado las emociones de los criados.

Kelsier había provocado ese incendio. Por desgracia, no se había extendido más allá de las casetas de los guardias.

—¿Qué más?

—La Casa Elariel le ha dado recientemente permiso para usar sus poderes en actos de la corte —dijo Hoid—. Temen una guerra entre casas y desean que establezca todas las alianzas posibles. Siempre lleva un sobrecito de recortes de latón en el guante derecho. Que un buscador se acerque a ella en un baile y ya verás. ¡Mi señor, no miento! Mi vida como informador depende únicamente de mi reputación. Shan Elariel es una aplacadora.

Kelsier calló, como si reflexionara. La información le resultaba inútil, pero su verdadero propósito (averiguar cosas sobre la Casa Renoux) ya había sido satisfecho. Hoid se había ganado sus monedas, se diera cuenta o no.

Kelsier sonrió. *Ahora a sembrar un poco más de caos.*

—¿Qué hay de la relación encubierta de Shan con Salmen Tekiel? —preguntó, escogiendo al azar el nombre de un joven noble—. ¿Crees que usó sus poderes para ganar su favor?

—Bueno, mi señor —se apresuró a responder Hoid—, sin duda.

Kelsier pudo ver el brillo de excitación en sus ojos: creía que Kelsier le había dado un jugoso bocado de chismorreo político gratis.

—Tal vez fue ella quien garantizó a Elariel el trato con la Casa Hasting la semana pasada —murmuró Kelsier. No había habido semejante trato.

—Lo más probable, mi señor.

—Muy bien, skaa. Te has ganado tus monedas. Tal vez te llame en otra ocasión.

—Gracias, mi señor —dijo Hoid, haciendo una profunda reverencia.

Kelsier dejó caer una moneda y se lanzó al aire. Mientras aterrizaba en un tejado vio a Hoid abalanzarse para recogerla del suelo. No tuvo ningún problema para localizarla, a pesar de su «vista débil». Kelsier sonrió, luego continuó su camino. Hoid no había mencionado la tardanza de Kelsier, pero el protagonista de su siguiente cita no sería tan comprensivo.

Se dirigió al este, hacia la plaza Ahlstrom. Se quitó la capa mientras avanzaba, luego se despojó del chaleco revelando la ajada camisa que ocultaba. Saltó a un callejón, donde dejó la capa y el chaleco, y luego recogió de la esquina dos puñados de ceniza. Frotó los copos oscuros y crujientes sobre sus brazos, enmascarando sus cicatrices, y luego los roció por su cara y su falsa barba.

El hombre que salió del callejón segundos más tarde era muy distinto del noble que se había reunido con Hoid. La barba, antes limpia, era ahora una maraña a la que le faltaban unos cuantos mechones, lo que le daba un aspecto

enfermizo. Kelsier avanzó a trompicones, fingiendo ser cojo de una pierna, y llamó a una figura en sombras que esperaba cerca de la silenciosa fuente de la plaza.

—¿Mi señor? —preguntó Kelsier con voz rasposa—. Mi señor, ¿eres tú?

Lord Straff Venture, jefe de la Casa Venture, era un hombre imponente, incluso entre los nobles. Kelsier distinguió a un par de guardias a su lado; el lord no parecía impresionado en lo más mínimo por las brumas: era bien sabido que era un ojo de estao. Venture avanzó con firmeza, golpeando el suelo con el bastón de duelo.

—¡Llegas tarde, skaa! —exclamó.

—Mi señor, yo... yo... ¡estaba esperando en el callejón, mi señor, como acordamos!

—¡No acordamos nada de eso!

—Lo siento, mi señor —repitió Kelsier, haciendo una reverencia y tropezando a causa de su pierna «coja»—. Lo siento, lo siento. Estaba en el callejón. No pretendía haceros esperar.

—¿No podías vernos, hombre?

—Lo siento, mi señor. Mi vista... no es muy buena, ya sabes. Apenas puedo ver mis propias manos delante de mi cara. —*Gracias por el apunte, Hoid.*

Venture bufó, tendió su bastón a un guardia y abofeteó a Kelsier con fuerza.

Kelsier cayó tambaleándose al suelo, sujetándose la mejilla.

—Lo siento, mi señor —murmuró de nuevo.

—La próxima vez que me hagas esperar, será el bastón —dijo Venture, cortante.

Bueno, ya sé adónde iré la próxima vez que necesite un cadáver que dejar en el jardín de alguien, pensó Kelsier, poniéndose en pie, tambaleante.

—Ahora, vayamos al grano. ¿Cuál es esa noticia importante que prometiste darme?

—Tiene que ver con la Casa Erikell, mi señor —dijo Kelsier—. Sé que Su Alteza ha tenido tratos con ellos en el pasado.

—¿Y?

—Bueno, mi señor, te están estafando descaradamente. ¡Han estado vendiendo sus espadas y bastones a la Casa Tekiel por la mitad del precio que tú has estado pagando!

—¿Tienes pruebas?

—Solo hay que mirar al nuevo armamento de Tekiel, mi señor. Mi palabra es sincera. ¡No tengo nada más que mi reputación! Si no tengo eso, no tengo mi vida.

Y no mentía. O, al menos, no del todo. Sería inútil que Kelsier difundiera información que Venture pudiera corroborar o descartar con facilidad. Parte de lo que decía era cierto: Tekiel le estaba dando una ligera ventaja a Erikell. Kelsier la estaba exagerando, naturalmente. Si jugaba bien sus cartas, propiciaría la ruptura entre Erikell y Venture, y al mismo tiempo lograría que Venture se sintiera celoso de Tekiel. Y, si Venture acudía a Renoux en busca de armas en vez de a Erikell... Bueno, eso sería un beneficio colateral.

Straff Venture soltó un bufido. Su casa era poderosa, increíblemente poderosa, y no dependía de ninguna industria o empresa específica para mantener sus riquezas. Era muy difícil conseguir una posición semejante en el Imperio Final, considerando los impuestos del lord Legislador y el coste del atium. Por eso Venture era también una poderosa herramienta para Kelsier. Si podía ofrecerle a aquel hombre la mezcla adecuada de verdad y ficción...

—Eso me sirve de poco —dijo Venture de pronto—. Veamos cuánto sabes *realmente*, informador. Háblame del Superviviente de Hathsin.

Kelsier se quedó de una pieza.

—¿Disculpa, mi señor?

—¿Quieres cobrar? —preguntó Venture—. Bien, háblame del Superviviente. Según los rumores ha vuelto a Luthadel.

—Solo son rumores, mi señor —dijo Kelsier rápidamente—. Nunca he visto a ese Superviviente, pero dudo que esté en Luthadel... si es que vive siquiera.

—He oído decir que está planeando una rebelión skaa.

—Siempre hay necios susurrando que va a haber una rebelión skaa, mi señor —dijo Kelsier—. Y siempre hay quienes intentan usar el nombre del Superviviente, pero no creo que ningún hombre pueda haber sobrevivido a los Pozos. Podría indagar al respecto, si lo deseas, pero me temo que te decepcionará lo que encuentre. El Superviviente está muerto: el lord Legislador no permite ese tipo de errores.

—Ciento —reflexionó Venture—. Pero los skaa parecen convencidos con los rumores referidos a un undécimo metal. ¿Has oído algo de eso, informador?

—Ah, sí —dijo Kelsier, disimulando la sorpresa—. Una leyenda, mi señor.

—Una leyenda de la que yo nunca había oído nada —dijo Venture—. Y presto *much*a atención a esas cosas. No hay tal «leyenda». Alguien muy listo está manipulando a los skaa.

—Ah... interesante conclusión, mi señor.

—En efecto —dijo Venture—. Y, suponiendo que el Superviviente muriera en los Pozos, y si alguien se hubiera apoderado de su cadáver... sus huesos... siempre hay maneras de imitar el aspecto de un hombre. ¿Sabes de lo que hablo?

—Sí, mi señor.

—Investiga eso —dijo Venture—. No me importan tus chismorreos: tráeme algo sobre ese hombre, o lo que sea, que dirige a los skaa. *Entonces* recibirás algunas monedas mías.

Venture se volvió en la oscuridad, hizo un gesto a sus hombres y dejó atrás a un pensativo Kelsier.

KELSIER LLEGÓ A LA MANSIÓN Renoux poco después; el camino de clavos entre Fellise y Luthadel permitía viajar rápidamente entre ambas ciudades. Él no había colocado esos clavos, ni sabía quién lo había hecho. A menudo se preguntaba qué haría si, mientras viajaba por el camino de clavos se encontraba con otro nacido de la bruma que viajara en dirección contraria.

Lo más probable es que nos ignorarás como el uno al otro, pensó Kelsier mientras aterrizaba en el patio de la Mansión Renoux. *En eso somos bastante buenos.*

Vislumbró a través de la bruma la mansión iluminada por faroles mientras su capa recuperada se agitaba suavemente con el viento. El carruaje vacío indicaba que Vin y Sazed habían regresado de la Casa Elariel. Kelsier los encontró dentro, esperándolo en un salón y hablando tranquilamente con lord Renoux.

—Veo que tienes otro aspecto —comentó Vin mientras Kelsier entraba en la habitación. Todavía llevaba su hermoso vestido rojo, aunque estaba sentada en una postura muy poco adecuada para una dama, con las piernas dobladas en el asiento.

Kelsier sonrió para sí. *Hace unas cuantas semanas se habría quitado ese vestido nada más regresar. Acabaremos por convertirla en una dama.* Tomó asiento y se mesó la falsa barba manchada de hollín.

—¿Te refieres a esto? He oído decir que la barba va a volver a ponerse de moda. Intento mantenerme al día.

Vin resopló.

—Al día en la moda de los mendigos, tal vez.

—¿Cómo te ha ido la noche, Kelsier? —preguntó lord Renoux.

Kelsier se encogió de hombros.

—Como la mayoría de las noches. Por fortuna, parece que la Casa Renoux sigue libre de sospechas... aunque yo me he convertido en una preocupación para algunos nobles.

—¿Tú? —preguntó Renoux.

Kelsier asintió mientras un criado le traía un paño húmedo y caliente para limpiarse la cara y los brazos... aunque Kelsier no estaba seguro de si los criados se preocupaban de su comodidad o de que la ceniza manchara los muebles. Se limpió los brazos, revelando las blancas cicatrices, y luego empezó a quitarse la barba.

—Parece que los skaa se han enterado de lo del undécimo metal —continuó—. Algunos nobles han oído los rumores crecientes y los más inteligentes empiezan a preocuparse.

—¿Cómo nos afecta esto? —preguntó Renoux.

Kelsier se encogió de hombros.

—Difundiremos rumores contrarios para hacer que los nobles se concentren más en sí mismos y menos en mí. Aunque lo más divertido es que lord Venture me animó a buscar información sobre mí mismo. Un hombre podría confundirse con este tipo de juego escénico... No sé cómo lo haces, Renoux.

—Soy quien soy —dijo el kandra, sucinto.

Kelsier volvió a encogerse de hombros y se volvió hacia Vin y Sazed.

—¿Cómo os ha ido la noche?

—Frustrante —dijo Vin con acritud.

—La señora Vin está un poco molesta —dijo Sazed—. Cuando volvíamos de Luthadel, me contó los secretos que había recopilado mientras bailaba.

Kelsier se echó a reír.

—¿Poca cosa de interés?

—¡Sazed ya lo sabía todo! —exclamó Vin—. ¡Me he pasado horas dando vueltas y parloteando con esos hombres, y todo para nada!

—Para nada no, Vin —dijo Kelsier, quitándose los restos de la barba falsa—. Has hecho algunos contactos, te han visto y has puesto en práctica tus

chismorreos. En cuanto a la información... Bueno, nadie va a decirte nada importante todavía. Dales un poco de tiempo.

—¿Cuánto?

—Ahora que te encuentras mejor, podrás asistir a los bailes con mayor regularidad. Dentro de unos cuantos meses deberías haber establecido suficientes contactos para empezar a buscar la información que necesitamos.

Vin asintió, suspirando. Sin embargo, no parecía tan reacia como antes a la idea de asistir regularmente a bailes.

Sazed se aclaró la garganta.

—Maese Kelsier, creo que tengo que mencionar algo. En nuestra mesa estuvo sentado lord Elend Venture casi toda la noche, aunque la señora Vin encontró un modo de hacer que sus atenciones fueran menos amenazadoras para la corte.

—Sí, eso tengo entendido —respondió Kelsier—. ¿Qué le dijiste a esa gente, Vin? ¿Que Renoux y Venture son amigos?

Vin palideció ligeramente.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy misteriosamente poderoso —dijo Kelsier haciendo un gesto de indiferencia con la mano—. De cualquier manera, todo el mundo piensa que la Casa Renoux y la Casa Venture han hecho acuerdos comerciales secretos. Deben de suponer que Venture ha estado acumulando armas.

Vin frunció el ceño.

—No pretendía llegar tan lejos...

Kelsier asintió, mientras se quitaba el pegamento de la barbilla.

—Así es la corte, Vin. Las cosas pueden escurrirse pronto de las manos. Sin embargo, no es un gran problema... aunque vas a tener que ser muy cuidadoso cuando trates con la Casa Venture, lord Renoux. Habrá que ver qué tipo de reacción provocan los comentarios de Vin.

Lord Renoux asintió.

—De acuerdo.

Kelsier bostezó.

—Ahora, si no hay nada más, hacer de noble y de mendigo en una misma noche me ha dejado agotado...

—Hay una cosa más, maese Kelsier —dijo Sazed—. Al final de la velada, la señora Vin vio a lord Elend salir del baile con dos jóvenes lores de las Casas Lekal y Hasting.

Kelsier frunció el ceño.

—Una extraña combinación.

—Eso pensé yo —dijo Sazed.

—Quizá intente incordiar a su padre —murmuró Kelsier—.

Confraternizar con el enemigo en público...

—Tal vez. Pero los tres parecían buenos amigos.

Kelsier asintió. Se puso en pie.

—Investiga eso, Saz. Cabe la posibilidad de que lord Venture y su hijo estén jugando con todos nosotros.

—Sí, maese Kelsier.

Kelsier salió de la habitación, se desperezó y entregó su capa de bruma a un criado. Mientras subía la escalera este oyó rápidos pasos. Se volvió para descubrir que Vin lo seguía, el deslumbrante vestido rojo recogido para no tropezar en los escalones.

—Kelsier —dijo en voz baja—. Hay algo más. Algo que me gustaría contarte.

Kelsier alzó una ceja. *¿Algo que no quiere que ni siquiera Sazed oiga?*

—A mi habitación —dijo, y ella lo siguió, subiendo la escalera hasta la cámara—. ¿De qué se trata? —preguntó mientras cerraba la puerta tras ella.

—Lord Elend —dijo Vin, bajando la cabeza, como cohibida—. Sazed no lo aprecia, así que no quería mencionar esto delante de los demás. Pero he encontrado algo extraño esta noche.

—¿Qué? —preguntó Kelsier con curiosidad, apoyado en su escritorio.

—Elend llevaba un puñado de libros.

Nombre de pila, pensó Kelsier con desaprobación. *Se está enamorando del muchacho.*

—Es sabido que lee mucho —continuó Vin—, pero alguno de esos libros... bueno, cuando se fue, les eché un vistazo.

Buena chica. Las calles te dieron al menos un puñado de buenos instintos.

—Uno de ellos llamó mi atención. Por el título iba de algo sobre el clima, pero las palabras del interior hablaban del Imperio Final y sus defectos.

Kelsier alzó una ceja.

—¿Qué decía exactamente?

Vin se encogió de hombros.

—Algo así como que puesto que el lord Legislador es inmortal su imperio debería ser más avanzado y pacífico.

Kelsier sonrió.

—*El libro del Falso Amanecer...* cualquier guardador podría citártelo entero. No creía que quedara ningún ejemplar físico. Su autor, Deluse Couvre, escribió algunos otros libros aún más condenatorios. Aunque no blasfemó contra la alomancia, los obligadores hicieron una excepción en su caso y lo colgaron de un gancho de todas formas.

—Bueno —dijo Vin—. Elend tiene un ejemplar. Creo que una de las nobles intentaba encontrar el libro. Vi a uno de sus servidores rebuscar entre ellos.

—¿Qué noble?

—Shan Elariel.

Kelsier asintió.

—Su exprometida. Debe de estar buscando algo con lo que chantajear al muchacho.

—Creo que es alomante, Kelsier.

Kelsier asintió, distraído, mientras reflexionaba sobre la información.

—Es una aplacadora. Quizá haya tenido una buena idea con esos libros: si el heredero Venture está leyendo un título como *Falso Amanecer*, por no mencionar que es lo suficientemente idiota como para llevarlo encima...

—¿Tan peligroso es?

Kelsier se encogió de hombros.

—Moderadamente. Es un libro antiguo y no alienta a la rebelión, así que podría pasar.

Vin frunció el ceño.

—El libro parecía bastante crítico con el lord Legislador. ¿Permite que la nobleza lea esas cosas?

—En realidad no les «permite» nada. Más bien, a veces ignora lo que hacen. Los libros prohibidos son un asunto peliagudo, Vin: cuanto más alboroto cree el Ministerio con un texto, más atención llamará y más gente se sentirá tentada de leerlo. *Falso amanecer* es un libro intenso y, al no prohibirlo, el Ministerio lo condenó al anonimato.

Vin asintió lentamente.

—Además, el lord Legislador es mucho más permisivo con la nobleza que con los skaa. Los considera hijos de sus amigos y aliados muertos; los hombres que supuestamente lo ayudaron a derrotar la Profundidad. Ocasionalmente les permite salirse con la suya en asuntos como leer textos comprometidos o asesinar a familiares.

—Entonces... ¿el libro no es motivo de preocupación? —preguntó Vin.

Kelsier se encogió de hombros.

—Tampoco diría eso. Si el joven Elend tiene *Falso amanecer*, puede que también tenga otros libros que *están* explícitamente prohibidos. Si los obligadores tuvieran pruebas de ello, entregarían al joven Elend a los inquisidores... sea noble o no. La cuestión es: ¿cómo nos aseguramos de que eso suceda? Si el heredero Venture fuera ejecutado, la confusión política de Luthadel aumentaría.

Vin palideció visiblemente.

Ah, pensó Kelsier con un suspiro interno. *Decididamente, se está enamorando de él. Tendría que haberlo previsto. ¿Enviar a una chica joven y bonita entre los nobles? Un buitre u otro tenía que lanzarse sobre ella.*

—¡No te lo he dicho para que lo hagamos matar, Kelsier! —dijo ella—. Me había parecido que tal vez... bueno, está leyendo libros prohibidos y parece un buen hombre. Tal vez podríamos usarlo como aliado o algo.

Ay, chiquilla, pensó Kelsier. *Espero que no te haga demasiado daño cuando se harte de ti. Tendrías que ser más lista.*

—No cuentes con ello —dijo en voz alta—. Puede que lord Elend estuviera leyendo un libro prohibido, pero eso no lo convierte en nuestro amigo. Siempre ha habido nobles como él: jóvenes filósofos y soñadores que creen que sus ideas son nuevas. Les gusta beber con sus amigos y criticar al lord Legislador; pero, en el fondo de sus corazones, siguen siendo nobles. Nunca se enfrentarán al sistema.

—Pero...

—No, Vin. Tienes que fiarte de mí. A Elend Venture no le importamos nosotros ni los skaa. Es un caballero anarquista porque está de moda y es excitante.

—Me habló de los skaa —dijo Vin—. Quiso saber si eran inteligentes y si actuaban como personas de verdad.

—¿Y su interés era compasivo o intelectual?

Ella no contestó.

—¿Lo ves? Vin, ese hombre *no* es nuestro aliado... De hecho, recuerdo haberte dicho claramente que te mantuviéras apartada de él. Cuando pasas el tiempo con Elend Venture pones la operación, y a tus compañeros de grupo, en peligro. ¿Comprendido?

Vin bajó la cabeza, asintiendo.

Kelsier suspiró. *¿Por qué sospecho que mantenerse apartada de él es lo último que pretende hacer? Demonios... no tengo tiempo para ocuparme de esto*

ahora.

—Duerme un poco —dijo Kelsier—. Ya hablaremos de esto más adelante.

No es una sombra.

Esta cosa oscura que me sigue, la cosa que solo yo puedo ver... no es realmente una sombra. Es negruzca y transparente, pero no tiene el contorno sólido de una sombra. Es insustancial, retorcida e informe. Como si estuviera hecha de niebla negra.

O de bruma, tal vez.

20



VIN EMPEZABA A CANSARSE DEL paisaje entre Luthadel y Fellise. Había hecho el viaje al menos una docena de veces durante las últimas semanas, viendo las mismas colinas marrones, los árboles macilentos y la capa de matorrales y cañizos. Empezaba a sentirse capaz de distinguir cada bache del camino.

Asistía a numerosos bailes... Pero eso no era todo. Almuerzos, meriendas y otras formas de diversión diarias eran igual de populares. A menudo, Vin viajaba entre las ciudades dos o tres veces al día. Al parecer, las jóvenes nobles no tenían nada mejor que hacer que pasarse sentadas en sus carruajes seis horas diarias.

Vin suspiró. No muy lejos, un grupo de skaa trabajaba junto a un canal, tirando de una barcaza hacia Luthadel. Su propia vida podría haber sido mucho peor, pero, a pesar de todo, se sentía llena de frustración. Todavía era mediodía, pero no ocurriría nada importante hasta la tarde, así que no tenía otra cosa que hacer sino volver a Fellise. No dejaba de pensar que haría el viaje mucho más rápido si usara el camino de clavos. Anhelaba saltar de nuevo entre las brumas, pero Kelsier se había mostrado reacio a continuar su entrenamiento. La dejaba salir un breve periodo de tiempo cada noche para mantener sus habilidades, pero no le permitía ningún salto extremo ni

excitante. Solo algunos movimientos básicos, sobre todo empujar y tirar de objetos pequeños con los pies en el suelo.

Empezaba a sentirse frustrada por su continua debilidad. Habían transcurrido más de tres meses desde su encuentro con el inquisidor; lo peor del invierno había pasado sin un copo de nieve. ¿Cuánto iba a tardar en recuperarse?

Al menos puedo seguir acudiendo a los bailes, pensó. A pesar de que le molestaba estar viajando constantemente, Vin empezaba a disfrutar de su misión. Fingir ser una noble era algo mucho más relajado que el trabajo normal de una ladrona. Cierto, su vida correría peligro si descubrían su secreto, pero de momento la nobleza parecía dispuesta a aceptarla, a bailar con ella, a cenar con ella, a charlar con ella. Era una buena vida, un poco carente de emoción, pero su regreso a la alomancia, tarde o temprano, le aportaría eso.

Dos cosas la incomodaban. La primera era su incapacidad para recopilar información útil: cada vez se molestaba más cuando ignoraban sus preguntas. Estaba adquiriendo la suficiente experiencia para darse cuenta de que había un buen montón de intrigas en marcha, pero ella era demasiado nueva para que le permitieran formar parte de aquello.

Sin embargo, aunque su posición de recién llegada era un inconveniente, Kelsier confiaba en que cambiaría. La segunda incomodidad de Vin tenía más difícil solución. Lord Elend Venture había estado ausente de varios bailes durante las últimas semanas y todavía tenía que volver a pasar toda la velada con ella. Aunque Vin ya rara vez se sentaba sola, estaba empezando a comprender que ninguno de los otros nobles tenía la misma... profundidad que Elend. Ninguno de ellos tenía su chispeante ingenio, ni sus ojos sinceros y curiosos. Los demás no parecían *reales*. No como él.

No parecía que estuviera evitándola. Sin embargo, tampoco parecía que hiciese muchos esfuerzos por estar con ella.

¿Lo he interpretado mal?, se preguntó mientras el carroje llegaba a Fellise. Elend era difícil de comprender en ocasiones. Por desgracia, su aparente indecisión no había cambiado el temperamento de su exprometida. Vin estaba empezando a comprender por qué Kelsier le había advertido que tratara de no llamar la atención de gente demasiado importante. Por suerte, no se encontraba muy a menudo con Shan Elariel, pero cuando lo hacía, Shan aprovechaba cualquier ocasión para despreciar, insultar y humillar a Vin. Lo hacía de manera tranquila y aristocrática, recordando incluso en su porte lo inferior que era Vin.

Tal vez me estoy identificando demasiado con mi papel de Valette, pensó Vin. Valette era solo una fachada: se suponía que era todas las cosas que decía Shan de ella. Sin embargo, los insultos seguían doliéndole.

Vin sacudió la cabeza, apartando de su mente tanto a Shan como a Elend. Había caído ceniza durante su viaje a la ciudad y, aunque la lluvia había cesado, su efecto se notaba en los pequeños remolinos y corrientes negras que revoloteaban por las calles. Los obreros skaa recogían el hollín en cubos y lo sacaban de la población. De vez en cuando tenían que apresurarse para apartarse del carroaje de algún noble, que nunca se molestaba en frenar el paso por unos obreros.

Pobrecillos, pensó Vin al pasar ante un grupo de niños harapientos que sacudían álamos para que cayera la ceniza: no hubiese estado bien que a un noble se le cayera en la cabeza, al pasar, la carga de ceniza acumulada en la copa de un árbol. Los niños sacudían los árboles por parejas, haciendo caer copiosas precipitaciones negras sobre sus cabezas. Cuidadosos capataces, bastón en ristre, caminaban de un lado a otro de la calle, asegurándose de que el trabajo continuaba.

Elend y los demás no pueden comprender lo dura que es la vida para los skaa, pensó ella. *Viven en sus bonitas mansiones, bailando, sin comprender de verdad el alcance de la opresión del lord Legislador*.

Podía ver belleza en la nobleza: no era como Kelsier, que la odiaba por completo. Algunos nobles eran bastante agradables, a su modo, y estaba empezando a pensar que algunas de las historias que los skaa contaban sobre su crueldad debían de ser exageraciones. Y, sin embargo, cuando veía hechos como la ejecución de aquel pobre niño o los chiquillos skaa, tenía que dudar. ¿Cómo podían no verlo los nobles? ¿Cómo podían no comprenderlo?

Suspiró y apartó la mirada mientras el carroaje llegaba por fin a la Mansión Renoux. Advirtió de inmediato la mucha gente reunida en el patio interior y tomó un frasquito nuevo de metales, preocupada porque el lord Legislador hubiera enviado soldados para arrestar a lord Renoux. Sin embargo, comprendió rápidamente que la multitud no estaba compuesta por soldados, sino por skaa vestidos con su sencilla ropa de obrero.

El carroaje cruzó las puertas y la confusión de Vin aumentó. Había cajas y sacos apilados entre los skaa, muchos de los cuales estaban manchados de hollín de la reciente caída de ceniza. Los obreros trabajaban activamente cargando una serie de carros. El carroaje de Vin se detuvo delante de la mansión y ella no esperó a que Sazed abriera la puerta. Saltó del vehículo por

su cuenta, sujetándose el vestido, y corrió hacia Kelsier y Renoux, que supervisaban la operación.

—¿Vais a enviar material a las cuevas *desde aquí*? —preguntó Vin entre dientes cuando alcanzó a los dos hombres.

—Hazme una reverencia, niña —dijo lord Renoux—. Mantén las apariencias mientras puedan vernos.

Vin hizo lo que le ordenaban, conteniendo su malestar.

—Pues claro que sí, Vin —contestó Kelsier—. Renoux tiene que hacer *algo* con todas las armas y suministros que ha estado reuniendo. La gente empezará a sospechar si no ve que las envía a alguna parte.

Renoux asintió.

—Aparentemente, vamos a enviar los suministros en barcaza por el canal hasta mis plantaciones del oeste. Sin embargo, las barcazas se detendrán para descargar los suministros y muchos de los hombres en las cuevas rebeldes. Las embarcaciones y unos cuantos hombres continuarán su camino para guardar las apariencias.

—Nuestros soldados ni siquiera saben que Renoux forma parte del plan —dijo Kelsier, sonriendo—. Creen que es un noble a quien estoy timando. Además, esto será una gran oportunidad para que vayamos a inspeccionar el ejército. Después de una semana o así en las cuevas, podremos regresar a Luthadel en una de las barcazas de Renoux que vuelva al este.

Vin se detuvo.

—¿«Podremos»? —preguntó, imaginando de repente semanas en la barcaza, contemplando el mismo paisaje aburrido día tras día mientras viajaban. Eso sería aún peor que viajar continuamente de Luthadel a Fellise.

Kelsier alzó una ceja.

—Pareces preocupada. Al parecer, alguien está empezando a disfrutar de sus bailes y fiestas.

Vin se ruborizó.

—Me ha parecido que debía asistir. Quiero decir, después de todo el tiempo que perdí cuando estaba enferma, yo...

Kelsier alzó una mano, riendo.

—Tú te quedas: Yeden y yo somos los que van a ir. Necesito pasar revista a las tropas y Yeden va a encargarse de echarle un vistazo al ejército para que Ham pueda volver a Luthadel. También llevaremos a mi hermano con nosotros y lo dejaremos en el punto de encuentro con los acólitos del

Ministerio, en Vennias. Menos mal que has vuelto: quiero que pases algún tiempo con él antes de que nos marchemos.

Vin frunció el ceño.

—¿Con Marsh?

Kelsier asintió.

—Es un brumoso buscador. El bronce es uno de los metales menos útiles, sobre todo para un nacido de la bruma pleno, pero Marsh dice que puede enseñarte unos cuantos trucos. Quizá esta sea tu última oportunidad de entrenarte con él.

Vin contempló la caravana.

—¿Dónde está?

Kelsier frunció el ceño.

—Llega tarde.

Cosa de familia, supongo.

—Estará aquí pronto, niña —dijo lord Renoux—. ¿Te gustaría tomar un refresco dentro?

He tomado refrescos de sobra últimamente, pensó ella, controlando su malestar. En vez de entrar en la mansión, deambuló por el patio, estudiando los artículos y los obreros, que cargaban los suministros en carros para transportarlos a los muelles de los canales locales. El terreno estaba bien cuidado y, aunque no habían limpiado la ceniza todavía, la hierba corta permitía que no tuviera que subirse el vestido para no arrastrarlo por la suciedad.

Aparte de eso, la ceniza era sorprendentemente fácil de quitar de la ropa. Con un lavado adecuado y un poco de jabón caro, incluso un atuendo blanco podía limpiarse de ceniza. Por eso la nobleza llevaba siempre la ropa flamante. Era un asunto muy simple que dividía a los skaa y la aristocracia.

Kelsier tiene razón, pensó Vin. *Estoy empezando a disfrutar de ser noble*. Y le preocupaban los cambios que su nuevo estilo de vida estaban propiciando en su interior. Antes sus problemas eran el hambre y las palizas; ahora eran cosas como los pesados viajes en carroaje y los acompañantes que llegaban tarde a las citas. ¿Qué le hacía a una persona una transformación como esa?

Suspiró para sí mientras caminaba entre los suministros. Algunas de las cajas estarían llenas de armas (espadas, bastones de guerra, arcos), pero el grueso del material eran alimentos. Kelsier decía que formar un ejército requería mucho más grano que acero.

Pasó los dedos por un montón de cajas, cuidando de no rozar la ceniza que había encima. Sabía que iban a enviar una barcaza ese mismo día, pero no esperaba que Kelsier se fuera en ella. Lo más probable era que no hubiera tomado la decisión hasta poco tiempo antes: incluso el Kelsier nuevo y más responsable seguía siendo un hombre impulsivo. Tal vez era un buen atributo para un líder. No tenía miedo de incorporar ideas nuevas, no importaba cuándo se le ocurrían.

A lo mejor tendría que pedirle que me dejara acompañarlo. He estado haciendo de noble demasiado tiempo, pensó Vin. Hacía unos días se había sorprendido a sí misma sentada con la espalda recta en el carro, manteniendo una postura recatada a pesar de que estaba sola. Temía estar perdiendo sus instintos: ser Valette ya era casi más natural para ella que ser Vin.

Pero no podía ir. Tenía una cita para comer con lady Flavine, por no mencionar el baile de Hasting, que iba a ser el acontecimiento social del mes. Si Valette se ausentaba, era probable que tardase semanas en reparar el daño. Además, siempre estaba Elend. Seguro que la olvidaría si volvía a desaparecer.

Ya te ha olvidado, se dijo. Apenas te ha hablado en las tres últimas fiestas. Mantén la cabeza en su sitio, Vin. Esto es solo un timo más: un juego, como lo que hacías antes. Te estás labrando una reputación para conseguir información, no para flirtear y tontear.

Asintió, decidida. A su lado, unos cuantos skaa cargaron uno de los carros. Vin se detuvo junto a un puñado de cajas y observó trabajar a los hombres. Según Dockson, el reclutamiento estaba mejorando.

Estamos ganando adeptos, pensó. Supongo que se está corriendo la voz. Eso era bueno... suponiendo que no se corriera demasiado.

Observó a los hombres un momento, sintiendo algo... extraño. Parecían desconcentrados. Al cabo de un momento pudo determinar la fuente de su distracción. No paraban de mirar a Kelsier, susurrando mientras trabajaban. Vin se acercó con disimulo, manteniéndose al otro lado de las cajas, y quemó estaño.

—... no, es él seguro —susurraba uno de los hombres—. He visto las cicatrices.

—Es alto —dijo otro.

—Pues claro que lo es. ¿Qué esperabas?

—Habló en la reunión donde me reclutaron —dijo otro—. El Superviviente de Hathsin. —Había asombro en su voz.

Los hombres se acercaron a otro grupo de cajas. Vin ladeó la cabeza, luego los siguió, escuchando. No todos los hombres hablaban de Kelsier, pero sí un número sorprendente. También oyó varias referencias al undécimo metal.

Así que es por eso, pensó. *La rebelión no está ganando adeptos... es Kelsier.* Los hombres hablaban de él en voz baja, casi con reverencia. Por algún motivo, eso hizo que Vin se sintiera incómoda. Nunca hubiese podido soportar oír cosas similares sobre ella. Sin embargo, Kelsier las aceptaba sin inconveniente: su carismático ego seguro que avivaba aún más los rumores.

Me pregunto si podrá dejarlo cuando todo esto haya acabado. Los otros miembros de la banda no tenían ningún interés evidente en el liderazgo, pero a Kelsier parecía que le complacía mandar. ¿Dejaría realmente que la rebelión skaa se hiciera cargo de la situación? ¿Era hombre alguno capaz de renunciar a ese tipo de poder?

Vin frunció el ceño. Kelsier era un buen hombre; quizá fuese también buen gobernante. Sin embargo, si intentaba hacerse con el control, eso olería a traición, sería renegar de las promesas que le había hecho a Yeden. No quería ver hacer eso a Kelsier.

—Valette —llamó Kelsier.

Vin dio un ligero respingo, sintiéndose un poco culpable. Kelsier señaló un carro que se acercaba a los terrenos de la mansión. Marsh había llegado. Ella regresó mientras el carro se detenía y alcanzó a Kelsier al mismo tiempo que Marsh.

Kelsier sonrió y señaló a Vin con un gesto.

—No estaremos listos para partir hasta dentro de un rato —le dijo a Marsh
—. Si tienes tiempo, ¿podrías enseñarle unas cuantas cosas a la chica?

Marsh se volvió hacia ella. Era tan alto y tan rubio como Kelsier, pero no era tan guapo. Tal vez fuese porque no sonreía.

Él señaló hacia el balcón principal de la mansión.

—Espérame ahí arriba.

Vin abrió la boca para responder, pero algo en la expresión de Marsh le hizo volver a cerrarla. Le recordaba los viejos tiempos, varios meses atrás, cuando no cuestionaba a sus superiores. Se volvió, los dejó a los tres y se dirigió hacia la mansión.

El trayecto por la escalera hasta el balcón fue breve. Cuando llegó, se sentó en una silla junto a la barandilla de madera pintada de blanco. Ya habían limpiado el balcón de ceniza. Abajo, Marsh seguía hablando con Kelsier y

Renoux. Más allá de ellos, incluso más allá de la caravana que se extendía, Vin vio las colinas yermas ante la ciudad, iluminadas por la luz rojiza del sol.

Solo unos meses de hacerme pasar por noble y ya considero inferior todo lo que no está cultivado. Nunca había pensado que el paisaje fuera «yermo» durante los años que había viajado con Reen. *Y Kelsier dice que toda la tierra solía ser aún más fértil que el jardín de un noble.*

¿Pensaba recuperar esas cosas? Los guardadores podían, tal vez, memorizar lenguas y religiones, pero no crear semillas para plantas que llevaban tantísimo tiempo extintas. No podían hacer que la ceniza dejara de caer o que las brumas desaparecieran. ¿Cambiaría realmente el mundo si el Imperio Final cayese?

Además, ¿no tenía el lord Legislador *cierto* derecho a todo aquello? Había derrotado la Profundidad, o eso decía. Había salvado al mundo, lo cual, de manera algo retorcida, hacía que fuese suyo. ¿Qué derecho tenían a intentar quitárselo?

Se preguntaba a menudo esas cosas, aunque no expresaba sus preocupaciones a los demás. Todos parecían comprometidos con el plan de Kelsier: algunos incluso compartían su visión. Pero Vin dudaba más. Como le había enseñado Reen, había aprendido a ser escéptica con el optimismo.

Y si había un plan sobre el que cabía dudar era aquel.

Sin embargo, estaba llegando más allá del punto en que se cuestionaba a sí misma. Conocía el motivo por el que permanecía en la banda. No era por el plan: era por la gente. Le gustaba Kelsier. Le gustaban Dockson, Brisa y Ham. Incluso le gustaban el extraño y pequeño Fantasma y su tío cascarrabias. Era una banda diferente a todas las otras con las que había trabajado.

—*¿Y eso es un buen motivo para dejar que te maten?*, preguntó la voz de Reen.

Ese pensamiento la detuvo. Últimamente escuchaba sus susurros cada vez con menos frecuencia, pero todavía estaban allí. Las enseñanzas de Reen, grabadas en ella durante dieciséis años de vida, no podían ser descartadas tan fácilmente.

Marsh llegó al balcón momentos después. La miró con aquellos duros ojos suyos antes de hablar.

—Al parecer Kelsier espera que me pase la tarde entrenándote en alomancia. Empecemos.

Vin asintió.

Marsh la miró, esperando obviamente otro tipo de respuesta. Vin no dijo nada más. *No eres el único que puede ser brusco, amigo.*

—Muy bien —dijo Marsh, sentándose junto a ella y apoyando un brazo en la barandilla del balcón. Su voz pareció un poco menos agria cuando continuó—. Kelsier dice que has pasado muy poco tiempo entrenándote en las habilidades mentales internas. ¿Correcto?

Vin volvió a asentir.

—Sospecho que muchos nacidos de la bruma plenos descuidan esos poderes —dijo Marsh—. Y eso es un error. El bronce y el cobre tal vez no sean tan deslumbrantes como los otros metales, pero pueden ser muy poderosos en manos de alguien bien entrenado. Los inquisidores actúan manipulando el bronce y los brumosos de los bajos fondos sobreviven porque confían en el cobre.

»De los dos poderes, el bronce es con diferencia el más sutil. Puedo enseñarte a usarlo adecuadamente... Si practicas lo que te enseñe, entonces tendrás una ventaja que muchos nacidos de la bruma descartan.

—Pero ¿los otros nacidos no saben quemar cobre? —preguntó Vin—. ¿Qué sentido tiene aprender el bronce si todos los que combatas son inmunes a sus poderes?

—Veo que ya piensas como uno de ellos —dijo Marsh—. No todo el mundo es un nacido de la bruma, niña: de hecho, muy poca gente lo es. Y, a pesar de lo que os guste pensar, los brumosos normales también pueden matar gente. Saber que el hombre que te ataca es un violento en vez de un lanzamonedas podría salvarte la vida.

—Muy bien.

—El bronce también te ayudará a identificar a un nacido de la bruma —dijo Marsh—. Si ves a alguien usando alomancia cuando no hay ningún ahumador cerca y sin embargo no percibes que emita ningún pulso alomántico, entonces sabrás que es un nacido de la bruma... o un inquisidor. En cualquier caso, deberías echar a correr.

Vin asintió en silencio. La herida en su costado latió levemente.

—Hay grandes ventajas en quemar bronce en vez de ir por ahí con el cobre encendido. Ciento, te ahúmas al usar cobre... pero en cierto modo también te ciega. El cobre te vuelve inmune a que tiren o empujen de tus emociones.

—Pero eso es bueno.

Marsh ladeó un poco la cabeza.

—¿Sí? ¿Y qué es más ventajoso? ¿Ser inmune, pero ignorar las atenciones de algún aplacador? ¿O saber, en cambio, por tu bronce, exactamente qué emociones está intentando suprimir?

—¿Se puede ver algo tan específico?

Marsh asintió.

—Con cuidado y práctica, puedes reconocer cambios muy pequeños en los movimientos alománticos de tus oponentes. Puedes identificar exactamente en qué emoción de una persona intenta influir un aplacador o un encendedor. También podrás saber si alguien está avivando su metal. Si desarrollas una buena habilidad, puede que incluso sepas cuándo se están quedando sin metales.

Vin consideró las implicaciones de aquello.

—Empiezas a verle las ventajas —dijo Marsh—. Bien. Ahora quema bronce.

Vin así lo hizo. Inmediatamente sintió dos rítmicos golpes en el aire. Los pulsos mudos la inundaron como el golpeteo lejano de varios tambores. Eran confusos.

—¿Qué sientes? —preguntó Marsh.

—Yo... creo que hay dos metales diferentes quemándose. Uno viene de Kelsier, de allá abajo; el otro es tuyo.

—Bien —aprobó Marsh—. Has practicado.

—No mucho —admitió Vin.

Él enarcó una ceja.

—¿No mucho? Ya puedes determinar el origen de los pulsos. Eso requiere práctica.

Vin se encogió de hombros.

—A mí me parece natural.

Marsh guardó silencio un momento.

—Muy bien —dijo por fin—. ¿Los dos pulsos son diferentes?

Vin se concentró, el ceño fruncido.

—Cierra los ojos. Elimina otras distracciones. Concéntrate solo en los pulsos alománticos.

Vin obedeció. No era como oír... No realmente. Tuvo que concentrarse para distinguir algo específico en los pulsos. Uno parecía... que latía contra ella. El otro, una extraña sensación, parecía como si la atrajera con cada latido.

—Uno está tirando de metal, ¿no? —preguntó Vin, abriendo los ojos—. Ese es Kelsier. Tú estás empujando.

—Muy bien —dijo Marsh—. Él está quemando hierro, como le pedí que hiciera para que tú pudieras practicar. Yo, naturalmente, estoy quemando bronce.

—¿Lo son todos? ¿Diferentes, quiero decir?

Marsh asintió.

—Se puede distinguir un tirón al metal de un empujón por la firma alomántica. Lo cierto es que así es como algunos de los metales se dividieron originalmente en categorías. No es intuitivo, por ejemplo, que el estaño tire mientras que el peltre empuja. No te he dicho que abrieras los ojos.

Vin los cerró.

—Concéntrate en los pulsos —dijo Marsh—. Trata de distinguir sus longitudes. ¿Puedes notar la diferencia entre ellos?

Vin frunció el ceño. Se concentró con todas sus fuerzas, pero su sentido de los metales parecía... apagado. Nublado. Al cabo de unos minutos las longitudes de los distintos pulsos seguían pareciéndole iguales.

—No puedo sentir nada —dijo, frustrada.

—Bien —dijo Marsh llanamente—. Yo tuve que practicar seis meses para distinguir las longitudes de los pulsos... Si lo hubieras hecho a la primera, me habría sentido un incompetente.

Vin abrió los ojos.

—Entonces, ¿por qué me has pedido que lo hiciera?

—Porque necesitas practicar. Si ya puedes distinguir tirar de metales de empujarlos... Bueno, al parecer tienes talento. Tal vez tanto talento como va pregonando que tienes Kelsier.

—¿Qué se suponía que debía ver, entonces?

—Con tiempo, podrás sentir dos longitudes distintas de pulso. Los metales internos, como el bronce y el cobre, emiten pulsos más largos que los metales externos, como el hierro y el acero. La práctica también te permitirá sentir las tres pautas dentro de los pulsos: una para los metales físicos, otra para los metales mentales y la otra para los dos metales más grandes.

»Longitud de pulso, grupo metálico y variación tirón-empuje... Cuando conozcas estas tres cosas, podrás decir exactamente qué metales está quemando tu oponente. Un pulso largo que late contra ti y tiene una pauta rápida será peltre: el metal físico de empujón interno.

—¿Por qué dices externo e interno? —preguntó Vin.

—Los metales vienen en grupos de cuatro... o al menos los ocho inferiores lo hacen. Dos metales externos, dos metales internos: uno de cada empuja,

otro de cada tira. Con el hierro, tiras de algo fuera de ti, con acero empujas algo fuera de ti. Con estaño tiras de algo dentro de ti mismo, con peltre empujas algo dentro de ti mismo.

—Pero el bronce y el cobre... —dijo Vin—. Kelsier los llamó metales internos, pero parece que influyen en cosas externas. El cobre impide que la gente note cuándo usas la alomancia.

Marsh negó con la cabeza.

—El cobre no cambia a tus oponentes: cambia algo dentro de ti que tiene efecto sobre tus oponentes. Por eso es un metal interno. El latón, sin embargo, altera directamente las emociones de otra persona, y es un metal externo.

Vin asintió, pensativa. Luego se volvió y miró hacia Kelsier.

—Sabes mucho sobre metales, pero solo eres brumoso, ¿no?

Marsh asintió. Pero no parecía dispuesto a responder.

Probemos otra cosa, pues, pensó Vin, apagando su bronce. Empezó a quemar ligeramente cobre para enmascarar su alomancia. Marsh no reaccionó, sino que continuó contemplando a Kelsier y la caravana.

Debería ser invisible para sus sentidos, pensó ella, quemando cuidadosamente cinc y latón a la vez. Se proyectó, tal como Brisa le había enseñado a hacer, y sutilmente tocó las emociones de Marsh. Suprimió sus sospechas e inhibiciones potenciando al mismo tiempo su predisposición. Teóricamente, eso le haría sentir más ganas de hablar.

—Debes de haber aprendido en alguna parte —dijo Vin con cuidado. *Verá lo que he hecho con toda seguridad. Se enfadará y...*

—Rompí cuando era muy joven —contestó Marsh—. He tenido mucho tiempo para practicar.

—Igual que mucha gente.

—Yo... tenía motivos. Es difícil de explicar.

—Siempre lo es —dijo Vin, aumentando levemente su presión alomántica.

—¿Sabes lo que piensa Kelsier de los nobles? —preguntó Marsh, volviéndose hacia ella, los ojos como el hielo.

Ojos de Hierro, pensó Vin. *Como decían*. Asintió en respuesta a su pregunta.

—Bueno, pues a mí me pasa lo mismo con los obligadores. Haré cualquier cosa por hacerles daño. Se llevaron a nuestra madre... Fue entonces cuando rompí y cuando juré destruirlos. Así que me uní a la rebelión y empecé a aprender todo lo que pude sobre alomancia. Los inquisidores la usan, así que

tenía que entenderla... comprender todo lo que pudiera, ser tan *bueno* como fuera posible y... ¿me estás aplacando?

Vin dio un respingo y apagó bruscamente sus metales. Marsh se volvió de nuevo hacia ella, su expresión fría.

¡Corre!, pensó Vin. Estuvo a punto de hacerlo. Era bueno saber que sus viejos instintos seguían allí, aunque un poco enterrados.

—Sí —dijo mansamente.

—*Eres buena* —dijo Marsh—. No me habría dado cuenta si no hubiera empezado a farfullar. Para.

—Ya lo he hecho.

—Bien. Es la segunda vez que alteras mis emociones. No vuelvas a hacerlo jamás.

Vin asintió.

—¿La segunda vez?

—La primera fue en mi taller, hace ocho meses.

Es cierto. ¿Por qué no lo recordaba?

—Lo siento.

Marsh sacudió la cabeza, y finalmente se volvió.

—*Eres una nacida de la bruma... eso es lo que haces. Él hace lo mismo.* —Estaba mirando a Kelsier.

Permanecieron callados unos instantes.

—¿Marsh? —preguntó Vin—. ¿Cómo supiste que yo era una nacida de la bruma? Entonces solo sabía aplacar.

—No es así. Conocías los otros metales instintivamente. También estuviste quemando peltre y estaño ese día... solo un poquito, algo apenas perceptible. Me imagino que obtenías los metales del agua y los utensilios de cocina. ¿Te has preguntado alguna vez por qué sobreviviste cuando tantos otros murieron?

Vin reflexionó al respecto. *He sobrevivido a un montón de palizas. Un montón de días sin comida, noches en callejones bajo la lluvia o las nevadas de ceniza...*

Marsh asintió.

—Muy poca gente, incluso los nacidos de la bruma, están tan en sintonía con la alomancia para quemar metales instintivamente. Eso es lo que me interesó de ti... Por eso te seguí y le dije a Dockson dónde encontrarte. Y... ¿estás empujando de nuevo mis emociones?

Vin negó con la cabeza.

—Te lo prometo.

Marsh frunció el ceño y la miró con una de sus miradas de piedra.

—Eres tan severo como mi hermano —dijo Vin en voz baja.

—¿Erais íntimos?

—Lo odiaba —susurró Vin.

Marsh continuó observando a Vin, luego se volvió.

—Ya veo.

—¿Odias a Kelsier?

Marsh negó con la cabeza.

—No, no lo odio. Es frívolo y engreído, pero sigue siendo mi hermano.

—¿Y eso es suficiente?

Marsh asintió.

—A mí... me cuesta entender eso —dijo Vin con sinceridad, contemplando a los skaa, las cajas y los sacos.

—Asumo que tu hermano no te trataba bien.

Vin negó con la cabeza.

—¿Y tus padres? —preguntó Marsh—. Uno era un noble. ¿La otra?

—Loca —dijo Vin—. Oía voces. La cosa se puso tan mal que mi hermano tenía miedo de dejarnos a solas con ella. Pero, claro, no tenía otra opción...

Marsh no dijo nada.

¿Cómo se ha vuelto esto contra mí?, pensó Vin. Él no es aplacador y sin embargo me está sonsacando tanto como yo a él.

De todas formas, era un alivio poder contarla por fin. Vin se acarició el pendiente.

—No lo recuerdo —dijo—, pero Reen me contó que volvió un día a casa y encontró a mi madre cubierta de sangre. Había matado a mi hermana pequeña. Ensañándose con ella. A mí, sin embargo, no me había tocado... excepto para darme un pendiente. Reen dijo... Dijo que me tenía en el regazo, farfullando, diciendo que yo era una reina, con el cadáver de mi hermana a nuestros pies. Me rescató de mi madre y ella huyó. Es probable que me salvara la vida. En parte me quedé con él por eso, supongo. Incluso cuando las cosas iban mal. —Miró a Marsh—. No sabes la suerte que tienes, con un hermano como Kelsier.

—Supongo —dijo Marsh—. Tan solo... desearía que no tratara a la gente como juguetes. Yo he matado a obligadores, pero asesinar a hombres solo porque son nobles... —Marsh sacudió la cabeza—. Y no es solo eso. Le gusta que la gente lo adore.

En eso llevaba razón. Sin embargo, Vin también detectó algo en su voz. *¿Celos? Eres el hermano mayor, Marsh. Eras el responsable... Te uniste a la rebelión en vez de trabajar con ladrones. Debe de haberte dolido que Kelsier fuera aquel al que apreciaba todo el mundo.*

—De cualquier forma, está mejorando —dijo Marsh—. Los Pozos lo han cambiado. La muerte de... ella lo ha cambiado.

¿Qué es esto?, pensó Vin, alzando levemente la cabeza. Aquí también había algo. Dolor. Profundo, más del que un hombre debería sentir por una cuñada.

Así que es eso. No es que cualquiera apreciara más a Kelsier, era una persona en concreto. Alguien a quien tú amabas.

—De todas maneras —dijo Marsh, la voz más firme—. La arrogancia del pasado queda atrás. Este plan suyo es una locura y estoy seguro de que lo hace en parte para enriquecerse, pero... bueno, no tenía por qué acudir a la rebelión. Está intentando hacer algo bueno... aunque lo más probable es que consiga que lo maten.

—¿Por qué continúas si estás seguro de que fracasará?

—Porque va a meterme en el Ministerio —dijo Marsh—. La información que consiga allí ayudará a la rebelión durante siglos después de que Kelsier y yo hayamos muerto.

Vin asintió, contemplando el patio. Habló con vacilación.

—Marsh, no creo que eso sea *todo*. La manera en que se está situando entre los skaa... la forma en que empiezan a mirarlo...

—Lo sé —dijo Marsh—. Empezó con ese plan suyo del undécimo metal. No creo que tengamos que preocuparnos. Es Kelsier, jugando como de costumbre.

—Me pregunto por qué hace este viaje —dijo Vin—. Estará apartado de la acción todo un mes.

Marsh sacudió la cabeza.

—Tendrá un ejército entero de hombres ante los que actuar. Además, necesita salir de la ciudad. Su reputación está creciendo demasiado y los nobles empiezan a tener demasiado interés en el Superviviente. Si empiezan a correr rumores de que un hombre con cicatrices en los brazos se aloja con lord Renoux...

Vin asintió, comprendiendo.

—Ahora mismo, se hace pasar por uno de los parientes lejanos de Renoux —dijo Marsh—. Ese hombre tiene que marcharse antes de que alguien lo relacione con el Superviviente. Cuando Kel regrese, tendrá que llamar poco la

atención... colarse en la mansión en vez de entrar por la puerta principal y llevar la capucha puesta cuando esté en Luthadel. —Marsh guardó silencio, luego se puso en pie—. Bueno, ya sabes lo más básico. Ahora solo tienes que practicar. Cada vez que estés con brumosos, que quemén para ti y concéntrate en sus pulsos alománticos. Si volvemos a encontrarnos, te enseñaré más, pero no puedo hacer otra cosa hasta que hayas practicado.

Vin asintió y Marsh salió por la puerta sin despedirse. Unos momentos más tarde, ella lo vio acercarse de nuevo a Kelsier y Renoux.

Es verdad que no se odian, pensó Vin, cruzando ambos brazos sobre la barandilla. *¿Cómo será eso?* Tras pensarla un poco, decidió que el concepto de hermanos que se tuvieran aprecio era un poco como las longitudes de pulso alomántico que se suponía que debía buscar: algo demasiado desacostumbrado como para comprenderlo de momento.

«El Héroe de las Eras no será un hombre, sino una fuerza. Ninguna nación lo reclamará, ninguna mujer lo conservará y ningún rey podrá matarlo. No pertenecerá a nadie, ni siquiera a sí mismo.»

21



KELSIER LEÍA TRANQUILAMENTE MIENTRAS su barco se dirigía por el canal hacia el norte. «A veces, me preocupa no ser el héroe que todos creen que soy», decía el texto.

¿Qué prueba tenemos? ¿Las palabras de hombres muertos y que solo ahora parecen proféticas? Aunque aceptemos las profecías, solo interpretaciones superficiales las relacionan conmigo. ¿Es mi defensa de la Montaña de Verano realmente la «carga por la que será mencionado el héroe»? Mis diversos matrimonios podrían darme unos «lazos sin sangre con los reyes del mundo», si se considera su lado propicio. Hay docenas de frases similares que podrían referirse a acontecimientos de mi vida. Pero, una vez más, todo podrían ser coincidencias.

Los filósofos me aseguran que este es el momento, que las señales se han hecho realidad. Pero yo me sigo preguntando si no se habrán equivocado de hombre. Son tantas las personas que dependen de mí... Dicen que tendré en mis brazos el futuro del mundo entero.

¿Qué pensarían si supieran que su paladín, el Héroe de las Eras, su salvador, dudó de sí mismo? Tal vez no se sorprendieran en absoluto. En cierto modo, eso es lo que más me preocupa. Quizá también ellos duden, en el fondo de sus corazones, al igual que yo.

Cuando me miran, ¿será un mentiroso lo que ven?

Rashek parece pensar así. Sé que no debería dejar que un simple porteador me perturbe. Aunque, él es de Terris, donde se originaron las profecías. Si alguien pudiera identificar un fraude, ¿no sería él?

Sin embargo, continúo mi viaje, acudiendo a los lugares donde los augurios escritos proclaman que me encontraré con mi destino... a pie, sintiendo los ojos de Rashek en mi espalda. Celosos. Burlones. Llenos de odio.

En el fondo, me preocupa que mi arrogancia nos destruya a todos.

Kelsier soltó el librito mientras su cabina se estremecía levemente por los esfuerzos de quienes tiraban del barco. Se alegró de que Sazed le hubiera proporcionado un ejemplar de los fragmentos que había traducido del diario del lord Legislador antes de que el convoy de barcos zarpara. Había muy poco que hacer durante el viaje.

Por fortuna, el diario era fascinante. Fascinante y extraño. Resultaba perturbador leer palabras escritas por el mismísimo lord Legislador. Para Kelsier, el lord Legislador era menos que un hombre, más bien una... criatura. Una fuerza maligna que tenía que ser destruida.

Sin embargo, la persona que se presentaba en el libro parecía perfectamente mortal. Se hacía preguntas y reflexionaba: era un hombre profundo e incluso de carácter.

Aunque sería mejor no confiar demasiado en la narración, pensó Kelsier, pasando los dedos por la página. *Los hombres rara vez consideran injustificadas sus propias acciones.*

Con todo, la historia del lord Legislador le recordaba a Kelsier las leyendas que había oído, historias susurradas por los skaa, discutidas por los nobles y memorizadas por los guardadores. Decían que una vez, antes de la Ascensión, el lord Legislador había sido el más grande de los hombres. Un líder amado, un hombre a quien se había confiado el destino de toda la humanidad.

Por desgracia, Kelsier sabía cómo terminaba la historia. El Imperio Final mismo era el legado de aquel diario. El lord Legislador no había salvado a la humanidad: la había esclavizado. Leer una narración de primera mano, ver las dudas y las luchas internas del lord Legislador, solo hacía que la historia fuese aún más trágica.

Kelsier volvió a coger el libro para continuar leyendo; sin embargo, el barco redujo la marcha. Miró por la ventana de su camarote, contemplando el canal. Docenas de hombres lo remolcaban por el pequeño camino que corría en paralelo al canal, tirando de las cuatro barcazas y los dos barquitos que componían el convoy. Era una forma eficaz de viajar, aunque esforzada: al tirar de la barcaza por el canal los hombres podían mover más kilos de peso que si hubiesen tenido que cargarlos.

Sin embargo, los hombres tuvieron que detenerse. Ante ellos, Kelsier vio un mecanismo de compuertas más allá del cual el canal se bifurcaba en una especie de cruce de caminos de agua. *Por fin*, pensó. Sus semanas de viaje habían terminado.

Kelsier no esperó a que llegara ningún mensajero, sino que subió a la cubierta del barco y sacó unas cuantas monedas de su bolsa. *Hora de ser un poco ostentoso*, pensó, dejando caer una moneda sobre las tablas. Quemó acero y se empujó al aire.

Se abalanzó en ángulo, ganando rápidamente altura para poder ver toda la hilera de hombres, la mitad tirando de los barcos, la otra mitad caminando y esperando su turno. Kelsier voló en arco, dejó caer otra moneda mientras pasaba por encima de una de las barcazas cargadas de suministros y luego empujó contra ella cuando empezaba a descender. Los aspirantes a soldado miraron hacia arriba y señalaron con asombro mientras Kelsier sobrevolaba el canal.

Kelsier quemó peltre, reforzando su cuerpo mientras chocaba contra la cubierta del barco que lideraba el convoy.

Yeden salió de su cabina, sorprendido.

—¡Lord Kelsier! Hemos... llegado a la encrucijada.

—Ya lo veo —dijo Kelsier, contemplando la fila de barcos.

Los hombres que tiraban hablaban entre sí, señalando entusiasmados. Parecía extraño usar la alomancia tan claramente a plena luz del día, y ante tanta gente.

No se puede evitar, pensó. *Esta visita es la última oportunidad que tendrán los hombres de verme durante meses. Tengo que impresionarlos, darles algo a lo que puedan aferrarse, si es que todo esto va a funcionar...*

—¿Vamos a ver si el grupo de las cuevas ya ha llegado a recibirnos? —preguntó Kelsier, volviéndose hacia Yeden.

—Por supuesto —dijo Yeden, indicando a un criado que acercara su barco a la orilla del canal y tendiera la plancha.

Yeden parecía entusiasmado; era, en efecto, un hombre de bien, y eso Kelsier lo respetaba, aunque le faltara un poco de presencia.

Casi toda mi vida he tenido el problema contrario, pensó Kelsier, divertido, mientras bajaba con Yeden del barco. *Demasiada presencia, no demasiada bondad.*

Los dos hombres caminaron entre la fila de trabajadores del canal. Casi al frente de todos, uno de los violentos de Ham, que se hacía pasar por el capitán de la guardia de Kelsier, los saludó.

—Hemos llegado a la encrucijada, lord Kelsier.

—Ya lo veo —repitió Kelsier. Ante ellos se alzaba un denso bosquecillo que se perdía hacia las colinas. Los canales se mantenían apartados de los bosques:

había mejores fuentes de madera en otras partes del Imperio Final. El bosque se mantenía solitario e ignorado por casi todos.

Kelsier quemó estaño y dio un leve respiro porque la luz del sol fue súbitamente cegadora. Sus ojos se adaptaron y pudo captar detalles, y algo de movimiento, en el bosque.

—Allí —dijo, lanzando una moneda al aire, y luego empujándola. La moneda se abalanzó hacia delante y se estampó contra un árbol. Respondiendo a la señal acordada, un grupito de hombres camuflados salió de entre los árboles, cruzando la tierra manchada de ceniza en dirección al canal.

—Lord Kelsier —dijo el primero de todos, saludando—. Soy el capitán Demoux. Por favor, reúna a los reclutas y que vengan conmigo... El general Hammond está ansioso por verlo.

EL «CAPITÁN» DEMOUX ERA UN hombre joven para ser tan disciplinado. Con apenas veinte años, lideraba a su pequeña tropa con una solemnidad que podría haber resultado fatua de haber sido menos competente.

Hombres más jóvenes que él han conducido soldados a la batalla, pensó Kelsier. *Que yo fuera un cretino cuando tenía su edad no significa que todo el mundo lo sea. Mira a la pobre Vin: apenas dieciséis años y ya rivaliza con Marsh en seriedad.*

Dieron un rodeo a través del bosque: siguiendo órdenes de Ham, cada soldado seguía un camino distinto para evitar dejar rastro. Kelsier miró a los doscientos hombres que le seguían, frunciendo levemente el ceño. Su rastro resultaría muy visible, casi con toda seguridad, pero había poco que hacer al respecto: los movimientos de tantos hombres serían casi imposibles de enmascarar.

Demoux se detuvo, agitó un brazo y varios miembros de su escuadrón avanzaron; no tenían ni la mitad del sentido militar del decoro de su jefe. De todas formas, Kelsier se sintió impresionado. Durante su anterior visita los hombres se habían mostrado indecisos y descoordinados, como la mayoría de los parias skaa. Ham y sus oficiales habían hecho bien su trabajo.

Los soldados retiraron unos matorrales falsos revelando una grieta en el suelo. Dentro estaba oscuro y las paredes eran de granito cristalino. No era una caverna normal en la falda de la montaña, sino una simple hendidura en el suelo que conducía directamente hacia abajo.

Kelsier se detuvo, contemplando el negro agujero de piedra. Se estremeció levemente.

—¿Kelsier? —preguntó Yeden, frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa?

—Me recuerda a los Pozos. Eran así... grietas en el suelo.

Yeden palideció.

—Oh. Yo, hummm...

Kelsier se encogió de hombros.

—Sabía que esto llegaría. Bajé a esas cuevas todos los días durante un año y siempre salí de ellas. Las derroté. No tienen ningún poder sobre mí.

Para demostrarlo, avanzó y se internó en la estrecha grieta. Apenas tenía anchura suficiente para que pasara un hombre. Mientras descendía, Kelsier vio que los soldados, tanto los hombres de Demoux como los nuevos reclutas, observaban. Había hablado intencionadamente en voz alta para que lo oyieran.

Que vean mi debilidad y me vean también superarla.

Eran pensamientos valientes. Sin embargo, una vez que estuvo bajo la superficie fue como si hubiera vuelto a los Pozos. Aplastado entre dos paredes de piedra, buscó asidero para bajar con dedos temblorosos. Frío, humedad, oscuridad. Quienes recuperaban el atium tenían que ser esclavos. Los alomantes podían haber sido más efectivos, pero usar ciertos tipos de alomancia cerca de los cristales de atium los quebraba. Por eso el lord Legislador empleaba a hombres condenados. Los obligaba a bajar a los Pozos. Los obligaba a arrastrarse hacia abajo, siempre hacia abajo...

Kelsier se obligó a continuar. Aquello no era Hathsin. La grieta no descendería durante horas y no habría agujeros de aristas de cristal a los que agarrarse con brazos arañados y sangrantes, estirándose y buscando las geodas de atium de su interior. Una geoda equivalía a una semana más de vida. Vida bajo los látigos de los capataces. Vida bajo la férula de un dios sádico. Vida bajo el sol convertido en rojo.

Cambiaré las cosas para los demás, pensó Kelsier. ¡Las mejoraré!

El descenso le resultó difícil, mucho más de lo que habría admitido. Por fortuna, la grieta pronto desembocó en una caverna más grande y Kelsier atisbió una luz abajo. Se dejó caer el resto del camino, aterrizó en el irregular suelo de piedra y le sonrió al hombre que estaba allí esperando.

—Vaya entradita que tenéis aquí, Ham —dijo Kelsier, sacudiéndose las manos.

Ham sonrió.

—Tendrías que ver el cuarto de baño.

Kelsier se echó a reír y se hizo a un lado para dejar sitio a los demás. Varios túneles naturales surgían de la cámara y una pequeña escala de cuerda colgaba desde el pie del agujero para facilitar la subida. Yeden y Demoux bajaron por la escala hasta la cueva, con la ropa llena de desgarrones y sucia por el descenso. No era una entrada fácil. Esa era precisamente la idea.

—Me alegra de verte, Kel —dijo Ham. Resultaba extraño verlo con ropa a la que no le faltaban las mangas. De hecho, su atuendo militar tenía un aspecto bastante formal, con líneas cuadradas y botones en la parte delantera—. ¿Cuántos me has traído?

—Más de doscientos cuarenta.

Ham alzó las cejas.

—El reclutamiento está mejorando, ¿eh?

—Por fin —asintió Kelsier. Los soldados empezaron a llegar a la cueva y varios de los ayudantes de Ham avanzaron para ayudar a los recién llegados y dirigirlos a un túnel lateral.

Yeden se acercó a Kelsier y Ham.

—¡Esta caverna es sorprendente, lord Kelsier! Nunca la había visto en persona. ¡No me extraña que el lord Legislador no haya encontrado a los hombres que se esconden aquí abajo!

—El complejo es completamente seguro —dijo Ham con orgullo—. Solo hay tres entradas, todas ellas grietas como esta. Con los suministros adecuados, podríamos defender este lugar indefinidamente contra una fuerza invasora.

—Además, este no es el único complejo de cavernas que hay bajo estas montañas —dijo Kelsier—. Aunque el lord Legislador decidiera destruirnos, su ejército podría pasarse semanas buscándonos sin encontrarnos.

—Sorprendente —comentó Yeden. Se volvió a mirar a Kelsier—. Me equivocaba contigo, lord Kelsier. Esta operación... este ejército... Bueno, has hecho algo impresionante.

Kelsier sonrió.

—Lo cierto es que no te equivocaste conmigo. Creíste en mí cuando esto empezó, y es justo reconocer que solo estamos aquí gracias a ti.

—Yo... supongo que así fue, ¿no? —dijo Yeden, sonriendo.

—Sea como sea, aprecio el voto de confianza. Los hombres tardarán un buen rato en bajar por esa grieta... ¿Te importaría dirigir las cosas? Me gustaría hablar un momento con Hammond.

—Naturalmente, lord Kelsier. —Había respeto, incluso un poco de adulación, en la voz de Yeden.

Kelsier hizo un gesto hacia un lado. Ham frunció levemente el ceño, agarró un farolillo y siguió a Kelsier. Salieron de la primera cámara, entraron en un túnel lateral y, cuando no los pudo oír nadie, Ham se detuvo y miró hacia atrás.

Kelsier se detuvo, alzando una ceja.

Ham señaló con la cabeza hacia la entrada de la cámara tras ellos.

—Desde luego, Yeden ha cambiado.

—Causo ese efecto en la gente.

—Debe de ser por tu asombrosa humildad —dijo Ham—. En serio, Kel. ¿Cómo lo haces? Ese hombre prácticamente te odiaba; ahora te mira como un crío que idolatra a su hermano mayor.

Kelsier se encogió de hombros.

—Yeden nunca había formado parte de un equipo efectivo... Creo que ha empezado a darse cuenta de que podemos tener posibilidades. En poco más de seis meses hemos organizado una rebelión más grande de lo que había visto jamás. Ese tipo de resultados pueden convertir incluso a los más testarudos.

Ham no parecía convencido. Finalmente, se encogió de hombros y echó a andar de nuevo.

—¿De qué querías hablar?

—Lo cierto es que me gustaría visitar las otras dos entradas, si es posible —dijo Kelsier.

Ham asintió, e indicó un túnel lateral y abrió la marcha. El túnel, como la mayoría, no había sido creado por manos humanas: era un desarrollo natural del complejo de cuevas. Había cientos de sistemas de cavernas similares en el Dominio Central, aunque la mayoría no eran tan extensos. Y solo en uno, los Pozos de Hathsin, había geodas de atium.

—De todos modos Yeden tiene razón —dijo Ham, abriendose paso por el estrecho túnel—. Escogiste un lugar magnífico para esconder a esta gente.

Kelsier asintió.

—Varios grupos rebeldes han usado estos complejos de cavernas durante siglos. Están demasiado cerca de Luthadel, pero el lord Legislador nunca ha dirigido una incursión con éxito contra ninguno. Ahora ignora el lugar... Demasiados fracasos, supongo.

—No lo dudo —repuso Ham—. Con todos estos recovecos y cuellos de botella, sería un lugar desagradable para librarse una batalla.

Salió del pasadizo y entró en otra pequeña caverna. También tenía una grieta en el techo por donde se colaba una tenue luz. En la sala había un escuadrón de diez soldados, que se pusieron firmes en cuanto Ham entró.

Kelsier asintió, aprobando la medida.

—¿Diez hombres en todo momento?

—En cada una de las entradas.

—Bien —dijo Kelsier.

Se acercó a inspeccionar a los soldados. Iba remangado, mostrando las cicatrices, y vio que los hombres las miraban. En realidad no sabía qué inspeccionar, pero trató de parecer severo. Examinó las armas: bastones para ocho de los hombres, espadas para dos, y cepilló unos cuantos hombros, aunque ninguno de los hombres llevaba uniforme.

Finalmente, se volvió hacia un hombre que llevaba una insignia en el hombro.

—¿A quién permities salir de las cuevas, soldado?

—¡Solo a los hombres que lleven una carta sellada por el general Hammond en persona, señor!

—¿Sin excepción?

—¡No, señor!

—¿Y si yo quisiera salir ahora mismo?

El hombre vaciló.

—Hummm...

—¡Me detendrías! —dijo Kelsier—. Nadie está exento, soldado. Ni yo, ni tu compañero de litera, ni un oficial... nadie. ¡Si no tienen ese sello, no salen!

—¡Sí, señor!

—Buen soldado —dijo Kelsier—. Si todos tus hombres son así de buenos, general Hammond, el lord Legislador tiene buenos motivos para tener miedo.

Los soldados hincharon el pecho levemente al oír esas palabras.

—Continúen —dijo Kelsier, haciendo un gesto a Ham para que le siguiera mientras abandonaba la sala.

—Muy amable por tu parte —dijo Ham en voz baja—. Llevan semanas esperando tu visita.

Kelsier se encogió de hombros.

—Solo quería asegurarme de que guardan bien la grieta. Ahora que tienes más hombres, quiero que pongas guardias en todos los túneles que conduzcan a las cavernas de salida.

Ham asintió.

—Pero me parece un poco raro.

—Compláceme —dijo Kelsier—. Un único desertor o alguien descontento podría traicionarnos a todos ante el lord Legislador. Es bueno que consideres que podéis defender este sitio, pero si un ejército acampa ahí fuera para atraparos, este ejército sería absolutamente inútil para nosotros.

—Muy bien —dijo Ham—. ¿Quieres ver la tercera entrada?

—Por favor.

Ham asintió y lo condujo por otro túnel.

—Una cosa más —dijo Kelsier después de caminar un poco—. Reúne un grupo de cien hombres, gente en quien puedas confiar, y mándalos a recorrer el bosque. Si alguien viene a buscarnos, no podrá negar el hecho de que un montón de gente ha pasado por la zona. Sin embargo, podríamos confundir las huellas para que todas las pistas no conduzcan a ninguna parte.

—Buena idea.

—Estoy lleno de ellas —dijo Kelsier mientras entraban en otra cámara, esta mucho más grande que las dos anteriores. No era un hueco de entrada, sino más bien una sala de entrenamiento.

Había grupos de hombres armados con espadas o con bastones, combatiendo bajo la mirada atenta de instructores uniformados. Los uniformes para los oficiales habían sido idea de Dockson. No podían permitirse uniformar a todos los hombres: hubiese sido demasiado caro y conseguir tantos uniformes habría parecido sospechoso. Sin embargo, tal vez ver a sus líderes de uniforme los ayudaría a conseguir una sensación de cohesión.

Ham se detuvo en la entrada de la cueva en vez de continuar. Miró a los soldados y habló en voz baja.

—Tenemos que hablar de esto en algún momento, Kel. Los hombres empiezan a sentirse soldados, pero... Bueno, son skaa. Se han pasado la vida trabajando en las fábricas o en los campos. No sé cómo lo harán cuando se enfrenten en un campo de batalla.

—Si lo hacemos todo bien, no tendrán que luchar mucho —dijo Kelsier—. Solo un par de cientos de soldados guardan los Pozos... El lord Legislador no puede tener demasiados hombres allí para no dar pistas acerca de la importancia del lugar. Nuestros mil hombres podrán hacerse con los Pozos y retirarse en cuanto llegue la Guarnición. Los otros nueve mil puede que tengan que enfrentarse a unos pocos escuadrones de guardias de las Grandes Casas y

a los soldados de palacio, pero nuestros hombres deberían contar con la superioridad numérica.

Ham asintió, aunque sus ojos todavía mostraban incertidumbre.

—¿Qué? —preguntó Kelsier, apoyado contra la lisa boca cristalina de la caverna.

—¿Y cuando acabemos con ellos, Kel? —preguntó Ham—. Cuando tengamos nuestro atium, le entregamos la ciudad y el ejército a Yeden. ¿Y luego qué?

—Eso es cosa de Yeden.

—Los masacrará —dijo Ham en voz muy baja—. Diez mil hombres no podrán defender Luthadel contra todo el Imperio Final.

—Pretendo darles una posibilidad mejor de lo que crees, Ham. Si podemos volver a los nobles unos contra otros y desestabilizar al gobierno...

—Tal vez —dijo Ham, pero no estaba convencido.

—Estuviste de acuerdo con el plan. Esto es lo que hemos pretendido desde el principio. Levantar un ejército y entregárselo a Yeden.

—Lo sé —dijo Ham, suspirando y apoyándose en una de las paredes de la caverna—. Supongo... Bueno, es diferente ahora que los he estado dirigiendo. Tal vez no estoy hecho para estar al mando. Soy guardaespalda, no general.

Sé cómo te sientes, amigo mío, pensó Kelsier. Yo soy ladrón, no profeta. A veces, tenemos que hacer lo que el trabajo exige.

Kelsier puso una mano sobre el hombro de Ham.

—Has hecho un buen trabajo aquí.

Ham le dirigió una mirada interrogativa.

—¿He hecho?

—He traído a Yeden para sustituirte. Dox y yo decidimos que sería mejor nombrarlo comandante del ejército... de esa forma, la tropa se acostumbrará a considerarlo su líder. Además, te necesitamos en Luthadel. Alguien tiene que visitar la Guarnición y recopilar datos, y tú eres el único con contactos militares.

—Entonces ¿voy a volver contigo?

Kelsier asintió.

Ham pareció abatido un momento, pero luego se relajó y sonrió.

—¡Por fin podré librarme de este uniforme! Pero ¿crees que Yeden podrá encargarse?

—Tú mismo has dicho que ha cambiado mucho durante los últimos meses. Y lo cierto es que es un administrador excelente: ha hecho un buen trabajo con

la rebelión desde que se marchó mi hermano.

—Supongo...

Kelsier sacudió apenado la cabeza.

—Somos pocos, Ham. Tú y Brisa sois los únicos hombres en quienes sé que puedo confiar, y os necesito en Luthadel. Yeden no es perfecto para el trabajo que hay que hacer aquí, pero el ejército será suyo tarde o temprano. Bien podemos dejarlo que lo lidere durante un tiempo. Además, eso le dará algo que hacer: está empezando a protestar de su puesto en el grupo. —Kelsier sonrió divertido—. Creo que está celoso de la atención que presto a los demás.

Ham sonrió.

—Eso sí que *es* un cambio.

Echaron a andar de nuevo, dejando atrás la cámara de prácticas. Entraron en otro serpenteante túnel de piedra que conducía hacia abajo, con el farol de Ham como única iluminación.

—¿Sabes? Hay algo agradable en este sitio —dijo Ham tras unos minutos de caminata—. Es probable que ya te hayas percatado antes, pero a veces hay belleza aquí abajo.

Kelsier no lo había advertido. Miró hacia un lado mientras caminaban. Un borde de la cámara había sido formado por los minerales que goteaban del techo, finas estalactitas y stalagmitas, como sucios trozos de hielo, se mezclaban para formar una especie de barrera. Los minerales chispeaban a la luz del farol, y el camino ante ellos parecía petrificado en forma de serpenteante río fundido.

No, pensó Kelsier. *No, no veo su belleza, Ham.* Otros hombres podrían ver arte en las capas de color y roca fundida. Kelsier solo veía los Pozos. Cuevas interminables, la mayoría a pico. Se había visto obligado a reptar entre grietas, avanzando en la oscuridad, sin una sola luz que le aclarara el camino.

A menudo había pensado no volver a subir. Pero entonces encontraba un cadáver en las cuevas: el cuerpo de otro prisionero, un hombre que se había perdido o que tal vez se había rendido. Kelsier palpaba sus huesos y se prometía más. Cada semana tenía que encontrar una geoda de atium. Cada semana evitaba la ejecución por medio de brutales palizas.

Excepto la última vez. No se merecía estar vivo: tendrían que haberlo matado. Pero Mare le dio una geoda de atium, tras prometerle que había encontrado dos esa semana. Hasta después de entregarla no descubrió su mentira. La mataron a golpes al día siguiente. A golpes, delante de él.

Esa noche, Kelsier rompió, consiguiendo sus poderes como nacido de la bruma. La noche siguiente, murieron hombres.

Muchos hombres.

Superviviente de Hathsin. Un hombre que no debería vivir. Incluso después de verla morir, no fui capaz de decidir si me había traicionado o no. ¿Me dio esa geoda por amor? ¿O por un sentimiento de culpa?

No, no podía ver belleza en las cavernas. Otros hombres se habían vuelto locos en los Pozos, aterrorizados por los espacios pequeños y cerrados. Eso no le había sucedido a él. Sin embargo, sabía que no importaba qué maravillas contuvieran los laberintos, no importaba lo sorprendentes que fueran las vistas o lo delicado de las bellezas, nunca las reconocería. No con Mare muerta.

No puedo seguir pensando en esto, decidió Kelsier, mientras la caverna parecía volverse más oscura a su alrededor. Miró hacia un lado.

—Muy bien, Ham. Continúa. Dime qué estás pensando.

—¿De verdad? —dijo Ham ansiosamente.

—Sí —contestó Kelsier, resignado.

—Muy bien. Esto es lo que me ha estado preocupando últimamente: ¿son los skaa diferentes de los nobles?

—Claro que lo son —dijo Kelsier—. La aristocracia tiene el dinero y la tierra; los skaa no tienen nada.

—No me refiero a la economía... Estoy hablando de diferencias físicas. Sabes lo que dicen los obligadores, ¿verdad?

Kelsier asintió.

—Bien, ¿es cierto? Quiero decir, los skaa tienen un montón de hijos y he oído decir que los aristócratas tienen problemas para reproducirse.

El Equilibrio, se llamaba. Supuestamente, era la forma en que el lord Legislador se aseguraba de que no hubiese demasiados nobles para que los skaa los apoyaran, y la manera de asegurarse también de que, a pesar de las palizas y las muertes al azar, siempre hubiera suficientes skaa para cultivar la tierra y trabajar en las fábricas.

—Siempre había supuesto que era retórica del Ministerio —dijo Kelsier sinceramente.

—He conocido a mujeres skaa que han tenido hasta una docena de hijos. Pero no puedo nombrar a ninguna familia noble importante que haya tenido más de tres.

—Es algo cultural.

—¿Y la diferencia de estatura? Dicen que a los skaa y los nobles bastaba con mirarlos para distinguirlos. Eso ha cambiado, quizá merced al mestizaje, pero la mayoría de los skaa siguen siendo bajos.

—Mayormente es debido a la nutrición. Los skaa no comen lo suficiente.

—¿Y la alomancia?

Kelsier frunció el ceño.

—Tienes que admitir que en eso hay una diferencia física —dijo Ham—. Los skaa nunca se convierten en brumosos a menos que tengan sangre aristócrata de las últimas cinco generaciones.

Eso, al menos, era cierto.

—Los skaa no piensan como los nobles, Kel —dijo Ham—. ¡Incluso estos soldados son tímidos, y son los valientes! Yeden tiene razón respecto a la población general skaa: nunca se rebelará. ¿Y si... y si realmente hay algo físicamente diferente en nosotros? ¿Y si los nobles tienen *derecho* a gobernarnos?

Kelsier se detuvo en medio del pasillo.

—No lo dirás en serio.

Ham se detuvo también.

—Supongo que... no, no. Pero a veces me pregunto... Los nobles tienen la alomancia, ¿verdad? Tal vez estén hechos para mandar.

—¿Hechos por quién? ¿Por el lord Legislador?

Ham se encogió de hombros.

—No, Ham. No está bien. *Esto* no está bien. Sé que es difícil aceptarlo, las cosas han sido de este modo muchísimo tiempo, pero algo está muy mal en el modo de vida de los skaa. *Tienes* que creer eso.

Ham se detuvo, luego asintió.

—Vamos —dijo Kelsier—. Quiero visitar esa otra entrada.

LA SEMANA PASÓ DESPACIO. Kelsier pasó revista a las tropas, supervisó el entrenamiento, la comida, las armas, los suministros, los exploradores, los guardias y casi todo lo que se le ocurrió. Lo más importante: visitó a los hombres. Los alabó y los animó... y se aseguró de usar la alomancia con frecuencia delante de ellos.

Aunque muchos skaa habían oído hablar de la alomancia, muy pocos sabían específicamente en qué consistía. Los brumosos nobles rara vez utilizaban sus poderes delante de otra gente, y los mestizos tenían que ser aún

más cuidadosos. Los skaa corrientes, incluso los skaa de ciudad, no sabían nada de empujar acero o quemar peltre. Cuando veían a Kelsier volar por los aires o combatir con fuerza sobrenatural, lo atribuían a una misteriosa magia alomántica. A Kelsier no le importaba el malentendido.

Sin embargo, a pesar de todas las actividades de la semana, nunca olvidó su conversación con Ham.

¿Cómo pudo preguntarse siquiera si los skaa son inferiores?, pensó Kelsier, hurgando en su comida en la alta mesa colocada en la caverna de reuniones. La enorme sala era lo bastante grande para albergar a todo el ejército de siete mil hombres, aunque muchos ocupaban salas laterales o los túneles. La mesa estaba situada sobre una formación rocosa al fondo de la cámara.

Sospecho que me preocupo en exceso. Ham tenía tendencia a pensar en cosas que ningún hombre sensato consideraba: aquel era otro de sus dilemas filosóficos. De hecho, ya parecía haber olvidado sus anteriores desvelos. Se reía junto a Yeden, disfrutando de su comida.

En cuanto a Yeden, el delgado líder rebelde parecía bastante satisfecho de su uniforme de general y se había pasado la semana tomando notas de Ham referidas a la dirección del ejército. Parecía estar encajando de modo muy natural en sus responsabilidades.

De hecho, Kelsier parecía ser el único hombre que no estaba disfrutando del festín. La comida, traída en barcaza especialmente para la ocasión, era humilde para los aristócratas, pero mucho mejor que los alimentos a los que estaban acostumbrados los soldados. Los hombres disfrutaban de la cena con alegre escándalo, bebiendo su pequeña ración de cerveza y celebrando el momento.

Y, sin embargo, Kelsier seguía preocupado. ¿Por qué creían estar luchando estos hombres? Parecían entusiasmados con su entrenamiento, pero eso podía deberse también a que ahora tenían asegurada la comida. ¿De verdad creían que se merecían derrocar al Imperio Final? ¿Pensaban que los skaa eran inferiores a los nobles?

Kelsier notaba sus reservas. Muchos de los hombres eran conscientes del peligro inminente y solo las estrictas reglas les impedían huir. Aunque estaban ansiosos por hablar de su entrenamiento, evitaban hacerlo sobre la tarea final: la toma del palacio y las murallas de la ciudad, y el enfrentamiento con la Guarnición de Luthadel.

No creen que vayan a tener éxito, supuso Kelsier. Necesitan confianza. Los rumores sobre mí son un principio, pero...

Le dio un codazo a Ham para llamar su atención.

—¿Hay aquí algún hombre que te haya causado un problema de disciplina? —preguntó en voz baja.

Ham frunció el ceño al oír la extraña pregunta.

—Hay un par, desde luego. En un grupo tan grande siempre tiene que haber disidentes.

—¿Alguien en concreto? —preguntó Kelsier—. ¿Hombres que hayan querido marcharse? Necesito a alguien que se haya destacado en su oposición a lo que estamos haciendo.

—Ahora mismo hay un par en el calabozo.

—¿Y aquí? Alguien sentado en alguna mesa a quien todos podamos ver.

Ham pensó un momento observando la multitud.

—El hombre sentado en la segunda mesa, el de la capa roja. Lo pillaron intentando escapar hace un par de semanas.

El hombre en cuestión era delgado y nervioso; estaba sentado a su mesa, encorvado y solitario.

Kelsier negó con la cabeza.

—Necesito a alguien un poco más carismático.

Ham se frotó la barbilla, pensativo. Entonces se detuvo y señaló con la cabeza hacia otra mesa.

—Bilg. El grandullón sentado en la cuarta mesa de la derecha.

—Ya lo veo —dijo Kelsier. Bilg era un hombretón barbudo, vestido con chaleco.

—Es demasiado listo para insubordinarse —dijo Ham—, pero ha estado creando problemas a la chita callando. No cree que tengamos ninguna posibilidad contra el Imperio Final. Por mí lo encerraría, pero no puedo castigar a nadie por expresar temor... o, al menos, si lo hiciera, tendría que hacer lo mismo con la mitad del ejército. Además, es demasiado buen guerrero para descartarlo a la ligera.

—Es perfecto —dijo Kelsier.

Quemó cinc, luego miró a Bilg. Aunque el cinc no le permitía leer las emociones del hombre, era posible, al quemar el metal, aislar a un solo individuo para aplacarlo o encenderlo, igual que se puede aislar un solo pedazo de metal entre cientos para tirar de él.

Incluso así, era difícil destacar a Bilg entre una multitud tan grande, así que Kelsier se concentró en la mesa entera, manteniendo las emociones de

todos «a mano» para usarlas después. Entonces se levantó. Lentamente, la caverna guardó silencio.

—Antes de marcharme, me gustaría expresar por última vez cuánto me ha impresionado esta visita. —Sus palabras resonaron en la sala, amplificadas por la acústica natural de la caverna—. Os estáis convirtiendo en un buen ejército. Pido disculpas por robaros al general Hammond, pero os dejo a un hombre muy competente en su lugar. Muchos de vosotros conocéis al general Yeden, conocéis sus muchos años sirviendo como líder de la rebelión. Confío en su habilidad para entrenarlos aún más en las labores del ejército.

Empezó a inflamar a Bilg y sus acompañantes, alterando sus emociones, contando con el hecho de que ya sentirían desagrado.

—Es una gran tarea la que os pido —dijo Kelsier, sin mirar a Bilg—. Los skaa de Luthadel, de hecho, la mayoría de los skaa en todas partes, no tienen ni idea de lo que estáis a punto de hacer por ellos. No son conscientes del entrenamiento que soportáis ni de las batallas que os preparáis para librar. Sin embargo, cosecharán la recompensa. Algún día, os llamarán héroes.

Siguió inflamando un poco más las emociones de Bilg.

—La Guarnición de Luthadel es fuerte, pero podemos derrotarla... sobre todo si tomamos rápido las murallas de la ciudad. No olvidéis por qué habéis venido aquí. No se trata tan solo de aprender a blandir una espada o llevar un casco. Esta es la mayor revolución que ha visto el mundo: se trata de tomar el gobierno, de expulsar al lord Legislador. No perdáis de vista vuestro objetivo.

Kelsier hizo una pausa. Con el rabillo del ojo vio la expresión sombría de los hombres de la mesa de Bilg. Por fin, en medio del silencio, oyó un comentario... y la acústica de la caverna llevó el murmullo a muchos oídos.

Kelsier frunció el ceño y se volvió hacia Bilg. Toda la caverna pareció volverse aún más silenciosa.

—¿Has dicho algo? —preguntó. Era el momento decisivo. *¿Resistirá o se acobardará?*

Bilg le devolvió la mirada. Kelsier inflamó al hombre con su poder. Obtuvo su recompensa cuando Bilg se levantó de la mesa con la cara enrojecida.

—Sí, *señor* —replicó el hombretón—. He dicho algo. He dicho que algunos de nosotros no hemos perdido de vista nuestro objetivo. Pensamos en él todos los días.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Kelsier. Empezaron a sonar murmullos al fondo de la caverna mientras los soldados pasaban la noticia a aquellos que estaban demasiado lejos para oír.

Bilg tomó aire.

—Porque, *señor*, pensamos que nos envías al suicidio. Los ejércitos del Imperio Final son más grandes que una sola guarnición. No importará si tomamos las murallas: acabarán por masacrarnos tarde o temprano. No se derroca a un imperio con un par de miles de soldados.

Perfecto, pensó Kelsier. *Lo siento, Bilg. Pero alguien tenía que decirlo y desde luego no podía ser yo.*

—Veo que tenemos un desacuerdo —dijo Kelsier en voz alta—. Yo sí creo en estos hombres y en su propósito.

—Pues yo creo que eres un necio que se engaña —gritó Bilg—. Y yo fui más necio aún al venir a estas malditas cuevas. Si tan seguro estás de nuestras posibilidades, ¿por qué no puede marcharse nadie? ¡Estamos atrapados aquí hasta que nos envíes a morir!

—Me insultas —repuso Kelsier—. Sabes muy bien por qué no se os permite marcharos. ¿Por qué quieres irte, soldado? ¿Estás ansioso por vender a tus compañeros al lord Legislador? ¿Unos cuantos cuartos rápidos a cambio de siete mil vidas?

El rostro de Bilg se volvió aún más rojo.

—¡Yo nunca haría una cosa así, pero tampoco voy a dejar que me envíes a la muerte! Este ejército es una tontería.

—Lo que dices es traición. —Kelsier se volvió hacia la multitud—. No es adecuado que un general luche contra un hombre bajo su mando. ¿Hay aquí algún soldado dispuesto a defender el honor de esta rebelión?

Inmediatamente, un par de docenas de hombres se levantaron. Kelsier advirtió a uno en concreto. Era más pequeño que el resto, pero tenía la sencilla disposición que Kelsier había advertido antes.

—Capitán Demoux.

Inmediatamente, el joven capitán dio un salto adelante.

Kelsier echó mano a su espada y se la lanzó.

—¿Sabes usar una espada, muchacho?

—¡Sí, señor!

—Que alguien traiga un arma para Bilg y un par de chalecos reforzados. —Kelsier se volvió hacia el hombretón—. Los nobles tienen una tradición. Cuando surge una disputa, la zanjan con un duelo. Derrota a mi campeón y serás libre para marcharte.

—¿Y si él me derrota a mí? —preguntó Bilg.

—Entonces, morirás.

—Estoy muerto si me quedo —dijo Bilg, aceptando una espada de un soldado cercano—. Acepto los términos.

Kelsier asintió e indicó a unos hombres que apartaran las mesas e hicieran espacio. Los soldados empezaron a ponerse en pie, congregándose para ver la pelea.

—Kel, ¿qué estás haciendo? —siseó Ham a su lado.

—Algo que hay que hacer.

—Que hay que... ¡Kelsier, ese chico no es rival para Bilg! Confío en Demoux, por eso lo he ascendido, pero no es un gran guerrero. ¡Bilg es uno de los mejores espadachines del ejército!

—¿Los hombres lo saben?

—Por supuesto. Cancela esto. Bilg dobla a Demoux en tamaño... El chico está en desventaja en alcance, fuerza y habilidad. ¡Lo va a matar!

Kelsier ignoró la petición. Se sentó tranquilamente mientras Bilg y Demoux sopesaban sus espadas y un par de soldados les colocaban las corazas de cuero. Cuando estuvieron listos, Kelsier agitó una mano, indicando que la pelea podía comenzar.

Ham gruñó.

Sería una pelea breve. Ambos hombres tenían espadas largas y poca armadura. Bilg avanzó confiado, haciendo unos cuantos pases de prueba hacia Demoux. El muchacho era competente: bloqueó los golpes, pero reveló gran parte de sus habilidades al hacerlo.

Inspirando profundamente, Kelsier quemó acero y hierro.

Bilg golpeó y Kelsier empujó la hoja a un lado, dando espacio a Demoux para escapar. El joven intentó una estocada que Bilg paró con facilidad. El hombretón atacó entonces con un molinete, haciendo que Demoux retrocediera tambaleándose. Demoux trató de apartarse del último golpe, pero fue demasiado lento. La hoja cayó implacablemente.

Kelsier avivó hierro, tirando de la abrazadera de una lámpara para estabilizarse, y luego asíó los remaches de hierro del vestido de Demoux. Kelsier tiró mientras Demoux saltaba, apartando al muchacho de Bilg y haciéndolo trazar un arco.

Demoux aterrizó tropezando torpemente mientras la espada de Bilg golpeaba el suelo de piedra. El hombretón alzó la cabeza, sorprendido, y un murmullo de asombro recorrió la multitud.

Bilg gruñó y echó a correr con la espada en alto. Demoux bloqueó el potente golpe, pero Bilg le arrebató el arma al muchacho sin esfuerzo. Volvió a

golpear y Demoux alzó instintivamente una mano para defenderse.

Kelsier empujó, deteniendo la espada de Bilg en medio del golpe. Demoux se levantó, la mano por delante, como si hubiera detenido el arma atacante con un pensamiento. Los dos se quedaron así un momento, Bilg tratando de mover la espada, Demoux mirándose la mano, asombrado. Enderezándose un poco, Demoux adelantó la mano, vacilante.

Kelsier empujó y arrojó a Bilg hacia atrás. El gran guerrero cayó al suelo con un grito de sorpresa. Cuando se levantó, un momento después, Kelsier no tuvo que encender sus emociones para enfurecerlo. Aulló de ira, agarró la espada con las dos manos y se abalanzó contra Demoux.

Algunos hombres no saben cuándo tienen que dejarlo, pensó Kelsier mientras Bilg atacaba.

Demoux empezó a esquivar. Kelsier empujó al chico a un lado, apartándolo del camino. Entonces Demoux se volvió, agarró su propia arma con las dos manos y atacó a Bilg. Kelsier cogió el arma de Demoux en mitad del golpe y tiró contra ella con fuerza, adelantando el acero con un poderoso avivar de hierro.

Las espadas entrechocaron, y el golpe de Demoux, amplificado por Kelsier, le arrancó a Bilg el arma de las manos. Hubo un fuerte golpe y el grandullón cayó al suelo, perdido completamente el equilibrio por la fuerza del mandoble de Demoux. El arma de Bilg rebotó en el suelo de piedra un poco más allá.

Demoux avanzó, alzando la espada sobre el aturdido Bilg. Y entonces se detuvo. Kelsier quemó hierro con la intención de apoderarse del arma y tirar de ella hacia abajo, para forzar el golpe de gracia, pero Demoux se resistió.

Este hombre debería morir, pensó enfadado. En el suelo, Bilg gemía. Kelsier apenas podía ver su brazo torcido, el hueso roto por el poderoso golpe. Estaba sangrando.

No, pensó Kelsier. Es suficiente.

Soltó el arma de Demoux, quien bajó la espada y miró a Bilg. Entonces Demoux alzó las manos y se las miró asombrado; los brazos le temblaban levemente.

Kelsier se puso en pie y la multitud guardó silencio una vez más.

—¿Creéis que os enviaría contra el lord Legislador sin estar preparados? —preguntó en voz alta—. ¿Creéis que os enviaría a morir? ¡Lucháis por lo que es justo! Lucháis *por mí*. No os faltará ayuda cuando marchéis contra los soldados del Imperio Final.

Kelsier alzó las manos y mostró una diminuta barra de metal.

—Habéis oído hablar de esto, ¿verdad? ¿Conocéis los rumores sobre el undécimo metal? Bien, yo lo tengo... y lo usaré. ¡El lord Legislador morirá!

Los hombres empezaron a aplaudir.

—¡No es nuestra única herramienta! —gritó Kelsier—. ¡Tenéis en vuestro interior un poder inenarrable! ¿Habéis oido hablar de las magias arcanas que usa el lord Legislador? ¡Bien, nosotros tenemos algunas propias! ¡Disfrutad del festín, soldados míos, y no temáis la batalla que ha de venir! ¡Anheladla!

La sala irrumpió en una salva de aplausos y Kelsier indicó que sirvieran más cerveza. Un par de criados se apresuró a sacar a Bilg del lugar. Cuando Kelsier se sentó, Ham puso mala cara.

—No me gusta esto, Kel.

—Lo sé —respondió este tan tranquilo.

Ham estuvo a punto de seguir hablando, pero Yeden se inclinó hacia él.

—¡Ha sido sorprendente! Yo... ¡Kelsier, no lo sabía! Tendrías que haberme dicho que podías pasar tus poderes a otros. Con esas habilidades, ¿cómo es posible perder?

Ham colocó una mano sobre el hombro de Yeden, obligándolo a sentarse.

—Come —ordenó. Se volvió hacia Kelsier, acercó su silla y habló en voz baja—. Acabas de mentirle a todo mi ejército, Kel.

—No, Ham. Le he mentido a *mi* ejército.

El rostro de Ham se ensombreció.

Kelsier suspiró.

—Ha sido solo una mentira a medias. No tienen que ser guerreros, solo tienen que parecer lo suficientemente amenazadores para que nosotros nos apoderemos del atium. Con él sobornaremos a la Guarnición y nuestros hombres ni siquiera tendrán que pelear. Eso es virtualmente lo mismo que les he prometido.

Ham no respondió.

—Antes de que nos marchemos —continuó Kelsier—, quiero que selecciones a unas cuantas docenas de nuestros soldados más dedicados y dignos de confianza. Los enviaremos de vuelta a Luthadel, bajo juramento de no revelar dónde está el ejército, para que puedan difundir entre los skaa la noticia de lo que ha pasado esta noche.

—Entonces ¿esto es cosa de tu ego? —replicó Ham.

Kelsier negó con la cabeza.

—A veces tenemos que hacer cosas que nos parecen repulsivas, Ham. Mi ego puede ser considerable, pero se trata de otra cosa.

Ham permaneció sentado un momento, luego se concentró en su comida. Sin embargo, no comió: se quedó mirando la sangre que había en el suelo ante la mesa.

Ah, Ham, pensó Kelsier. Ojalá pudiera explicártelo todo.

Planes detrás de los planes, esquemas más allá de los esquemas.

Siempre había otro secreto.

Al principio, estaban aquellos que no creían que la Profundidad fuera un peligro serio, al menos no para ellos. Sin embargo, trajo consigo una plaga que he visto infectar a casi toda la tierra. Los ejércitos son inútiles contra ella. Las grandes ciudades son arrasadas por su poder. Las cosechas se pierden y la tierra muere.

A eso combato. Este es el monstruo que debo derrotar. Me preocupa haber tardado demasiado. Ya se ha producido tanta destrucción que temo por la supervivencia de la humanidad.

¿Es verdaderamente el fin del mundo, como predicen tantos filósofos?

22



Llegamos a Terris a principios de semana —leyó Vin—, y debo decir que el paisaje me parece maravilloso. Las grandes montañas al norte, con sus cimas nevadas y sus faldas boscosas, se alzan como dioses guardianes sobre esta tierra de verde fertilidad. Mis propias tierras del sur son muy llanas: creo que resultarían menos monótonas con unas pocas montañas que dieran variedad al terreno.

Aquí la gente se dedica sobre todo al pastoreo, aunque no es raro ver a leñadores y granjeros. Es una tierra de pastos, eso desde luego. Parece extraño que un lugar tan agrícola pudiera ser la cuna de las profecías y las teologías en las que se basa el mundo entero en la actualidad.

Escogimos a un grupo de porteadores terrisanos para que nos guíen por los difíciles pasos montañosos. Sin embargo, no son hombres corrientes. Parece que las historias son ciertas: algunos terrisanos tienen una habilidad destacada que resulta muy intrigante.

De algún modo acumulan fuerzas para usarlas al día siguiente. Antes de dormir, por la noche, se pasan una hora acostados y, durante ese tiempo, se vuelven muy frágiles de aspecto, casi como si hubieran envejecido medio siglo. Sin embargo, cuando se despiertan a la mañana siguiente se vuelven muy musculosos. Al parecer, sus poderes tienen algo que ver con los brazaletes y pendientes de metal que llevan siempre.

El líder de los porteadores se llama Rashek y es bastante taciturno. Sin embargo, Braches (inquisitivo como siempre) ha prometido interrogarlo con la esperanza de descubrir exactamente cómo se consigue esa maravillosa capacidad para hacer acopio de fuerzas.

Mañana comenzaremos la fase final de nuestra peregrinación, las Montañas Lejanas de Terris. Allí, es de esperar que encuentre la paz, tanto para mí como para nuestra pobre tierra.

MIENTRAS LEÍA SU EJEMPLAR DEL diario, Vin tomó rápidamente varias decisiones. Primero, quedó firmemente convencida de que *no* le gustaba leer. Sazed no escuchaba sus quejas: solo decía que no había practicado lo suficiente. ¿No veía que leer no era una habilidad práctica como manejar una daga o recurrir a la alomancia?

A pesar de todo, continuó leyendo según sus órdenes, aunque solo fuera para demostrar testarudamente que podía hacerlo. Le costaba entender muchas de las palabras del diario de viaje y tenía que leer en una zona apartada de la Mansión Renoux donde podía pronunciar las palabras para sí misma, tratando de descifrar el extraño estilo de escritura del lord Legislador.

La lectura continuada la llevó a la segunda conclusión: el lord Legislador era mucho más quejica de lo que tenía derecho a ser ningún dios. Cuando las páginas del libro no estaban llenas de aburridas notas sobre los viajes del lord Legislador, estaban repletas de reflexiones y extensas divagaciones morales. Vin estaba empezando a desear no haber encontrado aquel libro.

Suspiró, acomodándose en su silla de mimbre. Una fresca brisa de principios de primavera agitaba los jardines de abajo, pasando sobre la pequeña fuente a su izquierda. El aire era confortablemente húmedo, y los árboles la protegían del sol de la tarde. Ser noble, incluso una noble falsa, tenía desde luego sus ventajas.

Sonaron pasos tras ella. Estaban lejos, pero Vin se había acostumbrado a quemar un poco de estaño en todo momento. Se dio la vuelta y miró con disimulo por encima del hombro.

—¿Fantasma? —dijo con sorpresa cuando vio al joven Lestibourne recorrer el sendero del jardín—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Fantasma se detuvo, ruborizado.

—Perando que el Dox venga y en sequede.

—¿Dockson? —dijo Vin—. ¿Está aquí también?

¡Tal vez tenga noticias de Kelsier!

Fantasma asintió y se acercó.

—Armas paendaytomá poreñaprimerá vé.

Vin vaciló.

—Me he perdido.

—Teníamos que repartir algunas armas más —dijo Fantasma, esforzándose por no hablar en su dialecto—. Y las almacenaremos aquí durante un tiempo.

—Ah —dijo Vin, levantándose y cepillándose el vestido—. Debería ir a verlo.

Fantasma pareció de pronto avergonzado, se ruborizó de nuevo, y Vin ladeó la cabeza.

—¿Había algo más?

Con un súbito movimiento, Fantasma echó mano al chaleco y sacó algo. Vin avivó peltre en respuesta, pero no era más que un pañuelo blanco y rosa. Fantasma se lo tendió.

Vin lo aceptó, vacilante.

—¿Para qué es esto?

Fantasma se ruborizó otra vez, se dio media vuelta y se marchó.

Vin lo vio irse, desconcertada. Miró el pañuelo. Estaba hecho de suave encaje, pero no parecía haber nada extraño en él.

Qué chico tan raro, pensó, guardándose el pañuelo en la manga. Recogió su ejemplar del diario de viajes y echó a andar por el sendero. Se estaba acostumbrando tanto a llevar vestido que apenas tenía que prestar atención a que las capas inferiores rozaran los matojos o las piedras.

Supongo que eso es en sí mismo una habilidad valiosa, pensó mientras llegaba a la entrada del jardín sin haberse enganchado el vestido en una sola rama. Abrió la puerta de muchos paneles de cristal y detuvo al primer criado que vio.

—¿Ha llegado maese Delton? —preguntó, usando el nombre falso de Dockson. Se hacía pasar por uno de los mercaderes que Renoux tenía como contacto dentro de Luthadel.

—Sí, mi señora —dijo el criado—. Está reunido con lord Renoux.

Vin lo dejó marchar. Hubiese podido participar en la reunión, pero no le pareció bien. Lady Valette no tenía ningún motivo para asistir a un encuentro mercantil entre Renoux y Delton.

Vin se mordió los labios, pensativa. Sazed siempre le decía que tenía que guardar las apariencias. *Bien*, pensó. *Esperaré. Tal vez Sazed pueda decirme qué espera que haga ese muchacho loco con el pañuelo.*

Se marchó a la biblioteca de arriba con la agradable sonrisa propia de una dama mientras trataba de deducir de qué estaban hablando Renoux y Dockson. El hecho de traer las armas era una excusa; Dockson no hubiese hecho personalmente algo tan mundano. Tal vez Kelsier se había retrasado. O tal vez Dockson había entrado por fin en contacto con Marsh: el hermano de

Kelsier, junto con los otros nuevos iniciados de los obligadores, debía llegar pronto a Luthadel.

Dockson y Renoux podrían haberme mandado llamar, pensó, molesta. Valette solía atender a los invitados con su tío.

Sacudió la cabeza. Aunque Kelsier hubiera dicho que era miembro pleno de la banda, los demás obviamente seguían considerándola todavía una niña. Eran amistosos y la aceptaban, pero no parecían incluirla. Quizá lo hicieran sin intención, pero no por eso resultaba menos frustrante.

Había luz en la biblioteca. En efecto, Sazed estaba sentado traduciendo las últimas páginas del diario. Alzó la cabeza cuando Vin entró, sonrió y asintió respetuosamente.

Tampoco lleva gafas esta vez, advirtió Vin. ¿Por qué las usó durante tan poco tiempo antes?

—Señora Vin —dijo, levantándose y acercándose una silla—. ¿Cómo van tus estudios del libro?

Vin contempló las páginas que tenía en la mano.

—Bien, supongo. No comprendo por qué tengo que molestarme en leerlo... Les diste copias a Kel y Brisa también, ¿no?

—Desde luego —respondió Sazed, colocando la silla junto a su mesa—. Sin embargo, maese Kelsier pidió que todos los miembros del grupo leyieran las páginas. Creo que hace bien. Cuantos más ojos lean esas palabras, más probable es que descubramos los secretos ocultos que hay en ellas.

Vin suspiró, se alisó el vestido y se sentó. El vestido blanco y azul era precioso: aunque pretendidamente para uso diario, era solo ligeramente menos lujoso que los vestidos que usaba para las fiestas.

—Debes admitir que el texto es sorprendente —dijo Sazed mientras se sentaba—. Esta obra es el sueño de un guardador. ¡Estoy descubriendo cosas sobre mi cultura que ni siquiera sospechaba!

Vin asintió.

—Acabo de llegar a la parte en que llegan a Terris.

Con suerte, la siguiente contendrá menos listas de suministros. Sinceramente, para tratarse de un dios maligno de la oscuridad puede ser bastante aburrido.

—Sí, sí —dijo Sazed, hablando con extraño entusiasmo—. ¿Has visto que describe Terris como un lugar de «verde fertilidad»? Las leyendas de los guardadores hablan de eso. Terris es ahora una tundra de tierra congelada donde no sobrevive casi ninguna planta. Pero antiguamente fue verde y hermosa, como dice el texto.

Verde y hermosa, pensó Vin. *¿Por qué tiene el verde que ser hermoso? Sería como tener plantas azules o púrpura... solo algo extraño.*

Sin embargo, había algo más en el libro de viajes que despertaba su curiosidad: algo que tanto Sazed como Kelsier no habían querido mencionar.

—Acabo de leer la parte en la que el lord Legislador contrata a unos porteadores de Terris —dijo Vin con cuidado—. Habla de que se volvían más fuertes durante el día porque se dejaban debilitar durante la noche.

Sazed de pronto se volvió más retraído.

—Sí, en efecto.

—¿Sabes algo de esto? ¿Tiene que ver con ser guardador?

—Sí. Pero debe permanecer en secreto, creo. No es que no seas digna de confianza, dama Vin. Sin embargo, cuanta menos gente sepa cosas sobre los guardadores, menos rumores se contarán acerca de nosotros. Lo mejor sería que el lord Legislador empezara a creer que nos ha destruido por completo, tal como ha sido su objetivo durante los últimos mil años.

Vin se encogió de hombros.

—Bien. Esperemos que ninguno de los secretos que Kelsier quiere que descubramos en este texto estén relacionados con los poderes terrisanos... Si lo están, se me han pasado por completo.

Sazed levantó una ceja.

—Ah, bien —dijo Vin desenfadadamente, hojeando las páginas que no había leído—. Parece que se pasa mucho tiempo hablando de los terrisanos. Supongo que no podré ayudar gran cosa cuando Kelsier vuelva.

—Tienes razón —dijo Sazed lentamente—. Aunque lo expreses de manera un poco melodramática.

Vin le dirigió una sonrisa descarada.

—Muy bien —dijo Sazed con un suspiro—. Creo que no deberíamos haberte dejado pasar tanto tiempo con maese Brisa.

—Los hombres del libro de viajes. ¿Son guardadores?

Sazed asintió.

—Lo que ahora llamamos guardadores eran mucho más corrientes entonces... quizás incluso más corrientes que actualmente los brumosos entre los nobles modernos. Nuestro arte se llama «feruquimia»: la habilidad de almacenar ciertos atributos físicos dentro de trozos de metal.

Vin frunció el ceño.

—¿También quemáis metales?

—No —dijo Sazed, sacudiendo la cabeza—. Los feruquimistas no son como los alomantes: no quemamos nuestros metales. Los usamos como depósito. Cada trozo de metal, dependiendo del tamaño y la aleación, puede almacenar cierta calidad física. El feruquimista conserva un atributo y recurre a esa reserva posteriormente.

—¿Atributo? ¿Como la fuerza?

Sazed asintió.

—En el texto, los porteadores de Terris se debilitan durante la noche, acumulando fuerzas en sus brazaletes para usarlas al día siguiente.

Vin estudió el rostro de Sazed.

—¡Por eso llevas tantos pendientes!

—Sí, señora —dijo él, y se subió las mangas. Bajo la túnica llevaba gruesos brazaletes de hierro en los antebrazos—. Mantengo ocultas algunas de mis reservas... pero llevar muchos anillos, pendientes y otras joyas siempre ha sido parte de la cultura de Terris. El lord Legislador intentó prohibir una vez que los terrisanos tocaran o poseyeran metal alguno... de hecho, intentó imponer que llevar metales fuera privilegio de los nobles y no de los skaa.

Vin frunció el ceño.

—Qué extraño —dijo—. Cabría pensar que son los nobles quienes *no* querrían llevar metal, porque eso los haría vulnerables a la alomancia.

—En efecto. Sin embargo, la moda ha sido siempre adornar los vestidos con metal. Comenzó, sospecho, con el deseo del lord Legislador de negar a los terrisanos el derecho a tocar metal. Él mismo empezó a llevar anillos y brazaletes de metal, y los nobles siempre lo imitaron en sus modas. Hoy en día, los más ricos a menudo llevan metal como símbolo de poder y orgullo.

—Parece una estupidez.

—La moda suele serlo. De todas formas, el intento fracasó: muchos nobles solo llevan madera pintada para que parezca metal y los terrisanos consiguieron capear el descontento del lord Legislador en este tema. Sencillamente, era imposible llevar a la práctica que los sirvientes nunca manejen metal. Sin embargo, eso no ha impedido que el lord Legislador tratara de exterminar a los guardadores.

—Os teme.

—Y nos odia. No solo a los feruquimistas, sino a todos los terrisanos. —Sazed colocó una mano sobre la parte del texto que aún no había traducido—. Espero encontrar ese secreto aquí también. Nadie recuerda por qué el lord Legislador persigue al pueblo de Terris, pero sospecho que tiene algo que ver

con esos porteadores. Su líder, Rashek, parece un hombre muy extraño. El lord Legislador habla a menudo de él en su narración.

—Menciona la religión —dijo Vin—. La religión de Terris. Algo sobre unas profecías.

Sazed negó con la cabeza.

—No puedo responder a eso, señora, pues no sé más que tú de la religión de Terris.

—Pero si recopilas religiones. ¿Es que no conoces la tuya propia?

—No —respondió Sazed solemnemente—. Verás, por eso se formaron los guardadores. Hace siglos, mi pueblo ocultó a los últimos feruquimistas de Terris. Las purgas del lord Legislador se volvían muy violentas: eso fue antes de que iniciara el programa reproductor. Entonces no éramos criados ni mayordomos... ni siquiera éramos skaa. Éramos algo que había que destruir.

»Sin embargo, algo impidió que el lord Legislador nos aniquilara por completo. No sé por qué... Quizá pensó que el genocidio era un castigo demasiado laxo. De todas formas, destruyó con éxito nuestra religión durante los dos primeros siglos de su dominio. La organización de guardadores se formó durante el siglo siguiente y sus miembros se dedicaron a descubrir lo que se había perdido y recordarlo para el futuro.

—¿Con feruquimia?

Sazed asintió, pasando los dedos por el brazalete de su brazo derecho.

—Este es de cobre: permite almacenar recuerdos y pensamientos. Cada guardador lleva varios brazaletes como este, llenos de conocimiento: canciones, relatos, oraciones, historias y lenguajes. Muchos guardadores tienen un área de interés concreta (la mía es la religión), pero todos recordamos la colección entera. Si tan solo uno de nosotros sobrevive hasta la muerte del lord Legislador, entonces los habitantes del mundo podrán recuperar todo lo que han perdido. —Hizo una pausa y se bajó la manga—. Bueno, no *todo* lo que se ha perdido. Todavía hay cosas que faltan.

—Vuestra propia religión —dijo Vin en voz baja—. Nunca la encontrasteis, ¿verdad?

Sazed sacudió la cabeza.

—El lord Legislador da a entender en su libro de viajes que fueron nuestros profetas quienes le condujeron al Pozo de la Ascensión, pero incluso esto es información nueva para nosotros. ¿Qué creíamos? ¿A qué, o a quién, adorábamos? ¿De dónde procedían esos profetas de Terris, y cómo predecían el futuro?

—Yo... lo siento.

—Seguimos buscando. Acabaremos por encontrar nuestras respuestas. Aunque no lo hagamos, habremos proporcionado un servicio de valor incalculable a la humanidad. Otra gente nos considera dóciles y serviles, pero a nuestro modo hemos luchado contra él.

Vin asintió.

—¿Y qué otras cosas puedes almacenar? Fuerza y recuerdos. ¿Algo más?

Sazed se la quedó mirando.

—Ya he dicho demasiado. Entiendes la mecánica de lo que hacemos: si el lord Legislador menciona estas cosas en su texto, no te confundirás.

—Capacidad de visión —dijo Vin, alzando la cabeza—. Por eso llevaste gafas durante unas cuantas semanas después de rescatarme. Necesitabas poder ver mejor esa noche, cuando me salvaste, y por eso agotaste tu provisión. Luego pasaste unas semanas con visión débil hasta que pudiste recargarla.

Sazed no respondió al comentario. Tomó su pluma con la evidente intención de volver a su trabajo como traductor.

—¿Alguna cosa más, señora?

—La verdad es que sí —respondió Vin, sacando el pañuelo de su manga—. ¿Tienes idea de lo que es esto?

—Parece un pañuelo, señora.

Vin alzó una ceja.

—Muy gracioso. Has pasado demasiado tiempo con Kelsier, Sazed.

—Lo sé —contestó él con un suspiro—. Creo que me ha corrompido. De todas maneras, no comprendo tu pregunta. ¿Qué tiene de particular ese pañuelo en concreto?

—Eso es lo que quiero saber. Fantasma me lo ha dado hace un ratito.

—Ah. Entonces tiene sentido.

—¿Qué?

—En la sociedad noble, un pañuelo es el regalo tradicional que un joven hace a una dama cuando desea cortejarla en serio.

Vin vaciló y miró anonadada el pañuelo.

—¿Qué? ¿Ese chaval está loco?

—Creo que la mayoría de los hombres de su edad están un poco locos —dijo Sazed con una sonrisa—. Sin embargo, no es inesperado. ¿No te has dado cuenta de cómo te mira cuando entras en la habitación?

—Solo me parece que es un poco raro. ¿En qué está pensando? Es mucho más joven que yo.

—El muchacho tiene quince años, Vin. Solo tiene uno menos que tú.

—Dos —dijo Vin—. Cumplí diecisiete la semana pasada.

—De todas maneras, no es mucho más joven que tú.

Vin miró al cielo.

—No tengo tiempo para sus atenciones.

—Cabría pensar que agradecerías las oportunidades que tienes. No todo el mundo es tan afortunado.

Vin hizo una mueca para sus adentros. *Es un eunuco, idiota.*

—Sazed, lo siento. Yo...

Sazed agitó una mano.

—Es algo de lo que nunca he sabido lo suficiente, señora. Tal vez soy afortunado... Viviendo en los bajos fondos no es fácil criar una familia. Vaya, el pobre maese Hammond lleva meses alejado de su esposa.

—¿Ham está casado?

—Pues claro. Igual que maese Yeden, creo. Protegen a sus familias separándolas de las actividades del submundo, pero para eso tienen que pasar largos períodos de tiempo separados.

—¿Quién más? —preguntó Vin—. ¿Brisa? ¿Dockson?

—Maese Brisa está un poco demasiado... centrado en sí mismo para tener familia, creo. Maese Dockson no ha hablado de su vida sentimental, pero sospecho que hay algo doloroso en su pasado. Eso no es nada extraño en los skaa de las plantaciones, como cabría esperar.

—¿Dockson es de una plantación? —preguntó Vin, un tanto sorprendida.

—Naturalmente. ¿Es que no hablas nunca con tus amigos?

Amigos. Tengo amigos. Era una idea extraña.

—Tendría que continuar con mi trabajo —dijo Sazed—. Lamento tener que despedirte, pero casi he terminado la traducción...

—Por supuesto —dijo Vin, poniéndose en pie y alisándose el vestido—. Gracias.

ENCONTRÓ A DOCKSON SENTADO EN el estudio de invitados, escribiendo en silencio en un papel, con un montón de documentos perfectamente organizados al lado. Llevaba un traje de noble clásico, y como siempre parecía más cómodo con esa ropa que los demás. Kelsier era descarado, Brisa, inmaculado y llamativo, pero Dockson... sencillamente llevaba con naturalidad aquel atuendo.

Alzó la cabeza al verla entrar.

—¿Vin? Lo siento... tendría que haberte mandado llamar. Por algún motivo supuse que estabas fuera.

—A menudo lo estoy, de un tiempo a esta parte —respondió Vin, cerrando la puerta—. Hoy me he quedado en casa: escuchar a las nobles parlotear en el almuerzo puede ser un poco pesado.

—Me lo imagino —sonrió Dockson—. Siéntate.

Vin asintió con la cabeza y entró en la habitación. Era un lugar tranquilo, decorado con colores cálidos y maderas oscuras. Todavía había un poco de luz en el exterior, pero Dockson ya había corrido las cortinas y trabajaba a la luz de las velas.

—¿Alguna noticia de Kelsier? —preguntó Vin mientras se sentaba.

—No —respondió Dockson, haciendo a un lado el documento—. Pero era de esperar. No iba a estar mucho tiempo en las cuevas, así que enviar un mensajero de vuelta habría sido un poco tonto... como alomante, él podría llegar incluso antes que un hombre a caballo. Sea como sea, sospecho que llegará unos cuantos días tarde. Después de todo, estamos hablando de Kel.

Vin asintió y guardó silencio un momento. No había pasado tanto tiempo con Dockson como con Kelsier y Sazed... o con Ham y Brisa. Sin embargo, parecía un hombre agradable. Muy estable y muy listo. Mientras que la mayoría de los otros contribuía con algún tipo de poder alomántico al grupo, Dockson era valioso por su capacidad organizativa.

Cuando había que conseguir algo (como los vestidos de Vin), Dockson se encargaba de hacerlo. Cuando había que alquilar un edificio, procurar suministros u obtener un permiso, Dockson hacía que sucediera. No estaba en primera fila, engañando a nobles, luchando en las brumas o reclutando soldados. Sin embargo, sin él, Vin sospechaba que todo el grupo se haría pedazos.

Es un hombre agradable, se dijo. *No le importará si se lo pregunto.*

—Dox, ¿cómo era vivir en una plantación?

—¿Hummm? ¿La plantación?

Vin asintió.

—Creciste en una, ¿no? ¿Eres un skaa de plantación?

—Sí —dijo Dockson—. O al menos lo fui. ¿Cómo era? No estoy seguro de cómo responder, Vin. Era una vida dura, pero la mayoría de los skaa lleva una vida dura. No se me permitía salir sin permiso de la plantación, ni salir siquiera de la comunidad. Comíamos de manera más regular que un montón

de skaa callejeros, pero trabajábamos tan duro como cualquier trabajador de fábrica. Quizá más.

»Las plantaciones son algo distintas de las ciudades. Allí, cada lord es su propio amo. En teoría, el lord Legislador es el dueño de los skaa, pero los nobles los alquilan y se les permite matar a tantos como quieran. Cada lord solo tiene que asegurarse de entregar las cosechas.

—Lo dices con una... frialdad.

Dockson se encogió de hombros.

—Ha pasado tiempo desde que vivía allí, Vin. No creo que la plantación fuera demasiado traumática. Era solo la vida... No conocíamos nada mejor. De hecho, ahora sé que de entre los lores de las plantaciones el mío era bastante compasivo.

—¿Por qué te marchaste, entonces?

Dockson dudó.

—Sucedió... algo —dijo, con voz casi melancólica—. ¿Conoces la ley que dice que un lord puede acostarse con cualquier mujer skaa que desee?

Vin asintió.

—Únicamente tiene que matarla cuando termine.

—O poco después —dijo Dockson—. Lo bastante rápido para que no engendre hijos mestizos.

—¿El lord tomó a una mujer que amabas, entonces?

Dockson asintió.

—No hablo mucho de ello. No porque no pueda, sino porque creo que sería inútil. No soy el único skaa que perdió a un ser querido por la pasión de un lord, o incluso por la indiferencia de un lord. De hecho, apuesto a que tendrías problemas para encontrar a un skaa que *no* tenga a algún ser querido que no haya sido asesinado por la aristocracia. Es solo... como son las cosas.

—¿Quién era ella?

—Una chica de la plantación. Como decía, mi historia no es original. Recuerdo... colarme entre las chozas por las noches para estar con ella. Toda la comunidad nos siguió el juego, ocultándonos de los capataces... Se suponía que yo no podía salir después de oscurecer, ya sabes. Me interné entre las brumas por primera vez, por ella, y aunque muchos me consideraron un necio por salir de noche, otros superaron sus supersticiones y me ayudaron. Creo que el romance los inspiró; Kareien y yo recordamos a todos que había algo por lo que vivir.

»Cuando lord Devinshae se llevó a Kareien... y luego devolvió su cuerpo a las chozas para que fuera enterrado... algo... murió en las chozas de los skaa. Me marché esa noche. No sabía que hubiera una vida mejor, pero no podía quedarme, no con la familia de Kareien allí, no con lord Devinshae viéndonos trabajar...

Dockson suspiró, sacudiendo la cabeza. Vin por fin vio emoción en su cara.

—¿Sabes? A veces hasta me sorprende que lo intentemos —dijo él—. Con todo lo que nos han hecho (las muertes, las torturas, las agonías) cabría pensar que renunciaríamos a cosas como la esperanza y el amor. Pero no lo hacemos. Los skaa siguen enamorándose. Siguen tratando de tener familia y siguen afanándose. Quiero decir... aquí estamos, luchando en la loca guerra de Kel, resistiéndonos a un dios que sabemos que va a matarnos a todos.

Vin no dijo nada, tratando de comprender el horror de lo que él describía.

—Yo... creía que habías dicho que tu señor era amable.

—Sí, y lo era —replicó Dockson—. Lord Devinshae rara vez mataba a palizas a sus skaa y solo purgaba a los viejos cuando la población se descontrolaba por completo. Tiene una reputación impecable entre la nobleza. Lo habrás visto en alguno de los bailes... Ha estado en Luthadel recientemente, para pasar el invierno, entre las temporadas de plantación.

Vin sintió frío.

—¡Dockson, eso es horrible! ¿Cómo pueden dejar a un monstruo semejante entre ellos?

Dockson frunció el ceño y luego se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando los brazos sobre la mesa.

—Vin, *todos* son así.

—Sé que eso es lo que dicen algunos skaa, Dox —respondió Vin—. Pero la gente de los bailes no es así. Los he conocido, he bailado con ellos. Dox, muchos de ellos son buena gente. Creo que no se dan cuenta de lo terribles que son las cosas para los skaa.

Dockson la miró con expresión extraña.

—¿De verdad estoy oyendo esto de ti, Vin? ¿Por qué crees que luchamos contra ellos? ¿No te das cuenta de las cosas de las que esa gente, toda esa gente, es capaz?

—Crueldad, tal vez —dijo Vin—. E indiferencia. Pero no son monstruos... no todos ellos. No como tu antiguo lord de la plantación.

Dockson sacudió la cabeza de nuevo.

—No los ves como son, Vin. Un noble puede violar y asesinar a una mujer skaa una noche y ser alabado por su moralidad y virtud al día siguiente. Para ellos los skaa no son personas. Las mujeres nobles ni siquiera consideran que sus señores las engañan cuando se acuestan con una mujer skaa.

—Yo... —Vin no supo qué decir, cada vez más insegura. Esa era una parte de la cultura noble a la que no había querido enfrentarse. Las palizas tal vez pudiera perdonarlas, pero eso...

—Te estás dejando engañar, Vin. Estas cosas son menos visibles en las ciudades porque hay casas de prostitución, pero los asesinatos siguen. Algunos burdeles usan a mujeres de muy pobre cuna, pero nobles. La mayoría, sin embargo, mata periódicamente a sus prostitutas skaa para contentar a los inquisidores.

Vin se sintió un poco débil.

—Yo... conozco los burdeles, Dox. Mi hermano siempre me amenazaba con venderme a uno. Pero que los burdeles existan no significa que todos los hombres vayan a ellos. Hay montones de obreros que no visitan los burdeles skaa.

—Los nobles son diferentes, Vin —dijo Dockson severamente—. Son criaturas horribles. ¿Por qué crees que no me quejo cuando Kelsier los mata? ¿Por qué crees que trabajo para derrocar su gobierno? A alguno de esos niños bonitos con los que bailas deberías preguntarle con qué frecuencia se han acostado con una mujer skaa a la que sabían que matarían poco después. Todos lo han hecho, en un momento u otro.

Vin agachó la cabeza.

—No se les puede redimir, Vin —dijo Dockson. No parecía tan apasionado por el tema como Kelsier, tan solo... resignado—. No creo que Kel sea feliz hasta que estén todos muertos. Dudo que lleguemos tan lejos, o incluso que podamos hacerlo, pero yo, por mi parte, me sentiría más que contento si viera su sociedad desmoronarse.

Vin no dijo nada. *Todos no pueden ser así*, pensó. *Son tan hermosos, tan distinguidos. Elend nunca ha tomado y asesinado a una mujer skaa... ¿verdad?*

Apenas duermo unas cuantas horas cada noche. Debemos continuar adelante, viajando cuanto podamos cada día, pero cuando finalmente me acuesto, el sueño me elude. Los mismos pensamientos que me preocupan durante el día aumentan en la quietud de la noche.

Y, por encima de todo, oigo los golpeteos de las alturas, los pulsos de las montañas. Atrayéndome con cada latido.

23



—DICEN QUE LA MUERTE DE los hermanos Geffenry fue en venganza por el asesinato de lord Entrone —dijo lady Kliss en voz baja.

Tras el grupo de Vin, los músicos tocaban en el escenario, pero se hacía tarde ya y poca gente bailaba.

El círculo de asistentes a la fiesta que rodeaba a lady Kliss frunció el ceño al oír la noticia. Eran unos seis, incluyendo a Vin y su acompañante, un tal Milen Davenpleu, un joven heredero de una casa menor.

—Vamos, Kliss —dijo Milen—. Las Casas Geffenry y Tekiel son aliadas. ¿Por qué iba Tekiel a asesinar a dos nobles Geffenry?

—¿Por qué, eh? —respondió Kliss, inclinándose hacia delante con un gesto conspirador, con su enorme moño rubio oscilando levemente. Kliss no tenía demasiado sentido de la moda. Sin embargo, era una excelente fuente de chismorreos—. ¿Recuerdas cuando encontraron muerto a lord Entrone en los jardines de Tekiel? —preguntó—. Bueno, *parecía* obvio que uno de los enemigos de la Casa Tekiel lo había asesinado. Pero la Casa Geffenry ha estado solicitando una alianza a Tekiel... Al parecer, una facción de la casa pensó que si sucedía algo que enardeciera a los Tekiel, estarían más dispuestos a buscar aliados.

—¿Estás diciendo que Geffenry mató *a propósito* a un aliado Tekiel? —preguntó Rene, el acompañante de Kliss. Arrugó su ancha frente con gesto

pensativo.

Kliss le dio un golpecito en el brazo.

—No te preocupes demasiado, querido —le aconsejó, y luego volvió ansiosamente a la conversación—. ¿No lo veis? Al matar en secreto a lord Entrone, Geffenry esperaba conseguir la alianza que necesita. *Eso* le daría acceso a las rutas por el canal hacia las llanuras del este.

—Pero le salió mal —dijo Milen, pensativo—. Tekiel descubrió la añagaza y mató a Ardous y Callins.

—Bailé con Ardous un par de veces en la última fiesta —dijo Vin. *Ahora está muerto, su cadáver abandonado en las calles junto a un arrabal skaa.*

—¿Sí? —preguntó Milen—. ¿Era bueno?

Vin se encogió de hombros.

—No mucho.

¿Eso es todo lo que sabes preguntar, Milen? ¿Un hombre ha muerto y solo quieres saber si me gustaba más que tú?

—Bien, ahora está bailando con los gusanos —dijo Tyden, el último hombre del grupo.

Milen dejó escapar una risa forzada, más de lo que el comentario merecía. Los intentos de Tyden por hacer gracia generalmente dejaban algo que desear. Parecía el tipo que se habría sentido más a gusto con los rufianes de la banda de Camon que con los nobles de un salón de baile.

Naturalmente, Dox dice que en el fondo todos son así.

La conversación que había mantenido con Dockson todavía dominaba sus pensamientos. Cuando Vin había empezado a asistir a las fiestas de los nobles aquella primera noche (la noche que estuvieron a punto de matarla), todo le había parecido falso. ¿Cómo había olvidado su primera impresión? ¿Cómo se había dejado atrapar y había empezado a admirar su pose y su esplendor?

Ahora, el brazo de los nobles alrededor de su cintura la hacía rechinar los dientes, como si pudiera sentir la podredumbre en sus corazones. ¿A cuántas skaa había matado Milen? ¿Y Tyden? Parecía el tipo capaz de disfrutar una noche de putas.

Pero, de todas formas, ella les seguía el juego. Finalmente, se había puesto el vestido negro aquella noche, obedeciendo a la necesidad de diferenciarse de las otras mujeres con sus colores vivos y sus sonrisas resplandecientes. Sin embargo, no podía evitar la compañía de los demás: Vin había empezado por fin a ganarse la confianza que necesitaba su banda. Kelsier estaría encantado de conocer que su plan para la Casa Tekiel estaba funcionando, y eso no era lo

único que ella había podido descubrir. Tenía docenas de pequeños fragmentos de información que serían vitales para los esfuerzos de la banda.

Uno de esos fragmentos era acerca de la Casa Venture. La familia se estaba atrincherando para lo que se esperaba que fuera una prolongada guerra entre casas; una prueba de ello era el hecho de que Elend asistía a muchos menos bailes que antes. No es que a Vin le importara. Cuando asistía, normalmente la evitaba, y en realidad ella no quería hablar con él. El recuerdo de lo que le había dicho Dockson la hacía sospechar que mantener con Elend una actitud cortés le resultaría complicado.

—¿Milen? —preguntó lord Rene—. ¿Sigues planeando unirte a nosotros para jugar mañana a las conchas?

—Por supuesto, Rene.

—¿No lo prometiste la última vez? —preguntó Tyden.

—Estaré allí —dijo Milen—. La última vez me salió un compromiso.

—¿Y no volverá a salirte otra vez? Sabes que no podemos jugar a menos que tengamos un cuarto hombre. Si no vas a asistir, podríamos invitar a otro...

Milen suspiró, y luego alzó una mano haciendo un gesto brusco hacia el lado. El movimiento llamó la atención de Vin, que solo había estado escuchando a medias la conversación. Miró a un lado y casi dio un respiño al ver a un obligador acercarse al grupo.

Hasta ese momento había conseguido evitar a los obligadores en los bailes. Después de su primer encuentro con un alto prelado, unos meses antes (y la subsiguiente alerta de un inquisidor), había temido acercarse a ninguno.

El obligador se aproximó, sonriendo de una manera algo torcida. Tal vez fueran los brazos cruzados con las manos ocultas por dentro de las mangas grises. Tal vez fueran los tatuajes alrededor de los ojos, arrugados por la vejez. Tal vez fuera la manera en que sus ojos la miraban, como si pudieran ver a través de su disfraz. No se trataba solo de un noble: era un *obligador*, los ojos del lord Legislador, el que aplicaba su ley.

El obligador se detuvo al llegar junto al grupo. Sus tatuajes lo identificaban como miembro del Cantón de la Ortodoxia, el principal brazo burocrático del Ministerio. Miró al grupo y habló con voz suave.

—Sí?

Milen sacó unas cuantas monedas.

—Prometo reunirme con estos dos para jugar a las conchas mañana —dijo, tendiendo las monedas al viejo obligador.

Parecía un motivo algo tonto para llamar a un obligador... o al menos eso pensó Vin. El obligador, sin embargo, no se rio ni recalcó la frivolidad de la demanda. Se limitó a sonreír, acariciando las monedas con la misma destreza que cualquier ladrón.

—Soy testigo de ello, lord Milen —dijo.

—¿Satisfechos? —les preguntó Milen a los otros dos.

Ellos asintieron.

El obligador se dio media vuelta, sin dirigir a Vin otra mirada, y se marchó. Ella dejó escapar un silencioso suspiro al ver que se iba.

Deben de saber todo lo que sucede en la corte, advirtió. *Si la nobleza los llama para que sean testigos de algo tan simple...* Cuanto más sabía sobre el Ministerio, más se daba cuenta de lo astuto que había sido el lord Legislador al organizarlos. Eran testigos de cada contrato mercantil; Dockson y Renoux tenían que tratar con los obligadores casi a diario. Solo ellos podían autorizar matrimonios, divorcios, compras de terrenos o ratificar títulos hereditarios. Si un obligador no había actuado como testigo de un hecho, no había sucedido, y si uno no había sellado un documento, entonces bien podría no haber sido escrito.

Vin sacudió la cabeza mientras la conversación pasaba a otros temas. La noche había sido larga y su mente estaba llena de información que anotar en el camino de vuelta a Fellise.

—Disculpe, lord Milen —dijo, posando una mano en su brazo... aunque tocarlo la hizo temblar levemente—. Creo que tal vez sea hora de que me retire.

—La acompañaré a su carroaje.

—No será necesario —dijo ella dulcemente—. Quiero refrescarme y luego tendré que esperar a mi terrisano, de todas formas. Iré a sentarme a nuestra mesa.

—Muy bien —respondió él, asintiendo respetuosamente.

—Vete siquieres, Valette —dijo Kliss—. Pero nunca sabrás la noticia que tengo sobre el Ministerio...

Vin se detuvo.

—¿Qué noticia?

Los ojos de Kliss chispearon y miró al obligador que se marchaba.

—Los inquisidores zumban como insectos. Han golpeado *al doble* de bandas skaa que de costumbre estos últimos meses. Ni siquiera hacen prisioneros para ejecutarlos: los matan a todos.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Milen, escéptico. Parecía tan sincero y noble. Nadie hubiese sospechado lo que realmente era.

—Tengo mis fuentes —contestó Kliss con una sonrisa—. Los inquisidores han encontrado a otra banda esta misma tarde. Un escondite no muy lejos de aquí.

Vin sintió un escalofrío. No estaban *muy* lejos del taller de Clubs... *No, no pueden ser ellos. Dockson y los demás son demasiado listos. Incluso sin Kelsier en la ciudad, estarán a salvo.*

—Malditos ladrones —escupió Tyden—. Los malditos skaa no saben cuál es su sitio. ¿No es la comida y la ropa que les damos suficiente saqueo de nuestros bolsillos?

—Es sorprendente que las criaturas puedan sobrevivir como ladrones —dijo Carlee, la joven esposa de Tyden, con su habitual vocecita ronroneante—. No imagino qué incompetente puede dejar que los skaa le roben.

Tyden se ruborizó y Vin lo miró con curiosidad. Carlee rara vez hablaba excepto para lanzar una pulla contra su marido. *Deben de haberle robado. ¿Un timo, tal vez?*

Atesorando la información para investigarla más tarde, Vin se volvió para marcharse... Un movimiento que la plantó cara a cara con una recién llegada al grupo: Shan Elariel.

La exprometida de Elend iba inmaculada, como de costumbre. Su largo cabello castaño tenía un brillo casi luminoso y su preciosa figura le recordó a Vin lo flaca que estaba. Consciente de su propia importancia de un modo que podía hacer que incluso una persona confiada se sintiera insegura, Shan era, como Vin estaba empezando a comprender, exactamente lo que la mayoría de los aristócratas consideraba la mujer perfecta.

Los hombres del grupo saludaron respetuosamente con la cabeza y las mujeres hicieron una reverencia, honradas de que alguien tan importante se uniera a su conversación. Vin miró a un lado, tratando de escapar, pero Shan estaba justo delante.

Shan sonrió.

—Ah, lord Milen —le dijo al acompañante de Vin—, lástima que su cita de esta noche enfermara. Parece que se ha tenido que contentar con las pocas opciones que quedaban.

Milen se ruborizó, pues el comentario de Shan lo situaba hábilmente en una situación difícil. ¿Defendía a Vin y se ganaba con ello la ira de una mujer

muy poderosa? ¿O en cambio convenía con lo dicho e insultaba por tanto a su acompañante?

Tomó la salida del cobarde: ignoró el comentario.

—Lady Shan, es un honor que se una a nosotros.

—Por supuesto —dijo Shan llanamente, los ojos brillando de placer mientras advertía la incomodidad de Vin.

¡Maldita mujer!, pensó Vin. Parecía que cada vez que Shan se aburría buscaba a Vin para ponerla en ridículo.

—No obstante, me temo que no he venido a charlar —dijo Shan—. Por desagradable que pueda ser, tengo asuntos que tratar con esta niña Renoux. ¿Nos disculpan?

—Naturalmente, mi señora —dijo Milen, retrocediendo—. Lady Valette, gracias por su compañía esta noche.

Vin le asintió a él y a los demás, sintiéndose un poco como un animal herido abandonado por el rebaño. No tenía ninguna ganas de lidiar con Shan aquella noche.

—Lady Shan —dijo, una vez que estuvieron a solas—. Creo que su interés en mí carece de fundamento. No he pasado mucho tiempo con Elend últimamente.

—Lo sé —respondió Shan—. Parece que sobreestimé tu competencia, niña. Cualquiera pensaría que, en caso de ganarte el favor de un hombre mucho más importante que tú, no lo dejarías escapar tan fácilmente.

¿No debería estar celosa?, pensó Vin, reprimiendo un escalofrío mientras sentía el inevitable contacto de la alomancia de Shan sobre sus emociones. *¿No debería odiarme por ocupar su lugar?*

Pero los nobles no actuaban de esa forma. Vin no era nada: una diversión momentánea. Shan no estaba interesada en reconquistar el afecto de Elend: solo quería desquitarse del hombre que la había despreciado.

—Una chica inteligente se colocaría en situación de utilizar la única ventaja que tiene —dijo Shan—. Si crees que cualquier otro noble importante te prestará atención alguna vez, estás muy equivocada. A Elend le gusta escandalizar a la corte... así que, naturalmente, eligió para hacerlo a la mujer más pueblerina y simple que pudo hallar. Aprovecha esta oportunidad: no encontrarás a otro pronto.

Vin apretó los dientes contra los insultos y la alomancia: Shan obviamente era una experta en el arte de obligar a la gente a aceptar los abusos que quisiera cometer.

—Bien —dijo Shan—. Quiero información sobre ciertos textos que Elend tiene en su poder. *Sabes leer, ¿no?*

Vin asintió bruscamente.

—Bien. Lo único que tienes que hacer es memorizar los títulos de sus libros... No mires las portadas, pueden confundirte. Lee las primeras páginas y luego infórmame.

—¿Y si en lugar de eso le dijera a Elend lo que está planeando?

Shan se echó a reír.

—Querida, no *sabes* lo que estoy planeando. Además, parece que estás haciendo algunos progresos en la corte. Sin duda, te das cuenta de que *traicionarme* no es algo que ni siquiera puedas plantearte.

Con esas palabras, Shan se marchó, para ser rodeada al momento por un grupo de jóvenes nobles. Debilitado el poder aplacador de Shan, Vin sintió que su frustración y su ira aumentaban. Hubo una época en que se habría quitado de en medio sin más, con el ego demasiado herido ya como para molestarse por los insultos de Shan. Esa noche, sin embargo, deseó poder contraatacar.

Cálmate. Esto es bueno. Te has convertido en un peón en los planes de una Gran Casa: la mayoría de los nobles menores soñaría con una oportunidad semejante.

Suspiró, retirándose hacia la mesa vacía que había compartido con Milen. El baile esa noche se celebraba en el maravilloso Torreón de Hasting. Su alta y cilíndrica atalaya central estaba rodeada por seis torres auxiliares, cada una erigida a corta distancia del edificio principal y conectada a él por un puente colgante. Las siete torres estaban adornadas con diseños sinuosos de cristal tintado.

El salón de baile ocupaba la planta superior de la ancha torre central. Por fortuna, un sistema de plataformas con poleas tiradas por skaa evitaba que los nobles invitados tuvieran que subir andando hasta allí. El salón en sí no era tan espectacular como algunos de los que Vin había visto: solo una cámara cuadrada con techos en cúpula y vidrieras rodeando el perímetro.

Es curioso, lo fácil que es acostumbrarse, pensó Vin. Tal vez por eso los nobles pueden hacer todas esas cosas terribles. Llevan tanto tiempo matando que ya no les inquieta.

Le pidió a un criado que fuera a buscar a Sazed y se sentó a descansar. *Ojalá Kelsier se dé prisa y regrese pronto*, pensó. La banda, Vin incluida, parecía menos motivada sin él cerca. No es que no quisiera trabajar, pero la viva inteligencia y el optimismo de Kelsier la ayudaban a seguir adelante.

Alzó la cabeza por casualidad y sus ojos se toparon con Elend Venture, que charlaba con un grupito de jóvenes nobles. Se envaró. Una parte de ella (la parte de Vin) quiso escabullirse y esconderse. Cabía bajo la mesa, con vestido y todo.

Sin embargo, curiosamente, descubrió que su parte de Valette era más fuerte. *Tengo que hablar con él*, pensó. *No por Shan, sino porque tengo que averiguar la verdad. Dockson está exagerando. Tiene que estar haciéndolo.*

¿Cuándo se había vuelto tan combativa? Mientras se levantaba, Vin se sorprendió por su firme resolución. Cruzó el salón de baile, comprobando brevemente su vestido negro mientras caminaba. Uno de los compañeros de Elend le dio un golpecito en el hombro y señaló con la cabeza a Vin. Elend se volvió y los otros dos hombres se apartaron.

—Vaya, Valette —dijo el joven cuando se le puso delante—. He llegado tarde. Ni siquiera sabía que estuvieras aquí.

Mentiroso. Claro que lo sabías. Valette no se perdería el baile de Hasting. ¿Cómo abordar el tema? ¿Cómo preguntar?

—Me has estado evitando —dijo.

—Bueno, yo no diría eso. He estado ocupado. Asuntos de la Casa, ya sabes. Además, te advertí que era grosero... —Guardó silencio—. ¿Valette? ¿Todo va bien?

Vin advirtió que moqueaba levemente y sintió una lágrima en su mejilla. *¡Idiota!*, pensó, frotándose los ojos con el pañuelo de Lestibournes. *¡Te echarás a perder el maquillaje!*

—¡Valette, estás temblando! —dijo Elend, preocupado—. Ven, vamos al balcón a que te dé el aire.

Ella permitió que la apartara de los sonidos de la música y la charla y salieron al aire tranquilo y oscuro del balcón, uno de los muchos que sobresalían de la cima de la torre central Hasting y que en aquel momento estaba vacío. Uno único farol de piedra formaba parte de la balaustrada y algunas plantas de buen gusto adornaban las esquinas.

La bruma flotaba en el aire, dominante como siempre, aunque el balcón estaba lo suficientemente cerca del calor de la torre como para que allí no fuera densa. Elend no le prestó atención. Como la mayoría de los nobles, consideraba que el miedo a la bruma era una necia superstición skaa... cosa que, suponía Vin, era cierta.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Elend—. Lo admito, te he estado ignorando. Lo siento. No te lo merecías, pero es que yo... bueno, me pareció

que estabas encajando tan bien que no necesitabas que un tipo problemático como yo te...

—¿Te has acostado alguna vez con una mujer skaa? —preguntó Vin.

Elend levantó ambas cejas, sorprendido.

—¿De *eso* se trata? ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Lo has hecho? —exigió saber Vin.

Lord Legislador. Es cierto.

—Siéntate —dijo Elend, acercándole una silla.

—Es cierto, ¿no? —preguntó ella, sentándose—. Lo has hecho. Él tenía razón, *todos* sois unos monstruos.

—Yo...

Elend colocó una mano sobre el brazo de Vin, pero ella lo apartó, solo para sentir que una lágrima le corría por la cara y le manchaba el vestido. Se secó los ojos, ensuciando el pañuelo de maquillaje.

—Sucedió cuando yo tenía trece años —dijo Elend en voz baja—. Mi padre pensó que era el momento de que me convirtiera en «un hombre». Yo ni siquiera sabía que iban a matar a la chica después, Valette. De verdad, no lo sabía.

—¿Y después de eso? —insistió ella, enfadada—. ¿A cuántas muchachas has asesinado, lord Venture?

—¡A ninguna! Nunca, Valette. No después de que descubriera lo que pasó aquella primera vez.

—¿Esperas que te crea?

—No lo sé —dijo Elend—. Mira, sé que las mujeres de la corte suelen tachar a los hombres de brutos, pero tienes que creerme. No todos somos así.

—Me dijeron que lo eras.

—¿Quién? ¿La nobleza rural? Valette, no nos conocen. Tienen envidia porque nosotros controlamos la mayoría de los canales... Y puede que tengan razón. Sin embargo, su envidia no nos convierte en gente terrible.

—¿Qué porcentaje? —preguntó Vin—. ¿Cuántos nobles hacen estas cosas?

—Tal vez un tercio —dijo Elend—. No estoy seguro. No es gente que yo suela frecuentar.

Ella quería creerlo y ese deseo tendría que haberla vuelto más escéptica. Pero al mirar aquellos ojos, ojos que siempre le habían parecido tan sinceros, se sintió vacilar. Por primera vez que ella pudiera recordar, apartó por completo los susurros de Reen y, sencillamente, creyó.

—Un tercio —susurró. *Tantos. Pero eso es mejor que todos ellos.* Se llevó la mano a los ojos para secárselos y Elend vio el pañuelo.

—¿Quién te ha regalado eso? —preguntó con curiosidad.

—Un pretendiente.

—¿El que te ha estado contando todas esas cosas sobre mí?

—No, ese fue otro —dijo Vin—. Él... dijo que todos los nobles... o más bien todos los nobles de Luthadel eran gente terrible. Dijo que las mujeres de la corte ni siquiera consideran que las engañan cuando sus maridos se acuestan con putas skaa.

Elend bufó.

—Tu informador no conoce muy bien a las mujeres, entonces. Te reto a que me encuentres una dama a quien no le moleste que su esposo se divierta con otra... sea skaa o noble.

Vin asintió, tomó aire y se calmó. Se sentía ridícula... pero también en paz. Elend se arrodilló junto a su silla, todavía claramente preocupado.

—Bueno —dijo ella—. ¿Tu padre forma parte de ese tercio?

Elend se ruborizó a la tenue luz y agachó la cabeza.

—Le gustan toda clase de mujeres... skaa, nobles, no le importa. Todavía pienso en aquella noche, Valette. Desearía... no sé.

—No fue culpa tuya, Elend. Solo eras un chico de trece años que hacía lo que le dijo su padre.

Elend apartó la mirada, pero ella ya había visto la ira y la culpa en sus ojos.

—Alguien tiene que impedir que sucedan estas cosas —dijo, y Vin se asombró por la pasión de su voz.

Este es un hombre que se preocupa, pensó. Un hombre como Kelsier o como Dockson. Un buen hombre. ¿Por qué no pueden verlo?

Finalmente, Elend suspiró, se levantó y acercó una silla. Se sentó, el codo contra el reposabrazos, y se pasó la mano por el pelo alborotado.

—Bueno, quizás no seas la primera dama a la que hago llorar en un baile, pero sí la primera a la que hago llorar que me preocupa sinceramente. Mi caballerosidad ha alcanzado nuevas cotas.

Vin sonrió.

—No es por ti —dijo, echándose atrás—. Han sido... unos meses muy duros. Cuando me enteré de estas cosas, no pude aceptarlas.

—Hay que combatir la corrupción de Luthadel —dijo Elend—. El lord Legislador ni siquiera la ve... no quiere hacerlo.

Vin asintió, luego miró a Elend.

—¿Por qué me *has estado* evitando exactamente?

Elend volvió a ruborizarse.

—Supuse que tenías nuevos amigos que te mantenían ocupada.

—¿Y eso qué significa?

—No me gusta mucha de esa gente a la que has estado frecuentando, Valette. Has conseguido encajar muy bien en la sociedad de Luthadel y he descubierto que jugar a la política cambia a la gente.

—Eso es fácil de decir —repuso Vin—. Sobre todo cuando estás en la *cima* de la estructura política. Puedes permitirte ignorar la política... Algunos no somos tan afortunados.

—Supongo.

—Además, tú juegas a la política igual que el resto. ¿O vas a decirme que tu interés inicial no se debió al deseo de fastidiar a tu padre?

Elend alzó las manos.

—Muy bien, considérame justamente castigado. Fui un necio y un cabeza de chorlito. Es cosa de familia.

Vin suspiró, se acomodó en su asiento y sintió el frío susurro de la bruma en sus mejillas húmedas. Elend no era un monstruo; en eso lo creía. Tal vez fuese un necio, pero Kelsier la estaba afectando. Empezaba a confiar en la gente que la rodeaba y no había nadie en quien quisiera confiar más que en Elend Venture.

Y, si no estaban directamente relacionados con Elend, le parecía más fácil soportar los horrores de la relación nobles-skaa. Aunque un tercio de los nobles asesinara a mujeres skaa, debía de haber algo salvable en esa sociedad. La nobleza no tendría que ser purgada: esa era *su* propia táctica. Vin tendría que asegurarse de que ese tipo de cosas no le sucedieran a nadie, fuese de la sangre que fuese.

Lord Legislador, pensó, *estoy empezando a pensar como los demás... Es casi como si pensara que podemos cambiar las cosas.*

Miró a Elend, que estaba sentado de espaldas a las brumas. Parecía pensativo.

He despertado malos recuerdos, pensó Vin, sintiéndose culpable. *No me extraña que odie tanto a su padre.* Anheló hacer algo que le ayudara a sentirse mejor.

—Elend —dijo, llamando su atención—. Son como nosotros.

Él alzó la mirada.

—¿Cómo?

—Los skaa de las plantaciones —explicó Vin—. Me preguntaste por ellos una vez. Tuve miedo, así que actué como una noble... pero pareciste decepcionado cuando no dije nada más.

Él se inclinó hacia delante.

—Entonces ¿*has* estado alguna vez con los skaa?

Vin asintió.

—Muchas veces. Demasiadas, si le preguntas a mi familia. Tal vez por eso me enviaron aquí. Conocí muy bien a algunos skaa... a un hombre mayor, en concreto. Perdió a alguien, a una mujer a la que amaba, por un noble que quería un juguete para pasar la noche.

—¿En tu plantación?

Vin negó rápidamente con la cabeza.

—Se escapó y llegó a las tierras de mi padre.

—¿Y lo escondiste? —preguntó Elend, sorprendido—. ¡Se supone que los skaa fugitivos tienen que ser ejecutados!

—Le guardé el secreto. No lo conocí mucho tiempo, pero... bueno, puedo asegurarte una cosa, Elend: su amor era tan fuerte como el de cualquier noble. Más fuerte que el de la mayoría de los que viven en Luthadel, con toda seguridad.

—¿Y su inteligencia? —preguntó Elend ansiosamente—. ¿Parecían... retardados?

—Por supuesto que no —replicó Vin—. Yo diría, Elend Venture, que he conocido a varios skaa más listos que tú. Puede que no tengan educación, pero siguen siendo inteligentes. Y están furiosos.

—¿Furiosos?

—Algunos de ellos. Por la forma en que los tratan.

—¿Lo saben, entonces? ¿Lo de las desigualdades entre ellos y nosotros?

—¿Cómo no van a saberlo? —dijo Vin, secándose la nariz con el pañuelo. Se detuvo al advertir cuánto se había manchado de maquillaje.

—Toma —dijo Elend, ofreciéndole su propio pañuelo—. Cuéntame más. ¿Cómo sabes estas cosas?

—Me lo dijeron ellos mismos. Confían en mí. Sé que están furiosos porque se quejan de la vida que llevan. Sé que son inteligentes por las cosas que mantienen ocultas a la nobleza.

—¿Como cuáles?

—Como la red subterránea —dijo Vin—. Los skaa ayudan a los fugitivos a recorrer los canales de plantación en plantación. Los nobles no lo advierten

porque nunca prestan atención a las caras de los skaa.

—Interesante.

—Además, están las bandas de ladrones. Supongo que esos skaa deben de ser bastante listos si pueden ocultarse de los obligadores y los nobles, robando a las Grandes Casas justo delante de las narices del lord Legislador.

—Así es —dijo Elend—. Ojalá pudiera conocer a uno de ellos, para preguntarle cómo se esconden tan bien. Deben de ser gente fascinante.

Vin se disponía a añadir algo más, pero se mordió la lengua. *Lo más probable es que ya haya hablado más de la cuenta.*

Elend la miró.

—Tú también eres fascinante, Valette. Tendría que haberme dado cuenta de que no te habías dejado corromper por todos ellos. Tal vez puedas corromperlos tú.

Vin sonrió.

—Pero tengo que marcharme —dijo Elend, poniéndose en pie—. He venido a la fiesta de esta noche con un propósito concreto: algunos amigos míos van a reunirse.

¡Eso es!, pensó Vin. Uno de los hombres con los que Elend estaba antes, aquellos que Kelsier y Sazed consideraban extraño que fueran sus amigos, era un Hasting.

Vin se levantó también y le devolvió a Elend su pañuelo.

Él no lo aceptó.

—Quizá quieras quedártelo. No pretendía ser exclusivamente funcional.

Vin miró el pañuelo. *Cuando un noble quiere cortejar a una dama, le da su pañuelo.*

—¡Oh! —dijo ella, guardándolo—. Gracias.

Elend sonrió y se le acercó.

—Ese otro hombre, sea quien sea, puede llevarme ventaja a causa de mi estupidez. Sin embargo, no soy tan tonto como para dejar pasar la oportunidad de hacerle un poco la competencia.

Hizo un guiño, una leve reverencia, y regresó al salón de baile.

Vin esperó un momento, luego echó a andar y entró por la puerta del balcón. Elend estaba reunido con los dos mismos jóvenes que antes, un Lekal y un Hasting, enemigos políticos de los Venture. Se detuvieron un instante y luego los tres se dirigieron hacia unas escaleras situadas a un lado de la sala.

Esas escaleras solo conducen a un sitio, pensó Vin mientras entraba en la sala. A las torres auxiliares.

—¿Señora Valette?

Vin dio un respiro y se volvió para ver a Sazed que se acercaba.

—¿Podemos marcharnos?

Vin se acercó a él rápidamente.

—Lord Elend Venture acaba de desaparecer por esas escaleras con sus amigos Hasting y Lekal.

—Interesante —dijo Sazed—. Y por qué... ¿Qué le ha pasado a tu maquillaje?

—No importa —respondió Vin—. Creo que deberíamos seguirlos.

—¿Eso es *otro* pañuelo, señora? —preguntó Sazed—. Has estado ocupada.

—Sazed, ¿me estás escuchando?

—Sí, señora. Supongo que podrías seguirlos si quisieras, pero sería demasiado evidente. No creo que sea el mejor método de conseguir información.

—No los seguiría al descubierto —dijo Vin en voz baja—. Usaría la alomancia. Pero necesito tu permiso para hacerlo.

—Ya veo. ¿Cómo está tu costado?

—Hace siglos que está curado. Ni siquiera lo noto ya.

Sazed suspiró.

—Muy bien. Maese Kelsier pretendía comenzar de nuevo tu entrenamiento cuando regrese, de todas formas. Pero... ten cuidado. Es ridículo decirle esto a una nacida de la bruma, pero te lo pido igualmente.

—Lo tendré —dijo Vin—. Me reuniré contigo en ese balcón dentro de una hora.

—Buena suerte, señora —dijo Sazed.

Vin corría ya hacia el balcón. Dobló la esquina y se plantó ante la balaustrada de piedra y las brumas más allá. El hermoso y revoloteante vacío. *Ha pasado demasiado tiempo*, pensó, rebuscando en su manga y sacando un frasquito de metales. Lo bebió ansiosamente y sacó un puñado de monedas.

Entonces, por fin, se subió a la balaustrada y se abalanzó hacia las oscuras brumas.

El estío le proporcionó visión mientras el viento agitaba su vestido. El peltre le dio fuerzas mientras volvía los ojos hacia la muralla que corría entre la torre y el edificio principal. El acero le dio poder cuando arrojó una moneda hacia abajo, al interior de la oscuridad.

Se zambulló en el aire, cuya resistencia hizo que su vestido revoloteara y se sintió como si estuviera intentando arrastrar un fardo de tela tras de sí, pero su

alomancia era lo bastante fuerte para contrarrestarlo. La torre de Elend era la siguiente; necesitaba llegar al puente colgante que la unía a la torre central. Vin avivó acero, empujándose un poco más hacia arriba y luego lanzó otra moneda a las brumas, detrás de ella. Cuando golpeó la muralla, la usó para impulsarse hacia delante.

Chocó contra la pared que era su objetivo demasiado despacio (los pliegues de ropa amortiguaron el golpe), pero consiguió agarrarse al borde del puente colgante. Una Vin sin el refuerzo del metal habría tenido problemas para encaramarse al muro, pero Vin la alomante lo hizo fácilmente.

Se agazapó en su vestido negro y recorrió en silencio el pasadizo elevado. No había guardias, pero la torre que se alzaba ante ella tenía un puesto de guardia iluminado en su base.

No puedo ir por ahí, pensó, mirando hacia arriba. La torre parecía tener varias habitaciones, y un par de ellas estaban iluminadas. Vin arrojó una moneda y se catapultó hacia arriba, luego tiró de la moldura de una ventana y se lanzó hasta aterrizar con suavidad en el alféizar de piedra. Los postigos estaban cerrados y tuvo que acercarse, avivando estaño, para escuchar lo que sucedía dentro.

—... los bailes duran hasta bien entrada la noche. Me imagino que tendremos que poner doble guardia.

Guardias, pensó Vin, y saltó y empujó contra el dintel de la ventana, que se sacudió cuando se impulsaba hacia el lado de la torre. Se agarró al siguiente alféizar y se aupó.

—... no lamento mi tardanza —dijo una voz familiar desde dentro. Elend
—. Es más atractiva que tú, Telden.

Una voz masculina se echó a reír.

—El poderoso Elend Venture, finalmente capturado por una cara bonita.

—Es más que eso, Jastes —dijo Elend—. Es amable: ayudó a algunos skaa fugitivos en su plantación. Creo que tendríamos que traerla para que hablara con nosotros.

—Ni hablar —dijo un hombre de voz grave—. Mira, Elend, no me importa que quieras hablar de filosofía. Demonios, incluso compartiré unas cuantas copas contigo cuando lo hagas. Pero no voy a dejar que gente cualquiera venga a unirse a nosotros.

—Estoy de acuerdo con Telden —dijo Jastes—. Cinco somos suficientes.

—Creo que no estáis siendo justos —dijo la voz de Elend.

—Elend... —suplicó otra voz.

—Muy bien —dijo Elend—. Telden, ¿te leíste el libro que te di?

—Lo intenté. Es un poquito denso.

—Pero es bueno, ¿no?

—Bastante bueno —dijo Telden—. Comprendo por qué el lord Legislador lo odia tanto.

—Las obras de Redalevin son mejores —dijo Jastes—. Más concisas.

—No pretendo llevar la contraria —comentó una quinta voz—. Pero ¿esto es todo lo que vamos a hacer? ¿Leer?

—¿Qué tiene de malo leer? —preguntó Elend.

—Es un poco aburrido —dijo la quinta voz.

Ahí lleva razón, pensó Vin.

—¿Aburrido? —preguntó Elend—. Caballeros, estas ideas, estas palabras... lo son *todo*. Esos hombres sabían que iban a ser ejecutados por sus palabras. ¿No podéis sentir su pasión?

—Su pasión, sí —dijo la quinta voz—. Su utilidad, no.

—Podemos cambiar el mundo —dijo Jastes—. Dos de nosotros son herederos de sus casas, los otros tres son segundos herederos.

—Algún día seremos los que estén al mando —dijo Elend—. Si llevamos estas ideas a la práctica... Justicia, diplomacia, moderación... ¡Podremos ejercer presión incluso sobre el lord Legislador!

La quinta voz bufó.

—Puede que seas heredero de una casa poderosa, Elend, pero los demás no somos tan importantes. Telden y Jastes es probable que no hereden nunca, y Kevoux... sin ánimo de ofender... no puede decirse que sea muy influyente. No podemos cambiar el mundo.

—Pero sí que podemos cambiar la forma en que actúan nuestras casas —dijo Elend—. Si las casas dejaran de pelear, podríamos ganar algún poder real en el gobierno, en vez de plegarnos a los caprichos del lord Legislador.

—Cada año la nobleza se vuelve más débil —reconoció Jastes—. Nuestros skaa pertenecen al lord Legislador, igual que nuestras tierras. Sus obligadores determinan con quién podemos casarnos y qué podemos creer. Incluso nuestros canales son oficialmente de su propiedad. Los asesinos del Ministerio acaban con los hombres que hablan demasiado a las claras, o que tienen demasiado éxito. Esto no es manera de vivir.

—Estoy de acuerdo contigo en eso —dijo Telden—. El parloteo de Elend sobre la desigualdad de clases me parece una tontería, pero entiendo la importancia de formar un frente unido contra el lord Legislador.

—Exactamente —dijo Elend—. Eso es lo que tenemos que...

—¡Vin! —susurró una voz.

Vin dio un respingo y estuvo a punto de caerse del alféizar. Miró a su alrededor, alarmada.

—Aquí arriba —susurró la voz.

Ella alzó la mirada. Kelsier colgaba de otro alféizar, más arriba. Sonrió, hizo un guiño y luego indicó el puente colgante de abajo.

Vin miró hacia la habitación de Elend mientras Kelsier caía junto a ella a través de las brumas. Finalmente se soltó de su asidero y siguió a Kelsier, usando su misma moneda para aminorar la velocidad del descenso.

—¡Has vuelto! —dijo ansiosamente mientras aterrizaba.

—He llegado esta tarde.

—¿Qué haces aquí?

—Estudiaba a nuestro amigo —dijo Kelsier—. No parece que haya cambiado mucho desde la última vez.

—¿La última vez?

Kelsier asintió.

—Espié a ese grupito un par de veces desde que me hablaste de ellos. No tendría que haberme molestado: no son ninguna amenaza. Solo un puñado de nobles que se reúnen para beber y debatir.

—¡Pero quieren derrocar al lord Legislador!

—Qué va —dijo Kelsier con un bufido—. Están haciendo lo que hacen los nobles: planean alianzas. No es extraño que la siguiente generación empiece a organizar coaliciones para sus casas antes de llegar al poder.

—Esto es diferente.

—¿Sí? —preguntó Kelsier, divertido—. ¿Eres noble desde hace tanto tiempo que ya puedes decir eso?

Ella se ruborizó, y él se echó a reír mientras le pasaba un brazo amistoso sobre los hombros.

—Venga ya, no te pongas así. Parecen chicos bastante agradables, para ser nobles. Te prometo que no mataré a ninguno de ellos, ¿de acuerdo?

Vin asintió con la cabeza.

—Tal vez podamos encontrar un modo de utilizarlos... Parecen de mente más abierta que la mayoría. Pero no quiero que te lleves una decepción, Vin. Siguen siendo nobles. Tal vez no puedan evitar ser lo que son, pero eso no cambia su naturaleza.

Igual que Dockson, pensó Vin. *Kelsier asume lo peor acerca de Elend*. Pero ¿de verdad tenía ella algún motivo para esperar lo contrario? Para librarse una batalla como la que habían emprendido Kelsier y Dockson quizás fuese más práctico (y mucho mejor para la mente) asumir que todos sus enemigos eran malvados.

—¿Qué le ha pasado a tu maquillaje, por cierto? —preguntó Kelsier.

—No quiero hablar de eso —dijo Vin, recordando su conversación con Elend. *¿Por qué he tenido que llorar? ¡Qué idiota soy! Y la forma en que he farfullado la pregunta de si se había acostado con alguna skaa...*

Kelsier se encogió de hombros.

—Está bien. Tendríamos que irnos... Dudo que el joven Venture y sus camaradas discutan acerca de nada relevante.

Vin le miró.

—Los he escuchado en tres ocasiones distintas, Vin —dijo Kelsier—. Te lo resumiré, si quieres.

—De acuerdo —dijo ella con un suspiro—. Pero le he dicho a Sazed que me reuniría con él en la fiesta.

—Vete, pues. Prometo que no le diré que estabas espiando y usando la alomancia.

—Él me ha dicho que podía hacerlo —repuso Vin, a la defensiva.

—¿Ah, sí?

Vin asintió con la cabeza.

—Me he equivocado, entonces —dijo Kelsier—. Tendrás que pedirle a Saz que te busque una capa antes de abandonar la fiesta: tienes todo el vestido manchado de ceniza por delante. Me reuniré con vosotros en el taller de Clubs. Que el carroje os deje allí y luego continúe hasta salir de la ciudad, para guardar las apariencias.

Vin volvió a asentir y Kelsier le hizo un guiño, saltó y se sumergió en las brumas.

Al final, he de confiar en mí mismo. He visto hombres capaces de arrancar de su interior la capacidad de reconocer la verdad y la bondad, y creo que no soy uno de ellos. Sigo viendo las lágrimas en los ojos de un niño y siento el dolor de su sufrimiento.

Si alguna vez pierdo esto, entonces sabré que he llegado a un punto más allá de ninguna esperanza de redención.

24



KELSIER YA ESTABA EN EL taller cuando llegaron Vin y Sazed, sentado con Ham, Clubs y Fantasma en la cocina, disfrutando de una bebida tardía.

—¡Ham! —exclamó Vin cuando entró por la puerta trasera—. ¡Has vuelto!

—Así es —dijo él alegremente, alzando su copa.

—¡Parece que hayas estado fuera una eternidad!

—A mí me lo dices —contestó Ham, divertido.

Kelsier se echó a reír y se levantó para servirse otra copa.

—Ham está un poco cansado de hacer de general.

—Tenía que llevar uniforme —se quejó Ham, desperezándose. En aquel momento llevaba su pantalón y su chaleco de costumbre—. Ni siquiera los skaa de las plantaciones tienen que soportar esa tortura.

—Prueba a ponerte alguna vez un vestido de gala —dijo Vin, sentándose. Se había cepillado la parte delantera del suyo y no estaba ni la mitad de mal de lo que se había temido. La ceniza grisácea y negruzca todavía se notaba un poco sobre el tejido oscuro y las fibras estaban ásperas por haberlas frotado contra la piedra, pero apenas se notaba.

Ham soltó una carcajada.

—Parece que te has convertido en toda una damisela mientras he estado fuera.

—A duras penas —dijo Vin mientras Kelsier le ofrecía una copa de vino. Vaciló un momento, luego dio un sorbo.

—La señora Vin está siendo modesta, maese Hammond —dijo Sazed mientras tomaba asiento—. Está demostrando mucha habilidad en la corte... lo hace mucho mejor que muchos nobles que he conocido.

Vin se ruborizó y Ham volvió a reírse.

—¿Humildad, Vin? ¿Dónde has adquirido una mala costumbre como esa?

—De mí no, desde luego —dijo Kelsier, ofreciendo a Sazed una copa de vino. El terrisano alzó una mano en gesto de respetuoso rechazo.

—Pues claro que no ha aprendido humildad de *ti*, Kel —dijo Ham—. Tal vez se la haya enseñado Fantasma. Parece el único del grupo capaz de mantener la boca cerrada, ¿eh, chaval?

Fantasma se ruborizó, tratando claramente de evitar mirar a Vin.

Tengo que hablar de esto con él en algún momento, pensó ella. *Pero... no esta noche. Kelsier ha vuelto y Elend no es un asesino: esta es una noche para relajarse.*

Oyeron pasos en las escaleras y un momento después Dockson entró en la habitación.

—¿Una fiesta? ¿Y nadie me ha mandado llamar?

—Parecías ocupado —dijo Kelsier.

—Además —añadió Ham—, sabes que eres demasiado responsable para sentarte y emborracharte con un puñado de crápulas como nosotros.

—Alguien tiene que encargarse de mantener este equipo en funcionamiento —dijo Dockson alegremente, sirviéndose una copa. Vaciló y miró a Ham—. Ese chaleco me resulta familiar...

Ham sonrió.

—Le arranqué las mangas a la guerrera de mi uniforme.

—¡No serías capaz! —dijo Vin con una sonrisa.

Ham asintió, satisfecho consigo mismo.

Dockson suspiró y siguió llenando su copa.

—Ham, esas cosas cuestan dinero.

—Todo cuesta dinero —contestó Ham—. Pero ¿qué es el dinero? Una representación física de un esfuerzo abstracto. Bien, llevar ese uniforme durante tanto tiempo ha sido un esfuerzo terrible. Yo diría que este chaleco y yo estamos empatados.

Dockson puso los ojos en blanco. En la habitación principal, la puerta delantera del taller se abrió y se cerró, y Vin oyó a Brisa saludar al aprendiz de

guardia.

—Por cierto, Dox —manifestó Kelsier—. Voy a necesitar unas cuantas representaciones físicas de un esfuerzo abstracto. Me gustaría alquilar un pequeño almacén para reunirme con mis informadores.

—Quizá podamos arreglarlo —dijo Dockson—. Suponiendo que mantengamos controlado el presupuesto de los vestidos de Vin, yo... —Se interrumpió, mirando a Vin—. ¿Qué le has hecho a ese vestido, jovencita?

Vin se ruborizó y se encogió en su asiento. *Tal vez se nota un poco más de lo que creía...*

Kelsier se echó a reír.

—Deberías acostumbrarte a la ropa sucia, Dox. Vin ha vuelto a actuar como nacida de la bruma esta noche.

—Interesante —dijo Brisa entrando en la cocina—. ¿Puedo sugerir que evite luchar contra tres inquisidores de acero esta vez?

—Haré todo lo posible.

Brisa se acercó a la mesa y escogió un asiento con su característico decoro. El corpulento hombre alzó su bastón de duelo y apuntó con él a Ham.

—Veo que mi periodo de respiro intelectual ha llegado a su fin.

Ham sonrió.

—Se me ocurrieron un par de preguntas peliagudas mientras estuve fuera, y las he estado reservando para ti, Brisa.

—Me muero de curiosidad —dijo Brisa. Volvió el bastón hacia Lestibournes—. Fantasma, bebida.

Fantasma se apresuró a servirle una copa de vino.

—Es tan buen chico —comentó Brisa, aceptando la bebida—. Casi no tengo que darle ningún empujoncito alomántico. Si el resto de vosotros, rufianes, fuerais tan serviciales...

Fantasma frunció el ceño.

—Nostá bien el nostar de sin jugar.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir, chico —repuso Brisa—. Así que voy a fingir que era coherente y pasará a otra cosa.

Kelsier puso los ojos en blanco.

—Perder la tensión del recorte —dijo—. Sin la en necesidad de cuidao.

—Enredar el enredo de los rizos del racimo —asintió Fantasma.

—Pero ¿qué estáis diciendo? —preguntó Brisa, picado.

—Siendo el ser de la iluminia —dijo Fantasma—. Cortar el tener de desear de to esto.

—Siempre teniendo el hacer de to esto —coincidió Kelsier.

—Siempre teniendo el deseo de tener to lo que tenemos —añadió Ham con una sonrisa—. Luminando el deseo de siendo el no.

Brisa se volvió hacia Dockson, exasperado.

—Creo que nuestros compañeros se han vuelto locos de remate, querido amigo.

Dockson se encogió de hombros. Entonces, con la cara completamente seria, dijo:

—En no ser es ser queriendo.

Brisa se sentó, abrumado, mientras todos estallaban en carcajadas. Puso los ojos en blanco, indignado, sacudiendo la cabeza y murmurando acerca del descarado infantilismo del grupo.

Vin estuvo a punto de atragantarse con el vino por la risa.

—¿Qué has dicho? —le preguntó a Dockson cuando este se sentaba a su lado.

—No estoy seguro —confesó él—. Pero me sonaba bien.

—No creo que hayas dicho nada, Dox —dijo Kelsier.

—Sí, claro que ha dicho algo —repuso Fantasma—. Pero no *significaba* nada.

Kelsier se echó a reír.

—Suele ser así casi siempre. He descubierto que puedes ignorar la mitad de las cosas que dice Dox y no perderte demasiado... excepto tal vez la queja ocasional de que gastas en exceso.

—¡Eh! —exclamó Dockson—. ¿Una vez más he de señalar que *alguien* tiene que hacerse responsable? Sinceramente, la forma en que gastáis los cuartos...

Vin sonrió. Incluso las quejas de Dockson eran amables. Clubs estaba sentado junto a la pared con aspecto de cascarrabias como siempre, pero Vin captó una ligera sonrisa en sus labios. Kelsier se levantó y abrió otra botella de vino, volvió a llenar las copas y le contó al grupo los preparativos del ejército skaa.

Vin se sentía... contenta. Mientras bebía vino vio la puerta abierta que conducía al taller a oscuras. Se imaginó, por un instante, que podía ver una figura en las sombras: una niña delgaducha y asustada, desconfiada, recelosa. Tenía el pelo corto y despeinado, y llevaba una sencilla camisa sucia y un par de pantalones marrones.

Vin recordó aquella segunda noche en el taller de Clubs, cuando escuchó a los demás conversar desde la oscura sala de trabajo. ¿De verdad había sido aquella niña capaz de esconderse en la fría oscuridad para ser testigo de las risas y la amistad, con envidia oculta pero sin atreverse a unirse a ellos?

Kelsier hizo entonces un comentario jocoso que arrancó las risas de todos los presentes.

Tienes razón, Kelsier, pensó Vin con una sonrisa. *Esto es mejor*.

Todavía no era como ellos: no del todo. Seis meses no podían acallar los susurros de Reen, ni ella podía ser tan confiada como Kelsier. Pero... por fin comprendía, al menos un poco, por qué él actuaba como lo hacía.

—Muy bien —dijo Kelsier, acercándose una silla y sentándose a horcajadas—. Parece que el ejército estará listo en el tiempo previsto, y Marsh está en su puesto. Tenemos que movernos. Vin, ¿alguna noticia del baile?

—La Casa Tekiel es vulnerable —informó ella—. Sus aliados se dispersan y los buitres se acercan. Algunos susurran que las deudas y los negocios perdidos obligarán a Tekiel a vender su fortaleza a finales de mes. Es imposible que puedan permitirse continuar pagando los impuestos que exige el lord Legislador.

—Lo cual elimina de la ciudad, y de modo efectivo, una Gran Casa —dijo Dockson—. La mayoría de los nobles de Tekiel, incluidos brumosos y nacidos de la bruma, tendrá que dirigirse a las plantaciones para tratar de recuperar pérdidas.

—Bien —se felicitó Ham. Cuantas más casas nobles pudieran alejar de la ciudad más fácil sería apoderarse de ella.

—Siguen quedando nueve Grandes Casas —dijo Brisa.

—Pero han empezado a matarse entre sí por las noches —dijo Kelsier—. Están a un paso de la guerra declarada. Sospecho que veremos el inicio de un éxodo muy pronto... Todo el que no esté dispuesto a arriesgarse a ser asesinado por mantener el dominio en Luthadel dejará la ciudad durante un par de años.

—Pero las casas fuertes no parecen tener miedo —dijo Vin—. Siguen celebrando fiestas.

—Ya, y seguirán haciéndolo hasta el final —contestó Kelsier—. Los bailes son magníficas excusas para reunirse con sus aliados y no perder de vista a los enemigos. Las guerras entre casas son principalmente políticas y por eso exigen campos de batalla políticos.

Vin asintió.

—Ham —dijo Kelsier—, tenemos que echarle un ojo a la Guarnición de Luthadel. ¿Sigues planeando visitar mañana a tus contactos entre los soldados?

Ham asintió con la cabeza.

—No puedo prometer nada, pero debería poder restablecer algunos contactos. Dame un poco de tiempo y descubriré qué van a hacer los militares.

—Bien.

—Me gustaría ir con él —dijo Vin.

Kelsier la miró, sorprendido.

—¿Con Ham?

Vin asintió.

—No me he entrenado todavía con un violento. Ham podría enseñarme unas cuantas cosas.

—Ya sabes quemar peltre —dijo Kelsier—. Lo hemos practicado.

—Lo sé —respondió Vin. ¿Cómo podía explicarlo? Ham había practicado exclusivamente con peltre: tenía que ser mejor en eso que Kelsier.

—Venga, deja de incordiar a la chica —dijo Brisa—. Estará cansada de fiestas y bailes. Deja que vuelva a ser una golilla callejera durante un rato.

—Está bien —respondió Kelsier, poniendo los ojos en blanco. Se sirvió otra copa—. Brisa, ¿cómo podrían apañárselas tus aplacadores si estuvieras fuera una temporada?

Brisa hizo un gesto de indiferencia.

—Yo soy, naturalmente, el miembro más efectivo del grupo. Pero *he* entrenado a los demás: reclutarán bien sin mí, sobre todo ahora que las historias sobre el Superviviente se están haciendo tan populares.

—Por cierto, tenemos que hablar de eso, Kel —dijo Dockson, frunciendo el ceño—. No estoy muy seguro de que me guste todo ese misticismo acerca de ti y el undécimo metal.

—Podemos discutirlo más tarde.

—¿Por qué preguntas por mis hombres? —dijo Brisa—. ¿Por fin sientes tanta envidia de mi impecable sentido de la moda que has decidido librarte de mí?

—Podríamos decir que sí —contestó Kelsier—. Estaba pensando en enviarte a sustituir a Yeden dentro de unos cuantos meses.

—¿Sustituir a Yeden? —preguntó Brisa, sorprendido—. ¿Quieres decir que *yo* dirija el ejército?

—¿Por qué no? Eres muy bueno dando órdenes.

—En segundo plano, querido amigo —dijo Brisa—. No destaco al frente. Vaya, y encima sería *general*. ¿Te das cuenta de lo ridículo que suena?

—Piénsatelo. El reclutamiento ya habría terminado para entonces, así que nos serías más útil si fueras a las cuevas y dejaras que Yeden regresara para trabajar aquí sus contactos.

Brisa frunció el ceño.

—Supongo.

—Muy bien —dijo Kelsier, poniéndose en pie—. Creo que no he tomado suficiente vino. Fantasma, sé buen chico y corre a la bodega por otra botella, ¿quieres?

El muchacho asintió y la conversación pasó a temas más ligeros. Vin se acomodó en su asiento, sintiendo el calor de la estufa de carbón que había a un lado de la habitación, contenta por el momento con disfrutar sin más de la paz de no tener que preocuparse, luchar, ni planear.

Si Reen hubiese conocido algo así, pensó, acariciando abstraída su pendiente. Tal vez entonces las cosas habrían sido diferentes para él. Para nosotros.

HAM Y VIN SE MARCHARON AL día siguiente a visitar la Guarnición de Luthadel.

Después de tantos meses haciendo pasar por noble, Vin había creído que le resultaría extraño vestir de nuevo ropa de calle. Sin embargo, no fue así. Cierto, era un poco *diferente*: no tenía que preocuparse por sentarse con decoro o caminar de modo que su vestido no rozara el suelo o las paredes sucias. De todas formas, la ropa sencilla todavía le parecía natural.

Llevaba pantalones marrones, una camisa blanca suelta metida en la cintura y un chaleco de cuero. Se había recogido el pelo largo bajo una gorra. La gente de la calle la tomaría por un chico, aunque a Ham no parecía importarle.

Y no le importaba. Vin se había acostumbrado a que la gente la estudiara y la evaluara, pero nadie en la calle se molestó en dirigirle una sola mirada. Los esforzados obreros skaa, los nobles desocupados, incluso skaa bien situados como Clubs... todos la ignoraron.

Casi había olvidado lo que es ser invisible, pensó Vin. Por fortuna, las antiguas actitudes (agachar la cabeza mientras caminaba, apartarse del paso de la gente, encogerse para no llamar la atención) regresaron fácilmente.

Convertirse en Vin, la skaa callejera, fue tan sencillo como recordar una vieja melodía familiar.

En realidad, esto es otro disfraz, pensó mientras caminaba junto a Ham. Mi maquillaje es una leve capa de ceniza, cuidadosamente aplicada sobre mis mejillas. Mi vestido, un par de pantalones manchados para que parezcan viejos y gastados.

¿Quién era ella en realidad? ¿Vin la ladronzuela? ¿Valette la dama? ¿Ninguna de las dos? ¿La conocía alguno de sus amigos? ¿Se conocía a sí misma siquiera?

—Ah, cómo extrañaba esto —dijo Ham, caminando feliz a su lado. Ham siempre parecía feliz; ella no podía imaginarlo insatisfecho a pesar de lo que había dicho sobre el tiempo que había estado dirigiendo el ejército—. Es curioso —dijo, volviéndose hacia Vin. No caminaba con el mismo aire de sumisión que Vin había cultivado: ni siquiera parecía importarle destacar entre los otros skaa—. No debería echar de menos este lugar... quiero decir, Luthadel es la ciudad más abarrotada y sucia del Imperio Final. Pero también tiene algo...

—¿Es aquí donde vive tu familia? —preguntó Vin.

—Viven en una ciudad más pequeña, no muy lejos. Mi esposa es costurera allí; le dice a la gente que pertenezco a la Guarnición de Luthadel.

—¿Los echas de menos?

—Pues claro que sí. Es duro. Solo puedo pasar unos cuantos meses seguidos con ellos... pero es mejor así. Si me mataran en un trabajo, a los inquisidores les sería difícil localizar a mi familia. Ni siquiera le he dicho a Kel en qué ciudad viven.

—¿Crees que el Ministerio se tomaría tantas molestias? Quiero decir, si ya estuvieras muerto.

—Soy un brumoso, Vin, eso significa que todos mis descendientes tendrán algo de sangre noble. Mis hijos podrían ser alomantes, y sus hijos. No, cuando los inquisidores matan a un brumoso, se aseguran de eliminar también a sus vástagos. La única forma de mantener a salvo a mi familia es estar alejado de ellos.

—Podrías no usar tu alomancia.

Ham sacudió la cabeza.

—No sé si podría hacer eso.

—¿Por el poder?

—No, por el dinero —dijo Ham con sinceridad—. Los violentos... o los brazos de peltre, como prefiere llamarlos la nobleza, son los brumosos más buscados. Un violento competente puede enfrentarse a media docena de hombres normales y levantar más, soportar más y moverse más rápido que nadie. Estas cosas significan mucho cuando solo puedes permitirte un equipo reducido. Mezcla a un par de lanzamonetas con cinco violentos y tendrás un pequeño ejército móvil. Hay quien está dispuesto a pagar un montón por ese tipo de protección.

Vin asintió.

—Comprendo que el dinero resulta tentador.

—Es más que tentador, Vin. Mi familia no tiene que vivir en casas de vecinos abarrotadas de skaa, ni tiene que pasar hambre. Mi esposa solo trabaja para guardar las apariencias: lleva una buena vida, para ser skaa. Cuando tenga suficiente dinero, nos mudaremos fuera del Dominio Central. Hay sitios en el Imperio Final que mucha gente no conoce... sitios donde un hombre con dinero suficiente puede llevar la vida de un noble. Sitios donde puedes dejar de preocuparte y tan solo vivir.

—Eso parece... atractivo.

Ham asintió, se volvió y tomó por una calle más ancha hacia las puertas principales de la ciudad.

—Kel me contagió ese sueño. Es lo que siempre decía que quería hacer. Espero tener más suerte que él...

Vin frunció el ceño.

—Todo el mundo dice que era rico. ¿Por qué no se marchó?

—No lo sé. Siempre había otro trabajo... cada uno más grande que el anterior. Supongo que cuando eres jefe de una banda como él, el juego puede volverse adictivo. Pronto el dinero ni siquiera pareció importarle. Con el tiempo, se enteró de que el lord Legislador guardaba un secreto de valor incalculable en ese santuario oculto. Si Mare y él se hubieran marchado antes de ese trabajo... Pero, bueno, no lo hicieron. No sé... tal vez no habrían sido felices si *no* hubiesen tenido que preocuparse.

La idea parecía intrigarlo, y Vin percibió que empezaba a rumiar sobre otra de sus «cuestiones». *Supongo que cuando eres jefe de una banda como él, el juego puede volverse adictivo...*

Volvió a sentir la antigua aprensión. ¿Y si Kelsier se apoderaba del trono imperial? No sería tan malo como el lord Legislador, pero... Vin había seguido

leyendo el libro de viajes. El lord Legislador no siempre había sido un tirano. Una vez, fue un buen hombre. Un buen hombre cuya vida se había torcido.

Kelsier es distinto, se obligó a decirse a sí misma Vin. *Hará lo adecuado*.

Con todo, vacilaba. Ham tal vez no lo comprendiera, pero Vin le veía el incentivo. A pesar de la depravación de los nobles, había algo embriagador en la alta sociedad. Vin se sentía cautivada por la belleza, la música y los bailes. Su fascinación no era la misma que la de Kelsier (no le interesaban los juegos políticos ni los timos), pero comprendía por qué él habría sido reacio a dejar Luthadel.

Esa reluctancia había destruido al antiguo Kelsier, pero había producido algo mejor: un Kelsier más decidido, menos volcado en sí mismo. Quizá.

Naturalmente, sus planes también le costaron a la mujer que amaba. ¿Por eso odia tanto a la nobleza?

—¿Ham? ¿Kelsier ha odiado siempre a los nobles?

Ham asintió.

—Pero ahora es peor.

—A veces me asusta. Parece que quiere matarlos a *todos*, no importa quiénes sean.

—A mí también me preocupa eso —dijo Ham—. Esa historia del undécimo metal... es casi como si estuviera convirtiéndose en una especie de santo. —La miró a los ojos—. No te preocupes demasiado. Brisa, Dox y yo ya hemos hablado de eso. Vamos a enfrentarnos a Kel, a ver si podemos controlarlo un poco. Tiene buenas intenciones, pero tiende a pasarse un poco algunas veces.

Vin asintió. Ante ellos, la gente en apretadas filas esperaba el permiso para cruzar las puertas de la ciudad. Ham y ella dejaron atrás el solemne grupo: obreros enviados a los muelles, hombres que iban a trabajar a una de las fábricas del otro lado del río o el lago, nobles menores que deseaban viajar. Todos debían tener buenos motivos para salir de la ciudad: el lord Legislador controlaba estrictamente los viajes dentro de su reino.

Pobrecillos, pensó Vin mientras pasaba junto a un harapiento grupo de niños que cargaban cubos y cepillos, disponiéndose tal vez a subir a la muralla para limpiar el liquen que producía la bruma en los parapetos. Ante ellos, cerca de las puertas, un oficial maldijo y empujó a un hombre fuera de la fila. El obrero skaa cayó al suelo, pero poco a poco logró ponerse en pie y se arrastró hasta el final de la cola. Puede que si no lo dejaban salir de la ciudad

no podría trabajar aquel día... Y no tener trabajo significaba no conseguir vales de comida para su familia.

Vin siguió a Ham y ambos se encaminaron por una calle paralela a las murallas de la ciudad, al fondo de la cual Vin vio un gran complejo de edificios. Nunca había estudiado antes los cuarteles de la Guarnición: la mayoría de los miembros de las bandas tenía a mantenerse a distancia prudente de ellos. Sin embargo, mientras se acercaban, le impresionó su aspecto defensivo. Había grandes picas montadas en la pared, rodeando todo el complejo. Los edificios del interior eran enormes y estaban fortificados. Soldados apostados en las puertas miraban con hostilidad a los transeúntes.

Vin vaciló.

—Ham, ¿cómo vamos a entrar *ahí*?

—No te preocunes —dijo él, deteniéndose a su lado—. En la Guarnición me conocen. Además, no es tan malo como parece: los soldados solo ponen mala cara para intimidar. Como puedes imaginar, no son muy apreciados. La mayoría de los de ahí dentro son skaa... hombres que, a cambio de una vida mejor, se han vendido al lord Legislador. Cada vez que hay disturbios skaa en la ciudad, la guarnición local es atacada por los descontentos. Por eso las fortificaciones.

—Entonces... ¿conoces a estos hombres?

Ham asintió.

—No soy como Brisa o Kel, Vin... no sé fingir. Soy quien soy. Esos soldados no saben que soy un brumoso, pero sí que trabajo en los bajos fondos. Conozco a muchos de esos tipos desde hace años; siempre han intentado reclutarme. Generalmente tienen mejor suerte reclutando a gente como yo, que ya está fuera de la corriente principal de la sociedad.

—Pero tú vas a traicionarlos —dijo Vin en voz baja, apartando a Ham a un lado del camino.

—¿Traicionarlos? No, no será ninguna traición. Esos hombres son mercenarios, Vin. Han sido contratados para pelear y atacarán a sus amigos, incluso a sus parientes, en una algarada o una rebelión. Los soldados aprenden a comprender este tipo de cosas. Puede que seamos amigos, pero cuando se trata de luchar ninguno de nosotros vacilaría en matar a los otros.

Vin asintió lentamente. Parecía... duro. *Pero así es la vida. Dura. Esa parte de las enseñanzas de Reen no era mentira.*

—Pobres muchachos —dijo Ham, mirando la Guarnición—. Podríamos haber usado a hombres como ellos. Antes de marcharme a las cuevas, conseguí

reclutar a los pocos que pensé que podrían ser receptivos. El resto... bueno, eligieron su camino. Como yo, solo intentan dar a sus hijos una vida mejor. La diferencia es que ellos están dispuestos a trabajar para *él* para hacerlo.

Ham se volvió hacia ella.

—Muy bien, ¿querías algún consejo para quemar peltre?

Vin asintió ansiosamente.

—Los soldados suelen dejarme entrenar con ellos. Puedes verme pelear... Quema bronce para ver cuándo uso la alomancia. Lo primero y más importante que aprenderás sobre los brazos de peltre es cuándo usar tu metal. He advertido que los jóvenes alomantes tienden a avivar siempre su peltre, pensando que cuanto más fuertes sean, mejor. Sin embargo, no siempre quieres golpear con todas tus fuerzas.

»La fuerza es una parte importante de una pelea, pero no la única. Si siempre golpeas con todas tus fuerzas te cansarás más rápido y le darás a tu oponente información sobre tus limitaciones. Un hombre listo golpea más fuerte *al final* de una batalla, cuando su oponente está más débil. Y, en una batalla prolongada, como una guerra, el soldado listo es el que sobrevive más tiempo. Será el hombre que sepa controlarse.

Vin asintió.

—Pero ¿no tardas más en cansarte cuando usas la alomancia?

—Sí. De hecho, un hombre con suficiente peltre puede seguir luchando con casi la máxima eficacia durante horas. Pero arrastrar peltre de ese modo requiere práctica, y tarde o temprano se te acabarán los metales. Cuando ocurra eso, la fatiga podría matarte.

»Lo que estoy tratando de explicarte es que suele ser mejor controlar la quema de peltre. Si usas más fuerza de la necesaria, podrías quedar en desequilibrio. Además, he visto a violentos que se apoyan tanto en su peltre que descuidan el entrenamiento y la práctica. El peltre aumenta tus habilidades físicas, no tu capacidad innata. Si no sabes cómo usar un arma, o si no tienes práctica pensando con rapidez en una pelea, perderás, no importa lo fuerte que seas.

»Tendré que ser muy cuidadoso con la Guarnición, puesto que no saben que soy alomante. Te sorprenderá lo a menudo que eso es importante. Observa cómo uso el peltre. No lo avivaré solo para conseguir fuerza: si me tambaleo, lo quemaré para que me proporcione una instantánea sensación de equilibrio. Cuando esquive, puede que lo queme para ayudarme a que me aparte un poco

más rápido. Hay docenas de pequeños trucos que puedes usar si sabes cuándo hay que darse un impulso.

Vin asintió.

—Muy bien —dijo Ham—. Vamos, pues. Diré a los soldados de la Guarnición que eres la hija de un pariente. Tienes aspecto bastante joven para tu edad y ni siquiera se lo pensarán dos veces. Obsérvame pelear y hablaremos más tarde.

Vin volvió a asentir y los dos se acercaron a la Guarnición. Ham saludó a uno de los guardias.

—Hola, Bevidon. Tengo el día libre. ¿Anda por ahí Sertes?

—Está aquí, Ham —dijo Bevidon—. Pero no creo que sea el mejor día para practicar...

Ham alzó una ceja.

—¿No?

Bevidon compartió una mirada con uno de los otros soldados.

—Ve por el capitán —le dijo.

Instantes después, un soldado de aspecto atareado salió de un edificio lateral y saludó en cuanto vio a Ham. Su uniforme tenía unas cuantas tiras de color y unos cuantos trozos de metal dorado en el hombro.

—Ham —dijo el recién llegado cruzando la puerta.

—Sertes —respondió Ham con una sonrisa, estrechando la mano del hombre—. Ahora eres capitán, ¿eh?

—Desde el mes pasado —asintió Sertes. Se detuvo a mirar a Vin.

—Es mi sobrina —dijo Ham—. Buena chica.

Sertes asintió.

—¿Podríamos hablar a solas un momento, Ham?

Ham se encogió de hombros y dejó que lo llevara a un lugar más apartado, junto a las puertas del complejo. La alomancia permitió a Vin captar lo que decían. *¿Qué haría yo sin el estaño?*

—Mira, Ham —dijo Sertes—. No podrás venir a entrenarte durante una temporada. La Guarnición va a estar... ocupada.

—¿Ocupada? —preguntó Ham—. ¿Cómo?

—No puedo decirlo. Pero... Bueno, nos vendría bien un soldado como tú ahora mismo.

—¿Para combatir?

—Sí.

—Debe de ser algo serio si requiere la atención de la Guarnición entera.

Sertes guardó silencio un momento y luego volvió a hablar en voz baja... tan baja que Vin tuvo que esforzarse para oír.

—Una rebelión —susurró Sertes—, justo aquí en el Dominio Central. Nos hemos enterado. Un ejército de rebeldes skaa apareció y atacó la Guarnición de Holstep, al norte.

Vin sintió un súbito escalofrío.

—¿Qué? —dijo Ham.

—Deben de haber surgido de las cavernas que hay por allí —respondió el soldado—. Las últimas noticias son que las fortificaciones de Holstep aguantan... pero Ham, solo son mil hombres. Necesitan refuerzos desesperadamente y los koloss no llegarán a tiempo. La Guarnición de Valtrox envió cinco mil soldados, pero no vamos a dejárselo a ellos. Parece que las fuerzas rebeldes son numerosas y el lord Legislador nos ha dado permiso para acudir en su ayuda.

Ham asintió.

—¿Qué te parece? —preguntó Sertes—. Una lucha de verdad, Ham. Con paga de lucha de verdad. Nos vendría bien un hombre de tu habilidad... Te haré oficial ahora mismo y tendrás tu propio escuadrón.

—Yo... tendré que pensármelo —dijo Ham. No era bueno ocultando sus emociones y su sorpresa no le pareció convincente a Vin. Sertes, sin embargo, no se dio cuenta.

—No tardes demasiado —dijo Sertes—. Tenemos previsto ponernos en marcha dentro de dos horas.

—Lo haré —dijo Ham, con voz de desconcierto—. Déjame que vaya a dejar a mi sobrina y recoja algunas cosas. Volveré antes de que os marchéis.

—Buen hombre —dijo Sertes, y Vin pudo ver que le daba una palmada a Ham en el hombro.

Nuestro ejército ha sido descubierto, pensó Vin, horrorizada. *¡No están preparados! Se suponía que tenían que tomar Luthadel con rapidez y sigilo... no enfrentarse directamente a la Guarnición.*

¡Van a masacrar a esos hombres! ¿Qué ha pasado?

Ningún hombre muere por mi mano o por mi orden a no ser que piense que no hay otro remedio. Sin embargo, los mato. A veces, desearía no ser un maldito realista.

25



KELSIER METIÓ OTRA CANTIMPLORA de agua en su mochila.

—Brisa, haz una lista de todos los escondites donde hemos reclutado gente. Ve a advertirles de que el Ministerio puede que pronto tenga prisioneros que podrán delatarlos.

Brisa asintió, absteniéndose por una vez de hacer ninguna observación. Tras él, los aprendices corrían por todo el taller de Clubs, recogiendo y preparando los suministros que Kelsier había ordenado.

—Dox, este taller debería ser seguro a menos que capturen a Yeden. Pon de guardia a los tres ojos de estaño de Clubs. Si hay problemas, dirigíos al refugio seguro.

Dockson asintió mientras daba apresuradas órdenes a los aprendices. Uno ya se había marchado, con un aviso para Renoux. Kelsier pensaba que la mansión estaría a salvo: solo un grupo de barcazas había partido de Fellise y sus hombres creían que Renoux no formaba parte del plan. Renoux no se quitaría de en medio a menos que fuera absolutamente necesario: su desaparición implicaría apartarlo a él y a Valette de sus puestos tan cuidadosamente preparados.

Kelsier metió un puñado de raciones de comida en la mochila y se la echó a la espalda.

—¿Y yo, Kel? —preguntó Ham.

—Vas a volver a la Guarnición, como prometiste. Fue una buena idea: necesitamos un informador allí dentro.

Ham frunció el ceño, aprensivo.

—No tengo tiempo para ocuparme de tus nervios, Ham —dijo Kelsier—. No tienes que fingir, solo ser tú mismo y escuchar.

—No me volveré contra la Guarnición si voy con ellos —dijo—. Escucharé, pero no voy a atacar a hombres que piensan que soy su aliado.

—Bien —dijo Kelsier, cortante—. Pero, sinceramente, espero que puedas encontrar un modo de no matar a ninguno de nuestros soldados tampoco. ¡Sazed!

—¿Sí, maese Kelsier?

—¿Cuánta velocidad has acumulado?

Sazed se ruborizó levemente y miró a la numerosa gente que correteaba por los alrededores.

—Tal vez dos, tres horas. Es un atributo muy difícil de acumular.

—No es suficiente —dijo Kelsier—. Iré solo. Dox queda al mando hasta que regrese.

Kelsier se dio media vuelta, luego vaciló. Vin estaba de pie tras él, vestida con los mismos pantalones, la gorra y la camisa con los que había visitado la Guarnición. Tenía una mochila como la suya al hombro y lo miraba retadora.

—Va a ser un viaje difícil, Vin —dijo él—. Nunca has hecho nada semejante.

—No me importa.

Kelsier asintió. Sacó su arcón de debajo de la mesa, luego lo abrió y le entregó a Vin una bolsita de perlas de peltre. Ella la aceptó sin hacer ningún comentario.

—Traga cinco de estas perlas.

—¿Cinco?

—Por ahora. Si necesitas tomar más, llámame para que podamos dejar de correr.

—¿Correr? —preguntó la muchacha—. ¿No vamos a tomar un barco?

Kelsier frunció el ceño.

—¿Para qué necesitamos un barco?

Vin miró la bolsa, luego tomó un vaso de agua y empezó a tragarse perlas.

—Asegúrate de llevar suficiente agua en la mochila —dijo Kelsier—. Lleva tanta como puedas. —Se volvió hacia Dockson y le puso una mano en el hombro—. Faltan unas tres horas para el anochecer. Si nos esforzamos, estaremos allí mañana a mediodía.

Dockson asintió.

—Puede que sea a tiempo.

Tal vez, pensó Kelsier. *La Guarnición de Valtroux solo está a tres días de marcha de Holstep. Incluso cabalgando toda la noche, un mensajero no podría llegar a Luthadel en menos de dos días. Para cuando yo alcance el ejército...*

Dockson pudo leer claramente la preocupación en los ojos de Kelsier.

—Sea como sea, el ejército ya no nos sirve —dijo.

—Lo sé. Hay que salvar la vida de esos hombres. Te informaré en cuanto pueda.

Dockson asintió.

Kelsier se volvió, avivando peltre. La mochila de pronto le pareció tan liviana como si estuviera vacía.

—Quema peltre, Vin. Nos vamos.

Ella asintió y Kelsier sintió un latido brotar de ella.

—Avíalo —ordenó, sacando dos capas de su arcón y lanzándole una. Se puso la otra, luego entró en la cocina para abrir la puerta trasera. El sol rojo brillaba en el cielo. Los frenéticos miembros del grupo se detuvieron un momento y se volvieron para ver cómo Kelsier y Vin salían del edificio.

La chica se apresuró para alcanzar a Kelsier.

—Ham me dijo que debería aprender a usar el peltre solo cuando lo necesitara... dice que es mejor ser sutil.

Kelsier se volvió a mirarla.

—No es momento de sutilezas. No te alejes de mí, trata de mantener el ritmo y asegúrate de no quedarte sin peltre.

Vin asintió y, de pronto, sintió un poco de aprensión.

—Muy bien —dijo Kelsier, inhalando profundamente—. Allá vamos.

KELSIER CORRIÓ POR EL CALLEJÓN a velocidad sobrehumana. Vin se puso en movimiento, siguiéndolo hasta la calle. El peltre era un fuego vivo en su interior. Avivado como estaba, lo más probable era que consumiese las cinco perlas en menos de una hora.

La calle estaba repleta de obreros skaa y carroajes de nobles. Kelsier ignoró el tráfico y salió disparado hacia el centro de la calle a la misma increíble velocidad. Vin lo siguió, cada vez más preocupada sobre el embrollo en el que se había metido.

No puedo dejarlo solo, pensó. Naturalmente, la última vez que lo había obligado a llevarla con él había acabado medio muerta en cama durante un

mes.

Kelsier se metió entre los carroajes, abriéndose paso entre los peatones como si la calle fuera solo para él. Vin lo siguió lo mejor que pudo. El suelo era un borrón bajo sus pies y la gente pasaba demasiado rápidamente para verle la cara. Algunos la llamaron, molestos. Un par, sin embargo, se callaron inmediatamente, guardando silencio.

Las capas, pensó Vin. Por eso las llevamos... por eso las llevamos siempre. Los nobles que ven las capas de bruma saben mantenerse apartados.

Kelsier giró y corrió directamente hacia las puertas del norte de la ciudad. Vin lo siguió. Kelsier no frenó al acercarse a las puertas y la gente que hacía cola empezó a señalar. Los guardias se volvieron, sorprendidos.

Kelsier saltó.

Uno de los guardias armados se desplomó con un grito, aplastado por el peso alomántico de Kelsier mientras el jefe de la banda le pasaba por encima. Vin tomó aliento, lanzó una moneda para impulsarse y saltó. Esquivó fácilmente a un segundo guardia, quien se quedó mirando sorprendido mientras su compañero se agitaba en el suelo.

Vin empujó contra la armadura del soldado, lanzándose al aire. Aunque el hombre se tambaleó, permaneció en pie: Vin no era tan pesada como Kelsier.

Saltó por encima de la muralla mientras oía los gritos de sorpresa de los soldados. Esperaba que no la reconociera nadie. No era probable. Aunque la gorra se le escapó mientras volaba por los aires, los que estaban familiarizados con Valette la dama de la corte quizás nunca la relacionarían con una nacida de la bruma vestida con pantalones sucios.

La capa de Vin se agitó furiosa en el aire. Kelsier completó su arco ante ella y empezó a descender, y Vin pronto lo siguió. Le parecía muy extraño usar la alomancia a plena luz del día. Incluso antinatural. Cometió el error de mirar hacia abajo mientras caía. En vez del reconfortante remolino de las brumas, vio el suelo muy por debajo.

¡Tan alto!, pensó horrorizada. Por fortuna, no estaba demasiado desorientada y empujó contra la moneda que Kelsier había utilizado para aterrizar. Redujo la velocidad de su descenso a un grado manejable antes de saltar a la tierra cenicienta.

Kelsier echó a correr inmediatamente por el camino. Vin lo siguió, ignorando a los mercaderes y viajeros. Ahora que estaban fuera de la ciudad, ella pensó que tal vez Kelsier frenara el ritmo. No lo hizo. Aceleró.

Y, de repente, lo comprendió. Kelsier no pretendía caminar, ni siquiera correr hasta las cuevas.

Planeaba ir disparado hacia allí.

Era un viaje de dos semanas por el canal. ¿Cuánto tardarían ellos? Se movían rápido, tremadamente rápido. Más despacio que un caballo al galope, sin duda, pero estaba claro que ningún caballo podía mantener semejante galope durante mucho tiempo.

Vin no sentía fatiga mientras corría. Recurría al peltre, pasando solo una parte del esfuerzo a su cuerpo. Apenas sentía sus pisadas en el suelo y, con una reserva de peltre tan grande, le parecía que podría mantener la velocidad un buen rato.

Alcanzó a Kelsier y se situó a su lado.

—Esto es más fácil de lo que creía.

—El peltre aumenta tu equilibrio —dijo Kelsier—. De lo contrario, ahora mismo estarías dando tumbos.

—¿Qué crees que encontraremos? En las cuevas, me refiero.

Kelsier sacudió la cabeza.

—No hables. Ahorra energías.

—¡Pero si no me siento cansada!

—Veremos qué dices dentro de dieciséis horas —dijo Kelsier, acelerando aún más mientras se apartaba de la carretera y corría por el ancho sendero junto al canal de Luth-Davn.

¡Dieciséis horas!

Vin se quedó algo rezagada tras Kelsier, dejándose espacio de sobra para correr. Kelsier aumentó su velocidad hasta alcanzar un ritmo enloquecedor. Tenía razón: en otro contexto ella fácilmente hubiese tropezado en el irregular terreno. Sin embargo, con el peltre y el extraño guiándola, conseguía permanecer en pie... aunque hacerlo requería una atención constante mientras oscurecía y salían las brumas.

De vez en cuando, Kelsier lanzaba una moneda y se abalanzaba de una colina a otra. Sin embargo, los mantuvo principalmente corriendo a un ritmo regular, sin alejarse del canal. Pasaron las horas y Vin empezó a sentir la fatiga que él había anunciado. Mantuvo la velocidad, pero notaba algo por debajo. Una resistencia interior, un ansia por detenerse a descansar.

A pesar del poder del peltre su cuerpo se estaba quedando sin fuerzas.

Se aseguró de no permitir que la reserva de peltre menguara. Temía que, si lo hacía, la fatiga se apoderaría tan fuertemente de ella que no podría volver a

ponerse en marcha. Kelsier también le ordenó que bebiera una cantidad de agua descomunal, aunque no tenía tanta sed.

La noche se volvió más oscura y silenciosa, sin ningún viajero que se atreviera a adentrarse en las brumas. Pasaron junto a barcos y barcazas atracadas junto al canal para pasar la noche, además de junto al campamento ocasional de viajeros, las tiendas muy juntas para protegerse de las brumas. Dos veces vieron espectros de las brumas en el camino; el primero le produjo a Vin un terrible sobresalto. Kelsier pasó de largo ignorando por completo a los terribles restos transparentes de las personas y animales que habían sido ingeridos y cuyos huesos formaban ahora el esqueleto del espectro.

A pesar de todo él siguió corriendo. El tiempo se volvió difuso y la carrera llegó a dominarlo todo. Moverse exigía tanta atención que Vin apenas podía concentrarse en Kelsier, que corría delante de ella en medio de la bruma. Seguía poniendo un pie delante del otro y su cuerpo conservaba sus fuerzas, pero al mismo tiempo se sentía terriblemente agotada. Cada paso, por rápido que fuera, se convertía en un esfuerzo. Empezó a anhelar el descanso.

Kelsier no se lo dio. Seguía corriendo, obligándola, manteniendo la increíble velocidad. El mundo de Vin se convirtió en un ente atemporal de dolor forzado y debilidad ignorada. Reducían el ritmo ocasionalmente para beber agua o tragar más perlas de peltre... pero nunca dejaba de correr. Era como... como si *no pudiera* hacerlo. Vin dejó que el agotamiento embotara su mente. Avivar peltre lo era todo. Ella no era nada más.

La luz la sorprendió. El sol empezó a salir y las brumas se desvanecieron. Pero Kelsier no dejó que la claridad los detuviera. ¿Cómo podía hacerlo? Tenían que correr. Tenían que... seguir... corriendo...

VOY A MORIR.

No era la primera vez que a Vin se le ocurría ese pensamiento durante la carrera. De hecho, la idea volvía una y otra vez, dando vueltas y picoteando su cerebro como un ave carroñera. Siguió moviéndose. Corriendo.

Odio correr, pensó. Por eso he vivido siempre en la ciudad, no en el campo. Para no tener que correr.

Algo en su interior sabía que la idea no tenía ningún sentido. Sin embargo, la lucidez no era en ese momento una de sus virtudes.

Odio a Kelsier también. Solo sigue corriendo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que salió el sol? ¿Horas? ¿Semanas? ¿Años? Juro que no lo sé...

Kelsier se detuvo por delante de ella en el camino.

Vin estaba tan aturdida que casi chocó contra él. Tropezó, redujo el paso a duras penas, como si se hubiera olvidado de hacer otra cosa que no fuera correr. Se detuvo, luego se miró los pies, anonadada.

Esto está mal, pensó. No puedo quedarme aquí. Tengo que seguir moviéndome.

Sintió que empezaba a moverse de nuevo, pero Kelsier la agarró. Ella se debatió débilmente.

Descansa, dijo algo en su interior. Relájate. Has olvidado lo que es, pero resulta tan hermoso...

—¡Vin! —dijo Kelsier—. No apagues tu peltre. ¡Sigue quemándolo o caerás inconsciente!

Vin sacudió la cabeza, desorientada, tratando de entender sus palabras.

—¡El estaño! —dijo él—. Avívalo. ¡Ahora!

Ella lo hizo. La cabeza le ardió con un repentino dolor que casi había olvidado y tuvo que cerrar los ojos para protegerse de la cegadora luz del sol. Le dolían las piernas y los pies todavía más. Sin embargo, la súbita oleada de percepción sensorial le devolvió la cordura. Parpadeó y miró a Kelsier.

—¿Mejor? —preguntó él.

Ella asintió.

—Acabas de hacerle a tu cuerpo algo increíblemente injusto —dijo Kelsier—. Debería haberse desmoronado hace horas, pero tenías el peltre para que siguiera adelante. Te recuperarás... Incluso mejorarás al forzarte así, pero ahora mismo tienes que seguir quemando peltre y continuar despierta. Ya dormiremos más tarde.

Vin volvió a asentir.

—¿Por qué...? —espetó—. ¿Por qué hemos parado?

—Escucha.

Ella así lo hizo. Oyó... voces. Gritando.

Lo miró.

—¿Una batalla?

Kelsier asintió.

—La ciudad de Holstep está a cosa de una hora al norte, pero creo que hemos encontrado lo que buscábamos. Vamos.

La soltó, arrojó una moneda y saltó por encima del canal. Vin lo siguió en su carrera por la ladera de una colina cercana. Kelsier la rebasó y se detuvo en

la cima para mirar al este. Vin se puso a su lado y vio la batalla en la distancia. Un cambio en el viento le permitió oler.

Sangre. El valle estaba sembrado de cadáveres. Los hombres seguían luchando al otro lado del valle: un pequeño grupo maltrecho con ropa variopinta estaba rodeado por un ejército mucho más grande y uniformado.

—Llegamos demasiado tarde —dijo Kelsier—. Nuestros hombres deben de haber eliminado a la Guarnición de Holstep y luego han tratado de volver a las cuevas. Pero la ciudad de Valtrox está solo a unos pocos días de distancia y su guarnición cuenta con cinco mil hombres. Esos soldados han llegado antes que nosotros.

Entornando los ojos y usando estaño a pesar de la luz, Vin vio que él tenía razón. El ejército más numeroso vestía el uniforme imperial y, a juzgar por la línea de cadáveres, se había dedicado a emboscar a los soldados skaa a medida que iban pasando. Su ejército no había tenido la menor oportunidad. Mientras miraba, los skaa empezaban a alzar los brazos, pero los soldados seguían matándolos. Algunos de los que quedaban luchaban a la desesperada, pero caían con la misma rapidez.

—Es una matanza —dijo Kelsier, furioso—. La Guarnición de Valtrox seguramente tiene órdenes de aniquilar a todo el grupo. —Dio un paso hacia delante.

—¡Kelsier! —dijo Vin, agarrándolo por el brazo—. ¿Qué vas a hacer?

Él se volvió a mirarla.

—Todavía hay hombres ahí abajo. Mis hombres.

—¿Qué vas a hacer... atacar a un ejército entero tú solo? ¿Para qué? Tus rebeldes no tienen alomancia: no podrán escapar corriendo velozmente. No puedes detener a un ejército entero, Kelsier.

Él se soltó de su tenaza: ella tampoco tenía fuerzas para sujetarlo. Se tambaleó y cayó al áspero suelo negro, levantando una polvareda de ceniza. Kelsier empezó a bajar la colina hacia el campo de batalla.

Vin logró ponerse de rodillas.

—Kelsier —dijo, temblando de fatiga—. No somos invencibles, ¿recuerdas?

Él aminoró el paso hasta detenerse en la colina.

—*No eres* invencible —susurró ella—. No puedes detenerlos a todos. No puedes salvar a esos hombres.

Kelsier permaneció en silencio, los puños apretados. Entonces, lentamente, agachó la cabeza. En la distancia, la masacre continuaba, aunque no quedaban muchos rebeldes.

—Las cuevas —susurró Vin—. Nuestro ejército habrá dejado hombres allí, ¿no? Tal vez puedan decirnos por qué el ejército se ha descubierto de esa forma. Tal vez puedas salvar a esos otros. Los hombres del lord Legislador sin duda buscarán el cuartel general del ejército... si no lo están haciendo ya.

Kelsier asintió.

—Muy bien. Vamos.

KELSIER BAJÓ A LA CAVERNA. Tuvo que avivar estaoño para ver en la oscuridad, iluminada apenas por un poco de luz reflejada en las alturas. El roce de Vin asomada a la grieta le sonó como un trueno en los oídos amplificados. En la caverna en sí... nada. Ningún sonido, ninguna luz.

Así que estaba equivocada, pensó Kelsier. *No quedó nadie atrás*.

Kelsier soltó aire despacio, tratando de encontrar una salida a su frustración y su furia. Había abandonado a los hombres en el campo de batalla. Sacudió la cabeza, ignorando lo que le decía la lógica en ese momento. Su furia estaba todavía demasiado fresca.

Vin se posó en el suelo junto a él, su figura apenas una sombra para sus ojos.

—Vacía —declaró él, y su voz resonó en la caverna—. Te equivocabas.

—No —susurró Vin—. Allí.

De repente, echó a correr con la agilidad de un gato. Kelsier la llamó en la oscuridad, apretó los dientes, y luego la siguió a través de uno de los pasillos, guiándose por el sonido.

—¡Vin, vuelve aquí! No hay nada...

Kelsier se detuvo. Apenas pudo distinguir el fluctuar de una luz en el pasillo. *¿Demonios! ¿Cómo lo ha visto desde tan lejos?*

Todavía oía a Vin por delante. Kelsier avanzó con más cuidado, comprobando sus reservas de metal, preocupado de que los agentes del Ministerio les hubieran tendido una trampa. Mientras se acercaba a la luz, una voz llamó.

—¿Quién anda ahí? ¡Di la contraseña!

Kelsier continuó avanzando, mientras la luz se volvía lo suficientemente intensa para permitirle ver una figura que empuñaba una lanza, recortada en el corredor. Vin esperaba agazapada en la oscuridad. Miró a Kelsier cuando pasó por su lado, vacilante. Parecía haberse recuperado del desgaste por

arrastrar peltre, de momento. Cuando finalmente se detuvieran a descansar, lo sentiría.

—¡Puedo oírte! —dijo ansiosamente el guardia. Su voz era familiar—. Identifícate.

El capitán Demoux, se dijo Kelsier. *Uno de los nuestros. No es una trampa.*

—¡Di la contraseña! —ordenó Demoux.

—No necesito ninguna contraseña —dijo Kelsier, avanzando hacia la luz. Demoux bajó su lanza.

—¿Lord Kelsier? Has venido... ¿Significa eso que hemos triunfado?

Kelsier ignoró la pregunta.

—¿Por qué no estás vigilando la entrada de atrás?

—Nosotros... pensamos que podríamos defendernos mejor retirándonos al complejo interno, mi señor. No quedamos muchos.

Kelsier miró hacia el pasadizo de entrada. *¿Cuánto tiempo pasará hasta que los hombres del lord Legislador encuentren a un cautivo dispuesto a hablar? Vin tenía razón, después de todo: tenemos que llevar a estos hombres a un lugar seguro.*

Vin se incorporó y se acercó, estudiando al joven soldado con aquella mirada tranquila suya.

—¿Cuántos sois?

—Unos dos mil —dijo Demoux—. Nosotros... nos equivocamos, mi señor. Lo siento.

Kelsier lo miró.

—¿Os equivocasteis?

—Pensamos que el general Yeden actuaba a ciegas —dijo Demoux, ruborizándose de vergüenza—. Nos quedamos atrás. Nosotros... pensamos que estábamos siéndote leales, a ti y no a él. Pero tendríamos que haber ido con el resto del ejército.

—El ejército ha sido destruido —dijo Kelsier, cortante—. Reúne a tus hombres, Demoux. Tenemos que marcharnos *ahora mismo*.

ESA NOCHE, SENTADO EN UN tocón con las brumas congregándose a su alrededor, Kelsier finalmente se obligó a enfrentarse a los hechos del día.

Estaba sentado con las manos cruzadas, escuchando los últimos débiles sonidos de la tropa al acostarse. Por fortuna, alguien había pensado en preparar al grupo para partir velozmente. Cada hombre tenía un petate, un

arma y suficiente comida para dos semanas. En cuanto Kelsier descubriera quién había sido tan previsor, pretendía concederle un buen ascenso.

No es que quedara mucho ya a lo que dar órdenes. Entre los dos mil hombres restantes había una proporción tristemente elevada de soldados cuyo mejor momento no había llegado aún o estaba rebasado: hombres lo bastante sabios como para comprender que el plan de Yeden había sido una locura y hombres lo bastante jóvenes como para tener miedo.

Kelsier sacudió la cabeza. *Tantos muertos*. Habían reunido a casi siete mil hombres antes de ese fiasco y la mayoría había muerto. Yeden había decidido al parecer poner a prueba el ejército atacando de noche la Guarnición de Holstep. ¿Qué le había llevado a tomar una decisión tan estúpida?

Yo, pensó Kelsier. *Es culpa mía*. Les había prometido ayuda sobrenatural. Se había promocionado a sí mismo, había convertido a Yeden en parte de la banda y había hablado con ligereza de hacer lo imposible. ¿Era extraño que Yeden hubiera pensado que podía atacar de frente al Imperio Final, considerando la confianza que Kelsier le había mostrado? ¿Era extraño que los soldados lo acompañaran, considerando las promesas que Kelsier había hecho?

Ahora estaban muertos y Kelsier era el responsable. La muerte no era nueva para él. Ni el fracaso. Ya no. Pero no podía evitar tener las tripas revueltas. Ciento, los hombres habían muerto combatiendo al Imperio Final, lo cual era mucho más de lo que los skaa podían esperar. Sin embargo, el hecho de que hubieran muerto esperando tal vez algún tipo de ayuda divina por parte de Kelsier... eso era preocupante.

Sabías que esto sería duro, se dijo. Comprendías la carga que habías reclamado para ti.

Pero ¿qué derecho tenía? Incluso los miembros de su propio grupo, Ham, Brisa y los demás, asumían que el Imperio Final era invencible. Lo seguían porque tenían fe en él y porque había dado forma a sus planes como si de un golpe de ladrones se tratara. Bueno, ahora el patrón de ese golpe estaba muerto: un explorador enviado a comprobar el campo de batalla había confirmado, para bien o para mal, la muerte de Yeden. Los soldados habían clavado su cabeza en una pica junto al camino, junto a la de varios oficiales de Ham.

El golpe había finalizado. Habían fracasado. El ejército estaba destruido. No habría ninguna rebelión, ninguna toma de la ciudad.

Se acercaron unos pasos. Kelsier alzó la cabeza, preguntándose si tenía fuerzas para levantarse. Vin estaba enroscada junto al tocón, dormida en el duro suelo, con solo su capa de bruma como colchón. Arrastrar el peltre durante tanto tiempo se había cobrado un alto precio en la chica, que prácticamente se había derrumbado en el momento en que Kelsier dio por concluida la jornada. Deseó poder hacer lo mismo. Sin embargo, él tenía mucha más experiencia arrastrando peltre que ella. Su cuerpo cedería tarde o temprano, pero podía aguantar un poco más.

Una figura apareció entre la bruma, cojeando hacia él. El hombre era viejo, mucho más viejo que ningún otro que Kelsier hubiera reclutado. Debía de formar parte de la rebelión desde mucho antes: uno de los skaa que vivía en las cuevas antes de que Kelsier se apoderara de ellas.

El hombre eligió una piedra grande junto al tocón de Kelsier y se sentó con un suspiro. Era sorprendente que alguien tan viejo pudiera mantenerse en pie. Kelsier había hecho moverse al grupo a ritmo rápido, con la intención de distanciarlo lo máximo posible de las cuevas.

—Los hombres dormirán mal —dijo el viejo—. No están acostumbrados a las brumas.

—No tienen elección —contestó Kelsier.

El anciano sacudió la cabeza.

—Supongo que no. —Permaneció en silencio un instante, los ancianos ojos ilegibles—. No me reconoces, ¿verdad?

Kelsier rebuscó entre sus recuerdos.

—Lo siento. ¿Te recluté yo?

—Más o menos. Yo era uno de los skaa de la plantación de lord Tresting.

Kelsier abrió la boca sorprendido y, de pronto, reconoció levemente la cabeza calva del hombre y su postura cansada y, sin embargo, fuerte.

—El anciano con el que me senté aquella noche. Te llamabas...

—Mennis. Después de que mataras a Tresting, nos retiramos a las cuevas. Allí nos aceptaron los rebeldes. Muchos acabaron por marcharse en busca de otras plantaciones. Algunos nos quedamos.

Kelsier asintió.

—Estás detrás de todo esto, ¿no? —dijo, indicando el campamento—. Los preparativos.

Mennis se encogió de hombros.

—Algunos no podemos combatir, así que hacemos otras cosas.

Kelsier se inclinó hacia delante.

—¿Qué ha pasado, Mennis? ¿Por qué ha hecho esto Yeden?

Mennis sacudió la cabeza.

—Aunque la mayoría espera que los jóvenes sean necios, he advertido que un poco de edad puede hacer que un hombre sea mucho más necio que un niño. Yeden... Bueno, era de los que se dejan impresionar con demasiada facilidad... tanto por ti como por la reputación que dejaste para él. Algunos de sus generales pensaron que sería buena idea permitir que los hombres hicieran un experimento práctico y libraran una batalla, y supusieron que un ataque nocturno a la Guarnición de Holstep sería un movimiento astuto. Al parecer, resultó más difícil de lo que habían pensado.

Kelsier sacudió la cabeza.

—Aunque hubieran tenido éxito, revelar el ejército lo habría vuelto inútil para nosotros.

—Ellos creían en ti —repuso Mennis en voz baja—. Pensaron que no podían fracasar.

Kelsier suspiró y echó atrás la cabeza. Contempló las cambiantes brumas. Resopló lentamente y el aire de su aliento se mezcló con las volutas.

—Bueno, ¿qué va a ser de nosotros? —preguntó Mennis.

—Os dividiremos y os llevaremos a Luthadel en grupos pequeños, para que os mezcléis entre la población skaa.

Mennis asintió. Parecía cansado, exhausto, pero no se rendía. Kelsier podía comprender ese sentimiento.

—¿Recuerdas nuestra conversación en la plantación de Tresting? —preguntó Mennis.

—Un poco. Trataste de disuadirme para que no creara problemas.

—Pero eso no te detuvo.

—Crear problemas es prácticamente lo único que hago bien, Mennis. ¿Recuerdas lo que hice allí, en qué os obligué a convertiros?

Mennis vaciló, luego asintió.

—Pero, en cierto modo, agradezco ese resentimiento. Creía que mi vida estaba acabada... Me despertaba cada día esperando no tener fuerzas para levantarme. Pero... Bueno, encontré de nuevo un sentido en las cavernas. Por eso, me siento agradecido.

—¿Incluso después de lo que le he hecho al ejército?

Mennis bufó.

—Te das demasiada importancia, joven. Esos hombres se hicieron matar *ellos solos*. Puede que fueras su motivación, pero no decidiste por ellos.

»En cualquier caso esta no es la primera rebelión skaa que es masacrada. Ni de lejos. En cierto modo, has conseguido mucho: congregaste un ejército de tamaño considerable y luego lo armaste y lo entrenaste más de lo que nadie tenía derecho a esperar. Las cosas se han desarrollado un poco más rápidamente de lo que preveías, pero tendrías que estar orgulloso de ti mismo.

—¿Orgulloso? —preguntó Kelsier, poniéndose en pie para controlar su agitación—. Se suponía que este ejército iba a ayudar a derrocar al Imperio Final, no a dejarse matar en una batalla sin sentido en un valle que está a semanas de Luthadel.

—Derrocar al... —Mennis alzó la cabeza, el ceño fruncido—. ¿De verdad esperabas conseguir algo así?

—Por supuesto. ¿Por qué si no iba a reunir un ejército semejante?

—Para resistir —dijo Mennis—. Para luchar. Por eso vinieron esos muchachos a las cuevas. No era una cuestión de ganar o perder, sino de hacer algo, cualquier cosa, contra el lord Legislador.

Kelsier se volvió.

—¿Esperabas que el ejército perdiera desde el principio?

—¿Qué otro final podía haber? —preguntó Mennis. Se levantó, sacudiendo la cabeza—. Puede que algunos empezaran a soñar lo contrario, muchacho, pero el lord Legislador no puede ser derrotado. Una vez te di un consejo: te dije que tuvieras cuidado con las batallas que decidías librar. Bueno, me he dado cuenta de que *ha* merecido la pena librar esta.

»Ahora, déjame que te dé otro consejo, Kelsier, Superviviente de Hathsin. Tienes que saber cuándo renunciar. Lo has hecho bien, mejor de lo que nadie habría esperado. Esos skaa tuyos mataron a toda una guarnición de soldados antes de ser rodeados y destruidos. Es la mayor victoria que los skaa han conocido en décadas, quizás en siglos. Ahora es el momento de retirarse.

Dicho esto, el anciano asintió con la cabeza en señal de respeto y empezó a caminar de vuelta hacia el centro del campamento.

Kelsier se quedó allí de pie, aturdido. *La mayor victoria que los skaa han conocido en décadas...*

Contra eso luchaba. No solo contra el lord Legislador, no solo contra la nobleza. Luchaba contra mil años de condicionamiento, mil años de vida en una sociedad que consideraba la muerte de cinco mil hombres una «gran victoria». La vida albergaba tan poca esperanza para los skaa que habían quedado reducidos a encontrar consuelo en las derrotas esperadas.

—Esto no ha sido una victoria, Mennis —susurró Kelsier—. Yo os *enseñaré* lo que es una victoria.

Se obligó a sonreír. No con placer, ni con satisfacción. Sonrió a pesar de la pena que sentía por la muerte de sus hombres; sonreía porque eso era lo que hacía. Así era como demostraba al lord Legislador, y se demostraba a sí mismo, que no estaba derrotado.

No, no iba a retirarse. No había terminado todavía. Ni por asomo.

FIN DE LA TERCERA PARTE



CUARTA PARTE
BAILARINES EN UN
MAR DE BRUMA

Me siento muy cansado.

26



VIN ESTABA ACOSTADA EN SU cama en el taller de Clubs, sintiendo que la cabeza le latía.

Por fortuna, el dolor iba menguando. Todavía podía recordar haberse despertado aquella primera horrible mañana: el dolor fue tan fuerte que apenas podía pensar, mucho menos moverse. No sabía cómo Kelsier era capaz de continuar adelante, dirigiendo a los restos de su ejército a lugar seguro.

Hacía más de dos semanas de eso. Quince días enteros y *todavía* le dolía la cabeza. Kelsier decía que era bueno para ella. Sostenía que Vin tenía que practicar el arrastre de peltre, entrenando el cuerpo para funcionar más allá de lo que el propio cuerpo creía posible. Sin embargo, a pesar de lo que él decía, dudaba que algo que dolía tanto pudiera ser «bueno» para ella.

Pero podría ser una habilidad útil. Lo reconocía, ahora que la cabeza no le dolía tanto. Kelsier y ella habían podido correr hasta el campo de batalla en un solo día. El viaje de regreso había durado dos semanas.

Vin se levantó y se desperezó, cansada. En realidad, habían vuelto hacía menos de un día. Kelsier debía de haberse pasado media noche en vela, explicando los acontecimientos a los demás miembros de la banda. Vin, sin embargo, se había sentido feliz de irse directa a la cama. Las noches pasadas durmiendo sobre la dura tierra le habían recordado que una cama cómoda era un lujo al que había empezado a acostumbrarse.

Bostezó, se frotó de nuevo las sienes, luego se puso una bata y entró en el cuarto de baño. Le alegró ver que los aprendices de Clubs se habían acordado de traerle una bañera. Cerró la puerta, se desnudó y se metió en el agua caliente

y levemente perfumada. ¿De verdad que alguna vez le habían parecido molestos esos olores? Con el perfume pasaba menos desapercibida, cierto, pero eso parecía un precio muy bajo por librarse de la suciedad y la mugre que había acumulado durante el viaje.

Sin embargo, el pelo largo le seguía pareciendo un engorro. Se lo lavó y se lo desenredó, preguntándose cómo las mujeres de la corte podían soportar un pelo que les llegaba hasta la cintura. ¿Cuánto tiempo pasarían sentadas mientras una criada se lo peinaba y arreglaba? A Vin todavía no le llegaba a los hombros y ya le molestaba. Revoloteaba y le golpeaba la cara cuando saltaba, por no mencionar que proporcionaría a sus enemigos algo a lo que agarrarse.

Cuando terminó de bañarse, regresó a su habitación, se vistió con ropa cómoda y bajó las escaleras. Los aprendices trabajaban en el taller y las criadas en el piso superior, pero la cocina estaba en silencio. Clubs, Dockson, Ham y Brisa estaban desayunando. Alzaron la cabeza cuando Vin entró.

—¿Qué? —preguntó ella, horaña, deteniéndose en la puerta. El baño le había aliviado un poco el dolor de cabeza, pero todavía notaba una leve pulsación en la nuca.

Los cuatro hombres intercambiaron miradas. Ham habló primero.

—Estábamos discutiendo el estado del plan, ahora que nuestro patrón y nuestro ejército han desaparecido.

Brisa alzó una ceja.

—¿Estado? Qué forma tan interesante de expresarlo, Hammond. Yo habría dicho «impracticabilidad».

Clubs gruñó en asentimiento y los cuatro se volvieron hacia ella, al parecer esperando su reacción.

«*Por qué les importa tanto lo que yo piense?*», pensó Vin, entrando en la habitación y acercándose una silla.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Dockson, poniéndose en pie—. El servicio de Clubs ha preparado unos rollitos para...

—Cerveza —dijo Vin.

Dockson se quedó parado.

—Ni siquiera es mediodía.

—Cerveza. Ahora. Por favor.

Vin se inclinó hacia delante, cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza en ellos.

Ham tuvo el valor de echarse a reír.

—¿Arrastre de peltre?

Vin asintió.

—Se te pasará.

—Si no me muero antes —gruñó Vin.

Ham volvió a reírse, pero la risa parecía forzada. Dox le tendió una jarra a Vin y luego se sentó, mirando a los demás.

—Bien, Vin. ¿Qué opinas tú?

—No lo sé —contestó ella con un suspiro—. El ejército era prácticamente el centro de todo, ¿no? Brisa, Ham y Yeden se pasaron un montón de tiempo reclutando; Dockson y Renoux se ocupaban de los suministros. Ahora que los soldados han muerto... Bueno, eso solo deja el trabajo de Marsh en el Ministerio y los ataques de Kel a la nobleza... y para eso no nos necesitan a ninguno. El equipo está de más.

Todos guardaron silencio.

—Tiene una forma deprimentemente brusca de expresarlo —dijo Dockson.

—Es lo que tiene el arrastre de peltre —comentó Ham.

—¿Cuándo has vuelto, por cierto? —preguntó Vin.

—Anoche, después de que te fueras a dormir. La Guarnición envió pronto de vuelta a los soldados temporales, para no tener que pagarnos.

—¿Siguen ahí fuera, entonces? —preguntó Dockson.

Ham asintió.

—Cazando al resto de nuestro ejército. La Guarnición de Luthadel relevó a las tropas de Valtroux, que estaban bastante maltrechas tras la batalla. La mayor parte de las tropas de Luthadel estará fuera una temporada todavía, buscando a los rebeldes. Al parecer, varios grupos grandes se separaron de nuestro ejército principal y huyeron antes de que empezara la batalla.

La conversación se sumió en otro silencio. Vin bebió cerveza, más por coraje que por creer que fuera a hacerla sentir mejor. Unos cuantos minutos después sonaron pasos en las escaleras.

Kelsier entró en la cocina.

—Buenos días a todos —dijo con su alegría de costumbre—. Rollitos otra vez, veo. Clubs, tienes que contratar unas cocineras con más imaginación.

A pesar del comentario, dio un gran bocado a un rollito. Luego sonrió agradablemente mientras se servía algo de beber.

El grupo permaneció en silencio. Los hombres se miraron. Kelsier se quedó de pie, apoyado contra la alacena mientras comía.

—Kel, tenemos que hablar —dijo Dockson por fin—. El ejército ha desaparecido.

—Sí —contestó Kelsier entre bocado y bocado—. Ya me he dado cuenta.

—El trabajo se acabó, Kelsier —dijo Brisa—. Fue un buen intento, pero fracasamos.

Kelsier hizo una pausa. Frunció el ceño bajando el rollito.

—¿Fracasar? ¿Qué te hace decir eso?

—El ejército ha desaparecido, Kel —dijo Ham.

—El ejército era solamente una pieza de nuestros planes. Hemos tenido un contratiempo, sí... pero no hemos terminado.

—¡Por todos los diablos, hombre! —exclamó Brisa—. ¿Cómo puedes estar ahí plantado tan alegre? Nuestros hombres han *muerto*. ¿Es que no te importa?

—Me importa, Brisa —contestó Kelsier, solemne—. Pero lo hecho, hecho está. Tenemos que seguir adelante.

—¡Exactamente! —dijo Brisa—. Seguir adelante y olvidar este descabellado trabajo tuyo. Es hora de renunciar. ¡Sé que no te gusta, pero es la pura verdad!

Kelsier dejó su plato en la encimera.

—No me aplaques, Brisa. *Nunca* me aplaques.

Brisa vaciló, la boca entreabierta.

—Bien —dijo por fin—. No usaré la alomancia: solo usaré la verdad. ¿Sabes qué creo? Creo que tu intención no fue nunca apoderarte del atium.

»Nos has estado utilizando. Nos prometiste riquezas para que nos uniéramos a ti, pero nunca tuviste intención de hacernos ricos. Todo esto es por tu ego... por convertirte en el jefe de bandas más famoso que haya existido jamás. *Por eso* has estado divulgando esos rumores, haciendo todos esos reclutamientos. Has conocido la riqueza... ahora quieres convertirte en una leyenda.

Brisa guardó silencio, la mirada llena de reproche. Kelsier permaneció en pie, cruzado de brazos, mirando al grupo. Varios apartaron la mirada, mostrando en la vergüenza de sus ojos que habían pensado lo que Brisa estaba diciendo. Vin era uno de ellos. El silencio continuó, mientras todos esperaban una negativa.

Volvieron a sonar pasos en las escaleras y Fantasma irrumpió en la cocina.

—¡En voluntando el cuidado y en depie pa ver! ¡Una reunión, en la plaza de la fuente!

Kelsier no pareció sorprendido por el anuncio del muchacho.

—¿Una reunión en la plaza de la fuente? —dijo Ham lentamente—. Eso significa...

—Vamos —dijo Kelsier, irguiéndose—. Tenemos que ir a ver.

—PREFERIRÍA NO HACER ESTO, KEL —dijo Ham—. Evito estas cosas por un motivo.

Kelsier lo ignoró. Se puso a la cabeza del grupo. Todos ellos (incluido Brisa) iban vestidos con ropajes y capas vulgares de skaa. Había empezado a nevar ceniza y los copos revoloteaban en el cielo, como hojas caídas de un árbol invisible.

Enormes grupos de skaa obstruían las calles, en su mayoría trabajadores de las fábricas o los molinos. Vin solo conocía un motivo por el que los obreros eran enviados a reunirse en la plaza central de la ciudad.

Ejecuciones.

Nunca había asistido a una. En teoría, todos los hombres de la ciudad, skaa o nobles, debían asistir a las ceremonias de ejecución, pero las bandas de ladrones sabían cómo permanecer ocultas. Sonaban campanas a lo lejos, anunciando el evento, y los obligadores vigilaban en las aceras de las calles. Entrarían en las fábricas, fraguas y casas buscando a aquellos que desoyeran la llamada, castigándolos con la muerte. Reunir a tantísima gente era una labor enorme; pero, en cierto modo, hacer cosas así solo servía para demostrar lo poderoso que era el lord Legislador.

Las calles se abarrotaron aún más mientras la banda se acercaba a la plaza de la fuente. Los tejados de los edificios estaban repletos y la gente llenaba las calles, empujando. *Es imposible que quepan todos.* Luthadel no era como la mayoría de las ciudades: su población era enorme. Incluso solo con la asistencia de los hombres, era imposible que todo el mundo pudiera ver las ejecuciones.

Sin embargo, seguían acudiendo. En parte porque se les exigía, en parte porque no tenían que trabajar mientras las contemplaban y, en parte, sospechaba Vin, porque tenían la misma curiosidad morbosa que todos los hombres.

Mientras la muchedumbre aumentaba, Kelsier, Dockson y Ham empezaron a abrirse paso entre los curiosos. Algunos de los skaa los miraron con resentimiento, aunque muchas de aquellas miradas eran solo turbias y complacientes. Algunos parecían sorprendidos, incluso entusiasmados,

cuando vieron a Kelsier, aunque no mostraba sus cicatrices. Esos se apartaron ansiosamente.

Por fin llegaron a la fila de edificios que rodeaban la plaza. Kelsier escogió uno, indicándolo con un gesto, y Dockson avanzó. Un hombre apostado en la puerta trató de bloquearles el camino, pero Dox señaló hacia el tejado y luego sopesó su bolsa. Unos minutos más tarde, tenían todo el terrado para ellos.

—Ahúmanos, por favor, Clubs —dijo Kelsier en voz baja.

El nudoso artesano asintió y volvió invisible al grupo a los sentidos alománticos del bronce. Vin se acercó al borde del terrado, se agazapó y apoyó las manos sobre la barandilla de piedra mientras escrutaba la plaza.

—Tanta gente...

—Has vivido en ciudades siempre, Vin —dijo Ham, a su lado—. Sin duda habrás visto multitudes.

—Sí, pero...

¿Cómo podía explicarlo? La masa apretujada y cambiante no se parecía a nada que hubiera visto jamás. Era enorme, casi infinita, y ocupaba todas las calles que confluyan en la plaza central. Los skaa estaban tan apretujados que se preguntó cómo tenían espacio para respirar.

Los nobles ocupaban el centro de la plaza, separados de los skaa por los soldados. Estaban cerca de la fuente central, que se alzaba a metro y medio sobre el resto de la plaza. Alguien había construido asientos para la nobleza, y allí estaban, como si asistieran a una representación teatral o a una carrera de caballos. Muchos iban acompañados de criados que sujetaban parasoles para protegerlos de la ceniza, pero caía tan poca que algunos ni siquiera le prestaron la menor atención.

Junto a los nobles se hallaban los obligadores: los regulares, de gris; los inquisidores, de negro. Vin se estremeció. Había ocho inquisidores, sus formas larguiruchas destacándose una cabeza por encima de los obligadores. Pero no era solo la estatura lo que separaba a las oscuras criaturas de sus primos. Había un aire, una postura distintiva en los inquisidores de acero.

Vin se puso a estudiar a los obligadores normales. La mayoría se pavoneaba con sus túnicas administrativas: cuanto más alta era su posición, mejor era la túnica. Vin entornó los ojos, quemó estaño y reconoció un rostro moderadamente familiar.

—Allí —dijo, señalando—. Ese es mi padre.

Kelsier se asomó.

—¿Dónde?

—En la primera fila de los obligadores. El bajo con la capucha dorada.

Kelsier guardó silencio.

—¿*Ese* es tu padre? —preguntó por fin.

—¿Quién? —preguntó Dockson, entornando los ojos—. No les distingo la cara.

—Tevidian —dijo Kelsier.

—¿El *sumo prelado*? —preguntó Dockson, sorprendido.

—¿Qué? ¿Quién es ese? —quiso saber Vin.

Brisa se echó a reír.

—El sumo prelado es el jefe del Ministerio, querida. Es el más importante de los obligadores del lord Legislador: a efectos prácticos, posee un rango aún más alto que los inquisidores.

Vin se sentó, aturdida.

—El sumo prelado —murmuró Dockson, sacudiendo la cabeza—. Esto no hace más que mejorar.

—¡Mirad! —señaló de pronto Fantasma.

La multitud de skaa empezó a agitarse. Vin había supuesto que estaban demasiado apretujados para moverse, pero al parecer estaba equivocada. La gente empezó a abrir un amplio pasillo que conducía a la plataforma central.

—¿Qué puede hacerles...?

Entonces lo sintió. El opresivo aturdimiento, como una enorme manta encima que le quitara el aire y le robara la voluntad. Inmediatamente quemó cobre. Sin embargo, como antes, le pareció que podía sentir al lord Legislador aplacando a pesar del metal. Lo sintió acercarse, tratar de hacerle perder toda su voluntad, todo su deseo, toda fuerza y emoción.

—Viene —susurró Fantasma, agachándose junto a ella.

Un carroaje negro tirado por una pareja de enormes caballos blancos apareció en una calle lateral. Recorrió el pasillo dejado por los skaa, moviéndose con una sensación de... inexorabilidad. Vin vio a varias personas apretujadas a su paso y sospechó que, si alguien caía ante el carroaje, el vehículo lo aplastaría sin ni siquiera detenerse.

Los skaa se apretaron un poco más mientras llegaba el lord Legislador, una ola visible barrió la multitud y la postura de la gente denotaba el sometimiento de sentir su poderosa fuerza aplacadora. El rugido de fondo de susurros y charlas se apagó y un silencio sobrenatural se apoderó de la enorme plaza.

—Es tan *poderoso* —dijo Brisa—. Incluso al máximo de mi poder, yo solo puedo aplacar a un par de cientos de hombres. ¡Aquí tiene que haber decenas

de miles!

Fantasma se asomó a la barandilla.

—Me dan ganas de caer. De dejarme ir...

Dejó de hablar. Sacudió la cabeza como si despertara. Vin frunció el ceño. Algo era diferente. Probó a apagar su cobre y se dio cuenta de que ya no sentía el poder aplacador del lord Legislador. La sensación de horrible depresión, de carencia y vacío había desaparecido extrañamente. Fantasma alzó la cabeza y el resto de los miembros de la banda se irguió un poco más.

Vin miró alrededor. Los skaa de abajo no parecían haber notado el cambio. Sin embargo, sus amigos...

Sus ojos encontraron a Kelsier. El jefe de la banda permanecía erguido, contemplando con decisión el carro que se acercaba, con una expresión de concentración en el rostro.

Está encendiendo nuestras emociones, comprendió Vin. Está contrarrestando el poder del lord Legislador. Era obviamente una dura pugna de Kelsier por proteger a su pequeño grupo.

Brisa tiene razón, pensó Vin. ¿Cómo podemos combatir algo así? ¡El lord Legislador está aplacando a cien mil personas a la vez!

Pero Kelsier siguió esforzándose. Por si acaso, Vin encendió su cobre. Luego quemó cinc y trató de ayudar a Kelsier, encendiéndole las emociones de los que tenía cerca. Parecía como si estuviera tirando de una enorme pared inmóvil. Sin embargo, debió de servir de algo, porque Kelsier se relajó ligeramente y le dirigió una mirada de agradecimiento.

—Mirad —dijo Dockson, casi con toda seguridad ajeno a la batalla invisible que había tenido lugar a su alrededor—. Los carros de los prisioneros.

Señaló un grupo de diez carros con barrotes que seguían al del lord Legislador.

—¿Reconocéis a alguno? —preguntó Ham, inclinándose hacia delante.

—No soy de los en vedores —respondió Fantasma, inquieto—. Tío, ¿estás en quemando?

—Sí, mi cobre está encendido —dijo Clubs—. Estás a salvo. Estamos tan lejos del lord Legislador que no importa, de todas formas. La plaza es enorme.

Fantasma asintió y empezó a quemar estaño. Un momento después, sacudió la cabeza.

—No en reconozco a ninguno.

—No estuviste presente en gran parte del reclutamiento, Fantasma —dijo Ham, forzando la vista.

Kelsier se subió a la cornisa y se protegió los ojos con una mano.

—Puedo ver a los prisioneros. No, no reconozco ninguna cara. No son soldados cautivos.

—¿Quiénes, entonces? —preguntó Ham.

—Parece que son mujeres y niños.

—¿Las familias de los soldados? —preguntó Ham, horrorizado.

Kelsier sacudió la cabeza.

—Lo dudo. No habrán dedicado tiempo a identificar a los skaa muertos.

Ham frunció el ceño, confundido.

—Gente al azar, Hammond —dijo Brisa con un suspiro—. Ejemplos... Ejecuciones aleatorias para castigar a los skaa por albergar rebeldes en su seno.

—No, ni siquiera eso —dijo Kelsier—. Dudo que el lord Legislador sepa siquiera, ni le importe, que la mayoría de esos hombres fueron reclutados aquí, en Luthadel. Debe de imaginarse que se ha tratado de otra rebelión campesina. Esto... esto es solo una forma de recordarle a todo el mundo quién tiene el control.

El carruaje del lord Legislador subió por una plataforma hasta el patio central. El ominoso vehículo se detuvo en el centro exacto de la plaza, pero el lord Legislador permaneció en su interior.

Los carros de los prisioneros se detuvieron y un grupo de obligadores y soldados empezaron a hacer bajar a sus ocupantes. Seguía cayendo ceniza negra cuando el primer grupo de prisioneros, la mayoría debatiéndose débilmente, fueron arrastrados hacia la plataforma elevada central. Un inquisidor dirigía el trabajo, indicando que los prisioneros fueran congregados junto a cada una de las cuatro fuentes en forma de cuenco de la plataforma.

Cuatro prisioneros fueron obligados a arrodillarse, uno junto a cada una de las fuentes, y cuatro inquisidores alzaron hachas de obsidiana. Las cuatro hachas cayeron y cuatro cabezas rodaron. Los cuerpos, todavía sujetos por los soldados, vaciaron su sangre en los cuencos de las fuentes.

Las fuentes empezaron a manar rojas. Los soldados arrojaron los cadáveres y trajeron a otras cuatro personas.

Fantasma apartó la mirada, asqueado.

—¿Por qué... por qué no hace nada Kelsier? ¿Para en salvarlos, quiero decir?

—No seas necio —dijo Vin—. Hay *ocho* inquisidores ahí abajo... por no mencionar al mismísimo lord Legislador. Kelsier sería un idiota si intentara algo.

Aunque no me sorprendería que lo considerara, pensó, recordando que Kelsier había estado dispuesto a enfrentarse a un ejército entero él solo. Miró a un lado. Parecía que Kelsier se estaba obligando a contenerse, agarrándose con las manos lívidas a la chimenea que tenía al lado, para no correr a impedir las ejecuciones.

Fantasma se arrastró al otro lado del tejado, donde poder vomitar sin rociar de bilis a la gente de abajo. Ham gimió, e incluso Clubs pareció entristecido. Dockson observaba con solemnidad, como si ser testigo de las muertes fuera una especie de vigilia. Brisa solo sacudía la cabeza.

Kelsier, sin embargo... Kelsier estaba furioso. Tenía la cara roja, los músculos tensos, los ojos en llamas.

Cuatro muertes más, una de ellas de un niño.

—Esto —dijo Kelsier, indicando furioso la plaza central—. *Esto es nuestro enemigo. No hay cuartel, no hay vuelta atrás. No es un trabajo sencillo, no es algo que podamos descartar cuando nos encontremos con unos cuantos contratiempos inesperados.*

Cuatro muertes más.

—¡Miradlos! —exigió Kelsier, señalando los palcos llenos de nobles. La mayoría de ellos parecían aburridos y unos cuantos incluso parecían estar divirtiéndose, y se volvían y bromeaban entre sí mientras las decapitaciones continuaban.

»Sé que dudáis de mí —dijo Kelsier, volviéndose hacia el grupo—. Creéis que he sido demasiado duro con los nobles, creéis que me gusta demasiado matarlos. Pero ¿podéis sinceramente ver a esos hombres reír y decirme que no se merecen morir por mi espada? Solo hago justicia.

Cuatro muertes más.

Vin escrutó los palcos con ojos ansiosos amplificados por el estaño. Encontró a Elend sentado entre un grupo de jóvenes. Ninguno reía, y no eran los únicos. Cierto, muchos de los nobles hacían bromas, pero había una pequeña minoría que parecía horrorizada.

—Brisa —continuó Kelsier—, me preguntaste por el atium. Seré sincero. Nunca fue mi objetivo principal: reuní a este grupo porque quería cambiar las cosas. Nos apoderaremos del atium, lo necesitaremos para apoyar un nuevo gobierno, pero este trabajo no es para que yo me haga rico, ni ninguno de vosotros.

»Yeden está muerto. Era nuestra excusa, un modo de poder hacer algo bueno mientras seguíamos fingiendo ser solo ladrones. Ahora que ya no está,

podéis renunciar, si queréis. Renunciad. Pero eso no cambiará nada. La lucha continuará. Seguirán muriendo hombres. La única diferencia estribará en que, esta vez, lo estaréis ignorando.

Cuatro muertes más.

—Es hora de detener esta charada —dijo Kelsier, mirándolos uno a uno—. Si vamos a hacerlo, tenemos que ser sinceros y leales unos con otros. Tenemos que admitir que no es por dinero. Es para detener *eso*.

Señaló el patio con sus fuentes rojas, un signo visible de muerte para los miles de skaa que estaban demasiado lejos para ver lo que estaba sucediendo.

—Pretendo continuar mi lucha —dijo Kelsier suavemente—. Me doy cuenta de que algunos cuestionáis mi liderazgo. Creéis que me he estado haciendo demasiada propaganda entre los skaa. Susurráis que me estoy convirtiendo en otro lord Legislador... Creéis que mi ego es más importante para mí que derrocar al imperio.

Calló, y Vin vio culpa en los ojos de Dockson y los demás. Fantasma se reunió con el grupo, todavía con mala cara.

Cuatro muertes más.

—Os equivocáis —dijo Kelsier en voz baja—. Tenéis que confiar en mí. Me ofrecisteis vuestra confianza cuando comenzamos este plan, a pesar de lo peligroso que parecía. ¡Sigo necesitando esa confianza! ¡No importa lo que parezca, no importa lo terribles que sean las probabilidades en contra, tenemos que seguir luchando!

Cuatro muertes más.

El grupo se volvió lentamente hacia Kelsier. Contrarrestar el empujón del lord Legislador sobre sus emociones ya no parecía difícil para Kelsier, aunque Vin había dejado que se apagase su cinc.

Tal vez... tal vez pueda lograrlo, pensó Vin, a su pesar. Si alguna vez había existido un hombre que pudiera derrotar al lord Legislador, era Kelsier.

—No os elegí por vuestra competencia, aunque sois ciertamente hábiles —dijo Kelsier—. Os elegí a cada uno específicamente porque sabía que sois hombres con conciencia. Ham, Brisa, Dox, Clubs... Sois hombres con fama de honradez, incluso de caridad. Sabía que, si este plan iba a tener éxito, necesitaría a hombres que *se preocuparan*.

»No, Brisa, esto no es por los cuartos ni por la gloria. Esto es una guerra... una guerra que llevamos mil años librando, una guerra que pretendo terminar. Podéis marcharos, si queréis. Sabéis que os dejaré marchar, sin hacer preguntas, sin exigir nada, si deseáis iros.

»Sin embargo —prosiguió, la mirada dura—, si os quedáis tenéis que prometer que dejaréis de cuestionar mi autoridad. Podéis expresar vuestras preocupaciones sobre el trabajo en sí, pero no habrá más susurros sobre mi liderazgo. Si os quedáis, seguidme. ¿Entendido?

Uno a uno, fue mirando a los ojos a los miembros del grupo. Cada uno de ellos asintió.

—Creo que no te hemos cuestionado realmente, Kel —dijo Dockson—. Estábamos... estábamos preocupados, y me parece que con razón. El ejército era una parte muy importante de nuestros planes.

Kelsier señaló al norte, hacia las puertas principales de la ciudad.

—¿Qué ves en la distancia, Dox?

—¿Las puertas de la ciudad?

—¿Y qué tienen de diferente?

Dockson se encogió de hombros.

—Nada fuera de lo corriente. Están un poco escasas de personal, pero...

—¿Por qué? —interrumpió Kelsier—. ¿Por qué faltan hombres?

Dockson caviló.

—¿Porque la Guarnición no está?

—Exactamente —dijo Kelsier—. Ham dice que la Guarnición podría estar persiguiendo los restos de nuestro ejército durante meses, y que solo el diez por ciento de sus hombres se ha quedado. Eso tiene sentido: la Guarnición fue creada para apresar rebeldes. Luthadel puede quedar indefensa, pero nadie ataca Luthadel. Nadie lo ha hecho nunca.

Una silenciosa comprensión pasó entre los miembros del grupo.

—Parte de nuestro plan para apoderarnos de la ciudad se ha cumplido —dijo Kelsier—. Hemos sacado a la Guarnición de Luthadel. Nos costó más de lo que esperábamos... mucho más de lo que tendría que haber costado. Ojalá los Dioses Olvidados hubieran querido que todos esos muchachos no hubieran muerto. Por desgracia, no podemos cambiar eso ya... solo podemos aprovechar la oportunidad que nos han ofrecido.

»El plan sigue en pie... La principal fuerza de pacificación de la ciudad no está. Si estalla una guerra entre casas, el lord Legislador tendrá problemas para detenerlas. Suponiendo que quiera hacerlo. Por algún motivo, tiende a retirarse y a dejar que la nobleza luche entre sí cada cien años aproximadamente. Tal vez piensa que dejar que se acuchillen mutuamente impide que se vuelvan contra él.

—Pero ¿y si la Guarnición vuelve? —preguntó Ham.

—Si no me equivoco, el lord Legislador la dejará perseguir a los supervivientes de nuestro ejército durante varios meses, dando a la nobleza la oportunidad de soltar un poco de vapor. Pero va a encontrarse con más de lo que esperaba. Cuando empiece esa guerra de casas, aprovecharemos el caos para apoderarnos del palacio.

—¿Con qué ejército, mi querido amigo? —preguntó Brisa.

—Todavía nos quedan soldados —dijo Kelsier—. Además, tenemos tiempo de reclutar más. Tendremos que ser cuidadosos... no podemos usar las cuevas, así que tendremos que ocultar a nuestros soldados en la ciudad. Eso no permitirá reclutar a muchos. Sin embargo, ese no será el problema... Veréis, la Guarnición regresará tarde o temprano.

Los miembros del grupo compartieron una mirada mientras las ejecuciones continuaban abajo. Vin guardó silencio, tratando de decidir qué había querido decir Kelsier con aquellas últimas palabras.

—Exactamente, Kel —dijo Ham, muy despacio—. La Guarnición regresará y no tendremos un ejército lo bastante grande para luchar contra ella.

—Pero *tendremos* el tesoro del lord Legislador —sonrió Kelsier—. ¿Qué es lo que has dicho siempre de esos soldados, Ham?

El violento vaciló, luego también él sonrió.

—Que son mercenarios.

—Nos apoderamos del dinero del lord Legislador —dijo Kelsier—, y eso significa que conseguimos también su ejército. Esto puede funcionar todavía, caballeros. Podemos *hacer* que salga bien.

El grupo pareció recuperar la confianza. Vin, sin embargo, se volvió hacia la plaza. Las fuentes eran tan rojas que parecían completamente llenas de sangre. Por encima de todo, el lord Legislador observaba desde su carro negro. Las ventanas estaban abiertas y, con estaño, Vin apenas pudo distinguir su silueta sentada en el interior.

Ese es nuestro verdadero enemigo, pensó. *No la Guarnición que falta, ni los inquisidores con sus hachas. Ese hombre. El hombre del libro.*

Tenemos que encontrar un modo de derrotarlo o, de lo contrario, todo lo demás que hagamos será inútil.

Creo que he descubierto por fin por qué me odia tanto Rashek. No cree que un extraño como yo, un forastero, pueda ser el Héroe de las Eras. Cree que de algún modo he engañado a los filósofos, que llevo injustamente las marcas del Héroe.

Según Rashek, solo un terrisano de pura sangre debería haber sido elegido como el Héroe. Curiosamente, me siento más decidido a causa de su odio. Debo demostrarle que puedo realizar esta tarea.

27



ESA TARDE, EL GRUPO REGRESÓ en silencio al taller de Clubs. Las ejecuciones habían durado horas. No había habido ninguna proclama, ninguna explicación por parte del Ministerio ni del lord Legislador: solo ejecución tras ejecución tras ejecución. Cuando se acabaron los cautivos, el lord Legislador y sus obligadores se marcharon dejando un montón de cadáveres en la plataforma y el agua ensangrentada fluyendo en las fuentes.

Mientras el grupo de Kelsier regresaba a la cocina, Vin advirtió que el dolor de cabeza ya no la molestaba. Era... insignificante. Los rollitos, que una de las doncellas de la casa había tapado cuidadosamente, seguían sobre la mesa. Nadie comió.

—Muy bien —dijo Kelsier, ocupando su lugar de costumbre contra la alacena—. Planeemos esto. ¿Cómo deberíamos actuar?

Dockson recuperó un fajo de papeles y se dispuso a sentarse.

—Sin la Guarnición, nuestro foco principal es la nobleza.

—En efecto —dijo Brisa—. Si de verdad pretendemos apoderarnos del tesoro con solo unos pocos miles de soldados, van a necesitar algo que distraiga a la guardia de palacio e impida a la nobleza arrebatarlos la ciudad. Por tanto, la guerra entre casas adquiere una importancia fundamental.

Kelsier asintió.

—Es exactamente lo que yo pienso.

—Pero ¿qué sucederá cuando termine la guerra entre casas? —dijo Vin—. Algunas acabarán venciendo y entonces tendremos que tratar con ellas.

Kelsier sacudió la cabeza.

—No pretendo que la guerra entre casas termine jamás, Vin... o, al menos, no hasta dentro de mucho tiempo. El lord Legislador dicta las leyes y el Ministerio controla a sus seguidores, pero es la nobleza quien obliga a los skaa a trabajar. Así que, si derribamos a suficientes casas nobles, el gobierno tal vez caiga por su cuenta. No podemos combatir a todo el Imperio Final en su conjunto: es demasiado grande. Aunque sí podemos sacudirlo y hacer que las piezas luchen entre sí.

—Tenemos que causar problemas financieros en las Grandes Casas —dijo Dockson, revisando sus papeles—. La aristocracia es principalmente una institución financiera, y la falta de fondos hundirá *cualquier* casa.

—Brisa, puede que tengamos que utilizar a algunos de tus áler ego —dijo Kelsier—. Hasta ahora, he sido el único del grupo dedicado a la guerra entre casas... pero si vamos a intentar tomar la ciudad antes de que regrese la Guarnición, tendremos que redoblar nuestros esfuerzos.

Brisa suspiró.

—Muy bien. Deberemos tener mucho cuidado para asegurarnos de que nadie me reconoce accidentalmente como a otra persona que no debería ser. No puedo ir a fiestas ni celebraciones... aunque quizás pueda visitar alguna casa yo solo.

—Lo mismo vale para ti, Dox —dijo Kelsier.

—Eso pensaba.

—Será peligroso para ambos —dijo Kelsier—. Pero la velocidad será esencial. Vin seguirá siendo nuestra principal espía... Y nos convendría que empezara a difundir información falsa. Cualquier cosa que inquiete a la nobleza.

Ham asintió.

—En tal caso, creo que lo mejor sería enfocar nuestra atención en la cúpula.

—En efecto —dijo Brisa—. Si logramos que las casas más poderosas parezcan vulnerables, entonces sus enemigos se dispondrán a golpear rápidamente. Solo después de que las casas poderosas hayan caído el pueblo se dará cuenta de que es realmente *él* quien sostiene la economía.

Todos guardaron silencio durante un segundo. Luego varias cabezas se volvieron hacia Vin.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Están hablando de la Casa Venture, Vin —dijo Dockson—. Es la más poderosa de las Grandes Casas.

Brisa asintió.

—Si Venture cae, todo el Imperio Final sentirá los temblores.

Vin no dijo nada durante un momento.

—No todos son mala gente —dijo por fin.

—Tal vez —contestó Kelsier—. Pero lord Straff Venture desde luego lo es, y su familia ocupa el puesto más destacado del Imperio Final. La Casa Venture tiene que caer... y tú ya tienes algo ganado con uno de sus miembros más importantes.

Creí que querías que me mantuviera alejada de Elend, pensó ella, molesta.

—Mantén los oídos abiertos, niña —dijo Brisa—. Mira a ver si consigues que el muchacho hable de las finanzas de su casa. Encuéntranos un hueco y nosotrosharemos el resto.

Igual que los juegos que tanto odia Elend. Sin embargo, las ejecuciones estaban todavía frescas en su mente. Esas cosas tenían que acabar. Además, ni siquiera a Elend le agradaban su padre y su casa. Tal vez... tal vez pudiera dar con algo.

—Veré qué puedo hacer —dijo.

Llamaron a la puerta. Uno de los aprendices fue a abrir. Unos momentos más tarde, Sazed, vestido con una capa skaa para ocultar sus rasgos, entró en la cocina.

Kelsier miró la hora.

—Llegas temprano, Saz.

—Trato de convertirlo en costumbre, maese Kelsier —repuso el terrisano.

Dockson alzó una ceja.

—Una costumbre que alguien más debería adquirir.

Kelsier bufó.

—Si siempre llegas a tiempo, eso significa que nunca tienes nada mejor que hacer. Saz, ¿cómo están los hombres?

—Todo lo bien que cabe esperar, maese Kelsier —repuso Sazed—. Pero no pueden estar escondidos eternamente en los almacenes de Renoux.

—Lo sé. Dox, Ham, necesito que os ocupéis de este problema. Quedan dos mil hombres de nuestro ejército. Quiero que los introduzcáis en Luthadel.

Dockson asintió, pensativo.

—Encontraremos un modo.

—¿Quieres que sigamos entrenándolos? —preguntó Ham.

Kelsier asintió.

—Entonces tendremos que esconderlos por escuadrones. No tenemos recursos para entrenarlos individualmente. Digamos... ¿un par de cientos de hombres por equipo? ¿Ocultos en los suburbios, cerca unos de otros?

—Asegúrate de que ninguno de los equipos sepa nada de los demás —dijo Dockson—, ni que intentamos atacar el palacio. Con tantos hombres en la ciudad cabe la posibilidad de que sean apresados por los obligadores por uno u otro motivo.

Kelsier asintió.

—Decid a cada grupo que es el único que no está disuelto, que lo conservamos por si fuese necesario en algún momento del futuro.

—También dijiste que el reclutamiento tenía que continuar —dijo Ham.

Kelsier asintió.

—Me gustaría tener al menos el doble de soldados antes de intentar actuar.

—Eso va a ser difícil —dijo Ham—, considerando el fracaso de nuestro ejército.

—¿Qué fracaso? —preguntó Kelsier—. Diles la verdad: que nuestro ejército consiguió neutralizar con éxito a la Guarnición.

—Aunque la mayoría muriera haciéndolo.

—Podemos saltarnos esa parte —dijo Brisa—. El pueblo estará furioso por las ejecuciones... Debería estar más dispuesto a escucharnos.

—Reunir soldados va a ser tu principal tarea en los próximos meses, Ham —dijo Kelsier.

—No es mucho tiempo, pero veré qué puedo hacer.

—Bien —dijo Kelsier—. Saz, ¿llegó la nota?

—Llegó, maese Kelsier —respondió Sazed, sacando una carta de su capa y entregándosela.

—¿Qué es eso? —preguntó Brisa con curiosidad.

—Un mensaje de Marsh —dijo Kelsier, abriendo la carta y repasando su contenido—. Está en la ciudad y tiene noticias.

—¿Qué noticias? —preguntó Ham.

—No lo dice —respondió Kelsier, tomando un rollito—. Pero da instrucciones acerca de dónde reunirse con él esta noche.

Kelsier se puso una capa de skaa.

—Voy a explorar el lugar antes de que oscurezca. ¿Vienes, Vin?

Ella asintió y se puso en pie.

—Los demás, seguid trabajando en el plan —dijo Kelsier—. Dentro de dos meses, quiero que esta ciudad esté tan tensa que cuando finalmente se rompa ni siquiera el lord Legislador pueda volver a recomponerla.

—**HAY ALGO QUE NO NOS** estás diciendo, ¿verdad? —dijo Vin, volviéndose hacia Kelsier desde la ventana—. Una parte del plan.

Kelsier la miró en la oscuridad. El sitio elegido por Marsh era un edificio abandonado de los Quiebros, uno de los barrios skaa más empobrecidos. Kelsier había localizado un segundo edificio abandonado enfrente de donde iban a reunirse y Vin y él esperaban en la planta superior, vigilando la calle hasta que llegara Marsh.

—¿Por qué me preguntas eso? —dijo Kelsier finalmente.

—Por el lord Legislador —respondió Vin, hurgando en un trocito de la madera podrida del alféizar—. He sentido su poder, hoy. No creo que los otros lo hayan hecho, no como lo hace alguien nacido de la bruma. Pero sé que tú debes de haberlo sentido también. —Alzó la cabeza de nuevo y miró a Kelsier a los ojos—. Sigues planeando hacer que salga de la ciudad antes de que intentemos tomar el palacio, ¿no?

—No te preocupes por el lord Legislador. El undécimo metal se encargará de él.

Vin frunció el ceño. En el exterior, el sol se ponía con una feroz llamarada de frustración. Las brumas saldrían pronto y, supuestamente, Marsh llegaría poco después.

El undécimo metal, pensó ella, recordando el escepticismo con el que los otros miembros de la banda se referían a él.

—¿Es real? —preguntó Vin.

—¿El undécimo metal? Por supuesto que sí. Te lo mostré, ¿recuerdas?

—No me refiero a eso. ¿Son auténticas las leyendas? ¿Estás mintiendo?

Kelsier se volvió hacia ella con el ceño levemente fruncido. Entonces sonrió.

—Eres una muchacha muy brusca, Vin.

—Lo sé.

La sonrisa de Kelsier aumentó.

—La respuesta es no. No estoy mintiendo. Las leyendas son auténticas, aunque tardé algún tiempo en encontrarlas.

—¿Y ese pedazo de metal que nos enseñaste es de verdad el undécimo metal?

—Eso creo.

—Pero no sabes cómo usarlo.

Kelsier pareció sopesar su pregunta, luego negó con la cabeza.

—No, no lo sé.

—Eso no es muy reconfortante.

Kelsier se encogió de hombros y se volvió hacia la ventana.

—Aunque no descubra el secreto a tiempo, dudo que el lord Legislador sea un problema tan grande como crees. Es un alomante poderoso, pero no lo sabe todo: si lo supiera, ahora mismo estaríamos muertos. Tampoco es omnipoente: si lo fuera, no habría necesitado ejecutar a todos esos skaa para intentar someter a la ciudad por el miedo.

»No sé lo que es... pero creo que es más hombre que dios. Las palabras de ese libro de viajes... son las palabras de una persona corriente. Su verdadero poder procede de sus ejércitos y sus riquezas. Si eliminamos eso, no podrá hacer nada para impedir que su imperio se desplome.

Vin frunció el ceño.

—Puede que no sea un dios, pero... es algo, Kelsier. Algo diferente. Hoy, cuando estuve en la plaza, sentí su contacto en mis emociones a pesar de que estaba quemando cobre.

—Eso no es posible, Vin —dijo Kelsier, negando con la cabeza—. Si lo fuera, los inquisidores percibirían la alomancia aunque hubiese un ahumador cerca. Si ese fuera el caso, ¿no crees que perseguirían a todos los brumosos skaa y los matarían?

Vin se encogió de hombros.

—Sabes que el lord Legislador es fuerte y te parece que *deberías* poder sentirlo. Eso es todo —dijo Kelsier.

Tal vez tenga razón, pensó ella, arrancando otro trocito del marco de la ventana. *Después de todo, lleva siendo alomante más tiempo que yo.*

Pero... sentí algo, ¿no? Y el inquisidor que estuvo a punto de matarme, me encontró en medio de la oscuridad y la lluvia. Debió de sentir algo.

Sin embargo, no insistió.

—El undécimo metal. ¿No podríamos intentar ver qué hace?

—No es tan sencillo —dijo Kelsier—. ¿Recuerdas que te dije que nunca quemaras un metal que no fuese uno de los diez?

Vin asintió.

—Quemar otro metal puede ser mortífero. Incluso la mezcla equivocada en una aleación puede hacerte enfermar. Si me equivoco con el undécimo metal...

—Te matará —aseveró Vin.

Kelsier asintió.

Así que no estás tan seguro como pretendes, decidió ella. *De lo contrario, ya lo habrías intentado.*

—Eso es lo que quieres encontrar en el libro —dijo Vin—. Una pista para usar el undécimo metal.

Kelsier asintió.

—Me temo que no hemos tenido mucha suerte en ese aspecto. Hasta ahora, el libro ni siquiera menciona la alomancia.

—Aunque sí la feruquimia.

Kelsier la miró, un hombro apoyado contra la pared.

—¿Así que Sazed te ha hablado de eso?

Vin bajó la mirada.

—Yo... más o menos lo obligué.

Kelsier se echó a reír.

—Me pregunto qué he lanzado al mundo al enseñarte alomancia. Aunque, mi maestro dijo lo mismo de mí.

—Tenía razón en preocuparse.

—Por supuesto que sí.

Vin sonrió. En el exterior el sol casi se había puesto del todo y empezaban a formarse en el aire diáfanas acumulaciones de bruma. Flotaban como fantasmas, creciendo lentamente, extendiendo su influencia a medida que la noche se acercaba.

—Sazed no tuvo tiempo de hablarme mucho sobre la feruquimia —dijo Vin con cuidado—. ¿Qué cosas puede hacer? —Esperó nerviosa, convencida de que Kelsier la pillaría en la mentira.

—La feruquimia es completamente interna —dijo Kelsier—. Puede proporcionar algunas de las cosas que nosotros conseguimos con el peltre y el estaño: fuerza, resistencia, visión... Pero cada atributo tiene que ser guardado por separado. Puede amplificar también un montón de otras cosas que la alomancia no puede: memoria, velocidad física, claridad de pensamiento...

Incluso algunas cosas extrañas como el peso de alguien o la edad pueden ser alteradas con la feruquimia.

—¿Entonces es más poderosa que la alomancia?

Kelsier se encogió de hombros.

—La feruquimia no tiene ningún poder externo: no puede empujar ni tirar de emociones, ni puede empujar acero ni tirar de hierro. La mayor limitación de la feruquimia es que tienes que almacenar todas sus habilidades extrayéndolas de tu propio cuerpo.

»¿Quieres ser el doble de fuerte durante un tiempo? Bueno, tienes que pasarte varias horas siendo débil para almacenar la fuerza. Si quieres almacenar la habilidad de sanar rápidamente, tienes que pasarte mucho tiempo enfermo. En la alomancia, los metales son nuestro combustible: podemos hacer que las cosas duren mientras tengamos suficiente metal que quemar. En la feruquimia, los metales son solo elementos de almacenamiento: tu propio cuerpo es el auténtico combustible.

—Entonces vas y robas los metales almacenados por otro, ¿no? —dijo Vin.

Kelsier negó con la cabeza.

—No funciona. Los feruquimistas solo pueden acceder al metal almacenado que ellos mismos han creado.

—Oh.

Kelsier asintió.

—Así que no, yo no diría que la feruquimia sea más poderosa que la alomancia. Ambas tienen ventajas y limitaciones. Por ejemplo, un alomante solo puede avivar un metal hasta un punto, de modo que su fuerza máxima es limitada. Los feruquimistas no tienen esa limitación; si un feruquimista tiene suficiente fuerza almacenada para ser el doble de fuerte de lo normal durante una hora, puede elegir ser *tres* veces más fuerte durante un periodo de tiempo más corto... O incluso cuatro, cinco, seis veces más fuerte periodos de tiempo aún más cortos.

Vin frunció el ceño.

—Parece una ventaja muy grande.

—Ciento —dijo Kelsier, buscando dentro de su capa y sacando un frasquito que contenía varias perlas de atium—. Pero nosotros tenemos *esto*. No importa si un feruquimista es tan fuerte como cinco hombres o como cincuenta... Si sé qué va a hacer a continuación, lo derrotaré.

Vin asintió.

—Toma —dijo Kelsier, abriendo el frasquito y sacando una de las perlas. Cogió otro frasco, este lleno de la solución de alcohol normal, y dejó caer la perla en él—. Toma una. Puede que la necesites.

—¿Esta noche? —preguntó Vin, aceptando el frasquito.

Kelsier asintió.

—Pero si es solo Marsh.

—Podría ser —respondió él—. Pero también es posible que los obligadores lo hayan capturado y le hayan obligado a escribir esa carta. Tal vez lo estén siguiendo, o tal vez lo hayan capturado desde que la escribió y lo hayan torturado para descubrir el lugar de la reunión. Marsh está en un sitio muy peligroso: imagínate intentar hacer lo mismo que tú estás haciendo en esos bailes, pero cambiando a los nobles por obligadores e inquisidores.

Vin se estremeció.

—Supongo que tienes razón —añadió, guardando la perla de atium—. Sabes, me sucede algo... Ya ni siquiera me paro a pensar cuánto vale esto.

Kelsier no respondió inmediatamente.

—A mí me cuesta olvidar cuánto vale —dijo en voz baja.

—Yo... —Vin se calló y le miró las manos. Normalmente llevaba camisas de manga larga y guantes: su reputación hacía peligroso que sus cicatrices características fueran visibles en público. Sin embargo, Vin sabía que estaban allí. Como miles de diminutos araños blancos superpuestos.

—Tienes razón en lo del libro —dijo Kelsier—. Esperaba que hiciera mención al undécimo metal. Pero la alomancia ni siquiera se menciona en referencia a la feruquimia. Los dos poderes son similares en muchos aspectos: lo normal sería que los comparara.

—Tal vez le preocupaba que alguien leyera el libro y no quiso revelar que era alomante.

Kelsier asintió.

—Tal vez. Es posible que no hubiera roto todavía. Lo que sucedió en esas montañas de Terris hizo de un héroe un tirano; tal vez también despertara sus poderes. Supongo que no lo sabremos hasta que Sazed termine su traducción.

—¿Le falta poco?

Kelsier asintió

—Solo un poquito. La parte importante, espero. Me siento un poco frustrado con el texto. ¡El lord Legislador ni siquiera nos ha dicho qué tiene que conseguir en esas montañas! Dice que va a hacer algo para proteger al mundo entero, pero puede que solo sea su ego el que habla.

A mí no me pareció muy egoísta en el texto, pensó Vin. Más bien lo contrario.

—De cualquier forma, sabremos más cuando las últimas partes hayan sido traducidas —dijo Kelsier.

Fuera oscurecía y Vin tuvo que encender su estano para ver bien. La calle ante su ventana se volvió visible, adoptando la extraña mezcla de sombra y luz que era el resultado de la visión amplificada por el estano. Sabía que estaba oscuro, lógicamente. Sin embargo, podía ver. No como lo hacía con la luz normal (todo estaba apagado), pero con visión de todas formas.

Kelsier comprobó su reloj de bolsillo.

—¿Cuánto falta? —preguntó Vin.

—Otra media hora. Suponiendo que llegue a tiempo... y dudo que lo haga. Es mi hermano, al fin y al cabo.

Vin asintió y apoyó los brazos cruzados sobre el alféizar roto. Aunque era muy poca cosa, se sentía cómoda teniendo el atium que Kelsier le había dado.

Pensar en el atium le recordó algo importante. Algo que la había preocupado en varias ocasiones.

—¡Nunca me has enseñado el noveno metal! —lo acusó, volviéndose.

Kelsier se encogió de hombros.

—Te dije que no era muy importante.

—Da igual. ¿Qué es? ¿Alguna aleación de atium, supongo?

Kelsier negó con la cabeza.

—No, los dos últimos metales no siguen la misma pauta que los ocho básicos. El noveno metal es el oro.

—¿El oro? —preguntó Vin—. ¿Eso? ¡Podría haberlo intentado hace tiempo por mi cuenta!

Kelsier se echó a reír.

—Suponiendo que quisieras. Quemar oro es una experiencia un poco... incómoda.

Vin entornó los ojos, luego se volvió hacia la ventana. *Ya veremos*, pensó.

—Vas a intentarlo de todas formas, ¿verdad? —dijo Kelsier, sonriendo.

Vin no respondió.

Kelsier suspiró, rebuscó en su mochila y sacó un cuarto de oro y una lima.

—Deberías usar una de estas —dijo, alzando la lima—. Sin embargo, si consigues el metal tú misma, quema primero un poquito para asegurarte de que es puro o está correctamente mezclado.

—¿Y si no lo está?

—Lo sabrás —prometió Kelsier, y empezó a limar la moneda—. ¿Recuerdas el dolor de cabeza que te dio arrastrar el peltre?

—Sí.

—El metal malo es peor. Mucho peor. Compra tus metales cuando puedas: en cada ciudad encontrarás un grupito de mercaderes que proporciona metales en polvo a los alomantes. A esos mercaderes les interesa asegurarse de que todos sus metales son puros: un nacido de la bruma molesto y con dolor de cabeza no es exactamente el tipo de cliente con el que uno quiere hacer tratos.

Kelsier terminó de limar y luego recogió una pizca de polvo de metal en un cuadradito de tela. Con el dedo recogió parte y se la tragó.

—Es bueno —dijo, entregándole la tela—. Adelante... pero recuerda: quemar el noveno metal es una experiencia extraña.

Vin asintió, algo aprensiva. *No lo sabrás si no lo pruebas*, pensó, y luego se metió el polvillo en la boca y se lo tragó con un poco de agua de su cantimplora.

Una nueva reserva de metal apareció en su interior, desconocido y distinto de los que conocía. Miró a Kelsier, tomó aliento y quemó oro.

Estuvo en dos lugares a la vez. Podía ver y podía verse.

Una de las dos era una mujer extraña: la niña que había sido siempre, pero cambiada y transformada. Esa niña había sido cautelosa y cuidadosa... nunca habría quemado un metal desconocido basándose solo en la palabra de un hombre. Aquella mujer era una necia: había olvidado muchas de las cosas que le habían permitido sobrevivir. Bebía copas preparadas por otros. Confraternizaba con desconocidos. No vigilaba a la gente que la rodeaba. Seguía siendo mucho más cautelosa que la mayoría de la gente, pero había perdido mucho.

La otra ella era algo que siempre había odiado en secreto. Una niña, en realidad. Delgada hasta el punto de la flaqueza, solitaria, llena de odio, desconfiada. No amaba a nadie y nadie la amaba a ella. Siempre se decía que no le importaba. ¿Había algo por lo que mereciera la pena vivir? Tenía que haberlo. La vida no podía ser tan patética como parecía. Sí, tenía que haberlo. No había nada más.

Vin era ambas. Estaba en ambos sitios, moviendo ambos cuerpos, siendo a la vez niña y mujer. Extendió unas manos vacilantes e inseguras y se tocó las caras.

Vin jadeó y desapareció. Sintió un súbito tropel de emociones, una sensación de vacío y confusión. No había sillas en la habitación, así que se sentó en el suelo, de espaldas a la pared, las rodillas en alto, los brazos en torno a ellas.

Kelsier se acercó y se agachó para posar una mano en su hombro.

—No pasa nada.

—¿Qué ha sido eso? —susurró ella.

—El oro y el atium se complementan, como las otras parejas de metales —dijo Kelsier—. El atium te permite ver el futuro, aunque sea marginalmente. El oro funciona de un modo similar, pero te permite ver el pasado. O, al menos, te permite ver otra versión de ti mismo, si las cosas hubieran sido diferentes en el pasado.

Vin se estremeció. La experiencia de ser dos personas a la vez, de verse a sí misma dos veces, había sido perturbadora. Su cuerpo todavía temblaba y su mente ya no se sentía bien.

Por fortuna, la sensación parecía estar remitiendo.

—Recuérdame que te haga caso en el futuro —dijo—. Al menos, cuando hables de alomancia.

Kelsier se echó a reír.

—Intenté sacártelo de la cabeza el máximo tiempo posible. Pero tenías que probarlo tarde o temprano. Lo superarás.

Vin asintió.

—Ya... casi ha pasado. Pero no era solo una visión, Kelsier. Ha sido *real*. He podido tocarla, a mi otro yo.

—Puede que te lo parezca. Pero no estaba aquí: al menos yo no la he visto. Es una alucinación.

—Las visiones del atium no son solo alucinaciones —dijo Vin—. Las sombras muestran lo que va a hacer la gente.

—Cierto. No sé. El oro es extraño, Vin. Creo que nadie lo entiende. Mi maestro, Gemmel, decía que una sombra de oro era una persona que no existía... pero que podría haberlo hecho. Una persona en la que podrías haberte convertido si no hubieras tomado ciertas decisiones. Naturalmente, Gemmel era un poco raro, así que no estoy seguro de hasta qué punto creí lo que decía.

Vin asintió. Sin embargo, era improbable que quisiera descubrir más cosas sobre el oro en el futuro inmediato. No pretendía volver a quemarlo, si podía.

Siguió sentada, dejando que sus emociones se calmaran, y Kelsier regresó junto a la ventana. Al cabo de un rato, hizo un gesto.

—¿Está aquí? —preguntó Vin, poniéndose en pie.

Kelsier asintió.

—¿Quieres quedarte aquí y descansar un poco?

Vin negó con la cabeza.

—Muy bien, pues —dijo él, dejando sobre la ventana el reloj, la lima y otros metales—. Vamos.

No salieron por la ventana: Kelsier no quería llamar la atención, aunque esa zona de los Quiebros estaba tan desierta que Vin no estaba segura de por qué se molestaban. Abandonaron el edificio por unas escaleras maltrechas y cruzaron la calle en silencio.

El edificio que Marsh había elegido estaba aún más ruinoso que el que Vin y Kelsier habían usado como escondite. Le faltaba la puerta principal, aunque Vin vio restos de ella en el suelo. El interior olía a polvo y hollín. Tuvo que sofocar un estornudo. Una figura, de pie al otro lado de la habitación, se volvió al oír el sonido.

—¿Kel?

—Soy yo. Y Vin.

Mientras Vin se acercaba, vio a Marsh escrutando la oscuridad. Era extraño tenerlo a plena vista sabiendo que para él Kelsier y ella no eran más que sombras. La pared del fondo del edificio se había desplomado y la bruma entraba libremente en la habitación, casi tan densa como en el exterior.

—¡Llevas los tatuajes del Ministerio! —dijo Vin, mirando a Marsh.

—Por supuesto —respondió Marsh con tanta severidad como de costumbre—. Me los hice antes de unirme a la caravana. Fue necesario para interpretar el papel de un acólito.

No eran grandes ya que se hacía pasar por un obligador de rango inferior. Líneas oscuras rodeando los ojos, extendiéndose hacia fuera como relámpagos quebrados. Una línea mucho más gruesa, de un rojo vivo, le recorría un lado de la cara. Vin reconoció el dibujo: era el de un obligador perteneciente al Cantón de la Inquisición. Marsh no se había infiltrado únicamente en el Ministerio: había elegido la sección más peligrosa.

—Pero los tendrás para siempre —dijo Vin—. Son tan distintivos... Adondequiera que vayas te reconocerán como un obligador o como un fraude.

—Es parte del precio que tuvo que pagar por infiltrarse en el Ministerio, Vin —dijo Kelsier en voz baja.

—No importa —dijo Marsh—. No tenía mucha vida antes de todo esto, de cualquier forma. Mirad, ¿podemos darnos prisa? Tengo que estar en otra parte pronto. Los obligadores llevan una vida muy atareada y solo tengo unos minutos.

—De acuerdo —dijo Kelsier—. Supongo que tu infiltración salió bien, entonces.

—Salió bien —dijo Marsh llanamente—. Demasiado bien, en realidad: creo que me he distinguido del grupo. Suponía que estaría en desventaja, ya que no tuve los mismos cinco años de formación que los otros acólitos. Me aseguré de contestar a sus preguntas con el mayor acierto posible y de ocuparme de mis deberes con aplicación. Sin embargo, al parecer sé más sobre el Ministerio que algunos de sus miembros. Desde luego soy más competente que esta hornada de recién llegados, y los prelados se han dado cuenta.

Kelsier se echó a reír.

—Siempre has sido muy aplicado.

Marsh bufó levemente.

—Mis conocimientos, por no mencionar mi habilidad como buscador, ya me han labrado una reputación destacada. No estoy seguro de hasta qué punto quiero que los prelados me presten atención... Ese pasado que esbozamos empieza a sonar un poco débil cuando un inquisidor te interroga.

Vin frunció el ceño.

—¿Les has dicho que eres un brumoso?

—Claro que sí. El Ministerio (sobre todo el Cantón de la Inquisición) recluta con diligencia a los buscadores nobles. El hecho de que yo sea uno de ellos es suficiente para impedir que hagan demasiadas preguntas sobre mi pasado. Están contentos de tenerme, a pesar de que soy más viejo que la mayoría de los acólitos.

—Además —dijo Kelsier—, tenía que decirles que es un brumoso para poder entrar en las sectas más secretas del Ministerio. La mayoría de los obligadores de alto rango son brumosos de algún tipo. Tienden a favorecer a los suyos.

—Por buenos motivos —dijo Marsh, hablando rápidamente—. Kel, el Ministerio es mucho más competente de lo que suponíamos.

—¿Qué quieres decir?

—Hacen uso de sus brumosos. *Buen* uso. Tienen bases por toda la ciudad... comisarías placadoras, las llaman. Cada una dispone de un par de placadoras del Ministerio cuyo único deber es extender una influencia

mitigadora a su alrededor, calmando y deprimiendo las emociones de todos los que hay en la zona.

Kelsier siseó.

—¿Cuántas?

—Docenas —dijo Marsh—. Concentradas en las secciones de skaa de la ciudad. Saben que los skaa están derrotados, pero quieren asegurarse de que las cosas sigan así.

—¡Infiernos! —exclamó Kelsier—. Siempre me había parecido que los skaa de Luthadel estaban más sometidos que los demás. No me extraña que tuviéramos tantos problemas para reclutarlos. ¡Las emociones de la gente están bajo un aplacamiento constante!

Marsh asintió.

—Los aplacadores del Ministerio son buenos, Kel. *Muy* buenos. Incluso mejores que Brisa. Lo único que hacen es aplacar todo el día, todos los días. Y como no intentan que hagas nada específico, en vez de apartarte de gamas emocionales extremas, son muy difíciles de detectar.

»En cada grupo hay un ahumador que lo mantiene oculto y un buscador para detectar alomantes. Apuesto que es así como los inquisidores obtienen un montón de pistas: la mayoría de los nuestros son lo bastante listos para no quemar metal cuando saben que hay un obligador en la zona, pero están más relajados en los suburbios.

—¿Puedes darnos una lista de las comisarías? —preguntó Kelsier—. Tenemos que saber dónde están esos buscadores, Marsh.

Marsh asintió.

—Lo intentaré. Voy camino de una comisaría ahora mismo... Siempre hacen los cambios de personal de noche, para no desvelar su secreto. Los rangos superiores se han interesado en mí y me van a dejar visitar algunas comisarías para que me familiarice con su trabajo. Veré si puedo conseguirte esa lista.

Kelsier asintió en la oscuridad.

—Pero... no hagas tonterías con la información, ¿de acuerdo? —dijo Marsh—. Tenemos que ser cuidadosos, Kel. El Ministerio mantiene estas comisarías en secreto desde hace mucho tiempo. Ahora que sabemos de su existencia, tenemos una clara ventaja. No la desperdigies.

—No lo haré —prometió Kelsier—. ¿Qué hay de los inquisidores? ¿Has descubierto algo sobre ellos?

Marsh guardó silencio un instante.

—Son... extraños, Kel. No sé. Parecen tener todos los poderes alománticos, así que supongo que fueron nacidos de la bruma en algún momento. No puedo averiguar mucho de ellos... aunque sé que envejecen.

—¿De verdad? —preguntó Kelsier, interesado—. Entonces ¿no son inmortales?

—No —respondió Marsh—. Los obligadores dicen que los inquisidores cambian de vez en cuando. Esas criaturas tienen una vida muy larga, pero acaban por morir de viejas. Se reclutan otras entre las filas de los nobles. Son personas, Kel... Pero han sido... cambiadas.

Kelsier asintió.

—Si pueden morir de viejos, entonces quizá haya también otras formas de matarlos.

—Eso es lo que yo pienso —dijo Marsh—. Veré qué puedo averiguar, pero no esperes gran cosa. Los inquisidores no tienen mucha relación con los obligadores normales... hay tensión política entre los dos grupos. El sumo prelado controla la Iglesia, pero los inquisidores creen que son ellos quienes deberían estar al mando.

—Interesante —dijo Kelsier muy despacio. Vin prácticamente pudo oír su mente reflexionando sobre esta nueva información.

—He de marcharme —dijo Marsh—. He tenido que venir corriendo y voy a llegar tarde a mi cita.

Kelsier asintió y Marsh empezó a marcharse abriéndose paso entre los escombros, envuelto en su oscura túnica de obligador.

—Marsh —dijo Kelsier mientras llegaba a la puerta.

Marsh se volvió.

—Gracias. Me imagino lo peligroso que es esto.

—No lo hago por ti, Kel —dijo Marsh—. Pero... agradezco tus palabras. Trataré de enviarte otra misiva cuando tenga más información.

—Ten cuidado.

Marsh desapareció en la noche brumosa. Kelsier se quedó en la habitación destrozada unos minutos, mirando el lugar por donde se había desvanecido su hermano.

No mentía tampoco en eso, pensó Vin. *Se preocupa de verdad por Marsh.*

—Vámonos —dijo Kelsier—. Deberías regresar a la Mansión Renoux... La Casa Lekal va a dar otra fiesta dentro de unos cuantos días y es necesario que estés presente.

A veces, mis compañeros dicen que me preocupo y me cuestiono demasiado. Sin embargo, aunque puedo dudar de mi estatura como héroe, hay una cosa que nunca he puesto en duda: el bien final de nuestra misión.

La Profundidad tiene que ser destruida. La he visto y la he sentido. Este nombre que le damos es una palabra demasiado débil, creo. Sí, es profunda e insondable, pero también es terrible. Muchos no se dan cuenta de que es sentiente, pero yo he sentido su mente, tal como es, las pocas veces que me he enfrentado a ella directamente.

Es un ser de destrucción, locura y corrupción. Arrasaría este mundo, no por rencor o animosidad, sino tan solo porque eso es lo que hace.

28



EL SALÓN DE BAILE DE la fortaleza Lekal tenía forma de pirámide. La pista estaba en una plataforma, a la altura de la cintura, en el mismo centro de la sala, y las mesas ocupaban cuatro plataformas similares que la rodeaban. Los criados corrían por los pasillos entre las plataformas, sirviendo la cena a los aristócratas.

Cuatro filas de balcones cubrían el perímetro de la sala piramidal, cada una un poco más cercana al vértice, cada una asomándose un poco más sobre la pista de baile. Aunque el espacio estaba bien iluminado, los balcones quedaban ensombrecidos por los que tenían encima. El diseño pretendía que pudiera verse bien el rasgo artístico más distintivo de la fortaleza: las pequeñas vidrieras de cada balcón.

Los nobles Lekal alardeaban de que, aunque otras torres contaban con vidrieras más grandes, el Torreón de Lekal tenía las más detalladas. Vin tuvo que admitir que eran impresionantes. Había visto tantas vidrieras en los últimos meses que empezaba a no fijarse en ellas. Sin embargo, las vidrieras de la fortaleza Lekal dejaban a las demás en ridículo. Cada una era una extravagante y detallada maravilla de color resplandeciente. Animales exóticos

saltaban, paisajes lejanos seducían y los nobles miraban orgullosos desde sus retratos.

También había, naturalmente, las imágenes habituales dedicadas a la Ascensión. Vin las reconocía ya con mayor facilidad y le sorprendió ver referencias a cosas que había leído en el libro de viajes. Las colinas verde esmeralda. Las escarpadas montañas, con débiles líneas como olas surgiendo de las cimas. Un lago profundo y oscuro. Y... negrura. La Profundidad. Un caótico ser de destrucción.

Él la derrotó, pensó Vin. Pero... ¿qué era? Tal vez el final del libro revelaría más. Sacudió la cabeza y dejó atrás el recoveco y su negra ventana. Recorrió el segundo balcón, ataviada con un vestido de blanco puro, un atuendo que nunca hubiese imaginado durante su vida como skaa. La ceniza y el hollín habían formado parte de su vida anterior, tanto que no creía haber tenido siquiera el concepto de cómo era un blanco prístino. Saber eso hacía que el vestido le pareciera aún más maravilloso. Esperaba no perder nunca esa sensación interior de saber cómo había sido la vida antes. La hacía apreciar lo que tenía mucho más que a la nobleza.

Continuó caminando por el balcón, buscando a su presa. Colores chispeantes brillaban en las ventanas, desparramando luz por todo el salón. La mayoría de las vidrieras brillaba desde el interior de pequeños huecos situados a lo largo del balcón, y por eso el que tenía delante estaba moteado de bolsas de oscuridad y color. Vin no se detuvo a estudiar ninguna vidriera: ya lo había hecho durante sus primeros bailes en la fortaleza Lekal. Esa noche tenía asuntos que atender.

Encontró a su presa en el pasillo del balcón situado al este. Lady Kliss hablaba con un grupo de personas, así que Vin se detuvo, fingiendo estudiar una vidriera. El grupo de Kliss pronto se dispersó: solo se podía soportar a Kliss a pequeñas dosis. La mujer menuda empezó a caminar por el balcón en dirección a Vin. Mientras lo hacía, Vin se volvió fingiendo sorpresa.

—¡Vaya, lady Kliss! No te he visto en toda la noche.

Kliss se volvió al momento, obviamente entusiasmada ante la perspectiva de tener a otra persona con quien chismorrear.

—¡Lady Valette! —dijo, avanzando—. ¡Te perdiste el baile de lord Cabe la semana pasada! No habrás vuelto a recaer en tu enfermedad, ¿verdad?

—No —dijo Vin—. Pasé esa noche cenando con mi tío.

—Oh —comentó Kliss, decepcionada. Una recaída habría sido una historia mejor—. Bueno, eso está bien.

—He oído que tienes noticias interesantes sobre lady Tren-Pedri Delouse —dijo Vin con cuidado—. Yo misma he oído algunas cosas interesantes últimamente. —Miró a Kliss, dando a entender que estaba dispuesta a intercambiar chismes.

—¡Ah, eso! —dijo Kliss con manifiesta ansiedad—. Bueno, me he enterado de que Tren-Pedri no está demasiado interesada en una unión con la Casa Aime, aunque su padre dice que habrá boda pronto. Ya sabes cómo son los hijos de Aime. Vaya, Fedren es un bufón redomado.

Vin se esforzó por no demostrar su hartazgo interno. Kliss siguió hablando, sin darse cuenta siquiera de que Vin tenía algo que ella misma quería compartir. *Usar la sutileza con esta mujer es tan efectivo como intentar vender aguas perfumadas a un skaa de plantación.*

—Qué interesante —dijo Vin, interrumpiéndola—. Tal vez la duda de Tren-Pedri se deba a la relación de la Casa Aime con la Casa Hasting.

La boca de Kliss se entreabrió ligeramente y acto seguido centró su mirada en Vin.

—¿Cómo dices?

—Bueno, todo el mundo sabe lo que está planeando la Casa Hasting.

—¿Ah, sí?

Vin fingió rubor.

—Oh. Tal vez no se sabe todavía. Por favor, lady Kliss, olvida lo que he dicho.

—¿Olvidar? —dijo Kliss—. Vaya, ya está olvidado. Pero vamos, no puedes pararte ahora. ¿A qué te refieres?

—No debería decirlo. Es algo que oí comentar a mi tío.

—¿Tu tío? —preguntó Kliss, cada vez más ansiosa—. ¿Qué dijo? Sabes que puedes fiarte de mí.

—Bueno... Dijo que la Casa Hasting estaba desviando un montón de recursos hacia sus plantaciones del Dominio Sur. Mi tío estaba bastante contento: Hasting se ha retirado de alguno de sus contratos y mi tío esperaba conseguirlos.

—Desviando... —dijo Kliss—. Bueno, no harían eso a menos que estuvieran planeando irse de la ciudad...

—¿Puedes reprochárselo? —preguntó Vin en voz baja—. Quiero decir, ¿quién quiere arriesgarse a quedarse aquí con lo que le ha pasado a la Casa Tekiel?

—Quién, desde luego... —dijo Kliss. Prácticamente temblaba de ansiedad por enterarse.

—Pero, por favor, estamos hablando solo de oídas —dijo Vin—. No deberías contárselo a nadie.

—Por supuesto. Hummm... Discúlpame. Necesito ir a refrescarme.

—Por supuesto —dijo Vin, viendo a la mujer dirigirse con prisa a la escalera del balcón.

Sonrió. La Casa Hasting no estaba haciendo ningún preparativo, naturalmente. Hasting era una de las familias más fuertes de la ciudad y no era probable que se retirara de nada. Sin embargo, Dockson estaba en el taller falsificando documentos que, cuando fueran entregados en los lugares adecuados, implicarían que Hasting planeaba hacer justo lo que Vin había dicho.

Si todo salía bien, la ciudad entera esperaría pronto la marcha de Hasting. Sus aliados harían planes y tal vez incluso empezaran a marcharse también. La gente que compraba armas pondría sus ojos en otros temiendo que Hasting no pudiera hacer buenos contratos cuando se marchara. Cuando Hasting *no* se fuera los haría parecer indecisos. Sin sus aliados, con sus ingresos debilitados, bien podrían ser la siguiente casa en caer.

No obstante, la Casa Hasting era una de las casas contra las que actuar era más fácil. Tenía fama por sus subterfugios y la gente creería que planeaba una retirada en secreto. Además, Hasting era una fuerte casa mercantil, lo que significaba que dependía mucho de sus contratos para sobrevivir. Una casa con una fuente de ingresos tan obvia y dominante también tenía una debilidad clara. Lord Hasting había trabajado duro para aumentar la influencia de su casa en las últimas décadas, y al hacerlo había estirado sus recursos hasta el límite.

Otras casas eran mucho más estables. Vin suspiró, se dio la vuelta y recorrió el pasillo, mirando el enorme reloj colocado entre balcones al otro lado de la sala.

Venture no caería fácilmente. Seguía siendo poderosa por su fortuna: aunque participaba en algunos contratos, no basaba su economía en ellos como las otras casas. Venture era lo suficientemente rica, y lo suficientemente poderosa, para que incluso un desastre mercantil la sacudiera apenas.

En cierto modo, la estabilidad de Venture era buena cosa: para Vin, al menos. La casa no tenía ninguna debilidad clara, así que tal vez la banda no se sintiera demasiado decepcionada cuando ella no pudiera descubrir ninguna

forma de hacerla caer. Después de todo, no necesitaban *imperiosamente* destruir la Casa Venture; hacerlo solo facilitaría el plan.

Pasara lo que pasase, Vin tenía que asegurarse de que Venture no sufriera el mismo destino que la Casa Tekiel. Destruida su reputación, sus finanzas al descubierto, los Tekiel habían intentado marcharse de la ciudad... y esta última muestra de debilidad había sido demasiado. Algunos de los nobles de Tekiel habían sido asesinados antes de marcharse; el resto habían sido encontrados en las ruinas calcinadas de sus barcos, en el canal, al parecer después de ser atacados por bandidos. Vin, sin embargo, no conocía ninguna banda de ladrones que se atreviera a matar a tantos nobles.

Kelsier aún no había podido descubrir qué casa estaba detrás de los asesinatos, pero a la nobleza de Luthadel ni siquiera parecía importarle quién era el culpable. La Casa Tekiel se había permitido ir debilitándose, y nada resultaba más embarazoso para la nobleza que una Gran Casa que no podía mantenerse. Kelsier tenía razón: aunque en los bailes se mostraban amables, los nobles estaban más que dispuestos a apuñalarse si eso los beneficiaba.

Más o menos como en las bandas de ladrones, pensó Vin. *Los nobles no son tan diferentes de la gente con la que crecí.*

Tanta amabilidad fingida solo volvía la atmósfera más peligrosa. Bajo aquella fachada había planes, asesinatos y (tal vez lo más importante) nacidos de la bruma. No era ninguna casualidad que en todos los bailes a los que había asistido recientemente hubiera gran número de guardias, con armadura y sin ella. Las fiestas servían al propósito adicional de hacer advertencias y demostrar fuerzas.

Elend está a salvo, se dijo. *A pesar de lo que piense de su familia, han hecho un buen trabajo manteniendo su posición en la jerarquía de Luthadel. Es el heredero... lo protegerán de los asesinos.*

Deseó que esas aseveraciones fueran un poco más convincentes. Sabía que Shan Elariel estaba planeando algo. La Casa Venture podía estar a salvo, pero Elend se mostraba a veces un poco... ajeno. Si Shan hacía algo contra él en el ámbito personal, podría ser o no un golpe importante para la Casa Venture, pero sería un golpe importante para Vin.

—Lady Valette Renoux —dijo una voz—. Creo que llegas tarde.

Vin se volvió para ver a Elend en un hueco en la pared, a su izquierda. Sonrió, mirando el reloj, y advirtió que en efecto habían pasado unos minutos de la hora en que había prometido reunirse con él.

—Debo de estar contagiándome de las malas costumbres de algunos amigos míos —dijo, entrando en el hueco.

—Bueno, veamos, yo no he dicho que sea *mala* cosa —dijo Elend, sonriendo—. Hasta diría que es el deber cortés de toda dama retrasarse. A los caballeros les viene bien esperar un poco por capricho de las mujeres... O eso me decía siempre mi madre.

—Parece que era una mujer sabia —contestó Vin. El hueco en la pared era lo bastante grande para que dos personas cupieran de pie y de lado. Se encontraba frente a él, con el balcón a la izquierda y una maravillosa vidriera de color lavanda a la derecha. Sus pies casi se tocaban.

—Bueno, no estaría yo tan seguro. Se casó con mi padre, después de todo.

—Uniéndose así a la casa más poderosa del Imperio Final. No se puede hacer nada mejor... aunque supongo que podría haber intentado casarse con el lord Legislador. Pero lo último que sé es que no estaba buscando esposa.

—Lástima —dijo Elend—. Tal vez parecería un poco menos deprimido si hubiera una mujer en su vida.

—Supongo que eso dependería de la mujer. —Vin miró a un grupo de asistentes a la fiesta que pasaban—. Por cierto, este no es un lugar exactamente privado. La gente nos mira con mala cara.

—Tú eres la que ha entrado aquí conmigo.

—Sí, bueno, no he pensado en los chismes que podrían desatarse.

—Pues que chismorreen —dijo Elend, irguiéndose.

—¿Porque eso enfadará a tu padre?

Elend negó con la cabeza.

—Eso ya no me importa, Valette. —Elend dio un paso adelante, acercándose más a ella. Vin pudo sentir su aliento. Él tardó un momento en hablar—. Creo que voy a besarte.

Vin se estremeció ligeramente.

—No creo que quieras hacer eso, Elend.

—¿Por qué?

—¿Cuánto sabes realmente de mí?

—No tanto como me gustaría.

—No tanto como necesitas, tampoco —dijo Vin, mirándolo a los ojos.

—Entonces, cuéntame.

—No puedo. Ahora, no.

Elend guardó silencio un instante, luego asintió y se retiró. Salió al pasillo.

—¿Vamos a dar un paseo, entonces?

—Sí —dijo Vin, aliviada... pero también un poco decepcionada.

—Es lo mejor —aseguró Elend—. Ese hueco tiene una luz absolutamente *terrible* para leer.

—Ni te atrevas —dijo Vin, mirando el libro que tenía en el bolsillo mientras se reunía con él—. Lee cuando estés con otra, no conmigo.

—¡Pero si es así como empezó nuestra relación!

—Y así es como podría terminar también —dijo ella, tomándolo del brazo.

Elend sonrió. No eran la única pareja que paseaba por el balcón y, abajo, otras parejas bailaban lentamente siguiendo la suave música.

Parece tan pacífico todo. Y, sin embargo, hace solo unos días mucha de esta gente vio tan tranquila cómo decapitaban a mujeres y niños.

Sintió el brazo de Elend, su calor junto a ella. Kelsier decía que sonreía tanto porque sentía la necesidad de tomar la alegría que pudiera del mundo, para saborear los momentos de felicidad que parecían tan infrecuentes en el Imperio Final. Al pasear junto a Elend, Vin pensó que empezaba a comprender cómo se sentía Kelsier.

—Valette... —dijo Elend, despacio.

—¿Qué?

—Quiero que te marches de Luthadel.

—¿Qué?

Él se detuvo, se volvió a mirarla.

—He pensado mucho en esto. Puede que no te des cuenta, pero la ciudad se está volviendo peligrosa. Muy peligrosa.

—Lo sé.

—Entonces sabes que una casa pequeña sin aliados no tiene nada que hacer en el Dominio Central ahora mismo —dijo Elend—. Tu tío fue valiente al venir aquí y tratar de establecerse, pero eligió el momento equivocado. Yo... creo que las cosas van a estallar muy pronto. Cuando eso suceda, no puedo garantizar tu seguridad.

—Mi tío sabe lo que está haciendo, Elend.

—Esto es *diferente*, Valette. Casas enteras van a caer. La familia Tekiel no fue asesinada por bandidos... Eso fue obra de la Casa Hasting. No serán las últimas muertes antes de que esto haya terminado.

Vin vaciló, pensando de nuevo en Shan.

—Pero... tú estás a salvo, ¿verdad? La Casa Venture... no es como las otras. Es estable.

Elend negó con la cabeza.

—Somos aún más vulnerables que el resto, Valette.

—Pero vuestra fortuna es grande. No dependéis de ningún contrato.

—Puede que no sean visibles, pero están ahí —dijo Elend en voz baja—. Somos buenos actores y la gente supone que tenemos más de lo que tenemos. Sin embargo, con los impuestos del lord Legislador a las casas... bueno, la única forma de mantener tanto poder en esta ciudad es a través de otros ingresos. Ingresos secretos.

Vin frunció el ceño y Elend se acercó más, hablando casi en un susurro.

—Mi familia atiende las minas de atium del lord Legislador, Valette —dijo—. De ahí procede nuestra riqueza. En cierto modo, nuestra estabilidad depende casi por completo de los caprichos del lord Legislador. No le gusta molestarte él mismo en recoger el atium, pero se molesta *mucho* si la entrega prevista se interrumpe.

¡Averigua más!, le dijo el instinto a Vin. *Este es el secreto: esto es lo que necesita Kelsier.*

—Ay, Elend —susurró—. No deberías contarme esto.

—¿Por qué no? Confío en ti. Mira, tienes que comprender lo peligrosa que es la situación. Ha habido problemas con el suministro de atium últimamente. Desde que... bueno, sucedió algo hace unos cuantos años. Desde entonces, las cosas han sido distintas. Mi padre no puede satisfacer las cuotas del lord Legislador y la última vez que eso sucedió...

—¿Qué?

—Bueno —dijo Elend, y parecía preocupado—. Digamos que las cosas podrían ponerse feas para los Venture. El lord Legislador depende de ese atium, Valette: es una de las principales formas con las que controla a la nobleza. Una casa sin atium es una casa que no puede defenderse de los nacidos de la bruma. Al mantener una gran reserva, el lord Legislador controla el mercado y se hace enormemente rico al mismo tiempo. Financia sus ejércitos haciendo que el atium sea escaso y luego vende pequeñas porciones a precios exorbitantes. Si supieras más sobre la economía alomántica, todo esto tendría más sentido para ti.

Oh, créeme. Comprendo más de lo que piensas. Y ahora sé mucho más de lo que debería.

La expresión de Elend se transformó en una agradable sonrisa cuando un obligador pasó caminando por el balcón junto a ellos. El obligador los miró, con ojos pensativos.

Elend se volvió hacia ella en cuanto el obligador pasó.

—Quiero que te marches —repitió—. La gente sabe que te he prestado atención. Con suerte, supondrán que ha sido solo por recordar a mi padre, pero podrían intentar utilizarte de todas formas. Las Grandes Casas no tendrán ningún resquemor en aplastar a toda tu familia solo por llegar a mí y a mi padre. Tienes que irte.

—Yo... lo pensaré.

—No queda mucho tiempo para pensar —le advirtió Elend—. Quiero que te marches antes de que te impliques demasiado en lo que está sucediendo en esta ciudad.

Ya estoy implicada mucho más de lo que crees.

—He dicho que me lo pensaré. Mira, Elend, creo que deberías preocuparte más por ti mismo. Creo que Shan Elariel va a intentar hacer algo contra ti.

—¿Shan? —dijo Elend, divertido—. Es inofensiva.

—No creo que lo sea, Elend. Tienes que tener más cuidado.

Él se echó a reír.

—Míranos... cada uno intentando convencer al otro de lo terrible que es la situación, y cada uno rehusando tozudamente escuchar al otro.

Vin tuvo que admitir que tenía razón. Sonrió.

Elend suspiró.

—No vas a hacerme caso, ¿verdad? ¿Hay algo que pueda hacer para que te marches?

—Ahora mismo no —dijo ella en voz baja—. Mira, Elend, ¿no podemos disfrutar del tiempo que estamos juntos? Si las cosas continúan como están, puede que no tengamos más oportunidades como esta en algún tiempo.

Él se detuvo y, finalmente, asintió. Ella notó que seguía preocupado, pero siguió andando, prestándole caballerosamente su brazo para que lo tomara mientras paseaban. Caminaron un rato juntos, en silencio, hasta que algo llamó la atención de Vin. Apartó la mano de su brazo y le cogió la mano.

Él la miró, frunciendo el ceño por su confusión mientras acariciaba el anillo de su dedo.

—Es de metal de verdad —dijo ella, un poco sorprendida, a pesar de lo que le habían dicho.

Elend asintió.

—Oro puro.

—¿No te preocupan los...?

—¿Alomantes? —preguntó Elend. Se encogió de hombros—. No sé... No son el tipo de cosa con lo que haya tenido que enfrentarme. ¿No os ponéis

metal en las plantaciones?

Vin negó con la cabeza y señaló uno de los alfileres de su pelo.

—Madera pintada.

Elend asintió.

—Quizá sea lo mejor —dijo—. Pero, bueno, cuanto más tiempo estás en Luthadel, más te das cuenta de lo poco que se hace en nombre de la cordura. El lord Legislador lleva anillos de metal... y, por tanto, también los lleva la nobleza. Algunos filósofos dicen que todo es parte de Su plan. El lord Legislador lleva metal porque sabe que la nobleza lo imitará y por tanto dará a sus inquisidores poder sobre ella.

—¿Y tú estás de acuerdo? —preguntó Vin colgándose de nuevo de su brazo—. Con los filósofos, quiero decir.

Elend negó con la cabeza.

—No —dijo en voz aún más baja—. El lord Legislador... es solo arrogante. He leído historias de guerreros, hace tiempo, que corrían a la batalla sin armadura, supuestamente para demostrar lo valientes y fuertes que eran. Esto es igual, creo... aunque admito que en un grado mucho más sutil. Él lleva metal para alardear de su poder, para demostrar lo poco que teme lo que le podríamos hacer.

Bueno, pensó Vin, está dispuesto a llamar arrogante al lord Legislador. Tal vez consiga que admita algo más...

Elend se detuvo, miró el reloj.

—Me temo que no tengo mucho tiempo esta noche, Valette.

—No importa. Tienes que ir a reunirte con tus amigos. —Lo miró, tratando de calibrar su reacción.

Él, que no parecía sorprendido, se limitó a enarcar una ceja.

—En efecto. Eres muy observadora.

—No hay que observar gran cosa. Cada vez que estamos en las fortalezas de Hasting, Venture, Lekal o Elariel, corres a reunirte con la misma gente.

—Mis amigos de bebida —dijo Elend con una sonrisa—. Un grupo poco probable en el clima político de hoy en día, pero molesta a mi padre.

—¿Qué hacéis en esas reuniones? —preguntó Vin.

—Hablamos de filosofía, principalmente. Somos un poco pesados... Lo cual no es sorprendente, supongo, si nos conoces a alguno. Hablamos del gobierno, de política... del lord Legislador.

—¿Y qué decís de él?

—Bueno, no nos gustan algunas cosas que ha hecho con el Imperio Final.

—¡Entonces queréis derrocarlo!

Elend le dirigió una mirada extraña.

—¿Derrocarlo? ¿Qué te hace pensar eso, Valette? Él es el lord Legislador... Es Dios. No podemos hacer nada a ese respecto. —Apartó la mirada mientras continuaban caminando—. No, mis amigos y yo tan solo... deseamos que el Imperio Final sea un poco diferente. No podemos cambiar las cosas ahora, pero tal vez algún día, suponiendo que sobrevivamos a este año que se avecina, estaremos en situación de influir en el lord Legislador.

—¿Y conseguir qué?

—Bueno, pongamos esas ejecuciones de hace unos días. No creo que sirvieran para nada. Los skaa se rebelaron. En represalia, el Ministerio ejecutó a unos cuantos cientos de personas al azar. ¿Qué se consigue con eso aparte de enfadar aún más al pueblo? Así que la próxima vez la rebelión será más grande. ¿Significa eso que el lord Legislador ordenará que decapiten todavía a más gente? ¿Cuánto tiempo puede continuar eso antes de que no quede ningún skaa?

Vin se mostró pensativa.

—¿Y qué harías tú, lord Venture? —dijo por fin—. Si estuvieras al mando.

—No lo sé —confesó Elend—. He leído un montón de libros, incluso algunos que supuestamente no debería haber leído, y no he encontrado ninguna respuesta sencilla. Sin embargo, estoy bastante seguro de que decapitar a la gente no resolverá nada. El lord Legislador lleva mucho tiempo en el poder... Cabría pensar que tendría que haber encontrado un modo mejor. Pero, de todas formas, tendremos que continuar con la conversación más adelante...

Se volvió a mirarla.

—¿Ya es la hora? —preguntó ella.

Elend asintió.

—Prometí que me reuniría con ellos y más o menos soy su referente. Supongo que podría decirles que llegaré tarde...

Vin negó con la cabeza.

—Ve a beber con tus amigos. Estaré bien... Hay unas cuantas personas con las que tengo que hablar.

Tenía que volver a trabajar: Brisa y Dockson se habían pasado horas planeando y preparando las mentiras que tenía que difundir y estarían esperando su informe en el taller de Clubs después de la fiesta.

Elend sonrió.

—Tal vez no debería preocuparme tanto por ti. Quién sabe... Considerando todas vuestras maniobras políticas, tal vez la Casa Renoux pronto sea el poder de esta ciudad y yo no sea más que un pobre mendigo.

Vin sonrió y él hizo una reverencia, guiñándole un ojo, y luego se marchó escaleras abajo. Vin se acercó lentamente a la barandilla del balcón y contempló a la gente que bailaba y cenaba abajo.

Así que no es ningún revolucionario, pensó. Kelsier tenía razón una vez más. Me pregunto si alguna vez se cansará de eso.

Pero, de todas formas, no podía sentirse decepcionada con Elend. No todo el mundo estaba tan loco como para pensar que podía derrocar al dios-emperador. El simple hecho de que Elend estuviera dispuesto a pensar por su cuenta lo diferenciaba del resto; era un buen hombre, un hombre que se merecía una mujer que fuera digna de su confianza.

Por desgracia, tenía a Vin.

Así que la Casa Venture explota en secreto las minas de atium del lord Legislador, pensó. Tienen que ser los que administran los Pozos de Hathsin.

Era una posición aterradoramente precaria para una casa: sus finanzas dependían directamente de complacer al lord Legislador. Elend pensaba que era cuidadoso, pero Vin estaba preocupada. No se tomaba a Shan Elariel lo suficientemente en serio, de eso estaba segura. Se dio la vuelta y bajó a la planta principal.

Encontró fácilmente la mesa de Shan; la mujer siempre se sentaba con un gran número de nobles asistentes, presidiendo como un lord dirige su plantación. Vin vaciló. Nunca había abordado a Shan directamente. Alguien, sin embargo, tenía que proteger a Elend: obviamente, él era demasiado necio para hacerlo por su cuenta.

Vin avanzó. El terrisano de Shan la estudió mientras se acercaba. Era muy diferente a Sazed: no tenía el mismo... espíritu. Aquel hombre mantenía una expresión neutra, como una criatura tallada en piedra. Unas cuantas damas miraron a Vin con desaprobación, pero la mayoría de ellas, Shan incluida, la ignoraron.

Vin se plantó torpemente junto a la mesa, esperando una pausa en la conversación. No hubo ninguna. Finalmente, se acercó unos pasos a Shan.

—¿Lady Shan? —preguntó.

Ella se volvió con mirada de hielo.

—No te he mandado llamar, campesina.

—Sí, pero he encontrado unos libros como me...

—Ya no requiero tus servicios —dijo Shan, volviéndose—. Puedo tratar yo sola con Elend Venture. Ahora, sé una niñita buena y deja de molestarme.

Vin vaciló, aturdida.

—Pero tu plan...

—He dicho que ya no eres *necesaria*. ¿Crees que he sido brusca contigo antes, niña? Eso fue cuando estaba de buen humor. Trata de molestarme ahora.

Vin se arrugó ante la mirada despectiva de la mujer. Parecía... disgustada. Incluso furiosa. ¿Celosa?

Debe de haberlo descubierto, pensó Vin. *Finalmente se ha dado cuenta de que no estoy jugando con Elend. Sabe que me interesa y no confía en mí para que guarde sus secretos.*

Vin se alejó de la mesa. Al parecer, tendría que usar otros métodos para descubrir los planes de Shan.

A PESAR DE LO QUE solía decir, Elend Venture no se consideraba a sí mismo un hombre grosero. Era más bien un... filósofo verbal. Le gustaba sondear una conversación y darle la vuelta para ver cómo reaccionaba la gente. Como los grandes pensadores de antaño, probaba los límites y experimentaba con métodos poco convencionales.

Naturalmente, pensó, alzando la copa de brandy ante los ojos e inspeccionándola, *la mayoría de esos antiguos filósofos fueron ejecutados por traición*. No eran precisamente los modelos más recomendables.

La conversación política con su grupo había terminado y se había retirado con varios amigos al salón de caballeros de la fortaleza Lekal, una pequeña cámara adyacente al salón de baile. Estaba amueblado en tonos verdes y los sillones eran cómodos; habría sido un buen lugar para leer, si hubiera estado de mejor humor. Jastes estaba sentado frente a él, fumando su pipa. Era bueno ver al joven Lekal tan tranquilo. Aquellas últimas semanas habían sido difíciles para él.

Guerra de casas, pensó Elend. *Qué terrible momento. ¿Por qué ahora? Las cosas iban tan bien...*

Telden regresó con una nueva copa momentos más tarde.

—¿Sabes? —dijo Jastes, haciendo un gesto con la pipa en la mano—, cualquiera de los criados podría haberte traído otra bebida.

—Me apetecía estirar las piernas —dijo Telden, sentándose en el tercer sillón.

—Y has coqueteado con no menos de tres mujeres mientras volvías —repuso Jastes—. Las he contado.

Telden sonrió y tomó un sorbo de su copa. El hombretón nunca se sentaba sin más, sino que se reclinaba. Telden podía parecer relajado y cómodo no importaba cuál fuera la situación, sus elegantes trajes y su pelo bien cuidado envidiablemente atractivos.

Tal vez debería prestar un poco más de atención a este tipo de cosas, pensó Elend. Valette soporta mi pelo tal como es, pero ¿le gustaría más si me lo cuidara?

A menudo, Elend pensaba acudir a un estilista o un sastre, pero otras cosas tendían a robar su atención. Se perdía en sus estudios o pasaba demasiado tiempo leyendo y luego llegaba tarde a sus citas. Otra vez.

—Elend está callado esta noche —comentó Telden. Aunque había otros grupos de caballeros sentados en el salón, los sillones estaban lo bastante apartados para permitir conversaciones privadas.

—Lleva así mucho tiempo últimamente —dijo Jastes.

—Ah, sí —replicó Telden, frunciendo levemente el ceño.

Elend los conocía bastante bien para entender sus pullas.

—¿Por qué tiene que ser así la gente? —dijo—. Si tenéis algo que decir, ¿por qué no lo decís sin rodeos?

—Política, amigo mío —contestó Jastes—. Somos, por si no te has dado cuenta, nobles.

Elend puso los ojos en blanco.

—Muy bien, lo diré yo. —Jastes se pasó la mano por el pelo, una costumbre nerviosa que, Elend estaba seguro, contribuía a la incipiente calvicie del joven—. Has estado pasando mucho tiempo con esa chica Renoux, Elend.

—Hay una explicación muy sencilla para eso. Verás, da la casualidad de que me gusta.

—Eso no es bueno, Elend —dijo Telden, sacudiendo la cabeza—. No es bueno.

—¿Por qué? Tú mismo pareces bastante satisfecho ignorando las diferencias de clase, Telden. Te he visto flirtear con la mitad de las sirvientas de la sala.

—Yo no soy heredero de mi casa.

—Y —dijo Jastes—, estas chicas son de fiar. Mi familia contrató a estas mujeres: conocemos su casa, su pasado y sus alianzas.

Elend frunció el ceño.

—¿Qué estáis dando a entender?

—Hay algo extraño en esa muchacha, Elend —dijo Jastes. Había vuelto a su nerviosismo habitual, la pipa olvidada sobre la mesa.

Telden asintió.

—Se acercó a ti con demasiada rapidez, Elend. Quiere algo.

—¿Como qué? —preguntó Elend, cada vez más molesto.

—Elend, Elend —dijo Jastes—. No puedes evitar el juego diciendo que no quieres jugarlo. Te encontrará. Renoux se mudó a la ciudad justo cuando las tensiones entre las casas empezaban a aumentar y trajo consigo a un pariente desconocido... una chica que inmediatamente empezó a tontear con el joven más importante y buscado de Luthadel. ¿No te parece extraño?

—Lo cierto es que yo la abordé primero —puntualizó Elend—. Aunque solo fuera porque me quitó el sitio donde leía.

—Pero tienes que admitir que es sospechoso lo pronto que se ha pegado a ti —dijo Telden—. Si vas a dedicarte a los amoríos, Elend, tienes que aprender una cosa. Puedes jugar con las mujeres si quieres, pero no te permitas acercarte demasiado a ellas, pues empezarán los problemas.

Elend negó con la cabeza.

—Valette es diferente.

Los otros dos intercambiaron una mirada. Entonces Telden se encogió de hombros y volvió a su bebida. Jastes, sin embargo, suspiró, se puso en pie y se desperezó.

—Bueno, creo que me marcho.

—Una copa más —dijo Telden.

Jastes negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—Ya sabes cómo son mis padres las noches de baile: si no salgo y despiro al menos a *alguno* de los invitados, me darán la lata durante semanas.

El joven les dio las buenas noches a todos y regresó al salón principal. Telden bebió de su copa, mirando a Elend.

—No estoy pensando en ella —dijo Elend, picado.

—¿En qué, entonces?

—En la reunión de esta noche. No estoy seguro de que me guste el resultado.

—Bah —dijo el hombretón, agitando la mano—. Eres peor que Jastes. ¿Qué sucedió con el hombre que asistía a esas reuniones solo para relajarse y pasar un rato con los amigos?

—Está preocupado —dijo Elend—. Algunos de sus amigos podrían acabar al mando de sus casas antes de lo que esperaban, y le preocupa que ninguno de nosotros esté preparado.

Telden hizo una mueca.

—No seas tan melodramático —dijo, sonriendo y guiñándole un ojo a la joven sirvienta que se acercó a retirar las copas vacías—. Tengo la impresión de que todo esto va a quedar en nada. Dentro de unos cuantos meses lo recordaremos y nos preguntaremos a qué venía tanto alboroto.

Kale Tekiel no podrá recordarlo, pensó Elend.

La conversación se fue apagando, sin embargo, y Telden acabó por marcharse. Elend se quedó allí sentado un rato, abriendo *Los dictados de la sociedad* para leer un poco, pero tuvo problemas para concentrarse. Acarició la copa de brandy entre sus dedos, pero no bebió mucho.

Me pregunto si Valette se habrá marchado ya... Había tratado de buscarla al término de su reunión, pero al parecer ella estaba en una reunión privada propia.

Esa chica está demasiado interesada en política para su propio bien, pensó ociosamente. Tal vez estuviera solo celoso: unos cuantos meses en la corte y ya parecía más competente que él. Era tan intrépida, tan osada, tan... interesante. No encajaba con ninguno de los estereotipos de la corte.

¿Podría tener razón Jastes?, se preguntó. *Desde luego, es diferente de las otras mujeres, y dio a entender que había cosas de ella que no conocía.*

Elend descartó el pensamiento. Valette era distinta, cierto... pero también era inocente, a su modo. Estaba ansiosa, llena de asombro y coraje.

Se sentía preocupado por ella: obviamente, no sabía lo peligrosa que podía ser Luthadel. Había mucho más en la política de la ciudad que simples fiestas y pequeñas intrigas. ¿Qué sucedería si alguien decidía enviar a un nacido de la bruma a tratar con ella y su tío? Renoux tenía pocos contactos y ninguno de los miembros de la corte habría parpadeado dos veces por unos cuantos asesinatos en Fellise. ¿Sabía el tío de Valette tomar las precauciones adecuadas? ¿Le preocupaban siquiera los alomantes?

Elend suspiró. Tenía que asegurarse de que Valette dejara la zona. Era la única opción.

PARA CUANDO SU CARRUAJE LLEGÓ a la mansión Venture, Elend había decidido que había bebido demasiado. Se marchó a sus habitaciones, ansiando su cama y su almohada.

De camino a su dormitorio, sin embargo, pasó ante el estudio de su padre. La puerta estaba abierta y había luz a pesar de la hora. Elend trató de caminar sin hacer ruido sobre la alfombra, pero nunca había sido muy sigiloso.

—¿Elend? —llamó la voz de su padre desde el estudio—. Ven un momento.

Elend suspiró para sí. A lord Straff Venture no se le pasaba ni una. Era un ojo de estreno: sus sentidos eran tan agudos que debía de haber oído llegar al carruaje. *Si no hablo con él ahora me enviará a los criados a molestarme hasta que baje a hacerlo...*

Elend se volvió y entró en el estudio. Su padre estaba sentado en su sillón, hablando tranquilamente con TenSoon, el kandra Venture. Elend todavía no estaba acostumbrado al último cuerpo de la criatura, que una vez había pertenecido a un criado de la Mansión Hasting. Elend se estremeció al verlo. La criatura lo saludó inclinando la cabeza y se retiró en silencio.

Elend se apoyó en el marco de la puerta. El sillón de Straff estaba delante de varios estantes de libros, ninguno de los cuales había leído: Elend estaba seguro de ello. La habitación quedaba iluminada por dos lámparas, cuyas pantallas apenas dejaban escapar un resquicio de luz.

—Has asistido al baile esta noche —dijo Straff—. ¿Qué has descubierto?

Elend se frotó la frente.

—Que tengo tendencia a beber demasiado brandy.

A Straff no le hizo gracia el comentario. Era el perfecto noble imperial: alto, de hombros firmes, siempre vestido con traje y chaleco.

—¿Has vuelto a ver a esa... mujer?

—¿Valette? Hummm, sí. Aunque no tanto como me hubiera gustado.

—Te prohibí que estuvieras con ella.

—Sí —dijo Elend—. Lo recuerdo.

La expresión de Straff se ensombreció. Se levantó y rodeó la mesa.

—Ay, Elend. ¿Cuándo vas a superar este temperamento infantil que tienes? ¿Crees que no me doy cuenta de que actúas como un necio tan solo para molestarme?

—Lo cierto es que superé mi «temperamento infantil» hace tiempo, padre: solo que parece que mis inclinaciones naturales te molestan aún más. Ojalá lo

hubiera sabido antes: me habría ahorrado un montón de esfuerzos en mis años jóvenes.

Su padre bufó, luego alzó una carta.

—Le dicté esto a Staxles hace poco. Para aceptar una invitación a almorcazar con lord Tegas mañana. Si se declara una guerra de casas, quiero asegurarme de que estamos en situación de destruir a los Hasting lo más rápido posible, y Tegas podría ser un aliado fuerte. Tiene una hija. Me gustaría que comieras con ella.

—Lo consideraré —dijo Elend, dándose un golpecito en la cabeza—. No estoy seguro de en qué estado me encontraré mañana por la mañana. Demasiado brandy, ¿recuerdas?

—Estarás allí, Elend. Esto no es una petición.

Elend reprimió una réplica. Una parte de él no quería más que contradecirle, enfrentarse a él... no porque le preocupara dónde comer, sino por algo más importante.

Hasting es la segunda casa más poderosa de la ciudad. Si hicieramos una alianza con ellos, juntos podríamos impedir que Luthadel se hundiera en el caos. Podríamos detener la guerra de casas, no inflamarla.

Eso era lo que los libros habían provocado en él: lo habían cambiado de muchachito rebelde a aprendiz de filósofo. Por desgracia, había sido un necio demasiado tiempo. ¿Era extraño que Straff no hubiera advertido el cambio en su hijo? El propio Elend estaba empezando a advertirlo él mismo.

Straff continuó mirándolo, y Elend agachó la cabeza.

—Lo pensaré.

Straff agitó la mano, despidiéndolo, y se dio media vuelta.

Tratando de salvar algo de su orgullo, Elend continuó:

—Es probable que ni siquiera debas preocuparte por los Hasting: parece que se están preparando para abandonar la ciudad.

—¿¡Qué!? ¿Dónde te has enterado de eso?

—En el baile.

—No habías descubierto nada importante, creía.

—No, nunca he dicho nada por el estilo. Es que no me apetecía compartirlo contigo.

Lord Venture frunció el ceño.

—No sé por qué me molesto siquiera... cualquier cosa que descubras seguro que no vale nada. Intenté entrenarte en política, muchacho. De veras.

Pero ahora... bueno, espero vivir para verte muerto, porque esta casa va a pasar momentos difíciles si tú tomas el control.

—Sé más de lo que crees, padre.

Straff se echó a reír y volvió a tomar asiento.

—Lo dudo, muchacho. Ni siquiera eres capaz de llevarte a una mujer a la cama... la última, y única vez que sé que lo intentaste, *yo mismo* tuve que llevarte al burdel.

Elend se ruborizó. *Cuidado*, se dijo. *Lo hace a propósito. Sabe lo mucho que te molesta.*

—Ve a acostarte, muchacho —dijo Straff, agitando una mano—. Tienes un aspecto terrible.

Elend vaciló un instante, luego salió por fin al pasillo, suspirando para sí.

Esa es la diferencia entre tú y ellos, Elend, pensó. *Esos filósofos a los que lees... fueron revolucionarios. Estaban dispuestos a arriesgarse a ser ejecutados. Tú ni siquiera puedes enfrentarte a tu padre.*

Se encaminó hacia sus habitaciones, donde, extrañamente, encontró a un criado esperándolo.

Elend frunció el ceño.

—¿Sí?

—Lord Elend, tienes una visita.

—¿A esta hora?

—Es lord Jastes Lekal, mi señor.

Elend ladeó la cabeza. *¡En nombre del lord Legislador, qué...!*

—¿Está esperando en el salón?

—Sí, mi señor.

Elend se dio media vuelta, pesaroso, y volvió a recorrer el pasillo. Encontró a Jastes esperándolo impaciente.

—¿Jastes? —preguntó Elend, cansado, mientras entraba en el salón—. Espero que tengas algo *muy* importante que decirme.

Jastes se agitó un instante, incómodo. Parecía más nervioso que de ordinario.

—¿Qué? —exigió saber Elend, agotada su paciencia.

—Es la chica.

—¿Valette? —preguntó Elend—. ¿Has venido a hablar de Valette? ¿Ahora?

—Deberías confiar más en tus amigos.

Elend bufó.

—¿Confiar en *tus* conocimientos sobre las mujeres? No te ofendas, Jastes, pero mejor no.

—La hice seguir —estalló Jastes.

Elend clavó su mirada en él.

—¿Qué?

—Hice seguir su carro. O, al menos, hice que alguien lo vigilara en las puertas de la ciudad. Ella no estaba dentro cuando salió.

—¿Qué quieras decir? —preguntó Elend, el ceño cada vez más fruncido.

—Ella no estaba *en el carro*, Elend —repitió Jastes—. Mientras su terrisano entregaba los salvoconductos a los guardias, mi hombre se asomó a la ventanilla, y no había nadie dentro.

»El carro debió de dejarla en algún lugar de la ciudad. Es una espía de alguna de las otras casas: están intentando llegar hasta tu padre a través de ti. Crearon a la mujer perfecta para atraerte: morena, un poco misteriosa y que no pertenece a la estructura política corriente. De baja cuna, para que fuera un escándalo que te interesaras en ella. Luego la lanzaron contra ti.

—Jastes, eso es ridícu...

—Elend —interrumpió Jastes—. Dímelo de nuevo: ¿cómo la conociste la primera vez?

Elend titubeó.

—Estaba en el balcón.

—En el sitio donde leías. Todo el mundo sabe que es ahí donde sueles ir. ¿Coincidencia?

Elend cerró los ojos. *Valette, no. No puede formar parte de todo esto.* Pero, inmediatamente, otro pensamiento lo asaltó. *¡Le he hablado del atium! ¿Cómo he podido ser tan estúpido?*

No podía ser cierto. Era increíble que se hubiera dejado engañar tan fácilmente. Pero... ¿podía arriesgarse? Era un mal hijo, cierto, pero no un traidor a la casa. No quería ver caer a los Venture; quería liderarlos algún día y tal vez cambiar las cosas.

Se despidió de Jastes, luego regresó a sus habitaciones con paso distraído. Se sentía demasiado cansado para pensar en la política de las casas. Sin embargo, cuando finalmente se metió en la cama, descubrió que no podía dormir.

Al cabo de un rato, se levantó y llamó a un criado.

—Dile a mi padre que quiero hacer un trato —le explicó al hombre—. Iré mañana al almuerzo, si quiere. —Hizo una pausa, de pie en la puerta del

dormitorio, la bata puesta—. A cambio —dijo por fin—, quiero que me preste un par de espías para que puedan seguir a alguien por mí.

Todos los demás piensan que debería haber ordenado ejecutar a Kwaan por traicionarme. Siendo sinceros, casi con toda seguridad lo mataría ahora mismo si supiera dónde se ha metido. En ese momento, sin embargo, no pude hacerlo.

El hombre se había convertido en un padre para mí. Hasta hoy no sé por qué de pronto decidió que yo no era el Héroe. ¿Por qué se volvió contra mí, denunciándome ante el Cónclave de los forjamundos al completo?

¿Prefería que ganara la Profundidad? Sin duda, aunque yo no sea el adecuado, como ahora dice Kwaan, mi presencia en el Pozo de la Ascensión no podría ser peor de lo que sucederá si la Profundidad continúa destruyendo la tierra.

29



CASI HA TERMINADO, leyó Vin.

Podemos ver la cueva desde nuestro campamento. Harán falta unas cuantas horas más de caminata para alcanzarla, pero sé que es el lugar adecuado. De algún modo, puedo sentirlo, sentirlo allí arriba... latiendo, en mi mente.

Hace mucho frío. Juro que las rocas mismas están hechas de hielo, y la nieve es tan profunda en algunos sitios que tenemos que abrirnos paso cavando. El viento sopla constantemente. Temo por Fedik: no ha sido el mismo desde que la criatura hecha de bruma lo atacó y me preocupa que se caiga por un precipicio o resbale por uno de los muchos agujeros de hielo que hay en el terreno.

Los terrisanos, sin embargo, son una maravilla. Es una suerte que los trajéramos, porque ningún porteador normal habría sobrevivido al viaje. A los terrisanos no parece importarles demasiado el frío: algo en sus extraños metabolismos les otorga una habilidad sobrenatural para resistir las inclemencias de los elementos. ¿Tal vez han «guardado» calor de sus cuerpos para usarlo más tarde?

No hablan de sus poderes, y estoy seguro de que Rashek es el responsable. Los otros porteadores lo consideran su líder, aunque no creo que tenga un control completo sobre ellos. Antes de que fuera apuñalado, Fedik temía que los terrisanos nos abandonaran aquí, en el hielo. Sin embargo, no creo que eso vaya a suceder. Estoy aquí por la providencia de las

profecías de Terris: esos hombres no desobedecerán su propia religión tan solo porque uno de los tuyos no me aprecie.

Por fin me enfrenté a Rashek. No quiso hablar conmigo, naturalmente, pero lo obligué. Habló largamente de su odio por Khennium y mi pueblo. Cree que hemos convertido a los de su pueblo en poco más que esclavos. Cree que los terrisanos se merecen mucho más: sigue diciendo que su pueblo debería ser «dominante» a causa de sus poderes sobrenaturales.

Temo sus palabras, pues veo algo de verdad en ellas. Ayer, uno de los porteadores levantó un peñasco de enorme tamaño y lo apartó del camino como si nada. No he visto una hazaña de fuerza semejante en mi vida.

Estos terrisanos podrían ser muy peligrosos, creo. Tal vez los hayamos tratado injustamente. Sin embargo, hombres como Rashek deben ser contenidos: cree irracionalmente que todos los pueblos lo han oprimido. Es un hombre muy joven para sentir tanto odio.

Hace mucho frío. Cuando esto termine, creo que debería irme a vivir a un sitio donde haga calor todo el año. Braches me ha hablado de esos sitios, islas al sur donde las grandes montañas crean fuego.

¿Cómo será, cuando todo esto haya acabado? Volveré a ser un hombre corriente. Un hombre sin importancia. Parece bien: más deseable, incluso, que un sol cálido y un cielo sin viento. Estoy cansado de ser el Héroe de las Eras, cansado de entrar en ciudades para encontrar hostilidad armada o fanática adoración. Estoy cansado de que me amen o me odien por lo que un puñado de viejos dice que haré algún día.

Quiero ser olvidado. Oscuridad. Sí, eso estaría bien.

Si los hombres leen estas palabras, que sepan que el poder es una pesada carga. No busquéis caer en sus redes. Las profecías de Terris dicen que yo tendré el poder para salvar el mundo. Sin embargo, dan a entender que también tendré poder para destruirlo.

Tendré la habilidad para cumplir cualquier deseo de mi corazón. «Tomará sobre sí mismo la autoridad que ningún mortal debería ostentar.» Sin embargo, los filósofos me advirtieron que, si me sirvo a mí mismo con el poder, mi egoísmo lo manchará.

¿Es una carga que debe soportar algún hombre? ¿Es una tentación que algún hombre puede resistir? Ahora me siento fuerte, pero ¿qué sucederá cuando acaricie el poder? Salvaré al mundo, sin duda... pero ¿trataré de apoderarme de él también?

Estos son mis temores mientras escribo con una pluma helada la víspera del renacer del mundo. Rashek me mira. Me odia. La cueva se encuentra ahí delante. Latiendo. Mis dedos tiemblan. No de frío.

Mañana habrá terminado.

Vin pasó la página, ansiosa. Sin embargo, la última del librito estaba en blanco. Volvió atrás y releyó las últimas líneas. ¿Dónde estaba la siguiente?

Sazed no habría terminado todavía la traducción. Vin se levantó, suspirando mientras se desperezaba. Había terminado la última parte del libro de viajes de una sentada, una hazaña de la que incluso ella se sorprendía. Los jardines de la Mansión Renoux se extendían ante sus ojos: los senderos cuidados, los árboles de gruesas ramas y el tranquilo arroyo creaban un ambiente magnífico para leer. El sol estaba bajo en el cielo y empezaba a hacer algo de frío.

Se dirigió hacia la mansión. A pesar del fresco de la tarde apenas podía imaginar un lugar como el que describía el lord Legislador. Había visto la nieve en picos lejanos, pero rara vez la había visto caer y solo era hielo sucio. Experimentar tanta nieve día tras día, correr el peligro de que te cayera encima en grandes avalanchas capaces de aplastarte...

Una parte de ella deseaba poder visitar otros lugares, no importaba lo peligrosos que fueran. Aunque el libro no relataba el viaje entero del lord Legislador, algunas de las maravillas que describía (los campos helados del norte, el gran lago negro y las cataratas de Terris) parecían sorprendentes.

¡Si al menos diera más detalles sobre cómo son las cosas!, pensó molesta. El lord Legislador pasaba demasiado tiempo preocupándose. Aunque, cierto, estaba empezando a sentir una extraña especie de... familiaridad con él a través de sus palabras. Le resultaba difícil asociar la persona que imaginaba con la oscura criatura que había causado tanta muerte. ¿Qué había sucedido en el Pozo de la Ascensión? ¿Qué podía haberlo cambiado de manera tan drástica? Tenía que saberlo.

Llegó a la mansión y fue en busca de Sazed. Había vuelto a usar vestidos: parecía extraño que la viera con pantalones gente que no pertenecía a la banda. Sonrió al mayordomo de lord Renoux al pasar, subió las escaleras y se dirigió a la biblioteca.

Sazed no se encontraba allí. Su pequeño escritorio estaba desocupado, la lámpara apagada, el tintero vacío. Vin frunció el ceño, molesta.

¡Esté donde esté, más le vale estar trabajando en la traducción!

Volvió a bajar las escaleras, preguntó por Sazed y una doncella la dirigió a la cocina principal. Vin frunció el ceño y recorrió el pasillo trasero. *¿En busca de un tentempié, quizá?*

Encontró a Sazed sentado entre un grupito de criados, indicando una lista en la mesa y hablando en voz baja. No se dio cuenta de la presencia de Vin.

—*¿Sazed?* —preguntó ella, interrumpiéndolo.

Él se volvió.

—*¿Sí, señora Valette?* —preguntó, inclinando levemente la cabeza.

—*¿Qué estás haciendo?*

—Me encargo de los suministros de alimentos de lord Renoux, señora. Aunque me han asignado que te ayude, sigo siendo su mayordomo y tengo deberes que atender cuando no estoy ocupado en otra cosa.

—*¿Vas a volver pronto a la traducción?*

Sazed ladeó la cabeza.

—¿La traducción, señora? Está terminada.

—¿Dónde está la última parte, entonces?

—Te la di.

—No, no lo hiciste —dijo ella—. Esa parte termina la noche antes de que entren en la cueva.

—Ese es el final, señora. Hasta ahí llega el libro.

—¿Qué? Pero...

Sazed miró a los otros criados.

—Deberíamos hablar de estas cosas en privado, creo.

Les dio unas cuantas instrucciones más señalando la lista y luego le hizo un gesto a Vin para que lo siguiera mientras salía por la puerta trasera de la cocina camino de los jardines.

Vin se quedó allí parada un momento, luego corrió tras él.

—No puede terminar así, Sazed. ¡No sabemos qué sucedió!

—Podemos deducirlo, creo —dijo Sazed, recorriendo el sendero. Los jardines de la zona este de la mansión no eran tan opulentos como los que Vin frecuentaba, consistían básicamente en suave hierba marrón y algún que otro matorral.

—¿Deducir qué?

—Bueno, el lord Legislador debió de hacer lo que era necesario para salvar el mundo, pues seguimos aquí.

—Supongo —dijo Vin—. Pero luego tomó el poder para sí mismo. Esto fue lo que debió pasar, que no pudo resistir la tentación de usar el poder con motivos egoístas. Pero ¿por qué no hay más capítulos? ¿Por qué no seguir hablando de sus logros?

—Tal vez el poder lo cambió demasiado —dijo Sazed—. O tal vez no sintiera la necesidad de registrar nada más. Había conseguido su objetivo y se había vuelto inmortal como efecto secundario. Escribir un diario para la posteridad se convierte en algo redundante cuando vas a vivir eternamente, creo.

—Eso es... —Vin apretó los dientes, frustrada—. Es un final muy poco satisfactorio, Sazed.

Él sonrió, divertido.

—Ten cuidado, señora: si te acostumbras demasiado a leer, puedes convertirte en una erudita.

Vin negó con la cabeza.

—¡No si todos los libros acaban como este!

—Si te sirve de consuelo, no eres la única decepcionada con el contenido del libro de viajes. No hay gran cosa que maese Kelsier pueda utilizar; desde luego, no hay nada del undécimo metal. Me siento algo culpable, pues soy quien más se ha beneficiado del libro.

—Pero tampoco hay mucho sobre la religión de Terris.

—No mucho —admitió Sazed—. Pero, verdadera y lamentablemente, «no mucho» es bastante más de lo que sabíamos antes. Solo me preocupa no tener una oportunidad para transmitir esta información. He enviado una copia de la traducción a un sitio donde mis hermanos y hermanas guardadores sabrán buscar... Sería una lástima si este conocimiento muriera conmigo.

—No morirá.

—¿No? ¿Mi señora de pronto se ha vuelto optimista?

—¿Mi terrisano de pronto se ha vuelto un bocazas? —replicó Vin.

—Siempre lo ha sido, creo —dijo Sazed con una sonrisita—. Es una de las cosas que hacen de él un pobre mayordomo: al menos, a los ojos de la mayoría de sus amos.

—Entonces deben de haber sido tontos —dijo Vin sinceramente.

—Eso solía pensar yo, señora —respondió Sazed—. Deberíamos regresar a la mansión: creo que no nos conviene estar en los jardines cuando lleguen las brumas.

—Voy a volver a internarme en ellas.

—Hay muchos miembros del personal que no saben que eres una nacida de la bruma, señora. Sería mejor guardar el secreto.

—Lo sé. Regresemos, pues —dijo Vin dando la vuelta.

—Buena idea.

Caminaron unos instantes, disfrutando de la sutil belleza de los jardines del este. La hierba estaba cuidadosamente recortada y había sido dispuesta en agradables capas, por lo que los matorrales la acentuaban. El jardín de la zona sur era mucho más espectacular, con su arroyuelo, sus árboles y sus plantas exóticas. Pero el jardín del este tenía su propia paz: la serenidad de la sencillez.

—¿Sazed? —preguntó Vin en voz baja.

—¿Sí, señora?

—Todo va a cambiar, ¿verdad?

—¿A qué te refieres en concreto?

—A todo. Aunque no estemos todos muertos dentro de un año, los miembros de la banda andarán por ahí, trabajando en otros proyectos. Ham me imagino que volverá con su familia, Dox y Kelsier planearán alguna nueva

escapada, Clubs alquilará su tienda a otra banda... Incluso estos jardines en los que hemos gastado tanto dinero pertenecerán a otra persona.

Sazed asintió.

—Es probable. Aunque, si las cosas salen bien, tal vez la rebelión skaa esté gobernando Luthadel el año que viene.

—Tal vez —dijo Vin—. Pero incluso así... las cosas cambiarán.

—Esa es la naturaleza de la vida, señora —dijo Sazed—. El mundo debe cambiar.

—Lo sé —suspiró Vin—. Pero desearía... Bueno, lo cierto es que *me gusta* mi vida ahora, Sazed. Me gusta pasar el tiempo con la banda y me gusta entrenarme con Kelsier. Me encanta ir a los bailes con Elend los fines de semana, me encanta pasear contigo por estos jardines. No quiero que estas cosas cambien. No quiero que mi vida vuelva a ser como era hace un año.

—No tiene por qué serlo, señora. Podría cambiar a mejor.

—No lo hará. Está empezando ya... Kelsier me ha dado a entender que mi entrenamiento casi ha terminado. Cuando practique en el futuro, tendré que hacerlo sola.

»En cuanto a Elend, ni siquiera sabe que soy una skaa... Y mi trabajo es intentar destruir a su familia. Aunque la Casa Venture no caiga por mi mano, otras la derribarán. Sé que Shan Elariel está planeando algo y no he podido descubrir nada sobre sus planes.

»Y eso es solo el comienzo. Nos enfrentamos al Imperio Final. Es probable que fracasemos... Sinceramente, no soy capaz de imaginar cómo puede ser de otro modo. Lucharemos, haremos algo bien, pero no cambiaremos mucho... Y los que sobrevivan de nosotros se pasarán el resto de la vida huyendo de los inquisidores. Todo va a cambiar, Sazed, y no puedo impedirlo.

Sazed sonrió amablemente.

—Entonces, señora, disfruta de lo que tienes sin preocupaciones. El futuro te sorprenderá, creo.

—Tal vez —dijo Vin, sin dejarse convencer.

—Ah, necesitas esperanza, señora. Tal vez tengas un poco de buena fortuna. Había un grupo de gente antes de la Ascensión llamados los astalsi. Decían que cada persona nacía con una cantidad definida de mala suerte. Y así, cuando les sucedía un hecho desafortunado, se consideraban bendecidos: a partir de entonces su vida solo podía mejorar.

Vin alzó una ceja.

—Me parece un poco tonto.

—Yo creo que no —dijo Sazed—. Los astalsi estaban bastante avanzados: mezclaban profundamente religión y ciencia. Creían que colores distintos eran indicativos de distintos tipos de fortuna y eran particularmente detallistas en sus descripciones de luz y color. Es gracias a ellos que tenemos algunas de nuestras mejores ideas de cómo pudieron ser las cosas antes de la Ascensión. Tenían una escala de colores y la usaban para describir el cielo del azul más intenso y las diversas plantas en sus tonos de verde.

»Además, considero reveladora su filosofía en lo referente a la suerte y la fortuna. Para ellos, una vida pobre era solo un signo de la fortuna venidera. A lo mejor sería buena para ti, señora: podrías beneficiarte del conocimiento de que tu suerte no siempre va a ser mala.

—No sé —dijo Vin, escéptica—. Quiero decir, si tu mala suerte es limitada, ¿no lo será también tu *buena* suerte? Cada vez que algo bueno sucediera, me preocuparía haber agotado mi buena suerte.

—Hummm —dijo Sazed—. Supongo que eso depende del punto de vista, señora.

—¿Cómo podéis ser tan optimistas? —inquirió Vin—. Tú y Kelsier.

—No lo sé, señora. Tal vez nuestras vidas han sido más fáciles que la tuya. O tal vez seamos más necios.

Vin guardó silencio. Caminaron un rato más, regresando al edificio, pero sin apresurarse.

—Sazed —dijo ella por fin—. Cuando me salvaste aquella noche bajo la lluvia, usaste feruquimia, ¿verdad?

Sazed asintió.

—Así es. El inquisidor estaba muy concentrado en ti y pude colocarme detrás de él y golpearlo con una piedra. Me hice muchas veces más fuerte que un hombre normal y mi golpe lo lanzó contra la pared, rompiéndole varios huesos, sospecho.

—¿Eso es todo?

—Pareces decepcionada, señora. —Sazed sonreía—. ¿Esperabas algo más espectacular?

Vin asintió.

—Es que... hablas tan poco de la feruquimia que eso hace que parezca más mística, supongo.

Sazed suspiró.

—En realidad hay poco que ocultarte, señora. El poder verdaderamente único de la feruquimia, la habilidad para almacenar y recuperar recuerdos, ya

lo habrás deducido. El resto de los poderes no son diferentes a los poderes que te otorgan el peltre y el estaño. Unos cuantos son un poco más extraños (hacer más pesado a un feruquimista o cambiar su edad), pero tienen pocas aplicaciones marciales.

—¿Cambiar de edad? —dijo Vin, alzando la cabeza—. ¿Podrías volverte más joven?

—En realidad, no, señora. Recuerda, un feruquimista debe extraer sus poderes de su propio cuerpo. Podría, por ejemplo, pasar unas cuantas semanas con el cuerpo envejecido hasta el punto de que se sintiera y se viera diez años mayor de lo que realmente es. Luego podría recuperar esa edad para parecer diez años más joven durante una cantidad similar de tiempo. Sin embargo, en la feruquimia debe haber un equilibrio.

Vin reflexionó un momento.

—¿Importa el metal que se utilice? ¿Como en la alomancia?

—Desde luego. El metal determina lo que puede almacenarse.

Vin asintió mientras continuaban andando, reflexionando sobre lo que él acababa de decir.

—Sazed, ¿puedes darme algo de metal tuyo? —pidió por fin.

—¿Metal mío, señora?

—Algo que hayas usado como depósito feruquimista —dijo Vin—. Quiero intentar quemarlo... Tal vez así me permita usar parte de su poder.

Sazed frunció el ceño, curioso.

—¿Lo ha intentado alguien? —preguntó Vin.

—Supongo que alguien lo habrá hecho —dijo Sazed—. Pero, sinceramente, no sé citarte ningún ejemplo concreto. Tal vez si fuera a buscar mis mentecobres de memoria...

—¿Por qué no me dejas intentarlo ahora? ¿Tienes algo hecho de uno de los metales básicos? ¿Algo donde no hayas almacenado nada demasiado valioso?

Sazed lo meditó, luego se llevó la mano a uno de sus enormes lóbulos y soltó un pendiente muy parecido al que llevaba Vin. Le entregó el diminuto cierre del pendiente.

—Es peltre puro, señora. He guardado en él una cantidad moderada de fuerza.

Vin asintió y tragó la diminuta perla. Escrutó su reserva alomántica, pero el metal del cierre no hacía nada diferente. Quemó peltre por probar.

—¿Algo? —preguntó Sazed.

Vin negó con la cabeza.

—No, no... —Guardó silencio. Sí que *había* algo... diferente.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó Sazed, con una ansiedad poco común en él.

—Yo... puedo sentir el poder, Saz. Es débil, más allá de mi alcance, pero juro que hay otra reserva en mi interior, una reserva que solo aparece cuando quemo tu metal.

Sazed frunció el ceño.

—¿Débil, dices? Como... ¿como si pudieras ver una sombra de la reserva, pero sin lograr acceder al poder en sí?

Vin asintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo que sientes cuando intentas usar los metales de otro feruquimista, señora —dijo Sazed, suspirando—. Tendría que haber sospechado que este iba a ser el resultado. No puedes acceder al poder porque no te pertenece.

—Oh.

—No te sientas demasiado decepcionada, señora. Si los alomantes pudieran robar la fuerza a mi gente, ya se sabría. Sin embargo, ha sido una idea inteligente. —Se volvió y señaló hacia la mansión—. El carruaje ha llegado ya. Creo que llegamos tarde a la reunión.

Vin asintió y ambos avivaron el paso hacia la mansión.

QUÉ CURIOSO, PENSÓ KELSIER PARA sí mientras cruzaba el patio oscuro ante la Mansión Renoux. *Tengo que colarme en mi propia casa como si estuviera atacando el torreón de algún noble.*

Pero no podía evitarse: no con su reputación. Kelsier el ladrón había llamado demasiado la atención; Kelsier el instigador a la rebelión y líder espiritual skaa era todavía más conocido. Eso no le impedía, por supuesto, esparcir el caos cada noche: solo tenía que ser más cuidadoso. Más y más familias se marchaban de la ciudad y las casas poderosas se volvían cada vez más recelosas. En cierto modo eso facilitaba el manipularlos, pero rondar sus moradas se estaba volviendo muy peligroso.

En comparación, la Mansión Renoux estaba prácticamente desprotegida. Había guardias, pero no brumosos. Renoux tenía que llamar poco la atención: demasiados alomantes lo habrían hecho destacar. Kelsier se mantuvo en las sombras mientras se dirigía con cuidado al lado este del edificio. Entonces lanzó una moneda y se guio hasta el balcón de Renoux.

Aterrizó con suavidad antes de asomarse a las puertas de cristal del balcón. Los visillos estaban corridos, pero reconoció a Dockson, Vin, Sazed, Ham y Brisa alrededor de la mesa de Renoux, quien estaba sentado al fondo de la habitación, apartado. Su contrato era para interpretar el papel de lord Renoux, pero no deseaba implicarse en el plan más de lo necesario.

Kelsier sacudió la cabeza. *Sería muy fácil para un asesino entrar aquí. Tengo que asegurarme de que Vin siga durmiendo en el taller de Clubs.* No le preocupaba Renoux: la naturaleza del kandra era tal que no necesitaba temer la hoja de ningún asesino.

Kelsier llamó a la puerta y Dockson se acercó a abrirla.

—¡Y así hace su sorprendente entrada! —anunció Kelsier, entrando en la habitación y despojándose de su capa de bruma.

Dockson bufó, cerrando las puertas.

—Eres un verdadero espectáculo, Kel. Lo mejor, las manchas de hollín en las rodillas.

—He tenido que gatear un poco esta noche —dijo Kelsier, agitando una mano, indiferente—. Hay una zanja de drenaje sin usar que pasa por debajo de la muralla defensiva de la fortaleza Lekal. Cabía pensar que la habrían reparado.

—Dudo que tengan que preocuparse —dijo Brisa desde la mesa—. La mayoría de los nacidos de la bruma sois demasiado orgullosos para arrastraros. Me sorprende que estuvieras dispuesto a hacerlo tú.

—¿Demasiado orgullosos? —exclamó Kelsier—. ¡Tonterías! Bueno, yo diría que los nacidos de la bruma son demasiado orgullosos para *no* humillarse arrastrándose... de una manera digna, por supuesto.

Dockson frunció el ceño, acercándose a la mesa.

—Kel, eso no tiene sentido.

—Los nacidos de la bruma no tenemos por qué tener sentido —dijo Kelsier orgullosamente—. ¿Qué es esto?

—De tu hermano —dijo Dockson, señalando un gran mapa desplegado sobre la mesa—. Ha llegado esta tarde en el hueco de una pata rota que el Cantón de la Inquisición mandó a Clubs para su reparación.

—Interesante —dijo Kelsier, estudiando el mapa—. Es una lista de las comisarías de aplacadores, supongo.

—Así es —dijo Brisa—. Todo un descubrimiento: nunca había visto un mapa de la ciudad tan detallado y meticoloso. No solo muestra cada una de las treinta y cuatro comisarías de aplacadores, sino también los lugares de

actividad de los inquisidores, así como los lugares que interesan a los diferentes cantones. No he tenido la oportunidad de trabajar mucho con tu hermano, ¡pero está claro que ese hombre es un genio!

—Es casi difícil creer que esté emparentado con Kel, ¿eh? —dijo Dockson con una sonrisa. Tenía un cuaderno delante y estaba haciendo una lista de todas las comisarías de aplacadores.

Kelsier hizo una mueca.

—Puede que Marsh sea el genio, pero yo soy el guapo. ¿Qué son esos números?

—Las detenciones y las fechas en que los inquisidores las llevaron a cabo —dijo Ham—. Fíjate que el escondite de la banda de Vin aparece en la lista.

Kelsier asintió.

—¿Cómo demonios consiguió Marsh robar un mapa como este?

—No lo hizo —dijo Dockson mientras escribía—. Había una nota con el mapa. Al parecer, los altos prelados *se lo dieron...* Están muy impresionados con Marsh y querían que estudiara la ciudad y recomendara sitios para establecer nuevas comisarías. Parece que el Ministerio está un poco preocupado por la guerra entre casas. Quieren enviar a unos cuantos aplacadores para intentar controlar las cosas.

—Se supone que tenemos que devolver el mapa dentro de la pata reparada —dijo Sazed—. Cuando terminemos esta noche, me dedicaré a copiarlo en el menor tiempo posible.

Y a memorizarlo también, convirtiéndolo en parte del archivo de todos los guardadores, pensó Kelsier. *El día en que dejes de memorizar y empieces a enseñar no tardará en llegar, Saz. Espero que tu gente esté preparada.*

Kelsier se volvió a estudiar el mapa. Era tan impresionante como había dicho Brisa. De hecho, Marsh debía de haber corrido un riesgo enorme al enviarlo. Incluso un riesgo excesivo, pero la información que contenía...

Tendremos que devolverlo rápidamente, pensó. *Mañana por la mañana, si es posible.*

—¿Qué es esto? —preguntó Vin sin levantar la voz, inclinándose sobre el amplio mapa y señalando.

Vestía como una noble, con un hermoso atuendo de una pieza que apenas estaba un poco menos ornamentado que un vestido de baile.

Kelsier sonrió. Aún recordaba la época en la que Vin parecía inquietamente incómoda con un vestido, pero parecía que les había ido tomando cada vez más gusto. Seguía sin moverse *del todo* como una dama de

noble cuna. Tenía gracia, pero la gracia diestra de un depredador, no la gracia deliberada de una cortesana. Con todo, los vestidos le sentaban bien y no por su corte.

Ah, Mare, pensó Kelsier. Siempre quisiste tener una hija a la que poder enseñar a caminar por la línea que separa a la noble de la ladrona. Se habrían gustado: las dos tenían una veta oculta tendente a lo poco convencional. Tal vez si su esposa hubiese seguido viva le habría enseñado a Vin cosas para fingir ser noble que ni siquiera Sazed conocía.

Naturalmente, si Mare estuviera todavía viva yo no estaría haciendo nada de esto. No me atrevería.

—¡Mirad! —dijo Vin—. Una de las fechas de los inquisidores es nueva: ayer.

Dockson miró a Kelsier.

Tendríamos que habérselo dicho tarde o temprano, de todas formas...

—Es la banda de Theron —dijo Kelsier—. Un inquisidor los atacó ayer por la noche.

Vin palideció.

—¿Tendría que conocer ese nombre? —preguntó Ham.

—La banda de Theron era parte del equipo que intentaba engañar al Ministerio con Camon —dijo Vin—. Esto significa... que todavía deben de andar tras mi pista.

El inquisidor de acero la reconoció aquella noche cuando nos infiltramos en el palacio, quería saber quién era su padre. Es una suerte que esos seres inhumanos incomoden a la nobleza... de lo contrario, tendría que preocuparnos enviarla a los bailes.

—La banda de Theron —dijo Vin—. Fue... ¿como la última vez?

Dockson asintió.

—No hubo supervivientes.

Siguió un incómodo silencio. Vin parecía claramente asqueada.

Pobrecilla, pensó Kelsier. Sin embargo, había poco que pudieran hacer excepto seguir adelante.

—Muy bien. ¿Cómo vamos a usar este mapa?

—Tiene algunas notas del Ministerio sobre las defensas de cada casa —dijo Ham—. Nos serán útiles.

—Sin embargo, no parece que haya ninguna pauta en los ataques de los inquisidores —comentó Brisa—. Lo más probable es que vayan adonde la información los conduzca.

—Tendremos que abstenernos de actuar demasiado cerca de esas comisarías —dijo Dox, soltando la pluma—. Por fortuna, el taller de Clubs no está cerca de ninguna: la mayoría está en los suburbios.

—Tenemos que hacer algo más que evitar las comisarías —dijo Kelsier—. Tenemos que estar preparados para eliminarlas.

Brisa frunció el ceño.

—Si lo hacemos, corremos el riesgo de ser demasiado intrépidos.

—Pero piensa en el daño que causaría. Marsh dijo que había al menos tres aplacadores y un buscador en *cada una* de esas comisarías. Son ciento treinta brumosos del Ministerio... Deben de haberlos reclutado por todo el Dominio Central para alcanzar esa cifra. Si pudiéramos eliminarlos a todos a la vez...

—Nunca conseguiremos matar a tantos —dijo Dockson.

—Lo lograríamos si usáramos el resto de nuestro ejército —dijo Ham—. Tenemos hombres repartidos por todos los suburbios.

—Tengo una idea mejor —dijo Kelsier—. Contratar a otras bandas de ladrones. Si tuviéramos diez bandas, cada una asignada a tomar tres estaciones, podríamos despejar la ciudad de aplacadores y buscadores del Ministerio en unas pocas horas.

—Pero habría que decidir el momento —repuso Dockson—. Brisa tiene razón: matar a tantos obligadores en una noche implica un compromiso importante. Los inquisidores no tardarían mucho en desquitarse.

Kelsier asintió. *Tienes razón, Dox. El momento será crucial.*

—¿Quieres estudiarlo? Encuentra las bandas adecuadas, pero espera a que decidamos el momento para actuar antes de decirles el emplazamiento de las comisarías de aplacadores.

Dockson asintió.

—Bien. Hablando de nuestros soldados, Ham, ¿cómo van las cosas con ellos?

—En realidad, mejor de lo que esperaba —contestó Ham—. Se entrenaron en las cuevas, así que son bastante competentes. Y se consideran el segmento más fiel del ejército, ya que no siguieron a Yeden a la batalla contra tu voluntad.

Brisa resopló.

—Una manera muy conveniente de pasar por alto el hecho de que perdieron tres cuartas partes del ejército en una pifia táctica.

—Son buenos hombres, Brisa —dijo Ham firmemente—. Y también lo eran los que murieron. No hables mal de ellos. De todas formas, me preocupa

esconder el ejército tal como estamos haciendo: no pasará mucho antes de que descubran uno de los equipos.

—Por eso ninguno sabe dónde encontrar a los otros —dijo Kelsier.

—Quiero mencionar algo al respecto —dijo Brisa, sentándose en una de las sillas de Renoux—. Veo la importancia de enviar a Hammond a entrenar a los soldados, pero, sinceramente, ¿cuál es el motivo de obligarnos a Dockson y a mí a visitarlos?

—Los hombres tienen que saber quiénes son sus líderes —contestó Kelsier

—. Si Ham estuviera dispuesto, alguien tendría que tomar el mando.

—¿Por qué no tú?

—Hazme caso —dijo Kelsier, sonriendo—. Es lo mejor.

Brisa puso los ojos en blanco.

—Hacerte caso. Parece que lo hacemos demasiado últimamente...

—De todas maneras, Vin, ¿qué noticias hay de la nobleza? —preguntó Kelsier—. ¿Has descubierto algo útil sobre la Casa Venture?

Ella vaciló.

—No.

—Pero el baile de la semana próxima será en la fortaleza Venture, ¿no? —preguntó Dockson.

Vin asintió con la cabeza.

Kelsier miró a la chica. *¿Nos lo diría si lo supiera?* Ella lo miró a los ojos y él no pudo leer nada en ellos. *La maldita muchacha es una mentirosa demasiado experimentada.*

—Muy bien —le dijo—. Sigue investigando.

—Lo haré.

A PESAR DE SU FATIGA, Kelsier no logró dormir esa noche. Por desgracia no podía salir a recorrer los pasillos: solo unos pocos criados sabían que estaba en la mansión y era necesario que no llamara la atención ahora que su reputación iba en aumento.

Su reputación. Suspiró mientras se apoyaba en la barandilla del balcón y contemplaba las brumas. En cierto modo, los acontecimientos le preocupaban incluso a él. Los demás no hacían preguntas en voz alta, obedeciendo su petición, pero notaba que seguían preocupados por su creciente fama.

Es la mejor forma. Puede que no necesite todo esto... pero si lo hago, voy a alegrarme de haberme tomado la molestia.

Llamaron a la puerta. Se volvió, curioso, cuando Saz asomaba la cabeza.

—Pido disculpas, maese Kelsier. Pero un guardia ha venido a verme diciendo que podía verte en el balcón. Le preocupaba que te descubrieras.

Kelsier suspiró, pero abandonó el balcón, cerró las puertas y corrió las cortinas.

—No estoy hecho para el anonimato, Sazed. Para ser un ladrón, no se me da demasiado bien esconderme.

Sazed sonrió y se dispuso a retirarse.

—¿Sazed? —preguntó Kelsier, haciendo que el terrisano se detuviera—. No puedo dormir. ¿Tienes alguna nueva propuesta para mí?

Sazed sonrió ampliamente y entró en la habitación.

—Por supuesto, maese Kelsier. Últimamente he estado pensando que deberías oír las Verdades de los bennet. Creo que van muy bien contigo. Los bennet eran un pueblo muy desarrollado que vivía en las islas del sur. Eran valientes marineros y brillantes cartógrafos: algunos de los mapas que todavía usa el Imperio Final fueron trazados por exploradores bennet.

»Su religión fue diseñada para que pudiera practicarse a bordo de barcos que se pasaban meses seguidos en el mar. El capitán era también su sacerdote y no se cedía el mando a ningún hombre hasta que hubiera recibido formación teológica.

—No se habrán producido muchos motines.

Sazed sonrió.

—Era una buena religión, maese Kelsier. Se concentraba en el descubrimiento y el conocimiento: para esa gente trazar mapas era un deber sagrado. Creían que cuando todo el mundo fuera conocido, comprendido y catalogado, los hombres encontrarían por fin la paz y la armonía. Muchas religiones enseñan esos ideales, pero pocos consiguen ponerlos en práctica tan bien como los bennet.

Kelsier frunció el ceño apoyándose en la pared, junto a las cortinas.

—Paz y armonía —dijo lentamente—. En realidad no busco ninguna de esas dos cosas ahora mismo, Saz.

—Ah.

Kelsier alzó la cabeza y miró al techo.

—¿Podrías... podrías hablarme de nuevo de los valla?

—Naturalmente —dijo Sazed, acercando una silla del escritorio y sentándose—. ¿Qué quieres saber en concreto?

Kelsier sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Lo siento, Saz. Estoy de un humor extraño esta noche.

—Siempre estás de un humor extraño, creo —dijo Sazed con una leve sonrisa—. Sin embargo, has preguntado por una secta interesante. Los valla duraron más en el dominio del lord Legislador que ninguna otra religión.

—Por eso lo pregunto. Yo... necesito comprender qué los mantuvo tanto tiempo en activo, Sazed. ¿Qué los impulsó a seguir luchando?

—Eran los más decididos, creo.

—Pero no tenían líderes. El lord Legislador mató a todo el consejo religioso vallano en su primera conquista.

—Sí, claro que tenían líderes, maese Kelsier —dijo Sazed—. Muertos, bien es cierto, pero líderes al fin y al cabo.

—Algunos dirían que su devoción no tenía sentido —dijo Kelsier—. La pérdida de los líderes vallanos debería haber destrozado al pueblo, no haberlo decidido todavía más a continuar.

Sazed sacudió la cabeza.

—Los hombres son más resistentes que eso, creo. Nuestra fe es a menudo más fuerte cuando debería ser más débil. Esa es la naturaleza de la esperanza.

Kelsier asintió.

—¿Quieres más información sobre los valla?

—No. Gracias, Saz. Necesitaba recordar que había gente que luchaba incluso cuando parecía que no quedaba esperanza.

Sazed asintió y se puso en pie.

—Creo que lo comprendo, maese Kelsier. Buenas noches, entonces.

Kelsier asintió distraído, dejando que el terrisano se marchara.

La mayoría de los terrisanos no son tan malos como Rashek. Sin embargo, puedo ver que creen en él, hasta cierto punto. Son hombres sencillos, no filósofos ni eruditos, y no comprenden que sus propias profecías dicen que el Héroe de las Eras será un extranjero. Solo ven lo que señala Rashek: que son un pueblo ostensiblemente superior y deberían «dominar» en vez de estar sometidos.

Ante tanta pasión y odio, incluso los hombres buenos pueden ser engañados.

30



FUE NECESARIO VOLVER AL SALÓN de baile Venture para que Vin recordara qué era la auténtica majestad.

Había visitado tantas fortalezas que empezaba a ser insensible al esplendor. Sin embargo, había algo especial en la mansión de Venture: algo que las otras mansiones ansiaban, pero no conseguían del todo. Era como si Venture fuera el padre y los demás, niños bien enseñados. Todas las mansiones eran hermosas, pero no se podía negar cuál era la mejor.

El inmenso salón Venture, flanqueado por una fila de enormes columnas a cada lado, parecía aún más grandioso que de costumbre. Vin no acababa de entender por qué. Lo pensó mientras esperaba a que un sirviente se llevara su chal. Las candilejas normales brillaban al otro lado de las vidrieras, inundando la sala con motas de luz. Las mesas estaban inmaculadas bajo sus palios. La del lord, situada en el pequeño balcón del fondo del salón, tenía un aspecto tan regio como siempre.

Es casi... demasiado perfecto, pensó Vin. Todo parecía levemente exagerado. Los manteles eran aún más blancos y estaban mejor planchados que de costumbre. Los uniformes de los criados parecían particularmente elegantes. En vez de soldados regulares, en las puertas había mataneblinos de aspecto intencionadamente imponente, reconocibles por sus escudos de

madera y su falta de armadura. En conjunto, la sala daba la impresión de que incluso el estándar de perfección Venture se había incrementado.

—Algo va mal, Sazed —susurró mientras un criado se disponía a preparar su mesa.

—¿Qué quieres decir, señora? —preguntó el alto mayordomo, de pie, un poco hacia el lado tras ella.

—Hay demasiada gente —dijo Vin, advirtiendo que era una de las cosas que la estaban molestando.

La asistencia a los bailes había menguado durante los últimos meses. Sin embargo, parecía que todo el mundo hubiese regresado para la fiesta Venture. Y todos llevaban sus mejores galas.

—Está sucediendo algo —dijo Vin en voz baja—. Algo que no sabemos.

—Sí... —respondió Sazed—. Yo también lo siento. Tal vez debería ir a cenar pronto con los otros mayordomos.

—Buena idea. Creo que me saltaré la cena esta noche. Llegamos un poco tarde y parece que la gente ya ha empezado a charlar.

Sazed sonrió.

—¿Qué?

—Recuerdo una época en que *nunca* te saltabas una cena, señora.

Vin bufó.

—Alégrate de que nunca intentara llenarme los bolsillos de comida en estos bailes... Créeme, estuve tentada. Ahora, márchate.

Sazed asintió y se marchó al comedor de los mayordomos. Vin escrutó los grupos de gente que charlaba. *Ni rastro de Shan, afortunadamente*, pensó. Por desgracia, tampoco Kliss estaba a la vista, así que tuvo que elegir a otra persona para chismorrear. Avanzó, sonriéndole a lord Idren Seeris, primo de la Casa Elariel, con quien había bailado en varias ocasiones. Él la reconoció con un estirado saludo y Vin se unió a su grupo.

—Hacía algún tiempo que no venía a la mansión Venture —dijo Vin, adoptando su personalidad de chica del campo—. ¡Había olvidado lo majestuosa que es!

—En efecto —dijo una de las damas—. Discúlpennme... voy a buscar algo de beber.

—Te acompaño —dijo otra, y ambas abandonaron el grupo.

Vin las vio marchar y frunció el ceño.

—Ah —dijo Yestal—. Nuestra cena ha llegado. ¿Vienes, Triss?

—Naturalmente —dijo la última dama, y se marchó junto a Yestal.

Idren se ajustó las gafas, dirigió a Vin una tibia mirada de disculpa, y se retiró. Vin se quedó allí sola, aturdida. No había recibido una recepción tan fría desde sus primeros bailes.

¿Qué está pasando?, pensó, con nerviosismo creciente. ¿Es obra de Shan? ¿Puede volver en mi contra un salón entero?

No, no parecía eso. Hubiese requerido demasiado esfuerzo. Además, lo raro no era solo el comportamiento con ella. Todos los grupos de nobles eran... diferentes esa noche.

Vin probó un segundo grupo, con resultados aún peores. En cuanto se unió a ellos, la ignoraron al instante. Vin se sintió tan fuera de lugar que se retiró, huyendo a servirse una copa de vino. Mientras caminaba, advirtió que el primer grupo (el de Yestal e Idren) había vuelto a formarse con exactamente los mismos miembros.

Se colocó bajo la sombra del balcón oriental y estudió a la multitud. Había muy poca gente bailando y los reconoció a todos como parejas formales. También parecía haber poca relación entre grupos o mesas. Aunque la sala estaba llena, parecía que la mayoría de los asistentes estaba tratando claramente de ignorarse entre sí.

Tengo que echar un buen vistazo a esto, pensó, yendo hacia las escaleras. Al poco tiempo salió al largo balcón, casi un pasillo, incrustado en la pared sobre la pista de baile, cuyas familiares lámparas azules conferían un tono suave y melancólico a la mampostería.

Vin vaciló. El refugio de Elend estaba entre la columna de la derecha y la pared, iluminado por una sola lámpara. Casi siempre se pasaba los bailes en Venture leyendo allí: no le gustaban la pompa y la ceremonia que implicaba ser anfitrión de una fiesta.

El refugio estaba vacío. Vin se acercó a la barandilla y se asomó a contemplar el otro extremo del gran salón. La mesa del anfitrión estaba situada al mismo nivel de los balcones, y se sorprendió al ver a Elend sentado junto a su padre.

¿Qué?, pensó incrédula. Ni una sola vez, durante la media docena de bailes a los que había asistido en la mansión Venture, había visto a Elend sentado con su familia.

Allá abajo vio una figura familiar ataviada con una colorida túnica caminando entre la multitud. Llamó a Sazed, pero él ya la había visto. Mientras lo esperaba, a Vin le pareció oír una voz familiar al otro lado del balcón. Se

volvió a mirar y vio una figura bajita que había pasado por alto antes. Kliss charlaba con un reducido grupo de lores menores.

Así que aquí está Kliss, pensó. *Tal vez hable conmigo*. Se puso en pie, esperando a que Kliss terminara su conversación o a que Sazed llegara.

Sazed llegó primero, jadeando por haber subido las escaleras.

—Señora —dijo en voz baja, uniéndose a ella junto a la barandilla.

—Dime que has descubierto algo, Sazed. Este baile es... extraño. Todo el mundo está tan frío y solemne. Es casi como si estuviéramos en un funeral, no en una fiesta.

—Es una metáfora adecuada, mi señora. Nos hemos perdido un anuncio importante. La Casa Hasting ha dicho que no va a celebrar su baile habitual esta semana.

Vin frunció el ceño.

—¿Y? Las casas han cancelado bailes antes.

—La Casa Elariel lo ha cancelado también. Normalmente, Tekiel vendría a continuación... pero esa casa ya no existe. La Casa Shunah ya ha anunciado que no celebrará más bailes.

—¿Qué estás diciendo?

—Parece, señora, que este será el último baile durante un tiempo... Quizá durante mucho tiempo.

Vin contempló las magníficas vidrieras del salón, que se alzaban sobre los grupos de personas distantes, casi hostiles.

—Eso es lo que está pasando —dijo—. Están finalizando alianzas. Todos se sitúan con sus amigos y partidarios más fuertes. Saben que es el último baile, así que vienen por las apariencias, pero saben que no les queda tiempo para el politiquero.

—Eso parece, señora.

—Todos van a pasar a la defensiva —dijo Vin—. Se retiran tras sus murallas, como si dijéramos. Por eso nadie quiere hablar conmigo: hemos hecho de Renoux una fuerza demasiado neutral. No soy de ninguna facción y es mal momento para apostar por un elemento político aleatorio.

—Maese Kelsier tiene que enterarse de esto, señora —dijo Sazed—. Planeaba hacerse pasar por informador de nuevo esta noche. Si desconoce esta situación, su credibilidad podría resultar seriamente dañada. Deberíamos marcharnos.

—No —respondió Vin, volviéndose hacia Sazed—. No puedo irme... No cuando todo el mundo se queda. Todos pensaban que era muy importante

venir y que los vieran en este último baile, y por eso yo no debería marcharme hasta que ellos empiecen a hacerlo.

Sazed asintió.

—Muy bien.

—Vete tú, Sazed. Alquila un carruaje y ve a decirle a Kel lo que hemos descubierto. Yo me quedaré un poco más, y luego me marcharé cuando no haga parecer débil a la Casa Renoux.

—Yo... no sé si apruebo eso, señora.

Vin puso los ojos en blanco.

—Agradezco la ayuda que me has prestado, pero no es necesario que me sigas llevando de la mano. Mucha gente viene a estos bailes sin mayordomo que la atienda.

Sazed suspiró.

—Muy bien, señora. Sin embargo, regresaré cuando haya localizado a maese Kelsier.

Vin asintió, se despidió de él y Sazed se retiró bajando la escalera de piedra. Vin se apoyó contra el balcón en el sitio de Elend y miró hasta ver que Sazed aparecía debajo y se encaminaba hacia la puerta principal.

¿Y ahora qué? Aunque pueda encontrar a alguien con quien hablar, ya no tiene sentido difundir rumores.

Sintió un atisbo de temor. ¿Quién habría pensado que llegaría a disfrutar tanto de la frivolidad de los nobles? La experiencia quedaba empañada por el conocimiento de lo que muchos nobles eran capaces de hacer, pero incluso así, había sido un... sueño disfrutar de todo aquello.

¿Volvería a asistir a bailes como esos? ¿Qué sucedería con Valette la noble? ¿Tendría que guardar los vestidos y el maquillaje y volver a no ser más que Vin, la ladrona callejera? Casi con toda seguridad no habría tiempo para grandes bailes en el nuevo reino de Kelsier, y tal vez no fuera mala cosa: ¿qué derecho tenía ella a bailar mientras los otros skaa morían de hambre? Sin embargo... el mundo perdería algo hermoso sin las mansiones y los bailarines, los vestidos y las fiestas.

Suspiró, se apartó de la barandilla y se miró el vestido. Era de un profundo azul brillante, con diseños circulares blancos en la base de la falda. No tenía mangas, pero los guantes de seda azul le llegaban por encima de los codos.

Antes el vestido le hubiese parecido frustrantemente recargado. Ahora, sin embargo, le parecía maravilloso. Le gustaba su diseño, que le realzaba el pecho y sin embargo acentuaba también su fino torso. Le gustaba cómo le encajaba

en la cintura y se desplegaba en una amplia campana que crujía cuando caminaba.

Lo echaría de menos... Lo echaría de menos todo. Pero Sazed tenía razón. No podía detener el paso del tiempo, solo podía disfrutar del momento.

No voy a dejarlo ahí sentado toda la noche en la mesa, ignorándome, decidió.

Se dio media vuelta y recorrió el balcón, saludando a Kliss al pasar. El balcón terminaba en un pasillo que giraba y, como Vin había deducido correctamente, daba al saliente donde se encontraba la mesa del anfitrión.

Se quedó en el pasillo un momento, asomada. Los lores y las damas estaban acomodados con sus regios vestidos, disfrutando del privilegio de haber sido invitados a sentarse con lord Straff Venture. Vin esperó, tratando de llamar la atención de Elend. Uno de los invitados reparó en ella, al cabo, y le dio un codazo a Elend. Este se volvió, sorprendido, vio a Vin y se ruborizó levemente.

Ella lo saludó y él se levantó, excusándose. Vin volvió al pasillo para poder hablar en privado.

—¡Elend! —dijo mientras él se acercaba por el pasillo de piedra—. ¡Estás sentado con tu padre!

Él asintió.

—Este baile se ha convertido en un acontecimiento especial, Valette, y mi padre insistió en que siguiera el protocolo.

—¿Cuándo vamos a tener tiempo para hablar?

—No estoy... seguro de que podamos.

Vin frunció el ceño. Él parecía... reservado. En lugar de su habitual traje, algo gastado y arrugado, llevaba uno nuevo y elegante. Incluso iba peinado.

—¿Elend? —dijo ella, avanzando un paso.

Él alzó una mano, deteniéndola.

—Las cosas han cambiado, Valette.

No, pensó ella. ¡Esto no puede cambiar, todavía no!

—¿Cosas? ¿Qué cosas? Elend, ¿de qué estás hablando?

—Soy heredero de la Casa Venture —dijo él—. Y se avecinan tiempos peligrosos. La Casa Hasting ha perdido un convoy entero esta tarde y eso es solo el comienzo. Dentro de un mes, las fortalezas estarán abiertamente en guerra. No son cosas que pueda ignorar, Valette. Es hora de que deje de ser una molestia para mi familia.

—Muy bien. Pero eso no significa...

—Valette —la interrumpió Elend—. Tú también eres una molestia. Muy grande. No mentiré y diré que nunca me has importado... Me importabas y todavía es así. Sin embargo, supe desde el principio (igual que tú) que esto nunca podría ser más que una relación de pasada. La verdad es que mi casa me necesita... y es más importante que tú.

Vin palideció.

—Pero...

Él se dio media vuelta para marcharse.

—Elend, por favor, no me dejes —dijo en un susurro.

Él dudó al dar el siguiente paso y se volvió a mirarla.

—Sé la verdad, Valette. Sé que has mentido sobre tu identidad. No me importa, en realidad. No estoy enfadado, ni siquiera decepcionado. La verdad es que lo esperaba. Estás solo... jugando el juego. Como hacemos todos. —Al decir eso, sacudió la cabeza y se dio media vuelta—. Como hago yo.

—¿Elend? —dijo ella, tendiendo la mano hacia él.

—No me hagas avergonzarte en público, Valette.

Vin se sintió aturdida. Y luego se sintió demasiado furiosa para estar aturdida: demasiado furiosa, demasiado frustrada... y demasiado aterrorizada.

—No me dejes —susurró—. No me dejes tú también.

—Lo siento. Pero tengo que ir con mis amigos. Ha sido... divertido.

Y se marchó. Vin se quedó en el pasillo a oscuras. Se sintió temblar y se volvió para regresar tambaleándose al balcón principal. Al lado, pudo ver a Elend despedirse de su familia y luego encaminarse por un pasillo trasero hacia las viviendas de la mansión.

No puede hacerme esto. Elend, no. Ahora no...

Sin embargo, una voz en su interior (una voz que casi había olvidado) empezó a hablar. *Pues claro que te ha dejado*, susurró Reen. *Pues claro que te ha abandonado. Todos te traicionarán, Vin. ¿Qué fue lo que te enseñé?*

¡No!, pensó ella. Se debe solo a la tensión política. Cuando esto se termine, podré convencerle de que vuelva...

Yo nunca volví por ti, susurró Reen. *Él tampoco lo hará*. La voz parecía tan real que era como si pudiera escuchar a su hermano a su lado.

Vin se apoyó en la barandilla del balcón, usando la reja de hierro para sostenerse y erguirse. No dejaría que él la destruyera. Una vida en las calles no había podido romperla; no dejaría que un noble cargado de importancia lo hiciera. Se lo repitió una y otra vez.

Pero ¿por qué aquello dolía mucho más que el hambre, mucho más que las palizas de Camon?

—Vaya, Valette Renoux —dijo una voz tras ella.

—Kliss. No estoy... de humor para hablar, ahora mismo.

—Ah —dijo Kliss—. Así que Elend Venture por fin se ha librado de ti. No te preocupes, niña: pronto recibirá lo que se merece.

Vin se dio la vuelta, el ceño fruncido por el extraño tono de voz de Kliss. La mujer no parecía ella misma. Parecía demasiado... controlada.

—Entrégale un mensaje a tu tío de mi parte, ¿quieres, querida? —preguntó Kliss animosamente—. Dile que un hombre como él, sin alianzas de casas, podría tener problemas para recopilar información en los meses venideros. Si necesita una buena fuente de información, dile que me llame. Sé un montón de cosas interesantes.

—¡Eres una informadora! —dijo Vin, ignorando su dolor por el momento—. Pero, eres...

—¿Una chismosa tonta? —preguntó la mujer bajita—. Bueno, sí, lo soy. Es fascinante, las cosas de las que te enteras cuando te conocen como a la chismosa de la corte. La gente viene a ti para difundir mentiras obvias... como las que me contaste sobre la Casa Hasting la semana pasada. ¿Por qué querías que difundiera tales falsedades? ¿Podría la Casa Renoux estar intentando hacerse con el mercado de armas durante la guerra de casas? De hecho... ¿podría Renoux estar *detrás* del reciente ataque a los barcos Hasting? —Los ojos de Kliss brillaron—. Dile a tu tío que puedo guardar silencio sobre lo que sé... por una pequeña tarifa.

—Me has estado engañando durante todo este tiempo... —dijo Vin, aturdida.

—Naturalmente, querida —dijo Kliss, dándole una palmadita en el brazo—. Es lo que hacemos aquí en la corte. Acabarás por aprenderlo... si sobrevives. Ahora, sé una buena chica y entrega mi mensaje, ¿de acuerdo?

Kliss se volvió, su traje cuadrado y chillón de pronto le pareció a Vin un disfraz brillante.

—¡Espera! ¿Qué es lo que has dicho antes sobre Elend? ¿Que va a recibir lo que se merece?

—¿Hummm? —dijo Kliss, volviéndose—. Bueno... eso es. Te has estado preguntando por los planes de Shan Elariel, ¿no?

¿*Shan*? pensó Vin, con creciente preocupación.

—¿Qué está planeando?

—Ah, querida, *eso* sí que es un secreto caro. Podría decírtelo... pero ¿qué obtendría a cambio? Una mujer de una casa poco importante como yo necesita encontrar sustento en alguna parte...

Vin se quitó el collar de zafiros, la única pieza de joyería que llevaba.

—Toma. Cógelo.

Kliss aceptó el collar con expresión pensativa.

—Hummm, sí, muy bonito, desde luego.

—¿Qué es lo que sabes? —le espetó Vin.

—El joven Elend va a ser una de las primeras bajas Venture en la guerra de casas, me temo —dijo Kliss, guardándose el collar en un bolsillo de su manga —. Una lástima... Parece un muchacho agradable. Demasiado agradable, quizás.

—¿Cuándo? —exigió Vin—. ¿Dónde? ¿Cómo?

—Tantas preguntas y un solo collar... —dijo Kliss de forma distraída.

—¡Es todo lo que tengo ahora mismo! —dijo Vin sinceramente. Su monedero contenía solo piezas de cobre para empujarlas.

—Pero es un secreto *muy* valioso, querida. Como decía —continuó Kliss —, al decírtelo mi propia vida correría...

¡*Ya basta!*, pensó Vin, furiosa. ¡*Estúpidos juegos aristocráticos!*!

Vin quemó cinc y latón golpeando a Kliss con una poderosa andanada de alomancia emocional. Aplacó todos los sentimientos de la mujer menos el miedo y luego se apoderó de ese miedo y dio un firme tirón de él.

—¡Dímelo! —rugió Vin.

Kliss jadeó, se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Una alomante! ¡No me extraña que Renoux trajera a una prima lejana a Luthadel!

—¡Habla! —dijo Vin, dando un paso hacia delante.

—Es demasiado tarde para ayudarle. ¡Yo nunca vendería un secreto así si pudiera volverse contra mí!

—¡Dímelo!

—Será asesinado por alomantes de Elariel esta noche —susurró Kliss—. Puede que ya esté muerto: se suponía que iba a pasar en cuanto se retirara de la mesa de su padre. Pero si quieres venganza, tendrás que mirar también a lord Straff Venture.

—¿El padre de Elend? —preguntó Vin con sorpresa.

—Naturalmente, niña tonta —dijo Kliss—. Nada le gustaría más a lord Venture que tener una excusa para entregar el título de la casa a su sobrino.

Todo lo que Venture ha tenido que hacer ha sido retirar a unos cuantos soldados del tejado, cerca de la habitación de Elend, para dejar entrar a los asesinos de Elariel. ¡Y como el asesinato tendrá lugar durante una de las pequeñas reuniones filosóficas de Elend, lord Venture podrá deshacerse también de un Hasting y un Lekal!

Vin se dio media vuelta. *¡Tengo que hacer algo!*

—Naturalmente —dijo Kliss con una risita—. A lord Venture le espera también una sorpresa. He oído que tu Elend tiene algunos libros muy... escogidos en su poder. El joven Venture debería tener más cuidado con las cosas que cuenta a sus mujeres, creo.

Vin se volvió hacia la sonriente Kliss. La mujer le guiñó un ojo.

—Mantendré tu alomancia en secreto, niña. Pero asegúrate de que cobro mañana por la tarde. Una dama tiene que comprar comida... Y como puedes ver, yo necesito bastante.

»En cuanto a la Casa Venture... Bueno, yo me distanciaría de ellos, si fuera tú. Los asesinos de Shan van a crear un buen alboroto esta noche. No me extrañaría si la mitad de la corte acabara en la habitación del muchacho para ver a qué se debe tanto jaleo. Cuando la corte vea esos libros que tiene Elend... Bueno, digamos que los obligadores se van a interesar mucho en la Casa Venture durante un tiempo. Lástima que Elend ya esté muerto... ¡Hace mucho que no asistimos a la ejecución de un noble!

La habitación de Elend, pensó Vin a la desesperada. *¡Ahí deben de estar!* Se volvió, sujetándose la falda y corriendo frenéticamente hacia el pasillo que había dejado momentos antes.

—¿Adónde vas? —preguntó Kliss, sorprendida.

—¡Tengo que impedirlo!

Kliss se echó a reír.

—Ya te he dicho que es demasiado tarde. La de Venture es una fortaleza muy antigua, y los pasadizos que conducen a las habitaciones de los lores son todo un laberinto. Si no sabes el camino, te perderás durante horas.

Vin miró alrededor, sintiéndose indefensa.

—Además, niña —añadió Kliss, volviéndose para marcharse—. ¿No te acaba de rechazar el muchacho? ¿Qué le debes?

Al oír eso, Vin vaciló. *Tiene razón. ¿Qué le debo?*

La respuesta le llegó inmediatamente. *Lo amo.*

Con esa idea, recuperó fuerzas. Echó a correr a pesar de las carcajadas de Kliss. Tenía que intentarlo. Entró en el pasillo y se internó en los oscuros

pasadizos. Sin embargo, las palabras de Kliss pronto se revelaron ciertas: los oscuros corredores de piedra eran extraños y sin adornos. Nunca encontraría el camino a tiempo.

El tejado, pensó. Las habitaciones de Elend tendrán un balcón al exterior. ¡Necesito una ventana!

Se abalanzó por el pasillo, quitándose los zapatos y tirando de las medias. Luego corrió como mejor pudo con el vestido. Buscó frenéticamente una ventana lo bastante grande como para caber por ella. Se adentró corriendo en un pasillo más grande, vacío a excepción de las fluctuantes antorchas.

Al otro lado había una enorme vidriera de color lavanda.

Esto me vale, pensó Vin. Avivando acero, se lanzó al aire y tomó impulso en una enorme puerta de hierro que tenía detrás. Voló hacia delante un momento, luego empujó con mucha fuerza el marco de hierro de la ventana.

Se detuvo en el aire, empujando hacia atrás y hacia delante al mismo tiempo. Se esforzó, flotando en el corredor vacío, avivando el peltre para no ser aplastada. El rosetón de la ventana era enorme, pero estaba hecho casi todo de cristal. ¿Sería resistente?

Muy resistente. Vin gruñó por la tensión. Oyó algo quebrarse tras ella y la puerta empezó a retorcerse en sus goznes.

¡Tienes... que... ceder!, pensó enfadada, avivando su acero. Lascas de piedra cayeron alrededor de la ventana.

Entonces, con un crujido, el rosetón se soltó de la pared de piedra. Cayó hacia la noche oscura y Vin salió despedida detrás.

La fría bruma la envolvió. Tiró levemente contra la puerta de la habitación, impidiéndose llegar demasiado lejos, y luego empujó con fuerza contra la ventana que caía. La enorme vidriera giró bajo ella, agitando las brumas mientras Vin salía despedida directa hacia el tejado.

La ventana chocó con el suelo justo cuando Vin llegaba al borde del tejado, el vestido aleteando locamente con el viento. Aterrizó de golpe contra el tejado recubierto de bronce y se agachó al instante. Sintió el metal frío bajo los pies y las manos.

Avivó estaño, iluminando la noche. No vio nada fuera de lo corriente.

Quemó bronce, usándolo como Marsh le había enseñado, en busca de signos de alomancia. No había ninguno: los asesinos llevaban a un ahumador consigo.

¡No puedo buscar en todo el edificio!, pensó Vin, desesperada, avivando su bronce. *¿Dónde están?*

Entonces, curiosamente, le pareció que sentía algo. Un pulso alomántico en la noche. Leve. Oculto. Pero suficiente.

Vin se levantó para echar a correr por el tejado, confiando en sus instintos. Mientras corría, avivó peltre, se agarró el vestido por el cuello y rasgó su parte delantera hacia abajo de un solo tirón. Sacó el monedero y los frasquitos de metal del bolsillo oculto, y luego, todavía corriendo, terminó de quitarse el vestido, los encajes y las medias y lo tiró todo. El corsé y los guantes siguieron el mismo camino. Debajo llevaba una fina camisa sin mangas y unos pantaloncitos blancos.

Corrió frenética. *No puedo llegar tarde*, pensó. *Por favor. No puedo.*

En la niebla se movían unas figuras. Se encontraban junto a una claraboya, en el tejado. Vin había pasado junto a otras similares mientras corría. Una de las figuras señaló la claraboya con un arma brillando en su mano.

Vin gritó. Se impulsó lejos del tejado de bronce y trazó un arco al saltar. Aterrizó en el mismo centro del sorprendido grupo y lanzó su bolsa de monedas, rompiéndola en dos.

Las monedas se esparcieron por el aire reflejando la luz de la ventana de abajo. Mientras, la brillante lluvia de metal caía a su alrededor, Vin *empujó*.

Las monedas volaron como un enjambre de insectos, dejando un surco en la bruma. Las figuras gritaron cuando golpearon sus cuerpos y varias de las formas oscuras cayeron.

Otras no lo hicieron. Algunas de las monedas fueron desviadas, empujadas a un lado por invisibles manos alománticas. Cuatro personas permanecieron de pie: dos de ellas llevaban capa de bruma; una le era familiar.

Shan Elariel. Vin no necesitó ver la capa para comprender: solo había un motivo para que una mujer tan importante como Shan participara en una misión de asesinato como esa. Era una nacida de la bruma.

—*¿Tú?* —preguntó Shan, sorprendida. Llevaba pantalones y camisa negra, el pelo oscuro recogido atrás y vestía la capa de bruma casi con elegancia.

Dos nacidos de la bruma, pensó Vin. *Mala cosa*. Echó a correr y esquivó a uno de los asesinos cuando blandió su bastón de duelo contra ella.

Vin se deslizó por el tejado, luego se empujó para detenerse, girando con una mano apoyada contra el frío bronce. Se volvió y tiró contra las pocas monedas que no se habían perdido en la noche, atrayéndolas hacia su mano.

—*¡Matadla!* —exclamó Shan.

Los dos hombres que Vin había derribado gemían en el tejado. No estaban muertos; de hecho, uno trataba de ponerse en pie.

Violentos, pensó Vin. Los otros dos deben de ser lanzamonedas.

Como dándole la razón, uno de los hombres trató de empujar lejos de ella el frasquito de metales. Por fortuna, no contenía suficientes para proporcionarle un buen anclaje y ella lo sujetó fácilmente.

Shan volvió su atención hacia la claraboya.

¡No, eso sí que no!, pensó Vin, echando a correr de nuevo.

El lanzamoneda gritó cuando se acercó. Vin disparó una moneda contra él. El hombre la devolvió de un empujón, pero Vin se ancló contra el tejado de bronce y avivó acero para empujar a su vez con firmeza.

El empujón de acero del hombre, transmitido de la moneda a Vin y al tejado, lo lanzó por el aire. Dejó escapar un grito mientras se perdía en la oscuridad. Era solo un brumoso, no podía tirar de sí mismo para volver al tejado.

El otro lanzamoneda trató de rociarla de monedas, pero Vin las esquivó con facilidad. Por desgracia, no era tan necio como su compañero y soltó las monedas poco después de empujarlas. Sin embargo, estaba claro que no podía golpearla. ¿Por qué entonces...?

¡El otro nacido de la bruma!, pensó Vin, y rodó mientras la figura saltaba de la oscuridad con los cuchillos de cristal destellando en el aire.

Vin apenas logró apartarse. Tuvo que avivar peltre para recuperar el equilibrio. Se incorporó junto al violento herido, que intentaba levantarse, debilitado. Avivando de nuevo peltre, Vin le hundió el hombro en el pecho al hombre, apartándolo de un empujón. Este se tambaleó, todavía sujetándose el costado sangrante. Luego resbaló y cayó por la claraboya. El fino cristal tintado se hizo añicos y los oídos de Vin amplificados por el extraño oyeron gritos de sorpresa abajo, seguidos de un golpe cuando el violento llegó al suelo.

Vin alzó la cabeza, sonriendo con malicia a la aturdida Shan. Tras ella, el segundo nacido de la bruma maldijo en silencio.

—Tú... Tú... —farfulló Shan, los ojos ardiendo peligrosamente de furia en la noche.

Acepta la advertencia, Elend, pensó Vin, *y escapa. Es hora de que me marche.*

No podía enfrentarse a dos nacidos de la bruma a la vez: ni siquiera podía derrotar a Kelsier la mayoría de las noches. Avivando acero, Vin se lanzó hacia atrás. Shan dio un paso adelante y, con decisión, se impulsó tras ella. El segundo nacido de la bruma la imitó.

¡Demonios!, pensó Vin, girando en el aire y tirando de sí hacia el borde del tejado, cerca de donde había roto la vidriera. Debajo corrían figuras y sus faroles iluminaban las brumas. Lord Venture debía de pensar que la confusión significaba que su hijo había muerto. Le esperaba una sorpresa.

Vin se lanzó de nuevo al aire, saltando al neblinoso vacío. Oyó a los dos nacidos de la bruma aterrizar tras ella, luego se impulsó otra vez.

Esto no va bien, pensó nerviosa mientras recorría las corrientes de aire. No le quedaban monedas, ni tenía dagas... y se enfrentaba a dos nacidos de la bruma bien entrenados.

Quemó hierro, buscando frenéticamente un anclaje en la noche. Una línea azul, moviéndose despacio, apareció bajo ella a la derecha.

Vin tiró de la línea, cambiando su trayectoria. Se lanzó hacia abajo: la muralla de los terrenos Venture apareció como una sombra oscura. Su anclaje era el peto de un desafortunado guardia de la muralla que se agarraba frenético a una de las almenas para no ser arrastrado hacia Vin.

Esta chocó contra el hombre con los pies, luego giró en el aire brumoso, volviéndose para aterrizar en la fría piedra. El guardia se desplomó, luego gimió, agarrándose desesperado a su asidero de piedra mientras otra fuerza alomántica tiraba de él.

Lo siento, amigo, pensó Vin, soltando de una patada la mano del hombre de la almena. El guardia salió inmediatamente despedido hacia arriba, como impulsado por un poderoso cable.

En la oscuridad se oyó el sonido de cuerpos chocando y Vin vio un par de formas caer flácidas al patio. Sonrió mientras echaba a correr por la muralla. *Espero que fuera Shan*.

Saltó y aterrizó encima de la caseta de guardia. Cerca de la fortaleza, la gente se congregaba y subía a sus carroajes para huir.

Y así empieza la guerra de casas, pensó. *No creí que fuera a ser yo quien la iniciara oficialmente*.

Una figura salida de la bruma se abalanzó hacia ella. Vin dejó escapar un grito, avivó peltre y saltó a un lado. Shan aterrizó con destreza, los flecos de la capa de bruma aleteando, encima de la garita. Empuñaba dos dagas y sus ojos resplandecían de ira.

Vin saltó a un lado, rodó de la garita y aterrizó en la muralla de abajo. Un par de guardias se alarmaron, sorprendidos al ver a una muchacha medio desnuda caer entre ellos. Shan saltó a la pared, tras ellos, luego empujó y lanzó a uno de los guardias contra Vin.

El hombre gritó cuando Vin empujó también su peto, pero era más pesado que ella y cayó de espaldas. Tiró del guardia para detenerse y el hombre chocó contra la parte superior de la muralla. Vin aterrizó ágilmente a su lado y recogió su bastón cuando ya rodaba libre de su mano.

Shan atacó en un destello de dagas giratorias, y Vin se vio obligada a saltar de nuevo hacia atrás. *¡Es muy buena!*, pensó ansiosa. Vin apenas se había entrenado con las dagas: en aquel momento deseó haberle pedido a Kelsier un poco más de práctica. Blandió el bastón, pero nunca había usado uno y su ataque fue ridículo.

Shan descargó un golpe y Vin sintió una llamarada de dolor en la mejilla mientras esquivaba. Dejó caer aturdida el bastón, se llevó la mano a la cara y sintió la sangre. Retrocedió tambaleándose, viendo la sonrisa en el rostro de Shan.

Y, entonces, Vin recordó el frasquito. El que todavía llevaba... El que le había dado Kelsier.

Atium.

No se molestó en sacárselo de la cintura. Quemó acero, empujándolo al aire ante sí. Luego inmediatamente quemó hierro y tiró de la perla de atium. El frasquito se hizo añicos, la perla voló hacia Vin. La atrapó con la boca y se la tragó en el acto.

La mano de Shan salió disparada hacia su propia cintura. Entonces, antes de que Vin pudiera hacer nada, bebió de su propio frasquito.

¡Naturalmente, también tiene atium!

Pero ¿cuánto tenía? Kelsier no le había dado mucho a Vin... El suficiente para unos treinta segundos. Shan saltó hacia delante, sonriendo, su largo cabello negro ondeando en el aire. Vin apretó los dientes. No tenía elección.

Quemó atium. Inmediatamente, la forma de Shan despidió docenas de sombras de atium fantasma. Era un empate entre nacidas de la bruma: la primera que se quedara sin atium sería vulnerable. No se podía escapar de un oponente que sabía exactamente lo que ibas a hacer.

Vin retrocedió, sin perder de vista a Shan. La noble avanzó al acecho, sus fantasmas formando una demencial burbuja de movimiento translúcido a su alrededor. Parecía calmada. Segura.

Tiene atium de sobra, pensó Vin, sintiendo que su propia reserva se agotaba. *Tengo que escapar.*

De pronto, una fantasmal pieza alargada de madera atravesó el pecho de Vin, que se echó a un lado mientras la verdadera flecha, al parecer sin punta

metálica, cruzaba el aire donde había estado un momento antes. Miró hacia la garita, donde varios soldados estaban alzando sus arcos.

Maldijo, mirando a un lado, hacia las brumas. Al hacerlo, captó una sonrisa en Shan.

Está esperando a que mi atium se consuma. Quiere que corra... sabe que puede alcanzarme.

Solo quedaba una opción: atacar.

Shan frunció el ceño, sorprendida, cuando Vin se abalanzó hacia delante. Unas flechas fantasma rozaron las piedras antes de que sus contrapartidas reales llegaran. Vin esquivó dos flechas (su mente amplificada por el atium sabía exactamente cómo moverse), pasando tan cerca entre ambas que sintió los proyectiles en el aire a cada lado.

Shan blandió sus dagas y Vin se volvió de lado esquivando un tajo, bloqueando el otro golpe con el antebrazo, con lo que se llevó un profundo corte. Su propia sangre voló por los aires mientras giraba, cada gotita proyectando una translúcida imagen de atium. Avivó peltre y dio un puñetazo a Shan en la tripa.

Shan gruñó de dolor, se dobló levemente, pero no cayó.

El atium casi se ha consumido, pensó Vin, desesperada. Solo quedan unos pocos segundos.

Por eso apagó su atium, exponiéndose.

Shan sonrió con malicia, se irguió, empuñando confiada la daga con la mano derecha. Supuso que Vin se había quedado sin atium... y que por tanto había quedado expuesta. Que era vulnerable.

En ese momento Vin quemó el último ápice de atium. Shan se detuvo brevemente, confundida, dejando a Vin un resquicio mientras una flecha fantasma surcaba las brumas sobre ellas.

Vin atrapó la flecha real que la seguía (el grano de la madera le quemó los dedos) y se la clavó en el pecho a Shan. El astil se quebró en su mano y se clavó sobresaliendo aproximadamente una pulgada del cuerpo de Shan. La mujer se tambaleó hacia atrás sin llegar a caer.

Maldito peltre, pensó Vin, desenvainando la espada del soldado inconsciente que tenía a sus pies. Saltó, apretando decidida los dientes, y Shan, todavía aturdida, alzó una mano para empujar la espada.

Vin soltó el arma (era solo una distracción) mientras clavaba la otra mitad de la flecha rota en el pecho de Shan, justo al lado de la primera.

Esta vez Shan cayó. Trató de levantarse, pero uno de los astiles debió de causar un grave daño a su corazón, pues su rostro palideció. Se debatió un momento y cayó sin vida al suelo.

Vin se irguió, jadeando entrecortadamente mientras se limpiaba la sangre de la mejilla... solo para advertir que su brazo ensangrentado empeoraba el estado de su cara. Tras ella, los soldados gritaban y seguían disparando flechas.

Vin miró hacia el torreón, se despidió de Elend y se abalanzó hacia la noche.

A otros hombres les preocupa si serán recordados o no. Yo no siento esos temores; incluso descartando las profecías de Terris, he traído tal caos, conflicto y esperanza a este mundo que hay pocas posibilidades de que sea olvidado.

Me preocupa lo que dirán de mí. Los historiadores pueden hacer con el pasado lo que quieran. Dentro de mil años, ¿seré recordado como el hombre que protegió a la humanidad de un poderoso mal? ¿O seré recordado como un tirano que arrogantemente trató de convertirse en leyenda?

31



—NO SÉ —DIJO KELSIER, SONRIENDO mientras se encogía de hombros
—. Brisa sería un buen ministro de Sanidad.

Todos se echaron a reír, aunque Brisa puso los ojos en blanco.

—Sinceramente, no sé por qué soy siempre el blanco de vuestras bromas. ¿Por qué elegís a la única persona digna de este grupo como objeto de vuestras burlas?

—Porque, mi querido amigo —dijo Ham, imitando el acento de Brisa—, tú eres, con diferencia, el mejor blanco que tenemos.

—Ay, por favor —dijo Brisa mientras Fantasma casi rodaba por el suelo de risa—. Esto se está volviendo infantil. El adolescente es el único que ha encontrado divertido *ese* comentario, Hammond.

—Soy un soldado —respondió Ham, alzando su copa—. Tus ingeniosos ataques verbales no tienen ningún efecto sobre mí, pues soy demasiado cerrado de mollera para comprenderlos.

Kelsier se echó a reír, apoyado en la alacena. Un problema de trabajar de noche era que se perdía las reuniones en la cocina de Clubs. Brisa y Ham continuaron con sus pullas. Dox estaba sentado en un extremo de la mesa, repasando libros de cuentas e informes, mientras que Fantasma se sentaba ansioso junto a Ham, tratando lo mejor posible de participar en la

conversación. Clubs estaba sentado en su rincón, supervisando, sonriendo de vez en cuando, disfrutando de su habilidad de fruncir el ceño mejor que nadie.

—Tendría que irme ya, maese Kelsier —dijo Sazed, mirando el reloj de pared—. La señora Vin debe de estar a punto de marcharse.

Kelsier asintió.

—Yo también debería ponerme en marcha. Aún tengo que...

La puerta de la cocina se abrió de golpe. La silueta de Vin apareció recortada en la bruma, apenas vestida con su ropa interior: una fina camisa blanca y pantalones. Ambos estaban manchados de sangre.

—¡Vin! —exclamó Ham, poniéndose en pie.

Tenía en la mejilla un arañazo largo y fino, y llevaba un vendaje en el antebrazo.

—Estoy bien —dijo, cansada.

—¿Qué le ha pasado a tu vestido? —exigió saber inmediatamente Dockson.

—¿Te refieres a esto? —preguntó ella, en tono de disculpa, y alzó una masa azul de tela desgarrada y manchada de hollín—. Me... estorbaba. Lo siento, Dox.

—¡Por el lord Legislador, niña! —dijo Brisa—. Olvida el vestido. ¿Qué te ha pasado *a ti*?

Vin sacudió la cabeza y cerró la puerta. Fantasma se ruborizó hasta las orejas viéndola como iba y Sazed intervino al instante para comprobar la herida de su mejilla.

—Creo que he hecho algo malo —dijo Vin—. Creo... que quizá he matado a Shan Elariel.

—¿Que has hecho *qué*? —preguntó Kelsier mientras Sazed chasqueaba la lengua, dejaba de inspeccionar la mejilla y deshacía el vendaje del brazo.

Vin dio un leve respingo mientras Sazed la atendía.

—Era una nacida de la bruma. Luchamos. Vencí.

¿Mataste a una nacida de la bruma plenamente entrenada?, pensó Kelsier, asombrado. *¡Apenas llevas ocho meses practicando!*

—Maese Hammond —solicitó Sazed—, ¿quieres traer mi bolsa de curandero?

Ham asintió y se puso en pie.

—Puede que quieras traerle también algo que ponerse —sugirió Kelsier—. Creo que al pobre Fantasma está a punto de darle un ataque al corazón.

—¿Qué tiene esto de malo? —preguntó Vin, indicando su ropa—. No es que enseñe mucho más que con alguna de la ropa de ladrona que he usado.

—Es ropa interior, Vin —dijo Dockson.

—¿Y?

—Esa es la cuestión. Las damas jóvenes no van por ahí corriendo en ropa interior, no importa cuánto se pueda parecer esa ropa interior a la ropa normal.

Vin se encogió de hombros y se sentó mientras Sazed le vendaba el brazo. Parecía... agotada. Y no solo por la lucha. *¿Qué más sucedió en esa fiesta?*

—¿Dónde luchaste con la mujer Elariel? —preguntó Kelsier.

—Frente a la fortaleza Venture —dijo Vin, agachando la cabeza—. Yo... creo que algunos de los guardias me vieron. Puede que algunos nobles también, no estoy segura.

—Esto va a traer problemas —suspiró Dockson—. Naturalmente, esa herida en la mejilla va a resultar bastante obvia, incluso con maquillaje. Sinceramente, ¿es que vosotros los alomantes nunca os preocupáis del aspecto que vais a tener al día siguiente de una de vuestras peleas?

—Estaba más concentrada en conservar la vida, Dox.

—Se está quejando porque se preocupa por ti —dijo Kelsier mientras Ham regresaba con la bolsa—. Eso es lo que le pasa.

—Ambas heridas requieren sutura inmediata, señora —dijo Sazed—. Creo que la del brazo ha llegado al hueso.

Vin asintió y Sazed le frotó el brazo con un ungüento anestésico antes de empezar a trabajar. Ella lo soportó sin demasiada incomodidad visible... aunque obviamente había avivado peltre.

Parece tan agotada, pensó Kelsier. Era una muchachita de aspecto frágil, toda brazos y piernas. Hammond le echó una capa sobre los hombros, pero ella parecía demasiado cansada para importarle.

Y yo la he metido en esto.

Ella debería saber que no tenía que meterse en aquella clase de líos. Por fin Sazed terminó de coser, luego colocó un nuevo vendaje en la herida del brazo. Pasó a la mejilla.

—¿Por qué combatir con una nacida de la bruma? —preguntó Kelsier, severo—. Tendrías que haber huido. ¿Es que no aprendiste nada de tu batalla con los inquisidores?

—No podía escapar sin darle la espalda —dijo Vin—. Además, tenía más atium que yo. Si no hubiera atacado, me habría perseguido. Tuve que golpear

mientras estábamos igualadas.

—Pero ¿cómo te metiste en esa pelea, para empezar? —exigió saber Kelsier—. ¿Te atacó ella?

Vin se miró los pies.

—Ataqué yo primero.

—¿Por qué?

Vin guardó silencio un momento, mientras Sazed le curaba la mejilla.

—Iba a matar a Elend —dijo por fin.

Kelsier resopló, exasperado.

—¿A Elend Venture? ¿Arriesgaste tu vida... arriesgaste el plan, y nuestras vidas, por ese muchacho idiota?

Vin alzó la cabeza y lo miró a la cara.

—Sí.

—¿Qué pasa contigo, muchacha? —preguntó Kelsier—. Elend Venture no merece la pena.

Ella se levantó enfadada. Sazed retrocedió y la capa cayó al suelo.

—¡Es un buen hombre!

—¡Es un noble!

—¡Y vosotros también! —replicó ella. Agitó una mano, llena de frustración, señalando la cocina y la banda—. ¿Qué piensas que es *esto*, Kelsier? ¿La vida de un skaa? ¿Qué sabe ninguno de vosotros de los skaa? ¿Trajes de aristócrata, acechar a vuestros enemigos de noche, comidas completas y copas alrededor de la mesa con los amigos? ¡Esa no es la vida del skaa!

Dio un paso adelante, mirando a Kelsier. Él parpadeó, sorprendido del estallido.

—¿Qué sabes de ellos, Kelsier? —preguntó—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste en un callejón, temblando bajo la fría lluvia, escuchando al mendigo que tenías al lado toser de la enfermedad que sabías que iba a matarlo? ¿Cuándo fue la última vez que te pasaste toda la noche sin dormir, aterrorizado porque uno de los hombres de tu banda podía intentar violarte? ¿Te has arrodillado alguna vez, muerto de hambre, deseando tener el valor de acuchillar al bandido que tenías al lado, solo para poder quitarle su pedazo de pan? ¿Te has acobardado ante tu hermano mientras te golpeaba, agradecido todo el tiempo porque al menos *tenías a alguien que te prestaba atención*?

Guardó silencio, jadeando levemente. Todos la miraron.

—No me hables de nobles —dijo—. Y no digas cosas sobre gente que no conoces. No sois skaa: solo sois nobles sin título.

Se dio media vuelta y salió de la habitación. Kelsier la vio salir, aturdido, y la oyó subir las escaleras. Se quedó allí de pie, anonadado, sintiendo un sorprendente arrebato de culpa y vergüenza.

Y, por una vez, no supo qué decir.

VIN NO FUE A SU HABITACIÓN. Subió al tejado, donde las brumas se revolvían en la noche tranquila y oscura. Se sentó en un rincón, sintiendo el áspero borde de piedra del tejado plano contra su espalda casi desnuda, la madera bajo ella.

Tenía frío, pero no le importaba. Le dolía un poco el brazo, pero sobre todo lo notaba entumecido. No se sentía lo bastante aturdida.

Cruzó los brazos y contempló las brumas, encogida sobre sí misma. No sabía qué pensar, mucho menos qué sentir. No debería haberle gritado a Kelsier, pero todo lo sucedido... la lucha, la traición de Elend... la hacía sentirse frustrada. Necesitaba estar furiosa con *alguien*.

Deberías estar furiosa contigo misma, susurró la voz de Reen. *Tú eres la que los dejó acercarse. Ahora todos van a abandonarte.*

No podía impedir que le doliera. Solo podía permanecer allí sentada y temblar mientras caían las lágrimas, preguntándose cómo todo se había desmoronado tan rápidamente.

La trampilla del tejado se abrió con un silencioso crujido y apareció la cabeza de Kelsier.

¡Ay, lord Legislador! No quiero enfrentarme a él ahora. Trató de secarse las lágrimas, pero solo consiguió agravar la herida recién cosida de su mejilla.

Kelsier cerró la trampilla tras él y luego se incorporó, tan alto y orgulloso, y contempló las brumas. *No se merece las cosas que le he dicho. Ninguno de ellos se las merece.*

—Contemplar las brumas es reconfortante, ¿verdad?

Vin asintió.

—¿Qué te dije una vez? Las brumas te protegen, te dan poder... te ocultan... —Agachó la cabeza, se acercó, y se acuclilló delante de ella, tendiéndole una capa—. Hay cosas de las que no te puedes ocultar, Vin. Lo sé: lo he intentado.

Ella aceptó la capa y se arropó los hombros.

—¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó él—. ¿Qué ha pasado *de verdad*?

—Elend me dijo que no quería volver a verme.

—Ah —dijo Kelsier, moviéndose para sentarse a su lado—. ¿Eso fue antes o después de que mataras a su exprometida?

—Antes.

—¿Y aun así lo protegiste?

Vin asintió, sorbiendo lentamente.

—Lo sé. Soy una idiota.

—No más que el resto de nosotros —dijo Kelsier con un suspiro. Contempló las brumas—. Yo también seguí amando a Mare, incluso después de que me traicionase. Nada pudo cambiar lo que sentía.

—Y por eso duele tanto —dijo Vin, recordando lo que Kelsier había dicho antes.

Creo que por fin lo comprendo.

—No dejas de amar a alguien solo porque te hace daño —dijo él—. Desde luego, las cosas serían más fáciles.

Ella empezó a sollozar de nuevo y él la rodeó paternalmente con un brazo. Vin se acercó, tratando de usar su calor para ignorar el dolor.

—Lo quería, Kelsier —susurró.

—¿A Elend? Lo sé.

—No, no a Elend. A Reen. Me pegaba, una y otra y otra vez. Me maldecía, me gritaba, decía que me traicionaría. Cada día, pensaba en lo mucho que lo odiaba.

»Y lo quería. Todavía lo quiero. Me duele tanto pensar que ya no está, aunque siempre me decía que se marcharía.

—Ay, niña —dijo Kelsier, atrayéndola—. Lo siento.

—Todo el mundo me deja —susurró ella—. Apenas puedo recordar a mi madre. Trató de matarme, ¿sabes? Oía voces en su cabeza, y esas voces la llevaron a quitarle la vida a mi hermana pequeña. Quizá se propusiera acabar conmigo a continuación, pero Reen la detuvo a tiempo.

»Fuera como fuese, me dejó. Después de eso, me aferré a Reen. También se marchó. Amo a Elend, pero él ya no me quiere —miró a Kelsier—. ¿Cuándo vas a irte tú? ¿Cuándo me dejarás?

Kelsier parecía entristecido.

—Yo... Vin, no lo sé. Este trabajo, el plan...

Ella lo miró a los ojos, buscando los secretos de su interior. *¿Qué me estás ocultando, Kelsier? ¿Tan peligroso es?* Se frotó de nuevo los ojos, apartándose de él, sintiéndose una tonta.

Kelsier sacudió la cabeza.

—Mira, me has manchado de sangre todo mi bonito y sucio traje de informador.

Vin sonrió.

—Al menos parte de la sangre es noble. Le di bien a Shan.

Kelsier se echó a reír.

—Es probable que tengas razón, ¿sabes? No les doy muchas oportunidades a los nobles, ¿no?

Vin se ruborizó.

—Kelsier, no tendría que haber dicho esas cosas. Eres una buena persona y este plan tuyo... Bueno, me doy cuenta de lo que intentas hacer por los skaa.

—No, Vin —Kelsier negó con la cabeza—. Lo que has dicho es cierto. No somos skaa de verdad.

—Pero eso es bueno. Si fuerais skaa normales, no tendríais la experiencia ni el valor para planear algo así.

—Puede que ellos carezcan de experiencia —dijo Kelsier—, pero no de valor. Nuestro ejército perdió, cierto, pero estuvieron dispuestos, con un entrenamiento mínimo, a enfrentarse a una fuerza superior. No, los skaa no carecen de valor. Solo de oportunidades.

—Entonces es tu posición como medio skaa medio noble lo que te ha dado esa oportunidad, Kelsier. Y has elegido usar esa oportunidad para ayudar a tu mitad skaa. Eso te hace digno de ser skaa.

Kelsier sonrió.

—Digno de ser skaa. Me gusta cómo suena. De todas formas, tal vez necesite pasarme menos tiempo preocupándome por qué nobles matar y un poco más preocupándome de a qué campesinos ayudar.

Vin asintió, arrebujándose en la capa mientras contemplaba las brumas. *Nos protegen... nos dan poder... nos ocultan...*

No había sentido la necesidad de ocultarse desde hacía mucho tiempo. Pero ahora, después de las cosas que había dicho abajo, casi deseaba poder salir volando como un hilillo de bruma.

Tengo que decírselo. Podría significar el éxito o el fracaso del plan. Tomó aire.

—La Casa Venture tiene un punto flaco, Kelsier.

Él alzó la cabeza.

—¿Sí?

Vin asintió.

—El atium. Se aseguran de que el metal sea recolectado y entregado: es la fuente de su riqueza.

Kelsier aspiró aire de sopetón.

—¡Naturalmente! Así es como pueden pagar los impuestos, por eso son tan poderosos... Él necesita que alguien se encargue de las cosas...

—¿Kelsier?

Él se volvió a mirarla.

—No... no hagas nada a menos que sea necesario, ¿de acuerdo?

Kelsier frunció el ceño.

—Yo... no sé si puedo prometerte nada, Vin. Intentaré encontrar otro modo, pero tal como están ahora las cosas, Venture tiene que caer.

—Comprendo.

—Pero me alegra de que me lo hayas dicho.

Vin asintió. *Y ahora he traicionado también a Elend.* Sin embargo, había paz en saber que no lo había hecho por rencor. Kelsier tenía razón: la Casa Venture era un poder que tenía que ser derribado. Curiosamente, que mencionara la casa pareció molestar a Kelsier más que a ella. Permaneció sentado, contemplando las brumas, extrañamente melancólico. Se rascó ausente el brazo.

Las cicatrices, pensó Vin. No está pensando en la Casa Venture... sino en los Pozos. En ella.

—¿Kelsier?

—Sí? —Sus ojos todavía parecían un poco... ausentes mientras contemplaba las brumas.

—No creo que Mare te traicionara.

Él sonrió.

—Me alegra que pienses así.

—No, lo digo en serio. Los inquisidores os estaban esperando cuando llegasteis al centro del palacio, ¿no?

Kelsier asintió.

—También nos estaban esperando a nosotros.

Kelsier negó con la cabeza.

—Tú y yo luchamos contra algunos guardias, hicimos algo de ruido. Cuando Mare y yo entramos, lo hicimos en silencio. Llevábamos un año planeándolo: fuimos sigilosos, silenciosos y muy cuidadosos. Alguien nos tendió una trampa.

—Mare era alomante, ¿verdad? Es posible que os sintieran venir.

Kelsier negó con la cabeza.

—Teníamos a un ahumador con nosotros. Se llamaba Redd... Los inquisidores lo mataron en el acto. Me he preguntado si él fue el traidor, pero no encaja. Redd ni siquiera sabía que nos infiltraríamos hasta esa misma noche, cuando fuimos a buscarlo. Solo Mare sabía lo suficiente para traicionarnos: fechas, horas, objetivos. Además, está el comentario del lord Legislador. No lo viste, Vin, sonriendo mientras le daba las gracias a Mare. Había... sinceridad en sus ojos. Dicen que el lord Legislador no miente. ¿Para qué iba a hacerlo?

Vin guardó silencio un momento, considerando lo que él había dicho.

—Kelsier —dijo lentamente—, creo que los inquisidores pueden sentir la alomancia aunque se esté quemando cobre.

—Imposible.

—Yo lo he hecho esta noche. He perforado la nube de cobre de Shan para localizarla a ella y los otros asesinos. Así fue como llegué a Elend a tiempo.

Kelsier frunció el ceño.

—Tienes que estar equivocada.

—También sucedió antes. Puedo sentir el contacto del lord Legislador sobre mis emociones, incluso cuando estoy quemando cobre. Y te juro que cuando me estaba ocultando de aquel inquisidor que me daba caza, me encontró cuando no debería haberlo hecho. Kelsier, ¿y si es posible? ¿Y si esconderte ahumando no es tan solo cuestión de tener encendido el cobre o no? ¿Y si solo depende de lo fuerte que eres?

Kelsier reflexionó.

—Podría ser, supongo.

—¡Entonces Mare no habría tenido que traicionarte! —dijo Vin, agitada—. Los inquisidores son enormemente poderosos. ¡Los que os estaban esperando tal vez os sintieron quemar metales! Sabían que un alomante intentaba colarse en el palacio. ¡Y el lord Legislador le dio las gracias porque ella fue quien os descubrió! Ella fue la alomante que, al quemar estaño, los condujo hacia vosotros.

El rostro de Kelsier adquirió una expresión de preocupación. Se volvió para sentarse directamente delante de ella.

—Hazlo ahora, entonces. Dime qué metal estoy quemando.

Vin cerró los ojos, avivó bronce, escuchó... sintiendo, como Marsh le había enseñado. Recordó sus entrenamientos en solitario, el tiempo pasado

enfocado en las ondas que Brisa, Ham o Fantasma desprendían para ella. Trató de detectar el ritmo difuso de la alomancia. Trató...

Durante un instante, le pareció sentir algo. Algo muy extraño: un pulso lento, como un tambor lejano, distinto a ningún otro ritmo alomántico que hubiera sentido antes. Pero no procedía de Kelsier. Era lejano... distante. Se concentró con más fuerza, tratando de detectar la dirección de donde procedía.

Pero de repente, al concentrarse más, algo llamó su atención. Un ritmo más familiar, que brotaba de Kelsier. Era débil, difícil de sentir por encima del latido de su propio corazón. Era un latir atrevido y rápido.

Abrió los ojos.

—¡Peltre! Estás quemando peltre.

Kelsier parpadeó, sorprendido.

—Imposible —susurró—. ¡Otra vez!

Ella cerró los ojos.

—Estáño —dijo al cabo de un instante—. Ahora acero: has cambiado mientras hablaba.

—¡Demonios!

—Yo tenía razón —dijo Vin ansiosamente—. ¡Se *pueden* sentir los pulsos alománticos a través del cobre! Son suaves, pero supongo que hay que concentrarse lo suficiente para...

—Vin —interrumpió Kelsier—, ¿no crees que los alomantes habrán intentado hacer esto antes? ¿No crees que, en mil años, alguien habría advertido que se puede perforar una nube de cobre? Incluso *yo* lo he intentado. Me concentré durante horas en mi maestro, tratando de sentir algo a través de su nube de cobre.

—Pero... —dijo Vin—. Pero ¿por qué...?

—Debe de tener algo que ver con la fuerza, como dices. Los inquisidores pueden empujar y tirar más fuerte que ningún nacido de la bruma corriente... Tal vez son tan fuertes que pueden superar el metal de otra persona.

—Pero, Kelsier, yo no soy una inquisidora.

—Pero eres fuerte. Más fuerte de lo normal. ¡Has matado a una nacida de la bruma esta noche!

—Por suerte —dijo Vin, colorada—. La he engañado.

—La alomancia no son más que trucos, Vin. No, hay algo especial en ti. Lo advertí aquel primer día, cuando rechazaste mis intentos de empujar y tirar de tus emociones.

Ella se ruborizó.

—No puede ser eso, Kelsier. Tal vez he practicado con el bronce más que tú... No sé, es que...

—Vin, sigues teniéndote en muy poca estima. Eres buena en esto: eso está muy claro. Si es por eso que puedes ver a través de las nubes de cobre... Bueno, no sé. ¡Pero aprende a enorgullecerse un poco de tu valía, chiquilla! Si hay algo que yo puedo enseñarte, es a tener confianza en ti misma.

Vin sonrió.

—Vamos —dijo él, levantándose y tendiéndole una mano para ayudarla a incorporarse—. Sazed va a pasarse toda la noche preocupado si no lo dejas que termine de coserte esa herida en la mejilla y Ham se muere por escucharte contar la batalla. Buena cosa dejar el cadáver de Shan en la mansión Venture, por cierto: cuando la Casa Elariel se entere de que la encontraron en las propiedades Venture...

Vin permitió que la ayudara a levantarse, pero miró con aprensión la trampilla.

—Yo... no sé si quiero bajar todavía, Kelsier. ¿Cómo puedo mirarlos a la cara?

Kelsier se echó a reír.

—Bueno, no te preocupes. Si no dices estupideces de vez en cuando, no encajas en *este* grupo, eso tenlo por seguro. Vamos.

Vin vaciló, luego lo dejó conducirla de vuelta al calor de la cocina.

—ELEND, ¿CÓMO PUEDES LEER EN un momento como este? —preguntó Jastes.

Elend levantó la cabeza.

—Me relaja.

Jastes alzó una ceja. El joven Lekal estaba sentado impaciente en el carro, tamborileando con los dedos sobre el reposabrazos. Las cortinas estaban echadas, en parte para ocultar la luz de la lámpara con la que leía Elend y en parte para que no entraran las brumas. Aunque Elend no lo admitiría nunca, la niebla lo ponía nervioso. Se suponía que los nobles no tenían que temer esas cosas, pero eso no cambiaba el hecho de que la densa y pegajosa bruma era extraña y misteriosa.

—Tu padre se pondrá hecho una furia cuando vuelvas —le advirtió Jastes, aún tamborileando con los dedos en el reposabrazos.

Elend se encogió de hombros, aunque el comentario lo puso un poco nervioso. No por su padre, sino por lo que había sucedido esa noche. Al parecer, unos alomantes estaban espiando la reunión de Elend con sus amigos. ¿Qué información habían conseguido? ¿Sabían los libros que leía?

Por fortuna, uno de ellos había resbalado y caído por la claraboya de Elend. Después de eso, todo había sido confusión y caos: los soldados y los asistentes a la fiesta corrían con algo cercano al pánico. El primer pensamiento de Elend había sido para los libros: los peligrosos, los que podrían causarle serios problemas si los obligadores descubrían que los tenía.

Así que, en la confusión, los metió todos en un saco y siguió a Jastes a una salida lateral del palacio. Tomar un carro y escapar del palacio había sido un movimiento extremo, tal vez, pero había resultado ridículamente sencillo. Con el número de carros que huían de los dominios Venture, nadie se había detenido a fijarse en que el propio Elend iba en el carro con Jastes.

Todo habrá terminado ya, se dijo Elend. *La gente se dará cuenta de que la Casa Venture no intentaba atacarlos y de que no había en realidad ningún peligro. Solo unos espías descuidados.*

Tendría que haber regresado ya. Sin embargo, su conveniente ausencia del palacio le proporcionaba la excusa perfecta para consultar con otro grupo de espías. Y esta vez, el propio Elend los había enviado.

Llamaron de pronto a la puerta. Jastes dio un respingo y Elend cerró su libro. Luego abrió la puerta del carro. Felt, uno de los principales espías de la Casa Venture, subió al carro, hizo un respetuoso gesto de saludo con su rostro aguileño y bigotudo, primero a Elend, luego a Jastes.

—¿Bien? —preguntó Jastes.

Felt se sentó con la ágil premura de su clase.

—El edificio es sin duda un taller de artesanía, mi señor. Uno de mis hombres ha oído hablar del lugar: lo dirige un tal maese Cladent, un carpintero skaa de suma habilidad.

Elend frunció el ceño.

—¿Por qué ha ido allí el mayordomo de Valette?

—Creemos que el taller es una tapadera, mi señor —dijo Felt—. Lo hemos estado vigilando desde que el mayordomo nos condujo hasta allí, como ordenaste. Sin embargo, hemos tenido que ser muy cuidadosos: hay varios puestos de vigilancia en el tejado y los pisos superiores.

Elend frunció el ceño.

—Una extraña precaución para un simple taller de artesanía, ¿no?

Felt asintió.

—Eso no es todo, mi señor. Hemos conseguido colar a uno de nuestros mejores hombres en el edificio. Creo que no lo localizaron, pero le costó mucho trabajo oír lo que sucedía dentro. Las ventanas están selladas y aisladas contra el sonido.

Otra extraña precaución, pensó Elend.

—¿Qué crees que significa eso? —le preguntó a Felt.

—Tiene que ser un escondite de los bajos fondos, mi señor. Y bastante bueno. Si no hubiéramos estado vigilando con atención, sabiendo lo que buscábamos, nunca habríamos advertido los signos. Mi deducción es que los hombres del interior, incluso el terrisano, son miembros de una banda de ladrones skaa. Una banda bien dotada y hábil.

—¿Una banda de ladrones skaa? —preguntó Jastes—. ¿Y lady Valette también?

—Es probable, mi señor —dijo Felt.

Elend se reclinó en su asiento.

—Una... banda de ladrones skaa... —dijo, aturdido. *¿Por qué enviarían a uno de sus miembros a los bailes? ¿Para dar algún tipo de golpe?*

—¿Mi señor? —preguntó Felt—. ¿Quieres que entremos? Tengo suficientes hombres para enfrentarme a la banda entera.

—No. Llama a tus hombres y no cuentes a nadie lo que has visto esta noche.

—Sí, mi señor —dijo Felt, y bajó del carro.

—¡Por el lord Legislador! —exclamó Jastes mientras la puerta se cerraba—. No me extraña que no pareciera una noble corriente. No era por su educación rural... ¡No es más que una ladrona!

Elend asintió, pensativo, sin saber qué pensar.

—Me debes una disculpa —dijo Jastes—. Tenía razón respecto a ella, ¿no?

—Tal vez —respondió Elend—. Pero... en cierto modo, te equivocabas también. No trataba de espiarme... solo trataba de robarme.

—¿Y?

—Yo... tengo que pensar en esto —dijo Elend. Golpeó con una mano el techo para que el carro se pusiera en marcha. Se acomodó en el asiento mientras regresaban a la mansión Venture.

Valette no era la persona que había dicho ser. Sin embargo, él ya estaba preparado para esa noticia. No solo las palabras de Jastes sobre ella le habían

hecho sospechar: la propia Valette no había negado sus acusaciones esa misma noche. Estaba claro que le había estado mintiendo. Interpretando un papel.

Tendría que haberse puesto furioso. Se daba cuenta de eso de manera lógica, y una parte de él se lamentaba por la traición. Pero, curiosamente, la emoción primaria que sentía... era alivio.

—¿Qué? —preguntó Jastes, estudiando a Elend con el ceño fruncido.

Elend sacudió la cabeza.

—Me has tenido preocupado con esto durante días, Jastes. Me sentía tan mal que apenas podía hacer nada... Todo porque pensaba que Valette era una traidora.

—¡Pero si lo es! ¡Elend, seguro que intenta timarte!

—Sí, pero al menos no es una espía de otra casa. A la vista de todas las intrigas, maniobras políticas y puñaladas por la espalda que ha habido últimamente, algo tan sencillo como un robo parece ligeramente refrescante.

—Pero...

—Es solo dinero, Jastes.

—El dinero es importante para algunos de nosotros, Elend.

—No tan importante como Valette. Esa pobre chica... ¡Todo este tiempo debió de sentirse preocupada por el timo que iba a hacerme!

Jastes no dijo nada de momento; luego negó con la cabeza.

—Elend, solo *tú* podrías sentirte aliviado al descubrir que alguien intentaba robarte. ¿Tengo que recordarte que esa chica te ha estado mintiendo todo el tiempo? Puede que te hayas aficionado a ella, pero dudo que sus sentimientos sean auténticos.

—Tal vez tengas razón —admitió Elend—. Pero... no sé, Jastes. Siento que *conozco* a esta chica. Sus emociones... parecen demasiado reales, demasiado sinceras, para ser falsas.

—Lo dudo.

—No tenemos suficiente información para juzgarla todavía. Felt piensa que es una ladrona, pero puede que haya otros motivos para que un grupo como ese envíe a alguien a los bailes. Tal vez sea solo una informadora. O tal vez sea una ladrona... pero no alguien que intentara robarme a mí. Se pasó muchísimo tiempo mezclándose con otros nobles: ¿por qué iba a hacerlo si el objetivo era yo? De hecho, pasó relativamente *poco* tiempo conmigo y nunca me pidió ningún regalo.

Vaciló, imaginando su encuentro con Valette como un agradable accidente, un hecho que había causado un terrible quiebro en ambas vidas. Sonrió, luego

sacudió la cabeza.

—No, Jastes. Hay más de lo que vemos. Hay algo en ella que sigue sin tener sentido.

—Yo... supongo, El —dijo Jastes, frunciendo el ceño.

Elend se enderezó: acababa de ocurrírsele una idea, un pensamiento que hacía que sus especulaciones sobre la motivación de Valette parecieran bastante menos importantes.

—Jastes —dijo—. ¡Ella es una skaa!

—¿Y?

—Y me engañó... Nos engañó a ambos. Representó el papel de una aristócrata casi a la perfección.

—Una aristócrata sin experiencia, tal vez.

—¡Tuve a una verdadera ladrona skaa a mi lado! Piensa en las preguntas que podría haberle hecho.

—¿Preguntas? ¿Qué tipo de preguntas?

—Preguntas sobre lo que es ser skaa —dijo Elend—. Ese no es el tema. Jastes, nos *engaño*. Si no podemos ver la diferencia entre una skaa y una noble, eso significa que los skaa no pueden ser muy diferentes de nosotros. Y si no son tan diferentes de nosotros, ¿qué derecho tenemos a tratarlos como los tratamos?

Jastes se encogió de hombros.

—Elend, creo que no estás viendo las cosas con objetividad. Estamos en medio de una guerra de casas.

Elend asintió, distraído. *He sido tan duro con ella esta noche. ¿Demasiado duro?*

Había hecho que Valette creyera, de manera total y absoluta, que no quería saber nada más de ella. En parte era verdad, pues sus propias preocupaciones le habían convencido de que no era de fiar. Y no podía serlo, no en ese momento. Fuera como fuese, quería que se marchara de la ciudad. Había pensado que lo mejor era interrumpir la relación hasta que la guerra de casas terminara.

Pero, suponiendo que no sea una noble de verdad, entonces no hay ningún motivo para que se marche.

—¿Elend? —preguntó Jastes—. ¿Me estás prestando atención?

Elend alzó la cabeza.

—Creo que he hecho algo mal esta noche. Quería que Valette se marchara de Luthadel. Pero ahora creo que le he hecho daño sin motivo.

—¡Demonios, Elend! Había alomantes escuchando nuestra reunión esta noche. ¿Te das cuenta de lo que podría haber sucedido? ¿Y si hubieran decidido matarnos, en vez de espiarnos nada más?

—Ah, sí, tienes razón —asintió Elend, distraído—. Es mejor que Valette se marche a pesar de todo. Cuantos estén cerca de mí correrán peligro en los días venideros.

Jastes vaciló, cada vez más molesto, hasta que al final se echó a reír.

—No tienes remedio.

—Lo intento —dijo Elend—. Pero, en serio, no hay de qué preocuparse. Los espías se descubrieron ellos solos y, lo más probable, es que los hayan perseguido e incluso capturado en medio del caos. Conocemos algunos de los secretos que oculta Valette, así que en eso vamos también por delante. ¡Ha sido una noche muy productiva!

—Supongo que esa es la forma optimista de verlo...

—Una vez más, lo intento.

Incluso así, se sentiría más cómodo cuando regresaran a la mansión Venture. Tal vez había sido una locura escapar del palacio antes de oír los detalles de lo sucedido, pero Elend no estaba pensando exactamente con calma en ese momento. Además, ya había concertado una reunión con Felt, y el caos le había proporcionado una oportunidad perfecta para escabullirse.

El carroaje cruzó lentamente las puertas de la Mansión Venture.

—Deberías irte —dijo Elend mientras bajaba—. Llévate los libros.

Jastes asintió, tomó el saco y se despidió de Elend mientras cerraba la puerta del carroaje. Elend esperó a que cruzara las puertas. Luego se volvió y fue andando el resto del camino hasta la mansión. Los sorprendidos guardias lo dejaron pasar sin problemas.

Los terrenos estaban todavía iluminados. Había guardias esperándolo en la entrada de la mansión y un grupo de ellos salió corriendo a través de las brumas para recibirlo. Y a rodearlo.

—Mi señor, tu padre...

—Sí —interrumpió Elend, suspirando—. Supongo que tengo que presentarme ante él de inmediato.

—Sí, mi señor.

—Guíame entonces, capitán.

Entraron por la puerta privada situada a un lado del edificio. Lord Straff Venture estaba en su estudio, hablando con un grupo de oficiales de la guardia. Elend notó por sus pálidos rostros que habían recibido una firme reprimenda,

tal vez incluso amenazas de azotes. Eran nobles, así que Venture no podía ejecutarlos, pero era muy aficionado a los castigos disciplinarios más brutales.

Lord Venture despidió a los soldados con un brusco gesto y luego se volvió hacia Elend con ojos hostiles. Elend frunció el ceño mientras veía marchar a los soldados. Todo parecía un poco demasiado... tenso.

—¿Bien? —exigió lord Venture.

—¿Bien qué?

—¿Dónde has estado?

—Me marché por ahí —respondió Elend, sin concederle mayor importancia.

Lord Venture suspiró.

—Bien. Ponte en peligro siquieres, muchacho. En cierto modo, es una lástima que el nacido de la bruma *no* te atrapara: me habría ahorrado muchas frustraciones.

—¿Nacido de la bruma? —preguntó Elend, frunciendo el ceño—. ¿Qué nacido de la bruma?

—El que planeaba asesinarte —replicó lord Venture.

Elend parpadeó, asombrado.

—Entonces... ¿no era solo un equipo de espías?

—Uy, no —dijo Venture, sonriendo con malicia—. Un equipo de asesinos al completo, enviado a por ti y tus amigos.

¡Por el lord Legislador!, pensó Elend, advirtiendo lo necio que había sido al salir solo. *¡No esperaba que la guerra de casas se volviera tan peligrosa tan pronto! Al menos, no para mí...*

—¿Cómo sabemos que era un nacido de la bruma? —preguntó Elend, recuperándose.

—Nuestros guardias consiguieron matarla cuando huía.

Elend frunció el ceño.

—¿Una nacida de la bruma? ¿Y la han matado soldados corrientes?

—Arqueros —dijo lord Venture—. Al parecer, la pillaron por sorpresa.

—¿Y el hombre que ha caído por mi claraboya? —preguntó Elend.

—Muerto. Se rompió el cuello.

Elend frunció el ceño.

Ese hombre seguía vivo cuando huimos. ¿Qué estás ocultando, padre?

—La nacida de la bruma. ¿Es alguien que yo conozca?

—Yo diría que sí —respondió lord Venture, sentándose en su sillón, sin alzar la cabeza—. Era Shan Elariel.

Elend se quedó de piedra. *¿Shan?*, pensó, anonadado. Habían estado prometidos y ella nunca había mencionado que fuera alomante. Eso debía de significar...

Había sido un topo todo el tiempo. Tal vez la Casa Elariel había planeado hacer matar a Elend cuando naciera un nieto Elariel para heredar el título de la casa.

Tienes razón, Jastes. No puedo evitar la política ignorándola. Llevo formando parte de todo esto mucho más tiempo del que creía.

Su padre estaba obviamente satisfecho consigo mismo. Un miembro importante de la Casa Elariel había muerto en territorio Venture después de intentar asesinar a Elend... Con semejante triunfo, lord Venture sería insufrible durante días.

Elend suspiró.

—¿Capturamos vivo a alguno de los asesinos?

Straff negó con la cabeza.

—Uno cayó al patio cuando intentaba huir. Escapó... Puede que fuera también un nacido de la bruma. Encontramos a un hombre muerto en el tejado, pero no estamos seguros de si había otros en el equipo o no. —Parecía que tenía más que decir, pero vaciló.

—¿Qué? —preguntó Elend, leyendo la leve confusión en los ojos de su padre.

—Nada. —Straff agitó una mano—. Algunos de los guardias dicen que había un tercer nacido de la bruma, luchando contra los otros dos, pero dudo de los informes: no era uno de los nuestros.

Elend vaciló. *Un tercer nacido de la bruma, combatiendo a los otros dos...*

—Tal vez alguien se enteró de lo del asesinato y trató de impedirlo.

Lord Venture bufó.

—¿Por qué iba a intentar protegerte *a ti* el nacido de la bruma de otra casa?

—Tal vez solo querían impedir que asesinaran a un hombre inocente.

Lord Venture sacudió la cabeza, riendo.

—Eres un idiota, muchacho. Lo entiendes, ¿verdad?

Elend se ruborizó, luego se dio media vuelta. No parecía que lord Venture quisiera nada más, así que se marchó. No podía volver a sus habitaciones, no con la ventana rota y los guardias, así que se dirigió al cuarto de invitados tras llamar a un grupo de mataneblinos para que se apostaran ante su puerta y su balcón... por si acaso.

Se dispuso a acostarse, pensando en la conversación. Quizá su padre tuviera razón en lo concerniente al tercer nacido de la bruma. Las cosas no funcionaban de esa forma.

Pero... así es como debería ser. Como podría ser, tal vez.

Había muchas cosas que Elend deseaba poder hacer. Pero su padre gozaba de buena salud y era joven para tratarse de un lord con tanto poder. Pasarían décadas hasta que Elend asumiera el título de la casa, suponiendo que sobreviviera tanto. Deseó poder hablar con Valette, explicarle sus frustraciones. Ella comprendería lo que pensaba; por algún motivo, ella siempre parecía comprenderlo mejor que nadie.

¡Y es una skaa! No lograba asimilar aquella idea. Tenía tantas preguntas, tantas cosas que quería descubrir de ella.

Más tarde, pensó mientras se metía en la cama. *Por ahora, concéntrate en mantener unida la casa.* Las palabras que le había dirigido a Valette no eran falsas: tenía que asegurarse de que su familia sobreviviera a la guerra de casas.

Después de eso... Bueno, tal vez pudieran encontrar un modo de sortear las mentiras y los engaños.

Aunque muchos terrisanos expresan cierto desprecio por Khleñnum, también sienten envidia. He oido a los porteadores hablar con asombro de las catedrales khleñni, con sus sorprendentes vidrieras pintadas y sus amplios salones. También parecen muy aficionados a nuestra moda en el vestir: en las ciudades, vi cómo muchos jóvenes terrisanos cambiaban sus pieles y pellizas por trajes de caballero hechos a medida.

32



DOS CALLES MÁS ALLÁ DEL taller de Clubs había un edificio de altura inusitada comparado con los que lo rodeaban. Era una especie de casa de vecinos, pensó Vin: un lugar donde hacinar a familias skaa. Sin embargo, nunca había estado dentro.

Lanzó una moneda y se impulsó a lo largo del costado del edificio de seis plantas. Aterrizó ágilmente en el tejado, haciendo que la figura agazapada en la oscuridad diera un respingo de sorpresa.

—Solo soy yo —susurró, caminando en silencio por el tejado inclinado.

Fantasma le sonrió en la oscuridad. Siendo el mejor ojo de estaño de la banda, normalmente se encargaba de las guardias más importantes. Recientemente, eran las que tenían lugar durante las primeras horas de la noche: era el momento en que el conflicto entre las Grandes Casas solía convertirse en lucha abierta.

—¿Todavía siguen en ello? —preguntó Vin en voz baja, avivando estaño y escrutando la ciudad. Un brillante resplandor en la distancia prestaba a las brumas una extraña luminiscencia.

Fantasma asintió, señalando hacia la luz.

—El Torreón de Hasting. Soldados de Elariel en atacando esta noche.

Vin asintió. La destrucción de la Casa Hasting se esperaba desde hacía algún tiempo: había sufrido media docena de ataques de diferentes casas

durante la última semana. Con los aliados retirándose y las finanzas en bancarrota, era cuestión de tiempo que cayera.

Extrañamente, ninguna de las casas atacaba de día. Había un fingido aire de secretismo en la guerra, como si la aristocracia reconociera el dominio del lord Legislador y no quisiera molestarlo recurriendo a una guerra diurna. Todo se hacía de noche, bajo una capa de bruma.

—En queriendo el querer desto —dijo Fantasma.

Vin vaciló.

—Hummm, Fantasma. ¿Podrías intentar hablar... normal?

Fantasma señaló una lejana y oscura estructura en la distancia.

—El lord Legislador. Es probable que le en guste la lucha.

Vin asintió. *Kelsier tenía razón. No ha habido ninguna reacción del Ministerio ni de palacio en lo referente a la guerra de casas, y la Guarnición se está tomando su tiempo para regresar a Luthadel. El lord Legislador esperaba la guerra de casas... y pretende dejar que siga su curso. Como un fuego salvaje, para que arrase y renueve el campo.*

Excepto que esta vez, cuando un fuego se apagara, otro se encendería: el ataque de Kelsier a la ciudad.

Suponiendo que Marsh pueda averiguar cómo detener a los inquisidores de acero. Suponiendo que podamos tomar el palacio. Y, naturalmente, suponiendo que Kelsier encuentre un modo de encargarse del lord Legislador...

Vin sacudió la cabeza. No quería pensar mal de Kelsier, pero no era capaz de imaginar cómo iba a suceder todo aquello. La Guarnición no había regresado todavía; sin embargo, según los informes estaba cerca, a una semana o dos de viaje. Algunas casas nobles estaban cayendo, pero no parecía que reinara el caos general que Kelsier había querido causar. El Imperio Final se tensaba, pero ella dudaba que acabara por quebrarse.

Sin embargo, tal vez esa no fuera la cuestión. La banda había hecho un trabajo sorprendente al instigar una guerra entre casas: tres Grandes Casas enteras ya no existían y el resto estaban seriamente debilitadas. La aristocracia tardaría décadas en recuperarse de sus propias luchas.

Hemos hecho un trabajo sorprendente, decidió Vin. Aunque no ataquemos el palacio, o si el ataque fracasa, habremos conseguido algo maravilloso.

Con los datos de Marsh sobre el Ministerio y la traducción de Sazed del libro, la rebelión tendría información nueva y útil para una resistencia futura. No era lo que Kelsier había esperado; no era el derrocamiento completo del

Imperio Final. Sin embargo, se trataba de una victoria importante: una victoria a la que los skaa podrían referirse durante años como fuente de valor.

Y, con un sobresalto de sorpresa, Vin advirtió que se sentía orgullosa de haber tomado parte en ello. Tal vez, en el futuro, podría ayudar a iniciar una verdadera rebelión, en un lugar donde los skaa no estuvieran tan sometidos.

Si existe ese lugar... Vin estaba empezando a comprender que no eran solo Luthadel y sus comisarías placadoras lo que sometía a los skaa. Era *todo*: los obligadores, el trabajo constante en el campo y las fábricas, la manera de pensar potenciada por mil años de opresión. Había un motivo por el que las rebeliones skaa eran siempre tan pequeñas. El pueblo sabía (o creía saber) que no se podía combatir contra el Imperio Final.

Incluso Vin, que se consideraba una ladrona «liberada», hasta hacía poco lo creía. Había hecho falta el plan loco e imposible de Kelsier para convencerla de lo contrario. Tal vez por eso había planteado unos objetivos tan elevados para la banda: sabía que solo un reto semejante les haría darse cuenta, de manera extraña, de que *podían* resistir.

Fantasma la miró. Su presencia todavía lo hacía sentirse incómodo.

—Fantasma —dijo Vin—, sabes que Elend rompió su relación conmigo.

Fantasma asintió, estirando levemente el cuello.

—Sin embargo —lamentó Vin—, todavía lo amo. Lo siento, Fantasma. Pero es la verdad.

Él agachó la cabeza, entrustecido.

—No eres tú —dijo Vin—. De verdad que no. Es que... bueno, no se puede evitar amar a alguien. Créeme, hay personas a las que preferiría *no* haber amado. No se lo merecían.

Fantasma asintió.

—Comprendo.

—¿Puedo quedarme el pañuelo?

Él se encogió de hombros.

—Gracias —dijo ella—. Significa mucho para mí.

Él alzó la cabeza y contempló las brumas.

—No soy un zangolotino. Yo... sabía que no en iba a pasá. Veo cosas, Vin. Veo un puñao de cosas.

Ella le puso una mano en el hombro para tratar de consolarlo. *Veo cosas...* Una declaración apropiada, viniendo de un ojo de estaño como él.

—¿Hace mucho tiempo que eres alomante? —le preguntó.

Fantasma asintió.

—En llegué a romper cuando tenía cinco años. Casi no en macuerdo.

—¿Y desde entonces has estado practicando con el estaño?

—Casi siempre. Fue una en buena cosa pa mí. Me en dejaba ver, me en dejaba oír, me en dejaba sentir.

—¿Hay algún consejo que puedas darme?

Él reflexionó, sentado en el borde del tejado inclinado, con un pie colgando.

—Quemar estaño... No es como ver. Es como no ver.

Vin frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando quemas, to viene. Montones de to. Distracciones aquí, allí. Si en quieres el poder de los quereres, *ignora* las distracciones de los dos.

Si quieres ser buena quemando estaño, pensó ella, traduciendo lo mejor posible, *aprende a manejar la distracción. No es lo que ves: es lo que puedes ignorar.*

—Interesante —dijo, pensativa.

Fantasma asintió.

—Cuando miras, ves la bruma y ves las casas y sientes la madera y oyes las ratas debajo. Elige uno y no te distraigas.

—Buen consejo.

Fantasma asintió mientras algo sonaba tras ellos. Ambos dieron un respingo y se agacharon, y Kelsier se echó a reír mientras cruzaba el tejado.

—Tendríamos que encontrar un modo mejor de advertir a la gente de que venimos. Cada vez que visito un nido de espías me preocupa que alguien se caiga del susto desde lo alto del tejado.

Vin se levantó y se sacudió el polvo de la ropa. Llevaba capa de bruma, camisa y pantalones: hacía días que no se ponía un vestido. Solo los usaba en sus apariciones protocolarias en la Mansión Renoux. A Kelsier le preocupaban demasiado los asesinos para dejar que se quedara allí demasiado tiempo.

Al menos hemos comprado el silencio de Kliss, pensó Vin, molesta por el gasto.

—¿Es la hora? —preguntó.

Kelsier asintió.

—Casi, al menos. Quiero hacer una pequeña parada por el camino.

Vin asintió. Para su segundo encuentro, Marsh había elegido un lugar que supuestamente estaba explorando para el Ministerio. Era una ocasión perfecta para reunirse, ya que Marsh tenía una excusa para estar en el edificio de noche

buscando actividad alomántica por allí cerca. Tendría a un aplacador con él casi a todas horas, pero habría un intervalo en plena noche durante el que Marsh suponía que pasaría más de una hora a solas. No era mucho tiempo para escabullirse y regresar, pero sí para que un par de sigilosos nacidos de la bruma le hicieran una rápida visita.

Se despidieron de Fantasma y se lanzaron a la noche. Sin embargo, no viajaron mucho rato por los tejados: Kelsier no tardó en bajar a la calle y echó a andar para conservar fuerza y metales.

Es extraño, pensó Vin, recordando la primera noche en que practicó con Kelsier la alomancia. *Ya ni siquiera me parece que las calles vacías sean temibles*.

El empedrado estaba resbaladizo por la humedad de la bruma y la calle desierta acabó por desaparecer en la neblina. Oscuridad, silencio y soledad: ni siquiera la guerra lo había cambiado mucho. Los grupos de soldados, cuando atacaban, lo hacían en tropel, golpeando rápidamente y tratando de rebasar las defensas de una casa enemiga.

Sin embargo, a pesar del vacío de la noche en la ciudad, Vin se sentía cómoda. Las brumas la acompañaban.

—Vin —dijo Kelsier mientras caminaban—. Quiero darte las gracias.

Ella se volvió hacia él, una figura alta y orgullosa vestida con una majestuosa capa de bruma.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué?

—Por las cosas que dijiste de Mare. He estado pensando mucho en ese día... en ella. No sé si tu habilidad para ver a través de las nubes de cobre lo explica todo, pero... bueno, si me dan a escoger, prefiero creer que Mare *no* me traicionó.

Vin asintió, sonriendo.

Él sacudió tristemente la cabeza.

—Parece una locura, ¿no? Como si... todos estos años hubiera estado esperando un motivo para ceder al autoengaño.

—No sé —dijo Vin—. En otra época tal vez hubiese pensado que estabas loco, pero... bueno, en eso consiste la confianza, ¿no? ¿Un deseo de engañarse a uno mismo? Tienes que acallar esa voz que susurra traiciones y esperar que tus amigos no vayan a hacerte daño.

Kelsier se echó a reír.

—No creo que estés mejorando el planteamiento, Vin.

Ella se encogió de hombros.

—Para mí tiene sentido. La desconfianza es realmente lo mismo... solo que desde el otro lado. Puedo comprender que una persona, si se le da a elegir entre dos puntos de vista, elija confiar.

—Pero ¿tú no?

Vin volvió a encogerse de hombros.

—Ya no lo sé.

Kelsier le puso una mano en el hombro.

—Ese... Elend tuyo. Existe la posibilidad de que solo quisiera asustarte para que abandonaras la ciudad, ¿no? Tal vez dijo esas cosas por tu propio bien.

—Tal vez. Pero había algo diferente en él... en la forma en que me miró. Sabía que le estaba mintiendo, pero creo que no se daba cuenta de que soy una skaa. Quizá pensara que se trataba del espía de una de las otras casas. Sea como sea, parecía sincero en su deseo de librarse de mí.

—Tal vez pensaste eso porque ya estabas convencida de que iba a dejarte.

—Yo... —Vin guardó silencio y miró la calle resbaladiza y cenicienta mientras caminaban—. No sé... Es culpa tuya, ¿sabes? Antes lo entendía todo. Ahora todo es confuso.

—Sí, te hemos dejado la cabeza hecha un lío —dijo Kelsier con una sonrisa.

—No pareces molesto por eso.

—No. Ni pizca. Ah, ya estamos aquí.

Se detuvo junto a un edificio grande y ancho, casi con seguridad otra casa de vecinos skaa. Dentro estaba oscuro: los skaa no podían permitirse lámparas de aceite y habrían apagado la chimenea central después de preparar la cena.

—¿Aquí? —preguntó Vin, inquieta.

Kelsier asintió. Se acercó a llamar con suavidad a la puerta. Para sorpresa de Vin, se abrió vacilante y una delgada cara skaa asomó a las brumas.

—¡Lord Kelsier! —dijo el hombre en voz baja.

—Te dije que vendría de visita —sonrió Kelsier—. Esta noche me ha parecido un buen momento.

—Pasa, pasa —dijo el hombre, abriendo la puerta. Dio un paso atrás, cuidando de no dejar que la bruma le tocara mientras Kelsier y Vin entraban.

Vin había estado antes en habitáculos de skaa, pero nunca le habían parecido tan... deprimentes. El olor a humo y cuerpos sin lavar era casi abrumador, y tuvo que apagar su estómago para no asfixiarse. La tenue luz de una pequeña estufa de carbón mostraba a un puñado de gente hacinada,

durmiente en el suelo. Mantenían el cuarto limpio de ceniza, pero solo podían hacerlo hasta cierto punto: seguía habiendo manchas negras en la ropa, las paredes, los rostros. Los muebles eran escasos y las mantas para repartir pocas.

Yo antes también vivía así, pensó Vin, horrorizada. *Los cubiles de las bandas eran iguales... a veces aún más abarrotados. Esta... era mi vida.*

La gente despertó al advertir que tenían visita. Vin se percató de que Kelsier iba remangado y las cicatrices de sus brazos eran visibles incluso a la luz de las ascuas. Destacaban claramente desde las muñecas hasta los codos, entrecruzándose y solapándose.

Los susurros comenzaron de inmediato.

—El Superviviente...

—¡Está aquí!

—Kelsier, el Señor de las Brumas...

Esa es nueva, pensó Vin, alzando una ceja. Permaneció en segundo plano mientras Kelsier sonreía y avanzaba al encuentro de los skaa. La gente se congregó a su alrededor con entusiasmo, tendiendo sus manos para tocarle los brazos y la capa. Otros tan solo se quedaron mirando, observándolo con reverencia.

—He venido a difundir la esperanza —les dijo Kelsier—. La Casa Hasting ha caído esta noche.

Hubo murmullos de sorpresa y asombro.

—Sé que muchos de vosotros trabajasteis en las forjas y refinerías de acero de Hasting —dijo Kelsier—. Y, sinceramente, no puedo decir lo que esto significa para vosotros. Pero es una victoria para todos nosotros. Durante un tiempo, al menos, vuestros hombres no morirán en las fraguas o bajo los látigos de los capataces Hasting.

Se produjeron murmullos entre la pequeña multitud y alguien finalmente expresó la preocupación en voz lo suficientemente alta para que Vin la oyera.

—¿La Casa Hasting ha caído? ¿Quién nos dará de comer?

Qué asustado, pensó Vin. *Yo nunca fui así... ¿verdad?*

—Os enviaré otro cargamento de comida —prometió Kelsier—. Suficiente para una temporada, al menos.

—Has hecho mucho por nosotros —dijo otro hombre.

—Tonterías. Si queréis devolverme el favor, empezad a caminar algo más erguidos. Tened un poco menos de miedo. Ellos *pueden* ser derrotados.

—Por hombres como tú, lord Kelsier —susurró una mujer—. Pero no por nosotros.

—Os sorprendería —dijo Kelsier.

La multitud empezó a dejar espacio para que los padres pusieran en primera fila a sus hijos. Parecía que todo el mundo en el cuarto quería que sus hijos conocieran a Kelsier en persona. Vin lo observó con sentimientos encontrados. La banda todavía tenía sus reservas sobre la creciente fama de Kelsier con los skaa, aunque todos habían mantenido su palabra y guardaban silencio.

Parece que le importan de verdad, pensó Vin, viendo a Kelsier tomar en brazos a un niño pequeño. *No creo que sea fingido. Así es como es él: ama a la gente, ama a los skaa. Pero... es más bien el amor de un padre por un hijo que el de un hombre por sus iguales.*

¿Qué tenía de malo? Era, después de todo, una especie de padre para los skaa. Era el noble señor que siempre *deberían* haber tenido. Con todo, Vin no pudo dejar de sentirse incómoda mientras veía los rostros sucios de aquellas familias skaa, sus ojos llenos de adoración y reverencia.

Kelsier se despidió del grupo, diciéndoles que tenía una cita. Vin y él salieron de la abarrotada habitación al bendito aire fresco. Kelsier guardó silencio mientras viajaban hacia la nueva comisaría de aplacadores de Marsh, aunque había algo más de viveza en su paso.

Al cabo de un rato, Vin no pudo evitar preguntárselo.

—¿Los visitas a menudo?

Kelsier asintió.

—Al menos un par de casas por noche. Rompe la monotonía de mi otro trabajo.

Matar nobles y difundir rumores falsos, pensó Vin. *Sí, visitar a los skaa debe de ser un buen cambio.*

El punto de reunión estaba solo a unas cuantas calles de distancia. Kelsier se detuvo en un portal y escrutó la oscura noche. Finalmente, señaló una ventana apenas iluminada.

—Marsh dijo que dejaría una luz encendida si los otros obligadores se marchaban.

—¿Ventana o escaleras?

—Escaleras —dijo Kelsier—. La puerta no debería estar cerrada con llave y el Ministerio es dueño del edificio entero. Estará vacío.

Kelsier tenía razón en ambas cosas. El edificio no olía lo suficientemente a cerrado como para estar abandonado, pero las plantas inferiores no habían sido utilizadas. Vin y él subieron rápidamente las escaleras.

—Marsh debería poder decirnos la reacción del Ministerio a la guerra — dijo Kelsier mientras llegaban al piso superior. La luz de la lámpara fluctuaba a través de la puerta de arriba, y Kelsier la abrió sin dejar de hablar—. Es de esperar que la Guarnición no vuelva demasiado pronto. El daño está casi hecho, pero me gustaría que la guerra continuara durante...

Se detuvo en la puerta, bloqueando la visión de Vin.

Ella avivó peltre y estaño inmediatamente y se agazapó, atenta a la presencia de algún atacante. No había nada. Solo silencio.

—No... —susurró Kelsier.

Entonces Vin vio el hilillo de oscuro líquido rojo que se arremolinaba junto al pie de Kelsier. Creó un charquito y luego empezó a caer por el primer escalón.

Por el lord Legislador...

Kelsier entró tambaleándose en la habitación. Vin lo siguió, pero ya sabía lo que iba a ver. El cadáver yacía cerca del centro de la cámara, desollado y desmembrado, la cabeza completamente aplastada. Apenas era reconocible como un ser humano. Las paredes estaban manchadas de rojo.

¿Puede un cuerpo contener realmente tanta sangre? Era igual que la otra vez, en el sótano de la guarida de Camon... pero con una sola víctima.

—Inquisidores —susurró Vin.

Kelsier, ajeno a la sangre, se arrodilló junto al cadáver de Marsh. Alzó una mano como para tocar el cuerpo sin piel, pero detuvo el gesto, aturdido.

—Kelsier —dijo Vin urgentemente—. Esto es reciente... el inquisidor podría estar cerca todavía.

Él no se movió.

—¡Kelsier! —exclamó Vin.

Kelsier se estremeció, miró alrededor. Sus ojos se encontraron con los de ella y la lucidez regresó. Se puso en pie.

—La ventana —dijo Vin, cruzando la habitación.

Sin embargo, se detuvo al ver algo sobre una mesita, junto a la pared. La pata de madera de una silla, medio oculta bajo una hoja de papel en blanco. Vin la recogió mientras Kelsier llegaba a la ventana.

Él se dio la vuelta, contempló la habitación una vez más y saltó a la noche.

Adiós, Marsh, pensó apenada Vin, y lo siguió.

—«CREO QUE LOS INQUISIDORES SOSPECHAN de mí» —leyó Dockson. El papel, una única hoja recuperada del interior de la pata de la mesa, estaba limpio y blanco, sin la sangre que manchaba las rodillas de Kelsier y el borde inferior de la capa de Vin.

Dockson continuó leyendo, sentado a la mesa de la cocina del taller de Clubs:

—«He estado haciendo demasiadas preguntas y sé que enviaron al menos un mensaje al obligador corrupto que supuestamente me entrenó como acólito. Quería descubrir los secretos que la rebelión ha necesitado siempre conocer. ¿Cómo recluta el Ministerio a los nacidos de la bruma para ser inquisidores? ¿Por qué son los inquisidores más poderosos que los alomantes normales? ¿Cuáles son sus debilidades, si las hay?

»"Por desgracia, apenas he descubierto nada sobre los inquisidores: aunque las maniobras políticas dentro de las filas regulares del Ministerio siguen sorprendiéndome. Es como si a los obligadores normales no les importara el mundo exterior, excepto por el prestigio que adquieren por ser los más listos o tener más éxito al aplicar los dictados del lord Legislador.

»"Los inquisidores son diferentes. Son mucho más leales al lord Legislador que los obligadores normales... y esta es en parte, tal vez, la causa de la disensión entre los dos grupos.

»"En cualquier caso, me parece que estoy cerca. Tienen un secreto, Kelsier. Una debilidad. Estoy seguro. Los otros obligadores hablan de ello en susurros, aunque ninguno lo conoce.

»"Me temo que he sondeado demasiado. Los inquisidores me siguen, me vigilan, preguntan por mí. Así que me preparo esta noche. Tal vez mi cautela es innecesaria.

»"Tal vez no."

Dockson dejó de leer.

—Es... todo lo que dice.

Kelsier estaba de pie al otro lado de la cocina, la espalda apoyada en la alacena, en su postura habitual. Pero... no había ligereza en ella. Estaba cruzado de brazos, la cabeza ligeramente inclinada. Su pesadumbre parecía haberse desvanecido, sustituida por otra emoción... Una emoción que Vin había visto en ocasiones ardiendo oscura tras sus ojos. Normalmente cuando hablaba de la nobleza.

Vin se estremeció a su pesar. De pie como Kelsier estaba, ella fue súbitamente consciente de su ropa: una oscura capa de bruma gris, una camisa

negra de manga larga, pantalones negros. En la noche, la ropa servía únicamente de camuflaje. En la habitación iluminada, sin embargo, los colores oscuros le daban un aspecto amenazador.

Kelsier se irguió y todos en la habitación se envararon.

—Decidle a Renoux que desaparezca —dijo suavemente, la voz como el hierro—. Puede usar la historia que planeamos para marcharse... Que se retira a sus tierras a causa de la guerra de casas. Pero quiero que esté fuera de aquí mañana. Enviad con él a un violento y un ojo de estaño para que lo protejan, pero decidle que abandone sus barcos a un día de la ciudad y que luego regrese con nosotros.

Dockson miró a Vin y los demás.

—De acuerdo...

—Marsh lo sabía todo, Dox —dijo Kelsier—. Lo torturaron antes de matarlo... Así es como actúan los inquisidores.

Dejó flotar las palabras. Vin sintió un escalofrío. La guarida corría peligro.

—¿Al refugio de emergencia, entonces? —preguntó Dockson—. Solo tú y yo conocemos su emplazamiento.

Kelsier asintió con firmeza.

—Quiero a todo el mundo fuera de este taller, aprendices incluidos, dentro de quince minutos. Me reuniré contigo en el refugio de emergencia dentro de dos días.

Dockson miró a Kelsier, el ceño fruncido.

—¿Dos días? Kel, ¿qué estás planeando?

Kelsier se encaminó hacia la puerta. La abrió, dejando entrar la bruma, y luego miró al grupo con ojos tan duros como los clavos de los inquisidores.

—Me han golpeado donde más me hiere. Voy a hacer lo mismo.

WALIN SE ABRIÓ PASO EN la oscuridad, palpando a través de las estrechas cavernas, obligando a su cuerpo a pasar por grietas que casi resultaban demasiado pequeñas. Continuó bajando, buscando con los dedos, ignorando sus numerosos roces y cortes.

Debo continuar, debo continuar... Los restos de su cordura le decían que ese era su último día. Habían pasado seis días desde su último éxito. Si fracasaba una séptima vez, moriría.

Debo continuar.

No podía ver; estaba demasiado por debajo de la superficie para captar siquiera el reflejo de un atisbo de luz. Pero, incluso sin iluminación, podía encontrar el camino. Solo había dos direcciones: arriba y abajo. Los movimientos hacia los lados carecían de importancia y eran rechazados sin más. No podría perderse mientras continuara descendiendo.

Mientras tanto, tanteaba con los dedos buscando la áspera delación de la flor de cristal. No podría regresar esta vez, no hasta que hubiera tenido éxito, no hasta que...

Debo continuar.

Sus manos rozaron algo blando y frío mientras se movía. Un cadáver, pudriéndose atrapado entre dos rocas. Walin continuó. Los cadáveres no eran infrecuentes en las estrechas cavernas: algunos de los cuerpos estaban frescos aún, la mayoría era solo huesos. A menudo, Walin se preguntaba si los muertos no eran afortunados.

Debo continuar.

El tiempo apenas importaba en las cavernas. Normalmente, regresaba arriba para dormir: aunque en la superficie había capataces con látigos, también había comida. Era escasa, apenas lo suficiente para mantenerlo con vida, pero era mejor que el hambre que lo asaltaría si se quedaba abajo demasiado tiempo.

Debo continu...

Se detuvo. Tenía el torso metido en una estrecha grieta en la roca y estaba a punto de pasar. Sin embargo, sus dedos (siempre buscando, incluso cuando apenas era consciente) palpaban las paredes. Y habían encontrado algo.

Su mano tembló de expectación mientras palpaba las flores de cristal. Sí, sí, eso eran. Crecían en una amplia pauta circular en la pared; pequeñas por los bordes, se hacían gradualmente mayores cerca del centro. Justo en la parte central de la estructura circular los cristales se curvaban hacia dentro siguiendo un agujero en la pared. Allí los cristales se hacían largos y cada uno tenía un borde irregular dentado. Como si fuesen dientes alrededor de las fauces de una bestia de piedra.

Tomando aliento, rezando al lord Legislador, Walin metió la mano en la abertura circular del tamaño de un puño. Los cristales le arañaron el brazo, marcando largos y estrechos surcos en su piel. Ignoró el dolor, obligó a su brazo a seguir sondeando, hasta el codo, mientras sus dedos buscaban...

¡Allí! Sus dedos encontraron una pequeña roca en el centro del hueco: una roca formada por misteriosas gotas de cristal. Una geoda de Hathsin.

La agarró ansiosamente, la sacó, arañándose de nuevo el brazo mientras lo sacaba del agujero recubierto de cristales. Acunó la pequeña esfera rocosa, jadeando entrecortadamente de alegría.

Otros siete días. Viviría otros siete días.

Antes de que el hambre y la fatiga pudieran seguir debilitándolo, Walin empezó la laboriosa escalada hacia arriba. Se escurrió entre grietas, remontó los salientes de la pared. A veces tenía que moverse a derecha o izquierda hasta que el techo se abría, pero siempre lo hacía. En realidad solo había dos direcciones: arriba y abajo. Tan solo arriba y abajo. Arriba y abajo.

Mantenía su oído atento por si aparecía alguien más. Había visto buscadores muertos, asesinados por hombres más jóvenes y más fuertes que esperaban robar una geoda. Por fortuna, no encontró a nadie. Eso era bueno. Era un hombre mayor, lo suficiente para saber que nunca debería haber intentado robar comida a un lord en su plantación.

Tal vez se había ganado aquel castigo. Tal vez se merecía morir en los Pozos de Hathsin.

Pero no moriré hoy, pensó, oliendo por fin el aire dulce y fresco. Era de noche arriba. No le importó. Las brumas no lo molestaban ya: ni siquiera las palizas lo molestaban ya. Estaba demasiado cansado para que le importase.

Walin empezó a salir de la grieta, una de las docenas que había en el pequeño valle conocido como los Pozos de Hathsin. Entonces se detuvo.

Había un hombre ante él en la noche. Iba vestido con una gran capa que parecía haber sido rasgada en tiras. El hombre miró a Walin, silencioso y poderoso con su ropa negra. Entonces le tendió la mano.

Walin dio un respingo. El hombre, sin embargo, agarró la mano de Walin y lo sacó de la grieta.

—¡Vete! —dijo el hombre suavemente en medio del torbellino de las brumas—. La mayoría de los guardias ha muerto. Reúne a cuantos prisioneros puedas y escapad de este lugar. ¿Tienes una geoda?

Walin retrocedió, llevándose la mano al pecho.

—Bien —dijo el desconocido—. Rómpela. Encontrarás una perla de metal dentro: es muy valiosa. Véndela en los bajos fondos de cualquier ciudad a la que vayas: deberías ganar lo suficiente para vivir durante años. ¡Vete rápido! No sé cuánto tiempo tienes hasta que den la alarma.

Walin retrocedió, confundido.

—¿Quién... quién eres tú?

—Soy lo que *tú* serás pronto —dijo el desconocido, acercándose a la grieta. Los lazos de su envolvente capa negra revoloteaban a su alrededor mezclándose con las brumas mientras se volvía hacia Walin—. Soy un superviviente.

KELSIER ESTUDIÓ LA OSCURA CICATRIZ en la roca mientras escuchaba cómo el prisionero se perdía en la distancia.

—Y así regreso —susurró. Le ardían las cicatrices y los recuerdos regresaron. Recuerdos de meses pasados internándose entre grietas, arañándose los brazos con puñales cristalinos, buscando cada día una geoda... Solo una, para poder seguir viviendo.

¿Podía de verdad volver a bajar a aquellas estrechas y silenciosas profundidades? ¿Podía entrar de nuevo en esa oscuridad? Kelsier alzó los brazos, mirándose las cicatrices, todavía blancas y destacando en sus brazos.

Sí. Por los sueños de ella, podía.

Se acercó a la grieta y se obligó a bajar a su interior. Entonces quemó estaño para iluminar su trayecto hacia abajo. Aunque la grieta se ensanchaba, también se ramificaba en fisuras retorcidas hacia todas las direcciones. Era parte cueva, parte grieta, parte túnel.

Ya alcanzaba a vislumbrar el primer agujero cristalino de atium. Mientras contemplaba los largos y plateados cristales que había allí, sus cicatrices parecieron palpititar en anticipación, siguiendo un ritmo ignoto.

Atraer o empujar los cristales de atium mediante la alomancia provocaba que se fragmentaran. Por eso el lord Legislador tenía que emplear esclavos, y no alomantes, para que le recogieran el atium.

Ahora, la verdadera prueba, pensó Kelsier mientras se apretaba para internarse más en la grieta y acercarse más a los primeros cristales. Quemó hierro y al instante vio varias líneas azules apuntando hacia ellos además de hacia abajo, en la dirección de otros agujeros de atium. Aunque el que tenía ante él no albergaba ninguna geoda de atium y los más próximos sin duda ya estaban recolectados también, los cristales en sí emitían tenues líneas azules por las trazas residuales de atium.

Kelsier se concentró en unas pocas líneas azules y tiró con suavidad. Los cristales que tenía delante se quebraron, entrelazados por finas líneas, y cayeron algunos fragmentos. Sus oídos amplificados por el estaño captaron más cristales haciéndose añicos en la grieta, por debajo de él.

Kelsier sonrió.

Casi tres años antes, mientras se alzaba sobre los cadáveres ensangrentados de los capataces que habían golpeado a Mare hasta la muerte, había advertido por primera vez que podía usar el hierro para sentir dónde estaban los huecos de cristal. Apenas comprendía entonces sus poderes alománticos, pero desde ese momento un plan había comenzado a fraguarse en su mente. Un plan de venganza.

Ese plan había evolucionado, creciendo hasta abarcar mucho más de lo que pretendía originalmente. Sin embargo, uno de los elementos clave había permanecido recluido en un rincón de su mente. Podía encontrar los huecos de cristal. Podía romperlos usando la alomancia.

Y eran el único medio de producir atium en todo el Imperio Final.

Tratasteis de destruirme, Pozos de Hathsin, pensó, mientras se internaba cada vez más en la grieta. *Es hora de que os devuelva el favor.*

Ahora ya estamos cerca. Extrañamente, en estas alturas de las montañas parecemos finalmente libres del opresivo contacto de la Profundidad. Ha pasado algún tiempo desde que descubrí lo que era eso.

El lago que descubrió Fedik está bajo nosotros: puedo verlo desde aquí. Parece aún más extraño desde esta perspectiva, con su brillo vítreo, casi metálico. Casi deseo haberle permitido tomar una muestra de sus aguas.

Tal vez su interés era lo que enfadó a la criatura de la bruma que nos sigue. Tal vez... Tal vez por eso decidió atacarlo, apuñalándolo con su cuchillo invisible.

Curiosamente, el ataque me consoló. Al menos sé desde entonces que alguien más la ha visto. Eso significa que no estoy loco.

33



—¿ASÍ QUE... SE ACABÓ? —preguntó Vin—. El plan, quiero decir.

Ham se encogió de hombros.

—Si los inquisidores torturaron a Marsh, eso significa que lo saben todo. O, al menos, que saben suficiente. Sabrán que planeamos atacar el palacio y que vamos a usar la guerra de casas como tapadera. Ahora nunca lograremos que el lord Legislador salga de la ciudad y, desde luego, nunca conseguiremos que envíe a la ciudad a la guardia de palacio. Las cosas no pintan bien, Vin.

Ella no dijo nada mientras digería la información. Ham estaba sentado en el suelo sucio, apoyado contra los ladrillos de la pared del fondo, las piernas cruzadas. El refugio de emergencia era un apestoso sótano con solo tres habitaciones. El aire olía a polvo y ceniza. Los aprendices de Clubs ocuparon una habitación para ellos, aunque Dockson había despedido a todos los otros criados antes de ir al refugio.

Brisa estaba de pie al otro lado. De vez en cuando dirigía alguna mirada incómoda hacia el suelo sucio y los taburetes llenos de polvo, pero luego decidía seguir de pie. Vin no comprendía por qué se molestaba: iba a serle

imposible mantener el traje limpio mientras viviesen en lo que era, en esencia, un agujero en el suelo.

Brisa no era el único que lamentaba su cautiverio autoimpuesto. Vin había oído gruñir a varios aprendices que casi preferían ser capturados por el Ministerio. Sin embargo, en los dos días que llevaban en el sótano nadie había salido de la casa a menos que fuera absolutamente necesario. Comprendían el peligro: Marsh podía haber dado a los inquisidores descripciones y alias de cada miembro de la banda.

Brisa sacudió la cabeza.

—Tal vez, caballeros, sea hora de dar por finalizada esta operación. Lo hemos intentado con todas nuestras fuerzas y, considerando el hecho de que nuestro plan original, reunir el ejército, terminó de manera tan trágica, yo diría que hemos hecho un trabajo maravilloso.

Dockson suspiró.

—Bueno, desde luego no podemos vivir de los fondos ahorrados durante mucho tiempo... sobre todo si Kelsier sigue dando nuestro dinero a los skaa.

Estaba sentado tras la mesa, que era el único mueble de la habitación, con sus libros de cuentas, notas y contratos más importantes organizados en montones ante él. Había recogido eficazmente todos los papeles que podrían haber incriminado a la banda u ofrecido más información sobre su plan.

Brisa asintió.

—Yo, por una vez, estoy deseando cambiar. Todo esto ha sido divertido, delicioso, y todas esas otras emociones positivas, pero trabajar con Kelsier puede ser un poco agotador.

Vin frunció el ceño.

—¿No vas a quedarte con su banda?

—Depende de su siguiente trabajo —dijo Brisa—. No somos como las otras bandas que has conocido: trabajamos como nos place, no porque nos lo digan. Nos recompensa ser muy exigentes con los trabajos que aceptamos. Los beneficios son grandes, pero también los riesgos.

Ham sonrió, mientras descansaba con los brazos tras la cabeza, completamente ajeno a la suciedad.

—Hace que uno se pregunte cómo acabamos en este trabajo concreto, ¿eh? Riesgos muy altos, beneficios ínfimos.

—Ninguno, en realidad —advirtió Brisa—. Ya nunca conseguiremos ese atium. Kelsier habla de altruismo y de ayudar a los skaa. Eso está muy bien, pero siempre esperé poder echarle mano al tesoro.

—Ciento —dijo Dockson, dejando de mirar sus notas—. Pero ¿ha merecido la pena al menos? ¿El trabajo que hemos hecho... las cosas que hemos conseguido?

Brisa y Ham vacilaron, luego ambos asintieron.

—Y por eso nos quedamos —dijo Dockson—. El propio Kel lo dijo: nos escogió porque sabía que intentaríamos algo un poco distinto por conseguir un objetivo digno. Sois buenos hombres... incluso tú, Brisa. Deja de mirarme con esa cara.

Vin sonrió escuchando la discusión familiar. Todos lamentaban la muerte de Marsh, pero aquellos hombres sabían cómo actuar a pesar de sus pérdidas. En ese aspecto, eran realmente iguales que los skaa, después de todo.

—Una guerra de casas —comentó Ham, sonriendo para sí—. ¿Cuántos nobles creéis que han muerto?

—Centenares, al menos —respondió Dockson sin levantar la cabeza—. Todos muertos por sus propias manos nobles.

—Admito que tenía mis dudas sobre todo este fiasco —dijo Brisa—. Pero la interrupción en el comercio que esto causará, por no mencionar el desorden en el gobierno... bueno, tienes razón, Dockson. Ha merecido la pena.

—¡Por supuesto! —dijo Ham, imitando la relamida voz de Brisa.

Voy a echarlos de menos, lamentó Vin. *Tal vez Kelsier me lleve consigo en su próximo trabajo.*

Las estrellas chispeaban y Vin se ocultó instintivamente en la oscuridad. La ajada puerta se abrió y una silueta familiar, ataviada de negro, entró. Llevaba en el brazo la capa de bruma y su rostro parecía increíblemente agotado.

—¡Kelsier! —dijo Vin, avanzando un paso.

—Hola a todos —respondió él con voz cansada.

Conozco ese cansancio, pensó Vin. *Arrastre de peltre. ¿Dónde ha estado?*

—Llegas tarde, Kel —dijo Dockson, todavía sin levantar la cabeza de sus libros.

—Si por algo me esfuerzo, es por ser consistente —dijo Kelsier mientras dejaba caer la capa de bruma al suelo, se desperezaba y se sentaba—. ¿Dónde están Clubs y Fantasma?

—Clubs está durmiendo en la habitación de atrás —respondió Dockson—. Fantasma se fue con Renoux. Supusimos que querías que se llevara a nuestro mejor ojo de estaño para que vigilara.

—Buena idea —dijo Kelsier, dejando escapar un profundo suspiro y cerrando los ojos mientras se apoyaba contra la pared.

—Mi querido amigo, tienes un aspecto terrible —comentó Brisa.

—No es tan malo como parece... Me lo tomé con calma para regresar, incluso me detuve a dormir unas cuantas horas por el camino.

—Sí, pero ¿dónde *has* estado? —preguntó Ham—. Nos preocupaba que hubieras estado haciendo algo... bueno, algo estúpido.

—Lo cierto es que dábamos por hecho que estabas haciendo algo estúpido —puntualizó Brisa—. Nos preguntábamos qué grado de estupidez tendría este hecho concreto. Así pues, ¿qué ha sido? ¿Asesinaste al sumo prelado? ¿Mataste a docenas de nobles? ¿Le robaste la capa al lord Legislador de su propia espalda?

—He destruido los Pozos de Hathsin —dijo Kelsier tranquilamente.

La habitación se sumió en un silencio de estupor.

—¿Sabéis? —dijo Brisa por fin—. Cabría pensar que a estas alturas ya habríamos aprendido a no subestimarlo.

—¿Los has destruido? —preguntó Ham—. ¿Cómo se destruyen los Pozos de Hathsin? ¡No son más que un puñado de grietas en el suelo!

—Bueno, no he destruido los pozos en sí —explicó Kelsier—. Rompí los cristales que producen las geodas de atium.

—¿Todos? —preguntó Dockson, aturdido.

—Todos los que pude encontrar. Y fueron varios cientos de huecos. Fue mucho más fácil moverme por allí abajo, ahora que domino la alomancia.

—¿Cristales? —preguntó Vin, confusa.

—Cristales de atium, Vin —explicó Dockson—. Producen las geodas (no creo que nadie sepa cómo) que tienen perlas de atium en su interior.

Kelsier asintió.

—Los cristales son el motivo por el que el lord Legislador no puede enviar a alomantes allá abajo para tirar de las geodas de atium. Usar la alomancia cerca de los cristales hace que se rompan... Y tardan siglos en volver a crecer.

—Siglos durante los cuales no producirán atium —añadió Dockson.

—Así que tú... —Vin se interrumpió.

—He puesto fin a la producción de atium en el Imperio Final, por lo menos hasta dentro de trescientos años o así.

Elend. La Casa Venture. Están a cargo de los Pozos. ¿Cómo reaccionará el lord Legislador cuando se entere de esto?

—¡Loco! —dijo Brisa en voz baja, los ojos muy abiertos—. El atium es la base de la economía imperial: controlarlo es una de las principales formas que tiene el lord Legislador de mantener su dominio sobre la nobleza. Puede que

nosotros no nos hagamos con sus reservas, pero esto acabará por tener el mismo efecto. ¡Bendito lunático... bendito *genio*!

Kelsier sonrió con tristeza.

—Agradezco ambos cumplidos. ¿Han actuado ya los inquisidores contra el taller de Clubs?

—No que nuestros vigilantes hayan visto —dijo Dockson.

—Bien. Tal vez no consiguieron que Marsh hablara. Como mínimo, tal vez no se den cuenta de que sus comisarías aplacadoras han sido descubiertas. Ahora, si no os importa, me voy a dormir. Tenemos muchos planes que hacer mañana.

Los miembros del grupo intercambiaron miradas silenciosas.

—¿Planes? —preguntó Dox por fin—. Kel... estábamos pensando que deberíamos dejarlo. Hemos provocado una guerra de casas y acabas de cargarte la economía imperial. Con nuestra tapadera, y nuestro plan, en peligro... Bueno, no puedes sinceramente esperar que hagamos nada más, ¿verdad?

Kelsier sonrió, se puso en pie tambaleándose y se marchó a la habitación del fondo.

—Hablaremos mañana.

—¿QUÉ CREE QUE ESTÁ PLANEANDO, Sazed? —preguntó Vin, sentada en un taburete junto a la chimenea del sótano mientras el terrisano preparaba la cena. Kelsier llevaba durmiendo desde la noche anterior y todavía no se había levantado en toda la tarde.

—No tengo ni la menor idea, señora —respondió Sazed, probando el guiso—. Aunque este momento, con la ciudad tan desequilibrada, parece la oportunidad perfecta para actuar contra el Imperio Final.

Vin reflexionó.

—Supongo que todavía podríamos tomar el palacio... Eso es lo que Kel ha querido hacer siempre. Pero si el lord Legislador está advertido, los demás no querrán. Además, no parece que tengamos suficientes soldados para hacer gran cosa en la ciudad. Ham y Brisa nunca terminaron su reclutamiento.

Sazed se encogió de hombros.

—Tal vez Kelsier tiene planeado hacer algo con el lord Legislador —musitó Vin.

—Tal vez.

—¿Sazed? —dijo Vin lentamente—. Tú recopilas leyendas, ¿no?

—Como guardador recopilo muchas cosas. Historias, leyendas, religiones. Cuando era joven, otro guardador me recitó todo su conocimiento para que pudiera almacenarlo, y luego aumentarlo.

—¿Has oído hablar alguna vez de esa leyenda del undécimo metal de la que Kelsier habla?

Sazed negó con la cabeza.

—No, señora. Esa leyenda me la contó maese Kelsier por primera vez.

—Pero él jura que es cierta. Y yo... por algún motivo, lo creo.

—Es muy posible que haya leyendas de las que yo no he oído hablar —dijo Sazed—. Si los guardadores lo supieran todo, ¿para qué necesitaríamos seguir buscando?

Vin asintió, todavía un poco dubitativa.

Sazed continuó removiendo la sopa. Parecía tan... digno, aunque realizara una tarea tan sencilla. Llevaba su ropa de mayordomo, ajeno al sencillo servicio que estaba realizando, sustituyendo a los criados que la banda había despedido.

En la escalera sonaron unos rápidos pasos y Vin se volvió y se levantó de su taburete.

—¿Señora? —preguntó Sazed.

—Hay alguien en las escaleras —dijo ella, acercándose a la puerta.

Uno de los aprendices (Vin creía que se llamaba Tase) irrumpió en la habitación principal. Ahora que Lestibourne se había marchado, Tase se había convertido en el vigía de la banda.

—La gente se está congregando en la plaza —dijo Tase, señalando hacia la escalera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dockson mientras entraba desde la otra habitación.

—Gente en la plaza de la fuente, maese Dockson —dijo el muchacho—. En la calle se dice que los obligadores planean más ejecuciones.

Venganza por lo de los Pozos, pensó Vin. *No han tardado mucho.*

La expresión de Dockson se ensombreció.

—Ve a despertar a Kel.

—PRETENDO OBSERVARLOS —DIJO KELSIER, vestido con sencilla ropa de skaa y una capa, mientras caminaba por la habitación.

El estómago de Vin dio un vuelco. ¿Otra vez?

—Vosotros podéis hacer lo que queráis —dijo él. Tenía mucho mejor aspecto después de su prolongado descanso: su agotamiento había desaparecido, sustituido por la característica fuerza que Vin esperaba siempre de él—. Las ejecuciones quizá sean una reacción a lo que hice en los Pozos —continuó diciendo—. Voy a ver la muerte de esa gente... porque, indirectamente, yo soy la causa.

—No es culpa tuya, Kel —dijo Dockson.

—Todo es culpa nuestra —replicó él bruscamente—. Eso no significa que lo que hagamos esté mal... Sin embargo, si no fuera por nosotros, esa gente no tendría que morir. Yo, para empezar, pienso que lo menos que podemos hacer por esa gente es ser testigos de su muerte.

Abrió la puerta y empezó a subir las escaleras. Lentamente, el resto del grupo lo siguió, aunque Clubs, Sazed y los aprendices se quedaron en el refugio.

Vin subió los escalones y se reunió con los demás en una sucia calle en medio de un barrio skaa. Caía ceniza del cielo, flotando en perezosos copos. Kelsier ya había echado a andar y los demás (Brisa, Ham, Dockson y Vin) apretaron el paso para alcanzarlo.

El refugio no estaba cerca de la plaza de la fuente. Kelsier, sin embargo, se detuvo a unas cuantas calles de distancia de su destino. Skaa con ojos turbios continuaban pasando ante ellos, uniéndose a la multitud. A lo lejos sonaba una campana.

—¿Kel? —preguntó Dockson.

Kelsier ladeó la cabeza.

—Vin, ¿oyes eso?

Ella cerró los ojos y luego avivó su estaño. *Concéntrate, pensó. Como dijo Fantasma: aísla los pasos y los murmullos. Oye por encima de las puertas cerrándose y la gente respirando. Escucha...*

—Caballos —dijo, reduciendo su estaño y abriendo los ojos—. Y carruajes.

—Carros —dijo Kelsier, volviéndose hacia un lado de la calle—. Los carros de los prisioneros. Vienen hacia aquí.

Miró los edificios que lo rodeaban, luego se agarró a una tubería de desague y empezó a escalar por la pared. Brisa puso los ojos en blanco, le dio un codazo a Dockson y señaló la parte delantera del edificio, pero Vin y Ham, con peltre, siguieron fácilmente a Kelsier hasta el tejado.

—Allí —dijo Kelsier, señalando una calle cercana. Vin apenas pudo distinguir una fila de carros con barrotes que se dirigía hacia la plaza.

Dockson y Brisa salieron al tejado inclinado a través de una ventana. Kelsier se quedó donde estaba, al borde, contemplando los carros de prisioneros.

—Kel —advirtió Ham—. ¿En qué estás pensando?

—Todavía estamos a cierta distancia de la plaza —respondió él lentamente—. Y los inquisidores no viajan con los prisioneros: vendrán desde palacio, como la última vez. No puede haber más de un centenar de soldados vigilando a esa gente.

—Cien hombres son bastantes, Kel.

Kelsier no pareció oír las palabras de Ham. Dio otro paso adelante y se encaramó al borde del tejado.

—Puedo detener esto... Puedo salvarlos.

Vin se colocó junto a él.

—Kel, es posible que no haya muchos guardias con los prisioneros, pero la plaza de la fuente está a pocas manzanas de distancia. ¡Está repleta de soldados, por no mencionar a los inquisidores!

Ham, inesperadamente, no la apoyó. Se dio media vuelta para mirar a Dockson y Brisa. Dox vaciló, luego se encogió significativamente de hombros.

—¿Estáis todos locos? —preguntó Vin.

—Espera un momento —dijo Brisa, entornando los ojos—. No soy ningún ojo de estaño, pero ¿no os parece que esos prisioneros van un poco demasiado bien vestidos?

Kelsier se quedó quieto, luego maldijo. Sin avisar, saltó del tejado y echó a correr por la calle de abajo.

—¡Kel! —llamó Vin—. ¿Qué...?

Entonces calló, alzó la vista a la roja luz del sol y contempló la lenta procesión de carros. Sus ojos amplificados por el estaño le permitieron reconocer a alguien sentado en la parte delantera de uno de ellos.

Fantasma.

—KESIER, ¿QUÉ ESTÁ PASANDO? —preguntó Vin, corriendo tras él calle abajo.

Él frenó un poco el ritmo.

—He visto a Renoux y Fantasma en el primer carro. El Ministerio debe de haber atacado el convoy de Renoux... La gente de esas jaulas son los criados, el personal y los guardias que contratamos para que trabajaran en la mansión.

El convoy... pensó Vin. El Ministerio debe de saber que Renoux era un fraude. Marsh confesó después de todo.

Tras ellos, Ham salió del edificio. Brisa y Dox tardaron más en llegar.

—¡Tenemos que actuar rápido! —dijo Kelsier, avivando de nuevo el paso.

—¡Kel! —Vin lo agarró por el brazo—. Kelsier, no puedes salvarlos. Están demasiado bien vigilados y es de día. ¡Solo conseguirás que te maten!

Él se detuvo y se dio media vuelta. La miró a los ojos, decepcionado.

—No comprendes nada de todo esto, ¿verdad, Vin? Nunca lo has hecho. Te dejé detenerme una vez antes, en la colina, junto al campo de batalla. Pero esta vez no. Esta vez puedo hacer algo.

—Pero...

Él se soltó el brazo.

—Todavía tienes que aprender algunas cosas sobre la amistad, Vin. Espero que algún día te des cuenta de cuáles son.

Entonces echó a correr en dirección a los carros. Ham adelantó a Vin, corriendo en una dirección distinta, abriéndose paso entre los skaa que confluían hacia la plaza.

Vin se quedó allí plantada unos momentos, estúpidamente, sintiendo la ceniza caer. Dockson la alcanzó.

—Es una locura —murmuró—. No podemos hacer esto, Dox. No somos invencibles.

Dockson hizo una mueca.

—Tampoco estamos indefensos.

Brisa los alcanzó resoplando y señaló una calle lateral.

—Allí. Tengo que conseguir un sitio desde donde pueda ver a los soldados.

Vin los siguió, sintiendo de pronto que su vergüenza se mezclaba con su preocupación.

Kelsier...

KELSIER ARROJÓ AL SUELO UN par de frasquitos vacíos después de ingerir su contenido. Los frascos chispearon en el aire junto a él, cayeron y se hicieron añicos contra los adoquines. Se lanzó hacia un último callejón y echó a correr por una calle extrañamente vacía.

Los carros de prisioneros rodaban hacia él mientras entraban en una placita formada por la intersección de dos calles. Los vehículos tenían barrotes y estaban repletos de personas que ya resultaban claramente familiares: criados, soldados, sirvientes... Algunos eran rebeldes, pero muchos eran solo personas normales. Ninguno de ellos se merecía la muerte.

Demasiados skaa han muerto ya, pensó Kelsier, avivando sus metales. *Cientos. Miles. Cientos de miles.*

Hoy no. No más.

Lanzó una moneda y saltó, impulsándose por los aires en un amplio arco. Los soldados levantaron la cabeza, señalando. Kelsier aterrizó directamente entre ellos.

Hubo un momento de silencio mientras los soldados se volvían, sorprendidos. Kelsier se agazapó entre ellos. Del cielo caían trozos de ceniza.

Entonces empujó.

Avivó acero con un alarido, se irguió y empujó hacia fuera. El estallido de poder alomántico empujó a los soldados por sus petos, lanzó a una docena de hombres por los aires e hizo que se estrellaran contra sus compañeros y contra las paredes.

Los hombres gritaron. Kelsier giró, empujó contra un grupo de soldados y voló hacia un carro de prisioneros. Avivando su peltre, chocó contra él y agarró con las manos la puerta de metal.

Los prisioneros retrocedieron, sorprendidos. Kelsier soltó la puerta con un estallido de poder amplificado por el peltre y luego la lanzó contra un grupo de soldados que se acercaba.

—¡Salid! —les dijo a los prisioneros.

Saltó del carro y aterrizó en la calle. Giró.

Y se encontró cara a cara con una alta figura ataviada con una túnica marrón. Kelsier vaciló, retrocediendo mientras la alta figura se bajaba la capucha y revelaba un par de ojos atravesados por clavos.

El inquisidor sonrió y Kelsier oyó pasos acercándose por los callejones laterales. Docenas. Cientos.

—¡MALDICIÓN! —EXCLAMÓ BRISA MIENTRAS los soldados inundaban la plaza.

Dockson empujó a Brisa hacia un callejón. Vin los siguió, agazapándose en las sombras, mientras oía a los soldados gritar en las encrucijadas.

—¿Qué? —preguntó.

—¡Un inquisidor! —dijo Brisa, señalando la figura con la túnica que se alzaba ante Kelsier.

—¿Qué? —dijo Dockson, poniéndose de pie.

Es una trampa, advirtió Vin con horror. Los soldados empezaban a confluir hacia la plaza, saliendo de ocultas callejas laterales.

¡Kelsier, sal de ahí!

KELSIER SE IMPULSÓ EN UN guardia caído, lanzándose de espaldas en una voltereta por encima de uno de los carros de prisioneros. Aterrizó agazapado, observó los nuevos escuadrones de soldados. Muchos de ellos llevaban bastones, sin armadura. Mataneblinos.

El inquisidor se empujó por el aire lleno de ceniza y aterrizó con un golpe ante Kelsier. La criatura sonrió.

Es el mismo hombre. El inquisidor de antes.

—¿Dónde está la chica? —dijo tranquilamente la criatura.

Kelsier ignoró la pregunta.

—¿Por qué solo uno de vosotros? —exigió saber.

La sonrisa de la criatura aumentó.

—Yo gané el sorteo.

Kelsier avivó peltre y se escoró hacia un lado mientras el inquisidor sacaba un par de hachas de obsidiana. La plaza se estaba llenando rápidamente de soldados. En el interior de los carros oyó gritar a la gente.

—¡Kelsier! ¡Lord Kelsier! ¡Por favor!

Kelsier maldijo en voz baja mientras el inquisidor se cernía sobre él. Tiró contra uno de los carros todavía llenos y se abalanzó por los aires sobre un grupo de soldados. Aterrizó, luego corrió hacia el carro, pretendiendo liberar a sus ocupantes. Sin embargo, cuando ya llegaba, el carro se estremeció. Kelsier alzó la mirada justo a tiempo de ver a un monstruo de ojos de acero sonriéndole desde el techo del vehículo.

Kelsier se lanzó hacia atrás, sintiendo el viento del golpe del hacha junto a su cabeza. Aterrizó ágilmente, pero de inmediato tuvo que saltar a un lado para esquivar el ataque de un grupo de soldados. Mientras tomaba tierra tiró contra uno de los carros para anclarse y de la puerta de hierro que había arrojado antes. La puerta de barrotes voló por los aires y chocó contra el escuadrón de soldados.

El inquisidor atacó desde atrás, pero Kelsier se apartó de un salto. La puerta, todavía dando tumbos, resbalaba por el suelo y, cuando pasó por encima de ella, Kelsier empujó, lanzándose al aire.

Vin tenía razón, pensó Kelsier, frustrado. Abajo, el inquisidor lo observaba, siguiéndolo con sus ojos antinaturales. *No debería haber hecho esto*. Un grupo de soldados rodeaba a los skaa que había liberado.

Debería correr... tratar de despistar al inquisidor. Lo he hecho antes.

Pero... no podía. No lo haría, no esta vez. Había transigido demasiadas veces. Aunque le costara todo lo demás, *tenía* que liberar a esos prisioneros.

Y, entonces, cuando empezaba a caer, vio a un grupo de hombres correr hacia las encrucijadas. Llevaban armas, pero no uniforme. A la cabeza corría una figura familiar.

¡Ham! Así que ahí es adonde fuiste.

—**¿QUÉ PASA?** —PREGUNTÓ VIN ansiosamente, poniéndose de puntillas para ver la plaza. En alto, la figura de Kelsier se abalanzaba hacia la lucha, la capa oscura ondeando a su espalda.

—**¡Es una de nuestras unidades de soldados!** —dijo Dockson—. Ham debe de haberlos ido a buscar.

—**¿Cuántos?**

—Formaban grupos de un par de centenares.

—Entonces estarán en desventaja numérica.

Dockson asintió.

Vin se puso en pie.

—Voy para allá.

—**No** —dijo Dockson firmemente, agarrándola por la capa y haciéndola retroceder—. No quiero que se repita lo que te ocurrió la última vez que te enfrentaste a uno de esos monstruos.

—**Pero...**

—Kelsier lo hará bien —dijo Dockson—. Tratará de ganar tiempo para que Ham libere a los prisioneros y luego escapará. Observa.

Vin dio un paso atrás.

A su lado, Brisa murmuraba para sí.

—Sí, tienes miedo. Concentrémonos en eso. Olvida todo lo demás. Teme. Son un inquisidor y un nacido de la bruma luchando... No querrás entrometerte en *eso*...

Vin miró de nuevo hacia la plaza, donde vio a un soldado soltar su bastón y echar a correr. *Hay otras formas de luchar*, comprendió, arrodillándose junto a Brisa.

—¿Cómo puedo ayudar?

KELSIER HUYÓ DE NUEVO DEL inquisidor mientras la unidad de Ham se enfrentaba a los soldados imperiales y empezaba a abrirse paso hacia los carros de prisioneros. El ataque dividió la atención de los soldados, que parecieron muy contentos dejando a Kelsier y el inquisidor librarse su solitaria batalla.

A un lado, Kelsier vio a los skaa que empezaban a ocupar las calles alrededor de la placita, pues la lucha llamaba la atención de los que esperaban en la plaza de la fuente. Vio otros escuadrones de guardias imperiales tratando de abrirse paso hacia la lucha, pero los miles de skaa que abarrotaban las calles dificultaban seriamente su avance.

El inquisidor atacó y Kelsier esquivó. La criatura empezaba a frustrarse. A un lado, un grupito de hombres de Ham llegó a uno de los carros y rompió el candado, liberando a los prisioneros. El resto de los hombres de Ham mantuvo ocupados a los soldados mientras los prisioneros escapaban.

Kelsier sonrió, mirando al molesto inquisidor. La criatura gruñó.

—¡Valette! —gritó una voz.

Kelsier se volvió, sorprendido. Un noble bien vestido se abría paso entre los soldados hacia el centro de la pelea. Llevaba un bastón de duelos y lo protegían dos fornidos guardaespaldas, pero sobre todo evitaba que lo hirieran porque ningún bando parecía seguro de querer golpear a un hombre de sangre noble.

—¡Valette! —gritó de nuevo Elend Venture. Se dirigió a uno de los soldados—. ¿Quién os ordenó atacar el convoy de la Casa Renoux? ¿Quién autorizó esto?

Magnífico, pensó Kelsier, sin dejar de controlar al inquisidor. La criatura miró a Kelsier con expresión odiosa y retorcida.

Sigue odiándome, pensó Kelsier. *Solo tengo que aguantar lo suficiente para que Ham libere a los prisioneros. Luego, podré evitarte.*

El inquisidor descargó un golpe y decapitó a un criado que huía al pasar.

—¡No! —gritó Kelsier mientras el cadáver caía a los pies del inquisidor.

La criatura atrapó a otra víctima y alzó su hacha.

—¡Muy bien! —dijo Kelsier, avanzando, sacando un par de frasquitos de su bolsa—. Muy bien. ¿Quieres luchar conmigo? ¡Vamos!

La criatura sonrió, empujó a un lado a la mujer capturada y avanzó hacia Kelsier.

Kelsier descorchó los dos frascos y los apuró a la vez, luego los arrojó al suelo. Los metales ardieron en su pecho, junto a su furia. Su hermano, muerto. Su esposa, muerta. Familia, amigos y héroes. Todos muertos.

¿Quieres que busque venganza?, pensó. ¡Bien, la tendrás!

Kelsier se detuvo a unos pocos pasos del inquisidor. Con los puños cerrados, avivó su acero en un enorme empujón. A su alrededor, la gente fue impulsada hacia atrás por sus metales al ser golpeada por una espantosa e invisible oleada de poder. La plaza, repleta de soldados imperiales, prisioneros y rebeldes, abrió un pequeño hueco alrededor de Kelsier y el inquisidor.

—Adelante —dijo Kelsier.

Nunca quise ser temido.

Si lamento una cosa, es el temor que he causado. El miedo es la herramienta de los tiranos. Por desgracia, cuando el destino del mundo está en juego, usas las herramientas que tienes a mano.

34



HOMBRES MUERTOS Y MORIBUNDOS se desplomaron sobre el empedrado. Los skaa abarrotaban las calles. Los prisioneros gritaban, llamándolo por su nombre. El calor del sol rojizo quemaba.

Y del cielo caía ceniza.

Kelsier saltó hacia delante, avivando peltre y blandiendo sus dagas. Quemó atium, igual que el inquisidor: los dos debían de tener suficiente para un largo combate.

Kelsier golpeó dos veces en el aire caliente, atacando al inquisidor, los brazos convertidos en un borrón. La criatura esquivó entre un loco vértice de sombras de atium, luego descargó un hachazo.

Kelsier saltó. El peltre prestó a su salto una altura inhumana y pasó por encima del arma. Empujó contra un grupo de soldados que había tras él, lanzándose hacia delante. Plantó ambos pies en la cara del inquisidor y golpeó, dando una voltereta hacia atrás en el aire.

El inquisidor se tambaleó. Mientras Kelsier caía, tiró de un soldado, lanzándose hacia atrás. El soldado salió despedido por la fuerza del tirón de hierro y se precipitó hacia Kelsier. Ambos hombres volaron por el aire.

Kelsier avivó hierro, tiró contra un grupo de soldados situados a su derecha mientras seguía haciéndolo de aquel otro soldado. El resultado fue un giro. Kelsier voló de lado y el soldado (sujeto como por un cable al cuerpo de Kelsier), trazó un amplio arco como una bola en el extremo de una cadena.

El desgraciado soldado chocó contra el inquisidor y ambos cayeron contra los barrotes de un carro vacío.

El soldado quedó inconsciente en el suelo. El inquisidor rebotó en la jaula de hierro y cayó al suelo a cuatro patas. Un reguero de sangre corrió por el rostro de la criatura, cruzando los tatuajes de sus ojos, pero alzó la cabeza, sonriendo. No parecía afectado en lo más mínimo mientras se ponía en pie.

Kelsier aterrizó, maldiciéndose por lo bajo.

Con un increíble estallido de velocidad, el inquisidor agarró el carro vacío por un par de barrotes y lo arrancó de las ruedas.

¡Demonios!

La criatura giró y arrojó la enorme jaula de hierro hacia Kelsier, que estaba a muy poca distancia. No había tiempo de esquivar. Un edificio se alzaba justo detrás de Kelsier: de empujarse hacia atrás, quedaría aplastado.

La jaula se precipitó hacia él, así que saltó usando un empujón de acero para guiar su cuerpo a través de la puerta abierta de la jaula que giraba. Se retorció dentro de la celda, empujando hacia fuera en todas direcciones, manteniéndose en el centro exacto de la jaula metálica mientras esta topaba contra la pared y rebotaba.

La jaula rodó y comenzó a deslizarse por el suelo. Kelsier se dejó caer y aterrizó en la parte inferior del techo mientras la jaula se detenía lentamente. A través de los barrotes, pudo ver al inquisidor que lo miraba entre un mar de soldados luchando, su cuerpo rodeado por una retorcida nube en movimiento de imágenes de atium. El inquisidor le hizo a Kelsier un gesto con la cabeza en señal de respeto.

Kelsier empujó con un grito, avivando peltre para no aplastarse. La jaula explotó, la parte superior de metal salió despedida por los aires, los barrotes sueltos en todas direcciones. Kelsier tiró de los que tenía detrás y empujó los que tenía delante, enviando un río de metal disparado contra el inquisidor.

La criatura alzó una mano, desviando diestramente los enormes proyectiles. Kelsier, sin embargo, siguió los barrotes con su propio cuerpo, disparándose hacia el inquisidor con un empujón de acero. El inquisidor se impulsó hacia un lado, usando un desgraciado soldado como anclaje. El hombre gritó al verse arrancado del combate, pero su grito se apagó cuando el inquisidor saltó, empujó contra él, y lo aplastó contra el suelo.

El inquisidor se lanzó al aire. Kelsier frenó con un empujón contra un grupo de soldados, siguiendo a su enemigo. Tras él, la parte superior de la

jaula chocaba contra el suelo, arrancando lascas de piedra. Kelsier se lanzó contra ella y surcó el aire detrás del inquisidor.

Copos de ceniza pasaron a su lado. Delante, el inquisidor se volvió, tirando de algo que había abajo. La criatura cambió de dirección inmediatamente para lanzarse contra Kelsier.

Choque de frente. Mala idea para un tipo sin clavos en la cabeza. Kelsier tiró frenéticamente de un soldado, lanzándose hacia abajo mientras el inquisidor pasaba en diagonal por encima. Avivó peltre y chocó contra el soldado del que había tirado. Los dos giraron en el aire. Por fortuna, el soldado no era uno de los de Ham.

—Lo siento, amigo —dijo Kelsier, empujándose a un lado.

El soldado salió disparado y acabó por precipitarse contra un edificio mientras Kelsier lo usaba para volar sobre el campo de batalla. Debajo, el principal escuadrón de Ham había llegado por fin al último carro de prisioneros. Por desgracia, varios grupos más de soldados imperiales se habían abierto paso entre los asombrados skaa. Uno de ellos era de arqueros armados con flechas con punta de obsidiana.

Kelsier maldijo, dejándose caer. Los arqueros se prepararon para disparar contra la multitud que combatía. Matarían a algunos de sus propios soldados, pero el grueso del ataque lo soportarían los prisioneros que huían.

Kelsier cayó al suelo de adoquines. Moviendo la mano a un lado, tiró de algunos barrotes caídos de la jaula que había destruido. Volaron hacia él.

Los arqueros apuntaron. Pero Kelsier pudo ver sus sombras de atium. Soltó los barrotes y se empujó a un lado levemente, permitiendo que volaran entre los arqueros y los prisioneros que huían.

Los arqueros dispararon.

Kelsier agarró los barrotes, avivando a la vez hierro y acero, empujó contra una punta de cada barrote y tiró de la punta opuesta. Los barrotes salieron proyectados e inmediatamente empezaron a girar como molinos de viento enloquecidos. La mayoría de las flechas en vuelo fueron desviadas por las barras de hierro giratorias.

Los barrotes cayeron al suelo entre las flechas dispersas. Los arqueros se levantaron, estupefactos, mientras Kelsier saltaba de nuevo a un lado y luego daba un leve tirón a los barrotes y los hacía saltar por el aire ante sí. Empujó, enviándolos contra los arqueros. Se dio la vuelta mientras los hombres gritaban y morían, buscando con la mirada a su verdadero enemigo.

¿Dónde se esconde esa criatura?

Contempló una escena caótica. Hombres que luchaban, corrían, huían y morían... cada uno con una profética sombra de atium visible para Kelsier. En aquel caso, sin embargo, las sombras duplicaban el número de personas que se movían en el campo de batalla y solo servían para aumentar la sensación de confusión.

Llegaban más y más soldados. Muchos de los hombres de Ham habían caído, la mayoría se retiraba: por fortuna, bastaba con que se quitaran la armadura y se mezclaran con los grupos de skaa. A Kelsier le preocupaba más el último carro de prisioneros, donde iban Renoux y Fantasma. La trayectoria del grupo de Ham en la batalla lo había hecho recorrer la fila de carros de atrás hacia delante. Tratar de llegar primero a Renoux habría requerido pasar de largo los otros cinco carros, dejando a sus reclusos todavía atrapados.

Ham obviamente no pretendía marcharse hasta que Fantasma y Renoux estuvieran libres. Y, donde Ham luchaba, los soldados rebeldes aguantaban. Había un motivo por el que los brazos de peltre eran llamados también violentos: no había ninguna sutileza en su forma de luchar, ningún astuto tirón de hierro ni empujón de acero. Ham se limitaba a atacar con velocidad y fuerza bruta, apartando de su camino a los soldados enemigos, arrasando sus filas, guiando a sus cincuenta hombres hacia el último carro de prisioneros. Cuando lo alcanzaron, Ham se dio la vuelta para enfrentarse a un equipo de soldados enemigos mientras uno de sus hombres rompía el candado del carro.

Kelsier sonrió con orgullo, buscando todavía al inquisidor. Sus hombres eran pocos, pero los soldados enemigos parecían visiblemente inquietos por la determinación de los skaa. Los hombres de Kelsier luchaban con pasión: a pesar de sus numerosos defectos, todavía tenían una ventaja.

Esto es lo que sucede cuando por fin los convences para que luchen. Esto es lo que se oculta dentro de todos ellos. Solo que es difícil liberarlo...

Renoux salió del carro y se hizo a un lado viendo cómo sus criados escapaban de la jaula. De repente, una figura bien vestida surgió de la turba y agarró a Renoux por la camisa.

—¿Dónde está Valette? —exigió saber Elend Venture; su voz desesperada llegó a los sentidos amplificados por el estaño de Kelsier—. ¿En qué jaula estaba?

Chaval, estás empezando a molestarme de verdad, pensó Kelsier, empujándose a través de los soldados que corrían hacia el carro.

El inquisidor apareció, saltando detrás de un grupo de soldados.

Aterrizó en el techo de la jaula, que se estremeció, con un hacha de obsidiana agarrada en cada mano como una garra. La criatura miró a Kelsier a los ojos y sonrió, luego saltó de la jaula y enterró un hacha en la espalda de Renoux.

El kandra se estremeció, los ojos muy abiertos. Despues, el inquisidor se giró hacia Elend. Kelsier no estaba seguro de que la criatura hubiera reconocido al muchacho. Tal vez el inquisidor pensaba que era miembro de la familia de Renoux. Tal vez no le importaba.

Kelsier vaciló solo un instante.

El inquisidor alzó el hacha para golpear.

Ella lo ama.

Kelsier avivó acero en su interior, lo agitó, inflamándolo hasta que su pecho ardió como los mismos Montes de Ceniza. Se empujó contra los soldados que tenía detrás, enviando a docenas de ellos al suelo, y se dirigió veloz hacia el inquisidor. Chocó contra la criatura cuando empezaba a descargar el golpe.

El hacha perdida recorrió unos pasos tintineando contra las piedras. Kelsier agarró al inquisidor por el cuello mientras los dos golpeaban el suelo; entonces empezó a apretar con los músculos amplificados por el peltre. El inquisidor sujetó las manos de Kelsier, intentando desesperadamente separarlas.

Marsh tenía razón, pensó Kelsier a través del caos. *Teme por su vida. Se le puede matar.*

El inquisidor jadeó, los clavos de metal que sobresalían de sus ojos apenas a unas pulgadas del rostro de Kelsier. A su lado, Kelsier vio retroceder a Elend Venture.

—¡La chica se encuentra bien! —dijo Kelsier, entre dientes apretados—. ¡No estaba en la barcaza de Renoux! ¡Vete!

Elend vaciló, entonces apareció por fin uno de sus guardaespaldas. El muchacho dejó que se lo llevara.

No puedo creer que acabo de salvar a un noble, pensó Kelsier, esforzándose por estrangular al inquisidor. *Será mejor que lo aprecies, muchacha.*

Lentamente, hinchando los músculos, el inquisidor obligó a Kelsier a separar las manos. La criatura volvió a sonreír de nuevo.

¡Son tan fuertes!

El inquisidor empujó a Kelsier hacia atrás, luego tiró contra un soldado para deslizarse sobre el empedrado. Golpeó un cadáver y dio una voltereta

hacia atrás hasta caer de pie. Tenía el cuello rojo por la tenaza de Kelsier y trozos de carne arrancados por sus uñas, pero seguía sonriendo.

Kelsier empujó contra un soldado, dando también una voltereta. A su lado, vio a Renoux apoyado contra el carro. Kelsier miró al kandra a los ojos y asintió levemente.

Renoux cayó al suelo con un suspiro, el hacha clavada en la espalda.

—¡Kelsier! —gritó Ham por encima de la multitud.

—¡Márchate! —le dijo Kelsier—. Renoux está muerto.

Ham miró el cuerpo de Renoux, luego asintió. Se volvió hacia sus hombres y les dio una orden.

—Superviviente —susurró una voz.

Kelsier se giró. El inquisidor avanzaba, inflamado por el poder del peltre, rodeado por una neblina de sombras de atium.

—Superviviente de Hathsin —dijo—. Me prometiste una pelea. ¿He de matar a más skaa?

Kelsier avivó sus metales.

—Nunca he dicho que hubiéramos terminado —dijo. Sonrió. Estaba preocupado, dolorido, pero también entusiasmado. Toda su vida una parte de él había deseado plantarse y combatir.

Siempre había querido ver si podía vencer a un inquisidor.

VIN SE IRGUIÓ, DESESPERADA, esforzándose por ver por encima de la multitud.

—¿Qué? —preguntó Dockson.

—¡Me ha parecido ver a Elend!

—¿Aquí? Eso suena un poco ridículo, ¿no te parece?

Vin se ruborizó. *Probablemente*.

—De todas formas, voy a intentar echar un buen vistazo.

—Ten cuidado —dijo Dox, mientras ella se dirigía callejón arriba—. Si ese inquisidor te ve...

Vin asintió, mientras subía por la pared. Cuando estuvo lo bastante alto, escrutó el cruce en busca de caras familiares. Dockson tenía razón: no se veía a Elend por ninguna parte. Uno de los carros, el que el inquisidor había destrozado, yacía de costado. Los caballos se encabritaban, atrapados entre la lucha y la multitud de skaa.

—¿Qué ves? —preguntó Dox.

—¡Renoux ha caído! —dijo Vin, entornando los ojos y quemando estaño —. Parece que por un hachazo en la espalda.

—Puede que sea o no sea fatal para él —dijo Dockson de manera algo críptica—. No sé mucho sobre los kandra.

—*Los kandra*?

—¿Y los prisioneros?

—Todos están libres —contestó Vin—. Las jaulas están vacías. ¡Dox, hay un *montón* de skaa ahí fuera!

Parecía que todos los que estaban en la plaza de la fuente habían corrido a ese cruce. La zona formaba una pequeña depresión y Vin veía a miles de skaa en las calles y extendiéndose en todas direcciones.

—¡Ham está libre! —dijo Vin—. ¡No lo veo, vivo ni muerto, por ninguna parte! Fantasma también se ha escapado.

—¿Y Kel? —preguntó Dockson ansiosamente.

Vin respiró profundamente.

—Sigue luchando contra el inquisidor.

KELSIER AVIVÓ SU PELTRE, golpeando al inquisidor, cuidando de evitar los planos discos de metal que asomaban de sus ojos. La criatura se tambaleó y Kelsier enterró el puño en su estómago. El inquisidor gruñó y abofeteó a Kelsier en la cara, derribándolo de un solo golpe.

Kelsier sacudió la cabeza. *¿Qué hace falta para matar a esta cosa?*, pensó, empujándose para ponerse en pie y retrocediendo.

El inquisidor avanzó. Algunos de los soldados intentaban buscar a Ham y sus hombres entre la multitud, pero muchos se quedaron quietos. Una batalla entre dos poderosos alomantes era algo de lo que se hablaba en susurros pero que nunca se había visto. Los soldados y los campesinos se quedaron allí boquiabiertos, contemplando asombrados la batalla.

Es más fuerte que yo, reconoció Kelsier, mirando al inquisidor con cautela. *Pero la fuerza no lo es todo*.

Kelsier se hizo con pequeñas fuentes de metal y las arrancó de un tirón de sus dueños: yelmos, hermosas espadas de acero, monederos, dagas. Las lanzó contra el inquisidor, manipulando con cuidado empujones de acero y tirones de hierro, y manteniendo su atium ardiendo para que cada pieza que controlaba tuviera una multitud de imágenes de atium en abanico ante los ojos del inquisidor.

La criatura maldijo entre dientes mientras desviaba el enjambre de piezas de metal. Kelsier, sin embargo, usó los propios empujones del inquisidor, tirando de cada pieza y haciéndolas girar alrededor de la criatura. El inquisidor empujó hacia fuera todas las piezas a la vez, y Kelsier las soltó. Sin embargo, en cuanto el inquisidor dejó de empujar, Kelsier tiró de sus armas, recuperándolas.

Los soldados imperiales formaban un corro, observando con cautela. Kelsier los usó, empujando contra los petos, lanzándose adelante y atrás en el aire. Los rápidos cambios de posición le permitían moverse constantemente, desorientando al inquisidor, y empujar sus distintas piezas voladoras de metal donde las quería.

—ÉCHALE UN OJO A LA hebilla de mi cinturón —pidió Dockson, tambaleándose levemente mientras se agarraba a los ladrillos, junto a Vin—. Si me caigo, dame un tirón para detener la caída, ¿eh?

Vin asintió, pero no le estaba prestando mucha atención a Dox. Estaba mirando a Kelsier.

—¡Es increíble!

Kelsier saltaba de un lado a otro en el aire y sus pies no llegaban nunca a tocar el suelo. Trozos de metal zumbaban a su alrededor, respondiendo a sus empujones y tirones. Los controlaba con tanta habilidad que podría haberse pensado que eran seres vivos. El inquisidor los apartaba con furia, pero obviamente tenía problemas para seguir la cuenta de todos.

Subestimé a Kelsier, pensó Vin. Supuse que tenía menos habilidad que los brumosos porque abarcaba demasiadas cosas. Pero no era así. Esta. Esta es su especialidad: empujar y tirar con control experto.

Y el hierro y el acero son los metales en los que se entrenó personalmente. Tal vez lo ha sabido siempre.

KELSIER GIRABA Y VOLABA EN medio de un remolino de metal. Cada vez que algo golpeaba el suelo, lo volvía a levantar. Las piezas volaban en línea recta, pero él seguía moviéndose, empujándose alrededor, manteniéndolas en el aire, disparándolas periódicamente contra el inquisidor.

La criatura giraba, confusa. Trató de empujarse hacia arriba, pero Kelsier disparó varias piezas de metal más grandes por encima de la cabeza de su

contrincante, que tuvo que empujar contra ellas interrumpiendo su salto.

Una barra de hierro golpeó al inquisidor en la cara.

La criatura se tambaleó, con los tatuajes ensangrentados. Un casco de acero lo golpeó en el costado, empujándolo hacia atrás.

Kelsier empezó a lanzar rápidamente piezas de metal, sintiendo que su ira y su furia aumentaban.

—¿Fuiste tú el que mató a Marsh? —gritó, sin molestarte en esperar una respuesta—. ¿Estabas ahí cuando me condenaron hace años?

El inquisidor alzó una mano protectora, empujando el siguiente enjambre de metales para desviarlos. Cojeó hacia atrás, apoyando la espalda en el carro de metal volcado.

Kelsier oyó a la criatura gruñir y un súbito empujón de fuerza recorrió la multitud, derribando soldados y haciendo que las armas de metal de Kelsier se dispersaran.

Kelsier las dejó marchar. Se lanzó hacia delante, hacia el desorientado inquisidor, y empuñó una piedra suelta del suelo.

Mientras la criatura se volvía hacia él, Kelsier gritó y descargó un golpe con la piedra, su fuerza aumentada más por la ira que por el peltre.

Golpeó al inquisidor entre los ojos. La cabeza de la criatura se echó hacia atrás y chocó contra el fondo del carro volcado. Kelsier golpeó de nuevo, chillando, descargando una y otra vez su pedrusco contra la cara del inquisidor, que aulló de dolor, extendiendo sus manos como garras hacia Kelsier, como dispuesto a saltar hacia delante. Entonces, súbitamente, se quedó quieto. Su cráneo chocó contra la madera del carro. Las puntas de los clavos que asomaban de su nuca habían quedado clavadas en la madera por el ataque de Kelsier.

Kelsier sonrió mientras la criatura gritaba de rabia, esforzándose por soltar la cabeza de la madera. Kelsier se volvió a un lado, buscando algo que había visto en el suelo unos momentos antes. Le dio una patada a un cadáver y recogió del suelo la hacha de obsidiana. La hoja de piedra toscamente afilada brillaba bajo el sol rojo.

—Me alegro de que me convencieras para hacer esto —dijo tranquilamente. Luego descargó un golpe con ambas manos, clavando la hacha en el cuello del inquisidor y la madera de detrás.

El cuerpo de la criatura se desplomó sobre el empedrado. La cabeza permaneció donde estaba, mirando con sus ojos escalofriantes, antinaturales y tatuados, clavada a la madera por sus propios clavos.

Kelsier se volvió hacia la multitud, sintiéndose de pronto increíblemente cansado. Le dolía el cuerpo por docenas de cortes y magulladuras, y ni siquiera sabía cuándo se le había caído la capa. Sin embargo, se enfrentó retador a los soldados, los brazos llenos de cicatrices claramente visibles.

—¡El Superviviente de Hathsin! —susurró uno.

—Ha matado a un inquisidor... —dijo otro.

Y, entonces, empezó el cántico. Los skaa de las calles cercanas empezaron a gritar su nombre. Los soldados miraron alrededor, advirtiendo con horror que estaban rodeados. Los campesinos avanzaron y Kelsier captó su ira y su esperanza.

Tal vez esto no tenga que salir como había supuesto, pensó Kelsier, triunfante. *Tal vez no tengo que...*

Entonces golpeó. Como una nube ante el sol, como una súbita tormenta en una noche tranquila, como un par de dedos apagando una vela. Una mano opresiva sofocó las emociones skaa acumuladas. La gente vaciló y los gritos murieron. El fuego que Kelsier había encendido en ellos era demasiado nuevo.

Tan cerca... pensó.

Ante ellos, un carro negro remontó la cuesta y empezó a bajar desde la plaza de la fuente.

El lord Legislador había llegado.

VIN ESTUVO A PUNTO DE perder su asidero cuando la oleada de depresión la alcanzó. Avivó su cobre, pero, como siempre, aún alcanzaba a notar el abrumador aplacamiento.

—¡El lord Legislador! —dijo Dockson, aunque Vin no supo si era una observación o una maldición.

Los skaa que se habían congregado para ver la batalla de algún modo consiguieron dejar sitio al oscuro carro, que recorrió un pasillo de gente hacia la plaza sembrada de cadáveres.

Los soldados retrocedieron y Kelsier se apartó del carro volcado, disponiéndose a enfrentarse al carro que se acercaba.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Vin, volviéndose hacia Dockson, que se había aupado a un pequeño saliente—. ¿Por qué no escapa? ¡No es un inquisidor... no es algo contra lo que se pueda luchar!

—Ya está, Vin —dijo Dockson, asombrado—. Esto es lo que ha estado esperando. Una oportunidad para enfrentarse al lord Legislador... Una

oportunidad para demostrar esas leyendas suyas.

Vin se volvió hacia la plaza. El carro se había detenido.

—Pero... —dijo en voz baja—. El undécimo metal. ¿Lo ha traído?

—Debe de haberlo hecho.

Kelsier siempre había dicho que el lord Legislador era su tarea, pensó Vin. *Dejó que los demás nos encargáramos de la nobleza, la Guarnición y el Ministerio. Pero esto... Kelsier siempre planeó hacer esto personalmente.*

El lord Legislador bajó de su carro y Vin se inclinó hacia delante, quemando estío. Parecía...

Un hombre.

Iba vestido con un uniforme blanco y negro similar a los trajes de los nobles, pero mucho más exagerado. La casaca le llegaba hasta los pies y lo seguía al andar. Su chaleco no era de colores, sino de un negro puro, aunque acentuado por brillantes marcas blancas. Como Vin había oído, sus dedos estaban cuajados de anillos, el símbolo de su poder.

Soy mucho más fuerte que vosotros, proclamaban los anillos. Tanto, que no importa que lleve metal.

Guapo, con el pelo muy negro y la piel pálida, el lord Legislador era alto, delgado, confiado. Y era joven... Más joven de lo que Vin había esperado, incluso más joven que Kelsier. Cruzó la plaza, evitando cadáveres, mientras sus soldados espantaban a los skaa.

De repente, un grupito de figuras se abrió paso entre las filas de soldados. Llevaban las armaduras variopintas de los rebeldes, y un hombre que los dirigía parecía levemente familiar. Era uno de los violentos de Ham.

—¡Por mi esposa! —dijo el violento, alzando una lanza y atacando.

—¡Por lord Kelsier! —gritaron los otros cuatro.

Ay, no... pensó Vin.

Sin embargo, el lord Legislador los ignoró. El cabecilla rebelde lanzó un grito de desafío y luego le clavó su lanza en el pecho.

El lord Legislador continuó andando, dejando atrás al soldado, con la lanza sobresaliéndole del cuerpo.

El rebelde se lo quedó mirando, empuñó entonces la lanza de uno de sus amigos y se la clavó al lord Legislador en la espalda. De nuevo, el lord Legislador ignoró a los hombres... como si ellos, y sus armas, no merecieran ni siquiera su desprecio.

El líder rebelde retrocedió y luego se dio media vuelta mientras sus amigos empezaban a gritar bajo el hacha de un inquisidor. Él se reunió con ellos poco

después y el inquisidor se alzó sobre los cadáveres durante un momento, cortando alegremente.

El lord Legislador continuó avanzando, con las dos lanzas asomando de su cuerpo, ajeno a ellas. Kelsier lo esperó. Se le veía cansado con su ajada ropa skaa. Sin embargo, se mostró orgulloso. No se inclinó ni cedió ante el peso del poder aplacador del lord Legislador.

El lord Legislador se detuvo a unos pasos de distancia, y una de las lanzas casi tocó el pecho de Kelsier. Negra ceniza caía levemente alrededor de los dos hombres y algunos trozos revoloteaban en espiral con el leve viento. La plaza quedó sumida en un horrible silencio: incluso el inquisidor detuvo su terrible tarea. Vin se inclinó hacia delante, agarrándose precariamente a los ásperos ladrillos.

¡Haz algo, Kelsier! ¡Usa el metal!

El lord Legislador miró al inquisidor que Kelsier había matado.

—Esos son muy difíciles de reemplazar. —Su voz cargada de acento llegó fácilmente a los oídos amplificados por el estaño de Vin.

Incluso desde la distancia, vio a Kelsier sonreír.

—Te maté una vez —dijo el lord Legislador, volviéndose hacia Kelsier.

—Lo intentaste —replicó Kelsier. Su voz fuerte y firme se hizo oír en toda la plaza—. Pero no puedes matarme, lord Tirano. Represento aquello que *nunca* has podido matar, no importa cuánto lo hayas intentado. Yo soy la esperanza.

El lord Legislador bufó despectivo. Alzó un brazo y descargó como si tal cosa un revés tan poderoso a Kelsier que Vin oyó el impacto resonar en toda la plaza.

Kelsier se tambaleó y giró, chorreando sangre mientras caía.

—*¡NO!* —gritó Vin.

El lord Legislador se arrancó una de las lanzas del cuerpo y la clavó en el pecho de Kelsier.

—Que empiecen las ejecuciones —dijo, volviéndose hacia su carroaje y arrancándose la segunda lanza, que arrojó a un lado.

Se produjo el caos. Dirigidos por el inquisidor, los soldados se volvieron y atacaron a la multitud. Llegaron más inquisidores procedentes de la otra plaza cabalgando negros corceles, las hachas de ébano brillando a la luz de la tarde.

Vin lo ignoró todo.

—*¡Kelsier!* —gritó.

Su cuerpo yacía donde había caído, la lanza asomando en su pecho, en un charco escarlata.

No. No. ¡NO! Vin saltó del edificio, empujándose contra alguna gente y lanzándose por encima de la masacre. Aterrizó en el centro de la plaza extrañamente vacía: el lord Legislador se había marchado, los inquisidores estaban ocupados matando skaa. Corrió junto a Kelsier.

Casi no quedaba nada del lado izquierdo de su cara. El lado derecho, sin embargo... todavía sonreía levemente, el ojo muerto contemplando el cielo rojinegro. Copos de ceniza caían suavemente sobre su rostro.

—Kelsier... —dijo Vin, las lágrimas corriéndole por la cara.

Sondeó su cuerpo, buscándole el pulso. No lo había.

—¡Dijiste que no te podían matar! —gritó—. ¿Qué hay de tus planes? ¿Qué hay del undécimo metal? ¿Qué hay de mí?

Él no se movió. Vin no podía ver bien a través de las lágrimas. *Es imposible. Siempre dijo que no éramos invencibles... pero se refería a mí. No a él. No a Kelsier. Era invencible.*

Debería haberlo sido.

Alguien la agarró y ella se rebulló, llorando.

—Hora de irnos, niña —dijo Ham. Sus ojos examinaron a Kelsier por última vez, como para suprimir cualquier posible esperanza de que el cuerpo de su amigo todavía retuviera una chispa de vida.

Entonces se la llevó a la fuerza. Vin continuaba debatiéndose débilmente, pero se sentía aturdida. En el fondo de su mente oyó la voz de Reen.

—Ves? Te dije que te dejaría. Te lo advertí.

Te lo prometí...

FIN DE LA CUARTA PARTE

QUINTA PARTE
CREYENTES EN UN
MUNDO OLVIDADO

*Sé lo que sucederá si tomo la decisión equivocada. Debo ser fuerte; no he de quedarme el poder para mí.
Porque he visto lo que sucederá si lo hago.*

35



PARA TRABAJAR CONMIGO, había dicho Kelsier, *solo os pido que me prometáis una cosa: confiad en mí.*

Vin flotaba en la bruma, inmóvil. Fluía a su alrededor como un arroyo silencioso. Arriba, por delante, a los lados y debajo. Todo era bruma a su alrededor.

Confía en mí, Vin, había dicho él. Confiate lo suficiente para saltar desde lo alto de la muralla y te sostuve. Tendrás que confiar también en mí esta vez.

Te sostendré.

Te sostendré...

Era como si no estuviera en ninguna parte. Entre la bruma, *de* la bruma. Cómo la envidiaba. No pensaba. No se preocupaba.

No lastimaba.

Confié en ti, Kelsier, pensó. Confié de verdad... pero me dejaste caer. Prometiste que en tus bandas no había traiciones. ¿Y qué es esto? ¿Qué hay de tu traición?

Flotaba, el extraño apagado para ver mejor las brumas. Eran levemente húmedas, frías contra su piel. Como las lágrimas de un hombre muerto.

¿Qué importa ya?, pensó, alzando la cabeza. ¿Qué importa nada? ¿Qué fue lo que me dijiste, Kelsier? ¿Que yo nunca comprendía? ¿Que todavía tenía que aprender lo que era la amistad? ¿Y tú? Ni siquiera te enfrentaste a él.

Lo vio de nuevo en su mente. El lord Legislador lo derribaba con un golpe despectivo. El Superviviente había muerto como cualquier otro hombre.

¿Por eso vacilaste tanto cuando me prometiste que no me abandonarías?

Deseó poder... marcharse. Flotar. Convertirse en bruma. Una vez había deseado la libertad... y luego había supuesto que la había encontrado. Se equivocaba. Eso no era la libertad, esa pena, ese agujero en su interior.

Igual que cuando Reen la abandonó. ¿Cuál era la diferencia? Al menos Reen había sido sincero. Siempre había prometido que se marcharía. Kelsier la había guiado, diciéndole que confiara y amara, pero Reen siempre había sido el sincero.

—Ya no quiero esto —les susurró a las brumas—. ¿No podéis llevarme?

Las brumas no respondieron. Continuaron girando juguetonas, despreocupadas. Siempre cambiantes y, sin embargo, invariables.

—¿Señora? —llamó una voz insegura desde abajo—. Señora, ¿estás ahí arriba?

Vin suspiró, quemando estaño, y luego apagó el acero y se dejó caer. Su capa aleteó mientras descendía entre las brumas; aterrizó suavemente en el tejado, sobre el refugio. Sazed estaba cerca, junto a la escalerilla de acero que los vigías usaban para subir al terrado del edificio.

—¿Sí, Saz? —preguntó cansada, y recogió de un tirón las tres monedas que había estado usando como anclaje para estabilizarse, como las patas de un trípode. Una de ellas estaba doblada y retorcida: la misma moneda que Kelsier y ella habían usado para una competición de empuje alomántico hacía muchos meses.

—Lo siento, señora —dijo Sazed—. Me preguntaba adónde habías ido, nada más.

Ella se encogió de hombros.

—Es una noche extrañamente tranquila —observó Sazed.

—Una noche de luto.

Cientos de skaa habían sido masacrados después de la muerte de Kelsier y cientos más habían sido aplastados en su prisa por escapar.

—Me pregunto si su muerte ha significado algo —dijo ella en voz baja—. Debimos de salvar a muchos menos de los que luego murieron.

—Asesinados por hombres malvados, señora.

—Ham se pregunta a menudo si existe el «mal».

—A maese Hammond le gusta hacer preguntas —dijo Sazed—, pero ni siquiera él se cuestiona las respuestas. Hay hombres malvados... igual que hay hombres buenos.

Vin sacudió la cabeza.

—Me equivocaba con Kelsier. No era un buen hombre... Era solo un mentiroso. Nunca tuvo un plan para derrotar al lord Legislador.

—Tal vez —dijo Sazed—. O tal vez nunca tuvo una oportunidad de llevar a cabo ese plan. Tal vez es que nosotros no comprendemos el plan.

—Hablas como si todavía creyeras en él. —Vin se volvió y se acercó al borde del terrado y contempló la noche oscura y silenciosa.

—Creo, señora —dijo Sazed.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes?

Sazed sacudió la cabeza y se acercó a ella.

—La fe no es solo para los bellos momentos y los días felices, creo. ¿Qué es la fe, qué es creer, si no continúas en ella después del fracaso?

Vin frunció el ceño.

—Cualquiera puede creer en alguien, o en algo, que siempre tiene éxito, señora. Pero en el fracaso... Ah, en eso sí que es difícil creer, con certeza y confianza. Es bastante difícil tener valía, creo.

Vin negó con la cabeza.

—Kelsier no se lo merece.

—No lo dices en serio, señora —dijo Sazed con calma—. Estás enfadada por lo sucedido. Estás dolida.

—Sí, claro que lo digo en serio —contestó Vin, sintiendo una lágrima en la mejilla—. No se merece nuestra fe. Nunca se la mereció.

—Los skaa no piensan lo mismo... Sus leyendas sobre él crecen rápidamente. Tendré que regresar aquí pronto para recopilarlas.

Vin frunció el ceño.

—¿Vas a recopilar historias sobre Kelsier?

—Naturalmente. Recopilo todas las religiones.

Vin bufó.

—No estamos hablando de ninguna religión, Sazed. Se trata de Kelsier.

—No estoy de acuerdo. Para los skaa es ciertamente una figura religiosa.

—Pero nosotros lo *conocimos*. No era ningún profeta, ningún dios. Era solo un hombre.

—Muchos de ellos lo son —dijo Sazed tranquilamente.

Vin tan solo sacudió la cabeza. Permanecieron allí un momento, contemplando la noche.

—¿Y los demás? —preguntó ella por fin.

—Están discutiendo qué hacer a continuación —respondió Sazed—. Creo que han decidido dejar Luthadel por separado y buscar refugio en otras

ciudades.

—¿Y... tú?

—Debo viajar hacia el norte... hacia mi tierra, el hogar de los guardadores, para compartir el conocimiento que poseo. Debo hablar a mis hermanos y hermanas del libro de viajes... sobre todo de las palabras referidas a nuestro antepasado, el hombre llamado Rashek. Creo que hay mucho que aprender de su historia.

Sus ojos se movieron para enfocarse en los de ella.

—No es un viaje que pueda compartir con nadie, señora. Los lugares de los guardadores deben permanecer secretos, incluso para ti.

Por supuesto, pensó Vin. Por supuesto, él se tiene que marchar también.

—Regresaré —prometió.

Pues claro que sí. Como han regresado todos los demás.

La banda la había hecho sentirse necesaria durante una temporada, pero siempre había sabido que aquello se terminaría. Era hora de volver a las calles. Hora de volver a estar sola.

—Señora... —dijo Sazed lentamente—. ¿Oyes eso?

Ella se encogió de hombros. Pero... había algo. Voces. Vin frunció el ceño y se acercó al otro lado del edificio. Las voces se hicieron más fuertes, cada vez más claras incluso sin el estaño. Se asomó.

En la calle había un grupo de hombres skaa, quizá una decena. *¿Una banda de ladrones?,* se preguntó Vin mientras Sazed se reunía con ella. El número de hombres aumentaba a medida que más skaa salían tímidamente de sus viviendas.

—Salid —dijo un skaa, al frente del grupo—. ¡No temáis a la bruma! ¿No se llamó a sí mismo el Superviviente Señor de las Brumas? ¿No dijo que no teníamos nada que temer de ellas? En efecto, nos protegerán, nos darán seguridad. ¡Incluso nos darán poder!

A medida que más y más skaa salían de sus casas sin que hubiera ninguna repercusión obvia, el grupo empezó a aumentar.

—Ve a llamar a los demás —dijo Vin.

—Buena idea —contestó Sazed, yendo rápidamente hacia la escalera.

—Vuestros amigos, vuestros hijos, vuestros padres, vuestras madres, esposas y amantes yacen muertos en la calle ni a media hora de aquí —dijo el skaa, encendiendo un farol y alzándolo—. ¡El lord Legislador ni siquiera tiene la decencia de mandar limpiar esta matanza!

La multitud empezó a murmurar su acuerdo.

—Y aunque se limpie, ¿serán las manos del lord Legislador las que caven las tumbas? ¡No! Serán nuestras manos. Lord Kelsier nos habló de esto.

—¡Lord Kelsier! —convinieron varios hombres. El grupo aumentaba, ahora con mujeres y jóvenes.

Un traqueteo en la escalera anunció la llegada de Ham. Poco después lo siguieron Sazed, luego Brisa, Dockson, Fantasma e incluso Clubs.

—¡Lord Kelsier! —proclamó el hombre de abajo. Otros encendieron antorchas, iluminando las brumas—. ¡Lord Kelsier ha luchado por nosotros hoy! ¡Ha matado a un inquisidor inmortal!

La multitud murmuró su acuerdo.

—¡Pero luego ha muerto! —chilló alguien.

Silencio.

—¿Y qué hemos hecho nosotros para ayudarle? —preguntó el líder—. Muchos de nosotros estábamos allí... miles de nosotros. ¿Le ayudamos? ¡No! Nos quedamos esperando mientras él luchaba por nosotros. Nos quedamos allí como bobos y lo dejamos caer. ¡Lo vimos morir!

»¿O no? ¿Qué dijo el Superviviente...? Que el lord Legislador nunca podría matarlo. ¡Kelsier es el Señor de las Brumas! ¿No está hoy con nosotros?

Vin se volvió hacia los demás. Ham observaba con atención, pero Brisa tan solo se encogió de hombros.

—Ese hombre está loco. Un chalado religioso.

—¡Os lo digo, amigos! —gritó el hombre en la calle. La multitud seguía aumentando y más y más antorchas se encendían—. ¡Os digo la verdad! *Lord Kelsier se me ha aparecido esta misma noche!* Ha dicho que siempre estaría con nosotros. ¿Lo decepcionaremos otra vez?

—¡No! —fue la respuesta.

Brisa sacudió la cabeza.

—No creía que tuvieran valor. Lástima que sea un grupo tan pequeño...

—¿Qué es eso? —preguntó Dox.

Vin se volvió con el ceño fruncido. Había un resplandor en la distancia. Como... antorchas, encendidas en las brumas. Otro apareció al este, cerca de un suburbio skaa. Y un tercero. Luego un cuarto. En cuestión de segundos pareció que toda la ciudad brillaba.

—Genio loco... —susurró Dockson.

—¿Qué? —preguntó Clubs, frunciendo el ceño.

—No nos dimos cuenta —dijo Dox—. El atium, el ejército, la nobleza... No era eso lo que Kelsier estaba planeando. *¡Esto era su trabajo!* Nuestra banda

nunca iba a derrocar el Imperio Final... Éramos demasiado pocos. Sin embargo, la población de toda la ciudad...

—¿Estás diciendo que hizo esto a propósito? —preguntó Brisa.

—Siempre me hacía la misma pregunta —intervino Sazed desde atrás—. Siempre preguntaba qué daba a las religiones tanto poder. Y yo siempre le respondía lo mismo... —Sazed los miró, ladeando la cabeza—. Le decía que era porque sus creyentes tenían algo que hacía que sintieran pasión. Algo... o a alguien.

—Pero ¿por qué no nos lo dijo a nosotros? —preguntó Brisa.

—Porque lo sabía —contestó Dox en voz baja—. Sabía que había algo a lo que nunca accederíamos. Sabía que él tendría que morir.

Brisa sacudió la cabeza.

—No me lo creo. ¿Por qué entonces perder el tiempo con nosotros? Podría haberlo hecho por su cuenta.

¿Por qué perder el tiempo...?

—Dox —dijo Vin, volviéndose—. ¿Dónde está ese almacén que alquiló Kelsier, ese donde se reunía con sus informadores?

Dockson la inspeccionó.

—No muy lejos, en realidad. Dos calles más abajo. Dijo que quería que estuviera cerca del refugio...

—¡Enséñamelo! —dijo Vin, saltando del edificio.

Los skaa congregados seguían gritando, cada grito más fuerte que el anterior. Toda la calle ardía de luz y las fluctuantes antorchas convertían la bruma en una llamarada brillante.

Dockson la condujo calle abajo mientras el resto de la banda los seguía. El almacén era una estructura grande y olvidada que se alzaba en la sección industrial de los skaa. Vin se acercó, avivó peltre y rompió el cerrojo.

La puerta se abrió lentamente. Dockson alzó una linterna y su luz reveló el destello de montones de metal. Armas. Espadas, hachas, bastones y cascos brillaban a la luz... Un increíble alijo plateado.

Todos se quedaron mirando, asombrados.

—*Este* es el motivo —dijo Vin en voz baja—. Necesitaba que Renoux comprara armas en gran número. Sabía que sus rebeldes las necesitarían si querían apoderarse de la ciudad con éxito.

—¿Por qué reunir entonces a un ejército? —dijo Ham—. ¿Era también una fachada?

—Supongo.

—Os equivocáis —dijo una voz que resonó en el cavernoso almacén—. Había mucho más.

El grupo dio un respingo y Vin avivó sus metales... hasta que reconoció la voz.

—¿Renoux?

Dockson alzó aún más su lámpara.

—Muéstrate, criatura.

Una figura se movió al fondo del almacén, permaneciendo en las sombras. Sin embargo, cuando habló, su voz fue inconfundible.

—Necesitaba el ejército para proporcionar a la rebelión un núcleo de hombres entrenados. Esa parte de su plan fue... lastrada por los acontecimientos. Sin embargo, os necesitaba por más motivos. Las casas nobles tenían que caer para dejar un vacío en la estructura política. La Guarnición tenía que salir de la ciudad para que los skaa no fueran masacrados.

—Planeó todo esto desde el principio —dijo asombrado Ham—. Kelsier sabía que los skaa no se levantarían. Habían estado sometidos demasiado tiempo y habían sido condicionados para pensar que el lord Legislador poseía sus cuerpos y sus almas. Comprendía que nunca se rebelarían... a menos que les diera un *nuevo* dios.

—Sí —dijo Renoux, dando un paso al frente. La luz resplandeció en su cara y Vin jadeó de sorpresa.

—¡Kelsier! —gritó.

Ham la agarró por el hombro.

—Cuidado, niña. No es él.

La criatura la miró. Tenía la cara de Kelsier, pero los ojos... eran diferentes. El rostro no tenía la sonrisa característica de Kelsier. Parecía hueca. Muerta.

—Pido disculpas —dijo—. Este iba a ser mi papel en el plan, y es el motivo por el cual Kelsier se puso al principio en contacto conmigo. Yo tenía que tomar sus huesos cuando hubiera muerto y luego aparecer ante sus seguidores para darles fuerza y fe.

—¿Qué eres? —preguntó Vin, horrorizada.

Renoux-Kelsier la miró y su cara titiló, volviéndose transparente. Ella vio sus huesos a través de la piel gelatinosa. Le recordó a...

—*Un espectro de la bruma*.

—Un kandra —corrigió la criatura, mientras su piel perdía su transparencia—. Un espectro de la bruma que ha... crecido, podríamos decir.

Vin se volvió, asqueada, recordando a las criaturas que había visto en la bruma. Carroñeros, había dicho Kelsier... Criaturas que digerían los cuerpos de los muertos, robando su esqueleto y su aspecto. *Las leyendas son más verdaderas de lo que pensaba.*

—También formabais parte de este plan —dijo el kandra—. Todos vosotros. ¿Preguntáis por qué necesitaba una banda? Necesitaba hombres con virtudes, hombres que aprendieran a preocuparse más por la gente que por el dinero. Os puso por delante ejércitos y multitudes, dejando que practicarais el liderazgo. Os estaba utilizando... Pero también os entrenaba.

La criatura miró a Dockson, a Brisa y luego a Ham.

—Burócrata, político, general. Para que nazca una nueva nación, necesitará hombres con vuestros particulares talentos. —El kandra indicó una gran hoja de papel clavada en una mesa cercana—. Son instrucciones para que las sigáis. Yo tengo otras cosas que hacer.

Se dio la vuelta como para marcharse, pero se detuvo junto a Vin, volviéndose hacia ella con su perturbador rostro de Kelsier. Sin embargo, la criatura en sí no era como Renoux o Kelsier. Parecía falta de pasión.

El kandra alzó una bolsita.

—Me pidió que te diera esto.

Dejó caer la bolsa en su mano y continuó su camino, mientras el resto del grupo se apartaba dejándole espacio de sobra para salir.

Brisa fue el primero en echar a andar hacia la mesa, pero Ham y Dockson llegaron antes. Vin miró la bolsa. Tenía miedo de ver lo que contenía. Se apresuró a reunirse con los demás.

La hoja de papel era un mapa de la ciudad, al parecer copiado del que había enviado Marsh. Había unas palabras escritas en la parte superior:

Amigos míos, tenéis mucho trabajo que hacer y debéis hacerlo con rapidez. Tenéis que organizar y distribuir las armas de este almacén y luego tenéis que hacer lo mismo con las de los otros dos que hay emplazados en los otros suburbios. Hay caballos en una cuadra contigua para facilitarlos el viaje.

Cuando repartáis las armas, debéis asegurar las puertas de la ciudad y someter a los miembros restantes de la guarnición. Brisa, tu equipo se encargará de eso: marchad primero contra la guarnición, para poder tomar las puertas sin dificultades.

Hay cuatro Grandes Casas que mantienen una fuerte presencia militar en la ciudad. Las he señalado en el mapa. Ham, tu grupo tendrá que hacerse cargo de ellas. No queremos ninguna fuerza armada más que la nuestra dentro de la ciudad.

Dockson, quédate en la retaguardia mientras se producen los ataques iniciales. Más y más skaa vendrán a los almacenes cuando se corra la voz. Los ejércitos de Brisa y Ham incluirán las tropas que hemos entrenado, además de nuevas incorporaciones, espero, de los skaa que se

aglomeran en las calles. Necesitaréis aseguraros de que los skaa reciben sus armas para que Clubs pueda liderar el asalto al palacio.

Las comisarías de aplacadores ya deberían haber desaparecido: Renoux dio la orden adecuada a nuestros equipos de asesinos antes de venir a traeros esto. Si tenéis tiempo, enviad a algunos de los violentos de Ham a comprobarlo. Brisa, tus propios aplacadores serán necesarios entre los skaa para animar su valentía.

Creo que eso es todo. Ha sido un trabajo divertido, ¿no? Cuando me recordéis, por favor, acordaos de esto. Acordaos de sonreír. Ahora, actuad rápido.

Y que gobernéis con sabiduría.

En el mapa la ciudad estaba dividida en diversas zonas marcadas con los nombres de los miembros de la banda. Vin vio que ella y Sazed no habían sido incluidos.

—Volveré con ese grupo que hemos dejado junto a nuestra casa —dijo Clubs con decisión—. Los traeré aquí para entregarles las armas.

Empezó a marcharse, cojeando.

—¿Clubs? —preguntó Ham, volviéndose—. No es por ofender, pero... ¿por qué te ha incluido como líder del ejército? ¿Qué sabes tú de guerras?

Clubs resopló, luego se alzó la pernera, mostrando la larga cicatriz serpenteante que corría por el interior de su muslo y su pantorrilla: obviamente, la fuente de su cojera.

—¿Dónde crees que me hice esto? —respondió, y se dispuso a marcharse.

Ham se volvió, maravillado.

—No puedo creer que esto esté pasando.

Brisa sacudió la cabeza.

—Y yo que pensaba que sabía algo de manipular a la gente. Esto... esto es sorprendente. La economía está al borde del colapso y la nobleza que sobreviva pronto estará en guerra abierta en el campo. Kel nos enseñó a matar inquisidores... Solo tenemos que derribar a los demás y decapitarlos. Y en cuanto al lord Legislador...

Todos se volvieron hacia Vin. Ella miró la bolsita que tenía en la mano y la abrió. Un saco más pequeño, obviamente lleno de perlas de atium, cayó en su palma. Lo siguió una barrita de metal envuelta en una hoja de papel. El undécimo metal.

Ella desenvolvió el papel y leyó lo que decía:

Vin, tu deber esta noche iba a ser en un principio asesinar a los altos nobles que quedaran en la ciudad. Pero, bueno, me convenciste de que tal vez deban vivir.

Nunca pude averiguar cómo funciona este maldito metal. Es seguro quemarlo (no te matará), pero no parece que sirva para nada útil. Si estás leyendo esto, entonces no conseguí

descubrir cómo usarlo cuando me enfrenté al lord Legislador. No creo que importe. La gente necesitaba algo en lo que creer y esta era la única forma de ofrecérselo.

Por favor, no te enfades conmigo por abandonarte. Me dieron una prorroga en la vida. Tendría que haber muerto en lugar de Mare hace años. Estaba preparado para esto.

Los otros seguirán necesitándote. Ahora eres su nacida de la bruma: tendrás que protegerlos en los meses venideros. La nobleza enviará asesinos contra nuestros esquivos gobernantes.

Adiós. Le hablaré a Mare de ti. Ella siempre quiso tener una hija.

—¿Qué dice, Vin? —preguntó Ham.

—Dice... dice que no sabe cómo funciona el undécimo metal. Lo lamenta... No estaba seguro de cómo derrotar al lord Legislador.

—Tenemos una ciudad entera llena de gente para combatirlo —dijo Dox

—. Dudo seriamente que pueda matarnos a todos: si no podemos destruirlo, lo ataremos y lo arrojaremos a un calabozo.

Los demás asintieron.

—¡Muy bien! —dijo Dockson—. Brisa y Ham, tenéis que ir a esos otros almacenes y empezar a repartir armas. Fantasma, ve por los aprendices: los necesitaremos para transmitir mensajes. ¡Vamos!

Todos se pusieron en marcha. Pronto, los skaa que habían visto antes irrumpieron en el almacén empuñando sus antorchas y contemplaron asombrados la abundancia de armas. Dockson trabajó con eficacia, ordenó a algunos de los recién llegados que se encargaran de repartirlas y envió a otros a reunir a sus amigos y familiares. Los hombres empezaron a ponerse en cola y a recoger armas. Todos estaban atareados, menos Vin.

Miró a Sazed, que le sonrió.

—A veces solo tenemos que esperar el tiempo suficiente, señora —dijo—. Luego descubrimos por qué exactamente seguimos creyendo. Hay un dicho al que maese Kelsier era muy aficionado.

—Siempre hay otro secreto —susurró Vin—. Pero, Saz, todo el mundo tiene algo que hacer excepto yo. Se suponía que debía asesinar a los nobles, pero Kel ya no quiere que me encargue de eso.

—Tienen que ser neutralizados —dijo Sazed—, pero no necesariamente asesinados. Tal vez tu misión solo consista en hacerle entender eso a Kelsier.

Vin negó con la cabeza.

—No. Tengo que hacer más, Saz.

Agarró la bolsa vacía, frustrada. Algo crujío en su interior.

Abrió la bolsa y advirtió un papelito que no había visto antes. Lo sacó y lo desdobló con delicadeza. Era el dibujo que Kelsier le había enseñado: el dibujo

de una flor. Mare siempre lo había llevado consigo, soñando con un futuro en el que el sol no fuera rojo y las plantas fueran verdes...

Vin alzó la cabeza.

Burócrata, político, soldado... Hay algo más que necesita todo reino.

Un buen asesino.

Se dio la vuelta, sacó un frasquito de metal y se bebió su contenido, usando el líquido para tragarse un par de perlas de atium. Se acercó al montón de armas y escogió un puñadito de flechas. Tenían la punta de piedra. Empezó a romperlas dejándoles unos centímetros de madera, descartando los astiles.

—¿Señora? —preguntó Sazed con preocupación.

Vin pasó a su lado y continuó buscando entre las armas. Encontró lo que quería en una pieza de armadura que parecía una camisa, hecha de grandes anillos de metal entrelazado. Soltó varios eslabones con una daga y sus dedos reforzados por el peltre.

—Señora, ¿qué estás haciendo?

Vin se acercó a un arcón que había junto a la mesa, dentro del cual había visto gran cantidad de metales en polvo. Llenó su bolsa con varios puñados de polvo de peltre.

—Me preocupa el lord Legislador —dijo, sacando una lima de la caja y arrancando con ella varias virutas del undécimo metal. Se detuvo, mirando el desconocido metal plateado, y luego se tragó las virutas con el contenido de su frasquito. Metió un par más en uno de sus frascos de reserva.

—Seguro que la rebelión puede encargarse de él —dijo Sazed—. No es tan fuerte sin todos sus criados, creo.

—Te equivocas —respondió Vin, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta—. Es fuerte, Saz. Kelsier no podía sentirlo, no como puedo yo. Él no lo sabía.

—¿Adónde vas? —preguntó Sazed, tras ella.

Vin se detuvo en la puerta, se volvió; la bruma se arremolinó a su alrededor.

—Dentro del complejo del palacio hay una cámara protegida por soldados e inquisidores. Kelsier trató de entrar en ella dos veces. —Se volvió hacia las oscuras brumas—. Esta noche voy a averiguar qué contiene.

He decidido que tengo que dar gracias al odio de Rashek. Me hace bien recordar que hay quienes me aborrecen. No es mi deber buscar popularidad ni amor, sino asegurar la supervivencia de la humanidad.

36



VIN CAMINÓ TRANQUILAMENTE HACIA Kredik Shaw. El cielo ardía tras ella, las brumas reflejaban y difuminaban la luz de un millar de antorchas. Era como una cúpula radiante sobre la ciudad.

La luz era amarilla, el color del que, según Kelsier, tendría que haber sido siempre el sol.

Cuatro nerviosos guardias esperaban en la misma puerta de entrada al palacio por donde Kelsier y ella habían atacado antes. La vieron acercarse. Vin avanzaba despacio, tranquila, por el empedrado húmedo por la bruma, su capa agitándose solemne.

Uno de los guardias la apuntó con su lanza, y Vin se detuvo ante él.

—Os conozco —dijo en voz baja—. Soportasteis las fábricas, las minas y las fraguas. Sabíais que algún día os matarían y vuestras familias morirían de hambre. Así que acudisteis al lord Legislador, sintiéndoos culpables pero decididos, y os unisteis a su guardia.

Los cuatro hombres se miraron, confundidos.

—La luz que hay detrás de mí procede de una enorme rebelión skaa —dijo ella—. Toda la ciudad se alza contra el lord Legislador. No os echo la culpa por vuestras decisiones, pero se avecina una época de cambios. Esos rebeldes podrían usar vuestra formación y vuestro conocimiento. Id con ellos: se reúnen en la plaza del Superviviente.

—¿La... plaza del Superviviente? —preguntó un soldado.

—El lugar donde el Superviviente de Hathsin ha sido asesinado esta tarde.

La incertidumbre de los cuatro hombres aumentó.

Vin encendió levemente sus emociones.

—No tenéis que seguir viviendo con la culpa.

Finalmente, uno de los hombres se arrancó el símbolo del uniforme y avanzó decidido hacia la noche. Los otros tres vacilaron, luego lo siguieron, dejando a Vin con una entrada abierta al palacio.

Ella recorrió el pasillo, dejando atrás la misma sala de guardia que antes. Entró, pasó, sin hacer daño a ninguno, entre un grupo de guardias que charlaban y enfiló el siguiente pasillo. Cuando los guardias reaccionaron, dieron la voz de alarma y entraron corriendo en el pasillo, pero Vin saltó y empujó contra los soportes de los faroles, lanzándose hacia delante.

Las voces de los hombres se alejaron: ni siquiera corriendo podían alcanzarla. Llegó al fondo del pasillo y se dejó caer al suelo, la capa alrededor del cuerpo. Continuó con paso resuelto y sin prisa. No había ningún motivo para correr. La estarían esperando, de todas formas.

Pasó bajo el arco para entrar en la cámara central abovedada. Murales plateados cubrían las paredes, los braseros ardían en los rincones y el suelo era de mármol negro.

Y dos inquisidores le bloqueaban el paso.

Vin entró en la habitación, acercándose al edificio dentro del edificio que era su objetivo.

—Hemos buscado constantemente —dijo un inquisidor con su voz rechinante—. Y vienes a nosotros. Por segunda vez.

Vin se detuvo, a unos seis metros frente a la pareja. Cada uno de ellos era casi medio metro más alto que ella y ambos sonreían confiados.

Vin quemó atium, luego sacó las manos de debajo de la capa y lanzó al aire un doble puñado de puntas de flecha. Avivó acero, empujando con fuerza los anillos de metal que envolvían los astiles rotos de las flechas. Los proyectiles salieron disparados hacia delante, cruzando la sala. El inquisidor principal se echó a reír, alzó una mano y empujó despectivo.

Su empujón soltó los anillos de los astiles, disparando hacia atrás los trozos de metal. Sin embargo, las puntas de flecha continuaron hacia delante, todavía transportadas por un impulso letal.

El inquisidor abrió sorprendido la boca mientras dos docenas de puntas de flecha lo golpeaban. Varias le atravesaron de parte a parte y se clavaron en la pared de piedra que tenía detrás. Otras alcanzaron a su compañero en las piernas.

El inquisidor jefe se sacudió, entre espasmos, mientras caía. El otro gruñó, todavía de pie, pero tambaleándose un poco por la pierna herida. Vin se abalanzó avivando su peltre. El inquisidor se dispuso a bloquearla, pero ella buscó bajo su capa y arrojó un gran puñado de polvo de peltre.

El inquisidor se detuvo, confundido. A sus «ojos» no veía más que una mezcla de líneas azules, cada una guiando una mota de metal. Con tantas fuentes de metal concentradas en un sitio, las líneas tenían que ser virtualmente cegadoras.

El inquisidor giró, furioso, mientras Vin pasaba de largo. Empujó el polvo, expulsándolo, pero mientras lo hacía Vin sacó una daga de cristal y se la lanzó. En la confusión de líneas azules y sombras de atium él no advirtió la daga y la recibió en pleno pecho. Cayó, maldiciendo con su voz cascada.

Menos mal que ha funcionado, pensó Vin, saltando por encima del cuerpo gimoteante del primer inquisidor. *No estaba segura con esos ojos que tienen*.

Lanzó su cuerpo contra la puerta, avivando peltre y arrojando otro puñado de polvo para impedir que el otro inquisidor captara los metales que llevaba encima. No se volvió para seguir combatiendo con ninguno de los dos, no con los problemas que una de las criaturas le había creado a Kelsier. Su objetivo en esa incursión no era matar, sino recopilar información y huir.

Vin irrumpió en el edificio dentro del edificio, casi tropezando con una alfombra de alguna piel exótica. Frunció el ceño, escrutando impaciente la cámara, buscando lo que quiera que el lord Legislador guardara en su interior.

Tiene que estar aquí, pensó desesperada. *La clave para derrotarlo... La forma de ganar esta batalla*. Contaba con que los inquisidores estarían distraídos con sus heridas el tiempo suficiente para encontrar el secreto del lord Legislador y escapar.

La habitación solo tenía una salida, la entrada que había usado, y en el centro ardía una chimenea. Las paredes estaban decoradas con extraños tapices; colgaban pieles de casi todas partes, teñidas con extraños patrones. Había unos cuantos cuadros muy antiguos, los colores desleídos, los lienzos amarillentos.

Vin buscó rápida, urgentemente, cualquier cosa que pudiera demostrar ser un arma contra el lord Legislador. Por desgracia, no vio nada útil: la habitación era extraña, pero nada extraordinaria. De hecho, era tan acogedora como un estudio o un despacho. Estaba llena de raros objetos y adornos, como los cuernos de alguna bestia desconocida y un extraño par de zapatos con suelas

muy anchas y planas. Era la habitación de un coleccionista, un lugar para guardar recuerdos del pasado.

Dio un respingo cuando algo se movió cerca del centro de la cámara. Había un sillón giratorio junto a la chimenea. Dio la vuelta despacio, revelando al viejo arrugado que lo ocupaba. Calvo, con la piel manchada, parecía tener setenta y tantos años. Vestía ropa cara y oscura, y miró airado a Vin.

Ya está, pensó ella. He fracasado. Aquí no hay nada. Hora de escapar.

Sin embargo, justo cuando iba a darse la vuelta para echar a correr, unas ásperas manos la agarraron por detrás. Vin maldijo, debatiéndose mientras veía la pierna ensangrentada del inquisidor. Incluso con peltre, no debería haber podido caminar con aquella pierna. Trató de zafarse, pero la criatura no soltó su presa.

—¿Qué ocurre? —exigió saber el anciano, poniéndose en pie.

—Lo siento, lord Legislador —dijo deferente el inquisidor.

¡Lord Legislador! Pero... lo vi. Era un hombre joven.

—Mátala —dijo el anciano, agitando la mano.

—Mi señor —contestó el inquisidor—. Esta muchacha es... de interés especial. ¿Puedo quedármela algún tiempo?

—¿Qué interés especial tiene? —preguntó el lord Legislador, suspirando mientras volvía a sentarse.

—Deseamos pedírtelo, lord Legislador, en referencia al Cantón de la Ortodoxia.

—¿Otra vez eso? —dijo el lord Legislador, cansado.

—Por favor, mi señor —dijo el inquisidor.

Vin seguía debatiéndose, avivando peltre. Sin embargo, el inquisidor le mantenía sujetos los brazos contra los costados y sus patadas hacia atrás hacían muy poca cosa. *¡Es tan fuerte!*, pensó llena de frustración.

Y entonces lo recordó: el undécimo metal, cuyo poder esperaba en su interior, formando una reserva desconocida. Alzó la cabeza, mirando al anciano. *Será mejor que esto funcione*. Quemó el undécimo metal. No sucedió nada.

Vin se debatió, frustrada, el corazón en un puño. Y, entonces, lo vio. Otro hombre, justo al lado del lord Legislador. ¿De dónde había salido? No lo había visto entrar.

Tenía barba y llevaba un grueso atuendo de lana con una capa forrada de piel: no era ropa sofisticada pero tenía buen corte. Permanecía de pie en

silencio y parecía... contento. Sonreía feliz.

Vin ladeó la cabeza. Había algo familiar en aquel individuo. Sus rasgos eran muy similares a los del hombre que había matado a Kelsier. Sin embargo, aquel hombre era mayor y... estaba vivo.

Vin se volvió hacia un lado. Había otro hombre desconocido junto a ella, un joven noble. Por el aspecto de su ropa era un mercader... y muy rico, además.

¿Qué está pasando?

El undécimo metal se consumió. Ambos recién llegados se desvanecieron como fantasmas.

—Muy bien —dijo el viejo lord Legislador, suspirando—. Accedo a tu petición. Nos veremos dentro de varias horas... Tevidian ya ha solicitado una reunión para discutir lo que ocurre ahí fuera.

—Ah —dijo el segundo inquisidor—. Sí... será bueno para él estar allí. Muy bueno.

Vin continuó debatiéndose mientras el inquisidor la arrojaba al suelo y luego alzaba la mano para hacerse con algo que ella no pudo ver. Lo blandió y el dolor estalló en su cabeza.

A pesar del peltre, todo se volvió negro.

ELEND ENCONTRÓ A SU PADRE en la puerta norte, una entrada más pequeña y menos llamativa que la de la mansión Venture, aunque solo en comparación con el majestuoso gran salón.

—¿Qué está pasando? —preguntó Elend, poniéndose su casaca, el pelo revuelto por el sueño.

Lord Venture estaba reunido con sus capitanes y encargados del canal. Soldados y sirvientes corrían por el pasillo marrón y blanco, atemorizados. Lord Venture ignoró la pregunta de Elend y ordenó a un mensajero que cabalgara hacia los muelles del este.

—Padre, ¿qué está pasando? —repitió Elend.

—Una rebelión de skaa —replicó lord Venture.

¿Qué?, pensó Elend mientras lord Venture indicaba a otro grupo de soldados que se acercara. Imposible. Una rebelión skaa en la propia Luthadel... era impensable. No tenían la disposición para intentar un movimiento tan arriesgado, eran solo...

Valette es una skaa, pensó. Tienes que dejar de pensar como los otros nobles, Elend. Tienes que abrir los ojos.

La Guarnición estaba fuera, masacrando a un grupo distinto de rebeldes. Los skaa habían sido obligados a contemplar aquellas horribles ejecuciones de hacía unas semanas, por no mencionar la matanza que había tenido lugar aquel mismo día. Habían sido tensados hasta el punto de ruptura.

Temadre predijo esto, advirtió Elend. Igual que otra media docena de teóricos políticos. Dijeron que el Imperio Final no podía durar eternamente. Con Dios a la cabeza o no, el pueblo se alzaría algún día... Está pasando por fin. ¡Lo estoy viviendo!

Y... estoy en el bando equivocado.

—¿Para qué los encargados del canal? —preguntó Elend.

—Nos marchamos de la ciudad —contestó llanamente lord Venture.

—¿Abandonamos la mansión? —preguntó Elend—. ¿Qué honor hay en eso?

Lord Venture bufó.

—Esto no es una cuestión de valentía, muchacho. Es una cuestión de supervivencia. Esos skaa atacan las puertas principales y están masacrando a los restos de la Guarnición. No tengo ninguna intención de esperar a que vengan por las cabezas nobles.

—Pero...

Lord Venture negó con un gesto.

—Íbamos a marcharnos de todas formas. Algo... sucedió en los Pozos hace unos cuantos días. El lord Legislador no se sentirá feliz cuando lo descubra. — Dio un paso atrás y llamó al jefe de los capitanes de sus barcos.

Una rebelión skaa, pensó Elend, todavía un poco aturdido. ¿Cuál era la advertencia de Temadre en sus escritos? Que, cuando finalmente se produjera una rebelión, los skaa matarían indiscriminadamente... Que la vida de todos los nobles correría peligro.

Predijo que la rebelión acabaría pronto, pero que dejaría montañas de cadáveres en su estela. Miles de muertos. Docenas de miles.

—¿Bien, muchacho? Ve a recoger tus cosas —exigió lord Venture.

—Yo no voy. —Elend se sorprendió a sí mismo al decirlo.

Lord Venture frunció el ceño.

—¿Cómo?

Elend le sostuvo la mirada.

—Que no voy, padre.

—Ya lo creo que vas —replicó lord Venture, dirigiendo a Elend una de sus miradas.

Elend contempló esos ojos, ojos furiosos, no porque le preocupara la seguridad de su hijo, sino porque este se atrevía a desafiarlo. Y, curiosamente, Elend no se sintió acobardado en lo más mínimo.

Alguien tiene que detener esto. La rebelión podría hacer algún bien, pero solo si los skaa no insisten en matar a sus aliados. Y eso es lo que deberían ser los nobles: sus aliados contra el lord Legislador. También es nuestro enemigo.

—Padre, hablo en serio. Voy a quedarme.

—¡Maldición, muchacho! ¿Tienes que insistir en burlarte de mí?

—Esto no es una cuestión de bailes ni de cenas, padre. Es algo más importante.

El ceño de lord Venture se frunció aún más.

—¿Ningún comentario cínico? ¿Ninguna bufonada?

Elend negó con la cabeza.

De repente, lord Venture sonrió.

—Quédate entonces, muchacho. Es buena idea. Alguien debería mantener nuestra presencia mientras yo voy a convocar a nuestras fuerzas. Sí... una idea muy buena.

Elend vaciló, frunciendo levemente el ceño por la sonrisa que asomaba a los ojos de su padre. *El atium... ¡Mi padre me deja para que caiga en su lugar! Y aunque el lord Legislador no me mate, mi padre asume que moriré en la rebelión. Sea como sea, se libra de mí.*

No soy muy bueno en esto, ¿verdad?

Lord Venture se rio para sí, dándose la vuelta.

—Al menos déjame algunos soldados —dijo Elend.

—Puedes quedarte con la mayoría —respondió lord Venture—. Ya será bastante difícil poner un barco a flote con este jaleo. Buena suerte, muchacho. Saluda al lord Legislador en mi ausencia.

Volvió a reírse mientras se acercaba a su caballo, que estaba ensillado y preparado fuera.

Elend se quedó en el vestíbulo y, de repente, fue el centro de atención. Nerviosos guardias y criados, advirtiendo que habían sido abandonados, se volvieron hacia Elend con ojos desesperados.

Yo... estoy al mando, pensó Elend con horror. ¿Y ahora qué? Fueras veía las brumas encendiéndose con las luces de los incendios. Algunos guardias alertaban de que se acercaba una turba de skaa.

Elend se acercó a la puerta abierta y contempló el caos. El vestíbulo permaneció en silencio tras él, mientras la gente aterrorizada advertía la magnitud del peligro que corría.

Elend se quedó observando largamente. Luego se dio media vuelta.

—¡Capitán! —dijo—. Reúne a tus fuerzas y a los criados restantes. No dejes a nadie atrás, y luego marchad hacia la fortaleza Lekal.

—¿La fortaleza... Lekal, mi señor?

—Es más defendible. Además, tenemos muy pocos soldados; por separado, seremos destruidos. Juntos, puede que logremos resistir. Ofreceremos nuestros hombres a los Lekal a cambio de proteger a nuestra gente.

—Pero... mi señor —dijo el soldado—. Los Lekal son nuestros enemigos.

Elend asintió.

—Sí, pero alguien tiene que hacer el primer movimiento. ¡Ahora, en marcha!

El hombre saludó y echó a correr.

—Ah, capitán, y otra cosa.

El soldado lo miró.

—Escoge a cinco de tus mejores soldados para que sean mi guardia de honor. Te dejo al mando. Esos cinco y yo tenemos otra misión.

—¿Mi señor? —preguntó confundido el capitán—. ¿Qué misión?

Elend se volvió hacia las brumas.

—Vamos a entregarnos.

VIN DESPERTÓ MOJADA. Tosió, luego gimió al sentir un agudo dolor en la nuca. Abrió aturdida los ojos, parpadeando para espantar el agua que le habían arrojado encima y, de inmediato, quemó peltre y estaño para despertar por completo.

Un par de burdas manos la alzaron en vilo. Ella tosió mientras el inquisidor le metía algo en la boca.

—Traga —ordenó, retorciéndole el brazo.

Vin gritó, tratando sin éxito de resistirse al dolor. Al final tuvo que ceder y tragó el trocito de metal.

—Ahora quémalo —ordenó el inquisidor, retorciendo con más fuerza.

Vin se resistió de todas formas, sintiendo la desconocida reserva de metal en su interior. El inquisidor podía estar intentando hacer que quemara un metal inútil que la hiciera enfermar... O peor, que pudiera matarla.

Pero hay formas más fáciles de matar a una prisionera, pensó en medio de la agonía. Le dolía tanto el brazo que parecía que se le iba a desprender del cuerpo. Finalmente, Vin cedió y quemó el metal.

De inmediato, todas sus otras reservas de metal desaparecieron.

—Bien —dijo el inquisidor, dejándola caer al suelo.

Las piedras estaban mojadas, llenas de charcos por el cubo de agua que le habían echado encima. El inquisidor dio media vuelta, abandonó la celda y cerró de golpe la puerta con barrotes. Luego desapareció por el umbral que había en el otro extremo de la estancia.

Vin se puso de rodillas, frotándose el brazo, tratando de comprender lo que estaba pasando. *¡Mis metales!* Buscó desesperadamente en su interior, pero no encontró nada. No podía sentir ningún metal, ni siquiera el que había ingerido momentos antes.

¿Qué era eso? ¿Un duodécimo metal? Tal vez la alomancia no era tan limitada como Kelsier y los demás le habían asegurado siempre.

Inspiró varias veces, se puso de rodillas, se calmó. Había algo... que empujaba contra ella. La presencia del lord Legislador. Podía sentirlo, aunque no era tan poderosa como antes, cuando había matado a Kelsier. Con todo, ella no tenía cobre que quemar, no tenía forma de ocultarse de la poderosa y casi omnipotente mano del lord Legislador. Sintió la depresión retorciéndose en su interior, diciéndole que se tumbara, que se rindiera...

¡No!, pensó. *Tengo que librarme. Tengo que ser fuerte.*

Se obligó a ponerse en pie e inspeccionar el lugar en el que se encontraba. La prisión era más una jaula que una celda. Tres de los cuatro lados eran de barrotes y no contenía ningún mueble, ni siquiera un jergón. Había otras dos jaulas cerca, una a cada lado.

La habían desnudado, dejándola solo en ropa interior, quizá para asegurarse de que no tuviera ningún metal oculto. Contempló la celda. Era larga y estrecha, con una pared de piedra pelada. En un rincón había un taburete, pero, por lo demás, estaba vacía.

Si pudiera encontrar un trocito de metal...

Empezó a buscar. Instintivamente, trató de quemar hierro, esperando que aparecieran las líneas azules... pero no tenía hierro que quemar. Sacudió la cabeza. Aquel gesto estúpido no era más que una señal de cuánto había llegado a confiar en su alomancia. Se sentía... ciega. No podía quemar estafño para escuchar voces. No podía quemar peltre para reforzarse contra el dolor de su brazo y su cabeza. No podía quemar bronce para buscar alomantes cercanos.

Nada. No tenía nada.

Funcionabas sin alomancia antes, se dijo con severidad. Puedes hacerlo también ahora.

A pesar de todo buscó en el suelo pelado de la celda, esperando hallar un clavo o un alfiler perdido. No encontró nada, así que volvió su atención a los barrotes. Sin embargo, no se le ocurrió un modo de sacar ni siquiera una viruta de hierro.

Tanto metal, pensó frustrada. ¡Y no puedo usarlo!

Se sentó en el suelo, encogida contra la pared de piedra, temblando por la ropa húmeda. Todavía estaba oscuro en el exterior: la ventana permitía entrar unos cuantos hilillos de bruma. ¿Qué había pasado con la rebelión? ¿Qué había sido de sus amigos? Le pareció que las brumas de fuera eran un poco más brillantes que de costumbre. ¿Antorchas en la noche? Sin estaño, sus sentidos estaban demasiado débiles para saberlo.

¿En qué estaba yo pensando?, se reprochó, desesperada. ¿Pretendía tener éxito allá donde Kelsier fracasó? Sabía que el undécimo metal era inútil.

Cierto, había hecho algo... pero desde luego no había matado al lord Legislador. Permaneció sentada, pensando, tratando de descubrir qué había sucedido. Había una extraña familiaridad en las cosas que le había mostrado el undécimo metal. No por la forma en que habían aparecido las visiones, sino por cómo se había sentido Vin cuando quemaba el metal.

Oro. El momento en que quemé el undécimo metal fue como aquella vez en que Kelsier me hizo quemar oro.

¿Podría ser que el undécimo metal no fuese realmente el «undécimo»? El oro y el atium siempre le habían parecido extrañamente emparejados a Vin. Todos los otros metales venían en parejas: un metal básico, luego su aleación, cada uno haciendo cosas opuestas. El hierro tiraba, el acero empujaba. El cinc tiraba, el latón empujaba. Tenía sentido. Todo menos el atium y el oro.

¿Y si el undécimo metal era en realidad una aleación de atium o de oro? Eso significaría... que el oro y el atium no están emparejados. Hacen dos cosas diferentes. Son similares, pero diferentes. Son como...

Como los otros metales, que se agrupaban de cuatro en cuatro. Estaban los metales físicos: hierro, acero, estaño y peltre. Los metales mentales: bronce, cobre, cinc y latón. Y... los metales que influían en el tiempo: el oro y su aleación, el atium y su aleación.

Eso significa que hay otro metal. Un metal que no ha sido descubierto... quizás porque el atium y el oro son demasiado valiosos para mezclarlos en

diferentes aleaciones.

Pero ¿de qué le servía saberlo? Su «undécimo metal» debía de ser la pareja opuesta al oro, el metal que Kelsier le había dicho que era el más inútil de todos. El oro le había mostrado a la propia Vin... o al menos una versión diferente de ella que le había parecido lo bastante real para tocarla. Pero había sido una visión de lo que podría haber sido si el pasado hubiera sido diferente.

El undécimo metal había hecho algo similar: en vez de mostrar el propio pasado de Vin, le había mostrado imágenes similares de otra gente. Y eso no le decía nada. ¿Qué diferencia había en lo que el lord Legislador *pudiera* haber sido? Era al hombre actual, el tirano que gobernaba el Imperio Final, a quien ella tenía que derrotar.

Una figura apareció en la puerta, un inquisidor vestido con una túnica negra, la capucha puesta. Su cara quedaba en sombras, pero las cabezas de los clavos sobresalían.

—Es la hora —dijo.

Otro inquisidor esperaba en la puerta mientras la primera criatura sacaba un manojo de llaves y se disponía a abrir la jaula de Vin.

Vin se envaró. La puerta chasqueó y se puso en pie de un salto, abalanzándose hacia delante.

¿*Siempre he sido así de lenta sin peltre?*, pensó horrorizada. El inquisidor la agarró por el brazo al pasar, sin ninguna dificultad, como si tal cosa... y ella entendió por qué. Sus manos se movían de forma sobrenaturalmente rápida, lo que la hacía parecer en comparación aún más torpe.

El inquisidor la obligó a darse la vuelta y la sujetó. Su rostro lleno de cicatrices sonrió con malignidad. Cicatrices que parecían...

Heridas de flecha, pensó ella con sorpresa. *Pero... ¿ya ha sanado? ¿Cómo puede ser?*

Se debatió, pero su débil cuerpo sin peltre no era rival para la fuerza del inquisidor. La criatura la llevó hasta la puerta y el segundo inquisidor se apartó, mirándola con los clavos que sobresalían de su capucha. Aunque el que la llevaba sonreía, el segundo tenía una línea recta por boca.

Vin le escupió al pasar, alcanzándolo en uno de los clavos. Su captor la sacó de la celda y la llevó por un estrecho pasillo. Ella gritó pidiendo ayuda, sabiendo que sus gritos, en plena Kredik Shaw, serían inútiles. Al menos consiguió molestar al inquisidor, porque le retorció el brazo.

—Calla —dijo mientras ella gemía de dolor.

Vin guardó silencio, concentrándose en cambio en su ubicación. Debían de encontrarse en una de las secciones inferiores del palacio: los pasillos eran demasiado largos para que se tratara de una torre o un pabellón. Los adornos eran lujosos, pero las habitaciones parecían... sin usar. Las alfombras estaban prístinas, los muebles no tenían roces ni araños. Tuvo la sensación de que los murales apenas eran contemplados, ni siquiera por aquellos que a menudo atravesaban esas cámaras.

Al cabo de un rato, llegaron a una escalera y empezaron a subirla. *Una de las torres*, pensó ella.

A cada escalón que ascendían Vin podía sentir al lord Legislador acercándose. Su mera presencia ensombrecía sus emociones, robándole la fuerza de voluntad, aturdiéndola, haciendo que no sintiera más que una solitaria depresión. Quedó flácida en la presa del inquisidor, sin debatirse ya. Le hacía falta toda su energía tan solo para resistirse a la presión que el lord Legislador ejercía sobre su alma.

Después de un breve intervalo en la escalera en forma de túnel, los inquisidores desembocaron en una gran sala circular. Y, a pesar del poder aplacador del lord Legislador, a pesar de sus visitas a las fortalezas de los nobles, Vin dispuso de un breve instante para contemplar cuanto la rodeaba, una majestuosidad como nunca había visto.

La sala, enorme, era cilíndrica. La pared (solo había una que describía un amplio círculo) era toda de cristal. Iluminada por fuegos desde fuera, la sala brillaba de manera espectral. El cristal era de colores, aunque no representaba ninguna escena específica. Parecía hecho de una sola lámina, los colores extendidos y fundidos en largas y finas estelas. Como...

Como la bruma, pensó asombrada. *Jirones de bruma de colores corriendo en círculo por toda la sala*.

El lord Legislador estaba sentado en un trono elevado, en pleno centro de la cámara. No era el viejo lord Legislador, sino la versión más joven, el joven guapo que había matado a Kelsier.

¿Algún tipo de impostor? No, puedo sentirlo... igual que pude sentirlo antes. Son el mismo hombre. ¿Puede cambiar de aspecto, entonces? ¿Aparece joven cuando desea mostrar una cara bonita?

Un grupito de obligadores, con sus túnicas grises y sus ojos tatuados, conversaban al otro lado de la habitación. Había siete inquisidores de pie, como una fila de sombras con ojos de hierro. En total sumaban nueve, contando los dos que habían escoltado a Vin. Su captor la entregó a uno de los

otros, quien la sostuvo con una tenaza similar, de la que resultaba imposible escapar.

—Empecemos con esto —dijo el lord Legislador.

Un obligador dio un paso adelante e hizo una reverencia. Con un escalofrío, Vin advirtió que lo conocía.

El sumo prelado Tevidian, pensó, mirando al hombre calvo. *Mi... padre.*

—Mi señor —dijo Tevidian—, perdóname, pero no comprendo. ¡Ya hemos discutido este asunto!

—Los inquisidores dicen que tienen más que añadir —respondió el lord Legislador con voz cansada.

Tevidian miró a Vin, el ceño fruncido. *No sabe quién soy*, pensó ella. *Nunca ha sabido que tiene hijos.*

—Mi señor —dijo Tevidian, volviéndose—. ¡Mira por la ventana! ¿No tenemos cosas mejores que discutir? ¡Toda la *ciudad* se ha rebelado! Las antorchas de los skaa iluminan la noche y se atreven a internarse en las brumas. ¡Blasfeman, se amotinan y atacan las fortalezas de los nobles!

—Déjalos —dijo el lord Legislador, ajeno. Parecía tan... agotado. Se sentaba en su trono con fuerza, pero seguía habiendo cansancio en su postura y en su voz.

—¡Pero mi señor! —dijo Tevidian—. ¡Las Grandes Casas están cayendo!

El lord Legislador agitó una mano.

—Es bueno purgarlas cada siglo más o menos. Eso engendra inestabilidad, impide que la aristocracia se vuelva demasiado confiada. Normalmente, dejo que se maten unos a otros en sus estúpidas guerras, pero esta revuelta servirá al mismo propósito.

—¿Y... y si los skaa llegan al palacio?

—Entonces, yo me encargaré de ellos —dijo el lord Legislador suavemente—. No sigas cuestionando este tema.

—Sí, mi señor —dijo Tevidian, haciendo una reverencia y retrocediendo.

—Ahora. —El lord Legislador se volvió hacia los inquisidores—. ¿Qué es lo que deseáis presentar?

El inquisidor de las cicatrices dio un paso al frente.

—Lord Legislador, deseamos solicitar que el liderazgo de tu Ministerio sea retirado a estos... hombres y otorgado a los inquisidores.

—Ya hemos discutido eso —dijo el lord Legislador—. Tus hermanos y tú sois necesarios para tareas más importantes. Sois demasiado valiosos para malgastarlos en simples labores de administración.

—¡Pero permitiendo que hombres corrientes gobiernen tu Ministerio has dejado inadvertidamente que la corrupción y el vicio entren en el mismo corazón de tu sagrado palacio!

—¡Acusaciones vanas! —escupió Tevidian—. Dices esas cosas a menudo, Kar, pero nunca presentas ninguna prueba.

Kar se volvió despacio, su espeluznante sonrisa iluminada por la luz coloreada y retorcida de la ventana. Vin se estremeció. Esa sonrisa era casi tan inquietante como el poder aplacador del lord Legislador.

—¿Prueba? —preguntó Kar—. Dime, *sumo prelado*. ¿Reconoces a esta muchacha?

—¡Bah, por supuesto que no! —contestó Tevidian con un gesto de indiferencia—. ¿Qué tiene que ver una muchacha skaa con el gobierno del Ministerio?

—Todo —dijo Kar, volviéndose hacia Vin—. Sí, ya lo creo... Todo. Dile al lord Legislador quién es tu padre, niña.

Vin trató de rebullirse, pero la alomancia del lord Legislador era opresiva, las manos del inquisidor, demasiado fuertes.

—No lo sé —consiguió decir entre dientes.

El lord Legislador se irguió lentamente, volviéndose hacia ella e inclinándose hacia delante.

—No puedes mentirle al lord Legislador, niña —dijo Kar con voz tranquila y rechinante—. Ha vivido durante siglos y ha aprendido a usar la alomancia como ningún hombre mortal. Puede ver cosas en la forma en que late tu corazón y leer tus emociones en tus ojos. Puede sentir el momento en que mientes. Lo sabe... sí, claro que lo sabe.

—Nunca llegué a conocer a mi padre —dijo ella, obstinada. Si el inquisidor quería saber algo, entonces guardar un secreto le parecía buena idea—. Solo soy una ladrona callejera.

—¿Una ladrona callejera nacida de la bruma? —preguntó Kar—. Vaya, qué interesante. ¿Verdad, Tevidian?

El ceño del sumo prelado estaba cada vez más fruncido. El lord Legislador se levantó despacio y bajó los escalones de su tarima para dirigirse a Vin.

—Sí, mi señor —dijo Kar—. Sentiste antes su alomancia. Sabes que es una nacida de la bruma plena... y sorprendentemente poderosa. Sin embargo, dice haber crecido en las calles. ¿Qué casa noble habría abandonado a una criatura semejante? Para tener tal fuerza, debe proceder de un linaje enormemente

puro. Al menos... *uno* de sus progenitores debe proceder de un linaje muy puro.

—¿Qué estás dando a entender? —preguntó Tevidian, palideciendo.

El lord Legislador los ignoró a ambos. Caminó sobre los vivos colores que se reflejaban en el suelo y se detuvo delante de Vin.

Tan cerca, pensó ella. Su poder aplacador era tan fuerte que ni siquiera sentía terror: lo único que experimentaba era una profunda, abrumadora, *horrible* pena.

El lord Legislador tendió sus manos delicadas y la tomó por las mejillas, alzando su rostro para mirarla a los ojos.

—¿Quién es tu padre, niña? —preguntó en voz baja.

—Yo...

La desesperación se retorció en su interior. Pena, dolor, el deseo de morir.

El lord Legislador acercó su rostro al suyo, mirándola a los ojos. En ese momento, ella supo la verdad. Pudo ver un trozo de él, pudo sentir su poder. Su... poder divino.

No le preocupaba la rebelión skaa. ¿Por qué tendría él que preocuparse? Si lo deseaba, podía matar a todas las personas de la ciudad, él mismo. Vin supo que esa era la verdad. Tal vez le llevara tiempo, pero podría matar eternamente, incansablemente. No necesitaba temer ninguna rebelión.

No lo necesitaría nunca. Kelsier había cometido un error terrible, terrible.

—Tu padre, niña —insistió el lord Legislador, su exigencia como un peso físico sobre su alma.

Vin habló a su pesar.

—Mi... hermano me dijo que mi padre era ese hombre de ahí. El sumo prelado.

Las lágrimas arrasaban sus mejillas, aunque cuando el lord Legislador se dio la vuelta no pudo recordar por qué lloraba.

—¡Es mentira, mi señor! —dijo Tevidian, retrocediendo—. ¿Qué sabe ella? Es solo una niña tonta.

—Responde con sinceridad, Tevidian —dijo el lord Legislador, caminando lentamente hacia el obligador—. ¿Te has acostado alguna vez con una mujer skaa?

El obligador vaciló antes de responder.

—¡Cumplí la ley! ¡Siempre las hice matar después!

—Tú... mientes —dijo el lord Legislador, como sorprendido—. Estás dudando.

Tevidian temblaba de pies a cabeza.

—Creo... que las eliminé a todas, mi señor. Había... había una con la que tal vez fui demasiado laxo. Al principio no supe que era una skaa. El soldado que envié a matarla fue demasiado permisivo y la dejó marchar. Pero al final la encontré.

—Dime —preguntó el lord Legislador—. ¿Engendró esa mujer algún hijo?

La sala permaneció en silencio.

—Sí, mi señor —respondió el sumo prelado.

El lord Legislador cerró los ojos, suspirando. Se volvió hacia su trono.

—Es vuestro —les dijo a los inquisidores.

Inmediatamente, seis inquisidores cruzaron corriendo la sala, aullando de alegría, sacando cuchillos de obsidiana de debajo de las túnicas. Tevidian alzó los brazos, gritando, mientras los inquisidores le caían encima, exultantes en su brutalidad. Manó la sangre cuando clavarón sus dagas una y otra vez en el moribundo. Los otros obligadores retrocedieron, horrorizados.

Kar permaneció al margen, sonriendo mientras contemplaba la masacre, igual que el inquisidor que sujetaba a Vin. Solo otro inquisidor más se guardó de intervenir, aunque Vin no sabía por qué.

—Has demostrado tu argumento, Kar —dijo el lord Legislador, sentándose cansinamente en su trono—. Parece que he confiado demasiado en la... obediencia de la humanidad. No cometí ningún error. Nunca he cometido ningún error. Sin embargo, es hora de cambiar. Reúne a los altos prelados y tráelos aquí. Sácalos de la cama si es necesario. Serán testigos de que otorgo al Cantón de la Inquisición el mando y la autoridad sobre el Ministerio.

La sonrisa de Kar se ensanchó.

—La muchacha mestiza será destruida.

—Por supuesto, mi señor —dijo Kar—. Aunque... hay algunas preguntas que deseo hacerle antes. Formaba parte de una banda de brumosos skaa. Si puede ayudarnos a localizar a los demás...

—Muy bien —contestó el lord Legislador—. Es tu deber, después de todo.

¿Hay algo más hermoso que el sol? A menudo lo contemplo al salir, pues mi sueño inquieto suele despertarme antes del alba.

Cada vez que veo su tranquila luz amarilla asomar por el horizonte siento un poco más de determinación, un poco más de esperanza.

En cierto modo, el sol es lo que me ha mantenido en marcha todo este tiempo.

37



KELSIER, MALDITO LUNÁTICO, pensó Dockson mientras escribía notas sobre el mapa, *¿por qué siempre te quitas de en medio, dejándome para que arregle tus desaguisados?* Sin embargo, sabía que su frustración no era auténtica sino tan solo una manera de no concentrarse en la muerte de Kel. Funcionaba.

La parte de Kelsier en el plan (la visión, el liderazgo carismático) había terminado. Ahora le tocaba el turno a Dockson. Tomó la estrategia original de Kelsier y la modificó. Tuvo cuidado de mantener el caos a un nivel manejable, adjudicando el mejor equipo para los hombres que parecían más equilibrados. Envió contingentes a tomar puntos de interés estratégico (los depósitos de agua y comida) antes de que los saqueos generalizados se hicieran con ellos.

En resumen, hizo lo que hacía siempre: volver realidad los sueños de Kelsier.

Oyó un tumulto en la habitación principal y alzó la cabeza cuando entró un mensajero. El hombre inmediatamente lo localizó en el centro del almacén.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Dockson mientras el hombre se acercaba.

El mensajero sacudió la cabeza. Era joven e iba vestido con el uniforme imperial, aunque se había despojado de la guerrera para llamar menos la atención.

—Lo siento, señor. Ninguno de los guardias la ha visto salir y... bueno, uno dijo que había visto cómo la llevaban a los calabozos de palacio.

—¿Puedes sacarla de allí?

El soldado, Goradel, palideció. Hasta hacía muy poco tiempo había sido uno de los hombres del lord Legislador. En realidad, Dockson no estaba seguro de hasta qué punto confiaba en aquel hombre. Sin embargo, el soldado, un antiguo guardia de palacio, podía llegar a lugares a los que no tenían acceso otros skaa. Sus antiguos amigos no sabían que había cambiado de bando.

Suponiendo que realmente haya cambiado de bando, pensó Dockson. Pero... bueno, las cosas se desarrollaban con demasiada rapidez para ponerse a dudar. Dockson había decidido usar a ese hombre. Tendría que confiar en su primer instinto.

—¿Bien? —insistió Dockson.

Goradel negó con la cabeza.

—Había un *inquisidor* con ella, señor. Yo no podría liberarla... no tendría autoridad. Yo no...

Dockson suspiró. *¡Maldita muchachita loca!*, pensó. *Tendría que haber tenido más sentido común. Kelsier debe de haberla contagiado.*

Despidió al soldado. Entonces entró Hammond, con una gran espada con el pomo roto al hombro.

—Se acabó —dijo Ham—. La fortaleza Elariel acaba de caer. Sin embargo, parece que la Lekal aguanta todavía.

Dockson asintió con la cabeza.

—Necesitaremos a tus hombres en el palacio pronto.

Cuanto antes irrumpamos allí, más posibilidades tendremos de salvar a Vin. No obstante, intuía que llegarían demasiado tarde para salvarla. Las principales fuerzas tardarían horas en reunirse y organizarse: quería atacar el palacio con todas sus tropas. La verdad era que no podía permitirse malgastar hombres en una operación de rescate. Kelsier quizás hubiese ido tras ella, pero Dockson no podía permitirse hacer algo tan osado.

Como decía siempre, *alguien* de la banda tenía que ser realista. El palacio no era una plaza que se atacara sin preparativos estrictos; el fracaso de Vin lo demostraba. Tendría que cuidar de sí misma por el momento.

—Prepararé a mis hombres —asintió Ham, mientras apartaba la espada—. Pero voy a necesitar una espada nueva.

Dockson exhaló un suspiro.

—Los violentos siempre estás rompiendo cosas. Mira a ver qué encuentras.

Ham se retiró.

—Si ves a Sazed —llamó Dockson— dile que...

Dockson se detuvo al ver que un grupo de rebeldes skaa entraba en la habitación. Llevaban un prisionero maniatado y con un saco en la cabeza.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Uno de los rebeldes le dio un codazo a su cautivo.

—Creo que es alguien importante, mi señor. Ha venido a nosotros desarmado y ha pedido que lo trajéramos ante ti. Nos ha prometido oro si lo hacíamos.

Dockson alzó una ceja. El hombretón tiró de la capucha revelando a Elend Venture.

Dockson parpadeó sorprendido.

—¿Tú?

Elend miró alrededor. Sentía algo de aprensión, obviamente, pero se comportó bien, dada la situación.

—¿Nos conocemos?

—No exactamente —dijo Dockson.

Maldición, no tengo tiempo para cautivos ahora. Sin embargo, el hijo de los Venture... Dockson iba a necesitar una carta para jugar con la poderosa nobleza cuando la lucha terminara.

—He venido a ofreceros una tregua —anunció Elend Venture.

—¿Cómo dices?

—La Casa Venture no se enfrentará a vosotros —continuó Elend—. Y es probable que consiga convencer al resto de la nobleza para que escuche también. Están asustados... No hay ninguna necesidad de masacrados.

Dockson respondió con un bufido.

—No es que pueda permitirme dejar fuerzas hostiles en la ciudad.

—Si destruís a la nobleza no podréis aguantar mucho tiempo. Nosotros controlamos la economía. El imperio se desplomará sin nosotros.

—Esa es la idea de toda esta historia —respondió Dockson—. Mira, no tengo tiempo...

—*Tienes* que escucharme —dijo Elend Venture a la desesperada—. Si empezáis vuestra rebelión con caos y un baño de sangre, la perderéis. ¡He estudiado estas cosas: sé de lo que estoy hablando! Cuando el impulso de vuestro conflicto inicial se agote, la gente empezará a buscar otras cosas que

destruir. Se volverán unos contra otros. *Tienes que mantener el control de tus ejércitos.*

Dockson vaciló. Se suponía que Elend Venture era un necio y un patán, pero en aquel momento parecía... juicioso.

—Os ayudaré —dijo Elend—. Dejad en paz las mansiones de los nobles y concentrad vuestros esfuerzos en el Ministerio y el lord Legislador: ellos son vuestros auténticos enemigos.

—Mira, retiraré a nuestros hombres de la mansión Venture. Lo más probable es que no haya ninguna necesidad de luchar ahora que...

—He enviado a mis soldados a la fortaleza Lekal —lo interrumpió Elend—. Retira a tus hombres de *todas* las fortalezas de los nobles. No van a atacaros por el flanco: tan solo se esconderán preocupados en sus mansiones.

Quizá tenga razón.

—Lo consideraremos...

Dockson se calló al advertir que Elend ya no le estaba prestando atención. *Es difícil mantener una conversación con este tipo.*

Elend estaba mirando a Hammond, que había regresado con una espada nueva. Frunció el ceño y luego abrió unos ojos como platos.

—¡Yo te conozco! ¡Eres el que rescató a los sirvientes de lord Renoux de las ejecuciones!

Elend se volvió hacia Dockson, súbitamente ansioso.

—¿Conocéis a Valette, entonces? Ella os dirá que me hagáis caso.

Dockson cruzó una mirada con Ham.

—¿Qué? —preguntó Elend.

—Vin... —dijo Dockson—. Valette... fue al palacio hace unas horas. Lo siento, muchacho. Debe de estar en los calabozos del lord Legislador ahora mismo... suponiendo que siga con vida.

KAR ARROJÓ A VIN A su celda. Ella golpeó el suelo con fuerza y rodó, la camisa suelta a su alrededor, hasta que chocó con la cabeza contra la pared del fondo.

El inquisidor sonrió y cerró de un portazo.

—Muchas gracias —dijo a través de los barrotes—. Nos has ayudado a conseguir algo que esperábamos desde hace mucho tiempo.

Vin lo miró, mientras los efectos del poder aplacador del lord Legislador empezaban a debilitarse.

—Es una lástima que Bendal no esté aquí —dijo Kar—. Persiguió a tu hermano durante años, jurando que Tevidian había engendrado a un mestizo skaa. Pobre Bendal... Si al menos el lord Legislador nos hubiera dejado al Superviviente a nosotros, para poder vengarnos...

La miró, sacudiendo su cabeza perforada por los clavos.

—Ah, bueno. Al final ha sido vengado. Los demás creímos a tu hermano, pero Bendal... ni siquiera entonces quedó convencido... Y al final te encontró.

—¿Mi hermano? —dijo Vin, incorporándose—. ¿Me vendió?

—¿Venderte? —dijo Kar—. ¡Murió prometiéndonos que habías muerto de hambre hace años! Lo chillaba día y noche estando en manos de los torturadores del Ministerio. Es muy muy difícil resistir el dolor de la tortura de un inquisidor, como descubrirás pronto. —Sonrió—. Pero antes, deja que te enseñe una cosa.

Un grupo de guardias arrastró a una figura atada y desnuda hasta la celda. Magullado y ensangrentado, el hombre se desplomó sobre el suelo de piedra cuando lo empujaron a la jaula situada junto a la de Vin.

—¿Sazed? —exclamó Vin, corriendo a los barrotes.

El terrisano parecía aturdido mientras los soldados le ataban las manos y los pies a una pequeña argolla de metal en el suelo de piedra. Lo habían golpeado tanto que apenas estaba consciente, y estaba completamente desnudo. Vin apartó la mirada para no ver su desnudez, pero no antes de advertir entre sus piernas la simple cicatriz donde debería haber estado su masculinidad.

Todos los mayordomos terrisanos son eunucos, le había dicho. Esa herida no era nueva, pero los cortes, magulladuras y araños eran frescos.

—Lo encontramos entrando en el palacio buscándote —dijo Kar—. Al parecer, temía por tu seguridad.

—¿Qué le habéis hecho?

—Bueno, muy poco... hasta ahora —respondió el inquisidor—. Puede que te preguntes por qué te he hablado de tu hermano. Tal vez me consideres un necio por admitir que la mente de tu hermano se quebró antes de que le arrancáramos su secreto. Pero, verás, no soy tan necio como para no admitir un error. Tendríamos que habernos contenido al torturarlo... hacerlo sufrir más. Ese fue, en efecto, un error.

Sonrió perversamente, señalando a Sazed.

—No volveremos a cometer ese error, niña. No... Esta vez vamos a utilizar una táctica diferente. Vamos a dejarte vernos torturar al terrisano. Vamos a

tener mucho cuidado y a asegurarnos de que su dolor sea largo y muy vibrante. Cuando nos digas lo que queremos saber, nos detendremos.

Vin se estremeció de horror.

—No... Por favor...

—Sí, claro que sí —dijo Kar—. ¿Por qué no te tomas un poco de tiempo para pensar en lo que vamos a hacerle? El lord Legislador me ha llamado a su presencia... Tengo que ir a recibir formalmente el liderazgo del Ministerio. Comenzaremos cuando regrese.

Se dio media vuelta, la túnica negra rozando el suelo. Los guardias lo siguieron, sin duda para situarse en la sala de guardia, al otro lado de la celda.

—Ay, Sazed —dijo Vin, arrodillándose junto a los barrotes de su jaula.

—Vamos, señora —respondió Sazed con voz sorprendentemente lúcida—. ¿Qué te dijimos de ir por ahí corriendo en ropa interior? Si maese Dockson estuviera aquí te lo reprocharía con toda seguridad.

Vin alzó la cabeza, sorprendida. Sazed le estaba sonriendo.

—¡Sazed! —dijo en voz baja, mirando en la dirección por la que se habían marchado los guardias—. ¿Estás despierto?

—Muy despierto —repuso él. Su voz calmada y fuerte contrastaba marcadamente con su cuerpo magullado.

—Lo siento, Sazed. ¿Por qué me has seguido? ¡Tendrías que haberte quedado atrás y dejar que hiciera estupideces yo sola!

Él volvió la cabeza hacia ella, con un ojo hinchado, pero mirándola con el otro.

—Señora —dijo solemnemente—, le juré a maese Kelsier que cuidaría de tu seguridad. El juramento de un terrisano no es algo que se haga a la ligera.

—Pero... tendrías que haber sabido que iban a capturarte —dijo ella, agachando avergonzada la cabeza.

—Claro que lo sabía, señora. ¿Cómo si no iba a hacer que me trajeran hasta ti?

Vin alzó la cabeza.

—¿Traerte... hasta mí?

—Sí, señora. Hay una cosa que el Ministerio y mi pueblo tienen en común, creo. Los dos subestiman las cosas que podemos conseguir.

Cerró los ojos. Y entonces su cuerpo cambió. Pareció... desinflarse. Los músculos se debilitaron y enflaquecieron, la carne colgó flácida de sus huesos.

—¡Sazed! —exclamó Vin, intentando alcanzarlo a través de los barrotes.

—No pasa nada, señora —dijo él con voz aterradoramente débil—. Necesito un momento para... recuperar mi fuerza.

Recuperar mi fuerza. Vin vaciló, bajando la mano, y observó a Sazed unos minutos. *¿Podría ser...?*

Él parecía tan débil... Como si su fuerza, sus propios músculos estuvieran siendo absorbidos. Y tal vez... *¿guardados en otra parte?*

Sazed abrió los ojos. Su cuerpo volvió a la normalidad; luego sus músculos continuaron creciendo hasta ser grandes y poderosos, más voluminosos incluso que los de Ham.

Sazed le sonrió desde una cabeza que coronaba un cuello musculoso; luego se zafó fácilmente de sus ligaduras. Se levantó un hombre enorme, inhumanamente fornido, completamente diferente del erudito delgado y silencioso que ella conocía.

El lord Legislador hablaba de su fuerza en su libro, pensó asombrada. *Dijo que el hombre llamado Rashek alzó un pedrusco él solo y lo apartó del camino.*

—¡Pero si te han quitado todas tus joyas! —dijo Vin—. ¿Dónde ocultaste el metal?

Sazed sonrió, agarrando los barrotes que separaban sus celdas.

—Tú me diste la idea, señora. Me lo tragué.

Dicho esto, separó los barrotes.

Ella entró en la jaula y lo abrazó.

—Gracias.

—No hay de qué —dijo él, haciendo amablemente a un lado y descargando una enorme palma contra la puerta de la celda. El golpe rompió la cerradura y envió la puerta al suelo.

»Rápido ahora, señora —dijo Sazed—. Debemos llevarte a lugar seguro.

Los dos guardias que habían arrojado a Sazed a la celda aparecieron en la puerta un segundo después. Se detuvieron, mirando a la enorme bestia que ocupaba el lugar del hombre débil que habían golpeado.

Sazed saltó hacia delante blandiendo uno de los barrotes de la jaula de Vin. Sin embargo, su feruquimia solo le había dado fuerza, no velocidad. Avanzó con paso torpe y los guardias echaron a correr gritando en busca de ayuda.

—Vamos, señora —dijo Sazed, tirando el barrote—. Mi fuerza no durará mucho: el metal que tragué no era bastante para contener mucha carga feruquírica.

Mientras hablaba empezó a encogerse. Vin lo adelantó y salió de la celda. La sala de guardia era bastante pequeña, con solo un par de sillas. Sin

embargo, bajo una de ellas encontró una capa envolviendo la cena de un guardia. Vin la desenrolló y se la arrojó a Sazed.

—Gracias, señora.

Ella asintió, acercándose a la puerta para asomarse. La habitación exterior, más grande, estaba vacía. Había dos pasillos, uno a la derecha, otro que se perdía en la distancia ante ella. La pared de la izquierda estaba recubierta de troncos de madera y el centro de la habitación contenía una mesa grande. Vin se estremeció al ver la sangre seca y el conjunto de afilados instrumentos colocados en fila junto a la mesa.

Aquí es donde terminaremos los dos si no nos damos prisa, pensó, indicando a Sazed que avanzara.

Se detuvo cuando un grupo de soldados apareció al fondo del pasillo, dirigido por uno de los guardias de antes. Vin maldijo en silencio: de haber tenido estaño los hubiese oído antes.

Miró hacia atrás. Sazed cojeaba al atravesar la sala de los guardias. Su fuerza feruquímica había desaparecido y los soldados le habían dado una severa paliza antes de arrojarlo a la celda. Apenas podía andar.

—¡Ve, señora! —dijo, indicándole que continuara—. ¡Corre!

Todavía tienes que aprender algunas cosas sobre la amistad, Vin, susurró en su mente la voz de Kelsier. *Espero que algún día te des cuenta de cuáles son...*

No puedo dejarlo. No lo haré.

Vin corrió hacia los soldados. Recogió de la mesa un par de cuchillos de tortura. Su brillante acero pulido chispeó entre sus dedos. Saltó sobre la mesa y se lanzó contra los soldados.

No tenía alomancia alguna, pero voló de todas formas, sus meses de práctica ayudándola a pesar de su carencia de metales. Clavó un cuchillo en el cuello de un sorprendido soldado al caer. Llegó al suelo con más fuerza de lo que esperaba, pero consiguió evitar a un segundo soldado, que maldijo y descargó un golpe contra ella.

La espada chocó contra la piedra. Vin giró, acuchillando a otro soldado en los muslos. El hombre retrocedió de dolor.

Demasiados, pensó. Eran al menos dos docenas. Trató de saltar hacia un tercer soldado, pero otro hombre blandió su bastón y lo descargó contra su costado.

Vin gimió de dolor, soltando el cuchillo mientras perdía el equilibrio. Ningún peltre la reforzó contra la caída y golpeó las duras piedras con un crujido. Rodó hasta detenerse aturdida junto a la pared.

Se esforzó, sin éxito, por levantarse. A su lado, apenas pudo distinguir a Sazed desplomándose cuando su cuerpo se debilitó de pronto. Estaba intentando volver a acumular fuerzas. No tendría tiempo. Los soldados se abalanzarían pronto sobre él.

Al menos lo he intentado, pensó Vin mientras oía a otro grupo de soldados cargando por el pasillo de la derecha. *Al menos no lo he abandonado. Creo... creo que Kelsier se refería a esto.*

—¡Valette! —gritó una voz familiar.

Vin alzó sorprendida la cabeza mientras Elend y seis soldados irrumpían en la habitación. Elend vestía un traje de noble algo arrugado y llevaba un bastón de duelo.

—¿Elend? —preguntó, aturdida.

—¿Estás bien? —dijo él preocupado, avanzando hacia ella.

Entonces advirtió a los soldados del Ministerio. Parecían un poco confusos de tener que enfrentarse a un noble, pero seguían contando con su superioridad numérica.

—¡Me llevo a la muchacha! —dijo Elend. Sus palabras eran valientes, pero obviamente no era soldado. Solo llevaba un bastón de duelo como arma, sin armadura alguna. Cinco de los hombres que lo acompañaban vestían el rojo Venture: hombres de la mansión de Elend. Uno, sin embargo, el que los había guiado cuando entraban en la habitación, vestía uniforme de la guardia de palacio. Vin lo reconocía vagamente. A su guerrera le faltaba el símbolo en el hombro. *El hombre de antes*, pensó, estupefacta. *Al que convencí para que cambiara de bando...*

El líder de los soldados del Ministerio tomó una decisión. Hizo un gesto cortante, ignorando la orden de Elend, y los soldados empezaron a rodear la habitación disponiéndose a cercar al grupo de Elend.

—¡Valette, tienes que irte! —la apremió Elend bastón en ristre.

—Vamos, señora —dijo Sazed, acercándose para ayudarla a ponerse en pie.

—¡No podemos abandonarlos!

—Tenemos que hacerlo.

—Pero tú viniste por mí. ¡Tenemos que hacer lo mismo por Elend!

Sazed negó con la cabeza.

—Eso era diferente, niña. Sabía que tenía una posibilidad de salvarte. Aquí no puedes ayudar: hay belleza en la compasión, pero también hay que tener sensatez.

Vin permitió que la pusiera en pie mientras los hombres de Elend avanzaban obedientes para bloquear a los soldados del Ministerio. Elend estaba situado al frente, obviamente decidido a luchar.

¡Tiene que haber otra manera!, pensó Vin con desesperación. *Tiene que...*

Y entonces la vio, olvidada en uno de los arcones que había junto a la pared. Una tira familiar de tela gris, una sola asomando del arcón.

Se zafó de Sazed mientras los soldados del Ministerio atacaban. Elend gritó tras ella y las armas resonaron.

Vin sacó del arcón las prendas (su camisa y sus pantalones), y allí, en el fondo, encontró su capa de bruma. Cerró los ojos y buscó en el bolsillo.

Sus dedos encontraron un frasquito de cristal, con el tapón todavía en su sitio.

Lo sacó, girando hacia la batalla. Los soldados del Ministerio se habían apartado un poco. Dos de sus miembros yacían heridos en el suelo, pero tres de los hombres de Elend habían caído. Lo reducido del lugar, por fortuna, había impedido que los de Elend fueran rodeados al principio.

Elend sudaba, con un corte en el brazo, el bastón roto. Se hizo con la espada del hombre al que había derrotado y la empuñó con manos inexpertas, enfrentándose a una fuerza muy superior.

—Me equivocaba respecto a él, señora —dijo Sazed en voz baja—. Yo... pido disculpas.

Vin sonrió. Luego destapó el frasquito y apuró los metales de un solo trago.

Pozos de poder explotaron en su interior. Ardieron fuegos, resonaron metales y la fuerza regresó a su cuerpo cansado y debilitado como un sol al amanecer. Los dolores se volvieron insignificantes, el mareo desapareció, la habitación era más brillante, las piedras más *reales* bajo sus pies descalzos.

Los soldados atacaron de nuevo y Elend alzó su espada con determinación, pero su postura era poco prometedora. Pareció completamente sorprendido cuando Vin pasó volando por encima de su cabeza.

Aterrizó entre los soldados provocando un empujón de acero. Los situados frente a ella chocaron contra las paredes. Un hombre blandió un bastón ante su cara; ella lo apartó con mano desdeñosa y luego le hundió el puño en la cara haciéndole volver la cabeza con un crujido.

Atrapó el bastón cuando caía, giró y lo descargó contra la cabeza del soldado que atacaba a Elend. El bastón explotó y Vin lo dejó caer con el cadáver. Los soldados de detrás empezaron a gritar, se volvieron y echaron a

correr cuando ella empujó a dos grupos más de hombres contra las paredes. El último soldado que quedaba se volvió, sorprendido, mientras Vin tiraba de su casco y lo agarraba. Se lo devolvió de un empujón, aplastándolo contra su pecho y anclándose desde atrás. El soldado voló por el pasillo y se estampó contra sus compañeros que huían.

Vin jadeó de excitación, los músculos tensos, de pie entre los hombres que gemían. *Comprendo... que Kelsier se volviera adicto a esto.*

—¿Valette? —preguntó Elend, estupefacto.

Vin saltó, lo envolvió en un alegre abrazo con fuerza y enterró la cara en su hombro.

—Has vuelto —susurró—. Has vuelto, has vuelto, has vuelto...

—Hummm, sí. Y... veo que eres una nacida de la bruma. Muy interesante. Quiero decir, normalmente es un gesto de cortesía contarles a los amigos ese tipo de cosas.

—Lo siento —murmuró ella, todavía abrazada a él.

—Bueno, sí —dijo él, distraído—. Esto... ¿Valette? ¿Qué le ha pasado a tu ropa?

—Está en el suelo, por ahí —contestó ella, mirándolo—. Elend, ¿cómo me has encontrado?

—Tu amigo, un tal maese Dockson, me ha dicho que te habían capturado en el palacio. Y bueno, este simpático caballero de aquí... el capitán Goradel, creo que se llama... da la casualidad de que es soldado de palacio y conocía el camino hasta aquí. Con su ayuda, y como noble de cierto rango, he podido entrar en el edificio sin demasiados problemas. Luego hemos oído gritos en este pasillo... Y, hummm, ¿Valette? ¿Crees que podrías volver a ponerte la ropa? Esto... me distrae un poco.

Ella le sonrió.

—Me has encontrado.

—Para lo que ha servido —dijo él amargamente—. No parece que necesitaras mucho nuestra ayuda...

—Eso no importa. Has vuelto. Nadie había vuelto por mí antes.

Elend la miró, frunciendo ligeramente el ceño.

Sazed se acercó, cargado con la ropa y la capa de Vin.

—Señora, tenemos que marcharnos.

Elend asintió.

—No se está a salvo en ningún lugar de la ciudad. ¡Los skaa se han rebelado! —Vaciló, mirándola—. Pero, bueno, eso ya debes de saberlo.

Vin asintió y se apartó por fin de él.

—Ayudé a iniciar la rebelión. Pero tienes razón en lo del peligro. Ve con Sazed... Muchos de los líderes rebeldes lo conocen. No te harán daño mientras te apoye.

Elend y Sazed fruncieron el ceño mientras Vin se ponía los pantalones. En el bolsillo, encontró el pendiente de su madre. Volvió a ponérselo.

—¿Que vaya con Sazed? Pero ¿y tú?

Vin se puso la camisa. Entonces alzó la cabeza... sintiendo a través de la piedra, sintiéndolo a él arriba. Estaba allí. Demasiado poderoso. Después de haberse enfrentado a él directamente, estaba segura de su fuerza. La rebelión skaa estaba condenada mientras viviera.

—Tengo otra cosa que hacer, Elend —dijo, recogiendo la capa de bruma.

—¿Crees que puedes derrotarlo, señora? —preguntó Sazed.

—Tengo que intentarlo. El undécimo metal funcionó, Sazed. Vi... algo. Kelsier estaba seguro de que revelaría su secreto.

—Pero... el lord Legislador, señora...

—Kelsier murió para iniciar esta rebelión —dijo Vin con firmeza—. Tengo que encargarme de que tenga éxito. Esta es *mi* misión, Sazed. Kelsier no sabía cuál era, pero yo sí. Tengo que detener al lord Legislador.

—¿Al lord Legislador? —preguntó Elend, sorprendido—. No, Valette. ¡Es inmortal!

Vin se acercó la cabeza de Elend para que la besara.

—Elend, tu familia entregaba el atium al lord Legislador. ¿Sabes dónde lo guarda?

—Sí —respondió él, confuso—. Guarda las perlas en el edificio del tesoro situado al este de aquí. Pero...

—*Tienes* que apoderarte de ese atium, Elend. El nuevo gobierno va a necesitar esa riqueza, y ese poder, si no quiere ser conquistado por el primer noble que pueda levantar en armas un ejército.

—No, Valette. —Elend negó con la cabeza—. Tengo que ponerte a salvo.

Ella le sonrió, luego se volvió hacia Sazed. El terrisano asintió con la cabeza.

—¿No vas a decirme que no vaya?

—No —respondió él tranquilamente—. Me temo que tienes razón, señora. Si el lord Legislador no es derrotado... bueno, no te detendré. Sin embargo, te deseo buena suerte. Vendré a ayudarte cuando haya puesto al joven Venture a salvo.

Vin sonrió, sonrió al aprensivo Elend y alzó la cabeza hacia la oscura fuerza que esperaba arriba, latiendo con una depresión cansada.

Quemó cobre, rechazando el poder aplacador del lord Legislador.

—Valette... —murmuró Elend.

Ella se volvió hacia él.

—No te preocupes. Creo que sé cómo matarlo.

Estos son mis temores mientras escribo con una pluma helada la víspera del renacer del mundo. Rashek me mira. Me odia. La cueva se encuentra ahí delante. Latiendo. Mis dedos tiemblan. No de frío.

Mañana, habrá terminado.

38



VIN SE IMPULSÓ POR LOS aires sobre Kredik Shaw. Las torres y agujas se alzaban a su alrededor como las púas ensombrecidas de un monstruo fantasmal que acechaba a sus pies. Oscuras, rectas y ominosas, por algún motivo le hicieron pensar en Kelsier, muerto en la calle con una lanza de punta de obsidiana asomando de su pecho.

Las brumas giraban y revoloteaban mientras las atravesaba. Todavía eran densas, pero el estao le permitía ver un leve clarear en el horizonte. El alba se acercaba.

Bajo ella se acumulaba una gran luz. Vin se agarró a la fina aguja de una torre, dejando que su impulso la hiciera girar alrededor del resbaladizo metal y le permitiera hacer un barrido de toda la zona. Miles de antorchas ardían en la noche, mezclándose y fundiéndose como insectos luminiscentes. Estaban organizadas en grandes oleadas y convergían hacia el palacio.

La guardia de palacio no tiene ninguna oportunidad contra una fuerza tan grande, pensó. Pero, al entrar luchando en el palacio, el ejército skaa sellará su destino.

Se volvió hacia un lado, sintiendo el frío de la aguja humedecida por la bruma bajo sus dedos. La última vez que había saltado entre las torres de Kredik Shaw, estaba sangrando y a punto de desvanecerse. Sazed había llegado para salvarla, pero esta vez no podría hacerlo.

No muy lejos vio la torre del trono. No era difícil localizarla: un anillo de ardientes hogueras iluminaba su exterior y su única ventana de cristal tintado para aquellos que estaban dentro. Sintió la presencia de él allí dentro. Aguardó un instante con la esperanza, quizá, de poder atacar después de que los inquisidores salieran de la sala.

Kelsier creía que el undécimo metal era la clave, pensó.

Tenía una idea. Funcionaría. Era preciso.

—A PARTIR DE ESTE MOMENTO —proclamó en voz alta el lord Legislador—, se concede al Cantón de la Inquisición el dominio organizativo del Ministerio. Las consultas que hasta ahora eran desviadas a Tevidian deben serlo a Kar.

La sala del trono permaneció en silencio. Los obligadores de alto rango estaban aturdidos por los acontecimientos de la noche. El lord Legislador agitó una mano, indicando que la reunión había acabado.

¡Por fin!, pensó Kar. Alzó la cabeza, sus ojos de clavos pulsando como siempre, causándole dolor... Aunque esa noche era el dolor de la alegría. Los inquisidores llevaban dos siglos esperando, planeando con cuidado, animando sutilmente la corrupción y la disensión entre los demás obligadores. Y por fin había funcionado. Los inquisidores ya no se inclinarían ante los dictados de hombres inferiores.

Se dio la vuelta y sonrió al grupo de sacerdotes del Ministerio, sabedor de la incomodidad que causaba la mirada de un inquisidor. Ya no podía ver, no como veía en otro tiempo, pero le habían concedido algo mejor. Una alomancia tan sutil, tan detallada, que le permitía distinguir el mundo que lo rodeaba con sorprendente precisión.

Casi todo contenía metal: el agua, la piedra, el cristal, incluso los cuerpos humanos. La concentración de esos metales era demasiado débil para que influyera en ellos la alomancia; de hecho, la mayoría de los alomantes ni siquiera podían sentirlos.

Con sus ojos de inquisidor, sin embargo, Kar veía sus líneas de hierro. Los hilos azules eran finos, casi invisibles, pero dibujaban el mundo para él. Los obligadores que tenía delante eran una masa hirviente de azules; sus emociones (incomodidad, furia y miedo) se notaban en su postura. Incomodidad, furia y miedo... Tan dulces las tres. La sonrisa de Kar se ensanchó a pesar de su fatiga.

Llevaba demasiado tiempo despierto. Vivir como inquisidor agotaba el cuerpo y tenía que descansar a menudo. Sus hermanos salían ya de la sala camino de sus aposentos, que estaban intencionadamente cerca del salón del trono. Se dormirían de inmediato: con las ejecuciones de la tarde y la excitación de la noche estarían tremadamente fatigados.

Kar se quedó atrás mientras inquisidores y obligadores se marchaban. Poco después solo quedaron el lord Legislador y él en una sala iluminada por cinco enormes braseros. Las hogueras de fuera se extinguieron poco a poco, apagadas por criados, y el panorama de cristal se volvió oscuro y negro.

—Finalmente tienes lo que querías —dijo el lord Legislador tranquilamente—. Tal vez ahora este tema dejé de importunarme.

—Sí, lord Legislador —dijo Kar, inclinándose—. Creo que...

Un extraño sonido restalló en el aire, un suave chasquido. Kar alzó la cabeza con el ceño fruncido mientras un pequeño disco de metal rebotaba por el suelo y al final se detenía junto a su bota. Recogió la moneda, luego miró la enorme ventana y reparó en el agujerito por el que había entrado.

¿Qué?

Docenas de monedas más entraron por la ventana, llenándola de agujeros. El tintineo metálico y el chasquido del cristal resonaron en el aire. Kar retrocedió, sorprendido.

Toda la sección sur de la ventana se hizo añicos, estallando hacia dentro. El cristal se había debilitado tanto con el impacto de las monedas que un cuerpo lanzado a toda velocidad pudo atravesarlo.

Fragmentos de cristal de colores giraron en el aire, esparciéndose ante una pequeña figura ataviada con una aleteante capa de bruma que llevaba un par de relucientes dagas negras. La muchacha aterrizó agazapada y se deslizó sobre los trozos de cristal, seguida de los jirones de bruma que se colaron tras ella por la abertura. La bruma se enroscó, atraída por la alomancia, alrededor de su cuerpo. Ella permaneció agazapada un instante, como un heraldo de la noche.

Luego se abalanzó directamente hacia el lord Legislador.

VIN QUEMÓ EL UNDÉCIMO METAL. El yo-pasado del lord Legislador apareció igual que había hecho antes, como surgido de la bruma, para situarse en la tarima junto al trono.

Vin ignoró al inquisidor. La criatura, por fortuna, reaccionó despacio y ella ya había recorrido la mitad del camino que la separaba de la tarima antes de

que acertara a perseguirla. El lord Legislador permanecía sentado en silencio, observándola con expresión ligeramente interesada.

Dos lanzas en el pecho ni siquiera fueron para él una molestia, pensó Vin mientras cubría de un salto la distancia que la separaba de la tarima. *No tiene nada que temer de mis dagas.*

Por eso no intentó atacarlo, sino que se abalanzó con ellas directamente contra el corazón del yo-pasado.

Las dagas golpearon... y atravesaron al hombre como si no estuviera allí. El impulso la llevó a atravesar ella también la imagen, casi tropezando con la tarima.

Se giró, acuchillando de nuevo. Una vez más, las dagas atravesaron la imagen sin causarle ningún daño. Ni siquiera onduló ni se distorsionó.

Mi imagen de oro, pensó llena de frustración. *Pude tocarla. ¿Por qué no puedo tocar esta?*

Obviamente, no funcionaba de la misma manera. La sombra permaneció quieta, completamente ajena a sus ataques. Vin había pensado que, si mataba la versión pasada del lord Legislador, su forma presente moriría también. Por desgracia, el yo-pasado parecía tan insustancial como una sombra de atium.

Había fracasado.

Kar chocó contra ella, la aferró por los hombros con su poderosa tenaza de inquisidor y el impulso que llevaba la sacó de la tarima. Ambos rodaron por los escalones.

Vin gimió, avivando peltre. *No soy la misma muchacha sin poderes que hiciste prisionera hace un rato, Kar,* pensó con determinación dándole una patada cuando ambos golpearon el suelo, detrás del trono.

El inquisidor gruñó, la patada lo levantó y la soltó. La capa de bruma de Vin se le quedó entre las manos, pero ella se puso en pie y se escabulló.

—*¡Inquisidores!* —gritó el lord Legislador, poniéndose en pie—. *¡Venid a mí!*

Vin gritó cuando la poderosa voz llenó de dolor sus oídos amplificados por el estaño.

Tengo que salir de aquí, pensó, tambaleándose. *He de idear un nuevo modo de matarlo...*

Kar la volvió a atrapar por atrás. Esta vez la rodeó por completo con los brazos y apretó. Vin gritó de dolor, avivó peltre e intentó apartarse, pero Kar la obligó a ponerse en pie. La agarró con destreza por el cuello con un brazo mientras le sujetaba los suyos a la espalda con el otro. Ella luchó con furia,

debatiéndose y rebulléndose, pero la tenaza era fuerte. Trató de hacerlos caer a ambos con un súbito empujón de acero contra el picaporte de una puerta, pero el anclaje era demasiado débil y Kar apenas se tambaleó. Mantuvo su presa.

El lord Legislador se echó a reír mientras volvía a sentarse en su trono.

—Tendrás poco éxito contra Kar, niña. Fue soldado, hace muchos años. Sabe cómo sujetar a una persona para que no pueda soltarse, por fuerte que sea.

Vin continuó debatiéndose, jadeando en busca de aire. Las palabras del lord Legislador resultaron ser ciertas. Trató de darle un cabezazo a Kar, pero él estaba preparado. Oía junto a su oído su rápida respiración, casi... apasionada mientras la asfixiaba. En el reflejo de la ventana vio que la puerta que tenían detrás se abría. Otro inquisidor entró en la sala, sus clavos brillando en el espejo distorsionado, su túnica oscura agitándose.

Es el final, pensó Vin en un momento surrealista, contemplando las brumas que entraban por la ventana rota y se extendían por el suelo ante ella. Curiosamente no se enroscaron a su alrededor como solían hacer... Como si algo las mantuviera alejadas. Le pareció un epitafio a su derrota.

Lo siento, Kelsier. Te he fallado.

El segundo inquisidor se situó junto a su compañero. Extendió el brazo y asíó algo de la espalda de Kar. Se oyó un sonido de desgarro.

Vin cayó inmediatamente al suelo, jadeando. Rodó y se recuperó gracias al peltre.

Kar se cernía sobre ella, tambaleándose. Entonces se desplomó flácido a un lado. El segundo inquisidor se hallaba tras él sosteniendo lo que parecía ser un gran clavo de metal como los que los inquisidores tenían en los ojos.

Vin observó el cuerpo inmóvil de Kar. La parte trasera de su túnica estaba rasgada y dejaba al descubierto un agujero ensangrentado entre los omóplatos. Un agujero en el que cabía un clavo de metal. El rostro lleno de cicatrices de Kar estaba pálido. Sin vida.

¡Otro clavo!, pensó asombrada Vin. *El otro inquisidor se lo ha arrancado de la espalda a Kar y ha muerto. ¡Ese es el secreto!*

—¿Qué? —gritó el lord Legislador, incorporándose. El brusco movimiento volcó el trono. El sillón de piedra cayó por los escalones, mellando y quebrando el mármol—. ¡Traición! ¡De uno de los míos!

El nuevo inquisidor corrió hacia el lord Legislador. Mientras lo hacía su capucha cayó hacia atrás, permitiendo a Vin ver su cabeza calva. Había algo familiar en el rostro del recién llegado a pesar de los clavos que asomaban por

delante y de las horribles puntas que sobresalían de su cráneo. A pesar de la cabeza calva y la ropa extraña, el hombre se parecía un poco a Kelsier.

No, comprendió. A *Kelsier* no.

¡*Marsh!*

Marsh subió los escalones de dos en dos, moviéndose con la velocidad sobrenatural de los inquisidores. Vin se puso en pie sacudiéndose los efectos del estrangulamiento al que había sido sometida. Su sorpresa era más difícil de disipar. Marsh estaba vivo.

Marsh era un inquisidor.

Los inquisidores no lo estaban investigando porque sospecharan de él. ¡Pretendían reclutarlo! Y ahora parecía dispuesto a enfrentarse al lord Legislador. ¡Tengo que ayudar! Tal vez... tal vez él conozca el secreto para matar al lord Legislador. ¡Después de todo, ha averiguado cómo matar a un inquisidor!

Marsh llegó a la tarima.

—¡Inquisidores! —gritó el lord Legislador—. ¡Venid a...!

El lord Legislador se quedó inmóvil porque vio algo en la puerta. En el suelo había un montón de clavos de acero como el que Marsh había arrancado de la espalda de Kar. Por lo visto eran siete.

Marsh sonrió y curiosamente su sonrisa parecía una de las de Kelsier. Vin llegó al pie de la tarima y se empujó con una moneda, lanzándose hacia lo alto de la plataforma.

El horrible poder absoluto de la furia del lord Legislador la alcanzó a medio camino. La depresión, la asfixia de su alma se abrió paso a través de su cobre, golpeándola como una fuerza física. Avivó cobre, jadeando, pero no pudo apartar del todo al lord Legislador de sus emociones.

Marsh se tambaleó levemente y el lord Legislador descargó contra él un revés muy similar al que había matado a Kelsier. Por fortuna, Marsh se recuperó a tiempo para esquivarlo. Giró alrededor del lord Legislador y extendió el brazo para agarrar por detrás la negra túnica del emperador. Tiró, desgarrándola.

Marsh se detuvo. La expresión de sus ojos claveteados era ilegible. El lord Legislador se volvió, le dio un codazo en el estómago y lo lanzó al otro lado de la sala. Cuando se volvió, Vin pudo ver lo que había visto Marsh.

Nada. Una espalda normal, aunque musculosa. Al contrario que los inquisidores, el lord Legislador no tenía un clavo atravesándole la espina dorsal.

Ay, Marsh... pensó Vin, abatida. Había sido una idea inteligente, mucho más que su estúpido intento con el undécimo metal. Sin embargo, había resultado igualmente inútil.

Marsh golpeó el suelo, su cabeza resonó y luego se deslizó hasta la pared del fondo y quedó inmóvil contra la enorme ventana.

—¡Marsh! —gritó Vin. Saltó y se empujó hacia él. Sin embargo, mientras volaba, el lord Legislador alzó la mano, ausente.

Vin sintió *algo* poderoso chocar contra ella. Pareció un empujón de acero contra los metales de su estómago, pero naturalmente eso era imposible. Kelsier le había asegurado que ningún alomante podía influir en los metales que estuvieran en el cuerpo de nadie.

Pero también había dicho que ningún alomante era capaz de influir en las emociones de una persona que estuviera quemando cobre.

Las monedas arrojadas antes volaron por el suelo, alejándose del lord Legislador. Las puertas se soltaron de sus goznes, rompiéndose y apartándose de la sala. Increíblemente, incluso trozos de vidrio de colores temblaron y se alejaron de la tarima.

Y Vin fue arrojada a un lado mientras los metales de su estómago amenazaban con ser arrancados de su cuerpo. Chocó contra el suelo y el golpe estuvo a punto de dejarla inconsciente. Se quedó allí, aturdida, mareada, confusa, incapaz de pensar más que en una cosa.

Cuánto poder...

Las monedas sonaron cuando el lord Legislador bajó de su estrado. Se movió con lentitud, despojándose de su capa rota y su camisa, hasta quedar desnudo de cintura para arriba. Las joyas brillaban en sus dedos y muñecas. Vin advirtió que varios finos brazaletes perforaban la piel de sus antebrazos.

Astuto, pensó, esforzándose por ponerse en pie. *Impide que empujen o tiren de ellos.*

El lord Legislador sacudió apenado la cabeza y sus pasos abrieron estelas en la fría bruma que entraba por la ventana rota. Parecía muy joven, musculoso, hermoso de rostro. Vin sintió el poder de su alomancia quebrar sus emociones apenas protegidas por el cobre.

—¿Qué intentabas, niña? —preguntó tranquilamente el lord Legislador—. ¿Derrotarme? ¿Soy acaso un inquisidor corriente, mis poderes, dones concedidos?

Vin avivó peltre. Luego se dio la vuelta y echó a correr con la intención de recoger a Marsh y atravesar el cristal de un salto.

Pero él ya estaba allí, moviéndose a tal velocidad que la furia de los vientos de un tornado habría parecido lenta. Ni siquiera avivando peltre al máximo logró Vin ganarle. Casi parecía indiferente cuando la agarró por el hombro y tiró hacia atrás.

La manejó como a una muñeca, arrojándola contra una de las enormes columnas de la sala. Vin buscó desesperadamente un ancla, pero él había expulsado todo el metal de la habitación. Excepto...

Tiró de uno de los brazaletes del lord Legislador, uno que no perforaba su piel. Él alzó inmediatamente el brazo, esquivando su tirón, haciendo girar torpemente en el aire. La golpeó con otro de sus poderosos empujones, lanzándola de espaldas. Los metales de su estómago se retorcieron, el cristal se estremeció y el pendiente de su madre salió despedido de su oreja.

Trató de girar y golpear con los pies, pero chocó con la columna de piedra a una velocidad terrible y el peltre le falló. Oyó un crujido espantoso y una puñalada de dolor le recorrió la pierna derecha.

Se desplomó. No tuvo fuerzas para mirar, pero la agonía de su torso le decía que su pierna colgaba rota bajo su cuerpo, doblada en un ángulo imposible.

El lord Legislador sacudió la cabeza. No, supo Vin, no le preocupaba llevar joyas. Considerando sus habilidades y su fuerza, había que estar muy loco, como Vin, para tratar de usar las propias joyas del lord Legislador como anclaje. Eso le había permitido controlar sus saltos.

Él dio un paso al frente, aplastando cristales rotos.

—¿Crees que esta es la primera vez que alguien intenta matarme, niña? He sobrevivido a incendios y decapitaciones. Me han apuñalado y cortado, aplastado y desmembrado. Incluso me desollaron una vez, casi al principio.

Se volvió hacia Marsh, sacudiendo la cabeza. Curiosamente, la primera impresión que el lord Legislador había causado a Vin regresó. Parecía... cansado. Incluso exhausto. No su cuerpo, que seguía siendo musculoso. Sino su... porte. Vin trató de ponerse en pie usando la columna de piedra para apoyarse.

—Yo soy Dios —dijo él.

Tan diferente del hombre humilde del libro.

—No se puede matar a *Dios*. No se puede derrocar a *Dios*. Tu rebelión... ¿crees que no la he visto antes? ¿Crees que no he destruido a ejércitos enteros yo solo? ¿Qué hace falta para que dejéis de dudar? ¿Cuántos siglos debo

demonstraros lo que soy antes de que los *idiotas* skaa veáis la verdad? ¿A cuántos he de matar?

Vin gritó cuando movió la pierna. Avivó peltre, pero los ojos se le llenaron de lágrimas de todas formas. Se estaba quedando sin metales. Su peltre se agotaría pronto y era imposible que se mantuviera consciente sin él. Se desplomó contra la columna mientras la alomancia del lord Legislador presionaba contra ella. La pierna le latía de dolor.

Es demasiado fuerte, pensó con desesperación. *Tiene razón. Es Dios. ¿En qué estábamos pensando?*

—¿Cómo te atreves? —preguntó el lord Legislador, agarrando con una mano enjoyada el cuerpo flácido de Marsh, que gimió levemente intentando alzar la cabeza.

»¿Cómo te atreves? —repitió—. ¿Después de lo que os he dado? ¡Os hice superiores a los hombres corrientes! ¡Os hice dominantes!

Vin levantó la cabeza. A través de la bruma de dolor y desesperación algo disparó un recuerdo en su interior.

Sigue diciendo... sigue diciendo que los tuyos deberían ser los dominantes...

Buscó en su interior, sintiendo su última reserva de undécimo metal. Lo quemó, mirando a través de unos ojos cuajados de lágrimas cómo el lord Legislador alzaba en vilo a Marsh con una sola mano.

El yo-pasado del lord Legislador apareció junto a él. Un hombre con capa de piel y gruesas botas, un hombre con barba y fuertes músculos. No un aristócrata ni un tirano. No un héroe, ni siquiera un guerrero. Un hombre vestido para vivir en las frías montañas. Un pastor.

O, tal vez, un porteador.

—Rashek —susurró Vin.

El lord Legislador se volvió hacia ella, sorprendido.

—Rashek —repitió Vin—. Ese es tu nombre, ¿verdad? No eres el hombre que escribió el libro de viajes. No eres el héroe que fue enviado a proteger al pueblo... Eres su criado. El porteador que lo odiaba. —Negó con la cabeza—. Tú... lo mataste —susurró—. ¡Eso es lo que sucedió aquella noche! ¡Por eso el libro termina tan bruscamente! Mataste al héroe y ocupaste su lugar. Entraste en la caverna y reclamaste el poder para ti. Pero... en vez de salvar al mundo, te hiciste con el control.

—¡No sabes nada! —gritó él, todavía sosteniendo en una mano el cuerpo flácido de Marsh—. ¡No sabes nada de eso!

—Lo odiabas —dijo Vin—. Pensabas que un terrisano debería haber sido el héroe. No pudiste soportar el hecho de que él, un hombre del país que había oprimido al tuyo, estuviera haciendo realidad vuestras propias leyendas.

El lord Legislador alzó una mano y Vin sintió de pronto un peso imposible contra ella. Alomancia, empujando los metales de su estómago y su cuerpo, amenazando con aplastarla contra las columnas. Gritó, avivando sus restos de peltre, debatiéndose por permanecer consciente. Las brumas se enroscaban a su alrededor tras entrar por la ventana rota y extenderse por el suelo.

En el exterior, a través de la ventana rota, oyó algo resonando débilmente en el aire. Parecían... Parecían gritos. Gritos de alegría, miles a coro. Era casi como si la estuvieran vitoreando.

¿Qué importa?, pensó. Conozco el secreto del lord Legislador, pero ¿de qué sirve saber que era un porteador, un criado, un terrisano?

Un feruquimista.

Volvió a mirarlo y de nuevo, en su aturdimiento, vio el par de brazaletes que brillaban en los antebrazos del lord Legislador. Brazaletes de metal, brazaletes que perforaban la piel en algunos puntos. Para... para que no pudieran verse afectados por la alomancia. ¿Por qué hacer eso? Supuestamente que llevaba metal era una bravata. No le preocupaba que la gente tirara o empujara de sus metales.

O eso era lo que decía. Pero ¿y si todos los otros metales que llevaba, los anillos, los brazaletes, la moda que había contagiado a la nobleza no fueran más que una simple distracción?

Una distracción para impedir que la gente se fijara en aquel par de brazaletes que se enroscaban alrededor de sus antebrazos. *¿Podía ser tan fácil?,* pensó mientras el peso del lord Legislador amenazaba con aplastarla.

Su peltre casi se había agotado. Apenas era capaz de pensar. Sin embargo, quemó hierro. El lord Legislador podía penetrar las nubes de cobre. Ella también. Eran iguales, en cierto modo. Si él podía influir en los metales que estaban dentro del cuerpo de una persona, entonces ella también.

Avivó hierro. Aparecieron líneas azules apuntando a los anillos y brazaletes del lord Legislador: a todos menos a los de sus antebrazos, los que le perforaban la piel.

Vin quemó hierro concentrándose, empujando tan fuerte como pudo. Mantuvo el peltre avivado, esforzándose por no ser aplastada, y sintió que ya no respiraba. La fuerza que la atenazaba era demasiado terrible. No conseguía que su pecho subiera y bajara.

La bruma giraba a su alrededor bailando a causa de su alomancia. Se estaba muriendo. Lo sabía. Apenas notaba ya el dolor. Estaba siendo aplastada. Asfixiada.

Recurrió a las brumas.

Aparecieron dos nuevas líneas. Gritó, *tirando* con una fuerza para ella desconocida hasta entonces. Avivó su hierro más y más, mientras el propio empujón del lord Legislador le daba el asidero necesario para tirar de sus brazaletes. Furia, desesperación y agonía se mezclaron en su interior. El tirón se convirtió en su único foco.

El peltre se agotó.

¡Mató a Kelsier!

Los brazaletes se soltaron. El lord Legislador dejó escapar un grito de dolor, un sonido débil y lejano a los oídos de Vin. El peso de repente la soltó. Vin cayó al suelo, jadeando, con la visión nublada. Los brazaletes ensangrentados golpearon el suelo, libres, y resbalaron por el mármol para aterrizar a su lado. Alzó la cabeza usando estañeo para despejar su visión.

El lord Legislador estaba de pie en el mismo lugar que antes, con los ojos abiertos de terror, los brazos cubiertos de sangre. Dejó caer a Marsh al suelo y corrió hacia ella y los brazaletes que le habían sido arrancados. Sin embargo, con sus últimas fuerzas, sin peltre ya, Vin empujó los brazaletes lanzándolos más allá del lord Legislador, que se volvió horrorizado para ver cómo estos salían volando por el ventanal roto.

En la distancia, el sol asomó por el horizonte. Los brazaletes cayeron ante su luz roja y destellaron un momento antes de precipitarse a la ciudad.

—*¡No!* —gritó el lord Legislador, avanzando hacia la ventana.

Sus músculos se volvieron flácidos, desinflándose como habían hecho los de Sazed. Se giró hacia Vin, furioso, pero su cara ya no era la de un joven. Era de mediana edad y sus rasgos maduraban.

Dio un paso hacia la ventana. Su pelo encaneció y se le formaron arrugas alrededor de los ojos, como diminutas telarañas.

Su siguiente paso fue vacilante. Empezó a temblar bajo la carga de la vejez, con la espalda encorvada, la piel ajada, el pelo escaso.

Luego se desplomó.

Vin se echó hacia atrás, la mente nublada por el dolor. Se quedó allí tendida durante... un rato. No podía pensar.

—*¡Señora!* —dijo una voz. Sazed apareció a su lado, la frente perlada de sudor. Le vertió algo en la garganta y ella tragó.

Su cuerpo supo qué hacer. Avivó peltre por instinto, reforzándose. Avivó estaño y el súbito aumento de sensibilidad la despertó. Jadeó, mirando el rostro preocupado de Sazed.

—Cuidado, mi señora —dijo él, inspeccionando su pierna—. El hueso está roto, aunque parece que solo por un sitio.

—Marsh —dijo ella, agotada—. Atiende a Marsh.

—¿Marsh? —preguntó Sazed. Entonces vio al inquisidor que se agitaba levemente en el suelo.

»¡Por los Dioses Olvidados! —dijo Sazed, corriendo al lado del hombre, que gimió, sentándose. Se frotó el estómago con una mano.

—¿Qué... ha...?

Vin miró la forma ajada en el suelo, no muy lejos de él.

—Es él. El lord Legislador. Está muerto.

Sazed frunció el ceño con curiosidad y se puso en pie. Llevaba una túnica marrón y había traído una sencilla lanza de madera. Vin sacudió la cabeza al ver un arma tan pobre para enfrentarse a la criatura que casi los había matado a Marsh y a ella.

Naturalmente. En cierto modo todos éramos igualmente inútiles. Deberíamos estar muertos nosotros, no el lord Legislador.

Le he arrancado los brazaletes. ¿Por qué? ¿Por qué puedo hacer las cosas que él podía hacer?

¿Por qué soy diferente?

—Señora... —dijo Sazed lentamente—. No está muerto, creo. Sigue... todavía vivo.

—¿Qué?

Vin apenas podía pensar. Ya habría tiempo para resolver sus dudas más tarde. Sazed tenía razón: el envejecido cuerpo no estaba muerto. Se movía penosamente, de hecho, arrastrándose hacia la ventana rota por donde habían caído sus brazaletes.

Marsh se puso en pie a trompicones, rechazando las atenciones de Sazed.

—Sanaré rápido. Atiende a la muchacha.

—Ayúdame a levantarme —dijo Vin.

—Señora... —desaprobó Sazed.

—Por favor, Sazed.

Él suspiró y le tendió la lanza de madera.

—Toma, apóyate en esto.

Ella la tomó y el terrisano la ayudó a ponerse en pie.

Vin se apoyó en la lanza y avanzó cojeando con Marsh y Sazed hacia el lord Legislador, que había llegado arrastrándose al borde de la sala y contemplaba la ciudad por la ventana destrozada.

Los pasos de Vin resonaron sobre los cristales. La gente volvió a vitorear abajo, aunque ella no podía verla ni sabía por qué aplaudía.

—Escucha —dijo Sazed—. Escucha, tú que habrías sido nuestro dios. ¿Los oyes vitorear? Esos aplausos no son por ti: esta gente nunca te aplaudió. Han encontrado un nuevo líder esta noche, un nuevo orgullo.

—Mis... obligadores... —susurró el lord Legislador.

—Tus obligadores te olvidarán —dijo Marsh—. Yo me encargaré de eso. Los otros inquisidores han muerto por mi propia mano. Sin embargo, los prelados congregados te han visto transferir el poder al Cantón de la Inquisición. Soy el único inquisidor que queda en Luthadel. Ahora soy *yo* el que gobierna tu Iglesia.

—No... —susurró el lord Legislador.

Marsh, Vin y Sazed se detuvieron y contemplaron al anciano. A la luz del amanecer, Vin vio una multitud ante un gran podio alzando sus armas en signo de respeto.

El lord Legislador contempló la masa y pareció comprender por fin su fracaso. Miró de nuevo al grupo que lo había derrotado.

—No lo comprendéis —gimió—. No sabéis lo que hago por la humanidad. *Era* vuestro dios, aunque no pudierais comprenderlo. Al matarme, os habéis condenado...

Vin miró a Marsh y Sazed. Lentamente, cada uno de ellos asintió.

El lord Legislador había empezado a toser y parecía envejecer aún más.

Vin se apoyó en Sazed, con la mandíbula apretada por el dolor de la pierna rota.

—Te traigo un mensaje de un amigo nuestro —dijo fríamente—. Quería que supieras que no ha muerto. No se le puede matar.

»Es la esperanza.

Entonces alzó la lanza y la clavó directamente en el corazón del lord Legislador.

FIN DE LA QUINTA PARTE

Extrañamente, en ocasiones, siento paz interior. Se podría pensar que después de todo lo que he visto, después de todo lo que he sufrido, mi alma sería un amasijo de tensiones, confusión y melancolía. A menudo, así es.

Pero luego está la paz.

La siento a veces, como ahora, asomado sobre los acantilados congelados y las montañas de cristal en la quietud de la mañana, contemplando un amanecer tan majestuoso que sé que ningún otro será jamás su igual.

Si hay profecías, si existe un Héroe de las Eras, entonces mi mente susurra que debe de ser algo que dirige mi camino. Algo observa; algo se preocupa. Esos pacíficos susurros me dicen una verdad que deseo creer con todas mis fuerzas.

Si fracaso, otro vendrá a terminar mi labor.

EPÍLOGO



—A LA ÚNICA CONCLUSIÓN A la que puedo llegar, maese Marsh —dijo Sazed—, es a que el lord Legislador era a la vez feruquimista y alomante.

Vin frunció el ceño, sentada en la cima de un edificio vacío, cerca de un barrio skaa. Su pierna rota, cuidadosamente entabillada por Sazed, colgaba del tejado oscilando en el aire.

Había dormido casi todo el día, como al parecer había hecho Marsh, que estaba junto a ella. Sazed había transmitido un mensaje al resto de la banda, contándoles que Vin había sobrevivido. Aparentemente, no había habido ninguna baja entre los demás, cosa que alegró a Vin. Sin embargo, aún no había ido a verlos. Sazed le había dicho que necesitaba descansar y estaban muy ocupados preparando el nuevo gobierno de Elend.

—Feruquimista y alomante —especuló Marsh.

Se había recuperado, en efecto, muy rápidamente. Aunque Vin todavía tenía magulladuras, fracturas y cortes debidos a la lucha, él parecía curado ya

de sus costillas rotas. Se agachó, apoyó una mano en su rodilla y contempló la ciudad con clavos en vez de con ojos.

—¿Cómo ve?, se preguntó Vin.

—Sí, maese Marsh —explicó Sazed—. Verás, la juventud es algo que los feruquimistas pueden almacenar. Es un proceso bastante inútil: para almacenar la capacidad de sentirte y parecer un año más joven, has de pasarte parte de la vida sintiéndote un año más viejo y con el aspecto de tenerlo. A menudo, los guardadores usan esa habilidad como disfraz, cambiando de edad para engañar a los otros y ocultarse. Aparte de eso, sin embargo, nadie le ha visto mucha utilidad.

»Sin embargo, si el feruquimista fuera *también* alomante, podría quemar sus propios recursos de metal, liberando la energía interior multiplicada diez veces. Vin ya trató de quemar algunos de mis metales, pero no pudo acceder al poder. Sin embargo, si uno mismo pudiera crear el almacenamiento feruquímico y luego quemarlo para conseguir poder extra...

Marsh frunció el ceño.

—No te sigo, Sazed.

—Pido disculpas. Quizá sea difícil comprenderlo sin formación en teoría alomántica y feruquímica. A ver si me explico mejor. ¿Cuál es la principal diferencia entre la alomancia y la feruquimia?

—Con alomancia se obtiene el poder de los metales —contestó Marsh—. La feruquimia extrae poder del propio cuerpo de la persona.

—Exactamente —dijo Sazed—. Así que lo que hacía el lord Legislador, supongo, era *combinar* esas dos habilidades. Usaba un atributo del que solo dispone la feruquimia, cambiar de edad, pero lo alimentaba con *alomancia*. Al quemar un depósito feruquímico que él mismo había creado, creaba un nuevo metal alomántico para sí mismo... un metal que lo rejuvenecía cuando lo quemaba. Si mi suposición es correcta, habría conseguido un suministro ilimitado de juventud, pues extraía la mayor parte de su poder del metal en sí y no de su propio cuerpo. Todo lo que tenía que hacer era pasar un poco de tiempo envejecido para cargar el depósito feruquímico que quemar y con ello permanecer joven.

—Entonces, ¿solo con quemar esos depósitos lograba ser aún más joven que cuando empezó? —preguntó Marsh.

—Tendría que colocar ese exceso de juventud dentro de otro depósito feruquímico, creo —explicó Sazed—. Verás, la alomancia es muy espectacular: sus poderes generalmente se expresan con estallidos y llamaradas. El lord

Legislador no habría querido tanta juventud de una sola vez, así que la almacenaría en un trozo de metal del que pudiera absorberla lentamente, manteniéndose joven.

—¿Los brazaletes?

—Sí, maese Marsh. Sin embargo, la feruquimia devuelve cantidades decrecientes. Por ejemplo, volverte cuatro veces más fuerte que un hombre normal cuesta más fuerza, en proporción, que volverte el doble de fuerte. En el caso del lord Legislador, eso significaba que tenía que gastar más y más juventud para impedir envejecer. Cuando la señora Vin robó los brazaletes, envejeció de manera increíblemente rápida porque su cuerpo intentaba regresar al estado de vejez en el que debería haber estado.

Vin contemplaba la mansión Venture sintiendo el frío viento del atardecer. Resplandecía de luz; no había pasado ni un solo día y Elend ya se había reunido con los líderes skaa y los nobles con el fin de redactar un código de leyes para su nueva nación.

Vin acarició su pendiente en silencio. Lo había encontrado en la sala del trono y había vuelto a colgárselo en el lóbulo lastimado en cuanto había empezado a sanar. No estaba segura de por qué lo conservaba. Tal vez porque era un enlace con Reen y con la madre que había intentado matarla. O tal vez tan solo porque era un recordatorio de cosas que no debería haber podido hacer.

Quedaba mucho que aprender sobre la alomancia. Durante mil años, la nobleza había confiado a pies juntillas en lo que decían el lord Legislador y los inquisidores. ¿Qué secretos habían guardado, qué metales habían mantenido ocultos?

—El lord Legislador —dijo por fin—. Él... solo usaba un truco para ser inmortal, entonces. Eso significa que en realidad no era ningún dios, ¿no? Solo tuvo suerte. Cualquiera que fuese a la vez alomante y feruquimista podría haber hecho lo que él hizo.

—Eso parece, señora —respondió Sazed—. Tal vez por eso temía tanto a los guardadores. Cazaba y mataba a los feruquimistas porque sabía que la habilidad era hereditaria... igual que la alomancia. Si los linajes de Terris se hubiesen mezclado con los de la nobleza imperial el resultado bien podría haber sido una criatura capaz de desafiarlo.

—De ahí los programas reproductores —dijo Marsh.

Sazed asintió.

—Necesitaba asegurarse por completo de que no se permitía a los terrisanos mezclarse con el resto de la población, no fueran a transmitir sus habilidades feruquímicas latentes.

Marsh sacudió la cabeza.

—Su propio pueblo. Hizo esas cosas horribles para impedir que le arrebataran el poder.

—Pero si los poderes del lord Legislador procedían de una mezcla de feruquimia y alomancia —preguntó Vin, frunciendo el ceño—, ¿qué sucedió en el Pozo de la Ascensión? ¿Cuál era el poder que tenía que encontrar el hombre que escribió el libro, fuera quien fuese?

—No lo sé, señora —respondió Sazed en voz baja.

—Tu explicación no lo aclara todo. —Vin sacudió la cabeza. No había hablado de sus propias extrañas habilidades, pero sí de lo que el lord Legislador había hecho en la sala del trono—. Era tan *poderoso*, Sazed. Pude sentir su alomancia. ¡Era capaz de empujar metales dentro de mi cuerpo! Tal vez podía aumentar su feruquimia quemando los depósitos almacenados, pero ¿cómo logró ser tan fuerte en alomancia?

Sazed suspiró.

—Me temo que la única persona que podría haber contestado a esas preguntas murió esta mañana.

Vin se dio cuenta de que tenía razón. El lord Legislador había ocultado secretos sobre la religión de Terris que el pueblo de Sazed había buscado durante siglos.

—Lo siento. Tal vez no debería haberlo matado.

Sazed negó con la cabeza.

—Su propia edad lo habría matado pronto de todas formas, señora. Lo que hiciste estuvo bien. Así podré registrar que el lord Legislador cayó ante una de los skaa que había oprimido.

Vin se ruborizó.

—¿Registrar?

—Por supuesto. Sigo siendo un guardador. Debo transmitir esas cosas: historias, acontecimientos y verdades.

—No dirás... mucho de mí, ¿no?

Por algún motivo, la idea de que otras personas contaran historias sobre ella la hacía sentirse incómoda.

—Yo no me preocuparía demasiado, señora —dijo Sazed con una sonrisa—. Mis hermanos y yo estaremos muy ocupados, creo. Tenemos tanto que

restaurar, tanto que contar al mundo... Dudo que los detalles sobre ti tengan que ser transmitidos con urgencia. Registraré lo que ha pasado, pero me lo guardaré para mí durante un tiempo, si lo deseas.

—Gracias —asintió Vin.

—Ese poder que el lord Legislador encontró en la cueva —especuló Marsh—, tal vez fuera la alomancia. Dijiste que no hay noticias de que existieran alomantes antes de la Ascensión.

—Es en efecto una posibilidad, maese Marsh. Hay muy pocas leyendas sobre los orígenes de la alomancia y casi todas reconocen que los primeros alomantes «aparecieron con las brumas».

Vin frunció el ceño. Siempre había creído que el título «nacido de la bruma» se debía a que los alomantes solían actuar por la noche. Nunca había considerado que pudiera haber una relación más directa.

La bruma reacciona a la alomancia. Gira cuando un alomante usa sus habilidades cerca. Y... ¿qué sentí al final? Fue como si trajera algo de las brumas.

Fuera lo que fuese lo que había hecho, no habría podido repetirlo.

Marsh suspiró y asintió. Llevaba despierto solo unas horas, pero siempre parecía cansado. La cabeza le pesaba, como si los clavos hicieran sentir su presencia.

—¿Duelen, Marsh? —preguntó ella—. ¿Los clavos?

Él se llevó una mano al pecho.

—Sí. Los once... laten. El dolor reacciona de algún modo a mis emociones.

—Once? —preguntó Vin, sorprendida.

Marsh asintió.

—Dos en la cabeza, ocho en el pecho, uno en la espalda para unirlos. Es la única forma de matar a un inquisidor: hay que separar los clavos superiores de los inferiores. Kel lo hizo por medio de una decapitación, pero es más fácil arrancando el clavo central.

—Creíamos que habías muerto. Cuando encontramos el cadáver y la sangre en la comisaría...

Marsh asintió de nuevo.

—Iba a notificarte que estaba vivo, pero me vigilaron con mucha atención ese primer día. No esperaba que Kel fuera a actuar tan rápido.

—Ninguno de nosotros lo esperaba, maese Marsh —dijo Sazed—. Ninguno de nosotros.

—Lo logró, ¿no? —dijo Marsh, sacudiendo la cabeza, asombrado—. Ese hijo de perra. Hay dos cosas que nunca le perdonaré. La primera es que me robara mi sueño de derrocar al Imperio Final y lo consiguiera.

Vin asintió.

—¿Y la segunda?

Marsh volvió los clavos hacia ella.

—Que se hiciera matar para conseguirlo.

—¿Puedo preguntar, maese Marsh, de *quién* era el cadáver que la señora Vin y maese Kelsier descubrieron en la comisaría?

Marsh contempló la ciudad.

—En realidad había varios cadáveres. El proceso para crear a un nuevo inquisidor es... sangriento. Prefiero no hablar de ello.

—Naturalmente —dijo Sazed, inclinando la cabeza.

—Tú, sin embargo, podrías hablarme de esa criatura que Kelsier utilizó para imitar a lord Renoux.

—¿El kandra? —preguntó Sazed—. Me temo que incluso los guardadores sabemos poco de ellos. Están relacionados con los espectros de la bruma... tal vez incluso sean las mismas criaturas, pero más viejas. A causa de su reputación, generalmente prefieren no ser vistos... aunque algunas de las casas nobles los contratan en ocasiones.

Vin frunció el ceño.

—Entonces... ¿por qué Kel no hizo que ese kandra lo suplantase y muriera en su lugar?

—Ah —dijo Sazed—. Verás, señora, para que un kandra interprete a alguien, primero debe devorar la carne de esa persona y absorber sus huesos. Los kandra son como los espectros de la bruma: no tienen esqueleto propio.

Vin se estremeció.

—Oh.

—Ha vuelto, ¿sabes? —dijo Marsh—. La criatura ya no usa el cuerpo de mi hermano. Tiene otro. Pero ha venido a buscarte, Vin.

—¿A mí?

Marsh asintió.

—Dijo algo de que Kelsier te había transferido su contrato cuando murió. Creo que la bestia te considera ahora su ama.

Vin se estremeció. *Esa... cosa se comió el cuerpo de Kelsier.*

—No lo quiero cerca —dijo—. Le ordenaré que se marche.

—No te apresures tanto, señora —dijo Sazed—. Los kandra son sirvientes caros: hay que pagarles en atium. Si Kelsier hizo un contrato para bastante tiempo con uno, sería una tontería malgastar sus servicios. Un kandra podría ser un aliado muy útil en los meses venideros.

Vin negó con la cabeza.

—No me importa. No lo quiero cerca. No después de lo que hizo.

Los tres guardaron silencio. Finalmente, Marsh se puso en pie, suspirando.

—Si me disculpáis, tengo que personarme en la fortaleza... El nuevo rey quiere que represente al Ministerio en sus negociaciones.

Vin frunció el ceño.

—No comprendo por qué el Ministerio se merece tomar parte en nada.

—Los obligadores siguen siendo muy poderosos, señora —dijo Sazed—. Y son la fuerza burocrática más eficaz y bien entrenada del Imperio Final. Su Majestad demostraría sabiduría si intentara atraerlos, y reconocer a maese Marsh contribuiría a conseguirlo.

Marsh se encogió de hombros.

—Naturalmente, suponiendo que pueda establecer el control sobre el Cantón de la Ortodoxia, el Ministerio debería... cambiar durante los próximos años. Actuaré despacio y con cuidado, pero cuando termine, los obligadores ni siquiera se darán cuenta de lo que han perdido. Sin embargo, los otros inquisidores podrían suponer un problema.

Vin asintió.

—¿Cuántos hay fuera de Luthadel?

—No lo sé. No fui miembro de la orden demasiado tiempo antes de destruirla. Sin embargo, el Imperio Final era grande. Muchos hablan de que había unos veinte inquisidores, pero nunca he logrado que nadie me diera un número exacto.

Vin asintió mientras Marsh se marchaba. No obstante, los inquisidores, aunque peligrosos, la preocupaban menos puesto que ya conocía su secreto. Le preocupaba más otra cosa.

No sabéis lo que hago por la humanidad. Era vuestro dios, aunque no pudierais comprenderlo. Al matarme, os habéis condenado...

Las últimas palabras del lord Legislador. Ella había supuesto que hablaba del Imperio Final al referirse a aquello que hacía «por la humanidad». Sin embargo, ya no estaba tan segura. Había... miedo en sus ojos cuando pronunciaba esas palabras, no orgullo.

—Sazed —dijo—. ¿Qué era la Profundidad? Eso que el Héroe del libro tenía que derrotar.

—Ojalá lo supiéramos, mi señora.

—Pero no vino, ¿no?

—Aparentemente, no. Las leyendas coinciden en que, si la Profundidad no hubiera sido detenida, el mundo habría sido destruido. Aunque tal vez las historias sean exageradas. Quizá el peligro de la «Profundidad» fuese solo el lord Legislador mismo... Tal vez la lucha del Héroe no consistiera más que en un dilema ético. Debía elegir entre dominar el mundo o dejarlo ser libre.

Eso no le encajaba a Vin. Había más. Recordó el miedo en los ojos del lord Legislador. El terror.

Dijo «hago», no «hice». «Lo que hago por la humanidad.» Eso implica que seguía haciéndolo, fuera lo que fuese.

Os habéis condenado...

Se estremeció con el aire de la tarde. El sol se ponía, lo que permitía ver aún más fácilmente la mansión Venture iluminada: el lugar que Elend había elegido como sede provisional, aunque tal vez se trasladara a Kredik Shaw. No lo había decidido todavía.

—Deberías ir con él, mi señora —dijo Sazed—. Necesita ver que estás bien.

Vin no respondió inmediatamente. Contempló la ciudad, la brillante fortaleza iluminada en el cielo cada vez más oscuro.

—¿Estuviste allí, Sazed? —preguntó—. ¿Escuchaste su discurso?

—Sí, señora. Cuando descubrimos que no había ningún atium en ese tesoro, lord Venture insistió en que fuéramos a buscar ayuda para ti. Estuve de acuerdo con él: ninguno de nosotros éramos guerreros y yo aún no tenía mis depósitos feruquínicos.

No había atium, pensó Vin. Después de todo esto, no hemos encontrado ni pizca. ¿Qué hacía con él el lord Legislador? ¿O... alguien llegó primero?

—Cuando maese Elend y yo encontramos al ejército —continuó Sazed—, sus rebeldes estaban matando a los soldados de palacio. Algunos intentaban rendirse, pero nuestros soldados no los dejaban. Fue una escena... preocupante, mi señora. A tu Elend... no le gustó lo que vio. Cuando se plantó ante los skaa, creí que iban a matarlo también. —Calló y ladeó ligeramente la cabeza—. Pero... las cosas que dijo, mi señora... Sus sueños de un nuevo gobierno, su condena del baño de sangre y el caos... Bueno, señora, me temo que no puedo repetirlo. Ojalá hubiera tenido mis mentes de metal para poder memorizar sus palabras exactas. —Suspiró, sacudiendo la cabeza—. De todas

formas, creo que maese Brisa ayudó a calmar el tumulto. Cuando un grupo empezó a escuchar a maese Elend, los demás lo hicieron también y, a partir de ese momento... bien, es buena cosa que un noble haya acabado siendo rey, creo. Maese Elend da cierta legitimidad a nuestra toma de poder y creo que veremos más apoyo por parte de la nobleza y los mercaderes con él a la cabeza.

Vin sonrió.

—Kel se enfadaría con nosotros, ¿sabes? Hizo todo este trabajo y al final ponemos a un noble en el trono.

Sazed sacudió la cabeza.

—Ah, pero hay algo más importante que considerar, creo. No solo hemos puesto a un noble en el trono: hemos puesto *a un buen hombre*.

—Un buen hombre —dijo Vin—. Sí. He conocido a unos cuantos.

VIN ESTABA ARRODILLADA EN LA azotea de la fortaleza Venture. Su pierna entablillada le dificultaba los movimientos de noche, pero la mayor parte del esfuerzo que hacía era alomántico. Solo tenía que asegurarse de aterrizar con suavidad.

Había caído la noche y las brumas la envolvían. La protegían, la ocultaban, le daban poder...

Elend Venture estaba sentado a su escritorio, bajo una claraboya que todavía no había sido reparada desde que Vin lanzara un cuerpo a través de ella. No la veía agazapada allí arriba. ¿Quién hubiese podido hacerlo? ¿Quién veía a una nacida de la bruma en su elemento? Ella era, en cierto modo, como una de las imágenes-sombra creadas por el undécimo metal. Incorpórea. Algo que *podría* haber sido.

Podría haber sido...

Los acontecimientos del día eran muy difíciles de entender; Vin no había intentado siquiera encontrar sentido a sus emociones, que eran un embrollo mucho más grande. No se había acercado a Elend todavía. No había podido hacerlo.

Lo miró, sentado a la luz de la lámpara, leyendo y anotando en su librito. Sus reuniones anteriores al parecer habían salido bien: todo el mundo parecía dispuesto a aceptarlo como rey. Marsh susurraba que, sin embargo, detrás del apoyo había política. La nobleza veía a Elend como una marioneta que podría controlar y ya se creaban facciones entre los líderes skaa.

A pesar de todo, Elend tenía por fin una oportunidad para esbozar el código de leyes con el que siempre había soñado. Podía intentar crear la nación perfecta, tratar de aplicar las teorías filosóficas que había estudiado durante tanto tiempo. Habría baches en el camino, y Vin sospechaba que al final tendría que contentarse con algo mucho más realista que su sueño idealista. Eso no importaba, en realidad. Sería un buen rey.

Naturalmente, comparado con el lord Legislador, un montón de hollín sería un buen rey...

Quería ir con Elend, saltar a la cálida habitación, pero... algo la retenía. Había pasado por demasiados giros de fortuna recientes, demasiadas tensiones emocionales, alománticas y no alománticas. No estaba segura de que quisiera más; no estaba segura de ser Vin o Valette, ni de cuál de las dos deseaba ser.

Sentía frío en las brumas, en la silenciosa oscuridad. Las brumas daban poder, protegían y ocultaban... incluso cuando en realidad no quería ninguna de las tres cosas.

No puedo hacer esto. Esa persona que estaría con él no soy yo. Eso era una ilusión, un sueño. Soy la niña que creció en las sombras, la niña que debería estar sola. No me merezco esto.

No me lo merezco a él.

Se había terminado. Como había previsto, todo estaba cambiando. En realidad, nunca había sido una noble muy buena. Había llegado la hora de volver a ser aquello en lo que era buena. Un ser de sombras, no de fiestas y bailes.

Era el momento de irse.

Se volvió para marcharse, ignorando sus lágrimas, frustrada consigo misma. Caminó con los hombros hundidos, cojeando por el tejado metálico, y desapareció en la bruma.

Pero entonces...

Él murió prometiéndonos que habías muerto de hambre hacía años.

Con todo el caos, casi había olvidado lo que el inquisidor había dicho de Reen. Sin embargo, el recuerdo la hizo detenerse. Las nieblas la adelantaron, enroscándose, instándola a seguir.

Reen no la había abandonado. Lo habían capturado los inquisidores que la estaban buscando a ella, la hija ilegítima de su enemigo. Lo habían torturado.

Y había muerto protegiéndola.

Reen no me traicionó. Siempre prometió que lo haría, pero al final, no lo hizo. Distaba mucho de ser un hermano perfecto, pero la había amado de

todas formas.

Un susurro en el fondo de su mente habló con la voz de Reen.

Vuelve.

Antes de que pudiera convencerse a sí misma de lo contrario, cojeó de regreso a la claraboya rota y lanzó una moneda al suelo.

Elend se volvió curioso, miró la moneda, ladeó la cabeza. Vin se dejó caer un segundo más tarde, empujándose para detener la caída, aterrizando apoyándose en su pierna buena.

—Elend Venture —empezó a hablar, irguiéndose—. Hay algo que quería decirte desde hace tiempo. —Hizo una pausa, parpadeando para espantar las lágrimas—. Lees demasiado. Sobre todo en presencia de las damas.

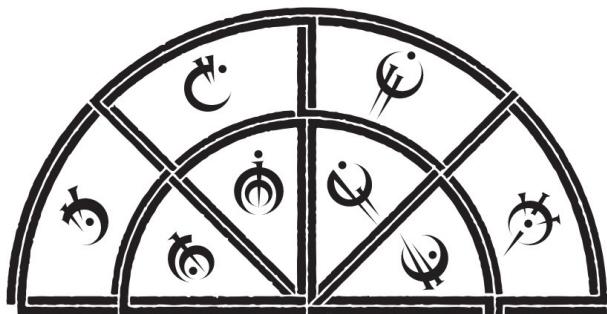
Él sonrió, echó la silla hacia atrás y la rodeó con un firme abrazo. Vin cerró los ojos, sintiendo el calor de ser abrazada, sin más.

Y comprendió que eso era lo que siempre había anhelado.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

ARS ARCANUM





GUÍA RÁPIDA SOBRE LOS METALES

METAL	PODER ALOMÁNTICO	TÍTULO BRUMOSO
Hierro	Tira de metales cercanos	Atraedor
Acer	Empuja metales cercanos	Lanzamoneda
Estaño	Incrementa los sentidos	Ojo de estaño
Peltre	Incrementa las capacidades físicas	Brazo de peltre / Violento
Cinc	Enciende emociones	Encendedor
Latón	Aplaca emociones	Aplacador
Cobre	Oculta pulsos alománticos	Ahumador
Bronce	Revela los pulsos alománticos	Buscador

NOTA: Los metales externos están representados en *cursiva*.

Los metales de empuje están representados en **negrita**.

ÍNDICE ALFABÉTICO ALOMÁNTICO

ACERO (METAL DE EMPUJE FÍSICO EXTERNO): La persona que quema acero puede ver líneas azules transparentes que apuntan a fuentes cercanas de metal. El tamaño y el brillo de la línea dependen del tamaño y la proximidad de la fuente de metal. Se ven todo tipo de metales, no solo las fuentes de acero. El alomante puede entonces empujar mentalmente esas líneas para apartar de sí esa fuente de metal. El brumoso que puede quemar acero es conocido como lanzamoneda.

AHUMADOR: Brumoso que puede quemar cobre.

APLACADOR: Brumoso que puede quemar latón.

ATRAEDOR: Brumoso que puede quemar hierro.

BRAZO DE PELTRE: Brumoso que puede quemar peltre.

BRONCE (METAL DE EMPUJE MENTAL INTERNO): La persona que quema bronce siente si las personas cercanas utilizan la alomancia. Los alomantes que queman metales cerca desprenden «pulsos alománticos», algo parecido a tamborileos, audibles solo por una persona que quema bronce. El brumoso que quema bronce es conocido como buscador.

BUSCADOR: Brumoso que puede quemar bronce.

CINC (METAL DE TIRÓN MENTAL EXTERNO): La persona que quema cinc es capaz de encender las emociones de otras personas, inflamándolas y haciendo que algunas en concreto sean más intensas. No puede leer las mentes, ni siquiera las emociones. El brumoso que quema cinc es conocido como encendedor.

COBRE (METAL DE TIRÓN MENTAL INTERNO): La persona que quema cobre desprende una nube invisible que protege a todo el que esté dentro del alcance de los sentidos de un buscador. Mientras está en el interior de una de esas «nubes de cobre», un alomante puede quemar cualquier metal que quiera y sin temor a que nadie sienta sus pulsos alománticos quemando bronce. Como efecto secundario, la persona que quema cobre es inmune a cualquier forma de alomancia emocional (aplacar o encender). El brumoso que quema cobre es conocido como ahumador.

ENCENDEDOR: Brumoso que puede quemar cinc.

ESTAÑO (METAL DE TIRÓN FÍSICO INTERNO): La persona que aviva estaño amplía sus sentidos. Puede ver más lejos y oler mejor, y su sentido del tacto se vuelve más fino. Esto le permite penetrar las brumas y ver mucho más lejos en la noche de lo que le permitirían sus sentidos sin amplificar. El brumoso que puede quemar estaño es conocido como ojo de estaño.

HIERRO (METAL DE TIRÓN FÍSICO EXTERNO): La persona que quema hierro ve líneas azules translúcidas que apuntan a fuentes cercanas de metal. El tamaño y el brillo de la línea dependen del tamaño y la proximidad de la fuente de metal. Se ven todo tipo de metales, no solo las fuentes de hierro. El alomante puede entonces tirar mentalmente de una de esas líneas para

atraer hacia sí esa fuente de metal. El brumoso que puede quemar hierro es conocido como atraedor.

LANZAMONEDAS: Brumoso que puede quemar acero.

LATÓN (METAL DE EMPUJE MENTAL EXTERNO): La persona que quema latón puede aplacar las emociones de otras personas, refrenándolas y haciendo que algunas en concreto sean menos intensas. Un alomante cuidadoso puede aplacar todas las emociones menos una, logrando esencialmente que la otra persona sienta exactamente lo que él desea. Sin embargo, el latón no permite que el alomante lea la mente, ni siquiera las emociones. El brumoso que quema latón es conocido como aplacador.

OJO DE ESTAÑO: Brumoso que puede quemar estaño.

PELTRE (METAL DE EMPUJE FÍSICO INTERNO): La persona que quema peltre aumenta los atributos físicos de su cuerpo. Se vuelve más fuerte, más tenaz y más diestro. El peltre también incrementa el sentido del equilibrio del cuerpo y la habilidad para recuperarse de las heridas. Los brumosos que pueden quemar peltre son conocidos como brazos de peltre o violentos.

VIOLENTO: Brumoso que puede quemar peltre.



BRANDON
SANDERSON

MISTBORN
EL POZO DE LA
ASCENSIÓN

—TRILOGÍA ORIGINAL · LIBRO 2—

se

**El mal ha sido derrotado.
Pero la guerra acaba de empezar.**

Lograron lo imposible y pusieron fin al reinado milenario de lord Legislador. Ahora Vin, que ha pasado de ser una ladronzuela a una poderosa nacida de la bruma, y Elend Venture, el joven noble e idealista que la ama, deberán construir una sociedad nueva y próspera sobre las cenizas de ese imperio derrotado.

Mientras las tensiones siguen creciendo tras la revuelta, una antigua leyenda ofrece un atisbo de esperanza para el pueblo. Sin embargo, incluso si las habladurías son ciertas, nadie sabe dónde se encuentra el Pozo de la Ascensión ni qué clase de poder otorga.

Es muy posible que matar al lord Legislador fuera la parte fácil. Sobrevivir a las consecuencias de su caída será el verdadero desafío.



BRANDON SANDERSON

Edición revisada por Ángel Lorenzo y Tamara Tonetti de *Cosmere.es*,
con la colaboración de Manu Viciano

Traducción de Rafael Marín Trechera
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia


epublibre

*Para Phyllis Call,
quien puede que nunca comprenda
mis libros de fantasía, pero me enseñó
más sobre la vida (y, por tanto, sobre
la escritura) de lo que se imagina.
(¡Gracias, abuela!)*

AGRADECIMIENTOS

ANTES QUE NADA, COMO SIEMPRE, mi excelente agente, Joshua Bilmes, y mi editor, Moshe Feder, se merecen todos los halagos por sus esfuerzos. Para este libro en concreto hicieron falta varios borradores meticulosos, y ellos estuvieron a la altura de la tarea. Tienen mi agradecimiento, igual que sus ayudantes, Steve Mancino (un excelente agente por derecho propio) y Denis Wong.

Hay otras personas en Tor merecedoras de mi agradecimiento. Larry Yoder (el mejor jefe de ventas de la nación) hizo un trabajo maravilloso vendiendo el libro. Irene Gallo, la directora artística de Tor, es un genio a la hora de unir libros y artistas. Y, hablando de artistas, creo que el sorprendente Jon Foster hizo un trabajo estupendo con la portada original de este libro. Pueden ver más trabajos suyos en jonfoster.com. Isaac Stewart, un buen amigo mío y colega escritor, dibujó el mapa y los símbolos de los encabezados de cada capítulo. Búsquenlo en nethermore.com. Shawn Boyles es el artista oficial de Mistborn Llama y un gran tipo, además. Busquen más información en mi web. Por último, me gustaría dar las gracias al departamento de publicidad de Tor (en especial a Dot Lin), que ha promovido de maravilla mis libros y además ha cuidado de mí. ¡Muchísimas gracias a todos vosotros!

Otra ronda de agradecimientos va destinada a mis lectores alfa. Estos incansables amigos aportan valiosos comentarios a mis novelas en sus primeras etapas y se encargan de los problemas, erratas e inconsistencias antes de que yo los resuelva. Sin seguir ningún criterio para su ordenación, estos amigos son: Ben Olsen, Krista Olsen, Nathan Goodrich, Ethan Skarstedt, Eric J. Ehlers, Jillena O'Brien, C. Lee Player, Kimball Larsen, Bryce Cundick, Janci Patterson, Heather Kirby, Sally Taylor, The Almighty Pronoun, Bradley Reneer, Holly Venable, Jimmy, Alan Layton, Janette Layton, Kaylynn ZoBell, Rick

Stranger, Nate Hatfield, Daniel A. Wells, Stacy Whitman, Sarah Bylund y Benjamin R. Olsen.

Mi agradecimiento especial a la gente de Provo Waldenbooks por su apoyo. Sterling, Robin, Ashley y el terrible dúo de Steve «Librero» Diamond y Ryan McBride (quienes también fueron lectores alfa). También debo dar las gracias a mi hermano, Jordan, por su trabajo en mi página web (con Jeff Creer). Jordo es el encargado oficial de que «Brandon mantenga la cabeza bien alta» cumpliendo su solemne deber de burlarse de mí y de mis libros.

Mi madre, mi padre y mis hermanas son siempre una ayuda maravillosa. Si he olvidado algún lector alfa, ¡lo siento! Te mencionaré dos veces la próxima vez. Fíjate, Peter Ahlstrom, no me olvido de ti: decidí ponerte el último para hacerte sudar un poco.

Por último, mi agradecimiento a mi maravillosa esposa, con quien me casé durante el proceso de corrección de este libro. ¡Emily, te quiero!

PREFACIO

EL POZO DE LA ASCENSIÓN fue uno de los libros más difíciles de mi carrera. De hecho, el único más complicado de escribir que me viene a la mente fue la novela final de «La rueda del tiempo», y buena parte de la dificultad que entrañaba aquel libro se debía a las expectativas.

Si saltaras hacia atrás en el tiempo hasta 2005, cuando yo estaba escribiendo *El Pozo de la Ascensión*, encontrarías en mí a un escritor a grandes rasgos novato, pero con una confianza que tal vez resultara desmedida. Como ya he mencionado en muchas ocasiones, escribí más de una docena de novelas antes de publicar la primera, y esa trayectoria provocó en mí una extraña mezcla de ingenuidad y veteranía.

Había pasado años experimentando con mi estilo personal y estaba bastante satisfecho con él. Me había enfrentado al rechazo y había dedicado mucho tiempo a aprender a escribir, en una época en la que no sabía si terminaría siendo algo más que una afición. Había aceptado el hecho de que quizá pasara toda la vida sin publicar nada, pero yo seguía adelante. Y lo paradójico fue que esa aceptación me había proporcionado confianza en mí mismo. Sabía que me encantaba escribir. No existía mala reseña ni fracaso comercial que pudiera provocarme una crisis más grave que las que ya había superado.

Al mismo tiempo, existían cosas que sencillamente no había hecho nunca, o que había hecho muy pocas veces... y la primera de esa lista eran las secuelas: con catorce libros en mi haber, solo había escrito una segunda parte. Casi todas mis novelas habían transcurrido en mundos nuevos, con sistemas de magia nuevos y personajes nuevos. Era en lo que más práctica tenía y, sin embargo, quería hacer ciertas cosas con mi narrativa que requerían una serie de libros.

Emprendí *El Pozo de la Ascensión* con el optimismo que me caracteriza, y entonces descubrí por las malas lo difícil que puede ser profundizar más en unos personajes que ya existían. La primera novela apenas me dio problemas, pero este libro se desmoronaba hacia el final y tenía serios problemas de ritmo a lo largo de toda su extensión. Pero, como tiende a suceder en la vida, cuanto mayor es el reto, más crecimiento aporta. Arreglar esta novela entre un borrador y el siguiente fue uno de los desafíos que más me hicieron desarrollarme como escritor.

Tal vez lo más irónico de todo sea que *El Pozo de la Ascensión* era la historia que yo quería contar desde un principio. Había estado tentado de saltarme el relato de la caída del lord Legislador, porque temía estar pisando de nuevo un camino demasiado trillado. Todo el mundo escribía novelas sobre derrocar imperios, pero pocas veces había visto la historia de unos revolucionarios obligados a convertirse en políticos. ¿Qué sucede después de hacer caer un gobierno? Construir siempre es más arduo que derribar.

Este es el libro en el que de verdad tuve tiempo de ahondar en las motivaciones de los personajes y obligarlos a enfrentarse a algunas cuestiones difíciles. ¿Dónde está la línea que separa la seguridad y la libertad? ¿Qué haces cuando tus ideales te fallan? ¿Qué haces cuando pasas de ser un forajido a defender la ley?

Estoy orgulloso de esta novela. Me demostró que puedo reparar algo que está roto y que el sufrimiento de los borradores y las revisiones puede engendrar unos resultados verdaderamente excepcionales. Confirmó mis aspiraciones y me permitió demostrar a mí mismo que era capaz de escribir personajes y temas, no solo de establecer unos sistemas de magia y unas ambientaciones extravagantes.

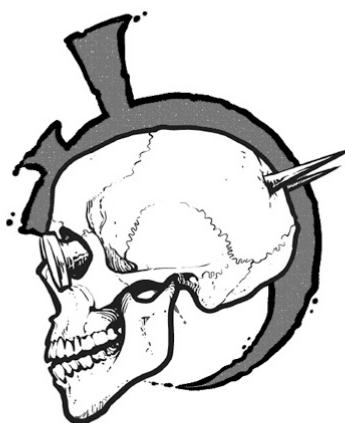
En *Nacidos de la bruma*, para Kelsier en cierto modo era fácil hablar de esperanza. Este es el libro que nos recuerda que esa esperanza y esos ideales elevados a veces tienen un precio.

BRANDON SANDERSON





EL POZO DE LA ASCENSIÓN





Escribo estas palabras en acero, pues todo lo que no esté grabado en metal es indigno de confianza.

1



EL EJÉRCITO SE ARRASTRABA COMO una mancha oscura contra el horizonte.

El rey Elend Venture contemplaba las tropas enemigas desde las murallas de la ciudad de Luthadel. A su alrededor, la ceniza caía en copos gruesos y perezosos. No era la ceniza blanca ardiente que solía verse: era una ceniza más profunda, más negra. Los Montes de Ceniza habían estado muy activos de un tiempo a esta parte.

Elend notaba el polvo ceniciente en la ropa y el rostro, pero lo ignoró. En la distancia, el sol rojo sangre empezaba a ponerse. Recortaba al ejército que había venido a quitarle su reino.

—¿Cuántos son? —preguntó Elend en voz baja.

—Creemos que cincuenta mil —dijo Ham, apoyado contra el parapeto, con los musculosos brazos cruzados sobre la piedra. Como todo lo demás en la ciudad, la muralla estaba ennegrecida por incontables años de lluvia de ceniza.

—Cincuenta mil soldados... —dijo Elend, y guardó silencio. A pesar de todos los hombres que habían reclutado, Elend apenas disponía de veinte mil soldados a sus órdenes... y eran campesinos con menos de un año de instrucción. Mantener incluso ese pequeño número estaba menguando sus recursos. De haber podido encontrar el atium del lord Legislador, tal vez las cosas hubieran sido distintas. En aquellos momentos, el reino de Elend corría un serio peligro de caer en la bancarrota.

—¿Qué te parece? —preguntó Elend.

—No lo sé, El —respondió con tranquilidad Ham—. Kelsier era siempre el que tenía la visión.

—Pero tú le ayudabas a idear los planes —dijo Elend—. Tú y los demás erais su banda. Fuisteis vosotros quienes elaborasteis la estrategia para derrocar el imperio, los que lo conseguisteis.

Ham guardó silencio y Elend creyó saber lo que estaba pensando: *Kelsier era la clave de todo. Era él quien organizaba, él quien convertía cualquier idea descabellada en un plan factible. Era el líder. El genio.*

Y había muerto un año antes, el mismo día en que el pueblo (como parte de su plan secreto) se había alzado enfurecido para derrocar al dios emperador. En el caos resultante, Elend se había hecho con el trono. Ahora cada vez parecía más claro que iba a perder todo lo que Kelsier y su grupo habían conseguido tras tantos duros esfuerzos. Iba a quitárselo un tirano que podía ser aún peor que el lord Legislador. Un matón sibilino y artero de la «nobleza». El hombre que dirigía su ejército hacia Luthadel.

El padre de Elend, Straff Venture.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas... hablar con él para convencerlo de que no ataque? —preguntó Ham.

—Tal vez —respondió Elend, vacilante—. Suponiendo que la Asamblea no entregue la ciudad.

—¿Va a hacerlo?

—No lo sé, la verdad. Temo que lo haga. Ese ejército los ha asustado, Ham.

—Y *con razón*, pensó—. De todas formas, tengo una propuesta para la reunión que se celebrará dentro de dos días. Intentaré convencerlos de que no se precipiten. Dockson ha regresado hoy, ¿no?

Ham asintió.

—Justo antes de que iniciara su avance el ejército.

—Creo que deberíamos convocar una reunión de la banda —dijo Elend—. A ver si se nos ocurre un modo de salir de esta.

—Todavía andamos escasos de gente —dijo Ham, frotándose la barbilla—. Fantasma no volverá hasta dentro de una semana y solo el lord Legislador sabe dónde ha ido Brisa. Hace meses que no recibimos ningún mensaje suyo.

Elend suspiró, sacudiendo la cabeza.

—No se me ocurre nada más, Ham.

Se dio la vuelta para contemplar de nuevo el paisaje ceniciente. El ejército estaba encendiendo hogueras y el sol se ponía. Pronto aparecerían las brumas.

Tengo que volver al palacio y trabajar en esa propuesta, pensó Elend.

—¿Adónde ha ido Vin? —preguntó Ham, volviéndose hacia Elend.
Elend se detuvo.
—¿Sabes? —dijo—. No estoy seguro.

VIN ATERRIZÓ CON SUAVIDAD en el húmedo empedrado viendo cómo las brumas empezaban a formarse a su alrededor. Adquirían consistencia cuando oscurecía, creciendo como marañas de enredaderas transparentes, retorciéndose y enroscándose.

La gran ciudad de Luthadel estaba silenciosa. Incluso un año después de la muerte del lord Legislador y del alzamiento del nuevo Gobierno libre de Elend, la gente corriente se quedaba en casa de noche. Temía las brumas, una tradición mucho más arraigada que las leyes del lord Legislador.

Vin avanzó en silencio, poniendo los cinco sentidos. En su interior, como siempre, quemó estaño y peltre. El estaño agudizaba sus sentidos y le permitía ver de noche. El peltre fortalecía su cuerpo y moverse le costaba menos. Además del cobre (que tenía el poder de ocultar el uso de la alomancia a quienes quemaban bronce) eran los metales a los que casi siempre recurría.

Algunos la llamaban paranoica. Ella se consideraba preparada. Fuera como fuese, la costumbre le había salvado la vida en numerosas ocasiones.

Se acercó a una esquina silenciosa y se detuvo para asomarse. Nunca había comprendido del todo *cómo* quemaba metales; lo había hecho desde que tenía uso de razón, usando la alomancia por instinto antes de que Kelsier la entrenara. En realidad, le daba igual. No era como Elend; no necesitaba una explicación lógica para todo. A Vin le bastaba saber que cuando tragaba trocitos de metal podía extraerles su poder.

Poder que apreciaba, pues bien sabía lo que era carecer de él. Y eso que todavía no podía considerarse una guerrera. De constitución delgada y poco más de metro y medio de estatura, con el cabello oscuro y la piel pálida, sabía que su aspecto era casi frágil. Ya no tenía aquella pinta desnutrida de su infancia en la calle, pero desde luego ningún hombre se hubiera dejado intimidar por ella.

Eso le gustaba. Le daba cierta ventaja... y necesitaba toda la ventaja posible.

También le gustaba la noche. Durante el día, Luthadel estaba repleta de gente y, a pesar de su tamaño, se le antojaba opresiva. Pero de noche las brumas caían como una densa cortina. Humedecían, suavizaban, ocultaban.

Las enormes fortalezas se convertían en montañas oscuras y las abarrotadas viviendas se fundían como la mercancía rechazada de un buhonero.

Vin se agazapó junto a su edificio, todavía observando el cruce. Con cuidado, buscó en su interior y quemó acero, uno de los metales que había ingerido. Unas líneas azules transparentes brotaron a su alrededor de inmediato. Visibles solo para sus ojos, apuntaban desde su pecho a fuentes cercanas de metal: todo tipo de metal. El grosor de las líneas era proporcional al tamaño de las piezas metálicas que encontraban, desde aldabas de bronce hasta burdos clavos de hierro que sujetaban las tablas.

La muchacha esperó en silencio. Ninguna línea se movió. Quemar acero era una forma fácil de saber si alguien andaba cerca. Si llevaba metal encima, dejaría una estela de líneas móviles azules. Ese, sin embargo, no era el fin principal del acero. Vin se sacó con cuidado de la faltriquera una de las muchas monedas que guardaba, envueltas en tela. Como todos los pedazos de metal, una línea azul surgía del centro de la moneda y llegaba hasta el pecho de Vin.

Lanzó la moneda, luego agarró mentalmente la línea y, quemando acero, empujó la moneda, que voló trazando un arco en la bruma por el empujón. Cayó al suelo en el centro de la calle.

Las brumas continuaban girando. Eran densas y misteriosas, incluso para Vin. Más densas que la simple niebla y más constantes que ningún fenómeno meteorológico normal, giraban y fluían creando lazos a su alrededor. Los ojos de Vin podían atravesarlas: el estadio agudizaba su visión. La noche le parecía más ligera, las brumas menos densas. Sin embargo, seguían allí.

Una sombra se movió en la plaza, respondiendo a su moneda, que había empujado hasta allí como señal. Vin avanzó y reconoció a OreSeur, el kandra. Llevaba un cuerpo diferente al de hacía un año, cuando se había hecho pasar por lord Renoux. Sin embargo, su cuerpo lampiño e indescriptible se había vuelto familiar para Vin.

OreSeur se reunió con ella.

—¿Encontraste lo que estabas buscando, ama? —preguntó, respetuoso... y, sin embargo, también con cierta hostilidad. Como siempre.

Vin negó con la cabeza y contempló la oscuridad en derredor.

—A lo mejor estaba equivocada —dijo—. Tal vez *no* me seguían.

Reconocerlo la entristeció. Esperaba enfrentarse de nuevo con el Acechador esa noche. Seguía sin saber quién era. La primera noche, lo había

confundido con un asesino. Sin embargo, parecía poco interesado en Elend... y mucho en Vin.

—Deberíamos volver a la muralla —decidió Vin, incorporándose—. Elend se estará preguntando dónde me he metido.

OreSeur asintió. En ese momento, un puñado de monedas se desparramó entre las brumas, corriendo hacia Vin.

He empezado a preguntarme si soy el único hombre cuerdo que queda. ¿Es que los demás no se dan cuenta? Llevan tanto tiempo esperando la llegada de su héroe (el que se menciona en las profecías de Terris) que se apresuran a sacar conclusiones, convencidos de que cada historia y cada leyenda se refiere a ese hombre.

2



VIN REACCIONÓ DE INMEDIATO, apartándose de un salto. Se movió a una velocidad increíble, la capa ondeó mientras resbalaba por el empedrado húmedo. Las monedas golpearon el suelo tras ella, arrancando lascas de piedra y dejando rastros en la bruma tras rebotar.

—¡Vete, OreSeur! —exclamó Vin, aunque él huía ya hacia un callejón cercano.

Vin giró y se agazapó, las manos y los pies sobre las frías piedras, los metales alománticos ardiendo en su estómago. Quemó acero y vio cómo las líneas azules translúcidas aparecían a su alrededor. Esperó, tensa, a que...

Otro grupo de monedas salió disparado de las oscuras brumas, cada una dejando tras de sí una línea azul. Vin quemó de inmediato acero y empujó las monedas, desviándolas en la oscuridad.

La noche quedó de nuevo en calma.

La calle en la que estaba era ancha para ser de Luthadel, aunque con casas a ambos lados. Las brumas se arremolinaban lánguidas, difuminando los extremos de la calle.

Un grupo de ocho hombres apareció entre la bruma y se acercó. Vin sonrió. Tenía razón: alguien la estaba siguiendo. Ninguno de esos hombres, sin embargo, era el Acechante. No tenían su sólida gracia, no tenían su poder. Aquellos hombres eran más burdos. Asesinos.

Tenía lógica. Si *ella* hubiese acabado de llegar con un ejército para conquistar Luthadel, lo primero que hubiera hecho habría sido enviar a un grupo de alomantes para matar a Elend.

Sintió una súbita presión en el costado y maldijo cuando perdió el equilibrio y sintió que le arrancaban la faltriquera de la cintura. Soltó la correa, dejando que el alomante enemigo le arrebatara las monedas. Los asesinos tenían al menos a un lanzamoneda, un brumoso con el poder de quemar acero y empujar metales. De hecho, dos de los asesinos tenían líneas azules que apuntaban a sus propias bolsas. Vin pensó en devolverles el favor y arrancarles sus bolsas de un tirón, pero vaciló. No hacía falta que enseñara sus cartas todavía. Podría necesitar esas monedas.

Sin monedas propias, no podía atacar desde lejos. Sin embargo, si ese equipo era bueno, atacar desde lejos hubiera sido absurdo: sus lanzamoneda y atraedores estarían preparados para ocuparse de las monedas que les lanzara. Huir tampoco era una opción. Esos hombres no estaban allí solo por ella: si huía, continuarían hacia su verdadero objetivo.

Nadie envía asesinos a matar a guardaespaldas. Los asesinos matan a hombres importantes. Hombres como Elend Venture, rey del Dominio Central. El hombre al que ella amaba.

Vin quemó peltre y su cuerpo se tensó, alerta, peligroso. *Cuatro violentos delante*, pensó, viendo avanzar a los hombres. Los que quemaban peltre poseerían una fuerza inhumana, capaces de sobrevivir a un castigo físico brutal. *Y el que lleva el escudo de madera es un atraedor*.

Hizo un quiebro hacia delante, de modo que los violentos que se acercaban dieran un salto atrás. Ocho brumosos contra una nacida de la bruma era para ellos un equilibrio aceptable... pero solo si tenían cuidado. Los dos lanzamoneda se situaron a los dos lados de la calle, para poder empujar contra ella desde ambas direcciones. El último hombre, que esperaba impertérrito junto al atraedor, tenía que ser un ahumador: de escasa relevancia en una pelea, su propósito era esconder a su equipo de alomantes enemigos.

Ocho brumosos. Kelsier lo habría conseguido: había matado a un inquisidor. Ella, sin embargo, no era Kelsier. Todavía tenía que decidir si eso era bueno o malo.

Vin tomó aire, deseando tener un poco de atium que gastar, y quemó hierro. Esto le permitió tirar de una moneda cercana, una de las que le habían lanzado, mucho más de lo que el acero le habría permitido empujarla. La

alcanzó, la dejó caer, y luego saltó como si fuera a empujar la moneda y se lanzó al aire.

Uno de los lanzamonedas, sin embargo, empujó contra la moneda, apartándola. Como la alomancia solo permitía que una persona tirara o empujara contra su cuerpo, Vin se quedó sin un anclaje decente. Empujar contra la moneda solo la hubiese lanzado de lado.

Cayó al suelo.

Que piensen que me han atrapado, pensó, agazapándose en el centro de la calle. Los matones se acercaron, un poco más confiados. Sí. Sé lo que estáis pensando. ¿Es esta la nacida de la bruma que mató al lord Legislador? ¿Esta niña delgada? ¿Es eso posible?

Yo me pregunto lo mismo.

El primer violento se dispuso a atacar, y Vin se puso en movimiento. Las dagas de obsidiana destellaron en la noche cuando las desenvainó, y la sangre salpicó negra en la oscuridad mientras ella se agachaba bajo el palo del violento y le abría un tajo en los muslos.

El hombre gritó. La noche dejó de ser silenciosa.

Los hombres maldijeron mientras Vin se movía entre ellos. El compañero del violento la atacó, rápido y borroso, sus músculos impelidos por el peltre. Su bastón golpeó una de las borlas de la capa de bruma de Vin cuando ella se arrojó al suelo y luego se irguió para escapar del alcance de un tercer violento.

Una lluvia de monedas voló hacia ella. Vin reaccionó y las empujó. El lanzamoneda, sin embargo, continuó empujando... y el empujón de Vin contrarrestó el suyo.

Empujar y tirar de metales dependía del peso. Y, con las monedas entre ambos, el peso de Vin chocó contra el peso del asesino. Ambos salieron despedidos hacia atrás. Vin escapó de un violento; el lanzamoneda cayó al suelo.

Un puñado de monedas llegó desde el otro lado. Todavía girando en el aire, Vin avivó acero para aportarse una descarga añadida de energía. Las líneas azules se entremezclaban, pero no necesitaba aislar las monedas para apartarlas.

El lanzamoneda soltó sus proyectiles en cuanto sintió el contacto de Vin. Los pedacitos de metal se perdieron en la bruma.

Vin golpeó el suelo con el hombro. Rodó, avivando peltre para aumentar su equilibrio, y se puso en pie de un salto. Al mismo tiempo, quemó hierro y tiró con fuerza de las monedas que desaparecían.

Volvieron hacia ella. En cuanto se acercaron, Vin saltó a un lado y las empujó hacia los violentos que se acercaban. Las monedas, sin embargo, se desviaron de inmediato, retorciéndose en las brumas hacia el atraedor, que fue incapaz de apartarlas: como todos los brumosos tenía un solo poder alomántico, y el suyo era tirar de hierro.

Lo hizo de manera eficaz, protegiendo a los violentos. Alzó el escudo y se quejó cuando las monedas lo golpearon y rebotaron.

Vin ya había vuelto a ponerse en movimiento. Corrió de frente hacia el lanzamoneda que tenía a la izquierda, el que había caído al suelo y estaba al descubierto. El hombre gritó sorprendido y el otro lanzamoneda trató de distraer a Vin, pero fue demasiado lento.

El lanzamoneda murió con una daga en el pecho. No era un violento: no podía quemar peltre para amplificar su cuerpo. Vin sacó la daga y le arrancó la faltriquera al hombre, que se desplomó en silencio.

Uno, pensó Vin, girando mientras el sudor volaba de su frente. Se enfrentaba a siete hombres en el callejón. Debían de esperar que intentase huir. En cambio, atacó.

Al acercarse a los violentos, saltó, y luego arrojó la bolsa que le había quitado al moribundo. El lanzamoneda vivo gritó, apartándola de inmediato. Vin, sin embargo, se impulsó en las monedas, saltando por encima de las cabezas de los violentos.

Uno de ellos, el herido, había sido por desgracia lo bastante listo para quedarse atrás y proteger al lanzamoneda. El violento levantó su cachiporra cuando Vin aterrizó. Ella esquivó el primer ataque, alzó su daga y...

Una línea azul danzó ante su visión. Rápida. Vin reaccionó de inmediato, se retorció y empujó contra la aldaba de una puerta para apartarse del camino. Golpeó el suelo de costado y luego se aupó apoyándose en una mano. Resbaló sobre el suelo húmedo.

Una moneda cayó a su lado y rebotó en el empedrado. No había llegado a alcanzarla. De hecho, parecía ir destinada al lanzamoneda asesino restante. Debía de haberse visto obligado a apartarla.

Pero ¿quién la había disparado?

¿*OreSeur*? se preguntó Vin. Pero eso era una tontería. El kandra no era alomante y, además, no habría tomado la iniciativa. *OreSeur* solo acataba las órdenes expresas.

El lanzamoneda asesino parecía igual de confuso. Vin alzó la cabeza, avivando estaño, y fue recompensada con la visión de un hombre de pie en el

tejado de un edificio cercano. Una silueta oscura. Ni siquiera se molestaba en ocultarse.

Es él, pensó. El Acechante.

El Acechante permaneció allí plantado, sin volver a interferir, mientras los violentos se abalanzaban contra Vin, que soltó una imprecación al ver tres bastones que se precipitaban hacia ella. Esquivó uno, giró para evitar el otro y plantó una daga en el pecho del hombre que blandía el tercero. El hombre se tambaleó hacia atrás, pero no cayó. El peltre lo mantuvo en pie.

¿Por qué se habrá entrometido el Acechante?, pensó Vin mientras se apartaba de un salto. *¿Por qué habrá arrojado esa moneda a un lanzamonedas que podía apartarla sin ninguna dificultad?*

Su preocupación por el Acechante casi le costó la vida cuando un violento que no había advertido la atacó de lado. Era el hombre cuyas piernas había rajado. Vin reaccionó justo a tiempo para evitar el golpe. Esto, sin embargo, la puso al alcance de los otros tres.

Todos atacaron a la vez.

Vin consiguió esquivar dos de los golpes. Uno, sin embargo, la alcanzó en el costado. El poderoso impacto la hizo resbalar por la calle hasta que chocó contra la puerta de madera de una tienda. Oyó un crujido (de la puerta, por suerte, no de sus huesos) y se desplomó, perdidas sus dagas. Una persona normal habría muerto. No obstante, su cuerpo impelido por el peltre era más resistente.

Jadeó en busca de aire, obligándose a ponerse en pie, y avivó estaño. El metal amplificó sus sentidos (incluida su capacidad de sentir dolor), y la súbita conmoción le despejó la mente. Le dolía el costado. Pero no podía detenerse. No con un violento atacándola, blandiendo su bastón para golpearla desde arriba.

Agazapada ante la puerta, Vin avivó peltre y agarró el bastón con ambas manos. Gritó, echó atrás la mano izquierda y descargó un puñetazo contra el arma, quebrando la madera de un solo golpe. El violento vaciló, y Vin le golpeó con la mitad del bastón en los ojos. Aunque aturdido, permaneció en pie.

No puedo luchar contra los violentos, pensó Vin. *Tengo que seguir moviéndome.*

Se lanzó a un lado, ignorando el dolor. Los violentos trataron de seguirla, pero ella era más ágil, más delgada y, lo más importante, mucho más rápida.

Los rodeó y se volvió para atacar al lanzamoneda, el ahumador y el atraedor. Un violento herido había vuelto para proteger a esos hombres.

Cuando Vin se acercaba, el lanzamoneda le arrojó un puñado. Vin apartó las monedas y tiró de las que el hombre llevaba en la faltriquera.

El lanzamoneda gruñó mientras la bolsa se precipitaba hacia Vin. La llevaba atada a la cintura con una correa corta y el tirón lo hizo dar un paso adelante. El hombre sujetó la correa.

Y como su anclaje no se movía, Vin fue atraída hacia él. Avivó hierro mientras volaba por los aires y alzó el puño. El lanzamoneda gritó y empujó para liberar la bolsa.

Demasiado tarde. El impulso de Vin la llevó hacia delante. Hundió el puño en la mejilla del lanzamoneda al pasar. La cabeza del hombre giró, roto el cuello. Cuando Vin aterrizó, le dio un codazo en la barbilla al sorprendido violento, arrojándolo hacia atrás. Con una patada alcanzó al caído en el cuello.

Ninguno de los dos hombres se incorporó. Ya habían muerto tres. La faltriquera cayó al suelo, se rompió y se esparcieron por el empedrado un centenar de brillantes piezas de cobre. Vin ignoró el dolor de su costado y se enfrentó al atraedor, que esperaba con el escudo levantado, sospechosamente despreocupado.

Un crujido sonó a su espalda. Vin gritó, porque su oído, aguzado por el estaño, experimentó una reacción exagerada ante el inesperado sonido. Se llevó las manos a las orejas mientras el dolor le perforaba las sienes. Se había olvidado del ahumador, que sostenía dos palos de madera, tallados para producir agudos sonidos cuando los golpeaba entre sí.

Movimientos y reacciones, acciones y consecuencias eran la esencia de la alomancia. El estaño permitía que sus ojos vieran a través de las brumas, lo que le daba ventaja sobre sus enemigos. Sin embargo, el estaño también hacía que su sentido del oído se aguzara hasta niveles extremos. El ahumador alzó de nuevo sus palos. Vin recogió un puñado de monedas del suelo y las lanzó con un grito contra el ahumador. El atraedor, como cabía esperar, tiró de ellas. Golpearon el escudo y rebotaron. Y mientras se esparcían en el aire Vin empujó con cuidado una que quedó rezagada.

El hombre bajó el escudo, ajeno a la moneda que Vin había manipulado. Vin tiró, haciendo que la moneda corriera hacia ella... y hasta la nuca del atraedor. El hombre cayó sin emitir ningún sonido.

Cuatro.

Todo quedó en silencio. Los violentos que corrían hacia ella se detuvieron, y el ahumador bajó sus palos. No tenían ya lanzamonedas ni atraedores, nadie que pudiera empujar o tirar de metal, y Vin estaba en medio de un campo de monedas. Si las usaba, incluso los violentos caerían en un abrir y cerrar de ojos. Lo único que tenía que hacer era...

Otra moneda surcó el aire, disparada desde el tejado del Acechante. Vin maldijo, esquivándola. La moneda, sin embargo, no la golpeó. Alcanzó al ahumador de pleno en la frente. El hombre cayó boca arriba, sin vida.

¿Por qué?, pensó Vin, contemplando el cadáver.

Los violentos atacaron, pero Vin se marchó con el ceño fruncido. *¿Por qué matar al ahumador? Ya no era ninguna amenaza...*

A menos...

Vin apagó su cobre, luego quemó bronce, el metal que permitía detectar si había otros alomantes cerca usando su poder. No percibía a los violentos quemando peltre. Todavía estaban siendo ahumados, oculta su alomancia.

Alguien más estaba quemando cobre.

De repente, todo cobró sentido. Tuvo sentido que el grupo se arriesgara a atacar a una nacida de la bruma. Tuvo sentido que el Acechante hubiera disparado al lanzamonedas. Tuvo sentido que hubiera matado al ahumador.

Vin corría un grave peligro.

Solo tuvo un momento para tomar su decisión. Lo hizo por instinto, pero había crecido en la calle siendo ladrona y timadora. Las coronadas le resultaban más naturales que la lógica.

—¡OreSeur! —gritó—. ¡Ve al palacio!

Era un código, por supuesto. Vin dio un salto atrás, ignorando por un momento a los violentos mientras su criado salía de un callejón. Sacó algo de su cinturón y se lo arrojó a Vin: un frasquito de cristal como los que usaban los alomantes para guardar sus recortes de metal. Vin tiró con rapidez del frasquito hasta tenerlo en la mano. No muy lejos, el segundo lanzamonedas (que se había quedado tirado en el suelo, como muerto) maldijo y se puso en pie.

Vin se volvió, apurando el frasquito de un rápido trago. Contenía una única perla de metal. Atium. No podía permitirse llevarlo en su propio cuerpo, pues no podía arriesgarse a que se lo arrancaran durante una pelea. Había ordenado a OreSeur que permaneciera cerca esa noche, preparado para entregarle el frasco en caso de emergencia.

El lanzamoneda se sacó de la cintura una daga de cristal oculta, cargando contra Vin por delante de los violentos que se acercaban. Ella se detuvo un instante, lamentando su decisión, pero sabiéndola inevitable.

Los hombres habían ocultado entre sus filas a un nacido de la bruma. Un nacido de la bruma como Vin, una persona que podía quemar los diez metales. Un nacido de la bruma que había estado esperando el momento adecuado para atacarla, para pillarla desprevenida.

Tendría atium, y solo había un modo de combatir a alguien que tenía atium. Era el metal alomántico definitivo, que solo podía usar un nacido de la bruma, capaz de decidir sin esfuerzo el resultado de un combate. Cada perla valía una fortuna... pero ¿de qué le serviría una fortuna si moría?

Vin quemó su atium.

El mundo a su alrededor cambió. Todos los objetos que se movían (los postigos de las ventanas, la ceniza, los violentos que la atacaban, incluso los rastros de bruma) proyectaron una copia transparente. Las réplicas se movieron adelantándose a sus originales, mostrando a Vin con exactitud lo que sucedería al cabo de un instante, en el futuro.

Solo el nacido de la bruma era inmune. En vez de proyectar una única forma de atium proyectó docenas, señal de que estaba quemando atium a su vez. Se detuvo un instante. El cuerpo de Vin habría explotado con docenas de confusas sombras de atium. Ahora que podía ver el futuro, Vin sabía lo que el hombre haría. Eso, a su vez, cambiaba lo que ella iba a hacer. Y cambiaba lo que iba a hacer él. Y así sucesivamente. Como los reflejos de dos espejos frente a frente, las posibilidades continuaban hasta el infinito. Ninguno de los dos tenía ventaja.

Aunque su nacido de la bruma se quedó quieto, los cuatro desafortunados violentos continuaron al ataque, pues no tenían manera de saber que Vin quemaba atium. Ella se volvió, plantándose junto al cuerpo del ahumador caído. De una patada, lanzó sus palos al aire.

Llegó un violento blandiendo su bastón. Su diáfana forma de atium atravesó con su bastón su cuerpo. Vin se contorsionó hacia un lado y notó el bastón de verdad pasar por encima de su oreja. La maniobra parecía fácil dentro del aura del atium.

Atrapó al vuelo uno de los palos y golpeó con él el cuello del violento. Giró cogiendo el otro palo y de un revés lo descargó contra el cráneo del hombre. El violento cayó de bruces, gimiendo, y Vin volvió a girar, esquivando con facilidad otros dos bastones.

Golpeó con los palos las sienes de un segundo violento. Su cráneo resonó con un sonido hueco como el de un tambor y se lo fracturó.

Cayó y no volvió a moverse. Vin lanzó su bastón al aire de una patada, soltó los palos rotos y lo recogió. Se dio la vuelta, haciendo girar el bastón, y se enfrentó a los dos violentos restantes a la vez. Con un fluido movimiento, descargó dos rápidos y potentes golpes contra sus rostros.

Se agachó mientras los dos hombres morían, sujetando el bastón con una mano, la otra apoyada en el empedrado húmedo. El nacido de la bruma se detuvo, y ella pudo ver incertidumbre en sus ojos. El poder no tenía por qué implicar competencia, y sus dos mejores bazas, la sorpresa y el atium, habían quedado anuladas.

Se volvió, tirando de un grupo de monedas caídas en el suelo, y luego las disparó. No hacia Vin, sino hacia OreSeur, que todavía se encontraba en la bocacalle. Era evidente que el nacido de la bruma esperaba que la preocupación de Vin por su sirviente la distrajera y poder quizás escapar.

Se equivocaba.

Vin ignoró las monedas y se lanzó hacia delante. Mientras OreSeur gritaba de dolor (una docena de monedas le hirieron la piel), Vin arrojó su bastón contra la cabeza del nacido de la bruma. Sin embargo, cuando abandonó sus dedos, su forma de atium se convirtió en firme y singular.

El asesino nacido de la bruma esquivó el golpe a la perfección. Sin embargo, el movimiento lo distrajo lo suficiente para permitir que ella cubriera la distancia que los separaba. Tenía que atacar con rapidez: la perla de atium que había tragado era pequeña. Se quemaría a gran velocidad. Y, cuando se agotara, quedaría indefensa. Su oponente tendría poder absoluto sobre ella.

Su aterrado adversario alzó la daga. En ese momento, se le agotó el atium.

Los instintos depredadores de Vin reaccionaron al instante y descargó un puñetazo. Él alzó un brazo para bloquear el golpe, pero ella lo vio venir y cambió la dirección de su ataque. Lo alcanzó de lleno en la cara. Entonces, con dedos diestros, Vin le arrebató la daga de cristal antes de que cayera al suelo y se hiciera añicos. Se incorporó y le rebanó el cuello a su oponente.

El hombre cayó en silencio.

Vin se levantó con la respiración entrecortada, con el grupo de asesinos muertos a su alrededor. Durante un instante, sintió un poder abrumador. Con atium era invencible. Podía esquivar cualquier golpe, matar a cualquier enemigo.

Su atium se agotó.

De repente todo pareció más oscuro. El dolor de su costado regresó a su mente, y tosió, gimiendo. Tendría moretones... y grandes. Tal vez alguna costilla rota.

Pero había vuelto a vencer. Por los pelos. ¿Qué ocurriría cuando fallara? Cuando no tuviera suficiente cuidado o careciera de la habilidad suficiente...

Elend moriría.

Vin suspiró y alzó la cabeza. Él estaba todavía allí, observándola desde el tejado. A pesar de la media docena de persecuciones repartidas a lo largo de varios meses, nunca había conseguido atraparlo. Algún día lo acorralaría.

Pero no esa noche. No tenía fuerzas. De hecho, le preocupaba que fuera a atacarla a ella. *Pero... me ha salvado. Habría muerto si me hubiera acercado demasiado a ese nacido de la bruma oculto. Si hubiera quemado atium sin que yo me diera cuenta, me habría encontrado con su daga en el cuello.*

El Acechante permaneció allí unos instantes más, envuelto, como siempre, en jirones de bruma. Luego se dio la vuelta y se perdió de un salto en la noche. Vin lo dejó marchar; tenía que encargarse de OreSeur.

Se acercó a él trastabillando. El cuerpo de su sirviente estaba cubierto de monedas y le manaba sangre de varias heridas.

La miró.

—¿Qué? —preguntó.

—No esperaba que sangraras.

OreSeur hizo una mueca.

—Seguro que tampoco esperabas que sintiera dolor.

Vin abrió la boca, pero no dijo nada. Lo cierto era que nunca lo había pensado. Se envaró. *¿Qué derecho tiene esta cosa a reñirmee?*

A pesar de todo, OreSeur había demostrado ser útil.

—Gracias por lanzarme el frasquito —dijo ella.

—Era mi deber, ama —respondió OreSeur, gimiendo mientras arrastraba su cuerpo herido hacia un lado del callejón—. Maese Kelsier me encargó que te protegiera. Como siempre, cumple el Contrato.

Ah, sí. El todopoderoso Contrato.

—¿Puedes andar?

—Solo con esfuerzo, ama. Las monedas me han roto varios de estos huesos. Necesitaré un cuerpo nuevo. *¿El de uno de los asesinos, tal vez?*

Vin frunció el ceño. Miró a los hombres caídos y se le revolvió un poco el estómago al contemplar el horrible espectáculo de sus cadáveres. Los había

matado, a ocho hombres, con la cruel eficacia que le había enseñado a tener Kelsier.

Eso es lo que soy, pensó. *Una asesina, como esos hombres*. Así tenía que ser. Alguien tenía que proteger a Elend.

Sin embargo, la idea de OreSeur comiéndose a uno de ellos, digiriendo el cadáver, dejando que sus extraños sentidos de kandra memorizaran la posición de los músculos, la piel y los órganos para poder reproducirlos, la asqueaba.

Desvió la mirada y vio el velado desprecio en los ojos de OreSeur. Ambos sabían lo que ella pensaba de que él comiera cuerpos humanos. Ambos sabían lo que él pensaba de los prejuicios de ella.

—No —dijo Vin—. No usaremos a uno de estos hombres.

—Entonces tendrás que buscarme otro cuerpo —dijo OreSeur—. Según el Contrato no puedo verme obligado a matar a nadie.

El estómago de Vin volvió a protestar. *Pensaré algo*. El cuerpo actual de OreSeur era el de un asesino, tomado después de su ejecución. A Vin le preocupaba todavía que alguien de la ciudad reconociera su rostro.

—¿Puedes volver al palacio? —preguntó Vin.

—Con tiempo —dijo OreSeur.

Vin asintió, despidiéndolo, y luego se volvió hacia los cadáveres. De algún modo sospechaba que esta noche marcaría un punto de inflexión en el destino del Dominio Central.

Los asesinos de Straff jamás sabrían el daño que habían hecho. Aquella perla de atium era la última que Vin tenía. La próxima vez que un nacido de la bruma la atacara, estaría indefensa.

Y lo más probable era que pereciese con la misma facilidad que el nacido de la bruma al que había matado esa noche.

Mis hermanos ignoran los otros hechos. No pueden relacionar las otras extrañas cosas que están teniendo lugar. Son sordos a mis objeciones, están ciegos a mis descubrimientos.

3



ELEND SOLTÓ SU PLUMA CON un suspiro y luego se arrellanó en la silla y se frotó la frente.

Suponía que sabía tanto de teoría política como el que más. Desde luego, había leído más sobre economía, estudiado más sobre gobiernos y mantenido más debates que nadie que conociera. Comprendía todas las teorías para hacer que una nación fuera estable y justa, y había tratado de ponerlas en práctica en su nuevo reino.

Lo que no había comprendido era lo increíblemente frustrante que podía llegar a ser un consejo parlamentario.

Se levantó y se dispuso a servirse una copa de vino helado. Se detuvo, no obstante, al mirar por las puertas del balcón. En la distancia, un resplandor difuso atravesaba las brumas. Las hogueras del campamento de su padre.

Dejó el vino. Estaba agotado, y el alcohol era poco probable que fuese a servirle de ayuda. *¡No puedo permitirme quedarme dormido hasta que acabe esto!*, pensó, obligándose a volver a su asiento. La Asamblea se reuniría pronto, y tenía que terminar la propuesta aquella noche.

Elend tomó el papel y observó su contenido. Su letra le parecía ininteligible incluso a él, y la página estaba llena de tachaduras y anotaciones, reflejo de su frustración. Hacía semanas que sabían que el ejército se acercaba y la Asamblea aún vacilaba sobre qué medidas tomar.

Algunos de sus miembros querían ofrecer un tratado de paz; otros pensaban que debían rendir la ciudad, sin más. Otros más consideraban que

debían atacar sin tardanza. Elend temía que la facción partidaria de la rendición estuviera ganando fuerza; de ahí su propuesta. Con la moción, si se aprobaba, ganaría un poco de tiempo. Como rey, tenía derecho a parlamentar con un dictador extranjero. La propuesta prohibía que la Asamblea hiciera nada apresurado antes de que al menos hubiera podido reunirse con su padre.

Elend volvió a suspirar y soltó el papel. La Asamblea solo tenía veinticuatro miembros, pero conseguir que se pusieran de acuerdo en algo era casi más difícil que cualquiera de los problemas a los que se enfrentaban. Elend se volvió, mirando más allá de la lámpara solitaria de su escritorio, por las puertas abiertas del balcón, a contemplar las hogueras. Oyó el roce de pies en el tejado: Vin, en una de sus rondas nocturnas.

Elend sonrió con afecto, pero ni siquiera pensar en Vin le animó. *Ese grupo de asesinos con los que ha luchado esta noche. ¿Puedo usarlo de algún modo?* Tal vez si hacía público el ataque la Asamblea recordaría el desprecio de Straff por la vida humana y tendría más reparos a rendirle la ciudad. Pero... pero tal vez tuvieran miedo de que enviara a sus asesinos contra *ellos* y fuese más probable que se rindieran.

A veces Elend se preguntaba si el lord Legislador tenía razón. No en oprimir al pueblo, por supuesto, sino al conservar todo el poder para sí. El Imperio Final había sido estable. Había durado mil años, capeando rebeliones, manteniendo un fuerte dominio del mundo.

Pero el lord Legislador era inmortal, pensó Elend. *Es una ventaja de la que yo, desde luego, no disfrutaré nunca.*

La Asamblea era un medio mejor. Dándole al pueblo un Parlamento con verdadera autoridad legal, Elend conseguía un gobierno estable. El pueblo tenía un rey, un hombre que proporcionaba continuidad, un símbolo de unidad. Un hombre que no se veía tentado por la necesidad de volver a ser elegido. Sin embargo, también tenía una Asamblea, un consejo compuesto por sus iguales, que expresaría sus preocupaciones.

Todo sonaba maravilloso en teoría. Suponiendo que sobrevivieran a los próximos meses.

Elend se frotó los ojos, luego volvió a mojar la pluma en el tintero y siguió escribiendo frases al pie del documento.

EL LORD LEGISLADOR ESTABA MUERTO.

Incluso al cabo de un año, a Vin todavía le resultaba a veces difícil asimilarlo. El lord Legislador lo había sido... todo. Rey y dios, legislador y autoridad suprema. Había sido eterno y absoluto, y ahora estaba muerto.

Vin lo había matado.

La verdad, por supuesto, no era tan impresionante como las historias. No había sido una fuerza heroica ni un poder místico lo que había permitido que Vin derrotara al emperador. Había deducido el truco que él había estado utilizando para ser inmortal, y por azar, casi por accidente, había explotado su debilidad. No había sido valentía ni astucia. Solo suerte.

Vin suspiró. Todavía le dolían los cardenales, pero los había tenido mucho peores. Estaba sentada en el tejado del palacio, la antigua fortaleza Venture, justo encima del balcón de Elend. Su reputación podía no ser merecida, pero había ayudado a mantener a Elend con vida. Aunque docenas de señores de la guerra se disputaban las tierras que antaño fueran el Imperio Final, ninguno de ellos había marchado hacia Luthadel.

Hasta entonces.

Había hogueras ardiendo ante la ciudad. Straff sabría pronto que sus asesinos habían fracasado. Y, entonces, ¿qué? ¿Atacaría la ciudad? Ham y Clubs sostenían que Luthadel no podría resistir un ataque decidido. Straff tenía que saberlo.

Sin embargo, por el momento Elend estaba a salvo. Vin había hecho un buen trabajo localizando y eliminando asesinos: apenas pasaba un mes sin que capturara a alguien tratando de colarse en el palacio. Muchos eran solo espías, y muy pocos alomantes. No obstante, el cuchillo de acero de un hombre normal mataría a Elend con la misma facilidad que el cuchillo de cristal de un alomante.

No permitiría que eso ocurriera. Pasara lo que pasara, no importaba qué sacrificios fueran necesarios, Elend *tenía* que seguir vivo.

En un arrebato de aprensión, se acercó a la claraboya para comprobar su estado. Elend estaba sentado a su escritorio, allá abajo, escribiendo alguna nueva propuesta o edicto. El reinado lo había cambiado muy poco. Unos cuatro años mayor que ella (es decir, veintipocos), Elend era un hombre que dedicaba grandes esfuerzos a su educación, pero muy pocos a su aspecto. Solo se molestaba en peinarse cuando asistía a un acto importante y se las apañaba para ir desaliñado con ropa de buen corte.

Debía de ser el mejor hombre que hubiera conocido jamás. Emprendedor, decidido, listo y cariñoso. Y, por algún motivo, la amaba. En ocasiones, ese

hecho le parecía a Vin aún más sorprendente que su participación en la muerte del lord Legislador.

Vin alzó la cabeza, contemplando de nuevo las luces del ejército. Luego miró hacia ambos lados. El Acechante no había regresado. A menudo, en noches como esa, la tentaba acercándose peligrosamente a la habitación de ella antes de desaparecer en la ciudad.

Si quisiera matar a Elend, claro está, podría haberlo hecho mientras yo combatía a los demás...

Era un pensamiento inquietante. Vin no podía vigilar a Elend en todo momento. Estaba en peligro una aterradora cantidad de veces.

Cierto, tenía otros guardaespaldas, y algunos eran incluso alomantes. Sus recursos, sin embargo, eran tan limitados como los suyos. Los asesinos de esa noche habían sido los más hábiles y peligrosos a los que se había enfrentado nunca. Se estremeció, pensando en el nacido de la bruma que se había ocultado entre ellos. No era muy bueno, pero no habría necesitado mucha habilidad para quemar atium y luego descargar un golpe directo sobre Vin en el lugar adecuado.

Las cambiantes brumas continuaban girando. La presencia del ejército susurraba una verdad inquietante: los señores de la guerra de las inmediaciones empezaban a consolidar sus dominios y tenían intenciones expansionistas. Aunque Luthadel resistiera contra Straff, vendrían otros.

En silencio, Vin cerró los ojos y quemó bronce, todavía preocupada de que el Acechante (o algún otro alomante) pudiera estar cerca, planeando atacar a Elend en la supuesta seguridad del intento de asesinato fallido. La mayoría de los nacidos de la bruma consideraban el bronce un metal de utilidad relativa, ya que se contrarrestaba con facilidad. Con cobre, un nacido de la bruma podía enmascarar su alomancia... por no mencionar que podía protegerse de la manipulación emocional del cinc o el latón. La mayoría de los nacidos de la bruma consideraban una tontería no tener su cobre encendido en todo momento.

Y, sin embargo... Vin tenía la habilidad de perforar las nubes de cobre.

Una nube de cobre no era algo visible. Era mucho más vago. Un bolsillo de aire muerto donde los alomantes podían quemar sus metales y no preocuparse de que los quemadores de bronce pudieran detectarlos. Pero Vin detectaba a los alomantes que usaban metales dentro de una nube de cobre. Todavía no estaba segura de por qué. Incluso Kelsier, el alomante más poderoso que había conocido, no había podido perforar una nube de cobre.

Esta noche, sin embargo, no percibía nada.

Con un suspiro, abrió los ojos. Su extraño poder era confuso, pero no era exclusivo de ella. Marsh había confirmado que los inquisidores de acero podían perforar nubes de cobre, y estaba segura de que el lord Legislador también podía hacerlo. Pero... ¿por qué ella? ¿Por qué podía hacerlo Vin, una chica que apenas había recibido dos años de formación como nacida de la bruma?

Había más. Todavía recordaba con nitidez la mañana de su lucha con el lord Legislador. Algo que no le había contado a nadie... en parte porque le hacía temer, un poco, que los rumores y leyendas sobre ella fueran ciertos. De algún modo había recurrido a las brumas, *usándolas* en vez de los metales para potenciar su alomancia.

Solo ese poder, el poder de las brumas, había podido derrotar al final al lord Legislador. Le gustaba decirse que había tenido la suerte de descubrir el truco del lord Legislador, eso era todo. Pero... *había* sucedido algo extraño aquella noche, algo que ella había hecho. Algo que no tendría que haber podido hacer y que nunca había logrado repetir.

Vin sacudió la cabeza. Había muchas cosas que no sabía, y no solo de la alomancia. Ella y los otros líderes del frágil reino de Elend lo intentaban lo mejor que podían, pero sin Kelsier para guiarlos, Vin se sentía ciega. Los planes, los éxitos e incluso los objetivos eran como figuras oscuras dentro de la bruma, informes y confusas.

No deberías habernos dejado, Kelsier, pensó. *Salvaste al mundo... pero tendrías que haberlo hecho sin morir.*

Kelsier, el Superviviente de Hathsin, el hombre que había orquestado y logrado la caída del Imperio Final. Vin lo había conocido, había trabajado con él, se había entrenado a sus órdenes. Era una leyenda y un héroe. Sin embargo, también había sido un hombre. Falible. Imperfecto. Era fácil para los skaa adorarlo y luego culpar a Elend y los demás de la ominosa situación que Kelsier había creado.

La idea la llenó de amargura. Pensar en Kelsier solía hacerlo. Tal vez se debía a la sensación de abandono, o tal vez solo a la incómoda certeza de que Kelsier, como la propia Vin, no estaba del todo a la altura de su reputación.

Suspiró y cerró los ojos, todavía quemando bronce. El combate de aquella noche había sido un gran esfuerzo para ella, y empezaba a temer las horas que todavía pretendía pasar de guardia. Le costaría permanecer atenta cuando...

Sintió algo.

Vin abrió los ojos, avivando estaño. Se dio media vuelta y se aplastó contra el tejado para ocultar su perfil. Había alguien allí, quemando metal. Los pulsos del bronce latían sútiles, casi imperceptibles... como alguien que tocara con suma delicadeza el tambor. Una nube de cobre los sofocaba. La persona, fuera quien fuese, creía que su cobre la ocultaría.

Hasta entonces Vin no había dejado a nadie con vida que conociera su extraño poder, salvo a Elend y Marsh.

Reptó, los dedos de las manos y los pies helados por el contacto con la cubierta de cobre del tejado. Trató de determinar la dirección de los pulsos. Había algo extraño en ellos. Tenía problemas para distinguir los metales que estaba quemando su enemigo. ¿Era aquello el rápido tamborileo del peltre o era el ritmo del hierro? Los pulsos parecían confusos, como ondas en un lodo denso.

Venían de algún lugar muy cercano... Del tejado...

Justo delante de ella.

Vin se detuvo, agazapada. Las brisas de la noche creaban una muralla de bruma frente ella. ¿Dónde estaba su enemigo? Sus sentidos peleaban entre sí: su bronce le decía que tenía algo delante, pero sus ojos se negaban a verlo.

Estudió las oscuras brumas, miró hacia arriba solo para asegurarse y luego se incorporó. *Es la primera vez que mi bronce se equivoca*, pensó, frunciendo el ceño.

Entonces lo vio.

No era algo *en* la bruma sino *de* bruma. La figura se hallaba a unos cuantos pasos de distancia, fácil de confundir, pues su forma solo quedaba levemente recortada. Vin jadeó y dio un paso atrás.

La figura continuó donde estaba. No pudo distinguir gran cosa: sus rasgos eran vagos y neblinosos, recortados por los caóticos remolinos de la bruma impulsada por el viento. De no ser por la persistencia de la forma, la habría pasado por alto... como la forma de un animal que se deja entrever solo un momento en las nubes.

Pero se mantenía. Cada nuevo remolino de bruma añadía definición al fino cuerpo y la cabeza larga. Algo confuso pero persistente. Parecía que se trataba de un ser humano, pero carecía de la solidez del Acechante. Era... extraño.

La figura dio un paso adelante.

Vin reaccionó al instante, arrojó un puñado de monedas y las empujó por el aire. Los trozos de metal surcaron la bruma, dejando rastros, y atravesaron

la figura, que permaneció allí un momento antes de desvanecerse a continuación, sin más, y perderse entre los azarosos remolinos.

ELEND ESCRIBIÓ LA ÚLTIMA LÍNEA con una floritura, aunque sabía que tendría que encargar que un escriba pasara a limpio la propuesta. Con todo, se sentía orgulloso. Le parecía que había sido capaz de elaborar un argumento que convencería por fin a la Asamblea de que no podían rendirse sin más a Straff.

Miró sin proponérselo el fajo de papeles que tenía sobre la mesa. Encima había una carta amarilla de aspecto inocente, todavía doblada, con un sello roto de cera que parecía una mancha de sangre. La carta era breve. Elend recordó sus palabras con facilidad.

Hijo:

Confío en que hayas disfrutado cuidando de los intereses Venture en Luthadel. He asegurado el Dominio Septentrional, y en breve regresaré a nuestra fortaleza en Luthadel. Podrás entregarme entonces el control de la ciudad.

Rey STRAFF VENTURE

De todos los señores de la guerra y déspotas que habían afligido el Imperio Final desde la muerte del lord Legislador, Straff era el más peligroso. Elend lo sabía bien. Su padre era un auténtico noble imperial: veía la vida como una competición entre lores para ver quién podía ganar mayor reputación. Había jugado bien su juego, convirtiendo a la Casa Venture en la más poderosa de las familias nobles antes del Colapso.

El padre de Elend no veía la muerte del lord Legislador como una tragedia o una victoria, sino como una oportunidad. El hecho de que el hijo supuestamente tonto y débil de Straff dijera ahora ser rey del Dominio Central debía de producirle carcajadas sinuento.

Elend sacudió la cabeza, volviendo a la propuesta.

Unas cuantas relecturas más, unos cuantos retoques y por fin podré dormir un poco. Tan solo...

Una figura embozada saltó desde la claraboya del techo y aterrizó con un suave golpe junto a él.

Elend alzó una ceja y se volvió hacia la figura agazapada.

—¿Sabes? Dejo el balcón abierto por un motivo, Vin. Podrías entrar por ahí, si quisieras.

—Lo sé —respondió Vin. Cruzó veloz la habitación, moviéndose con la antinatural agilidad de la alomancia. Miró bajo la cama, luego se acercó al armario y abrió las puertas. Dio un salto atrás con la tensión de un animal al acecho, pero al parecer no encontró nada dentro que desaprobara, pues se dispuso a asomarse a la puerta que daba al resto de las habitaciones de Elend.

Elend la observó con afecto. Había tardado algún tiempo en acostumbrarse a las particularidades de Vin. Se burlaba de ella diciéndole que era un poco paranoica: ella respondía diciendo que era cuidadosa. De cualquier manera, la mitad de las veces que visitaba sus habitaciones miraba bajo la cama y en el armario. Las otras se contenía... pero Elend la veía a menudo mirar con recelo escondites potenciales.

Vin se comportaba con mucha menos ansiedad cuando no tenía ningún motivo para preocuparse por él. Sin embargo, Elend solo estaba empezando a comprender que en ella había una persona muy compleja oculta bajo el rostro que una vez había conocido como el de Valette Renoux. Se había enamorado de su lado cortesano sin conocer a la nerviosa y furtiva nacida de la bruma que había dentro. Todavía le resultaba un poco difícil verlas como la misma persona.

Vin cerró la puerta y luego hizo una breve pausa, observándolo con sus ojos oscuros. Elend sonrió. A pesar de sus rarezas (o más bien *a causa* de ellas), amaba a esa mujer delgada de ojos decididos y temperamento toscos. No se parecía a nadie que hubiera conocido jamás: una mujer de belleza sencilla, pero honesta e inteligente.

Sin embargo, a veces le preocupaba.

—¿Vin? —preguntó, poniéndose en pie.

—¿Has visto algo extraño esta noche?

Elend se detuvo.

—¿Aparte de ti?

Ella frunció el ceño y cruzó la habitación. Elend observó sus pequeñas formas, ataviada con pantalones negros y una camisa de hombre, la capa de bruma con las borlas flotando tras ella. No llevaba puesta la capucha de la capa, como de costumbre, y andaba con una gracia suprema: con la inconsciente elegancia de una persona que quema peltre.

¡Concéntrate!, se dijo Elend. Sí que estás cansado.

—¿Vin? ¿Qué ocurre?

Ella miró hacia el balcón.

—Ese nacido de la bruma, el Acechante, está otra vez en la ciudad.

—¿Estás segura?

Vin asintió.

—Pero... creo que no va a venir por ti esta noche.

Elend frunció el ceño. Las puertas del balcón seguían abiertas y jirones de bruma entraban por ellas, arrastrándose por el suelo hasta evaporarse. Al otro lado de las puertas había... oscuridad. Caos.

Es solo bruma, se dijo. *Vapor de agua. No hay nada que temer.*

—¿Qué te hace pensar que el nacido de la bruma no vendrá por mí?

Vin se encogió de hombros.

—Me da esa impresión.

Ella a menudo respondía de esa manera. Vin había crecido en las calles, por eso se fiaba de su instinto. Curiosamente, también lo hacía Elend. La miró, leyendo la incertidumbre en su postura. Alguna otra cosa la había inquietado esa noche. La miró a los ojos, hasta que ella apartó la mirada.

—¿Qué? —preguntó.

—He visto... algo más —dijo ella—. O me ha parecido verlo. Algo en las brumas, como una persona formada de humo. Lo he percibido también, con la alomancia. Pero ha desaparecido.

Elend frunció el ceño todavía más. Avanzó y la rodeó con sus brazos.

—Vin, te estás esforzando demasiado. No puedes seguir rondando la ciudad por la noche y luego estar despierta todo el día. Incluso los alomantes necesitan descansar.

Ella asintió en silencio. En sus brazos no parecía la poderosa guerrera que había matado al lord Legislador, sino más bien una mujer abrumada por la fatiga, una mujer superada por los acontecimientos... una mujer que debía de sentirse igual que el propio Elend.

Lo dejó abrazarla. Al principio, notó un leve envaramiento en su postura. Era como si en parte todavía temiera ser herida... un recuerdo primigenio, una incapacidad para aceptar que era posible ser tocado por el amor y no por la ira. Luego, no obstante, se relajó. Elend era una de las pocas personas que ella aceptaba. Cuando lo abrazaba, cuando lo abrazaba de verdad, se aferraba a él con una desesperación rayana en el terror. De algún modo, a pesar de su poder alomántico y su tozuda determinación, la vulnerabilidad de Vin era extraordinaria. Parecía necesitar a Elend. Por eso él se consideraba afortunado.

Frustrado, en ocasiones. Pero afortunado. Vin y él no habían discutido sobre su propuesta matrimonial y la negativa de ella, aunque Elend a menudo pensaba en aquella situación.

Las mujeres son ya de por sí bastante difíciles de comprender, pensó, y he ido a escoger a la más rara de todas. De todas maneras, no podía quejarse. Ella lo amaba. Podía soportar sus peculiaridades.

Vin suspiró y lo miró, relajándose al fin cuando él se inclinó para besarla. El beso duró un buen rato y ella suspiró. Después, apoyó la cabeza en su hombro.

—Tenemos otro problema —dijo en voz baja—. Esta noche he usado el último resto de atium.

—¿Combatiendo a los asesinos?

Vin asintió.

—Bueno, sabíamos que tenía que pasar tarde o temprano. Nuestra reserva no podía durar eternamente.

—¿Reserva? —preguntó Vin—. Kelsier solo nos dejó seis perlas.

Elend suspiró y la abrazó con fuerza. Se suponía que su nuevo gobierno había heredado las reservas de atium del lord Legislador, un supuesto depósito de metal que constituía un tesoro increíble. Kelsier había contado con esa riqueza para su nuevo reino; había muerto esperando conseguirla. Solo había un problema. Nadie había encontrado ninguna reserva. Habían encontrado un poquito: el atium de los brazaletes que el lord Legislador había usado como batería feruquímica para acumular edad. Sin embargo, había gastado esos suministros en la ciudad y contenían muy poco atium. No era el depósito esperado. Todavía, en algún lugar de la ciudad, debía haber un tesoro de atium miles de veces más grande que aquellos brazaletes.

—Tendremos que conformarnos —dijo Elend.

—Si te ataca un nacido de la bruma, no podré matarlo.

—Solo si tiene atium —dijo Elend—. Cada vez es más escaso. Dudo que los otros reyes tengan mucho.

Kelsier había destruido los Pozos de Hathsin, el único lugar de donde se podía extraer atium. Con todo, si Vin tenía que combatir a alguien que lo tuviera...

No pienses en eso, se dijo él. Solo sigue buscando. Tal vez podamos comprar un poco. O tal vez encontraremos el depósito del lord Legislador. Si es que existe...

Vin lo miró, leyendo la preocupación en sus ojos, y él supo que había llegado a su misma conclusión. Poco podía hacerse en ese momento; Vin había actuado bien al conservar el atium el mayor tiempo posible. Con todo, cuando se apartó de él y le permitió regresar a su mesa, Elend no pudo dejar

de pensar en cómo podrían haber gastado ese atium. Su pueblo necesitaría proveerse de comida para el invierno.

Pero, vendiendo el metal, pensó mientras se sentaba, *habríamos puesto el arma alomántica más peligrosa del mundo en manos de nuestros enemigos*. Era mejor que Vin lo hubiera gastado.

Cuando se puso a trabajar de nuevo, Vin asomó la cabeza por encima de su hombro, haciéndole sombra.

—¿Qué es? —preguntó.

—La propuesta para detener a la Asamblea hasta que haya ejercido mi derecho a parlamentar.

—¿Otra vez? —preguntó ella, ladeando la cabeza y entornando los ojos como si tratara de entender su letra.

—La Asamblea rechazó la última versión.

Vin frunció el ceño.

—¿Por qué no les dices que *tienen* que aceptarla? Eres el rey.

—Verás, eso es lo que estoy intentando demostrar con todo esto. Solo soy un hombre, Vin... tal vez mi opinión no sea mejor que la suya. Si todos trabajamos juntos en la propuesta el resultado será mejor que si solo un hombre la hubiera hecho.

Vin sacudió la cabeza.

—No tendrá fuerza. Deberías arriesgarte más.

—No es una cuestión de confianza. Es una cuestión de derecho. Hemos pasado mil años combatiendo al lord Legislador... Si yo hago las cosas igual que él, ¿cuál será la diferencia?

Vin se volvió y lo miró a los ojos.

—El lord Legislador era un hombre malvado. Tú eres bueno. *Esa* es la diferencia

Elend sonrió.

—Es fácil para ti, ¿no?

Vin asintió.

Elend se incorporó y volvió a besarla.

—Bueno, algunos tenemos que hacer las cosas un poco más complicadas, así que tenéis que seguirnos la corriente. Ahora, ten la bondad de apartarte de mi luz para que pueda volver al trabajo.

Ella bufó, pero se levantó y se colocó al otro lado de la mesa, dejando tras de sí un leve perfume. Elend frunció el ceño. ¿Cuándo se había puesto eso? Muchos de sus movimientos eran tan rápidos que los pasaba por alto.

Perfume... otra de las aparentes contradicciones de la mujer que se hacía llamar Vin. No debía usarlo cuando salía a las brumas; por lo general, se lo ponía solo para él. A Vin no le gustaba llamar la atención, pero le encantaban los perfumes... y se enfadaba con Elend si él no advertía cuándo se ponía uno nuevo. Parecía recelosa y paranoica, y, sin embargo, confiaba en sus amigos con lealtad dogmática. Salía por las noches ataviada de negro y gris, tratando de ocultarse... pero Elend la había visto en los bailes hacía un año, y vestida con ropajes y sayas no parecía incómoda.

Por algún motivo, había dejado de usarlos. Ni siquiera había explicado por qué.

Elend sacudió la cabeza, regresando a su propuesta. Comparada con Vin, la política resultaba simplista. Ella apoyó los brazos sobre la mesa y lo observó trabajar, bostezando.

—Deberías descansar un poco —dijo él, mientras volvía a humedecer su pluma.

Vin vaciló, luego asintió. Se quitó la capa de bruma, se envolvió en ella y se acurrucó en la alfombra, junto a la mesa.

—No me refería a que lo hicieras *aquí*, Vin —dijo Elend, con seriedad.

—Sigue habiendo un nacido de la bruma ahí fuera, en alguna parte —respondió ella con voz cansada y apagada—. No voy a dejarte solo.

Se dio la vuelta y Elend captó una breve mueca de dolor en su rostro. Se estaba protegiendo el costado izquierdo.

Por lo general, no le contaba los detalles de sus peleas. No quería preocuparlo. No servía de nada.

Elend descartó sus preocupaciones y se obligó a empezar a leer de nuevo. Casi había terminado. Un poquito más y...

Llamaron a la puerta.

Elend se volvió, frustrado, preguntándose a qué se debería esa nueva interrupción. Ham asomó la cabeza por la puerta un segundo más tarde.

—¿Ham? ¿Todavía estás despierto?

—Por desgracia —dijo Ham, entrando en la habitación.

—Mardra te va a matar por trabajar de nuevo hasta tan tarde —dijo Elend, soltando su pluma. Por mucho que se quejara de algunas cosas que hacía Vin, al menos ella compartía las costumbres nocturnas de Elend.

Ham puso los ojos en blanco en respuesta al comentario. Seguía vistiendo chaleco y pantalones como siempre. Había accedido a ser capitán de la guardia de Elend con una sola condición: no tener que llevar nunca uniforme.

Vin entreabrió un ojo cuando Ham entró en la habitación, y luego volvió a relajarse.

—Bueno, ¿a qué debo esta visita? —dijo Elend.

—Me pareció que querrías saber que hemos identificado a esos asesinos que trataron de matar a Vin.

Elend asintió.

—Hombres que conozco, lo más seguro.

La mayoría de los alomantes eran nobles, y él conocía a los del séquito de Straff.

—Lo dudo —respondió Ham—. Eran gente del oeste.

Elend frunció el ceño, y Vin alzó la cabeza.

—¿Estás seguro?

Ham asintió.

—Parece poco probable que los enviara tu padre... a menos que haya reclutado a gente en Ciudad Fadrex. Allí suelen dominar las Casas Gardre y Conrad.

Elend se arrellanó en su asiento. Su padre tenía su sede en Urteau, hogar ancestral de la familia Venture. Fadrex estaba a medio imperio de distancia de Urteau, a varios meses de viaje. Era muy poco probable que su padre tuviera acceso a un grupo de alomantes occidentales.

—¿Has oído hablar de Ashweather Cett? —preguntó Ham.

Elend asintió.

—Se ha proclamado rey del Dominio Occidental. No sé mucho de él.

Vin frunció el ceño y se sentó en el suelo.

—¿Crees que los ha enviado él?

Ham asintió.

—Tienen que haber estado esperando una ocasión para colarse en la ciudad, y el tráfico ante las puertas de estos últimos días se la ha proporcionado. Eso hace que la llegada del ejército de Straff y el ataque a Vin sean una coincidencia.

Elend miró a Vin. Ella le devolvió la mirada y él notó que no estaba del todo convencida de que Straff no hubiera enviado a los asesinos. Elend, sin embargo, no era tan escéptico. Todos los tiranos de la zona habían intentado eliminarlo en un momento o en otro. ¿Por qué no Cett?

Es ese *atium*, pensó, lleno de frustración. No había encontrado nunca el depósito del lord Legislador, pero eso no impedía que los déspotas del imperio estuvieran convencidos de que lo tenía oculto en alguna parte.

—Bueno, al menos tu padre no envió a los asesinos —dijo Ham, siempre optimista.

Elend negó con la cabeza.

—Nuestro parentesco no se lo impediría, Ham. Créeme.

—Es tu padre —dijo Ham, preocupado.

—Ese tipo de cosas no cuentan para Straff. Si no ha enviado a sus asesinos debe de ser porque no cree que yo merezca la molestia. Pero si duramos lo suficiente, lo hará.

Ham sacudió la cabeza.

—He oído hablar de hijos que matan a sus padres para ocupar su lugar. Pero de padres que matan a sus hijos... ¿Qué dice del viejo Straff el hecho de que pueda estar dispuesto a matarte? ¿Crees que...?

—¿Ham? —lo interrumpió Elend.

—Sí?

—Sabes que suelo estar dispuesto a discutir, pero ahora mismo no tengo tiempo para filosofías.

—Oh, cierto. —Ham esbozó una débil sonrisa, se puso en pie y se dispuso a marcharse—. Debo regresar con Mardra, de todas formas.

Elend asintió, se frotó la frente y volvió a empuñar la pluma.

—Asegúrate de convocar al grupo para una reunión. Tenemos que organizar a nuestros aliados, Ham. A menos que se nos ocurra algo extraordinariamente astuto, el reino podría estar condenado.

Ham se volvió, sin perder la sonrisa.

—Hablas como si la situación fuera desesperada, El.

Elend lo miró.

—La Asamblea es un caos, media docena de señores de la guerra con ejércitos superiores me está respirando en el cuello, apenas pasa un mes sin que alguien intente asesinarme, y la mujer a la que amo está costándome la razón poco a poco.

Vin hizo una mueca al oír esta última observación.

—Oh, ¿eso es todo? —dijo Ham—. ¿Ves? La cosa no está tan mal. Quiero decir que *podríamos* estar enfrentándonos a un dios inmortal y a sus todopoderosos sacerdotes.

Elend tuvo que reírse a su pesar.

—Buenas noches, Ham —dijo, volviendo a su propuesta.

—Buenas noches, Majestad.

Tal vez ellos tengan razón. Tal vez estoy loco, o soy celoso, o un simple necio. Me llamo Kwaan. Filósofo, erudito, traidor. Soy quien descubrió a Alendi y quien lo proclamó Héroe de las Eras. Soy el que dio comienzo a todo esto.

4



EL CADÁVER NO MOSTRABA HERIDAS externas. Yacía donde había caído: los otros aldeanos habían temido moverlo. Tenía los brazos y las piernas torcidos en una postura imposible y la tierra que lo rodeaba estaba removida porque se había sacudido antes de la muerte.

Sazed pasó los dedos por una de las marcas. Aunque el suelo del Dominio Oriental era, a diferencia de en el norte, más barro que tierra, seguía siendo más marrón que negro. Las lluvias de ceniza caían incluso tan al sur. El suelo limpio de ceniza y fertilizado era un lujo, solo para las plantas ornamentales de los jardines de los nobles. El resto del mundo tenía que apañárselas con el suelo sin tratar.

—¿Decís que estaba solo cuando murió? —preguntó Sazed, volviéndose hacia el grupito de aldeanos que tenía detrás.

Un hombre de piel correosa asintió.

—Como decía, maese terrisano, estaba aquí de pie, sin nadie más. Se paró y luego cayó y se agitó en el suelo un poquito. Después... dejó de moverse.

Sazed se volvió hacia el cadáver, estudiando los músculos retorcidos, el rostro convertido en una máscara de dolor. Había traído su mentecobre médico (la abrazadera de metal que llevaba en el antebrazo derecho), y recurrió a él con la mente, extrayendo algunos de los libros memorizados que había almacenado en su interior. Sí, había algunas enfermedades que mataban con sacudidas y espasmos. Rara vez se llevaban a un hombre de manera tan

súbita, pero sucedía a veces. De no ser por otras circunstancias, Sazed habría prestado poca atención a esa muerte.

—Por favor, repetidme de nuevo lo que habéis visto —pidió.

El hombre de piel correosa que encabezaba el grupo, Teur, palideció un poco. Se encontraba en una situación incómoda: su deseo natural de notoriedad le hacía querer chismorrear con su experiencia. Sin embargo, si lo hacía se ganaría la desconfianza de sus supersticiosos amigos.

—Yo solo pasaba por aquí, maese terrisano —dijo Teur—. Por el camino de allí, a unos cien metros. Vi al viejo Jed trabajando en su campo... Era un buen trabajador, sí que lo era. Algunos de nosotros nos tomamos un descanso cuando los lores se marcharon, pero el viejo Jed continuó trabajando. Supongo que sabía que necesitaría comida para el invierno, con lores o sin ellos. —Teur vaciló, y luego miró a un lado—. Sé lo que dice la gente, maese terrisano, pero he visto lo que he visto. Era de día cuando pasé, pero había *bruma* en el valle. Me detuve, porque nunca he estado fuera en la bruma... Mi esposa puede confirmarlo. Iba a darme la vuelta, y entonces vi al viejo Jed. Estaba trabajando y no había visto la bruma. Fui a llamarlo, pero, antes de que pudiera hacerlo, él... bueno, lo que le he contado. Lo vi allí de pie, y luego se quedó quieto. Las brumas lo envolvieron y entonces empezó a sacudirse y agitarse, como si algo muy fuerte lo estuviera sujetando y sacudiendo. Cayó. No volvió a levantarse.

Todavía arrodillado, Sazed contempló el cadáver. Al parecer, Teur tenía fama de charlatán. Sin embargo, el cadáver era una gélida confirmación de sus palabras... por no mencionar la experiencia que Sazed había vivido unas semanas antes.

Bruma de día.

Se incorporó y se volvió hacia los aldeanos.

—Por favor, traedme una pala.

NADIE LE AYUDÓ A Cavar la tumba. Fue un trabajo lento y sucio debido al calor del sur, que era fuerte a pesar de la llegada del otoño. La tierra arcillosa era difícil de remover, pero por fortuna Sazed tenía fuerza acumulada dentro de su mentepeltre y recurrió a ella en busca de ayuda.

La necesitó, pues no era lo que se dice un hombre fuerte. Alto y de miembros largos, tenía la constitución de un erudito, y todavía vestía las pintorescas túnicas de los mayordomos de Terris. También llevaba la cabeza afeitada, como correspondía al cargo que había ostentado durante sus

primeros cuarenta y tantos años de vida. No llevaba muchas joyas (no quería tentar a los salteadores de caminos), pero tenía los lóbulos de las orejas alargados y perforados con numerosos agujeros para pendientes.

Recurrir a la fuerza de su mentepeltre amplió levemente sus músculos, dándole la constitución de un hombre más fuerte. Sin embargo, pese a la fuerza añadida, su ropa de mayordomo estaba manchada de sudor y tierra cuando terminó de cavar. Empujó el cadáver a la tumba y permaneció en silencio un momento. El hombre había sido un granjero esforzado.

Sazed rebuscó en las religiones guardadas en su mentecobre. Empezó con un índice, uno de los muchos que había creado. Cuando localizaba una religión adecuada, liberaba los recuerdos detallados de su práctica. Los escritos entraban en su mente tan frescos como cuando había terminado de memorizarlos. Se desvanecerían con el tiempo, como todos los recuerdos; sin embargo, planeaba devolverlos a la mentecobre mucho antes de que eso sucediera. Así actuaban los guardadores, siguiendo el método por el que su pueblo conservaba enormes cantidades de información.

Ese día seleccionó los recuerdos de HaDah, una religión del sur que tenía una deidad agrícola. Como la mayoría de las religiones, oprimidas durante la época del lord Legislador, la fe HaDah hacía mil años que se había extinguido.

Siguiendo los dictados de la ceremonia funeraria HaDah, Sazed se acercó a un árbol cercano... o al menos a uno de los matorrales que pasaban por árboles en esta zona. Arrancó una rama larga (los campesinos lo observaron con curiosidad) y volvió a la tumba. Se agachó y la colocó en la tierra, en el fondo del agujero, junto a la cabeza del cadáver. Luego se incorporó y empezó a echar tierra en la fosa.

Los campesinos lo observaron con ojos apagados. *Qué deprimidos*, pensó Sazed. El Oriental era el más caótico y convulso de los cinco Dominios Interiores. Los hombres del grupito eran ya ancianos. El acoso de las levas había hecho bien su trabajo: los padres y maridos de aquella aldea probablemente habían muerto en algún campo de batalla que ya no importaba.

Era difícil creer que pudiera haber algo peor que la opresión del lord Legislador. Sazed se dijo que el dolor de aquella gente pasaría, que algún día conocerían la prosperidad gracias a lo que él y los demás habían hecho. Sin embargo, había visto a granjeros dedicados a matarse entre sí, había visto niños morir de hambre porque algún déspota había «requisado» las reservas de comida de una aldea. Había visto a ladrones matar a sus anchas porque las

tropas del lord Legislador ya no patrullaban los canales. Había visto caos, muerte, odio y desorden. Y no podía dejar de reconocer que en parte era culpa suya.

Continuó llenando la fosa. Había recibido formación como erudito y asistente doméstico; era un mayordomo terrisano, el más útil, caro y prestigioso de los sirvientes del Imperio Final. Eso ya no significaba casi nada. Nunca había cavado una tumba, pero lo hizo lo mejor que pudo, tratando de ser reverente mientras acumulaba tierra sobre el cadáver. Sorprendentemente, mediada la faena, los campesinos empezaron a ayudarle y a echar también tierra en el agujero.

Tal vez haya todavía esperanza para ellos, pensó Sazed, dejando agradecido que uno de los hombres tomara la pala y terminara el trabajo. Cuando acabaron, la punta de la rama HaDah asomaba de la cabecera de la tumba.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Teur, señalando la rama.

Sazed sonrió.

—Es una ceremonia religiosa, mi buen Teur. Si quieres, hay una oración que debería acompañarla.

—¿Una oración? ¿Algo para el Ministerio de Acero?

Sazed negó con la cabeza.

—No, amigo mío. Es una oración de una época lejana, una época anterior al lord Legislador.

Los campesinos se miraron, el ceño fruncido. Teur se frotó la barbilla arrugada. Sin embargo, todos permanecieron en silencio mientras Sazed entonaba una breve oración HaDah. Cuando terminó, se volvió hacia los campesinos.

—Se llamaba la religión de HaDah. Algunos de vuestros antepasados tal vez la siguieron. Si alguno de vosotros lo desea, puedo enseñaros sus preceptos.

El grupo permaneció en silencio. No eran muchos, dos docenas o así, la mayoría mujeres de mediana edad y unos cuantos hombres viejos. Solo había un joven con una pierna de madera; a Sazed le sorprendió que hubiera vivido tanto tiempo en una plantación. La mayoría de los lores mataban a los inválidos para impedir que menguaran sus recursos.

—¿Cuándo va a volver el lord Legislador? —preguntó una mujer.

—No creo que vaya a hacerlo —dijo Sazed.

—¿Por qué nos ha abandonado?

—Es una época de cambios. Tal vez sea también una época para aprender otras verdades, otras costumbres.

El grupo se agitó en silencio. Sazed suspiró; esa gente asociaba la fe con el Ministerio de Acero y sus obligadores. La religión no era algo que preocupara a los skaa... excepto, tal vez, para evitarla en la medida de lo posible.

Los guardadores pasaron mil años recopilando y memorizando las religiones moribundas del mundo, pensó Sazed. ¿Quién habría pensado que ahora, desaparecido el lord Legislador, a la gente no le importaría lo suficiente para querer recuperar lo que había perdido?

Sin embargo, le resultaba difícil pensar mal de aquella gente. Se esforzaban por sobrevivir, y su mundo, ya de por sí difícil, se había vuelto impredecible. Estaban cansados. ¿Era extraño que hablar de creencias largamente olvidadas hubiera dejado de interesarles?

—Venid —dijo Sazed, volviéndose hacia la aldea—. Hay otras cosas, cosas prácticas, que puedo enseñaros.

Y yo soy el que traicionó a Alendi, pues ahora sé que no debe permitírselo que lleve a cabo su misión.

5



VIN PODÍA VER LOS SIGNOS de ansiedad en la ciudad. Los obreros deambulaban inquietos y en los mercados se notaba la preocupación, la misma aprensión que en un roedor acorralado. Estaban asustados, pero sin saber qué hacer; condenados sin ningún sitio adonde huir.

Muchos habían dejado la ciudad durante el año anterior: nobles que huían, mercaderes que buscaban otros sitios para establecer sus negocios. Sin embargo, al mismo tiempo, la ciudad había crecido con la llegada de los skaa. De algún modo se habían enterado de la proclamación de libertad de Elend y habían acudido con optimismo... o, al menos, con tanto optimismo como podía esperarse de un populacho agotado, mal alimentado, repetidamente sometido.

Y así, a pesar de las predicciones de que Luthadel caería pronto, a pesar de las habladurías de que su ejército era pequeño y débil, la gente se había quedado. Trabajaba. Vivía. Como había hecho siempre. La vida de un skaa nunca había sido muy segura.

A Vin todavía le extrañaba ver el mercado tan concurrido. Recorrió la calle Kenton, vestida con sus pantalones y su camisa abotonada de costumbre, pensando en la época en que visitaba esa calle durante los días anteriores al Colapso. La calle había sido el silencioso hogar de algunas de las sastrerías más exclusivas.

Cuando Elend abolió las restricciones a los mercaderes skaa, la calle Kenton cambió. Se convirtió en un salvaje bazar de tiendas, carritos de mano y tenderetes. Para llegar a los recién llegados trabajadores skaa, los dueños de las

tiendas habían cambiado sus métodos de venta. Si antes atraían a los ricos con lujosos escaparates, ahora llamaban a la gente usando voceadores, vendedores e incluso malabaristas para tratar de aumentar las ventas.

La calle estaba tan abarrotada que Vin normalmente la evitaba, y aquel día era peor que nunca. La llegada del ejército había provocado prisas de última hora por comprar y vender, pues la gente intentaba prepararse para lo que fuera a venir. Había una atmósfera ominosa en el aire. Menos actuaciones callejeras, más gritos. Elend había ordenado cerrar las ocho puertas de la ciudad, así que la huida ya no era una opción. Vin se preguntó cuánta gente lamentaría su decisión de quedarse.

Recorrió las calles presurosa, con las manos unidas para que no se notara su nerviosismo. Ni siquiera de niña, cuando era una ladronzuela callejera en una docena de ciudades diferentes, le habían gustado las multitudes. Era difícil controlar a tanta gente, concentrarse en tantas cosas a la vez. De niña, se mantenía cerca del tumulto, aventurándose de vez en cuando para conseguir una moneda caída o un pedazo ignorado de comida.

Ahora era diferente. Se obligó a caminar con la espalda recta y a no mirar al suelo ni buscar lugares donde esconderse. Estaba mejorando mucho, pero ver a la multitud le recordó lo que había sido en otros tiempos. Lo que sería siempre, al menos en parte.

Como en respuesta a sus pensamientos, un par de ladronzuelos callejeros se abrieron paso entre la multitud mientras un hombretón con delantal de panadero les gritaba. Todavía había ladrones callejeros en el nuevo mundo de Elend. De hecho, le parecía que pagar a la población skaa probablemente mejoraba la vida callejera de los ladronzuelos. Había más bolsillos donde meter mano, más gente para distraer a los dueños de las tiendas, más migajas que repartir y más manos para alimentar a los mendigos.

Era difícil reconciliar su infancia con esa vida. Para ella, un niño en la calle era alguien que aprendía a estar callado y esconderse, alguien que salía de noche a rebuscar en la basura. Solo los ladronzuelos más valientes se atrevían con las faltriqueras; la vida de los skaa había carecido de valor alguno para muchos nobles. Durante su infancia, Vin había conocido a varios ladronzuelos que habían muerto o habían perdido un miembro porque algún noble de paso en la ciudad los encontraba ofensivos.

Las leyes de Elend tal vez no hubieran eliminado la pobreza como él pretendía, pero habían mejorado la vida incluso de los ladronzuelos callejeros. Por eso, entre otras cosas, Vin lo amaba.

Todavía había algunos nobles entre la multitud, hombres a quienes Elend o las circunstancias habían persuadido de que sus fortunas estarían más seguras dentro de la ciudad que fuera de ella. Estaban desesperados, eran débiles o aventureros. Vin vio pasar a un hombre rodeado por un grupo de guardias. El hombre ni la miró: para él, la sencilla ropa de Vin era motivo suficiente para ignorarla. Ninguna noble se vestiría como lo hacía ella.

¿Es eso lo que soy?, se preguntó, deteniéndose junto a un escaparate y mirando los libros expuestos, cuya venta siempre había sido un mercado pequeño, pero beneficioso, para los ociosos nobles imperiales. También usó el reflejo del cristal para asegurarse de que nadie la seguía. *¿Soy una noble?*

Podía argumentarse que era noble simplemente por asociación. El mismísimo rey la amaba (le había pedido que se casara con él), y había sido entrenada por el Superviviente de Hathsin. En efecto, su padre había sido noble, aunque su madre hubiera sido una skaa. Vin alzó una mano y acarició el pendiente de cobre que era el único recuerdo que tenía de ella.

No era mucho. Pero, claro, Vin no estaba segura de querer pensar demasiado en su madre. La mujer, después de todo, había intentado matarla. De hecho, *había* matado a la hermana de Vin. Solo la intervención de Reen, su hermanastro, la había salvado. Había arrancado a Vin, ensangrentada, de los brazos de una mujer que le había clavado el pendiente en la oreja apenas unos momentos antes.

Y, sin embargo, Vin todavía lo conservaba. Como una especie de recordatorio. La verdad era que no se sentía noble. En ocasiones, pensaba que tenía más en común con su madre loca que con la aristocracia del mundo de Elend. Los bailes y fiestas a los que había asistido antes del Colapso habían sido una charada. Un recuerdo parecido a un sueño. No se celebraban en el mundo de gobiernos que se tambaleaban y asesinos nocturnos. Además, la participación de Vin en los bailes, fingiendo ser Valette Renoux, había sido siempre un engaño.

Todavía seguía fingiendo. Fingía no ser la muchacha que había crecido muerta de hambre en las calles, una muchacha que había recibido más palizas que atenciones amistosas. Vin suspiró, apartándose del escaparate. La siguiente tienda, sin embargo, atrajo su atención a su pesar.

Era de vestidos de baile.

La tienda estaba vacía: poca gente pensaba en vestidos cuando una invasión era inminente. Vin se detuvo ante la puerta abierta, inmóvil casi, como metal del que se tira. Dentro, los maniquíes posaban con majestuosos

vestidos. Vin los contempló, con sus estrechas cinturas y sus faldas acampanadas. Se imaginó en un baile, con la suave música de fondo, las mesas con manteles de un blanco perfecto, y a Elend, de pie en su balcón, hojeando un libro...

Casi estuvo a punto de entrar. Pero ¿para qué molestarse? La ciudad estaba a punto de ser atacada. Además, los vestidos eran caros. Cuando gastaba el dinero de Kelsier no era lo mismo. Ahora gastaba el dinero de Elend... y el dinero de Elend era el dinero del reino.

Dejó atrás los vestidos y regresó a la calle. *Ya no tienen nada que ver conmigo. Valette es inútil para Elend... Él necesita una nacida de la bruma, no una chica aparatoso con un vestido que no sabe llenar del todo.* Los golpes recibidos la noche anterior, ya oscuros cardenales, eran un recordatorio de cuál era su sitio. Estaba sanando bien (llevaba todo el día quemando peltre), pero seguiría magullada una semana.

Vin avivó el paso, dirigiéndose a los corrales. Sin embargo, mientras caminaba se dio cuenta de que alguien la seguía disimuladamente.

Bien, tal vez «disimuladamente» era decir mucho: el hombre no hacía un buen trabajo a la hora de pasar inadvertido. Tenía la coronilla calva, pero llevaba el pelo largo. Vestía una simple saya de skaa: una única pieza manchada de ceniza.

Magnífico, pensó Vin. Aquel era otro motivo por el que evitaba el mercado, o cualquier lugar donde se congregaran los skaa.

Aceleró de nuevo, pero el hombre se apresuró también. Pronto sus torpes movimientos llamaron la atención... pero en vez de maldecirlo, la mayoría de la gente se detuvo, reverente. Pronto otros se le unieron y Vin tuvo a una pequeña multitud siguiéndola.

Una parte de ella quiso lanzar una moneda y salir volando. Sí, pensó Vin, desabrida. *Usa la alomancia a plena luz del día. Así no llamarás la atención.*

Con un suspiro, se volvió para enfrentarse al grupo. Ninguno de los que la seguían parecía particularmente amenazador. Los hombres llevaban pantalones y camisas sucias; las mujeres, vestidos cómodos de una sola pieza. Varios hombres llevaban sayas manchadas de ceniza.

Sacerdotes del Superviviente.

—Dama Heredera —dijo uno de ellos, aproximándose y poniéndose de rodillas.

—No me llames así —respondió Vin en voz baja.

El sacerdote la miró.

—Por favor. Necesitamos orientación. Hemos derrocado al lord Legislador. ¿Qué hacemos ahora?

Vin dio un paso atrás. ¿Había comprendido Kelsier lo que hacía? Había logrado que los skaa creyeran en él y luego había muerto como un mártir para que en su furia se volvieran contra el Imperio Final. ¿Qué había pensado que sucedería después? ¿Había previsto la fundación de la Iglesia del Superviviente? ¿Había sabido que sustituirían al lord Legislador por el propio Kelsier como dios?

El problema era que Kelsier no había dejado a sus seguidores ninguna doctrina. Su único objetivo había sido derrocar al lord Legislador; en parte para conseguir venganza, en parte para sellar su legado, y, en parte, o eso esperaba Vin, porque quería liberar a los skaa.

Pero ¿ahora qué? Esa gente debía de sentirse igual que ella. A la deriva, sin ninguna luz que los guiara.

Vin no podía ser esa luz.

—Yo no soy Kelsier —dijo en voz baja, dando un paso atrás.

—Lo sabemos —respondió uno de los hombres—. Eres su heredera. Él murió y, esta vez, *tú* sobreviviste.

—Por favor —dijo una mujer, dando un paso adelante, con un niño pequeño en brazos—. Dama Heredera. Si la mano que abatió al lord Legislador pudiera tocar a mi hijo...

Vin trató de retroceder más, pero se dio cuenta de que la multitud la rodeaba. La mujer se acercó más y, Vin, finalmente, acercó una mano insegura a la frente del bebé.

—Gracias —dijo la mujer.

—Nos protegerás, ¿verdad, Dama Heredera? —preguntó una mujer joven, no mucho mayor que Elend, de rostro sucio pero ojos honrados—. Los sacerdotes dicen que detendrás al ejército que hay ahí fuera, que sus soldados no podrán entrar en la ciudad mientras tú estés aquí.

Eso fue demasiado para ella. Vin murmuró una respuesta apenas inteligible, se volvió y se abrió paso entre la muchedumbre. El grupo de creyentes, afortunadamente, no la siguió.

Cuando se detuvo respiraba con dificultad, pero no debido al cansancio. Se metió en un callejón, entre dos tiendas, y se abrazó en la oscuridad. Se había pasado toda la vida aprendiendo a pasar inadvertida, a ser silenciosa y poco importante. Ya no podía ser ninguna de esas cosas.

¿Qué esperaba la gente de ella? ¿De verdad pensaban que podría detener a un ejército sola? Esa era una lección que había aprendido muy pronto en su entrenamiento: los nacidos de la bruma no eran invencibles. Podía matar a un hombre. Diez hombres le crearían problemas. Un ejército...

Vin se controló e inspiró, tratando de calmarse. Al cabo de un rato, regresó a la calle. Estaba ya cerca de su destino, una pequeña tienda abierta rodeada por cuatro corrales. El mercader esperaba a un lado. Era un hombre sucio con pelo solo en un lado de la cabeza, el derecho. Vin se quedó un instante tratando de decidir si el extraño peinado se debía a una enfermedad, a alguna herida o a algún tipo de preferencia.

El hombre se irguió cuando la vio de pie. Se cepilló, levantando una pequeña cantidad de polvo. Luego se dirigió a ella, sonriendo con los dientes que todavía le quedaban, actuando como si no hubiera oído, o no le importara, que había un ejército a las puertas de la ciudad.

—Ah, joven dama —dijo—. ¿Buscando un cachorro? Tengo algunos chuchos que encantarían a cualquier muchacha. Espera, deja que te traiga uno. Estarás de acuerdo en que es la cosa más preciosa que has visto en tu vida.

Vin se cruzó de brazos mientras el hombre se agachaba para recoger a un cachorrillo de uno de los corrales.

—La verdad es que estaba buscando un sabueso.

El mercader alzó la cabeza.

—¿Un sabueso, señorita? No es animal de compañía para una muchacha como tú. Son unos brutos. Deja que te busque un perrito agradable. Son bonitos, esos chuchos... y listos, también.

—No —dijo Vin, atrayéndolo—. Me traerás un sabueso.

El hombre se paró a mirarla rascándose en varios lugares indignos.

—Bueno, veré qué puedo hacer...

Se marchó al corral más alejado de la calle. Vin esperó en silencio, tratando de no percibir los olores mientras el mercader gritaba a algunos de sus animales y seleccionaba el adecuado. Al cabo de un rato le trajo un perro atado con una correa. Era un sabueso pequeño, pero tenía unos grandes ojos dulces y dóciles, y, obviamente, un temperamento agradable.

—El más pequeño de la camada —dijo el mercader—. Un buen animal para una chica joven, diría yo. Probablemente también será un cazador excelente. Estos perros lobo tienen mejor olfato que ninguna otra bestia que hayas visto.

Vin echó mano del monedero, pero se detuvo y contempló el rostro jadeante del perro. Casi parecía estar sonriéndole.

—Oh, por el amor del lord Legislador —exclamó, y dejó atrás al perro y al amo camino de los corrales del fondo.

—¿Joven dama? —preguntó el mercader, siguiéndola inseguro.

Vin estudió los perros. Casi al fondo, localizó una enorme bestia negra y gris. Estaba encadenada a un poste y la miraba retadora, con un grave rugido en su garganta.

Vin señaló.

—¿Cuánto por ese de ahí atrás?

—¿*Ese*? —preguntó el mercader—. Buena señora, ese es una bestia. ¡Su misión iba a ser estar suelto en los terrenos de un lord para atacar a todo el que entrara! ¡Es uno de los bichos más terribles que verás jamás!

—Perfecto —dijo Vin, sacando unas monedas.

—Buena señora, no podría venderte esa bestia. Desde luego que no. Cielos, apuesto a que pesa la mitad que tú.

Vin asintió, y luego abrió la puerta del corral y entró. El mercader dejó escapar un grito, pero Vin se encaminó directamente hacia el perro, que empezó a ladrar salvajemente, babeando.

Lo siento, pensó Vin. Luego, quemando peltre, se agachó y descargó un puñetazo en la cabeza del animal.

El perro se quedó quieto, se tambaleó y cayó inconsciente al suelo. El mercader se detuvo con la boca abierta.

—Una correa —ordenó Vin.

Se la entregó. Vin la usó para atar los pies del sabueso y, luego, quemando peltre, se cargó el animal sobre los hombros. Se resintió levemente del dolor en el costado.

Será mejor que este bicho no me manche la camisa de baba, pensó. Entregó al mercader algunas monedas y regresó al palacio.

VIN DEJÓ CAER AL SUELO al perro inconsciente. Los guardias la habían mirado con extrañeza a su llegada al palacio, pero ya estaba acostumbrada. Se sacudió las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó OreSeur. Había vuelto a sus habitaciones del palacio, pero su cuerpo actual estaba claramente inservible. Había tenido que formar músculos en lugares donde los hombres normalmente no los tenían,

para mantener unido el esqueleto, y mientras sanaba de todas sus heridas el cuerpo realmente no parecía natural. Todavía llevaba la ropa manchada de sangre de la noche anterior.

—Esto es tu nuevo cuerpo —dijo Vin, señalando el sabueso.

OreSeur se quedó quieto.

—*Eso?* Ama, eso es un perro.

—Sí —dijo Vin.

—Y yo soy un hombre.

—Tú eres un kandra —dijo Vin—. Puedes imitar la carne y el músculo. ¿Qué tal el pelaje?

El kandra no parecía nada contento.

—No puedo imitarlo —dijo—, pero sí que puedo usar el pelaje de la bestia, igual que uso sus huesos. No obstante, sin duda que hay...

—No voy a matar por eso, kandra —dijo Vin—. Y aunque mate a alguien, no dejaré que tú... te lo comas. Además, esto no llamará la atención. La gente empezará a hablar si sigo sustituyendo a mis criados por hombres desconocidos. Llevo meses diciendo que pienso despedirte. Bueno, diré que lo hice por fin. A nadie se le ocurrirá pensar que mi nuevo perro sabueso es mi kandra.

Se volvió señalando al animal.

—Será muy útil. La gente presta menos atención a los perros que a los humanos y podrás escuchar sus conversaciones.

OreSeur frunció aún más el ceño.

—No haré esto voluntariamente. Tendrás que obligarme, en virtud del Contrato.

—Bien —dijo Vin—. Es una orden. ¿Cuánto tardarás?

—Con un cuerpo normal tardaría unas pocas horas —dijo OreSeur—. Con este puede que tarde un poco más. Imitar esa piel será un desafío.

—Entonces, empieza —dijo Vin, volviéndose hacia la puerta. De camino, sin embargo, vio un paquetito sobre la mesa. Frunció el ceño, se acercó y lo abrió. Había una nota dentro.

Lady Vin:

Aquí está la aleación que pediste. El aluminio es muy difícil de conseguir, pero una familia noble abandonó recientemente la ciudad y pude comprar parte de su cubertería.

No sé si esto funcionará, pero creo que merece la pena intentarlo. He mezclado el aluminio con cobre al cuatro por ciento y el resultado me parece bastante prometedor. He leído su composición: se llama duraluminio.

Tu servidor,
TERION

Vin sonrió, dejó la nota y sacó el resto del contenido de la caja: una bolsita de polvo de metal y una fina barra plateada, ambas presumiblemente de aquel «duraluminio». Terion era un maestro metalúrgico alomántico. Aunque él mismo no era alomante, llevaba toda la vida creando aleaciones y polvos para nacidos de la bruma y brumosos.

Vin se guardó la bolsa y la barra, y luego se volvió hacia OreSeur. El kandra la miró inexpresivamente.

—¿Ha llegado esto para mí? —preguntó Vin, mirando la caja.

—Sí, ama —dijo OreSeur—. Hace unas horas.

—¿Y no me lo has dicho?

—Lo siento, ama —dijo OreSeur con voz átona—, pero no me *ordenaste* que te avisara si llegaban paquetes.

Vin apretó los dientes. OreSeur sabía lo ansiosamente que estaba esperando otra aleación de Terion. Todas las aleaciones de aluminio habían resultado un fracaso. Le molestaba saber que había otro metal alomántico en alguna parte, esperando ser descubierto. No quedaría satisfecha hasta encontrarlo.

OreSeur se quedó donde estaba, con una expresión amorfa en el rostro, y el perro inconsciente en el suelo, a sus pies.

—Ponte a trabajar en ese cuerpo —dijo Vin, dándose la vuelta, y salió de la habitación en busca de Elend.

VIN ENCONTRÓ FINALMENTE A ELEND en su estudio, repasando algunos libros con una figura conocida.

—¡Dox! —dijo Vin. Él se había retirado a sus habitaciones poco después de su llegada, el día anterior, y no le había visto.

Dockson alzó la cabeza y sonrió. Fornido sin ser gordo, tenía el pelo oscuro y corto y seguía llevando su barba de costumbre.

—Hola, Vin.

—¿Qué tal por Terris? —preguntó ella.

—Frío —respondió Dockson—. Me alegro de estar de vuelta. Aunque desearía no haber encontrado a ese ejército aquí.

—Sea como sea, nos alegramos de que hayas vuelto, Dockson —dijo Elend—. El reino prácticamente se caía a pedazos sin ti.

—No parece el caso —dijo Dockson, cerrando el libro y colocándolo en el montón—. Tal como están las cosas, y los ejércitos, parece que la burocracia real ha aguantado bastante bien en mi ausencia. ¡Casi no me necesitáis ya!

—¡Tonterías! —dijo Elend.

Vin se apoyó en la puerta y se quedó mirando a los dos hombres mientras ellos continuaban su conversación. Mantenían su aire de forzada jovialidad. Ambos estaban decididos a conseguir que el nuevo reino funcionara, aunque eso significara fingir que se caían bien. Dockson señalaba los libros de cuentas, hablando de finanzas y lo que había descubierto en las poblaciones cercanas que estaban bajo el control de Elend.

Vin suspiró y contempló la habitación. La luz del sol se filtraba por la vidriera, tiñendo de colores los libros y la mesa. Vin no se había acostumbrado a la riqueza de una fortaleza noble. La ventana, roja y lavanda, era una obra de intrincada belleza. Sin embargo, los nobles al parecer consideraban las vidrieras tan corrientes que habían puesto esa en una de las habitaciones traseras, en la pequeña cámara que Elend usaba como estudio.

Como cabía esperar, la habitación estaba repleta de libros. Los estantes cubrían las paredes del suelo al techo, pero no podían con el enorme volumen de la creciente colección de Elend. A ella nunca le había interesado mucho el gusto de Elend por los libros. Eran casi todos obras políticas o históricas, sobre temas tan ajados como sus viejas páginas. Muchos de ellos habían sido prohibidos por el Ministerio de Acero, pero de algún modo los antiguos filósofos conseguían que incluso los temas más jugosos se transformaran en aburridos.

—Muy bien —dijo Dockson, cerrando por fin sus libros—. Tengo que hacer algunas cosas antes de tu discurso de mañana, Majestad. ¿No dijo Ham que había también esta tarde una reunión para la defensa de la ciudad?

Elend asintió.

—Suponiendo que pueda conseguir que la Asamblea acuerde no entregar la ciudad a mi padre, tendremos que elaborar una estrategia para enfrentarnos a este ejército. Enviaré a alguien a buscarte mañana por la noche.

—Bien —dijo Dockson. Inclinó la cabeza ante Elend, le hizo un guiño a Vin y salió de la abarrotada habitación.

Ella se acercó.

—Es un buen hombre, Elend.

—Oh, soy consciente de eso. Pero ser un buen hombre no siempre hace que uno sea agradable.

—También es agradable —dijo Vin—. Tozudo, tranquilo, estable. La banda confiaba en él.

Aunque no era alomante, Dockson era la mano derecha de Kelsier.

—No le gusto, Vin —dijo Elend—. Es... muy difícil llevarse bien con alguien que te mira así.

—No le das ninguna oportunidad —se quejó Vin, deteniéndose al lado de la silla de Elend.

Él la miró, sonriendo débilmente, con el chaleco desabrochado, el pelo convertido en un caos absoluto.

—Vaya —dijo ociosamente, tomando su mano—. Me gusta esa camisa. El rojo te sienta bien.

Vin puso los ojos en blanco, dejando que él la atrajera suavemente hasta la silla y la besara. Hubo pasión en el beso, tal vez una necesidad de algo estable. Vin se lo devolvió, relajándose abrazada contra él. Unos minutos más tarde suspiró y se dejó caer en la silla de al lado. Él la atrajo, acercando la silla a la luz del ventanal.

Sonrió y la miró.

—Llevas... un perfume nuevo.

Vin bufó, apoyando la cabeza en su pecho.

—No es perfume, Elend. Es olor a perro.

—Ah, bien —dijo Elend—. Me preocupaba que hubieras perdido el olfato. Ahora bien, ¿hay algún motivo concreto para que huelas a perro?

—He ido al mercado a comprar uno, lo he traído y se lo he dado a OreSeur para que sea su nuevo cuerpo.

Elend se quedó quieto.

—Vaya, Vin. ¡Es brillante! Nadie sospechará que un perro sea un espía. Me pregunto si alguien lo habrá hecho antes...

—Alguien debe de haberlo hecho —respondió Vin—. Es lógico. Pero sospecho que quienes lo hicieron no compartieron sus descubrimientos.

—Buen argumento —dijo Elend, relajándose. Sin embargo, por muy tranquilos que estuvieran, ella todavía podía sentir la tensión en él.

El discurso de mañana, pensó Vin. *Está preocupado por eso*.

—Sin embargo, he de decir que me parece un poco decepcionante que *no* lleves perfume con olor a perro —dijo Elend tranquilamente—. Dada tu posición social, ya estoy viendo a algunas nobles locales tratando de imitarte. Podría ser divertido.

Ella se inclinó hacia delante y lo miró a la cara sonriente.

—¿Sabes, Elend? A veces es terriblemente difícil saber si estás de guasa o si te comportas como un tonto.

—Eso me hace más misterioso, ¿eh?

—Algo así —dijo ella, acurrucándose de nuevo contra él.

—Es que no comprendes lo inteligente que soy —dijo Elend—. Si la gente no puede distinguir cuándo estoy siendo un idiota y cuándo un genio, tal vez dé por sentado que mis meteduras de pata son brillantes maniobras políticas.

—Mientras no confundan tus maniobras brillantes con meteduras de pata...

—Eso va a ser difícil —dijo Elend—. Me temo que llevo acumuladas unas cuantas para que la gente se confunda.

Vin notó su tono de preocupación. Sin embargo, él sonrió, cambiando de tema.

—Así que OreSeur el perro. ¿Seguirá pudiendo salir contigo por las noches?

Vin se encogió de hombros.

—Supongo. En realidad, planeaba no llevarlo durante una temporada.

—Me gustaría que lo llevaras —dijo Elend—. Me preocupa que estés ahí fuera, todas las noches, esforzándote tanto.

—Puedo apañármelas. Alguien tiene que cuidar de ti.

—Sí —dijo Elend—. Pero ¿quién cuida de ti?

Kelsier. Incluso entonces esa seguía siendo su reacción inmediata. Hacía menos de dos años que Vin lo había conocido, pero aquel año había sido el primero de su vida en que se había sentido protegida.

Kelsier estaba muerto. Como el resto del mundo, Vin tenía que vivir sin él.

—Sé que te lastimaste luchando contra esos alomantes la otra noche —dijo Elend—. Me quedaría más tranquilo si supiera que te acompaña alguien.

—Los kandra no son guardaespaldas de nadie.

—Lo sé. Pero son increíblemente leales... nunca he oído hablar de ninguno que haya roto su Contrato. Él te vigilará. Me preocupo por ti, Vin. ¿Sabes por qué estoy despierto hasta tarde garabateando mis propuestas? No puedo dormir sabiendo que podrías estar ahí fuera luchando... o, peor, tirada en alguna calle, agonizando porque no hay nadie para ayudarte.

—A veces OreSeur va conmigo.

—Sí —dijo Elend—, pero sé que buscas excusas para dejarlo atrás. Kelsier te compró los servicios de un sirviente increíblemente valioso. No puedo comprender por qué te esfuerzas tanto por evitarlo.

Vin cerró los ojos.

—Elend. Él *se comió* a Kelsier.

—¿Y? —preguntó Elend—. Kelsier ya estaba muerto. Además, él mismo dio esa orden.

Vin suspiró y abrió los ojos.

—Es que... no me fío de esa cosa, Elend. La criatura es antinatural.

—Lo sé —dijo Elend—. Mi padre siempre tuvo un kandra. Pero contar con OreSeur es al menos algo. Por favor. Prométeme que lo llevarás contigo.

—Muy bien. Pero no creo que vaya a gustarle mucho el acuerdo. Él y yo no nos llevábamos muy bien ni siquiera cuando estaba haciendo de Renoux y yo de su sobrina.

Elend se encogió de hombros.

—Cumplirá su Contrato. Eso es lo que importa.

—Cumple el Contrato, pero a regañadientes. Te juro que disfruta frustrándome.

Elend la miró.

—Vin, los kandra son servidores excelentes. No hacen esas cosas.

—No, Elend —dijo Vin—. *Sazed* era un servidor excelente. Disfrutaba estando con la gente, ayudándola. Nunca sentí que lamentara estar conmigo. OreSeur tal vez haga todo lo que le ordeno, pero no le gusto; no le he gustado nunca. Lo noto.

Elend suspiró y le acarició el hombro.

—¿No crees que puedes estar comportándote de un modo un poco irracional? No hay ningún motivo de peso para odiarlo.

—¿No? —preguntó Vin—. ¿Igual que no hay ningún motivo para que tú no te lleves bien con Dockson?

Elend vaciló. Luego suspiró.

—Supongo que tienes razón —dijo. Continuó acariciando los hombros de Vin mientras miraba el techo, pensativo.

—¿Qué? —preguntó Vin.

—No estoy haciendo un buen trabajo con todo esto, ¿verdad?

—No seas tonto. Eres un rey maravilloso.

—Podría ser un rey pasable, Vin, pero no soy *él*.

—¿Quién?

—Kelsier —dijo Elend en voz baja.

—Nadie espera que seas Kelsier.

—¿No? Por eso no le caigo bien a Dockson. Odia a los nobles; está claro por la forma en que habla, por la forma en que actúa. No sé si puedo reprochárselo, dada la vida que ha llevado. De todas formas, no cree que yo deba ser rey. Cree que un skaa debería estar en mi lugar... o, aún mejor, Kelsier. Todos lo piensan.

—Eso es una tontería, Elend.

—¿De veras? Y si Kelsier aún viviera, ¿sería yo rey?

Vin no respondió.

—¿Ves? Me aceptan... el pueblo, los mercaderes, incluso los nobles. Pero en el fondo, desearían tener a Kelsier.

—Yo no lo deseó.

—¿No?

Vin frunció el ceño. Entonces se incorporó en el asiento, volviéndose, de modo que quedó arrodillada sobre Elend en la silla reclinable, sus caras a escasos centímetros.

—No pongas *nunca* eso en duda, Elend. Kelsier era mi maestro, pero yo no lo amaba. No como te amo a ti.

Elend la miró a los ojos, luego asintió. Vin lo besó largamente y luego volvió a acurrucarse contra él.

—¿Por qué no? —preguntó Elend al cabo de un rato.

—Bueno, para empezar, era viejo.

Elend se echó a reír.

—Creo recordar que te burlaste también de *mi* edad.

—Eso es diferente —dijo Vin—. Solo eres unos pocos años mayor que yo. Kelsier era un anciano.

—Vin, tener treinta y ocho años no es ser anciano.

—Casi.

Elend volvió a reírse, pero ella notó que no estaba satisfecho. ¿Por qué *había* elegido a Elend en vez de a Kelsier? Kelsier era el visionario, el héroe, el nacido de la bruma.

—Kelsier era un gran hombre —dijo Vin en voz baja mientras Elend empezaba a acariciarle el pelo—. Pero... había algo en él, Elend. Cosas que daban miedo. Era decidido, intrépido, incluso un poco cruel. Implacable. Mataba a la gente sin sentir culpa ni preocupación, solo porque apoyaban al Imperio Final o trabajaban para el lord Legislador.

»Yo podía quererlo como maestro y amigo. Pero no creo que hubiera podido amar nunca a un hombre así, no amarlo *de verdad*. No se lo reprocho:

él pertenecía a las calles, igual que yo. Cuando luchas tan duro por tu vida, te haces fuerte... pero también te vuelves implacable. Fuera culpa suya o no, Kelsier me recordaba demasiado a hombres que... conocí cuando era más joven. Kel era mejor persona que ellos. Podía ser amable, y sacrificó su vida por los skaa. Sin embargo, era muy duro. —Cerró los ojos, sintiendo el calor de Elend—. Tú, Elend Venture, eres un buen hombre. Un *verdadero* buen hombre.

—Los hombres buenos no se convierten en leyenda —dijo él en voz baja.

—Los hombres buenos no necesitan convertirse en leyenda. —Vin abrió los ojos para mirarlo—. Hacen lo que está bien de todas formas.

Elend sonrió. Le besó la coronilla y se echó hacia atrás. Permanecieron allí un rato, relajándose en la habitación iluminada.

—Me salvó la vida, una vez —dijo Elend por fin.

—¿Quién? —preguntó Vin, sorprendida—. ¿Kelsier?

Elend asintió.

—El día después de que capturaran a Fantasma y OreSeur, el día que murió Kelsier. Hubo una batalla en la plaza y Ham y algunos soldados trataron de liberar a los cautivos.

—Yo estaba allí —dijo Vin—. Escondida en uno de los callejones, con Brisa y Dox.

—¿De veras? —preguntó Elend, divertido—. Porque yo había ido a buscarte. Creía que te habían arrestado, junto con OreSeur... que entonces se hacía pasar por tu tío. Traté de llegar a las jaulas para rescatarte.

—¿Hiciste qué? ¡Elend, esa plaza era un campo de batalla! ¡Había un inquisidor allí, por el amor del lord Legislador!

—Lo sé —dijo Elend, sonriendo débilmente—. Verás, ese inquisidor es el que trató de matarme. Había levantado su hacha y todo. Y entonces... apareció Kelsier. Chocó contra el inquisidor y lo arrojó al suelo.

—Probablemente fuera solo una coincidencia.

—No. Lo hizo adrede, Vin. Me miró mientras luchaba contra el inquisidor, y lo vi en sus ojos. Siempre me he preguntado por ese momento: todo el mundo me dice que Kelsier odiaba a los nobles aún más que Dox.

Vin vaciló.

—Él... empezó a cambiar un poco al final, creo.

—¿Cambió tanto como para arriesgarse a proteger a un noble al azar?

—Sabía que yo te amaba —dijo Vin, sonriendo débilmente—. Supongo que, en el fondo, eso fue más fuerte que su odio.

—No me di cuenta...

Guardó silencio cuando Vin se volvió, porque había oído algo. Como pasos acercándose. Ella se incorporó y, un segundo más tarde, Ham asomó la cabeza. Se detuvo al ver a Vin sentada en el regazo de Elend.

—Oh —dijo Ham—. Lo siento.

—No, espera —respondió Vin. Ham volvió a asomar la cabeza, y Vin se volvió hacia Elend—. Casi se me había olvidado por qué he venido a verte. He recibido un paquete nuevo de Terion.

—¿*Otro*? —preguntó Elend—. Vin, ¿cuándo vas a dejarlo?

—No puedo permitírmelo.

—No puede ser tan importante. Quiero decir que, si todo el mundo ha olvidado lo que hace ese último metal, entonces no debe de ser muy poderoso.

—O eso, o es tan sorprendentemente poderoso que el Ministerio se tomó la molestia de mantenerlo en secreto.

Vin se levantó de la silla y se sacó del bolsillo la bolsita y la fina barra. Le entregó la barra a Elend, que permanecía sentado.

Plateado y brillante, el metal (como el aluminio del que estaba hecho) parecía demasiado liviano para ser real. Cualquier alomante que accidentalmente quemara aluminio se quedaba sin sus otras reservas de metal, y sin poderes. El Ministerio de Acero había mantenido en secreto el aluminio; Vin solo había descubierto su existencia la noche de su captura por los inquisidores, la misma noche que había matado al lord Legislador.

Nunca habían podido descubrir cuál era la pareja alomántica adecuada para el aluminio. Los metales alománticos siempre iban de dos en dos: hierro y acero, estaño y peltre, cobre y bronce, cinc y latón. Aluminio y... algo. Algo poderoso, posiblemente. A ella se le había terminado el atium. Necesitaba alguna ventaja.

Elend suspiró y le devolvió la barra.

—La última vez que intentaste quemar uno de estos estuviste enferma dos días, Vin. Fue aterrador.

—No puede matarme —dijo Vin—. Kelsier me prometió que quemar una mala aleación solo me enfermaría.

Elend sacudió la cabeza.

—Incluso Kelsier se equivocaba de vez en cuando, Vin. ¿No dices que malinterpretó cómo funcionaba el bronce?

Vin no respondió. La preocupación de Elend era tan auténtica que casi se dejó persuadir. Sin embargo...

Cuando ese ejército ataque, Elend morirá. Los skaa de la ciudad tal vez sobrevivan: ningún gobernante sería tan tonto como para masacrar a la población de una ciudad tan productiva. El rey, sin embargo, sería ejecutado. Ella no podía combatir contra todo un ejército bien pertrechado y podía hacer poco para contribuir a los preparativos.

No obstante, tenía la alomancia. Cuanto mejor fuera con ella, mejor protegería al hombre que amaba.

—Tengo que intentarlo, Elend —dijo en voz baja—. Clubs dice que Straff no atacará hasta dentro de unos cuantos días: necesitará ese tiempo para que sus hombres descansen tras la marcha y para estudiar cómo atacar la ciudad. Eso significa que yo no puedo esperar. Si este metal me hace enfermar, estaré mejor a tiempo de ayudar a combatir... pero solo si lo intento ahora.

El rostro de Elend se ensombreció, pero no le prohibió nada. Había aprendido a no hacerlo. En cambio, se levantó.

—Ham, ¿crees que es buena idea?

Ham asintió. Era un guerrero: para él, su estrategia tenía sentido. Vin le había pedido que se quedara porque necesitaría que alguien la llevara de vuelta a su cama, si algo salía mal.

—Muy bien —dijo Elend, dándole la espalda a Vin con aspecto resignado.

Vin se sentó en el sillón y luego tomó una pizca de polvo de duraluminio y lo tragó. Cerró los ojos y repasó sus reservas alománticas. Las ocho comunes estaban allí, bien almacenadas. No tenía atium ni oro, ni ninguna de sus aleaciones. Aunque hubiera tenido atium, era demasiado precioso para usarlo excepto en una emergencia, y los otros tres solo tenían una utilidad marginal.

Una nueva reserva apareció, igual que en los cuatro intentos precedentes. Cada vez que quemaba una aleación de aluminio, inmediatamente sentía un dolor de cabeza cegador. *Ya tendría que haber aprendido...* pensó, apretando los dientes. Rebuscó en su interior y quemó la nueva aleación.

No sucedió nada.

—¿Lo has intentado ya? —preguntó Elend, aprensivo.

Vin asintió lentamente.

—No me duele la cabeza. Pero... no estoy segura de si la aleación está haciendo algo o no.

—Pero ¿se está quemando? —preguntó Ham.

Vin asintió. Sentía el calor familiar dentro, el fuego diminuto que le decía que un metal estaba ardiendo. Trató de moverse un poco, pero no pudo

distinguir ningún cambio en su organismo. Finalmente, alzó la cabeza y se encogió de hombros.

Ham frunció el ceño.

—Si no te ha hecho enfermar, entonces has encontrado la aleación adecuada. Cada metal solo tiene una aleación válida.

—O eso os han dicho siempre.

Ham asintió.

—¿Qué aleación era?

—Aluminio y cobre —dijo Vin.

—Interesante. ¿No sientes nada?

Vin negó con la cabeza.

—Tendrás que practicar un poco más.

—Parece que estoy de suerte —dijo Vin, apagando su duraluminio—. Terion dio con cuarenta aleaciones distintas que pensó que podíamos probar cuando tuviéramos suficiente aluminio. Esta era solo la quinta.

—¿Cuarenta? —preguntó Elend, incrédulo—. ¡No sabía que había tantos metales con los que se pueden fabricar aleaciones!

—No necesitas dos metales para obtener una aleación —dijo Vin, ausente—. Solo metal y algo más. Mira el acero: es hierro y carbono.

—Cuarenta... —repitió Elend—. ¿Y las habrías probado todas?

Vin se encogió de hombros.

—Parecía un buen comienzo.

A Elend la idea no le hizo ninguna gracia, pero no dijo nada más. En cambio, se volvió hacia Ham.

—Por cierto, Ham, ¿había algo más por lo que querías vernos?

—Nada importante —contestó Ham—. Solo quería saber si a Vin le apetecía entrenar un poco. Ese ejército me ha puesto nervioso y he supuesto que a Vin le gustaría entrenar un poco con el bastón.

Vin se encogió de hombros.

—Claro. ¿Por qué no?

—¿Quieres venir, El? —preguntó Ham—. ¿Y practicar un poco?

Elend se echó a reír.

—¿Y enfrentarme a uno de vosotros dos? ¡Tengo que pensar en mi dignidad real!

Vin frunció levemente el ceño, mirándolo.

—Tendrías que practicar más, Elend. Apenas sabes empuñar una espada, y eres *terrible* con el bastón de duelos.

—Pero ¿por qué voy a preocuparme por eso cuando te tengo a ti para protegerme?

La preocupación de Vin aumentó.

—No podemos estar siempre cerca de ti, Elend. Me sentiría mucho más tranquila si te defendieras mejor.

Él sonrió y la ayudó a levantarse.

—Me pondré a practicar tarde o temprano, lo prometo. Pero hoy no... Tengo muchas cosas en qué pensar. ¿Qué os parece si voy a veros? Tal vez observando aprenda algo... que es, por cierto, el método preferible para entrenarse con las armas, ya que no te arriesgas a que una chica te dé una paliza.

Vin suspiró, pero no insistió más.

Escribo ahora este archivo en una plancha de metal porque tengo miedo. Miedo por mí mismo, sí... admito ser humano. Si Alendi regresa del Pozo de la Ascensión, estoy seguro de que mi muerte será uno de sus primeros objetivos. No es un hombre malvado, pero sí implacable. Debido, creo, a lo que ha vivido.

6



ELEND SE APOYÓ EN LA barandilla para contemplar el patio de entrenamiento. Una parte de él quería salir y practicar con Vin y Ham. Sin embargo, otra parte no le veía sentido.

Cualquier asesino que venga por mí será probablemente un alomante, pensó. Podría entrenarme diez años y no ser rival para ninguno de ellos.

En el patio, Ham dio unos cuantos mandobles con su bastón, y luego asintió. Vin dio un paso al frente, blandiendo su propio bastón, que era un palmo más largo que ella. Al verlos a los dos, Elend no pudo dejar de observar su disparidad. Ham tenía los músculos firmes y la poderosa constitución de un guerrero. Vin parecía aún más delgada que de costumbre, y llevaba solo una camisa ajustada y pantalones, sin capa que disimulara su tamaño.

La desigualdad quedó todavía más de manifiesto por las siguientes palabras de Ham.

—Vamos a practicar con el bastón, no a tirar ni a empujar. No uses nada más que peltre, ¿de acuerdo?

Vin asintió.

Era la manera en que solían entrenar. Ham sostenía que no había sustituto ninguno para el entrenamiento y la práctica, no importaba lo poderoso que fuera un alomante. Sin embargo, permitía que Vin usara peltre, porque decía que la fuerza y la destreza amplificadas eran desorientadoras a menos que uno estuviera acostumbrado.

El lugar donde entrenaban era una especie de patio. Situado en los barracones del palacio, lo rodeaba una galería. Elend estaba allí, protegido del sol rojo por el tejadillo. Era una ventaja, pues había empezado a caer una ligera lluvia de ceniza y algunos copos flotaban en el aire. Elend apoyó los brazos en la barandilla. Los soldados pasaban de vez en cuando por la galería, inmersos en su actividad. Algunos, sin embargo, se detenían a mirar. Las sesiones de entrenamiento de Vin y Ham eran una diversión que los guardias de palacio agradecían.

Debería estar trabajando en mi propuesta, pensó Elend, no aquí de pie viendo a Vin pelear.

Pero... la tensión de los últimos días había sido tan tremenda que le resultaba difícil encontrar la motivación necesaria para repasar otra vez el discurso. Lo que realmente necesitaba era pasar unos momentos pensando.

Así que simplemente observó. Vin se acercó a Ham con cautela, sujetando con firmeza el bastón con ambas manos. En otra época, a Elend probablemente le hubiese parecido inadecuado que una dama vistiera pantalones y camisa, pero conocía a Vin desde hacía el tiempo suficiente para que no le molestara. Los vestidos y las galas de los bailes eran preciosos, pero el sencillo atuendo de Vin era... *adecuado*. Lo llevaba con más comodidad.

Además, le gustaba cómo le quedaba la ropa ajustada.

Vin normalmente dejaba que los demás golpearan primero, y ese día no fue ninguna excepción. Los bastones entrechocaron cuando Ham la atacó. A pesar de su pequeñez Vin aguantó a pie firme. Después de un rápido intercambio, los dos retrocedieron y caminaron en círculo, observándose.

—Yo apuesto por la chica.

Elend se volvió al advertir una silueta que llegaba cojeando por la galería. Clubs se detuvo junto a él y colocó de un golpe una moneda de diez cuartos sobre la barandilla. Elend sonrió al general y Clubs le devolvió una mueca, generalmente aceptada como la versión de Clubs de lo que era una sonrisa. Dockson aparte, Elend se había hecho rápidamente amigo de los otros miembros de la banda de Kelsier. Acostumbrarse a Clubs, sin embargo, había sido más difícil. El hombretón tenía un rostro que parecía un pepino retorcido y siempre ponía cara de fastidio, una expresión normalmente igualada por su tono de voz.

Sin embargo, era un diestro artesano, por no mencionar sus dotes alománticos: Clubs era ahumador, aunque ya no usaba mucho sus poderes. Durante casi un año había sido general de las fuerzas militares de Elend, que

no sabía dónde había aprendido Clubs a liderar soldados, para lo que el hombre tenía una capacidad notable. Probablemente lo había aprendido en el mismo sitio donde se había ganado la cicatriz que le corría por la pierna, una antigua lesión que le producía su cojera característica.

—Solo están entrenando, Clubs —dijo Elend—. No habrá ningún «ganador».

—Acabarán calentándose —dijo Clubs—. Lo hacen siempre.

Elend vaciló.

—Me estás pidiendo que apueste contra Vin. Ya sabes —le advirtió— que eso podría no ser aconsejable.

—¿Y?

Elend sonrió y sacó una moneda. Clubs todavía lo intimidaba un poco y no quería arriesgarse a ofender al hombre.

—¿Dónde está ese indigno sobrino mío? —preguntó Clubs mientras observaba el entrenamiento.

—¿Fantasma? —preguntó Elend—. ¿Ha vuelto? ¿Cómo ha entrado en la ciudad?

Clubs se encogió de hombros.

—Dejó algo en mi puerta esta mañana.

—¿Un regalo?

Clubs bufó.

—Una talla de un maestro carpintero de Yelva. La nota decía: «Quería enseñarte lo que hacen los carpinteros *de verdad*, viejo.»

Elend se echó a reír, pero se calló cuando Clubs lo miró con mala cara.

—Antes Whelp nunca era tan insolente —murmuró Clubs—. Juro que habéis corrompido al muchacho.

Casi parecía estar sonriendo. ¿O hablaba en serio? Elend nunca estaba seguro de si el hombre era tan seco como parecía o estaba siendo víctima de una broma sutil.

—¿Cómo le va al ejército? —preguntó Elend por fin.

—Fatal. ¿Quieres un ejército? Dame más de un año para entrenarlo. Ahora mismo, difícilmente confiaría en enfrentar a esos muchachos contra una turba de viejas con palos.

Magnífico, pensó Elend.

—Pero no podemos hacer más —rezongó Clubs—. Straff está excavando algunas defensas, pero en general deja descansar a sus hombres. El ataque se producirá a finales de semana.

En el patio, Vin y Ham continuaban peleando. Iban despacio, por el momento. Ham se tomaba su tiempo para detenerse y explicar principios o poses. Elend y Clubs observaron un rato mientras el entrenamiento se volvía gradualmente más intenso, los asaltos eran más largos y los dos participantes empezaban a sudar levantando nubes de ceniza en la tierra sucia con los pies.

Vin fue una buena rival para Ham a pesar de la ridícula diferencia de tamaño, alcance y entrenamiento, y Elend tuvo que sonreír a su pesar. Ella era especial: Elend se había dado cuenta la primera vez que la había visto en el salón de baile Venture, casi dos años antes. Empezaba a comprender hasta qué punto era «especial».

Una moneda golpeó la barandilla de madera.

—Yo también apuesto por Vin.

Elend se volvió, sorprendido. El hombre que había hablado era un soldado que estaba con los demás, observando desde atrás. Elend frunció el ceño.

—¿Quién...?

Entonces se interrumpió. La barba era rara, la postura demasiado recta, pero el hombre que tenía detrás le resultaba familiar.

—¿Fantasma? —preguntó, incrédulo.

El muchacho sonrió desde detrás de una barba aparentemente falsa.

—A puntito estuviera de a ti de enllamarte.

A Elend empezó a dolerle de inmediato la cabeza.

—Por el lord Legislador, no me digas que has vuelto a hablar en dialecto.

—Oh, solo es un arrebato nostálgico —rio Fantasma. Sus palabras tenían ecos de su acento oriental; durante los primeros meses de su relación con el muchacho, para Elend su modo de hablar era completamente ininteligible. Por fortuna, había renunciado al argot callejero, igual que había conseguido que casi toda la ropa se le quedara pequeña. Con más de metro ochenta de estatura, el joven de dieciséis años apenas se parecía al chiquillo larguirucho que Elend había conocido un año antes.

Fantasma se apoyó en la barandilla junto a él, adoptando la postura de un adolescente y destruyendo por completo su imagen de soldado... cosa que, por cierto, no era.

—¿Por qué el disfraz, Fantasma? —preguntó Elend, con el ceño fruncido.

Fantasma se encogió de hombros.

—No soy un nacido de la bruma. Los espías más mundanos tenemos que conseguir información sin volar hasta las ventanas y escuchar desde fuera.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Clubs, mirando con mala cara a su sobrino.

—Desde antes de que tú llegaras, tío Cascarrabias —dijo Fantasma—. Y, en respuesta a tu pregunta, regresé hace dos días. Antes que Dockson, en realidad. Decidí tomarme un descansito antes de volver al trabajo.

—No sé si te has dado cuenta de la realidad, Fantasma —dijo Elend—, pero estamos en guerra. No hay mucho tiempo para tomarse descansitos.

Fantasma se encogió de hombros.

—No quería que volvieras a ponerme en el camino. Si hay una guerra, quiero estar aquí. Ya sabes, por la emoción.

Clubs hizo una mueca.

—¿Y de dónde has sacado ese uniforme?

—Oh, bueno...

Fantasma miró hacia un lado, revelando un atisbo del muchacho inseguro que Elend había conocido.

Clubs rezongó algo sobre los muchachos insolentes, pero Elend se echó a reír y le dio a Fantasma una palmada en el hombro. El muchacho alzó la cabeza, sonriendo; aunque había pasado inadvertido al principio, estaba demostrando ser tan valioso como cualquier otro miembro de la antigua banda de Vin. Como ojo de estaño (el brumoso que podía quemar estaño para amplificar sus sentidos), Fantasma podía escuchar conversaciones desde lejos, por no mencionar el advertir detalles lejanos.

—De todas formas, bienvenido —dijo Elend—. ¿Qué noticias hay del oeste?

Fantasma sacudió la cabeza.

—Odio hablar igual que el tío Cascarrabias, pero las noticias no son buenas. ¿Conocéis esos rumores según los cuales el atium del lord Legislador está en Luthadel? Bueno, pues corren de nuevo. Más fuertes esta vez.

—¡Creía que habíamos superado eso! —dijo Elend. Brisa y su grupo habían pasado casi seis meses esparciendo rumores y manipulando a los señores de la guerra para que creyeran que el atium estaba escondido en otra ciudad, puesto que Elend no lo había encontrado en Luthadel.

—Parece que no —dijo Fantasma—. Y... creo que alguien está difundiéndolos a propósito. Llevo en la calle el tiempo suficiente para reconocer una historia plantada, y este rumor me huele a chamusquina. Alguien quiere que los señores de la guerra se centren en ti.

Magnífico, pensó Elend.

—Sabes dónde está Brisa, ¿no?

Fantasma se encogió de hombros, pero ya no parecía estar prestando atención a Elend. Contemplaba el entrenamiento. Elend miró hacia Vin y Ham.

Como había predicho Clubs, los dos habían acabado por pelear más en serio. La instrucción se había acabado: ya no había intercambios rápidos y repetitivos. Peleaban con saña, entre un remolino de bastones y polvo. La ceniza revoloteaba a su alrededor, impulsada por el viento de sus ataques, y más soldados se detuvieron en la galería para verlos.

Elend se inclinó hacia delante. Había *intensidad* en un duelo entre dos alomantes. Vin trató de atacar. Ham, sin embargo, lo hizo simultáneamente, el bastón convertido en un rápido remolino. De algún modo, Vin interpuso su arma a tiempo, pero la potencia del golpe de Ham la hizo caer hacia atrás. Golpeó el suelo con un hombro. Sin embargo, apenas emitió un gemido de dolor y logró impulsarse con una mano y volver a ponerse en pie. Patinó un momento, recuperó el equilibrio y alzó su bastón.

Peltre, pensó Elend. Hacía que incluso un hombre torpe fuera diestro. Y una persona normalmente ágil como Vin...

Vin entornó los ojos y su innata tozudez se le notó en la línea de la mandíbula, en la insatisfacción del rostro. No le gustaba que la golpearan... ni siquiera cuando su oponente era obviamente más fuerte que ella.

Elend se irguió, pretendiendo sugerir que era hora de poner fin al entrenamiento. En ese momento, Vin se lanzó hacia delante.

Ham alzó su bastón, expectante, blandiéndolo cuando Vin estuvo a su alcance. Ella lo esquivó echándose a un lado y pasando a milímetros, luego hizo girar su arma y golpeó el bastón de Ham, que perdió el equilibrio. Entonces se preparó para el ataque.

Ham, sin embargo, se recuperó rápidamente. Dejó que la fuerza del golpe de Vin lo hiciera girar y usó el impulso para descargar su bastón con un poderoso golpe directamente contra el pecho de Vin.

Elend dejó escapar un grito.

Vin saltó.

No tenía metal contra el que empujar, pero eso no pareció importar. Saltó más de dos metros en el aire, superando sin dificultad el bastón de Ham. Dio una voltereta cuando el palo pasó por debajo de ella, y sus dedos rozaron el aire por encima del arma, haciendo girar su propio bastón con una sola mano. Aterrizó mientras su bastón zumbaba descargando un golpe bajo. Su punta

levantó una nube de ceniza al rozar el suelo. Golpeó a Ham en las pantorrillas. El golpe le hizo perder el equilibrio, y el hombretón gritó al caer.

Vin volvió a saltar en el aire.

Ham cayó al suelo de espaldas y Vin aterrizó sobre su pecho. Entonces lo golpeó tranquilamente en la frente con la punta de su bastón.

—Gano yo.

Ham se quedó tendido, aturdido y con Vin encima. El polvo y la ceniza se posaron suavemente en el patio.

—Joder... —susurró Fantasma, dando voz a un sentimiento compartido por la docena de soldados que observaban.

Finalmente, Ham se echó a reír.

—Bien. Me has derrotado... Ahora, por favor, ten la bondad de traerme algo de beber mientras intento frotarme las piernas para volver a sentirlas.

Vin sonrió, se le quitó de encima y se marchó a hacer lo que le pedía. Ham sacudió la cabeza y se puso en pie. A pesar de sus palabras, caminaba sin apenas cojear; probablemente tendría un moratón, pero eso no le molestaría mucho tiempo. El peltre no solo aumentaba la fuerza, el equilibrio y la velocidad, sino que hacía que el cuerpo fuera más fuerte. Ham podía soportar un golpe que a Elend le hubiese roto las piernas.

El hombretón se reunió con ellos, saludó a Clubs con un gesto y le dio un leve puñetazo a Fantasma en el brazo. Entonces se apoyó en la barandilla y se frotó la pantorrilla izquierda con un leve respingo.

—Te lo juro, Elend... entrenarte con esa muchacha es como intentar luchar contra una ráfaga de viento. Nunca está donde creo que está.

—¿Cómo ha hecho eso, Ham? —preguntó Elend—. El salto, quiero decir. Parecía sobrehumano, incluso para una alomante.

—Ha usado acero, ¿verdad? —dijo Fantasma.

Ham negó con la cabeza.

—No, lo dudo.

—Entonces, ¿cómo? —preguntó Elend.

—Los alomantes extraen fuerza de sus metales —dijo Ham, suspirando y bajando la pierna—. Algunos pueden extraer más que otros... pero el verdadero poder viene del metal, no del cuerpo de la persona.

Elend vaciló.

—¿Entonces?

—Pues que un alomante no tiene que ser físicamente fuerte para ser increíblemente poderoso. Si Vin fuese feruquimista, sería diferente: si ves

alguna vez a Sazed aumentar *su* fuerza, comprobarás cómo sus músculos se hacen más fuertes. Pero con la alomancia, toda la fuerza procede directamente del metal.

»La mayoría de los violentos, yo incluido, consideran que hacer que sus cuerpos sean más fuertes solo aumenta su poder. Después de todo, un hombre musculoso al quemar peltre será mucho más fuerte que un hombre corriente del mismo poder alomántico. —Ham se frotó la barbilla, mirando el camino por donde se había marchado Vin—. Pero... bueno, empiezo a pensar que podría haber otro modo. Vin es pequeña y esbelta, pero cuando quema peltre, se vuelve varias veces más fuerte que cualquier guerrero normal. Guarda toda esa fuerza en un cuerpo pequeño, y no tiene que soportar el peso de músculos grandes. Es como... un insecto. Mucho más fuerte de lo que su masa corporal indica. Así que, cuando salta, *salta* de verdad.

—Pero tú eres más fuerte que ella —dijo Fantasma.

Ham asintió.

—Y puedo servirme de ello... suponiendo que logre alcanzarla. Cosa que cada vez me resulta más difícil.

Vin regresó por fin con una jarra de zumo helado. Al parecer, había decidido ir hasta la fortaleza, en vez de traer la cerveza tibia que siempre había a mano en el patio. Le entregó una jarrita a Ham, y había tenido el detalle de traer copas para Elend y Clubs.

—¡Eh! —se quejó Fantasma mientras servía—. ¿Y yo qué?

—Con esa barba tienes cara de tonto —dijo Vin.

—¿Así que no tengo nada de beber?

—No.

Fantasma vaciló.

—Vin, eres una chica extraña.

Vin puso los ojos en blanco. Luego miró el barril de agua que había en un rincón del patio. Una de las tazas de estaño que había al lado saltó al aire y cruzó volando el patio. Vin la atrapó al vuelo con una mano y la puso en la barandilla, ante Fantasma.

—¿Contento?

—Lo estaré cuando me sirvas algo de beber —dijo Fantasma mientras Clubs gruñía y daba un sorbo a su copa. El viejo general retiró dos de las monedas de la barandilla y se las guardó.

—¡Eh, es verdad! —dijo Fantasma—. Me lo debes, El. Paga.

Elend bajó su copa.

—No he llegado a aceptar la apuesta.

—Le has pagado al tío Cascarrabias. ¿Por qué a mí no?

Elend vaciló, luego suspiró, sacó una moneda de diez cuartos y la colocó junto a la de Fantasma. El muchacho sonrió, retirándolas ambas con un diestro gesto de ladrón callejero.

—Gracias por hacerme ganar, Vin —dijo con un guiño.

Vin miró a Elend con el ceño fruncido.

—¿Has apostado contra mí?

Elend se echó a reír y se inclinó sobre la barandilla para besarla.

—No quería hacerlo. Clubs me engañó.

Clubs bufó, apuró el resto de su zumo y tendió la copa para que volviera a llenársela. Vin no lo hizo y miró significativamente a Fantasma. Finalmente, Fantasma suspiró y levantó la jarra para volver a llenar la copa.

Vin todavía miraba a Elend con insatisfacción.

—Yo tendría cuidado, Elend —rio Ham—. Puede golpear con ganas...

Elend asintió.

—Tendría que aprender a no enfrentarme con ella cuando hay armas cerca, ¿eh?

—Dímelo a mí —respondió Ham.

Vin hizo una mueca y rodeó la barandilla para colocarse junto a Elend. Él la abrazó y, al hacerlo, captó un leve destello de envidia en los ojos de Fantasma. Elend sospechaba que el muchacho estaba enamorado de Vin desde hacía algún tiempo... pero, bueno, realmente no podía reprochárselo.

Fantasma sacudió la cabeza.

—Tengo que buscarme una mujer.

—Bueno, esa barba no te va a ayudar —dijo Vin.

—Es solo un disfraz, Vin. El, supongo que no podrías darme un título o algo, ¿no?

Elend sonrió.

—No creo que eso importe, Fantasma.

—A ti te funcionó.

—Oh, no sé —dijo Elend—. Creo que Vin se enamoró de mí *a pesar* de mi título y no gracias a él.

—Pero tuviste a otras antes que a ella —dijo Fantasma—. Muchachas nobles.

—Un par —admitió Elend.

—Aunque Vin tiene la costumbre de matar a la competencia —se burló Ham.

Elend se echó a reír.

—Bueno, vamos, solo lo hizo una vez. Y creo que Shan se lo merecía... Después de todo, intentaba asesinarme. —Miró cariñosamente a Vin—. Aunque tengo que admitir que Vin es un poco dura con las demás mujeres. Con ella cerca, todas las demás parecen blandas en comparación.

Fantasma miró al cielo.

—Es más interesante cuando las mata.

Ham se echó a reír, dejando que Fantasma sirviera más zumo.

—Solo el lord Legislador sabe qué te haría si alguna vez intentaras dejarla, Elend.

Vin se envaró de inmediato, aferrándose a Elend con más fuerza. La habían abandonado demasiadas veces. Incluso después de todo lo que habían pasado, incluso después de su propuesta matrimonial, Elend había seguido prometiéndole a Vin que no iba a abandonarla.

Es hora de cambiar de tema, pensó Elend, pues la jovialidad del momento se agotaba.

—Bueno, creo que voy a visitar las cocinas para buscar algo de comer. ¿Vienes, Vin?

Vin miró al cielo, como comprobando cuánto faltaba para que oscureciera. Finalmente, asintió.

—Yo también voy —dijo Fantasma.

—No, tú no vas —dijo Clubs, agarrando al muchacho por la nuca—. Vas a quedarte aquí y a explicarme cómo conseguiste el uniforme de uno de mis soldados.

Elend se echó a reír y se marchó con Vin. La verdad fuera dicha, incluso con el final levemente agrio de la conversación, se sentía mejor tras haber visto el entrenamiento. Era extraño cómo los miembros de la banda de Kelsier podían reírse y gastar bromas incluso en las situaciones más terribles. Tenían el don de hacerle olvidar los problemas. Tal vez era la impronta del Superviviente. Kelsier, al parecer, siempre reía, no importaba lo mala que fuera la situación. Para él era una forma de rebelión.

Nada de eso hacía que los problemas desaparecieran. Todavía se enfrentaban a un ejército varias veces superior al suyo, en una ciudad que apenas podía defenderse. Sin embargo, si alguien podía sobrevivir a una situación semejante, sería la banda de Kelsier.

MÁS TARDE, TRAS LLENAR EL estómago porque Elend había insistido en ello, Vin se fue con él a sus habitaciones.

Allí, sentado en el suelo, había un duplicado perfecto del perrazo que había comprado. El animal la miró, luego inclinó la cabeza.

—Bienvenida, ama —dijo el kandra con voz apagada y rugiente.

Elend silbó, admirado, y Vin caminó en círculo alrededor de la criatura. Cada pelo parecía haber sido colocado a la perfección. De no haber hablado, nadie hubiese podido saber que no era el perro original.

—¿Cómo consigues la voz? —preguntó Elend, curioso.

—Un aparato fónico es cosa de carne, no de hueso, Majestad —dijo OreSeur—. Los kandra mayores aprenden a manipular su cuerpo, no solo a copiarlo. Yo todavía necesito digerir el cadáver de una persona para memorizar y recrear sus rasgos exactos. Sin embargo, puedo improvisar algunas cosas.

Vin asintió.

—¿Por eso has tardado más en adoptar este cuerpo de lo que dijiste?

—No, ama. Por el pelo. Lamento no habértelo advertido... pero colocar el pelo requiere gran cantidad de precisión y esfuerzo.

—Lo cierto es que lo mencionaste —dijo Vin, agitando una mano.

—¿Qué te parece el cuerpo, OreSeur? —preguntó Elend.

—Sinceramente, Majestad?

—Por supuesto.

—Es ofensivo y degradante —dijo OreSeur.

Vin alzó una ceja. *Es típico de ti, Renoux*, pensó. *Estamos un poco beligerantes hoy, ¿no?*

Él la miró, y Vin trató, sin éxito, de leer su expresión canina.

—Pero llevarás el cuerpo de todas formas, ¿no? —dijo Elend.

—Naturalmente, Majestad —respondió OreSeur—. Moriría antes de incumplir el Contrato. Es la vida.

Elend le hizo un gesto de asentimiento a Vin, como si acabara de demostrar un punto importante.

Cualquiera puede proclamarse leal, pensó Vin. *Si alguien tiene un Contrato para asegurar su honor, tanto mejor. Así la sorpresa es más dolorosa cuando se vuelve contra ti.*

Elend estaba obviamente esperando algo. Vin suspiró.

—OreSeur, pasaremos más tiempo juntos en el futuro.

—Si ese es tu deseo, ama.

—No estoy segura de si lo es o no lo es —dijo Vin—. Pero va a pasar de todas formas. ¿Cómo te mueves con ese cuerpo?

—Bastante bien, ama.

—Vamos a ver si puedes mantener el ritmo.

No obstante, también temo que todo lo que he conocido caiga en el olvido, que mi historia caiga en el olvido. Y temo por el mundo que habrá de venir. Temo que mis planes fracsen.

Temo un destino aún peor que la Profundidad.

7



SAZED NUNCA PENSÓ QUE TENDRÍA motivos para apreciar los suelos de tierra. Sin embargo, resultaron ser utilísimos para enseñar a escribir. Dibujó varias letras en la tierra con un palo largo, ofreciendo un modelo a su media docena de estudiantes. Ellos procedieron a garabatear sus copias, reescribiendo las palabras varias veces.

Incluso después de vivir entre varios grupos de skaa rurales durante un año, Sazed seguía sorprendiéndose por su escasez de recursos. No había ni una sola tiza en toda la aldea, y mucho menos papel y tinta. La mitad de los niños correteaban desnudos, y el único refugio eran las chozas, estructuras alargadas de una sola habitación con techo de paja. Los skaa tenían aperos de labranza, afortunadamente, pero ni arcos ni hondas para cazar.

Sazed había llevado a un grupo a la mansión abandonada de la plantación para recuperar cosas. Quedaba bien poco. Había sugerido que los ancianos de la aldea realojaran a la gente en ella para pasar el invierno, pero dudaba que lo hicieran. Habían visitado la mansión llenos de aprensión, y muchos no querían apartarse de su lado. El lugar les recordaba a los lores... y los lores les recordaban el dolor.

Sus estudiantes continuaron garabateando. Sazed se había esforzado bastante para explicar a los ancianos por qué la escritura era tan importante. Finalmente, ellos le habían dejado elegir a algunos estudiantes, en parte, estaba seguro, por complacerlo. Sacudió la cabeza lentamente y los vio escribir. No

había pasión en su aprendizaje. Iban porque se lo habían ordenado, y porque «maese terrisano» lo deseaba, no porque tuvieran un verdadero deseo de adquirir educación.

Durante los días anteriores al Colapso, Sazed había imaginado con frecuencia cómo sería el mundo cuando el lord Legislador hubiera desaparecido. Había imaginado a los guardadores saliendo a la luz, llevando conocimiento y verdades olvidadas a un populacho emocionado y agradecido. Se había imaginado enseñando ante un cálido fuego por las noches, contando historias a un público ansioso. Nunca se había parado a pensar en una aldea privada de trabajadores, con una gente demasiado agotada por las noches para molestar en escuchar relatos del pasado. Nunca había imaginado un pueblo que pareciera más molesto que agradecido por su presencia.

Tienes que ser paciente con ellos, se dijo Sazed con severidad. Sus antiguos sueños le parecían de un orgullo desmedido. Los guardadores que le habían precedido, los cientos que habían muerto manteniendo a salvo y en secreto su conocimiento, nunca habían esperado alabanzas ni dádivas. Habían realizado su tarea en el más absoluto anonimato.

Sazed se levantó para ver lo que habían escrito sus estudiantes. Estaban mejorando: ya reconocían todas las letras. No era mucho, pero sí un comienzo. Asintió al grupo, despidiéndolos para que ayudaran a preparar la cena.

Ellos inclinaron la cabeza y se dispersaron. Sazed los siguió hasta la puerta de la choza, y entonces advirtió lo oscuro que estaba el cielo; probablemente había retenido a sus estudiantes hasta demasiado tarde. Sacudió la cabeza mientras caminaba entre las chozas. Vestía de nuevo su ropa de mayordomo, con sus pintorescos diseños en «V», y se había puesto varios pendientes. Recurría a las antiguas costumbres porque eran familiares, aunque también fueran un símbolo de opresión. ¿Cómo se vestirían las futuras generaciones de Terris? ¿El estilo de vida que les había impuesto el lord Legislador se convertiría en una parte innata de su cultura?

Se detuvo en las afueras de la aldea y contempló la boca del valle. Estaba llena de suelo negro ocasionalmente salpicado de enredaderas marrones o matojos. No había bruma, por supuesto; las brumas solo venían de noche. Las historias tenían que ser un error. Lo que había visto tenía que ser falso.

¿Y qué importaba que no lo fuera? No era su deber investigar esas cosas. Ahora que se había producido el Colapso, tenía que difundir su conocimiento, no perder el tiempo persiguiendo historias tontas. Los guardadores ya no eran investigadores, sino instructores. Él llevaba consigo miles de libros,

información sobre agricultura, higiene, gobierno y medicina. Necesitaba entregar esas cosas a los skaa. Eso era lo que había decidido el Sínodo.

Sin embargo, Sazed se resistía en parte. Eso le hacía sentirse enormemente culpable; los aldeanos necesitaban sus enseñanzas, y él deseaba de todo corazón ayudarlos. Sin embargo... notaba que estaba pasando algo por alto. El lord Legislador estaba muerto, pero la historia no parecía haber terminado. ¿Había algo que se le hubiera escapado? Algo más grande, incluso, que el lord Legislador. ¿Algo tan grande, tan enorme, que era de hecho invisible?

¿O es que quiero que haya algo más?, se preguntó. Me he pasado la mayor parte de mi vida adulta resistiendo y luchando, corriendo riesgos que los otros guardadores consideraban innecesarios. No me contenté con fingir obediencia... tuve que implicarme en la rebelión.

A pesar del éxito de la rebelión, los hermanos de Sazed no lo habían perdonado por su implicación en ella. Sabía que Vin y los demás lo consideraban dócil, pero comparado con los otros guardadores era un salvaje. Un necio intrépido e indigno de confianza que amenazaba toda la orden con su impaciencia. Ellos creían que su deber era esperar, anhelando el día en que el lord Legislador desapareciera. Los feruquimistas eran demasiado escasos para arriesgarse a una rebelión abierta.

Sazed había desobedecido. Ahora tenía problemas para vivir la vida pacífica del maestro. ¿Era porque sabía inconscientemente que la gente todavía corría peligro, o era porque simplemente no podía aceptar estar marginado?

—¡Maese terrisano!

Sazed se dio media vuelta. La voz era de terror. *¿Otra muerte en las brumas?, se preguntó de inmediato.*

Le pareció extraño que los otros skaa permanecieran dentro de sus chozas a pesar de la voz horrorizada. Unas cuantas puertas crujieron, pero nadie salió alarmado, ni siquiera curioso, mientras la persona que gritaba corría hacia Sazed. Era una de las campesinas, una recia mujer de mediana edad. Sazed comprobó sus reservas; todavía contaba con su mentepeltre para la fuerza, naturalmente, y con un anillo de acero muy pequeño para la velocidad. De repente, deseó haberse puesto unos cuantos brazaletes más.

—¡Maese terrisano! —dijo la mujer, sin aliento—. ¡Oh, ha vuelto! ¡Ha venido por nosotros!

—¿Quién? —preguntó Sazed—. ¿El hombre que murió en las brumas?

—No, maese terrisano. El *lord Legislador*.

SAZED LO ENCONTRÓ EN LAS afueras de la aldea. Ya oscurecía y la mujer había regresado a su choza, asustada. Sazed solo podía imaginar cómo se sentía aquella pobre gente, atrapada por la caída de la noche y sus brumas, y al mismo tiempo acobardada y preocupada por el peligro que acechaba fuera.

Y era un peligro ominoso. El extraño esperaba silenciosamente en el polvoriento camino, vestido con una túnica negra, casi tan alto como el propio Sazed. Era calvo y no llevaba ninguna joya... aparte, claro, de los enormes clavos de hierro que le habían clavado en los ojos.

No era el lord Legislador, sino un inquisidor de acero.

Sazed seguía sin comprender cómo las criaturas continuaban viviendo. Los clavos eran lo bastante anchos como para llenar las cuencas de los ojos por entero; habían destruido los globos oculares y las puntas les sobresalían por la nuca. No manaba sangre de las heridas: por algún motivo, eso los hacía parecer aún más extraños.

Por fortuna, Sazed conocía a ese inquisidor en concreto.

—Marsh —dijo en un susurro, mientras las brumas empezaban a formarse.

—Eres una persona muy difícil de rastrear, terrisano —añadió Marsh, y el sonido de su voz sorprendió a Sazed. Había cambiado, de algún modo, y se había vuelto más rechinante, más entrecortada, como la de un hombre que tiene tos. Igual que la de los otros inquisidores que Sazed había escuchado.

—¿Rastrear me? —preguntó Sazed—. No pensaba que los demás tuvieran que encontrarme.

—Da lo mismo —dijo Marsh, volviéndose hacia el sur—. Yo lo he hecho. Tienes que venir conmigo.

Sazed frunció el ceño.

—¿Qué? Marsh, tengo trabajo que hacer aquí.

—No es importante —dijo Marsh, volviéndose y fijando su mirada sin ojos sobre Sazed.

¿Soy yo, o se ha vuelto más extraño desde la última vez que nos vimos? Sazed se estremeció.

—¿Qué ocurre, Marsh?

—El convento de Seran está vacío.

Sazed vaciló. El convento era una fortaleza del Ministerio que había al sur, un lugar adonde los inquisidores y los altos obligadores de la religión del lord Legislador se habían retirado después del Colapso.

—¿Vacío? Es imposible.

—Pero cierto —dijo Marsh. No usaba lenguaje corporal al hablar: ningún gesto, ningún movimiento del rostro.

—Yo... —Sazed guardó silencio. *Qué información, qué maravillas, qué secretos debían contener las bibliotecas del convento.*

—Tienes que venir conmigo —dijo Marsh—. Puede que necesite ayuda, si mis hermanos nos descubren.

Mis hermanos. ¿Desde cuándo son los inquisidores los «hermanos» de Marsh? Se había infiltrado en sus filas como parte del plan de Kelsier para derrocar al Imperio Final. Era un traidor, no su hermano.

Sazed vaciló. Bajo la tenue luz, el perfil de Marsh parecía... antinatural, incluso enervante. Peligroso.

No seas tonto, se reprendió. Marsh era el hermano de Kelsier, el único pariente vivo del Superviviente. Como inquisidor, Marsh tenía autoridad sobre el Ministerio de Acero, y muchos de los obligadores lo habían escuchado a pesar de su implicación en la rebelión. Había sido un colaborador valiosísimo del frágil gobierno de Elend Venture.

—Ve por tus cosas —dijo Marsh.

Mi lugar está aquí, pensó Sazed. *Tengo que enseñar a la gente, no vagabundear por los caminos persiguiendo a mi propio ego.*

Y sin embargo...

—Las brumas salen de día —dijo Marsh en voz baja.

Sazed alzó la cabeza. Marsh lo estaba mirando, las cabezas de sus clavos brillando como discos redondos con los últimos resoldos de luz solar. Los supersticiosos skaa pensaban que los inquisidores podían leer la mente, aunque Sazed sabía que eso era una tontería. Los inquisidores tenían los poderes de los nacidos de la bruma y podían por tanto influir en las emociones de la gente... pero *no* leer la mente.

—¿Por qué has dicho eso? —preguntó Sazed.

—Porque es verdad —respondió Marsh—. Esto no ha acabado, Sazed. Ni siquiera ha empezado todavía. El lord Legislador... fue solo un retraso. Un engranaje. Ahora que ya no está, nos queda poco tiempo. Ven conmigo al convento. Debemos llegar allí mientras todavía podemos.

Sazed vaciló, luego asintió.

—Déjame explicárselo a los aldeanos. Podremos marcharnos esta noche.

Marsh asintió, pero no se movió mientras Sazed regresaba a la aldea. Permaneció inmóvil en la oscuridad, dejando que las brumas lo rodearan.

Todo vuelve al pobre Alendi. Me siento mal por él y por todas las cosas que se ha visto obligado a soportar. Por aquello en lo que ha sido obligado a convertirse.

8



VIN SE LANZÓ A LAS BRUMAS. Surcó el aire nocturno, pasando por encima de las casas y las calles oscuras. Una ocasional y furtiva gota de luz brillaba en las brumas: una patrulla de guardia, o tal vez un desafortunado viajero nocturno.

Empezó a descender e inmediatamente lanzó una moneda por delante. La empujó y su peso la precipitó hacia las silenciosas profundidades. En cuanto alcanzó la calle, su empujón la lanzó hacia arriba y volvió a saltar al aire. Los impulsos suaves eran muy difíciles, así que cada moneda contra la que empujaba, cada salto que daba, la lanzaba por los aires a una velocidad tremenda. Los saltos de un nacido de la bruma no eran como el vuelo de un pájaro. Eran más bien como el camino de una flecha que rebotaba.

Y, sin embargo, había gracia en sus movimientos. Vin inspiró profundamente mientras sobrevolaba la ciudad, saboreando el aire húmedo y frío. De día, Luthadel olía a fraguas ardientes, a residuos calentados por el sol y a ceniza caída. De noche, sin embargo, las brumas daban al aire un brillo hermoso y frío, casi limpio.

Vin llegó al punto más alto de su salto y flotó un breve instante mientras cambiaba su impulso. Entonces empezó a caer hacia la ciudad. Las borlas de su capa de bruma se agitaban a su alrededor, mezclándose con su pelo. Cayó con los ojos cerrados, recordando las primeras semanas en la bruma, entrenándose bajo la relajada aunque vigilante tutela de Kelsier. Él le había dado aquello. Libertad. A pesar de sus dos años como nacida de la bruma, Vin nunca había

dejado de tener la sensación de embriagador asombro cuando surcaba las brumas.

Quemó acero con los ojos cerrados; las líneas aparecieron, visibles como un chorro de hilillos azules contra la negrura de sus párpados. Escogió dos, apuntando hacia abajo, y se impulsó de nuevo.

¿Qué hacía antes sin esto?, pensó Vin, abriendo los ojos, echando atrás la capa de bruma con un gesto del brazo.

Al cabo de un rato, empezó a caer de nuevo, y esta vez no arrojó ninguna moneda. Quemó peltre para reforzar sus miembros y aterrizó de golpe en la muralla que rodeaba los terrenos de la fortaleza Venture. Su bronce no mostró signos de actividad alomántica próxima ni su acero reveló pautas desacostumbradas de metal moviéndose hacia la fortaleza.

Vin permaneció agazapada en la oscura muralla un momento, justo en el borde, con los dedos de los pies agarrados a la arista de piedra. La roca estaba fría bajo sus plantas y el estío hacía que su piel fuera mucho más sensible de lo normal. Notó que la muralla necesitaba una limpieza: empezaban a crecer líquenes en la superficie, animados por la humedad de la noche, protegidos del sol diurno por una torre cercana.

Vin permaneció en silencio, contemplando cómo una suave brisa empujaba y agitaba las brumas. Oyó el movimiento en la calle de abajo antes de verlo. Se tensó, comprobando sus reservas antes de discernir la forma de un sabueso en la oscuridad.

Lanzó una moneda y saltó. OreSeur la esperaba cuando aterrizó sin hacer ruido a su lado, dando un rápido empujón a la moneda para frenar su descenso.

—Te mueves rápido —apreció Vin.

—Todo lo que tuve que hacer fue rodear los terrenos del palacio, ama.

—Con todo, esta vez te has mantenido más cerca de mí que antes. Ese cuerpo de perro es más rápido que un cuerpo humano.

OreSeur vaciló.

—Supongo —admitió.

Vin se volvió y echó a correr por una calle lateral. OreSeur la siguió en silencio.

Veamos cómo se comporta en una persecución más exigente, pensó, quemando peltre y acelerando. Corrió por el frío empedrado, descalza como siempre. Un hombre normal no hubiese podido correr nunca a tal velocidad.

Ni siquiera un corredor entrenado hubiera aguantado el ritmo, pues se habría cansado rápidamente.

Con peltre, sin embargo, Vin podía correr durante horas a velocidades de vértigo. Le proporcionaba fuerza y una sobrehumana sensación de equilibrio mientras corría por la oscura calle dominada por las brumas, convertida en un remolino de borlas y pies descalzos.

OreSeur mantuvo el ritmo. Saltó junto a ella en la noche, respirando entrecortadamente, concentrado en la carrera.

Impresionante, pensó Vin, y enfiló un callejón. Saltó fácilmente la valla de dos metros que había al fondo y que daba al jardín de la mansión de algún noble menor. Giró, deslizándose por la hierba húmeda, y esperó.

OreSeur saltó la valla de madera y su oscura forma canina atravesó las brumas para aterrizar en el jardín, junto a Vin. Se detuvo, se posó sobre sus cuartos traseros y esperó en silencio, jadeando. Había una expresión de desafío en sus ojos.

Muy bien, pensó Vin, sacando un puñado de monedas. *Sigue esto*.

Lanzó una y volvió a impulsarse hacia arriba. Giró en las brumas y luego se empujó de lado contra el brocal de un pozo. Aterrizó en un tejado y saltó, usando otra moneda para impulsarse por encima de las calles.

Continuó su avance, saltando de tejado en tejado, usando monedas cuando era necesario. De vez en cuando miraba hacia atrás y veía una forma oscura esforzándose por seguir su ritmo. OreSeur rara vez la había seguido siendo humano; normalmente, quedaba con él en lugares convenientes. Moverse en la noche, saltar a través de las brumas... eso era el verdadero dominio del nacido de la bruma. ¿Comprendía Elend lo que le pedía cuando le decía que llevara consigo a OreSeur? Si ella se quedaba abajo, en la calle, estaría al descubierto.

Aterrizó en un tejado y se detuvo tras agarrarse al borde de piedra del edificio. Se asomó a la calle, tres pisos más abajo. Mantuvo el equilibrio, rodeada por las brumas. Todo estaba en silencio.

Bueno, no he tardado mucho, pensó. *Tendré que explicarle a Elend que...*

La forma canina de OreSeur saltó al tejado, no muy lejos de ella. Se acercó y se sentó sobre sus cuartos traseros, esperando expectante.

Vin frunció el ceño. Había viajado sus buenos diez minutos, corriendo por encima de los tejados a la velocidad de una nacida de la bruma.

—¿Cómo... cómo has llegado hasta aquí arriba? —preguntó.

—Salté a un edificio más bajo, y luego lo usé para llegar a estas casas, ama —respondió OreSeur—. Despues te seguí por los tejados. Están tan cerca unos

de otros que no me resultó difícil ir saltando.

La confusión de Vin debió notársele, porque OreSeur continuó:

—Puede que me haya... apresurado al juzgar estos huesos, ama. Desde luego tiene un impresionante sentido del olfato. De hecho, todos sus sentidos son bastante agudos. Ha sido sorprendentemente fácil seguirte, incluso en la oscuridad.

—Ya veo... Bueno, está bien.

—¿Puedo preguntarte, ama, el sentido de esta persecución?

Vin se encogió de hombros.

—Hago esto todas las noches.

—Me ha parecido que intentabas despistarme. Me será muy difícil protegerte si no me dejas estar cerca de ti.

—¿Protegerme? —preguntó Vin—. Ni siquiera puedes pelear.

—El Contrato me prohíbe matar a humanos —dijo OreSeur—. Podría, sin embargo, buscar ayuda en caso necesario.

O arrojarme un poco de atium en un momento de peligro, admitió Vin. *Tiene razón... podría serme útil. ¿Por qué estoy tan decidida a dejarlo atrás?*

Miró a OreSeur, que estaba sentado pacientemente, el pecho agitado por el cansancio. Ella ni siquiera había advertido que los kandra necesitaran respirar.

Se comió a Kelsier.

—Vamos —dijo Vin. Saltó del edificio y se impulsó con una moneda. No se detuvo a ver si OreSeur la seguía.

Al caer, echó mano a otra moneda, pero decidió no usarla. Empujó, en cambio, contra el marco de una ventana. Como la mayoría de los nacidos de la bruma, a menudo usaba clips, la moneda más pequeña, para saltar. Era muy conveniente que la economía proporcionara un trocito de metal de tamaño y peso ideal para empujar y saltar. Para la mayoría de los nacidos de la bruma, el coste de lanzar un clip, o incluso un puñado de ellos, era mínimo.

Pero Vin no era como la mayoría de los nacidos de la bruma. En su infancia, un puñado de calderilla le parecía un tesoro increíble. Ese dinero significaba comida para semanas, si lo estiraba. También podía significar dolor, e incluso muerte, si los otros ladrones descubrían que tenía semejante fortuna.

Hacía mucho tiempo que no pasaba hambre. Aunque todavía tenía una bolsa con alimentos secos en sus habitaciones, lo hacía más por costumbre que por ansiedad. Sinceramente, no estaba segura de lo que pensaba de los cambios que había experimentado. Era agradable no tener que preocuparse

por las necesidades básicas... y, sin embargo, esas preocupaciones habían sido sustituidas por otras mucho más acuciantes. Preocupaciones acerca del futuro de toda una nación.

El futuro de... un pueblo. Aterrizó en la muralla de la ciudad, una estructura mucho más alta y mucho mejor fortificada que el pequeño muro que rodeaba la fortaleza Venture. Saltó a las almenas, buscando con los dedos un asidero en uno de los parapetos mientras se asomaba por el borde de la muralla y contemplaba las hogueras del enemigo.

No conocía personalmente a Straff Venture, pero había oído a Elend hablar de él lo suficiente para estar preocupada.

Suspiró, se apartó de la almena y saltó al interior del parapeto. Allí, se apoyó en uno de los farallones. OreSeur llegó trotando por las escaleras de la muralla y se acercó. Una vez más, se sentó sobre sus cuartos traseros, esperando pacientemente.

Para bien o para mal, la sencilla vida de hambre y palizas de Vin había desaparecido. El frágil reino de Elend corría serio peligro y ella había quemado sus últimos restos de atium para conservar la vida. Lo había dejado indefenso... no solo ante los ejércitos, sino ante cualquier nacido de la bruma que intentara asesinarlo.

¿Un asesino como el Acechante, tal vez? La misteriosa figura que había interferido en su lucha contra el nacido de la bruma de Cett. ¿Qué quería? ¿Por qué la vigilaba a ella en vez de a Elend?

Vin suspiró, buscó en su bolsa y sacó la barra de duraluminio. Todavía tenía la reserva en su interior, el trocito que había tragado antes.

Durante siglos, se había dado por hecho que solo había diez metales alománticos: los cuatro metales básicos y sus aleaciones. Sin embargo, cada metal alomántico tenía su pareja: un metal básico y una aleación. A Vin siempre le había molestado que el atium y el oro fueran considerados una pareja, cuando ninguno de los dos era aleación del otro. Una aleación (el malatium, el llamado undécimo metal) le había dado a Vin la pista necesaria para derrotar al lord Legislador.

De algún modo, Kelsier había descubierto la existencia del malatium. Sazed no había podido aún localizar las «leyendas» que Kelsier supuestamente había descubierto, las que hablaban sobre el undécimo metal y su poder para derrotar al lord Legislador.

Vin pasó el dedo por la pulida superficie de la barra de duraluminio. La última vez que había visto a Sazed, este parecía frustrado... o al menos todo lo

frustrado que Sazed podía parecer, porque no lograba encontrar ni siquiera atisbos de las supuestas leyendas de Kelsier. Aunque Sazed decía que se había marchado de Luthadel para enseñar a la gente del Imperio Final, como era su deber como guardador, Vin no había dejado de advertir que Sazed se había dirigido al sur. La zona en la que Kelsier decía haber descubierto el undécimo metal.

¿Hay también rumores sobre este metal?, se preguntó Vin, acariciando el duraluminio. *¿Rumores que puedan indicarme para qué sirve?*

Cada uno de los metales producía un efecto inmediato y visible; solo el cobre, con su habilidad para crear una nube que enmascaraba los poderes de un alomante a los otros, no tenía una respuesta sensorial obvia a su propósito. Tal vez el duraluminio fuera similar. ¿Podía su efecto ser advertido solo por otro alomante que intentara usar sus poderes contra Vin? Era el opuesto del aluminio, que hacía desaparecer los metales. ¿Significaba eso que el duraluminio podía hacer que otros metales duraran más?

Movimiento.

Vin apenas captó un movimiento en la oscuridad. Al principio, un arrebato de temor primario se apoderó de ella. ¿Era la forma brumosa, el espectro de oscuridad que había visto la noche anterior?

Estabas imaginando cosas, se reprendió. *Estabas demasiado cansada.* Y, en efecto, el atisbo de movimiento resultó ser demasiado oscuro, demasiado *real* para ser la misma imagen espectral.

Era él.

Se encontraba en lo alto de una de las torres de vigilancia, de pie, no agazapado, sin molestarse siquiera en esconderse. ¿Era arrogante o necio ese nacido de la bruma desconocido? Vin sonrió y su aprensión se convirtió en emoción. Preparó sus metales tras comprobar sus reservas. Todo estaba preparado.

Esta noche te pillaré, amigo mío.

Vin se volvió, lanzando un puñado de monedas. O bien el nacido de la bruma sabía que lo había visto o estaba preparado para un ataque, pues las esquivó con facilidad. OreSeur se puso en pie de un salto, girando, y Vin se desabrochó el cinturón, dejando caer sus metales.

—Sígueme si puedes —le susurró al kandra, y luego corrió en la oscuridad tras su presa.

El Acechante escapó, perdiéndose en la noche. Vin tenía poca experiencia persiguiendo a otro nacido de la bruma; solo había podido practicar durante

las sesiones de entrenamiento de Kelsier. Pronto tuvo que esforzarse para seguir el ritmo del Acechante, y sintió una punzada de culpa por lo que le había hecho a OreSeur un rato antes. Estaba aprendiendo lo difícil que era seguir a un nacido de la bruma decidido. Y no tenía la ventaja del sentido del olfato de un perro.

Sin embargo, contaba con el estaño. Hacía que la noche fuera más clara y aguzaba su oído. Con él consiguió seguir al Acechante mientras se dirigía al centro de la ciudad. Al cabo de un rato, él saltó hacia una plaza. Vin lo imitó, golpeando el resbaladizo empedrado tras avivar peltre, y luego esquivó el puñado de monedas que él le lanzó.

El metal resonó contra la piedra en el silencio de la noche, y las monedas rebotaron en las estatuas y los adoquines. Vin sonrió mientras aterrizaba a cuatro patas; luego se lanzó hacia delante, saltando con músculos amplificados por el peltre y tirando de una de las monedas hasta su mano.

Su oponente dio un salto atrás y aterrizó en el borde de una fuente cercana. Vin aterrizó y lanzó una moneda, usándola para impulsarse hacia arriba, por encima de la cabeza del Acechante, que se agachó y la observó con cautela mientras ella pasaba.

Vin se agarró a una de las estatuas de bronce del centro de la fuente y se encaramó a ella. Se agazapó en tan irregular asidero, mirando a su oponente. Él estaba en equilibrio sobre un pie, en el borde de la fuente, silencioso y negro en medio del torbellino de bruma. Había... desafío en su postura.

¿Puedes alcanzarme?, parecía preguntar.

Vin sacó sus dagas y saltó de la estatua. Se empujó directamente hacia el Acechante usando el frío bronce como anclaje.

El Acechante usó también la estatua, tirando de sí mismo hacia delante. Pasó por debajo de Vin, levantando una ola de agua, y su increíble velocidad le permitió deslizarse como una piedra sobre la tranquila superficie de la fuente. Una vez fuera del agua, se empujó a un lado y cruzó la plaza.

Vin se posó en el borde de la fuente, empapada. Rezongó y saltó detrás del Acechante.

Al aterrizar, él giró y sacó las dagas. Vin rodó para esquivar su primer ataque y luego alzó las suyas para descargar una puñalada doble. El Acechante se apartó rápidamente, sus dagas chispearon y dejaron caer gotas de agua. Cuando se detuvo, agazapado, parecía ágil y seguro. Capaz.

Vin volvió a sonreír, respirando rápidamente. No se había sentido así desde... desde aquellas noches tan lejanas ya, cuando entrenaba con Kelsier.

Permaneció agazapada, esperando, viendo cómo la bruma se enroscaba entre ella y su oponente. Él era de mediana estatura, de constitución delgada, y no llevaba capa de bruma.

¿Por qué no usa capa? La capa era la marca de su clase, un símbolo de orgullo y seguridad.

Estaba demasiado lejos para distinguir su rostro. Le pareció, no obstante, que veía un asomo de sonrisa cuando él saltó atrás y se impulsó en otra estatua. La caza comenzó de nuevo.

Vin lo siguió por la ciudad, avivando acero, aterrizando en tejados y calles, dando grandes saltos en arco. Los dos recorrieron Luthadel como niños en un patio de recreo, Vin intentando cortarle el paso a su oponente, él consiguiendo astutamente tomarle siempre la delantera.

Era bueno. Mucho mejor que ningún nacido de la bruma que ella hubiera conocido o al que se hubiera enfrentado, aparte quizás de Kelsier. Sin embargo, ella había mejorado mucho desde que se entrenaba con el Superviviente. ¿Podría ese recién llegado ser aún mejor? La idea la llenó de emoción. Siempre había considerado a Kelsier un paradigma de habilidad alomántica, y solía olvidar que él tenía sus poderes desde solo un par de años antes del Colapso.

El mismo tiempo que yo llevo entrenando, advirtió Vin mientras aterrizaba en una callejita pequeña y estrecha. Frunció el ceño, agazapada, quedándose inmóvil. Había visto al Acechante caer en esa calle.

estrecha y descuidada, la calle era prácticamente un callejón flanqueado a izquierda y derecha por edificios de tres y cuatro plantas. No se movía nada. O bien el Acechante se había escabullido o estaba escondido cerca. Vin quemó hierro, pero las líneas de hierro no mostraron ningún movimiento.

Sin embargo, había otro modo...

Vin fingió estar buscando todavía, pero recurrió a su bronce, avivándolo, intentando penetrar la nube de cobre que pensaba que podía estar cerca.

Y allí estaba él. Escondido en una habitación, tras los postigos entrecerrados de un edificio en ruinas. Ahora que sabía dónde mirar, Vin vio el trozo de metal que él probablemente había utilizado para saltar al primer piso, la aldaba de la que debía de haber tirado para cerrar rápidamente los postigos una vez dentro. Probablemente había explorado esa calle antes con la intención de esconderse allí.

Astuto, pensó Vin.

Él no podía haber previsto la habilidad de Vin para penetrar en las nubes de cobre. Pero si lo atacaba revelaría esa habilidad. Se quedó quieta, pensando

en él agazapado allí arriba, esperando en tensión a que ella se moviera.

Sonrió. Examinó la reserva de duraluminio de su interior. Había un modo de descubrir si quemarlo creaba algún cambio en el modo en que la veía otro nacido de la bruma. Probablemente, el Acechante estaba quemando la mayoría de sus metales, tratando de decidir cuál iba a ser su próximo movimiento.

Considerándose increíblemente astuta, Vin quemó el decimocuarto metal.

Una enorme explosión sonó en sus oídos. Vin jadeó y cayó de rodillas, anonadada. Todo se volvió brillante a su alrededor, como si un chasquido de energía hubiera iluminado toda la calle. Y sintió frío, un frío helado, incapacitante.

Gimió, tratando de sacarle sentido al sonido. No era una explosión, sino muchas. Un golpeteo rítmico, como un tambor sonando a su lado. El latido de su corazón. Y la brisa, fuerte como un viento ululante. Los roces de un perro buscando comida. Alguien roncando dormido. Era como si su sentido del oído se hubiera amplificado un centenar de veces.

Y luego... nada. Vin cayó de espaldas al suelo, mientras el súbito arrebato de luz, frío y sonido se evaporaba. Una forma se movió en las sombras, pero no pudo distinguirla... Ya no podía ver en la oscuridad. Su estaño se había...

Acabado, advirtió, recuperándose. Todo mi suministro de estaño se ha consumido. Yo... lo estaba quemando cuando recurri al duraluminio. Los he quemado los dos a la vez. Ese es el secreto. El duraluminio había consumido todo su estaño en un solo y masivo estallido. Había hecho que sus sentidos fueran sorprendentemente agudos durante un breve instante, pero había agotado toda su reserva. Cuando lo comprobó vio que su bronce y su peltre (los otros metales que estaba quemando en ese momento) habían desaparecido también. El flujo de información sensorial había sido tan enorme que ella no había advertido los efectos de los otros dos.

Piensa en ello más tarde, se dijo, sacudiendo la cabeza. Se sentía como si hubiera tenido que estar sorda y ciega, pero no. Estaba solo un poco aturdida.

La forma oscura se acercó a ella. Vin no tuvo tiempo para recuperarse. Se puso en pie, tambaleándose. La forma era demasiado baja para ser el Acechante. Era...

—Ama, ¿necesitas ayuda?

Vin vaciló. OreSeur se le acercó y se sentó a su lado.

—Tú... has conseguido seguirme —dijo Vin.

—No ha sido fácil, ama —respondió llanamente OreSeur—. ¿Necesitas ayuda?

—¿Qué? No, no la necesito. —Vin negó con la cabeza, despejando su mente—. Supongo que es una cosa en la que no pensé al hacer que te convirtieras en perro. Ahora no puedes transportar metales para mí.

El kandra ladeó la cabeza y luego corrió hasta un callejón. Regresó un momento después con algo en la boca. El cinturón de Vin.

Lo dejó caer a sus pies y adoptó de nuevo su postura de espera. Vin recogió el cinturón y sacó uno de sus frasquitos de metal.

—Gracias —dijo lentamente—. Ha sido... un detalle por tu parte.

—Cumplía mi Contrato, ama —dijo el kandra—. Nada más.

Bueno, es más de lo que has hecho otras veces, pensó ella, bebiendo del frasquito. Notó cómo se reponían sus reservas. Quemó estano, restaurando su visión nocturna y liberando un velo de tensión de su mente; desde que había descubierto sus poderes, nunca había salido de noche en completa oscuridad.

Los postigos de la habitación del Acechante estaban abiertos. Al parecer había escapado mientras ella perdía sus fuerzas. Vin suspiró.

—¡Ama! —exclamó OreSeur.

Vin se dio la vuelta. Un hombre aterrizó silenciosamente. Le resultaba... familiar, por algún motivo. Tenía el rostro enjuto, rematado de pelo oscuro, y la cabeza levemente ladeada, como si estuviera confundido. Ella leyó la pregunta en sus ojos. ¿Por qué se había caído?

Vin sonrió.

—Tal vez para atraerte —dijo entre susurros, pero lo suficientemente alto para que pudieran oírla los oídos aguzados por el estano.

El nacido de la bruma sonrió, luego hizo un gesto como de respeto con la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó Vin, dando un paso al frente.

—Un enemigo —respondió él, alzando una mano para cortar su avance.

Vin se detuvo. La bruma se enroscó entre ellos en la calle silenciosa.

—Vaya. Entonces, ¿por qué me ayudaste a combatir a aquellos asesinos?

—Porque también estoy loco.

Vin frunció el ceño y observó al hombre. Había visto la locura antes en los ojos de los mendigos. Ese hombre no estaba loco. Su porte era orgulloso y sus ojos la observaban en la oscuridad firmemente.

—*¿A qué clase de juego está jugando?*, se preguntó.

Su instinto (toda una vida de instinto) le advertía que tuviera cuidado. Apenas había empezado a aprender a confiar en sus amigos, y no estaba

dispuesta a ofrecerle el mismo privilegio a un hombre al que había conocido esa misma noche.

Y, sin embargo, había pasado más de un año desde que hablara con otro nacido de la bruma. Había conflictos en su interior que no podía explicar a los demás. Ni siquiera brumosos como Ham y Brisa podían comprender la extraña multiplicidad de un nacido de la bruma. En parte asesina, en parte guardaespaldas, en parte noble... en parte muchacha silenciosa y confusa. ¿Tenía aquel hombre problemas similares de identidad?

Tal vez pudiera convertirlo en un aliado y conseguir que un segundo nacido de la bruma ayudara en la defensa del Dominio Central. Aunque no lo lograra, sin duda no podría permitirse combatir con él. Una trifulca en la noche era una cosa, pero si su pelea se volvía peligrosa, el atium podía intervenir en el juego.

Si eso sucedía, Vin perdería.

El Acechante la estudió con atención.

—Respóndeme una cosa —dijo, en medio de la bruma.

Vin asintió.

—¿De verdad que lo mataste?

—Sí —susurró Vin. Él solo podía referirse a una persona.

El Acechante asintió despacio con la cabeza.

—¿Por qué les sigues el juego?

—¿A quiénes?

El Acechante señaló la fortaleza Venture a través de las brumas.

—No es ningún juego —respondió ella—. No se trata de un juego cuando la gente que amo corre peligro.

El Acechante permaneció en silencio y luego sacudió la cabeza, como... decepcionado. Entonces sacó algo de su cinturón.

Vin dio inmediatamente un paso atrás. El Acechante, sin embargo, tan solo lanzó una moneda al suelo, entre ambos. Rebotó un par de veces antes de detenerse en el empedrado. Entonces, el Acechante se empujó hacia atrás en el aire.

Vin no lo siguió. Se frotó la cabeza; todavía le parecía que iba a dolerle.

—¿Lo dejas marchar? —preguntó OreSeur.

Vin asintió.

—Hemos acabado por esta noche. Ha luchado bien.

—Parece que sientes respeto por él —dijo el kandra.

Vin se volvió, frunciendo el ceño. La voz del kandra era de disgusto. OreSeur permaneció sentado, paciente, sin demostrar más emociones.

Ella suspiró y se ató el cinturón.

—Vamos a tener que fabricar un arnés o algo parecido para ti —dijo—. Quiero que lleves frascos de repuesto de metal para mí, como hacías siendo humano.

—Un arnés no será necesario, ama.

—¿No?

OreSeur se levantó y echó a andar.

—Por favor, saca uno de tus frascos.

Vin hizo lo que le pedía y sacó un frasquito de cristal. OreSeur se detuvo y luego volvió un hombro hacia ella. Mientras Vin miraba, el pelaje se dividió y la carne misma se abrió, dejando al descubierto venas y capas de piel. Vin retrocedió.

—No hay motivo de preocupación, ama —dijo OreSeur—. Mi carne no es como la tuya. Tengo... más control sobre ella, podríamos decir. Mete el frasco en mi hombro.

Vin hizo lo que le pedía. La carne se selló en torno al frasco, haciéndolo desaparecer de la vista. Experimentalmente, Vin quemó hierro. No aparecieron líneas azules que apuntaran hacia el frasquito oculto. El metal dentro del estómago de una persona no podía ser captado por otro alomante; de hecho, el metal que perforaba un cuerpo, como los clavos de los inquisidores o los pendientes de la misma Vin, no podía ser empujado ni podía tirar de él nadie. Al parecer, la misma regla se aplicaba a los metales ocultos dentro de un kandra.

—Te lo entregaré en caso de emergencia —dijo OreSeur.

—Gracias.

—El Contrato, ama. No me des las gracias. Solo hago lo que se me exige.

Vin asintió lentamente.

—Regresemos al palacio —dijo—. Quiero ver cómo está Elend.

Pero dejadme comenzar por el principio. Conocí a Alendi en Khleñnum; entonces era un muchachito y aún no había sido deformado por una década como caudillo de ejércitos.

9



MARSH HABÍA CAMBIADO. HABÍA ALGO más... duro en el antiguo buscador. Algo en el modo en que siempre parecía estar mirando cosas que Sazed no podía ver, algo en sus hoscas respuestas y su tenso lenguaje.

Naturalmente, Marsh había sido siempre un hombre directo. Sazed miró a su amigo mientras los dos recorrían el polvoriento camino. No tenían caballos; aunque Sazed hubiera poseído uno, la mayoría de las bestias no consentían en acercarse a un inquisidor.

¿Cuál dijo Fantasma que era el apodo de Marsh?, pensó Sazed mientras caminaban. Antes de su transformación, solían llamarlo... Ojos de Hierro. El nombre había resultado profético. La mayoría consideraba inquietante la transformación de Marsh y le había dejado de lado. Aunque a Marsh no había parecido importarle que lo trataran de aquel modo, Sazed había hecho un esfuerzo para hacerse amigo suyo.

Seguía sin saber si Marsh había agradecido el gesto o no. Parecían llevarse bien: ambos compartían el interés por la erudición y la historia, y a ambos les interesaba el clima religioso del Imperio Final.

Y ha venido a buscarme, pensó Sazed. Naturalmente, ha dicho que necesitaba ayuda por si no todos los inquisidores se habían marchado del convento de Seran. Era una excusa pobre. A pesar de sus poderes feruquimistas, Sazed no era un soldado.

—Deberías estar en Luthadel —dijo Marsh.

Sazed alzó la cabeza. Marsh había hablado bruscamente, como de costumbre, sin preámbulos.

—¿Por qué dices eso?

—Te necesitan allí.

—El resto del Imperio Final me necesita también, Marsh. Soy un guardador. Un solo grupo de personas no debería monopolizar todo mi tiempo.

Marsh sacudió la cabeza.

—Esos campesinos olvidarán tu presencia. Nadie olvidará las cosas que sucederán pronto en el Dominio Central.

—Creo que te sorprendería lo que pueden olvidar los hombres. Las guerras y los reinos pueden parecer importantes ahora, pero incluso el Imperio Final resultó perecedero. Ahora que ha caído, los guardadores no tienen nada que hacer en política.

La mayoría diría que nunca tuvimos nada que hacer en política.

Marsh se volvió hacia él. Aquellos ojos, con las cuencas completamente llenas de acero... Sazed no tembló, pero se sintió muy incómodo.

—¿Y tus amigos? —preguntó Marsh.

Esto era más personal. Sazed apartó la mirada, pensando en Vin y en su juramento a Kelsier de que la protegería. *Necesita poca protección ahora*, pensó. *Se ha vuelto más diestra en la alomancia que el propio Kelsier*. Y, sin embargo, Sazed sabía que había modos de protección que no tenían nada que ver con combatir. Estas cosas (apoyo, consuelo, amabilidad) eran vitales para todo el mundo, y especialmente para Vin. La pobre muchacha cargaba con demasiadas responsabilidades.

—Yo... he enviado ayuda —dijo Sazed—. La ayuda que puedo.

—No es suficiente —respondió Marsh—. Las cosas que suceden en Luthadel son demasiado importantes para ignorarlas.

—No las estoy ignorando, Marsh. Simplemente, cumplo con mi deber lo mejor que puedo.

Marsh, finalmente, se volvió.

—Con el deber equivocado. Regresarás a Luthadel cuando hayamos terminado aquí.

Sazed abrió la boca para discutir, pero no dijo nada. ¿Qué había que decir? Marsh tenía razón. Aunque no tuviera prueba alguna, Sazed sabía que estaban sucediendo cosas importantes en Luthadel... cosas que requerirían su ayuda

para combatir. Cosas que probablemente afectarían al futuro de toda la tierra antaño conocida como el Imperio Final.

Así pues, cerró la boca y caminó detrás de Marsh. Regresaría a Luthadel para demostrar que era un rebelde, una vez más. Tal vez, al final, comprendiera que no había ninguna amenaza fantasmal para el mundo, que simplemente había regresado por su propio deseo egoísta de estar con sus amigos.

De hecho, esperaba que eso resultara ser la verdad. La alternativa le hacía sentirse muy incómodo.

La altura de Alendi me sorprendió la primera vez que lo vi. Se trataba de un hombre que superaba a todos los demás, de un hombre que (a pesar de su juventud y su ropa humilde) imponía respeto.

10



LA SALA DE REUNIONES SE hallaba en la sede del antiguo Cantón de Finanzas del Ministerio de Acero. Era un espacio de techo bajo, más un salón de conferencias que una sala de reuniones. Había filas de bancos frente a un estrado elevado. A la derecha del estrado, Elend había mandado construir una fila de asientos para los miembros de la Asamblea. A la izquierda, había construido un atril para los oradores.

El atril miraba a los miembros de la Asamblea, no al público. Sin embargo, se animaba a asistir a la gente común. Elend pensaba que todo el mundo debía interesarse en el funcionamiento de su gobierno; le dolía que las reuniones semanales de la Asamblea normalmente tuvieran poco público.

Vin tenía un asiento en el estrado, al fondo, directamente frente al público. Desde su puesto de observación junto a los otros guardaespaldas, podía ver a la multitud. Guardias de Ham, de paisano, ocupaban los primeros bancos, creando una primera barrera de protección. Elend se había enfadado porque Vin exigía que colocara guardias delante y detrás del estrado: consideraba que los guardaespaldas sentados detrás de los oradores serían molestos. Ham y Vin, sin embargo, habían insistido. Si Elend iba a aparecer en público todas las semanas, Vin quería estar segura de que podía vigilarlos a él y a quienes lo vigilaban.

Para llegar a su asiento, por tanto, Vin tenía que cruzar el estrado. Las miradas la siguieron. A algunos del público les interesaban los escándalos; suponían que era la amante de Elend, y un rey que se acostaba con su asesina

personal era motivo de cotilleo. A otros les interesaba la política: se preguntaban cuánta influencia tenía Vin sobre Elend, y si podrían utilizarla para conseguir el favor del rey. A otros les interesaba su carácter legendario: se preguntaban si una chica como ella podía haber matado efectivamente al lord Legislador.

Vin se apresuró a ocupar su sitio. Dejó atrás a los miembros de la Asamblea y se sentó junto a Ham, quien a pesar de lo formal de la ocasión seguía vistiendo un sencillo chaleco sin camisa. Sentada a su lado, con pantalones y su camisa, Vin no se sentía tan fuera de lugar.

Ham sonrió y le dio una afectuosa palmada en el hombro. Ella tuvo que esforzarse por no dar un respingo. No era que le disgustara Ham; más bien todo lo contrario. Lo amaba como a todos los antiguos miembros de la banda de Kelsier. Era solo que... Bueno, no hubiese sabido explicarlo, ni siquiera ella lo entendía. El inocente gesto de Ham le había dado ganas de zafarse. En su opinión la gente se tocaba con demasiada libertad.

Descartó esos pensamientos. Tenía que aprender a ser como los demás. Elend se merecía a una mujer normal.

Él ya estaba allí. Saludó a Vin con un gesto cuando advirtió su llegada, y ella sonrió. Luego continuó hablando tranquilamente con lord Penrod, uno de los nobles de la Asamblea.

—Elend estará contento —susurró Vin—. Esto está abarrotado.

—Están preocupados —dijo Ham en voz baja—. Y la preocupación hace que presten más atención a estas cosas. No puedo decir que me alegre: toda esta gente nos complica el trabajo.

Vin asintió sin dejar de escrutar al público. La multitud era una extraña mezcolanza de grupos que nunca se hubieran juntado durante los días del Imperio Final. Muchos eran nobles, naturalmente. Vin frunció el ceño, pensando en cuántas veces los miembros de la nobleza trataban de manipular a Elend, y en las promesas que él les hacía...

—¿Qué ocurre? —preguntó Ham, dándole un ligero codazo.

Vin miró al violento. Unos ojos expectantes centelleaban en su rostro firme y rectangular. Ham tenía un sexto sentido casi sobrenatural para debatir.

Vin suspiró.

—No entiendo esto, Ham.

—¿Esto?

—*Esto* —repitió Vin en voz baja, indicando la Asamblea con una mano—. Elend intenta con todas sus fuerzas contentar a todo el mundo. Cede tanto...

Cede su poder, su dinero...

—Solo quiere que se trate a todo el mundo con justicia.

—Es más que eso, Ham. Está decidido a hacer de cada ciudadano un noble.

—¿Sería eso malo?

—Si todos son nobles, entonces no existe la nobleza. Todo el mundo *no puede* ser rico, ni todo el mundo puede estar al mando. Así no funcionan las cosas.

—Tal vez —dijo Ham, pensativo—. Pero ¿no tiene Elend el deber cívico de intentar que se haga justicia?

¿Deber cívico?, pensó Vin. *No tendría que haberme puesto a hablar con Ham de estas cosas...* Agachó la cabeza.

—Creo que tendría que darse cuenta de que ya se estaba tratando bien a todo el mundo sin necesidad de Asamblea. Todo lo que hacen sus miembros es discutir y tratar de quitarle poder. Y él se lo permite.

Ham dejó morir la discusión; Vin volvió a estudiar al público. Parecía que un nutrido grupo de obreros de las factorías había conseguido los mejores asientos. Al principio de la vida de la Asamblea, unos diez meses antes, los nobles enviaban a sus criados a guardarles el asiento o sobornaban a la gente para que se los cediera. Sin embargo, en cuanto Elend se enteró, prohibió ambas prácticas.

Aparte de nobles y obreros, había un gran número de miembros de la «nueva» clase: mercaderes y artesanos skaa, a quienes ya se permitía fijar el precio por sus servicios. Eran los verdaderos ganadores de la economía de Elend. Bajo la opresora mano del lord Legislador, solo los pocos skaa extraordinariamente dotados habían podido acceder a posiciones de moderada comodidad. Sin restricciones, esos skaa habían demostrado rápidamente ser mucho más hábiles y más sabios que los nobles. Constituían una facción de la Asamblea al menos tan poderosa como la de la nobleza.

Había otros skaa entre la multitud, con el mismo aspecto que antes de que Elend llegara al poder. Mientras que los nobles normalmente vestían traje con sombrero y abrigo, los skaa llevaban pantalones sencillos. Algunos iban sucios de trabajar todo el día, con la ropa vieja, gastada y manchada de ceniza.

Y, sin embargo... *había* algo diferente en ellos. No en su ropa sino en su postura. Se sentaban un poco más rectos, con la cabeza un poco más erguida. Y tenían suficiente tiempo libre para asistir a una reunión de la Asamblea.

Elend, finalmente, se puso en pie para dar comienzo a la sesión. Había dejado que sus ayudantes lo vistieran esa mañana y el resultado era que apenas iba desaliñado. El traje le sentaba bien, llevaba todos los botones abrochados y su chaleco era de un adecuado azul oscuro. Iba bien peinado, con sus cortos rizos castaños perfectamente alisados.

Normalmente, Elend empezaba las reuniones llamando a los otros oradores, miembros de la Asamblea que hablaban durante horas sobre temas diversos como los impuestos o la higiene de la ciudad. Sin embargo, ese día había asuntos más acuciantes que tratar.

—Caballeros —dijo Elend—. Os ruego que esta tarde no nos desviemos de nuestro orden del día, a la luz de nuestro actual... estado de asuntos ciudadanos.

El grupo de veinticuatro asintió, aunque algunos murmuraron entre dientes. Elend los ignoró. Se sentía cómodo ante las multitudes, mucho más de lo que lo estaría jamás Vin. Mientras iniciaba su discurso, ella estudió la multitud, atenta a sus reacciones o a cualquier problema.

—La apurada naturaleza de nuestra situación debería ser bastante obvia —dijo Elend, dando comienzo al discurso que había preparado—. Nos enfrentamos a un peligro que esta ciudad no ha conocido nunca. Invasión y asedio por parte de un tirano exterior.

»Somos una nueva nación, un reino fundado sobre principios desconocidos durante los días del lord Legislador. Sin embargo, somos ya un reino de tradición. Libertad para los skaa. Un gobierno de nuestra elección. Nuestros propios designios. Nobles que no tienen que ceder ante los obligadores e inquisidores del lord Legislador.

»Caballeros, un año no es suficiente. Hemos probado la libertad y necesitamos tiempo para saborearla. Durante el último mes, hemos argumentado y discutido frecuentemente acerca de lo que deberíamos hacer si llegaba este día. Obviamente, tenemos muchas opiniones acerca de este tema. Por tanto, os pido un voto de solidaridad. Prometámonos a nosotros mismos y prometamos a este pueblo que no entregaremos la ciudad a un poder externo sin considerarlo antes debidamente. Decidamos recopilar más información, buscar otros caminos, e incluso luchar si se considera necesario.

El discurso continuó, pero Vin lo había escuchado ya una docena de veces mientras Elend lo practicaba. Se dedicó por tanto a observar a la multitud. Le preocupaban los obligadores que veía sentados al fondo. Apenas reaccionaban a los comentarios negativos que Elend les dirigía.

Ella nunca había comprendido por qué Elend permitía que el Ministerio de Acero continuara predicando. Era el último resto del poder del lord Legislador. La mayoría de los obligadores se negaban obstinadamente a aportar al nuevo gobierno sus conocimientos acerca de la burocracia y la administración, y seguían mirando a los skaa con desdén.

Y, sin embargo, Elend consentía su existencia. Había impuesto la estricta regla de que no se les permitiera incitar a la rebelión o la violencia. No obstante, tampoco los expulsaba de la ciudad, como le había sugerido Vin que hiciera. Si la decisión hubiera sido solo de ella, probablemente los habría mandado ejecutar.

Al cabo de un rato, el discurso de Elend se acercaba a su fin y Vin volvió a prestarle atención.

—Caballeros —dijo—, hago esta propuesta de buena fe, y la hago en nombre de aquellos a quienes representamos. Pido tiempo. Propongo que pospongamos todas las votaciones referidas al futuro de la ciudad hasta que se permita a una delegación real reunirse con el ejército de ahí fuera y decidir qué opciones hay de negociar, si es que existen.

Bajó sus papeles, alzó la cabeza y esperó los comentarios.

—Bien —dijo Philen, uno de los mercaderes de la Asamblea—. Nos estás pidiendo que *te entreguemos* el poder para decidir el destino de la ciudad.

Philen llevaba con tanto empaque su traje caro que un observador nunca hubiese dicho que se había puesto uno por primera vez hacía un año.

—¿Qué? —respondió Elend—. No he dicho nada de eso: simplemente, he pedido más tiempo. Para reunirme con Straff.

—Ha rechazado todos nuestros mensajes —dijo otro asambleísta—. ¿Qué te hace pensar que escuchará ahora?

—¡Lo estamos planteando mal! —dijo otro de los representantes nobles—. Deberíamos decidir *suplicarle* a Straff Venture que no nos ataque, no decidir reunirnos con él a charlar. Tenemos que dejarle claro enseguida que estamos dispuestos a trabajar con él. Todos habéis visto ese ejército. ¡Está planeando destruirnos!

—Por favor —dijo Elend, levantando una mano—. ¡Ciñámonos al tema!

Uno de los asambleístas, un skaa, alzó la voz, como si no hubiera escuchado a Elend.

—Lo dices porque eres noble —dijo, señalando al hombre a quien Elend había interrumpido—. Es fácil para ti hablar de colaborar con Straff, puesto que tienes muy poco que perder.

—¿Muy poco que perder? —respondió el noble—. ¡Toda mi casa y yo podríamos ser ejecutados por apoyar a Elend contra su padre!

—Bah —dijo uno de los mercaderes—. Todo esto no tiene sentido. Tendríamos que haber contratado a mercenarios hace meses, como sugerí.

—¿Y de dónde habríamos sacado el dinero para eso? —preguntó lord Penrod, el más mayor de los asambleístas nobles.

—De los impuestos —dijo el mercader, agitando una mano.

—¡Caballeros! —dijo Elend, y luego, más fuerte—: ¡Caballeros!

Consiguió con esto que le prestaran un poco de atención.

—Tenemos que tomar una decisión —dijo Elend—. No divaguemos, si es posible. ¿Qué hay de mi propuesta?

—No tiene sentido —respondió Philen, el mercader—. ¿Por qué deberíamos esperar? Invitemos a Straff a entrar en la ciudad y acabemos de una vez. Va a tomarla de todas formas.

Vin se acomodó en su asiento mientras los hombres empezaban a discutir de nuevo. El problema era que Philen, el mercader, por poco que ella lo apreciara, tenía razón. La lucha no era una opción atractiva. Straff tenía un ejército mucho mayor. ¿Les serviría de algo ganar tiempo?

—Mirad —dijo Elend, tratando de recuperar de nuevo su atención... y consiguiéndolo solo en parte—. Straff es mi padre. Tal vez pueda hablar con él, conseguir que escuche. Luthadel fue su hogar durante años. Tal vez pueda convencerlo de que no la ataque.

—Esperad —dijo uno de los representantes skaa—. ¿Qué hay del asunto de la comida? ¿Habéis visto lo que nos están cobrando los mercaderes por el grano? Antes de preocuparnos por ese ejército, tendríamos que hablar de bajar los precios.

—Siempre echándonos la culpa de vuestros problemas —dijo uno de los mercaderes asambleístas. Y la discusión empezó de nuevo. Elend se encogió levemente tras el atril. Vin sacudió la cabeza, lamentándose por Elend, mientras se generaba la discusión. Aquello mismo solía suceder en las reuniones de la Asamblea; le parecía que, simplemente, no trataban a Elend con el respeto que se merecía. Tal vez era culpa suya por elevarlos hasta ser casi sus iguales.

La discusión se agotó, al cabo, y Elend sacó un papel, a todas luces con la intención de registrar la votación de su propuesta. No parecía optimista.

—Muy bien, votemos —dijo—. Por favor, recordad: concederme tiempo *no* nos dará ventaja. Simplemente me permitirá tener una oportunidad para

intentar que mi padre reconsiderare su deseo de arrebatarnos nuestra ciudad.

—Elend, muchacho —dijo lord Penrod—. Todos hemos vivido aquí durante el reinado del lord Legislador. Todos sabemos qué tipo de hombre es tu padre. Si quiere esta ciudad, la tomará. Todo lo que podemos decidir, por tanto, es cómo rendirnos mejor. Tal vez encontremos un modo de que la gente conserve algo de libertad bajo su gobierno.

Todos guardaron silencio y, por primera vez, nadie inició una nueva discusión. Unos cuantos se volvieron hacia Penrod, que permanecía sentado con expresión tranquila y controlada. Vin sabía poco de él. Era uno de los nobles más poderosos que se habían quedado en la ciudad después del Colapso, de orientación conservadora. No obstante, ella nunca le había oído hablar con desprecio de los skaa, y por eso era tan popular entre la gente.

—Hablo con brusquedad, pero es la verdad —dijo Penrod—. No estamos en condiciones de negociar.

—Estoy de acuerdo con Penrod —intervino Philen—. Si Elend quiere reunirse con Straff Venture, supongo que tiene derecho. Tal como yo lo entiendo, puesto que es el rey, tiene autoridad para negociar con monarcas extranjeros. Sin embargo, no tenemos la garantía de no entregarle a Straff la ciudad.

—Maese Philen —dijo lord Penrod—, creo que has malinterpretado mis palabras. He dicho que rendir la ciudad es inevitable... pero que tendríamos que conseguir a cambio de su entrega lo máximo posible. *Eso* significa reunirse al menos con Straff para calibrar su disposición. Votar entregarle ahora la ciudad sería jugar nuestra baza demasiado pronto.

Elend alzó la cabeza, esperanzado por primera vez desde que la discusión degenerara.

—Entonces, ¿apoyáis mi propuesta? —preguntó.

—Es una forma embarazosa de conseguir la pausa que considero necesaria —dijo Penrod—. Pero... viendo cómo está el ejército ahí fuera, dudo que tengamos tiempo para nada más. Así que, en efecto, Majestad, apoyo tu propuesta.

Varios miembros más de la Asamblea asintieron mientras Penrod hablaba, como si lo consideraran por primera vez. *Ese Penrod tiene demasiado poder*, pensó Vin, entornando los ojos mientras estudiaba al maduro estadista. *Le escuchan más que a Elend*.

—¿Deberíamos votar, entonces? —preguntó otro de los asambleístas.

Y lo hicieron. Elend anotó los votos. Los ocho nobles (siete más Elend) votaron a favor de la propuesta, dando mucho peso a la opinión de Penrod. Los ocho skaa estuvieron en su mayoría a favor y, los mercaderes, mayoritariamente en contra. Sin embargo, al final, Elend consiguió los dos tercios que necesitaba.

—Propuesta aceptada —dijo Elend, tras el cómputo final, un poco sorprendido—. La Asamblea aplaza la decisión de rendir la ciudad hasta que el rey se haya reunido con Straff Venture a parlamentar oficialmente.

Vin se acomodó en su asiento, tratando de decidir qué pensaba de la votación. Era bueno que Elend se hubiera salido con la suya, pero el modo en que lo había conseguido la molestaba.

Elend, finalmente, abandonó el atril, se sentó y dejó que un molesto Philen tomara la palabra. El mercader leyó la propuesta de aprobar la entrega del control de los suministros de alimentos en la ciudad a los mercaderes. Sin embargo, esta vez Elend se puso al frente de los que estaban en contra y la discusión comenzó de nuevo. Vin observó con interés. ¿Se daba cuenta Elend de cómo actuaban los demás mientras rebatía sus propuestas?

Elend y unos cuantos asambleístas skaa consiguieron alargar la discusión lo suficiente para que llegara la pausa del almuerzo sin que se hubiera producido la votación. El público se levantó, desperezándose, y Ham se volvió hacia Vin.

—Buena reunión, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

Ham se echó a reír.

—Tenemos que hacer algo sobre tu ambivalencia respecto al deber cívico, muchacha.

—Ya he derrocado un gobierno —dijo Vin—. Supongo que eso salda mi «deber cívico» durante algún tiempo.

Ham sonrió, aunque no dejó de mirar con atención a la multitud... igual que hacía Vin. Con todo el mundo saliendo, era el momento ideal para atentar contra la vida de Elend. Una persona en concreto llamó la atención de Vin, que frunció el ceño.

—Vuelvo inmediatamente —le dijo a Ham mientras se ponía en pie.

—HAS HECHO LO ADECUADO, lord Penrod —dijo Elend, de pie junto al otro noble, conversando tranquilamente durante la pausa—. Necesitamos más

tiempo. Sabes lo que le hará mi padre a esta ciudad si la toma.

Lord Penrod sacudió la cabeza.

—No lo he hecho por ti, hijo. Lo he hecho porque quería asegurarme de que ese necio de Philen no entregaba la ciudad antes de que la nobleza arrancara a tu padre la promesa de nuestro derecho al título.

—¿Ves? —dijo Elend, alzando un dedo—. Tiene que haber otro modo. El Superviviente nunca habría entregado esta ciudad sin luchar.

Penrod frunció el ceño, y Elend vaciló, maldiciendo en silencio para sus adentros. El anciano lord era un tradicionalista; citarle al Superviviente tendría poco efecto positivo. Muchos de los nobles se sentían amenazados por la influencia de Kelsier sobre los skaa.

—Piénsalo —dijo Elend, mirando acercarse a Vin, que le hizo un gesto de llamada. Él se excusó, cruzó el estrado y se reunió con ella—. ¿Qué ocurre? —le preguntó en voz baja.

—La mujer del fondo —respondió Vin en un susurro, los ojos recelosos—. La alta de azul.

La mujer en cuestión no fue difícil de localizar; llevaba una blusa azul vivo y una pintoresca falda roja. Era de mediana edad, delgada, y se había recogido el pelo en una trenza que le llegaba hasta la cintura. Esperaba pacientemente a que la gente se marchara.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Elend.

—Es de Terris.

Elend vaciló.

—¿Estás segura?

Vin asintió.

—Esos colores... todas esas joyas. Es terrisana, con toda seguridad.

—¿Y?

—Que nunca la había visto —dijo Vin—. Y te estaba mirando, ahora mismo.

—La gente me mira, Vin. *Soy el rey*, después de todo. Además, ¿por qué tendrías que conocerla?

—Todos los terrisanos han venido a conocerme justo después de llegar a la ciudad —dijo Vin—. Maté al lord Legislador: me ven como la persona que liberó su patria. Pero no la reconozco. No ha venido nunca a darme las gracias.

Elend puso los ojos en blanco, tomó a Vin por los hombros y la hizo volverse.

—Vin, creo que es mi deber de caballero decirte algo.

Vin frunció el ceño.

—¿Qué?

—Eres preciosa.

Vin vaciló.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Absolutamente nada —dijo Elend con una sonrisa—. Estoy intentando distraerte.

Lentamente, Vin se relajó y esbozó una débil sonrisa.

—No sé si alguien te ha dicho esto alguna vez, Vin, pero te comportas de una manera un poco paranoica en ocasiones.

Ella alzó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sé que cuesta trabajo creerlo, pero es cierto. A mí me parece bastante interesante, pero ¿de verdad crees que una *terrisana* intentaría matarme?

—Probablemente, no —admitió Vin—. Pero las viejas costumbres...

Elend sonrió. Luego se volvió a mirar a los miembros de la Asamblea, la mayoría de los cuales hablaban tranquilamente en corrillos. No se mezclaban. Los nobles hablaban con los nobles, los mercaderes con los mercaderes, los obreros skaa con los obreros skaa. Tan divididos estaban, tan obstinados eran. Las propuestas más sencillas a veces acababan en discusiones que duraban horas.

¡Tienen que darme más tiempo!, pensó. Sin embargo, mientras lo hacía advirtió cuál era el problema. Más tiempo, ¿para qué? Penrod y Philen habían atacado con precisión su propuesta.

La verdad era que la ciudad entera estaba patas arriba. Nadie sabía realmente qué hacer contra una fuerza invasora superior, y menos que nadie Elend. Tan solo sabía que no podían rendirse. Todavía no. Tenía que haber un modo de luchar.

Vin todavía miraba a un lado, más allá del público. Elend siguió su mirada.

—¿Todavía vigilando a esa terrisana?

Vin negó con la cabeza.

—Algo más... extraño. ¿Ese es uno de los mensajeros de Clubs?

Elend se dio la vuelta. En efecto, varios soldados se abrían paso entre la gente camino del estrado. Al fondo de la sala, la gente había empezado a susurrar y agitarse, y algunos salían rápidamente de la cámara.

Elend notó que Vin se envaraba y sintió una punzada de temor. *Ya es demasiado tarde. El ejército ha atacado.*

Uno de los soldados llegó por fin al estrado, y Elend se abalanzó hacia él.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Ha atacado Straff?

El soldado frunció el ceño, preocupado.

—No, mi señor.

Elend suspiró débilmente.

—Entonces, ¿qué?

—Mi señor, es un segundo ejército. Está a las puertas de la ciudad.

Curiosamente fue la sencilla ingenuidad de Alendi lo que me llevó al principio a hacerme amigo suyo. Lo empleé como ayudante durante sus primeros meses en la gran ciudad.

11



POR SEGUNDA VEZ EN DOS días Elend se encaramó a las murallas de Luthadel para estudiar a un ejército que quería invadir su reino. Entornó los ojos contra el rojo sol de la tarde, pero no era un ojo de estaño: no pudo distinguir detalles de los recién llegados.

—¿Hay alguna posibilidad de que estén aquí para ayudarnos? —preguntó esperanzado mirando a Clubs, que estaba de pie a su lado.

Clubs frunció el ceño.

—Ondeal el estandarte de Cett. ¿Lo recuerdas? El que envió a ocho asesinos alomantes a matarte hace dos días.

Elend se estremeció en el frío de otoño y contempló el segundo ejército. Estaba acampando a buena distancia de las tropas de Straff, cerca del canal Luth-Davn, que se extendía al oeste del río Channerel. Vin se encontraba junto a Elend, aunque era Ham quien organizaba la guardia de la ciudad. OreSeur, con el cuerpo del perro, estaba sentado pacientemente en la muralla a los pies de Vin.

—¿Cómo no los hemos visto llegar? —preguntó Elend.

—Por Straff —respondió Clubs—. Este Cett vino de la misma dirección que él y nuestros exploradores estaban concentrados en su ejército. Straff probablemente supo de su existencia hace unos cuantos días, pero nosotros no hemos podido verlos.

Elend asintió.

—Straff está emplazando soldados para vigilar al ejército enemigo —dijo Vin—. Dudo que sean amigos entre sí.

Estaba encima de una almena, con los pies peligrosamente cerca del borde de la muralla.

—Tal vez se ataquen —deseó Elend.

Clubs hizo una mueca.

—Lo dudo. Están demasiado igualados, aunque Straff podría ser un poco más fuerte. Dudo que Cett corra el riesgo de atacarlo.

—¿Por qué viene, entonces? —preguntó Elend.

Clubs se encogió de hombros.

—Tal vez esperaba llegar antes que Venture a Luthadel, y tomarla primero.

Hablabía del hecho, la toma de Luthadel, como si fuera algo seguro. A Elend le dio un vuelco el estómago mientras se apoyaba contra el parapeto y se asomaba. Vin y los demás eran ladrones y alomantes skaa, parias perseguidos durante casi toda la vida. Tal vez estaban acostumbrados a tratar con esa presión, con ese miedo, pero Elend no.

¿Cómo vivían con la falta de control, con la sensación de inevitabilidad? Elend se sentía carente de poder. ¿Qué podía hacer? ¿Huir y dejar que la ciudad se defendiera sola? Esa, por supuesto, no era una opción. Pero, enfrentado no a uno sino a dos ejércitos que se preparaban para destruir su ciudad y arrebatarle el trono, a Elend le resultaba difícil mantener las manos firmes mientras se aferraba al parapeto de piedra.

Kelsier habría encontrado un modo para salir de esta, pensó.

—¡Allí! —La voz de Vin sacó a Elend de su ensimismamiento—. ¿Qué es eso?

Elend se volvió. Vin, con los ojos entornados, miraba hacia el ejército de Cett y usaba estoño para ver cosas que resultaban invisibles para los mundanos ojos del rey.

—Alguien viene a caballo —dijo.

—¿Un mensajero? —preguntó Clubs.

—Tal vez. Cabalga muy rápido...

Vin empezó a correr de un diente de piedra al siguiente, moviéndose por la muralla. Su kandra la siguió de inmediato, correteando en silencio tras ella.

Elend miró a Clubs, que se encogió de hombros, y la siguieron también. La alcanzaron cerca de una de las torres, desde donde ella contemplaba al jinete. O, al menos, Elend suponía que eso hacía: todavía no podía ver lo que veía ella.

Alomancia, pensó Elend, sacudiendo la cabeza. ¿Por qué no podía tener él al menos un poder... aunque fuera uno de los más débiles, como el cobre o el hierro?

Vin maldijo de repente y se enderezó.

—¡Elend, ese es *Brisa*!

—¿Qué? ¿Estás segura?

—¡Sí! Lo persiguen. Arqueros a caballo.

Clubs maldijo y llamó rápidamente a un mensajero.

—¡Enviad jinetes! ¡Interrumpid la persecución!

El mensajero echó a correr. Vin, sin embargo, sacudió la cabeza.

—No lo lograrán a tiempo —dijo, casi para sí—. Los arqueros lo alcanzarán, o al menos le dispararán. Ni siquiera yo podría llegar lo bastante rápido, no corriendo. Pero, tal vez...

Elend frunció el ceño.

—Vin, está demasiado lejos para saltar... incluso para ti.

Ella lo miró, sonrió y saltó de la muralla.

VIN PREPARÓ EL DECIMOCUARTO METAL, el duraluminio. Tenía una reserva, pero no lo quemó... no todavía. *Espero que esto funcione*, pensó, buscando un anclaje adecuado. La torre que había a su lado tenía un baluarte reforzado de hierro: eso serviría.

Tiró del baluarte, izándose hasta la cima de la torre. Saltó de nuevo inmediatamente, empujándose hacia arriba y hacia fuera, apartándose de la muralla en el aire. Quemó todos sus metales excepto el acero y el peltre.

Entonces, todavía empujando el baluarte, quemó duraluminio.

Una súbita fuerza chocó contra ella, tan potente que estuvo segura de que solo un destello de peltre igualmente poderoso mantenía entero su cuerpo. Dejó atrás la fortaleza, recorriendo el cielo como si la hubiera empujado un dios gigantesco e invisible. El aire pasaba tan rápido que rugía y con la presión de la súbita aceleración le costaba pensar.

Dio una voltereta, tratando de recuperar el control. Por fortuna, había elegido bien su trayectoria: volaba hacia Brisa y sus perseguidores. Fuera lo que fuese lo que hubiera hecho Brisa, había sido suficiente para enfurecer a alguien, pues dos docenas de hombres lo perseguían con las flechas preparadas.

Vin cayó, su acero y su peltre completamente consumidos en aquel destello de poder potenciado por el duraluminio. Sacó un frasco de su cinturón y apuró el contenido metálico. Sin embargo, mientras arrojaba el frasco, experimentó una profunda sensación de vértigo. No estaba acostumbrada a saltar de día. Era extraño ver el suelo precipitándose hacia ella, era extraño no tener una capa de bruma aleteando a su espalda, era extraño no tener la bruma alrededor...

El primer jinete bajó su arco, apuntando a Brisa. Ninguno parecía haber reparado en Vin, que se cernía sobre ellos como un ave de presa.

Bueno, no se cernía exactamente. Caía como una piedra.

Recuperándose rápidamente, Vin quemó peltre y lanzó una moneda hacia el suelo que tan veloz se acercaba. Empujó la moneda, usándola para frenar su caída y desviarse a un lado. Se situó entre Brisa y los arqueros, aterrizando con estrépito y levantando polvo y tierra.

El arquero disparó.

Mientras rebotaba en una nube de arena, Vin extendió la mano y se impulsó de nuevo hacia arriba, directa hacia la flecha. La empujó. La punta de la flecha se dobló, el astil se partió en el aire y golpeó directamente la frente del arquero que la había disparado.

El hombre se cayó del caballo. Vin aterrizó de nuevo. Empujó contra los cascos de los dos caballos que seguían al líder, haciendo tropezar a los animales. El empujón volvió a lanzar a Vin por los aires, y los relinchos de dolor se mezclaron con el clamor de cuerpos que golpeaban el suelo.

Vin continuó empujando, volando por el camino a unos palmos del suelo hasta que alcanzó a Brisa. El hombretón se volvió asombrado, claramente desconcertado de ver a Vin flotando en el aire tras su caballo al galope, con la ropa aleteando. Ella le hizo un guiño y luego usó su poder y se empujó contra la armadura de otro jinete.

Saltó inmediatamente al aire. Su cuerpo protestó por el súbito cambio de impulso, pero ignoró el latigazo de dolor. El hombre del que tiró consiguió permanecer en su silla... hasta que Vin lo golpeó con los dos pies, derribándolo de espaldas.

Aterrizó en la negra tierra. El jinete se revolvía junto a ella. No muy lejos, los otros jinetes finalmente detuvieron sus monturas bruscamente a escasos metros de distancia.

Kelsier probablemente hubiese atacado. Eran muchos, cierto, pero llevaban armadura y sus caballos estaban herrados. Vin, sin embargo, no era Kelsier.

Había retrasado a los jinetes lo suficiente para que Brisa pudiera escapar. Eso era suficiente.

Se empujó contra un soldado hacia atrás y dejó que los jinetes recogieran a sus heridos. Los soldados, no obstante, rápidamente sacaron flechas con punta de piedra y prepararon sus arcos.

Vin resopló frustrada mientras el grupo apuntaba. *Bueno, amigos, pensó, os sugiero que os agarréis fuerte.*

Empujó levemente contra todos ellos y quemó duraluminio. El súbito choque de fuerzas era de esperar: la opresión en el pecho, el aleteo en su estómago, el viento ululante. Lo que no esperaba era el efecto que tendría en sus anclajes. El estallido de poder dispersó a hombres y caballos por el aire como hojas al viento.

Voy a tener que ser muy cuidadosa con esto, pensó Vin, apretando la mandíbula y girando en el aire. Peltre y acero se habían consumido de nuevo, así que se vio obligada a tomarse el último frasco de metal. Tendría que acostumbrarse a llevar más.

Golpeó el suelo a la carrera. El peltre impidió que tropezara a pesar de su terrible velocidad. Frenó levemente, dejando que Brisa, a caballo, la alcanzara, y luego aceleró para seguirlo, dejando que el poder y el equilibrio del peltre la mantuvieran erguida detrás del agotado caballo. El animal la miró mientras corrían, con un atisbo de frustración porque una humana lo igualaba.

Llegaron a la ciudad unos instantes más tarde. Brisa frenó cuando la Puerta de Hierro empezó a abrirse, pero, en vez de esperar, Vin simplemente lanzó una moneda y se impulsó contra ella hasta las murallas. Cuando las puertas se abrieron empujó las bisagras y este segundo impulso la envió volando hacia arriba. Rebasó las almenas, pasando entre una pareja de asombrados soldados, antes de caer al otro lado. Aterrizó en el patio, apoyándose con una mano en las frías piedras al mismo tiempo que Brisa cruzaba la puerta.

Vin se levantó. Brisa se secó la frente con un pañuelo, acercándose al trote. Se había dejado crecer el pelo desde la última vez que Vin lo había visto, y lo llevaba liso y peinado hacia atrás, con las puntas rozando el cuello de la camisa. No llevaba sombrero (probablemente lo había perdido), pero sí uno de sus trajes lujosos y un chaleco de seda, salpicados por la ceniza negra de su veloz cabalgada.

—Ah, Vin, querida —dijo, respirando casi tan entrecortadamente como su caballo—. Debo decir que ha sido una intervención muy oportuna por tu

parte. Más que llamativa también. Odio que tengan que rescatarme... pero, bueno, si no queda más remedio entonces mejor que sea con estilo.

Vin sonrió mientras él desmontaba, probando que no era ni con mucho el hombre más diestro de la plaza, y los mozos de establo llegaron para encargarse del animal. Brisa volvió a secarse la frente mientras Elend, Clubs y OreSeur bajaban al patio. Uno de los ayudantes debía de haber encontrado por fin a Ham, pues llegó corriendo.

—¡Brisa! —exclamó Elend, acercándose, y le estrechó el brazo.

—Majestad. Gozas de buena salud y buen humor, supongo.

—De salud, sí —respondió Elend—. De humor... bueno, *hay* un ejército acampado ante mi ciudad.

—Dos ejércitos, en realidad —rezongó Clubs, que se acercaba cojeando.

Brisa se guardó su pañuelo.

—Ah, querido maestro Cladent, tan optimista como siempre, ya veo.

Clubs bufó. OreSeur se sentó junto a Vin.

—Y Hammond —dijo Brisa, viendo que Ham sonreía de oreja a oreja—. Casi había conseguido engañarme para olvidar que estarías aquí cuando regresara.

—Admítelo —dijo Ham—. Te alegras de verme.

—De verte, tal vez. De *escucharte*, nunca. Me había acostumbrado en todo ese tiempo que he estado lejos de tu perpetua cháchara seudofilosófica.

Ham sonrió aún más.

—Me alegro de verte, Brisa —dijo Elend—. Pero podrías haber escogido mejor momento. Esperaba que pudieras detener a alguno de esos ejércitos que marchan contra nosotros.

—¿*Detenerlos*? ¿Y por qué querría yo hacer eso, amigo mío? Después de todo, me he pasado tres meses convenciendo a Cett para que marche con su ejército hacia aquí.

—¿Entonces... Cett está de nuestra parte? —preguntó Elend, esperanzado.

—Por supuesto que no —dijo Brisa—. Viene a saquear la ciudad y robar tu supuesto suministro de atium.

—Tú —dijo Vin—. Tú eres quien ha estado propagando los rumores que corren entre la gente sobre el depósito de atium del lord Legislador, ¿verdad?

—Naturalmente —dijo Brisa, mirando a Fantasma, que acababa de llegar a las puertas.

Elend frunció el ceño.

—Pero... ¿por qué?

—Mira más allá de tus murallas, muchacho —dijo Brisa—. Sabía que tu padre marcharía contra Luthadel tarde o temprano... Ni siquiera *mis* poderes de persuasión hubieran sido suficientes para disuadirlo. Así que empecé a difundir rumores en el Dominio Occidental, y luego me convertí en uno de los consejeros de lord Cett.

Clubs rezongó.

—Buen plan. Demencial, pero bueno.

—¿Demencial? —dijo Brisa—. *Mi* estabilidad mental no es la cuestión, Clubs. La maniobra no fue de locos, sino brillante.

Elend parecía confuso.

—No pretendo insultar tu inteligencia, Brisa, pero... ¿por qué es exactamente una buena idea traer un ejército hostil a nuestra ciudad?

—Es una estrategia negociadora básica, amigo mío —explicó Brisa mientras un mozo le entregaba su bastón de duelo, caído del caballo. Brisa lo utilizó para señalar hacia el oeste, hacia el ejército de lord Cett—. Cuando solo hay dos participantes en una negociación, uno es generalmente más fuerte que el otro. Eso pone las cosas muy difíciles a la parte más débil... que, en este caso, seríamos nosotros.

—Sí —dijo Elend—, pero con tres ejércitos, seguimos siendo los más débiles.

—Ah —dijo Brisa, alzando el bastón—, pero esos otros dos ejércitos están muy igualados en fuerzas. Straff probablemente sea el más fuerte, pero Cett tiene un ejército muy grande. Si uno de esos señores de la guerra se arriesga a atacar Luthadel, su ejército sufrirá pérdidas... suficientes pérdidas para no poder defenderse del tercer ejército. Atacarnos es exponerse.

—Y eso deja la situación en tablas —dijo Clubs.

—Exactamente. Confía en mí, Elend, muchacho. En este caso, dos grandes ejércitos enemigos son mucho mejor que un único y gran ejército enemigo. En una negociación a tres bandas, la parte más débil suele tener más poder... porque su alianza con cualquiera de las otras dos decide quién será el vencedor al final.

Elend frunció el ceño.

—Brisa, nosotros no queremos aliarnos con *ninguno* de ellos.

—Lo sé —dijo Brisa—. Sin embargo, nuestros oponentes no. Traer un segundo ejército nos da tiempo para pensar. Ambos señores de la guerra pensaban que podrían llegar aquí antes que el otro. Ya que han llegado al

mismo tiempo, tendrán que reevaluar la situación. Deduzco que acabaremos con un asedio prolongado. De un par de meses, al menos.

—Eso no aclara cómo vamos a deshacernos de ellos.

Brisa se encogió de hombros.

—Yo los he traído aquí... Tú tienes que decidir qué hacer con ellos. Y te digo que no fue tarea fácil conseguir que Cett llegara a tiempo. Tendría que haber llegado cinco días antes que Venture. Por fortuna, cierta... enfermedad se extendió por el campamento hace unas cuantas jornadas. Al parecer, alguien envenenó el principal suministro de agua y todo el campamento sufrió diarrea.

Fantasma, detrás de Clubs, se echó a reír.

—Sí —dijo Brisa, mirando al muchacho—. Ya pensaba que lo apreciarías. ¿Sigues siendo una molestia incomprensible, chico?

—Desiendo el endonde de no —dijo Fantasma, sonriendo, en su antiguo argot callejero.

Brisa bufó.

—Sigues teniendo más sentido común que Hammond, la mitad de las veces —murmuró, volviéndose hacia Elend—. Bueno, ¿nadie va a mandar llamar un carro que me lleve a palacio? ¡Os llevo tranquilizando a todos, pandilla de desagradecidos, durante casi cinco minutos, con el aspecto patético que tengo y lo cansado que estoy, y ninguno de vosotros ha tenido el detalle de compadecerse de mí!

—Debes estar perdiendo tu toque —dijo Vin con una sonrisa. Brisa era un aplacador, un alomante que podía quemar latón para calmar las emociones de otra persona. Un aplacador muy habilidoso (y Vin no conocía a nadie más habilidoso que Brisa) podía manipular todas las emociones de una persona menos una para lograr que sintiera exactamente lo que quería.

—Lo cierto es que pensaba volver a la muralla y estudiar un poco más a esos ejércitos —dijo Elend, volviéndose a mirarla—. Si estuviste con las fuerzas de lord Cett, podrás contarnos un montón de cosas sobre ellas.

—Puedo. Lo haré. No voy a subir esos escalones. ¿No ves lo cansado que estoy, hombre?

Ham bufó, le dio a Brisa una palmada en el hombro... y levantó una nube de polvo.

—¿Cómo puedes estar cansado? Era tu pobre caballo el que corría.

—Ha sido emocionalmente agotador, Hammond —dijo Brisa, golpeando con su bastón la mano del hombretón—. Mi partida fue un poco desagradable.

—¿Qué sucedió, por cierto? —preguntó Vin—. ¿Descubrió Cett que eras un espía?

Brisa pareció cohibido.

—Digamos que lord Cett y yo tuvimos un... desencuentro.

—Te pilló en la cama con su hija, ¿eh? —dijo Ham, arrancando una carcajada al grupo. Brisa era cualquier cosa menos un conquistador de damas. A pesar de su habilidad para jugar con las emociones, nunca se había mostrado interesado por nadie desde que Vin lo conocía. Dockson había recalcado una vez que Brisa era demasiado engreído para considerar tal posibilidad.

Brisa reaccionó al comentario poniendo los ojos en blanco.

—Sinceramente, Hammond, creo que tus chistes son cada vez peores a medida que te haces viejo. Demasiados golpes en la cabeza mientras entrenas, sospecho.

Ham sonrió, y Elend mandó pedir un par de carroajes. Mientras esperaban, Brisa se lanzó a relatar sus viajes. Vin miró a OreSeur. Todavía no había encontrado un buen momento para contar al resto de la banda el cambio. Tal vez ahora que Brisa había vuelto Elend celebraría una reunión con su círculo interno. Ese sería un buen momento. Tenía que ser prudente al respecto, pues quería que el personal de palacio creyera que había enviado a OreSeur a cumplir alguna misión.

Brisa continuó con su historia, y Vin lo miró, sonriendo. No era solo un orador nato, sino que tenía un toque muy sutil con la alomancia. Ella apenas notaba su tacto en sus emociones. Antaño hubiese encontrado ofensivas sus intrusiones, pero estaba empezando a comprender que influir en las emociones de la gente era simplemente la naturaleza de Brisa. Igual que una mujer hermosa atrae la atención en virtud de su rostro y su figura, Brisa lo hacía usando casi sin darse cuenta sus poderes.

Naturalmente, no por eso era menos pícaro. Conseguir que los demás hicieran lo que él quería era una de las principales ocupaciones de Brisa. Vin ya no desconfiaba de él por utilizar la alomancia para conseguirlo.

Finalmente, llegó el carro, y Brisa suspiró aliviado. Mientras el vehículo se detenía, miró a Vin y luego señaló a OreSeur.

—¿Qué es eso?

—Un perro —dijo Vin.

—Ah, tan hosca como siempre, por lo que veo —dijo Brisa—. ¿Y cómo es que ahora tienes un perro?

—Yo se lo regalé —dijo Elend—. Quería un perro, así que se lo di.

—¿Y elegiste un *sabueso*? —preguntó Ham, divertido.

—Has luchado con ella, Ham —dijo Elend, riendo—. ¿Qué le habrías regalado? ¿Un caniche?

Ham se echó a reír.

—No, supongo que no. La verdad es que le pega.

—Aunque es casi tan grande como ella —añadió Clubs, mirándola con los párpados entornados.

Vin posó la mano en la cabeza de OreSeur. Clubs tenía razón: había elegido un animal grande. Medía más de metro y medio... y Vin sabía por experiencia lo pesado que era.

—Se comporta de manera notablemente tranquila para ser un sabueso —asintió Ham—. Elegiste bien, El.

—Da igual —dijo Brisa—. ¿Podemos por favor regresar al palacio? Los ejércitos y los sabuesos están muy bien, pero creo que en este momento cenar es más importante.

—¿POR QUÉ NO LE CONTAMOS lo de OreSeur? —preguntó Elend mientras su carrozón regresaba dando tumbos hacia la fortaleza Venture. Los tres iban solos en un carrozón y los otros cuatro los seguían en el otro vehículo.

Vin se encogió de hombros. OreSeur estaba sentado frente a ellos, escuchando en silencio la conversación.

—Se lo diré más adelante —dijo Vin—. Una plaza abarrotada de gente no me parecía el lugar más adecuado para revelarlo.

Elend sonrió.

—Guardar secretos es una costumbre difícil de perder, ¿eh?

Vin se ruborizó.

—No es por mantenerlo en secreto, es que... —Guardó silencio y agachó la cabeza.

—No te sientas mal, Vin —dijo Elend—. Viviste mucho tiempo sola, sin nadie en quien confiar. Nadie espera que cambies de la noche a la mañana.

—No ha pasado una noche, Elend. Han sido dos años.

Elend le puso una mano en la rodilla.

—Estás mejorando. Los otros comentan lo mucho que has cambiado.

Vin asintió. *Otro hombre temería que le estuviera guardando secretos también a él. Elend tan solo intenta hacer que me sienta menos culpable.* Era

mejor hombre de lo que ella merecía.

—Kandra —dijo Elend—. Vin dice que te comportaste muy bien anoche al seguirla.

—Sí, Majestad —respondió OreSeur—. Estos huesos, aunque desagradables, están bien dotados para rastrear y moverse rápido.

—¿Y si ella resulta herida? ¿Podrás traerla de vuelta a un lugar seguro?

—No velozmente, Majestad. Sin embargo, podré ir a buscar ayuda. Estos huesos tienen muchas limitaciones, pero haré todo lo posible por cumplir el Contrato.

Elend debió de pillar a Vin alzando una ceja, porque se echó a reír.

—Hará lo que dice, Vin.

—El Contrato lo es todo, ama —dijo OreSeur—. Exige más que dar un simple servicio. Requiere diligencia y devoción. *Es el kandra*. Al servirlo, servimos a nuestro pueblo.

Vin se encogió de hombros. Guardaron silencio y Elend se sacó un libro del bolsillo. Vin se apoyó en él. OreSeur se tumbó, ocupando todo el asiento frente a los humanos. Al cabo de un rato, el carro entró en el patio Venture y Vin se dio cuenta de que anhelaba un baño caliente. Sin embargo, mientras bajaban del carro, un guardia llegó a la carrera. El estanque le permitió a Vin escuchar lo que el hombre le decía a Elend, aunque habló antes de que ella pudiera acercarse.

—Majestad —susurró el guardia—, ¿ha llegado nuestro mensajero?

—No —respondió Elend con el ceño fruncido mientras Vin se acercaba. El soldado la miró receloso, pero continuó hablando; todos los soldados sabían que Vin era la principal guardaespaldas y confidente de Elend. No obstante, el hombre pareció extrañamente preocupado al verla.

—Nosotros... ah, no queremos molestar —dijo el soldado—. Por eso no lo hemos dicho. Nos preguntábamos si... todo iba bien. —Miró a Vin mientras hablaba.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Elend.

El guardia se volvió hacia el rey.

—Hay un cadáver en la habitación de lady Vin.

EL «CADÁVER» ERA EN REALIDAD un esqueleto mono, sin rastro de sangre, ni de tejido en su brillante superficie blanca. Sin embargo, tenía un montón de huesos rotos.

—Lo siento, ama —dijo OreSeur, hablando en voz tan baja que solo ella pudo oírlo—. Supuse que ibas a deshacerte de esto.

Vin asintió. El esqueleto, naturalmente, era el que OreSeur había estado utilizando antes de que ella le diera el cuerpo del animal. Al ver la puerta sin el cerrojo echado, el signo habitual de Vin para indicar que quería que limpiaran la habitación, las criadas habían entrado. Vin había guardado los huesos en una cesta con la intención de encargarse de ellos más tarde. Al parecer, las criadas habían decidido comprobar qué había dentro de la cesta y se habían llevado una buena sorpresa.

—No pasa nada, capitán —le dijo Elend al joven guardia, el capitán Demoux, segundo al mando de la guardia de palacio. A pesar de que Ham despreciaba los uniformes, aquel hombre parecía orgulloso de mantener el suyo pulcro y reluciente.

»Habéis hecho bien en no comentarlo —dijo Elend—. Ya sabíamos lo de esos huesos. No son motivo de preocupación.

Demoux asintió.

—Supusimos que era algo intencionado. —No miró a Vin mientras hablaba.

Intencionado, pensó Vin. *Magnífico. Me pregunta qué pensará este hombre que he hecho.* Pocos skaa sabían qué eran los kandra, y Demoux no sabía cómo interpretar la presencia de aquellos huesos.

—¿Podrías desembarazarte de ellos discretamente por mí, capitán? —preguntó Elend, indicando la osamenta.

—Naturalmente, Majestad.

Probablemente cree que me he comido a alguien, pensó Vin con un suspiro. *Que le arranqué la carne directamente de los huesos.*

Cosa que, por cierto, no andaba muy lejos de la verdad.

—Majestad —dijo Demoux—. ¿Quieres que nos encarguemos también del otro cadáver?

Vin se quedó helada.

—¿Otro? —preguntó Elend lentamente.

El guardia asintió.

—Cuando encontramos este esqueleto, trajimos unos perros para olfatear. Los perros no encontraron a ningún asesino, pero encontraron otro esqueleto como este: un puñado de huesos pelados.

Vin y Elend compartieron una mirada.

—Enséñanoslo —dijo Elend.

Demoux asintió y los guio después de dar unas cuantas órdenes entre susurros a uno de sus hombres. Los cuatro (tres humanos y un kandra) recorrieron el pasillo del palacio hacia la zona, menos utilizada, de las habitaciones de invitados. Demoux despidió a un soldado que montaba guardia ante una puerta y los hizo entrar.

—Este cuerpo no estaba dentro de ninguna cesta, Majestad —dijo Demoux—. Estaba guardado en el fondo de un armario. Probablemente nunca lo hubiésemos encontrado sin los perros: captaron fácilmente el olor, aunque no comprendo cómo. Estos esqueletos están completamente pelados.

Y allí estaba. Otro esqueleto, como el primero, dentro de un armario. Elend miró a Vin, luego se volvió hacia Demoux.

—¿Quieres disculparnos, capitán?

El joven guardia asintió, salió de la habitación y cerró la puerta.

—¿Bien? —dijo Elend, volviéndose hacia OreSeur.

—No sé de dónde ha salido esto —dijo el kandra.

—Pero es otro cadáver devorado por un kandra —dijo Vin.

—Indudablemente, ama. Los perros lo encontraron por el olor particular que dejan nuestros jugos digestivos sobre los huesos recién excretados.

Elend y Vin se miraron.

—Sin embargo, probablemente no es lo que pensáis —dijo OreSeur—. A este hombre lo matarían lejos de aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Son huesos descartados, Majestad —dijo OreSeur—. Los huesos que un kandra deja...

—Después de encontrar un cuerpo nuevo —terminó por él Vin.

—Sí, ama.

Vin miró a Elend, que frunció el ceño.

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó él—. Tal vez dejaron los huesos aquí hace un año. El kandra de mi padre.

—Tal vez, Majestad —dijo OreSeur, pero parecía inseguro. Se acercó a olfatear los huesos. Vin tomó uno y se lo llevó a la nariz. Usando estaño, captó fácilmente un fuerte olor que le recordó el de la bilis.

—Es muy fuerte —dijo, mirando a OreSeur.

Él asintió.

—Estos huesos no llevan aquí mucho tiempo, Majestad. Unas cuantas horas como mucho. Tal vez incluso menos.

—Lo cual significa que tenemos otro kandra en algún lugar del palacio —dijo Elend, con aspecto asqueado—. Uno de los miembros de mi servicio ha sido... devorado y sustituido.

—Sí, Majestad —dijo OreSeur—. Es imposible saber de quién eran estos huesos, pues son descartes. El kandra habría tomado los huesos nuevos, tras comer su carne y vestir su ropa.

Elend asintió y se puso en pie. Miró a Vin a los ojos, y ella supo que estaba pensando lo mismo. Era posible que un miembro del personal de palacio hubiera sido sustituido, lo que significaba que había una brecha en la seguridad. Sin embargo, había una posibilidad mucho más peligrosa.

Los kandra eran actores inigualables: OreSeur había imitado a lord Renoux tan a la perfección que incluso la gente que lo conocía había caído en el engaño. Podría haber utilizado ese talento para imitar a un criado o una criada. Sin embargo, si un enemigo había querido colar un espía en las reuniones a puerta cerrada de Elend, tenía que haber sustituido necesariamente a una persona mucho más importante.

Tiene que ser alguien a quien no hemos visto durante las últimas horas, pensó Vin, soltando el hueso. Elend, OreSeur y ella habían pasado en la muralla casi toda la tarde, desde el final de la reunión de la Asamblea, pero la ciudad y el palacio habían sido un caos desde la llegada del segundo ejército. Los mensajeros habían tenido problemas para encontrar a Ham, y ella seguía sin saber dónde estaba Dockson. De hecho, no había visto a Clubs hasta que se había reunido con Elend y con ella en la muralla, un rato antes. Y Fantasma había sido el último en llegar.

Vin contempló el montón de huesos, experimentando una mareante sensación de inseguridad. Había muchas posibilidades de que alguien de su grupo, un miembro de la antigua banda de Kelsier, fuera ahora un impostor.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE
ESPECTROS EN
LA BRUMA

No me convencí hasta años más tarde de que Alendi era el Héroe de las Eras. El Héroe de las Eras, al que llamaban Rabzeen en Khlennium, el Anamnesor.

Salvador.

12



UNA FORTALEZA SE ALZABA ENTRE las súcias brumas de la noche.

Se hallaba al fondo de una gran depresión del terreno. El empinado valle en forma de cráter era tan ancho que incluso a plena luz del día Sazed apenas hubiera podido ver el otro lado. Con el inminente crepúsculo, oscurecido por la bruma, el lejano borde del enorme agujero era solo una profunda sombra.

Sazed sabía muy poco de táctica y estrategia; aunque sus mentes de metal contenían docenas de libros sobre esos temas, había olvidado su contenido para crear los archivos almacenados. Por lo poco que sabía, esa fortaleza, el convento de Seran, no era fácil de defender. No tenía la ventaja de la altura, y los bordes del cráter eran excelentes para que las máquinas de asedio lanzaran rocas contra las murallas.

Sin embargo, la fortaleza no había sido construida para defenderse de soldados enemigos. Había sido construida para favorecer el aislamiento. El cráter hacía difícil encontrarla, pues una leve elevación del terreno en torno al borde la hacía prácticamente invisible a menos que uno se acercara. No había carreteras ni senderos que marcaran el camino, y los viajeros tenían muchas dificultades para bajar por las empinadas faldas.

Los inquisidores no querían visitantes.

—¿Bien? —preguntó Marsh.

Sazed y él se hallaban en el borde septentrional del cráter, ante un precipicio de varios metros. Sazed recurrió a su mentestaño de visión,

aprovechando parte del sentido de la vista que había acumulado en su interior. Su campo visual se volvió borroso en los bordes, pero todo lo que tenía directamente ante los ojos pareció mucho más cercano. Aumentó un poco la visión, ignorando la náusea que le provocaba tanta intensidad.

La visión aumentada le permitió estudiar el convento como si lo tuviera delante. Distinguió cada marca en las oscuras paredes de piedra... lisas, anchas, impresionantes. Vio cada una de las grandes placas de acero oxidado atornilladas a las piedras exteriores de la muralla. Pudo ver cada rincón cuajado de líquenes y cada borde manchado de ceniza. No había ninguna ventana.

—No sé —dijo Sazed lentamente, liberando su mentestaño de visión—. No sé decir si la fortaleza está habitada o no. No hay movimiento, ni luz. Pero tal vez los inquisidores estén escondidos dentro.

—No —dijo Marsh, su inflexible voz molestamente fuerte en el aire de la tarde—. Se han ido.

—¿Por qué querrían irse? Este es un lugar de gran fuerza. No se puede defender contra un ejército, pero es grande contra el caos de los tiempos.

Marsh negó con la cabeza.

—Se han ido.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Lo sé.

—¿Adónde han ido, entonces?

Marsh lo observó, luego se dio la vuelta y miró por encima de su hombro.

—Al norte.

—¿Hacia Luthadel? —preguntó Sazed, frunciendo el ceño.

—Entre otras cosas —respondió Marsh—. Vamos. No sé si regresarán, pero deberíamos aprovechar esta oportunidad.

Sazed asintió. Habían ido allí para eso, después de todo. Sin embargo, una parte de él vaciló. Era un hombre de libros. Recorrer el país visitando aldeas ya le resultaba lo suficientemente extraño como para ser incómodo. Colarse en la fortaleza de los inquisidores...

A Marsh obviamente no le importaba la pugna interna de su compañero. El inquisidor se dio la vuelta y echó a andar por el borde del cráter. Sazed se cargó la mochila al hombro y lo siguió. Llegaron poco más tarde junto a un artílugo en forma de caja, cuya función era evidentemente descender hasta el fondo por medio de cuerdas y poleas. La jaula estaba en su caja, en el saliente, y Marsh se detuvo a su lado, pero no entró en ella.

—¿Qué? —preguntó Sazed.

—El sistema de poleas —respondió Marsh—. La jaula debe bajar cuando la activan desde abajo.

Sazed asintió, comprendiendo que así era. Marsh avanzó y tiró de una palanca. La jaula cayó. Las cuerdas empezaron a humear y las poleas chirriaron cuando la enorme jaula se precipitó al fondo del abismo. Un golpe sordo resonó entre las rocas.

Si hay alguien allá abajo ahora ya sabe que estamos aquí, pensó Sazed.

Marsh se volvió hacia él, las cabezas de los clavos de sus ojos brillando levemente al sol poniente.

—Sígueme como te parezca —dijo. Entonces se agarró a la cuerda del contrapeso y empezó a bajar.

Sazed se acercó al borde de la plataforma a mirar cómo Marsh se deslizaba por la soga hacia el oscuro abismo. Luego se arrodilló y abrió su mochila. Se quitó los grandes brazaletes de metal de los antebrazos, sus principales mentecobres. Contenían los recuerdos de un guardador, el conocimiento almacenado de siglos. Los colocó reverentemente a un lado y sacó un par de brazaletes mucho más pequeños: uno de hierro, otro de peltre. Mentes de metal para un guerrero.

¿Comprendía Marsh la poca habilidad que tenía Sazed en aquellos menesteres? Una fuerza sorprendente no hace a un guerrero. De cualquier forma, Sazed se colocó los dos brazaletes en los tobillos. A continuación, sacó dos anillos, de estaño y cobre. Se los puso en los dedos.

Cerró la mochila y se la echó al hombro, y luego recogió sus mentecobres principales. Buscó con cuidado un buen escondite (un agujero apartado entre dos peñascos) y las guardó dentro. Pasara lo que pasase allá abajo, no quería arriesgarse a que los inquisidores se apoderaran de ellas y las destruyeran.

Para llenar una mentecobre de recuerdos, Sazed había escuchado a otro guardador recitar su colección entera de historias, datos y anécdotas. Sazed había memorizado cada frase y había almacenado esos recuerdos en la mentecobre para recuperarlos más adelante. Recordaba muy poco de aquella experiencia, pero podía recuperar cualquier libro o ensayo que deseara, devolviéndolo a su mente, y recordarlo con tanta claridad como cuando lo había memorizado. Solo tenía que ponerse los brazaletes.

No llevar encima sus mentecobres lo llenó de ansiedad. Sacudió la cabeza y se acercó de nuevo a la plataforma. Marsh bajaba muy rápidamente hacia el fondo del abismo; como todos los inquisidores, tenía los poderes de un nacido

de la bruma. Aunque cómo había conseguido esos poderes, y cómo conseguía vivir a pesar de los clavos que le atravesaban el cerebro, era un misterio. Marsh nunca había respondido a las preguntas de Sazed sobre ese tema.

Llamó a Marsh para atraer su atención, luego asomó al precipicio la mochila y la dejó caer. Marsh extendió la mano y la mochila se abalanzó, tirada por sus metales, hacia la mano de Marsh. El inquisidor se la echó al hombro antes de continuar su descenso.

Sazed asintió, agradecido, y luego saltó de la plataforma. Cuando empezaba a caer buscó el poder almacenado en su mentehierro. Servirse de una mente de metal tenía un precio: para acumular vista, Sazed se había visto obligado a pasarse semanas casi ciego. Durante ese tiempo había llevado puesto un brazalete de estaño que almacenaba la capacidad visual para usarla posteriormente.

El hierro era un poco distinto. No almacenaba vista, fuerza, resistencia... ni siquiera recuerdos. Almacenaba algo completamente diferente: peso.

Sazed no decantó el poder almacenado en la mentehierro; simplemente hubiese pesado más. Lo que hizo fue llenar la mentehierro, dejando que absorbiera su peso. Sintió una familiar sensación de ligereza, la sensación de que su cuerpo no pesaba tanto.

Su caída se frenó. Los filósofos de Terris tenían mucho que decir sobre el uso de una mentehierro. Explicaban que el poder no cambiaba en realidad la masa ni el tamaño de una persona, sino que cambiaba de algún modo la forma en que el suelo tiraba de ella. La caída de Sazed no se frenó porque hubiese menguado su peso, sino porque de pronto tenía una superficie relativamente grande expuesta al viento en su caída, pero un cuerpo más liviano.

Los finos brazaletes de metal de sus tobillos eran lo más pesado de su cuerpo, y mantenían sus pies apuntando hacia abajo. Abrió los brazos y dobló un poco el cuerpo, dejando que el viento lo empujara. Su descenso no fue terriblemente lento como el de una pluma. Sin embargo, tampoco cayó a plomo. Lo hizo de manera controlada, casi placentera. Con la ropa aleteando y los brazos abiertos, adelantó a Marsh, que se lo quedó mirando con expresión de curiosidad.

Cuando ya llegaba al suelo, Sazed abrió su mentepeltre, extrayendo una diminuta cantidad de fuerza para prepararse. Golpeó la tierra, pero como su cuerpo era tan liviano el impacto fue mínimo. Apenas necesitó doblar las rodillas para absorber la fuerza del choque.

Dejó de llenar la mentehierro, soltó su peltre y esperó tranquilamente a Marsh. La jaula de transporte estaba a su lado, destrozada. Sazed vio incómodo que había dentro varios grilletes de hierro. Al parecer, algunos de los que habían visitado el convento no lo habían hecho por voluntad propia.

Cuando Marsh llegó al fondo, las brumas se habían espesado en el aire. Sazed había convivido con ellas toda la vida y nunca se había sentido incómodo. Sin embargo, en aquel momento temía que empezaran a estrangularlo. Que quisieran matarlo, como parecían haber hecho con el viejo Jed, el desafortunado granjero cuya muerte había investigado.

Marsh recorrió los últimos tres metros, aterrizando con la agilidad ampliada de un alomante. Incluso después de pasar tanto tiempo con un nacido de la bruma, a Sazed seguían impresionándolo los dones alománticos. Naturalmente, nunca le habían dado envidia. Ciento, la alomancia era mejor para luchar; pero no podía expandir la mente ni dar acceso a los sueños, esperanzas y creencias de un millar de años de cultura. No aportaba los conocimientos necesarios para tratar una herida, ni ayudaba a enseñar a la gente de una pobre aldea a usar las modernas técnicas de fertilización. Las mentes de metal de la feruquimia no eran deslumbrantes, pero tenían un valor mucho más duradero para la sociedad.

Además, Sazed conocía unos cuantos trucos de feruquimia capaces de sorprender incluso al más preparado de los guerreros.

Marsh le tendió la mochila.

—Vamos.

Sazed asintió, se echó la mochila al hombro y siguió al inquisidor por el rocoso terreno. Caminar junto a Marsh era extraño, pues Sazed no estaba acostumbrado a estar con gente tan alta como él. Los terrisanos eran altos por naturaleza, y Sazed aún más: sus brazos y piernas eran un poco demasiado largos para su cuerpo, una consecuencia de su castración siendo muy joven. Aunque el lord Legislador estaba muerto, la cultura de Terris sufriría largamente los efectos de sus programas de reproducción y servicio, los métodos con los que había intentado robar los poderes feruquimistas a la gente de Terris.

El convento de Seran se alzaba en la oscuridad, todavía más ominoso ahora que Sazed estaba dentro del cráter. Marsh se dirigió hacia las puertas principales, y Sazed lo siguió. No tenía miedo, en realidad. El miedo nunca había sido una motivación poderosa en la vida de Sazed. Sin embargo, estaba

preocupado. Quedaban muy pocos guardadores; si moría, habría una persona menos que viajara restaurando verdades perdidas y enseñando a la gente.

No es que ahora lo esté haciendo, de todas formas...

Marsh contempló las enormes puertas de acero. Luego lanzó su peso contra una, obviamente quemando peltre para tener más fuerza. Sazed lo imitó, empujando con fuerza. La puerta no cedió.

Lamentando el despilfarro de poder, Sazed recurrió a su mentepeltre y extrajo fuerza. Usó mucha más que cuando había aterrizado, así que sus músculos inmediatamente aumentaron de tamaño. A diferencia de la alomancia, la feruquimia a menudo tenía efectos directos sobre el cuerpo de una persona. Bajo la ropa, Sazed adquirió la constitución musculara de un soldado entrenado, por lo menos el doble de fuerte que un momento antes. Aunando esfuerzos, los dos consiguieron abrir la puerta a empujones.

No crujío. Se deslizó despacio pero regularmente hacia dentro, revelando un pasillo largo y oscuro.

Sazed liberó su mentepeltre, regresando a su constitución normal. Marsh entró en el convento, espantando con los pies la bruma que había empezado a filtrarse por la puerta abierta.

—¿Marsh? —preguntó Sazed.

El inquisidor se volvió.

—No podré ver ahí dentro.

—Tu feruquimia...

Sazed negó con la cabeza.

—Me permite ver en la oscuridad, pero solo si hay un poco de luz. Además, recurrir a tanta vista agotaría mi mentestaño en cuestión de minutos. Necesitaré una linterna.

Marsh vaciló, luego asintió. Se volvió hacia la oscuridad y desapareció rápidamente de la vista de Sazed.

Vaya, así que los inquisidores no necesitan luz para ver, pensó Sazed. Era de esperar: los clavos llenaban por completo las cuencas de Marsh y habían destruido sus globos oculares. Fuera cual fuese el extraño poder que empleaban los inquisidores para ver, al parecer funcionaba igual en completa oscuridad que a plena luz del día.

Marsh regresó unos instantes más tarde con una linterna. Por las cadenas que Sazed había visto en la jaula de descenso, sospechaba que los inquisidores tenían un número considerable de esclavos y sirvientes para atender sus necesidades. Si ese era el caso, ¿adónde habían ido? ¿Habían huido?

Sazed encendió la linterna con un pedernal que sacó de su mochila. La luz espectral de la lámpara iluminó un pasillo vacío e intimidatorio. Entró en el convento con la lámpara en alto, y empezó a llenar el pequeño anillo de cobre de su dedo, transformándolo en una mentecobre.

—Habitaciones grandes —susurró—, sin adornos.

No necesitaba decirlo en voz alta, en realidad, pero había descubierto que hablar le ayudaba a formar recuerdos claros. Entonces podía guardarlos en la mentecobre.

—A los inquisidores, obviamente, les gustaba el acero —continuó—. No es sorprendente si se tiene en cuenta que su religión era conocida a veces como el Ministerio de Acero. De las paredes cuelgan enormes placas de acero sin manchas de óxido, al contrario que las del exterior. Muchas no son completamente lisas, sino que tienen algunas pautas interesantes grabadas en su superficie.

Marsh frunció el ceño y se volvió hacia él.

—¿Qué estás haciendo?

Sazed levantó la mano derecha, mostrando el anillo de cobre.

—Debo tomar nota de esta visita. Tendré que repetir esta experiencia a otros guardadores cuando tenga ocasión. Creo que hay mucho que aprender en este lugar.

Marsh se dio la vuelta.

—No deberías preocuparte por los inquisidores. No son dignos de que dejes constancia de su existencia.

—No es una cuestión de indignidad, Marsh —dijo Sazed, alzando la lámpara para estudiar una columna cuadrada—. El conocimiento de todas las religiones es valioso. Debo asegurarme de que estas cosas se conserven.

Sazed contempló la columna un momento, luego cerró los ojos y formó una imagen mental de ella que añadió a la mentecobre. Los recuerdos en imágenes, sin embargo, eran menos útiles que las palabras. Las visualizaciones se difuminaban rápidamente cuando se sacaban de la mentecobre, sufriendo la distorsión de la mente. Además, no podían ser transmitidas a otros guardadores.

Marsh no respondió al comentario de Sazed sobre la religión; tan solo se dio la vuelta y continuó adentrándose en el edificio. Sazed lo siguió a ritmo más lento, hablando para sí, registrando las palabras en su mentecobre. Era una experiencia interesante. En cuanto hablaba, sentía que los pensamientos eran absorbidos de su mente, donde dejaban un blanco vacío. Tenía

dificultades para recordar los detalles concretos de lo que acababa de decir. Sin embargo, cuando terminara de llenar su mentecobre, podría decantar de nuevo esos recuerdos con nitidez.

—La habitación es alta —dijo—. Hay unas cuantas columnas, también recubiertas de acero. Son gruesas y cuadradas, en vez de redondas. Tengo la sensación de que este lugar fue creado por personas a las que importaban poco las sutilezas. Se desentendían de los detalles en favor de las líneas anchas y las formas geométricas.

»A medida que avanzamos, el estilo decorativo continúa siendo el mismo. No hay pinturas en las paredes, ni adornos de madera, ni suelos de loza. Solo hay pasillos largos y anchos de líneas bruscas y superficies brillantes. El suelo está hecho de cuadrados de acero de unos palmos de lado. Son... fríos al tacto.

»Es extraño no ver los tapices, las vidrieras ni las piedras esculpidas tan comunes en la arquitectura de Luthadel. No hay cúpulas ni agujas. Solo cuadrados y rectángulos. Líneas... tantas líneas. Nada aquí es suave. No hay alfombras, ni esteras, ni ventanas. Es un lugar para gente que no ve el mundo de la misma manera que la gente corriente.

»Marsh ha echado a andar por este enorme pasillo, sin prestar atención a la decoración. Iré tras él y seguiré registrando más tarde. Parece que está siguiendo algo... algo que no percibo. Tal vez sea...

Sazed guardó silencio cuando dobló una esquina y vio a Marsh de pie en la puerta de una gran cámara. La luz de la lámpara fluctuó vacilante cuando el brazo de Sazed tembló.

Marsh había encontrado a los criados.

Llevaban tanto tiempo muertos que Sazed no notó el olor hasta que estuvo cerca. Tal vez era eso lo que había estado siguiendo Marsh: los sentidos de un hombre que quemaba estaño podían llegar a ser muy agudos.

Los inquisidores habían hecho su trabajo a conciencia. Aquello eran los restos de una matanza. La habitación era grande, pero solo tenía una salida, y los cuerpos estaban apilados al fondo. Los habían matado a hachazos o golpes de espada. Los criados se habían acurrucado contra la pared del fondo mientras los aniquilaban.

Sazed se dio la vuelta.

Marsh, sin embargo, permaneció en la puerta.

—Hay mal ambiente en este lugar —dijo por fin.

—¿Y ahora te das cuenta? —preguntó Sazed.

Marsh se volvió a mirarlo.

—No deberíamos pasar mucho tiempo aquí. Hay escaleras al fondo del pasillo que tenemos detrás. Subiré: ahí es donde estarán las habitaciones de los inquisidores. Si la información que busco está aquí, la encontraré en ellas. Puedes quedarte o puedes bajar. Pero no me sigas.

Sazed frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Debo estar solo. No puedo explicártelo. No me importa que seas testigo de las atrocidades de los inquisidores. Es que... no deseo estar contigo cuando lo hagas.

Sazed bajó la linterna, apartando su luz de la horrible escena.

—Muy bien.

Marsh se volvió, dejó atrás a Sazed y desapareció en el oscuro pasillo. Y Sazed se quedó solo.

Trató de no pensar mucho en ello. Regresó al pasillo principal, describiendo la masacre a su mentecobre antes de dar una descripción más detallada de la arquitectura y la decoración... si podían considerarse decorativas las diferentes pautas de las placas murales.

Mientras trabajaba y su voz resonaba suavemente en la rígida arquitectura, con la lámpara como una débil gota de luz reflejada en el acero, sus ojos fueron atraídos hacia el fondo del pasillo. Allí había una mancha oscura. Una escalera que descendía.

Mientras continuaba describiendo una de las paredes, supo que acabaría caminando hacia esa oscuridad. Era lo mismo de siempre: la curiosidad, la *necesidad* imperiosa de entender lo desconocido. Esa sensación lo había impulsado como guardador, lo había llevado a Kelsier. Su búsqueda de verdades no podía terminar nunca, pero tampoco podía ser ignorada. Así que al final se dio media vuelta y se acercó al hueco de la escalera con sus propios susurros como única compañía.

—Las escaleras son similares a las que vi en el pasillo. Los peldaños son anchos, como los que conducen a un templo o un palacio. Pero estos bajan y se pierden en la oscuridad. Son grandes, probablemente de piedra forrada de acero. Son altos, hechos para subirlos a paso decidido.

»Mientras camino, me pregunto qué secretos consideraron los inquisidores dignos de esconder bajo tierra, en el sótano de su fortaleza. El edificio entero es un secreto. ¿Qué hacían aquí, en estos enormes pasillos y estas habitaciones tan grandes y vacías?

»La escalera termina en otra gran sala cuadrada. Me he dado cuenta de una cosa... no hay puertas. El interior de cada habitación se ve desde fuera. Mientras camino, asomándome a estas salas subterráneas, encuentro cámaras cavernosas con pocos muebles. No hay bibliotecas, ni salones. Varias contienen grandes bloques de metal que podrían ser altares.

»Hay... algo distinto en esta última sala, al fondo del rellano principal. No estoy seguro de cómo interpretarlo. ¿Una cámara de tortura, tal vez? Hay mesas, mesas metálicas clavadas al suelo. Están manchadas de sangre, aunque no hay cadáveres. Manchas de sangre y polvo a mis pies... Un montón de hombres han muerto en esta sala, creo. No parece que haya instrumentos de tortura aparte de...

»Clavos. Como los de los ojos de los inquisidores. Enormes, pesados... como los que podrían clavarse en el suelo con una maza muy grande. Algunos están manchados de sangre, aunque no creo que pueda con ellos. Estos otros... sí, son indiferenciables de los que tiene Marsh en los ojos. Sin embargo, algunos son de metales diferentes.

Sazed dejó el clavo sobre una mesa, y el metal resonó contra el metal. Se estremeció y volvió a observar la sala. ¿Un lugar para crear nuevos inquisidores, tal vez? Tuvo una súbita visión horripilante de las criaturas, antaño apenas varias docenas, después de haber engrosado sus filas durante los meses pasados en el convento.

Eran un grupo secreto y exclusivo. ¿Dónde habrían encontrado suficientes hombres dignos de unirse a sus filas? ¿Por qué no convertir en inquisidores a los sirvientes de arriba en vez de matarlos?

Sazed siempre había sospechado que había que ser alomante para ser transformado en inquisidor. La experiencia del propio Marsh apoyaba esa hipótesis. Antes de su transformación, Marsh había sido buscador, un hombre que podía quemar bronce. Sazed contempló de nuevo la sangre, los clavos y las mesas, y decidió que no estaba seguro de querer saber cómo se creaba un nuevo inquisidor.

Estaba a punto de salir de la habitación cuando su lámpara reveló algo al fondo. Otra puerta.

Avanzó, tratando de ignorar la sangre seca del suelo, y entró en una cámara que no pegaba con el resto de la intimidatoria arquitectura del convento. Estaba excavada directamente en la piedra y se curvaba en una escalera muy estrecha. Curioso, Sazed bajó los gastados escalones. Por primera vez desde que había entrado en el edificio se sintió oprimido por el espacio, y

tuvo que agacharse cuando llegó al pie de la escalera y entró en una pequeña cámara. Se irguió y alzó la lámpara para revelar...

Una pared. La habitación terminaba bruscamente y la luz se reflejaba en una pared. Contenía una placa de acero como las de arriba. Esa medía metro y medio de anchura y casi lo mismo de altura. Y estaba escrita. Súbitamente interesado, Sazed soltó la mochila y avanzó, alzando la lámpara para leer las palabras de la parte superior de la placa.

El texto estaba escrito en terrisano.

Era un antiguo dialecto, cierto, pero Sazed lo entendía sin necesidad de recurrir a su mentecobre de lenguaje. La mano le tembló mientras leía el texto:

Escribo estas palabras en acero, pues todo lo que no esté grabado en metal es indigno de confianza.

He empezado a preguntarme si soy el único hombre cuerdo que queda. ¿Es que los demás no se dan cuenta? Llevan tanto tiempo esperando la llegada de su héroe (el que se menciona en las profecías de Terris) que se apresuran a sacar conclusiones, convencidos de que cada historia y cada leyenda se refiere a ese hombre.

Mis hermanos ignoran los otros hechos. No pueden relacionar las otras extrañas cosas que están teniendo lugar. Son sordos a mis objeciones, están ciegos a mis descubrimientos.

Tal vez ellos tengan razón. Tal vez estoy loco, o soy celoso o simplemente un necio. Me llamo Kwaan. Filósofo, erudito, traidor. Soy quien descubrió a Alendi y quien lo proclamó Héroe de las Eras. Soy el que dio comienzo a todo esto.

Y yo soy el que traicionó a Alendi, pues ahora sé que no debe permitírsele que lleve a cabo su misión.

—Sazed.

Sazed dio un respingo y estuvo a punto de soltar la lámpara. Marsh estaba en la puerta, detrás de él. Imperioso, intimidatorio y muy sombrío. Encajaba en aquel lugar de líneas rectas y aristas duras.

—Las habitaciones de arriba están vacías —dijo Marsh—. Este viaje ha sido una pérdida de tiempo... mis hermanos se llevaron consigo todo lo que era útil.

—No ha sido una pérdida de tiempo, Marsh —dijo Sazed volviéndose hacia la placa con el texto. No lo había leído entero ni mucho menos. El texto estaba escrito con letra apretujada y pequeña, y cubría toda la pared. El acero había preservado las palabras a pesar de su indudable antigüedad. El corazón de Sazed latió un poco más rápido.

Era un fragmento de un texto anterior al reinado del lord Legislador. Un fragmento escrito por un filósofo de Terris... un hombre santo. A pesar de transcurrir diez siglos de búsqueda, los guardadores nunca habían conseguido

cumplir el objetivo original de su creación: nunca habían descubierto su propia religión terrisana.

El lord Legislador había aplastado las enseñanzas religiosas de Terris poco después de su llegada al poder. Su persecución de los terrisanos, su propio pueblo, había sido la más implacable de su largo reinado, y los guardadores nunca habían encontrado más que vagos fragmentos acerca de las antiguas creencias de su pueblo.

—Tengo que copiar esto, Marsh —dijo Sazed, echando mano a su mochila. Tomar una imagen visual no hubiera servido de nada: ningún hombre podía contemplar una pared con tanto texto y recordarlo palabra por palabra. Tal vez pudiera introducirlo en su mentecobre. Sin embargo, quería un archivo físico, que conservara la estructura de las líneas y la puntuación.

Marsh negó con la cabeza.

—No nos quedaremos aquí. Creo que ni siquiera tendríamos que haber venido.

Sazed vaciló y alzó la cabeza. Luego sacó varias grandes hojas de papel de la mochila.

—Muy bien, entonces —dijo—. Lo calcaré frotando. Creo que será mejor, de todas formas. Me permitirá ver el texto exactamente como fue escrito.

Marsh asintió, y Sazed sacó su carboncillo.

Este descubrimiento... será como el libro de Rashek. ¡Nos estamos acercando!, pensó, entusiasmado.

Sin embargo, mientras empezaba a frotar y sus manos se movían con cuidado y precisión, se le ocurrió otra idea. Estando en posesión de un texto como aquel, su sentido del deber ya no le permitiría deambular por las aldeas. Tenía que regresar al norte para compartir su hallazgo, no fuera a ser que muriese y el texto se perdiera. Tenía que ir a Terris.

O... a Luthadel. Desde allí podría enviar mensajes al norte. Tenía una excusa válida para regresar al centro de la acción, para ver a los otros miembros de la banda.

¿Por qué eso le hacía sentirse aún más culpable?

Cuando por fin lo comprendí, cuando por fin relacioné todos los signos de la Anticipación de Alendi, me entusiasmé. Sin embargo, cuando anuncie mi descubrimiento a los otros forjamundos, me trataron con desdén.

Oh, cómo desearía ahora haberles hecho caso.

13



LA BRUMA SE REBULLÍA Y GIRABA. La luz moría al oeste, y la noche avanzaba.

Vin frunció el ceño.

—¿No te parece que las brumas llegan más temprano?

—¿Más temprano? —preguntó OreSeur con su voz apagada. El sabueso kandra estaba sentado junto a ella en el tejado.

Vin asintió.

—Antes, las brumas no empezaban a aparecer hasta después del crepúsculo, ¿no?

—Está oscuro, ama.

—Pero ya están aquí... han empezado a acumularse cuando el sol apenas empezaba a ponerse.

—No veo que tenga ninguna importancia, ama. Tal vez las brumas sean simplemente como otras condiciones climáticas... varían, a veces.

—¿No te parece un poco extraño?

—Pensaré que es extraño si así loquieres, ama —dijo OreSeur.

—No me refiero a eso.

—Te pido disculpas, ama. Dime a qué te refieres, y estaré seguro de creer lo que se me ordene.

Vin suspiró y se frotó la frente. *Ojalá regresara Sazed...* pensó. Era un deseo imposible, de todas formas. Aunque Sazed hubiera estado en Luthadel

no habría sido su criado. El terrisano ya no llamaba amo a nadie. Tendría que contentarse con OreSeur. El kandra, al menos, podía proporcionarle información que Sazed no podía darle... suponiendo que consiguiera sacársela.

—Tenemos que encontrar al impostor —dijo Vin—. El que... sustituyó a alguien.

—Sí, ama.

Vin se acomodó en el tejado inclinado, apoyando los codos en las tejas, mientras contemplaba las brumas.

—Luego, necesito saber más de ti.

—¿De mí, ama?

—De los kandra en general. Si voy a encontrar a ese impostor, necesito saber cómo piensa, y comprender sus motivaciones.

—Sus motivaciones serán sencillas, ama —dijo OreSeur—. Estará cumpliendo su Contrato.

—¿Y si actúa sin Contrato?

OreSeur sacudió su cabeza perruna.

—Los kandra siempre tienen un Contrato. Sin Contrato no se les permite entrar en la sociedad humana.

—¿Nunca? —preguntó Vin.

—Nunca.

—¿Y si se trata de una especie de kandra renegado?

—Esas cosas no existen.

—No?, pensó Vin, escéptica. Sin embargo, no insistió. Había pocos motivos para que un kandra se infiltrara por su cuenta en el palacio; era mucho más probable que uno de los enemigos de Elend hubiera enviado a la criatura. Uno de los señores de la guerra, tal vez, o quizás los obligadores. Incluso los otros nobles de la ciudad podían tener buenos motivos para espiar a Elend.

—Muy bien —dijo Vin—. El kandra es un espía enviado para reunir información para otro humano.

—Sí.

—Pero si tomó el cuerpo de alguien de palacio, no lo mató él. Los kandra no pueden matar a los humanos, ¿no es así?

OreSeur asintió.

—Todos estamos obligados por esa regla.

—Así que alguien se coló en palacio, asesinó a un miembro del personal y luego hizo que el kandra tomara su cuerpo. —Calló, reflexionando sobre el

problema—. Deberíamos considerar primero las posibilidades más peligrosas: los miembros de la banda. Por fortuna, puesto que el asesinato tuvo lugar ayer, podemos eliminar a Brisa, que estaba fuera de la ciudad en ese momento.

OreSeur asintió.

—Podemos eliminar a Elend también —dijo Vin—. Estuvo ayer con nosotros en la muralla.

—Queda la mayoría de la banda, ama.

Vin frunció el ceño. Había tratado de establecer coartadas sólidas para Ham, Dockson, Clubs y Fantasma. Sin embargo, todos ellos tenían al menos unas cuantas horas sin explicar. Tiempo suficiente para que un kandra los digiriera y ocupara su lugar.

—Muy bien. Entonces, ¿cómo encuentro al impostor? ¿Cómo puedo distinguirlo de los demás?

OreSeur permaneció en silencio.

—Tiene que haber un modo —dijo Vin—. Su imitación no puede ser perfecta. ¿Funcionaría hacerle un corte?

OreSeur negó con la cabeza.

—Los kandra copian los cuerpos a la perfección, ama: sangre, carne, piel y músculos. Lo viste cuando me abrí la piel.

Vin suspiró, se puso en pie y se acercó al borde del tejado. Las brumas ya eran muy espesas y la noche se volvía rápidamente negra. Empezó a caminar de un lado a otro por el borde, distraída: el sentido del equilibrio alomántico le impedía caer.

—Tal vez me dé cuenta de quién actúa de un modo distinto —dijo—. ¿Son la mayoría de los kandra tan buenos imitadores como tú?

—Entre los kandra, mi grado de habilidad es medio. Algunos son peores, otros son mejores.

—Pero ningún actor es perfecto.

—Los kandra no suelen cometer errores, ama —dijo OreSeur—. Pero este probablemente sea el mejor método. Ten cuidado, de todas formas: podría ser cualquiera. Los de mi especie son muy hábiles.

Vin vaciló. *No es Elend*, se dijo. *Ayer estuve conmigo todo el día. Excepto por la mañana.*

Demasiado tiempo, decidió. *Estuvimos horas en la muralla y esos huesos habían sido expulsados recientemente. Además, me habría dado cuenta si fuera él... ¿no?*

Sacudió la cabeza.

—Tiene que haber otro modo. ¿Puedo localizar a un kandra por medio de la alomancia?

OreSeur no respondió de inmediato. Vin se volvió hacia él en la oscuridad, estudiando su rostro canino.

—¿Bien?

—No hablamos con extraños de tales cosas.

Vin suspiró.

—Dímelo de todas formas.

—¿Me ordenas hablar?

—No quiero ordenarte nada.

—Entonces, ¿puedo marcharme? —preguntó OreSeur—. ¿No deseas ordenarme nada y, por tanto, nuestro Contrato queda disuelto?

—No quería decir eso.

OreSeur frunció el ceño, una expresión extraña en el rostro de un perro.

—Para mí sería más fácil si me dijeras lo que quieras, ama.

Vin apretó la mandíbula.

—¿Por qué eres tan hostil?

—No soy hostil, ama. Soy tu sirviente y haré lo que me ordenes. Forma parte del Contrato.

—Claro. ¿Eres igual con todos tus amos?

—Con la mayoría cumplo un papel específico —dijo OreSeur—. Tengo huesos que imitar... una persona en la que convertirme, una personalidad que adoptar. Tú no me has dado ninguna directriz, solo los huesos de este... animal.

Así que se trata de eso, pensó Vin. Sigue molesto por el cuerpo del perro.

—Mira, esos huesos en realidad no cambian nada. Sigues siendo la misma persona.

—No lo comprendes. Lo que un kandra *sea* no es importante. Lo importante es aquello en lo que *se convierte*, los huesos que toma, el papel que desempeña. Ninguno de mis amos anteriores me había pedido que hiciera algo así.

—Bueno, yo no soy como los otros amos —dijo Vin—. De todas maneras, te he hecho una pregunta. ¿Hay algún modo de poder localizar a un kandra por medio de la alomancia? Y, sí, te ordeno que hables.

Un destello de triunfo brilló en los ojos de OreSeur, como si disfrutara obligándola a cumplir su papel.

—Los kandra no resultan afectados por la alomancia mental, ama.

Vin frunció el ceño.

—¿En absoluto?

—No, ama. Puedes tratar de encender o aplacar nuestras emociones, si lo deseas, pero no surtirá efecto alguno. Ni siquiera sabremos que estás intentando manipularnos.

Como alguien que quema cobre.

—No es precisamente la más útil de las informaciones —dijo Vin, sin dejar de caminar por el tejado. Los alomantes no podían leer el pensamiento ni las emociones; cuando aplacaban o encendían a otra persona, solo podían esperar que esa persona reaccionara como pretendían.

Tal vez pudiera poner a prueba a un kandra aplacando las emociones de alguien. Si no reaccionaba, eso podría significar que era un kandra... pero también que era bueno disimulando sus emociones.

OreSeur la observó mientras caminaba.

—Si fuera fácil detectar a los kandra, ama, no seríamos tan buenos impostores, ¿no?

—Supongo que no —reconoció Vin. Sin embargo, pensar en lo que él había dicho la hizo considerar otra cosa—. ¿Puede un kandra *usar* la alomancia? Si se come a un alomante, quiero decir.

OreSeur negó con la cabeza.

Entonces hay otro método, pensó Vin. *Si capto a un miembro de la banda quemando metales, entonces sabré que no es el kandra.* No serviría con Dockson ni con los criados de palacio, pero le permitiría eliminar a Ham y Fantasma.

—Hay algo más —dijo Vin—. Antes, cuando hacíamos aquel trabajo para Kelsier, me dijo que teníamos que mantenerte apartado del lord Legislador y sus inquisidores. ¿Por qué?

OreSeur desvió la mirada.

—No hablamos de eso.

—Entonces te ordeno que hables de ello.

—Entonces debo negarme a contestar.

—¿Negarte a contestar? ¿Puedes hacerlo?

OreSeur asintió.

—No se nos exige revelar secretos sobre la naturaleza kandra, ama. Está...

—En el Contrato —terminó Vin, frunciendo el ceño. *Tengo que volvértemelo a leer.*

—Sí, ama. Creo que ya he dicho demasiado.

Vin se dio media vuelta y contempló la ciudad. Las brumas continuaban girando. Cerró los ojos, tanteando con bronce, tratando de sentir el pulso delator de un alomante quemando metales cerca.

OreSeur se levantó y se acercó a ella, luego volvió a sentarse en el tejado inclinado.

—¿No deberías estar en la reunión con el rey, ama?

—Tal vez vaya luego —respondió Vin, abriendo los ojos. Más allá de la ciudad, las hogueras de los ejércitos iluminaban el horizonte. La fortaleza Venture brillaba en la noche a su derecha y, dentro, Elend celebraba un consejo con los demás. Muchos de los hombres más importantes del gobierno reunidos en la misma sala. Elend la llamaría paranoica por insistir en ser ella quien vigilara la presencia de espías y asesinos. No importaba; podía llamarla como quisiera mientras permaneciera con vida.

Se sentó. Se alegraba de que Elend hubiera decidido elegir la fortaleza Venture como palacio, en vez de mudarse a Kredik Shaw, el hogar del lord Legislador. Kredik Shaw no solo era demasiado grande para su adecuada defensa, sino que también le recordaba al lord Legislador.

Pensaba a menudo en el lord Legislador, últimamente... o más bien pensaba en Rashek, el hombre que se había convertido en lord Legislador. Terrisano de nacimiento, Rashek había matado al hombre que debería haber tomado el poder en el Pozo de la Ascensión y...

¿Y había hecho qué? Todavía no lo sabían. El Héroe se había impuesto la misión de proteger al pueblo de un peligro conocido simplemente como la Profundidad. Muchas cosas se habían perdido; otras habían sido destruidas intencionadamente. Su mejor fuente de información sobre aquellos días era un viejo diario escrito por el Héroe de las Eras durante los días anteriores a su asesinato a manos de Rashek. Sin embargo, daba unas cuantas pistas muy valiosas sobre la misión.

¿Por qué me preocupo por estas cosas?, pensó Vin. La Profundidad es algo olvidado hace mil años. Elend y los demás tienen razón al preocuparse por asuntos más acuciantes.

Sin embargo, Vin se sentía extrañamente alejada de ellos. Tal vez por eso había decidido explorar fuera. Le preocupaban los ejércitos, desde luego, pero se sentía... ajena al problema. Incluso entonces, mientras reflexionaba sobre la amenaza que pesaba sobre Luthadel, su mente regresaba al lord Legislador.

No sabéis lo que hago por la humanidad, había dicho él. Fui vuestro dios, aunque no pudierais verlo. Matándome os habéis condenado. Esas habían sido

las últimas palabras del lord Legislador, pronunciadas mientras yacía en el suelo del salón del trono. Le preocupaban. Todavía la helaban interiormente.

Necesitaba distraerse.

—¿Qué cosas te gustan, kandra? —preguntó, volviéndose hacia la criatura, que seguía sentada a su lado en el tejado—. ¿Cuáles son tus amores, tus odios?

—No quiero responder a eso.

Vin frunció el ceño.

—¿No quieres o no *tienes* que hacerlo?

OreSeur vaciló.

—No quiero, ama.

Era obvio: *tendrás que ordenármelo*.

Estuvo a punto de hacerlo. Sin embargo, algo la hizo dudar, algo en aquellos ojos, por inhumanos que fueran. Algo familiar.

Ella había conocido un resentimiento similar. Lo había sentido a menudo durante su juventud, cuando servía a los jefes de bandas que dominaban a sus seguidores. En las bandas, uno hacía lo que le ordenaban, sobre todo si era una muchachita sin rango ni manera alguna de intimidar.

—Si no deseas hablar de ello —dijo Vin, volviéndose—, entonces no te obligaré.

OreSeur guardó silencio.

Vin inhaló las brumas, y su fría humedad le hizo cosquillas en la garganta y los pulmones.

—¿Sabes qué es lo que me gusta *a mí*, kandra?

—No, ama.

—Las brumas —dijo ella, abriendo los brazos—. El poder, la libertad.

OreSeur asintió lentamente. Cerca, sintió con su bronce un débil pulso. Tranquilo, extraño, enervante. Era el mismo extraño pulso que había sentido en el tejado de la fortaleza Venture unas cuantas noches antes. Nunca había sido lo suficientemente valiente para investigarlo de nuevo.

Es hora de hacer algo al respecto, decidió.

—¿Quieres saber qué es lo que odio, kandra? —susurró, agazapándose y comprobando sus cuchillos y sus metales.

—No, ama.

Ella se dio la vuelta y miró a OreSeur a los ojos.

—Odio tener miedo.

Sabía que los demás la consideraban demasiado inquieta. Paranoica. Había vivido con miedo tanto tiempo que había llegado a considerarlo tan natural

como la ceniza, el sol y la tierra misma.

Kelsier la había librado de ese miedo. Seguía siendo cuidadosa, pero ya no notaba la constante sensación de terror. El Superviviente le había dado una vida donde quienes la amaban no la golpeaban. Le había mostrado algo mejor que el miedo: la confianza. Ahora que conocía esas cosas, no renunciaría a ellas fácilmente. No las entregaría a ningún ejército, ni a ningún asesino...

Ni siquiera a los espíritus.

—Sígueme si puedes —susurró, y saltó del tejado a la calle de abajo.

Corrió por la calzada cubierta de brumas, acumulando impulso antes de tener tiempo de arrepentirse de su decisión. La fuente de los pulsos de bronce estaba cercana: procedía de una calle más allá, del interior de un edificio. *No del piso de arriba*, decidió. Una de las ventanas oscuras del tercer piso tenía los postigos abiertos.

Vin lanzó una moneda y saltó. Salió disparada hacia arriba, controlando su impulso empujando una aldaba del otro lado de la calle. Aterrizó en el vano de la ventana, agarrándose al marco. Avivó estaño, dejando que sus ojos se habituaran a la profunda oscuridad del interior de la habitación abandonada.

Y allí estaba. Formado completamente por brumas, su contorno vago se agitaba y giraba en la oscura cámara. Desde allí se veía el tejado donde Vin y OreSeur habían estado hablando.

Los fantasmas no espían a la gente... ¿o sí? Los skaa no hablaban de cosas como los espíritus de los muertos. Eso apestaba demasiado a religión, y la religión era para los nobles. Creer era la muerte para los skaa. Eso no había impedido que algunos fueran religiosos, naturalmente, pero los ladrones como Vin eran demasiado pragmáticos para ese tipo de cosas.

Solo había una figura en las leyendas skaa a la que se parecía la criatura: los espectros de la bruma. Criaturas que, según se decía, robaban el alma a los hombres lo suficientemente necios como para salir de noche. Pero Vin ya sabía qué eran esos espectros de la bruma: primos de los kandra, extrañas bestias semiinteligentes que usaban los huesos de aquellos a quienes ingerían. Eran raros, cierto, pero no fantasmas, y ni siquiera resultaban peligrosos. No había espectros oscuros en la noche, ni fantasmas al acecho, ni duendes.

O eso había dicho Kelsier. La criatura que acechaba en la oscura habitación, con su forma insustancial rebulléndose en las brumas, parecía un inmejorable ejemplo de lo contrario. Vin se agarró a los lados de la ventana, sintiendo que el miedo, su viejo amigo, regresaba.

Corre. Huye. Escóndete.

—¿Por qué me has estado observando? —preguntó.

La cosa no se movió. Su forma parecía empujar las brumas hacia delante, y estas giraron levemente, como impelidas por una corriente de aire.

Puedo sentirlo con el bronce. Eso significa que está usando alomancia... y la alomancia atrae las brumas.

La cosa avanzó. Vin se envaró.

Y de repente el espíritu desapareció.

Vin vaciló, frunciendo el ceño. ¿Eso era todo? Se había...

Algo le agarró el brazo. Algo frío, algo terrible pero muy real. El dolor le atravesó la cabeza, desde el oído hasta el cerebro. Gritó, pero le falló la voz y guardó silencio. Con un gemido y el brazo temblando y sacudiéndose, cayó de espaldas por la ventana.

Tenía el brazo helado todavía. Lo notaba agitándose en el aire junto a ella, como si exudara aire gélido. La bruma pasaba a su alrededor como nubes que la estuvieran persiguiendo.

Vin avivó estaño. El dolor, el frío, la humedad y la lucidez estallaron en su mente. Dio una voltereta y avivó peltre justo cuando golpeaba el suelo.

—¿Ama? —OreSeur salió de las sombras.

Vin sacudió la cabeza, arrodillándose, con las manos apoyadas en el resbaladizo empedrado. Todavía notaba el frío en el brazo izquierdo.

—¿Voy en busca de ayuda? —preguntó el sabueso.

Vin negó con la cabeza y se incorporó con esfuerzo, tambaleándose. Miró hacia arriba, a través de las brumas, a la ventana oscura.

Se estremeció. El impacto contra el suelo le había lastimado el hombro y el costado aún magullado le latía, pero notaba que recuperaba las fuerzas. Se apartó del edificio, todavía mirando hacia arriba. Sobre ella, las oscuras brumas parecían... ominosas. Oscurecedoras.

No, pensó. Las brumas son mi libertad; ¡la noche es mi hogar! Aquí está mi lugar. No he necesitado tener miedo de la noche desde que Kelsier me enseñó lo contrario.

No podía perder eso. No volvería al miedo. Sin embargo, no pudo evitar apresurar el paso mientras llamaba a OreSeur y se alejaba del edificio. No dio ninguna explicación para sus extrañas acciones.

El kandra no pidió ninguna.

ELEND COLOCÓ UN TERCER MONTÓN de libros sobre la mesa, que se desplomó contra los otros dos, amenazando con arrastrarlo todo al suelo. Elend los sujetó y alzó la mirada.

Brisa, de punta en blanco, miró la mesa divertido, bebiendo vino. Ham y Fantasma jugaban a un juego de piedras mientras esperaban que comenzara la reunión; Fantasma iba ganando. Dockson estaba sentado en un rincón, escribiendo en un libro de cuentas, y Clubs, sentado en un mullido sillón, miraba a Elend con una de sus expresiones características.

Cualquiera de estos hombres podría ser un impostor, pensó Elend. La idea seguía pareciéndole una locura. ¿Qué podía hacer? ¿Retirar a todos su confianza? No, los necesitaba demasiado.

La única opción era actuar con normalidad y vigilarlos. Vin le había dicho que tratara de detectar fallos de personalidad. Él pretendía hacerlo lo mejor posible, pero la realidad era que no estaba demasiado seguro de cuánto podría notar. Aquello pertenecía más al ámbito de Vin. Él tenía que ocuparse de los ejércitos.

Al pensar en ella miró hacia la vidriera situada al fondo del estudio, y se sorprendió al ver que fuera estaba oscuro.

—*Tan tarde es ya?*, pensó.

—Mi querido amigo —comentó Brisa—. Cuando nos has dicho que tenías que «ir a consultar unas cuantas citas importantes» podrías habernos advertido que planeabas estar fuera dos horas enteras.

—Sí, bueno, he perdido la noción del tiempo...

—¿Durante dos horas?

Elend asintió mansamente.

—Había libros de por medio.

Brisa sacudió la cabeza.

—Si el destino del Dominio Central no estuviera en juego, y si no fuera tan fantástico ver a Hammond perder el sueldo de un mes contra ese muchacho de allí, me habría marchado hace una hora.

—Sí, bueno, ya podemos empezar —dijo Elend.

Ham se echó a reír y se puso en pie.

—Lo cierto es que es como en los viejos tiempos. Kel siempre llegaba tarde también... y le gustaba celebrar sus reuniones de noche. A horas de haberse creado la bruma.

Fantasma sonrió, apreciando lo abultado de su faltriquera.

Seguimos usando cuartos imperiales del lord Legislador como moneda, pensó Elend. *Tendremos que hacer algo al respecto.*

—Echo de menos la pizarra —dijo Fantasma.

—Yo desde luego no —replicó Brisa—. Kel tenía una letra atroz.

—Absolutamente atroz —dijo Ham con una sonrisa—. Pero hay que admitir que era... peculiar.

Brisa alzó una ceja.

—Supongo que así era.

Kelsier, el Superviviente de Hathsin, pensó Elend. *Incluso su letra es legendaria.*

—Muy bien —dijo—. Creo que quizá deberíamos ponernos a trabajar. Todavía tenemos dos ejércitos ahí fuera. ¡No nos marcharemos esta noche hasta que tengamos un plan para enfrentarnos a ellos!

Los miembros de la banda se miraron.

—Lo cierto, Majestad —dijo Dockson—, es que ya hemos reflexionado un poco sobre ese problema.

—¿Sí? —preguntó Elend, sorprendido. *Bueno, después de todo los he dejado solos un par de horas*—. Informadme, entonces.

Dockson se levantó y acercó su silla al resto del grupo, y Ham tomó la palabra.

—La situación es la siguiente, El —dijo—. Con dos ejércitos ahí fuera, no tenemos que preocuparnos por un ataque inmediato. Pero seguimos corriendo un grave peligro. Esto probablemente se convertirá en un asedio prolongado mientras cada ejército trata de aguantar más que el otro.

—Tratarán de que nos rindamos por culpa del hambre —dijo Clubs—. Intentarán debilitarnos a nosotros, y a sus enemigos, antes de atacar.

—Así que estamos en un brete —continuó Ham—, porque no aguantaremos mucho. La ciudad está ya al borde del hambre... y los reyes enemigos probablemente son conscientes de ello.

—¿Qué proponéis? —preguntó Elend lentamente.

—Tenemos que aliarnos con uno de esos ejércitos, Majestad —dijo Dockson—. Los dos lo saben. Solos, no podrán derrotarse el uno al otro. Sin embargo, con nuestra ayuda el equilibrio se romperá.

—Nos aislarán —dijo Ham—. Nos mantendrán bloqueados hasta que nos desesperemos lo suficiente para aliarnos con uno de ellos. Tarde o temprano tendremos que hacerlo... Eso, o dejar que nuestra gente muera de hambre.

—La decisión se reduce a lo siguiente —dijo Brisa—. No podemos aguantar más que ellos, así que tenemos que elegir *cuál* de esos ejércitos queremos que tome la ciudad. Y sugiero que tomemos rápidamente la decisión, antes de que se nos agoten los suministros.

Elend permaneció en silencio.

—Al hacer un trato con uno de esos ejércitos estaremos entregando nuestro reino.

—Ciento —dijo Brisa, acariciando su copa—. Sin embargo, lo que he conseguido trayendo un segundo ejército es capacidad para negociar. Verás, al menos estamos en disposición de exigir algo a cambio de nuestro reino.

—¿Y de qué serviría eso? —preguntó Elend—. Seguimos perdiendo.

—Es mejor que nada —respondió Brisa—. Creo que podríamos persuadir a Cett para que te deje como gobernador provisional en Luthadel. No le gusta el Dominio Central: lo considera yermo e insulso.

—Gobernador provisional de la ciudad —dijo Elend con el ceño fruncido—. Es un poco distinto a rey del Dominio Central.

—Ciento —dijo Dockson—. Pero todo emperador necesita buenos hombres para administrar las ciudades que están bajo su mando. No serías rey, pero sobrevivirías, junto a nuestro ejército, a los meses próximos, y Luthadel no sería saqueada.

Ham, Brisa y Dockson lo miraron resueltamente a los ojos. Elend miró su pila de libros, pensando en sus investigaciones y estudios. No servían para nada. ¿Cuánto tiempo hacía que la banda sabía que solo había un curso posible de acción?

Ellos parecieron interpretar el silencio de Elend como aceptación.

—¿Cett es la mejor opción, entonces? —preguntó Dockson—. Tal vez sea más probable que Straff llegue a un acuerdo con Elend. Después de todo, son familia.

Oh, él llegaría a un acuerdo, pensó Elend. Y lo rompería en cuanto le conviniera. Pero... ¿cuál era la alternativa? ¿Entregar la ciudad a Cett? ¿Qué le sucedería a aquella tierra, a ese pueblo, si él estuviera al mando?

—Creo que Cett es mejor —dijo Brisa—. Está dispuesto a dejar que otros gobieren siempre y cuando él se lleve la gloria y el dinero. El problema va a ser el atium. Cett cree que está aquí, y si no lo encuentra...

—Le dejaremos registrar la ciudad —dijo Ham.

Brisa asintió.

—Tendrías que convencerle de que le engañé con lo del atium... y eso no será demasiado difícil, teniendo en cuenta lo que piensa de mí. Lo cual nos lleva a otro asunto: tendrás que convencerle de que te has encargado de mí. Tal vez haya que decirle que me ejecutaron en cuanto Elend descubrió que había levantado un ejército contra él.

Los demás asintieron.

—Brisa, ¿cómo trata lord Cett a los skaa que tiene en sus manos? —preguntó Elend.

Brisa vaciló, y luego desvió la mirada.

—Me temo que no muy bien.

—Veamos —dijo Elend—. Creo que tenemos que considerar cuál es la mejor manera de proteger a nuestro pueblo. Si se lo entregamos todo a Cett, entonces salvaríamos mi pellejo... ¡al precio de toda la población skaa dependiente del dominio!

Dockson sacudió la cabeza.

—Elend, no es una traición. No si es el único modo.

—Eso es fácil decirlo —repuso Elend—. Pero soy yo quien tendrá que soportar la mala conciencia de haber hecho una cosa así. No estoy diciendo que debamos descartar vuestra sugerencia, pero tengo otras ideas de las que podríamos hablar...

Los otros compartieron una mirada. Como de costumbre, Clubs y Fantasma permanecieron en silencio; Clubs solo hablaba cuando lo consideraba absolutamente necesario, y Fantasma tendía a quedarse al margen de las discusiones. Finalmente, Brisa y Dockson volvieron a mirar a Elend.

—Es tu país, Majestad —dijo Dockson con cuidado—. Simplemente estamos aquí para darte consejo.

Un buen consejo, implicaba su tono.

—Sí, bien —dijo Elend, escogiendo rápidamente un libro. Con las prisas derribó un montón de libros que se esparcieron por encima de la mesa, y uno de ellos cayó en el regazo de Brisa—. Lo siento —se disculpó, mientras Brisa ponía los ojos en blanco y devolvía el libro a la mesa.

Elend abrió su volumen.

—Este texto dice algunas cosas muy interesantes sobre el movimiento y la disposición de las tropas...

—Parece un libro sobre transporte de grano, El —dijo Ham, frunciendo el ceño.

—Lo sé —dijo Elend—. No había muchos libros sobre la guerra en la biblioteca. Supongo que eso nos pasa por haber pasado mil años sin guerras. Sin embargo, este libro menciona cuánto grano es necesario para mantener varias guarniciones en el Imperio Final. ¿Tenéis idea de cuánta comida necesita un ejército?

—Ahí tienes un buen argumento —dijo Clubs, asintiendo—. Normalmente, es un verdadero problema alimentar a los soldados. Solíamos tener problemas de suministro combatiendo en la frontera, y solo éramos grupos pequeños enviados a sofocar alguna rebelión ocasional.

Elend asintió. Clubs no solía hablar de su pasado como combatiente en el ejército del lord Legislador... y la banda no le preguntaba nada al respecto.

—Muy bien —dijo Elend—. Apuesto a que ni mi padre ni Cett están acostumbrados a mover grandes ejércitos. Tendrán problemas con los suministros, sobre todo Cett, cuya marcha fue tan rápida.

—Tal vez no —respondió Clubs—. Ambos ejércitos han asegurado rutas por el canal hasta Luthadel. Eso les facilitará la recepción de suministros.

—Además —añadió Brisa—, aunque en parte del territorio de Cett hay actualmente una revuelta, la ciudad de Haverfrex, donde estaba una de las principales fábricas de conservas del lord Legislador, sigue en su poder. Cett tiene una buena cantidad de comida al otro extremo del canal.

—Entonces bloquearemos los canales —dijo Elend—. Encontraremos un medio para impedir que esos suministros lleguen a su destino. Por los canales es muy rápido traer suministros, pero son vulnerables porque sabemos exactamente qué ruta seguirán. Y, si podemos quitarles la comida, es muy posible que se den la vuelta y regresen a casa.

—Eso, o decidirán arriesgarse a atacar Luthadel —dijo Brisa.

Elend vaciló.

—Es una posibilidad. Pero, bueno, también he estado investigando cómo mantener la ciudad.

Escogió otro libro de la mesa.

—Este es *Manejo de las ciudades en la edad moderna*, de Jendellah. Menciona lo difícil que es el control policial de Luthadel debido a su enorme tamaño y a su gran número de barrios skaa. Sugiere usar equipos de vigilancia ciudadana. Creo que podríamos adaptar sus métodos a la batalla: nuestra muralla es demasiado larga para defenderla palmo a palmo, pero si tuviéramos unas cuantas tropas móviles que pudieran responder a...

—Majestad —lo interrumpió Dockson.

—¿Mmm? ¿Sí?

—Forman la tropa muchachos y hombres que apenas tienen un año de instrucción, y nos enfrentamos no solo a una fuerza abrumadora sino a *dos*. No podemos ganar esta batalla.

—Oh, sí —dijo Elend—. Por supuesto. Solo estaba diciendo que, si tenemos que luchar, tengo algunas estrategias...

—Si luchamos, perderemos —dijo Clubs—. Probablemente perdamos de todas formas.

Elend vaciló un instante.

—Sí, bueno, es que...

—Atacar las rutas del canal es una buena idea —dijo Dockson—. Podemos hacerlo con disimulo, quizá contratando bandidos de la zona para que ataquen las barcazas de suministros. Probablemente no sea suficiente para que Cett o Straff vuelvan por donde vinieron, pero podríamos conseguir que estén más dispuestos a una alianza a la desesperada con nosotros.

Brisa asintió.

—A Cett le preocupa la inestabilidad en su dominio natal. Deberíamos enviarle un mensajero, haciéndole saber que nos interesa una alianza. De ese modo, en cuanto comiencen sus problemas de suministros pensará en nosotros.

—Incluso podríamos enviarle una carta comunicándole la ejecución de Brisa como gesto de buena fe —dijo Dockson—. Eso...

Elend se aclaró la garganta. Los otros se interrumpieron.

—Yo, uh, no había terminado todavía.

—Pido disculpas, Majestad —dijo Dockson.

Elend inspiró profundamente.

—Tenéis razón: no podemos permitirnos combatir contra esos ejércitos. Pero creo que tenemos que encontrar un modo de hacer que luchen entre sí.

—Una idea agradable, mi querido amigo —dijo Brisa—. Pero hacer que esos dos se ataquen mutuamente no es tan sencillo como persuadir a Fantasma para que vuelva a servirme vino. —Se volvió, tendiendo la copa vacía a Fantasma, que vaciló, suspiró y se levantó para tomar la botella de vino.

—Bueno, sí —dijo Elend—. Pero, aunque no hay muchos libros sobre guerra, sí que *los hay* sobre política. Brisa, el otro día dijiste que ser la parte más débil en una situación de tablas a tres bandas nos da poder.

—Exactamente —respondió Brisa—. Podemos inclinar la balanza a favor de uno de los otros dos bandos.

—Sí —dijo Elend, abriendo un libro—. Ahora que hay tres partes implicadas no es guerra: es política. Esto es igual que una competición entre casas. Y en la política entre casas, ni siquiera las más poderosas podían aguantar sin aliados. Las casas pequeñas eran débiles de una en una, pero en conjunto resultaban fuertes.

»Nosotros somos como una de esas casas pequeñas. Si queremos conseguir algo, tenemos que hacer que nuestros enemigos se olviden de nosotros... o, al menos, hacerles creer que carecemos de importancia. Si ambos creen contar con lo mejor de nosotros, si piensan que pueden utilizarnos para derrotar al otro ejército y luego volverse contra nosotros cuando quieran... entonces nos dejarán en paz y se concentrarán el uno en el otro.

Ham se frotó la nariz.

—Estás hablando de un doble juego, Elend. Es una opción peligrosa.

Brisa asintió.

—Tendremos que aliarnos con el lado que parezca más débil en cada momento para conseguir que sigan enzarzados entre sí. Y no hay ninguna garantía de que el vencedor quede lo suficientemente debilitado para que podamos vencerlo.

—Por no mencionar el problema de la comida —dijo Dockson—. Lo que propones requeriría tiempo, Majestad. Tiempo durante el cual estaremos sufriendo un asedio y nuestros suministros disminuirán. Ahora mismo estamos en otoño. El invierno nos caerá pronto encima.

—Será duro —reconoció Elend—. Y arriesgado. Pero creo que podremos lograrlo. Les hacemos creer a *ambos* que somos sus aliados, pero sin darles apoyo. Los animamos a lanzarse el uno contra el otro, y desgastamos sus suministros y su moral, empujándolos al conflicto. Cuando el polvo se asiente, el ejército superviviente puede que quede lo bastante debilitado para que podamos derrotarlo.

Brisa parecía pensativo.

—Tiene estilo —admitió—. Y parece divertido.

Dockson sonrió.

—Solo lo dices porque implica que otros trabajen por nosotros.

Brisa se encogió de hombros.

—La manipulación funciona muy bien a nivel personal, no veo por qué no podría ser igualmente viable en la política nacional.

—Así es como funcionan en realidad la mayoría de los gobiernos —murmuró Ham—. ¿Qué es un gobierno sino un método institucionalizado de

asegurarse de que *otro* hace todo el trabajo?

—Uh, ¿el plan? —preguntó Elend.

—No sé, El —dijo Ham, volviendo al tema—. Parece uno de los planes de Kel. Atrevido, valiente y un poco loco.

Hablaban como si le sorprendiera oír a Elend proponer una medida semejante.

Puedo ser tan atrevido como cualquiera, pensó Elend, indignado. Pero luego vaciló. ¿Quería de verdad seguir esa línea de pensamiento?

—Podríamos meternos en serios problemas —dijo Dockson—. Si alguno de los dos bandos decide que está cansado de nuestros juegos...

—Nos destruirá —concluyó Elend—. Pero... bueno, caballeros, vosotros sois jugadores. No podéis decirme que este plan no os atrae más que simplemente agachar la cabeza ante lord Cett.

Ham compartió una mirada con Brisa, y ambos parecieron considerar la idea. Dockson puso los ojos en blanco, pero parecía que se oponía simplemente por costumbre.

No, no querían tomar la salida fácil. Eran hombres que habían desafiado al lord Legislador, que se habían ganado la vida timando a los nobles. En algunos aspectos, eran muy cuidadosos; podían ser precisos con su atención al detalle, cautelosos cubriendo sus huellas y protegiendo sus intereses. Pero cuando se trataba de apostar a lo grande, a menudo estaban dispuestos.

No, no dispuestos. Ansiosos.

Magnífico, pensó Elend. *He llenado mi consejo con un puñado de masoquistas buscadores de emociones. Aún peor, he decidido unirme a ellos.* Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Al menos podríamos considerarlo —dijo Brisa—. Parece emocionante.

—Veréis, no lo sugiero porque sea emocionante, Brisa. Me pasé la juventud tratando de hacer de Luthadel una ciudad mejor cuando fuera el jefe de mi casa. No voy a arrojar esos sueños por la borda al primer signo de oposición.

—¿Qué hay de la Asamblea? —dijo Ham.

—Eso es lo mejor —respondió Elend—. Votaron a favor de mi propuesta en la reunión que mantuvimos hace dos días. No pueden abrir las puertas de la ciudad a ningún invasor hasta que yo me haya reunido con mi padre.

El grupo guardó silencio unos instantes. Finalmente, Ham se volvió hacia Elend, sacudiendo la cabeza.

—No sé, El. Me atrae. Hemos discutido unos cuantos planes más atrevidos mientras te esperábamos, pero...

—Pero ¿qué?

—Un plan como este depende mucho de ti, mi querido amigo —dijo Brisa, y tomó un sorbo de vino—. Tendrías que ser tú quien se reuniera con los reyes... quien los persuadiera a ambos de que estamos de su parte. No te ofendas, pero eres nuevo en esto de los timos. Es difícil estar de acuerdo con un plan atrevido que pone a un novato como el miembro clave del equipo.

—Puedo hacerlo —dijo Elend—. De verdad.

Ham miró a Brisa, y luego ambos miraron a Clubs. El general se encogió de hombros.

—Si el chico quiere intentarlo, dejemos que lo haga.

Ham suspiró, luego se volvió hacia Elend.

—Supongo que estoy de acuerdo. Mientras estés a la altura de las circunstancias, El.

—Creo que lo estoy —dijo Elend, ocultando su nerviosismo—. Solo sé que no podemos rendirnos, no tan fácilmente. Tal vez esto no funcione... tal vez después de un par de meses de asedio acabemos rindiendo la ciudad de todas formas. Sin embargo, ganaremos un par de meses durante los cuales podría pasar *algo*. Merece la pena esperar, en vez de doblegarse. Esperar, y planear.

—Muy bien, pues —dijo Dockson—. Danos un poco de tiempo para elaborar algunas ideas y opciones, Majestad. Volveremos a reunirnos dentro de unos días para tratar acerca de los detalles.

—Muy bien. Buena idea. Ahora, si podemos dedicarnos a otros asuntos, me gustaría mencionar...

Llamaron a la puerta. El capitán Demoux se asomó, con aspecto algo azorado.

—¿Majestad? Pido disculpas, pero... creo que hemos capturado a alguien espiando vuestra reunión.

—¿Qué? —dijo Elend—. ¿Quién?

Demoux se apartó y llamó a un par de guardias. La mujer que introdujeron en la habitación le resultaba vagamente familiar a Elend. Alta, como la mayoría de la gente de Terris, llevaba un vestido de colores vivos, pero sencillo. Tenía los lóbulos de las orejas alargados por el peso de numerosos pendientes.

—Te reconozco —dijo Elend—. Te vi en la reunión de la Asamblea, hace unos días. Estuviste observándome.

La mujer no respondió. Contempló a los ocupantes de la sala, muy erguida, incluso arrogante, a pesar de que llevaba las muñecas atadas. Elend nunca había visto a una terrisana: solo conocía criados, eunucos entrenados

desde su nacimiento para trabajar como sirvientes. Por algún motivo, Elend esperaba que las terrisanas parecieran un poco más serviles.

—Estaba escondida en la habitación de al lado —dijo Demoux—. Lo siento mucho, Majestad. No sé cómo consiguió burlarnos. La encontramos escuchando con la oreja pegada a la pared, aunque dudo que oyera algo. Quiero decir, estas paredes son de piedra.

Elend miró a la mujer a los ojos. Mayor, de unos cincuenta años, no era hermosa pero tampoco vulgar. Era recia, con un rostro sincero y rectangular. Su mirada era tranquila y firme, y a Elend le incomodó sostenérsela tanto tiempo.

—¿Y qué esperabas escuchar, mujer? —preguntó Elend.

La terrisana ignoró el comentario. Se volvió hacia los demás y habló con voz ligeramente cargada de acento.

—Quiero hablar a solas con el rey. Los demás estáis excusados.

Ham sonrió.

—Bueno, valor no le falta.

Dockson se dirigió a la terrisana.

—¿Qué te hace pensar que vamos a dejarte a solas con nuestro rey?

—Su Majestad y yo tenemos cosas que discutir —dijo la mujer con aplomo, como si fuera ajena a su condición de prisionera, o como si no le importara—. No tenéis que preocuparos por su seguridad: estoy convencida de que la joven nacida de la bruma que está ahí fuera ante la ventana será más que suficiente para encargarse de mí.

Elend miró hacia un lado, hacia la pequeña ventana de ventilación que había junto a la vidriera, mucho más grande. ¿Cómo podía saber la terrisana que Vin estaba vigilando? Su oído tenía que ser extraordinariamente agudo. ¿Suficientemente agudo, tal vez, para escuchar la reunión a través de una pared de piedra?

Elend se volvió hacia la recién llegada.

—Eres una guardadora.

Ella asintió.

—¿Te envía Sazed?

—Es por él que estoy aquí. Pero no me ha «enviado».

—Ham, no hay problema —dijo Elend lentamente—. Podéis marcharos.

—¿Estás seguro? —preguntó Ham, frunciendo el ceño.

—Dejadme atada, si queréis —dijo la mujer.

Si es realmente una feruquimista, eso no la detendrá mucho tiempo, pensó Elend. Naturalmente, si es de verdad feruquimista, una guardadora como Sazed, no debo temer nada de ella. Al menos en teoría.

Los otros salieron de la habitación, indicando con su postura lo que pensaban de la decisión de Elend. Aunque ya no eran ladrones de profesión, Elend sospechaba que, al igual que Vin, nunca se librarían de las consecuencias de su educación.

—Estaremos aquí fuera, El —dijo Ham, el último en salir, mientras cerraba la puerta.

Y, sin embargo, todo el que me conozca comprenderá que no había ninguna posibilidad de que me rindiera tan fácilmente. Cuando encuentro algo que investigar, soy tenaz en mi empeño.

14



LA TERRISANA ROMPIÓ SUS LIGADURAS y las cuerdas cayeron al suelo.

—Uh, ¿Vin? —dijo Elend, que empezaba a preguntarse si era razonable conversar con aquella mujer—. Tal vez sea el momento de que entres.

—No está aquí —dijo la terrisana, avanzando—. Se ha marchado hace unos minutos a hacer su ronda. Por eso me dejé capturar.

—Hmm, ya veo —dijo Elend—. Entonces voy a llamar a la guardia.

—No seas necio. Si quisiera matarte, podría hacerlo antes de que los demás volvieran. Ahora estate callado un momento.

Elend permaneció incómodamente en pie mientras la alta mujer rodeaba la mesa muy despacio, estudiándolo como un mercader inspecciona un mueble para una subasta. Finalmente, se detuvo, con los brazos en jarras.

—Yérguete —ordenó.

—¿Disculpa?

—Te encorvas —dijo la mujer—. Un rey debe tener un porte digno en todo momento, incluso estando con sus amigos.

Elend frunció el ceño.

—Bueno, aunque aprecio el consejo, yo no...

—No —dijo la mujer—. No vaciles. Ordena.

—¿Disculpa? —repitió Elend.

La mujer avanzó un paso, le puso una mano en el hombro y le empujó la espalda con la otra para hacerle mejorar la postura. Dio un paso atrás, y luego asintió levemente para sí.

—Bueno, verás —dijo Elend—. Yo no...

—No —interrumpió la mujer—. Debes ser más enérgico en tu forma de hablar. La presentación, las palabras, las acciones, las posturas determinan cómo te juzga la gente y cómo reacciona ante ti. Si empiezas cada frase con suavidad e incertidumbre, parecerás blando e inseguro. ¡Tienes que ser fuerte!

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Elend, exasperado.

—Eso es —dijo la mujer—. Por fin.

—Dices que conoces a Sazed. —Elend resistía las ganas de volver a encogerse en su postura anterior.

—Es un conocido mío —dijo la mujer—. Me llamo Tindwyl. Soy, como bien has deducido, una guardadora de Terris. —Dio una patadita en el suelo y sacudió la cabeza—. Sazed me advirtió acerca de tu aspecto desaliñado, pero sinceramente no creía que ningún rey pudiera tener tan poco sentido de la importancia del aspecto.

—¿Desaliñado? —preguntó Elend—. ¿Disculpa?

—Deja de decir eso —replicó Tindwyl—. No hagas preguntas: di lo que quieras decir. Si objetas, objeta: no dejes tus palabras a mi interpretación.

—Sí, bueno, aunque todo esto es fascinante —dijo Elend yendo hacia la puerta—, prefiero evitar más insultos esta noche. Si me disculpas...

—Tu pueblo te considera un necio, Elend Venture —dijo Tindwyl tranquilamente.

Elend vaciló.

—La Asamblea, que tú mismo creaste, ignora tu autoridad. Los skaa están convencidos de que no podrás protegerlos. Incluso tu propio consejo de amigos hace planes en tu ausencia, en el convencimiento de que tu participación no será gran cosa.

Elend cerró los ojos y tomó aire lentamente.

—Tienes buenas ideas, Elend Venture —dijo Tindwyl—. Ideas regias. Sin embargo, no eres un rey. Un hombre solo puede liderar cuando los demás lo aceptan como líder, y tiene solo la autoridad que le dan sus súbditos. Las ideas más brillantes del mundo no podrán salvar tu reino si nadie las escucha.

Elend se volvió.

—Este año pasado he leído todos los libros referidos al liderazgo y el gobierno de las cuatro bibliotecas.

Tindwyl alzó una ceja.

—Entonces, sospecho que has pasado en tu habitación mucho tiempo que *tendrías* que haber pasado fuera, dejándote ver por tu pueblo y aprendiendo a

ser gobernante.

—Los libros tienen gran valor.

—Las acciones tienen más.

—¿Y dónde voy a aprender las acciones adecuadas?

—De mí.

Elend vaciló.

—Puede que sepas que cada guardador tiene un área de interés especial —dijo Tindwyl—. Aunque todos memorizamos las mismas fuentes de información, una persona solo puede estudiar y comprender un número limitado de fuentes. Nuestro mutuo amigo Sazed dedica su tiempo a las religiones.

—¿Y tu especialidad son...?

—Las biografías. He estudiado las vidas de generales, reyes y emperadores cuyos nombres ni siquiera has oído jamás. Comprender teorías políticas y de liderazgo, Elend Venture, no es lo mismo que comprender las vidas de los hombres que vivieron según esos principios.

—Y... ¿tú puedes enseñarme a emular a esos hombres?

—Tal vez —dijo Tindwyl—. Aún no he decidido si eres o no un caso perdido. Pero estoy aquí, así que haré lo que pueda. Hace unos cuantos meses recibí una carta de Sazed en la que me explicaba tu situación. No me pidió que viniera a enseñarte... pero claro, Sazed es tal vez otro hombre que podría aprender a ser más decidido.

Elend asintió lentamente, mirando a los ojos de la terrisana.

—¿Aceptarás mi instrucción, entonces? —preguntó ella.

Elend pensó un momento. *Si es tan útil como Sazed, entonces... bueno, desde luego me vendrá bien algo de ayuda.*

—La aceptaré —dijo.

Tindwyl asintió.

Sazed también mencionó tu humildad. Podría ser una ventaja... suponiendo que no dejes que te detenga. Creo que tu nacida de la bruma ha regresado ya.

Elend se volvió hacia la ventanita. El postigo se abrió, dejando que la bruma entrara en la habitación y revelando una forma agazapada y embozada.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó Vin con un susurro.

Tindwyl sonrió, la primera expresión que Elend veía en su rostro.

—Sazed te mencionó también a ti, niña. Tú y yo deberíamos hablar pronto en privado.

Vin entró en la habitación, arrastrando consigo la bruma, y cerró el postigo. No se molestó en ocultar su hostilidad ni su desconfianza mientras se interponía entre Elend y Tindwyl.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.

Tindwyl sonrió de nuevo.

—Tu rey tardó varios minutos en formular esa pregunta y tú la haces de entrada. Creo que sois una pareja interesante.

Vin entornó los ojos.

—De todas formas, debería retirarme —dijo Tindwyl—. Supongo que volveremos a hablar, Majestad.

—Sí, por supuesto —dijo Elend—. Hmm... ¿Hay algo que debiera empezar a practicar?

—Sí —respondió Tindwyl, dirigiéndose hacia la puerta—. Deja de decir «hmm».

—Bien.

Ham asomó la cabeza por la puerta en cuanto Tindwyl la abrió. Inmediatamente advirtió las cuerdas en el suelo. No obstante, no dijo nada: probablemente supuso que Elend la había soltado.

—Creo que todos hemos tenido suficiente por hoy —dijo Elend—. Ham, ¿quieres encargarte de que den alojamiento a la señora Tindwyl en el palacio? Es amiga de Sazed.

Ham se encogió de hombros.

—Muy bien.

Saludó con un gesto a Vin, y luego se retiró. Tindwyl no dio las buenas noches al marcharse.

VIN FRUNCIÓ EL CEÑO Y miró a Elend. Él parecía... distraído.

—No me gusta —dijo.

Elend sonrió mientras colocaba los libros en la mesa.

—No te gusta nadie de entrada, Vin.

—Tú sí me gustaste.

—Lo cual demuestra que eres una pésima jueza de personalidades.

Vin vaciló, luego sonrió. Se acercó y empezó a examinar los libros. No eran la típica lectura de Elend, sino sobre temas más prácticos que los de costumbre.

—¿Cómo te ha ido esta noche? —preguntó—. No he tenido mucho tiempo para escuchar.

Elend suspiró. Se volvió, sentándose en la mesa, y miró el enorme rosetón situado al fondo de la habitación. Estaba oscuro, sus colores apenas esbozados como reflejos en el cristal negro.

—Supongo que ha ido bien.

—Te dije que les gustaría tu plan. Es el tipo de acción que les parece un desafío.

—Supongo.

Vin frunció el ceño.

—Muy bien —dijo, saltando a la mesa. Se sentó junto a él—. ¿Qué ocurre? ¿Qué quería esa mujer, por cierto?

—Solo transmitirme algunos conocimientos. Ya sabes cómo son los guardadores, siempre buscando un oído que escuche sus lecciones.

—Supongo —dijo Vin lentamente.

Nunca había visto a Elend deprimido, pero se desanimaba. Tenía tantas ideas, tantos planes y esperanzas, que a veces ella se preguntaba cómo los llevaba adelante. Hubiese dicho que le faltaba concentración. Reen siempre decía que la concentración mantenía al ladrón con vida. Los sueños de Elend, sin embargo, formaban parte de su personalidad. Vin dudaba que pudiese abandonarlos. No creía tampoco que ella misma quisiera que así fuese, pues formaban parte de lo que amaba de él.

—Han estado de acuerdo con el plan, Vin —dijo Elend, contemplando la ventana—. Incluso se han entusiasmado, como dijiste que harían. Es que... no puedo dejar de pensar que su propuesta era más racional que la mía. Querían aliarse con uno de los ejércitos, y darle nuestro apoyo a cambio de dejarme como gobernador provisional de Luthadel.

—Eso sería rendirse —dijo Vin.

—A veces, rendirse es mejor que fracasar. Acabo de condenar a mi ciudad a un asedio prolongado. Eso significará hambre, tal vez hambruna, antes de que esto se termine.

Vin le puso una mano en el hombro y lo miró con incertidumbre. Normalmente, era él quien la tranquilizaba.

—Sigue siendo un modo mejor —dijo—. Los demás probablemente sugirieron un plan menos arriesgado porque pensaban que no seguirías uno más osado.

—No —dijo Elend—. No han sido condescendientes conmigo, Vin. Pensaban de verdad que una alianza estratégica era un plan bueno y seguro. —Hizo una pausa y la miró—. ¿Desde cuándo ese grupo es el sector razonable de mi gobierno?

—Han tenido que madurar —dijo Vin—. No pueden ser los hombres que una vez fueron, no teniendo tanta responsabilidad.

Elend se volvió hacia la ventana.

—Te diré qué me preocupa, Vin. Me preocupa que su plan *no fuera* razonable... que quizá fuera un poco arriesgado. Tal vez una alianza habría sido una tarea bastante difícil ya. Si ese es el caso, lo que *yo estoy* proponiendo es completamente ridículo.

Vin le apretó el hombro.

—Nosotros combatimos al lord Legislador.

—Entonces teníais a Kelsier.

—No empecemos otra vez con *eso*.

—Lo siento —dijo Elend—. Pero de verdad, Vin, tal vez mi plan de intentar aferrarme al gobierno sea solo arrogancia. ¿Qué fue lo que me contaste de tu infancia? Cuando estabas en las bandas de ladrones y todo el mundo era más grande, más fuerte y más duro que tú, ¿qué hacías? ¿Te enfrentabas a los líderes?

Los recuerdos destellaron en la mente de Vin. Recuerdos de ocultarse, de agachar la mirada, de debilidad.

—Eso fue entonces —dijo—. No puedes dejar que los otros te golpeen eternamente. Eso es lo que me enseñó Kelsier... por eso combatimos al lord Legislador. Por eso la rebelión skaa combatió al Imperio Final durante tantos años, incluso cuando no había ninguna posibilidad de ganar. Reen me enseñó que los rebeldes eran unos necios. Pero Reen está muerto... igual que el Imperio Final. Y...

Se agachó, mirando a Elend a los ojos.

—No puedes entregar la ciudad, Elend —dijo en voz baja—. Creo que no me gustarían las consecuencias que eso tendría para ti.

Elend vaciló, luego sonrió lentamente.

—A veces eres muy sabia, Vin.

—¿Eso crees?

Él asintió.

—Bueno, entonces eres obviamente tan mal juez de personalidades como yo.

Elend se echó a reír, la rodeó con sus brazos y la apretó contra su costado.

—Bien, ¿he de asumir que no hubo ningún incidente en la patrulla de esta noche?

El espíritu de la bruma. Su caída. El frío que aún podía sentir, aunque levemente, en el antebrazo.

—Ninguno —dijo. La última vez que le había hablado del espíritu de la bruma, él de inmediato había creído que imaginaba cosas.

—Tendrías que haber venido a la reunión: me habría gustado que estuvieras presente.

Ella no dijo nada.

Permanecieron sentados unos minutos, contemplando la oscura ventana. Había una extraña belleza en ella; los colores no eran visibles a causa de la falta de contraluz, así que Vin se concentró en los dibujos del cristal. Todo parecía entrelazado en un entramado de metal.

—¿Elend? —dijo ella por fin—. Estoy preocupada.

—Yo estaría preocupado si no lo estuvieras —respondió él—. Esos ejércitos me tienen tan obsesionado que apenas puedo pensar con claridad.

—No. No por eso. Estoy preocupada por otras cosas.

—¿Como cuáles?

—Bueno... he estado pensando en lo que dijo el lord Legislador justo antes de que lo matara. ¿Recuerdas?

Elend asintió. No había estado presente, pero ella se lo había contado.

—Habló de lo que hizo por la humanidad —dijo Vin—. Nos salvó, dicen las historias. De la Profundidad.

Elend asintió.

—Pero ¿qué era la Profundidad? —preguntó Vin—. Como noble, la religión no te estaba prohibida. ¿Qué enseñaba el Ministerio sobre la Profundidad y el lord Legislador?

Elend se encogió de hombros.

—No mucho, en realidad. La religión no estaba prohibida, pero tampoco se alentaba. El Ministerio era un poco como su propietario, lo que implicaba que ellos se encargaban de los asuntos religiosos... que nosotros no teníamos que preocuparnos de ellos.

—Pero os enseñaban algunas cosas, ¿no?

Elend asintió.

—Sobre todo, hablaban de por qué la nobleza tenía privilegios y los skaa estaban malditos. Supongo que querían que comprendiéramos lo afortunados

que éramos... aunque, sinceramente, sus enseñanzas siempre me parecieron un poco preocupantes. Verás, decían que nosotros éramos nobles porque nuestros antepasados apoyaron al lord Legislador antes de la Ascensión. Pero eso significaba que teníamos privilegios por lo que había hecho otra gente. No es muy justo, ¿no?

Vin se encogió de hombros.

—Tan justo como cualquier otra cosa, supongo.

—Pero ¿no te enfurecía? —preguntó Elend—. ¿No te frustraba que la nobleza tuviera tanto cuando vosotros teníais tan poco?

—No lo pensaba —dijo Vin—. La nobleza tenía mucho, así que podíamos quitárselo. ¿Por qué iba a importarme cómo lo conseguían? A veces, cuando tenía comida, otros ladrones me pegaban y me la quitaban. ¿Qué importaba cómo hubiese conseguido yo mi comida? Seguían quitándomela.

Elend vaciló.

—¿Sabes? A veces me pregunto qué dirían los teóricos políticos que he leído si te conocieran. Tengo la sensación de que se sentirían muy frustrados.

Ella le dio un codazo en el costado.

—Ya basta de política. Háblame de la Profundidad.

—Bueno, creo que era una especie de criatura... un ente oscuro y maligno que estuvo a punto de destruir el mundo. El lord Legislador viajó hasta el Pozo de la Ascensión, donde se le dio poder para derrotar a la Profundidad y unir a la humanidad. Hay varias estatuas en la ciudad que representan ese hecho.

Vin frunció el ceño.

—Sí, pero ninguna retrata el aspecto de la Profundidad. La representan como un bullo retorcido a los pies del lord Legislador.

—Bueno, la última persona que vio a la Profundidad murió hace un año, así que supongo que tendremos que contentarnos con las estatuas.

—A no ser que vuelva —dijo Vin en voz baja.

Elend frunció el ceño y volvió a mirarla.

—¿De eso se trata, Vin? —Su rostro se suavizó levemente—. ¿Con dos ejércitos no te basta? ¿Tienes que preocuparte también por el destino del mundo?

Vin agachó la cabeza con timidez, y Elend se echó a reír antes de atraerla hacia sí.

—Ah, Vin, sé que eres un poco paranoica... sinceramente, considerando nuestra situación, empiezo a sentirme igual. Pero creo que este es el único

problema del que no hay que preocuparse. No he oído ningún informe de encarnaciones monstruosas del mal campando a sus anchas por la tierra.

Vin asintió, y Elend se relajó un poco, evidentemente convencido de que había respondido a su pregunta.

El Héroe de las Eras viajó hasta el Pozo de la Ascensión para derrotar a la Profundidad, pensó Vin. *Pero según todas las profecías el Héroe no debería hacerse con el poder del Pozo. Se suponía que debía darlo, confiar en el poder mismo para destruir a la Profundidad. Rashek no hizo tal cosa: se apoderó del poder. ¿No significa eso que la Profundidad no fue derrotada nunca? ¿Por qué, entonces, no ha sido destruido el mundo?*

—El sol, rojo, y las plantas, marrones —dijo Vin—. ¿Hizo eso la Profundidad?

—¿Todavía estás pensando en eso? —Elend frunció el ceño—. ¿El sol, rojo, y las plantas, marrones? ¿De qué otro color tendrían que ser?

—Kelsier dijo que el sol antes era amarillo y que las plantas eran verdes.

—Es una imagen extraña.

—Sazed está de acuerdo con Kelsier. Todas las leyendas dicen que durante los primeros días del lord Legislador el sol cambió de color y empezó a caer ceniza del cielo.

—Bueno, supongo que la Profundidad *podría* tener algo que ver con eso. No lo sé, sinceramente. —Elend permaneció sentado unos momentos, divertido—. ¿Plantas verdes? ¿Por qué no púrpura, o azules? Es tan raro...

El Héroe de las Eras viajó hasta el norte, al Pozo de la Ascensión, pensó de nuevo Vin. Se volvió levemente, atraída su mirada hacia las lejanas montañas de Terris. ¿Seguía allí arriba el Pozo de la Ascensión?

—¿Tuviste suerte y le sonsacaste algo de información a OreSeur? —preguntó Elend—. ¿Algo que nos ayude a encontrar al espía?

Vin se encogió de hombros.

—Me dijo que los kandra no pueden usar la alomancia.

—Entonces, ¿puedes encontrar a nuestro impostor de esa forma? —dijo Elend, alzando la cabeza.

—Tal vez. Puedo sondear a Fantasma y Ham, al menos. La gente corriente será más difícil... aunque los kandra no pueden ser aplacados, así que tal vez eso me permita encontrar al espía.

—Parece prometedor.

Vin asintió. El ladrón que había en ella, la muchachita paranoica de la que Elend se burlaba siempre, ansiaba usar la alomancia con él, para sondearlo y

ver si reaccionaba a sus empujones y tirones. Se contuvo. Debía confiar en aquel hombre. Pondría a prueba a los demás, pero no dudaría de Elend. En cierto modo, prefería confiar en él y equivocarse que soportar la preocupación de la desconfianza.

Finalmente, lo comprendo, pensó con un sobresalto. *Kelsier. Comprendo cómo fue para ti con Mare. No cometeré tu mismo error.*

Elend la estaba mirando.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Estás sonriendo. ¿Me puedo enterar del chiste?

Ella lo abrazó.

—No —contestó simplemente.

Elend sonrió.

—Muy bien. Puedes sondar a Fantasma y Ham, pero estoy seguro de que el impostor no es uno de los miembros de la banda: he hablado hoy con todos ellos y se comportan como de costumbre. Necesitamos investigar al personal de palacio.

No sabe lo buenos que pueden ser los kandra. El kandra enemigo probablemente había estudiado a su víctima durante meses y meses, aprendiendo y memorizando todos sus modales.

—He hablado con Ham y Demoux —dijo Elend—. Como miembros de la guardia de palacio, saben lo de los huesos... y Ham ha deducido lo que pasa. Es de esperar que pueda investigar al personal sin armar un revuelo, y localizar al impostor.

Todos los sentidos de Vin se pusieron en alerta por lo confiado que era Elend. *No, pensó. Que asuma lo mejor. Ya tiene bastantes preocupaciones. Además, tal vez el kandra esté imitando a alguien de fuera de nuestro círculo. Elend puede investigar por esa vía. Y si el impostor es un miembro del grupo... Bueno, es el tipo de situación en la que mi paranoia nunca viene mal.*

—Bueno —dijo Elend, poniéndose en pie—. Tengo que comprobar unas cuantas cosas antes de que sea demasiado tarde.

Vin asintió. Le dio un largo beso, y Elend se marchó. Ella se quedó sentada en la mesa unos instantes más, sin mirar la enorme vidriera, sino a la ventana pequeña de al lado, que había dejado entreabierta. Era una puerta a la noche. La bruma se agitaba en la oscuridad, enviando tentáculos vacilantes hacia la habitación, que se evaporaban con el calor.

—No te tendré miedo —susurró Vin—. Y descubriré tu secreto.

Se levantó de la mesa y salió por la ventana, dispuesta a reunirse con OreSeur y registrar una vez más el palacio.

Yo había decidido que Alendi era el Héroe de las Eras, y pretendía demostrarlo. Tendría que haber cedido a la voluntad de los demás; no tendría que haber insistido en viajar con Alendi para ser testigo de sus idas y venidas.

Era inevitable que el propio Alendi descubriera lo que yo creía que era.

15



OCHO DÍAS DESPUÉS DE DEJAR atrás el convento, Sazed despertó y descubrió que estaba solo.

Se levantó, apartó la manta y con ella la leve capa de ceniza que había caído durante la noche. El espacio que ocupaba Marsh bajo el dosel de árboles estaba vacío, aunque un pedazo de tierra desnuda indicaba el lugar donde había dormido el inquisidor.

Sazed se levantó y siguió los pasos de Marsh bajo la áspera luz roja. La capa de ceniza era más gruesa allí, sin la cobertura de los árboles, y también soplaban vientos racheados. Sazed contempló el paisaje barrido por el viento. No había rastro de Marsh.

Regresó al campamento. Los árboles, en el centro del Dominio Oriental, crecían torcidos, pero tenían ramas entrelazadas repletas de agujas marrones que proporcionaban un cobijo decente, aunque la ceniza parecía capaz de infiltrarse en cualquier refugio.

Sazed preparó una sencilla sopa para desayunar. Marsh no regresó. Sazed lavó sus túnicas marrones de viaje en un arroyo cercano. Marsh no regresó. Sazed se cosió un roto de la manga, enceró las botas y se afeitó la cabeza. Marsh no regresó. Sazed sacó el calco que había hecho en el convento, transcribió unas cuantas palabras, luego, a regañadientes, lo dejó: le preocupaba difuminar las palabras abriendo demasiadas veces el papel o

mancharlo de ceniza. Era mejor esperar a tener una mesa adecuada en una habitación limpia.

Marsh no regresó.

Finalmente, Sazed se marchó. No podía definir la sensación de urgencia que experimentaba, en parte excitación por compartir lo que había descubierto, en parte deseo de ver cómo Vin y el joven rey Venture manejaban los acontecimientos en Luthadel.

Marsh conocía el camino. Lo alcanzaría.

SAZED ALZÓ LA MANO PARA protegerse los ojos de la luz roja del sol y oteó desde la cima de la colina. Había una leve mancha en el horizonte, al este del camino principal. Decantó su mentecobre geográfica, buscando descripciones del Dominio Oriental.

El conocimiento hinchó su mente, bendiciéndolo con los recuerdos. La mancha era una aldea llamada Urbene. Buscó en sus índices al cronista adecuado. El índice se volvía confuso, su información era difícil de recordar, lo que significaba que lo había pasado de la mentecobre a la memoria demasiadas veces. El conocimiento, dentro de una mentecobre, permanecía intacto, pero todo lo que pasara a su cabeza, aunque fuera solo un instante, se deterioraba. Tendría que volver a memorizar el índice más tarde.

Encontró lo que estaba buscando, y vertió los recuerdos adecuados en su cabeza. El cronista describía Urbene como una aldea pintoresca, lo cual probablemente significaba que algún noble importante había decidido establecer allí su mansión. El cronista decía también que los skaa de Urbene eran pastores.

Sazed tomó nota, luego volvió a guardar los recuerdos del cronista. Leer la crónica le indicó lo mucho que había olvidado. Igual que el índice, los recuerdos del cronista se habían deteriorado inevitablemente mientras habían estado en su cabeza. Por fortuna, tenía un segundo grupo de mentecobres oculto, allá en Terris, y lo usaría para transmitir sus conocimientos a otro guardador. Sus mentecobres actuales eran de uso diario. El conocimiento no solicitado no beneficiaba a nadie.

Se echó la mochila al hombro. Una visita a la aldea le haría bien, aunque lo retrasara un poco. Su estómago estuvo de acuerdo con la decisión. Era improbable que los campesinos tuvieran mucha comida, pero tal vez pudieran

ofrecerle algo más que una sopa. Además, tal vez tuvieran noticias de los acontecimientos de Luthadel.

Bajó de la colina y tomó el sendero oriental, el más corto. Antaño, se viajaba poco en el Imperio Final. El lord Legislador había prohibido a los skaa salir de sus tierras y solo los ladrones y los rebeldes se atrevían a desobedecer. A pesar de todo, la mayoría de los nobles se habían labrado una fortuna con el comercio, así que en una aldea como esa era posible que estuvieran acostumbrados a las visitas.

Sazed notó algo extraño de inmediato. Las cabras campaban a sus anchas, sin vigilancia por el campo y el camino. Se detuvo y sacó una mentecobre de su mochila. La repasó mientras caminaba. Un libro sobre ganadería decía que a veces los pastores dejaban pastar a su ganado libremente. Sin embargo, ver a los animales sin vigilancia le puso nervioso. Apretó el paso.

Al sur, los skaa pasan hambre, pensó. *¿Y aquí el ganado es tan abundante que nadie se molesta en mantenerlo a salvo de bandidos y depredadores?*

La pequeña aldea apareció en la distancia. Sazed quería creer que la quietud (las calles desiertas, las puertas y postigos a merced de la brisa) se debía a su llegada. Tal vez la gente estaba tan asustada que se había escondido. O tal vez simplemente estaban todos en los campos... ocupándose de los rebaños.

Sazed se detuvo. Un cambio en la dirección del viento trajo de la aldea un olor delator. Los skaa no estaban escondiéndose, y no habían huido. Era el olor de cuerpos en descomposición.

Apurado, Sazed sacó un anillo pequeño, una mentestaño de olor, y se lo puso en el pulgar. El olor que arrastraba el viento no era el de una matanza. Era un olor más sucio, más pegajoso. Invirtió el uso de la mentestaño, llenándola en vez de vaciarla, y su sentido del olfato se embotó. Eso evitó que sintiera arcadas.

Continuó su camino y, con prudencia, entró en la aldea. Como la mayoría de las aldeas skaa, Urbene tenía un trazado sencillo. Un grupo de diez grandes chozas formaban un círculo irregular, con un pozo en el centro. Los edificios eran de madera con el techo de las mismas ramas de agujas de los árboles que había visto. Unas chozas de vigía y la mansión de un noble se alzaban un poco más alejadas, en el valle.

Hasta que no se acercó un poco más no vio los primeros cadáveres. Dispersos frente a la puerta de la choza más cercana, yacían una media docena de ellos. Sazed se acercó con cuidado, pero vio enseguida que los muertos

tenían al menos varios días. Se arrodilló junto al primero, el cadáver de una mujer, y no detectó ninguna causa visible de la muerte. Pasaba lo mismo con los demás.

Nervioso, Sazed abrió la puerta de la choza con aprensión. El hedor del interior era tan fuerte que lo notó a pesar de su mentestaño.

La choza, como la mayoría, constaba de una sola habitación. Estaba llena de cadáveres. La mayoría yacía envuelta en finas mantas; algunos estaban sentados con la espalda contra la pared, la cabeza putrefacta colgando flácida del cuello. Tenían el cuerpo demacrado, los miembros consumidos y las costillas marcadas.

Esa gente había muerto de hambre y deshidratación.

Sazed salió de la choza con la cabeza gacha. Suponía que encontraría el mismo panorama en los otros edificios, pero lo comprobó de todas formas. Vio la misma escena repetida una y otra vez. Cadáveres sin heridas en el suelo, ante las chozas; muchos otros cuerpos acurrucados dentro. Las moscas revoloteaban en enjambres que cubrían los rostros. En varias casas encontró huesos humanos roídos en el centro de la habitación.

Salió de la última choza, respirando por la boca a duras penas. Docenas de personas, más de un centenar en total, estaban muertas por ningún motivo aparente. ¿Qué podía haber causado que tantos de ellos se hubieran sentado sin más, ocultos en sus casas, mientras se quedaban sin comida y sin agua? ¿Cómo podían haber muerto de hambre si había animales sueltos? ¿Y qué había matado a los tendidos en la ceniza? No parecían tan consumidos como los que había encontrado en el interior, aunque dado el grado de descomposición era difícil asegurarlo.

Debo de estar confundido con lo del hambre, se dijo Sazed. *Habrá sido una epidemia, alguna enfermedad. Es una explicación mucho más lógica.* Rebuscó en su mentecobre médica. Desde luego había enfermedades que golpeaban de repente y debilitaban a sus víctimas. Y los supervivientes tenían que haber huido. Dejando atrás a sus seres queridos. Sin llevarse los animales de sus pastos...

Sazed frunció el ceño. En ese momento le pareció oír algo.

Se dio media vuelta, sacando poder auditivo de su mentestaño. Los sonidos estaban allí: el sonido de una respiración, el sonido de movimiento surgiendo de una de las chozas que había visitado. Echó a correr, abrió la puerta y observó de nuevo a los penosos cadáveres. Yacían igual que antes.

Sazed los estudió con mucha atención, hasta que encontró a aquel cuyo pecho se movía.

Por los Dioses Olvidados... pensó Sazed. El hombre no tenía que esforzarse mucho para fingir estar muerto. Se le había caído el pelo y tenía los ojos hundidos. Aunque no parecía particularmente famélico.

Sazed le habló.

—Soy un amigo —dijo, apaciguador.

El hombre permaneció inmóvil. Sazed frunció el ceño mientras se acercaba y le colocaba una mano sobre el hombro.

El hombre abrió los ojos y gimió, poniéndose en pie de un salto. Aturdido y frenético, corrió por encima de los cadáveres hacia el fondo de la habitación. Se agazapó, mirando a Sazed.

—Por favor —dijo el guardador, soltando su mochila—. No debes tener miedo. —El único alimento que tenía aparte de las especias para sus guisos eran unos trocitos de carne, pero se los ofreció—. Tengo comida.

El hombre negó con la cabeza.

—No hay comida —susurró—. Nos la comimos toda. Excepto... esa comida.

Miró hacia el centro de la habitación. Hacia los huesos que Sazed había advertido antes. Sin cocinar, roídos, colocados en un montón bajo un paño harapiento, como para esconderlos.

—Yo no he comido esa comida —susurró el hombre.

—Lo sé —dijo Sazed, dando un paso adelante—. Pero hay otra comida. Fuerza.

—No puedo salir fuera.

—¿Por qué no?

El hombre vaciló, luego apartó la mirada.

—Por la bruma.

Sazed miró hacia la puerta. El sol se acercaba al horizonte, no empezaría a atardecer hasta pasada otra hora por lo menos. No había bruma. No de momento, al menos.

Sazed sintió un intenso escalofrío. Lentamente, se volvió hacia el hombre.

—Bruma... ¿durante el día?

El hombre asintió.

—¿Y permanecía? ¿No se iba al cabo de unas cuantas horas?

El hombre negó con la cabeza.

—Días. Semanas. Todo era bruma.

¡Lord Legislador!, pensó Sazed antes de poder reprimirse. Llevaba mucho tiempo sin jurar por el nombre de aquella criatura, ni siquiera mentalmente.

Pero que la bruma llegara de día y no se despejara en semanas, si había que creer a ese hombre... Sazed imaginaba a los skaa asustados dentro de sus chozas, incapaces de aventurarse a salir a causa de mil años de terror, tradición y superstición.

Pero ¿para quedarse en sus chozas hasta morir de hambre? Ni siquiera su miedo a las brumas, por continuas que estas fueran, habría sido suficiente para forzarlos a morir de inanición, ¿no?

—¿Por qué no te marchaste? —preguntó Sazed en voz baja.

—Algunos lo hicieron —respondió el hombre, asintiendo como para sí—. Jell. Ya sabes lo que le pasó.

Sazed frunció el ceño.

—¿Está muerto?

—Se lo llevó la bruma. Oh, cómo se estremeció. Era testarudo, ya sabes, el viejo Jell. Oh, cómo se estremeció. Cómo se agitó al llevárselo.

Sazed cerró los ojos. *Los cadáveres que he encontrado ante las puertas.*

—Algunos escaparon —dijo el hombre.

Sazed abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

El enloquecido aldeano volvió a asentir.

—Algunos escaparon, ya sabes. Nos llamaron, después de dejar la aldea. Dijeron que no pasaba nada. No se los llevó. No sé por qué. Pero mató a otros. A algunos los tiró al suelo, pero se levantaron. A otros los mató.

—¿La bruma dejó sobrevivir a algunos, pero mató a otros?

El hombre no respondió. Se había sentado y se puso a mirar el techo.

—Por favor —dijo Sazed—. Tienes que responderme. ¿A quién mató y a quién dejó pasar? ¿A qué se debía?

El hombre se volvió hacia él.

—Hora de comer —dijo, y se levantó. Se acercó a un cadáver y tiró de un brazo, arrancando la carne podrida. Era fácil ver por qué no había muerto de hambre como los demás.

Sazed contuvo la náusea, cruzó la habitación y agarró el brazo del hombre cuando se llevaba el hueso casi sin carne a los labios. El hombre se detuvo, luego miró a Sazed.

—¡No, es mío! —gritó, soltando el hueso y corriendo hacia el fondo de la habitación.

Sazed vaciló un momento. *He de darme prisa. Tengo que llegar a Luthadel. Hay cosas peores en el mundo que los bandidos y los ejércitos.*

El hombre lo miró con una especie de terror salvaje mientras Sazed decantaba la mentepeltre para conseguir un arrebato de fuerza. Sintió que sus músculos aumentaban y la túnica le quedaba estrecha. Agarró al aldeano cuando pasaba corriendo y lo sujetó, lo suficiente para que el hombre no pudiera hacer daño a ninguno de los dos. Lo sacó de la casa.

El hombre dejó de oponer resistencia en cuanto salieron a la luz. Alzó la cabeza como si viera el sol por primera vez. Sazed lo soltó y liberó su mentepeltre.

El hombre se arrodilló, mirando al sol, y luego se volvió hacia Sazed.

—El lord Legislador... ¿Por qué nos abandonó? ¿Por qué se fue?

—El lord Legislador era un tirano.

El hombre negó con la cabeza.

—Nos amaba. Nos gobernaba. Ahora que ya no está, las brumas pueden matarnos. Nos odian.

Entonces, con agilidad increíble, el hombre se puso en pie de un salto y salió corriendo por el sendero. Sazed dio un paso adelante, pero se detuvo. ¿Qué podía hacer? ¿Arrastrar al hombre hasta Luthadel? Había agua en el pozo y animales que comer. Sazed esperaba que el pobre desgraciado supiera arreglárselas.

Suspirando, regresó a la choza y recuperó su mochila. Al salir, se detuvo y sacó una de sus menteaceros. El acero almacenaba uno de los atributos que más costaba guardar: la velocidad. Sazed se había pasado meses llenando esa menteacero, preparándose por si algún día necesitaba correr muy muy rápido.

Ese día había llegado.

Sí, fue él quien difundió después los rumores. Yo nunca podría haber hecho lo que él hizo: convencer y persuadir al mundo de que era en efecto el Héroe. No sé si él mismo se lo creía, pero hizo que los demás creyeran que tenía que ser él.

16



VIN APENAS UTILIZABA SUS HABITACIONES. Elend le había asignado una vivienda espaciosa en palacio... lo que tal vez era en parte el problema. Se había pasado la infancia durmiendo en huecos, cubiles o callejones. Tener tres habitaciones la abrumaba un poco.

Sin embargo, en realidad daba igual. Cuando estaba despierta estaba con Elend o en las brumas. Sus habitaciones solo le servían para dormir. O, como en aquel caso, para convertirlas en un caos.

Estaba sentada en el centro de la cámara principal. El mayordomo de Elend, preocupado porque Vin no tenía muebles, había insistido en decorar sus habitaciones. Esa mañana, Vin había movido algunos y apartado alfombras y sillas para poder sentarse en las frías losas con su libro.

Era el primer libro de verdad que poseía, aunque fuese solo un fajo de hojas cosidas. Eso le convenía: la sencilla encuadernación hacía mucho más fácil romperlo.

Estaba sentada entre montones de papeles. Era sorprendente cuántas páginas tenía el libro una vez separadas. Vin se sentó junto a una pila para estudiar su contenido. Sacudió la cabeza y se dedicó a otro montón. Hojeó las páginas hasta que escogió una.

A veces me pregunto si no me estoy volviendo loco, decía el texto.

Quizá sea debido a la presión de saber que he de sobrellevar la carga de todo un mundo. Quizá sea debido a las muertes que he visto, a los amigos que he perdido. A los amigos que me he

visto obligado a matar.

Sea como sea, a veces veo sombras siguiéndome. Oscuras criaturas que no comprendo, ni deseo comprender. ¿Son tal vez producto de mi imaginación agotada?

Vin releyó los párrafos. Luego pasó a otro montón. OreSeur estaba tumbado a un lado de la habitación, con la cabeza entre las patas, mirándola.

—Ama —dijo mientras ella soltaba una página—. Llevo dos horas viéndote trabajar y admito que estoy completamente confundido. ¿Qué pretendes con todo esto?

Vin se arrastró hasta otro montón de páginas.

—Creía que no te importaba en qué invierto mi tiempo.

—No me importa —dijo OreSeur—. Pero me aburro.

—Y te molestas, al parecer.

—Me gusta comprender lo que ocurre a mi alrededor.

Vin se encogió de hombros y señaló los montones.

—Este es el libro de viajes del lord Legislador. Bueno, en realidad no es el libro de viajes del lord Legislador que conocíamos, sino del hombre que *debería* haber sido el lord Legislador.

—¿Debería haber sido? —preguntó OreSeur—. ¿Quieres decir que debería haber conquistado el mundo, pero no lo hizo?

—No —dijo Vin—. Quiero decir que debería haber sido quien tomara el poder en el Pozo de la Ascensión. Este hombre, el hombre que escribió este libro... en realidad no sabemos ni su nombre, era una especie de héroe profético. O... todo el mundo pensaba que lo era. Sea como fuere, el que se convirtió en lord Legislador, Rashek, era un porteador de este hombre. ¿No recuerdas que hablamos de esto cuando estabas imitando a Renoux?

OreSeur asintió.

—Recuerdo que lo mencionaste de pasada.

—Bueno, este es el libro que Kelsier y yo encontramos cuando nos infiltramos en el palacio del lord Legislador. Creíamos que lo había escrito él, pero resulta que lo escribió el hombre a quien el lord Legislador mató, el hombre cuyo lugar tomó.

—Sí, señora —dijo OreSeur—. Pero ¿por qué lo estás haciendo pedazos exactamente?

—No lo estoy haciendo pedazos. Solo lo estoy desencuadernando para poder mover las páginas. Me ayuda a pensar.

—Ya veo —dijo OreSeur—. ¿Y qué estás buscando exactamente? El lord Legislador está muerto, ama. Tú lo mataste.

¿Qué estoy buscando?, pensó Vin, tomando otra página. *Espectros en la bruma*.

Leyó despacio el texto.

No es una sombra. Esta cosa oscura que me sigue, la cosa que solo yo puedo ver, no es en realidad una sombra. Es negra y translúcida, pero no tiene un contorno sólido como una sombra. Carece de sustancia... es fina e informe. Como si estuviera hecha de niebla negra. O de bruma, tal vez.

Vin bajó la página. *Yo también lo he visto*, pensó. Recordó haber leído esas palabras hacía más de un año y haber pensado que el Héroe debía de haber empezado a volverse loco. Con toda la presión que tenía encima, ¿a quién podía sorprender?

Ahora, sin embargo, comprendía mejor al desconocido autor del libro. Sabía que no era el lord Legislador, y podía verlo por lo que podría haber sido. Inseguro de su lugar en el mundo, pero obligado por los acontecimientos. Decidido a hacerlo lo mejor que pudiera. Un idealista, en cierto modo.

Y el espíritu de la bruma lo había perseguido. ¿Qué significaba eso? ¿Qué implicaba para ella el hecho de verlo?

Se acercó a otro montón de páginas. Se había pasado la mañana repasando el libro en busca de pistas sobre la criatura de la bruma. Sin embargo, le costaba encontrar algo más que aquellos dos párrafos conocidos.

Apiló las páginas en las que se mencionaba algo extraño o sobrenatural. Hizo un montoncito con las que hacían referencia al espíritu de bruma. También tenía un montón especial para las referencias a la Profundidad. Irónicamente, este último era el más grande y menos ilustrativo de todos. El autor del libro tenía por costumbre mencionar la Profundidad, pero no decía gran cosa de ella.

La Profundidad era peligrosa, eso estaba claro. Había asolado la tierra, matando a millares. El monstruo había sembrado el caos a su paso, provocando destrucción y miedo, pero los ejércitos de la humanidad habían sido incapaces de derrotarlo. Solo las profecías de Terris y el Héroe de las Eras habían aportado cierta esperanza.

¡Si al menos hubiera sido más específico!, pensó Vin con frustración, repasando papeles. Sin embargo, el tono del libro era en realidad más melancólico que informativo. El Héroe lo había escrito para sí mismo, para permanecer cuerdo, para expresar sobre el papel sus miedos y esperanzas.

Elend decía que él escribía a veces por motivos similares. A Vin le parecía un método tonto de enfrentarse a los problemas.

Con un suspiro, se volvió hacia el último montón de páginas, el de las que aún le quedaban por estudiar. Se tumbó en el suelo de piedra y empezó a leer, buscando información útil.

Tardó bastante. No solo era una lectora lenta, sino que su mente seguía divagando. Había leído el libro antes y, curiosamente, las frases le recordaban dónde estaba entonces. A dos años y un mundo de distancia en Fellise, todavía recuperándose después de haber estado a punto de morir a manos de un inquisidor de acero. Se había visto obligada a pasarse los días fingiendo ser Valette Renoux, una joven inexperta de la nobleza rural. Entonces, aún no creía en el plan de Kelsier para derrocar al Imperio Final. Se había quedado con la banda porque valoraba las cosas extrañas que le ofrecían (amistad, confianza y lecciones de alomancia), no porque aceptara sus objetivos. Nunca hubiese imaginado adónde la llevaría aquello. A bailes y fiestas, a madurar (solo un poquito) y a convertirse en la noble que había fingido ser.

Pero todo había sido una farsa, unos cuantos meses de superchería. Se obligó a no pensar en los vestidos con encajes y los bailes. Necesitaba concentrarse en asuntos más prácticos.

Y... ¿esto es práctico?, pensó ociosamente, dejando una página en uno de los montones. *Estudiar cosas que apenas comprendo, temer una amenaza que a nadie más parece importar...*

Suspiró y cruzó los brazos bajo la barbilla, tumbada boca abajo. ¿Qué era lo que la preocupaba realmente? ¿Que la Profundidad regresara? Todo lo que tenía eran unas cuantas visiones fantasmales en las brumas; cosas que, como Elend daba a entender, podían ser producto de su mente exhausta. Había otra cuestión más importante. Suponiendo que la Profundidad fuera real, ¿qué esperaba ella hacer al respecto? No era ni un héroe, ni un general, ni un líder.

¡Oh, Kelsier! Qué bien nos vendrías ahora, pensó, tomando otra página.

Kelsier era un hombre poco convencional; había sido capaz de algún modo de desafiar la realidad. Al dar su vida para derrocar al lord Legislador pretendía garantizar la libertad de los skaa. Pero, ¿y si su sacrificio había abierto el camino a un peligro mayor, a algo tan destructivo que la opresión del lord Legislador era una alternativa preferible?

Terminó por fin la página y la dejó en el montón de las que no contenían ninguna información útil. Luego vaciló. Ni siquiera podía recordar lo que acababa de leer. Suspiró, recogió la página y la leyó de nuevo. ¿Cómo lo hacía

Elend? Podía estudiar los mismos libros una y otra vez. Pero para Vin era difícil el...

Se detuvo. *Debo asumir que no estoy loco*, decía el texto. *No puedo continuar mi misión con verdadera confianza si no lo creo. La cosa que me sigue, por tanto, tiene que ser real.*

Vin se sentó. Solo podía recordar vagamente aquel trozo del libro. Estaba redactado como un diario, con entradas secuenciales, pero sin fecha. El Héroe tenía tendencia a divagar y solía comentar sus dudas. Aquel apartado era particularmente escueto.

Pero allí, en su queja, había un fragmento de información.

Creo que me mataría si pudiera, continuaba el texto.

Hay algo maligno en este ser de sombra y bruma, y mi piel retrocede a su contacto. Sin embargo, lo que puede hacer, especialmente a mí, parece ser limitado.

No obstante, puede actuar sobre este mundo. El cuchillo que clavó en el pecho de Fedik lo demuestra. Aún no estoy seguro de qué fue más traumático para él: si la herida en sí o ver a la cosa que se la había infligido.

Rashek murmura que yo mismo apuñalé a Fedik, pues solo Fedik y yo fuimos testigos de los acontecimientos de esa noche. Sin embargo, debo tomar una decisión. Debo asumir que no estoy loco. La alternativa es admitir que fui yo quien empuñó ese cuchillo.

En cierto modo, la opinión de Rashek sobre el asunto hace que me resulte mucho más fácil creer en lo contrario.

En la página siguiente continuaba hablando sobre Rashek, y las siguientes entradas no contenían ninguna mención al espíritu de la bruma. Sin embargo, a Vin le parecieron muy emocionantes los últimos párrafos.

Tomó una decisión, pensó. *Yo tengo que hacer lo mismo.* Nunca le había preocupado estar loca, pero había cierta lógica en las palabras de Elend. Ahora las rechazaba. El espíritu de la bruma no era una ilusión causada por una mezcla de cansancio y recuerdos del libro. Era real.

Eso no significaba que la Profundidad fuera a regresar, ni que Luthadel corriera ningún peligro sobrenatural. Sin embargo, cabían ambas posibilidades.

Colocó la página con las otras dos que contenían información concreta sobre el espíritu de la bruma y volvió a su estudio, decidida a prestar más atención a la lectura.

LOS EJÉRCITOS SE ESTABAN ATRINCHERANDO.

Elend observaba desde la muralla mientras su plan, por vago que fuera, empezaba a tomar forma. Straff establecía un perímetro defensivo al norte, replegándose de la ruta del canal, relativamente a corta distancia de Urteau, su ciudad natal y capital. Cett cavaba al oeste de la ciudad, sin renunciar al canal Luth-Davn, la vía de conexión con su fábrica de conservas de Haverfrex.

Una fábrica de conservas. Eso era algo que Elend deseaba tener en la ciudad. La tecnología era nueva (de unos cincuenta años de antigüedad), pero había leído sobre el tema. Los entendidos consideraban que su principal uso era proporcionar suministros de fácil transporte a los soldados que luchaban en las fronteras del imperio. No se les había ocurrido almacenar víveres para los asedios... sobre todo en Luthadel. Pero, claro, ¿quién hubiese podido tener semejante idea?

Mientras Elend observaba, empezaron a salir patrullas de los dos ejércitos. Algunas iban a vigilar las fronteras entre las dos fuerzas, pero otras se disponían a asegurar otras rutas por los canales, los puentes sobre el río Channerel y los caminos que salían de Luthadel. En muy poco tiempo, la ciudad quedó completamente rodeada. Aislada del mundo y del resto del pequeño reino de Elend. Ya no se podía entrar ni salir. Los ejércitos contaban con las enfermedades, el hambre y otros factores debilitadores para poner de rodillas a Elend.

El asedio a Luthadel había comenzado.

Es buena cosa, se dijo. Para que este plan funcione tienen que pensar que estoy desesperado. Tienen que estar seguros de que estoy dispuesto a aliarne con ellos, que no crean que yo pueda estar trabajando también con sus enemigos.

Elend advirtió que alguien subía a la muralla, Clubs. El general se acercó cojeando.

—Enhorabuena —dijo—. Parece que ahora tienes un asedio completo en tus manos.

—Bien.

—Supongo que eso nos da un respiro —dijo Clubs. Luego le dirigió a Elend una de sus tortuosas miradas—. Será mejor que estés a la altura de esto, muchacho.

—Lo sé —susurró Elend.

—Te has convertido en el punto focal. La Asamblea no puede romper el asedio hasta que te hayas reunido oficialmente con Straff, y no es probable que los reyes se reúnan con nadie más que contigo. Todo depende de ti. En el centro es donde tiene que estar un rey, supongo. Si es bueno.

Clubs guardó silencio. Elend contempló los dos ejércitos. Lo que le había dicho Tindwyl la terrisana aún le tenía molesto. *Eres un necio, Elend Venture...*

Ninguno de los dos reyes había respondido todavía a la petición de Elend de reunirse... aunque el grupo estaba seguro de que lo harían pronto. Sus enemigos esperarían para hacerle sudar un poco. La Asamblea acababa de convocar otra reunión, casi con toda seguridad para intentar acosarlo y que los liberara de su anterior compromiso. Elend había encontrado un motivo conveniente para saltarse la reunión.

Miró a Clubs.

—¿Y yo soy un buen rey, Clubs? En tu opinión.

El general lo miró, y Elend vio una ruda sabiduría en sus ojos.

—He conocido a líderes peores —dijo—. Pero también los he conocido mucho mejores.

Elend asintió despacio con la cabeza.

—Quiero ser bueno en esto, Clubs. Nadie más va a cuidar de los skaa como se merecen. Cett, Straff, tan solo volverán a convertirlos en esclavos. Yo... quiero ser más que mis ideas. Quiero... *necesito* ser una referencia para los demás.

Clubs se encogió de hombros.

—Sé por experiencia que el hombre, por lo general, se hace en función de la situación. Kelsier fue un egoísta hasta que los Pozos estuvieron a punto de destruirlo. —Miró a Elend—. ¿Será este asedio *tu* Pozo de Hathsin, Elend Venture?

—No lo sé —dijo él con sinceridad.

—Entonces tendremos que esperar a ver, supongo. Por ahora, alguien quiere hablar contigo.

Se volvió e indicó hacia la calle, situada unos diez metros más abajo, donde destacaba una alta figura femenina vestida con una pintoresca túnica de Terris.

—Me dijo que te llamara —dijo Clubs. Vaciló antes de mirar a Elend—. No es frecuente conocer a alguien que se considera capacitado para ir dando órdenes. Y esta terrisana es así. Yo creía que los de Terris eran dóciles y amables.

Elend sonrió.

—Supongo que Sazed nos ha malacostumbrado.

Clubs hizo una mueca.

—Ahí tienes mil años de reproducción programada, ¿eh?

Elend asintió.

—¿Seguro que no habrá problemas? —preguntó Clubs.

—Sí —respondió Elend—. Su historia encaja. Vin mandó llamar a varios terrisanos de la ciudad: conocen y admirarán a Tindwyl. Al parecer es una persona bastante importante en su tierra.

Además, había usado la feruquimia ante él, haciéndose más fuerte para soltarse las manos. Eso significaba que no era kandra. En conjunto, todo aquello implicaba que era de fiar; incluso Vin lo admitía, aunque continuara sin gustarle la terrisana.

Clubs le hizo un gesto, y Elend tomó aire. Luego bajó las escaleras para reunirse con Tindwyl y que le diera otra tanda de lecciones.

—HOY, NOS OCUPAREMOS DE TU ROPA —dijo Tindwyl, cerrando la puerta del estudio de Elend. Una costurera regordeta con el pelo blanco y corto esperaba dentro, en respetuoso silencio, junto a un grupo de jóvenes ayudantes.

Elend se miró la ropa. No estaba tan mal. El traje y el chaleco le quedaban bastante bien. Los pantalones no eran tan ajustados como los que usaban los nobles imperiales, pero él era el rey. ¿No debía imponer la moda?

—No sé qué tiene de malo —dijo. Alzó una mano cuando Tindwyl empezó a hablar—. Sé que es más informal que lo que se ponen otros hombres, pero a mí me queda bien.

—Es horrible —dijo Tindwyl.

—Bueno, no veo...

—No discutas conmigo.

—Pero, verás, el otro día dijiste...

—Los reyes no discuten, Elend Venture —dijo ella con firmeza—. *Ordenan*. Y parte de tu capacidad para dar órdenes proviene de tu porte. El desaliño invita a otras malas costumbres... como tu postura, que ya creo haber mencionado.

Elend suspiró, poniendo los ojos en blanco, mientras Tindwyl chasqueaba los dedos. La costurera y sus ayudantes empezaron a sacar cosas de un par de grandes cofres.

—Esto no es necesario —dijo Elend—. Ya tengo algunos trajes que me sientan mejor. Los llevo si tengo que ir de etiqueta.

—No vas a llevar traje nunca más —dijo Tindwyl.

—¿Perdona?

Tindwyl le dirigió una mirada imperiosa, y Elend suspiró.

—¡Explícate! —dijo, tratando de parecer regio.

Tindwyl asintió.

—Has mantenido el código de vestimenta preferido por la nobleza autorizada por el Emperador Final. En algunos aspectos, ha sido una buena idea: te conecta con el antiguo gobierno y te hace parecer menos un entrometido. Ahora, sin embargo, estás en una posición diferente. Tu pueblo está en peligro y el tiempo de la simple diplomacia se ha acabado. Estás en guerra. Tu ropa debe ser un reflejo de eso.

La costurera seleccionó un atuendo concreto y se lo acercó a Elend mientras las ayudantes colocaban un biombo.

Elend aceptó el atuendo, vacilante. Era tieso y blanco, con la pechera abotonada hasta un rígido cuello. En conjunto, parecía...

—Un uniforme —dijo, frunciendo el ceño.

—En efecto —respondió Tindwyl—. ¿Quieres que tu pueblo crea que puedes protegerlo? Bueno, un rey no es un simple legislador: es un general. Ya va siendo hora de que empieces a actuar como corresponde a tu título, Elend Venture.

—No soy un soldado. Este uniforme es una mentira.

—Pronto cambiaremos lo primero —dijo Tindwyl—. Lo segundo no es cierto. Eres el comandante de los ejércitos del Dominio Central. Eso te convierte en militar, sepas o no empuñar una espada. Ahora, ve y cámbiate.

Elend accedió tras encogerse de hombros. Rodeó el biombo, apartó un puñado de libros para tener espacio y empezó a cambiarse. Los pantalones blancos le quedaban ajustados y las perneras caían rectas de las rodillas. La camisa pasaba inadvertida, eclipsada por completo porque tenía la guerrera con galones. Tenía también un montón de botones, todos ellos, según advirtió, de madera en vez de metal, además de un extraño escudo sobre el pecho derecho. Parecía tener bordada una especie de flecha, o tal vez una lanza.

Considerando lo ajustado que era su corte y su diseño, Elend se sorprendió de lo bien que le sentaba el uniforme.

—Me queda bastante bien —comentó, poniéndose el cinturón y soltando los faldones de la chaqueta, que le llegaban hasta las caderas.

—Tu sastre nos dio tus medidas —dijo Tindwyl.

Elend salió de detrás del biombo, y varias ayudantes se acercaron. Una de ellas le indicó con amabilidad un par de brillantes botas negras, y la otra le colocó una capa blanca sobre los hombros. La última ayudante le tendió un

pulido bastón de duelo con su vaina. Elend se lo sujetó al cinturón y se lo sacó por una abertura de la chaqueta para que colgara por fuera; eso, al menos, lo había hecho antes.

—Bien —dijo Tindwyl, mirándolo de arriba abajo—. Cuando aprendas a mantenerte erguido, habrá una mejora decente. Ahora, siéntate.

Elend abrió la boca para objetar, pero se lo pensó mejor. Se sentó. Una ayudante se acercó para colocarle una sábana sobre los hombros. Luego sacó un par de tijeras.

—Eh, espera un momento —dijo Elend—. Sé lo que pretendes.

—Entonces expresa tus objeciones —dijo Tindwyl—. ¡No seas vago!

—Muy bien. Me gusta mi pelo.

—El pelo corto es más fácil de cuidar que el pelo largo —respondió Tindwyl—. Y has demostrado que no eres de fiar en el tema del aspecto personal.

—No me vais a cortar el pelo —replicó Elend, tajante.

Tindwyl vaciló, luego asintió. La aprendiza retrocedió y Elend se levantó, quitándose la sábana. La costurera sacó un gran espejo y Elend se acercó para mirarse.

Y se quedó de piedra.

La diferencia era sorprendente. Toda su vida se había considerado un erudito, pero también un poco necio. Era Elend, el hombre amistoso y cómodo de ideas curiosas. Fácil de ignorar, tal vez, pero difícil de odiar.

El hombre que veía ante sí no era ningún dandi de la corte. Era un hombre serio, un hombre formal. Un hombre a quien había que tomar en serio. El uniforme le daba ganas de estar más erguido, de apoyar la mano en el bastón de duelos. Su pelo, algo rizado, largo en la parte superior y por los lados, y despeinado por el viento de la muralla de la ciudad, no encajaba.

Elend se volvió.

—Muy bien —dijo—. Corta.

Tindwyl sonrió y le indicó que se sentara. Él aceptó el mandato y esperó en silencio a que la ayudante terminara. Cuando volvió a levantarse, su cabeza no desentonaba con la ropa. El pelo no era tan extremadamente corto como el de Ham, pero estaba cortado con esmero y peinado. Una de las ayudantes se acercó y le tendió un aro de madera pintado de plata. Elend se volvió hacia Tindwyl, frunciendo el ceño.

—¿Una corona?

—Nada ostentosa —dijo Tindwyl—. Estamos en una época más sutil que otras pasadas. La corona no es un símbolo de tu riqueza sino de tu autoridad. La llevarás de ahora en adelante, ya sea en público o en privado.

—El lord Legislador no llevaba corona.

—El lord Legislador no necesitaba recordarle a nadie que estaba al mando —dijo Tindwyl.

Elend vaciló, y luego se puso la corona. No tenía gemas ni ningún adorno: era un simple aro. Como tendría que haber esperado, le encajaba a la perfección.

Se volvió hacia Tindwyl, quien indicó a la costurera que guardara las cosas y se marchara.

—Tienes seis uniformes como este esperándote en tus habitaciones —dijo Tindwyl—. Hasta que acabe el asedio, no vestirás nada más. Si quieres variedad, cambia el color de la capa.

Elend asintió. Tras él, la costurera y sus ayudantes salieron por la puerta.

—Gracias —le dijo a Tindwyl—. Dudaba al principio, pero tienes razón. Esto crea una diferencia.

—Suficiente para engañar a la gente, al menos por ahora.

—¿Engañar a la gente?

—Por supuesto. No creerás que esto es todo, ¿no?

—Bueno...

Tindwyl alzó una ceja.

—¿Unas cuantas lecciones y crees que ya has acabado? Apenas hemos empezado. Sigues siendo un necio, Elend Venture. Ya no lo aparentas, eso es todo. Esperemos que nuestra charada empiece a reparar algunos de los daños que has causado a tu reputación. Sin embargo, va a hacer falta mucho más entrenamiento antes de que me fíe de que puedes interactuar con la gente y no quedar en ridículo.

Elend se ruborizó.

—¿Qué te...? —Vaciló—. Dime entonces qué planeas enseñarme.

—Bueno, para empezar, tienes que aprender a andar.

—¿Hay algo malo en la manera en que ando?

—¡Por los Dioses Olvidados, sí! —dijo Tindwyl, divertida, aunque ninguna sonrisa asomó a sus labios—. Y tu forma de hablar también hay que trabajarla. Aparte de eso, claro, está tu incapacidad para manejar armas.

—Tengo cierto entrenamiento —dijo Elend—. Pregúntale a Vin: ¡la rescaté del palacio del lord Legislador la noche del Colapso!

—Lo sé —dijo Tindwyl—. Y, por lo que he oído, es un milagro que sobrevivieras. La chica, por suerte, estaba allí para encargarse de pelear. Al parecer te fías bastante de ella para este tipo de cosas.

—Es una nacida de la bruma.

—Eso no es ninguna excusa para tu falta de pericia —dijo Tindwyl—. No puedes confiar en que tu mujer te proteja siempre. No solo es embarazoso, sino que tu pueblo, tus soldados, esperarán que puedas combatir con ellos. Dudo que seas jamás el tipo de líder que puede encabezar una carga contra el enemigo, pero al menos deberías saber manejarte si atacan tu posición.

—Entonces, ¿quieres que empiece a entrenarme con Vin y Ham en sus sesiones?

—¡Dioses, no! ¿Es que no te das cuenta de lo terrible que sería para la moral de los hombres si vieran cómo te dan una paliza en público? —Tindwyl negó con la cabeza—. No, te entrenaremos con discreción con un maestro de duelos. Dentro de unos cuantos meses deberías ser competente con el bastón y la espada. Es de esperar que este pequeño asedio tuyo dure lo suficiente antes de que empiece la lucha.

Elend volvió a ruborizarse.

—Sigues hablándome con desdén. Es como si a tus ojos ni siquiera fuera rey... Como si me vieras como una especie de sustituto.

Tindwyl no respondió, pero sus ojos chispearon de satisfacción. *Tú lo has dicho, no yo*, parecía comunicar su expresión.

Elend se ruborizó más.

—Tal vez puedas aprender a ser rey, Elend Venture —dijo Tindwyl—. Hasta entonces, tendrás que aprender a fingir serlo.

La airada respuesta de Elend quedó interrumpida porque llamaron a la puerta. Elend apretó los dientes y se volvió.

—Adelante.

La puerta se abrió.

—Hay noticias —dijo el capitán Demoux, el juvenil rostro emocionado—. Yo...

Se detuvo.

Elend ladeó la cabeza.

—¿Sí?

—Yo... uh... —Demoux vaciló, miró a Elend de nuevo antes de continuar—. Me envía Ham, Majestad. Dice que ha llegado un mensajero de uno de los reinos.

—¿De veras? ¿De lord Cett?

—No, Majestad. El mensajero es de tu padre.

Elend frunció el ceño.

—Bien, dile a Ham que estaré allí dentro de un momento.

—Sí, Majestad —dijo Demoux, retirándose—. Uh, me gusta el nuevo uniforme, Majestad.

—Gracias, Demoux. ¿Sabes por casualidad dónde está lady Vin? No la he visto en todo el día.

—Creo que está en sus habitaciones, Majestad.

¿*Sus habitaciones? Nunca para allí. ¿Estará enferma?*

—¿Quieres que la llame? —preguntó Demoux.

—No, gracias —respondió Elend—. Iré a verla. Dile a Ham que se encargue de que el mensajero esté cómodo.

Demoux asintió y se retiró.

Elend se volvió hacia Tindwyl, que sonreía para sí con gesto de satisfacción. Pasó a su lado para recoger su cuaderno.

—Voy a aprender algo más que a fingir ser rey, Tindwyl.

—Ya veremos.

Elend dirigió una dura mirada a la terrisana.

—Practica expresiones como esa —le recomendó Tindwyl— y tal vez lo consigas.

—¿Eso es todo, entonces? —preguntó Elend—. ¿Expresiones y disfraces? ¿Eso es lo que hace a un rey?

—Por supuesto que no.

Elend se detuvo en la puerta y se volvió.

—¿Qué?, entonces. ¿Qué crees que convierte a un hombre en un buen rey, Tindwyl de Terris?

—La confianza —respondió ella, mirándolo a los ojos—. Un buen rey es aquel en quien su pueblo confía... y que merece esa confianza.

Elend se detuvo, luego asintió. *Buena respuesta*, admitió. Luego abrió la puerta y corrió a buscar a Vin.

Si la religión de Terris y la creencia en la Anticipación no se hubieran extendido más allá de nuestra gente...

17



LAS MONTAÑAS DE PAPEL PARECÍAN multiplicarse a medida que Vin encontraba en el libro más y más ideas que quería aislar y recordar. ¿De qué trataban las profecías sobre el Héroe de las Eras? ¿Cómo sabía el autor del libro dónde ir y qué creía que tendría que hacer cuando llegara?

Al cabo de un rato, tendida entre aquel caos de pilas solapadas orientadas en varias direcciones para mantenerlas separadas, Vin admitió una verdad desagradable: iba a tener que tomar notas.

Con un suspiro, se levantó y cruzó la habitación, pasando con cuidado por encima de varios montones para acercarse a la mesa. Nunca la había usado; de hecho, se había quejado a Elend. ¿Qué necesidad tenía de un escritorio?

Eso había pensado. Escogió una pluma y sacó un pequeño tintero, mientras recordaba los días en que Reen le había enseñado a escribir. Su hermano se había cansado muy pronto de sus garabatos, quejándose del coste de la pluma y el papel. Le había enseñado a leer para que pudiera descifrar los contratos e imitar a las nobles, aunque le parecía que escribir era menos útil. En general, Vin compartía su opinión.

Sin embargo, al parecer escribir tenía su utilidad, aunque no fueras escriba. Elend siempre estaba tomando notas y apuntes; a ella le impresionaba lo rápido que podía escribir. ¿Cómo conseguía que las letras le salieran con tanta facilidad?

Agarró un par de hojas de papel en blanco y se acercó a los montones que había apilado. Se sentó con las piernas cruzadas y destapó el tintero.

—Ama —le advirtió OreSeur, todavía tendido en el suelo con las patas por delante—, fíjate en que acabas de dejar el escritorio para sentarte en el suelo.

Vin alzó la cabeza.

—¿Y?

—El propósito de un escritorio es, bueno, escribir.

—Pero mis papeles están todos esparcidos por aquí.

—Los papeles pueden moverse, creo. Si resultan demasiado pesados, siempre puedes quemar peltre para volverte más fuerte.

Vin observó su rostro divertido mientras hundía la pluma en el tintero.

Bueno, por lo menos muestra algo diferente a rechazo, por mí.

—El suelo es más cómodo.

—Si tú lo dices, ama, creeré que es verdad.

Vin vaciló, tratando de decidir si se estaba burlando de ella o no. *Maldita cara de perro*, pensó. *Es demasiado indescifrable*.

Con un suspiro, se inclinó hacia delante y empezó a escribir la primera palabra. Tenía que hacer cada trazo con precisión para que la tinta no se corriera, y detenerse a menudo para pensar las palabras y encontrar las letras adecuadas. Apenas había escrito un par de frases cuando llamaron a la puerta. Alzó la cabeza, el ceño fruncido. ¿Quién la molestaba?

—Pasa.

Oyó abrirse una puerta en la otra habitación, y la voz de Elend la llamó.

—¿Vin?

—Aquí dentro —dijo, volviendo a su escrito—. ¿Por qué has llamado?

—Bueno, podías estar cambiándote —dijo él, entrando.

—¿Y?

Elend se echó a reír.

—Dos años, y la intimidad sigue resultando un concepto extraño para ti.

Vin alzó la cabeza.

—Bueno, yo sí...

Durante un brevísimo instante, Vin pensó que él era otra persona. Su instinto reaccionó antes que su cerebro y soltó la pluma, dio un salto y avivó peltre. Luego se detuvo.

—Todo un cambio, ¿eh? —preguntó Elend, abriendo los brazos para que ella pudiera mirar mejor su atuendo.

Vin se llevó una mano al pecho, tan asombrada que pisó uno de los montones. Era Elend, pero no lo era. El impecable traje blanco de líneas

sobrias era muy diferente de su chaqueta suelta normal y sus pantalones. Estaba más imponente. Más regio.

—Te has cortado el pelo —dijo ella, caminando con parsimonia y estudiando el atuendo.

—Idea de Tindwyl. ¿Qué te parece?

—Así habrá menos que agarrar en una pelea —dijo Vin.

Elend sonrió.

—¿Es lo único que se te ocurre?

—No —dijo Vin, ausente, tirándole de la capa. Se soltó con facilidad, y asintió aprobándolo. Las capas de bruma eran igual; Elend no tendría que preocuparse de que alguien le agarrara la capa en una pelea.

Dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—¿Significa esto que yo también puedo cortarme el pelo?

Elend hizo una breve pausa.

—Siempre eres libre para hacer lo que quieras, Vin. Pero creo que largo es más bonito.

Así se queda, entonces.

—Bueno, ¿lo apruebas? —preguntó Elend.

—Sí, sin lugar a dudas —contestó Vin—. Pareces un rey.

Aunque sospechaba que en parte echaría de menos al Elend de pelo enmarañado y desaliñado. Había algo... encantador en aquella mezcla de competencia y despiste.

—Bien —dijo Elend—. Porque creo que voy a necesitar cualquier ventaja. Un mensajero acaba... —se detuvo al ver los montones de papel—. ¿Vin? ¿Estabas llevando a cabo una *investigación*?

Vin se ruborizó.

—Estaba repasando el libro de viajes, tratando de encontrar referencias a la Profundidad.

—¡No me digas!

Elend dio un paso adelante, emocionado. Para desazón de Vin, localizó enseguida el papel con sus notas. Lo alzó, y luego la miró.

—¿Has escrito tú esto?

—Sí.

—Tienes una letra preciosa —dijo él, un poco sorprendido—. ¿Por qué no me dijiste que sabías escribir así?

—¿No has dicho algo de un mensajero?

Elend soltó la hoja; parecía un padre orgulloso.

—Cierto. Ha llegado un mensajero del ejército de mi padre. Estoy haciéndolo esperar un poco... No parece aconsejable mostrar demasiada impaciencia. Pero creo que deberíamos ir a verlo.

Vin asintió e hizo una seña a OreSeur. El kandra se levantó y trotó a su lado, y los tres salieron de la habitación.

Había una cosa buena en los libros y las notas. Siempre podían esperar a otra ocasión.

ENCONTRARON AL MENSAJERO ESPERANDO en el atrio de la tercera planta de la fortaleza Venture. Vin y Elend entraron juntos, y ella se detuvo en el acto.

Era él. El Acechante.

Elend avanzó para recibir al hombre, pero Vin lo agarró por el brazo.

—Espera —susurró.

Elend se volvió, confuso.

Si ese hombre tiene atium, pensó Vin con una punzada de pánico, Elend está muerto. Todos estamos muertos.

El Acechante esperó sin moverse. No parecía un mensajero ni un correo. Vestía de negro, incluso los guantes eran negros. Llevaba pantalones y una camisa de seda, sin capa. Vin recordaba aquel rostro. Era él.

Pero... pensó, si hubiera querido matar a Elend, podría haberlo hecho ya. La idea la asustó, aunque tuvo que admitir que era cierto.

—¿Qué? —preguntó Elend, de pie en la puerta junto a ella.

—Ten cuidado —susurró Vin—. No es un simple mensajero. Ese hombre es un nacido de la bruma.

Elend vaciló. Se volvió hacia el Acechante, que permanecía silencioso, las manos a la espalda, con aspecto confiado. Sí, era un nacido de la bruma: solo un hombre así podía entrar en un palacio enemigo, rodeado por completo de guardias, y no demostrar la menor inquietud.

—Muy bien —dijo Elend, entrando al fin en la habitación—. Hombre de Straff, ¿traes un mensaje para mí?

—No solo un mensaje, Majestad —dijo el Acechante—. Me llamo Zane y soy una especie de... embajador. A tu padre le complació mucho recibir tu invitación para una alianza. Se alegra de que por fin hayas entrado en razón.

Vin estudió al Acechante, a ese Zane. ¿Cuál era su juego? ¿Por qué acudía en persona? ¿Por qué revelaba quién era?

Elend asintió, manteniendo la distancia.

—Dos ejércitos acampados ante mis puertas —dijo—. Bueno, no es algo que pueda pasar por alto. Me gustaría reunirme con mi padre y discutir posibilidades para el futuro.

—Creo que a él le gustaría —dijo Zane—. Ha pasado tiempo desde la última vez que te vio, y lamenta vuestros desencuentros. Después de todo, eres su único hijo.

—Ha sido duro para ambos —contestó Elend—. ¿Tal vez podríamos levantar una tienda donde reunirnos ante la ciudad?

—Me temo que eso no será posible —dijo Zane—. Su Majestad teme a los asesinos, con toda la razón. Si deseas hablar con él, te recibirá en su tienda, en el campamento Venture.

Elend frunció el ceño.

—Creo que eso no tiene mucho sentido. Si él teme a los asesinos, ¿no debería temerlos yo?

—Estoy seguro de que él podría protegerte en su propio campamento, Majestad —dijo Zane—. Allí no tienes nada que temer de los asesinos de Cett.

—Ya veo...

—Me temo que Su Majestad fue bastante firme en este punto. Tú eres el que está ansioso por conseguir una alianza... Si deseas una reunión, tendrás que acudir a él.

Elend miró a Vin, que no dejaba de observar a Zane. El hombre la miró a los ojos y habló.

—He oído informes sobre la hermosa nacida de la bruma que acompaña al heredero Venture. La que mató al lord Legislador y fue entrenada por el mismísimo Superviviente.

En la sala se hizo el silencio.

Elend habló por fin.

—Dile a mi padre que consideraré su oferta.

Zane dejó por fin de mirar a Vin.

—Su Majestad deseaba que fijáramos un día y una hora.

—Enviaré otro mensaje cuando haya tomado una decisión —dijo Elend.

—Muy bien —respondió Zane, con una sutil reverencia, aunque aprovechó el movimiento para mirar de nuevo a Vin a los ojos. Asintió una vez a Elend y dejó que los guardias lo escoltaran a la salida.

EN MEDIO DE LA FRÍA bruma del anochecer, Vin esperaba en la baja muralla de la fortaleza Venture, con OreSeur sentado a su lado.

Las brumas estaban tranquilas. Sus cavilaciones, no obstante, eran bastante menos serenas.

¿Para quién si no trabajaría él?, pensó. Por supuesto, se trata de uno de los hombres de Straff.

Eso explicaba muchas cosas. Había pasado algún tiempo desde su último encuentro; Vin empezaba a pensar que no volvería a ver al Acechante.

¿Se enfrentarían de nuevo, entonces? Vin trató de reprimir su ansiedad, trató de decirse que quería encontrar a ese Acechante por la amenaza que suponía, eso era todo. Pero la emoción de otro combate en las brumas, otra posibilidad de comparar sus habilidades contra un nacido de la bruma hacía que se tensara de expectación.

Ella no lo conocía, y desde luego no se fiaba de él. Eso solo hacía que la perspectiva de un combate fuera aún más excitante.

—¿Por qué estamos esperando aquí, ama?

—Estamos de patrulla. A la caza de asesinos o espías. Como todas las noches.

—¿Me ordenas que crea en ti, ama?

Vin le dirigió una dura mirada.

—Cree lo que quieras, kandra.

—Muy bien —dijo OreSeur—. ¿Por qué no le dijiste al rey que te habías enfrentado ya con ese Zane?

Vin se volvió hacia las oscuras brumas.

—Los asesinos y alomantes son preocupación mía, no de Elend. No hay necesidad de preocuparlo todavía más... Ya tiene suficientes problemas en este momento.

OreSeur se sentó sobre sus cuartos traseros.

—Comprendo.

—¿No crees que tenga razón?

—Creo lo que deseo —dijo OreSeur—. ¿No es lo que acabas de ordenarme, ama?

—Lo que quieras —dijo Vin. Tenía su bronce encendido, y se esforzaba por no pensar en el espíritu de la bruma. Podía sentirlo, esperando en la oscuridad a su derecha. No miró en esa dirección.

El libro no menciona qué fue de ese espíritu. Estuvo a punto de matar a uno de los compañeros del Héroe. Después de eso, apenas se le menciona.

Otra fuente de alomancia apareció ante sus sentidos de bronce. Una fuente más fuerte, más familiar.

Zane.

Vin saltó al parapeto, se despidió de OreSeur, y luego se lanzó a la noche.

La bruma se retorcía en el cielo y brisas distintas formaban silenciosos arroyos blancos, como ríos en el aire. Vin los sorteó, atravesó las brumas y cabalgó con ellas como una piedra que rebota en las aguas. No tardó en llegar al lugar donde Zane y ella se habían despedido la última vez: la calle abandonada y solitaria.

Él estaba esperando en el centro, todavía vestido de negro. Vin saltó al suelo ante él, un remolino de borlas. Se irguió.

Nunca lleva capa. ¿Por qué?

Los dos se estudiaron en silencio. Zane tenía que conocer sus dudas, pero no se presentó ni le ofreció ningún saludo ni ninguna explicación. Al cabo de un rato, se metió la mano en un bolsillo y sacó una moneda. La arrojó a la calle y la moneda rebotó, el metal resonó contra la piedra y se detuvo.

Saltó al aire. Vin hizo lo mismo, ambos empujando la misma moneda. Sus pesos casi se cancelaron entre sí y salieron disparados hacia atrás, como los dos brazos de una «V».

Zane giró, lanzando una moneda tras de sí. Chocó contra un edificio y empujó, abalanzándose hacia Vin. De repente, ella sintió la presión contra su bolsa de monedas amenazándola con volver a arrojarla al suelo.

¿Cuál es el juego esta noche, Zane?, pensó tirando del cordón de su bolsa y soltándola del cinturón. La empujó y se precipitó hacia abajo, a plomo. Cuando golpeó el suelo, Vin tenía la ventaja de la altura: empujaba la bolsa directamente desde arriba, mientras que Zane tan solo la empujaba de lado. Vin se lanzó hacia las alturas, pasando ante Zane en el frío aire nocturno, y luego lanzó su peso contra las monedas de la bolsa de él.

Zane empezó a caer. Sin embargo, agarró las monedas, impidiendo que se soltaran, y empujó su bolsa. Se detuvo en el aire: Vin empujaba desde arriba, su propio empujón lo impulsaba hacia arriba. Y como él se había detenido, el empujón de Vin la lanzó a ella de pronto hacia atrás.

Vin dejó ir a Zane y se dejó caer. Zane, sin embargo, no se permitió caer. Se empujó de nuevo en el aire y empezó a alejarse, sin dejar que sus pies tocaran los tejados o el empedrado de la calle.

Trata de obligarme a bajar al suelo, pensó Vin. *El primero que caiga pierde, ¿es eso?* Todavía dando tumbos, Vin giró en el aire. Recuperó su bolsa de

monedas con un cuidadoso tirón, la echó al suelo y se empujó hacia arriba.

Tiró de la bolsa para recuperarla mientras volaba y saltó detrás de Zane, empujando intrépida a través de la noche, tratando de alcanzarlo. En la oscuridad, Luthadel parecía más limpia que durante el día. No podía ver los edificios manchados de ceniza, las oscuras refinerías, la neblina de humo de las fraguas. A su alrededor, las fortalezas deshabitadas de la antigua nobleza observaban como monolitos silenciosos. Algunos de los majestuosos palacios habían sido entregados a nobles menores, otros se habían convertido en edificios gubernamentales. El resto, después de haber sido saqueados por orden de Elend, permanecía deshabitado, con sus ventanales oscuros, con sus cúpulas, estatuas y murales ignorados.

Vin no estaba segura de si Zane había ido a propósito a la fortaleza Hasting o si lo había alcanzado allí por casualidad. Fuera como fuese, allí estaba la enorme estructura cuando Zane advirtió su proximidad y se giró, lanzándole un puñado de monedas.

Vin empujó contra ellas con cautela. En efecto, en cuanto las tocó, Zane avivó acero y empujó más fuerte. Si ella hubiera estado empujando a tope, la fuerza de su ataque la habría impulsado hacia atrás. De aquel modo pudo desviar las monedas hacia los lados.

Sin perder tiempo, Zane empujó de nuevo su bolsa de monedas, lanzándose hacia arriba siguiendo una de las murallas de la fortaleza Hasting. Vin estaba preparada para ese movimiento. Avivando peltre, agarró la bolsa con las dos manos y la rasgó por la mitad.

Las monedas cayeron disparadas hacia el suelo por la fuerza del empujón de Zane. Escogió una y se impulsó ganando altura en cuanto golpeó el suelo. Giró, volviéndose hacia arriba. Su oído aguzado por el estaño captó una lluvia de metal contra las piedras, muy por debajo de ella. Seguía teniendo acceso a las monedas, pero no tenía que llevarlas encima.

Se abalanzó hacia Zane; una de las torres exteriores de la fortaleza se alzaba entre las brumas, a su izquierda. La fortaleza Hasting era una de las más hermosas de la ciudad. Tenía una gran torre central (alta, impresionante, ancha), con un salón de baile en la parte superior. También tenía seis torres más pequeñas equidistantes a la central, cada una conectada por una gruesa muralla. Era un edificio elegante y majestuoso. Sospechó que Zane lo había buscado por ese motivo.

Vin lo observó ahora, mientras su empujón perdía potencia al alejarse demasiado del anclaje de las monedas del suelo. Giraba directamente por

encima de ella, una oscura figura contra un cielo de brumas cambiantes, todavía muy por debajo de la parte superior de la muralla. Vin tiró con fuerza de varias monedas del suelo, atrayéndolas hacia sí por si las necesitaba.

Zane se abalanzó hacia ella. Vin reaccionó para lanzar su peso contra él, pero advirtió con un sobresalto que Zane ya no llevaba ninguna moneda. Estaba empujando algo que tenía detrás: la misma moneda que Vin había clavado contra la pared con su peso. Vin se impulsó hacia arriba, tratando de apartarse, pero él ascendió también.

Zane chocó contra ella, y empezaron a caer. Mientras giraban juntos, Zane la agarró por los brazos, acercando su rostro al suyo. No parecía enfadado, ni siquiera molesto.

Solo parecía tranquilo.

—Esto es lo que somos, Vin —dijo en voz baja. El viento y la bruma giraban alrededor de ellos, y las borlas de la capa de bruma de Vin se revolvían en el aire en torno a Zane—. ¿Por qué juegas sus juegos? ¿Por qué dejas que te controlen?

Vin colocó la mano con suavidad contra el pecho de Zane y empujó la moneda que tenía en la palma. La fuerza del empujón la liberó de su presa, mientras que lo lanzaba a él hacia atrás y hacia arriba. Vin se detuvo a unos pocos centímetros del suelo, empujando las monedas caídas, y volvió a impulsarse.

Adelantó a Zane en la noche, y vio una sonrisa en su rostro mientras caía. Vin se lanzó hacia abajo, conectando con las líneas azules que se extendían hacia el suelo, y luego avivó hierro y tiró contra todas ellas a la vez. Las líneas azules zumbaron a su alrededor, las monedas se alzaron y pasaron volando ante el sorprendido Zane.

Tiró de unas cuantas monedas y las atrapó con la mano. *Veamos si puedes quedarte en el aire ahora*, pensó Vin con una sonrisa, empujando hacia fuera, alejando las demás monedas en la noche. Zane continuó cayendo.

Vin comenzó a caer también. Lanzó una moneda a cada lado y empujó. Las monedas salieron disparadas en la bruma, volando hacia los muros de piedra, a ambos lados. Chocaron contra la piedra y Vin se detuvo en el aire.

Empujó con fuerza, sosteniéndose, esperando un tirón desde abajo. *Si él tira, yo tiro también*, pensó. *Ambos caeremos, y yo tengo las monedas entre nosotros en el aire. Él golpeará el suelo primero*.

Una moneda pasó volando junto a ella.

¡Qué! ¿De dónde ha sacado eso? Estaba segura de haber apartado todas las monedas de abajo.

La moneda saltó hacia arriba, a través de las brumas, dejando una línea azul visible para sus ojos alománticos. Remontó la muralla que tenía a la derecha. Vin se volvió a tiempo de ver a Zane frenar y luego abalanzarse hacia arriba, tirando de la moneda que ahora reposaba encima de la balaustrada de piedra de la muralla.

La adelantó con una expresión de satisfacción en el rostro.

Alardeando.

Vin soltó la moneda de su izquierda mientras seguía empujando a su derecha. Disparada hacia la izquierda, casi chocó contra la pared antes de lanzar otra moneda. La empujó, impulsándose hacia arriba y a la derecha. Otra moneda la envió de nuevo hacia arriba y a la izquierda, y continuó rebotando entre las murallas, a un lado y al otro, hasta que llegó arriba.

Sonrió mientras se retorcía en el aire. Zane, flotando por encima de la muralla, asintió apreciativo cuando pasó. Vin advirtió que había recogido unas cuantas monedas descartadas. *Es hora de atacar*, pensó.

Empujó las monedas que Zane tenía en la mano, y estas la impulsaron hacia arriba. Sin embargo, Zane estaba todavía empujando contra la moneda de la muralla y por eso no cayó. Flotó en el aire entre las dos fuerzas: su propio empuje lo impulsaba hacia arriba, el empuje de Vin lo impulsaba hacia abajo.

Vin lo oyó gruñir por el esfuerzo y empujó más. Sin embargo, estaba tan concentrada que apenas lo vio abrir la otra mano y empujar una moneda contra ella. Reaccionó para empujarla a su vez, pero por fortuna él falló y la moneda no la alcanzó por muy poco.

O tal vez no falló. De inmediato, la moneda cayó y le golpeó la espalda. Zane tiró de ella y la pieza de metal se clavó en la piel de Vin. La muchacha jadeó, y avivó peltre para impedir que la moneda la atravesara.

Zane no cedió. Vin apretó los dientes, pero él pesaba mucho más que ella. Se acercó a él en la noche, tratando con su empuje de mantenerlos a ambos separados, con la moneda clavada dolorosamente en su espalda.

Nunca te enzarces en una competición de empujes, Vin, le había advertido Kelsier. *No pesas lo suficiente: perderás siempre*.

Dejó de empujar la moneda que Zane tenía en la mano. Cayó al instante, arrastrada por el empujón de la que tenía en la espalda. Lo contrarrestó como pudo, dándose un poco de margen, y luego lanzó su última moneda al suelo.

Lo alcanzó en el último instante, y el empujón de Vin la rescató de estar entre Zane y su moneda.

La moneda de Zane golpeó a este en el pecho, y gimió: era obvio que había estado intentando conseguir que Vin chocara de nuevo con él. La muchacha sonrió y luego tiró de la moneda que Zane tenía en la mano.

Le doy lo que quiere, supongo.

Él se volvió justo a tiempo de ver cómo la golpeaba con ambos pies. Vin giró, sintiéndolo desmoronarse bajo ella. Se regocijó en la victoria, girando en el aire sobre la pasarela de la muralla. Entonces advirtió algo: varias débiles líneas azules que desaparecían en la distancia. Zane había alejado todas sus monedas.

Desesperada, Vin agarró una y tiró para recuperarla. Demasiado tarde. Emprendió una búsqueda frenética de la fuente de metal más cercana, pero todo era piedra y madera. Desorientada, golpeó la muralla y se revolvió en su capa de bruma hasta detenerse junto a la balaustrada.

Sacudió la cabeza y avivó estaño, despejando su visión con un destello de dolor y otros sentidos. Sin duda a Zane no le habría ido mejor. Debía de haber caído cuando...

Zane flotaba a unos cuantos metros de distancia. Había encontrado una moneda (Vin no se explicaba cómo) y la empujaba. Sin embargo, no salía disparado. Flotaba por encima de la muralla, a unos centímetros, todavía medio encogido por la patada de Vin.

Mientras ella lo observaba, Zane giró despacio en el aire, la mano extendida bajo él, como un hábil acróbatas. Había una expresión de intensa concentración en su rostro, y sus músculos (todos ellos, brazos, cara, pecho) estaban tensos. Se volvió en el aire hasta quedar frente a ella.

Vin lo contempló llena de asombro. Era posible empujar levemente una moneda, regulando la cantidad de fuerza con la que uno se impelía hacia atrás. Sin embargo, la dificultad era extraordinaria... tanto que incluso a Kelsier le costaba. Los nacidos de la bruma solían usar cortos estallidos. Cuando Vin caía, por ejemplo, se detenía lanzando una moneda y empujándola por un breve instante, pero con fuerza, para contrarrestar el impulso.

Nunca había visto un alomante con tanto control como Zane. Su habilidad para empujar levemente contra aquella moneda sería de poca utilidad en una pelea: requería demasiada concentración, por supuesto. No obstante, había elegancia en ello, una belleza de movimientos que implicaba algo que la propia Vin había sentido.

La alomancia no era solo cuestión de combates y muerte. Era cuestión de habilidad y gracia. Era algo hermoso.

Zane rotó hasta quedar derecho, adoptando una pose de caballero. Entonces saltó a la balaustrada y sus pies rozaron las piedras con suavidad. Miró a Vin, que todavía estaba en el suelo, con una expresión carente de desdén.

—Eres muy hábil —dijo—. Y bastante poderosa.

Era alto, impresionante. Como... Kelsier.

—¿Por qué viniste al palacio hoy? —preguntó, poniéndose en pie.

—Para ver cómo te trataban. Dime, Vin. ¿Qué tenemos los nacidos de la bruma que, a pesar de nuestros poderes, nos hace estar tan dispuestos a actuar como esclavos de los demás?

—¿Esclavos? —dijo Vin—. Yo no soy ninguna esclava.

Zane negó con la cabeza.

—Te utilizan, Vin.

—A veces es bueno ser útil.

—Esas palabras son fruto de la inseguridad.

Vin vaciló antes de mirarlo.

—¿De dónde sacaste esa moneda, al final? No había ninguna cerca.

Zane sonrió, abrió la boca y se sacó una moneda. La dejó caer al suelo con un tintineo. Vin abrió mucho los ojos. *Un alomante no puede usar el metal que esté dentro del cuerpo de otra persona... ¡Es un truco tan fácil! ¿Por qué no se me ocurrió? ¿Por qué no se le ocurrió a Kelsier?*

Zane sacudió la cabeza.

—No tenemos nada que ver con ellos, Vin. No pertenecemos a *su* mundo. Nuestro sitio está aquí, en las brumas.

—Mi sitio está con aquellos que me aman —respondió Vin.

—¿Que te aman? —preguntó Zane en voz baja—. Dime: ¿te comprenden, Vin? ¿Puede un hombre amar algo que no comprende?

La observó un momento. Como ella no respondía, asintió apenas con la cabeza y empujó la moneda que había dejado caer unos momentos antes, lanzándose de nuevo a las brumas.

Vin lo dejó ir. Sus palabras tenían más peso de lo que creía. *No pertenecemos a su mundo...* Zane no podía saber que ella había estado reflexionando sobre su situación, preguntándose si era una noble, una asesina u otra cosa.

Las palabras de Zane, entonces, significaban algo importante. Se consideraba un ser aparte. Un poco como ella misma. Era una debilidad, desde luego. Tal vez pudiera volverlo contra Straff... Su disposición a entrenar con ella, su disposición a revelarse, así lo daba a entender.

Inspiró una honda bocanada del frío aire de la bruma, con el corazón todavía latiendo veloz por el intercambio. Se sentía cansada, pero viva por haber combatido con alguien que podía ser mejor que ella. Allí mismo, en la muralla de una fortaleza abandonada, entre las brumas, decidió una cosa.

Tenía que seguir entrenando con Zane.

Si al menos la Profundidad no hubiera llegado cuando lo hizo, trayendo una amenaza que empujó a los hombres a la desesperación tanto en sus actos como en sus creencias...

18



—MÁTALO —ORDENÓ DIOS.

Zane flotaba entre las brumas, contemplando las puertas abiertas del balcón de Elend Venture. Las brumas giraban a su alrededor, impidiendo que el rey lo viera.

—Deberías matarlo —dijo de nuevo Dios.

En cierto modo, Zane odiaba a Elend, aunque nunca lo hubiese visto hasta ese día. Elend era todo lo que Zane tendría que haber sido: un privilegiado. Mimado. Favorecido. Era el enemigo de Zane, un obstáculo en el camino al poder, lo que impedía que Straff (y por tanto Zane) se apoderara del Dominio Central.

Pero también era el hermano de Zane.

Se dejó caer entre las brumas, aterrizando en silencio en el suelo, ante la fortaleza Venture. Tiró de sus anclajes para recogerlos con la mano, tres barras pequeñas que había estado empujando para poder sostenerse. Vin regresaría pronto y no quería estar cerca de la fortaleza cuando lo hiciera. Ella tenía una extraña habilidad para saber dónde se encontraba: sus sentidos eran mucho más agudos que los de ningún alomante que hubiera conocido o al que hubiera combatido. La había entrenado el mismísimo Superviviente, por supuesto.

Me hubiese gustado conocerlo, pensó Zane mientras cruzaba en silencio el patio. Era un hombre que comprendía el poder de ser un nacido de la bruma. Un hombre que no dejaba que los demás lo controlaran. Un hombre que hacía

lo que había que hacer, no importaba lo despiadado que pareciera. O eso se decía.

Zane se detuvo ante la muralla exterior de la fortaleza, bajo una almena. Se agachó, levantó una piedra y encontró el mensaje que había dejado su espía en el palacio de Elend. Lo recogió, volvió a colocar la piedra en su sitio, lanzó una moneda y se abalanzó a la noche.

ZANE NO SE ESCABULLÓ. Tampoco merodeó, ni se escondió, ni se acobardó. De hecho, ni siquiera le gustaba ocultarse.

Así que se acercó al campamento del ejército Venture con paso decidido. Le parecía que los nacidos de la bruma pasaban demasiado tiempo ocultándose. Cierto, el anonimato aportaba cierta libertad. Sin embargo, sabía por experiencia que los limitaba más que los liberaba. Permitía que fueran controlados y que la sociedad fingiera que no existían.

Zane se dirigió al puesto de guardia, donde había dos soldados sentados ante una gran hoguera. Sacudió la cabeza: eran poco menos que inútiles, cegados por la luz de las llamas. Los hombres normales temían las brumas y eso los hacía menos valiosos. No era arrogancia: era un hecho probado. Los alomantes eran más útiles, y por tanto más valiosos que los hombres normales. Por eso Zane tenía ojos de estarno vigilando la oscuridad también. Aquellos soldados normales eran más una formalidad que otra cosa.

—Mátalos —ordenó Dios mientras Zane se acercaba al puesto. Zane ignoró la voz, aunque cada vez le resultaba más difícil hacerlo.

—¡Alto! —dijo uno de los guardias, bajando una lanza—. ¿Quién va?

Zane empujó la lanza como si nada, doblando la punta hacia arriba.

—¿Quién va a ser? —replicó, acercándose a la luz.

—¡Lord Zane! —exclamó el otro soldado.

—Llamad al rey —ordenó Zane, dejando atrás el puesto de guardia—. Decidle que se reúna conmigo en la tienda de mando.

—Pero, mi señor, es tarde —dijo el guardia—. Su Majestad debe de estar ya...

Zane se volvió y dirigió al guardia una fría mirada. Las brumas se agitaban entre ellos. Ni siquiera tuvo que utilizar alomancia emocional con el soldado: el hombre se limitó a saludar y se perdió corriendo en la oscuridad para hacer lo que le ordenaba.

Zane cruzó el campamento. No llevaba ni uniforme ni capa de bruma, pero los soldados se detenían a saludarlo al pasar. Así era como tenía que ser. Lo conocían, sabían lo que era, sabían respetarlo.

Sin embargo, en parte reconocía que, de no haber mantenido Straff oculto a su hijo bastardo, Zane tal vez no hubiera llegado a ser la poderosa arma que era. Ese secreto había obligado a Zane a llevar una vida casi de privaciones mientras su hermanastro, Elend, disfrutaba de todos los privilegios. Pero Straff había podido mantener a Zane oculto la mayor parte de su vida. Incluso así, aunque los rumores sobre la existencia del nacido de la bruma de Straff iban en aumento, pocos se daban cuenta de que Zane era hijo de Straff.

Además, llevar una vida difícil había enseñado a Zane a sobrevivir por su cuenta. Se había vuelto duro y poderoso. Cosas que sospechaba que Elend no comprendería nunca. Por desgracia, un efecto secundario de su infancia era que, al parecer, lo había vuelto loco.

—Mátalo —susurró Dios mientras Zane pasaba ante otro guardia. La voz le hablaba cada vez que veía a una persona: era la silenciosa y constante compañera de Zane. Comprendía que estaba loco. No había sido muy difícil llegar a esa conclusión, en realidad. Las personas normales no oían voces. Zane sí.

Sin embargo, no consideraba que la locura fuese ninguna excusa para una conducta irracional. Algunos hombres eran ciegos, otros tenían poca paciencia. Y otros oían voces. Todo era lo mismo, en el fondo. Un hombre se definía no por sus defectos, sino por cómo los superaba.

Así que Zane ignoró la voz. Mataba cuando quería, no cuando la voz se lo ordenaba. En su opinión, era bastante afortunado. Otros locos veían visiones o no distinguían sus delirios de la realidad. Zane, al menos, podía controlarse.

En gran parte.

Empujó los cierres de metal de las puertas de lona de la tienda de mando. Las solapas volaron hacia atrás, abriéndose para él mientras los soldados apostados a cada lado saludaban. Zane entró.

—¡Mi señor! —dijo el oficial al mando.

—Mátalo —dijo Dios—. No es tan importante.

—Papel —ordenó Zane, acercándose a la gran mesa de la sala. El oficial se apresuró a obedecer y le trajo un fajo de papeles. Zane tiró de la punta de una pluma, haciéndola volar por la habitación hasta su mano. El oficial trajo la tinta.

—Estas son la concentración de tropas y las patrullas nocturnas —dijo Zane, anotando algunos números y diagramas en el papel—. Los he observado esa noche, mientras estaba en Luthadel.

—Muy bien, mi señor —dijo el soldado—. Agradecemos tu ayuda.

Zane se detuvo. Luego continuó escribiendo despacio.

—Soldado, no eres mi superior. Ni siquiera eres mi igual. No te estoy «ayudando». Estoy viendo las necesidades de mi ejército. ¿Comprendes?

—Desde luego que sí, mi señor.

—Bien —dijo Zane, terminó sus notas y entregó el papel al soldado—. Ahora márchate... o haré lo que me ha sugerido un amigo y te clavaré esta pluma en la garganta.

El soldado aceptó el papel y se marchó a toda prisa. Zane esperó, impaciente. Straff no llegó. Maldijo en voz baja. Al cabo, abrió de un empujón las solapas de la tienda y salió. La tienda de Straff era una brillante bengala roja en la noche, iluminada por numerosas lámparas. Zane pasó ante los guardias, que sabían que no debían molestarlo, y entró en la tienda del rey.

Straff estaba cenando, aunque era tarde. Era un hombre alto, de pelo castaño como sus dos hijos... los dos importantes, al menos. Tenía finas manos de noble, que usaba para comer con elegancia. No reaccionó cuando entró Zane.

—Llegas tarde —dijo Straff.

—Mátalo —dijo Dios.

Zane apretó los puños. Esta orden de la voz era la más difícil de ignorar.

—Sí. Llego tarde.

—¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó Straff.

Zane miró a los guardias.

—Deberíamos hacer esto en la tienda de mando.

Straff continuó tomando su sopa, sin moverse de su sitio, para demostrar que Zane no tenía poder ninguno para darle órdenes. Era frustrante, pero no inesperado. Zane había usado la misma táctica con el oficial del turno de noche unos momentos antes. Había aprendido del mejor.

Por último, con un suspiro, Zane tomó asiento. Apoyó los brazos sobre la mesa, haciendo girar ociosamente un cuchillo mientras su padre cenaba. Un criado se acercó para preguntarle si quería comer, pero él despidió al hombre.

—Mata a Straff —ordenó Dios—. Deberías estar en su lugar. Eres más fuerte que él. Eres más competente.

Pero no estoy tan cuerdo, pensó Zane.

—¿Bien? —preguntó Straff—. ¿Tienen el atium del lord Legislador o no?

—No estoy seguro.

—¿Confía en ti la chica?

—Está empezando a hacerlo —dijo Zane—. La vi usar atium, en aquella ocasión, combatiendo a los asesinos de Cett.

Straff asintió, pensativo. Era en efecto competente: gracias a él, el Dominio Septentrional había evitado el caos que imperaba en el resto del Imperio Final. Los skaa de Straff permanecían controlados, sus nobles estaban tranquilos. Cierto, se había visto obligado a ejecutar a mucha gente para demostrar que estaba al mando. Pero había hecho lo que tenía que hacer. Era un don en un hombre al que Zane respetaba más que a nadie.

Sobre todo, puesto que él mismo tenía problemas para desarrollarlo.

—¡Mátalo! —chilló Dios—. ¡Lo odias! Te mantuvo en la miseria obligándote a luchar por sobrevivir de niño.

Me hizo fuerte, pensó Zane.

—¡Entonces usa esa fuerza para matarlo!

Zane tomó de la mesa el cuchillo de trinchar. Straff levantó la cabeza y dio un leve respingo cuando Zane se cortó su propio brazo. Se hizo un largo tajo en el antebrazo del que manó sangre. El dolor le ayudó a resistir la voz.

Straff se lo quedó mirando un momento y luego indicó a un criado que le trajera a Zane una toalla para que no manchara la alfombra de sangre.

—Tienes que conseguir que ella vuelva a usar el atium —dijo Straff—. Elend tal vez haya podido reunir una o dos perlas. Solo sabremos la verdad si a ella se le acaban. —Hizo una pausa y volvió a prestar atención a su comida—. Lo cierto es que tienes que conseguir que te diga dónde está oculto el depósito, si es que lo tienen.

Zane permaneció sentado viendo la sangre manar del corte de su antebrazo.

—Es más capaz de lo que crees, padre.

Straff alzó una ceja.

—No me digas que crees esas historias, Zane. Las mentiras sobre ella y el lord Legislador.

—¿Cómo sabes que son mentiras?

—Por Elend —dijo Straff—. Ese muchacho es un necio: solo controla Luthadel porque todos los nobles con dos dedos de frente han huido de la ciudad. Si esa chica fuera lo bastante poderosa para derrotar al lord Legislador, dudo de veras que tu hermano pudiese haber ganado nunca su lealtad.

Zane volvió a cortarse el brazo. No lo hizo muy profundamente, para no causar ningún daño, y el dolor funcionó como solía hacerlo. Por fin Straff dejó de comer, disimulando una expresión de incomodidad. Una pequeña y retorcida parte de Zane se regocijó al ver esa expresión en los ojos de su padre. Tal vez fuera un efecto secundario de su locura.

—Bueno, ¿te reuniste con Elend?

Zane asintió. Se volvió hacia una criada.

—Té —dijo, agitando el brazo ilesa—. Elend se sorprendió. Quería reunirse contigo, pero es evidente que no le gustó la idea de venir a tu campamento. Dudo que lo haga.

—Tal vez —dijo Straff—. Pero no subestimes la estupidez del muchacho. Sea como sea, tal vez ahora comprenda cómo se desarrollará nuestra relación.

Tantas poses, pensó Zane. Al enviar ese mensaje, Straff tomaba una posición: no recibiría órdenes de Elend, ni sería molestado siquiera por él.

Pero verte obligado a plantar un asedio te molestó, pensó Zane con una sonrisa. Lo que a Straff le hubiera gustado era atacar de frente, tomar la ciudad sin parlamentos ni negociaciones. La llegada del segundo ejército lo había impedido. Si atacaba, Straff sería derrotado por Cett.

Eso significaba esperar, esperar asediando, hasta que Elend viera la luz y se uniera a su padre por voluntad propia. Pero esperar era algo que no le gustaba a Straff. A Zane no le importaba mucho. Tendría más tiempo para entrenarse con la chica. Sonrió.

Cuando llegó el té, Zane cerró los ojos y quemó estaño para amplificar sus sentidos. Sus heridas ardieron cobrando vida, sus dolores pequeños se volvieron grandes, obligándolo a estar atento.

Había algo que no le había dicho a Straff. *Ella empieza a confiar en mí*, pensó. *Y hay algo más. Es como yo. Tal vez... podría comprenderme. Tal vez podría salvarme.*

Suspiró, abrió los ojos y utilizó la toalla para limpiarse el brazo. Su locura lo asustaba a veces. Pero parecía más débil cerca de Vin. Eso era todo lo que tenía para continuar, de momento. Aceptó la taza que le ofrecía la criada (trenza larga, pecho firme, rasgos atractivos) y dio un sorbo al té aromatizado con canela.

Straff alzó su propia taza y luego vaciló y la olfateó con delicadeza. Miró a Zane.

—¿Té envenenado, Zane?

Zane no dijo nada.

—Y con veneno de abedul, además —advirtió Straff—. Es un movimiento deprimentemente poco original por tu parte.

Zane siguió sin decir nada.

Straff hizo un gesto cortante. La muchacha alzó la cabeza aterrorizada mientras uno de los guardias de Straff se le acercaba. Miró a Zane, esperando algún tipo de ayuda, pero este desvió la mirada. Profirió un chillido patético mientras el guardia se la llevaba para ejecutarla.

Quiso tener la oportunidad de matarlo, pensó Zane. Le advertí que lo más probable era que no diese ningún resultado.

Straff tan solo sacudió la cabeza. Aunque no era un nacido de la bruma, el rey era un ojo de estaño. Con todo, incluso para alguien tan hábil, olfatear veneno de abedul en la canela era una hazaña impresionante.

—Zane, Zane... —dijo Straff—. ¿Qué harías si de verdad consiguieras matarme?

Si de verdad quisiera matarte, usaría ese cuchillo, no veneno, pensó Zane. Pero dejó que Straff pensara lo que quisiera. El rey esperaba que hubiese intentos de asesinato. Así que Zane se los proporcionaba.

Straff alzó algo: una pequeña perla de atium.

—Iba a darte esto, Zane. Pero veo que habrá que esperar. Debes superar esos estúpidos atentados contra mi vida. Si alguna vez te sonriera el éxito, ¿dónde conseguirías tu atium?

Straff, ni que decir tiene, no lo comprendía. Pensaba que el atium era como una droga y que los nacidos de la bruma ansiaban utilizarla. Por tanto, creía que podía controlar a Zane con él. Zane dejaba que el hombre continuara en su error, sin explicarle que tenía su propia reserva personal de metal.

Eso, sin embargo, le hizo enfrentarse a la verdadera cuestión que dominaba su vida. Los susurros de Dios regresaban porque el dolor remitía. Y, de todas las personas sobre las que le susurraba la voz, Straff Venture era la que más merecía la muerte.

—¿Por qué? —preguntó Dios—. ¿Por qué no quieres matarlo?

Zane se miró los pies. *Porque es mi padre*, pensó, admitiendo por fin su debilidad. Otros hombres hacían lo que tenían que hacer. Eran más fuertes que él.

—Estás loco, Zane —dijo Straff.

Zane alzó la cabeza.

—¿Crees de verdad que podrías conquistar el imperio tú solo, si consiguieras matarme? Considerando tu... particular enfermedad, ¿crees que

podrías gobernar una sola ciudad?

Zane apartó la mirada.

—No.

Straff asintió.

—Me alegra de que ambos lo comprendamos.

—Deberías atacar —dijo Zane—. Podremos encontrar el atium cuando controlemos Luthadel.

Straff sonrió y tomó un sorbo de té. El té *envenenado*.

A su pesar, Zane dio un respingo y se enderezó en su asiento.

—No presumas de saber lo que estoy planeando, Zane. No comprendes *ni la mitad* de lo que crees saber.

Zane no dijo nada mientras veía a su padre apurar el té.

—¿Qué hay de tu espía? —preguntó Straff.

Zane dejó la nota sobre la mesa.

—Le preocupa que puedan sospechar de él. No ha encontrado ninguna información acerca del atium.

Straff asintió, soltando la taza vacía.

—Regresarás a la ciudad y continuarás haciéndote amigo de la muchacha.

Zane asintió despacio con la cabeza. Luego se dio media vuelta y salió de la tienda.

A STRAFF LE PARECIÓ QUE podía sentir ya el veneno de abedul correrle por las venas, haciéndole temblar. Se obligó a permanecer bajo control. A esperar unos momentos.

Cuando estuvo seguro de que Zane estaba ya lejos, llamó a un guardia.

—¡Tráeme a Amaranta! —ordenó—. ¡Rápido!

El soldado corrió a cumplir la orden de su señor. Straff permaneció sentado, impertérrito, mientras la tienda se agitaba con la brisa de la noche y la bruma flotaba hasta el suelo tras entrar por la solapa abierta. Quemó estaño, amplificando sus sentidos. Sí... podía sentir el veneno en su interior. Matando sus nervios. Sin embargo, tenía tiempo. Una hora, quizás, y por eso se relajó.

Para ser un hombre que manifestaba no querer matar a Straff, Zane desde luego invertía excesivos esfuerzos intentándolo. Por fortuna, Straff tenía una herramienta que ni siquiera Zane conocía, una herramienta en forma de mujer. Straff sonrió mientras sus oídos amplificados por el estaño escuchaban los suaves pasos acercándose en la noche.

Los soldados condujeron a Amaranta al interior de la tienda. Straff no había traído a todas sus amantes consigo, solo a las diez o quince favoritas. No obstante, mezcladas con aquellas con las que se acostaba en la actualidad, había algunas mujeres que mantenía por su efectividad y no por su belleza. Amaranta era un buen ejemplo. Había sido bastante atractiva una década antes, pero tenía ya casi treinta años. Sus pechos habían empezado a aflojarse tras haber dado a luz, y cada vez que Straff la miraba advertía las arrugas que empezaban a aparecer en su frente y alrededor de sus ojos. Se deshacía de la mayoría de las mujeres antes de que alcanzaran su edad.

Esta, sin embargo, tenía habilidades que resultaban útiles. Si Zane se enteraba de que Straff la había mandado llamar esa noche, supondría que su padre solo quería acostarse con ella. Se equivocaría.

—Mi señor —dijo Amaranta, arrodillándose. Empezó a desnudarse.

Bueno, al menos es optimista, pensó Straff. Habría pensado que después de cuatro años sin que la llamara a su cama, lo comprendería. ¿No se dan cuenta las mujeres de cuándo son demasiado viejas para ser atractivas?

—Déjate la ropa puesta, mujer —replicó.

La expresión de Amaranta se ensombreció y se colocó las manos en el regazo, dejándose el vestido a medio quitar, con un pecho al descubierto, como si intentara tentarlo con su ajada desnudez.

—Necesito tu antídoto. Rápido.

—¿Cuál, mi señor? —preguntó ella. No era la única herborista que tenía Straff; aprendía aromas y sabores de cuatro personas distintas. Amaranta, sin embargo, era la mejor de todas.

—Veneno de abedul. Y... tal vez algo más. No estoy seguro.

—¿Otro veneno general entonces, mi señor? —preguntó Amaranta.

Straff asintió, cortante. Amaranta se levantó para acercarse a su mueblecito de los venenos. Encendió un hornillo y puso a hervir una olla de agua mientras mezclaba con movimientos rápidos polvos, hierbas y líquidos. El mejunje era su especialidad particular, una mezcla de todos los antídotos básicos, remedios y reactivos de su repertorio. Straff sospechaba que Zane había utilizado el veneno de abedul para ocultar algo más. De cualquier manera, fuera lo que fuese, el mejunje de Amaranta se encargaría de él, o al menos lo identificaría.

Straff esperó sentado incómodamente mientras Amaranta trabajaba, todavía semidesnuda. El mejunje tenía que ser preparado de nuevo cada vez, pero merecía la pena la espera. Al cabo de un rato le ofreció un tazón

humeante. Straff bebió, obligándose a tragarse el líquido a pesar del sabor amargo. Empezó a sentirse mejor de inmediato.

Suspiró (otra trampa evitada) mientras bebía el resto del tazón para asegurarse. Amaranta volvió a arrodillarse, expectante.

—Vete —ordenó Straff.

La mujer asintió en silencio. Volvió a meter el brazo por la manga del vestido y se marchó de la tienda.

Straff permaneció pensativo, con el tazón vacío enfriándose en su mano. Sabía que llevaba ventaja. Mientras pareciera fuerte ante Zane, el nacido de la bruma continuaría haciendo lo que se le ordenaba.

Con suerte.

Si al menos hubiera ignorado a Alendi cuando estaba buscando un ayudante, hace tantos años...

19



SAZED SOLTÓ SU ÚLTIMA MENTEACERO. La alzó, y el brazalete de metal resplandeció al sol rojo. A otro hombre podía parecerle valioso. Para Sazed ya no era más que un cascarón vacío, un simple brazalete de acero. Podía rellenarlo si quería, pero no consideró que mereciera la pena cargar con su peso.

Con un suspiro, soltó el brazalete, que cayó con un tintineo y levantó una nube de ceniza del suelo. Cinco meses de almacenamiento, de pasar un día de cada cinco sin velocidad, como nadando en melaza. *Y ya se ha agotado todo.*

La pérdida, sin embargo, había sido para algo valioso. En solo seis días de viaje, usando menteaceros de vez en cuando, había recorrido el equivalente a seis semanas de viaje a pie. Según su mentecobre cartográfica, Luthadel estaba ahora a poco más de una semana de distancia. Sazed consideraba que había sido una buena inversión. Tal vez hubiese reaccionado de manera exagerada a los cadáveres que había encontrado en la pequeña aldea del sur. Tal vez no hubiera necesidad de apresurarse. Pero si se había creado la menteacero era para utilizarla.

Se echó la mochila al hombro, mucho más ligera que antes. Aunque muchas de sus mentes de metal eran pequeñas, en conjunto resultaban pesadas. Había decidido descartar las de menos valor o las más vacías mientras corría. Igual que el brazalete de acero, que dejó en la ceniza.

Estaba en el Dominio Central, sin duda. Había pasado Faleast y Tyrian, dos de los montes de ceniza del norte. Todavía se atisbaba Tyrian al sur: un pico alto y solitario con una cima recortada y ennegrecida. El terreno se había

vuelto llano y los árboles ya no eran pinos marrones sino blancos álamos, comunes alrededor de Luthadel. Los álamos parecían huesos que crecían del suelo negro, torciéndose, con la corteza blanca cenicienta marcada y retorcida. Eran...

Sazed se detuvo. Estaba cerca del canal central, una de las principales vías de acceso a Luthadel. No había barcos en ese momento; los viajeros eran raros en aquellos días, todavía más que durante el Imperio Final, pues los bandidos eran mucho más abundantes. Sazed había dejado atrás a varios grupos durante su apresurada carrera hacia Luthadel.

No, los viajeros solitarios eran raros. Los ejércitos eran mucho más comunes y, a juzgar por las varias docenas de columnas de humo que veía ante sí, se había topado con uno. Se encontraba directamente entre Luthadel y él. Reflexionó un momento mientras los copos de ceniza empezaban a caer suavemente a su alrededor. Era mediodía; si aquel ejército tenía exploradores, Sazed tendría problemas para sortearlo. Además, sus menteaceros estaban vacías. No podría huir corriendo.

Y, sin embargo, un ejército a una semana de Luthadel... ¿De quién era y qué amenaza suponía? Su curiosidad, la curiosidad del erudito, le instaba a buscar un punto de observación para estudiar las tropas. Vin y los demás podrían utilizar toda la información que recopilara.

Tomada la decisión, Sazed localizó una colina con un puñado de álamos. Dejó la mochila al pie de uno, sacó una mentehierro y empezó a llenarla. Experimentó la familiar sensación de mengua de peso y trepó fácilmente al fino árbol: su cuerpo era tan liviano que no necesitaba mucha fuerza para auparse.

En la punta del árbol, Sazed decantó su mentestaño. Los bordes de su campo visual se nublaron, como siempre, pero con la visión aumentada pudo distinguir detalles del gran grupo.

Tenía razón: era un ejército. Pero no de hombres.

—Por los Dioses Olvidados... —susurró Sazed, tan sorprendido que casi perdió el equilibrio. El ejército estaba organizado de la manera más simple y primitiva. No había tiendas, ni vehículos, ni caballos. Solo cientos de grandes hogueras para cocinar, cada una rodeada de figuras.

Y esas figuras eran de color azul. Variaban en tamaño: algunas apenas medían un metro treinta, otras eran gigantescas masas de tres metros o más. Pero pertenecían a la misma especie, Sazed lo sabía. Eran koloss. Las criaturas, similares a los hombres en lo básico, nunca dejaban de crecer. Continuaban

haciéndose más grandes a medida que envejecían, creciendo hasta que su corazón ya no podía soportarlo: morían debido al exagerado crecimiento de su cuerpo.

Antes de morir, sin embargo, se hacían muy grandes. Y muy peligrosos.

Sazed se bajó del árbol, haciendo su cuerpo lo suficientemente liviano para caer al suelo con suavidad. Buscó rápidamente en sus mentecobres. Cuando encontró la que quería, se la colocó en el antebrazo izquierdo y volvió a subir al árbol.

Buscó un índice. En alguna parte había tomado notas de un libro sobre los koloss... Lo había estudiado intentando decidir si las criaturas tenían alguna religión. Había hecho que alguien le repitiera las notas, para poder almacenarlas en la mentecobre. Había memorizado también el libro, por supuesto, pero pasar tanta información en su mente hubiese deteriorado...

Aquí están, pensó, recuperando las notas. Las decantó de la mentecobre, llenando su mente de conocimiento.

La mayoría de los cuerpos koloss cedían antes de cumplir los veinte años de edad. Las criaturas más «ancianas» solían medir seis metros y eran fuertes y rechonchas. Sin embargo, pocos koloss vivían tanto, y no solo porque les fallara el corazón. Su sociedad, si podía llamarse así, era extremadamente violenta.

Más emocionado de pronto que aprensivo, Sazed decantó de nuevo estaño para poder ver, buscando entre los miles de humanoides azules, tratando de encontrar pruebas visuales de lo que había leído. No fue difícil detectar peleas. Los encontronazos alrededor de las hogueras eran habituales y, lo más interesante, siempre se producían entre koloss de casi el mismo tamaño. Sazed amplió su visión aún más, agarrándose con fuerza al árbol para vencer la náusea, y echó su primer buen vistazo a un koloss.

Era una criatura de las pequeñas, quizá de metro ochenta. Tenía forma de hombre, con dos brazos y dos piernas, aunque su cuello era difícil de distinguir. Era completamente calva. El rasgo más extraño, de todas formas, era su piel azul, que colgaba en pliegues. La criatura parecía un hombre gordo al que hubieran quitado toda la grasa sin tensarle luego la piel.

Y esa piel no parecía demasiado... sujetada. Caía bajo los ojos rojos e inyectados en sangre de la criatura, revelando los músculos faciales. Lo mismo sucedía alrededor de la boca: la piel caía unos centímetros por debajo de la barbilla, dejándole los dientes inferiores y la mandíbula completamente al descubierto.

Era una visión repulsiva, sobre todo para un hombre que ya estaba mareado. Las orejas de la criatura colgaban, doblándose junto a la línea de su mandíbula. Su nariz era informe y suelta, sin cartílago que la sujetara. La piel le colgaba en bolsas en los brazos y las piernas, y su única ropa era un burdo taparrabos.

Sazed se volvió y escogió para estudiar a una criatura mayor, de unos dos metros y medio. La piel de aquella bestia no estaba tan suelta, pero seguía sobrándole. Tenía la nariz torcida en un ángulo extraño, aplanada contra el rostro, en una cabeza alargada que se apoyaba en un grueso cuello. La criatura se volvió para enseñar los dientes a un compañero, y una vez más la piel alrededor de su boca pareció no encajar del todo: los labios no se cerraban por completo, y los agujeros alrededor de los ojos eran demasiado grandes, así que revelaban los músculos de debajo.

Como... una persona que llevara una máscara de piel, pensó Sazed, tratando de dominar su repulsión. *Así que... ¿el cuerpo continúa creciendo, pero la piel no?*

Su idea quedó confirmada cuando una bestia koloss enorme de tres metros de altura se acercó al grupo. Las criaturas más pequeñas se dispersaron y el recién llegado se acercó a la hoguera, donde estaban asando varios caballos.

La piel de la criatura más grande estaba tan tensa que empezaba a rasgarse. La piel azul sin pelo se había roto alrededor de los ojos, en las comisuras de la boca y alrededor de los enormes músculos del pecho. Sazed vio hilillos de sangre roja manando de las costillas. Incluso donde la piel no estaba rasgada estaba tensa: la nariz y las orejas eran tan planas que casi no se distinguían de la carne que las rodeaba.

De repente, el estudio a Sazed ya no le pareció tan académico. Los koloss habían llegado al Dominio Central. Criaturas tan violentas e incontrolables que el lord Legislador se había visto obligado a apartarlas de la civilización. Sazed apagó su mentestaño, agradeciendo el regreso a la visión normal. Tenía que llegar a Luthadel y avisar a los demás. Si ellos...

Se detuvo. Un problema de ampliar la visión era que perdía temporalmente la capacidad de ver de cerca, así que no resultaba extraño que no hubiera advertido la patrulla que rodeaba su grupo de álamos.

¡Por los Dioses Olvidados! Se agarró con fuerza al árbol, pensando rápidamente. Varios koloss se acercaban al bosquecillo. Si bajaba al suelo, sería demasiado lento para escapar. Como siempre, llevaba una mentepeltre: podría

volverse fácilmente tan fuerte como diez hombres, y un buen rato. Tal vez pudiera luchar...

Sin embargo, los koloss llevaban espadas de burdo aspecto, pero enormes. Las notas de Sazed, su memoria, todos sus archivos estuvieron de acuerdo: los koloss eran guerreros muy peligrosos. Tan fuerte como diez hombres o no, Sazed no tendría la habilidad necesaria para derrotarlos.

—Baja —llamó una voz grave y pastosa desde abajo—. Baja ahora mismo.

Sazed vio a un gran koloss, la piel apenas empezando a estirarse, al pie del árbol. Sacudió el álamo.

—Baja ahora —repitió la criatura.

Los labios no le funcionan muy bien, pensó Sazed. *Suena como un hombre que intentara hablar sin mover los labios*. No le sorprendió que la criatura pudiera hablar: sus notas mencionaban ese hecho. Sin embargo, sí que le sorprendió lo tranquila que parecía la voz.

Podría echar a correr, pensó. Podía quedarse en las copas de los árboles, tal vez cruzar la distancia entre los bosquecillos de álamos soltando sus mentes de metal y tratando de dejarse impulsar por el viento. Pero sería muy difícil... y muy incierto.

Y tendría que abandonar sus mentecobres, mil años de historia.

Así que, con la mentepeltre lista por si necesitaba fuerza, Sazed bajó del árbol. El jefe koloss (Sazed suponía que lo era) lo vio bajar al suelo, mirándolo con sus ojos rojos. La criatura no parpadeó. Sazed se preguntó si podía hacerlo, dado lo tensa que tenía la piel.

Sazed cayó al suelo junto al árbol y echó mano a su mochila.

—No —replicó el koloss, agarrándola con un gesto inhumanamente rápido. La lanzó a otro koloss.

—La necesito —dijo Sazed—. Seré mucho más cooperativo si...

—*¡Silencio!* —aulló el koloss, con una ira tan repentina que Sazed dio un paso atrás. Los terrisanos eran altos, sobre todo los eunucos, y le resultaba muy desconcertante verse superado por esa criatura bestial de más de dos metros y medio, con la piel de un azul negruzco y los ojos del color del sol al atardecer. Se cernía sobre Sazed, y este no pudo evitar un escalofrío a su pesar.

Al parecer, esa era la reacción adecuada, pues el jefe koloss asintió y se dio la vuelta.

—Vamos —dijo, echando a andar por el bosquecillo de álamos. Los otros koloss, unos siete, lo siguieron.

Sazed no quiso averiguar qué sucedería si desobedecía. Eligió a un dios (Duis, de quien se decía que cuidaba de los viajeros cansados) y rezó una rápida y silenciosa plegaria. Luego se apresuró para seguir a la camada de koloss de regreso al campamento.

Al menos no me han matado nada más verme, pensó Sazed. Casi lo esperaba, teniendo en cuenta lo que había leído. Naturalmente, ni siquiera los autores de los libros sabían gran cosa. Los koloss llevaban siglos separados de la humanidad; el lord Legislador solo recurría a ellos en tiempos de gran necesidad bélica, para aplastar revueltas o conquistar nuevas sociedades descubiertas en las islas interiores. En esos momentos, los koloss habían causado una absoluta destrucción, una masacre... o eso decían las historias.

¿Podría haber sido todo propaganda?, se preguntó Sazed. *Tal vez los koloss no son tan violentos como pensábamos.*

Uno de los koloss que iba a su lado aulló, súbitamente airado. Sazed se dio media vuelta cuando la criatura saltaba hacia uno de sus compañeros. Sin empuñar la espada de su espalda, golpeó la cabeza del otro con un puño enorme. Los demás se detuvieron a ver la pelea, pero ninguno parecía alarmado.

Sazed vio con creciente horror cómo el agresor golpeaba una y otra vez a su compañero, que trató de protegerse, sacó una daga y consiguió descargar un tajo en el brazo del agresor. Cortó la piel azul y manó brillante sangre roja, pero el agresor rodeó con sus manos la gruesa cabeza de su contrario y se la retorció.

Se oyó un chasquido. El agredido dejó de moverse. El agresor recogió la espada de la espalda de su víctima y la colocó junto a la suya. Luego se hizo con una bolsita atada junto a la espada. Después se incorporó, ignorando la herida de su brazo, y el grupo echó a andar de nuevo.

—¿Por qué? —preguntó Sazed, sorprendido—. ¿Por qué has hecho eso?

El koloss herido se volvió.

—Lo odiaba —dijo.

—¡Muévete! —le gritó a Sazed el koloss jefe.

Sazed se obligó a concentrarse en el camino. Dejaron el cadáver tirado. *Las bolsas*, pensó, tratando de encontrar algo en lo que centrarse aparte de la brutalidad. *Todos llevan esas bolsas*. Los koloss las llevaban atadas a la espada. No llevaban las armas envainadas: simplemente colgaban a sus espaldas por medio de tiras de cuero. Y atadas a las tiras llevaban las bolsas: a veces solo una, aunque las criaturas más grandes de cada grupo tenían varias.

Parecen bolsas para monedas, pensó Sazed. Pero los koloss no tienen economía. Tal vez guardan en ellas sus efectos personales. Pero ¿qué valorarán unas bestias como estas?

Entraron en el campamento. No parecía haber centinelas en el perímetro, pero, claro, ¿para qué los guardias? Sería muy difícil para un humano infiltrarse en el campamento.

Un grupo de koloss más pequeños, los de metro y medio, llegaron corriendo en cuanto vieron al grupo. El asesino lanzó su espada sobrante a uno de ellos y luego señaló a la distancia. Se quedó con la bolsa, y los pequeños echaron a correr siguiendo el camino hacia donde estaba el cadáver.

¿Para enterrarlo?, se preguntó Sazed.

Caminó incómodo detrás de sus captores mientras se internaban en el campamento. Se asaban bestias de todo tipo en las hogueras, aunque a Sazed no le pareció que ninguna de ellas fuera humana. Además, el terreno circundante había sido despojado de todo tipo de plantas, como si hubiera sido rastrillado por un grupo de cabras particularmente agresivas.

Y, según su mentecobre, eso no andaba muy lejos de la verdad. Al parecer, los koloss podían subsistir prácticamente con cualquier cosa. Preferían la carne, pero comían todo tipo de plantas, incluso hierba, llegando a arrancarla de raíz para comerla. Según algunos informes comían tierra y ceniza, aunque a Sazed le costaba un poco de trabajo creerlo.

Continuó caminando. El campamento olía a humo, suciedad y un extraño almizcle que, supuso, era el olor corporal de los koloss. Algunas de las criaturas se volvieron a mirarlo con sus ojos rojos al verlo pasar.

Parece que solo tienen dos emociones, pensó, apartándose de un salto cuando un koloss que estaba al lado de una hoguera soltó de pronto un grito y atacó a un compañero. O son indiferentes, o están furiosos.

¿Qué haría falta para provocarlos a todos a la vez? Y... ¿qué tipo de desastre causarían si eso sucediera? Sazed se retractó con nerviosismo de sus anteriores pensamientos. No, los koloss no habían sido vilipendiados. Las historias que había oído, historias de koloss campando salvajes por el Dominio Lejano, causando destrucción y muerte, eran obviamente ciertas.

Pero algo mantenía a ese grupo marginalmente contenido. El lord Legislador había podido controlar a los koloss, aunque ningún libro explicaba cómo. La mayoría de los autores simplemente aceptaban esta habilidad como parte de lo que había convertido en Dios al lord Legislador. El hombre era inmortal: comparado con eso, los demás poderes parecían mundanos.

Su inmortalidad, sin embargo, era un truco, pensó Sazed. Simplemente una astuta combinación de feruquimia y poderes alománticos. El lord Legislador era solo un hombre normal, aunque tuviera una inusitada combinación de habilidades y oportunidades.

Pero, entonces, ¿cómo había controlado a los koloss? *Había algo diferente en el lord Legislador. Algo más que sus poderes. Hizo algo en el Pozo de la Ascensión, algo que cambió para siempre al mundo. Tal vez su habilidad para controlar a los koloss procedía de ahí.*

Los captores de Sazed ignoraron las peleas ocasionales alrededor de las hogueras. No parecía que hubiera ninguna hembra en el campamento... o si las había eran indistinguibles de los machos. No obstante, Sazed advirtió un cadáver koloss olvidado cerca de una fogata. Lo habían desollado, liberando la piel azul.

¿Cómo puede existir una sociedad así?, pensó horrorizado. Sus libros decían que los koloss se reproducían y envejecían rápidamente; una situación afortunada para ellos, considerando el número de muertes que ya había visto. Incluso así, le parecía que los de aquella especie se mataban demasiado entre ellos para no extinguirse.

Y, sin embargo, no se extinguían. Desgraciadamente. Lo que en él había de guardador creía con firmeza que nada debía perderse, que toda sociedad merecía la pena ser recordada. No obstante, la brutalidad del campamento koloss... las criaturas heridas que permanecían sentadas, ignorando los tajos en su piel, los cadáveres despelejados por el camino, los súbitos estallidos de furia y los subsiguientes asesinatos... todo aquello ponía a prueba su fe.

Sus captores lo condujeron a una pequeña hondonada en el terreno, y Sazed vaciló al ver algo inesperado.

Una tienda.

—Ve —dijo el koloss jefe, señalándola.

Sazed frunció el ceño. Había varias docenas de humanos ante la tienda, armados con lanzas, vestidos como los guardias imperiales. La tienda era grande, y tras ella había una fila de carros.

—¡Ve! —gritó el koloss.

Sazed hizo lo que le decían. Con indiferencia, uno de los koloss lanzó la mochila de Sazed a los guardias humanos. Las mentes de metal que contenía tintinearon cuando chocó contra el suelo ceniciente y Sazed dio un respingo. Los soldados observaron con cautela a los koloss marcharse y luego uno recogió la mochila. Otro apuntó con su lanza a Sazed, que levantó los brazos.

—Soy Sazed, un guardador de Terris, antiguo mayordomo, ahora maestro. No soy vuestro enemigo.

—Sí, bueno —dijo el guardia, todavía observando a los koloss que se retiraban—. De todas formas, vas a tener que venir conmigo.

—¿Puedo recuperar mis pertenencias?

En la hondonada no parecía haber koloss. Al parecer, los soldados humanos querían mantener las distancias.

El primer guardia se volvió hacia su compañero, que estaba registrando la mochila de Sazed. El segundo guardia alzó la cabeza y se encogió de hombros.

—No lleva armas. Algunos brazaletes y anillos, tal vez valgan algo.

—No son de metales preciosos —dijo Sazed—. Son las herramientas propias del guardador, y son de poco valor para nadie excepto para mí.

El segundo guardia se encogió de hombros y le entregó la mochila al primero. Ambos tenían los rasgos propios del Dominio Central: pelo negro, piel clara, la constitución y la altura de aquellos que habían recibido de niños la nutrición adecuada. El primer guardia era el mayor de los dos, y estaba obviamente al mando. Tomó la bolsa de manos de su compañero.

—Bueno, veremos qué dice Su Majestad.

Ah, pensó Sazed.

—Hablemos entonces con él.

El guardia se volvió, apartó la puerta de la tienda y le indicó a Sazed que entrara. Sazed se encontró en un espacio funcional, apenas amueblado. La cámara principal era grande, y en ella había varios guardias más. Sazed había visto un par de docenas hasta el momento.

El primer guardia avanzó y asomó la cabeza a la habitación del fondo. Unos momentos más tarde, indicó a Sazed que avanzara y abrió la puerta.

Sazed entró en la segunda cámara. El hombre que había dentro vestía los pantalones y la chaqueta de un noble de Luthadel. Se estaba quedando calvo a pesar de su juventud y le quedaban apenas unos cuantos mechones dispersos. Se levantó, dándose un golpe en la pierna con una mano nerviosa, y dio un leve respingo cuando Sazed entró.

Sazed lo reconoció.

—Jastes Lekal.

—Rey Lekal —replicó Jastes—. ¿Te conozco, terrisano?

—No nos hemos visto antes, Majestad, pero he tenido algunos tratos con un amigo tuyo, creo. El rey Elend Venture, de Luthadel.

Jastes asintió, ausente.

—Mis hombres dicen que te trajeron los koloss. ¿Te encontraron husmeando alrededor del campamento?

—Sí, Majestad —respondió Sazed con precaución, observando cómo Jastes empezaba a caminar de un lado a otro. *Este hombre no es mucho más estable que el ejército que aparentemente lidera*, pensó con inquietud—. ¿Cómo has persuadido a esas criaturas para que te sirvan?

—Eres un prisionero, terrisano —replicó Jastes—. Nada de preguntas. ¿Te ha enviado Elend a espiarme?

—No me envía nadie —respondió Sazed—. Da la casualidad de que estabas en mi camino, Majestad. No pretendía causar ningún daño con mis observaciones.

Jastes se detuvo y miró a Sazed antes de volver a caminar.

—Bueno, no importa. Llevo algún tiempo sin un mayordomo adecuado. Me servirás ahora.

—Te pido disculpas, Majestad —dijo Sazed, haciendo una leve reverencia—. Pero eso no será posible.

Jastes frunció el ceño.

—Eres mayordomo... se nota por la ropa. ¿Tan gran amo es Elend que me rechazas?

—Elend Venture no es mi amo, Majestad —dijo Sazed, mirando al joven rey a los ojos—. Ahora que somos libres, ningún terrisano llama amo a ningún hombre. No puedo ser tu criado, pues no puedo ser criado de nadie. Hazme prisionero, siquieres. Pero no te serviré. Te pido disculpas.

Jastes volvió a detenerse. Sin embargo, en vez de enfadarse, parecía... cohibido.

—Comprendo.

—Majestad —dijo Sazed tranquilamente—. Soy consciente de que me has pedido que no haga ninguna pregunta, así que en cambio haré observaciones. Parece que te has situado en una posición muy precaria. No sé cómo controlas a esos koloss, pero no puedo dejar de pensar que tu presa es débil. Corres peligro, y pareces decidido a compartir ese peligro con otros.

Jastes se ruborizó.

—Tus «observaciones» son equivocadas, terrisano. Yo controlo este ejército. Me obedecen por completo. ¿Cuántos otros nobles has visto reunir ejércitos de koloss? Ninguno: solo yo he tenido éxito.

—No parecen muy controlados, Majestad.

—¿No? —preguntó Jastes—. ¿Te hicieron pedazos cuando te encontraron? ¿Te golpearon hasta matarte por diversión? ¿Te atravesaron con un palo y te asaron en una de sus hogueras? No. No hacen esas cosas porque *yo* les he ordenado lo contrario. Puede que no te parezca mucho, terrisano, pero, créeme... es un signo de gran contención y obediencia para un koloss.

—La civilización no es ningún gran logro, Majestad.

—¡No me pongas a prueba, terrisano! —exclamó Jastes, pasándose una mano por los restos de su pelo—. Estamos hablando de koloss... No podemos esperar mucho de ellos.

—¿Y los conduces a Luthadel? —preguntó Sazed—. Incluso el lord Legislador temía a esas criaturas, Majestad. Las mantenía alejadas de las ciudades. ¡Las llevas a la zona más poblada de todo el Imperio Final!

—No lo comprendes —dijo Jastes—. Intenté hacer gestos de paz, pero nadie te escucha a menos que tengas dinero o un ejército. Bueno, ya tengo una cosa, y pronto tendrá la otra. Sé que Elend está sentado encima de una fortuna en atium... y yo iré a... firmar una alianza con él.

—¿Una alianza cuando tomes el control de la ciudad?

—¡Bah! —Jastes agitó una mano—. Elend no controla Luthadel. Es solo un sustituto a la espera de que llegue alguien más poderoso. Es un buen hombre, pero un idealista inocente. Va a perder su trono ante un ejército u otro, y yo le daré un trato mejor que Cett o Straff, eso es seguro.

—Cett? —Straff? —En qué lío se ha metido el joven Venture? Sazed sacudió la cabeza.

—No sé por qué, dudo que en un «trato mejor» quepan los koloss, Majestad.

Jastes frunció el ceño.

—Eres un bocazas, terrisano. Eres un signo, todo tu pueblo es un signo de lo que ha salido mal en el mundo. Yo antes respetaba a la gente de Terris. No es ninguna deshonra ser un buen criado.

—A menudo tampoco es un gran orgullo —dijo Sazed—. Pero pido disculpas por mi actitud, Majestad. No es una manifestación de independencia terrisana. Siempre he sido libre de hacer comentarios. Nunca he sido el mejor de los mayordomos.

Ni el mejor de los guardadores, añadió para sí.

—Bah —repitió Jastes, y echó a andar de nuevo.

—Majestad, debo continuar hasta Luthadel. Hay... acontecimientos de los que tengo que ocuparme. Piensa lo que quieras de mi pueblo, pero debes saber

que somos honrados. El trabajo que hago está más allá de políticas y guerras, tronos y ejércitos. Es importante para todos los hombres.

—Los sabios siempre dicen ese tipo de cosas —dijo Jastes. Se detuvo—. Elend siempre dice cosas así.

—De cualquier manera, debes permitirme marchar. A cambio de mi libertad, entregaré un mensaje de tu parte a Su Majestad el rey Elend, si lo deseas.

—¡Podría enviar un mensajero propio en cualquier momento!

—¿Y quedarte con un hombre menos para protegerte de los koloss? —preguntó Sazed.

Jastes vaciló un instante.

Ah, así que los teme. Bien. Al menos no está loco.

—Me marcho, Majestad. No pretendo ser arrogante, pero puedo ver que no tienes recursos para mantener prisioneros. Puedes dejarme marchar, o puedes entregarme a los koloss. Yo tendría cuidado, por cierto, de no dejar que se acostumbren a matar humanos.

Jastes lo miró.

—Bien —dijo—. Entrega entonces este mensaje. Dile a Elend que no me importa si sabe que voy de camino... ni siquiera me importa que le digas lo numerosos que somos. ¡Pero asegúrate de ser exacto! Tengo más de veinte mil koloss en mi ejército. No puede combatir contra mí. No puede combatir tampoco contra los otros. Pero, si yo estuviera en las murallas de esa ciudad... bueno, podría mantener a raya a los otros dos ejércitos. Dile que sea lógico. Si me entrega el atium, incluso le dejaré quedarse con Luthadel. Podemos ser vecinos. Aliados.

En bancarrota de dinero, en bancarrota de sentido común, pensó Sazed.

—Muy bien, Majestad. Hablaré con Elend. Pero necesito recuperar mis pertenencias.

El rey agitó una mano, molesto, y Sazed se retiró a esperar en silencio mientras el guardia entraba de nuevo en los aposentos del rey y recibía sus órdenes. Mientras aguardaba a que los soldados se prepararan (afortunadamente le devolvieron su mochila), Sazed pensó en lo que Jastes acababa de decir. *Cett o Straff*. ¿Cuántas fuerzas pretendían arrebatarle a Elend su ciudad?

Si Sazed quería un sitio tranquilo para estudiar, al parecer había escogido seguir la dirección equivocada.

No empecé a advertir los signos hasta unos años más tarde. Conocía las profecías: soy, después de todo, un forjamundo de Terris. Y, sin embargo, no todos nosotros somos religiosos; algunos, como yo mismo, están más interesados en otros temas. No obstante, durante el tiempo que pasé con Alendi, no pude dejar de interesarme más en la Anticipación. Parecía encajar tan bien con los signos...

20



—ESTO VA A SER PELIGROSO, Majestad —dijo Dockson.

—Es nuestra única opción —contestó Elend. Se encontraba de pie detrás de su mesa, como de costumbre repleta de libros. La ventana del estudio recortaba su silueta, y sus colores le caían sobre la espalda del blanco uniforme tiñéndolo de granate.

Sí que está más imponente con ese atuendo, pensó Vin, sentada en el cómodo sillón de lectura de Elend, con OreSeur tumbado pacientemente en el suelo, a sus pies. Todavía no sabía qué pensar de los cambios de Elend. Las diferencias eran sobre todo de imagen (otra ropa, otro corte de pelo), pero él parecía estar cambiando también. Se erguía más al hablar y era más autoritario. Incluso se estaba entrenando con la espada y el bastón.

Vin miró a Tindwyl. La madura terrisana estaba sentada en una silla al fondo de la sala, observando. Mantenía una postura perfecta, y parecía una dama con su pintoresca falda y su blusa. No se sentaba sobre los talones, como hacía Vin ahora, y nunca llevaba pantalones.

¿Qué es lo que tiene?, pensó Vin. *Me pasé un año intentando convencer a Elend para que practicara esgrima. Tindwyl lleva aquí menos de un mes, y ya lo tiene entrenando.*

¿Por qué sentía amargura Vin? Elend no cambiaría tanto, después de todo. Trató de controlar la preocupación que sentía por aquel nuevo rey guerrero

bien vestido y confiado... la preocupación de que resultara ser distinto al hombre que amaba.

—¿Y si dejaba de necesitarla?

Se hundió un poco más en el sillón mientras Elend continuaba hablando con Ham, Dox, Clubs y Brisa.

—El —dijo Ham—, ¿te das cuenta de que si entras en territorio enemigo no podemos protegerte?

—No estoy seguro de que podáis protegerme aquí, Ham. No con dos ejércitos acampados literalmente contra las murallas.

—Cierto —dijo Dockson—, pero me preocupa que, si entras en ese campamento, no salgas jamás.

—Solo si fracaso —dijo Elend—. Si sigo el plan y convenzo a mi padre de que somos sus aliados, me dejará regresar. No me pasé mucho tiempo haciendo política en la corte cuando era más joven. Sin embargo, una cosa que aprendí fue a manipular a mi padre. Conozco a Straff Venture... y sé que puedo derrotarlo. Además, no me quiere muerto.

—¿Podemos estar seguros de eso? —preguntó Ham, frotándose la barbilla.

—Sí. Después de todo, Straff no ha enviado asesinos por mí, mientras que Cett sí lo ha hecho. Tiene sentido. ¿Qué mejor persona puede encontrar Straff para dejarla al mando de Luthadel que su propio hijo? Cree que puede controlarme... Está seguro de que podrá conseguir que le entregue Luthadel. Si juego con eso, debería conseguir que ataque a Cett.

—Tiene su lógica... —dijo Ham.

—Sí —respondió Dockson—, pero ¿qué le impide tomarte como rehén y abrirse paso hasta Luthadel por la fuerza?

—Seguirá teniendo a Cett a su espalda —dijo Elend—. Si nos combate, perderá hombres, muchos hombres, y se expondrá a que lo ataquen por la retaguardia.

—Pero te tendrá a ti, mi querido muchacho —dijo Brisa—. No tendría que atacar Luthadel: podría obligarnos a entregarla.

—Tendréis órdenes de dejarme morir antes que hacer eso. Por eso creé la Asamblea. Tiene poder para elegir a un nuevo rey.

—Pero ¿por qué? —preguntó Ham—. ¿Por qué correr el riesgo, El? Esperemos un poco más y veamos si podemos conseguir que Straff se reúna contigo en un sitio más neutral.

Elend suspiró.

—Tienes que escucharme, Ham. Con asedio o sin asedio, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Si lo hacemos, moriremos de hambre o uno de esos ejércitos decidirá romper el asedio y atacarnos, con la esperanza de tomar nuestras murallas y luego volverse y defenderse inmediatamente contra sus enemigos. No lo harán fácilmente, pero podría suceder. Sucederá, si no empezamos a engañar a los reyes para que se vuelvan el uno contra el otro.

La habitación se quedó en silencio. Los otros se volvieron lentamente hacia Clubs, quien asintió. Estaba de acuerdo.

Buen trabajo, Elend, pensó Vin.

—Alguien tiene que reunirse con mi padre —dijo Elend—. Y yo tengo que ser esa persona. Straff me considera un necio, así que podré convencerle de que no supongo ninguna amenaza para él. Luego, iré y persuadiré a Cett de que estoy de su parte. Cuando, finalmente, se ataquen entre sí, cada uno pensando que estamos de su parte, nos retiraremos y los obligaremos a luchar. ¡El vencedor no tendrá fuerzas suficientes para arrebatarnos la ciudad!

Ham y Brisa asintieron. Dockson, sin embargo, negó con la cabeza.

—El plan es bueno en teoría, pero ¿entrar sin guardias en el campamento enemigo? Eso es una locura.

—Veamos —dijo Elend—, creo que eso juega a nuestro favor. Mi padre cree firmemente en el control y el dominio. Si voy a su campamento, le estaré diciendo en esencia que reconozco que tiene autoridad sobre mí. Pareceré débil, y él dará por hecho que podrá conmigo cuando se le antoje. Es un riesgo, pero si no lo hago, *moriremos todos*.

Los hombres se miraron.

Elend se enderezó un poco y cerró los puños, manteniéndolos a los costados. Siempre hacía eso cuando estaba nervioso.

—Me temo que esto no es un debate —dijo Elend—. He tomado mi decisión.

No van a aceptar una declaración como esa, pensó Vin. La banda era muy independiente.

Sin embargo, sorprendentemente, nadie puso objeciones.

Dockson acabó por asentir.

—Muy bien, Majestad. Vas a tener que caminar por una línea peligrosa... hacer que Straff crea que puede contar con nuestro apoyo, pero también convencerlo de que puede traicionarnos a placer. Tienes que hacer que quiera nuestra fuerza bélica al mismo tiempo que desprecia nuestra fuerza de voluntad.

—Y —añadió Brisa— tienes que hacerlo sin que se dé cuenta de que estás jugando a dos bandas.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Ham—. Sinceramente, Elend.

Elend asintió.

—Puedo hacerlo, Ham. He mejorado mucho en política en este último año —lo dijo con aplomo, aunque Vin advirtió que todavía tenía cerrados los puños. *Tendrá que aprender a no hacer eso.*

—Puede que entiendas de política —dijo Brisa—, pero *esto* es un timo. Acéptalo, amigo mío. Eres demasiado honrado... siempre hablando de defender los derechos de los skaa y todo eso.

—Eh, estás siendo injusto —dijo Elend—. La honradez y las buenas intenciones son cosas completamente diferentes. Bueno, puedo ser igual de deshonesto que... —Hizo una pausa—. ¿Por qué estoy discutiendo esto? Hemos admitido que hay que hacerlo, y sabemos que quien tiene que hacerlo soy yo. Dox, ¿quieres escribirle una carta a mi padre? Dile que me alegrará visitarlo. De hecho... —Elend calló, mirando a Vin. Luego continuó—: De hecho, dile que quiero discutir el futuro de Luthadel y que quiero presentarle a alguien especial.

Ham se echó a reír.

—Ah, no hay nada como llevar a una chica a casa para presentársela a papá.

—Sobre todo cuando esa chica es casualmente la alomante más peligrosa de todo el Dominio Central.

—¿Crees que accederá a que ella vaya? —preguntó Dockson.

—Si no lo hace, no hay trato. Asegúrate de que lo sepa. De todas formas, creo que accederá. Straff tiene la costumbre de subestimarme... probablemente por buenos motivos. No obstante, apuesto que ese sentimiento se extiende también a Vin. Seguramente está convencido de que no es tan buena como dice todo el mundo.

—Straff tiene su propio nacido de la bruma para protegerlo —terció Vin—. Será justo que Elend me lleve consigo. Y, si estoy allí, podré sacarlo si algo va mal.

Ham volvió a echarse a reír.

—Probablemente no sea una retirada muy digna... transportado a un lugar seguro a hombros de Vin.

—Será mejor que morir —dijo Elend, tratando obviamente de no darle importancia, pero ruborizándose un poco al mismo tiempo.

Me ama, pero sigue siendo un hombre, pensó Vin. ¿Cuántas veces he herido su orgullo por ser una nacida de la bruma mientras que él es simplemente una persona normal? Un hombre inferior nunca se habría enamorado de mí. Pero ¿no se merece una mujer a la que piense que puede proteger? Una mujer que parezca más... una mujer?

Vin se acomodó de nuevo en su sillón, buscando el calor de su comodidad. Sin embargo, era el sillón del estudio de Elend, donde él leía. ¿No se merecía también una mujer que compartiera sus intereses, a quien leer no le pareciera un suplicio? ¿Una mujer con la que pudiera hablar sobre sus brillantes teorías políticas?

¿Por qué estoy pensando tanto en nuestra relación últimamente?, pensó Vin.

No pertenecemos a su mundo, había dicho Zane. *Nuestro lugar está aquí, entre las brumas. Tu lugar no está con ellos...*

—Hay algo más que quería mencionar, Majestad —dijo Dockson—. Deberías reunir la Asamblea. Están impacientes por hablar contigo... de algo sobre monedas falsas que se han introducido en Luthadel.

—Ahora mismo no tengo tiempo para asuntos ciudadanos —respondió Elend—. El principal motivo por el que creé la Asamblea fue para que se ocupara de estos temas. Envíales un mensaje diciéndoles que confío en su juicio. Pide disculpas en mi nombre y explícales que me estoy encargando de la defensa de la ciudad. Intentaré comparecer en la reunión de la Asamblea la semana que viene.

Dockson asintió y garabateó una nota para sí.

—Aunque hay algo más que deberíamos tener en cuenta —advirtió—. Al reunirte con Straff, perderás tu poder sobre la Asamblea.

—No es un parlamento oficial —dijo Elend—, solo una reunión informal. La resolución anterior seguirá siendo firme.

—Sinceramente, Majestad, dudo que *ellos* lo vean de esa forma. Sabes lo enfadados que están por no poder hacer nada hasta que decidas parlamentar.

—Lo sé. Pero el riesgo merece la pena. *Necesitamos* reunirnos con Straff. Una vez hecho eso, podré regresar con buenas noticias para la Asamblea, o eso espero. En ese sentido, puedo argumentar que la resolución no se ha cumplido. Por ahora, la reunión sigue adelante.

Muy decidido, en efecto, pensó Vin. *Está cambiando...*

Tenía que dejar de pensar en ese tipo de cosas. Se concentró en otro asunto. La conversación derivó hacia el modo concreto en que Elend podía manipular a Straff, y cada uno de los miembros de la banda le dio consejos

para llevar a cabo el timo de manera eficaz. Vin, sin embargo, los observaba buscando discrepancias en sus personalidades, tratando de decidir si alguno de ellos podía ser un espía kandra.

¿Se comportaba Clubs de manera más silenciosa que de costumbre? ¿El cambio de forma de hablar de Fantasma se debía a la madurez, o a que el kandra tenía problemas para remediar su argot? ¿Era Ham, tal vez, demasiado jovial? También parecía dedicarse menos que antes a sus jueguecitos filosóficos. ¿Era debido a que se había vuelto más serio o a que el kandra no sabía imitarlo adecuadamente?

Aquello era inútil. Si le daba demasiadas vueltas encontraría discrepancias en cualquiera. Sin embargo, al mismo tiempo, todos parecían ser ellos mismos. La gente era demasiado compleja para reducirla a simples tendencias de personalidad. Además, el kandra tenía que ser bueno... muy bueno, con toda una vida de entrenamiento en el arte de imitar a los demás, y probablemente llevaba planeando su intrusión mucho tiempo.

Todo quedaba entonces en manos de la alomancia. Con todas las actividades relacionadas con el asedio y sus estudios de la Profundidad, no obstante, Vin no había tenido oportunidad de sondear a sus amigos. Mientras lo pensaba, admitió que la excusa de la falta de tiempo era pobre. La verdad era que probablemente se estaba distrayendo porque la idea de que uno de la banda, de su primer grupo de amigos, fuera un traidor le resultaba demasiado inquietante.

Tenía que superarlo. Si de verdad había un espía en el grupo, sería el final. Si los reyes enemigos descubrían los trucos que Elend estaba planeando...

Quemó bronce de prueba. Inmediatamente sintió un pulso alomántico de Brisa, el querido e incorregible Brisa. Era tan bueno con la alomancia que ni siquiera Vin podía detectar su contacto la mayor parte de las veces, pero también era compulsivo respecto al uso de su poder.

En aquel momento no lo estaba usando con ella. Vin cerró los ojos, concentrándose. Una vez, hacía mucho tiempo, Marsh había intentado entrenarla en el delicado arte de usar bronce para leer los pulsos alománticos. Entonces ella no había comprendido la magnitud de la tarea que había emprendido.

Cuando un alomante quemaba un metal desprendía un latido invisible, como un tamborileo que solo captaba otro alomante que quemara bronce. El ritmo de esos pulsos (la rapidez de los latidos, la manera en que «sonaban») indicaba exactamente qué metal se estaba quemando.

Hacía falta práctica, y era difícil, pero Vin estaba mejorando en la lectura de los pulsos. Se concentró. Brisa estaba quemando latón, el metal de empuje interno mental. Y...

Vin se concentró más. Una pauta la barría, un doble latido en cada pulso orientado hacia su derecha. Los pulsos iban dirigidos hacia alguien más que los absorbía.

Elend. Brisa estaba concentrado en Elend. No era sorprendente, dada la actual discusión. Brisa siempre empujaba a la gente con la que interactuaba.

Satisfecha, Vin se acomodó en su asiento. Pero, entonces, vaciló. *Marsh dio a entender que había mucho más en el bronce de lo que la gente pensaba. Me pregunto...*

Cerró los ojos, ignorando el hecho de que cualquiera de los otros pudiera considerar sus acciones extrañas, y se concentró de nuevo en los pulsos alománticos. Avivó bronce, concentrándose tanto que sintió que iba a darle dolor de cabeza. Había una... vibración en los pulsos. Pero no estaba segura de qué podía significar eso.

¡Concéntrate!, se dijo. Sin embargo, los pulsos se negaban tozudamente a dar más información.

Bien, pensó. *Haré trampas*. Apagó su esterno (casi siempre lo tenía encendido un poquito) y luego buscó en su interior y quemó el decimocuarto metal. El duraluminio.

Los pulsos alománticos se volvieron tan fuertes, tan potentes, que podría haber jurado que sentía las vibraciones haciéndola pedazos. Sonaban como golpes de un tambor enorme justo a su lado. Pero recibió algo de ellos.

Ansiedad, nerviosismo, preocupación, inseguridad, ansiedad, nerviosismo, preocupación...

Desapareció, el bronce gastado en una enorme llamarada de poder. Vin abrió los ojos; nadie de la sala la estaba mirando excepto OreSeur.

Se sentía agotada. El dolor de cabeza que había predicho la asaltó con toda su potencia, resonando en su cabeza como el hermano pequeño del tambor que había desterrado. Sin embargo, se aferró a la información que había entrevisto. No se había producido con palabras, sino con sensaciones... y su primer temor fue que Brisa estuviera haciendo aparecer esas emociones. Ansiedad, nerviosismo, preocupación. De todas formas, inmediatamente advirtió que Brisa era un aplacador. Si se concentraba en las emociones, serían las que estaba *aligerando*. Las que aplacaba con sus poderes.

Miró entonces a Elend. ¡Vaya... está haciendo que Elend se sienta más confiado! Si Elend se erguía un poco más, era porque Brisa lo estaba ayudando en silencio. Aplacando la ansiedad y la preocupación. Y Brisa lo lograba mientras discutía y hacía sus habituales comentarios burlones.

Vin estudió al hombre gordezuelo, ignorando su dolor de cabeza, experimentando una nueva sensación de admiración. Siempre le había intrigado un poco la situación de Brisa en la banda. Los otros hombres eran, hasta cierto punto, idealistas. Incluso Clubs, bajo su fachada refunfuñona, siempre le había parecido un hombre sólidamente bueno.

Brisa era diferente. Manipulador, un poco egoísta... parecía que se había unido a la banda por el desafío, no porque quisiera realmente ayudar a los skaa. Pero Kelsier siempre había dicho que había elegido con cuidado a su grupo, escogiendo a los hombres por su integridad, no solo por su habilidad.

Tal vez Brisa no era ninguna excepción después de todo. Vin lo vio apuntar con su bastón a Ham mientras decía algo vanidoso. Y, sin embargo, por dentro era completamente diferente.

Eres un buen hombre, Brisa, pensó, sonriendo para sí. *E intentas ocultarlo con todas tus fuerzas.*

Y además no era el impostor. Ella lo sabía desde el principio, naturalmente: Brisa no estaba en la ciudad cuando el kandra había hecho el cambio. Sin embargo, tener una segunda confirmación alivió un poco su carga.

Si podía eliminar a algunos de los demás...

ELEND SE DESPIDIÓ DE LA banda después de la reunión. Dockson fue a escribir las cartas requeridas, Ham a seguridad, Clubs de vuelta a entrenar a los soldados, y Brisa a intentar aplacar a la Asamblea por la falta de asistencia de Elend.

Vin salió del estudio, tras dirigirle una mirada, y luego observó a Tindwyl. *Todavía recelas de ella, ¿eh?*, pensó Elend divertido. Le asintió para tranquilizarla y Vin frunció el ceño, un poco molesta. Él la habría dejado quedarse, pero... bueno, enfrentarse a Tindwyl era ya bastante embarazoso.

Vin salió de la habitación, con el sabueso kandra a su lado. *Parece que cada vez está más unida a esa criatura*, pensó Elend con satisfacción. Era bueno saber que alguien la vigilaba.

Vin cerró la puerta y Elend suspiró, frotándose el hombro. Varias semanas de entrenamiento con la espada y el bastón estaban pasándole factura, y tenía

todo el cuerpo magullado. Trató de impedir que se notara que le dolía... o, más bien, que Tindwyl lo viera demostrarlo. *Al menos he demostrado que estoy aprendiendo*, pensó. *Ella ha tenido que ver lo bien que me ha ido hoy.*

—¿Bien? —preguntó.

—Ha sido una vergüenza —dijo Tindwyl, de pie ante su silla.

—Eso te gusta decir —contestó Elend, y se dispuso a recoger una pila de libros. Tindwyl decía que tenía que dejar que los criados limpiaran el estudio, algo a lo que él siempre se había resistido. El desorden de libros y papeles le parecía adecuado, y no quería que nadie más los tocara.

Sin embargo, con ella allí de pie mirándolo, era difícil no ser consciente del desorden. Puso otro libro en el montón.

—Te habrás dado cuenta de lo bien que me ha ido —dijo Elend—. He conseguido que me dejen ir al campamento de Straff.

—Eres el rey, Elend Venture —dijo Tindwyl, los brazos cruzados—. Nadie te «deja» hacer nada. El primer cambio de actitud tiene que ser el tuyo: tienes que dejar de pensar que necesitas el permiso o el acuerdo de los que te siguen.

—Un rey debería gobernar por consentimiento de sus ciudadanos —dijo Elend—. No seré otro lord Legislador.

—Un rey debería ser fuerte —respondió Tindwyl con firmeza—. Acepta un consejo, pero solo cuando lo pide. Deja claro que la decisión final es suya, no de sus consejeros. Tienes que controlar mejor a tus asesores. Si ellos no te respetan, entonces tus enemigos no lo harán tampoco... y las masas no lo harán nunca.

—Ham y los demás me respetan.

Tindwyl alzó una ceja.

—¡Sí que lo hacen!

—¿Cómo te llaman?

Elend se encogió de hombros.

—Son mis amigos. Usan mi nombre.

—O una aproximación. ¿No es cierto, «El»?

Elend se ruborizó y amontonó un último libro.

—¿Quieres que obligue a mis amigos a dirigirse a mí por mi título?

—Sí —dijo Tindwyl—. Sobre todo en público. Deben dirigirse a ti como «Majestad», o al menos como «mi señor».

—Dudo que Ham lo encaje bien. Tiene algunos problemas con la autoridad.

—Los superará —dijo Tindwyl, pasando el dedo por una estantería. No necesitó enseñárselo a Elend para que este supiera que había polvo en la yema.

—¿Y tú? —la desafió Elend.

—¿Yo?

—Me llamas «Elend Venture», no «Majestad».

—Yo soy diferente.

—Bueno, no veo por qué. Puedes llamarle «Majestad» a partir de ahora.

Tindwyl sonrió taimadamente.

—Muy bien, Majestad. Ya puedes abrir los puños. Vas a tener que trabajar eso: un hombre de Estado no debería dar pistas visuales de su nerviosismo.

Elend bajó la cabeza y relajó las manos.

—Muy bien.

—Además —continuó Tindwyl—, sigues dando demasiados rodeos al hablar. Hace que parezcas tímido y vacilante.

—Estoy esforzándome en eso.

—No pidas disculpas a menos que vaya en serio. Y no pongas excusas. No las necesitas. A menudo se juzga a los líderes por cómo soportan la responsabilidad. Como rey, todo lo que suceda en tu reino, no importa quién cometa el hecho, es culpa tuya. Eres incluso responsable de hechos inevitables como terremotos y tormentas.

—O ejércitos —dijo Elend.

Tindwyl asintió.

—O ejércitos. Tu responsabilidad es encargarte de estas cosas y, si algo sale mal, es culpa tuya. Simplemente, tienes que aceptarlo.

Elend asintió y tomó un libro.

—Y ahora, hablemos de culpas —dijo Tindwyl, sentándose—. Deja de limpiar. Ese no es trabajo para un rey.

Elend suspiró y soltó el libro.

—La culpa no es propia de un rey —dijo Tindwyl—. Tienes que dejar de sentir lástima de ti mismo.

—¡Acabas de decirme que todo lo que sucede en el reino es culpa mía!

—Lo es.

—¿Cómo puedo entonces *no* sentirme culpable?

—Tienes que confiar en que tus acciones son las más convenientes —explicó Tindwyl—. Tienes que saber que no importa lo mal que se pongan las cosas, serían peor sin ti. Cuando sucedan desastres, acepta la responsabilidad, pero no te revuelques en el fango ni te compadezcas de ti mismo. No se te

permite ese lujo. La culpa es para gente inferior. Tú simplemente tienes que hacer lo que se espera de ti.

—¿Y es...?

—Hacer que todo mejore.

—Magnífico —dijo Elend llanamente—. ¿Y si fracaso?

—Entonces acepta la responsabilidad, y haz que todo sea mejor al segundo intento.

Elend puso los ojos en blanco.

—¿Y si no consigo que las cosas mejoren? ¿Y si en realidad no soy el mejor hombre para el cargo de rey?

—Entonces abandona —dijo Tindwyl—. El suicidio es el método preferible... suponiendo, claro, que tengas un heredero. Un buen rey sabe que no hay que romper la sucesión.

—Por supuesto. Así que estás diciendo que debería matarme.

—No. Te estoy diciendo que te enorgullezcas de ti mismo, Majestad.

—Pues no lo parece. ¡Todos los días me dices lo mal rey que soy, y cómo sufrirá la gente por eso! Tindwyl, *no* soy el mejor hombre para este cargo. El mejor se hizo matar por el lord Legislador.

—¡Ya basta! —replicó Tindwyl—. Lo creas o no, Majestad, eres la mejor persona para este puesto.

Elend hizo una mueca.

—Eres el mejor porque ocupas el trono. Si hay algo peor que un rey mediocre, es el caos... que es lo que habría en el reino si *tú* no estuvieras en el trono. Nobles y campesinos te aceptan. Puede que no crean en ti, pero te aceptan. Retírate ahora, o incluso muere accidentalmente, y habrá confusión, colapso y destrucción. Pobremente entrenado o no, débil de carácter o no, blanco de burlas o no, eres todo lo que tiene este país. Eres *el rey*, Elend Venture.

Elend vaciló.

—Yo... no estoy seguro de que estés consiguiendo que me sienta mejor, Tindwyl.

—No...

Elend alzó una mano.

—Sí, lo sé. No se trata de lo que yo sienta.

—No cabe la culpa. Acepta que eres rey, acepta que no puedes hacer nada constructivo para cambiarlo, y acepta la responsabilidad. Hagas lo que hagas, demuestra confianza; porque si no estuvieras aquí, sería el caos.

Elend asintió.

—Arrogancia, Majestad —dijo Tindwyl—. Los líderes de éxito comparten una tendencia común: creen que pueden hacer mejor el trabajo que nadie. La humildad está bien cuando consideras tu responsabilidad y tu deber, pero cuando llega el momento de tomar una decisión, no debes cuestionarte a ti mismo.

—Lo intentaré.

—Bien. Ahora quizá deberíamos pasar a otro tema. Dime, ¿por qué no te has casado con esa joven?

Elend frunció el ceño. *No me esperaba esto...*

—Es una pregunta muy personal, Tindwyl.

—Bien.

Elend frunció el ceño aún más, pero ella continuó sentada, expectante, clavando en él una de sus implacables miradas.

—No lo sé —dijo Elend por fin, sentándose en su sillón y suspirando—. Vin no es... como las otras mujeres.

Tindwyl alzó una ceja, y su voz se suavizó levemente.

—Creo que cuantas más mujeres conozcas, Majestad, más comprobarás que eso es aplicable a todas ellas.

Elend asintió con tristeza.

—Sea como sea, las cosas no están bien así —dijo Tindwyl—. No me entrometeré más en vuestra relación, pero, como hemos discutido, las apariencias son muy importantes para un rey. No es adecuado que vean que tienes una amante. Soy consciente de que estas cosas eran comunes en la nobleza imperial. Los skaa, sin embargo, quieren ver algo mejor en ti. Tal vez porque muchas nobles eran muy casquivanas, los skaa siempre han valorado la monogamia. Desean desesperadamente que tú respetas sus valores.

—Tendrán que ser pacientes con nosotros —dijo Elend—. La verdad es que yo quiero casarme, pero es ella quien no quiere.

—¿Sabes por qué?

Elend negó con la cabeza.

—Ella... No logro entenderla muchas veces.

—Tal vez no sea adecuada para un hombre de tu posición.

Elend levantó bruscamente la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Tal vez necesites a una persona más refinada —dijo Tindwyl—. Estoy segura de que es buena guardaespaldas, pero como dama resulta...

—¡Basta! —replicó Elend—. Vin está bien tal como es.

Tindwyl sonrió.

—¿Qué? —exigió Elend.

—Te he estado insultando toda la tarde, Majestad, y apenas te has molestado. Pero menciono a tu nacida de la bruma de manera ligeramente despectiva y estás dispuesto a expulsarme.

—¿Y?

—Así que la amas.

—Naturalmente. No la comprendo, pero sí: la amo.

Tindwyl asintió.

—Te pido disculpas, entonces, Majestad. Tenía que asegurarme.

Elend frunció el ceño y se relajó un poco en su asiento.

—Entonces, ¿esto ha sido una especie de prueba? ¿Querías ver cómo reaccionaría a lo que dijeras sobre Vin?

—Siempre te pondrán a prueba aquellos a quienes conozcas, Majestad. Ya podrías ir acostumbrándote.

—Pero ¿por qué te preocupa mi relación con Vin?

—El amor no es fácil para los reyes, Majestad —dijo Tindwyl con voz extrañamente amable—. Descubrirás que tu afecto por la muchacha puede causar muchos más problemas que ninguna de las otras cosas que hemos comentado.

—¿Y eso es un motivo para renunciar a ella? —preguntó Elend, envarado.

—No. No lo creo.

Elend vaciló y estudió a la recia terrisana con sus rasgos cuadrados y su postura estirada.

—Eso... me resulta extraño, viniendo de ti. ¿Qué hay del deber real y las apariencias?

—Debemos hacer concesiones, excepcionalmente.

Interesante, pensó Elend. No la había considerado del tipo de las que ceden ni siquiera excepcionalmente. Tal vez es un poco más profunda de lo que creía.

—Bueno, ¿cómo van tus sesiones de entrenamiento?

Elend se frotó el brazo dolorido.

—Bien, supongo, pero...

Lo interrumpió un golpe en la puerta. El capitán Demoux entró un momento después.

—Majestad, ha llegado una visita del ejército de lord Cett.

—¿Un mensajero? —se extrañó Elend, poniéndose en pie.

Demoux vaciló, y pareció un poco cohibido.

—Bueno... más o menos. Dice que es la hija de lord Cett, y viene buscando a Brisa.

Nació de familia humilde, y, sin embargo, se casó con la hija de un rey.

21



EL CARO VESTIDO DE LA joven (de fina seda roja con un chal y mangas de encaje) podría haberle aportado un aire de dignidad si no se hubiera abalanzado hacia Brisa en cuanto este entró en la sala. Agitando la melena rubia, soltó un gritito de felicidad y se le lanzó al cuello.

Tenía, tal vez, dieciocho años.

Elend miró a Ham, que no daba crédito a sus ojos.

—Bueno, parece que tenías razón en lo de Brisa y la hija de Cett —susurró Elend.

Ham sacudió la cabeza.

—No creía... quiero decir, estaba bromeando, porque se trataba de Brisa. ¡No esperaba estar en lo cierto!

Brisa, por su parte, tuvo al menos la decencia de parecer terriblemente incómodo en brazos de la joven. Se hallaban en el atrio del palacio, el mismo lugar donde Elend había recibido al mensajero de su padre. Ventanales del suelo al techo dejaban entrar la luz de la tarde, y un grupo de criados esperaba a un lado de la sala órdenes de Elend.

Brisa miró a Elend a los ojos, profundamente ruborizado. *Creo que nunca lo había visto ponerse colorado*, pensó Elend.

—Querida mía —dijo Brisa, aclarándose la garganta—, ¿no deberías presentarte al rey?

La chica finalmente soltó a Brisa. Dio un paso atrás e hizo una reverencia a Elend con la gracia típica de los nobles. Era un poco ampulosa, con la melena a la moda anterior al Colapso, y tenía las mejillas encendidas de excitación.

Era agradable, obviamente bien entrenada para la corte... exactamente el tipo de chica que Elend había evitado durante toda su juventud.

—Elend —dijo Brisa—, permíteme presentarte a Allrianne Cett, hija de lord Ashweather Cett, rey del Dominio Occidental.

—Majestad —dijo Allrianne.

Elend asintió.

—Lady Cett... —Hizo una pausa, y, luego, esperanzado, continuó—: ¿Te envía tu padre como embajadora?

Allrianne vaciló.

—Hmm... no me envía exactamente, Majestad.

—Oh, cielos —dijo Brisa, sacando un pañuelo para secarse la frente.

Elend miró a Ham y luego a la chica.

—Tal vez deberías explicarte —dijo, indicando los asientos. Allrianne asintió ansiosamente, pero se mantuvo cerca de Brisa mientras se sentaban. Elend mandó a los criados que trajeran vino fresco.

Tenía la sensación de que iba a necesitar beber algo.

—Busco asilo, Majestad —dijo Allrianne, hablando con voz rápida—. Tuve que marcharme. Quiero decir... ¡Brisi tiene que haberte contado cómo es mi padre!

Brisa parecía incómodo, y Allrianne colocó una afectuosa mano sobre su rodilla.

—¿Cómo es tu padre? —preguntó Elend.

—¡Es tan manipulador, tan *exigente*! Expulsó a Brisi, y tuve que seguirlo. No estaba dispuesta a pasar otro instante más en ese campamento. ¡Un campamento de guerra! ¡Me trajo a mí, a una dama joven, a la guerra! ¿Sabes lo que es que te miren con lascivia todos los soldados que pasan? ¿Comprendes lo que es vivir en una tienda?

—Yo...

—Rara vez teníamos agua fresca —continuó Allrianne—. ¡Y no podía darme un baño decente por miedo a los soldados mirones! Durante nuestros viajes, no había nada que hacer en todo el terrible día sino estarse sentada en el carro y dar botes y botes y botes. Cielos, hasta que llegó Brisi no tuve una conversación refinada en semanas. Y luego, mi padre lo expulsó...

—¿Por...? —preguntó Ham ansiosamente.

Brisa tosió.

—Tuve que marcharme, Majestad —dijo Allrianne—. ¡Tienes que darme asilo! Sé cosas que podrían ayudarte. Por ejemplo, sé cómo es el campamento

de mi padre. ¡Apuesto a que no sabes que recibe suministros de la fábrica de conservas de Haverfrex! ¿Qué te parece?

—Hmm... impresionante —dijo Elend, dubitativo.

Allrianne asintió.

—¿Y has venido a buscar a Brisa? —preguntó Elend.

Allrianne se ruborizó un poco, mirando hacia un lado. Sin embargo, cuando habló, lo hizo con poco tacto.

—Tenía que volver a verlo, Majestad. Es tan encantador, tan... maravilloso. No esperaba que mi padre comprendiera a un hombre como él.

—Ya veo.

—Por favor, Majestad. Tienes que aceptarme. ¡Ahora que he dejado a mi padre, no tengo ningún otro sitio al que ir!

—Puedes quedarte... por el momento, al menos —dijo Elend, saludando con la cabeza a Dockson, que acababa de entrar por la puerta—. Pero, obviamente, has tenido un viaje difícil. ¿No querrías tener la oportunidad de refrescarte...?

—¡Oh, lo agradecería mucho, Majestad!

Elend miró a Cadon, uno de los mayordomos del palacio, que estaba al fondo de la sala con otros criados. Asintió: las habitaciones estaban preparadas.

—Bien —dijo Elend, poniéndose en pie—. Cadon te conducirá a tus habitaciones. Cenaremos a las siete y podremos volver a hablar entonces.

—¡Gracias, Majestad! —dijo Allrianne, levantándose de un salto. Le dio otro abrazo a Brisa y luego avanzó, como si pretendiera hacer lo mismo con Elend. Por fortuna, se lo pensó mejor y permitió que los criados se la llevaran.

Elend permaneció sentado. Brisa suspiró profundamente y se arrellanó con gesto cansado. Dockson se acercó y ocupó el puesto de la muchacha.

—Ha sido... inesperado —advirtió Brisa.

Se produjo una pausa embarazosa, los árboles del atrio se agitaban suavemente con la brisa al otro lado del balcón. Entonces, con un brusco alarido, Ham empezó a reírse, tanto que Elend, a pesar del peligro, a pesar de la gravedad del problema, no pudo evitar echarse a reír también.

—Oh, venga ya —rezongó Brisa, cosa que solo los hizo reír aún más. Tal vez fuese por la incongruencia de la situación, tal vez porque necesitaba liberar la tensión, pero Elend se rio con tantas ganas que estuvo a punto de caerse de su asiento. A Ham no le iba mucho mejor, e incluso Dockson esbozó una sonrisa.

—No consigo verle la gracia a la situación —dijo Brisa—. La hija de lord Cett, un hombre que está ahora mismo asediando nuestro hogar, acaba de pedir asilo en la ciudad. ¡Si Cett no estaba decidido a matarnos antes, desde luego que lo estará ahora!

—Lo sé —dijo Elend, inspirando profundamente—. Lo sé. Es que...

—Es tu pinta abrazado por ese pimpollo cortesano —dijo Ham—. ¡No se me ocurre nada más embarazoso que verte enfrentado a una joven irracional!

—Esto complica más la situación —comentó Dockson—. Aunque no estoy acostumbrado a que seas tú quien nos cause problemas de esta naturaleza, Brisa. Sinceramente, creía que podríamos evitar relaciones femeninas no planeadas ahora que Kel ya no está con nosotros.

—No es culpa mía —se defendió Brisa—. El afecto de esa chica está completamente fuera de lugar.

—Eso seguro —murmuró Ham.

—Muy bien —dijo una nueva voz—. ¿Qué era esa cosa rosa que acabo de encontrarme en el pasillo?

Elend se volvió y se encontró a Vin de pie en la puerta, cruzada de brazos. *Tan silenciosa... ¿Por qué camina de manera tan furtiva incluso en el palacio? Nunca lleva zapatos que hagan ruido, nunca lleva faldas que crujan y nunca tiene nada de metal en la ropa que pueda tintinear ni ser empujado por los alomantes.*

—No era rosa, querida —dijo Brisa—. Era rojo.

—Se parece bastante —respondió Vin, avanzando—. Les estaba soltando un sermón a los criados sobre la temperatura de su baño y asegurándose de que anotaran sus platos favoritos.

Brisa suspiró.

—Es Allrianne. Probablemente tengamos que buscarnos un nuevo maestro repostero... o eso, o empezar a pedir postres. Es bastante exigente en ese aspecto.

—Allrianne Cett es la hija de lord Cett —explicó Elend mientras Vin, ignorando las sillas, se sentaba en el borde de un macetón que había a su lado y apoyaba una mano en su brazo—. Al parecer, Brisa y ella son algo así como una pareja.

—¿Disculpa? —rezongó Brisa.

Vin, sin embargo, arrugó la nariz.

—Qué repulsivo, Brisa. Tú eres viejo. Ella es joven.

—No hubo ninguna relación —replicó Brisa—. Además, no soy *tan* viejo... ni ella es *tan* joven.

—Hablababa como si tuviera doce años —dijo Vin.

Brisa puso los ojos en blanco.

—Allrianne era la niña bonita de la corte en el campo... un poco inocente, un poco malcriada... pero no se merece que se hable así de ella. Es bastante inteligente, en las circunstancias adecuadas.

—Entonces, ¿hubo algo entre vosotros? —lo pinchó Vin.

—Por supuesto que no —dijo Brisa—. Bueno, en realidad no. Nada real, aunque podría haberse interpretado mal. Se interpretó mal, de hecho, cuando su padre descubrió... Da igual, ¿quién eres tú para hablar, Vin? Creo recordar a cierta *jovencita* persiguiendo al *viejo* Kelsier hace unos cuantos años.

Elend alzó la cabeza al oír el comentario.

Vin se ruborizó.

—Nunca perseguí a Kelsier.

—¿Ni siquiera al principio? —preguntó Brisa—. Venga, ¿a un hombre intrépido como él? Te salvó de recibir una paliza a manos del antiguo jefe de tu banda, te aceptó...

—Estás enfermo —declaró Vin, cruzándose de brazos—. Kelsier era como un padre para mí.

—Con el tiempo, tal vez, pero...

Elend levantó una mano.

—Basta —dijo—. Esta discusión es inútil.

Brisa bufó, pero guardó silencio. *Tindwyl tiene razón*, pensó Elend. *Me escuchan si actúo como ellos esperan que lo haga*.

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer —dijo.

—La hija del hombre que nos amenaza podría ser una moneda de cambio muy poderosa —dijo Dockson.

—¿Quieres decir tenerla como rehén? —preguntó Vin, entornando los ojos.

Dockson se encogió de hombros.

—Alguien tiene que decir lo obvio, Vin.

—No es realmente una rehén —intervino Ham—. Ha venido a nosotros, después de todo. Dejar que se quede podría tener el mismo efecto que retenerla.

—Eso podría enfrentarnos a Cett —dijo Elend—. Nuestro plan original era hacerle creer que éramos sus aliados.

—Podríamos devolverla, entonces —propuso Dockson—. Eso nos haría avanzar mucho en las negociaciones.

—¿Y su petición? —preguntó Brisa—. La muchacha no era feliz en el campamento de su padre. ¿No deberíamos al menos considerar sus deseos?

Todos los ojos se volvieron hacia Elend. Vaciló. Hacía apenas unas semanas hubieran seguido discutiendo. Le parecía extraño que empezaran tan rápidamente a mirarlo en busca de decisiones.

¿Quién era él? ¿Un hombre que por casualidad había acabado en el trono? ¿Un pobre sustituto del brillante líder? ¿Un idealista que no había considerado los peligros de su filosofía? ¿Un necio? ¿Un niño? ¿Un impostor?

Lo mejor que tenían.

—Ella se queda —dijo Elend—. Por ahora. Tal vez nos veamos obligados a devolverla más tarde, pero será una distracción útil para el ejército de Cett. Que suden un poco. Eso nos concederá más tiempo.

Los miembros de la banda asintieron, y Brisa pareció aliviado.

Haré lo que pueda, tomaré las decisiones tal como crea que deben tomarse, pensó Elend. Y luego aceptaré las consecuencias.

Podía conversar con los mejores filósofos y tenía una memoria impresionante. Casi tan buena, incluso, como la mía. Sin embargo, no discutía.

22



CAOS Y ESTABILIDAD, LA BRUMA era ambas cosas. En la tierra había un imperio, dentro de ese imperio había docenas de reinos fragmentados, dentro de esos reinos había ciudades, pueblos, aldeas, plantaciones. Y por encima de todos ellos, dentro de todos ellos, alrededor de todos ellos, estaba la bruma. Era más constante que el sol, pues las nubes no podían ocultarla. Era más poderosa que las tormentas, pues superaba la furia de cualquier elemento. Siempre estaba allí. Cambiante, pero eterna.

El día era un suspiro impaciente que esperaba la noche. Cuando la oscuridad llegó, sin embargo, Vin descubrió que las brumas ya no la calmaban como antes.

Nada parecía seguro. La noche había sido su refugio; ahora se encontraba mirando hacia atrás, buscando contornos fantasmales. Elend había sido su paz, pero estaba cambiando. Ella había podido proteger a los seres que amaba... pero cada vez tenía más miedo de que las fuerzas que actuaban contra Luthadel estuvieran más allá de su capacidad para detenerlas.

Nada la asustaba más que su propia impotencia. Durante su infancia había dado por hecho que no podía cambiar las cosas, pero Kelsier le había hecho sentirse orgullosa de sí misma.

Si no podía proteger a Elend, ¿de qué servía?

Todavía hay algunas cosas que puedo hacer, pensó con determinación. Se agazapó silenciosamente en un alféizar, con las borlas de la capa de bruma colgando, agitándose suavemente con el viento. Bajo ella, las antorchas

chisporroteaban delante de la fortaleza Venture, iluminando a una pareja de guardias de Ham. Permanecían en alerta ante las cambiantes brumas, demostrando una diligencia impresionante.

Los guardias no podían verla allí arriba: apenas podían a seis metros de distancia con la densa bruma. No eran alomantes. Además del núcleo de la banda, Elend tenía acceso a apenas media docena de brumosos, cosa que hacía que fuera alománticamente débil comparado con la mayoría de los nuevos reyes del Imperio Final. Se suponía que Vin compensaba la diferencia.

Las llamas de las antorchas oscilaron cuando se abrieron las puertas, y una figura salió del palacio. La voz de Ham resonó tranquilamente en las brumas cuando saludó a los guardias. Un motivo, quizás el principal, por el que los guardias eran tan diligentes era la existencia de Ham. Podía ser un poco anarquista de corazón, pero era un líder muy bueno si se le daba un equipo pequeño. Aunque sus guardias no eran los soldados más disciplinados y acicalados que Vin hubiese visto, eran ferozmente leales.

Ham habló con los hombres un rato, luego se despidió y se internó en las brumas. El pequeño patio situado entre la fortaleza y su muralla albergaba un par de puestos de guardia y patrulla, y Ham los visitaba por turno. Caminó osadamente en la oscuridad, confiando en la tenue luz de las estrellas para guiarse en vez de cegarse con una antorcha. Una costumbre de ladrón.

Vin sonrió, saltó en silencio al suelo y echó a andar detrás de Ham. Él siguió caminando, ignorando su presencia. *¿Cómo sería tener solo un poder alomántico?*, pensó Vin. *Poder hacerte más fuerte, pero tener el oído tan poco fino como un hombre normal.* Habían pasado solo dos años, pero ya había aprendido a confiar ciegamente en sus habilidades.

Ham continuó adelante y Vin lo siguió discretamente, hasta que se produjo la emboscada. Vin se tensó, avivando su bronce.

OreSeur aulló de repente, saltando de una pila de cajas. El kandra era una oscura silueta en la noche y su ladrido inhumano atemorizó incluso a Vin. Ham se dio media vuelta, maldiciendo en voz baja.

Y por instinto avivó peltre. Concentrada en su bronce, Vin confirmó que los pulsos procedían decididamente de él. Ham se giró, buscando en la noche, mientras OreSeur aterriza. Vin, sin embargo, se limitó a sonreír. La alomancia de Ham significaba que no era un impostor. Podía tachar otro nombre de la lista.

—No pasa nada, Ham —dijo, acercándose.

Ham vaciló y bajó su bastón de duelos.

—¿Vin? —preguntó, entornando los ojos.

—Soy yo. Lo siento, has asustado a mi perro. Se pone nervioso por la noche.

Ham se relajó.

—Nos pasa a todos, supongo. ¿Algo de particular esta noche?

—No que yo sepa. Te lo haré saber.

Ham asintió.

—Te lo agradeceré... aunque dudo que me necesites. Soy capitán de la guardia, pero eres tú quien hace todo el trabajo.

—Eres más valioso de lo que crees, Ham. Elend confía en ti. Desde que Jastes y los demás lo dejaron, necesita un amigo.

Ham asintió. Vin se volvió y contempló las brumas, mientras OreSeur se sentaba. Parecía sentirse cada vez más cómodo con su cuerpo de sabueso.

Ahora que sabía que Ham no era el impostor, había algo que necesitaba discutir con él.

—Ham —dijo—, que protejas a Elend es más importante de lo que crees.

—Estás hablando del impostor —respondió Ham tranquilamente—. Me ha hecho buscar a todo el personal de palacio para ver quién pudo haber desaparecido durante unas cuantas horas ese día. Pero es una tarea difícil.

Ella asintió.

—Hay algo más, Ham. Me he quedado sin atium.

Él guardó silencio un momento y luego ella lo oyó maldecir entre dientes.

—Moriré la próxima vez que me enfrente a un nacido de la bruma —dijo.

—No a menos que tenga atium —respondió Ham.

—¿Qué posibilidades hay de que alguien envíe a un nacido de la bruma sin atium a luchar contra mí?

Él vaciló.

—Ham, necesito encontrar un modo de luchar contra alguien que queme atium. Dime que conoces una manera.

Ham se encogió de hombros en la oscuridad.

—Hay montones de teorías, Vin. Una vez tuve una larga conversación con Brisa al respecto... aunque él se pasó todo el rato quejándose de que lo estaba molestando.

—¿Bien? —preguntó Vin—. ¿Qué puedo hacer?

Ham se frotó la barbilla.

—La mayoría de la gente coincide en que la mejor forma de matar a un nacido de la bruma que tenga atium es sorprenderlo.

—Eso no sirve de nada si me ataca él primero.

—Bueno, quitando la sorpresa, no hay mucho. Algunos piensan que se podría matar a un nacido de la bruma que utilice atium si lo pillas en una situación inevitable. Es como un juego de estrategia: a veces el único modo de tomar una pieza es acorralarla para que, no importa hacia dónde se mueva, muera.

»Pero conseguir eso con un nacido de la bruma es bastante difícil. La cosa es que el atium permite al nacido de la bruma ver el futuro... Sabe si un movimiento lo atrapará y por eso puede evitar la situación. Se supone que el metal amplía su mente de algún modo también.

—Así es. Cuando quemo atium, a menudo esquivo antes de advertir los ataques que vienen.

Ham asintió.

—Bien, ¿qué más?

—Eso es todo, Vin. Los violentos hablan mucho de este tema: todos tenemos miedo de enfrentarnos a un nacido de la bruma. Esas son tus dos opciones: sorprenderlo o acorralarlo. Lo siento.

Vin frunció el ceño. Ninguna opción le serviría de mucho si caía en una emboscada.

—Bueno, tengo que ponerme en marcha. Prometo que te informaré si dejo algún cadáver.

Ham se echó a reír.

—¿Y si tratas de evitar tener que dejar alguno, eh? Solo el lord Legislador sabe lo que haría este reino si te perdiéramos...

Vin asintió, aunque no estaba segura de cuánto podía verla Ham en la oscuridad. Le hizo un gesto a OreSeur y se dirigió hacia la muralla de la fortaleza, dejando al hombre en el camino empedrado.

—Ama —dijo OreSeur cuando hubieron subido a la muralla—, ¿puedo saber cuál era el propósito de sorprender así a maese Hammond? ¿Es que te gusta asustar a tus amigos?

—Era una prueba —dijo Vin, deteniéndose junto a una almena y contemplando la ciudad.

—¿Una prueba, ama?

—Para ver si usaba alomancia. De esa forma he confirmado que no es él el impostor.

—Ah —dijo el kandra—. Muy astuto, ama.

Vin sonrió.

—Gracias —contestó. Una patrulla de la guardia se les acercaba. Como no quería que los vieran, Vin señaló la caseta de piedra. Dio un salto, empujando una moneda, y aterrizó encima. OreSeur saltó tras ella, usando su extraña musculatura kandra para impulsarse tres metros.

Vin se sentó a pensar, con las piernas cruzadas, y OreSeur se tendió a su lado, asomando las patas por el borde del tejado. Mientras estaban allí, Vin advirtió un detalle. *OreSeur me dijo que un kandra no conseguía poderes de alomancia si se comía a un alomante... pero ¿puede un kandra ser alomante por sí mismo? Nunca terminé esa conversación.*

—Eso me indica si una persona es un kandra, ¿no? —preguntó, volviéndose hacia OreSeur—. Tu gente no tiene poderes alománticos, ¿verdad?

OreSeur no respondió.

—¿OreSeur?

—No estoy obligado a responder a esa pregunta, ama.

Sí, pensó Vin con un suspiro. *El Contrato. ¿Cómo se supone que voy a capturar al otro kandra si OreSeur no quiere responder a ninguna de mis preguntas?* Se echó hacia atrás, llena de frustración, y contempló las interminables brumas usando su capa como almohada.

—Tu plan funcionará, ama —dijo OreSeur tranquilamente.

Vin vaciló, volvió la cabeza hacia él. OreSeur yacía con la cabeza sobre las patas delanteras, contemplando la ciudad.

—Si sientes alomancia en alguien, entonces no será un kandra.

Vin sintió una vacilante reticencia en sus palabras, y OreSeur no la miró. Era como si hablara a regañadientes, dando información que hubiera preferido guardarse.

¡Qué lleno está de secretos!, pensó Vin.

—Gracias —dijo.

OreSeur encogió sus hombros caninos.

—Sé que preferirías no tener que tratar conmigo —dijo ella—. Los dos preferiríamos mantener las distancias. Pero tendremos que hacer que las cosas funcionen.

OreSeur volvió a asentir, y luego giró ligeramente la cabeza y la miró.

—¿Por qué me odias?

—Yo no te odio —respondió Vin.

OreSeur alzó una ceja perruna. Había una sabiduría en aquellos ojos, una comprensión, que sorprendieron a Vin. Nunca había visto tales cosas en él antes.

—Yo... —Vin apartó la mirada—. Es que no he superado el hecho de que te comieras el cuerpo de Kelsier.

—No es por eso —dijo OreSeur, volviendo a contemplar la ciudad—. Eres demasiado lista para que eso te moleste.

Vin frunció el ceño, indignada, pero el kandra no la estaba mirando. Se volvió a mirar las brumas.

¿Por qué ha sacado el tema?, pensó Vin. Estábamos empezando a llevarnos bien. Ella estaba dispuesta a olvidar.

—*De verdad quieres saberlo? Bien.*

—Es porque lo sabías.

—*¿Disculpa, ama?*

—Lo sabías —dijo Vin, todavía contemplando las brumas—. Eras el único miembro de la banda que sabía que Kelsier iba a morir. *¿No consideraste decirnos que el idiota planeaba matarse? ¿No se te pasó por la cabeza que podríamos haber podido detenerlo, que podríamos haber encontrado otro modo?*

—Estás siendo muy brusca, ama.

—Bueno, querías saberlo. Fue peor después de su muerte. Cuando te convertiste en mi sirviente, por orden suya. Ni siquiera hablaste nunca de lo que habías hecho.

—El Contrato, ama —dijo OreSeur—. No deseas oírlo, quizá, pero yo estaba atado. Kelsier no deseaba que conocierais sus planes, así que no podía decíroslos. Ódiame si es preciso, pero yo no lamento mis acciones.

—No te odio. —*Lo he superado*—. Pero, sinceramente, ¿no pudiste incumplir el Contrato por su propio bien? Serviste a Kelsier durante dos años. ¿No te dolía saber que iba a morir?

—*¿Por qué debería importarme si muere un amo u otro?* —dijo OreSeur—. Siempre hay otro amo que ocupa su lugar.

—Kelsier no era ese tipo de amo.

—*¿Ah, no?*

—No.

—Pido disculpas, ama —dijo OreSeur—. Creeré entonces lo que se me ordena.

Vin abrió la boca para responder, pero la cerró. Si él estaba decidido a seguir pensando como un necio, estaba en su derecho. Continuaría recelando de sus amos, igual que...

Igual que ella recelaba de él. Por mantener su palabra, por aferrarse a su Contrato.

Desde que lo conozco, no he hecho otra cosa que tratarlo mal, pensó Vin. Primero, cuando era Renoux, reaccioné contra su arrogante porte... pero ese porte no era suyo, formaba parte del papel que tenía que representar. Luego, como OreSeur, lo evité. Lo odié incluso, por haber dejado morir a Kelsier. Ahora lo he obligado a tomar el cuerpo de un animal.

Y, en dos años, las únicas veces que le he preguntado por su pasado ha sido para obtener más información sobre su pueblo y poder encontrar al impostor.

Vin contempló las brumas. De todos los miembros de la banda, solo OreSeur había sido un extraño. No lo invitaban a sus reuniones. No había obtenido un puesto en el gobierno. Había ayudado tanto como cualquiera de ellos, desempeñando un papel vital: el del «espíritu» de Kelsier, que había regresado de la tumba para incitar a los skaa a su rebelión definitiva. Sin embargo, mientras los demás tenían títulos, amistades y deberes, lo único que OreSeur había ganado por derrocar al Imperio Final era otra ama.

Un ama que lo odiaba.

No me extraña que reaccione como lo hace.

Las últimas palabras de Kelsier regresaron a su mente: *Tienes mucho que aprender de la amistad, Vin...* Kel y los demás la habían invitado a entrar en la banda, la habían tratado con dignidad y aprecio, aunque no se lo merecía.

—OreSeur, ¿cómo era tu vida antes de que te reclutara Kelsier?

—No comprendo qué tiene eso que ver con encontrar al impostor, ama.

—No es que tenga nada que ver, pero me parece que tal vez debería empezar a conocerte mejor.

—Mis disculpas, ama, pero no quiero que me conozcas.

Vin suspiró. *Se acabó el intento.*

Pero... bueno, Kelsier y los demás no la habían rechazado cuando había sido antipática con ellos. Había algo familiar en las palabras de OreSeur. Algo que reconoció.

—Anonimato —dijo Vin en voz baja.

—¿Ama?

—Anonimato. Ocultarte, incluso cuando estás con otros. Permanecer callado sin molestar a nadie. Obligarte a permanecer apartado... emocionalmente, al menos. Es una forma de vida. Una protección.

OreSeur no dijo nada.

—Estás al servicio de unos amos —dijo Vin—. Hombres duros que temen tu competencia. El único modo de impedir que te odien es asegurarte de que no te presten atención. Así que te haces parecer pequeño y débil. No una amenaza. Pero a veces dices algo equivocado, o dejas que se note la rebeldía.

Se volvió hacia OreSeur. Él la estaba mirando en silencio.

—Sí —dijo por fin, volviéndose a mirar la ciudad.

—Ellos te odian —dijo Vin en voz baja—. Te odian a causa de tus poderes, porque no pueden obligarte a romper tu palabra, o porque les preocupa que seas demasiado fuerte para controlarte.

—Tienen miedo de ti —dijo OreSeur—. Están paranoicos, aterrados, aunque te utilicen con la idea de que ocupes su lugar. A pesar del Contrato, a pesar de saber que ningún kandra rompería su sagrado juramento, te temen. Y los hombres odian lo que temen.

—Y por eso encuentran excusas para golpearte —contestó Vin—. A veces, incluso tus esfuerzos por seguir siendo inofensivo parecen provocarlos. Odian tu habilidad, odian el hecho de no tener motivos para golpearte, así que te golpean.

OreSeur se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Cómo sabes estas cosas?

Vin se encogió de hombros.

—No solo tratan así a sus kandra, OreSeur. De la misma manera trataban los jefes de bandas a una chica joven... una anomalía en un mundo de ladrones lleno de hombres. Una niña que tenía una extraña habilidad para lograr que pasaran las cosas, para influir en la gente, para oír lo que no debía, para moverse de manera más silenciosa y rápida que los demás. Una herramienta y una amenaza al mismo tiempo.

—Yo... no me había dado cuenta, ama...

Vin frunció el ceño. *¿Cómo puede no conocer mi pasado? Sabía que yo era una ladrona callejera. ¿O no?* Por primera vez, Vin advirtió cómo debía haberla visto OreSeur dos años antes, cuando la había conocido. Había llegado a la zona después de que la reclutaran; probablemente había supuesto que formaba parte del equipo de Kelsier desde hacía años, como los demás.

—Kelsier me reclutó unos días antes de que te conociera —dijo Vin—. Bueno, en realidad no me *reclutó*. Más bien me *rescató*. Me pasé la infancia sirviendo en una banda de ladrones tras otra, siempre trabajando para los hombres de peor reputación y más peligrosos, pues eran los únicos que aceptaban a un par de vagabundos como mi hermano y yo. Los líderes listos

descubrieron que yo era una buena herramienta. No estoy segura de si descubrieron que era alomante o no... Algunos probablemente lo hicieron, otros pensaron que tenía «suerte». Fuera como fuese, me necesitaban. Y eso me hizo odiarlos.

—¿Y por eso te pegaban?

Vin asintió.

—El último, especialmente. Fue entonces cuando empecé a comprender cómo usar la alomancia, aunque no sabía lo que era. Pero Camon lo sabía. Y me odiaba al mismo tiempo que me utilizaba. Creo que temía que descubriera cómo usar plenamente mis poderes. Y ese día tuvo miedo de que fuera a matarlo... —Vin volvió la cabeza y miró a OreSeur—. A matarlo y ocupar su lugar como jefe de la banda.

OreSeur permaneció en silencio, sentado ahora sobre sus cuartos traseros, observándola.

—Los kandra no son los únicos a quienes los humanos tratan mal —dijo Vin en voz baja—. Somos muy buenos maltratándonos también unos a otros.

OreSeur bufó.

—Contigo, al menos, tenían que contenerse por miedo a que los mataras. ¿Te ha pegado alguna vez un amo que sabe que, no importa lo fuerte que te golpee, no vas a morirte? Todo lo que tiene que hacer es conseguirte unos huesos nuevos y estarás listo para servirle otra vez al día siguiente. Somos el sirviente definitivo: puedes matarnos a golpes por la mañana y hacer que te sirvamos la cena esa misma noche. Todo el sadismo a ningún coste.

Vin cerró los ojos.

—Comprendo. Yo no era un kandra, pero tenía peltre. Creo que Camon sabía que podía golpearme mucho más fuerte de lo que debería haber hecho.

—¿Por qué no escapaste? —preguntó OreSeur—. No tenías ningún Contrato que te atara.

—Yo... no lo sé. Las personas son extrañas, OreSeur, y la lealtad a menudo es retorcida. Me quedé con Camon porque era familiar, y temía más dejarlo que marcharme. Esa banda era cuanto tenía. Mi hermano se había ido y me aterraba estar sola. Ahora que lo pienso, me resulta extraño.

—A veces una mala situación sigue siendo mejor que la alternativa. Hiciste lo necesario para sobrevivir.

—Quizá —dijo Vin—. Pero hay un modo mejor, OreSeur. Yo no lo supe hasta que Kelsier me encontró, pero la vida no tiene que ser así. No tienes que

pasarte años enteros desconfiando, permaneciendo en las sombras y manteniéndote aparte.

—Si eres humano, tal vez. Yo soy un kandra.

—Puedes confiar. No *tienes* que odiar a tus amos.

—No los odio a todos, ama.

—Pero no confías en ellos.

—No es nada personal, ama.

—Sí que lo es. No confías en nosotros porque tienes miedo de que te hagamos daño. Eso lo comprendo: me pasé meses con Kelsier preguntándome cuándo iba a volver a sentirme herida. —Hizo una pausa—. Pero, OreSeur, no nos traicionó nadie. Kelsier *tenía razón*. Me parece increíble incluso ahora, pero los hombres de la banda (Ham, Dockson, Brisa) son buena gente. Y, aunque uno me traicionara, seguiría confiando en ellos. Puedo dormir por las noches, OreSeur. Puedo sentir paz, puedo reír. La vida es diferente. Mejor.

—Tú eres humana —insistió OreSeur, tozudo—. Puedes tener amigos porque no les preocupa que te los comas, ni ninguna otra tontería.

—No pienso eso de ti.

—¿No? Ama, acabas de admitir que recelas de mí porque me comí a Kelsier. Aparte de eso, odias el hecho de que cumpliera mi Contrato. Tú, al menos, has sido sincera.

»Los seres humanos nos encuentran preocupantes. Odian que nos comamos a los suyos, aunque solo tomemos cuerpos que ya están muertos. Os inquieta que tomemos vuestra forma. No me digas que no has oído las leyendas sobre mi pueblo. Espectros de la bruma, nos llaman: criaturas que roban la forma de los hombres que se internan en las brumas. ¿Crees que un monstruo así, una leyenda para asustar a los niños, podría ser aceptado jamás en vuestra sociedad?

Vin frunció el ceño.

—Esa es la razón del Contrato, ama —dijo OreSeur, la voz áspera al hablar a través de los labios del perro—. ¿Te preguntas por qué simplemente no escapamos? ¿Por qué no nos mezclamos con vuestra sociedad y pasamos inadvertidos? Lo intentamos. Hace mucho tiempo, cuando el Imperio Final era nuevo. Tu gente nos encontró y empezaron a destruirnos. Usaron a nacidos de la bruma para cazarnos, pues había muchos más alomantes en aquellos días. Tu gente nos odiaba porque temía que pudiéramos sustituirla. Fuimos casi por completo aniquilados... y entonces ideamos lo del Contrato.

—Pero ¿qué diferencia hay? —preguntó Vin—. Seguís haciendo las mismas cosas, ¿no?

—Sí, pero ahora las hacemos por orden *vuestra* —respondió OreSeur—. A los hombres les gusta el poder, y les encanta controlar algo poderoso. Nuestro pueblo se ofreció a servir e ideamos un férreo contrato, un contrato que todos los kandra juraron cumplir. No mataremos a los hombres. Tomaremos los huesos solo cuando se nos ordene. Serviremos a nuestros amos con obediencia absoluta.

»Empezamos a hacer esas cosas, y los hombres dejaron de matarnos. Siguieron odiándonos y temiéndonos... pero también supieron que podían darnos órdenes.

»Nos convertimos en sus herramientas. Mientras seguimos estando sometidos, ama, sobrevivimos. Y por eso obedezco. Romper el Contrato sería traicionar a mi pueblo. No podemos combatiros, no mientras tengáis a nacidos de la bruma, y por eso debemos serviros.

Nacidos de la bruma. ¿Por qué son tan importantes los nacidos de la bruma? OreSeur estaba dando a entender que podían encontrar a los kandra...

Vin no hizo ningún comentario al respecto; comprendió que, si señalaba ese detalle, OreSeur volvería a encerrarse en sí mismo. Así que, en cambio, se incorporó y lo miró a los ojos en la oscuridad.

—Si lo deseas, te liberaré de tu Contrato.

—¿Y qué cambiaría eso? —preguntó OreSeur—. Solo encontraría otro Contrato. Según nuestras leyes, debo esperar otra década antes de tener libertad... y solo dos años, y durante ese tiempo no podré salir de la patria kandra. Hacer lo contrario sería correr peligro.

—Entonces, acepta al menos mis disculpas. Fui una idiota al desconfiar de ti por haber cumplido tu Contrato.

OreSeur vaciló.

—Eso sigue sin arreglar las cosas, ama. Aún tengo que llevar este maldito cuerpo de perro... ¡No tengo ninguna personalidad ni huesos que imitar!

—Yo pensaba que agradecerías la oportunidad para ser simplemente tú mismo.

—Me siento desnudo —dijo OreSeur. Permaneció en silencio un instante; luego agachó la cabeza—. Pero... tengo que admitir que hay ventajas en estos huesos. No había advertido lo poco sospechoso que me harían ser.

Vin asintió.

—Ha habido momentos en mi vida en que hubiese dado cualquier cosa por tomar la forma de un perro y seguir viviendo ignorada.

—Pero ¿ya no?

Vin negó con la cabeza.

—No. Casi nunca, al menos. Antes pensaba que todo el mundo era como tú dices: lleno de odio, capaz de causar dolor. Pero hay buena gente en el mundo, OreSeur. Ojalá pudiera demostrártelo.

—Hablas de ese rey tuyo —dijo OreSeur, mirando hacia la fortaleza.

—Sí. Y de otros.

—¿De ti?

Vin sacudió la cabeza.

—No, de mí no. No soy una buena persona, ni una mala persona. Solo estoy aquí para matar.

OreSeur la observó un instante, luego volvió a acomodarse.

—De todas formas —dijo—, no eres el peor amo que he tenido. Esto es, tal vez, un cumplido entre nuestra gente.

Vin sonrió, pero sus propias palabras la habían dejado un poco inquieta: *Solo estoy aquí para matar*.

Contempló las hogueras de los ejércitos ante la ciudad. Una parte de Vin, la parte que había sido entrenada por Reen, la parte que de vez en cuando usaba su voz en el fondo de su mente, susurró que había otro modo de combatir a esos ejércitos. En vez de confiar en políticas y parlamentos, la banda podría usarla a ella. Enviarla en una silenciosa visita por la noche para dejar muertos a su paso a reyes y generales de los ejércitos.

Pero sabía que Elend no aprobaría una cosa así. Estaría en contra de utilizar el miedo para motivar, ni siquiera a sus enemigos. Señalaría que, si mataba a Straff o a Cett, estos serían sustituidos por otros hombres, aún más hostiles hacia la ciudad.

A pesar de todo, parecía una respuesta brutalmente lógica. Vin anhelaba hacerlo, aunque fuera por hacer algo distinto a esperar y hablar. No era una persona capaz de aguantar un asedio.

No, pensó. Yo no soy así. No quiero ser como era Kelsier. Dura. Implacable. Puedo ser mejor. Alguien capaz de confiar como confía Elend.

Descartó la parte de sí misma que quería asesinar a Straff y Cett y centró su atención en otras cosas. Se concentró en su bronce, buscando signos de alomancia. Aunque le gustaba ir de «patrulla» por la zona, lo cierto era que permaneciendo en un mismo sitio resultaba igualmente eficaz. Los asesinos

probablemente estarían vigilando las puertas principales, pues era allí donde empezaban las patrullas y esperaba la mayor concentración de soldados.

De todas formas, le pareció que divagaba. Había fuerzas moviéndose en el mundo, y Vin no estaba segura de querer formar parte de ellas.

¿Cuál es mi lugar?, pensó. No creía haberlo descubierto, no cuando empezó a hacerse pasar por Valette Renoux, ni actuando como guardaespaldas del hombre al que amaba. Nada encajaba del todo.

Cerró los ojos, quemando estaño y bronce, sintiendo el contacto de la bruma impulsada por el viento sobre su piel. Y, extrañamente, sintió algo más, algo muy leve. Detectó en la distancia pulsos alománticos. Eran tan tenues que casi los pasó por alto.

Eran como los pulsos del espíritu de bruma. También a él lo percibía, mucho más cerca. En el tejado de un edificio de la ciudad. Se estaba acostumbrando a su presencia, aunque no tenía más remedio. Mientras solo estuviera observando...

Una vez trató de matar a uno de los compañeros del Héroe, pensó Vin. Lo apuñaló, de algún modo. O eso decía el libro de viajes.

Pero ¿qué era ese pulso distante? Era suave... aunque poderoso. Como un tambor lejano. Vin apretó los párpados, concentrándose.

—¿Ama? —dijo OreSeur, irguiéndose de repente.

Vin abrió los ojos.

—¿Qué?

—¿No has oído eso?

Vin se enderezó.

—¿Qué...?

Entonces lo captó. Pisadas ante la muralla, no muy lejos. Se asomó y advirtió una oscura figura caminando por la calle hacia la fortaleza. Estaba tan concentrada en su bronce que había apagado por completo los sonidos reales.

—Buen trabajo —dijo, acercándose al borde del tejado de la caseta de los guardias. Solo entonces advirtió algo importante: OreSeur había tomado la iniciativa. La había alertado del peligro sin que le hubiera ordenado específicamente que escuchara.

Era poca cosa, pero parecía un gran paso.

—¿Qué te parece? —preguntó en voz baja, observando la figura. No llevaba antorcha y parecía muy cómodo en la bruma.

—¿Un alomante? —preguntó OreSeur, agazapado junto a ella.

Vin negó con la cabeza.

—No hay pulso alomántico.

—Entonces puede ser un nacido de la bruma —dijo OreSeur. Todavía no sabía que ella era capaz de perforar las nubes de cobre—. Es demasiado alto para ser tu amigo Zane. Ten cuidado, ama.

Vin asintió, lanzó una moneda y se zambulló en las brumas. OreSeur saltó de la caseta detrás de ella, y luego de la muralla, cubriendo los seis metros hasta el suelo.

Desde luego le gusta probar los límites de esos huesos, pensó Vin. Naturalmente, si una caída no lo mataba, tal vez comprendiera su valor.

Se guio tirando de los clavos de un tejado de madera y aterrizó a corta distancia de la oscura figura. Sacó sus cuchillos y preparó sus metales, asegurándose de que tenía duraluminio. Entonces cruzó en silencio la calle.

Sorpresa, pensó. La sugerencia de Ham todavía la ponía nerviosa. No podía depender siempre de la sorpresa. Siguió al hombre, estudiándolo. Era alto, muy alto. De hecho, esa túnica...

Vin se detuvo.

—¿Sazed? —preguntó, desconcertada.

El terrisano se volvió, su rostro ahora visible a sus ojos amplificados por el estaño. Sonrió.

—Ah, lady Vin —dijo con su voz sabia y familiar—. Estaba empezando a preguntarme cuánto tardarías en encontrarme. Eres...

Se interrumpió cuando ella lo envolvió en un emotivo abrazo.

—¡No pensaba que fueras a regresar tan pronto!

—No planeaba regresar, lady Vin —dijo Sazed—. Pero los acontecimientos no me permiten evitar este lugar. Ven, tenemos que hablar con Su Majestad. Tengo noticias de naturaleza muy desconcertante.

Vin se apartó, miró su amable rostro y advirtió el cansancio en sus ojos. Estaba agotado. Llevaba la túnica sucia y olía a ceniza y sudor. Sazed solía ser muy meticuloso, incluso cuando viajaba.

—¿Qué ocurre?

—Problemas, lady Vin —respondió él en voz baja—. Problemas y preocupaciones.

En Terris lo rechazaron, pero él logró liderarlos.

23



—EL REY LEKAL DIJO QUE tenía veinte mil criaturas en su ejército —dijo Sazed con voz calma.

¡Veinte mil!, pensó Elend, anonadado. Eso era casi tan peligroso como los cincuenta mil hombres de Straff. Probablemente más.

Los sentados a la mesa guardaron silencio y Elend miró a los demás. Estaban en la cocina del palacio, donde un par de cocineros preparaban a toda prisa una cena tardía para Sazed. La cocina tenía una zona con una modesta mesa donde comían los criados. No era sorprendente que Elend nunca hubiera cenado en esa zona, pero Sazed había insistido en que no despertaran a los criados necesarios para servir en el comedor principal, aunque al parecer no había tomado nada en todo el día.

Así que estaban sentados en taburetes bajos, esperando, mientras los cocineros trabajaban lo bastante lejos para no escuchar la conversación entre susurros que tenía lugar en el cuarto. Vin estaba sentada al lado de Elend, con un brazo alrededor de su cintura y su sabueso kandra en el suelo, a sus pies. Brisa estaba sentado al otro lado del rey, con aspecto un tanto desaliñado: le había molestado que lo despertasen. Ham ya estaba despierto, como el propio Elend. Otra propuesta que había que elaborar: una carta que enviar a la Asamblea explicando que iba a reunirse de manera extraoficial con Straff.

Dockson acercó un taburete y eligió un sitio apartado de Elend, como de costumbre. Clubs estaba en su parte del banco, desplomado, aunque Elend no podía decir si su postura se debía al cansancio o a su pesimismo habitual. Eso dejaba a Fantasma, que estaba sentado a una de las mesas de servir y de vez en

cuando alargaba un brazo para robar comida a los molestos cocineros. Elend advirtió con diversión que tonteaba sin éxito con una adormilada pinche de la cocina.

Y luego estaba Sazed. El terrisano se hallaba sentado directamente frente a Elend, con el tranquilo control que solo él era capaz de conseguir. Su ropa estaba manchada de polvo y tenía un aspecto raro sin sus pendientes (para no tentar a los ladrones, supuso Elend), pero llevaba limpias la cara y las manos. Incluso sucio por el viaje, Sazed seguía transmitiendo una sensación de orden.

—Pido disculpas, Majestad —dijo—. Pero creo que lord Lekal no es de fiar. Comprendo que fuisteis amigos antes del Colapso, pero su actual estado parece un poco... inestable.

Elend asintió.

—¿Cómo crees que los controla?

Sazed sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea, Majestad.

—Tengo hombres en la guardia que vinieron del sur después del Colapso —intervino Ham—. Eran soldados y servían en una guarnición cerca de un campamento koloss. El lord Legislador no llevaba muerto un día y las criaturas ya se habían vuelto locas. Atacaron todo lo que había cerca: aldeas, guarniciones, ciudades.

—Lo mismo sucedió en el noroeste —dijo Brisa—. Las tierras de lord Cett se han llenado de refugiados que huían de los koloss salvajes. Cett trató de reclutar a la guarnición de koloss que había cerca de sus tierras, y lo siguieron durante algún tiempo. Pero entonces sucedió algo y atacaron a su ejército. Tuvo que matarlos a todos... Perdió a casi dos mil soldados para matar a una pequeña guarnición de quinientos koloss.

El grupo volvió a guardar silencio, mientras el parloteo del personal de cocina sonaba cerca. *Quinientos koloss mataron a dos mil hombres*, pensó Elend. *Y las fuerzas de Jastes constan de veinte mil bestias. Lord Legislador...*

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Clubs—. ¿Y a qué distancia sucedió?

—He tardado algo más de una semana en llegar hasta aquí —dijo Sazed—. Aunque me pareció que el rey Lekal llevaba allí acampado algún tiempo. Obviamente viene hacia aquí, aunque no sé a qué velocidad pretende marchar.

—Probablemente no esperaba que los otros dos ejércitos llegaran antes —advirtió Ham.

Elend asintió.

—¿Qué hacemos, entonces?

—No veo que *podamos* hacer nada, Majestad —dijo Dockson, sacudiendo la cabeza—. El informe de Sazed no me da muchas esperanzas de que podamos razonar con Jastes. Y, con el asedio ya en marcha, poco puede hacerse.

—Podría darse la vuelta e irse —dijo Ham—. Con dos ejércitos aquí ya...

Sazed pareció vacilar.

—Sabía lo de los dos ejércitos, lord Hammond. Parecía confiar en sus koloss por encima de los ejércitos humanos.

—Con veinte mil, probablemente podría con *cualquiera* de esos otros dos ejércitos —dijo Clubs.

—Pero tendría problemas con ambos —dijo Ham—. *Ese* sería un buen motivo para detenerme, si fuera él. El hecho de aparecer con un montón de volátiles koloss podría preocupar lo suficiente a Cett y Straff para que unieran fuerzas contra él.

—Lo cual nos vendría bien —dijo Clubs—. Cuanto más luchen *los otros*, mejor estaremos.

Elend se echó hacia atrás en su asiento. Sentía el acecho de la ansiedad, y se alegró de tener a Vin junto a él, abrazándolo, aunque no dijera mucho. A veces se sentía más fuerte simplemente con su presencia. Veinte mil koloss. Esa sola amenaza lo atemorizaba más que ninguno de los otros dos ejércitos.

—Esto podría ser buena cosa —dijo Ham—. Si Jastes perdiera el control de esas bestias cerca de Luthadel, cabe la posibilidad de que atacaran a alguno de esos ejércitos.

—De acuerdo —dijo Brisa, cansado—. Creo que nos hace falta ganar tiempo, estirar este asedio hasta que llegue el ejército koloss. Un ejército más en liza solo implica más ventaja para nosotros.

—No me gusta la idea de tener koloss en la zona —dijo Elend, estremeciéndose levemente—. No importa la ventaja que saquemos. Si atacan la ciudad...

—Yo digo que nos preocupemos de eso cuando lleguen, si lo hacen —repuso Dockson—. Por ahora, tenemos que continuar con nuestro plan tal como está previsto. Su Majestad se reúne con Straff, tratando de manipularlo para que forje una alianza secreta con nosotros. Con suerte, la presencia inminente de los koloss lo hará estar más dispuesto al acuerdo.

Elend asintió. Straff había accedido a reunirse y habían fijado una fecha para la que faltaban unos cuantos días. Los miembros de la Asamblea estaban

furiosos porque no había consultado con ellos el día y el sitio, pero poco podían hacer al respecto.

—Bueno —dijo Elend por fin, suspirando—. ¿Dijiste que tenías más noticias, Sazed? Mejores, espero.

Sazed vaciló. Un cocinero se acercó y le sirvió un plato de comida: cebada al vapor con tiras de carne y cerveza ahumada. El aroma fue suficiente para que Elend sintiera un poco de hambre. Hizo un gesto de agradecimiento al jefe de cocina, que había insistido en preparar la comida él mismo a pesar de lo intempestivo de la hora. El hombre llamó a su vez al personal y se dispuso a marcharse.

Sazed esperó en silencio a que todos estuvieran lejos y no pudieran oírlo.

—Dudo si mencionar esto, Majestad, pues tus cargas ya parecen bastante grandes.

—Bien puedes decírmelo.

Sazed asintió.

—Me temo que hayamos expuesto el mundo a algo cuando matamos al lord Legislador, Majestad. A algo inesperado.

Brisa alzó una ceja.

—¿Inesperado? Quieres decir... ¿aparte de koloss salvajes, déspotas hambrientos de poder y bandidos?

Sazed vaciló.

—Hmm, sí. Hablo de asuntos algo más difusos, me temo. Sucede algo extraño con las brumas.

Vin se irguió levemente.

—¿Qué quieres decir?

—He estado siguiendo una cadena de hechos —explicó Sazed. Bajó la cabeza mientras hablaba, como cohibido—. Podríamos decir que he estado llevando a cabo una investigación. Veréis, he oído hablar de numerosos casos de brumas que surgen durante el día.

Ham se encogió de hombros.

—Eso pasa a veces. Hay días de niebla, sobre todo en otoño.

—No me refiero a eso, lord Hammond —dijo Sazed—. Hay una diferencia entre la bruma y la niebla corriente. Cuesta verla, tal vez, pero un ojo entrenado la capta. La bruma es más densa y... bueno...

—Se mueve en volutas más grandes —dijo Vin en voz baja—. Como ríos en el cielo. Nunca se queda flotando en un solo sitio: flota con la brisa, como si la compusiera.

—Y no puede entrar en los edificios —dijo Clubs—. Ni en las tiendas. Se evapora poco después de hacerlo.

—Sí —contestó Sazed—. Cuando escuché por primera vez esos informes sobre la bruma diurna, supuse que las supersticiones de la gente estaban escapando a su control. He conocido a muchos skaa que se negaban a salir de día cuando había niebla. Sin embargo, sentí curiosidad, así que seguí la pista de los informes hasta una aldea del sur. Estuve enseñando allí durante algún tiempo y nunca recibí confirmación de las historias. Así que me fui de ese lugar. —Vaciló, frunciendo levemente el ceño—. Majestad, por favor no creas que estoy loco. Durante esos viajes pasé por un valle apartado y vi lo que juro que era bruma, no niebla. Se movía por el paisaje, arrastrándose hacia mí. A plena luz del día.

Elend miró a Ham, que se encogió de hombros.

—A mí no me mires.

Brisa hizo una mueca e intervino.

—Te está preguntando tu opinión, querido amigo.

—Bueno, pues no tengo ninguna.

—Vaya filósofo que estás hecho.

—No soy filósofo —dijo Ham—. Me gusta pensar en esas cosas.

—Bueno, entonces piensa en *esto* —le recomendó Brisa.

Elend miró a Sazed.

—¿Estos dos siempre se han comportado así?

—Sinceramente, no estoy seguro, Majestad —respondió Sazed, con una sonrisita—. No los conozco desde hace mucho más tiempo que tú.

—Sí, siempre han sido así —dijo Dockson, suspirando—. En todo caso, han empeorado con los años.

—¿No tienes hambre? —preguntó Elend, indicando el plato de Sazed.

—Puedo comer cuando termine esta conversación.

—Sazed, ya no eres ningún sirviente —dijo Vin—. No tienes que preocuparte por ese tipo de cosas.

—No se trata de servir o no, lady Vin —contestó Sazed—. Es una cuestión de educación.

—Sazed —dijo Elend.

—¿Sí, Majestad?

El rey señaló el plato.

—Come. Puedes ser educado en otro momento. Ahora pareces desnutrido... y estás entre amigos.

Sazed vaciló, dirigiendo a Elend una mirada de extrañeza.

—Sí, Majestad —dijo, y levantó un cuchillo y una cuchara.

—Ahora bien —empezó a decir Elend—, ¿qué importa que vieras bruma durante el día? Sabemos que las cosas que dicen los skaa no son ciertas: no hay ningún motivo para temer las brumas.

—Puede que los skaa sean más sabios de lo que creemos, Majestad —dijo Sazed, dando pequeños y cuidadosos bocados a la comida—. Parece que la bruma ha estado matando gente.

—¿Qué? —preguntó Vin, inclinándose hacia delante.

—Yo nunca lo he visto, lady Vin —dijo Sazed—. Pero sí que he visto sus efectos, y he recogido varios testimonios. Todos coinciden en que la bruma ha estado matando gente.

—Eso es ridículo —dijo Brisa—. La bruma es inofensiva.

—Eso es lo que pensaba, lord Ladrian. Sin embargo, varios de los informes son bastante detallados. Los incidentes siempre tuvieron lugar durante el día, y todos hablan de cómo la bruma se enroscó en torno a un desafortunado individuo, que luego murió... normalmente de un ataque. Yo mismo recopilé las entrevistas con los testigos.

Elend frunció el ceño. No hubiese dado crédito a la noticia de haber sido otro hombre, pero Sazed... no era alguien a quien se pudiera ignorar. Vin, sentada junto a Elend, seguía la conversación con interés, mordiéndose levemente el labio inferior. Extrañamente, no ponía objeciones a las palabras de Sazed... aunque los demás parecían reaccionar como lo había hecho Brisa.

—No tiene sentido, Sazed —dijo Ham—. Ladrones, nobles y alomantes se han internado siempre en las brumas.

—Así es, lord Hammond —asintió Sazed—. La única explicación que se me ocurre tiene que ver con el lord Legislador. No había escuchado ningún informe importante de muertes en la bruma antes del Colapso, pero he tenido pocos problemas para encontrarlos a partir de entonces. Los informes se concentran en las Dominaciones Externas, pero los incidentes parece que se mueven hacia el interior. Encontré un... incidente muy preocupante hace varias semanas, al sur, donde todos los habitantes de una aldea quedaron atrapados en sus chozas por miedo a la bruma.

—Pero ¿qué puede tener que ver la muerte del lord Legislador con las brumas? —preguntó Brisa.

—No estoy seguro, lord Ladrian —respondió Sazed—. Pero es la única conexión que he podido conjeturar.

Brisa frunció el ceño.

—Preferiría que no me llamas así.

—Pido disculpas, lord Brisa —dijo Sazed—. Sigo acostumbrado a llamar a la gente por su nombre completo.

—¿Te llamas Ladrian? —preguntó Vin.

—Desgraciadamente. Nunca me ha gustado, y con el querido Sazed poniendo la palabra «lord» delante... bueno, la aliteración lo hace todavía más atroz.

—¿Soy yo, o nos estamos yendo por las ramas más de lo habitual esta noche? —dijo Elend.

—Suele pasarnos cuando estamos cansados —respondió Brisa con un bostezo—. Sea como sea, nuestro buen terrisano debe haber malinterpretado los hechos. La bruma no mata.

—Solo puedo informar de lo que he descubierto —dijo Sazed—. Tendré que seguir investigando.

—Entonces, ¿te quedarás? —preguntó Vin, claramente esperanzada.

Sazed asintió.

—¿Y la enseñanza? —preguntó Brisa, agitando una mano—. Cuando te marchaste, recuerdo que dijiste algo de pasarte el resto de la vida viajando, o alguna tontería por el estilo.

Sazed se ruborizó un poco y volvió a bajar la cabeza.

—Me temo que ese deber tendrá que esperar.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, Sazed —dijo Elend, dirigiendo una dura mirada a Brisa—. Si lo que dices es verdad, entonces harás un servicio mayor a través de tus estudios que con tus viajes.

—Tal vez —dijo Sazed.

—Aunque probablemente podrías haber elegido un lugar más seguro para instalarte —le dijo Ham, risueño—. Un lugar que no esté acosado por dos ejércitos y veinte mil koloss.

Sazed sonrió y Elend soltó una risa forzada. *Ha dicho que los incidentes con las brumas se desplazan hacia dentro, hacia el centro del imperio. Hacia nosotros. Otra cosa más de la que preocuparse.*

—¿Qué ocurre? —preguntó de pronto una voz. Elend se volvió hacia la cocina, donde se encontraba una despeinada Allrianne—. He oído voces. ¿Hay una fiesta?

—Estábamos tratando asuntos de Estado, querida —dijo Brisa rápidamente.

—La otra chica está aquí. —Allrianne señaló a Vin—. ¿Por qué no me habéis invitado?

Elend frunció el ceño. *¿Ha oído voces? Las habitaciones de los invitados no están cerca de las cocinas.* Y Allrianne iba vestida con una sencilla túnica de noble. Se había tomado la molestia de quitarse la ropa de dormir, pero se había dejado el pelo despeinado. *¿Tal vez para parecer más inocente?*

Estoy empezando a pensar como Vin, se dijo Elend con un suspiro. Como para corroborar sus pensamientos, advirtió que Vin miraba a la nueva chica entornando los ojos.

—Vuelve a tus aposentos, querida —aplacó Brisa—. No molestes a Su Majestad.

Allrianne suspiró dramáticamente, pero se dio la vuelta e hizo lo que le pedían, marchándose pasillo abajo. Elend se volvió hacia Sazed, que observaba a la muchacha con curiosidad, y le dirigió una mirada que significaba «pregunta más tarde». El terrisano continuó comiendo. Unos instantes después, el grupo empezó a disolverse. Vin se quedó con Elend mientras los demás se marchaban.

—No me fío de esa muchacha —dijo Vin cuando un par de criados recogieron la mochila de Sazed y lo acompañaron a su habitación.

Elend sonrió y se volvió a mirarla.

—¿Tengo que decirlo?

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo sé. «No te fías de nadie, Vin.» Esta vez tengo razón. Iba vestida, pero despeinada. Tiene que haberlo hecho intencionadamente.

—Me he dado cuenta.

—¿Sí? —Vin parecía impresionada.

Elend asintió.

Debió oír a los criados despertando a Brisa y Clubs, y por eso se levantó. Eso significa que se ha pasado una buena media hora escuchando. Se revolvió el pelo para que pensáramos que acababa de llegar.

Vin abrió la boca, luego la cerró, estudiándolo.

—Estás mejorando —dijo.

—Eso, o la señorita Allrianne no es muy buena.

Vin sonrió.

—Sigo tratando de comprender por qué no la has oido —dijo Elend.

—Los cocineros hacían demasiado ruido —respondió Vin—. Además, estaba un poco distraída con lo que Sazed contaba.

—¿Y qué opinas de eso?

Vin vaciló.

—Te lo diré más tarde.

—Muy bien —dijo Elend. A los pies de Vin, el kandra se levantó y desperezó su cuerpo de sabueso. *¿Por qué ha insistido ella en traer a OreSeur a la reunión? No hace ni unas semanas que no podía soportar a la criatura.*

El sabueso se volvió a mirar las ventanas de la cocina. Vin siguió su mirada.

—¿Vas a salir? —preguntó Elend.

Vin asintió.

—No me fío de esta noche. Estaré cerca de tu balcón, por si hay problemas.

Lo besó y se retiró. Él la vio marchar, preguntándose por qué le había interesado tanto la historia de Sazed, preguntándose por qué no se lo contaba.

Basta, se dijo. Tal vez estaba aprendiendo sus lecciones demasiado bien... De toda la gente de palacio, Vin era la última de la que tenía que recelar. Sin embargo, cada vez que creía que estaba empezando a comprenderla, se daba cuenta de lo poco que la entendía.

Y eso lo hacía todo un poco más deprimente. Con un suspiro, se dio la vuelta para regresar a sus habitaciones, donde su carta a medio terminar para la Asamblea le esperaba.

TAL VEZ NO DEBERÍA HABER *hablado de las brumas*, pensó Sazed siguiendo a un criado escaleras arriba. *Ahora he preocupado al rey con algo que tal vez solo sea una suposición mía.*

Llegaron a lo alto de las escaleras y el criado le preguntó si deseaba que le prepararan un baño. Sazed negó con la cabeza. En otras circunstancias hubiera agradecido la oportunidad de asearse. Sin embargo, haber ido corriendo hasta el Dominio Central, ser capturado por los koloss y luego marchar hasta Luthadel lo había dejado al borde del agotamiento. Apenas había tenido fuerzas para comer. Ahora tan solo quería dormir.

El criado asintió y condujo a Sazed hasta un pasillo lateral.

¿Y si estaba imaginando relaciones inexistentes? Todos los eruditos sabían que uno de los mayores peligros de la investigación era el deseo de encontrar una respuesta concreta. Sazed no se había inventado los testimonios, pero ¿había exagerado su importancia? El testimonio de un lunático, enloquecido

hasta el punto del canibalismo... Seguía quedando el hecho de que Sazed nunca había visto que las brumas mataran a nadie.

El criado lo condujo a una habitación de invitados, y Sazed, agradecido, le dio las buenas noches y vio cómo se marchaba sosteniendo una vela, pues le había dejado la lámpara. Durante la mayor parte de su vida, Sazed había pertenecido a la clase de los sirvientes apreciados por su refinado sentido del deber y el decoro. Había estado en mansiones y casas adineradas, supervisando la labor de criados como el que acababa de acompañarlo a sus habitaciones.

Otra vida, pensó. Siempre le había frustrado un poco que sus deberes de mayordomo le dejaran poco tiempo para el estudio. Qué irónico resultaba que, después de ayudar a derrocar al Imperio Final, tuviera todavía menos.

Iba a empujar la puerta y abrirla, pero se detuvo casi de inmediato. Ya había una luz encendida dentro de la habitación.

¿Han dejado una lámpara encendida para mí?, se preguntó. Lentamente, abrió la puerta. Alguien le estaba esperando.

—Tindwyl —dijo Sazed en voz baja. Ella estaba sentada junto al escritorio de la habitación, tranquila y vestida de punta en blanco, como siempre.

—Sazed —respondió ella mientras él entraba y cerraba la puerta. De repente, Sazed fue todavía más consciente de sus ropas sucias.

—Respondiste a mi petición.

—Y tú ignoraste la mía.

Sazed no la miró a los ojos. Se acercó y dejó la lámpara sobre el escritorio.

—Me he fijado en la ropa nueva del rey, y parece que ha ganado cierta confianza. Lo has hecho bien.

—No hemos hecho más que empezar —dijo ella, quitándole importancia—. Tenías razón respecto a él.

—El rey Venture es muy buena persona —dijo Sazed, acercándose a la palangana para lavarse la cara. Agradeció el agua fría; tratar con Tindwyl iba a agotarlo aún más.

—Las buenas personas pueden ser reyes terribles —advirtió Tindwyl.

—Pero las malas personas no pueden ser buenos reyes —dijo Sazed—. Es mejor empezar con una buena persona y trabajar el resto, creo.

—Tal vez —dijo Tindwyl. Lo observó con su dura expresión de costumbre. Otros la consideraban fría, incluso despiadada. Pero Sazed nunca la había considerado así. Teniendo en cuenta lo que había vivido, le parecía notable, incluso sorprendente, que demostrara tanta confianza. ¿Cómo lo conseguía?

»Sazed, Sazed... ¿Por qué has regresado al Dominio Central? Sabes las indicaciones que te dio el Sínodo. Se supone que tendrías que estar en el Dominio Oriental, enseñando a la gente de las fronteras de las tierras yermas.

—Es allí donde estaba. Y ahora estoy aquí. El sur podrá apañárselas sin mí durante algún tiempo.

—¿Sí? —preguntó Tindwyl—. ¿Y quién les enseñará técnicas de regadío para que puedan producir comida suficiente para sobrevivir a los meses de frío? ¿Quién les explicará los principios básicos para redactar leyes para que puedan gobernarse a sí mismos? ¿Quién les enseñará a recuperar su fe y sus creencias perdidas? Siempre te ha apasionado.

Sazed soltó la toalla.

—Volveré para enseñarles cuando esté seguro de que no tengo un trabajo más importante que hacer.

—¿Qué trabajo más importante podría haber? —preguntó Tindwyl—. Es el deber de nuestra vida, Sazed. Es el trabajo de todo nuestro *pueblo*. Sé que Luthadel es importante para ti, pero aquí no encontrarás nada. Yo cuidaré de tu rey. Tienes que irte.

—Aprecio tu trabajo con el rey Venture —dijo Sazed—. Sin embargo, mi curso de acción tiene poco que ver con él. Tengo que investigar otras cosas.

Tindwyl frunció el ceño y le dirigió una fría mirada.

—Sigues buscando esa conexión fantasma tuya. Esa locura de las brumas.

—Está pasando algo extraño, Tindwyl.

—No —dijo Tindwyl, suspirando—. ¿Es que no lo ves, Sazed? Te pasaste diez años trabajando para derrocar el Imperio Final. Ahora no sabes contentarte con un trabajo normal, y por eso te has inventado una amenaza grandiosa para el mundo. Tienes miedo de ser irrelevante.

Sazed bajó la cabeza.

—Tal vez. Si tienes razón, entonces pediré perdón al Sínodo. Tendré que pedir perdón de todas formas, creo.

—Oh, Sazed —dijo ella, sacudiendo levemente la cabeza—. No puedo entenderte. Tiene sentido que jóvenes apasionados como Vedzan y Rindel no escuchen los consejos del Sínodo. Pero ¿tú? Eres el alma de lo que significa ser de Terris: tan tranquilo, tan humilde, tan cuidadoso y respetuoso. Tan sabio. ¿Por qué eres tú quien desafía continuamente a nuestros líderes? No tiene sentido.

—No soy tan sabio como crees, Tindwyl —dijo Sazed con voz queda—. Soy simplemente un hombre que debe hacer aquello en lo que cree. Ahora

mismo, creo que hay peligro en las brumas y debo investigar mis impresiones. Tal vez sea simplemente arrogancia y necedad. Pero prefiero que se me conozca como necio y arrogante que poner en peligro a los habitantes de esta tierra.

—No encontrarás nada.

—Entonces se demostrará que estoy equivocado —dijo Sazed. Se volvió para mirarla a los ojos—. Pero te pido que recuerdes que la última vez que desobedecí al Sínodo, el resultado fue el colapso del Imperio Final y la libertad de nuestro pueblo.

Tindwyl hizo una mueca. No le gustaba que le recordaran ese hecho; a ninguno de los guardadores le gustaba. Sostenían que Sazed se había equivocado al desobedecer, pero no podían castigarlo por su éxito.

—No te comprendo —repitió ella tranquilamente—. Deberías ser un líder de nuestro pueblo, Sazed. No nuestro mayor rebelde y disidente. Todo el mundo quiere fijarse en ti... pero no puede. ¿Debes desafiar todas las órdenes que se te dan?

Él sonrió débilmente, pero no respondió.

Tindwyl suspiró y se puso en pie. Iba hacia la puerta, pero se detuvo y le tomó la mano al pasar. Lo miró a los ojos un instante; entonces él apartó la mano.

Ella sacudió la cabeza y se marchó.

Ordenaba a reyes, y aunque no buscó ningún imperio, se volvió más grande que todos los habidos.

24



ESTÁ SUCEDIENDO ALGO, pensó Vin, sentada entre las brumas en el tejado de la fortaleza Venture.

Sazed no era dado a exageraciones. Era meticuloso, y eso se notaba en sus gestos, su limpieza, incluso en la forma de hablar. Y era todavía más meticuloso cuando se trataba de sus estudios. Vin se sentía inclinada a creer en sus descubrimientos.

Y, desde luego, ella había visto cosas en las brumas. Cosas peligrosas. ¿Podía el espíritu de bruma explicar las muertes que relataba Sazed? *Pero, si ese es el caso, ¿por qué no habló Sazed de figuras en la bruma?*

Suspiró, cerró los ojos y quemó bronce. Podía oír al espíritu, acechando cerca. Y también podía oír el extraño latido en la distancia. Abrió los ojos, dejando su bronce encendido, y sacó algo del bolsillo y lo desplegó: una hoja del libro. A la luz del balcón de Elend, y con estaño, pudo leer fácilmente el texto.

Apenas duermo unas horas cada noche. Debemos continuar adelante, viajando cuanto podamos cada día, pero cuando finalmente me acuesto, el sueño me elude. Los mismos pensamientos que me perturban durante el día aumentan en la quietud de la noche.

Y, por encima de todo, oigo el golpeteo de las alturas, los pulsos de las montañas. Atrayéndome con cada latido.

Vin se estremeció. Le había pedido a uno de los buscadores de Elend que quemara bronce, y él le dijo que no había oído nada en el norte. O bien era el kandra, y le mentía sobre su habilidad para quemar bronce, o Vin podía oír un

ritmo que nadie más captaba. Nadie excepto un hombre muerto hacía mil años.

Un hombre que todo el mundo suponía que era el Héroe de las Eras.

Te estás comportando como una tonta, se dijo, volviendo a doblar el papel. *Sacas conclusiones precipitadas*. A su lado, OreSeur se tumbó y contempló la ciudad.

Y, sin embargo, ella seguía pensando en las palabras de Sazed. Algo estaba sucediendo con las brumas. Algo malo.

ZANE NO LA ENCONTRÓ EN el tejado de la fortaleza Hasting.

Se detuvo en las brumas, silencioso. Pensaba que iba a encontrarla esperando, pues aquel había sido el lugar de su último combate. Solo pensar en ello le hacía envararse expectante.

Durante los meses de entrenamiento siempre se habían reunido en el lugar donde él acababa por perderla. Sin embargo, había regresado a ese lugar varias noches y no la había encontrado nunca. Frunció el ceño, pensando en las órdenes de Straff, y en la necesidad.

Con el tiempo, probablemente le ordenarían que matara a la muchacha. No estaba seguro de qué le molestaba más: si su creciente reticencia a considerar esa posibilidad o su creciente preocupación por no poder derrotarla.

Podría ser ella, pensó. *Lo que finalmente me permita resistir. Lo que me convenza de... dejarlo.*

No podía explicar por qué necesitaba un motivo. Una parte de sí mismo simplemente lo achacaba a su locura, aunque su faceta racional lo consideraba una excusa patética. En el fondo, admitía que Straff era todo cuanto había conocido. Zane no podría marcharse hasta que supiera que tenía a otra persona en quien confiar.

Se alejó de la fortaleza Hasting. Ya había esperado suficiente: era hora de buscarla. Arrojó una moneda y recorrió la ciudad un rato. Y, naturalmente, la encontró en el tejado de la fortaleza Venture, vigilando a su necio hermano.

Zane rodeó la fortaleza, manteniéndose lo suficientemente apartado para que ni siquiera los ojos amplificados por el estaño pudieran verlo. Aterrizó en la parte posterior del tejado y avanzó con sigilo. Se acercó a ella, que estaba sentada en el borde. El aire permanecía en silencio.

Finalmente, ella se dio la vuelta con un leve respingo. Zane hubiese jurado que podía sentirlo cuando no tendría que haber podido hacerlo.

Fuera como fuese, lo había descubierto.

—ZANE —DIJO VIN LLANAMENTE, identificando su silueta. Él iba vestido de negro, como de costumbre, sin capa de bruma.

—He estado esperando. En el tejado de la fortaleza Hasting. Esperando a que vinieras.

Ella suspiró, sin quitarle ojo de encima, pero se relajó levemente.

—No estoy de humor para entrenar ahora mismo.

—Lástima —dijo él, después de observarla. Se acercó, obligando a Vin a ponerse cautelosamente en pie. Se detuvo junto al borde del tejado y contempló el balcón iluminado de Elend.

Vin miró a OreSeur. Estaba tenso, observándolos alternativamente a ella y a Zane.

—Te preocupas mucho por él —susurró Zane.

—¿Por Elend? —preguntó Vin.

Zane asintió.

—Aunque te utiliza.

—Ya hemos tenido esta discusión, Zane. No me está utilizando.

Zane la miró a los ojos, su postura recta y confiada en la noche.

Es tan fuerte... pensó ella. Está tan seguro de sí mismo. Es tan diferente de... Frenó sus pensamientos.

Zane se dio la vuelta.

—Dime, Vin, cuando eras más joven, ¿deseaste alguna vez tener poder?

Vin ladeó la cabeza y frunció el ceño. Era una extraña pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Creciste en las calles. Cuando eras más joven, ¿deseaste tener poder? ¿Soñabas con ser capaz de liberarte, de matar a aquellos que te maltrataban brutalmente?

—Por supuesto que sí.

—Y ahora tienes ese poder —dijo Zane—. ¿Qué diría la niña Vin si pudiera verte? ¿Una nacida de la bruma que se doblega y se inclina ante la voluntad de otro? ¿Poderosa y al mismo tiempo servil?

—Ahora soy una persona diferente, Zane. Me gustaría pensar que he aprendido cosas desde que era una niña.

—He descubierto que los instintos de los niños son a menudo los más sinceros —dijo Zane—. Los más naturales.

Vin no respondió.

Zane se volvió a contemplar la ciudad, sin que al parecer le preocupara darle la espalda. Vin lo observó, luego lanzó una moneda. Chocó contra el tejado de metal, y él de inmediato se volvió a mirarla.

No, pensó Vin, no se fía de mí.

Se volvió de nuevo, y Vin lo observó. Comprendía lo que quería decir, pues una vez había pensado como lo hacía él. Se preguntó en qué clase de persona podría haberse convertido si hubiera ganado acceso pleno a sus poderes sin, al mismo tiempo, aprender de la banda de Kelsier lo que era la amistad y la confianza.

—¿Qué harías, Vin? —preguntó él, girándose hacia ella—. Suponiendo que no tuvieras ninguna restricción, suponiendo que tus acciones no tuvieran ninguna repercusión.

Ir al norte. No tuvo que meditarlo. *Descubrir cuál es la causa de esos latidos.* Sin embargo, no lo dijo.

—No lo sé —dijo en cambio.

—Veo que no me tomas en serio.

—Te pido disculpas por hacerte perder el tiempo.

Zane se volvió para marcharse, caminando directamente entre OreSeur y ella. Vin lo miró y sintió una súbita puñalada de preocupación. Había ido a buscarla, dispuesto a hablar en vez de a luchar... y ella había desperdiciado la oportunidad. Nunca iba a ganarlo para su causa si no hablaba con él.

—¿Quieres saber qué haría? —preguntó; su voz resonó en las silenciosas brumas.

Zane se detuvo.

—Si pudiera utilizar mis poderes como quisiera... ¿Sin repercusiones? Lo protegería.

—¿A tu rey? —preguntó Zane, volviéndose.

Vin asintió bruscamente.

—Estos hombres que vienen contra él con sus ejércitos... tu amo, y ese hombre llamado Cett. Los mataría. Usaría mi poder para asegurarme de que nadie pudiera amenazar a Elend.

Zane asintió en silencio, y ella vio respeto en sus ojos.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque...

—Veo confusión en tu mirada —dijo Zane—. Sabes que tus instintos son acertados... y, sin embargo, te contienes. A causa de él.

—*Habría* repercusiones, Zane. Si yo matara a esos hombres, sus ejércitos podrían atacar. Ahora mismo, la diplomacia todavía puede dar frutos.

—Tal vez. Hasta que él te *pida* que mates a alguien.

Vin hizo una mueca.

—Elend no actúa así. No me da órdenes, y a las únicas personas que mato es a las que intentan matarlo a él.

—¿Sí? —dijo Zane—. Puede que no actúes obedeciendo sus órdenes, Vin, pero te abstienes de hacerlo. Eres su juguete. No lo digo para insultarte: verás, soy un juguete tanto como lo eres tú. Ninguno de los dos puede liberarse. No solo.

De repente, la moneda que Vin había arrojado saltó al aire, volando hacia Zane. Ella se tensó, pero simplemente se posó en la mano que la esperaba.

—Es interesante —dijo él, haciendo girar la moneda entre sus dedos—. Muchos nacidos de la bruma dejan de ver el valor de las monedas. Para nosotros, simplemente se convierten en algo que utilizamos para saltar. Es fácil olvidar el valor de algo cuando lo ves tan a menudo. Cuando se convierte en algo corriente y conveniente. Cuando se convierte... en solo una herramienta.

Lanzó la moneda hacia arriba e hizo que se perdiera en la noche.

—Debo irme —dijo, volviéndose.

Vin alzó una mano. Verlo usar la alomancia la hizo darse cuenta de que había otro motivo por el que quería hablar con él. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hablado con otro nacido de la bruma, con alguien que comprendiera sus poderes. Alguien que fuera como ella.

Pero le pareció que deseaba con demasiada desesperación que él se quedara. Así que lo dejó marchar, y continuó su vigilancia.

No engendró hijos, y, sin embargo, toda la humanidad se convirtió en su progenie.

25



VIN TENÍA EL SUEÑO MUY LIGERO, herencia de su juventud. Las bandas de ladrones trabajaban juntas por necesidad, y todo aquel que no pudiera proteger sus posesiones era considerado indigno de ellas. Vin, naturalmente, estaba en la parte inferior de la jerarquía, y aunque no tenía muchas posesiones que proteger, siendo una muchachita joven en un entorno mayoritariamente masculino tenía otros motivos para despertarse al menor ruido.

Así que cuando se despertó tras un silencioso ladrido de advertencia, reaccionó instintivamente. Apartó las mantas y echó mano al frasquito que tenía sobre la mesilla de noche. No dormía con metales en su interior: muchos de los metales alománticos eran, hasta cierto punto, venenosos. Era inevitable que tuviera que afrontar ese peligro, pero le habían advertido que quemara las sobras de metal al final de cada día.

Apuró el frasquito mientras cogía las dagas de obsidiana ocultas bajo la almohada. La puerta de la habitación se abrió y entró Tindwyl. La terrisana se detuvo en el acto cuando vio a Vin agazapada al pie de la cama, a unos palmos de distancia, las dagas gemelas destellando, el cuerpo tenso.

Tindwyl alzó una ceja.

—Así que estás despierta.

—Ahora.

La terrisana sonrió.

—¿Qué haces en mis aposentos? —preguntó Vin.

—Vengo a despertarte. Se me ocurrió que debíamos ir de compras.

—¿De compras?

—Sí, querida —dijo Tindwyl, disponiéndose a abrir las cortinas. Era mucho más temprano de la hora a la que Vin solía despertar—. Por lo que he oído, vas a reunirte con el padre de Su Majestad mañana. Querrás un vestido adecuado para la ocasión, supongo.

—Ya no uso vestidos.

¿Cuál es tu juego?

Tindwyl se volvió y la miró.

—¿Duermes vestida?

Vin asintió.

—¿No tienes ninguna camarera que te ayude?

Vin negó con la cabeza.

—Muy bien, pues —dijo Tindwyl, dándose la vuelta para salir de la habitación—. Báñate y cámbiate. Saldremos cuando estés lista.

—No recibo órdenes de ti.

Tindwyl se detuvo junto a la puerta y se volvió. Entonces su rostro se suavizó.

—Sé que no, niña. Puedes venir conmigo si lo deseas: la elección es tuya. Sin embargo, ¿de verdad quieres reunirte con Straff Venture vestida con pantalones y camisa?

Vin vaciló.

—Al menos ven a curiosear —dijo Tindwyl—. Te ayudará a despejar la mente.

Finalmente, Vin asintió. Tindwyl volvió a sonreír y se marchó.

Vin miró a OreSeur, que estaba sentado al pie de la cama.

—Gracias por la advertencia.

El kandra se encogió de hombros.

EN OTROS TIEMPOS, VIN NO habría podido imaginarse viviendo en un lugar como la fortaleza Venture. La joven estaba acostumbrada a los cubiles ocultos, las chozas skaa y algún callejón ocasional. Ahora vivía en un edificio lleno de vidrieras tintadas, rodeada de poderosas murallas y grandes arcos.

Naturalmente, han pasado muchas cosas que no me esperaba, pensó mientras bajaba las escaleras. *¿Por qué pensar en ellas ahora?*

Había estado pensando mucho últimamente en las bandas de ladrones, y los comentarios de Zane, por ridículos que fueran, la acuciaban. ¿Pertenecía

Vin a un lugar como esa fortaleza? Tenía muchas habilidades, pero pocas eran tan deslumbrantes en aquellos salones. Las suyas eran más bien habilidades propias de callejones manchados de ceniza.

Suspiró, con OreSeur a su lado, mientras se dirigía hacia la puerta sur, donde Tindwyl le había dicho que la estaría esperando. Allí el pasillo era ancho, enorme, y desembocaba directamente en el patio. Normalmente, los carruajes llegaban hasta la entrada para recoger a sus pasajeros; de esa forma, los nobles no quedaban expuestos a los elementos.

Al acercarse, su estaño le permitió oír voces. Una era Tindwyl, la otra...

—No he traído mucho —dijo Allrianne—. Un par de cientos de cuartos. Pero necesito tener algo que ponerme. ¡No puedo sobrevivir eternamente con vestidos prestados!

Vin se detuvo antes de llegar al último tramo del pasillo.

—El regalo del rey será suficiente para pagar un vestido, querida —dijo Tindwyl, reparando en Vin—. Ah, aquí está.

Fantasma, con aspecto hosco, esperaba con las dos mujeres. Iba vestido con el uniforme de la guardia de palacio, aunque llevaba la chaqueta desabrochada y los pantalones flojos. Vin avanzó despacio.

—No esperaba compañía —dijo.

—La joven Allrianne ha recibido una educación cortesana —dijo Tindwyl

—. Conoce la moda actual y podrá aconsejarte en la compra.

—¿Y Fantasma?

Tindwyl se volvió a mirar al muchacho.

—Será nuestro porteador.

Bueno, eso explica su humor, pensó Vin.

—Vamos —dijo Tindwyl yendo hacia el patio. Allrianne se apresuró a seguirla, caminando con paso liviano y gracioso. Vin miró a Fantasma, quien se encogió de hombros, y ambos las siguieron también.

—¿Cómo te has metido en esto? —le susurró Vin a Fantasma.

—Me levanté demasiado temprano para ir a buscar comida —rezongó Fantasma—. Doña Dominante me vio, sonrió como un lobo y dijo: «Necesitaremos tus servicios esta noche, jovencito.»

Vin asintió.

—No bajes la guardia y mantén tu estaño encendido. Recuerda: estamos en guerra.

Fantasma obedeció al momento. Tan cerca de él como estaba, Vin captó fácilmente e identificó los pulsos alománticos de su estaño, lo que significaba

que él no era el espía.

Otro tachado de la lista, pensó. Al menos este viaje no será una total pérdida de tiempo.

Un carroaje los esperaba junto a las puertas principales. Fantasma se sentó al lado del cochero y las mujeres ocuparon el asiento posterior. Vin se sentó dentro, y OreSeur subió y se acomodó en el asiento, junto a ella. Allrianne y Tindwyl se sentaron enfrente. Allrianne miró a OreSeur con el ceño fruncido, arrugando la nariz.

—¿Tiene que sentarse el animal con nosotras?

—Sí —dijo Vin, mientras el carroaje empezaba a moverse.

Allrianne esperaba obviamente más explicaciones, pero Vin no le dio ninguna. Al final, Allrianne se volvió a mirar por la ventanilla.

—¿Seguro que estaremos a salvo, viajando solo con un criado, Tindwyl?

Tindwyl miró a Vin.

—Oh, creo que estaremos bien.

—Ah, bueno —dijo Allrianne, mirando de nuevo a Vin—. ¡Eres alomante! ¿Son ciertas las cosas que dicen?

—¿Qué cosas?

—Bueno, dicen que mataste al lord Legislador, para empezar. Y que eres una especie de... hmm... bueno... —Allrianne se mordió los labios—. Bueno, que eres un poco inestable.

—¿Inestable?

—Y peligrosa. Pero, bueno, no puede ser cierto. Quiero decir, vas a venir de compras con nosotras, ¿no?

—Está intentando provocarme a propósito?

—¿Siempre llevas esa ropa? —preguntó Allrianne.

Vin iba vestida con sus habituales pantalones grises y su camisa parda.

—Es más fácil para luchar.

—Sí, pero... bueno —Allrianne sonrió—. Supongo que por eso estamos aquí hoy, ¿verdad, Tindwyl?

—Sí, querida —respondió Tindwyl. Había estado estudiando a Vin durante toda la conversación.

—Te gusta lo que ves?, pensó Vin. —Qué es lo que quieras?

—Debes de ser la noble más extraña que he conocido —declaró Allrianne—. —¿Te criaste lejos de la corte? Yo sí, pero mi madre se ocupó de enseñarme bien. Naturalmente, intentó hacer de mí una dama atractiva para que así mi padre pudiera usarme para forjar una alianza.

Allrianne sonrió. Había pasado algún tiempo desde que Vin se había visto obligada a tratar con mujeres como ella. Recordaba las horas pasadas en la corte, fingiendo ser Valette Renoux. A menudo, cuando pensaba en aquellos días, recordaba las cosas malas. El desdén con que la habían tratado los cortesanos, su propia incomodidad en aquel papel.

Pero también había habido cosas buenas. Elend era una de ellas. Nunca lo hubiese conocido de no haberse hecho pasar por noble. Y los bailes, con sus colores, su música y sus vestidos, tenían un claro encanto. Las gráciles danzas, las cuidadosas interacciones, las salas perfectamente decoradas...

Esas cosas ya no existen, se dijo. *No tenemos tiempo para bailes ni reuniones frívolas, no cuando el dominio está al borde del hundimiento.*

Tindwyl seguía mirándola.

—¿Y bien? —preguntó Allrianne.

—¿Qué?

—¿Te criaste lejos de la corte?

—No soy noble, Allrianne. Soy skaa.

Allrianne palideció, luego se ruborizó y después se llevó los dedos a los labios.

—¡Oh! ¡Pobrecilla!

Los oídos amplificados de Vin le permitieron oír algo a su lado: una leve risa de OreSeur, tan suave que solo un alomante podría haberla escuchado.

Resistió las ganas de fulminar al kandra con la mirada.

—No fue tan malo —dijo.

—¡Pero, bueno, no me extraña que no sepas vestirte! —dijo Allrianne.

—Sé vestirme. Incluso poseo unos cuantos vestidos —dijo Vin. *Aunque no me he puesto ninguno desde hace meses...*

Allrianne asintió, aunque obviamente no la creía.

—También Brisi es skaa —dijo—. O medio skaa. Me lo dijo. Menos mal que no se lo dijo a papá... Papá nunca ha sido amable con los skaa.

Vin no respondió.

AL CABO DE UN RATO llegaron a la calle Kenton, y la multitud dejó paso al carruaje. Vin bajó la primera, seguida de OreSeur. La calle del mercado estaba abarrotada, aunque no tanto como la última vez que la había visitado. Vin se entretuvo mirando los precios de las tiendas cercanas mientras las otras dos mujeres bajaban del carruaje.

Cinco cuartos por una cesta de manzanas pochas, pensó con insatisfacción. *La comida se está convirtiendo ya en un problema*. Por fortuna, Elend tenía depósitos de almacén. Pero ¿cuánto durarían las reservas durante el asedio? No todo el invierno que se acercaba, desde luego... no cuando gran parte del grano del dominio seguía sin cosecharse en las plantaciones exteriores.

El tiempo tal vez sea ahora nuestro aliado, pero acabará por volverse contra nosotros. Tenían que conseguir que esos dos ejércitos lucharan entre sí. De otro modo, los habitantes de la ciudad morirían de hambre antes de que los soldados hubiesen intentado tomar las murallas.

Fantasma saltó del carro y se reunió con ellas mientras Tindwyl observaba la calle. Vin contempló a la multitud. La gente intentaba continuar con sus actividades diarias, a pesar de la amenaza exterior. ¿Qué otra cosa podían hacer? El asedio duraba ya semanas. La vida tenía que proseguir.

—Allí —dijo Tindwyl, señalando una sastrería.

Allrianne echó a andar. Tindwyl la siguió, caminando con modesto decoro.

—Una joven ansiosa, ¿verdad? —preguntó la terrisana.

Vin se encogió de hombros. La noble rubia ya había atraído la atención de Fantasma, que la seguía a paso vivo. Naturalmente, no era difícil atraer la atención de Fantasma. Solo hacía falta tener pechos y oler bien... y lo segundo a veces era opcional.

Tindwyl sonrió.

—Probablemente no ha tenido oportunidad de ir de compras desde que partió con el ejército de su padre hace semanas.

—Lo dices como si hubiera vivido una ordalía terrible —dijo Vin—. Y todo porque no ha podido ir de compras.

—Está claro que le gusta —respondió Tindwyl—. Sin duda comprendes lo que es que te aparten de lo que amas.

Vin hizo un gesto despectivo mientras llegaban a la tienda.

—Me cuesta trabajo sentir simpatía por una boba cortesana que ha sido trágicamente apartada de sus vestidos.

Tindwyl frunció el ceño mientras entraban en la tienda. OreSeur se quedó fuera.

—No seas tan dura con la chica. Es producto de su educación, igual que tú. Si la juzgas por sus frivolidades, entonces estás haciendo lo mismo que aquellos que te juzgan basándose en la sencillez de tu ropa.

—Me gusta que la gente me juzgue basándose en la sencillez de mi ropa —dijo Vin—. Así no espera demasiado.

—Comprendo. Entonces, ¿no has echado esto de menos? —Tindwyl indicó el interior de la tienda.

Vin vaciló. La habitación era un estallido de colores y tejidos, encajes y terciopelos, corpiños y faldas. Todo estaba sazonado con un leve perfume. Entre los maniquíes de colores vivos, Vin, por un instante, se sintió transportada de nuevo a los bailes. A la época en que era Valette. A la época en que tenía una *excusa* para ser Valette.

—Dicen que te gustaba la sociedad noble —comentó Tindwyl, avanzando. Allrianne se encontraba ya en la tienda, pasada los dedos por una pieza de tela y hablaba con el sastre con voz firme.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Vin.

Tindwyl se volvió hacia ella.

—Vaya, tus amigos, querida. Es curioso... dicen que dejaste de usar vestidos unos meses después del Colapso. Todos se preguntan por qué. Dicen que parecía que te gustaba vestirte como una mujer, pero supongo que estaban equivocados.

—No —dijo Vin—. Tenían razón.

Tindwyl alzó una ceja y se detuvo junto a un maniquí que llevaba un vestido verde intenso, con encajes y varias enaguas.

Vin se acercó a contemplar el precioso atuendo.

—Empezaba a gustarme vestir así. Ese era el problema.

—No veo ningún inconveniente en ello, querida.

Vin se apartó del vestido.

—Esa no soy yo. Nunca lo fui... era solo un papel. Cuando se usa un vestido como este es demasiado fácil olvidar quién eres.

—¿Y estos vestidos no pueden formar parte de quien eres realmente?

Vin negó con la cabeza.

—Los vestidos y atuendos de gala forman parte de quien es *ella*. —Señaló con la cabeza a Allrianne—. Yo tengo que ser otra persona. Más dura.

No tendría que haber venido.

Tindwyl le colocó una mano sobre el hombro.

—¿Por qué no te has casado con él, niña?

Vin alzó la cabeza bruscamente.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una pregunta sincera —dijo Tindwyl. Parecía mucho menos dura que en otras ocasiones. Naturalmente, en esas ocasiones casi siempre se dirigía a Elend.

—Eso no es asunto tuyo.

—El rey me ha pedido que le ayude a mejorar su imagen —dijo Tindwyl—. Y yo he decidido hacer algo más. Quiero hacer de él un verdadero rey, si puedo. Creo que tiene un gran potencial. Sin embargo, no podrá desarrollarlo hasta que no esté más seguro de ciertas facetas de su vida. De ti, en concreto.

—Yo...

Vin cerró los ojos, recordando su propuesta de matrimonio. Aquella noche, en el balcón, mientras la ceniza caía suavemente. Recordó su terror. Sabía, por supuesto, adónde iba la relación. ¿Por qué se había asustado tanto?

Ese fue el día en que dejó de usar vestidos.

—No tendría que habérmelo pedido —dijo en voz baja, abriendo los ojos—. No puede casarse conmigo.

—Te ama, niña —dijo Tindwyl—. En cierto modo, es una pena: todo esto sería mucho más fácil si pudiera sentirse de otro modo. Sin embargo, tal como están las cosas...

Vin negó con la cabeza.

—No soy adecuada para él.

—Ah. Ya veo.

—Necesita a otra persona —dijo Vin—. Alguien mejor. Una mujer que pueda ser reina, no solo su guardaespaldas. Alguien... —Vin sintió que se le encogía el estómago—. Alguien más parecido a ella.

Tindwyl miró a Allrianne, que se reía de los comentarios que hacía el viejo sastre mientras le tomaba las medidas.

—Se enamoró de ti, niña.

—Cuando fingía ser como ella.

Tindwyl sonrió.

—De cualquier forma, dudo que puedas ser como Allrianne, no importa cuánto practiques.

—Tal vez —dijo Vin—. Sea como fuere, era mi actuación cortesana lo que él amaba. No sabía lo que yo era realmente.

—¿Y te ha abandonado ahora que lo sabe?

—Bueno, no. Pero...

—La gente es mucho más complicada de lo que parece —dijo Tindwyl—. Allrianne, por ejemplo, es joven y ansiosa... y tal vez un poquito charlatana. Pero sabe más de la corte de lo que muchos puedan pensar, y parece saber reconocer lo que hay de bueno en una persona. Es un talento del que muchos carecen.

»Tu rey es un humilde erudito y pensador, pero tiene la voluntad de un guerrero. Es un hombre con valor para luchar, y creo que aún tenemos que ver lo mejor de él. El aplacador Brisa es un hombre cínico y burlón... hasta que mira a la joven Allrianne. Entonces se suaviza, y una se pregunta cuánto de su dureza es fingida. —Tindwyl hizo una pausa y miró a Vin—. Y tú eres mucho más de lo que estás dispuesta a aceptar, niña. ¿Por qué solo prestas atención a una parte de ti misma, si tu Elend ve mucho más?

—¿De eso se trata? —preguntó Vin—. ¿Intentas convertirme en una reina para Elend?

—No, niña. Deseo ayudarte a convertirte en quienquiera que seas. Ahora, ve a que te tomen las medidas para que puedas probar algunos vestidos.

¿*Quienquiera que sea?*, pensó Vin, frunciendo el ceño. No obstante, dejó que la alta terrisana la empujara, y el anciano sacó su cinta y empezó a medir.

Unos instantes y un probador más tarde, Vin regresó a la habitación con un vestido de seda azul con encajes blancos, ajustado en la cintura y el busto, pero con una falda amplia y ahuecada. Las numerosas enaguas hacían que la campana le cubriera por completo los pies, de modo que la falda rozaba el suelo.

Era terriblemente poco práctico. Crujía cuando se movía y tenía que tener cuidado cuando pisaba para no tropezar o rozar una superficie sucia. Pero era hermoso, y la hizo sentirse hermosa. Casi esperaba que una banda empezara a tocar y que Sazed se colocara a su lado como un centinela protector, y que Elend apareciera en la distancia, holgazaneando y viendo a las parejas bailar mientras él hojeaba un libro.

Vin avanzó, dejando que el sastre viera dónde el vestido le ajustaba y dónde le quedaba flojo, y Allrianne dejó escapar una exclamación de asombro cuando la vio. El viejo sastre se apoyó en su bastón y dictó notas a un joven ayudante.

—Muévete un poco más, mi señora —pidió—. Déjame ver cómo te queda cuando haces algo más que caminar en línea recta.

Vin giró suavemente, apoyándose en un pie, tratando de recordar los movimientos de baile que le había enseñado Sazed.

Nunca llegué a bailar con Elend, advirtió, dando un paso de lado, como siguiendo una música que solo ella pudiera recordar. *Siempre encontraba una excusa para librarse.*

Giró, probando el contacto del vestido. Pensaba que habría perdido el instinto. Sin embargo, ahora que volvía a usar un vestido, le sorprendió lo fácil

que era recuperar aquellas costumbres: pisar suavemente, volviéndose para que la parte inferior del vestido se agitara solo un poco...

Vaciló. El sastre ya no estaba dictando. La observaba en silencio, sonriente.

—¿Qué? —preguntó Vin, ruborizándose.

—Lo siento, mi señora —dijo él, volviéndose para recoger el cuaderno de su ayudante e indicando al muchacho que se marchara con un gesto—. Pero creo que no he visto jamás a nadie moverse con tanta gracia. Como un... suspiro.

—Me halagas.

—No, niña —dijo Tindwyl—. Tiene razón. Te mueves con una gracia que la mayoría de las mujeres solo pueden envidiar.

El sastre volvió a sonreír, y se volvió cuando su ayudante se acercó con unas muestras de color. El anciano empezó a buscar entre ellas, y Vin se acercó a Tindwyl, con las manos en los costados, tratando de no permitir que el traidor vestido volviera a controlarla.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué no debería serlo?

—Porque eres dura con Elend. No lo niegues: os he escuchado en vuestras lecciones. Te pasas el tiempo insultándolo y despreciándolo. Pero ahora finges ser amable.

Tindwyl sonrió.

—No estoy fingiendo, niña.

—Entonces, ¿por qué eres tan dura con Elend?

—El muchacho fue educado como el hijo mimado de un gran señor —dijo Tindwyl—. Ahora que es rey, necesita escuchar unas cuantas verdades. —Hizo una pausa y miró a Vin de arriba abajo—. Creo que tú ya has tenido suficiente de eso en la vida.

El sastre se acercó con sus muestrarios de tela y los desplegó sobre una mesita.

—Bueno, mi señora —dijo, indicando una combinación con un dedo torcido—. Creo que a tu tez le sentará particularmente bien un tono oscuro. ¿Un bonito marrón, tal vez?

—¿Qué tal negro? —preguntó Vin.

—Cielos, no —dijo Tindwyl—. Nada de negro o gris para ti, niña.

—¿Y qué tal este, entonces? —preguntó Vin, señalando una muestra azul. Era casi el mismo color que llevaba la noche en que había conocido a Elend, hacía tanto tiempo.

—Ah, sí —dijo el sastre—. Quedaría maravilloso con tu piel clara y tu pelo oscuro. Mmm, sí. Ahora habrá que decidir el estilo. Lo necesitas para mañana por la noche, según ha dicho la terrisana, ¿no?

Vin asintió.

—Ah, bien. Habrá que modificar uno de los vestidos ya confeccionados, pero creo que tengo uno de este color. Tendremos que esforzarnos un poco, pero podremos trabajar toda la noche para una belleza como la tuya, ¿verdad, muchacho? Ahora, en cuanto al estilo...

—Este va bien, supongo —dijo Vin, contemplándose. El vestido era como los que había llevado en los bailes previos.

—Bueno, no estamos buscando que quede simplemente «bien», ¿no? —dijo el sastre con una sonrisa.

—¿Y si le quitamos algunas enaguas? —dijo Tindwyl, tirando de los lados del vestido de Vin—. Y tal vez las subimos un poco, para que pueda moverse con más libertad.

Vin vaciló.

—¿Podrías hacerlo?

—Por supuesto —dijo el sastre—. El chico dice que las faldas más finas son más populares en el sur, aunque en cuestión de modas siguen yendo un poco por detrás de Luthadel. —Hizo una pausa—. Aunque no creo que en Luthadel estén ya interesados por las modas...

—Ensancha las mangas —dijo Tindwyl—. Y cose en ellas un par de bolsillos para llevar artículos personales.

El anciano asintió mientras su silencioso ayudante anotaba la sugerencia.

—El pecho y la cintura pueden quedar ajustados, pero no impedirle los movimientos —continuó Tindwyl—. Lady Vin necesita moverse con libertad.

El anciano vaciló.

—¿Lady Vin? —preguntó. Miró con más atención a Vin, entornando los ojos, y entonces se volvió hacia su ayudante. El muchacho asintió en silencio.

»Ya veo... —dijo el hombre, palideciendo; la mano le tembló un poco más. La colocó sobre el puño del bastón, como para darse más estabilidad—. Yo... lo siento si te he ofendido, mi señora. No lo sabía.

Vin volvió a ruborizarse. Otro motivo por el que no debería ir de compras.

—No —dijo, tranquilizando al hombre—. No pasa nada. No me has ofendido.

Él se relajó levemente, y Vin vio que Fantasma se acercaba.

—Parece que nos han encontrado —dijo Fantasma, señalando hacia el escaparate.

Vin miró más allá de los maniquíes y las piezas de tela y vio que en el exterior se había congregado una multitud. Tindwyl observó a Vin con curiosidad.

Fantasma sacudió la cabeza.

—¿Cómo te has hecho tan popular?

—Maté a su dios —dijo Vin en voz baja, rodeando un maniquí para ocultarse de docenas de ojos ansiosos.

—Yo también ayudé —dijo Fantasma—. El mismísimo Kelsier me puso mi apodo. Pero a nadie le importa el pobre Fantasma.

Vin estudió la habitación. *Tiene que haber una puerta trasera. Pero claro, puede que haya gente en el callejón.*

—¿Qué haces? —preguntó Tindwyl.

—Tengo que irme. Escapar de ellos.

—¿Por qué no sales y les hablas? —preguntó Tindwyl—. Obviamente, les interesa mucho verte.

Allrianne salió de un probador, con un vestido amarillo y azul, y se volvió dramáticamente. Se frustró cuando vio que ni siquiera llamaba la atención de Fantasma.

—No voy a salir ahí fuera —dijo Vin—. ¿Por qué iba a querer hacer algo así?

—Necesitan esperanza —respondió Tindwyl—. Y tú puedes dársela.

—Una esperanza falsa. Solo los animaría a pensar en mí como en una especie de objeto de culto.

—Eso no es cierto —dijo Allrianne de repente, avanzando y asomándose a la ventana sin el menor temor—. Esconderte en los rincones, llevar ropa extraña y ser misteriosa... Así es como has conseguido esa sorprendente reputación. Si la gente supiera lo corrientita que eres, no tendría tanto miedo de mirarte. —Hizo una pausa, entonces miró hacia atrás—. Yo... uh, no pretendía decir lo que...

Vin se ruborizó.

—Yo no soy Kelsier, Tindwyl. No quiero que la gente me adore. Solo quiero que me dejen en paz.

—Algunas personas no tienen esa opción, niña —dijo Tindwyl—. Abatiste al lord Legislador. Te entrenó el Superviviente, y eres la consorte del rey.

—No soy su consorte —dijo Vin, colorada—. Solo somos...

Lord Legislador, ni siquiera yo comprendo nuestra relación. ¿Cómo voy a poder explicarla?

Tindwyl alzó una ceja.

—Muy bien —dijo Vin, suspirando, y dio un paso adelante.

—Iré contigo —dijo Allrianne, agarrando a Vin del brazo como si fueran amigas desde la infancia. Vin se resistió, pero no se le ocurrió ningún modo de zafarse sin hacer una escena.

Salieron de la tienda. La multitud ya era grande y crecía a medida que más y más gente se acercaba a curiosear. La mayoría eran skaa con ropa de trabajo marrón manchada de ceniza o sencillos vestidos grises. Los de la primera fila retrocedieron cuando Vin salió, dejándole sitio, y un murmullo de asombro y excitación recorrió la multitud.

—Vaya —dijo Allrianne en voz baja—. Sí que son un montón...

Vin asintió. OreSeur estaba sentado en el mismo sitio que antes, junto a la puerta, y la observaba con una curiosa expresión perruna.

Allrianne sonrió a la multitud, vacilante.

—Puedes, ya sabes, repelerlos o algo así si las cosas se ponen feas, ¿no?

—No será necesario —dijo Vin, librándose por fin de la presa de Allrianne y aplacando un poco con su poder a la multitud para calmarla. Después dio un paso al frente, tratando de controlar su nerviosismo. Ya no necesitaba esconderse cuando se hallaba en público, pero estar delante de una multitud como esa... bueno, casi estuvo a punto de darse la vuelta y meterse de nuevo en la sastrería.

Sin embargo, una voz la detuvo. Quien hablaba era un hombre de mediana edad, con la barba manchada de ceniza y una sucia gorra negra en las manos. Era un hombre fuerte, probablemente un obrero de las fábricas. Su suave voz contrastaba con su poderosa constitución.

—Dama Heredera. ¿Qué será de nosotros?

El terror, la incertidumbre que había en la voz del hombretón eran tan penosos que Vin vaciló. Él la miraba con los ojos llenos de esperanza, como la mayoría.

Son tantos... pensó Vin. Creía que la Iglesia del Superviviente era poco numerosa. Miró al hombre, que seguía retorciendo nerviosamente su gorra. Abrió la boca, pero... no pudo hacerlo. No podía decirle que no sabía lo que iba a suceder; no podía explicarles a aquellos ojos que no era la salvadora que necesitaban.

—Todo saldrá bien —se oyó decir, aumentando su poder aplacador, tratando de librarlos de parte del miedo.

—¡Pero los ejércitos, Dama Heredera! —dijo una de las mujeres.

—Tratan de intimidarnos —dijo Vin—. Pero el rey no lo permitirá. Nuestras murallas son fuertes, igual que nuestros soldados. Podremos soportar este asedio.

La multitud guardó silencio.

—Uno de esos ejércitos está liderado por el padre de Elend, Straff Venture —dijo Vin—. Elend y yo vamos a reunirnos con Straff mañana. Lo convenceremos para que sea nuestro aliado.

—¡El rey va a rendirse! —dijo una voz—. Me he enterado. Va a cambiar la ciudad por su vida.

—No —replicó Vin—. ¡Él nunca haría eso!

—¡No luchará por nosotros! —exclamó una voz—. No es ningún soldado. ¡Es un político!

Otras voces expresaron su acuerdo. La reverencia desapareció a medida que parte de la gente empezaba a gritar sus preocupaciones y otros pedían ayuda. Los disidentes continuaron acusando a Elend, gritando que era imposible que pudiera protegerlos.

Vin se llevó las manos a los oídos, tratando de evitar a la multitud, el caos.

—*Basta!* —gritó, empujando con acero y latón. Varias personas retrocedieron, y vio una oleada en la multitud mientras botones, monedas y hebillas eran empujados hacia atrás.

La multitud guardó súbitamente silencio.

—¡No consentiré que habléis mal de nuestro rey! —dijo Vin, avivando su latón y aumentando su poder aplacador—. Es un buen hombre y un buen líder. Ha sacrificado mucho por vosotros... Vuestra libertad se debe a las largas horas que ha pasado redactando leyes, y vuestra prosperidad se debe a su trabajo asegurando las rutas de comercio y los acuerdos con los mercaderes.

Muchos miembros de la multitud agacharon la cabeza. El hombre barbudo que Vin tenía delante, sin embargo, continuó retorciendo su gorra, mirándola.

—Solo están asustados, Dama Heredera. Con razón.

—Os protegeremos —replicó Vin. *Pero ¿qué estoy diciendo?*—. Elend y yo encontraremos un modo. Detuvimos al lord Legislador. Podemos detener a esos ejércitos...

Guardó silencio, sintiéndose una tonta.

Sin embargo, la multitud respondió. Algunos estaban todavía claramente insatisfechos, pero muchos parecían calmados. La gente empezó a dispersarse, aunque algunos avanzaron con niños pequeños. Vin se detuvo, nerviosa. Kelsier a menudo se reunía con los skaa y tomaba en brazos a los niños, como dándoles su bendición. Pronunció una rápida despedida y volvió a la tienda, tirando de Allrianne.

Tindwyl esperaba dentro, asintiendo con satisfacción.

—Les he mentido —dijo Vin, cerrando la puerta.

—No, no lo has hecho —respondió Tindwyl—. Te has mostrado optimista. La verdad o la falsedad de lo que has dicho está todavía por demostrar.

—No sucederá. Elend no puede derrotar tres ejércitos, ni siquiera con mi ayuda.

Tindwyl alzó una ceja.

—Entonces deberías marcharte. Escapar, dejar que la gente se enfrente sola a los ejércitos.

—No quería decir eso.

—Bien, entonces toma una decisión. Entrega la ciudad o cree en ella. Sinceramente, vosotros dos... —Sacudió la cabeza.

—Creí que no ibas a ser dura contigo —advirtió Vin.

—A veces me cuesta —dijo Tindwyl—. Vamos, Allrianne. Terminemos con tus vestidos.

Así lo hicieron. Sin embargo, en ese momento, como traicionando las promesas de seguridad de Vin, varios tambores de advertencia empezaron a sonar en la muralla de la ciudad.

Vin se asomó a la ventana y miró más allá de la ansiosa multitud.

Uno de los ejércitos había iniciado el ataque. Maldiciendo, Vin corrió al fondo de la tienda para quitarse el incómodo vestido.

ELEND SUBIÓ A LA MURALLA de la ciudad, casi tropezando con su bastón de duelo con las prisas. Dejó atrás la escalera y corrió hasta la parte superior de la muralla, sujetándose el bastón contra el costado con una imprecación.

La muralla estaba sumida en el caos. Los hombres corrían llamándose. Algunos habían olvidado la armadura; otros, el arco. Tantos eran los que intentaban subir detrás de Elend que habían bloqueado la escalera, y el rey vio

desesperado cómo los hombres se congregaban en las aberturas de abajo, creando un atasco aún mayor de cuerpos en el patio.

Se dio la vuelta y vio a un gran grupo de hombres de Straff, miles de ellos, correr hacia la muralla. Elend se hallaba cerca de la Puerta de Estaño, la más cercana al ejército de Straff. Vio un grupo distinto de soldados corriendo hacia la Puerta de Peltre, situada un poco más al este.

—¡Arqueros! —gritó—. Soldados, ¿dónde están vuestros arcos?

Su voz, sin embargo, se perdió entre los gritos. Los capitanes intentaban organizar a los hombres, pero al parecer demasiados infantes habían corrido a la muralla dejando a un montón de arqueros atrapados abajo, en el patio.

¿*Por qué?*, pensó Elend, desesperado, volviéndose hacia el ejército enemigo. ¿*Por qué ataca? Habíamos acordado reunirnos!*

¿Se había enterado tal vez del plan de Elend de jugar en ambos lados del conflicto? Posiblemente *había* en efecto un espía en su círculo íntimo.

Fuera como fuese, Elend vio desanimado cómo el ejército se acercaba a la muralla. Un capitán consiguió hacer disparar una patética andanada de flechas, pero no sirvió de mucho. A medida que el ejército se aproximaba, las flechas empezaron a rebasar la muralla, mezcladas con monedas voladoras. Straff tenía alomantes en el grupo.

Elend maldijo y se puso a cubierto tras uno de los parapetos mientras las monedas rebotaban contra la piedra. Unos cuantos soldados cayeron. Soldados de Elend. Muertos porque él había sido demasiado orgulloso para rendir la ciudad.

Se asomó con cuidado a la muralla. Un grupo de hombres con un ariete se acercaba, sus cuerpos cuidadosamente protegidos por otros hombres con escudos. Esa protección probablemente significaba que los que manejaban el ariete eran violentos, una sospecha que quedó confirmada por el ruido del ariete cuando se estampó contra la puerta. No era el golpe de unos hombres corrientes.

A continuación, siguieron los garfios. Arrojados contra la muralla por los lanzamoneda de abajo, cayeron con más precisión que si hubieran sido lanzados. Los soldados se dispusieron a repelerlos, pero las monedas saltaron hacia arriba, llevándose a los hombres casi con la misma rapidez con que hacían el intento. La puerta continuó resistiendo los envites, pero Elend dudó que fuera a durar mucho.

Y así caemos, pensó. Sin apenas resistencia.

Y no había nada que pudiera hacer. Se sintió impotente, obligado a seguir agachado para que su uniforme no hiciera de él un blanco. Toda su política, todos sus preparativos, todos sus sueños y planes. Desaparecidos.

Y, entonces, apareció Vin. Aterrizó en la parte superior de la muralla, respirando entrecortadamente, entre un grupo de heridos. Las flechas y monedas que se le acercaban se desviaban en el aire. Los hombres corrieron a su alrededor, disponiéndose a soltar los garfios y arrastrar a los heridos a lugar seguro. Con sus cuchillos, Vin cortó las cuerdas y las lanzó hacia abajo. Miró a Elend a los ojos con gesto decidido, y luego hizo un amago de saltar por la muralla para enfrentarse a los violentos del ariete.

Elend alzó una mano, pero otra persona habló.

—¡Vin, espera! —gritó Clubs, que terminaba de subir las escaleras.

Ella se detuvo. Elend nunca había oído una orden tan decidida por parte del general cojo.

Las flechas dejaron de volar. Los golpes se calmaron. Elend se levantó, vacilante, y vio con el ceño fruncido cómo el ejército se retiraba hacia su campamento, cruzando los campos cubiertos de ceniza. Dejaron un par de cadáveres atrás: los hombres de Elend habían conseguido alcanzar a unos cuantos con sus flechas. Su propio ejército había sufrido bajas mayores: unas dos docenas de hombres parecían estar heridos.

—¿Qué...? —preguntó Elend, volviéndose hacia Clubs.

—No han emplazado las escalas —dijo Clubs, contemplando al ejército en retirada—. No ha sido un ataque real.

—¿Qué ha sido entonces? —preguntó Vin.

—Una prueba. Es común en la guerra: una escaramuza para ver cómo responde tu enemigo, para sondar su táctica y sus preparativos.

Elend se volvió y vio que los desorganizados soldados dejaban sitio a los médicos para que atendieran a los heridos.

—Una prueba —dijo, mirando a Clubs—. Mi deducción es que no lo hemos hecho muy bien.

Clubs se encogió de hombros.

—Mucho peor de lo que deberíamos. Tal vez esto asuste a los muchachos y haga que presten más atención en las maniobras.

Hizo una pausa, y Elend pudo ver algo que no estaba expresando: preocupación.

Elend se asomó a la muralla y contempló al ejército enemigo. De repente, todo tuvo sentido. Era exactamente el tipo de movimiento que le gustaba hacer

a su padre.

La reunión con Straff tendría lugar tal como habían planeado. Sin embargo, antes Straff quería que Elend supiera algo.

Puedo tomar esta ciudad en cualquier momento, parecía decir el ataque. Es mía, no importa lo que hagas. Recuérdalo.

Se vio obligado a ir a la guerra por error... y siempre dijo que no era un soldado, pero llegó a combatir tan bien como cualquiera.

26



—ESTO NO ES UNA BUENA IDEA, ama. —OreSeur estaba sentado sobre sus cuartos traseros, viendo cómo Vin abría una caja grande y plana.

—Elend piensa que es el único modo —dijo ella, levantando la tapa. Dentro estaba el lujoso vestido azul. Lo sacó, advirtiendo su peso relativamente liviano. Se acercó al biombo y empezó a desnudarse.

—¿Y el ataque a las murallas de ayer? —preguntó OreSeur.

—Eso fue una advertencia —contestó ella, mientras se desabrochaba la camisa—, no un ataque en serio.

Aunque, al parecer, había inquietado bastante a la Asamblea. Tal vez ese era el objetivo. Clubs podía decir lo que quisiera sobre estrategia y poner a prueba las murallas, pero desde el punto de vista de Vin lo que Straff había conseguido era provocar aún más miedo y caos dentro de Luthadel.

Solo unas pocas semanas de asedio, y la ciudad estaba ya a punto de venirse abajo. La comida era terriblemente cara y Elend se había visto obligado a abrir los silos de la ciudad. La gente estaba nerviosa. Algunos pensaban que el ataque había sido una victoria para Luthadel, considerando buena señal que el ejército hubiera sido «rechazado». La mayoría, sin embargo, estaba todavía más asustada que antes.

Pero, de nuevo, Vin se encontró ante un dilema. ¿Cómo reaccionar ante una fuerza tan abrumadora? ¿Acobardarse, o seguir luchando por la vida? Straff había puesto a prueba las murallas, cierto, pero había mantenido a la mayor parte de su ejército replegado y en posición, por si Cett intentaba

aprovecharse y atacarlo al mismo tiempo. Lo que quería era información, e intimidar a la ciudad.

—Sigo sin saber si esta reunión es una buena idea —dijo OreSeur—. Dejando aparte el ataque, Straff no es un hombre en quien se pueda confiar. Kelsier me hizo estudiar a todos los nobles importantes de la ciudad cuando me estaba preparando para convertirme en lord Renoux. Straff es traidor y duro, incluso para ser un humano.

Vin suspiró, quitándose los pantalones, y luego tiró de la enagua del vestido. No era tan ajustada como otras y le dejaba mucho espacio para mover muslos y piernas. *De momento, muy bien.*

La objeción de OreSeur era lógica. Una de las primeras cosas que Vin había aprendido en la calle era a evitar situaciones de las que fuera difícil huir. Se rebelaba instintivamente contra la idea de entrar en el campamento de Straff.

Sin embargo, Elend había tomado su decisión. Y Vin comprendía que tenía que apoyarlo. De hecho, incluso estaba de acuerdo con el gesto. Straff quería intimidar a toda la ciudad, pero en realidad no era tan amenazador como creía. No mientras tuviera que preocuparse por Cett.

A Vin ya la habían intimidado lo suficiente a lo largo de su vida. En cierto modo, el ataque de Straff a las murallas la hacía sentirse aún más decidida a manipularlo para sus propios fines. Ir a su campamento parecía una locura a primera vista, pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que era la única forma de llegar a Straff. Tenía que verlos débiles, tenía que sentir que sus tácticas amedrentadoras habían funcionado. Era la única forma de que ellos pudieran ganar.

Eso implicaba hacer algo que no le gustaba. Significaba estar rodeada, entrar en el cubil del enemigo. No obstante, si Elend conseguía salir del campamento a salvo, sería un espaldarazo para la moral de la ciudad. Aparte de eso, Ham y el resto de la banda confiarían más en él. Nadie hubiese cuestionado la idea de que Kelsier entrara a negociar en un campamento enemigo; de hecho, probablemente hubiesen esperado que regresara de las negociaciones tras haber convencido de algún modo a Straff para que se rindiera.

Solo tengo que asegurarme de que vuelva sano y salvo, pensó Vin, poniéndose el vestido. *Straff puede hacer gala de toda la fuerza que quiera: nada de eso importará si somos nosotros quienes dirigen sus ataques.*

Asintió para sí, alisándose el vestido. Luego salió de detrás del biombo y se estudió en el espejo. Aunque el sastre obviamente había seguido un modelo tradicional, la falda no formaba una campana perfecta desde el talle, sino que se acampanaba a partir de las rodillas y, aunque las mangas eran ajustadas con bocamangas anchas, llevaba aberturas en los hombros y podía doblar la cintura, lo que le permitía una amplia gama de movimientos.

Vin se estiró un poco, saltando, torciéndose. Le sorprendió lo liviano que era el vestido y lo bien que se movía con él. Naturalmente, ninguna falda era ideal para combatir, pero aquella suponía una notable mejora en comparación con las abultadas creaciones que había llevado en las fiestas un año antes.

—¿Bien? —preguntó, dándose la vuelta.

OreSeur alzó una ceja perruna.

—¿Qué?

—¿Qué te parece?

OreSeur ladeó la cabeza.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me importa tu opinión.

—El vestido es muy bonito, ama. Aunque, para ser sincero, siempre he pensado que ese tipo de ropa es un poco ridícula. Toda esa tela y esos colores no parecen muy prácticos.

—Sí, lo sé —dijo Vin, usando un par de pasadores de zafiros para apartarse el pelo del rostro y sujetárselo—. Pero... bueno, me había olvidado de lo divertido que puede ser vestir estos atuendos.

—No comprendo por qué, ama.

—Eso es porque eres un hombre.

—En realidad, soy un kandra.

—Pero eres un kandra varón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó OreSeur—. No es fácil distinguir el género en mi pueblo, ya que nuestras formas son fluidas.

Vin lo miró, alzando una ceja.

—Lo noto.

Luego se volvió hacia su joyero. No tenía muchas joyas. Aunque la banda le había proporcionado un buen montón durante sus días como Valette, había entregado la mayoría a Elend para contribuir a sufragar sus proyectos. Sin embargo, se había quedado con unas cuantas de sus favoritas, como si supiera que algún día iba a necesitar que adornaran un vestido.

Solo voy a ponérmelas una vez, pensó. Esta no soy yo.

Se puso un brazalete de zafiros. Como los pasadores, no contenía metal alguno: las gemas estaban montadas sobre una gruesa pieza de madera que se ajustaba con un cierre de madera. Lo único metálico que llevaría encima, por tanto, serían sus monedas, su frasquito de metales y su único pendiente. Lo conservaba, por sugerencia de Kelsier, como un trozo de metal para empujar en una emergencia.

—Ama —dijo OreSeur, sacando con la pata algo de debajo de la cama. Una hoja de papel—. Eso se ha caído de la caja cuando la has abierto.

La sujetó con dos dedos, sorprendentemente diestros, y se la tendió.

Vin tomó el papel. Decía:

Dama Heredera:

He reforzado el corpiño y la pechera para darte apoyo, y el corte de la falda es para que no aletee, por si necesitas saltar. Llevas bolsillos para los frascos de metal en ambas mangas, además de pliegues de tela para esconder una daga atada a cada antebrazo. Espero que las modificaciones te parezcan las adecuadas.

FELDEU, sastre

Vin estudió las mangas. Eran gruesas y anchas, y la manera en que apuntaban hacia los lados las convertía en escondites perfectos. Aunque le quedaban ajustadas en los brazos, en los antebrazos eran más holgadas, y localizó dónde podría guardar las dagas.

—Parece que ya había hecho vestidos para nacidas de la bruma —comentó OreSeur.

—Probablemente —dijo Vin. Se acercó al espejo para aplicarse un poco de maquillaje, y descubrió que varias de sus almohadillas se habían secado. *Supongo que hace demasiado tiempo que no hago esto.*

—¿A qué hora nos marcharemos, ama? —preguntó OreSeur.

Vin vaciló.

—Lo cierto es que no pensaba llevarte. Sigo queriendo mantenerte oculta a la gente de palacio, y creo que parecería muy sospechoso si llevo a mi perro en este viaje.

OreSeur guardó silencio un instante.

—Oh —dijo—. Naturalmente. Buena suerte entonces, ama.

Vin sintió una pequeña punzada de decepción; esperaba que pusiera más pegas. Daba igual. ¿Por qué iba a reprochárselo? Había sido él quien le había señalado los peligros de ir al campamento.

OreSeur simplemente se tumbó, apoyando la cabeza sobre las patas mientras ella seguía maquillándose.

—PERO, EL —DIJO HAM—, al menos deberías permitirnos enviarte en tu propio carruaje.

Elend negó con la cabeza, enderezándose la chaqueta mientras se miraba en el espejo.

—Para eso haría falta un cochero, Ham.

—Eso es. Y sería yo.

—Un solo hombre no supondría ninguna diferencia a la hora de sacarnos de ese campamento. Y cuanta menos gente me acompañe, de menos gente tendremos que preocuparnos Vin y yo.

Ham sacudió la cabeza.

—El, yo...

Elend le puso una mano en el hombro.

—Agradezco tu preocupación, Ham. Pero puedo hacer esto. Si hay un hombre en el mundo a quien pueda manipular es mi padre. Saldré de esto haciendo que crea que tiene la ciudad en el bolsillo.

Ham suspiró.

—Está bien.

—Ah, una cosa más —dijo Elend, dubitativo.

—¿Sí?

—¿Te importaría llamarle Elend en vez de solo «El»?

Ham se echó a reír.

—No creo que me cueste.

Elend sonrió agradecido. *No es lo que Tindwyl quería, pero es un comienzo. Nos ocuparemos del «Majestad» más adelante.*

La puerta se abrió y entró Dockson.

—Elend —dijo—. Esto acaba de llegar para ti.

Le enseñó una hoja de papel.

—¿De la Asamblea?

Dockson asintió.

—No les ha hecho ninguna gracia que faltaras a la reunión de esta tarde.

—Bueno, no puedo cambiar la cita con Straff solo porque ellos quieran reunirse a diario —dijo Elend—. Diles que intentaré visitarlos cuando vuelva.

Dockson asintió y luego se dio media vuelta cuando escuchó un roce. Se apartó con una extraña expresión en el rostro al ver a Vin entrar por la puerta.

Llevaba un vestido... un precioso vestido azul más estilizado de lo que era común en la corte. En su pelo negro chispeaban un par de pasadores de zafiros y ella parecía... distinta. Más femenina... o más bien, más segura de su feminidad.

Cuánto ha cambiado desde la primera vez que la vi, pensó Elend, sonriendo. Habían pasado de eso casi dos años. Entonces ella era una muchacha, aunque con las experiencias de alguien mucho mayor. Ahora era una mujer, una mujer muy peligrosa, pero que aún lo miraba con ojos un poco inseguros.

—Preciosa —susurró Elend. Ella sonrió.

—¡Vin! —dijo Ham, volviéndose—. ¡Llevas un vestido!

Vin se ruborizó.

—¿Qué esperabas, Ham? ¿Que fuera a conocer al rey del Dominio Septentrional vistiendo pantalones?

—Bueno... La verdad es que sí.

Elend se echó a reír.

—Solo porque tú insistas en ir a todas partes vestido con ropa informal, Ham, no significa que todo el mundo lo haga. Sinceramente, ¿no te cansas de esos chalecos?

Ham se encogió de hombros.

—Son cómodos. Y sencillos.

—Y fríos —dijo Vin, frotándose los brazos—. Me alegro de haber pedido un vestido con mangas.

—Dale gracias al tiempo —dijo Ham—. Cualquier escalofrío que tengas les parecerá mucho peor a los soldados de esos ejércitos.

Elend asintió. El invierno había empezado oficialmente. El clima probablemente no empeoraría lo suficiente para ser más que una leve incomodidad (rara vez nevaba en el Dominio Central), pero las noches de frío sin duda no mejorarían la moral.

—Bueno, vámonos —dijo Vin—. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

Elend dio un paso hacia delante, sonriendo, y tomó a Vin de las manos.

—Te lo agradezco, Vin —dijo en voz baja—. Y estás preciosa de verdad. Si no fuéramos de cabeza a la perdición, me sentiría tentado a ordenar que celebraran un baile esta misma noche para tener la oportunidad de lucirte.

Vin sonrió.

—¿Ir de cabeza a la perdición te complace?

—Supongo que he pasado demasiado tiempo con la banda.

Se inclinó para besarla, pero ella soltó un grito y dio un salto atrás.

—Me he pasado casi una hora maquillándome —exclamó—. ¡Nada de besos!

Elend se echó a reír mientras el capitán Demoux asomaba la cabeza por la puerta.

—Majestad, el carroaje ha llegado.

Elend miró a Vin. Ella asintió.

—Vamos.

DESDE EL CARRUAJE QUE STRAFF había enviado a recogerlos, Elend distinguió a un solemne grupo en la muralla viéndolos alejarse. El sol empezaba a ponerse.

Nos ordena que vayamos a verlo por la tarde; tendremos que regresar cuando hayan salido las brumas, pensó Elend. *Una forma astuta de señalar cuánto poder tiene sobre nosotros.*

Era la manera de ser de su padre. Un movimiento similar al ataque a la muralla del día anterior. Para Straff, todo era cuestión de imagen. Elend había visto a su padre en la corte, y lo había visto manipular incluso a los obligadores. Al asegurarse el contrato para gestionar la mina de atium del lord Legislador, Straff Venture había jugado a un juego aún más peligroso que sus amigos nobles. Y había jugado muy bien a ese juego. No había tenido en cuenta que Kelsier desataría el caos, pero ¿quién lo había hecho?

Desde el Colapso, Straff se había asegurado el reino más estable y poderoso del Imperio Final. Era un hombre diestro y cuidadoso que sabía planificar durante años para conseguir lo que quería. Y ese era el hombre al que Elend tenía que manipular.

—Pareces preocupado —dijo Vin. Estaba sentada frente a él en una recatada postura digna de una dama. Era como si ponerse un vestido, de algún modo, imbuyera en ella nuevos modales. O solo despertara los antiguos: en su momento, había sido capaz de hacerse pasar por noble lo bastante bien como para engañar a Elend.

»No pasará nada —dijo—. Straff no te hará ningún daño. Incluso si las cosas salen mal, no se atreverá a convertirte en un mártir.

—Oh, no me preocupa mi seguridad —admitió Elend.

Vin alzó una ceja.

—¿Por?

—Porque te tengo a ti —dijo Elend con una sonrisa—. Vales por un ejército, Vin.

Eso, sin embargo, no pareció consolarla.

—Ven aquí —dijo, haciendo un gesto con la mano y señalando el asiento.

Ella se levantó y se cambió de sitio, pero se detuvo a mirarlo.

—El maquillaje.

—Tendré cuidado —prometió Elend.

Ella asintió, se sentó y dejó que la abrazara.

—Ten cuidado también con el pelo. Y con tu chaqueta... no te la vayas a arrugar.

—¿Desde cuándo eres tan consciente de la moda?

—Es el vestido —dijo Vin con un suspiro—. En cuanto me lo he puesto me he acordado de todas las lecciones de Sazed.

—Me gusta cómo te sienta este vestido.

Vin negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Elend mientras el carro daba un salto y la acercaba un poco más. *Otro nuevo perfume*, pensó. *Al menos esa es una costumbre que no ha perdido*.

—Esta no soy yo, Elend —dijo en voz baja—. Este vestido, estos modales. Son mentira.

Elend no dijo nada.

—¿Alguna objeción? —dijo Vin—. Todo el mundo piensa que digo tonterías.

—No lo sé —respondió Elend con sinceridad—. Usar esta nueva ropa me hizo sentir diferente, así que lo que dices tiene sentido. Si llevar vestidos te parece mal, entonces no los lleves. Quiero que seas feliz, Vin.

Ella sonrió y lo miró. Entonces alzó la cabeza y lo besó.

—Creía que habías dicho que nada de besos.

—Tuyos —dijo ella—. Yo soy una nacida de la bruma: los nacidos de la bruma somos más precisos.

Elend sonrió, aunque no tenía motivos para estar alegre. La conversación, sin embargo, le permitía no sentirse apurado.

—A veces me siento incómodo con esta ropa. Todo el mundo espera mucho más de mí cuando la llevo. Esperan un rey.

—Cuando yo llevo este vestido, esperan una dama. Se llevan una decepción cuando me encuentran a mí.

—Si alguien se siente decepcionado *contigo* es demasiado obtuso para ser tenido en cuenta —dijo Elend—. No quiero que seas como ellos, Vin. No son sinceros. No les importa. Me gusta cómo eres.

—Tindwyl cree que puedo ser ambas cosas. Mujer y nacida de la bruma.

—Tindwyl es sabia. Un poco brutal pero sabia. Deberías escucharla.

—Acabas de decirme que te gusto como soy.

—Y es así. Pero me gustarías de todas formas, Vin. Te amo. La cuestión es ¿cómo te gustas a ti misma?

Esto la hizo vacilar.

—La ropa no cambia realmente a nadie —dijo Elend—. Pero cambia el modo en que los demás reaccionan ante ti. Son palabras de Tindwyl. Creo... creo que el truco está en convencerse a uno mismo de que *te mereces* las reacciones que obtienes. Puedes llevar los vestidos de la corte, Vin, pero haz que sean tuyos. No te preocupes si no das a la gente lo que quiere. Dale quien eres, y que eso sea suficiente. —Hizo una pausa, sonriente—. A mí me funcionó.

Ella le devolvió la sonrisa y se apoyó con cuidado en él.

—Muy bien —dijo—. Ya basta de inseguridad por el momento. Repasemos. Háblame más de la forma de ser de tu padre.

—Es un perfecto noble imperial. Implacable, astuto y enamorado del poder. ¿Recuerdas mi... experiencia cuando tenía trece años?

Vin asintió.

—Bien, mi padre es muy aficionado a los burdeles skaa. Creo que le gustaba lo fuerte que se sentía al poseer a una muchacha sabiendo que la matarían por su pasión. Tiene varias docenas de amantes y, si no lo satisfacen, las elimina.

Vin murmuró algo en respuesta.

—Es igual con sus aliados políticos. Nadie se alía con la Casa Venture: acceden a dejarse dominar por la Casa Venture. Si no estabas dispuesto a ser nuestro esclavo, entonces no conseguías ningún contrato con nosotros.

Vin asintió.

—He conocido a jefes de banda así.

—¿Y cómo sobreviviste cuando repararon en ti?

—Procurando no llamar la atención. Arrastrándome por el suelo cuando pasaban y sin darles nunca un motivo para desafiar me. Exactamente lo mismo

que tú planeas hacer esta noche.

Elend asintió.

—Ten cuidado —dijo Vin—. No dejes que Straff piense que te estás burlando de él.

—Muy bien.

—Y no prometas demasiado. Actúa como si intentaras parecer duro. Deja que piense que te obliga a hacer lo que quieras: le gustará.

—Veo que tienes experiencia en esto.

—Demasiada —dijo Vin—. Pero ya lo has oído otras veces.

Elend asintió. Habían planeado aquel encuentro una y otra vez. Simplemente tenían que hacer lo que la banda les había enseñado. *Que Straff piense que somos débiles, dar a entender que le entregaremos la ciudad... pero solo si nos ayuda contra Cett primero.*

Elend había esperado, tal vez, que la falta de experiencia militar de su padre se tradujera en un ejército pobemente dirigido. Sin embargo, las tiendas estaban colocadas siguiendo un trazado cuidadoso y los soldados llevaban el uniforme bien cuidado. Vin se acercó a su ventana y observó con ojos ávidos, demostrando mucho más interés del que se habría atrevido a demostrar una noble imperial.

—Mira —señaló.

—¿Qué? —preguntó Elend, inclinándose.

—Un obligador.

Elend miró por encima del hombro de ella y divisó al antiguo sacerdote imperial, con la piel alrededor de sus ojos tatuada en una amplia pauta, dirigiendo a una fila de soldados ante una de las tiendas.

—Así que es eso. Está usando a obligadores para dirigir su ejército.

Vin se encogió de hombros.

—Tiene sentido. Ellos sabrán cómo manejar grandes grupos de gente.

—Y cómo abastecerlos —dijo Elend—. Sí, es una buena idea... pero no deja de ser sorprendente. Implica que todavía necesita a los obligadores... y que todavía está sujeto a la autoridad del lord Legislador. La mayoría de los otros reyes expulsaron a los obligadores en cuanto pudieron.

Vin frunció el ceño.

—¿No dijiste que a tu padre le gustaba el poder?

—Y así es. Pero también le gusta tener herramientas poderosas. Siempre tiene un kandra y una historia de asociaciones con alomantes peligrosos. Cree que puede controlarlos... y probablemente cree lo mismo de los obligadores.

El carro frenó y se detuvo ante una gran tienda. Straff Venture salió de ella unos momentos más tarde.

El padre de Elend siempre había sido un hombre corpulento, robusto y de porte imponente. La barba acentuaba esa imagen y efecto. Llevaba un traje ajustado y de buen corte, como los que había intentado que Elend llevara de niño. Había sido entonces cuando Elend había comenzado a vestir con desaliño, los botones desabrochados, las chaquetas demasiado grandes: cualquier cosa que lo diferenciara de su padre.

El desafío de Elend nunca había dado frutos. Había molestado a Straff con pequeñas travesuras y actuado como un necio cuando sabía que podía librarse. Nada de todo aquello había supuesto ninguna diferencia.

No hasta aquella última noche. Luthadel en llamas, la rebelión skaa escapando al control, amenazando con derribar todo el imperio. Una noche de caos y destrucción, con Vin atrapada en algún lugar.

Entonces Elend se había enfrentado a Straff Venture.

No soy el mismo niño al que daban órdenes, padre. Vin le dio un apretón en el brazo, y Elend bajó del carro cuando el cochero abrió la puerta. Straff esperaba en silencio, con una extraña expresión en el rostro cuando Elend extendió una mano para ayudar a bajar a Vin.

—Has venido —dijo Straff.

—Pareces sorprendido, padre.

Straff sacudió la cabeza.

—Veo que sigues siendo tan idiota como siempre, muchacho. Ahora estás en mi poder... podría matarte con un gesto. —Alzó el brazo, como para hacerlo.

Ahora es el momento, pensó Elend, con el corazón desbocado.

—*Siempre* he estado en tu poder, padre. Podrías haberme matado hace meses, podrías haber tomado mi ciudad por puro capricho. No veo que el hecho de haber venido aquí cambie nada.

Straff vaciló.

—Hemos venido a cenar —dijo Elend—. Esperaba tener la oportunidad de que conocieras a Vin, y esperaba poder discutir ciertos... asuntos de particular importancia para ti.

Straff frunció el ceño.

Eso es, pensó Elend. *Pregúntate si tengo alguna oferta que hacer. Sabes que el primero que descubra sus cartas pierde.*

Straff no desaprovecharía la oportunidad de ganar, ni siquiera una oportunidad dudosa como la que Elend representaba. Probablemente calculaba que no había nada verdaderamente importante que Elend pudiera decir. Pero ¿cómo podía estar seguro? ¿Qué tenía que perder?

—Ve y confírmale a mi cocinero que seremos tres para cenar —le dijo Straff a un criado.

Elend dejó escapar un suspiro contenido.

—¿Esa muchacha es tu nacida de la bruma, entonces? —preguntó Straff.

Elend asintió.

—Bonita —dijo Straff—. Dile que deje de aplacar mis emociones.

Vin se ruborizó.

Straff indicó la tienda con un gesto. Elend guio a Vin, aunque ella miró por encima del hombro, pues no le gustaba la idea de darle la espalda a Straff.

Demasiado tarde para eso, pensó Elend.

El interior de la tienda era lo que Elend esperaba de su padre: repleta de cojines y muebles elegantes, muy pocos de los cuales Straff usaba. Amueblaba para dar impresión de poder. Como las enormes fortalezas de Luthadel, lo que rodeaba a un noble era una expresión de su importancia.

Vin esperó junto a Elend en silencio, tensa, en el centro de la sala.

—Es bueno —susurró—. He sido tan sutil como he podido y sin embargo ha advertido mi contacto.

Elend asintió.

—También es un ojo de estaño —dijo con voz normal—. Así que probablemente nos está escuchando.

Elend miró hacia la puerta. Straff entró al cabo de un momento, sin dar ninguna muestra de haber oído a Vin ni de lo contrario. Un grupo de sirvientes entró poco después, cargando con una gran mesa para cenar.

Vin inhaló profundamente. Los sirvientes eran skaa, skaa imperiales, según la vieja tradición. Vestían harapos y tenían moratones de una paliza reciente. Cumplían su tarea con la mirada gacha.

—¿Por qué la reacción, muchacha? —preguntó Straff—. Oh, claro. Eres skaa, ¿verdad? A pesar del bonito vestido. Elend es muy amable. Yo no te dejaría llevar algo así.

Ni ninguna otra cosa, implicaba su tono.

Vin dirigió una mirada a Straff, pero se acercó un poco más a Elend y lo agarró del brazo. Una vez más, las palabras de Straff eran solo una pose; Straff era cruel, pero solo si le servía de algo. Quería que Vin se sintiera incómoda.

Cosa que parecía estar consiguiendo. Elend frunció el ceño, bajó la cabeza y captó el atisbo de una leve sonrisa en sus labios.

Brisa me dijo que Vin es más sutil con la alomancia que la mayoría de los aplacadores, recordó. Mi padre es bueno, pero que detecte su contacto... Ella lo ha permitido, claro.

Elend miró a Straff, que golpeó a uno de los criados skaa cuando salía.

—Espero que ninguno sea pariente tuyo —le dijo a Vin—. No han sido muy diligentes últimamente. Puede que tenga que ejecutar a unos cuantos.

—Ya no soy skaa —dijo Vin en voz baja—. Soy noble.

Straff se echó a reír. Ya había descartado a Vin como amenaza. Sabía que era una nacida de la bruma, tenía que haber oído que era peligrosa, y, sin embargo, la consideraba débil y sin importancia.

Es buena en esto, pensó Elend, asombrado. Los criados empezaron a traer un festín impresionante, dadas las circunstancias. Mientras esperaban, Straff se volvió hacia un ayuda de cámara.

—Llama a Hoselle —ordenó—. Y dile que sea rápida.

Parece menos reservado de lo que recuerdo, pensó Elend. En los días del lord Legislador, un buen noble se mantenía serio y controlado en público, aunque muchos se dedicaran a extravagancias en privado. Bailaban y tenían una tranquila conversación cenando en un baile, por ejemplo, pero disfrutaban de las putas y se emborrachaban a altas horas de la noche.

—¿Por qué la barba, padre? —preguntó Elend—. La última vez que lo consulté, no estaban de moda.

—Yo impongo ahora la moda, muchacho —dijo Straff—. Siéntate.

Elend advirtió que Vin esperaba respetuosamente a que él se sentara antes de ocupar su lugar. Consiguió parecer ligeramente nerviosa: miraba a Straff a los ojos, pero siempre hacía un gesto instintivo, como si una parte de ella quisiera apartar la mirada.

—Ahora dime por qué estás aquí —dijo Straff.

—Creía que era obvio, padre. He venido a discutir sobre nuestra alianza.

Straff alzó una ceja.

—¿Alianza? Acabamos de reconocer ambos que tu vida es mía. No veo ninguna necesidad de aliarme contigo.

—Tal vez —dijo Elend—. Pero hay otros factores en juego. Supongo que no esperabas la llegada de Cett.

—Cett tiene muy poca importancia —respondió Straff, concentrándose en la cena: grandes trozos de carne poco hecha. Vin arrugó la nariz, aunque

Elend no hubiese sabido decir si aquello formaba parte de su actuación o no.

Elend cortó su filete.

—Un hombre con un ejército casi tan grande como el tuyo no puede tener poca importancia, padre.

Straff se encogió de hombros.

—No será ningún problema para mí cuando tome las murallas de la ciudad. Me las entregarás como parte de nuestra alianza, supongo.

—¿E invitar a Cett a atacarnos? —dijo Elend—. Sí, tú y yo juntos podríamos con él, pero ¿por qué seguir a la defensiva? ¿Por qué dejar que debilite nuestras fortificaciones y, posiblemente, continúe con este asedio hasta que nuestros dos ejércitos pasen hambre? Tenemos que *atacarlo*, padre.

Straff hizo una mueca.

—¿Crees que necesito tu ayuda para hacerlo?

—La necesitas si quieres derrotarlo con cierta garantía de éxito —dijo Elend—. Podemos derrotarlo fácilmente juntos... pero nunca solos. Nos necesitamos mutuamente. Ataquemos, tú dirigiendo tu ejército, yo dirigiendo el mío.

—¿Por qué estás tan ansioso? —preguntó Straff, entornando los ojos.

—Porque quiero demostrar algo. Mira, los dos sabemos que vas a arrebatarme Luthadel. Pero si antes cabalgamos juntos contra Cett, parecerá que yo quería aliarme contigo desde el principio. Podré entregarte la ciudad sin parecer un completo bufón. Podré alegar que traje a mi padre para ayudarnos contra el ejército que sabía que venía. Te entrego la ciudad y vuelvo a convertirme en tu heredero. Ambos conseguimos lo que queremos. Pero solo después de que Cett haya muerto.

Straff vaciló. Elend veía que sus palabras estaban surtiendo efecto. Sí, pensó. *Crees que soy el mismo muchacho que dejaste... excéntrico, ansioso por oponerse a ti por razones tontas. Y guardar las apariencias es muy típico de los Venture.*

—No —dijo Straff.

Elend se sobresaltó.

—No —repitió Straff, volviendo a su comida—. No vamos a hacerlo así, muchacho. Yo decidiré cuándo ataco a Cett... si lo hago.

¡Esto tendría que haber funcionado!, pensó Elend. Estudió a Straff, tratando de juzgar qué iba mal. Su padre no parecía del todo decidido.

Necesito más información, pensó. Miró a Vin, que hacía girar algo entre los dedos. El tenedor. Lo miró a los ojos y dio un golpecito con el cubierto.

Metal, pensó Elend. *Buena idea*. Miró a Straff.

—Has venido por el atium —dijo—. No tienes que conquistar mi ciudad para conseguirlo.

Straff se inclinó hacia delante.

—¿Por qué no lo has gastado?

—Nada atrae más rápido a los tiburones que la sangre fresca, padre. Gastar grandes cantidades de atium solo indicaría con toda seguridad que lo tengo... una mala idea, considerando lo mucho que nos costó acallar esos rumores.

Hubo un súbito movimiento en la puerta de la tienda y entró una joven azorada. Llevaba un vestido de baile rojo, y el pelo largo recogido en una larga trenza. Tendría unos quince años.

—Hoselle —dijo Straff, señalando la silla que tenía a su lado.

La muchacha asintió, obediente, y corrió a sentarse junto a Straff. Iba muy maquillada y el vestido era escotado. Elend tuvo pocas dudas sobre su relación con Straff.

Straff sonrió y masticó su comida, tranquilo, con modales de caballero. La muchacha se parecía un poco a Vin: el mismo rostro almendrado, el mismo cabello oscuro, los mismos finos rasgos y la delgada constitución. Era una declaración. *Tengo una como la tuyas, solo que más joven y más bonita*. Aparentando otra vez.

Fue ese momento, aquella chispa en los ojos de Straff, lo que le recordó a Elend por qué más que nada odiaba a su padre.

—Tal vez *podamos* hacer un trato, muchacho. Entrégame el atium, y yo me encargaré de Cett.

—Traértelo llevará tiempo —dijo Elend.

—¿Por qué? El atium no es pesado.

—Hay mucho.

—No tanto para no poder meterlo en una carreta y enviármelo —dijo Straff.

—Es más complicado que eso.

—No creo que lo sea —dijo Straff, sonriendo—. Es que no quieres dármelo.

Elend frunció el ceño.

—No lo tenemos —susurró Vin.

Straff se volvió.

—No lo hemos encontrado —dijo ella—. Kelsier derrocó al lord Legislador para poder conseguir ese atium. Pero nunca pudimos averiguar dónde estaba

el metal. Probablemente ni siquiera estaba en la ciudad.

No me esperaba esto... pensó Elend. Naturalmente, Vin tenía a hacer las cosas por instinto, como decían que hacía Kelsier. Toda la planificación del mundo podía irse al traste estando Vin cerca... pero normalmente lo hacía mejor.

Straff permaneció en silencio un momento. Parecía creer a Vin.

—Así que en realidad no tienes nada que ofrecerme.

Tengo que hacerme el débil, recordó Elend. *Necesito que piense que puede tomar la ciudad cuando quiera, pero también que no merece la pena hacerlo ahora.* Empezó a dar golpecitos en la mesa con el índice, tratando de parecer nervioso. *Si Straff piensa que no tenemos el atium... entonces será mucho menos probable que se arriesgue a atacar la ciudad. Menos ganancia. Por eso lo ha dicho Vin.*

—Vin no sabe de qué habla —dijo Elend—. He escondido el atium, incluso de ella. Estoy seguro de que podemos acordar algo, padre.

—No —dijo Straff, y ahora parecía divertido—. Es verdad que *no* lo tienes. Zane dijo... pero, bueno, no creí...

Straff sacudió la cabeza, volviéndose hacia su comida. La muchacha que tenía al lado no comió; permaneció callada, como el adorno que se suponía que era. Straff dio un largo sorbo de vino y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Miró a su niña amante.

—Déjanos —dijo.

Ella inmediatamente hizo lo que le ordenaban.

—Tú también —le dijo a Vin.

Vin se envaró un poco. Miró a Elend.

—No pasa nada —dijo él, lentamente.

Ella vaciló antes de asentir. Straff suponía poco peligro para Elend, y ella era una nacida de la bruma. Si algo salía mal, llegaría a Elend rápidamente. Y, si se marchaba, conseguirían lo que querían: que Elend pareciera menos poderoso. Así estaría en mejor situación para negociar con Straff. O eso esperaban.

—Esperaré fuera —dijo Vin en voz baja, retirándose.

No era un simple soldado. Era un caudillo encarnado, un hombre a quien el destino mismo parecía apoyar.

27



—MUY BIEN —DIJO STRAFF, soltando el tenedor—. Seamos sinceros, muchacho. Estoy decidido a hacerte matar.

—¿Ejecutarías a tu único hijo? —preguntó Elend.

Straff se encogió de hombros.

—Me necesitas —dijo Elend—. Para ayudarte a combatir a Cett. Puedes matarme, pero no ganarías nada. Seguirías teniendo que tomar Luthadel por la fuerza y Cett seguiría en disposición de atacarte, y de derrotarte, puesto que estarías debilitado.

Straff sonrió, cruzándose de brazos e inclinándose hacia delante, de forma que dominó la mesa.

—Te equivocas en ambas cosas, muchacho. Primero, creo que, si te matara, el siguiente líder de Luthadel sería más comprensivo. Tengo ciertos intereses en la ciudad que indican que es así. Segundo, no necesito tu ayuda para combatir a Cett. Él y yo ya tenemos un trato.

Elend vaciló.

—¿Qué?

—¿Qué crees que he estado haciendo estas últimas semanas? ¿Sentarme y esperar a merced de tus caprichos? Cett y yo hemos intercambiado amabilidades. No le interesa la ciudad: solo quiere el atium. Accedimos a dividir lo que encontráramos en Luthadel, y luego trabajar juntos para tomar el resto del Imperio Final. Él conquistará el norte y el oeste, y yo, el este y el sur. Un hombre muy comprensivo, Cett.

Es un farol, pensó Elend con razonable certeza. Aquello no era propio de Straff: no querría aliarse con alguien tan similar a él en fuerza. Straff temía demasiado la traición.

—¿Piensas que voy a creérmelo? —dijo Elend.

—Cree lo que quieras.

—¿Y los koloss que vienen de camino? —preguntó Elend, sacándose un as de la manga.

Esto hizo vacilar a Straff.

—Si deseas tomar Luthadel antes de que lleguen los koloss, padre —dijo Elend—, entonces pienso que te conviene ser un poco más comprensivo con el hombre que ha venido a ofrecerte todo lo que anhelas. Solo pido una cosa: déjame tener una victoria. Déjame combatir a Cett, asegurar mi legado. *Luego* podrás quedarte con la ciudad.

Straff se lo pensó, durante tanto tiempo que Elend se atrevió a esperar haber ganado. No obstante, su padre acabó por negar con la cabeza.

—No, creo que no. Correré el riesgo con Cett. No sé por qué está dispuesto a dejar que me quede con Luthadel, pero no parece preocuparle mucho.

—¿Y a ti sí? —dijo Elend—. Sabes que no tenemos el atium. ¿Qué te importa ahora la ciudad?

Straff se inclinó un poco más hacia delante. Elend olió en su aliento las especias de la cena.

—Ahí es donde te equivocas conmigo, muchacho. Por eso, aunque hubieras podido prometerme ese atium, nunca habrías salido de este campamento esta noche. Cometí un error hace un año. Si me hubiera quedado en Luthadel, sería yo quien estaría sentado en ese trono. En cambio, eres tú. No me imagino por qué... Supongo que un Venture débil seguía siendo la mejor alternativa.

Straff era todo lo que Elend siempre había odiado del antiguo imperio. Presuntuoso. Cruel. Arrogante.

Debilidad, pensó Elend, calmándose. *No puedo mostrarme amenazador*. Se encogió de hombros.

—Es solo una ciudad, padre. Desde mi posición, no importa ni la mitad que tu ejército.

—Es más que una ciudad. Es la ciudad del lord Legislador... y allí está mi hogar. Mi fortaleza. Comprendo que la utilices como palacio.

—No tenía ningún otro sitio al que ir.

Straff volvió a su comida.

—Muy bien —dijo, entre bocados de carne—. Al principio pensé que eras un idiota por venir esta noche, pero ahora no estoy tan seguro. Tienes que haber comprendido lo inevitable.

—Eres más fuerte —dijo Elend—. No puedo enfrentarme a ti.

Straff asintió.

—Me has impresionado, muchacho. Vestido de manera adecuada, con una amante nacida de la bruma, manteniendo el control de la ciudad... Voy a dejarte vivir.

—Gracias.

—Y, a cambio, tú vas a entregarme Luthadel.

—En cuanto nos encarguemos de Cett.

Straff se echó a reír.

—No, no es así como funcionan las cosas, muchacho. No estamos negociando. Tú acatas mis órdenes. Mañana, cabalgaremos juntos hasta la ciudad y ordenarás que abran las puertas. Mi ejército marchará y tomará el mando, y Luthadel se convertirá en la nueva capital de mi reino. Si no molestas y haces lo que yo diga, te volveré a nombrar heredero.

—No podemos hacer eso —contestó Elend—. He ordenado que no se te abran las puertas bajo ningún concepto.

Straff vaciló.

—Mis consejeros pensaron que podrías intentar usar a Vin como rehén para obligarme a entregar la ciudad —dijo Elend—. Si vamos juntos, darán por hecho que me estás amenazando.

El ánimo de Straff se ensombreció.

—Más vale que no lo hagan.

—Lo harán. Conozco a esos hombres, padre. Estarán ansiosos por encontrar una excusa para quitarme la ciudad.

—Entonces, ¿por qué has venido aquí?

—Para lo que te he dicho. Para negociar una alianza contra Cett. Puedo entregarte Luthadel... pero sigo necesitando tiempo. Antes, eliminemos a Cett.

Straff empuñó el cuchillo de la cena por el mango y lo estampó contra la mesa.

—¡He dicho que esto no es una negociación! Nada de exigencias, muchacho. ¡Podría mandarte matar!

—Solo estoy aclarando las cosas, padre —dijo Elend rápidamente—. No quiero...

—Te has vuelto sibilino —dijo Straff, entornando los ojos—. ¿Qué esperabas conseguir con este juego? Al venir a mi campamento sin traer nada que ofrecer... —Hizo una pausa, luego continuó—: Nada que ofrecer excepto esa muchacha. Es bonita, sí.

Elend se ruborizó.

—Eso no te dará la llave de la ciudad. Recuerda, mis consejeros pensaron que podrías intentar amenazarla.

—Bien —exclamó Straff—. Morirás, y yo tomaré la ciudad por la fuerza.

—Y Cett te atacará por la retaguardia. Te atrapará contra nuestra muralla y te obligará a luchar rodeado.

—Sufriría cuantiosas pérdidas —dijo Straff—. No podría tomar la ciudad y mantenerla después de eso.

—Incluso debilitado tendría más posibilidades de arrebatárnosla que si esperara y luego intentara quitártela a ti.

Straff se puso en pie.

—Tendré que correr ese riesgo. Te dejé atrás una vez. No volverás a escapar, muchacho. Esos malditos skaa tenían que haberte matado y haberme librado de ti.

Elend se puso en pie también. Sin embargo, pudo ver la decisión en los ojos de Straff.

No está funcionando, pensó, y empezó a sentir pánico.

Aquel plan había sido una maniobra, pero no esperaba fallar él. De hecho, había jugado bien sus cartas. Pero algo iba mal... algo inesperado que seguía sin comprender. ¿Por qué se resistía tanto Straff?

Soy demasiado nuevo en esto, pensó Elend. Irónicamente, de haber dejado que su padre le instruyera mejor de niño, habría sabido cuál era el fallo. De pronto advirtió la gravedad de su situación. Rodeado de un ejército hostil. Separado de Vin.

Iba a morir.

—¡Espera! —dijo a la desesperada.

—Ah —sonrió Straff—. ¿Por fin comprendes dónde te has metido?

Había deleite en la sonrisa de Straff. Ansiedad. Siempre había disfrutado haciendo daño a los demás, aunque a Elend rara vez se lo había hecho. El decoro siempre lo había detenido.

El decoro potenciado por el lord Legislador. En aquel momento Elend vio la muerte en los ojos de su padre.

—No has tenido nunca intención de dejarme vivir —dijo Elend—. Aunque te hubiera dado el atium, aunque te hubiera entregado la ciudad...

—Ya estabas muerto en el momento en que decidiste venir, muchacho idiota. Pero te doy las gracias por haberme traído a esa chica. La poseeré esta noche. Veremos si grita tu nombre o el mío cuando la...

Elend se echó a reír.

Se reía de desesperación, por la ridícula situación en la que se había metido, se reía de preocupación y temor... pero sobre todo se reía de la idea de Straff intentando forzar a Vin.

—No tienes ni idea de lo necio que pareces —dijo Elend.

Straff se ruborizó.

—Por eso, muchacho, seré el doble de duro con ella.

—Eres un cerdo, padre. Un hombre repulsivo y enfermizo. Creías que eras un líder brillante, pero apenas eres competente. Casi conseguiste que destruyeran nuestra casa. ¡Solo la muerte del lord Legislador te salvó!

Straff llamó a sus guardias.

—¡Puede que tomes Luthadel, pero la perderás! Puede que yo haya sido un mal rey, pero tú serás un rey terrible. El lord Legislador era un tirano, pero también era un genio. Tú no eres ni una cosa ni la otra. Solo eres un pobre egoísta que agotará sus propios recursos y acabará muerto de una puñalada por la espalda.

Straff señaló a Elend a los soldados que entraban. Elend no se movió. Había crecido con aquel hombre, había sido criado por él, torturado por él. Y, a pesar de todo, Elend nunca le había abierto su mente. Se había rebelado con la timidez de un adolescente, pero nunca había dicho la verdad.

Y hacerlo le hizo sentirse bien.

Tal vez hacerme el débil ha sido el error con Straff. Siempre le ha gustado aplastar cosas.

Y de repente Elend supo lo que tenía que hacer. Sonrió y miró a Straff a los ojos.

—Mátame, padre —dijo—, y tú también morirás.

—MÁTAME, PADRE —DIJO ELEND—, y tú también morirás.

Vin vaciló. Estaba ante la tienda, en la oscuridad de la noche recién llegada. Se hallaba junto a los soldados de Straff, pero estos habían acudido a

su orden. Se había movido en la oscuridad y se encontraba al lado de la cara norte de la tienda, viendo las sombras moverse en su interior.

Estaba a punto de irrumpir. Elend no lo había estado haciendo muy bien, y no porque fuera mal negociador. Simplemente, era demasiado honrado por naturaleza. No era difícil notar cuándo iba de farol, sobre todo si lo conocías.

Pero aquello era diferente. No era que Elend se las intentara dar de lista, ni un estallido furioso como el de unos momentos antes. De repente, parecía tranquilo y lleno de aplomo.

Vin esperó en silencio, las dagas en la mano, tensa en las brumas junto a la tienda. Algo le decía que tenía que concederle a Elend unos momentos más.

Straff se rio de la amenaza de su hijo.

—Eres un necio, padre. ¿Crees que he venido aquí a negociar? ¿Crees que trataría voluntariamente con alguien como tú? No. Me conoces y sabes que no. Sabes que nunca me sometería a ti.

—Entonces, ¿a qué has venido? —preguntó Straff.

Vin casi podía ver la sonrisa de Elend.

—Para acercarme a ti, padre... y para traer a mi nacida de la bruma al mismo corazón de tu campamento.

Silencio.

Finalmente, Straff se echó a reír.

—¿Me amenazas con esa chiquilla famélica? Si esa es la gran nacida de la bruma de Luthadel de la que he oído hablar, entonces me siento enormemente decepcionado.

—Eso es porque ella quiere que te sientas así —dijo Elend—. Piensa, padre. Te mostraste receloso, y la chica confirmó esos recelos. Pero, si es tan buena como dicen los rumores, y sé que has oído los rumores, ¿cómo es que advertiste su contacto sobre tus emociones?

»La has pillado aplacándote, y lo has dicho. Luego no has vuelto a sentir su contacto, así que has dado por hecho que se había acobardado. Pero a partir de ese momento te has sentido confiado. Cómodo. Has descartado a Vin como amenaza... pero ¿despreciaría ningún hombre sensato a una nacida de la bruma, por pequeña o silenciosa que sea? De hecho, cabría pensar que es a los asesinos pequeños a los que hay que prestar *más* atención.

Vin sonrió. *Astuto*, pensó. Recurrió a su poder, encendiéndo las emociones de Straff mientras avivaba metal y sacudía su ira. Straff jadeó, súbitamente aturdido. *Píllalo, Elend*.

—Miedo —dijo Elend.

Ella aplacó la furia de Straff y la convirtió en miedo.

—Pasión.

Vin obedeció.

—Calma.

Lo aplacó todo. Dentro de la tienda, vio la sombra envarada de Straff. Un alomante no podía forzar a una persona a hacer nada, y normalmente los fuertes empujones o tirones sobre una emoción eran menos efectivos, ya que alertaban al objetivo de que algo iba mal. En ese caso, sin embargo, Vin quería que Straff supiera con toda seguridad que ella estaba vigilando.

Vin sonrió, apagando su estío. Entonces quemó duraluminio y aplacó las emociones de Straff con explosiva presión, borrando toda capacidad de sensación dentro de él. Su sombra se tambaleó.

Vin se quedó sin latón un momento después, y volvió a encender su estío mientras contemplaba las siluetas negras recortadas en la tela de la tienda.

—Es poderosa, padre —dijo Elend—. Es más poderosa que ningún alomante que hayas conocido. Mató al lord Legislador. Fue entrenada por el Superviviente de Hathsin. Y si tú me matas, *ella te matará a ti*.

Straff se enderezó y la tienda quedó en silencio de nuevo.

Sonaron pisadas. Vin se volvió, agazapándose, alzando su daga.

Una figura familiar se dibujaba en las brumas nocturnas.

—¿Por qué no puedo sorprenderte nunca? —preguntó tranquilamente Zane.

Vin se encogió de hombros y se volvió hacia la tienda, pero se situó de manera que no perdía a Zane de vista. Él se acercó y se agazapó a su lado, contemplando las sombras.

—No es una amenaza muy útil —dijo por fin Straff en el interior—. Morirás, aunque tu nacida de la bruma se me lleve por delante.

—Ah, padre —dijo Elend—. Me equivocaba respecto a tu interés por Luthadel. Sin embargo, tú también te equivocas conmigo: *siempre* te has equivocado conmigo. No me importa morir, no si eso trae seguridad a mi pueblo.

—Cett se encargará de la ciudad si yo muero —dijo Straff.

—Creo que mi pueblo podrá contra él —dijo Elend—. Después de todo, su ejército es menor.

—¡Esto es una tontería! —exclamó Straff. Sin embargo, ordenó a sus soldados que siguieran avanzando.

—Mátame, y morirás tú también —dijo Elend—. Y no solo tú. Tus generales. Tus capitanes. Incluso tus obligadores. Ella tiene orden de matarlos a todos.

Zane se acercó a Vin, y sus pies hicieron crujir levemente la hierba aplastada del suelo del campamento.

—Ah —susurró—. Qué astuto. No importa lo fuerte que sea tu enemigo, no puede atacarte si le pones un cuchillo en la garganta.

Zane se acercó aún más y Vin lo miró, sus rostros separados apenas por unos centímetros. Él sacudió la cabeza.

—Pero, dime, ¿por qué la gente como tú y como yo tenemos que ser siempre los cuchillos?

Dentro de la tienda, Straff empezaba a preocuparse.

—Nadie es tan poderoso, muchacho —dijo—. Ni siquiera un nacido de la bruma. Puede que ella consiga matar a algunos de mis generales, pero nunca llegaría hasta mí. Tengo a mi propio nacido de la bruma.

—¿Sí? —dijo Elend—. ¿Y por qué no la ha matado? ¿Porque tiene miedo de atacar? Si me matas, padre, si haces un amago de avanzar hacia mi ciudad, entonces ella dará comienzo a la masacre. Morirán hombres como los prisioneros ante las fuentes en un día de ejecución.

—Creía que habías dicho que él estaba por encima de estas cosas —susurró Zane—. Dijiste que no eras su herramienta. Dijiste que no te usaría como asesina...

Vin se agitó, incómoda.

—Es un farol, Zane. Nunca haría algo así.

—Es una alomante como nunca has visto, padre —dijo Elend, la voz apagada por la tienda—. La he visto luchar contra otros alomantes... ninguno de ellos puede tocarla siquiera.

—¿Es eso cierto? —preguntó Zane.

Vin vaciló. Elend no la había visto atacar a otros alomantes.

—Me vio atacar a algunos soldados una vez, y le he contado mis batallas con otros alomantes.

—Ah —dijo Zane en voz baja—. Así que entonces es solo una pequeña mentira. Están bien cuando uno es rey. Muchas cosas lo están. ¿Explotar a una persona para salvar a todo un reino? ¿Qué líder no pagaría un precio tan bajo? Tu libertad a cambio de su victoria.

—No me está utilizando —dijo Vin.

Zane se levantó. Vin se giró levemente, observando con atención cómo se perdía en las brumas, alejándose de las tiendas, las antorchas y los soldados. Zane se detuvo un poco más allá y miró al cielo. Incluso con la luz de las tiendas y las hogueras, el campamento estaba rodeado de brumas. Giraban alrededor de todos ellos. Entre ellas, la luz de las antorchas y las hogueras parecía insignificante. Eran como brasas moribundas.

—¿Qué es esto para él? —dijo Zane, abarcando con una mano su alrededor—. ¿Puede acaso comprender las brumas? ¿Puede acaso comprenderte?

—Me ama —dijo Vin, mirando de nuevo las siluetas recortadas. Habían guardado silencio durante un momento. Straff estaba obviamente considerando las amenazas de Elend.

—¿Te ama o le encanta *tenerte*? —preguntó Zane.

—Elend no es así. Es un buen hombre.

—Bueno o no, tú no eres como él —dijo Zane, y su voz resonó en sus oídos amplificados por el estaño—. ¿Puede comprender cómo es ser uno de nosotros? ¿Puede saber las cosas que nosotros sabemos, amar las cosas que amamos? ¿Ha visto esto alguna vez?

Señaló al cielo. Más allá de las brumas brillaban luces como motas diminutas. Estrellas invisibles al ojo normal. Solo una persona que quemara estaño podía atravesar las brumas y verlas brillar.

Vin recordó la primera vez que se las había mostrado Kelsier. Recordó lo aturdida que se había quedado al enterarse de que las estrellas estaban allí siempre, invisibles, más allá de las brumas...

Zane continuó señalando hacia arriba.

—¡Lord Legislador! —susurró Vin, apartándose de la tienda. A través del remolino de brumas, a la luz de la tienda, vio algo en el brazo de Zane.

Tenía la piel llena de marcas blancas. Cicatrices.

Zane bajó inmediatamente el brazo, ocultando dentro de la manga la carne marcada.

—Estuviste en los Pozos de Hathsin —dijo Vin en voz baja—. Como Kelsier.

Zane apartó la mirada.

—Lo siento —dijo Vin.

Zane se volvió, sonriendo en la noche. Era una sonrisa firme, confiada. Avanzó un paso.

—Yo te comprendo, Vin. —Le hizo una leve reverencia y se marchó de un salto, desapareciendo en las brumas.

Dentro de la habitación, Straff le habló a Elend.

—Vete. Márchate de aquí.

EL CARRUAJE SE MARCHÓ. Straff estaba de pie ante la tienda, ajeno a las brumas, todavía un poco desconcertado.

Lo he dejado marchar. ¿Por qué lo he dejado marchar?

Sin embargo, todavía notaba el contacto de la muchacha martilleándolo. Una emoción tras otra como un remolino traicionero en su interior, y luego... nada. Como una mano enorme que agarrara su alma y apretara para someterla dolorosamente. Le había hecho sentirse como pensaba que debían sentirse los muertos.

Ningún alomante podía ser tan poderoso.

Zane la respeta, pensó Straff. Y todo el mundo dice que ella mató al lord Legislador. Esa criatura diminuta. No puede ser.

Parecía imposible. Y así era como ella quería que pareciese.

Todo iba muy bien. La información proporcionada por el espía kandra de Zane era acertada: Elend intentaba firmar una alianza. Lo aterrador era que Straff podría haber seguido adelante, convencido de que Elend no tenía ninguna importancia, si el espía no hubiera enviado el aviso.

Incluso así, Elend lo había vencido. Straff estaba *preparado* incluso para su treta de mostrarse débil, pero había fallado de todas formas.

Ella es tan poderosa...

Una figura vestida de negro surgió de las brumas y se acercó a Straff.

—Parece que hayas visto un fantasma, padre —dijo Zane con una sonrisa—. ¿El tuyo, tal vez?

—¿Había alguien más ahí fuera, Zane? —preguntó Straff, demasiado aturdido para replicar—. ¿Otra pareja de nacidos de la bruma, tal vez, ayudándola?

Zane negó con la cabeza.

—No. Ella es así de fuerte. —Se volvió para regresar a las brumas.

—¡Zane! —llamó Straff, haciendo que se detuviera—. Vamos a cambiar de planes. Quiero que la mates.

Zane se dio media vuelta.

—Pero...

—Es demasiado peligrosa. Además, ahora tenemos la información que queríamos. No tienen el atium.

—¿Los crees? —preguntó Zane.

Straff vaciló. Después de lo concienzudamente que había sido manipulado esa noche, no podía confiar en nada de lo que hubiera descubierto.

—No —decidió—. Pero lo encontraremos de otra manera. Quiero *muerta* a esa chica, Zane.

—¿Vamos a atacar en serio la ciudad, entonces?

Straff estuvo a punto de dar inmediatamente la orden de que sus soldados se prepararan para un asalto a la mañana siguiente. El ataque preliminar había salido bien, demostrando que las defensas no eran gran cosa. Straff podría tomar esa muralla, y luego usarla contra Cett.

Sin embargo, las últimas palabras de Elend antes de marcharse aquella noche lo hacían dudar. *Envía a tus ejércitos contra mi ciudad, padre*, había dicho el muchacho, *y morirás. Has sentido su poder: sabes lo que puede hacer. Puedes tratar de esconderte, puedes incluso conquistar mi ciudad. Pero ella te encontrará. Y te matará. Tu única opción es esperar. Me pondré en contacto contigo cuando mis ejércitos estén preparados para atacar a Cett. Actuaremos juntos, como dije antes.*

Straff no podía depender de eso. El muchacho había cambiado; de algún modo, se había vuelto más fuerte. Si Elend y él atacaban juntos, Straff no se hacía ninguna ilusión de lo rápidamente que sería traicionado. Pero Straff no podía atacar Luthadel mientras la chica estuviera viva. No conociendo su fuerza, tras haber sentido su contacto en sus emociones.

—No —respondió finalmente a la pregunta de Zane—. No atacaremos. No hasta que la mates.

—Eso podría resultar más difícil de lo que parece, padre —dijo Zane—. Necesitaré ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Un equipo de asalto. Alomantes que no puedan ser rastreados.

Zane estaba hablando de un grupo concreto. La mayoría de los alomantes eran fáciles de identificar a causa de su noble linaje. Straff, sin embargo, tenía acceso a algunos recursos especiales. Había un motivo por el que tenía tantas amantes: docenas y docenas de ellas. Algunos pensaban que era debido a su carácter lujurioso.

Pero eso no era todo. Más amantes significaban más hijos. Y más hijos nacidos de un linaje noble como el suyo significaban más alomantes. Solo había engendrado a un nacido de la bruma, pero había engendrado a muchos brumosos.

—Así se hará —dijo Straff.

—Es posible que no sobrevivan al encuentro, padre —le advirtió Zane, todavía envuelto en las brumas.

Aquella horrible sensación regresó. La sensación de vacío, el horrible conocimiento de que alguien tenía el absoluto control de sus emociones. Nadie debía tener tanto control sobre él. Especialmente Elend.

Tendría que estar muerto. Vino derecho a mí. Y lo dejé marchar.

—Deshazte de ella —dijo Straff—. Haz lo que sea necesario, Zane. Lo que sea.

Zane asintió. Luego se marchó con paso satisfecho.

Straff regresó a su tienda y mandó llamar a Hoselle de nuevo. Se parecía bastante a la chica de Elend. Le haría bien recordarse a sí mismo que la mayoría de las veces tenía el control.

SENTADO EN EL CARRUAJE, ELEND se sentía un poco aturdido. *¡Sigo vivo!*, pensó, con creciente excitación. *¡Lo conseguí! Convencí a Straff para que dejara en paz la ciudad. Al menos temporalmente.* La seguridad de Luthadel dependía de que Straff siguiera temiendo a Vin. Pero... bueno, cualquier victoria era enorme para Elend. No le había fallado a su pueblo. Era su rey, y su plan, por alocado que pudiera haber parecido, había funcionado. La pequeña corona que llevaba en la cabeza de pronto no le parecía tan pesada como antes.

Vin estaba sentada frente a él. No parecía tan contenta.

—¡Lo hemos conseguido, Vin! —dijo Elend—. No ha sido como planeamos, pero ha funcionado. Straff no se atreverá a atacar la ciudad.

Ella asintió en silencio.

Elend frunció el ceño.

—Hmm, es gracias a ti que la ciudad estará a salvo. Lo sabes, ¿verdad? Si no hubieras estado allí... bueno, claro que, de no ser por ti, todo el Imperio Final seguiría esclavizado.

—Porque maté al lord Legislador —dijo ella en voz baja.

Elend asintió.

—Pero fue gracias al plan *de Kelsier*, a las habilidades de la banda, a la fuerza de voluntad del pueblo que se liberó el imperio. Yo solo empuñé el cuchillo.

—Haces que parezca una cosa sin importancia, Vin. ¡Y no lo es! Eres una alomante fantástica. Ham siempre dice que ya ni siquiera puede derrotarte en una pelea *sucia*, y has mantenido el palacio a salvo de los asesinos. ¡No hay nadie como tú en todo el Imperio Final!

Curiosamente sus palabras hicieron que ella se encogiera un poco más en el rincón. Se volvió a mirar por la ventana y contempló las brumas.

—Gracias —dijo en voz baja.

Elend arrugó el entrecejo. *Cada vez que empiezo a pensar que sé lo que pasa por su cabeza...* Se cambió de asiento y la rodeó con un brazo.

—Vin, ¿qué ocurre?

Ella guardó silencio, hasta que por fin sacudió la cabeza y forzó una sonrisa.

—No es nada, Elend. Tienes derecho a estar entusiasmado. Has estado brillante allí dentro... Dudo que incluso Kelsier pudiera haber manipulado tan bien a Straff.

Elend sonrió y la atrajo hacia sí, impaciente, mientras el carro avanzaba hacia la ciudad oscura. Las puertas se abrieron vacilantes, y Elend vio a un grupo de hombres en el patio. Ham alzó una linterna en las brumas.

Elend no esperó a que el carro se detuviera. Abrió la portezuela y saltó en marcha. Sus amigos empezaron a sonreír ansiosamente. Las puertas se cerraron de golpe.

—¿Ha funcionado? —preguntó Ham, vacilante, mientras Elend se acercaba —. ¿Lo has logrado?

—Más o menos —respondió Elend con una sonrisa, entrechocando las manos con Ham, Brisa, Dockson y, por último, con Fantasma. Incluso el kandra, OreSeur, estaba allí. Se acercó al carro, esperando a Vin—. La finta inicial no ha salido muy bien... Mi padre no ha picado con lo de la alianza. ¡Pero entonces le he dicho que lo mataría!

—Espera. ¿Y eso ha sido una buena idea? —preguntó Ham.

—Pasamos por alto uno de nuestros más grandes recursos, amigos —dijo Elend mientras Vin bajaba del carro. Se volvió y la señaló agitando una mano—. ¡Tenemos un arma que no pueden igualar! Straff esperaba que yo le suplicara, y estaba preparado para controlar la situación. Sin embargo, cuando mencioné lo que les sucedería a él y a su ejército si despertaba la furia de Vin...

—Mi querido amigo —dijo Brisa—. ¿Entraste en el campamento del rey más fuerte del Imperio Final, y lo *amenazaste*?

—¡Sí que lo hice!

—¡Brillante!

—¡Lo sé! —dijo Elend—. Le dije a mi padre que *iba* a permitirme salir de su campamento y que *iba* a dejar Luthadel en paz, o de lo contrario haría que Vin los matara a él y a todos los generales de su ejército.

Rodeó a Vin con un brazo. Ella sonrió al grupo, pero Elend notó que algo seguía preocupándola.

No cree que yo haya hecho un buen trabajo. Ha visto un modo mejor de manipular a Straff, pero no quiere que me desanime.

—Bueno, supongo que no necesitaremos un nuevo rey —dijo Fantasma con una sonrisa—. Y yo que esperaba ocupar el puesto...

Elend se echó a reír.

—No pretendo dejar el sitio vacante de momento. Haremos saber a la gente que Straff se ha echado atrás, al menos temporalmente. Eso debería levantar un poco la moral. Luego, trataremos con la Asamblea. Es de esperar que aprueben una resolución que me permita reunirme con Cett como acabo de hacer con Straff.

—¿Por qué no vamos a celebrarlo al palacio? —preguntó Brisa—. Por muy aficionado que sea a las brumas, dudo que el patio sea un lugar adecuado para discutir de estos temas.

Elend le dio una palmada en la espalda y asintió. Ham y Dockson se reunieron con Vin y con él mientras los demás subían al carroaje en el que habían llegado. Elend miró extrañado a Dockson. Normalmente, el hombre hubiese elegido otro vehículo: aquel que no ocupara Elend.

—Sinceramente, Elend —dijo Ham mientras ocupaba su asiento—. Estoy impresionado. Casi esperaba tener que asaltar ese campamento para rescatarte.

Elend sonrió, mirando a Dockson, que se sentó cuando el carroaje inició la marcha. Abrió la mochila y sacó un sobre sellado. Alzó la cabeza y miró a Elend a los ojos.

—Esto ha llegado para ti de parte de los miembros de la Asamblea hace un rato, Majestad.

Elend vaciló. Luego tomó el sobre y rompió el sello.

—¿Qué es?

—No estoy seguro —dijo Dockson—. Pero... ya he empezado a oír rumores.

Vin se inclinó hacia delante y leyó por encima del brazo de Elend mientras él escrutaba la hoja de papel, que decía:

Majestad:

Esta nota es para informaros de que, por unanimidad, la Asamblea ha decidido acogernos al artículo de la Carta Magna para retiraros la confianza. Agradecemos vuestros esfuerzos en beneficio de la ciudad, pero la situación actual exige un tipo diferente de liderazgo al que Su Majestad puede proporcionar. Damos este paso sin ninguna hostilidad, pero con resignación. No vemos otra alternativa, y debemos actuar por el bien de Luthadel. Lamentamos informaros de esto por carta.

Seguía la firma de los veintitrés miembros de la Asamblea.

Elend bajó el papel, anonadado.

—¿Qué? —preguntó Ham.

—Acabo de ser depuesto —dijo Elend en voz baja.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE



TERCERA PARTE REY

Dejó ruinas a su paso, pero fue olvidado. Creó reinos y luego los destruyó, mientras creaba el mundo de nuevo.

28



—A VER SI LO ENTIENDO correctamente —dijo Tindwyl, tranquila y con amabilidad a la vez que severa y con desaprobación—. ¿Hay un artículo en la Constitución del reino que permite a la Asamblea derrocar a su rey?

Elend se achantó un poco.

—Sí.

—¿Y tú mismo lo redactaste? —preguntó Tindwyl.

—En su mayor parte —admitió Elend.

—Escribiste en tu propia ley que podías ser depuesto? —repitió Tindwyl. Su grupo, al que se habían unido en los carroajes Clubs, Tindwyl y el capitán Demoux, estaba reunido en el estudio de Elend. Eran tantos que faltaban sillas, y Vin se había sentado en silencio, apartada, sobre un montón de libros, tras haberse vuelto a poner pantalones y camisa. Tindwyl y Elend estaban de pie, pero los demás estaban sentados: Brisa tenso, Ham relajado y Fantasma tratando de equilibrarse en su silla mientras la apoyaba sobre dos patas.

—Introduje ese artículo adrede —dijo Elend. Se encontraba en el centro de la habitación, con un brazo apoyado contra el cristal de su enorme vidriera, contemplando sus oscuros fragmentos—. Esta tierra se marchitó bajo la mano de un gobernante opresivo durante mil años. Durante ese tiempo, los filósofos y pensadores soñaron con un gobierno donde un mal legislador pudiera ser depuesto sin derramamiento de sangre. Yo ocupé su trono a través de una serie de acontecimientos impredecibles e insospechados, y no me pareció justo imponer de manera unilateral mi voluntad, o la voluntad de mis

descendientes, sobre el pueblo. Quise iniciar un modo de gobierno cuyos monarcas fueran responsables ante sus súbditos.

A veces habla como uno de esos libros que lee, pensó Vin. No como un hombre normal, sino como si recitara el texto de una página.

Recordó las palabras de Zane como un susurro en su mente. *No eres como él.* Rechazó la idea.

—Con respeto, Majestad —dijo Tindwyl—, esta es una de las tonterías más grandes que he visto hacer a un líder.

—Fue por el bien del reino.

—Fue una idiotez —replicó Tindwyl—. Un rey no se somete a los caprichos de otro órgano de gobierno. ¡Es valioso para su pueblo porque es la autoridad absoluta!

Vin rara vez había visto a Elend tan apenado, y lamentó la tristeza de sus ojos. Sin embargo, se sentía en parte rebelde y feliz. Ya no era rey. Ahora tal vez no se esforzarán tanto en matarlo. Tal vez pudiera ser de nuevo tan solo Elend y pudieran marcharse. Irse a alguna parte. A un lugar donde las cosas no fueran tan complicadas.

—De todas formas, hay que hacer algo —dijo Dockson en medio del silencio—. Discutir la sensatez de decisiones pasadas tiene poca relevancia ahora mismo.

—De acuerdo —dijo Ham—. Así que la Asamblea ha intentado darte la patada. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Obviamente, no podemos permitir que se salgan con la suya —dijo Brisa—. ¡Vaya, el pueblo derrocó a un gobierno hace un año! Es una mala costumbre.

—Tenemos que preparar una respuesta, Majestad —dijo Dockson—. Algo que desenmascare esta maniobra engañosa, realizada mientras negociabas por la seguridad de la ciudad. Ahora que lo pienso, está claro que prepararon esa reunión para que tú *no pudieras* asistir y defenderte.

Elend asintió, contemplando todavía el oscuro cristal.

—Probablemente ya no hay ninguna necesidad de llamarle Majestad, Dox.

—Tonterías —dijo Tindwyl, los brazos cruzados, de pie junto a una estantería—. Sigues siendo el rey.

—He perdido el mandato del pueblo.

—Sí, pero todavía tienes el mandato de los ejércitos —dijo Clubs—. Eso te convierte en rey; no importa lo que diga la Asamblea.

—Exactamente —dijo Tindwyl—. Leyes idiotas aparte, sigues conservando una posición de poder. Necesitamos declarar la ley marcial, restringir los movimientos dentro de la ciudad. Tomar el control de los puntos clave y secuestrar a los miembros de la Asamblea para que tus enemigos no puedan organizar la resistencia contra ti.

—Pondré a mis hombres en la calle antes del amanecer —dijo Clubs.

—No —dijo Elend tranquilamente.

Hubo una pausa.

—¿Majestad? —preguntó Dockson—. Es lo mejor que podemos hacer. No podemos permitir que esta facción contraria a ti gane impulso.

—No es una facción, Dox. Son los representantes electos de la Asamblea.

—Una Asamblea que tú fundaste, mi querido amigo —dijo Brisa—. Tienen poder porque tú se lo diste.

—La ley les da poder, Brisa —respondió Elend—. Y todos estamos sometidos a ella.

—Tonterías —dijo Tindwyl—. Como rey, tú eres la ley. Una vez aseguremos la ciudad, podrás convocar la Asamblea y explicar a sus miembros que necesitas su apoyo. Los que no estén de acuerdo pueden ser retenidos hasta que pase la crisis.

—No —dijo Elend, con algo más de firmeza—. No haremos nada de eso.

—¿Eso es todo, entonces? —preguntó Ham—. ¿Te rindes?

—No voy a rendirme, Ham —dijo Elend, volviéndose por fin para mirar al grupo—. Pero no voy a usar los ejércitos de la ciudad para presionar a la Asamblea.

—Perderás el trono —dijo Brisa.

—Sé razonable, Elend —insistió Ham.

—¡No seré la excepción a mis propias leyes!

—No seas necio —dijo Tindwyl—. Deberías...

—Tindwyl, responde a mis ideas como deseas, pero no me vuelvas a llamar necio. ¡No consentiré que me menosprecies porque expreso mi opinión!

Tindwyl vaciló, la boca entreabierta. Entonces frunció los labios y tomó asiento. Vin sintió un silencioso arrebato de satisfacción. *Tú lo entrenaste, Tindwyl*, pensó con una sonrisa. *¿Vas a quejarte si te planta cara?*

Elend avanzó unos pasos y apoyó las manos sobre la mesa mientras contemplaba al grupo.

—Sí, responderemos. Dox, escribe una carta informando a la Asamblea de nuestra decepción y nuestra sensación de haber sido traicionados...

infórmales de nuestro éxito con Straff y carga las tintas de su culpa lo más que puedas.

»Los demás haremos planes. Recuperaremos el trono. Como se ha dicho, conozco la ley. Yo la redacté. Hay modos de salir de esta. Esos modos, sin embargo, *no* incluyen enviar nuestros ejércitos para asegurar la ciudad. ¡No seré como los tiranos que están dispuestos a quitarnos Luthadel! No obligaré al pueblo a hacer mi voluntad, aunque sepa que es lo mejor para ellos.

—Majestad —dijo Tindwyl con cuidado—, no hay nada inmoral en asegurar el poder durante un tiempo de caos. La gente reacciona de forma irracional durante esos períodos. Es uno de los motivos por los que necesitan líderes fuertes. Te necesitan a ti.

—Solo si me quieren, Tindwyl.

—Perdóname, Majestad, pero esa declaración me parece un poco ingenua. Elend sonrió.

—Tal vez lo sea. Puedes hacer que cambie de modo de vestir y de aspecto, pero no puedes cambiarme el alma. Haré lo que considere correcto... y eso incluye dejar que la Asamblea me deponga, si así lo decide.

Tindwyl frunció el ceño.

—¿Y si no puedes recuperar el trono por medios legítimos?

—Entonces aceptaré el hecho. Y haré lo que pueda para ayudar al reino de todas formas.

Se acabó lo de marcharnos, pensó Vin. Sin embargo, no pudo dejar de sonreír. Parte de lo que amaba de Elend era su sinceridad. Su sencillo amor por el pueblo de Luthadel, su determinación por hacer lo que fuera bueno para ellos era lo que lo diferenciaba de Kelsier. Incluso en el martirio, Kelsier mostró una pizca de arrogancia. Se aseguró de ser recordado como pocos hombres que hubieran vivido jamás.

Pero Elend... para él, gobernar el Dominio Central no era cuestión de fama ni de gloria. Por primera vez, completa y sinceramente, Vin decidió algo: Elend era mucho mejor rey de lo que habría sido Kelsier nunca.

—Yo... no estoy seguro de qué pensar de esta experiencia, ama —susurró una voz junto a ella. Vin titubeó y agachó la cabeza al darse cuenta de que había empezado a acariciar, distraída, las orejas de OreSeur.

Apartó la mano con un sobresalto.

—Lo siento.

OreSeur se encogió de hombros y volvió a apoyar la cabeza sobre las patas.

—Bueno, dices que hay un modo legal de volver a recuperar el trono —dijo Ham—. ¿Cómo lo hacemos?

—La Asamblea tiene un mes para elegir un nuevo rey —contestó Elend—. No hay nada en la ley que diga que el nuevo rey no pueda ser el anteriormente depuesto. Y, si no toman una decisión por mayoría concluido ese plazo, el trono vuelve a mí durante un mínimo de un año.

—Complicado —dijo Ham, frotándose la barbilla.

—¿Qué esperabas? —dijo Brisa—. Es la ley.

—No me refería a la ley en sí —contestó Ham—. Me refería a conseguir que la Asamblea elija a Elend o no elija a nadie. No lo habrían depuesto si no tuvieran ya a otra persona en mente para el trono.

—No necesariamente —dijo Dockson—. Tal vez simplemente lo han hecho como advertencia.

—Tal vez —dijo Elend—. Caballeros, creo que es una señal. He estado ignorando a la Asamblea... Pensamos que nos habíamos encargado de ellos, pues había conseguido que firmaran la propuesta que me permitía parlamentar. Sin embargo, no nos dimos cuenta de que una manera que tenían de librarse de esa propuesta era elegir un nuevo rey, y luego lograr que haga lo que desean. —Suspiró y sacudió la cabeza—. He de admitir que nunca he sido muy bueno manejando la Asamblea. No me considera un rey sino un colega... y por eso no les cuesta verse ocupando mi lugar. Apuesto a que uno de los miembros ha convencido a los demás para que lo pongan en el trono.

—Entonces hagámosle desaparecer —dijo Ham—. Estoy seguro de que Vin podría...

Elend frunció el ceño.

—Estaba bromeando, El.

—¿Sabes, Ham? —le advirtió Brisa—. Lo único gracioso de tus chistes es que carecen de sentido del humor.

—Lo dices solo porque normalmente apareces tú al final.

Brisa puso los ojos en blanco.

—Me parece que estas reuniones serían más productivas si alguien se olvidara de invitar a esos dos —murmuró OreSeur en voz baja, obviamente contando con que el extraño permitiera a Vin escucharlo.

Ella sonrió.

—No son *tan* malos —susurró.

OreSeur alzó una ceja.

—Vale —dijo Vin—. Nos distraen un poco.

—Siempre podría comerme a uno si lo deseas —dijo OreSeur—. Eso podría acelerar las cosas.

Vin vaciló. OreSeur, sin embargo, tenía una extraña sonrisa en los labios.

—Humor kandra, ama. Mis disculpas. Podemos ser un poquito torvos.

Vin sonrió.

—Probablemente no sabrían muy bien de todas formas. Ham es demasiado delgado y no quieras saber las cosas que Brisa se pasa el tiempo comiendo...

—No estoy tan seguro —dijo OreSeur—. Después de todo, «Ham» tiene nombre de jamón. Y en cuanto al otro... —Señaló la copa de vino que Brisa tenía en la mano—. Parece muy aficionado a marinarse por su cuenta.

Elend estuvo rebuscando entre sus libros hasta que encontró varios volúmenes relevantes de leyes... incluido el de leyes para Luthadel que él mismo había escrito.

—Majestad —dijo Tindwyl, recalcando el término—. Tienes dos ejércitos a las puertas, y un grupo de koloss viene de camino hacia el Dominio Central. ¿De verdad crees que tienes tiempo para una batalla legal?

Elend soltó los libros y acercó su silla a la mesa.

—Tindwyl, tengo dos ejércitos a las puertas, los koloss vienen a presionarlos y yo mismo soy el principal obstáculo para impedir que los líderes de esta ciudad entreguen el reino a uno de los invasores. ¿De verdad crees que es una coincidencia que me hayan depuesto *ahora*?

Varios miembros del grupo alzaron la cabeza, y Vin ladeó la suya al escuchar estas palabras.

—¿Crees que uno de los invasores podría estar detrás de esto? —preguntó Ham, frotándose la barbilla.

—¿Qué haríais, si fuerais ellos? —dijo Elend, abriendo un libro—. No podéis atacar la ciudad porque os costará demasiados soldados. El asedio ya ha durado semanas, vuestras tropas tienen frío y los hombres que Dockson contrató han estado atacando las barcazas de suministros del canal, amenazando vuestra intendencia. Añadamos que sabéis que un gran contingente de koloss viene de camino... y, bueno, tiene sentido. Si los espías de Straff y Cett sirven de algo, sabrán que la Asamblea capituló y decidió entregar la ciudad al primer ejército que llegue. Los asesinos no han conseguido matarme, pero si hubiera otra manera de eliminarme...

—Sí —dijo Brisa—. Parece propio de Cett. Volver la Asamblea contra ti, poner a un simpatizante en el trono y luego hacer que abra las puertas.

Elend asintió.

—Y mi padre parecía reacio a aliarse conmigo esta noche, como si tuviera algún otro plan para hacerse con la ciudad. No puedo estar seguro de cuál de los dos monarcas está detrás de este movimiento, Tindwyl, pero desde luego no podemos pasar por alto la posibilidad. Esto no es una distracción: es parte de la misma estrategia de asedios que hemos estado combatiendo desde que llegaron esos ejércitos. Si puedo recuperar el trono, entonces Straff y Cett sabrán que soy el único con el que pueden trabajar... y es de esperar que eso los predisponga a aliarse conmigo a la desesperada, sobre todo ya que los koloss se acercan. —Dicho eso, Elend empezó a hojear un montón de libros. Su depresión parecía remitir ante aquel nuevo reto teórico—. Podría haber otros artículos relevantes en la ley —murmuró—. Necesito estudiarlos. Fantasma, ¿invitaste a Sazed a esta reunión?

Fantasma se encogió de hombros.

—No conseguí despertarlo.

—Se está recuperando del viaje hasta aquí —dijo Tindwyl, volviéndose—. Es propio de los guardadores.

—¿Necesita llenar una de sus mentes de metal? —preguntó Ham.

Tindwyl vaciló, y su expresión se ensombreció.

—¿Os lo ha explicado, entonces?

Ham y Brisa asintieron.

—Ya veo —dijo Tindwyl—. De todas formas, no podría ayudarte en este asunto, Majestad. Yo te he ayudado un poco en cuestiones de gobierno porque es mi deber entrenar a los líderes en el conocimiento del pasado. Sin embargo, los guardadores viajeros como Sazed no participan en asuntos políticos.

—¿Asuntos políticos? —preguntó Brisa—. ¿Te refieres, tal vez, a derrocar al Imperio Final?

Tindwyl cerró la boca y apretó los labios.

—No deberías animarlo a romper sus votos —dijo por fin—. Si fuerais sus amigos, os daríais cuenta.

—Sí? —preguntó Brisa, señalándola con su copa de vino—. Personalmente, creo que estáis molestos porque os ha desobedecido, pero al final acabó liberando a vuestro pueblo.

Tindwyl miró a Brisa con frialdad, los párpados entornados, tiesa. Permanecieron así lo que pareció una eternidad.

—Empuja mis emociones todo lo que quieras, aplacador —dijo Tindwyl—. Mis sentimientos son míos. No tendrás ningún éxito.

Brisa volvió a beber, murmurando algo sobre los «malditos terrisanos».

Elend, sin embargo, no prestaba atención a la discusión. Ya tenía cuatro libros abiertos sobre la mesa y estaba hojeando un quinto. Vin sonrió, recordando los días, no muy lejanos, en que la cortejaba tumbándose en un sillón cercano y abriendo un libro.

Es el mismo hombre, pensó. Y el alma de este hombre me amó antes de saber que yo era una nacida de la bruma. Me amó incluso después de descubrir que yo era una ladrona e intentaba robarle. Tengo que recordar eso.

—Vamos —le susurró a OreSeur, y se puso en pie mientras Brisa y Ham se enzarzaban en otra discusión. Necesitaba tiempo para pensar y las brumas estaban todavía recientes.

ESTO SERÍA MUCHO MÁS FÁCIL *si yo no fuera tan hábil*, pensó Elend divertido, rebuscando entre sus libros. *Redacté demasiado bien la ley.*

Siguió con el dedo un párrafo concreto, releyéndolo mientras el grupo se marchaba lentamente. No podía recordar si les había dicho que se marcharan o no. Tindwyl probablemente lo reprendería por eso.

Aquí, pensó, dando un golpecito con el dedo a la página. Podría tener base para pedir una nueva votación si alguno de los miembros de la Asamblea llegó tarde a la reunión, o si votaron los ausentes. El voto para deponerlo tenía que ser unánime... a excepción, claro, del suyo.

Se detuvo al advertir movimiento. Tindwyl era la única persona que quedaba en la habitación. Elend alzó la cabeza con resignación. *Probablemente me lo tengo merecido...*

—Pido disculpas por mi falta de respeto, Majestad —dijo ella.

Elend frunció el ceño. *Eso no me lo esperaba.*

—Tengo la costumbre de tratar a la gente como si fueran niños —continuó Tindwyl—. Supongo que no es algo de lo que deba sentirme orgullosa.

—Es...

Elend se detuvo. Tindwyl le había enseñado a no excusar nunca los defectos de la gente. Podía aceptar que la gente fallara, incluso perdonarla, pero si perdonaba los defectos entonces nunca cambiaría.

—Acepto tu disculpa —dijo.

—Has aprendido rápido, Majestad.

—No he tenido elección —dijo Elend con una sonrisa—. Naturalmente, no cambié lo bastante rápido para la Asamblea.

—¿Cómo has dejado que sucediera algo así? —preguntó ella en voz baja—. Incluso considerando nuestro desacuerdo acerca de cómo hay que llevar el gobierno, yo pensaba que esos miembros de la Asamblea tendrían que estar a tu favor. Te deben su poder.

—Los ignoré, Tindwyl. A los hombres poderosos, amigos o no, no les gusta ser ignorados.

Ella asintió.

—Aunque tal vez deberíamos detenernos a reflexionar sobre tus éxitos, en vez de concentrarnos simplemente en tus fracasos. Vin me ha dicho que la reunión con tu padre salió bastante bien.

Elend sonrió.

—Lo asustamos y se sometió. Me encantó hacerle algo así a Straff. Pero creo que puedo haber ofendido a Vin de algún modo.

Tindwyl alzó una ceja.

Elend soltó su libro y se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas sobre la mesa.

—Se ha comportado de un modo extraño en el camino de vuelta. Apenas he podido conseguir que hablara conmigo. No estoy seguro del porqué.

—Tal vez estaba cansada, nada más.

—No creo que Vin se canse jamás —dijo Elend—. Siempre está en movimiento, siempre está haciendo algo. A veces me preocupa que piense que soy perezoso. Tal vez por eso... —Se calló, y luego sacudió la cabeza.

—Ella no piensa que seas perezoso, Majestad —dijo Tindwyl—. Se negó a casarse contigo porque no se considera digna de ti.

—Tonterías. Vin es una nacida de la bruma, Tindwyl. Sabe que vale por diez hombres como yo.

Tindwyl volvió a alzar una ceja.

—Entiendes muy poco de mujeres, Elend Venture... sobre todo de mujeres jóvenes. Para ellas, su competencia tiene poquísimo que ver con lo que piensan de sí mismas. Vin es insegura. Cree que no merece estar contigo... no porque no crea merecerte como persona, sino más bien porque no está convencida de que merezca ser feliz. Ha llevado una vida muy confusa y difícil.

—¿Cómo estás tan segura de esto?

—He criado a varias hijas, Majestad —dijo Tindwyl—. Sé de lo que hablo.

—¿Hijas? —preguntó Elend—. ¿Tienes hijos?

—Naturalmente.

—Yo no...

Los terrisanos que había conocido eran eunucos, como Sazed. Una mujer como Tindwyl, por supuesto, no podía pertenecer a esa categoría, pero había supuesto que los programas de reproducción del lord Legislador la habrían afectado de algún modo.

—De todas formas, debes tomar algunas decisiones, Majestad. Tu relación con Vin va a ser difícil. Ella tiene ciertos asuntos que causarán más problemas de los que te causaría una mujer más convencional.

—Ya hemos discutido esto —dijo Elend—. No estoy buscando una mujer más convencional. Amo a Vin.

—No estoy dando a entender que tengas que buscarme a otra —contestó Tindwyl tranquilamente—. Simplemente te instruyo, como me han pedido que haga. Tienes que decidir hasta qué punto vas a dejar que la chica, y tu relación con ella, te distraigan.

—¿Qué te hace pensar que estoy distraído?

Tindwyl alzó una ceja.

—Te he preguntado por tu éxito con lord Venture esta noche, y de lo único que has querido hablar es de lo que sintió Vin durante el regreso a casa.

Elend vaciló.

—¿Qué es más importante para ti, Majestad? —preguntó Tindwyl—. ¿El amor de esta chica o el bien de tu pueblo?

—No voy a responder a una pregunta como esa.

—Con el tiempo, puede que no tengas elección —dijo Tindwyl—. Es una cuestión a la que se enfrentan todos los reyes, tarde o temprano.

—No —respondió Elend—. No hay motivos para que no pueda amar a Vin y proteger a mi pueblo. He estudiado demasiados dilemas hipotéticos para dejarme enredar en una trampa como esta.

Tindwyl se encogió de hombros y se puso en pie.

—Cree lo que quieras, Majestad. Sin embargo, yo veo ya un dilema, y no me parece que sea hipotético.

Inclinó la cabeza levemente en gesto de deferencia, y se marchó de la habitación, dejándolo con sus libros.

Hubo otras pruebas que relacionaban a Alendi con el Héroe de las Eras. Cosas más pequeñas, cosas que solo alguien entrenado en la tradición de la Anticipación hubiera advertido. La marca de nacimiento en su brazo. La manera en que su pelo se volvió gris cuando apenas tenía veinticinco años. La manera de hablar, la manera de tratar a la gente, la manera de gobernar.

Simplemente, parecía encajar.

29



—DIME, AMA —PREGUNTÓ ORESEUR, tumbado perezosamente, la cabeza sobre las patas—, llevo con los humanos un buen montón de años. Tenía la impresión de que necesitaban dormir regularmente. Supongo que estaba equivocado.

Vin estaba sentada en un saliente de piedra de la muralla, con una pierna recogida contra el pecho, la otra colgando en el vacío. Las torres de la fortaleza Hasting eran sombras oscuras en las brumas a su derecha y a su izquierda.

—Yo duermo —dijo.

—Ocasionalmente. —OreSeur bostezó, sacando la lengua. ¿Estaba adoptando más modales caninos?

Vin miró hacia el este, sobre la ciudad dormida de Luthadel. Había fuego en la distancia, una luz creciente demasiado grande para ser producto del hombre. Había llegado el amanecer. Otra noche había pasado, casi una semana después de que Elend y ella visitaran el campamento de Straff. Zane todavía no había aparecido.

—Estás quemando peltre, ¿verdad? —preguntó OreSeur—. ¿Para permanecer despierta?

Vin asintió. Quemando un poco de peltre, su fatiga era solo una molestia menor. Podía sentirla en su interior, si se concentraba, pero no tenía ningún poder sobre ella. Sus sentidos eran agudos, su cuerpo seguía fuerte. Ni siquiera

el frío de la noche le resultaba molesto. Sin embargo, en el momento en que apagara su peltre, sentiría todo el agotamiento de golpe.

—Eso no puede ser sano, ama. Apenas duermes tres o cuatro horas al día. Nadie, sea nacido de la bruma, hombre o kandra, puede vivir así mucho tiempo.

Vin agachó la cabeza. ¿Cómo podía explicar su extraño insomnio? Debía superarlo; ya no tenía que temer a los otros miembros de la banda que la rodeaban. Sin embargo, no importaba cuánto se agotara, cada vez le costaba más y más trabajo dormir. ¿Cómo podía hacerlo con aquel suave golpeteo en la distancia?

Por algún motivo, parecía estar acercándose. ¿O simplemente se hacía más fuerte? *Oigo los sonidos rítmicos de las alturas, los pulsos de las montañas...* Palabras del libro de viaje.

¿Cómo podía dormir sabiendo que el espíritu la observaba desde la bruma, ominoso y lleno de odio? ¿Cómo podía dormir cuando había ejércitos que amenazaban con masacrар a sus amigos, cuando a Elend le habían arrebatado su reino, cuando todo lo que creía conocer y amar se volvía confuso y oscuro?

Cuando, finalmente, me acuesto, el sueño me rehúye. Los mismos pensamientos que me perturban durante el día aumentan en la quietud de la noche...

OreSeur volvió a bostezar.

—No va a venir, ama.

Vin se volvió, frunciendo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Este es el sitio donde te enfrentaste a Zane la última vez —dijo OreSeur
—. Estás esperando a que venga.

Vin vaciló.

—Me vendría bien un poco de ejercicio —dijo por fin.

Las luces continuaron creciendo en el este, iluminando lentamente las brumas. Estas, sin embargo, persistieron, reacias a ceder ante el sol.

—No deberías permitir que ese hombre te influya tanto, ama. No creo que sea la persona que crees que es.

Vin frunció el ceño.

—Es mi enemigo. ¿Qué otra cosa puedo creer?

—No lo tratas como a un enemigo, ama.

—Bueno, no ha atacado a Elend —dijo Vin—. Tal vez Zane no esté totalmente bajo el control de Straff.

OreSeur permaneció en silencio, la cabeza sobre las patas. Luego volvió la mirada.

—¿Qué? —preguntó Vin.

—Nada, ama. Creeré lo que se me dice.

—Oh, no —dijo Vin, girándose en el saliente para mirarlo—. No me vengas otra vez con esa excusa. ¿Qué estabas pensando?

OreSeur suspiró.

—Estaba pensando, ama, que tu obsesión por Zane es desconcertante.

—¿Obsesión? Tan solo lo estoy vigilando. No me gusta tener otro nacido de la bruma, enemigo o no, correteando por mi ciudad. ¿Quién sabe qué podría estar tramando?

OreSeur frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¡OreSeur, si tienes cosas que decir, habla!

—Pido disculpas, ama. No estoy acostumbrado a charlar con mis amos... sobre todo sinceramente.

—No pasa nada. Puedes hablar.

—Bueno, ama —dijo OreSeur, levantando la cabeza—. No me gusta ese Zane.

—¿Qué sabes de él?

—Lo mismo que tú —admitió OreSeur—. Sin embargo, la mayoría de los kandra son muy buenos jueces de carácter. Cuando practicas la imitación durante tanto tiempo como yo, aprendes a ver el corazón de los hombres. No me gusta lo que he visto de Zane. Parece demasiado satisfecho consigo mismo. Parece demasiado deliberada la forma en que se hizo amigo tuyo. Me hace sentir incómodo.

Vin se sentó en el saliente, con las piernas abiertas y las manos ante ellas con las palmas hacia abajo, descansando en la fría piedra. *Puede que tenga razón.*

Pero OreSeur no había volado con Zane, no se había entrenado en las brumas. Aunque no era culpa suya, OreSeur era igual que Elend. No era alomante. Ninguno de los dos podía comprender qué era volar con un empujón de acero, avivar estaño y experimentar la súbita sacudida de cinco sentidos amplificados. No podían saberlo. No podían comprender.

Vin se echó hacia atrás. Observó al sabueso a la luz del amanecer. Había algo que quería mencionarle, y ese parecía un momento tan bueno como cualquier otro.

—OreSeur, puedes cambiar de cuerpo, siquieres.

El sabueso alzó una ceja.

—Tenemos esos huesos que encontramos en el palacio —dijo Vin—. Puedes usarlos, si estás cansado de ser un perro.

—No podría usarlos —contestó OreSeur—. No he digerido su cuerpo... no sabría la disposición adecuada de músculos y órganos para que la persona tuviera el aspecto correcto.

—Bueno, entonces podemos buscarte un criminal.

—Creía que te gustaban estos huesos.

—Me gustan. Pero no quiero que estés en un cuerpo que te hace infeliz.

OreSeur bufó.

—Mi felicidad no es importante.

—Para mí lo es. Podríamos...

—Ama —interrumpió OreSeur.

—¿Sí?

—Conservaré estos huesos. Me he acostumbrado a ellos. Es muy frustrante cambiar de forma a menudo.

Vin vaciló.

—Muy bien —dijo por fin.

OreSeur asintió.

—Aunque, hablando de cuerpos, ama, ¿estás pensando en volver al palacio? No todos tenemos la constitución de un nacido de la bruma... algunos también necesitamos comer y dormir de vez en cuando.

Desde luego, ahora se queja mucho más, pensó Vin. Sin embargo, esa actitud le parecía un buen signo: significaba que OreSeur se sentía más cómodo con ella. Lo suficiente para decirle cuándo pensaba que se estaba comportando como una tonta.

¿Por qué pierdo el tiempo con Zane?, pensó, y se levantó y volvió la mirada hacia el norte. La bruma era todavía moderadamente densa y apenas pudo distinguir el ejército de Straff, todavía concentrado en el canal norte, manteniendo el asedio. Estaba allí como una araña, esperando el momento adecuado para saltar.

Se dijo que debía concentrarse más en Elend. Sus mociones para descartar la decisión de la Asamblea, o para forzar una nueva votación, habían fracasado todas. Y, testarudamente legal como siempre, Elend continuaba aceptando sus fracasos. Seguía pensando que tenía una posibilidad de convencer a la Asamblea para que lo eligiera rey... o al menos para que no optara por nadie más para el puesto.

Y por eso redactaba discursos y hacía planes con Brisa y Dockson. Esto le dejaba poco tiempo para Vin, y era bueno. Lo último que necesitaba era que ella lo distrajera. Era algo en lo que no podía ayudarlo, algo que no podía combatir ni espantar.

Su mundo es de papeles, libros, leyes y teorías, pensó. *Cabalga las palabras como yo cabalgo las brumas. Siempre me preocupa que no pueda comprenderme... pero ¿puedo yo comprenderlo realmente a él?*

OreSeur se levantó, se desperezó y apoyó las patas sobre la balaustrada para poder mirar al norte, como Vin.

Ella sacudió la cabeza.

—A veces, desearía que Elend no fuera tan... bueno, tan noble. La ciudad no necesita esta confusión ahora mismo.

—Hizo lo adecuado, ama.

—¿Eso crees?

—Naturalmente. Tenía un contrato. Su deber es cumplir ese contrato, no importa a qué precio. Debe servir a su amo... en este caso la ciudad, aunque ese amo le obligue a hacer algo muy desagradable.

—Es una forma muy kandra de ver las cosas.

OreSeur la miró, alzando una ceja canina, como diciendo: «Bueno, ¿y qué esperabas?» Ella sonrió. Tenía que aguantarse la risa cada vez que veía aquella expresión en su cara de perro.

—Vamos —dijo—. Volvamos al palacio.

—Excelente —contestó OreSeur, incorporándose—. Esa carne que aparté debe de estar ya perfecta.

—A menos que las criadas hayan vuelto a encontrarla —dijo Vin con una sonrisa.

La expresión de OreSeur se ensombreció.

—Creía que ibas a advertírselo.

—¿Y qué podría decirles? —preguntó Vin, divertida—. «Por favor, no tiréis esta carne rancia, a mi perro le gusta comérsela».

—¿Por qué no? Cuando imito a un humano casi nunca consigo comer bien, pero los perros comen carne añeja a veces, ¿no?

—Sinceramente, no lo sé.

—La carne añeja es deliciosa.

—Querrás decir podrida.

—Añeja —insistió OreSeur, mientras ella lo tomaba en brazos para llevarlo abajo. La cima de la fortaleza Hasting tenía sus buenos treinta metros de

altura, demasiada para que OreSeur pudiera saltar, y el único camino para bajar era a través de la fortaleza abandonada. Era mejor llevarlo en brazos.

—La carne añeja es como el vino añejo o el queso añejo —continuó OreSeur—. Sabe mejor cuando tiene unas cuantas semanas.

Supongo que es uno de los efectos secundarios de ser pariente de los carroñeros, pensó Vin. Saltó de la muralla arrojando unas cuantas monedas. Sin embargo, cuando se disponía a impulsarse, con OreSeur convertido en una pesada carga en sus brazos, vaciló. Se volvió una vez más a contemplar el ejército de Straff. Ya era plenamente visible; el sol había rebasado por completo el horizonte. No obstante, unos cuantos jirones insistentes de bruma tintineaban en el aire, como intentando desafiar al sol, para continuar cubriendo la ciudad y repeler la luz del día.

¡Lord Legislador!, pensó Vin, golpeada por una repentina revelación. Había estado tanto tiempo dándole vueltas al problema que había empezado a sentirse frustrada. Y, sin embargo, cuando lo olvidaba se le presentaba la respuesta. Como si su subconsciente hubiera seguido desmenuzándolo.

—¿Ama? —preguntó OreSeur—. ¿Va todo bien?

Vin entreabrió la boca, ladeando la cabeza.

—Creo que acabo de comprender qué era la Profundidad.

Pero he de continuar sin entrar en tantos detalles. El espacio es limitado. Los otros forjamundos debieron considerarse humillados cuando acudieron a mí, admitiendo que estaban equivocados. Incluso entonces, empezaba a dudar de mi declaración original.

Pero me sentí lleno de orgullo.

30



Grabo ahora este archivo en una plancha de metal porque tengo miedo —leyó Sazed—. Miedo por mí mismo, sí... admito ser humano. Si Alendi regresa del Pozo de la Ascensión, estoy seguro de que mi muerte será uno de sus primeros objetivos. No es un hombre malvado, pero sí implacable. Debido, creo, a lo que ha vivido. No obstante, también temo que todo lo que he conocido caiga en el olvido, que mi historia caiga en el olvido. Y temo por el mundo que habrá de venir. Temo que mis planes fracasen. Temo un destino aún peor que la Profundidad.

Todo vuelve al pobre Alendi. Me siento mal por él y por todas las cosas que se ha visto obligado a soportar. Por aquello en lo que ha sido obligado a convertirse. Pero dejadme comenzar por el principio. Conocí a Alendi en Khlenium; entonces era un muchachito y aún no había sido deformado por una década como caudillo de ejércitos.

La altura de Alendi me sorprendió la primera vez que lo vi. Se trataba de un hombre que superaba a todos los demás, de un hombre que (a pesar de su juventud y su ropa humilde) imponía respeto. Curiosamente fue la sencilla ingenuidad de Alendi lo que me llevó al principio a hacerme amigo suyo. Lo empleé como ayudante durante sus primeros meses en la gran ciudad.

No me convencí hasta años más tarde de que Alendi era el Héroe de las Eras. El Héroe de las Eras, al que llamaban Rabzeen en Khlenium, el Anamnesor.

Salvador.

Cuando por fin lo comprendí, cuando por fin relacioné todos los signos de la Anticipación de Alendi, me entusiasmé. Sin embargo, cuando anuncié mi descubrimiento a los otros forjamundos, me trataron con desdén. Oh, cómo desearía ahora haberles hecho caso. Y, sin embargo, todo el que me conozca comprenderá que no había ninguna posibilidad de que me rindiera tan fácilmente. Cuando encuentro algo que investigar, soy tenaz en mi empeño.

Yo había decidido que Alendi era el Héroe de las Eras, y pretendía demostrarlo. Tendría que haber cedido a la voluntad de los demás; no tendría que haber insistido en viajar con

Alendi para ser testigo de sus idas y venidas. Era inevitable que el propio Alendi descubriera lo que yo creía que era.

Sí, fue él quien difundió después los rumores. Yo nunca podría haber hecho lo que él hizo: convencer y persuadir al mundo de que era en efecto el Héroe. No sé si él mismo se lo creía, pero hizo que los demás creyeran que tenía que ser él.

Si la religión de Terris, y la creencia en la Anticipación, no se hubiera extendido más allá de nuestra gente... Si al menos la Profundidad no hubiera llegado cuando lo hizo, trayendo una amenaza que empujó a los hombres a la desesperación tanto en sus actos como en sus creencias... Si al menos hubiera ignorado a Alendi cuando estaba buscando un ayudante, hace tantos años...

SAZED DEJÓ DE TRANSCRIBIR EL CALCO. Todavía quedaba mucho por hacer: era sorprendente cuánto había conseguido escribir ese Kwaan en una plancha de acero relativamente pequeña.

Sazed contempló su trabajo. Se había pasado todo el viaje hasta el norte deseando que llegara el momento de empezar por fin a trabajar en el calco. En parte estaba preocupado. ¿Parecerían las palabras del muerto tan importantes sentado en una habitación bien iluminada como lo habían parecido allá en las mazmorras del convento de Seran?

Estudió otra parte del documento, leyendo unos cuantos párrafos escogidos. Los que le resultaban de particular importancia.

Sin embargo, al ser yo quien encontró a Alendi, me convertí en alguien importante. Sobre todo, entre los forjamundos.

Había un lugar para mí en la tradición de la Anticipación: me consideré el Anunciador, el profeta que habría de descubrir, según lo predicho, al Héroe de las Eras. Renunciar entonces a Alendi habría sido renunciar a mi nueva posición, a ser aceptado por los demás. Y por eso no lo hice.

Pero lo hago ahora. Que se sepa que yo, Kwaan, forjamundos de Terris, soy un fraude.

Sazed cerró los ojos. Forjamundos. El título le resultaba conocido: la orden de los guardadores se había fundado sobre los recuerdos y esperanzas de las leyendas de Terris. Los forjamundos habían sido maestros, feruquimistas que recorrían las tierras transmitiendo conocimientos. Habían sido una de las principales inspiraciones para la orden secreta de los guardadores.

Y ahora tenía un documento redactado por la propia mano de un forjamundos.

Tindwyl va a enfadarse mucho conmigo, pensó Sazed, abriendo los ojos. Ya había leído todo el calco, pero necesitaría estudiarlo durante algún tiempo. Memorizarlo. Cotejarlo con otros documentos. Ese fragmento de escritura (tal

vez unas veinte páginas en total) podría fácilmente tenerlo entretenido durante meses, incluso años.

Los postigos de su ventana se sacudieron. Sazed alzó la cabeza. Se hallaba en sus aposentos del palacio, un grupo de habitaciones decoradas con gusto, demasiado lujosas para alguien que se había pasado la vida siendo un sirviente. Se levantó, se acercó a la ventana, descorrió el pestillo y abrió los postigos. Sonrió al encontrar a Vin agazapada en el alféizar.

—Hmm... hola —dijo Vin. Llevaba su capa de la bruma, una camisa gris y pantalones negros. A pesar de que ya era de día, quedaba claro que no se había acostado tras sus correrías nocturnas—. Deberías dejar la ventana sin correr el pestillo. No puedo entrar si está cerrada. Elend se enfadó conmigo porque rompo demasiados pestillos.

—Trataré de recordarlo, lady Vin —dijo Sazed, indicándole que entrara.

Vin atravesó ágilmente la ventana de un salto; la capa crujío.

—¿Tratarás de recordarlo? —preguntó—. Nunca te olvidas de nada. Ni siquiera de las cosas que no tienes guardadas en una mente de metal.

Se ha vuelto mucho más atrevida en los meses que he estado fuera, pensó Sazed mientras ella se acercaba a su escritorio y echaba un vistazo a su trabajo.

—¿Qué es esto? —preguntó, todavía mirando el escritorio.

—Lo encontré en el convento de Seran, lady Vin —dijo Sazed, acercándose. Se sentía tan bien vistiendo de nuevo túnicas limpias, teniendo un lugar tranquilo y cómodo donde estudiar... ¿Era un mal hombre por preferir eso a viajar?

Un mes, pensó. Me concederé un mes para estudiar. Luego le pasará el proyecto a otro.

—¿Qué es? —repitió Vin, recogiendo el calco.

—Por favor, lady Vin —dijo Sazed, lleno de aprensión—. Es muy frágil. El calco podría ensuciarse...

Vin asintió, dejó el papel sobre la mesa y escrutó la traducción. En otra época hubiese evitado todo aquello que oliera a escritura, pero parecía intrigada.

—¡Menciona la Profundidad! —exclamó, emocionada.

—Entre otras cosas —dijo Sazed, reuniéndose con ella junto a la mesa. Se sentó, y Vin se acercó a uno de los cómodos sillones bajos de la habitación. Sin embargo, no se sentó como una persona normal; saltó y se sentó en el respaldo, apoyando los pies en el cojín.

—¿Qué? —preguntó, advirtiendo al parecer la sonrisa de Sazed.

—Solo me hacían gracia las tendencias de los nacidos de la bruma, lady Vin. Tenéis problemas para sentaros... parece que siempre tenéis que encaramaros. Supongo que se debe a vuestro increíble sentido del equilibrio.

Vin frunció el ceño, pero decidió ignorar el comentario.

—Sazed, ¿qué era la Profundidad?

Él entrelazó los dedos y miró a la joven mientras reflexionaba.

—¿La Profundidad, lady Vin? Creo que es un tema de mucho debate. Supuestamente era algo grande y poderoso, aunque algunos eruditos han descartado la leyenda entera, considerándola una invención del lord Legislador. Hay algunos motivos para creer en esa teoría, opino, pues los únicos archivos de esa época son los que controlaba el Ministerio de Acero.

—Pero el libro de viaje menciona la Profundidad —dijo Vin—. Y esa cosa que estás traduciendo también.

—En efecto, lady Vin. Pero, incluso entre aquellos que suponen que la Profundidad fue real sigue habiendo mucho debate. Algunos se aferran a la historia oficial del lord Legislador y consideran que la Profundidad era una bestia horrible y sobrenatural... un dios oscuro, si quieras. Otros no están de acuerdo con esta interpretación extrema. Piensan que la Profundidad era más mundana... un ejército de algún tipo, tal vez invasores de otra tierra. El Dominio Lejano, durante los tiempos previos a la Ascensión, estaba al parecer poblada por varias razas de hombres primitivos y belicosos.

Vin estaba sonriendo. Él la miró intrigado, pero la muchacha tan solo sonrió.

—Le hice a Elend la misma pregunta —explicó— y apenas recibí una frase por respuesta.

—Su Majestad es experto en otras áreas: la historia previa a la Ascensión puede ser un tema demasiado denso incluso para él. Además, todo el que pregunte a un guardador sobre el pasado debería estar preparado para una conversación extensa, supongo.

—Yo no me quejo —dijo Vin—. Continúa.

—No hay mucho más que decir... o, más bien, hay mucho más que decir, pero dudo que tenga importancia. ¿Era la Profundidad un ejército? ¿Fue, tal vez, el primer ataque de los koloss, como algunos teorizan? Eso explicaría muchas cosas... La mayoría de las historias coinciden en que el lord Legislador obtuvo poder al derrotar a la Profundidad en el Pozo de la Ascensión. Tal vez se ganó el apoyo de los koloss y luego los empleó como ejército.

—Sazed, no creo que la Profundidad fueran los koloss.

—¿No?

—Creo que era la bruma.

—Esa teoría existe, en efecto —asintió Sazed.

—¿Sí? —preguntó Vin, un poco decepcionada.

—Por supuesto, lady Vin. Durante los mil años de reinado del Imperio Final, pocas posibilidades hay que *no hayan* sido barajadas, creo. La teoría de la bruma ya ha sido propuesta, pero entraña varios grandes problemas.

—¿Como cuáles?

—Bueno, para empezar, se dice que el lord Legislador derrotó a la Profundidad. Sin embargo, la bruma sigue aquí. Además, si la Profundidad era simplemente bruma, ¿por qué llamarla por un nombre tan oscuro? Por supuesto, otros señalan que mucho de lo que conocemos o hemos oído de la Profundidad procede de la cultura oral, y algo muy común puede adquirir propiedades místicas cuando se transmite verbalmente a través de generaciones. La Profundidad podría por tanto referirse no solo a la bruma, sino al hecho de su aparición o alteración.

»Sin embargo, el mayor inconveniente de la teoría de la bruma es la maldad. Si nos fiamos de los relatos (y tenemos muy poca cosa más en lo que basarnos) la Profundidad era terrible y destructora. La bruma parece poco peligrosa.

—Pero ahora mata.

Sazed vaciló.

—Sí, lady Vin. Eso parece.

—¿Y si lo hacía antes pero el lord Legislador lo impidió de algún modo? Tú mismo dijiste que pensabas que hicimos algo, algo que cambió la bruma, cuando matamos al lord Legislador.

Sazed asintió.

—Los problemas que he estado investigando son bastante terribles, cierto. No obstante, no veo que puedan ser una amenaza del mismo grado que la Profundidad. Algunas personas han muerto en las brumas, pero muchas eran gente mayor o de constitución débil. La bruma deja a mucha gente en paz. —Calló y unió los pulgares—. Pero no estaría bien que no admitiera cierto mérito en la sugerencia, lady Vin. Tal vez incluso unas cuantas muertes pudieron haber sido suficientes para causar el pánico. El peligro podría haberse exagerado al pasar de un narrador a otro... y quizás las muertes eran

más numerosas entonces. No he podido recopilar suficiente información para estar seguro de nada todavía.

Vin no respondió. *Oh, cielos*, pensó Sazed, suspirando para sí. *La he aburrido. Tengo que tener más cuidado, y vigilar mi vocabulario y mi expresión. Después de tantos viajes entre los skaa, cabría esperar que hubiera aprendido...*

—¿Sazed? —preguntó Vin, pensativa—. ¿Y si lo estamos enfocando desde un punto de vista equivocado? ¿Y si las muertes aleatorias en las brumas no fueran el problema?

—¿Qué quieres decir, lady Vin?

Ella permaneció en silencio un momento, ausente, dando golpecitos con un pie contra el cojín del sillón. Finalmente, alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Qué sucedería si las brumas se mantuvieran durante el día de modo permanente?

Sazed reflexionó un instante.

—No habría luz —continuó Vin—. Las plantas morirían, la gente pasaría hambre. Sería la muerte... el caos.

—Supongo —dijo Sazed—. Quizás esa teoría podría resultar válida.

—No es una teoría —contestó Vin, saltando del sillón—. Es lo que sucedió.

—¿Tan segura estás ya? —preguntó Sazed, divertido.

Vin asintió cortante, y se reunió con él en la mesa.

—Tengo razón —dijo con su brusquedad característica—. *Lo sé*.

Se sacó algo de un bolsillo del pantalón, y luego acercó un banco para sentarse junto a Sazed. Desplegó la hoja arrugada y la alisó en la mesa.

—Son citas del libro —dijo. Señaló un párrafo—. Aquí el lord Legislador habla sobre cómo los ejércitos eran inútiles contra la Profundidad. Al principio, pensé que eso significaba que los ejércitos no habían podido derrotarla... pero mira la forma de expresarlo. «Las espadas de mis ejércitos son inútiles.» ¿Qué hay más inútil que tratar de blandir una espada contra la bruma? —Señaló otro párrafo—. Dejó destrucción a su paso, ¿no? Murieron millares. Pero nunca dice que la Profundidad los atacara. Dice que murieron «a causa de» ella. Tal vez lo hemos planteado mal todo el tiempo. Esta gente no fue aplastada ni devorada. Murieron de hambre porque su tierra estaba siendo tragada lentamente por las brumas.

Sazed estudió el papel. Ella parecía muy segura. ¿Es que no sabía nada de las técnicas adecuadas de investigación? ¿De preguntar, de estudiar, de postular e idear respuestas?

Por supuesto que no, se reprendió Sazed. Creció en las calles... No usa técnicas de investigación. Solo usa el instinto. Y, normalmente, acierta.

Volvió a alisar el papel y leyó su contenido.

—¿Lady Vin? ¿Escribiste esto tú misma?

Ella se ruborizó.

—¿Por qué todo el mundo se sorprende por eso?

—Es que no parece propio de ti, lady Vin.

—Me habéis corrompido —dijo ella—. Mira, no hay ni un solo comentario en este papel que contradiga la idea de que la Profundidad era la bruma.

—No contradecir un argumento y demostrarlo son cosas distintas, señora.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Tengo razón, Sazed. Sé que la tengo.

—¿Qué te parece entonces este argumento? —preguntó Sazed, señalando una línea—. El Héroe da a entender que puede sentir la Profundidad como algo vivo. La bruma no está viva.

—Bueno, gira alrededor de quien usa la alomancia.

—No es lo mismo, creo. Dice que la Profundidad estaba loca... destructoramente loca. Que era maligna.

Vin vaciló.

—Hay algo, Sazed —admitió.

Él frunció el ceño.

Ella señaló otra sección de las notas.

—¿Reconoces esto? «No es una sombra. Esta cosa oscura que me sigue, la cosa que solo yo puedo ver, no es en realidad una sombra. Es negruzca y transparente, pero no tiene un contorno sólido como una sombra. Carece de sustancia... es fina e informe. Como si estuviera hecha de niebla negra. O de bruma, tal vez.»

—Sí, lady Vin. El Héroe vio una criatura que lo seguía. Atacó a uno de sus compañeros.

Vin lo miró a los ojos.

—La he visto, Sazed.

Él sintió un escalofrío.

—Está ahí fuera. Cada noche, en las brumas. Observándome. Puedo sentirla con alomancia. Y, si me acerco lo suficiente, puedo verla. Es como si estuviera formada de la bruma misma; insustancial, y, sin embargo, allí está.

Sazed guardó silencio un momento, sin saber qué pensar.

—Crees que estoy loca.

—No, lady Vin —respondió él tranquilamente—. No creo que ninguno de nosotros pueda acusar a nadie de locura... no considerando lo que está sucediendo. Pero... ¿estás segura?

Ella asintió con firmeza.

—Aunque sea cierto —dijo Sazed—, no responde a mi pregunta. El autor del libro vio a esa misma criatura y no la identificó con la Profundidad. No era la Profundidad, por tanto. La Profundidad era otra cosa... algo peligroso, algo que podía sentir como maligno.

—Ese es el misterio, entonces —dijo Vin—. Tenemos que comprender por qué habló de las brumas de esa manera. Entonces sabremos...

—¿Saber qué, lady Vin?

Vin vaciló, y luego apartó la mirada. No respondió y prefirió pasar a otro tema.

—Sazed, el Héroe nunca hizo lo que se suponía que tenía que hacer. Rashek lo mató. Y cuando Rashek adquirió el poder en el Pozo, no lo entregó como tenía que haber hecho: se lo guardó para sí.

—Cierto.

Vin volvió a vacilar.

—Y las brumas han empezado a matar gente. Han empezado a aparecer durante el día. Es... como si las cosas volvieran a repetirse. Así que... tal vez eso significa que el Héroe de las Eras tendrá que venir de nuevo.

Ella lo miró, un poco... ¿avergonzada? Ah... pensó Sazed, cayendo en la cuenta. Vin veía cosas en la niebla. El anterior Héroe había visto las mismas cosas.

—No estoy seguro de que sea un razonamiento válido, señora.

Vin hizo una mueca.

—¿Por qué no puedes decir «te equivocas» como la gente normal?

—Pido disculpas, lady Vin. En mi formación como sirviente, me enseñaron a no ser negativo. Sin embargo, no creo que estés equivocada. Pero también pienso que, tal vez, no has considerado cabalmente tu postura.

Vin se encogió de hombros.

—¿Qué te hace pensar que el Héroe de las Eras regresará?

—No lo sé. Cosas que pasan, cosas que siento. Las brumas vuelven, y alguien tiene que detenerlas.

Sazed pasó los dedos por la sección traducida del calco, examinando sus palabras.

—No me crees —dijo Vin.

—No es eso, lady Vin. Es que no suelo apresurarme en las decisiones.

—Pero has pensado en el Héroe de las Eras, ¿verdad? Era parte de vuestra religión... la religión perdida de Terris, aquello para lo que se fundaron los guardadores, lo que tenéis que intentar descubrir.

—Es cierto —admitió Sazed—. No obstante, no sabemos mucho sobre las profecías que nuestros antepasados usaron para encontrar a su Héroe. Además, la investigación que he estado haciendo últimamente sugiere que hubo algún error en sus interpretaciones. Si los mayores teólogos de Terris anteriores a la Ascensión fueron incapaces de identificar adecuadamente a su Héroe, ¿cómo vamos a hacerlo nosotros?

Vin guardó silencio.

—No tendría que haberlo mencionado —dijo por fin.

—No, lady Vin, no pienses eso, por favor. Pido disculpas... Tus teorías tienen gran mérito. Simplemente, es que tengo mente de erudito, y debo poner en tela de juicio y considerar la información que se me ofrece. Creo que me gusta demasiado discutir.

Vin alzó la cabeza y sonrió levemente.

—¿Otro motivo por el que nunca fuiste un buen mayordomo terrisano?

—Indudablemente —dijo él con un suspiro—. Mi actitud también tiende a causarme conflictos con los otros miembros de mi orden.

—¿Como con Tindwyl? —preguntó Vin—. No pareció alegrarse cuando se enteró de que nos habías hablado de la feruquimia.

Sazed asintió.

—Para tratarse de un grupo dedicado al conocimiento, los guardadores pueden ser bastante reacios a dar información sobre sus poderes. Cuando el lord Legislador todavía vivía, cuando los guardadores eran perseguidos, la precaución era lógica, creo. Pero ahora que estamos a salvo de todo eso, parece que a mis hermanos y hermanas les resulta difícil abandonar la costumbre del secretismo.

Vin asintió.

—No parece que le caigas muy bien a Tindwyl. Dice que vino por sugerencia tuya, pero cada vez que alguien te menciona, parece... muy fría.

Sazed suspiró. ¿Le caía mal a Tindwyl? Pensó que tal vez el hecho de que Tindwyl no consiguiese que él le cayera mal era parte del problema.

—Simplemente está decepcionada conmigo, lady Vin. No estoy seguro de cuánto sabes de mi historia, pero llevaba trabajando contra el lord Legislador unos diez años antes de que Kelsier me reclutara. Los otros guardadores

pensaron que ponía en peligro mis mentecobres, y a la orden misma. Creían que los guardadores debían permanecer al margen, esperando el día en que el lord Legislador cayera, pero sin buscar que eso sucediera.

—Me parece un poco cobarde.

—Ah, pero era una política muy prudente. Verás, lady Vin, si me hubieran capturado, hay muchas cosas que podría haber revelado. Los nombres de otros guardadores, la localización de nuestros escondites, los medios por los que conseguimos ocultarnos en la cultura de Terris. Mis hermanos trabajaron durante muchas décadas para que el lord Legislador creyera que la feruquimia había sido exterminada por completo. Exponiéndome podría haberlo estropeado todo.

—Eso habría sido malo si hubiéramos fracasado —dijo Vin—. No lo hicimos.

—Podríamos haberlo hecho.

—Pero no lo hicimos.

Sazed hizo una pausa, luego sonrió. A veces, en un mundo de debates, preguntas y dudas propias, la sencilla tosqueda de Vin resultaba refrescante.

—De todas formas —continuó—, Tindwyl es miembro del Sínodo... un grupo de guardadores mayores que guía nuestra secta. Me he rebelado contra el Sínodo varias veces. Y, al regresar a Luthadel, los estoy desafiando una vez más. Ella tiene buenos motivos para estar descontenta conmigo.

—Bueno, yo aseguraría que estás haciendo lo adecuado —contestó Vin—. Te necesitamos.

—Gracias, lady Vin.

—No creo que tengas que hacer caso a Tindwyl. Es de las que actúan como si supieran más de lo que saben.

—Es muy sabia.

—Es dura con Elend.

—Probablemente porque es lo mejor para él —dijo Sazed—. No la juzgues demasiado a la ligera, niña. Si parece implacable es porque ha tenido una vida muy dura.

—¿Una vida dura? —preguntó Vin, guardándose las notas en el bolsillo.

—Sí, lady Vin. Verás, Tindwyl se ha pasado casi toda la vida siendo una madre de Terris.

Vin vaciló con la mano en el bolsillo, sorprendida.

—¿Quieres decir... que era una reproductora?

Sazed asintió. El programa reproductor del lord Legislador incluía a unos cuantos individuos seleccionados utilizados para dar a luz niños... con el objetivo de erradicar la feruquimia de la población.

—Tindwyl tuvo, según los últimos cómputos, más de veinte hijos —dijo Sazed—. Cada uno de un padre diferente. Tuvo el primero con catorce años, y se pasó toda la vida siendo poseída repetidamente por hombres desconocidos hasta que se quedaba embarazada. Y, a causa de las drogas de fertilidad que los maestros criadores le obligaban a tomar, a menudo paría gemelos y trillizos.

—Yo... comprendo —dijo Vin en voz baja.

—No eres la única que ha tenido una infancia terrible, lady Vin. Tindwyl es posiblemente la mujer más fuerte que conozco.

—¿Cómo pudo soportarlo? Creo... creo que yo me habría quitado la vida.

—Es una guardadora —dijo Sazed—. Sufrió la indignidad porque sabía que hacía un gran servicio a su pueblo. Verás, la feruquimia es hereditaria. La posición de Tindwyl como madre aseguraba generaciones futuras de feruquimistas en nuestro pueblo. Irónicamente, es exactamente el tipo de persona que los maestros criadores supuestamente intentaban evitar que se reprodujera.

—Pero ¿cómo sucedió una cosa así?

—Los criadores supusieron que habían eliminado la feruquimia de la población. Intentaron crear otras tendencias en los terrisanos: docilidad, templanza. Nos criaron como a caballos de raza, y fue un gran golpe cuando el Sínodo consiguió que eligieran a Tindwyl para su programa.

»Naturalmente, Tindwyl tiene muy poca formación en feruquimia. Afortunadamente, recibió algunas de las mentecobres que los guardadores llevamos. Así, durante sus muchos años de encierro, pudo estudiar y leer biografías. No fue hasta el último año, pasada ya su época fértil, que pudo tratar amistad con otros guardadores. —Sazed calló y sacudió la cabeza—. En comparación, los demás hemos conocido una vida de libertad.

—Magnífico —murmuró Vin, poniéndose en pie y bostezando—. Otro motivo para que te sientas culpable.

—Deberías dormir, lady Vin —le recomendó Sazed.

—Unas cuantas horas —dijo Vin, saliendo por la puerta y dejándolo solo una vez más con sus estudios.

En el fondo, puede que mi orgullo nos haya condenado a todos.

31



PHILEN FRANDEU NO ERA SKAA. *Nunca* había sido un skaa. Los skaa fabricaban cosas o las cultivaban. Philen las vendía. Había una enorme diferencia.

Oh, algunas personas lo llamaban skaa. Incluso podía ver esa palabra en los ojos de algunos otros miembros de la Asamblea. Miraban a Philen y sus compañeros mercaderes con el mismo desdén que a los ocho obreros skaa. ¿No se daban cuenta de que los dos grupos eran completamente diferentes?

Philen se rebulló un poco en el banco. ¿No debería el salón de la Asamblea tener al menos unos asientos cómodos? Estaban esperando a algunos miembros; el reloj del rincón decía que todavía faltaban quince minutos para que empezara la reunión. Extrañamente, uno de los que todavía no habían llegado era el propio Venture. El rey Elend solía llegar temprano.

Ya no es rey, pensó Philen con una sonrisa. *Solamente el joven Elend Venture*. Naturalmente, él se llamaba simplemente «Lin» hacía apenas un año y medio. Philen Frandeu era el nombre que se había puesto después del Colapso. Le encantaba que los otros hubieran aprendido a llamarlo así sin vacilar. Pero ¿por qué no iba a tener un nombre grandioso? Un nombre de alcurnia. ¿No era Philen tan bueno como cualquiera de los «nobles» que estaban sentados allí en sus sitios?

Oh, era igual de bueno. Mejor, incluso. Sí, lo habían llamado skaa... pero durante aquellos años habían acudido a él en momentos de necesidad, y por eso sus arrogantes miradas despectivas carecían de poder. Había visto su inseguridad. Lo necesitaban. A un hombre al que llamaban skaa. Pero también

era mercader. Un mercader que no era noble. Algo que se suponía que no tenía que existir en el perfecto imperio del lord Legislador.

Los mercaderes nobles tenían que trabajar con los obligadores y, donde había obligadores, no podía hacerse nada ilegalmente. Y ahí entraba Philen. Había sido una especie de... intermediario. Un hombre capaz de concertar acuerdos entre partes interesadas que, por diversos motivos, querían evitar los ojos vigilantes de los obligadores del lord Legislador. Philen no había formado parte de ninguna banda de ladrones... no, eso era demasiado peligroso. Y demasiado mundano.

Había nacido con un ojo para las finanzas y el comercio. Le dabas dos piedras y tenía una cantera al final de la semana. Le dabas el radio de una rueda y lo convertía en un bello carro tirado por caballos. Dos mazorcas de maíz, y acababa con un enorme cargamento de grano dirigido a los mercados del Dominio Lejano. Los nobles eran quienes se encargaban del comercio, naturalmente, pero era Philen quien estaba detrás de todo. Tenía un enorme imperio propio.

Y, sin embargo, seguían sin verlo. Llevaba un traje tan bueno como el que más; ahora que podía comerciar abiertamente, se había convertido en uno de los hombres más ricos de Luthadel. Pero los nobles lo ignoraban, solo porque carecía de pedigüero.

Bien, ya verían. Después de la reunión de aquel día... sí, ya verían. Philen contempló la multitud, buscando ansiosamente a la persona que había ocultado entre ella. Más tranquilo, miró a los nobles de la Asamblea, que charlaban a cierta distancia, en sus asientos. Uno de sus últimos miembros, lord Ferson Penrod, acababa de llegar. El anciano se acercó al estrado, pasando junto a los demás y saludando a cada uno de ellos.

—Philen —dijo Penrod, al reparar en él—. Un nuevo traje, ya veo. El chaleco rojo te sienta bien.

—¡Lord Penrod! Vaya, tiene usted buen aspecto. ¿Se ha recuperado de la indisposición de anoche?

—Sí, se me pasó rápido —dijo Penrod, asintiendo con su cabeza coronada de pelo plateado—. Solo era una ligera afección estomacal.

Lástima, pensó Philen, sonriendo.

—Bueno, será mejor que nos sentemos. Aunque veo que el joven Venture no ha llegado...

—Sí —dijo Penrod, frunciendo el ceño. Había sido el más difícil de convencer para que votara contra Venture; parecía apreciar al muchacho.

Había cedido al final. Todos lo habían hecho.

Penrod continuó su camino y se reunió con los demás nobles. El viejo idiota probablemente pensaba que iba a acabar siendo rey. Bueno, Philen tenía otros planes para ese trono. No era el trasero de Philen el que se sentaría en él, por supuesto: no tenía ningún interés en gobernar un país. Parecía una manera terrible de ganar dinero. Vender cosas. Eso era mucho mejor, más estable, y era menos probable perder la cabeza.

Oh, pero Philen tenía planes. Los había tenido siempre. Tenía que tratar de no mirar de nuevo la multitud. Así que se volvió a estudiar la Asamblea. Habían llegado todos menos Venture. Siete nobles, ocho comerciantes y ocho obreros skaa: veinticuatro, con Venture. La división en tres grupos se suponía que daba a los villanos más poder, ya que superaban en número a los nobles. Ni siquiera Venture había comprendido que los comerciantes no eran skaa.

Philen arrugó la nariz. Aunque los miembros skaa de la Asamblea normalmente se lavaban antes de ir a las reuniones, notaba en ellos el hedor de las fraguas, las fábricas y las tiendas. Hombres que hacían cosas. Philen tendría que asegurarse de que volvieran a ser puestos en su sitio cuando aquello terminara. Una Asamblea era una idea interesante, pero debía estar compuesta solo por aquellos que se lo merecían. Hombres como Philen.

Lord Philen, pensó. Dentro de poco.

Con suerte, Elend llegaría tarde. Así tal vez se ahorrarían su discurso. Philen podía imaginar cómo iba a ser de todas formas.

Hmm, esto... bueno, veamos, esto no ha sido justo. Yo debería ser rey. Dejadme leeros un libro para explicar por qué. Hmm, esto... ¿podéis por favor dar más dinero para los skaa?

Philen sonrió.

El hombre que estaba a su lado, Getrue, le dio un codazo.

—¿Crees que aparecerá? —susurró.

—Probablemente, no. Debe saber que no lo queremos. Lo echamos a patadas, ¿no?

Getrue se encogió de hombros. Había ganado peso desde el Colapso... un montón.

—No sé, Lin. Quiero decir... no lo encarcelamos. Es que él era... Los ejércitos... Tenemos que tener un rey fuerte, ¿no? Alguien que impida que la ciudad caiga.

—Naturalmente. Y no me llamo Lin.

Getrue se ruborizó.

—Lo siento.

—Hicimos lo adecuado —continuó Philen—. Venture es un hombre débil. Un necio.

—Yo no diría eso. Tiene buenas ideas... —Getrue agachó la cabeza, incómodo.

Philen bufó, mirando el reloj. Era la hora, aunque no podía oír las campanadas por el ruido de la muchedumbre.

Las reuniones de la Asamblea eran multitudinarias desde la caída de Venture. Había bancos ante el estrado, repletos de gente, sobre todo skaa. Philen no estaba seguro de por qué les permitían asistir. No podían votar ni nada.

Más tonterías de Venture, pensó, sacudiendo la cabeza. Al fondo de la sala, detrás de la multitud, frente al estrado, había dos grandes puertas que dejaban pasar la roja luz del sol. Philen hizo un gesto con la cabeza y unos hombres las cerraron. La multitud guardó silencio.

Philen se levantó para dirigirse a la Asamblea.

—Bueno, puesto que...

Las puertas de la sala se abrieron de golpe. Un hombre vestido de blanco apareció en el umbral, acompañado de un grupito de personas, recortado por la luz roja. Elend Venture. Philen ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

El ex rey avanzó, con la blanca capa ondeando. Su nacida de la bruma iba a su lado, como de costumbre, pero llevaba vestido. Por las pocas veces que Philen había hablado con ella, había esperado verla comportarse con torpeza con un atuendo de noble. Sin embargo, parecía llevarlo bien, y caminaba con gracia. De hecho, le pareció bastante atractiva.

Al menos hasta que Philen la miró a los ojos. No miraba con aprecio a los miembros de la Asamblea, y Philen desvió la mirada. Venture había traído a todos sus alomantes: los antiguos hampones de la banda del Superviviente. Al parecer, quería recordar a todo el mundo quiénes eran sus amigos. Hombres poderosos. Hombres aterradores.

Hombres que mataban dioses.

Y Elend tenía no a uno, sino a dos terrisanos con él. Uno era solo una mujer (Philen nunca había visto a una terrisana hasta entonces), pero no por eso era menos impresionante. Todos habían oído hablar de cómo los mayordomos habían dejado a sus señores después del Colapso: se habían negado a seguir siendo sirvientes. ¿Dónde había encontrado Venture no a uno, sino a dos mayordomos de túnica pintoresca para servirle?

La multitud permaneció en silencio, observando a Venture. Algunos parecían incómodos. ¿Cómo iban a tratar a ese hombre? Otros parecían... ¿asombrados? ¿Era eso? ¿A quién podía asombrar Elend Venture aunque fuera bien afeitado, bien peinado, llevara ropa nueva y...? Philen frunció el ceño. ¿Era eso que llevaba un bastón de duelos? ¿Y un sabueso a su lado?

¡Ya no es rey!, volvió a recordarse Philen.

Venture se acercó al estrado. Se volvió e indicó a los suyos, a los ocho, que se sentaran con los guardias. Venture entonces se dio la vuelta y miró a Philen.

—Philen, ¿querías decir algo?

Philen se dio cuenta de que todavía estaba de pie.

—Yo... tan solo...

—¿Eres el canciller de la Asamblea? —preguntó Elend.

Philen vaciló.

—¿Canciller?

—El rey preside las reuniones de la Asamblea —dijo Elend—. Ahora no tenemos rey... y por eso, según la ley, la Asamblea debería haber elegido un canciller que llame a los oradores, adjudique los tiempos de intervención y cuyo voto pueda deshacer los empates. —Calló, mirando a Philen—. Alguien tiene que liderar. De lo contrario, será el caos.

A su pesar, Philen se puso nervioso. ¿Sabía Venture que había organizado la votación contra él? No, no lo sabía, no podía saberlo. Miraba a cada uno de los miembros de la Asamblea por turno, a los ojos. No había en él ni rastro del muchacho jovial y ridículo que había asistido a esas reuniones hasta entonces. Allí de pie, con el uniforme militar, firme en vez de vacilante... casi parecía una persona distinta.

Por lo visto has encontrado un asesor, pensó Philen. Un poco tarde. Espera...

PHILEN SE SENTÓ.

—Lo cierto es que no hemos tenido oportunidad de elegir a un canciller —dijo—. Íbamos a hacerlo.

Elend asintió, mientras una docena de instrucciones diferentes resonaban en su cabeza. *Mantén contacto visual. Usa expresiones sutiles, pero firmes. Que no parezca que tienes prisa, pero tampoco vaciles. Siéntate sin agitarte, no arrastres los pies, mantén una postura recta, no cierres los puños cuando estés nervioso...*

Dirigió una rápida mirada a Tindwyl. Ella asintió con la cabeza.

Adelante, El, se dijo. Que noten las diferencias que hay en ti.

Se dispuso a tomar asiento y saludó con la cabeza a los otros siete nobles de la Asamblea.

—Muy bien —dijo, tomando la palabra—. Entonces, ¿puedo proponer a un canciller?

—¿Tú mismo? —preguntó Dridel, uno de los nobles; su mueca de desdén era permanente, según recordaba Elend. Era una expresión pasablemente apropiada para alguien con un rostro afilado y un cabello oscuro como los suyos.

—No —respondió Elend—. No soy imparcial en el protocolo de hoy. Por tanto, propongo a lord Penrod. Es un hombre honrado como no hay otro, y creo que podemos confiar en que medie en nuestras discusiones.

El grupo permaneció en silencio durante un momento.

—Parece lógico —dijo por fin Hettel, un forjador.

—¿Todos a favor? —preguntó Elend, levantando la mano. Contó dieciocho manos: todos los skaa, la mayoría de los nobles, solo uno de los comerciantes. No obstante, eran la mayoría.

Elend se volvió hacia lord Penrod.

—Creo que eso significa que estás al cargo, Ferson.

El anciano asintió apreciativamente y se puso en pie para inaugurar formalmente la sesión, algo que Elend había hecho una vez. Los modales de Penrod eran cultivados, su postura fuerte, iba ataviado con su elegante traje. Elend no pudo evitar sentir un poco de envidia al ver a Penrod hacer con tanta naturalidad las cosas que él se estaba esforzando por aprender.

Tal vez sería mejor rey que yo. Tal vez... No, se dijo con firmeza. Tengo que tener confianza. Penrod es un hombre decente y un noble impecable, pero esas cosas no crean un líder. No ha leído lo que he leído yo, y no comprende la teoría legal como yo lo hago. Es un buen hombre, pero sigue siendo producto de su sociedad. No considera animales a los skaa, pero nunca podrá considerarlos sus iguales.

Penrod terminó y se volvió hacia Elend.

—Lord Venture, tú convocaste esta reunión. Creo que la ley te concede la oportunidad de dirigirte el primero a la Asamblea.

Elend asintió, agradecido, y se puso en pie.

—¿Serán veinte minutos suficiente tiempo? —preguntó Penrod.

—Deberían serlo —dijo Elend, cambiando de sitio con Penrod. Se detuvo junto al atril. A su derecha, la sala estaba repleta de gente que se agitaba, tosía, susurraba. Había tensión: era la primera vez que Elend se enfrentaba al grupo que lo había traicionado.

»Como muchos de vosotros sabéis —dijo a los veintitrés miembros de la Asamblea—, regresé hace poco de una reunión con Straff Venture, el señor de la guerra, que, desgraciadamente, es mi padre. Me gustaría informar de ese encuentro. Como se trata de una reunión a puertas abiertas, evitaré en mi informe mencionar asuntos delicados para la seguridad nacional.

Hizo una breve pausa y vio las miradas de confusión que ya esperaba. Finalmente, Philen el mercader se aclaró la garganta.

—¿Sí, Philen? —preguntó.

—Todo esto está muy bien, Elend. Pero ¿no vas a referirte al asunto que nos ha traído aquí?

—El motivo por el que nos reunimos es para discutir cómo mantener a Luthadel a salvo y próspera —dijo Elend—. Creo que la gente está más preocupada por esos ejércitos... y deberíamos, principalmente, dirigirnos a sus preocupaciones. Los asuntos del liderazgo de la Asamblea pueden esperar.

—Yo... comprendo —dijo Philen, claramente confuso.

—El tiempo es tuyo, lord Venture —dijo Penrod—. Procede como quieras.

—Gracias, canciller —dijo Elend—. Deseo dejar muy claro que mi padre *no* va a atacar la ciudad. Puedo comprender la preocupación de la gente, sobre todo después del ataque preliminar de la semana pasada contra nuestras murallas. Eso, sin embargo, fue solo una prueba: Straff teme que atacar demasiado en serio comprometa todos sus recursos.

»Durante nuestra reunión, Straff me dijo que había hecho una alianza con Cett. Sin embargo, creo que se trataba de un farol... aunque, desgraciadamente, sea un farol con mordiente. Sospecho que, en efecto, planeaba atacarnos, a pesar de la presencia de Cett. Ese ataque ha sido suspendido.

—¿Por qué? —preguntó uno de los obreros representantes—. ¿Porque eres su hijo?

—En realidad, no. Straff no es de los que dejan que las relaciones familiares interfieran en sus decisiones. —Elend hizo una pausa y miró a Vin. Estaba empezando a comprender que a ella no le gustaba ser la que amenazara con el cuchillo la garganta de Straff, pero le había dado permiso para mencionarla en su discurso.

Sin embargo...

Dijo que no importaba. ¡No voy a elegir mi deber por encima de ella!

—Vamos, Elend —dijo Philen—. Basta de comedia. ¿Qué le prometiste a Straff para que mantuviera a su ejército fuera de la ciudad?

—Lo amenacé. Compañeros miembros de la Asamblea, cuando me enfrenté a mi padre me di cuenta de que nosotros, como grupo, hemos ignorado uno de nuestros mayores recursos. Nos consideramos un cuerpo honorable, creado por el mandato del pueblo. Sin embargo, no estamos aquí por nada que hayamos hecho ninguno de nosotros. Solo hay un motivo por el que tenemos el puesto que ocupamos... y ese motivo es el Superviviente de Hathsin. —Elend miró a los ojos a los miembros de la Asamblea mientras continuaba—. En ocasiones he pensado lo mismo que vosotros. El Superviviente es ya una leyenda, y no podemos esperar emularlo. Tiene poder sobre este pueblo, un poder mayor que el nuestro, aunque esté muerto. Nos sentimos celosos. Incluso inseguros. Son sentimientos humanos y naturales. Los líderes los tienen como cualquier otra persona... quizás incluso más.

»Caballeros, no podemos permitirnos seguir pensando así. El legado del Superviviente no pertenece a un grupo, ni a esta ciudad sola. Es nuestro progenitor, el padre de todo el que es libre en esta tierra. Aceptemos o no su autoridad religiosa, tenemos que admitir que sin su valentía y sacrificio no disfrutaríamos de nuestra libertad actual.

—¿Qué tiene eso que ver con Straff? —replicó Philen.

—Todo —contestó Elend—. Pues, aunque el Superviviente ya no está, su legado permanece. Sobre todo, en su aprendiz. —Elend indicó a Vin—. Es la nacida de la bruma más poderosa que existe... algo que Straff sabe ahora por propia experiencia. Caballeros, conozco el temperamento de mi padre. No atacará esta ciudad mientras tema la venganza de una fuente que no puede detener. Ahora comprende que, si ataca, incurrirá en la ira de la heredera del Superviviente... una ira que ni siquiera el mismísimo lord Legislador pudo soportar.

Elend guardó silencio y prestó atención a las conversaciones en susurros que tenían lugar entre la multitud. La noticia de lo que acababa de decir llegaría al populacho, y le daría fuerzas. Tal vez, incluso llegaría al ejército de Straff a través de los espías que Elend sabía que tenía que tener entre el público. Ya había visto al alomante de su padre sentado entre el público, el llamado Zane.

Y cuando la noticia llegara al ejército de Straff, los hombres tal vez se lo pensaran dos veces antes de obedecer ninguna orden para atacar. ¿Quién querría enfrentarse a la misma fuerza que había destruido al lord Legislador? Era una esperanza débil (los hombres del ejército de Straff probablemente no creían todas las historias que se contaban sobre Luthadel), pero cada pequeño esfuerzo por debilitar la moral sería valioso.

Tampoco le venía mal a Elend que lo asociaran un poco más con el Superviviente. Iba a tener que superar su inseguridad: Kelsier había sido un gran hombre, pero estaba muerto. Elend tendría que hacer cuanto estuviera en su mano para encargarse de que el legado del Superviviente continuara.

Pues eso sería lo mejor para su pueblo.

VIN ESCUCHABA EL DISCURSO DE Elend con un nudo en el estómago.

—¿Estás de acuerdo con esto? —susurró Ham, inclinándose hacia ella, mientras Elend daba un informe más detallado de su visita a Straff.

Vin se encogió de hombros.

—Lo que sea que ayude al reino.

—Nunca te sentiste cómoda con la forma en que Kel se estableció entre los skaa... ninguno de nosotros lo estuvo.

—Es lo que Elend necesita.

Tindwyl, que estaba sentada en la fila de delante, se volvió y les dirigió una dura mirada. Vin esperaba alguna recriminación por susurrar durante la sesión de la Asamblea, pero al parecer la terrisana tenía un tipo diferente de reproche en mente.

—El rey necesita este eslabón con el Superviviente. Elend tiene muy poca autoridad en la que apoyarse, y Kelsier es ahora mismo el hombre más amado y celebrado de todo el Dominio Central. Al dar a entender que el gobierno fue fundado por el Superviviente, el rey consigue que la gente se lo piense dos veces antes de entrometerse.

Ham asintió, pensativo. Vin, sin embargo, agachó la cabeza. *¿Cuál es el problema? Hace poco empezaba a preguntarme si yo era el Héroe de las Eras, ¿y ahora me preocupa la notoriedad que me está dando Elend?*

Quemó bronce, incómoda, sintiendo el pulso lejano. Se volvía cada vez más fuerte...

¡Basta!, se dijo. Sazed no cree que el Héroe vaya a regresar, y conoce las historias mejor que nadie. Fue una tontería, de todas formas. Necesito

concentrarme en lo que está pasando aquí.

Después de todo, Zane estaba entre el público.

Vin buscó su rostro cerca del fondo de la sala, y una suave luz de estaño (no lo suficiente para cegarla) le permitió estudiar sus rasgos. Zane no la estaba mirando a ella, sino a la Asamblea. ¿Trabajaba siguiendo órdenes de Straff o esa asistencia era cosa suya? Straff y Cett sin duda tenían espías entre el público... y, naturalmente, Ham había mezclado también guardias entre la gente. Zane la irritó, sin embargo. ¿Por qué no se volvía hacia ella? ¿No estaba...?

Zane la miró a los ojos. Sonrió levemente y luego volvió a estudiar a Elend.

Vin sintió un escalofrío a su pesar. ¿Significaba eso que no la estaba evitando? *¡Concéntrate!*, se dijo. *Tienes que prestar atención a lo que está diciendo Elend.*

Sin embargo, él casi había terminado. Concluyó su discurso con unos cuantos comentarios sobre cómo pensaba que podían mantener desequilibrado a Straff. Una vez más, no pudo entrar demasiado en detalles: no sin revelar secretos. Miró el gran reloj del rincón: había terminado tres minutos antes de lo previsto. Se dispuso a abandonar el atril.

Lord Penrod se aclaró la garganta.

—Elend, ¿no te olvidas de algo?

Elend se detuvo, y luego se volvió a mirar a la Asamblea.

—¿Qué quieres que diga?

—¿No tienes ninguna opinión? —preguntó uno de los obreros skaa—. ¿Sobre... lo que pasó en la última reunión?

—Recibisteis mi misiva —dijo Elend—. Sabéis lo que siento respecto al asunto. No obstante, este foro público no es lugar para hacer acusaciones ni denuncias. La Asamblea es un cuerpo demasiado noble para ese tipo de cosas. Desearía que la Asamblea no hubiera escogido un momento de peligro para dar voz a sus preocupaciones, pero no podemos alterar lo que ha sucedido.

Se dispuso de nuevo a sentarse.

—¿Eso es todo? —preguntó uno de los skaa—. ¿Ni siquiera vas a argumentar en tu favor, a intentar persuadirnos para que volvamos a nombrarte?

Elend volvió a detenerse.

—No —dijo—. No, creo que no. Me habéis hecho saber vuestra opinión y estoy decepcionado. Sin embargo, sois los representantes elegidos por el pueblo. Creo en el poder que se os ha concedido.

»Si tenéis preguntas, o desafíos, gustosamente me defenderé. No obstante, no voy a ponerme a predicar mis virtudes. Todos me conocéis. Sabéis lo que puedo hacer, y lo que pretendo hacer, por esta ciudad y por las poblaciones aledañas. Que ese sea mi argumento.

Regresó a su asiento. Vin pudo ver que Tindwyl empezaba a fruncir el ceño. Elend no había dado el discurso que habían preparado entre ambos, que ofrecía a la Asamblea los argumentos que obviamente estaba esperando.

¿*Por qué el cambio?*», se preguntó Vin. Estaba claro que Tindwyl no consideraba que fuera una buena idea. Y, sin embargo, extrañamente, Vin confiaba más en el instinto de Elend que en el de Tindwyl.

—Bien —dijo lord Penrod, acercándose de nuevo al atril—. Gracias por ese informe, lord Venture. No estoy seguro de que tengamos otros asuntos del día...

—¿Lord Penrod? —preguntó Elend.

—Sí?

—¿No deberías tal vez iniciar las candidaturas?

Lord Penrod frunció el ceño.

—Las candidaturas a rey, Penrod —replicó Philen.

Vin vaciló, observando al comerciante. *Parece muy al tanto de todo*, advirtió.

—Sí —dijo Elend, mirando también a Philen—. Para que la Asamblea escoja un nuevo rey hay que presentar a los candidatos al menos tres días antes de la votación. Sugiero que hagamos ahora las nominaciones, para poder votar lo más pronto posible. La ciudad sufre cada día sin un líder. —Elend calló, luego sonrió—. A menos, naturalmente, que pretendáis dejar pasar el mes sin elegir a un nuevo rey...

Es bueno confirmar que sigue queriendo la corona, pensó Vin.

—Gracias, lord Venture —dijo Penrod—. Lo haremos ahora, pues... Y, ¿cómo lo hacemos exactamente?

—Cada miembro de la Asamblea puede hacer una nominación, si lo desea —dijo Elend—. Para que no nos sobrecarguemos con opciones, yo recomendaría que todos hagamos uso de la moderación y elijamos solamente a alguien que honrada y sinceramente creamos que será el mejor rey. Si tenéis una nominación que hacer, podéis levantarlos y anunciarlo al resto del grupo.

Penrod asintió y regresó a su asiento. Sin embargo, no había acabado de sentarse cuando uno de los skaa se levantó.

—Yo propongo a lord Penrod.

Elend tendría que haberlo esperado, pensó Vin, después de proponer a Penrod como canciller. ¿Por qué darle semejante autoridad a un hombre que sabía que iba a ser su mayor competidor por el trono?

La respuesta era sencilla. Porque Elend sabía que lord Penrod era la mejor opción para canciller. A veces es incluso demasiado honrado, pensó Vin, no por primera vez. Se volvió a estudiar al skaa que había nominado a Penrod. ¿Por qué los skaa se unían tan rápidamente detrás de un noble?

Sospechaba que seguía siendo demasiado pronto. Los skaa estaban acostumbrados a ser dirigidos por los nobles, e incluso a pesar de su libertad eran tradicionalistas... más tradicionalistas, de hecho, que los nobles. Un hombre como Penrod (tranquilo, imponente) parecía mejor dotado para ser rey que un skaa.

Con el tiempo, tendrán que superarlo, pensó Vin. Al menos, lo harán si alguna vez se convierten en las personas que Elend quiere que sean.

La sala permaneció en silencio, sin que se hiciera ninguna otra nominación. Unas cuantas personas del público tosieron, e incluso los susurros se habían apagado ya. Finalmente, lord Penrod se levantó.

—Yo propongo a lord Venture —dijo.

—Ah... —susurró alguien detrás de Vin.

Se volvió y vio a Brisa.

—¿Qué? —susurró.

—Brillante —contestó Brisa—. ¿No lo ves? Penrod es un hombre de honor. O al menos tanto como lo son los nobles... lo que significa que insiste en que *se le considere* un hombre de honor. Elend ha propuesto a Penrod como canciller.

Esperando, a cambio, que Penrod se sintiera obligado a proponer a Elend para rey, se dijo Vin. Miró a Elend y advirtió una leve sonrisa en sus labios. ¿Había preparado de verdad esa jugada? Parecía un movimiento sutil digno del propio Brisa.

Brisa sacudió la cabeza apreciativamente.

—No solo Elend no ha tenido que nominarse a sí mismo, cosa que le habría hecho parecer desesperado, sino que ahora todos en la Asamblea piensan que el hombre al que respetan, el hombre que probablemente elegirían como rey, preferiría que Elend tenga ese título. Brillante.

Penrod se sentó, y la sala permaneció en silencio. Vin sospechaba que también había hecho la nominación para no acceder al trono sin oposición. Probablemente toda la Asamblea pensaba que Elend merecía una oportunidad

para recuperar su título; simplemente, Penrod era lo suficientemente honrado para expresarlo en voz alta.

Pero ¿qué hay de los comerciantes? Tienen que tener su propio plan. Elend pensaba que probablemente Philen era quien había organizado la votación contra él. Querían a uno de los suyos en el trono, alguien que pudiera abrir las puertas de la ciudad a cualquiera de los dos reyes que los estaban manipulando... o al que pagara mejor.

Vin estudió al grupo de ocho hombres vestidos con trajes incluso más elegantes que los de los nobles. Todos parecían estarse sometiendo a los caprichos de un solo hombre. ¿Qué planeaba Philen?

Uno de los comerciantes hizo amago de levantarse, pero Philen le dirigió una dura mirada. El hombre no se levantó. Philen permaneció sentado, en silencio, con un bastón de duelos cruzado sobre el regazo. Finalmente, cuando la mayoría hubo advertido que el comerciante miraba a los reunidos, se puso lentamente en pie.

—Yo tengo mi propuesta —dijo.

Alguno de los skaa bufó.

—¿Quién está siendo ahora melodramático, Philen? —dijo uno de los asamblearios—. Adelante, hazlo: nomínate a ti mismo.

Philen alzó una ceja.

—No, *no* voy a nominarme a mí mismo.

Vin frunció el ceño y vio confusión en los ojos de Elend.

—Aunque me halaga —continuó Philen—, no soy más que un simple comerciante. No, creo que el rey debe ser alguien más especializado. Dime, lord Venture, ¿solo podemos proponer a miembros de la Asamblea?

—No —contestó Elend—. El rey no tiene que pertenecer a la Asamblea: yo acepté el puesto después. El principal deber del rey es crear la ley, y luego hacerla cumplir. La Asamblea es solo un consejo asesor con cierto poder compensatorio. El rey puede ser cualquiera... Lo cierto es que esperaba que el título fuera hereditario. No esperaba... que ciertos artículos fueran invocados tan rápidamente.

—Ah, sí —dijo Philen—. Bien, pues. Creo que el título deber ser para alguien que tenga práctica con él. Alguien que se haya mostrado hábil en el liderazgo. ¡Por tanto, propongo a lord Ashweather Cett para ser nuestro rey!

¿*Qué?*, pensó Vin, incrédula, mientras Philen se volvía y señalaba al público. Un hombre allí sentado se despojó de su capa de skaa y reveló un traje y un rostro barbudo.

—Oh, cielos... —dijo Brisa.

—¿Es él de verdad? —preguntó Vin mientras un murmullo recorría la sala. Brisa asintió.

—Oh, es él. Lord Cett en persona. —Calló y la miró—. Creo que tenemos problemas.

Mis hermanos nunca me habían prestado mucha atención: opinaban que mi trabajo y mis intereses no eran los adecuados para un forjamundo. No entendían de qué modo mi trabajo, el estudio de la naturaleza en vez del de la religión, beneficiaba al pueblo de las catorce tierras.

32



VIN PERMANECIÓ EN SILENCIO, TENSA, observando a la multitud. *Cett no puede haber venido solo*, pensó.

Y entonces los vio, ahora que sabía lo que estaba buscando. Soldados entre la gente, vestidos de skaa, formando un pequeño cordón protector alrededor del asiento de Cett. El rey no se levantó, aunque un joven sentado a su lado sí que lo hizo.

Tal vez treinta guardias, pensó Vin. *Puede que no sea lo suficientemente loco para venir solo... pero ¿entrar en la ciudad que estás asediando?* Era una osadía rayana en la estupidez. Naturalmente, muchos habían dicho lo mismo de la visita de Elend al campamento de Straff.

Pero Cett no se hallaba en la misma posición que Elend. No estaba desesperado, no corría peligro de perderlo todo. Excepto que... tenía un ejército más pequeño que el de Straff, y los koloss se aproximaban. Si Straff se aseguraba el supuesto tesoro de atium, los días de Cett como caudillo en occidente estarían sin duda contados. Ir a Luthadel tal vez no había sido un acto de desesperación, sino la acción de un hombre que tenía la mano ganadora. Cett estaba apostando fuerte.

Y parecía disfrutar.

Cett sonrió mientras la sala esperaba en silencio, los miembros de la Asamblea y el público estaban demasiado desconcertados por igual. Finalmente hizo un gesto a algunos de sus soldados disfrazados, y los hombres

llevaron la silla en la que estaba sentado al estrado. Los asamblearios susurraron comentarios, volviéndose hacia sus ayudantes o compañeros, buscando confirmación sobre la identidad de Cett. La mayoría de los nobles ni siquiera pestañearon, lo cual era, en opinión de Vin, confirmación más que suficiente.

—No es lo que me esperaba —le susurró a Brisa mientras los soldados subían al estrado.

—¿Nadie te había dicho que es un lisiado? —preguntó Brisa.

—No solo eso —dijo Vin—. No lleva traje.

Cett vestía pantalones y camisa, pero en vez de la casaca típica de los nobles llevaba una gastada chaqueta negra.

—Y esa barba. No puede haberse dejado una barba así en un año: debía llevarla antes del Colapso.

—Solo conocías a los nobles de Luthadel, Vin —intervino Ham—. El Imperio Final era grande, con montones de sociedades diferentes. No todo el mundo viste como lo hacen aquí.

Brisa asintió.

—Cett era el noble más poderoso de su zona, así que no tenía que preocuparse por la tradición ni por el decoro. Hacía lo que se le antojaba, y la nobleza local lo imitaba. Había cien cortes distintas con cien diferentes pequeños «lores Legisladores» en el imperio, y cada región tenía su propia dinámica política.

Vin se volvió hacia el estrado. Cett estaba sentado en su silla, sin hablar todavía. Finalmente, lord Penrod se incorporó.

—Esto ha sido completamente inesperado, lord Cett.

—¡Bien! —dijo Cett—. ¡Después de todo, eso pretendía!

—¿Deseas dirigirte a la Asamblea?

—Creía haberlo hecho ya.

Penrod se aclaró la garganta, y los oídos amplificados de Vin oyeron un murmullo despectivo entre los nobles acerca de los «nobles occidentales».

—Tienes diez minutos, lord Cett —dijo Penrod, tomando asiento.

—Bien —dijo Cett—. Porque, al contrario que ese muchacho de allá, pretendo deciros exactamente *por qué* deberíais nombrarme rey.

—¿Y por qué? —preguntó uno de los comerciantes.

—¡Porque tengo un ejército a las puertas! —dijo Cett con una carcajada.

La Asamblea pareció sorprenderse.

—¿Es una amenaza, Cett? —preguntó Elend, sin perder la calma.

—No, Venture —replicó Cett—. Solo estoy siendo sincero... algo que los nobles del centro parecéis evitar a toda costa. Una amenaza es solo una promesa a la inversa. ¿Qué le has dicho a esta gente? ¿Que tu amante le puso un cuchillo a Straff en la garganta? Bueno, ¿no estabas dando a entender que, si *no eras* elegido, retirarías a tu nacida de la bruma y dejarías que destruyeran la ciudad?

Elend se ruborizó.

—Por supuesto que no.

—Por supuesto que no —repitió Cett. Tenía una voz potente, descarada, implacable—. Bueno, yo no finjo, y no me escondo. Mi ejército está aquí y mi intención es tomar esta ciudad. Sin embargo, preferiría que me la entregarais.

—Usted, señor, es un tirano —dijo Penrod llanamente.

—¿Y? Soy un tirano con cuarenta mil soldados: el *doble* de los que tenéis protegiendo estas murallas.

—¿Y qué nos impide tomarte como rehén? —preguntó uno de los otros nobles—. Parece que te has entregado.

Cett soltó una carcajada.

—Si no regreso a mi campamento esta noche, mi ejército tiene orden de atacar y arrasar la ciudad de inmediato. ¡No importa a qué precio! Probablemente será aniquilado luego por el de Venture... ¡Pero a esas alturas a mí no me importará ya, ni a vosotros! Todos estaremos muertos.

La sala quedó en silencio.

—¿Ves, Venture? —preguntó Cett—. Las amenazas funcionan maravillosamente.

—¿Sinceramente esperas que te nombremos rey?

—La verdad es que sí —respondió Cett—. Mira, con veinte mil soldados sumados a mis cuarenta mil, podríamos defender las murallas de Straff... Incluso podríamos detener a ese ejército de koloss.

De inmediato comenzaron los susurros, y Cett alzó una tupida ceja, volviéndose hacia Elend.

—No les has hablado de los koloss, ¿verdad?

Elend no respondió.

—Bueno, pronto se enterarán —dijo Cett—. De todas formas, no veo que tengáis más opción que elegirme a mí.

—No eres un hombre de honor —dijo Elend simplemente—. El pueblo espera más de sus líderes.

—¿No soy un hombre de honor? —preguntó Cett, divertido—. ¿Y tú *lo eres*? Déjame hacerte una pregunta directa, Venture. En el curso de esta sesión, ¿ha estado aplacando alguno de tus alomantes a los miembros de la Asamblea?

Elend vaciló. Sus ojos buscaron hasta encontrar a Brisa. Vin cerró los suyos. *No, Elend, no...*

—Sí, lo han hecho —admitió.

Vin oyó gemir a Tindwyl entre dientes.

—Y —continuó Cett—, ¿puedes decir sinceramente que nunca has dudado de ti mismo? ¿Nunca te has preguntado si eras un buen rey?

—Creo que todo líder se pregunta esas cosas —respondió Elend.

—Bueno, yo no —dijo Cett—. Siempre he sabido lo que significaba estar al mando... y siempre he hecho todo cuanto había que hacer para asegurarme de conservar el poder. Sé cómo hacerme fuerte, y eso significa que sé cómo hacer que aquellos que se asocian conmigo sean fuertes también.

»Este es el trato. Me entregáis la corona, y yo me hago cargo de todo. Conservaréis vuestros títulos... y los miembros de la Asamblea que no tienen un título lo *obtendrán*. Además, conservaréis la cabeza. Os aseguro que es un trato mucho mejor que el que os ofrecerá Straff.

»El pueblo tiene que seguir trabajando, y yo me encargaré de que se alimente este invierno. Todo volverá a la normalidad, a ser como antes de que comenzara esta locura hace un año. Los skaa trabajan, la nobleza administra.

—¿Crees que volverán a someterse a eso? —preguntó Elend—. Después de todo por lo que hemos luchado, ¿crees que simplemente dejaré que obligues a la gente a volver a la esclavitud?

Cett sonrió tras su tupida barba.

—Tengo la impresión de que eso no es decisión tuya, Elend Venture.

Elend guardó silencio.

—Quiero reunirme con cada uno de vosotros —dijo Cett a los miembros de la Asamblea—. Si lo permitís, deseo mudarme a Luthadel con algunos de mis hombres. Digamos, una fuerza de unos cinco mil... los suficientes para sentirme a salvo, pero que no supongan ningún verdadero peligro para vosotros. Estableceré mi residencia en una de las fortalezas abandonadas y esperaré vuestra decisión hasta la semana que viene. Durante ese tiempo me reuniré con cada uno de vosotros por turno y le explicaré los... beneficios de elegirme como vuestro rey.

—Sobornos —escupió Elend.

—Por supuesto. Sobornos para toda la gente de esta ciudad: ¡y el principal soborno será la paz! Eres muy dado a poner nombres, Venture. «Esclavos», «amenazas», «honor»... «Soborno» es solamente una palabra. Visto de otra forma, un soborno es solo la garantía de una promesa.

Cett sonrió. Los miembros de la Asamblea guardaron silencio.

—¿Votamos entonces si lo dejamos entrar en la ciudad? —preguntó Penrod.

—Cinco mil hombres son demasiados —dijo uno de los skaa.

—Cierto —dijo Elend—. De ningún modo podemos dejar entrar tropas extranjeras en Luthadel.

—No me gusta nada —dijo otro.

—¿Cómo? —dijo Philen—. Un monarca en nuestra ciudad será menos peligroso que fuera, ¿no? Y, además, Cett nos ha prometido títulos a todos.

El grupo se quedó meditativo.

—¿Por qué no me dais la corona ahora? —dijo Cett—. Abrid las puertas a mi ejército.

—No podéis —dijo Elend de inmediato—. No hasta que haya un rey... A menos que recibas un voto unánime ahora mismo.

Vin sonrió. La unanimidad no se daría mientras Elend perteneciera a la Asamblea.

—Bah —dijo Cett, pero obviamente fue lo bastante listo para no insultar más al cuerpo legislativo—. Entonces permitid que me instale en la ciudad.

Penrod asintió.

—¿Todos a favor de permitir a lord Cett establecer su residencia con... digamos... mil soldados?

Diecinueve miembros de la asamblea levantaron la mano. Elend no fue uno de ellos.

—Entonces está decidido —dijo Penrod—. Volveremos a reunirnos dentro de dos semanas.

ESTO NO PUEDE ESTAR SUCEDIENDO, pensó Elend. *Creía que Penrod podía suponer un desafío, y Philen algo menos. Pero... ¿uno de los mismos tiranos que amenaza la ciudad? ¿Cómo han podido? ¿Cómo pueden considerar siquiera su sugerencia?*

Elend se levantó y agarró a Penrod por el brazo cuando se disponía a bajar del estrado.

—Ferson —dijo en voz baja—, esto es una locura.

—Tenemos que considerar la opción, Elend.

—¿Considerar vender al pueblo de esta ciudad a un tirano?

La expresión de Penrod se volvió fría, y se zafó del brazo de Elend.

—Escucha, muchacho —dijo tranquilamente—. Eres un buen hombre, pero siempre has sido un idealista. Te has dedicado a los libros y la filosofía. Yo me he pasado la vida luchando en la política con los miembros de la corte. Tú entiendes de teorías; yo entiendo a las personas. —Se volvió, y señaló con la cabeza al público—. Míralos, muchacho. Están *aterrorizados*. ¿De qué les sirven tus sueños cuando están pasando hambre? Hablas de libertad y justicia cuando dos ejércitos se disponen a masacrarte a ti y a tu gente. —Se volvió hacia Elend y lo miró a los ojos—. El sistema del lord Legislador no era perfecto, pero mantenía al pueblo a salvo. Ya ni siquiera tenemos eso. Tus ideales no van a derrotar a esos ejércitos. Cett puede que sea un tirano, pero puestos a elegir entre Straff y él, elijo a Cett. Probablemente le habríamos entregado la ciudad hace semanas si tú no nos hubieras detenido.

Penrod se despidió de Elend con un gesto y se unió al grupito de nobles que ya se marchaban. Elend se quedó allí en silencio.

Hemos visto un curioso fenómeno asociado a los grupos rebeldes que pretenden desgajarse del Imperio Final y ser autónomos, pensó, recordando un párrafo de los Estudios sobre la revolución de Ytves. En casi ningún caso el lord Legislador necesitó enviar a sus ejércitos para reconquistar a los rebeldes. Para cuando llegaron sus agentes, los grupos se habían derrotado solos. Por lo visto los rebeldes encontraron el caos de la transición más difícil de aceptar que la tiranía que habían conocido antes. Alegremente dieron de nuevo la bienvenida a la autoridad, incluso a la autoridad represiva, pues para ellos era mucho menos dolorosa que la incertidumbre.

Vin y los demás se reunieron con él en el estrado, y Elend le pasó un brazo por los hombros mientras contemplaba a la gente salir del edificio. Cett estaba rodeado de un grupito de asamblearios, concertando sus encuentros con ellos.

—Bueno —dijo Vin en voz baja—. Sabemos que es un nacido de la bruma.

Elend se volvió hacia ella.

—¿Has sentido la alomancia en él?

Vin negó con la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Bueno, míralo —dijo Vin, indicando con la mano—. Actúa como si no pudiera andar... Esto *tiene* que ser algún tipo de tapadera. ¿Qué hay más inocente que un paralítico? ¿Se te ocurre un modo mejor de ocultar el hecho de ser un nacido de la bruma?

—Vin, querida —dijo Brisa—, Cett es paralítico desde la infancia, cuando una enfermedad le dejó las piernas inútiles. No es ningún nacido de la bruma.

Vin alzó una ceja.

—Esa es una de las mejores tapaderas que he oído.

Brisa puso los ojos en blanco, pero Elend sonrió.

—¿Y ahora qué, Elend? —preguntó Ham—. No podemos afrontar las cosas de la misma manera ahora que Cett ha entrado en la ciudad.

Elend asintió.

—Tenemos que hacer planes. Vamos a...

Guardó silencio cuando un joven se separó del grupo de Cett y se le acercó. Era el mismo hombre que estaba sentado junto a Cett.

—El hijo de Cett —susurró Brisa—. Gneorndin.

—Lord Venture —dijo Gneorndin, inclinando levemente la cabeza. Tenía más o menos la misma edad que Fantasma—. Mi padre desea saber cuándo te gustaría reunirte con él.

Elend alzó una ceja.

—No tengo ninguna intención de unirme a la fila de miembros de la Asamblea que esperan los sobornos de Cett, muchacho. Dile a tu padre que él y yo no tenemos nada que discutir.

—¿No? —preguntó Gneorndin—. ¿Y qué hay de mi hermana? La que habéis secuestrado.

Elend frunció el ceño.

—Sabes que eso no es cierto.

—A mi padre le gustaría hablar de ese tema —dijo Gneorndin, dirigiendo una mirada hostil a Brisa—. Además, cree que una conversación entre vosotros dos sería lo mejor para los intereses de la ciudad. Te reuniste con Straff en su campamento... No me digas que no estás dispuesto a hacer lo mismo con Cett en tu propia ciudad.

Elend vaciló. *Olvida tus prejuicios, se dijo. Tienes que hablar con este hombre, aunque solo sea por la información que obtendrás de la reunión.*

—Muy bien —anunció—. Me reuniré con él.

—¿Para cenar, dentro de una semana? —preguntó Gneorndin.

Elend asintió, cortante.

Sin embargo, al ser yo quien encontró a Alendi, me convertí en una persona importante. Sobre todo entre los forjamundos.

33



VIN YACÍA BOCA ABAJO, CRUZADA de brazos, apoyando en ellos la cabeza mientras estudiaba una hoja de papel desplegada en el suelo. Considerando el caos de los últimos días, era sorprendente que volver a sus estudios le pareciera un alivio.

Un alivio pequeño, sin embargo, pues los estudios planteaban sus propios problemas. *La Profundidad ha regresado*, pensó. *Aunque las brumas solo maten de vez en cuando, han empezado a volverse hostiles de nuevo. Eso significa que el Héroe de las Eras tiene que regresar también, ¿no?*

¿Pensaba sinceramente que podría ser ella? Cuando lo consideraba, le parecía ridículo. Pero escuchaba el golpeteo en su cabeza, veía al espíritu en las brumas...

¿Y qué había de aquella noche, hacía más de un año, en que se había enfrentado al lord Legislador? Esa noche en que, de algún modo, atrajo las brumas hacia sí, quemándolas como si fueran metal.

No es suficiente, se dijo. *Fue un hecho fortuito, un hecho que nunca he podido repetir no implica que yo sea una salvadora mítica.* Ni siquiera conocía la mayoría de las profecías sobre el Héroe. El libro mencionaba que se suponía que sus orígenes eran humildes... pero eso describía a todo skaa del Imperio Final. Se suponía que tenía un linaje real desconocido, pero eso convertía a todos los mestizos de la ciudad en candidatos. De hecho, hubiese apostado a que la mayoría de los skaa tenían algún noble como progenitor.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—¿Ama? —preguntó OreSeur, volviéndose. Estaba encima de una silla, con las patas apoyadas en la ventana, contemplando la ciudad.

—Profecías, leyendas, predicciones —dijo Vin, golpeando con la palma de la mano la hoja de notas—. ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué creen los terrisanos en estas cosas? ¿No debería la religión enseñar algo práctico?

OreSeur se sentó en la silla.

—¿Qué puede ser más práctico que tener conocimiento acerca del futuro?

—Si dijeran algo útil, estaría de acuerdo. Pero incluso el libro reconoce que las profecías de Terris podían ser entendidas de muchas formas distintas. ¿Para qué sirven las promesas que pueden ser interpretadas tan libremente?

—No desprecies las creencias de nadie porque no las comprendas, ama.

Vin bufó.

—Hablas como Sazed. En parte empiezo a pensar que todas estas profecías y leyendas fueron creadas por sacerdotes que querían ganarse la vida.

—¿Solo en parte? —preguntó OreSeur, divertido.

Vin vaciló, luego asintió.

—La parte de mí que creció en las calles, la parte que siempre está esperando un engaño.

Esa parte no quería reconocer las otras cosas que sentía.

Los golpeteos se hacían cada vez más fuertes.

—Las profecías no tienen por qué ser un engaño, ama —dijo OreSeur—. Ni siquiera, realmente, una promesa para el futuro. Pueden ser simplemente una expresión de esperanza.

—¿Qué sabes tú de esas cosas? —preguntó Vin, despectiva, mientras apartaba la hoja.

Hubo un momento de silencio.

—Nada, por supuesto, ama —dijo OreSeur al cabo de un rato.

Vin se volvió hacia el perro.

—Lo siento, OreSeur. No pretendía... Bueno, he estado distraída últimamente...

Tump. Tump. Tump.

—No tienes que disculparte conmigo, ama. Solo soy un kandra.

—Siges siendo una persona. Aunque tengas aliento de perro.

OreSeur sonrió.

—Tú escogiste estos huesos para mí, ama. Debes atenerte a las consecuencias.

—Los huesos puede que tengan algo que ver —dijo Vin, poniéndose en pie —. Pero me parece que esa carroña que comes no ayuda mucho. Sinceramente, vamos a tener que darte hojitas de menta para que las mastiques.

OreSeur alzó una ceja perruna.

—¿Y no crees que un perro con buen aliento llamaría la atención?

—Solo si besas a alguien en un futuro cercano —dijo Vin, devolviendo los papeles a la mesa.

OreSeur se rio en voz baja, a su estilo canino, y continuó contemplando la ciudad.

—¿Ha terminado ya la procesión? —preguntó Vin.

—Sí, ama. Es difícil de ver, incluso desde aquí arriba. Pero parece que lord Cett ha terminado de mudarse. Desde luego, ha traído un montón de carros.

—Es el padre de Allrianne —dijo Vin—. A pesar de lo mucho que se queja esa muchacha de las instalaciones del ejército, apuesto a que a Cett le gusta viajar con comodidad.

OreSeur asintió. Vin se volvió, se apoyó en la mesa y lo observó, pensando en lo que había dicho antes. *Expresión de esperanza...*

—Los kandra tenéis una religión, ¿verdad? —aventuró.

OreSeur se volvió bruscamente. Eso era suficiente confirmación.

—¿La conocen los guardadores?

OreSeur se alzó sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en el alféizar.

—No tendría que haber hablado.

—No tienes nada que temer. No revelaré tu secreto. Pero no veo por qué tiene que seguir siéndolo.

—Es un asunto kandra, ama. No sería de interés para nadie más.

—Pues claro que sí —dijo Vin—. ¿No lo ves, OreSeur? Los guardadores creen que la última religión independiente fue destruida por el lord Legislador hace siglos. Si los kandra consiguieron conservar una, eso sugiere que el control teológico del lord Legislador sobre el Imperio Final *no era* absoluto. Eso tiene que significar algo.

OreSeur vaciló, ladeando la cabeza, como si no hubiera reflexionado sobre ese asunto.

¿Su control teológico no era absoluto?, pensó Vin, un poco sorprendida de sus palabras. *Lord Legislador... empiezo a hablar como Sazed y Elend. He estudiado demasiado últimamente.*

—De todas formas, ama, preferiría que no mencionaras esto a tus amigos guardadores. Probablemente empezarían a hacer preguntas incómodas.

—Son así —asintió Vin—. ¿Acerca de qué tiene profecías tu pueblo, por cierto?

—No creo que quieras saberlo, ama.

Vin sonrió.

—Hablan de derrocarnos, ¿verdad?

OreSeur se sentó y ella casi pudo sentir que su rostro perruno se ruborizaba.

—Mi pueblo lleva mucho tiempo con el Contrato, ama. Sé que te resulta difícil comprender por qué vivimos con esta carga, pero nos parece necesaria. Sin embargo, soñamos con un día en que no lo sea.

—¿Cuando todos los humanos estén sometidos a vosotros?

OreSeur desvió la mirada.

—Cuando estén todos muertos, en realidad.

—Caramba.

—Las profecías no son literales, ama —dijo OreSeur—. Son metáforas... expresiones de esperanza. O, al menos, así es como las he entendido siempre. Tal vez las profecías de Terris sean lo mismo. Manifestaciones de una creencia según la cual, si la gente corre peligro, los dioses envían a un Héroe a protegerla. En este caso, la vaguedad sería intencionada... y lógica. Las profecías nunca han pretendido significar algo concreto, sino más bien dar voz a un sentimiento general. Una esperanza compartida.

Si las profecías no eran concretas, ¿por qué solo ella percibía los tamborileos?

Basta, se dijo. Te apresuras a sacar conclusiones.

—Todos los humanos muertos. ¿Cómo morimos? ¿Nos matan los kandra?

—Pues claro que no —respondió OreSeur—. Nosotros somos fieles a nuestro Contrato, incluso en la religión. Las historias dicen que os matáis vosotros solos. Sois de Ruina, después de todo, mientras los kandra somos de Conservación. Se supone que vosotros... destruís el mundo, creo. Usando a los koloss como peones.

—Parece que lo sientes por ellos —comentó Vin, divertida.

—Los kandra tienen en buen concepto a los koloss, ama. Hay un lazo entre nosotros: ambos pueblos comprendemos lo que es ser esclavo, ambos somos ajenos a la cultura del Imperio Final, ambos... —calló.

—¿Qué? —preguntó Vin.

—¿Puedo no seguir hablando? Ya he dicho demasiado. Me incomodas, ama.

Vin se encogió de hombros.

—Todos necesitamos tener secretos. —Miró hacia la puerta—. Aunque hay uno que todavía tengo que desvelar.

OreSeur saltó de la silla y se unió a ella cuando iba hacia la puerta.

Todavía había un espía en algún lugar del palacio. Vin se había visto obligada a ignorar ese hecho demasiado tiempo.

ELEND SE ASOMÓ AL POZO. La oscura boca, muy ancha para facilitar las idas y venidas de numerosos skaa, parecía unas grandes fauces abiertas con labios de piedra dispuestos a engullirlo. Miró hacia un lado, donde Ham hablaba con un grupo de sanadores.

—Nos dimos cuenta por primera vez cuando tanta gente empezaba a quejarse de diarrea y dolores abdominales —dijo el médico—. Los síntomas eran inusitadamente fuertes, mi señor. Ya hemos perdido a varios por la enfermedad.

Ham miró a Elend, el ceño fruncido.

—Todos los que enfermaron vivían en esta zona —continuó el médico—. Y sacaban el agua de este pozo o del que hay en la plaza cercana.

—¿Habéis avisado a lord Penrod y la Asamblea? —preguntó Elend.

—Hmm, no, mi señor. Pensamos que tú...

Ya no soy rey, pensó Elend. Sin embargo, no podía decirlo en voz alta, no a ese hombre que buscaba ayuda.

—Yo me encargaré —dijo, suspirando—. Puedes regresar con tus pacientes.

—Tenemos la clínica llena, mi señor.

—Entonces aprópiate de una de las mansiones vacías de los nobles —dijo Elend—. Hay de sobra. Ham, envíale a algunos guardias para que ayuden a trasladar a los enfermos y acondicionen el edificio.

Ham asintió, llamó a un soldado y le dijo que reuniera a veinte hombres del palacio para que se unieran al médico. Este sonrió aliviado y se inclinó ante Elend antes de marcharse.

Ham se acercó al pozo.

—¿Coincidencia?

—Difícilmente —respondió Elend, agarrándose al borde lleno de frustración—. La cuestión es, ¿quién lo ha envenenado?

—Cett acaba de llegar a la ciudad —dijo Ham, frotándose la barbilla—. Habría sido fácil enviar a algunos soldados para que echaran el veneno sin llamar la atención.

—Parece más bien cosa de mi padre. Para aumentar nuestra tensión, su manera de desquitarse por dejarlo en ridículo en su campamento. Además, tiene a ese nacido de la bruma que podría haber echado fácilmente el veneno.

Naturalmente, a Cett le habían hecho lo mismo: Brisa había envenenado su suministro de agua antes de llegar a la ciudad. Elend apretó los dientes. En realidad, no había forma de saber quién estaba detrás del ataque.

Fuera como fuese, los pozos envenenados significaban problemas. Había otros en la ciudad, por supuesto, pero eran igualmente vulnerables. La gente tal vez tuviera que empezar a sacar agua del río, mucho menos saludable puesto que estaba contaminada por los desperdicios de ambos campamentos y de la ciudad misma.

—Coloca guardias en estos pozos —añadió Elend, agitando una mano—. Ciérralos, cuelga advertencias y di a los médicos que vigilen con especial atención cualquier otro brote.

Cada vez las cosas se nos ponen más y más difíciles, pensó mientras Ham asentía. *A este paso nos vendremos abajo antes de que termine el invierno.*

DESPUÉS DE DETENERSE A TOMAR una cena fría, durante la cual el comentario acerca de que algunos criados habían enfermado la dejó preocupada, Vin fue a ver a Elend, que acababa de regresar de recorrer la ciudad con Ham. Después Vin y OreSeur continuaron su misión original: encontrar a Dockson.

Lo localizaron en la biblioteca del palacio. La habitación había sido en su momento el estudio personal de Straff; por algún motivo, a Elend parecía divertirle su nuevo uso.

Personalmente, a Vin no le parecía el emplazamiento de la biblioteca tan divertido como su contenido. O como su falta de contenido, más bien. Aunque la habitación estaba repleta de estanterías, casi todas mostraban signos de haber sido saqueadas por Elend. Las hileras de libros estaban llenas de huecos, pues sus compañeros habían sido retirados uno a uno, como si Elend fuera un depredador que abatiera lentamente una manada.

Vin sonrió. Probablemente no pasaría mucho tiempo antes de que Elend robara todos los libros de la pequeña biblioteca, se llevara los tomos a su estudio y luego los olvidara en uno de sus montones con la idea de devolverlos algún día. A pesar de todo quedaban muchos volúmenes: libros de contabilidad, balances y cuadernos de cuentas, cosas que Elend normalmente encontraba de poco interés.

Dockson estaba sentado al escritorio de la biblioteca, escribiendo en un libro de cuentas. Advirtió su llegada y le sonrió, pero volvió a sus anotaciones, pues al parecer no quería perder punto. Vin esperó a que terminara, con OreSeur a su lado.

De todos los miembros de la banda, Dockson era el que parecía haber cambiado más durante el año transcurrido. Recordaba la primera impresión que le había causado, allá en el cubil de Camon. Dockson era la mano derecha de Kelsier y el más «realista» de los dos. Y, sin embargo, Dockson siempre usaba un tono irónico y daba la sensación de que disfrutaba de su papel de hombre honrado. Más que contrastar con Kelsier, lo complementaba.

Kelsier estaba muerto. ¿En qué lugar dejaba eso a Dockson? Vestía como siempre un traje de noble y le sentaba mejor que a ningún miembro de la banda. De haberse afeitado la barba, hubiera podido pasar por noble; no un rico cortesano, sino un lord de mediana edad que hubiera vivido toda la vida comerciando con una gran casa.

Escribía en sus libros de cuentas, pero siempre lo había hecho. Seguía representando el papel de responsable de la banda. Entonces, ¿en qué era distinto? Era la misma persona, hacía las mismas cosas. Pero *parecía* diferente. La risa había desaparecido; el silencioso disfrute de la excentricidad de aquellos que lo rodeaban. Sin Kelsier, Dockson había pasado de ser templado a... aburrido.

Y eso hacía recelar a Vin.

Hay que hacerlo, pensó, sonriéndole a Dockson mientras él soltaba su pluma y le indicaba que tomara asiento.

Vin se sentó. OreSeur se acercó a su silla. Dockson miró al perro y sacudió levemente la cabeza.

—Es una bestia maravillosamente adiestrada, Vin —dijo—. Creo que nunca había visto un perro igual.

¿*Lo sabe?*, se preguntó Vin, alarmada. ¿*Es posible que fuera un kandra capaz de reconocer a otro en el cuerpo de un perro?* No, no podía ser. De lo

contrario, OreSeur hubiese podido encontrar al impostor para ella. Así que simplemente sonrió y acarició la cabeza de OreSeur.

—Hay un adiestrador en el mercado. Enseña a los sabuesos a ser protectores... a quedarse con niños pequeños y mantenerlos a salvo del peligro.

Dockson asintió.

—¿A qué debo esta visita?

Vin se encogió de hombros.

—Ya nunca charlamos, Dox.

Dockson se acomodó en su asiento.

—Puede que no sea el mejor momento para charlar. Tengo que preparar las finanzas reales para entregárselas a otro, por si la votación es desfavorable a Elend.

¿Podría un kandra encargarse de las cuentas?, se preguntó Vin. Sí. Lo habrían sabido... se habrían preparado.

—Lo siento —dijo—. No pretendía molestarte, pero Elend ha estado muy ocupado últimamente y Sazed tiene ese proyecto...

—No importa —contestó Dockson—. Puedo dedicarte unos minutos. ¿Qué te ocurre?

—Bueno, ¿recuerdas aquella conversación que tuvimos antes del Colapso?

Dockson frunció el ceño.

—¿Cuál?

—Ya sabes... la de tu infancia.

—Oh —dijo Dockson, asintiendo—. Sí, ¿qué pasa?

—Bueno, ¿sigues pensando igual?

Dockson reflexionó, tamborileando lentamente con los dedos sobre la mesa. Vin esperó, tratando de que no se notara su tensión. La conversación en cuestión había sido entre los dos y, durante la misma, Dockson le había contado cuánto odiaba a la nobleza.

—Supongo que no —dijo Dockson—. Ya no. Kel siempre decía que le dabas demasiada importancia a la nobleza, Vin. Pero empezaste a hacerle cambiar incluso a él al final. No, no creo que haya que destruir por completo a la sociedad noble. No todos son monstruos, como pensábamos antes.

Vin se relajó. Él no solo estaba al tanto de la conversación, sino de los detalles que habían discutido. Era la única que estaba con él. Eso tenía que significar que no era el kandra, ¿no?

—Se trata de Elend, ¿verdad? —preguntó Dockson.

Vin se encogió de hombros.

—Supongo.

—Sé que te gustaría que él y yo nos lleváramos mejor, Vin. Pero, considerándolo todo, creo que lo estamos haciendo bastante bien. Es un hombre decente: eso lo reconozco. Tiene algunos defectos como líder: le falta arrojo, presencia.

No es como Kelsier.

—Es una buena persona, Dox —dijo ella en voz baja.

Dockson apartó la mirada.

—Lo sé. Pero... bueno, cada vez que hablo con él veo a Kelsier negando con la cabeza. ¿Sabes cuánto tiempo soñamos Kel y yo con derribar al lord Legislador? Los otros miembros de la banda pensaban que el plan de Kelsier era una pasión reciente, algo que se le había ocurrido en los Pozos. Pero era más antigua, Vin. Mucho más antigua.

»Siempre odiábamos a los nobles, Kel y yo. Cuando éramos jóvenes y planeábamos nuestros primeros golpes queríamos ser ricos... pero también queríamos hacerles daño. Hacerles daño por quitarnos las cosas a las que no tenían derecho. Mi amor... La madre de Kelsier... Todas las monedas que robábamos, todos los nobles que dejábamos muertos en algún callejón. Era nuestra forma de hacer la guerra. Nuestra manera de castigarlos.

Vin no dijo nada. Eran ese tipo de historias, esos recuerdos de un pasado violento lo que siempre la había hecho sentirse un poco incómoda con Kelsier... y con la persona en que él pretendía que se convirtiera. Era este sentimiento lo que la hacía dudar, aunque su instinto le susurraba que debía ir a vengarse de Straff y Cett con cuchillos en la noche.

Dockson conservaba parte de aquella dureza. Kel y Dox no eran malvados, pero tenían una vena vengativa. La opresión los había cambiado de maneras que no podían ser remediables por medio de la paz, ni de reformas ni de recompensas.

Dockson sacudió la cabeza.

—Y fuimos y lo pusimos en el trono. No puedo dejar de pensar que Kelsier se enfadaría conmigo por dejar gobernar a Elend, no importa lo buena persona que sea.

—Kelsier cambió al final —dijo Vin en voz baja—. Tú mismo lo has dicho, Dox. ¿Sabías que le salvó la vida a Elend?

Dockson se volvió, el ceño fruncido.

—¿Cuándo?

—El último día. Durante la lucha con el inquisidor. Kel protegió a Elend, que vino a buscarme.

—Debió de pensar que era uno de los prisioneros.

Vin negó con la cabeza.

—Sabía quién era Elend, y sabía que yo lo amaba. Al final, Kelsier estuvo dispuesto a admitir que merece la pena proteger a un buen hombre, no importa quiénes hayan sido sus padres.

—Me resulta difícil de aceptar, Vin.

—¿Por qué?

Dockson la miró a los ojos.

—Porque si admito que Elend no tiene ninguna culpa por lo que su gente le hizo a la mía, entonces debo admitir que soy un monstruo por las cosas que les hice a ellos.

Vin se estremeció. En aquellos ojos vio la verdad tras la transformación de Dockson. Vio la muerte de su risa. Vio la culpa. Los asesinatos.

Este hombre no es ningún impostor.

—Encuentro poca dicha en este gobierno, Vin —dijo Dockson en voz baja—, porque sé lo que hicimos para crearlo. La cuestión es que volvería a hacerlo. Me digo que es porque creo en la libertad de los skaa. Sin embargo, todavía me paso las noches en vela, satisfecho por lo que les hicimos a nuestros antiguos gobernantes. Su sociedad socavada, su dios muerto. Ahora lo saben.

Vin asintió. Dockson bajó la cabeza, como avergonzado, una emoción que ella rara vez le había visto expresar. No parecía haber nada más que decir. Dockson permaneció sentado en silencio mientras ella se marchaba, con la pluma y el libro olvidados sobre la mesa.

—NO ES ÉL —DIJO VIN, recorriendo un pasillo vacío, mientras trataba de apartar de su mente el sonido terrible de la voz de Dockson.

—¿Estás segura, ama? —preguntó OreSeur.

Vin asintió.

—Está al corriente de una conversación privada que tuvimos antes del Colapso.

OreSeur guardó silencio un instante.

—Ama —dijo por fin—, mis hermanos pueden ser *muy* concienzudos.

—Sí, pero ¿cómo pudo saber él una cosa así?

—A menudo interrogamos a la gente antes de tomar sus huesos, ama — explicó OreSeur—. Nos reunimos con ellos varias veces, en sitios distintos, y encontramos modos de hablar de su vida. También hablamos con sus amigos y conocidos. ¿Le has contado a alguien esa conversación que tuviste con Dockson?

Vin se detuvo y se apoyó en la pared de piedra del pasillo.

—Tal vez a Elend —admitió—. Creo que se lo mencioné también a Sazed, justo después de tenerla. Eso fue hace casi dos años.

—Pudo bastar, ama. No podemos aprenderlo todo sobre una persona, pero tratamos de descubrir cosas como estas: conversaciones privadas, secretos, información confidencial... para poder mencionarlas en los momentos adecuados y resultar más convincentes.

Vin frunció el ceño.

—Hay... otras cosas también, ama —dijo OreSeur—. Vacilo porque no quiero que imagines a tus amigos sufriendo. Sin embargo, es común que nuestro amo, el que se encarga de dar muerte, torture a su víctima para sacarle información.

Vin cerró los ojos. Dockson parecía tan real... Su conciencia de culpa, sus reacciones... Eso no podía ser falso, ¿no?

—Maldita sea —susurró, abriendo los ojos. Se dio media vuelta y suspiró mientras abría los postigos de una ventana. Fuera estaba oscuro y las brumas se enroscaron ante ella cuando se apoyó en el alfíizar de piedra y contempló el patio, dos plantas más abajo.

»Dox no es alomante —dijo—. ¿Cómo puedo averiguar con certeza si es el impostor o no?

—No lo sé, ama. Nunca es una tarea fácil.

Vin no dijo nada. Ausente, se quitó el pendiente de bronce, el pendiente de su madre, y jugueteó con él viendo cómo reflejaba la luz entre sus dedos. El repujado en plata se había gastado casi por completo.

—Odio esto —susurró por fin.

—¿Qué, ama?

—Esta... desconfianza —dijo—. Odio recelar de mis amigos. Creía que había acabado con todos esos recelos. Siento como si un cuchillo se retorciera en mi interior, y se me clava más profundamente cada vez que me enfrento a alguien de la banda.

OreSeur se sentó a su lado y ladeó la cabeza.

—Pero, ama, has conseguido descartar a varios de ellos como impostores.

—Sí —dijo Vin—. Pero eso solo estrecha el campo... me acerca un paso más a descubrir cuál de ellos está muerto.

—¿Y eso no es bueno?

Vin sacudió la cabeza.

—No quiero que sea ninguno de ellos, OreSeur. No quiero recelar de ellos, no quiero descubrir que teníamos razón...

OreSeur no respondió al principio; la dejó mirar por la ventana, mientras las brumas lentamente caían al suelo a su alrededor.

—Eres sincera —dijo por fin.

Ella se dio la vuelta.

—Pues claro que lo soy.

—Lo siento, ama. No quería insultarte. Es que... bueno, he sido kandra de muchos amos. Tantos recelan y odian a cuantos los rodean que había empezado a pensar que tu especie era incapaz de confiar.

—Eso es una tontería —dijo Vin, volviéndose de nuevo hacia la ventana.

—Lo sé —contestó OreSeur—. Pero la gente suele creer en tonterías, si le dan suficientes pruebas. Sea como sea, te pido disculpas. No sé cuál de tus amigos está muerto, pero lamento que uno de mi especie te haya causado este dolor.

—Sea quien sea, solo está cumpliendo su Contrato.

—Sí, ama. El Contrato.

Vin frunció el ceño.

—¿Hay algún modo de que puedas averiguar qué kandra tiene un Contrato en Luthadel?

—Lo siento, ama. Eso no es posible.

—Me lo figuraba. ¿Es posible que lo conozcas, sea quien sea?

—Los kandra son un grupo muy cerrado, ama —dijo OreSeur—. Y nuestro número es pequeño. Hay bastantes posibilidades de que lo conozca muy bien.

Vin dio un golpecito en el alféizar, frunciendo el ceño mientras intentaba decidir si esa información era útil.

—Sigo sin creer que sea Dockson —dijo por fin, y volvió a ponerse el pendiente—. Lo ignoraremos por ahora. Si no encuentro otras pistas, volveremos...

Guardó silencio porque algo llamó su atención. Una figura caminaba por el patio, sin ninguna luz.

Ham, pensó. Pero no andaba como él.

Empujó la pantalla de una lámpara que colgaba de la pared cerca de ella. Se cerró de golpe, la llama vaciló y el pasillo se sumió en la oscuridad.

—¿Ama? —preguntó OreSeur mientras Vin subía a la ventana, avivando estañó para escrutar en la noche.

Decididamente no es Ham, pensó.

Su primer pensamiento fue para Elend: la invadió el súbito terror de que los asesinos hubieran llegado mientras ella charlaba con Dockson. Pero era temprano y Elend estaría todavía hablando con sus consejeros. Era una hora improbable para asesinar a nadie.

¿Y solo un hombre? No era Zane, a juzgar por su altura.

Probablemente sea solo un guardia, pensó. ¿Por qué tengo que ser tan paranoica?

Sin embargo... contempló la figura que paseaba por el patio y su instinto hizo el resto. El hombre se movía con precaución, como si se sintiera incómodo... como si no quisiera ser visto.

—A mis brazos —le dijo a OreSeur, lanzando una moneda por la ventana.

El kandra obedeció y ella saltó por la ventana, cayó ocho metros y aterrizó con la moneda. Soltó a OreSeur e indicó las brumas. El kandra la siguió de cerca mientras ella se internaba en la oscuridad, encogida, escondida, tratando de echar un buen vistazo a la solitaria figura. El hombre caminaba a paso vivo hacia un lateral del palacio, donde estaba la entrada de los criados. Cuando pasó ante ella pudo por fin verle el rostro.

¿El capitán Demoux?, pensó.

Se sentó, agazapada, con OreSeur, junto a unas cajas de madera. ¿Qué sabía realmente de Demoux? Era uno de los rebeldes skaa reclutados por Kelsier hacía casi dos años. Había sido un buen soldado, y su ascenso fue rápido. Era uno de los hombres leales que se habían quedado atrás cuando el resto del ejército había seguido a Yeden a su perdición.

Después del Colapso, se había quedado con la banda hasta convertirse en el segundo de Ham, quien le había entrenado a conciencia... Lo cual podía explicar por qué salía de noche sin antorcha o sin linterna. Pero, incluso así...

Si yo fuera a sustituir a alguien de la banda, pensó Vin, *no elegiría a un alomante: eso haría que el impostor fuera demasiado fácil de localizar. Elegiría a una persona corriente, que no tuviera que tomar decisiones ni llamara la atención. Alguien cercano a la banda, pero no necesariamente miembro integrante de ella. Alguien que esté siempre cerca en las reuniones importantes, pero a quien los otros no conozcan demasiado bien...*

Sintió un ligero escalofrío. Si el impostor era Demoux, eso significaba que ninguno de sus buenos amigos *había* sido asesinado. Y significaba que el amo del kandra era aún más listo de lo que ella pensaba.

Demoux rodeó la fortaleza y ella lo siguió en silencio. Sin embargo, fuera lo que fuese que hacía esa noche, ya había terminado, porque se dirigió hacia una de las entradas en el lateral del edificio y saludó a los guardias allí apostados.

Vin permaneció en la oscuridad. Demoux les había hablado a los guardias, así que no había salido del palacio a escondidas. Y, sin embargo... reconocía la postura sigilosa, los movimientos nerviosos. Estaba inquieto por algo.

Es él, pensó. Él es el espía.

Pero ¿qué podía hacer al respecto?

Había un sitio para mí en la tradición de la Anticipación: me consideré el Anunciador, el profeta que según lo predicho descubriría al Héroe de las Eras. Renunciar a Alendi entonces habría sido renunciar a mi nueva posición, a ser aceptado por los demás.

Y por eso no lo hice.

34



—ESO NO FUNCIONARÁ —DIJO ELEND, sacudiendo la cabeza—. Necesitamos una decisión unánime (menos el voto de la persona que será eliminada, naturalmente) para deponer a un miembro de la Asamblea. Nunca conseguiremos expulsar a los ocho mercaderes.

Ham parecía un poco abatido. Elend sabía que le gustaba considerarse un filósofo y, de hecho, tenía una buena cabeza para el pensamiento abstracto. Sin embargo, no era un erudito. Le gustaba plantear preguntas y pensar respuestas, pero no tenía experiencia en estudiar un texto detalladamente, investigando su significado y sus consecuencias.

Elend miró a Sazed, que estaba sentado a la mesa con un libro abierto. El guardador tenía al menos una docena de volúmenes a su alrededor, aunque, sorprendentemente, perfectamente ordenados, con el lomo orientado hacia el mismo lado y la cubierta brillante. Los montones de libros de Elend estaban siempre distribuidos al azar, con páginas de notas asomando en ángulos extraños.

Era sorprendente cuántos libros cabían en una habitación si no querías moverte mucho. Ham estaba sentado en el suelo, con un montoncito de libros al lado, aunque se pasaba casi todo el tiempo expresando una idea tras otra. Tindwyl ocupaba una silla, pero no estudiaba. A la terrisana le parecía perfectamente aceptable formar a Elend para ser rey; sin embargo, se negaba a

investigar y hacer sugerencias sobre cómo conservar el trono. A su entender, eso hubiera sido cruzar una frontera invisible entre la educación y la política.

Menos mal que Sazed no es así, pensó Elend. Si lo fuera, el lord Legislador todavía estaría al mando, posiblemente. De hecho, Vin y yo estaríamos muertos casi con toda seguridad. Fue Sazed quien la rescató cuando estaba prisionera de los inquisidores. No yo.

No le gustaba pensar en aquello. Su frustrado intento de rescate parecía una metáfora de todo lo que había hecho mal en la vida. Siempre había tenido buenas intenciones, pero rara vez había podido llevarlas a cabo. Eso iba a cambiar.

—¿Y esto, Majestad?

El que hablaba era la otra persona presente en la sala, un erudito llamado Noorden. Elend trató de ignorar los intrincados tatuajes que el hombre llevaba alrededor de los ojos, indicativos de su antigua vida como obligador. Usaba grandes anteojos para ocultar los tatuajes, pero en su momento había ocupado un puesto relativamente importante en el Ministerio de Acero. Podía renunciar a sus creencias, pero los tatuajes permanecerían siempre.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Elend.

—Información sobre lord Cett, Majestad —respondió Noorden—. La encontré en uno de los libros de cuentas que te llevaste del palacio del lord Legislador. Parece que Cett no es tan indiferente a la política de Luthadel como le gustaría que creyéramos.

Noorden se rio para sí. Elend nunca había conocido a un obligador alegre. Tal vez por eso Noorden no había abandonado la ciudad como la mayoría de los suyos; desde luego, no parecía encajar en sus filas. Era uno de los hombres que Elend había podido encontrar para que sirvieran como escribas y burócratas en su nuevo reino.

Elend estudió la página de Noorden. Aunque estaba llena de números en vez de estarlo de palabras, su mente de erudito detectó fácilmente la información. Cett había hecho un montón de negocios con Luthadel. La mayor parte usando casas menores como tapadera. Así tal vez había engañado a los nobles, pero no a los obligadores, que tenían que ser informados de los términos de cada acuerdo.

Noorden le pasó el libro a Sazed, quien estudió los números.

—Bien —dijo Noorden—. Lord Cett quería hacernos creer que no tiene vínculo alguno con Luthadel. La barba y la actitud tan solo sirven para

reforzar esa impresión. Sin embargo, siempre ha tenido la mano metida en los asuntos de aquí.

Elend asintió.

—Tal vez comprendió que no se puede evitar la política fingiendo que no formas parte de ella. Es imposible que pudiera conseguir tanto poder como obtuvo sin algunos contactos políticos de peso.

—Y, entonces, ¿qué se puede deducir de todo esto? —preguntó Sazed.

—Que Cett es mucho más diestro en el juego de lo que quiere que crea la gente —dijo Elend, se puso en pie y pasó por encima de una pila de libros para volver a su sillón—. Pero creo que eso quedó bastante claro por la manera en que nos manipuló a mí y a la Asamblea ayer.

Noorden se echó a reír.

—Tendrías que haber visto la cara que se os puso a todos, Majestad. ¡Cuando Cett se descubrió, unos cuantos nobles dieron un brinco en sus asientos! Creo que los demás os quedasteis demasiado asombrados para...

—¿Noorden?

—¿Sí, Majestad?

—Por favor, concéntrate en la tarea que nos ocupa.

—Hmm, sí, Majestad.

—¿Sazed? —dijo Elend—. ¿Qué opinas?

Sazed dejó de leer su libro, una versión codificada y con anotaciones de la Constitución de la ciudad escrita por el propio Elend. El terrisano sacudió la cabeza.

—Hiciste un buen trabajo, creo. Veo muy pocas maneras de impedir el nombramiento de lord Cett, si la Asamblea lo elige.

—¿Demasiado competente por su propio bien? —dijo Noorden.

—Un problema que, desgraciadamente, rara vez he tenido —dijo Elend, sentándose y frotándose los ojos.

¿Es así como se siente Vin todo el tiempo?, se preguntó. Dormía menos que él y siempre se estaba moviendo de un lado a otro, corriendo, luchando, espiando. Sin embargo, siempre parecía descansada. Elend estaba empezando a agotarse al cabo de solo un par de días de duro estudio.

Concéntrate, se dijo. Tienes que conocer a tus enemigos para combatirlos. Tiene que haber una salida.

Dockson estaba todavía redactando cartas para los otros miembros de la Asamblea. Elend quería reunirse con aquellos que estuvieran dispuestos. Por desgracia, tenía la sensación de que serían pocos. Habían votado para

deponerlo, y ahora se les presentaba una opción que parecía una salida fácil a sus problemas.

—Majestad... —dijo Noorden lentamente—. ¿No crees que, tal vez, deberíamos dejar que Cett ocupara el trono? Quiero decir, ¿tan malo sería?

Elend se quedó quieto. Uno de los motivos por los que había recurrido al antiguo obligador era que Noorden ofrecía siempre un punto de vista distinto. No era un skaa, ni uno de los nobles. No era un ladrón. Era solo un estudioso que se había unido al Ministerio porque le había ofrecido una opción distinta a la de convertirse en comerciante.

Para él la muerte del lord Legislador había sido una catástrofe que había destruido su forma de vida. No era un mal hombre, pero no comprendía verdaderamente la penosa situación de los skaa.

—¿Qué piensas de las leyes que he hecho, Noorden? —preguntó Elend.

—Son brillantes, Majestad —respondió Noorden—. Agudas representaciones de los ideales enunciados por antiguos filósofos, con elementos sólidos de realismo moderno.

—¿Respetará Cett esas leyes?

—No lo sé. Ni siquiera lo he visto nunca.

—¿Qué te dice tu instinto?

Noorden vaciló.

—No —dijo por fin—. No es el tipo de hombre que gobierne según la ley. Solo hará lo que quiera.

—Solo traería el caos —dijo Elend—. Mira la información que tenemos de su patria y de los lugares que ha conquistado. Son un caos. Ha dejado un batiburrillo de alianzas y promesas vagas; las amenazas de invasión actúan como el hilo que apenas lo sujetan todo. Darle el gobierno de Luthadel solo nos prepararía para otro colapso.

Noorden se rascó la mejilla, y luego asintió pensativo y volvió a su lectura.

Puedo convencerlo a él, pensó Elend. Si pudiera hacer lo mismo con los miembros de la Asamblea...

Pero Noorden era un erudito: pensaba igual que Elend. Los hechos lógicos eran suficientes para él, y una promesa de estabilidad era más poderosa que una de riqueza. La Asamblea era completamente distinta. Los nobles querían regresar a lo que conocían; los mercaderes veían una oportunidad para conseguir los títulos que siempre habían envidiado, y los skaa simplemente tenían miedo de ser víctimas de una matanza brutal.

Y, sin embargo, incluso así, estaba generalizando. Lord Penrod se veía a sí mismo como el patriarca de la ciudad, el noble experto, aquel a quien necesitaban para que aportara un poco de templanza conservadora en la resolución de sus problemas. Kinaler, uno de los obreros del acero, estaba preocupado porque el Dominio Central necesitaba estar en buenos términos con los reinos que lo rodeaban, y veía una alianza con Cett como la mejor manera de proteger Luthadel a la larga.

Cada uno de los veintitrés miembros de la Asamblea tenía sus propias ideas, objetivos y problemas. Eso era lo que Elend había pretendido; las ideas florecían en ese entorno. Simplemente, no había previsto que tantas ideas entraran en conflicto con las suyas propias.

—Teníais razón, Ham —dijo, volviéndose.

Ham alzó una ceja.

—Al principio de todo esto, tú y los demás quisisteis aliados con uno de los ejércitos y entregar la ciudad a cambio de mantenerla a salvo del otro.

—Me acuerdo.

—Bueno, eso es lo que quiere la gente —dijo Elend—. Con o sin mi aprobación, parece que van a entregarle la ciudad a Cett. Tendríamos que haber seguido vuestro plan.

—¿Majestad? —lo llamó Sazed en voz baja.

—Sí?

—Mis disculpas, pero tu deber no es hacer lo que quiere la gente.

Elend parpadeó.

—Hablas igual que Tindwyl.

—He conocido a poca gente tan sabia como ella, Majestad —dijo Sazed, mirándola.

—Bueno, pues no estoy de acuerdo con ninguno de vosotros —respondió Elend—. Un líder solo debería actuar con el consentimiento de la gente a la que gobierna.

—No estoy en desacuerdo con eso, Majestad —dijo Sazed—. O, al menos, creo en la teoría. Sin embargo, sigo sin creer que tu deber sea hacer lo que la gente desea. Tu deber es liderarlos lo mejor que puedas, siguiendo los dictados de tu conciencia. Debes ser fiel, Majestad, al hombre que deseas ser. Si el hombre no es aquel que el pueblo desea que lo lidere, entonces elegirá a otro.

Elend vaciló. *Bueno, claro, si no soy una excepción a mis propias leyes, no debería serlo tampoco a mi propia ética.* Las palabras de Sazed eran en realidad

una repetición de lo que Tindwyl había dicho sobre confiar en uno mismo, pero la explicación del terrisano parecía mejor. Más sincera.

—Tratar de adivinar lo que la gente desea de ti solo conducirá al caos —manifestó Sazed—. No puedes contentarlos a todos, Elend Venture.

La pequeña ventana de ventilación del estudio se abrió de golpe y Vin entró, arrastrando consigo un hilillo de bruma. Cerró la ventana y contempló la habitación.

—¿Más? —preguntó, incrédula—. ¿Has encontrado más libros?

—Por supuesto.

—¿Cuántos se han escrito? —preguntó, exasperada.

Elend abrió la boca, pero se detuvo al ver el brillo de sus ojos. Finalmente, tan solo suspiró.

—Eres un caso perdido —dijo, volviendo a su carta.

Un momento después Vin aterrizó sobre una de sus pilas de libros, consiguiendo de algún modo mantenerse en equilibrio. Las borlas de su capa de bruma colgaron a su alrededor, emborronando la tinta de su carta.

Elend suspiró.

—Ay —dijo Vin, recogiéndose la capa—. Lo siento.

—¿De verdad es necesario ir dando saltos todo el tiempo, Vin? —preguntó Elend.

Vin se bajó.

—Lo siento —repitió, mordiéndose los labios—. Sazed dice que es porque a los nacidos de la bruma nos gusta estar en alto para ver lo que pasa.

Elend asintió y continuó con la carta. Prefería redactarla personalmente, pero iba a necesitar un escriba que la pasara a limpio. Sacudió la cabeza. Tanto por hacer...

VIN LO OBSERVÓ MIENTRAS ESCRIBÍA. Sazed seguía leyendo, igual que uno de los escribas de Elend, el obligador. Estudió al hombre, que se encogió un poco en su asiento. Sabía que ella nunca se había fiado de él. Los sacerdotes no debían ser alegres.

Ardía en deseos de contarle a Elend lo que había descubierto sobre Demoux, pero vaciló. Había demasiada gente, y en realidad no tenía ninguna prueba: solo su instinto. Así que se contuvo y contempló los montones de libros.

La habitación permaneció en silencio. Tindwyl estaba sentada con los ojos levemente entornados: probablemente estudiaba mentalmente alguna antigua biografía. Incluso Ham estaba leyendo, aunque pasaba de un libro a otro, saltando de tema. Vin consideró que también debía leer algo. Pensó en las notas que había tomado sobre la Profundidad y el Héroe de las Eras, pero no fue capaz de sacarlas.

No podía hablarle de Demoux todavía, pero sí de otra cosa que había descubierto.

—Elend —dijo—. Tengo que decirte algo.

—¿Sí?

—Oí hablar a los criados cuando OreSeur y yo fuimos a cenar. Algunas personas que conocen han caído enfermas últimamente... un montón. Creo que alguien puede haber estado manipulando nuestros suministros.

—Sí —dijo Elend, todavía escribiendo—. Lo sé. Han envenenado varios pozos de la ciudad.

—¿Eso han hecho?

Él asintió.

—¿No te lo he dicho antes, cuando has venido a verme? Ham y yo hemos estado allí.

—No me lo has dicho.

—Creía que lo había hecho —dijo Elend, frunciendo el ceño.

Vin negó con la cabeza.

—Te pido disculpas —dijo él, se inclinó y la besó, y luego volvió a escribir.

—*¿Y un beso se supone que lo arregla todo?*, pensó ella, sombría, sentándose en un montón de libros.

Era una tontería: en realidad no había ningún motivo para que Elend se lo contara de inmediato. Y, sin embargo, la conversación la había hecho sentirse extraña. Antes, él le hubiera pedido que hiciera algo al respecto. Ahora, al parecer se las arreglaba solo.

Sazed suspiró y cerró su libro.

—Majestad, no encuentro ningún fallo. He leído tus leyes seis veces ya.

Elend asintió.

—Me lo temía. La única ventaja que podríamos sonsacar de las leyes sería malinterpretándolas adrede... cosa que no haré.

—Eres un buen hombre, Majestad. Si hubieras visto un fallo en la ley, lo habrías arreglado. Aunque no hubieras encontrado los fallos, uno de nosotros lo habría hecho cuando nos preguntaste nuestra opinión.

Deja que lo llame «Majestad», pensó Vin. Antes trataba de impedir que lo hicieran. ¿Por qué los deja hacerlo ahora?

Era extraño que Elend empezara por fin a considerarse rey después de que le hubieran quitado el trono.

—Espera —dijo Tindwyl, los ojos entornados todavía—. ¿Leíste esta ley antes de que fuera ratificada, Sazed?

Sazed se ruborizó.

—Lo hizo —dijo Elend—. De hecho, las ideas y sugerencias de Sazed fueron capitales para ayudarme a redactar el código actual.

—Ya veo —dijo Tindwyl con los labios apretados.

Elend frunció el ceño.

—Tindwyl, no has sido invitada a esta reunión. Estás molesta. Tu consejo ha sido bien apreciado, pero no permitiré que insultes a un amigo y huésped de mi casa, aunque tus insultos sean indirectos.

—Pido disculpas, Majestad.

—No me pidas disculpas a mí. Pídele disculpas a Sazed, o sal de esta habitación.

Tindwyl permaneció sentada un momento; luego se levantó y salió de la habitación. Elend no pareció ofendido. Simplemente, continuó redactando su carta.

—No tenías que hacer eso, Majestad —dijo Sazed—. Lo que Tindwyl opina de mí tiene buena base, creo.

—Haré lo que considere adecuado, Sazed —dijo Elend, sin dejar de escribir—. No te ofendas, amigo mío, pero ya está bien de dejar que la gente te trate mal. No lo soportaré en mi casa: al insultar tu contribución a mis leyes, me insultó a mí también.

Sazed asintió y tomó otro libro.

Vin guardó silencio. *Está cambiando tan rápido. ¿Cuánto tiempo hace que llegó Tindwyl? ¿Dos meses?* Ninguna de las cosas que Elend decía era tan distinta de lo que hubiese dicho antes... aunque la forma de decir las era completamente diferente. Era firme, exigente de un modo que implicaba que esperaba respeto.

Es la pérdida del trono, el peligro de los ejércitos, pensó Vin. Las presiones lo están obligando a cambiar, a apretar el paso y dirigir o ser aplastado. Sabía lo de los pozos. ¿Qué otras cosas habría descubierto y no le había contado?

—¿Elend? He seguido pensando en la Profundidad.

—Eso es maravilloso, Vin —dijo él, sonriéndole—. Pero ahora mismo no tengo tiempo...

Vin asintió y le sonrió. Sin embargo, sus pensamientos no eran tan risueños. *No es inseguro, como era antes. No tiene que apoyarse tanto en la gente. Ya no me necesita.*

Era una idea estúpida. Elend la amaba, lo sabía. Su aptitud no la convertiría en menos valiosa para él. Y, sin embargo, no podía acallar su preocupación. Ya la había dejado una vez, cuando intentaba sopesar las necesidades de su casa en relación con su amor por ella, y eso había estado a punto de destruirla.

¿Qué sucedería si él la abandonaba ahora?

No lo hará, se dijo. *Eso sería impropio de él.*

Pero también las buenas personas tenían relaciones fracasadas, ¿no? La gente se distanciaba, sobre todo la gente que era muy distinta. A su pesar, a pesar de toda su confianza, Vin oyó una vocecita interior.

Era una voz que creía haber desterrado, una voz que no esperaba oír de nuevo.

Déjalo tú antes, pareció susurrar en su cabeza Reen, su hermano. *Será menos doloroso.*

Vin oyó un roce en el exterior. Se irguió levemente, pero el sonido había sido demasiado suave para que los demás lo oyieran. Se levantó y se acercó a la ventana.

—¿Vuelves a salir de patrulla? —preguntó Elend.

Ella se volvió, luego asintió.

—Podrías explorar las defensas de Cett en la fortaleza Hasting —dijo Elend.

Vin asintió. Elend le sonrió y volvió a sus cartas. Vin abrió la ventana y salió a la noche. Zane estaba sumergido en las brumas, con los pies apenas apoyados en el zócalo de piedra que corría bajo la ventana. Estaba contra la pared, el cuerpo inclinado hacia la noche.

Vin miró hacia un lado y advirtió el pedazo de metal del que Zane estaba tirando para mantenerse en aquella postura. Otra hazaña. Él le sonrió.

—¿Zane? —susurró.

Zane miró hacia arriba, y Vin asintió. Un segundo más tarde, los dos aterrizaron sobre el tejado de metal de la fortaleza Venture.

Vin se volvió hacia él.

—¿Dónde has estado?

Zane atacó.

Vin dio un salto atrás, sorprendida, mientras Zane giraba un remolino de negros cuchillos chispeantes. Aterrizó al otro lado del tejado, tensa. *¿Una lucha, entonces?*, pensó.

Zane golpeó y su cuchillo se le acercó peligrosamente al cuello mientras ella esquivaba a un lado. Había algo diferente en sus ataques en aquella ocasión. Algo más peligroso.

Vin maldijo y sacó sus propias dagas dando un salto atrás para esquivar otro ataque. Zane descargó un tajo en el aire y cortó con la punta una de las borlas de su capa de bruma.

Vin volvió a enfrentarse a él. Zane avanzó, pero sin adoptar ninguna postura de combate. Parecía confiado, despreocupado, como si fuera a ver a una vieja amiga y no a entablar una pelea.

Muy bien, pues, pensó ella, saltando hacia delante con las dagas dispuestas.

Zane avanzó confiadamente y giró levemente a un lado, esquivando un cuchillo con facilidad. Con una mano le agarró a ella la otra sin ningún esfuerzo, deteniendo el golpe.

Vin se detuvo. Nadie era tan bueno. Zane la miró, los ojos oscuros tranquilos.

Estaba quemando atium.

Vin se zafó de su presa dando un salto atrás. Él la dejó ir, y vio cómo aterrizaba, agazapada, el sudor perlando su frente. Vin sintió una súbita punzada de terror, un sentimiento animal, primario. Había temido aquel día desde el momento en que supo del atium. Era el temor de saber que estaba indefensa a pesar de todas sus habilidades.

Era el terror de saber que iba a morir.

Se dio la vuelta para escapar, pero Zane se interpuso incluso antes de que empezara a moverse. Sabía lo que iba a hacer antes que ella misma. La agarró por el hombro desde atrás, tiró de ella y la arrojó al suelo.

Vin se estampó contra el tejado de metal, jadeando de dolor. Zane se alzó sobre ella y la miró como si esperara algo.

¡No me derrotará de esta forma!, pensó Vin, exasperada. *¡No me matará como a una rata atrapada!*

Lanzó una cuchillada contra su pierna, pero fue inútil. Él apartó la pierna levemente, de modo que el golpe ni siquiera rozó la tela de sus pantalones. Era como una niña mantenida a raya por un enemigo mucho más grande y

poderoso. Así era como debía sentirse una persona normal cuando trataba de luchar contra ella.

Zane esperó en la oscuridad.

—¿Qué? —exigió ella por fin.

—Es verdad que no lo tenéis —dijo él suavemente—. El alijo de atium del lord Legislador.

—No —respondió ella.

—No tenéis nada.

—Usé la última perla el mismo día que combatí a los asesinos de Cett.

Él permaneció de pie un instante y luego se volvió, apartándose. Vin se sentó, el corazón redoblando, la mano temblorosa. Se obligó a ponerse en pie y luego se agachó y recuperó sus dagas caídas. Una se había roto contra el tejado de cobre.

Zane se volvió hacia ella, silencioso, cubierto por la bruma.

ZANE LA OBSERVÓ EN LA OSCURIDAD, vio su miedo... y también su determinación.

—Mi padre quiere que te mate —dijo.

Ella se levantó, mirándolo, todavía temerosa. Era fuerte y controlaba bien el miedo. La información de su espía, las palabras que Vin había pronunciado mientras visitaba la tienda de Straff eran ciertas. No había atium del que apoderarse en la ciudad.

—¿Por eso te has mantenido a distancia? —preguntó.

Él asintió, apartándose.

—¿Bien? ¿Por qué me dejas vivir?

—No estoy seguro —admitió Zane—. Puede que te mate todavía. Pero... no tengo por qué hacerlo. No tengo que cumplir su orden. Podría llevarte conmigo... Eso surtiría el mismo efecto.

Se volvió hacia ella. Vin, con el ceño fruncido, era una figura pequeña y silenciosa en medio de la bruma.

—Ven conmigo —dijo él—. Los dos podríamos irnos. Straff perdería a su nacido de la bruma, y Elend, a la suya. Podríamos negarles a *ambos* sus herramientas. Y podríamos ser libres.

Ella no respondió inmediatamente. Por fin, negó con la cabeza.

—Esto... esto que hay entre nosotros, Zane. No es lo que piensas.

—¿Qué quieres decir? —dijo él, dando un paso adelante.

Ella lo miró.

—Amo a Elend, Zane. De verdad.

¿Y crees que eso significa que no puedes sentir nada por mí?, pensó Zane. ¿Qué hay de esa expresión que veo en tus ojos, esa ansia? No, no es tan fácil como das a entender, ¿verdad? Nunca lo es.

Y, sin embargo, ¿qué otra cosa había esperado? Se dio la vuelta.

—Tiene lógica. Así ha sido siempre.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó ella.

Elend...

—Mátalo —susurró Dios.

Zane cerró los ojos. Ella no se dejaría engañar; no una mujer que había crecido en las calles, una mujer amiga de ladrones y timadores. Eso era lo difícil. Ella tenía que ver las cosas que aterraban a Zane.

Tenía que saber la verdad.

—¿Zane? —preguntó Vin. Todavía estaba un poco aturdida por el ataque, pero era de las luchas de las que se recuperaba rápidamente.

—¿No notas el parecido? —preguntó Zane, volviéndose—. La misma nariz, la misma forma de cara. Llevo el pelo más corto que él, pero es igualmente rizado. ¿Tan difícil es de ver?

Vin se quedó sin aliento.

—¿En quién más confiaría Straff Venture como su nacido de la bruma? —preguntó Zane—. ¿Por qué si no me dejaría acercarme, por qué si no se sentiría tan cómodo incorporándome a sus planes?

—Eres su hijo —susurró Vin—. El hermano de Elend.

Zane asintió.

—Elend...

—No sabe nada de mí —dijo Zane—. Pregúntale por las costumbres sexuales de nuestro padre en alguna ocasión.

—Me lo ha contado. A Straff le gusta tener amantes.

—Por más de un motivo —dijo Zane—. Más mujeres significan más hijos. Más hijos significan más alomantes. Más alomantes significan más posibilidades de tener un hijo nacido de la bruma que sea tu asesino.

La bruma impulsada por el viento los cubrió. En la distancia, la armadura de un soldado chasqueaba mientras patrullaba.

—Mientras vivió el lord Legislador, yo nunca podría haber heredado —dijo Zane—. Ya sabes lo estrictos que eran los obligadores. Crecí en las sombras, ignorado. Tú viviste en las calles... supongo que fue terrible. Pero

piensa lo que fue ser un carroñero en tu propio hogar, sin que tu padre te reconociera, tratado como un mendigo. Piensa en lo que es ver a tu hermano, un chico de tu misma edad, crecer rodeado de privilegios. Piensa en lo que es ver su desdén por las cosas que tú ansías tener. Comodidad, tranquilidad, amor...

—Debes odiarlo —susurró Vin.

—¿Odiarlo? No. ¿Por qué odiar a un hombre por lo que es? Elend no me ha hecho nada, no directamente. Además, con el tiempo, Straff encontró un motivo para necesitarme... cuando mis poderes se manifestaron y él finalmente encontró lo que había estado buscando desde hacía veinte años. No, no odio a Elend. A veces, sin embargo, lo envidio. Lo tiene todo. Y aun así... me parece que no lo sabe apreciar en su justa medida.

Vin permaneció en silencio.

—Lo siento.

Zane sacudió bruscamente la cabeza.

—No te compadezcas de mí, mujer. Si yo fuera Elend, no sería un nacido de la bruma. No comprendería las brumas, ni sabría lo que es crecer solo y odiado. —Se volvió para mirarla a los ojos—. ¿No crees que un hombre aprecia más el amor cuando se ha visto forzado durante tanto tiempo a no tenerlo?

—Yo...

Zane se dio la vuelta.

—De todas formas, no he venido aquí esta noche a lamentarme de mi infancia. He venido con una advertencia.

Vin se envaró.

—Hace muy poco —dijo Zane—, mi padre dejó que varios cientos de refugiados atravesaran su barricada para llegar a la ciudad. ¿Sabes lo del ejército koloss?

Vin asintió.

—Atacó y saqueó la ciudad de Suisna.

Vin sintió un sobresalto de temor. Suisna estaba tan solo a un día de Luthadel. Los koloss estaban cerca.

—Los refugiados acudieron a mi padre en busca de ayuda —dijo Zane—. Él los envió a vosotros.

—Para que la gente de la ciudad tenga más miedo —dijo Vin—. Y seguir menguando nuestros recursos.

Zane asintió.

—He querido advertirte. De los refugiados, y de mis órdenes. Piensa en mi oferta, Vin. Piensa en ese hombre que dice amarte. Sabes que no te comprende. Si te marchas, será lo mejor para ambos.

Vin frunció el ceño. Zane inclinó levemente la cabeza y saltó a la noche, empujándose contra el tejado de metal. Ella seguía sin creer lo que le decía de Elend. Lo notaba en sus ojos.

Bueno, ya tendría pruebas. Pronto lo vería. Pronto comprendería lo que Elend Venture pensaba verdaderamente de ella.

Pero lo hago ahora. Que se sepa que yo, Kwaan, forjamundos de Terris, soy un fraude.

35



PARECÍA QUE IBA A UN BAILE.

El precioso vestido marrón hubiese encajado a la perfección en una de las fiestas a las que había asistido en los meses anteriores al Colapso. No era tradicional, pero tampoco pasado de moda. Los cambios tan solo hacían que resultara llamativo.

Las modificaciones le dejaban mayor libertad de movimientos, podía caminar con más gracia, girarse con más naturalidad. Eso, a su vez, la hacía sentirse aún más hermosa.

Ante el espejo, Vin pensó en lo que habría significado llevar el vestido en un baile de verdad. Ser ella misma, no Valette, la molesta muchacha de la nobleza campesina. Ni siquiera Vin, la ladrona skaa. Ser ella misma.

O, al menos, ser como se imaginaba. Confiada porque aceptaba su lugar como nacida de la bruma. Confiada porque aceptaba su lugar como la que había abatido al lord Legislador. Confiada porque sabía que el rey la amaba.

Tal vez podría ser ambas, pensó Vin, pasando las manos por el vestido, sintiendo el suave satén.

—Estás preciosa, niña —dijo Tindwyl.

Vin se volvió, sonriendo vacilante.

—No tengo ninguna joya. Le di las últimas a Elend para ayudar a alimentar a los refugiados. Además, no eran del color adecuado para este vestido.

—Muchas mujeres usan joyas para ocultar su propia simpleza —dijo Tindwyl—. Tú no tienes esa necesidad.

La terrisana estaba de pie en su postura habitual, con las manos unidas, los anillos y pendientes chispeando. Ninguna de sus joyas, sin embargo, tenía gemas; de hecho, la mayoría estaba hecha de materiales sencillos. Hierro, cobre, peltre. Metales feruquímicos.

—No has ido a ver a Elend últimamente —dijo Vin, volviéndose hacia el espejo y usando unos cuantos pasadores de madera para recogerse el pelo.

—El rey se aproxima rápidamente al punto en que ya no necesita mi instrucción.

—¿Tan cerca está ya de ser como los hombres de tus biografías? —preguntó Vin.

Tindwyl se echó a reír.

—Cielos, no, niña. Está muy lejos de eso.

—Pero...

—He dicho que ya no necesitaría mi instrucción. Está aprendiendo que solo puede basarse hasta cierto punto en las palabras de los demás, y ha llegado el momento en que tendrá que aprender más por su cuenta. Te sorprendería, niña, las cosas que un buen líder sabe simplemente por experiencia.

—Me parece muy distinto —dijo Vin en voz baja.

—Lo es —respondió Tindwyl, avanzando hasta ponerle una mano sobre el hombro—. Se está convirtiendo en el hombre que siempre supo que tendría que ser... Lo que pasa es que no conocía el camino. Aunque soy dura con él, creo que lo habría encontrado aunque yo no hubiera venido. Un hombre solo puede dar tumbos durante un tiempo hasta que se cae o se endereza.

Vin se miró en el espejo, hermosa con su vestido marrón.

—Y yo tengo que convertirme en esto. Por él.

—Por él —reconoció Tindwyl—. Y por ti misma. Hacia ahí te encaminabas antes de distraerte.

Vin se volvió.

—¿Vas a venir con nosotros esta noche?

Tindwyl negó con la cabeza.

—No es mi lugar. Ahora ve a reunirte con tu rey.

ESTA VEZ, ELEND NO QUISO entrar en el cubil de su enemigo sin una escolta adecuada. Doscientos soldados formaban en el patio para acompañarlo a la cena de Cett, y Ham, armado de pies a cabeza, haría de guardaespaldas

personal. Fantasma sería el cochero. Eso dejaba solo a Brisa, quien comprensiblemente estaba un poco nervioso ante la perspectiva de acudir a la cena.

—No tienes por qué venir —le dijo Elend al hombretón mientras se reunían en el patio.

—¿No? Bueno, entonces me quedaré aquí. ¡Que disfrutes de la cena!

Elend vaciló, frunciendo el ceño.

Ham le dio una palmada en el hombro.

—¡Tendrías que saber que no se puede confiar en este cobardica, Elend!

—Bueno, lo he dicho en serio —dijo Elend—. Nos vendría bien un aplacador, pero no tiene que venir si no quiere.

Brisa pareció aliviado.

—Ni siquiera te sientes un poco culpable, ¿eh? —preguntó Ham.

—¿Culpable? —replicó Brisa, con la mano apoyada en su bastón—. Mi querido Hammond, ¿me has visto alguna vez expresar emociones tan aburridas y poco inspiradas? Además, tengo la sensación de que Cett será más amistoso si no me tiene cerca.

Probablemente tiene razón, pensó Elend mientras el carroaje se detenía.

—Elend —dijo Ham—. ¿No crees que llevar a doscientos soldados con nosotros es... bueno, un poco obvio?

—Fue Cett quien dijo que deberíamos ser sinceros con nuestras amenazas —contestó Elend—. Bueno, yo diría que doscientos hombres son una muestra conservadora de cuánto me fío de él. Seguirá superándonos cinco a uno.

—Pero tendrás a una nacida de la bruma sentada cerca de él —dijo una suave voz desde detrás.

Elend se volvió hacia Vin, sonriente.

—¿Cómo puedes moverte tan silenciosamente llevando un vestido así?

—He estado practicando —dijo ella, cogiéndolo del brazo.

Lo curioso es que posiblemente así ha sido, pensó él, inhalando su perfume, e imaginó a Vin recorriendo los pasillos del palacio con aquel ampuloso vestido de baile.

—Bueno, deberíamos ponernos en marcha —dijo Ham. Les indicó a Vin y Elend que subieran al carroaje, y dejaron a Brisa en las escalinatas del palacio.

DESPUÉS DE UN AÑO DE pasar de noche ante la fortaleza Hasting, con sus ventanas a oscuras, verlas de nuevo iluminadas le pareció buena cosa.

—Nunca llegamos a asistir juntos a ningún baile —dijo Elend, a su lado.

Vin dejó de contemplar la fortaleza. El carroaje se bamboleaba al compás de varios cientos de pies y empezaba a oscurecer.

—Nos encontramos en los bailes varias veces —continuó Elend—, pero nunca asistimos juntos a ninguno de manera oficial. Nunca tuve oportunidad de recogerte en mi carroza.

—¿Realmente es tan importante? —preguntó Vin.

Elend se encogió de hombros.

—Todo es parte de la experiencia. O lo era. Había una cómoda formalidad en todo aquello: el caballero que llegaba para acompañar a la dama, y luego todo el mundo viéndolos entrar y evaluando el aspecto de la pareja. Lo hice docenas de veces con docenas de mujeres, pero nunca con la que habría hecho especial la experiencia.

Vin sonrió.

—¿Crees que volveremos a celebrar bailes alguna vez?

—No lo sé, Vin. Aunque sobrevivamos a todo esto... bueno, ¿podrías bailar mientras tanta gente pasa hambre?

Probablemente estaba pensando en los cientos de refugiados agotados del viaje, a quienes los soldados de Straff habían despojado de alimento y equipo, amontonados en el almacén que Elend había encontrado para ellos.

Antes bailabas, pensó ella. Y la gente también pasaba hambre entonces. Pero era una época distinta: Elend no era rey. De hecho, ahora que lo pensaba, él nunca bailaba en aquellas fiestas. Estudiaba y se reunía con sus amigos, planeando cómo hacer del Imperio Final un lugar mejor.

—Tiene que haber un modo de que sean posibles ambas cosas —dijo Vin—. Tal vez podamos celebrar bailes y pedir a los nobles que asistan que donen dinero para alimentar a la gente.

Elend sonrió.

—Probablemente gastaríamos el doble en la fiesta que lo que obtendríamos con las donaciones.

—Y el dinero que gastáramos sería para los mercaderes skaa.

Elend se quedó pensativo, y Vin sonrió para sí. *Qué extraño que yo haya acabado con el único noble comedido de la ciudad.* Qué pareja formaban: una nacida de la bruma que se sentía culpable por arrojar monedas y un noble que pensaba que los bailes eran demasiado caros. Era asombroso que Dockson pudiera sacarles dinero a ambos para mantener la ciudad en marcha.

—Nos preocuparemos por eso más tarde —dijo Elend mientras las puertas de la fortaleza Hasting se abrían, revelando a un destacamento de soldados en formación.

Puedes traer a tus soldados siquieres, parecía querer decir la exhibición. *Yo tengo más*. En realidad, era una extraña alegoría de la propia Luthadel. Los doscientos hombres de Elend estaban rodeados por los mil de Cett... quienes, a su vez, estaban rodeados por los veinte mil de Luthadel. La ciudad, naturalmente, estaba a su vez rodeada por casi cien mil soldados. Capa tras capa de soldados, todos esperando en tensión a que se iniciara el combate. Los bailes y fiestas escaparon de la mente de Vin.

Cett no los recibió en la puerta. De eso se ocupó un simple soldado de uniforme.

—Tus soldados pueden quedarse aquí —dijo el hombre mientras se acercaban a la entrada principal. En otra época la gran sala de columnas estaba decorada con hermosos tapices y alfombras, pero Elend los había requisado para subvencionar su gobierno. Cett, obviamente, no había traído recambios y el interior de la fortaleza era un poco austero. Parecía más un castillo del frente de batalla que una mansión.

Elend se volvió e hizo una señal a Demoux. El capitán ordenó a sus hombres que esperaran fuera. Vin esperó un instante, esforzándose por no mirar a Demoux. Si era el kandra, como le decía su instinto, era peligroso tenerlo demasiado cerca. Ansiaba arrojarlo a una mazmorra.

Y, sin embargo, un kandra no podía hacer daño a los humanos, así que no era una amenaza directa. Estaba allí simplemente para transmitir información. Además, ya sabía sus secretos más delicados; tenía poco sentido que actuara ahora, que mostrara las cartas tan rápidamente. Si esperaba, vería adónde iba cuando saliera de la ciudad, y entonces tal vez descubriera a qué ejército o a qué facción de la ciudad entregaba sus informes. Y descubrir qué datos había entregado.

Y por eso se controló, esperando. Ya llegaría el momento de intervenir.

Ham y Demoux destacaron a sus hombres, y luego una pequeña guardia de honor de la que formaban parte Ham, Fantasma y Demoux se congregó para quedarse con Vin y Elend. El soldado de Cett, tras un gesto de Elend, los condujo por un pasillo lateral.

No vamos hacia los ascensores, pensó Vin.

El salón de baile de Hasting se encontraba en el piso superior de la torre central de la fortaleza; siempre que había asistido a fiestas en el edificio había

subido en uno de los cuatro ascensores tirados por humanos. O bien Cett no quería desperdiciar mano de obra o...

Escogió la fortaleza más alta de la ciudad, pensó Vin. Es la que tiene menos ventanas también. Si Cett retiraba todos los ascensores y los dejaba arriba, sería muy difícil para una fuerza invasora hacerse con la fortaleza.

Por fortuna, no parecía que esa noche fueran a subir del todo. Después de dos tramos de escaleras de piedra de caracol (Vin tuvo que subirse la falda para que no rozara los escalones), su guía los condujo hasta una gran sala circular rodeada de ventanales, cuyo espacio solo interrumpían las columnas de sostén del techo. La habitación era tan ancha como la torre misma.

¿Un salón de baile secundario, tal vez?, se preguntó Vin, admirando su belleza. El cristal no estaba iluminado, aunque sospechaba que había huecos para las candilejas del exterior. Cett no parecía preocuparse por ese tipo de cosas. Había ordenado disponer una gran mesa en el centro de la sala, a cuya cabecera estaba sentado. Ya estaba comiendo.

—Llegáis tarde —le dijo a Elend—, así que he empezado sin vosotros.

Elend frunció el ceño. Al ver este gesto de enojo, Cett soltó una carcajada y alzó un muslito de pollo.

—¡Pareces más molesto por mi falta de etiqueta que por el hecho de haber traído un ejército para conquistarte, muchacho! Pero supongo que así es la gente de Luthadel. Siéntate antes de que me coma todo esto yo solo.

Elend tendió un brazo hacia Vin para guiarla hasta la mesa. Fantasma se colocó junto a la escalera, sus oídos de ojo de estanjo atentos al peligro. Ham situó a sus diez hombres en una posición desde donde pudieran vigilar las únicas entradas a la sala: la de las escaleras y la puerta que usaban los criados.

Cett ignoró a los soldados. Tenía un grupo de guardaespaldas situados en la pared del fondo, pero parecía no preocuparle que los hombres de Ham los superaran ligeramente en número. Su hijo, el joven que lo había ayudado en la reunión de la Asamblea, estaba a su lado, esperando en silencio.

Uno de los dos tiene que ser un nacido de la bruma, pensó Vin. Y sigo creyendo que es Cett.

Elend la ayudó a sentarse y luego ocupó el asiento contiguo, de modo que ambos estaban directamente frente a Cett, quien apenas dejó de comer mientras los criados traían los platos de Vin y Elend.

Muslitos de pollo y verdura en salsa, pensó Vin. Quiere que sea una comida pringosa... quiere que Elend se sienta incómodo.

Elend no empezó a comer de inmediato. Permaneció en silencio, observando a Cett con expresión pensativa.

—Maldita sea —dijo Cett—. Es una buena comida. ¡No tienes ni idea de lo difícil que es comer bien cuando se está de viaje!

—¿Por qué querías hablar conmigo? —preguntó Elend—. Sabes que no me convencerás de que vote por ti.

Cett se encogió de hombros.

—Pensé que podría ser interesante.

—¿Se trata de tu hija?

—¡Lord Legislador, no! —dijo Cett con una carcajada—. Quédate con esa tonta, siquieres. El día que se escapó fue una de las pocas alegrías que he tenido este último mes.

—¿Y si amenazo con hacerle daño? —preguntó Elend.

—No lo harás.

—¿Estás seguro?

Cett sonrió a través de su tupida barba y se inclinó hacia Elend.

—Te conozco, Venture. Te he estado observando, vigilando, durante meses. Y encima fuiste lo suficientemente amable para enviar a uno de tus amigos a espiarme. ¡Aprendí un montón sobre ti gracias a él!

Elend pareció preocupado.

Cett se rio.

—Sinceramente, ¿creías que no iba a reconocer a uno de los miembros de la banda del Superviviente? ¡Los nobles de Luthadel parecen que pensáis que todos los que no son de esta ciudad somos tontos!

—Y, sin embargo, escuchaste a Brisa —dijo Elend—. Le dejaste unirse a ti, escuchaste su consejo. Y luego lo perseguiste cuando descubriste que había intimado con tu hija... esa por la que dices no sentir ningún afecto.

—¿Te dije que abandonó el campamento por *eso*? —preguntó Cett, riendo—. ¿Porque lo pillé con Allrianne? Cielos, ¿qué me importa a mí si la muchacha lo sedujo?

—¿Crees que *ella* lo sedujo a *él*? —preguntó Vin.

—Por supuesto. Sinceramente, solo pasé unas semanas con él, pero incluso yo sé lo inútil que es con las mujeres.

Elend asimiló toda la información de golpe. Observó a Cett con los ojos entornados.

—Entonces, ¿por qué lo perseguiste?

Cett se arrellanó.

—Intenté que cambiara de bando. Se negó. Supuse que matarlo sería preferible a dejarlo regresar contigo. Pero es notablemente ágil para un hombre de su tamaño.

Si Cett es de verdad un nacido de la bruma, es imposible que Brisa escapara sin que él se lo impidiera, pensó Vin.

—Así que ya ves, Venture —dijo Cett—. Te conozco. Te conozco mejor, tal vez, de lo que tú te conoces... porque sé lo que tus amigos piensan de ti. Hace falta ser un hombre extraordinario para ganarse la lealtad de una comadreja como Brisa.

—Así que piensas que no le haré daño a tu hija —dijo Elend.

—Sé que no se lo harás. Eres sincero... y eso me gusta de ti. Por desgracia, la sinceridad es muy fácil de explotar... Sabía, por ejemplo, que admitirías que Brisa estaba aplacando a la multitud. —Cett sacudió la cabeza—. Los hombres sinceros no están hechos para ser reyes, muchacho. Es una lástima, pero es así. Por eso tengo que quitarte el trono.

Elend guardó silencio un momento. Finalmente, miró a Vin. Ella tomó su plato y lo olfateó con sus sentidos alománticos.

Cett se echó a reír.

—¿Crees que voy a envenenarte?

—La verdad es que no —dijo Elend mientras Vin soltaba el plato. No era tan buena como algunos, pero había aprendido a notar los olores obvios.

»No usarías veneno —dijo Elend—. No es tu forma de ser. Parece que eres un hombre bastante sincero.

—Solo soy tosco. Ahí está la diferencia.

—No te he oído decir una mentira todavía.

—Es porque no me conoces lo suficientemente bien para discernir las mentiras que digo —dijo Cett. Alzó varios dedos manchados de grasa—. Ya te he dicho tres esta noche, muchacho. Buena suerte a la hora de averiguar cuáles.

Elend se detuvo a estudiarlo.

—Estás jugando conmigo.

—¡Pues claro que sí! —dijo Cett—. No lo ves, muchacho. Por eso no deberías ser rey. Deja el trabajo para hombres que comprenden su propia corrupción: no dejes que te destruya.

—¿Por qué te importa? —preguntó Elend.

—Porque preferiría no matarte.

—Entonces no lo hagas.

Cett sacudió la cabeza.

—Las cosas no funcionan así, muchacho. Si tienes una oportunidad para consolidar tu poder, o para conseguir más, mejor que la aproveches. Y yo lo haré.

La mesa volvió a quedar en silencio. Cett miró a Vin.

—¿Ningún comentario de la nacida de la bruma?

—Maldices mucho —dijo Vin—. Se supone que eso no puede hacerse delante de las damas.

Cett se echó a reír.

—Eso es lo gracioso que tiene Luthadel, muchacha. Les preocupa lo que es «adecuado» cuando la gente puede verlos... pero no les parece mal ir a violar a un par de mujeres skaa cuando se acaba la fiesta. Al menos *yo* maldigo en la cara.

Elend seguía sin tocar la comida.

—¿Qué pasará si ganas la votación al trono?

Cett se encogió de hombros.

—¿Quieres una respuesta sincera?

—Siempre.

—Primero, te haré asesinar —dijo Cett—. No puedo permitir que los antiguos reyes estén dando la lata.

—¿Y si me retiro? Si me abstengo de votar.

—Retírate, vota por mí y luego sal de la ciudad, y te permitiré vivir.

—¿Y la Asamblea? —preguntó Elend.

—Será disuelta. Es un incordio. En el momento en que das poder a una comisión, acabas en un lío.

—La Asamblea da poder al pueblo —dijo Elend—. Eso es lo que debería proporcionar un gobierno.

Sorprendentemente, Cett no se rio del comentario. En cambio, se inclinó de nuevo hacia delante, apoyando un brazo sobre la mesa y descartando un muslito de pollo a medio comer.

—Esa es la cuestión, muchacho. Dejar que el pueblo se gobierne a sí mismo está bien cuando todo es felicidad y brillantez; pero ¿qué haces cuando tienes dos ejércitos a las puertas? ¿Qué haces cuando hay una banda de koloss enloquecidos destruyendo aldeas en tu frontera? No vivimos tiempos en que puedas tener una Asamblea que te deponga. —Cett sacudió la cabeza—. El precio es demasiado alto. Cuando no puedes tener a la vez libertad y seguridad, muchacho, ¿qué eliges?

Elend guardó silencio.

—Tomo mi propia decisión —dijo por fin—. Y dejo que los demás tomen también la suya.

Cett sonrió, como si esperara esa respuesta. Empezó a comer otro muslito de pollo.

—Pongamos que me marcho —dijo Elend—. Y pongamos que tú ocupas el trono, proteges la ciudad y disuelves la Asamblea. ¿Luego qué? ¿Qué pasará con el pueblo?

—¿Por qué te importa tanto?

—¿Tienes que preguntarlo? —dijo Elend—. Creía que me «comprendías».

Cett sonrió.

—Volveré a poner a los skaa a trabajar, como hacía el lord Legislador. Sin paga, nada de una clase de campesinos emancipados.

—No puedo aceptar eso.

—¿Por qué no? Es lo que quieren. Les diste una oportunidad... y decidieron expulsarte. Ahora van a elegir ponerme a mí en el trono. Saben que el gobierno del lord Legislador era lo mejor. Un grupo debe gobernar, y otro debe servir. Alguien tiene que cultivar la comida y trabajar en las fraguas, muchacho.

—Tal vez —dijo Elend—. Pero te equivocas en una cosa.

—¿En cuál?

—No van a votar por ti —dijo Elend, poniéndose en pie—. Van a elegirme a mí. Entre la libertad y la esclavitud, elegirán la libertad. Los hombres de la Asamblea son los mejores de esta ciudad y tomarán la mejor decisión para su pueblo.

Cett hizo una pausa y luego se echó a reír.

—¡Lo mejor que tienes, muchacho, es que puedes decir una cosa así en serio!

—Me marcho, Cett —dijo Elend, haciendo un gesto con la cabeza a Vin.

—Oh, siéntate, Venture —dijo Cett, señalando la silla de Elend—. No te hagas el indignado porque esté siendo sincero contigo. Todavía tenemos cosas que discutir.

—¿Como cuáles?

—El atium.

Elend se quedó callado un momento, como tragándose su malestar. Cett no habló inmediatamente, así que Elend finalmente se sentó y empezó a comer. Vin picoteó en silencio su comida. Sin embargo, mientras lo hacía,

estudió los rostros de los soldados y criados de Cett. Tenía que haber alomantes entre ellos. Descubrir cuántos podría darle ventaja a Elend.

—Tu pueblo pasa hambre —dijo Cett—. Y, si mis espías valen su precio, acaba de llegarte otro montón de bocas. No puedes durar mucho bajo este asedio.

—¿Y? —preguntó Elend.

—Yo tengo comida. Un montón: más de la que mi ejército necesita. Artículos envasados, empaquetados con el nuevo método que desarrolló el lord Legislador. De larga duración. Nada se estropea. Realmente, una maravilla de la tecnología. Estaría dispuesto a cambiar un poco...

Elend vaciló, el tenedor a medio camino de sus labios. Entonces lo bajó y se echó a reír.

—¿Sigues creyendo que tengo el atium del lord Legislador?

—Pues claro que lo tienes —dijo Cett, frunciendo el ceño—. ¿Dónde si no podría estar?

Elend sacudió la cabeza y dio un bocado a una patata empapada en salsa.

—Aquí no, desde luego.

—Pero... los rumores...

—Brisa difundió esos rumores —dijo Elend—. Creía que habías descubierto por qué se unió a tu grupo. Quería que vinieras a Luthadel para impedir que Straff tomara la ciudad.

—Pero Brisa hizo todo lo que pudo para *impedir* que yo viniera aquí —dijo Cett—. Descartó los rumores, trató de distraerme, le... —Cett guardó silencio, y luego soltó una carcajada—. ¡Creía que había ido solo a espiar! Parece que los dos nos subestimamos mutuamente.

—A mi pueblo seguiría viniéndole bien esa comida —dijo Elend.

—Y la tendrá... siempre y cuando yo sea rey.

—Está pasando hambre ahora.

—Y su sufrimiento será tu carga —dijo Cett, con expresión dura—. Veo que ya me has juzgado, Elend Venture. Me consideras un buen hombre. Te equivocas. La sinceridad no me hace menos tirano. Maté a millares para asegurar mi gobierno. Impuse cargas a los skaa que harían que incluso la mano del lord Legislador pareciera amable. Me aseguré de permanecer en el poder. Haré lo mismo aquí.

Los hombres guardaron silencio. Elend comió, pero Vin solo juguetearon con la comida. Si había pasado por alto un veneno, quería que uno de ellos

permaneciera alerta. Todavía quería descubrir a aquellos alomantes, y solo había un modo de asegurarse. Apagó su cobre y quemó bronce.

No había ninguna nube de cobre ardiendo; al parecer, a Cett no le importaba si alguien reconocía a sus hombres como alomantes. Dos de los suyos quemaban peltre. Sin embargo, no eran soldados: ambos fingían ser miembros del servicio. También había un ojo de estaño pulsando en la otra sala, escuchando.

¿Por qué esconder a violentos como criados y no usar cobre para ocultar sus pulsos? Además, no había aplacadores ni encendedores. Nadie intentaba influir en las emociones de Elend. Ni Cett ni su joven ayudante estaban quemando ningún metal. O no eran alomantes, o temían quedar al descubierto. Solo para asegurarse, Vin avivó su bronce, buscando penetrar alguna nube de cobre oculta que pudiera haber cerca. Era comprensible que Cett hubiera emplazado algunos alomantes como distracción y luego ocultado a otros dentro de una nube.

No encontró nada. Satisfecha por fin, continuó picoteando su comida. *¿Cuántas veces ha demostrado ser útil esta habilidad mía, la habilidad de penetrar nubes de cobre?* Había olvidado lo que era estar bloqueada a los pulsos alománticos. Esa pequeña habilidad, por pequeña que pareciera, proporcionaba una ventaja enorme. Y el lord Legislador y sus inquisidores probablemente habían podido hacerlo desde el principio. ¿Qué otros trucos desconocía, qué otros secretos habían muerto con el lord Legislador?

Sabía la verdad sobre la Profundidad, pensó Vin. *Debía saberla. Trató de advertirnos, al final...*

Elend y Cett hablaban de nuevo. ¿Por qué no podía concentrarse en los problemas de la ciudad?

—Así que no tenéis atium —dijo Cett.

—No que estemos dispuestos a vender.

—¿Habéis registrado la ciudad?

—Una docena de veces.

—Las estatuas —dijo Cett—. Tal vez el lord Legislador ocultó el metal fundiéndolo y luego modelándolo.

Elend negó con la cabeza.

—Lo pensamos. Las estatuas no son de atium ni están huecas... lo que habría sido un buen sitio para ocultar metal a ojos alománticos. Pensamos que a lo mejor estaba escondido en algún lugar del palacio, pero incluso las agujas de las torres son de simple hierro.

—Cuevas, túneles...

—Nada que hayamos podido encontrar. Hemos tenido patrullas de alomantes buscando grandes fuentes de metal. Hemos hecho todo lo que se nos ha ocurrido, Cett, hasta abrir agujeros en la tierra. Confía en mí. Llevamos trabajando bastante tiempo en este problema.

Cett asintió, suspirando.

—Bueno, supongo que retenerte para pedir rescate sería inútil.

Elend sonrió.

—Ni siquiera soy rey, Cett. Lo único que conseguirías sería que la Asamblea no te votara.

Cett se echó a reír.

—Supongo entonces que tendré que dejarte marchar.

Alendi no fue nunca el Héroe de las Eras. En el mejor de los casos, he exagerado sus virtudes, creando un Héroe donde no había ninguno. En el peor, me temo que ha corrompido todo aquello en lo que creemos.

36



EN SU DÍA, ESE ALMACÉN había alojado espadas y armaduras, dispersas y amontonadas en el suelo como una especie de tesoro místico. Sazed recordaba haberlo recorrido, maravillado de los preparativos que Kelsier había hecho sin alertar a ninguno de los miembros de su banda. Aquellas armas habían surtido a los rebeldes la víspera de la muerte del Superviviente y permitido la toma de la ciudad.

Esas armas estaban guardadas en taquillas y bastidores. En su lugar, un puñado de personas abatidas y desesperadas se arrebujaban en las pocas mantas que habían podido encontrar. Eran muy pocos hombres, ningún soldado; Straff había incorporado a los soldados a su ejército. Los demás, los débiles, los enfermos, los heridos, habían sido enviados a Luthadel en el convencimiento de que Elend no los rechazaría.

Sazed caminaba entre ellos ofreciendo el consuelo que podía. No tenían muebles, e incluso las mudas de ropa se estaban volviendo escasas en la ciudad. Los comerciantes, comprendiendo que la ropa de abrigo sería un valor añadido durante el inminente invierno, habían empezado a subir los precios de todos sus productos, no solo de los alimentos.

Sazed se arrodilló junto a una mujer sollozante.

—Paz, Genedere —dijo; su mentecobre le permitió recordar el nombre de la mujer.

Ella negó con la cabeza. Había perdido tres hijos en el ataque de los koloss, y dos más en la huida a Luthadel. Ahora, el último (el bebé que había llevado

en brazos todo el camino) estaba enfermo. Sazed recogió a la criatura, estudiando con atención sus síntomas. Poco había cambiado desde el día anterior.

—¿Hay esperanza, maese terrisano? —preguntó Genedere.

Sazed contempló al bebé, delgado y con los ojos vidriosos. Las posibilidades no eran muchas. ¿Cómo podía decirle una cosa así?

—Mientras respire, hay esperanza, buena mujer —dijo—. Le pediré al rey que aumente tu porción de comida. Necesitas fuerzas para amamantarla. *Tienes* que mantenerlo abrigado. Mantente cerca del fuego y usa un paño húmedo para mojarle los labios cuando no coma. Tiene gran necesidad de líquido.

Genedere asintió, aturdida, y recuperó el bebé. ¡Cómo deseaba Sazed poder darle más! Una docena de religiones diferentes se le pasaron por la cabeza. Se había pasado toda la vida tratando de animar a la gente para que creyera en algo distinto al lord Legislador. Sin embargo, por algún motivo, en ese momento le resultaba difícil predicarle alguna a Genedere.

Era distinto antes del Colapso. Cada vez que hablaba de una religión, Sazed experimentaba una sutil sensación de rebelión. Aunque la gente no aceptara las cosas que enseñaba (y rara vez lo hacía), sus palabras traían el recuerdo de una época en que existían otras creencias distintas a la doctrina del Ministerio de Acero.

Ya no había nada contra lo que rebelarse. El enorme pesar que veía en los ojos de Genedere le impedía hablar de religiones muertas, de dioses largamente olvidados. El esoterismo no aliviaría el dolor de esta mujer.

Sazed se levantó y se acercó a otro grupo de gente.

—¿Sazed?

El terrisano se volvió. No había advertido que Tindwyl entraba en el almacén. Las puertas de la gran estructura estaban cerradas contra la noche y las hogueras proporcionaban una luz inconsistente. Habían abierto agujeros en el techo para que saliera el humo; al alzar la cabeza se veían hilillos de bruma entrando en la sala, aunque se evaporaban antes de llegar al suelo.

Los refugiados no solían mirar hacia arriba.

—Llevas aquí casi todo el día —dijo Tindwyl. La habitación estaba notablemente silenciosa, teniendo en cuenta la gente que había en ella. Las hogueras chisporroteaban y cada cual permanecía en silencio, sumido en su dolor o su aturdimiento.

—Hay muchos heridos —respondió Sazed—. Soy el más adecuado para cuidar de ellos, creo. No estoy solo: el rey ha enviado a otros y lord Brisa está aquí, aplacando el dolor de esta gente.

Señaló con la cabeza hacia Brisa, que estaba sentado en una silla, supuestamente leyendo un libro. Parecía terriblemente fuera de lugar en aquella habitación, con su elegante terno. Sin embargo, su simple presencia, en opinión de Sazed, decía algo notable.

Esta pobre gente, pensó. Tuvieron una vida terrible bajo el gobierno del lord Legislador. Ahora les han quitado incluso lo poco que tenían. Y eran un número muy reducido: cuatrocientos en comparación con los cientos de miles que aún vivían en Luthadel.

¿Qué sucedería cuando se vaciaran los últimos silos? Ya corrían rumores sobre pozos envenenados, y Sazed acababa de oír que también habían saboteado algunos de sus almacenes de grano. ¿Qué le sucedería a esa gente? ¿Cuánto tiempo continuaría el asedio?

De hecho, ¿qué ocurriría cuando el asedio terminara? ¿Qué sucedería cuando los ejércitos finalmente empezaran a atacar y saquear? ¿Qué destrucción, qué pesar causarían los soldados en su búsqueda del atium oculto?

—Te preocupas por ellos —dijo Tindwyl en voz baja, acercándose.

Sazed se volvió hacia ella. Luego agachó la cabeza.

—No tanto como debería, quizás.

—No —dijo Tindwyl—. Lo noto. Me confundes, Sazed.

—Por lo visto tengo talento para eso.

—Pareces cansado. ¿Dónde está tu mentebronce?

De repente, Sazed sintió la fatiga. La había estado ignorando, pero sus palabras parecieron golpearlo como una ola, barriéndolo.

Suspiró.

—Usé toda mi capacidad para permanecer en vela en la carrera hasta Luthadel. Estaba tan ansioso por llegar...

Sus estudios habían languidecido. Con los problemas de la ciudad y la llegada de los refugiados no había tenido mucho tiempo. Además, ya había transcurrido el calco. Nuevos trabajos requerirían cotejar detalladamente otras obras, buscando pistas. Probablemente, ni siquiera tendría tiempo para...

Frunció el ceño, advirtiendo la extraña expresión de los ojos de Tindwyl.

—Muy bien —dijo ella, suspirando—. Enséñamelo.

—¿Que te enseñe...?

—Lo que has encontrado. El descubrimiento que te instó a cruzar corriendo dos dominios. Enséñamelo.

De repente, todo pareció hacerse más ligero. Su fatiga, su preocupación, incluso su pesar.

—Me encantaría —dijo en voz baja.

OTRO TRABAJO BIEN HECHO, pensó Brisa, felicitándose, mientras veía a los dos terrisanos salir del almacén.

La mayoría de la gente, ni siquiera los nobles, no comprendía lo que era aplacar las emociones. Lo consideraban una especie de control mental, e incluso aquellos que sabían más suponían que era algo terrible e invasivo.

Brisa nunca lo había visto así. Aplacar no era un acto invasivo. De serlo, entonces la interacción corriente con otra persona lo era también. Cuando se placaba bien, no se violaba más la intimidad de una persona de lo que lo hacía una mujer que llevara una túnica escotada o alguien que hablara en tono imperativo. Las tres cosas producían reacciones corrientes, comprensibles y (lo más importante) naturales en la gente.

Como Sazed, por ejemplo. ¿Era «invadirlo» hacer que se sintiera menos fatigado para que pudiera aplicar mejor sus cuidados? ¿Estaba mal aplacar su dolor, solo un poquito, para que pudiera enfrentarse mejor al sufrimiento?

Tindwyl era un ejemplo aún mejor. Tal vez algunos llamaran a Brisa entrometido por aplacar su sentido de la responsabilidad, y su decepción, cuando veía a Sazed. Pero Brisa no había creado las emociones que la decepción había estado cubriendo. Emociones como la curiosidad. El respeto. El amor.

No, si aplacar hubiera sido simple «control mental», Tindwyl se habría apartado de Sazed en cuanto los dos se hubieran alejado de la zona de influencia de Brisa. Pero él sabía que no lo haría. Había tomado una decisión crucial, y Brisa no había tomado esa decisión por ella. El momento llevaba semanas construyéndose; se habría dado con o sin Brisa.

Él había contribuido simplemente a adelantarla.

Sonriendo para sí, Brisa comprobó su reloj de bolsillo. Todavía le quedaban unos cuantos minutos y se acomodó en su silla, enviando una ola de aplacamiento general para aliviar el dolor y la pena de la gente. Concentrándose en tantos a la vez, no podía ser muy concreto: algunos se

encontrarían un poco aturdidos emocionalmente si los empujaba con demasiada fuerza. Pero sería bueno para el grupo en conjunto.

No leía su libro; en realidad, no comprendía cómo Elend y los demás se pasaban tanto tiempo con aquellas cosas terriblemente aburridas. Brisa solo podía leer si no había gente alrededor. Por eso, volvió a hacer lo que estaba haciendo antes de que Sazed hubiera atraído su atención. Estudió a los refugiados, tratando de discernir qué sentía cada uno.

Ese era otro de los errores de aplacar. La alomancia no era tan importante como el talento a la hora de observar. Ciento, tener un toque sutil no venía mal. Sin embargo, aplacar no le daba al alomante la habilidad de conocer los sentimientos de nadie. Eso tenía que averiguarlo Brisa por su cuenta.

Todo se reducía a lo que era natural. Incluso el skaa más inexperto se daba cuenta de que estaba siendo aplacado si emociones inesperadas empezaban a brotar en su interior. La verdadera sutileza era animar emociones naturales, haciendo con cuidado que las restantes fueran menos poderosas. La gente era un tapiz de sentimientos: normalmente, lo que pensaban que estaban «sintiendo» en un momento se refería solamente a las emociones que los dominaban en ese momento.

El aplacador cuidadoso veía lo que había debajo de la superficie. Comprendía lo que sentía un hombre, aunque ese hombre mismo no entendiera (ni reconociera) esas emociones. Era el caso de Sazed y Tindwyl.

Extraña pareja, esa, pensó Brisa para sí, aplacando absorto a uno de los skaa para relajarlo mientras intentaba dormir. *El resto de la banda está convencido de que esos dos son enemigos. Pero el odio rara vez crea tanta amargura y frustración. No, esas dos emociones surgen de problemas completamente distintos. Pero ¿no se supone que Sazed es eunuco? Me pregunto cómo ha pasado esto...*

Dejó de cavilar cuando las puertas del almacén se abrieron. Elend entró, por desgracia acompañado de Ham. Vestía uno de sus uniformes blancos, con guantes y espada. El blanco era muy simbólico: con toda la ceniza y el hollín de la ciudad, un hombre de blanco llamaba bastante la atención. Los uniformes de Elend tenían que fabricarse con tejidos especiales resistentes a la ceniza, y aun así había que lavarlos cada día. El resultado hacía que mereciera la pena el esfuerzo.

Brisa manejó inmediatamente las emociones de Elend para que estuviera menos cansado, menos inseguro... aunque lo segundo era casi innecesario ya,

en parte debido a la terrisana; a Brisa le impresionaba su habilidad para hacer que la gente se sintiera diferente, teniendo en cuenta que no era alomante.

Brisa dejó las emociones de disgusto y piedad de Elend; ambas eran apropiadas, considerando el entorno. Sin embargo, empujó un poquito a Ham para volverlo menos peleón; Brisa no estaba de humor para discutir con él en ese momento. Se levantó cuando los dos hombres se acercaron. La gente alzó la cabeza al ver a Elend, y su presencia de algún modo les dio una esperanza que Brisa no podía emular con la alomancia. Susurrieron, llamando rey a Elend.

—Brisa —saludó Elend—. ¿Está aquí Sazed?

—Me temo que acaba de marcharse.

El rey parecía distraído.

—Ah, bueno. Lo buscaré más tarde.

Elend contempló la habitación con una mueca en el rostro.

—Ham, mañana quiero que reúnas a los mercaderes de ropa de la calle Kenton y los traigas aquí a ver esto.

—Puede que no les guste, Elend —dijo Ham.

—Espero que no. Pero veremos qué les parecen sus precios cuando vean este lugar. Comprendo los precios de la comida, considerando su escasez. Sin embargo, no hay más motivo que la avaricia para negarle la ropa a la gente.

Ham asintió, aunque Brisa notó la reticencia en su postura. ¿Se daban cuenta los demás de lo extrañamente poco beligerante que era Ham? Le gustaba discutir con sus amigos, pero rara vez llegaba a ninguna conclusión. Además, odiaba pelear con desconocidos; a Brisa siempre le había parecido un extraño atributo en alguien a quien se contrataba esencialmente para golpear a la gente. Aplacó a Ham un poquito para que le preocupara menos enfrentarse a los comerciantes.

—No vas a quedarte aquí toda la noche, ¿verdad, Brisa? —preguntó Elend.

—¡Lord Legislador, no! —exclamó Brisa—. Mi querido amigo, tienes suerte de haber conseguido que viniera. Sinceramente, este no es lugar para un caballero. La suciedad, la atmósfera deprimente... ¡y no hablemos ya del olor!

Ham frunció el ceño.

—Brisa, algún día tienes que aprender a pensar en los demás.

—Mientras pueda pensar en ellos a distancia, Hammond, no me importará dedicarme a esa actividad.

Ham sacudió la cabeza.

—Eres un caso perdido.

—¿Vuelves entonces al palacio? —preguntó Elend.

—Pues sí —dijo Brisa, comprobando su reloj.

—¿Necesitas que te lleve?

—Traje mi propio carruaje.

Elend asintió y se volvió hacia Ham; los dos se marcharon por donde habían venido, hablando de la próxima reunión de Elend con los otros miembros de la Asamblea.

BRISA ENTRÓ EN EL PALACIO un poco más tarde. Saludó a los guardias de la puerta, aplacando su fatiga mental. Ellos se irguieron en respuesta, vigilando las brumas con renovado vigor. No duraría mucho, pero pequeños toques como ese eran como una segunda naturaleza para Brisa.

Se estaba haciendo tarde y había poca gente en los pasillos. Se fue a las cocinas, dando un empujoncito mental a las fregonas para volverlas más charlatanas. Eso haría que su trabajo de limpieza se les pasara más rápido. Detrás de las cocinas encontró una habitacioncita de piedra con una mesita iluminada por un par de sencillas lámparas. Era uno de los solitarios comedores del palacio, casi un cubículo.

Clubs estaba sentado en un rincón, con la pierna coja estirada sobre el banco. Miró a Brisa con una mueca.

—Llegas tarde.

—Tú has llegado temprano —dijo Brisa, sentándose en el banco frente a él.

—Es lo mismo —rezongó Clubs.

Había una segunda copa en la mesa, junto a una botella de vino. Brisa se desabrochó el chaleco, suspiró y se sirvió una copa mientras apoyaba las piernas en el banco.

Clubs bebió su vino.

—¿Tienes levantada tu nube? —preguntó Brisa.

—¿A tu alrededor? —respondió Clubs—. Siempre.

Brisa sonrió, dio un sorbo y se relajó. Aunque rara vez tenía ocasión de usar su poder, Clubs era ahumador. Cuando quemaba cobre, las habilidades de todos los alomantes eran invisibles para los que quemaban bronce. Pero lo más importante, al menos para Brisa, era que quemar cobre hacía que Clubs fuera inmune a todo tipo de alomancia emocional.

—No comprendo por qué eso te hace tan feliz —dijo Clubs—. Creía que te gustaba jugar con las emociones.

—Y me gusta.

—Entonces, ¿por qué vienes a beber conmigo cada noche?

—¿Te molesta la compañía?

Clubs no respondió. Era su forma de decir que no le importaba. Brisa miró al refunfuñón general. La mayoría de los miembros de la banda se mantenían alejados de él; Kelsier lo había traído en el último momento, desde que la nube de cobre que normalmente usaban había muerto.

—¿Sabes lo que significa ser un aplacador, Clubs? —preguntó Brisa.

—No.

—Te proporciona un poder notable. Es una sensación maravillosa influir en los que te rodean, sentir siempre que tienes una mano en cómo reaccionará la gente.

—Parece maravilloso —comentó Clubs, sin ninguna emoción.

—Y, sin embargo, te afecta. Me paso la mayor parte de la vida observando a la gente... retorciendo. Empujando, y aplacando. Eso me ha cambiado. Ya no... miro a la gente de la misma manera. Es difícil ser amigo de alguien cuando lo ves como una persona en quien puedes influir y a quien puedes cambiar.

Clubs rezongó.

—Por eso nunca te veíamos con mujeres.

Brisa asintió.

—No puedo evitarlo. Siempre toco las emociones de los que me rodean. Y así, cuando una mujer me ama...

Le gustaba pensar que no las invadía. Sin embargo, ¿cómo podía confiar en alguien que dijera que lo amaba? ¿Era a él o a su alomancia a lo que respondían?

Clubs llenó su copa.

—Eres mucho más tonto de lo que pareces.

Brisa sonrió. Clubs era una de las pocas personas absolutamente inmunes a su toque. La alomancia emocional no funcionaba con él, y siempre era completamente claro con sus emociones: rezongaba por todo. Manipularlo a través de medios no alománticos había resultado una infructuosa pérdida de tiempo.

Brisa contempló su vino.

—Lo divertido es que estuviste a punto de no unirte a la banda por mí.

—Malditos aplacadores —murmuró Clubs.

—Pero eres inmune a nosotros.

—A tu alomancia, tal vez —dijo Clubs—. Pero eso no es lo único que sabéis hacer. Un hombre siempre tiene que mantenerse al tanto con los aplacadores.

—Entonces, ¿por qué dejas que venga a tomar vino contigo todas las noches?

Clubs guardó silencio un instante y Brisa pensó que no iba a responder. Finalmente, Clubs murmuró:

—No eres tan malo como la mayoría.

Brisa tomó un sorbo de vino.

—Es el cumplido más sincero que he recibido jamás.

—No dejes que te afecte.

—Oh, creo que ya es demasiado tarde —dijo Brisa, apurando su copa—. Esta banda... el plan de Kelsier... ya ha hecho un buen trabajo.

Clubs asintió, expresando su acuerdo.

—¿Qué nos ha pasado, Clubs? Me uní a Kel por el desafío. Nunca supe por qué lo hiciste tú.

—Por el dinero.

Brisa asintió.

—Su plan fracasó, su ejército fue destruido y nosotros nos quedamos. Luego él murió y *seguimos* quedándonos. Este maldito reino de Elend está condenado, lo sabes.

—No duraremos otro mes —dijo Clubs. No era simple pesimismo; Brisa conocía a la gente lo bastante como para saber cuándo alguien hablaba en serio.

—Y, sin embargo, aquí estamos. Me he pasado todo el día haciendo que los skaa se sintieran mejor por el hecho de que hayan matado a sus familias. Tú te pasas los días entrenando a soldados que, con tu ayuda o sin ella, apenas durarán unos segundos contra un enemigo decidido. Seguimos a un muchacho que no tiene ni idea de lo mala que es su situación. ¿Por qué?

Clubs sacudió la cabeza.

—Kelsier. Nos dio una ciudad, nos hizo creer que éramos responsables de su protección.

—Pero nosotros no somos de esa clase de gente —dijo Brisa—. Somos ladrones y timadores. No debería importarnos. Quiero decir... ¡He llegado al punto de aplacar a las fregonas para que sean más felices trabajando! Bien podría empezar a vestirme de rosa e ir por ahí repartiendo flores. Probablemente podría hacer bulto en las bodas.

Clubs bufó. Entonces alzó su copa.

—Por el Superviviente —dijo—. Maldito sea por conocernos mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos.

Brisa alzó su copa.

—Maldito sea —accedió.

Los dos guardaron silencio. Hablar con Clubs tenía a convertirse en... bueno, no hablar. Sin embargo, Brisa era feliz. Aplacar era maravilloso; le hacía ser quien era. Pero también era trabajo. Ni siquiera los pájaros vuelan sin descanso.

—Ahí estás.

Brisa abrió los ojos. Allrianne estaba en la entrada de la habitación, justo al borde de la mesa. Vestía de celeste; ¿de dónde había sacado tantos vestidos? Su maquillaje era, naturalmente, perfecto, y llevaba un lazo en el pelo. Aquel largo pelo rubio, común en el oeste pero casi desconocido en el Dominio Central, y aquella figura alegre y tentadora...

El deseo floreció inmediatamente en su interior. *¡No!*, pensó Brisa. *¡Le doblas la edad! Eres un viejo pervertido. ¡Pervertido!*

—Allrianne —dijo, incómodo—, ¿no deberías estar acostada?

Ella puso los ojos en blanco, apartando sus piernas del banco para poder sentarse a su lado.

—Son solo las nueve, Brisa. Tengo dieciocho años, no diez.

Bien podrías tenerlos, pensó él, apartando la mirada, tratando de concentrarse en otra cosa. Sabía que debía ser más fuerte, que no debía dejar que la muchacha se le acercase, pero no hizo nada cuando ella se le arrimó y tomó un sorbo de su copa.

Él suspiró y rodeó sus hombros con un brazo. Clubs tan solo meneó la cabeza, con el esbozo de una sonrisa en los labios.

—BUENO —DIJO VIN EN voz baja—, eso responde a una pregunta.

—¿Ama? —dijo OreSeur, sentado frente a ella en la habitación oscura. Con sus oídos de alomante, Vin podía oír exactamente lo que estaba pasando en el cubículo de al lado.

—Allrianne es alomante.

—¿De verdad?

Vin asintió.

—Lleva encendiendo las emociones de Brisa desde que llegó, haciendo que se sienta más atraído por ella.

—Cabe suponer que él se da cuenta —dijo OreSeur.

—Cabría suponerlo —contestó Vin. Probablemente no tendría que haberle hecho tanta gracia. La muchacha podía ser una nacida de la bruma... aunque la idea de aquella muñeca volando entre las brumas le parecía ridícula.

Lo cual es probablemente lo que quiere que piense, se dijo. Tengo que recordar a Kliss y a Shan: ninguna de las dos resultó ser la persona que yo creía.

—Brisa probablemente no sabe que sus emociones no son naturales. Debía sentirse atraído por ella ya.

OreSeur cerró la boca y ladeó la cabeza: su versión canina de un gesto de preocupación.

—Lo sé —reconoció Vin—. Pero al menos sabemos que no es él quien está utilizando la alomancia para seducirla. Sea como sea, es irrelevante. Clubs no es el kandra.

—¿Cómo puedes saber eso, ama?

Vin vaciló. Clubs siempre tenía encendido su cobre cuando estaba con Brisa: era una de las pocas ocasiones en que lo usaba. Sin embargo, era difícil saber si alguien estaba quemando cobre. Después de todo, si encendían sus metales, se ocultaban por defecto.

Pero Vin podía penetrar en las nubes de cobre. Percibía a Allrianne encendiendo emociones; incluso podía sentir un leve golpeteo surgir del propio Clubs: el pulso alomántico del cobre, algo que Vin sospechaba que poca gente aparte de ella y el lord Legislador había oído jamás.

—Lo sé —dijo Vin.

—Si tú lo dices, ama. Pero... ¿no habías decidido ya que el espía era Demoux?

—Quería asegurarme con Clubs de todas formas. Antes de hacer algo drástico.

—¿Drástico?

Vin guardó silencio un momento. No tenía muchas pruebas, pero contaba con su instinto... y ese instinto le decía que Demoux era el espía. Su forma de moverse a hurtadillas esa noche... la lógica de haberlo elegido a él... todo encajaba.

Se levantó. Las cosas se estaban poniendo demasiado peligrosas, eran demasiado delicadas. No podía seguir ignorándolo.

—Vamos —dijo, saliendo del cubículo—. Es hora de meter a Demoux en prisión.

—¿CÓMO QUE LO HAS *perdido*? —preguntó Vin en la puerta de la habitación de Demoux.

El criado se ruborizó.

—Mi señora, lo siento. Lo vigilé, como me dijiste... pero salió de patrulla. ¿Tendría que haberlo seguido? Quiero decir, ¿no crees que habría parecido sospechoso?

Vin maldijo para sus adentros. Sin embargo, sabía que no tenía mucho derecho a estar furiosa. *Tendría que habérselo dicho directamente a Ham*, pensó, llena de frustración.

—Mi señora, se marchó hace solo unos minutos —dijo el criado.

Vin miró a OreSeur y se encaminó pasillo abajo. En cuanto llegaron a una ventana, Vin saltó a la oscura noche, seguida del perro, y cubrió la corta distancia que la separaba del patio.

La última vez lo vi regresar por la puerta de los jardines del palacio, pensó, corriendo a través de la bruma. Allí encontró a un par de soldados de guardia.

—¿Ha pasado por aquí el capitán Demoux? —preguntó, irrumpiendo en su círculo de luz.

Ellos alzaron la cabeza, primero sorprendidos, luego confusos.

—¿Dama Heredera? —preguntó uno de ellos—. Sí, acaba de salir de patrulla hace un par de minutos.

—¿Iba solo?

Ellos asintieron.

—¿No es un poco extraño?

Ellos se encogieron de hombros.

—Sale solo a veces —dijo uno—. Nosotros no hacemos preguntas. Es nuestro superior, después de todo.

—¿Por dónde ha ido?

Uno de los soldados señaló, y Vin echó a correr, con OreSeur a su lado. *Tendría que haberlo vigilado mejor. Tendría que haber contratado espías de verdad para que le echaran un ojo. Tendría...*

Se detuvo. Delante de ella, caminando por una calle silenciosa en medio de las brumas, una figura se dirigía a la ciudad. Demoux.

Vin lanzó una moneda y se impulsó al aire, pasando por encima de su cabeza, hasta aterrizar en el tejado de un edificio. Él continuó su camino, ajeno. Demoux o kandra, ninguno tenía poderes alománticos.

Vin se detuvo, las dagas desenfundadas, dispuesta a saltar. Pero... seguía sin tener ninguna prueba. La parte de ella que Kelsier había transformado, la parte que había aprendido a confiar, pensó en el Demoux que conocía.

¿Creo de verdad que es el kandra?, pensó. ¿O quiero que lo sea, para no tener que sospechar de mis verdaderos amigos?

Él continuó caminando. El oído agudizado por el estaño de Vin captaba fácilmente sus pisadas. Detrás, OreSeur se encaramó al tejado y se acercó a sentarse junto a ella.

No puedo atacar sin más, pensó. Al menos tengo que observar, ver adónde va. Obtener pruebas. Tal vez aprender algo en el proceso.

Hizo una seña a OreSeur, y los dos siguieron en silencio a Demoux por los tejados. Pronto, Vin advirtió algo extraño: un parpadeo de luz iluminaba las brumas unas cuantas calles más allá, convirtiendo los edificios en sombras espectrales. Miró a Demoux, siguiéndolo con los ojos mientras se dirigía a un callejón y avanzaba hacia la luz.

¿Qué...?

Vin saltó del tejado. Solo le hicieron falta tres brincos para llegar a la fuente de la luz. Una modesta hoguera chisporroteaba en el centro de una placita. Los skaa se acurrucaban a su alrededor, un poco asustados de las brumas. Vin se sorprendió al verlos. No había visto a los skaa salir a las brumas desde la noche del Colapso.

Demoux entró por un callejón, saludando a varios skaa. A la luz de la hoguera Vin confirmó que era él... o al menos un kandra con su rostro.

Había unas doscientas personas en la plaza. Demoux hizo ademán de sentarse en el empedrado, pero alguien le acercó rápidamente una silla. Una joven le trajo una jarra de algo humeante, que él aceptó agradecido.

Vin saltó a un tejado, manteniéndose agachada para que la luz de la hoguera no la delatara. Llegaron más skaa, casi todos en grupos, pero algunos valientes lo hicieron solos.

Oyó un sonido a su espalda y Vin se volvió para ver acercarse a OreSeur, que al parecer apenas había podido terminar el salto. Miró la calle, sacudió la cabeza y se reunió con ella. Vin se llevó un dedo a los labios y señaló al creciente grupo de personas. OreSeur ladeó la cabeza, pero no dijo nada.

Finalmente, Demoux se puso en pie, sujetando la humeante taza. La gente se congregó a su alrededor, sentada en las frías piedras, arrelijada en mantas o capas.

—No deberíamos temer a las brumas, amigos míos —dijo Demoux. Su voz no era la de un líder enérgico, ni la de un comandante decidido, sino la de un joven endurecido, un poco vacilante, pero igualmente convincente—. El Superviviente nos lo enseñó —continuó—: Sé que es muy difícil pensar en las brumas sin recordar historias de espectros u otros horrores. Pero el Superviviente nos dio las brumas. Deberíamos tratar de recordarlo, a través de ellas.

Lord Legislador... pensó Vin, asombrada. *Es uno de ellos... ;Un miembro de la Iglesia del Superviviente!* Vaciló, sin saber qué pensar. ¿Era el kandra o no lo era? ¿Por qué iba el kandra a reunirse con un grupo de personas como esas? Pero... ¿por qué iba a hacerlo el propio Demoux?

—Sé que es difícil sin el Superviviente —dijo Demoux—. Sé que tenéis miedo de los ejércitos. Confiad en mí, lo sé. Yo también los veo. Sé que sufrís con este asedio. Yo... no sé si puedo deciros que no os preocupéis. El Superviviente padeció grandes penalidades: la muerte de su esposa, su prisión en los Pozos de Hathsin. Pero sobrevivió. Esa es la cuestión, ¿no? Tenemos que seguir viviendo, no importa lo difícil que sea. Venceremos al final. Igual que lo hizo él.

Estaba de pie con la taza en las manos, muy distinto a los predicadores skaa que Vin había visto. Kelsier había elegido hombres apasionados para fundar su religión; o, más precisamente, para fundar la revolución de donde había surgido la religión. Kelsier había necesitado a hombres capaces de entusiasmar a sus seguidores, de acicatearlos para que alcanzaran un clamor destructor.

Demoux era diferente. No gritaba, hablaba con calma. Sin embargo, la gente le prestaba atención. Estaban sentados en el suelo a su alrededor, mirándolo con ojos esperanzados, incluso con adoración.

—La Dama Heredera —susurró uno de ellos—. ¿Qué hay de ella?

—Lady Vin tiene una gran responsabilidad —dijo Demoux—. Se nota el peso que acarrea, y cuánto la frustran los problemas de la ciudad. Es una mujer sencilla, y no creo que le guste el politiquero de la Asamblea.

—Pero nos protegerá, ¿verdad?

—Sí —respondió Demoux—. Sí, creo que lo hará. A veces, creo que es aún más poderosa que el Superviviente. ¿Sabéis que él solo tuvo dos años para

practicar ser un nacido de la bruma? Ella apenas ha tenido ese tiempo.

Vin se volvió. *Todo gira sobre lo mismo*, pensó. *Parecen racionales hasta que hablan de mí, y entonces...*

—Ella nos traerá la paz, algún día —dijo Demoux—. La Heredera traerá de vuelta el sol, detendrá la caída de las cenizas. Pero tenemos que sobrevivir hasta entonces. Y tenemos que luchar. Toda la obra del Superviviente era ver muerto al lord Legislador y liberarnos. ¿Qué gratitud mostramos si huimos ahora que han llegado los ejércitos?

»Decidles a vuestros representantes en la Asamblea que no queréis que lord Cett, ni siquiera lord Penrod, sean vuestro rey. La votación tendrá lugar dentro de un día, y *tenemos* que asegurarnos de que el hombre adecuado es nombrado rey. El Superviviente eligió a Elend Venture, y es a él a quien debemos seguir.

Esto es nuevo, pensó Vin.

—Lord Elend es débil —dijo uno de los skaa—. No nos defenderá.

—Lady Vin lo ama —respondió Demoux—. Ella no amaría a un hombre débil. Penrod y Cett os tratan como *solían* tratar a los skaa, y por eso creéis que son fuertes. Pero eso no es fuerza: es opresión. ¡Tenemos que ser mejores que eso! ¡Tenemos que confiar en el juicio del Superviviente!

Vin se relajó contra el reborde del tejado, mientras la tensión cedia un poco. Si Demoux era realmente el espía, entonces no iba a darle ninguna prueba de ello aquella noche. Así que guardó sus cuchillos y descansó cruzada de brazos en el borde del tejado. El fuego chispeaba en la fría noche de invierno, proyectando columnas de humo que se mezclaban con la bruma, y Demoux continuó hablando con su voz tranquila y razonable, predicando a la gente sobre Kelsier.

Ni siquiera es realmente una religión, pensó Vin mientras escuchaba. *La teología es tan simple... No como las complejas creencias de las que habla Sazed.*

Demoux enseñaba conceptos básicos. Ponía a Kelsier como modelo, hablaba de supervivencia y de soportar penalidades. Vin comprendía por qué las palabras directas atraían a los skaa. La gente solo tenía dos opciones: seguir esforzándose o rendirse. Las enseñanzas de Demoux les daban una excusa para seguir viviendo.

Los skaa no necesitaban rituales, oraciones, ni códigos. Todavía no. Eran demasiado inexpertos con la religión en general para querer esas cosas. Pero, cuanto más escuchaba, más comprendía Vin la Iglesia del Superviviente. Era lo

que necesitaban; elevaba lo que los skaa ya conocían (una vida llena de dificultades) a un plano superior, más optimista.

Y las enseñanzas estaban todavía evolucionando. La deificación de Kelsier era de esperar; incluso la reverencia que le tenían a ella era comprensible. Pero ¿de dónde sacaba Demoux la promesa de que Vin detendría la ceniza y traería de vuelta el sol? ¿Cómo sabía predicar sobre la hierba verde y los cielos azules, describir el mundo tal como era tan solo en alguno de los textos más crípticos?

Describía un extraño mundo de colores y belleza, un lugar ajeno y difícil de concebir, pero igualmente maravilloso. Las flores y las plantas verdes eran cosas extrañas para esa gente; incluso a Vin le costaba imaginarlas, y eso que había oído las descripciones de Sazed.

Demoux estaba dando a los skaa un paraíso. Tenía que ser algo completamente aparte de la experiencia normal, pues el mundo en el que vivían no era un lugar de esperanza. No con un invierno sin comida acercándose, no con ejércitos amenazadores y el gobierno convertido en un torbellino.

Vin se marchó cuando Demoux terminó por fin la reunión. Vaciló un instante, tratando de decidir cómo se sentía. Había estado muy segura respecto a Demoux, pero ahora sus recelos parecían infundados. Él salía de noche, cierto, pero ahora comprendía qué estaba haciendo. Además, había actuado de manera muy sospechosa al salir. Al reflexionar sobre ello, le parecía que un kandra sabría cómo hacer las cosas de una forma mucho más natural.

No es él, pensó. O, si lo es, no va a ser tan fácil de desenmascarar como pensaba. Frunció el ceño, frustrada. Finalmente, suspiró, se puso en pie y se fue al otro lado del tejado. OreSeur la siguió, y Vin lo miró.

—Cuando Kelsier te dijo que tomaras su cuerpo —le dijo—, ¿qué quiso que predicas a esta gente?

—¿Ama? —preguntó OreSeur.

—Te ordenó aparecer como si fueras él regresado de la tumba.

—Sí.

—Bueno, ¿qué te hizo decir?

OreSeur se encogió de hombros.

—Cosas muy sencillas, ama. Les dije que había llegado el momento de la rebelión. Les dije que yo, Kelsier, había regresado para darles esperanza en la victoria.

Represento aquello que nunca has podido matar, no importa cuánto lo hayas intentado. Fueron las últimas palabras de Kelsier, dichas a la cara del lord

Legislador. *Yo soy la esperanza.*

Yo soy la esperanza.

—¿Era extraño que este concepto fuera el centro de la Iglesia erigida a su alrededor?

—¿Te hizo enseñar cosas como las que hemos oido decir a Demoux? ¿Que la ceniza ya no caería y que el sol se volvería amarillo?

—No, ama.

—Es lo que pensaba —dijo Vin, mientras oía un roce en la calle. Se asomó al borde del edificio y vio que Demoux regresaba al palacio.

Vin saltó al callejón tras él, que la oyó y se dio media vuelta, la mano en el bastón de duelo.

—Paz, capitán —dijo Vin, incorporándose.

—¿Lady Vin? —preguntó él, sorprendido.

Ella asintió, acercándose para que pudiera verla mejor en la noche. La débil luz de las antorchas todavía iluminaba el aire desde atrás y los jirones de bruma jugueteaban con las sombras.

—No sabía que fuieras miembro de la Iglesia del Superviviente.

Él agachó la cabeza. Aunque era dos palmos más alto que Vin, pareció encogerse un poco.

—Yo... sé que te hace sentir incómoda. Lo siento.

—No importa. Haces algo bueno con esa gente. Elend apreciará tu lealtad.

Demoux alzó la cabeza.

—¿Tienes que decírselo?

—Tiene que saber lo que cree la gente, capitán. ¿Por qué quieres que lo mantenga en secreto?

Demoux suspiró.

—Es que... no quiero que el grupo piense que voy por ahí dando sermones a la gente. Ham piensa que predicar sobre el Superviviente es una tontería, y lord Brisa dice que el único motivo que hay para animar a la gente a que se una a la Iglesia es volverla más maleable.

Vin lo observó en la oscuridad.

—Crees de verdad, ¿no?

—Sí, mi señora.

—Pero conociste a Kelsier. Estuviste con nosotros casi desde el principio. Sabes que no es ningún dios.

Demoux alzó la cabeza, con un poco de desafío en los ojos.

—Murió para derrocar al lord Legislador.

—Eso no lo convierte en divino.

—Nos enseñó a sobrevivir, a tener esperanza.

—Sobrevivisteis antes —dijo Vin—. La gente tenía esperanza antes de que Kelsier fuera arrojado a esos pozos.

—No como la tenemos ahora —respondió Demoux—. Además... él tenía poder, mi señora. Lo sentí.

Vin vaciló. Conocía la historia: Kelsier había usado a Demoux como ejemplo para el resto del ejército en un combate con un escéptico, dirigiendo sus golpes con alomancia, haciendo que pareciera que Demoux tenía poderes sobrenaturales.

—Oh, ahora sé lo que es la alomancia —dijo Demoux—. Pero... lo sentí empujando mi espada ese día. Lo sentí utilizarme, hacerme más de lo que era. Creo que todavía puedo sentirlo a veces. Reforzando mi brazo, guiando mi hoja...

Vin frunció el ceño.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

Demoux asintió.

—Sí. Viniste a las cuevas donde nos ocultábamos el día en que el ejército fue destruido. Yo estaba de guardia. ¿Sabes, mi señora? Incluso entonces, supe que Kelsier vendría por nosotros. Sabía que vendría y que recogería a los que habíamos sido fieles y nos guiaría de vuelta a Luthadel.

Fue a esas cuevas porque yo lo obligué. Quería hacerse matar combatiendo a un ejército él solo.

—La destrucción del ejército fue una prueba —dijo Demoux, contemplando las brumas—. Estos ejércitos... el asedio... son solo pruebas. Para ver si sobrevivimos o no.

—¿Y la ceniza? —preguntó Vin—. ¿Dónde has oído que dejaría de caer?

Demoux se volvió hacia ella.

—El Superviviente nos enseñó eso, ¿no?

Vin negó con la cabeza.

—Mucha gente lo está diciendo —dijo Demoux—. Debe de ser cierto. Encaja con todo lo demás: el sol amarillo, el cielo azul, las plantas...

—Sí, pero ¿dónde oíste por primera vez esas cosas?

—No estoy seguro, mi señora.

¿Dónde oíste que sería yo quien las trajera de vuelta?, pensó Vin, pero de algún modo no fue capaz de expresar en voz alta la pregunta. De cualquier

manera, conocía la respuesta. Demoux no lo sabía. Los rumores se estaban propagando. Sería difícil rastrear su fuente.

—Vuelve al palacio —dijo—. Tendré que decirle a Elend lo que he visto, pero le pediré que no se lo cuente al resto de la banda.

—Gracias, mi señora —respondió Demoux, inclinando la cabeza. Se dio media vuelta y se marchó presuroso. Un segundo más tarde, Vin oyó un golpe tras ella: OreSeur, que saltaba a la calle.

Vin se volvió.

—Estaba segura de que era él.

—¿Ama?

—El kandra —dijo Vin—. Creía que lo había descubierto.

—¿Y?

Negó con la cabeza.

—Es como Dockson... Creo que Demoux sabe demasiado para estar fingiendo. Me parece... real.

—Mis hermanos...

—Son muy hábiles —dijo Vin con un suspiro—. Sí, lo sé. Pero no vamos a arrestarlo. No esta noche, al menos. Lo vigilaremos, pero ya no creo que sea él.

OreSeur asintió.

—Vamos —dijo Vin—. Quiero ver cómo está Elend.

Y así, llego al meollo de mi argumento. Pido disculpas. Incluso grabando mis palabras en acero, aquí sentado y arañando en esta cueva helada, tengo tendencia a divagar.

37



SAZED CONTEMPLÓ LOS POSTIGOS DE la ventana, advirtiendo los vacilantes rayos de luz que empezaban a asomar entre las rendijas. *¿Ya es de día?*, pensó. *¿Hemos estudiado toda la noche?* Parecía imposible. No había recurrido a su capacidad almacenada, pero se sentía más atento, más vivo de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Tindwyl estaba sentada junto a él. La mesa de Sazed estaba llena de papeles sueltos y tenía dos tinteros con sus respectivas plumas a punto para ser utilizados. No había libros: los guardadores no tenían necesidad de ellos.

—¡Ah! —dijo Tindwyl, tomó una pluma y empezó a escribir. Tampoco parecía cansada, pero probablemente había recurrido a su mentebronce, decantando la capacidad de vigilia almacenada en su interior.

Sazed la observó escribir. Casi parecía joven de nuevo; no había visto semejante entusiasmo en ella desde que los reproductores la habían abandonado hacía unos diez años. Ese día, terminado su gran trabajo, finalmente se unió a sus compañeros guardadores. Sazed fue el encargado de ponerla al día acerca del conocimiento descubierto y recopilado durante sus treinta años de enclaustramiento.

Tindwyl no tardó mucho en conseguir un puesto en el Sínodo. Sin embargo, para entonces Sazed ya había sido expulsado de sus filas.

La mujer dejó de escribir.

—El párrafo es de una biografía del rey Wednegon —dijo—. Fue uno de los últimos caudillos que se resistió al lord Legislador de manera significativa.

—Sé quién fue —dijo Sazed, sonriendo.

Ella vaciló.

—Por supuesto.

Obviamente, no estaba acostumbrada a estudiar con alguien que tenía acceso a tanta información como ella. Le entregó el escrito a Sazed; incluso disponiendo de índices mentales y notas, era más fácil escribir el párrafo que esperar a que él lo buscara en sus propias mentecobres.

El texto decía:

Pasé mucho tiempo con el rey durante sus últimas semanas de vida.

Parecía frustrado, como cabe imaginar. Sus soldados nada podían contra los koloss del Conquistador, y sus hombres habían sido derrotados varias veces desde Torre Arrumbada. Sin embargo, el rey no echaba la culpa a sus soldados. Consideraba que sus problemas tenían otro origen: la comida.

Mencionó esta idea varias veces durante aquellos últimos días. Pensaba que, si hubiéramos tenido más comida, podría haber aguantado. De aquello, Wednegon echaba la culpa a la Profundidad. Pues, aunque la Profundidad había sido derrotada (o al menos debilitada), su contacto había vaciado los almacenes de alimentos de Darrelnai.

Su pueblo no podía cultivar alimentos y resistir a la vez a los ejércitos demoníacos del Conquistador. En el fondo, cayeron por eso.

Sazed asintió lentamente.

—¿Cuánto tenemos de este texto?

—No mucho —respondió Tindwyl—. Seis o siete páginas. Esta es la única sección en que se menciona la Profundidad.

Sazed guardó silencio un instante y releyó el párrafo. Finalmente, miró a Tindwyl.

—Piensas que lady Vin tiene razón, ¿verdad? Piensas que la Profundidad era la bruma.

Tindwyl asintió.

—Estoy de acuerdo —dijo Sazed—. Como mínimo, lo que ahora llamamos «la Profundidad» era una especie de cambio en la bruma.

—¿Y tus argumentos de antes?

—Tus palabras y mis estudios han demostrado que eran erróneos —dijo Sazed, soltando el papel—. No deseaba que esto fuera cierto, Tindwyl.

Ella alzó una ceja.

—¿Desafiaste al Sínodo otra vez para ir en busca de algo que ni siquiera tú querías creer?

Él la miró a los ojos.

—Hay una diferencia entre temer algo y desearlo. El retorno de la Profundidad podría destruirnos. Yo no quería esta información... pero tampoco podía dejar pasar la oportunidad de descubrirla.

Tindwyl desvió la mirada.

—No creo que esto vaya a destruirnos, Sazed. Has hecho un gran descubrimiento, eso lo admito. Los escritos de Kwaan nos dicen mucho. De hecho, si la Profundidad era la bruma, entonces nuestra comprensión de la Ascensión del lord Legislador ha aumentado enormemente.

—¿Y si las brumas se están haciendo más fuertes? —preguntó Sazed—. ¿Y si, al matar al lord Legislador, destruimos también la fuerza que las mantenía encadenadas?

—No tenemos ninguna prueba de que las brumas aparezcan de día —dijo Tindwyl—. Y de la posibilidad de que estén matando gente solo tenemos tus escasamente sólidas teorías.

Sazed apartó la mirada. Sobre la mesa, sus dedos habían emborronado las apresuradas notas de Tindwyl.

—Es cierto —dijo.

La mujer suspiró.

—¿Por qué nunca te defiendes, Sazed?

—¿Qué defensa tengo?

—Tienes que tener alguna. ¡Te disculpas y pides perdón, pero tu aparente culpa nunca parece cambiar tu conducta! ¿Nunca has pensado que, tal vez, si fueras más decidido, podrías estar dirigiendo el Sínodo? Te expulsaron porque te negaste a plantear argumentos en tu propia defensa. Eres el rebelde más contrito que he conocido.

Sazed no respondió. Se volvió hacia un lado y vio su mirada de preocupación. Sus hermosos ojos. *Pensamientos necios*, se dijo. *Siempre lo has sabido. Algunas cosas son para los demás, pero no para ti.*

—Tenías razón respecto al lord Legislador, Sazed —dijo Tindwyl—. Tal vez los demás te hubieran seguido de haber sido un poco más... insistente.

Sazed negó con la cabeza.

—No soy un hombre de una de tus biografías, Tindwyl. En realidad, ni siquiera soy un hombre.

—Eres mejor hombre que ellos, Sazed. Lo frustrante es que nunca he podido averiguar por qué.

Guardaron silencio. Sazed se levantó y se acercó a la ventana; abrió los postigos y dejó entrar la luz. Luego apagó la lámpara de la habitación.

—Me marcharé hoy —dijo Tindwyl.

—¿Marcharte? Los ejércitos no te dejarán pasar.

—No pensaba en pasar, Sazed. Planeo visitarlos. He puesto al corriente al joven lord Venture; tengo que ofrecer la misma ayuda a sus oponentes.

—Ah... —dijo Sazed—. Comprendo. Tendría que haberme dado cuenta.

—Dudo que me escuchen como lo ha hecho él —dijo Tindwyl, y un atisbo de afecto asomó a su voz—. Venture es un buen hombre.

—Un buen rey.

Tindwyl no respondió. Miró la mesa, con sus anotaciones esparcidas, cada una sacada de sus diversas mentecobres, garabateada con prisa y luego leída una y otra vez.

¿Qué ha sido esta noche, entonces? ¿La noche de estudiar, la noche de compartir pensamientos y descubrimientos?

Ella seguía siendo hermosa. Su pelo castaño empezaba a encanecer, pero era largo y liso. Tenía el rostro marcado por toda una vida de dificultades que no habían podido con ella. Y los ojos... ojos penetrantes, con el conocimiento y el amor al aprendizaje que solo un guardador podía sentir.

No tendría que pensar en estas cosas, volvió a decirse Sazed. *No tienen sentido. Nunca lo tuvieron.*

—Debes irte, entonces —dijo, volviéndose.

—Una vez más, te niegas a discutir.

—¿Qué sentido tendría discutir? Eres una persona sabia y decidida. Debes guiarte por tu propia conciencia.

—A veces, la gente solo parece decidida porque no tiene otra opción mejor.

Sazed se volvió hacia ella. La habitación permaneció en silencio: los únicos sonidos procedían del patio. Tindwyl estaba sentada a la luz, con su brillante túnica cada vez más iluminada a medida que la oscuridad menguaba. Parecía estar dando a entender algo, algo que él no esperaba oír de ella.

—Estoy confundido —dijo Sazed, sentándose de nuevo lentamente—.

—¿Qué hay de tu deber como guardadora?

—Es importante —admitió ella—. Pero... hay excepciones de vez en cuando. Este calco que has traído... bueno, quizás merece ser estudiado más a fondo antes de que me marche.

Sazed la observó, tratando de leer en sus ojos. *¿Qué es lo que siento?*, se preguntó. *¿Confusión? ¿Aturdimiento? ¿Miedo?*

—No puedo ser lo que deseas, Tindwyl —manifestó—. No soy un hombre.

Ella agitó una mano, indiferente.

—Ya he tenido suficientes «hombres» y partos a lo largo de los años, Sazed. He cumplido mi deber con el pueblo de Terris. Me gustaría apartarme de ellos un tiempo. Una parte de mí lamenta lo que me han hecho.

Sazed abrió la boca para hablar, pero ella alzó una mano.

—Lo sé, Sazed. Yo acepté ese deber, y me alegro de mi servicio. Pero... durante los años que pasé sola, reuniéndome con los guardadores solo en ocasiones, encontraba frustrante que todos sus planes parecieran encaminados a mantener el estatus de pueblo conquistado.

»Solo vi a un hombre impulsar al Sínodo a tomar medidas. Mientras los demás planeaban cómo mantenerse ocultos, un hombre quería atacar. Mientras los demás decidían la mejor manera de engañar a los reproductores, un hombre quería planear la caída del Imperio Final. Cuando volví a reunirme con mi gente, descubrí que ese hombre seguía luchando. Solo. Condenado por confraternizar con ladrones y rebeldes, aceptó en silencio su castigo.

Ella sonrió.

—Ese hombre nos liberó a todos.

Le apretó la mano. Sazed permaneció sentado, aturdido.

—Los hombres sobre los que leí, Sazed, no eran hombres que se sentaran a planear la mejor manera de esconderse. Lucharon, buscaron la victoria. A veces fueron intrépidos... y otros hombres los tildaron de locos. Sin embargo, al final, fueron ellos los que *cambiaron* las cosas.

La luz entró de lleno en la habitación, y ella se sentó, sosteniendo la mano de él entre las suyas. Parecía... ansiosa. ¿Había visto Sazed alguna vez esa emoción en ella? Era fuerte, la mujer más fuerte que conocía. No podía ser aprensión lo que veía en sus ojos.

—Dame una excusa, Sazed —susurró.

—Me... gustaría mucho que te quedaras —dijo Sazed, una mano en las de ella, la otra sobre la mesa, los dedos temblando levemente.

Tindwyl alzó una ceja.

—Quédate —dijo Sazed—. Por favor.

Tindwyl sonrió.

—Muy bien... me has convencido. Volvamos entonces a nuestros estudios.

ELEND RECORRÍA LA MURALLA A la luz de la mañana. La espada que llevaba a la cadera tintineaba al rozar contra la piedra a cada paso.

—Casi pareces un rey —comentó una voz.

Elend se volvió para ver cómo Ham subía los últimos escalones. El aire era frío, la escarcha todavía cubría la piedra que estaba a la sombra. Se acercaba el invierno. Quizás había llegado ya. Sin embargo, Ham no llevaba capa, solo chaleco, pantalones y sandalias como de costumbre.

Me pregunto si sabe lo que es el frío, pensó Elend. *Peltre. Qué talento tan formidable.*

—Dices que casi parezco un rey —dijo Elend, volviendo a pasear por la muralla mientras Ham se reunía con él—. Supongo que la ropa de Tindwyl ha hecho maravillas con mi imagen.

—No me refería a la ropa —contestó Ham—. Hablaba de la expresión de tu rostro. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Horas. ¿Cómo me has encontrado?

—Los soldados. Empiezan a considerarte su comandante, Elend. Montan guardia mejor donde tú estás: se yerguen un poco más cuando estás cerca, pulen sus armas si saben que vas a pasar a su lado.

—Creía que no pasabas mucho tiempo con ellos.

—Oh, nunca he dicho eso. Paso un montón de tiempo con los soldados... Es que no soy lo suficientemente intimidador para ser su comandante. Kelsier siempre quiso que fuera general. Creo que en el fondo pensaba que ser amigo de la gente era inferior a liderarla. Tal vez tuviera razón: la gente necesita líderes. Pero yo no quiero serlo.

—Yo sí —dijo Elend, sorprendido de sus propias palabras.

Ham se encogió de hombros.

—Probablemente sea buena cosa. Después de todo, eres rey.

—Más o menos.

—Sigues llevando la corona.

Elend asintió.

—Me parecía mal no hacerlo. Sé que parece una tontería... hace poco tiempo que la llevo. Pero la gente necesita saber que todavía hay alguien al mando. Unos cuantos días más, por lo menos.

Continuaron paseando. En la distancia, Elend vio una sombra en el terreno: el tercer ejército había llegado por fin siguiendo a los refugiados. Sus exploradores no estaban seguros de por qué los koloss habían tardado tanto en llegar a Luthadel. Sin embargo, el triste relato de los aldeanos ofrecía algunas pistas.

Los koloss no habían atacado a Straff ni a Cett. Esperaban. Al parecer, Jastes tenía suficiente control sobre ellos para mantenerlos a raya. Y por eso se habían unido al asedio: otra bestia esperando la oportunidad de saltar sobre Luthadel.

Cuando no puedes tener a la vez libertad y seguridad, ¿qué eliges?

—Pareces sorprendido de darte cuenta de que quieras estar al mando —dijo Ham.

—Es que nunca había expresado antes en voz alta tal deseo. ¡Parezco tan arrogante cuando lo digo! Quiero ser rey. No quiero que otro ocupe mi lugar. Ni Penrod, ni Cett... ni nadie. El puesto es mío. La ciudad es mía.

—No sé si «arrogante» es el calificativo adecuado, El. ¿Por qué quieres ser rey?

—Para proteger a este pueblo. Para velar por su seguridad... y por sus derechos. Pero también para asegurarme de que los nobles no acaben en el bando equivocado de otra rebelión.

—Eso no es arrogancia.

—Lo es, Ham. Pero es una arrogancia comprensible. No creo que un hombre pueda gobernar sin ella. De hecho, creo que es lo que me ha faltado durante casi todo mi reinado. Arrogancia.

—Confianza en uno mismo.

—Un modo más bonito de expresar lo mismo —dijo Elend—. Puedo hacerlo mejor para este pueblo que ningún otro. Solo tengo que encontrar un modo de demostrarlo.

—Lo harás.

—Eres un optimista, Ham.

—Y tú también.

Elend sonrió.

—Cierto. Pero este oficio me está cambiando.

—Bueno, si quieras conservar el trabajo, deberíamos volver a estudiar. Nos queda solo un día.

Elend negó con la cabeza.

—He leído todo lo que he podido, Ham. No me aprovecharé de la ley, así que no hay ningún motivo para buscar fallos, y estudiar otros libros en busca de inspiración no sirve de nada. Necesito tiempo para pensar. Tiempo para pasear...

Continuaron haciéndolo. Elend distinguió algo en la distancia. Un grupo de soldados enemigos estaba haciendo algo que no podía determinar. Llamó a

uno de sus hombres.

—¿Qué hacen? —preguntó.

El soldado se protegió de la luz con una mano y aguzó la vista.

—Parece otra escaramuza entre los hombres de Cett y los de Straff, Majestad.

Elend alzó una ceja.

—¿Eso sucede a menudo?

El soldado se encogió de hombros.

—Cada vez más, últimamente. Normalmente las patrullas de exploradores se encuentran y estallan conflictos. Dejan unos cuantos cadáveres cuando se retiran. Nada de importancia, Majestad.

Elend asintió y despidió al hombre. *Bastante importante*, pensó. *Esos ejércitos deben de estar tan tensos como nosotros. A los soldados no puede gustarles tanto tiempo de asedio, sobre todo con clima invernal.*

Estaban cerca. La llegada de los koloss solo causaría más caos. Si manejaba bien la situación, Straff y Cett se verían obligados a enfrentarse. *¡Solo necesito un poco más de tiempo!*, pensó, mientras continuaba su paseo con Ham.

Sin embargo, antes tenía que recuperar el trono. Sin esa autoridad, no era nada... y no podía hacer nada.

El problema roía su mente. No obstante, mientras paseaba algo le distrajo; esta vez dentro de las murallas en vez de en el exterior. Ham tenía razón: los soldados se erguían un poco más cuando Elend se acercaba a sus posiciones. Lo saludaron, y él asintió, caminando con una mano en el pomo de la espada, tal como le había enseñado a hacer Tindwyl.

Si conservo mi trono, se lo deberé a esa mujer, pensó. Naturalmente, ella lo reprendería por tener esa idea. Le diría que conservaba su trono porque lo merecía, porque era rey. Al cambiar, simplemente había usado los recursos que tenía a mano para poder superar todos sus retos.

No estaba seguro de conseguir ver las cosas de esa manera. Pero en su última lección del día anterior (de algún modo sabía que era la última) le había enseñado solo una cosa nueva: que no había ningún molde para ser rey. No sería como los reyes del pasado, igual que no podía ser como Kelsier.

Sería Elend Venture. Sus raíces estaban en la filosofía, así que sería recordado como erudito; mejor que usara eso en su provecho, o no sería recordado en absoluto. Ningún rey podía admitir sus debilidades, pero hacía bien admitiendo sus puntos fuertes.

¿Y cuáles son los míos? ¿Por qué debería ser yo quien gobierne esta ciudad y las que la rodean?

Sí, era un erudito... y un optimista, como había señalado Ham. No era un maestro dulista, aunque estaba mejorando bastante en ese aspecto. No era un diplomático excelente, aunque sus reuniones con Straff y Cett demostraban que podía defenderse bien.

—¿Qué era?

Un noble que amaba a los skaa. Siempre le habían fascinado, incluso antes del Colapso, antes de conocer a Vin y a los demás. Una de sus reflexiones políticas favoritas era intentar demostrar que no eran distintos de los hombres de noble cuna. Era idealista, incluso un poco ingenuo si lo pensaba... y, siendo sincero, su interés por los skaa antes del Colapso había sido en buena parte académico. Eran unos desconocidos, y por eso le parecían exóticos e interesantes.

Sonrió. *Me pregunto qué habrían pensado los obreros de las plantaciones si alguien les hubiera dicho que eran «exóticos».*

Pero entonces se produjo el Colapso: la rebelión predicha en sus libros y teorías cobraba vida. Sus creencias no habían podido continuar siendo meras abstracciones académicas. Y había llegado a conocer a los skaa, no solo a Vin y a los de la banda, sino a los obreros y criados. Había visto la esperanza que empezaba a crecer en ellos. Había visto el despertar del orgullo, del valor en la gente de la ciudad, y eso le commovía.

No los abandonaría.

Eso es lo que soy, pensó Elend, deteniéndose en su paseo por la muralla. *Un idealista. Un idealista melodramático que, a pesar de sus libros y doctrinas, nunca ha sido un noble muy bueno.*

—¿Qué? —preguntó Ham, deteniéndose junto a él.

Elend se volvió.

—Tengo una idea.

Este es el problema. Aunque al principio creí en Alendi, más tarde recelé. Parecía que encajaba con los signos, cierto. Pero, bueno, ¿cómo puedo explicarlo?

¿Podía ser que encajara demasiado bien?

38



¿CÓMO PUEDE PARECER TAN CONFIADO *cuando yo estoy tan nerviosa?*, pensó Vin, de pie junto a Elend, mientras el Salón de la Asamblea empezaba a llenarse. Habían llegado temprano; esta vez, Elend había dicho que quería parecer al mando al ser quien saludara a cada miembro de la Asamblea según fuera llegando.

Se elegiría al rey.

Vin y Elend se hallaban en el estrado, saludando a los asambleístas a medida que entraban por la puerta lateral de la sala. Los bancos ya estaban ocupados; las primeras filas, como siempre, repletas de guardias.

—Estás preciosa hoy —dijo Elend, mirando a Vin.

Ella se encogió de hombros. Se había puesto su vestido blanco, un modelo vaporoso con unas cuantas capas diáfanas en la parte superior. Como sus otros vestidos, estaba diseñado para que pudiera moverse a sus anchas, y hacía juego con la nueva ropa de Elend, sobre todo por el bordado oscuro de las mangas. No llevaba joyas, pero sí unos cuantos pasadores de madera para el cabello.

—Es extraño lo rápido que una se acostumbra a estos vestidos.

—Me alegro de que hayas cambiado —dijo Elend—. Los pantalones y la camisa son propios de ti... pero esta también eres tú. La parte de ti que recuerdo de los bailes, cuando apenas nos conocíamos.

Vin sonrió con tristeza mirándolo, mientras la multitud se volvía un poco más lejana.

—Nunca llegaste a bailar conmigo.

—Lo siento —contestó él, acariciándole levemente el brazo—. No hemos tenido mucho tiempo para nosotros últimamente, ¿verdad?

Vin negó con la cabeza.

—Me encargaré de eso. Cuando esta confusión se haya terminado, cuando el trono esté seguro, podremos dedicarnos a nosotros mismos.

Vin asintió, y entonces se volvió bruscamente al advertir movimiento a su espalda. Un miembro de la Asamblea cruzaba el estrado.

—Estás nerviosa —dijo Elend, frunciendo un poco el ceño—. Aún más que de costumbre. ¿Qué se me escapa?

Vin sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Elend saludó al miembro de la Asamblea, uno de los representantes skaa, con un firme apretón de manos. Vin permaneció a su lado, su anterior tristeza evaporándose como las brumas mientras su mente regresaba al ahora. *¿Qué me tiene inquieta?*

La sala estaba repleta: todo el mundo quería ser testigo de los acontecimientos del día. Elend se había visto obligado a colocar guardias en las puertas para mantener el orden. Pero no era solo el número de gente lo que ponía nerviosa a Vin. Era lo... equivocado de la situación. Todos se congregaban como carroñeros alrededor de un cadáver putrefacto.

—Esto es un error —dijo, agarrando por el brazo a Elend cuando el hombre de la Asamblea se marchaba—. Los gobiernos no deberían cambiar de mano basándose en las argumentaciones lanzadas desde un atril.

—Que no haya sido así en el pasado no significa que *no deba* ocurrir —dijo Elend.

Vin negó con la cabeza.

—Algo va a salir mal, Elend. Cett te sorprenderá, y tal vez Penrod lo haga también. Hombres como ellos no se quedarán quietos ni permitirán que una votación decida su futuro.

—Lo sé —contestó Elend—. Pero no son los únicos capaces de causar sorpresa.

Vin lo miró, intrigada.

—¿Estás planeando algo?

Él vaciló antes de mirarla.

—Yo... bueno, Ham y yo ideamos algo anoche. Un plan. He intentado encontrar un modo de contártelo, pero no he tenido tiempo. Tuvimos que

actuar con rapidez.

Vin frunció el ceño, aprensiva. Iba a decir algo, pero calló y estudió su mirada. Elend parecía un poco avergonzado.

—¿Qué? —preguntó.

—Bueno... tiene que ver contigo y tu reputación. Iba a pedirte permiso, pero...

Vin sintió un ligero escalofrío. Tras ellos, el último miembro de la Asamblea tomó asiento, y Penrod se levantó para dirigir la reunión. Miró a Elend y se aclaró la garganta.

Elend maldijo entre dientes.

—Mira, no tengo tiempo de explicarlo —dijo—. Pero en realidad no es gran cosa... puede que ni siquiera me valga muchos votos. Pero, bueno, tenía que intentarlo. Y no cambia nada. Entre nosotros, quiero decir.

—¿Qué?

—¿Lord Venture? —dijo Penrod—. ¿Estás preparado para iniciar la sesión?

La sala permaneció en silencio. Vin y Elend estaban de pie en el centro del estrado, entre el atril y los asientos de los miembros de la Asamblea. Ella lo miró, dividida entre el temor, la confusión y una leve sensación de traición.

¿Por qué no me lo has dicho?, pensó. ¿Cómo puedo estar preparada si no me cuentas lo que planeas? Y... ¿por qué me miras así?

—Lo siento —dijo Elend, y se dispuso a ocupar su asiento.

Vin se quedó de pie, sola ante el público. En otro tiempo tanta atención la habría aterrorizado. Todavía la hacía sentirse incómoda. Ladeó la cabeza y se dirigió hacia los asientos del fondo y su sitio vacío.

Ham no estaba. Vin frunció el ceño y se dio la vuelta mientras Penrod abría la sesión. Allí, pensó. Localizó a Ham entre el público, sentado tranquilamente con un grupo de skaa que conversaban en voz baja, pero ni siquiera con tanto pude Vin distinguir lo que decían en medio de la multitud. Brisa estaba con unos cuantos soldados de Ham, al fondo de la sala. Daba igual que conocieran o no el plan de Elend: estaban demasiado lejos para que se lo preguntara.

Molesta, se arregló las faldas y se sentó. No se había sentido tan ciega desde...

Desde aquella noche hace un año, justo antes de descubrir el plan de Kelsier, cuando creí que todo se desplomaba a mi alrededor.

Quizás eso era buena señal. ¿Habría ideado Elend algún subterfugio de brillantez política de última hora? No importaba realmente que no lo hubiera

comentado con ella: probablemente de todas formas no hubiese comprendido su fundamentación.

Pero... siempre había compartido sus planes conmigo hasta ahora.

Penrod continuó hablando, probablemente para prolongar su tiempo delante de la Asamblea. Cett estaba sentado en primera fila, rodeado por una veintena de soldados, con aire de satisfacción. Y bien podía estar satisfecho. Por lo que ella había oído, iba a ganar la votación con facilidad.

Pero ¿qué estaba planeando Elend?

Penrod se votará a sí mismo, pensó Vin. Igual que Elend. Quedan veintidós votos. Los mercaderes apoyarán a Cett, como los skaa. Tienen demasiado miedo a ese ejército para votar otra cosa.

Eso solo dejaba a los miembros de la nobleza. Algunos habían votado por Penrod (el noble más poderoso de la ciudad; muchos miembros de la Asamblea eran aliados suyos desde hacía tiempo). Pero quien ganaría sería Cett, quien solo necesitaba una mayoría de dos tercios para acceder al trono.

Ocho mercaderes, ocho skaa. Dieciséis hombres de parte de Cett. Iba a ganar. ¿Qué podía hacer Elend?

Penrod terminó por fin su discurso de apertura.

—Pero, antes de votar —dijo—, me gustaría ofrecer la palabra a los candidatos para una alocución final si así lo desean. Lord Cett, ¿quieres ser el primero?

Cett negó con la cabeza.

—He hecho mis ofertas y mis amenazas, Penrod. Todos sabéis que tenéis que votar por mí.

Vin frunció el ceño. Parecía seguro de sí mismo, y sin embargo... Escrutó la multitud y sus ojos se posaron en Ham, que hablaba con el capitán Demoux. Y sentado junto a ellos estaba uno de los hombres que la habían seguido en el mercado. Un sacerdote del Superviviente.

Vin se volvió para estudiar a los miembros de la Asamblea. Los representantes skaa parecían incómodos. Miró a Elend, quien se levantó para ocupar su lugar en el atril. Había recuperado su antigua confianza y el uniforme blanco le daba un aspecto regio. Seguía llevando la corona.

No cambia nada entre nosotros... Lo siento, había dicho.

Se serviría de su reputación para conseguir votos. Su reputación era la reputación de Kelsier, y solo a los skaa les importaba realmente. Y solo había una forma fácil de influir en ellos...

—Te has unido a la Iglesia del Superviviente, ¿no? —susurró.

Las reacciones de los asamblearios skaa, la lógica del momento, las palabras de Elend de antes... todo cobraba sentido de pronto. Si Elend se unía a la Iglesia, los miembros skaa de la Asamblea quizá temieran votar en su contra. Y Elend necesitaba dieciséis votos para conseguir el trono: si había empate, ganaba. Con los ocho skaa y su propio voto, los otros nunca podrían expulsarlo.

—Muy astuto —susurró.

El plan tal vez no funcionara. Dependería de cuánto poder tuviera la Iglesia del Superviviente sobre los asamblearios skaa. Sin embargo, aunque algunos de aquellos skaa votaran contra Elend, todavía quedaban los nobles que votarían por Penrod. Si lo hacían los suficientes, Elend buscaría el empate y conservaría el trono.

El único precio sería su integridad.

Era injusto, se dijo Vin. Si Elend se había unido a la Iglesia del Superviviente, se aferraría a las promesas que hubiera hecho. Y, si la Iglesia del Superviviente obtenía el respaldo oficial, podría volverse tan fuerte en Luthadel como lo había sido el Ministerio de Acero. Y... ¿cómo cambiaría eso la manera en que Elend la veía?

«Esto no cambia nada», le había prometido él.

Aturdida, lo oyó empezar a hablar y sus alusiones a Kelsier ahora le parecieron obvias. Sin embargo, lo único que sintió fue una leve sensación de ansiedad. Era lo que Zane había dicho. Ella era el cuchillo. Un tipo diferente de cuchillo, pero un arma de todas formas. El medio por el que Elend protegería la ciudad.

Tendría que haber estado furiosa, o al menos asqueada. ¿Por qué seguían sus ojos recorriendo la multitud? ¿Por qué no podía concentrarse en lo que estaba diciendo Elend, en cómo la estaba ensalzando? ¿Por qué estaba de pronto tan nerviosa?

¿Por qué se movían tan sutilmente aquellos hombres alrededor de la sala?

—POR ESO, CON LA BENDICIÓN del Superviviente, os pido que votéis por mí —dijo Elend.

Esperó en silencio. Era un movimiento drástico; unirse a la Iglesia del Superviviente ponía a Elend bajo la autoridad espiritual de un grupo externo. Pero tanto Ham como Demoux lo habían considerado una buena idea. Elend

se había pasado casi todo el día anterior informando a los ciudadanos skaa de su decisión.

Parecía una buena maniobra. Lo único que le preocupaba era Vin. La miró. A ella no le gustaba el lugar que ocupaba en la Iglesia del Superviviente, y que Elend se uniera a ella significaba, técnicamente, que aceptaba su papel en las creencias de la misma. Trató de mirarla a los ojos y sonreír, pero no lo estaba mirando. Observaba al público.

Elend frunció el ceño. Vin se levantó.

Un hombre apartó de repente de un empujón a dos soldados de la primera fila y luego dio un salto sobrenatural hasta aterrizar en el estrado. El hombre sacó un bastón de duelo.

¿Qué?, pensó Elend desconcertado. Por fortuna, los meses pasados entrenando por orden de Tindwyl habían despertado en él instintos que no sabía que tenía. Cuando el violento lo atacó, Elend esquivó y rodó. Golpeó el suelo, se giró y vio cómo el hombretón se abalanzaba hacia él enarbolando el bastón.

Un destello de encajes blancos y faldas revoloteó en el aire. Vin golpeó con los pies al violento y lo lanzó hacia atrás mientras giraba.

El hombre rezongó. Vin aterrizó de golpe directamente delante de Elend. El Salón de la Asamblea resonó con los gritos y alardos.

Vin apartó el atril de una patada.

—Ponte detrás de mí —susurró, y una daga de obsidiana chispeó en su mano derecha.

Elend asintió, vacilante, y desenvainó la espada mientras se ponía en pie. El violento no estaba solo: tres grupitos de hombres armados se movían por la sala. Uno atacó la fila delantera, distraiendo a los guardias de allí. Otro grupo subía al estrado. El tercero parecía ocupado entre la multitud. Los soldados de Cett.

El violento se había levantado. No parecía haber sufrido mucho con la patada de Vin.

Asesinos, pensó Elend. *Pero ¿quién los envía?*

El hombre sonrió mientras se le unían cinco amigos más. El caos imperaba en la sala; los miembros de la Asamblea se dispersaban, sus guardaespaldas corrían a rodearlos. La lucha en la parte delantera del estrado impedía que nadie huyera por aquel lado. Los miembros de la Asamblea se amontonaban en la entrada lateral. Los atacantes, sin embargo, no parecían molestarse con ellos.

Solo tenían ojos para Elend.

Vin se mantuvo en posición, esperando a que los hombres atacaran, amenazadora a pesar del vestido de encaje. A Elend le pareció oírla gruñir en voz baja.

Los hombres atacaron.

VIN SE ABALANZÓ HACIA DELANTE, atacando con la daga al violento. Sin embargo, él la esquivó fácilmente con un golpe de bastón. Había seis hombres en total: tres eran obviamente violentos, lo que quería decir que los otros tres eran probablemente lanzamoneda o atraedores. Un fuerte componente de controladores de metal. Alguien no quería que ella terminara la pelea con monedas en un abrir y cerrar de ojos.

No comprendían que Vin nunca hubiera usado monedas en tal situación. No estando Elend tan cerca y habiendo tanta gente en la sala, no hubiese podido lanzar monedas con seguridad. Si lanzaba un puñado a sus enemigos podía morir gente.

Tenía que matar rápido a esos tipos. Ya se estaban desplegando, rodeándolos a ella y a Elend. Se movían por parejas: un violento y un lanzamoneda en cada equipo. Atacarían por los flancos tratando de llegar hasta Elend.

Vin recurrió al hierro, tirando de la espada de Elend para sacarla de su vaina. La así por la empuñadura y la lanzó contra uno de los equipos. El lanzamoneda se la devolvió de un empujón, y ella, a su vez, la empujó a un lado, haciéndola girar hacia la segunda pareja de alomantes.

Uno de ellos la empujó de nuevo hacia ella. Vin tiró desde atrás, arrancando la vaina de punta metálica de las manos de Elend y lanzándola por el aire. La vaina pasó al vuelo junto a la espada. Esta vez, los lanzamoneda enemigos tiraron de ambas simultáneamente hacia el público que huía.

Los hombres gritaron desesperados mientras tropezaban y trataban de salir de la sala. Vin apretó los dientes. Necesitaba un arma mejor.

Arrojó una daga de piedra contra una pareja de asesinos y saltó hacia otra, girando bajo el arma del violento que la atacaba. El lanzamoneda no llevaba metal encima: solo estaba allí para impedirle matar al violento con monedas. Probablemente suponían que sería fácil derrotar a Vin, ya que se veía privada de la posibilidad de lanzar monedas.

El violento hizo girar su bastón, tratando de alcanzarla con el extremo. Ella agarró el arma, dio un tirón y saltó empujando las gradas de la Asamblea que tenía detrás. Golpeó al violento en el pecho con los pies y lo pateó con fuerza avivando peltre. El hombre gemía. Vin se empujó hacia los clavos de las gradas con todas sus fuerzas.

El violento consiguió permanecer en pie. Pareció completamente sorprendido, sin embargo, de que Vin se apartara de él llevándose su bastón.

Vin aterrizó y giró hacia Elend, que se había procurado un arma (un bastón de duelo) y tuvo el buen sentido de colocarse contra una pared. A la derecha se acurrucaban algunos miembros de la Asamblea, rodeados por sus guardias. La sala estaba demasiado llena, las salidas eran demasiado pequeñas para que todos escaparan.

Los miembros de la Asamblea no hicieron ningún amago de ayudar a Elend.

Uno de los asesinos soltó un grito, señalando, cuando Vin se empujó en las gradas hacia ellos y se colocó delante de Elend. Dos violentos alzaron sus armas mientras Vin giraba en el aire, tirando con suavidad de los goznes de una puerta para darse impulso. Su vestido aleteó al aterrizar.

Tengo que dar las gracias al sastre, pensó, alzando el bastón. Quería rasgarse el vestido de todas formas, pero los violentos se le echaron encima con demasiada rapidez. Bloqueó ambos golpes a la vez y luego se lanzó entre los hombres, avivando peltre, moviéndose más rápido que ellos.

Uno maldijo, tratando de hacer girar su bastón. Vin le rompió la pierna antes de que pudiera hacerlo. Cayó con un aullido, y ella saltó sobre su espalda, clavándolo al suelo mientras lanzaba un revés contra el segundo violento, que lo bloqueó y blandió su arma contra ella para quitarla de encima de su compañero.

Elend atacó. Los movimientos del rey, sin embargo, parecían torpes en comparación con los de los hombres que avivaban peltre. El violento giró casi con indiferencia, desviando el arma de Elend sin ninguna dificultad.

Vin soltó una maldición mientras caía. Lanzó su bastón contra el violento, obligándolo a apartarse de Elend. Apenas lo había esquivado cuando llegó al suelo, se puso en pie de un brinco y sacó una segunda daga. Se abalanzó hacia el violento antes de que pudiera volverse contra Elend.

Una lluvia de monedas voló hacia ella. No podía empajarlas, no con tanta gente alrededor. Gritó, colocándose entre las monedas y Elend, y empujó hacia

los lados, dividiéndolas lo mejor que pudo para que se esparcieran y chocaran contra la pared. Sintió un destello de dolor en el hombro a pesar de todo.

¿De dónde ha sacado las monedas?, pensó con frustración. Pero vio al lanzamoneda junto a un atemorizado miembro de la Asamblea al que había obligado a entregarle su faltriquera.

Vin apretó los dientes. Todavía podía mover el brazo. Eso era lo que importaba. Gritó y se lanzó contra el violento más cercano. Sin embargo, el tercero había recuperado su arma, la que Vin le había arrojado, y daba un rodeo con su lanzamoneda para intentar sorprenderla por atrás.

Uno a uno, pensó Vin.

El violento más cercano blandió su arma. Ella tenía que sorprenderlo. Así que no esquivó ni bloqueó. Se limitó a recibir el golpe en el costado, quemando duraluminio y peltre para resistir. Algo crujío en su interior al recibir el golpe, pero con duraluminio fue lo bastante fuerte para resistirlo. La madera se astilló y ella continuó avanzando hasta clavar su daga en el cuello del violento.

El hombre cayó, dejando al descubierto a un sorprendido lanzamoneda. El peltre de Vin se había consumido con el duraluminio, y el dolor floreció como un amanecer en su costado. A pesar de todo, liberó su daga mientras el violento caía, todavía moviéndose lo bastante rápido para alcanzar al lanzamoneda en el pecho.

Luego retrocedió tambaleándose, jadeando y sujetándose el costado mientras los dos hombres morían a sus pies.

Queda un violento, pensó con cierta desesperación. *Y dos lanzamoneda*.

Elend me necesita. Con el rabillo del ojo vio a uno de los lanzamoneda arrojarle a Elend un puñado de monedas. Gritó, empujándolas, y oyó maldecir al hombre.

Se dio la vuelta, contando con que las líneas azules de su acero la advirtieran de si el lanzamoneda trataba de arrojarle algo más a Elend, y se sacó de la manga, donde lo llevaba bien atado para impedir que se lo arrancaran de un tirón, su frasco de metal. Sin embargo, mientras le quitaba el tapón el frasco salió volando de su mano temblorosa. El segundo lanzamoneda hizo una mueca mientras se lo arrebataba, lo volcaba y desparramaba su contenido por el suelo.

Vin rugió, pero empezaba a estar aturdida. Necesitaba peltre. Sin él, la profunda herida del hombro a causa de la moneda (la manga de encaje estaba

roja de sangre) y el dolor aplastante en su costado eran demasiado. Casi no podía pensar.

Un bastón trató de alcanzarle la cabeza. Se apartó, rodando. Sin embargo, ya no tenía la gracia ni la velocidad del peltre. Podría haber esquivado el golpe de un hombre normal, pero el ataque de un alomante era otra cosa.

¡No tendría que haber quemado duraluminio!, pensó. La jugada le había permitido matar a dos asesinos, pero la había dejado demasiado indefensa. El bastón voló hacia ella

Algo grande chocó contra el violento, arrastrándolo al suelo en un rugiente remolino de patas. Vin se incorporó mientras el violento golpeaba a OreSeur en la cabeza, haciendo crujir su cráneo. Sin embargo, el hombre sangraba y maldecía, y había soltado el bastón. Vin lo agarró por un extremo, se puso en pie y apretó los dientes para golpear en la cara al violento con el extremo opuesto. El hombre recibió el golpe con una maldición y le puso una zancadilla que logró derribarla.

Cayó junto a OreSeur. El sabueso, extrañamente, sonreía. Tenía una herida en el lomo

No, una herida no. Una abertura en la carne... con un frasco de metal oculto dentro. Vin lo agarró, rodando, manteniéndolo oculto mientras el violento se ponía en pie. Tragó el líquido y los copos de metal que contenía. En el suelo, ante ella, vio la sombra del violento descargando un poderoso revés.

El peltre avivó la fuerza en su interior y sus heridas se volvieron meros zumbidos molestos. Esquivó el bastón que caía; golpeó el suelo y arrancó astillas de madera. Vin se levantó y descargó un puñetazo en el brazo de su sorprendido oponente.

No fue suficiente para romperle los huesos, pero obviamente le dolió. El violento, que ya había perdido dos dientes, gimió de dolor. Con el rabillo del ojo Vin vio a OreSeur ponerse en pie, con su mandíbula de perro colgando de una manera antinatural. Le hizo un gesto de asentimiento: el violento seguramente pensaba que estaba muerto debido a la fractura del cráneo.

Más monedas volaron hacia Elend. Ella las apartó sin mirar siquiera. OreSeur golpeó al violento por detrás, que giró sorprendido en el momento en que Vin atacaba. El bastón del hombre pasó a medio palmo de su cabeza y golpeó el espinazo de OreSeur. Ella le plantó la mano delante de la cara al individuo, pero, sin embargo, no descargó un puñetazo, que de poco habría servido contra un violento.

Extendió un dedo y usó su puntería. El ojo del violento saltó cuando le clavó el dedo en la cuenca. Entonces retrocedió de un salto mientras el hombre gritaba y se llevaba una mano a la cara. Le descargó un puñetazo en el pecho, derribándolo, saltó por encima de la forma caída de OreSeur y recogió su daga del suelo.

El violento murió, agarrándose agónicamente la cara, con la daga clavada en el pecho.

Vin se dio la vuelta buscando desesperadamente a Elend, que había recogido una de las armas del violento caído y mantenía a raya a los dos lanzamoneda restantes, que al parecer habían desistido de arrojarle monedas que ella desviaba. En cambio, habían sacado bastones de duelo para atacarlo directamente. El entrenamiento de Elend había sido suficiente para mantenerlo con vida... pero solo porque sus oponentes tenían que vigilar a Vin para asegurarse de que ella no tratara de usar monedas.

Vin dio una patada al bastón del hombre al que acababa de matar y lo atrapó al vuelo. Un lanzamoneda gritó cuando se abalanzó contra ellos con un alarido y haciendo girar su arma. Uno pudo reaccionar y se empujó en las gradas para apartarse. El arma de Vin, de todas formas, lo alcanzó en el aire, lanzándolo a un lado. El siguiente golpe alcanzó a su compañero, que había intentado escabullirse.

Elend respiraba entrecortadamente, con el uniforme desordenado.

Le ha ido mejor de lo que esperaba, admitió Vin, doblándose, tratando de juzgar la gravedad de la contusión de su costado. Necesitaba vendarse el hombro. La moneda no había alcanzado el hueso, pero la hemorragia le...

—¡Vin! —gritó Elend.

Alguien muy fuerte la agarró de pronto por atrás. Vin se quedó sin respiración mientras la arrojaban al suelo.

El primer violento. Le había roto la pierna y luego se había olvidado de él...

El hombre le rodeó el cuello con ambas manos, apretando mientras se arrodillaba sobre ella con las piernas contra su torso y la cara contraída de furia. Sus ojos parecían a punto de reventar, la adrenalina se mezclaba con el peltre.

Vin jadeó en busca de aire. Revivió lo acontecido años atrás, las palizas recibidas por hombres que la avasallaban. Camon, y Reen, y una docena más.

¡No!, pensó, avivando peltre, debatiéndose. Sin embargo, él la tenía inmovilizada y era mucho más corpulento que ella. Mucho más fuerte. Elend

descargó su bastón contra la espalda del hombre, pero el violento apenas dio un respingo.

Vin no podía respirar. Le aplastaba la garganta. Trató de separar las manos del violento, pero era como siempre había dicho Ham. Su pequeño tamaño era una gran ventaja en la mayoría de las situaciones, pero, cuando se trataba de fuerza bruta, no podía competir con un hombre musculoso. Trató de volverse de lado, pero la tenaza del hombre era demasiado fuerte, su propio peso demasiado pequeño en comparación.

Se debatió en vano. Todavía tenía duraluminio: quemarlo solo consumía los otros metales, no el duraluminio en sí, pero la última vez había estado a punto de no poder contarlo. Si no eliminaba pronto al violento se quedaría sin peltre una vez más.

Elend golpeó, gritando en busca de ayuda, pero su voz sonaba lejana. El violento apretó el rostro contra el de Vin, y ella vio su furia. En ese momento, increíblemente, se le ocurrió una idea. *¿Dónde he visto antes a este hombre?*

La visión se le nubló. Sin embargo, mientras el violento apretaba, se acercó más, y más, y más...

No tenía elección. Quemó duraluminio y avivó peltre. Separó las manos de su oponente y le dio un cabezazo en la cara.

La cabeza del hombre explotó casi con la misma facilidad que antes el ojo había saltado.

Vin jadeó y se quitó de encima el cadáver decapitado. Elend retrocedió, con el traje y la cara manchados de rojo. Ella se levantó del suelo. El peltre se consumía y veía borroso, pero a pesar de todo vio una emoción en el rostro de Elend, pura como la sangre en su brillante uniforme blanco.

Espanto.

No, rogó mientras se desvanecía. Por favor, Elend, eso no...

Cayó de bruces, incapaz de mantenerse consciente.

ELENDE SENTÓ CON LAS manos en la frente y el caos del Salón de la Asamblea, fantasmagóricamente vacío, a su alrededor.

—Vivirá —dijo Ham—. No está tan malherida. O... bueno, no está malherida para ser Vin. Solo necesita un montón de peltre y las atenciones de Sazed. Dice que ni siquiera tiene las costillas rotas, solo fisuradas.

Elend asintió, ausente. Algunos soldados estaban retirando los cadáveres, entre ellos los de los seis hombres que Vin había matado, incluido el último...

Elend cerró los ojos.

—¿Qué? —preguntó Ham.

Elend abrió los ojos y cerró el puño para impedir que la mano le temblara.

—Sé que has visto un montón de batallas, Ham —dijo—. Pero yo no estoy acostumbrado a ellas. No estoy... —Se volvió mientras los soldados se llevaban el cadáver sin cabeza.

Ham vio cómo arrastraban al muerto.

—Solo la había visto luchar una vez —dijo Elend en voz baja—. En el palacio, hace un año. Empujó a unos cuantos hombres contra las paredes. No fue como esto en absoluto.

Ham se sentó junto a Elend en uno de los bancos.

—Es una nacida de la bruma, El. ¿Qué esperabas? Un simple violento puede acabar fácilmente con diez hombres... con docenas, si tiene un lanzamoneda que lo apoye. Un nacido de la bruma... Bueno, ellos son como un ejército de una sola persona.

Elend asintió.

—Lo sé, Ham. Sé que mató al lord Legislador. Incluso me contó cómo se enfrentó a varios inquisidores de acero. Pero... nunca había visto...

Volvió a cerrar los ojos. La imagen de Vin acercándose a él, al final, con su hermoso vestido blanco lleno de sangre y vísceras del hombre al que acababa de matar de un cabezazo...

Lo ha hecho para protegerme, pensó. Pero no por eso es menos preocupante. Tal vez incluso lo sea más.

Abrió los ojos. No podía permitirse distracciones: tenía que ser fuerte. Era el rey.

—¿Crees que los ha enviado Straff? —preguntó Elend.

Ham asintió.

—¿Quién si no? Iban por Cett y por ti. Supongo que tu amenaza de matar a Straff no fue tan amedrentadora como pensábamos.

—¿Cómo está Cett?

—A duras penas ha escapado con vida. Han matado a la mitad de sus soldados. En la refriega, Demoux y yo ni siquiera hemos podido ver lo que estaba pasando en el estrado contigo y con Vin.

Elend asintió. Ham había llegado cuando Vin ya se había encargado de los asesinos. Solo había necesitado unos minutos para eliminarlos a los seis.

Ham guardó silencio un instante. Finalmente, se volvió hacia Elend.

—Lo admito, El. Estoy impresionado. No he visto la pelea, pero sí los resultados. Una cosa es luchar contra seis alomantes y otra es hacerlo mientras tratas de proteger a una persona normal e impedir que hieran a la gente que te rodea. Y ese último hombre...

—¿Te acuerdas de cuando salvó a Brisa? —preguntó Elend—. Estaba muy lejos, pero juro que la vi lanzar los caballos por los aires con la alomancia. ¿Has oído alguna vez algo igual?

Ham negó con la cabeza.

Elend no dijo nada durante un momento.

—Creo que tenemos que hacer algunos planes. Con lo que ha sucedido hoy, no podemos...

Ham alzó la cabeza cuando Elend calló.

—¿Qué pasa?

—Un mensajero —dijo Elend, señalando hacia la puerta.

En efecto, el hombre se presentó a los soldados y fue escoltado hasta el estrado. Elend se puso en pie y se acercó a recibir al hombrecillo, que llevaba el escudo de Penrod en la casaca.

—Mi señor —dijo el hombre, inclinándose—. Me han enviado a informarte de que la votación tendrá lugar en la mansión de lord Penrod.

—¿La votación? —preguntó Ham—. ¿Qué tontería es esta? ¡Han estado a punto de matar a Su Majestad, hoy!

—Lo siento, mi señor —dijo el ayudante—. Simplemente me han encargado que transmitiera el mensaje.

Elend suspiró. Esperaba que, con la confusión, Penrod no se acordara de que se había acabado el plazo.

—Si no eligen a un nuevo rey hoy, Ham, conservaré la corona. Ya han agotado su período de gracia.

Ham suspiró.

—¿Y si hay más asesinos? Vin estará en cama unos cuantos días, como mínimo.

—No puedo contar con que me proteja siempre —dijo Elend—. Vamos.

—YO VOTO POR MÍ MISMO —dijo lord Penrod.

No es ninguna sorpresa, pensó Elend. Estaba sentado en el cómodo salón de Penrod entre un grupo de aturdidos miembros de la Asamblea, ninguno de los cuales, por suerte, había resultado herido durante el ataque. Varios tenían

vasos en la mano, y había un ejército de guardias asegurando el perímetro, mirándose unos a otros, en estado de máxima alerta. En la abarrotada habitación también se encontraban Noorden y otros tres escribas, quienes, según la ley, serían testigos de la votación.

—Yo también voto por lord Penrod —dijo lord Dukaler.

Tampoco es de extrañar, pensó Elend. *Me pregunta cuánto le ha costado a Penrod.*

La mansión Penrod no era una fortaleza, pero estaba lujosamente decorada. La comodidad del sillón que Elend ocupaba era un alivio de las tensiones del día. Sin embargo, Elend temía que fuera demasiado cómodo. Le sería muy fácil quedarse dormido...

—Yo voto por Cett —dijo lord Habren.

Elend alzó la cabeza. Era el segundo voto por Cett, y lo ponía a tres de Penrod.

Todos se volvieron hacia Elend.

—Yo voto por mí mismo —dijo, tratando de aparentar una firmeza que le resultaba difícil mantener después de todo lo sucedido. Los comerciantes votaron a continuación. Elend se acomodó, preparado para la esperada ristra de votos por Cett.

—Yo voto por Penrod —dijo Philen.

Elend se irguió, alertado. ¿Qué?

El siguiente comerciante votó también por Penrod. Y el siguiente, y el siguiente. Elend se quedó de piedra. *¿Qué he pasado por alto?*, pensó. Miró a Ham, quien se encogió de hombros, confundido.

Philen miró a Elend, sonriendo amablemente. Elend no supo si había amargura o satisfacción en esa mirada. *¿Han cambiado de bando? ¿Tan rápido?* Philen había sido quien había colado a Cett en la ciudad.

Elend contempló la fila de comerciantes, tratando con poco éxito de medir sus reacciones. Cett no había asistido a la reunión: se había marchado a la fortaleza Hasting para que le curaran las heridas.

—Yo voto por lord Venture —dijo Haws, el primero de la facción skaa. Esto también provocó una commoción en la sala. Haws miró a Elend a los ojos, y asintió. Era un firme creyente de la Iglesia del Superviviente, y aunque los diferentes predicadores de la religión estaban empezando a no estar de acuerdo en cómo organizar a sus seguidores, todos coincidían en que un creyente en el trono sería mejor para ellos que entregar la ciudad a Cett.

Habrá que pagar un precio por esta alianza, pensó Elend mientras los skaa votaban. Conocían la reputación de honradez de Elend, y él no traicionaría su confianza.

Les había dicho que se convertiría en un miembro declarado de su secta. No les había prometido creer, pero sí devoción. Seguía sin estar seguro de qué había cedido exactamente, pero todos sabían que se necesitaban mutuamente.

—Yo voto por Penrod —dijo Jasten, un obrero del canal.

—Y yo también —dijo Thurts, su hermano.

Elend apretó los dientes. Sabía que serían un problema: nunca les había gustado la Iglesia del Superviviente. Pero cuatro de los skaa le habían dado ya su voto. Con solo los dos restantes tenía buenas posibilidades de lograr un empate.

—Yo voto por Venture —dijo el siguiente.

—Y yo también —dijo el último skaa. Elend le dirigió al hombre, Vet, una sonrisa de agradecimiento.

El resultado era de quince votos para Penrod, dos para Cett y siete para Elend. Insuficiente para Penrod. Elend se recostó levemente, apoyando la cabeza contra el acolchado respaldo del sillón, y suspiró.

Tú has hecho tu trabajo, Vin. Y yo el mío. Ahora tenemos que conservar a este país de una pieza.

—¿Se me permite cambiar mi voto? —preguntó una voz.

Elend abrió los ojos. Era lord Habren, uno de los que habían votado a favor de Cett.

—Quiero decir, está claro que Cett no va a ganar —habló Habren, ruborizándose un poco. El joven era un primo lejano de la familia Elariel, y probablemente por eso había conseguido su escaño. El apellido todavía significaba poder en Luthadel.

—No estoy seguro de si puedes cambiarlo o no —dijo lord Penrod.

—Bueno, prefiero que mi voto valga algo. Solo hay dos votos a favor de Cett, después de todo.

La habitación se quedó en silencio. Uno a uno, los miembros de la Asamblea se volvieron hacia Elend. Noorden, el escriba, lo miró a los ojos. Había una cláusula que permitía cambiar el voto, siempre y cuando el canceller no hubiera dado por cerrado oficialmente el escrutinio... cosa que, en efecto, no había hecho.

La cláusula no era conocida; Noorden era probablemente el único en la sala aparte de Elend que conocía la ley lo bastante a fondo para interpretarla.

Asintió levemente, sin dejar de mirar a Elend a los ojos. Se callaría la boca.

Elend guardó silencio en una habitación llena de hombres que confiaban en él, aunque lo rechazaran. Podría hacer lo que proponía Noorden. Podía no decir nada, o decir que no lo sabía.

—Sí —dijo en voz baja—. La ley te permite cambiar tu voto, lord Habren. Puedes hacerlo solo una vez, y debes hacerlo antes de que se dé a conocer oficialmente el ganador. Todos los demás tienen el mismo derecho.

—Entonces voto por lord Penrod —dijo Habren.

—Y yo también —dijo lord Hue, el otro que había votado por Cett.

Elend cerró los ojos.

—¿Algún cambio más? —preguntó lord Penrod.

Nadie habló.

—Entonces —dijo Penrod—, son diecisiete votos a mi favor y siete votos por lord Venture. Cierro oficialmente la votación y humildemente acepto vuestro nombramiento como rey. Serviré lo mejor que pueda en el ejercicio de esta función.

Elend se puso en pie y, lentamente, se quitó la corona.

—Toma —dijo, colocándola sobre la repisa—. La necesitarás.

Hizo un gesto a Ham, y se marchó sin mirar a los hombres que lo habían rechazado.

FIN DE LA TERCERA PARTE



CUARTA PARTE CUCHILLOS

Sé lo que argumentaréis. Estamos hablando de la Anticipación, de cosas predichas, de promesas hechas por nuestros grandes profetas de antaño. Naturalmente, el Héroe de las Eras encajará en las profecías. Encajará a la perfección. Esa es la idea.

39



STRAFF VENTURE CABALGABA tranquilamente en el brumoso crepúsculo. Aunque hubiese preferido ir en un carroaje, le parecía importante viajar a caballo y presentar a las tropas una imagen imponente. Zane, y no era de extrañar, prefería caminar. Trotaba junto al caballo de Straff. Los dos dirigían un grupo de cincuenta soldados.

Incluso teniendo a los soldados cerca, Straff se sentía indefenso. No era solo por las brumas, y no era solo por la oscuridad. Todavía recordaba el contacto de la muchacha en sus emociones.

—Me has fallado, Zane —dijo.

El nacido de la bruma alzó la cabeza, y, quemando estano, Straff distinguió su ceño fruncido.

—¿Fallado?

—Venture y Cett viven todavía. Y encima enviaste a la muerte a un puñado de mis mejores alomantes.

—Te advertí que podrían morir —dijo Zane.

—Por un propósito, Zane —dijo Straff severamente—. ¿Por qué necesitabas a un grupo de alomantes secretos si ibas a enviarlos a una misión suicida en medio de una reunión pública? Puede que creas que nuestros recursos son ilimitados, pero te aseguro que esos seis hombres *no* pueden ser sustituidos.

Straff había necesitado décadas de trabajo con sus amantes para reunir a tantos alomantes ocultos. Había sido un trabajo placentero, pero trabajo de todas formas.

En un intrépido gabinete, Zane había destruido a una tercera parte de los hijos alomantes de Straff.

¡Mis hijos muertos, nuestra jugada descubierta y esa... criatura de Elend todavía vive!

—Lo siento, padre —dijo Zane—. Creía que el caos y la multitud aislarían a la muchacha y le impedirían usar monedas. Supuse que funcionaría.

Straff frunció el ceño. Sabía bien que Zane se consideraba más competente que su padre: ¿qué nacido de la bruma no hubiera pensado tal cosa? Solo con una equilibrada mezcla de sobornos, amenazas y manipulación mantenía a Zane bajo control.

Sin embargo, al margen de lo que pensara Zane, Straff no era ningún necio. Supo en aquel mismo momento que el joven estaba ocultando algo. *¿Por qué enviar a esos hombres a la muerte?*, pensó Straff. *Sin duda con intención de que fracasaran... De lo contrario los habría ayudado a combatir a la muchacha.*

—No —dijo Zane en voz baja, hablando para sí como hacía a veces—. Es mi padre... —Se calló y alzó bruscamente la cabeza—. No. A ellos tampoco.

Lord Legislador, pensó Straff mirando al loco susurrante que lo acompañaba. *¿Dónde me he metido?* Zane se volvía cada vez más impredecible. ¿Había enviado a esos hombres a morir por celos, por sed de violencia, o simplemente se sentía hastiado? Straff no creía que se hubiera vuelto contra él, pero era difícil asegurarlo. Fuera como fuese, no le gustaba tener que confiar en Zane para que sus planes funcionaran. No le gustaba tener que confiar en Zane para nada.

Zane miró a Straff y dejó de hablar. Ocultaba bien su locura, casi siempre. Era tan bueno ocultándola que a veces Straff la olvidaba. Sin embargo, seguía acechando bajo la superficie. Zane era la herramienta más peligrosa que Straff había usado jamás. La protección de un nacido de la bruma se imponía al peligro de la locura de Zane. A duras penas.

—No tienes que preocuparte, padre —dijo Zane—. La ciudad seguirá siendo tuya.

—Mientras esa mujer viva, nunca será mía —dijo Straff. Se estremeció.

Tal vez se trata de eso. El ataque de Zane fue tan descarado que todos en la ciudad saben que yo estaba detrás, y cuando ese demonio de nacida de la bruma se recupere vendrá por mí para vengarse. Pero si ese es el objetivo de Zane, ¿por

qué no me mata él mismo? Lo que hacía Zane no tenía sentido. No tenía que tenerlo. Esa era, tal vez, una de las ventajas de estar loco.

Zane sacudió la cabeza.

—Creo que te sorprenderás, padre. De un modo u otro, pronto no tendrás nada que temer de Vin.

—Ella cree que intenté asesinar a su amado rey.

Zane sonrió.

—No, no lo creo. Es demasiado lista para creer eso.

¿Demasiado lista para ver la verdad?, pensó Straff. Sin embargo, sus oídos amplificados por el estreno oyeron roces en las brumas. Alzó una mano para detener la comitiva. En la distancia apenas pudo distinguir las manchas fluctuantes de las antorchas de la muralla. Estaban cerca de la ciudad, incómodamente cerca.

La procesión de Straff esperó en silencio. Entonces, de las brumas, ante ellos, surgió un hombre a caballo acompañado de cincuenta soldados propios. Ferson Penrod.

—Straff —dijo Penrod, asintiendo.

—Ferson.

—Tus hombres lo hicieron bien —dijo Penrod—. Me alegro de que tu hijo no tuviera que morir. Es un buen chico. Un mal rey, pero un buen hombre.

Un montón de hijos míos han muerto hoy, pensó Straff. *El hecho de que Elend siga vivo no es afortunado... Es irónico.*

—¿Vas a entregar ya la ciudad? —preguntó.

Penrod asintió.

—Philen y sus mercaderes quieren garantías de que tendrán un título que iguale el que les prometió Cett.

Straff agitó una mano.

—Me conoces, Ferson. —*Prácticamente solías humillarte ante mí en las fiestas cada semana*—. Siempre cumple los acuerdos comerciales. Sería un idiota si no satisficiera a esos mercaderes... Ellos son quienes me pagarán los tributos de este dominio.

Penrod asintió con la cabeza.

—Me alegro de que pudiéramos llegar a un acuerdo, Straff. No me fío de Cett.

—Dudo que te fíes de mí.

Penrod sonrió.

—Pero a ti te conozco, Straff. Eres uno de nosotros: un noble de Luthadel. Además, has forjado el reino más estable de las dominaciones. Eso es lo que todos buscamos en estos momentos. Un poco de estabilidad para este pueblo.

—Hablas casi como ese necio hijo mío.

Penrod vaciló, luego sacudió la cabeza.

—Tu hijo no es ningún necio, Straff. Es solo un idealista. En realidad, me entristece ver caer su pequeña utopía.

—Si te entristeces por él, Ferson, entonces también tú eres un idiota.

Penrod se envaró. Straff sostuvo la orgullosa mirada del hombre hasta que el otro bajó los ojos. El intercambio fue sencillo, casi insignificante... pero sirvió de recordatorio.

Straff se echó a reír.

—Vas a tener que acostumbrarte a ser un pez pequeño de nuevo, Ferson.

—Lo sé.

—Anímate —dijo Straff—. Suponiendo que este traspaso de poder se haga como prometiste, no tendrá que morir nadie. Quién sabe, tal vez te deje conservar esa corona tuya.

Penrod alzó la mirada.

—Durante mucho tiempo esta tierra no tuvo reyes —dijo Straff tranquilamente—. Tenía algo más grande. Bueno, yo no soy el lord Legislador... pero puedo ser emperador. ¿Quieres conservar la corona y gobernar como rey a mis órdenes?

—Depende del coste, Straff —contestó Penrod con cierta precaución.

No está completamente sometido, entonces. Penrod siempre había sido muy listo: el noble más importante que se había quedado en Luthadel, y su juego había funcionado.

—El coste es exorbitante —dijo Straff—. Ridículamente.

—El atium —sugirió Penrod.

Straff asintió.

—Elend no lo ha encontrado, pero está ahí, en alguna parte. Fui yo quien extrajo esas geodas: mis hombres se pasaron décadas cosechándolas y llevándolas a Luthadel. Sé cuánto recogimos y sé que la cantidad que volvió a los nobles es mínima. El resto está en la ciudad, en alguna parte.

Penrod asintió.

—Veré qué puedo encontrar, Straff.

Straff alzó una ceja.

—Tienes que recuperar la práctica, Ferson.

Penrod vaciló durante unos instantes. Finalmente inclinó la cabeza.

—Veré qué puedo encontrar, *mi señor*.

—Bien. Ahora, ¿qué noticias traes de la amante de Elend?

—Se desplomó después de la pelea —dijo Penrod—. Tengo una espía entre el personal de cocina y dice que le llevó un cuenco de guiso a su habitación. Lo devolvieron frío.

Straff frunció el ceño.

—¿Podría esta mujer tuya suministrarle algo a la nacida de la bruma?

Penrod palideció un poco.

—Yo... no creo que eso sea aconsejable, mi señor. Además, ya conoces la constitución de los nacidos de la bruma.

Tal vez está realmente incapacitada, pensó Straff. *Si actuamos...* El frío contacto de ella en sus emociones le volvió a la memoria. Aturdimiento. Nada.

—No tienes nada que temer de ella, mi señor.

Straff alzó una ceja.

—No tengo miedo, soy cauteloso. No entraré en esa ciudad hasta que mi seguridad esté garantizada. Y hasta que así sea, tu ciudad corre peligro por culpa de Cett. O, peor, ¿qué pasaría si esos koloss deciden atacar, Ferson? Estoy en negociaciones con su líder y parece capaz de controlarlos. Por ahora. ¿Has visto alguna vez los resultados de una matanza koloss?

Probablemente, no. Straff no los había visto hasta hacía muy poco. Penrod tan solo negó con la cabeza.

—Vin no te atacará. No si la Asamblea vota ponerte al mando de la ciudad. La transferencia será perfectamente legal.

—Dudo que le preocupe la legalidad.

—Tal vez —dijo Penrod—. Pero a Elend sí. Y, donde él manda, la muchacha obedece.

A menos que tenga tan poco control sobre ella como yo sobre Zane, pensó Straff estremeciéndose. Dijera lo que dijese Penrod, Straff no iba a tomar la ciudad hasta que aquella horrible criatura hubiera sido eliminada. Para ello solo podía confiar en Zane.

Y esa idea lo asustaba casi tanto como la propia Vin.

Sin más discusiones, Straff le hizo un gesto a Penrod, despidiéndolo. Penrod se dio la vuelta y regresó a las brumas con su séquito. Incluso con su estúpido, Straff apenas oyó a Zane aterrizar a su lado. Se volvió a mirar al nacido de la bruma.

—¿De verdad crees que te entregará el atium si lo encuentra? —preguntó Zane en voz baja.

—Tal vez. Tiene que saber que no podrá conservarlo... no tiene el poder militar para proteger un tesoro como ese. Y, si no me lo entrega... bueno, probablemente sería más fácil quitarle el atium que encontrarlo por mi cuenta.

Zane pareció considerar satisfactoria la respuesta. Esperó unos momentos, contemplando las brumas. Entonces miró a Straff con una expresión curiosa.

—¿Qué hora es?

Straff consultó su reloj de bolsillo, algo que ningún nacido de la bruma podía llevar. Era demasiado metal.

—Las once y diecisiete —dijo.

Zane asintió y se volvió a mirar la ciudad.

—Ya debería haber hecho efecto.

Straff frunció el ceño. Entonces empezó a sudar. Avivó estano, cerrando los ojos. ¡Allí!, pensó, advirtiendo una debilidad en su interior.

—¿Más veneno? —preguntó, evitando que el miedo se le notara en la voz, obligándose a no perder la calma.

—¿Cómo lo haces, padre? —preguntó Zane—. Creía con toda seguridad que este te pasaría inadvertido. Y, sin embargo, aquí estás, tan campante.

Straff empezaba a sentirse débil.

—No hace falta ser un nacido de la bruma para detectarlos, Zane —replicó.

Zane se encogió de hombros, sonriendo de aquella manera tan aterradora: agudamente inteligente pero extrañamente inestable. Se limitó a cabecear.

—Vuelves a ganar —dijo, y se abalanzó hacia el cielo agitando las brumas a su paso.

Straff hizo inmediatamente dar la vuelta a su caballo, tratando de mantener el decoro mientras lo acicateaba de regreso al campamento. Podía sentir el veneno. Lo sentía robarle la vida. Lo sentía amenazándolo, superándolo...

Cabalgó, quizá demasiado rápido. Es difícil parecer fuerte cuando te estás muriendo. Finalmente, echó a galopar. Dejó atrás a sus guardias, que lo llamaron sorprendidos hasta que echaron a correr para no perderlo.

Straff ignoró sus quejas. Espoleó el caballo. Notaba que el veneno lo aturdía. ¿Cuál había usado Zane? ¿Gurnuez? No, había que inyectarlo. ¿Tómftola, tal vez? O... quizás había encontrado un veneno que Straff ni siquiera conocía.

Esperaba que no fuera ese el caso. Si Straff no conocía el veneno, entonces Amaranta probablemente tampoco, y no podría incorporar el antídoto a su poción curativa.

Las luces del campamento iluminaron las brumas. Los soldados dieron la voz cuando Straff se acercaba y a punto estuvo de ser empalado por uno de sus hombres, que apuntó su lanza contra el caballo al galope. Por fortuna el hombre lo reconoció a tiempo. Straff lo arrolló a pesar de que bajó la lanza.

Straff fue directamente a su tienda. A esas alturas sus soldados se dispersaban, preparándose para una invasión o algún tipo de ataque. Era imposible que pudiera ocultarle aquello a Zane.

Tampoco podré ocultar mi muerte.

—¡Mi señor! —dijo un capitán, corriendo hacia él.

—Trae a Amaranta —ordenó Straff, bajando del caballo.

El soldado vaciló.

—¿Tu amante, mi señor? ¿Por qué...?

—¡Ahora! —ordenó Straff, abriendo la puerta de su tienda. Se detuvo nada más entrar, con las piernas temblorosas, mientras la puerta volvía a cerrarse. Se frotó la frente con una mano vacilante. Demasiado sudor.

¡Maldita sea!, pensó frustrado. *Tengo que matarlo, contenerlo... Tengo que hacer algo. ¡No puedo gobernar así!*

Pero ¿qué? Había permanecido noches despierto, había malgastado días tratando de decidir qué hacer con Zane. El atium que usaba para sobornarlo ya no parecía una buena motivación. La iniciativa de Zane de masacrар a los hijos de Straff en un intento obviamente inútil de matar a la amante de Elend demostraba que ya no era de fiar, ni siquiera en cierta medida.

Amaranta llegó con sorprendente rapidez e inmediatamente empezó a preparar su antídoto. Poco después, mientras Straff engullía el espantoso bebedizo y sentía al instante sus efectos curativos, llegó a una incómoda conclusión.

Zane tenía que morir.

Y sin embargo... algo en todo esto resultaba muy conveniente. Parecía como si hubiéramos construido un héroe a la medida de nuestras profecías en vez de permitir que surgiera uno de manera natural. Esta era mi inquietud, lo que me hubiese hecho vacilar cuando mis hermanos finalmente acudieron a mí, dispuestos a creer por fin.

40



ELEND ESTABA SENTADO JUNTO A SU CAMA.

Eso la consolaba. Aunque dormía profundamente, Vin sabía que él estaba allí, cuidándola. Era extraño notar sus atenciones, pues era ella quien solía encargarse de la protección.

Así que cuando por fin despertó no le sorprendió encontrarlo sentado en la silla, junto a la cama, leyendo a la luz de las velas. No despertó sobresaltada ni escrutó el cuarto con aprensión. Se sentó despacio, apretando la sábana bajo sus brazos, y luego tomó un sorbo de agua del vaso que le habían dejado junto a la cama.

Elend cerró el libro y se volvió hacia ella, sonriente. Vin contempló aquellos suaves ojos buscando atisbos del horror que había visto antes. Del disgusto, el terror, la commoción. Sabía que era un monstruo. ¿Cómo podía sonreír tan amablemente?

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué, qué? —respondió él.

—¿Por qué estás aquí? No me estoy muriendo... Eso lo recuerdo.

Elend se encogió de hombros.

—Solo quería estar cerca de ti.

Ella no dijo nada. Un brasero de carbón ardía en un rincón, aunque necesitaba más combustible. El invierno se acercaba y parecía que iba a ser frío. Ella solo llevaba un camisón; había pedido a las criadas que no le

pusieran nada, pero para entonces los sedantes de Sazed ya habían empezado a surtir efecto y no había tenido fuerzas para discutir.

Acercó la manta. Solo entonces se dio cuenta de algo que debería haber advertido antes.

—¡Elend! No llevas tu uniforme.

Él miró lo que llevaba: un traje de noble de su antiguo guardarropa, con un chaleco marrón sin botones. La chaqueta le quedaba demasiado grande. Se encogió de hombros.

—Ya no es necesario continuar con la charada, Vin.

—¿Cett es rey? —preguntó ella, sintiéndose deprimida.

Elend negó con la cabeza.

—Penrod.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé. No estamos seguros de por qué los comerciantes traicionaron a Cett... pero en realidad ya no importa. Penrod es mucha mejor opción de todas formas. Mejor que Cett, y que yo.

—Sabes que eso no es verdad.

Elend se arrellanó, meditativo.

—No sé, Vin. Creía que era el mejor. Sin embargo, mientras ideaba todo tipo de planes para impedir que el trono fuera a parar a manos de Cett no consideré ni una sola vez el único que le habría derrotado claramente: dar mi apoyo a Penrod, juntar nuestros votos. ¿Y si mi arrogancia nos hubiera traído a Cett? No pensé en el pueblo.

—Elend... —dijo ella, posando una mano sobre su brazo.

Y él dio un respingo.

Fue leve, casi imperceptible, y lo enmendó rápidamente. Pero el daño estaba hecho. Daño que ella había causado, daño en él. Finalmente había visto lo que ella era. Se había enamorado de una mentira.

—¿Qué? —dijo, mirándola a la cara.

—Nada —respondió Vin. Apartó la mano. Algo se quebró en su interior.

Lo amo tanto. ¿Por qué? ¿Por qué le dejé verlo? Si hubiera podido elegir...!

Te está traicionando, susurró la voz de Reen en el fondo de su mente. Todos te dejarán tarde o temprano, Vin.

Elend suspiró y se volvió hacia los postigos de la habitación. Estaban cerrados, manteniendo a raya las brumas, aunque Vin vio la oscuridad del otro lado.

—La cuestión, Vin —dijo en voz baja—, es que nunca pensé que se acabaría así. Confíé en ellos hasta el final. El pueblo, la Asamblea que el pueblo eligió, creí que haría lo adecuado. Cuando no me eligieron, me sorprendí. No debería haberlo hecho. *Sabíamos* que era una posibilidad remota. Quiero decir, ya me habían expulsado una vez. Pero me convencí a mí mismo de que solo había sido una advertencia. En el fondo de mi corazón creía que iban a devolverme el trono. —Sacudió la cabeza—. Ahora tengo que admitir que mi fe en ellos era infundada, o tengo que confiar en su decisión.

Por eso lo amaba: por su bondad, por su sencilla honradez. Cosas tan extrañas y exóticas para una skaa callejera como su propia naturaleza de nacida de la bruma lo era para la mayoría de la gente. Ni siquiera entre los hombres buenos del grupo de Kelsier, ni siquiera entre los mejores de la nobleza había conocido a un hombre como Elend Venture. Un hombre que prefería creer que el pueblo que lo había destronado estaba intentando hacer lo adecuado.

En ocasiones se había sentido como una idiota por enamorarse del primer noble al que había conocido. Pero se daba cuenta de que su amor por Elend no era producto de la simple conveniencia ni de la proximidad, sino que era debido a la naturaleza de aquel hombre. El hecho de que ella lo hubiera encontrado primero era un caso de increíble fortuna.

Y... se había acabado. Al menos había dejado de ser lo que una vez fuera. Pero siempre había sabido que acabaría así. Por eso había rechazado su propuesta matrimonial, hacía ya un año. No podía casarse con él. O, más bien, no podía permitir que él se casara con ella.

—Conozco la tristeza de tu mirada, Vin —dijo Elend con suavidad.

Ella lo miró, sorprendida.

—Podemos superarlo —dijo él—. El trono no lo era todo. En realidad, tal vez estemos mejor así. Hicimos lo que pudimos. Ahora le toca a otro el turno de intentarlo.

Ella sonrió débilmente. *No lo sabe. Nunca debe saber cuánto me duele esto. Es un buen hombre... intentaría obligarse a seguir amándome.*

—Pero deberías seguir descansando —dijo Elend.

—Estoy bien —respondió ella, desperezándose. Le dolían el costado y el cuello, pero el peltre ardía en su interior y ninguna de sus heridas era grave—. Necesito... —Calló al darse cuenta. Se irguió, y el repentino movimiento hizo que palideciera de dolor. El día anterior era un borrón confuso, pero...—. ¡*OreSeur!* —exclamó, apartando las mantas.

—Está bien, Vin —dijo Elend—. Es un kandra. Los huesos rotos no significan nada para él.

Ella se detuvo, incorporada a medias en la cama, sintiéndose de pronto como una idiota.

—¿Dónde está?

—Digiriendo un nuevo cuerpo —sonrió Elend.

—¿Por qué sonrías?

—Nunca hasta ahora había oído a nadie expresar preocupación por un kandra.

—Bueno, no veo por qué no —dijo Vin, volviendo a meterse en la cama—. OreSeur arriesgó su vida por mí.

—Es un kandra, Vin —repitió Elend—. No creo que esos hombres pudieran haberlo matado; dudo incluso que un nacido de la bruma pudiera hacerlo.

Vin vaciló. *Ni siquiera un nacido de la bruma...* ¿Qué la inquietaba de esa declaración?

—Da igual —dijo—. Siente dolor. Recibió dos fuertes golpes por mi culpa.

—Solo cumplía su Contrato.

Su Contrato... OreSeur había atacado a un humano. Había *incumplido* su Contrato. Por ella.

—¿Qué? —preguntó Elend.

—Nada —respondió Vin rápidamente—. Háblame de los ejércitos.

Elend la miró, pero permitió que la conversación cambiara de rumbo.

—Cett sigue atrincherado en la fortaleza Hasting. No estamos seguros de cuál será su reacción. La Asamblea no lo eligió, lo cual no puede ser bueno. Y, sin embargo, no ha protestado... Tiene que haberse dado cuenta de que está atrapado aquí dentro.

—Tal vez creyó de veras que íbamos a elegirlo —dijo Vin, frunciendo el ceño—. ¿Por qué, si no, entró en la ciudad?

Elend negó con la cabeza.

—Fue una maniobra extraña. De todas formas, he aconsejado a la Asamblea que intente hacer un trato con él. Me parece que cree que el atium no está en la ciudad, y que, en realidad, no hay ningún motivo para querer Luthadel.

—Excepto por el prestigio.

—No merece la pena perder un ejército por eso —dijo Elend—. Ni la vida. Vin asintió.

—¿Y tu padre?

—Callado. Es extraño, Vin. Esto no es propio de él. Esos asesinos eran muy descarados. No sé cómo interpretarlo.

—Los asesinos —dijo Vin, sentándose en la cama—. ¿Los habéis identificado?

Elend negó con la cabeza.

—Nadie los reconoce.

Vin frunció el ceño.

—Tal vez no estamos tan familiarizados con los nobles del Dominio Septentrional como creíamos —dijo Elend.

No, pensó Vin. No. Si eran de una ciudad tan cercana como Urteau, la sede de Straff, algunos tendrían que ser conocidos, ¿no?

—Me pareció reconocer a uno —dijo Vin, finalmente.

—¿A cuál?

—Al... último.

Elend vaciló.

—Ah. Bueno, supongo que ahora no podremos identificarlo.

—Elend, lamento que tuvieras que ver eso.

—¿Qué? —preguntó Elend—. Vin, he visto la muerte otras veces. Estaba obligado a ver las ejecuciones del lord Legislador, ¿recuerdas? —Hizo una pausa—. Aunque lo que tú hiciste no fue eso, por supuesto.

Por supuesto.

—Estuviste sorprendente —dijo Elend—. Si no hubieras detenido a esos alomantes yo estaría muerto, y es probable que Penrod y los otros miembros de la Asamblea hubieran corrido el mismo destino. Salvaste el Dominio Central.

Siempre tenemos que ser los cuchillos...

Elend sonrió y se puso en pie.

—Toma —dijo—. Está frío, pero Sazed ha dicho que debías comértelo cuando despertaras. —Regresó con un cuenco de guiso.

—¿Sazed lo ha enviado? —preguntó Vin, escéptica—. ¿Está drogado, entonces?

Elend sonrió.

—Me ha dicho que no lo probara... que contenía suficientes sedantes para dejarme inconsciente un mes. Hace falta mucho para atontarlos a los que sois capaces de quemar peltre.

Dejó el cuenco en la mesita de noche. Vin lo miró con los párpados entornados. A Sazed probablemente le preocupaba que, a pesar de sus heridas, fuera a salir de ronda por la noche si la dejaban a su aire. Tal vez tuviera razón. Con un suspiro, Vin aceptó el cuenco y empezó a tomar sorbos.

Elend sonrió.

—Enviaré a alguien para que traiga más carbón para la estufa —dijo—. Tengo cosas que hacer.

Vin asintió, y él se marchó cerrando la puerta tras de sí.

CUANDO VIN DESPERTÓ, VIO QUE Elend seguía allí. Estaba de pie en la penumbra, observándola. Fuera seguía oscuro. Los postigos de la ventana estaban abiertos y la bruma cubría el suelo de la habitación.

Los postigos estaban *abiertos*.

Vin se enderezó y se volvió hacia la figura del rincón. No era Elend.

—Zane —dijo con voz monótona.

Él dio un paso adelante. Era fácil ver el parecido entre él y Elend, ahora que sabía buscarlo. Tenían la misma mandíbula, el mismo pelo rizado oscuro. Incluso tenían una constitución similar desde que Elend hacía ejercicio.

—Duermes demasiado profundamente —dijo Zane.

—Incluso una nacida de la bruma necesita dormir para sanar.

—No tendrías que haber resultado herida, para empezar —dijo Zane—. Tendrías que haber podido matar a esos hombres con facilidad, pero te distrajiste con mi hermano e intentando que la gente de la sala no sufriera ningún daño. *Esto* te ha hecho él: te ha cambiado, para que ya no puedas ver lo que hace falta hacer y solo veas lo que él quiere que hagas.

Vin alzó una ceja mientras palpaba con disimulo bajo la almohada. Por fortuna, allí estaba su daga. *No me ha matado mientras dormía*, pensó. *Eso tiene que ser una buena señal*.

Él avanzó otro paso. Vin se envaró.

—¿Cuál es tu juego, Zane? Primero me dices que has decidido no matarme. Luego envías a un grupo de asesinos. ¿Y ahora qué? ¿Has venido a terminar el trabajo?

—Nosotros no enviamos a esos asesinos, Vin —dijo Zane tranquilamente.

Ella hizo una mueca.

—Cree lo que quieras —dijo Zane, avanzando otro paso hasta quedar junto a la cama, una alta figura negra y solemne—. Pero mi padre sigue

aterrorizado por tu culpa. ¿Se arriesgaría a tu venganza por haber intentado matar a Elend?

—Fue una maniobra. Esperaba que esos asesinos me mataran.

—¿Por qué usarlos? —preguntó Zane—. Me tiene a mí: ¿por qué usar a un puñado de brumosos para atacarte en una sala abarrotada si podría hacer que yo usara atium de noche para matarte?

Vin vaciló.

—Vin —dijo él—, vi sacar los cadáveres del Salón de la Asamblea, y reconocí a algunos hombres del séquito de Cett.

¡Eso es!, pensó Vin. ¡Ahí es donde vi al violento al que aplasté la cara! Estaba en la fortaleza Hasting, asomado a la cocina mientras comíamos con Cett, fingiendo ser un criado.

—Pero los asesinos atacaron también a Cett...

Vin guardó silencio. Era una estrategia básica entre los ladrones: si no querías levantar sospechas mientras robabas las tiendas que había alrededor de la tuya, te asegurabas de «robarte» también a ti mismo.

—Los asesinos que atacaron a Cett eran todos hombres normales —dijo Vin—, no alomantes. Me pregunto qué les diría. ¿Que les permitirían «rendirse» cuando terminara la pelea? Pero ¿por qué fingir un ataque? Era el favorito para el trono.

Zane negó con la cabeza.

—Penrod hizo un trato con mi padre, Vin. Straff prometió a la Asamblea riquezas muy superiores a las que podía proporcionar Cett. Por eso los comerciantes cambiaron su voto. Cett debió de enterarse de su traición. Tiene bastantes espías en la ciudad.

Vin se sentó, anonadada. *¡Naturalmente!*

—Y el único modo de que Cett pudiera ganar...

—Era enviar a los asesinos —asintió Zane—. Tenían que atacar a los tres candidatos, matar a Penrod y a Elend, y dejarlo a él, Cett, con vida. La Asamblea hubiese creído que Straff los había traicionado, y Cett se hubiese convertido en rey.

Vin agarró el cuchillo con mano temblorosa. Se estaba cansando de juegos. Elend había estado a punto de morir. Ella a punto de fracasar.

Una parte de ella, una parte ardiente, quería hacer lo que anhelaba. Salir a matar a Cett y Straff, eliminar el peligro de la manera más eficaz posible.

No, se dijo. Así actuaba Kelsier. Yo no soy así. Así no actuaría Elend.

Zane se dio la vuelta y miró la pequeña cascada de brumas que entraba por los postigos abiertos.

—Tendría que haber llegado antes a la pelea. Estaba fuera, con la gente que llegó demasiado tarde para encontrar asiento. Ni siquiera supe lo que estaba pasando hasta que todos empezaron a salir.

Vin alzó una ceja.

—Casi pareces sincero, Zane.

—No tengo ningún deseo de verte muerta —dijo él, volviéndose—. Y desde luego no quiero que Elend sufra ningún daño.

—¿No? ¿Aunque es quien ha disfrutado de todos los privilegios mientras tú sufrías desprecios y encierros?

Zane negó con la cabeza.

—No es así. Elend es... puro. A veces, cuando lo oigo hablar, me pregunto si yo hubiera podido ser como él de haber sido mi infancia diferente. —La miró a los ojos—. Estoy... destrozado, Vin. Loco. Nunca podré ser como Elend. Pero matarlo no me cambiaría. Probablemente que él y yo hayamos sido criados por separado es lo mejor: es mucho mejor que no sepa nada de mí. Es mejor que siga siendo como es. Inmaculado.

Vin vaciló. ¿Qué podía decir? Notaba sinceridad en los ojos de Zane.

—Yo no soy Elend —dijo Zane—. Nunca lo seré: no formo parte de su mundo. Pero no creo que *deba* formar parte de él. Ni tú. Después de la lucha, conseguí entrar en el Salón de la Asamblea. Vi a Elend junto a ti, al final. Vi la expresión de sus ojos.

Ella se volvió.

—No es culpa suya ser lo que es —dijo Zane—. Como decía, es puro. Pero eso lo hace distinto a nosotros. He tratado de explicártelo. Ojalá pudieras haber visto esa expresión en sus ojos...

La vi, pensó Vin. No quería recordarla, pero la *había* visto. Aquella terrible expresión de horror; una reacción a algo espantoso y extraño, algo incomprensible.

—No puedo ser Elend —dijo Zane en voz baja—, pero tú no quieres que lo sea.

Dejó algo que llevaba en la mano sobre la mesilla de noche.

—La próxima vez, te aconsejo que estés preparada.

Vin recogió el objeto cuando Zane se acercaba a la ventana. La bolita de metal rodó en su palma. No era perfectamente esférica, pero era suave, como una pepita de oro. Supo lo que era sin tener que tragársela.

—¿Atium?

—Cett puede enviar a otros asesinos —dijo Zane, saltando al alféizar.

—¿Me lo das? —preguntó ella—. ¡Hay suficiente para quemar dos minutos!

Era una pequeña fortuna que hubiese valido veinte mil cuartos antes del Colapso. Con la escasez de atium...

Zane se volvió hacia ella.

—Mantente a salvo —dijo, y se lanzó a las brumas.

A VIN NO LE GUSTABA estar herida. Lógicamente, sabía que los demás opinaban igual; después de todo, ¿a quién podía gustarle sentir dolor y debilidad? Sin embargo, cuando los demás enfermaban los notaba frustrados, no aterrorizados.

Cuando enfermaba, Elend se pasaba el día en cama, leyendo libros. Clubs, unos cuantos meses antes, había recibido un mal golpe durante un ejercicio y había gritado de dolor, pero había guardado reposo durante varios días sin que tuvieran que insistirle mucho.

Vin empezaba a ser como ellos. Podía yacer en cama como estaba haciendo, sabiendo que nadie intentaría cortarle la garganta mientras estuviera demasiado débil para pedir ayuda. De todas formas, anhelaba levantarse, que vieran que no estaba malherida. No fuera a ser que alguien pensara lo contrario y tratara de aprovechar la ventaja.

¡Ya no es así!, se dijo. Fuera había luz, y aunque Elend había vuelto a visitarla varias veces, en aquel momento estaba fuera. Sazed había ido a comprobar el estado de sus heridas, y le había suplicado que permaneciera en cama durante «al menos un día más». Luego había vuelto a sus estudios. Con Tindwyl.

¿Qué ha pasado con esos dos, que antes se odiaban?, pensó, molesta. *Ahora apenas los veo.*

La puerta se abrió. Vin se alegró de comprobar que respondía instintivamente: se tensó de inmediato, buscando sus dagas. El costado dolorido protestó por el súbito movimiento.

No entró nadie.

Vin frunció el ceño, todavía tensa, hasta que una cabeza perruna asomó por encima de los pies de la cama.

—¿Ama? —dijo una voz familiar, medio gruñido.

—¿OreSeur? ¡Llevas el cuerpo de otro perro!

—Naturalmente, ama —dijo OreSeur, saltando a la cama—. ¿Qué otra cosa podría tener?

—No lo sé —dijo Vin, guardándose las dagas—. Cuando Elend dijo que le habías pedido un cuerpo, supuse que habías pedido el de un humano. Quiero decir, todo el mundo vio «morir» a mi perro.

—Sí —contestó OreSeur—, pero será fácil explicar que te buscaste un nuevo animal de compañía. Ahora se espera que tengas perro, y *no* tenerlo probablemente haría que la gente se fijara.

Vin no dijo nada. Había vuelto a ponerse pantalones y camisa, a pesar de las protestas de Sazed. Sus vestidos estaban colgados en la otra habitación, aunque faltaba uno. A veces los miraba y se acordaba del precioso vestido blanco manchado de sangre. Tindwyl estaba equivocada: Vin no podía ser a la vez una dama y una nacida de la bruma. El horror que había visto en los miembros de la Asamblea era suficiente prueba para ella.

—No tenías por qué tomar el cuerpo de un perro, OreSeur —dijo Vin en voz baja—. Prefiero que seas feliz.

—No importa, ama. Me he... aficionado a este tipo de huesos. Debería explorar un poco más sus ventajas antes de volver a los humanos.

Vin sonrió. OreSeur había elegido otro sabueso, una bestia enorme. Su color era diferente: más negro que gris, sin ninguna mancha blanca. Le dio su aprobación.

—OreSeur... —dijo, apartando la mirada—. Gracias por lo que hiciste por mí.

—Cumplí mi Contrato.

—He estado en otras peleas —dijo Vin—. Nunca interviste en ellas.

OreSeur no respondió de inmediato.

—No, no lo hice.

—¿Por qué esta vez?

—Hice lo que me pareció adecuado, ama.

—¿Aunque no estuviera en el Contrato?

OreSeur se sentó orgulosamente sobre sus cuartos traseros.

—Yo *no* he incumplido mi Contrato —dijo con firmeza.

—Pero atacaste a un humano.

—No lo maté. Nos advierten que nos mantengamos al margen de las peleas, para no matar accidentalmente a un humano. De hecho, la mayoría de mis hermanos piensan que ayudar a alguien a matar se puede considerar lo

mismo que hacerlo, y lo consideran un incumplimiento de Contrato. El Contrato es claro, sin embargo. Yo no hice nada malo.

—¿Y si ese hombre al que atacaste se hubiera roto el cuello?

—Entonces habría regresado con los míos para ser ejecutado —dijo OreSeur.

Vin sonrió.

—Entonces arriesgaste tu vida por mí.

—Muy poquito, supongo —dijo OreSeur—. Las posibilidades de que mis acciones causaran directamente la muerte de ese hombre eran muy pequeñas.

—Gracias, de todas formas.

OreSeur inclinó la cabeza, aceptando el agradecimiento.

—Ejecutado —dijo Vin—. Entonces, ¿se os puede matar?

—Pues claro, ama. No somos inmortales.

Vin lo miró.

—No diré nada concreto, ama. Como puedes imaginar, prefiero no revelar las debilidades de mi especie. Baste decir que existen.

Vin asintió, pero frunció el ceño, pensativa, y se acurrucó. Algo seguía teniéndola en vilo, algo que Elend había dicho, algo sobre las acciones de OreSeur...

—Pero no podrían haberte matado con espadas o bastones, ¿verdad?

—Ciento —respondió OreSeur—. Aunque nuestra carne se parece a la vuestra, y aunque sentimos dolor, que nos golpeen no nos causa un efecto irreparable.

—Entonces, ¿por qué tenéis miedo? —dijo Vin, encontrando por fin lo que la molestaba.

—¿Ama?

—¿Por qué ideó tu pueblo el Contrato? ¿Por qué someteros a la humanidad? Si nuestros soldados no podían heriros, ¿por qué preocuparos por nosotros?

—Tenéis la alomancia.

—Entonces, ¿la alomancia puede mataros?

—No —dijo OreSeur, sacudiendo la cabeza—. No puede. Pero tal vez deberíamos cambiar de tema. Lo siento, ama. Es un terreno muy peligroso para mí.

—Comprendo —suspiró Vin—. Es frustrante. Hay tanto que no sé... sobre la Profundidad, sobre la política legal... ¡Incluso sobre mis propios amigos!

Se sentó y miró al techo. *Y sigue habiendo un espía en el palacio. Demoux o Dockson, probablemente. ¿Debería ordenar que los encarcelen a ambos durante algún tiempo? ¿Haría Elend una cosa así?*

OreSeur la estaba mirando, consciente de su frustración. Finalmente suspiró.

—Tal vez haya algunas cosas de las que pueda hablar, ama, si tengo cuidado. ¿Qué sabes del origen de los kandra?

Vin se enderezó.

—Nada.

—No existíamos antes de la Ascensión.

—¿Quieres decir que os creó el lord Legislador?

—Es lo que enseña nuestra tradición. No estamos seguros de cuál fue nuestro propósito. Tal vez íbamos a ser espías del Padre.

—¿Padre? —dijo Vin—. Parece extraño oír hablar de él de esa manera.

—El lord Legislador nos creó, ama. Somos sus hijos.

—Y yo lo maté. Me parece... que tendría que pedir disculpas.

—Que fuera nuestro Padre no significa que aceptáramos todo lo que hizo, ama. ¿No puede un humano amar a su padre y sin embargo pensar que no es una buena persona?

—Supongo.

—La teología kandra sobre el Padre es compleja —dijo OreSeur—. Incluso a nosotros nos cuesta comprenderla a veces.

Vin frunció el ceño.

—¿OreSeur? ¿Qué edad tienes?

—Soy viejo —dijo él simplemente.

—¿Más viejo que Kelsier?

—Mucho más. Pero no tanto como estás pensando. No recuerdo la Ascensión.

Vin asintió.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Por tu pregunta inicial, ama. ¿Por qué nos sometemos al Contrato? Bueno, dime: si tú fueras el lord Legislador, y tuvieras sus poderes, ¿habrías creado servidores sin un modo de controlarlos?

Vin asintió lentamente, comprendiendo.

—El Padre pensó poco en los kandra a partir del segundo siglo tras su Ascensión —dijo OreSeur—. Tratamos de ser independientes durante una época, pero fue como te expliqué, la humanidad nos temió. Sintió rencor. Y

algunos se enteraron de nuestras debilidades. Cuando mis antepasados consideraron sus opciones, prefirieron la servidumbre voluntaria a la esclavitud forzada.

Él los creó, pensó Vin. Siempre había compartido un poco la idea de Kelsier respecto al lord Legislador: que era más hombre que deidad. Pero, si realmente había creado una especie completamente nueva, entonces tenía que haber algo de divinidad en él.

El poder del Pozo de la Ascensión, pensó. *Lo tomó para sí... pero no duró. Debió de agotarse, y rápidamente. De otro modo, ¿para qué hubiese necesitado ejércitos conquistadores?*

Un estallido inicial de poder: la habilidad de crear, de cambiar... quizá de salvar. Había contenido las brumas, y para ello, de algún modo, había hecho que la ceniza empezara a caer y el cielo se volviera rojo. Había creado a los kandra para servirle... y probablemente también a los koloss. Tal vez incluso hubiera creado a los alomantes.

Y después de eso, había vuelto a ser un hombre normal. Más o menos. El lord Legislador todavía conservaba una enorme cantidad de poder alomántico y conseguía mantener el control de sus creaciones... y de alguna manera impedía que las brumas mataran.

Hasta que Vin acabó con él. Desde entonces los koloss campaban a sus anchas y las brumas habían regresado. Los kandra no estaban bajo su control en aquel momento y por eso habían continuado como estaban. Pero había incorporado en ellos un método de control, por si los necesitaba. Un modo de hacer que los kandra le sirvieran...

Vin cerró los ojos e indagó levemente con sus sentidos alománticos. OreSeur había dicho que la alomancia no surtía efecto sobre los kandra... Pero ella sabía algo del lord Legislador, algo por lo que se había distinguido de otros alomantes: su inaudito poder le había permitido hacer cosas que de otro modo no hubiera podido hacer, como atravesar las nubes de cobre e influir en los metales que estaban dentro del cuerpo de alguien. Tal vez *así* era como controlaba a los kandra, y de eso hablaba OreSeur. Del motivo por el que temían a los nacidos de la bruma.

No porque los nacidos de la bruma pudieran matarlos, sino porque podían hacer algo más. Esclavizarlos, de algún modo. Tentativamente, probando lo que él había dicho antes, Vin recurrió a su poder y aplacó las emociones de OreSeur. No sucedió nada.

Puedo hacer las mismas cosas que el lord Legislador, pensó ella. Puedo atravesar las nubes de cobre. Tal vez, si empujo un poco más...

Se concentró y *empujó* sus emociones aplacando poderosamente. Tampoco sucedió nada. Tal como él le había dicho. Vin vaciló un momento y luego, impulsivamente, quemó duraluminio y probó a dar un último y masivo empujón.

OreSeur dejó escapar de inmediato un aullido tan bestial e inesperado que Vin se puso en pie de un salto, avivando peltre.

OreSeur cayó sobre la cama, estremeciéndose.

—¡OreSeur! —dijo ella, arrodillándose y agarrándole la cabeza—. ¡Lo siento!

—He dicho demasiado... —murmuró él, todavía temblando—. Sabía que había dicho demasiado.

—No pretendía hacerte daño.

Los temblores remitieron, y OreSeur guardó silencio un momento, respirando entrecortadamente. Finalmente, libró la cabeza de sus brazos.

—Lo que pretendieras no tiene importancia, ama —dijo llanamente—. El error ha sido mío. Por favor, no vuelvas a hacerlo.

—Lo prometo. Lo siento.

Él sacudió la cabeza y se bajó de la cama.

—Ni siquiera deberías haber podido hacerlo. Tienes cosas extrañas, ama: eres como los alomantes de antaño, de antes de que con el paso de las generaciones menguara su poder.

—Lo siento —repitió Vin, sintiéndose indefensa. *Me salvó la vida, casi faltó a su Contrato, y yo le hago esto...*

OreSeur se encogió de hombros.

—Está hecho. Tengo que descansar. Te sugiero que hagas lo mismo.

Después de eso, empecé a ver otros problemas.

41



—«ESCRIBO AHORA ESTE ARCHIVO EN una plancha de metal —leyó Sazed en voz alta—, porque tengo miedo. Miedo por mí mismo, sí... admito ser humano. Si Alendi regresa del Pozo de la Ascensión, estoy seguro de que mi muerte será uno de sus primeros objetivos. No es un hombre malvado, pero sí implacable. Debido, creo, a lo que ha vivido.»

—Eso coincide con lo que sabemos de Alendi por el libro de viaje —dijo Tindwyl—. Suponiendo que Alendi sea el autor del libro.

Sazed miró su montón de notas, repasando mentalmente lo más básico. Kwaan había sido un antiguo erudito de Terris. Había descubierto a Alendi, un hombre al que empezó a considerar, a través de sus estudios, el Héroe de las Eras, una figura profética. Alendi le había escuchado y se había convertido en un líder político. Había conquistado gran parte del mundo y luego viajado al norte, al Pozo de la Ascensión. Para entonces, sin embargo, Kwaan al parecer había cambiado de opinión respecto a Alendi... y había tratado de impedir que llegara al Pozo.

Todo encajaba. Aunque el autor del libro nunca mencionaba su propio nombre, estaba claro que se trataba de Alendi.

—Supongo que es una buena deducción —dijo Sazed—. El libro incluso habla de Kwaan y del distanciamiento entre ambos.

Estaban sentados juntos en las habitaciones de Sazed. Él había solicitado, y conseguido, un escritorio más grande para sus innumerables notas y apuntes de teorías. Junto a la puerta estaban los restos de la cena: una sopa que habían

tomado a toda prisa. Sazed anhelaba llevar los platos a la cocina, pero no había sido capaz de renunciar todavía al trabajo.

—Continúa —le pidió Tindwyl, acomodándose en su asiento. Sazed nunca la había visto tan relajada. Los aros que adornaban los lóbulos de sus orejas eran de varios colores, uno de oro o cobre seguido de uno de estaño o hierro; adornos sencillos pero hermosos.

»¿Sazed?

Él dio un respingo.

—Disculpa —dijo, y regresó a su lectura—. «No obstante, también temo que todo lo que he conocido caiga en el olvido, que mi historia caiga en el olvido. Y temo por el mundo que habrá de venir. Temo que mis planes fracasen. Temo un destino aún peor que la Profundidad.»

—Espera —dijo Tindwyl—. ¿Por qué temía eso?

—¿Por qué no? La Profundidad (suponemos que es la bruma) estaba matando a la gente. Sin la luz del sol, las cosechas no crecían y los animales no podían pastar.

—Pero si Kwaan temía la Profundidad, no tendría que haberse opuesto a Alendi —dijo Tindwyl—. Subía al Pozo de la Ascensión para *derrotar* a la Profundidad.

—Sí —dijo Sazed—. Pero entonces Kwaan estaba convencido de que Alendi no era el Héroe de las Eras.

—Pero ¿qué importaba eso? No hacía falta una persona concreta para detener las brumas: el éxito de Rashek lo demuestra. Toma, sáltatelo todo hasta el final. Lee el párrafo sobre Rashek.

Sazed leyó:

Tengo un joven sobrino llamado Rashek. Odia a todo Khlenium con la pasión de la envidiosa juventud. Odia a Alendi aún más profundamente, a pesar de que no se conocen, porque Rashek se siente traicionado debido a que uno de nuestros opresores ha sido elegido Héroe de las Eras.

Alendi necesitará guías para cruzar las montañas de Terris. He encargado a Rashek que se asegure de que él y sus amigos de confianza son los guías elegidos. Rashek debe intentar guiar a Alendi en la dirección equivocada, para desanimarlo o, de lo contrario, hacerlo fallar en su búsqueda. Alendi no sabe que ha sido engañado.

Si Rashek no consigue desviar a Alendi, he instruido al muchacho para que mate a mi antiguo amigo. Es una esperanza remota. Alendi ha sobrevivido a asesinos y catástrofes. Y, sin embargo, espero que en las montañas heladas de Terris pueda finalmente ser detenido. Espero un milagro.

Alendi no debe alcanzar el Pozo de la Ascensión. No debe hacerse con el poder.

Tindwyl frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sazed.

—Encuentro algo extraño en todo esto. Pero no sé decirte exactamente qué.

Sazed volvió a escrutar el texto.

—Reduccámolo a hechos simples, entonces. Rashek, el hombre que se convirtió en lord Legislador, era sobrino de Kwaan.

—Sí —dijo Tindwyl.

—Kwaan envía a Rashek a desviar, o incluso a matar, a su antiguo amigo Alendi el Conquistador... un hombre que escala las montañas de Terris para encontrar el Pozo de la Ascensión.

Tindwyl asintió.

—Kwaan hace tal cosa porque teme lo que pueda suceder si Alendi toma para sí el poder del Pozo.

Tindwyl alzó un dedo.

—¿Por qué temía eso?

—Me parece un miedo lógico, ¿no?

—Demasiado lógico —respondió Tindwyl—. O, más bien, perfectamente racional. Pero, dime, Sazed. Cuando leíste el libro de Alendi, ¿te dio la impresión de que era del tipo que toma el poder para sí mismo?

Sazed negó con la cabeza.

—Más bien todo lo contrario. Por eso es tan confuso el libro, en parte: no entendemos por qué el hombre que se retrata en él había hecho lo que suponíamos que hizo. Creo que eso llevó a Vin a deducir que el lord Legislador no era Alendi sino Rashek, su porteador.

—Y Kwaan dice que conocía bien a Alendi —dijo Tindwyl—. De hecho, en este mismo calco halaga al hombre en varias ocasiones. Lo llama buena persona, me parece.

—Sí —dijo Sazed, encontrando el párrafo—. «Es un buen hombre; a pesar de todo, es un buen hombre. Un hombre sacrificado. En realidad, todas sus acciones, todas las muertes, la destrucción y el dolor que ha causado deben haberle dolido profundamente.»

—Así que Kwaan conocía bien a Alendi —dijo Tindwyl—. Y tenía un buen concepto de él. También, presumiblemente, conocía bien a su sobrino Rashek. ¿Ves mi problema?

Sazed asintió lentamente.

—¿Por qué enviar a un hombre de temperamento salvaje, un hombre cuyas motivaciones son la envidia y el odio, a matar a otro al que consideras bueno y digno? Es una decisión extraña.

—Exactamente —dijo Tindwyl, apoyando los brazos sobre la mesa.

—Pero Kwaan dice aquí mismo que duda que, si Alendi llega al Pozo de la Ascensión, tome el poder, y luego, en nombre de un bien mayor, renuncie a él. Tindwyl sacudió la cabeza.

—No tiene sentido, Sazed. Kwaan escribió varias veces sobre su temor a la Profundidad, pero luego trató de frustrar la esperanza de detenerla enviando a un joven lleno de odio a matar a un líder respetado y presumiblemente sabio. Kwaan prácticamente *preparó* a Rashek para que se hiciera con el poder... Si dejar que Alendi se hiciera con él era tan preocupante, ¿por qué no temía que Rashek pudiera hacer lo mismo?

—Tal vez simplemente vemos las cosas con la claridad de quienes observan los hechos que ya han tenido lugar —dijo Sazed.

Tindwyl negó con la cabeza.

—Se nos escapa algo. Kwaan es un hombre muy lógico, se nota en su estilo narrativo. Fue quien descubrió a Alendi, y el primero en considerarlo el Héroe de las Eras. ¿Por qué volverse contra él como lo hizo?

Sazed asintió, repasando su traducción del calco. Kwaan había conseguido prestigio por descubrir al Héroe. Encontró el párrafo que estaba buscando: «Había un lugar para mí en la tradición de la Anticipación: me consideré el Anunciador, el profeta que habría de descubrir, según lo predicho, al Héroe de las Eras. Renunciar entonces a Alendi habría sido renunciar a mi nueva posición, a ser aceptado por los demás. Y por eso no lo hice.»

—Tuvo que suceder algo dramático —dijo Tindwyl—. Algo que le hizo volverse contra su antiguo amigo, la fuente de su propia fama. Algo que sacudió tanto su conciencia que estuvo dispuesto a arriesgarse a oponerse al monarca más poderoso de la Tierra. Algo tan aterrador que corrió un riesgo ridículo al enviar a este Rashek en una misión asesina.

Sazed hojeó sus notas.

—Teme tanto la Profundidad como lo que sucederá si Alendi se hace con el poder. Sin embargo, parece que no puede decidir cuál es la amenaza mayor, y ninguna de las dos está más presente en la narración que la otra. Sí, veo el problema. ¿Crees que tal vez Kwaan estaba intentando dar a entender algo con la inconsistencia de sus propios argumentos?

—Tal vez —dijo Tindwyl—. La información es muy escasa. ¡No puedo juzgar a un hombre sin conocer el contexto en que vivió!

Sazed alzó la cabeza y la miró.

—Tal vez hemos estudiado demasiado —dijo—. ¿Hacemos un descanso?

Tindwyl negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo, Sazed.

Él la miró a los ojos. Tenía razón en ese punto.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —preguntó ella.

Sazed asintió.

—Esta ciudad caerá pronto. Las fuerzas que nos rodean... los ejércitos, los koloss, la confusión civil...

—Me temo que será más violento de lo que esperan nuestros amigos, Sazed —dijo Tindwyl en voz baja—. Parecen creer que podrán continuar sopesando sus problemas.

—Son un grupo de optimistas —dijo él con una sonrisa—. No están acostumbrados a la derrota.

—Esto será peor que la revolución. He estudiado estas cosas, Sazed. Sé lo que pasa cuando un conquistador toma una ciudad. Morirá gente. Mucha gente.

A Sazed sus palabras le dieron escalofríos. Había tensión en Luthadel; la guerra llegaba a la ciudad. Tal vez un ejército u otro entraría con la bendición de la Asamblea, pero el otro atacaría. Las murallas de Luthadel se teñirían de rojo cuando el asedio terminara por fin.

Y temía que el fin estuviera muy, muy cercano.

—Tienes razón —dijo, volviendo a las notas que había sobre la mesa—. Tenemos que continuar estudiando. Debemos recopilar más datos sobre la Tierra antes de la Ascensión, para que tengas el contexto que te hace falta.

Ella asintió, un poco fatalista. No se trataba de una tarea que pudieran completar con el tiempo que tenían. Descifrar el significado del calco, compararlo con el libro y relacionarlo con el contexto del período histórico era una empresa erudita que requería el trabajo de años.

Los guardadores tenían muchos conocimientos... pero aquel caso los superaba. Llevaban tanto tiempo recopilando y transmitiendo archivos, historias, mitos y leyendas, que hacían falta años para que un guardador recitara las obras recopiladas a un nuevo iniciado.

Por fortuna, el montón de información tenía índices y sumarios creados por los guardadores. Además, estaban las notas e índices personales de cada

guardador, que sin embargo solo ayudaban a este a comprender cuánta información tenía. El mismo Sazed se había pasado la vida leyendo, memorizando e indexando religiones. Cada noche, antes de dormir, leía alguna porción de una nota o una historia. Probablemente era el erudito más experto que había en religiones previas a la Ascensión, y sin embargo le parecía saber muy poco.

Además, estaba la poca fiabilidad de la información. Gran parte procedía del relato oral de gente sencilla, que hacía lo que podía por recordar cómo había sido su vida en otros tiempos... o, más bien, cómo habían vivido sus abuelos. Los guardadores no se habían instituido hasta finales del segundo siglo del reinado del lord Legislador. Para entonces, la forma pura de muchas religiones ya había sido aniquilada.

Sazed cerró los ojos, decantó en su cabeza otro índice de su mentecobre y empezó a repasar. No había mucho tiempo, cierto, pero Tindwyl y él eran guardadores. Estaban acostumbrados a iniciar tareas que otros tendrían que finalizar.

ELEND VENTURE, DEPUESTO REY DEL Dominio Central, se encontraba en el balcón de su fortaleza contemplando la enorme ciudad de Luthadel. Aunque aún no habían caído las primeras nieves, el tiempo era frío. Llevaba una capa atada por delante, pero no le cubría el rostro. El frío le azotaba las mejillas mientras el viento lo barría, agitándole la capa. De las chimeneas de las casas brotaba humo que se congregaba como una ominosa sombra sobre la ciudad, antes de elevarse para mezclarse con el cielo rojo ceniciente.

Por cada casa de la que salía humo, había dos de las que no salía. Muchas probablemente estaban vacías; la ciudad ya no contaba con la población que un día tuvo. Sin embargo, Elend sabía que muchas de las casas sin humo seguían habitadas. Habitadas, y heladas.

Tendría que haber podido hacer más por ellos, pensó, los ojos abiertos al viento frío y penetrante. Tendría que haber encontrado un medio de conseguir más carbón; tendría que haber conseguido protegerlos a todos.

Era humillante, incluso deprimente, admitir que el lord Legislador lo había hecho mejor que él. A pesar de ser un tirano despiadado, el lord Legislador al menos había impedido que una proporción importante de población pasara hambre o frío. Había controlado a los ejércitos y mantenido la delincuencia en un nivel manejable.

Al noreste esperaba el ejército koloss. No había enviado ningún emisario a la ciudad, pero era más aterrador que los ejércitos de Cett o de Venture. El frío no los espantaría; a pesar de su piel desnuda, al parecer los koloss no advertían los cambios de temperatura. Aquel último ejército era el más temible de los tres: más peligroso, más impredecible e intratable. Los koloss no negociaban.

No hemos prestado suficiente atención a esa amenaza, pensó. Había tanto que hacer, tanto de lo que preocuparse, que no pudimos concentrarnos en un ejército que podría ser tan peligroso para nuestros enemigos como para nosotros.

Cada vez parecía menos probable que los koloss fueran a atacar a Cett o a Straff. Aparentemente, Jastes los controlaba lo suficiente para mantenerlos a la espera de lanzarse contra Luthadel.

—Mi señor —dijo una voz a su espalda—. Por favor, vuelve dentro. El viento es desapacible. No tiene sentido morir de frío.

Elend se volvió. El capitán Demoux esperaba diligente en la habitación junto con otro guardaespaldas. Después del intento de asesinato, Ham había insistido en que Elend nunca estuviera desprotegido. Elend no se había quejado, aunque sabía que ya había pocos motivos para la cautela. Straff no querría matarlo ahora que no era rey.

Qué diligente, pensó, estudiando el rostro de Demoux. ¿Por qué me parece juvenil? Tenemos casi la misma edad.

—Muy bien —dijo, entrando en la habitación. Mientras Demoux cerraba las puertas del balcón, Elend se quitó la capa. El traje que llevaba le sentaba mal, aunque había ordenado que lo limpiaran y plancharan. El chaleco le quedaba demasiado ajustado porque ejercitarse con la espada estaba modificando lentamente su cuerpo, mientras que la casaca le quedaba ancha —. Demoux —continuó—, ¿cuándo será la siguiente reunión del Superviviente?

—Esta noche, mi señor.

Elend asintió. Se lo temía; sería una noche muy fría.

—Mi señor, ¿sigues queriendo venir?

—Naturalmente —dijo Elend—. Di mi palabra de que me uniría a vuestra causa.

—Eso fue antes de que perdieras la votación, mi señor.

—Eso no tiene nada que ver. Voy a unirme a vuestro movimiento porque es importante para los skaa, Demoux, y quiero comprender la voluntad de mi... del pueblo. Os prometí dedicación, y la tendréis.

Demoux parecía un poco confuso, pero no dijo nada más. Elend miró su mesa, pensando en estudiar un poco, pero le resultaba difícil motivarse en la habitación helada. Así que abrió la puerta y salió al pasillo. Sus guardias lo siguieron.

Decidió no ir a las habitaciones de Vin. Ella necesitaba descanso, y no le haría ningún bien que él se asomara a verla cada media hora. Así que se dirigió a un pasillo distinto.

Los pasillos secundarios de la fortaleza Venture eran de piedra, oscuros y estrechos, tortuosos como laberintos. Tal vez porque había crecido en esos pasillos, se sentía a salvo en sus oscuros y angostos confines. Eran el lugar perfecto para un joven que no quería ser encontrado. En la actualidad los usaba por otro motivo: eran un lugar perfecto para dar largos paseos. Caminó sin un rumbo concreto, apaciguando su frustración con el sonido de sus propios pasos.

No puedo arreglar los problemas de esta ciudad, se dijo. Tengo que dejar que Penrod se encargue de eso... es a él a quien quiso el pueblo, no a mí.

Eso tendría que haberle facilitado las cosas. Le permitía concentrarse en su propia supervivencia, le daba tiempo para revitalizar su relación con Vin. Sin embargo, ella parecía diferente últimamente. Elend trataba de decirse que era solo por sus heridas, pero notaba en Vin algo más profundo. Algo en la manera en que lo miraba, algo en la manera en que reaccionaba a su afecto. Y, a su pesar, solo se le ocurría una cosa que hubiese cambiado.

Elend ya no era rey.

Vin no era superficial. No le había mostrado más que devoción y amor durante los dos años que llevaban juntos. Y, sin embargo, ¿cómo podía no reaccionar, aunque fuera inconscientemente, a su colosal fracaso? Durante el intento de asesinato, la había visto pelear. La había visto *realmente*, por primera vez. Hasta ese día, no se había dado cuenta de cómo era. Era una fuerza, como un trueno o el viento. La forma en que había matado a aquel último hombre, aplastándole la cabeza con la suya...

¿Cómo podría amar a un hombre como yo? Ni siquiera he sabido conservar el trono. Redacté las mismas leyes que me han depuesto.

Suspiró, y continuó caminando. Le parecía que tendría que estar devanándose los sesos, tratando de encontrar un modo de convencer a Vin de que era digno de ella. Pero intentando convencerla parecería todavía más incompetente. No se podían corregir los errores pasados, sobre todo porque

no conseguía ver que hubiese cometido ningún verdadero «error». Lo había hecho lo mejor posible, y había resultado insuficiente.

Se detuvo en un cruce. Antes, enfrascarse en un libro le hubiera bastado para calmarse. Estaba nervioso. Tenso. Un poco... como suponía que se sentía Vin.

Tal vez pueda aprender de ella, pensó. *¿Qué haría Vin en mi situación? Desde luego no iría paseando por ahí, rumiando y compadeciéndose de sí misma.* Elend frunció el ceño y contempló un pasillo iluminado por las fluctuantes lámparas de aceite, solo la mitad de las cuales estaban encendidas. Luego echó a andar con paso decidido hacia unas habitaciones en concreto.

Llamó con suavidad y no obtuvo ninguna respuesta. Finalmente asomó la cabeza. Sazed y Tindwyl estaban sentados en silencio a una mesa llena de papeles y libros. Los dos tenían la mirada perdida, la mirada vidriosa de alguien que ha recibido un golpe. La mano de Sazed reposaba sobre la mesa. La de Tindwyl reposaba sobre la suya.

Sazed de repente volvió a la realidad y miró a Elend.

—¡Lord Venture! Lo siento. No te he oído entrar.

—No importa, Sazed —dijo Elend, entrando en la habitación. Tindwyl se recuperó también, y apartó la mano de la de Sazed. Elend hizo un gesto a Demoux y a su compañero, que lo seguían aún, para que permanecieran fuera, y luego cerró la puerta.

—Elend —dijo Tindwyl, con su típico retintín de disgusto—. ¿Cuál es tu propósito al molestarnos? Ya has demostrado sobradamente tu incompetencia... No veo la necesidad de seguir discutiendo.

—Esta sigue siendo mi casa, Tindwyl —replicó Elend—. Insúltame una vez más y te echaré de aquí.

Tindwyl alzó una ceja.

Sazed palideció.

—Lord Venture —se apresuró a decir—. No creo que Tindwyl pretendiera...

—No importa, Sazed —dijo Elend, alzando una mano—. Me estaba poniendo a prueba para ver si había vuelto a mi anterior estado de insultabilidad.

Tindwyl se encogió de hombros.

—He oído informes de que recorías los pasillos del palacio como un niño perdido.

—Esos informes son ciertos —dijo Elend—. Pero no significa que haya perdido completamente mi orgullo.

—Bien —dijo Tindwyl, indicando una silla—. Siéntate, siquieres.

Elend asintió, arrastró la silla y tomó asiento ante ellos.

—Necesito consejo.

—Ya te he dado lo que podía darte —dijo Tindwyl—. De hecho, quizás haya hecho demasiado. Mi presencia continuada aquí hace que parezca que estoy tomando partido.

—Ya no soy rey. Por tanto, no tengo bando. Solo soy un hombre en busca de la verdad.

Tindwyl sonrió.

—Haz tus preguntas, entonces.

Sazed escuchaba la conversación con interés.

Lo sé, pensó Elend. Yo tampoco estoy seguro de comprender nuestra relación.

—Este es mi problema: he perdido el trono, esencialmente, porque no estaba dispuesto a mentir.

—Explícate —dijo Tindwyl.

—Tuve la oportunidad de callarme un detalle de la ley. En el último momento, pude haber logrado que la Asamblea me aceptara como rey. En cambio, di una información que era cierta, y que acabó costándome el trono.

—No me sorprende.

—No esperaba que te sorprendiera. Ahora, ¿crees que fui un necio al hacer lo que hice?

—Sí.

Elend asintió.

—Pero ese momento de franqueza no fue el que te costó el trono, Elend Venture —dijo Tindwyl—. Ese momento fue un pequeño detalle, demasiado pequeño para achacarle tu sonoro fracaso. Perdiste el trono porque no quisiste ordenar a tus ejércitos que aseguraran la ciudad, porque insististe en dar a la Asamblea demasiada libertad y porque no empleaste asesinos ni otras formas de presión. En resumen, Elend Venture, perdiste el trono porque eres un buen hombre.

Elend negó con la cabeza.

—¿No se puede entonces ser un hombre que sigue su conciencia y un buen rey?

Tindwyl frunció el ceño, pensativa.

—Haces una pregunta antigua, Elend —dijo Sazed en voz baja—. Una pregunta que monarcas, sacerdotes y hombres humildes marcados por el destino se han preguntado siempre. No sé si hay una respuesta.

—¿Debería haber mentido, Sazed?

—No —respondió el terrisano, sonriendo—. Tal vez otro hombre en tu misma situación debería haberlo hecho. Pero un hombre debe ser coherente consigo mismo. Has tomado tus decisiones en la vida, y cambiarte a ti mismo en el último momento, mentir, habría ido en contra de quien eres. Es mejor para ti haber hecho lo que hiciste y perder el trono, creo.

Tindwyl frunció el ceño.

—Sus ideales son bonitos, Sazed. Pero ¿qué hay del pueblo? ¿Y si la gente muere porque Elend no fue capaz de controlar su propia conciencia?

—No deseo discutir contigo, Tindwyl —dijo Sazed—. Simplemente, mi opinión es que eligió bien. Tiene derecho a escuchar su conciencia, y luego confiar en que la providencia rellene los agujeros causados por el conflicto entre la moralidad y la lógica.

La providencia.

—Te refieres a Dios —dijo Elend.

—Sí.

Elend sacudió la cabeza.

—¿Qué es Dios, Sazed, sino un subterfugio de los obligadores?

—¿Por qué tomas las decisiones que tomas, Elend Venture?

—Porque son adecuadas.

—¿Y por qué son adecuadas?

—No lo sé —dijo Elend con un suspiro, arrellanándose. Captó una mirada de desaprobación de Tindwyl, pero la ignoró y no cambió de postura. No era rey: podía despatarrarse si quería—. Hablas de Dios, Sazed, pero ¿no predicas cien religiones diferentes?

—Trescientas.

—Bueno, ¿en cuál crees?

—Creo en todas.

Elend negó con la cabeza.

—Eso no tiene sentido. Solo me mostraste media docena, pero vi que son incompatibles.

—No es mi posición juzgar la verdad, lord Venture —dijo Sazed, sonriendo—. Simplemente la transmito.

Elend sonrió. *Sacerdotes... A veces, hablar con Sazed es como hablar con un obligador.*

—Elend —dijo Tindwyl, suavizando su tono—. Creo que manejaste esta situación de manera equivocada. Sin embargo, Sazed tiene un argumento de peso. Fuiste fiel a tus propias convicciones, y eso es un atributo regio.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Lo que deseas. Nunca fue mi misión decirte lo que tienes que hacer. Simplemente te enseñé lo que hicieron en el pasado hombres que estuvieron en tu lugar.

—¿Y qué habrían hecho ellos? —preguntó Elend—. Esos grandes líderes tuyos, ¿cómo habrían reaccionado en mi situación?

—Es una pregunta absurda —dijo ella—. Ellos no se habrían encontrado en esta situación, porque, para empezar, no habrían perdido su título.

—¿De eso se trata, entonces? ¿Del título?

—¿No estamos discutiendo eso?

Elend no respondió. *¿Qué crees que convierte a un hombre en un buen rey?,* le había preguntado una vez a Tindwyl. *La confianza. Un buen rey es aquel en quien su pueblo confía... y que merece esa confianza,* había respondido ella.

Elend se levantó.

—Gracias, Tindwyl.

Tindwyl frunció el ceño, confundida, y luego se volvió hacia Sazed. Él alzó la cabeza y miró a Elend a los ojos. Entonces sonrió.

—Vamos, Tindwyl —dijo—. Debemos regresar a nuestros estudios. Creo que Su Majestad tiene trabajo que hacer.

Tindwyl continuó con el ceño fruncido mientras Elend salía de la habitación. Sus guardias lo siguieron cuando echó a andar rápidamente pasillo abajo.

No volveré a ser como era, pensó Elend. No continuaré vacilando y preocupándome. Tindwyl me enseñó demasiado bien a no hacerlo, aunque nunca me comprendiera realmente.

Elend llegó a sus aposentos unos instantes más tarde. Entró directamente y abrió el armario. La ropa que Tindwyl había escogido para él, la ropa de un rey, estaba dentro.

Algunos de vosotros tal vez conozcáis mi fabulosa memoria. Es cierto: no necesito la mente de metal de un feruquimista para memorizar una hoja de texto en un instante.

42



—BIEN —DIJO ELEND, USANDO UNA barra de carbón para rodear otra sección del mapa de la ciudad que tenía delante—. ¿Qué tal aquí?

Demoux se rascó la barbilla.

—¿Grainfield? Es un barrio de nobles, mi señor.

—Lo era —dijo Elend—. Grainfield estaba lleno de casas de primos de los Venture. Cuando mi padre se marchó de la ciudad, lo hicieron la mayoría de ellos.

—Entonces supongo que encontraremos las casas llenas de refugiados skaa.

Elend asintió.

—Sácalos de allí.

—¿Disculpa, mi señor? —dijo Demoux.

Los dos se hallaban en la gran cochera de la fortaleza Venture. Los soldados se movían a toda prisa en la espaciosa sala. Muchos no vestían uniforme; no trabajaban en asuntos oficiales de la ciudad. Elend ya no era rey, pero habían acudido a su llamada.

Eso quería decir algo, al menos.

—Tenemos que sacar a los skaa de esas casas —continuó Elend—. Las casas de los nobles suelen ser mansiones de piedra con un montón de habitaciones pequeñas. Son enormemente difíciles de calentar, pues requieren una chimenea o una estufa en cada habitación. Las casas de inquilinos de los skaa son deprimentes, pero tienen grandes chimeneas y habitaciones amplias.

Demoux asintió lentamente.

—El lord Legislador no podía permitir que sus obreros se congelaran —añadió Elend—. Esas casas de inquilinos son la mejor manera de procurar el bienestar de una gran población de gente con recursos limitados.

—Comprendo, mi señor —dijo Demoux.

—No los obligues, Demoux. Mi guardia personal, aunque se haya reforzado con voluntarios del ejército, no tiene autoridad oficial en la ciudad. Si una familia quiere quedarse en la casa de aristócratas que ocupa, déjala. Pero asegúrate de que sepa que hay una alternativa a la congelación.

Demoux asintió y se dispuso a transmitir la orden. Llegó un mensajero. El hombre tuvo que abrirse paso entre una marea organizada de soldados que recibían órdenes y trazaban planes.

Elend saludó con la cabeza al recién llegado.

—Estás con el grupo de demolición, ¿cierto?

El hombre asintió mientras hacía una reverencia. No iba de uniforme; era soldado, pero no de la guardia de Elend. Era un hombre joven, de mandíbula cuadrada, cabeza calva y sonrisa sincera.

—¿Te conozco? —dijo Elend.

—Te ayudé hace un año, mi señor —contestó el hombre—. Te conduje al palacio del lord Legislador para ayudarte a rescatar a lady Vin...

—Goradel —dijo Elend, recordando—. Eras parte de la guardia personal del lord Legislador.

El hombre asintió.

—Me uní a tu ejército a partir de ese día. Me pareció que era lo que había que hacer.

Elend sonrió.

—Ya no es mi ejército, Goradel, pero te agradezco que vengas a ayudarnos hoy. ¿Qué noticias traes?

—Tenías razón, mi señor —dijo Goradel—. Los skaa ya han saqueado las casas vacías en busca de muebles. Pero no han pensado en las paredes. La mitad de las mansiones abandonadas tienen los muros forrados de madera por dentro, y un montón de las casas de inquilinos son de madera. La mayoría tiene el techo de madera.

—Bien —dijo Elend. Contempló al grupo de hombres convocados. No les había contado sus planes: simplemente había pedido voluntarios para que le ayudaran con unos trabajos. No esperaba que acudieran centenares.

—Parece que estamos reuniendo a un buen grupo, mi señor —dijo Demoux, acercándose.

Elend asintió, y dio permiso a Goradel para retirarse.

—Podremos intentar llevar a cabo un plan aún más ambicioso que el que había planeado.

—Mi señor, ¿estás seguro de que quieras empezar a derribar la ciudad a nuestro alrededor?

—O perdemos edificios o perdemos a gente, Demoux —contestó Elend—. Tendrán que ser los edificios.

—¿Y si el rey trata de detenernos?

—Entonces, obedeceremos. Pero no creo que lord Penrod ponga pegas. Está demasiado ocupado intentando que la Asamblea apruebe una ley para entregar la ciudad a mi padre. Además, probablemente lo mejor para él sea tener a estos hombres aquí, trabajando, que sentados en los barracones preocupándose.

Demoux guardó silencio. Elend hizo lo mismo: ambos sabían lo precaria que era su situación. Había pasado muy poco tiempo desde el intento de asesinato y la transferencia de poder, y la ciudad era un caos. Cett seguía encerrado en la fortaleza Hasting, y sus ejércitos habían tomado posiciones para atacar la ciudad. Luthadel era como un hombre con un cuchillo en la garganta. Cada vez que respiraba, le cortaba la piel.

Poco puedo hacer al respecto, pensó Elend. Tengo que asegurarme de que la gente no se muera de frío en las próximas noches. Sentía el terrible frío a pesar de la luz del día, la capa y el refugio. Había mucha gente en Luthadel, pero si conseguía suficientes hombres para derribar los edificios, podría hacer algún bien.

—¡Mi señor!

Elend se volvió para ver cómo se acercaba un hombre con un poblado bigote.

—Ah, Felt —dijo—. ¿Traes noticias?

El hombre se ocupaba del problema de la comida envenenada, sobre todo de cómo estaba colándose en la ciudad.

—Sí, mi señor —asintió—. Interrogamos a los refugiados con un alomante encendedor, y nada. Luego me puse a pensar. Los refugiados me parecieron una posibilidad demasiado obvia. ¿Extraños en la ciudad? Naturalmente, serían los primeros de quienes sospecharíamos. Supuse que, con todos los

problemas que ha habido con los pozos y la comida y todo lo demás, alguien tenía que estar entrando y saliendo de la ciudad.

Elend asintió. Habían vigilado estrechamente a los soldados de Cett en la fortaleza Hasting, y ninguno de ellos era responsable del sabotaje. El nacido de la bruma de Straff seguía siendo una posibilidad, pero Vin no creía que estuviera detrás de los envenenamientos. Elend esperaba que la pista, si podían dar con ella, los llevara hasta alguien de su propio palacio y que se descubriera qué miembro de su personal de servicio había sido sustituido por un kandra.

—¿Bien? —preguntó.

—Interrogué a los encargados de los pasos de la muralla —continuó Felt—. No creo que tengan la culpa.

—¿Pasos de la muralla?

Felt asintió.

—Pasajes ocultos para salir de la ciudad. Túneles y cosas similares.

—¿Esas cosas existen? —preguntó sorprendido Elend.

—Por supuesto, mi señor —dijo Felt—. Moverse entre ciudades era muy difícil para los ladrones skaa durante el reinado del lord Legislador. Todo el que entraba en Luthadel era sometido a un interrogatorio. Así que se buscaban formas de entrar a escondidas en la ciudad. La mayoría de esas vías han sido cortadas: aquellas por las que solía subir y bajar la gente con cuerdas, por las murallas. Unas cuantas siguen operativas, pero no creo que estén dejando entrar a los espías. Cuando el primer pozo fue envenenado, a todos los encargados de los pasos les entró la paranoia de que ibas a ir por ellos. Desde entonces solo han dejado *salir* de la ciudad a los que quieren huir del asedio, pero no entra nadie.

Elend frunció el ceño. No estaba seguro de qué pensar acerca de que estuvieran desobedeciendo su orden de cerrar las puertas y no dejar salir a nadie.

—A continuación —dijo Felt—, me centré en el río.

—Ya pensamos en eso —dijo Elend—. Las rejas que cubre el agua son todas seguras.

Felt sonrió.

—Sí que lo son. Envié a algunos hombres a bucear y encontraron varios candados en el fondo, manteniendo en su sitio las rejas.

—¿Qué?

—Alguien las ha abierto, mi señor, y luego las ha colocado en su sitio para que no sospecháramos. De esa forma, pueden entrar y salir nadando a placer.

Elend alzó una ceja.

—¿Quieres que sustituymos las rejas? —preguntó Felt.

—No. No, cambia los candados y coloca guardias. La próxima vez que intenten entrar en la ciudad, quiero que se queden atrapados.

Felt asintió y se marchó con una sonrisa en la cara. Sus talentos como espía no habían sido de mucha utilidad últimamente, y parecía disfrutar con las tareas que Elend le encargaba. Elend anotó mentalmente que tenía que pensar en poner a Felt a trabajar en la localización del espía kandra... suponiendo, claro, que el propio Felt no fuera el espía.

—Mi señor —dijo Demoux, acercándose—. Creo que podría darte una segunda opinión sobre cómo se producen los envenenamientos.

Elend se volvió.

—¿Sí?

Demoux asintió e indicó a un hombre que se acercara. Era joven, de unos dieciocho años, con la cara y la ropa sucias de los obreros skaa.

—Este es Larn —dijo Demoux—. Un miembro de mi congregación.

El joven inclinó la cabeza ante Elend, nervioso.

—Puedes hablar, Larn —dijo Demoux—. Dile a lord Venture lo que viste.

—Bueno, mi señor. Traté de informar de esto al rey. Al nuevo rey, quiero decir —se ruborizó, avergonzado.

—Muy bien. Continúa.

—Bueno, sus hombres me echaron. Dijeron que el rey no tenía tiempo para mí. Así que acudí a lord Demoux. Supuse que él me creería.

—¿Sobre qué? —preguntó Elend.

—Inquisidores, mi señor —dijo el hombre en voz baja—. He visto a uno en la ciudad.

Elend sintió un escalofrío.

—¿Estás seguro?

El joven asintió.

—He vivido en Luthadel toda mi vida, mi señor. Vi las ejecuciones muchas veces. Reconocería a cualquiera de esos monstruos. Lo vi. Los clavos en los ojos, alto, la túnica, moviéndose de noche. Cerca de la plaza del centro de la ciudad. Te lo prometo.

Elend compartió una mirada con Demoux.

—No es el único, mi señor —informó Demoux—. Algunos miembros de mi congregación dicen haber visto a un inquisidor en los alrededores de

Kredik Shaw. Al principio no les hice caso, pero Larn es de fiar. Si dice que ha visto algo, es que lo ha visto. Es casi tan bueno como un ojo de estaño.

Elend asintió lentamente y ordenó que una patrulla de su guardia personal vigilara la zona indicada. Después volvió a centrarse en su empresa para recuperar madera. Dio órdenes, organizando a los hombres en equipos, y envió a algunos a empezar el trabajo y a otros a reunir reclutas. Sin combustible, muchas fraguas de la ciudad habían cerrado y los obreros estaban ociosos. Tendrían algo en lo que ocupar el tiempo.

Elend vio determinación en los ojos de los hombres cuando empezaron a dispersarse. Conocía esa firmeza en la mirada y los brazos. Provenía de la satisfacción de hacer algo, de no estar sentados esperando que el destino, o los reyes, actuaran.

Elend volvió al mapa e hizo unas cuantas anotaciones. Con el rabillo del ojo, vio entrar a Ham.

—¡Así que aquí están todos! —dijo Ham—. Los campos de entrenamiento están desiertos.

Elend alzó la cabeza, sonriendo.

—¿Has vuelto a ponerte el uniforme, entonces?

Elend miró su uniforme blanco. Diseñado para destacar en una ciudad sucia de ceniza.

—Sí.

—Lástima —dijo Ham con un suspiro—. Nadie tendría que llevar uniforme.

Elend alzó una ceja. El avance del implacable invierno había obligado a Ham, finalmente, a ponerse una camisa bajo el chaleco. Pero no llevaba ni capa ni abrigo.

Elend volvió al mapa.

—Me sienta bien —dijo—. Parece lo apropiado. Además, ese chaleco tuyo es un uniforme como cualquier otro.

—No, no lo es.

—¿No? —preguntó Elend—. Nada anuncia más a gritos a un violento que ir por ahí en invierno sin abrigo, Ham. Has usado tu indumentaria para influir en la reacción de la gente ante ti, para que sepa quién eres y lo que representas... que es esencialmente para lo que sirve un uniforme.

Ham vaciló.

—Es una interesante forma de verlo.

—¿Qué? ¿Nunca has discutido algo así con Brisa?

Ham negó con la cabeza mientras se volvía a mirar a los grupos de hombres y escuchaba a los que Elend había nombrado para dar las órdenes.

Ha cambiado, pensó Elend. *Dirigir esta ciudad, todo esto lo ha cambiado incluso a él.* El violento era más solemne, estaba más concentrado. Naturalmente, era más responsable de la seguridad de la ciudad que el resto de la banda. A veces costaba recordar que, pese a su espíritu libre, Ham era un hombre de familia. No solía hablar mucho de Mardra ni de sus dos hijos. Elend sospechaba que era por costumbre: Ham había pasado gran parte de su matrimonio alejado de su familia para mantenerla a salvo.

Toda esta ciudad es mi familia, pensó Elend, viendo cómo los soldados partían a hacer su trabajo. Algunos pensaban probablemente que algo tan simple como reunir leña era una labor mundana, o de poca relevancia en una ciudad amenazada por tres ejércitos. Sin embargo, Elend sabía que el helado pueblo skaa recibiría el combustible con tanto agradecimiento como la salvación de los ejércitos.

La verdad era que Elend se sentía un poco como sus soldados. Sentía satisfacción, incluso entusiasmo por hacer algo, *cualquier cosa*, que sirviera de ayuda.

—¿Y si se produce el ataque de Cett? —preguntó Ham, mirando a los soldados—. Buena parte del ejército estará dispersa por la ciudad.

—Aunque tuviéramos mil hombres en mis equipos, no haría mella en nuestras fuerzas. Además, Clubs opina que habrá tiempo de sobra para reunirlos. Hemos preparado mensajeros. —Elend volvió a mirar el mapa—. Además, no creo que Cett vaya a atacar todavía. Está a salvo en la fortaleza. Nunca llegaremos a él: tendríamos que apartar a demasiados hombres de las defensas de la ciudad, y eso nos dejaría expuestos. De lo único que realmente tiene que preocuparse es de mi padre...

Elend se calló de pronto.

—¿Qué? —preguntó Ham.

—Por eso está Cett aquí —dijo Elend, parpadeando sorprendido—. ¿No lo ves? Se ha dejado a sí mismo sin opciones, adrede. Si Straff ataca, los ejércitos de Cett acabarán luchando junto a los nuestros. Su destino y el nuestro están unidos.

Ham frunció el ceño.

—Parece una maniobra desesperada.

Elend asintió, recordando el encuentro con Cett.

—Desesperada —dijo—. Un buen trabajo. Cett está desesperado por algún motivo... un motivo que no he podido averiguar. De todas formas, al entrar aquí se sitúa con nosotros en contra de Straff, queramos la alianza o no.

—Pero ¿y si la Asamblea le entrega la ciudad a Straff? ¿Y si nuestros hombres se unen a él y atacan a Cett?

—Ese es el riesgo que corre —dijo Elend—. Cett nunca ha pretendido librarse de la confrontación que hay en Luthadel. Pretende tomar la ciudad o ser destruido.

»Está aguardando con la esperanza de que Straff ataque, temiendo que se la entreguemos sin más. Pero eso no sucederá mientras Straff tenga miedo de Vin. Un empate a tres bandas. Con los koloss como cuarto elemento que nadie puede predecir.

Alguien tenía que hacer algo para romper el equilibrio.

—Demoux, ¿puedes hacerte cargo de esto?

El capitán Demoux miró alrededor y asintió.

Elend se volvió hacia Ham.

—Tengo una pregunta para ti, Ham.

El violento alzó una ceja.

—¿Hasta qué punto tienes ganas de hacer una locura en este momento?

ELEND CONDUJO SU CABALLO A la salida del túnel y se asomó al desolado paisaje que rodeaba Luthadel. Se volvió y contempló la muralla. Era de esperar que los soldados hubieran recibido su mensaje y no lo confundieran con un espía o un explorador de cualquiera de los ejércitos enemigos. Prefería no acabar en las historias de Tindwyl como el ex rey que murió abatido por una flecha de sus propios hombres.

Ham ayudó a salir del túnel a una mujer pequeña y encogida. Como Elend había supuesto, Ham había encontrado un pasadizo adecuado en la muralla para sacarlos de la ciudad.

—Bien, aquí estáis —dijo la anciana, apoyada en su bastón.

—Gracias, buena mujer —contestó Elend—. Has servido bien a tu dominio hoy.

La mujer bufó, alzando una ceja, aunque era casi ciega. Elend sonrió, sacó una bolsa y se la tendió. Ella la agarró con dedos retorcidos, pero sorprendentemente diestros, y examinó el contenido.

—¿Tres de más?

—Para que dejes aquí un explorador esperando nuestro regreso.

—¿Regreso? —preguntó la mujer—. ¿No escapáis?

—No. Tengo asuntos que tratar con uno de los ejércitos.

La mujer alzó de nuevo la ceja.

—Bueno, no es asunto de la abuela —murmuró, volviéndose hacia el agujero—. Por tres monedas, puedo encontrar un nieto que espere aquí unas cuantas horas. Sabe el lord Legislador que tengo bastantes.

Ham la vio marchar con una chispa de afecto en los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces este túnel? —preguntó Elend, viendo cómo un par de hombres fornidos cerraban la entrada oculta en la piedra. Medio excavado, medio tallado en la pared de la muralla, el túnel era una hazaña notable. Incluso después de haber oído hablar de la existencia de esos pasadizos, seguía sorprendiéndole atravesar uno que estaba a pocos minutos a caballo de la mismísima fortaleza Venture.

Ham se volvió hacia él mientras la falsa muralla se cerraba.

—Oh, lo sé desde hace años y años. La abuela Hilde solía darme dulces cuando era un crío. Naturalmente, era una forma barata de conseguir publicidad discreta para su paso de la muralla. Cuando crecí, solía usarlo para sacar a Mardra y los niños de la ciudad cuando venían de visita.

—Espera —dijo Elend—. ¿Creciste en Luthadel?

—Claro.

—¿En las calles, como Vin?

Ham negó con la cabeza.

—Como Vin, no —dijo con voz apagada, observando la muralla—. No creo que nadie creciera como Vin. Tuve padres skaa... Mi abuelo era noble. Me mezclé con los bajos fondos, pero tuve a mis padres durante buena parte de mi infancia. Además, era un niño... y bastante corpulento. —Se volvió hacia Elend—. Supongo que eso constituye una gran diferencia.

Elend asintió.

—No vas a clausurar este lugar, ¿verdad? —preguntó Ham.

Elend se volvió, sorprendido.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

Ham se encogió de hombros.

—No parece exactamente el tipo de empresa honrada que tú aprobarías. Es muy probable que haya gente escapando de la ciudad todas las noches tratando de aprovechar este agujero. Se sabe que la abuela Hilde acepta el dinero y no hace preguntas... aunque refunfuñe un poco.

Ham tenía razón. *Probablemente no me hubiese hablado de este lugar de no haberle preguntado por él.* Sus amigos caminaban por un alambre, cerca de sus antiguos contactos con los bajos fondos; sin embargo, se esforzaban en construir el gobierno por cuya creación tanto habían sacrificado.

—No soy rey —dijo Elend, guiando a su caballo—. Lo que haga la abuela Hilde no es asunto mío.

Ham lo alcanzó con aspecto de alivio. Sin embargo, Elend vio que su optimismo se esfumaba a medida que lo que estaban haciendo iba calando en él.

—No me gusta esto, El.

Dejaron de caminar mientras Elend montaba.

—Ni a mí tampoco.

Ham tomó aire y asintió.

Mis antiguos amigos nobles habrían tratado de hacerme desistir, pensó Elend, divertido. *¿Por qué me he rodeado de gente leal al Superviviente? Esperan que sus líderes corran riesgos demenciales.*

—Iré contigo —dijo Ham.

—No. No servirá de nada. Quédate aquí hasta que regrese. Si no lo hago, cuéntale a Vin lo sucedido.

—Claro, se lo contaré —dijo Ham amargamente—. Luego me dedicaré a arrancarme sus dagas del pecho. Asegúrate de que regresas, ¿de acuerdo?

Elend asintió, sin apenas prestarle atención. Sus ojos estaban concentrados en el ejército que se veía en la distancia. Un ejército sin tiendas, carroajes, carros de comida ni sirvientes. Un ejército que se había comido la vegetación del terreno en un amplio círculo alrededor de su posición. Los koloss.

El sudor hacía que las riendas estuvieran resbaladizas en sus manos. Aquello no era como cuando había ido al campamento de Straff y a la fortaleza de Cett. Esta vez estaba solo. Vin no podría sacarlo si las cosas iban mal; estaba todavía recuperándose de sus heridas y nadie más que Ham sabía lo que Elend estaba haciendo.

¿Qué le debo a la gente de esta ciudad?, pensó. *Me rechazaron. ¿Por qué sigo insistiendo en protegerlos?*

—Reconozco esa expresión, El —dijo Ham—. Volvamos.

Elend cerró los ojos, dejando escapar un suspiro. Los abrió y se lanzó al galope.

Habían pasado años desde que había visto a los koloss, una experiencia debida únicamente a la insistencia de su padre. Straff no se fiaba de las

criaturas, y nunca le había gustado tener guarniciones estando ellos en el Dominio Septentrional, a solo unos cuantos días de marcha de su ciudad natal de Urteau. Esos koloss eran un recordatorio, una advertencia del lord Legislador.

Elend espoleó a su caballo, como utilizando el impulso del animal para acicatear su propia fuerza de voluntad. Aparte de una breve visita a la guarnición de koloss de Urteau, todo lo que sabía de las criaturas lo había sacado de los libros. Pero la instrucción de Tindwyl había hecho mella en su antigua confianza.

Tendrá que bastarme la que me queda, pensó mientras se acercaba al campamento. Apretó los dientes, frenando su animal a medida que se aproximaba a un pelotón de koloss.

Eran como recordaba. Una criatura grande, la piel repugnanteamente agrietada y rota por las marcas de crecimiento, dirigía a unas cuantas bestias de tamaño mediano, cuyos desgarros sangrantes empezaban a asomar en las comisuras de sus labios y los bordes de sus ojos. Un puñado de criaturas más pequeñas, la piel suelta y arrugada bajo los ojos y los brazos, acompañaba a sus superiores.

Elend refrenó su caballo y se acercó al trote a la bestia más grande.

—Llévame con Jastes.

—Baja del caballo —dijo el koloss.

Elend miró a la criatura directamente a los ojos. Montado, era casi de la misma altura.

—Llévame con Jastes.

El koloss lo miró con aquellos ojos como cuentas ilegibles. Tenía una arruga de un ojo a otro, por encima de la nariz, y una arruga secundaria que le llegaba hasta las fosas nasales; la nariz tan apretada que se le torcía y se le aplastaba.

Ese era el momento crucial. Según los libros la criatura haría lo que le ordenaban o simplemente lo atacaría. Elend esperó, tenso.

—Ven —replicó el koloss, volviéndose hacia el campamento. El resto de las criaturas rodearon el caballo, y la bestia corcoveó, nerviosa. Elend sujetó las riendas con fuerza e instó al animal a avanzar. Respondió con miedo.

Tendría que haberse sentido mejor tras esa pequeña victoria, pero la tensión tan solo aumentó. Se acercaban al campamento. Era como ser engullido. Como dejar que un corrimiento de tierras te arrollara. Los koloss alzaban la cabeza al verlo pasar, observándolo con sus ojos rojos e

inexpresivos. Muchos otros continuaban en silencio alrededor de las hogueras donde cocinaban, ajenos a todo, como hombres que han nacido cortos de sesera.

Otros peleaban. Se mataban entre sí luchando en el suelo ante sus compañeros, a quienes poco importaban. Ningún filósofo, científico o erudito había podido determinar exactamente qué irritaba a los koloss. La avaricia parecía una buena causa. Sin embargo, a veces atacaban cuando había comida de sobra y mataban a sus compañeros por un pedazo de carne. El dolor era otra buena causa, al parecer, al igual que el desafío a la autoridad. Reacciones viscerales. Y, sin embargo, parecía que había ocasiones en que atacaban sin causa ni motivo.

Y, después de luchar, se expresaban tranquilamente, como si sus acciones fueran perfectamente lógicas. Elend se estremeció al oír aullidos y se dijo que probablemente no tendría problemas hasta que llegara a Jastes. Los koloss normalmente solo se atacaban entre sí.

A menos que entraran en un frenesí sangriento.

Descartó ese pensamiento y se concentró en las cosas que Sazed había mencionado sobre su viaje al campamento koloss. Las criaturas llevaban las anchas y brutales espadas de hierro que Sazed había descrito. Cuanto más grande era el koloss, más grande era la espada. Cuando un koloss alcanzaba tal tamaño que necesitaba una espada mayor, solo tenía dos opciones: encontrar una que hubiera sido descartada, o matar a alguien y quedarse con la suya. Una población de koloss podía ser controlada burdamente aumentando o disminuyendo el número de espadas disponibles.

Ninguno de los eruditos sabía cómo se reproducían las criaturas.

Como Sazed le había explicado, los koloss llevaban unas extrañas bolsitas atadas a la espada. *¿Qué son?*, pensó Elend. Sazed dijo que los koloss más grandes tenían tres o cuatro. *Pero el que lidera mi grupo tiene casi veinte*. Incluso los koloss pequeños del grupo de Elend tenían tres bolsas.

Esa es la diferencia, pensó. *Haya lo que haya en esas bolsas, ¿podría ser el motivo por el que Jastes controla a las criaturas?*

No había forma de saberlo, excepto pedirle a un koloss una de las bolsas... y dudaba que fuera a dársela.

Mientras caminaba, advirtió otra cosa curiosa: algunos koloss llevaban ropa. Solo los había visto en taparrabos, como había confirmado Sazed. Sin embargo, muchos de aquellos koloss usaban pantalones, camisa o falda. No llevaban la talla que les correspondía, y la mayoría de las piezas les quedaban

tan ajustadas que habían reventado. Otras eran tan anchas que tenían que atárselas. Elend vio a algunos de los koloss más grandes con una especie de pañuelos atados alrededor del brazo o la cabeza.

—Nosotros no somos koloss —dijo de repente el koloss jefe, volviéndose hacia Elend mientras caminaban.

Elend frunció el ceño.

—Explícate.

—Tú piensas que somos koloss —dijo, con los labios demasiado tirantes para pronunciar adecuadamente—. Somos humanos. Viviremos en tu ciudad. Os mataremos y luego la tomaremos.

Elend se estremeció, comprendiendo de dónde procedía la ropa que llevaban. Procedía de la aldea que los koloss habían atacado, aquella cuyos refugiados había acogido en Luthadel. Parecía tratarse de un nuevo grado de desarrollo del pensamiento koloss. ¿O siempre había estado reprimido por el lord Legislador? Elend el erudito estaba fascinado. El resto de su ser estaba simplemente horrorizado.

Su guía koloss se detuvo ante un grupito de tiendas, las únicas estructuras de características similares del campamento. Entonces se dio la vuelta y gritó, sobresaltando al caballo. Elend luchó por impedir que su montura lo arrojase al suelo mientras el koloss saltaba y atacaba a uno de sus compañeros, golpeándolo con un puño enorme.

Elend ganó su pugna. El líder koloss, sin embargo, no.

Elend desmontó, acariciando el cuello del animal mientras el koloss atacado sacaba su espada del pecho de su antiguo líder. El superviviente, que ahora tenía varios cortes en la piel cuyo origen no eran los estiramientos, se agachó para recoger las bolsas atadas a la espalda del cadáver. Elend observó con muda fascinación cómo el koloss se levantaba y hablaba.

—Nunca fue un buen líder —dijo con voz pastosa.

No puedo dejar que estos monstruos ataquen mi ciudad, pensó Elend. Tengo que hacer algo. Tiró del caballo, dándole la espalda a los koloss, mientras entraba en una zona apartada del campamento, vigilada por un grupo de nerviosos jóvenes de uniforme. Elend entregó las riendas a uno de ellos.

—Cúídame —dijo, continuando su camino.

—¡Espera! —le gritó un soldado—. ¡Alto!

Elend se volvió bruscamente, enfrentándose al hombre, quien intentaba apuntarlo con su lanza sin quitar ojo a los koloss. Elend no pretendía ser brusco; solo quería controlar su ansiedad y seguir adelante. Fuera como fuese,

la mirada que le lanzó al soldado probablemente hubiese impresionado incluso a Tindwyl.

El soldado se detuvo.

—Soy Elend Venture. ¿Conoces ese nombre?

El hombre asintió.

—Puedes anunciarme a lord Lekal —dijo Elend—. Llévame a su tienda.

El joven echó a andar, presuroso. Elend lo siguió hasta una tienda ante la cual otros soldados inseguros montaban guardia.

¿Cómo les habrá afectado vivir rodeados de koloss siendo tan pocos?, pensó Elend. Sintiendo una punzada de piedad, no trató de forzar su entrada. Esperó con paciencia fingida hasta que una voz llamó desde el interior.

—Dejadle pasar.

Elend dejó atrás a los guardias y apartó la puerta de la tienda.

Los meses no habían sido amables con Jastes Lekal. De algún modo, los escasos mechones de pelo que le quedaban resultaban mucho más patéticos que una calvicie completa. Llevaba el traje arrugado y manchado, y tenía profundas ojeras. Caminaba de un lado para otro, y dio un leve respingo cuando Elend entró.

Entonces se detuvo un instante, con los ojos muy abiertos. Finalmente alzó una mano temblorosa para echarse hacia atrás un cabello que no tenía.

—¿Elend? ¿Qué te ha pasado, en nombre del lord Legislador?

—La responsabilidad, Jastes. Parece que ninguno de los dos estaba preparado para ella.

—Fuera —ordenó Jastes a los guardias, quienes obedecieron y bajaron la puerta al salir—. Ha pasado tiempo, Elend —dijo Jastes, riendo débilmente.

Elend asintió.

—Recuerdo aquellos días sentado en tu estudio o el mío, compartiendo un trago con Telden. Éramos tan inocentes... ¿verdad?

—Éramos inocentes, pero estábamos llenos de esperanza —dijo Elend.

—¿Quieres beber algo? —le ofreció Jastes, volviéndose hacia la mesa. Elend vio botellas y frascos en un rincón de la habitación. Todos estaban vacíos. Jastes puso una botella llena en la mesa y le sirvió una copita. La cantidad y el color claro indicaban que no se trataba de simple vino para cenar.

Elend aceptó la copa, pero no bebió.

—¿Qué ha sucedido, Jastes? ¿Cómo se convirtió el filósofo listo y reflexivo en un tirano?

—¿Tirano? —replicó Jastes, y apuró su copa de un solo trago—. No soy ningún tirano. Tu padre es el tirano. Yo solo soy realista.

—Estar sentado en medio de un ejército koloss no me parece una posición muy realista.

—Puedo controlarlos.

—¿Y Suisna? —preguntó Elend—. La aldea cuya población masacraron. Jastes vaciló.

—Eso fue un desafortunado accidente.

Elend miró la copa que tenía en la mano y luego la vació, manchando de licor el polvoriento suelo de la tienda.

—Esto no es el estudio de mi padre, y ya no somos amigos. No llamaré amigo a ningún hombre que lidere un ejército contra mi ciudad. ¿Qué ha sido de tu honor, Jastes Lekal?

Jastes bufó, mirando el líquido derramado.

—Ese ha sido siempre tu problema, Elend. Tan seguro, tan optimista, tan riguroso.

—Era nuestro optimismo... —dijo Elend, avanzando un paso—. ¡Queríamos cambiar las cosas, Jastes, no destruirlas!

—Ah, ¿sí? —replicó Jastes, revelando un temperamento que Elend no había visto nunca en su amigo—. ¿Quieres saber por qué estoy aquí, Elend? ¿Prestaste alguna vez atención a lo que estaba sucediendo en el Dominio Meridional mientras tú jugabas en Luthadel?

—Lamento lo que le sucedió a tu familia, Jastes.

—¿Lo lamentas? —dijo Jastes, tomando la botella de la mesa—. Puse en práctica tus ideas, Elend. Hice todo lo que habíamos comentado. Libertad, honradez política. Confíé en mis aliados en vez de aplastarlos para someterlos. ¿Y sabes qué sucedió?

Elend cerró los ojos.

—Los mataron a todos, Elend. Eso es lo que haces cuando tomas el poder. Matas a tus rivales y a sus familias... incluso a las niñas pequeñas, incluso a los bebés. Y dejas sus cadáveres como advertencia. Esa es la buena política. ¡Así es como conservas el poder!

—Es fácil creer en algo si ganas siempre, Jastes —dijo Elend, abriendo los ojos—. Las pérdidas son lo que define la fe de un hombre.

—¿Pérdidas? ¿Mi hermana fue una pérdida?

—No, quiero decir...

—¡Basta! —exclamó Jastes, depositando de golpe la botella sobre la mesa
—. ¡Guardias!

Dos hombres abrieron la puerta de la tienda y entraron en la habitación.

—Apresad a Su Majestad —ordenó Jastes, agitando una mano temblorosa

—. Enviad un mensajero a la ciudad para decir que queremos negociar.

—Ya no soy rey, Jastes —dijo Elend.

Jastes se detuvo.

—¿Crees que vendría aquí a dejarme capturar si fuera rey? Me han depuesto. La Asamblea eligió a un nuevo rey.

—Maldito idiota.

—Pérdidas, Jastes. No ha sido tan duro para mí como para ti, pero creo que te comprendo.

—Así que ese bonito traje y ese corte de pelo no te han salvado, ¿eh?

—Toma a tus koloss y márchate, Jastes.

—Eso parece una amenaza. No eres rey, no tienes ejército y no veo a tu nacida de la bruma por aquí. ¿Qué fuerza tienes para amenazarme?

—Son *koloss* —dijo Elend—. ¿De verdad quieras que entren en la ciudad? Es tu hogar, Jastes... o lo que lo fue una vez. ¡Hay miles de personas dentro!

—Puedo... controlar a mi ejército.

—No, dudo que puedas. ¿Qué sucedió, Jastes? ¿Decidieron que necesitaban un rey? ¿Decidieron que puesto que eso hacen los «humanos» ellos tenían que hacerlo también? ¿Qué llevan en esas bolsas?

Jastes no respondió.

Elend suspiró.

—¿Qué sucederá cuando uno de ellos se vuelva loco y te ataque?

Jastes negó con la cabeza.

—Lo siento, Elend —dijo en voz baja—. No puedo permitir que Straff consiga ese atium.

—¿Y mi pueblo?

Jastes vaciló un instante, luego bajó los ojos e hizo un gesto a los guardias. Uno puso una mano sobre el hombro de Elend.

Incluso el propio Elend se sorprendió de su reacción. Dio un codazo en la cara al hombre que le aplastó la nariz y derribó al otro de una patada en la pierna. Antes de que Jastes pudiera hacer otra cosa que gritar, Elend se abalanzó.

Se sacó de la bota un cuchillo de obsidiana, regalo de Vin, y agarró a Jastes por el hombro. Obligó a volverse a su antiguo amigo, empujándolo de espaldas

contra la mesa mientras gimoteaba, y sin apenas pensar en lo que hacía le clavó el cuchillo en el hombro.

Jastes soltó un grito patético.

—Si matarte va a servir para algo útil, lo haré ahora mismo —rugió Elend—. Pero no sé cómo controlas a esas criaturas, y no las quiero sueltas.

Los soldados entraron en la habitación. Elend no levantó la cabeza. Abofeteó a Jastes, acallando sus gritos de dolor.

—Escucha. No me importa si has sufrido, no me importa si ya no crees en la filosofía y no me importa si te haces matar jugando a la política con Straff y Cett.

»Pero me importa que amenaces a mi pueblo. Quiero que saques a tu ejército de mi dominio: ve a atacar las tierras de Straff, o las de Cett. Ambas están indefensas. Te prometo que no permitiré que tus enemigos consigan el atium.

»Y, como amigo, te doy un consejo. Piensa en esa herida del brazo durante algún tiempo, Jastes. Yo era tu mejor amigo, y he estado a punto de matarte. ¿Qué *demonios* haces en medio de un ejército entero de koloss enloquecidos?

Los soldados lo rodearon. Elend se incorporó, desclavó el cuchillo del cuerpo de Jastes y le dio la vuelta al hombre hasta que tuvo el arma contra su garganta.

Los guardias se detuvieron.

—Me marcho —dijo Elend, empujando al confundido Jastes ante sí y saliendo de la tienda. Advirtió con preocupación que apenas había media docena de guardias humanos. Sazed había contado más. ¿Dónde los había perdido Jastes?

No había ni rastro del caballo. Así que no quitó ojo a los guardias, empujando a Jastes hacia la invisible frontera entre el campamento humano y el de los koloss. Se dio la vuelta al llegar y arrojó a Jastes hacia sus hombres. Lo recogieron y uno le vendó el brazo. Otros hicieron amago de perseguir a Elend, pero se detuvieron, vacilantes.

Elend había cruzado al campamento koloss. Se quedó quieto, observando el patético grupo de jóvenes soldados, con Jastes en el centro. Incluso mientras lo atendían, Elend vio la expresión de los ojos de Jastes. Odio. No se marcharía. El hombre al que había conocido estaba muerto, había sido sustituido por aquel producto de un nuevo mundo que no tenía en buena consideración a los filósofos ni a los idealistas.

Elend se volvió y caminó entre los koloss. Un grupo de ellos se acercó rápidamente. ¿El mismo de antes? No podía decirlo con seguridad.

—Llevadme fuera —ordenó Elend, mirando a los ojos del koloss más grande del grupo. O bien Elend parecía más imponente o ese koloss se dejó manejar más fácilmente, pues no hubo discusión. La criatura simplemente asintió y salió del campamento mientras su equipo rodeaba a Elend.

El viaje ha sido una pérdida de tiempo, pensó Elend con frustración. *Lo único que he conseguido ha sido enfrentarme a Jastes. He arriesgado la vida para nada. ¡Si pudiera descubrir lo que hay en esas bolsas!*

Miró los koloss que lo rodeaban. Era un grupo típico, con individuos de varios tamaños, desde uno de metro y medio hasta una monstruosidad de tres. Caminaban encogidos, arrastrándose...

Elend todavía tenía el cuchillo en la mano.

Esto es una estupidez, pensó. Por algún motivo, eso no le impidió elegir al koloss más pequeño del grupo, inspirar profundamente y atacar.

El resto de los koloss se detuvieron a mirar. La criatura que Elend había escogido giró... pero en la dirección equivocada. Se volvió hacia el compañero koloss de tamaño más parecido al suyo, mientras Elend lo atacaba y le clavaba el cuchillo en la espalda.

A pesar de no medir más de metro y medio y de no ser corpulento, el koloss era increíblemente fuerte. Empujó a Elend, aullando de dolor. Elend, sin embargo, consiguió no soltar su daga.

No puedo permitir que coja esa espada, pensó, poniéndose en pie y hundiendo el cuchillo en el muslo de la criatura. El koloss volvió a caer, golpeó a Elend con un brazo y buscó la espada con la otra mano. Elend recibió el golpe en el pecho y cayó al suelo ceniciente.

Gimió, jadeando. El koloss desenvainó la espada, pero apenas podía mantenerse en pie. De las dos heridas manaba sangre roja. Parecía más brillante, más densa que la de los humanos, pero podía ser por contraste con la piel azul oscuro.

El koloss, finalmente, consiguió erguirse, y Elend comprendió su error. Se había dejado llevar por la adrenalina de su enfrentamiento con Jastes, por la frustración de ser incapaz de detener a los ejércitos. Aunque llevaba una temporada entrenándose mucho, no era rival para un koloss.

Ya era demasiado tarde para preocuparse por eso.

Elend se apartó rodando cuando una espada gruesa como una porra golpeó el suelo a su lado. El instinto se impuso al terror y casi consiguió evitar

el mandoble. Lo alcanzó de refilón en el costado, manchando de sangre su uniforme blanco, pero apenas sintió el corte.

Solo hay una manera de ganar una pelea con un cuchillo contra un tipo que tiene una espada... pensó, agarrando su arma. La idea, curiosamente, no era de uno de sus entrenadores, ni siquiera de Vin. No estaba seguro de su procedencia, pero confió en ella.

Acércate tan rápido como puedas, y mata.

Elend atacó. El koloss hizo lo mismo. Elend vio el ataque, pero no tuvo tiempo de hacer nada. Solo pudo abalanzarse blandiendo el cuchillo, con los dientes apretados.

Clavó la hoja en un ojo del koloss, consiguiendo a duras penas mantenerse fuera del radio de alcance de la criatura. Incluso así, el mango de la espada lo golpeó en el estómago.

Ambos cayeron.

Elend gimió, consciente de la dura tierra cubierta de ceniza y de los hierbajos comidos hasta la raíz. Una rama caída le arañó la mejilla. Era extraño que advirtiera eso, dado el dolor que sentía en el pecho. Se puso en pie a trompicones. El koloss al que había atacado no se levantó. Sus compañeros permanecieron inmóviles, despreocupados, aunque sin despegar los ojos de él. Parecían querer algo.

—Se ha comido mi caballo —dijo Elend. Fue lo primero que se le pasó por la cabeza.

El grupo de koloss asintió. Elend avanzó tambaleándose, limpiándose la ceniza de la mejilla con una mano mientras se arrodillaba junto a la criatura muerta. Sacó el cuchillo del cadáver y volvió a guardárselo en la bota. A continuación, soltó las bolsas: aquel koloss tenía dos.

Finalmente, sin estar seguro de por qué, se cargó al hombro la gran espada de la criatura. Era tan pesada que apenas podía con ella, y desde luego no podría manejarla. *¿Cómo usa algo así una criatura tan pequeña?*

Los koloss lo vieron actuar sin hacer ningún comentario: luego lo acompañaron a la salida del campamento. Solo cuando se hubieron marchado abrió Elend una de las bolsas y miró en su interior.

No tendría que haberle sorprendido lo que encontró. Jastes había decidido controlar su ejército a la antigua usanza.

Les estaba pagando.

Los otros me llaman loco. Como he dicho, puede que sea cierto.

43



LA BRUMA SE COLABA EN la habitación oscura, desplomándose alrededor de Vin como una cascada mientras ella permanecía en la puerta abierta del balcón. Elend era un bulto inmóvil que dormía en su cama un poco más allá.

Al parecer, ama, le había explicado OreSeur, fue él solo al campamento de los koloss. Tú estabas dormida, y ninguno de nosotros sabía sus intenciones. No creo que consiguiera persuadir a las criaturas de que no ataquen, pero regresó con información muy útil.

OreSeur estaba sentado sobre los cuartos traseros, a su lado. No había preguntado por qué Vin había acudido a las habitaciones de Elend, ni por qué estaba allí contemplando en silencio al antiguo rey.

No podía protegerlo. Lo había intentado con todas sus fuerzas, pero la imposibilidad de mantener a salvo, aunque fuera a *una persona*, le resultaba tan evidente, tan tangible, que se sentía enferma.

Elend había hecho bien al salir. Era dueño de sus actos, competente, regio. Sin embargo, sus acciones lo habían hecho correr más peligro todavía. El miedo había sido un compañero de Vin desde hacía tanto tiempo que se había acostumbrado a él, y rara vez le causaba ya ninguna reacción física. No obstante, al verlo allí dormido tranquilamente, notó que las manos le temblaban.

Lo salvé de los asesinos. Lo protegí. Soy una alomante poderosa. ¿Por qué, entonces, me siento tan indefensa? Tan sola.

Dio un paso adelante, descalza y silenciosa para acercarse a la cama de Elend. Él no despertó. Vin se quedó allí un rato, mirándolo en su pacífico

sueño.

OreSeur gruñó.

Vin se dio media vuelta. Había una silueta en el balcón, erguida y negra incluso para sus ojos amplificados por el estaño. La bruma caía ante ella remansándose en el suelo, extendiéndose como un moho etéreo.

—Zane —susurró Vin.

—No está a salvo —dijo él, entrando lentamente en la habitación, empujando una ola de niebla.

Ella miró a Elend.

—No lo estará nunca.

—He venido a decirte que hay un traidor en vuestras filas.

Vin alzó la cabeza.

—¿Quién?

—El hombre, Demoux —dijo Zane—. Contactó con mi padre poco antes del intento de asesinato, ofreciéndose a abrir las puertas y entregar la ciudad.

Vin frunció el ceño. *Eso no tiene sentido.*

Zane avanzó un paso.

—Es obra de Cett, Vin. Es una serpiente, incluso entre los altos señores. No sé cómo sobornó a uno de vuestrlos hombres, pero sí sé que Demoux trató de provocar a mi padre para que atacara la ciudad durante la votación.

Vin vaciló. Si Straff hubiera atacado en ese momento, habría reforzado la impresión de que había enviado a los asesinos con anterioridad.

—Elend y Penrod tenían que morir —continuó Zane—. Con la Asamblea sumida en el caos, Cett se habría hecho cargo de la situación, habría dirigido a sus fuerzas, junto con las vuestras, contra el ejército atacante de Straff. Se habría convertido en el salvador que protegió Luthadel de la tiranía de un invasor...

Vin permaneció en silencio. Que Zane lo dijera no significaba que fuese cierto. Sin embargo, sus investigaciones indicaban que Demoux era el traidor.

Había reconocido al asesino de la Asamblea, y era miembro del séquito de Cett, así que sabía que Zane estaba diciendo la verdad al menos en una cosa. Además, no era la primera vez que Cett enviaba asesinos alomantes: había enviado a los que meses atrás habían obligado a Vin a usar sus últimos restos de atium. Zane le había salvado la vida durante esa pelea.

Cerró los puños, notando la frustración que le roía el pecho. *Si tiene razón, entonces Demoux está muerto y un enemigo kandra ha ocupado su lugar y se pasa los días muy cerca de Elend. Aunque Zane minta, seguimos teniendo a un*

tirano en la ciudad y otro fuera. A una fuerza de koloss salivando por el pueblo. Y Elend no me necesita. Porque no hay nada que yo pueda hacer.

—Comprendo tu frustración —susurró Zane, acercándose a la cama de Elend y contemplando a su hermano dormido—. Sigues haciéndole caso. Quieres protegerle, pero él no te deja.

Zane alzó la cabeza y la miró a los ojos. Ella vio en su mirada lo que no le decía.

Había algo que podía hacer... lo que una parte de ella había querido hacer desde el principio. Aquello para lo que había sido entrenada.

—Cett estuvo a punto de matar al hombre que amas —dijo Zane—. Tu Elend hace lo que quiere. Bueno, hagamos lo que tú quieras hacer. —La miró a los ojos—. Hemos sido los cuchillos de otra gente demasiado tiempo. Demostrémosle a Cett por qué debería temernos.

Su furia, su frustración por el asedio, la instaban a hacer lo que sugería Zane. Sin embargo, vaciló. Su cabeza era un torbellino. Había matado, y matado eficazmente, hacía muy poco, y eso la había aterrorizado. Sin embargo... Elend corría riesgos, riesgos demenciales. Iba por su cuenta al encuentro de un ejército de koloss. Era casi una traición. Vin trabajaba duro por protegerlo, esforzándose, exponiéndose. Y luego, apenas unos cuantos días después, él se internaba solo en un campamento lleno de monstruos.

Apretó los dientes. Si Elend no era razonable y se mantenía apartado del peligro, ella tendría que ir y *asegurarse* de que las amenazas contra él fueran eliminadas.

—Vamos —susurró.

Zane asintió.

—Ten en cuenta esto: no podemos asesinarlo. Otro señor de la guerra ocupará su lugar y liderará sus ejércitos. Tenemos que atacar *con dureza*. Tenemos que golpear al ejército con tanta fuerza que quien ocupe el lugar de Cett se asuste tanto que se bata en retirada.

Vin vaciló, apartando la mirada, las uñas clavadas en las palmas de las manos.

—Cuéntame. —Zane se acercó un paso—. ¿Qué te diría tu Kelsier que hicieras?

La respuesta era sencilla. Kelsier nunca se habría visto en aquella situación. Era un hombre duro, un hombre intolerante con cualquiera que amenazara a quienes amaba. Cett y Straff no habrían durado ni una sola noche en Luthadel sin sentir su cuchillo.

En parte la asombraba su implacable y expeditiva brutalidad.

Hay dos formas de que te mantengas a salvo, le susurró la voz de Reen. Estar callada y ser tan inofensiva que la gente te ignore, o ser tan peligrosa que te tenga miedo.

Miró a Zane a los ojos y asintió. Él sonrió, se puso en marcha y saltó por la ventana.

—OreSeur —susurró Vin—. Mi atium.

El perro vaciló, pero luego se acercó y se abrió el hombro.

—Ama... —dijo lentamente—. No lo hagas.

Vin miró a Elend. No podía protegerlo de todo. Pero podía hacer algo.

Cogió el atium de OreSeur. Sus manos ya no temblaban. Sintió frío.

—Cett amenaza todo lo que amo —susurró—. Pronto sabrá que hay algo en este mundo más terrible que sus asesinos. Algo más poderoso que su ejército. Algo más aterrador que el propio lord Legislador.

»Y voy a buscarlo.

DEBER DE LA BRUMA, LO LLAMABAN.

Cada soldado tenía que cumplir su turno y permanecer en la oscuridad con una antorcha chisporroteante. Alguien tenía que vigilar. Tenía que contemplar aquellas brumas revueltas y engañosas y preguntarse si había algo allí afuera. Observando.

Wellen sabía que lo había.

Lo sabía, pero nunca decía nada. Los soldados se reían de esas supersticiones. Tenían que salir a las brumas. Estaban acostumbrados a ellas. Sabían que no debían temerlas.

Supuestamente.

—Eh —dijo Jarlux, acercándose al borde de la muralla—. Wellen, ¿ves algo ahí fuera?

Naturalmente que no. Estaban junto a varias docenas de soldados más en el perímetro de la fortaleza Hasting, vigilando la muralla exterior, una fortificación baja de unos cinco metros de altura, que rodeaba el terreno. Su misión era buscar en las brumas cualquier cosa sospechosa.

«Sospechosa», esa era la palabra que empleaban. *Todo* era sospechoso. Era bruma. Aquella oscuridad cambiante, el vacío de caos y odio. Wellen nunca había confiado en ella. Estaban ahí fuera. Lo sabía.

Algo se movió en la oscuridad. Wellen retrocedió un paso, mirando el vacío, con el corazón en la garganta, y las manos le empezaron a sudar cuando alzó la lanza.

—Sí —dijo Jarloux, encogiendo los ojos—. Te juro que veo...

Llegó, como Wellen siempre había sabido que llegaría. Como un millar de mosquitos en un día de calor, como una andanada de flechas disparadas por un ejército entero. Las monedas se disgregaron en las almenas. Una muralla de muerte titilante, cientos de rastros zigzagueando a través de las brumas. El metal resonó contra la piedra, y los hombres gritaron de dolor.

Wellen retrocedió alzando la lanza, mientras Jarloux daba la alarma: murió a la mitad del grito, con una moneda en la garganta, escupiendo trozos de dientes mientras la moneda le salía por la nuca. Se desplomó, y Wellen se apartó del cadáver, sabiendo que era demasiado tarde para correr.

Las monedas se detuvieron. Silencio en el aire. Los hombres yacían moribundos o gimiendo a sus pies.

Entonces llegaron. Dos oscuras sombras de muerte en la noche. Cuervos en la bruma. Volaron por encima de Wellen con un crujido de tela negra.

Y lo dejaron atrás, solo entre los cadáveres de lo que antes fuera un escuadrón de cuarenta hombres.

VIN ATERRIZÓ AGAZAPÁNDOSE, CON LOS pies descalzos sobre las frías piedras del patio de Hasting. Zane aterrizó erguido, de pie, como siempre, con su porte de confianza.

El peltre ardía dentro de Vin, dando a sus músculos la tensa energía de mil momentos de excitación. Ignoró sin dificultad el dolor de su herida. Su única perla de atium descansaba en su estómago, pero no la usó. Todavía no. No lo haría a menos que tuviera razón y Cett demostrara ser un nacido de la bruma.

—Iremos de abajo arriba —dijo Zane.

Vin asintió. La torre central de la fortaleza Hasting tenía muchos pisos de altura, y no podían saber dónde estaba Cett. Si empezaban por abajo, no podría escapar.

Además, subir sería más difícil. La energía de los miembros de Vin ansiaba ser liberada. Había esperado, contenida, demasiado tiempo. Estaba cansada de debilidades, cansada de ser contenida. Se había pasado meses siendo un cuchillo, sujetado inmóvil contra la garganta de alguien.

Era hora de cortar.

Los dos se abalanzaron hacia delante. Las antorchas empezaron a encenderse a su alrededor mientras los hombres de Cett, los que estaban acampados en el patio, respondían a la alarma. Las tiendas se abrieron y se cerraron, los hombres gritaron sorprendidos buscando el ejército que los atacaba. No tenían esa suerte.

Vin saltó y Zane giró, lanzando una bolsa de monedas a su alrededor. Cientos de trozos de cobre chispearon en el aire bajo ella, la fortuna de un campesino. Vin aterrizó con un susurro, y los dos empujaron, enviando con su poder las monedas hacia fuera. Los proyectiles iluminados por las antorchas atravesaron el campamento, derribando a los hombres adormilados y sorprendidos.

Vin y Zane continuaron hacia la torre central. Un escuadrón de soldados se había desplegado delante de ella. Todavía parecían desorientados, confusos y adormilados, pero iban armados. Con armadura de metal y armas de metal... Una opción inteligente para enfrentarse a un ejército enemigo.

Zane y Vin se metieron entre los soldados. Zane lanzó una moneda al aire entre ellos. Vin recurrió a su poder y la empujó, sintiendo el peso de Zane, que también la empujaba.

Equilibrados, los dos empujaron en direcciones opuestas, lanzando su peso contra los petos de los soldados a cada lado. Avivando peltre, sosteniendo firmemente al otro, sus empujones dispersaron a los soldados como si hubieran sido espantados por manos enormes. Las lanzas y espadas se retorcieron en la noche hasta caer al suelo. Los petos empujaron los cuerpos.

Vin apagó su acero cuando notó el peso de Zane abandonar la moneda. El chispeante trozo de metal cayó al suelo entre ambos, y Zane se giró, alzando la mano hacia el único soldado que quedaba en pie entre su posición y las puertas de la fortaleza.

Un escuadrón de soldados apareció detrás de él, pero se detuvo de golpe cuando los empujó y envió la transferencia de peso directamente contra el soldado solitario. El desgraciado quedó aplastado contra las puertas de la fortaleza.

Sus huesos crujieron. Las puertas se abrieron de golpe y el soldado cayó en el vestíbulo. Zane cruzó la puerta y Vin lo siguió rápidamente: sus pies descalzos pasaron del áspero empedrado al liso mármol.

Había soldados esperando dentro. No llevaban armadura sino grandes escudos de madera para bloquear las monedas. Iban armados con estacas o espadas de obsidiana. Eran mataneblinos, hombres entrenados

específicamente para combatir a los alomantes. Había una cincuentena de ellos.

Ahora empieza lo bueno, pensó Vin, saltando y empujando las bisagras de la puerta.

Zane se abrió camino empujando al mismo hombre que había empleado para abrir las puertas, y arrojó el cadáver contra un grupo de mataneblinos. Cuando el soldado chocó con ellos, Vin aterrizó en el centro de un segundo grupo. Giró en el suelo, dando patadas y avivando peltre, y derribó a cuatro hombres. Cuando los otros se disponían a golpear, empujó una moneda de su bolsa, liberándola y lanzándose con ella hacia arriba. Giró en el aire y agarró el bastón caído de un soldado zancadilleado.

La obsidiana golpeó el blanco mármol donde había estado un instante antes. Vin cayó y golpeó, atacando más rápido de lo que nadie podía, alcanzando orejas, barbillas y gargantas. Los cráneos crujieron. Los huesos se rompieron. Vin apenas había tenido que esforzarse y ya tenía en el suelo a sus diez oponentes.

Diez hombres... ¿No me dijo Kelsier una vez que tenía problemas con media docena de mataneblinos?

No había tiempo para pensar. Un gran grupo de soldados la atacó. Gritó y saltó hacia ellos descargando el bastón en la cara del primero con el que se topó. Los otros alzaron el escudo, sorprendidos, pero Vin sacó un par de dagas de obsidiana mientras aterrizaba. Las clavó en los muslos de dos de los hombres que tenía delante, y luego giró avanzando, atacando la carne allá donde la veía.

Con el rabillo del ojo detectó un nuevo foco de ataque, y alzó un brazo, bloqueando el bastón de madera que buscaba su cabeza. La madera crujió y ella abatió al hombre con un amplio golpe de daga, casi decapitándolo. Saltó hacia atrás mientras los otros avanzaban, se preparó, y luego tiró del cadáver armado que Zane había utilizado antes, atrayéndolo hacia sí.

Los escudos sirvieron de poco contra un proyectil tan grande. Vin aplastó el cadáver contra sus oponentes, derribándolos. A un lado vio a los restantes mataneblinos que habían atacado a Zane, de pie entre ellos, una columna negra con los brazos abiertos. La miró a los ojos y luego hizo un gesto indicando la parte posterior de la cámara.

Vin ignoró a los pocos mataneblinos restantes. Empujó el cadáver y se impulsó por el suelo. Zane saltó, empujando a su vez, abriéndose paso hacia las brumas por la ventana. Vin registró rápidamente las habitaciones del

fondo: Cett no estaba en ellas. Se volvió y abatió a un esforzado mataneblino mientras corría hacia el ascensor.

No lo necesitaba. Se impulsó con una moneda hasta el segundo piso. Zane se encargaría del primero.

Vin aterrizó silenciosamente en el suelo de mármol. Oyó pasos en la escalera. Reconoció esa gran sala diáfana: era la cámara donde Elend y ella habían cenado con Cett. Estaba vacía, e incluso habían sacado la mesa, pero reconoció las vidrieras en círculo.

Los mataneblinos salieron de la cocina. A docenas. *Debe de haber otra escalera ahí detrás*, pensó Vin, corriendo hacia el hueco que tenía al lado. Sin embargo, de allí surgieron docenas de hombres más, y los dos grupos se dispusieron a rodearla.

Cincuenta contra una debía de parecerles una proporción suficiente a los hombres, que atacaron confiados. Vin miró las puertas abiertas de la cocina y no vio a Cett allí tampoco. Esa planta estaba despejada.

Cett ha traído a un montón de mataneblinos, pensó, retrocediendo en silencio hacia el centro de la sala. A excepción hecha de la escalera, las cocinas y las columnas, la sala estaba casi completamente rodeada por las vidrieras.

Había previsto mi ataque. O al menos lo intentó.

Vin se agachó cuando las oleadas de hombres la rodeaban. Alzó la cabeza, los ojos cerrados, y quemó duraluminio.

Entonces tiró.

Las vidrieras de toda la sala, sujetas por marcos de metal a los arcos, explotaron. Sintió los bastidores metálicos combarse hacia dentro, retorciéndose sobre sí mismos al antojo de su asombroso poder. Imaginó las tintineantes lascas de cristal multicolor en el aire. Oyó a los hombres gritar cuando el cristal y el metal los golpearon y se clavarón en su carne.

Solo el círculo exterior de hombres moriría por la explosión. Vin abrió los ojos y saltó mientras una docena de bastones de duelo caían a su alrededor. Pasó a través de la andanada de golpes. Algunos la alcanzaron. No importaba. No podía sentir dolor en este momento.

Se dio impulso en un marco de metal roto y, pasando por encima de las cabezas de los soldados, aterrizó fuera del gran círculo de atacantes. El círculo externo de hombres había caído, acribillados todos por los añicos de cristal y los trozos de metal retorcido. Vin alzó una mano y bajó la cabeza.

Duraluminio y acero. Empujó. El mundo se sacudió.

Vin saltó a las brumas por una ventana rota y empujó la fila de cadáveres empalados por los marcos de metal. Los cuerpos salieron despedidos, golpeando a los hombres que aún estaban vivos en el centro.

Muertos, moribundos y desarmados fueron barridos de la sala, empujados por la ventana. Los cuerpos se retorcieron en las brumas, cincuenta hombres arrojados a la noche, dejando la sala vacía a excepción de las huellas de sangre y los trozos de cristal.

Vin tragó un frasco de metales mientras las brumas se arremolinaban a su alrededor; entonces se impulsó de vuelta hacia la fortaleza con la intención de entrar por una ventana del tercer piso. Cuando se acercaba un cuerpo cayó por el vano perdiéndose en la noche. Vio a Zane desaparecer por una ventana del otro lado. Aquel piso estaba despejado.

Había luces encendidas en el cuarto piso. Probablemente podrían haber ido allí directamente, pero ese no era el plan. Zane tenía razón. Necesitaban no solo matar a Cett. Tenían que aterrorizar a todo su ejército.

Vin empujó el cadáver que Zane había arrojado por la ventana, usando su armadura metálica como anclaje. Salió despedido, atravesó una ventana rota y Vin ascendió en ángulo, alejándose del edificio. Un rápido tirón la dirigió de vuelta cuando llegó a la altura que quería. Aterrizó en una ventana del cuarto piso y se agarró al alféizar de piedra, el corazón redoblando, respirando entrecortadamente. El viento invernal le helaba el sudor de la cara, a pesar del calor que ardía en su interior. Tragó saliva, con los ojos muy abiertos, y avivó peltre.

Nacida de la bruma.

Hizo añicos la ventana de golpe. Los soldados que había al otro lado saltaron hacia atrás, dándose la vuelta. Uno llevaba un cinturón con hebilla de metal. Murió el primero. Los otros veinte apenas supieron cómo reaccionar mientras la hebilla se abría paso zumbando entre sus filas, zigzagueando con los tirones y empujones de Vin. Habían sido entrenados, instruidos y tal vez incluso puestos a prueba contra alomantes.

Pero nunca habían luchado contra Vin.

Los hombres gritaron y cayeron, y Vin se cebó en ellos usando solamente la hebilla como arma. Dada la fuerza del peltre, el estaño, el acero y el hierro, el uso del atium parecía un despilfarro increíble. Incluso sin atium, Vin era un arma temible... un arma cuyo poder, hasta ese momento, ni siquiera ella había comprendido.

Nacida de la bruma.

El último hombre cayó. Vin se alzó entre ellos, experimentando una aturdidora sensación de satisfacción. Dejó que la hebilla del cinturón resbalara entre sus dedos. Golpeó la alfombra. Se hallaba en una habitación que, a diferencia del resto del edificio, estaba decorada: había en ella muebles y algunos pequeños adornos. Tal vez las cuadrillas de vaciado de Elend no habían llegado hasta allí antes de la llegada de Cett, o tal vez Cett había traído simplemente algunas de sus propiedades.

Tenía detrás la escalera y, delante, un hermoso panel de madera con una puerta: los apartamentos interiores. Avanzó en silencio, arrastrando la capa de bruma, y sacó de un tirón cuatro lámparas de sus apliques. Se abalanzaron hacia delante, y ella se apartó, dejando que chocaran contra la pared. El fuego se esparció por la pared, y la fuerza del impacto de las lámparas arrancó la puerta de sus goznes. Vin alzó una mano, empujándola para abrirla del todo.

El fuego se extendía a su alrededor mientras entraba en la otra habitación. La cámara, lujosamente decorada, estaba en silencio, el silencio espectral de dos figuras. Cett estaba sentado en una sencilla silla de madera, con la barba crecida, mal vestido y con aspecto muy, muy cansado. El joven hijo de Cett se interpuso entre Vin y su padre. El muchacho empuñaba un bastón de duelos.

¿Cuál es el nacido de la bruma?

El muchacho atacó. Vin agarró el arma y luego empujó al muchacho a un lado. Chocó contra la pared de madera y se desplomó. Vin lo miró.

—Deja a Gneorndin en paz, mujer —dijo Cett—. Haz lo que has venido a hacer.

Vin se volvió hacia el noble. Recordó su frustración, su furia, su fría y helada furia. Avanzó y agarró a Cett por la pechera del traje.

—Pelea conmigo —dijo, y lo empujó hacia atrás.

Cett se desplomó contra la pared y luego cayó al suelo. Vin preparó su atium, pero él no se levantó. Simplemente rodó de lado, tosiendo.

Vin se acercó y lo agarró por un brazo. Él cerró un puño, tratando de golpearla, pero era patéticamente débil. Vin dejó que los golpes la alcanzaran.

—Pelea conmigo —ordenó, empujándolo. Cett resbaló por el suelo y fue dando tumbos y golpeándose la cabeza hasta que se detuvo contra la pared en llamas. Un hilillo de sangre le corría por la frente. No se levantó.

Vin apretó los dientes y avanzó.

—¡Déjalo en paz! —El muchacho, Gneorndin, se plantó delante de Cett, alzando el bastón con mano temblorosa.

Vin se detuvo, ladeó la cabeza. La frente del muchacho estaba cubierta de sudor, y se tambaleaba. Lo miró a los ojos y vio en ellos un terror absoluto. Ese chico no era un nacido de la bruma. Sin embargo, le plantaba cara. Patéticamente, sin esperanza, protegía el cuerpo del caído Cett.

—Apártate, hijo —dijo Cett con voz cansada—. Aquí no puedes hacer nada.

El muchacho se puso a temblar y luego se echó a llorar.

Lágrimas, pensó Vin, notando una extraña sensación que le nublaba la mente. Alzó la mano y se sorprendió al encontrar huellas húmedas en sus propias mejillas.

—No eres un nacido de la bruma —susurró.

Cett, que había logrado incorporarse a medias en el suelo, la miró a los ojos.

—Esta noche no nos hemos enfrentado a ningún alomante —dijo ella—. ¿Los utilizaste a todos en el intento de asesinato del Salón de la Asamblea?

—Los únicos alomantes que tenía los envié contra ti hace meses —dijo Cett con un suspiro—. Eran todo lo que tenía, mi única esperanza de matarte. Ni siquiera eran de mi propia familia. Todo mi linaje ha sido corrompido por sangre skaa... Allrianne es la única alomante que ha nacido entre nosotros desde hace siglos.

—Viniste a Luthadel...

—Porque Straff me hubiese eliminado tarde o temprano —dijo Cett—. Mi mejor posibilidad, muchacha, era *matarte* antes. Por eso los envié a todos contra ti. Cuando fracasé, supe que tenía que intentar tomar esta maldita ciudad y su atium para poder comprar algunos alomantes. No funcionó.

—Podrías habernos ofrecido una alianza.

Cett se echó a reír, y logró sentarse.

—En la política de verdad las cosas no funcionan así. Tomas, o te toman. Además, siempre he sido jugador. —La miró a los ojos—. Haz lo que has venido a hacer —repitió.

Vin se estremeció. No podía sentir sus lágrimas. Apenas podía sentir nada.

¿Por qué? ¿Por qué ya no le encuentro sentido a nada?

La habitación empezó a temblar. Vin se volvió hacia la pared del fondo. La madera temblaba entre espasmos, como un animal herido. Los clavos empezaron a saltar, abriéndose paso por los paneles: luego toda la pared se apartó de Vin. Maderas en llamas, astillas, clavos y tablas volaron por los aires

alrededor del hombre vestido de negro. Zane se encontraba en la habitación de al lado, rodeado de muerte, con las manos en los costados.

De las yemas de sus dedos goteaba un líquido rojo. Alzó la cabeza a través de los restos ardientes de la pared, sonriendo. Luego avanzó hacia la habitación de Cett.

—¡No! —dijo Vin, corriendo hacia él.

Zane se detuvo, sorprendido. Se desvió, esquivando fácilmente a Vin y yendo hacia Cett y el muchacho.

—¡Zane, déjalos! —dijo Vin, volviéndose y empujándose para cruzar la habitación. Intentó agarrarlo del brazo. La tela negra brillaba empapada de su propia sangre.

Zane la esquivó. Se volvió a mirarla, con curiosidad. Ella le tendió la mano, pero él se apartó con sobrenatural habilidad, evitándola como el maestro espadachín cuando se enfrenta a un chiquillo.

Atium, pensó Vin. Probablemente lo ha estado quemando todo el tiempo. Pero no lo necesitaba para luchar con esos hombres... No tenían ninguna posibilidad contra nosotros de todas formas.

—Por favor —le pidió—. Déjalo.

Zane se volvió hacia Cett, que estaba sentado, expectante. El muchacho, a su lado, trataba de tirar de su padre.

Zane la volvió a mirar, la cabeza ladeada.

—Por favor —repitió Vin.

Zane frunció el ceño.

—Él sigue controlándote, entonces —dijo, decepcionado—. Pensé que, si podías luchar y ver lo poderosa que eras, te librarías del yugo de Elend. Supongo que me equivoqué.

Le dio la espalda a Cett y atravesó el agujero que había abierto. Vin lo siguió en silencio, aplastando con los pies las astillas de madera mientras se marchaba despacio, dejando atrás una fortaleza rota, un ejército destrozado y a un lord humillado.

Pero ¿no debe incluso un loco confiar en su propia mente, su propia experiencia, en vez de en la de los demás?

44



EN LA FRÍA CALMA DE la mañana, Brisa contemplaba un espectáculo desolador: el ejército de Cett se retiraba.

Brisa se estremeció y exhaló vaho mientras se volvía hacia Clubs. La mayoría de la gente no hubiese podido interpretar la mueca del rostro del general. Pero Brisa vio la piel tirante alrededor de los ojos de Clubs, cómo tamborileaba con los dedos en la fría muralla de piedra.

Clubs no era un hombre nervioso. Aquello significaba algo.

—¿Ya está, pues? —preguntó Brisa en voz baja.

Clubs asintió.

Brisa no lo comprendía. Todavía había dos ejércitos a sus puertas, seguían en tablas. Sin embargo, confiaba en la valoración de Clubs. O, más bien, confiaba en su propio conocimiento de la gente para fiarse de la valoración de Clubs.

El general sabía algo que él desconocía.

—Explícate, por favor.

—Esto acabará cuando Straff se dé cuenta —dijo Clubs.

—¿Se dé cuenta de qué?

—De que esos koloss terminarán el trabajo por él, si los deja.

Brisa vaciló. *A Straff no le importa la gente de la ciudad: solo quiere tomarla por el atium. Y por la victoria simbólica.*

—Si Straff se retira... —dijo Brisa.

—Entonces los koloss atacarán —asintió Clubs—. Masacrará a todo el que encuentren y destruirán la ciudad. Luego Straff podrá regresar y encontrar su atium cuando los koloss hayan terminado.

—Suponiendo que se marchen, amigo mío.

Clubs se encogió de hombros.

—Sea como sea, saldrá ganando. Straff se enfrentará a un enemigo debilitado en vez de a dos fuertes.

Brisa sintió un escalofrío y se arrebujo en su capa.

—Lo dices de una manera tan... directa.

—Estuvimos muertos en el momento en que ese primer ejército llegó aquí, Brisa. Solo estábamos ganando tiempo.

¿Por qué en nombre del lord Legislador frecuento la compañía de este hombre?, pensó Brisa. *No es más que un agorero pesimista.* Y, sin embargo, Brisa conocía a la gente. Esta vez Clubs no estaba exagerando.

—Demonios del infierno —murmuró Brisa.

Clubs asintió, apoyado contra la muralla, mientras contemplaba al ejército desaparecer de la vista.

—TRESCIENTOS HOMBRES —DIJO HAM—. O, al menos, eso es lo que dicen nuestros exploradores.

—No es tan malo como me temía —respondió Elend. Se encontraban en el estudio de este último, siendo el otro único presente Fantasma, que estaba sentado junto a la mesa.

—El —dijo Ham—, Cett solo tenía mil hombres cuando entró en Luthadel. Eso significa que durante el ataque de Vin sufrió el treinta por ciento de bajas en *menos de diez minutos*. Incluso en un campo de batalla, la mayoría de los ejércitos se vienen abajo si sufren el treinta o el cuarenta por ciento de bajas en el curso de *un día entero* de lucha.

—Oh —respondió Elend, frunciendo el ceño.

Ham sacudió la cabeza, se sentó y se sirvió algo de beber.

—No lo entiendo, El. ¿Por qué lo atacó?

—Está loca —dijo Fantasma.

Elend abrió la boca para rebatir el comentario, pero le resultó difícil expresar sus sentimientos.

—No estoy seguro de por qué lo hizo —admitió finalmente—. Mencionó que no creía que a esos asesinos de la Asamblea los hubiera enviado mi padre.

Ham se encogió de hombros. Tenía un aspecto demacrado. Enfrentarse a ejércitos y preocuparse por el destino de un reino no era lo suyo. Prefería ocuparse de asuntos menos ambiciosos.

Claro que yo preferiría estar en mi silla leyendo tan tranquilo, pensó Elend. *Hacemos lo que tenemos que hacer.*

—¿Alguna noticia de ella?

Fantasma negó con la cabeza.

—Tío Cascarrabias dice que tiene exploradores buscando por toda la ciudad; pero hasta ahora, nada.

—Si Vin no quiere ser encontrada... —dijo Ham.

Elend se puso a caminar de un lado a otro. No podía quedarse quieto; empezaba a pensar que debía tener el mismo aspecto que Jastes, caminando en círculos y pasándose la mano de vez en cuando por el pelo.

Sé firme, se dijo. *Puedes permitirte parecer preocupado, pero no inseguro.*

Continuó caminando, aunque redujo el paso y no compartió sus preocupaciones con Ham ni con Fantasma. ¿Y si Vin estaba herida? ¿Y si Cett la había matado? Sus exploradores habían visto poco del ataque de la noche anterior. Vin había estado implicada, eso era seguro, y había informes contradictorios acerca de que había luchado con otro nacido de la bruma. Había dejado la fortaleza con una de las plantas superiores en llamas... y, por algún motivo, había perdonado la vida a Cett.

Desde entonces nadie la había visto.

Elend cerró los ojos, se detuvo y apoyó una mano en el muro de piedra. *La he estado ignorando últimamente. También he ayudado a la ciudad... pero ¿de qué me servirá salvar Luthadel si la pierdo a ella? Es como si ya no la conociera. ¿O es que no la he conocido nunca?*

Se sentía extraño sin tenerla a su lado. Había aprendido a confiar en su sencilla brusquedad. Necesitaba su genuino realismo, su puro sentido de lo concreto para ayudarle a tener los pies en la tierra. Necesitaba abrazarla, para saber que había algo más importante que las teorías y los conceptos.

La amaba.

—No sé, El —dijo finalmente Ham—. Nunca he creído que Vin fuera una molestia, pero tuvo una infancia dura. Recuerdo una vez que se enfadó con la banda sin motivos, gritando y chillando sobre su infancia. Yo... no creo que sea completamente estable.

Elend abrió los ojos.

—Es estable, Ham —dijo con firmeza—. Y es más capaz que ninguno de nosotros.

Ham frunció el ceño.

—Pero...

—Tuvo un buen motivo para atacar a Cett —dijo Elend—. Confío en ella.

Ham y Fantasma intercambiaron una mirada, y el muchacho se encogió de hombros.

—No es únicamente lo de anoche, El —dijo Ham—. Algo le pasa a esa muchacha... y no solo mentalmente.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas el ataque en la Asamblea? Me dijiste que la viste recibir de pleno un golpe de bastón de un violento.

—¿Y? La tuvo en cama tres días enteros.

Ham sacudió la cabeza.

—Todas sus heridas: el costado, el hombro, estar a punto de ser estrangulada... Todo eso la tuvo en cama un par de días. Pero si realmente un violento la golpeó con tanta fuerza no tendría que haberse recuperado en días, Elend. Tendría que haber estado fuera de combate durante semanas. Tal vez más. No tendría que haber escapado sin las costillas rotas.

—Estaba quemando peltre.

—Y posiblemente el violento también.

Elend vaciló.

—¿Ves? —dijo Ham—. Si ambos estaban avivando peltre, entonces tendrían que haberse equiparado. Así que tenemos a Vin, una chica que no puede pesar más de cincuenta kilos, recibiendo un sopapo de un soldado entrenado tres veces más pesado. Y se recuperó con apenas unos días de descanso.

—Vin es especial —dijo Elend por fin.

—No discutiré eso. Pero también nos está ocultando cosas. ¿Quién era ese otro nacido de la bruma? Algunos informes indican que parece que estén colaborando.

Ella dijo que había otro nacido de la bruma en la ciudad, pensó Elend. Zane, el mensajero de Straff. No lo ha mencionado desde hace mucho tiempo.

Ham se frotó la frente.

—Todo se está haciendo pedazos a nuestro alrededor, El.

—Kelsier no lo hubiese permitido —murmuró Fantasma—. Cuando estaba aquí, incluso nuestros fracasos eran parte de su plan.

—El Superviviente está muerto —dijo Elend—. No llegué a conocerlo, pero he oído hablar lo suficiente sobre él para saber una cosa: no se rendía a la desesperación.

Ham sonrió.

—Eso sí que es verdad. Reía y bromeaba el día después de que perdiéramos todo nuestro ejército por un error de cálculo. Bastardo arrogante.

—Cruel —dijo Fantasma.

—No —respondió Ham, echando mano a su copa—. Yo antes pensaba lo mismo. Ahora... creo que era decidido, sin más. Kel siempre tenía la mirada puesta en el mañana, no importaba cuáles fueran las consecuencias.

—Bueno, nosotros tenemos que hacer lo mismo —dijo Elend—. Cett se ha ido... Penrod lo dejó marchar. No podemos cambiar ese hecho. Pero tenemos información sobre el ejército koloss.

—Oh, sobre eso —dijo Fantasma, buscando su bolsa. Lanzó algo sobre la mesa—. Tienes razón, son iguales.

La moneda dejó de rodar y Elend la recogió. Vio que Fantasma la había rayado con un cuchillo, raspando la pintura dorada hasta aparecer la madera. Era una pobre imitación de un cuarto: no era extraño que las falsificaciones hubieran sido tan fáciles de detectar. Solo un necio hubiese intentado hacerlas pasar por auténticas. Un necio, o un koloss.

Nadie estaba seguro de cómo los cuartos falsos de Jastes habían llegado a Luthadel; tal vez había tratado de dárselos a los campesinos o a los mendigos de su propio dominio. Fuera como fuese, quedaba claro lo que estaba haciendo. Necesitaba dinero, y necesitaba un ejército. Había fabricado lo uno con lo otro. Solo los koloss podían haber picado con semejante añagaza.

—No lo entiendo —dijo Ham cuando Elend le pasó la moneda—. ¿Cómo es que los koloss han decidido de repente aceptar dinero? El lord Legislador no les pagaba nunca.

Elend recordó su experiencia en el campamento. *Somos humanos. Viviremos en tu ciudad...*

—Los koloss están cambiando, Ham. O tal vez nunca hemos llegado a comprenderlos. Sea como sea, tenemos que ser fuertes. Esto no ha terminado todavía.

—Me sería más fácil ser fuerte si supiera que nuestra nacida de la bruma no está loca. ¡Ni siquiera nos lo comentó!

—Lo sé —dijo Elend.

Ham se levantó, sacudiendo la cabeza.

—Hay un motivo por el que las Grandes Casas se mostraron siempre reacias a usar a sus nacidos de la bruma contra los demás. Las cosas se vuelven mucho más peligrosas. Si Cett tiene un nacido de la bruma y decide vengarse...

—Lo sé —repitió Elend, despidiéndolos a ambos.

Ham hizo una seña a Fantasma, y los dos se marcharon a hacerles una visita a Brisa y Clubs.

Todos están muy sombríos, pensó Elend, mientras iba a buscar algo de comer. Es como si pensaran que estamos condenados a causa de un contratiempo. Pero la retirada de Cett es buena cosa. Uno de nuestros enemigos se marcha... y siguen quedando dos ejércitos ahí fuera. Jastes no atacará si haciéndolo es más vulnerable a Straff, y Straff le tiene demasiado miedo a Vin para hacer nada. De hecho, su ataque a Cett solo hará que mi padre se sienta más atemorizado. Tal vez Vin lo atacó por eso.

—¿Majestad? —susurró una voz.

Elend se dio la vuelta y estudió el pasillo.

—Majestad —dijo una sombra, OreSeur—. Creo que la he encontrado.

ELEND SE HIZO ACOMPAÑAR POR unos cuantos guardias nada más. No quería explicar a Ham y a los demás de quién había obtenido la información: Vin seguía insistiendo en mantener la existencia de OreSeur en secreto.

Ham tiene razón en una cosa, pensó Elend mientras su carroaje se detenía. Ella oculta algo. Lo hace siempre.

Pero eso no impedía que Elend confiara en ella. Le hizo una seña a OreSeur y bajaron del carroaje. Ordenó a sus guardias que se retiraran mientras se acercaba a un edificio abandonado. Probablemente había sido la tienda de un mercader pobre, un negocio dirigido por la más baja nobleza, donde vendían artículos de primera necesidad a los obreros skaa a cambio de vales de comida, que a su vez podían ser cambiados por dinero del lord Legislador.

El edificio estaba en un sector al que las cuadrillas recogedoras de combustible de Elend no habían llegado todavía. Sin embargo, estaba claro que llevaba tiempo deshabitado. Lo habían saqueado y la ceniza que cubría el suelo tenía un palmo de espesor. Unas huellas se perdían hacia una escalera situada al fondo.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Elend, mirando a su alrededor.

OreSeur se encogió de hombros.

—Entonces, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—La seguí anoche, Majestad. Vi la dirección que tomó. Después fue solo cuestión de buscar a fondo.

Elend frunció el ceño.

—Eso requiere mucha habilidad para seguir su rastro, kandra.

—Estos huesos tienen unos sentidos finísimos.

Elend asintió. La escalera conducía a un largo pasillo con varias habitaciones en los extremos. Elend empezó a recorrerlo, pero se detuvo. A un lado, el panel de la pared había sido descorrido y revelaba un pequeño cubículo. Oyó movimiento dentro.

—¿Vin? —preguntó, asomando la cabeza.

Había un cuartito oculto tras la pared, y Vin estaba sentada al fondo. Era más bien una alacena de un metro escaso de altura y ni siquiera Vin hubiese podido ponerse en pie. No le respondió. Permaneció sentada, apoyada contra la pared del fondo, con la cabeza vuelta de lado.

Elend entró a rastras en la pequeña cámara, manchándose las rodillas de ceniza. Apenas había espacio para entrar sin chocar con ella.

—¿Vin? ¿Te encuentras bien?

Ella continuó en silencio, retorciendo algo entre los dedos. Y miraba la pared... miraba por un agujerito. Elend vio la luz del sol filtrarse por él.

Es una mirilla, advirtió. Para vigilar la calle. Esto no es una tienda... es una guarida de ladrones. O lo era.

—Yo pensaba que Camon era un hombre terrible —dijo Vin en voz baja.

Elend vaciló, arrodillado y con las manos apoyadas en el suelo. Finalmente, logró sentarse, muy apretujado. Al menos Vin no parecía herida.

—¿Camón? —preguntó—. ¿El jefe de tu antigua banda, el de antes de Kelsier?

Vin asintió. Se apartó de la rendija y se abrazó las rodillas.

—Pegaba a la gente, mataba a aquellos que no le satisfacían. Incluso entre los delincuentes callejeros era brutal.

Elend frunció el ceño.

—Pero dudo que matara a tanta gente durante toda su vida como yo anoche.

Elend cerró los ojos. Luego los abrió y se acercó un poco más, hasta poner una mano sobre el hombro de Vin.

—Eran soldados enemigos, Vin.

—Fui como un niño en una habitación llena de hormigas —susurró Vin.

Él vio por fin lo que tenía entre los dedos. Era su pendiente, el sencillo botón de bronce que siempre llevaba. Lo miró, dándole vueltas.

—¿Te he contado alguna vez cómo conseguí esto? —preguntó. Él negó con la cabeza—. Me lo dio mi madre. No recuerdo cómo fue... me lo contó Reen. Mi madre... a veces oía voces. Mató a mi hermana, la asesinó. Y el mismo día me dio esto, uno de sus pendientes. Como si... como si me eligiera a mí en vez de a mi hermana. Un castigo para una, un retorcido regalo para la otra. —Vin sacudió la cabeza—. Mi vida entera ha sido muerte, Elend. La muerte de mi hermana, la muerte de Reen. Miembros de la banda muertos a mi alrededor, Kelsier caído ante el lord Legislador, y luego mi propia lanza atravesando el pecho del lord Legislador. Intento proteger, y me digo que estoy escapando de ella. Y entonces... hago algo como lo que hice anoche.

Sin saber qué más hacer, Elend la acercó hacia sí. Sin embargo, ella continuó envarada.

—Tenías un buen motivo para hacer lo que hiciste —dijo.

—No, no lo tenía. Solo quería hacerles daño. Quería asustarlos y obligarlos a dejarte en paz. Parece infantil, pero así me sentía.

—No es infantil, Vin —dijo Elend—. Fue una buena estrategia. Les hiciste a nuestros enemigos una exhibición de fuerza. Asustaste a uno de nuestros principales oponentes, y ahora mi padre tendrá aún más miedo de atacar. ¡Nos has conseguido más tiempo!

—A costa de las vidas de centenares de hombres.

—Soldados enemigos que asediaban nuestra ciudad. Hombres que protegían a un tirano que opriime a su pueblo.

—Eso mismo alegaba Kelsier cuando mataba a los nobles y a sus guardias —dijo Vin en voz baja—. Decía que estaban apoyando al Imperio Final, y que por tanto merecían morir. Me asustaba.

Elend no supo qué decir.

—Era como si se considerara a sí mismo un dios —susurró Vin—. Tomaba vidas, daba vidas cuando se le antojaba. No quiero ser como él, Elend. Pero todo parece empujarme en esa dirección.

Tú *no eres como él*, quiso decir Elend. Era cierto, pero las palabras se negaron a salir de su boca. Le sonaban vacías.

En cambio, se acercó a Vin, el hombro de ella contra su pecho, la cabeza de la muchacha bajo su barbilla.

—Ojalá supiera decir las cosas adecuadas, Vin —susurró—. Verte así pone en alerta mi instinto de protección. Solo quiero que todo sea mejor, quiero arreglarlo todo, pero no sé cómo. Dime qué he de hacer. ¡Solo dime cómo puedo ayudar!

Ella resistió un poco su abrazo al principio, pero luego suspiró y lo rodeó con sus brazos, apretando con fuerza.

—No puedes ayudarme en esto —dijo en voz baja—. Tengo que hacerlo sola. Hay... decisiones que tengo que tomar.

Él asintió.

—Tomarás las decisiones adecuadas, Vin.

—Ni siquiera sabes qué tengo que decidir.

—No importa. Sé que no puedo ayudarte... ni siquiera he sabido conservar el trono. Eres diez veces más capaz que yo.

Ella le apretó el brazo.

—No digas esas cosas, por favor.

Él frunció el ceño, pero luego asintió.

—Muy bien. Pero, sea como sea, confío en ti, Vin. Toma tus decisiones: yo te apoyaré.

Ella asintió, relajándose un poco entre sus brazos.

—Creo... —dijo—. Creo que tengo que marcharme de Luthadel.

—¿Marcharte? ¿E ir adónde?

—Al norte. A Terris.

Elend se apoyó en la pared de madera. *¿Marcharse?*, pensó, con sentimientos encontrados. *¿Eso es lo que he conseguido estando tan distraído últimamente? ¿La he perdido?*

Sin embargo, acababa de decirle que apoyaría sus decisiones.

—Si crees que tienes que irte, Vin, entonces debes hacerlo.

—Si me marchara, ¿vendrías conmigo?

—¿Ahora?

Vin asintió, frotando la cabeza contra su pecho.

—No —dijo él por fin—. No podría dejar Luthadel, no con esos ejércitos ahí fuera todavía.

—Pero la ciudad te rechazó.

—Lo sé —suspiró él—. Pero... no puedo dejarlos, Vin. Me rechazaron, pero no los abandonaré.

Vin volvió a asentir, y algo le dijo a Elend que aquella era la respuesta que esperaba.

—Menudo lío, ¿eh? —sonrió él.

—Sin esperanza —dijo ella en voz baja, suspirando mientras por fin se separaba de él. Parecía tan cansada... Fuera del cubículo, Elend oyó pasos. OreSeur apareció un momento después, asomando la cabeza en la cámara oculta.

—Tus guardias se están inquietando, Majestad —le dijo a Elend—. Pronto vendrán a buscarte.

Elend asintió y se arrastró hasta la salida. En el pasillo, le ofreció una mano a Vin para ayudarla a salir. Ella la aceptó, salió, se puso en pie y se sacudió la ropa... sus pantalones y su camisa de siempre.

—*Volverá alguna vez a llevar vestidos?*, se preguntó él.

—Elend —dijo ella, rebuscando en un bolsillo—. Toma, puedes gastar esto siquieres.

Abrió la mano y depositó en la palma de él una perla.

—¿Atium? —preguntó Elend, incrédulo—. ¿De dónde lo has sacado?

—De un amigo.

—¿Y no lo quemaste anoche cuando luchaste contra todos esos soldados?

—No —dijo Vin—. Me lo tragué, pero al final no me hizo falta, así que aquí lo tienes.

¡Lord Legislador!, pensó Elend. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que ella no tuviera atium. ¿Qué podría haber hecho si hubiera quemado este trocito? La miró.

—Algunos informes aseguran que hay otro nacido de la bruma en la ciudad.

—Lo hay. Zane.

Elend le devolvió la perla.

—Entonces guarda esto. Puede que lo necesites para luchar con él.

—Lo dudo.

—Quédatelo de todas formas. Vale una pequeña fortuna... pero necesitaríamos una fortuna *muy grande* para que supusiera alguna diferencia en estos momentos. Además, ¿quién la compraría? Si la usara para sobornar a Straff o a Cett, creerían que tengo guardado atium para usarlo contra ellos.

Vin asintió y luego miró a OreSeur.

—Guarda esto —dijo, tendiéndole la perla—. Es tan grande que otro alomante podría arrancármela si quisiera.

—La protegeré con mi vida, ama —respondió OreSeur, abriendo su hombro para acoger el trozo de metal.

Vin se volvió para bajar las escaleras con Elend y reunirse con los guardias de abajo.

Sé lo que he memorizado. Sé lo que ahora repiten los otros forjamundos.

45



—EL HÉROE DE LAS ERAS no será de Terris —dijo Tindwyl, garabateando una nota al pie de su lista.

—Eso ya lo sabíamos —respondió Sazed—. Por el libro.

—Sí, pero el relato de Alendi era solo una referencia... una mención de tercera mano de los efectos de una profecía. He encontrado a alguien citando directamente la profecía.

—¿De verdad? —preguntó Sazed mostrando su entusiasmo—. ¿Dónde?

—En la biografía de Helenntion. Uno de los últimos supervivientes del Consejo de Khleñnum.

—Escríbelo para mí —dijo Sazed, acercando su silla un poco más. Tuvo que parpadear varias veces mientras ella escribía, la cabeza nublada por un momento de fatiga.

¡No bajes la guardia!, se dijo. No queda mucho tiempo. No queda mucho...

Tindwyl lo soportaba un poco mejor que él, pero empezaba a agotarse porque daba cabezadas. Él había dormido un poco esa noche, acurrucado en el suelo, pero ella había continuado. Por lo que Sazed sabía, llevaba más de una semana sin dormir.

Se habló mucho del Rabzeen durante aquellos días, escribió Tindwyl. Algunos decían que vendría a luchar contra el Conquistador. Otros decían que era el Conquistador. Helenntion no me hizo saber qué pensaba al respecto. Se dice que el Rabzeen es «el que no es de su pueblo, pero cumple todos sus deseos». Si es este el caso, entonces quizás sea el Conquistador. Se dice que era de Khleñnum.

Se detuvo ahí. Sazed frunció el ceño y releyó el texto. El último testimonio de Kwaan, el calco que Sazed había hecho en el convento de Seran, había demostrado ser útil en más de un sentido. Había proporcionado una clave.

No me convencí hasta años más tarde de que Alendi era el Héroe de las Eras, había escrito Kwaan. *El Héroe de las Eras: al que llamaban Rabzeen en Khlennum, el Anamnesor.*

El calco era una clave de traducción, no entre idiomas sino entre sinónimos. Tenía sentido que hubiera otros nombres para el Héroe de las Eras; una figura tan importante, tan legendaria, tenía que tener muchos títulos. Sin embargo, se habían perdido muchas cosas de aquellos tiempos. El Rabzeen y el Anamnesor eran figuras mitológicas que a Sazed le resultaban vagamente familiares... pero solo eran dos entre decenas. Hasta el descubrimiento del calco, no había tenido forma de relacionar esos nombres con el Héroe de las Eras.

Ahora Tindwyl y él podían escrutar sus mentes de metal con los ojos abiertos. Tal vez, en el pasado, Sazed había leído este mismo párrafo de la biografía de Helenntion; se había saltado muchos de los antiguos archivos buscando referencias religiosas. Sin embargo, nunca hubiera podido darse cuenta de que el párrafo se refería al Héroe de las Eras, una figura de la cultura de Terris que el pueblo de los khlenni había rebautizado en su propia lengua.

—Sí... —dijo lentamente—. Esto es bueno, Tindwyl. Muy bueno.

Apoyó la mano sobre la de ella.

—Tal vez —respondió Tindwyl—, aunque esto no nos dice nada nuevo.

—Ah, pero la forma de expresión puede ser importante —dijo Sazed—. Las religiones a menudo son cuidadosas en la redacción de sus textos.

—Sobre todo con las profecías —contestó ella, frunciendo un poco el ceño. No le gustaba nada que oliera a superstición ni a profecía.

—Pensaba que ya no tenías ese prejuicio, teniendo en cuenta nuestra actual empresa.

—Recopilo información, Sazed. Por lo que dice de la gente y por lo que el pasado puede enseñarnos. Sin embargo, hay un motivo por el que estudié historia y no teología. No apruebo la perpetuación de las mentiras.

—¿Eso es lo que crees que yo hago cuando enseño religiones? —preguntó él, divertido.

Tindwyl se volvió a mirarlo.

—Un poco —admitió—. ¿Cómo puedes enseñar a la gente que recurra a los dioses de los muertos, Sazed? Esas religiones hicieron poco bien a su gente,

y ahora sus profecías son polvo.

—Las religiones son una expresión de esperanza —dijo Sazed—. Esa esperanza le da fuerza a la gente.

—Entonces, ¿no crees? ¿Solo le das a la gente algo en lo que confiar, algo para engañarse?

—Yo no lo llamaría así.

—¿Entonces crees que los dioses que enseñas existen?

—Yo... creo que merecen ser recordados.

—¿Y sus profecías? —dijo Tindwyl—. Veo el valor erudito de lo que hacemos: sacar a relucir hechos del pasado podría darnos información sobre nuestros problemas actuales. Sin embargo, esto de predecir el futuro es, en principio, una tontería.

—Yo no diría eso. Las religiones son promesas... promesas de que hay alguien observándonos, guiándonos. Las profecías, por tanto, son extensiones naturales de las esperanzas y los deseos de la gente. No son ninguna tontería.

—¿Tu interés es puramente académico, entonces? —preguntó Tindwyl.

—Yo no diría eso.

Tindwyl lo estudió, observando sus ojos. Hizo una leve mueca.

—Lo crees, ¿verdad? —preguntó—. Crees que esa chica es el Héroe de las Eras.

—Aún no lo he decidido.

—¿Cómo puedes considerar una cosa así, Sazed? —preguntó Tindwyl—. ¿No lo ves? La esperanza es una cosa buena, una cosa maravillosa, pero hay que tener esperanza en lo adecuado. Si perpetúas los sueños del pasado, entonces sofocas tus sueños del futuro.

—¿Y si los sueños del pasado son dignos de ser recordados?

Tindwyl sacudió la cabeza.

—Mira las probabilidades, Sazed. ¿Qué probabilidades existían de que acabáramos donde estamos, estudiando este calco, en la misma casa que el Héroe de las Eras?

—Las probabilidades son irrelevantes cuando se trata de predicciones.

Tindwyl cerró los ojos.

—Sazed... creo que la religión es una buena cosa y que la fe es una buena cosa, pero es una tontería buscar una guía en unas cuantas frases ambiguas. Mira lo que sucedió la última vez que encontraron a ese Héroe. El resultado fue el lord Legislador, el Imperio Final.

—De todas formas, no perderé la esperanza. Si tú no crees en las profecías, ¿por qué te esfuerzas tanto en descubrir información sobre la Profundidad y el Héroe?

—Es sencillo —dijo Tindwyl—. Obviamente nos enfrentamos a un peligro que se ha presentado antes, a un problema recurrente, como una epidemia que pasa solo para volver a declararse siglos más tarde. Los antiguos conocían este peligro y tenían información al respecto. Esa información, naturalmente, se desdibujó y se convirtió en leyendas, profecías e incluso en religiones. Por tanto, habrá pistas acerca de nuestra situación ocultas en el pasado. No es cuestión de predicciones, sino de investigación.

Sazed puso una mano sobre la suya.

—Creo que es algo en lo que tal vez no podamos ponernos de acuerdo. Vamos, regresemos a nuestros estudios. No podemos malgastar el tiempo que nos queda.

—No tendríamos que tener problemas —dijo Tindwyl, suspirando y arreglándose con la mano un mechón de pelo del rolete—. Al parecer, tu Héroe asustó a lord Cett anoche. La criada que ha traído el desayuno lo estaba diciendo.

—Lo sé.

—Entonces las cosas mejoran para Luthadel.

—Sí —dijo Sazed—. Tal vez.

Ella frunció el ceño.

—No pareces convencido.

—No sé —dijo él, bajando la mirada—. No me parece que la marcha de Cett sea buena cosa, Tindwyl. Algo va muy mal. Tenemos que terminar este estudio.

Tindwyl ladeó la cabeza.

—¿Cuándo?

—Creo que deberíamos intentar tenerlo terminado para esta noche —dijo Sazed, mirando el montón de hojas desencuadernadas y amontonadas sobre la mesa. El montón contenía todas las notas tomadas, las ideas barajadas y las conexiones establecidas durante su maratón de estudio. Era una especie de libro, una guía acerca del Héroe de las Eras y la Profundidad. Un buen documento, fantástico incluso considerando el tiempo que habían tenido. No era definitivo, pero sí lo más importante que habían escrito.

Aunque no estuviera seguro de por qué.

—¿Sazed? —preguntó Tindwyl, frunciendo el ceño—. ¿Qué es esto?

Sacó del montón una hoja de borde ligeramente torcido. Cuando se la tendió, Sazed se sorprendió de que le faltara un trozo de la esquina inferior derecha.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó ella.

—No —respondió Sazed. Tomó el papel. Era una de las transcripciones del calco; el trozo roto había eliminado la última frase. No había ni rastro del pedazo que faltaba.

Sazed alzó la cabeza y miró a Tindwyl a los ojos. Ella se volvió y empezó a rebuscar en los papeles. Sacó otra copia de la transcripción y la alzó.

Sazed sintió un escalofrío. Le faltaba la esquina.

—Lo referencié ayer —dijo Tindwyl en voz baja—. No he salido de la habitación más que unos minutos, y tú has estado siempre aquí.

—¿Saliste anoche? —preguntó Sazed—. Para ir al lavabo, mientras yo dormía.

—Tal vez. No lo recuerdo.

Sazed se quedó callado un momento, contemplando el papel. El pedazo que faltaba se parecía mucho al pedazo que también faltaba en el papel del primer montón. Tindwyl, al parecer con la misma idea, hizo coincidir ambas hojas. Encajaban a la perfección. Ni aunque las hubieran colocado una encima de la otra la coincidencia hubiese sido tan perfecta.

Ambos permanecieron en silencio, reflexionando. Luego se pusieron en marcha, rebuscando en sus fajos de papeles. Sazed tenía cuatro copias de la transcripción. A todas les faltaba exactamente el mismo pedazo.

—Sazed... —A Tindwyl le temblaba la voz. Alzó una hoja de papel con media transcripción, que terminaba a mitad de página. Habían abierto un agujero exactamente en el centro, eliminando exactamente la misma frase.

»¡El calco! —dijo Tindwyl. Pero Sazed ya se había puesto en movimiento. Saltó de la silla y corrió al arcón donde almacenaba sus mentes de metal. Con dedos temblorosos buscó la llave que llevaba al cuello, la arrancó de un tirón y abrió el arcón. Sacó el calco, lo desplegó delicadamente en el suelo. Apartó los dedos de pronto, como si lo hubieran mordido, al ver el desgarrón en la parte inferior. La misma frase, eliminada.

—¿Cómo es posible? —susurró Tindwyl—. ¿Cómo puede saber nadie tanto de nuestro trabajo... de nosotros?

—Y, sin embargo, ¿cómo pueden saber tan poco de nuestras habilidades? —repuso Sazed—. Tengo toda la transcripción almacenada en mi mente de metal. Puedo recordarla.

—¿Qué dice la frase que falta?

—«Alendi no debe alcanzar el Pozo de la Ascensión. No debe hacerse con el poder.»

—¿Por qué eliminar la frase? —preguntó Tindwyl.

Sazed miró el calco. *Parece imposible...*

Sonó un ruido en la ventana. Sazed se dio media vuelta y recurrió instintivamente a su mentepeltre para incrementar su fuerza. Sus músculos se hincharon, la túnica le quedó estrecha.

Los postigos se abrieron de golpe. Vin estaba agazapada en el alféizar. Se detuvo al ver a Sazed y Tindwyl, quien al parecer también había decantado fuerza y había crecido hasta adquirir una constitución casi masculina.

—¿He hecho algo mal? —preguntó Vin.

Sazed sonrió, liberando su mentepeltre.

—No, niña —dijo—. Simplemente nos has asustado.

Miró a Tindwyl a los ojos, y ella empezó a recoger los pedazos de papel. Sazed plegó el calco; seguirían discutiendo más tarde.

—¿Has visto a alguien rondando cerca de mi habitación, lady Vin? —preguntó Sazed mientras guardaba el calco—. ¿Algún extraño... o incluso algún guardia?

—No —respondió Vin, entrando en la habitación. Iba descalza, como de costumbre, y no llevaba capa de bruma; rara vez lo hacía de día. Si había combatido la noche anterior, se había cambiado de ropa, porque no había manchas de sangre en sus prendas, ni siquiera de sudor—. ¿Quieres que busque a alguien sospechoso?

—Sí, por favor —dijo Sazed, cerrando el arcón—. Tememos que alguien ha estado fisgoneando en nuestro trabajo, aunque el motivo se nos escapa.

Vin asintió con la cabeza y se quedó donde estaba mientras Sazed regresaba a su asiento. Lo miró primero a él y luego a Tindwyl, brevemente.

—Tengo que hablar contigo, Sazed.

—Creo que puedo dedicarte unos momentos. Pero he de advertirte de que mis estudios corren mucha prisa.

Vin asintió y miró a Tindwyl. Finalmente, ella suspiró y se levantó.

—Supongo que iré a ver cómo va el almuerzo.

Vin se relajó un poco cuando la puerta se cerró; luego se acercó a la mesa y se sentó en la silla de Tindwyl, con las piernas dobladas sobre el asiento.

—Sazed, ¿cómo sabes si estás enamorado?

Sazed parpadeó.

—Yo... creo que no soy la persona más indicada para hablar de este tema, lady Vin. Sé muy poco al respecto.

—Siempre dices esas cosas. Pero en realidad eres un experto en casi todo.

Sazed se echó a reír.

—En este caso, puedo asegurarte de que mi incompetencia es manifiesta, lady Vin.

—Con todo, tienes que saber algo.

—Un poquito, tal vez. Dime, ¿cómo te sientes cuando estás con el joven lord Venture?

—Quiero que me abrace —dijo Vin en voz baja, volviéndose hacia un lado y mirando por la ventana—. Quiero que me hable, aunque no comprenda lo que me dice. Cualquier cosa para que permanezca allí, a mi lado. Quiero ser mejor por su causa.

—Eso me parece una muy buena señal, lady Vin.

—Pero... —Vin agachó la cabeza—. No es bueno para él, Sazed. Me tiene miedo.

—¿Miedo?

—Bueno, al menos se siente incómodo conmigo. Vi la expresión de sus ojos cuando me vio luchar el otro día en el ataque a la Asamblea. Se apartó de mí, Sazed, horrorizado.

—Solo vio matar a un hombre —dijo Sazed—. Lord Venture es algo inocente en estos asuntos, lady Vin. No fuiste tú la causa, creo: fue simplemente una reacción natural al horror de la muerte.

—Sea como sea, no quiero que me vea de esa forma —contestó Vin, mirando de nuevo por la ventana—. Quiero ser la chica que necesita: la chica que apoya sus planes políticos. La chica que puede ser hermosa cuando necesita llevarla del brazo, capaz de consolarlo cuando se siente frustrado. Pero yo no soy esa chica. Fuiste tú quien me instruyó para que actuara como una mujer de la corte, Sazed, pero los dos sabemos que no era nada buena.

—Y lord Venture se enamoró de ti porque *no* actuabas como las demás mujeres. A pesar de la intromisión de lord Kelsier, a pesar de que sabías que todos los nobles eran nuestros enemigos, Elend se enamoró de ti.

—No tendría que habérselo permitido —dijo Vin en voz baja—. Tengo que mantenerme apartada de él, Sazed, por su propio bien. De esa forma, podrá enamorarse de otra. De alguien que le convenga más. De alguien que no vaya por ahí matando a cien personas por frustración. Alguien que merezca su amor.

Sazed se levantó y se desperezó mientras se acercaba a la silla de Vin. Se agachó hasta que sus ojos quedaron a la altura de los de ella, y puso una mano sobre su hombro.

—Oh, niña. ¿Cuándo dejarás de preocuparte y te dejarás amar sin más?

Vin negó con la cabeza.

—No es tan fácil.

—Pocas cosas lo son. Sin embargo, te digo una cosa, Vin. Hay que permitir que el amor fluya en ambos sentidos: si no, entonces no es verdadero amor. Es otra cosa. Capricho, tal vez. Sea como sea, algunos nos convertimos demasiado rápidamente en mártires de nosotros mismos. Nos quedamos a un lado, observando, pensando que hacemos lo adecuado al no hacer nada. Tememos el dolor... el nuestro y el del otro. —Le apretó el hombro—. Pero... ¿es eso amor? ¿Es amor tomar por Elend la decisión de que no tiene sitio para ti? ¿O es amor permitirle que tome su propia decisión?

—¿Y si no soy buena para él?

—Debes amarlo lo suficiente para confiar en sus deseos, aunque no estés de acuerdo con ellos. Debes respetarlo... no importa hasta qué punto creas que está equivocado, no importa lo poco que te gusten sus decisiones, debes respetar su deseo de tomarlas. Aunque una de ellas sea amarte.

Vin sonrió levemente, pero seguía pareciendo preocupada.

—Y... —dijo muy despacio—. ¿Y si hay alguien más? Para mí.

Ah...

Vin se envaró de inmediato.

—No debes decirle a Elend que he dicho eso.

—No lo haré —prometió Sazed—. ¿Quién es ese otro hombre?

Vin se encogió de hombros.

—Alguien... que se parece más a mí. El tipo de hombre con el que *debería* estar.

—¿Lo amas?

—Es fuerte —dijo Vin—. Me recuerda a Kelsier.

Así que hay otro nacido de la bruma, pensó Sazed. En aquel asunto, sabía que no debía tomar partido. No conocía lo suficiente a ese otro hombre para emitir un juicio... y se suponía que los guardadores proporcionaban información, pero evitaban dar consejos específicos.

Sin embargo, Sazed nunca había sido muy bueno siguiendo esa regla. No conocía al otro nacido de la bruma, cierto, pero *conocía* a Elend Venture.

—Niña, Elend es el mejor de los hombres, y tú has sido mucho más feliz desde que estás con él.

—Pero en realidad es el primer hombre al que he amado —dijo Vin con voz queda—. ¿Cómo sé que me conviene? ¿No debería prestar atención a un hombre más adecuado para mí?

—No lo sé, lady Vin. Sinceramente, no lo sé. Te he advertido lo ignorante que soy en esta cuestión. Pero ¿de verdad crees que vas a encontrar a un hombre mejor que lord Elend?

Ella suspiró.

—¡Es tan frustrante! ¡Debería preocuparme por la ciudad y la Profundidad, no por con qué hombre pasar las noches!

—Es difícil defender a los demás cuando nuestra propia vida es un caos.

—Tengo que decidirme —dijo Vin, poniéndose en pie y acercándose a la ventana—. Gracias, Sazed. Gracias por escucharme... Gracias por volver a la ciudad.

Sazed asintió, sonriendo. Vin se lanzó por la ventana abierta, empujándose contra un trozo de metal. Sazed suspiró, se frotó los ojos y se acercó a la puerta de la habitación y la abrió.

Tindwyl estaba al otro lado, cruzada de brazos.

—Creo que me sentiría más cómoda en la ciudad si no supiera que nuestra nacida de la bruma tiene las volátiles emociones de una adolescente —dijo.

—Lady Vin es más sensata de lo que crees.

—Sazed, he criado a quince hijas —dijo Tindwyl, entrando en la habitación—. *Ninguna* adolescente es sensata. Algunas lo ocultan mejor que otras.

—Entonces alégrate de que no te oyera espiándonos —respondió Sazed—. Normalmente es muy quisquillosa con esas cosas.

—Vin tiene un punto débil en lo que a la gente de Terris concierne —dijo Tindwyl, agitando la mano—. Posiblemente gracias a ti. Por lo visto aprecia mucho tu consejo.

—Eso parece.

—Creo que lo que le has dicho es muy sabio, Sazed —dijo Tindwyl, sentándose—. Habrías sido un padre excelente.

Azorado, Sazed inclinó la cabeza. Luego se dispuso a sentarse también.

—Deberíamos...

Llamaron a la puerta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tindwyl.

—¿No has pedido el almuerzo?

Tindwyl negó con la cabeza.

—Ni siquiera he dejado el pasillo.

Un segundo después Elend asomó la cabeza en la habitación.

—Sazed? ¿Podría hablar contigo un momentito?

—Naturalmente, lord Elend —dijo el terrisano, levantándose.

—Magnífico. —Elend entró en la habitación—. Tindwyl, puedes marcharte.

Ella puso los ojos en blanco y luego dirigió una mirada de exasperación a Sazed, pero acabó por levantarse y salir de la habitación.

—Gracias —dijo Elend mientras ella cerraba la puerta—. Por favor, siéntate.

Sazed así lo hizo, y Elend tomó aire, de pie, con las manos a la espalda. Había vuelto a ponerse el uniforme blanco y, a pesar de su evidente frustración, tenía un aspecto imponente.

Alguien me ha robado a mi amigo el erudito y lo ha sustituido por un rey, pensó Sazed.

—Supongo que se trata de lady Vin, ¿no, lord Elend?

—Sí —dijo Elend, echando a andar y gesticulando con una mano mientras hablaba—. No tiene sentido, Sazed. Lo espero... demonios, cuento con ello. No es solo una mujer, es *Vin*. Pero no estoy seguro de cómo reaccionar. A ratos es cálida conmigo, como antes de que la ciudad estuviera en estos apuros, y de repente se envara y se muestra distante.

—Tal vez esté confundida ella misma.

—Tal vez —reconoció Elend—. Pero ¿no debería saber, al menos *uno* de nosotros, qué pasa con nuestra relación? Sinceramente, a veces pienso que somos demasiado diferentes para estar juntos.

Sazed sonrió.

—Oh, no sé, lord Elend. Te sorprendería lo parecido que pensáis los dos.

—Lo dudo —dijo Elend, caminando de nuevo—. Es una nacida de la bruma; yo solo un hombre normal. Ella creció en las calles; yo crecí en una mansión. Ella es lista y astuta; yo soy docto.

—Ella es enormemente competente, igual que tú —dijo Sazed—. Ella sufrió la opresión de su hermano, tú la de tu padre. Ambos odiabais el Imperio Final y lo combatisteis. Y ambos pensáis demasiado en lo que *debería* ser, en vez de en lo que es.

Elend vaciló y miró a Sazed.

—¿Qué significa eso?

—Significa que creo que estáis hechos el uno para el otro. No soy quién para hacer juicios, y, sinceramente, es solo la opinión de un hombre que no os ha visto mucho en los últimos meses. Pero creo que es la verdad.

—¿Y nuestras diferencias?

—A primera vista, la llave y la cerradura en la que encaja pueden parecer muy distintas —dijo Sazed—. Diferentes en su forma, diferentes en su función, diferentes en su diseño. El hombre que las mira sin conocer su verdadera naturaleza puede pensar que son opuestas, pues una sirve para abrir y la otra para mantener cerrado. Sin embargo, examinándolas con atención, se ve que sin una la otra no sirve para nada. El hombre sabio ve que la cerradura y la llave fueron creadas para el mismo propósito.

Elend sonrió.

—Tienes que escribir un libro alguna vez, Sazed. Esto es tan profundo como muchas otras cosas que he leído.

Sazed se ruborizó, pero miró el montón de papeles que había sobre la mesa. ¿Serían su legado? No estaba seguro de que sus escritos fueran profundos, pero constituían el intento más coherente que había hecho de escribir algo original. Cierto, la mayoría de las páginas contenían citas o referencias, pero buena parte del texto incluía también sus pensamientos y comentarios.

—Bueno, ¿qué debo hacer?

—¿Sobre lady Vin? Sugeriría que le des, y que te des, un poco más de tiempo.

—El tiempo es un tesoro en estos días, Sazed.

—¿Cuándo no lo es?

—Cuando tu ciudad no está asediada por dos ejércitos, uno de ellos dirigido por un tirano megalómano y el otro por un necio intrépido.

—Sí —dijo Sazed—. Sí, puede que tengas razón. He de volver a mis estudios.

Elend frunció el ceño.

—¿En qué estás trabajando, por cierto?

—En algo poco relevante para tu problema actual, me temo. Tindwyl y yo estamos recopilando referencias sobre la Profundidad y el Héroe de las Eras.

—La Profundidad... Vin la mencionó también. ¿De verdad piensas que podría regresar?

—Creo que ya ha regresado, lord Elend. Nunca se marchó, en realidad. Creo que la Profundidad era... *es* las brumas.

—Pero, por qué... —dijo Elend, y entonces alzó una mano—. Leeré tus conclusiones cuando hayas terminado. No pude permitirme distracciones en este momento. Gracias, Sazed, por tu consejo.

Sí, *un rey, en efecto*, pensó Sazed.

—Tindwyl, ya puedes entrar —dijo Elend—. Buenos días, Sazed.

Elend se volvió hacia la puerta y la abrió lentamente. Tindwyl entró, ocultando su rubor.

—¿Cómo sabías que estaba ahí fuera?

—Lo he supuesto —dijo Elend—. Eres tan mala como Vin. De cualquier forma, buenos días a ambos.

Tindwyl frunció el ceño mientras Elend se marchaba. Luego, miró a Sazed.

—Has hecho un buen trabajo con él —dijo Sazed.

—Demasiado bueno —respondió Tindwyl, sentándose—. Creo que si el pueblo le hubiera dejado al mando habría encontrado un modo de salvar la ciudad. Vamos, hay que regresar al trabajo... Esta vez he pedido el almuerzo, así que deberíamos avanzar lo máximo posible antes de que llegue.

Sazed asintió, se sentó y empuñó la pluma. Sin embargo, le resultó difícil concentrarse en el trabajo. Su mente regresaba una y otra vez a Vin y Elend. No estaba seguro de por qué le parecía tan importante que su relación funcionara. Tal vez fuese simplemente porque los dos eran amigos suyos y deseaba verles felices.

O tal vez era por otra cosa. Esos dos eran lo mejor que Luthadel tenía que ofrecer. La nacida de la bruma más poderosa de los bajos fondos skaa y el más noble líder de la cultura aristocrática. Se necesitaban mutuamente y el Imperio Final los necesitaba a ambos.

Además, estaba el trabajo que lo ocupaba. El pronombre usado en gran parte del lenguaje profético de Terris era neutro. Aunque se traducía en las lenguas modernas como «él», cada vez que aparecía en el libro podría haber sido traducido igualmente como «ella». ¿Y si Vin era realmente el Héroe de las Eras?

Tengo que encontrar un modo de sacarlos de la ciudad, pensó Sazed, asaltado por una súbita idea. *Esos dos no deben estar aquí cuando caiga Luthadel.*

Apartó sus notas y de inmediato empezó a escribir una rápida serie de cartas.

Las dos cosas no son lo mismo.

46



BRISA OLÍA LA INTRIGA A dos calles de distancia. Al contrario que muchos de sus compañeros ladrones, él no había nacido pobre ni se había visto forzado a vivir en los bajos fondos. Había crecido en un lugar mucho más peligroso: una corte aristocrática. Por fortuna, los otros miembros de la banda no lo trataban de manera distinta por su origen noble.

Era, por supuesto, porque no lo sabían.

Su educación le permitía comprender ciertas cosas. Cosas que dudaba que conociera ningún ladrón skaa, por competente que fuese. Las intrigas skaa eran brutales: cuestión de vida o muerte. Traicionabas a tus aliados por dinero, por poder, o por protegerte.

En las cortes nobles, la intriga era más abstracta. Las traiciones a menudo no terminaban con cada facción muerta, pero las ramificaciones podían extenderse durante generaciones. Era un juego; tanto, que al joven Brisa le había parecido refrescante la abierta brutalidad de los bajos fondos skaa.

Tomó un sorbo de su cálida jarra de vino especiado, mirando la nota que tenía entre los dedos. Había llegado a pensar que no tendría que preocuparse más por las conspiraciones de bandas: el grupo de Kelsier era un equipo casi enfermizamente unido, y Brisa hacía todo lo que sus poderes alománticos le permitían para que así fuera. Había visto lo que las luchas internas podían hacerle a una familia.

Por eso le sorprendió tanto recibir esa carta. A pesar de su burlona inocencia, captó fácilmente los signos. La prisa con que había sido redactada, emborronada en algunos puntos y sin pasar a limpio. Frases como «no hace

falta contar esto a los demás» o «no deseo causar alarma». Las gotas sobrantes de cera, extendidas gratuitamente en la solapa del sobre, como para dar más protección contra ojos curiosos.

No había error en el tono de la misiva. Brisa había sido invitado a una reunión para conspirar. Pero ¿por qué, en nombre del lord Legislador, nada menos que *Sazed* quería que se reunieran en secreto?

Brisa suspiró, echó mano de su bastón de duelo y lo usó para sostenerse. A veces se mareaba un poco al levantarse; era un malestar menor que siempre había tenido, aunque parecía haber empeorado durante los últimos años. Miró por encima del hombro mientras su visión se despejaba. Allrianne seguía dormida en su cama.

Debería sentirme más culpable por ella, pensó, sonriendo a su pesar, mientras se ponía el chaleco y la casaca. *Pero... bueno, todos vamos a estar muertos dentro de unos días, de todas formas.* Pasar una tarde charlando con Clubs ayudaba a dar perspectiva a la vida de uno.

Brisa salió al pasillo y se internó por los sombríos pasillos inadecuadamente iluminados de la fortaleza Venture. *Sinceramente, entiendo la necesidad de ahorrar en lámparas de aceite, pero las cosas ya son bastante deprimentes ahora mismo sin que los pasillos estén oscuros.*

El punto de reunión estaba cerca. Brisa lo localizó fácilmente por los dos soldados que montaban guardia ante la puerta. Hombres de Demoux, soldados que informaban al capitán religiosamente.

Interesante, pensó Brisa, oculto en el pasillo lateral. Indagó con sus poderes alománticos y aplacó a los hombres, sustituyendo su relajación y aplomo por ansiedad y nerviosismo. Los guardias empezaron a inquietarse y a moverse. Finalmente, uno se volvió y abrió la puerta, comprobando el interior de la habitación. El movimiento permitió a Brisa ver que dentro solo había un hombre: *Sazed*.

Brisa esperó en silencio, tratando de decidir su siguiente movimiento. No había nada incriminatorio en la carta. ¿Podía tratarse simplemente de una treta de Elend? ¿Era un intento de descubrir qué miembros de la banda podían traicionarlo y cuáles no? Demasiado recelo para un chico de buena voluntad. Además, de ser aquel el caso, *Sazed* habría intentado que Brisa hiciera algo más que reunirse en un lugar clandestino.

La puerta se cerró y el soldado volvió a ocupar su puesto. *Puedo fiarme de Sazed, ¿no?* De haber sido otro, Brisa habría acudido directamente a Elend. Pero *Sazed*...

Brisa suspiró, y luego se aproximó por el pasillo, dando golpes con el bastón contra el suelo. *Bien puedo ver qué tiene que decir. Además, si está planeando algo raro, casi merece la pena el riesgo de verlo.* A pesar de la carta, a pesar de las extrañas circunstancias, a Brisa le costaba imaginar al terrisano implicado en algo que no fuera completamente honrado.

Tal vez el lord Legislador había tenido el mismo problema.

Brisa saludó a los soldados, aplacando su ansiedad y devolviéndolos a un humor más templado. Había otro motivo por el que estaba dispuesto a arriesgarse a acudir a la reunión. Brisa empezaba a darse cuenta de lo peligrosa que era su situación. Luthadel caería pronto. Todos los instintos que había cultivado durante treinta años en los bajos fondos le decían que saliera corriendo.

Esa sensación lo predisponía a correr riesgos. El Brisa de unos cuantos años antes ya hubiese abandonado la ciudad. *Maldito seas, Kelsier*, pensó mientras abría la puerta.

Sazed alzó la cabeza, sorprendido. La habitación era espartana, con varias sillas y solo dos lámparas.

—Llegas temprano, lord Brisa —dijo Sazed, poniéndose rápidamente en pie.

—Pues claro —replicó Brisa—. Tenía que asegurarme de que esto no fuera algún tipo de trampa. —Hizo una pausa—. Esto no es ninguna trampa, ¿no?

—¿Trampa? ¿De qué estás hablando?

—Oh, no te escandalices tanto. Esto no es una simple reunión.

Sazed se achantó un poco.

—¿Tan... obvio es?

Brisa se sentó con el bastón cruzado sobre el regazo y miró de manera elocuente a Sazed, aplacándolo para hacerlo sentir un poco más cohibido.

—Puede que ayudaras a derrocar al lord Legislador, querido amigo... pero tienes mucho que aprender a la hora de ser sibilino.

—Pido disculpas —dijo Sazed, sentándose—. Simplemente quería que nos reuniéramos rápido, para discutir ciertos... temas delicados.

—Bueno, yo recomendaría que te deshagas de esos guardias —dijo Brisa—. Llaman la atención. Luego, enciende unas cuantas lámparas más y tráenos algo de comer y beber. Si entra Elend... Supongo que nos estamos escondiendo de Elend, ¿no?

—Sí.

—Bueno, si entra y nos ve sentados aquí a oscuras, mirándonos unos a otros de manera insidiosa, sabrá que se cuece algo. Cuanto menos natural es la ocasión, más natural hay que aparecer.

—Ah, comprendo. Gracias.

La puerta se abrió y Clubs entró cojeando. Miró a Brisa, luego a Sazed y después se acercó a una silla. Brisa miró a Sazed: no era ninguna sorpresa. Clubs estaba también obviamente invitado.

—Despide a esos guardias —ordenó Clubs.

—Inmediatamente, lord Cladent —dijo Sazed, y se levantó y corrió a la puerta. Habló brevemente con los guardias y regresó. Cuando se sentaba, Ham asomó la cabeza, receloso.

—Espera un momento —dijo Brisa—. ¿Cuánta gente va a venir a esta reunión secreta?

Sazed le indicó a Ham que se sentara.

—Todos los... miembros más experimentados de la banda.

—Quieres decir todos menos Elend y Vin —dijo Brisa.

—Tampoco he convocado a lord Lestibournes.

Sí, pero no es de Fantasma de quien nos estamos escondiendo.

Ham se sentó dubitativo, dirigiendo una mirada interrogativa a Brisa.

—Bien... ¿por qué exactamente nos reunimos a espaldas de nuestra nacida de la bruma y nuestro rey?

—Ya no es rey —advirtió una voz desde la puerta. Dockson entró y se sentó—. De hecho, podría argumentarse que Elend ya no es líder de la banda. Ocupó ese puesto por casualidad... igual que el trono.

Ham se ruborizó.

—Sé que no te cae bien, Dox, pero no estoy aquí para hablar de traición.

—No hay traición ninguna si no hay trono que traicionar —dijo Dockson, sentándose—. ¿Qué vamos a hacer... quedarnos aquí y ser criados de su casa? Elend no nos necesita. Tal vez sea hora de ofrecer nuestros servicios a lord Penrod.

—Penrod también es noble —dijo Ham—. No me vayas a decir que te cae mejor que Elend.

Dockson golpeó la mesa con un puño.

—No se trata de quién me *caiga bien*, Ham. ¡Se trata de encargarnos de que este maldito reino que Kelsier nos puso encima no caiga! Hemos pasado año y medio limpiando su basura. ¿Quieres ver desperdiciado ese trabajo?

—Por favor, caballeros —dijo Sazed, tratando, sin éxito, de intervenir en la conversación.

—¿Trabajo, Dox? —dijo Ham, colorado—. ¿Qué trabajo has hecho tú? No te he visto hacer mucho aparte de sentarte y quejarte cada vez que alguien propone un plan.

—¿Quejarme? —replicó Dockson—. ¿Tienes idea de cuánto trabajo administrativo ha hecho falta para impedir que esta ciudad se desplome sola? ¿Qué has hecho tú, Ham? Te negaste a tomar el mando del ejército. ¡Lo único que haces es beber y pelear con tus amigos!

Ya basta, pensó Brisa, aplacándolos. A este paso, nos estrangularemos unos a otros antes de que Straff pueda mandarnos ejecutar. Dockson se acomodó en su asiento, agitando una mano despectiva ante Ham, que continuaba con el rostro congestionado. Sazed esperó, claramente preocupado por el arrebato. Brisa aplacó su inseguridad. *Estás al mando aquí, Sazed. Dinos qué ocurre.*

—Por favor —dijo Sazed—. No he pedido que nos reuniéramos aquí para discutir. Entiendo que todos estéis tensos... es comprensible, dadas las circunstancias.

—Penrod va a entregarle nuestra ciudad a Straff —dijo Ham.

—Eso es mejor que dejarle que nos masacre —replicó Dockson.

—De hecho, no creo que tengamos que preocuparnos de que Straff nos masacre —dijo Brisa.

—¿No? —preguntó Dockson, frunciendo el ceño—. ¿Tienes información que no hayas compartido con nosotros, Brisa?

—Oh, venga ya, Dox —exclamó Ham—. Nunca te ha gustado no haber acabado al mando cuando Kel murió. Ese es el verdadero motivo por el que no te agrada Elend, ¿verdad?

Dockson se ruborizó, y Brisa suspiró y los abofeteó a ambos con un poderoso aplacamiento. Los dos dieron un leve respingo, como si los hubiera picado una avispa, aunque la sensación fue todo lo contrario. Sus emociones, antes volátiles, quedaron entumecidas y pasivas.

Ambos miraron a Brisa.

—Sí, por supuesto que os estoy aplacando. Sinceramente, sé que Hammond es un poco inmaduro... Pero ¿tú, Dockson?

Dockson se arrellanó, frotándose la frente.

—Puedes dejarlo, Brisa —dijo al cabo de un momento—. Me morderé la lengua.

Ham se limitó a rezongar con una mano sobre la mesa. Sazed observaba la conversación, algo desconcertado.

Así son los hombres acorralados, mi querido terrisano, pensó Brisa. Esto es lo que pasa cuando pierden la esperanza. Pueden guardar las apariencias delante de los soldados, pero cuando están a solas con sus amigos...

Sazed era terrisano; toda su vida había sido de opresión y pérdida. Pero esos hombres, Brisa incluido, estaban acostumbrados al éxito. Incluso si las probabilidades en su contra eran abrumadoras, se mostraban confiados. Eran del tipo de hombres capaces de enfrentarse a un dios con la esperanza de vencer. No aceptarían bien la derrota. Naturalmente, cuando perder significaba la muerte, ¿quién lo hacía?

—Los ejércitos de Straff se disponen a levantar el campamento —dijo Clubs por fin—. Lo hace con sutileza, pero los signos están ahí.

—Así que viene por la ciudad —dijo Dockson—. Mi hombre en el palacio de Penrod dice que la Asamblea ha enviado a Straff misiva tras misiva, todas suplicándole que venga a ocupar Luthadel.

—No va a tomar la ciudad —dijo Clubs—. Al menos, no si es listo.

—Vin sigue siendo una amenaza —dijo Brisa—. Y no parece que Straff tenga un nacido de la bruma para protegerlo. Si entrara en Luthadel, dudo que haya nada que pueda hacer para impedir que ella le corte la garganta. Así que hará otra cosa.

Dockson frunció el ceño, y miró a Ham, que se encogió de hombros.

—En realidad es muy sencillo —dijo Brisa, dando un golpecito en la mesa con su bastón—. Incluso yo lo he comprendido. —Clubs hizo una mueca al oír estas palabras—. Si Straff hace creer que se retira, los koloss probablemente atacarán Luthadel por él. Son demasiado obtusos para comprender la amenaza de un ejército oculto.

—Si Straff se retira —dijo Clubs—, Jastes no podrá impedirles que tomen la ciudad.

Dockson parpadeó.

—Pero ellos...

—¿Sería una masacre? —preguntó Clubs—. Sí. Saquearían los barrios más ricos de la ciudad... y probablemente acabarían matando a la mayoría de los nobles.

—Eliminarian a los hombres con quienes Straff (contra su voluntad, conociendo su orgullo) se ha visto obligado a trabajar —añadió Brisa—. De

hecho, hay muchas posibilidades de que esas criaturas maten a Vin. ¿Podéis imaginar que no se una a la lucha si los koloss nos invaden?

Todos guardaron silencio.

—Pero eso no ayudará realmente a Straff a conseguir la ciudad —dijo Dockson—. Seguirá teniendo que combatir contra los koloss.

—Sí —dijo Clubs, con el ceño fruncido—. Pero probablemente derribarán algunas puertas de la ciudad, por no mencionar que arrasarán las casas. Eso dejará a Straff con el campo despejado para atacar a un enemigo debilitado. Además, los koloss no son estrategas: para ellos, las murallas de la ciudad no tienen valor. Straff no podría pedir un escenario mejor.

—Lo considerarán un libertador —dijo Brisa en voz baja—. Si regresa en el momento oportuno, después de que los koloss hayan irrumpido en la ciudad y combatido a los soldados, pero antes de que hayan causado serios daños a los barrios skaa. Podría liberar al pueblo y establecerse como su protector, no su conquistador. Sabiendo cómo se siente la gente, creo que lo recibirían con los brazos abiertos. Ahora mismo, un líder fuerte significaría más para ellos que monedas en los bolsillos y derechos en la Asamblea.

Mientras el grupo reflexionaba sobre esto, Brisa miró a Sazed, que permanecía en silencio. Había dicho muy poco; ¿cuál era su juego? ¿Por qué convocar a la banda? ¿Era lo bastante sutil para saber que simplemente necesitaban tener una discusión sincera como aquella, sin la moral de Elend que los frenara?

—Podríamos dejar que Straff se la quedara —dijo Dockson por fin—. La ciudad, quiero decir. Podríamos prometerle controlar a Vin. Si las cosas van a acabar así...

—Dox —dijo Ham tranquilamente—, ¿qué pensaría Kel si te oyera hablar así?

—Podríamos entregarle la ciudad a Jastes Lekal —propuso Brisa—. Tal vez a él sí que podríamos persuadirlo para que tratara a los skaa con dignidad.

—¿Y dejar entrar a veinte mil koloss? —preguntó Ham—. Brisa, ¿has visto alguna vez de lo que esas criaturas son capaces?

Dox dio un puñetazo en la mesa.

—Solo estoy planteando opciones, Ham. ¿Qué más vamos a hacer?

—Luchar —dijo Clubs—. Y morir.

La habitación volvió a quedar en silencio.

—Desde luego, sabes cómo acabar una conversación, amigo mío —dijo Brisa por fin.

—Hacía falta decirlo —murmuró Clubs—. No tiene sentido que sigamos engañándonos. No podemos vencer en la batalla, y siempre nos hemos dirigido a ella. Van a atacar la ciudad. Vamos a defenderla. Y perderemos.

»Os preguntáis si deberíamos rendirnos. Bueno, no vamos a hacerlo. Kel no nos lo hubiese permitido, así que nosotros tampoco nos lo permitiremos. Lucharemos, y moriremos con dignidad. Luego, la ciudad arderá... pero habremos dicho algo. El lord Legislador nos sometió durante mil años, pero ahora los skaa tenemos orgullo. Combatimos. Resistimos. Y morimos.

—¿Para qué ha merecido entonces la pena? —dijo Ham con frustración—. ¿Por qué derrocar el Imperio Final? ¿Por qué matar al lord Legislador? ¿Por qué hacer nada si iba a acabar así? Con tiranos gobernando cada dominio; Luthadel, arrasada; los de nuestra banda, muertos.

—Porque alguien tenía que empezar —dijo Sazed suavemente—. Mientras el lord Legislador gobernaba, la sociedad no podía progresar. Mantenía una mano estabilizadora sobre el imperio, pero era también una mano opresora. La moda no cambió durante mil años, los nobles siempre trataron de cumplir los ideales del lord Legislador. La arquitectura y la ciencia no progresaron, pues el lord Legislador rechazaba los cambios y los inventos.

»Y los skaa no pudieron ser libres, pues él no lo permitía. Sin embargo, matarlo no liberó a nuestros pueblos, amigos míos. Solo el tiempo lo hará. Harán falta siglos, tal vez... siglos de lucha, aprendizaje y crecimiento. Al principio, desgraciada e inevitablemente, las cosas serán muy difíciles. Peor aún que bajo el yugo del lord Legislador.

—Y nosotros moriremos por nada —dijo Ham, con el ceño fruncido.

—No —replicó Sazed—. Por nada no, lord Hammond. Moriremos para demostrar que hay skaa que no se someten, que no dan un paso atrás. Es un precedente importante, me parece. En las historias y leyendas, es un comportamiento inspirador. Si los skaa van a autogobernarse alguna vez, necesitarán sacrificios en los que puedan encontrar motivación. Sacrificios como el del mismo Superviviente.

Los hombres guardaron silencio.

—Brisa —dijo Ham—. Me vendría bien un poco más de confianza, ahora mismo.

—Naturalmente —respondió Brisa, y aplacó con cuidado la ansiedad y el miedo del hombre. El rostro de Ham perdió parte de su palidez y se sentó un poco más derecho. Por si acaso, Brisa dio al resto de la banda el mismo tratamiento.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le preguntó Dockson a Sazed.

—Desde hace algún tiempo, lord Dockson.

—Pero no podías saber que Straff se retiraría y nos entregaría a los koloss.

Solo Clubs lo dedujo.

—Mi conocimiento era general, lord Brisa —dijo Sazed, con voz tranquila—. No se refería específicamente a los koloss. Hace tiempo que pienso que esta ciudad caerá. Con toda sinceridad, me impresiona vuestro trabajo. Este pueblo tendría que haber sido derrotado hace tiempo. Habéis hecho algo grandioso... algo que será recordado durante siglos.

—Suponiendo que alguien sobreviva para contarla —puntualizó Clubs.

Sazed asintió.

—Por eso, precisamente, he convocado esta reunión. Hay pocas posibilidades de que quienes nos quedemos en la ciudad sobrevivamos: seremos necesarios para ayudar en la defensa y, si sobrevivimos al ataque koloss, Straff intentará ejecutarnos. Sin embargo, no es necesario que *todos* nos quedemos en la caída de Luthadel... Tal vez tendríamos que enviar a alguien a organizar futuras resistencias contra los señores de la guerra.

—Yo no dejaré a mis hombres —protestó Clubs.

—Ni yo —dijo Ham—. Aunque envié a mi familia bajo tierra ayer.

Eso significaba que los había obligado a marcharse, tal vez a ocultarse en las catacumbas de la ciudad, tal vez a huir por alguno de los pasos de la muralla. Ham no lo sabía... y así no podría dar a nadie su paradero. Las viejas costumbres eran difíciles de erradicar.

—Si esta ciudad cae, yo estaré aquí —dijo Dockson—. Es lo que Kel hubiese esperado. No me marcho.

—Yo me iré —dijo Brisa, mirando a Sazed—. ¿Es demasiado pronto para ofrecerme voluntario?

—Hmm, la verdad, lord Brisa, yo no...

Brisa alzó una mano.

—Tranquilo, Sazed. Creo que está claro quiénes piensas que deben marcharse. No los has invitado a la reunión.

Dockson frunció el ceño.

—¿Vamos a defender Luthadel hasta la muerte y quieres que nuestra única nacida de la bruma se marche?

Sazed asintió.

—Mis señores —dijo en voz baja—, los hombres de esta ciudad necesitarán nuestro liderazgo. Les dimos esta ciudad y los pusimos en esta situación. No

podemos abandonarlos ahora. Pero... hay grandes cosas en juego en el mundo. Cosas superiores a nosotros, creo. Estoy convencido de que lady Vin forma parte de ellas.

»Aunque puedan ser desvaríos míos, *no podemos* permitir que lady Vin muera en esta ciudad. Es el eslabón más personal y fuerte del pueblo con el Superviviente. Se ha convertido en un símbolo para ellos, y con sus habilidades de nacida de la bruma tiene más probabilidades de poder escapar, y luego de sobrevivir a los ataques que sin duda enviará Straff contra ella. Será de gran valor en la futura lucha: puede moverse de manera rápida y sigilosa, y luchar sola causando mucho daño, como demostró anoche. —Sazed inclinó la cabeza—. Señores, os he convocado aquí hoy para que decidamos cómo convencerla de que escape cuando los demás nos quedemos a luchar. No será tarea fácil, me temo.

—Vin no dejará a Elend —dijo Ham—. Él tendrá que irse también.

—Justo lo que yo pensaba, lord Hammond.

Clubs se mordió los labios, pensativo.

—No será fácil convencer al muchacho para que huya. Sigue pensando que podemos ganar esta batalla.

—Y es posible que lo hagamos —dijo Sazed—. Señores, mi intención no es dejaros sin esperanza. Pero, dadas las circunstancias, la posibilidad de tener éxito...

—Lo sabemos, Sazed —dijo Brisa—. Comprendemos.

—Tiene que haber otros de la banda que puedan marcharse —dijo Ham, agachando la cabeza—. Aparte de ellos dos.

—Yo enviaría a Tindwyl con ellos —dijo Sazed—. Llevará a mi pueblo muchos descubrimientos de gran importancia. También pienso enviar a lord Lestibournes. Servirá de poco en la batalla, y sus habilidades como espía podrían servir de ayuda a lady Vin y lord Elend cuando traten de organizar la resistencia entre los skaa.

»Sin embargo, esos cuatro no serán los únicos que sobrevivan. La mayoría de los skaa deberían quedar a salvo: Jastes Lekal parece controlar a sus koloss de algún modo. Aunque no pueda, Straff debería llegar a tiempo para proteger a los habitantes de la ciudad.

—Suponiendo que Straff esté planeando lo que cree Clubs —dijo Ham—. Podría tratarse de una retirada de verdad, para reducir sus pérdidas.

—Sea como sea, no muchos podrán salir —dijo Clubs—. Ni Straff ni Jastes permitirán que grandes grupos de personas abandonen la ciudad. Ahora

mismo, la confusión y el miedo en las calles servirán a sus propósitos mejor que la despoblación. Puede que consigamos que algunos jinetes escapen, sobre todo si uno de esos jinetes es Vin. Los demás tendrán que correr el riesgo con los koloss.

Brisa sintió un nudo en el estómago. Clubs hablaba de manera tan brusca... tan cruel. Pero así era Clubs. Ni siquiera era pesimista; solo decía las cosas que pensaba que los demás no querían reconocer.

Algunos skaa sobrevivirán para convertirse en esclavos de Straff Venture, pensó Brisa. Pero los que luchen, y los que han dirigido la ciudad este último año, están condenados. Eso me incluye a mí. Es cierto. Esta vez no hay salida.

—¿Bien? —preguntó Sazed—. ¿Estamos de acuerdo en que esos cuatro deben marcharse?

Los miembros del grupo asintieron.

—Entonces, tracemos un plan para enviarlos fuera.

—Podríamos hacer creer a Elend que el peligro no es tan grande —añadió Dockson—. Si cree que a la ciudad le espera un asedio largo, podría estar dispuesto a ir con Vin a una misión, a alguna parte. No se darían cuenta de lo que sucediera aquí hasta que fuera demasiado tarde.

—Una buena sugerencia, lord Dockson —dijo Sazed—. Creo que también podríamos trabajar con el concepto de Vin del Pozo de la Ascensión.

La discusión continuó, y Brisa permaneció al margen, satisfecho. *Vin, Elend y Fantasma sobrevivirán*, pensó. *Tengo que convencer a Sazed de que permita a Allrianne ir con ellos.* Contempló la habitación, advirtiendo una liberación de la tensión en las posturas de los demás. Dockson y Ham parecían en paz, e incluso Clubs asentía en silencio para sí, con aspecto satisfecho, mientras discutían las sugerencias.

El desastre estaba al caer. Pero, de algún modo, la posibilidad de que algunos escaparan (los miembros más jóvenes del grupo, los que aún eran lo bastante inexpertos para tener esperanza) hacía que todo fuera un poco más fácil de aceptar.

ENVUELTA EN LAS BRUMAS, Vin contemplaba las oscuras agujas, columnas y torres de Kredik Shaw. En su cabeza resonaban dos sonidos. El espíritu de bruma y el otro sonido, más grande, más atronador.

Cada vez se volvía más acuciante.

Continuó su camino, ignorando los ritmos a medida que se acercaba a Kredik Shaw, la Colina de las Mil Torres, antigua morada del lord Legislador. Llevaba abandonada más de un año, pero ningún vagabundo se había instalado en ella. Era demasiado ominosa. Demasiado terrible. Recordaba demasiado a su antiguo dueño.

El lord Legislador había sido un monstruo. Vin recordaba bien la noche, más de un año antes, en que había ido a ese palacio con la intención de matarlo. De hacer el trabajo para el que Kelsier la había entrenado sin que se diera cuenta. Había atravesado este mismo patio, había pasado ante los guardias de la puerta.

Y los había dejado vivir. Kelsier hubiese entrado luchando. Pero Vin los convenció para que se marcharan, para que se unieran a la rebelión. El acto le salvó la vida cuando uno de aquellos mismos hombres, Goradel, condujo a Elend a los calabozos del palacio para ayudarlo a rescatarla.

En cierto modo, el Imperio Final había sido derrocado porque ella *no había* actuado como Kelsier.

Y, sin embargo, ¿podía basar futuras decisiones en una coincidencia como esa? Al mirar atrás, todo parecía alegórico. Como un bonito cuento infantil con moraleja.

Vin nunca había escuchado esos cuentos de niña. Y había sobrevivido cuando otros muchos habían muerto. Por cada lección como la de Goradel, una docena terminaban en tragedia.

Y luego estaba Kelsier. Al final, había tenido razón. Su lección era muy distinta de la que enseñaban los cuentos infantiles. Kelsier ejecutaba sin ningún reparo a aquellos que se interponían en su camino. Implacable. Buscaba el bien mayor; siempre había tenido la mirada puesta en la caída del imperio y en la proclamación de un reino como el de Elend.

Lo había conseguido. ¿Por qué no podía ella matar como él lo hacía, sabiendo que cumplía con su deber, sin remordimientos? Siempre la había asustado el gusto por el peligro de Kelsier. Sin embargo, ¿no era eso mismo lo que le había permitido tener éxito?

Se internó en los pasillos del palacio, dejando con los pies y las borlas de su capa huellas en el polvo. Las brumas, como siempre, se quedaron atrás. No entraban en los edificios... o, si lo hacían, no permanecían allí mucho tiempo. Con ellas, dejó atrás el espíritu de bruma.

Tuvo que tomar una decisión. No le gustaba, pero estaba acostumbrada a hacer cosas que no le gustaban. Así era la vida. No había querido combatir al

lord Legislador, pero lo había hecho.

Pronto la oscuridad fue demasiado densa incluso para sus ojos de nacida de la bruma y tuvo que encender una linterna. Cuando lo hizo, le sorprendió ver que alguien más había transitado por esos pasillos. Sin embargo, fuera quien fuese, no se lo encontró mientras los recorría.

Entró en la cámara unos momentos más tarde. No estaba segura de qué la había atraído a Kredik Shaw, mucho menos a la cámara oculta de su centro. De todas maneras, había estado sintiendo desde hacía algún tiempo una especie de identificación con el lord Legislador. Sus paseos la habían traído hasta allí, a un lugar que no había visitado desde la noche en que matara al único dios que había conocido.

El lord Legislador se pasaba mucho tiempo en esa cámara oculta, un lugar que al parecer había construido para que le recordara su tierra natal. La cámara tenía una cúpula por techo. Las paredes estaban llenas de murales plateados y el suelo de insertos metálicos. Vin los ignoró y se acercó al elemento característico del centro de la sala, un pequeño edificio de piedra construido dentro de la cámara principal.

Allí Kelsier y su esposa habían sido capturados muchos años antes, durante el primer intento de Kelsier de robar al lord Legislador. Mare había sido asesinada en los Pozos. Pero Kelsier había sobrevivido.

En aquella cámara Vin se había enfrentado por primera vez a un inquisidor y había estado a punto de morir. También a ese lugar había regresado meses más tarde en su primer intento de matar al lord Legislador. También en aquella ocasión había sido derrotada.

Entró en el pequeño edificio dentro del edificio. Solo constaba de una habitación. El suelo había sido levantado por los equipos de trabajo de Elend que buscaban el atium. Las paredes, sin embargo, estaban todavía en pie, con los recuerdos que el lord Legislador había dejado atrás. Alzó la linterna para mirarlas.

Alfombras. Pieles. Una pequeña flauta de madera. Las cosas de su pueblo, el pueblo de Terris, de mil años de antigüedad. ¿Por qué había construido su nueva ciudad de Luthadel, en el sur, cuando su tierra, el Pozo de la Ascensión mismo, estaban en el norte? Vin nunca lo había comprendido.

Tal vez había tenido que tomar una decisión. Rashek, el lord Legislador, se había visto obligado a tomar una decisión también. Podría haber continuado siendo lo que era, un pastor. Probablemente habría sido feliz con su gente.

Pero había decidido convertirse en algo más. Para hacerlo había cometido terribles atrocidades. Sin embargo, ¿podía ella reprocharle su decisión? Se había convertido en lo que consideraba necesario.

La decisión de Vin parecía más mundana, pero sabía que otras cosas (el Pozo de la Ascensión, la protección de Luthadel) no podrían ser tenidas en cuenta hasta que estuviera segura de lo que quería y de quién era. Y, sin embargo, en esa habitación donde Rashek había pasado gran parte de su tiempo, pensando en el Pozo, los exigentes golpeteos en su cabeza parecían más fuertes que nunca.

Tenía que decidirse. Era con Elend con quien quería estar. Representaba la paz. La Felicidad. Zane, sin embargo, representaba aquello en lo que consideraba que tenía que convertirse. Por el bien de todos los implicados.

En el palacio del lord Legislador no había pistas ni respuestas. Unos momentos después, frustrada y molesta por haber ido allí, volvió a las brumas.

ZANE DESPERTÓ CON EL SONIDO de una piqueta de la tienda golpeada a intervalos específicos. Su reacción fue inmediata.

Quemó acero y peltre. Siempre tragaba un poco antes de dormir. Sabía que la costumbre probablemente lo mataría algún día: los metales eran venenosos si permanecían en el organismo mucho tiempo.

Morir en algún día futuro era mejor, en opinión de Zane, que morir ese mismo día.

Saltó de su jergón, arrojando la manta hacia la abertura de la tienda. Apenas podía ver en la oscuridad de la noche. Mientras saltaba, oyó que algo se rasgaba. Estaban rompiendo las paredes de la tienda.

—¡Mátalos! —gritó Dios.

Zane cayó al suelo y agarró un puñado de monedas del cuenco que tenía junto a la cama. Oyó gritos de sorpresa mientras giraba y arrojaba las monedas a su alrededor.

Empujó. Las monedas alcanzaron la lona y, con un ruido sordo, continuaron su camino.

Y los hombres empezaron a gritar.

Zane se agazapó, esperando en silencio mientras la tienda se desplomaba a su alrededor. Alguien estaba rasgando la lona, a su derecha. Lanzó unas cuantas monedas y oyó un gruñido de dolor que lo satisfizo. En el silencio, con la lona extendida a su alrededor como una manta, oyó pasos huyendo.

Suspiró, se relajó y usó una daga para abrir la tienda. Salió a la noche brumosa. Aquel día se había acostado más tarde que de costumbre; probablemente era cerca de medianoche. Tal vez fuese hora de despertar, de todas maneras.

Caminó sobre la tienda desplomada, moviéndose sobre el jergón, ahora cubierto por la lona, y abrió un agujero para poder meter la mano y sacar un frasco de metal que había guardado debajo. Se bebió los metales, y el estaño iluminó sus inmediaciones. Cuatro hombres yacían muertos o moribundos en torno a la tienda. Eran soldados, naturalmente: soldados de Straff. El ataque se había producido más tarde de lo que Zane esperaba.

Straff se fía más de mí de lo que creía. Pasó por encima del cuerpo caído de un asesino y se acercó a un arcón del que sacó su ropa. Se cambió tranquilamente y luego sacó del cofre una bolsita de monedas. *Debe de haber sido por el ataque a la fortaleza de Cett,* pensó. *Al final Straff se ha convencido de que soy demasiado peligroso para dejarme con vida.*

Zane encontró a su hombre trabajando en silencio en una tienda cercana, supuestamente comprobando la tensión de uno de los vientos. Vigilaba cada noche, y cobraba por golpear una piqueta si veía que alguien se acercaba a la tienda de Zane. El nacido de la bruma le arrojó al hombre una bolsa de monedas y se internó en la oscuridad camino de la tienda de Straff, dejando atrás los canales con sus barcazas de suministros.

Su padre tenía algunas limitaciones. Straff era bueno haciendo planes a largo plazo, pero los detalles, las sutilezas, a menudo se le escapaban. Podía organizar un ejército y aplastar a sus enemigos. Sin embargo, le gustaba jugar con herramientas peligrosas. Como el atium de los Pozos de Hathsin. Como Zane.

Esas herramientas a menudo acababan hiriéndolo.

Zane se acercó a la tienda de Straff por uno de sus lados, abrió un agujero en la lona y entró. Straff lo estaba esperando. Zane tuvo que reconocerle el valor: esperaba la muerte con una mirada de desafío en los ojos. Zane se detuvo en el centro de la habitación, delante de su padre, que estaba sentado en su silla de madera.

—Mátalo —ordenó Dios.

Las lámparas ardían en los rincones, iluminando la lona. Los cojines y las mantas del fondo estaban arrugados; Straff había pasado una última noche con sus amantes favoritas antes de enviar a sus asesinos. El rey tenía su

característico aspecto retador, pero Zane vio más. Vio un rostro demasiado húmedo de sudor, y unas manos temblando, como por alguna enfermedad.

—Tengo atium para ti —dijo Straff—. Enterrado en un sitio que solo yo conozco.

Zane permaneció en silencio, observando a su padre.

—Te proclamaré abiertamente mi heredero —dijo Straff—. Mañana, siquieres.

Zane no respondió. Straff continuó sudando.

—La ciudad es tuya —dijo Zane por fin, volviéndose.

Fue recompensado por un jadeo de sorpresa.

Zane miró hacia atrás. Nunca había visto una expresión de commoción tan grande en el rostro de su padre. Casi valía la pena por todo lo demás.

—Retira a tus hombres, como tienes planeado —dijo Zane—, pero no regreses al Dominio Septentrional. Espera a que esos koloss invadan la ciudad, a que inutilicen las defensas y maten a los defensores. Luego podrás venir a rescatar Luthadel.

—Pero la nacida de la bruma de Elend...

—No estará —dijo Zane—. Se marcha conmigo esta noche. Adiós, padre.

Se dio media vuelta y se abrió paso por la abertura que había practicado.

—¿Zane? —llamó Straff.

Zane volvió a detenerse.

—¿Por qué? —preguntó Straff, mirando por la raja—. He enviado asesinos a matarte. ¿Por qué me dejas vivir?

—Porque eres mi padre —dijo Zane. Se volvió a mirar las brumas—. Un hombre no debe matar a su padre.

Con eso, Zane se despidió del hombre que lo había creado. Un hombre a quien él, a pesar de su locura, a pesar de los abusos que había sufrido durante años, amaba.

En las oscuras brumas lanzó una moneda y revoloteó sobre el campamento. Una vez fuera, aterrizó y localizó fácilmente la curva del canal que usaba como guía. Sacó un hatillo de tela del hueco de un árbol. Una capa de bruma, el primer regalo que le había hecho Straff, años antes, cuando Zane había abierto su conciencia. Para él, era demasiado preciosa para llevarla, para mancharla y gastarla.

Sabía que era un necio. Sin embargo, no podía evitar sentirse como se sentía. No se podía usar la alomancia emocional con uno mismo.

Desenvolvió la capa de bruma y sacó las cosas que esta envolvía: varios frascos de metal y una bolsa llena de perlas. Atium.

Permaneció arrodillado un buen rato. Luego, se llevó la mano al pecho, palpando por encima de las costillas. Donde latía su corazón.

Tenía un bulto grande allí. Siempre lo había tenido. No solía pensar en él: su mente divagaba cuando lo hacía. Sin embargo, era el verdadero motivo por el que no usaba capa.

No le gustaba la manera en que las capas rozaban la punta de la lanza que asomaba por su espalda, justo entre los omóplatos. La cabeza chocaba con su esternón y no se veía debajo de la ropa.

—Es hora de irse —dijo Dios.

Zane se incorporó, dejando atrás la capa de bruma. Se alejó del campamento de su padre, abandonando lo que había conocido, buscando en cambio a la mujer que habría de salvarlo.

Alendi cree lo mismo que ellos.

47



UNA PARTE DE ELLA NI siquiera se sentía molesta por la cantidad de gente que había matado. Era esta misma indiferencia lo que aterrorizaba a Vin.

Estaba sentada en su balcón, poco después de su visita al palacio, mientras la ciudad de Luthadel se sumía en la oscuridad. Estaba rodeada de brumas, pero sabía que no podía esperar encontrar solaz en sus cambiantes pautas. Ya nada era sencillo.

El espíritu de la bruma la observaba, como siempre. Estaba demasiado lejos para verlo, pero lo percibía. Y, aún más fuerte que el espíritu de la bruma, percibía algo más. Aquel poderoso redoble, cada vez más fuerte. Al principio le había parecido lejano, pero ya no.

El Pozo de la Ascensión.

Eso tenía que ser. Podía *sentir* su poder regresando, fluyendo de vuelta al mundo, exigiendo ser tomado y utilizado. Vin miraba una y otra vez hacia el norte, hacia Terris, esperando ver algo en el horizonte. Un estallido de luz, un fuego ardiente, una tempestad de vientos. Algo. Pero solo había bruma.

No tenía éxito en nada desde hacía algún tiempo. Amor, protección, deber.
Me he distraído con demasiadas cosas.

Demasiadas cosas exigían su atención, y había tratado de ocuparse de todas. Como resultado, no había conseguido nada. Su investigación de la Profundidad y el Héroe de las Eras permanecía en punto muerto desde hacía días, todavía en montoncitos de papeles repartidos por todo el suelo. Casi no sabía nada del espíritu de bruma: solo que la vigilaba y que el autor del libro de viajes lo había considerado peligroso. No había resuelto el asunto del espía de

su grupo; no sabía si las acusaciones de Zane de que era Demoux eran verdaderas.

Y Cett continuaba con vida. Ni siquiera había podido llevar a cabo una masacre hasta el final. Era culpa de Kelsier. La había entrenado para que ocupara su lugar, pero ¿cómo podía hacer eso nadie?

¿Por qué siempre tenemos que ser el cuchillo de otro?, susurró en su cabeza la voz de Zane.

Sus palabras parecían tener sentido en ocasiones, pero también un defecto. Elend. Vin no era su cuchillo. Él no quería que asesinara ni que matara. Pero sus ideales lo habían dejado a él sin trono y a su ciudad, rodeada de enemigos. Si realmente amaba a Elend (si realmente amaba al pueblo de Luthadel), ¿no tendría que haber hecho más?

Los latidos resonaron en ella como los martillazos de un tambor del tamaño del sol. Quemaba bronce casi de manera continua, escuchando el ritmo, dejando que la meciera...

—¿Ama? —preguntó OreSeur—. ¿En qué estás pensando?

—En el fin —dijo Vin en silencio, contemplando la ciudad.

Silencio.

—¿El fin de qué, ama?

—No lo sé.

OreSeur se acercó al balcón, se internó en las brumas y se sentó a su lado. Ella empezaba a conocerlo lo suficiente para ver preocupación en sus ojos perrunos.

Suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Tengo que tomar decisiones. Y no importa qué opción elija, significará un final.

OreSeur siguió un momento con la cabeza ladeada, callado.

—Ama —dijo por fin—, eso me parece extremadamente dramático.

Vin se encogió de hombros.

—¿No tienes ningún consejo que darme, entonces?

—Solo que tomes tu decisión.

Vin permaneció en silencio, luego sonrió.

—Sazed hubiera dicho algo sabio y consolador.

OreSeur frunció el ceño.

—No comprendo qué pinta en esta conversación, ama.

—Era mi mayordomo —dijo Vin—. Antes de marcharse, y antes de que Kelsier me pasara tu Contrato.

—Ah. Bueno, nunca me han gustado mucho los terrisanos, ama. Su orgulloso sentido de la servidumbre es muy difícil de imitar... por no mencionar que sus músculos son demasiado correosos para saber bien.

Vin alzó una ceja.

—¿Has imitado a terrisanos? No me había parecido que eso tuviera demasiado sentido... no eran influyentes durante los días del lord Legislador.

—Ah —dijo OreSeur—. Pero siempre estaban *cerca* de gente influyente.

Vin asintió y se puso en pie. Entró en la habitación vacía y encendió una lámpara, apagando su estaño. Las brumas cubrían el suelo, fluyendo sobre los fajos de papeles, y sus pies levantaron volutas en el cuarto.

Se detuvo. Aquello era un poco extraño. Las brumas no permanecían mucho tiempo puertas adentro. Elend decía que tenía que ver con el calor y los espacios cerrados. Vin siempre lo había achacado a algo más místico. Frunció el ceño, observándolas.

Incluso sin estaño, oyó el crujido.

Se dio media vuelta. Zane estaba de pie en el balcón, su figura era una silueta negra en las brumas. Dio un paso adelante, seguido por las brumas, como hacían alrededor de quien quemaba metal. Y, sin embargo, también parecían alejarse levemente de él.

OreSeur rezongó en voz baja.

—Es la hora —dijo Zane.

—¿La hora de qué? —preguntó Vin, soltando la lámpara.

—De marcharnos. De dejar a estos hombres y sus ejércitos. De dejar la lucha. De ser libres.

Libres.

—Yo... no sé, Zane —dijo Vin, desviando la mirada.

Lo oyó avanzar un paso.

—¿Qué le debes, Vin? No te conoce. Te teme. La verdad es que nunca ha sido digno de ti.

—No —dijo Vin, sacudiendo la cabeza—. Eso no es todo, Zane. No lo comprendes. Soy yo quien no ha sido nunca digna de él. Elend se merece a alguien mejor. Se merece... alguien que comparta sus ideales. Alguien que piense que hizo bien al entregar su trono. Alguien que vea en eso más honor y menos necesidad.

—Sea como sea, no puede comprenderte —dijo Zane, deteniéndose a poca distancia—. No puede comprendernos.

Vin no respondió.

—¿Adónde irías, Vin? —preguntó Zane—. Si no estuvieras atada a este lugar, atada a él. Si fueras libre y pudieras hacer lo que quisieras, ¿adónde irías?

Los martilleos se hicieron más fuertes. Ella miró a OreSeur, que estaba sentado en silencio junto a la pared, casi a oscuras. ¿Por qué se sentía culpable? ¿Qué tenía que demostrarle?

Se volvió hacia Zane.

—Al norte —dijo—. A Terris.

—Podemos ir allí. Donde tú quieras. El lugar me es indiferente, mientras no sea este lugar.

—No puedo abandonarlos.

—¿Aunque haciéndolo prives a Straff de su único nacido de la bruma? —preguntó Zane—. El cambio es bueno. Mi padre sabrá que he desaparecido, pero no se dará cuenta de que tú no estás ya en Luthadel. Tendrá aún más miedo de atacar. Al darte a ti misma libertad, estarás haciendo a tus aliados un precioso regalo.

Zane le agarró la mano, obligándola a mirarlo. Se parecía a Elend... era como una versión dura de Elend. A Zane lo había roto la vida, igual que a ella, pero ambos habían sabido rehacerse. ¿Eso los había hecho más fuertes o más frágiles?

—Vamos —susurró Zane—. Puedes salvarme, Vin.

La guerra viene a esta ciudad, pensó Vin con un escalofrío. *Si me quedo, tendré que volver a matar.*

Y, lentamente, dejó que la apartara de su mesa y la llevara hacia las brumas y la reconfortante oscuridad. Con la otra mano sacó un frasco de metal para el viaje, y el movimiento hizo que Zane se girara, receloso.

Tiene buenos instintos, pensó Vin. *Instintos como los míos. Instintos que no le permiten confiar, pero lo mantienen con vida.*

Él se relajó al ver lo que ella hacía, y sonrió y se dio la vuelta. Vin lo siguió, pero sintió una súbita punzada de temor. *Ya está*, pensó. *Desde ahora todo cambia. El tiempo de tomar decisiones ha pasado. Y he tomado la decisión equivocada. Elend no hubiese dado ese respingo cuando saqué el frasco.*

Se detuvo. Zane tiró de su muñeca, pero ella no se movió. Él se volvió a mirarla, frunciendo el ceño desde el borde del balcón.

—Lo siento —susurró Vin, soltando su mano—. No puedo ir contigo.

—¿Qué? —preguntó Zane—. ¿Por qué no?

Vin sacudió la cabeza, se dio la vuelta y entró en la habitación.

—¡Dime qué es! —exigió saber Zane, levantando la voz—. ¿Qué tiene él que tanto te atrae? No es un gran líder. No es un guerrero. No es ningún alomante ni ningún general. *¿Qué es lo que tiene?*

La respuesta fue simple y sencilla. *Toma tus decisiones: yo te apoyaré.*

—Él confía en mí —susurró.

—¿Qué? —dijo Zane, incrédulo.

—Cuando ataqué a Cett, los demás opinaron que había actuado de forma irracional... y tenían razón. Pero Elend les dijo que yo tenía buenos motivos para haberlo hecho, aunque no sabía cuáles.

—Así que es un necio.

—Cuando hablamos, más tarde —continuó Vin sin mirar a Zane—, me mostré fría con él. Creo que sabía que estaba intentando decidir si quedarme con él o no. Y... me dijo que se fiaba de mi juicio. Me apoyaría si decidía dejarlo.

—Así que tampoco es capaz de apreciarte.

Vin negó con la cabeza.

—No. Simplemente me ama.

—Yo te amo.

Vin se detuvo a mirarlo. Zane parecía furioso. Incluso desesperado.

—Te creo. Pero no puedo irme contigo.

—Pero *¿por qué?*

—Porque eso implicaría dejar a Elend. Aunque no pueda compartir sus ideales, puedo respetarlos. Aunque no me lo merezca, puedo estar cerca de él. Me quedo, Zane.

Zane guardó silencio un momento, la bruma cayendo alrededor de sus hombros.

—He fracasado, entonces.

Vin se apartó de él.

—No. No es que hayas fracasado. No has fracasado simplemente porque yo...

Él la empujó, arrojándola al suelo cubierto de bruma. Vin volvió la cabeza, sorprendida, mientras chocaba con el suelo de madera y se quedaba sin respiración.

Zane se cernió sobre ella, el rostro oscuro.

—Se suponía que tenías que salvarme —susurró.

Vin avivó todos los metales que tenía en una súbita descarga. Devolvió el empujón a Zane y se impulsó contra las bisagras de las puertas. Voló hacia

atrás y golpeó con fuerza la puerta. La madera crujío, pero ella estaba demasiado tensa, demasiado aturdida, para sentir nada más que el golpe.

Zane se levantó despacio, alto, sombrío. Vin dio una voltereta atrás y se agazapó. Zane la atacaba. La atacaba en serio.

Pero... él...

—¡OreSeur! —dijo Vin, ignorando las objeciones de su mente y sacando las dagas—. ¡Escapa!

Dada la orden, atacó, tratando de distraer la atención de Zane del sabueso. El hombre esquivó sus ataques con indiferente elegancia. Vin le lanzó un tajo al cuello. Apenas lo alcanzó, pues Zane echó la cabeza atrás. Atacó el costado, el brazo, el pecho. Todos los golpes fallaron.

Sabía que estaría quemando atium. Lo esperaba. Se detuvo a mirarlo. Él ni siquiera se había molestado en sacar sus armas. Se alzó ante ella, el rostro ensombrecido, la bruma convertida en un creciente lago a sus pies.

—¿Por qué no me escuchaste, Vin? —preguntó—. ¿Por qué me obligaste a seguir siendo la herramienta de Straff? Los dos sabemos adónde iba a llevarnos eso.

Vin lo ignoró. Haciendo rechinar los dientes, se lanzó al ataque. Zane le propinó un revés indiferente, y ella se empujó contra las molduras de la mesa y se lanzó hacia atrás, como impulsada por la fuerza de su golpe. Chocó contra la pared, luego cayó al suelo.

Directamente junto al sobresaltado OreSeur.

No se había abierto el hombro para darle el atium. ¿No había comprendido el mensaje cifrado?

—El atium que te di —susurró—. Lo necesito. *Ahora*.

OreSeur la miró a los ojos, y ella vio en el fondo de los mismos... vergüenza. OreSeur apartó la mirada y echó a andar con la bruma hasta las rodillas, para reunirse con Zane en el centro de la habitación.

—No... —susurró Vin—. OreSeur...

—Ya no necesitas obedecer sus órdenes, TenSoon —dijo Zane.

OreSeur agachó la cabeza.

—¡El Contrato, OreSeur! —dijo Vin, poniéndose de rodillas—. *Tienes* que obedecer mis órdenes!

—Mi sirviente, Vin —dijo Zane—. Mi Contrato. *Mis* órdenes.

Mi sirviente...

Y de repente todo encajó. Ella había sospechado de todo el mundo: de Dockson, de Brisa, incluso de Elend, pero nunca había relacionado al espía

con la única persona que tenía sentido que lo fuera. *Había* habido un kandra en el palacio todo el tiempo. Y estaba a su lado.

—Lo siento, ama —susurró OreSeur.

—¿Desde cuándo? —preguntó Vin, inclinando la cabeza.

—Desde que le diste a mi predecesor, el verdadero OreSeur, el cuerpo del perro —respondió el kandra—. Lo maté ese día y ocupé su lugar, para llevar el cuerpo de un perro. Nunca lo viste convertido en sabueso.

¿Qué forma más sencilla podía haber de enmascarar la transformación?, pensó Vin.

—Pero los huesos que descubrimos en el palacio... Estabas conmigo en la muralla cuando aparecieron. No...

Había aceptado su palabra en cuanto a lo recientes que eran aquellos huesos; había aceptado su palabra respecto a cuándo habían sido producidos. Había supuesto todo el tiempo que el cambio se había producido ese día, cuando estaba con Elend en la muralla... pero lo había hecho principalmente por lo que había dicho OreSeur.

¡Idiota!, pensó. OreSeur (o TenSoon, como lo había llamado Zane) la había hecho sospechar de todo el mundo menos de sí mismo. ¿Qué le ocurría? Normalmente era buena descubriendo a los traidores y advirtiendo vacilaciones. ¿Cómo había pasado por alto a su propio kandra?

Zane dio un paso adelante. Vin esperó, de rodillas. *Débil*, se dijo. *Tienes que parecer débil. Haz que te deje en paz. Intenta...*

—Aplacarme no servirá de nada —dijo Zane tranquilamente, agarrándola por la camisa y alzándola para después volverla a soltar. La bruma se extendió bajo ella, formando una vaharada cuando chocó contra el suelo. Vin sofocó un grito de dolor.

Tengo que estar callada. Si vienen los guardias, los matará. Si viene Elend...

Tenía que permanecer callada, aunque Zane le diera patadas en el costado herido. Gimió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Podrías haberme salvado —dijo Zane, mirándola—. Estaba dispuesto a irme contigo. Ahora, ¿qué me queda? Nada más que las órdenes de Straff.

Recalcó esa frase con una patada.

No reacciones, se dijo Vin a través del dolor. *Te dejará en paz tarde o temprano...*

Pero habían pasado años desde la última vez que se había dejado avasallar. Sus días de agachar la cabeza ante Camon y Reen eran casi sombras difusas,

olvidadas ante la luz ofrecida por Elend y Kelsier. Cuando Zane volvió a darle una patada, Vin gimió de furia.

Él echó la pierna atrás apuntando a su cara, y Vin se movió. Cuando el pie inició el recorrido, se lanzó hacia atrás, empujando la aldaba de la ventana para atravesar las brumas. Avivó peltre y aterrizó de pie, levantando bruma del suelo, que ahora le llegaba por encima de las rodillas.

Miró a Zane, quien la observó con expresión sombría. Vin se lanzó hacia delante, pero Zane se movió más rápido (se movió antes), interponiéndose entre ella y el balcón. No es que llegar hasta allí le hubiera servido de nada: con atium, él podía perseguirla fácilmente.

Fue como cuando la había atacado con atium, solo que peor. Aquella vez ella podía creer, aunque fuera mínimamente, que solo estaban entrenando. No eran enemigos, aunque tampoco fueran amigos. Vin no creía realmente que quisiera matarla.

Esta vez no se hacía ilusiones. Los ojos de Zane eran sombríos, su expresión impertérrita igual que la noche, hacía unos cuantos días, que habían matado a los hombres de Cett.

Vin iba a morir.

No había sentido tanto miedo desde hacía mucho tiempo. Pero ahora lo vio, lo sintió, lo olió en sí misma mientras retrocedía. Sintió lo que era enfrentarse a un nacido de la bruma, cómo tenía que haber sido para aquellos soldados a los que había matado. No se podía luchar. No había ninguna posibilidad.

No, se dijo, sujetándose el costado. Elend no retrocedió ante Straff. No es un alomante, pero se metió en el corazón del campamento koloss. Puedo enfrentarme a esto.

Con un grito, Vin se abalanzó hacia OreSeur. El perro retrocedió sorprendido, pero no tendría que haberse molestado. Zane apareció otra vez. Le dio un codazo a Vin y luego blandió su daga y le hizo un corte en la mejilla mientras ella caía. El corte fue preciso. Perfecto. Similar a la herida de la otra mejilla, la recibida durante su primera pelea con una nacida de la bruma, casi dos años antes.

Vin apretó los dientes, quemando hierro en su caída. Tiró de una bolsa que había sobre la mesa, agarrando las monedas con la mano. Golpeó el suelo de costado, con la otra mano en el suelo, y volvió a ponerse en pie. Dejó caer una lluvia de monedas de su mano y luego la alzó ante Zane.

La sangre le goteaba de la barbilla. Lanzó las monedas. Zane se dispuso a empujarlas.

Vin sonrió y quemó duraluminio mientras empujaba. Las monedas se proyectaron hacia delante y la estela de su paso dividió las brumas del suelo, revelando la madera de debajo.

La habitación se estremeció.

Y, en un parpadeo, Vin se encontró golpeando la pared. Jadeó sorprendida, sin aliento, con los ojos nublados. Alzó la cabeza, desorientada, extrañada de hallarse de nuevo en el suelo.

—Duraluminio —dijo Zane, todavía de pie con una mano abierta—. TenSoon me habló al respecto. Dedujimos que debías tener un nuevo metal por la forma en que puedes sentirme cuando tengo encendido mi cobre. A partir de ahí, un poco de investigación y encontró esa nota de tu metalúrgico, con las instrucciones para fabricar duraluminio.

La mente sorprendida de Vin se esforzó por relacionar las ideas. Zane tenía duraluminio. Había empleado el metal y había empujado una de las monedas que ella le había arrojado. Debía de haberse empujado él mismo hacia delante también, para no caer de espaldas cuando su peso chocara con el suyo.

Y el empujón de la propia Vin, ampliado por el duraluminio, la había hecho chocar contra la pared. Le costaba pensar. Zane avanzó. Ella alzó la cabeza, deslumbrada, y luego se arrastró a cuatro patas reptando sobre las brumas. Las tenía a la altura de la cara, y el frío y silencioso caos le cosquilleó en las fosas.

Atium. Necesitaba atium. Pero la perla estaba en el hombro de TenSoon; no podía sacarla. El motivo de que él lo llevara era que la carne lo protegía de los alomantes. Como los clavos que perforaban el cuerpo de un inquisidor; igual que su pendiente. El metal dentro del cuerpo de una persona, aunque simplemente lo horadara, no podía recibir tirones ni empujones, excepto de las fuerzas alománticas más extremas.

Pero ella lo había hecho una vez. En su combate contra el lord Legislador. No había sido su propio poder, ni siquiera el duraluminio, lo que le había permitido vencerlo. Había sido otra cosa. Las brumas.

Había recurrido a ellas.

Algo la golpeó en la espalda, empujándola de rodillas. Se dio la vuelta, pataleando, pero no llegó a alcanzar con el pie la cara de Zane por unas cuantas pulgadas ayudadas por el atium. Zane apartó su pie de un manotazo, y luego la cogió por los hombros y la aplastó contra el suelo.

Las brumas se revolvían a su alrededor mientras la contemplaban. A través del terror, Vin recurrió a las brumas, como había hecho un año antes cuando combatía al lord Legislador. Ese día, habían propulsado su alomancia, dándole una fuerza que no debería haber tenido. Recurrió a ellas, suplicando su ayuda.

Y no sucedió nada.

Por favor...

Zane volvió a golpearla. Las brumas siguieron ignorando sus súplicas.

Se retorció, tirando del marco de la ventana para equilibrarse, y empujó a Zane a un lado. Los dos rodaron, y Vin quedó encima.

De repente, los dos saltaron del suelo, dispersando las brumas y volando hacia el techo, impelidos hacia arriba porque Zane empujaba las monedas del suelo. Chocaron contra el techo, el cuerpo de Zane contra el suyo, clavándola a las tablas de madera. Volvió a quedar encima... o, más bien, quedó debajo, pero ese era ahora el punto de apoyo.

Vin jadeó. Él era tan fuerte... Más fuerte que ella. Sus dedos se le clavaban en la carne de los brazos a pesar del peltre, y el costado le dolía por las heridas anteriores. No estaba en condiciones de luchar... no contra otro nacido de la bruma.

Sobre todo, si tenía atium.

Zane continuó empujándola contra el techo. El pelo de Vin le cayó encima, y las brumas se revolvieron en el suelo, como un remolino que se alzara lentamente.

Zane dejó de empujar y cayeron. Sin embargo, él seguía dominando. La hizo girar, colocándola debajo, mientras volvían a entrar en las brumas. Golpearon el suelo, y el impacto hizo que Vin volviera a perder el aliento. Zane se alzó sobre ella y le habló entre dientes.

—Tantos esfuerzos malgastados —susurró—. Ocultar a un alomante entre los sicarios de Cett para que sospecharas que él te atacaba en la Asamblea. Obligarte a luchar delante de Elend para que se sintiera intimidado. Forzarte a explorar tus poderes y matar para que te dieras cuenta de lo poderosa que eres. ¡Todo en vano! —Se inclinó—. ¡Se suponía que tenías que *salvarme!* —dijo, con la cara a escasos centímetros de la suya, respirando entrecortadamente. Le inmovilizó un brazo con una rodilla, y luego, en un arrebato surrealista, la besó.

Al mismo tiempo, le clavó la daga al lado de un pecho. Vin trató de gritar, pero la boca de él se lo impedía mientras la daga le cortaba la carne.

—¡Cuidado, amo! —gritó de pronto OreSeur, TenSoon—. ¡Sabe mucho de los kandra!

Zane alzó la cabeza, la mano inmóvil. La voz, el dolor, devolvieron la lucidez a Vin. Avivó estaño, usando el dolor para despertarse y despejar su mente.

—¿Qué? —preguntó Zane, mirando al kandra.

—Lo sabe, amo —dijo TenSoon—. Sabe nuestro secreto. El motivo por el que servíamos al lord Legislador. El motivo por el que cumplimos el Contrato. Sabe *por qué tememos tanto a los alomantes*.

—Cállate —ordenó Zane—. Y no hables más.

TenSoon guardó silencio.

Nuestro secreto... pensó Vin, mirando al sabueso, sintiendo la ansiedad en su expresión canina. *Está tratando de decirme algo. Está tratando de ayudarme.*

Secreto. El secreto de los kandra. La última vez que había intentado aplacarlo había aullado de dolor. Sin embargo, ahora vio consentimiento en su expresión. Fue suficiente.

Golpeó a TenSoon con su poder aplacador. Él gritó, aullando, pero ella empujó con más fuerza. No sucedió nada. Apretando los dientes, quemó duraluminio.

Algo se rompió. Vin estuvo en dos sitios a la vez. Con TenSoon de pie junto a la pared, y sin dejar de sentir su propio cuerpo aprisionado por Zane. TenSoon era suyo, total y absolutamente. De algún modo, sin saber cómo, le ordenó que avanzara, controlando su cuerpo.

El enorme cuerpo del sabueso chocó contra Zane, quitándoselo de encima. La daga cayó al suelo, y ella logró ponerse de rodillas y se llevó las manos al pecho, sintiendo allí la cálida sangre. Zane rodó, desconcertado, pero se puso en pie y descargó una patada a TenSoon.

Se le rompieron algunos huesos. El sabueso resbaló por el suelo, directo hacia Vin. Ella recogió la daga mientras se ponía en pie, y luego atacó a TenSoon, le cortó el hombro y palpó el músculo y los tejidos. Sacó las manos ensangrentadas con una perla de atium. La tragó sin pensarlo y se volvió hacia Zane.

—Veamos cómo lo haces ahora —susurró, quemando atium. Docenas de sombras de atium brotaron de Zane, mostrándole las posibles acciones que él podía tomar, todas ellas ambiguas. Ella mostraría a sus ojos la misma ambigua confusión. Estaban igualados.

Zane se volvió, mirándola a los ojos, y sus sombras de atium desaparecieron.

¡Imposible!, pensó ella. TenSoon gemía a sus pies mientras ella advertía que su reserva de atium había desaparecido. Consumida. Pero la perla era tan grande...

—¿Crees que iba a darte el arma que necesitabas para combatirme? —preguntó Zane tranquilamente—. ¿Crees que de verdad iba a darte mi atium?

—Pero...

—Un trozo de plomo —dijo Zane, dando un paso adelante—. Recubierto de una fina capa de atium. Oh, Vin. Tienes que cuidar más en quién confías.

Vin se tambaleó, retrocediendo, sintiendo que su confianza se marchitaba. *¡Hazle hablar!*, pensó. *Intenta agotar su atium*.

—Mi hermano dijo que no debía confiar en nadie... —murmuró—. Decía que cualquiera podría traicionarme.

—Era un hombre sabio —dijo Zane tranquilamente, cubierto por las brumas hasta la altura del pecho.

—Era un necio paranoico —dijo Vin—. Me mantuvo con vida, pero me destruyó.

—Entonces te hizo un favor.

Vin miró la forma sangrante y derrotada de TenSoon. Sufría: ella lo veía en sus ojos. A lo lejos oyó... sonido de golpes. Encendió de nuevo su bronce. Alzó lentamente la cabeza. Zane avanzaba hacia ella. Confiado.

—Has estado jugando conmigo —dijo—. Sembraste cizaña entre Elend y yo. Me hiciste creer que me temía, me hiciste creer que me estaba utilizando.

—Lo estaba haciendo.

—Sí —dijo Vin—. Pero no importa... no era del modo que tú hiciste que pareciera. Elend me usa. Kelsier me usaba. Nos usamos unos a otros, por amor, por apoyo, por confianza.

—La confianza te matará.

—Entonces es mejor morir.

—Confíe en ti —dijo él, deteniéndose ante ella—. Y tú me traicionaste.

—No —dijo Vin, alzando su daga—. Voy a salvarte. Tal como quieres.

Se lanzó hacia delante y golpeó, pero su esperanza de que él hubiera agotado el atium era vana. La evitó indiferente; dejó que la daga se acercara, pero nunca corrió realmente peligro.

Vin giró para atacar, pero la hoja cortó el aire resbalando sobre las brumas que se alzaban.

Zane se movió adelantándose al siguiente ataque, esquivando incluso antes de que ella supiera lo que iba a hacer. La daga apuñaló el lugar donde él había estado de pie.

Es demasiado rápido, pensó Vin. El costado le ardía, la mente le martilleaba. O era el Pozo de la Ascensión lo que sonaba...

Zane se detuvo delante de ella.

No puedo alcanzarlo, pensó Vin, llena de frustración. *¡No cuando sabe dónde voy a golpear antes que yo misma!*

Vin se detuvo.

Antes que yo...

Zane se situó en un lugar cerca del centro de la habitación, y entonces lanzó de una patada la daga al aire y la atrapó. Se volvió hacia ella, con la bruma desparramándose en su mano, la mandíbula firme y los ojos oscuros.

Sabe dónde voy a golpear antes que yo.

Vin alzó la daga. La sangre le manaba de la cara y el costado, los redobles resonaban ensordecedores en su cabeza. La bruma le llegaba casi a la barbilla.

Puso la mente en blanco. No planeó un ataque. No reaccionó a Zane cuando él echó a correr hacia ella con la daga alzada. Aflojó los músculos y cerró los ojos, escuchando sus pasos. Sintió la bruma alzarse a su alrededor, agitada por la llegada de Zane.

Abrió los ojos. Él blandía la daga; Vin se preparó para atacar, pero no pensó en el consiguiente golpe: simplemente, dejó que su cuerpo reaccionara.

Y observó a Zane con mucha, mucha atención.

Él se movió ligerísimamente a la izquierda, elevando la mano abierta como para agarrar algo.

¡Ahí!, pensó Vin, volviéndose de inmediato a un lado, desviando su ataque instintivo de su trayectoria natural. Torció el brazo, y la daga, a mitad del golpe. Estaba a punto de atacar por la izquierda, como el atium de Zane había anticipado.

Pero, al reaccionar, Zane le había mostrado lo que iba a hacer. Permitirle ver el futuro. Y, si podía verlo, podía cambiarlo.

Se encontraron. El arma de Zane la alcanzó en el hombro. Pero el cuchillo de Vin lo hirió en el cuello. Su mano izquierda se cerró en el aire, agarrando una sombra que debería haberle dicho dónde estaría el brazo de ella.

Zane trató de gemir, pero el cuchillo le había perforado la laringe. El aire borboteó con la sangre en torno a la hoja, y él retrocedió, con ojos de espanto.

La miró, y luego se desplomó en la bruma, hasta que su cuerpo chocó contra el suelo de madera.

ZANE LA BUSCÓ A TRAVÉS de las brumas. *Me estoy muriendo*, pensó.

La sombra de atium de Vin se había *dividido* en el último momento. Dos sombras, dos posibilidades. Él había atacado la sombra equivocada. Vin lo había engañado, derrotándolo de algún modo. Y se estaba muriendo.

Por fin.

—¿Sabes por qué creí que ibas a salvarme? —trató de susurrarle, aunque sabía que sus labios no eran capaces de formar bien las palabras—. La voz. Fuiste la primera persona a la que no me dijo que matara. La única persona.

—Pues claro que no te dije que *la mataras* —dijo Dios.

Zane notó que se le escapaba la vida.

—¿Sabes lo que resulta verdaderamente gracioso, Zane? —preguntó Dios—. ¿Lo más divertido de todo esto? No estás loco.

»No lo has estado nunca.

VIN OBSERVÓ EN SILENCIO CÓMO Zane se ahogaba con la sangre que brotaba de sus labios. No bajó la guardia: un cuchillo en la garganta habría sido suficiente para matar incluso a un nacido de la bruma, pero a veces el peltre permitía hacer cosas asombrosas.

Zane murió. Ella le comprobó el pulso y luego sacó la daga. Después permaneció allí un momento sintiéndose... aturdida, mental y físicamente. Se llevó una mano al hombro herido y al hacerlo se rozó el pecho. Estaba sangrando demasiado y su mente volvía a nublarse.

Lo he matado.

Avivó peltre, obligándose a moverse. Se acercó a TenSoon y se arrodilló a su lado.

—Ama. Lo siento...

—Lo sé —dijo ella, mirando la terrible herida que había causado. Las patas del perro ya no se movían y tenía el cuerpo torcido en una postura antinatural—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—¿Ayudarme? —dijo TenSoon—. ¡Ama, casi he conseguido que te mataran!

—Lo sé —repitió ella—. ¿Cómo puedo aliviarte el dolor? ¿Necesitas otro cuerpo?

TenSoon guardó silencio un instante.

—Sí.

—Toma el de Zane —dijo Vin—. Por el momento, al menos.

—¿Está muerto? —preguntó TenSoon, sorprendido.

No puede verlo, advirtió ella. *Tiene el cuello roto*.

—Sí —susurró.

—¿Cómo, ama? ¿Se quedó sin atium?

—No.

—Entonces, ¿cómo?

—El atium tiene una pega. Te permite ver el futuro.

—Eso... no me parece una pega, ama.

Vin suspiró, tambaleándose levemente. *¡Concéntrate!*, pensó.

—Cuando quemas atium, ves unos instantes el futuro... y puedes cambiar lo que sucederá en ese futuro. Puedes atrapar una flecha que debería haber seguido volando. Puedes esquivar un golpe que debería haberte matado. Y puedes apartarte para bloquear un ataque antes de que se produzca.

TenSoon no dijo nada, confuso.

—Me mostró lo que yo iba a hacer —dijo Vin—. Yo no podía cambiar el futuro, pero Zane sí. Al reaccionar a mi ataque antes incluso de que yo supiera lo que iba a hacer, me mostró sin quererlo el futuro. Reaccioné contra él, y Zane trató de bloquear un golpe que nunca fue. Eso me permitió matarlo.

—Ama... —susurró TenSoon—. Eso es brillante.

—Estoy segura de que no soy la primera a la que se le ha ocurrido —dijo Vin, cansada—. Pero no es el tipo de secreto que se comparte. De todas formas, toma su cuerpo.

—Yo... preferiría no llevar los huesos de esa criatura —dijo TenSoon—. No sabes lo mal que estaba, ama.

Vin asintió, casi sin fuerzas.

—Podría encontrarte otro cuerpo de perro, siquieres.

—Eso no será necesario, ama. Todavía tengo los huesos del otro sabueso que me diste, y la mayoría está en buen estado. Si sustituyo algunos de ellos con los huesos buenos de este cuerpo, podría formar un esqueleto completo para usarlo.

—Hazlo, entonces. Vamos a tener que planear qué hacer a continuación.

TenSoon guardó silencio un instante. Finalmente, habló.

—Ama, ahora que mi amo ha muerto, mi Contrato ha terminado. Yo... tengo que regresar con mi gente para que me reasignen.

—Ah —dijo Vin, sintiendo un retortijón de tristeza—. Por supuesto.

—No quiero ir. Pero al menos debo informar a los míos. Por favor, perdóname.

—No hay nada que perdonar. Y te agradezco esa pista que me diste al final.

TenSoon no dijo nada. Ella vio el remordimiento en sus ojos. *No tendría que haberme ayudado contra su verdadero amo.*

—Ama, ahora conoces nuestro secreto. Un nacido de la bruma puede controlar con la alomancia el cuerpo de un kandra. No sé qué harás con eso, pero advierte que te he confiado un secreto que mi pueblo ha guardado durante mil años: el modo en que los alomantes podían tomar el control de nuestros cuerpos y esclavizarnos.

—Yo... ni siquiera comprendo lo que sucedió.

—Tal vez sea mejor así —dijo TenSoon—. Por favor, déjame. Tengo los huesos del otro perro en el armario. Cuando regreses, me habré ido.

Vin asintió y se incorporó. Se marchó abriéndose paso a través de las brumas y buscando el pasillo. Sus heridas necesitaban atención. Sabía que debía acudir a Sazed, pero por alguna razón no logró ir en esa dirección. Caminó más rápido hasta echar a correr por el pasillo.

Todo se desplomaba a su alrededor. No podía manejarlo todo, no podía enderezar las cosas. Pero sabía lo que quería.

Y por eso corrió hacia él.

Es un buen hombre. A pesar de todo, es un buen hombre. Un hombre sacrificado. En realidad, la muerte, la destrucción y el dolor que ha causado lo han herido profundamente. Todas esas cosas fueron de hecho una especie de sacrificio para él.

48



ELEND BOSTEZÓ MIENTRAS EXAMINABA LA carta que le había escrito a Jastes. Tal vez lograra persuadir a su antiguo amigo para que entrara en razón.

Si no podía... bueno, sobre la mesa había un duplicado de la moneda de madera que Jastes había estado usando para «pagar» a los koloss. Era una copia perfecta, fabricada por el propio Clubs. Elend estaba seguro de que tenía acceso a más madera que Jastes. Si ayudaba a Penrod a ganar unas cuantas semanas, podrían fabricar suficiente «dinero» para sobornar a los koloss y hacer que se marcharan.

Soltó la pluma y se frotó los ojos. Era tarde. Hora de...

La puerta se abrió. Elend se dio la vuelta y vio a una azorada Vin correr a sus brazos. Estaba llorando.

Y ensangrentada.

—¡Vin! ¿Qué ha ocurrido!

—Lo he matado —dijo ella, hundiendo la cabeza en su pecho.

—¿A quién?

—A tu hermano. Zane. El nacido de la bruma de Straff. Lo he matado.

—Espera. ¿Qué? ¿Mi *hermano*?

Vin asintió.

—Lo siento.

—¡Olvida eso, Vin! —dijo Elend, acariciándole la espalda y llevándola a su silla. Tenía un corte en la mejilla y la camisa empapada de sangre—. ¡Lord Legislador! Voy a llamar a Sazed ahora mismo.

—No me dejes —dijo ella, agarrándolo por el brazo.

Elend vaciló. Algo había cambiado. Ella parecía necesitarlo de nuevo.

—Ven conmigo, entonces. Iremos juntos a verlo.

Vin asintió y se puso en pie. Se tambaleó un poco y Elend sintió una punzada de miedo, pero la expresión decidida de sus ojos no era algo que quisiera desafiar. La rodeó con un brazo, dejando que se apoyara en él camino de los aposentos de Sazed. Elend se detuvo a llamar, pero Vin entró sin más en la habitación oscura, se tambaleó y se sentó en el suelo.

—Yo... esperaré aquí —dijo.

Elend se detuvo a su lado, preocupado. Entonces alzó la lámpara y se volvió hacia el dormitorio.

—¡Sazed!

El terrisano apareció un momento después, con aspecto agotado, vestido con su camisón blanco. Reparó en Vin, parpadeó unas cuantas veces y desapareció en sus habitaciones. Regresó un instante más tarde con un brazalete de metal y una bolsa de equipo médico.

—Vaya, lady Vin —dijo Sazed, dejando la bolsa en el suelo—. ¿Qué pensaría maese Kelsier si te viera en este estado? Sigue estropeando ropa así y...

—No es momento para bromas, Sazed —dijo Elend.

—Pido disculpas, Majestad —respondió Sazed, apartando con cuidado la tela del hombro de Vin—. Sin embargo, si sigue consciente, entonces no corre serio peligro.

Inspeccionó la herida y sacó vendas limpias de su bolsa.

—¿Ves? —preguntó—. El tajo es profundo, pero el hueso ha desviado la hoja y no ha alcanzado ninguna arteria importante. Sujeta esto aquí. —Cubrió con una venda la herida y Elend puso la mano encima. Vin tenía los ojos cerrados, la espalda apoyada contra la pared, y de su barbilla manaba sangre. Parecía más agotada que dolorida.

Sazed cortó con su cuchillo la camisa de Vin, descubriendo su pecho herido.

Elend vaciló.

—Tal vez debería...

—Quédate —dijo Vin. No era una súplica sino una orden. Alzó la cabeza y abrió los ojos mientras Sazed se ocupaba en silencio de la herida y sacaba un analgésico, aguja e hilo.

»Elend, tengo que decirte algo.

—Muy bien.

—He comprendido algo sobre Kelsier —dijo ella en voz baja—. Siempre me centro en las cosas equivocadas, cuando se trata de él. Es difícil olvidar las horas que pasó entrenándome para convertirme en alomante. Sin embargo, no era su habilidad para luchar lo que le hacía grande: no era su dureza ni su brutalidad, ni siquiera su fuerza ni su instinto.

Elend frunció el ceño.

—¿Sabes qué era? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza, todavía sujetando el apósito contra su hombro.

—Era su capacidad para confiar. Era la forma en que convertía a las buenas personas en personas aún *mejores*, la forma en que las inspiraba. Su banda funcionaba porque todos confiaban en él... porque lo respetaban. Y, a su vez, se respetaban entre sí. Hombres como Brisa y Clubs se convirtieron en héroes porque Kelsier tuvo fe en ellos. —Lo miró, parpadeando cansada—. Y tú eres bastante mejor en eso que Kelsier, Elend. Él tuvo que esforzarse para conseguirlo. Tú lo haces instintivamente, tratas incluso a comadrejas como Philen como si fueran hombres buenos y honrados. No es ingenuidad, como algunos creen. Es lo que tenía Kelsier, solo que más. Podría haber aprendido de ti.

—Me das demasiada importancia.

Ella negó con la cabeza. Entonces se volvió hacia Sazed.

—¿Sazed? —preguntó.

—¿Sí, niña?

—¿Conoces alguna ceremonia matrimonial?

Elend estuvo a punto de soltar la venda de la sorpresa.

—Conozco varias —dijo Sazed, sin dejar de curarle la herida—. Unas doscientas, en realidad.

—¿Cuál es la más corta?

Sazed cosió un punto.

—El pueblo de Larsta solo requería una promesa de amor ante el sacerdote local. La sencillez era un principio de su fe, una reacción, tal vez, a las tradiciones de la tierra de donde habían sido desterrados, famosa por su

complejo sistema de reglas burocráticas. Es una buena religión, centrada en la belleza simple de la naturaleza.

Vin miró a Elend. Tenía la cara ensangrentada, el cabello revuelto.

—Bueno, verás —dijo él—, Vin, ¿no crees que esto debería esperar hasta que, ya sabes...?

—¿Elend? —lo interrumpió ella—. Te quiero.

Él se quedó de piedra.

—¿Me quieres? —preguntó ella.

Esto es una locura.

—Sí —respondió él en voz baja.

Vin se volvió hacia Sazed, que seguía trabajando.

—¿Bien?

Sazed alzó la cabeza, los dedos manchados de sangre.

—Es un momento bastante extraño para un acontecimiento así, creo.

Elend asintió, mostrando su acuerdo.

—Es solo un poco de sangre —dijo Vin, cansada—. Ahora que me he sentado, me encuentro bien.

—Sí, pero pareces algo tensa, lady Vin. Esta no es una decisión que haya que tomar a la ligera, bajo la influencia de emociones fuertes.

Vin sonrió.

—¿La decisión de casarse no debería tomarse en respuesta a una emoción fuerte?

Sazed parecía confundido.

—No me refería exactamente a eso. Es que no estoy seguro de que estés completamente en plena posesión de tus facultades, lady Vin.

Vin negó con la cabeza.

—Estoy más en posesión de mis facultades de lo que he estado en meses. Es hora de dejar de vacilar, Sazed, es hora de dejar de preocuparme, de aceptar mi puesto en este grupo. Sé lo que quiero. Amo a Elend. No sé cuánto tiempo nos queda juntos, pero quiero algo, al menos.

Sazed permaneció en silencio un momento, luego continuó cosiendo.

—¿Y tú, lord Elend? ¿Cuáles son tus pensamientos?

¿Cuáles *eran* sus pensamientos? Elend recordaba el día anterior, cuando Vin había hablado de marcharse, y el vacío que había sentido. Pensó en lo mucho que dependía de su sabiduría, y de su rudeza, y de su simple (pero no simplista) devoción por él. Sí, la amaba.

El mundo se había convertido en un caos. Él había cometido errores. Sin embargo, a pesar de todo lo que había sucedido, y a pesar de sus frustraciones, seguía sintiendo con fuerza que quería estar con Vin. No era el embobamiento idílico que había sentido un año y medio antes, en las fiestas. Pero parecía más sólido.

—Sí, Sazed —dijo—. Quiero casarme con ella. Lo quiero desde hace tiempo. Yo... no sé qué va a pasarle a esta ciudad, ni a mi reino, pero quiero estar con Vin cuando suceda.

Sazed continuó trabajando.

—Muy bien, pues —dijo por fin—. Si me necesitáis como testigo, ya me tenéis.

Elend se arrodilló, todavía apretando el apósito contra el hombro de Vin, sintiéndose un poco aturdido.

—¿Ya está, entonces?

Sazed asintió.

—Soy tan válido como cualquier testigo que pudieran proporcionar los obligadores. Os lo advierto, el juramento de amor de Larsta es vinculante. En su cultura no conocían ninguna forma de divorcio. ¿Me aceptáis como testigo de este evento?

Vin asintió. Elend hizo lo mismo.

—Entonces estáis casados —dijo Sazed, cortando el hilo y colocando una venda sobre el pecho de Vin—. Sujeta esto un momento, lady Vin, y contén la hemorragia.

—Pensaba que iba a haber una ceremonia o algo —dijo Elend.

—Podría celebrar una, si lo deseas —dijo Sazed—, pero no creo que os haga falta. Os conozco desde hace tiempo, y estoy dispuesto a dar mi bendición a esta unión. Simplemente os aconsejo. Los que se toman a la ligera las promesas que hacen a aquellos que aman son gente que encuentra poca satisfacción duradera en la vida. Esta no es una época sencilla para vivir. Eso no significa que tenga que ser una época difícil para amar, pero sí que habrá tensiones inusitadas en vuestras vidas y vuestra relación.

»No olvidéis el juramento de amor que os habéis hecho esta noche. Os dará mucha fuerza en los días venideros.

Con eso, puso el último punto en la cara de Vin y se dedicó por fin al hombro. La hemorragia casi había cesado y Sazed estudió la herida un momento antes de empezar a trabajar en ella.

Vin miró a Elend, sonriendo, un poco mareada. Él se puso en pie, se acercó al lavabo de la habitación y regresó con un paño húmedo para limpiarle la cara.

—Lo siento —dijo ella en voz baja mientras Sazed se movía y ocupaba el lugar donde Elend había estado arrodillado.

—¿Sentirlo? —dijo Elend—. ¿Por el nacido de la bruma?

Vin negó con la cabeza.

—No. Por haber tardado tanto.

Elend sonrió.

—Merece la pena esperarte. Además, creo que yo también he tenido que aprender unas cuantas cosas.

—¿Como a ser rey, por ejemplo?

—Y cómo dejar de serlo.

—Nunca has dejado de serlo, Elend —negó Vin—. Pueden quitarte la corona, pero no tu honor.

Elend sonrió.

—Gracias. Sin embargo, no sé cuánto bien le he hecho a la ciudad. Al estar aquí, dividí a la gente, y ahora Straff acabará al mando.

—Mataré a Straff si pone un pie en esta ciudad.

Elend apretó los dientes. Otra vez los mismos problemas. Solo podían mantener el cuchillo de Vin contra su cuello durante un tiempo determinado. Straff encontraría un modo de zafarse de él, y además estaban Jastes y sus koloss...

—Majestad, tal vez yo pueda proponer una solución —dijo Sazed, sin dejar de trabajar.

Elend miró al terrisano alzando una ceja.

—El Pozo de la Ascensión —dijo Sazed.

Vin abrió inmediatamente los ojos.

—Tindwyl y yo hemos estado investigando al Héroe de las Eras —continuó Sazed—. Estamos convencidos de que Rashek no llegó a hacer nunca lo que se suponía que debía de hacer el Héroe. De hecho, ni siquiera estamos convencidos de que este Alendi de hace mil años fuera el Héroe. Hay demasiadas discrepancias, demasiadas contradicciones. Además, las brumas (la Profundidad) siguen aquí. Y están matando a la gente.

Elend frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

Sazed tiró de un punto.

—Todavía hay que hacer algo, Majestad. Algo importante. Con una perspectiva restringida podría parecer que los acontecimientos de Luthadel y el Pozo de la Ascensión no tienen relación. Sin embargo, con una perspectiva más amplia, puede que sean cosas relacionadas entre sí.

Elend sonrió.

—Como la cerradura y la llave.

—Sí, Majestad. Exactamente.

—Resuena —susurró Vin con los ojos cerrados—. En mi cabeza. Puedo sentirlo.

Sazed vaciló, y luego le vendó el brazo.

—¿Percibes dónde está?

Vin sacudió la cabeza.

—Yo... No parece haber una dirección en los pulsos. Creía que eran lejanos, pero se están haciendo más fuertes.

—Debe de ser el Pozo que se carga otra vez de poder —dijo Sazed—. Es una suerte que yo sepa dónde encontrarlo.

Elend se volvió, y Vin abrió de nuevo los ojos.

—Mi investigación ha revelado su localización, lady Vin. Puedo dibujarte un mapa, con mis mentes de metal.

—¿Dónde está? —susurró Vin.

—Al norte. En las montañas de Terris. En uno de los picos más bajos, conocido como Derytatih. Viajar hasta allí será difícil en esta época del año...

—Puedo hacerlo —dijo Vin con firmeza mientras Sazed le atendía la herida del pecho. Elend volvió a ruborizarse y vaciló mientras se daba la vuelta.

Estoy... casado.

—¿Vas a ir? —preguntó, mirando a Vin—. ¿Ahora?

—Tengo que hacerlo —susurró ella—. *Tengo* que hacerlo, Elend.

—Deberías ir con ella, Majestad.

—¿Qué?

Sazed suspiró y alzó la cabeza.

—Tenemos que aceptar los hechos, Majestad. Como dijiste antes, Straff tomará pronto esta ciudad. Si estás aquí, te ejecutará. Sin embargo, lady Vin necesitará indudablemente ayuda para asegurar el Pozo.

—Se supone que contiene un gran poder —dijo Elend, frotándose la barbilla—. ¿Crees que podríamos destruir a esos ejércitos?

Vin negó con la cabeza.

—No podríamos utilizarlo —susurró—. El poder es una tentación. Eso es lo que salió mal la última vez. Rashek tomó el poder en vez de cederlo.

—¿Cederlo? ¿Qué significa eso?

—Dejarlo suelto, Majestad —dijo Sazed—. Dejar que derrote a la Profundidad por su cuenta.

—Confianza —susurró Vin—. Todo es cuestión de confianza.

—Sin embargo, creo que liberar ese poder podría hacer grandes cosas para la Tierra —dijo Sazed—. Cambiarla y deshacer muchos de los daños que causó el lord Legislador. Sospecho que destruiría a los koloss, ya que estos fueron creados por el mal uso que hizo el lord Legislador del poder.

—Pero Straff dominaría la ciudad —dijo Elend.

—Sí —contestó Sazed—. Pero si te marchas, la transición será pacífica. La Asamblea ha decidido aceptarlo como emperador, y parece que él dejará que Penrod gobierne como rey títere. No habrá derramamiento de sangre y tú podrás organizar la resistencia desde el exterior. Además, ¿quién sabe las consecuencias que tendrá liberar el poder? Lady Vin podría cambiar, como le pasó al lord Legislador. Con la banda escondida dentro de la ciudad, no debería ser difícil burlar a tu padre... sobre todo cuando se vuelva complaciente, dentro de un año o dos.

Elend apretó los dientes. Otra revolución. Sin embargo, lo que decía Sazed tenía sentido.

Durante mucho tiempo nos hemos estado preocupando por lo inmediato. Miró a Vin con un arrebato de calidez y amor. Tal vez sea hora de que empiece a escuchar las cosas que ella ha estado tratando de decirme.

—Sazed —dijo Elend. Acababa de ocurrírsele una idea—. ¿Crees que podría convencer al pueblo de Terris para que nos ayude?

—Tal vez, Majestad. Mi prohibición de interferir, la que he estado ignorando, se debe a que el Sínodo me encargó una misión diferente, no a que creamos que hay que evitar toda acción. Si pudieras convencer al Sínodo de que el futuro del pueblo de Terris se beneficiará de tener un aliado fuerte en Luthadel, puede que consigas ayuda militar.

Elend asintió, pensativo.

—Recuerda la cerradura y la llave, Majestad —dijo Sazed, terminando la cura de la segunda herida de Vin—. En este caso, marcharse parece lo contrario de lo que deberías hacer. Sin embargo, a la larga, verás que es exactamente *lo que necesitas*.

Vin abrió los ojos y lo miró, sonriente.

—Podemos lograrlo, Elend. Ven conmigo.

Elend vaciló un instante. *La cerradura y la llave...*

—Muy bien —dijo—. Nos marcharemos en cuanto Vin pueda moverse.

—Debería poder cabalgar mañana —dijo Sazed—. Ya sabes lo que el peltre puede hacer con un cuerpo.

Elend asintió.

—Muy bien. Debería haberte escuchado antes, Vin. Además, siempre he querido ver tu tierra, Sazed. Puedes mostrárnosla.

—Me temo que tendré que quedarme aquí —contestó Sazed—. Pronto deberé marcharme al sur para continuar allí mi trabajo. Sin embargo, Tindwyl puede acompañaros: tiene información que hay que transmitir a mis hermanos guardadores.

—Tendrá que ser un grupo pequeño —dijo Vin—. Habrá que evitar, o dejar atrás, a los hombres de Straff.

—Solo vosotros tres. O tal vez una persona más para hacer guardia mientras dormís, alguien que sepa cazar y explorar. ¿Lord Lestibournes, tal vez?

—Fantasma sería perfecto —asintió Elend—. ¿Seguro que los demás miembros del grupo estarán a salvo en la ciudad?

—Claro que no —dijo Vin, sonriendo—. Pero son expertos. Se escondieron del lord Legislador, y podrán esconderse de Straff. Sobre todo, si no tienen que preocuparse de mantenerte a salvo.

—Entonces está decidido —dijo Sazed, poniéndose en pie—. Vosotros dos deberíais intentar descansar bien esta noche, a pesar del reciente cambio en vuestra relación. ¿Puedes caminar, lady Vin?

—No hace falta —dijo Elend, agachándose para tomarla en brazos. Ella lo rodeó con los suyos, aunque no con mucha fuerza, y él notó que los ojos volvían a cerrársele.

Sonrió. De pronto el mundo parecía un lugar mucho más sencillo. Dedicaría el tiempo a lo que era realmente importante; luego, cuando Vin y él hubieran conseguido ayuda en el norte, podrían regresar. Ansiaba volver y enfrentarse a sus problemas con renovado vigor.

Agarró a Vin con fuerza, se despidió de Sazed y se dirigió a sus habitaciones. Parecía que al final todo había salido bien.

SAZED SE LEVANTÓ DESPACIO, viéndolos marchar. Se preguntó qué pensaría de él cuando se enteraran de la caída de Luthadel. Al menos se tendrían el uno al otro para apoyarse.

Su bendición nupcial era el último regalo que podía hacerles. Eso, y sus vidas. *¿Cómo me juzgará la historia por mis mentiras?*, se preguntó. *¿Qué pensarán del terrisano que intervino en política, del terrisano que creó un mito para salvar la vida de sus amigos?* Las cosas que había dicho sobre el Pozo eran, naturalmente, falsedades. Si existía tal poder, no tenía ni idea de dónde estaba, ni de qué haría.

Cómo lo juzgara la historia probablemente dependería de lo que Elend y Vin hicieran en la vida. Sazed solo esperaba haber hecho lo adecuado. Al verlos marchar, sabiendo que su juvenil amor se salvaría, no pudo dejar de sonreír por su decisión.

Con un suspiro, se agachó a recoger sus instrumentos médicos. Luego regresó a sus habitaciones para dibujar el mapa que les había prometido a Vin y Elend.

FIN DE LA CUARTA PARTE



Está acostumbrado a renunciar a su propia voluntad por el bien mayor, tal como él lo entiende.

49



—ERES UN NECIO, ELEND VENTURE —lo acusó Tindwyl con los brazos cruzados, los ojos muy abiertos por el enfado.

Elend ajustó la cincha a su silla de montar. El vestuario que Tindwyl había encargado para él incluía un uniforme de montar negro y plata, que llevaba puesto en aquel momento, además de unos guantes de cuero y una capa oscura para protegerse de la ceniza.

—¿Me estás escuchando? —exigió Tindwyl—. No puedes marcharte. ¡No ahora! ¡No cuando tu pueblo corre peligro!

—Los protegeré de otra manera —dijo él, comprobando las alforjas.

Se encontraban en las caballerizas de la fortaleza. Vin estaba montada en su propio caballo, envuelta casi por completo en su capa, sujetando con tensión las riendas. Tenía poca experiencia como amazona, pero Elend se había negado a dejarla ir corriendo. Con peltre o sin él, las heridas de su pelea en la Asamblea aún no habían sanado por completo, por no mencionar el daño que había sufrido la noche anterior.

—¿Otra manera? —dijo Tindwyl—. Deberías estar con ellos. ¡Eres su rey!

—No, *no* lo soy —replicó Elend, volviéndose hacia la terrisana—. Me rechazaron, Tindwyl. Ahora tengo que preocuparme de cosas más importantes a una escala mayor. ¿Querían un rey tradicional? Bueno, ahí tienen a mi padre. Cuando regrese de Terris, tal vez se hayan dado cuenta de lo que han perdido.

Tindwyl sacudió la cabeza y dio un paso adelante, hablando en voz baja.

—¿Terris, Elend? Vas al norte. Por ella. Sabes por qué quiere ir allí, ¿verdad?

Él callaba.

—Ah, así que lo sabes —dijo Tindwyl—. ¿Qué te parece, Elend? No me digas que crees en esas fantasías. Ella piensa que es el Héroe de las Eras. Supone que encontrará algo en las montañas, algún tipo de poder, o alguna revelación, que la transformará en una divinidad.

Elend miró a Vin. Ella miró al suelo con la capucha cubriendole la cara, a lomos del caballo, en silencio.

—Está tratando de seguir a su maestro, Elend —susurró Tindwyl—. El Superviviente se convirtió en un dios para esta gente, así que cree que tiene que hacer lo mismo.

Elend se volvió hacia Tindwyl.

—Si eso es lo que ella cree, yo la apoyo.

—¿Apoyas su locura?

—No hables de mi esposa de ese modo —dijo Elend, y su tono hizo que Tindwyl diera un respingo. Montó a caballo—. Confío en ella, Tindwyl. Creer forma parte de la confianza.

Tindwyl hizo una mueca.

—No puedes creer que es un mesías profetizado, Elend. Te conozco: eres un erudito. Puede que hayas jurado fidelidad a la Iglesia del Superviviente, pero no crees en lo sobrenatural más que yo.

—Creo que Vin es mi esposa —dijo él con firmeza— y que la amo. Todo lo que es importante para ella lo es para mí... y todo lo que ella crea tiene al menos el mismo peso de la verdad para mí. Vamos al norte. Regresaremos cuando hayamos liberado el poder que hay allí.

—Bien. Entonces serás recordado como el cobarde que abandonó a su pueblo.

—¡Déjanos! —ordenó Elend, alzando el dedo y señalando hacia la fortaleza.

Tindwyl se dio media vuelta y se acercó a la puerta. Cuando entraba señaló la mesa de suministros, donde previamente había colocado un paquete del tamaño de un libro envuelto en papel marrón y atado con una cuerda gruesa.

—Sazed te pide que entregues esto al Sínodo de los guardadores. Los encontrarás en la ciudad de Tathingdwen. Disfruta de tu exilio, Elend Venture —dijo, y se marchó.

Elend suspiró. Acercó su caballo al de Vin.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

—¿Por qué?

—Por lo que has dicho.

—Lo decía en serio, Vin —respondió Elend, apoyando una mano sobre su hombro.

—Puede que Tindwyl tenga razón, ¿sabes? A pesar de lo que dijo Sazed, yo podría estar loca. ¿Te acuerdas que te conté que había visto un espíritu en las brumas?

Elend asintió lentamente.

—Bien, lo he vuelto a ver —dijo Vin—. Es como un fantasma, formado a partir de las pautas de la bruma. Lo veo constantemente, vigilándome, siguiéndome. Y oigo esos ritmos en mi cabeza... golpes majestuosos, poderosos, como pulsos alománticos. Pero no necesito bronce para oírlos.

Elend le apretó el hombro.

—Te creo, Vin.

Ella alzó la cabeza, reservada.

—¿De verdad, Elend? ¿De verdad?

—No estoy seguro —admitió él—. Pero lo intento con todas mis fuerzas. Sea como sea, creo que ir al norte es lo adecuado.

Ella asintió lentamente.

—Creo que con eso me basta.

Él sonrió y se volvió hacia la puerta.

—¿Dónde está Fantasma?

Vin se encogió de hombros bajo su capa.

—Supongo que Tindwyl no vendrá con nosotros, entonces.

—Seguramente no —sonrió Elend.

—¿Cómo encontraremos el camino a Terris?

—No será difícil —dijo Elend—. Seguiremos el canal imperial hasta Tathingdwen. —Hizo una pausa, pensando en el mapa que les había proporcionado Sazed. Conducía directamente a las montañas de Terris. Tendrían que conseguir suministros en Tathingdwen, y la capa de nieve espesa, pero... bueno, ese era un problema para otro momento.

Vin sonrió, y Elend se acercó a recoger el paquete que había dejado Tindwyl. Parecía una especie de libro. Un instante después llegó Fantasma. Vestía su uniforme de soldado e iba cargado con unas alforjas. Saludó a Elend, le tendió a Vin una bolsa grande y se acercó a su propio caballo.

Parece nervioso, pensó Elend mientras el muchacho colgaba las alforjas.

—¿Qué hay en la bolsa? —preguntó, volviéndose hacia Vin.

—Polvo de peltre —respondió ella—. Creo que lo vamos a necesitar.

—¿Estamos listos? —preguntó Fantasma, mirándolos.

Elend miró a Vin, quien asintió.

—Supongo que sí...

—Todavía no —dijo una nueva voz—. Yo no estoy lista aún.

Elend se volvió para ver cómo Allrianne llegaba a la caballeriza. Vestía una elegante falda de montar marrón y roja, y llevaba el cabello recogido bajo un pañuelo. *¿De dónde ha sacado eso?*, se preguntó Elend. Dos criados la seguían, cargados de bultos.

Allrianne se detuvo, mordiéndose el labio, pensativa.

—Creo que voy a necesitar un caballo de carga.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Vin.

—Voy con vosotros —respondió Allrianne—. Brisi dice que tengo que salir de la ciudad. Es un hombre muy tonto en ocasiones, pero puede ser muy testarudo. Se pasó toda la conversación aplacándome... ¡como si yo no reconociera su contacto a estas alturas!

Allrianne hizo una señal a uno de los criados, que corrió a traer a un mozo de cuadras.

—Va a ser un viaje duro —dijo Elend—. No creo que puedas mantener el ritmo.

Allrianne puso los ojos en blanco.

—¡Vine a caballo desde el Dominio Occidental! Creo que podré conseguirlo. Además, Vin está herida, así que no iréis *tan* rápido.

—No te queremos —dijo Vin—. No nos fiamos de ti... y no nos gustas.

Elend cerró los ojos. *Querida, brusca Vin.*

Allrianne soltó una risita mientras el criado regresaba con dos caballos y empezaba a cargar uno.

—Tonta Vin —dijo—. ¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que hemos compartido?

—¿Compartido? Allrianne, fuimos de compras juntas *una vez*.

—Y noté que nos llevábamos muy bien —dijo Allrianne—. ¡Vaya, prácticamente somos hermanas!

Vin dirigió a la muchacha una mirada de ira.

—Sí —dijo Allrianne—, y tú *decididamente* eres la hermana mayor, la hermana aburrida.

Sonrió dulcemente y montó sin problemas en su silla, demostrando una considerable habilidad como amazona. Un criado acercó el caballo de carga y le ató las riendas a la silla de Allrianne.

—Muy bien, Elend querido —dijo—. Estoy lista. Vamos.

Elend miró a Vin, quien sacudió la cabeza con expresión sombría.

—Podéis dejarme atrás si queréis —dijo Allrianne—, pero os seguiré y me meteré en líos, y entonces tendréis que venir a salvarme. ¡Y no intentéis fingir que no lo haréis!

Elend suspiró.

—Muy bien. Vamos.

Salieron lentamente de la ciudad, Elend y Vin delante, con Fantasma guiando sus caballos de carga y Allrianne cabalgando a su lado. Elend mantuvo la cabeza alta, pero eso solo le permitió ver las caras que asomaban a las ventanas y puertas cuando pasaban. Pronto, una pequeña multitud empezó a seguirlos, y aunque no podía oír lo que susurraban imaginaba lo que decían.

El rey. El rey nos abandona...

Sabía que muchos de ellos seguían sin comprender que lord Penrod estuviera en el trono. Elend apartó la mirada de un callejón, donde vio muchos ojos observándolo. Había miedo en aquellos ojos. Esperaba ver acusación, pero en cierto modo su fatalista resignación era aún más descorazonadora. Esperaban que huyera. Esperaban que los abandonara. Era uno de los pocos lo suficientemente rico, y lo suficientemente poderoso, para poder escapar. Pues claro que huía.

Cerró los ojos, tratando de tragarse los remordimientos. Deseó haberse podido marchar de noche por el paso en la muralla que había seguido la familia de Ham. Sin embargo, era importante que Straff viera que Elend y Vin se marchaban, para que comprendiera que podía tomar la ciudad sin atacar.

Volveré, le prometió Elend al pueblo. *Os salvaré. Por ahora, es mejor que me marche.*

Ante ellos apareció la enorme Puerta de Estaño. Elend espoleó su caballo y se adelantó a la silenciosa corte de seguidores. Los guardias de las puertas ya tenían sus órdenes. Elend los saludó con la cabeza, refrenando su caballo, y los hombres abrieron las puertas. Vin y los demás se reunieron con él en la salida.

—Dama Heredera —preguntó en voz baja uno de los guardias—. ¿Tú también te marchas?

Vin se volvió a mirarlo.

—Paz —dijo—. No os abandonamos. Vamos a buscar ayuda.

El soldado sonrió.

¿Cómo puede confiar en ella tan fácilmente?, pensó Elend. ¿O es que solo le queda la esperanza?

Vin obligó a su caballo a darse la vuelta y se encaró a la multitud mientras se bajaba la capucha.

—Regresaremos —prometió. No parecía tan nerviosa como cuando se enfrentaba a la gente que la reverenciaba.

Desde anoche, algo ha cambiado en ella, pensó Elend.

Los soldados saludaron. Elend les devolvió el saludo; luego le hizo un gesto a Vin. Abrió la marcha al galope, hacia la carretera que conducía al norte... un camino que les permitiría bordear el ala oeste del ejército de Straff.

No habían llegado muy lejos cuando un grupo de jinetes los interceptó. Elend se encogió en su caballo, dirigiendo una mirada a Fantasma y los animales de carga. La que le llamó la atención, sin embargo, fue Allrianne: cabalgaba con sorprendente eficacia, con una expresión decidida en el rostro. No parecía nerviosa en lo más mínimo.

A su lado, Vin se quitó la capucha y sacó un puñado de monedas. Las lanzó al aire, y echaron a volar hacia delante a una velocidad que Elend no había visto imprimir nunca, ni siquiera a otros alomantes. *¡Lord Legislador!*, pensó con sorpresa mientras las monedas zumbaban y desaparecían más rápido de lo que podía seguirlas con la vista.

Los soldados cayeron, y Elend apenas oyó el tintineo del metal contra el metal por encima del sonido del viento y los cascos de los caballos. Cabalgó directamente hacia el centro del caótico grupo de hombres, muchos de los cuales habían sido derribados y estaban moribundos.

Las flechas empezaron a caer, pero Vin las dispersó sin agitar siquiera una mano. Elend advirtió que había abierto la bolsa de peltre y soltaba polvo tras ella, empujando parte del mismo hacia los lados.

Las siguientes flechas no tendrán la punta de metal, pensó Elend, nervioso. Los soldados recomponían la formación, gritando.

—Os alcanzaré —dijo Vin, y saltó del caballo.

—¡Vin! —gritó Elend, haciendo volverse a su montura. Allrianne y Fantasma pasaron de largo, cabalgando a toda velocidad. Vin aterrizó y, sorprendentemente, ni siquiera se detuvo antes de echar a correr. Tragó un frasco de metal y luego miró a los arqueros.

Volaron las flechas. Elend maldijo, pero espolgó su caballo para entrar en acción. Poco podía hacer. Cabalgó encogido, rodeado por una lluvia de flechas. Una le pasó a centímetros de la cabeza.

Y de repente las flechas dejaron de caer. Elend miró hacia atrás con los dientes apretados. Vin tenía delante una nube de polvo. *El polvo de peltre*,

pensó Elend. *Se está empujando en él... empuja los copos por el suelo, levantando polvo y ceniza.*

Una enorme ola de polvo, metal y ceniza chocó contra los arqueros, barriéndolos. Revoloteó en torno a los soldados, que maldijeron y se cubrieron; algunos cayeron al suelo llevándose las manos a la cara.

Vin volvió a montar y se alejó al galope de la agitada masa de partículas impulsadas por el viento. Elend refrenó su montura para que pudiera alcanzarlo. El ejército era un caos tras ellos, con hombres dando órdenes y gente corriendo por todas partes.

—¡Acelera! —dijo Vin mientras se acercaba—. ¡Casi estamos fuera del alcance de sus flechas!

No tardaron en unirse a Allrianne y Fantasma. *No estamos fuera de peligro... mi padre todavía puede decidir perseguirnos.*

Pero los soldados no podían haber confundido a Vin. Si Elend no se equivocaba, Straff los dejaría escapar. Su principal objetivo era Luthadel. Podía perseguir a Elend más tarde; de momento se contentaría con ver marchar a Vin.

—Muchísimas gracias por ayudarme a escapar —dijo de repente Allrianne, observando al ejército—. Me marcho.

Con eso, se desvió con sus dos caballos hacia las colinas del oeste.

—¿Qué? —preguntó Elend, sorprendido, deteniéndose junto a Fantasma.

—Déjala —dijo Vin—. No tenemos tiempo.

Bueno, eso resuelve un problema, pensó Elend, dirigiendo su caballo hacia el camino del norte. *Adiós, Luthadel. Volveré por ti más adelante.*

—BUENO, ESO RESUELVE UN PROBLEMA —comentó Brisa desde la cima de la muralla mientras contemplaba al grupo de Elend desaparecer tras una colina. Al este, una enorme columna de humo, de origen todavía desconocido, se alzaba en el campamento koloss. Al oeste, el ejército de Straff se agitaba, azuzado por la huida.

Al principio, a Brisa le había preocupado la seguridad de Allrianne, pero luego se dio cuenta de que, incluso con el ejército enemigo a las puertas, no había lugar más seguro para ella que junto a Vin. Mientras Allrianne no se alejara demasiado de los demás, estaría a salvo.

Un grupo silencioso acompañaba a Brisa en la muralla, y por una vez apenas tocó sus emociones. Su solemnidad le parecía apropiada. El joven

capitán Demoux se encontraba junto al viejo Clubs, y el pacífico Sazed junto a Ham el guerrero. Juntos contemplaban la semilla de esperanza que habían lanzado a los vientos.

—Esperad —dijo Brisa, frunciendo el ceño—. ¿No se suponía que Tindwyl iba a acompañarlos?

Sazed negó con la cabeza.

—Decidió quedarse.

—¿Y por qué? —preguntó Brisa—. ¿No la oí farfullar algo sobre no entrometerse en las disputas locales?

Sazed volvió a negar.

—No sé, lord Brisa. Es una mujer difícil de comprender.

—Todas lo son —murmuró Clubs.

Sazed sonrió.

—Sea como sea, parece que nuestros amigos han escapado.

—Que el Superviviente los proteja —dijo Demoux en voz baja.

—Así sea —dijo Sazed.

Clubs bufó. Con un brazo apoyado en las almenas, se volvió a mirar a Sazed con gesto torcido.

—No lo animes.

Demoux se puso rojo, luego se dio la vuelta y se marchó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Brisa, curioso.

—El chico ha estado predicando su fe a mis soldados —respondió Clubs—.

Le dije que no quería que esa tontería les nublara la mente.

—No es ninguna tontería, lord Cladent —dijo Sazed—. Es fe.

—¿De verdad crees que *Kelsier* va a proteger a esa gente?

Sazed vaciló.

—Ellos lo creen, y eso es lo que...

—No —lo cortó Clubs con una mueca—. Eso *no es* suficiente, terrisano. La gente se engaña a sí misma al creer en el Superviviente.

—Tú creías en él —dijo Sazed. Brisa estuvo tentado de aplacarlo para que la discusión fuera menos tensa, pero Sazed ya parecía completamente calmado —. Le seguiste. Creíste lo suficiente en el Superviviente para derrocar el Imperio Final.

Clubs puso mala cara.

—No me gusta tu ética, terrisano, nunca me ha gustado. Nuestra banda, la banda de *Kelsier*, luchó por liberar a este pueblo porque era *lo adecuado*.

—Porque creíais que era lo adecuado.

—¿Y qué crees tú que es lo adecuado, terrisano?

—Eso depende —dijo Sazed—. Hay muchos sistemas diferentes con muchos valores dignos diferentes.

Clubs asintió y luego le dio la espalda, como si la discusión hubiera terminado.

—Espera, Clubs —dijo Ham—. ¿No vas a responder a eso?

—Ha dicho suficiente —respondió Clubs—. Su fe depende de la situación. Para él, incluso el lord Legislador era una deidad porque el pueblo lo adoraba... o estaba obligado a adorarlo. ¿Tengo razón, terrisano?

—En cierto modo, lord Cladent —dijo Sazed—. Aunque el lord Legislador podría haber sido una excepción.

—Pero sigues conservando archivos y recuerdos de las prácticas del Ministerio de Acero, ¿no? —preguntó Ham.

—Sí —admitió Sazed.

—La situación —escupió Clubs—. Al menos ese necio de Demoux tuvo el sentido común de elegir *una* cosa en la que creer.

—No desprecies la fe de alguien simplemente porque tú no la compartas, lord Cladent —dijo Sazed, sin alterarse.

Clubs volvió a bufar.

—Todo es muy fácil para ti, ¿no? Creer en todo, y no tener que elegir.

—Yo diría que es más difícil creer como yo lo hago pues hay que aprender a incluir y a aceptar.

Clubs hizo un gesto despectivo con la mano y se dispuso a bajar cojeando las escaleras.

—Como prefieras. Tengo que ir a preparar a mis muchachos para morir.

Sazed lo vio marchar, con el ceño fruncido. Brisa lo aplacó a fondo, calmándolo su malestar.

—No le hagas caso, Sazed —dijo Ham—. Todos estamos un poco nerviosos últimamente.

Sazed asintió.

—Aun así, plantea buenos argumentos... argumentos a los que no había tenido que enfrentarme antes. Hasta este año, mi deber era recopilar, estudiar y recordar. Me sigue resultando muy difícil poner una creencia por detrás de otra, aunque esa creencia se basara en un hombre que sé que era mortal.

Ham se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Tal vez Kel *esté* por ahí en alguna parte, cuidando de nosotros.

No, pensó Brisa. Si lo estuviera no habríamos acabado aquí, esperando la muerte, encerrados en la ciudad que tendríamos que haber salvado.

—De todas maneras —dijo Ham—, sigo queriendo saber de dónde sale ese humo.

Brisa contempló el campamento koloss. La oscura columna estaba demasiado en el centro para proceder de las hogueras que usaban para cocinar.

—¿De las tiendas?

Ham negó con la cabeza.

—Elend dijo que solo había un par de tiendas, muy pocas para tanto humo. Ese fuego lleva ardiendo un buen rato.

Brisa sacudió la cabeza. *Supongo que en realidad ya no importa.*

STRAFF VENTURE VOLVIÓ A TOSER, encogido en su silla. Tenía los brazos sudorosos y las manos le temblaban.

No estaba mejorando.

Al principio había creído que los escalofríos se debían al nerviosismo. Había sido una noche difícil. Había enviado a los asesinos tras Zane, y luego se había librado de morir a manos del loco nacido de la bruma. Sin embargo, durante la noche los temblores de Straff no habían disminuido sino todo lo contrario. No se debían solo al nerviosismo; tenía alguna enfermedad.

—¡Majestad! —llamó una voz desde el exterior.

Straff se incorporó, tratando de parecer lo más digno posible, a pesar de lo cual el mensajero se detuvo a la entrada de la tienda, pues advirtió la piel pálida y los ojos cansados del rey.

—Mi... señor —dijo el mensajero.

—Habla, hombre —lo cortó Straff, tratando de aparentar un aplomo que no sentía—. Acaba de una vez.

—Jinetes, mi señor. ¡Han abandonado la ciudad!

—¿Qué? —Straff apartó la manta y se levantó. Consiguió incorporarse a pesar del mareo—. ¿Por qué no se me ha comunicado?

—Pasaron muy deprisa, mi señor —dijo el mensajero—. Apenas tuvimos tiempo de enviar una partida para interceptarlos.

—Los capturasteis, supongo —dijo Straff, apoyándose en la silla.

—Lo cierto es que han escapado, mi señor —dijo lentamente el mensajero.

—¿Qué? —Straff se dio la vuelta, iracundo. Con el movimiento el mareo le nubló la vista. Se tambaleó, tuvo que sujetarse a la silla y consiguió desplomarse en ella en vez de en el suelo.

—¡Traed al médico! —oyó gritar al mensajero—. ¡El rey está enfermo!

No, pensó Straff, aturdido. *No, esto ha sido demasiado rápido. No puede ser una enfermedad.*

Las últimas palabras de Zane. ¿Cuáles habían sido? *Un hombre no debe matar a su padre.*

Mentiroso.

—Amaranta —croó Straff.

—¿Mi señor? —preguntó una voz. Bien. Había alguien con él.

—Amaranta —repitió—. Tráela.

—¿Tu amante, mi señor?

Straff se obligó a permanecer consciente. Poco a poco, recuperó la capacidad visual y el sentido del equilibrio. Tenía al lado a uno de los guardias de la puerta. ¿Cómo se llamaba? Grent.

—Grent —dijo Straff, tratando de imponerse—. Tienes que traerme a Amaranta. ¡Ahora!

El soldado vaciló, luego salió corriendo de la tienda. Straff se concentró en su respiración. Inspiró, espiró. Inspiró, espiró. Zane era una serpiente. Inspiró, espiró. Inspiró, espiró. Zane no había querido usar el cuchillo... no, eso era de esperar. Inspiró, espiró. Pero ¿cuándo había tomado el veneno? Straff se había sentido enfermo todo el día anterior.

—¿Mi señor?

Amaranta se encontraba en la puerta. Antaño había sido hermosa, antes de que la edad la alcanzara... como les pasaba a todas. Parir destruía a la mujer. Tan succulenta como había sido, con sus pechos suaves y firmes, su piel inmaculada...

Estás divagando, se dijo Straff. *Concéntrate.*

—Necesito... antídoto —logró decir, concentrándose en la Amaranta actual: la mujer de treinta años, aquella vieja todavía útil que lo mantenía vivo a pesar de los venenos de Zane.

—Naturalmente, mi señor —dijo Amaranta, acercándose a su mueble de las medicinas para sacar los ingredientes necesarios.

Straff se acomodó, concentrándose en su respiración. Amaranta debía de haber notado su urgencia, pues ni siquiera había tratado de hacer que se

acostara con ella. La vio trabajar, sacar su hornillo y sus ingredientes. Tenía que... encontrar... a Zane.

Amaranta no lo estaba haciendo bien.

Straff quemó estaño. El súbito destello de sensibilidad casi lo cegó, incluso en la penumbra de la tienda, y sus dolores y escalofríos se volvieron agudos y agónicos. Pero la mente se le despejó como si de pronto se hubiera bañado en agua helada.

Amaranta no estaba preparando los ingredientes adecuados. Straff no sabía mucho de la fabricación de antídotos. Se había visto obligado a delegar esa función y concentrar sus esfuerzos en aprender a reconocer los detalles de los venenos, sus aromas, sus sabores, sus decoloraciones. Sin embargo, había visto a Amaranta preparar su antídoto en numerosas ocasiones. Y aquella vez lo estaba haciendo de manera distinta.

Se obligó a levantarse de la silla, avivando estaño, aunque eso le arrancaba lágrimas de los ojos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, acercándose a ella con paso inestable.

Amaranta alzó la cabeza, sorprendida. La culpa que destelló en sus ojos fue suficiente confirmación.

—¡Qué estás haciendo! —gritó Straff. El miedo le dio fuerzas mientras la agarraba por los hombros y la sacudía. Estaba débil, pero seguía siendo mucho más fuerte que ella.

La mujer agachó la cabeza.

—Tu antídoto, mi señor...

—¡Lo estás haciendo mal!

—Me ha parecido que estabas fatigado y que podía añadir algo para ayudarte a permanecer despierto.

Straff vaciló. Lo que decía parecía lógico, aunque le costaba pensar. Entonces, mirando a la mujer, advirtió algo. Su visión amplificada capaz de captar detalles invisibles a simple vista captó un atisbo de carne desnuda bajo su corpiño.

Con la mano rasgó el vestido y dejó la piel al descubierto. El pecho izquierdo de Amaranta (repulsivo para él, pues lo tenía un poco caído) estaba marcado, como por un cuchillo. Ninguna cicatriz era reciente, pero incluso en su estado de salud Straff reconoció el trabajo de Zane.

—¿Eres su amante? —preguntó.

—Es culpa tuya —susurró Amaranta—. Me abandonaste cuando envejecí y te di hijos. Todo el mundo me dijo que lo harías, pero yo esperaba...

Straff notó que se debilitaba. Mareado, apoyó una mano en el mueblecito de madera donde estaban los venenos.

—¿Por qué tuviste que quitarme también a Zane? —dijo ella, las mejillas arrasadas de lágrimas—. ¿Qué hiciste para apartarlo? ¿Para impedir que viniera a mí?

—Dejaste que me envenenara —dijo Straff, cayendo sobre una rodilla.

—Necio —escupió Amaranta—. Él no te envenenó nunca... ni una sola vez. Aunque, a petición mía, te hacía creer que lo había hecho. Y cada vez acudías corriendo a mí. Sospechabas de todo lo que hacía Zane... y, sin embargo, ni una sola vez te paraste a pensar qué había en el «antídoto» que yo te daba.

—Me hacía sentirme mejor —murmuró Straff.

—Eso es lo que pasa cuando eres adicto a una droga, Straff —susurró Amaranta—. Cuando la consigues, te sientes mejor. Cuando no la tienes... mueres.

Straff cerró los ojos.

—Ahora eres mío, Straff —dijo ella—. Puedo hacerte...

Straff gritó, haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban y abalanzándose contra la mujer. Ella dejó escapar un chillido de sorpresa cuando él la agarró y la empujó al suelo.

Después ya no dijo nada, porque las manos de Straff se cerraron en torno a su cuello. Se debatió un poco, pero Straff pesaba más que ella. Quería exigirle el antídoto, obligarla a salvarlo, pero no pensaba con claridad. Su visión empezó a nublarse, su mente a oscurecerse.

Cuando recuperó el sentido, Amaranta estaba azul y muerta en el suelo. No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba a horcajadas sobre su cadáver. Se apartó del cuerpo y se acercó al mueble abierto. De rodillas, buscó el hornillo, pero sus manos temblorosas lo derribaron, derramaron el líquido caliente sobre el suelo.

Maldiciendo, agarró una jarra de agua fría y empezó a echarle manojos de hierbas. Se apartó de los cajones que contenían los venenos, ciñéndose a los que contenían los antídotos. Sin embargo, había muchas mezclas. Algunas cosas eran venenosas en grandes dosis, pero podían curar en cantidades más pequeñas. La mayoría era adictiva.

No tenía tiempo de preocuparse por eso: notaba la debilidad en sus articulaciones y apenas podía agarrar los puñados de hierbas. Trozos marrones

y rojos se le escaparon de los dedos mientras echaba un puñado tras otro en la mezcla.

Una de esas era la hierba a la que se había vuelto adicto. Cualquiera de las otras podía matarlo. Ni siquiera estaba seguro de cuáles eran las probabilidades.

Se bebió el mejunje de todas formas, engulléndolo entre jadeos, y luego se sumió en la inconsciencia.

No me cabe duda de que, si Alendi llega al Pozo de la Ascensión, tomará el poder y entonces, en nombre de un supuesto bien mayor, renunciará a él.

50



—¿ES ESTA LA GENTE QUE buscas, lady Cett?

Allrianne oteó el valle y el ejército, y luego miró al bandido, Hobart. Él sonrió ansiosamente, o más bien lo intentó. Hobart tenía menos dientes que dedos, y de estos le faltaban un par.

Allrianne le sonrió sin desmontar de su caballo. Montaba como una amazona, sujetando levemente las riendas con las manos.

—Sí, creo que sí, maese Hobart.

Hobart miró su banda de ladrones, sonriendo. Allrianne los encendió a todos un poco, recordándoles cuánto querían la recompensa prometida. El ejército de su padre se extendía ante ellos en la distancia. Había deambulado un día entero, viajando hacia el oeste, buscándolo. Pero se había encaminado en la dirección equivocada. De no haberse topado con la pequeña banda de Hobart, se habría visto obligada a dormir al raso.

Y eso habría sido bastante desagradable.

—Vamos, maese Hobart —dijo, haciendo avanzar su caballo—, vayamos a reunirnos con mi padre.

El grupo la siguió alegramente; uno de los hombres guiaba el caballo de carga. Había cierto encanto en la gente sencilla como los hombres de la banda de Hobart. En realidad solo querían tres cosas: dinero, comida y sexo. Y, normalmente, podían servirse de la primera para conseguir las otras dos. Cuando se topó con el grupo, Allrianne bendijo su fortuna, a pesar de que ellos le habían tendido una emboscada en una colina, con la intención de

robarle y violarla. Otro encanto de hombres como aquellos era que tenían muy poca experiencia con la alomancia.

Allrianne mantuvo una firme tenaza sobre sus emociones mientras cabalgaban hacia el campamento. No quería que llegaran a ninguna conclusión decepcionante, como «los rescates suelen ser mayores que las recompensas». No podía controlarlos por completo, por supuesto, solo influir en ellos. Sin embargo, era bastante fácil leer lo que se les pasaba por la cabeza a hombres tan elementales. Era divertido lo rápido que una promesa de riqueza podía convertir a unos brutos prácticamente en unos caballeros.

Naturalmente, tampoco suponía un gran desafío tratar con hombres como Hobart. No... ningún desafío, como había pasado con Brisi. *Eso* sí que había resultado divertido. Y gratificante también. Dudaba que fuera a volver a encontrar a un hombre tan consciente de sus emociones, y tan consciente de las emociones de los demás, como Brisi. Conseguir que la amara un hombre como él, tan experto en la alomancia, tan convencido de que su edad lo hacía inadecuado para ella... bueno, eso había sido un verdadero logro.

Ah, Brisi, pensó mientras dejaban atrás el bosque y se acercaban al ejército. *¿Comprende alguno de tus amigos lo noble que eres?*

Lo cierto era que no lo trataban muy bien. Naturalmente, era de esperar. Eso era lo que Brisi quería. Es más fácil manipular a la gente que te subestima. Sí, Allrianne comprendía eso bastante bien, pues había pocas cosas que se rechazaran más rápidamente que una muchacha joven y tonta.

—¡Alto! —manifestó un soldado que se acercó cabalgando con una guardia de honor. Tenían las espadas desenvainadas—. ¡Apartaos de ella!

Oh, venga ya, pensó Allrianne, poniendo los ojos en blanco. Encendió al grupo de soldados para que mantuvieran la calma. No quería ningún accidente.

—Por favor, capitán —dijo mientras Hobart y los de su banda desenvainaban, agrupados a su alrededor, algo inseguros—. Estos hombres me han rescatado de la salvaje maleza y me han traído a salvo a casa, con gran riesgo y coste personal.

Hobart asintió firmemente, un gesto que estropeó un poco cuando se limpió la nariz en la manga. El capitán miró al grupo de bandidos, harapientos y manchados de ceniza, y luego frunció el ceño.

—Encárgate de que estos hombres reciban una buena comida, capitán —dijo ella con magnanimidad, espoleando su caballo—. Y búscales un sitio para

que pasen la noche. Hobart, te enviaré tu recompensa en cuanto me reúna con mi padre.

Bandidos y soldados avanzaron tras ella, y Allrianne se aseguró de encender a ambos grupos, aumentando su sensación de confianza. Resultó difícil con los soldados, sobre todo cuando el viento cambió y les llevó el hedor de los bandidos. Con todo, llegaron al campamento sin incidentes.

Los grupos se separaron, Allrianne entregó sus caballos a un sirviente y pidió a un paje que avisara a su padre de su regreso. Se sacudió el vestido de montar y luego recorrió el campamento, sonriendo amablemente y anhelando un baño y las otras comodidades, por llamarlas de alguna manera, que el ejército podía proporcionar. Sin embargo, antes tenía asuntos que atender.

A su padre le gustaba pasar las tardes en el pabellón abierto, y allí estaba sentado en aquel momento, discutiendo con un mensajero. Volvió la cabeza cuando Allrianne entró, sonriendo dulcemente a los lores Galivan y Detor, los generales de su padre.

Cett estaba sentado en una silla alta para ver bien la mesa y sus mapas.

—Bueno, maldición —dijo—. Has vuelto.

Allrianne sonrió, se acercó a la mesa y le echó un vistazo al mapa. Detallaba las líneas de suministros hasta el Dominio Occidental. Lo que vio no era bueno.

—¿Rebeliones en casa, padre?

—Y rufianes atacando mis carros de suministros —dijo Cett—. Ese muchacho Venture los sobornó, estoy seguro.

—Sí que lo ha hecho. Pero eso ahora no tiene importancia. ¿Me has echado de menos? —dijo Allrianne, asegurándose de empujar con fuerza su sentido de la devoción.

Cett bufó, mesándose la barba.

—Chiquilla idiota. Tendría que haberte dejado en casa.

—¿Para qué hubiera caído presa de tus enemigos cuando iniciaron la rebelión? —preguntó ella—. Ambos sabemos que lord Yomen iba a actuar en el mismo instante en que retiraras tus ejércitos del dominio.

—¡Y yo tendría que haber dejado que ese maldito obligador se quedara contigo!

Allrianne abrió mucho la boca.

—¡Padre! Yomen me habría hecho prisionera para pedir rescate por mí. Ya sabes cómo me marchito cuando estoy encerrada.

Cett la miró, y luego, aparentemente a su pesar, se echó a reír.

—Le habrías hecho darte comidas exquisitas desde el primer día. Tal vez *tendría* que haberte dejado atrás. Así, al menos, habría sabido dónde estabas en vez de preocuparme por dónde estarías. No habrás traído a ese idiota de Brisa contigo, ¿verdad?

—¡Padre! Brisi es un buen hombre.

—Los hombres buenos mueren rápido en este mundo, Allrianne —dijo Cett—. Lo sé bien: he matado a un montón de ellos.

—Oh, sí, eres muy sabio. Y adoptar una postura agresiva contra Luthadel ha tenido un resultado *enormemente* positivo, ¿verdad? ¿Cuándo tuviste que huir con el rabo entre las piernas? Si la querida Vin tuviera tan poca conciencia como tú, estarías muerto.

—Esa «conciencia» no le impidió matar a trescientos de mis hombres.

—Es una joven muy confundida —dijo Allrianne—. Sea como sea, me siento obligada a recordarte que yo tenía razón. Tendrías que haberte aliado con el muchacho Venture en vez de amenazarlo. ¡Eso significa que me debes cinco vestidos nuevos!

Cett se frotó la frente.

—Esto no es un maldito juego, niña.

—La moda, padre, no es ningún *juego* —dijo Allrianne con firmeza—. No puedo encandilar a las tropas de bandidos para que me traigan de vuelta a casa si parezco una rata callejera, ¿no?

—¿Más bandidos, Allrianne? —preguntó Cett con un suspiro—. ¿Sabes cuánto tardamos en deshacernos del último grupo?

—Hobart es un hombre maravilloso —dijo Allrianne, picada—. Por no mencionar que tiene buenos contactos en la comunidad local de ladrones. Dale un poco de oro y unas cuantas prostitutas, y puede que le convenzas para que te ayude con todos esos malnacidos que están atacando tus líneas de suministros.

Cett vaciló, mirando el mapa. Luego se mesó la barba, pensativo.

—Bueno, has vuelto —dijo por fin—. Supongo que tendremos que cuidar de ti. Imagino que querrás que alguien cargue con una litera mientras volvemos a casa...

—Lo cierto es que no vamos a regresar al dominio —dijo Allrianne—. Vamos a volver a Luthadel.

Cett no rechazó de inmediato el comentario; solía darse cuenta de cuándo ella hablaba en serio. Sacudió la cabeza.

—Luthadel no tiene nada para nosotros, Allrianne.

—Tampoco podemos volver al dominio. Nuestros enemigos son demasiado fuertes, y algunos de ellos tienen alomantes. Por eso tuvimos que venir aquí, para empezar. No podemos dejar la zona hasta que tengamos dinero o aliados.

—No hay dinero en Luthadel —dijo Cett—. Creo a Venture cuando dice que el atium no está allí.

—Estoy de acuerdo. Registré bien el palacio y no encontré ni pizca. Eso significa que tenemos que salir de aquí con amigos en vez de con dinero. Volver, esperar a que empiece una batalla y ayudar al bando que parezca que va a ganar. Se sentirán en deuda con nosotros... puede que incluso decidan dejarnos vivir.

Cett tardó un rato en hablar.

—Eso no va a ayudar a salvar a tu amigo Brisa, Allrianne. Su facción es la más débil, con diferencia... Incluso aliándonos con el muchacho Venture, dudo que pudiéramos derrotar a Straff o a los koloss. No si no podemos acceder a las murallas de la ciudad ni tenemos tiempo de sobra para prepararnos. Si volvemos, será para ayudar a los enemigos de tu Brisa.

Allrianne se encogió de hombros. *No puedes ayudarle si no estás allí, padre*, pensó. *Van a perder de todas formas: si estás en la zona, cabe la posibilidad de que acabes ayudando a Luthadel*.

Una posibilidad muy pequeña, Brisa. Es lo mejor que puedo ofrecerte. Lo siento.

ELEND VENTURE DESPERTÓ EN SU tercer día fuera de Luthadel, sorprendido de lo descansado que podía sentirse tras una noche en una tienda en medio de la nada. Naturalmente, en parte podía deberse a la compañía.

Vin yacía acurrucada junto a él en su petate, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Él había esperado que tuviera el sueño ligero, dado lo nerviosa que era, pero parecía sentirse cómoda durmiendo con él. Incluso pareció un poco menos ansiosa cuando la rodeó con sus brazos.

La miró amorosamente, admirando la forma de su rostro, los suaves rizos de su pelo negro. El corte en la mejilla era casi invisible ya, y se había quitado los puntos. Quemando lenta y constantemente peltre su cuerpo adquiría fuerzas para recuperarse. Ni siquiera le dolía ya el brazo izquierdo, a pesar del corte en el hombro, y su debilidad, fruto de la pelea, parecía desaparecida por completo.

Todavía no le había dado muchas explicaciones sobre aquella noche. Había combatido contra Zane (que al parecer era hermanastro de él), y TenSoon el kandra se había marchado. Sin embargo, ninguna de aquellas cosas podía haber causado la desazón que había sentido en ella cuando acudió a verlo a sus habitaciones.

No sabía que alguna vez obtendría las respuestas que quería. No obstante, empezaba a darse cuenta de que podía amarla, aunque no la entendiera del todo. Se inclinó y la besó en la coronilla.

Ella se puso tensa de inmediato, abriendo los ojos. Se sentó, exponiendo el torso desnudo, y luego miró alrededor. La tienda estaba tenueamente iluminada por la luz del amanecer. Finalmente, sacudió la cabeza, mirándolo.

—Ejerces una mala influencia sobre mí.

—¿Ah, sí? —preguntó él, sonriente, apoyado sobre un brazo.

Vin asintió, pasándose una mano por el pelo.

—Estás haciendo que me acostumbre a dormir por la noche. Además, ya no duermo vestida.

—Si lo hicieras, sería un poco incómodo.

—Sí, pero ¿y si nos atacaran durante la noche? Tendría que luchar desnuda.

—No me importaría ver eso.

Ella lo miró con reproche y luego echó mano a una camisa.

—Tú también eres una mala influencia para mí —dijo él, mientras la contemplaba vestirse.

Ella alzó una ceja.

—Haces que me relaje —dijo Elend—. Y que deje de preocuparme. He estado tan liado con los asuntos de la ciudad últimamente que había olvidado lo que es ser un recluso maleducado. Por desgracia, durante nuestro viaje he tenido tiempo para leer no solo uno, sino los *tres* volúmenes de *El arte de la erudición*, de Troubeld.

Vin bufó, arrodillada, mientras se ajustaba el cinturón. Luego se arrastró hacia él.

—No sé cómo puedes leer mientras cabalgas.

—Oh, es bastante fácil... si no les tienes miedo a los caballos.

—No les tengo miedo —dijo Vin—. Es que no les gusto. Saben que puedo correr más que ellos y eso les molesta.

—Oh, ¿es eso? —preguntó Elend, sonriendo, acercándose para que se colocara a horcajadas sobre él.

Ella asintió y se inclinó para besarlo. Sin embargo, se levantó un instante después. Apartó su mano cuando él intentó atraerla de nuevo.

—¿Después de todas las molestias que me he tomado para vestirme? Además, tengo hambre.

Elend suspiró y volvió a recostarse mientras ella salía de la tienda a la roja luz de la mañana. Se quedó allí un momento, apreciando en silencio su buena fortuna. Todavía no estaba seguro de cómo había funcionado su relación, ni de por qué le hacía tan feliz, pero estaba más que dispuesto a disfrutar de la experiencia.

Al cabo de un rato, buscó la ropa. Solo había traído un uniforme de los bonitos y el de montar, y no quería llevarlos demasiado a menudo. Ya no tenía criados que le lavaran la ceniza de la ropa; de hecho, a pesar de la doble puerta de lona de la tienda, un poco de ceniza había logrado colarse en el interior durante la noche. Estaban lejos de la ciudad y no había obreros que barriera la ceniza, que se colaba por todas partes.

Se puso por tanto un atuendo más sencillo: un par de pantalones de montar, no muy diferentes a los que Vin llevaba a menudo, con una camisa gris abotonada y una casaca oscura. Nunca se había visto obligado hasta entonces a recorrer grandes distancias a caballo (prefería los carroajes), pero Vin y él se estaban tomando el viaje con relativa calma. No había ninguna prisa, en realidad. Los exploradores de Straff no los habían seguido mucho trecho, y nada los esperaba en su destino. Tuvieron tiempo para cabalgar a placer, descansar, e incluso caminar para no agotarse demasiado a caballo.

En el exterior, encontró a Vin preparando la hoguera y a Fantasma cuidando de los caballos. El joven había viajado bastante, y sabía cómo atenderlos... algo que Elend, y eso le avergonzaba, no había aprendido nunca.

Elend se reunió con Vin junto a la hoguera. Permanecieron en silencio unos instantes mientras Vin agitaba las brasas. Parecía pensativa.

—¿Qué te ocurre?

Ella miró hacia el sur.

—Yo... —Sacudió la cabeza—. No es nada. Vamos a necesitar más madera.

Miró hacia un lado, donde se encontraba el hacha, junto a la tienda. El arma voló disparada hacia ella, tirada de la hoja. Vin se apartó y agarró el mango cuando pasaba entre Elend y ella. Luego se acercó a un árbol caído. Le dio dos golpes, lo abrió fácilmente y lo partió en dos.

—Tiene el don de hacer que los demás parezcamos un poco superfluos, ¿verdad? —dijo Fantasma, acercándose a Elend.

—A veces —sonrió Elend.

Fantasma sacudió la cabeza.

—Todo lo que yo oigo o veo, ella lo percibe mejor... y puede luchar con lo que encuentre. Cada vez que regreso a Luthadel, me siento... inútil.

—Pues imagina a una persona corriente. Tú al menos eres alomante.

—Tal vez —dijo Fantasma, mientras Vin seguía cortando leña—. Pero la gente te respeta, El. A mí me ignora.

—Yo no te ignoro, Fantasma.

—¿No? —preguntó el joven—. ¿Cuándo fue la última vez que hice algo importante para la banda?

—Hace tres días —respondió Elend—. Cuando accediste a venir con nosotros. No estás aquí solo para cuidar de los caballos, Fantasma: estás aquí por tus habilidades como explorador y ojo de estaño. ¿Sigues creyendo que nos siguen?

Fantasma vaciló, luego se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Creo que los exploradores de Straff se han dado la vuelta, pero veo algo allí atrás. Nunca logro verlo bien, lástima.

—Es el espíritu de la bruma —dijo Vin, dejando caer un haz de leña junto a la hoguera—. Nos persigue.

Fantasma y Elend compartieron una mirada. Luego Elend asintió, negándose a reaccionar a la incómoda mirada de Fantasma.

—Bueno, mientras se mantenga alejado, no es ningún problema, ¿no?

Vin se encogió de hombros.

—Espero que no. Pero si lo veis, llamadme. Los archivos dicen que puede ser peligroso.

—Muy bien —dijo Elend—. Eso haremos. Ahora, decidamos qué vamos a tomar para desayunar.

STRAFF DESPERTÓ. ESA FUE SU primera sorpresa.

Yacía en la cama, en su tienda. Se sentía como si alguien lo hubiera levantado y lanzado contra la pared unas cuantas veces. Gimió al sentarse. No había magulladuras en su cuerpo, pero le dolía, y la cabeza le daba vueltas. Uno de los médicos del ejército, un joven barbudo de ojos saltones, estaba sentado junto a su cama. El hombre estudió a Straff un instante.

—Deberías estar muerto, mi señor —dijo el joven.

—No lo estoy —respondió Straff, sentándose—. Dame un poco de estaño.

Un soldado se acercó con un frasco de metal. Straff lo apuró e hizo una mueca por lo seca y dolorida que tenía la garganta. Quemó estaño levemente, lo que hizo que le dolieran más las heridas... pero había llegado a depender de la ligera excitación que le proporcionaban sus sentidos ampliados.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Casi tres días, mi señor —dijo el médico—. Nosotros... no estábamos seguros de qué habías ingerido, ni por qué. Pensamos en darte algo para hacerte vomitar, pero parecía que habías tomado la dosis a propósito, así que...

—Hicisteis bien —dijo Straff, mirándose la mano. Todavía le temblaba un poco y no podía controlar el temblor—. ¿Quién está al mando del ejército?

—El general Janarle.

Straff asintió.

—¿Por qué no me ha mandado matar?

El médico parpadeó sorprendido y miró a los soldados.

—Mi señor —dijo Grent, el soldado—, ¿quién se atrevería a traicionarte? Quien lo intentara acabaría muerto en su tienda. El general Janarle estaba preocupadísimo por tu seguridad.

Naturalmente, advirtió Straff con sorpresa. No saben que Zane ya no está. Todos creen que si muero Zane tomará el control, o se vengará de aquellos que considere responsables. Straff soltó una risotada, sorprendiendo a los soldados que lo miraban. Zane había intentado matarlo, pero le había salvado accidentalmente la vida gracias a su reputación.

Te derroté. Te has ido, y yo estoy vivo. Eso, naturalmente, no significaba que Zane no fuera a regresar... pero, claro, tal vez no lo hiciera. Tal vez, solo tal vez, Straff se hubiera librado de él para siempre.

—La nacida de la bruma de Elend —dijo Straff de repente.

—Los seguimos durante un trecho, mi señor —contestó Grent—. Pero se alejaron demasiado del ejército y lord Janarle ordenó a los exploradores que regresaran. Parece que se dirige a Terris.

—¿Quién más iba con ella?

—Creemos que tu hijo Elend escapó también —dijo el soldado—. Pero puede que fuera un sueño.

Zane lo logró, pensó Straff, atónito. Logró deshacerse de ella.

A menos que fuera algún tipo de truco. Pero, entonces...

—¿El ejército koloss? —preguntó Straff.

—Ha habido muchas luchas en sus filas últimamente, señor —informó Grent—. Las bestias parecen más inquietas.

—Ordene a nuestro ejército que levante el campamento —dijo Straff—. Inmediatamente. Nos retiramos al Dominio Septentrional.

—¿Mi señor? —preguntó Grent, sorprendido—. Creo que lord Janarle está planeando un asalto, esperando solo tu orden. La ciudad está débil y su nacida de la bruma se ha marchado.

—Vamos a retirarnos —contestó Straff, sonriendo—. Durante un tiempo, al menos.

Luego veremos si este plan tuyo funciona, Zane.

SAZED ESTABA SENTADO EN UNA pequeña habitación de la cocina, con las manos sobre la mesa, un anillo metálico brillante en cada dedo. Eran pequeños, para ser mentes de metal, pero almacenar atributos feruquínicos llevaba tiempo. Hacían falta semanas para llenar aunque fuera un anillo de metal, y apenas tenía días. De hecho, a Sazed le sorprendía que los koloss hubieran esperado tanto.

Tres días. No era mucho tiempo, pero sospechaba que necesitaría toda la ventaja posible en el conflicto que se avecinaba. Hasta el momento había podido almacenar una pequeña cantidad de cada atributo. Suficiente para impulsarse en una emergencia, cuando sus otras mentes de metal se agotaran.

Clubs entró cojeando en la cocina. Sazed lo veía borroso. Incluso con las gafas que llevaba para compensar la visión que estaba almacenando en una mentestaño le costaba trabajo verlo.

—Ya está —dijo Clubs, con voz apagada: otra mente de metal ocupaba el sentido del oído de Sazed—. Se han ido por fin.

Sazed vaciló un momento, tratando de descifrar el comentario. Sus pensamientos se movían como a través de una sopa densa y pegajosa, y tardó un instante en comprender lo que Clubs había dicho.

Se han ido. Las tropas de Straff. Se han retirado. Tosió suavemente antes de responder.

—¿Llegó a contestar a alguno de los mensajes de lord Penrod?

—No —contestó Clubs—. Pero ejecutó al último mensajero.

Bueno, eso no es buena señal, pensó Sazed lentamente. De todas formas, no había habido muchas buenas señales en los últimos días. La ciudad estaba al borde de la hambruna y la breve tregua del frío se había terminado. Nevaría

esa noche, si Sazed no se equivocaba. Eso le hacía sentirse aún más culpable por estar sentado en el rinconcito de la cocina, junto a un cálido fuego, tomando caldo mientras sus mentes de metal sangraban su fuerza, salud, sentidos y poder de pensamiento. Rara vez había intentado llenar tantas a la vez.

—No tienes buen aspecto —comentó Clubs, sentándose.

Sazed parpadeó y reflexionó.

—Mi... menteoro —dijo lentamente— extrae mi salud y la almacena. —Miró el cuenco de caldo—. Debo comer para no quedarme sin fuerzas —dijo, preparándose mentalmente para dar un sorbo.

Era un proceso extraño. Sus pensamientos se movían tan despacio que tardaba un momento en decidir comer. Luego su cuerpo reaccionaba lentamente, y el brazo tardaba unos segundos en moverse. Incluso entonces, los músculos vacilaban, su fuerza extraída y almacenada en su mentepeltre. Finalmente pudo llevarse una cucharada a los labios y dar un silencioso sorbo. No sabía a nada: estaba llenando también la reserva de olfato y, sin él, el sabor perdía mucho.

Probablemente tendría que haberse acostado, pero de haberlo hecho se hubiese quedado dormido casi con toda seguridad. Y, mientras dormía, no podía llenar mentes de metal... o, al menos, solo podía llenar una. Una mentebronce, el metal que almacenaba capacidad para mantenerse en vela, lo obligaría a dormir más a cambio de permitirle pasarse más tiempo sin dormir en otra ocasión.

Sazed suspiró, soltó con cuidado la cuchara y tosió. Había hecho todo lo posible para evitar el conflicto. Su mejor plan había sido enviar una carta a lord Penrod, instándole a informar a Straff Venture de que Vin se había marchado de la ciudad. Tenía la esperanza de que Straff estuviera dispuesto a hacer un trato. Al parecer, esa táctica no había tenido éxito. Nadie sabía nada de Straff desde hacía días.

Su perdición se acercaba como el inevitable amanecer. Penrod había permitido que tres grupos distintos de ciudadanos, uno de ellos de nobles, trataran de huir de Luthadel. Los soldados de Straff, más atentos desde la huida de Elend, los habían capturado y masacrado a los tres. Penrod incluso había enviado un mensajero a lord Jastes Lekal con la esperanza de llegar a algún trato con el caudillo sureño, pero el mensajero no había vuelto del campamento koloss.

—Bueno, al menos lo hemos retrasado unos cuantos días —dijo Clubs.

Sazed pensó un momento.

—Me temo que simplemente hemos retrasado lo inevitable.

—Pues claro. Pero ha sido un retraso importante. Elend y Vin estarán ya casi a cuatro días de distancia. Si la lucha hubiera empezado demasiado pronto, puedes apostar a que la pequeña señorita nacida de la bruma habría vuelto y se habría hecho matar intentando salvarnos.

—Ah —dijo Sazed lentamente, obligándose a tomar otra cucharada de caldo. La cuchara era un peso muerto en sus dedos entumecidos; su sentido del tacto, naturalmente, había sido trasladado a una mentestaño—. ¿Cómo van las defensas de la ciudad? —preguntó mientras se esforzaba con la cuchara.

—Fatal —contestó Clubs—. Veinte mil soldados pueden parecer muchos... pero intenta repartirlos por una ciudad tan grande.

—Pero los koloss no tienen equipo de asedio —dijo Sazed, concentrado en su cuchara—. Ni arqueros.

—Sí. Pero nosotros tenemos ocho puertas que proteger... y al menos cinco están al alcance de los koloss. Ninguna de esas puertas fue construida para soportar un ataque. Y, tal como estamos, apenas puedo apostar a dos mil guardias en cada puerta, pues no sé cuál atacarán primero los koloss.

—Oh —dijo Sazed en voz baja.

—¿Qué esperabas, terrisano? ¿Buenas noticias? Los koloss son más grandes, más fuertes y están mucho más locos que nosotros. Y tienen ventaja numérica.

Sazed cerró los ojos, con la cuchara temblequeante a medio camino de los labios. De repente sintió una debilidad que no estaba relacionada con sus mentes de metal. *¿Por qué no se fue Tindwyl con ellos? ¿Por qué no escapó?*

Al abrir los ojos, vio a Clubs llamando a una criada para que le trajera algo de comer. La muchachita regresó con un cuenco de sopa. Clubs lo miró con insatisfacción al principio, pero luego lo alzó con una mano nudosa y empezó a comer. Dirigió una mirada a Sazed.

—¿Esperas una disculpa por mi parte, terrisano? —preguntó entre cucharadas.

Sazed no respondió al instante.

—En absoluto, lord Cladent —dijo por fin.

—Bien. Eres una persona decente. Solo estás confundido.

Sazed sorbió su sopa, sonriendo.

—Es reconfortante oír eso. —Pensó un momento y dijo—: Lord Cladent, tengo una religión para ti.

Clubs frunció el ceño.

—No te rindes, ¿eh?

Sazed bajó la cabeza. Tardó un momento en recordar qué se le había ocurrido hacía un momento.

—Aquello que dijiste una vez, lord Cladent, sobre la ética de la situación, me hizo pensar en una fe conocida como Dadradah. Tenía seguidores de muchos pueblos y países; creían que solo había un Dios, y que solo había una forma de adorarlo.

Clubs bufó.

—En realidad no me interesa ninguna de tus religiones muertas, terrisano. Creo que...

—Eran artistas —dijo Sazed en voz baja.

Clubs vaciló.

—Pensaban que el arte acercaba a Dios. Les interesaban el color y sus tonalidades, y les gustaba escribir poemas para describir los colores que veían en el mundo a su alrededor.

Clubs guardó silencio.

—¿Por qué me hablas de esa religión? —preguntó—. ¿Por qué no has escogido una burda, como yo? ¿O una para adorar la guerra y a los soldados?

—Porque, lord Cladent —dijo Sazed. Parpadeó, recordando con esfuerzo con su mente nublada—, tú no eres así. Eso debes hacer, pero no eres así. Los otros olvidan, creo, que eras ebanista. Un artista. Cuando vivíamos en tu taller, a menudo te veía dando los últimos toques a las piezas que habían tallado tus aprendices. Veía el cuidado que ponías en ello. Ese taller no era una simple fachada para ti. Sé que lo echas de menos.

Clubs no respondió.

—Debes vivir como un soldado —continuó Sazed, sacando algo de su cinturón con mano débil—. Pero puedes seguir soñando como un artista. Toma. Hice esto para ti. Es un símbolo de la fe Dadradah. Para su pueblo, la llamada del arte era aún más elevada que la del sacerdocio.

Colocó sobre la mesa un disco de madera. Luego, con esfuerzo, le sonrió a Clubs. Hacía mucho que no predicaba una fe, y no estaba seguro de qué le había impulsado a ofrecerle esa a Clubs. Tal vez quería demostrarse que las religiones eran valiosas. Tal vez era por tozudez, una reacción contra las cosas que Clubs había dicho. Fuera como fuese, encontró satisfacción en la forma en que Clubs miró el sencillo disco de madera con la imagen tallada de un pincel.

La última vez que prediqué una fe, pensó, fue en aquella aldea del sur donde me encontró Marsh. ¿Qué habrá sido de él, por cierto? ¿Por qué no regresó a la ciudad?

—Tu mujer ha estado buscándote —dijo Clubs por fin, alzando la cabeza y dejando el disco sobre la mesa.

—*¿Mi mujer?* Oh, nosotros no...

Guardó silencio mientras Clubs lo miraba. El hosco general era muy hábil dirigiendo miradas significativas.

—Muy bien —dijo Sazed, suspirando. Se miró los dedos y los diez anillos brillantes que llevaba. Cuatro eran de estaño: vista, oído, olfato y tacto. Continuó llenándolos; no lo entorpecerían mucho. No obstante, liberó su mentepeltre, además de su menteacero y su mentecinc.

Inmediatamente recuperó las fuerzas. Sus músculos dejaron de aflojarse, pasando de abotargados a sanos. El zumbido desapareció de su mente, permitiéndole pensar con claridad, y la torpe lentitud se evaporó. Se puso en pie, fortalecido.

—Es fascinante —murmuró Clubs.

Sazed lo miró.

—He podido ver el cambio —dijo Clubs—. Tu cuerpo se ha fortalecido y has enfocado los ojos. Tus brazos han dejado de temblar. Supongo que no quieres enfrentarte a esa mujer sin estar en plenas facultades, ¿eh? No te lo reprocho.

Clubs rezongó para sí y luego continuó comiendo.

Sazed se despidió de él y salió de la cocina. Notaba las manos y los pies todavía como muñones inútiles. Sin embargo, sentía energía. No había nada como el simple contraste para despertar la veta indomable de un hombre.

Y no había nada que pudiera hacer desaparecer más rápido esa sensación que la perspectiva de reunirse con la mujer que amaba. ¿Por qué se había quedado Tindwyl? Y, si estaba decidida a no volver a Terris, ¿por qué lo evitaba desde hacía varios días? ¿Estaba enfadada con él porque había logrado que Elend se marchara? ¿Estaba decepcionada porque él insistía en quedarse para ayudar?

La encontró en el gran salón de baile de la fortaleza Venture. Se detuvo un instante, impresionado como siempre por la incuestionable majestuosidad de la sala. Liberó su mentestaño un instante, quitándose las gafas para contemplar el asombroso espacio.

Enormes vidrieras rectangulares llegaban hasta el techo en todas las paredes de aquella sala tan inmensa. Sazed se sentía empequeñecido por las enormes columnas que sostenían la estrecha galería que corría bajo las ventanas, a ambos lados de la cámara. Cada piedra de la sala estaba esculpida, cada losa formaba parte de un mosaico, cada fragmento de cristal de colores chispeaba a la luz de la tarde.

Ha pasado tanto tiempo... pensó. La primera vez que había visto aquella cámara escoltaba a Vin a su primer baile. Había sido entonces, mientras se hacía pasar por Valette Renoux, cuando conoció a Elend. Sazed la había reprendido por atraer la atención de un hombre tan poderoso.

Y ahora él mismo había oficiado su matrimonio. Sonrió, volvió a ponerse las gafas y llenó de nuevo su mente de metal de visión. *Que los Dioses Olvidados os cuiden, hijos míos. Sacad partido de nuestro sacrificio, si podéis.*

Tindwyl hablaba con Dockson y un grupito de funcionarios de Luthadel. Estaban reunidos en torno a una mesa grande y, cuando se acercó, Sazed vio lo que había desplegado sobre ella.

El mapa de Marsh, pensó. Era una representación extensa y detallada de Luthadel, con anotaciones de la actividad ministerial. Sazed tenía una imagen visual del mapa, además de una descripción minuciosa, en una de sus mentecobres, y había enviado una copia al Sínodo.

Tindwyl y los demás habían llenado el mapa de anotaciones propias. Sazed se aproximó lentamente. En cuanto Tindwyl lo vio, le indicó que se acercara.

—Ah, Sazed —dijo Dockson, serio, su voz apagada para los débiles oídos del terrisano—. Bien. Por favor, acércate aquí.

Sazed se reunió con ellos en la mesa.

—¿Disposición de tropas? —preguntó.

—Penrod ha tomado el mando de nuestros ejércitos —explicó Dockson—. Y ha puesto a los nobles al mando de los veinte batallones. No estamos seguros de que nos guste esa situación.

Sazed miró a los hombres reunidos en torno a la mesa. Eran un grupo de escribas que el propio Dockson había formado: todos skaa. *¡Dioses! No estará planeando una rebelión precisamente ahora, ¿no?*

—No pongas esa cara de asustado, Sazed —dijo Dockson—. No vamos a hacer nada demasiado drástico. Penrod todavía permite que Clubs organice la defensa de la ciudad, y parece aceptar consejo de sus comandantes militares. Además, ya es demasiado tarde para intentar algo tan ambicioso. —Casi parecía decepcionado—. Sin embargo —continuó—, no me fío de esos

comandantes que ha puesto al mando. No saben nada de la guerra... y mucho menos de supervivencia. Se han pasado la vida ordenando bebidas y celebrando fiestas.

—*¿Por qué los odias tanto?*, pensó Sazed. Irónicamente, Dockson era el miembro de la banda que más parecía un noble. Se le veía más natural con un traje que a Brisa, más cómodo que a Clubs o a Fantasma. Solo su insistencia en llevar una media barba muy poco aristocrática le hacía destacar.

—Puede que la nobleza no sepa de guerras, pero creo que tiene experiencia de mando —dijo Sazed.

—Cierto. Pero nosotros también. Por eso quiero a uno de los nuestros cerca de cada puerta, por si las cosas salen mal y alguien realmente competente necesita tomar las riendas.

Dockson señaló una de las puertas indicadas en el mapa: la Puerta de Acero. Tenía una dotación de mil hombres en formación defensiva.

—Este es tu batallón, Sazed. La Puerta de Acero es la más alejada de los koloss, así que es probable que ni siquiera veas la lucha. Sin embargo, cuando comience la batalla, quiero que estés allí con un grupo de mensajeros para llevar informes a la fortaleza Venture si atacan tu puerta. Emplazaremos aquí, en el salón de baile, un puesto de mando: es de fácil acceso con esas puertas tan anchas, y puede soportar un montón de movimiento.

Y era una bofetada no demasiado sutil a la cara de Elend Venture, y a la nobleza en general, usar una cámara tan hermosa como escenario desde donde dirigir una guerra. *No me extraña que me apoyara para enviar lejos a Elend y Vin. Sin ellos, se ha hecho con el control indiscutible de la banda de Kelsier.*

No era mala cosa. Dockson era un genio organizador y un maestro a la hora de planear rápido. Sin embargo, tenía ciertos prejuicios.

—Sé que no te gusta luchar, Sazed —dijo Dockson, apoyándose en la mesa con ambas manos—. Pero te necesitamos.

—Creo que está preparado para la batalla, lord Dockson —dijo Tindwyl mirando a Sazed—. Esos anillos de sus dedos son un buen indicativo de sus intenciones.

Sazed la miró desde el otro lado de la mesa.

—¿Y cuál es tu lugar en esto, Tindwyl?

—Lord Dockson vino a pedirme consejo —dijo Tindwyl—. Tiene poca experiencia en la guerra y deseaba saber las cosas que he estudiado sobre los generales del pasado.

—Ah —dijo Sazed. Se volvió hacia Dockson, pensativo. Al cabo de un momento, asintió—. Muy bien. Formaré parte de vuestro proyecto... pero he de advertiros contra la dispersión. Por favor, di a tus hombres que no se salten la cadena de mando a menos que sea absolutamente necesario.

Dockson asintió.

—Ahora, lady Tindwyl —dijo Sazed—, ¿podemos hablar un momento en privado?

Ella asintió, y ambos se excusaron y se dirigieron hacia la galería más cercana. En la penumbra, detrás de una columna, Sazed se volvió hacia Tindwyl. Ella estaba radiante, tranquila, concentrada a pesar de lo apurado de la situación. ¿Cómo lo lograba?

—Estás almacenando gran cantidad de atributos, Sazed —comentó, mirando de nuevo sus dedos—. Y tendrás sin duda otras mentes de metal preparadas de antes.

—Agoté toda mi capacidad para mantenerme en vela y mi velocidad para llegar a Luthadel. Y ahora no tengo guardada salud: la agoté toda para superar una enfermedad cuando estaba enseñando en el sur. No he podido llenar otra reserva, siempre he estado muy ocupado. Tengo gran cantidad de fuerza y peso almacenadas, así como una buena colección de mentestaños. Pero uno nunca está demasiado bien preparado, creo.

—Tal vez —dijo Tindwyl. Miró al grupo de la mesa—. Si los preparativos nos permiten estar ocupados en vez de pensar en lo inevitable, entonces no han sido en balde, creo.

Sazed sintió un escalofrío.

—Tindwyl, ¿por qué te has quedado? Este no es lugar para ti.

—Tampoco para ti.

—Son mis amigos. No los abandonaré.

—Entonces, ¿por qué convenciste a sus líderes para que se marcharan?

—Para que huyeran y sobrevivieran.

—Sobrevivir no es un lujo que suelan permitirse los líderes —dijo Tindwyl—. Cuando aceptan la devoción de los demás, deben aceptar la responsabilidad que eso conlleva. Esta gente morirá... pero no tiene por qué morir sintiéndose traicionada.

—Ellos no...

—Esperan que los salven, Sazed —susurró Tindwyl—. Incluso esos hombres de ahí, incluso *Dockson*, el más práctico del grupo, piensa que sobrevivirán. ¿Y sabes por qué? Porque, en el fondo, creen que algo los salvará.

Algo que los salvó antes, la única pieza del Superviviente que les queda. Ella representa ahora la esperanza. Y tú la enviaste lejos.

—Para vivir, Tindwyl. Habría sido un desperdicio perder aquí a Vin y a Elend.

—La esperanza no se desperdicia nunca —dijo Tindwyl, echando chispas por los ojos—. Creía que precisamente tú lo comprenderías. ¿Crees que fue la testarudez lo que me mantuvo viva todos esos años en manos de los reproductores?

—¿Y es testarudez o esperanza lo que te mantiene aquí en la ciudad?

Ella lo miró.

—Ni una cosa ni la otra.

Sazed la contempló largamente. Los hombres planificaban en el salón de baile y sus voces resonaban. Haces de luz que entraban por las ventanas se reflejaban en los suelos de mármol, tiñendo las paredes. Lenta, torpemente, Sazed rodeó a Tindwyl con sus brazos. Ella suspiró, dejando que la abrazara.

Él liberó sus mentestaños y dejó que sus sentidos regresaran en tropel.

La suavidad de su piel y el calor de su cuerpo lo recorrieron mientras ella se abandonaba más al abrazo, hasta apoyar la cabeza en su pecho. El aroma de su pelo (sin perfume, pero limpio y brillante) le invadió la nariz: era lo primero que Sazed olía en tres días. Con mano torpe, se quitó las gafas para verla con claridad. Cuando volvió a oír plenamente los sonidos escuchó la respiración de Tindwyl.

—¿Sabes por qué te quiero, Sazed? —preguntó ella en voz baja.

—No puedo ni imaginarlo —contestó él sinceramente.

—Porque nunca cedes. Otros hombres son fuertes como ladrillos, firmes, inflexibles, pero si los golpeas lo suficiente, se rompen. Tú... tú eres fuerte como el viento. Siempre ahí, dispuesto a doblarte, pero sin disculparte nunca por las veces que debías ser firme. Creo que ninguno de tus amigos comprende el poder que representabas para ellos.

Tenían, advirtió él. Ya piensa en todo esto en pasado. Y... parece lógico que lo haga.

—Fue suficiente salvar a tres —dijo Tindwyl—. Te equivocaste al enviarlos... pero tal vez acertaste también.

Sazed cerró los ojos y la abrazó, maldiciéndola por haberse quedado, y amándola al mismo tiempo.

En ese momento, los tambores de alarma de las murallas empezaron a sonar.

Y así, he hecho un movimiento final.

51



LA BRUMOSA LUZ ROJA DE la mañana era algo que no debería haber existido. La bruma se desvanecía con la luz del día. El calor la evaporaba; incluso en una habitación cerrada se condensaba y desaparecía. No tendría que haber podido soportar la luz del sol naciente.

Y, sin embargo, lo hacía. Cuanto más se alejaban de Luthadel, más tiempo soportaban las brumas de la mañana. El cambio era leve (solo estaban a unos cuantos días a caballo de Luthadel), pero Vin lo notaba. Veía la diferencia. Aquella mañana las brumas eran aún más densas de lo que había previsto: ni siquiera disminuyeron cuando salió el sol. Atenuaban su luz.

Bruma, pensó Vin. *Profundidad*. Cada vez estaba más segura de que tenía razón, aunque no lo supiera con certeza. De todas formas, le parecía que así era por algún motivo. La Profundidad no había sido un monstruo ni un tirano sino una fuerza más natural, y por tanto más aterradora. A una bestia se la podía matar. Las brumas... eran mucho más temibles. La Profundidad no oprimía con sacerdotes, pero usaba el terror supersticioso del pueblo. No mataba con ejércitos, sino con hambre.

¿Cómo se combatía algo más grande que un continente, una cosa que no podía sentir furia, dolor, esperanza ni piedad?

Sin embargo, la tarea de Vin era hacer justamente eso. Estaba sentada en un gran peñasco junto a la hoguera, con las piernas encogidas y las rodillas contra el pecho. Elend todavía dormía; Fantasma había salido a explorar.

Ella ya no se cuestionaba su papel. O estaba loca o era el Héroe de las Eras. Su tarea era derrotar a las brumas. *No obstante...* pensó, el ceño fruncido. ¿No

deberían los golpes aumentar de volumen en lugar de disminuir? Cuanto más viajaban, más débiles le parecían aquellos martilleos. ¿Llegaba demasiado tarde? ¿Estaba sucediendo algo en el Pozo que disminuía su poder? ¿Lo había tomado ya alguien más?

Tenemos que seguir adelante.

Otra persona en su lugar podría haberse preguntado por qué había sido escogida. Vin había conocido a varios hombres (tanto en la banda de Camon como en el gobierno de Elend) que se quejaban siempre que les encomendaban una misión. «*¿Por qué yo?*», preguntaban. Los inseguros no creían estar a la altura de la tarea. Los perezosos querían librarse del trabajo.

Vin no se consideraba ni insegura ni perezosa. Sin embargo, no veía sentido en preguntar por qué. La vida le había enseñado que a veces las cosas pasaban sin más. A menudo no había ningún motivo para que Reen le pegara. Y de todas formas los motivos eran un pobre consuelo. Los motivos que Kelsier había necesitado para morir estaban claros para ella, pero no por eso lo añoraba menos.

Tenía un trabajo que hacer. El hecho de que no lo comprendiera no le impedía reconocer que tenía que intentarlo. Simplemente, esperaba saber qué hacer cuando llegara el momento. Aunque los golpes eran más débiles, seguían allí. La atraían. Hacia el Pozo de la Ascensión.

Tras ella notaba las leves vibraciones del espíritu de la bruma. Nunca desaparecía hasta que las brumas mismas lo hacían. Llevaba allí toda la mañana, tras ella.

—*¿Sabes el secreto de todo esto?* —preguntó en voz baja, volviéndose hacia el espíritu de las brumas rojizas—. *¿Tienes...?*

El pulso alomántico del espíritu de la bruma procedía directamente de la tienda que compartía con Elend.

Vin saltó de la roca, aterrizó en el suelo helado y se precipitó hacia la tienda. Abrió las puertas de lona. Elend dormía dentro, la cabeza apenas visible por fuera de las mantas. La bruma llenaba la pequeña tienda, retorciéndose, girando... Aquello era bastante extraño. La bruma no solía entrar en las tiendas.

Y allí, entre la bruma, estaba el espíritu. Justo encima de Elend.

En realidad, ni siquiera estaba allí. Era solo un contorno en las brumas, una pauta repetida formada por movimientos caóticos. Y, sin embargo, era real. Ella podía percibirlo y podía verlo... ver cómo se volvía y la miraba con ojos invisibles.

Ojos de odio.

Alzó un brazo sin sustancia y Vin vio un destello. Reaccionó de inmediato, sacando una daga, e irrumpió en la tienda y descargó un golpe. Encontró algo tangible en la mano del espíritu. Un sonido metálico resonó en el aire tranquilo, y Vin sintió un potente y aturdidor escalofrío en el brazo. El vello de todo el cuerpo se le erizó.

Y entonces desapareció. Se difuminó como el sonido de su hoja insustancial. Vin parpadeó, y luego se volvió a mirar fuera de la tienda abierta. Las brumas del exterior habían desaparecido: el día había ganado por fin.

No parecía que quedaran muchas victorias.

—¿Vin? —preguntó Elend, bostezando y desperezándose.

Vin calmó su respiración. El espíritu se había ido. La luz del día significaba seguridad, de momento. *Antes, me sentía a salvo en la noche*, pensó. *Kelsier me la dio*.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elend. ¿Cómo podía alguien, incluso un noble, ser tan lento en levantarse, ignorar su vulnerabilidad mientras estaba dormido?

Vin envainó la daga. *¿Qué puedo decirle? ¿Cómo puedo protegerlo de algo que apenas puedo ver?* Tenía que pensar.

—No es nada —dijo en voz baja—. Solo yo... otra vez nerviosa.

Elend se dio la vuelta, suspirando feliz.

—¿Fantasma está haciendo su ronda matinal?

—Sí.

—Despiértame cuando regrese.

Vin asintió, pero probablemente él no podía verla. Se arrodilló y lo contempló mientras el sol se alzaba. Había entregado a Elend... no solo su cuerpo, y no solo su corazón. Había abandonado sus rationalizaciones, sus reservas, todo por él. Ya no podía permitirse pensar que no era digna de él, ya no podía creer que ni siquiera podían estar juntos.

Nunca había confiado tanto en nadie. Ni en Kelsier, ni en Sazed, ni en Reen. Elend lo tenía todo. Ese conocimiento la hacía temblar por dentro. Si lo perdía, se perdería a sí misma.

¡No debo pensar en eso!, se dijo, poniéndose en pie. Salió de la tienda. En la distancia se movieron sombras. Fantasma apareció un momento después.

—Decididamente, hay alguien allí atrás —informó él—. No son espíritus, Vin. Cinco hombres acampados.

Vin frunció el ceño.

—¿Nos siguen?

—Probablemente.

Los exploradores de Straff, pensó ella.

—Dejaremos que Elend decida qué hacer con ellos.

Fantasma se encogió de hombros y se sentó en la roca.

—¿Vas a despertarlo?

Vin se volvió.

—Déjalo dormir un poco más.

Fantasma volvió a encogerse de hombros. Observó cómo ella se acercaba a la hoguera y destapaba la leña que habían cubierto la noche anterior, y luego encendía una hoguera.

—Has cambiado, Vin.

Ella continuó trabajando.

—Todo el mundo cambia —dijo—. Ya no soy una ladrona, y tengo amigos que me apoyan.

—No me refiero a eso. Me refiero a recientemente. Esta última semana. Eres diferente a como eras antes.

—¿Diferente en qué?

—No lo sé. No pareces siempre tan asustada.

Vin vaciló.

—He tomado algunas decisiones. Sobre quién soy, y quién seré. Sobre lo que quiero. —Trabajó en silencio un rato hasta que logró prender una chispa—. Estoy cansada de tonterías —dijo por fin—. Tonterías de los demás y mías. He decidido actuar en vez de darle vueltas a todo. Tal vez sea una forma más inmadura de abordar las cosas. Pero de momento me parece bien.

—No es inmadurez —dijo Fantasma.

Vin sonrió, mirándolo. Con dieciséis años y aún no plenamente desarrollado, Fantasma tenía la misma edad que ella cuando la había reclutado Kelsier. Entornaba los párpados contra la luz, aunque el sol estaba bajo.

—Reduce tu estío —dijo Vin—. No hace falta tenerlo tan fuerte.

Fantasma se encogió de hombros. Ella notó su incertidumbre. Quería con tantas ganas ser útil... Conocía ese sentimiento.

—¿Y tú, Fantasma? —dijo, volviéndose para recoger las cosas del desayuno. Caldo y copos de avena otra vez—. ¿Cómo te ha ido últimamente?

Él volvió a encogerse de hombros.

Casi había olvidado cómo es intentar mantener una conversación con un adolescente, pensó ella, sonriendo.

—Fantasma... —dijo, paladeando el nombre—. ¿Qué te parece ese apodo, por cierto? Recuerdo cuando todo el mundo te llamaba por tu verdadero nombre.

Lestibournes... Vin había tratado de deletrearlo una vez. Solo acertó cinco letras.

—Kelsier me lo puso —dijo Fantasma, como si eso fuera motivo suficiente para conservarlo. Y tal vez lo era. Vio la expresión en los ojos de Fantasma cuando mencionó a Kelsier. Clubs podía ser su tío, pero era con Kelsier con quien se medía.

Naturalmente, todos querían satisfacer a Kelsier.

—Ojalá fuera poderoso, Vin —dijo Fantasma en voz baja, los brazos cruzados sobre las rodillas—. Como tú.

—Tienes tus propias habilidades.

—¿El estaño? —preguntó Fantasma—. Es casi inútil. Si fuera un nacido de la bruma podría hacer grandes cosas. Ser alguien importante.

—Ser importante no es tan maravilloso, Fantasma —dijo Vin, escuchando los golpes en su cabeza—. La mayor parte del tiempo es una molestia.

Fantasma sacudió la cabeza.

—Si yo fuera un nacido de la bruma, podría salvar a la gente... ayudar a la gente que lo necesitara. Podría impedir que la gente muriera. Pero... solo soy Fantasma. Débil. Un cobarde.

Vin lo miró, frunciendo el ceño, pero él tenía la cabeza gacha y no quiso mirarla a los ojos.

¿Qué es lo que le pasa?, se preguntó.

SAZED USÓ UN POCO DE fuerza para ayudarse a subir los escalones de tres en tres. Salió a la muralla detrás de Tindwyl, y los dos se reunieron con el resto de los miembros del grupo. Los tambores seguían sonando; cada uno marcaba un ritmo diferente, resonando por toda la ciudad. La mezcla de ritmos retumbaba caóticamente en los edificios y callejones.

El horizonte septentrional parecía desnudo sin el ejército de Straff. Si ese mismo vacío se hubiera extendido al noreste, donde el campamento koloss parecía un torbellino...

—¿Distingue alguien lo que está pasando? —preguntó Brisa.

Ham negó con la cabeza.

—Está demasiado lejos.

—Uno de mis exploradores es un ojo de estaño —dijo Clubs, que se acercaba cojeando—. Ha dado la alarma. Dice que los koloss estaban luchando.

—Mi buen amigo, ¿no luchan *siempre* esas horribles criaturas? —dijo Brisa.

—Más que de costumbre —contestó Clubs—. Una pelea masiva.

Sazed sintió un leve atisbo de esperanza.

—¿Están luchando? ¡Tal vez se maten entre sí!

Clubs le dirigió una de aquellas miradas suyas.

—Lee uno de tus libros, terrisano. ¿Qué dicen sobre las emociones koloss?

—Solo tienen dos. Aburrimiento e ira. Pero...

—Así es como empiezan siempre una batalla —dijo Tindwyl en voz baja—. Empiezan a luchar entre sí, encolerizándose más y más, y luego...

Guardó silencio, y Sazed lo vio. La oscura mancha se hizo más ligera. Se dispersaban.

Atacaban la ciudad.

—Maldición —dijo Clubs, y empezó a bajar rápidamente las escaleras—. ¡Mensajeros en marcha! —gritó—. ¡Arqueros a la muralla! ¡Asegurad las rejas del río! ¡Batallones, tomad posiciones! ¡Preparados para combatir! ¿Queréis que esas criaturas entren aquí y atrapen a vuestros hijos?

Estalló el caos. Los hombres empezaron a correr en todas direcciones. Los soldados subían por las escaleras, cortando el paso e impidiendo moverse al grupo.

Está pasando, pensó Sazed, aturdido.

—Cuando las escaleras queden despejadas —dijo Dockson tranquilamente—, quiero que cada uno de vosotros vaya con su batallón. Tindwyl, tú a la Puerta de Estaño, al norte, junto a la fortaleza Venture. Puede que necesite tu consejo, pero, por ahora, quédate con esos muchachos. Te escucharán: respetan a los terrisanos. Brisa, ¿tienes a uno de tus aplacadores en cada batallón de cuatro a doce?

Brisa asintió.

—Pero no son gran cosa...

—¡Conseguid que esos muchachos sigan luchando! ¡No dejéis que nuestros hombres se vengan abajo!

—Mil hombres son demasiados para poder aplacarlos, amigo mío —dijo Brisa.

—Que hagan lo que puedan —dijo Dockson—. Tú y Ham encargaos de la Puerta de Peltre y la Puerta de Cinc: parece que los koloss lo intentarán por ahí primero. Clubs debería traer refuerzos.

Los dos hombres asintieron; entonces Dockson miró a Sazed.

—¿Sabes adónde ir?

—Sí... sí, eso creo —respondió Sazed, agarrado a la muralla. Empezaron a caer copos de ceniza del cielo.

—¡Entonces, adelante! —dijo Dockson mientras un último escuadrón de arqueros se abría paso por las escaleras.

—¡MI SEÑOR VENTURE!

Straff se volvió. Con algunos estimulantes tenía fuerzas para montar a caballo, aunque no se hubiera atrevido a luchar. Naturalmente, no hubiese luchado de todas formas. No tenía por costumbre hacerlo. Para eso estaban los ejércitos.

Hizo volverse a su montura cuando el mensajero se acercó. El hombre resopló y apoyó las manos en las rodillas cuando se detuvo junto al caballo de Straff, mientras la ceniza revoloteaba en el suelo a sus pies.

—Mi señor —comenzó el hombre—. ¡El ejército koloss ha atacado Luthadel!

Como tú decías, Zane, pensó asombrado Straff.

—¿Los koloss atacan? —preguntó lord Janarle, acercando su caballo. El atractivo lord frunció el ceño y luego miró a Straff—. ¿Esperabas esto, mi señor?

—Por supuesto —respondió Straff, sonriendo.

Janarle parecía impresionado.

—Da la orden, Janarle —dijo Straff—. Quiero que esta columna vuelva a Luthadel.

—¡Podemos estar allí en una hora, mi señor!

—No. Tomémonos nuestro tiempo. No queremos agotar a nuestras tropas, ¿verdad?

Janarle sonrió.

—Por supuesto que no, mi señor.

LAS FLECHAS NO ERAN DE mucha ayuda contra los koloss.

Sazed, anonadado y demudado, observaba desde su torre de vigía. No estaba oficialmente al mando de los hombres, así que no tenía ninguna orden que dar. Simplemente esperaba con los exploradores y mensajeros, por si era necesario.

Así que tenía tiempo de sobra para ver cómo se desarrollaba el horror. Los koloss no atacaban aún esa sección de la muralla, por fortuna, y sus hombres contemplaban tensos cómo las criaturas se lanzaban hacia las puertas de Estaño y Peltre en la distancia.

Incluso desde lejos (la torre le permitía ver la zona de la ciudad donde se encontraba la Puerta de Estaño), Sazed distinguió a los koloss corriendo en medio de andanadas de flechas. Algunos de los más pequeños caían muertos o heridos, pero la mayoría continuaba a la carga. Los hombres murmuraban en la torre cercana.

No estamos preparados para esto, pensó Sazed. Ni siquiera con meses de planificación y antelación estaríamos preparados. Esto hemos conseguido por haber estado gobernados por un dios durante mil años. Mil años de paz... paz tiránica, pero paz, al fin y al cabo. No tenemos generales, tenemos hombres que solo saben ordenar que les preparen un baño. No tenemos estrategas sino burócratas. No tenemos guerreros sino niños con palos.

Mientras contemplaba la inminente catástrofe, su mente erudita continuaba siendo analítica. Decantando visión, vio que muchas de las lejanas criaturas (sobre todo las más grandes) llevaban arbolitos arrancados. Estaban preparados, a su modo, para irrumpir en la ciudad. Los árboles no serían tan efectivos como auténticos arietes, pero tampoco las puertas de la ciudad estaban diseñadas para soportar un ariete de verdad.

Estos koloss son más listos de lo que creíamos, pensó. Reconocen el valor abstracto del dinero, aunque no tengan economía. Comprenden que necesitarán herramientas para echar abajo nuestras puertas, aunque no sepan cómo fabricar esas herramientas.

La primera oleada de koloss alcanzó la muralla. Los hombres empezaron a arrojar piedras y otros materiales. En la posición de Sazed había montones similares, uno de ellos justo junto al arco de la puerta donde él se encontraba. Pero las flechas apenas servían de nada, ¿de qué servirían unas cuantas rocas? Los koloss se arremolinaban en la base de la muralla, como el agua de un río embalsado. Sonaron golpes lejanos cuando las criaturas empezaron a atacar las puertas.

—¡Batallón decimosexto! —llamó un mensajero desde abajo, cabalgando hasta la puerta de Sazed—. ¡Lord Culee!

—¡Aquí! —respondió un hombre desde la muralla, junto a la torre de Sazed.

—¡La Puerta de Peltre necesita refuerzos inmediatamente! ¡Lord Penrod te ordena que me sigas con seis compañías!

Lord Culee empezó a dar las órdenes. *Seis compañías...* pensó Sazed. *Seiscientos de nuestros mil.* Recordó las palabras de Clubs: veinte mil hombres podían parecer muchos hasta que uno veía cómo tenía que repartirlos.

Las seis compañías se marcharon, dejando preocupantemente vacío el patio ante la puerta de Sazed. Los cuatrocientos hombres restantes (trescientos en el patio, cien en la muralla) se movían inquietos.

Sazed cerró los ojos y decantó su mentestaño auditiva. Pudo oír... madera chocando contra madera. Gritos. Gritos humanos. Liberó rápidamente la mentestaño, luego decantó de nuevo la visión, se asomó y miró hacia la sección de la muralla donde se estaba librando la batalla. Los koloss devolvían las rocas que les habían lanzado... y eran mucho más precisos que los defensores. Sazed dio un respingo al ver cómo aplastaban la cara de un joven soldado y su cuerpo caía de la muralla por la fuerza del impacto. Sazed liberó su mentestaño, respirando rápidamente.

—¡Manteneos firmes, hombres! —exclamó uno de los soldados de la muralla. Apenas era un muchacho, un noble; no podía tener más de dieciséis años. Naturalmente, muchos de los soldados del ejército tenían esa edad.

»Manteneos firmes... —repitió el joven comandante. La voz le temblaba y se quedó mudo cuando advirtió algo en la lejanía. Sazed se volvió, siguiendo la mirada del hombre.

Los koloss se habían cansado de apiñarse en torno a una única puerta. Empezaban a rodear la ciudad, formando grandes grupos, y vadeando el río Channerel hacia otras puertas.

Puertas como la de Sazed.

VIN ATERRIZÓ DIRECTAMENTE EN EL centro del campamento. Arrojó a la hoguera un puñado de polvo de peltre, y luego empujó, soplando brasas, hollín y humo contra un par de sorprendidos guardias que estaban preparando el desayuno. Con su poder, tiró de las piquetas de las tres pequeñas tiendas.

Las tres se derrumbaron. Una estaba vacía, pero de las otras dos surgieron gritos. Bajo la lona vio figuras confusas que se debatían: una dentro de la tienda más grande, dos dentro de la más pequeña.

Los guardias retrocedieron, alzando los brazos para protegerse los ojos del hollín y las chispas y echando mano a las espadas. Vin alzó un puño hacia ellos y, cuando parpadeaban despejando para aclararse la vista, dejó caer al suelo una moneda.

Los guardias se quedaron quietos y apartaron la mano de la espada. Vin miró las tiendas. La persona al mando debía de estar en la más grande... y era con quien tenía que tratar. Probablemente uno de los capitanes de Straff, aunque los guardias no llevaban el escudo Venture. Tal vez...

Jastes Lekal sacó la cabeza de la tienda, maldiciendo mientras lograba librarse de la lona. Había cambiado mucho en los dos años transcurridos desde la última vez que Vin lo viera. Sin embargo, ya entonces había atisbos de aquello en lo que iba a convertirse. Su figura esbelta se había convertido en delgadez extrema y estaba calvo. Sin embargo, ¿cómo se había vuelto su rostro tan macilento... tan viejo? Tenía la edad de Elend.

—Jastes —dijo Elend, abandonando su escondite en el bosque. Salió al claro, con Fantasma—. ¿Qué haces aquí?

Jastes consiguió incorporarse mientras sus otros dos soldados pugnaban por salir de la tienda. Los saludó.

—El —dijo—. Yo... no sabía adónde ir. Mis exploradores dijeron que escapabas y me pareció una buena idea. Dondequiera que vayas, quiero ir contigo. Podemos escondernos, tal vez. Podemos...

—¡Jastes! —exclamó Elend, avanzando hasta situarse junto a Vin—. ¿Dónde están tus koloss? ¿Los has obligado a marcharse?

—Lo intenté —respondió Jastes, agachando la cabeza—. No quisieron... no cuando vieron Luthadel. Y entonces...

—¿Qué?

—Hubo un incendio. En nuestros... carros de suministros.

Vin frunció el ceño.

—¿Los carros de suministros? ¿Los carros donde llevabais las monedas de madera?

—Sí.

—¡Lord Legislador, hombre! —exclamó Elend, dando un paso adelante—. ¿Y los *dejas* allí, sin liderazgo, a las puertas de nuestra casa?

—¡Me habrían matado, El! Estaban empezando a luchar continuamente, exigiendo más monedas, exigiendo que atacáramos la ciudad. ¡Si me hubiera quedado me habrían matado! Son bestias... bestias que solo a duras penas tienen apariencia humana.

—Y tú te marchaste —dijo Elend—. Abandonaste Luthadel.

—Tú la has abandonado también —respondió Jastes. Echó a andar, con gesto suplicante—. Mira, El. Sé que estaba equivocado. Creí que podía controlarlos. ¡No pretendía que sucediera esto!

Elend guardó silencio, y Vin notó que su mirada era dura. No peligrosamente dura como la de Kelsier, de una dureza más... regia. Daba la sensación de que era más de lo que quería ser. Se irguió y miró al hombre que le suplicaba.

—Alzaste un ejército de monstruos violentos y lo dirigiste en un ataque tirano, Jastes —dijo Elend—. Arrasó aldeas inocentes. Luego, abandonaste ese ejército sin liderazgo ante la ciudad más poblada de todo el Imperio Final.

—Perdóname.

Elend miró al hombre a los ojos.

—Yo te perdonó —dijo en voz baja. Entonces, con un fluido movimiento, desenvainó la espada y cercenó la cabeza de Jastes—. Pero mi reino no puede hacerlo.

Vin se quedó mirando anonadada cómo el cadáver caía al suelo. Los soldados de Jastes soltaron un grito y desenvainaron sus espadas. Elend se volvió, solemne, y alzó la punta de su espada ensangrentada.

—¿Creéis que esta ejecución ha sido un error?

Los guardias vacilaron.

—No, mi señor —dijo por fin uno de ellos, agachando la cabeza.

Elend se arrodilló y limpió la espada en la capa de Jastes.

—Considerando lo que ha hecho, ha tenido una muerte mejor de la que merecía. —Elend volvió a envainar su espada—. Pero era mi amigo. Enterradlo. Cuando acabéis, podéis viajar conmigo a Terris o podéis regresar a vuestros hogares. Elegid lo que queráis.

Dicho esto, regresó al bosque.

Vin no dijo nada y observó a los guardias, que, solemnemente, se dispusieron a recoger el cadáver. Le hizo una señal a Fantasma y se marchó al bosque detrás de Elend. No tuvo que ir muy lejos. Lo encontró sentado en una roca, mirando el suelo. Había empezado a caer ceniza, pero la mayoría de los

copos reposaban en las copas de los árboles, cubriendo sus hojas como de moho negro.

—¿Elend?

Él contempló el bosque.

—No estoy seguro de por qué lo he hecho, Vin —dijo en voz baja—. ¿Por qué he tenido que ser yo quien impusiera justicia? Ni siquiera soy rey. Y, sin embargo, había que hacerlo. Así me ha parecido. Así me parece todavía.

Ella le puso una mano en el hombro.

—Es el primer hombre que mato —dijo Elend—. Él y yo teníamos tantos sueños... Íbamos a crear una alianza entre las dos casas imperiales más poderosas, uniendo Luthadel como nunca. No iba a ser un tratado por avaricia, sino una auténtica alianza política para ayudar a convertir la ciudad en un lugar mejor. —La miró—. Creo que ahora comprendo, Vin, cómo es para ti. En cierto modo, ambos somos cuchillos... ambos somos herramientas. No para el otro, sino para este reino. Este pueblo.

Ella lo abrazó, atrayendo su cabeza hacia su pecho.

—Lo siento —susurró.

—Había que hacerlo —dijo él—. Lo más triste es que tenía razón. Yo también los he abandonado. Debería quitarme la vida con esta espada.

—Te marchaste por un buen motivo, Elend —dijo Vin—. Te marchaste para proteger Luthadel, para que Straff no atacara.

—¿Y si los koloss atacan antes de que pueda hacerlo Straff?

—Tal vez no lo hagan —contestó Vin—. No tienen un líder... tal vez ataquen el ejército de Straff.

—No —dijo la voz de Fantasma. Vin se volvió y vio que se acercaba, con los párpados entornados.

Ese muchacho quema demasiado estano, pensó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elend, volviéndose.

Fantasma bajó la cabeza.

—No atacarán al ejército de Straff, El. Ya no estará allí.

—¿Qué? —preguntó Vin.

—Yo... —Fantasma apartó la mirada, la vergüenza dibujada en el rostro.

Soy un cobarde. Ella recordó sus palabras anteriores.

—Lo sabías —dijo—. ¡Sabías que los koloss iban a atacar!

Fantasma asintió.

—Eso es ridículo —dijo Elend—. No podías saber que Jastes iba a seguirnos.

—No lo sabía —respondió Fantasma. Un puñado de ceniza cayó desde un árbol, disolviéndose con el viento y esparciéndose en un centenar de copos—. Pero mi tío dedujo que Straff retiraría su ejército y dejaría que los koloss atacaran la ciudad. Por eso Sazed decidió enviarnos lejos.

Vin sintió un súbito escalofrío.

He descubierto el emplazamiento del Pozo de la Ascensión, había dicho Sazed. *Al norte. En las montañas de Terris...*

—¿Clubs te dijo eso? —preguntaba Elend.

Fantasma asintió.

—¿Y no me lo dijiste? —Elend se levantó.

Oh, no...

Fantasma vaciló y luego negó con la cabeza.

—¡Hubieras querido regresar! ¡Yo no quería morir, El! Lo siento. Soy un cobarde. —Retrocedió, mirando la espada de Elend.

Elend se detuvo, como si se hubiera dado cuenta de que avanzaba hacia el muchacho.

—No voy a hacerte daño, Fantasma —dijo—. Solo estoy avergonzado de ti.

Fantasma bajó la cabeza y luego se desplomó en el suelo, sentándose con la espalda apoyada en un álamo.

Los golpes se hacen más suaves...

—Elend —susurró Vin.

Él se volvió.

—Sazed mintió. El Pozo no está al norte.

—¿Qué?

—Está en Luthadel.

—Vin, eso es ridículo. Lo hubiésemos encontrado.

—No —dijo ella firmemente, poniéndose en pie y mirando hacia el sur. Concentrándose, percibía los martilleos, inundándola. Tirando de ella.

Al sur.

—El Pozo no puede estar al sur —dijo Elend—. *Todas* las leyendas lo sitúan al norte, en las montañas de Terris.

Vin sacudió la cabeza, confusa.

—Está allí —dijo—. Lo sé. No sé cómo, pero *está* allí.

Elend la miró; luego asintió, confiando en sus instintos.

Oh, Sazed, pensó Vin. Probablemente tenías buenas intenciones, pero tal vez nos hayas condenado a todos. Si la ciudad cae ante los koloss...

—¿A qué velocidad podemos regresar? —preguntó Elend.

—Eso depende.

—¿Regresar? —preguntó Fantasma, alzando la cabeza—. El, todos están *muertos*. Me pidieron que te dijera la verdad cuando llegáramos a Tathingdwen, para que no os matarais escalando inútilmente las montañas en invierno. Pero, cuando Clubs habló conmigo, fue también para despedirse. Lo leí en sus ojos. Sabía que nunca volvería a verme.

Elend vaciló, y Vin vio en sus ojos un momento de incertidumbre. Un destello de dolor, de terror. Ella conocía esas emociones, porque la golpearon al mismo tiempo.

Sazed, Brisa, Ham...

Elend la agarró del brazo.

—Tienes que ir, Vin. Puede que haya supervivientes... refugiados. Necesitarán tu ayuda.

Ella asintió. La firmeza de su mano, la determinación de su voz, le daban fuerzas.

—Fantasma y yo te seguiremos. Tardaremos un par de días cabalgando. Pero un alomante con peltre puede recorrer más rápido que ningún caballo distancias largas.

—No quiero dejarte —susurró ella.

—Lo sé.

Seguía siendo difícil. ¿Cómo podía ella echar a correr y dejarlo, cuando acababa de recuperarlo? Sin embargo, percibía el Pozo de la Ascensión aún más urgentemente desde que estaba segura de su paradero. Y si algunos de sus amigos sobrevivían al ataque...

Vin apretó los dientes, y luego abrió su bolsa y sacó lo que le quedaba de polvo de peltre. Lo bebió con un trago de agua de la cantimplora. Le arañó la garganta. *No es mucho*, pensó. *No me permitirá recurrir al peltre durante mucho tiempo*.

—Todos están muertos... —murmuró de nuevo Fantasma.

Vin se volvió. Los pulsos tamborilearon, exigentes. Desde el sur.

Ya voy.

—Elend, por favor, haz una cosa por mí. No duermas durante la noche, cuando hayan salido las brumas. Viaja de noche, si puedes, y no bajes la guardia. Ten cuidado con el espíritu de la bruma... Creo que quiere hacerte daño.

Él frunció el ceño, pero asintió.

Vin avivó peltre y echó a correr hacia el camino.

Mis súplicas, mis enseñanzas, mis objeciones, ni siquiera mis traiciones surtieron efecto. Alendi tiene ahora otros consejeros que le dicen lo que quiere oír.

52



BRISA HACÍA CUANTO PODÍA PARA fingir que *no* se encontraba en medio de una guerra. No lo conseguía.

Montado a caballo, estaba en el borde del patio de la Puerta de Cinc. Los soldados se mantenían en formación ante las puertas, ruidosos y sudorosos, esperando sin dejar de mirar a sus compañeros de la muralla.

Las puertas resonaban. Brisa dio un respingo, pero continuó aplacando.

—Sed fuertes —susurró—. El miedo, la incertidumbre... no existen. La muerte puede atravesar esas puertas, pero podéis combatirla. Podéis ganar. Sed fuertes.

El latón ardía como una hoguera en su estómago. Hacía un buen rato que había agotado el contenido de sus frascos, y había tenido que acabar tomando puñados de polvo de latón y tragos de agua, que no le faltaban gracias a los mensajeros montados de Dockson.

¿*Cuánto puede durar esto?*?, pensó, secándose la frente, sin dejar de aplacar. La alomancia era, por fortuna, poco exigente con el cuerpo: el poder alomántico procedía del interior de los metales mismos, no de quien los quemaba. Sin embargo, aplacar era mucho más complejo que otras habilidades alománticas y exigía una atención constante.

—Miedo, terror, ansiedad... —susurró—. El deseo de correr o rendirse. Lo retiro de vosotros...

No era necesario hablar, naturalmente, pero siempre había sido así: le ayudaba a mantenerse concentrado.

Pasados unos minutos consultó el reloj, volvió grupas y trotó hasta el otro lado del patio. Las puertas continuaron resonando y Brisa volvió a secarse la frente. Advirtió, con insatisfacción, que su pañuelo estaba demasiado empapado ya para servir de nada. Además, empezaba a nevar. La humedad haría que la ceniza se le pegara a la ropa y el traje se le estropearía completamente.

Es tu sangre la que estropeará este traje, Brisa, se dijo. *El momento de las tonterías ya ha pasado. Esto es serio. Demasiado serio. ¿Cómo has acabado en esta situación?*

Redobló sus esfuerzos, aplacando a un nuevo grupo de soldados. Brisa era uno de los alomantes más poderosos del Imperio Final, sobre todo cuando se trataba de alomancia emocional. Podía aplacar a cientos de hombres a la vez, suponiendo que estuvieran lo bastante cerca entre sí, y suponiendo que se concentrara en emociones sencillas. Ni siquiera Kelsier había conseguido manejar tales cifras.

Sin embargo, todo un ejército de soldados estaba por encima incluso de sus capacidades y tenía que actuar sobre ellos por secciones. Cuando empezó a trabajar en el nuevo grupo, vio que los que había dejado empezaban a agitarse, cediendo a la ansiedad.

Cuando esas puertas revienten, estos hombres van a echar a correr.

Las puertas resonaron. Los hombres de las murallas lanzaban piedras, disparaban flechas, luchaban con una frenética falta de disciplina. De vez en cuando un oficial se abría paso entre ellos, gritando órdenes, tratando de coordinar sus esfuerzos, pero Brisa estaba demasiado lejos para entender lo que decían. Solo veía el caos de hombres moviéndose, gritando y disparando.

Y, naturalmente, veía el contraataque. Algunas de las rocas que volaban desde abajo chocaban contra las almenas. Brisa trató de no pensar en lo que había al otro lado de la muralla, en los miles de bestiales koloss enfurecidos. De vez en cuando un soldado caía. La sangre manaba al patio desde varios puntos de los baluartes.

—Miedo, ansiedad, terror... —susurró Brisa.

Allrianne había escapado. Vin, Elend y Fantasma estaban a salvo. Tenía que continuar concentrándose en esos éxitos. *Gracias, Sazed, por convencernos de que se marcharan*, pensó.

Sonaron cascos tras él. Brisa continuó aplacando, pero se volvió para ver cómo se acercaba Clubs a caballo. El general montaba erguido, mirando a los soldados con un ojo abierto, el otro perpetuamente cerrado.

—Lo están haciendo bien —dijo.

—Mi querido amigo, están *aterrorizados*. Incluso los que tengo aplacados miran esas puertas como si fueran una especie de terrible vacío dispuesto a tragárselos.

Clubs miró a Brisa.

—Estamos poéticos hoy, ¿no?

—La muerte inminente tiene ese efecto sobre mí —dijo Brisa mientras las puertas se estremecían—. Sea como sea, dudo que lo estén haciendo «bien».

Clubs rezongó.

—Los hombres siempre se ponen nerviosos antes de un combate. Pero son buenos chicos. Aguantarán.

Las puertas se estremecieron y temblaron, y empezaron a astillarse por los bordes.

Esas bisagras están cediendo, pensó Brisa.

—¿No podrías aplacar a esos koloss? —preguntó Clubs—. Hacerlos menos feroces.

Brisa negó con la cabeza.

—Intentar aplacar a esas bestias es inútil. Lo he probado.

Volvieron a guardar silencio, escuchando el retumbar de las puertas. Al cabo de un rato, Brisa miró a Clubs, que continuaba a lomos de su caballo, imperturbable.

—Has combatido antes —dijo Brisa—. ¿Cuántas veces?

—De manera intermitente durante casi veinte años, cuando era más joven. Sofocando rebeliones en las dominaciones lejanas, luchando contra los nómadas de las tierras yermas. El lord Legislador era muy bueno aplastando esos conflictos.

—¿Y... cómo te iba? ¿Solías vencer?

—Siempre.

Brisa sonrió levemente.

—Por supuesto, éramos nosotros los que teníamos a los koloss de nuestra parte —dijo Clubs, mirando a Brisa—. Son difíciles de matar, esas bestias.

Magnífico, pensó Brisa.

VIN CORRÍA.

Solo había recurrido de esa forma al peltre una vez, con Kelsier, dos años antes. Cuando se quemaba peltre a ritmo constante, se podía correr a una

velocidad increíble, como el corredor en el esfuerzo de aceleración final, sin cansarse jamás.

Sin embargo, el proceso afectaba al cuerpo. El peltre la mantenía en marcha, pero también embotaba su fatiga natural. Ambas cosas hacían que la mente se le nublara y se sumiera en un estado parecido al trance. Su mente quería descansar, pero su cuerpo seguía corriendo, y corriendo, y corriendo por la orilla del canal hacia el sur. Hacia Luthadel.

Vin estaba preparada para los efectos de recurrir al peltre de esa forma. Combatió el trance manteniendo su mente concentrada en el objetivo y no en los movimientos repetitivos de su cuerpo. Sin embargo, esa concentración la hizo tener pensamientos inquietantes.

¿Por qué estoy haciendo esto?, se preguntó. ¿Por qué me esfuerzo tanto? Fantasma lo ha dicho: Luthadel tiene que haber caído ya. No hay ninguna necesidad de correr tanto.

Y, sin embargo, corría.

Vio en su mente imágenes de muerte. Ham, Brisa, Dockson, Clubs y el querido, querido Sazed. Los primeros amigos de verdad que había conocido jamás. Amaba a Elend y bendecía a los demás por haberlo apartado del peligro. Sin embargo, estaba furiosa por eso mismo. Esa furia la guiaba.

Me dejaron abandonarlos. ¡Me obligaron a abandonarlos!

Kelsier se había pasado meses enseñándole a confiar. Sus últimas palabras dirigidas a ella en vida habían sido acusadoras, palabras de las que ella no había podido escapar. *Todavía tienes mucho que aprender de la amistad, Vin.*

Él había decidido arriesgar su vida para rescatar a Fantasma y OreSeur, luchando contra un inquisidor de acero al que acabó matando. Lo había hecho a pesar de las protestas de Vin de que el riesgo era absurdo.

Ella estaba equivocada.

¡Cómo se atreven!, pensó, sintiendo las lágrimas en las mejillas mientras corría por el sendero junto al canal. El peltre le proporcionaba un equilibrio inhumano y la velocidad (que podría haber sido peligrosa para cualquiera) para ella era natural. No resbalaba ni tropezaba, aunque cualquiera hubiese considerado su ritmo temerario.

Los árboles pasaban zumbando. Vin saltaba charcos y hoyos del terreno. Corría como solo se había atrevido a hacerlo una vez, y se esforzaba aún más que aquel día. Entonces había corrido simplemente por seguir el ritmo de Kelsier. Ahora lo hacía por aquellos a quienes amaba.

¡Cómo se atreven!, pensó de nuevo. ¡Cómo se atreven a no darme la misma oportunidad que tuvo Kelsier! ¡Cómo se atreven a rechazar mi protección, mi ayuda! Cómo se atreven...

El peltre se le estaba agotando y solo llevaba corriendo unas horas. Cierto, probablemente había cubierto un día entero de caminata en ese tiempo. Sin embargo, sabía que no sería suficiente. Ya estaban muertos. Iba a llegar demasiado tarde, igual que cuando había corrido de aquella forma años antes. Demasiado tarde para salvar a su ejército. Demasiado tarde para salvar a sus amigos.

Vin continuó corriendo. Y continuó llorando.

—**¿CÓMO HEMOS LLEGADO A ESTO**, Clubs? —preguntó tranquilamente Brisa, todavía a caballo en el patio ante la puerta que retumbaba, rodeado de una sucia mezcla de nieve y ceniza. Los suaves copos blancos y negros parecían negar los gritos de los hombres, la puerta que se quebraba y las rocas que caían.

Clubs lo miró, frunciendo el ceño. Brisa contempló la ceniza y la nieve. Blanca y negra. Perezosas.

—No somos hombres de principios —comentó Brisa—. Somos ladrones. Cínicos. Tú, un hombre cansado de obedecer los caprichos del lord Legislador, y decidido a tomar la iniciativa por una vez. Yo, un hombre de moral dudosa a quien le encanta jugar con los demás, hacer de sus emociones mi juego. ¿Cómo hemos acabado aquí, a la cabeza de un ejército, luchando por la causa de un idealista? Hombres como nosotros no deberían ser líderes.

Clubs observó a los soldados del patio.

—Supongo que somos idiotas —dijo por fin.

Brisa vaciló, y luego advirtió el brillo en los ojos de Clubs: esa chispa de humor, la chispa que era difícil de reconocer a menos que uno lo conociera muy bien. Esa chispa no mentía, demostraba que Clubs era un hombre de penetrante inteligencia.

Brisa sonrió.

—Supongo que así es. Como decíamos antes, es culpa de Kelsier. Nos convirtió en idiotas capaces de ponerse al frente de un ejército condenado.

—Ese hijo de puta —dijo Clubs.

—En efecto —convino Brisa.

La ceniza y la nieve continuaron cayendo. Los hombres gritaron alarmados.

Y las puertas se abrieron de golpe.

—¡HAN DERRIBADO LA PUERTA ORIENTAL, maese terrisano! —dijo el mensajero de Dockson, jadeando, inclinándose ante Sazed. Ambos se encontraban tras el parapeto de la muralla, escuchando a los koloss golpear su propia puerta. La que había caído tenía que ser la Puerta de Cinc, la que se hallaba en la zona más oriental de Luthadel.

—La Puerta de Cinc es la mejor defendida —dijo Sazed tranquilamente—. Creo que podrán aguantar.

El mensajero asintió. La ceniza revoloteó por encima del parapeto, acumulándose en las grietas y huecos de la piedra, los copos negros adulterados por el ocasional trocito de nieve blanca como el hueso.

—¿Hay algo que deseas que le transmita a lord Dockson? —preguntó el mensajero.

Sazed contempló las defensas de su muralla. Había bajado de la torre de vigilancia para unirse a las filas de hombres. Los soldados se habían quedado sin piedras, aunque los arqueros seguían disparando. Se asomó y vio los cadáveres de koloss acumulados. Sin embargo, también vio la puerta astillada. *Es sorprendente que puedan seguir iracundos tanto tiempo*, pensó, echándose hacia atrás. Las criaturas continuaban aullando y gritando como perros salvajes.

Se sentó en la piedra húmeda, tiritando, con los dedos de los pies cada vez más entumecidos. Decantó su mentelatón, extrayendo el calor que había acumulado en ella, y su cuerpo se inundó de pronto de una agradable sensación de calidez.

—Dile a lord Dockson que temo por las defensas de esta puerta —dijo Sazed—. Los mejores hombres han sido enviados a las puertas orientales, y tengo poca confianza en nuestro líder. Si lord Dockson pudiera enviar a alguien para que se ponga al mando, sería lo mejor.

El mensajero vaciló.

—¿Qué? —preguntó Sazed.

—¿No te envió a ti para eso, maese terrisano?

Sazed frunció el ceño.

—Por favor, dile que tengo aún menos confianza en mis propias habilidades de liderazgo... o de combate, que en las de nuestro comandante.

El mensajero asintió y bajó corriendo los escalones hacia su caballo. Sazed dio un respingo cuando una roca golpeó la muralla justo encima de donde se encontraba. Las lascas volaron sobre la almena, dispersándose por el baluarte. *Por los Dioses Olvidados...* pensó, retorciéndose las manos, *¿qué estoy haciendo aquí?*

Advirtió movimiento en la muralla, y al volverse vio al joven capitán Bedes que se le acercaba, cuidando de mantener la cabeza gacha. Alto, de pelo hirsuto, era flaco incluso con la armadura. Los salones de baile parecían más apropiados para aquel joven que dirigir soldados en la batalla.

—¿Qué ha dicho el mensajero? —preguntó nervioso.

—La Puerta de Cinc ha caído, mi señor —respondió Sazed.

El joven capitán palideció.

—¿Qué... qué debemos hacer?

—¿Por qué me lo preguntas, mi señor? Tú estás al mando.

—Por favor —dijo el hombre, agarrando a Sazed por el brazo—. Yo no...

—Mi señor —respondió Sazed con severidad, controlando su propio nerviosismo—. Tú eres noble, ¿no es así?

—Sí...

—Entonces estás acostumbrado a dar órdenes. Dalas ahora.

—¿Qué órdenes?

—No importa. Que los hombres vean que estás al mando.

El joven vaciló, luego dejó escapar un grito y se agachó cuando una roca alcanzó en el hombro a uno de los arqueros cercanos y lo arrastró al patio. Los hombres de abajo se apartaron del cadáver, y Sazed advirtió algo extraño. Un grupo de personas se había congregado al fondo del patio. Civiles... skaa con la ropa cenicienta.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó—. ¡Deberían estar ocultos, no esperando aquí para tentar a los koloss cuando las criaturas se abran paso!

—¿Cuando se abran paso? —preguntó el capitán Bedes.

Sazed ignoró al hombre. Podía ocuparse de los civiles. Estaba acostumbrado a estar al mando de los criados.

—Iré a hablar con ellos.

—Sí... —dijo Bedes—. Parece buena idea.

Sazed bajó las escaleras, que estaban resbaladizas y húmedas por la nieve caída, y se acercó al grupo. Era mucho más numeroso de lo que había

supuesto: se extendía hasta la calle del fondo. Un centenar de personas permanecían apiñadas mirando las puertas, bajo la nieve, soportando el frío, y Sazed se sintió un poco culpable por el calor que le proporcionaba su mentelatón.

Varios skaa inclinaron la cabeza cuando Sazed se acercó.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó él—. Por favor, debéis buscar refugio. Si vuestros hogares están cerca del patio, id a ocultaros en el centro de la ciudad. Es probable que los koloss empiecen a saquear en cuanto acaben con el ejército, así que el extrarradio de la ciudad es la zona más peligrosa.

Ninguno se movió.

—¡Por favor! *Tenéis* que iros. ¡Si os quedáis, moriréis!

—No estamos aquí para morir, Sagrado Primer Testigo —dijo un anciano situado en primera fila—. Estamos aquí para ver caer a los koloss.

—¿Caer?

—La Dama Heredera nos protegerá —dijo otra mujer.

—¡La Dama Heredera se ha marchado de la ciudad! —dijo Sazed.

—Entonces te veremos a ti, Sagrado Primer Testigo —respondió el hombre, apoyando una mano en el hombro de un muchacho.

—¿Sagrado Primer Testigo? ¿Por qué me llamas de esa forma?

—Eres quien trajo la noticia de la muerte del lord Legislador. Le diste a la Dama Heredera la lanza que usó para matar a nuestro señor. Fuiste testigo de sus actos.

Sazed sacudió la cabeza.

—Puede que eso sea cierto, pero no soy digno de adoración. No soy un hombre santo, solo soy un...

—Un testigo —dijo el anciano—. Si la Heredera va a unirse a esta batalla, aparecerá cerca de ti.

—Yo... lo siento... —dijo Sazed, ruborizándose. *Hice que se marchara. Envié a vuestro dios a un lugar seguro.*

La gente lo miraba con ojos reverentes. Era un error: no debían adorarlo. Él no era más que un observador.

Pero no lo era. Se había convertido en parte de todo aquello. Era tal como Tindwyl le había advertido. Había participado en los acontecimientos y se había convertido él mismo en objeto de adoración.

—No deberíais mirarme así —dijo.

—La Dama Heredera dice lo mismo —contestó el anciano, sonriendo; su aliento se condensó en el aire frío.

—Eso es diferente. Ella es...

Sazed se interrumpió y se dio la vuelta al escuchar gritos tras él. Los arqueros de la muralla daban la alarma, y el joven capitán Bedes corría hacia ellos. ¿Qué es...?

Una bestial criatura azul se encaramó de pronto a la muralla, con la piel agrietada de la que goteaba sangre escarlata. Empujó a un lado a un sorprendido arquero y luego agarró al capitán Bedes por el cuello y lo lanzó hacia atrás. El muchacho desapareció y cayó entre los koloss de abajo. Sazed oyó los gritos incluso desde la distancia. Un segundo koloss subió a la muralla, y luego un tercero. Los arqueros retrocedieron asustados, soltando sus armas, algunos empujando a otros de las almenas en su precipitación.

Los koloss están saltando, advirtió Sazed. Abajo deben de haberse amontonado suficientes cadáveres. Y, sin embargo, para saltar tan alto...

Más y más criaturas se encaramaban a la muralla. Eran los monstruos más grandes, los de más de tres metros, lo que les permitía apartar más fácilmente a los arqueros. Los hombres cayeron al patio, y los golpes en la puerta se duplicaron.

—¡Marchaos! —dijo Sazed, señalando a la gente que tenía detrás. Algunos retrocedieron. Muchos permanecieron donde estaban.

Sazed se volvió desesperado hacia las puertas. Las estructuras de metal empezaban a combarse y volaban astillas en el aire cargado de nieve y ceniza. Los soldados retrocedieron, asustados. Finalmente, con un chasquido, la barra se rompió y la puerta derecha se abrió de golpe. Una masa aullante y ensangrentada de koloss empezó a desplegarse por las piedras húmedas.

Los soldados soltaron las armas y echaron a correr. Algunos se quedaron petrificados de terror. Sazed se quedó atrás, entre los soldados horrorizados y la masa de skaa.

No soy un soldado, pensó. Le temblaban las manos mientras miraba a los monstruos. Ya le había resultado bastante difícil mantener la calma en su campamento. Al verlos gritar, enarbolando las enormes espadas, con la piel agrietada y ensangrentada, cayendo sobre los soldados humanos, Sazed sintió que su valor empezaba a flaquear.

Pero si yo no hago algo, no lo hará nadie.

Decantó peltre.

Sus músculos crecieron. Bebió profundamente de su menteacero mientras echaba a correr, tomando más fuerza que nunca. Se había pasado años

almacenándola, sin haber tenido apenas ocasión de usarla, y recurrió a esa reserva.

Su cuerpo cambió, sus débiles brazos de estudiado se convirtieron en miembros enormes y abultados. Su pecho se ensanchó mucho y sus músculos se llenaron de poder. Los días que había pasado siendo frágil y débil se concentraron en este momento. Se abrió paso entre las filas de soldados, quitándose la túnica, que ya le apretaba demasiado, hasta quedar solo con un minúsculo taparrabos.

El jefe koloss se volvió y se encontró ante una criatura casi de su tamaño. A pesar de su furia, a pesar de su inhumanidad, la bestia se quedó quieta mientras la sorpresa asomaba en sus ojillos rojos.

Sazed golpeó al monstruo. No había practicado para la guerra, y no sabía casi nada de combatir. Sin embargo, en ese momento, su falta de habilidad no importó. El rostro de la criatura se plegó en torno a su puño y su cráneo crujío.

Sazed se volvió a mirar a los sorprendidos soldados. *¡Di algo valiente!*, pensó.

—¡Luchad! —gritó, sorprendido por la súbita gravedad y la potencia de su voz.

Y, sorprendentemente, los hombres obedecieron.

VIN CAYÓ DE RODILLAS, AGOTADA, en el camino embarrado y cubierto de ceniza. Sus rodillas golpearon la fría tierra, pero no le importó. Simplemente permaneció arrodillada, jadeando. No podía seguir corriendo. El peltre se le había agotado. Los pulmones le ardían y le dolían las piernas. Tosía. Quiso echarse y encogerse.

No es más que el sobreesfuerzo del peltre, pensó, aturdida. Había forzado su cuerpo, pero no había tenido que pagarlo hasta entonces.

Tosió un poco más, gimiendo, y luego se metió una mano mojada en el bolsillo y sacó sus dos últimos frasquitos. Contenían una mezcla de los ocho metales básicos, además de duraluminio. El peltre le permitiría continuar un poquito más...

Pero no lo suficiente. Aún estaba a horas de distancia de Luthadel. Incluso con peltre, no llegaría hasta mucho después del ocaso. Suspiró, guardando los frascos, y se obligó a ponerse en pie.

¿Qué haré si llego?, pensó Vin. ¿Por qué me esfuerzo tanto? Tan ansiosa estoy por volver a luchar? Por matar?

Sabía que no llegaría a tiempo para la batalla. De hecho, los koloss probablemente habrían atacado hacía días. De todas formas, eso la preocupaba. Seguían asaltándola espantosas imágenes de su ataque a la fortaleza de Cett. De las cosas que había hecho. De la muerte que había causado.

Y, sin embargo, en aquel momento sentía algo diferente. Había aceptado su papel de cuchillo. Pero ¿qué era un cuchillo sino una herramienta? Podía ser usado para el bien o para el mal; podía matar o podía proteger.

Ese planteamiento era absurdo, considerando lo débil que se sentía. Le costó trabajo impedir que las piernas le temblaran mientras avivaba estaño y se despejaba. Se hallaba en el camino imperial, una carretera empapada y llena de baches que parecía extenderse eternamente bajo la nieve. Corría directamente junto al canal imperial, que era un corte serpentino en la tierra, ancho pero vacío.

Antes, con Elend, ese camino le había parecido luminoso y nuevo. Ahora se le antojaba oscuro y deprimente. El Pozo resonaba, sus pulsos se hacían más poderosos con cada paso que daba de regreso a Luthadel. Sin embargo, no volvía lo bastante rápido. No para impedir que los koloss tomaran la ciudad.

No para sus amigos.

Lo siento... pensó. Los dientes le castañeteaban mientras se arrebujaba en su capa, porque el peltre ya no la protegía del frío. *Lamento mucho haberlos fallado.*

Vio una columna de humo en la distancia. Miró al este, luego al oeste, pero no detectó gran cosa. El llano paisaje estaba cubierto de nieve cenicienta.

Una aldea, pensó, todavía aturdida. *Una de las muchas de la zona.* Luthadel era con diferencia la población más numerosa del pequeño dominio, pero había otras. Elend no había podido librarlas a todas por completo del bandidaje, pero les había ido mejor que a otras ciudades de otras zonas del Imperio Final.

Vin avanzó a trompicones hacia la aldea pisando negros charcos de barro. Tras unos quince minutos de caminata, se desvió del camino principal por una trocha que llevaba hasta la aldea. Era pequeña incluso para ser skaa. Apenas unas cuantas chozas y un par de estructuras más bonitas.

No es una plantación, pensó. *Esto fue en tiempos una aldea de paso, un lugar para que los nobles pasaran la noche.* La pequeña mansión, que antes habría sido de un noble menor, estaba a oscuras. En dos de las chozas skaa, sin

embargo, la luz asomaba por las rendijas. El mal tiempo debía de haber convencido a la gente para volver temprano del trabajo.

Vin se estremeció y se acercó a uno de los edificios. Sus oídos ampliados por el estío captaron sonidos de charla en el interior. Se detuvo a escuchar. Unos niños reían y los hombres hablaban con placer. Olió lo que debía de ser el primer plato de la cena... una simple sopa de verduras.

Skaa... riendo, pensó. Una choza como esta antes habría sido un lugar de miedo y pesar durante los días del lord Legislador. Los skaa felices eran considerados skaa que no trabajaban lo suficiente. *Hemos conseguido algo. Todo esto ha servido para algo.*

Pero ¿merecía la pena la muerte de sus amigos? ¿La caída de Luthadel? Sin la protección de Elend, incluso esa pequeña aldea sería pronto tomada por un tirano u otro.

Se regocijó con las risas. Kelsier no se había rendido. Se había enfrentado al propio lord Legislador, y sus últimas palabras habían sido de desafío. Incluso aunque sus planes hubieran parecido desesperados y su cadáver yaciera en la calle, había vencido.

Me niego a rendirme, pensó Vin, irguiéndose. *Me niego a aceptar su muerte hasta que abrace sus cadáveres.*

Alzó una mano y llamó a la puerta. Inmediatamente los sonidos del interior cesaron. Vin apagó su estío cuando la puerta se abrió. Los skaa, sobre todo los skaa de campo, eran tímidos. Probablemente tuviera que...

—¡Oh, pobrecilla! —exclamó la mujer, abriendo de par en par la puerta—. Ven a guarecerte de esa nieve. ¿Qué estás haciendo ahí a la intemperie?

Vin vaciló. La mujer vestía de manera sencilla, pero su ropa era adecuada para combatir el frío del invierno. La hoguera del centro de la habitación daba un calor agradable.

—Dime, criatura —insistió la mujer. Tras ella, un hombre barbudo y fornido se levantó para colocarle una mano en el hombro y estudiar a Vin.

—Peltre —dijo Vin en voz baja—. Necesito peltre.

La pareja se miró, frunciendo el ceño. Probablemente pensaban que estaba loca. Después de todo, ¿qué aspecto debía de tener, con la ropa mojada y llena de ceniza? Vestía ropa sencilla de montar: pantalones y una capa corriente.

—¿Por qué no pasas, hija? —sugirió el hombre—. Come algo. Luego podemos hablar de dónde vienes. ¿Dónde están tus padres?

¡Lord Legislador!, pensó Vin, molesta. *Tan joven parezco?*

Aplacó a la pareja, suprimiendo su preocupación y su recelo. Luego avivó su disposición a ayudarla. No era tan buena como Brisa, pero tampoco carecía de práctica. La pareja se relajó de inmediato.

—No tengo mucho tiempo —dijo—. Necesito peltre.

—El señor tenía una buena cubertería en su casa —dijo el hombre lentamente—. Pero la cambiamos casi toda por ropa y aperos de labranza. Creo que quedan un par de copas. Maese Cled, nuestro jefe, las tiene en la otra choza...

—Eso podría valer —dijo Vin. *Aunque el metal probablemente no estará mezclado al porcentaje alomántico preciso.* Tendría quizá demasiada plata o no el suficiente estaño, lo que haría el peltre menos efectivo.

La pareja frunció el ceño y se volvió a mirar a los otros ocupantes de la choza.

Vin sintió que la desesperación volvía a adueñarse de ella. ¿En qué estaba pensando? Aunque la aleación de peltre fuera la adecuada, necesitaría tiempo para cortarlo y producir lo suficiente para usarlo corriendo. El peltre ardía relativamente rápido. Necesitaría mucho. Prepararlo llevaría casi el mismo tiempo que ir caminando hasta Luthadel.

Se volvió y miró al sur, al cielo oscuro y nevado. Incluso con peltre tardaría horas en llegar corriendo. Lo que realmente necesitaba era un camino de clavos... un sendero marcado por clavos en el suelo contra los que los alomantes podían impulsarse al aire una y otra vez. Había viajado una vez por un camino así, de Luthadel a Fellise: un viaje en carruaje de una hora en menos de diez minutos.

Pero no había caminos de clavos desde esa aldea hasta Luthadel, ni siquiera los había a lo largo de las principales rutas del canal. Eran demasiado difíciles de trazar, su utilidad, demasiado restringida para molestarse en tenderlos para recorrer largas distancias.

Vin se volvió y la pareja de skaa dio un respingo. Tal vez habían visto las dagas que llevaba al cinto o tal vez fuera por la expresión de sus ojos, pero ya no parecían tan amistosos.

—¿Eso es un establo? —preguntó Vin, indicando con la cabeza uno de los edificios a oscuras.

—Sí —respondió el hombre, vacilante—. Pero no tenemos caballos. Solo un par de cabras y vacas. Seguro que no quieres...

—Herraduras —dijo Vin.

El hombre frunció el ceño.

—Necesito herraduras. Un montón.

—Sígueme —dijo el hombre, respondiendo a su aplacamiento. Ella lo siguió a la fría tarde. Los demás los acompañaron, y Vin advirtió que un par de hombres llevaban porra. Tal vez no era solo la protección de Elend lo que había permitido a esa gente vivir sin ser molestada.

El hombretón descargó su peso contra la puerta del establo, empujándola hacia un lado. Señaló un barril que había dentro.

—Se estaban oxidando de todas formas.

Vin se acercó al barril y sacó una herradura, probando su peso. Luego la lanzó ante sí y la empujó con una sólida llamarada de acero. Salió despedida por los aires hasta que cayó en un charco a unos metros de distancia.

Perfecto, pensó.

Los skaa la estaban mirando. Vin buscó en el bolsillo y sacó uno de los frascos de metal, apuró su contenido y restauró su peltre. No le quedaba mucho para lo que el peltre era, pero tenía bastante acero y hierro. Ambos ardían despacio. Podría empujar y tirar de los metales durante horas todavía.

—Preparad vuestra aldea —dijo, quemando peltre, y luego tomó diez herraduras—. Luthadel está siendo asediada... Puede que haya caído ya. Si os enteráis de que así ha sido, os sugiero que os trasladéis a Terris con los vuestros. Seguid el canal imperial directamente hasta el norte.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre.

—Nadie importante.

Él vaciló.

—Eres *ella*, ¿verdad?

Vin no tuvo que preguntar a qué se refería. Simplemente dejó caer una herradura al suelo.

—Sí —dijo en voz baja, y empujó la herradura.

Inmediatamente, dio un brinco. Mientras caía, soltó otra herradura. Sin embargo, esperó hasta estar cerca del suelo para empujarse contra esta: necesitaba avanzar, no ir hacia arriba.

Había hecho aquello antes. Se parecía bastante a usar monedas para saltar. El truco estaba en seguir avanzando. Mientras empujaba la segunda herradura, impulsándose de nuevo al aire nevado, tiró de la primera, que quedaba atrás.

La herradura no estaba unida a nada, así que voló hacia ella salvando la distancia mientras Vin lanzaba al suelo una tercera herradura. Soltó la primera, y su impulso la llevó por el aire por encima de su cabeza. Cayó al

suelo cuando ella se empujaba contra la tercera herradura y tiraba de la segunda, que ahora había quedado muy atrás.

Esto va a ser difícil, pensó concentrada mientras pasaba por encima de la primera herradura y se empujaba contra ella. Sin embargo, no calculó bien el ángulo y cayó demasiado lejos. La herradura salió disparada tras ella y no le dio suficiente impulso vertical para mantenerse en el aire. Golpeó con fuerza el suelo, pero inmediatamente tiró de la herradura hacia sí y lo intentó de nuevo.

Los primeros intentos fueron torpes. El mayor problema era encontrar el ángulo. Tenía que golpear la herradura de forma adecuada, dándole suficiente fuerza hacia abajo para mantenerla en el suelo, pero el suficiente impulso hacia delante para seguir avanzando en la dirección adecuada. Tuvo que aterrizar frecuentemente durante la primera hora, para recoger las herraduras. Sin embargo, no tenía tiempo para hacer muchos experimentos, y estaba decidida a hacerlo.

Al cabo de un rato tenía tres herraduras funcionando bastante bien: le ayudaba que el suelo estuviera húmedo y que su peso hundiera las herraduras en el barro, lo que le daba más agarre para avanzar. Pronto pudo añadir una cuarta herradura. Cuanto más frecuentemente empujaba y más herraduras tenía para impulsarse, más rápido iba.

Una hora después de salir de la aldea, añadió una quinta herradura. El resultado fue un continuo fluir de oscilantes fragmentos metálicos. Vin tiraba, luego empujaba, después tiraba, luego empujaba, moviéndose con continuo tesón, lanzándose por los aires.

El suelo corría bajo ella y las herraduras volaban por el aire sobre su cabeza. El viento se convirtió en un rugido mientras se empujaba más y más rápido, hacia el sur. Era un borrón de metal y movimiento... como lo había sido Kelsier, casi al final, cuando mató al inquisidor.

Excepto que su metal no pretendía matar, sino salvar. *Puede que no llegue a tiempo*, pensó mientras el aire silbaba a su alrededor. *Pero no voy a rendirme a mitad de camino*.

Tengo un joven sobrino llamado Rashek. Odia a todo Khlellium con la pasión de la envidiosa juventud. Odia a Alendi aún más profundamente, a pesar de que no se conocen, porque Rashek se siente traicionado debido a que uno de nuestros opresores ha sido elegido Héroe de las Eras.

53



STRAFF EMPEZABA A SENTIRSE BIEN mientras su ejército remontaba la última colina que asomaba a Luthadel. Había probado discretamente unas cuantas drogas de su armario, y estaba bastante seguro de saber cuál le había administrado Amaranta. Fraín negro. Una droga repulsiva. Tendría que dejar de tomarla poco a poco... pero de momento unas cuantas hojas que había tragado le hacían sentirse más fuerte y más despejado que nunca. De hecho, se sentía maravillosamente.

Estaba convencido de que no podía decirse lo mismo de la gente de Luthadel. Los koloss rodeaban la muralla, todavía golpeando varias puertas al norte y al este. Del interior de la ciudad brotaba humo.

—Nuestros exploradores dicen que las criaturas han derribado cuatro puertas de la ciudad, mi señor —dijo lord Janarle—. Primero irrumpieron por la puerta oriental, y allí se toparon con una dura resistencia. La puerta norte cayó a continuación, y luego la noroeste, pero las tropas de ambas aguantan también. La brecha principal se ha abierto en la norte. Los koloss al parecer campan libres en esa zona, quemando y saqueando.

Straff asintió. *La puerta norte*, pensó. *La más cercana a la fortaleza Venture.*

—¿Atacamos, mi señor? —preguntó Janarle.

—¿Cuánto hace que cayó la puerta norte?

—Tal vez una hora, mi señor.

Straff sacudió la cabeza, feliz.

—Entonces, esperemos. Las criaturas se han esforzado mucho por entrar en la ciudad. Al menos deberíamos dejar que se diviertan un poco antes de masacrirlas.

—¿Estás seguro, mi señor?

Straff sonrió.

—Cuando dentro de unas horas hayan saciado su sed de sangre, estarán cansados de tanta lucha y se calmarán. *Ese* será el mejor momento para atacar. Estarán dispersos por toda la ciudad, debilitados por la resistencia. De ese modo, podremos con ellos fácilmente.

SAZED AGARRÓ A SU OPONENTE por la garganta y empujó hacia atrás el rostro rugiente y distorsionado. La piel de la bestia koloss estaba tan tensa que se había abierto por el centro de la cara, revelando músculos ensangrentados sobre los dientes, alrededor de los agujeros de la nariz. Respiraba con ronca rabia, escupiendo gotitas de saliva y sangre sobre Sazed en cada exhalación.

¡Fuerza!, pensó Sazed, decantando su mentepeltre para conseguir más poder. Su cuerpo se volvió tan enorme que temió que su propia piel fuera a desgarrarse. Por fortuna sus mentes de metal habían sido fabricadas para ceder, los brazaletes y anillos estaban abiertos. Con todo, su masa era impresionante. Probablemente no habría sido capaz de andar ni maniobrar con semejante tamaño... pero no importaba, porque el koloss ya lo había derribado al suelo. Todo lo que necesitaba era un poco de fuerza añadida en la mano. La criatura le arañó un brazo con una mano y tanteó con la otra, agarrando su espada...

Los dedos de Sazed aplastaron por fin el grueso cuello de la bestia. La criatura trató de rugir, pero no emitió ningún sonido y se agitó frustrada. Sazed luchó por levantarse y luego lanzó a la criatura contra sus compañeros. Con tanta fuerza sobrenatural, incluso un cuerpo de más de tres metros parecía ligero. Chocó contra un montón de koloss que atacaban, derribándolos.

Sazed esperó, jadeando. *Estoy agotando mi fuerza demasiado rápido*, pensó, liberando su mentepeltre, y su cuerpo se desinfló como un odre de vino. No podía continuar decantando demasiado sus reservas. Ya había agotado la mitad de sus fuerzas... fuerzas que había tardado décadas en acumular. Aún no había utilizado sus anillos, pero solo tenía atributos para unos pocos minutos en cada uno. Solo los usaría en caso de emergencia.

Y a eso me enfrento ahora mismo, pensó con temor. Todavía conservaban la plaza de la Puerta de Acero. Aunque los koloss habían franqueado la puerta, solo unos pocos podían cruzarla a la vez... y solo los más enormes parecían capaces de saltar la muralla.

Sin embargo, el grupito de soldados de Sazed se hallaba en una situación apurada. Había cuerpos tendidos por todo el patio. Los fieles skaa del fondo habían empezado a arrastrar a los heridos a lugar seguro. Sazed oyó sus gemidos.

Los cadáveres de los koloss cubrían también la plaza y, a pesar de la carnicería, Sazed no pudo dejar de sentir orgullo por cuánto les estaba costando a las criaturas abrirse paso por aquella puerta. Luthadel no iba a caer fácilmente. En absoluto.

Los koloss parecían contenidos por el momento, y aunque en el patio continuaba habiendo algunas refriegas, un nuevo grupo de monstruos se estaba congregando ante la puerta.

Ante la puerta, pensó Sazed. Las criaturas habían conseguido abrir solo una de las enormes puertas, la de la derecha. Había cadáveres en la plaza, docenas, tal vez centenares, pero los koloss habían despejado buena parte del camino para entrar en el patio.

Tal vez...

No tuvo tiempo para pensar. Echó a correr, decantando de nuevo su mentepeltre, dándose la fuerza de cinco hombres. Lanzó el cadáver de un koloss pequeño por la puerta. Las criaturas de fuera rugieron, dispersándose. Seguía habiendo cientos esperando una oportunidad para entrar, pero tropezaron con los muertos en su prisa por apartarse de su proyectil.

Sazed resbaló con la sangre mientras agarraba un segundo cadáver y lo lanzaba.

—¡A mí! —gritó, esperando que quedaran hombres que pudieran oírlo y que pudieran responder.

Los koloss advirtieron demasiado tarde lo que estaba haciendo. Apartó otro cadáver, se abalanzó contra la puerta abierta y decantó su mentehierro, extrayendo el peso acumulado. Inmediatamente se volvió mucho más pesado, y con todo su peso chocó contra la puerta cerrándola de golpe.

Los koloss corrieron hacia la puerta desde el otro lado. Sazed la empujó, apartando cadáveres, obligando la enorme hoja a cerrarse. Decantó más su mentehierro, apurando su preciosa reserva a un ritmo alarmante. Se volvió tan pesado que notó que su propio peso lo aplastaba contra el suelo, y solo su

fuerza aumentada consiguió mantenerlo en pie. Los frustrados koloss golpearon la puerta, pero él aguantó. Los contuvo, con las manos y el pecho apretados contra la áspera madera, los dedos de los pies engarfiados en el irregular empedrado. Gracias a su mentelatón ni siquiera notaba el frío, aunque la nieve, la ceniza y la sangre se mezclaban a sus pies.

Los hombres gritaban. Algunos morían. Otros lanzaron su propio peso contra la puerta, y Sazed se permitió mirar atrás. El resto de los soldados establecieron un perímetro dentro de la ciudad, protegiendo la puerta de los koloss. Los hombres luchaban con valentía, con la espalda contra la puerta, pero solo el poder de Sazed impedía que esta se abriera.

Y, sin embargo, luchaban. Sazed lanzó un grito de desafío. Los pies le resbalaban, pero aguantaba la puerta mientras los soldados mataban a los koloss que quedaban en el patio. Entonces, un grupo de ellos llegó corriendo con un gran tablón de madera. Sazed no sabía de dónde lo habían sacado, ni le importaba, mientras lo colocaran en lugar de la barra que cerraba la puerta.

Su peso se agotó, vacía su mentehierro. *Tendría que haber almacenado más, a lo largo de los años*, pensó con un suspiro de agotamiento, desplomándose ante la puerta cerrada. Le había parecido mucha cantidad hasta que se había visto obligado a usarla con demasiada frecuencia, para mantener a raya a koloss o similares.

No solía almacenar peso más que para hacerme más liviano. Me parecía la forma más útil de usar hierro.

Liberó peltre, y sintió que su cuerpo se desinflaba. Por fortuna, hincharlo de aquella forma no le dejaba la piel descolgada. Regresó a su aspecto habitual con una terrible sensación de cansancio y una leve incomodidad. Los koloss continuaban golpeando la puerta. Sazed abrió los ojos, cansado, tendido en la nieve y la ceniza, prácticamente desnudo. Sus soldados lo rodeaban solemnemente.

Qué pocos, pensó. Apenas quedaban cincuenta de los cuatrocientos iniciales. La plaza estaba roja, como pintada, de brillante sangre koloss mezclada con la más oscura sangre humana. Corpachones azules yacían amontonados o solitarios, entre pedazos retorcidos y arrancados que eran todo lo que quedaba de los cuerpos humanos después de ser golpeados por las brutales espadas de los koloss.

Los golpes continuaron, como tambores sordos, al otro lado de la puerta. Fueron aumentando hasta alcanzar un ritmo frenético, y la puerta se estremeció a medida que los koloss se iban llenando de frustración.

Probablemente podían oler la sangre, sentir la carne que había estado a punto de ser suya.

—Ese tablón no durará mucho —dijo uno de los soldados en voz baja mientras un copo de ceniza flotaba delante de su cara—. Y las bisagras están cediendo. Van a entrar otra vez.

Sazed se puso en pie lentamente.

—Y nosotros volveremos a luchar.

—¡Mi señor! —dijo una voz. Sazed se volvió para ver a uno de los mensajeros de Dockson llegar a caballo sorteando los montones de cadáveres —. Lord Dockson dice que... —Se calló al advertir por primera vez que la puerta de Sazed estaba cerrada—. ¿Cómo...?

—Entrega tu mensaje, joven —dijo Sazed, cansado.

—Lord Dockson dice que no recibiréis refuerzos —informó el hombre, frenando su caballo—. La Puerta de Estaño ha caído y...

—¿La Puerta de Estaño? —inquirió Sazed. ¡*Tindwyl!*—. ¿Cuándo?

—Hace más de una hora, mi señor.

¿*Una hora*? pensó, incrédulo. ¿*Cuánto tiempo llevamos luchando*?

—Tenéis que aguantar aquí, mi señor! —dijo el joven, dándose la vuelta y regresando al galope por donde había venido.

Sazed se volvió hacia el este. *Tindwyl...*

Los golpes en su puerta se hicieron más fuertes, y el tablón empezó a astillarse. Los hombres corrieron a buscar cualquier otra cosa para bloquear la puerta, pero Sazed comprendió que las piezas que sostenían la tabla estaban empezando a romperse. Cuando lo hicieran, no habría forma de volver a cerrar la puerta.

Sazed cerró los ojos y, notando el peso de su fatiga, recurrió a su mentepeltre. Casi estaba vacía. Cuando se agotara, solo tendría la pequeña cantidad de fuerza de uno de sus anillos.

Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

Oyó que la tabla se quebraba y los gritos de los hombres.

—¡ATRÁS! —GRITÓ CLUBS—. ¡A LA CIUDAD!

Los restos de su ejército se disolvieron, apartándose de la Puerta de Cinc. Brisa vio horrorizado que más y más koloss se dispersaban por la plaza, alcanzando a los hombres que estaban demasiado débiles o demasiado heridos

para retirarse. Las criaturas avanzaban como una gran ola azul, una ola con espadas de acero y ojos rojos.

En el cielo, el sol, solo débilmente visible tras las nubes de tormenta, era una cicatriz sangrante que se arrastraba hacia el horizonte.

—Brisa —exclamó Clubs, tirando de él—. Ha llegado la hora de marcharnos.

Sus caballos habían huido hacía rato. Brisa siguió tambaleante al general, tratando de no escuchar los rugidos a su espalda.

—¡Replegaos a las posiciones defensivas! —ordenó Clubs a aquellos hombres que podían oírlo—. ¡Primer pelotón, atrincheraos dentro de la fortaleza Lekal! ¡Lord Hammond debería estar allí ya, preparando las defensas! ¡Segundo pelotón, conmigo a la fortaleza Hasting!

Brisa continuó, con la mente tan entumecida como los pies. No había servido de nada en la batalla. Había intentado disipar el miedo de los hombres, pero sus esfuerzos le habían parecido tan inútiles como... alzar un pedazo de papel al sol para hacer sombra.

Clubs levantó una mano, y el pelotón de doscientos hombres se detuvo. Brisa miró alrededor. La calle, cubierta de ceniza y nieve, estaba silenciosa. Todo parecía... en calma. El cielo estaba oscuro, los rasgos de la ciudad suavizados por la manta de nieve moteada de negro. Resultaba extraño haber huido de la horrible escena escarlata y azul para encontrar la ciudad como dormida.

—¡Maldición! —exclamó Clubs, apartando a Brisa de en medio cuando un grupo aullante de koloss salió de una calle lateral. Los soldados ocuparon sus posiciones, pero otro grupo de koloss, las criaturas que acababan de irrumpir por la puerta, aparecieron tras ellos.

Brisa tropezó y cayó en la nieve. *Ese otro grupo... ¡viene del norte! ¿Las criaturas se han infiltrado en la ciudad desde tan lejos ya?*

—¡Clubs! Tenemos...

Brisa se volvió justo a tiempo para ver la enorme espada de un koloss cercenar el brazo alzado de Clubs y luego continuar hasta herir al general en las costillas. Clubs gimió y cayó mientras su brazo y su espada volaban por los aires. Se tambaleó, apoyado en su pierna mala, y el koloss descargó su espada con las dos manos.

La nieve sucia por fin adquirió algún color. Una mancha roja.

Brisa se quedó mirando, anonadado, el cadáver de su amigo. Luego el koloss se volvió hacia él, rugiendo.

La inminencia más que probable de su propia muerte lo hizo estremecer como ni siquiera la fría nieve lo estremecía. Brisa retrocedió, resbalando en la nieve, y por instinto trató de aplacar a la criatura. Naturalmente, no sucedió nada. Trató de incorporarse, y el koloss, junto con varios más, empezó a acercársele. Sin embargo, en ese momento otro pelotón de soldados que huía de la puerta apareció por una calle lateral, distrayendo a los koloss.

Brisa hizo lo único que parecía natural. Se arrastró hasta un edificio y se escondió dentro.

—TODO ES CULPA DE KELSIER —murmuró Dockson, haciendo otra anotación en su mapa. Según los mensajeros, Ham había llegado a la fortaleza Lekal. No duraría mucho.

El gran salón Venture había sido un frenesí de movimiento y pánico mientras los escribas corrían de un lado para otro, hasta que finalmente comprendieron que a los koloss no les importaba si un hombre era skaa, erudito, noble o mercader. A las criaturas, simplemente, les gustaba matar.

—Tendría que haberlo previsto —continuó Dockson—. Nos metió en este lío y dio por supuesto que encontraríamos un modo de arreglarlo. Bueno, no puedo ocultar una ciudad de sus enemigos... no como ocultaba una banda. ¡Que fuéramos excelentes ladrones no implicaba que fuéramos a ser buenos dirigiendo un reino!

Nadie le escuchaba. Todos sus mensajeros habían huido y sus guardias luchaban en las puertas de la fortaleza. Cada fortaleza tenía sus propias defensas, pero Clubs había decidido con acierto usarlas de refugio solo como segunda opción. No estaban hechas para repeler un ataque a gran escala y se encontraban a demasiada distancia entre sí. Retirarse a ellas tan solo dividía y aislabía considerablemente al ejército humano.

—Nuestro verdadero problema es la continuidad —dijo Dockson, haciendo una última anotación en la Puerta de Estaño, explicando lo que había sucedido allí. Examinó el mapa. Nunca había esperado que la puerta de Sazed fuera la última en caer.

»La continuidad. Creíamos que podíamos hacerlo mejor que los nobles, pero cuando tuvimos el poder volvimos a ponerlos a ellos al mando. Si hubiéramos matado a todos los nobles, tal vez hubiésemos podido empezar de cero. Naturalmente, eso habría significado invadir las otras dominaciones... lo cual habría implicado a su vez enviar a Vin a encargarse de los nobles más

importantes y problemáticos. Habría habido una masacre nunca vista en el Imperio Final. Y, si hubiéramos hecho eso...

Guardó silencio cuando una de las enormes y majestuosas vidrieras se hizo añicos. Las demás empezaron a explotar también, rotas por las rocas que lanzaban desde fuera. Unos cuantos koloss grandes saltaron por los agujeros y aterrizaron en el suelo de mármol cubierto de cristales. Incluso rotas, las vidrieras eran preciosas; los afilados bordes de cristal chispeaban a la luz de la tarde. Dockson vio por una de ellas que la tormenta descargaba, oscureciendo la luz del sol.

—Si hubiéramos hecho eso —dijo en voz baja—, no habríamos sido mejores que las bestias.

Los escribas gritaron, tratando de huir cuando los koloss iniciaron la matanza. Dockson se quedó quieto, oyendo los gruñidos y la respiración entrecortada de los koloss que se acercaban por los pasillos que tenía detrás. Levantó la espada de su mesa mientras los hombres empezaban a morir.

Cerró los ojos. *¿Sabes, Kel?, pensó. Casi había empezado a pensar que tenían razón, que estabas cuidando de nosotros. Que eras una especie de dios.*

Abrió los ojos y se dio la vuelta, desenvainando la espada. Entonces se detuvo a contemplar la enorme bestia que se acercaba. *¡Qué grande es!*

Dockson apretó los dientes, maldijo una última vez a Kelsier, y luego cargó, blandiendo la espada.

La criatura detuvo el arma con una mano indiferente, ignorando el corte que le causaba. Luego descargó un mandoble, y se hizo la oscuridad.

—**MI SEÑOR —DIJO JANARLE—**. La ciudad ha caído. Mira, se puede ver cómo arde. Los koloss han entrado por cuatro puertas y campan a sus anchas por las calles. No se detienen a saquear: solo matan. Masacran. No quedan muchos soldados que se les opongan.

Straff contempló en silencio cómo ardía Luthadel. Le parecía... un símbolo. Un símbolo de justicia. Había huido de aquella ciudad una vez, dejándosela a la escoria skaa, y cuando había vuelto para exigir que se la devolvieran, se habían resistido.

Se habían mostrado desafiantes. Se lo tenían merecido.

—Mi señor, el ejército koloss está ya bastante debilitado. Es difícil contar su número, pero los cadáveres que dejan atrás indican que al menos un tercio de sus fuerzas han caído. ¡Podemos derrotarlos!

—No —dijo Straff, sacudiendo la cabeza—. Todavía no.

—¿Mi señor? —preguntó Janarle.

—Que los koloss se queden con la maldita ciudad —dijo Straff en voz baja—. Que la arrasen y la quemen hasta los cimientos. El fuego no puede hacer daño a nuestro atium... De hecho, probablemente facilitará su localización.

—Yo... —Janarle parecía sorprendido. No puso objeciones, pero su mirada era de rebeldía.

Tendré que encargarme de él más tarde, pensó Straff. Se levantará contra mí si descubre que Zane se ha marchado.

Eso no importaba en aquel momento. La ciudad lo había rechazado y, por tanto, sucumbiría. Construiría una mejor en su lugar.

Una ciudad dedicada a Straff, no al lord Legislador.

—¡PADRE! —EXCLAMÓ ALLRIANNE IMPACIENTE.

Cett negó con la cabeza. Ambos, montados a caballo, estaban en una colina, al oeste de Luthadel. Veía el ejército de Straff congregado al norte, observando, como él observaba, los estertores de una ciudad condenada.

—¡Tenemos que ayudar! —insistió Allrianne.

—No —respondió Cett en voz baja, librándose de los efectos del poder encendedor de su hija sobre sus emociones. Se había acostumbrado a sus manipulaciones hacía tiempo—. Nuestra ayuda no serviría de nada ya.

—¡Tenemos que hacer algo! —dijo Allrianne, tirándole del brazo.

—No —respondió Cett con más fuerza.

—¡Pero has vuelto! ¿Para qué hemos vuelto si no era para ayudar?

—Ayudaremos. Ayudaremos a Straff a tomar la ciudad cuando lo deseé, y luego nos someteremos a él con la esperanza de que no nos mate.

Allrianne palideció.

—¿Es eso? —susurró—. ¿Por eso regresamos? ¿Para dar nuestro reino a ese monstruo?

—¿Qué otra cosa esperabas? Me conoces, Allrianne. Sabes que esta es la decisión que tengo que tomar.

—Creía que te conocía —repuso ella—. Creía que en el fondo eras un buen hombre.

Cett negó con la cabeza.

—Todos los hombres buenos están muertos, Allrianne. Han muerto en esa ciudad.

SAZED SIGUIÓ LUCHANDO. No era soldado, no tenía el instinto aguzado ni formación. Calculaba que tendría que haber muerto hacía horas. Y, sin embargo, de algún modo, conseguía permanecer vivo.

Tal vez era porque los koloss tampoco luchaban con habilidad. Eran burdos como sus enormes espadas parecidas a porras, y simplemente se lanzaban contra sus oponentes sin seguir ninguna estrategia.

Eso debería haber bastado. Sin embargo, Sazed aguantaba... y donde él aguantaba, sus pocos hombres aguantaban con él. Los koloss tenían la ira a su favor, pero los hombres de Sazed veían a los débiles y los ancianos detrás, esperando al borde de la plaza. Los soldados sabían por qué luchaban. Ese recordatorio era suficiente para que continuaran combatiendo, incluso cuando empezaban a estar rodeados y los koloss se abrían paso hacia las inmediaciones de la plaza.

Sazed sabía a esas alturas que no iba a llegar ninguna ayuda. Había esperado, tal vez, a que Straff decidiera tomar la ciudad, como había sugerido Clubs. Pero ya era demasiado tarde para eso; la noche se acercaba, el sol se hundía poco a poco tras el horizonte.

Ha llegado el final, pensó Sazed mientras el hombre que tenía al lado caía. Resbaló sobre la sangre, y el movimiento le salvó cuando el koloss descargó un golpe por encima de su cabeza.

Tal vez Tindwyl hubiese encontrado un modo de ponerse a salvo. Con suerte, Elend entregaría los documentos que habían estudiado juntos. Eran importantes, aunque no sabía por qué.

Sazed atacó, empuñando la espada que le había arrebatado a un koloss. Amplió sus músculos en un estallido final mientras se volvía, dándoles fuerza justo cuando la espada encontraba carne koloss.

Golpeó. La resistencia, el húmedo sonido del impacto, la reverberación por todo su brazo... esas cosas ya le resultaban familiares. La brillante sangre koloss lo manchó, y otro de los monstruos cayó.

Y la fuerza de Sazed desapareció.

Vacio de peltre, la espada koloss le pesaba en la mano. Trató de blandirla contra el siguiente monstruo, pero el arma resbaló de sus dedos débiles, abotargados y cansados.

Aquel koloss era grande. Con más de tres metros y medio de estatura, era el monstruo más grande de todos los que había visto. Sazed trató de apartarse,

pero tropezó con el cadáver de un soldado recién abatido. Mientras caía, sus hombres finalmente se rindieron y la última docena se dispersó. Habían aguantado bien. Demasiado bien. *Tal vez si los hubiera dejado retirarse...*

No, pensó, mirando la muerte cara a cara. *He obrado bien. Mejor de lo que lo hubiese hecho cualquier otro erudito.*

Se acordó de sus anillos. Tal vez obtuviera de ellos una pequeña ventaja, tal vez pudiera correr. Huir. Sin embargo, le faltaba la motivación para hacerlo. ¿Para qué resistir? ¿Por qué lo había hecho? Sabía que estaban condenados.

Te equivocas conmigo, Tindwyl. A veces me rindo. Rendí esta ciudad hace mucho tiempo.

El koloss se inclinó sobre Sazed, que aún yacía tendido en el charco de sangre, y levantó la espada. Por encima del hombro de la criatura, Sazed vio el sol rojo flotando sobre la muralla. Se concentró en eso, en vez de en la espada que caía. Podía ver rayos de luz, como... añicos de cristal en el cielo.

La luz del sol pareció chispear, tintinear, escapar como si el astro le diera la bienvenida. Extendiéndose para aceptar su espíritu.

Y así, muero...

Una tintineante gota de luz chispeó en el rayo de sol y alcanzó al koloss directamente en la nuca. La criatura gruñó, envarándose, y dejó caer la espada. Se desplomó de lado y Sazed se quedó tendido en el suelo un momento, estupefacto. Entonces miró la muralla.

Una silueta se recortaba contra el sol. Negra contra la luz roja, con una capa que flotaba suavemente a su espalda. Sazed parpadeó. La chispa de luz tintineante que había visto... era una moneda. El koloss que tenía delante estaba muerto.

Vin había regresado.

Saltó como solo un alomante podía hacerlo, trazando un arco elegante sobre la plaza. Aterrizó directamente en medio de los koloss y giró. Las monedas empezaron a salir disparadas como insectos furiosos, abriendose paso en la carne azul. Las criaturas no caían tan fácilmente como hubiesen hecho los humanos, pero el ataque llamó su atención: se apartaron de los soldados que huían y de los ciudadanos indefensos.

Los skaa reunidos al fondo de la plaza empezaron a cantar. Era un sonido extraño en plena batalla. Sazed se sentó, ignorando sus dolores y su cansancio mientras Vin brincaba. La puerta de la ciudad de repente cedió y sus bisagras se torcieron. Los koloss la habían golpeado ya con tanta fuerza que...

El enorme portal de madera salió despedido de la pared, tirado por Vin.

Cuánto poder, pensó Sazed, asombrado. Debe de estar tirando de algo que tiene detrás... pero eso significaría que la pobre Vin está en equilibrio entre dos pesos tan grandes como esa puerta.

Y, sin embargo, lo hizo, alzando la puerta con facilidad, atrayéndola hacia sí. La enorme hoja cayó sobre las filas koloss, dispersando los cuerpos. Vin giró con destreza en el aire, tirando de sí misma hacia un lado, haciendo oscilar la puerta hacia el otro como si estuviera atada a ella por una cadena.

Los koloss volaban por los aires, esparciéndose como lascas por el impacto de la enorme arma; los huesos crujían. De un solo golpe, Vin despejó todo el patio.

La puerta cayó. Vin aterrizó entre un grupo de cuerpos aplastados y, de una patada, hizo llegar a sus manos el bastón de un soldado. Los koloss que quedaban ante la puerta se detuvieron un instante antes de cargar. Vin atacó rápidamente, pero con precisión. Los cráneos se rompían, los koloss caían muertos en el fango mientras trataban de abrirse paso hacia ella. Vin giró, derribó a unos cuantos y ensució de fango rojo ceniciente a los que llegaban corriendo detrás.

Yo... tengo que hacer algo, pensó Sazed, sacudiéndose el pasmo. Seguía desnudo, inmune al frío gracias a su mentelatón, que estaba ya casi vacía. Vin continuaba luchando, derribando koloss sin descanso. Ni siquiera su fuerza duraría eternamente. No podía salvar la ciudad.

Sazed se obligó a ponerse en pie y luego se dirigió hacia el fondo de la plaza. Agarró al anciano que encabezaba el grupo de skaa, interrumpiendo su cántico.

—Tenías razón —dijo Sazed—. Ella ha regresado.

—Sí, Sagrado Primer Testigo.

—Ganaremos un poco de tiempo, creo. Los koloss han entrado en la ciudad. Tenemos que reunir a la gente que podamos y escapar.

El anciano vaciló, y durante un momento Sazed pensó que iba a negarse, a decir que Vin los protegería, que derrotaría al ejército entero. Entonces, afortunadamente, asintió.

—Iremos a la puerta norte —dijo Sazed—. Por ahí han entrado los koloss en la ciudad, así que es probable que hayan dejado atrás esa zona.

Espero, pensó, y salió corriendo a advertir a los demás. Las posiciones allí defensivas de emergencia eran las fortalezas de la alta nobleza. Tal vez encontrarían supervivientes.

ASÍ QUE RESULTA QUE SOY UN COBARDE, pensó Brisa.

No era una revelación sorprendente. Siempre había dicho que era importante que un hombre se comprendiera a sí mismo, y él siempre había sido consciente de su egoísmo. Así que no le sorprendió demasiado encontrarse acurrucado contra los ladrillos de una vieja casa skaa, haciendo oídos sordos a los gritos del exterior.

¿Dónde estaba el hombre orgulloso, el cuidadoso diplomático, el aplacador de traje impecable? Se había ido dejando atrás aquella masa temblorosa e inútil. Trató varias veces de quemar latón para aplacar a los hombres que luchaban fuera. Sin embargo, no conseguía hacer una cosa tan sencilla como esa. Ni siquiera podía moverse.

A menos que temblar fuera un movimiento.

Fascinante, pensó Brisa, como si se mirara desde fuera y viese a la penosa criatura ataviada con un traje desgarrado y ensangrentado. *Así que esto es lo que me ocurre cuando la tensión me supera. Es irónico, en cierto modo. Me he pasado toda la vida controlando las emociones de los demás. Ahora tengo tanto miedo que ni siquiera puedo moverme.*

La lucha continuaba fuera desde hacía muchísimo tiempo. ¿No tendrían que haber estado muertos aquellos soldados?

—¿Brisa?

No pudo moverse para ver quién era. *Parece Ham. Es gracioso. Debería estar muerto también.*

—¡Por el lord Legislador! —dijo Ham, apareciendo ante Brisa. Llevaba un cabestrillo ensangrentado. Se acercó a toda prisa a su lado—. Brisa, ¿puedes oírme?

—Lo vimos esconderse aquí dentro, mi señor —dijo otra voz. ¿Un soldado?—. Se refugió de la pelea. Pero lo notábamos aplacándonos. Nos mantuvieron luchando incluso cuando deberíamos habernos rendido. Después de que lord Cladent muriera...

Soy un cobarde.

Apareció otra silueta. Sazed, con aspecto preocupado.

—Brisa —dijo Ham, arrodillándose—. Mi fortaleza ha caído y la puerta de Sazed ha sido derribada. No sabemos nada de Dockson desde hace más de una hora, y hemos encontrado el cadáver de Clubs. Por favor. Los koloss están destruyendo la ciudad. Necesitamos saber qué hacer.

Bueno, a mí no me lo preguntes, dijo Brisa... o trató de decirlo. Le pareció que su voz sonaba como un murmullo.

—No puedo llevarte en brazos, Brisa —dijo Ham—. Tengo el brazo casi inútil.

—Bueno, no importa —murmuró Brisa. *Verás, mi querido amigo, creo que ya no soy de mucha utilidad. Deberíais continuar. No pasa nada si me dejáis aquí.*

Ham miró a Sazed, frustrado.

—Deprisa, lord Hammond —dijo Sazed—. Podemos hacer que los soldados carguen con los heridos. Nos abriremos paso hasta la fortaleza Hasting. Tal vez podamos encontrar refugio allí. O... tal vez los koloss estén lo suficientemente distraídos para dejarnos salir de la ciudad.

—¿Distraídos? —murmuró Brisa. *Distraídos matando a otra gente, quieres decir. Bueno, es reconfortante saber que todos somos unos cobardes. Ahora, si pudiera quedarme aquí tumbado un poco más, podría quedarme dormido... Y olvidar todo esto.*

Alendi necesitará guías para cruzar las montañas de Terris. He encargado a Rashek que se asegure de que sean él y sus amigos de confianza los guías elegidos.

54



EL BASTÓN DE VIN SE rompió cuando lo descargó contra la cara de un koloss.

Otra vez no, pensó llena de frustración, se giró y clavó el pedazo roto en el pecho de otra criatura. Se volvió y se enfrentó cara a cara con uno de los grandes, que medía al menos metro y medio más que ella.

El koloss la atacó con su espada. Vin brincó y la hoja chocó estrepitosamente contra el empedrado roto. Vin saltó, sin necesidad de que ninguna moneda la catapultara, hasta la altura de los ojos de la horrible criatura.

Siempre parecían sorprendidos. Incluso después de verla luchar contra docenas de compañeros, parecían extrañados de que esquivara sus golpes. Por lo visto, para ellos tamaño equivalía a poder; un koloss más grande siempre derrotaba a un koloss más pequeño. Un humano de metro y medio no podía ser ningún problema para un monstruo tan grande.

Vin avivó peltre mientras daba un puñetazo en la cabeza a la bestia. El cráneo crujío bajo sus nudillos y la criatura cayó de espaldas mientras ella volvía al suelo. Sin embargo, como siempre, otro koloss ocupó su lugar.

Vin se estaba cansando. No, ya *había* empezado a luchar cansada. Había recurrido demasiado al peltre y luego usado un camino de clavos para cruzar todo el dominio. Estaba exhausta. Solo el peltre de su último frasco la mantenía en pie.

¡Tendría que haberle pedido a Sazed una de sus mentepeltres vacías!, pensó. Los metales feruquínicos y alománticos eran iguales. Podría haber quemado el metal... aunque probablemente un aro o un brazalete hubiesen sido demasiado grandes para tragárselos.

Se apartó para esquivar el ataque de otro koloss. Las monedas no detenían a esos seres y todos pesaban demasiado para que los apartara de un empujón sin tener anclaje. Además, sus reservas de hierro y acero eran extremadamente bajas.

Mató a un koloss tras otro, ganando tiempo para que Sazed y los suyos consiguieran una buena ventaja. Algo era diferente esta vez, distinto a cuando había matado en el palacio de Cett. Se sentía bien y no era solo porque estuviera matando monstruos.

Era porque comprendía su propósito. Y estaba de acuerdo con él. *Podía* luchar, *podía* matar, si era para defender a aquellos que no podían defenderse. Kelsier era capaz de matar por venganza o por ira, pero eso no era suficiente para ella.

Y no permitiría que volviera a serlo.

La determinación impulsaba sus ataques contra los koloss. Usó una espada robada para cercenar las piernas de uno, y luego lanzó su arma contra otro, empujándola para atravesarle el pecho. Tiró de la espada de un soldado caído, hasta que la tuvo en la mano. Se echó hacia atrás, pero casi tropezó al pisar otro cadáver.

Qué cansada estoy, pensó.

Había docenas, tal vez incluso centenares de cadáveres en el patio. De hecho, se estaban amontonando delante de ella. Escaló el montón mientras las criaturas volvían a rodearla. Se arrastraban sobre los cadáveres de sus hermanos caídos, la ira brillando en sus ojos inyectados en sangre. Los soldados humanos se hubieran rendido, buscando contrincantes más fáciles. Los koloss, sin embargo, parecían multiplicarse mientras los combatía: los demás oían los sonidos de la lucha y se unían a la refriega.

El peltre la ayudó cuando de un golpe le cortó el brazo a un koloss y la pierna a otro antes de alcanzar la cabeza de un tercero. Esquivaba y se agachaba, brincaba, permanecía fuera de su alcance, matando a tantos como podía.

Pero por firme que fuera su determinación, tanto como su reciente decisión de defender, sabía que no podía continuar combatiendo, no de esa forma. Era solo una persona. No podía salvar Luthadel ella sola.

—¡LORD PENROD! —GRITÓ SAZED ANTE las puertas de la fortaleza Hasting—. *Tienes que escucharme.*

No hubo respuesta. Los soldados de la muralla guardaron silencio, aunque Sazed notó su incomodidad. No les gustaba ignorarlo. En la distancia la batalla seguía en pleno apogeo. Los koloss gritaban en la noche. Pronto seguirían a Sazed y la creciente banda de miles de hombres de Ham, que esperaban en silencio a las puertas de la fortaleza Hasting.

Un mortecino mensajero se acercó a Sazed. Era el mismo que Dockson había estado enviando antes. Había perdido su caballo en alguna parte y acompañaba a un grupo de refugiados en la Plaza del Superviviente.

—Lord terrisano... —dijo el mensajero en voz baja—. Yo... acabo de volver del puesto de mando. La fortaleza Venture ha caído...

—¿Lord Dockson?

El hombre negó con la cabeza.

—Encontramos a unos cuantos escribas heridos, ocultos fuera de la fortaleza. Lo vieron morir. Los koloss siguen en el edificio, rompiendo ventanas y saqueando...

Sazed se volvió a contemplar la ciudad. Tanto humo oscurecía el cielo que parecía que las brumas se hubieran levantado ya. El terrisano había empezado a llenar su mentestaño de olfato para evitar el hedor.

La batalla por la ciudad podía haber terminado, pero ahora comenzaría la verdadera tragedia. Los koloss habían dejado de matar soldados y masacrarian al pueblo. Había cientos de miles, y Sazed sabía que las criaturas aumentarían alegramente la devastación. No saquearían. No cuando hubiera todavía gente que matar.

Sonaron más gritos en la noche. Habían perdido. Habían fracasado. Y la ciudad caería *verdaderamente*.

Las brumas no pueden tardar, pensó, tratando de no perder por completo la esperanza. *Tal vez eso nos proporcione cierta cobertura.*

No lograba sacarse de la cabeza a Clubs, muerto en la nieve, con el disco de madera que Sazed le había dado ese mismo día al cuello a modo de colgante.

No le había protegido.

Sazed se volvió hacia la fortaleza Hasting.

—Lord Penrod —dijo en voz alta—. Vamos a intentar escapar de la ciudad. Agradecería tus tropas y tu liderazgo. Si os quedáis aquí, los koloss atacarán y os matarán.

Silencio.

Sazed se volvió y suspiró mientras Ham, todavía con el brazo en cabestrillo, se unía a él.

—Tenemos que irnos, Sazed —dijo Ham en voz baja.

—Eres atrevido, terrisano.

Sazed se volvió. Ferson Penrod se había asomado a la muralla. Todavía tenía un aspecto inmaculado con su traje de noble. Incluso llevaba un sombrero para protegerse de la nieve y la ceniza. Sazed apenas vestía un taparrabos. No había tenido tiempo de preocuparse por la ropa, más cuando su mentelatón le evitaba el frío.

—Nunca he visto pelear a un terrisano —dijo Penrod.

—No es algo común, mi señor —respondió Sazed.

Penrod alzó la cabeza y contempló la ciudad.

—Va a caer, terrisano.

—Por eso debemos irnos, mi señor.

Penrod negó con la cabeza. Todavía llevaba la fina corona de Elend.

—Esta es mi ciudad, terrisano. No la abandonaré.

—Un noble gesto, mi señor —dijo Sazed—. Pero estos que me acompañan son tu pueblo. ¿Los abandonarás en su huida hacia el norte?

Penrod vaciló. Luego volvió a negar con la cabeza.

—No habrá ninguna huida hacia el norte, terrisano. La fortaleza Hasting es una de las estructuras más altas de la ciudad. Desde aquí podemos ver lo que están haciendo los koloss. No os dejarán escapar.

—Puede que se dediquen al pillaje —dijo Sazed—. Tal vez podamos dejarlos atrás y escapar.

—No —dijo Penrod, y su voz resonó fantasmagórica en las calles nevadas

—. Mi ojo de estaño dice que las criaturas han atacado ya a la gente a la que mandaste escapar por la puerta norte. Ahora los koloss vienen hacia aquí. Vienen por nosotros.

Empezaron a resonar gritos en las calles lejanas y fueron aproximándose. Sazed supo que las palabras de Penrod eran ciertas.

—¡Abre las puertas, Penrod! —gritó—. ¡Deja entrar a los refugiados!

Salva sus vidas durante unos patéticos instantes más.

—No hay sitio —respondió Penrod—. Y no queda tiempo. Estamos condenados.

—¡Tienes que dejarnos entrar! —gritó Sazed.

—Es extraño —dijo Penrod, con voz cada vez más débil—. Al quitarle el trono al muchacho Venture le salvé la vida... y acabé con la mía. No he podido salvar la ciudad, terrisano. Mi único consuelo es que dudo de que Elend hubiese podido hacerlo tampoco.

Se dio media vuelta para marcharse y desapareció tras la muralla.

—¡Penrod! —gritó Sazed.

No volvió a aparecer. El sol se ponía, las brumas se levantaban y los koloss se acercaban.

VIN ABATIÓ A OTRO KOLOSS y saltó hacia atrás, empujándose contra una espada caída. Se mantuvo apartada de la manada, respirando entrecortadamente, sangrando por un par de cortes menores. El brazo empezaba a adormecerse: una de las criaturas se lo había golpeado. Podía matar, mejor que nadie que conociera. Sin embargo, no podía hacerlo eternamente.

Aterrizó en un tejado, luego se tambaleó y cayó de rodillas sobre un montón de nieve. Los koloss gritaban y aullaban tras ella, y supo que la perseguirían como perros de presa. Había matado a cientos, pero ¿qué eran unos cientos en comparación con un ejército de más de veinte mil?

¿Qué esperabas?, pensó. ¿Por qué seguir luchando cuando sabías que Sazed había escapado? ¿Creías que los ibas a detener a todos? ¿Pretendías matar a todo el ejército de koloss?

En una ocasión había impedido que Kelsier aniquilara a un ejército entero. Era un gran hombre, pero no era más que un solo hombre. No podría haberlo hecho... como no podía hacerlo ella.

Tengo que encontrar el Pozo, se dijo con decisión, quemando bronce mientras los golpeteos, que había estado ignorando durante la batalla, se volvían cada vez más fuertes en sus oídos.

Y, sin embargo, seguía con el mismo problema que antes. Ahora sabía que el Pozo estaba en la ciudad, podía sentir los martilleos a su alrededor. Pero eran tan potentes, tan omnipresentes, que no distinguía su procedencia.

Además, ¿qué prueba tenía de que encontrar el Pozo iba a ayudarla? Si Sazed había mentido sobre su emplazamiento (incluso había llegado a dibujar

un mapa falso), entonces, ¿sobre qué más había mentido? El poder podía detener las brumas, pero ¿de qué podía servirle a una Luthadel en llamas y moribunda?

Permaneció arrodillada, llena de frustración, golpeando el tejado con los puños. Había demostrado ser demasiado débil. ¿De qué había servido que regresara, de qué servía que estuviera decidida a proteger si no podía hacer nada para ayudar?

Permaneció allí unos instantes, jadeando. Por fin se puso en pie con esfuerzo y saltó, lanzando una moneda. Sus metales casi se habían agotado. Apenas tenía suficiente para unos cuantos saltos más. Acabó cerca de Kredik Shaw, la Colina de las Mil Torres. Vio una de las torres del palacio que se alzaban sobre la ciudad oscura.

Estaba ardiendo.

Kredik Shaw permanecía en silencio, aislada, sin que los saqueadores la hubieran tocado. Sin embargo, a su alrededor Vin veía luz en la oscuridad. Las brumas brillaban con un resplandor espectral.

Es como... como aquel día de hace dos años, pensó. *La noche de la rebelión skaa.* Excepto que, aquel día, la luz procedía de las antorchas de los rebeldes que marchaban contra el palacio. Esa noche, una revolución distinta estaba teniendo lugar. Podía oírla. Se obligó a avivar su estío, aguzando el oído. Oyó los gritos. La muerte. Los koloss no habían terminado la matanza destruyendo al ejército. Ni de lejos.

Solo habían empezado.

Los koloss los están matando a todos, pensó, temblando, mientras los incendios ardían frente a sus ojos. *El pueblo de Elend, el que dejó atrás por mi culpa, está muriendo. Yo soy su cuchillo. El cuchillo del pueblo. Kelsier me lo encomendó. Debería poder hacer algo...*

Se dejó resbalar por el tejado inclinado y aterrizó en el patio del palacio. Las brumas se congregaron a su alrededor. El aire era denso. Y no solo por la nieve y la ceniza: oía aientos de muerte en sus corrientes, gritos en sus susurros.

Se quedó sin peltre.

Se desplomó. La oleada de cansancio fue tan fuerte que todo lo demás carecía de importancia. De repente supo que no debería haber confiado tanto en el peltre. No debería haberse esforzado tanto. Aunque pareciera la única solución.

Notó que empezaba a sumirse en la inconsciencia.

Pero había gente gritando. Podía oírla... la había oído antes. La ciudad de Elend... el pueblo de Elend... muriendo. Sus amigos estaban allí, en alguna parte. Amigos cuya protección Kelsier le había confiado.

Apretó los dientes, apartando el agotamiento un instante más, y pugnó por incorporarse. Escrutó las brumas, volviéndose hacia los sonidos fantasmales de la gente aterrorizada. Empezó a correr hacia ellos.

No podía saltar: se había quedado sin acero. Ni siquiera podía correr muy rápido; pero a medida que forzaba su cuerpo a moverse, este respondía mejor. Se sacudió el aturdimiento que le había provocado recurrir tanto tiempo al peltre.

Salió de un callejón, resbalando en la nieve, y se encontró con un grupito de personas que corrían delante de un grupo de koloss. Lo formaban seis bestias, pequeñas pero peligrosas. Mientras Vin miraba, una de las bestias abatió a un anciano, casi partiéndolo en dos. Otro agarró a una pequeña y la estampó contra la pared de un edificio.

Vin se abalanzó hacia delante, dejando a los skaa que huían, y sacó sus dagas. Todavía estaba agotada, pero la adrenalina la ayudó un poco. Tenía que seguir moviéndose. Seguir moviéndose. Detenerse era morir.

Varias de las bestias se volvieron hacia ella, ansiosas por luchar. Una intentó atacarla, y Vin se dejó resbalar en el barro, acercándose, antes de hacerle un corte profundo en la pantorrilla. El koloss aulló de dolor cuando su cuchillo se hundió en la piel fofa. Vin consiguió arrancarlo cuando una segunda criatura atacaba.

¡Me siento tan lenta!, se desesperó, poniéndose en pie a duras penas antes de esquivar el golpe de la criatura. La espada del koloss la roció de agua helada. Vin saltó hacia delante, hundiéndo una daga en el ojo de la criatura.

Súbitamente agradecida por todas las veces que Ham la había hecho practicar sin alomancia, se apoyó en un edificio para darse impulso. Impulsándose hacia delante, dio un empujón con el hombro al koloss tuerto, que gritaba y daba manotazos a la daga, y lo lanzó contra sus compañeros. El koloss que tenía a la niña pequeña se volvió, sorprendido, cuando Vin le clavó su otra daga en la espalda. No cayó, pero soltó a la pequeña.

¡Lord Legislador, estas criaturas son duras!, pensó. Su capa ondeó cuando tomó a la niña en brazos y echó a correr. *Sobre todo cuando tú no lo eres. Necesito más metales.*

La niña que Vin tenía en brazos chilló cuando sonó el aullido de un koloss, y Vin se dio media vuelta, avivando estaño para no caer inconsciente por la

fatiga. Sin embargo, las criaturas no la estaban siguiendo: discutían por una prenda de ropa que llevaba el hombre muerto. El aullido volvió a sonar, y esta vez Vin advirtió que procedía de otra parte.

La gente empezó a gritar de nuevo. Vin alzó la cabeza y se encontró con que aquellos a quienes acababa de ayudar se acercaban a un grupo aún más grande de koloss.

—¡No! —Vin alzó una mano. Pero mientras ella peleaba se habían alejado demasiado. Ni siquiera hubiese podido verlos de no ser por el estanío. Solo pudo ser testigo de cómo las criaturas se abalanzaban sobre el grupito con sus gruesas espadas.

»¡No! —volvió a gritar Vin, y las muertes la sobresaltaron, la aturdieron, un recordatorio de todas las muertes que había sido incapaz de impedir.

»¡No! ¡No! ¡No!

Sin peltre. Sin acero. Sin hierro. No tenía nada.

O... tenía una cosa. Sin pararse a pensar en qué la impulsaba a hacerlo, lanzó una andanada placadora, amplificada por el duraluminio, contra las bestias.

Fue como si su mente chocara con Algo. Y, entonces, ese Algo se quebró. Vin se detuvo, sorprendida, todavía con la niña en brazos, mientras los koloss detenían, petrificados, su espantosa masacre.

¿Qué *he hecho?*, se preguntó Vin repasando su mente embotada, tratando de entender por qué había reaccionado como lo había hecho. ¿Por pura frustración?

No. Sabía que el lord Legislador había creado a los inquisidores con una debilidad: quitándoles un determinado clavo de la espalda, se morían. También había creado a los kandra con una debilidad. Los koloss tenían que tener una debilidad también.

TenSoon dijo que los koloss eran... sus primos, pensó.

Se irguió, y la oscura calle de pronto quedó en silencio a excepción de los gemidos de los skaa. Los koloss esperaban y ella pudo sentirse en sus mentes. Como si fueran una extensión de su propio cuerpo, lo mismo que había sentido cuando tomó el control del cuerpo de TenSoon.

Primos, en efecto. El lord Legislador había creado a los koloss con una debilidad: la misma debilidad de los kandra. Se *había* reservado un modo de mantenerlos a raya.

Y de repente comprendió cómo los había controlado durante todos aquellos largos años.

SAZED SE ENCONTRABA AL FRENTE de su gran grupo de refugiados, rodeado de nieve y ceniza indistinguibles en la brumosa oscuridad. Ham estaba sentado a su lado, con aspecto mareado. Había perdido demasiada sangre; un hombre sin peltre hubiese muerto ya. Alguien le había dado a Sazed una capa, pero la había usado para envolver con ella al comatoso Brisa. Aunque apenas decantaba su mentelatón para obtener calor, Sazed no sentía frío.

Tal vez estaba demasiado aturdido para que le importara.

Alzó las manos ante sí, cerró los puños y los diez anillos brillaron a la luz de la única linterna del grupo. Los koloss se acercaban por los oscuros callejones, sus siluetas oscuras apiñadas en la noche.

Los soldados de Sazed retrocedieron. Les quedaban pocas esperanzas. Solo Sazed, un erudito delgado y calvo, casi desnudo, plantaba cara en medio de la silenciosa nieve. Él, que predicaba las religiones de los caídos. Él, que al final había renunciado a la esperanza. Él, que debería haber tenido más fe que nadie.

Diez anillos. Unos pocos minutos de poder. Unos pocos minutos de vida.

Estuvo esperando mientras los koloss se congregaban. Las bestias estaban extrañamente silenciosas. Detuvieron su avance. Permanecieron inmóviles, una línea de oscuras siluetas amontonadas en la noche.

¿Por qué no atacan?, pensó Sazed, frustrado.

Un niño lloró. Entonces los koloss empezaron a moverse de nuevo. Sazed se envaró, pero las criaturas no avanzaron. Se dispersaron, y una figura silenciosa se abrió paso entre ellas.

—*¿Lady Vin?* —preguntó Sazed. No había tenido aún oportunidad de hablar con ella desde que lo había salvado en la puerta. Parecía exhausta.

—Sazed —dijo ella, cansada—. Me mentiste sobre el Pozo de la Ascensión.

—Sí, lady Vin.

—Eso no es importante ahora. *¿Qué haces desnudo delante de las murallas de la fortaleza?*

—Yo... —Sazed miró a los koloss—. Lady Vin, yo...

—*¡Penrod!* —gritó Vin de repente—. *¿Estás ahí arriba?*

El rey se asomó. Parecía tan confuso como Sazed.

—Abre las puertas —gritó Vin.

—*¿Estás loca?*

—No estoy segura —respondió Vin. Se dio media vuelta, y un grupo de koloss avanzó, en silencio, como siguiendo una orden. El más grande tomó a Vin en brazos, alzándola hasta que casi estuvo a la altura de la muralla. Varios guardias retrocedieron.

»Estoy cansada, Penrod —dijo Vin. Sazed tuvo que decantarse para escuchar sus palabras.

—Todos estamos cansados, niña —respondió Penrod.

—Yo estoy particularmente cansada. Cansada de juegos. Cansada de que muera gente por las discusiones entre sus líderes. Estoy cansada de que se aprovechen de las buenas personas.

Penrod asintió en silencio.

—Quiero que reagrupes a los soldados que te queden —dijo Vin, volviéndose para contemplar la ciudad—. ¿Cuántos tienes aquí?

—Unos doscientos.

Vin asintió.

—La ciudad no está perdida: los koloss han luchado contra los soldados, pero no han tenido mucho tiempo para volverse contra la población todavía. Quiero que envíes a tus soldados a encontrar a todos los grupos de koloss que estén saqueando o matando. Proteged a la gente, pero no ataquéis a los koloss si podéis evitarlo. Enviad un mensajero de mi parte.

Recordando la testarudez de Penrod, Sazed supuso que el hombre pondría objeciones. No lo hizo. Se limitó a asentir.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó Penrod.

—Yo me encargaré de los koloss —dijo Vin—. Iremos a reclamar la fortaleza Venture primero... Voy a necesitar más metales, y allí hay acumulados de sobra. Cuando la ciudad quede asegurada, quiero que tú y tus soldados apaguéis esos incendios. No debería ser demasiado difícil: no quedan muchos edificios que puedan arder.

—Muy bien —dijo Penrod, volviéndose para dar sus órdenes.

Sazed vio en silencio cómo el enorme koloss bajaba a Vin al suelo. Se quedó quieto, como si fuera un monstruo hecho de piedra y no una criatura que respiraba, sangraba y vivía.

—Sazed —dijo Vin en voz baja. Él notó la fatiga en su voz.

—Lady Vin —respondió. A su lado, Ham finalmente salió de su estupor y alzó la cabeza, sorprendido de ver a Vin y a los koloss.

Vin continuó mirando a Sazed, estudiándolo. A este le resultó difícil sostenerle la mirada. Pero ella tenía razón. Podrían hablar de su traición más

tarde. Había otras tareas más importantes.

—Soy consciente de que probablemente tienes trabajo para mí —dijo Sazed, rompiendo el silencio—. Pero ¿puedo excusarme? Hay... una tarea que deseo realizar.

—Por supuesto, Sazed —dijo Vin—. Pero primero, dime, ¿sabes si los demás han sobrevivido?

—Clubs y Dockson han muerto, mi señora. No he visto sus cadáveres, pero los informes son de fuentes de fiar. Puedes ver que lord Hammond está aquí, con nosotros, aunque ha sufrido una herida grave.

—¿Brisa? —preguntó ella.

Sazed indicó con la cabeza al bulto que yacía acurrucado junto a la pared.

—Vive, afortunadamente. Su mente, sin embargo, parece estar reaccionando mal a los horrores que ha visto. Podría ser simplemente una especie de conmoción. O... podría ser algo más duradero.

Vin asintió y se volvió hacia Ham.

—Ham. Necesito peltre.

Él asintió, aturdido, y sacó un frasquito con su mano útil. Se lo lanzó. Vin lo apuró y de inmediato su fatiga pareció disminuir. Se enderezó y sus ojos cobraron vida.

Eso no puede ser sano, pensó Sazed con preocupación. *¿Cuánto ha estado quemando?*

Con paso más enérgico, Vin se volvió hacia los koloss.

—¿Lady Vin? —la llamó Sazed, haciendo que se girara hacia él—. Todavía hay un ejército ahí fuera.

—Oh, lo sé —respondió Vin, recogiendo una de las grandes espadas de los koloss. Era unos centímetros más alta que ella.

»Soy bien consciente de las intenciones de Straff —dijo, cargándose la espada al hombro. Luego se volvió hacia la nieve y la bruma, y se encaminó hacia la fortaleza Venture, seguida por su extraña guardia de monstruos.

SAZED TARDÓ BUENA PARTE DE la noche en cumplir la tarea que se había impuesto a sí mismo. Buscó cadáver tras cadáver en la noche helada, muchos de ellos cubiertos de escarcha. La nieve había dejado de caer y se había levantado viento, endureciendo el fango y convirtiéndolo en resbaladizo hielo. Tuvo que quebrar algunos cadáveres para darles la vuelta y ver sus rostros.

Sin el calor de su mentelatón no hubiera podido cumplir su horripilante labor. Incluso con él tuvo que buscarse ropa cálida: una sencilla túnica marrón y un par de botas. Continuó trabajando toda la noche, mientras el viento levantaba a su alrededor copos de nieve y hielo. Empezó en la puerta, naturalmente. Ahí estaban la mayoría de los cadáveres. No obstante, tuvo que pasar luego a las calles y los callejones.

Encontró el cadáver cerca del alba.

La ciudad había dejado de arder. La única luz que Sazed tenía era la de su linterna, pero fue suficiente para revelar el trozo de tela aleteando en un banco de nieve. Al principio, pensó que era otra venda ensangrentada que no había conseguido su propósito. Luego vio un destello de amarillo y naranja y se acercó (ya no tenía fuerzas para correr) y rebuscó en la nieve.

El cuerpo de Tindwyl crujió levemente cuando le dio la vuelta. La sangre del costado estaba congelada, naturalmente, y tenía los ojos abiertos. A juzgar por la dirección de su huida, había estado dirigiendo a sus soldados a la fortaleza Venture.

Oh, Tindwyl, pensó, acariciándole el rostro. Todavía estaba suave, pero horriblemente frío. Después de años de sufrir los abusos de los criadores, después de sobrevivir a tanto había encontrado aquello. La muerte en una ciudad a la que no pertenecía, con un hombre (no, un *medio* hombre) que no se la merecía.

Liberó su mentelatón y dejó que el frío de la noche lo barriera. No quería sentir calor en este momento. Su linterna aleteó insegura, iluminando la calle, cubriendo de sombras el cadáver helado. Allí, en aquel callejón congelado de Luthadel, contemplando el cadáver de la mujer que amaba, Sazed advirtió algo.

No sabía qué hacer.

Trató de pensar en algo adecuado que decir, algo adecuado que pensar, pero de repente todo su conocimiento religioso le pareció hueco. ¿Qué sentido tenía darle un entierro? ¿Qué valor había en pronunciar las oraciones de un dios muerto hacía mucho tiempo? ¿De qué servía él? La religión de Dadradah no había protegido a Clubs; el Superviviente no había acudido al rescate de los miles de soldados que habían muerto. ¿Cuál era el sentido?

Nada de lo que Sazed sabía le proporcionaba consuelo. Aceptaba las religiones que conocía, creía en su valor, pero eso no le daba lo que necesitaba. No le aseguraban que el espíritu de Tindwyl siguiera viviendo. En cambio, le planteaba preguntas. Si tanta gente creía en tantas cosas distintas, ¿cómo podía ninguna de ellas ser cierta?

Los skaa consideraban a Sazed sagrado, pero en ese momento advirtió que era el más profano de los hombres. Era una criatura que conocía trescientas religiones, pero no tenía fe en ninguna de ellas.

Así, cuando sus lágrimas cayeron y casi empezaron a congelarle el rostro, le ofrecieron tan poco consuelo como sus religiones. Gimió, inclinándose sobre el cadáver congelado.

Y pensó: *Mi vida ha sido un engaño.*

Rashek debe intentar guiar a Alendi en la dirección equivocada, para desanimarlo o, de lo contrario, hacerlo fallar en su búsqueda. Alendi no sabe que ha sido engañado, que todos hemos sido engañados, y ahora no quiere escucharme.

55



STRAFF DESPERTÓ CON EL FRÍO de la mañana e inmediatamente echó mano a una hoja de fraín negro. Empezaba a ver los beneficios de su adicción. Lo despertaba rápida y fácilmente, haciendo que su cuerpo se sintiera cálido a pesar de lo intempestivo de la hora. En vez de estar listo en media hora lo estaba en diez minutos, vestido y dispuesto para enfrentarse al día.

Y un día glorioso iba a ser.

Janarle se reunió con él ante su tienda y los dos recorrieron el agitado campamento. Las botas de Straff crujían sobre la nieve y el hielo mientras se acercaba a su caballo.

—Los incendios se han extinguido, mi señor —explicó Janarle—. Probablemente debido a la nieve. Los koloss habrán terminado su saqueo y se habrán resguardado del frío. Nuestros exploradores temen acercarse demasiado, pero dicen que la ciudad parece un cementerio. Silenciosa y desierta, a excepción de los cadáveres.

—A lo mejor se han matado entre sí —dijo Straff alegremente, montando a caballo, el aliento condensándose en el frío aire de la mañana. A su alrededor, su ejército estaba en formación. Cincuenta mil soldados ansiosos ante la perspectiva de tomar la ciudad. No solo habría saqueo por delante, sino que mudarse a Luthadel significaría un techo y paredes para todos ellos.

—A lo mejor —respondió Janarle, montando.

Eso sí que sería conveniente, pensó Straff con una sonrisa. Todos mis enemigos muertos, la ciudad y sus riquezas mías, y ningún skaa por el que preocuparse.

—¡Mi señor! —exclamó alguien.

Straff alzó la cabeza. El terreno que se extendía entre su campamento y la ciudad era gris y blanco, el color de la nieve manchada de ceniza. Y reunidos en su extremo más alejado estaban los koloss.

—Parece que están vivos a pesar de todo, mi señor —dijo Janarle.

—En efecto —respondió Straff, frunciendo el ceño. Todavía quedaban un montón de criaturas. Salían por la puerta oeste, sin atacar de momento, reuniéndose en un gran cuerpo.

—Los exploradores dicen que hay menos que antes —dijo Janarle tras una pausa—. Quizá dos tercios del número original, quizás un poco menos. Pero siguen *siendo* koloss...

—Pero están abandonando sus fortificaciones. —Straff sonrió. El fraín negro calentaba su sangre como si estuviera quemando metales—. Y vienen hacia nosotros. Que ataquen. Esto debería terminar muy rápido.

—Sí, mi señor —contestó Janarle, un poco menos seguro. Frunció entonces el ceño y señaló hacia la parte sur de la ciudad—. ¿Mi... señor?

—¿Qué pasa ahora?

—Soldados, mi señor. Humanos. Parece que son varios miles.

Straff frunció el ceño.

—¡Todos deberían estar muertos!

Los koloss atacaron. El caballo de Straff corcoveó cuando los monstruos azules cruzaron a la carrera el campo gris y las tropas humanas se organizaban detrás.

—¡Arqueros! —gritó Janarle—. ¡Preparad la primera descarga!

Tal vez no debería estar en primera línea, pensó Straff de repente. Volvió grupas, y entonces advirtió algo. Una flecha salió disparada de pronto de entre las filas de koloss al ataque.

Pero los koloss no usaban arcos. Además, los monstruos estaban todavía muy lejos y aquel objeto era demasiado grande para ser una flecha, en cualquier caso. ¿Una roca, tal vez? Parecía más grande que...

Empezó a descender hacia el ejército de Straff. Absorto en el extraño objeto, Straff contempló el cielo. A medida que caía, fue viéndolo más claro. No era una flecha, ni una roca.

Era una persona... una persona con una aleteante capa de bruma.

—¡No! —gritó Straff. ¡Se suponía que se había marchado!

VIN GRITÓ MIENTRAS DESCENDÍA DE su salto impulsado por el duraluminio. La enorme espada koloss apenas pesaba en sus manos. Golpeó a Straff directamente en la cabeza y luego continuó hacia abajo, hasta hundirse en el suelo levantando nieve y tierra helada con la potencia de su impacto.

El caballo cayó partido en dos. Lo que quedaba del antiguo rey se desplomó con el cadáver del equino. Vin miró los restos, sonrió torvamente y se despidió de Straff.

Elend, después de todo, le había advertido lo que le sucedería si atacaba la ciudad.

Los generales y ayudantes de Straff se quedaron sin habla a su alrededor. Tras ella, el ejército koloss avanzaba, y la confusión en las filas de Straff hacía que las andanadas de los arqueros fueran irregulares y menos efectivas.

Vin agarró con fuerza su espada, luego se empujó, siempre impelida por el duraluminio. Los jinetes cayeron, las herraduras de las bestias resbalaron y los soldados fueron apartados en un círculo de varias docenas de metros. Los hombres gritaban.

Bebió otro frasco, restaurando acero y peltre. Entonces saltó, incitando a los generales y otros oficiales al ataque. Sus tropas de koloss alcanzaron las primeras filas del ejército de Straff, y comenzó la auténtica carnicería.

—¿QUÉ ESTÁN HACIENDO? —PREGUNTÓ CETT, arrebujándose en su capa mientras lo colocaban y ataban a la silla.

—Parece que atacan —dijo Bahmen, uno de sus ayudantes—. ¡Mira! ¡Luchan *con* los koloss!

Cett frunció el ceño, abrochándose la capa.

—¿Un tratado?

—¿Con los koloss? —preguntó Bahmen.

Cett se encogió de hombros.

—¿Quién va a ganar?

—Es imposible decirlo, mi señor. Los koloss son...

—¿Qué es esto? —preguntó Allrianne, subiendo a caballo la cuesta, acompañada por un par de abatidos guardias. Cett, naturalmente, les había

ordenado que la retuvieran en el campamento... pero también esperaba, claro, que ella superara ese contratiempo.

Al menos puedo contar con que se haya retrasado acicalándose por la mañana, pensó divertido. Ella llevaba uno de sus vestidos impolutos, el pelo bien peinado. En un edificio ardiendo, Allrianne se hubiese detenido a comprobar su maquillaje antes de escapar.

—Parece que ha empezado la batalla —dijo Cett, indicando la lucha.

—*¿Fuera de la ciudad?* —preguntó Allrianne, acercándose a él. Entonces sonrió—. ¡Están atacando la posición de Straff!

—Sí —dijo Cett—. Y eso deja la ciudad...

—¡Tenemos que ayudarlos, padre!

Cett puso los ojos en blanco.

—Sabes que no vamos a hacer nada de eso. Esperaremos a ver quién gana. Si están lo bastante débiles, cosa que espero, los atacaremos. No he traído a todos mis hombres, pero tal vez...

Guardó silencio al advertir la mirada de Allrianne. Abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, ella espoleó su caballo.

Los guardias maldijeron y trataron, demasiado tarde, de agarrar sus riendas. Cett permaneció quieto, desconcertado. Aquello era una locura, incluso para ella. No se atrevería...

Allrianne galopó colina abajo hacia la batalla. Entonces se detuvo, como Cett esperaba. Se volvió a mirarlo.

—*¡Siquieres protegerme, padre, será mejor que ataques!*

Se dio media vuelta sin más y empezó a galopar de nuevo. Su caballo levantaba la nieve del suelo.

Cett no se movió.

—Mi señor —dijo Bahmen—. Esas fuerzas parecen casi igualadas. Cincuenta mil hombres contra unos doce mil koloss y unos cinco mil hombres. Si añadimos nuestra fuerza a cualquiera de los dos bandos...

¡Maldita muchacha estúpida!, pensó Cett, viendo alejarse a Allrianne.

—*Mi señor?* —preguntó Bahmen.

¿Por qué vine a Luthadel, para empezar? ¿Porque de verdad pensaba que podía tomar la ciudad? ¿Sin alomantes, con una revuelta en mi propia tierra? ¿O fue porque estaba buscando algo? Una confirmación de las historias. Un poder como el que vi aquella noche cuando ella estuvo a punto de matarme.

¿Cómo han conseguido exactamente que los koloss luchen con ellos?

—¡Agrupa a nuestras fuerzas! —ordenó Cett—. Vamos a marchar a la defensa de Luthadel. ¡Y que alguien envíe jinetes tras esa loca hija mía!

SAZED CABALGABA EN SILENCIO. Su caballo avanzaba despacio sobre la nieve. Ante él la batalla se recrudecía, pero se hallaba lo suficientemente alejado para estar fuera de peligro. Había dejado la ciudad atrás, donde las mujeres y los ancianos supervivientes observaban desde las murallas. Vin los había salvado de los koloss. El verdadero milagro sería que pudiera salvarlos de los otros dos ejércitos.

Sazed no se unió a la lucha. Sus mentes de metal estaban casi vacías y su cuerpo casi tan cansado como su mente. Simplemente detuvo el caballo, que resoplaba en el frío, mientras contemplaba la llanura nevada.

No sabía cómo enfrentarse a la muerte de Tindwyl. Se sentía... vacío. Deseaba poder dejar de sentir. Deseaba volver atrás y defender la puerta de ella en vez de la suya propia. ¿Por qué no había ido a buscarla cuando se enteró de su caída? Ella todavía estaba viva entonces. Podría haberla protegido...

¿Por qué seguía preocupándose? ¿Por qué molestarse?

Pero los que tenían fe no se equivocaban, pensó. Vin volvió para defender la ciudad. Yo perdí la esperanza, pero ellos no lo hicieron nunca.

Espoleó de nuevo su caballo. Los sonidos de la batalla se oían a lo lejos. Trató de concentrarse en cualquier cosa que no fuera Tindwyl, pero no podía quitarse de la cabeza las cosas que había estudiado con ella. Los datos e historias se volvieron más preciosos, pues eran un eslabón con Tindwyl. Un eslabón doloroso, pero no podía soportar descartarlo.

El Héroe de las Eras no era simplemente un guerrero, pensó, todavía cabalgando lentamente hacia el campo de batalla. Era una persona que unía a las demás, que las acercó. Un líder.

Sabía que Vin pensaba que era el Héroe. Pero Tindwyl tenía razón: era demasiada coincidencia. Y él ni siquiera estaba seguro de seguir creyendo ya.

El Héroe de las Eras surgió del pueblo de Terris, pensó, viendo atacar a los koloss. No pertenecía a la realeza, pero acabó perteneciendo a ella.

Sazed detuvo su caballo en el centro del campo despejado y desierto. Las flechas sobresalían de la nieve a su alrededor, y el terreno estaba cubierto de huellas. En la distancia, oyó un tambor. Se volvió y vio un ejército de hombres que marchaba sobre una colina, al oeste. Llevaban el estandarte de Cett.

Capitaneaba las fuerzas del mundo. Los reyes cabalgaban en su ayuda.

Las fuerzas de Cett se unieron a la batalla contra Straff. Hubo un choque de metal contra metal y cuerpos gimiendo mientras un nuevo frente era atacado. Sazed permaneció inmóvil entre la ciudad y los ejércitos. Las fuerzas de Vin seguían estando en desventaja, pero el ejército de Straff empezaba a retroceder. Se dividió en grupos, cuyos miembros lucharon sin dirección. Sus movimientos indicaban el terror que sentían.

Está matando a sus generales, pensó Sazed.

Cett era un hombre astuto. Cabalgaba a la batalla, pero permaneció en la retaguardia: sus enfermedades lo obligaban a estar atado a la silla y le costaba combatir. A pesar de todo, sumándose a la lucha se aseguraba de que Vin no volviera a sus koloss contra él.

Pues Sazed no tenía ninguna duda de quién vencería en ese conflicto. De hecho, antes de una hora, los hombres de Straff empezaron a rendirse en grandes grupos. Los sonidos de la batalla se apagaron, y Sazed hizo avanzar a su caballo.

Sagrado Primer Testigo, pensó. *No me lo creo. Pero, sea como sea, debo estar allí para lo que pase a continuación.*

Los koloss dejaron de luchar y permanecieron inmóviles y silenciosos. Se separaron para dejar paso a Sazed. Al cabo de un rato, vio a Vin de pie, ensangrentada, con la enorme espada koloss sobre un hombro. Unos koloss trajeron a un hombre, un noble elegante con un peto plateado. Lo dejaron caer al suelo, delante de Vin.

Penrod se acercó por detrás con una guardia de honor capitaneada por un koloss. Nadie habló. Los koloss, poco después, volvieron a abrir paso a alguien, y esta vez un receloso Cett avanzó a caballo, rodeado por un gran grupo de soldados dirigido por un koloss.

Cett miró a Vin, luego se rascó la barbilla.

—No ha sido una gran batalla —dijo.

—Los soldados de Straff tenían miedo —respondió Vin—. Tienen frío y no sienten ningún deseo de luchar contra los koloss.

—¿Y sus mandos? —preguntó Cett.

—Los maté. Excepto a este. ¿Tu nombre?

—Lord Janarle —dijo el hombre de Straff. Tenía una pierna rota y los koloss lo sujetaban por cada brazo.

—Straff está muerto —dijo Vin—. Tú controlas este ejército ahora.

El noble inclinó la cabeza.

—No, yo no. Lo controlas tú.

Vin asintió.

—Ponte de rodillas —dijo.

Los koloss lo dejaron caer. Janarle gruñó de dolor, pero inclinó la cabeza.

—Te entrego mi ejército bajo juramento —susurró.

—No —dijo Vin bruscamente—. A mí no: al legítimo heredero de la Casa Venture. Él es ahora tu señor.

Janarle vaciló.

—Muy bien. Como deseas. Juro lealtad al hijo de Straff, Elend Venture.

Los distintos grupos esperaron en medio del frío. Sazed se volvió cuando Vin lo hizo, mirando a Penrod. Señaló al suelo. Penrod desmontó en silencio y se arrodilló.

—Yo también juro —dijo—. Ofrezco mi lealtad a Elend Venture.

Vin se volvió hacia lord Cett.

—¿Esperas esto de mí? —dijo el hombre de la barba, divertido.

—Sí.

—¿Y si me niego?

—Entonces te mataré —dijo Vin tranquilamente—. Trajiste ejércitos para atacar mi ciudad. Amenazaste a mi pueblo. No mataré a tus soldados, ni les haré pagar por lo que hiciste, pero a ti te mataré, Cett.

Silencio. Sazed se volvió a contemplar las filas de inmóviles koloss, de pie en la nieve ensangrentada.

—Eso es una amenaza, ¿sabes? —dijo Cett—. Tu Elend nunca permitiría una cosa así.

—Él no está aquí.

—¿Y qué crees que diría? Me diría que no ceda a una exigencia así... El honorable Elend Venture nunca cedería porque alguien estuviera amenazando su vida.

—Tú no eres la clase de hombre que es Elend —dijo Vin—. Y lo sabes.

Cett vaciló antes de sonreír.

—No. No lo soy. —Se volvió hacia sus ayudantes—. Ayudadme a desmontar.

Vin contempló en silencio cómo los guardias desataban las piernas de Cett y luego lo bajaban al suelo nevado. Se inclinó.

—Muy bien, pues. Juro lealtad a Elend Venture. Es bienvenido a mi reino... suponiendo que pueda recuperarlo de ese maldito obligador que ahora lo controla.

Vin asintió y se volvió hacia Sazed.

—Necesito tu ayuda, Sazed.

—Lo que tú ordenes, señora.

—Por favor, no me llames así.

—Como deseas.

—Eres el único en quien confío, Sazed —dijo Vin, ignorando a los tres hombres que tenía arrodillados delante—. Con Ham herido y Brisa...

—Haré lo que esté en mi mano —respondió Sazed, inclinando la cabeza—. ¿Qué quieres que haga?

—Asegura Luthadel —dijo Vin—. Que la gente quede a cubierto, y manda traer suministros de los almacenes de Straff. Sitúa los ejércitos para que no se maten entre sí y luego envía un pelotón a traer a Elend. Viene de camino por la carretera del canal.

Sazed asintió, y Vin se volvió hacia los tres hombres arrodillados.

—Sazed es mi segundo. Lo obedeceréis como me obedeceréis a mí u obedeceréis a Elend.

Cada uno de ellos asintió.

—Pero ¿dónde estarás tú? —preguntó Penrod, alzando la cabeza.

Vin suspiró y de pronto pareció enormemente débil.

—Durmiendo —dijo, y dejó caer la espada. Entonces se empujó contra ella y salió disparada de espaldas al cielo, hacia Luthadel.

Él dejó ruinas a su paso, pero fueron olvidadas, pensó Sazed, volviéndose para verla volar. Él creó reinos, y luego los destruyó mientras creaba el mundo de nuevo. Nos equivocamos con su género.

FIN DE LA QUINTA PARTE

SEXTA PARTE
PALABRAS
EN ACERO

Si Rashek no consigue desviar a Alendi, he instruido al muchacho para que lo mate.

56



¿CÓMO PUEDE VIN SOPORTAR ESTO?, se preguntó Elend. Apenas podía ver a seis metros en la bruma. Los árboles parecían fantasmas a su alrededor y sus ramas se curvaban sobre el camino. La bruma casi parecía viva: se movía, se agitaba y soplaba con el frío aire nocturno. Parecía agarrar su aliento, como si absorbiera una parte de sí mismo.

Elend tembló y siguió caminando. La nieve se había fundido a trozos en los últimos días y quedaban montones blancos en las zonas sombreadas. El camino del canal, afortunadamente, estaba casi completamente despejado.

Caminaba con un hatillo al hombro, llevando solo lo necesario. A sugerencia de Fantasma, habían cambiado sus caballos en una aldea varios días antes. Habían agotado a los animales y Fantasma calculaba que tratar de alimentarlos y mantenerlos con vida durante el último tramo del viaje a Luthadel no merecería la pena.

Además, lo que fuera a suceder en la ciudad probablemente ya había tenido lugar. Así que Elend caminaba, solo, en la oscuridad. A pesar de lo fantasmagórico que era todo, mantuvo su palabra y viajó únicamente de noche. No solo era voluntad de Vin: también Fantasma decía que la noche era más segura. Pocos viajeros se enfrentaban a las brumas. Por tanto, la mayoría de los bandidos no se atrevían a recorrer los caminos de noche.

Fantasma iba delante. Sus agudos sentidos le permitían detectar el peligro antes de que Elend se topara con él. *¿Cómo funciona, por cierto?*, se preguntó Elend mientras caminaba. *Se supone que el estao te permite ver mejor. Pero qué importa hasta dónde puedes ver si las brumas lo ocultan todo?*

Los escritores sostenían que la alomancia permitía a una persona penetrar de algún modo en las brumas. Elend siempre se había preguntado cómo sería. Naturalmente, también se había preguntado cómo sería sentir la fuerza del peltre o luchar con atium. Los alomantes eran poco corrientes, incluso en las Grandes Casas. Sin embargo, por la manera en que Straff lo había tratado siempre, Elend se había sentido culpable de no ser uno de ellos.

Pero acabé siendo rey, incluso sin alomancia, pensó, sonriendo para sí. Había perdido el trono, cierto. Pero, aunque ellos podían quitarle la corona, no podían hacer lo mismo con sus logros. Había demostrado que una Asamblea podía funcionar. Había protegido a los skaa, les había dado derechos y un gusto por la libertad que no olvidarían nunca. Había hecho más de lo que nadie esperaba de él.

Algo se agitó en las brumas.

Elend se detuvo, oteando la oscuridad. *Parecen hojas*, pensó, nervioso. *¿Algo que se mueve en ellas? ¿O... el viento las agita?*

Decidió en ese momento que no había nada más inquietante que estar contemplando en la brumosa oscuridad las siluetas siempre cambiantes. Prefería enfrentarse al ejército de koloss que estar allí solo, de noche, en un bosque desconocido.

—Elend —susurró alguien.

Elend se volvió sobre sus talones. Se llevó una mano al pecho cuando vio acercarse a Fantasma. Pensó en reprender al muchacho por aproximarse de esa forma, pero... bueno, en realidad no había otra forma de hacerlo en medio de las brumas.

—¿Has visto algo? —preguntó Fantasma en voz baja.

Elend negó con la cabeza.

—Pero me parece haber oído algo.

Fantasma asintió y luego se perdió de nuevo en las brumas. Elend no supo si continuar o esperarlo. No tuvo que debatir mucho rato. Fantasma regresó al cabo de un instante.

—No hay nada de lo que preocuparse —dijo—. Es un espectro de la bruma.

—¿Qué?

—Un espectro de la bruma —dijo Fantasma—. Ya sabes. Esas cosas grandes y retorcidas relacionadas con los kandra. ¡No me digas que no has oído hablar de ellos!

—Sí que he oído —respondió Elend, escrutando nervioso la oscuridad—. Pero nunca había pensado verme en las brumas con uno.

Fantasma se encogió de hombros.

—Probablemente sigue nuestro rastro, esperando que dejemos basura que pueda comerse. Suelen ser inofensivos.

—¿Suelen?

—Probablemente sabes más sobre ellos que yo. Mira, no he venido a hablar de bichos carroñeros. Hay luz ahí delante.

—¿Una aldea? —preguntó Elend, tratando de recordar el camino que habían seguido antes.

Fantasma negó con la cabeza.

—Parecen hogueras.

—¿Un ejército?

—Tal vez. Estoy pensando que deberías esperar un poco. Podría ser embarazoso si te toparas con un puesto de guardia.

—De acuerdo.

Fantasma asintió y se perdió en las brumas.

Y Elend volvió a quedarse solo en la oscuridad. Tiritó, se arrebujo en su capa y miró las brumas en la dirección donde había oido al espectro. Sí, había leido cosas sobre ellos. Sabía que supuestamente eran inofensivos. Pero la idea de que hubiera algo reptando ahí fuera, con el esqueleto compuesto de huesos diversos, vigilándolo...

No pienses en eso, se dijo Elend.

Centró su atención en las brumas. Vin tenía razón en una cosa, al menos. Cada vez duraban más tras el amanecer. Algunas mañanas no se disipaban hasta una hora después de la salida del sol. Elend imaginaba el desastre que asolaría la tierra si las brumas persistían todo el día. Las cosechas se perderían, los animales morirían de hambre y la civilización se desplomaría.

¿Podría la Profundidad ser realmente algo tan simple? Las impresiones de Elend al respecto se basaban en la tradición culta. Algunos escritores lo descartaban todo, considerándolo una leyenda, un rumor difundido por los obligadores para aumentar el aura de divinidad de su dios. La mayoría aceptaba la definición histórica de la Profundidad: un oscuro monstruo al que el lord Legislador había dado muerte.

Y, sin embargo, pensar que eran las brumas tenía cierto sentido. ¿Cómo podía una sola bestia, por peligrosa que fuera, amenazar a toda la tierra? Sin

embargo, las brumas... podían ser destructivas. Matar plantas. Quizás incluso... matar personas, como había sugerido Sazed.

Las vio agitarse a su alrededor, juguetonas, engañosas. Sin embargo, podía verlas como la Profundidad. Su reputación de ser más aterradoras que un monstruo, más peligrosas que un ejército, era merecida. De hecho, se las imaginaba intentando jugar con su mente. Por ejemplo, el banco de bruma que tenía directamente delante parecía dibujar formas. Elend sonrió cuando su mente detectó imágenes. Una casi parecía una persona, allí delante.

La persona dio un paso al frente.

Elend saltó hacia atrás y pisó la nieve congelada. *No seas tonto*, se dijo. *La mente te está jugando malas pasadas. No hay nada...*

La silueta brumosa dio otro paso. Era confusa, casi informe, y, sin embargo, parecía real. Movimientos aleatorios en la bruma formaban su cara, su cuerpo, sus piernas.

—¡Por el lord Legislador! —gritó Elend, dando un salto atrás. La cosa continuó mirándolo.

Me estoy volviendo loco, pensó. Las manos le temblaban. La silueta de bruma se detuvo a unos pocos palmos de él, y entonces alzó la mano derecha y señaló.

Al norte. Lejos de Luthadel.

Elend frunció el ceño y miró hacia donde señalaba la figura. No había nada más que brumas vacías. Se volvió hacia ella, pero permanecía quieta, con el brazo levantado.

Vin me habló de esta cosa, recordó, controlando su miedo. *Trató de advertirme. ¡Y yo creía que se lo estaba inventando!* Tenía razón... igual que tenía razón al decir que las brumas permanecían más tiempo durante el día, y en cuanto a la posibilidad de que fueran la Profundidad. Elend estaba empezando a preguntarse cuál de los dos era el erudito.

La figura de bruma continuó señalando.

—¿Qué? —preguntó Elend, y su propia voz sonó fantasmal en el aire silencioso.

La figura dio un paso adelante, el brazo todavía levantado. Elend echó inútilmente mano a la espada, pero no retrocedió.

—¡Dime qué deseas de mí!

La criatura volvió a señalar. Elend ladeó la cabeza. Desde luego, no parecía amenazadora. De hecho, notaba una antinatural sensación de paz surgir de ella.

—*¿Alomancia?*, pensó. *¡Está tirando de mis emociones!*

—*¿Elend?* —la voz de Fantasma sonó entre las brumas.

La figura se disolvió de repente. Fantasma se acercó, el rostro oscuro y ensombrecido por la noche.

—*¿Elend? ¿Qué estabas diciendo?*

Elend apartó la mano de la espada y se enderezó. Miró las brumas, todavía no demasiado convencido de no estar viendo cosas.

—*Nada* —respondió.

Fantasma se volvió a mirar el lugar por donde había venido.

—*Tendrías que venir a ver esto.*

—*¿El ejército?* —preguntó Elend, frunciendo el ceño.

Fantasma negó con la cabeza.

—*No.* Los refugiados.

—**LOS GUARDADORES ESTÁN MUERTOS**, mi señor —dijo el anciano, sentado frente a Elend. No tenía tienda, solo una manta tendida sobre varios palos—. O están muertos o han sido capturados.

Otro hombre le trajo a Elend una taza de té caliente, con servilismo. Ambos llevaban ropa de mayordomo y, aunque sus ojos indicaban agotamiento, sus túnicas y sus manos estaban limpias.

Viejas costumbres, pensó Elend, asintiendo agradecido mientras daba un sorbo. *Los pueblos de Terris pueden haberse declarado independientes, pero mil años de servidumbre no se olvidan tan fácilmente.*

El campamento era extraño. Fantasma decía haber contado casi un millar de personas en él, un número de pesadilla para cuidarlas, alimentarlas y organizarlas en el frío invierno. Muchos eran ancianos, y los hombres eran casi todos mayordomos: eunucos criados para el servicio doméstico, sin ninguna experiencia como cazadores.

—Cuéntame qué ha pasado —pidió Elend.

El anciano mayordomo asintió, tembloroso. No parecía particularmente frágil (de hecho, tenía el mismo aire de controlada dignidad que solían tener la mayoría de los mayordomos), pero su cuerpo se sacudía con un lento temblor crónico.

—El Sínodo salió de la clandestinidad, mi señor, cuando cayó el imperio.

—Aceptó una taza de té. Elend advirtió que solo estaba medio llena; una precaución afortunada, ya que con los temblores el anciano mayordomo casi

derramó su contenido—. Sus miembros se convirtieron en nuestros gobernantes. Tal vez no fue sabio dejar la clandestinidad tan pronto.

No todos los terrisanos eran feruquimistas; de hecho, muy pocos lo eran. Los guardadores, gente como Sazed y Tindwyl, se habían visto obligados a ocultarse hacia mucho tiempo por culpa del lord Legislador. Su miedo a que las líneas feruquínicas y alománticas pudieran mezclarse, y por tanto producir potencialmente a una persona con sus mismos poderes, le había llevado a intentar destruir a todos los feruquimistas.

—He conocido a guardadores, amigo —dijo Elend amablemente—. Me resulta difícil creer que puedan haber sido derrotados con facilidad. ¿Quién lo ha hecho?

—Los inquisidores de acero, mi señor.

Elend se estremeció. *Así que es ahí donde han estado.*

—Había docenas, mi señor —continuó el anciano—. Atacaron Tathingdwen con un ejército de brutos koloss. Pero eso no fue más que una maniobra de distracción, creo. Su verdadero objetivo eran el Sínodo y los guardadores mismos. Mientras nuestro ejército luchaba contra las bestias, los inquisidores atacaron a los guardadores.

Lord Legislador... pensó Elend, con un nudo en el estómago. *¿Qué hacemos ahora con el libro que Sazed nos dijo que entregáramos al Sínodo? ¿Se lo damos a estos hombres o lo conservamos?*

—Se llevaron los cadáveres consigo, mi señor. Terris está en ruinas, y por eso nos dirigimos al sur. ¿Dices que conoces al rey Venture?

—Yo... lo conozco —dijo Elend—. Gobernaba Luthadel, mi ciudad.

—¿Crees que nos aceptará? —preguntó el anciano—. Ya apenas nos quedan esperanzas. Tathingdwen era la capital de Terris, pero no era muy grande. Somos pocos, hoy en día... El lord Legislador se encargó de eso.

—Yo... no sé si Luthadel puede ayudaros, amigo.

—Podemos servir bien —prometió el anciano—. Fuimos demasiado orgullosos al declararnos libres, creo. Pugnábamos por sobrevivir incluso antes de que los inquisidores atacaran. Tal vez nos hicieron un favor al expulsarnos.

Elend negó con la cabeza.

—Los koloss atacaron Luthadel hace poco más de una semana —dijo en voz baja—. Yo mismo soy un refugiado, maese mayordomo. Por lo que sé, la ciudad ha caído.

El anciano guardó silencio.

—Ah, comprendo —dijo por fin.

—Lo siento. Regresaba para ver qué ha sucedido. Dime... Recorrió este camino no hace mucho. ¿Cómo es que no os encontré cuando me dirigía al norte?

—No vinimos por la ruta del canal, mi señor —explicó el anciano—. Vinimos a campo través, para avituallarnos en Suringshath. Entonces... ¿no sabes nada más de Luthadel? Allí vivía una miembro del Sínodo. Esperábamos que pudiera ofrecernos consejo.

—¿Lady Tindwyl? —preguntó Elend.

El anciano alzó la cabeza.

—Sí. ¿La conoces?

—Era ayudante en la corte del rey —dijo Elend.

—Podría considerarse que la guardadora Tindwyl es ahora nuestro líder —dijo el anciano—. No estamos seguros de cuántos guardadores ambulantes hay, pero ella es la única integrante conocida del Sínodo que estaba fuera de la ciudad cuando fuimos atacados.

—Seguía en Luthadel cuando me marché.

—Entonces puede que todavía esté viva. Podemos abrigar esperanzas, creo. Te doy las gracias por tu información, viajero. Por favor, siéntete cómodo en nuestro campamento.

Elend asintió y se puso en pie. Fantasma se encontraba cerca, junto a un par de árboles, en medio de la bruma. Elend se reunió con él.

La gente mantenía grandes hogueras encendidas de noche, como para desafiar a las brumas. La luz conseguía dispersar un poco su poder... pero también parecía acentuarlas creando sombras tridimensionales que engañaban al ojo. Fantasma estaba apoyado contra un tronco retorcido, contemplando cosas que Elend no podía ver. Sin embargo, oía lo que Fantasma debía de estar escuchando: niños que lloraban, mujeres que tosían, ganado que se agitaba.

—No tiene buen aspecto, ¿no? —dijo Elend en voz baja.

Fantasma meneó la cabeza.

—Ojalá apagaran esas hogueras —murmuró—. La luz me lastima los ojos.

—No son *tan* brillantes.

Fantasma se encogió de hombros.

—Solo es un desperdicio de madera.

—Deja que disfruten de un poco de comodidad, por ahora. Tendrán poca en las semanas próximas.

Elend contempló el paso de un pelotón de «soldados» de Terris, criados obviamente. Su postura era excelente y caminaban con elegancia, pero Elend

dudaba que supieran usar un arma que no fuera un cuchillo de cocina.

No, no hay ningún ejército en Terris para ayudar a mi pueblo.

—Enviaste a Vin de vuelta para reunir a nuestros aliados —dijo Fantasma en voz baja—. Para que vinieran a reunirse con nosotros y quizás para buscar refugio en Terris.

—Lo sé.

—No podremos reunirnos en Terris. No estando los inquisidores allí.

—Lo sé —repitió Elend.

Fantasma guardó silencio un momento.

—El mundo entero se está haciendo pedazos, El —dijo finalmente—. Terris, Luthadel...

—Luthadel *no* ha sido destruida —respondió Elend, mirando bruscamente a Fantasma.

—Los koloss...

—Vin habrá encontrado un modo de detenerlos. Por lo que sabemos, ya habrá encontrado el poder del Pozo de la Ascensión. Tenemos que continuar nuestro camino. Podremos reconstruir lo que se haya perdido, y lo haremos. Luego nos encargaremos de ayudar a Terris.

Fantasma vaciló, luego asintió y sonrió. A Elend le sorprendió ver cómo sus palabras de confianza parecían aliviar las preocupaciones del muchacho. Fantasma miraba la taza de té aún humeante de Elend, y este se la entregó murmurando que no le gustaba el té de raíces rojas. Fantasma bebió feliz.

Elend, sin embargo, estaba más preocupado de lo que quería admitir. *La Profundidad que regresa, fantasmas en la bruma y los inquisidores apoderándose del dominio de Terris. ¿Qué más se me habrá pasado por alto?*

Es una esperanza remota. Alendi ha sobrevivido a asesinos y catástrofes. Y, sin embargo, espero que en las montañas heladas de Terris pueda finalmente ser detenido. Espero un milagro.

57



—MIRAD, TODOS SABEMOS LO QUE hay que hacer —dijo Cett, dando un golpe sobre la mesa—. Tenemos aquí a nuestros ejércitos, preparados y dispuestos para la lucha. ¡Ahora, vamos a recuperar mi maldito país!

—La emperatriz no nos ha ordenado nada de eso —dijo Janarle entre sorbos de té, completamente inmune a la falta de decoro de Cett—. Personalmente, creo que deberíamos esperar, al menos hasta que el emperador regrese.

Penrod, el mayor de los tres hombres presentes en la sala, tuvo el tacto suficiente para parecer comprensivo.

—Entiendo que te preocupe tu pueblo, lord Cett. Pero aún no hemos tenido ni una semana para reconstruir Luthadel. Es demasiado pronto para preocuparnos por expandir nuestra influencia. No podemos autorizar esos preparativos.

—Oh, venga ya, Penrod —replicó Cett—. No estás al mando.

Los tres hombres se volvieron hacia Sazed. El terrisano, sentado a la cabecera de la mesa de la sala de reuniones de la fortaleza Venture, se sintió incómodo. Ayudantes y auxiliares, incluidos algunos de los burócratas de Dockson, esperaban en la sala vacía, pero solo los tres gobernantes, reyes sometidos al dominio imperial de Elend, estaban sentados con Sazed a la mesa.

—Creo que no deberíamos apresurarnos, lord Cett —dijo Sazed.

—No es apresuramiento —contestó Cett, golpeando de nuevo la mesa—. ¡Solo quiero enviar exploradores y espías para tener la información necesaria cuando invadamos!

—Si es que invadimos —dijo Janarle—. Si el emperador decide recuperar Ciudad Fadrex, no será hasta el verano, como muy pronto. Tenemos preocupaciones mucho más acuciantes. Mis ejércitos han estado demasiado tiempo alejados del Dominio Septentrional. Un principio político básico es que hay que estabilizar lo que se tiene *antes* de ambicionar nuevos territorios.

—¡Bah! —dijo Cett, agitando una mano indiferente.

—Puedes enviar tus exploradores, lord Cett —dijo Sazed—. Pero solo en busca de información. Que no se enzarcen en ninguna refriega ni ningún saqueo, por tentadora que sea la oportunidad.

Cett sacudió la hirsuta cabeza.

—Por *eso* nunca me dediqué a los jueguecitos políticos con el resto del Imperio Final. ¡Las cosas no se hacen nunca porque todo el mundo está demasiado ocupado urdiendo planes!

—Hay mucho que decir a favor de la sutileza, lord Cett —dijo Penrod—. Teniendo paciencia siempre se consigue la mejor recompensa.

—¿La mejor recompensa? —preguntó Cett—. ¿Qué ganó el Dominio Central con esperar? ¡Vosotros esperasteis hasta el momento en que cayó vuestra ciudad! Si no hubierais sido los que tenían a la mejor nacida de la bruma...

—¿La mejor nacida de la bruma, mi señor? —preguntó Sazed tranquilamente—. ¿No la viste tomar el mando de los koloss? ¿No la viste saltar por el cielo como una flecha? Lady Vin no es simplemente «la mejor nacida de la bruma».

El grupo guardó silencio. *Tengo que seguir insistiendo en ello*, pensó Sazed. *Sin el liderazgo de Vin, sin la amenaza de su poder, esta coalición se disolvería en un santiamén.*

Se sentía incompetente. No lograba que los hombres se ciñieran al tema y no podía hacer gran cosa por ayudarlos con sus diversos problemas. Solo podía recordarles el poder de Vin.

El problema era que realmente no quería hacerlo. Estaba muy incómodo consigo mismo y experimentaba sentimientos impropios de él. Despreocupación. Apatía. ¿Qué importaba nada de lo que dijeran aquellos hombres? ¿Qué importaba nada, ahora que Tindwyl estaba muerta?

Apretó los dientes, tratando de no distraerse.

—Muy bien —dijo Cett, agitando una mano—. Enviaré a los exploradores. ¿Han llegado ya esos alimentos de Urteau, Janarle?

El joven noble se sintió incómodo.

—Tenemos... problemas con eso, mi señor. Parece que hay elementos disconformes en la ciudad.

—¡No me extraña que quieras enviar las tropas de regreso al Dominio Septentrional! —lo acusó Cett—. ¡Planeas recuperar tu reino y dejar que el mío se pudra!

—Urteau está *mucho* más cerca que tu capital, Cett —dijo Janarle, volviendo a su té—. Tiene sentido que me establezca allí antes de que centremos nuestra atención en el oeste.

—Dejaremos que la emperatriz tome esa decisión —dijo Penrod. Le gustaba hacer de mediador... Así le parecía que estaba por encima de los problemas. En esencia, tomaba el control al interponerse entre los otros dos.

No es muy distinto a lo que Elend intentó hacer con nuestros ejércitos, pensó Sazed. El muchacho tenía más sentido de la estrategia política de lo que Tindwyl había querido reconocer.

No debo pensar en ella, se dijo, cerrando los ojos. Sin embargo, era difícil no hacerlo. Todo lo que Sazed hacía, todo cuanto pensaba parecía equivocado porque ella había muerto. Las luces eran menos brillantes. Le costaba motivarse. Tenía dificultades incluso para prestar atención a los reyes, y aún más para dirigirlos.

Era una locura, lo sabía. ¿Cuánto tiempo había estado Tindwyl en su vida? Solo unos meses. Mucho tiempo antes se había resignado al hecho de que nunca sería amado y de que nunca tendría *su* amor. No solo estaba castrado, sino que además era rebelde y un disidente: un hombre ajeno a la ortodoxia de Terris.

Sin duda el amor de Tindwyl por él había sido un milagro. Sin embargo, ¿a quién agradecía esa bendición y a quién maldecía por robársela? Conocía cientos de dioses. Los hubiese odiado a todos de creer que serviría de algo.

Por su propia cordura se obligó a prestar atención de nuevo a los reyes.

—Escuchad —estaba diciendo Penrod, inclinado hacia delante con los brazos sobre la mesa—. Creo que estamos enfocando este asunto de la manera equivocada, caballeros. No deberíamos discutir, sino estar contentos. Nos hallamos en una posición única. En el tiempo transcurrido desde la caída del imperio de lord Legislador, docenas, quizás centenares de hombres han tratado

de establecerse como reyes de diversas maneras. Lo único que tienen en común, sin embargo, es la inestabilidad.

»Bueno, parece que se nos va a obligar a trabajar juntos. Empiezo a ver las ventajas. Juraré lealtad a la pareja Venture... incluso aceptaré la excéntrica visión de gobierno de Elend Venture si eso implica seguir en el poder dentro de diez años.

Cett se rascó la barba un momento y luego asintió.

—Es un buen planteamiento, Penrod. Quizás el primero bueno que oigo salir de tu boca.

—Pero no podemos seguir asumiendo que sabemos lo que vamos a hacer —intervino Janarle—. Necesitamos dirección. Sobrevivir a los próximos diez años, sospecho, va a depender enormemente de que yo no acabe apuñalado por esa nacida de la bruma.

—En efecto —dijo Penrod, asintiendo brevemente—. Maese terrisano, ¿cuándo podemos esperar que la emperatriz vuelva a tomar el mando?

Una vez más, los tres pares de ojos se volvieron hacia Sazed.

En realidad me trae sin cuidado, pensó Sazed, e inmediatamente se sintió culpable. Vin era su amiga. Le importaba. Aunque cualquier otra cosa le costara trabajo. Bajó la cabeza, avergonzado.

—Lady Vin sufre las consecuencias de haber recurrido en demasía al peltre —dijo—. Se ha esforzado mucho este último año y, como colofón, vino corriendo hasta Luthadel. Necesita descanso. Creo que deberíamos dejarla tranquila un poco más.

Los demás asintieron y continuaron con su debate. La mente de Sazed, no obstante, se centró de nuevo en Vin. Había malinterpretado su malestar, y empezaba a preocuparse. Recurrir de aquella manera al peltre agotaba el cuerpo, y Sazed sospechaba que ella se había obligado a permanecer despierta quemando metal durante meses seguidos.

Cuando un guardador acumulaba capacidad de mantenerse en vela, dormía como si estuviera en coma durante cierto tiempo. Sazed esperaba que los efectos de aquel abuso de peltre fueran iguales, pues Vin no se había despertado ni una sola vez desde su regreso, una semana antes. Tal vez lo hiciera pronto, como un guardador cuando salía de su sueño.

Tal vez su sueño durara más tiempo. El ejército koloss esperaba a las puertas de la ciudad, aparentemente controlado, aunque ella estuviera inconsciente. Pero ¿por cuánto tiempo? El tirón del peltre podía matar, si la persona se forzaba demasiado.

¿Qué le sucedería a la ciudad si ella no despertaba nunca?

CAÍA CENIZA. *Cae mucha últimamente*, pensó Elend mientras Fantasma y él salían de los árboles y contemplaban la llanura de Luthadel.

—Mira —señaló Fantasma en voz baja—. Las puertas de la ciudad están rotas.

Elend frunció el ceño.

—Pero los koloss están acampados *fuerza*.

En efecto, el campamento de Straff también seguía donde antes.

—Cuadrillas de trabajo —dijo Fantasma, haciendo visera con la mano para proteger sus hipersensibles ojos alománticos—. Parece que están enterrando cadáveres fuera de la ciudad.

La expresión de preocupación de Elend aumentó. *Vin. ¿Qué le ha pasado? ¿Se encuentra bien?*

Siguiendo las indicaciones de los terrisanos, Fantasma y él habían viajado a campo través, asegurándose así de no ser descubiertos por patrullas de la ciudad. Aquel día, contra su costumbre, habían viajado en parte de día para llegar a Luthadel antes del anochecer. Las brumas se levantarían pronto y Elend estaba fatigado por el madrugón y de caminar tanto.

Más que eso, estaba cansado de no saber qué había sucedido en Luthadel.

—¿Puedes ver de quién es la bandera que ondea sobre las puertas? —preguntó.

Fantasma hizo una pausa, al parecer mientras iba avivando sus metales.

—Tuya —dijo por fin, sorprendido.

Elend sonrió. *Bueno, o han conseguido salvar la ciudad o es una trampa muy rebuscada para capturarme.*

—Vamos —dijo, señalando una fila de refugiados que regresaban a la ciudad, probablemente aquellos que habían huido antes y volvían en busca de comida una vez pasado el peligro—. Nos mezclaremos con ellos para entrar.

SAZED SUSPIRÓ EN SILENCIO y cerró la puerta de su habitación. Los reyes habían puesto fin a la reunión del día. Lo cierto era que, considerando que todos se habían enfrentado entre sí unas pocas semanas antes, empezaban a llevarse bastante bien.

Sazed sabía que no era responsable de su amabilidad. Tenía otras preocupaciones.

He visto morir a muchos, pensó, mientras entraba en la habitación. *Kelsier. Jadendwyl. Crenda. Gente a la que respetaba. Nunca me pregunté qué pasaba con su espíritu.*

Dejó la vela sobre la mesa y la frágil llama iluminó unas cuantas páginas sueltas, un montón de clavos de metal extraídos de los cuerpos de los koloss y un manuscrito. Sazed se sentó a la mesa y sus dedos acariciaron las páginas, recordando los días pasados con Tindwyl, estudiando.

Tal vez por eso Vin me puso al mando. Sabía que necesitaría algo que apartara mi mente de Tindwyl.

Y, sin embargo, cada vez quería menos apartar su mente de ella. ¿Qué era más fuerte, el dolor del recuerdo o el dolor del olvido? Él era guardador, el trabajo de su vida era recordar. Olvidar, incluso en nombre de la paz personal, no era algo que le atrajera.

Hojeo el manuscrito, sonriendo amorosamente en la cámara oscura. Había enviado al norte, con Elend y Vin, una versión corregida y revisada. Aquel, sin embargo, era el original. El manuscrito garabateado frenética, casi desesperadamente, por dos eminentes eruditos asustados.

Mientras acariciaba la página, la oscilante luz de la vela reveló la bella y firme letra de Tindwyl. Se fundía con los párrafos escritos por el propio Sazed. En ocasiones, en una página se alternaban sus letras una docena de veces.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que parpadeó y una lágrima cayó en la página. Bajó la cabeza, aturdido porque la gota emborronó la tinta.

—¿Y ahora qué, Tindwyl? —susurró—. ¿Por qué hicimos esto? Tú nunca creíste en el Héroe de las Eras y yo nunca creí en nada. ¿Qué sentido ha tenido todo esto?

Secó la lágrima con la manga, preservando la página lo mejor que pudo. A pesar de su cansancio, empezó a leer, seleccionando un párrafo al azar. Leyó para recordar. Para pensar en los días en que no le preocupaba por qué estudiaban. Simplemente había disfrutado haciendo lo que más le gustaba, con la persona que más amaba.

Recopilamos todo lo que pudimos encontrar sobre el Héroe de las Eras y la Profundidad, pensó, leyendo. *Pero gran parte parece contradictorio.*

Se dedicó a una sección concreta que habían incluido a insistencia de Tindwyl. Contenía las contradicciones más evidentes, en palabras de Tindwyl.

Las repasó, reflexionando sobre ellas por primera vez. Así era Tindwyl la erudita: una escéptica cautelosa. Acarició los párrafos, leyendo su letra.

El Héroe de las Eras será alto de estatura, decía uno. Un hombre al que los demás no podrán ignorar.

El poder no puede ser tomado, decía otro. De esto estamos seguros. Debe ser contenido, pero no usado. Debe ser liberado. A Tindwyl eso le parecía una tontería, ya que en otras partes decía que el Héroe usaba el poder para derrotar a la Profundidad.

Todos los hombres son egoístas, decía otro. El Héroe es un hombre que puede ver las necesidades de todos más allá de sus propios deseos.

Si todos los hombres eran egoístas, había preguntado Tindwyl, entonces, ¿cómo podía no serlo el Héroe como se decía en otros párrafos? Y, además, ¿cómo podía esperarse que un hombre humilde conquistara el mundo?

Sazed sacudió la cabeza, sonriendo. En ocasiones sus objeciones tenían mucha lógica... pero otras veces ella solo quería dar otra opinión, no importaba lo descabellada que fuera. Pasó de nuevo los dedos por la página, pero se detuvo en el primer párrafo.

Alto de estatura, pensó. Eso no podía referirse a Vin. El comentario no procedía del calco, sino de otro libro. Tindwyl lo había incluido porque el calco, la fuente más digna de crédito, decía que sería bajo. Sazed hojeó el libro hasta encontrar el párrafo con la transcripción completa del testimonio de la placa de Kwaan.

La altura de Alendi me sorprendió la primera vez que lo vi. Se trataba de un hombre que superaba a todos los demás, de un hombre que (a pesar de su juventud y su ropa humilde) imponía respeto.

Sazed frunció el ceño. Él había alegado que no había ninguna contradicción, pues un párrafo podía referirse tanto al aspecto como al carácter del Héroe, y no solo a su altura. Ahora, sin embargo, Sazed vaciló, pues entendía las objeciones de Tindwyl por primera vez.

Había un lugar para mí en la tradición de la Anticipación: me consideré el Sagrado Primer Testigo, el profeta que habría de descubrir, según lo predicho, al Héroe de las Eras. Renunciar entonces a Alendi habría sido renunciar a mi nueva posición, a ser aceptado por los demás.

La expresión de preocupación de Sazed aumentó. Siguió el párrafo con un dedo. Fueron oscurecida, y unos cuantos jirones de bruma se enroscaban alrededor de los postigos, arrastrándose hacia el interior de la habitación antes de desvanecerse.

Sagrado Primer Testigo. ¿Cómo se me ha pasado por alto? Así me llamaron en las puertas. No lo reconocí.

—Sazed.

Dio un respingo y estuvo a punto de dejar caer el libro al suelo cuando se dio la vuelta. Vin se hallaba ante él, una sombra oscura en la habitación tenuemente iluminada.

—¡Lady Vin! ¡Estás despierta!

—No tendrías que haberme dejado dormir tanto —dijo ella.

—Intentamos despertarte. Estabas en coma.

Ella vaciló.

—Tal vez fuera para bien, lady Vin. La lucha ha terminado, y te has esforzado demasiado en estos últimos meses. Es bueno que descanses, ahora que todo ha acabado.

Ella dio un paso adelante, sacudiendo la cabeza, y Sazed vio que a pesar de los días de descanso estaba demacrada.

—No, Sazed. Esto no ha acabado. Ni de lejos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sazed, preocupado.

—Sigo oyéndolo en mi cabeza —respondió Vin, llevándose una mano a la frente—. Está aquí. En la ciudad.

—¿El Pozo de la Ascensión? Pero, lady Vin, te mentí al respecto. Sinceramente, y te pido disculpas, no sé si existe siquiera una cosa así.

—¿Crees que soy el Héroe de las Eras?

Sazed desvió la mirada.

—Hace unos días, ante la ciudad, estaba seguro. Pero... últimamente... ya no sé qué creer. Las profecías e historias son un revoltijo de contradicciones.

—Esto no tiene nada que ver con las profecías —dijo Vin, acercándose a la mesa y mirando el libro—. Tiene que ver con lo que hay que hacer. Puedo sentirlo... atrayéndome.

Miró la ventana cerrada, con las brumas enroscadas en los bordes. Se acercó y abrió los postigos, dejando entrar el frío aire invernal. Vin cerró los ojos y dejó que las brumas la cubrieran. Solo llevaba una sencilla camisa y pantalones.

—Recurrí a su poder una vez, Sazed —dijo—. ¿Lo sabes? ¿Te lo dije? Cuando luché contra el lord Legislador. Extraje poder de las brumas. Así fue como lo derroté.

Sazed se estremeció, pero no de frío, sino por el tono de su voz y el de sus palabras.

—Lady Vin... —dijo, pero no estaba seguro de cómo continuar. ¿Recurrir a las brumas? ¿Qué quería decir?

—El Pozo está aquí —repitió ella, asomándose a la ventana, mientras la bruma se desparramaba por la habitación.

—No puede ser, lady Vin. Todos los informes coinciden. El Pozo de la Ascensión se hallaba en las montañas de Terris.

Vin negó con la cabeza.

—Él cambió el mundo, Sazed.

—¿Cómo?

—El lord Legislador —susurró ella—. Creó los Montes de Ceniza. Los archivos dicen que creó los enormes desiertos que rodean el imperio, que rompió la tierra para conservarla. ¿Por qué debemos suponer que las cosas son como eran cuando él llegó por primera vez al Pozo? Creó montañas. ¿Por qué no pudo allanarlas?

Sazed sintió un escalofrío.

—Es lo que yo haría —dijo Vin—. Si supiera que el poder iba a regresar, si quisiera conservarlo. Escondería el Pozo. Dejaría que la leyenda hablara de montañas al norte. Luego, construiría mi ciudad alrededor del Pozo para poder vigilarlo. —Se volvió a mirarlo—. Está aquí. El poder espera.

Sazed abrió la boca para poner reparos, pero no fue capaz de decir nada. No tenía ninguna fe. ¿Quién era él para discutir esas cosas? Mientras vacilaba, oyó voces abajo, en el exterior.

¿*Voces*? pensó. ¿*De noche*? ¿*En las brumas*? Curioso, se esforzó por oír lo que decían, pero estaban demasiado lejos. Rebuscó en la bolsa que había junto a su mesa. La mayoría de sus mentes de metal estaban vacías: solo llevaba las mentecobres con sus depósitos de antiguo conocimiento. Dentro del saco, encontró una bolsita. Contenía los diez anillos que había preparado para el asedio, pero no había llegado a usar. La abrió, sacó uno y se guardó la bolsa en el cinturón.

Con ese anillo, una mentestaño, podía decantar audición. Las palabras de abajo le llegaron con claridad.

—¡El rey! ¡El rey ha regresado!

Vin saltó por la ventana.

—YO TAMPOCO COMPRENDO CÓMO lo hace, El —dijo Ham mientras caminaba, todavía con el brazo en cabestrillo.

Elend paseaba por las calles de la ciudad, seguido por la gente que hacía comentarios entusiasmada. La multitud se crecía a medida que la gente se iba enterando del regreso de Elend.

Fantasma miraba a la gente con resquemor, pero parecía disfrutar de su atención.

—Estuve fuera de juego durante la última parte de la batalla —estaba diciendo Ham—. Solo el peltre me mantuvo con vida. Los koloss masacraron a mi equipo, destrozaron las murallas de la fortaleza que defendía. Escapamos y fuimos a buscar a Sazed, pero para entonces mi mente empezaba a empantanarse. Recuerdo haber caído inconsciente ante la fortaleza Hasting. Cuando desperté, Vin ya había recuperado la ciudad. Yo...

Se detuvieron. Vin estaba plantada en la calle, ante ellos. Silenciosa, oscura. En medio de las brumas, casi parecía el espíritu que Elend había visto antes.

—¿Vin?

—Elend —dijo ella, corriendo a sus brazos, y el aire de misterio desapareció. Temblaba cuando se abrazó a él—. Lo siento. Creo que he hecho algo mal.

—¿Sí? ¿Qué?

—Te he convertido en emperador.

Elend sonrió.

—Me he dado cuenta, y acepto.

—¿Después de todo lo que hiciste para asegurarte de que el pueblo tuviera una oportunidad?

Elend sacudió la cabeza.

—Estoy empezando a pensar que mis opiniones eran simplistas. Honradas, pero... parciales. Ya nos encargaremos de esto. Ahora tan solo me alegro de encontrar mi ciudad en pie.

Vin sonrió. Parecía cansada.

—¿Vin? —preguntó él—. ¿Sigues recurriendo al peltre?

—No. Es otra cosa. —Miró a un lado, pensativa, como si estuviera decidiendo algo—. Ven —dijo.

SAZED ESTABA ASOMADO A LA ventana, con una segunda mente de metal ampliando su visión. En efecto, abajo estaba Elend. Sonrió, aliviando un peso de su alma. Se dio media vuelta dispuesto a ir a reunirse con el rey.

Y entonces vio algo revoloteando en el suelo. Un trozo de papel. Se arrodilló para recogerlo y reconoció su propia letra. Tenía los bordes irregulares por haber sido arrancados. Frunció el ceño, se acercó a su mesa, abrió el libro por la página con la narración de Kwaan. Faltaba un trozo. El mismo trozo que antes, el mismo que habían arrancado cuando estaba con Tindwyl. Casi había olvidado el extraño suceso de las páginas con la misma frase arrancada.

Había reescrito esa página a partir de su mente de metal, después de encontrar las páginas rasgadas. Habían vuelto a arrancar lo mismo, la última frase. Solo para asegurarse, la acercó al libro. Encajaba perfectamente. *Alendi no debe alcanzar el Pozo de la Ascensión. No debe hacerse con el poder*, decía. Eran las palabras exactas que Sazed tenía en su memoria, las palabras exactas del calco.

¿Por qué le preocupaba a Kwaan eso?, pensó, sentándose. *Según él, conocía a Alendi mejor que a nadie. De hecho, lo llama honorable en varias ocasiones.*

¿Por qué le preocupaba tanto a Kwaan que Alendi tomara el poder para sí?

VIN CAMINABA ENTRE LAS BRUMAS. Elend, Ham y Fantasma la seguían, después de que, a una orden de Elend, la multitud se hubiera dispersado por las calles de la ciudad, aunque todavía quedaban algunos soldados para protegerlo.

Vin continuó avanzando, sintiendo los pulsos, los golpes, el poder que estremecía su alma. ¿Por qué no podían sentirlo los demás?

—¿Vin? —preguntó Elend—. ¿Adónde vamos?

—A Kredik Shaw —respondió ella en voz baja.

—Pero... ¿por qué?

Ella sacudió la cabeza. Ahora sabía la verdad. El Pozo estaba en la ciudad. Por el modo en que aumentaban los pulsos, se hubiese dicho que su procedencia sería más difícil de determinar. Pero no era así. Ahora que los golpes eran fuertes, le resultaba más fácil.

Elend miró a los demás y vio lo preocupados que estaban. Ante ellos, Kredik Shaw se alzaba en la noche. Sus torres, como lanzas enormes, sobresalían del terreno siguiendo un trazado irregular, levantándose acusadoras hacia las estrellas del cielo.

—Vin —dijo Elend—. Las brumas actúan... extrañamente.

—Lo sé. Me están guiando.

—No, más bien parece que se estén *apartando* de ti.

Vin sacudió la cabeza. Eso le parecía *bien*. ¿Cómo podía explicarlo? Juntos entraron en los restos del palacio del lord Legislador.

El Pozo ha estado aquí todo el tiempo, pensó Vin, divertida. Podía sentir los pulsos vibrando por todo el edificio. ¿Por qué no lo había notado antes?

Los pulsos eran demasiado débiles, comprendió. *El Pozo no estaba en pleno apogeo todavía. Ahora ya lo está*. Y la llamaba.

Siguió el mismo camino que antes. El camino que había seguido con Kelsier cuando habían irrumpido en Kredik Shaw una aciaga noche que casi le costó la vida. El camino que había seguido luego ella sola la noche que había ido a matar al lord Legislador. Los estrechos corredores de piedra desembocaban en la sala en forma de cuenco invertido. La linterna de Elend hizo brillar los murales y el fino artesonado, en su mayoría negros y grises. La cripta de piedra se encontraba en el centro de la sala, abandonada, cerrada.

—Creo que por fin vamos a encontrar tu atium, Elend —dijo Vin, sonriendo.

—¿Qué? —La voz de Elend resonó en la cámara—. Vin, ya hemos buscado aquí. Lo hemos intentado todo.

—No lo suficiente, al parecer —dijo Vin, mirando el pequeño edificio dentro del edificio, pero sin avanzar hacia él.

Ahí es donde yo lo pondría, pensó. *Es lo lógico. El lord Legislador habría querido tener el Pozo cerca para, cuando el poder regresara, hacerse con él*.

Pero yo lo maté antes de que eso pudiera suceder.

Los sonidos reverberaban desde abajo. Habían levantado trozos del suelo, pero se habían detenido al alcanzar roca viva. Tenía que haber un camino de bajada. Vin se acercó y estudió el edificio dentro del edificio, pero no encontró nada. Se dio media vuelta, dejando atrás a sus confusos amigos, frustrada.

Entonces trató de quemar metales. Como siempre, las líneas azules se dispararon a su alrededor, apuntando a fuentes de metal. Elend llevaba varias, igual que Fantasma, aunque Ham estaba limpio. Algunos adornos de mampostería tenían dentro piezas de metal, y las líneas las señalaban.

Todo era como cabía esperar. No había nada...

Vin frunció el ceño y se hizo a un lado. Uno de los adornos tenía una línea particularmente gruesa, demasiado gruesa. La inspeccionó y vio que, igual que las demás, iba desde su pecho directamente hasta la pared de piedra. Pero esa parecía apuntar *más allá* de la pared.

¿Hacia dónde?

Tiró de ella. No pasó nada. Tiró con más fuerza, gruñendo mientras era atraída hacia la pared. Soltó la línea y miró alrededor. Había incisiones en el suelo. Profundas. Curiosa, se ancló tirando de estas, y luego tiró de nuevo de la pared. Le pareció que algo cedía.

Quemó duraluminio y tiró con todas sus fuerzas. La explosión de poder casi la hizo pedazos, pero su anclaje aguantó y el peltre impulsado por el duraluminio la mantuvo con vida. Una sección de la pared se deslizó, la piedra rozando contra la piedra en la silenciosa sala. Vin jadeó y se soltó cuando sus metales se agotaron.

—¡Lord Legislador! —dijo Fantasma. Ham fue más rápido; se movió con la velocidad del peltre y se asomó a la abertura. Elend se quedó junto a Vin, agarrándola por el brazo cuando estaba a punto de caer.

—Estoy bien —dijo Vin, bebiendo un frasquito para restaurar sus metales. El poder del Pozo resonaba a su alrededor. Casi parecía que la sala temblaba.

—Hay escaleras aquí dentro —dijo Ham, asomando la cabeza.

Vin se preparó y le asintió a Elend, y los dos siguieron a Ham y Fantasma al otro lado de la falsa sección de la pared.

EL RELATO DE KWAAN DECÍA:

Pero he de continuar sin entrar en detalles. Los otros forjamundos debieron de haberse considerado humillados cuando acudieron a mí, admitiendo que estaban equivocados. Incluso entonces, empezaba a dudar de mi declaración original. Pero me sentí lleno de orgullo.

Mis hermanos nunca me habían prestado mucha atención: opinaban que mi trabajo y mis intereses no eran los adecuados para un forjamundo. No entendían de qué modo mi trabajo, el estudio de la naturaleza en vez del de la religión, beneficiaba al pueblo de las catorce tierras.

Sin embargo, al ser yo quien encontró a Alendi, me convertí en alguien importante. Sobre todo, entre los forjamundos.

Había un lugar para mí en la tradición de la Anticipación: me consideré el Sagrado Primer Testigo, el profeta que habría de descubrir, según lo predicho, al Héroe de las Eras. Renunciar entonces a Alendi habría sido renunciar a mi nueva posición, a ser aceptado por los demás. Y por eso no lo hice. Pero lo hago ahora.

Que se sepa que yo, Kwaan, forjamundo de Terris, soy un fraude. Alendi no fue nunca el Héroe de las Eras. En el mejor de los casos, he exagerado sus virtudes, creando un Héroe donde no había ninguno. En el peor, me temo que he corrompido todo aquello en lo que creemos.

Sazed continuó leyendo el libro.

Aquí falta algo, pensó. Retrocedió unas cuantas líneas y releyó la expresión «Sagrado Primer Testigo». ¿Por qué esa frase seguía molestandolo?

Se arrellanó en el asiento, suspirando. Aunque las profecías hablaron del futuro, no había detalles por los que guiarse. Tindwyl tenía razón en eso. El estudio que él mismo había hecho demostraba que eran críticas y poco dignas de confianza.

Entonces, ¿cuál era el problema?

Es que no tiene sentido.

Pero, claro, la religión a veces no puede entenderse en un sentido literal. ¿Cuál era el motivo? ¿Eran sus propios prejuicios? ¿Su creciente resentimiento hacia las enseñanzas que había memorizado y enseñado, pero que lo habían traicionado al final?

Volvió al trozo de papel que tenía en la mesa. El pedazo roto. *Alendi no debe alcanzar el Pozo de la Ascensión...*

Había alguien junto a la mesa.

Sazed gimió, retrocedió, estuvo a punto de tropezar con la silla. En realidad, no era una persona. Era una sombra, formada, al parecer, por jirones de bruma. Aunque muy débiles, seguían entrando por la ventana que Vin había dejado abierta y formaban la silueta de una persona. Volvió la cabeza hacia la mesa, hacia el libro. O... tal vez hacia el papel.

Sazed, aterrorizado, quiso echar a correr, huir, pero su mente de estudioso encontró algo para combatir su terror. *Alendi*, pensó. *De quien todos pensaban que era el Héroe de las Eras. Dijo haber visto un ser hecho de bruma que le seguía. Vin dijo haberlo visto también.*

—¿Qué... quieres? —preguntó, tratando de conservar la calma.

El espíritu no se movió.

¿Podría realmente ser... ella?, se preguntó, desconcertado. Muchas religiones sosténían que los muertos continuaban caminando por el mundo, más allá de la capacidad de percepción de los mortales. Pero aquel ser era demasiado bajo para ser Tindwyl. Sazed estaba convencido de que la hubiese reconocido, incluso con aquel aspecto amorfo.

Intentó comprender dónde estaba mirando. Con una mano vacilante, recogió el papel.

El espíritu levantó un brazo y señaló hacia el centro de la ciudad. Sazed frunció el ceño.

—No comprendo —dijo.

El espíritu señaló con más insistencia.

—Escribe por mí lo que quieras que haga.

El espíritu se limitó a señalar.

Sazed permaneció quieto un buen rato, luego miró el libro abierto. El viento agitó sus páginas mostrando su letra, luego la de Tindwyl, después la suya de nuevo.

Alendi no debe alcanzar el Pozo de la Ascensión. No debe hacerse con el poder.

Tal vez... tal vez Kwaan sabía algo que nadie más sabía. ¿Podía corromper el poder incluso a las mejores personas? ¿Podía ser por eso por lo que se había vuelto contra Alendi, para tratar de detenerlo?

El espíritu volvió a señalar.

Si el espíritu arrancó esa frase, tal vez estaba intentando decirme algo. Pero... Vin no tomaría el poder para sí. No destruiría, como hizo el lord Legislador, ¿verdad?

¿Y si no tenía más remedio?

Fuera, alguien gritó. El alarido fue de puro terror y no tardó en repetirse. Una espantosa cacofonía en la noche oscura.

No había tiempo para pensar. Sazed tomó la vela, derramando cera sobre la mesa con las prisas, y salió de la habitación.

LOS SERPENTEANTES ESCALONES DE piedra continuaban. Vin los bajó, acompañada por Elend, mientras el golpeteo resonaba con fuerza en sus oídos. Al pie, la escalera desembocaba en...

Una enorme cámara. Elend alzó la linterna y contemplaron una gran caverna de piedra. Fantasma ya había bajado la mitad de la escalera. Ham lo siguió.

—Lord Legislador... —susurró Elend, de pie junto a Vin—. ¡Jamás habríamos encontrado esto sin haber demolido el edificio entero!

—Probablemente esa era la idea —respondió Vin—. Kredik Shaw no es simplemente un palacio, sino un tapón. Construido para ocultar algo. *Esto*. Arriba, esas paredes acanaladas ocultan las rendijas de la puerta, y el metal que hay en ellas oculta el mecanismo de abertura a ojos alománticos. Si no me hubieran dado un soplo...

—¿Un soplo? —preguntó Elend, volviéndose hacia ella.

Vin sacudió la cabeza y señaló los escalones. Los dos empezaron a bajar. Entonces oyeron la voz de Fantasma.

—¡Hay comida ahí abajo! —gritó—. ¡Latas y más latas!

En efecto, encontraron filas y filas de estantes en la caverna, con alimentos meticulosamente envasados como en previsión de algo importante. Vin y Elend desembocaron en la caverna cuando Ham perseguía a Fantasma, llamándolo para que no fuera tan rápido. Elend hizo amago de seguirlos, pero Vin lo agarró por el brazo. Estaba quemando hierro.

—Hay una fuerte fuente de metal por ahí —dijo, ansiosa.

Elend asintió con la cabeza. Recorrieron la caverna, dejando atrás un estante tras otro. *El lord Legislador preparó esto*, pensó ella. *Pero ¿con qué fin?*

No le importaba en ese momento. En realidad, tampoco le interesaba el atium, pero la ansiedad de Elend por encontrarlo era demasiado grande para ignorarla. Llegaron al fondo de la caverna, donde encontraron la fuente de la línea de metal.

Una gran placa colgaba de la pared, como la que Sazed había dicho que había hallado en el convento de Seran. Elend se sintió claramente decepcionado cuando la vieron. Vin, sin embargo, dio un paso adelante, examinándola con ojos amplificados por el estaño.

—¿Un mapa? —preguntó Elend—. Eso es el Imperio Final.

En efecto, había un mapa del imperio grabado en el metal. Luthadel estaba en el centro. Un pequeño círculo marcaba otra ciudad cercana.

—¿Por qué constará la posición de Statlin? —preguntó Elend, con el ceño fruncido.

Vin sacudió la cabeza.

—No hemos venido por eso —dijo—. Allí.

Un túnel se alejaba de la caverna principal.

—Vamos.

SAZED CORRIÓ POR LAS CALLES sin estar siquiera seguro de lo que hacía. Siguió al espíritu de bruma, que era difícil de localizar en la noche, pues su vela se había apagado hacía rato.

La gente gritaba. Sus chillidos de pánico le daban escalofríos y ansiaba ir a ver cuál era el problema. Sin embargo, el espíritu de la bruma era exigente; se detenía a llamar su atención si lo perdía. Podía estar simplemente conduciéndolo a la muerte. Y, sin embargo... confiaba inexplicablemente en él.

¿Alomancia?, pensó. ¿Tira de mis emociones?

Antes de que pudiera pensar lo mejor, tropezó con el primer cadáver. Era un skaa vestido con ropa sencilla y la piel manchada de ceniza. Su rostro estaba deformado en una mueca de dolor, y la ceniza del suelo, manchada por sus estertores.

Sazed jadeó deteniéndose. Se arrodilló a estudiar el cuerpo a la tenue luz de una ventana abierta. Aquel hombre no había muerto plácidamente.

Es... es como las muertes que estudié, pensó. Hace meses, en la aldea del sur. Aquel hombre me dijo que las brumas habían matado a su amigo. Le hicieron caer al suelo y revolverse.

El espíritu apareció delante de Sazed, insistente en su postura. Sazed alzó la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Has hecho tú esto? —susurró.

La criatura negó violentamente con la cabeza, señalando. Kredik Shaw estaba allí delante. Vin y Elend se habían ido en aquella dirección.

Sazed se levantó. *Vin dijo que pensaba que el Pozo estaba en la ciudad, pensó. La Profundidad nos ha alcanzado, como han estado haciendo sus tentáculos en las lejanas extensiones del reino desde hace algún tiempo. Matando. Está ocurriendo algo que escapa a nuestra comprensión.*

Todavía no podía creer que el hecho de que Vin fuera al Pozo pudiera ser peligroso. Ella había leído y conocía la historia de Rashek. No se haría con el poder. Sazed confiaba en ello. Pero no estaba completamente seguro. De hecho, ya no estaba seguro de lo que debían hacer con el Pozo.

Tengo que llegar hasta ella. Detenerla, hablarle, prepararla. No podemos precipitarnos en una cosa así. Si, en efecto, iban a tomar el poder del Pozo, tenían que pensar lo primero y decidir el mejor curso de acción.

El espíritu de la bruma continuó señalando. Sazed se levantó y echó a correr, ignorando el horror de los gritos nocturnos. Llegó a las puertas del enorme palacio, con sus torres y agujas, y se precipitó al interior.

El espíritu se quedó atrás, en las brumas que lo habían engendrado. Sazed encendió de nuevo su vela con un pedernal, y esperó. El espíritu no avanzó. Sin dejar de experimentar aquella urgencia, Sazed lo dejó atrás y continuó internándose en el antiguo hogar del lord Legislador. Las paredes de piedra eran frías y oscuras, y su vela una débil lucecita.

El Pozo no puede estar aquí, pensó. Se supone que está en las montañas.

Sin embargo, muchas cosas de aquella época eran vagas. Estaba empezando a dudar que hubiera comprendido jamás las cosas que había estudiado.

Avivó el paso, protegiendo la vela con la mano, sabiendo adónde tenía que ir. Había visitado el edificio dentro del edificio, el palacio donde el lord Legislador solía pasar el tiempo. Sazed había estudiado el palacio después de la caída del imperio, tomando nota y catalogando. Llegó a la sala exterior, y casi la había cruzado cuando advirtió la abertura desconocida en la pared.

Había una silueta en la puerta, con la cabeza gacha. La luz de la vela de Sazed se reflejó en las paredes de mármol pulido, en los murales repujados de plata y en los clavos de los ojos del hombre.

—¿Marsh? —preguntó Sazed, alarmado—. ¿Dónde has estado?

—¿Qué haces, Sazed? —susurró Marsh.

—Voy a ver a Vin —dijo él, confundido—. Ha encontrado el Pozo, Marsh. Tenemos que impedirle que haga nada hasta que estemos seguros de las consecuencias.

Marsh permaneció en silencio un instante.

—No tendrías que haber venido, terrisano —dijo por fin, con la cabeza todavía gacha.

—¿Marsh? ¿Qué está pasando?

Sazed dio un paso al frente, impaciente.

—Ojalá lo supiera. Ojalá... ojalá comprendiera.

—¿Comprender qué? —preguntó Sazed, y su voz resonó en la sala abovedada.

Marsh guardó silencio. Por fin alzó la cabeza y enfocó sus clavos ciegos en Sazed.

—Ojalá comprendiera por qué tengo que matarte —dijo, y alzó una mano.

Un empujón alomántico chocó con los brazaletes de metal de Sazed, lanzándolo hacia atrás y estampándolo contra la dura pared de piedra.

—Lo siento —susurró Marsh.

Alendi no debe alcanzar el Pozo de la Ascensión...

58



—¡LORD LEGISLADOR! —SUSURRÓ ELEND, deteniéndose en la entrada de la segunda caverna.

Vin se reunió con él. Habían recorrido un buen trecho del pasadizo, dejando atrás la caverna de almacenamiento para recorrer un túnel de piedra natural. Terminaba en una segunda caverna ligeramente más pequeña, llena de humo denso y oscuro. No manaba de la caverna, como debería haber hecho, sino que giraba y se remansaba sobre sí mismo.

Vin avanzó un paso. El humo no la ahogó, como esperaba. Había algo extrañamente atractivo en él.

—Vamos —dijo, internándose en la caverna—. Veo luz ahí delante.

Elen se reunió con ella, nervioso.

Tump. Tump. Tump.

SAZED CHOCÓ CONTRA LA PARED. No era alomante: no tenía peltre que reforzara su cuerpo. Cuando se desplomó al suelo, sintió un brusco dolor en el costado y supo que se había roto una costilla. O algo peor.

Marsh avanzó, débilmente iluminado por la vela de Sazed, que ardía temblorosa donde había caído.

—¿Por qué has venido? —susurró Marsh mientras Sazed pugnaba por ponerse de rodillas—. Todo iba tan bien...

Lo observó con ojos de hierro, y Sazed, simplemente, retrocedió. Entonces Marsh volvió a empujarlo de lado.

Sazed resbaló por el hermoso suelo blanco hasta chocar con otra pared. El brazo crujío, quebrándose, y se le nublaron los ojos.

A través del dolor, vio que Marsh se agachaba y recogía algo. Una bolsita. Había caído del cinturón de Sazed. Estaba llena de trozos de metal; Marsh pensaba obviamente que era un monedero.

—Lo siento —repitió Marsh, y entonces alzó una mano y empujó la bolsa hacia Sazed.

La bolsa cruzó la sala y lo golpeó. Se rompió y los trozos de metal que contenía se clavaron en la carne de Sazed. No tuvo que mirarse para saber que estaba malherido. Curiosamente, ya no sentía dolor, pero notaba la sangre caliente en su estómago y sus piernas.

Yo... lo siento también, pensó Sazed mientras la sala se oscurecía y él caía de rodillas. *He fracasado... aunque no sé en qué. Ni siquiera puedo responder a la pregunta de Marsh. No sé por qué he venido aquí.*

Se sintió morir. Era una extraña experiencia. Su mente se resignaba, pero estaba confuso y frustrado y... tenía... problemas...

Eso no eran monedas, pareció susurrar una voz.

El pensamiento sacudió su mente moribunda.

La bolsa que te ha lanzado Marsh. No era de monedas. Eran anillos, Sazed. Ocho anillos. Cogiste dos... visión y audición. Dejaste los otros donde estaban.

En la bolsa, guardada dentro de tu cinturón.

Sazed se desplomó, sintiendo la muerte cernirse sobre él como una sombra fría. Y, sin embargo, el pensamiento tenía visos de verdad. Diez anillos clavados en su carne. Tocándolo. Peso. Velocidad. Visión. Audición. Tacto. Olor. Fuerza. Rapidez mental. Capacidad de mantenerse en vela.

Y salud.

Decantó oro. No tenía que llevar puesta la mente de metal para usarla: solo tenía que tocarla. El pecho dejó de arderle y su visión volvió a enfocarse. El brazo se le enderezó, los huesos volvieron a unirse cuando recurrió a varios días de salud en un breve estallido de poder. Jadeó, recuperándose de su práctica muerte, y la menteoro le aportó una prístina claridad de pensamiento.

La carne sanó alrededor del metal. Sazed se levantó, tiró de la bolsa vacía que se le había quedado pegada a la piel. Y la dejó caer al suelo. La herida sanó, agotando el poder de la menteoro. Marsh se detuvo en la puerta y se volvió sorprendido. A Sazed el brazo todavía le latía y tenía las costillas magulladas. Con aquel estallido de salud no podía hacer más.

Pero estaba vivo.

—Nos has traicionado, Marsh —dijo—. No sabía que esos clavos le roban el alma a un hombre, además de los ojos.

—No puedes luchar contra mí —respondió Marsh tranquilamente. Su voz resonaba en la oscura sala—. No eres un soldado.

Sazed sonrió, sintiendo que las pequeñas mentes de metal le daban poder.

—Creo que tú tampoco.

ESTOY IMPLICADO EN ALGO *que me supera*, pensó Elend mientras atravesaban la extraña caverna llena de humo. El suelo era irregular y estaba sucio, y su linterna no servía de nada, como si el humo negro absorbiera la luz.

Vin caminaba confiada. No, con determinación. Había una diferencia. Hubiera lo que hubiese al fondo de esa caverna, obviamente quería descubrirlo.

¿Y... qué será? ¿*El Pozo de la Ascensión*?

El Pozo era algo que pertenecía a la mitología, algo de lo que hablaban los obligadores cuando predicaban sobre el lord Legislador. Y, sin embargo... él había seguido a Vin al norte, esperando encontrarlo, ¿no? ¿Por qué vacilar ahora?

Tal vez porque finalmente empezaba a aceptar lo que estaba sucediendo. Y eso le preocupaba. No porque temiera por su vida, sino porque de pronto no comprendía el mundo. Podía comprender los ejércitos, aunque no supiera cómo derrotarlos. Pero ¿algo como el Pozo? ¿Una cosa de dioses, más allá de la lógica de los estudiosos y los filósofos?

Eso era aterrador.

Finalmente llegaron al otro lado de la caverna, donde había una última cámara, mucho más pequeña que las otras dos. Cuando entraron en ella, Elend advirtió inmediatamente algo: esa habitación estaba hecha por la mano del hombre. O al menos tuvo esa *impresión*. Las estalactitas formaban columnas en el bajo techo y estaban repartidas de manera demasiado regular para ser naturales. Sin embargo, al mismo tiempo parecían haberse formado de manera natural, sin signo alguno de haber sido esculpidas.

El aire parecía más cálido allí dentro... y, por fortuna, habían dejado atrás el humo. Del otro lado de la cámara surgía una luz tenue, aunque Elend no pudo distinguir la fuente. No parecía una antorcha. Tenía un color distinto y rielaba en vez de titilar.

Vin lo rodeó con un brazo, contemplando el fondo de la cámara, y de pronto pareció temerosa.

—¿De dónde procede esa luz? —preguntó Elend, frunciendo el ceño.

—De un estanque —respondió ella en voz baja, sus ojos más agudos que los suyos—. Un estanque blanco, brillante.

Elend frunció el ceño. Pero ninguno de los dos se movió. Vin parecía dudosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Ella se apretó contra él.

—Esto es el Pozo de la Ascensión. Puedo *sentirlo* dentro de mi cabeza. Latiendo.

Elend forzó una sonrisa, experimentando una sensación irreal de desplazamiento.

—Para eso hemos venido, entonces.

—¿Y si no sé qué hacer? —preguntó Vin con un hilo de voz—. ¿Y si tomo el poder, pero no sé cómo usarlo? ¿Y si... me vuelvo igual que el lord Legislador?

Elend la miró, abrazada a él, y su temor disminuyó un poco. La amaba. La situación a la que se enfrentaban no encajaba fácilmente en su mundo racional. Pero Vin nunca había necesitado la lógica, en realidad. Y él tampoco la necesitaba, si confiaba en ella.

Le sujetó la cara entre las manos y la hizo volverse a mirarlo.

—Tienes unos ojos preciosos.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué...?

—Y parte de su belleza procede de tu sinceridad —continuó él—. No te volverás igual que el lord Legislador, Vin. Sabrás qué hacer con ese poder. Confío en ti.

Ella sonrió, acompañando un gesto dubitativo, y luego asintió. Sin embargo, no avanzó hacia la caverna. Señaló algo por encima del hombro de Elend.

—¿Qué es eso?

Elend se volvió y notó que había un saliente en la pared del fondo. Sobresalía directamente de la roca, justo al lado del portal por donde habían entrado. Vin se acercó, y Elend la siguió, advirtiendo los fragmentos que había esparcidos alrededor.

—Parece cerámica rota —dijo Elend. Había varios trozos, y otros más diseminados por el suelo.

Vin recogió un pedazo, pero no había nada distintivo en él. Miró a Elend, que rebuscaba entre los trozos de cerámica.

—Mira esto —dijo, alzando una pieza que no estaba rota como las demás. Era un plato de barro cocido con una perla de metal en el centro.

—¿Atium?

—No tiene el mismo color —dijo él, frunciendo el ceño.

—¿Qué es, entonces?

—Tal vez encontremos las respuestas allí —dijo Elend, volviéndose y mirando las filas de columnas y la fuente de luz.

Vin asintió, y ambos avanzaron.

MARSH TRATÓ INMEDIATAMENTE DE empujar a Sazed usando sus brazaletes de metal. Sin embargo, Sazed estaba preparado y decantó la mentehierro de su anillo, extrayendo el peso que había almacenado en su interior. Su cuerpo se hizo más denso, y notó que el peso lo anclaba: sentía los puños como bolas de hierro en los extremos de unos brazos de plomo.

Marsh salió despedido, impulsado violentamente hacia atrás por su propio empujón. Chocó contra la pared del fondo, y un grito de sorpresa escapó de sus labios. Resonó en la pequeña sala abovedada.

Las sombras bailaron en la habitación a medida que la vela se fue haciendo más débil. Sazed decantó visión para aguzar la vista y liberó hierro mientras se abalanzaba contra el aturdido inquisidor. Marsh, sin embargo, se recuperó rápidamente. Recurrió a su poder, tirando de una lámpara apagada que había en la pared. La lámpara voló por los aires hacia él.

Sazed decantó cinc. Se sentía algo parecido a un extraño híbrido de alomante y feruquimista, con las fuentes de metal en su interior. El oro lo había sanado por dentro, pero los anillos todavía estaban clavados en su carne. Eso era lo que había hecho el lord Legislador, mantener sus mentes de metal en el interior, perforando su carne para que fueran más difíciles de robar.

Eso siempre le había parecido a Sazed algo morboso. Ahora, veía lo útil que podía ser. Sus pensamientos se aceleraron y vio rápidamente la trayectoria de la lámpara. Marsh podría usarla como arma en su contra. Así que Sazed decantó acero. La alomancia y la feruquimia se diferenciaban en un aspecto fundamental: la alomancia extraía sus poderes de los metales, por eso la

cantidad de poder disponible era limitada; con feruquimia se podía restituir un atributo muchas veces, extrayendo, en pocos minutos, meses de poder.

El acero almacenaba velocidad física. Sazed cruzó corriendo la sala; el aire zumbaba en sus oídos cuando atravesó la puerta abierta. Agarró la lámpara en el aire y decantó con fuerza hierro, con lo que aumentó muchas veces su peso, y, a continuación, peltre para darse una fuerza enorme.

Marsh no tuvo tiempo de reaccionar. Tiraba de una lámpara que Sazed sujetaba en una mano inhumanamente fuerte, inhumanamente pesada. Una vez más, Marsh recibió el tirón de su propia alomancia y cruzó volando la sala, directamente hacia Sazed, que se volvió, golpeándole la cara con la lámpara. El metal se dobló en su mano y la fuerza empujó a Marsh de espaldas. El inquisidor golpeó la pared de mármol y un chorro de sangre nubló el aire. Mientras Marsh se desplomaba en el suelo, Sazed vio que había hundido uno de los clavos en su cara, aplastando el hueso orbital.

Sazed devolvió su peso a la normalidad y saltó hacia delante, blandiendo de nuevo su improvisada arma. Marsh, sin embargo, levantó un brazo y empujó. Sazed resbaló unos pasos antes de poder decantar de nuevo la mentehierro, aumentando su peso.

Marsh gimió, porque su empujón lo estampó nuevamente contra la pared. También, sin embargo, mantuvo a Sazed a raya. El terrisano se esforzó por avanzar, pero la presión del empujón de Marsh, sumada al peso tremendo de su cuerpo, le impedía andar. Los dos pugnaron durante un momento, empujándose en la penumbra. Los grabados de la habitación chispearon, los silenciosos murales los contemplaron al lado de la puerta abierta que conducía al Pozo.

—¿Por qué, Marsh? —susurró Sazed.

—No lo sé —respondió Marsh, con un gruñido.

Con un destello de poder, Sazed liberó su mentehierro y decantó acero, aumentando de nuevo su velocidad. Soltó la lámpara, se desvió a un lado y se movió más rápidamente de lo que Marsh podía seguir. La lámpara, impelida hacia atrás, cayó al suelo cuando Marsh dejó de empujar y saltó hacia delante, intentando no quedar de nuevo atrapado contra la pared.

Pero Sazed fue más rápido. Giró, alzando una mano para intentar sacar el clavo hundido entre los omóplatos de Marsh y que bajaba por su espalda. Sacar ese clavo mataría al inquisidor: era la debilidad que el lord Legislador había introducido en ellos.

Sazed rodeó a Marsh para atacar por detrás. El clavo del ojo derecho de Marsh le sobresalía varios centímetros de la nuca y goteaba sangre.

La menteacero de Sazed se agotó.

Los anillos no habían sido diseñados para durar mucho, y sus dos estallidos extremos habían agotado la menteacero en cuestión de segundos. Frenó su terrible salto, pero tenía el brazo todavía en alto y aún poseía la fuerza de diez hombres. Vio el bullo del clavo en la espalda, bajo la túnica de Marsh. Si podía...

Marsh se volvió sobre sus talones y con destreza apartó la mano de Sazed. Le descargó un codazo en el estómago y le abofeteó la cara de un revés.

Sazed cayó de espaldas y su mentepeltre se agotó, por lo que su fuerza desapareció también. Golpeó el duro suelo de acero con un gruñido de dolor, y rodó.

Marsh se levantó en la habitación oscura. La vela tembló.

—Te equivocabas, Sazed —puntualizó Marsh—. Yo no era soldado, aunque eso ha cambiado. Tú te has pasado los dos últimos años enseñando, pero yo los he pasado matando. Matando a mucha gente...

Marsh avanzó un paso, y Sazed tosió, tratando de mover su magullado cuerpo. Le preocupaba haberse vuelto a romper el brazo. Decantó de nuevo cinc, acelerando sus pensamientos, pero eso no ayudó a su cuerpo a moverse. Solo vio, más plenamente consciente de su situación e incapaz de hacer nada para impedirlo, cómo Marsh recogía la lámpara del suelo.

La vela se apagó.

Sin embargo, Sazed seguía viendo la cara de Marsh. De la cuenca aplastada le manaba sangre, lo que hacía que su expresión fuera aún más difícil de leer. El inquisidor parecía... apenado mientras alzaba la lámpara con una mano como una garra con intención de hundirla en el rostro del terrisano.

Espera, pensó Sazed. ¿De dónde viene esa luz?

Un bastón de duelo chocó contra la nuca de Marsh, rompiéndose en mil pedazos.

VIN Y ELEND SE ACERCARON al estanque. Elend se arrodilló en silencio junto a ella, pero Vin permaneció en pie, contemplando las aguas brillantes, que se hallaban en una pequeña depresión en la roca y parecían densas, como de metal. Un blanco plateado, metal líquido brillante. El Pozo medía solo unos palmos de diámetro, pero su poder resonaba en la mente de Vin.

De hecho, estaba tan embelesada por la belleza del estanque que no notó la presencia del espíritu de la bruma hasta que la mano de Elend le apretó el hombro. Alzó la cabeza y vio al espíritu ante ellos. Tenía la cabeza inclinada, pero cuando ella se volvió, su forma de sombra se irguió.

Vin nunca había visto a la criatura fuera de la bruma. Aún no estaba completamente... entera. De su cuerpo fluía bruma que caía y creaba su amorfa figura. Una pauta persistente.

Vin siseó y desenvainó una daga.

—¡Espera! —dijo Elend.

Ella frunció el ceño y lo miró con mala cara.

—Creo que no es peligroso, Vin —dijo él, apartándose de ella y acercándose al espíritu.

—¡Elend, no! —le pidió Vin. Él se zafó amablemente.

—Me visitó cuando te fuiste, Vin —explicó Elend—. No me hizo daño. Tan solo... parecía querer decirme algo. —Sonrió, todavía ataviado con su capa y su ropa de viaje, y se acercó despacio al espíritu de la bruma—. ¿Qué es lo que quieres?

El espíritu permaneció inmóvil un momento y luego alzó el brazo. Algo destelló reflejando la luz del estanque.

—¡No! —gritó Vin dando un salto hacia delante al tiempo que el espíritu descargaba una cuchillada en el estómago de Elend, que gimió de dolor y retrocedió dando tumbos.

»¡Elend! —Vin corrió a su lado mientras él resbalaba y caía al suelo. El espíritu retrocedió. Manaba sangre de algún lugar de su cuerpo engañosamente incorpóreo. Sangre de Elend, que yacía en el suelo, aturdido, con los ojos muy abiertos. Vin avivó peltre y le abrió la casaca para dejar al descubierto la herida. El espíritu había cortado profundamente y le había abierto el estómago.

»No... no... no... —dijo Vin, anonadada, con las manos empapadas de sangre.

La herida era muy grave. Mortal.

HAM SOLTÓ EL BASTÓN ROTO. Todavía llevaba el brazo en cabestrillo. El fornido violento parecía increíblemente satisfecho consigo mismo mientras pasaba por encima del cuerpo de Marsh y le tendía su mano sana a Sazed.

—No esperaba encontrarte aquí, Sazed.

Aturdido, el terrisano aceptó la mano y se puso en pie. Pasó por encima del cuerpo de Marsh, aunque sabía que un simple bastonazo en la cabeza no podía matar a la criatura. Sin embargo, estaba demasiado aturdido para que le importara. Recogió la vela, la encendió con la linterna de Ham y se dirigió hacia las escaleras, obligándose a continuar.

Tenía que seguir adelante. Tenía que llegar junto a Vin.

VIN ACUNÓ A ELEND EN SUS BRAZOS, formando con su capa un apresurado vendaje, terriblemente inadecuado, alrededor de su torso.

—Te quiero —susurró, sintiendo las lágrimas calientes en las mejillas heladas—. Elend, te quiero. Te quiero...

El amor no sería suficiente. Él temblaba, mirando hacia arriba, apenas capaz de enfocar. Jadeó, y la sangre borbotó en su saliva.

Vin se volvió, advirtiendo aturdida dónde estaba arrodillada. El estanque brillaba a su lado, a pocos centímetros del lugar donde había caído Elend. Parte de su sangre había caído al agua, aunque no se mezclaba con el metal líquido.

Puedo salvarlo, comprendió. *El poder de la creación está a unos centímetros de mis dedos*. Aquel era el lugar donde Rashek había ascendido a la divinidad. El Pozo de la Ascensión.

Miró a Elend, sus ojos moribundos. Él trató de concentrarse en ella, pero le costaba controlar sus músculos. Parecía que... estaba intentando sonreír.

Vin enrolló su chaqueta y se la puso bajo la cabeza. Luego, vestida únicamente con sus pantalones y su camisa, se acercó al estanque. Podía oírlo latir. Como si... la llamara. Como si la llamara para que se reuniera con él.

Se metió en el estanque. Opuso resistencia, pero su pie fue hundiéndose lentamente. Avanzó, dirigiéndose al centro de la charca. En pocos segundos el agua le llegaba al pecho y el brillante líquido la rodeaba.

Tomó aire y luego echó atrás la cabeza mientras el estanque la absorbía, cubriendo su rostro.

SAZED BAJÓ A TROMPICONES LA escalera, sujetando la vela con dedos temblorosos. Ham lo llamaba. Dejó atrás a un confundido Fantasma en el rellano e ignoró las preguntas del muchacho.

Sin embargo, cuando se abría paso hacia la caverna, se detuvo de pronto. Un pequeño temblor sacudió la roca.
De algún modo, supo que llegaba demasiado tarde.

EL PODER LA ASALTÓ REPENTINAMENTE.

Sintió el líquido presionando a su alrededor, filtrándose en su cuerpo, reptando, abriéndose paso por los poros de su piel. Abrió la boca para gritar, y también le entró por ella, ahogándola, asfixiándola.

Con un súbito estallido, el lóbulo de la oreja empezó a dolerle. Gritó, se quitó el pendiente y dejó que se hundiera en las profundidades. Se quitó el cinturón y dejó que se hundiera también con sus frascos alománticos, desprendiéndose de los únicos metales que llevaba encima.

Entonces empezó a arder. Reconoció la sensación: era exactamente igual que la impresión que producía quemar metales en el estómago, excepto que procedía de su cuerpo entero. Su piel se avivó, sus músculos estallaron en llamas y sus mismos huesos parecieron arder. Jadeó y advirtió que el metal había desaparecido de su garganta.

Brillaba. Sintió el poder dentro, como si intentara que estallara para volver a salir. Era como la fuerza que obtenía quemando peltre, pero sorprendentemente más potente. Era una fuerza increíble. Hubiese estado fuera del alcance de su comprensión, pero expandía su mente, obligándola a crecer y comprender lo que ahora poseía.

Podía rehacer el mundo. Podía contener las brumas. Podía alimentar a millones con un gesto de su mano, castigar al malvado, proteger al débil. Se asombraba de sí misma. La caverna parecía transparente a su alrededor, y vio el mundo entero desplegarse, una magnífica esfera donde la vida solo podía existir en una pequeña zona, en los polos. Podía arreglarlo. Podía mejorar las cosas. Podía...

Podía salvar a Elend.

Bajó la mirada y lo vio agonizando. Comprendió de inmediato lo que le pasaba. Podía sanar su piel herida y sus órganos cortados.

No debes hacerlo, niña.

Vin alzó la cabeza, sorprendida.

Sabes lo que debes hacer, le susurró la Voz. Parecía vieja, aunque amable.

—¡Tengo que salvarlo! —gritó.

Sabes lo que debes hacer.

Y lo supo. Lo vio suceder: vio, como en una visión, a Rashek cuando se había apoderado del poder. Vio los desastres que había causado.

Era todo o nada... Como la alomancia, en cierto modo. Si tomaba el poder, tendría que quemarlo en unos instantes. Rehacer las cosas tal como quisiera, pero durante un breve instante.

O... podía entregarlo.

Debo derrotar a la Profundidad, dijo la Voz.

También vio eso. Fuera del palacio, en la ciudad, por toda la tierra. Gente en las brumas, temblando, cayendo. Muchos permanecían a cubierto, por fortuna. Las tradiciones skaa seguían arraigadas en ellos.

Sin embargo, algunos estaban fuera. Aquellos que confiaban en las palabras de Kelsier y creían que las brumas no podían hacerles daño. Pero ahora las brumas podían. Habían cambiado y traían la muerte.

Esto era la Profundidad. Brumas que mataban. Brumas que estaban cubriendo lentamente toda la Tierra. Las muertes eran esporádicas; Vin vio caer a muchos, pero vio a otros enfermar simplemente, y a otros que caminaban entre las brumas como si nada.

Empeorará, dijo la Voz suavemente. *Matará y destruirá. Y, si intentas detenerlo, destruirás el mundo, como hizo Rashek antes que tú.*

—Elend... —susurró ella. Se volvió hacia él, que continuaba sangrando en el suelo.

En ese momento, recordó algo. Algo que había dicho Sazed. *Debes amarlo lo suficiente para confiar en sus deseos*, le había dicho. *No será amor a menos que aprendas a respetar... no lo que tú consideras mejor, sino lo que él quiera.*

Vio llorar a Elend. La vio mirarla, y supo lo que quería. Quería que su pueblo viviera. Quería que el mundo conociera la paz y que los skaa fueran libres.

Quería que la Profundidad fuera derrotada. La seguridad de su pueblo significaba para él más que su propia vida. Mucho más.

Sabrás qué hacer, le había dicho él hacía un momento. *Confío en ti...*

Vin cerró los ojos y las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Por lo visto, los dioses podían llorar.

—Te quiero —susurró.

Dejó que el poder la abandonara. Tuvo la capacidad de convertirse en una deidad en sus manos, pero lo dejó ir hacia el vacío que esperaba. Renunció a Elend.

Porque sabía que eso era lo que él quería.

La caverna inmediatamente empezó a temblar. Vin gritó cuando el ardiente poder fue arrancado de su interior, absorbido ansiosamente por el vacío. Gritó, perdiendo su brillo, y cayó al estanque, ahora vacío, chocando con la cabeza contra las rocas.

La caverna continuó temblando, polvo y lascas caían del techo. Y, entonces, en un momento de cegadora claridad, Vin oyó una frase resonar claramente en su cabeza.

¡Soy LIBRE!

... pues no debe liberar lo que está prisionero allí.

59



VIN YACÍA EN EL SUELO, llorando en silencio.

La caverna estaba tranquila, pasada la tempestad. La criatura se había ido y los golpes habían enmudecido por fin en su cabeza. Sollozó, abrazada a Elend, mientras él agonizaba. Había gritado pidiendo ayuda, llamando a Ham y Fantasma, pero no había recibido ninguna respuesta. Estaban demasiado lejos.

Sentía frío. Vacío. Después de contener tanto poder, y de haber experimentado cómo se lo arrancaban, sentía que no era nada. Y, cuando Elend muriera, nada sería.

¿Qué sentido tendría?, pensó. La vida no tiene sentido. He traicionado a Elend. He traicionado al mundo.

No estaba segura de lo que había sucedido, pero de algún modo había cometido un error terrible, espantoso. Lo peor de todo era que había intentado hacer lo adecuado, aunque le doliera.

Algo se alzó sobre ella. Miró al espíritu de la bruma, pero en realidad no podía sentir ni siquiera ira. En aquel momento le costaba sentir nada.

El espíritu alzó un brazo, señalando.

—Se acabó —susurró ella.

El espíritu señaló con más insistencia.

—No llegaré a ellos a tiempo —dijo—. Además, he visto la gravedad de la herida. Lo vi con el poder. No hay nada que puedan hacer, ni siquiera Sazed. Así que puedes estar contento. Tienes lo que querías...

Se calló. ¿Por qué el espíritu había apuñalado a Elend?

Para obligarme a curarlo, pensó. Para impedirme... liberar el poder.

Parpadeó. El espíritu agitó el brazo.

Lentamente, aturdida, se puso en pie. Vio al espíritu que flotaba unos cuantos pasos y señalaba algo en el suelo. La caverna estaba oscura desde que el estanque se había vaciado, iluminada solo por la linterna de Elend. Tuvo que avivar estaño para ver qué señalaba el espíritu.

Un trozo de cerámica. El disco que Elend había sacado del estante del fondo, el que sostenía en la mano y se había roto cuando él se había desplomado.

El espíritu de la bruma lo señaló, impaciente. Vin se acercó y se agachó, tanteando hasta que sus dedos hallaron la pequeña pepita de metal que el disco tenía en el centro.

—¿Qué es? —susurró.

El espíritu se dio la vuelta y flotó hasta Elend. Vin se acercó en silencio.

Elend seguía vivo. Parecía más débil y temblaba menos. Curiosamente, a medida que se acercaba la muerte, parecía más centrado. La miró mientras ella se arrodillaba, y Vin vio que movía los labios.

—Vin... —susurró.

Ella se arrodilló a su lado, miró la perla de metal y luego al espíritu, que permanecía inmóvil. Hizo rodar la perla entre sus dedos y se dispuso a tragársela.

El espíritu se movió frenético, agitando las manos. Vin se detuvo, y el espíritu señaló a Elend.

—¿Qué?, pensó ella. Sin embargo, no era capaz de razonar. Le acercó la pepita a Elend.

—Elend —susurró—. Tienes que tragar esto.

No estaba segura de que la hubiera entendido, aunque pareció asentir. Le metió el trocito de metal en la boca. Los labios de Elend se movieron, pero se atragantó.

Tengo que darle algo de beber, pensó. Lo único que tenía era uno de sus frasquitos de metales. Buscó en el pozo vacío y recuperó el pendiente y el cinturón. Sacó una de las diminutas redomas y le vertió el contenido en la boca.

Elend continuó tosiendo débilmente, pero el líquido hizo bien su trabajo y le ayudó a tragar la perla de metal. Vin se arrodilló, sintiéndose indefensa, en profundo contraste con unos momentos antes. Elend cerró los ojos.

Entonces, extrañamente, el color pareció regresar a sus mejillas. Vin, confusa, lo miró. La expresión de su rostro, la forma en que yacía tendido, el

color de su piel...

Quemó bronce y, con sorpresa, sintió pulsos procedentes de Elend.
Él estaba quemando peltre.

FIN DE LA SEXTA PARTE

EPÍLOGO



DOS SEMANAS MÁS TARDE, una figura solitaria llegó al convento de Seran.

Sazed había salido en silencio de Luthadel, atormentado por sus pensamientos y por la pérdida de Tindwyl. Había dejado una nota. No podía quedarse en la ciudad. No en ese momento.

Las brumas seguían matando. Atacaban al azar a gente que salía por la noche, sin seguir ninguna pauta discernible. Muchos no morían, solo enfermaban. A otros las brumas los asesinaban. Sazed no sabía cómo interpretar las muertes. Ni siquiera estaba seguro de que le importara. Vin hablaba de algo terrible que había liberado en el Pozo de la Ascensión. Esperaba que Sazed quisiera estudiar y dejar constancia de la experiencia.

Él, en cambio, se había marchado.

Se abrió paso por las majestuosas salas forradas de acero. Casi esperaba enfrentarse con algún inquisidor. Tal vez Marsh tratará de matarlo de nuevo. Cuando Ham y él habían regresado de la caverna de almacenamiento, bajo Luthadel, Marsh había vuelto a desvanecerse. Su trabajo, al parecer, estaba hecho. Había retrasado a Sazed lo suficiente para impedirle detener a Vin.

Sazed bajó los escalones, atravesó la cámara de torturas y, finalmente, llegó a la pequeña habitación de piedra que había visitado en su primer viaje al convento, tantas semanas antes. Dejó caer al suelo su mochila, la abrió con dedos cansados y contempló la gran placa de acero.

Las palabras finales de Kwaan lo miraron. Sazed se arrodilló y sacó de la mochila una carpeta cuidadosamente atada. Soltó la cinta y sacó el calco

original, hecho en esa misma sala meses antes. Reconoció sus huellas en el papel, y que los trazos de tiza eran propios. Reconoció los borrones que había hecho.

Con nerviosismo creciente, alzó el calco y lo superpuso a la placa de acero de la pared.

No casaban.

Sazed dio un paso atrás, sin saber qué pensar ahora que sus recelos se habían visto confirmados. El calco le resbaló de los dedos y sus ojos encontraron la última frase de la placa. La última frase, la que el espíritu de la bruma había eliminado una y otra vez. La original de la placa no era la que Sazed había escrito y estudiado.

Alendi no debe alcanzar el Pozo de la Ascensión, decían las antiguas palabras de Kwaan, pues no debe liberar lo que está prisionero allí.

Sazed se sentó en silencio. *Todo era mentira*, pensó, anonadado. *La religión del pueblo de Terris... lo que los guardadores pasaron milenios estudiando, tratando de comprender, era una mentira. El supuesto Héroe de las Eras... era una invención. Un truco.*

¿Qué mejor forma podría haber de que una criatura semejante obtuviera la libertad? Los hombres morían en nombre de las profecías. Querían creer, tener esperanza. Si alguien, si algo podía dominar esa energía, tergiversarla, qué cosas tan sorprendentes lograría...

Sazed alzó la mirada, leyó las palabras de la pared, leyó la parte final una vez más. Contenía párrafos que no coincidían con su calco.

O, más bien, su calco había sido cambiado de algún modo. Cambiado para que reflejara lo que la cosa había querido que Sazed leyera. *Escribo estas palabras en acero, pues todo lo que no esté grabado en metal es indigno de confianza*, eran las primeras palabras de Kwaan.

Sazed sacudió la cabeza. Tendrían que haber prestado atención a esa frase. Todo lo que había estudiado después había sido, al parecer, una mentira. Miró la placa, escrutando su contenido, hasta el final.

Y así, llego al meollo de mi argumento. Pido disculpas. Incluso grabando mis palabras en acero, aquí sentado y arañando en esta cueva helada, tiendo a divagar.

Este es el problema. Aunque al principio creí en Alendi, más tarde recelé. Parecía que encajaba con los signos, cierto. Pero, bueno, ¿cómo puedo explicarlo? ¿Podía ser que encajara demasiado bien?

Sé lo que argumentaréis. Estamos hablando de la Anticipación, de predicciones, de promesas hechas por nuestros grandes profetas de antaño. Por supuesto que el Héroe de las Eras encarárá en las profecías. Encarárá a la perfección. Esa es la idea.

Y, sin embargo... algo en todo esto resultaba muy conveniente. Parecía como si hubiéramos construido un héroe a la medida de nuestras profecías en vez de permitir que surgiera uno de manera natural. Esta era mi inquietud, lo que me hubiese hecho vacilar cuando mis hermanos finalmente acudieron a mí, dispuestos a creer por fin.

Después empecé a ver otros problemas. Algunos de vosotros tal vez conozcáis mi fabulosa memoria. Es cierto: no necesito la mente de metal de un feruquimista para memorizar una hoja de texto en un instante. Y os digo, me llamáis loco, pero las palabras de las profecías están cambiando.

Las alteraciones son leves. Astutas, incluso. Una palabra aquí, un ligero toque allá. Pero las palabras de las páginas son distintas a las palabras de mi memoria. Los otros forjamundos me desprecian, pues tienen sus mentes de metal para demostrarles que los libros y las profecías no han cambiado.

Esta es pues la importante declaración que debo hacer. Hay algo, alguna fuerza, que quiere que creamos que el Héroe de las Eras ha llegado y que debe viajar al Pozo de la Ascensión. Algo está haciendo cambiar las profecías para que coincidan más perfectamente con Alendi.

Y sea cual sea este poder, puede cambiar las palabras de la mente de metal de un feruquimista.

Los otros me llaman loco. Como he dicho, puede que sea cierto. Pero ¿no debe incluso un loco confiar en su propia mente, su propia experiencia, en vez de en la de los demás? Sé lo que he memorizado. Sé lo que ahora repiten los otros forjamundos. Las dos cosas no son lo mismo.

Percibo la astucia de estos cambios, es una manipulación sutil y brillante. He pasado los dos últimos años en el exilio, tratando de descifrar lo que pueden significar las alteraciones. He llegado a una única conclusión. Algo ha tomado el control de nuestra religión, algo vil, algo que no es de fiar. Engaña y ensombrece. Usa a Alendi para destruir, conduciéndolo por un camino de muerte y pesar. Lo atrae hacia el Pozo de la Ascensión, donde se ha congregado el poder milenario. Deduzco que ha enviado a la Profundidad como método para que la humanidad se desespere todavía más, para empujarnos a hacer su voluntad.

Las profecías han cambiado. Ahora dicen que Alendi debe renunciar al poder cuando lo tome. Eso no es lo que antes implicaban los textos: eran más vagos. Y, sin embargo, la nueva versión parece convertirlo en un imperativo moral. El texto plantea ahora que habrá una consecuencia terrible si el Héroe de las Eras se hace con el poder.

Alendi cree lo que ellos creen. Es un buen hombre; a pesar de todo, es un buen hombre. Un hombre sacrificado. En realidad, la muerte, la destrucción y el dolor que ha causado lo han herido profundamente. Todas esas cosas fueron de hecho una especie de sacrificio para él. Está acostumbrado a renunciar a su propia voluntad por el bien común, tal como él lo entiende.

No me cabe duda de que, si Alendi llega al Pozo de la Ascensión, tomará el poder y entonces, en nombre de un supuesto bien mayor, renunciará a él. Lo dará a esta misma fuerza que ha cambiado los textos. Lo dará a esta fuerza de destrucción que lo ha llevado a la guerra, que lo ha tentado para que mate, que lo ha llevado arteramente al norte.

Esta cosa quiere el poder que contiene el Pozo y ha violado los más sagrados principios de nuestra religión para conseguirlo.

Así que he hecho un último movimiento. Mis súplicas, mis enseñanzas, mis objeciones, ni siquiera mis traiciones han servido de nada. Alendi tiene ahora otros consejeros que le dicen lo que quiere oír.

Tengo un joven sobrino llamado Rashek. Odia a todo Khlellium con la pasión de la envidiosa juventud. Odia a Alendi aún más profundamente, a pesar de que no se conocen,

porque Rashek se siente traicionado debido a que uno de nuestros opresores ha sido elegido Héroe de las Eras.

Alendi necesitará guías para cruzar las montañas de Terris. He encargado a Rashek que se asegure de que él y sus amigos de confianza son los guías elegidos. Rashek debe intentar guiar a Alendi en la dirección equivocada, para desanimarlo o, de lo contrario, hacerlo fallar en su búsqueda. Alendi no sabe que ha sido engañado, que todos hemos sido engañados, y ahora no quiere escucharme.

Si Rashek no consigue desviar a Alendi, he instruido al muchacho para que mate a mi antiguo amigo. Es una esperanza remota. Alendi ha sobrevivido a asesinos y catástrofes. Y, sin embargo, espero que en las montañas heladas de Terris pueda finalmente ser detenido. Espero un milagro.

Alendi no debe alcanzar el Pozo de la Ascensión, pues no debe liberar lo que está prisionero allí.

Sazed retrocedió. Era el golpe final, el último hachazo a lo que quedaba de su fe.

Supo en ese momento que nunca volvería a creer.

VIN ENCONTRÓ A ELEND EN la muralla, contemplando la ciudad de Luthadel. Vestía un uniforme blanco, uno de los que Tindwyl le había mandado hacer. Parecía... más duro que unas semanas antes.

—Estás despierto —dijo, poniéndose a su lado.

Elend asintió. No la miró, sino que continuó contemplando la ciudad, rebosante de gente. Había pasado algún tiempo delirando en cama, a pesar del poder curador de su recién hallada alomancia. Incluso con peltre, los médicos no estaban seguros de que fuera a sobrevivir.

Lo había hecho. Y, como un auténtico alomante, estaba en pie y trabajando el primer día que recuperaba la lucidez.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza y se apoyó en las piedras del parapeto. Seguía oyendo aquella voz terrible y vibrante. *Soy LIBRE...*

—Soy alomante —dijo Elend.

Ella asintió.

—Un nacido de la bruma, al parecer —continuó él.

—Creo... que ahora sabemos de dónde procedían —dijo Vin— los primeros alomantes.

—¿Qué pasó con el poder? Ham no me dio una respuesta directa, y todo lo que saben los demás son rumores.

—Liberé algo —susurró ella—. Algo que no debería haber sido liberado; algo que me condujo al Pozo. Nunca tendría que haber ido a buscarlo, Elend.

Elend guardó silencio, todavía contemplando la ciudad.

Ella se dio la vuelta y enterró la cabeza en su pecho.

—Era terrible —dijo—. Pude sentirlo. Y lo liberé.

Finalmente, Elend la rodeó con sus brazos.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste, Vin —dijo—. De hecho, hiciste lo adecuado. ¿Cómo podías saber que todo lo que te han enseñado, que todo para lo que has sido entrenada y preparada estaba equivocado?

Vin sacudió la cabeza.

—Soy peor que el lord Legislador. Al final, tal vez se dio cuenta de que lo habían engañado y supo que tenía que tomar el poder en vez de liberarlo.

—Si hubiera sido un buen hombre —respondió Elend—, no habría hecho las cosas que le hizo a esta tierra.

—Puede que yo lo haya hecho aún peor —admitió Vin—. Esa cosa que liberé... Las brumas matan a la gente y salen de día... Elend, ¿qué vamos a hacer?

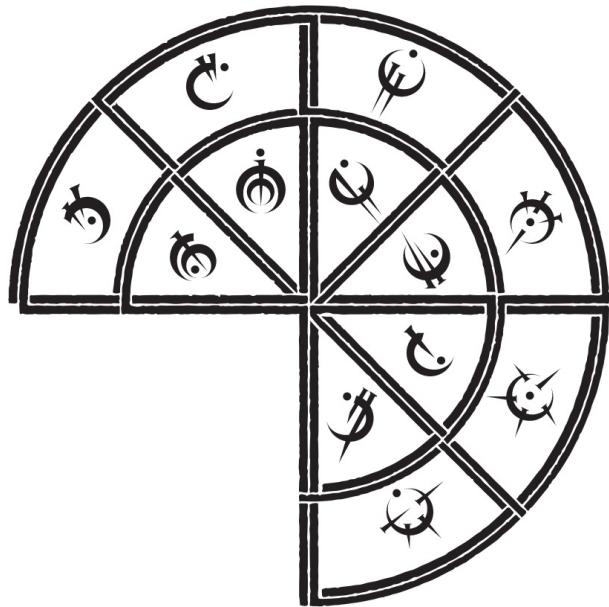
Él la miró un momento y luego se volvió hacia la ciudad y su pueblo.

—Vamos a hacer lo que Kelsier nos enseñó, Vin. Vamos a sobrevivir.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

ARS ARCANUM





GUÍA RÁPIDA SOBRE LOS METALES

METAL	PODER ALOMÁNTICO	PODER FERUQUÍMICO
Hierro	Tira de metales cercanos	Acumula peso físico
Acero	Empuja metales cercanos	Acumula velocidad física
Estaño	Incrementa los sentidos	Acumula sentidos
Peltre	Incrementa las capacidades física	Acumula fuerza física
Cinc	Enciende emociones	Acumula velocidad mental
Latón	Aplaca emociones	Acumula calor corporal
Cobre	Oculta pulsos alománticos	Acumula recuerdos
Bronce	Revela los pulsos alománticos	Acumula desvelo
Atium	Revela el futuro de otras personas	Acumula juventud
Malatium	Revela el pasado de otras personas	Desconocido
Oro	Revela el pasado propio	Acumula salud
Desconocido	¿Revela el futuro propio?	Desconocido

NOTA: Los metales externos están representados en *cursiva*.
Los metales de empuje están representados en **negrita**.

ÍNDICE ALFABÉTICO ALOMÁNTICO

ACERO (METAL DE EMPUJE FÍSICO EXTERNO): La persona que quema acero puede ver líneas azules transparentes que apuntan a fuentes cercanas de metal. El tamaño y el brillo de la línea dependen del tamaño y la proximidad de la fuente de metal. Se ven todo tipo de metales, no solo las fuentes de acero. El alomante puede entonces empujar mentalmente esas líneas para apartar de sí esa fuente de metal. El brumoso que puede quemar acero es conocido como lanzamonedas.

AHUMADOR: Alomante que puede quemar cobre. También conocido como nube de cobre.

ALUMINIO: Metal que Vin se vio obligada a quemar en el palacio del lord Legislador. Antiguamente conocido solo por los inquisidores de acero. Cuando se quema vacía de poder las reservas de metal de otro alomante. Su aleación, si la tiene, es desconocida.

APLACADOR: Brumoso que puede quemar latón.

ATIUM (METAL DE TIRÓN TEMPORAL EXTERNO): Un extraño metal antiguamente producido en los Pozos de Hathsin. Se congregaba dentro de pequeñas geodas que se formaban en bolsillos cristalinos en cavernas subterráneas. Una persona que quema atium puede ver unos instantes hacia el futuro, que aparece representado como sombras que se proyectan adelantadas a personas y objetos.

ATRAEDOR: Brumoso que puede quemar hierro.

BRAZO DE PELTRE: Otro término para los violentos, los brumosos que pueden quemar peltre.

BRONCE (METAL DE EMPUJE MENTAL INTERNO): La persona que quema bronce siente si las personas cercanas utilizan la alomancia. Los alomantes que queman metales cerca desprenden «pulsos alománticos», algo parecido a tamborileos, audibles solo por una persona que quema bronce. Un brumoso que quema bronce es conocido como buscador.

BUSCADOR: Brumoso que puede quemar bronce.

CINC (METAL DE TIRÓN MENTAL EXTERNO): La persona que quema cinc es capaz de encender las emociones de otra persona, inflamándolas y haciendo que

algunas en concreto sean más intensas. No puede leer las mentes ni las emociones. El brumoso que quema cinc es conocido como encendedor.

COBRE (METAL DE TIRÓN MENTAL INTERNO): La persona que quema cobre desprende una nube invisible que protege a todo el que esté dentro del alcance de los sentidos de un buscador. Mientras está en el interior de una de esas «nubes de cobre», un alomante puede quemar cualquier metal que quiera sin temor a que nadie sienta sus pulsos alománticos quemando bronce. Como efecto secundario, la persona que quema cobre es inmune a cualquier forma de alomancia emocional (aplacar o encender). Un brumoso que quema cobre es conocido como ahumador.

ENCENDEDOR: Alomante que puede quemar cinc.

ESTAÑO (METAL DE TIRÓN FÍSICO INTERNO): La persona que quema estaño amplía sus sentidos. Puede ver más lejos y oler mejor, y su sentido del tacto se vuelve más fino. Esto le permite penetrar las brumas y ver mucho más lejos en la noche de lo que le permitirían sus sentidos sin amplificar. Un brumoso que puede quemar estaño es conocido como ojo de estaño.

HIERRO (METAL DE TIRÓN FÍSICO EXTERNO): La persona que quema hierro ve líneas azules translúcidas que apuntan a fuentes cercanas de metal. El tamaño y el brillo de la línea dependen del tamaño y la proximidad de la fuente de metal. Se ven todo tipo de metales, no solo las fuentes de hierro. El alomante puede entonces tirar mentalmente a lo largo de una de esas líneas para atraer hacia sí esa fuente de metal. A un brumoso capaz de quemar hierro se le llama atraedor.

LANZAMONEDAS: Brumoso que puede quemar acero.

LATÓN (METAL DE EMPUJE MENTAL EXTERNO): La persona que quema latón puede aplacar las emociones de otras personas, refrenándolas y haciendo que algunas en concreto sean menos intensas. Un alomante cuidadoso puede aplacar todas las emociones menos una, logrando esencialmente que la otra persona sienta exactamente lo que él desea. Sin embargo, el latón no permite que el alomante lea la mente o las emociones. Un brumoso que quema latón es conocido como aplacador.

MALATIUM (METAL DE EMPUJE TEMPORAL EXTERNO): Metal descubierto por Kelsier al que suelen llamar el undécimo metal. Nadie sabe dónde lo encontró ni por qué creyó que podría matar al lord Legislador. Sin embargo, el malatiump

terminó guiando a Vin hasta la pista que necesitaba para derrotar al emperador. Una persona que quema malatium puede ver una versión del pasado de otras personas, o quizá una versión alternativa de esas personas si sus pasados hubieran transcurrido de un modo distinto.

NACIDO DE LA BRUMA: Alomante que puede quemar todos los metales.

OJO DE ESTAÑO: Brumoso que puede quemar estaño.

ORO (METAL DE TIRÓN TEMPORAL INTERNO): Una persona que quema oro puede ver una versión de su propio pasado, o quizá una versión alternativa de sí misma si su pasado hubiera transcurrido de un modo distinto.

PELTRE (METAL DE EMPUJE FÍSICO INTERNO): La persona que quema peltre aumenta los atributos físicos de su cuerpo. Se vuelve más fuerte, más resistente y más diestro. El peltre también incrementa el sentido del equilibrio del cuerpo y la capacidad para recuperarse de las heridas. Los brumosos que pueden quemar peltre son conocidos como brazos de peltre o violentos.

VIOLENTO: Brumoso que puede quemar peltre.



**BRANDON
SANDERSON**

—MISTBORN—

**EL HÉROE DE
LAS ERAS**

—TRILOGÍA ORIGINAL · LIBRO 3—

se

El apasionante cierre de la Trilogía Mistborn.

Vin cumplió la profecía y liberó el poder acumulado en el Pozo de la Ascensión. Sin embargo, todo resultó ser una trampa, y ahora el ser divino llamado Ruina campa a sus anchas por el mundo decidido a arrasarla con terremotos y ríos de fuego.

Tras haber esquivado la muerte convirtiéndose en un nacido de la bruma, el emperador Elend Venture confía en que las pistas que dejó el lord Legislador les sirvan para contraatacar. Las profecías hablan de un héroe, pero ¿no estaban corrompidas? Vin deberá desenmarañar la verdad para compensar su error. Solo así llegará a ser el Héroe de las Eras antes de que Ruina aniquele toda la vida sobre el planeta.



BRANDON SANDERSON

Edición revisada por Ángel Lorenzo y Tamara Tonetti de *Cosmere.es*,
con la colaboración de Manu Viciano

Traducción de Rafael Marín Trechera
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia


epublibre

*Para Jordan Sanderson,
que puede explicar a todo el que pregunte
cómo es tener un hermano que se pasa
la mayor parte del tiempo soñando.
(Gracias por soportarlo conmigo)*

AGRADECIMIENTOS

COMO SIEMPRE, DEBO AGRADECER A mucha gente el haberme ayudado a hacer de este libro lo que es hoy. Ante todo, a mi editor y a mi agente, Moshe Feder y Joshua Bilmes, por su excepcional habilidad para ayudar a que un proyecto alcance su máximo potencial. También a mi maravillosa esposa, Emily, que ha sido un gran apoyo y me ha facilitado el proceso de escritura.

Como siempre, Isaac Stewart hizo un magnífico trabajo con los mapas, los símbolos de los capítulos y el círculo de metales alománticos. Sam Weber hizo un trabajo tan bueno con los libros de bolsillo de Mistborn que le encargamos estas nuevas portadas más simbólicas. Su trabajo sigue siendo impresionante, y agradezco su visión de la saga. Gracias a Larry Yoder por ser asombroso, y a Dot Lin por el trabajo publicitario realizado para mí en Tor. A Denis Wong y Stacy Hague-Hill por la ayuda prestada a mi editor y a los siempre maravillosos Irene Gallo y Seth Lerner por la dirección artística.

Entre los lectores alfa de este libro se encuentran Paris Elliott, Emily Sanderson, Krista Olsen, Ethan Skarstedt, Eric J. Ehlers, Eric «Más estirado» James Stone, Jillena O'Brien, C. Lee Player, Bryce Cundick/Moore, Janci Patterson, Heather Kirby, Sally Taylor, Bradley Reneer, Steve «Ya no soy el chico de la librería» Diamond, el general Micah Demoux, Zachary «Fantasma» J. Kavaney, Alan Layton, Janette Layton, Kaylynn ZoBell, Nate Hatfield, Matthew Chambers, Kristina Kugler, Daniel A. Wells, el Indivisible Peter Ahlstrom, Marianne Pease, Nicole Westenskow, Nathan Wood, John David Payne, Tom Gregory, Rebecca Dorff, Michelle Crowley, Emily Nelson, Natalia Judd, Chelise Fox, Nathan Crenshaw, Madison VanDenBerghe, Rachel Dunn y Ben OleSoon. Los lectores gamma incluyen a Deana Whitney, Gary Singer, Ted Herman, Joe Deardeuff y Bao Pham.

Gracias también a Jordan Sanderson, a quien está dedicado este libro, por su incansable trabajo en la página web. Jeff Creer también hizo un trabajo

magnífico con el arte para www.brandonsanderson.com. ¡Pasaos a comprobarlo!

PREFACIO

ESTE ERA EL LIBRO CON el que debía demostrar que era capaz de hacer esto, tanto a mí mismo como a mis lectores.

Durante los años en los que intentaba introducirme en la literatura fantástica, me fijé en una cosa muy común en los escritores más novatos. Había muchos grandes constructores de mundos vendiendo libros. Y también había mucha gente que sabía escribir capítulos maravillosos, personajes atractivos y situaciones interesantes.

Sin embargo, una y otra vez me decepcionaban los finales de esas novelas. Y sí, reconozco que prefiero un libro con un final flojo pero buenos personajes que al revés, pero tenía la sensación de que muchísimos escritores estaban descuidando ese factor crucial en sus historias. Si leía una novela épica, o una saga épica, en la que me enfrascaba del todo y a la que dedicaba semanas enteras, lo que quería era un final igualmente épico.

En *El Héroe de las Eras* tenía que dejar claro que no hablaba por hablar. Había puesto todo mi empeño en escribir estos tres libros casi de principio a fin, y ya tenía este tercer volumen terminado antes de que el primero llegase a imprenta. Había trabajado durante mucho tiempo, y con mucho esfuerzo, porque quería que la última novela guardara la consonancia adecuada con las dos primeras.

Pero nunca antes había hecho algo como esto. Estaba explorando lo que para mí era territorio desconocido. En aquella época llevaba escritos unos quince o dieciséis libros, pero ningún final de serie. Y por eso esta novela me resultó estresante. Tenía tantas ganas de que saliera bien que, cuando algunas cosas se torcieron (como el arco argumental de Sazed en el primer borrador), me presioné mucho para buscar otro camino.

Al mismo tiempo, la escritura de *El Héroe de las Eras* ya llevaba un cierto impulso. El segundo libro fue el que más me costó en general de los tres,

aunque la trama de Sazed en esta novela fuese la más difícil para mí de toda la trilogía. Me dediqué a este libro con fervor, energizado por una (breve) parada para escribir la primera novela de la serie de Alcatraz. Traté de canalizar con esta novela todas las ideas fantásticas apocalípticas que se me habían ocurrido a lo largo de los años, sin contenerme en absoluto.

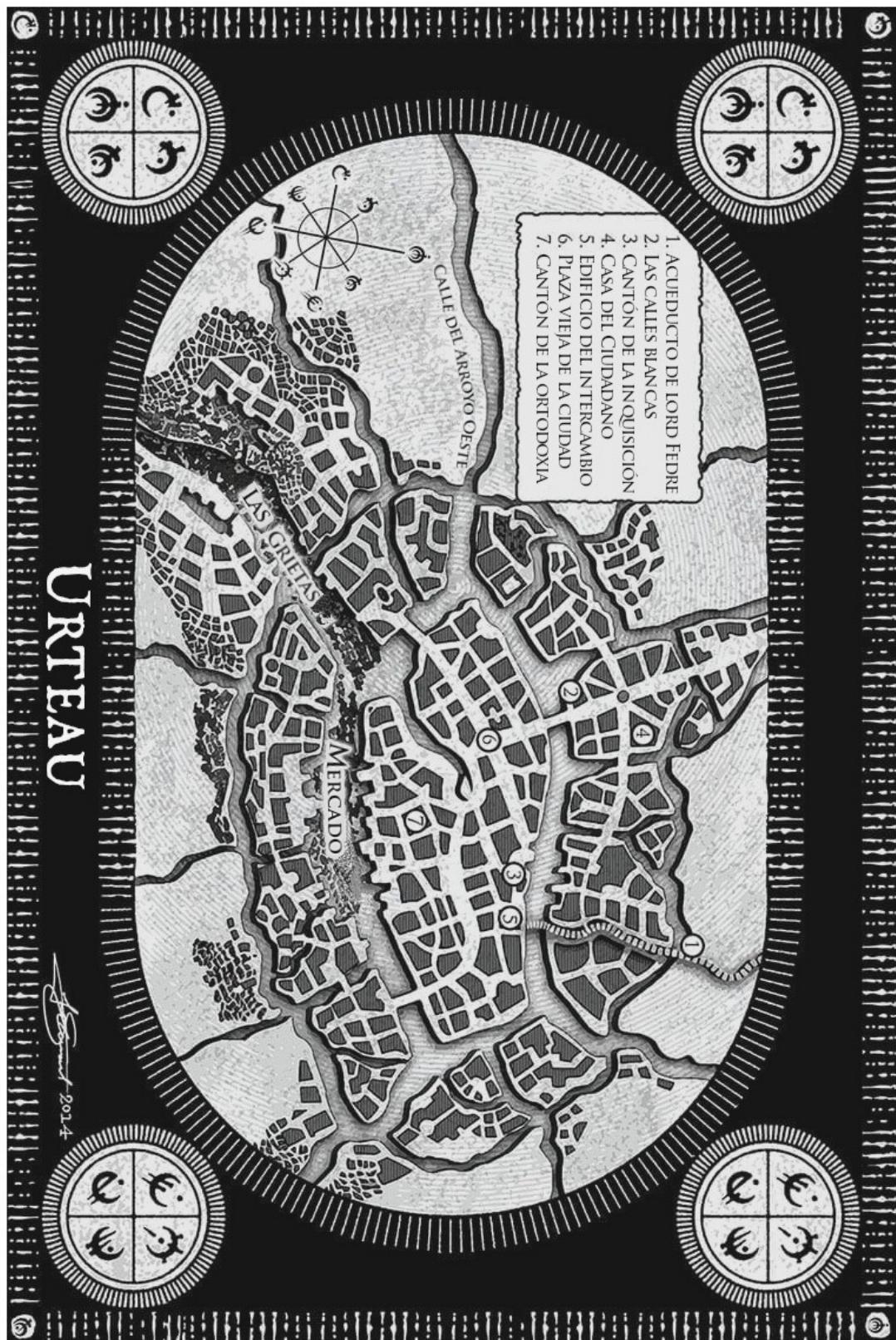
Tenía que clavar el aterrizaje con este libro. En términos generales, creo que lo conseguí. Al igual que todos los libros de Mistborn, este tiene un foco único e individual. De algún modo, es un libro pequeño y grande a la vez. Una de las maneras en las que me vendía la trilogía a mí mismo era: «Haz en tres libros lo que a otras series les cuesta diez conseguir». La forma de lograrlo sin permitir que el texto se viese saturado de tramas secundarias era mantenerme centrado en unos pocos protagonistas: mostrar cómo su mundo se desmoronaba a su alrededor, pero no desviar la atención de ellos y de sus esfuerzos.

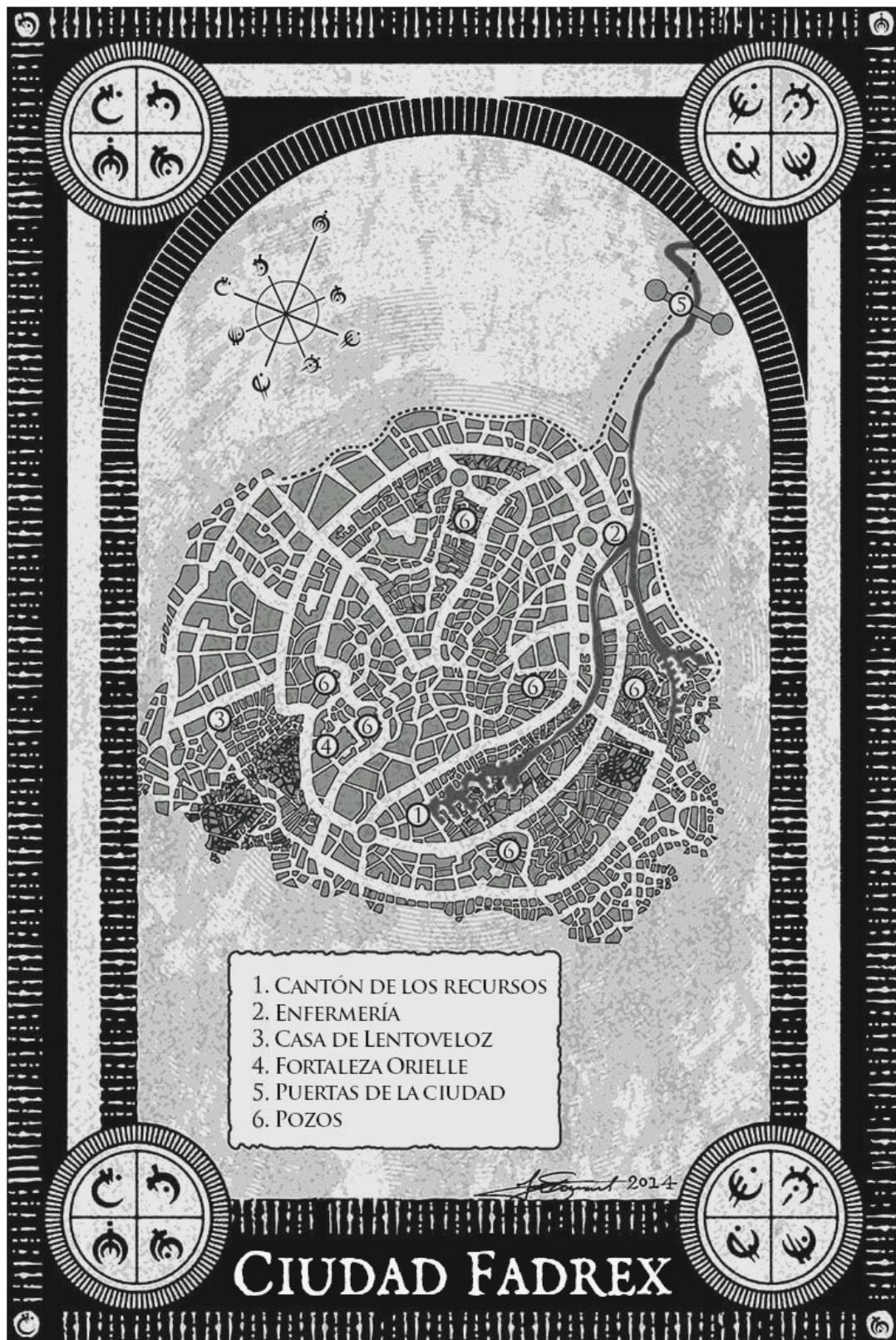
Estoy muy orgulloso del resultado. Me gusta lo íntimo que es, a pesar del alcance épico de la trilogía. Me gusta lo esbelto que quedó: aunque es extenso, sigue teniendo la mitad de la longitud de mis novelas de El archivo de las tormentas. Me gusta cómo encaja la construcción del mundo y, sobre todo, lo bien que funcionan los tres volúmenes en conjunto, en lo relativo al viaje de los personajes y como elementos en una deconstrucción del género fantástico.

Mistborn es mi tarjeta de visita para el mundo.

BRANDON SANDERSON







EL HÉROE DE LAS ERAS



PRÓLOGO



MARSH SE ESFORZÓ POR MATARSE.

Su mano tembló mientras trataba de hacer acopio de fuerzas para obligarse a sacar el clavo de la espalda y poner fin a su monstruosa vida. Había renunciado a intentar liberarse. Tres años. Tres años como inquisidor, tres años prisionero de sus propios pensamientos. Estos años habían demostrado que no había escapatoria. Incluso ahora, su mente se nublaba.

Y entonces *Aquello* tomó el control. El mundo pareció vibrar a su alrededor; de pronto, podía ver con claridad. ¿Por qué había pugnado? ¿Por qué se había preocupado? Todo era como debería ser.

Dio un paso adelante. Aunque ya no veía como lo hacían los hombres normales (después de todo, grandes clavos de acero le atravesaban los ojos), sentía la sala a su alrededor. Los clavos le salían por la nuca: si la palpaba, podía notar las afiladas puntas. No había sangre.

Los clavos le daban poder. Todo quedaba contorneado con finas líneas azules alománticas, que iluminaban el mundo. La sala era de tamaño modesto, y varios compañeros (también recortados en azul, las líneas alománticas apuntando a los metales contenidos en su misma sangre) se encontraban junto a Marsh. Cada uno de ellos tenía clavos en los ojos.

Cada uno excepto el hombre atado a la mesa ante él. Marsh sonrió, cogió un clavo de la mesa que tenía al lado y lo sopesó. Su prisionero no llevaba mordaza alguna. Eso habría impedido los gritos.

—Por favor —susurró el prisionero, temblando. Incluso un mayordomo terrisano podía desmoronarse cuando se enfrentaba a su propia muerte

violenta.

El hombre se debatió sin fuerza. Se hallaba en una postura muy incómoda, ya que había sido atado a la mesa encima de otra persona. La mesa había sido diseñada así, con huecos para que cupiera el cuerpo de debajo.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó el terrisano—. ¡No puedo deciros nada más sobre el Sínodo!

Marsh acarició el clavo de latón, palpando la punta. Había trabajo que hacer, pero vaciló, saboreando el dolor y el terror en la voz del hombre. Vaciló tanto que pudo...

Marsh se hizo con el control de su propia mente. Los olores de la sala perdieron su dulzor; apestan a sangre y a muerte. La alegría se convirtió en horror. Su prisionero era un guardador de Terris, un hombre que había trabajado toda su vida por el bien de los demás. Matarlo sería no solo un crimen, sino una tragedia. Marsh trató de forzar el brazo hacia arriba para agarrar el clavo de su espalda: si se lo quitaba, moriría.

Sin embargo, *Aquello* era demasiado fuerte. La fuerza. De algún modo, tenía el control sobre Marsh... y necesitaba que los otros inquisidores y él fueran sus manos. Estaba libre (Marsh todavía podía sentir que se regocijaba con ello), pero algo le impedía afectar demasiado al mundo por sí mismo. Una oposición. Una fuerza que se extendía sobre la tierra como un escudo.

Aquello no estaba completo. Necesitaba más. Algo más... algo oculto. Y Marsh encontraría ese algo, se lo llevaría a su amo. El amo al que Vin había liberado. La entidad prisionera dentro del Pozo de la Ascensión.

Se llamaba a sí mismo Ruina.

Marsh sonrió cuando su prisionero se puso a llorar; entonces dio un paso al frente, alzando el clavo en su mano. Lo colocó contra el pecho del hombre sollozante. El clavo tendría que perforar el cuerpo del hombre, atravesarle el corazón, para luego entrar en el cuerpo del inquisidor atado debajo. La hemalurgia era un arte sangriento.

Por eso era tan divertida. Marsh cogió una maza y empezó a golpear.



Soy, por desgracia, el Héroe de las Eras.

1



FATREN ENTORNÓ LOS OJOS PARA contemplar el sol rojo que se ocultaba bajo su perpetua pantalla de bruma oscura. Del cielo caía una fina ceniza negra, como casi todos estos últimos días. Los gruesos copos caían sin parar, el aire era hediondo y caliente, sin el menor rastro de brisa que aliviara el estado de ánimo de Fatren. El hombre suspiró, apoyándose contra el muro de tierra, y miró hacia Vetitan. Su ciudad.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

Druffel se rascó la nariz. Tenía la cara manchada de ceniza. De un tiempo a esta parte, no pensaba mucho en la higiene. Desde luego, considerando la tensión de los últimos meses, Fatren sabía que él mismo tampoco era gran cosa.

—Una hora, tal vez —respondió Druffel, y escupió en la tierra del muro defensivo.

Fatren suspiró y contempló la ceniza que caía.

—¿Crees que es cierto lo que dice la gente, Druffel?

—¿Qué? —preguntó Druffel—. ¿Que es el fin del mundo?

Fatren asintió.

—No lo sé —dijo Druffel—. En realidad, no me importa.

—¿Cómo puedes decir eso?

Druffel se encogió de hombros y se rascó.

—En cuanto lleguen los koloss, estaré muerto. Ese será el fin del mundo para mí.

Fatren guardó silencio. No le gustaba poner voz a sus dudas: se suponía que él era el fuerte. Cuando los lores dejaron el pueblo (una comunidad agrícola, poco más urbana que una plantación del norte), Fatren fue el que convenció a los skaa para que continuaran plantando. Él fue quien mantuvo a raya las levas de reclutamiento de soldados. En una época en que la mayoría de las aldeas y plantaciones habían perdido a todos los hombres capaces para un ejército u otro, Vetitan aún tenía población activa. Había costado gran parte de las cosechas en sobornos, pero Fatren había mantenido a la gente a salvo.

Casi siempre.

—Hoy las brumas no han desaparecido hasta mediodía —dijo Fatren en voz baja—. Cada vez duran más tiempo. Ya has visto las cosechas, Druff. La siembra de otoño ha resistido mal el invierno, y está creciendo poco todo. Faltará luz solar, supongo. No tendremos comida para llegar a la cosecha de primavera.

—No pasaremos el verano —dijo Druffel—. No pasaremos de esta tarde.

Lo triste, lo que resultaba descorazonador, era que Druffel fuera en su día el optimista. Fatren no había oído reír a su hermano desde hacía meses. Aquella risa era su sonido favorito.

Ni siquiera las fábricas del lord Legislador pudieron arrancarle la sonrisa a Druff, pensó Fatren. *Pero estos dos últimos años lo han conseguido.*

—¡Fats! —llamó una voz—. ¡Fats!

Fatren alzó la vista para ver a un joven que corría junto al muro. La construcción estaba a medio terminar: había sido idea de Druffel, antes de rendirse del todo. Su ciudad albergaba a unas siete mil personas, lo cual quería decir que era bastante grande. Había costado mucho trabajo rodearla con un muro defensivo.

Fatren tenía alrededor de un millar de soldados (había sido muy difícil reunir tantos en una población tan pequeña), y tal vez otros mil hombres que eran demasiado jóvenes, demasiado viejos o demasiado inexpertos para luchar bien. En realidad, no sabía qué tamaño tenía el ejército de los koloss, pero debía de superar las dos mil criaturas. Una muralla defensiva iba a ser de muy poca utilidad.

El muchacho, Sev, se detuvo por fin junto a Fatren, jadeando.

—¡Fats! ¡Viene alguien!

—¿Ya? —preguntó Fatren—. ¡Druffel dijo que los koloss aún estaban lejos!

—No son koloss, Fats —dijo el muchacho—. Es un hombre. ¡Ven a ver!

Fatren se volvió hacia Druff, quien se frotó la nariz y se encogió de hombros. Siguieron a Sev hacia el interior de la muralla, hacia la puerta delantera. La ceniza y el polvo se arremolinaban en la tierra compactada, se amontonaban en los rincones, se dispersaban. Últimamente, no habían tenido mucho tiempo para la limpieza. Las mujeres tenían que trabajar en el campo, mientras los hombres se entrenaban y hacían preparativos para la guerra.

Preparativos para la guerra. Fatren se decía a sí mismo que tenía un ejército de dos mil soldados, pero lo que en realidad tenía eran mil campesinos skaa armados con espadas. Habían recibido dos años de instrucción, cierto, pero contaban con muy poca experiencia real de combate.

Un grupo de hombres se apiñaba en torno a las puertas de entrada, en el muro o junto a él. *Tal vez fue un error invertir tantos recursos en adiestrar soldados*, pensó Fatren. *Si esos mil hombres hubieran trabajado las minas, tendríamos oro para hacer sobornos*.

Solo que los koloss no aceptaban sobornos, sino que mataban sin más. Fatren se estremeció al pensar en Garthwood. Esa ciudad era más grande que la suya, pero menos de un centenar de supervivientes habían conseguido llegar a Vetitan. Eso fue tres meses atrás. Fatren había esperado que los koloss se contentaran con la destrucción de la ciudad.

Tendría que haberlo sabido: los koloss nunca quedaban satisfechos.

Fatren se encaramó en lo alto del muro, y los soldados vestidos con ropas remendadas y trozos de cuero le abrieron paso. A través de la ceniza que caía, divisó un oscuro paisaje que parecía cubierto de profunda nieve negra.

Un jinete solitario se acercaba, ataviado con una oscura capa encapuchada.

—¿Qué te parece, Fats? —preguntó uno de los soldados—. ¿Un explorador koloss?

Fatren hizo una mueca.

—Los koloss no enviarían a un explorador, y menos aún a un explorador humano.

—Tiene un caballo —dijo Druffel con un gruñido—. Nos vendría bien otro.

En toda la ciudad solo había cinco. Todos sufrían desnutrición.

—Un mercader —dijo uno de los soldados.

—No trae mercancías —respondió Fatren—. Y tendría que ser un mercader muy valiente para viajar solo por estos territorios.

—Nunca he visto a un refugiado con un caballo —dijo otro de los hombres. Alzó un arco, mirando a Fatren.

Fatren negó con la cabeza. Nadie disparó mientras el desconocido se iba acercando, avanzando a paso despreocupado. Detuvo su montura justo ante las puertas de la población. Fatren se sentía orgulloso de ellas. Auténticas puertas de madera montadas sobre el muro de tierra. Había sacado la madera y la piedra de la mansión del señor, en el centro del pueblo.

Se veía muy poco del forastero bajo la gruesa y oscura capa que llevaba para protegerse de la ceniza. Fatren observó desde lo alto del muro, examinó al desconocido, luego miró a su hermano y se encogió de hombros. La ceniza caía en silencio.

El desconocido saltó de su caballo.

Salió disparado hacia arriba, como impulsado desde abajo, la capa sacudiéndose libre mientras volaba. Debajo llevaba un brillante uniforme blanco.

Fatren maldijo y dio un salto atrás cuando el desconocido llegó a lo alto del muro y se posó sobre la puerta de madera. Se trataba de un alomante. Un noble. Fatren esperaba que estos se ciñeran a las peleas del norte y dejaran a su pueblo en paz.

O, al menos, que lo dejaran morir en paz.

El recién llegado se volvió. Llevaba la barba corta, y el cabello era corto y oscuro.

—Muy bien, no tenemos mucho tiempo —dijo, caminando sobre la puerta con un innatural sentido del equilibrio—. Pongámonos a trabajar.

Pasó de la puerta al muro. Druffel desenvainó su espada de inmediato y la blandió ante el recién llegado.

La espada saltó de su mano, arrancada por una fuerza invisible. El desconocido la agarró cuando pasaba sobre su cabeza. Y la volvió, inspeccionándola.

—Buen acero —dijo, asintiendo—. Estoy impresionado. ¿Cuántos de vuestros soldados van tan bien equipados?

Giró el arma en su mano, volviéndola hacia Druffel por la empuñadura.

Druffel miró a Fatren, confuso.

—¿Quién eres, forastero? —exigió Fatren con todo el valor que pudo reunir. No sabía mucho de alomancia, pero estaba bastante seguro de que aquel hombre era un nacido de la bruma. Posiblemente sería capaz de aniquilar a todos los que estaban en lo alto del muro sin apenas pensárselo.

El desconocido ignoró la pregunta y se dio la vuelta para contemplar la población.

—¿Este muro cubre todo el perímetro de la ciudad? —preguntó, volviéndose hacia uno de los soldados.

—¡Humm...! Sí, mi señor —respondió el hombre.

—¿Cuántas puertas hay?

—Solo esta, mi señor.

—Abre la puerta y deja entrar a mi caballo —dijo el recién llegado—. Supongo que tendréis establos.

—Sí, mi señor —dijo el soldado.

Vaya, pensó Fatren con insatisfacción mientras el soldado echaba a correr, *este desconocido desde luego sabe dar órdenes a la gente*. El soldado de Fatren ni siquiera se detuvo a pensar que estaba obedeciendo a un desconocido sin pedir permiso. Fatren vio que los otros soldados se estiraban un poco, que perdían cautela. El recién llegado hablaba como si esperara ser obedecido, y los soldados respondían. No era un noble como los que Fatren había conocido cuando servía en la mansión del señor. Este hombre era diferente.

El desconocido siguió observando la ciudad. La ceniza caía sobre su hermoso uniforme blanco, y a Fatren le pareció una lástima que el atuendo se ensuciara. El recién llegado asintió para sí, y luego empezó a bajar por el lado del muro.

—Espera —dijo Fatren, haciendo que el desconocido se detuviera—. ¿Quién eres?

El recién llegado se volvió y miró a Fatren a los ojos.

—Me llamo Elend Venture. Soy vuestro emperador.

Dicho esto, el hombre se volvió y continuó bajando por el terraplén. Los soldados le abrieron paso; muchos de ellos lo siguieron.

Fatren miró a su hermano.

—¿Emperador? —murmuró Druffel, y luego escupió.

Fatren pensaba lo mismo. ¿Qué hacer? Nunca antes había combatido contra un alomante; ni siquiera estaba seguro de cómo empezar. Desde luego, el «emperador» había desarmado a Druffel con suma facilidad.

—Organiza a la gente de la ciudad —dijo el desconocido, Elend Venture, desde más adelante—. Los koloss vendrán por el norte. Ignorarán la puerta, rebasarán la muralla. Quiero a los niños y los ancianos concentrados en la parte sur de la ciudad. Reunidlos en el menor número de edificios posible.

—¿De qué servirá eso? —exigió Fatren. Corrió tras el «emperador»: en realidad, no veía ninguna otra opción.

—Los koloss son más peligrosos cuando tienen un deseo frenético de sangre —dijo Venture, sin dejar de caminar—. Si toman la ciudad, será mejor que pasen el mayor tiempo posible buscando a vuestra gente. Si el frenesí se consume mientras buscan, se frustrarán y se dedicarán al saqueo. Entonces puede que vuestra gente logre escapar sin ser perseguida.

Venture se detuvo, luego se volvió para mirar a Fatren a los ojos. El forastero adoptaba una sombría expresión:

—Es una esperanza tenue. Pero ya es algo.

Después continuó su camino, atravesando la calle principal de la ciudad.

Desde la retaguardia, Fatren oyó susurrar a los soldados. Todos habían oído hablar de un hombre llamado Elend Venture. Era el que se había hecho con el poder en Luthadel tras la muerte del lord Legislador hacía ya más de dos años. Las noticias del norte eran escasas y poco fiables, pero en la mayoría de ellas se mencionaba a Venture. Había eliminado a todos los aspirantes al trono, incluso había matado a su propio padre. Había ocultado su naturaleza como nacido de la bruma, y al parecer estaba casado con la mismísima mujer que había acabado con el lord Legislador. Fatren dudaba que un hombre tan importante, un hombre que debía de ser más leyenda que realidad, viniera a una ciudad tan humilde del Dominio Meridional, sobre todo sin compañía. Ni siquiera las minas valían ya mucho. El desconocido debía de estar mintiendo.

Por otra parte, estaba claro que se trataba de un alomante...

Fatren corrió para alcanzar al desconocido. Venture (o quienquiera que fuese) se detuvo ante una gran estructura cercana al centro de la ciudad. Las antiguas oficinas del Ministerio de Acero. Fatren había ordenado tapiar con tablones las puertas y ventanas.

—¿Encontrasteis las armas ahí dentro? —preguntó Venture, volviéndose hacia Fatren.

Fatren vaciló un momento. Luego, por fin, negó con la cabeza.

—En la mansión del señor.

—¿Dejó armas? —preguntó Venture, con sorpresa.

—Creemos que pretendía volver a por ellas —respondió Fatren—. Los soldados que dejó allí acabaron desertando, y se unieron a un ejército de paso. Se llevaron lo que pudieron. Nosotros saqueamos el resto.

Venture se acarició pensativo la barbilla mientras contemplaba el antiguo edificio del Ministerio. Era alto y ominoso, a pesar de su desuso... o tal vez a causa de él.

—Vuestros hombres parecen bien adiestrados. No me lo esperaba. ¿Alguno de ellos tiene experiencia de combate?

Druffel bufó en voz baja, indicando que pensaba que el desconocido no tenía ningún derecho a ser tan fisgón.

—Nuestros hombres han luchado lo suficiente para ser peligrosos, forastero —dijo Fatren—. Algunos bandidos quisieron quitarnos la ciudad. Asumieron que éramos débiles y que nos dejaríamos intimidar con facilidad.

Si el desconocido vio las palabras como una amenaza, no lo mostró. Se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Alguno ha luchado contra los koloss?

Fatren y Druffel intercambiaron una mirada.

—Los hombres que luchan contra los koloss no sobreviven, forastero —dijo por fin.

—Si eso fuera cierto, yo habría muerto una docena de veces —contestó Venture. Se volvió hacia la creciente multitud de soldados y lugareños—: Os enseñaré lo que pueda para luchar contra los koloss, pero no disponemos de mucho tiempo. Quiero a los capitanes y jefes de pelotón organizados en la puerta de la ciudad dentro de diez minutos. Los soldados regulares tienen que formar en fila a lo largo de la muralla. Enseñaré unos cuantos trucos a los capitanes y jefes de pelotón, y luego ellos pueden transmitirlos a sus hombres.

Algunos de los soldados se movieron; pero, dicho sea en su honor, la mayoría permaneció donde estaba. El recién llegado no pareció ofendido porque no obedecieran sus órdenes. Esperó sin impacientarse, contemplando a la multitud armada. No parecía asustado, ni furioso ni decepcionado. Tan solo parecía... regio.

—Mi señor —preguntó por fin uno de los capitanes—. ¿Has... has traído un ejército para que nos ayude?

—En realidad, he traído dos —repuso Venture—. Pero no tenemos tiempo para esperarlo. —Miró a Fatren a los ojos—. Me escribiste pidiéndome ayuda. Y, como señor tuyo, he venido a proporcionártela. ¿La sigues queriendo?

Fatren frunció el ceño. Nunca había pedido ayuda a este hombre, ni a ningún señor. Abrió la boca para objetar, pero se detuvo. *Me dejará fingir que lo mandé llamar*, pensó Fatren. *Actuar como si esto fuera parte del plan. Yo podría dejar de mandar aquí sin parecer un fracasado.*

Vamos a morir. Pero al mirar a los ojos de este hombre, casi creo que tenemos una posibilidad.

—Yo... no esperaba que vinieras, mi señor —se oyó decir Fatren—. Me ha sorprendido verte.

Venture asintió.

—Es comprensible. Ven, hablemos de tácticas mientras tus soldados se reúnen.

—Muy bien —dijo Fatren. Sin embargo, cuando avanzaba, Druffel lo agarró por el brazo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró su hermano—. ¿Mandaste llamar a este hombre? No me lo creo.

—Reúne a los soldados, Druff —dijo Fatren.

Druffel vaciló un instante, luego maldijo en voz baja y se dio media vuelta. No parecía tener la menor intención de reunir a los soldados, así que Fatren indicó a dos de los capitanes que lo hicieran. Hecho esto, se reunió con Venture, y los dos caminaron hacia las puertas. Venture ordenó a unos cuantos soldados que se adelantaran a ellos y mantuvieran a la gente apartada para que Fatren y él pudieran hablar en privado. Seguía cayendo ceniza del cielo, una ceniza que cubría las calles de negro y se acumulaba en los inclinados edificios de una sola planta de la ciudad.

—¿Quién eres? —preguntó Fatren en voz baja.

—Quien he dicho que soy —respondió Venture.

—No te creo.

—Pero confías en mí.

—No. Es que no quiero discutir con un alomante.

—Con eso me basta, por ahora —dijo Venture—. Mira, amigo, tienes a *diez mil* koloss marchando contra tu ciudad. Necesitas toda la ayuda que puedas conseguir.

—*Diez mil?*, pensó Fatren, anonadado.

—Estás al mando de esta ciudad, supongo —preguntó Venture.

Fatren se sacudió su estupor:

—Sí. Me llamo Fatren.

—Muy bien, lord Fatren, vamos a...

—No soy ningún lord —dijo Fatren.

—Bueno, acabas de convertirte en uno —respondió Venture—. Podrás elegir un apellido más tarde. Ahora, antes de que continuemos, tienes que saber mis condiciones para ayudarte.

—¿Qué clase de condiciones?

—De las no negociables —dijo Venture—. Si vencemos, me jurarás fidelidad.

Fatren frunció el ceño y se detuvo. La ceniza cayó a su alrededor.

—¿Eso es todo? ¿Apareces antes de una batalla y dices ser un alto señor para poder llevarte el crédito de nuestra victoria? ¿Por qué iba yo a jurar fidelidad a un hombre a quien acabo de conocer hace unos minutos?

—Porque, si no lo haces —contestó sin alterarse Venture—, tomaré el mando de todas formas.

Continuó caminando. Fatren vaciló un momento, luego se apresuró y alcanzó a Venture.

—¡Oh!, ya veo. Aunque sobrevivamos a esta batalla, acabaremos siendo gobernados por un tirano.

—Sí —repuso Venture.

Fatren frunció el ceño. No esperaba que el hombre fuera tan brusco.

Venture sacudió la cabeza y contempló la ciudad a través de la ceniza que caía.

—Antes pensaba que podría hacer las cosas de otro modo. Y sigo creyendo que podré hacerlo, algún día. Pero, por ahora, no me queda otra opción. Necesito tus soldados y necesito tu ciudad.

—¿Mi ciudad? —preguntó Fatren, frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

Venture alzó un dedo.

—Primero tenemos que sobrevivir a la batalla —dijo—. Trataremos las otras cuestiones más tarde.

Fatren se sorprendió al darse cuenta de que confiaba en el desconocido. No podría haber explicado exactamente por qué se sentía así. Se trataba de un hombre al que había que seguir, un líder como Fatren había querido ser siempre.

Venture no esperó a que Fatren aceptara sus «condiciones». No era un ofrecimiento, sino un ultimátum. Fatren corrió a alcanzarlo de nuevo, mientras Venture entraba en la plazoleta situada ante las puertas de la ciudad. Los soldados se habían congregado allí. Ninguno de ellos llevaba uniforme: su único método de distinguir a un capitán de un soldado corriente era una banda roja atada en el brazo. Venture no les había dado mucho tiempo para reunirse, pero todos sabían que la ciudad estaba a punto de ser atacada. De todas formas, se habían reunido ya.

—El tiempo es oro —repitió Venture en voz alta—. Solo puedo enseñaros unas pocas cosas, pero marcarán la diferencia.

»Los koloss oscilan en tamaño entre pequeños, de metro y medio, y enormes, de tres metros y medio. Incluso los pequeños serán más fuertes que vosotros. Contad con ello. Por fortuna, las criaturas lucharán sin coordinación entre los individuos. Si el camarada de un koloss tiene problemas, este no se molestará en ayudarlo.

»Atacan de frente, sin artimañas, y tratan de usar la fuerza bruta para abrumar. ¡No se lo permitáis! Decidle a vuestros hombres que se centren en koloss individuales: dos hombres para los pequeños, tres o cuatro para los grandes. No podremos mantener un frente muy grande, pero eso nos permitirá vivir más tiempo.

»No os preocupéis por las criaturas que rebasen nuestras líneas y entren en la ciudad: haremos que los civiles se escondan en lo más recóndito, así los koloss que atraviesen nuestra línea podrían acabar dedicándose al saqueo y dejando luchar solos a los demás. ¡Eso es lo que queremos! No los persigáis hasta la ciudad. Vuestras familias estarán a salvo.

»Si lucháis contra un koloss grande, atacad a las piernas, derribadlo antes de matarlo. Contra uno pequeño, aseguraos de que vuestra espada o vuestra lanza no se queda enganchada en su piel fofa. Tenéis que comprender que los koloss no son estúpidos: solo carecen de sofisticación. Son predecibles. Vendrán a vosotros de la forma más fácil posible, y atacarán solo de la manera más directa.

»Lo más importante es que comprendáis que *pueden* ser derrotados. Lo haremos hoy. ¡No os dejéis intimidar! Luchad con coordinación, mantened la cabeza fría, y os prometo que *sobreviviremos*.

Los capitanes de los soldados permanecían agrupados, mirando a Venture. No aplaudieron la arenga, pero parecieron algo más confiados. Se dispusieron a transmitir a sus hombres las instrucciones de Venture.

Fatren se acercó discretamente al emperador.

—Si tus cálculos son correctos, nos superan cinco a uno.

Venture asintió.

—Son más grandes, más fuertes y están mejor entrenados que nosotros — añadió Fatren.

Venture volvió a asentir.

—Entonces estamos condenados.

Venture frunció el ceño, la ceniza negra cubriendole los hombros:

—No estáis condenados. Tenéis algo que ellos no tienen, algo muy importante.

—¿Qué?

Venture lo miró a los ojos.

—Me tenéis a mí.

—¡Milord emperador! —exclamó una voz desde lo alto del muro—.

¡Koloss a la vista!

Ya se dirigen a él primero, pensó Fatren. No estaba seguro de si sentirse insultado o impresionado.

Venture saltó de inmediato a lo alto del muro, usando su alomancia para cruzar la distancia de un rápido brinco. La mayoría de los soldados se agacharon o escondieron tras la fortificación, prefiriendo no dejarse ver a pesar de la distancia que los separaba de sus enemigos. Venture, sin embargo, se alzó orgulloso con su capa y uniforme blancos, se protegió los ojos del sol y miró al horizonte.

—Están acampando —dijo, sonriendo—. Bien. ¡Lord Fatren, prepara a los hombres para el ataque!

—¿Un *ataque*? —preguntó Fatren, subiendo detrás de Venture.

El emperador asintió.

—Los koloss estarán cansados tras la marcha, y preparar el campamento los mantendrá distraídos. Nunca tendremos mejor oportunidad para atacarlos.

—¡Pero estamos a la defensiva!

Venture negó con la cabeza.

—Si esperamos, acabarán sintiendo un deseo frenético de sangre, y vendrán a por nosotros. Tenemos que atacar, no esperar a ser masacrados.

—¿Y abandonar el muro defensivo?

—La fortificación es impresionante, lord Fatren, pero inútil. No disponéis de las fuerzas necesarias para defender el perímetro completo, y los koloss son en general más altos y más estables que los hombres. Se harán con el muro y luego mantendrán la altura mientras abaten la ciudad.

—Pero...

Venture lo miró. Sus ojos eran tranquilos, pero tenían una mirada firme y expectante. El mensaje era sencillo. *Ahora estoy yo al mando*. Y no había más que hablar.

—Sí, mi señor —dijo Fatren, llamando a los mensajeros para que transmitieran las órdenes.

Venture se quedó mirando mientras los jóvenes mensajeros partían. Pareció haber cierta confusión entre los hombres: no esperaban atacar. Más y más ojos se volvieron hacia Venture, allá en lo alto del muro.

Sí que parece un emperador, pensó Fatren a su pesar.

Las órdenes fueron transmitidas a lo largo de la línea. Pasó el tiempo. Hasta que, por fin, todo el ejército permanecía alerta. Venture desenvainó su espada y la alzó al cielo cuajado de ceniza. Entonces, saltó del muro con un brinco inhumanamente rápido y cargó hacia el campamento de koloss.

Por un momento, corrió solo. Luego, para sorpresa suya, Fatren apretó los dientes, controló el temblor de sus nervios y lo siguió.

El muro estalló de movimiento, los soldados cargaron con un grito colectivo, corriendo hacia la muerte con las espadas bien altas.

Ostentar el poder le hizo cosas extrañas a mi mente. En solo unos instantes, me familiaricé con el poder en sí, con su historia y con las formas en que podía ser utilizado.

Sin embargo, este conocimiento era diferente de la experiencia, o incluso de la habilidad de usar el poder. Por ejemplo, sabía mover un planeta en el cielo, pero no sabía dónde colocarlo para que no estuviera demasiado cerca ni demasiado lejos del sol.

2



COMO SIEMPRE, EL DÍA DE TenSoon comenzó en la oscuridad. En parte se debía al hecho de que no tenía ojos. Podría haberlos creado: pertenecía a la Tercera Generación, lo cual significaba que era viejo incluso para un kandra. Había digerido suficientes cadáveres para saber ya cómo crear órganos sensoriales de manera intuitiva, sin un modelo que copiar.

Por desgracia, los ojos le habrían servido de poco. No tenía cráneo, y había descubierto que la mayoría de los órganos no funcionaban bien sin un cuerpo completo y un esqueleto que los sostuviera. Su propia masa aplastaría los ojos si se movía de forma equivocada, y resultaría muy difícil volverlos para ver.

No es que hubiera nada que mirar. TenSoon movió ligeramente su masa, agitándose dentro de su prisión. Su cuerpo era poco más que un grupo de músculos translúcidos, como una masa de grandes caracoles o babosas, todos conectados entre sí, algo más maleables que el cuerpo de un molusco. Con concentración, podía disolver uno de los músculos y mezclarlo con otro, o hacer algo nuevo. No obstante, sin un esqueleto que utilizar, estaba impotente.

Volvió a agitarse en su celda. Su piel tenía sentido propio, una especie de gusto. Ahora mismo, notaba el hedor de su propio excremento en los lados de la cámara, pero no se atrevía a desconectar este sentido. Era una de sus escasas conexiones con el mundo que lo rodeaba.

La «celda» no era más que un pozo cubierto con una reja, apenas lo bastante grande para contener su masa. Sus captores le arrojaban comida desde arriba, y periódicamente vertían agua para hidratarlo y hacer que sus excrementos se vaciaran por un pequeño agujero de drenaje al fondo. Tanto este agujero como los de la reja cerrada de arriba eran demasiado pequeños para que pudiera deslizarse a través de ellos: el cuerpo de un kandra era flexible, pero incluso una pila de músculos podía contraerse hasta cierto punto.

La mayoría de la gente se habría vuelto loca por la tensión de estar confinada durante... ni siquiera *sabía* cuánto tiempo había sido. ¿Meses? Pero TenSoon tenía la Bendición de la Presencia. Su mente no cedería fácilmente.

A veces maldecía a la Bendición por impedirle el bendito alivio de la locura.

Concéntrate, se dijo. No tenía cerebro, no como los humanos, pero podía pensar. No lo comprendía. No estaba seguro de que ningún kandra lo hiciera. Tal vez los pertenecientes a la Primera Generación supieran más, pero si así fuera, no informaban a nadie.

No pueden mantenerte aquí eternamente, se dijo. *El Primer Contrato dice...*

Empezaba a dudar del Primer Contrato... o más bien que la Primera Generación le prestara atención alguna. Pero ¿podía echarles la culpa? TenSoon era un quebrantador de contratos. Él mismo reconocía que había contravenido la voluntad de su amo y ayudado a otro en su lugar. Esta traición había terminado con la muerte de su amo.

Ese acto vergonzoso era el menor de sus delitos. El castigo por romper un contrato era la muerte, y si los delitos cometidos por TenSoon se hubieran quedado ahí, los otros lo habrían matado y habrían acabado con todo. Por desgracia, había mucho más en juego. El testimonio de TenSoon (dado ante la Segunda Generación a puerta cerrada) había revelado un desliz mucho más peligroso, mucho más importante.

TenSoon había traicionado el secreto de su pueblo.

No pueden ejecutarme, pensó, usando la idea para mantenerse concentrado. *No mientras no descubran a quién se lo confié.*

El secreto. El valiosísimo secreto.

Nos he condenado a todos. A mi pueblo entero. Volveremos a ser esclavos. No, ya somos esclavos. Nos convertiremos en otra cosa: autómatas, nuestras mentes controladas por otros. Capturados y utilizados, nuestros cuerpos dejarán de pertenecernos.

Eso era lo que él había hecho, lo que había puesto potencialmente en movimiento. El motivo por el que merecía el encarcelamiento y la muerte. Y, sin embargo, deseaba vivir. Debería despreciarse a sí mismo. Pero, por algún motivo, seguía considerando que había hecho lo adecuado.

Volvió a agitarse, las masas de resbaladizos músculos rotaron unas sobre otras. Sin embargo, a medio movimiento se detuvo. Vibraciones. Alguien venía.

Se organizó, poniendo los músculos a los lados del pozo, formando una depresión en el centro de su cuerpo. Necesitaba capturar toda la comida que pudiera: lo alimentaban con muy poca. Sin embargo, ninguna papilla cayó por la reja. Esperó, expectante, hasta que la reja se abrió. Aunque no tenía oídos, pudo sentir las roncas vibraciones de la reja al ser retirada, el áspero hierro que finalmente se golpeaba contra el suelo de arriba.

¿Qué?

Lanzaron garfios. Se engancharon alrededor de sus músculos, agarrándolo y desgarrándole la carne mientras tiraban para sacarlo del pozo. Dolió. No solo los garfios, sino la súbita libertad cuando su cuerpo se desparramaba por el suelo de la prisión. Saboreó sin querer la tierra y la papilla seca. Sus músculos se estremecieron, el movimiento desencadenado de estar fuera de la celda parecía extraño, y él se esforzó, moviendo su masa de formas que casi había olvidado.

Entonces llegó. Pudo saborearlo en el aire. Ácido, denso y punzante, presumiblemente dentro de un cubo recubierto de oro que traían los vigilantes de la prisión. Después de todo, iban a matarlo.

¡Pero no pueden!, pensó. *El Primer Contrato, la ley de nuestro pueblo, es...*

Algo cayó sobre él. No ácido, sino algo duro. Lo tocó ansiosamente, los músculos se movieron unos contra otros saboreándolo, probándolo, sintiéndolo. Era redondo, con agujeros y varios bordes afilados... un cráneo.

El hedor ácido se hizo más fuerte. ¿Lo estaban agitando? TenSoon se movió con rapidez, formándose alrededor del cráneo, llenándolo. Ya tenía algo de carne disuelta almacenada dentro de una bolsa parecida a un órgano. La sacó, y se filtró alrededor del cráneo para crear rápidamente piel. Dejó los ojos, trabajó en los pulmones, formó una lengua, ignoró los labios por el momento. Trabajó con desesperación mientras el sabor del ácido se hacía más potente, y entonces...

Aquello lo golpeó. Le quemó los músculos de un lado de su cuerpo, arrasó su masa, la disolvió. Al parecer, la Segunda Generación había renunciado a

arrancarle sus secretos. Sin embargo, antes de matarlo, sabían que tenían que darle una oportunidad para hablar. El Primer Contrato lo requería, de ahí el cráneo. No obstante, era obvio que los guardias tenían órdenes de matarlo antes de que pudiera decir nada en su defensa. Seguían la forma de la ley, aunque al mismo tiempo ignoraban su intención.

No advertían lo rápidamente que TenSoon podía trabajar. Pocos kandra habían pasado tanto tiempo con los contratos como él: todos los de la Segunda Generación, y la mayoría de los de la Tercera, hacía tiempo que se habían retirado del servicio. Vivían vidas fáciles aquí en la Tierra Natal.

Una vida fácil enseñaba muy poco.

La mayoría de los kandra tardaban horas en formar un cuerpo; los más jóvenes necesitaban días. TenSoon tuvo una lengua rudimentaria en cuestión de segundos. Mientras el ácido se movía por su cuerpo, produjo una tráquea, infló un pulmón y croó una sola palabra:

—¡Juicio!

El vertido cesó. Su cuerpo siguió ardiendo. Trabajó en medio del dolor, formando primitivos órganos auditivos dentro de la cavidad de su cráneo.

Una voz susurró cerca.

—Necio.

—¡Juicio! —repitió TenSoon.

—Acepta la muerte —siseó la voz quedamente—. No te pongas en situación de causar más daño a nuestro pueblo. ¡La Primera Generación te ha concedido esta oportunidad de morir por tus años de servicio extra!

TenSoon vaciló. Un juicio sería público. Hasta ahora, solo unos pocos escogidos conocían el alcance de su traición. Podía morir, maldito como quebrantador de contratos, pero conservando cierto grado de respeto por su carrera anterior. En algún lugar, probablemente en un pozo de esta misma sala, los había que sufrían un cautiverio interminable, una tortura que acabaría rompiendo incluso las mentes de quienes habían sido dotados con la Bendición de la Presencia.

¿Acaso quería convertirse en uno de ellos? Al revelar sus acciones en un foro abierto, se ganaría el dolor eterno. Forzar un juicio sería una locura, pues no había ninguna esperanza de ser vindicado. Sus confesiones ya lo habían condenado.

Si hablaba, no sería para defenderse. Sería por otras razones.

—Juicio —repitió, apenas susurrándolo esta vez.

En cierto sentido, tener semejante poder resultaba abrumador, creo. Era un poder que se tardaría milenios en comprender. Rehacer el mundo habría sido fácil, si hubiera estado familiarizado con el poder. Sin embargo, advertí el peligro inherente a mi ignorancia. Como un niño que de pronto adquiere una fuerza asombrosa, podría haber empujado demasiado y dejado el mundo convertido en un juguete roto que es imposible reparar.

3



ELEND VENTURE, SEGUNDO EMPERADOR del Imperio Final, no era un guerrero nato. Pertenecía a la nobleza, algo que, en los días del lord Legislador, había convertido esencialmente a Elend en un profesional de las fiestas. Se había pasado la juventud aprendiendo a practicar los frívolos juegos de las Grandes Casas, llevando la vida consentida de la élite imperial.

No era extraño que hubiera acabado siendo un político. Siempre le había interesado la teoría política y, aunque había sido más un estudioso que un auténtico estadista, sabía que algún día gobernaría en su propia casa. Sin embargo, al principio no había sido muy buen rey. No había comprendido que, para ser un líder, hacen falta más que buenas ideas y nobles intenciones. Mucho más.

«Dudo que seas jamás el tipo de líder que puede encabezar una carga contra el enemigo, Elend Venture.» Estas palabras las había pronunciado Tindwyl, la mujer que lo había instruido en política práctica. Recordar esas palabras hizo sonreír a Elend mientras sus soldados se abalanzaban contra el campamento de koloss.

Elend avivó peltre. Una cálida sensación, ahora familiar, cobró vida en su pecho, y sus músculos se tensaron con fuerza y energía renovadas. Había tragado el metal antes, para poder recurrir a sus poderes en la batalla. Era alomante, algo que todavía a veces le asombraba.

Como había predicho, el ataque sorprendió a los koloss.

Permanecieron inmóviles durante unos momentos, aturdidos, aunque debieron de haber visto cómo cargaba contra ellos el ejército recién reclutado de Elend. A los koloss les costaba lidiar con lo inesperado. Les resultaba difícil comprender que un grupo de humanos débiles y en inferioridad numérica atacara su campamento. Por eso tardaron tiempo en reaccionar.

El ejército de Elend hizo buen uso de ese tiempo. El propio Elend golpeó primero, avivando su peltre para darse aún más poder mientras abatía al primer koloss. Era una bestia pequeña. Como todas las de su especie, tenía forma humanoide, aunque su piel era enorme y fofa, como si estuviera separada del resto de su cuerpo. Sus brillantes ojillos rojos mostraron una sorpresa inhumana mientras moría y Elend le arrancaba la espada del pecho.

—¡Golpear con rapidez! —gritó Elend mientras más koloss se apartaban de sus hogueras—. ¡Matad a tantos como podáis antes de que se pongan frenéticos!

Los soldados (aterrorizados, pero comprometidos) cargaron contra todo lo que había a su alrededor y derrotaron a los primeros grupos de koloss. El campamento era poco más que un lugar donde los koloss habían hollado la ceniza y las plantas bajo sus pies, y cavado luego sus hogueras. Elend pudo ver a sus hombres cada vez más confiados por el éxito inicial, y los alentó tirando de sus emociones con alomancia, haciéndolos más valientes. Se sentía más cómodo con esta forma de alomancia: aún no había conseguido saltar con los metales como lo hacía Vin. Sin embargo, las emociones... esas sí que las comprendía.

Fatren, el fornido líder de la ciudad, se mantuvo cerca de Elend mientras dirigía a un grupo de soldados hacia una gran manada de koloss. Elend no perdió de vista al hombre. Fatren era el gobernador de una ciudad pequeña; su muerte supondría un duro golpe moral. Juntos, atacaron a un escaso grupo de sorprendidos koloss. La bestia más grande del grupo medía unos tres metros de altura, con la piel tensa en torno a su enorme cuerpo. Los koloss nunca dejaban de crecer, pero su piel siempre conservaba el mismo tamaño. En las criaturas más jóvenes, colgaba fofa y llena de pliegues. En las grandes, se tensaba y resquebrajaba.

Elend quemó acero, y luego arrojó un puñado de monedas al aire ante él. Empujó las monedas, lanzó su peso contra ellas y se las arrojó a los koloss. Las bestias eran demasiado duras para caer con unas simples monedas, pero los trozos de metal las herirían y debilitarían.

Mientras las monedas volaban, Elend atacó al koloss grande. La bestia sacó de su espalda una espada enorme, que pareció encantada ante la idea de una pelea.

El koloss golpeó primero y su alcance fue asombroso. Elend tuvo que dar un salto atrás: el peltre lo hizo más ágil. Las espadas de los koloss eran enormes, brutales, burdas casi como porras. La fuerza del golpe hizo estremecer el aire; Elend no habría tenido ninguna posibilidad de detener la hoja, ni siquiera con la ayuda del peltre. Además, la espada (o, más exactamente, el koloss que la empuñaba) pesaba tanto que Elend no podría usar la alomancia para arrancarla de las manos de la criatura. Empujar con el acero requería peso y fuerza. Si Elend empujaba sobre algo más pesado que él mismo, saldría despedido hacia atrás.

Por tanto, Elend tuvo que confiar en la velocidad extra y la destreza del peltre. Se lanzó hacia la derecha, esperando un revés. La criatura se volvió, silenciosa, mirando a Elend, pero no golpeó. No había alcanzado todavía el frenesí.

Elend contempló a su gigantesco enemigo. *¿Cómo he llegado aquí?*, pensó, y no por primera vez. *Soy un estudiante, no un guerrero*. La mitad del tiempo pensaba que lo suyo no era liderar a nadie.

La otra mitad, suponía que pensaba demasiado. Se lanzó hacia delante y golpeó. El koloss previó el movimiento, y trató de descargar su arma contra la cabeza de Elend. Sin embargo, este se dio la vuelta y tiró de la espada de otro koloss: desequilibró a la criatura y permitió que dos de los hombres de Elend la mataran, y también tiró de Elend hacia un lado. Esquivó por bien poco el arma de su oponente. Entonces, mientras giraba en el aire, avivó peltre y golpeó desde el lado.

Atravesó la pierna de la bestia por la rodilla, y la derribó al suelo. Vin siempre decía que el poder alomántico de Elend era inusitadamente fuerte. Elend no estaba seguro de ello (no tenía mucha experiencia con la alomancia), pero la fuerza de su propio golpe lo hizo retroceder tambaleándose. Consiguió recuperar el equilibrio, y luego cercenó la cabeza de la criatura.

Varios de los soldados lo observaban. Su uniforme blanco estaba ahora manchado de brillante sangre roja de koloss. No era la primera vez. Elend inspiró profundamente mientras oía gritos inhumanos que resonaban en todo el campamento. Empezaba el frenesí.

—¡Formad! —gritó Elend—. ¡Formad líneas, permaneced juntos, preparaos para el ataque!

Los soldados respondieron lentamente. Eran mucho menos disciplinados que las tropas a las que Elend estaba acostumbrado, pero hicieron un trabajo admirable agrupándose abajo sus órdenes. Elend echó un vistazo al terreno: habían conseguido abatir a varios centenares de koloss, una hazaña sorprendente.

La parte sencilla había terminado.

—¡Permaneced firmes! —gritó Elend, corriendo ante la línea de soldados —. ¡Pero seguid luchando! ¡Necesitamos matar a tantos de ellos tan rápido como sea posible! ¡Todo depende de eso! ¡Dadles vuestra furia, hombres!

Quemó latón y empujó de sus emociones, aplacando su miedo. Un alomante no podía controlar mentes (al menos, no mentes humanas), pero sí *podía* despertar unas emociones y hacer decaer otras. Vin también decía que Elend podía afectar a mucha más gente de lo que debería haber sido posible. Era otra señal que validaba la idea de que las capacidades de Elend provenían de la misma fuente y método que los alomantes originales habían utilizado para obtener sus poderes.

Bajo la influencia del aplacamiento, sus soldados se mantuvieron firmes. Una vez más, Elend sintió un sano respeto hacia estos simples skaa. Les estaba dando valentía y quitando parte de su miedo, pero su determinación era propia. Eran buena gente.

Con suerte, podría salvar a algunos.

Los koloss atacaron. Como Elend había esperado, un gran grupo de criaturas se apartó del campamento principal y atacó la ciudad. Algunos de los soldados gritaron, pero estaban demasiado ocupados defendiéndose para perseguirlos. Elend se lanzaba a la pelea cada vez que la línea vacilaba, para reforzar así el punto débil. Mientras hacía esto, quemó latón y trató de desplazar las emociones de un koloss cercano.

No sucedió nada. Las criaturas eran resistentes a la alomancia emocional, sobre todo cuando ya estaban siendo manipuladas por alguien más. Sin embargo, en cuanto Elend se abriera paso, podría hacerse con el control absoluto. Eso requería tiempo, suerte y la determinación de luchar sin tregua.

Y eso hizo. Luchó junto a sus hombres y los vio morir, mató a koloss mientras su línea se reducía, formó un semicírculo para impedir que fueran rodeados. La batalla fue descarnada. A medida que más y más koloss se ponían frenéticos y atacaban, las probabilidades se fueron volviendo rápidamente en contra del grupo de Elend. Los koloss se resistían a su manipulación emocional. Pero ellos se acercaban...

—¡Estamos perdidos! —gritó Fatren.

Elend se volvió, algo sorprendido al ver al fornido lord junto a él, todavía vivo. Los hombres continuaban luchando. Solo habían pasado quince minutos desde el inicio del frenesí, pero la línea ya empezaba a ceder.

Una mota apareció en el cielo.

—¡Nos has conducido a la muerte! —chilló Fatren. Estaba cubierto de sangre de koloss, aunque una mancha que llevaba en el hombro parecía propia —. ¿Por qué?

Elend simplemente señaló la mota, que se hacía cada vez más grande.

—¿Qué es eso? —preguntó Fatren por encima del caos de la batalla.

Elend sonrió.

—El primero de los ejércitos que os prometí.

VIN CAYÓ DEL CIELO EN medio de una tempestad de herraduras, para aterrizar directamente en el centro del ejército koloss.

Sin vacilar, usó la alomancia para empujar un par de herraduras hacia un koloss que se daba la vuelta. Una alcanzó en la frente a la criatura, que salió despedida hacia atrás, y la otra pasó por encima de su cabeza, hasta alcanzar a otro koloss. Vin se volvió, lanzó otra herradura, y la hizo pasar más allá de una bestia particularmente grande para abatir a un koloss más pequeño que tenía detrás.

Avivó hierro, tirando de esa herradura para hacerla volver y golpear la muñeca del koloss más grande. El tiro la lanzó de inmediato hacia la bestia... pero también desequilibró a la criatura. Su enorme espada de hierro cayó al suelo cuando Vin golpeó a la criatura en el pecho. Entonces, ella empujó la espada caída, elevándose con una voltereta hacia atrás mientras otro koloss la atacaba.

Se alzó unos cinco metros en el aire. La espada falló y cortó la cabeza del koloss que tenía detrás. Al koloss que descargó el golpe no pareció importarle haber matado a un camarada: tan solo la miró, los ojos rojos de odio.

Vin tiró de la espada caída, que saltó hacia ella, pero a la vez la arrastró con su peso. La asío mientras caía (la espada era casi tan alta como ella, pero avivar peltre le permitió manejarla con facilidad), y se libró del brazo del koloss que la atacaba mientras se posaba en tierra.

Le cortó las piernas por las rodillas y dejó que muriera mientras saltaba hacia otros oponentes. Como siempre, los koloss parecían fascinados con Vin

de manera entre enfurecida y desconcertada. Asociaban el tamaño grande con el peligro y les costaba comprender que una mujer pequeña como Vin (diecinueve años de edad, poco más de metro y medio de altura y delgada como un junco) pudiera suponer una amenaza. Sin embargo, la veían matar, y esto los atraía hacia ella.

A Vin no le importaba.

Gritó al atacar, aunque solo fuera para añadir algún sonido al campo de batalla, demasiado silencioso. Los koloss tendían a dejar de aullar cuando se ponían frenéticos, porque entonces solo se concentraban en matar. Arrojó un puñado de monedas, las empujó hacia el grupo que tenía detrás y luego saltó hacia delante tirando de una espada.

Un koloss se tambaleó ante ella. Vin aterrizó sobre su espalda y atacó a una criatura que tenía al lado. Esta cayó, y Vin clavó su espada en la espalda de la que tenía debajo. Se empujó a un lado, tirando de la espada del koloss moribundo. Cogió el arma, abatió a una tercera bestia y luego arrojó la espada, empujándola como si fuera una flecha gigantesca contra el pecho de un cuarto monstruo. Ese mismo empujón hizo que saliera despedida hacia atrás, fuera del alcance de un nuevo ataque. Tomó la espada de la espalda del koloss que había abatido antes, liberándola mientras la criatura moría. Y, con un fluido golpe, la descargó contra la clavícula y el pecho de una quinta bestia.

Aterrizó. Los koloss caían muertos a su alrededor.

Vin no sentía ninguna furia. Ningún terror. Había superado esas cosas. Había visto morir a Elend (lo había sostenido en sus brazos mientras lo hacía) y supo que ella lo había permitido. De manera intencionada.

Sin embargo, él seguía vivo. Cada aliento era inesperado, quizá inmerecido. Antes, a ella le aterrorizaba fallarle. Pero, de algún modo, había encontrado la paz al comprender que no podía impedirle arriesgar su vida. Al comprender que no quería impedirle arriesgar su vida.

Por tanto, ya no combatía temiendo por el hombre al que amaba. Ahora luchaba con comprensión. Era un cuchillo: el cuchillo de Elend, el cuchillo del Imperio Final. No luchaba por proteger a un hombre, sino por proteger el modo de vida que él había creado y la gente a la que tanto se esforzaba por defender.

La paz le daba fuerzas.

Los koloss morían a su alrededor, y la sangre escarlata, demasiado brillante para ser humana, manchaba el aire. Había diez mil criaturas en este ejército:

demasiadas para que ella pudiera matarlas. Sin embargo, no tenía que matar a todos los koloss del ejército.

Tan solo tenía que atemorizarlos.

Porque, a pesar de lo que una vez había supuesto, los koloss *podían* sentir temor. Ella lo vio crecer en las criaturas que tenía a su alrededor, oculto bajo la furia y la frustración. Un koloss la atacó, y ella se hizo a un lado, moviéndose con velocidad amplificada por el peltre. Le clavó una espada en la espalda mientras se movía y giró, advirtiendo a una enorme criatura que se abría paso hacia ella a través del ejército.

Perfecto, pensó. Era grande, quizá la más grande que había visto jamás. Debía de tener casi cuatro metros de altura. Un paro cardíaco tendría que haberla matado hacía mucho tiempo, y su piel colgaba casi suelta, agitándose con amplios aleteos.

La criatura aulló, el sonido retumbó en el campo de batalla, extrañamente silencioso. Vin sonrió y entonces quemó duraluminio. De inmediato, el peltre que ya ardía en su interior explotó para darle un enorme e instantáneo estallido de fuerza.

Vin quemó acero y luego empujó en todas direcciones. Su empujón amplificado por el duraluminio chocó como una ola contra las espadas de las criaturas que corrían hacia ella. Las armas fueron arrancadas, los koloss cayeron de espaldas, y los enormes cuerpos se dispersaron como meros copos de ceniza bajo el sol rojo sangre. El peltre aumentado por el duraluminio impidió que fuera aplastada por su propio empujón.

El peltre y el acero desaparecieron, consumidos en un único destello de energía. Vin sacó un frasquito de líquido (una solución de alcohol con copos de metal) y lo apuró de un solo trago para restaurar sus metales. Luego quemó peltre y saltó sobre los caídos y desorientados koloss hacia la enorme criatura que había visto antes. Un koloss más pequeño trató de detenerla, pero ella lo cogió por la muñeca, se la retorció y le rompió la articulación. Se hizo con la espada de la criatura, agachándose ante el ataque de otro koloss, y giró, para derribar a tres koloss distintos de un solo golpe cortándoles las rodillas.

Cuando completaba el giro, hundió su arma en la tierra. Como esperaba, la enorme bestia de cuatro metros atacó un segundo más tarde, blandiendo un filo tan grande que casi hacía rugir el aire. Vin plantó la espada justo a tiempo, porque ni aun con peltre habría podido detener jamás el arma de aquella enorme criatura. El arma chocó con la hoja de su espada, estabilizada por la tierra. El metal tembló bajo sus manos, pero resistió el golpe.

Con los dedos aún doloridos por el impacto de un golpe tan potente, Vin soltó la espada y saltó. No empujó (no fue preciso hacerlo), sino que aterrizó en la cruz de su espada y se impulsó con ella. El koloss mostró la ya característica sorpresa al verla saltar cuatro metros en el aire, las piernas recogidas y los borbones de la capa de bruma ondeando.

Descargó una patada directa contra el lado de la cabeza del koloss. El cráneo crujió. Los koloss eran inhumanamente fuertes, pero bastó con avivar peltre. A la criatura se le hundieron los ojillos en la cabeza, y luego se desplomó. Vin empujó suavemente la espada, manteniéndose en el aire lo suficiente para, al caer, aterrizar directamente sobre el pecho del koloss abatido.

Los koloss de alrededor se detuvieron. Incluso en medio de la furia de sangre, les sorprendió verla derribar a una bestia tan enorme con solo una patada. Quizá sus mentes fueran demasiado lentas para procesar lo que acababan de ver. O quizás sintieron cierta dosis de cautela, además del miedo. Vin no sabía lo bastante sobre ellos para determinarlo. Sí comprendía que, en un ejército koloss normal, lo que acababa de hacer le habría ganado la obediencia de todas las criaturas que la habían visto.

Por desgracia, este ejército era controlado por una fuerza externa. Vin se puso derecha y divisó en la distancia el pequeño y desesperado ejército de Elend. Resistían bajo la guía de Elend. Los humanos que combatían tenían en los koloss un efecto similar a la misteriosa fuerza de Vin: las criaturas no alcanzaban a comprender cómo una fuerza tan pequeña podía hacerles frente. No veían el agotamiento, ni la apurada situación del grupo de Elend; simplemente veían un ejército más pequeño e inferior que resistía y luchaba.

Vin se volvió para reanudar el combate. Los koloss se acercaban a ella con más vacilación, pero seguían viniendo. Eso era lo raro de los koloss: nunca se batían en retirada. Sentían temor, pero no actuaban movidos por él. Sin embargo, ese temor los debilitaba. Vin lo supo por el modo en que se aproximaban, la forma en que la miraban. Estaban a punto de venirse abajo.

Y por eso quemó latón y empujó las emociones de una de las criaturas más pequeñas. Al principio, se le resistió. Luego empujó con más fuerza. Y, finalmente, algo se quebró dentro de la criatura que la hizo suya. El que la hubiera estado controlando se hallaba demasiado lejos, y estaba ahora concentrado en demasiados koloss a la vez. Esta criatura, con la mente confundida por el frenesí, las emociones atropelladas a causa de la sorpresa, el miedo y la frustración, quedó completamente bajo el control mental de Vin.

Enseguida ordenó a la criatura que atacara a sus compañeros. Fue abatida un momento más tarde, pero no sin antes matar a otros dos koloss. Mientras luchaba, Vin se apoderó de otro koloss, y luego de otro. Golpeaba al azar, luchando con su espada para mantener a los koloss distraídos mientras escogía miembros de su grupo y los volvía en su favor. Pronto reinó el caos a su alrededor, y tuvo una pequeña línea de koloss luchando por ella. Cada vez que uno caía, lo sustituía por dos más.

Durante el combate, echó de nuevo una mirada hacia el grupo de Elend, y se sintió aliviada al ver que un gran segmento de koloss luchaban junto al grupo de humanos. El propio Elend se movía entre ellos, sin combatir ahora, concentrado en apoderarse de koloss tras koloss para su bando. Había sido decisión de Elend venir a esta ciudad solo, una apuesta que ella no estaba segura de aprobar. Por el momento, se alegraba de haber conseguido alcanzarlo a tiempo.

Siguiendo el ejemplo de Elend, dejó de luchar y se concentró en dirigir a su reducido grupo de koloss, apoderándose de los nuevos miembros uno a uno. Pronto tuvo casi un centenar luchando a su favor.

Ya no tardará mucho, pensó. Y, en efecto, poco después vio una mota en el aire, lanzada hacia ella a través de la ceniza que caía. La mota se convirtió en una figura de túnica oscura que saltó por encima del ejército empujándose contra las espadas de los koloss. La alta figura era calva y llevaba un rostro tatuado. A la luz cenicienta del mediodía, Vin distinguió los dos gruesos clavos que le habían clavado de punta en los ojos. Era un inquisidor de acero, uno al que no reconoció. Lo había hecho salir a propósito, matando y tomando el control de sus koloss para obligarlo a revelarse. Tendría que encargarse de él.

El inquisidor golpeó con fuerza, abatiendo a uno de los koloss de Vin con un par de hachas de obsidiana. Enfocó su mirada ciega sobre Vin, y muy a su pesar ella sintió un retortijón de pánico. Una sucesión de claros recuerdos destelló en su mente. Un cielo oscuro, lluvioso y ensombrecido. Torres y agujas. Un dolor en el costado. Una larga noche cautiva en el palacio del lord Legislador.

Kelsier, el Superviviente de Hathsin, agonizando en las calles de Luthadel.

Vin quemó electro. Esto creó una nube de imágenes a su alrededor, sombras de posibles cosas que podía hacer en el futuro. Electro, el complemento alomántico del oro. Elend había empezado a llamarlo «el atium de los pobres». No afectaría mucho a la batalla, aparte de hacerla inmune al atium, si es que el inquisidor tenía algo de eso.

Vin apretó los dientes y se abalanzó hacia delante mientras el ejército de koloss eliminaba a sus restantes criaturas robadas. Saltó, empujándose levemente contra una espada caída y dejando que su impulso la llevara hacia el inquisidor. La criatura alzó sus hachas y atacó, pero en el último momento Vin se echó a un lado con un tirón. Su tirón arrancó una espada de las manos de un sorprendido koloss, ella la capturó mientras giraba en el aire y luego la empujó contra el inquisidor.

Este empujó la enorme masa de la espada sin apenas mirarla. Kelsier había conseguido derrotar a un inquisidor, pero solo después de grandes esfuerzos. Él mismo había muerto poco después, abatido por el lord Legislador.

¡No más recuerdos!, se dijo Vin, decidida. *Concéntrate en el momento.*

La ceniza revoloteó a su alrededor mientras giraba en el aire, todavía volando por su empujón contra la espada. Aterrizó, resbaló en la sangre de koloss y se arrojó contra el inquisidor. Desenvainó una daga de cristal —el inquisidor podría alejar de un empujón una espada koloss— y avivó su peltre. Velocidad, fuerza y decisión inundaron su cuerpo. Por desgracia, el inquisidor también tendría peltre, lo que los convertía en iguales.

Salvo por una cosa. El inquisidor tenía una debilidad. Vin esquivó el hacha y tiró de una espada koloss para concederse la velocidad necesaria para apartarse. Entonces empujó contra la misma arma, lanzándose hacia delante mientras se dirigía al cuello del inquisidor. Él la esquivó, bloqueando su daga con un manotazo. Pero Vin se agarró a su túnica con la otra mano.

Entonces avivó hierro y *tiró* tras de sí para arrancar una docena de espadas koloss a la vez. El súbito tirón la desplazó hacia atrás. Empujar acero y tirar de hierro eran recursos burdos e impactantes, con más poder que sutileza. Con el peltre avivado, Vin se aferró a la túnica mientras el inquisidor a todas luces se estabilizaba tirando de las armas koloss que tenía delante.

La túnica cedió, se rasgó por un lado y dejó a Vin con una amplia sección de tela en la mano. La espalda del inquisidor quedó expuesta, y ella debería haber podido ver un clavo, similar a los de los ojos, asomando en la espalda de la criatura. Sin embargo, ese clavo quedaba oculto por un escudo de cuero endurecido que cubría la espalda del inquisidor como un liso caparazón de tortuga y le pasaba por debajo de los brazos para rodear su pecho a modo de peto ajustado.

El inquisidor se volvió, sonriendo, y Vin maldijo. Ese clavo dorsal era el punto más débil de los inquisidores. Arrancárselo lo mataría. Obviamente, esa era la razón de ser de la armadura, algo que Vin sospechaba que el lord

Legislador habría prohibido. Quería que sus sirvientes tuvieran debilidades, para así poder controlarlos.

Vin no dispuso de mucho tiempo para pensar, pues los koloss seguían atacando. Mientras aterrizaba, haciendo a un lado la tela rasgada, un gran monstruo de piel azul se lanzó contra ella. Vin saltó, pasó por encima de la espada que descargaba bajo ella y luego se empujó contra el arma para ganar más altura.

El inquisidor la siguió, esta vez al ataque. La ceniza giraba con las corrientes de aire alrededor de Vin, que brincaba por el campo de batalla, tratando de pensar. La otra única manera que conocía de matar a un inquisidor era decapitándolo... una acción mucho más fácil de imaginar que de llevar a la práctica, considerando que su enemigo estaría reforzado por el peltre.

Aterrizó sobre un promontorio desierto en las inmediaciones del campo de batalla. El inquisidor saltó a la tierra cenicienta tras ella. Vin esquivó un hacha y trató de acercarse lo bastante para atacar. Pero el inquisidor blandió su otra hacha, y Vin recibió un corte en el brazo cuando paraba el arma con su daga.

La sangre caliente le corrió por la muñeca. Sangre del color del sol rojo. Gruñó frente a su oponente inhumano. Las sonrisas de los inquisidores la perturbaban. Se lanzó hacia delante para volver a golpear.

Algo destelló en el aire.

Líneas azules que se movían rápidamente, el indicativo alomántico de trozos de metal cercanos. Vin apenas tuvo tiempo de librarse de su ataque cuando un puñado de monedas sorprendieron al inquisidor desde atrás y se incrustaron en su cuerpo por una docena de sitios diferentes.

La criatura gritó mientras giraba, expulsando gotas de sangre al tiempo que Elend aterrizaba en lo alto del promontorio. Su brillante uniforme blanco estaba manchado de ceniza y sangre; en cambio, tenía la cara limpia, los ojos brillantes. Llevaba un bastón de duelo en una mano y la otra la apoyaba en la tierra, ayudándole a equilibrarse tras su tirón de acero. Todavía tenía que pulir su alomancia física.

Sin embargo, era un nacido de la bruma, como Vin. Y ahora el inquisidor estaba herido. Los koloss se congregaban alrededor de la colina, arrastrándose hacia la cima, pero Vin y Elend aún tenían unos instantes. Ella se lanzó hacia delante, alzando el cuchillo, y Elend también atacó. El inquisidor trató de

controlarlos a ambos a la vez, con la sonrisa finalmente borrada de su rostro. Saltó para apartarse.

Elend lanzó una moneda al aire. Una pieza chispeante de cobre que giró a través de los copos de ceniza. El inquisidor lo vio y volvió a sonreír, previendo claramente el empujón de Elend. Asumió que su peso se transferiría a la moneda y luego golpearía el peso de Elend, ya que Elend también estaría empujando. Dos alomantes de peso casi similar, empujando el uno contra el otro. Saldrían proyectados hacia atrás: el inquisidor para atacar a Vin, Elend contra una pila de koloss.

Pero el inquisidor no previó la fuerza alomántica de Elend. ¿Cómo iba a hacerlo? Elend se tambaleó, el inquisidor fue derribado con un súbito y violento empujón.

¡Es tan poderoso!, pensó Vin, observando con sorpresa cómo se desplomaba el inquisidor. Elend no era un alomante corriente: puede que aún no hubiera aprendido el control perfecto, pero cuando avivaba sus metales y empujaba, lo hacía de verdad.

Vin se apresuró a atacar al inquisidor, que intentaba reorientarse. La criatura consiguió asirle el brazo mientras su cuchillo descendía, y su poderosa presa envió una oleada de dolor por la extremidad ya herida de Vin, que gritó cuando el inquisidor la arrojó a un lado.

Vin golpeó el suelo y rodó, luego se puso de nuevo en pie. El mundo giró, y de repente vio que Elend blandía su bastón de duelo contra el inquisidor. La criatura bloqueó el golpe con un brazo, quebrando la madera, y luego se lanzó hacia delante y descargó un codazo contra el pecho de Elend. El emperador gimió.

Vin empujó contra los koloss que ahora se hallaban a escasos metros de distancia, lanzándose de nuevo contra el inquisidor. Había soltado el cuchillo, pero también él había perdido sus hachas. Vio que miraba hacia un lado, hacia donde las armas habían caído, pero no le dio la oportunidad de ir a por ellas. Lo zancadilleó, tratando de volver a derribarlo. Por desgracia, la criatura era mucho más grande y mucho más fuerte que ella. La derribó allí mismo, dejándola sin aliento.

Los koloss los habían alcanzado. Pero Elend se había apoderado de una de las hachas caídas, y buscó al inquisidor.

El inquisidor se movió con súbita velocidad. Adoptó la forma de un borrón, y Elend solo golpeó el aire vacío. Luego se volvió, mostrando sorpresa en su rostro cuando el inquisidor arremetió empuñando no un hacha, sino,

extrañamente, un clavo de metal, como los que llevaba en su cuerpo, pero más finos y largos. La criatura alzó el clavo, moviéndose de forma inhumanamente veloz, más rápido de lo que ningún alomante podría haber conseguido.

Esa velocidad no la da el peltre, pensó Vin. *Ni tampoco el duraluminio*. Se puso en pie, observando al inquisidor. La extraña velocidad de la criatura se desvaneció, pero todavía estaba en situación de golpear directamente a Elend en la espalda con el clavo. Vin estaba demasiado lejos para ayudar.

Pero los koloss no. Remontaban la colina, a pocos pasos de Elend y su oponente. Desesperada, Vin avivó latón y se hizo con las emociones del koloss más cercano al inquisidor. Mientras este se disponía a atacar a Elend, el koloss giró, blandiendo su espada como una maza, y golpeó al inquisidor directamente en la cara.

No le separó la cabeza del cuerpo. Solo se la aplastó por completo. Al parecer, bastó con eso, pues el inquisidor se desplomó sin emitir un sonido y quedó inmóvil.

La sorpresa se apoderó del ejército de koloss.

—¡Elend! —gritó Vin—. ¡Ahora!

El emperador se volvió junto al inquisidor moribundo, y ella apreció la expresión concentrada en su rostro. En una ocasión, Vin había visto al lord Legislador influir en toda una plaza llena de gente con su alomancia emocional. Había sido más fuerte de lo que era ella, y mucho más que Kelsier.

No vio a Elend quemar duraluminio y luego latón, pero pudo sentirlo. Lo notó presionando en sus emociones cuando envió una oleada general de poder para aplacar a miles de koloss a la vez. Todos dejaron de luchar. A lo lejos, Vin distinguió los macilentos restos del ejército de campesinos de Elend, formando un exhausto círculo. La ceniza continuaba cayendo. Últimamente, rara vez cesaba.

Los koloss bajaron sus armas. Elend había vencido.

Esto es lo que en verdad le sucedió a Rashek, creo. Se esforzó demasiado. Trató de eliminar las brumas acercando el planeta al Sol, pero lo movió demasiado lejos y volvió el mundo demasiado caluroso para la gente que lo habitaba.

Los Montes de Ceniza fueron su solución. Había descubierto que empujar un planeta requería demasiada precisión, así que hizo en cambio que las montañas entraran en erupción y arrojaran al aire humo y ceniza. La atmósfera más densa hizo más frío el mundo y volvió rojo el Sol.

4



SAZED, EMBAJADOR JEFE DEL Nuevo Imperio, estudió la hoja de papel que tenía delante. *Los principios del pueblo caazzi,* decía. *Sobre la belleza de la mortalidad, la importancia de la muerte y la función vital del cuerpo humano como parte integrante del todo divino.*

Las palabras estaban escritas de su puño y letra, copiadas de una de sus mentecobres, donde había almacenado literalmente miles de libros. Bajo el encabezado, una lista de las creencias básicas de los caazzi y su religión llenaba casi toda la hoja con letra abarrotada.

Sazed se acomodó en su asiento, sujetando el papel, y repasó sus notas una vez más. Llevaba un día entero concentrado en esta religión, y quería tomar una decisión al respecto. Sabía mucho de la fe caazzi, porque la había estudiado, junto con todas las otras religiones previas a la Ascensión, durante la mayor parte de su vida. Estas religiones habían sido su pasión, el centro de toda su investigación.

Y entonces llegó el día en que se dio cuenta de que todo su conocimiento carecía de sentido.

La religión caazzi se contradice a sí misma, decidió, haciendo una anotación con su pluma en un margen del papel. *Explica que todas las criaturas son parte*

del «todo divino» e implica que cada cuerpo es una obra de arte creada por un espíritu que decide vivir en este mundo.

Sin embargo, uno de sus otros principios es que los malvados son castigados con cuerpos que no funcionan correctamente. Una doctrina repulsiva, en opinión de Sazed. Los que nacían con deficiencias mentales o físicas merecían compasión, quizá piedad, pero no desdén. Además, ¿qué ideal de la religión era el verdadero? ¿Que los espíritus elegían y diseñaban sus cuerpos según deseaban, o que eran castigados con los cuerpos escogidos para ellos? ¿Y qué había de la influencia del linaje sobre los rasgos de un niño y su temperamento?

Asintiendo para sus adentros, anotó al pie de la hoja de papel: *Lógicamente inconsistente. Obviamente incierto.*

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Brisa.

Sazed alzó la mirada. Brisa estaba sentado junto a una mesita, bebiendo vino y comiendo uvas. Como de costumbre, llevaba uno de sus trajes de noble: chaqueta oscura, un brillante chaleco rojo y un bastón de duelos con el que le gustaba gesticular mientras hablaba. Había recuperado casi todo el peso perdido durante el asedio de Luthadel y sus consecuencias, y podía ser razonablemente descrito de nuevo como «grueso».

Sazed bajó la mirada. Colocó la hoja con cuidado junto a otras muchas más dentro de su cartapacio, y luego cerró la tapa forrada de tela y ató los lazos.

—Nada importante, lord Brisa.

Brisa bebió su vino en silencio.

—¿Nada importante? Pues parece que te pasas el día entero con esos papeles tuyos. Cada vez que tienes un momento libre, sacas uno de ellos.

Sazed colocó el cartapacio junto a su silla. ¿Cómo explicarlo? Cada una de las hojas de aquella gruesa carpeta esbozaba una de las más de trescientas religiones distintas que los guardadores habían recopilado. Todas y cada una de esas religiones estaban muertas a todos los efectos, ya que el lord Legislador las había suprimido al principio de su reinado, unos mil años atrás.

Hacía un año que la amada de Sazed había muerto. Ahora, quería saber... no, *tenía* que saber, si las religiones del mundo disponían de respuestas para él. Descubriría la verdad, o eliminaría todas y cada una de aquellas creencias.

Brisa seguía mirándolo.

—Preferiría no hablar de ello, lord Brisa —dijo Sazed.

—Como deseas —respondió Brisa, alzando su copa—. Tal vez podrías usar tus poderes feruquínicos para escuchar la conversación mantenida en la habitación de al lado...

—No creo que fuera educado hacerlo.

Brisa sonrió:

—Mi querido terrisano, solo tú podrías conquistar una ciudad y preocuparte luego por no ser educado con el dictador al que amenazas.

Sazed bajó la mirada, sintiéndose levemente avergonzado. Pero no podía negar las observaciones de Brisa. Aunque ninguno de los dos había traído consigo un ejército a la ciudad de Lekal, en efecto habían venido a conquistar. Simplemente pretendían hacerlo con un papel en vez de con una espada.

Todo dependía de lo que estaba sucediendo en la habitación de al lado. ¿Firmaría el rey el tratado, o no? Todo lo que Brisa y Sazed podían hacer era esperar. Sazed ansiaba volver a sacar su cartapacio para examinar la siguiente religión del fajo. Había estado reflexionando sobre la religión caazzi durante más de un día, y ahora que había tomado una decisión, deseaba pasar a la página siguiente. En el último año, había revisado dos tercios de las religiones. Apenas quedaba un centenar, aunque la cifra se acercaba a las doscientas si tenía en cuenta las sectas secundarias y las unidades aisladas.

Andaba cerca. A lo largo de los próximos meses, podría repasar el resto de las religiones. Quería examinarlas todas con justicia. Sin duda, una de las restantes contendría la esencia de la verdad que estaba buscando. Sin duda, una de ellas le diría qué le había sucedido al espíritu de Tindwyl sin contradecirse a sí misma en media docena de puntos distintos.

Pero, por el momento, se sentía incómodo leyendo delante de Brisa. Por tanto, Sazed se obligó a permanecer sentado y esperar pacientemente.

La habitación donde se hallaban estaba decorada al estilo de la antigua nobleza imperial. Sazed no estaba acostumbrado a estas elegancias, ya no. Elend, por su parte, había vendido o quemado la mayor parte de sus lujosos muebles: su pueblo había necesitado comida y calefacción durante el invierno. Daba la impresión de que el rey Lekal no había hecho lo mismo, aunque tal vez se debiera a que aquí en el sur los inviernos eran menos duros.

Sazed miró por la ventana que había junto a su silla. La ciudad de Lekal no tenía un auténtico palacio: hasta hacía dos años, solo había sido un estado campestre. La mansión, sin embargo, sí que gozaba de una bella vista sobre la emergente ciudad, más un gran barrio de chabolas que una verdadera urbe.

Con todo, ese barrio de chabolas controlaba tierras que estaban peligrosamente dentro del perímetro defensivo de Elend. Necesitaban la seguridad de la fidelidad del rey Lekal. Por eso Elend había enviado un contingente (incluido Sazed, que era su embajador jefe) a asegurar la lealtad del rey. Ese hombre deliberaba con sus ayudantes en la habitación contigua, tratando de decidir si aceptar o no el tratado, que los convertiría en súbditos de Elend Venture.

Embajador jefe del Nuevo Imperio...

A Sazed no le hacía mucha gracia ese título, pues implicaba que en efecto era ciudadano del imperio. Su pueblo, el pueblo de Terris, había jurado no volver a llamar amo a ningún hombre. Habían pasado mil años de opresión, criados como animales y convertidos en sirvientes perfectos y dóciles. Solo con la caída del Imperio Final habían conseguido los terrisanos ser libres para gobernarse solos.

Hasta ahora, el pueblo de Terris no lo había hecho muy bien. Desde luego, no ayudaba el que los inquisidores de acero hubieran aniquilado a todo el consejo gobernante de Terris y dejaran al pueblo de Sazed sin dirección ni liderazgo.

En cierto modo, somos unos hipócritas, pensó. El lord Legislador era terrisano en secreto. Uno de los nuestros nos hizo esas horribles cosas. ¿Qué derecho tenemos a insistir en no llamar amo a ningún extranjero? No fue un extranjero el que destruyó nuestro pueblo, nuestra cultura y nuestra religión.

Y así, Sazed servía como embajador jefe de Elend Venture. Elend era un amigo, un hombre a quien Sazed respetaba como a pocos. En su opinión, ni siquiera el propio Superviviente poseía la fuerza de carácter de Elend Venture. El emperador no había intentado asumir la autoridad sobre el pueblo de Terris, ni siquiera después de haber aceptado a los refugiados en sus tierras. Sazed no estaba seguro de que su pueblo fuera libre, pero tenían una gran deuda con Elend Venture. Sazed serviría con gusto como embajador de ese hombre.

Aunque había otras cosas que Sazed consideraba que debería estar haciendo. Como liderar a su propio pueblo.

No, pensó Sazed, mirando su cartapacio. Un hombre sin fe no puede liderarlos. Antes debo hallar la verdad. Si es que existe tal cosa.

—Desde luego, están tardando bastante —dijo Brisa, mientras comía una uva—. Después de todo lo que hemos hablado para llegar a este punto, ya tendrían que saber si pretenden firmar el acuerdo o no.

Sazed se volvió hacia la puerta de elaborada talla que había al otro lado de la habitación. ¿Qué decidiría el rey Lekal? ¿Tenía realmente elección?

—¿Crees que hemos hecho lo adecuado, lord Brisa? —preguntó Sazed.

Brisa soltó un bufido.

—Que hayamos hecho lo adecuado o no es lo de menos. Si no hubiéramos venido a presionar al rey Lekal, otros lo habrían hecho. Todo se reduce a una necesidad estratégica básica. O así es como yo lo veo: tal vez soy más calculador que otros.

Sazed miró al hombretón. Brisa era un aplacador; en realidad, era el aplacador más descarado y atrevido que Sazed había conocido jamás. La mayoría de los aplacadores usaban sus poderes con discriminación y sutileza, empujando las emociones solo en los momentos más oportunos. Sin embargo, Brisa jugaba con las emociones de *todo el mundo*. De hecho, Sazed podía sentir el contacto del hombre en sus propios sentimientos ahora mismo, aunque solo porque sabía qué buscar.

—Si me disculpas la observación, lord Brisa, no me engañas tan fácilmente como crees.

Brisa alzó una ceja.

—Sé que eres un buen hombre —dijo Sazed—. Te esfuerzas mucho por ocultarlo. Haces grandes aspavientos por parecer cruel y egoísta. Sin embargo, para quienes observan lo que haces y no lo que dices, te vuelves cada vez más transparente.

Brisa frunció el ceño, y Sazed sintió un pellizco de placer por haber sorprendido al aplacador. Obviamente, no esperaba que Sazed fuera tan directo.

—Mi querido amigo —dijo Brisa, sorbiendo su vino—. Me decepcionas. ¿No hablabas de amabilidad? Pues no es *nada* amable revelar el oscuro e íntimo secreto de un viejo pesimista encallecido.

—¿Qué oscuro e íntimo secreto? —preguntó Sazed—. ¿Que eres buena persona?

—Es un atributo en mí que me he esforzado mucho por rechazar —confesó Brisa, restándole importancia—. Por desgracia, soy demasiado débil. Para cambiar por completo de tema, un tema que me resulta de lo más incómodo, volveré a tu anterior pregunta: ¿me preguntabas si habíamos hecho lo adecuado? ¿Lo adecuado en qué sentido? ¿Obligando al rey Lekal a convertirse en vasallo de Elend?

Sazed asintió.

—Bueno, entonces tendría que decir que sí, que hemos hecho lo adecuado. Nuestro tratado proporcionará a Lekal la protección de los ejércitos de Elend.

—A costa de su propia libertad para gobernar.

—¡Bah! —exclamó Brisa, agitando una mano—. Los dos sabemos que Elend es mucho mejor gobernante de lo que Lekal podría esperar ser jamás. ¡La mayoría de su gente vive en chabolas a medio terminar, por el amor del lord Legislador!

—Sí, pero debes admitir que lo hemos presionado.

—Así es la política. ¡Sazed, el sobrino de este hombre envió un ejército de koloss para destruir Luthadel! Tiene suerte de que Elend no viniera y arrasara toda la ciudad como desquite. Tenemos ejércitos más grandes, más recursos y mejores alomantes. Este pueblo estará mucho mejor cuando Lekal firme el tratado. ¿Qué pasa contigo, mi querido amigo? Discutiste todos estos puntos hace dos días en la mesa de negociación.

—Pido disculpas, lord Brisa —dijo Sazed—. Yo... parece que últimamente le llevo la contraria a todo el mundo.

Brisa no contestó de inmediato.

—Aún duele, ¿verdad? —preguntó después.

Este hombre es demasiado bueno comprendiendo las emociones de los demás, pensó Sazed.

—Sí —susurró.

—Se acabará —dijo Brisa—. Tarde o temprano.

¿*De verdad?* pensó Sazed, apartando la mirada. Había pasado un año. Y parecía... como si nada volviera a estar bien jamás. A veces, se preguntaba si su inmersión en las religiones era simplemente una forma de ocultar su dolor.

Si así era, había elegido una mala manera de lidiar con el dolor, pues siempre estaba esperándolo ahí. Había fallado. No, su *fe* le había fallado. Ya no le quedaba nada.

Todo. Todo perdido.

—Mira —dijo Brisa, atrayendo su atención—, es evidente que permanecer aquí sentados esperando a que Lekal se decida nos está poniendo nerviosos. ¿Por qué no charlamos de otra cosa? ¿Y si me hablas de una de esas religiones que has memorizado? ¡Hace meses que no intentas convertirmel!

—Dejé de llevar mis mentecobres hace casi un año, Brisa.

—Pero seguro que recuerdas un poquito —dijo Brisa—. ¿Por qué no intentas convertirmel? Ya sabes, por los viejos tiempos y todo eso.

—No lo creo, Brisa.

Aquello parecía una traición a su legado. Como guardador, como feruquimista de Terris, podía almacenar recuerdos dentro de piezas de cobre, y recuperarlos más tarde. Durante el Imperio Final, la raza de Sazed había sufrido mucho para recopilar sus enormes almacenes de información... y no solo sobre religiones. Habían reunido todos los fragmentos de información que pudieron encontrar sobre la época anterior al lord Legislador. Lo habían memorizado todo y se lo habían transmitido a otros, confiando en que su feruquimia les ayudaría a conservar la exactitud de los hechos.

Sin embargo, nunca habían encontrado lo que buscaban con más urgencia, lo que había iniciado su misión: la religión del pueblo de Terris. Había sido erradicada por el lord Legislador durante el primer siglo de su reinado.

Aun así, muchos habían sufrido, sangrado y muerto para que Sazed pudiera disponer de los extensos depósitos que había heredado. Y él ya no los llevaba encima. Tras recuperar sus notas sobre todas las religiones y anotarlas en las páginas que ahora llevaba en su cartapacio, había cogido todas y cada una de sus mentes de metal y las había guardado.

Y es que ya no parecían importar. En ocasiones, nada importaba. Trataba de no pensar mucho en ello. Pero la idea acechaba en su mente, terrible e imposible de ignorar. Se sentía manchado, indigno. Por lo que Sazed sabía, era el último feruquimista que quedaba con vida. Ahora no tenían recursos para investigar, pero en un año ningún guardador refugiado había llegado al dominio de Elend. Sazed era el único. Y, como todos los mayordomos de Terris, había sido castrado de niño. El poder hereditario de la feruquimia bien podría morir con él. Habría pequeños indicios del mismo en el pueblo de Terris, pero dados los esfuerzos del lord Legislador por borrarlos y las muertes del Sínodo... las cosas no pintaban bien.

Las mentes de metal seguían guardadas, lo acompañaban allá adonde él iba, pero nunca eran usadas. De hecho, dudaba que algún día volviera a recurrir a ellas.

—¿Y bien? —preguntó Brisa, levantándose y acercándose para apoyarse en la ventana junto a Sazed—. ¿No vas a hablarme de ninguna religión? ¿Cuál va a ser? ¿La religión en que la gente hacía mapas, tal vez? ¿La que veneraba las plantas? Seguro que tienes una que adoraba el vino. Esa podría venirme bien.

—Por favor, lord Brisa —rogó Sazed, contemplando la ciudad. Caía ceniza. Últimamente, siempre lo hacía—. No deseo hablar de estas cosas.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—Si hubiera un Dios, Brisa —dijo Sazed—, ¿crees que habría permitido que el lord Legislador matara a tanta gente? ¿Crees que habría permitido que el mundo fuera lo que es hoy? No te enseñaré, ni a ti ni a nadie, una religión que no pueda responder a mis preguntas. Nunca más.

Brisa guardó silencio.

Sazed se palpó el estómago. Los comentarios de Brisa le dolían. Le hacían recordar aquel terrible momento del año pasado, el momento en que Tindwyl murió. Cuando Sazed luchó contra Marsh en el Pozo de la Ascensión, y casi había muerto también él. A través de sus ropas, podía notar las cicatrices en el abdomen, donde Marsh le había golpeado con un puñado de anillos de metal, hasta perforarle la piel y casi acabar con su vida.

Había recurrido al poder feruquímico de aquellos mismos anillos para salvar la vida y sanar su cuerpo, absorbiéndolos. Sin embargo, poco después, cuando ya había recuperado algo de fuerza, hizo que un cirujano le extrajera los anillos del cuerpo. Pese a las protestas de Vin de que tenerlos dentro sería una ventaja, a Sazed le preocupaba que fuera malo para la salud llevarlos incrustados en su propia carne. Además, quería librarse de ellos.

Brisa se volvió para mirar por la ventana.

—Siempre fuiste el mejor de nosotros, Sazed —dijo en voz baja—. Porque creías en algo.

—Lo siento, lord Brisa. No pretendía decepcionarte.

—¡Oh!, no me decepcionas. Porque no me creo lo que acabas de decir. No has nacido para ser ateo, Sazed. Tengo la sensación de que no sirves para eso: no te cuadra. Tarde o temprano, te recuperarás.

Sazed se volvió desde la ventana. Se le consideraba descarado para ser terrisano, pero no deseaba seguir discutiendo.

—Nunca te he dado las gracias —dijo Brisa.

—¿Por qué, lord Brisa?

—Por ayudarme a recuperarme. Por obligarme a levantarme, hace ahora un año, y seguir adelante. Si no me hubieras ayudado, no sé si habría podido superar... lo que pasó.

Sazed asintió. Por dentro, sin embargo, sus pensamientos fueron más amargos. *Sí, viste destrucción y muerte, amigo mío. Pero la mujer a la que amas sigue viva. Yo podría recuperarme también, si no la hubiera perdido. Podría haberme recuperado, como tú hiciste.*

La puerta se abrió.

Sazed y Brisa se dieron la vuelta. Entró un asistente solitario, con una elaborada hoja de pergamo. El rey Lekal había firmado el tratado al pie. Su firma se veía pequeña, casi apretada, en el gran espacio permitido. Sabía que estaba derrotado.

El asistente depositó el tratado sobre la mesa, y luego se retiró.

Cada vez que Rashek trataba de arreglar las cosas, las empeoraba. Tuvo que cambiar las plantas del mundo para que pudieran sobrevivir en el nuevo y endurecido entorno. Sin embargo, ese cambio hizo que las plantas fueran menos nutritivas para la humanidad. De hecho, la ceniza que caía habría hecho enfermar a los hombres, haciéndoles toser como quienes pasaban demasiado tiempo en las minas bajo tierra. Por eso Rashek cambió también a la humanidad, alterándola para que pudiera sobrevivir.

5



ELEND SE ARRODILLÓ JUNTO AL inquisidor caído, tratando de ignorar el estropicio que quedaba de la cabeza de la criatura. Vin se acercó, y él advirtió la herida en su antebrazo. Como de costumbre, ella la ignoraba.

El ejército de koloss permanecía tranquilo en el campo de batalla. Elend seguía sintiéndose incómodo con la idea de controlar a las criaturas. Se sentía... sucio por asociarse con ellas. Pero era la única forma.

—Algo va mal, Elend —dijo Vin.

Él alzó la cabeza para mirarla.

—¿Qué? ¿Piensas que hay otro cerca?

Ella negó con la cabeza.

—No es eso. Ese inquisidor se movió demasiado rápido al final. Nunca he visto a ninguna persona, alomante o no, con ese tipo de velocidad.

—Debía de tener duraluminio —dijo Elend, bajando la cabeza. Durante un tiempo, Vin y él habían mantenido ventaja, pues tenían acceso a un metal alomántico que los inquisidores no conocían. Los informes indicaban ahora que esa ventaja había desaparecido.

Por fortuna, aún contaban con el electro. Había que dar las gracias al lord Legislador. El atium de los pobres. Por lo general, un alomante que quemaba atium, lo que le permitía entrever el futuro, era prácticamente invencible: solo otro alomante que quemara el metal podía combatirlo. A menos que tuviera

electro. El electro no concedía la misma invencibilidad que el atium, pero la inmunidad que ofrecía contra el atium no tenía precio.

—Elend —dijo Vin, arrodillándose—, no era duraluminio. El inquisidor se movía demasiado rápido incluso para eso.

Elend frunció el ceño. Había visto al inquisidor moverse solamente con el rabillo del ojo, pero seguro que no lo hacía *tan* rápido. Vin tenía tendencia a ser paranoica y asumir lo peor.

Claro que también tenía la costumbre de llevar la razón.

Vin extendió una mano, agarró la parte delantera de la túnica del cadáver y la arrancó. Elend se volvió.

—¡Vin! ¡Un respeto por los muertos!

—No siento ningún respeto por estas cosas —respondió ella—, ni lo sentiré nunca. ¿Viste cómo intentó usar uno de sus clavos para matarte?

—Eso sí que me extrañó. Tal vez no estuvo a tiempo de llegar a sus hachas.

—¡Aquí, mira!

Elend se volvió para mirar. El inquisidor tenía los clavos habituales: tres entre las costillas del lado derecho del pecho y cuatro en el izquierdo. No había ni rastro de ningún clavo de atium, por lo que quizás aquel inquisidor hubiera sido antes un nacido de la bruma. Pero... había otro clavo, uno que Elend no había visto antes en ningún cadáver de inquisidor, clavado directamente en el pecho de la criatura.

¡Lord Legislador!, pensó Elend. *Le atraviesa directamente el corazón. ¿Cómo sobrevivió?* Desde luego, si dos clavos en el cerebro no lo mataban, otro en el corazón tampoco lo haría.

Vin extendió la mano y arrancó el clavo. Elend dio un respingo. Ella lo alzó, frunciendo el ceño.

—Peltre —dijo.

—¿En serio? —preguntó Elend.

Ella asintió.

—Con este, son once clavos. Dos en los ojos y uno en cada hombro: todos de acero. Siete en las costillas: dos de acero, cuatro de bronce, uno de otro. Ahora este, de peltre... por no mencionar el que trató de usar contigo, que parece de acero.

Elend estudió el clavo que ella tenía en la mano. En la alomancia y la feruquimia, metales distintos hacían cosas distintas: imaginaba que, para los inquisidores, el tipo de metal empleado en los diversos clavos era igual de importante.

—Tal vez no utilizan alomancia, sino un... tercer poder.

—Tal vez —asintió Vin, agarrando el clavo y poniéndose en pie—. Habrá que abrirle el estómago y comprobar si tenía atium.

—Puede que este sí.

Siempre quemaban electro como precaución: hasta ahora, ninguno de los inquisidores con los que habían topado presentaba ni rastro de atium.

Vin negó con la cabeza y contempló el campo de batalla cubierto de ceniza.

—Estamos pasando algo por alto, Elend. Somos como niños, jugando a un juego que hemos visto jugar a nuestros padres sin conocer las reglas. Y... nuestro oponente fue quien creó el juego.

Elend rodeó el cadáver y se acercó a ella.

—Vin, ni siquiera sabemos qué hay ahí fuera. Lo que vimos hace un año en el Pozo... quizás se haya ido. Quizás desapareció, al verse libre. Quizás eso fuera todo lo que quería.

Vin lo miró. Él pudo leer en sus ojos que no lo creía. Tal vez viera que, en realidad, él tampoco lo creía.

—Aquello está ahí fuera, Elend —susurró—. Dirige a los inquisidores, sabe lo que estamos haciendo. Por eso los koloss se dirigen hacia las mismas ciudades que nosotros. Tiene poder sobre el mundo: puede cambiar el texto escrito, crear malentendidos y confusión. Conoce nuestros planes.

Elend le puso una mano en el hombro.

—Pero hoy lo hemos derrotado... y nos ha enviado este oportuno ejército de koloss.

—¿Y a cuántos humanos perdimos tratando de capturar a este ejército?

Elend no tuvo que responder. *Demasiados*. Su número menguaba. Las brumas (la Profundidad) se hacían más poderosas, robaban la vida de gente al azar, mataban las cosechas del resto. Los Dominios Exteriores eran tierras yermas: solo los más cercanos a la capital, Luthadel, recibían suficiente luz del día para cultivar alimentos. E incluso esa zona de habitabilidad se estaba reduciendo.

Esperanza, pensó Elend. *Ella necesita eso de mí, siempre lo ha necesitado*.

Vin no lo contradijo, pero era evidente que no estaba convencida. De todas formas, dejó que él la abrazara, cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho. Se alzaban en el campo de batalla ante su enemigo caído, pero incluso Elend tuvo que admitir que eso no le parecía una victoria. No con el mundo desplomándose a su alrededor.

¡Esperanza!, pensó de nuevo. Ahora pertenezco a la Iglesia del Superviviente. Solo tiene un mandamiento.

Sobrevivir.

—Dame uno de los koloss —dijo Vin por fin, soltándose del abrazo.

Elend liberó a una de las criaturas de tamaño medio, y dejó que Vin tomara control sobre ella. No comprendía del todo cómo lo hacían. En cuanto se hacía con el control de un koloss, podía ostentarlo de manera indefinida, estuviera dormido o despierto, quemara metales o no. Había muchas cosas que no comprendía de la alomancia. Solo llevaba un año utilizando sus poderes, y había tenido que gobernar un imperio y dar de comer a su pueblo al mismo tiempo, por no mencionar las guerras. Le había quedado poco tiempo para practicar.

Naturalmente, Vin tuvo menos tiempo aún para practicar antes de matar al lord Legislador. Vin, sin embargo, era un caso especial. Usaba la alomancia con la facilidad con que otros respiraban; no era tanto una habilidad como una extensión de su ser. Puede que Elend fuera poderoso, como Vin solía decir, pero ella era la auténtica maestra.

Su koloss se acercó y recogió al inquisidor caído y el clavo. Entonces, Elend y Vin bajaron la colina, seguidos por el sirviente koloss, y se dirigieron al ejército humano. Las tropas de koloss les abrieron paso siguiendo una orden de Elend, que reprimió un escalofrío mientras los controlaba.

Fatren, el hombre sucio que gobernaba la ciudad, había pensado en establecer un hospital de campaña, aunque Elend no confiaba mucho en las habilidades de un grupo de cirujanos skaa.

—¿Por qué se detuvieron? —preguntó Fatren, de pie ante sus hombres, mientras Vin y Elend se acercaban atravesando el campo manchado de ceniza.

—Te prometí un segundo ejército, lord Fatren —dijo Elend—. Pues aquí lo tienes.

—¿Los koloss?

Elend asintió.

—Pero si son el ejército que vino a destruirnos.

—Y ahora son nuestros —repuso Elend—. Tus hombres lo han hecho muy bien. Asegúrate de que comprendan que la victoria fue suya. Teníamos que forzar al inquisidor a dar la cara, y la única forma de conseguirlo era volviendo a su ejército contra sí mismo. Los koloss se asustan cuando ven que algo pequeño derrota a algo grande. Tus hombres lucharon con valentía: gracias a ellos, los koloss son nuestros.

Fatren se rascó la barbilla.

—¿Se asustaron de nosotros y por eso cambiaron de bando? —preguntó lentamente.

—Algo así —respondió Elend, contemplando a los soldados. Ordenó mentalmente a varios koloss que avanzaran—. Estas criaturas obedecerán las órdenes de los hombres de este grupo. Que lleven a vuestros heridos a la ciudad. Y asegúrate de que tus hombres no ataquen o castiguen a los koloss. Ahora son nuestros servidores, ¿entendido?

Fatren asintió.

—¡Vamos! —dijo Vin, la voz cargada de ansiedad mientras contemplaba la pequeña ciudad.

—Lord Fatren, ¿quieres venir con nosotros o quieres supervisar a tus hombres? —preguntó Elend.

Fatren entornó los ojos.

—¿Qué vais a hacer?

—Hay algo en tu ciudad que necesitamos.

Fatren vaciló solo un instante.

—Entonces iré.

Dio unas cuantas órdenes a sus hombres mientras Vin esperaba impaciente. Elend le dirigió una sonrisa, luego Fatren se unió a ellos y los tres se dirigieron a las puertas de Vetitan.

—Lord Fatren —dijo Elend mientras caminaban—, a partir de ahora debes dirigirte a mí como «mi señor».

Fatren dejó de estudiar nerviosamente a los koloss que los rodeaban.

—¿Comprendes? —dijo Elend, mirándolo a los ojos.

—¡Humm...! Sí, mi señor.

Elend asintió, y Fatren se retrasó un poco tras Vin y él, como mostrando una deferencia inconsciente. No parecía rebelde; por ahora, probablemente se alegraba de estar vivo. Quizá acabaría molesto con Elend por haber tomado el control de su ciudad, pero para entonces poco podría hacer al respecto. El pueblo de Fatren se acostumbraría a la seguridad de formar parte de un imperio superior, y las historias del misterioso dominio que Elend tenía de los koloss (y, por tanto, la salvación de la ciudad) serían demasiado poderosas. Fatren nunca más volvería a gobernar.

Así de fácil gobierno, pensó Elend. Hace solo dos años, cometí aún más errores que este hombre. Al menos, él consiguió mantener a su pueblo unido en época de crisis. Yo perdí mi trono, hasta que Vin lo reconquistó para mí.

—Me preocupas —dijo Vin—. ¿Tenías que empezar la batalla sin mí?

Elend volvió la cabeza. No había reproche en su voz. Solo preocupación.

—No estaba seguro de cuándo ibas a llegar... o si lo harías —contestó—.

La oportunidad era demasiado buena. Los koloss acababan de marchar durante un día entero. Probablemente matamos a quinientos antes de que decidieran empezar a atacar.

—¿Y el inquisidor? —preguntó Vin—. ¿De verdad creías que podrías enfrentarte a él tú solo?

—¿Y tú? —preguntó a su vez Elend—. Luchaste contra él unos buenos cinco minutos antes de que yo llegara para ayudarte.

Vin no recurrió al argumento de costumbre: que ella era con diferencia la nacida de la bruma más dotada. Simplemente, continuó caminando en silencio. Seguía preocupada por él, aunque ya no intentaba protegerlo de todo peligro. Tanto su preocupación como su disposición a dejarlo correr riesgos formaban parte de su amor hacia él. Y Elend apreciaba sinceramente ambas cosas.

Los dos trataban de estar juntos el mayor tiempo posible, pero eso no era siempre factible; como cuando Elend descubrió que un ejército de koloss marchaba hacia una ciudad indefendible mientras Vin estaba fuera dando órdenes a Penrod en Luthadel. Elend contaba con que ella regresara a su campamento a tiempo para averiguar adónde había ido, y luego viniera a ayudar, pero no había podido esperarla. No con miles de vidas en juego.

Miles de vidas... y más.

Por fin llegaron a las puertas. Una multitud de soldados que habían llegado tarde a la batalla o habían tenido demasiado miedo para atacar esperaban en lo alto de la muralla, mirando asombrados. Varios miles de koloss habían adelantado a los hombres de Elend y trataron de atacar la ciudad. Ahora permanecían inmóviles, siguiendo su silenciosa orden de aguardar fuera de la fortificación.

Los soldados abrieron las puertas, dejando pasar a Vin, Elend, Fatren y el servidor koloss de Vin. La mayoría miró a la criatura con recelo, como era lógico. Vin le ordenó que soltara al inquisidor muerto, y luego los siguiera mientras los tres recorrían la calle cubierta de ceniza. Ella tenía una filosofía: cuanta más gente viera a los koloss y se acostumbrara a las criaturas, mejor. Eso hacía que tuvieran menos miedo de las bestias, y facilitara combatirlas si hubiera que entrar en batalla con los koloss.

Pronto llegaron al edificio del Ministerio que Elend había inspeccionado al entrar en la ciudad. El koloss de Vin se adelantó y empezó a arrancar los tablones de las puertas.

—¿El edificio del Ministerio? —preguntó Fatren—. ¿De qué sirve? Ya lo hemos registrado.

Elend lo miró.

—Mi señor —dijo Fatren, demasiado tarde.

—Tiene que ver con la relación directa que guardaba el Ministerio de Acero con el lord Legislador —dijo Elend.

El koloss abrió la puerta de par en par. Al entrar, Elend quemó estaño, que amplió su visión para permitirle ver en la penumbra. Vin hizo obviamente lo mismo, así que tuvo pocos problemas para abrirse paso entre los tablones rotos y los muebles que cubrían el suelo. Al parecer, la gente de Fatren no solo había registrado el lugar: lo había saqueado.

—Pero ya no queda ningún obligador del ministerio en la ciudad, mi señor. Se marcharon con los nobles.

—Los obligadores se encargaban de algunos proyectos muy importantes, Fatren —dijo Elend—. Cosas como intentar descubrir cómo usar nuevos metales alománticos, o buscar linajes de sangre terrisana que pudieran reproducirse bien. Uno de sus proyectos nos interesa especialmente.

—¡Aquí! —llamó Vin, junto a algo que había en el suelo. Una trampilla oculta.

Fatren se volvió para mirar hacia la luz, deseando quizá haber traído algunos soldados consigo. Junto a la trampilla, Vin encendió una linterna que había encontrado en alguna parte. En la oscuridad de un sótano, ni siquiera el estaño proporcionaba buena visión. Vin abrió la trampilla, y todos bajaron una escalera que conducía a una bodega.

Elend llegó al centro del pequeño e intacto sótano y lo estudió mientras Vin empezaba a comprobar las paredes.

—Lo he encontrado —dijo Vin un segundo después, golpeando con el puño cierta porción de la pared de bloques de piedra. Elend se le acercó. En efecto, había una fina rendija en las piedras, apenas visible. Quemando acero, Elend pudo ver dos leves líneas azules que apuntaban a placas de metal ocultas tras la piedra. Dos líneas más fuertes apuntaban tras él hacia una gran placa de metal insertada en la pared, fijada a la piedra con enormes tornillos.

—¿Preparado? —preguntó Vin.

Elend asintió, avivando su hierro. Los dos tiraron de la placa enterrada en la pared de piedra, y se estabilizaron tirando también de las placas de la pared del fondo.

No era la primera vez que la previsión del Ministerio impresionaba a Elend. ¿Cómo podían haber sabido que algún día un grupo de skaa se apoderaría de la ciudad? Y sin embargo, aquella puerta no solo estaba oculta, sino que la habían creado para que solo alguien con alomancia pudiera abrirla. Elend continuó tirando en ambas direcciones a la vez, sintiendo como si estuvieran estirándole el cuerpo entre dos caballos. Afortunadamente, tenía el poder del peltre para reforzar su cuerpo e impedir que se desgarrara. Vin gemía del esfuerzo a su lado, y pronto una sección de la pared empezó a deslizarse hacia ellos. Ninguna palanca podría haber abierto la gruesa puerta, y atravesarla habría requerido un largo y arduo esfuerzo. Sin embargo, con la alomancia, abrieron la puerta en cuestión de instantes.

Finalmente, dejaron de tirar. Vin resopló agotada, y Elend advirtió que había sido más difícil para ella que para él. A veces, no se sentía justificado por tener más poder que ella: después de todo, hacía menos tiempo que era alomante.

Vin recogió su linterna, y entraron en la habitación ahora abierta. Era una cueva enorme, como las otras dos que Elend había visto. Se extendía en la distancia, y la luz de su linterna tan solo hacía una pequeña muesca en la negrura. Fatren jadeó asombrado cuando se reunió con ellos en la puerta. La habitación estaba llena de estantes. Cientos de ellos. Miles.

—¿Qué es esto? —preguntó Fatren.

—Comida —respondió Elend—. Y suministros básicos. Medicinas, ropa de abrigo, agua.

—¡Cuántas cosas! —dijo Fatren—. Aquí, a lo largo de...

—Ve a buscar más hombres —ordenó Elend—. Soldados. Los necesitaremos para vigilar la entrada, para impedir que la gente irrumpa y robe el contenido.

El rostro de Fatren se endureció.

—Este lugar pertenece a mi pueblo.

—Mi pueblo, Fatren —dijo Elend, al tiempo que observaba cómo Vin entraba en la sala llevando la luz consigo—. Ahora esta ciudad es mía, igual que su contenido.

—Has venido a robarnos —acusó Fatren—. Como los bandidos que intentaron tomar la ciudad el año pasado.

—No —dijo Elend, volviéndose hacia el hombre manchado de ceniza—. Yo he venido a conquistaros. Hay una diferencia.

—Pues yo no la veo.

Elend apretó los dientes para no replicar al hombre: la fatiga, el agotador efecto de dirigir un imperio que parecía condenado, lo ponía muchas veces al borde de la irritación. *No*, se dijo. *Hombres como Fatren no necesitan otro tirano. Necesitan a alguien en quien mirarse.*

Elend se acercó al hombre, y no quiso usar la alomancia emocional con él. Aplacar era efectivo en muchas situaciones, pero el efecto se desvanecía con rapidez. No constituía un método para hacer aliados permanentes.

—Lord Fatren —advirtió Elend—. Quiero que pienses con cuidado lo que acabas de decir. ¿Qué sucedería si yo te dejara aquí, con toda esta comida y toda esta riqueza? ¿Confías en que tu gente no entre por la fuerza, en que tus soldados no traten de vender parte de esto a otras ciudades? ¿Qué sucederá cuando se filtre el secreto de vuestro suministro de alimentos? ¿Daréis la bienvenida a los miles de refugiados que vendrán? ¿Los protegeréis, a ellos y a esta caverna, contra los saqueadores y bandidos que acudirán?

Fatren guardó silencio.

Elend le puso una mano en el hombro.

—Hablo en serio, lord Fatren. Tu gente ha luchado bien: estoy muy impresionado. Hoy su supervivencia te la deben a ti... a tu previsión, a tu adiestramiento. Hace unas cuantas horas, asumían que los koloss iban a masacrarte. Ahora no solo están a salvo, sino bajo la protección de un ejército mucho más grande.

»No luches contra esto. Habéis resistido bien, pero es hora de tener aliados. No te mentiré: voy a llevarte el contenido de esta cueva, te resistas o no. Sin embargo, yo pretendo daros la protección de mis ejércitos, la estabilidad de mis suministros de alimentos, y mi palabra de honor de que podrás continuar gobernando a tu pueblo bajo mis órdenes. Debemos trabajar juntos, lord Fatren. Es el único modo de sobrevivir a los próximos años.

Fatren alzó la cabeza.

—Tienes razón, por supuesto, a pesar de cuánto me gustaría lo contrario —dijo—. Voy a buscar a esos hombres que has pedido, mi señor.

—Gracias —respondió Elend—. Y, si tienes a alguien que sepa escribir, envíamelo. Tendremos que catalogar lo que hay aquí.

Fatren asintió, luego se marchó.

—Antes no podías hacer estas cosas —dijo Vin, desde un poco más adelante, y su voz resonó en la gran caverna.

—¿Qué cosas?

—Dar a un hombre órdenes con tanta fuerza. Arrebatarle el control. Tú habrías querido brindar a esa gente la posibilidad de votar para decidir si unirse a tu imperio o no.

Elend miró hacia la puerta. Guardó silencio un instante. No había empleado la alomancia emocional, y, sin embargo, sentía como si hubiera intimidado a Fatren.

—A veces me considero un fracasado, Vin. Tendría que haber otro modo.

—Ahora mismo, no lo hay —respondió Vin, se acercó a él y le puso una mano sobre el brazo—. Te necesitan, Elend. Sabes que te necesitan.

Él asintió.

—Lo sé. Pero no puedo evitar pensar que alguien mejor que yo habría encontrado la manera de hacer que la voluntad de la gente trabajara mano a mano con su gobierno.

—Tú lo hiciste —dijo ella—. Tu asamblea parlamentaria todavía gobierna en Luthadel, y los reinos que dominas mantienen derechos y privilegios básicos para los skaa.

—Compromisos —dijo Elend—. Solo conseguirán lo que quieran mientras yo no esté en desacuerdo con ellos.

—Con eso basta. Sé realista, Elend.

—Cuando mis amigos y yo nos reuníamos, era yo el que hablaba de sueños perfectos, de las grandes cosas que conseguiríamos. Yo era siempre el idealista.

—Los emperadores no se pueden permitir ese lujo —dijo Vin en voz baja.

Elend la miró, luego suspiró y se dio la vuelta.

VIN CONTEMPLÓ A ELEND A la fría luz de la linterna. Odiaba ver tanto pesar, tanta... desilusión en él. En cierto modo, sus problemas actuales parecían aún peores que las dudas con las que antaño debatía. Elend parecía verse a sí mismo como un fracasado a pesar de lo que había conseguido.

Y, sin embargo, no se permitía compadecerse de sí mismo en ese fracaso. Seguía adelante, trabajando a pesar de todo. Se había vuelto más duro. Aunque eso no era necesariamente malo. El antiguo Elend era un hombre a quien muchos ignoraban fácilmente: un genio que tenía ideas maravillosas, pero poca habilidad para el liderazgo. Con todo, ella echaba en falta algo de todo

aquellos. El sencillo idealismo. Elend seguía siendo un optimista, y seguía siendo un estudiioso, pero ambos atributos parecían atemperados por lo que había tenido que soportar.

Ella observó que se movía junto a uno de los estantes, pasando un dedo por el polvo. Alzó el dedo, se lo miró un instante y luego lo chasqueó, lanzando un pequeño estallido de polvo al aire. La barba lo hacía parecer más duro, como el comandante guerrero en que se había convertido. Un año de sólido entrenamiento con la alomancia y la espada había reforzado su cuerpo, y había mandado repasar sus uniformes para que le quedaran bien. El que ahora llevaba puesto seguía manchado de la batalla.

—Este lugar es sorprendente, ¿verdad? —señaló Elend.

Vin se volvió, contemplando la oscuridad de la caverna de almacenaje.

—Supongo.

—Él lo sabía, Vin —dijo Elend—. El lord Legislador. Sospechaba que llegaría este día, un día en que las brumas regresarían y el alimento escasearía. Por eso preparó estos depósitos de suministros.

Vin se reunió con Elend junto a un estante. Ella sabía por cavernas anteriores que la comida aún estaba buena, procesada en gran parte en una de las conserveras del lord Legislador, y que permanecería años en ese estado. La cantidad que había en esta cueva podría alimentar a la ciudad de arriba durante años. Por desgracia, Vin y Elend también tenían que preocuparse por otras ciudades.

—Imagina el esfuerzo que debe de haber requerido esto —dijo Elend, observando una lata de carne estofada que tenía en la mano—. Tuvo que rotar esta comida cada pocos años, haciendo empaquetar y almacenar constantemente nuevos suministros. Y lo hizo durante siglos, sin que nadie lo supiera.

Vin se encogió de hombros.

—No es tan difícil guardar secretos cuando eres un dios-emperador con unos sacerdotes fanáticos a tu servicio.

—Sí, pero el esfuerzo... su enorme magnitud... ¿Sabes lo que significa esto?

—¿Qué?

—El lord Legislador pensaba que podía ser derrotada. La Profundidad, esa cosa que liberamos. El lord Legislador pensaba que podía acabar triunfando.

Vin resopló.

—No tiene por qué significar eso, Elend.

—Entonces, ¿por qué molestarse con todo esto? Debía de pensar que la lucha no estaba perdida.

—La gente lucha, Elend. No se rinde ni la bestia moribunda, que hace cualquier cosa por sobrevivir.

—Pero tienes que admitir que estas cavernas son una buena señal —dijo Elend.

—¿Una buena señal? —preguntó Vin en voz baja, acercándose—. Elend, sé que intentas hallar esperanza en todo esto, pero últimamente a mí me cuesta ver buenas señales en ninguna parte. Reconoce ya que el sol se está oscureciendo. Es más rojo. Y más aún aquí abajo, en el sur.

—Lo cierto es que dudo que el sol haya cambiado —respondió Elend—. Será todo el humo y la ceniza del aire.

—Lo cual es otro problema —repuso Vin—. Las cenizas caen ahora de manera casi continua. La gente tiene problemas para limpiarla de las calles. Bloquea la luz, hace que todo sea más oscuro. Si las brumas no matan las cosechas de este año, lo harán las cenizas. Hace dos inviernos, cuando luchamos contra los koloss en Luthadel, fue la primera vez que vi nieve en el Dominio Central, y este último invierno ha sido aún peor. ¡No son cosas contra las que podamos luchar, Elend, poco importa lo grande que sea nuestro ejército!

—¿Y qué esperas que haga, Vin? —preguntó Elend, depositando de golpe la lata de comida en el estante—. Los koloss se congregan en los Dominios Exteriores. Si no construimos nuestras propias defensas, nuestro pueblo no durará lo suficiente para perecer de hambre.

Vin negó con la cabeza.

—Los ejércitos son una solución a corto plazo. Esto —dijo, abarcando la caverna con un gesto—, *esto* es una solución a corto plazo. ¿Qué hacemos aquí?

—Sobrevivir. Kelsier dijo...

—¡Kelsier está muerto, Elend! —replicó Vin—. ¿Soy la única que ve la ironía en todo esto? ¡Lo llamamos el Superviviente, cuando fue él quien no sobrevivió! Permitió convertirse en mártir. Se suicidó. ¿Qué forma de sobrevivir es esa?

Miró a Elend un momento, respirando de manera entrecortada. Él le devolvió la mirada, al parecer sin dejarse impresionar por su estallido.

Pero ¿qué estoy haciendo?, pensó Vin. Estaba pensando en lo mucho que admiraba la esperanza de Elend. ¿Por qué discuto con él ahora?

Sentían mucha tensión. Ambos.

—No tengo respuestas para ti, Vin —dijo Elend en la oscura caverna—. Ni siquiera soy capaz de comprender cómo podemos luchar contra algo como la bruma. Sin embargo, contra los ejércitos sí puedo hacer algo. O, al menos, estoy aprendiendo a hacerlo.

—Lo siento —dijo Vin, dándose la vuelta—. No pretendía volver a ponerme a discutir. Es que esto es tan frustrante...

—Estamos haciendo progresos —afirmó Elend—. Encontraremos la manera, Vin. Sobreviviremos.

—¿En verdad crees que lo lograremos? —preguntó Vin, volviéndose para mirarlo a los ojos.

—Sí.

Y ella le creyó. Elend tenía esperanza, siempre la tendría. En gran parte, por eso lo amaba tanto.

—Vamos —dijo Elend, posando una mano sobre su hombro—. Vamos a encontrar lo que hemos venido a buscar.

Vin se unió a él, dejando al koloss atrás, y ambos se internaron en las profundidades de la caverna mientras oían pasos en el exterior. Habían venido a este lugar por más de un motivo. La comida y los suministros, de los que parecía haber infinitos estantes, eran importantes. Sin embargo, había algo más.

En la pared del fondo de la caverna había una gran placa de metal. Vin leyó en voz alta las palabras que había inscritas en ella:

—«Este es el último metal del que os hablaré. Me cuesta decidir su propósito. En cierto modo, permite ver el pasado. Lo que podría haber sido una persona, y en quién podría haberse convertido, si hubiera tomado otras decisiones. Muy parecido al oro, pero para los demás. A estas alturas, las brumas habrán vuelto. Tan horribles y odiosas. Despreciadlas. No salgáis a ellas. Pretenden destruirnos a todos. Si hay problemas, sabed que podéis controlar a los koloss y los kandra usando a varias personas para empujar sus emociones a la vez. Incorporé esta debilidad en ellos. Guardad sabiamente el secreto.»

Deabajo había una lista de metales alománticos, uno de los cuales ya era conocido por Vin: la aleación de atium llamada malatium, el undécimo metal de Kelsier. Así que el lord Legislador lo conocía. Simplemente se había sentido tan aturdido como todos los demás respecto a su propósito.

Obviamente, la placa la había escrito el lord Legislador. O, al menos, había ordenado escribirla. También cada uno de los depósitos anteriores contenía información, escrita en acero. En Urteau, por ejemplo, Vin había descubierto el electro. En uno que hallaron en el este, encontraron una descripción del aluminio... aunque ya habían oido hablar de ese metal.

—No hay gran cosa nueva aquí —dijo Elend, algo decepcionado—. Ya sabíamos lo del malatium y el control de los koloss. Aunque nunca se me había ocurrido que varios aplacadores empujaran a la vez. Eso podría resultar útil.

—No importa —dijo Vin, señalando al otro lado de la placa—. Tenemos *eso*.

La otra mitad de la placa contenía un mapa, grabado en acero, como los mapas que habían encontrado en las otras tres cavernas de almacenaje. Describía el Imperio Final, dividido en dominios. Luthadel era un cuadrado en el centro. Una «X» al oeste marcaba lo que habían venido a buscar: la localización de la última caverna.

Al parecer, eran cinco. Habían descubierto la primera bajo Luthadel, cerca del Pozo de la Ascensión. Daba el emplazamiento de la segunda, al este. La tercera se encontraba en Urteau: Vin había podido colarse en ella, pero aún no habían logrado recuperar la comida. Esta los había traído aquí, al sur.

Cada mapa tenía dos números: un cinco y un número inferior. Luthadel era el número uno. Esta cueva era el número cuatro.

—Ahí está —dijo Vin, pasando los dedos por las inscripciones talladas en la placa—. En el Dominio Occidental, como suponías. ¿En algún lugar cerca de Chardees?

—En Ciudad Fadrex —dijo Elend.

—¿El hogar de Cett?

Elend asintió. Sabía bastante más geografía que ella.

—Entonces ese es el lugar —dijo Vin—. El lugar donde se encuentra.

Elend la miró a los ojos, y ella supo que la comprendía. Los depósitos se habían ido haciendo progresivamente más grandes y más valiosos. Cada uno tenía una especialización: el primero contenía armas además de sus otros suministros, mientras que el segundo contenía grandes cantidades de madera. A medida que investigaban un depósito tras otro, les había ido emocionando la perspectiva de lo que podría contener el último. Algo espectacular, sin duda. Quizá incluso...

El depósito de atium del lord Legislador.

Era el tesoro más valioso del Imperio Final. A pesar de años de búsqueda, nunca nadie lo había localizado. Algunos decían que ni siquiera existía. Pero Vin intuía que sí. Después de controlar durante mil años la única mina que producía el rarísimo metal, el lord Legislador había permitido que solo una pequeña porción de atium entrara en la economía. Nadie sabía lo que había hecho con la porción más grande que había reservado para sí durante todos estos siglos.

—No te emociones demasiado —advirtió Elend—. No hay ninguna prueba de que vayamos a encontrar atium en esa última caverna.

—Tiene que estar allí —dijo Vin—. Es lógico. ¿Dónde, si no, almacenaría su atium el lord Legislador?

—Si pudiera contestarte a eso, ya lo habríamos encontrado.

Vin sacudió la cabeza:

—Lo ocultó en algún lugar seguro donde, a la larga, pudiera ser encontrado. Dejó esos mapas como pistas para sus seguidores, por si él llegaba a ser derrotado. No quería que un enemigo que capturara una de las cavernas las encontrara todas en el acto.

Una cadena de pistas conducía hasta el último depósito. El más importante. Tenía sentido. *Tenía* que tenerlo. Elend no parecía convencido. Se frotó la barba, estudiando la placa a la luz de la linterna.

—Aunque lo encontremos —dijo—, no sé si será de gran ayuda. ¿De qué nos sirve ahora el dinero?

—Es más que dinero —contestó ella—. Es poder. Un arma que podemos usar para luchar.

Vin había quemado lo último que les quedaba de atium un año antes, y nunca había llegado a acostumbrarse a lo desprotegida que se sentía sin él. El electro paliaba un poco ese miedo, pero no del todo.

—¿Luchar contra las brumas? —preguntó él.

Vin titubeó.

—Tal vez no —respondió por fin—. Pero sí contra los koloss y otros ejércitos. Con ese atium, tu imperio se afianzará... Además, el atium es parte de todo esto, Elend. Solo es valioso por la alomancia... pero la alomancia no existía hasta la Ascensión.

—Otra pregunta sin respuesta —dijo Elend—. ¿Por qué esa pepita de metal que ingerí me convirtió en un nacido de la bruma? ¿De dónde salió? ¿Por qué estaba en el Pozo de la Ascensión, y quién la colocó allí? ¿Por qué solo quedaba una, y qué les sucedió a las otras?

—Es posible que encontremos la respuesta cuando tomemos Fadrex —aventuró Vin.

Elend asintió. Vin se dio cuenta de que él consideraba la información contenida en los depósitos el motivo más importante para buscarlos, seguido de cerca por los suministros. Para él, la posibilidad de encontrar atium era relativamente poco importante. Vin no sabía decir por qué le parecía que estaba tan equivocado al respecto. El atium sí que era importante. Lo sabía. Su anterior desesperación se fue atenuando al contemplar el mapa. Tenían que ir a Fadrex. Lo sabía.

Allí estaban las respuestas.

—Tomar Fadrex no será fácil —observó Elend—. Los enemigos de Cett se han atrincherado allí firmemente. He oído decir que un antiguo obligador del ministerio está al mando.

—El atium merecerá la pena.

—Si es que está allí.

Vin lo miró con dureza.

Elend alzó una mano.

—Solo intento hacer lo que me dijiste, Vin. Intento ser realista. Sin embargo, estoy de acuerdo en que Fadrex merecerá el esfuerzo. Aunque el atium no esté allí, necesitamos todos los suministros que haya en ese depósito. Tenemos que saber qué nos dejó el lord Legislador.

Sonaron voces al otro extremo de la caverna y Elend se dio la vuelta.

—Debería hablar con ellos —dijo—. Tenemos que organizar las cosas con rapidez.

—¿Les has dicho ya que vamos a tener que trasladarlos a Luthadel?

Elend negó con la cabeza.

—No les gustará —dijo—. Se están volviendo independientes, como siempre deseé.

—Hay que hacerlo, Elend —dijo Vin—. Esta ciudad está muy lejos de nuestro perímetro defensivo. Además, no tienen más que unas cuantas horas de luz sin brumas. Sus cosechas están condenadas ya.

Elend asintió, pero continuó contemplando la oscuridad.

—Vengo, tomo el control de su ciudad, me apodero de su tesoro y luego los obligo a abandonar sus hogares. Y de aquí vamos a Fadrex a conquistar otra ciudad.

—Elend...

Él alzó una mano.

—Lo sé, Vin. Hay que hacerlo.

Se volvió, dejó la linterna y caminó hacia la puerta. Al hacerlo, su postura se enderezó y su rostro se volvió más firme.

Vin se volvió hacia la placa y leyó de nuevo las palabras del lord Legislador. En una placa distinta, muy parecida a esta, Sazed había encontrado las palabras de Kwaan, el terrisano muerto hacía tanto tiempo y que había cambiado el mundo al decir que había encontrado al Héroe de las Eras. Kwaan había dejado sus palabras como confesión de sus errores, advertía que una especie de fuerza trataba de cambiar las historias y religiones de la humanidad. Le preocupaba que esa fuerza estuviera alterando la religión de Terris para hacer que un «Héroe» se dirigiera al norte y la liberara.

Eso era exactamente lo que había hecho Vin. Se había considerado una heroína, y había liberado al enemigo... mientras pensaba que sacrificaba sus propias necesidades por el bien del mundo.

Pasó los dedos por la gran placa.

¡Tenemos que hacer algo más que librarnos!, pensó, furiosa con el lord Legislador. *Si tanto sabías, ¿por qué no nos dejaste algo más que esto? ¿Unos cuantos mapas en salones dispersos llenos de suministros? ¿Un par de párrafos sobre metales que apenas tienen ninguna utilidad? ¿De qué sirve una cueva llena de comida cuando hay que alimentar a un imperio entero?*

Vin vaciló. Sus dedos, mucho más sensibles por el estano que quemaba para mantener la visión en la oscura caverna, rozaron las muescas en la superficie de la placa. Se arrodilló para mirar de cerca y halló una pequeña inscripción tallada en la parte inferior, con letras mucho más pequeñas que las de arriba.

Cuidado con lo que hablas, decía. Puede escuchar lo que dices. Puede leer lo que escribes. Solo tus pensamientos están a salvo.

Vin se estremeció.

Solo tus pensamientos están a salvo.

¿Qué había aprendido el lord Legislador en sus momentos de trascendencia? ¿Qué cosas había guardado eternamente en su mente, sin anotarlas por miedo a revelar su conocimiento, esperando siempre ser él quien tomara el poder cuando este volviera? ¿Habría planeado usar ese poder para destruir lo que Vin había liberado?

Os habéis condenado... Las últimas palabras del lord Legislador, pronunciadas justo antes de que Vin le atravesara el corazón con la lanza. Lo sabía. Incluso entonces, antes de que las brumas empezaran a venir durante el

día, antes de que ella empezara a oír los extraños golpes que la condujeron al Pozo de la Ascensión... incluso entonces, se preocupaba.

Cuidado con lo que hablas... solo tus pensamientos están a salvo.

Tengo que resolver esto. Tengo que conectar lo que tenemos, encontrar un modo de derrotar, o burlar, a esa cosa que he liberado.

Y no puedo hablarlo con nadie, o sabrá lo que planeo.

Rashek pronto encontró un equilibrio en los cambios, lo cual fue una suerte, pues su poder se consumió muy rápidamente. Aunque le parecía inmenso, en realidad no era más que una diminuta fracción de algo mucho más grande.

Naturalmente, acabó llamándose a sí mismo la «Lasca del Infinito» de su religión. Tal vez comprendía más de lo que le reconozco.

Sea como fuere, tuvimos que agradecerle un mundo sin flores, en el que las plantas crecían marrones en vez de verdes y la gente sobrevivía en un entorno donde la ceniza caía del cielo de manera continuada.

6



ESTOY DEMASIADO DÉBIL, pensó Marsh.

La lucidez le llegó de repente, como solía ocurrir cuando Ruina no lo vigilaba con demasiada atención. Era como despertar de una pesadilla, plenamente consciente de lo que había estado sucediendo en el sueño, pero confuso en cuanto a la lógica de sus acciones.

Siguió caminando por el campamento de koloss. Ruina lo controlaba, como siempre. Sin embargo, no presionaba su mente lo suficiente cuando no se concentraba en él: a veces, los pensamientos propios de Marsh resurgían.

No puedo combatirlo, pensó. Ruina no podía leer sus pensamientos, de eso estaba bastante seguro. Y, sin embargo, Marsh no podía luchar ni debatirse de ninguna forma. Cuando lo hacía, Ruina recuperaba inmediatamente el control. Se lo había demostrado a Marsh una docena de veces. En ocasiones conseguía mover un dedo, quizás dar medio paso, pero eso era todo cuanto podía conseguir.

Deprimente. No obstante, Marsh siempre se había considerado un hombre práctico, y se obligaba a reconocer la verdad: jamás ostentaría suficiente control sobre su cuerpo para suicidarse.

Llovía ceniza mientras atravesaba el campamento. ¿Nunca escampaba? Casi deseó que Ruina jamás perdiera el control de su mente. Cuando su mente era suya, Marsh solo veía dolor y destrucción. Sin embargo, cuando Ruina lo controlaba, las cenizas que caían eran bellas; el sol rojo, un triunfo maravilloso; el mundo, un lugar de dulzura en la muerte.

Locura, pensó Marsh, acercándose al centro del campamento. *Tengo que volverme loco. Así no tendré que hacer frente a todo esto.*

Otros inquisidores se reunieron con él en el centro del campamento, caminando con silenciosos roces de túnica. No hablaban. Nunca hablaban: Ruina los controlaba a todos, así que ¿por qué molestarse en mantener una conversación? Los hermanos de Marsh tenían los clavos normales en la cabeza, hundidos en el cráneo. Sin embargo, también podía advertir signos delatores de los nuevos clavos, que sobresalían de sus pechos y espaldas. Marsh había colocado muchos de ellos, al matar a los terrisanos capturados en el norte o localizados por todo el territorio.

El propio Marsh llevaba un nuevo conjunto de clavos, algunos entre las costillas, otros atravesándole el pecho. Eran algo maravilloso. No comprendía por qué, pero le entusiasmaban. Los clavos habían sido imbuidos con la muerte, y eso era muy agradable... aunque aún había más. De alguna manera, sabía que los inquisidores estaban incompletos, que el lord Legislador había retenido algunas habilidades para que dependieran más de él. Para asegurarse de que no pudieran amenazarlo. Pero, ahora, lo que él había retenido les había sido devuelto.

Qué mundo más hermoso, pensó Marsh mientras contemplaba la ceniza al caer, sintiendo los suaves y reconfortantes copos sobre su piel.

Hablo de «nosotros». El grupo. Los que intentábamos descubrir y derrotar a Ruina. Tal vez mis pensamientos estén ahora confusos, pero me gusta mirar atrás y ver la suma de lo que hicimos como un único ataque coordinado, aunque todos estuvierámos implicados en distintos planes y procesos.

Éramos uno. Eso no impidió que el mundo terminara, pero tampoco fue necesariamente negativo.

7



LE DIERON HUESOS.

TenSoon fluyó en torno a ellos, disolvió músculos y luego los transformó en órganos, tendones y piel. Creó un cuerpo a partir de los huesos, usando habilidades adquiridas tras siglos de comer y digerir humanos. Solo cadáveres, por supuesto: nunca había matado a ningún hombre. El Contrato prohibía esas cosas.

Después de un año en este pozo que lo aprisionaba, sentía como si hubiera olvidado cómo usar un cuerpo. ¿Cómo era tocar el mundo con dedos rígidos, en vez de con un cuerpo que fluía contra los confines de la piedra? ¿Cómo era saborear y oler solo con la lengua y la nariz, en vez de con cada trozo de piel expuesto al aire? ¿Cómo era...?

Ver. Abrió los ojos y jadeó, inhalando el primer aliento en los pulmones rehechos y plenos. El mundo era un compuesto de maravilla y de... luz. Había olvidado eso, durante los meses de cercanía a la locura. Se puso de rodillas, se miró los brazos. Entonces los alzó y se palpó la cara con una mano vacilante.

Su cuerpo no era el de ninguna persona en concreto: habría necesitado un modelo para crear la réplica. Había cubierto los huesos con músculos y piel lo mejor que pudo. Era lo bastante viejo para saber que había creado una aproximación razonable de un humano. Los rasgos no serían atractivos; puede que incluso fueran un poco grotescos. Sin embargo, eso bastaba por el momento. Se sentía... otra vez real.

Todavía apoyado en manos y rodillas, alzó la mirada hacia su captor. La caverna estaba solamente iluminada por una piedra brillante: una roca grande y porosa colocada sobre una gruesa columna. Los hongos azulinos que crecían en la roca ofrecían brillo suficiente para poder ver, sobre todo si uno había desarrollado ojos específicos para ver bien con aquella tenue luz azul.

TenSoon conocía a su captor. Conocía a la mayoría de los kandra, al menos hasta la Sexta y Séptima Generaciones. El nombre de este kandra era VarSell. En su tierra natal, VarSell no llevaba los huesos de ningún animal o humano, sino que usaba un Cuerpo Verdadero: un conjunto de huesos falsos con forma humana, creado por artesanos kandra. El Cuerpo Verdadero de VarSell era de cuarzo, y su piel, transparente, lo que permitía que la piedra chispeara levemente a la luz de los hongos mientras examinaba a TenSoon.

Hice mi cuerpo opaco, advirtió TenSoon. *Como el de un humano, con piel morena para oscurecer los músculos de debajo.* ¿Por qué estas cosas le salían de manera tan natural? Antes maldecía los años pasados entre humanos, usando sus huesos en vez de un Cuerpo Verdadero. Tal vez hubiera caído en esa antigua costumbre porque sus captores no le habían proporcionado un Cuerpo Verdadero. Huesos humanos. Prácticamente, un insulto.

TenSoon se levantó.

—¿Qué? —preguntó al observar la mirada inquisidora en los ojos de VarSell.

—Elegí al azar un conjunto de huesos del almacén —dijo VarSell—. Resulta irónico que te diera un conjunto de huesos al que tú habías contribuido originalmente.

TenSoon frunció el ceño. ¿Qué?

Y entonces estableció la conexión. El cuerpo que TenSoon había creado alrededor de los huesos debía de parecer convincente... como el original al que estos habían pertenecido. VarSell asumía que TenSoon había sido capaz de crear una aproximación tan realista porque había digerido antes el cadáver del humano, y por tanto sabía crear su cuerpo con acierto alrededor de los huesos.

TenSoon sonrió.

—Nunca he llevado estos huesos.

VarSell lo miró detenidamente. Pertenecía a la Quinta Generación: dos siglos más joven que TenSoon. De hecho, incluso entre los de la Tercera Generación, con unas pocas excepciones como Paalm, a quien el Padre enviaba constantemente en misiones personales, pocos kandra tenían tanta experiencia con el mundo exterior como TenSoon.

—Entiendo —dijo VarSell finalmente.

TenSoon se dio la vuelta y examinó la pequeña cámara. Había tres miembros más de la Quinta Generación observándolo desde la puerta. Como VarSell, pocos llevaban ropa, y quienes lo hacían usaban solo túnicas abiertas por delante. Los kandra solían llevar poca ropa cuando estaban en la tierra natal, ya que eso les permitía mostrar mejor sus Cuerpos Verdaderos.

TenSoon vio dos brillantes varas de metal introducidas en los claros músculos de cada uno de los Quintos; los tres tenían la Bendición de la Potencia. La Segunda Generación no quería correr el riesgo de que él huyera. Ese era otro insulto. TenSoon había venido voluntariamente a su destino.

—¿Y bien? —preguntó TenSoon, volviéndose hacia VarSell—. ¿Nos vamos?

VarSell miró a uno de sus compañeros.

—Esperábamos que formar el cuerpo te llevaría más tiempo.

TenSoon soltó un bufido.

—La Segunda Generación carece de práctica. Asumen que, como ellos tardan muchas horas en crear un cuerpo, los demás necesitamos la misma cantidad de tiempo.

—Son la generación de tus mayores —dijo VarSell—. Deberías mostrarles respeto.

—La Segunda Generación lleva siglos recluida en estas cavernas —respondió TenSoon—, enviando al resto de nosotros a cumplir Contratos mientras ellos dan rienda suelta a su pereza. Los superé en esta habilidad hace mucho tiempo.

VarSell siseó, y, por un instante, TenSoon pensó que el kandra más joven iba a darle un bofetón. VarSell se contuvo, a duras penas, para diversión de TenSoon. Después de todo, como miembro de la Tercera Generación, TenSoon estaba por encima de él, igual que los Segundos lo estaban de TenSoon.

Sin embargo, los Terceros eran un caso especial. Siempre lo habían sido. Por eso los Segundos los mantenían tan apartados de los Contratos: no interesaba tener a sus subordinados inmediatos presentes en todo momento, molestando su perfecta utopía kandra.

—¡Vamos, pues! —decidió VarSell por fin, e hizo un gesto con la cabeza a dos de sus guardias para que abrieran paso. El otro se unió a VarSell, caminando detrás de TenSoon. Como VarSell, los tres tenían Cuerpos Verdaderos formados con piedra, tan populares entre la Quinta Generación, que disponía de poco tiempo para encargar y usar lujosos Cuerpos

Verdaderos. Eran los cachorritos mimados de los Segundos, y tendían a pasar más tiempo que la mayoría en la Tierra Natal.

A TenSoon no le habían dado ropa. Por eso, mientras caminaban, disolvió sus genitales y reformó una entrepierna lisa, común entre los kandra. Trató de caminar con orgullo y confianza, pero sabía que su cuerpo no parecería muy intimidatorio. Estaba demacrado: había perdido mucha masa durante su encarcelamiento y, debido al ácido, no había podido formar músculos muy grandes.

El liso túnel de roca probablemente fuera en tiempos una formación natural; pero, con el paso de los siglos, las generaciones más jóvenes habían sido usadas durante la infancia para alisar la piedra con sus jugos digestivos. TenSoon no vio a muchos otros kandra. VarSell se mantuvo en pasadizos secundarios, pues obviamente no quería llamar demasiado la atención.

He estado fuera mucho tiempo, pensó TenSoon. *La Undécima Generación ya debe de haber sido elegida. Sigo sin conocer a la mayor parte de la Octava, no digamos ya de la Novena o la Décima.*

Empezaba a sospechar que no habría una Duodécima Generación. Y, aunque la hubiera, las cosas no continuarían como hasta ahora. El Padre estaba muerto. ¿Qué sería, entonces, del Primer Contrato? Su pueblo había pasado diez siglos esclavizado por la humanidad, cumpliendo los Contratos con la intención de mantenerse a salvo. La mayoría de los kandra odiaban a los hombres por su situación. Hasta hacía poco, TenSoon era uno de ellos.

Es irónico, pensó. *Aunque llevamos Cuerpos Verdaderos, los llevamos al modo de los humanos. Dos brazos, dos piernas, incluso rostros formados al estilo humanoide.*

A veces, se preguntaba si los nonacidos (las criaturas que los humanos llamaban «espectros de la bruma») eran más sinceros que sus hermanos los kandra. Los espectros de la bruma formaban cuerpos a sus anchas, conectando huesos de formas extrañas, haciendo diseños casi artísticos a partir de huesos humanos y animales. En cambio, los kandra creaban cuerpos que parecían humanos. Aunque maldecían a la humanidad por esclavizarlos.

¡Qué pueblo más extraño! Pero era su pueblo, y lo había traicionado.

Ahora debo convencer a la Primera Generación de que hice bien traicionándolos. No por mí. Por ellos. Por todos nosotros.

Atravesaron pasillos y cámaras, hasta llegar a secciones de la Tierra Natal que a TenSoon le resultaron más familiares. Pronto se dio cuenta de que su

destino era el Cubil de la Confianza. Expondría su defensa en el lugar más sagrado de su pueblo. Tendría que habérselo imaginado.

Un año de tortuosa prisión le había ganado un juicio ante la Primera Generación. Había tenido un año para pensar lo que iba a decir. Y, si fracasaba, tendría una eternidad para pensar en lo que había hecho mal.

Es demasiado fácil caracterizar a Ruina simplemente como una fuerza destructiva. Considerémosla mejor una decadencia inteligente. No solo caos, sino una fuerza que buscó de forma racional (y peligrosa) reducirlo todo a su forma más básica.

Ruina lo planeaba todo con cuidado, sabiendo que, si construía una cosa, podría usarla para derribar otras dos. La naturaleza del mundo es tal que, cuando creamos algo, a menudo destruimos otra cosa en el proceso.

8



EL PRIMER DÍA FUERA DE Vetitan, Vin y Elend asesinaron a cien aldeanos. Al menos, Vin tenía esa sensación.

Estaba sentada en un tocón podrido en el centro del campamento, contemplando cómo el sol se acercaba al lejano horizonte, sabiendo lo que iba a suceder. La ceniza caía en silencio a su alrededor. Y aparecieron las brumas.

Una vez, no hacía mucho tiempo, las brumas solo venían de noche. Durante el año que siguió a la muerte del lord Legislador, eso cambió. Como si mil años de confinamiento en la oscuridad hubieran alterado a las brumas.

Y así, habían empezado a venir durante el día. A veces, venían en grandes oleadas: salían de ninguna parte y desaparecían con la misma rapidez. No obstante, lo más normal era que aparecieran en el aire como un millar de fantasmas, retorciéndose y creciendo juntas. Tentáculos de bruma brotaban como enredaderas en el cielo. Cada día se retiraban un poco más tarde, y cada día aparecían un poco más temprano por la noche. Pronto, quizás antes de que terminara el año, cubrirían la tierra de manera permanente. Y esto suponía un problema, pues desde la noche en que Vin se hizo con el poder del Pozo de la Ascensión, las brumas mataban gente a lo largo y ancho del imperio.

Elend no había querido dar crédito a las historias de Sazed más de un año atrás, cuando el terrisano llegó a Luthadel con horribles informes de aldeanos

aterrados y brumas que mataban. También Vin creía que Sazed se equivocaba. Una parte de ella deseaba seguir viviendo engañada mientras contemplaba a los aldeanos, que esperaban agrupados en la amplia llanura, rodeados de soldados y koloss.

Las brumas sembraron la muerte a su llegada. Aunque dejaron a la mayoría de la gente en paz, eligieron a algunos al azar y les provocaron temblores. Los elegidos cayeron al suelo, víctimas de un ataque, mientras sus amigos y familiares los observaban sorprendidos y horrorizados.

El horror seguía siendo la reacción de Vin. Horror y frustración. Kelsier le había prometido que las brumas eran un aliado, que la protegerían y le darían poder. Ella creyó que eso era cierto hasta que las brumas empezaron a parecerle extrañas, como si ocultaran espectros sombríos y aviesas intenciones.

—Os odio —susurró, mientras las brumas continuaban su horrible trabajo. Era como ver que un ser querido escoge a desconocidos entre una multitud y, uno a uno, les va abriendo la garganta. No había nada que ella pudiera hacer. Los estudiosos de Elend lo habían intentado todo: capuchas para impedir que se inspiraran, esperar a salir hasta que las brumas se hubieran asentado, meter a la gente a cubierto en el preciso instante en que empezara a temblar. Por algún motivo los animales eran inmunes, pero todos los humanos eran potencialmente vulnerables. Si uno salía cuando había bruma, se arriesgaba a morir, y nada podía impedirlo.

Aquello pronto terminó. Las brumas produjeron ataques a menos de una de cada seis personas, y solo murió una pequeña fracción de estas. Además, solo había que arriesgarse a estas nuevas brumas una vez: un riesgo, y eras inmune. La mayoría de los que caían enfermos se recuperaban, pero eso no sirvió de mucho consuelo a las familias de los que morían.

Vin permaneció sentada en su tocón, contemplando las brumas todavía iluminadas por el sol poniente. Irónicamente, le resultaba más difícil ver que si hubiera oscurecido. No podía quemar mucho estaño, para que la luz del sol no la cegara... pero, sin él, no podía traspasar las brumas.

Esa escena le recordó por qué antes temía a las brumas. Su visibilidad se reducía apenas a tres metros, y podía ver poco más que sombras. Figuras amorfas corrían a un lado y a otro, llamándola a gritos. Siluetas arrodilladas o de pie, aterrorizadas. El sonido era algo traicionero que resonaba contra objetos invisibles, y los gritos procedían de lugares espirituales.

Vin permaneció sentada entre ellos, la ceniza cayéndole alrededor como lágrimas quemadas, e inclinó la cabeza.

—¡Lord Fatren! —llamó la voz de Elend, haciendo que Vin alzara la cabeza. Antes, su voz no contenía tanta autoridad. Parecía que hubiera pasado mucho tiempo.

Elend surgió de las brumas enfundado en su segundo uniforme blanco, el que todavía estaba inmaculado, con el rostro endurecido contra las bajas. Vin notó su toque alomántico en quienes lo rodeaban mientras se acercaba: su poder aplacador hacía que el dolor de la gente fuera menos agudo, pero no presionaba tanto como podría haberlo hecho. Vin sabía que a Elend no le parecía bien eliminar todo el pesar de una persona por la muerte de un ser querido.

—¡Mi señor! —oyó decir a Fatren, y lo vio acercarse—. ¡Esto es un desastre!

—Parece peor de lo que en verdad es, lord Fatren —dijo Elend—. Como te expliqué, la mayoría de los que han caído se recuperarán.

Fatren se detuvo junto al tocón de Vin. Entonces se volvió y contempló las brumas, escuchando los sollozos y el dolor de su pueblo.

—No puedo creer que hayamos hecho esto. No puedo... No puedo creer que me convencieras para hacerlos salir a las brumas.

—Había que inocular a tu pueblo, lord Fatren —dijo Elend.

Era cierto. No tenían tiendas para todos, y eso solo dejaba dos opciones. Dejarlos atrás en la aldea moribunda, o bien obligarlos a ir al norte, salir a las brumas, y ver quiénes morían. Era terrible, y brutal, pero habría sucedido tarde o temprano. Con todo, aunque Vin conocía la lógica de lo que habían hecho, se sentía fatal por haber formado parte de ello.

—¿Qué clase de monstruos somos? —preguntó Fatren, en voz baja.

—La que tenemos que ser —respondió Elend—. Ve a contar. Averigua cuántos han muerto. Calma a los vivos y promételes que las brumas ya no les causarán más daño.

—Sí, mi señor —dijo Fatren, retirándose.

Vin lo vio partir.

—Los hemos asesinado, Elend —susurró—. Les dijimos que no pasaría nada. Los obligamos a abandonar su aldea y venir a morir aquí.

—Todo irá bien —dijo Elend, colocándole una mano sobre el hombro—. Mejor eso que una muerte lenta en la aldea.

—Podríamos haberles dado una opción.

Elend negó con la cabeza:

—No había ninguna opción. Dentro de unos pocos meses, su ciudad quedará cubierta permanentemente por las brumas. Habrían tenido que quedarse dentro de sus casas y morir de hambre, o salir a las brumas. Mejor que los llevemos al Dominio Central, donde aún hay suficiente luz sin bruma para cultivar cosechas.

—La verdad no hace que sea más sencillo.

Elend se quedó allí de pie, mientras la ceniza caía.

—No —dijo—. Así es. Iré a reunir a los koloss para que entierren a los muertos.

—¿Y los enfermos y heridos?

Aquellos a quienes las brumas habían atacado sin darles muerte permanecerían enfermos e inútiles durante varios días, tal vez más. Si el porcentaje habitual se mantenía, casi mil aldeanos encajarían en esa categoría.

—Cuando mañana nos marchemos, haremos que los koloss los carguen. Si llegamos al canal, podremos subir a la mayoría a bordo de las barcas.

A VIN NO LE GUSTABA sentirse expuesta. Se había pasado la infancia oculta en los rincones y la adolescencia haciendo de silenciosa asesina nocturna. Así que era increíblemente difícil no sentirse expuesta cuando una viajaba con cinco mil cansados aldeanos por una de las rutas más obvias del Dominio Meridional.

Se apartó un poco de los habitantes del poblado (nunca cabalgaba), y trató de encontrar algo que le impidiera pensar en las muertes de la noche anterior. Por desgracia, Elend cabalgaba con Fatren y los otros líderes de la ciudad, ocupado en limar asperezas. Eso la dejaba a ella sola.

Sola con su único koloss.

La enorme bestia caminaba con paso pesado junto a ella. Vin la mantenía cerca, en parte, por conveniencia: sabía que así los aldeanos mantendrían sus distancias con ella. Por dispuesta que estuviera a dejarse distraer, no quería tratar con esos ojos asustados y traicionados. No en esos momentos.

Vin podía sentir que su koloss tiraba de ella, tratando de liberarse. No le gustaba que lo controlaran: quería atacarla. Por fortuna, no podía hacerlo: ella seguiría al mando a menos que otra persona consiguiera robarle la bestia.

Por vinculados que ambos estuvieran, había muchas cosas que Vin no comprendía sobre esas criaturas. Durante los mil años del reinado del lord

Legislador, este había mantenido a los koloss separados de la humanidad, permitiendo que se conociera poco de ellos aparte de su brutal capacidad en batalla y su simple naturaleza bestial.

Alzó la cabeza y descubrió al koloss mirándola con los ojos inyectados en sangre. Tenía tensa la piel de toda la cara, la nariz completamente chata. La piel estaba rasgada junto al ojo derecho, un desgarramiento que le llegaba hasta la comisura de la boca, dejando colgar un pedazo de piel azul que revelaba los músculos rojos y los dientes ensangrentados de debajo.

—No me mires —dijo la criatura, hablando con voz pastosa. Sus palabras eran confusas, en parte por la forma en que se le tensaban los labios.

—¿Qué? —preguntó Vin.

—Crees que no soy humano —dijo el koloss, hablando de forma lenta, deliberada, como los otros que ella había oído. Era como si tuvieran que esforzarse para pensar cada palabra.

—*No eres humano* —recalcó Vin—. Eres otra cosa.

—Seré humano —dijo el koloss—. Os mataremos. Tomaremos vuestras ciudades. Entonces seremos humanos.

Vin se estremeció. Era un tema común entre los koloss. No era la primera vez que oía hacer observaciones similares. Había algo temible en la forma llana y carente de emociones con la que los koloss hablaban de masacrar a la gente.

Fueron creados por el lord Legislador, pensó. *Claro que son retorcidos. Tan retorcidos como lo era él.*

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al koloss.

La criatura continuó caminando pesadamente junto a ella. Finalmente, respondió.

—Humano.

—Sé que quieres ser humano —dijo Vin—. Pero ¿cuál es tu nombre?

—Ése es mi nombre. Humano. Llámame Humano.

Vin frunció el ceño mientras caminaba. *Eso parece casi... astuto.* Nunca antes había tenido la oportunidad de conversar con un koloss. Siempre había asumido que tenían una mentalidad homogénea: la misma bestia estúpida repetida una y otra vez.

—Muy bien, Humano —dijo, curiosa—. ¿Cuánto tiempo hace que vives?

Él continuó caminando durante un rato, tanto que Vin pensó que había olvidado la pregunta. No obstante, acabó por responder:

—¿No ves mi grandeza?

—¿Tu grandeza? ¿Tu tamaño?

Humano tan solo siguió caminando.

—¿Todos crecéis al mismo ritmo?

Él no respondió. Vin sacudió la cabeza, sospechando que la pregunta era demasiado abstracta para la bestia.

—Soy más grande que unos —dijo Humano—. Y más pequeño que otros... pero no muchos. Eso significa que soy viejo.

Otro signo de inteligencia, pensó ella, alzando una ceja. Por lo que Vin había visto en otros koloss, la lógica de Humano era impresionante.

—Te odio —dijo Humano, al poco rato de seguir caminando—. Quiero matarte. Pero no puedo.

—No —dijo Vin—. No te lo permitiré.

—Eres grande por dentro. Muy grande.

—Sí —respondió Vin—. Humano, ¿dónde están las chicas koloss?

La criatura continuó caminando unos minutos.

—¿Chicas?

—Como yo —dijo Vin.

—No somos como vosotros. Nosotros solo somos grandes por fuera.

—No —dijo Vin—. No me refiero a mi tamaño. Mi...

¿Cómo describir su sexo? Aparte de desnudarse, no se le ocurría ningún método. Así que decidió probar con una táctica diferente.

—¿Hay bebés koloss?

—¿Bebés?

—Pequeños.

El koloss señaló hacia el ejército en marcha.

—Pequeños —dijo, refiriéndose a algunos de los koloss de metro y medio.

—Más pequeños —dijo Vin.

—Ninguno más pequeño.

La reproducción de los koloss era un misterio que, a su entender, nadie había desentrañado. Ni ella misma llegó a descubrir de dónde salían las nuevas bestias, aun después de haber pasado un año combatiéndolas. Cada vez que los ejércitos koloss de Elend quedaban demasiado reducidos, él y Vin robaban nuevos efectivos a los inquisidores.

Sin embargo, era ridículo asumir que los koloss no se reproducían. Había visto campamentos de koloss que no eran controlados por ningún alomante, y las criaturas se mataban entre sí con temible regularidad. A ese ritmo, se habrían exterminado a sí mismos en solo cuestión de años. Sin embargo, habían durado diez siglos.

Este hecho suponía un paso muy rápido de niño a adulto, o eso parecían pensar Sazed y Elend. No habían podido confirmar sus teorías, y ella sabía que su desconocimiento frustraba enormemente a Elend, más que nada porque sus deberes de emperador le dejaban poco tiempo para los estudios con que antes tanto disfrutaba.

—Si no los hay más pequeños —preguntó Vin—, ¿de dónde salen los koloss nuevos?

—Los koloss nuevos salen de nosotros —dijo Humano por fin.

—¿De vosotros? —preguntó Vin, frunciendo el ceño mientras caminaba—. Eso no me dice mucho.

Humano no dijo nada más. Al parecer, se le habían pasado las ganas de hablar.

De nosotros, pensó Vin. *¿Se desgajan unos de otros, tal vez?* Había oído hablar de algunas criaturas que, si se cortaban bien, cada mitad crecía para convertirse en un animal nuevo. Pero ese no podía ser el caso de los koloss: había visto campos de batalla llenos de muertos, y ningún pedazo se alzaba para formar un koloss nuevo. Sin embargo, tampoco había visto nunca a una koloss hembra. Aunque la mayoría de las bestias llevaban burdos taparrabos, por lo que sabía, eran todos machos.

Dejó de especular cuando vio que la multitud aflojaba el ritmo y la línea que tenía delante se detenía. Movida por la curiosidad, lanzó una moneda y dejó a Humano detrás, para abalanzarse sobre la gente. Las brumas se habían retirado hacía horas, y aunque la noche se acercaba otra vez, por el momento había luz y no se veían brumas.

Por tanto, mientras se abalanzaba a través de la ceniza que caía, Vin detectó fácilmente el canal que tenían delante. Era un tajo poco natural en el terreno, mucho más recto que ningún río. Elend especulaba que las constantes lluvias de ceniza pronto pondrían fin a la mayoría de los sistemas de canales. Sin obreros skaa para drenarlos con regularidad, se llenarían de sedimentos de ceniza y acabarían atascándose y resultando inútiles.

Vin surcó el aire, completando su arco, y se dirigió a una gran masa de tiendas acampadas junto al canal. Miles de hogueras humeaban al aire de la tarde, y los hombres paseaban, se entrenaban, trabajaban o se preparaban. Casi cincuenta mil soldados vivían aquí, usando la ruta del canal como línea de suministros con Luthadel.

Lanzó otra moneda, que rebotó de nuevo en el aire. Enseguida alcanzó la pequeña manada de caballos que se había despegado de la línea de agotados

skaa en la marcha de Elend. Aterrizó, lanzó una moneda y empujó suavemente contra ella para frenar el descenso, y levantó un chorro de ceniza al tocar el suelo.

Elend frenó su caballo, sonriendo mientras escrutaba el campamento. Últimamente, la expresión de sus labios era tan rara que Vin también se encontró sonriendo. Delante los esperaba un grupo de hombres: sus exploradores habían advertido hacia rato que se aproximaba la gente de la aldea.

—¡Lord Elend! —gritó un hombre sentado a la cabeza del contingente del ejército—. ¡Vienes antes de lo previsto!

—Asumo que estáis preparados de todas formas, general —contestó Elend, desmontando.

—Bueno, ya me conoces —dijo Demoux, sonriendo, mientras se acercaba. El general llevaba puesta una gastada armadura de cuero y acero, y tenía una cicatriz en una mejilla; en la parte izquierda del cuero cabelludo le faltaba un gran parche de pelo, producto de una espada koloss que casi le había cercenado la cabeza. Siempre formal, el hombretón se inclinó ante Elend, quien le dio una afectuosa palmada en el hombro.

Vin no dejó de sonreír. *Recuerdo cuando ese hombre era poco más que un nuevo recluta asustado en un túnel.* Demoux no era mucho mayor que ella, aunque su rostro curtido y sus manos callosas daban esa impresión.

—Hemos aguantado la posición, mi señor —dijo Demoux mientras Fatren y su hermano desmontaban y se unían al grupo—. No es que hubiera mucho contra lo que resistir. Con todo, fue bueno para mis hombres practicar la fortificación de un campamento.

En efecto, el campamento del ejército junto al canal estaba rodeado de montones de arena y estacas; una hazaña considerable, considerando el tamaño del ejército.

—Has hecho bien, Demoux —dijo Elend, volviéndose hacia los aldeanos—. Nuestra misión fue un éxito.

—Ya lo veo, señor —respondió Demoux, sonriendo—. Habéis traído un buen puñado de koloss. Espero que el inquisidor que los dirigía no se entristeciera *demasiado* al verlos marchar.

—No debió de molestarle mucho —contestó Elend—, porque a esas alturas estaba muerto. También encontramos la caverna de almacenaje.

—¡Alabado sea el Superviviente! —dijo Demoux.

Vin frunció el ceño. En el cuello, colgándole por fuera de las ropas, Demoux llevaba un collar con una pequeña lanza de plata: el símbolo cada vez más popular de la Iglesia del Superviviente. A ella le chocaba que el arma que había matado a Kelsier se hubiera convertido en el símbolo de sus seguidores.

Naturalmente, a Vin no le gustaba pensar en la otra posibilidad: que la lanza tal vez no representara la que había matado a Kelsier. Bien podía representar la que ella misma había empleado para matar al lord Legislador. Nunca le había preguntado a Demoux cuál de las dos lanzas era. Pese a los dos años y medio de creciente poder de la Iglesia, Vin nunca se había sentido cómoda con el papel que desempeñaba ella en su doctrina.

—¡Alabado sea el Superviviente! —dijo Elend, contemplando las barcazas de suministros del ejército—. ¿Cómo fue el proyecto?

—¿Drenar la orilla sur? —preguntó Demoux—. Bien... Afortunadamente, había poco más que hacer mientras esperábamos. Las embarcaciones deberían poder pasar ya.

—Perfecto —repuso Elend—. Forma dos regimientos de quinientos hombres. Envía uno a Vetitan con las barcazas, a por los suministros que tuvimos que dejar en esa caverna. Que los suban a bordo de las barcazas y los envíen a Luthadel.

—Sí, mi señor.

—Manda el segundo grupo de soldados a Luthadel con estos refugiados —dijo Elend, indicando a Fatren con un gesto—. Este es lord Fatren. Está a cargo de los aldeanos. Que tus hombres respeten sus deseos, mientras sean razonables, y preséntaselo a lord Penrod.

Antes, no hace mucho, Fatren se habría quejado por ser tratado así. Sin embargo, el tiempo que había pasado con Elend lo había transformado de manera sorprendentemente rápida. El sucio líder asintió agradecido por la escolta.

—Tú... ¿no vienes con nosotros, mi señor?

Elend negó con la cabeza:

—Tengo otro trabajo que hacer, y tu pueblo debe llegar a Luthadel, donde podrá empezar a cultivar la tierra. Aunque, si alguno de tus hombres desea unirse a mi ejército, bienvenido sea. Siempre necesito buenos soldados y, contra todo pronóstico, lograste instruir un ejército útil.

—Mi señor... ¿por qué no obligarlos, sin más? Perdóname, pero es lo que has hecho hasta ahora.

—Obligué a tu pueblo a ponerse a salvo, Fatren —explicó Elend—. A veces incluso un hombre que se ahoga lucha contra quien intenta salvarlo y hay que reducirlo. Mi ejército es otra historia. Los hombres que no quieren luchar son hombres en los que no puedes confiar durante la batalla, y no consentiré a ninguno de esos en mi ejército. Tú debes ir a Luthadel: tu pueblo te necesita. Pero, por favor, que tus soldados sepan que alegremente aceptaré a cualquiera de ellos en mis filas.

—Muy bien —dijo Fatren—. Y... gracias, mi señor.

—No hay de qué. Bien, general Demoux, ¿han vuelto ya Sazed y Brisa?

—Deberían llegar esta noche, mi señor... —respondió Demoux—. Uno de sus hombres se ha avanzado para hacernoslo saber.

—Bien. Supongo que mi tienda está preparada.

—Sí, mi señor.

Elend asintió, y a Vin le pareció de pronto muy cansado.

—¿Mi señor? —preguntó Demoux ansiosamente—. ¿Encontraste el... otro asunto? ¿La localización del último depósito?

—Sí. Está en Fadrex.

—¿En la ciudad de Cett? —preguntó Demoux, riendo—. Bueno, le encantará oír eso. Lleva más de un año quejándose de que ni siquiera hemos ido a reconquistarla para él.

Elend sonrió débilmente:

—Estoy medio convencido de que, si lo hicieramos, Cett decidiría que él y sus soldados ya no nos necesitan.

—Se quedará, mi señor —dijo Demoux—. Después del susto que lady Vin le dio el año pasado...

Demoux miró a Vin, tratando de sonreír, pero ella lo vio en sus ojos. Respeto, demasiado. No bromeaba con ella como hacía con Elend. Vin seguía sin poder creer que Elend se hubiera convertido a aquella tonta religión suya. Sus intenciones eran políticas: al unirse a la fe de los skaa, Elend había forjado un vínculo entre la gente común y él. Aun así, aquel movimiento la hacía sentirse incómoda.

No obstante, un año de matrimonio le había enseñado que había cosas que más valía ignorar. Podía amar a Elend por su deseo de hacer lo adecuado, aunque pensara que había hecho lo contrario.

—Convoca una reunión para esta misma noche, Demoux —ordenó Elend—. Tenemos mucho de qué hablar... y hazme saber cuándo llega Sazed.

—¿Debo informar a lord Hammond y los demás del tema de la reunión, mi señor?

Elend contempló el cielo ceniciente.

—Conquistar el mundo, Demoux —dijo por fin—. O, al menos, lo que queda de él.

La alomancia nació con las brumas. O, al menos, la alomancia coincidió con la aparición de las primeras brumas. Cuando Rashek se hizo con el poder en el Pozo de la Ascensión, tomó conciencia de ciertas cosas. Algunas se las susurró Ruina; otras le fueron concedidas como parte instintiva del poder.

Una de ellas era el conocimiento de las tres artes metálicas. Supo, por ejemplo, que las pepitas de metal de la Cámara de la Ascensión convertían en nacidos de la bruma a quienes las ingerían. Después de todo, eran fracciones del poder del Pozo mismo.

9



TENSOON HABÍA VISITADO ANTES EL Cubil de la Confianza: pertenecía a la Tercera Generación. Había nacido hacía siete siglos, cuando los kandra eran todavía nuevos, aunque para entonces la Primera Generación ya había cedido la educación de los nuevos kandra a la Segunda Generación.

Los Segundos no lo habían hecho muy bien con la generación de TenSoon... o, al menos, eso pensaban los Segundos. Habían querido formar una sociedad de individuos que siguieran reglas estrictas de respeto y veteranía. Un pueblo «perfecto» que viviera para servir a sus Contratos... y, por supuesto, a los miembros de la Segunda Generación.

Hasta su regreso, TenSoon había sido considerado uno de los Terceros menos problemáticos. Se le conocía como un kandra poco preocupado por la política de la Tierra Natal; un kandra que servía a sus Contratos, contento con mantenerse lo más alejado posible de los Segundos y sus maquinaciones. Nadie podría haber previsto que TenSoon terminaría juzgado por el más atroz de los crímenes kandra.

Sus guardias lo condujeron directamente al centro del Cubil de la Confianza, a la plataforma misma. TenSoon no estaba seguro de sentirse honrado o avergonzado. Ni siquiera como miembro de la Tercera Generación había estado tantas veces cerca de la Confianza.

La sala era grande y circular, con paredes metálicas. La plataforma consistía en un enorme disco de acero enclavado en el suelo de roca. No estaba muy alto (quizá a algo más de un palmo de altura), pero tenía tres metros de diámetro. TenSoon sintió frío en los pies al contacto con su lisa superficie, y recordó de nuevo su desnudez. No le ataron las manos: eso habría sido un insulto demasiado grande hasta para él. Los kandra obedecían lo recogido en el Contrato. No huiría, y tampoco abatiría a uno de los suyos. Él estaba por encima de todo eso.

Iluminaban la sala lámparas, en vez de piedras brillantes; aunque cada lámpara estaba rodeada de cristal azul. Costaba conseguir aceite: la Segunda Generación no quería depender de los suministros procedentes del mundo de los hombres, y con razón. La gente de arriba no sabía que había un gobierno kandra centralizado. Ni siquiera la mayoría de los sirvientes del Padre lo sabían. Mucho mejor así.

Con la luz azul, TenSoon veía perfectamente a los miembros de la Segunda Generación: a los veinte, de pie tras sus estrados, dispuestos en hilera al otro lado de la sala. Estaban lo bastante cerca para verlos, examinarlos, y hablarles... aunque también lo bastante lejos para que TenSoon se sintiera aislado, de pie allí solo en el centro de la plataforma. Tenía los pies helados. Bajó la cabeza y advirtió el pequeño agujerito en el suelo, cerca de sus dedos, tallado en el disco de acero de la plataforma.

La Confianza, pensó. Estaba directamente bajo él.

—TenSoon de la Tercera Generación —dijo una voz.

TenSoon alzó la cabeza. Era KanPaar, por supuesto. Un kandra alto; o, más bien, un kandra que prefería usar un Cuerpo Verdadero alto. Como todos los Segundos, sus huesos estaban construidos con el cristal más puro; en su caso, de un profundo tono rojo. Era un cuerpo poco práctico en muchos aspectos. Esos huesos no soportarían demasiado castigo. Sin embargo, para la vida que llevaba un administrador en la Tierra Natal, la debilidad de huesos parecía quedar compensada con su chispeante belleza.

—Presente —dijo TenSoon.

—¿Insistes en forzar este juicio? —preguntó KanPaar, la voz arrogante, reforzando su fuerte acento. Al haber permanecido apartado de los humanos tanto tiempo, su lenguaje no se había corrompido por los dialectos de estos. Supuestamente, el acento de los Segundos era similar al del Padre.

—Sí —contestó TenSoon.

KanPaar suspiró de modo audible, de pie tras su bello atril de piedra. Finalmente, volvió la cabeza hacia la parte superior de la sala. Los kandra de la Primera Generación observaban desde arriba. Estaban sentados en huecos individuales que recorrían todo el perímetro de la sala superior, ensombrecidos hasta un punto en que eran poco más que formas humanoides. No hablaban. Eso era para los Segundos.

Las puertas se abrieron tras TenSoon. Sonaron voces apagadas, roce de pies. Se dio la vuelta y sonrió para sus adentros al verlos entrar: kandra de diversos tamaños y edades. Los más jóvenes no podían asistir a un evento tan importante, pero a los miembros de las generaciones adultas (todos hasta la Novena Generación) no se les podía prohibir. Esta era su victoria, tal vez la única que tendría en todo el juicio.

Si iba a ser condenado a cadena perpetua, quería que su pueblo conociera la verdad. Y lo que es más importante, quería que oyieran este juicio, que oyieran lo que él tenía que decir. No convencería a la Segunda Generación, y ¿quién sabía lo que pensarían en silencio los Primeros, sentados en sus huecos ensombrecidos? Tal vez los kandra más jóvenes lo escucharían. Tal vez harían algo cuando TenSoon ya no estuviera. Los vio entrar, llenando los bancos de piedra. Ahora había cientos de kandra. Las generaciones mayores (Primeros, Segundos, Terceros) eran inferiores en número, ya que muchos habían muerto al principio, cuando los humanos los temían. Sin embargo, las generaciones posteriores estaban bien pobladas: la Décima Generación contaba más de cien individuos. Los bancos del Cubil de la Confianza habían sido construidos para albergar a toda la población kandra, pero ahora los ocupaban solo quienes estaban libres de deberes y Contratos.

TenSoon esperaba que MeLaan no formara parte de aquel grupo. Sin embargo, fue prácticamente la primera en las puertas. Por un momento, le preocupó que cruzara la sala corriendo y se subiera a la plataforma, donde solo se permitía a los más benditos o malditos. En cambio, ella se detuvo tras la puerta, obligando a los demás a rodearla a empujones, molestos, mientras buscaban sus asientos.

No tendría que haberla reconocido. Llevaba un nuevo Cuerpo Verdadero, uno muy excéntrico con los huesos hechos de madera. Eran finos y cimbrelantes de un modo exagerado e innatural; el cráneo de madera era alargado y tenía un mentón triangular acabado en punta, unos ojos demasiado grandes, y unos jirones retorcidos de tela asomando de la cabeza como cabellos. Las generaciones más jóvenes se rebelaban contra los límites del

decoro, molestando a los Segundos. En su día, TenSoon probablemente habría estado de acuerdo con ellos; incluso ahora, era lo más parecido a un tradicionalista. Sin embargo, hoy, el cuerpo rebelde de MeLaan lo hizo sonreír.

Eso pareció darle consuelo a ella, que buscó un asiento delante, con un grupo de kandra de la Séptima Generación. Todos tenían Cuerpos Verdaderos deformados: uno de ellos parecía un bloque, y otro tenía cuatro brazos.

—TenSoon de la Tercera Generación —dijo KanPaar formalmente, haciendo callar a la multitud de expectantes kandra—. Has exigido obstinadamente ser juzgado ante la Primera Generación. Por el Primer Contrato, no podemos condenarte sin concederte antes la oportunidad de presentarte ante los Primeros. Si ellos consideran adecuado rescindir tu castigo, serás liberado. De lo contrario, deberás aceptar el destino que te asigne el Consejo de Segundos.

—Comprendo —dijo TenSoon.

—Entonces... —dijo KanPaar, inclinándose hacia delante en su atril—, comencemos.

No se le ve nada preocupado, advirtió TenSoon. *Habla como si estuviera disfrutando con esto.*

¿Y por qué no? ¿Después de predicar durante siglos que la Tercera Generación está llena de granujas? Todo este tiempo han intentado ocultar sus errores a nuestra costa, errores como darnos demasiada libertad, hacernos pensar que éramos tan buenos como ellos. Si demuestra que yo (el más «templado» de los Terceros) soy un peligro, KanPaar ganará una lucha que lleva librando toda la vida.

A TenSoon siempre le había resultado bastante extraño lo amenazados que se sentían los Segundos por los Terceros. Solo habían tardado una generación en comprender sus errores: los Cuartos eran casi tan leales como los Quintos, con solo unos pocos miembros desviados.

Y, sin embargo, con algunas de las generaciones más jóvenes (MeLaan y sus amigos eran un buen ejemplo) actuando como lo hacían... bueno, tal vez los Segundos tenían derecho a sentirse amenazados. Y TenSoon iba a ser su sacrificio. Su modo de restaurar el orden y la ortodoxia.

Les esperaba una buena sorpresa.

Pepitas de alomancia pura, el poder mismo de Conservación. No sé por qué Rashek dejó una de esas pepitas en el Pozo de la Ascensión. Tal vez no la vio, o tal vez pretendía guardarla para obsequiar con ella a un sirviente afortunado.

Tal vez temía perder sus poderes algún día y necesitar esa pepita para recuperar la alomancia. Sea como fuere, bendigo a Rashek por su olvido, pues sin esa pepita Elend habría muerto aquel día en el Pozo.

10



A SAZED LE COSTABA EVALUAR el larstaísmo. La religión parecía bastante inocente. Se sabía mucho al respecto: un guardador del siglo cuarto había descubierto un alijo entero de material de oración, escrituras, notas y escritos que una vez pertenecieron a un miembro de alto rango de dicha religión.

Y, sin embargo, la religión en sí misma no parecía muy... bueno, muy religiosa. Se concentraba en el arte, no el sagrado en el sentido habitual, y en donar dinero a los monjes para que estos pudieran componer poesía y pintar y esculpir obras de arte. Eso, en realidad, bloqueaba los intentos de Sazed por descartarla, ya que no podía encontrar ninguna contradicción en sus doctrinas: no tenía las suficientes para que entraran en conflicto unas con otras.

Sostenía el papel delante, sacudía la cabeza, leía y releía la hoja. Estaba sujetada al cartapacio para que no se la llevara el viento, y un parasol atado a la silla de montar impedía que la ceniza manchara la página. Había oído a Vin quejarse de que no se explicaba cómo podía leer la gente mientras montaba a caballo, pero este método lo hacía bastante sencillo.

No tenía que pasar las páginas. Simplemente, leía las mismas palabras una y otra vez, repasándolas mentalmente, jugando con ellas. Tratando de decidir.

¿Albergaba esta la verdad? Era la fe en la que creía Mare, la esposa de Kelsier, una de las pocas personas a las que Sazed había conocido y que había decidido creer en una de las religiones que predicaba.

«Los larsta creían que la vida era la búsqueda de lo divino —leyó Sazed—. Enseñaban que las artes nos acercan a comprender la divinidad. Como no todos los hombres pueden dedicarse al arte, es un beneficio para la sociedad en general mantener a un grupo de artistas dedicados para que creen grandes obras, que luego elevan a quienes las experimentan.»

Todo eso estaba muy bien, pero ¿dónde quedaban las cuestiones sobre la vida y la muerte? ¿Y el espíritu? ¿Qué *era* lo divino, y cómo podían suceder cosas tan terribles en el mundo si lo divino existía?

—¿Sabes? —dijo Brisa, desde la silla de su caballo—. Hay algo sorprendente en todo esto.

El comentario rompió la concentración de Sazed, que suspiró y alzó la cabeza. El caballo siguió avanzando.

—¿Qué es lo sorprendente, lord Brisa?

—La ceniza —dijo Brisa—. Mírala. Lo cubre todo, hace que la tierra parezca negra. Sorprende lo *deprimente* que se ha vuelto el paisaje. En los tiempos del lord Legislador, todo era marrón, y la mayoría de las plantas que crecían al aire libre parecían enfermas, al borde de la muerte. Yo creía que *eso* era deprimente, pero que la ceniza cae todos los días y cubre toda la tierra...

—El aplacador sacudió la cabeza, sonriendo—. ¿Quién me iba a decir a mí que las cosas irían peor sin el lord Legislador? ¡Menudo estropicio hemos hecho! Hemos destruido el mundo. Que, si lo piensas bien, no es poco. Me pregunto si deberíamos sentirnos impresionados con nosotros mismos.

Sazed frunció el ceño. Copos esporádicos caían del cielo, la atmósfera superior ensombrecida por su habitual tono negro. La ceniza caía liviana, aunque persistente, como desde hacía ya casi dos meses. Sus caballos avanzaban a través de un palmo de sedimento mientras se dirigían al norte, acompañados por un centenar de soldados de Elend. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que la ceniza se volviera tan gruesa que viajar fuera imposible? Ya alcanzaba varios palmos en algunos lugares.

Todo era negro: las montañas, el camino, el paisaje entero. Los árboles se combaban con el peso de la ceniza depositada en sus ramas y hojas. La mayor parte del follaje del terreno estaba muerto: traer dos caballos en el viaje hasta Ciudad Lekal había sido difícil, pues no había nada que pudieran pastar. Los soldados se habían visto obligados a cargar forraje.

—Pero debo decir una cosa —continuó Brisa, charlando como de costumbre, protegido de la ceniza por un parasol sujetado a la grupa de su caballo—, la ceniza *es* un poco carente de imaginación.

—¿Carente de imaginación?

—Pues sí —sostuvo Brisa—. Aunque me gusta el color negro para la ropa, me parece un tono poco inspirado.

—¿De qué otro color debería ser la ceniza?

Brisa se encogió de hombros.

—Bueno, Vin dice que hay algo detrás de todo esto, ¿no? ¿Una fuerza maligna o algo así? Pues si yo fuera esa fuerza maligna, desde luego no usaría mis poderes para volver la tierra negra. Carece de atractivo. El rojo. *Ese* sí que sería un color interesante. Piensa en las posibilidades: si la ceniza fuera roja, los ríos parecerían sangre. El negro es tan monótono que puedes olvidarlo, pero el rojo... siempre estarías pensando: «¡Vaya, mira eso! Esa montaña de ahí es roja. Al menos, la fuerza maligna que intenta destruirme tiene estilo».

—Yo no estoy convencido de que haya una «fuerza maligna», Brisa —dijo Sazed.

—¿No?

—Los Montes de Ceniza *siempre* han escupido ceniza. ¿Tan difícil es suponer que se han vuelto más activos que antes? Tal vez todo esto sea resultado de un proceso natural.

—¿Y las brumas?

—Las pautas del clima van cambiando, lord Brisa —contestó Sazed—. Tal vez antes hacía demasiado calor durante el día para que salieran. Ahora que las montañas emiten más ceniza, tiene sentido que los días sean más fríos, y que por eso las brumas permanezcan más tiempo.

—¿Sí? Pues si ese fuera el caso, mi querido amigo, ¿por qué las brumas no salían durante el día en invierno? Entonces hacía más frío que en verano, pero las brumas siempre desaparecían cuando llegaba el día.

Sazed guardó silencio. Brisa había presentado un buen argumento. Sin embargo, cada vez que tachaba una nueva religión de su lista, Sazed se preguntaba con mayor frecuencia si no estarían simplemente *creando* un enemigo en esa fuerza que Vin había sentido. Ya no sabía nada. No creía ni por un momento que ella se hubiera inventado su historia. Sin embargo, si no había ninguna verdad en las religiones, ¿era demasiado aventurado deducir que el mundo se terminaba porque le había llegado la hora?

—Verde —dijo Brisa por fin.

Sazed se volvió.

—Ese sí que sería un color con estilo —dijo Brisa—. Diferente. No puedes ver el verde y olvidarlo... como pasa con el negro o el marrón. ¿Kelsier no decía siempre que las plantas antes eran verdes? ¿Antes de la Ascensión del lord Legislador, antes de la primera vez que la Profundidad se precipitó sobre la tierra?

—Eso es lo que dicen las historias.

Brisa asintió, pensativo.

—Verdadero estilo —dijo—. Creo que sería bonito.

—¿Sí? —preguntó Sazed, verdaderamente sorprendido—. La mayoría de la gente con la que he hablado parece considerar muy rara la idea de que las plantas fueran verdes.

—Yo antes pensaba así, pero ahora, después de ver negro todos los días, cada día... Bueno, pienso que un poco de variedad estaría bien. Campos verdes... motas de color... ¿Cómo las llamaba Kelsier?

—Flores —contestó Sazed. Los larsta habían escrito poemas sobre ellas.

—Sí. Estará bien cuando regresen.

—¿Cuando regresen?

Brisa se encogió de hombros.

—Bueno, la Iglesia del Superviviente enseña que Vin limpiará algún día el cielo de ceniza y el aire de brumas. Supongo que ya que está en ello, bien podría traer de vuelta las plantas y las flores. Por algún motivo, parece algo adecuadamente femenino.

Sazed suspiró, meneando la cabeza.

—Lord Brisa —dijo—, me doy cuenta de que simplemente estás intentando darme ánimos. No obstante, tengo serios problemas para creer que tú aceptes las enseñanzas de la Iglesia del Superviviente.

Brisa vaciló.

—Así que me he pasado un poco, ¿no?

—Un poquito.

—Es difícil saberlo contigo, mi querido amigo. Eres tan consciente de mi contacto en tus emociones que no puedo usar mucha alomancia, y tú te has portado de manera tan... bueno, tan diferente últimamente. —La voz de Brisa se apagó—. Con todo, sería bonito ver esas plantas verdes de las que siempre hablaba Kelsier. Después de seis meses de ceniza... uno acaba *queriendo* creer. Tal vez con eso le baste a un viejo hipócrita como yo.

La sensación de desesperación de Sazed quiso replicar que no bastaba con *creer*. Desar y creer no lo habían llevado a ninguna parte. Eso no cambiaría el hecho de que las plantas se estaban muriendo y el mundo, acabando.

No merecía la pena luchar, porque nada significaba nada.

Sazed se obligó a detener esa línea de pensamiento, aunque le costó. A veces, le preocupaba su melancolía. Por desgracia, gran parte del tiempo tenía problemas incluso para esforzarse en preocuparse por su vena pesimista.

Los larsta, se dijo. Concéntrate en esa religión. Tienes que tomar una decisión.

Los comentarios de Brisa habían hecho pensar a Sazed. Los larsta se centraban en la belleza y el arte, que consideraban «divinos». Si la divinidad tenía algo que ver con el arte, un dios *no podía* en modo alguno estar implicado en lo que le sucedía al mundo. La ceniza, el paisaje lúgubre y deprimente... era algo más que «carente de imaginación», como lo había expresado Brisa. Era completamente insípido. Aburrido. Monótono.

«Religión no verdadera —escribió Sazed en el margen inferior del papel—. Las enseñanzas se contradicen directamente con los hechos observados.»

Abrió las cintas de su cartapacio y guardó la hoja dentro, un paso menos para repasarlas todas. Sazed vio que Brisa miraba por el rabillo del ojo: al placador le encantaban los secretos. Sazed dudaba que fuera a sentirse impresionado si descubría de qué trataba su trabajo. Fuera como fuese, Sazed deseaba que Brisa lo dejara en paz cuando se trataba de sus estudios.

Pero no debería ser tan desagradable con él, pensó Sazed. Sabía que, a su modo, intentaba ayudar. Brisa había cambiado desde la primera vez que se vieron. Al principio, pese algún atisbo de compasión, Brisa era de verdad el manipulador frío y egoísta que ahora solo fingía ser. Sazed sospechaba que Brisa se había unido al equipo de Kelsier no por deseos de ayudar a los skaa, sino por el desafío que suponía su plan, por no mencionar la generosa recompensa que Kelsier había prometido.

Esa recompensa (el depósito de atium del lord Legislador) había resultado ser un mito. Pero Brisa había encontrado otras.

Sazed advirtió que algo se movía entre la ceniza, delante de ellos. La figura iba vestida de negro, pero sobre el fondo de ceniza era fácil detectar incluso una pizca de carne. Parecía uno de sus exploradores. El capitán Goradel hizo que la fila se detuviera, y envió a un hombre a hablar con el explorador. Sazed y Brisa esperaron pacientemente.

—Informe del explorador, lord Embajador —dijo el capitán Goradel, acercándose poco después al caballo de Sazed—. El ejército del emperador está solo a unas colinas de distancia... menos de una hora.

—Bien —dijo Sazed, agradeciendo la idea de ver algo más que las temibles montañas negras.

—Parece que nos han visto, lord Embajador —dijo Goradel—. Se acercan jinetes. De hecho, están...

—Aquí —dijo Sazed, indicando las cercanías, donde vio a un jinete llegar a la cima de la colina. Resultó fácil detectarlo entre lo negro. No solo se movía veloz (de hecho, su pobre caballo galopaba por el camino), sino que además era rosa.

—¡Oh, cielos! —exclamó Brisa con un suspiro.

La figura bamboleante se convirtió en una joven de pelo dorado con un brillante vestido rosa, un vestido que la hacía parecer más joven que sus veintitantes años. A Allrianne le gustaban los lazos y encajes, y solía llevar colores que la hacían destacar. Sazed suponía que alguien como ella no montaba bien a caballo; sin embargo, Allrianne cabalgaba con cómoda maestría, algo necesario para mantenerse al galope a lomos de un caballo con un vestido tan frívolo.

La joven detuvo su caballo ante los soldados de Sazed, hizo girar al animal en medio de una furia de tela crujiente y cabellos dorados. Ya a punto de desmontar, vaciló al ver la capa de ceniza de medio palmo de profundidad que cubría el suelo.

—¿Allrianne? —preguntó Brisa tras un momento de silencio.

—Calla —respondió ella—. Estoy tratando de decidir si merece la pena ensuciarme el vestido si me abalanzo y te doy un abrazo.

—Podríamos esperar hasta regresar al campamento...

—No podría abrazarte así delante de tus soldados —dijo ella.

—Técnicamente, querida —dijo Brisa—, no son *mis* soldados, sino los de Sazed.

Al recordar la presencia de Sazed, Allrianne alzó la mirada. Sonrió encantadoramente hacia el terrisano, y luego se inclinó en una versión montada de una reverencia.

—Lord Embajador —dijo, y Sazed sintió un súbito (e innatural) aprecio por la joven. Lo estaba encendiéndo. Si había alguien más osado con sus poderes alománticos que Brisa, era Allrianne.

—Princesa —dijo Sazed, inclinando la cabeza.

Finalmente, Allrianne se decidió y desmontó. En realidad, no se abalanzó, sino que se recogió el vestido de forma muy poco digna para una dama. Habría parecido impudico si no hubiera llevado debajo lo que parecían ser varias capas de enaguas de encaje.

Poco después, el capitán Goradel se acercó y la ayudó a subir al caballo de Brisa, de modo que acabó sentada en la silla delante de él. Nunca se habían casado oficialmente, en parte quizás porque a Brisa le cohibía tener una relación con una mujer mucho más joven que él. Cuando le insistían sobre el tema, Brisa explicaba que no quería dejarla viuda cuando muriera... algo que asumía iba a suceder de manera inminente, aunque solo tuviera poco más de cuarenta años.

Todos moriremos pronto, tal como van las cosas, pensó Sazed. *Qué importa nuestra edad.*

Tal vez por eso Brisa había aceptado al fin mantener una relación con Allrianne. Sea como fuere, quedaba claro lo mucho que la amaba por la forma en que la miraba, por la delicadeza con que la abrazaba, casi con reverencia.

Nuestra estructura social se está viniendo abajo, pensó Sazed mientras la columna del ejército se ponía de nuevo en marcha. *Antes, el sello oficial del matrimonio habría sido esencial, sobre todo en una relación con una joven de su rango.*

Y ahora, en cambio, ¿para quién había que ser oficial? Los obligadores se habían extinguido. El gobierno de Elend y Vin era algo surgido de la necesidad bélica: una alianza de ciudades utilitaria, organizada marcialmente. Y, acechando por encima de todo, estaba la creciente conciencia de que algo terrible sucedía en el mundo.

¿Para qué molestarte en casarte, si contabas con que el fin del mundo llegara antes de terminar el año?

Sazed sacudió la cabeza. Esta era una época en que la gente necesitaba estructura, necesitaba *fe* para seguir adelante. Tendría que haber sido él quien la ofreciera. La Iglesia del Superviviente lo intentaba, pero era demasiado nueva, y sus seguidores carecían de experiencia religiosa. Ya había discusiones sobre metodología y doctrina, y cada ciudad del Nuevo Imperio desarrollaba su propia variante mutada de la religión.

En el pasado, Sazed había enseñado religiones sin sentir la necesidad de creer en cada una de ellas. Las había aceptado como algo especial por derecho propio, y las ofrecía como un camarero puede ofrecer un aperitivo que a él mismo no le gusta comer.

Hacerlo ahora le parecía hipócrita. Si este pueblo necesitaba fe, no sería él quien se la ofreciera. No enseñaría más mentiras.

SAZED SE ENJUGÓ LA CARA con la fría agua de la palangana, disfrutando del placentero sobresalto. El agua le corrió por las mejillas y la barbilla, y se llevó consigo manchas de ceniza. Se secó la cara con una toalla limpia, y luego sacó su cuchilla y su espejo para poder afeitarse la cabeza de forma adecuada.

—¿Por qué sigues haciendo eso? —preguntó una voz inesperada.

Sazed se dio media vuelta. Su tienda del campamento estaba vacía unos momentos antes. Ahora, sin embargo, había alguien detrás de él. Sazed sonrió.

—Lady Vin.

Ella se cruzó de brazos y arqueó una ceja. Siempre se había movido sigilosamente, pero se estaba volviendo tan buena en eso que lo sorprendía incluso a él. Apenas había agitado la puerta de lona de la tienda al entrar. Sin duda, sus habituales pantalones y camisa de hombre contribuían al sigilo, aunque en los últimos tres años se había dejado crecer el pelo negro hasta un largo más femenino, por los hombros. Hubo una época en que Vin parecía agazaparse allá donde fuera, siempre tratando de esconderse, casi sin mirar a nadie a los ojos. Eso había cambiado. Seguía siendo fácil de pasar por alto, con sus modales silenciosos, su fina figura y su pequeña estatura. Sin embargo, ahora siempre miraba a la gente a los ojos.

Y eso marcaba una gran diferencia.

—El general Demoux dijo que estabas descansando, lady Vin —advirtió Sazed.

—Demoux sabe que no debe dejarme dormir con tu llegada.

Sazed sonrió para sí, y luego señaló una silla para que ella pudiera sentarse.

—Puedes seguir afeitándote —dijo ella—. No pasa nada.

—Por favor —dijo él, señalando de nuevo.

Vin suspiró y tomó asiento.

—No has contestado a mi pregunta, Saz —dijo—. ¿Por qué sigues llevando ese atuendo de mayordomo? ¿Por qué sigues afeitándote la cabeza como los servidores de Terris? ¿Por qué te preocupa que afeitarte delante de mí pueda parecer una falta de respeto? Ya no eres un sirviente.

Sazed suspiró y se sentó lentamente frente a Vin.

—No estoy muy seguro de lo que soy, lady Vin.

Las paredes de la tienda se agitaban con la suave brisa, y un poco de ceniza se filtraba por la puerta que Vin no había atado al entrar. Frunció el ceño ante el comentario del terrisano.

—Eres Sazed.

—El embajador jefe del emperador Venture.

—No —repuso Vin—. Puede que eso sea lo que *haces*, pero no es lo que *eres*.

—¿Y qué soy, entonces?

—Sazed —repitió ella—. Guardador de Terris.

—¿Un guardador que ya no lleva sus mentecobres?

Vin miró hacia un rincón, hacia el arcón donde las guardaba. Sus mentecobres, los almacenes feruquínicos que contenían las religiones, historias, narraciones y leyendas de pueblos muertos hacía mucho tiempo. Todo estaba allí esperando ser contado, esperando ser ampliado.

—Me temo que me he convertido en un hombre muy egoísta, lady Vin —confesó Sazed en voz baja.

—No digas tonterías —rebatió ella—. Has pasado gran parte de tu vida sirviendo a los demás. No conozco a nadie más desprendido que tú.

—Agradezco ese sentimiento. Pero me temo que he de discrepar. El dolor no es algo nuevo para nuestro pueblo, lady Vin. Tú conoces mejor que nadie, creo, las penalidades de la vida en el Imperio Final. Todos hemos perdido a seres queridos. Y, sin embargo, parece que soy el único incapaz de superar mi pérdida. Me siento infantil. Sí, Tindwyl está muerta. Sinceramente, no pasé mucho tiempo con ella antes de que falleciera. Así que no tengo motivos para sentirme como me siento.

»Sin embargo, no puedo despertarme por la mañana y no ver oscuridad ante mí. Cuando coloco las mentes de metal en mis brazos, siento frío en la piel y recuerdo el tiempo que pasé con ella. La vida carece de toda esperanza. Debería poder seguir adelante, pero me resulta imposible. Creo que soy débil de voluntad.

—Eso no es cierto, Sazed.

—Discrepo.

—¿Ah, sí? —preguntó Vin—. Si en verdad fueras débil de voluntad, ¿discreparías de mí?

Sazed sonrió.

—¿Desde cuándo eres tan buena con la lógica?

—Es lo que tiene vivir con Elend —dijo Vin dejando escapar un suspiro—. Si prefieres las discusiones irracionales, no te cases con un erudito.

Casi lo hice. El pensamiento llegó a Sazed libremente, pero este apagó su sonrisa de todas formas. Vin debió de darse cuenta, pues dio un leve respingo.

—Lo siento —dijo, apartando la mirada.

—No importa, lady Vin —contestó Sazed—. Es que... me siento tan débil. No puedo ser el hombre que mi pueblo espera que sea. Tal vez sea el último de los guardadores. Ha pasado un año desde que los inquisidores atacaron mi patria y mataron incluso a los feruquimistas niños. Desde entonces, no hemos visto ninguna prueba de que sobrevivieran otros miembros de mi secta. Seguramente existían otros fuera de la ciudad, pero o bien los inquisidores los encontraron o bien lo hizo alguna otra tragedia. De eso creo que no ha faltado últimamente, creo.

Vin permaneció sentada con las manos en el regazo, con aspecto extrañamente débil a la escasa luz. Sazed frunció el ceño al ver la expresión afligida de su rostro.

—¿Lady Vin?

—Lo siento —dijo ella—. Es que... siempre has sido el que da consejo, Sazed. Pero ahora lo que necesito es consejo sobre ti.

—Me temo que no hay ningún consejo que dar.

Permanecieron en silencio unos instantes.

—Encontramos el alijo —dijo Vin—. La penúltima caverna. Te hice una copia de las palabras que encontramos; las grabamos en una fina placa de acero para que se conservaran.

—Gracias.

Vin permaneció sentada, con aspecto inseguro.

—No vas a mirarla, ¿verdad?

Sazed vaciló, luego sacudió la cabeza:

—No lo sé.

—No puedo hacer esto sola, Sazed —susurró Vin—. No puedo luchar yo sola. Te necesito.

Se hizo el silencio en la tienda.

—Yo... hago lo que puedo, lady Vin —dijo por fin Sazed—. A mi manera. He de encontrar respuestas para mí mismo antes de poder proporcionárselas a nadie más. No obstante, haz que envíen el boceto a mi tienda. Prometo que al menos le echaré un vistazo.

Ella asintió, y luego se puso en pie.

—Elend va a celebrar una reunión esta noche. Para planear nuestros próximos movimientos. Quiere que asistas.

Vin dejó en el aire un leve rastro de perfume cuando se disponía a marcharse. Se detuvo junto a la silla de Sazed.

—Hubo una época, tras haber asumido el poder en el Pozo de la Ascensión, en que pensé que Elend iba a morir.

—Pero no lo hizo —respondió Sazed—. Sigue con vida.

—No importa —dijo Vin—. El caso es que creí que había muerto. Supe que se estaba muriendo... Tuve ese poder, Sazed, un poder *que no puedes imaginar*. Un poder que jamás podrás imaginar. El poder de destruir y rehacer mundos. El poder de ver y comprender. Vi a Elend, y supe que iba a morir. Supe que tenía en mi mano el poder para salvarlo.

Sazed alzó la cabeza.

—Pero no lo hice —dijo Vin—. Dejé que se desangrara, y liberé en cambio el poder. Lo consigné a la muerte.

—¿Cómo? —preguntó Sazed—. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—Porque lo miré a los ojos, y supe que era lo que él quería que hiciese. Tú me diste eso, Sazed. Me enseñaste a amarlo lo suficiente para dejarlo morir.

Lo dejó solo en la tienda. Momentos después, cuando se disponía a seguir afeitándose, encontró algo junto a la palangana. Un papelito doblado.

Contenía el ajado y borroso dibujo de una extraña planta. Una flor. La imagen perteneció en su día a Mare. Había pasado de ella a Kelsier, y luego a Vin.

Sazed cogió el papel, preguntándose qué querría decir Vin con aquel dibujo. Finalmente, lo dobló y se lo guardó en la manga, luego continuó afeitándose.

El Primer Contrato, a menudo mencionado por los kandra, fue en un principio solo una serie de promesas hechas al lord Legislador por la Primera Generación. Anotaron estas promesas, y al hacerlo codificaron las primeras leyes kandra. Les preocupaba gobernarse solos, independientemente del lord Legislador y de su imperio. Por eso, tomaron lo que le habían escrito y le pidieron su aprobación.

Él les ordenó que lo grabaran en acero, y luego firmó personalmente al pie. Este código fue lo primero que aprendieron los kandra al despertar de su vida como espectros de la bruma. Contenía órdenes para reverenciar a las generaciones anteriores, sencillos derechos legales garantizados a cada uno, instrucciones para crear nuevos kandra y una exigencia de dedicación total al lord Legislador.

Lo más preocupante: el Primer Contrato contenía una orden que, invocada, requería el suicidio en masa de todo el pueblo kandra.

11



CUANDO KANPAAR SE INCLINÓ HACIA delante sobre su atril, los huesos de color rojo cristalino chispearon a la luz de las lámparas.

—Muy bien, pues, TenSoon, traidor al pueblo kandra. Has exigido este juicio. Haz tu alegato.

TenSoon inspiró profundamente (¡qué bueno era poder hacerlo de nuevo!) y abrió la boca para hablar.

—Diles —continuó KanPaar, con una mueca indescifrable—, explica, si puedes, por qué mataste a uno de los nuestros. A un compañero kandra.

TenSoon vaciló. El Cubil de la Confianza permaneció en silencio: las generaciones de kandra estaban demasiado bien educadas para agitarse y hacer ruido como una muchedumbre de humanos. Permanecieron sentados con sus cuerpos de roca, madera e incluso metal, esperando la respuesta de TenSoon.

La pregunta de KanPaar no era la que TenSoon esperaba.

—Sí, maté a un kandra —dijo TenSoon, desnudo y helado en la plataforma—. Eso no está prohibido.

—¿Tiene que estar prohibido? —acusó KanPaar, señalando—. Los humanos se matan unos a otros. Los koloss se matan unos a otros. Pero ambos pertenecen a Ruina. *Nosotros* pertenecemos a Conservación, el elegido del Padre. ¡No nos matamos unos a otros!

TenSoon frunció el ceño. Era una línea de interrogatorio muy extraña. *¿Por qué pregunta esto?*, pensó. *Mi traición a todo nuestro pueblo es, sin duda, más grande que el asesinato de uno de sus miembros.*

—Me sentí obligado por mi Contrato —dijo TenSoon sinceramente—. Debes saberlo, KanPaar. Fuiste tú quien me asignó al humano Straff Venture. Todos sabemos qué clase de persona era.

—No muy distinta de cualquier otro *hombre* —escupió uno de los Segundos.

En otro tiempo, TenSoon habría estado de acuerdo. Pero sabía que algunos humanos *eran* distintos. Había traicionado a Vin, y, sin embargo, ella nunca lo odió por ello. Lo comprendió y se apiadó de él. Aunque no se habían hecho aún amigos, aunque él no había llegado a respetarla demasiado, ese momento le había ganado su devota lealtad.

Vin contaba con él sin saberlo. TenSoon se irguió un poco y miró a KanPaar a los ojos.

—Fui asignado al humano Straff Venture por Contrato pagado —dijo—. Me entregó a los caprichos de su retorcido hijo, Zane. Fue Zane quien me ordenó que matara al kandra OreSeur y ocupara su lugar, para poder espia a la mujer Vin.

Hubo unos cuantos susurros apagados ante la mención de ese nombre. *Sí, habéis oído hablar de ella. La que mató al Padre.*

—¿Y por eso hiciste lo que ordenó ese tal Zane? —preguntó KanPaar en voz alta—. Mataste a otro kandra. ¡Asesinaste a un *miembro de tu propia generación!*

—¿Crees que me gustó? —replicó TenSoon—. OreSeur era mi hermano de generación, ¡un kandra al que conocía desde hacía setecientos años! Pero el Contrato...

—Prohíbe matar.

—Prohíbe matar hombres.

—¿Y no es la vida de un kandra más valiosa que la vida de un hombre?

—Las palabras son específicas, KanPaar —replicó TenSoon—. Las conozco bien. ¡Yo ayudé a escribirlas! ¡Ambos estábamos allí cuando se crearon estos

contratos de servicio usando el Primer Contrato como modelo! Nos prohíben matar humanos, pero no matarnos entre nosotros.

KanPaar se inclinó de nuevo hacia delante.

—¿Discutiste esto con Zane? ¿Sugeriste quizá que se encargara él mismo del asesinato? ¿Trataste siquiera de no matar a uno de los nuestros?

—No discuto con mis amos —dijo TenSoon—. Y, desde luego, no quería decirle al humano Zane cómo matar a un kandra. Su inestabilidad era bien conocida.

—Así que no discutiste. Simplemente mataste a OreSeur. Y luego ocupaste su lugar, fingiendo ser él.

—Eso es lo que hacemos —dijo TenSoon, con frustración—. Ocupamos el lugar de otros, actuando como espías. ¡De eso trata el Contrato!

—¡Les hacemos estas cosas a los *humanos*! —exclamó otro Segundo—. Este es el primer caso en que se ha empleado a un kandra para imitar a otro kandra. Sientes un precedente preocupante.

Fue brillante, pensó TenSoon. *Odio a Zane por obligarme a hacerlo, pero puedo ver la genialidad inherente. Vin ni siquiera sospechó de mí. ¿Quién iba a hacerlo?*

—Tendrías que haberte negado —dijo KanPaar—. Tendrías que haber pedido que clarificara tu Contrato. ¡Si empiezan a usarnos de esta forma, para que nos matemos los unos a los otros, podríamos ser exterminados en cuestión de años!

—Nos traicionaste a todos con tu imprudencia —dijo otro.

¡Ah!, pensó TenSoon. *Así que este es su plan. Me establecen como traidor primero, para que lo que yo diga carezca de credibilidad más adelante.* Sonrió. Era miembro de la Tercera Generación: ya era hora de empezar a actuar como tal.

—¿Nos traicioné con mi imprudencia? —preguntó TenSoon—. ¿Y vosotros, gloriosos Segundos? ¿Quién permitió que se asignara un Contrato al mismísimo Kelsier? ¡Asignasteis un servidor kandra *al hombre que planeaba matar al Padre!*

KanPaar se envaró, como si lo hubieran abofeteado, el rostro transparente lleno de ira a la luz azulina de las lámparas.

—¡No te corresponde lanzar acusaciones, Tercero!

—Parece que ya no me corresponde nada —replicó TenSoon—. Ni a ninguno de nosotros, ahora que el Padre está muerto. No tenemos ningún derecho a quejarnos, pues ayudamos a que sucediera.

—¿Cómo íbamos a saber que ese hombre tendría éxito donde otros no lo tuvieron? —farfulló un Segundo—. Pagó tan bien que...

KanPaar cortó al otro con una brusca gesticulación. No estaba bien que los miembros de la Segunda Generación se defendieran. Sin embargo, HunFoor, el kandra que había hablado, nunca había encajado del todo con los demás miembros de su generación. Era un poco más... denso.

—No hablarás más de esto, Tercero —dijo KanPaar, señalando a TenSoon.

—¿Cómo puedo defenderme, si no puedo...?

—No estás *aquí* para defenderte. Esto no es una vista: ya has admitido tu culpa. Esto es un juicio. ¡Explica tus acciones, y deja que la Primera Generación decida tu destino!

TenSoon guardó silencio. No era el momento de insistir. Todavía no.

—Lo que hiciste al ocupar el lugar de uno de tus propios hermanos ya es bastante malo de por sí —dijo KanPaar—. ¿Es necesario seguir hablando, o aceptarías ya tu juicio?

—Ambos sabemos que la muerte de OreSeur tiene poco que ver con mi presencia aquí —respondió TenSoon.

—Muy bien. Continuemos pues. ¿Por qué no explicas a la Primera Generación por qué, si eres un kandra tan fiel a los Contratos, *rompiste* el Contrato con tu amo, desobedeciendo sus intereses para ayudar en cambio a su enemigo?

La acusación de KanPaar resonó en la sala. TenSoon cerró los ojos y recordó aquel día de hacía más de un año. Recordó estar sentado tranquilamente en el suelo de la Fortaleza Venture, viendo cómo combatían Zane y Vin.

No. No fue un combate. Zane estaba quemando atium, que lo hacía casi invencible. Había jugado con Vin, manipulándola y burlándose de ella.

Vin no era el ama de TenSoon: TenSoon había matado a su kandra y ocupado su lugar, la espiaba siguiendo órdenes de Zane. Y Zane era su amo. *Él* era quien tenía su Contrato.

Pero, en contra de toda su formación, TenSoon ayudó a Vin. Y, al hacerlo, le reveló el gran Secreto de los kandra. Su debilidad: que un alomante podía usar sus poderes para asumir el control absoluto del cuerpo de un kandra. Los kandra servían a sus Contratos para mantener oculto este Secreto: se convertían en sirvientes para no acabar siendo esclavos. TenSoon abrió los ojos y contempló la silenciosa cámara. Era el momento que estaba esperando.

—No rompí mi Contrato —anunció.

KanPaar bufó.

—¡Dijiste lo contrario cuando viniste a vernos hace un año, Tercero!

—Os conté lo que había sucedido —dijo TenSoon, irguiéndose—. Lo que dije no era mentira. Ayudé a Vin en vez de a Zane. Debido en parte a mis acciones, mi amo acabó muerto a los pies de Vin. Pero yo no rompí mi Contrato.

—¿Estás dando a entender que Zane *quería* que ayudaras a su enemigo? —dijo KanPaar.

—No —contestó TenSoon—. No rompí mi Contrato porque decidí servir a un Contrato superior. ¡El Primer Contrato!

—¡El Padre está muerto! —exclamó uno de los Segundos—. ¿Cómo ibas a poder cerrar un Contrato con él?

—Está muerto —dijo TenSoon—. Eso es cierto. ¡Pero el Primer Contrato no murió con él! Vin, la Heredera del Superviviente, fue quien mató al lord Legislador. *Ella* es nuestra Madre ahora. ¡Nuestro Primer Contrato es para con ella!

TenSoon había esperado oír gritos de blasfemia y condena. En cambio, recibió un silencio de asombro. KanPaar permaneció de pie, aturdido, tras su atril de piedra. Los miembros de la Primera Generación guardaron silencio, como de costumbre, sentados en sus huecos en penumbra.

Bien, pensó TenSoon. Supongo que eso significa que debo continuar.

—*Tuve* que ayudar a la mujer, Vin —dijo—. No pude dejar que Zane la matara, pues tenía un deber para con ella... un deber que comenzó en el momento en que ella ocupó el lugar del Padre.

KanPaar al fin encontró la voz.

—¿*Ella*? ¿Nuestra Madre? ¡Mató al lord Legislador!

—Y ocupó su lugar —dijo TenSoon—. En cierto modo, es una de nosotros.

—¡Tonterías! —exclamó KanPaar—. Esperaba racionalizaciones, TenSoon, quizá incluso mentiras. Pero ¿estas fantasías? ¿Estas blasfemias?

—¿Has estado fuera recientemente, KanPaar? —preguntó TenSoon—. ¿Has dejado la Tierra Natal en el último siglo? ¿Comprendes lo que está sucediendo? El Padre está *muerto*. La tierra es un clamor. A mi regreso hace un año, vi los cambios en las brumas. Ya no se comportan como solían. Nosotros no podemos seguir como hasta ahora. ¡La Segunda Generación puede que no lo advierta, pero ha llegado Ruina! La vida terminará. ¡El tiempo del que hablaron los forjamundos, quizás el tiempo de la Resolución, está aquí!

—Deliras, TenSoon. Has pasado demasiado tiempo entre los humanos...

—Cuéntales a todos de qué trata esto realmente, KanPaar —interrumpió TenSoon, alzando la voz—. ¿No quieres que se sepa mi *verdadero* pecado? ¿No quieres que los otros se enteren?

—No fuerces esto, TenSoon —dijo KanPaar, señalando de nuevo—. Lo que has hecho es ya bastante malo. No lo...

—Se lo dije a ella —interrumpió TenSoon de nuevo—. Le conté nuestro *Secreto*. Al final, me utilizó. Como los alomantes de antaño. ¡Asumió el control de mi cuerpo, usando el Defecto, y me hizo luchar contra Zane! *Esto* es lo que he hecho. Nos he traicionado a todos. Ella lo sabe... y estoy seguro de que se lo ha contado a otros. Pronto todos sabrán cómo controlarnos. ¿Y sabéis *por qué* lo hice? ¿No pretende este juicio dejarme expresar mi propósito?

Siguió hablando, pese al hecho de que KanPaar trataba de hablar más alto.

—Lo hice porque ella tiene *derecho* a conocer nuestro Secreto —gritó TenSoon—. ¡Es la Madre! Heredó todo lo que tenía el lord Legislador. Sin ella, no somos nada. ¡No podemos crear nuevas Bendiciones, o nuevos kandra, por nuestra cuenta! ¡Ahora la Confianza es suya! Deberíamos acudir a ella. Si esto es realmente el final de todas las cosas, entonces vendrá la Resolución. Ella...

—¡Basta! —chilló KanPaar.

La sala volvió a quedar en silencio.

TenSoon permaneció en pie, respirando entrecortadamente. Durante un año, atrapado en su pozo, había planeado cómo proclamar esa información. Su pueblo había pasado mil años, diez generaciones, siguiendo los dictados del Primer Contrato. Merecían oír lo que le había sucedido.

Y, sin embargo, parecía tan... inadecuado gritarlo como un humano loco. ¿Lo creería alguien? ¿Cambiaría algo?

—Tú mismo reconoces que nos has traicionado —dijo KanPaar—. Has roto el Contrato, has asesinado a un miembro de tu propia generación, y has contado a una humana cómo dominarnos. Exiges ser juzgado. Así sea.

TenSoon se volvió y alzó la mirada hacia los nichos desde donde observaban los miembros de la Primera Generación.

Tal vez... tal vez ellos vean que lo que digo es verdad. Tal vez mis palabras los despierten y caigan en la cuenta de que debemos ofrecer nuestro servicio a Vin, en vez de seguir sentados en estas cuevas esperando a que el mundo termine a nuestro alrededor.

Pero no sucedió nada. Ningún movimiento, ningún sonido. En ocasiones, TenSoon se preguntaba si aún vivía alguien allá arriba. No había hablado con

ningún miembro de la Primera Generación desde hacía siglos: limitaban su comunicación estrictamente a los Segundos.

Si aún vivían, ninguno aprovechó la oportunidad de ofrecer clemencia a TenSoon. KanPaar sonrió.

—La Primera Generación ha ignorado tu alegato, Tercero —dijo—. Por tanto, como servidores tuyos, nosotros, la Segunda Generación, juzgamos por su cuenta. Tu sentencia tendrá lugar dentro de un mes.

TenSoon frunció el ceño. *¿Un mes? ¿Por qué esperar?*

Sea como fuere, ya todo había terminado. Inclinó la cabeza, suspirando. Había dicho lo que tenía que decir. Ahora los kandra sabían que su Secreto se había filtrado: los Segundos no podrían seguir ocultando ese hecho. Tal vez sus palabras llevarían a su pueblo a la acción.

Probablemente, TenSoon nunca lo sabría.

Rashek trasladó el Pozo de la Ascensión, obviamente.

Fue muy astuto por su parte: quizá lo más inteligente que hizo. Sabía que el poder regresaría un día al Pozo, pues un poder semejante (el poder fundamental sobre el que estaba formado el mundo) no se agota sin más. Puede ser usado, y por tanto difundido, pero siempre se renueva.

Así, sabiendo que los rumores e historias persistirían, Rashek cambió el paisaje mismo del mundo. Puso montañas en lo que sería el norte, y llamó Terris a ese lugar. Luego allanó su auténtica tierra natal, y construyó allí su capital.

Construyó su palacio alrededor de esa sala en su centro, la sala donde meditaba, la sala réplica de su antigua casa en Terris. Un refugio creado momentos antes de que su poder se agotara.

12



—ESTOY PREOCUPADA POR ÉL, ELEND —dijo Vin, sentada en su petate.

—¿Por quién? —preguntó Elend, apartando la mirada del espejo—. ¿Por Sazed?

Vin asintió. Cuando Elend despertó de su siesta, ella ya estaba levantada, bañada y vestida. A veces ella le preocupaba, de tanto como se esforzaba. Le preocupaba aún más ahora que él mismo era un nacido de la bruma, y comprendía las limitaciones del peltre. El metal reforzaba el cuerpo, permitía posponer la fatiga... pero a un precio. Cuando el peltre se agotaba o se apagaba, la fatiga regresaba, aplastándote como una pared que se te desploma encima.

Sin embargo, Vin continuaba. Elend también quemaba peltre, esforzándose, pero ella parecía dormir la mitad que él. Era más dura que Elend, fuerte de un modo que él jamás conocería.

—Sazed se ocupará de sus problemas —dijo Elend, volviéndose hacia el espejo—. Debe de haber perdido gente antes.

—Esto es distinto —respondió Vin.

Elend podía verla en el reflejo con sus sencillas ropas, sentada tras él de piernas cruzadas. El inmaculado uniforme blanco de Elend era justo lo contrario. Resplandecía con sus botones de madera pintados de dorado, hechos expresamente con muy poco metal para que no les afectara la alomancia. Las ropas habían sido confeccionadas con un tejido especial del que era más fácil limpiar la ceniza. A veces, Elend se sentía culpable por todo el trabajo que hacía falta para que pareciera regio. Sin embargo, era necesario. No por su vanidad, sino por su imagen. La imagen por la que sus hombres marchaban a la guerra. En una tierra negra, Elend vestía de blanco... y se convertía en un símbolo.

—¿Distinto? —preguntó Elend, abotonándose las mangas de su camisa—. ¿Qué hay de distinto en la muerte de Tindwyl? Cayó durante el ataque a Luthadel. Igual que Clubs y Dockson. Tú mataste a mi propio padre en esa batalla, y yo decapité a mi mejor amigo poco antes. Todos perdimos gente.

—Él dijo algo parecido —contestó Vin—. Pero para él es más que solo una muerte. Creo que ve una especie de traición en la muerte de Tindwyl: de nosotros, siempre fue el que tenía fe. De algún modo, la perdió cuando ella murió.

—¿El único de nosotros que tenía fe? —preguntó Elend, cogiendo un alfiler de madera pintado de plata de la mesa y colocándoselo en la casaca—. ¿Y eso?

—Tú perteneces a la Iglesia del Superviviente, Elend —dijo Vin—. Pero no tienes fe. No como la tenía Sazed. Fue como... si *supiera* que todo iba a salir bien. Confiaba en que algo vigilaba el mundo.

—Lo superará.

—No es solo él, Elend. Brisa lo intenta con demasiada fuerza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elend, divertido.

—Empuja las emociones de todo el mundo —dijo Vin—. Empuja demasiado, tratando de hacer felices a los demás, y se ríe con demasiadas ganas. Está asustado, preocupado. Lo muestra exagerando.

Elend sonrió.

—Y tú te estás volviendo tan mala como él, leyendo las emociones de todo el mundo y diciéndoles cómo se sienten.

—Son mis amigos, Elend. Los *conozco*. Y, te lo digo... están cediendo. Uno a uno, empiezan a pensar que no podremos ganar esta batalla.

Elend abrochó el último botón, y luego se miró en el espejo. A veces, todavía se preguntaba si encajaba con el traje, con su blancura inmaculada y su

realeza implícita. Se miró a los ojos, la barba corta, el cuerpo de guerrero, la piel cubierta de cicatrices. Miró aquellos ojos, buscando al rey tras ellos. Como siempre, no le acabó de impresionar lo que veía.

Siguió adelante de todas formas, pues era lo mejor que tenían. Tindwyl le había enseñado eso.

—Muy bien —dijo—. Confío en que tengas razón respecto a los otros... haré algo para remediarlo.

Después de todo, ése era su trabajo. El título de emperador llevaba consigo un solo deber.

Mejorarlo todo.

—MUY BIEN —DIJO ELEND, señalando un mapa del imperio que colgaba de la pared de la tienda donde celebraban sus reuniones—. Medimos la llegada y la desaparición de las brumas cada día, y luego Noorden y sus escribas las analizan. Nos dan estos perímetros como guía.

El grupo se inclinó hacia delante, estudiando el mapa. Vin estaba sentada al fondo de la tienda, como seguía prefiriendo. Más cerca de las sombras. Más cerca de la salida. Se había vuelto más confiada, cierto... pero eso no la volvía descuidada. Le gustaba poder vigilar a todos los presentes, aunque confiara en ellos.

Y lo hacía. Confiaba en todos, excepto tal vez en Cett. Aquel hombre obstinado estaba sentado al frente, con su silencioso hijo adolescente al lado, como siempre. Cett (o el *rey* Cett, pues era uno de los monarcas que había jurado alianza a Elend) tenía una barba fea, una boca aún más fea y dos piernas tullidas. Eso no le había impedido estar a punto de conquistar Luthadel hacía más de un año.

—¡Diantre! —exclamó Cett—. ¿Esperas que podamos leer eso?

Elend marcó el mapa con un dedo. Era un boceto general del imperio, similar al que habían encontrado en la caverna, solo que más actualizado. Tenía unos grandes círculos concéntricos inscritos.

—El círculo exterior es el lugar donde las brumas han tomado por completo la tierra y ya no desaparecen durante el día.

Elend dirigió el dedo a otro círculo.

—Este círculo atraviesa la aldea que acabamos de visitar, donde encontramos el depósito. Marca cuatro horas de luz. Todo lo que está dentro del círculo recibe más de cuatro horas. Todo lo que está fuera, menos.

—¿Y el círculo final? —preguntó Brisa.

Estaba sentado con Allrianne lo más lejos posible de Cett que permitía la tienda. Cett seguía teniendo la costumbre de arrojarle cosas a Brisa: insultos, en su mayor parte, y cuchillos de vez en cuando.

Elend miró el mapa.

—Suponiendo que las brumas sigan acercándose a Luthadel al mismo ritmo, ese círculo representa la zona que los escribas consideran que recibirá suficiente luz del sol este verano para permitir cosechas.

Todos guardaron silencio.

La esperanza es para los necios, pareció susurrar la voz de Reen en el fondo de la mente de Vin. Sacudió la cabeza. Su hermano, Reen, la había entrenado en las costumbres de la calle y los bajos fondos, le había enseñado a ser desconfiada y paranoica. Con esto, también le había enseñado a sobrevivir. Fue Kelsier quien le mostró que era posible confiar y sobrevivir... y fue una lección difícil de aprender. Aun así, a menudo oía la voz fantasmal de Reen en el fondo de su mente, más un recuerdo que otra cosa, susurrándole inseguridades, recordando las cosas brutales que este le había enseñado.

—Es un círculo bastante pequeño, El —dijo Ham, todavía estudiando el mapa. El musculoso hombretón estaba sentado junto al general Demoux, entre Cett y Brisa. Sazed permanecía a un lado, silencioso. Vin lo miró, tratando de juzgar si su conversación anterior había aliviado un poco su depresión, pero no pudo asegurarlo.

Eran un grupo pequeño: solo nueve, contando al hijo de Cett, Gneorndin. Pero incluía a casi todos los que quedaban de la banda de Kelsier. Solo faltaba Fantasma, que estaba de exploración en el norte. Todos estaban concentrados en el mapa. El círculo final era, en efecto, muy pequeño: ni siquiera tenía el tamaño del Dominio Central, que contenía la capital imperial de Luthadel. Menos del diez por ciento del imperio podría mantener cultivos este verano.

—Incluso esta pequeña burbuja desaparecerá el invierno que viene —dijo Elend.

Vin vio como los otros reflexionaban, y comprendían, si no lo habían hecho ya, el horror que los acechaba. *Es como decía el libro de Alendi*, pensó. *No podían luchar con ejércitos contra la Profundidad, que destruía ciudades y causaba una muerte lenta y terrible. Estaban indefensos*.

La Profundidad. Así llamaban a las brumas... o al menos, así las llamaban los registros supervivientes. Tal vez lo que combatían, la fuerza primigenia que Vin había liberado, estuviera detrás de la ofuscación.

—Muy bien, amigos —dijo Elend, cruzándose de brazos—. Necesitamos opciones. Kelsier os reclutó porque podíais hacer lo imposible. Pues bien, nuestra situación es bastante imposible.

—A mí no me reclutó —recalcó Cett—. Me pillaron por las pelotas y me metieron en este pequeño fiasco.

—Ojalá me preocupara lo suficiente para pedir disculpas —dijo Elend, mirándolos—. Vamos. Sé que tenéis ideas.

—Bien, mi querido amigo —dijo Brisa—, lo más obvio parece ser el Pozo de la Ascensión. Parece que allí se construyó el poder para combatir las brumas.

—O para liberar lo que se escondía en ellas —dijo Cett.

—Eso no importa —intervino Vin, haciendo que todos volvieran la cabeza—. No hay ningún poder en el Pozo. Se ha agotado. Se acabó. Si regresa alguna vez, me temo que será dentro de otros mil años.

—Es demasiado tiempo para ir tirando con los suministros guardados en esos depósitos —dijo Elend.

—¿Y si cultiváramos plantas que necesiten muy poca luz? —preguntó Ham. Como siempre, llevaba pantalones sencillos y chaleco. Era un violento, y podía quemar peltre, que lo hacía resistente al calor y el frío. Caminaba alegremente sin mangas un día capaz de enviar a la mayoría de los hombres corriendo en busca de abrigo.

Bueno, tal vez no alegremente. Ham no había cambiado de la mañana a la noche, como había hecho Sazed. Pero sí *había* perdido parte de su jovialidad. Solía sentarse con gesto consternado, como si considerara las cosas con mucho, mucho cuidado... y no le gustaran las respuestas que encontraba.

—¿Hay plantas que no necesitan luz? —preguntó Allrianne, ladeando la cabeza.

—Champiñones y similares —dijo Ham.

—Dudo que podamos alimentar a todo un imperio a base de champiñones —dijo Elend—. Aunque no es mala idea.

—También tiene que haber otras plantas —continuó Ham—. Aunque las brumas salgan de día, algo de luz debe de pasar. Algunas plantas tienen que poder vivir con eso.

—Plantas que no podemos comer, mi querido amigo —recalcó Brisa.

—Sí, pero tal vez los animales puedan —contestó Ham.

Elend asintió, pensativo.

—Nos queda muy poco tiempo para dedicarnos a la puñetera horticultura —advirtió Cett—. Tendríamos que habernos puesto a trabajar en esto hace años.

—No sabíamos casi nada hasta hace unos pocos meses —dijo Ham.

—Cierto —afirmó Elend—. Pero el lord Legislador tuvo mil años para prepararse. Por eso creó las cuevas de almacenaje... y seguimos sin saber qué contiene la última.

—No me gusta recurrir al lord Legislador, Elend —dijo Brisa, sacudiendo la cabeza—. Debió de preparar esos depósitos sabiendo que estaría muerto si alguien tenía que usarlos.

Cett asintió.

—El aplacador idiota tiene razón. Si yo fuera el lord Legislador, habría llenado esos depósitos de comida envenenada y agua con orines. Porque, si estuviera muerto, todos los demás deberían estarlo también.

—Por fortuna, Cett —contestó Elend, arqueando una ceja—, el lord Legislador ha demostrado ser más altruista de lo que podríamos haber imaginado.

—No es algo que yo esperara oír jamás —apuntó Ham.

—Era el emperador —dijo Elend—. Puede que no nos gustara su gobierno, pero en parte lo entiendo. No era vengativo... de hecho, ni siquiera era malvado. Tan solo... se dejó llevar. Además, resistió a esa cosa que estamos combatiendo.

—¿Esa cosa? —preguntó Cett—. ¿Las brumas?

—No —respondió Elend—. Esa cosa que estaba atrapada en el Pozo de la Ascensión.

Se llama Ruina, pensó Vin. Lo destruirá todo.

—Por eso he decidido que necesitamos asegurarnos ese último depósito —dijo Elend—. El lord Legislador ya pasó por esto una vez: supo cómo prepararse. Tal vez encontraremos plantas que puedan crecer sin luz. Hasta ahora, cada uno de los depósitos ha tenido siempre comida y agua... pero también en cada uno de ellos había algo nuevo. En Vetitan, encontramos grandes depósitos de los primeros ocho metales alománticos. Puede que lo que haya en ese último depósito sea lo que necesitamos para sobrevivir.

—¡Ea, pues! —dijo Cett, sonriendo de oreja a oreja bajo la barba—. Vamos a marchar hacia Fadrex, ¿verdad?

Elend asintió, cortante.

—Sí. La fuerza principal del ejército marchará hacia el Dominio Occidental en cuanto levantemos el campamento.

—¡Ja! —exclamó Cett—. Penrod y Janarle podrán chuparse *esa* durante unos cuantos días.

Vin sonrió débilmente. Penrod y Janarle eran los otros dos reyes más importantes bajo el gobierno imperial de Elend. Penrod gobernaba Luthadel, por eso no estaba allí presente, y Janarle gobernaba el Dominio Septentrional, el reino que incluía las tierras hereditarias de la Casa Venture.

Sin embargo, la ciudad más grande del norte se había enzarzado en una revuelta mientras Janarle (con el padre de Elend, Straff Venture) estaba fuera, asediando Luthadel. Hasta ahora, Elend no había podido desviar las tropas necesarias para recuperar Urteau de sus disidentes, así que Janarle gobernaba en el exilio, usando su número inferior de tropas para mantener el orden en las ciudades que *sí* controlaba.

Tanto Janarle como Penrod habían insistido en evitar que el ejército principal marchara contra las tierras de Cett.

—Esos hijos de puta no se alegrarán nada cuando se enteren de esto —dijo Cett.

Elend sacudió la cabeza.

—¿En todo lo que dices tiene que haber una vulgaridad u otra?

Cett se encogió de hombros.

—¿Para qué hablar si no puedes decir algo interesante?

—Maldecir no es interesante —repuso Elend.

—Esa es tu puñetera opinión —dijo Cett, sonriendo—. Y en realidad no tendrías que quejarte, emperador. Si crees que las cosas que *yo* digo son vulgares, es que has vivido en Luthadel demasiado tiempo. De donde yo vengo, a la gente no le corta nada usar palabritas como «puñeta».

Elend suspiró.

—De todas formas, yo...

Se interrumpió cuando el terreno empezó a temblar. Vin se puso de pie en pocos segundos, buscando el peligro mientras otros maldecían y buscaban la estabilidad. Descorrió la puerta de la tienda y se asomó a las brumas. Sin embargo, el temblor remitió rápidamente, y causó muy poco caos en el campamento. Las patrullas buscaban problemas, oficiales y alomantes a las órdenes de Elend. La mayoría de los soldados, sin embargo, permanecieron en sus tiendas.

Vin se volvió hacia el interior de la tienda. Parte del mobiliario de viaje había caído, pero esa era la única perturbación. Los demás regresaron lentamente a sus asientos.

—Ha habido un montón últimamente —dijo Ham. Vin miró a Elend a los ojos, y pudo ver en ellos la preocupación.

Podemos combatir ejércitos, podemos capturar ciudades, pero ¿y la ceniza, las brumas, los terremotos? ¿Y el mundo que se cae en pedazos a nuestro alrededor?

—Como iba diciendo —prosiguió Elend, la voz firme pese a la preocupación que Vin sabía que debía de sentir—. Fadrex tiene que ser nuestro próximo objetivo. No podemos arriesgarnos a perder el depósito y su contenido.

Como el atium, susurró Reen en la cabeza de Vin.

—Atium —dijo ella en voz alta.

Cett se irguió.

—¿Crees que estará allí?

—Hay teorías —respondió Elend, mirando a Vin—. Pero no tenemos ninguna prueba.

—Estará allí —contestó ella. *Tiene que estarlo. No sé por qué, pero tiene que ser nuestro.*

—Espero que no —dijo Cett—. He recorrido la mitad del maldito imperio intentando robarlo... Y si ahora resulta que está en mi propia ciudad...

—Creo que estamos pasando por alto algo importante, El —dijo Ham—. ¿Hablas de conquistar Ciudad Fadrex?

Todos quedaron en silencio. Hasta este momento, los ejércitos de Elend habían sido utilizados a la defensiva, para atacar guarniciones koloss o los campamentos de pequeños caudillos y bandidos. Habían amedrentado a unas cuantas ciudades para que se unieran a ellos, pero nunca habían atacado una para tomarla por la fuerza.

Elend se volvió y miró de nuevo hacia el mapa. Incluso de lado, Vin podía verle los ojos: los ojos de un hombre endurecido por un año y medio de guerra casi perpetua.

—Nuestro principal objetivo será tomar la ciudad por medio de la diplomacia —reveló Elend.

—¿Diplomacia? —repuso Cett—. Fadrex es *mía*. ¡Ese maldito obligador me la robó! Que no te dé cargo de conciencia atacarlo, Elend.

—¿No? —preguntó Elend, volviéndose—. Cett, son tu pueblo, tus soldados, a quienes tendremos que matar para entrar en esa ciudad.

—La gente muere en la guerra —dijo Cett—. Sentirse mal no te limpia la sangre de las manos, así que ¿por qué preocuparse? Esos soldados se volvieron contra mí: se merecen lo que les pase.

—No es tan sencillo —repuso Ham—. Si no hubo manera de hacer que los soldados lucharan contra el usurpador, ¿por qué esperar que entreguen sus vidas?

—Sobre todo a un hombre que también fue usurpador —observó Elend.

—Sea como sea, los informes describen la ciudad como bien defendida —dijo Ham—. Será un hueso duro de roer, El.

Elend permaneció un momento en silencio. Luego miró a Cett, que seguía pareciendo inadecuadamente satisfecho de sí mismo. Como si los dos compartieran algo, una comprensión. Elend era un maestro de la teoría, y con toda probabilidad había leído más que nadie sobre la guerra. Cett parecía tener un sexto sentido para la guerra y las tácticas, y había sustituido a Clubs como el principal estratega militar del imperio.

—Asedio —dijo Cett.

Elend asintió.

—Si el rey Yomen no responde a la diplomacia, la única manera de entrar en la ciudad, sin matar a la mitad de nuestros hombres al hacerlo, es asediándola y volviéndolos desesperados.

—¿Tenemos tiempo para eso? —preguntó Ham, frunciendo el ceño.

—Además de Urteau —dijo Elend—, Ciudad Fadrex y las zonas adyacentes son las únicas secciones importantes de los Dominios Interiores que mantienen un ejército lo bastante fuerte para representar una amenaza. Eso, más el depósito, significa que no podemos permitirnos dejarlos sin más.

—En cierto modo, el tiempo está de nuestra parte —dijo Cett, rascándose la barba—. No se ataca una ciudad como Fadrex, Ham. Tiene fortificaciones, una de las pocas ciudades además de Luthadel que podría repeler a un ejército. Pero, como está fuera del Dominio Central, probablemente ya necesita alimentos.

Elend asintió.

—Mientras que nosotros tenemos todos los suministros que encontramos en los depósitos de almacenaje. Si bloqueamos la carretera y nos hacemos con el canal, ellos *tendrán* que rendir la ciudad tarde o temprano. Aunque hayan encontrado el depósito, cosa que dudo, podremos superarlos.

Ham frunció el ceño.

—Supongo...

—Además —añadió Elend—, si las cosas se ponen feas, tenemos unos veinte mil koloss a los que podemos recurrir.

Ham arqueó una ceja, aunque no dijo nada. La implicación quedó clara.

¿Volverías a los koloss contra otras personas?

—Hay un elemento más —dijo Sazed en voz baja—. Algo que hasta ahora no hemos discutido.

Varias personas se volvieron, como si hubieran olvidado que estaba allí.

—Las brumas —dijo Sazed—. Ciudad Fadrex se encuentra más allá del perímetro de las brumas, emperador Venture. ¿Someterás a tu ejército a más de un quince por ciento de bajas antes de poder llegar siquiera a la ciudad?

Elend guardó silencio. Hasta ahora había conseguido mantener a la mayor parte de sus soldados fuera de las brumas. A Vin no le parecía bien que su ejército se hubiera protegido de la enfermedad, mientras que los aldeanos habían sido obligados a internarse en las brumas. Y, sin embargo, donde estaban acampados, había aún una cantidad significativa de luz diurna sin bruma, y también tenían suficientes tiendas para albergar a los soldados, algo de lo que carecían cuando trasladaban a los aldeanos.

Las brumas rara vez penetraban en las edificaciones, incluso en las de lona. No había habido ningún motivo para arriesgarse a matar a algunos de los soldados, ya que habían podido evitarlo. A Vin le parecía hipócrita, pero hasta ahora había tenido sentido.

Elend miró a Sazed a los ojos.

—Es un buen argumento —dijo—. No podemos proteger eternamente a los soldados. Obligué a los aldeanos de Vetitan a inmunizarse; y sospecho que tendré que hacer lo mismo con el ejército, por los mismos motivos.

Vin continuó callada. A menudo anhelaba los días en que no tenía nada que ver con la toma de decisiones... o, mejor todavía, los días en que Elend no se veía obligado a tomarlas.

—Marcharemos hacia Fadrex —repitió Elend, volviéndose. Señaló el mapa—: Si vamos a superar esto, y me refiero a todos los habitantes del Nuevo Imperio, vamos a tener que agruparnos y concentrar nuestras poblaciones cerca del Dominio Central. Será el único lugar donde podrá cultivarse comida este verano, y necesitaremos toda la mano de obra que podamos encontrar para despejar ceniza y preparar los campos. Eso significa tomar bajo nuestra protección a la gente de Fadrex.

»También significa —añadió, señalando la sección noreste del mapa— que tendremos que reprimir la rebelión en Urteau. La ciudad no solo contiene un depósito de almacenaje, con grano que necesitamos desesperadamente para una segunda plantación en el Dominio Central, sino que los nuevos legisladores de la ciudad están formando un ejército. Urteau está peligrosamente cerca de Luthadel, como descubrimos cuando nos atacó mi padre. No consentiré que eso se repita.

—No tenemos suficientes soldados para marchar sobre ambos frentes a la vez, El —protestó Ham.

Elend asintió.

—Lo sé. De hecho, prefiero evitar marchar sobre Urteau. Era la sede de mi padre... la gente tenía buenos motivos para rebelarse contra él. Demoux, ¿informe?

Demoux se levantó.

—Tenemos un mensaje inscrito en acero de Fantasma mientras Su Majestad estaba fuera. El muchacho dice que la facción que controla Urteau está compuesta por rebeldes skaa.

—Eso parece prometedor —advirtió Brisa—. Nuestro tipo de gente.

—Son... algo rudos con los nobles, lord Brisa —explicó Demoux—. E incluyen en ese grupo a todo el que tenga parientes nobles.

—Un poco extremista, creo yo —dijo Ham.

—Mucha gente pensaba que Kelsier era extremista —repuso Brisa—. Estoy seguro de que podremos hacer entrar en razón a esos rebeldes.

—Bien —concluyó Elend—, porque cuento contigo y con Sazed para tener a Urteau bajo control sin hacer uso de la fuerza. Solo hay cinco depósitos, y no podemos permitirnos perder uno. Quién sabe qué descubriremos en Fadrex... Puede que tengamos que volver a los otros depósitos para encontrar algo que pasamos por alto.

Se volvió y miró primero a Brisa, luego a Sazed.

—No podemos sacar la comida de Urteau —advirtió—. Si la rebelión de esa ciudad se extiende, todo el imperio se hará añicos. *Tenemos* que poner a esa gente de nuestro lado.

Los miembros del consejo asintieron, igual que Vin. Sabían por experiencia personal cuánto poder podía ejercer contra un imperio una pequeña rebelión.

—El asedio de Fadrex podría llevarnos algún tiempo —dijo Elend—. Mucho antes de que llegue el verano, quiero que hayáis asegurado ese depósito

del norte y sometido la rebelión. Enviad las semillas al Dominio Central para plantarlas.

—No te preocunes —señaló Brisa—. He visto el tipo de gobiernos que emplazan los skaa... para cuando lleguemos, la ciudad estará ya al borde del colapso de todas formas. ¡Es posible que se sientan aliviados al recibir una oferta para unirse al Nuevo Imperio!

—Sed cautelosos —sugirió Elend—. Los informes de Fantasma han sido escasos, pero parece que las tensiones en la ciudad son extremas. Enviaremos a unos pocos cientos de soldados con vosotros como protección.

Miró de nuevo el mapa, entornando levemente los ojos.

—Cinco depósitos, cinco ciudades. De algún modo, Urteau forma parte de todo esto. No podemos permitirnos perderla.

—Majestad, ¿es necesaria mi presencia en ese viaje? —preguntó Sazed.

Elend frunció el ceño y lo miró.

—¿Tienes algo mejor que hacer, Sazed?

—Hay estudios que quisiera realizar.

—Como siempre, respeto tus deseos —recordó Elend—. Si crees que esos estudios son importantes...

—Son de naturaleza personal, majestad.

—¿Podrías hacerlos mientras colaboras en Urteau? —propuso Elend—. Eres terrisano, y eso te concede una credibilidad que ninguno de nosotros puede reclamar. Además, la gente te respeta y confía en ti, Sazed... con buenos motivos. Brisa, por otro lado, tiene una especie de... reputación.

—Trabajé duro para labrármela, ya sabes —dijo Brisa.

—Me gustaría tenerte al frente de ese equipo, Sazed. No se me ocurre un embajador mejor que el Sagrado Primer Testigo.

Fue imposible leer la expresión de Sazed.

—Muy bien —dijo por fin—. Haré todo lo que pueda.

—Bien —asintió Elend, volviéndose para mirar al resto del grupo—. Entonces hay una última cosa que tengo que pediros a todos.

—¿Cuál? —preguntó Cett.

Elend permaneció en silencio unos instantes, mirando por encima de sus cabezas, con aspecto pensativo.

—Quiero que me habléis del Superviviente —dijo por fin.

—Era el señor de las brumas —respondió Demoux de inmediato.

—No me vengáis con retórica —protestó Elend—. Que alguien me hable del hombre, Kelsier. No llegó a conocerlo, lo sabéis. Lo vi una vez, justo antes

de que muriera, pero no lo conocí.

—¿Y qué sentido tiene? —preguntó Cett—. Todos hemos oido las historias. Es prácticamente un dios, si haces caso a los skaa.

—Haced lo que os pido.

La tienda permaneció unos instantes en silencio antes de que Ham interviniere.

—Kel era... grandioso. No era solo un hombre, era mucho más. Todo lo que hacía era grande: sus sueños, su forma de hablar, su manera de pensar...

—Y no era falso —añadió Brisa—. Noto cuándo un hombre es falso. En realidad, por eso empecé a trabajar con Kelsier. Entre tanta gente falsa, él era auténtico. Todos querían ser el mejor. Kelsier lo era.

—Era un hombre —dijo Vin en voz baja—. Solo un hombre. Sin embargo, siempre se sabía que iba a tener éxito. Te hacía ser lo que quería que fueras.

—Para así poder usarte —repuso Brisa.

—Pero eras mejor cuando acababa contigo —añadió Ham.

Elend asintió lentamente.

—Ojalá lo hubiera conocido. Al principio de mi carrera, siempre me comparaba con él. Cuando oí hablar de Kelsier, él ya se estaba convirtiendo en una leyenda. Era injusto obligarme a intentar ser él, pero me preocupaba de todas formas. Bueno, los que lo conocisteis, tal vez podáis contestarme a otra pregunta. ¿Qué creéis que diría, si nos viera ahora?

—Estaría orgulloso —dijo Ham al momento—. Quiero decir, derrotamos al lord Legislador y construimos un gobierno skaa.

—¿Y si nos viera en esta reunión?

Volvieron a guardar silencio. Cuando alguien dijo en voz alta lo que todos estaban pensando, fue quien Vin menos esperaba.

—Nos diría que riéramos más —susurró Sazed.

Brisa se echó a reír.

—Estaba completamente loco, ¿sabes? Cuanto peores se volvían las cosas, más se reía. Recuerdo lo alegre que estaba el día después de una de nuestras peores derrotas, cuando perdimos la mayor parte de nuestro ejército de skaa ante ese necio de Yeden. Kel entró, con paso vivo, y soltó uno de sus chistes tontos.

—Parece insensible —dijo Allrianne.

—No. Solo era decidido. Siempre decía que la risa era algo que el lord Legislador jamás podría arrebatarle. Planeó y llevó a cabo el derrocamiento de un imperio de mil años, y lo hizo como una especie de... penitencia por dejar

que su esposa muriera pensando que la odiaba. Pero lo hizo todo con una sonrisa en los labios. Como si cada chiste fuera su forma de abofetear al destino en la cara.

—Necesitamos lo que él tenía —dijo Elend.

Todos volvieron los ojos hacia él.

—No podemos seguir haciendo esto —dijo Elend—. Discutimos entre nosotros, nos desanimamos, viendo caer la ceniza, convencidos de que estamos condenados.

Brisa se echó a reír.

—No sé si notaste el terremoto de hace unos minutos, mi querido amigo, pero el mundo parece estar llegando a su fin. Es un hecho indiscutiblemente deprimente.

Elend negó con la cabeza.

—Podemos sobrevivir a esto —dijo Elend con determinación—. Pero la única forma en que sucederá es si nuestra gente no se rinde. Necesitan líderes que rían, líderes que sientan que esta batalla se *puede* ganar. Así que esto es lo que os pido. No me importa si sois optimistas o pesimistas, no me importa si os preocupáis en secreto o si pensáis que todos estaremos muertos antes de que acabe el mes. Por fuera, quiero veros sonriendo. Hacedlo de forma desafiante, si es necesario. Y si llega el final, quiero que este grupo se enfrente a ese final sonriendo. Como nos enseñó el Superviviente.

Lentamente, los miembros de la antigua banda asintieron. Incluso Sazed, aunque su rostro parecía preocupado.

Cett simplemente sacudió la cabeza.

—Estáis locos. Nunca sabré cómo he acabado con vosotros.

Brisa se rio.

—Eso es mentira, Cett. Sabes *exactamente* cómo acabaste uniéndote a nosotros. ¡Amenazamos con matarte si no lo hacías!

Elend miraba a Vin. Ella lo miró a los ojos, y asintió. Había sido un buen discurso. No estaba segura de que sus palabras fueran a cambiar nada: la banda nunca volvería a ser lo que había sido, riendo cada noche a sus anchas en torno a la mesa de Clubs. Sin embargo, tal vez si recordaban la sonrisa de Kelsier, sería menos probable que olvidaran por qué seguían luchando.

—Muy bien, gente —culminó Elend—. Empecemos los preparativos. Brisa, Sazed, Allrianne... necesito que habléis con los escribas para calcular los suministros de vuestro viaje. Ham, envía un mensajero a Luthadel y dile a Penrod que ponga a sus estudiosos a trabajar en plantas de cultivo que puedan

crecer con muy poca luz. Demoux, transmite la noticia a los hombres.
Partimos mañana.

Debido a su conexión con la sangre, se llama hemalurgia. No es una coincidencia, creo yo, que la muerte esté siempre implicada en el traspaso de poder a través de la hemalurgia. Marsh lo describió una vez como un proceso «sucio». Tampoco es el adjetivo que yo habría elegido. No es lo bastante perturbador.

13



ME ESTOY PERDIENDO ALGO, pensó Marsh.

Estaba sentado en el campamento de los koloss. Sin hacer nada más. No se había movido durante horas. La ceniza lo cubría como si fuera una estatua. Últimamente, la atención de Ruina estaba centrada en otra parte, y Marsh se había quedado cada vez con más tiempo para sí mismo.

Sin embargo, no se debatía. Debatirse tan solo atraería la atención de Ruina.

¿No es eso lo que quiero?, pensó. ¿Ser controlado? Cuando Ruina lo obligaba a ver las cosas a su modo, el mundo agonizante parecía maravilloso. Esa dicha era muy superior al temor que sentía mientras estaba sentado en este tocón, consumiéndose lentamente en la ceniza.

No. ¡No, no es eso lo que quiero! Era dicha, cierto, pero era falsa. Igual que una vez se debatió contra Ruina, ahora se debatía contra su propia sensación de inevitabilidad.

¿Qué me estoy perdiendo?, pensó de nuevo, distraídose. El ejército de koloss, trescientas mil criaturas, no se había movido desde hacía semanas. Sus miembros se mataban entre sí lenta, pero implacablemente. Parecía un despilfarro de recursos dejar que el ejército se anquilosara. De momento, las criaturas comían las plantas muertas que había entre las cenizas para así sobrevivir.

No podrán vivir mucho tiempo a base de eso, ¿no? No sabía mucho de los koloss, a pesar de haber pasado casi un año con ellos. Parecían capaces de comer casi cualquier cosa, como si solo llenar sus estómagos fuera más importante que la nutrición real.

¿A qué esperaba Ruina? ¿Por qué no coger su ejército y atacar? Marsh estaba lo bastante familiarizado con la geografía del Imperio Final para reconocer que se hallaba en el norte, cerca de Terris. ¿Por qué no actuar y atacar Luthadel?

No había ningún otro inquisidor en el campamento. Ruina los había llamado a otras tareas y dejado solo a Marsh. De todos los inquisidores, Marsh había recibido el mayor número de nuevos clavos: tenía diez nuevos plantados en diversos lugares de su cuerpo. Eso lo convertía, ostensiblemente, en el más poderoso de los inquisidores. ¿Por qué dejarlo atrás?

Sí... ¿qué importa?, se preguntó. *Ha llegado el final. Es imposible derrotar a Ruina. El mundo acabará.*

Se sintió culpable por pensar aquello. Si hubiera podido agachar avergonzado los ojos, lo habría hecho. Hubo una época en que dirigió toda la rebelión skaa. Miles de personas buscaban su liderazgo. Y luego... Kelsier fue capturado. Igual que Mare, la mujer a la que ambos amaban.

Cuando Kelsier y Mare fueron arrojados a los Pozos de Hathsin, Marsh abandonó la rebelión. Su razonamiento fue sencillo. Si el lord Legislador podía capturar a Kelsier, el ladrón más brillante de su tiempo, también acabaría capturándolo a él. No fue el miedo lo que lo obligó a retirarse, sino simple realismo. Marsh siempre había sido pragmático. Luchar había resultado ser inútil. ¿Por qué hacerlo?

Y entonces Kelsier regresó y logró lo que mil años de rebelión no habían conseguido hacer: derrocó al imperio y facilitó la muerte del mismísimo lord Legislador.

Ese tendría que haber sido yo, pensó Marsh. Serví a la rebelión toda la vida, y me rendí justo antes de la victoria.

Fue una tragedia, y empeoraba por el hecho de que Marsh volvía a hacerlo. Se rendía.

¡Maldito seas, Kelsier!, pensó lleno de frustración. *¿No puedes dejarme en paz ni siquiera después de muerto?*

Y, sin embargo, quedaba un hecho acuciante e innegable. Mare no se equivocó. Eligió a Kelsier y no a Marsh. Luego, cuando ambos hombres se vieron obligados a lidiar con su muerte, uno de ellos cedió.

El otro hizo que sus sueños se cumplieran.

Marsh sabía por qué Kelsier había decidido derrocar al Imperio Final. No había sido por dinero ni por fama, ni siquiera, como muchos sospechaban, por venganza. Kelsier conocía el corazón de Mare. Sabía que ella soñaba con que llegara el día en que florecieran las plantas y el cielo dejara de ser rojo. Siempre llevaba consigo aquella pequeña ilustración de una flor, una copia copiada de una copia... la imagen de algo que el Imperio Final había perdido hacía mucho tiempo.

No hiciste realidad sus sueños, Kelsier, pensó Marsh con amargura. *Fracasaste. Mataste al lord Legislador, pero eso no ha arreglado nada. ¡Su muerte empeoró las cosas!*

La ceniza continuaba cayendo, revoloteando alrededor de Marsh con una brisa perezosa. Los koloss gruñían, y a lo lejos uno gritó cuando su compañero lo mató.

Kelsier estaba muerto. Había muerto por el sueño de Mare. Ella no se equivocó al escogerlo, y ahora también estaba muerta. Marsh no. Todavía no. *Aún puedo luchar,* se dijo. *Pero ¿cómo?* Hasta mover un dedo llamaría la atención de Ruina.

Aunque durante las últimas semanas no se había debatido para nada. Tal vez por eso Ruina había decidido que podía dejarlo solo durante tanto tiempo. La criatura (o la fuerza, o lo que fuese) no era omnipotente. Sin embargo, Marsh sospechaba que podía moverse con libertad, observando el mundo y viendo lo que sucedía en varias partes. Ninguna muralla podía bloquear su visión: parecía capaz de verlo todo.

Excepto la mente de un hombre.

Tal vez... tal vez si dejo de debatirme el tiempo suficiente, podré sorprenderlo cuando por fin decida golpear.

Parecía un plan tan bueno como cualquiera. Y Marsh sabía exactamente lo que iba a hacer cuando llegara el momento. Eliminaría la herramienta más poderosa de Ruina. Se arrancaría el clavo de la espalda y se mataría. No por frustración, ni por desesperación. Sabía que tenía que desempeñar un papel importante en los planes de Ruina. Si se eliminaba a sí mismo en el momento adecuado, podría dar a los demás la oportunidad que necesitaban.

Era todo lo que podía ofrecer. Sin embargo, parecía adecuado, y su nueva confianza le hizo desear poder plantar cara y mirar al mundo con orgullo. Kelsier se había sacrificado para asegurar la libertad de los skaa. Marsh haría lo mismo. Y al hacerlo, esperaba ayudar a salvar al mundo de la destrucción.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



La conciencia de Ruina estaba atrapada en el Pozo de la Ascensión, casi impotente. Esa noche, cuando descubrimos el Pozo por primera vez, encontramos algo que no comprendíamos. Un humo negro cubría una de las salas.

Aunque lo discutimos después, no supimos decir qué era. ¿Cómo íbamos a saberlo?

Formaba parte del cuerpo de un dios, o más bien, del poder de un dios, ya que en realidad ambas cosas son lo mismo. Ruina y Conservación habitaban poder y energía del mismo modo que un hombre habita carne y sangre.

14



FANTASMA AVIVÓ ESTAÑO.

Lo dejó arder en su interior, quemando con fuerza, quemando con brillo. Ya nunca lo apagaba. Tan solo lo mantenía encendido, dejándolo crepitante, un fuego dentro de él. El estaño era uno de los metales que se quemaba con más lentitud, y no era difícil obtenerlo en las cantidades necesarias para la alomancia.

Recorrió la silenciosa calle. Poca gente salía de noche, a pesar de las ya famosas proclamas de Kelsier sobre que los skaa no tenían nada que temer de las brumas. Densas y misteriosas, oscuras y omnipresentes, las brumas nocturnas eran una de las grandes constantes del Imperio Final. Salían cada noche. Más densas que la simple niebla, giraban en pautas definidas, casi como si los diferentes bancos, corrientes y frentes de bruma fueran seres vivos. Siempre juguetonas, siempre enigmáticas.

Para Fantasma, sin embargo, apenas eran ya un obstáculo. Siempre le habían dicho que no avivara demasiado estaño; le habían advertido que no se volviera dependiente de él. Decían que hacía cosas peligrosas con su cuerpo. Y, la verdad, tenían razón. Llevaba ya un año avivando estaño sin parar, sin ceder nunca, manteniendo su cuerpo en un estado constante de sentidos

amplificados, y eso lo *había* cambiado. También a él le preocupaba que los cambios fueran peligrosos.

Pero los necesitaba, pues la gente de Urteau lo necesitaba a él.

Las estrellas brillaban en el cielo como un millón de soles diminutos. Brillaban a través de las brumas, que durante el último año se habían vuelto diáfanas y débiles. Al principio, Fantasma pensó que el mundo mismo estaba cambiando. Luego se dio cuenta de que era solo su percepción. De algún modo, al avivar estaño durante tanto tiempo, había amplificado de manera permanente sus sentidos hasta un punto muy superior al que otros alomantes podían conseguir.

Había estado a punto de dejarlo. Avivar estaño había empezado como una reacción a la muerte de Clubs. Todavía se sentía fatal por la forma en que había escapado de Luthadel, dejando morir a su tío. Durante aquellas primeras semanas, Fantasma había avivado sus metales casi como penitencia: quería *sentirlo* todo a su alrededor, abarcarlo todo, aunque fuera doloroso. Tal vez porque precisamente lo era.

Pero entonces empezó a cambiar, y eso lo preocupó. La banda hablaba siempre de lo mucho que se esforzaba Vin. Rara vez dormía, usaba peltre para mantenerse despierta y alerta. Fantasma no sabía cómo funcionaba eso (no era un nacido de la bruma, y solo podía quemar un metal), pero supuso que, si quemar su único metal podía darle una ventaja, más valía aceptarlo. Porque iban a necesitar toda la ventaja que pudieran conseguir.

El cielo estrellado era para él como la luz del día. Durante el día real, tenía que llevar una venda en los ojos para protegerlos, e incluso entonces salir a la calle lo cegaba. Su piel se había vuelto tan sensible que cada guijarro del suelo, cada grieta, cada piedrecilla era como si un cuchillo atravesara las suelas de sus zapatos. El fresco aire de primavera parecía gélido, y llevaba un grueso abrigo.

Había llegado a la conclusión de que estas molestias eran el precio que debía pagar por la oportunidad de convertirse... en lo que quiera que se hubiera convertido. Mientras recorría la calle, podía oír a la gente moverse y agitarse en sus camas, incluso a través de las paredes. Podía sentir un paso a metros de distancia. Podía ver en una noche oscura como ningún otro humano había visto jamás.

Tal vez encontraría un modo de ser útil a los demás. Siempre antes había sido el miembro menos importante de la banda. El chico que hacía recados o montaba guardia mientras los demás planeaban. No estaba resentido por ello: habían hecho bien al encargarle aquellos deberes sencillos. A causa de su

dialecto callejero, era difícil entenderlo, y mientras que todos los demás miembros de la banda habían sido escogidos por Kelsier, Fantasma se había unido al grupo por defecto, pues era sobrino de Clubs.

Fantasma suspiró y se metió las manos en los bolsillos del pantalón mientras caminaba por la calle demasiado brillante. Podía sentir todos y cada uno de los hilos del tejido.

Sabía que estaban ocurriendo cosas peligrosas: la manera en que las brumas permanecían durante el día, la forma en que el suelo se estremecía como si fuera un hombre dormido y sufriera periódicamente una terrible pesadilla. A Fantasma le preocupaba no poder ser de mucha ayuda en los días críticos que estaban por venir. El año anterior, Fantasma había huido de Luthadel por miedo, dejando morir a su tío, pero también porque conocía su propia impotencia. No habría podido ayudar durante el asedio.

No quería volver a verse en esa situación. Quería poder ayudar. No huiría a los bosques, a ocultarse mientras el mundo acababa a su alrededor. Elend y Vin lo habían enviado a Urteau para reunir toda la información que pudiera sobre el Ciudadano y su gobierno, y por eso Fantasma pretendía cumplir lo mejor posible con su misión. Si eso significaba forzar su cuerpo más allá de lo seguro, que así fuera.

Se acercó a un gran cruce. Miró a ambos lados, la visión clara como el día. *Puede que no sea un nacido de la bruma, y puede que no sea emperador*, pensó. *Pero soy algo. Algo nuevo. Algo de lo que Kelsier estaría orgulloso.*

Quizá esta vez pueda ayudar.

No vio movimiento en ninguna dirección, así que se internó en la calle y se dirigió hacia el norte. En ocasiones, le parecía extraño caminar subrepticiamente por una calle que veía bien iluminada. Sin embargo, sabía que para los demás estaría oscura, con solo una difusa luz de las estrellas para ver y la bruma tan cerrada y tenebrosa como siempre. La atravesó sin reparar apenas en su presencia.

Oyó la patrulla mucho antes de verla. ¿Cómo podía alguien *no* oír el claqueteo de las armaduras, ni sentir el golpeteo de los pies sobre el empedrado? Se detuvo, de espaldas al muro de arcilla que bordeaba la calle, esperando a la patrulla.

Llevaban una antorcha: para los ojos amplificados de Fantasma, parecía una ardiente bengala de brillo casi cegador. La antorcha indicaba que eran unos necios. Su luz no ayudaría, todo lo contrario. La luz se reflejaba en las

brumas, envolviendo a los guardias en una pequeña burbuja que estropeaba su visión nocturna.

Fantasma se quedó donde estaba, inmóvil. La patrulla avanzó calle abajo. Pasaron a unos pocos palmos de él, pero no repararon en su presencia. Había algo... cautivador en poder ver, sintiéndose a la vez completamente expuesto y perfectamente invisible. Eso le hizo preguntarse por qué el nuevo gobierno de Urteau se molestaba en organizar patrullas. Naturalmente, los funcionarios skaa del gobierno debían de tener muy poca experiencia con las brumas.

Cuando la patrulla de guardia dobló la esquina, llevándose consigo la cegadora antorcha, Fantasma volvió a su tarea. El Ciudadano se reuniría esta noche con sus ayudantes, si mantenía lo planeado. Fantasma pretendía escuchar esa conversación. Recorrió la calle con sigilo.

Ninguna ciudad podía comparar su tamaño con Luthadel, aunque Urteau hacía un esfuerzo respetable. Como hogar hereditario del linaje Venture, había sido en tiempos una ciudad mucho más importante y mejor cuidada que ahora. Ese declive había comenzado incluso antes de la muerte del lord Legislador. El signo más obvio era la calle que Fantasma transitaba ahora. Antaño, la ciudad estaba cruzada por canales que funcionaban como calles de agua. Esos canales se habían secado hacía tiempo, y habían dejado la ciudad surcada por profundos pozos polvorrientos que se llenaban de barro cuando llovía. En vez de cubrirlos, la gente había empezado a usar los fondos vacíos como calles.

La calle que Fantasma recorría ahora fue en su momento una amplia vía de agua capaz de alojar incluso grandes barcazas. Paredes de tres metros se alzaban a cada lado de la calle hundida, y los edificios acechaban en lo alto, construidos contra el borde del canal. Nadie había podido darle a Fantasma una respuesta definitiva, ni consistente, al hecho de que los canales se hubieran vaciado: unos echaban la culpa a los terremotos, otros a las sequías. Sin embargo, seguía quedando el hecho de que, en los cien años transcurridos desde que los canales perdieron su agua, nadie había encontrado un modo económico de volver a llenarlos.

Así, Fantasma continuó bajando la calle, sintiendo que caminaba por una profunda zanja. Numerosas escalas, y la rampa ocasional o el tramo de escaleras, conducían a las aceras y los edificios de arriba, pero poca gente caminaba por allí. Los surcos, como los llamaban los residentes de la ciudad, simplemente se habían vuelto normales.

Fantasma captó olor a humo mientras caminaba. Alzó la cabeza y advirtió una abertura en el horizonte de edificios. Un edificio de esa calle había ardido hasta los cimientos. La casa de un noble. Su sentido del olfato, como los otros sentidos, era increíblemente agudo. Así que podía ser que estuviera oliendo humo de hacía mucho tiempo, cuando los edificios fueron incendiados durante las primeras revueltas iniciales tras la muerte de Straff Venture. Y, sin embargo, el olor parecía demasiado fuerte para eso. Demasiado reciente.

Fantasma se apresuró. Urteau moría lentamente, en pleno declive, y gran parte de la culpa podía achacársele a su gobernante, el Ciudadano. Tiempo atrás, Elend había dado un discurso al pueblo de Luthadel. Fue la noche en que murió el lord Legislador, la noche de la rebelión de Kelsier. Fantasma recordaba bien las palabras de Elend, que había advertido que, si el pueblo fundaba su nuevo gobierno sobre el odio y el derramamiento de sangre, se consumiría con miedo, envidia y caos.

Fantasma se hallaba entre aquel público, escuchando. Ahora veía que Elend tenía razón. Los skaa de Urteau habían derrocado a sus gobernantes nobles y, en cierto modo, Fantasma estaba orgulloso de ellos por eso. Sentía un creciente aprecio por la ciudad, en parte por la devoción con que intentaban seguir lo que había enseñado el Superviviente. Sin embargo, su rebelión no había cesado con la expulsión de la nobleza. Como Elend había predicho, la ciudad se había convertido en un lugar de odio y muerte.

La cuestión no era *por qué* había sucedido, sino cómo detenerlo.

Por ahora, ese no era el trabajo de Fantasma. Tan solo se suponía que debía recopilar información. Solo la familiaridad (obtenida durante semanas de investigación en la ciudad) le permitía saber adónde se acercaba, pues era frustrantemente difícil seguir la pista de dónde te hallabas en los surcos. Al principio, había intentado mantenerse apartado de ellos, deslizándose por las callejas inferiores de arriba. Por desgracia, los surcos cruzaban toda la ciudad, y había perdido tanto tiempo subiendo y bajando que acabó por advertir que los surcos eran la única forma viable de moverse.

A menos que fueras un nacido de la bruma, claro. Por desgracia, Fantasma no podía saltar de edificio en edificio siguiendo líneas de poder alomántico. Tenía que contentarse con los surcos. Y hacerlo lo mejor posible.

Escogió una escala y la subió. Aunque llevaba guantes de cuero, podía sentir el granulado de la madera. En lo alto había una pequeña acera que corría a lo largo del surco. Un callejón se extendía ante él y conducía a un puñado de casas. Un edificio situado al final de la callejuela era su objetivo,

pero no se dirigió hacia él. En cambio, esperó en silencio, buscando los signos que sabía que estaban allí. Y, en efecto, captó movimiento en una ventana unos cuantos edificios más abajo. Sus oídos captaron el sonido de pasos en otro edificio. La calle ante él estaba sometida a vigilancia.

Fantasma se volvió. Aunque los centinelas vigilaban con mucha atención las callejas, dejaban sin querer otra avenida abierta: sus propios edificios. Fantasma se arrastró a la derecha, sintiendo cada guijarro bajo sus pies, escuchando con oídos que podían oír la respiración aumentada de un hombre al divisar algo inusual. Rodeó el exterior de un edificio, procurando que no lo viera nadie, y entró en un callejón sin salida al otro lado. Allí, apoyó una mano contra la pared del edificio.

Había vibraciones dentro de la habitación: estaba ocupada, así que siguió adelante. La siguiente habitación lo alertó de inmediato, pues oyó voces entre susurros dentro. La tercera habitación, sin embargo, no le dio nada. Ninguna vibración de movimiento. Ningún susurro. Ni siquiera los golpeteos apagados de un latido, algo que a veces podía oír si el aire estaba lo bastante tranquilo. Tras inspirar profundamente, Fantasma trabajó con cuidado el cierre de la ventana y se deslizó dentro.

Era un dormitorio, vacío, tal como había previsto. Nunca antes había estado en esta habitación. El corazón le latió con fuerza cuando cerró los postigos y luego atravesó la habitación. A pesar de la oscuridad casi total, no tenía ningún problema para ver. La estancia apenas le parecía en penumbra.

Fuera de la habitación encontró un pasillo más familiar. Dejó fácilmente atrás dos salas de guardia, desde donde los hombres vigilaban la calle. Era excitante hacer estas infiltraciones. Fantasma estaba en una de las casas de guardia del Ciudadano, a escasos metros de distancia de gran número de soldados armados. Tendrían que saber vigilar mejor su propio edificio.

Subió las escaleras hasta llegar a una habitación pequeña y pocas veces usada del segundo piso. Comprobó si había vibraciones, y luego entró. La austera cámara estaba llena de petates y polvorrientos montones de uniformes. Fantasma sonrió mientras cruzaba la habitación, pisando con cuidado y en silencio, con pies sensibilísimos capaces de sentir tablones sueltos, chirriantes o torcidos. Se sentó en el alféizar de la ventana, confiado en que nadie de fuera podría ver lo bastante bien para divisarlo.

La casa del Ciudadano se hallaba a pocos metros de distancia. Quellion despreciaba la ostentación, y había elegido como sede una estructura de tamaño modesto. Probablemente antes fuera la casa de un noble menor, y solo

tenía un pequeño patio, que Fantasma podía ver con facilidad desde su puesto de observación. El edificio en sí brillaba, y la luz brotaba de cada grieta y cada ventana. Era como si todo el edificio estuviera lleno de un extraño poder, y estuviera a punto de estallar.

Pero, claro, era solo la manera en que el estaño superavivado de Fantasma le hacía ver cualquier edificio que tuviera las luces encendidas dentro.

Fantasma se acomodó, las piernas sobre el alféizar y la espalda contra el marco. La ventana no tenía cristal ni postigos, pero sí agujeros de clavos en la madera: señal de que allí hubo antes algo. El motivo por el que habían arrancado los postigos no le importaba a Fantasma; su carencia significaba que era improbable que entraran en esta habitación de noche. Las brumas ya habían reclamado la habitación, aunque eran tan débiles para los ojos de Fantasma que le costaba verlas.

Durante un rato, no sucedió nada. El edificio y el jardín de abajo permanecieron silenciosos y tranquilos en medio de la noche. Sin embargo, al cabo de un rato, ella apareció.

Fantasma se irguió para contemplar a la joven que salía de la casa y entraba en el jardín. Tenía puesto un vestido skaa marrón claro, un atuendo que de algún modo llevaba con sorprendente elegancia. Su pelo era más oscuro que el vestido, pero no mucho más. Fantasma había visto a muy pocas personas con su cabello castaño oscuro; al menos, a pocas personas que pudieran mantenerlo limpio de ceniza y hollín.

Todos en la ciudad conocían a Beldre, la hermana del Ciudadano. Se decía que era muy hermosa, y en este caso los rumores eran ciertos. Sin embargo, nadie había mencionado su tristeza. Con el estaño tan avivado, Fantasma sentía como si estuviera a su lado. Podía ver sus ojos profundos y pesarosos, que reflejaban la luz del brillante edificio de detrás.

Había un banco en el patio, ante un arbolito. Era la única planta que quedaba en el jardín; el resto lo habían arrancado y excavado, hasta dejar solo tierra negra y marrón. Por lo que Fantasma había oído, el Ciudadano había declarado que los jardines ornamentales eran cosa de la nobleza. Sostenía que esos lugares solo habían sido posibles a través del sudor de los esclavos skaa, otra forma de la nobleza para conseguir altos niveles de lujo creando niveles igualmente altos de trabajo para sus sirvientes.

Cuando los habitantes de Urteau habían encalado las murallas de la ciudad y roto las vidrieras de sus ventanas, también habían destruido todos los jardines ornamentales.

Beldre se sentó en el banco a contemplar el triste arbolito, las manos inmóviles sobre el regazo. Fantasma trató de convencerse a sí mismo de que *ella* no era el motivo por el que se aseguraba de colarse a escuchar las reuniones nocturnas del Ciudadano, y casi lo logró. Estas eran algunas de las mejores oportunidades que tenía para espiar. Poder ver a Beldre era simplemente un añadido. No es que le importara mucho, por supuesto. Ni siquiera la conocía.

Eso pensó mientras permanecía allí sentado, mirándola, deseando tener algún modo de hablar con ella.

Pero no era momento para eso. El exilio de Beldre al jardín significaba que la reunión de su hermano estaba a punto de empezar. Siempre la mantenía cerca, pero al parecer no quería que oyera sus secretos de estado. Por desgracia para él, su ventana daba al puesto de observación de Fantasma. Ningún hombre normal (ni siquiera un ojo de estaño o un nacido de la bruma corriente) podría oír lo que se decía dentro. Pero Fantasma, por mucho que se estirara el significado de la palabra, no cuadraba dentro de lo normal.

No volveré a ser inútil, pensó con decisión mientras escuchaba las palabras pronunciadas con confianza. Atravesaron las paredes, cruzaron el corto espacio, y llegaron a sus oídos.

—Muy bien, Olid —dijo una voz—. ¿Qué noticias hay?

La voz era ya familiar para Fantasma: Quellion, el Ciudadano de Urteau.

—Elend Venture ha conquistado otra ciudad —dijo una segunda voz: Olid, el ministro de exteriores.

—¿Dónde? —exigió Quellion—. ¿Qué ciudad?

—Una sin importancia —respondió Olid—. Al sur. De apenas cinco mil habitantes.

—No tiene sentido —dijo una tercera voz—. Abandonó la ciudad de inmediato, llevándose a la población consigo.

—Pero, de algún modo, consiguió otro ejército de koloss —añadió Olid.

Bien, pensó Fantasma. La cuarta caverna de almacenaje era suya. Luthadel no pasaría hambre durante algún tiempo. Eso dejaba solamente dos por asegurar: la que había aquí en Urteau, y la última, dondequiera que estuviese.

—Un tirano no necesita ningún motivo para hacer lo que hace —dijo Quellion. Era un hombre joven, pero no estúpido. En ocasiones, hablaba como otros hombres a los que Fantasma había conocido. Hombres sabios. La diferencia, entonces, era de extremos.

—O tal vez de tiempo?

—Un tirano simplemente conquista por la emoción del control —continuó Quellion—. Venture no está satisfecho con las tierras que ha tomado: nunca lo estará. Seguirá conquistando. Hasta que venga a por nosotros.

Fantasma se irguió.

—Informan de que envía un embajador a Urteau —dijo la tercera voz—. Un miembro de la banda del mismísimo Superviviente.

Quellion bufó.

—¿Uno de los mentirosos? ¿Viene hacia aquí?

—Los rumores dicen que a ofrecernos un trato —informó Olid.

—¿Y? ¿Por qué mencionas esto, Olid? ¿Crees que deberíamos hacer un pacto con el tirano?

—No podemos luchar contra él, Quellion.

—El Superviviente no podía luchar contra el lord Legislador —dijo Quellion—. Pero lo hizo de todas formas. Murió, pero acabó venciendo, al dar a los skaa valor para rebelarse y derrocar a la nobleza.

—Hasta que ese hijo de puta de Venture tomó el control —repuso la tercera voz.

Fantasma volvió a guardar silencio.

—No podemos ceder ante Venture —dijo Quellion por fin—. No entregaré esta ciudad a un noble, no después de lo que el Superviviente hizo por nosotros. De todo el Imperio Final, solo Urteau consiguió el objetivo de Kelsier de una nación gobernada por los skaa. Solo nosotros quemamos las casas de los nobles. Solo nosotros limpiamos nuestra ciudad de ellos y su sociedad. Solo nosotros obedecimos. El Superviviente nos cuidará.

Fantasma se estremeció. Le parecía extraño oír hablar de Kelsier en ese tono a hombres que no conocía. Fantasma había paseado con Kelsier, había aprendido con él. ¿Qué derecho tenían estos hombres de hablar como si hubieran conocido al hombre que se había convertido en su Superviviente?

La conversación pasó a temas más mundanos. Discutieron nuevas leyes que prohibirían cierto tipo de ropas antaño usadas por los nobles, y luego tomaron la decisión de dar más dinero al comité de investigación genealógica. Necesitaban expulsar de la ciudad a todos los que ocultaran un parentesco noble. Fantasma tomó notas para poder pasárselas a los demás. Sin embargo, tenía problemas para impedir que sus ojos volvieran a la joven del jardín.

—*¿Qué le causa tanta tristeza?*, se preguntó. Una parte de él quería preguntárselo, quería ser arrojado, como lo fuera el Superviviente, y bajar de

un salto para preguntarle a aquella muchacha solitaria y solemne por qué miraba aquella planta con tanta melancolía. De hecho, cuando se dio cuenta, ya estaba tratando de incorporarse.

Podía ser único, podía ser poderoso, pero, como tuvo que recordarse de nuevo, no era un nacido de la bruma. Lo suyo eran el silencio y el sigilo.

Así que se detuvo. Contento, por el momento, con mirarla desde lejos, sintiendo que de algún modo (a pesar de su distancia, a pesar de su ignorancia) comprendía aquel sentimiento en sus ojos.

La ceniza.

No creo que la gente llegara a comprender lo afortunada que fue. Durante los mil años anteriores al Colapso, empujaron la ceniza hacia los ríos, la apilaron en las afueras de las ciudades y, en general, la dejaron estar. Nunca comprendieron que, sin los microbios y plantas que Rashek había desarrollado para reducir las partículas de la ceniza, la tierra habría quedado enterrada rápidamente.

Aunque, claro, eso acabó sucediendo de todas formas.

15



LAS BRUMAS ARDÍAN. BRILLANTES, VIVAS, iluminadas por la roja luz del sol, parecía que la envolviera un fuego.

La bruma durante el día era innatural. Pero ni siquiera las brumas nocturnas parecían ya ser suyas. Una vez, la habían encubierto y protegido. Ahora, le resultaban cada vez más extrañas. Cuando usaba la alomancia, parecía que las brumas se apartaban levemente de ella... como una bestia salvaje que se protege de una luz brillante.

Vin se hallaba sola en el campamento, donde reinaba el silencio horas después de haber amanecido. Por el momento, Elend protegía a su ejército de las brumas ordenándoles que permanecieran en sus tiendas. Ham sostenía que no era necesario poner sus vidas en peligro, pero a Vin su instinto le decía que Elend seguiría con su plan de exponerlos a las brumas. Tenían que ser inmunes.

¿Por qué?, pensó Vin, contemplando las brumas iluminadas por el sol. ¿Por qué habéis cambiado? ¿Qué es distinto? Las brumas bailaban a su alrededor, moviéndose en su extraña y habitual pauta de corrientes y remolinos cambiantes. A Vin le pareció que empezaban a moverse con más rapidez. Temblando. Vibrando.

El sol pareció volverse más caliente, y las brumas finalmente se retiraron, desvaneciéndose como el agua que se evapora de una olla hirviendo. La luz del sol la azotó como una ola, y Vin se dio la vuelta, para ver las brumas desaparecer, su muerte como un eco repetido.

No son naturales, pensó mientras los guardias anuncianaban que todo estaba despejado. El campamento enseguida empezó a cambiar y a moverse, los hombres salieron de las tiendas y se dedicaron a ejecutar las actividades de la mañana con cierta sensación de urgencia. Vin se hallaba en la cabecera del campamento, el camino de tierra bajo sus pies, el canal inmóvil a su derecha. Ambos parecían más *reales* ahora que las brumas se habían ido.

Había preguntado a Sazed y Elend su opinión sobre las brumas, si eran naturales o... algo más. Y ambos, como sabios que eran, habían citado teorías que apoyaban *ambas* partes de la discusión. Sazed, al menos, había acabado tomando una decisión: se había puesto del lado de quienes sostenían que las brumas eran naturales.

«Incluso la forma en que las brumas asfixian a algunas personas y dejan a otras vivas podría explicarse, lady Vin —había dicho—. Después de todo, las picaduras de insectos matan a algunas personas, mientras que apenas molestan a otras.»

A Vin no le interesaban teorías ni argumentaciones. Se había pasado la mayor parte de la vida pensando que las brumas eran como cualquier otra pauta climatológica. Reen y los otros ladrones a menudo desdeñaban las historias que decían que las brumas eran sobrenaturales. Sin embargo, cuando se convirtió en alomante, Vin acabó conociendo las brumas. Las *sentía*, una sensación que se había hecho aún más poderosa el día en que tocó el poder del Pozo de la Ascensión.

Desaparecían con demasiada rapidez. Cuando se consumían a la luz del sol, se retiraban como una persona que huye a lugar seguro. Como un hombre que ha agotado todas sus fuerzas luchando y, finalmente, cede y se retira. Además, las brumas no aparecían a cubierto. Era como si las brumas comprendieran que se las excluía, que no eran bienvenidas.

Vin contempló el sol, que brillaba como un resollo escarlata tras la oscura neblina de la atmósfera superior. Deseó que TenSoon estuviera allí, para poder hablar con él de sus preocupaciones. Echaba mucho de menos al kandra, más de lo que jamás había imaginado. Su franqueza era similar a la de la propia Vin. Seguía sin saber qué había sido de él desde que regresara con su

pueblo; había tratado de buscar otro kandra para que le transmitiera un mensaje, pero las criaturas se habían vuelto muy escasas últimamente.

Suspiró y se dio la vuelta, y regresó en silencio al campamento.

Era impresionante la rapidez con que los hombres conseguían poner en marcha al ejército. Se pasaban las mañanas secuestrados dentro de sus tiendas, atendiendo armas y armaduras, los cocineros preparando lo que podían. Vin apenas había recorrido un corto trecho y las hogueras ya ardían, y las tiendas empezaban a desmoronarse, y los soldados trabajaban veloces para preparar la partida.

Algunos hombres la saludaron al pasar. Otros inclinaron la cabeza con reverencia. Otros más apartaron la mirada, con aspecto inseguro. Vin no se lo reprochaba. Ni siquiera *ella* estaba segura de cuál era su puesto en el ejército. Como esposa de Elend, era técnicamente su emperatriz, aunque no llevaba atuendos reales. Para muchos, era una figura religiosa, la Heredera del Superviviente. En realidad, tampoco quería ese título.

Encontró a Elend y Ham charlando ante la tienda imperial, que empezaba a ser desmontada. Aunque se hallaban al aire libre, y sus modales eran completamente tranquilos, Vin advirtió de inmediato lo lejos que los dos hombres se hallaban de los trabajadores, como si Elend y Ham no quisieran ser oídos. Tras quemar estaño, distinguió lo que decían mucho antes de alcanzarlos.

—Ham —decía Elend en voz baja—, sabes que tengo razón. No podemos seguir haciendo esto. Cuanto más penetremos en el Dominio Occidental, más luz del día perderemos ante las brumas.

Ham sacudió la cabeza.

—¿Prefieres de verdad seguir adelante y ver morir a tus propios soldados, El?

El rostro de Elend se endureció, y miró a Vin a los ojos cuando esta se reunió con ellos.

—No podemos permitirnos esperar a que se disipen las brumas cada mañana —dijo.

—¿Aunque eso salve vidas? —preguntó Ham.

—Retrasarnos *cuesta* vidas —respondió Elend—. Cada hora que pasamos aquí acerca más las brumas al Dominio Central. Estamos planeando un asedio largo, Ham, y eso significa que tenemos que llegar a Fadrex lo antes posible.

Ham miró a Vin, buscando apoyo. Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, Ham. Elend tiene razón. No podemos permitir que un ejército entero dependa de los caprichos de las brumas. Estaríamos expuestos: si alguien nos atacara por la mañana, nuestros hombres tendrían que responder y serían golpeados por las brumas, o esconderse en sus tiendas y esperar.

Ham frunció el ceño, luego se excusó y caminó a grandes zancadas sobre la bruma caída para ayudar a un grupo de soldados a guardar sus tiendas. Vin se colocó junto a Elend, viendo marcharse al hombretón.

—Kelsier se equivocaba con él —dijo por fin.

—¿Con quién? ¿Con Ham?

Vin asintió.

—Al final, después de que Kelsier muriera, encontramos una última nota suya. Decía que había elegido a los miembros de la banda para que fueran líderes de su nuevo gobierno. Brisa para ser embajador, Dockson para ser burócrata, y Ham para ser general. Los otros dos cumplen sus funciones a la perfección, pero Ham...

—Se implica demasiado —dijo Elend—. Tiene que conocer personalmente a cada hombre bajo su mando o se siente incómodo. Y, cuando los conoce a todos así de bien, se siente unido a ellos.

Vin asintió. Vio cómo Ham empezaba a reír y trabajar con los soldados.

—Escúchanos —dijo Elend—, hablando fríamente de las vidas de quienes nos siguen. Tal vez sería mejor sentirnos unidos a ellos, como Ham. Tal vez entonces yo no sería tan rápido a la hora de enviar a la gente a la muerte.

Vin miró a Elend, preocupada por la amargura de su voz. Él sonrió, tratando de ocultarla, y luego desvió la mirada.

—Tienes que hacer algo con ese koloss tuyo. Ha estado curioseando por el campamento, asustando a los hombres.

Vin frunció el ceño. En cuanto pensó en la criatura, fue consciente de dónde se hallaba: junto al margen del campamento. Siempre estaba bajo sus órdenes, pero solo tenía un control total y directo de la criatura cuando se concentraba. Por lo demás, seguía sus órdenes generales: quedarse en la zona, no matar a nadie.

—Tendría que ir a asegurarme de que las barcazas están listas para navegar —dijo Elend. La miró y, como ella no dio muestras de que iba a acompañarlo, le dio un rápido beso y se marchó.

Vin atravesó de nuevo el campamento. La mayoría de las tiendas habían sido desmontadas y guardadas ya, y los soldados daban rápida cuenta de su comida. Salió del perímetro, y encontró a Humano sentado en silencio,

mientras la ceniza se arremolinaba levemente contra sus piernas. Contemplaba el campamento con ojos rojos, la cara rota por la piel desgarrada que le colgaba de su ojo derecho hasta la comisura de su boca.

—Humano —dijo ella, cruzándose de brazos.

La criatura la miró, luego se puso en pie, la ceniza cayendo de su musculosa figura azul de más de tres metros de altura. Aun con el número de criaturas que había matado, aun sabiendo que controlaba a esta por completo, Vin sintió un instante de temor cuando se plantó ante la enorme bestia con la piel tensa y las grietas sangrantes.

—¿Por qué has venido al campamento? —dijo, librándose de su pánico.

—Soy humano —respondió él, con su tono lento y deliberado.

—Eres un koloss. Lo sabes.

—Debería tener una casa —dijo Humano—. Como esas.

—Son tiendas, no casas —replicó Vin—. No puedes entrar así en el campamento. Tienes que quedarte con los otros koloss.

Humano se volvió, mirando hacia el sur, donde esperaba el ejército de koloss, separado de los humanos. Estaban bajo el control de Elend, veinte mil en número, ahora que se habían sumado a los diez mil que esperaban con el cuerpo principal del ejército. Tenía más sentido dejarlos bajo el control de Elend, ya que, en términos de poder puro, era un alomante mucho más fuerte que Vin.

Humano se volvió para mirar a Vin.

—¿Por qué?

—¿Que por qué tienes que quedarte con los otros? Porque haces que la gente del campamento se sienta incómoda.

—Entonces deberían atacarme.

—Por eso no eres humano —dijo Vin—. Nosotros no atacamos a la gente solo porque nos hacen sentir incómodos.

—No —respondió Humano—. Hacéis que la matemos nosotros.

Vin vaciló, ladeando la cabeza. Humano apartó la mirada, contemplando de nuevo el campamento de los hombres. Sus pequeños y brillantes ojos rojos dificultaban leer su expresión, pero Vin casi notó... anhelo.

—Eres uno de nosotros —dijo Humano.

Vin alzó la cabeza.

—¿Yo?

—Eres como nosotros. No como ellos.

—¿Por qué dices eso?

Humano la miró.

—Bruma —dijo.

Vin sintió un escalofrío, aunque no tenía ni idea de por qué.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Humano no respondió.

—Humano —dijo ella, intentando otra táctica—. ¿Qué piensas de las brumas?

—Vienen de noche.

—Sí, pero ¿qué pensáis de ellas? Tu gente. ¿Temen a las brumas? ¿Los mata alguna vez?

—Las espadas matan —respondió Humano—. La lluvia no mata. La ceniza no mata. La bruma no mata.

Buena lógica, pensó Vin. *Hace un año, habría estado de acuerdo con eso.* Estaba a punto de renunciar a esa línea de razonamiento, pero Humano continuó.

—La odio.

Vin alzó una ceja.

—La odio porque me odia. —Humano la miró—. Tú la sientes.

—Sí —respondió Vin, sorprendiéndose a sí misma—. La siento.

Humano la observó, un hilo de sangre brotaba de la piel rasgada junto a su ojo y resbalaba por su piel azul, mezclada con copos de ceniza. Finalmente, asintió, como si diera su aprobación a su sincera respuesta.

Vin se estremeció. *La bruma no está viva*, pensó. *No puede odiarme. Son imaginaciones mías.*

Pero... una vez, años atrás, había recurrido a las brumas. Cuando luchaba contra el lord Legislador, de algún modo ganó poder sobre ellas. Fue como si hubiera empleado la bruma misma en vez de metales para insuflar su alomancia. Solo gracias a ese poder había podido derrotar al lord Legislador.

Eso había ocurrido mucho tiempo atrás, y nunca había podido repetir el hecho. Lo había intentado una y otra vez a lo largo de los años y, después de muchos fracasos, empezaba a pensar que debía de haberse confundido. Ciertamente, en tiempos más recientes, las brumas no se habían mostrado amistosas. Ella trataba de decirse a sí misma que no había nada sobrenatural, pero sabía que no era cierto. ¿Y el espíritu de la bruma, esa cosa que había intentado matar a Elend y luego lo había salvado mostrándole cómo convertirse en alomante? Era real, de eso estaba segura, aunque no lo hubiera visto desde entonces.

¿Y la inseguridad que sentía respecto a las brumas, la forma en que se apartaban de ella? La forma en que se apartaban de los edificios, y la forma en que mataban. Todo parecía apuntar a lo que había dicho Humano. Las brumas, la Profundidad, la odiaban. Y, finalmente, Vin reconoció lo que llevaba tanto tiempo negando.

Las brumas eran su enemigo.

Se llaman sabios alománticos. Hombres y mujeres que avivan sus metales durante tanto tiempo y con tanta fuerza, que el flujo constante de poder alomántico transforma su misma psicología.

En la mayoría de los casos, con la mayoría de los metales, los efectos son muy leves. Los buscadores, por ejemplo, a menudo se convierten en sabios del bronce sin saberlo. Su alcance se expande por quemar el metal durante tanto tiempo. Convertirse en un sabio del peltre es peligroso, ya que requiere forzar muchísimo el cuerpo a un estado en que no se puede sentir cansancio ni dolor. La mayoría se mata por accidente antes de que el proceso se complete, y en mi opinión, el beneficio no merece la pena el esfuerzo.

Los sabios del estaño, sin embargo... son algo especial. Dotados con sentidos que superan lo que cualquier alomante normal necesitaría o querría, se convierten en esclavos de lo que tocan, oyen, ven, huelen y saborean. No obstante, el poder anormal de estos sentidos les proporciona una clara e interesante ventaja.

Podría argumentarse que, igual que el inquisidor que ha sido transformado por un clavo hemalúrgico, el sabio alomántico ya no es humano.

16



FANTASMA DESPERTÓ EN LA OSCURIDAD.

Últimamente, eso sucedía cada vez con menos frecuencia. Podía sentir la venda sobre su rostro, atada con fuerza sobre sus ojos y oídos. Se clavaba en su piel sensibilísima, pero era mucho mejor que la alternativa. Para sus ojos, la luz de las estrellas era tan brillante como el sol, y los pasos ante su habitación podían sonar como truenos. Aun con la gruesa tela en los ojos, aun con los oídos taponados con cera, aun con los postigos cerrados a cal y canto y cubiertos con una cortina, a veces le resultaba difícil dormir.

El aislamiento era peligroso. Lo hacía vulnerable. Y, sin embargo, la falta de sueño podía ser aún más peligrosa. Tal vez las cosas que había hecho a su cuerpo al quemar estaño lo matarían. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba entre la gente de Urteau, más sentía que iban a necesitar su ayuda para sobrevivir a los peligros que se avecinaban. Él necesitaba una ventaja. Le

preocupaba haber tomado la decisión equivocada, pero al menos la había tomado. Continuaría como hasta ahora, y esperaba que le bastara con ello.

Gruñó en voz baja, luego se sentó, se quitó la venda y se sacó la cera de los oídos. La habitación estaba oscura, pero incluso la débil luz que se filtraba por los postigos (cuyas aberturas estaban cubiertas de tela) le bastaba para ver.

El estaño ardía suavemente en su estómago. Su reserva casi se había agotado, consumida durante la noche. Su cuerpo la usaba ahora por instinto mientras inspiraba o parpadeaba. Había oído que los violentos podían quemar peltre para curar sus cuerpos aunque estuvieran inconscientes. El cuerpo sabía lo que necesitaba.

Rebuscó en un cubo que tenía junto a la cama y sacó un puñado de polvo de estaño. Había traído consigo una buena cantidad de Luthadel, que luego incrementó con adquisiciones en los bajos fondos. Por fortuna, el estaño era relativamente barato. Vertió el puñado en un tazón que había en la mesilla de noche, y luego se dirigió a la puerta. La habitación era pequeña y sofocante, pero no tenía que compartirla con nadie. Eso la convertía en un lujo para los baremos skaa.

Cerró con fuerza los ojos y luego abrió la puerta. Lo azotó la claridad de un pasillo iluminado por el sol. Apretó los dientes, sintiendo la intensidad de la luz a pesar de los párpados cerrados, y palpó el suelo. Encontró la jarra de agua fresca (sacada para él del pozo por los criados de la posada) y la metió en la habitación antes de cerrar la puerta.

Parpadeó mientras cruzaba el cuarto para llenar su tazón. Lo bebió, apurando el estaño. Tendría suficiente para todo el día. Cogió un puñado más y se lo guardó en una bolsita, por si acaso.

Unos minutos más tarde estaba vestido y preparado. Se sentó en la cama y cerró los ojos, preparándose para el día. Si había que dar crédito a los espías del Ciudadano, otros miembros del equipo de Elend venían de camino a Urteau. Probablemente tenían órdenes de asegurar el depósito y sofocar la rebelión; Fantasma tendría que aprender todo lo posible antes de que llegaran.

Revisó los planes, pensando para sí. Podía sentir el sonido de los pies en las habitaciones de alrededor; la estructura de madera parecía estremecerse y temblar como un enorme panal lleno de obreras apuradas. En el exterior podía oír voces que llamaban, gritaban, hablaban. Las campanas sonaban débilmente. Todavía era temprano, poco más de mediodía, pero las brumas se habrían ido. Urteau tenía seis o siete horas de día sin bruma, lo que lo

convertía en un lugar donde las cosechas aún podían crecer, y el hombre, sobrevivir.

Normalmente, Fantasma habría dormido todo el día. No obstante, tenía cosas que hacer. Abrió los ojos, y luego buscó en su mesilla de noche un par de anteojos. Habían sido fabricados expresamente, a petición suya, para lentes que no corregían su visión: solo tenían cristal normal.

Se los puso, y luego volvió a atarse la venda, cubriendo la parte delantera y los lados de los anteojos. Ni siquiera con sus sentidos amplificados podía ver a través de sus propios párpados. Sin embargo, con las gafas puestas, podía abrir los ojos y llevar la venda al mismo tiempo. Se acercó a la ventana, luego quitó la cortina y abrió los postigos.

Una luz caliente, casi achicharrante, lo bañó. La venda se le clavaba en la piel. Pero podía ver. La tela bloqueaba suficiente luz para impedir cegarlo, pero era lo bastante transparente para permitirle ver. En realidad, era como las brumas: la tela le resultaba casi invisible, pues sus ojos estaban amplificados hasta un punto irracional. Su mente tan solo filtraba la interferencia de la venda.

Fantasma asintió para sí, después recogió su bastón de duelos y salió de la habitación.

—SÉ QUE ERES DE NATURAL CALLADO —dijo Durn, golpeando suavemente en el suelo delante de él con un par de palos—. Pero incluso tú tienes que admitir que esto es mejor que vivir bajo el capricho de los señores.

Fantasma estaba sentado en uno de los surcos, la espalda apoyada en la pared de piedra que había sostenido el canal, mientras los edificios se cernían sobre ellos como una muralla en lo alto. El pozo del mercado era el más ancho de los surcos de Urteau. En tiempos, había sido un canal de agua tan ancho que en el centro podían atracar tres barcos dejando espacio a ambos lados para que siguieran pasando otros en cada dirección. Ahora se había convertido en un bulevar central de la ciudad, y también en un emplazamiento importante para mendigos y comerciantes.

Mendigos como Fantasma y Durn. Estaban sentados en el borde mismo del surco, los edificios alzándose sobre ellos como murallas de fortalezas. Pocos de los transeúntes prestaban atención a su aspecto harapiento. Nadie se detenía a advertir que uno de ellos parecía estar observando con mucha atención a la multitud, a pesar de la tela oscura que le cubría los ojos, mientras

que el otro hablaba de forma demasiado elevada para haber sido educado en el arroyo.

Fantasma no respondió a la pregunta de Durn. En su juventud, la forma en que hablaba (con fuerte acento y un lenguaje salpicado de argot) lo había marcado, y hacía que la gente lo ignorara. Ni siquiera ahora tenía una lengua ágil y modales encantadores como los de Kelsier. Así que intentaba decir lo menos posible. Así, había menos posibilidades de meterse en problemas.

Curiosamente, en vez de ignorarlo cuando no hablaba, parecía que la gente le prestaba aún más atención. Durn continuó marcando su ritmo, como un actor callejero sin público. Sonaba de forma demasiado suave contra el suelo de tierra para que nadie lo oyera, excepto Fantasma.

El ritmo de Durn era perfecto. Cualquier juglar lo habría envidiado.

—Quiero decir, mira el mercado —continuó Durn—. Con el lord Legislador, la mayoría de los skaa no podían dedicarse abiertamente al comercio. Aquí tenemos algo hermoso. Skaa gobernando a skaa. Somos felices.

Fantasma observaba el mercado. Le parecía que, si la gente fuera feliz de verdad, sonreirían en vez de tener aquel aspecto abatido. Estarían comprando y ojeando entretenidos, en vez de coger rápidamente lo que querían y marcharse a continuación. Además, si la ciudad fuera la feliz utopía que se suponía que era, no habría necesidad de que docenas de soldados vigilaran a la multitud. Fantasma sacudió la cabeza. Todo el mundo llevaba exactamente la misma ropa, colores y estilos dictados por las órdenes del Ciudadano. Incluso la mendicidad estaba estrictamente regulada. Pronto llegarían unos hombres para contar lo que Fantasma había conseguido y llevarse la parte del Ciudadano.

—Mira —dijo Durn—, ¿ves que golpeen o maten a alguien en la calle? Sin duda eso merece unas cuantas restricciones.

—Las muertes suceden ahora en callejas apartadas —respondió Fantasma en voz baja—. Al menos, el lord Legislador nos mataba abiertamente.

Durn frunció el ceño y se echó hacia atrás, golpeando el suelo con sus bastones. Era una pauta compleja. Fantasma podía sentir las vibraciones en el suelo, y le resultaban tranquilizadoras. ¿Era consciente la gente del talento que dejaban atrás, golpeando suavemente el suelo que pisaban? Durn podría haber sido un músico magistral. Desgraciadamente, con el lord Legislador, los skaa no tocaban música. Y con el Ciudadano... bueno, en general no era bueno llamar la atención, no importaba cuál fuera el método.

—¡Ahí está! —dijo Durn de pronto—. Como prometió.

Fantasma alzó la mirada. A través de los murmullos, los sonidos, los destellos de color y los poderosos olores de negativas, gente y artículos en venta, Fantasma vio a un grupo de prisioneros escoltados por soldados de uniforme marrón. A veces, el flujo de sensaciones era casi abrumador para él. Como le había dicho una vez a Vin, quemar estaño no consistía en lo que se podía sentir, sino en lo que se podía ignorar. Y había aprendido muy bien a concentrarse en los sentidos que necesitaba, aislando los que podían distraerlo.

Los clientes del mercado dejaron paso al grupo de soldados y sus prisioneros. La gente inclinó la cabeza, observando con solemnidad.

—¿Sigues queriendo seguirlos? —preguntó Durn.

Fantasma se puso en pie.

Durn se levantó también, y agarró a Fantasma por el hombro. Sabía que Fantasma en realidad podía ver, pero ambos mantenían la pretensión. Era común entre los mendigos adoptar aire afligido en un intento de conseguir más monedas. El propio Durn caminaba con una magistral cojera falsa, y se había arrancado el pelo en algunas zonas. No obstante, Fantasma podía oler el jabón en la piel del hombre y el buen vino en su aliento. Era un ladrón magistral; pocos había más poderosos que él en la ciudad. Pero era tan hábil con sus disfraces que podía caminar por las calles sin que nadie se fijara en él.

No eran los únicos que seguían a los soldados y sus prisioneros. Skaa vestidos con el color gris de rigor seguían al grupo como fantasmas: una masa silenciosa que arrastraba los pies entre la ceniza que caía. Los soldados se dirigieron a una rampa que salía de los surcos, guiando a la gente a una sección más rica de la ciudad, donde algunos de los canales habían sido llenados y pavimentados.

Pronto empezaron a aparecer los puntos muertos. Cicatrices calcinadas, ruinas que antaño fueron hogares. El olor a humo era casi abrumador para Fantasma, y tuvo que empezar a respirar por la boca. No tuvieron que caminar mucho para llegar a su destino. El propio Ciudadano estaba allí. No iba a caballo: todas las monturas habían sido enviadas a las granjas, pues solo los nobles insensibles se creían demasiado buenos para caminar. Sin embargo, vestía de rojo.

—¿Qué lleva puesto? —susurró Fantasma mientras Durn lo guiaba a un lado de la multitud.

El Ciudadano y su séquito se encontraban en las escalinatas de una mansión particularmente grandiosa, y los skaa se apiñaban alrededor. Durn condujo a Fantasma a un lugar donde se había apostado un grupo de matones,

un lugar exclusivo de la calle desde donde se podía ver bien al Ciudadano. Los matones saludaron a Durn con un gesto, y lo dejaron pasar sin hacer más comentarios.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Durn—. El Ciudadano va igual que siempre: pantalones skaa y una camisa de trabajo.

—Son rojos —susurró Fantasma—. No es un color aprobado.

—Lo es desde esta mañana. Los agentes del gobierno pueden llevarlo. De esa forma, destacan, y la gente necesitada puede encontrarlos. O, al menos, esa es la explicación oficial.

Fantasma frunció el ceño. Sin embargo, algo más llamó su atención.

Ella estaba allí.

Era lógico, desde luego: acompañaba a su hermano adondequiera que él iba. Al Ciudadano le preocupaba su seguridad, y rara vez la perdía de vista. Ella tenía la misma expresión de siempre, los ojos tristes dentro de un marco de cabellos rojizos.

—Triste aspecto hoy —comentó Durn.

Al principio, Fantasma creyó que se refería a Beldre. Sin embargo, Durn asentía hacia el grupo de prisioneros. Eran iguales que el resto de la ciudad: ropas grises, rostros manchados de ceniza, posturas sometidas. El Ciudadano, no obstante, dio un paso adelante para explicar las diferencias.

—Una de las primeras proclamaciones que hizo este gobierno —anunció— fue de solidaridad. Somos un pueblo de skaa. Los «nobles» elegidos por el lord Legislador nos oprimieron durante diez siglos. Decidimos que Urteau sería un lugar de libertad. Un lugar como el que profetizó el propio Superviviente.

—¿Llevas la cuenta? —le susurró Durn a Fantasma.

Fantasma asintió.

—Diez —dijo, contando a los prisioneros—. Los que esperábamos. No te estás ganando tu moneda, Durn.

—Observa.

—Estos —dijo el Ciudadano, la cabeza calva brillando a la roja luz del sol mientras señalaba a los prisioneros—. Estos no oyeron nuestra advertencia. ¡Sabían, como sabéis todos vosotros, que todo noble que se quedara en esta ciudad perdería la vida! Esta es nuestra voluntad... la voluntad de *todos* nosotros.

»Pero, como todos los de su clase, fueron demasiado arrogantes para escuchar. Trataron de esconderse. Se creen superiores a nosotros. Siempre lo hacen. Eso los expone.

Hizo una pausa antes de seguir hablando.

—Y por eso nosotros hacemos lo que tenemos que hacer.

Indicó a sus soldados que avanzaran. Estos empujaron a los prisioneros hacia las escalinatas. Fantasma pudo oler el combustible en el aire cuando los soldados abrieron las puertas de la casa y empujaron a la gente al interior. Entonces, los soldados cerraron la puerta por fuera y se apostaron en un perímetro. Cada soldado encendió una antorcha y la arrojó al edificio. No hacían falta sentidos sobrehumanos para notar el calor que pronto cobró vida, y la multitud retrocedió, asqueada y asustada, pero también fascinada.

Las ventanas habían sido tapiadas. Fantasma vio los dedos que trataban de arrancar los tablones, oyó gritar a la gente. Los oyó aporrear la puerta cerrada, tratando de abrirse paso, gritando aterrorizados.

Quiso hacer algo. Sin embargo, ni avivando estaño podía luchar él solo contra un grupo de soldados. Elend y Vin lo habían enviado a recabar información, no a intervenir. Con todo, se sintió avergonzado y se llamó cobarde mientras se apartaba del edificio en llamas.

—Esto no debería ser así —susurró roncamente.

—Eran nobles —dijo Durn.

—¡No, no lo eran! Puede que sus padres lo fueran, pero ellos eran skaa. Gente normal, Durn.

—Tienen sangre noble.

—Igual que la tenemos todos, si te remontas lo suficiente en el tiempo —repuso Fantasma.

Durn sacudió la cabeza.

—Así es como tiene que ser. Es lo que el Superviviente...

—No pronuncies su nombre en relación con esta barbarie —siseó Fantasma.

Durn guardó silencio un momento. Solo se escuchaba el crepitar de las llamas y los sonidos de quienes morían dentro de la casa. Finalmente, habló.

—Sé que es difícil verlo, y tal vez el Ciudadano es demasiado ansioso. Pero... lo oí hablar una vez. Al Superviviente. Enseñaba estas cosas. Muerte a los nobles, gobierno para los skaa. Si lo hubieras oído, lo entenderías. A veces hay que destruir una cosa para construir algo mejor.

Fantasma cerró los ojos. El calor del fuego parecía abrasarle la piel. Él sí que *había* oido a Kelsier dirigirse a las multitudes de skaa. Y en efecto había dicho las cosas que Durn mencionaba ahora. Entonces, el Superviviente era una voz de esperanza, de espíritu. Sin embargo, sus mismas palabras repetidas

ahora se convertían en palabras de odio y destrucción. Fantasma se sintió asqueado.

—Te lo repito, Durn —dijo, alzando la cabeza, sintiéndose particularmente rudo—. No te pago para que me hagas propaganda del Ciudadano. Dime por qué estoy aquí, o no recibirás más monedas por mi parte.

El mendigo se volvió y miró a Fantasma a los ojos, pese a la venda.

—Cuenta los cráneos —dijo en voz baja. Durn apartó la mano del hombro de Fantasma y se retiró entre la multitud.

Fantasma no lo siguió. Los olores del humo y la carne quemada se volvían demasiado fuertes para él. Se dio la vuelta y se abrió paso entre la muchedumbre, buscando aire fresco. Se apoyó en un edificio; respiró profundamente, sintiendo el áspero granulado de la madera contra su costado. Le pareció que los copos de ceniza que caían eran parte de la hoguera que había dejado atrás, trozos de muerte lanzados al viento.

Oyó voces. Se dio media vuelta y advirtió que el Ciudadano y sus guardias se habían apartado del incendio. Quellion se dirigía a la multitud, animándolos a ser vigilantes. Fantasma observó durante un rato, y finalmente la multitud empezó a dispersarse, siguiendo al Ciudadano mientras este se dirigía hacia el mercado.

Los ha castigado, ahora tiene que bendecirlos. A menudo, sobre todo después de las ejecuciones, el Ciudadano visitaba a la gente personalmente, y se paseaba entre los puestos del mercado estrechando manos y dando ánimos.

Fantasma se desvió por una calle lateral. Pronto salió de la zona más rica de la ciudad y llegó a un lugar donde la calle desaparecía ante él. La pared de contención se había desplomado, formando una pendiente hasta el canal seco, y Fantasma saltó y se deslizó hasta el fondo. Se subió la capucha, oscureciendo los ojos cubiertos, y se abrió paso por la calle abarrotada con la destreza de quien ha crecido siendo un pillastre callejero.

Incluso dando un amplio rodeo, llegó al pozo del mercado antes que el Ciudadano y su séquito. Fantasma vio a través de la ceniza que caía como el hombre bajaba una amplia rampa de tierra seguido por un centenar de personas.

Quieres ser él, pensó Fantasma, agazapado junto a un puesto. Kelsier murió para traer esperanza a su pueblo, y ahora planeas robarle su legado.

Este hombre no era Kelsier. Ni siquiera era digno de murmurar el nombre del Superviviente.

El Ciudadano caminaba entre los puestos, manteniendo un aire paternal, charlando con la gente del mercado. Los tocaba en el hombro, estrechaba manos y sonreía benévolamente.

—El Superviviente estaría orgulloso de vosotros.

Fantasma podía oír su voz aun por encima del ruido de la multitud.

—La ceniza que cae es un signo suyo: representa la caída del imperio, las cenizas de la tiranía. ¡De esas cenizas crearemos una nueva nación! Una nación gobernada por los skaa.

Fantasma avanzó, se bajó la capucha y caminó palpando, como si fuera ciego. Llevaba su bastón de duelo cruzado en la espalda, en una cinta oculta por los pliegues de su ancha camisa gris. Cuando se trataba de moverse entre la multitud, era más que capaz. Mientras que Vin siempre se había esforzado por mantenerse apartada y ser invisible, Fantasma conseguía ambas cosas sin siquiera intentarlo. De hecho, a menudo intentaba lo contrario. Había soñado con ser un hombre como Kelsier, porque incluso antes de conocer al Superviviente, Fantasma había oído historias sobre él. El mayor ladrón skaa de su tiempo, un hombre lo bastante osado como para intentar robar al mismísimo lord Legislador.

Y, sin embargo, por mucho que lo intentara, Fantasma nunca había logrado distinguirse. Era demasiado fácil ignorar a otro muchacho de rostro manchado de ceniza, sobre todo si no podías comprender su fuerte acento del este. Hizo falta conocer a Kelsier, ver cómo podía afectar a la gente hablando, para convencer finalmente a Fantasma de que abandonara su dialecto. Fue entonces cuando empezó a comprender que había poder en las palabras.

Fantasma se acercó de manera sutil a la primera fila de la multitud que contemplaba al Ciudadano. Recibió sacudidas y empujones, pero nadie le gritó. Un ciego atrapado en el bullicio de la gente era fácil de ignorar, y lo que era ignorado podía llegar a donde se suponía que nadie podía llegar. Con cuidado, Fantasma pronto se situó a la cabeza del grupo, apenas a un brazo de distancia del Ciudadano.

El hombre olía a humo.

—Comprendo, buena mujer —decía el Ciudadano, mientras sujetaba las manos de una anciana—. Pero su nieto es necesario donde está, cuidando los campos. ¡Sin él y su clase, no podríamos comer! Una nación gobernada por skaa también tiene que ser una nación *trabajada* por skaa.

—Pero... ¿no puede volver ni siquiera una temporada? —preguntó la mujer.

—Con el tiempo, buena mujer —respondió el Ciudadano—. Con el tiempo.

Su uniforme escarlata lo convertía en la única mancha de color en la calle, y Fantasma se quedó mirando. Apartó la mirada y continuó maniobrando, ya que el Ciudadano no era su objetivo.

Beldre estaba a un lado, como de costumbre. Siempre observando, pero nunca interactuando. El Ciudadano era tan dinámico que su hermana era olvidada con facilidad. Fantasma comprendía bien esa sensación. Dejó que un soldado lo empujara, apartándolo del camino del Ciudadano. Eso lo situó justo al lado de Beldre. Ella olía levemente a perfume.

Creía que eso estaba prohibido.

¿Qué habría hecho Kelsier? Habría atacado, tal vez, y matado al Ciudadano. O habría actuado contra el hombre de alguna otra manera. Kelsier no habría permitido que sucedieran aquellas cosas terribles: habría intervenido.

¿Tal vez intentaría ganarse un aliado en alguien de confianza del Ciudadano?

Fantasma notó su corazón, cuyas palpitaciones eran mucho más estruendosas para él, latir más rápido. La multitud empezó a moverse de nuevo, y él se dejó empujar contra Beldre. Los guardias no lo miraban, estaban concentrados en el Ciudadano, manteniéndolo a salvo con tantos elementos aleatorios alrededor.

—Tu hermano —susurró Fantasma al oído de Beldre—, ¿apruebas sus asesinatos?

Ella se giró, y él advirtió por primera vez que tenía los ojos verdes. Se quedó inmóvil, dejando que la multitud lo empujara mientras ella buscaba, tratando de localizar quién había hablado. La multitud, siguiendo a su hermano, la apartó de Fantasma.

Fantasma esperó un momento, sacudido por el mar de codazos. Entonces empezó a maniobrar de nuevo, abriéndose paso entre la gente con sutil cuidado hasta que estuvo de nuevo junto a Beldre.

—¿Crees que es distinto de lo que hizo el lord Legislador? —susurró—. Una vez lo vi reunir a gente al azar y ejecutarlos en la plaza de la ciudad de Luthadel.

Ella se giró de nuevo, y finalmente identificó a Fantasma entre la multitud. Él se quedó quieto, mirándola a los ojos a través de la venda. La gente se interponía, y ella se alejó.

Su boca se movió. Solo alguien con los sentidos amplificados por el estaño podría haber visto con suficiente detalle para distinguir las palabras de sus labios.

—¿Quién eres?

Él se abrió paso una vez más entre la marea de gente. Al parecer, el Ciudadano planeaba hacer un discurso más adelante, aprovechando la creciente multitud. La gente se congregaba alrededor del atril que había en medio del mercado; cada vez resultaba más difícil moverse entre ellos.

Fantasma la alcanzó, pero notó que la multitud volvía a separarlos. Así que se coló entre un par de cuerpos, cogió su mano y le tiró de la muñeca mientras se dejaba llevar por las oleadas de la muchedumbre. Ella se volvió de sopetón, pero no gritó. La multitud se apiñaba alrededor y la mujer giró la cabeza para mirarlo a los ojos vendados.

—¿Quién eres? —preguntó Beldre de nuevo. Aunque estaba tan cerca que él la habría oído de haber hablado, ningún sonido escapó de sus labios. Tan solo silabeó las palabras. Tras ella, en el atril, su hermano empezó a predicar.

—Soy el hombre que va a matar a tu hermano —dijo él en voz baja.

Él esperaba una reacción por su parte: un grito, quizá. Una acusación. Sus acciones habían sido impulsivas, nacidas de su frustración por no haber podido ayudar a los ejecutados. Comprendió que, si ella gritaba, sería hombre muerto.

Sin embargo, Beldre permaneció en silencio. Los copos de ceniza caían entre ambos.

—Otros han dicho lo mismo —vocalizó ella.

—No eran yo.

—¿Y quién eres tú? —preguntó ella por tercera vez.

—El compañero de un dios. Un hombre que puede ver susurros y sentir gritos.

—¿Un hombre que cree saber qué es mejor para este pueblo que su propio gobernante electo? —preguntó ella moviendo los labios—. Siempre habrá disidentes que critiquen lo que debe hacerse.

Él todavía la tenía sujetada por la mano. La agarró con fuerza, atrayéndola hacia sí. La multitud se congregó en torno al atril, dejándolos atrás, como conchas que las olas dejan en la playa.

—Yo *conocí* al Superviviente, Beldre —susurró roncamente—. Me dio mi nombre, me consideraba su amigo. Lo que habéis hecho en esta ciudad lo

horrorizaría... y *no* voy a dejar que tu hermano continúe pervirtiendo el legado de Kelsier. Adviérteselo, si es preciso. Dile a Quellion que voy a por él.

El Ciudadano había dejado de hablar. Fantasma alzó la cabeza y se volvió para mirar al atril. Allí, Quellion contemplaba a sus seguidores. Miraba a Fantasma y Beldre, al fondo de la multitud. Fantasma no había advertido lo mucho que se habían expuesto.

—¡Tú, el de ahí! —gritó el Ciudadano—. ¿Qué haces con mi hermana?

¡Maldición!, pensó Fantasma, soltando a la chica. Echó a correr. Pero las elevadas y empinadas paredes de los surcos dejaban muy pocas formas de salir del mercado, y todas estaban vigiladas por los miembros de las fuerzas de seguridad de Quellion. Siguiendo la orden del Ciudadano, los soldados empezaron a correr, vestidos de cuero y armados de acero.

Bien, pensó Fantasma, abalanzándose contra el grupo más cercano de soldados. Si podía rebasarlos, podría llegar a una de las rampas y tal vez desaparecer en los callejones entre los edificios de arriba.

Desenvainaron las espadas. La gente gritó sorprendida. Fantasma rebuscó entre los harapos de su capa y extrajo su bastón de duelos.

Y entonces se lanzó entre ellos.

Fantasma no era guerrero. Se había entrenado con Ham; Clubs había insistido en que su sobrino supiera defenderse. Sin embargo, los auténticos guerreros de la banda siempre fueron sus nacidos de la bruma, Vin y Kelsier, con Ham como brazo de peltre para proporcionar fuerza bruta, si era necesario.

No obstante, Fantasma había pasado mucho tiempo entrenándose últimamente, y al hacerlo había descubierto algo interesante. Contaba con algo que Vin y Kelsier jamás podrían haber tenido: una difusa gama de conocimiento sensorial que su cuerpo era capaz de aprovechar por instinto. Sentía las perturbaciones en el aire, los temblores del suelo, y sabía dónde estaba la gente simplemente por la cercanía de los latidos de sus corazones.

No era un nacido de la bruma, pero seguía siendo muy peligroso. Notó una suave brisa, y supo que una espada lo buscaba. Esquivó. Sintió una pisada en el suelo, y supo que alguien lo atacaba desde un lado. Se apartó. Era casi como tener atium.

El sudor voló de su frente cuando giró, y estampó su bastón de duelo en la nuca de un soldado, que cayó fulminado; el bastón estaba hecho de la mejor madera recia. Pero, para asegurarse, golpeó la sien del hombre, eliminándolo definitivamente de la batalla.

Oyó gruñir a alguien a su lado, en voz baja, pero a la vez reveladora. Fantasma blandió el arma a un lado y la descargó contra el antebrazo del atacante. Los huesos se rompieron, y el soldado gritó y soltó el arma. Fantasma lo golpeó en la cabeza. Entonces se volvió, alzando el bastón para bloquear el golpe del tercer soldado.

El acero encontró la madera, y ganó el acero, que rompió el arma de Fantasma. Sin embargo, detuvo el golpe de la espada lo suficiente para que Fantasma esquivara y pudiera agarrar la espada de un soldado caído. Era distinta de las espadas con las que había practicado: los hombres de Urteau preferían hojas largas y finas. De todas formas, a Fantasma solo le quedaba un soldado; si podía abatir al hombre, sería libre.

Su oponente pareció darse cuenta de que jugaba con ventaja. Si Fantasma echaba a correr, expondría su espalda a un ataque. Y, si se quedaba, pronto sería vencido. El soldado se acercó con cautela, tratando de ganar tiempo.

Entonces Fantasma atacó. Alzó su espada, confiando en que sus sentidos ampliados compensaran la diferencia de entrenamiento. El soldado alzó su arma para esquivar un golpe.

La espada de Fantasma se detuvo en el aire.

Fantasma se tambaleó, intentando descargar el golpe, pero la espada permaneció extrañamente en el aire... como si intentara abrirse paso a través de algo sólido, en vez de aire. Como si...

Alguien estaba empujando contra él. Alomancia. Fantasma miró desesperadamente a su alrededor, y enseguida encontró la fuente de poder. La persona que empujaba debía de estar directamente frente a él, pues los alomantes solo podían empujar desde sí mismos.

Quellion, el Ciudadano, se había reunido con su hermana. El Ciudadano miró a Fantasma a los ojos, y Fantasma pudo ver el esfuerzo en los ojos del hombre mientras la agarraba, usando su peso para apoyarse mientras empujaba contra la espada de Fantasma, interfiriendo en la batalla como el propio Kelsier había hecho, mucho tiempo atrás, al visitar las cuevas donde se entrenaba su ejército.

Fantasma soltó el arma, dejando que escapara volando de su mano, y luego se arrojó al suelo. Sintió que la corriente de aire de una espada enemiga pasaba por encima de su cabeza, sin alcanzarlo por muy poco. Su propia arma cayó al suelo a poca distancia, un sonido retumbó en sus oídos.

No tuvo tiempo para recuperar el aliento; tan solo pudo incorporarse para esquivar el siguiente golpe del soldado. Por fortuna, Fantasma no llevaba

encima ningún metal que Quellion pudiera empujar para seguir influyendo en la pelea. Era una costumbre que se alegró de no haber perdido nunca.

La única opción era correr. No podía luchar, no con un alomante interfiriendo. Se volvió mientras el soldado se disponía a descargar otro golpe. Y entonces se lanzó hacia delante, rebasando la guardia del soldado. Pasó bajo el brazo del hombre y se hizo a un lado, esperando poder pasar de largo y dejar al hombre confundido.

Algo lo agarró por el pie.

Fantasma se volvió. Al principio supuso que Quellion tiraba de él de alguna manera. Después vio que el soldado caído en el suelo, el primero que había derribado, le había agarrado el pie.

¡Golpeé dos veces al hombre en la cabeza!, pensó Fantasma, lleno de frustración. *¡Es imposible que siga consciente!*

La mano le apretó el pie, tirando de él con fuerza inhumana. Con una fuerza así, el hombre tenía que ser un violento, un quemador de peltre, como Ham.

Fantasma estaba metido en un serio problema.

Pataleó, tratando de liberarse, y se puso en pie. Pero un violento podría usar el poder del peltre para correr más rápido y más distancia que Fantasma.

Dos alomantes, contando al propio Ciudadano, pensó Fantasma. *¡Alguien no desprecia tanto la sangre noble como dice!*

Los dos soldados avanzaron hacia él. Gritando de frustración, oyendo su propio corazón resonar como un tambor, Fantasma se abalanzó contra el violento y se agarró al hombre, tomándolo por sorpresa. En ese momento de confusión, Fantasma lo hizo girar, usando el cuerpo del violento como escudo para protegerse del tercer soldado.

No había contado con el brutal entrenamiento del Ciudadano. Quellion hablaba siempre de sacrificio y necesidad. Al parecer, esta filosofía se extendía a sus soldados, pues el hombre de la espada clavó su arma en la espalda de su amigo, atravesando su corazón y alcanzando directamente el pecho de Fantasma. Era un movimiento que solo un hombre con la fuerza y precisión de un violento podría haber realizado.

Tres alomantes, pensó Fantasma, aturdido, mientras el soldado trataba de soltar el arma de los dos cuerpos. El cuerpo del muerto era un peso que finalmente quebró la hoja.

¿Cómo he podido sobrevivir tanto tiempo? Deben de haber estado intentando no revelar sus poderes, permanecer ocultos a la población...

Fantasma retrocedió tambaleándose, sintiendo la sangre en su pecho. Extrañamente, no sentía dolor. Sus sentidos aumentados deberían haber vuelto el dolor tan fuerte que...

Lo alcanzó. Todo se volvió negro.

La sutileza desplegada por los microbios devoradores de ceniza y las plantas mejoradas demuestra que Rashek progresó cada vez más en el manejo del poder. Se consumió en cuestión de minutos, pero para un dios los minutos pueden pasar como horas. Durante ese tiempo, Rashek comenzó siendo un niño ignorante que empujó un planeta demasiado cerca del Sol, se convirtió en un adulto capaz de crear montes de ceniza para enfriar el aire, y finalmente en un artesano maduro capaz de desarrollar plantas y criaturas para propósitos específicos.

También demuestra su forma de pensar durante el tiempo que estuvo con el poder de Conservación. Bajo su influencia, estuvo obviamente en modo protector. En vez de nivelar los montones de ceniza y tratar de devolver el planeta a su sitio, reaccionó trabajando furiosamente para arreglar los problemas que él mismo había causado.

17



ELEND CABALGABA ANTE SUS HOMBRES, a lomos de un blanco corcel al que habían limpiado de ceniza. Volvió su montura, para contemplar las filas de nerviosos soldados. Esperaban a la luz de la tarde, y Elend podía captar su terror. Habían oído rumores, y esos rumores habían sido confirmados por Elend el día anterior. Hoy, su ejército quedaría inmunizado contra las brumas.

Elend atravesó sus filas, con el general Demoux al lado a lomos de un semental ruano. Ambos caballos eran ejemplares grandes, traídos al viaje más para impresionar que por su utilidad. Elend y los demás oficiales pasarían la mayor parte del viaje usando las barcazas del canal, en vez de cabalgando.

A Elend no le preocupaba la moralidad de su decisión de exponer sus fuerzas a las brumas; al menos, no en aquel preciso instante. Había aprendido algo muy importante sobre sí mismo: era sincero. Tal vez demasiado. Si se sentía inseguro, se le notaba en la cara; los soldados notarían su vacilación. Así que había aprendido a confinar sus preocupaciones a los momentos en que se encontraba con los más allegados. Eso significaba que Vin veía demasiadas

veces sus reflexiones. Sin embargo, eso le concedía libertad en otros momentos para proyectar confianza.

Se movió con rapidez, dejando que los cascos de su caballo tronaran para que sus hombres lo oyieran. De vez en cuando, oía a los capitanes gritar a sus soldados que se pusieran firmes. Aun así, Elend vio ansiedad en sus ojos. ¿Acaso podía reprochárselo? Hoy los soldados se enfrentarían a un enemigo al que no podían combatir, ni resistir. Dentro de una hora, setecientos habrían muerto. Uno de cada cincuenta. No era una mala proporción, a gran escala... pero eso significaba muy poco para el hombre que notaba cómo las brumas lo rodeaban.

Los soldados esperaron a pie firme. Elend se sintió orgulloso de ellos. Había dado a los que quisieran la oportunidad de regresar a Luthadel en vez de enfrentarse a las brumas. Seguía necesitando a sus tropas en la capital, y prefería no marchar con hombres que no estuvieran dispuestos a internarse en las brumas. Casi ninguno se había marchado. La enorme mayoría había formado filas sin que se lo ordenaran, plenamente ataviados para la batalla, las armaduras pulidas y bruñidas, los uniformes lo más limpios posible en aquellos páramos cubiertos de ceniza. A Elend le parecía adecuado que llevaran puestas las armaduras. Eso les hacía parecer que marchaban a la batalla... y, en cierto modo, así era.

Confían en él. Sabían que las brumas avanzaban hacia Luthadel, y comprendían la importancia de capturar las ciudades donde había cuevas de almacenaje. Creían en la capacidad de Elend para hacer algo que salvara a sus familias.

Su confianza hacía que él se sintiera aún más decidido. Refrenó a su caballo, volvió con la enorme bestia junto a una fila de soldados. Avivó peltre, haciendo su cuerpo más fuerte, dando más poder a sus pulmones, y luego encendió las emociones de los hombres para hacerlos más valientes.

—¡Sed fuertes! —gritó.

Las cabezas se volvieron hacia él y el golpeteo de las armaduras se silenció. Su propia voz resonó con tanta fuerza en sus oídos que tuvo que reducir su estío.

—Estas brumas abatirán a algunos de nosotros. La mayoría saldrá indemne... ¡y casi todos los que caigan se recuperarán! Después ninguno de nosotros tendrá que seguir temiendo a las brumas. ¡Y no tenemos por qué arriesgarnos a que un ataque matutino de Ciudad Fadrex nos sorprenda

escondidos en nuestras tiendas, con la bruma adentrándose y la sexta parte de nuestros hombres convulsionándose en el suelo!

Hizo girar a su caballo, con Demoux a la zaga, y avanzó ante las filas.

—No sé por qué matan las brumas. ¡Pero confío en el Superviviente! Él se nombró Señor de las Brumas. Si alguno de nosotros muere, será su voluntad. ¡Sed fuertes!

Su recordatorio pareció tener algún efecto. Los soldados se irguieron un poco, mirando hacia el oeste, donde el sol pronto se pondría. Elend refrenó de nuevo su montura, dejándose ver.

—Parecen fuertes, mi señor —dijo Demoux en voz baja, acercando su caballo al de Elend—. Fue un buen discurso.

Elend asintió.

—Mi señor... —dijo Demoux—. ¿Iba en serio lo que dijiste del Superviviente?

—Por supuesto.

—Lo siento, mi señor. No pretendía poner en duda tu fe, es solo que... bueno, no tienes que mantener la farsa de la fe, si no quieras.

—Di mi palabra, Demoux —dijo Elend, frunciendo el ceño y mirando al general cubierto de cicatrices—. Hago lo que digo.

—Te creo, mi señor —respondió Demoux—. Eres un hombre honorable.

—¿Pero?

—Pero... si en realidad no crees en el Superviviente, me parece que no deberías hablar en su nombre.

Elend abrió la boca para reprochar a Demoux por su falta de respeto, pero se detuvo. El hombre hablaba con sinceridad, con el corazón. No había que castigar estas cosas.

Además, tal vez tuviera razón.

—No sé en qué creo, Demoux —dijo Elend, contemplando el campamento de soldados—. Desde luego, no en el lord Legislador. Las religiones de Sazed llevan siglos muertas, incluso él ha dejado de hablar del tema. Me parece que eso deja a la Iglesia del Superviviente como la única opción real.

—Con el debido respeto, mi señor. No es una profesión de fe muy fuerte.

—Últimamente, tengo problemas con la fe, Demoux —repuso Elend alzando la cabeza, contemplando cómo los copos de ceniza revoloteaban en el aire—. Mi último dios murió a manos de la mujer con la que acabé casándome... una mujer que para vosotros es una figura religiosa, pero que rechaza vuestra devoción.

Demoux asintió en silencio.

—No rechazo a vuestro dios, Demoux —aclaró Elend—. Hablaba en serio: creo que tener fe en Kelsier es mejor que las alternativas. Y, considerando lo que nos espera en los próximos meses, prefiero creer que ahí fuera hay algo, lo que sea, ayudándonos.

Permanecieron en silencio unos instantes.

—Sé que la Dama Heredera se opone a que adores al Superviviente, mi señor —dijo por fin Demoux—. Ella lo conoció, igual que yo. Lo que no comprende es que el Superviviente se haya convertido en algo muy superior al hombre Kelsier.

Elend frunció el ceño.

—Parece como si lo hubierais convertido calculadamente en un dios, Demoux, que creáis en él solo como símbolo.

Demoux negó con la cabeza.

—Yo digo que Kelsier fue un hombre, pero un hombre que consiguió algo... un manto, una porción de algo eterno e inmortal. Cuando murió, no solo era Kelsier, el jefe de la banda. ¿No te parece extraño que nunca fuera un nacido de la bruma antes de ir a los Pozos?

—Así funciona la alomancia, Demoux —dijo Elend—. No obtienes tus poderes hasta que rompes... hasta que te enfrentas a algo traumático, algo que casi te mata.

—¿Y crees que Kelsier no experimentó ese tipo de acontecimientos antes de los Pozos? —preguntó Demoux—. Mi señor, era un ladrón que robaba a los obligadores y los nobles. Llevó una vida muy peligrosa. ¿Crees que pudo evitar palizas, el riesgo de morir y la angustia emocional?

Elend vaciló.

—Consiguió sus poderes en los Pozos —prosiguió Demoux en voz baja—, porque le sucedió algo más. Quienes lo conocían hablan de lo mucho que había cambiado el hombre cuando regresó. Tenía un propósito... quería conseguir algo que el resto del mundo consideraba imposible.

Demoux negó con la cabeza.

—No, mi señor. Kelsier el hombre murió en esos Pozos, y entonces nació Kelsier el Superviviente. Le fueron concedidos un gran poder y una gran sabiduría por parte de una fuerza que está por encima de todos nosotros. Por eso consiguió lo que consiguió. Por eso lo adoramos. Seguía teniendo las limitaciones de un hombre, pero contaba con las esperanzas de una divinidad.

Elend se volvió. Su parte erudita y racional comprendía exactamente lo que estaba pasando. Kelsier estaba siendo deificado poco a poco, su vida convertida en algo cada vez más místico por quienes lo seguían. Kelsier tenía que ser investido con un poder celestial, pues la Iglesia no podía seguir reverenciando a un simple hombre.

Y, sin embargo, otra parte de Elend se alegraba por la racionalización, aunque solo fuera porque hacía que la historia resultara mucho más creíble. Después de todo, Demoux tenía razón. ¿Cómo duró tanto tiempo sin romperse un hombre que había vivido en las calles?

Alguien gritó.

Elend alzó la cabeza, escrutando las filas. Los hombres empezaron a agitarse nerviosos mientras las brumas hacían acto de presencia, brotando en el aire como plantas. No pudo ver al soldado que había caído. Pronto no tuvo sentido buscarlo, pues otros empezaron a gritar.

El sol empezó a oscurecerse, ardiendo en rojo mientras se acercaba al horizonte. El caballo de Elend se agitó nervioso. Los capitanes ordenaron a los hombres que se mantuvieran firmes, pero Elend seguía viendo movimiento. En el grupo que tenía delante, aparecieron huecos en las filas cuando los soldados fueron cayendo aleatoriamente al suelo, como marionetas a las que han cortado las cuerdas. Se sacudían en el suelo, mientras otros retrocedían horrorizados, la bruma moviéndose a su alrededor.

Me necesitan, pensó Elend, tomando las riendas, tirando de las emociones de aquellos que le rodeaban.

—¡Demoux, sigueme!

Elend volvió grupas. Demoux no lo imitó.

Elend se encaró de nuevo hacia él.

—¿Demoux? ¿Qué...?

Se detuvo de inmediato. Demoux estaba rodeado de brumas, sacudiéndose horriblemente. Mientras Elend lo miraba, el soldado de pelo ralo resbaló de su silla y se desplomó en la capa de ceniza que cubría el suelo hasta los tobillos.

—¡Demoux! —gritó Elend, desmontando, sintiéndose como un idiota. Jamás había pensado que Demoux pudiera ser afectado... Había supuesto que, al igual que Vin y los demás, ya era inmune. Elend se arrodilló junto a Demoux, las piernas en la ceniza, escuchando a los soldados gritar y a los capitanes chillar órdenes. Su amigo se estremeció y se retorció, jadeando de dolor.

Y la ceniza siguió cayendo.

Rashek no resolvió todos los problemas del mundo. De hecho, con cada cosa que arreglaba, creaba problemas nuevos. Sin embargo, fue lo bastante listo para que cada problema subsiguiente fuera menor que los anteriores. Así, en vez de plantas que morían por el sol distorsionado y el suelo ceniciente, tuvimos plantas que no ofrecían nutrición suficiente.

Salvó el mundo. Ciento, que el mundo estuviera al borde de la destrucción fue por su causa en primera instancia... pero teniéndolo todo en cuenta, hizo un trabajo admirable. Al menos, no liberó a Ruina como hicimos nosotros.

18



SAZED DIO UNA PALMADA A su caballo en los cuartos traseros y lo lanzó al galope en solitario. Los cascos del caballo levantaron parches de tierra cenicienta mientras corría. Su pelaje, una vez blanco, se volvió gris. Se le empezaban a notar las costillas, malnutrido hasta el punto de que ya no era razonable esperar que transportara a un jinete y tampoco podían permitirse reservar comida para él.

—Triste visión —comentó Brisa, de pie junto a Sazed en el camino cubierto de ceniza. Su guardia de doscientos soldados esperaba en silencio, viendo alejarse al animal. Sazed no pudo dejar de pensar que la liberación del último caballo era un símbolo.

»¿Crees que podrá sobrevivir? —preguntó Brisa.

—Sospecho que podrá mordisquear bajo la ceniza y encontrar alimento durante un tiempo —contestó Sazed—. Pero será difícil.

Brisa gruñó.

—Vivir es difícil para todos nosotros hoy en día. Bueno, le deseo la mejor de las suertes a la criatura. ¿Te reunirás con Allrianne y conmigo en el carroaje?

Sazed miró por encima del hombro hacia el vehículo, que había sido aligerado y adaptado para que los soldados pudieran tirar de él. Habían eliminado las puertas y colgado cortinas, y también habían eliminado secciones de la parte trasera. Con la disminución de peso y doscientos hombres para turnarse, el vehículo no sería una gran carga. Con todo, Sazed sabía que se sentiría culpable siendo transportado por otros. Sus viejos instintos de sirviente eran demasiado fuertes.

—No —respondió—. Caminaré un rato. Gracias.

Brisa asintió, y se dirigió al carro para sentarse con Allrianne; un soldado sostuvo en alto un parasol sobre su cabeza hasta que terminó de entrar. Expuesto ahora a la ceniza, Sazed se subió la capucha de su túnica de viaje, sujetó su cartapacio bajo el brazo y echó a caminar hacia la parte delantera de la fila.

—Capitán Goradel —dijo—. Puede reanudar la marcha.

Así lo hicieron. Fue una caminata difícil: la ceniza se volvía más gruesa y resbaladiza, y caminar sobre ella resultaba agotador. Se movía y agitaba bajo los pies, lo cual resultaba casi tan difícil como caminar sobre arena. Por dura que fuese la marcha, no bastó para distraer a Sazed de sus preocupaciones. Esperaba que visitar al ejército, y reunirse con Elend y Vin, le diera un respiro. Los dos eran buenos amigos, y el afecto que ambos se profesaban tenía a animarlo. Después de todo, él había oficiado su matrimonio.

Pero este encuentro lo había dejado aún más preocupado. *Vin dejó morir a Elend*, pensó. *Y lo hizo por las cosas que yo le enseñé*.

Llevaba la imagen de una flor en el bolsillo de la manga. Trató de encontrar sentido a su conversación con Vin. ¿Cómo se había convertido Sazed en la persona a la que todo el mundo acudía con sus problemas? ¿No notaban que tan solo era un hipócrita, capaz de formular respuestas que parecían válidas, pero incapaz de seguir sus propios consejos? Se sentía perdido. Notaba que un peso lo oprimía y le decía que se rindiera sin más.

Con cuánta facilidad hablaba Elend de esperanza y humor, como si ser feliz fuera simplemente una decisión que uno tomara. Algunos así lo creían. Antaño, Sazed se habría mostrado de acuerdo con ellos. Pero en esos momentos se le retorcía el estómago y la mera idea de actuar en cualquier sentido le provocaba náuseas. Sus pensamientos se veían constantemente asaltados por las dudas.

Para eso está la religión, pensó Sazed mientras pisoteaba la ceniza a la cabeza de la columna, la mochila sobre los hombros. *Para ayudar a la gente en*

momentos como estos.

Contempló el cartapacio. Entonces lo abrió y hojeó las páginas mientras caminaba. Cientos de religiones terminadas y ni una sola de ellas había proporcionado las respuestas que buscaba. Quizá simplemente las conocía demasiado bien. La mayoría de los miembros de la banda tenían problemas para adorar a Kelsier como hacían los otros skaa, pues conocían sus defectos y sus manías. Lo conocían primero como hombre, y luego como dios. Tal vez las religiones eran lo mismo para Sazed. Las conocía tan bien que podía ver con demasiada facilidad sus defectos.

No despreciaba a la gente que había seguido las religiones, pero hasta ahora Sazed solo había encontrado contradicciones e hipocresías en todas las religiones que había estudiado. Se suponía que la divinidad tenía que ser perfecta. La divinidad no permitía que sus seguidores fueran masacrados y, desde luego, tampoco permitía que el mundo fuera destruido por hombres buenos que intentaban salvarlo.

Una de las religiones restantes proporcionaría una respuesta. *Tenía* que existir una verdad que él pudiera descubrir. Mientras sus sentimientos de oscura asfixia amenazaban con abrumarlo, se dedicó a sus estudios, sacó la siguiente hoja de la lista y la sujetó a la parte delantera del cartapacio. La estudiaría mientras caminaba, dándole la vuelta al cartapacio cuando no leyera para protegerla de la ceniza.

Encontraría las respuestas. No se atrevía a pensar qué haría si no hubiera ninguna.

POR FIN ENTRARON EN EL Dominio Central, en tierras donde los hombres aún podían luchar por la comida y la vida. Brisa y Allrianne no salieron del carro; en cambio Sazed se alegró de caminar, aunque eso le dificultara el estudio de sus religiones.

No estaba seguro de cómo interpretar los campos cultivados. Pasaron ante docenas de ellos: Elend había reunido al máximo número de gente posible en el Dominio Central, y luego les había ordenado a todos que plantaran alimentos para el inminente invierno. Incluso los skaa que habían vivido en las ciudades estaban acostumbrados al trabajo duro, e hicieron rápidamente lo que Elend les ordenó. Sazed no sabía muy bien si la gente comprendía lo grave que era la situación, o si simplemente se contentaba con tener a alguien que le dijera lo que hacer.

A los lados del camino se amontonaban altas pilas de ceniza. Cada día, los obreros skaa tenían que despejar la ceniza caída durante la noche. Esta interminable tarea, junto con la necesidad de llevar agua a la mayoría de los campos nuevos sin regar, creaba un sistema de agricultura de trabajo muy intensivo.

Sin embargo, las plantas crecían. La tropa de Sazed recorrió un campo tras otro, todos ellos salpicados de marrones plantas en ciernes. Aquella visión podría haberlo llenado de esperanza. No obstante, costaba contemplar aquellos finos tallos y no sentir una desesperación aún mayor. Parecían tan débiles y pequeños junto a los enormes montones de ceniza... Aun olvidando las brumas, ¿cómo iba Elend a alimentar un imperio en estas condiciones? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que hubiera demasiada ceniza que mover? Los skaa trabajaban los campos, en posturas muy parecidas a las adoptadas en tiempos del lord Legislador. ¿Qué había cambiado realmente para ellos?

—Míralos —dijo una voz. Sazed se volvió para ver que el capitán Goradel se le acercaba. Calvo y robusto, el hombre era de natural simpático, una tendencia común entre los soldados que Ham había ascendido.

—Lo sé —respondió Sazed en voz baja.

—Incluso con la ceniza y la bruma, verlos me da esperanza.

Sazed alzó sus ojos de sopetón.

—¿De verdad?

—Claro —dijo Goradel—. En mi familia éramos granjeros, maese terrisano. Vivíamos en Luthadel, pero trabajábamos en los campos exteriores.

—Pero eras un soldado —repuso Sazed—. ¿No fuiste tú quien guio a lady Vin la noche en que mató al lord Legislador?

Goradel asintió.

—De hecho, conduje a lord Elend al palacio para rescatar a lady Vin, aunque resultó que ella no necesitaba mucha ayuda nuestra. Tienes razón, yo era soldado en el palacio del lord Legislador... Mis padres me repudiaron cuando me enrolé. Pero no podía enfrentar la idea de tener que trabajar el campo toda la vida.

—Es un trabajo arduo.

—No, no era eso. No era el trabajo, era... la desesperanza. No soportaba trabajar todo el día cultivando algo que sabía que pertenecería a otro. Por eso dejé el campo para hacerme soldado, y por eso ver estas granjas me da esperanza.

Goradel señaló uno de los campos ante los que pasaban. Algunos de los skaa alzaron la cabeza, y saludaron al ver el estandarte de Elend.

—Esa gente trabaja porque quiere —dijo Goradel.

—Trabajan porque, si no lo hacen, morirán de hambre.

—Claro. Supongo que tienes razón. Pero no trabajan porque alguien les dará una paliza si no lo hacen: trabajan para que sus familias y sus amigos no mueran. Para un granjero, eso marca una diferencia. Se nota en su pose.

Sazed frunció el ceño, pero no dijo nada más.

—De todas formas, maese terrisano —comentó Goradel—, venía a sugerirte que hicíramos una parada en Luthadel para avituallarnos.

Sazed asintió.

—Sospechaba que haríamos eso. Sin embargo, yo tendré que dejaros unos días mientras vais a Luthadel. Lord Brisa puede tomar el mando. Me reuniré con vosotros en la carretera norte.

Goradel asintió, y regresó para encargarse de todo. No preguntó por qué Sazed quería dejar el grupo, ni cuál era su destino.

VARIOS DÍAS DESPUÉS, SAZED LLEGÓ solo a los Pozos de Hathsin. Había poco que distinguiera la zona, ahora que la ceniza lo cubría todo. Los pies de Sazed levantaron terrones de ceniza mientras ascendía a lo alto de una colina. Contempló el valle que contenía los Pozos, el lugar donde la esposa de Kelsier había sido asesinada. El lugar donde había nacido el Superviviente.

Ahora era el hogar de la gente de Terris.

Quedaban muy pocos. Nunca había sido una población muy grande, y la llegada de las brumas y el peligroso viaje al Dominio Central se habían cobrado muchas vidas. Tal vez quedaban unos cuarenta mil. Y muchos de ellos eran eunucos, como Sazed.

Sazed bajó la pendiente hacia el valle. Era un lugar natural donde asentarse. En tiempos del lord Legislador, cientos de esclavos habían trabajado aquí, vigilados por cientos de soldados. Eso se terminó cuando Kelsier regresó a los Pozos y destruyó su capacidad para producir atium. Sin embargo, los Pozos aún tenían los edificios y la infraestructura que los había mantenido. Había agua fresca en abundancia, y refugio. La gente de Terris había mejorado todo esto al construir otras estructuras por todo el valle y convertir lo que antes era el más aterrador de los campos de prisioneros en un bucólico grupo de aldeas.

Mientras bajaba por la colina, Sazed vio a la gente apartar la ceniza del suelo, dejando que la vida natural de las plantas asomara para proporcionar pasto a los animales. La maleza que formaba el follaje predominante en el Dominio Central era un grupo de plantas tenaces y resistentes adaptadas a la ceniza que no necesitaban tanta agua como las cosechas de las granjas. Eso había proporcionado al pueblo de Terris una vida relativamente fácil. Eran pastores, como lo habían sido durante siglos antes de la Ascensión del lord Legislador. Una fuerte raza de ovejas de patas cortas deambulaba por las colinas, mordisqueando los tallos de maleza descubiertos.

La gente de Terris, llevando vidas más cómodas que la mayoría, pensó Sazed. *¡Qué extraño se ha vuelto el mundo!*

Su llegada llamó la atención. Los niños salieron corriendo, y en las chozas asomaron algunas cabezas. Las ovejas empezaron a reunirse mientras Sazed caminaba, como si esperaran que les trajera algún tipo de golosina.

Varios ancianos subieron la colina, moviéndose todo lo rápido que les permitieron sus piernas retorcidas. Al igual que Sazed, aún llevaban túnicas de mayordomo. Y también las mantenían limpias de ceniza, dejando al descubierto los pintorescos estampados en forma de V en la parte delantera. Esos estampados indicaban en su tiempo la casa noble a la que servía el mayordomo.

—¡Lord Sazed! —exclamó ansioso uno de los hombres.

—¡Majestad! —dijo otro.

Majestad.

—Por favor —repuso Sazed, levantando la mano—. No me llaméis así.

Los dos ancianos mayordomos se miraron entre sí.

—Por favor, maestro guardador. Deja que traigamos algo de comida caliente.

Sí, la ceniza era negra. No, no debería serlo. Prácticamente toda ceniza común tiene un componente oscuro, pero es gris o blanca además de negra.

La ceniza de los Montes de Ceniza... era diferente. Como las brumas, la ceniza que cubría nuestra tierra no era algo natural. Tal vez fuera la influencia del poder de Ruina, tan negra como blanca era Conservación. O tal vez fuera solo la naturaleza de los Montes de Ceniza, especialmente diseñados y creados para lanzar al cielo humo y ceniza.

19



—¡LEVÁNTATE!

Estaba oscuro.

—¡Levántate!

Fantasma abrió los ojos. Todo parecía apagado, mudo. Apenas podía ver. El mundo era un borrón oscuro. Y... se sentía aturdido. Muerto. ¿Por qué no podía sentir?

—¡Fantasma, tienes que levantarte!

La voz, al menos, era clara. Sin embargo, todo lo demás parecía turbio. No podía pensar bien. Parpadeó, gimiendo en voz baja. ¿Qué le pasaba? Sus anteojos y su venda habían desaparecido. Eso tendría que haberle permitido ver, pero todo estaba muy oscuro.

Se había quedado sin estaño.

Ya nada ardía en su estómago. La familiar llama, una reconfortante vela en su interior, se había extinguido. Había sido su compañera durante más de un año, siempre presente. Temía lo que hacía con ella, pero nunca la había dejado morir. Y ahora se había apagado.

Por eso todo parecía tan sombrío. ¿Así era como vivía el resto de la gente? ¿Como vivía él antes? Apenas podía ver... Los nítidos, ricos detalles a los que

se había acostumbrado habían desaparecido. Los vibrantes colores y las líneas definidas. Ahora, en cambio, todo era insulso y vago.

Notaba los oídos taponados. Su nariz... no podía oler las tablas que tenía debajo, ni distinguir los tipos de madera por el olor. No podía oler los cuerpos que habían pasado de largo. No podía sentir las pisadas de la gente que se movía en las otras habitaciones.

Y... estaba, sí, en una habitación. Se apretó la frente con la mano derecha y se incorporó tratando de pensar. Entonces, un dolor en el hombro lo hizo jadear. No habían atendido la herida. Recordó la espada que se le había clavado en el pecho, cerca del hombro. No era una herida de la que uno se recuperara rápidamente; de hecho, su brazo derecho no parecía funcionar bien, uno de los motivos por los que tantos problemas tenía para incorporarse.

—Has perdido mucha sangre —sentenció la voz—. Pronto morirás, aunque las llamas no te consuman. No te molestes en buscar la bolsa de estaño que llevabas en el cinturón. Se la llevaron.

—¿Llamas? —graznó Fantasma, parpadeando. ¿Cómo sobrevivía la gente en un mundo tan oscuro?

—¿No puedes sentir las, Fantasma? Están cerca.

Había luz cerca, en un pasillo. Fantasma sacudió la cabeza, tratando de despejar su mente. *Estoy en una casa*, pensó. *Una bonita casa. La casa de un noble.*

Y la están quemando.

Esto último le dio motivación para ponerse en pie, aunque enseguida volvió a caer: su cuerpo estaba demasiado débil, y su mente, demasiado confusa.

—¡No camines! —ordenó la voz. ¿Dónde la había oído antes? Confiaba en ella—. ¡Arrástrate!

Fantasma hizo lo que le ordenaba y empezó a avanzar a rastras.

—¡No, hacia las llamas no! Tienes que salir para poder castigar a los que te hicieron esto. ¡Piensa, Fantasma!

—La ventana —graznó Fantasma, volviéndose a un lado y arrastrándose hacia una de ellas.

—Están tapiadas con tablones —dijo la voz—. Lo viste antes, desde fuera. Solo hay un modo de sobrevivir. Tienes que escucharme.

Fantasma asintió, aturdido.

—Sal por la otra puerta de la habitación. Arrástrate hacia las escaleras que llevan al primer piso.

Fantasma obedeció, obligándose a ponerse en movimiento. Tenía los brazos tan entumecidos que era como si llevara pesos atados a los hombros. Había pasado tanto tiempo avivando estaño que los sentidos normales ya no parecían funcionar para él. Encontró las escaleras, aunque para cuando llegó allí ya estaba tosiendo. *Debe de ser por el humo*, le dijo una parte de su mente. Probablemente era bueno que se arrastrara.

Sintió el calor al subir. Las llamas parecían perseguirlo, reclamando la habitación que dejaba atrás mientras ascendía, aún mareado. Llegó a lo alto, resbaló en su propia sangre y se desplomó gimiendo contra una pared.

—¡Levántate! —ordenó la voz.

¿*Dónde he oído esa voz antes?*, pensó de nuevo. ¿*Por qué quiero hacer lo que dice?* Estaba a punto de descubrirlo. La habría identificado, si su mente no estuviera tan embotada. Sin embargo, obedeció, obligándose a ponerse de nuevo a cuatro patas.

—Segunda habitación a la izquierda —indicó la voz.

Fantasma se arrastró sin pensar. Las llamas reptaron por las escaleras, lamiendo las paredes. El olfato de Fantasma era débil, como sus otros sentidos, pero sospechaba que la casa había sido empapada con combustible. Así se quemaba de forma más rápida y espectacular.

—¡Alto! Esta es la habitación.

Fantasma giró a la izquierda, arrastrándose hacia la habitación. Era un estudio, bien amueblado. Los ladrones de la ciudad se quejaban de que no merecía la pena saquear este tipo de lugares. El Ciudadano prohibía la ostentación, y por eso no podían venderse los muebles caros, ni siquiera en el mercado negro. Nadie quería ser detenido por poseer lujos, no fuera que acabaran muriendo entre llamas en una de las ejecuciones del Ciudadano.

—¡Fantasma!

Fantasma había oido hablar de esas ejecuciones. Nunca había visto una. Había pagado a Durn para echarle un ojo a la siguiente. El dinero de Fantasma lo avisaría con antelación, además de colocarlo en buena posición para ver arder el edificio. Además, Durn le había prometido otro chismorreo, algo en lo que Fantasma estaría interesado. Algo que valdría la pena el precio.

Cuenta los cráneos.

—¡Fantasma!

Fantasma abrió los ojos. Había caído al suelo y empezaba a perder el conocimiento. Las llamas quemaban ya el techo. El edificio moría. Era imposible que Fantasma lograra salir de aquí, no en su actual situación.

—Ve a la mesa —ordenó la voz.

—Estoy muerto —susurró Fantasma.

—No, no lo estás. Ve a la mesa.

Fantasma volvió la cabeza para contemplar las llamas. Entre ellas había una figura, una oscura silueta. Las paredes goteaban, borboteaban y siseaban, la escayola y la pintura se ennegrecían. Sin embargo, a esta sombra de ser humano no parecía importarle el fuego. La figura le resultaba familiar. Alta. ImpONENTE.

—¿Tú...? —susurró Fantasma.

—¡Ve a la mesa!

Fantasma se puso de rodillas. Reptó, arrastrando el brazo inútil, moviéndose hacia la mesa.

—Cajón derecho.

Fantasma lo abrió, se apoyó sobre un lado y se desplomó. Había algo dentro.

—Frascos?

Los cogió con ansiedad. Eran el tipo de frascos que los alomantes utilizaban para guardar trocitos de metal. Fantasma cogió uno con manos temblorosas, pero le resbaló entre los dedos entumecidos. Se rompió. Miró el líquido que había dentro: una solución de alcohol que impedía que los copos de metal se oxidaran, y que además ayudaba al alomante a ingerirlos.

—¡Fantasma! —dijo la voz.

Aturdido, Fantasma cogió otro frasco. Arrancó el tapón con los dientes, sintiendo el crepitar de las llamas a su alrededor. La pared del fondo casi había desaparecido. El fuego se deslizaba hacia él.

Bebió el contenido del frasco, y luego buscó estaño en su interior. Pero no había. Fantasma gritó de desesperación y soltó el frasco. No contenía ningún estaño. ¿Cómo iba a salvarlo eso, de todas formas? Le habría hecho sentir las llamas, y su herida, con mayor intensidad.

—¡Fantasma! —ordenó la voz—. ¡Quémalo!

—¡No hay estaño! —chilló Fantasma.

—¡El estaño no! ¡El dueño de esta casa no era un ojo de estaño!

El estaño no. Fantasma parpadeó. Entonces, buscando en su interior, encontró algo completamente inesperado. Algo que nunca había pensado ver, algo que no debería haber existido.

Una nueva reserva de metal. La quemó.

Su cuerpo destelló con fuerza. Sus brazos temblorosos se volvieron firmes. Su debilidad pareció desaparecer, apartada como la oscuridad al salir el sol. Sintió tensión y poder, y sus músculos se crisparon de expectación.

—¡Levántate!

Alzó la cabeza. Se puso en pie de un salto; esta vez el mareo había desaparecido. Aún sentía la mente aturdida, pero tenía algo claro. Solo un metal podía haber cambiado su cuerpo, haciéndolo lo suficientemente fuerte para que funcionara a pesar de su terrible herida y la pérdida de sangre.

Fantasma estaba quemando peltre.

La figura permaneció en las llamas, difícil de distinguir.

—Te he dado la bendición del peltre, Fantasma —dijo la voz—. Úsala para huir de este lugar. Puedes romper los tablones del extremo de ese pasillo y escapar por el tejado del edificio cercano. Los soldados no te verán: están demasiado ocupados controlando el fuego para que no se propague.

Fantasma asintió. El calor ya no le molestaba.

—Gracias.

La figura dio un paso adelante y se convirtió en algo más que una simple silueta. Las llamas jugueteaban con el firme rostro del hombre. Las sospechas de Fantasma se confirmaron: había un motivo por el que confiaba en aquella voz, un motivo por el que había hecho lo que aquel hombre le había dicho.

Haría cualquier cosa que él le ordenara.

—No te di peltre solo para que sobrevivieras, Fantasma —dijo Kelsier, señalando—. Te lo di para que pudieras vengarte. ¡Ahora vete!

Más de una persona manifestó haber notado un odio consciente en las brumas. Esto no está necesariamente relacionado con que las brumas maten a la gente. A la mayoría, incluso aquellos a quienes afectó, las brumas simplemente les parecían un fenómeno meteorológico, no más consciente ni vengativo que una terrible enfermedad.

Para otros, sin embargo, había más. A los que favorecía, los envolvía. A los que era hostil, los apartaba. Algunos sentían paz dentro de ellas, otros sentían odio. Todo se reducía al sutil contacto de Ruina, y a cuánto se reaccionaba a sus incitaciones.

20



TENSOON ESTABA SENTADO EN SU JAULA.

La existencia misma de la jaula era un insulto. Los kandra no eran como los hombres: aunque no hubiera estado prisionero, TenSoon no habría intentado escapar. Había venido voluntariamente a cumplir su destino.

Y, sin embargo, lo encerraban. No estaba seguro de dónde habían sacado la jaula; desde luego, no era algo que los kandra necesitaran normalmente. Con todo, los Segundos la habían encontrado y la habían erigido en una de las principales cuevas de la Tierra Natal. Estaba hecha de placas de hierro y duros barrotes de acero con una fuerte malla de alambre extendida por sus cuatro caras, para así impedirle reducir su cuerpo a músculos base y escabullirse a través. Otro insulto.

TenSoon estaba sentado dentro, desnudo sobre el frío suelo de hierro. ¿Había conseguido algo aparte de su propia condena? ¿Habían tenido algún valor sus palabras en el Cubil de la Confianza?

Fuera de la jaula, las cavernas brillaban con la luz de los musgos cultivados, y los kandra hacían su trabajo. Muchos se detenían a observarlo. Este era el propósito del largo retraso entre su juicio y la sentencia. La Segunda Generación no necesitaba semanas para reflexionar sobre qué iban a hacerle.

Sin embargo, TenSoon los había obligado a dejarle hablar, y los Segundos querían asegurarse de que recibía el castigo adecuado. Lo exponían, como a un humano en el cadalso. En toda la historia del pueblo kandra, ningún otro había sido tratado de esta forma. Su nombre sería seudónimo de vergüenza durante siglos.

Pero no duraremos siglos, pensó enfadado. *De eso trataba mi discurso.*

Un discurso que no había dado muy bien. ¿Cómo explicar a la gente lo que sentía? ¿Que sus tradiciones se estaban agotando, que sus vidas, estables durante tanto tiempo, tenían una drástica necesidad de cambio?

¿*Qué sucedió arriba?* ¿*Fue Vin al Pozo de la Ascensión?* ¿Qué había de Ruina y de Conservación? Los dioses del pueblo kandra estaban de nuevo en guerra, y los únicos que sabían de ellos fingían que no sucedía nada.

Fuera de la jaula, los otros kandra vivían sus vidas. Algunos instruían a los miembros de las generaciones más nuevas: podía ver a los Undécimos moverse, poco más que manchas con huesos brillantes. La transformación de espectro de la bruma a kandra era difícil. Cuando recibía una Bendición, el espectro perdía la mayor parte de sus instintos y ganaba sentido del yo, y tenía que volver a aprender a formar músculos y cuerpos. Era un proceso que duraba muchos, muchos años.

Otros kandra adultos preparaban la comida. Cocían una mezcla de algas y hongos en hornos de piedra, no muy distintos del otro pozo donde TenSoon pasaría la eternidad. Pese a su antiguo odio por la humanidad, TenSoon siempre consideraba la oportunidad de disfrutar la comida de fuera, sobre todo la carne añaña, un consuelo muy tentador para salir a cumplir un Contrato.

Ahora apenas tenía suficiente bebida, y mucho menos comida. Suspiró, contemplando la enorme caverna a través de los barrotes. Las cavernas de la Tierra Natal eran gigantescas, demasiado grandes para que los kandra las llenaran. Pero eso era precisamente lo que a muchos les gustaba de allí. Después de pasar años en un Contrato, obedeciendo los caprichos de un amo a menudo durante décadas seguidas, valoraban que un lugar les brindara la oportunidad de permanecer en soledad.

Soledad, pensó TenSoon. *Pronto tendré soledad de sobra.* La perspectiva de una eternidad en prisión hizo que se sintiera algo menos molesto con la gente que venía a mirarlo boquiabierto. Serían los últimos miembros de su pueblo a los que viera. Reconoció a muchos de ellos. Los Cuartos y los Quintos venían a escupir en el suelo ante él, mostrando así su devoción a los Segundos. Los

Sextos y Séptimos, que componían el grueso de quienes cumplían los Contratos, venían a apiadarse de él y a sacudir tristemente la cabeza por un amigo caído. Los Octavos y Novenos venían por curiosidad, sorprendidos de que alguien tan viejo hubiera caído tan bajo.

Y entonces vio un rostro especialmente familiar entre los curiosos. TenSoon se apartó, avergonzado, cuando MeLaan se le acercó, con el dolor reflejado en aquellos enormes ojos suyos.

—¿TenSoon? —susurró.

—Vete, MeLaan —dijo él en voz baja, de espaldas a los barrotes, lo cual solo hizo que se encarara a otro grupo de kandra que lo observaba desde el otro lado.

—TenSoon... —repitió ella.

—No tienes que verme así, MeLaan. Por favor, vete.

—No deberían poder hacerte esto —protestó ella, y TenSoon captó la furia en su voz—. Eres casi tan viejo como ellos, y mucho más sabio.

—Ellos pertenecen a la Segunda Generación —argumentó TenSoon—. Son elegidos por la Primera. Nos dirigen.

—No *tienen* que hacerlo.

—¡MeLaan! —dijo él, volviéndose por fin hacia ella.

La mayoría de los mirones retrocedieron, como si el delito de TenSoon fuera una enfermedad que pudieran contraer. MeLaan se quedó sola, agachada junto a su jaula con el aspecto antinaturalmente delgado que le confería su Cuerpo Verdadero formado por cimbrelantes huesos de madera.

—Podrías desafiarlos —dijo MeLaan en voz baja.

—¿Qué crees que somos? —replicó TenSoon—. ¿Humanos, con sus rebeliones y levantamientos? Somos kandra. Somos de Conservación. Seguimos el orden.

—¿Todavía te inclinas ante ellos? —siseó MeLaan, apretando su fino rostro contra los barrotes—. ¿Después de lo que dijiste... de lo que está sucediendo arriba?

TenSoon vaciló:

—¿Arriba?

—Tenías razón, TenSoon. La ceniza cubre la tierra con un manto negro. Las brumas salen durante el día, matan cosechas y personas. Los hombres marchan a la guerra. Ruina ha regresado.

TenSoon cerró los ojos.

—Ellos harán algo —dijo por fin—. La Primera Generación.

—Son viejos. Viejos, olvidadizos, impotentes.

TenSoon abrió los ojos.

—Has cambiado mucho.

Ella sonrió.

—Nunca deberían haber permitido que los niños de una nueva generación fueran educados por los Terceros. Hay muchos de nosotros, los más jóvenes, que estaríamos dispuestos a luchar. Los Segundos no pueden gobernar eternamente. ¿Qué podemos hacer, TenSoon? ¿Cómo podemos ayudarte?

¡Oh, niña!, pensó él. ¿Crees que no os conocen?

Los miembros de la Segunda Generación no eran necios. Puede que fueran perezosos, pero eran viejos y hábiles; TenSoon lo sabía, pues los conocía a todos muy bien. Tendrían a algún kandra escuchando lo que se decía en esta jaula. Un kandra de la Cuarta o la Quinta Generación que tuviera la Bendición de la Consciencia podía estar a cierta distancia y seguir oyendo lo que aquí se decía.

TenSoon era un kandra. Había regresado para recibir su castigo porque era lo adecuado. Se trataba de algo más que honor, de algo más que el Contrato. Se trataba de quién era él.

Y, sin embargo, si lo que MeLaan decía era cierto...

Ruina ha regresado.

—¿Cómo puedes quedarte ahí sentado? —dijo MeLaan—. Eres más fuerte que ellos.

TenSoon negó con la cabeza.

—Rompí el Contrato, MeLaan.

—Por un bien mayor.

Al menos la he convencido a ella.

—¿Es verdad, TenSoon? —preguntó ella en voz muy baja.

—¿Qué?

—OreSeur. Tenía la Bendición de la Potencia. Debiste de haberla heredado al matarlo. Sin embargo, no la encontraron en tu cuerpo cuando te apresaron. ¿Qué hiciste con ella? ¿Puedo conseguírtela? ¿Traértela, para que puedas luchar?

—No lucharé contra mi propio pueblo, MeLaan. Soy un kandra.

—¡Alguien tiene que liderarnos! —siseó ella.

Al menos, esa afirmación era cierta. Pero el derecho no correspondía a TenSoon. Ni, en realidad, a la Segunda Generación... y tampoco a la Primera

Generación. Correspondía a quien los había creado. Estaba muerto, pero otra había ocupado su lugar.

MeLaan guardó silencio un rato, todavía arrodillada junto a la jaula. Tal vez esperaba que él la animara de algún modo, o que se convirtiera en el líder que buscaba. TenSoon no habló.

—Así que has venido a morir —dijo ella finalmente.

—A explicar lo que he descubierto. Lo que he sentido.

—Y después, ¿qué? ¿Vienes, proclamas la terrible noticia y luego nos dejas para que resolvamos los problemas por nuestra cuenta?

—Eso no es justo, MeLaan. Vine para convertirme en el mejor kandra posible.

—¡Pues lucha!

Él sacudió la cabeza.

—Entonces es cierto —repuso ella—. Los otros de mi generación dicen que fuiste domado por ese último amo tuyo. Un hombre llamado Zane.

—No me domó.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué regresaste a la Tierra Natal con ese... cuerpo que estabas usando?

—¿Los huesos del perro? —dijo TenSoon—. No me los dio Zane, sino Vin.

—Entonces *ella* te domó.

TenSoon resopló suavemente. ¿Cómo podía explicarlo? Por un lado, parecía irónico que MeLaan, quien llevaba ex profeso un Cuerpo Verdadero no humano, hallara tan repulsiva su utilización del cuerpo de un perro. Sin embargo, lo comprendía. Él mismo había tardado un tiempo en apreciar las ventajas de esos huesos.

Vaciló.

Pero no. No había venido a traer la revolución. Había venido a explicar, a servir a los intereses de su pueblo. Lo haría aceptando su castigo, como todo kandra.

Y sin embargo...

Había una oportunidad. Minúscula. Ni siquiera estaba seguro de querer escapar, pero si había una oportunidad...

—Esos huesos que llevaba —se encontró diciendo TenSoon—. ¿Sabes dónde están?

MeLaan frunció el ceño.

—No. ¿Para qué los quieres?

TenSoon sacudió de nuevo la cabeza.

—No los quiero —repuso él, escogiendo sus palabras con cuidado—. ¡Eran repugnantes! Me obligaron a llevarlos durante más de un año, forzado al humillante papel de un perro. Los habría descartado, pero no tenía ningún cadáver que ingerir y tomar, así que tuve que regresar aquí con ese horrible cuerpo.

—Estás evitando el verdadero asunto, TenSoon.

—No hay ningún asunto verdadero, MeLaan —protestó él, volviéndose. Funcionara o no su plan, no quería que los Segundos la castigaran por asociarse con él—. No me rebelaré contra mi pueblo. Por favor, si de verdad deseas ayudarme, déjame en paz.

MeLaan siseó, y él la oyó ponerse en pie.

—Una vez fuiste el más grande de todos nosotros.

TenSoon suspiró cuando ella se marchó. *No, MeLaan. Nunca fui grande. Hasta hace poco, fui el más ortodoxo de mi generación, un conservador distinguido solamente por su odio a los humanos. Ahora, me he convertido en el mayor criminal de la historia de nuestro pueblo, pero por accidente.*

Eso no es grandeza. Es estupidez.

No debería sorprender que Elend se convirtiera en un alomante tan poderoso. Es un hecho bien documentado (aunque esa documentación no estaba al alcance de la mayoría) que los alomantes eran mucho más fuertes durante los primeros días del Imperio Final.

En aquellos días, un alomante no necesitaba duraluminio para hacerse con el control de un kandra o un koloss. Bastaba con un simple empujón o un tirón de las emociones. De hecho, esta habilidad fue uno de los principales motivos por los que los kandra idearon sus Contratos con los humanos, pues por aquél entonces no solo los nacidos de la bruma, sino también los aplacadores y encendedores podían controlarlos a placer.

21



DEMOUX SOBREVIVIÓ.

Se contaba entre la inmensa mayoría de la sexta parte de los soldados que enfermaron: aquellos que no murieron. Vin estaba sentada en lo alto de la cabina de su estrecha barcaza con un brazo apoyado en un saliente de madera, acariciando distraída el pendiente de su madre, que como siempre llevaba puesto en la oreja izquierda. Los brutos koloss avanzaban trabajosamente por la ribera, tirando de las barcas y barcos por el canal. Muchas de las barcazas aún transportaban suministros: tiendas, comida, agua potable. Sin embargo, varias habían sido vaciadas, y sus contenidos, trasladados por los soldados supervivientes, para así hacer sitio a los heridos.

Vin se volvió para mirar la proa de la embarcación. Allí estaba Elend, como de costumbre, mirando al oeste. No parecía alicaído, sino un rey, erguido, que miraba decidido su destino. Parecía muy distinto del hombre que había sido en el pasado, con la barba abundante, el cabello más largo, los uniformes siempre inmaculados. No eran uniformes harapientos, sino limpios y brillantes, tan blancos como podían serlo en la situación actual del mundo.

Pero ya no eran nuevos. Eran los uniformes de un hombre que llevaba dos años seguidos en guerra.

Vin lo conocía lo bastante para notar que no todo iba bien. También lo conocía lo suficiente para notar que no quería hablar de ello por el momento.

Se puso en pie y bajó de un salto, quemando peltre inconscientemente para reforzar su equilibrio. Cogió un libro de un banco junto a la borda del barco, y se sentó con suavidad. Elend acabaría hablando con ella, siempre lo hacía. De momento, tenía otra cosa en la que entretenerte.

Abrió el libro por la página marcada y releyó un párrafo concreto. «La Profundidad debe ser destruida —decía el texto—. La he visto, y la he sentido. Este nombre que le damos es una palabra demasiado débil, creo. Sí, es profunda e insondable, pero también terrible. Muchos no se dan cuenta de que es sentiente, pero yo he sentido su mente, tal como es, las pocas veces que me he enfrentado a ella directamente.»

Miró la página un momento, acomodándose en el banco. Junto a ella pasaban los canales de agua, cubiertos de una espuma de ceniza flotante.

Aquel libro era el diario de Alendi. Había sido escrito mil años atrás por un hombre que se consideraba a sí mismo el Héroe de las Eras. Alendi no había completado su misión: lo había asesinado uno de sus sirvientes, Rashek, quien luego tomó el poder del Pozo de la Ascensión y se convirtió en el lord Legislador.

La historia de Alendi era aterradoramente parecida a la de la propia Vin. También ella había asumido que era el Héroe de las Eras. Había viajado hasta el Pozo, y había sido traicionada. Aunque no por uno de sus sirvientes, sino por la fuerza aprisionada dentro del Pozo. La fuerza que, suponía, estaba detrás de las profecías sobre el Héroe de las Eras.

¿Por qué sigo volviendo a este párrafo?, pensó, mirándolo de nuevo. Tal vez a causa de lo que le había dicho Humano: las brumas la odiaban. Ella había sentido ese odio, y parecía que Alendi había notado lo mismo.

Pero ¿podía confiar en las palabras del diario? La fuerza que había liberado, el ser que llamaban Ruina, había demostrado que podía cambiar las cosas del mundo. Cosas pequeñas, aunque importantes. Como el texto de un libro, y por eso los oficiales de Elend tenían órdenes de enviar todos los mensajes con palabras memorizadas o con cartas grabadas en metal.

De todas formas, si había algo que descubrir en la lectura de aquel libro de viajes, Ruina lo habría eliminado hacía tiempo. Vin sentía que le habían estado tomando el pelo desde hacía tres años, impulsada por cuerdas invisibles. Había

creído tener revelaciones y hacía grandes descubrimientos, cuando en realidad lo único que había estado haciendo era seguir las órdenes de Ruina.

Pero Ruina no es omnipotente, pensó Vin. *Si lo fuera, no habría habido ninguna lucha. No habría necesitado engañarme para que lo liberara.*

No puede conocer mis pensamientos...

Incluso saber eso resultaba frustrante. ¿De qué servían sus pensamientos? Siempre había tenido a Sazed, a Elend o a TenSoon para discutir con ellos problemas como estos. No eran cosa de Vin: ella no era ninguna erudita. Sin embargo, Sazed había abandonado sus estudios, TenSoon había regresado con su pueblo, y Elend estaba demasiado ocupado últimamente para preocuparse de otra cosa que no fueran su ejército y sus decisiones políticas. Eso dejaba sola a Vin. Y leer y estudiar seguía pareciéndole pesado y aburrido.

Sin embargo, cada vez se sentía más cómoda con la idea de hacer lo que debía, aunque no le gustara. Ya no era dueña de sí misma. Pertenecía al Nuevo Imperio. Había sido su cuchillo, y era el momento de probar un rol diferente.

Tengo que hacerlo, pensó, sentada a la rojiza luz del sol. *Aquí hay un enigma, algo que resolver. ¿Qué solía decir Kelsier?*

Siempre hay otro secreto.

Recordó a Kelsier, plantándose con gallardía ante un grupito de ladrones, proclamando que derrocaría al lord Legislador y liberaría al imperio. *Nosotros somos ladrones*, había dicho. *Y extraordinariamente buenos. Podemos robar lo imposible y engañar al impasible. Sabemos cómo emprender una tarea colosal y reducirla a porciones manejables, y luego ocuparnos de cada una de esas porciones.*

Cuando había trazado los objetivos y planes de la banda en una pequeña pizarra, Vin se asombró ante lo posible que había hecho parecer una tarea imposible. Aquel día, un poco de ella empezó a creer que Kelsier podría derrocar el Imperio Final.

Muy bien, pensó Vin. *Empezaré como lo hizo Kelsier, con una lista de las cosas de las que estoy segura.*

Había cierto poder en el Pozo de la Ascensión, así que esa parte de la historia era cierta. También había algo vivo, prisionero en el Pozo o en sus alrededores. Ese algo había engañado a Vin para que usara el poder y destruyera con él sus ataduras. Podría haber empleado ese poder para destruir a Ruina, pero había descartado la idea.

Se sentó pensativa, dando golpecitos con el dedo sobre el libro. Aún recordaba atisbos de lo que había sido tener aquel poder. La había llenado de

asombro, aunque al mismo tiempo parecía algo natural y adecuado. De hecho, mientras lo tuvo, *todo* parecía natural. La forma en que funcionaba el mundo, las costumbres de los hombres... era como si el poder hubiera sido más que simple capacidad. También había sido comprensión.

Se estaba yendo por las ramas. Necesitaba concentrarse en lo que sabía antes de poder ponerse a filosofar sobre lo que tenía que hacer. El poder era real, y Ruina también. Ruina había conservado algo de habilidad para cambiar el mundo mientras estaba confinado; Sazed había confirmado que sus textos ya habían sido alterados para encajar con el propósito de Ruina. Ahora aquel ser era libre, y Vin daba por hecho que estaba detrás de la lluvia de ceniza y las violentas muertes en la bruma.

Aunque no lo sé con seguridad, se recordó a sí misma. ¿Qué sabía de Ruina? Lo había tocado y sentido en el momento de liberarlo. Tenía la necesidad de destruir, pero no era una fuerza de simple caos. No actuaba al azar. Planeaba y pensaba. Y tampoco parecía capaz de hacer todo lo que él quería. Casi como si siguiera reglas específicas...

Vaciló.

—¿Elend? —llamó.

A proa, el emperador se volvió.

—¿Cuál es la primera regla de la alomancia? —preguntó Vin—. ¿Lo primero que te enseñé?

—La consecuencia —respondió Elend—. Toda acción tiene consecuencias. Cuando empujas algo pesado, te devolverá el empujón. Si empujas algo liviano, saldrá volando.

Era la primera lección que Kelsier había enseñado a Vin, y supuestamente también la primera lección que a Kelsier le había enseñado su maestro.

—Es una buena regla —dijo Elend, volviéndose para contemplar el horizonte—. Funciona para todas las cosas de la vida. Si lanzas algo al aire, caerá. Si llevas un ejército al reino de un hombre, este reaccionará...

Consecuencia, pensó ella, frunciendo el ceño. *Como las cosas que caen cuando las lanzas al aire. Eso es lo que me parecen las acciones de Ruina. Consecuencias.* Tal vez fuera un remanente de haber acariciado el poder, o tal vez una racionalización que le ofrecía su mente inconsciente. Sin embargo, hallaba cierta lógica en Ruina. No comprendía esa lógica, pero podía reconocerla.

Elend se volvió hacia ella.

—Por eso me gusta la alomancia —dijo—. O, al menos, su teoría. Los skaa hablan de ella en susurros, la llaman mística, pero en realidad es bastante racional. Puedes saber lo que va a hacer un empujón alomántico casi con tanta certeza como sabes lo que sucederá si tiras una piedra por la borda de un barco. A cada empujón le corresponde un tirón. Sin excepciones. Tiene un sentido simple y lógico... al contrario de los hombres, que están llenos de defectos, irregularidades y dobles significados. La alomancia es cosa de la naturaleza.

Es cosa de la naturaleza.

A cada empujón le corresponde un tirón. Una consecuencia.

—Eso es importante —susurró Vin.

—¿Qué?

Una consecuencia.

En el Pozo de la Ascensión había sentido algo destructivo, como Alendi describía en su diario. Pero no había sido una criatura, ni una persona. Se trataba de una fuerza; una fuerza pensante, pero en cualquier caso una fuerza. Y las fuerzas tenían reglas. La alomancia, el clima, incluso la atracción del suelo. El mundo era un lugar con sentido. Un lugar de lógica. A cada empujón le correspondía un tirón. Toda fuerza tenía una consecuencia.

Debía descubrir las leyes relacionadas con aquello que combatía. Eso le diría cómo derrotarla.

—¿Vin? —preguntó Elend, estudiando su rostro.

Vin apartó la mirada.

—No es nada, Elend. Al menos, nada de lo que pueda hablar.

Él la observó durante un momento. *Cree que estás conspirando contra él*, susurró Reen en el fondo de su mente. Por fortuna, los días en que Vin escuchaba las palabras de Reen habían quedado muy lejos. De hecho, mientras miraba a Elend, lo vio asentir lentamente y aceptar su explicación. El emperador volvió a sus propias reflexiones.

Vin se levantó y se acercó para ponerle una mano en el brazo. Él suspiró, alzó el brazo y lo envolvió en torno a sus hombros, atrayéndola hacia sí. Ese brazo, en tiempos el débil brazo de un erudito, era ahora firme y musculoso.

—¿En qué piensas? —preguntó Vin.

—Ya lo sabes.

Vin asintió.

Elend dio un suspiro.

—Pero es más que lo que me hacen sentir las muertes de los soldados, Vin. Es que temo estar volviéndome como *él*.

—¿Como quién?

—Como el lord Legislador.

Vin bufó por lo bajo y se apretujó contra él.

—Esto es algo que él habría hecho —repuso Elend—. Sacrificar a sus propios hombres para obtener una ventaja táctica.

—Se lo explicaste a Ham —dijo Vin—. No podemos permitirnos perder el tiempo.

—Sigue pareciéndome despiadado —observó Elend—. El problema no es que esos hombres murieran, sino que yo estuviera tan dispuesto a dejar que sucediera. Me siento... *brutal*, Vin. ¿Hasta dónde llegaré para cumplir mis objetivos? Ahora marcho contra el reino de otro para arrebatarlo.

—Por el bien mayor.

—Esa ha sido la excusa de los tiranos a través de los tiempos. Lo sé. Y, sin embargo, sigo adelante. Por *eso* no quería ser emperador. Por eso dejé que Penrod me quitara el trono durante el asedio. No quería ser el tipo de líder que tuviera que hacer este tipo de cosas. ¡Quiero proteger, no asediar y matar! Pero ¿acaso hay otro modo? Todo lo que hago parece que *debe* hacerse. Como exponer a mis propios hombres a las brumas. Como marchar contra Fadrex. Tenemos que conseguir ese almacén. ¡Es la única pista que tenemos que puede darnos una idea de lo que debemos hacer! Todo tiene sentido. Un sentido brutal, implacable.

Ser implacable es la más práctica de las emociones, susurró la voz de Reen. Vin la ignoró.

—Has estado escuchando demasiado a Cett.

—Tal vez —dijo Elend—. Sin embargo, me resulta difícil ignorar su lógica. Soy un idealista, Vin, ambos lo sabemos. Cett aporta una especie de equilibrio. Las cosas que dice son muy parecidas a las que solía decir Tindwyl.

Hizo una pausa y negó con la cabeza.

—No hace mucho, estaba hablando con Cett sobre la ruptura alomántica. Las casas nobles siempre andaban desesperadas por asegurarse de encontrar a los alomantes que hubiera entre sus hijos.

—Hacían que los apalearan —susurró Vin.

Elend asintió.

—Uno de los grandes secretos oscuros de la llamada vida noble. No suelo hablar de los detalles, pero muchas veces los niños no sobrevivían a las palizas,

que tenían que ser brutales para despertar cualquier capacidad alomántica latente. El proceso era distinto en cada casa, pero por lo general se especificaba una edad anterior a la adolescencia. Cuando un niño o una niña llegaba a esa edad, se lo llevaban y lo golpeaban hasta casi matarlo.

Vin se estremeció.

—Recuerdo claramente mi caso —dijo Elend—. Mi padre no me golpeó en persona, pero sí miró. Lo más triste de las palizas era que la mayoría de ellas no tenían sentido. Incluso entre las casas nobles, solo un puñado de niños rompían y se convertían en alomantes. Yo no lo hice. Recibí palizas para nada.

—Tú detuviste esas palizas, Elend —repuso Vin.

Elend había promulgado una ley al poco de ser proclamado rey. Someterse a un apaleamiento supervisado había pasado a ser decisión personal de cada individuo, y solo después de alcanzar la mayoría de edad.

—Y me equivoqué —reconoció Elend en voz baja.

Vin alzó la cabeza.

—Los alomantes son nuestra fuerza más poderosa, Vin —dijo Elend, mirando a los soldados que marchaban por la orilla—. Cett perdió su reino, casi su vida, porque no pudo reunir suficientes alomantes para que lo protegieran. Y yo declaré ilegal buscar alomantes entre mi población.

—Elend, impediste que *dieran palizas a los niños*.

—¿Y si esas palizas pudieran salvar vidas? —preguntó Elend—. ¿Igual que exponer a mis soldados podría salvar vidas? ¿Qué hay de Kelsier? Solo consiguió sus poderes como nacido de la bruma *después* de estar prisionero en los Pozos de Hathsin. ¿Qué habría sucedido si le hubieran golpeado debidamente de niño? Habría sido siempre un nacido de la bruma. Podría haber salvado a su esposa.

—Y entonces no habría tenido el valor ni la motivación para derrocar al Imperio Final.

—¿Y esto que tenemos es mejor? —preguntó Elend—. Cuanto más tiempo tengo la responsabilidad del trono, Vin, más me doy cuenta de que algunas de las acciones del lord Legislador no eran malvadas, sino simplemente efectivas. Acertado o equivocado, mantenía el orden en su reino.

Vin exhaló despacio.

—No me gusta esta dureza en ti, Elend.

Él contempló las ennegrecidas aguas del canal.

—No me controla, Vin. No estoy de acuerdo con la mayoría de las cosas que hizo el lord Legislador. Tan solo empiezo a comprenderlo... y esa

comprensión me preocupa.

Ella vio preguntas en sus ojos, pero también fuerza. Él le devolvió la mirada.

—Conservo este trono solo porque sé que, en un momento dado, estuve dispuesto a renunciar a él en nombre de la justicia. Si alguna vez pierdo eso, Vin, tienes que decírmelo. ¿De acuerdo?

Vin asintió.

Elend volvió a mirar al horizonte.

¿*Qué espera ver?*, pensó Vin.

—Tiene que haber un equilibrio, Vin. De algún modo, lo encontraremos. El equilibrio entre quienes queremos ser y quienes debemos ser. —Suspiró y miró hacia un lado—. Pero, por ahora, simplemente tenemos que contentarnos con lo que somos.

Vin siguió su mirada y vio un pequeño esquife de correo, procedente de otra embarcación, atracando junto a ellos. Un hombre con una sencilla túnica marrón viajaba en él. Llevaba grandes anteojos, como si esperara ocultar así los intrincados tatuajes del ministerio alrededor de sus ojos, y sonreía feliz.

Vin también sonrió. Antes, pensaba que un obligador feliz era *siempre* una mala señal. Eso fue antes de conocer a Noorden. El feliz estudioso probablemente había vivido en su propio mundo, aun en tiempos del lord Legislador. Era una extraña prueba de que podían encontrarse hombres buenos incluso en los confines de lo que, en opinión de Vin, había sido la organización más maligna del imperio.

—Excelencia —dijo Noorden, bajando del esquife y haciendo una reverencia. Un par de escribas ayudantes se reunieron con él en la cubierta, cargando papeles y libros de cuentas.

—Noorden —saludó Elend, recibiendo al hombre en la cubierta del castillo de proa. Vin se unió a él—: ¿Has hecho las cuentas que te pedí?

—Sí, excelencia —respondió Noorden mientras un ayudante abría un libro de cuentas sobre una pila de cajas—. He de decir que no fue tarea fácil, con el ejército en marcha y demás.

—Estoy seguro de que fuiste tan meticuloso como siempre, Noorden —comentó Elend. Miró el libro, que parecía tener sentido para él, aunque Vin solo veía un montón de números al azar.

—¿Qué pone ahí? —preguntó.

—Es el número de muertos y enfermos —respondió Elend—. De nuestros treinta y ocho mil hombres, casi seis mil fueron afectados por la enfermedad.

Perdimos unos quinientos cincuenta.

—Entre ellos, a uno de mis escribas —observó Noorden, sacudiendo la cabeza.

Vin frunció el ceño. No ante la muerte, sino ante otra cosa, algo que le rondaba por la mente...

—Menos muertos de los esperados —concluyó Elend, atusándose la barba, meditabundo.

—Sí, excelencia —dijo Noorden—. Supongo que los soldados están más curtidos que la población skaa media. La enfermedad, sea la que sea, no les afectó tanto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Vin, alzando la cabeza—. ¿Cómo sabes cuántos muertos *cabría* esperar?

—Experiencia previa, mi señora —respondió Noorden, con su tono alegre—. Hemos seguido las muertes con bastante interés. Como la enfermedad es nueva, intentamos determinar exactamente qué la causa. Tal vez eso nos conduzca a un modo de tratarla. He hecho que mis escribas lean todo cuanto puedan, tratando de encontrar pistas de otras enfermedades similares. Se parece un poco a las tiritonchas, aunque esas suelen deberse a...

—Noorden —interrumpió Vin, frunciendo el ceño—. ¿Tienes cifras, entonces? ¿Números exactos?

—Es lo que pidió su excelencia, mi señora.

—¿Cuántos cayeron enfermos exactamente?

—Bueno, veamos... —contestó Noorden, apartando a su escriba y comprobando el libro de cuentas—. Cinco mil doscientos cuarenta y tres.

—¿Qué porcentaje de soldados es eso?

Noorden vaciló, luego llamó a un escriba e hizo algunos cálculos.

—Un trece y medio por ciento, mi señora —dijo por fin, ajustándose los anteojos.

Vin frunció el ceño.

—¿Incluiste en tus cálculos los hombres que murieron?

—Lo cierto es que no —respondió Noorden.

—¿Y qué total usaste? ¿El número total de muertos en el ejército, o el número total de los que no habían estado antes entre las brumas?

—El primero.

—¿Has hecho el cálculo del segundo número? —preguntó Vin.

—Sí, mi señora —contestó Noorden—. El emperador quería un cálculo exacto de qué soldados serían afectados.

—Pues usa ese número —dijo Vin, mirando a Elend, que parecía interesado.

—¿De qué va todo esto, Vin? —preguntó Elend, mientras Noorden y sus hombres trabajaban.

—Yo... no estoy segura.

—Los números son importantes para las generalizaciones —dijo Elend—. Pero no veo cómo...

Guardó silencio al ver que Noorden terminaba sus cálculos y luego ladeaba la cabeza, diciendo algo en voz baja para sí.

—¿Qué? —preguntó Vin.

—Lo siento, mi señora —se excusó Noorden—. Estaba un poco sorprendido. El cálculo es preciso: el dieciséis por ciento justo de los soldados cayeron enfermos. Exacto hasta el último hombre.

—Una coincidencia, Noorden —señaló Elend—. No es *nada* raro que los cálculos sean exactos.

La ceniza revoloteó sobre la cubierta.

—No —dijo Noorden—, no, tienes razón, excelencia. Una simple coincidencia.

—Comprueba tus libros —dijo Vin—. Busca porcentajes basados en otros grupos de gente que haya contraído esta enfermedad.

—Vin —repuso Elend—, no soy un estadístico, pero he trabajado con números en mis investigaciones. A veces, fenómenos naturales producen resultados que parecen extraños, pero el caos de la estadística acaba por mostrar resultados normales. Puede parecer extraño que nuestros números muestren exactamente el mismo porcentaje, pero así es cómo funcionan las estadísticas.

—Dieciséis —dijo Noorden. Alzó la cabeza—. Otro porcentaje exacto.

Elend frunció el ceño y se acercó al libro.

—El tercero no es exacto —dijo Noorden—, pero solo porque el número base no es múltiplo de veinticinco. Después de todo, una fracción de persona no puede enfermar. Sin embargo, la enfermedad en esta población de aquí no está a más de una sola persona de ser un dieciséis por ciento exacto.

Elend se arrodilló, sin importarle la ceniza que manchaba la cubierta desde la última vez que había sido barrida. Vin miró por encima de su hombro, repasando los números.

—No importa la edad que tenga el miembro medio de la población —dijo Noorden, mientras escribía—. No importa dónde vivan. Cada grupo muestra

exactamente el mismo porcentaje de enfermos.

—¿Cómo no nos dimos cuenta de esto antes? —preguntó Elend.

—Bueno, lo hicimos, a nuestra manera —contestó Noorden—. Sabíamos que aproximadamente cuatro de cada veinticinco contraían la enfermedad. Sin embargo, no había advertido lo exactos que eran los números. Es muy raro, excelencia. No conozco ninguna otra enfermedad que funcione así. Mira, hay una anotación en la que consta que se enviaron cien soldados a las brumas, ¡y cayeron enfermos dieciséis exactos!

Elend parecía preocupado.

—¿Qué? —preguntó Vin.

—Esto está mal, Vin. Muy mal.

—Es como si el caos de la estadística aleatoria normal se hubiera roto —dijo Noorden—. Una población no debería reaccionar nunca con tanta exactitud... Tendría que haber una curva de probabilidad, con poblaciones menores que reflejaran los porcentajes esperados de forma menos precisa.

—Como mínimo, la enfermedad debería afectar a los mayores en proporciones distintas a los sanos —dijo Elend.

—En cierto modo, así es —repuso Noorden mientras uno de sus ayudantes le entregaba un papel con más cálculos—. Las *muertes* responden como esperábamos. ¡Pero el número total de los que caen enfermos es siempre del dieciséis por ciento! Hemos estado prestando tanta atención al número de muertos, que no advertimos lo inusitado de semejante cantidad de afectados.

Elend se levantó.

—Comprueba esto, Noorden —ordenó, señalando el libro de cuentas—. Haz entrevistas, asegúrate de que Ruina no ha cambiado los datos, y averigua si la tendencia se mantiene. No podemos aventurar conclusiones con solo cuatro o cinco ejemplos. Podría ser solo una enorme coincidencia.

—Sí, excelencia... —respondió Noorden, un poco aturdido—. Pero... ¿y si no es una coincidencia? ¿Qué significa?

—No lo sé —respondió Elend.

Significa consecuencia, pensó Vin. *Significa que hay leyes, aunque no las comprendamos.*

Dieciséis. ¿Por qué el dieciséis por ciento?

Las perlas de metal encontradas en el Pozo (perlas que convertían a los hombres en nacidos de la bruma) eran el motivo por el que los alomantes solían ser más poderosos. Aquellos primeros nacidos de la bruma eran como Elend Venture: poseían un poder primigenio que luego se transmitió por los linajes de la nobleza, debilitándose un poco con cada generación.

El lord Legislador fue uno de aquellos antiguos alomantes, su poder puro y sin adulterar por el tiempo y la reproducción. En parte por eso era tan poderoso comparado con otros nacidos de la bruma; aunque, en efecto, su capacidad para mezclar feruquimia y alomancia era lo que producía muchas de sus más espectaculares habilidades. Con todo, me parece interesante que uno de sus poderes «divinos» (su esencial fuerza alomántica) fuera algo que también poseían los nueve alomantes originales.

22



SAZED SE HALLABA EN UNO de los edificios más bonitos de los Pozos de Hathsin, una antigua casa de la guardia, con un tazón de té caliente entre las manos. Los ancianos de Terris estaban sentados ante él, y una pequeña estufa les proporcionaba calor. Al día siguiente, Sazed tendría que partir para alcanzar a Goradel y Brisa, que ya estarían bien adelantados camino de Urteau.

La luz solar se iba atenuando. Las brumas habían salido ya, y flotaban ante la ventana de cristal. Sazed apenas podía distinguir las depresiones del terreno, las grietas en la tierra. Había docenas de grietas; la gente de Terris había construido verjas para marcarlas. Solo unos pocos años atrás, antes de que Kelsier destruyera los cristales de atium, los hombres se habían visto obligados a reptar por aquellas grietas en busca de pequeñas geodas que en el centro tenían perlas de atium.

Todos los esclavos que no podían encontrar al menos una geoda a la semana eran ejecutados. Probablemente aún había centenares, tal vez millares de cadáveres bajo tierra, perdidos en profundas cavernas, muertos sin que nadie lo supiera y a nadie importara.

¡Qué lugar tan terrible!, pensó Sazed, apartándose de la ventana cuando un joven terrisano echó los postigos. Ante él, sobre la mesa, había varios libros de cuentas que mostraban los recursos, gastos y necesidades de la gente de Terris.

—Creo que sugerí guardar estas cifras en metal —dijo Sazed.

—Sí, maestro guardador —respondió uno de los mayordomos más ancianos—. Copiamos las cifras importantes en una placa de metal cada tarde, y cada semana comprobamos los libros para asegurarnos de que todo sigue igual.

—Eso está bien —dijo Sazed, revisando uno de los libros que tenía en el regazo—. ¿Y la sanidad? ¿Habéis tratado esos temas desde mi última visita?

—Sí, maestro guardador —respondió otro hombre—. Hemos preparado muchas más letrinas, como ordenaste... aunque no las necesitamos.

—Puede que haya refugiados —dijo Sazed—. Quiero que tengáis la capacidad de atender a una población más grande, llegado el caso. Pero por favor. Son solo sugerencias, no órdenes. No tengo ninguna autoridad.

En el grupo de mayordomos se intercambiaron miradas. Sazed había estado ocupado el tiempo que había pasado con ellos, lo que le había impedido dar demasiadas vueltas a sus melancólicos pensamientos. Se había asegurado de que tuvieran suficientes suministros, mantuvieran buena comunicación con Penrod en Luthadel y tuvieran preparado un sistema para zanjar disputas entre ellos mismos.

—Maestro guardador —dijo por fin uno de los ancianos—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Me temo que he de partir por la mañana —respondió Sazed—. He venido solo a comprobar vuestras necesidades. Son tiempos difíciles, y podríais ser olvidados fácilmente por los de Luthadel, creo.

—Estamos bien, maestro guardador —aseguró uno de los hombres. Era el más joven de los ancianos, apenas unos años más joven que Sazed. La mayoría de los hombres eran mucho más ancianos, y también más sabios. Parecía mentira que le consultaran a él.

—¿No reconsiderarás la posibilidad de quedarte con nosotros, maestro guardador? —preguntó otro—. No queremos comida ni tierra. Lo que nos hace falta es un líder.

—El pueblo de Terris ya estuvo oprimido durante bastante tiempo —repuso Sazed—. No necesitáis otro rey tirano.

—No era un tirano, sino uno de los nuestros.

—El lord Legislador era uno de los nuestros —dijo Sazed en voz baja.

El grupo de hombres agachó la cabeza. Que el lord Legislador hubiera resultado ser terrisano era una vergüenza para todo su pueblo.

—Necesitamos a alguien que nos guíe. Ni siquiera fue nuestro líder en tiempos del lord Legislador. Entonces recurrimos al Sínodo de Guardadores.

Los líderes clandestinos de la secta de Sazed habían dirigido al pueblo de Terris durante siglos, trabajando en secreto para asegurarse de que la feruquimia continuara, pese a los intentos del lord Legislador por erradicar el poder del pueblo. Su súbita eliminación a manos de los inquisidores fue un duro golpe.

—Maestro Guardador —dijo el maestro Vedlew, el más anciano de los mayores.

—¿Sí, maestro Vedlew?

—No llevas tus mentecobres.

Sazed bajó la cabeza. No había advertido que, bajo la túnica, se notaba que no llevaba los brazaletes de metal.

—Están en mi fardo.

—Me parece extraño que trabajaras tanto durante la época del lord Legislador, llevando siempre en secreto tus mentes de metal a pesar del peligro. Sin embargo, ahora que eres libre para hacer lo que quieras, las llevas en tu fardo.

Sazed sacudió la cabeza.

—No puedo ser el hombre que deseáis que sea. Ahora mismo, no.

—Eres un guardador.

—El menos importante de todos ellos —repuso Sazed—. Rebelde y rechazado. Me apartaron de su presencia. La última vez que salí de Tathingdwen, lo hice en desgracia. La gente normal y corriente me maldecía en el silencio de sus casas.

—Ahora te bendicen, maestro guardador —dijo uno de los hombres.

—No me merezco esas bendiciones.

—Merecidas o no, son todo lo que nos queda.

—Entonces somos un pueblo más penoso de lo que parecemos.

Todos guardaron silencio.

—Existe otro motivo por el que he venido, maestro Vedlew —dijo Sazed, alzando la cabeza—. Dime: ¿ha muerto alguien de tu pueblo recientemente... en circunstancias extrañas?

—¿A qué te refieres? —preguntó el anciano terrisano.

—Muertes en la bruma. Hombres que mueren simplemente por salir a las brumas durante el día.

—Eso es un cuento de los skaa —desdeñó uno de los hombres—. Las brumas no son peligrosas.

—Por supuesto —dijo Sazed con cuidado—. ¿Enviáis a trabajar a la gente al amanecer, cuando las brumas aún no se han disipado?

—Por supuesto —dijo el terrisano más joven—. Sería una tontería dejar pasar esas horas de trabajo.

A Sazed le costó reprimir su curiosidad al respecto. Los terrisanos no eran afectados por las brumas diurnas.

¿Cuál era la conexión?

Trató de reunir la energía necesaria para pensar en el tema, pero se sentía traicioneramente apático. Solo quería esconderse en algún lugar donde nadie esperara nada de él. Donde no tuviera que arreglar el mundo, ni tratar siquiera con su propia crisis religiosa.

Sin embargo, una pequeña parte de él, una chispa de antes, se negaba a renunciar. Continuaría su investigación, y haría lo que Elend y Vin le habían pedido. No era *todo* lo que podía hacer, y tampoco satisfaría a los terrisanos allí congregados, que lo miraban con expresión necesitada.

Pero, por el momento, eso era todo cuanto Sazed podía ofrecer. Sabía que quedarse en los Pozos sería rendirse. Tenía que seguir moviéndose, seguir trabajando.

—Lo siento —dijo a los hombres, apartando el libro—. Así es como debe ser.

Durante los primeros días del plan original de Kelsier, recuerdo lo mucho que este nos confundió a todos con su misterioso «undécimo metal». Decía que había leyendas sobre un metal místico que permitía matar al lord Legislador, y que él había localizado ese metal tras una intensa búsqueda.

Nadie sabía realmente qué hizo Kelsier en los años transcurridos entre su huida de los Pozos de Hathsin y su regreso a Luthadel. Cuando alguien insistía, simplemente contestaba que había estado «en el oeste». De algún modo, en sus correrías descubrió historias de las que ningún guardador había oído hablar. La mayoría de los miembros del grupo no sabían cómo interpretar las leyendas de las que hablaba. Tal vez ese fuera el principal motivo por el que hasta sus más viejos amigos empezaron a cuestionar su liderazgo.

23



EN LAS TIERRAS DEL ESTE, cerca de los páramos de polvo y arena, un muchacho se desplomó en el suelo dentro de una choza skaa. Fue muchos años antes del Colapso, cuando el lord Legislador aún vivía. No es que el muchacho supiera esas cosas. Era una criatura sucia y harapienta, como casi todos los demás niños skaa del Imperio Final. Demasiado joven para que lo pusieran a trabajar en las minas, se pasaba los días escapando de su madre y correteando con grupos de niños que se ganaban la vida en las calles secas y polvorrientas.

Hacía diez años que Fantasma había dejado de ser ese niño. En cierto modo, era consciente de que deliraba, de que la fiebre de sus heridas le hacía perder y recobrar la conciencia, de que sueños del pasado llenaban su mente. Los dejó correr. Permanecer concentrado requería demasiada energía.

Y así recordó lo que sintió cuando golpeó el suelo. Un hombre grande (todos los hombres eran grandes comparados con Fantasma) se alzaba sobre él, la piel sucia del polvo y la mugre de las minas. El hombre escupió en el suelo sucio junto a Fantasma, luego se volvió hacia los otros skaa en la

habitación. Había muchos. Una mujer lloraba, y las lágrimas le dejaban líneas de limpieza en las mejillas al borrar el polvo.

—Muy bien —dijo el hombre grande—. Lo tenemos. ¿Y ahora qué?

Se miraron entre sí. Uno de ellos cerró en silencio la puerta de la choza, anulando la roja luz del sol.

—Solo podemos hacer una cosa —sugirió otro hombre—. Entregarlo.

Fantasma alzó la cabeza. Miró a los ojos de la mujer llorosa. Ella apartó el rostro.

—¿Parlas el dónde de qué? —preguntó Fantasma.

El hombretón volvió a escupir y colocó una bota contra el cuello de Fantasma, apretándolo contra la áspera madera.

—No tendrías que haberle dejado frecuentar esas bandas callejeras, Margel. Ahora el maldito muchacho apenas habla coherentemente.

—¿Qué pasará si lo entregamos? —preguntó uno de los otros hombres—. Quiero decir, ¿y si deciden que somos como él? ¡Podrían mandarnos ejecutar! Lo he visto antes. Entregas a alguien y esas... cosas vienen en busca de todos los que lo conocían.

—Problemas como el suyo forman parte de la familia —señaló otro hombre.

Guardaron silencio. Todos conocían a la familia de Fantasma.

—Nos matarán —dijo el hombre asustado—. ¡Sabéis que lo harán! Los he visto, los he visto con esos clavos en los ojos. Espíritus de muerte, eso es lo que son.

—No podemos dejarlo suelto —repuso otro hombre—. Descubrirán lo que es.

—Solo se puede hacer una cosa —resolvió el hombretón, apretando con más fuerza el cuello de Fantasma.

Los ocupantes de la habitación, los que Fantasma podía ver, asintieron con aire de gravedad. No podían entregarlo. Tampoco podían dejarlo ir. Sin embargo, nadie echaría en falta a un bribón callejero skaa. Ningún inquisidor ni obligador preguntaría dos veces por un niño muerto encontrado en las calles. Los skaa morían todo el tiempo.

Así eran las cosas en el Imperio Final.

—Padre —susurró Fantasma.

El talón apretó con más fuerza.

—¡Tú no eres mi hijo! Mi hijo se internó en las brumas y no salió nunca. Debes de ser un espectro de la bruma.

Fantasma trató de oponerse, pero el pie le apretaba demasiado el pecho. No podía respirar, y mucho menos hablar. La habitación empezó a ennegrecerse. Y, sin embargo, sus oídos (sobrenaturalmente sensibles, amplificados por poderes que apenas comprendía) escucharon algo.

Monedas.

La presión en su cuello se debilitó. Pudo jadear en busca de aire, y recuperó la visión. Allí, caídas en el suelo ante él, había un puñado de hermosas monedas de cobre. Los skaa no cobraban por su trabajo: los mineros recibían productos, apenas los suficientes para vivir. Sin embargo, en ocasiones Fantasma veía que pasaban monedas entre manos nobles. Una vez conoció a un chico que había encontrado una moneda, perdida en la polvorienta mugre de la calle.

Un niño mayor lo había matado por eso. Luego, un noble había matado a ese otro niño cuando trataba de gastar la moneda. A Fantasma le parecía que ningún skaa querría monedas: eran demasiado valiosas, y demasiado peligrosas. Sin embargo, todos los ojos de la habitación estaban puestos en la bolsa de riquezas desparramadas.

—El chico a cambio de la bolsa —dijo una voz. Todos se apartaron para observar a un hombre que estaba sentado en una mesa al fondo de la habitación. No miraba a Fantasma. Tan solo permanecía sentado, metiéndose en silencio una cuchara de gachas en la boca. Su rostro era nudoso y retorcido, como el cuero que ha estado demasiado tiempo expuesto al sol.

»¿Y bien? —preguntó el hombre nudoso entre bocado y bocado.

—¿De dónde has sacado este dinero? —quiso saber el padre de Fantasma.

—No es asunto tuyo.

—No podemos dejar marchar al muchacho —advirtió uno de los skaa—. ¡Nos traicionará! ¡Cuando lo capturen, les dirá que lo sabíamos!

—No lo capturarán —dijo el hombre contrahecho, tomando otro bocado—. Estará conmigo, en Luthadel. Además, si *no* lo dejáis venir, les hablaré de vosotros a los obligadores. —Hizo una pausa, bajando la cuchara. Luego miró a la multitud con dureza—: A menos que me queráis matar a mí también.

Por último, el padre de Fantasma retiró el talón del cuello del muchacho y avanzó hacia el hombre. Pero la madre de Fantasma lo agarró por el brazo.

—¡No, Jedal! —dijo en voz baja, aunque no demasiado baja para los oídos amplificados de Fantasma—. ¡Te matará!

—Es un traidor —escupió el padre—. Sirve en el ejército del lord Legislador.

—Nos ha traído monedas. Sin duda, aceptar su dinero es mejor que matar al chico.

El padre de Fantasma miró a la mujer.

—¡Es cosa tuya! ¡Mandaste llamar a tu hermano! ¡Sabías que querría llevarte al muchacho!

La madre de Fantasma se volvió.

El hombre contrahecho soltó la cuchara y se levantó. La gente se apartó de su silla, atemorizada. Caminó con cojera pronunciada mientras cruzaba la habitación.

—¡Vamos, chico! —dijo, sin mirar a Fantasma, mientras abría la puerta.

Fantasma se levantó despacio, vacilante. Miró a sus padres mientras retrocedía. Jedal se agachó y empezó a recoger las monedas. Margel miró a Fantasma a los ojos, y luego se volvió. *Es todo lo que puedo darte*, parecía decir su postura.

Fantasma se dio media vuelta, frotándose el cuello, y salió a la calurosa calle tras el desconocido. El hombre seguía cojeando, caminando con un bastón. Miró a Fantasma.

—¿Tienes nombre, muchacho?

Fantasma abrió la boca, pero se detuvo. Su antiguo nombre no parecía servir ya.

—Lestibournes —dijo por fin.

El viejo no pestañeó. Más tarde, Kelsier decidiría que «Lestibournes» era difícil de pronunciar y lo llamaría «Fantasma». El chico nunca supo si Clubs sabía hablar el argot callejero del este. Y aunque lo hablase, dudaba mucho que hubiera comprendido la referencia.

Lestibournes. En marchando nazco.

Argot callejero que significa: «Me han abandonado».

Ahora creo que las historias, leyendas y profecías de Kelsier sobre el «undécimo metal» fueron creadas por Ruina. Kelsier buscaba un modo de matar al lord Legislador, y Ruina, siempre sutil, se lo proporcionó.

En efecto, ese secreto fue crucial. El undécimo metal de Kelsier proporcionó la pista que necesitábamos para matar al lord Legislador. Sin embargo, hasta en esto fuimos manipulados. El lord Legislador conocía los objetivos de Ruina, y jamás lo habría liberado del Pozo de la Ascensión. Ruina necesitaba otros peones... y para que eso sucediera, el lord Legislador tenía que morir. Incluso nuestra mayor victoria fue moldeada por los sutiles dedos de Ruina.

24



DÍAS DESPUÉS, LAS PALABRAS DE MeLaan aún le remordían a TenSoon la conciencia.

«¿Vienes, proclamas la terrible noticia, y luego nos dejas para que resolvamos los problemas por nuestra cuenta?» Durante su año de prisión, había parecido sencillo: haría sus acusaciones, entregaría su información y luego aceptaría el castigo que merecía.

Pero en esos momentos, extrañamente, esa parecía la salida fácil. Si dejaba que lo trataran así, ¿en qué era mejor que la Primera Generación? Estaría evitando los problemas, conforme con ser encerrado, sabedor de que el mundo exterior ya no era su problema.

Necio, pensó. Permanecerás prisionero toda una eternidad... o al menos hasta que los kandra sean destruidos y tú te mueras de hambre. ¡Esa no es la salida fácil! Al aceptar tu castigo estás haciendo lo honorable, lo disciplinado.

Y al hacerlo, dejaría que MeLaan y los demás fueran destruidos por unos líderes que se negaban a emprender ninguna acción. Y dejaría a Vin sin la información que necesitaba. Incluso dentro de la Tierra Natal, podía sentir las

ocasionales sacudidas de la roca. Los terremotos aún eran lejanos, y los demás probablemente los ignoraban. Pero TenSoon estaba preocupado.

El final podía estar cerca. Si así fuera, Vin tenía que saber las verdades sobre los kandra. Sus orígenes, sus creencias. Tal vez podría usar la Confianza misma. Pero contarle algo más a Vin significaría una traición aún mayor a su pueblo. Tal vez a un humano le parecería ridículo que vacilara ahora. Sin embargo, hasta el momento, sus verdaderos pecados habían sido impulsivos, y solo más tarde había racionalizado lo que había hecho. Si se liberara de la prisión, aquello sería diferente. Intencionado y premeditado.

Cerró los ojos y sintió el frío de la jaula, solo en la gran cueva, pues el lugar quedaba casi abandonado durante las horas de sueño. ¿Por qué no iba a estarlo? Ni aun con la Bendición de la Presencia, que permitía a TenSoon concentrarse a pesar de sus incómodos confines, no se le ocurría ningún modo de escapar de la jaula de malla y los guardias de la Quinta Generación, que habían recibido la Bendición de la Potencia. Aunque saliera de la jaula, TenSoon tendría que atravesar docenas de cuevas pequeñas. Con una masa corporal tan baja, carecía de músculos para luchar, y no podría vencer a los kandra que tuvieran la Bendición de la Potencia. Estaba atrapado.

En cierto modo, aquello lo reconfortaba. Huir no era algo que prefiriera a reflexionar: simplemente, no era la costumbre kandra. Había roto el Contrato, y se merecía el castigo. El honor estaba en enfrentarse a las consecuencias de las acciones propias.

¿Verdad?

Cambió de postura. Al contrario que la de un humano real, la piel de su cuerpo desnudo no se magullaba ni quedaba marcada por la prolongada exposición, pues podía reformar su carne para eliminar las heridas. Sin embargo, había poco que hacer respecto a la sensación de verse obligado a estar sentado dentro de la pequeña jaula durante tanto tiempo.

Un movimiento captó su atención. TenSoon se volvió y se sorprendió al ver a VarSell y otros grandes Quintos acercarse a la jaula, sus Cuerpos Verdaderos de piedra de cuarzo ominosos por su tamaño y color.

¿Ya es la hora?, pensó. Con la Bendición de la Presencia, podía contar mentalmente los días de su encarcelamiento. No era la hora, no. Frunció el ceño, y advirtió que uno de los Quintos llevaba un saco grande. Por un momento, TenSoon estuvo al borde del pánico al imaginar que lo meterían dentro del saco.

Sin embargo, el saco ya parecía lleno.

—¿Se atrevía a sentir esperanza? Habían pasado días desde su conversación con MeLaan y, aunque ella regresó varias veces para verlo, no habían hablado. Él casi había olvidado las palabras que le dirigió, pronunciadas sabiendo que serían oídas por los sicarios de la Segunda Generación. VarSell abrió la jaula y arrojó el saco al interior. Tintineó con un sonido familiar. Huesos.

—Tienes que llevarlos al juicio —dijo VarSell, agachándose y acercando un rostro transparente a los barrotes—. Órdenes de la Segunda Generación.

—¿Qué tienen de malo los huesos que ahora llevo? —preguntó TenSoon con cuidado, examinando el saco sin saber si sentirse entusiasmado o avergonzado.

—Pretenden romperle los huesos como parte del castigo —contestó VarSell, sonriendo—. Algo parecido a una ejecución pública, aunque en este caso el prisionero sobrevive al proceso. Es sencillo, lo sé, pero la muestra debería causar impresión en las generaciones más jóvenes.

A TenSoon se le revolvió el estómago. Los kandra podían reformar sus cuerpos, cierto, pero sentían el dolor con la misma intensidad que un humano. Haría falta una severa paliza para romperle los huesos y, con la Bendición de la Presencia, no tendría la liberación de la inconsciencia.

—Sigo sin ver la necesidad de otro cuerpo —repuso TenSoon, cogiendo uno de los huesos.

—No hace falta desperdiciar un conjunto perfectamente bueno de huesos humanos, Tercero —dijo VarSell, cerrando la puerta de la jaula—. Volveré a por los huesos que ahora llevas dentro de unas horas.

El hueso de la pierna que sacó no era de humano, sino de perro. Un gran perro lobo. Eran los mismos huesos que TenSoon había empleado al regresar a la Tierra Natal hacía más de un año. Cerró los ojos, sujetando entre los dedos el hueso liso.

Una semana antes, había mencionado lo mucho que despreciaba estos huesos, esperando que los espías de la Segunda Generación llevaran la noticia a sus amos. La Segunda Generación era mucho más tradicional que MeLaan, e incluso ella había considerado repulsiva la idea de llevar huesos de perro. Para los Segundos, obligar a TenSoon a usar el cuerpo de un animal sería denigrante en grado sumo.

TenSoon contaba exactamente con eso.

—Tendrás muy buen aspecto, llevando eso —dijo VarSell, incorporándose para marcharse—. Cuando llegue tu castigo, todos podrán verte por lo que realmente eres. Ningún *kandra* querrá romper su Contrato.

TenSoon acarició el hueso del muslo con dedo reverente, escuchando la risa de VarSell. El Quinto no tenía forma de saber que acababa de darle el medio que necesitaba para escapar.

El Equilibrio. ¿Es real?

Casi hemos olvidado esta parte del saber. Los skaa solían hablar al respecto, antes del Colapso. Los filósofos discutieron mucho en los siglos III y IV, pero en la época de Kelsier ya era un tema casi olvidado.

Sin embargo, era real. Había una diferencia fisiológica entre los skaa y la nobleza. Cuando el lord Legislador alteró a la humanidad para hacerla más tolerante a la ceniza, cambió también otras cosas. Algunos grupos de personas (los nobles) fueron creados para ser menos fértiles, pero también más altos, más fuertes y más inteligentes. Otros (los skaa) fueron creados para ser más bajos, más resistentes, y para tener muchos hijos.

Los cambios, sin embargo, fueron leves; y pasados mil años de interrelación, las diferencias habían sido prácticamente borradas.

25



—CIUDAD FADREX —DIJO ELEND, de pie en su lugar habitual en la proa del estrecho barco. Ante ellos, el ancho Canal de Conway, considerado la principal ruta al oeste, continuaba en la lejanía y se desviaba al noroeste. A la izquierda de Elend, el terreno se alzaba en una pendiente rota, creando un conjunto de empinadas formaciones rocosas. Pudo ver que se alzaban mucho más a lo lejos.

Más cerca del canal, una amplia ciudad se asentaba en el mismo centro de un gran grupo de formaciones rocosas. Las rocas de oscuros tonos rojizos y anaranjados eran de las que quedaban atrás cuando el viento y la lluvia erosionaban secciones más débiles de piedra, y muchas de ellas se alzaban como torres. Otras formaban barreras irregulares, como setos, hileras de enormes bloques que se habían unido hasta elevarse diez o doce metros en el aire.

Elend apenas podía ver las puntas de los edificios de la ciudad por encima de las formaciones de piedra. Por supuesto, en Fadrex no disponía de una

muralla formal (solo Luthadel lo tenía permitido), pero las rocas que se elevaban en torno a la ciudad componían un conjunto de fortificaciones naturales escalonadas.

Elend había estado antes en esta ciudad. Su padre se había asegurado de que conociera todos los principales centros culturales del Imperio Final. Fadrex no era uno de ellos, pero estaba de camino a Tremredare, conocida antaño como la capital del oeste. Sin embargo, al formar su nuevo reino, Cett había ignorado Tremredare y había pasado a establecer su capital en Fadrex. Un movimiento astuto, en opinión de Elend: Fadrex era más pequeña, más defendible, y había sido un puesto de suministros importante para numerosas rutas por el canal.

—La ciudad parece haber cambiado desde la última vez que estuve aquí — comentó Elend.

—Árboles —comentó Ham, de pie a su lado—. Fadrex tenía árboles en los salientes de roca y en las mesetas. —Ham lo miró—: Están preparados para recibirnos. Talaron los árboles para tener un mejor campo de batalla e impedir que nos acerquemos.

Elend asintió.

—¡Mira allí abajo!

Ham entornó los ojos, aunque obviamente tardó un momento en advertir lo que habían captado los ojos de Elend, amplificados por el estaño. En la cara norte de la ciudad, la más cercana a la ruta del canal, las terrazas y los salientes de roca formaban un cañón natural. De unos doce metros de diámetro, era el único medio de entrada a la ciudad, y la mitad estaba ocupada por la ramificación lateral del canal que suministraba a Fadrex. Los defensores habían cavado varias zanjas en el suelo rocoso del cañón que luego habían inundado conectándolas al canal. En esos momentos había puentes que las cruzaban, pero cruzar aquella estrecha entrada, con fosos delante del ejército, posiblemente arqueros disparando desde los salientes rocosos de arriba y aquel portón al final...

—No está mal —dijo Ham—. Solo me alegra a medias de que no decidieran desecar el canal.

A medida que avanzaban hacia el oeste, el terreno se elevaba, por lo que el convoy tuvo que pasar por varios enormes mecanismos de compuertas. Los cuatro últimos habían sido atascados a propósito, y necesitaron horas de esfuerzo para ponerlos de nuevo en marcha.

—Confían demasiado en el canal —señaló Elend—. Si sobreviven a nuestro asedio, tendrán que traer suministros por barco. Suponiendo que puedan conseguir alguno.

Ham guardó silencio. Hasta que, por fin, se volvió y contempló el oscuro canal tras ellos.

—El —dijo—, no creo que mucha más gente vaya a recorrer este canal. Los barcos apenas han conseguido llegar hasta tan lejos: demasiada ceniza lo obstruye. Si volvemos a casa, lo haremos a pie.

—¿Si volvemos a casa?

Ham se encogió de hombros. A pesar del tiempo más frío del oeste, seguía vistiendo solo un chaleco. Ahora que Elend era alomante, por fin comprendía aquella costumbre. Mientras quemaba peltre, Elend apenas sentía el frío, aunque varios soldados se habían quejado de él en las últimas mañanas.

—No sé, El —se explicó Ham por fin—. Es que me parece portentoso. El canal cerrándose a nuestras espaldas mientras viajamos. Es como si el destino intentara dejarnos aquí atrapados.

—Ham —repuso Elend—, *todo* te parece portentoso. Todo irá bien.

Ham se encogió de hombros.

—Organiza al personal —ordenó Elend, señalando—. Atracaremos en esa caleta de ahí, y plantaremos el campamento en la meseta.

Ham asintió. Pero seguía mirando hacia popa. Hacia Luthadel, hacia lo que habían dejado atrás.

NO TEMEN A LAS BRUMAS, pensó Elend, observando a través de la oscuridad las formaciones rocosas que marcaban la entrada a Ciudad Fadrex. Allí ardían las hogueras, iluminando la noche. Esas luces solían ser fútiles, e indicaban el miedo del hombre a las brumas. De algún modo esas hogueras eran diferentes. Parecían una advertencia, una atrevida declaración de confianza. Ardían con fuerza, altas, como flotando en el cielo.

Elend se volvió y entró en su iluminada tienda de mando, donde un pequeño grupo de personas lo esperaba. Ham, Cett y Vin. Demoux estaba ausente, recuperándose aún de la enfermedad de la bruma.

Somos pocos, pensó Elend. Fantasma y Brisa están en el norte, Penrod allá en Luthadel, Felt vigilando el depósito en el este...

—Bueno —dijo, cerrando las puertas de lona de la tienda tras de sí—. Parece que se han atrincherado bastante bien.

—Han llegado los informes iniciales de los exploradores, El —dijo Ham—. Calculamos unos veinticinco mil defensores.

—No tantos como esperaba.

—Ese bastardo de Yomen tiene que mantener el control del resto de mi reino —dijo Cett—. Si trajera todas las tropas a la capital, las otras ciudades lo derrocarían.

—¿Qué? —preguntó Vin, divertida—. ¿Crees que se rebelarían y se pasarían a tu bando?

—No —contestó Cett—, se rebelarían y tratarían de tomar el reino para sí mismos. Así es como funcionan las cosas. Ahora que el lord Legislador ha muerto, todos los pequeños lores o los obligadores de poca monta con sed de poder piensan que pueden gobernar un reino. ¡Diantre!, yo lo intenté... y vosotros también.

—Nosotros tuvimos éxito —recalcó Ham.

—Y lord Yomen también —repuso Elend, cruzándose de brazos—. Conserva este reino desde que Cett marchó contra Luthadel.

—Casi me expulsó —admitió Cett—. Hizo que la mitad de los nobles se volvieran contra mí incluso antes de que marchara hacia Luthadel. Dije que lo dejaba al mando, pero los dos sabíamos la verdad. Es astuto... lo suficiente para saber que puede defender la ciudad contra una fuerza superior, desplegar sus tropas para conservar el reino y soportar un asedio largo sin quedarse sin suministros.

—Por desgracia, puede que Cett tenga razón —observó Ham—. Nuestros informes iniciales situaban las fuerzas de Yomen en unos ochenta mil hombres. Sería un necio si no tuviera unas cuantas unidades a tiro de piedra de nuestro campamento. Tendremos que estar alerta contra posibles incursiones.

—Dobra la guardia y triplica las patrullas de exploradores —ordenó Elend—, sobre todo durante las primeras horas de la mañana, cuando la bruma diurna oscurece el cielo, pero el sol proporciona luz.

Ham asintió.

—Y —añadió Elend, pensativo— que los hombres permanezcan en sus tiendas durante las brumas... pero que estén preparados para una incursión. Si Yomen piensa que tenemos miedo de salir, tal vez podamos poner un cebo a uno de sus ataques «sorpresa» contra nosotros.

—Astuto —dijo Ham.

—Pero eso no nos hará franquear esas murallas naturales —dijo Elend, cruzándose de brazos—. Cett, ¿qué dices tú?

—Domina el canal. Coloca centinelas en las formaciones rocosas superiores para asegurarte de que Yomen no trae nuevos suministros a la ciudad por medios secretos. Luego, sigue adelante.

—¿Qué? —preguntó Ham, sorprendido.

Elend miró a Cett, tratando de decidir qué quería decir el hombre.

—¿Atacar las ciudades cercanas? ¿Dejar aquí un ejército lo bastante grande para impedir que rompan el asedio, y capturar entonces otras partes de su territorio?

Cett asintió.

—La mayoría de las ciudades cercanas no están fortificadas. Se entregarán sin luchar.

—Buena sugerencia —observó Elend—. Pero no haremos eso.

—¿Por qué no?

—Porque no pretendemos reconquistar tu tierra, Cett —contestó Elend—. El principal motivo que nos ha traído hasta aquí es asegurar ese depósito... y espero hacerlo sin tener que recurrir a saquear el territorio.

Cett bufó.

—¿Qué esperas encontrar? ¿Un medio mágico para detener la ceniza? Ni siquiera el atium podría conseguirlo.

—Ahí hay algo —repuso Elend—. Es la única esperanza que tenemos.

Cett sacudió la cabeza.

—Has estado intentando resolver un rompecabezas dejado por el lord Legislador desde hace casi un año, Elend. ¿No se te ha ocurrido que el hombre era un sádico? No hay ningún secreto. Ninguna forma de salir de esta. Si vamos a sobrevivir a los próximos años, tenemos que hacerlo por nuestra cuenta... y eso significa asegurar el Dominio Occidental. Las llanuras de esta zona representan algunas de las granjas más elevadas del imperio... y más altitud implica más proximidad al sol. Si vas a encontrar plantas que sobrevivan a pesar de las brumas diurnas, tendrás que cultivarlas aquí.

Eran buenos argumentos. *Pero no puedo rendirme*, pensó Elend. *Todavía no*. Había leído los informes de los suministros que había en Luthadel, y había visto las estimaciones. La ceniza mataba las cosechas tanto o más que las brumas. Más tierra no salvaría a su pueblo: necesitaban algo más. Algo que esperaba que el lord Legislador les hubiera dejado.

El lord Legislador no odiaba a su pueblo, y no querría que muriera, aunque él fuera derrotado. Dejó comida, agua, suministros. Y, si conocía secretos, los habría escondido en los depósitos. Allí habrá algo.

Tiene que haberlo.

—El depósito sigue siendo nuestro objetivo principal —dijo Elend. A su lado, pudo ver a Vin sonriendo.

—¡Bien! —suspiró Cett—. Entonces ya sabes lo que tenemos que hacer. Este asedio podría llevar tiempo.

Elend asintió.

—Ham, envía a nuestros ingenieros ocultos bajo la bruma. A ver si pueden encontrar la manera de que nuestras tropas atraviesen esas zanjas. Que los exploradores busquen arroyos que puedan llegar a la ciudad... Cett, es posible que puedas ayudarnos a localizarlos. Y, cuando tengamos espías dentro de la ciudad, que busquen almacenes de alimentos que podamos echar a perder.

—Un buen principio —dijo Cett—. Naturalmente, hay una forma fácil de sembrar el caos en la ciudad y tal vez hacer que se rindan sin luchar...

—No vamos a asesinar al rey Yomen —interrumpió Elend.

—¿Por qué no? —preguntó Cett—. Contamos con *dos* nacidos de la bruma. No será difícil eliminar al líder de Fadrex.

—Nosotros no actuamos así —repuso Ham, el rostro ensombrecido.

—¿Ah, no? Eso no impidió que Vin abriera un hueco a través de mi ejército y me atacara *a mí* antes de que acampáramos.

—Eso fue diferente —protestó Ham.

—No —atajó Elend—. No lo fue. El motivo por el que no vamos a asesinar a Yomen es que quiero probar antes con la diplomacia, Cett.

—¿Diplomacia? —preguntó Cett—. ¿No traemos un ejército de cuarenta mil hombres a esta ciudad? Eso no es un gesto diplomático.

—Cierto —asintió Elend—. Pero no hemos atacado todavía. Ahora que estoy aquí en persona, puedo intentar hablar antes de enviar nuestros cuchillos en mitad de la noche. Podríamos persuadir a lord Yomen de que una alianza le beneficiará más que una guerra.

—Si firmamos una alianza —dijo Cett, inclinándose hacia delante en su asiento—, yo no recuperaré mi ciudad.

—Lo sé —contestó Elend.

Cett frunció el ceño.

—Pareces olvidar algo, Cett —prosiguió Elend—. Tú no te «aliaste» conmigo; te arrodillaste ante mí, ofreciendo juramentos de servicio a cambio

de no ser ejecutado. Agradezco tu fidelidad, y me encargaré de recompensarte con un reino para que lo gobiernes bajo mis órdenes. Sin embargo, no elegirás cuál será ese reino ni cuándo te lo concederé.

Cett vaciló, sentado en la silla, con un brazo apoyado sobre sus piernas inútiles y paralizadas. Finalmente, sonrió.

—¡Maldita sea, muchacho! —exclamó—. Has cambiado mucho en el año que hace que te conozco.

—A todo el mundo le gusta decirme eso —repuso Elend—. Vin, ¿crees que podrás entrar en la ciudad?

Ella arqueó una ceja.

—Espero que sea una pregunta retórica.

—Pretendía ser amable —dijo Elend—. Necesito que explores un poco. No sabemos casi nada de lo que ocurre últimamente en este dominio... Hemos concentrado todos nuestros esfuerzos en Urteau y el sur.

Vin se encogió de hombros.

—Puedo husmear un poco. No sé qué esperas que encuentre.

—Cett —ordenó Elend, volviéndose—. Necesito nombres. Informadores, o tal vez algunos nobles que puedan serleales aún leales.

—¿Nobles? —preguntó Cett, divertido—. ¿Leales?

Elend puso los ojos en blanco.

—¿Qué tal alguien que podamos sobornar para que nos pase información?

—¡Claro! —respondió Cett—. Escribiré algunos nombres y lugares. Suponiendo que aún viven en la ciudad. ¡Demonios!, suponiendo que estén vivos siquiera. No podemos esperar gran cosa hoy en día.

Elend asintió.

—No emprenderemos ninguna otra acción hasta que tengamos más información. Ham, asegúrate de que los soldados caven bien: usad las fortificaciones de campo que les enseñó Demoux. Cett, encárgate deemplazar esas patrullas de guardia, y asegúrate de que nuestros ojos de estaño estén alerta en todo momento. Vin explorará a ver si puede colarse en el depósito como hizo en Urteau. Si sabemos qué hay dentro, podremos decidir mejor si jugárnosla o no con una incursión en la ciudad.

Los diversos miembros del grupo asintieron, comprendiendo que la reunión había terminado. Cuando se marcharon, Elend volvió a salir a las brumas y contempló las lejanas hogueras que ardían en las alturas rocosas.

Silenciosa como un suspiro, Vin se colocó a su lado y siguió su mirada. Guardó silencio unos instantes. Luego miró a un lado, donde un par de

soldados entraban en la tienda para llevarse a Cett. Los ojos se le entrecerraron de disgusto.

—Lo sé —dijo Elend en voz baja, sabiendo que Vin volvía a pensar en Cett y en su influencia sobre él.

—No negaste que podrías recurrir al asesinato —repuso ella en voz baja.

—Esperemos que no haya que llegar a eso.

—¿Y si no?

—Tomaré la decisión que considere mejor para el imperio.

Vin permaneció en silencio un instante. Entonces, miró las antorchas en lo alto.

—Podría ir contigo —se ofreció Elend.

Ella sonrió, y lo besó.

—Lo siento. Pero eres muy ruidoso.

—Venga ya. No soy *tan* malo.

—Sí que lo eres —repuso Vin—. Además, hueles.

—¿Sí? —preguntó él, divertido—. ¿A qué huelo?

—A emperador. Un ojo de estaño podría detectarte en cuestión de segundos.

Elend arqueó las cejas.

—Comprendo. ¿Y tú no posees también un olor imperial?

—Pues claro que sí —contestó Vin, arrugando la nariz—. Pero sé cómo deshacerme de él. En cualquier caso, no eres lo bastante bueno para acompañarme, Elend. Lo siento.

Elend sonrió. *Querida, brusca Vin.*

Tras él, los soldados salieron de la tienda cargando con Cett. Una ayudante se acercó, y le entregó a Elend una breve lista de informadores que podrían estar dispuestos a hablar. Elend se la pasó a Vin.

—¡Que te diviertas! —le dijo.

Ella lanzó una moneda entre ambos, lo besó otra vez y se lanzó a la noche.

Apenas empiezo a comprender la brillantez de la síntesis cultural del lord Legislador. Uno de los beneficios que le permitía ser inmortal y, a todos los efectos relevantes, omnipotente era una influencia directa y efectiva sobre la evolución del Imperio Final.

Consiguió tomar elementos de una docena de culturas diferentes y aplicarlos a su nueva sociedad «perfecta». Por ejemplo, la destreza arquitectónica de los constructores de Khlellium se manifiesta en las fortalezas de los grandes nobles. El sentido de la moda khlelli (trajes para los hombres, vestidos para las damas) es otra cosa que el lord Legislador consideró apropiado.

Sospecho que, a pesar de su odio hacia el pueblo de Khlellium, al que pertenecía Alendi, Rashek también sentía por ellos una profunda envidia. Los terrisanos de la época eran sencillos pastores; los khlelli, cultos cosmopolitas. Por irónico que parezca, es lógico que el nuevo imperio de Rashek imitara la alta cultura del pueblo que odiaba.

26



FANTASMA SE ENCONTRABA EN SU cubil de una sola habitación, una habitación que era ilegal. El Ciudadano prohibía ese tipo de lugares donde un hombre podía vivir sin dar explicaciones, sin ser vigilado. Por fortuna, prohibir esos sitios no los eliminaba.

Solo los hacía más caros.

Fantasma tenía suerte. Apenas recordaba haber saltado del edificio en llamas, con seis frascos alománticos en las manos, tosiendo y sangrando. No recordaba en absoluto haber vuelto a su cubil. Probablemente debería estar muerto. Incluso tras sobrevivir a los incendios, deberían haberlo traicionado: si el propietario de este pequeño alojamiento clandestino hubiera descubierto quién era Fantasma y de qué huía, la promesa de recompensa habría sido irresistible.

Pero Fantasma había sobrevivido. Tal vez los otros ladrones del cubil pensaran que le había salido mal algún robo. O tal vez simplemente les traía

sin cuidado. Sea como fuere, podía plantarse delante del espejito del cuarto, sin la camisa, y mirarse asombrado la herida.

Estoy vivo, pensó. Y... me siento bastante bien.

Se desperezó e hizo girar el brazo. La herida dolía bastante menos de lo que debería. A la tenue luz, pudo ver el corte, cubierto por una cicatriz y ya curándose. El peltre le ardía en el estómago, un hermoso complemento a la familiar llama del estaño.

Fantasma era algo que no debería existir. En la alomancia, la gente tenía uno de los ocho poderes básicos, o tenía los catorce. Uno o todos. Nunca dos. Sin embargo, él había intentado quemar sin éxito los otros metales. De algún modo, solo le habían dado el peltre para complementar su estaño. Por sorprendente que eso pudiera resultar, había algo aún más extraño.

Había visto el espíritu de Kelsier. El Superviviente había regresado y se había manifestado ante Fantasma.

Fantasma no tenía ni idea de cómo reaccionar ante ese hecho. No era especialmente religioso, pero... bueno, un muerto (a quien algunos consideraban un dios) se le había aparecido y le había salvado la vida. Le preocupaba que todo hubiera sido una alucinación. Aunque, si así fuera, ¿cómo había conseguido el poder del peltre?

Sacudió la cabeza, palpando sus vendajes; enseguida se detuvo al ver que algo destellaba en el reflejo del espejo. Se acercó más, confiando, como siempre, en que la luz de las estrellas del exterior proporcionara iluminación. Con sus extremos sentidos de estaño, era fácil ver el trocito de metal que asomaba en la piel de su hombro, aunque solo sobresaliera una fracción de pulgada.

La punta de la espada de ese hombre, advirtió Fantasma, la que me atravesó. Se rompió... La punta debe de haberse quedado clavada en mi piel. Apretó los dientes, y se dispuso a arrancarla.

—¡No! —exclamó Kelsier—. Déjala. Es un signo de tu supervivencia, como la herida que llevas.

Fantasma se sobresaltó. Miró alrededor, pero esta vez no había ninguna aparición. Solo la voz. Sin embargo, estaba seguro de haberla oído.

—¿Kelsier? —preguntó, vacilante.

No hubo respuesta.

¿Me estoy volviendo loco?, se preguntó Fantasma. ¿O... es como enseña la Iglesia del Superviviente? ¿Podía ser que Kelsier se hubiera convertido en algo más grande, algo que cuidaba a sus seguidores? En ese caso, ¿Kelsier lo

cuidaba *siempre*? Eso parecía un poco... inquietante. Sin embargo, si le concedía el poder del peltre, ¿quién era él para quejarse?

Fantasma se volvió y se puso la camisa, estirando de nuevo el brazo. Necesitaba información. ¿Cuánto tiempo había estado delirando? ¿Qué hacía Quellion? ¿Habían llegado ya los otros miembros de la banda?

Apartó de su mente aquellas extrañas visiones, se escabulló de su habitación y salió a la oscura calle. Como cubil, no era gran cosa: una habitación tras una puerta oculta en la pared de una callejuela de los suburbios. Con todo, era mejor que vivir en una de las casas abarrotadas que fue dejando atrás mientras caminaba por la oscura ciudad, cubierta de bruma.

Al Ciudadano le gustaba fingir que todo era perfecto en su pequeña utopía, pero a Fantasma no le sorprendió descubrir que tenía suburbios, igual que todas las otras ciudades que había visitado. Había mucha gente en Urteau a la que, por un motivo u otro, no le gustaba vivir en las partes de la ciudad donde el Ciudadano pudiera vigilarlos. Esa gente se había congregado en un sitio conocido como las Gradas, un canal particularmente abarrotado lejos de las zanjas principales.

Las Gradas estaba repleto de una desordenada masa de madera, tela y cuerpos. Las chabolas se apoyaban contra chabolas, los edificios lo hacían de manera precaria contra la tierra y la roca, y todo se amontonaba sobre sí mismo, arrastrándose por las murallas del canal hacia el oscuro cielo. La gente dormía en todos los rincones solo bajo una sábana sucia extendida entre dos trozos de residuos urbanos, su miedo a las brumas de todo un milenio daba paso a la simple necesidad.

Fantasma recorrió el abarrotado canal. Algunas de las pilas de edificios desvencijados se alzaban tanto que el cielo se reducía a una mera rendija en lo alto, con demasiado poco brillo para ser de ninguna utilidad a los ojos de nadie más que de Fantasma.

Tal vez el caos fuera el motivo por el que el Ciudadano prefería no visitar las Gradas. O, tal vez, simplemente esperaba a limpiarlos y tener mejor control sobre su reino. Sea como fuere, su estricta sociedad, mezclada con la pobreza que generaba, daba pie a una cultura de la noche curiosamente abierta. El lord Legislador había patrullado las calles; el Ciudadano, sin embargo, predicaba que las brumas eran de Kelsier... y por eso difícilmente podía prohibir que nadie se internara en ellas. Urteau era el primer lugar en la experiencia de Fantasma donde una persona podía transitar por una calle a medianoche y encontrar una taberna abierta que sirviera bebidas. Entró en una, arrebujado

en la capa. No había una barra propiamente dicha, solo un grupo de hombres sucios sentados alrededor de una hoguera excavada en el suelo. Había otros sentados en taburetes o en cajas en los rincones. Fantasma encontró una caja vacía y se sentó.

Entonces cerró los ojos y se puso a escuchar, filtrando las conversaciones. Podía oírlas todas, desde luego, aun con los tapones puestos. Ser un ojo de estaño no era tanto lo que podías oír, sino lo que podías ignorar.

Unos pasos sonaron cerca de él, y abrió los ojos. Un hombre con pantalones cosidos con una docena de hebillas y cadenas distintas se detuvo ante Fantasma y plantó una botella en el suelo.

—Todo el mundo bebe —le dijo—. Tengo que pagar para mantener caliente este sitio. Aquí nadie se sienta gratis.

—¿Qué tienes? —preguntó Fantasma.

El dueño de la taberna le dio una patada a la botella.

—Cosecha especial de la Casa Venture. Cincuenta años. Valía seiscientas arquillas la botella.

Fantasma sonrió y sacó un pek, una moneda acuñada por el Ciudadano que valía una fracción de un óbolo de cobre. Una combinación de colapso económico y la desaprobación del lujo por parte del Ciudadano significaba que una botella de vino que antes costaba cientos de arquillas había pasado a valer prácticamente nada.

—Tres por la botella —dijo el tabernero, extendiendo la mano.

Fantasma sacó dos monedas más. El tabernero dejó la botella en el suelo, y Fantasma la recogió. No le habían ofrecido ni sacacorchos ni copa; probablemente ambas cosas le costarían un extra, aunque esta añada de vino tenía un tapón de corcho que sobresalía unas cuantas pulgadas del borde de la botella. Fantasma la miró.

Me pregunto...

El peltre ardía lentamente, no avivaba como el estaño. Lo suficiente para ayudarle a combatir la fatiga y el dolor. De hecho, daba tan buen resultado que casi había olvidado su herida durante el paseo hasta el bar. Removió un poco el peltre, y el resto del dolor de la herida desapareció. Entonces agarró el corcho y lo sacó de un rápido tirón. El corcho se soltó de la botella con apenas un atisbo de resistencia.

Fantasma hizo a un lado el tapón. *Creo que me va a gustar esto*, pensó con una sonrisa.

Tomó un sorbo de vino directamente de la botella, mientras trataba de oír alguna conversación interesante. Lo habían enviado a Urteau a recopilar información, y no serviría de mucha ayuda a Elend y los demás si permanecía tumbado en la cama. Docenas de conversaciones apagadas resonaban en el recinto, la mayoría de ellas broncas. Este no era el tipo de lugar donde se encontraban hombres leales al gobierno local... y precisamente por eso Fantasma se había dirigido a las Gradas en primer lugar.

—Dicen que va a deshacerse de las monedas —susurraba un hombre junto a la hoguera principal—. Está haciendo planes para recaudarlas todas y guardarlas en su tesoro.

—¡Menudo disparate! —replicó otra voz—. Ha mandado acuñar sus propias monedas... ¿Por qué retirarlas ahora?

—Es cierto —confirmó la primera voz—. Yo mismo le he visto decir esas cosas. Que los hombres no tendrían que recurrir al dinero... que podríamos poseerlo todo sin tener que comprar y vender.

—El lord Legislador nunca dejó que los skaa tuvieran monedas —gruñó otra voz—. Parece que, cuanto más tiempo lleva en el poder el viejo Quellion, más se parece a esa rata que el Superviviente mató.

Fantasma arqueó una ceja y echó otro trago de vino. Vin, y no Kelsier, había matado al lord Legislador. Sin embargo, Urteau estaba lejos de Luthadel. Probablemente, ni siquiera se enteraron de la caída del lord Legislador hasta semanas después de consumado el hecho. Fantasma pasó a otra conversación, buscando a quienes hablaban en furtivos susurros. Encontró exactamente lo que buscaba en un par de hombres que compartían una botella de buen vino sentados en un rincón en el suelo.

—Ya ha catalogado a casi todo el mundo —susurró uno de ellos—. Pero no ha terminado todavía. Tiene a esos escribas tuyos, los genealogistas. Hacen preguntas, interrogan a vecinos y amigos, tratando de remontarse a cinco generaciones en busca de sangre noble.

—Pero solo mata a quienes tienen nobles hasta en dos generaciones atrás.

—Va a producirse una división —susurró la otra voz—. Todo hombre que sea puro cinco generaciones atrás podrá servir en el gobierno. Los demás lo tendrán prohibido. En esta época, cualquier hombre podría ganar un montón de dinero si pudiera ayudar a la gente a ocultar ciertos hechos de su pasado.

¡Humm!, pensó Fantasma, tomando un sorbo de vino. Extrañamente, el alcohol no parecía afectarle mucho. *El peltre, advirtió. Refuerza el cuerpo, lo hace más resistente a dolores y heridas. ¿Evitará también la embriaguez?*

Sonrió. La capacidad de beber y no emborracharse: una ventaja del peltre de la que nadie le había hablado. Tenía que haber un modo de usar esa habilidad.

Volvió su atención a otros clientes del bar, buscando información útil. Otra conversación trataba del trabajo en las minas. Fantasma sintió un escalofrío y un retortijón al recordar. Los hombres hablaban de una mina de carbón, no de oro, pero los gruñidos eran los mismos. Derrumbamientos. Gases peligrosos. Aire sofocante y capataces despiadados.

Esa habría sido mi vida, pensó Fantasma. *Si Clubs no hubiera venido a por mí.*

Hasta el día de hoy, seguía sin comprender. ¿Por qué había viajado Clubs hasta tan lejos, hasta los remotos confines orientales del Imperio Final, para rescatar a un sobrino al que no conocía? Sin duda, en Luthadel habría jóvenes alomantes que también merecían su protección.

Clubs había gastado una fortuna, recorrido una gran distancia en un imperio donde los skaa tenían prohibido salir de sus ciudades natales, y se había arriesgado a ser traicionado por el padre de Fantasma. Por eso se había ganado la lealtad de un chico salvaje de la calle que, hasta entonces, había vivido sin una figura autoritaria que tratara de controlarlo.

¿Cómo sería?, pensó Fantasma. *Si Clubs no hubiera venido a por mí, yo jamás habría formado parte de la banda de Kelsier. Podría haber ocultado mi alomancia y haberme negado a emplearla. Podría haber ido simplemente a las minas, y vivido como cualquier otro skaa.*

Los hombres se apiadaron de las muertes de varios que habían caído en un derrumbe. Parecía que, para ellos, poco habían cambiado las cosas desde los días del lord Legislador. Fantasma sospechaba que su vida habría sido como la de ellos. Estaría en aquellos páramos del este, viviendo entre el sofocante polvo cuando estuviera al aire libre, trabajando en confines abarrotados el resto del tiempo.

Parecía que la mayor parte de su vida Fantasma había sido un copo de ceniza, empujado por cualquier viento fuerte que encontraba en su camino. Había ido adonde le decían que fuera, hecho lo que querían que hiciera. Incluso como alomante, Fantasma había vivido su vida como un don nadie. Los otros habían sido grandes hombres. Kelsier había organizado una revolución imposible. Vin había abatido al lord Legislador. Clubs había dirigido los ejércitos de la revolución, y se había convertido en el principal general de Elend. Sazed era guardador, había conservado el conocimiento de

siglos. Brisa había movido a oleadas de gente con su astuta lengua y su poder placador, y Ham era un poderoso soldado. Pero Fantasma simplemente había sido testigo y no había hecho realmente nada.

Hasta el día en que huyó, dejando que Clubs muriera.

Fantasma suspiró y alzó la cabeza.

—Solo quiero ayudar —susurró.

—Puedes hacerlo —dijo la voz de Kelsier—. Puedes ser grande. Como yo lo fui.

Sobresaltado, Fantasma miró alrededor. Pero nadie más parecía haber oído aquella voz. Se echó hacia atrás en su asiento, incómodo. Sin embargo, las palabras tenían sentido. ¿Por qué siempre se menospreciaba tanto? Certo, Kelsier no lo había escogido para que fuera miembro de la banda, pero ahora el mismísimo Superviviente se le había aparecido y le había concedido el poder del peltre.

Podría ayudar a la gente de esta ciudad, pensó. Como Kelsier ayudó a la de Luthadel. Podría hacer algo importante: llevar Urteau al imperio de Elend, entregarle el depósito de suministros además de la lealtad del pueblo.

Hui una vez. No tengo por qué volver a hacerlo. ¡No lo volveré a hacer!

Olores a vino, cuerpos, ceniza y moho flotaban en el aire. Fantasma podía sentir el mismo grano del taburete en el que estaba sentado a través de sus ropas, los movimientos de la gente en el edificio que hacían vibrar y sacudir el terreno bajo sus pies. Y, con todo esto, el peltre ardía en su interior. Lo avivó, lo hizo fuerte junto con su estaño. La botella crujío en su mano, pues sus dedos presionaban con demasiada fuerza, aunque la soltó lo suficientemente rápido para que no se quebrara. Cayó al suelo, y la agarró en el aire con la otra mano, moviendo el brazo con cegadora velocidad.

Fantasma parpadeó, asombrado por la celeridad de sus propios movimientos. Entonces sonrió. *Voy a necesitar más peltre*, pensó.

—Es él.

Fantasma se quedó inmóvil. Varias de las conversaciones en la sala habían cesado, y para sus oídos, acostumbrados a la cacofonía, el creciente silencio fue extraño. Miró a un lado. Los hombres que hablaban de las minas miraban a Fantasma, hablando en voz baja porque probablemente asumían que no podía oírlos.

—Os digo que vi cómo lo reducían los guardias. Todo el mundo pensaba que estaba ya muerto antes de que lo quemaran.

Mala cosa, pensó Fantasma. No se consideraba lo suficientemente memorable para que la gente se fijara en él. Pero... claro, había atacado a un grupo de soldados en el mercado más poblado de la ciudad.

—Durn ha estado hablando de él —continuó la voz—. Dijo que era miembro de la banda del Superviviente...

Durn, pensó Fantasma. *Así que sabe quién soy en realidad. ¿Por qué ha estado contando a la gente mis secretos? Creía que era más cuidadoso.*

Fantasma se levantó con toda la naturalidad que pudo, y huyó en la noche.

Sí, Rashek hizo buen uso de la cultura de su enemigo para desarrollar el Imperio Final. Sin embargo, otros elementos de la cultura imperial fueron un completo contraste para Khennium y su sociedad. Las vidas de los skaa fueron modeladas siguiendo a los pueblos esclavos de los caazzi. Los mayordomos de Terris recordaban a la clase sirviente de Urtan, que Rashek conquistó relativamente tarde en su primer siglo de vida.

La religión imperial, con sus obligadores, parece haber surgido del sistema burocrático mercantil de los hallant, un pueblo muy concentrado en pesos, medidas y permisos. El hecho de que el lord Legislador basara su Iglesia en una institución financiera demuestra (en mi opinión) que no le preocupaba tanto la verdadera fe de sus seguidores como la estabilidad, la lealtad y el contar con medidas cuantificables de devoción.

27



VIN ATRAVESABA VELOZMENTE EL OSCURO aire nocturno. Las brumas giraban a su alrededor, una retorcida tormenta de blanco sobre negro. Se acercaban a su cuerpo, como si pretendieran golpearla, pero nunca a más de unas pocas pulgadas, como si las repeliera alguna corriente de aire. Vin recordó una época en que las brumas le rozaban la piel, en vez de ser repelidas. La transición había sido gradual; habían pasado meses antes de que advirtiera el cambio.

No llevaba ninguna capa de bruma. Le parecía extraño ir saltando entre las brumas sin uno de aquellos atuendos, pero la verdad es que así hacía menos ruido. Antes, la capa de bruma era útil para hacer que los guardias o los ladrones se volvieran a su paso. Sin embargo, al igual que la época de las brumas amistosas, esos tiempos habían pasado. Así que ahora solo llevaba una camisa negra y pantalones, todo bien ceñido al cuerpo para reducir al mínimo el aleteo de la tela. Como siempre, no llevaba metal alguno excepto las monedas de su bolsa y un frasquito extra de metales en el cinturón. Sacó una moneda, su familiar peso envuelto en una capa de tela, y la lanzó por debajo.

Un empujón contra el metal la envió contra las rocas, pero la tela amortiguó el sonido del golpe. Usó el empujón para ralentizar el descenso.

Aterrizó con cuidado en un saliente de roca, y luego tiró de la moneda para recuperarla. Se arrastró por la cornisa rocosa, sintiendo la mullida ceniza bajo los pies. Un poco más allá, había un grupito de guardias sentado en la oscuridad, susurrando y contemplando el campamento de Elend, que ahora era poco más que una nube de luces de hogueras perdidas entre las brumas. Los guardias hablaban de lo gélida que estaba siendo la primavera, y comentaban que este año parecía más frío que los anteriores. Aunque Vin iba descalza, apenas advertía el frío. Un regalo del peltre.

Quemó bronce y no oyó ninguna pulsación. Ninguno de los hombres estaba quemando metales. Uno de los motivos por los que Cett se había dirigido a Luthadel en primer lugar era porque había sido incapaz de reclutar a suficientes alomantes para que lo protegieran de los asesinos nacidos de la bruma. Sin duda, lord Yomen había experimentado problemas similares, y probablemente no habría enviado a los alomantes que pudiera tener a vigilar un campamento enemigo con aquel frío.

Vin dejó atrás el puesto de guardia. No necesitó alomancia para no hacer ruido: alguna vez había trabajado como ladrona junto con su hermano Reen y sabía cómo entrar en las casas. Tenía toda una vida de entrenamiento que Elend jamás conocería o comprendería. Podía practicar con peltre todo lo que quisiera (y realmente estaba mejorando), pero nunca había sabido reproducir los instintos establecidos por una infancia donde robar había sido necesario para continuar viva.

En cuanto dejó atrás a los guardias, volvió a las brumas, usando como anclaje sus monedas embozadas. Dio un amplio rodeo a las hogueras levantadas ante la ciudad, y llegó a la parte trasera de Fadrex. La mayoría de las patrullas estaba delante, pues la parte de atrás la protegían los empinados muros de las formaciones rocosas. Eso apenas supuso una molestia para Vin, y pronto se encontró saltando varias docenas de metros en el aire para sortear un muro de roca antes de aterrizar en un valle al fondo de la ciudad.

Se lanzó a los tejados e hizo una rápida exploración, saltando de calle en calle con amplios brincos alománticos. Le impresionó el tamaño de Fadrex. Elend había llamado «provinciana» a aquella ciudad, y Vin había imaginado una ciudad poco más grande que una aldea. Cuando llegaron, había empezado a imaginar una ciudad austera cerrada con barricadas, más parecida a un fuerte. Fadrex no era nada de eso.

Debería haberse dado cuenta de que Elend (que se había criado en la enorme metrópolis de Luthadel) tendría una visión sesgada de lo que constituía una gran ciudad. Fadrex era bastante grande. Vin contó varios suburbios skaa, un puñado de mansiones nobles, e incluso dos fortalezas al estilo de Luthadel. Las grandes estructuras de piedra mostraban la típica disposición de vidrieras de colores y murallas fortificadas. Sin duda, eran los hogares de los nobles más importantes de la ciudad.

Aterrizó en un tejado cerca de una de las fortalezas. La mayoría de los edificios de la ciudad eran de un solo piso o de dos, todo un cambio respecto a las casas de Luthadel. Estaban un poco más espaciados, y solían ser planos y amplios, en vez de altos y rematados en pico. Eso solo hacía que la enorme fortaleza pareciera mucho más grande en comparación. El edificio era rectangular, con una fila de tres torres puntiagudas alzándose a cada extremo. Adornos de mampostería blanca recorrían todo el perímetro en la cúspide.

Y las murallas, naturalmente, estaban alineadas con preciosas vidrieras de colores, iluminadas desde dentro. Vin se agazapó en un tejado bajo, y contempló la belleza de la bruma arremolinada. Por un momento, se sintió transportada a tres años atrás, cuando asistía en Luthadel a bailes en mansiones parecidas como parte del plan de Kelsier para derrocar el Imperio Final. Entonces era una criatura nerviosa e insegura, preocupada porque aquel mundo recién descubierto de una banda en la que podía confiar y de fiestas hermosas se desplomara a su alrededor. Y, en cierto modo, así había sido, pues ese mundo había desaparecido. Ella había ayudado a destruirlo.

Sin embargo, durante aquellos meses, había sido feliz. Tal vez más feliz que en ningún otro momento de su vida. Amaba a Elend, y se alegraba de que la vida hubiera progresado hasta el punto de poder llamarlo esposo, pero en aquellos primeros días con la banda había una deliciosa inocencia. Bailes donde Elend leía en su mesa, fingiendo ignorarla. Noches aprendiendo los secretos de la alomancia. Tardes sentada a la mesa del taller de Clubs, compartiendo risas con la banda. Se habían enfrentado al desafío de planear algo tan grande como la caída de un imperio, pero no sentían ninguna carga de liderazgo ni el peso de la responsabilidad por el futuro.

De algún modo, se había hecho mujer entre la caída de los reyes y el colapso de los mundos. Antes, le aterrorizaba el cambio. Luego, le aterrorizó perder a Elend. Ahora sus temores eran más nebulosos, preocupaciones por lo que sucedería después de muerta, por lo que le sucedería al pueblo del imperio si ella fracasaba y no descubría los secretos que buscaba.

Dejó de contemplar la gran fortaleza, se impulsó en el metal de una chimenea y saltó a la noche. Asistir a aquellos bailes en Luthadel la había cambiado drásticamente, había dejado un efecto residual del que nunca había logrado librarse. Algo en su interior había respondido de inmediato a los bailes y las fiestas. Durante mucho tiempo, había intentado comprender cómo esa parte suya encajaba en el resto de su vida. Aún no estaba segura de conocer la respuesta. ¿Acaso Valette Renoux, la chica que había fingido ser en los bailes, era realmente una parte de Vin, o solo un invento diseñado para servir al plan de Kelsier?

Vin saltó por la ciudad, anotando mentalmente el emplazamiento de las fortificaciones y los soldados. Tarde o temprano, Ham y Demoux probablemente encontrarían un modo de colar auténticos espías militares en la ciudad, pero querrían oír de labios de Vin la información preliminar. También tomó nota de las condiciones de vida. Elend esperaba que la ciudad estuviera pasando malos momentos, un factor que exacerbaría su asedio y haría que lord Yomen estuviera más dispuesto a capitular.

No encontró ningún signo obvio de hambruna o mal estado, aunque era difícil decirlo de noche. Las calles estaban limpias de ceniza, y un número notable de casas de los nobles parecían ocupadas. Cabía esperar que la población noble fuera la primera en huir al oír la noticia de que se acercaba un ejército.

Con el ceño fruncido, Vin completó su recorrido por la ciudad y se posó en una plaza concreta que Cett le había sugerido. Allí las mansiones solamente estaban separadas por grandes terrenos y árboles cultivados; caminó por la calle, contándolas. En la cuarta mansión, saltó una verja, y subió la colina hasta la casa.

No estaba segura de qué esperaba encontrar: después de todo, Cett llevaba año y medio ausente de la ciudad. Sin embargo, había indicado que este informador tal vez les ayudaría. Tal como había instruido Cett, el balcón trasero de la mansión estaba iluminado. Vin esperó recelosa en la oscuridad, donde las brumas frías y poco amistosas le proporcionaban cobertura a pesar de todo. No se fiaba de Cett: le preocupaba que estuviera resentido por el ataque a su mansión de Luthadel un año antes. Arrojó una moneda con cautela y se lanzó al aire.

En el balcón había una figura solitaria que encajaba con la descripción de Cett. Según las instrucciones, este informador se llamaba Lentoveloz. El viejo parecía estar leyendo a la luz de una lámpara. Vin volvió a fruncir el ceño;

pero tal como le habían instruido, se posó en la barandilla del balcón, agazapada junto a una escalerilla que habría permitido acercarse a un visitante más mundano.

El anciano no levantó la cabeza del libro. Fumaba una pipa en silencio, con una gruesa manta de lana sobre las rodillas. Vin no estaba segura de si había reparado en ella. Se aclaró la garganta.

—Sí, sí —dijo el viejo tranquilamente—. Estoy contigo en un momento.

Vin ladeó la cabeza, mirando al extraño individuo de cejas tupidas y revuelto cabello blanco. Iba vestido con ropas de noble, llevaba un pañuelo y una túnica con un enorme cuello de piel. Parecía no importarle nada la nacida de la bruma que estaba encaramada en su barandilla. Al cabo de un rato, el anciano cerró el libro y se volvió hacia ella.

—¿Te gustan las historias, jovencita?

—¿Qué clase de historias?

—Las mejores, por supuesto —dijo Lentoveloz, señalando su libro—. Las de monstruos y mitos. Relatos largos, los llaman algunos... historias contadas por los skaa en torno al fuego, donde se susurra de espectros de la bruma, umbras, spren, brollins y similares.

—No tengo mucho tiempo para historias —repuso Vin.

—Parece que cada vez hay menos, hoy en día. —Un estrado mantenía a raya la ceniza, pero no parecían preocuparle las brumas—. Eso hace que me pregunte qué hay tan atractivo en el mundo real que los tiene tan obsesionados. No es un lugar muy agradable hoy en día.

Vin hizo una rápida comprobación con bronce, pero el hombre no estaba quemando nada. ¿A qué jugaba?

—Me dijeron que podías darme información —dijo con cuidado.

—Eso sí que puedo hacerlo —respondió el hombre. Entonces sonrió, mirándola—. Tengo un montón de información... aunque sospecho que la considerarás inútil en su mayoría.

—Escucharé una historia, si eso es lo que cuesta.

El hombre se echó a reír.

—No hay forma más segura de matar una historia que hacer que «cueste», jovencita. ¿Cómo te llamas, y quién te envía?

—Vin Venture. Cett me dio tu nombre.

—¡Ah! —exclamó el hombre—. ¿Ese canalla aún vive?

—Sí.

—Bueno, supongo que puedo charlar con alguien enviado por un viejo amigo de escrituras. Baja de esa barandilla... me estás dando vértigo.

Vin se bajó, con cautela.

—¿Amigo de escrituras? —preguntó.

—Cett es uno de los mejores poetas que conozco, niña —dijo Lentoveloz, indicándole una silla—. Compartimos nuestro trabajo durante una buena década antes de que la política se lo llevara. Tampoco le gustaban las historias. Para él, todo tenía que ser sucio y «real», incluso su poesía. Parece una actitud con la que estarías de acuerdo.

Vin se encogió de hombros y se sentó en la silla indicada.

—Supongo.

—Lo encuentro irónico de un modo que tú nunca comprenderás —comentó el viejo, sonriendo—. Bien, ¿qué deseas de mí?

—Necesito saber de Yomen, el rey obligador.

—Es un buen hombre.

Vin frunció el ceño.

—¡Oh! —dijo Lentoveloz—. ¿No te lo esperabas? ¿Todo el que es enemigo tuyo debe ser también una persona malvada?

—No —respondió Vin, pensando en los días anteriores a la caída del Imperio Final—. Acabé casándome con alguien a quien mis amigos habrían considerado un enemigo.

—¡Ah! Bien. Yomen es un buen hombre, y un rey decente. Mucho mejor rey de lo que fue Cett, diría yo. Mi viejo amigo se esfuerza demasiado, y eso lo vuelve brutal. No tiene la sutilidad de un líder.

—¿Qué ha hecho Yomen que sea tan bueno, entonces? —preguntó Vin.

—Ha impedido que esta ciudad se venga abajo —contestó Lentoveloz, fumando en pipa. El humo se mezcló con las brumas que se agitaban—. Además, dio a los nobles y los skaa lo que ellos querían.

—¿Que era...?

—Estabilidad, niña. Durante un tiempo, el mundo fue un clamor: ni los skaa ni los nobles sabían cuál era su lugar. La sociedad se desplomaba y la gente pasaba hambre. Cett hizo poco por detenerlo: luchaba constantemente por conservar aquello que había matado por conseguir. Entonces intervino Yomen. Representaba la continuidad con el lord Legislador y su Ministerio, y la gente estaba preparada para aceptar a un obligador como líder. Yomen tomó inmediatamente el control de las plantaciones y consiguió alimento para su

pueblo, luego hizo que las fábricas volvieran a funcionar, reinició el trabajo en las minas de Fadrex y dio a la nobleza una semblanza de normalidad.

Vin no dijo nada. Antes, le habría parecido increíble que, tras mil años de opresión, la gente regresara voluntariamente a la esclavitud. Sin embargo, algo similar había sucedido en Luthadel. Habían expulsado a Elend, que les había conseguido grandes libertades, y habían puesto a Penrod al mando... todo porque les prometió regresar a lo que habían perdido.

—Yomen es obligador —protestó.

—A la gente le gusta lo conocido, niña.

—Están oprimidos.

—Alguien tiene que gobernar —dijo el viejo—. Y alguien debe obedecer. Así son las cosas. Yomen ha dado a la gente algo que llevaba pidiendo a gritos desde el Colapso: identidad. Los skaa pueden trabajar, pueden ser golpeados, pueden ser esclavizados, pero saben cuál es su lugar. La nobleza puede pasarse la vida asistiendo a fiestas, pero vuelve a haber un orden en la vida.

—¿Bailes? —preguntó Vin—. ¿El mundo se está acabando y Yomen está ofreciendo *bailes*?

—Naturalmente —respondió Lentoveloz, dando una larga y lenta calada a su pipa—. Yomen gobierna manteniendo lo familiar. Ofrece a la gente lo que tenía antes... y los bailes formaban parte importante de la vida antes del Colapso, incluso en una ciudad más pequeña como Fadrex. ¡Vaya!, hoy mismo se celebra uno, en la Fortaleza Orielle.

—¿El mismo día en que llega un ejército para asediar la ciudad?

—Acabas de señalar que el mundo parece a punto del desastre —observó el viejo, apuntándola con su pipa—. En vista de eso, un ejército no significa mucho. Además, Yomen comprende algo que ni siquiera comprendió el lord Legislador: siempre asiste personalmente a los bailes que celebran sus súbditos. Al hacerlo, los reconforta y tranquiliza. Eso hace que tal día como este, cuando llega un ejército, sea perfecto para un baile.

Vin se inclinó hacia atrás en su asiento, sin saber qué pensar. De todas las cosas que esperaba encontrar en la ciudad, los bailes cortesanos eran lo último de la lista.

—Veamos —dijo—. ¿Cuál es la debilidad de Yomen? ¿Hay algo en su pasado que podamos utilizar? ¿Qué características de su personalidad lo hacen vulnerable? ¿Dónde deberíamos golpear?

Lentoveloz inhaló en silencio su pipa; la brisa sopló ceniza y bruma ante su anciana figura.

—¿Y bien? —preguntó Vin.

El hombre exhaló bruma y humo.

—Acabo de decirte que ese hombre me cae bien, niña. ¿Qué podría llevarme a darte información para que la utilices contra él?

—Eres un informador —dijo Vin—. Eso es lo que haces: vender información.

—Soy un narrador de historias —corrigió Lentoveloz—. Y no todas las historias son para todos los oídos. ¿Por qué debería hablar con quienes quieren atacar mi ciudad y derrocar a mi señor?

—Te daríamos un puesto de poder en la ciudad una vez que fuera nuestra. Lentoveloz resopló.

—Si crees que esas cosas me interesan, está claro que Cett te ha hablado poco de mi temperamento.

—Podríamos pagarte bien.

—Vendo información, niña. No mi alma.

—No estás siendo de gran ayuda —advirtió Vin.

—Dime una cosa, querida niña —dijo él, sonriendo levemente—. ¿Por qué exactamente debería importarme?

Vin frunció el ceño. *Este tipo es, sin duda, el informador más extraño que he conocido jamás*, pensó.

Lentamente siguió fumando su pipa. No parecía estar esperando a que ella dijera nada. De hecho, parecía pensar que la conversación había terminado.

Es un noble, pensó Vin. *Le gusta cómo era el mundo. Era cómodo. Incluso los skaa temen el cambio.*

Vin se puso en pie.

—Te diré por qué debería importarte, viejo. Porque está cayendo ceniza, y pronto cubrirá toda tu bonita ciudad. Las brumas matan. Los terremotos hacen temblar la tierra, y los Montes de Ceniza cada vez arden más y más calientes. Se acerca un cambio. Al final, ni siquiera Yomen podrá ignorarlo. Odias el cambio. Y yo también lo odio. Pero las cosas no pueden permanecer igual; ya está bien que así sea, porque cuando nada cambia en tu vida, más te vale estar muerto.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Dicen que detendrás la ceniza —dijo el hombre tranquilamente tras ella—. Que harás que el sol vuelva a ser amarillo. Te llaman Heredera del Superviviente. Héroe de las Eras.

Vin se detuvo y se volvió para mirar a través de las traicioneras brumas al hombre con su pipa y su libro cerrado.

—Sí —asintió.

—Parece un destino difícil de cumplir.

—Es eso o rendirse.

Lentoveloz guardó silencio un instante.

—Siéntate, niña —dijo el viejo por fin, señalando de nuevo la silla.

Vin se sentó.

—Yomen es un buen hombre —dijo Lentoveloz—, pero un líder mediocre. Es un burócrata, miembro del Cantón de Recursos. Puede hacer que pasen cosas... llevar suministros a los lugares adecuados, organizar proyectos de construcción. En circunstancias normales, eso lo habría convertido en un buen gobernante. Sin embargo...

—No cuando el mundo está agonizando —interrumpió Vin en voz baja.

—Exactamente. Si lo que he oído es verdad, tu marido es un hombre de sabiduría y acción. Si nuestra pequeña ciudad va a sobrevivir, necesitaremos formar parte de lo que ofrecéis.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Yomen posee pocas debilidades —dijo Lentoveloz—. Es un hombre tranquilo y honorable. No obstante, tiene una fe infinita en el lord Legislador y su organización.

—¿Incluso ahora? —preguntó Vin—. ¡El lord Legislador está muerto!

—Sí, ¿y qué? —preguntó Lentoveloz, divertido—. ¿Y tu Superviviente? La última vez que lo comprobé, también estaba muerto. Pero parece que eso no retrasó mucho su revolución, ¿no?

—Buen argumento.

—Yomen es creyente —dijo Lentoveloz—. Eso puede ser una debilidad, o una virtud. Los creyentes suelen estar dispuestos a intentar lo que parece imposible, y cuentan con que la providencia les echará una mano. —Hizo una pausa y miró a Vin—. Ese tipo de conducta puede ser una debilidad si la fe está equivocada.

Vin no dijo nada. Creer en el lord Legislador *era* un error. Si hubiera sido un dios, ella no habría podido matarlo. En su mente, era un asunto bastante sencillo.

—Si Yomen tiene otra debilidad —prosiguió Lentoveloz—, es su riqueza.

—Eso no es una debilidad.

—Lo es si no puedes explicar su origen. Consiguió dinero en alguna parte... una cantidad sospechosamente enorme, mucho más de lo que los cofres del Ministerio deberían haber podido proporcionar. Nadie sabe de dónde vino.

El depósito, pensó Vin, irguiéndose. ¡Tiene el atium!

—Has reaccionado con demasiada intensidad —dijo Lentoveloz, dando una calada a su pipa—. Deberías intentar revelar menos cuando hablas con un informador.

Vin se ruborizó.

—De todas formas —añadió—, si eso es todo, me gustaría volver a mi lectura. Dale recuerdos a Ashweather.

Vin asintió, se levantó y se dirigió a la barandilla. Sin embargo, mientras lo hacía, Lentoveloz se aclaró la garganta.

—Normalmente —advirtió—, hay una compensación para actos como el mío.

Vin arqueó una ceja.

—Creí que habías dicho que las historias no deberían tener un coste.

—Más bien dije que una historia en sí misma no debería costar. Eso es muy distinto a que la historia tenga algún coste. Y, aunque habrá quien lo discuta, creo que una historia sin coste no tiene ningún valor.

—Estoy segura de que ese es el único motivo —dijo Vin, sonriendo levemente mientras le lanzaba al viejo una bolsa de monedas, menos unas cuantas envueltas en tela que usaba para saltar—. Imperiales de oro. Supongo que aquí aún tendrán valor.

—Bastante —dijo el viejo, recogiéndolos—. Bastante...

Vin brincó hacia la noche, saltando a unas cuantas casas de distancia, quemando bronce para ver si sentía algún pulso alomántico desde atrás. Sabía que su naturaleza la volvía irracionalmente recelosa de la gente que parecía débil. Durante mucho tiempo, estuvo convencida de que Cett era un nacido de la bruma, simplemente porque era parapléjico. Con todo, probó a Lentoveloz. Era una vieja costumbre que no creía necesaria extinguir.

No le llegó ningún pulso desde atrás. Continuó su camino, siguiendo las instrucciones de Cett y buscando a un segundo informador. Confiaba en la palabra de Lentoveloz, pero le gustaría confirmarla. Eligió a un informador en el otro lado del espectro, un mendigo llamado Hoid, a quien según Cett podría encontrar en una plaza concreta bien entrada la noche.

Unos cuantos saltos rápidos la llevaron al lugar. Aterrizó en lo alto de un tejado y escrutó la zona. Aquí habían dejado caer la ceniza, que se apilaba en los rincones y daba un aspecto general de desorden a las cosas. Un grupo de bultos se agrupaba en un callejón junto a la plaza. Mendigos, sin hogar ni trabajo. Vin había vivido así en ocasiones, durmiendo en callejones, tosiendo ceniza, esperando que no lloviera. Pronto localizó a una figura que no dormía como las demás, sino que estaba sentada en silencio bajo la ceniza que caía. Sus oídos detectaron un leve sonido. El hombre canturreaba para sí, como sus instrucciones le decían que estaría haciendo.

Vin vaciló.

No sabía decir qué era, pero algo la molestaba. Aquella situación no era normal. No se paró a pensar, simplemente se dio media vuelta y se marchó. Era una de las grandes diferencias entre Elend y ella: Vin no siempre necesitaba un motivo. Le bastaba con una sensación. Él siempre quería estudiar las cosas y encontrar un *porqué*, y ella lo amaba por su lógica. Sin embargo, se habría sentido muy frustrado por su decisión de abandonar la plaza como lo había hecho.

Tal vez no habría sucedido nada malo si hubiera bajado a la plaza. Tal vez habría sucedido algo terrible. Jamás lo sabría, ni necesitaba saberlo. Como había hecho incontables veces más en su vida, Vin simplemente obedeció a sus instintos y siguió adelante.

Su vuelo la llevó por una calle que Cett había indicado en sus instrucciones. Curiosa, Vin no buscó a otro informador, sino que siguió la calle, saltando de anclaje en anclaje en medio de las brumas que todo lo invadían. Aterrizó en una calle pavimentada, a poca distancia de un edificio con ventanas iluminadas.

Cuadrado y utilitario, el edificio era de todas formas impresionante, aunque solo fuera por su tamaño. Cett había escrito que el Cantón de Recursos era el más grande de los edificios del Ministerio de Acero en la ciudad. Fadrex había actuado como una especie de estación de paso entre Luthadel y ciudades más importantes al oeste. Cerca de varias rutas principales del canal y bien fortificada contra los bandidos, la ciudad era el lugar perfecto para emplazar la sede regional de un Cantón de Recursos. Sin embargo, Fadrex no era lo suficientemente importante para atraer a los cantones de la Ortodoxia o la Inquisición, tradicionalmente los más poderosos de los departamentos del Ministerio.

Eso significaba que Yomen, como obligador jefe del edificio de Recursos, había sido la principal autoridad religiosa de la zona. Por lo que había dicho Lentoveloz, Vin suponía que Yomen era el típico obligador de Recursos: seco, aburrido, pero terriblemente eficiente. Y por eso, naturalmente, había decidido convertir su antiguo edificio del cantón en su palacio. Era lo que Cett había sospechado, y a Vin no le costó comprobar que era cierto. El edificio rebosaba actividad a pesar de la hora, y estaba protegido por pelotones de soldados. Yomen probablemente lo había elegido para recordar a todo el mundo dónde se originaba su autoridad.

Por desgracia, el depósito del lord Legislador también estaba emplazado allí. Vin suspiró y dejó de observar el edificio. Una parte de ella quería colarse en él y tratar de encontrar la cueva que había debajo. En cambio, soltó una moneda y se lanzó a la noche. Ni siquiera Kelsier habría intentado irrumpir en el lugar su primera noche de exploración. Ella lo había hecho en la fortaleza de Urteau, pero estaba abandonada. Tenía que consultar con Elend y estudiar la ciudad durante unos días antes de hacer algo tan atrevido como colarse en un palacio fortificado.

Usando estano y la luz de las estrellas, Vin leyó el nombre del tercer y último informador. Era otro noble, lo cual no sorprendía, considerando el estatus del propio Cett. Empezó a encaminarse en la dirección indicada. Sin embargo, mientras avanzaba, advirtió algo.

La estaban siguiendo.

Solo captaba un rastro a su espalda, oscurecido por las pautas de brumas en movimiento. Vacilante, quemó bronce, y fue recompensada con un debilísimo latido tras de sí. Un pulso alomántico oscurecido. Normalmente, cuando un alomante quemaba cobre (como hacía el que tenía detrás), se volvía invisible al sentido alomántico del bronce. Sin embargo, por algún motivo que Vin nunca había sabido explicar, podía ver a través de esta ofuscación. El lord Legislador había podido hacer lo mismo, igual que los inquisidores.

Vin continuó moviéndose. El alomante que la seguía, fuera hombre o mujer, se creía obviamente invisible a sus sentidos. Se movía con saltos rápidos y fáciles, siguiéndola a una distancia prudencial. Era bueno sin ser excelente, y se trataba obviamente de un nacido de la bruma, pues solo un nacido de la bruma podía haber quemado cobre y acero al mismo tiempo.

Vin no se sorprendió. Había supuesto que, si había algún nacido de la bruma en la ciudad, sus saltos llamarían la atención. Por si acaso, no se había molestado en quemar cobre, y dejaba sus latidos abiertos para que los oyera

todo nacido de la bruma o buscador que estuviera acechando. Más valía un enemigo atraído que otro oculto en las sombras.

Avivó el ritmo, aunque no de modo sospechoso, y quien la seguía tuvo que acelerar para seguirla. Vin siguió dirigiéndose hacia la parte delantera de la ciudad, como si planeara marcharse. Al acercarse, sus sentidos alománticos produjeron dos líneas azules gemelas que apuntaban a las enormes abrazaderas de hierro que sujetaban las puertas de la ciudad a la roca. Las abrazaderas eran enormes, firmes fuentes de metal, y las líneas que desprendían eran brillantes y gruesas.

Lo cual significaba que serían excelentes anclajes. Tras avivar peltre para impedir ser aplastada, Vin *empujó* las abrazaderas, impeliéndose hacia atrás.

Inmediatamente, los pulsos alománticos que había tras ella desaparecieron.

Vin atravesó brumas y ceniza, a tal velocidad que incluso sus ajustadas ropas aleteaban ligeramente con el viento. Tiró para defenderse en un tejado y se agazapó, tensa. El otro alomante debía de haber dejado de quemar sus metales. Pero ¿por qué hacía eso? ¿Sabía que ella podía penetrar las nubes de cobre? Si así fuera, ¿por qué la había seguido de forma tan intrépida?

Vin sintió un escalofrío. Había algo más que desprendía pulsos alománticos en la noche. El espíritu de la bruma. No lo veía desde hacía más de un año. De hecho, durante su último encuentro con él, casi había matado a Elend... solo para restaurarlo y convertirlo en un nacido de la bruma.

Seguía sin saber cómo encajaba el espíritu en todo esto. No era Ruina: Vin había notado la presencia de Ruina cuando lo liberó en el Pozo de la Ascensión. Eran presencias distintas.

Ni siquiera sé si esta noche era el espíritu, se dijo Vin. Pero quien la seguía se había desvanecido tan rápidamente...

Confusa y aterida, se empujó para salir de la ciudad y en un instante regresó al campamento de Elend.

Hay un último aspecto de la manipulación cultural del lord Legislador que resulta interesante: el uso de la tecnología.

Ya he mencionado que Rashek decidió emplear la arquitectura khleni, que le permitía construir grandes estructuras y le proporcionaba la ingeniería necesaria para edificar una ciudad tan grande como Luthadel. En otras áreas, sin embargo, suprimió los avances tecnológicos. La pólvora, por ejemplo, fue tan despreciada por Rashek que el conocimiento de su uso desapareció casi con tanta rapidez como el conocimiento de la religión de Terris.

Al parecer, Rashek consideraba alarmante que empleando armas de fuego incluso los hombres más corrientes fueran casi tan efectivos como los arqueros con años de entrenamiento. Por eso favoreció a los arqueros. Cuanto más se basara la tecnología militar en la instrucción, menos probable era que la población de campesinos pudiera rebelarse y resistirse. De hecho, en parte las revueltas skaa fracasaban siempre por este mismo motivo.

28



—¿ESTÁS SEGURA DE QUE SE trataba del espíritu de la bruma? — preguntó Elend con una carta a medio terminar (escrita en una placa de acero flexible) en la mesa que tenía delante. Había decidido dormir en su camarote a bordo del barco, en vez de en una tienda. No solo se sentía más cómodo; también se sentía más seguro con paredes a su alrededor, y no con tela.

Vin suspiró, se sentó en la otra cama, encogió las piernas y apoyó la barbilla en las rodillas.

—No lo sé. Me asusté un poco, así que hui.

—Bien hecho —dijo Elend, tiritando al recordar lo que le había hecho el espíritu de la bruma.

—Sazed estaba convencido de que el espíritu de la bruma no era maligno —comentó Vin.

—Yo también. Fui yo quien se le acercó directamente, diciéndole que creía que era amigo. Ese fue el momento en que me apuñaló.

Vin negó con la cabeza.

—Intentaba impedir que liberara a Ruina. Pensó que, si tú morías, yo tomaría el poder para mí en vez de entregarlo y te curaría.

—No sabes bien cuáles fueron sus intenciones, Vin. Podrías estar asociando coincidencias.

—Tal vez. Sin embargo, ayudó a Sazed a descubrir que Ruina alteraba los textos.

Eso, al menos, era cierto... si lo que contaba Sazed era de fiar. El terrisano se había mostrado un poco... inconsistente desde que Tindwyl había muerto. *No, se dijo Elend, sintiendo al instante una puñalada de culpa. No, Sazed es digno de confianza. Puede estar debatiéndose con su fe, pero sigue siendo dos veces más de fiar que el resto de nosotros.*

—Ay, Elend —dijo Vin con voz suave—. Hay mucho que no sabemos. Últimamente, siento que mi vida es un libro escrito en un idioma que no sé leer. El espíritu de la bruma está relacionado con todo esto, pero no soy capaz de dilucidar cómo.

—Probablemente esté de nuestro lado —aventuró Elend, aunque era difícil no volver a los recuerdos de lo que había sentido al ser apuñalado y sentir que la vida se le escapaba. Morir, sabiendo lo que eso causaría en Vin.

Se obligó a volver a la conversación en curso.

—Crees que el espíritu de la bruma trató de impedirte liberar a Ruina, y Sazed dice que le dio información importante. Eso lo convierte en el enemigo de nuestro enemigo.

—Por el momento —repuso Vin—. Pero el espíritu de la bruma es mucho más débil que Ruina. Los he sentido a ambos. Ruina era... enorme. Poderoso. Puede oír todo lo que decimos, puede ver todos los sitios a la vez. En cambio, el espíritu de la bruma es mucho más débil. Más bien un recuerdo que una verdadera fuerza o poder.

—¿Sigues creyendo que te odia?

Vin se encogió de hombros.

—Hace más de un año que no lo veo. Sin embargo, estoy segura de que no es el tipo de ser que cambie, y siempre he sentido odio y animosidad en él. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Eso fue el principio. La noche en que vi por primera vez el espíritu de la bruma fue cuando empecé a sentir que las brumas ya no eran mi hogar.

—¿Estás segura de que el espíritu no es lo que mata a la gente y la hace enfermar?

—Sí, estoy segura.

En esto se mostraba inflexible, aunque Elend consideraba que se precipitaba un poco al juzgar. ¿Algo espectral, moviéndose en las brumas? Parecía el tipo de cosa que se podía relacionar con las personas muertas súbitamente en esas mismas brumas.

Naturalmente, esas personas no morían apuñaladas, sino entre estertores. Elend suspiró y se frotó los ojos. Su carta inacabada a lord Yomen permanecía sobre la mesa: tendría que volver a ella por la mañana.

—Elend —dijo Vin—. Esta noche, le dije a alguien que detendría la caída de ceniza y volvería el sol amarillo.

Elend arqueó una ceja.

—¿A ese informador con el que hablaste?

Vin asintió. Los dos guardaron silencio.

—No esperaba que fueras a admitir algo así —comentó él por fin.

—Soy el Héroe de las Eras, ¿no? Incluso Sazed lo dijo, antes de que empezara a volverse raro. Es mi destino.

—¿El mismo destino que dijo que tomarías el poder del Pozo de la Ascensión y luego lo liberarías por el bien de la humanidad?

Vin asintió.

—Vin —dijo Elend con una sonrisa—. En realidad, no creo que el destino sea algo de lo que tengamos que preocuparnos ahora mismo. Quiero decir, tenemos pruebas de que Ruina retorció las profecías para engañar a la gente y así ser liberado.

—Alguien tiene que preocuparse por la ceniza —repuso Vin.

No había mucho que él pudiera decir a eso. Su parte lógica quería discutir, argumentar que deberían concentrarse en las cosas que podían hacer: crear un gobierno estable, descubrir los secretos que había dejado el lord Legislador, asegurar los suministros de los depósitos. Sin embargo, la constante caída de ceniza parecía volverse aún más densa. Si eso continuaba, no pasaría mucho tiempo antes de que el cielo fuera solo una sólida tormenta negra de ceniza.

Le resultaba difícil pensar que Vin, su esposa, pudiera hacer algo respecto al color del cielo o la ceniza. *Demoux tiene razón*, pensó, pasando los dedos por la carta metálica a lord Yomen. *No soy un buen miembro de la Iglesia del Superviviente*.

La contempló, sentada en la cama al otro lado del camarote, la expresión distante mientras pensaba en cosas que no deberían ser responsabilidad suya. Aun después de haber pasado toda la noche saltando por la ciudad, aun

después de los largos días de viaje, aun con el rostro manchado de ceniza, era hermosa.

En ese momento, Elend advirtió algo. Vin no necesitaba que otra persona la adorara. No necesitaba otro fiel creyente como Demoux, y mucho menos que él fuera creyente. Él no tenía que ser un buen miembro de la Iglesia del Superviviente. Tenía que ser un buen marido.

—Bueno, está bien —dijo—. Hagámoslo.

—¿El qué? —preguntó Vin.

—Salvar el mundo. Detener la ceniza.

Vin bufó en voz baja.

—Haces que parezca un chiste.

—No, lo digo en serio —contestó él, poniéndose en pie—. Si esto es lo que consideras que tienes que hacer, lo que consideras que eres, hagámoslo. Ayudaré como pueda.

—¿Y tu discurso de antes? —recordó Vin—. En la última cueva de almacenaje hablaste de la división del trabajo. Yo con las brumas, tú uniendo al imperio.

—Me equivoqué.

Vin sonrió, y de repente Elend sintió como si el mundo se hubiera enmendado un poquito.

—Bien —dijo él, sentándose en la cama junto a ella—. ¿Tienes alguna idea?

Vin hizo una pausa.

—Sí —contestó—. Pero no puedo decírtela.

Elend frunció el ceño.

—No es que no me fíe de ti —aclaró Vin—. Es Ruina. En la última caverna de almacenaje encontré una segunda inscripción en la placa, casi al pie. Me advertía que todo lo que hablarla, o escribiera, sería conocido por nuestro enemigo. Así que, si hablamos demasiado, sabrá nuestros planes.

—Eso dificulta un poco que trabajemos juntos en el problema.

Vin le agarró las manos.

—Elend, ¿sabes por qué al final accedí a casarme contigo?

Elend negó con la cabeza.

—Porque me di cuenta de que confiabas en mí —dijo Vin—. Confías en mí como nadie lo ha hecho antes. Esa noche, cuando luché contra Zane, decidí que tenía que darte mi confianza. Esta fuerza que está destruyendo el mundo... tenemos algo que no puede comprender. No necesito forzosamente

tu ayuda, sino tu confianza. Tu esperanza. Nunca la he tenido en mí misma, y confío en la tuya.

Elend asintió despacio.

—Cuenta con ella.

—Gracias.

—¿Sabes? —añadió Elend—. Aquellos días en que te negabas a casarte conmigo, yo no paraba de pensar en lo extraña que eras.

Ella arqueó una ceja.

—Vaya, qué romántico.

Elend sonrió.

—¡Oh, venga ya! Tienes que admitir que no eres corriente, Vin. Eres una extraña mezcla de noble, pícara callejera y gata. Además, en nuestros tres breves años juntos, has conseguido matar no solo a mi dios, sino a mi padre, mi hermano y mi prometida. Es como una especie de saña homicida. Una extraña base para nuestra relación, ¿no?

Vin puso los ojos en blanco.

—Me alegro de no tener más parientes cercanos —dijo Elend. Entonces la miró—. Excepto tú, claro.

—No voy a ahogarme, si es a lo que quieras llegar.

—No —dijo Elend—. Lo siento. Es que... bueno, ya sabes. Da igual, te estaba explicando algo. Al final, dejé de preocuparme por lo extraña que parecías. Me di cuenta de que no importaba si te comprendía, porque confiaba en ti. ¿Tiene sentido? Sea como sea, supongo que estoy diciendo que te apoyo. No sé qué estás haciendo, y no tengo ninguna pista de cómo vas a conseguirlo. Pero, bueno, confío en que lo harás.

Vin se acercó más a él.

—Ojalá pudiera hacer algo para ayudarte —dijo Elend.

—Entonces resuelve lo de los números —dijo Vin, frunciendo el ceño. Aunque había sido a ella a quien le había parecido extraño lo de los porcentajes de quienes caían víctimas de las brumas, Elend sabía que le preocupaban las cifras. No tenía la formación, ni la práctica, para lidiar con ellas.

—¿Estás segura de que guardarán relación con todo esto? —preguntó Elend.

—Fuiste tú quien consideró que los porcentajes eran tan extraños.

—Buen argumento. Muy bien, trabajaré en ello.

—Pero no me digas qué has descubierto —dijo Vin.

—Entonces ¿cómo va a servirte de ayuda?

—Confía en mí —dijo Vin—. Puedes decirme lo que tengo que hacer, pero no me digas por qué. Tal vez podamos adelantarnos a esta cosa.

¿Adelantarnos?, pensó Elend. *Tiene poder para enterrar todo el imperio en ceniza, y al parecer puede oír todo lo que decimos. ¿Cómo nos «adelantamos» a algo así?* Pero había prometido confiar en Vin, y así lo hizo.

Vin señaló la mesa.

—¿Esa es tu carta a Yomen?

Elend asintió.

—Espero que acceda a hablar conmigo, ahora que estoy aquí.

—Lentoveloz parece pensar que Yomen es buen hombre. Tal vez te escuche.

—Lo dudo —repuso Elend. Guardó silencio un momento, y luego cerró el puño, apretando los dientes con frustración—. Dije a los demás que quería probar con la diplomacia, pero sé que Yomen va a rechazar mi mensaje. Por eso traje al ejército: podría haberte enviado para que te infiltrases, como hiciste en Urteau. Sin embargo, infiltrarnos no nos sirvió de mucho allí; todavía tenemos que asegurarnos la ciudad si queremos los suministros.

»*Necesitamos* esta ciudad. Aunque no hubiera sido tan importante descubrir qué hay en el depósito, habría venido aquí. La amenaza que Yomen supone para nuestro reino es demasiado fuerte, y la posibilidad de que el lord Legislador dejara información importante en ese depósito no puede ser ignorada. Yomen tiene grano en ese depósito, pero aquí la tierra no recibirá suficiente luz del sol para cultivarlo. Así que probablemente lo dará al pueblo como alimento; un desperdicio, cuando no tenemos suficiente para plantar y llenar el Dominio Central. Hay que tomar esta ciudad, o al menos convertirla en nuestra aliada.

»Pero ¿qué hago si Yomen no quiere hablar? ¿Enviar ejércitos a atacar las aldeas cercanas? ¿Envenenar los suministros de la ciudad? Ha encontrado el depósito, lo cual significa que tendrá más alimentos de lo que esperábamos. A menos que lo destruyamos, podría resistir nuestro asedio. Pero si lo destruimos, su pueblo morirá de hambre... —Elend sacudió la cabeza—. ¿Recuerdas cuando ejecuté a Jastes?

—Estabas en tu derecho —dijo Vin rápidamente.

—Eso creo. Pero lo maté porque dirigió a un grupo de koloss contra mi ciudad, y dejó que saquearan mi pueblo. Casi he hecho lo mismo aquí. Hay veinte mil bestias ahí fuera.

—Puedes controlarlas.

—Jastes también pensaba que podía controlarlas —repuso Elend—. No quiero soltar a esas criaturas, Vin. Pero ¿y si el asedio fracasa, y tengo que intentar quebrar las fortificaciones de Yomen? No podré hacerlo sin los koloss.

—Sacudió la cabeza—. Si pudiera *hablar* con Yomen... Tal vez podría hacerle entrar en razón, o al menos convencerlo de que tiene que caer.

—Puede... que haya una manera.

Elend la miró a los ojos.

—Siguen dando bailes en la ciudad —reveló Vin—. Y el rey Yomen asiste a todos.

Elend parpadeó. Al principio supuso que la había entendido mal. Sin embargo, la expresión de sus ojos, aquella salvaje determinación, lo persuadió de lo contrario. A veces, veía en ella un toque del Superviviente; o al menos, del hombre que las historias decían que había sido Kelsier. Atrevida hasta el punto de la intrepidez. Valiente y arrojada. A veces, tenía menos en cuenta a Vin de lo que le gustaba admitir.

—Vin, ¿estás sugiriendo que asistamos a un baile que se celebra en medio de la ciudad que estamos asediando?

Vin se encogió de hombros.

—Claro. ¿Por qué no? Ambos somos nacidos de la bruma: podemos entrar en esa ciudad sin muchos problemas.

—Sí, pero...

Elend se calló.

Tendría una sala llena con los mismos nobles que espero intimidar, por no mencionar que tendría acceso al hombre que se niega a reunirse conmigo, en una situación en que no le resultaría fácil huir sin parecer un cobarde.

—Piensas que es una buena idea —señaló Vin, sonriendo con picardía.

—Es una idea loca —contestó Elend—. Soy el emperador... No debería colarme en una ciudad enemiga para poder ir de fiesta.

Vin entornó los ojos y lo miró.

—He de admitir, sin embargo —dijo Elend—, que el concepto tiene un encanto considerable.

—Yomen no nos recibirá, así que entraremos y le aguaremos la fiesta.

—Hace tiempo que no voy a ningún baile —comentó Elend, especulando—. Tendré que desenterrar buen material de lectura en honor a los viejos tiempos.

De repente, Vin se puso pálida. Elend vaciló al verla, sintiendo que algo iba mal. No con lo que él había dicho, sino con algo más. *¿Qué es? ¿Asesinos? ¿Espíritus de la bruma? ¿Koloss?*

—Acabo de darme cuenta de una cosa —soltó Vin, mirándolo con aquellos intensos ojos suyos—. No puedo ir al baile... ¡No he traído ningún vestido!

El lord Legislador no solo prohibió ciertas tecnologías: suprimió por completo los avances tecnológicos. Parece extraño ahora que, durante la totalidad de sus mil años de reinado, se hicieran tan pocos progresos. Las técnicas agrícolas, los métodos arquitectónicos e incluso la moda permanecieron notablemente estables durante el reinado del lord Legislador.

Construyó su imperio perfecto, y luego intentó conservarlo así. En su mayor parte, tuvo éxito. Los relojes de bolsillo (otra apropiación khlenne) que se fabricaban en el siglo X del imperio eran casi idénticos a los del siglo I. Todo permaneció igual.

Hasta que todo se desplomó.

29



COMO LA MAYORÍA DE LAS ciudades del Imperio Final, Urteau tuvo prohibido levantar una muralla. En los primeros años de vida de Sazed, antes de que se rebelara, el hecho de que las ciudades no pudieran construir fortificaciones le había parecido siempre una sutil indicación de la vulnerabilidad del lord Legislador. Después de todo, si al lord Legislador le preocupaban las rebeliones y las ciudades que podían alzarse contra él, tal vez supiera algo que no sabía nadie más: que *podía* ser derrotado.

Pensamientos como estos habían llevado a Sazed hasta Mare, y finalmente hasta Kelsier. Y ahora, lo llevaban a la ciudad de Urteau, una ciudad que finalmente se *había* rebelado contra el liderazgo de los nobles. Por desgracia, Elend Venture entraba en el mismo saco que todos los demás nobles.

—No me gusta esto, maestro guardador —dijo el capitán Goradel, que caminaba junto a Sazed, quien (por conservar su imagen) viajaba ahora en el carro con Brisa y Allrianne. Después de dejar atrás a la gente de Terris, Sazed había alcanzado a Brisa y los demás, y por fin entraban en la ciudad que era su destino.

»Se supone que las cosas son brutales aquí —continuó diciendo Goradel—. No creo que estés a salvo.

—Dudo que estén tan mal como piensas —respondió Sazed.

—¿Y si te hacen prisionero?

—Mi querido amigo —intervino Brisa, inclinándose hacia delante para mirar a Goradel—. Por eso los reyes *envían* embajadores. De esta forma, si alguien es capturado, el rey sigue estando a salvo. Nosotros, amigo mío, somos algo que Elend no puede ser nunca: sacrificables.

Goradel frunció el ceño ante sus palabras.

—No me siento muy sacrificable.

Desde el carro, Sazed contempló la ciudad a través de la ceniza que caía. Era grande, y una de las más antiguas del imperio. Advirtió con interés que, mientras se acercaban, el camino empezaba a descender y se internaba en la zanja de un canal vacío.

—¿Qué es esto? —preguntó Allrianne, asomando su cabeza rubia por el otro lado del carro—. ¿Por qué construyen sus carreteras en zanjas?

—Son canales, querida... —respondió Brisa—. La ciudad estaba llena de canales. Ahora están vacíos: un terremoto o algo así desvió el curso del río.

—Da miedo —dijo ella, volviendo a retirar la cabeza—. Hace que los edificios parezcan el doble de altos.

Mientras entraban en la ciudad propiamente dicha, con sus doscientos soldados marchando alrededor de ellos en formación, fueron recibidos por una delegación de soldados de Urteau ataviados con uniformes marrones. Sazed había anunciado su llegada, naturalmente, y el rey (el Ciudadano, lo llamaban) le había dado permiso para que su pequeño contingente de tropas entrara en la ciudad.

—Dicen que su rey quiere recibirte de inmediato, maestro terrisano —informó Goradel, regresando al carro.

—No quiere perder el tiempo, ¿eh? —preguntó Brisa.

—Vamos, pues —dijo Sazed, asintiendo a Goradel.

—NO SOIS BIEN RECIBIDOS AQUÍ.

Quellion, el Ciudadano, era un hombre de pelo corto y piel áspera y un porte casi militar. Sazed se preguntó dónde habría adquirido sus dotes de líder, pues al parecer antes del Colapso era un simple granjero.

—Comprendo que no sientas ningún deseo de ver soldados extranjeros en tu ciudad —expuso Sazed con cuidado—. Sin embargo, te habrás dado cuenta de que no venimos a conquistar. Doscientos hombres difícilmente son una fuerza invasora.

Quellion estaba de pie ante su mesa, las manos a la espalda. Vestía lo que parecían pantalones skaa y camisa, aunque ambos habían sido teñidos de un rojo oscuro que parecía marrón. Su «sala de audiencias» era una gran sala de reuniones en lo que antes fuera la casa de un noble. Las paredes habían sido encaladas, y los candelabros, retirados. Sin muebles y adornos, la habitación parecía una caja.

Sazed, Brisa y Allrianne estaban sentados en duros bancos de madera, la única comodidad que les había ofrecido el Ciudadano. Goradel se hallaba al fondo con diez de sus soldados como guardia.

—No es por los soldados, terrisano —dijo Quellion—. Es por el hombre que os envía.

—El emperador Venture es un monarca bueno y razonable —declaró Sazed.

Quellion bufó y se volvió hacia uno de sus acompañantes. Tenía muchos, quizá veinte, y Sazed asumió que eran miembros de su gobierno. La mayoría vestía de rojo, como Quellion, aunque sus ropas no habían sido teñidas con tanta intensidad.

—Elend Venture —repuso Quellion, alzando un dedo y volviéndose hacia Sazed— es un mentiroso y un tirano.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? ¿Y cómo consiguió su trono? ¿Derrotando a Straff Venture y Ashweather Cett en la guerra?

—La guerra fue...

—La guerra es a menudo la excusa de los tiranos, terrisano —dijo Quellion—. Mis informes dicen que su esposa nacida de la bruma obligó a los reyes a arrodillarse ante él ese día... los obligó a jurarles lealtad o ser masacrados por sus brutales koloss. ¿Te parecen las acciones de un hombre «bueno y razonable»?

Sazed no respondió.

Quellion avanzó un paso y colocó ambas manos en lo alto de la mesa.

—¿Sabes qué hemos hecho con los nobles de esta ciudad, terrisano?

—Los habéis matado —respondió Sazed tranquilamente.

—Tal como ordenó el Superviviente —dijo Quellion—. Dices que eras su compañero, antes de la caída. Sin embargo, sirves a una de las mismas casas nobles que él quería derrocar. ¿No te parece una inconsistencia, terrisano?

—Lord Kelsier consiguió su propósito con la muerte del lord Legislador —observó Sazed—. Cuando eso se consiguió, la paz...

—¿La paz? Dime, terrisano. ¿Oíste alguna vez al Superviviente hablar de paz?

Sazed vaciló.

—No —admitió.

Quellion hizo una mueca.

—Al menos eres sincero. El único motivo por el que te hablo es porque Venture fue lo suficientemente listo para enviar a un terrisano. Si hubiera enviado a un noble, habría matado al mensajero y habría devuelto su cráneo ennegrecido como respuesta.

La sala permaneció en silencio. Tensa. Tras unos momentos de espera, Quellion dio la espalda a Sazed y se volvió hacia sus acompañantes.

—¿Lo notáis? —preguntó a sus hombres—. ¿Podéis sentir cómo empezáis a avergonzaros? Estudiad vuestras emociones... ¿Sentís de pronto afinidad con estos criados de un mentiroso?

Se volvió para mirar a Brisa.

—Os he advertido a todos de la alomancia, la herramienta negra de la nobleza. Bueno, pues ahora podréis sentirla. A ese hombre sentado junto a nuestro *distinguido* terrisano se le conoce como Brisa. Es uno de los hombres más viles del mundo. Un aplacador de gran habilidad.

Quellion se volvió hacia Brisa:

—Dime, aplacador. ¿Cuántos amigos has conseguido con tu magia? ¿Cuántos enemigos has forzado a suicidarse? Esa bonita chica que te acompaña... ¿Utilizaste tus artes para llevártela a la cama?

Brisa sonrió y alzó su copa de vino.

—Mi querido amigo, me has descubierto, por supuesto. Sin embargo, en vez de felicitarte por advertir mi contacto, tal vez deberías preguntarte por qué te he manipulado para que digas lo que acabas de decir.

Quellion vaciló, aunque era evidente que Brisa se había marcado un farol. Sazed suspiró. Una reacción indignada habría sido más adecuada... pero esa no era la forma de ser de Brisa. Ahora el Ciudadano se pasaría el resto de la reunión preguntándose si Brisa estaba guiando sus palabras.

—Maese Quellion —dijo Sazed—, son tiempos peligrosos. Sin duda, lo habrás advertido.

—Podemos protegernos bastante bien.

—No hablo de ejércitos ni bandidos, Ciudadano. Hablo de brumas y ceniza. ¿Has advertido que las brumas permanecen cada vez más tiempo durante las horas del día? ¿Has advertido que hacen cosas extrañas a tu gente, causando la muerte a quienes se internan en ellas?

Quellion no lo contradijo ni lo acusó de hablar tonterías. A Sazed le bastó con eso. En esta ciudad había muerto gente.

—Las cenizas caen perpetuamente, Ciudadano —dijo Sazed—. Las brumas son mortíferas, y los koloss andan sueltos. Sería un buen momento para tener aliados poderosos. En el Dominio Central, podemos cultivar mejores cosechas, pues tenemos más luz solar. El emperador Venture ha descubierto un método para controlar a los koloss. Pase lo que pase en los próximos años, sería muy ventajoso hacerse amigo del emperador.

Quellion sacudió la cabeza, como resignado. Se volvió de nuevo hacia sus acompañantes.

—¿Veis? Tal como os dije. Primero, nos dice que viene en son de paz, luego pasa a amenazarnos. Venture controla a los koloss. Venture controla la comida. ¡Luego dirá que Venture controla las brumas! —Quellion se volvió hacia Sazed—. Aquí no nos valen de nada tus amenazas, terrisano. No nos preocupa nuestro futuro.

Sazed arqueó una ceja.

—¿Y cómo es eso?

—Porque *nosotros* seguimos al Superviviente —respondió Quellion—. Apartaos de mi vista.

Sazed se levantó.

—Me gustaría quedarme en la ciudad y tal vez reunirme contigo mañana.

—Esa reunión no tendrá lugar.

—De todas formas, preferiría esperar —dijo Sazed—. Tienes mi promesa de que mis hombres no causarán ningún problema. ¿Puedo contar con tu permiso? —Inclinó la cabeza con deferencia.

Quellion murmuró algo entre dientes antes de agitar una mano.

—Si te lo prohíbo, me desobedecerás. Quédate si es preciso, terrisano, pero he de advertírtelo: sigue nuestras leyes y no crees problemas.

Sazed se inclinó aún más, y luego se retiró con los suyos.

—BUENO —DIJO BRISA, ACOMODÁNDOSE en el carroaje—, asesinos revolucionarios, todos vestidos con las mismas ropas grises, calles que parecen zanjas donde un edificio de cada diez ha sido incendiado. Este es el maravilloso lugar que Elend nos ha escogido para que lo visitemos... Recuérdame que le dé las gracias a nuestro regreso.

Sazed sonrió, aunque no estaba de humor.

—¡Oh, no pongas esa cara, viejo! —exclamó Brisa, agitando su bastón mientras el carroaje se ponía en marcha, rodeado por los soldados—. Algo me dice que ese Quellion no es ni la mitad de amenazador de lo que da a entender su pose. Acabaremos por convencerlo tarde o temprano.

—No estoy seguro, lord Brisa. Este lugar... es diferente de las otras ciudades que hemos visitado. Los líderes no están tan desesperados y la gente es más obediente. Me parece que aquí no lo tendremos fácil.

Allrianne tiró del brazo de Brisa.

—Brisi, ¿ves eso de ahí?

Brisa entornó los ojos y Sazed se inclinó hacia delante para asomarse al carroaje. Un grupo de personas había encendido una hoguera en el patio. La enorme llamarada enviaba al aire una línea de humo retorcido. Sazed buscó de forma reflexiva una mentestaño para ampliar su visión. Descartó el impulso y acabó por concentrarse.

—Parecen...

—Tapices —determinó uno de los soldados que marchaba junto al carroaje—. Y muebles: cosas de ricos que son símbolo de la nobleza, según el Ciudadano. El incendio fue orquestado en vuestro beneficio, por supuesto. Quellion probablemente tiene almacenadas estas cosas para poder ordenar que las quemen en momentos que resulten dramáticamente adecuados.

Sazed se detuvo. El soldado estaba muy bien informado. Sazed miró con atención, receloso. Como todos sus hombres, este llevaba la capucha de la capa subida para protegerse de la ceniza que caía. Al volver la cabeza, Sazed pudo ver que el hombre, extrañamente, llevaba un grueso vendaje sobre los ojos, como si fuera ciego. A pesar de ello, reconoció el rostro.

—¡Fantasma, mi querido muchacho! —exclamó Brisa—. Sabía que acabarías apareciendo tarde o temprano. ¿A qué viene esa venda?

Fantasma no contestó a la pregunta. Simplemente se volvió para mirar las llamas de la hoguera. Parecía haber... tensión en su postura.

La tela debe de ser liviana para que puedas ver, pensó Sazed. Era la única explicación a la forma en que Fantasma se movía, con tanta gracia y facilidad a pesar del vendaje. Aunque sí que parecía lo bastante gruesa para oscurecer...

Fantasma se volvió de nuevo hacia Sazed.

—Vais a necesitar una base de operaciones en la ciudad. ¿Habéis elegido una ya?

—Todavía no —respondió Brisa—. Estábamos pensando en usar una posada.

—No hay muchas posadas de verdad en la ciudad —respondió Fantasma—. Quellion dice que los ciudadanos deberían cuidar unos de otros y permitir que los visitantes se alojen en sus casas.

—¡Humm! —exclamó Brisa—. Tal vez tengamos que acampar fuera.

Fantasma meneó la cabeza.

—No. Seguidme.

—¿EL CANTÓN MINISTERIAL DE la Inquisición? —preguntó Sazed, frunciendo el ceño mientras bajaba del carro.

Fantasma se encontraba ante ellos, en los escalones que conducían al gran edificio. Se volvió y asintió.

—Quellion no ha tocado ninguno de los edificios del Ministerio —observó—. Ha ordenado que los tapien, pero no los ha saqueado ni quemado. Creo que teme a los inquisidores.

—Un miedo sano y racional, muchacho —sentenció Brisa, todavía dentro del carro.

Fantasma bufó.

—Los inquisidores no van a molestarnos, Brisa. Están demasiado ocupados tratando de matar a Vin. Venid.

Subió los escalones, y Sazed lo siguió. Detrás, pudo oír a Brisa suspirar con su típica manera exagerada, y luego llamar a uno de sus soldados para que le trajera un parasol que lo protegiera de la ceniza.

El edificio era amplio e imponente, como la mayoría de las sedes del Ministerio. En tiempos del lord Legislador, estos edificios se habían alzado como recordatorios del poder imperial en todas las ciudades del Imperio Final. Los sacerdotes que los habían ocupado eran principalmente burócratas y empleados... pero ahí radicaba el verdadero poder del imperio: su control de los recursos y su manejo de la gente.

Fantasma esperó ante las grandes puertas selladas del edificio. Como la mayoría de las estructuras de Urteau, estaba construido en madera, y no en piedra. Alzó la cabeza, como si contemplara la ceniza que caía, mientras esperaba a Sazed y Brisa. Siempre había sido silencioso, más aún desde la muerte de su tío durante el ataque a Luthadel. Cuando Sazed lo alcanzó, Fantasma empezó a arrancar los tablones del edificio.

—Me alegra que estés aquí, Sazed —dijo.

Sazed le ayudó a arrancar los tablones. Tuvo que esforzarse para arrancar los clavos. Sin embargo, debió de escoger uno de los tablones más fuertes, porque, aunque los que cogía Fantasma se desprendían con facilidad, los suyos se negaban incluso a combarse.

—¿Y por qué te alegras de que esté aquí, lord Fantasma?

Fantasma bufó.

—No soy ningún lord, Sazed. Elend nunca me dio un título.

Sazed sonrió.

—Dijo que solo querías uno para impresionar a las mujeres.

—¡Pues claro! —exclamó Fantasma, sonriendo mientras arrancaba otro tablón—. ¿Qué otro motivo hay para tener un título? De todas formas, llámame Fantasma, por favor. Es un buen nombre.

—Muy bien.

Fantasma extendió una mano y arrancó con facilidad el tablón que Sazed había intentado mover. ¿Qué?, pensó Sazed con sorpresa. Él no era nada musculoso... pero tampoco le había parecido que Fantasma lo fuera. El chico debía de haber estado levantando pesas.

—Bueno —dijo Fantasma, volviéndose—. Me alegro de que estés aquí, porque tengo cosas que discutir contigo. Cosas que los demás tal vez no comprendan.

Sazed frunció el ceño.

—¿Cosas de qué clase?

Fantasma sonrió, y luego cargó con el hombro contra la puerta, haciendo que diera paso a una cámara oscura y cavernosa.

—Cosas de dioses y hombres, Sazed. Vamos.

El muchacho desapareció en la oscuridad. Sazed esperó fuera, pero Fantasma no encendió ninguna linterna. Oyó que el joven se movía en el interior.

—¿Fantasma? —llamó por fin—. No puedo ver ahí dentro. ¿Tienes una linterna?

Se hizo una pausa.

—¡Oh! —exclamó la voz de Fantasma—. Ciento.

Un momento más tarde chispeó una luz, y una linterna empezó a brillar.

Brisa alcanzó a Sazed.

—Dime, Sazed —dijo en voz baja—. ¿Es cosa mía o este muchacho ha cambiado desde la última vez que lo vimos?

—Parece tener mucha más confianza en sí mismo —respondió Sazed, asintiendo para sí—. Y también es más capaz. Pero ¿para qué crees que lleva esa venda?

Brisa se encogió de hombros y agarró a Allrianne del brazo.

—Siempre fue raro. Tal vez piense que eso lo disfrazará y le impedirá ser reconocido como miembro de la banda de Kelsier. Considerando la mejora en la disposición del chico (y en su dicción), estoy dispuesto a tratar con una rareza o dos.

Brisa y Allrianne entraron en el edificio, y Sazed llamó al capitán Goradel para indicarle que formara un perímetro exterior. El hombre asintió, y ordenó que un pelotón de soldados siguiera a Sazed y los demás. Finalmente, Sazed frunció el ceño y entró en el edificio.

No estaba seguro de lo que esperaba. El edificio había formado parte del Cantón de la Inquisición, el más infiusto de los brazos del Ministerio. No era un lugar donde le gustara entrar. El último edificio como este en el que había estado había sido el Convento de Seran, y resultaba decididamente extraño. Este edificio, sin embargo, no tenía nada que ver con el Convento; era solo otra oficina burocrática. Estaba amueblado de forma un poco más austera que la mayoría de los edificios del Ministerio, cierto, pero seguía teniendo en las paredes de madera los tapices que tenía la mayoría de los edificios del Ministerio, y amplias alfombras rojas en el suelo. El ribete era de metal y había chimeneas en cada sala.

Mientras seguía a Brisa y Fantasma por el edificio, Sazed pudo imaginar cómo había sido durante los días del lord Legislador. Entonces no habría habido polvo, sino un aire de total eficacia. Ante estas mesas se sentarían los administradores, recopilando y archivando información sobre las casas nobles, los rebeldes skaa e incluso otros cantones del Ministerio. Había una larga enemistad entre el Cantón de la Ortodoxia, que administraba el imperio del lord Legislador, y el Cantón de la Inquisición, que actuaba como su policía.

Este no era un lugar de miedo, sino más bien de libros de cuentas y archivos. Los inquisidores probablemente solo lo visitaban de vez en cuando.

Fantasma los condujo a través de varias salas atestadas hasta una cámara pequeña al fondo. Aquí, Sazed vio que el polvo del suelo no estaba intacto.

—¿Has venido aquí antes? —preguntó, entrando en la sala detrás de Fantasma, Brisa y Allrianne.

Fantasma asintió.

—Igual que Vin. ¿No recuerdas el informe?

Empezó a palpar el suelo, hasta encontrar un cierre oculto y una trampilla. Sazed se asomó a la oscura cueva que había abajo.

—¿De qué está hablando? —le susurró Allrianne a Brisa—. ¿Vin ha estado aquí?

—Estuvo de reconocimiento en la ciudad, querida —respondió Brisa—. Para buscar...

—El depósito —dijo Sazed, mientras Fantasma empezaba a bajar por una escalera hacia la oscuridad. Dejó atrás la linterna—. El depósito de almacenaje que dejó el lord Legislador. Todos están debajo de edificios del Ministerio.

—Bueno, eso es lo que hemos venido a recuperar, ¿no? —preguntó Allrianne—. Pues ya lo tenemos. ¿Por qué molestarnos con ese Ciudadano y sus locos campesinos?

—Es imposible sacar estos suministros con el Ciudadano al mando —dijo la voz de Fantasma, resonando un poco—. Hay demasiadas cosas aquí abajo.

—Además, querida —añadió Brisa—, Elend no nos ha enviado solo a conseguir estos suministros: nos ha enviado a sofocar una rebelión. No podemos permitir una revuelta en una de nuestras principales ciudades, sobre todo no podemos permitir que esa revuelta se extienda. He de decir, sin embargo, que parece extraño estar en este lado del problema: detener una rebelión, en vez de empezar una.

—Puede que tengamos que organizar una rebelión *contra* la rebelión, Brisa. —La voz de Fantasma resonó desde abajo—. Si eso te hace sentirte más cómodo. Bueno, ¿vais a bajar los tres o no?

Sazed y Brisa intercambiaron una mirada, luego Brisa señaló el oscuro pozo.

—Después de ti.

Sazed recogió la linterna y bajó la escalera. Al pie, encontró una pequeña cámara de piedra, donde una de sus paredes había sido derribada para revelar una cueva. Entró cuando Brisa llegaba abajo y ayudaba a Allrianne.

Sazed alzó la linterna y observó en silencio.

—¡Por el lord Legislador! —dijo Brisa, acercándose—. ¡Es enorme!

—El lord Legislador preparó estos depósitos en caso de desastre —dijo Fantasma, más adelante—. Su intención era ayudar al imperio ante lo que nos espera ahora. No servirían de nada si no fueran creadas a escala grandiosa.

Era el término correcto. Se encontraban en un saliente próximo al techo de la caverna, y una enorme cámara se extendía bajo sus pies. Sazed vio que hilera tras hilera de estantes cubrían el suelo de la caverna.

—Creo que deberíamos fijar aquí nuestra base, Sazed —sugirió Fantasma, dirigiéndose a las escaleras que conducían al suelo de la caverna—. Es el único lugar defendible de la ciudad. Si trasladamos a nuestros soldados al edificio de arriba, podemos usar esta caverna para avituallarnos... e incluso podemos replegarnos aquí en caso de emergencia. Podríamos defenderla incluso contra un ataque resuelto.

Sazed se volvió para contemplar la puerta de piedra de la cámara. Era tan pequeña que solo se podía pasar de uno en uno, lo que significaba que sería fácil de defender. Y probablemente había un modo de volver a cerrarla.

—De repente, me siento mucho más seguro en esta ciudad —advirtió Brisa.

Sazed asintió. Se volvió para contemplar de nuevo la caverna. En la distancia, pudo oír algo.

—¿Eso es agua?

Fantasma bajaba los escalones. De nuevo, su voz sonó espectral en la cámara.

—Cada depósito tiene una especialidad, algo que contiene más que los demás.

Sazed bajó mientras los soldados de Goradel entraban en la cámara detrás de Brisa. Aunque los soldados habían traído más linternas, Brisa y Allrianne permanecieron pegados a Sazed mientras bajaban.

Pronto, Sazed advirtió que algo brillaba. Alzó la linterna, deteniéndose en los escalones al ver que parte de la lejana oscuridad era demasiado llana para tratarse del suelo de la cueva. Brisa silbó en silencio mientras estudiaba el enorme lago subterráneo.

—Bien —advirtió—. Supongo que ahora sabemos adónde fue a parar el agua de esos canales.

Al principio, los hombres asumían que la persecución que Rashek emprendió contra la religión de Terris había surgido del odio. Sin embargo, ahora que sabemos que Rashek era terrisano, su destrucción de las profecías parece extraña. Sospecho que tuvo que ver con las profecías sobre el Héroe de las Eras. Rashek sabía que el poder de Conservación acabaría por regresar al Pozo de la Ascensión. Si se hubiera permitido sobrevivir a la religión de Terris, tal vez alguien encontraría algún día el camino al Pozo y se haría con el poder, y lo usaría para derrotar a Rashek y derrocar su imperio. Por tanto, oscureció el conocimiento sobre el Héroe y lo que se suponía que habría de hacer, esperando guardar para sí el secreto del Pozo.

30



—¿NO VAIS A INTENTAR DISUADIRME? —preguntó Elend, divertido.

Ham y Cett intercambiaron una mirada.

—¿Por qué íbamos a hacer eso, El? —preguntó Ham, de pie en la proa del barco. En la distancia, el sol se ponía y las brumas habían empezado a agruparse. El barco se mecía suavemente, y los soldados patrullaban por la orilla, preparándose para la noche. Había pasado una semana desde la primera exploración de Vin, y aún no había conseguido colarse en el depósito.

Había llegado la noche del siguiente baile, y Elend y Vin planeaban asistir.

—Bueno, a mí se me ocurren un par de buenas razones para lo contrario —dijo Elend, contándolas con los dedos—. Primero, no es aconsejable exponerme a una captura potencial. Segundo, al revelarme en la fiesta, mostraré que soy un nacido de la bruma y confirmaré rumores que Yomen tal vez no crea. Tercero, pondré a nuestros dos nacidos de la bruma en el mismo sitio, donde pueden ser atacados fácilmente... quizás no sea una buena idea. Finalmente, está el hecho de que ir a un baile en mitad de una guerra es una locura total.

Ham se encogió de hombros, apoyando un codo contra la barandilla de cubierta.

—No es tan distinto a cuando entraste en el campamento de tu padre durante el asedio de Luthadel. Solo que entonces no eras un nacido de la bruma y no tenías poder político. Yomen estaría loco si actuara contra ti: tiene que saber que, si estás en la misma habitación que él, corre un peligro mortal.

—Huirá —dijo Cett desde su asiento—. La fiesta terminará en el momento en que tú llegues.

—No —replicó Elend—. No lo creo.

Se volvió para mirar su camarote, donde Vin seguía preparándose: había hecho que uno de los sastres del campamento modificara uno de los vestidos de las cocineras. Elend estaba preocupado. No importaba lo bueno que resultara el vestido, parecería fuera de lugar comparado con los lujosos vestidos del baile.

Se volvió hacia Cett y Ham.

—No creo que Yomen vaya a huir. Debe saber que, si Vin quisiera matarlo, atacaría su palacio en secreto. Está intentando con todas sus fuerzas fingir que no ha pasado nada desde que el lord Legislador desapareció. Cuando aparezcamos en el baile, eso le hará pensar que estamos dispuestos a fingir con él. Se quedará para ver si puede conseguir alguna ventaja reuniéndose con nosotros según sus términos.

—Ese hombre es idiota —dijo Cett—. No puedo creer que quiera que las cosas vuelvan a ser como eran.

—Al menos, está intentando dar a sus súbditos lo que quieren. Ahí es donde tú te equivocaste, Cett. Perdiste tu reino en el momento en que lo dejaste porque no te molestaste en intentar satisfacer a nadie.

—Un rey no tiene que satisfacer a nadie —replicó Cett—. Es quien tiene el ejército: eso significa que son los demás los que tienen que satisfacerlo *a él*.

—Lo cierto es que esa teoría no puede ser cierta —dijo Ham, frotándose la barbilla—. Un rey debe satisfacer a alguien; después de todo, aunque tratara de *obligar* a todo el mundo a hacer lo que él dijera, tendría que satisfacer a su ejército. Pero, claro, supongo que si el ejército se contenta simplemente con que le permitan empujar a la gente, puede que tengas razón...

Ham guardó silencio, pensativo, y Cett hizo una mueca.

—¿Es que para ti todo tiene que tener una maldita lógica de acertijo? —preguntó.

Ham siguió frotándose la barbilla.

Elend sonrió, mirando de nuevo hacia su camarote. Era bueno oír a Ham en su salsa. Cett protestaba sus comentarios casi tanto como lo hacía Brisa. *De hecho... Tal vez por eso Ham no ha insistido tanto con sus rompecabezas lógicos últimamente*, pensó Elend. *No había nadie cerca para quejarse.*

—Bueno, Elend... —dijo Cett—. Si mueres, yo quedo al mando, ¿no?

—Vin tomará el mando si me sucede algo. Lo sabes.

—Ciento —dijo Cett—. ¿Y si morís los dos?

—Sazed es el siguiente en la lista después de Vin, Cett. Lo hemos discutido.

—Sí, pero ¿qué hay de este ejército? Sazed está en Urteau. ¿Quién dirige a estos hombres hasta que nos reunamos con él?

Elend suspiró.

—Si, por lo que sea, Yomen consigue matarnos a Vin y a mí, entonces te sugiero que huyas... porque sí: tú estarías al mando aquí, y el nacido de la bruma que nos habrá matado seguramente vaya a por ti luego.

Cett sonrió satisfecho, aunque Ham frunció el ceño.

—Tú nunca has querido títulos, Ham —recalcó Elend—. Y te has enfurruñado por cada puesto de liderazgo que te he ofrecido.

—Lo sé. Pero ¿qué hay de Demoux?

—Cett tiene más experiencia —dijo Elend—. Es mejor persona de lo que pretende, Ham. Confío en él. Eso tendrá que valerte. Cett, si las cosas salen mal, te encargo que regreses a Luthadel y busques a Sazed para decirle que es emperador. Ahora creo que...

Elend se detuvo cuando la puerta de su camarote se abrió. Se volvió, adoptó su mejor sonrisa de circunstancias, y entonces se quedó de una pieza.

Vin se encontraba en la puerta vestida con una sorprendente túnica negra de reborde plateado, a la última moda. De algún modo, había conseguido que pareciera elegante pese a la falda acampanada, que se abría con enaguas. El cabello negro azabache, que a menudo se recogía en una cola, lo llevaba ahora suelto, y le llegaba hasta los hombros, bien cortado y rizado en la justa medida. La única joya que lucía era un pendiente, que había recibido de su madre cuando ella era solo una niña.

Elend pensaba que era preciosa. Y sin embargo... ¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la vio con un vestido, maquillada y bien peinada? Trató de decir algo, un cumplido, pero no encontró la voz.

Ella se le acercó y le dio un fugaz beso.

—Interpretaré eso como indicativo de que he conseguido hacer bien las cosas. Había olvidado la lata que suelen dar los vestidos. ¡Y el maquillaje!

Sinceramente, Elend, no tienes derecho a volver a quejarte de esos trajes tuyos.

Junto a ellos, Ham se reía. Vin se volvió.

—¿Qué?

—¡Ah, Vin! —dijo Ham, inclinándose hacia atrás y cruzando sus musculosos brazos—, ¿cuándo creciste para ser más alta que yo? Parece que la semana pasada misma ibas por ahí ocultándote por las esquinas, con el pelo cortado como un muchacho y la actitud de un ratón.

Vin sonrió afablemente.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? Creíste que no era ni una cosa ni la otra.

Ham asintió.

—¡A Brisa casi le dio un pasmo cuando descubrió que habíamos estado hablando con una nacida de la bruma todo el tiempo! Sinceramente, Vin, a veces no puedo creer que seas la misma niña asustada que Kelsier trajo a la banda.

—De eso ya hace tres años largos, Ham. Tengo casi veinte.

—Lo sé —suspiró Ham—. Eres como mis propios hijos, adultos antes de que tuviera tiempo de conocerlos como niños. De hecho, probablemente os conozco a Elend y a ti mejor que a ninguno de ellos...

—Volverás con ellos, Ham —dijo Vin, colocándole una mano sobre el hombro—. Cuando todo esto acabe.

—¡Oh, lo sé! —sonrió él, siempre optimista—. Pero nunca se puede recuperar lo perdido. Espero que al menos merezca la pena.

Elend sacudió la cabeza y logró encontrar por fin la voz:

—Solo tengo una cosa que decir. Si ese vestido es lo que llevan las cocineras, les estoy pagando demasiado.

Vin se echó a reír.

—En serio, Vin —dijo Elend—. Los sastres del ejército son buenos, pero es imposible que ese vestido haya salido de los tejidos que tenemos en el campamento. ¿De dónde lo has sacado?

—Es un misterio —respondió Vin, entornando los ojos y sonriendo—. Los nacidos de la bruma somos increíblemente misteriosos.

Elend ladeó la cabeza.

—¡Hum...! Yo también soy un nacido de la bruma, Vin. Eso no tiene ningún sentido.

—Los nacidos de la bruma no tenemos por qué tener sentido. No nos hace falta. Vamos, que ya se ha puesto el sol. Tenemos que ponernos en marcha.

—Que os divirtáis bailando con el enemigo —dijo Ham mientras Vin saltaba del barco y se empujaba hacia arriba entre las brumas. Elend se despidió con un gesto y se empujó también por los aires. Mientras se alejaba, sus oídos amplificados por el estío oyeron la voz de Ham hablando con Cett.

—Así que... no puedes ir a ningún sitio a menos que alguien te lleve, ¿eh? —preguntó el violento.

Cett gruñó.

—Muy bien —dijo Ham, más que satisfecho—. Hay varios enigmas filosóficos que creo que pueden gustarte...

PRACTICAR EL SALTO ALOMÁNTICO *no* era fácil cuando se llevaba puesto un vestido de baile. Cada vez que Vin empezaba a descender, la parte inferior de su vestido aleteaba a su alrededor, agitándose y sacudiéndose como una bandada de pájaros sobresaltados.

A Vin no le preocupaba especialmente mostrar lo que había debajo del vestido. No solo estaba demasiado oscuro para que la mayoría de la gente lo viera, sino que llevaba calzas bajo las enaguas. Por desgracia, los vestidos ondeantes (y la corriente que creaban en el aire) dificultaban en gran medida la dirección del salto. También hacían mucho ruido. Se preguntó qué pensarían los guardias cuando pasara sobre los salientes rocosos que eran las murallas naturales de la ciudad. Les parecía que sonaba como una docena de banderas al viento, ondeando en mitad de un vendaval.

Redujo su velocidad, dirigiéndose a un tejado que habían despejado de ceniza. Se posó con ligereza, saltó y giró, el vestido agitándosele, antes de detenerse y esperar a Elend. Él la siguió, aterrizó con menos gracia y un duro golpe y un gruñido. No es que fuera malo tirando y empujando: es que no tenía tanta práctica como Vin. Probablemente ella había sido igual durante sus primeros años como alomante.

Bueno... tal vez no fuera como él, pensó amorosamente mientras Elend se sacudía el polvo. *Pero estoy segura de que muchos otros alomantes tuvieron más o menos el nivel de Elend después de solo un año de práctica.*

—Ha sido toda una exhibición de saltos, Vin —observó Elend, resoplando levemente mientras miraba las formaciones rocosas, cuyas hogueras ardían altas en la noche. Elend llevaba su uniforme militar blanco de rigor, uno de los que le había diseñado Tindwyl. Había ordenado limpiarlo de ceniza, y se había recortado la barba.

—No pude aterrizar como hubiera querido —explicó Vin—. Estas enaguas se mancharán fácilmente de ceniza. Vamos, tenemos que entrar.

Elend se volvió, sonriendo en la oscuridad. Parecía entusiasmado.

—El vestido. ¿Pagaste a un sastre de la ciudad para que te lo confeccionara?

—La verdad es que pagué a un amigo de la ciudad para que me lo mandara hacer, y para que me consiguiera el maquillaje.

Vin saltó y se dirigió hacia la Fortaleza Orielle, que según Lentoveloz era la sede del baile de esta noche. Se mantuvo en el aire, sin aterrizar, y Elend la siguió utilizando las mismas anclas.

Pronto llegaron a un estallido de color en medio de las brumas, como la aurora de una de las historias de Sazed. La burbuja de luz se convirtió en la enorme fortaleza que ella había visto durante su anterior infiltración, con sus vidrieras brillando desde dentro. Vin se lanzó hacia abajo, surcando las brumas. Consideró brevemente tomar tierra en el patio, lejos de ojos vigilantes, para que Elend y ella pudieran acercarse a las puertas sutilmente. Pero decidió que mejor no hacerlo.

Aquella no era noche para sutilezas.

Se posó directamente sobre los escalones cubiertos por alfombras que conducían a la entrada principal del castillo. Su aterrizaje levantó copos de ceniza y abrió un hueco de limpieza. Elend aterrizó junto a ella un segundo después; luego se irguió, su brillante capa blanca ondeando alrededor. En lo alto de las escaleras, un par de sirvientes uniformados recibían a los invitados y los conducían al interior del edificio, que recordaba a un castillo. Ambos hombres se quedaron inmóviles, con expresiones de aturdimiento en el rostro.

Elend le tendió el brazo a Vin.

—¿Vamos?

Vin aceptó el brazo.

—Sí —respondió—. Preferiblemente, antes de que esos hombres puedan llamar a la guardia.

Subieron las escaleras, seguidos por las exclamaciones de sorpresa de un grupito de nobles que se apeaba de su carro. Ante ellos, uno de los servidores se adelantó y les cortó el paso. Elend colocó con cuidado una mano contra el pecho del hombre, y lo hizo a un lado con un empujón impulsado por el peltre. El hombre se desplomó contra la pared. El otro fue corriendo a buscar a los guardias.

En la antesala, los nobles que esperaban empezaron a susurrar y preguntar. Vin los oyó comentar si alguien reconocía a estos extraños recién llegados, uno de negro y el otro de blanco. Elend avanzó con firmeza, Vin a su lado, haciendo que la gente tropezara para apartarse. Atravesaron rápidamente la pequeña sala, y Elend tendió una tarjeta con su nombre al sirviente que esperaba para anunciar las llegadas al salón de baile propiamente dicho.

Esperaron la reacción del sirviente, y Vin notó que había empezado a contener la respiración. Parecía como si estuviera reviviendo un sueño... ¿o era un recuerdo agradable? Por un momento, fue la jovencita de hacía tres años que llegaba a la Fortaleza Venture para su primer baile, nerviosa y preocupada porque no sabía si sería capaz de interpretar su papel.

Sin embargo, ahora no sentía aquella misma inseguridad. No le preocupaba no ser aceptada ni creída. Había matado al lord Legislador. Se había casado con Elend Venture. Y, el más notable de todos sus logros, de algún modo en el caos y el desorden había descubierto quién era. No una chica de las calles, aunque se hubiera criado en ellas. Ni una mujer de la corte, aunque apreciaba la belleza y la gracia de los bailes. Era alguien más.

Alguien que le gustaba.

El sirviente volvió a leer la tarjeta de Elend y palideció. Alzó la cabeza. Elend miró al hombre a los ojos, y luego asintió levemente, como diciendo: «Sí, me temo que es cierto.»

El sirviente hizo un esfuerzo para aclarar la voz, y Elend condujo a Vin al salón de baile.

—El alto emperador, lord Elend Venture —anunció el sirviente con voz clara—. Y la emperatriz, Vin Venture, Heredera del Superviviente, Héroe de las Eras.

Todo el salón de baile quedó de pronto en silencio. Vin y Elend se detuvieron en la entrada, dando a los nobles congregados la oportunidad de verlos. Parecía que el grandioso salón principal de la Fortaleza Orielle, como el de la Fortaleza Venture, era también su salón de baile. Sin embargo, lejos de ser un salón alto con un amplio techo abovedado, la estancia tenía un techo relativamente bajo, y pequeños e intrincados diseños en la piedra. Era como si el arquitecto hubiera intentado crear belleza a una escala discreta, en vez de tratar de impresionar.

Toda la cámara estaba hecha con mármol blanco de diversos tonos. Aunque era capaz de albergar a cientos de personas, más la pista de baile y las mesas, seguía pareciendo algo íntimo. La sala estaba dividida en hileras de

columnas ornamentales de mármol, y dividida aún más por grandes vidrieras que se extendían del suelo al techo. Vin se sentía impresionada: la mayoría de las fortalezas de Luthadel dejaban las vidrieras para los muros del perímetro, para que pudieran iluminarse desde fuera. Aunque esta fortaleza también las tenía así, Vin advirtió rápidamente que las auténticas obras maestras estaban aquí dentro, donde podían ser admiradas desde ambos lados.

—Por el lord Legislador —susurró Elend, observando a la gente congregada—. Sí que piensan que pueden ignorar al resto del mundo, ¿eh?

Oro, plata, bronce y latón chispeaban en las figuras ataviadas con brillantes vestidos de baile y en los elegantes trajes de los caballeros. Los hombres solían ir de oscuro, y las mujeres, de color. Un grupo de músicos tocaba en un rincón, la música de cuerda sonaba en medio del aturdimiento general. Los sirvientes esperaban, inseguros, con las bebidas y la comida en sus bandejas.

—Sí —susurró Vin—. Deberíamos apartarnos de la puerta. Cuando lleguen los guardias, querremos mezclarnos con la multitud para que los soldados no sepan si atacarnos.

Elend sonrió, y ella supo que estaba recordando la tendencia que tenía de no dejarse la espalda sin cubrir. Sin embargo, también supo que se daba cuenta de que ella tenía razón. Bajaron un corto tramo de peldaños de mármol, y se unieron a la fiesta.

Los skaa podrían haberse apartado de una pareja tan peligrosa, pero Vin y Elend vestían con propiedad los atuendos de los nobles. La aristocracia del Imperio Final era muy diestra fingiendo, y cuando no sabían comportarse, recurrián al viejo truco: modales adecuados.

Caballeros y damas inclinaron la cabeza e hicieron florituras, actuando como si la asistencia de los emperadores fuera algo esperado. Vin dejó que Elend tomara la iniciativa, pues tenía más experiencia en asuntos cortesanos. Saludó con la cabeza mientras caminaba, mostrando la cantidad exacta de seguridad en sí mismo. Detrás, los guardias finalmente llegaron a las puertas. No obstante, se detuvieron, conscientes de que no podían perturbar la fiesta.

—¡Allí! —dijo Vin, señalando con la cabeza a su izquierda. A través de la partición de una vidriera, distinguió una figura sentada a una mesa elevada.

—Lo veo —dijo Elend, conduciéndola alrededor del cristal. Vin vio entonces por primera vez a Aradan Yomen, rey del Dominio Occidental.

Era más joven de lo esperado; quizá tan joven como Elend. Con el rostro redondo y los ojos serios, Yomen llevaba la cabeza afeitada completamente, al estilo de los obligadores. Sus ropajes de color gris oscuro eran indicativo de su

rango, igual que los tatuajes de complicado diseño en torno a sus ojos, que proclamaban que era un miembro de muy alto rango del Cantón de Recursos.

Yomen se levantó cuando Vin y Elend se acercaron. Parecía completamente anonadado. Detrás, los soldados habían empezado a abrirse paso cuidadosamente por la sala. Elend se detuvo a cierta distancia de la alta mesa, con su paño blanco y su refinada cristalería. Miró a Yomen a los ojos. Los otros invitados estaban tan en silencio que Vin supuso que la mayoría estaría conteniendo la respiración.

Vin comprobó sus reservas de metal, volviéndose un poco para observar a los guardias. Entonces, con el rabillo del ojo, vio que Yomen alzaba una mano y sutilmente ordenaba que los guardias se retiraran.

La charla comenzó en el salón casi de inmediato. Yomen se sentó, con aspecto preocupado, y dejó de comer.

Vin miró a Elend.

—Bien —susurró—, estamos dentro. ¿Y ahora, qué?

—Tengo que hablar con Yomen —respondió Elend—. Pero me gustaría esperar un poco antes, darle una oportunidad de acostumbrarse a nuestra presencia.

—Entonces deberíamos mezclarnos con la gente.

—¿Separarnos? Podemos cubrir más nobles de esta forma.

Vin vaciló.

—Puedo protegerme solo, Vin —sonrió Elend—. Lo prometo.

—Muy bien —asintió Vin, aunque no era el único motivo por el que había vacilado.

—Habla con tanta gente como puedas —dijo Elend—. Estamos aquí para hacer añicos la imagen de seguridad que tiene esta gente. Después de todo, acabamos de demostrar que Yomen no puede mantenernos a raya de Fadrex... y estamos demostrando que nos impresiona tan poco que vamos a bailar en una fiesta a la que él asiste. Cuando causemos un poco de conmoción, hablaré con su rey, y todos se asegurarán de escucharnos.

Vin asintió.

—Cuando entables conversación, observa a la gente que parezca que pueda estar dispuesta a apoyarnos contra el gobierno actual. Lentoveloz dio a entender que hay gente en la ciudad a quien no le gusta la manera en que el rey está dirigiendo las cosas.

Elend asintió, la besó en la mejilla, y entonces ella se quedó sola. Vin se quedó de pie en su hermoso vestido, sintiendo una momentánea conmoción.

Durante los dos últimos años había trabajado explícitamente para librarse de situaciones en que tuviera que llevar vestido y relacionarse con la nobleza. Había llevado decididamente pantalones y camisas, obstinada en incomodar a quienes se mostraban demasiado pagados de sí mismos.

Sin embargo, ella misma había sugerido a Elend esta manera de infiltrarse. ¿Por qué? ¿Por qué volver a ponerse en esta situación? No le disgustaba quién era, no necesitaba demostrar nada poniéndose otro tonto vestido y hablando de nimiedades con un puñado de nobles a quienes no conocía.

¿Verdad?

No sirve de nada dudar ahora, pensó Vin, escrutando a la multitud. En Luthadel —y cabía esperar que también allí—, los bailes de gala eran un expositor diseñado para fomentar la sociabilidad y facilitar así el intercambio de impresiones políticas.

Así, la fiesta se componía de grupos pequeños; algunas parejas mixtas, pero muchos grupitos solo de mujeres o de hombres. No se esperaba que los miembros de una pareja estuvieran juntos todo el tiempo. Había estancias apartadas donde los caballeros podían retirarse y beber con sus aliados, dejando a las mujeres conversando en el salón de baile.

Vin echó a andar y cogió una copa de vino de la bandeja de un criado que pasaba. Al separarse, Elend y ella habían indicado que estaban abiertos a conversar con los demás. Por desgracia, hacía mucho tiempo que Vin no estaba sola en una fiesta como esa. Se sentía torpe, insegura de si abordar a uno de los grupos o esperar a ver si alguien se le acercaba.

Aquella primera noche en la Fortaleza Venture había interpretado un papel, oculta en su personaje de Valette Renoux. Ya no podía seguir fingiendo. Todos sabían quién era en realidad. Eso la habría molestado en el pasado, pero ya no. Con todo, no podía hacer lo que entonces: quedarse esperando a que los demás se le acercaran. Toda la sala parecía estar mirándola.

Atravesó el hermoso salón blanco, consciente de cuánto destacaba su vestido negro entre las mujeres vestidas de diversos colores. Se movió en torno a las hojas de vidrio coloreado que colgaban del techo como telones de cristal. Había aprendido en sus primeros bailes que había una cosa con la que siempre podía contar: allá donde se reunían las mujeres nobles, siempre había una que se consideraba la más importante.

Vin la encontró fácilmente. La mujer tenía el pelo oscuro y la piel bronceada, y estaba sentada a una mesa rodeada de aduladores. Vin reconoció el aspecto arrogante, la forma en que la voz de la mujer era lo suficientemente

fuerte para resultar imperiosa, pero también lo suficientemente suave para hacer que todos estuvieran atentos a sus palabras.

Vin se acercó con decisión. Años atrás, se habría visto obligada a empezar por abajo. No tenía tiempo para eso. No conocía los sutiles manejos políticos de la ciudad, las alianzas y rivalidades. Sin embargo, había una cosa de la que estaba bastante segura: fuera cual fuese el lado del que estaba esa mujer, Vin quería estar en el contrario.

Varias de las acompañantes alzaron la cabeza cuando Vin se acercó, y palidecieron. Su líder tuvo el aplomo de permanecer distante. *Intentará ignorarme*, pensó Vin. *No puedo darle esa opción*. Vin se sentó en la mesa directamente frente a la mujer. Entonces, se volvió y se dirigió a varias de las acompañantes más jóvenes.

—Planea traicionarnos —dijo.

Aquellas mujeres se miraron las unas a las otras.

—Tiene planes para salir de la ciudad —dijo Vin—. Cuando el ejército ataque, ella no estará aquí. Y va a dejaros morir a todas. Sin embargo, si sois mis aliadas, yo me encargaré de que os protejan.

—¿Disculpa? —dijo la líder, con voz indignada—. ¿Te he invitado a sentarte aquí?

Vin sonrió. *Ha sido fácil*. La base de poder de un jefe de ladrones era el dinero: sin eso, caía. Para una mujer como esa, su poder estaba en la gente que la escuchaba. Para hacerla reaccionar, simplemente había que amenazarla con quitarle a sus subalternas.

Vin se volvió para encararse con la mujer.

—No, no me has invitado. Me he invitado yo sola. Alguien tiene que advertir a estas mujeres.

La mujer se envaró.

—Difundes mentiras. No sabes nada de mis supuestos planes.

—¿Ah, no? No eres de las que dejan que un hombre como Yomen determine tu futuro; y si las demás aquí presentes lo piensan bien, se darán cuenta de que es imposible que te dejes pillar en Fadrex sin planes de huida. Me sorprende que sigas aquí.

—Tus amenazas no me asustan —dijo la dama.

—Aún no te he amenazado —advirtió Vin, bebiendo su vino. Dirigió un cuidadoso empujón a las emociones de las mujeres de la mesa, preocupándolas un poco más—. Podríamos llegar a eso, siquieres... aunque, técnicamente, tengo ya amenazada a toda tu ciudad.

La mujer miró a Vin con los ojos entornados.

—No la escuchéis.

—Sí, lady Patresen —dijo una de las mujeres, hablando un poco demasiado rápido.

Patresen, pensó Vin, aliviada de que alguien hubiera mencionado por fin el apellido de la mujer. *¿De qué conozco ese nombre?*

—La Casa Patresen —dijo Vin tranquilamente—. ¿No son primos de la Casa Elariel?

Lady Patresen permaneció en silencio.

—Maté a una Elariel una vez —dijo Vin—. Fue una buena pelea. Shan era una mujer muy lista, y una nacida de la bruma muy hábil. —Se inclinó hacia delante—. Puede que consideres que las historias que se cuentan de mí son exageraciones. Puedes pensar que en realidad no maté al lord Legislador, y que lo que cuentan es simple propaganda creada para ayudar a estabilizar el gobierno de mi esposo.

»Piensa lo que quieras, lady Patresen. Sin embargo, hay una cosa que *debes* saber. No eres mi adversaria. No tengo *tiempo* para gente como tú. Eres una mujercita insignificante en una ciudad insignificante, parte de una cultura nobiliaria condenada. No hablo contigo porque quiera ser parte de tus planes: ni siquiera podrías comprender lo poco importantes que son para mí. Solo he venido a hacer una advertencia. Vamos a tomar esta ciudad y, cuando lo hagamos, habrá poco sitio para la gente que haya estado en nuestra contra.

Patresen palideció un poco. Sin embargo, su voz sonó tranquila al hablar.

—Dudo que eso sea cierto. Si pudierais tomar la ciudad tan fácilmente como dices, ya lo habrás hecho.

—Mi marido es un hombre de honor —dijo Vin—, y decidió que quería hablar con Yomen antes de atacar. Sin embargo, yo no soy tan templada.

—Bueno, pienso que...

—No lo entiendes, ¿verdad? —preguntó Vin—. No me importa lo que pienses. Mira, sé que eres de las que tienen contactos influyentes. Esos contactos te habrán dado ya nuestros números. Cuarenta mil hombres, veinte mil koloss y un contingente entero de alomantes. Más dos nacidos de la bruma. Mi marido y yo no hemos venido a esta reunión a hacer aliados, ni siquiera enemigos. Venimos a hacer una advertencia. Sugiero que la aceptéis.

Recalcó su último comentario con un poderoso toque aplacador. Quería dejárselo claro a las mujeres, hacerles saber que ya estaban bajo su poder. Entonces se levantó y se marchó de la mesa.

Lo que Vin había dicho a Patresen no era tan importante; lo que sí era importante era que la habían visto enfrentarse a la mujer. Con suerte, eso la pondría a un lado de la política local, volviéndola menos amenazadora para algunas facciones de la sala. Eso, a su vez, la haría más accesible, y...

Oyó tras ella el sonido de sillas apartándose de la mesa. Vin se volvió, recelosa, y vio que la mayor parte del grupo de lady Patresen se le acercaba velozmente, dejando a su líder sentada sola a la mesa, con gesto avieso.

Vin se tensó.

—Lady Venture —dijo una de las mujeres—, ¿permitirías que alguna de nosotras... te presentara en la fiesta?

Vin frunció el ceño.

—Por favor —respondió la mujer en voz muy baja.

Vin parpadeó sorprendida. Esperaba que las mujeres se molestaran, no que la escucharan. Miró alrededor. La mayoría parecían tan intimidadas que Vin pensaba que podrían marchitarse, como hojas al sol. Sintiéndose un poco divertida, asintió y dejó que la condujeran a la fiesta para presentarla.

Rashek vestía de blanco y negro. Seguramente quería demostrar que era una dualidad, Conservación y Ruina.

Era una mentira. Después de todo, solo había tocado uno de los poderes... y de forma muy superficial.

31



—LORD BRISA NO SE EQUIVOCÓ —dijo Sazed, en el centro del grupito—. Por lo que puedo decir, la desviación de las aguas hacia esta reserva subterránea fue intencionada. El proyecto debió de durar décadas. Hubo que ensanchar los pasajes naturales para que el agua, que antes alimentaba a los ríos y canales de arriba, fluyera en cambio hacia esta caverna.

—Sí, pero ¿para qué? —preguntó Brisa—. ¿Por qué desperdiciar tantos esfuerzos para desviar un río?

Tres días en Urteau les habían permitido hacer lo que había sugerido Fantasma, trasladar sus tropas al edificio del Ministerio, y hacer como que se establecían allí. El Ciudadano no podía conocer la existencia del depósito, de lo contrario lo habría saqueado. Eso significaba que Sazed y su equipo tenían una clara ventaja si las cosas se ponían feas.

Habían cogido algunos de los muebles del edificio y los habían colocado, junto con sábanas y tapices para crear habitaciones, entre los estantes de la cueva. La lógica dictaba que este era el mejor lugar donde pasar el tiempo, pues si alguien atacaba el edificio del Ministerio, querrían estar en la caverna. Cierto, estarían atrapados; pero, con los suministros que tenían, podrían sobrevivir indefinidamente y elaborar un plan de huida.

Sazed, Brisa, Fantasma y Allrianne estaban sentados en una de aquellas particiones entre los estantes de comida.

—El motivo por el que el lord Legislador hizo este lago es sencillo, creo. —Sazed se volvió, mirando el lago por encima de su hombro—. Esa agua viene de un río subterráneo, probablemente filtrada a través de capas de roca. Es agua pura, como la que rara vez se ve en el Imperio Final. No hay cenizas, ni sedimentos. El propósito de esa agua es mantener a una población en caso de que se produzca un desastre. Si aún fluyera a los canales de la superficie, rápidamente se ensuciaría y sería contaminada por la población que vive en la ciudad.

—El lord Legislador miraba al futuro —dijo Fantasma, todavía con su extraña venda puesta. Había rechazado todas las preguntas e insinuaciones sobre su uso, aunque Sazed empezaba a sospechar que tenía que ver con quemar estaño.

Sazed asintió ante el comentario del joven.

—Al lord Legislador no le preocupaba causar la ruina financiera en Urteau: solo quería asegurarse de que esta caverna tuviera acceso a una fuente de agua fresca constante.

—¿No nos estamos desviando un poco del tema? —preguntó Allrianne—. Tenemos agua, vale. Pero ¿qué hay de ese maníaco que gobierna la ciudad?

Sazed vaciló, y los demás se volvieron para mirarlo. *Por desgracia, estoy al mando.*

—Bueno —dijo—, deberíamos hablar de esto. El emperador Venture nos ha pedido que aseguremos la ciudad. Como el Ciudadano ha dejado claro que no quiere volver a recibirnos, tendremos que discutir otras opciones.

—Hay que echar a ese hombre —dijo Fantasma—. Necesitamos sicarios.

—Me temo que eso no funcionaría, mi querido muchacho —repuso Brisa.

—¿Por qué no? —preguntó Fantasma—. Matamos al lord Legislador, y funcionó bastante bien.

—¡Ah! —dijo Brisa, alzando un dedo—, pero el lord Legislador era insustituible. Era un dios, y matarlo creó un impacto psicológico en el populacho.

Allrianne asintió.

—El Ciudadano no es una fuerza de la naturaleza, sino un hombre... y los hombres pueden ser reemplazados. Si asesinamos a Quellion, uno de sus lacayos ocupará su lugar.

—Y nos tacharán de asesinos —añadió Brisa.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Fantasma—. ¿Lo dejamos tranquilo?

—Por supuesto que no —respondió Brisa—. Si queremos tomar esta ciudad, tenemos que minar su confianza, y *luego* expulsarlo. Demostremos que todo su sistema es defectuoso: que su gobierno es, en esencia, una tontería. Si lo conseguimos, no solo lo detendremos a él, sino a todos los que han trabajado con él y lo han apoyado. Es la única forma de tomar Urteau sin que tenga que intervenir un ejército y apoderarse de ella por la fuerza.

—Y como Su Majestad amablemente nos dejó *sin* tropas propiamente dichas... —dijo Allrianne.

—No estoy tan convencido de que sea necesaria una acción tan fuerte —interrumpió Sazed—. Tal vez más adelante podamos trabajar con este hombre.

—¿Trabajar con *él*? —preguntó Fantasma—. Lleváis aquí tres días. ¿No os basta para ver cómo es Quellion?

—Yo lo he visto —repuso Sazed—. Y, para ser sinceros, no creo poder reprocharle nada por su forma de pensar.

Todos permanecieron en silencio.

—Tal vez deberías explicarte, mi querido amigo —dijo Brisa, bebiendo una copa de vino.

—Las cosas que dice el Ciudadano no son falsas —contestó Sazed—. No podemos echarle la culpa de enseñar lo mismo que Kelsier. El Superviviente hablaba de matar a los nobles... y bien sabemos que todos lo vimos dedicarse a *esa* actividad muy a menudo. Hablaba de revolución y de que los skaa se gobernarán a sí mismos.

—Hablabía de acciones extremas en tiempos extremos —dijo Brisa—. Es lo que se hace cuando hay que motivar a la gente. Ni siquiera Kelsier habría llegado tan lejos.

—Tal vez —dijo Sazed—. Pero ¿puede sorprendernos que gente que oyó hablar a Kelsier haya creado esta sociedad? ¿Y qué derecho tenemos a arrebatársela? En cierto modo, han sido más fieles a Kelsier que nosotros. ¿Crees que se alegraría al descubrir que pusimos a un noble en el trono ni un solo día después de su muerte?

Brisa y Fantasma se miraron el uno al otro, y ninguno de los dos lo contradijo.

—No está bien —dijo Fantasma al fin—. Esta gente asegura conocer a Kelsier, pero no es así. Él no quería que la gente fuera sombría y estuviera acosada... Los quería libres y felices.

—En efecto —dijo Brisa—. Además, nosotros *elegimos* seguir a Elend Venture... y él nos ha dado una orden. Nuestro imperio necesita estos

suministros, y no podemos permitirnos dejar que una rebelión organizada se apodere y controle una de las ciudades más importantes del imperio. Tenemos que asegurar este depósito y proteger al pueblo de Urteau. ¡Es por el bien mayor y todo eso!

Allrianne mostró su acuerdo asintiendo... y como siempre Sazed sintió su contacto en sus emociones.

Por el bien mayor... pensó Sazed. Sabía que Fantasma tenía razón. Kelsier no querría que esta sociedad retorcida se perpetuara en su nombre. Había que hacer algo.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuál debería ser nuestro curso de acción?

—Ninguno, por ahora —respondió Brisa—. Necesitamos tiempo para palpar el clima de la ciudad. ¿Está la gente dispuesta a rebelarse contra el querido Quellion? ¿Cuál es la actividad del elemento delictivo local? ¿Hasta qué punto son corruptibles los hombres que sirven al nuevo gobierno? Dame algún tiempo para descubrir respuestas a estas preguntas, y entonces podremos decidir qué hacer.

—Sigo diciendo que hagamos como Kelsier —dijo Fantasma—. ¿Por qué no podemos derribar al Ciudadano igual que hicimos con el lord Legislador?

—Dudo que eso funcione —repuso Brisa, bebiendo su vino.

—¿Por qué no?

—Por un motivo muy sencillo, mi querido muchacho: Kelsier ya no está.

Sazed asintió. Era cierto, aunque se preguntó si alguna vez se libraría del legado del Superviviente. En cierto modo, la batalla en esta ciudad era inevitable. Si Kelsier tenía un defecto, era su extremo odio hacia la nobleza. Era una pasión que lo había impulsado, que le había ayudado a conseguir lo imposible. Sin embargo, Sazed temía que fuera a destruir a los afectados.

—Tómate el tiempo que necesites, Brisa —dijo Sazed—. Cuando pienses que estamos preparados para dar el siguiente paso, házmelo saber.

Brisa asintió, y la reunión terminó. Sazed se levantó, suspirando. Al hacerlo, miró a Brisa a los ojos, y el hombre le sonrió con un guiño que parecía querer decir: «No será ni la mitad de difícil de lo que crees.» Sazed le devolvió la sonrisa, y sintió el toque de Brisa en sus emociones, tratando de animarlo.

Sin embargo, la mano del aplacador fue demasiado liviana. Brisa no podía conocer el conflicto que aún se retorcía dentro de Sazed. Un conflicto que iba mucho más allá de Kelsier y los problemas en Urteau. Se alegró de tener que pasar un poco de tiempo esperando en la ciudad, pues aún tenía mucho trabajo que hacer con las religiones listadas en su cartapacio.

Recientemente, incluso ese trabajo le resultaba difícil. Hacía cuanto podía para ofrecer liderazgo a los demás, como Elend había pedido. Sin embargo, la perniciosa oscuridad que Sazed sentía en su interior se negaba a desaparecer. Sabía que era más peligroso para él que ninguna otra cosa a la que se hubiera enfrentado mientras trabajaba con la banda, porque le hacía sentir como si no le importara.

Debo seguir trabajando, decidió, y abandonó el lugar de reunión, para sacar con cuidado su cartapacio de un estante cercano. *Tengo que seguir investigando. No debo rendirme.*

Sin embargo, era más difícil que eso. En el pasado, la lógica y la reflexión habían sido siempre su refugio. No obstante, sus emociones no respondían a la lógica. Ninguna reflexión sobre lo que *debería* hacer podía ayudarlo.

Apretó los dientes y echó a andar, esperando que la emoción lo ayudara a resolver lo que lo atenazaba por dentro. Una parte de él quería salir a estudiar la nueva forma de la Iglesia del Superviviente que había brotado aquí en Urteau. Sin embargo, eso parecía una pérdida de tiempo. El mundo estaba llegando a su fin, ¿por qué estudiar una religión más? Ya sabía que esta era falsa: había descartado la Iglesia del Superviviente al principio de sus estudios. Casi estaba llena de más contradicciones que ninguna otra de las que contenía su cartapacio.

También más llena de pasión.

Todas las religiones de su colección eran iguales en un aspecto: habían fracasado. Quienes las habían seguido habían muerto, habían sido conquistados, y sus religiones, olvidadas. ¿No era eso prueba suficiente para él? Había intentado predicarlas, pero muy pocas veces había tenido ningún éxito.

Todo carecía de sentido. Todo se estaba acabando.

¡No!, pensó Sazed. *Encontraré las respuestas. Las religiones no desaparecieron por completo: los guardadores las conservaron. Tiene que haber respuestas en una de ellas. En alguna parte.*

Al cabo de un rato, llegó a la pared de la cueva donde se hallaba la placa de acero inscrita por el lord Legislador. Ya habían registrado lo que decía, pero Sazed quería verla y leerla en persona. Contempló el metal, que reflejaba la luz de una linterna cercana, y leyó las palabras del mismo hombre que había destruido tantísimas religiones.

«El plan —decían aquellas palabras—, es simple. Cuando el poder regrese al Pozo, lo tomaré y me aseguraré de que esa cosa quede atrapada.

»Y sigo preocupándome. Ha demostrado ser mucho más lista de lo que suponía, infectando mis pensamientos, haciéndome ver y sentir cosas que no deseo. Es muy sutil, muy cuidadosa. No alcanzo a ver cómo podría causar mi muerte, pero yo sigo preocupándome.

»Si muero, estos depósitos ofrecerán alguna medida de protección para mi pueblo. Temo lo que se avecina. Lo que podría pasar. Si lees esto ahora, y he muerto, entonces temo por ti. Con todo, trataré de dejar la ayuda que pueda.

»Hay metales de la alomancia que no he compartido con nadie. Si eres uno de mis sacerdotes que ha llegado a esta caverna y estás leyendo estas palabras, debes saber que incurrirás en mi ira si compartes este conocimiento. Pero, si es cierto que la fuerza ha regresado y soy incapaz de hacerle frente, entonces tal vez el conocimiento del electro servirá de algo. Mis investigadores han descubierto que, mezclando una aleación de oro al cuarenta y cinco por ciento y plata al cincuenta y cinco por ciento, se crea un nuevo metal alomántico. Quemarlo no proporciona el poder del atium, pero sí ayuda contra quienes lo queman.»

Y eso era todo. Junto a las palabras había un mapa que indicaba la localización del siguiente depósito: el que se hallaba en la pequeña aldea minera del sur que Vin y Elend habían asegurado algún tiempo antes. Sazed leyó las palabras de nuevo, aunque solo sirvieron para aumentar su desesperación. Incluso el lord Legislador parecía sentirse indefenso ante su situación. Había planeado estar vivo, había planeado que nada de esto sucediera. Pero sabía que sus planes tal vez no funcionarían.

Sazed se volvió, dejando atrás la placa, y se dirigió a la orilla del lago subterráneo. El agua parecía cristal negro, inalterado por el viento o la ceniza, aunque sí que ondeaba un poco por la corriente. Al borde del agua había unas pocas lámparas que ardían en silencio y marcaban la orilla. Tras él, a cierta distancia, habían acampado algunos de los soldados, aunque dos terceras partes de ellos se habían quedado en la superficie para asegurarse de que el edificio pareciera habitado. Otros investigaban la caverna con la esperanza de encontrar una salida secreta. Todos se sentirían mucho más cómodos dentro de la cueva si supieran que había un modo de escapar en caso de ser atacados.

—Sazed.

El terrisano se volvió y saludó a Fantasma mientras el joven se acercaba para reunirse con él en la orilla de aguas negras y quietas. Permanecieron en silencio, contemplándolas.

Tiene sus propios problemas, pensó Sazed, advirtiendo la forma en que Fantasma miraba las aguas. Entonces, sorprendentemente, Fantasma extendió las manos y se quitó la venda de los ojos. La retiró y reveló un par de anteojos debajo, utilizados quizá para impedir que la tela se los cerrara. Fantasma se quitó los anteojos y parpadeó, entornando los ojos. Sus ojos empezaron a lloriquear, y entonces extendió el brazo y apagó una de las dos linternas, dejando a Sazed envuelto en una luz muy tenue. Fantasma suspiró, se irguió y se frotó los ojos.

Así que es el extraño, pensó Sazed. Y se dio cuenta de que había visto al joven usar guantes a menudo... como para proteger su piel. Sospechó que, si observaba con atención, también vería al muchacho ponerse tapones en los oídos. *Curioso*.

—Sazed —dijo Fantasma—. Quería hablarte de algo.

—Por favor, habla lo que quieras.

—Yo... —Fantasma guardó silencio, luego lo miró—. Creo que Kelsier sigue con nosotros.

Sazed frunció el ceño.

—No vivo, por supuesto —dijo Fantasma rápidamente—. Pero creo que nos vigila. Nos protege... ese tipo de cosas.

—Me parece un sentimiento agradable —dijo Sazed. *Aunque completamente falso*.

—No es solo un sentimiento —respondió Fantasma—. Está aquí. Me preguntaba si habría algo en alguna de esas religiones que estudias que hablara sobre estas cosas.

—Por supuesto. Muchas de ellas hablan de muertos que se quedan como espíritus para ayudar, o maldecir, a los vivos.

Guardaron silencio. Era obvio que Fantasma esperaba algo.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿No vas a predicarme ninguna religión?

—Ya no hago eso —contestó Sazed en voz baja.

—¡Oh! ¡Humm!, ¿por qué no?

Sazed negó con la cabeza.

—Me resulta difícil predicar a los demás algo que no me ha ofrecido ningún consuelo a mí, Fantasma. Las estudio, tratando de descubrir cuáles son justas y verdaderas, si es que hay alguna. Cuando tenga ese conocimiento, felizmente compartiré contigo la que más parezca contener la verdad. Por ahora, sin embargo, no creo en ninguna, y por tanto no predico.

Sorprendentemente, Fantasma no discutió. A Sazed le resultaba frustrante que sus amigos (en su mayor parte, ateos declarados) se ofendieran tanto cuando amenazaba con unirse a ellos en su falta de fe. Y, sin embargo, Fantasma no se enfadó.

—Tiene sentido —dijo por fin el joven—. Esas religiones *no son* verdaderas. Después de todo, es Kelsier quien nos vigila, no esos otros dioses.

Sazed cerró los ojos.

—¿Cómo puedes decir eso, Fantasma? Viviste con él... lo conociste. Ambos sabemos que Kelsier no era ningún dios.

—La gente de esta ciudad cree que lo es.

—¿Y adónde los ha llevado eso? —preguntó Sazed—. Su fe ha traído opresión y violencia. ¿De qué sirve la fe si *este* es el resultado? ¿Una ciudad llena de gente que malinterpreta las órdenes de su dios? ¿Un mundo de ceniza y dolor y muerte y pena? —Sazed negó con la cabeza—. Por eso ya no llevo mis mentes de metal. Las religiones que no pueden ofrecer más que esto no merecen ser enseñadas.

—¡Oh! —dijo Fantasma. Se arrodilló, introdujo una mano en el agua y luego se estremeció—. Supongo que también tiene sentido... aunque había pensado que era por causa de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Tu mujer. La otra guardadora, Tindwyl. La oí hablar de religión. No le parecía gran cosa. Pensaba que ya no hablabas de religión porque podría ser lo que *ella* habría querido.

Sazed sintió un escalofrío.

—De todas formas —dijo Fantasma, incorporándose y secándose la mano—, la gente de esta ciudad sabe más de lo que crees. Kelsier nos vigila a todos.

Dicho eso, el muchacho se marchó. Sazed, sin embargo, no estaba escuchando. Permaneció allí de pie, contemplando las aguas de ébano.

Porque podría ser lo que ella habría querido...

Tindwyl había considerado que la religión era una tontería. Decía que la gente que recurría a antiguas profecías o fuerzas invisibles buscaba excusas. Durante sus últimas semanas con Sazed, este había sido un tema de conversación entre ambos, incluso de leve discusión, pues su investigación trataba sobre las profecías relacionadas con el Héroe de las Eras.

Esa investigación había resultado ser inútil. En el mejor de los casos, las profecías eran las vanas esperanzas de hombres que deseaban un mundo mejor. En el peor, habían sido colocadas astutamente para conseguir los

objetivos de una fuerza maligna. Sea como fuere, por aquel entonces él creía en su trabajo. Y Tindwyl lo había ayudado. Habían buscado en sus mentes de metal, investigado en siglos de información, historia y mitología, buscado referencias a la Profundidad, el Héroe de las Eras y el Pozo de la Ascensión. Ella trabajó con él, diciendo que su interés era académico, no religioso. Pero Sazed sospechaba que tenía otra motivación.

Quería estar con él. Había reprimido su desprecio a la religión por el deseo de implicarse en lo que él consideraba importante. Y, ahora que estaba muerta, Sazed se encontraba haciendo lo que *ella* consideraba importante. Tindwyl estudiaba política y liderazgo. Le encantaba leer las biografías de grandes estadistas y generales. ¿Había accedido él inconscientemente a convertirse en embajador de Elend para poder implicarse en los estudios de Tindwyl, tal como ella había hecho antes de su muerte con los suyos?

No estaba seguro. En realidad, le parecía que sus problemas iban más allá. Sin embargo, el hecho de que hubiera sido *Fantasma* el que había hecho aquella astuta observación había hecho dudar a Sazed. Era una forma muy inteligente de ver las cosas. En vez de contradecirlo, Fantasma había ofrecido una posible explicación.

Sazed estaba impresionado. Se dio la vuelta y contempló las aguas durante un rato, mientras reflexionaba sobre las palabras de Fantasma. Luego, sacó la siguiente religión de su cartapacio y empezó a estudiarla. Cuanto antes terminara con ellas, antes podría encontrar la verdad.

La alomancia, claramente, pertenece a Conservación. La mente racional lo entenderá. Pues, en el caso de la alomancia, se obtiene poder neto. Lo proporciona una fuerza externa: el propio cuerpo de Conservación.

32



—¿ELEND, DE VERDAD ERES TÚ?

Elend se dio la vuelta, sorprendido. Había estado relacionándose en el baile, charlando con un grupo de hombres que resultaron ser primos lejanos suyos. La voz que escuchó a sus espaldas, sin embargo, parecía mucho más familiar.

—¿Telden? ¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí, El —contestó Telden, estrechándole la mano.

A un lado, los primos de Elend se retiraron con elegancia.

Elend estaba anonadado. No había visto a Telden desde que su Casa escapara de Luthadel en los días de confusión que siguieron a la muerte del lord Legislador. En otro tiempo, ese hombre había sido uno de los mejores amigos de Elend.

—Creía que estabas en BasMardin, Tel —dijo Elend.

—No. Ahí está mi Casa, pero me pareció que la zona era demasiado peligrosa, con los koloss sueltos que lo arrasan todo a su paso. Me trasladé a Fadrex en cuanto lord Yomen se hizo con el poder... Se ganó rápidamente la fama de poder proporcionar estabilidad.

Elend sonrió. Los años habían cambiado a su amigo. Telden había sido en tiempos un modelo de auténtico seductor, su cabello y sus caros trajes pretendían llamar la atención. No era que el antiguo Telden se hubiera dejado, pero no se molestaba tanto en ir a la moda. Siempre había sido un hombre

grande, alto y casi rectangular, y el peso extra que había ganado lo hacía parecer mucho más... corriente que antes.

—Elend —confesó Telden, sacudiendo la cabeza—. ¿Sabes?, durante mucho tiempo, me negué a creer que habías conseguido hacerte con el poder en Luthadel.

—¡Estuviste en mi coronación!

—Creí que te habían escogido como títere, El —dijo Telden, frotándose la amplia barbilla—. Pensé... bueno, lo siento. Supongo que no tenía mucha fe en ti.

Elend se echó a reír.

—Tenías razón, amigo mío. Resulté ser un rey terrible.

Telden no supo cómo responder a eso.

—Pero mejoré en el trabajo —dijo Elend—. Solo tuve que resolver primero unos cuantos problemas.

Los asistentes a la fiesta deambulaban por el salón de baile dividido. Aunque quienes miraban hacían todo lo posible por parecer remotos y desinteresados, Elend notaba que hacían el equivalente noble a curiosear. Miró a un lado, donde se hallaba Vin con su precioso vestido negro, rodeada por un grupo de mujeres. Parecía irle bien: la corte se le daba bastante mejor de lo que estaba dispuesta a admitir. Era elegante y grácil, el centro de atención.

También se mantenía alerta: Elend lo notaba por la forma en que daba la espalda a las paredes o las particiones de cristal. Estaba quemando hierro o acero, vigilando movimientos bruscos de metal que pudieran indicar el ataque de un lanzamonedas. Elend empezó a quemar hierro también, y se aseguró de seguir quemando latón para aplacar las emociones de los presentes, impidiendo que se sintieran demasiado furiosos o amenazados por su intrusión. Otros alomantes (Brisa, o incluso Vin) habrían tenido problemas para aplacar a un salón entero a la vez. A Elend, con su desorbitado poder, apenas le hacía falta concentrarse.

Telden aún se hallaba cerca, con aspecto preocupado. Elend trató de decir algo para retomar la conversación, pero tuvo que esforzarse para encontrar algo que no resultara embarazoso. Habían pasado dos años y medio desde que Telden se había marchado de Luthadel. Antes, era uno de los amigos con quienes Elend discutía sobre teoría política, planeando con el idealismo de la juventud el día en que dirigirían sus casas. Sin embargo, los días de juventud (y de sus teorías idealistas) habían quedado atrás.

—Bueno... —dijo Telden—. Así es como hemos terminado, ¿eh?

Elend asintió.

—No vas... a atacar la ciudad de verdad, ¿no? —preguntó Telden—. Has venido solo a intimidar a Yomen, ¿no es cierto?

—No —respondió Elend con tono tranquilo—. Conquistaré la ciudad si es preciso, Telden.

Telden se ruborizó.

—¿Qué te ha pasado, Elend? ¿Dónde está el hombre que hablaba de derechos y legalidad?

—Me alcanzó el mundo, Telden. No puedo ser el hombre que era.

—¿Y te has convertido en el lord Legislador?

Elend vaciló. Le parecía extraño que otro se enfrentara a él con sus propias preguntas y argumentos. Una parte de él sintió una puñalada de temor: si Telden preguntaba esas cosas, entonces Elend tenía derecho a preocuparse al respecto. Tal vez fuera cierto.

Sin embargo, un impulso más fuerte ardió en su interior. Un impulso nutrido por Tindwyl, y luego refinado por un año de lucha para traer el orden a los restos derruidos del Imperio Final.

Un impulso por confiar en sí mismo.

—No, Telden —dijo Elend con firmeza—. No soy el lord Legislador. Un consejo parlamentario gobierna en Luthadel, y hay otros en todas las ciudades que he unido a mi imperio. Esta es la primera vez que marcho sobre una ciudad con mis ejércitos por necesidad de conquistar y no de proteger... y es solo porque Yomen arrebató esta ciudad a un aliado mío.

Telden resopló.

—Te nombraste emperador.

—Porque eso es lo que el pueblo *necesita*, Telden —repuso Elend—. No quieren regresar a los días del lord Legislador... pero preferirían hacerlo antes que vivir en el caos. El éxito de Yomen aquí lo demuestra. La gente quiere saber que alguien los cuida. Tuvieron un dios-emperador durante mil años... Ahora no es momento de dejarlos sin líder.

—¿Pretendes decirme que solo eres una figura decorativa? —preguntó Telden, cruzándose de brazos.

—Difícilmente. Pero espero serlo, con el tiempo. Ambos sabemos que soy un erudito, no un rey.

Telden frunció el ceño. No creía a Elend. Y, sin embargo, Elend descubrió que ese hecho no le molestaba. Algo al pronunciar aquellas palabras, al enfrentarse al escepticismo, le hizo reconocer la validez de su propia

confianza. Telden no comprendía: no había experimentado lo que había vivido Elend. El mismo Elend, de joven, no habría estado de acuerdo con lo que hacía ahora. Una parte de ese joven aún tenía voz dentro de su alma... y nunca la haría callar. Sin embargo, iba siendo hora de impedir que siguiera socavándolo.

Elend apoyó una mano en el hombro de su amigo.

—No importa, Tel. Tardé años en convencerte de que el lord Legislador era un emperador terrible. Espero tardar el mismo tiempo en convencerte de que yo seré bueno.

Telden sonrió débilmente.

—¿Vas a decirme que he cambiado? —preguntó Elend—. Últimamente, parece haberse puesto de moda.

Telden se echó a reír.

—Creí que era obvio. No hace falta señalarlo.

—Entonces, ¿qué?

—Bueno... —dijo Telden—. ¡En realidad estaba pensando en reprenderte por no haberme invitado a tu boda! Estoy dolido, El. De verdad. Me pasé casi toda mi juventud dándote consejos para que te relacionaras, ¡y cuando por fin eliges a una chica, ni siquiera me avisas del matrimonio!

Elend se echó a reír, y se volvió para seguir la mirada de Telden, que contemplaba a Vin. Confiada y poderosa, pero también delicada y grácil. Elend sonrió con orgullo. Ni siquiera durante los gloriosos días de los bailes en Luthadel podía recordar a una mujer que llamara tanto la atención como Vin ahora. Y, al contrario que Elend, había entrado en este baile sin conocer a una sola persona.

—Me siento un poco como un padre orgulloso —dijo Telden, colocando una mano sobre el hombro de Elend—. ¡Ha habido días en que creía que eras un caso perdido, El! Pensaba que algún día entrarías en una biblioteca y desaparecerías por completo. Y te encontraríamos veinte años más tarde cubierto de polvo, repasando un texto filosófico por enésima vez. Y, sin embargo, aquí estás, casado... ¡y con una mujer como esa!

—A veces, yo tampoco lo entiendo —respondió Elend—. Ni siquiera se me ocurre una razón lógica para explicar por qué quiere estar conmigo. Solo... debo confiar en su juicio.

—Sea como fuere, has hecho bien.

Elend arqueó una ceja.

—Creo recordar que fuiste *tú* el que una vez intentó persuadirme para que no me relacionara con ella.

Telden se ruborizó.

—Hay que reconocer que ella actuaba de forma muy extraña cuando acudía a esas fiestas.

—Sí —dijo Elend—. Parecía más una persona real que una noble. —Miró a Telden, sonriendo—. De todas maneras, si me disculpas, hay algo que tengo que hacer.

—Por supuesto, El —respondió Telden, haciendo una leve reverencia mientras Elend se retiraba. El gesto le pareció un poco extraño viniendo de Telden. En realidad, ya no se conocían. Sin embargo, compartían recuerdos de amistad.

No le he dicho que maté a Jastes, pensó Elend mientras atravesaba la sala y los asistentes a la fiesta le abrían paso. *Me pregunta si lo sabe*.

La capacidad auditiva amplificada de Elend captó un aumento general de excitación entre las conversaciones susurradas cuando la gente advirtió lo que estaba haciendo. Le había dado a Yomen tiempo suficiente para tratar con su sorpresa; era el momento de abordar al hombre. Aunque parte de su propósito al asistir al baile era intimidar a la nobleza local, el principal motivo por el que Elend estaba aquí seguía siendo hablar con su rey.

Yomen vio que Elend se acercaba a la mesa elevada y, dicho sea en su honor, el obligador no pareció asustado ante la perspectiva de un encuentro. Sin embargo, su comida continuaba intacta. Elend no esperó permiso para acercarse a la mesa, pero se detuvo y aguardó mientras Yomen indicaba con un gesto a los sirvientes que despejaran un sitio y colocaran un plato delante de Elend, justo frente a él.

Elend se sentó, confiando en que Vin, además del acero y el estaño que estaba quemando él mismo, lo advirtieran de cualquier ataque por la espalda. Era el único a este lado de la mesa, y los compañeros de cena de Yomen se retiraron todos cuando él se sentó para dejar a los dos gobernantes a solas. En otra situación, la imagen podría haber parecido ridícula: dos hombres sentados el uno frente al otro con una gran mesa en medio que los separaba. El mantel blanco y la vajilla cristalina eran prístinos, como lo habrían sido durante los días del lord Legislador.

Elend había vendido todos los artículos de ese tipo que poseía, en un esfuerzo de alimentar a su pueblo durante los últimos dos inviernos.

Yomen cruzó los dedos ante él (unos criados silenciosos le retiraron la comida), y estudió a Elend, sus ojos cautelosos enmarcados por intrincados tatuajes. Yomen no llevaba corona, pero sí una simple perla de metal atada de forma que colgaba en el centro de su frente.

Atium.

—Hay un dicho en el Ministerio de Acero —habló Yomen por fin—. Siéntate a cenar con el diablo, y lo ingerirás con tu comida.

—Entonces es bueno que no estemos comiendo —respondió Elend, sonriendo levemente.

Yomen no le devolvió la sonrisa.

—Yomen —dijo Elend, poniéndose más serio—. Acudo a ti no como emperador en busca de nuevas tierras que controlar, sino como un rey desesperado en busca de aliados. El mundo se ha convertido en un lugar peligroso: la tierra misma parece estar combatiendo contra nosotros, o al menos se hace pedazos ante nosotros. Acepta mi mano de amistad, y acabemos con las guerras.

Yomen no respondió. Tan solo permaneció sentado, los dedos entrelazados, estudiando a Elend.

—Dudas de mi sinceridad —dijo Elend—. No puedo decir que te lo reproche, ya que he plantado mi ejército ante tu puerta. ¿Hay alguna manera de persuadirte? ¿Estarías dispuesto a iniciar conversaciones o parlamentar?

Siguió sin haber respuesta. Así que, esta vez, Elend esperó. La sala enmudeció.

Yomen habló por fin.

—Eres un hombre descarado y atrevido, Elend Venture.

Elend se irritó. Tal vez fuera por el entorno del baile, tal vez por el modo en que Yomen ignoraba tan irrespetuosamente su oferta. Sin embargo, respondió de un modo parecido a como habría hecho años antes, cuando no era rey ni estaba en guerra.

—Es una mala costumbre que he tenido siempre —dijo—. Me temo que los años de gobierno, y de ser educado en modales, no han cambiado un hecho: soy un hombre terriblemente burdo. Supongo que por mala educación.

—Esto te parece un juego —dijo el obligador, la mirada intensa—. Vienes a mi ciudad para matar a mi pueblo y entras en mi salón de baile esperando asustar a la nobleza hasta el punto de la histeria.

—No —respondió Elend—. No, Yomen, esto no es ningún juego. El mundo parece a punto de terminar, y estoy haciendo todo lo que puedo para

ayudar a sobrevivir a tanta gente como sea posible.

—¿Y hacer todo lo que puedes incluye conquistar mi ciudad?

Elend negó con la cabeza.

—No soy bueno mintiendo, Yomen. Así que seré sincero contigo. No quiero matar a nadie: como decía, preferiría que simplemente firmáramos una tregua y acabáramos de una vez. Dame la información que busco, comparte tus recursos con los míos, y no te obligaré a entregar tu ciudad. Deniégame, y las cosas se volverán más difíciles.

Yomen permaneció un momento en silencio, mientras la música seguía sonando suavemente al fondo, vibrando sobre el murmullo de un centenar de amables conversaciones.

—¿Sabes por qué me disgustan los hombres como tú, Venture? —preguntó Yomen.

—¿Por mi insufrible encanto e ingenio? Dudo que sea mi buen aspecto... pero, comparado con el de un obligador, supongo que incluso mi cara sería envidiable.

La expresión de Yomen se ensombreció.

—¿Cómo acabó un hombre como tú en una mesa de negociación?

—Me entrenaron una nacida de la bruma hosca, una terrisana sarcástica y un grupo de ladrones irrespetuosos —contestó Elend con un suspiro—. Además, como remate, ya de entrada era una persona bastante insufrible. Pero, por favor, continúa con tus insultos: no pretendía interrumpir.

—No me gustas —continuó Yomen—, porque tienes las agallas de creer que *mereces* tomar esta ciudad.

—Es verdad —dijo Elend—. Pertenecía a Cett; la mitad de los soldados que traigo conmigo le servían a él antes, y esta es su patria. Hemos venido a liberar, no a conquistar.

—¿Te parece que esta gente necesita ser liberada? —dijo Yomen, señalando con un gesto a las parejas que bailaban.

—En realidad, sí —respondió Elend—. Yomen, tú eres el advenedizo aquí, no yo. No tienes ningún derecho a esta ciudad, y lo sabes.

—Tengo el derecho que me otorgó el lord Legislador.

—No aceptamos el derecho a gobernar del lord Legislador —dijo Elend—. Por eso lo matamos. En cambio, potenciamos el derecho del *pueblo* a gobernar.

—¿En serio? —preguntó Yomen, los dedos todavía enlazados ante él—. Porque, que yo recuerde, el pueblo de *tu* ciudad eligió a Ferson Penrod como rey.

Buen argumento ese, tuvo que admitir Elend.

Yomen se inclinó hacia delante.

—Este es el motivo por el que no me gustas, Venture. Eres un hipócrita de la peor calaña. Fingiste dejar al pueblo al mando... pero, cuando te expulsaron y eligieron a otro, hiciste que tu nacida de la bruma reconquistara la ciudad para ti. Gobiernas por la fuerza, no por consentimiento común, así que no me hables de *derechos*.

—Hubo... circunstancias en Luthadel, Yomen. Penrod trabajaba con nuestros enemigos, y consiguió el trono manipulando a la asamblea.

—Eso parece un defecto en el sistema —repuso Yomen—. Un sistema que tú estableciste... un sistema que sustituye al orden que existía antes. Un pueblo depende de la estabilidad de su gobierno: necesitan alguien en quien fijarse. Un líder en quien puedan confiar, un líder con auténtica autoridad. Solo un hombre elegido por el lord Legislador tiene derecho a reclamar esa autoridad.

Elend estudió al obligador. Lo frustrante era que casi estaba de acuerdo con él. Yomen decía cosas que el propio Elend había dicho, aunque su perspectiva de obligador las retorciera un poco.

—Solo un hombre elegido por el lord Legislador tiene derecho a reclamar esa autoridad... —repitió Elend, frunciendo el ceño—. Eso es de Durton, ¿verdad? *La llamada de la confianza*?

Yomen vaciló.

—Sí.

—Cuando se trata de derecho divino, prefiero a Gallingskaw.

Yomen hizo un gesto cortante.

—Gallingskaw era un hereje.

—¿Y eso invalida su teoría?

—No —respondió Yomen—. Demuestra que carecía de la capacidad para razonar adecuadamente... de lo contrario, no lo habrían ejecutado. *Eso* afecta a la validez de sus teorías. Además, no hay ningún mandato divino en el hombre corriente, como él proponía.

—El lord Legislador era un hombre corriente antes de subir al trono —repuso Elend.

—Sí, pero tocó la divinidad en el Pozo de la Ascensión. Esto impuso en él la Lasca del Infinito, y le dio el Derecho de Inferencia.

—Vin, mi esposa, tocó esa misma divinidad.

—No acepto esa historia —dijo Yomen—. Como se ha dicho, la Lasca del Infinito era única, sin plan, sin creación.

—No metas a Urdree en esto —dijo Elend, alzando un dedo—. Ambos sabemos que era más un poeta que un verdadero filósofo: ignoraba la convención, y nunca dio atribuciones adecuadas. Concédeme al menos el beneficio de la duda y cita a Hardren. Te daría bases mucho mejores.

Yomen abrió la boca y luego se detuvo, frunciendo el ceño.

—Esto es absurdo —dijo—. Discutir de filosofía no borrará el hecho de que tienes un ejército acampado ante mi ciudad, ni cambiará el hecho de que te considero un hipócrita, Elend Venture.

Elend suspiró. Por un momento había llegado a pensar que podrían respetarse mutuamente como eruditos. Sin embargo, había un problema: Elend vio auténtica repulsa en los ojos de Yomen. Y sospechó que había un motivo más profundo por la hipocresía que se le achacaba. Después de todo, Elend se había casado con la mujer que había matado al dios de Yomen.

—Comprendo que tengamos diferencias, Yomen —dijo Elend, inclinándose hacia delante—. No obstante, una cosa parece clara: a los dos nos preocupa la gente de este imperio. Ambos nos dedicamos a estudiar teoría política, y al parecer nos inspiramos en textos que defienden el bienestar del pueblo como el principal motivo para gobernar. Tendríamos que hacer que esto funcionara.

»Te propongo un trato —prosiguió—. Acepta ser rey a mis órdenes: podrás conservar el control, con muy pocos cambios en tu gobierno. Yo tendré acceso a la ciudad y sus recursos, y discutiremos el establecimiento de un consejo parlamentario. Aparte de eso, puedes continuar como deseas; incluso puedes seguir celebrando fiestas y predicando sobre el lord Legislador. Confiaré en tu juicio.

Yomen no despreció la oferta, pero Elend notó que tampoco le daba mucho peso. Probablemente ya sabía lo que iba a decirle Elend.

—Te equivocas en una cosa, Elend Venture.

—¿En qué?

—En que crees que puedes intimidarme, sobornarme o influenciarme.

—No eres ningún necio, Yomen. A veces, luchar no merece la pena. Ambos sabemos que no puedes derrotarme.

—Eso es discutible —replicó Yomen—. De cualquier forma, no respondo bien a las amenazas. Tal vez si no tuvieras un ejército acampado a mi puerta, podría estudiar una alianza.

—Ambos sabemos que, sin un ejército a las puertas, ni siquiera me habrías escuchado. Te negaste a recibir a todos los mensajeros que te envié antes de

venir hasta aquí.

Yomen tan solo negó con la cabeza.

—Pareces más razonable de lo que creía, Elend Venture, pero eso no cambia los hechos. Ya tienes un gran imperio propio. Viniendo aquí, traicionas tu arrogancia. ¿Por qué necesitas mi dominio? ¿No has tenido ya bastante?

—En primer lugar —dijo Elend, alzando un dedo—, creo que debo recordarte de nuevo que le robaste este reino a un aliado mío. He tenido que venir aquí, aunque solo fuera por cumplir las promesas que le hice a Cett. Sin embargo, hay algo mucho más importante en juego. —Elend vaciló, y entonces hizo su jugada—. Necesito saber qué hay en tu caverna de almacenaje.

Elend fue recompensado por una ligera expresión de sorpresa, y esa fue toda la confirmación que necesitaba. Yomen conocía la existencia de la caverna. Vin tenía razón. Y, teniendo en cuenta el atium que mostraba de manera tan destacada en su frente, quizá tuviera también razón respecto al contenido de la caverna.

—Mira, Yomen —dijo Elend, hablando con rapidez—. No me preocupa el atium... ya apenas tiene valor. Necesito saber qué instrucciones dejó en esa cueva el lord Legislador. ¿Qué información hay ahí para nosotros? ¿Qué suministros consideró necesarios para nuestra supervivencia?

—No sé de qué estás hablando —contestó Yomen llanamente. No era buen mentiroso.

—Me has preguntado por qué he venido aquí —dijo Elend—. No se trata de conquistar ni arrebatarte esta tierra, Yomen. Comprendo que te resulte difícil creerlo, pero es la verdad. El Imperio Final está muriendo. Lo habrás visto. La humanidad tiene que unirse, hacer acopio de sus recursos... y tú tienes pistas vitales que nosotros necesitamos. No me obligues a derribar tus murallas para conseguirlas. Trabaja conmigo.

Yomen negó con la cabeza.

—Ahí vuelves a confundirte, Venture. Verás, no me importa si me atacas.

—Miró a Elend a los ojos—. Para mi pueblo, sería mejor luchar y *morir* antes que ser gobernado por el hombre que derrocó a nuestro dios y destruyó nuestra religión.

Elend sostuvo la mirada, y vio determinación en aquellos ojos.

—¿Tiene que ser así? —preguntó.

—Así es —respondió Yomen—. ¿Puedo esperar, entonces, un ataque por la mañana?

—Por supuesto que no —dijo Elend, poniéndose en pie—. Tus soldados no pasan hambre todavía. Volveré a verte dentro de unos meses.

Tal vez entonces estés más dispuesto a negociar.

Elend se volvió para marcharse y entonces miró de nuevo a Yomen.

—Bonita fiesta, por cierto —dijo, mirando de nuevo a Yomen—. A pesar de lo que creo, pienso que a tu dios le habría complacido lo que has hecho aquí. Deberías reconsiderar tus prejuicios. Al lord Legislador probablemente no le gustáramos ni Vin ni yo, pero diría que preferiría que tu pueblo viviera en vez de morir.

Elend asintió en señal de respeto, y entonces abandonó la mesa, sintiéndose más frustrado de lo que aparentaba. Yomen y él habían estado muy cerca, y, sin embargo, una alianza parecía imposible. Al menos, mientras el obligador sintiera tanto odio hacia él y Vin.

Se obligó a relajarse. Había poco que pudiera hacer ahora mismo respecto a aquella situación: sería necesario el asedio para que Yomen reconsiderara su postura. *Estoy en un baile*, pensó Elend, echando a andar. *Debería disfrutar al máximo, dejarme ver con los nobles, intimidarlos y hacerles pensar en ayudarnos a nosotros en vez de a Yomen...*

Se le ocurrió una idea. Miró a Vin, y luego llamó a un sirviente.

—¿Mi señor? —preguntó el hombre.

—Necesito que me traigas algo —respondió Elend.

VIN ERA EL CENTRO DE ATENCIÓN. Las mujeres la atendían, prendadas de sus palabras, y la tomaban como modelo. Querían tener noticias de Luthadel, saber sobre moda, política y cosas de la gran ciudad. No la rechazaban, ni parecían recelar de ella.

Aquella aceptación instantánea era lo más extraño que Vin había experimentado jamás. Destacaba entre mujeres ataviadas con sus joyas y sus mejores galas. Sabía que era por su poder... y, sin embargo, las mujeres de esta ciudad parecían casi desesperadas por tener alguien en quien mirarse. Una emperatriz.

Y Vin descubrió que le agradaba. Una parte de ella había anhelado esta aceptación desde el primer día en que asistió a un baile. Había pasado aquellos meses sintiendo los deseos de la mayoría de las mujeres de la corte: algunas la habían dejado unirse a su compañía, pero siempre había sido una insignificante noble de campo sin ninguna conexión ni importancia. Esta

aceptación era poca cosa, pero a veces incluso las cosas pequeñas parecen importantes. Además, había algo más en todo aquello. Mientras sonreía a una recién llegada (la joven sobrina que una de las mujeres quería que Vin conociera), Vin advirtió lo que era.

Esto es parte de mí, pensó. Yo no quería que lo fuera... quizá porque no creía merecerlo. Encontraba esta vida demasiado diferente, demasiado llena de belleza y confianza. Sin embargo, soy una noble. Encajo aquí.

Nací para las calles por uno de mis progenitores, pero nací para esto por el otro.

Se había pasado el primer año del reinado de Elend intentando protegerlo. Se había obligado a concentrarse solamente en su parte callejera, la parte que había sido entrenada para ser implacable, pues pensaba que eso le daría el poder para defender lo que amaba. Sin embargo, Kelsier le había mostrado otra manera de ser poderosa. Y ese poder estaba conectado con la nobleza, con sus intrigas, su belleza y sus astutos planes. Vin se había aclimatado casi de inmediato a la vida en la corte, y eso la asustó.

Esto es, pensó, sonriendo a otra joven de la corte. Por eso siempre sentí que estaba mal. No tenía que esforzarme, y por eso no podía creer que lo merecía.

Había pasado dieciséis años en las calles: se había ganado esa parte suya. Sin embargo, apenas había tardado un mes en adaptarse a la vida noble. Le había parecido imposible que algo conseguido con tanta facilidad pudiera ser una parte tan importante de sí misma como los años transcurridos en las calles.

Pero lo era.

Tenía que afrontarlo, comprendió. Tindwyl intentó obligarme a ello hace más de un año, pero yo no estaba preparada.

Necesitaba demostrarse a sí misma no solo que podía moverse entre la nobleza, sino que encajaba con ellos. Porque eso demostraba algo mucho más importante: que el amor de Elend ganado durante aquellos primeros meses no se basaba en una falsedad.

Es... cierto, pensó Vin. Puedo ser ambas cosas. ¿Por qué he tardado tanto tiempo en comprenderlo?

—Discúlpennme, señoras —dijo una voz.

Vin sonrió y se volvió mientras las mujeres dejaban paso a Elend. Varias de las más jóvenes adoptaron expresiones soñadoras al ver a Elend con su cuerpo de guerrero, su barba áspera y su blanco uniforme imperial. Vin reprimió un

gesto de malestar. *Ella* lo amaba mucho antes de que se volviera un príncipe de cuento.

—Señoras, como la propia lady Vin les dirá en un momento, tengo muy malos modales —dijo Elend a las mujeres—. Eso, en sí mismo, sería un pecado venial. Por desgracia, también me preocupa muy poco mi propio desprecio por la propiedad. Por tanto, voy a robarles a mi esposa y monopolizar egoístamente su tiempo. Pediría disculpas, pero no es el tipo de cosas que solemos hacer los bárbaros.

Con eso, y con una sonrisa, le tendió el codo. Vin le devolvió la sonrisa, aceptó su brazo y le permitió que la apartara del grupo de mujeres.

—Me ha parecido que querrías un poco de espacio para respirar... —dijo Elend—. No puedo ni imaginarme como te habrás sentido, rodeada por todo un ejército de pompas infladas.

—Agradezco el rescate —contestó Vin, aunque no era del todo cierto. ¿Cómo iba a saber Elend que de pronto había descubierto que encajaba con aquellas pompas infladas? Además, que llevaran encajes y maquillaje no significaba que no fueran peligrosas: había aprendido eso en sus primeros meses. La idea la distrajo de tal modo que no advirtió adónde la llevaba Elend hasta que casi habían llegado.

Cuando se dio cuenta, se paró de inmediato, y tiró de Elend.

—¿La pista de baile?

—Así es.

—¡Pero no bailo desde hace casi tres años!

—Yo tampoco —contestó Elend. Avanzó un paso—. Pero sería terrible perder la oportunidad. Después de todo, nunca llegamos a bailar juntos.

Era cierto. Luthadel cayó en plena revuelta antes de que tuvieran la oportunidad de bailar juntos, y después de eso ya no hubo tiempo para bailes ni frivolidades. Ella sabía que Elend comprendía cuánto echaba de menos no haber tenido esa oportunidad. Le había pedido que bailaran la noche en que se conocieron, y ella lo había rechazado. Todavía sentía como si hubiera renunciado a una oportunidad única aquella primera noche.

Por eso dejó que la condujera a la pista de baile, levemente elevada. Las parejas susurraron, y cuando la canción terminó, los demás se apartaron furtivamente de la pista, dejando solos a Vin y Elend: una figura con líneas de blanco, la otra con curvas de negro. Elend le puso un brazo en la cintura, la volvió hacia él, y Vin se sintió traicioneramente nerviosa.

Ya está, pensó ella, avivando peltre para no echarse a temblar. Finalmente está ocurriendo. ¡Por fin voy a bailar con él!

En ese momento, mientras la música comenzaba, Elend se metió la mano en el bolsillo y sacó un libro. Lo alzó con una mano, la otra sobre su cintura, y empezó a leer.

Vin se quedó boquiabierta, y entonces le dio un golpecito en el brazo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó mientras él iniciaba los pasos de baile, sin dejar de leer—. ¡Elend! ¡Estoy intentando disfrutar de un momento especial!

Él se volvió hacia ella, esbozando una sonrisa terriblemente pícara.

—Bueno, quiero hacer ese momento especial lo más auténtico posible. Quiero decir, después de todo, estás bailando *conmigo*.

—¡Por primera vez!

—¡Tanto más importante es asegurarme de que causo la impresión adecuada, señorita Valette!

—¡Oh, por...! ¿Quieres hacer el favor de dejar ese libro a un lado?

Elend sonrió de oreja a oreja, pero se metió el libro en el bolsillo, la agarró de la mano y bailó con ella de manera más adecuada. Vin se ruborizó al ver la confusa multitud alrededor de la pista. Obviamente, no tenían ni idea de cómo interpretar la conducta de Elend.

—¡Eres un bárbaro! —exclamó Vin.

—¿Un bárbaro porque leo libros? —dijo Elend animosamente—. Ham se lo pasará en grande con esa observación.

—Sinceramente, ¿de dónde has sacado el libro?

—Hice que uno de los sirvientes de Yomen me lo trajera. De la biblioteca de la fortaleza. Sabía que lo tendrían... *Juicios de monumento* es una obra bastante famosa.

Vin frunció el ceño.

—¿De qué me suena ese título?

—Es el libro que estaba leyendo aquella noche en el balcón Venture —dijo Elend—. La primera vez que nos vimos.

—¡Vaya, Elend! Eso es casi romántico... al estilo «voy a hacer que mi esposa quiera matarme».

—Creí que lo sabrías apreciar —dijo él, volviéndose levemente.

—Estás raro esta noche. Hacía tiempo que no te veía así.

—Lo sé —suspiró Elend—. Para serte sincero, Vin, me siento un poco culpable. Me preocupa haber sido demasiado informal durante mi

conversación con Yomen. Es tan estirado que hace que afloren mis viejos instintos, los que me hacen responder con burla a la gente como él.

Vin dejó que la guiara.

—Estás actuando como tú mismo. Eso es bueno.

—Mi antiguo yo no era un buen rey.

—Las cosas que aprendiste sobre ser rey no tenían nada que ver con tu personalidad, Elend —dijo Vin—. Tenían que ver con otras cosas... cosas como la confianza, y la decisión. Puedes tener esas cosas y seguir siendo tú mismo.

Elend negó con la cabeza.

—No estoy seguro de poder. Desde luego, esta noche tendría que haber sido más formal. Permití que este entorno me relajara.

—No —protestó Vin con firmeza—. No, tengo *razón* en esto, Elend. Has estado haciendo exactamente lo mismo que yo. Estás tan decidido a ser un buen rey, que has dejado que eso aplaste a quien en verdad eres. Nuestras responsabilidades no deberían destruirnos.

—A ti no te han destruido —dijo él, sonriendo tras la corta barba.

—A punto han estado. Elend, tuve que darme cuenta de que podía ser ambas personas: la nacida de la bruma de las calles y la mujer de la corte. Tuve que reconocer que la nueva persona en que me estoy convirtiendo es una extensión válida de quien soy. Pero ¡para ti es justo lo contrario! Debes darte cuenta de que quien eras sigue siendo una parte válida de ti. Esa persona hace comentarios absurdos, y hace determinadas cosas solo para provocar en ti una reacción. Sin embargo, también es amable y encantador. No puedes perder esas cosas solo porque eres emperador.

Elend puso aquella expresión, la reflexiva, la que significaba que iba a discutir. Sin embargo, luego vaciló.

—Venir a este lugar —dijo, mirando a las hermosas ventanas y los nobles allí congregados—, me recordó en qué me he pasado casi toda la vida. Antes de ser rey. Aun entonces, intentaba hacer las cosas a mi manera... Iba y me ponía a leer en los bailes. Pero no lo hacía en la biblioteca, sino en el salón. No quería esconderme, quería expresar mi descontento con mi padre, y leer era mi forma de hacerlo.

—Eras un buen hombre, Elend —dijo Vin—. No un idiota, como ahora pareces pensar que eras. Estabas un poco desorientado, pero seguías siendo un buen líder. Tomaste el control de Luthadel e impediste que los skaa cometieran una masacre durante la rebelión.

—Y después, todo el fiasco de Penrod...

—Tenías cosas que aprender. Como yo. Pero, por favor, no dejes de ser tú mismo, Elend. Puedes ser Elend el emperador y a la vez Elend el hombre.

Él sonrió, la atrajo hacia sí y detuvo el baile.

—Gracias —dijo, y la besó. Ella notaba que aún no había tomado su decisión, que aún pensaba que debía ser un guerrero y no un amable erudito. Sin embargo, se lo estaba pensando. Con eso bastaba, por el momento.

Vin lo miró a los ojos, y continuaron bailando. Ninguno de los dos habló; simplemente dejaron que la magia del momento se apoderara de ellos. Para Vin fue una experiencia surrealista. Su ejército estaba ahí fuera, la ceniza caía perpetuamente y las brumas mataban a la gente. Sin embargo, dentro de esta sala de mármol blanco y colores chispeantes, ella bailaba por primera vez con el hombre al que amaba.

Los dos giraban con la gracia de la alomancia, como si pisaran el viento, moviéndose como si estuvieran hechos de bruma. La sala quedó en silencio, los nobles se convirtieron en un público de teatro que contemplaba una hermosa actuación, no a dos personas que no habían bailado desde hacía años. Y, sin embargo, Vin sabía que aquello era maravilloso, algo rara vez visto. La mayoría de los nobles nacidos de la bruma no podían permitirse parecer tan gráciles, para no revelar sus poderes secretos.

Vin y Elend no tenían esas inhibiciones. Bailaban como para compensar los tres años perdidos, como para arrojar su dicha a la cara de un mundo apocalíptico y una ciudad hostil. La canción terminaba. Elend la apretó contra sí, y su estrecho permitió a Vin sentir su corazón muy cerca. Latía más rápidamente de lo que podía explicar un simple baile.

—Me alegra que hayamos hecho esto.

—Pronto habrá otro baile —dijo ella—. Dentro de unas cuantas semanas.

—Lo sé. Según tengo entendido, ese baile va a celebrarse en el Cantón de Recursos.

Vin asintió.

—Lo celebra el propio Yomen.

—Y, si el depósito está oculto en alguna parte de la ciudad, lo más probable es que sea bajo ese edificio.

—Tendremos una excusa... y un precedente para entrar.

—Yomen tiene algo de atium —dijo Elend—. Lleva una perla en la frente. Aunque el hecho de que tenga una perla no significa que tenga un tesoro.

Vin asintió.

—Me pregunto si habrá encontrado la caverna de almacenaje.

—Lo ha hecho. Estoy seguro. Vi su reacción cuando se lo mencioné.

—Eso no debería detenernos —dijo Vin, sonriendo—. ¿Vamos a ese baile, nos colamos en la caverna, descubrimos qué dejó allí el lord Legislador, y luego decidimos qué hacer respecto al asedio y la ciudad?

—Parece un buen plan —contestó Elend—. Suponiendo que no pueda hacer que atienda a razones. Estuve *cerca*, Vin. No puedo dejar de pensar que podría haber una posibilidad de ponerlo de nuestro lado.

Ella asintió.

—Muy bien, pues —dijo él—. ¿Preparada para hacer una salida grandiosa?

Vin sonrió antes de asentir. Mientras la música terminaba, Elend se volvió y la empujó a un lado, y ella se impulsó en el borde de metal de la pista de baile. Salió disparada por encima de la multitud, guiándose hacia la salida, el vestido aleteando.

Tras ella, Elend se dirigió a los nobles.

—Muchas gracias por dejarnos participar. Todo el que quiera huir de la ciudad tiene permiso para atravesar mi ejército.

Vin aterrizó y la multitud se volvió mientras Elend saltaba por encima de sus cabezas, consiguiendo afortunadamente guiarse a través de la sala relativamente baja sin chocar con ninguna ventana ni con el techo. Se reunió con ella en la puerta, y escaparon a través de la antesala hacia la noche.

La hemalurgia pertenece a Ruina. Destruye. Al sustraer las capacidades de una persona y dárselas a otra, en pequeñas cantidades, parte del poder se pierde. En línea con el propósito confeso de Ruina, romper el universo en piezas cada vez más pequeñas, la hemalurgia concede grandes dones, pero el coste es muy elevado.

33



LOS HUMANOS PODRÍAN HABER despreciado a TenSoon, arrojándole cosas o maldiciéndolo a su paso. Los kandra eran demasiado ordenados para ese tipo de exhibiciones, pero TenSoon sentía su desdén. Vieron como lo sacaron de su jaula y lo condujeron de vuelta al Cubil de la Confianza para ser juzgado. Cientos de ojos lo observaban, desde cuerpos con huesos de acero, cristal, roca y madera. Los kandra más jóvenes eran más radicales en sus formas; los más viejos, más ortodoxos.

Todas las miradas eran acusadoras.

Antes, en el juicio, la multitud se había mostrado curiosa, quizá horrorizada. Eso había cambiado: el tiempo que TenSoon había pasado en la jaula de escarnio había funcionado como se pretendía. La Segunda Generación había podido promover su infamia, y los kandra que tal vez se habían apiadado de él ahora lo miraban con disgusto. En mil años de historia, nunca habían visto a un criminal como TenSoon.

Soportó las miradas y el desprecio con la cabeza alta, mientras recorría el pasillo con el cuerpo de un perro. Le resultó extraño, por naturales que sintiera los huesos. Solo los había empleado unos meses, pero volver a ponérselos y rechazar el cuerpo humano flaco y desnudo fue más como volver a casa que cuando regresó a la Tierra Natal un año antes.

Y así, lo que se suponía que sería una humillación para él se convirtió, en cambio, en una especie de triunfo. Había sido una esperanza descabellada,

pero había manipulado a la Segunda Generación para que le devolviera el cuerpo del perro. El saco incluso contenía el pelo y las uñas del cuerpo; era probable que simplemente hubieran recogido todo lo que quedó después de forzar a TenSoon a abandonarlo e ingresar en prisión el año anterior.

Los cómodos huesos le proporcionaron fuerza. Este era el cuerpo que le había dado Vin. Ella era el Héroe de las Eras. Tenía que creer en eso.

De lo contrario, estaba a punto de cometer un grandísimo error.

Sus guardias lo condujeron al Cubil de la Confianza. Esta vez, había demasiados curiosos para que cupieran todos en la sala, así que los Segundos declararon que quienes fueran más jóvenes que la Séptima Generación esperaran fuera. Aun así, los kandra llenaban las filas de asientos de piedra. Permanecían sentados en silencio cuando condujeron a TenSoon al disco de metal ligeramente elevado situado en el centro del suelo de piedra. Las amplias puertas se abrieron, y los kandra más jóvenes se apiñaron fuera, escuchando.

TenSoon alzó la cabeza cuando subió a la plataforma. Las abultadas sombras de la Primera Generación esperaban arriba, cada una en su nicho separado, tenuemente iluminados de azul.

KanPaar se acercó a su atril. TenSoon vio satisfacción en el modo en que KanPaar se deslizaba por el suelo. El Segundo sentía que su triunfo era completo: lo que sucedía a quienes ignoraban las directrices de la Segunda Generación no sería olvidado fácilmente. TenSoon se sentó sobre sus cuartos traseros, vigilado por dos kandra con la Bendición de la Potencia chispeando en cada hombro. Llevaban grandes mazas.

—TenSoon de la Tercera Generación —proclamó KanPaar en voz alta—. ¿Estás preparado para soportar la sentencia de tu juicio?

—No habrá ningún juicio —replicó TenSoon. Sus palabras sonaron extrañas al surgir de la boca de un perro, pero fueron lo bastante claras para ser entendidas.

—¿Que no habrá juicio? —preguntó KanPaar, divertido—. ¿Pretendes ahora retractarte de lo que tú mismo exigiste?

—Vine a dar información, no a ser juzgado.

—Yo...

—No hablo contigo, KanPaar —interrumpió TenSoon, dando la espalda al Segundo y mirando hacia arriba—. Estoy hablando con ellos.

—Han oído tus palabras, Tercero —replicó KanPaar—. ¡Contrólate! No dejaré que conviertas este juicio en un circo, como hiciste antes.

Solo un kandra consideraría que una discusión moderada fuese un circo. TenSoon sonrió sin apartar la mirada de los nichos de la Primera Generación.

—Ahora vamos a... —dijo KanPaar.

—¡Vosotros! —gritó TenSoon, haciendo que KanPaar se irritara de nuevo—. ¡Primera Generación! ¿Cuánto tiempo permaneceréis sentados en vuestros cómodos hogares, fingiendo que el mundo de arriba no existe? ¿Pensáis que, si ignoráis los problemas, no os afectarán? ¿O es que habéis dejado de creer en vuestras propias enseñanzas?

»¡Los días de bruma han llegado! ¡Ahora cae la ceniza interminable! La tierra tiembla y se estremece. ¡Podéis condenarme, pero no ignorarme! ¡El mundo pronto morirá! ¡Si queréis que la gente, en todas sus formas, sobreviva, debéis actuar! ¡Debéis estar preparados! ¡Pues puede que pronto necesitéis ordenar a nuestro pueblo que acepte la Resolución!

La sala permaneció en silencio. Varias de las sombras de arriba se agitaron, como incómodas... aunque los kandra no solían reaccionar de ese modo. Demasiado caótico.

Entonces una voz (suave, rasposa y muy cansada) habló desde arriba.

—¡Procede, KanPaar!

El comentario fue tan inesperado que varios miembros del público suspiraron boquiabiertos. La Primera Generación nunca hablaba en presencia de inferiores. TenSoon no se asombró: los había visto, había hablado con ellos, antes de que se volvieran demasiado superiores para tratar con nadie que no fueran los Segundos. No, no se asombró. Tan solo se sintió decepcionado.

—Mi fe en vosotros estaba equivocada —dijo, casi para sí—. No tendría que haber regresado.

—¡TenSoon de la Tercera Generación! —expuso KanPaar, irguiéndose, el Cuerpo Verdadero cristalino chispeando cuando señaló—. ¡Has sido condenado al encarcelamiento ritual de ChanGaar! Serás golpeado hasta romperse, y luego encerrado en un pozo, con solo un agujero para recibir tu ración de comida diaria. ¡Permanecerás allí durante diez generaciones! ¡Solo después de eso serás ejecutado por inanición! Debes saber que tu mayor pecado fue el de la rebelión. Si no te hubieras desviado de la guía y sabiduría de este consejo, jamás habrías considerado adecuado romper el Primer Contrato. ¡Por tu causa, la Confianza ha sido puesta en peligro, igual que todos los kandra de todas las generaciones!

KanPaar dejó que la sentencia resonara en la cámara. TenSoon permaneció sentado en silencio sobre sus cuartos traseros. Obviamente, KanPaar esperaba

algún tipo de respuesta por su parte, pero TenSoon no ofreció ninguna. Por fin, KanPaar indicó a los guardias que cogieran los temibles martillos.

—¿Sabes, KanPaar? —dijo TenSoon—. Aprendí unas cuantas cosas importantes mientras llevaba estos huesos hace un año.

KanPaar volvió a señalar. Los guardias alzaron sus armas.

—Es algo que nunca me había detenido a considerar —dijo TenSoon—. Los humanos, si lo piensas, no están hechos para la velocidad. Sin embargo, los perros sí.

Los martillos cayeron.

TenSoon saltó hacia delante.

Los poderosos cuartos traseros del perro lo pusieron en movimiento. TenSoon era miembro de la Tercera Generación. Nadie había estado comiendo y emulando cuerpos tanto como él, y sabía cómo colocar músculos en un cuerpo. Además, mientras llevaba los huesos de un perro lobo, se había visto obligado a intentar seguir el ritmo de su ama nacida de la bruma. A todos los efectos, había recibido meses enteros de entrenamiento por parte de una de los alomantes con más talento que el mundo había conocido jamás.

Además, la masa corporal transferida de un humano flacucho componía un perro lobo bastante poderoso. Esto, sumado a su habilidad para crear cuerpos, significaba que cuando TenSoon saltó, lo hizo de verdad. Sus guardias gritaron sorprendidos en el momento en que el salto llevó a TenSoon al menos tres metros más allá. Golpeó el suelo sin dejar de correr, pero no se dirigió hacia la puerta. Eso era precisamente lo que esperaban que hiciera.

Corrió directamente hacia KanPaar. El más destacado de los Segundos gritó, alzando unas manos inútiles mientras cincuenta kilos de perro lobo chocaban contra él y lo derribaban al suelo de piedra. TenSoon oyó los agudos crujidos cuando los delicados huesos de KanPaar se quebraron y el Segundo gritaba de un modo muy poco adecuado para un kandra.

Eso parece apropiado, pensó TenSoon, abriendose paso entre las filas de Segundos, rompiendo huesos. *Sinceramente, ¿qué clase de idiota vanidoso lleva un Cuerpo Verdadero hecho de cristal?*

Muchos de los kandra no sabían cómo reaccionar. Otros, sobre todo los más jóvenes, habían pasado mucho tiempo con humanos debido a los Contratos, y estaban más acostumbrados al caos. Se dispersaron y dejaron a sus compañeros mayores sentados en los bancos, aturdidos. TenSoon corrió entre los cuerpos, hacia las puertas. Los guardias apostados junto al atril, los que tenían que haberle roto los huesos, corrieron a socorrer a KanPaar, su

sentido filial del deber superando a su deseo de impedirle la huida. Además, debían de haber visto a la multitud taponando la puerta, y supusieron que TenSoon sería detenido allí.

En cuanto llegó a la multitud, TenSoon volvió a saltar. Vin le había exigido saltar alturas increíbles, y había practicado con muchas estructuras musculares diferentes. Este salto no habría impresionado a Vin (TenSoon ya no tenía la Bendición de la Potencia que había robado a OreSeur), pero fue más que suficiente para permitirle despejar a los kandra. Algunos gritaron, y TenSoon aterrizó en un hueco libre antes de saltar de nuevo hacia la caverna abierta más allá.

—¡No! —oyó gritar en el Cubil de la Confianza—. ¡A por él!

TenSoon echó a correr por uno de los pasadizos. Corrió veloz, mucho más veloz de lo que habría conseguido ningún ser bípedo. Con su cuerpo canino, esperaba poder superar incluso a los kandra que tenían la Bendición de la Potencia.

Adiós a mi hogar, pensó TenSoon, dejando atrás la caverna principal. *Y adiós al poco honor que me quedaba.*

FIN DE LA SEGUNDA PARTE



TERCERA PARTE
LOS CIELOS
ROTOPS

Hay que tener en cuenta que la feruquimia es el poder del equilibrio.

De los tres poderes, este solo fue conocido por los hombres antes de que el conflicto entre Conservación y Ruina llegara a un estado crítico. En la feruquimia, el poder se acumula y luego se recupera. No se produce ninguna pérdida de energía, solo un cambio del tiempo y el ritmo de uso.

34



MARSH ENTRÓ EN EL PUEBLECITO. Los obreros que trabajaban en la improvisada empalizada (que de tan endeble parecía que pudiera derribarse al llamar con los nudillos) interrumpieron su tarea. Los que barrían la ceniza lo vieron pasar con sorpresa, luego con horror. Era extraño cómo lo miraban, demasiado aterrorizados para huir. O, al menos, demasiado aterrorizados para ser los primeros en huir.

Marsh los ignoró. La tierra temblaba bajo sus pies con una hermosa canción; los terremotos eran corrientes aquí, a la sombra del monte Tyrian. Era el Monte de Ceniza más cercano a Luthadel. Marsh se encontraba en el mismísimo territorio de Elend Venture. Pero el emperador lo había abandonado. Eso había sido una invitación para Marsh, y para quien lo controlaba, que en verdad eran lo mismo. Marsh sonrió mientras caminaba.

Una pequeña parte de él seguía libre. No obstante, la dejó dormir. Ruina tenía que pensar que se había rendido. Ese era el tema. Por eso Marsh se oponía solo muy poco, y no combatía. Dejaba que el cielo ceniciente se convirtiera en un ser de moteada belleza, y trataba la muerte del mundo como una bendición.

Ganaba tiempo. Esperaba.

La aldea era una visión inspiradora. La gente pasaba hambre aunque estuviera dentro del Dominio Central, la «zona protegida» de Elend Venture. Tenían la maravillosa expresión angustiada de quienes están a punto de

abandonar toda esperanza. Las calles recibían los cuidados mínimos, las casas (que en su día habían sido mansiones de nobles, ahora estaban llenas de skaa hambrientos), cubiertas de ceniza, los jardines, pelados, y las construcciones, saqueadas para encender hogueras durante el invierno.

Aquella hermosa visión hizo que Marsh sonriera satisfecho. Tras él, la gente por fin empezó a moverse, huyendo, cerrando las puertas. Probablemente había seis o siete mil personas viviendo en el pueblo. No eran asunto de Marsh. No en estos momentos.

A él solo le interesaba un edificio en concreto. Parecía distinto a los demás, una mansión en una hermosa hilera. La población fue antaño lugar de paso de viajeros, y se había convertido en uno de los lugares preferidos por la nobleza para construir segundas residencias. Solo unas cuantas familias nobles vivían aquí de modo permanente, supervisando a los muchos skaa que trabajaban en los campos y plantaciones de las llanuras.

El edificio que Marsh escogió estaba un poco mejor cuidado que los de alrededor. El jardín era más hierbajos que cultivo, y las paredes exteriores de la mansión no habían recibido una limpieza a fondo en años. Sin embargo, pocas secciones parecían haber sido destrozadas para conseguir leña, y un guardia vigilaba desde el portal de entrada.

Marsh lo mató con uno de los afilados triángulos de metal que se usaban otrora en las ceremonias del lord Legislador. Empujó el triángulo, que atravesó el pecho del guardia cuando el hombre abría la boca para darle el alto. El aire quedó extrañamente tranquilo y silencioso cuando la voz del hombre se apagó, y su cuerpo se desplomó a un lado. Los skaa que observaban desde las casas cercanas sabían que no debían reaccionar, así que no se movieron.

Marsh tarareó para sí mientras se encaminaba por el sendero principal hasta la mansión, sorprendiendo a una pequeña bandada de cuervos que había venido a posarse. En otros tiempos, este sendero habría sido un paseo tranquilo entre jardines, el camino marcado por baldosas. Ahora no era más que una trocha a través de un campo lleno de matojos. Era obvio que el dueño del lugar solo podía permitirse un guardia solitario, y nadie dio la voz de alarma ante el avance de Marsh. Pudo llegar hasta la puerta. Sonriendo para sí, llamó.

Una criada abrió las puertas. Se quedó inmóvil al ver a Marsh, sus ojos claveteados, su figura innaturalmente alta, su oscura túnica. Luego se echó a temblar.

Marsh extendió una mano, la palma hacia fuera, con otro de los triángulos. Entonces lo empujó directamente en la cara de la mujer. Le salió por la nuca, y la mujer se desplomó. Marsh pasó por encima del cadáver y entró en la casa.

Era mucho más bonita por dentro de lo que le habría hecho esperar el exterior. Muebles lujosos, paredes recién pintadas, intrincados adornos de cerámica. Marsh arqueó una ceja, escrutando la habitación con sus ojos atravesados por clavos. Tal como funcionaba su visión, le resultaba difícil distinguir los colores, pero ya estaba lo bastante familiarizado con sus poderes para poder detectarlos si quería. Las líneas alománticas de los metales que había dentro de la mayoría de las cosas eran realmente expresivas.

Para Marsh, la mansión era un lugar de prístina blancura y brillantes manchas de color intenso. La escrutó, quemando peltre para amplificar sus capacidades físicas, lo que le permitió caminar de manera más ligera. Mató a dos criados más en el curso de su exploración, y acabó por subir a la primera planta.

Encontró al hombre que buscaba sentado ante una mesa en una habitación de la planta de arriba. Calvo, con un traje caro. Tenía un bigotito en medio de una cara redonda y estaba desplomado, los ojos cerrados, con una botella de fuerte licor vacía a sus pies. Marsh lo observó con disgusto.

—He venido a por ti... —susurró Marsh—. ¿Y cuando finalmente te encuentro, descubro que te has emborrachado hasta la inconsciencia?

El hombre no conocía a Marsh, por supuesto. Eso no impidió que Marsh se sintiera molesto por no poder ver la expresión de terror y sorpresa en los ojos del hombre al descubrir a un inquisidor en su casa. Marsh echaría de menos el miedo, la expectación ante la muerte. Brevemente, Marsh sintió la tentación de esperar hasta que el hombre se recuperara lo suficiente y su muerte pudiera ejecutarse de manera adecuada.

Pero Ruina no quería eso. Marsh suspiró ante aquella injusticia, y luego derribó al hombre inconsciente contra el suelo y le atravesó el corazón con un pequeño clavo de bronce. No era tan grande ni tan grueso como un clavo de inquisidor, pero mataba igual. Marsh lo arrancó del corazón del hombre, a quien dejó muerto en medio de un charco de sangre.

Entonces, Marsh salió del edificio. El noble (Marsh ni siquiera conocía su nombre) había utilizado la alomancia recientemente. Era un ahumador, un brumoso que podía crear nubes de cobre, y el empleo de su habilidad había atraído la atención de Ruina, que deseaba decantar a un alomante.

Así, Marsh había venido a recoger el poder del hombre y atraerlo al clavo. Le parecía un desperdicio. La hemalurgia (en especial, los imbuidos alománticos) era mucho más potente cuando podías atravesar el corazón de la víctima directamente al receptor en espera. De esa forma, se perdía muy poca habilidad alomántica. Hacerlo de esta manera (matar al alomante para crear un clavo, y luego viajar a otro lugar para colocarlo) concedería mucho menos poder al nuevo receptor.

Pero no había nada que discutir. Marsh sacudió la cabeza mientras pasaba de nuevo por encima del cadáver de la criada, y salió a los jardines descuidados. Nadie lo abordó, ni lo miró siquiera, de camino hacia la verja principal. Allí, sin embargo, le sorprendió encontrar a un par de skaa arrodillados en el suelo.

—Por favor, vuestra gracia... —rogó en tono plañidero uno de ellos—. Por favor, envíanos de vuelta a los obligadores. Serviremos mejor esta vez.

—Habéis perdido esa oportunidad —replicó Marsh, mirándolo con sus clavos.

—Volveremos a creer en el lord Legislador —dijo el otro skaa—. Él nos alimentaba. Por favor. Nuestras familias no tienen comida.

—Bueno, no tendréis que preocuparos mucho tiempo por eso —dijo Marsh.

Los hombres continuaron arrodillados, confusos, mientras Marsh se marchaba. No los mató, aunque una parte de él deseaba hacerlo. Por desgracia, Ruina quería reclamar para sí ese privilegio.

Marsh atravesó la llanura que se extendía ante el pueblo. Tras una hora de caminata, se detuvo y se volvió para mirar la comunidad y el alto Monte de Ceniza que se alzaba detrás.

En ese momento, la mitad superior de la montaña explotó, derramando un diluvio de polvo, ceniza y roca. La tierra se estremeció, y un sonido retumbante barrió a Marsh. Entonces, caliente y roja, una gran lengua de magma empezó a correr por la falda del Monte de Ceniza hacia el borde del somero lago y el pueblo a su orilla.

Marsh sacudió la cabeza. Sí. La comida no era el mayor problema de esta ciudad. Tenían que resolver las que eran sus prioridades.

La hemalurgia es un poder del que me gustaría saber mucho menos. Para Ruina, el poder debe tener un coste exorbitado, utilizarlo debe resultar atractivo y, sin embargo, es necesario que siempre el caos y la destrucción con su misma puesta en práctica.

Como concepto, es un arte muy simple. Parasitario. Sin otras personas a quienes robar, la hemalurgia sería inútil.

35



—¿ESTARÁS BIEN AQUÍ? —preguntó Fantasma.

Brisa dio la espalda a la taberna y arqueó una ceja. Fantasma lo había traído, junto con varios soldados de Goradel vestidos de paisano, a una de las tabernas más grandes y famosas. Dentro sonaban voces.

—Sí, esto debería servir —contestó Brisa, mirando la taberna—. Skaa que salen de noche. Nunca creí que llegaría a ver algo así. Tal vez sea verdad que el mundo *está* llegando a su fin...

—Voy a uno de los barrios más pobres de la ciudad —dijo Fantasma en voz baja—. Quiero comprobar algunas cosas.

—Barrios más pobres —murmuró Brisa—. Tal vez debería acompañarte. He descubierto que, cuanto más pobre es la gente, más dispuesta está a soltar la lengua.

—No te ofendas, Brisa, pero me parece que destacarías demasiado.

—¿Qué? —preguntó Brisa, señalando su atuendo marrón de obrero, todo un cambio respecto a los habituales trajes y chalecos—. Llevo esta horrible ropa, ¿no?

—La ropa no lo es todo, Brisa. Es tu porte. Además, no tienes mucha ceniza encima.

—Yo me infiltraba en las clases inferiores mucho antes de que tú nacieras, muchacho —dijo Brisa, agitando un dedo ante él.

—Muy bien —repuso Fantasma. Se agachó y recogió del suelo un puñado de ceniza—. Vamos a frotarte la ropa y la cara...

Brisa hizo un ademán de resistirse.

—Te... veré de vuelta en el cubil —dijo por fin.

Fantasma sonrió, dejó caer la ceniza y desapareció entre las brumas.

—Nunca me gustó —susurró Kelsier.

Fantasma dejó la zona más rica de la ciudad, moviéndose a paso ligero. Cuando llegó a la zanja, no se detuvo, sino que se lanzó y saltó seis metros.

Su capa aleteó tras él mientras caía. Aterrizó con facilidad y continuó a paso vivo. Sin peltre, se habría roto indudablemente varios huesos. Ahora se movía con la misma destreza que antes envidiaba en Vin y Kelsier. Se sentía jubiloso. Con el peltre avivado en su interior, nunca se sentía cansado, ni siquiera fatigado. Incluso acciones sencillas como caminar por la calle hacían que se sintiera lleno de gracia y poder.

Se dirigió rápidamente a las Gradas, dejando atrás las calles más adineradas e internándose en el abigarrado surco repleto de casas, sabiendo exactamente dónde encontrar a su presa. Durn era una de las figuras destacadas de los bajos fondos de Urteau. En parte informador, en parte señor de ladrones, el músico que no fue se había convertido en una especie de alcalde de las Gradas. Hombres así tenían que estar donde la gente pudiera encontrarlos y pagarlos.

Fantasma aún recordaba aquella primera noche tras despertar de sus fiebres unas semanas antes, la noche en que visitó una taberna y escuchó a unos tipos hablar de él. A lo largo de los días siguientes, había visitado unas cuantas tabernas más, y había oído a otros mencionar rumores que hablaban de Fantasma. La llegada de Sazed y Brisa había impedido que abordara a Durn, la aparente fuente de los rumores, respecto a lo que le había estado contando a la gente. Era hora de corregir aquel error.

Fantasma aligeró el paso, dejando atrás montones de tablones descartados y sorteando montones de ceniza, hasta llegar al agujero que Durn llamaba su hogar. Era una sección en la pared del canal que había sido excavada para formar una especie de cueva. Aunque el marco de madera alrededor de la puerta parecía tan podrido y cascado como todo lo demás en las Gradas, Fantasma sabía que por detrás estaba reforzado por una gruesa barra de roble.

Dos brutos montaban guardia fuera. Miraron a Fantasma cuando este se detuvo ante la puerta, la capa agitándose a su alrededor. Era la misma que

llevaba puesta cuando lo arrojaron al fuego, y todavía estaba salpicada de agujeros y marcas de quemaduras.

—El jefe no quiere ver a nadie ahora mismo, chico —dijo uno de los hombretones, sin levantarse de su asiento—. Vuelve más tarde.

Fantasma le dio una patada a la puerta. Se soltó con los goznes rotos, la barra quebró sus engarces y cayó.

Fantasma vaciló un momento, sorprendido. Tenía muy poca experiencia con el peltre para calibrar adecuadamente su uso. Si él se sorprendió, los dos brutos se quedaron de una pieza. Permanecieron sentados, mirando la puerta rota.

—Tal vez tengas que matarlos —susurró Kelsier.

No, pensó Fantasma. *Solo tengo que moverme con rapidez*. Se precipitó al portal abierto, sin necesidad de linterna ni antorcha para poder ver. Sacó unos anteojos y un pañuelo del bolsillo cuando se acercaba a la puerta al fondo del pasillo, y se los colocó mientras los guardias daban la alarma.

Cargó con el hombro contra la puerta con un poco más de cuidado, abriéndola, pero sin romperla. Entró en una habitación bien iluminada donde cuatro hombres jugaban a las cartas en una mesa. Durn iba ganando.

Fantasma señaló a los tres hombres mientras se detenía.

—¡Vosotros tres! ¡Fuera! Durn y yo tenemos que hablar.

Durn continuó sentado, verdaderamente sorprendido. Los brutos llegaron corriendo tras Fantasma, y este se volvió, se agazapó y buscó tras su capa su bastón de duelo.

—No pasa nada —dijo Durn, poniéndose en pie—. Dejadnos.

Los guardias vacilaron, claramente furiosos por haber sido burlados con tanta facilidad. No obstante, acabaron retirándose, acompañados por los compañeros de partida de Durn. La puerta se cerró.

—Ha sido toda una entrada —advirtió Durn, sentándose de nuevo.

—Has estado hablando de mí, Durn —dijo Fantasma, volviéndose—. He oído a gente hablar de mí en las tabernas, y mencionar tu nombre. Has estado esparciendo rumores sobre mi muerte, diciéndole a la gente que yo formaba parte de la banda del Superviviente. ¿Cómo sabías quién era yo, y por qué has estado utilizando mi nombre?

—¡Oh, vamos! —exclamó Durn, frunciendo el ceño—. ¿Crees que eras un tipo anónimo? Eras amigo del Superviviente y has pasado mucho tiempo viviendo en el palacio del emperador.

—Luthadel está muy lejos de aquí.

—No tanto para que no viajen las noticias —replicó Durn—. ¿Un ojo de estaño que viene a espiar a la ciudad y no escatima en gastar dinero? No costó mucho deducir quién eras. Además, están tus ojos.

—¿Qué les pasa a mis ojos?

El hombre se encogió de hombros.

—Todo el mundo sabe que pasan cosas extrañas en la banda del Superviviente.

Fantasma no supo cómo interpretar esas palabras. Avanzó y miró las cartas que había sobre la mesa. Cogió una, sintiendo su papel. Sus sentidos amplificados le permitieron sentir la rugosidad del anverso.

—¿Cartas marcadas? —preguntó.

—Por supuesto. Un juego de práctica, para ver si mis hombres saben leer bien las pistas.

Fantasma arrojó la carta sobre la mesa.

—Aún no me has dicho por qué has estado difundiendo rumores sobre mí —insistió.

—No te ofendas, chico. Pero... bueno, se supone que estás muerto.

—Si eso crees, ¿por qué te molestas en hablar de mí?

—¿A ti qué te parece? —dijo Durn—. La gente adora al Superviviente... y todo lo relacionado con él. Por eso Quellion usa su nombre tan a menudo. Pero, si pudiera demostrar que Quellion mató a uno de los miembros del grupo de Kelsier... bueno, hay mucha gente en la ciudad a la que eso no le gustaría.

—Así que solo intentas ayudar —dijo Fantasma cansinamente—. Por pura bondad de corazón.

—No eres el único que piensa que Quellion está arruinando esta ciudad. Si realmente perteneces a la banda del Superviviente, sabrás que a veces la gente lucha.

—Me parece difícil considerarte un altruista, Durn. Eres un ladrón.

—Tú también.

—No sabíamos dónde nos metíamos —repuso Fantasma—. Kelsier nos prometió riquezas. ¿Qué sacas tú de todo esto?

Durn resopló.

—Al Ciudadano no se le dan nada bien los negocios. ¿Vino tinto de Venture vendiéndose a una fracción de clip? Nuestro contrabando se ha reducido a un hilillo porque todo el mundo teme comprar nuestros artículos. Las cosas *nunca* fueron tan mal con el lord Legislador. —Se inclinó hacia

delante—. Si tus amigos que se alojan en el viejo edificio del Ministerio creen que pueden hacer algo con ese lunático que gobierna esta ciudad, diles que cuentan conmigo. No quedan muchos bajos fondos en esta ciudad, pero a Quellion le sorprenderá el daño que pueden causar si se manipulan de manera adecuada.

Fantasma guardó silencio un momento.

—Hay un hombre sonsacando información en la taberna de la calle del Arroyo Oeste —dijo al fin—. Envía a alguien para que hable con él. Es un aplacador, el mejor que conocerás en tu vida, pero destaca un poco. Hazle tu oferta.

Durn asintió.

Fantasma se dio la vuelta para marcharse, pero luego miró a Durn.

—No le menciones mi nombre, ni lo que me ha pasado.

Dicho esto, recorrió el pasillo, dejando atrás a los guardias y los hampones que había expulsado de la partida de cartas. Fantasma se quitó la venda mientras salía al brillo casi diurno de la noche estrellada.

Recorrió las Gradas tratando de decidir qué pensaba del encuentro. Durn no le había revelado nada importante. Sin embargo, Fantasma sentía como si realmente estuviera pasando algo a su alrededor, algo que no había planeado, algo que no podía descifrar del todo. Cada vez se sentía más cómodo con la voz de Kelsier, y con su peltre, pero aún le preocupaba no poder estar a la altura del puesto que ocupaba.

—Si no eliminas pronto a Quellion —le advirtió Kelsier—, encontrará a tus amigos. Ya está preparando asesinos.

—No los enviará —dijo Fantasma en voz baja—. Sobre todo, si ha oído los rumores de Durn sobre mí. Todo el mundo sabe que Sazed y Brisa pertenecían a tu banda. Quellion no actuará a menos que resulten ser una amenaza tan grande que no le quede más remedio.

—Quellion es un tipo inestable. No esperes demasiado. No quieras averiguar lo irracional que puede llegar a ser.

Fantasma guardó silencio. Entonces oyó pasos que se acercaban velozmente. Notó las vibraciones en el suelo. Se dio la vuelta y se aflojó la capa, buscando su arma.

—No corres peligro —dijo Kelsier tranquilamente.

Fantasma se relajó cuando alguien dobló la esquina. Era uno de los hombres de la partida de cartas de Durn. El hombre resoplaba, la cara enrojecida de cansancio.

—¡Mi señor!

—No soy ningún señor —replicó Fantasma—. ¿Qué ha pasado? ¿Durn corre peligro?

—No, señor. Es que... yo...

Fantasma arqueó una ceja.

—Necesito tu ayuda —dijo el hombre, entre jadeos—. Cuando nos dimos cuenta de quién eras, ya te habías marchado. Es que...

—¿Ayuda con qué? —dijo Fantasma.

—Mi hermana, señor —respondió el hombre—. Se la llevó el Ciudadano. Nuestro... padre era noble. Durn me escondió, pero Mailey fue vendida por la mujer que tenía que cuidarla. Señor, solo tiene siete años. ¡Va a quemarla dentro de unos pocos días!

Fantasma frunció el ceño. *¿Qué espera que haga?* Abrió la boca para hacer la pregunta, pero se detuvo. Ya no era el mismo hombre. No estaba limitado como lo habría estado el antiguo Fantasma. Podía hacer algo más.

Lo que habría hecho Kelsier.

—¿Puedes reunir a diez hombres? —preguntó—. ¿Amigos tuyos, dispuestos a formar parte de un trabajo nocturno?

—¡Claro! Creo que sí. ¿Tiene que ver con salvar a Mailey?

—¡No! —respondió Fantasma—. Tiene que ver con tu pago por salvar a Mailey. Tráeme a esos obreros y haré lo que pueda para ayudar a tu hermana.

El hombre asintió ansiosamente.

—¡Hazlo ya! —añadió Fantasma, señalando—. Empezamos esta noche.

En la hemalurgia, el tipo de metal usado con el clavo es importante, igual que la colocación del clavo en el cuerpo. Por ejemplo, los clavos de acero absorben los poderes físicos de la alomancia (la capacidad para quemar peltre, estaño, acero o hierro) y se los conceden al receptor del clavo. Sin embargo, cuál de los cuatro poderes se concede depende de dónde se coloca el clavo.

Los clavos hechos de otros metales roban las habilidades feruquímicas. Por ejemplo, todos los inquisidores originales recibían un clavo de oro, tras haber sido clavado primero en el cuerpo de un feruquimista, que daba al inquisidor la capacidad de almacenar poder curador. (Aunque no podían hacerlo tan rápidamente como un feruquimista real, ya que la hemalurgia decae.) Obviamente, de aquí era de donde los inquisidores conseguían su infame capacidad para recuperarse fácilmente de las heridas, y por eso necesitaban descansar tanto.

36



—NO TENDRÍAS QUE HABER ENTRADO —dijo Cett llanamente.

Elend frunció los labios, cabalgando a lomos de su corcel hasta el centro del campamento. Tindwyl le había enseñado que era bueno dejarse ver por los suyos, sobre todo en situaciones donde podía controlar la forma en que era percibido. Estaba de acuerdo con esta lección concreta, y por eso cabalgaba, con una capa negra para enmascarar las manchas de ceniza y asegurándose de que sus soldados supieran que era uno de ellos. Cett cabalgaba junto a él, atado a su silla especial.

—¿Crees que corrí demasiado peligro al entrar en la ciudad? —preguntó Elend, saludando con la cabeza a un grupo de soldados que habían hecho una pausa en sus labores matutinas para saludarlo.

—No, los dos sabemos que me importa un bledo si vives o si mueres, muchacho. Además, eres un nacido de la bruma. Podrías haber salido de allí si las cosas se hubieran puesto feas.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué fue un error?

—Porque conociste a gente. Hablaste con ellos, bailaste con ellos. ¡Demonios, muchacho! ¿No ves por qué es un problema? Cuando llegue el momento de atacar, te preocuparás por la gente a la que vas a herir.

Elend cabalgó en silencio durante unos instantes. Las brumas de la mañana le parecían ya algo normal. Oscurecían el campamento, enmascarando así su tamaño. Incluso para sus ojos amplificados por el estaño, las lejanas tiendas se convertían en bultos perfilados. Era como si cabalgara a través de un mundo místico, un lugar de sombras ahogadas y sonidos distantes.

¿Había sido un error entrar en la ciudad? Tal vez. Elend conocía las teorías de las que hablaba Cett, sabía lo importante que era para un general ver a sus enemigos no como individuos, sino como números. Obstáculos.

—Me alegra mi decisión —dijo Elend.

—Lo sé —respondió Cett, rascándose la hirsuta barba—. Para ser sinceros, eso es lo que a mí me frustra. Eres un hombre compasivo. Eso es una debilidad, pero no el auténtico problema. El *problema* es tu incapacidad para tratar con tu propia compasión.

Elend arqueó una ceja.

—Deberías saber que no es conveniente relacionarse con el enemigo, Elend —dijo Cett—. ¡Tendrías que haber sabido cómo reaccionarías, y planeado evitar esta misma situación! ¡Demonios, muchacho!, todo líder tiene debilidades... ¡Los que vencen son los que aprenden a eliminar esas debilidades, no a darles impulso!

Como Elend no respondía, Cett simplemente suspiró.

—Muy bien, pues, hablemos del asedio. Los ingenieros han bloqueado varias corrientes que van a la ciudad, pero no creen que sean la principal fuente de agua.

—No lo son —confirmó Elend—. Vin ha localizado seis pozos importantes dentro de la ciudad.

—Deberíamos envenenarlos.

Elend guardó silencio. Sus dos mitades guerreaban en su interior. El hombre que había sido solo quería proteger a tanta gente como fuera posible. El hombre en el que se estaba convirtiendo era más realista. Sabía que a veces tenía que matar, o al menos incomodar, para poder salvar.

—Muy bien —dijo Elend—. Le encargaré a Vin que lo haga esta noche... y que deje un mensaje escrito en los pozos diciendo lo que hemos hecho.

—¿De qué servirá eso? —preguntó Cett, frunciendo el ceño.

—No quiero matar a esa gente, Cett. Quiero preocuparlos. De esta forma, acudirán a Yomen en busca de agua. Con toda la ciudad haciendo exigencias, tendría que acudir rápidamente al suministro de agua de su depósito.

Cett gruñó. Sin embargo, parecía complacido porque Elend había aceptado su sugerencia.

—¿Y las aldeas adyacentes?

—Intimídalas como quieras. Organiza a diez mil hombres y envíalos para que las hostiguen... pero sin matar. Quiero que los espías de Yomen que hay en la zona le envíen notas preocupantes de que su reino se desploma.

—Estás intentando jugar a esto a medias, muchacho —le advirtió Cett—. Tarde o temprano, tendrás que elegir. Si Yomen no se rinde, tendrás que atacar.

Elend detuvo su caballo ante la tienda de mando.

—Lo sé —dijo en voz baja.

Cett bufó, pero guardó silencio mientras los soldados salían de la tienda para desatarlo de su silla. Sin embargo, cuando se disponían a hacerlo, la tierra empezó a temblar. Elend maldijo, esforzándose por mantener el control de su caballo, que se asustó. El temblor sacudió las lonas, arrancó los postes y derribó un par de tiendas, y Elend oyó estrépito de metal cuando tazas, espadas y otros artículos cayeron al suelo. Poco después, el temblor remitió, y se volvió para mirar a Cett y comprobar cómo se encontraba. El hombre había conseguido mantener el control de su montura, aunque una de sus piernas inútiles colgaba libre de la silla, y parecía a punto de caer. Su hijo, Gneorndin, se apresuró a ayudarlo.

—Estos malditos temblores son cada vez más frecuentes —se quejó Cett.

Elend calmó a su caballo, que resoplaba en la niebla. Por todo el campamento los soldados maldecían y gritaban. El último terremoto se había producido solo unas semanas antes. En teoría, los terremotos no habían sido comunes en el Imperio Final: durante su juventud, Elend nunca había oído hablar de ninguno en los Dominios Interiores.

Suspiró, desmontó de su caballo y tendió las riendas a un ayudante; luego siguió a Cett a la tienda de mando. Los sirvientes sentaron a Cett en una silla y después se retiraron, dejándolos a los dos a solas. Cett miró a Elend, con aspecto preocupado.

—¿Te contó ese necio de Ham las noticias de Luthadel?

—¿O la falta de noticias? —preguntó Elend, suspirando—. Sí.

De la capital no llegaba ni un rumor, ni mucho menos los suministros que Elend había ordenado traer por el canal.

—No tenemos mucho tiempo, Elend —recordó Cett en voz baja—. Unos pocos meses, como mucho. Tiempo suficiente para debilitar la determinación de Yomen, y tal vez hacer que su gente pase tanta sed que empiece a anhelar la invasión. Pero, si no recibimos suministros, es imposible que podamos mantener este asedio.

Elend miró al anciano. Cett estaba sentado en su silla con expresión arrogante, mirándolo a los ojos. Gran parte de lo que hacía el hombre era pose: había perdido el uso de sus piernas hacía mucho tiempo por una enfermedad, lo que le privaba de intimidar físicamente a nadie. Así que tuvo que encontrar otras formas de hacerse amenazador.

Cett sabía golpear donde dolía. Podía detectar los puntos débiles de la gente y explotar sus virtudes de formas que Elend rara vez había visto conseguir incluso a los aplacadores expertos. Y lo hacía mientras ocultaba un corazón que Elend sospechaba era mucho más blando de lo que Cett admitiría jamás.

Ese día parecía particularmente inquieto. Como si le preocupara algo. Algo importante para él... ¿algo que se había visto obligado a dejar atrás, tal vez?

—Ella estará bien, Cett —lo consoló Elend—. A Allrianne no le sucederá nada mientras esté con Sazed y Brisa.

Cett gruñó y agitó una mano indiferente... aunque desvió la mirada.

—Estoy mejor sin esa maldita muchacha alocada cerca. ¡Que el aplacador se la quede, si quiere! ¡Además, no estamos hablando de mí, sino de ti y de este asedio!

—Tendré en cuenta tus aportaciones, Cett. Atacaremos si lo considero necesario —dijo Elend. Mientras hablaba, la puerta de la tienda se abrió y entró Ham, acompañado por una figura a quien Elend no veía desde hacía varias semanas... al menos, fuera de la cama.

»¡Demoux! —exclamó Elend, acercándose al general—. ¡Te has levantado!

—A duras penas, majestad —respondió Demoux. Aún se le veía pálido—. Sin embargo, he recuperado suficientes fuerzas para moverme un poco.

—¿Y los demás? —preguntó Elend.

—La mayoría están ya recuperados. Demoux es de los últimos. Unos cuantos días más, y el ejército recuperará todas sus fuerzas.

Menos los que murieron, pensó Elend.

Cett miró a Demoux.

—La mayoría de los hombres se recuperaron hace semanas. Un poco más débil de lo que cabría esperar, ¿eh, Demoux? Al menos, eso es lo que he oído.

Demoux se ruborizó.

Elend frunció el ceño.

—¿Qué?

—No es nada, majestad —dijo Demoux.

—En mi campamento no existe eso de «nada», Demoux —replicó Elend—.

¿Qué me estoy perdiendo?

Ham suspiró y acercó una silla. Le dio la vuelta y se sentó al revés, apoyando sus musculosos brazos en el respaldo.

—Es solo un rumor que corre en el campamento, El.

—¡Soldados! —dijo Cett—. Todos son iguales... supersticiosos como viejas.

Ham asintió.

—A algunos se les ha metido en la cabeza que los hombres que enfermaron por las brumas fueron castigados.

—¿Castigados? —preguntó Elend—. ¿Por qué?

—Falta de fe, majestad —contestó Demoux.

—¡Tonterías! —exclamó Elend—. Todos sabemos que las brumas golpean al azar.

Los otros compartieron una mirada, y Elend tuvo que pararse a recapacitar. *No. No era al azar... al menos, las estadísticas decían lo contrario.*

—En cualquier caso —añadió, decidido a cambiar de tema—, ¿cuáles son los informes diarios?

Los tres hombres informaron por turnos de sus diversas funciones en el campamento. Ham se encargaba de la moral y la instrucción, Demoux, de los suministros y las tareas del campamento, y Cett, de la táctica y las patrullas. Elend, con las manos a la espalda, escuchó los informes, pero solo a medias. No eran muy distintos a los del día anterior, aunque se alegró de ver que Demoux había vuelto a la actividad. Era mucho más eficaz que sus ayudantes.

Mientras ellos hablaban, Elend divagaba. El asedio iba bastante bien, pero una parte de él (la parte entrenada por Cett y Tindwyl) se reconcomía con la espera. Bien podría haber tomado la ciudad de inmediato. Contaba con los koloss, y todos los informes decían que sus tropas eran mucho más experimentadas que las de Fadrex. Las formaciones rocosas proporcionarían cobertura a los defensores, pero Elend no se hallaba en tan mala posición como para no poder ganar.

Ahora bien, hacerlo costaría muchas muchas vidas.

Ese era el último escollo que debía superar, el último peldaño que le haría pasar de defensor a agresor. De protector a conquistador. Y le frustraba su propia vacilación.

Había otro motivo por el que entrar en la ciudad había sido mala cosa para Elend. Le habría resultado más fácil considerar a Yomen un tirano malvado, un obligador corrupto leal al lord Legislador. Ahora, por desgracia, sabía que Yomen era un hombre razonable. Y con buenos argumentos. En cierto modo, su valoración de Elend era cierta. Hablaba de democracia, pero había tomado su trono por la fuerza.

Creía que era lo que la gente necesitaba de él. Sin embargo, eso lo convertía en un hipócrita. Con todo, por esa misma lógica, sabía que debía enviar a Vin a asesinar a Yomen. Pero ¿podría ordenar la muerte de un hombre que no había hecho nada malo aparte de interponerse en su camino?

Asesinar al obligador parecía una acción tan retorcida como enviar a sus koloss a atacar la ciudad. *Cett tiene razón*, pensó. *Intento jugar en ambas bandas*. Cuando hablaba con Telden en el baile, por un instante se sintió muy seguro de sí mismo. Y lo cierto es que aún creía lo que había dicho. Elend *no* era el lord Legislador. Daba a su pueblo más libertad y más justicia.

Sin embargo, era consciente de que este asedio podría desequilibrar la balanza entre quién era y en quién temía poder convertirse. ¿En verdad podía justificar la invasión de Fadrex matando a sus ejércitos y saqueando sus recursos, todo supuestamente para proteger al pueblo del imperio? ¿Podría atreverse a hacer lo contrario: alejarse de Fadrex y abandonar los secretos de aquella caverna, los secretos potencialmente capaces de salvar a todo el imperio, a un hombre que aún pensaba que el lord Legislador regresaría para salvar a su pueblo?

No estaba preparado para decidir. Por ahora, había tomado la determinación de agotar todas las demás opciones. Cualquier cosa que le impidiera tener que invadir la ciudad. Eso incluía asediarla para hacer que Yomen fuera más colaborador. También incluía introducir a Vin en la caverna de almacenaje. Sus informes indicaban que el edificio estaba muy bien protegido. Ella no estaba segura de poder entrar una noche cualquiera. Sin embargo, durante un baile, las defensas podían ser más permeables; sería el momento perfecto para echar un vistazo a lo que había oculto en aquella cueva.

Suponiendo que Yomen no haya eliminado sin más la última inscripción del lord Legislador, pensó Elend. *O que hubiera algo allí para empezar*.

Sin embargo, había una posibilidad. El mensaje final del lord Legislador, la última ayuda que había dejado para su pueblo. Si Elend pudiera hallar la manera de conseguir esa ayuda sin tener que entrar por la fuerza en la ciudad, matando a miles de personas, lo haría.

Los hombres terminaron con sus informes, y Elend los despidió. Ham se marchó rápidamente, pues quería iniciar la sesión de entrenamiento de la mañana. Cett se fue momentos después, transportado de regreso a su propia tienda. Demoux, sin embargo, se quedó. A veces resultaba difícil recordar lo joven que era Demoux: apenas mayor que el propio Elend. La cabeza calva y las numerosas cicatrices lo hacían parecer mucho mayor de lo que era, igual que los efectos aún visibles de su prolongada enfermedad.

Demoux vacilaba por algo. Elend esperó, y finalmente el hombre bajó la mirada, como avergonzado.

—Majestad, creo que debo pedir que me releves de mi puesto como general.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Elend con cautela.

—Creo que ya no soy digno del puesto.

Elend frunció el ceño.

—Solo un hombre en quien el Superviviente confíe debería dirigir este ejército, mi señor —añadió Demoux.

—Estoy seguro de que confía en ti.

Demoux negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué me hizo caer enfermo? ¿Por qué me escogió a mí, de entre todos los hombres del ejército?

—Ya te lo he dicho, fue aleatorio, Demoux.

—Mi señor, odio mostrarme en desacuerdo, pero ambos sabemos que eso no es cierto. Después de todo, fuiste tú quien señaló que los que cayeran enfermos lo harían por voluntad de Kelsier.

Elend hizo una pausa.

—¿Eso dije?

Demoux asintió.

—Aquella mañana en que expusimos nuestro ejército a las brumas, gritaste que recordáramos que Kelsier es el Señor de las Brumas, y que la enfermedad debía de ser, por lo tanto, su voluntad. Creo que tenías razón. El Superviviente es el Señor de las Brumas. Él mismo lo proclamó, durante las noches anteriores a su muerte. Él está detrás de la enfermedad, mi señor. Lo sé. Vio a quienes carecían de fe y los maldijo.

—Eso no es lo que quise decir, Demoux. Estaba dando a entender que Kelsier quería que sufriéramos este contratiempo, pero no que apuntara a individuos concretos.

—Sea como fuere, mi señor, pronunciaste esas palabras.

Elend agitó una mano, sin darle importancia.

—Entonces, ¿cómo explicas los extraños números, mi señor? —inquirió Demoux.

—No estoy seguro —contestó Elend—. Admito que el número de personas que caen enfermas arroja una extraña estadística, pero eso no dice nada sobre ti específicamente, Demoux.

—No me refiero a ese número, mi señor —precisó Demoux, todavía con la cabeza gacha—. Me refiero al número que continúa enfermo mientras los demás se recuperan.

Elend vaciló.

—Espera. ¿Qué es esto?

—¿No te has enterado, mi señor? —preguntó Demoux en la silenciosa tienda—. Los escribas han estado hablando de ello, y se ha difundido por todo el ejército. Creo que la mayoría no entiende las cifras y demás, pero sí comprenden que está pasando *algo* extraño.

—¿Qué cifras?

—Seis mil personas cayeron enfermas, mi señor.

Exactamente el dieciséis por ciento del ejército, pensó Elend.

—De esos, quinientos murieron —dijo Demoux—. Y de los restantes, casi todos se recuperaron en un día.

—Pero algunos no lo hicieron. Como tú.

—Como yo —dijo Demoux en voz baja—. Trescientos sesenta y tres de nosotros continuamos enfermos mientras los demás mejoraban.

—¿Y?

—Exactamente la decimosexta parte de los que cayeron enfermos, mi señor —dijo Demoux—. Treinta y seis murieron, pero los otros trescientos veintisiete permanecimos enfermos *exactamente* dieciséis días. Justos.

La puerta de la tienda se agitó con la brisa. Elend guardó silencio, y no pudo contener un escalofrío.

—¡Coincidencia! —exclamó por fin—. Los estadísticos en busca de conexiones *siempre* pueden encontrar extrañas coincidencias y anomalías, si se esfuerzan.

—Esto no parece una simple anomalía, mi señor —repuso Demoux—. Es exacto. El mismo número sigue apareciendo una y otra vez. Dieciséis.

Elend negó con la cabeza.

—Aunque así sea, Demoux, no *significa* absolutamente nada. Es solo un número.

—Es el número de meses que el Superviviente pasó en el Pozo de Hathsin.

—Coincidencia.

—Es la edad que tenía lady Vin cuando se convirtió en nacida de la bruma.

—Una vez más, coincidencia —insistió Elend.

—Parece que hay demasiadas coincidencias relacionadas con esto, mi señor —dijo Demoux.

Elend frunció el ceño y se cruzó de brazos. Demoux tenía razón en eso. *Mi negativa no nos lleva a ninguna parte. Necesito saber qué piensa la gente, no solo llevarles la contraria.*

—Muy bien, Demoux —cedió Elend—. Aceptemos que ninguna de estas cosas es una coincidencia. Pareces tener una teoría sobre lo que son.

—Lo que dije antes, mi señor —respondió Demoux—. Las brumas son del Superviviente. Toman a ciertas personas y las matan, a otros nos hacen enfermar... y dejan el número dieciséis como prueba de que él está realmente detrás del hecho. Así que, por tanto, la gente que más enferma es la que más lo ha molestado.

—Bueno, salvo los que *murieron* por la enfermedad —observó Elend.

—Cierto —dijo Demoux, alzando la cabeza—. Así que... tal vez haya esperanza para mí.

—No se suponía que fuera a ser un momento de consuelo, Demoux. Sigo sin aceptar todo esto. Tal vez *haya* rarezas, pero tu interpretación se basa en la especulación. ¿Por qué iba a estar molesto contigo el Superviviente? Eres uno de sus sacerdotes más fieles.

—Yo elegí el puesto, mi señor —contestó Demoux—. Él no me escogió. Yo solo... empecé a predicar lo que había visto, y la gente me escuchó. Eso debe de ser lo que hice para ofenderlo. Si me hubiera querido para eso, me habría elegido cuando estaba vivo, ¿no crees?

No creo que al Superviviente le importara mucho todo esto cuando estaba vivo, pensó Elend. *Solo quería provocar suficiente ira en los skaa para que se rebelaran.*

—Demoux, sabes que el Superviviente no organizó esta religión en vida. Solo hombres y mujeres como tú, los que se volvieron hacia sus enseñanzas

una vez muerto, han podido construir una comunidad de fieles.

—Ciento —dijo Demoux—. Pero se apareció a algunos después de morir. Yo no fui uno de ellos.

—No se apareció a nadie —desmintió Elend—. Era OreSeur el kandra que llevaba su cuerpo. Y lo sabes, Demoux.

—Sí. Pero ese kandra actuó a petición del Superviviente. Y yo no estaba en la lista de los que visitó.

Elend posó una mano sobre el hombro de Demoux, y miró al hombre a los ojos. Había visto al general, cansado y veterano más allá de sus años, mirar decididamente a un salvaje koloss metro y medio más alto que él. Demoux no era un hombre débil, ni de cuerpo ni de fe.

—Demoux, lo digo de la forma más amable, pero tu autocompasión está interfiriendo. Si esas brumas *te* afectaron, debemos usarlo como prueba de que sus efectos no tienen *nada* que ver con el descontento de Kelsier. No tenemos tiempo para que te cuestiones a ti mismo... Ambos sabemos que eres el doble de devoto que cualquier otro hombre de este ejército.

Demoux se ruborizó.

—Piénsalo —dijo Elend, dando un empujoncito alomántico adicional a las emociones de Demoux—. En vez de compadecerte tanto de ti mismo, necesitamos seguir adelante y descubrir el *verdadero* motivo por el que las brumas se comportan como lo hacen.

Demoux vaciló un momento, y luego por fin asintió.

—Tal vez tengas razón, mi señor. Tal vez esté adelantándome en mis conclusiones.

Elend sonrió. Entonces se detuvo y pensó en sus propias palabras. *La prueba obvia de que la fidelidad de una persona no tiene nada que ver con ser afectado o no por las brumas...*

Eso no era del todo cierto. Demoux era uno de los más fervientes creyentes del campamento. ¿Y los otros que habían estado enfermos tanto tiempo como él? ¿Serían también hombres de fe extrema? Elend abrió la boca para formular la pregunta. En ese preciso instante, empezaron los gritos.

El declive hemalúrgico era menos obvio en los inquisidores creados a partir de nacidos de la bruma. Como ya tenían poderes alománticos, la suma de otras habilidades los volvía asombrosamente fuertes.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, los inquisidores eran creados a partir de brumosos. Parece que los buscadores como Marsh eran los reclutas favoritos. Porque, cuando no había un nacido de la bruma disponible, un inquisidor con habilidades amplificadas de bronce constituía una poderosa herramienta para buscar a otros brumosos skaa.

37



SE OÍAN GRITOS EN LA DISTANCIA. Vin se irguió en su camarote. No estaba durmiendo, aunque poco le faltaba. Otra noche explorando Ciudad Fadrex la había dejado cansada.

Sin embargo, toda fatiga quedó olvidada cuando los sonidos de la batalla retumbaron en el norte. *¡Por fin!*, pensó, apartando las mantas y saliendo del camarote. Tenía puestos sus pantalones habituales y su camisa y, como siempre, llevaba varios frascos de metales. Se bebió uno mientras cruzaba la cubierta del barco.

—¡Lady Vin! —llamó uno de los marineros a través de las brumas del día —. ¡Han atacado el campamento!

—Ya era hora —susurró Vin mientras se empujaba gracias a las cornamusas del barco y saltaba al aire. Atravesó las brumas de la mañana, cuyos rizos y jirones de blanco la hicieron sentirse como un pájaro que vuela a través de una nube.

Con ayuda del estañero, pronto encontró la batalla. Varios grupos de hombres a caballo habían irrumpido en la sección norte del campamento, y al parecer intentaban abrirse paso hacia las gabarras de suministros, que flotaban en un recodo bien protegido del canal. Un grupo de alomantes de Elend había establecido un perímetro a un lado, los violentos delante, mientras los

lanzamoneda abatían a los jinetes desde atrás. Los soldados regulares contenían la línea media, luchaban bien, y las barricadas y fortificaciones del campamento retenían a los jinetes.

Elend tenía razón, pensó con orgullo, descendiendo a través del aire. Si no hubiéramos expuesto nuestros hombres a las brumas, ahora mismo tendríamos problemas.

La previsión del rey había salvado sus suministros y servido como cebo para hacer salir a las fuerzas de acoso de Yomen. Los jinetes probablemente esperaban arrasar fácilmente el campamento, pillando a los soldados desprevenidos y atrapados por la bruma, y luego prender fuego a las barcazas de suministros. En cambio, las patrullas y los exploradores de Elend habían proporcionado suficientes advertencias, y la caballería enemiga se vio atrapada en un combate frontal.

Los soldados de Yomen trataban de internarse en el campamento por el lado sur. Aunque los soldados de Elend luchaban bien, sus enemigos iban a caballo. Vin recorrió el cielo, avivando peltre y reforzando su cuerpo. Lanzó una moneda, la empujó para refrenarse, y golpeó el oscuro suelo, levantando una gran nube de ceniza. El ala sur de los jinetes había penetrado hasta la tercera línea de tiendas. Vin decidió aterrizar entre ellos.

Los caballos no están herrados, pensó mientras los soldados se volvían hacia ella. Y las lanzas... con puntas de piedra, en vez de espadas. Yomen tiene cuidado.

Casi parecía un desafío. Vin sonrió, agradeciendo la adrenalina después de tantos días de espera. Los capitanes de Yomen empezaron a dar voces, dirigiendo su ataque hacia Vin. En cuestión de segundos, una fuerza de treinta jinetes se volvió contra ella.

Vin los miró. Y saltó. No necesitó acero para llegar muy alto: le bastó con sus músculos amplificados por el peltre. Remontó la lanza del soldado en cabeza, sintiéndola pasar en el aire bajo ella. La ceniza se revolvió en las brumas de la mañana cuando el pie de Vin alcanzó al soldado en la cara, derribándolo de su silla. Aterrizó junto al cuerpo que aún rodaba, luego lanzó una moneda y se empujó a un lado, apartándose de los caballos al galope. El desafortunado jinete que había desmontado gritó cuando sus amigos lo arrollaron sin querer.

El empujón de Vin la llevó a través de la puerta abierta de una gran tienda. Rodó, empujó contra las picas de metal de la tienda y las arrancó del suelo.

Las paredes se estremecieron, y se oyó un chasquido de lonas cuando la tienda salió disparada por los aires, tensa, porque todas las picas salieron en distintas direcciones. La ceniza revoloteó por el estallido del aire, y los soldados de ambas partes del conflicto se volvieron hacia Vin. Esta se levantó y esperó a que la tienda cayera ante ella antes de empujar. La lona se hinchó en el aire, y las picas se soltaron, disparadas hacia los jinetes y los caballos.

Hombres y bestias cayeron. La lona aleteó hasta posarse en el suelo ante ella. Vin sonrió, saltó sobre la maraña cuando los soldados intentaban organizar otro ataque. No les dio tiempo. Los soldados de Elend en la zona se habían replegado, cubriendo el centro de la línea defensiva, dejando libre a Vin para atacar sin temor a herir a sus propios hombres.

Se lanzó entre los jinetes, cuyas enormes monturas los entorpecían mientras trataban de seguirla. Hombres y caballos giraron, y Vin tiró, arrancando tiendas del suelo y usando sus picas de metal como flechas. Docenas cayeron ante ella.

Oyó galopar a su espalda, y se volvió para ver que uno de los oficiales enemigos había conseguido organizar otra carga. Diez hombres se abalanzaban sobre ella, algunos con las lanzas preparadas, otros con arcos.

A Vin no le gustaba matar. Pero amaba la alomancia, amaba el desafío de usar sus habilidades, la fuerza y la pasión de los empujones y tirones, el sentido eléctrico de poder que solo producía un cuerpo avivado con peltre. Cuando hombres como estos le daban una excusa para luchar, no se contenía.

Las flechas no tenían ninguna posibilidad contra ella. El peltre le proporcionó velocidad y equilibrio cuando se apartó girando, tirando de una fuente de metal tras ella. Saltó al aire mientras una tienda le pasaba por debajo, impelida por su tirón de un momento antes. Aterrizó, y entonces empujó varias de las picas, un par de ellas en cada uno de los rincones de la tienda. La tienda se dobló sobre sí misma, como una servilleta cuando alguien tira con fuerza de esquinas opuestas.

Y golpeó las patas de los caballos como una trampa. Vin quemó duraluminio, y luego empujó. Los caballos de delante relincharon, el arma improvisada los derribó al suelo. La lona chasqueó y las picas se soltaron, pero el daño estaba hecho: los que iban delante obstruyeron a los que venían detrás, y los hombres se derrumbaron junto con sus bestias.

Vin apuró otro frasco para reponer su acero. Entonces tiró, arrastrando hacia sí otra tienda. Cuando se acercaba, saltó, y luego se volvió y empujó la tienda hacia otro grupo de hombres montados que tenía detrás. Las picas de

las tiendas golpearon a uno de los soldados en el pecho, lanzándolo de espaldas. Chocó contra los otros soldados y desató el caos.

El hombre golpeó el suelo, desplomándose sin vida entre la ceniza. Todavía atada hacia él por las picas que llevaba clavadas en el pecho, la tienda de lona se agitó, cubriendolo como una mortaja funeraria. Vin se giró, buscando más enemigos. Los jinetes, sin embargo, empezaban a retirarse. Avanzó, intentando perseguirlos, pero se detuvo. Alguien la observaba: podía ver su sombra en la bruma. Quemó bronce.

La figura resonaba con el poder de los metales. Alomante. Nacido de la bruma. Era demasiado bajo para ser Elend, pero no podía ver mucho más que eso a través de la sombra de bruma y ceniza. Vin no se paró a pensar. Lanzó una moneda y se arrojó contra el desconocido.

Él saltó hacia atrás, impulsándose también en el aire. Vin lo siguió y dejó el campamento atrás rápidamente, saltando tras el alomante. El desconocido se dirigió veloz hacia la ciudad, y ella lo siguió, moviéndose a grandes saltos sobre el paisaje ceniciente. Su objetivo remontó las formaciones rocosas situadas delante de la ciudad, y Vin lo siguió, aterrizando a unos pocos palmos de una sorprendida patrulla de guardia, antes de lanzarse hacia Fadrex por encima de las rocas y parapetos barridos por el viento.

El otro alomante iba delante. No había juego alguno en sus movimientos, como había sucedido con Zane. El hombre intentaba escapar de verdad. Vin lo siguió, saltando ahora sobre calles y tejados. Apretó los dientes, frustrada por su incapacidad de alcanzarlo. Medía cada salto a la perfección, sin detenerse apenas mientras escogía nuevos anclajes y se empujaba de arco en arco.

Pero él era bueno. Rodeó la ciudad, obligándola a esforzarse para no perderlo. ¡*Bien!*, pensó ella, y preparó su duraluminio. Se había acercado tanto que la figura ya no se escudaba en la bruma, y pudo ver que era real y corpórea, no una especie de espíritu fantasmal. Cada vez estaba más segura de que este era el hombre que había sentido que la observaba la primera vez que entró en Fadrex. Yomen tenía un nacido de la bruma.

Para combatir al hombre, primero tenía que alcanzarlo. Esperó el momento adecuado, justo cuando él empezaba a culminar uno de sus saltos, y entonces extinguió sus metales y quemó duraluminio. Luego empujó.

Un estrépito sonó tras ella cuando su innatural empujón quebró la puerta que había utilizado como anclaje. Fue impelida hacia delante con un terrible arrebato de velocidad, como una flecha lanzada por un arco. Se acercó a su oponente con asombrosa velocidad.

Y no encontró nada. Vin maldijo, volviendo a encender su estaño. No podía dejarlo encendido mientras quemaba duraluminio: de lo contrario, su estaño se consumiría en un destello que la cegaría. Pero había hecho lo mismo al apagarlo. Tiró de sí misma hacia abajo para compensar su empujón de duraluminio y aterrizar con torpeza en lo alto de un tejado cercano. Se agazapó mientras escrutaba el aire brumoso.

¿Dónde has ido?, pensó mientras quemaba bronce, confiando en su innata, aunque inexplicable, habilidad para penetrar nubes de cobre y descubrir a su oponente. Ningún alomante podía esconderse de Vin, a menos que apagara por completo sus metales.

Cosa que, al parecer, había hecho este hombre. Otra vez. Era la segunda vez que la eludía.

Eso implicaba una inquietante posibilidad. Vin se había esforzado por mantener en secreto su capacidad para penetrar nubes de cobre, pero habían pasado ya más de tres años desde que la descubrió. Zane la conocía, y ella ignoraba quién más la había descubierto, basándose en las cosas que era capaz de hacer. Su secreto bien podía haberse destapado.

Vin permaneció en el tejado unos instantes, pero sabía que no iba a encontrar nada. Un hombre lo bastante listo para escapar de ella en el momento exacto en que su estaño estaba apagado era también lo bastante astuto para permanecer oculto hasta que ella se marchara. De hecho, eso hizo que se preguntara por qué, para empezar, se había dejado ver...

Vin se irguió, entonces apuró un frasquito de metales y se empujó lejos del tejado, saltando con furiosa ansiedad hacia el campamento.

Encontró a los soldados limpiando el caos y retirando cuerpos del perímetro del campamento. Entre ellos, Elend daba órdenes, felicitándolos y en general dejándose ver. De hecho, divisar su figura vestida de blanco enseguida transmitió a Vin una sensación de alivio.

Aterrizó junto a él.

—Elend, ¿te han atacado?

Él la miró.

—¿A quién? ¿A mí? No, yo estoy bien.

Entonces no enviaron al alomante para distraerme mientras atacaban a Elend, pensó ella, frunciendo el ceño. Había parecido tan obvio que...

Elend la hizo a un lado, preocupado.

—Yo estoy bien, Vin, pero hay algo más... ha sucedido algo.

—¿Qué?

Elend sacudió la cabeza.

—Creo que todo esto era solo una distracción... todo el ataque al campamento.

—Pero, si no iban a por ti —dijo Vin—, y no iban a por nuestros suministros, ¿de qué querían distraernos?

Elend la miró a los ojos.

—De los koloss.

—¿CÓMO SE NOS HA PASADO *esto*? —preguntó Vin, frustrada.

En la llanura, junto a un grupo de soldados, Elend esperaba mientras Vin y Ham inspeccionaban el equipo de asedio quemado. Más allá podía ver Ciudad Fadrex y a su propio ejército acampado delante. Las brumas se habían retirado hacia poco. Era preocupante que desde esta distancia ni siquiera pudiera distinguir el canal: la ceniza caída había oscurecido sus aguas y cubierto el paisaje hasta hacer que todo pareciera negro.

En la base de los acantilados de la meseta yacían los restos del ejército koloss. Veinte mil criaturas habían quedado reducidas a diez mil en unos breves instantes, cuando la bien planeada trampa causó la destrucción de las bestias mientras las tropas de Elend luchaban en otra parte. Las brumas diurnas habían impedido ver lo que pasaba hasta que ya fue demasiado tarde. El propio Elend había sentido las muertes, pero las había malinterpretado, creyendo que los koloss también sentían la batalla.

—Cuevas al fondo de esos acantilados —dijo Ham, señalando unas maderas quemadas—. Yomen probablemente tenía las catapultas ahí guardadas a la espera de nuestra llegada, aunque supongo que en un principio las construyó para atacar Luthadel. Sea como fuere, esta llanura era un lugar perfecto para una descarga. Yo diría que Yomen las emplazó aquí con la intención de atacar a nuestro ejército, pero cuando acampamos los koloss justo bajo la meseta...

Elend todavía podía oír los gritos en su cabeza: los koloss, llenos de ansia de sangre e hirviendo por combatir, pero incapaces de atacar a sus enemigos, que estaban situados en lo alto de la meseta. El desprendimiento de rocas causó un montón de daño. Y entonces las criaturas escaparon a su control. Su frustración fue demasiado poderosa, y por un momento Elend no pudo impedir que se volvieran unos contra otros. La mayoría de las muertes se

habían producido cuando los koloss se atacaron entre sí. Uno de cada dos había muerto al enfrentarse y matarse mutuamente.

Perdí el control sobre ellos, pensó Elend. Todo había sucedido en un instante, y solamente porque no habían podido ver a sus enemigos. Sin embargo, establecía un precedente peligroso.

Vin, frustrada, dio un puntapié a un gran trozo de madera quemada, que cayó rebotando fuera de la meseta.

—Ha sido un ataque *muy* bien planeado, —comentó Ham, en voz baja—. Yomen debió de vernos enviar patrullas extra por las mañanas, y dedujo correctamente que esperábamos un ataque en esas horas. Así que nos ofreció un ataque... y nos golpeó donde deberíamos haber sido más fuertes.

—Pero le costó lo suyo —contestó Elend—. Tuvo que quemar su propio equipo de asedio para impedir que cayera en nuestras manos, y seguramente en el ataque al campamento ha perdido a cientos de soldados, más sus monturas.

—Ciento —asintió Ham—. Pero ¿cambiarías un par de docenas de máquinas de asalto y quinientos hombres por diez mil koloss? Además, Yomen tiene que preocuparse por mantener esa caballería móvil: solo el Superviviente sabe de dónde sacó suficiente forraje para alimentar a esos caballos durante tanto tiempo. Mejor para él golpear ahora y perderlos en batalla que dejarlos morir de hambre.

Elend asintió lentamente. *Esto pone las cosas más difíciles. Con diez mil koloss menos...* De repente, las fuerzas estaban mucho más parejas. Elend podía mantener su asedio, pero tomar la ciudad al asalto sería mucho más arriesgado.

Suspiró.

—No deberíamos haber dejado a los koloss tan lejos del campamento principal. Tendremos que acercarlos.

A Ham no le hizo ninguna gracia.

—No son peligrosos —lo tranquilizó Elend—. Vin y yo podemos controlarlos.

En su mayoría.

Ham se encogió de hombros. Regresó al desastre humeante, preparándose para enviar mensajeros. Elend se acercó a Vin, que se encontraba en el borde mismo del acantilado. Estar tan alto le hacía sentirse un poco incómodo. Sin embargo, ella apenas advertía la caída en picado que tenía por delante.

—Tendría que haber podido ayudarte a recuperar el control de los koloss —dijo ella en voz baja, con la mirada fija en el horizonte—. Yomen me distrajo.

—Nos distrajo a todos. Yo sentí a los koloss en mi cabeza, y aun así fui incapaz de comprender qué pasaba. Cuando regresaste ya había recuperado el control, pero ya habían muerto muchísimos.

—Yomen tiene un nacido de la bruma.

—¿Estás segura?

Vin asintió.

Una cosa más, pensó él. Sin embargo, contuvo su frustración. Sus hombres tenían que ver que no perdía la confianza.

—Voy a darte mil koloss —dijo—. Tendríamos que haberlos dividido antes.

—Tú eres más fuerte —repuso Vin.

—Al parecer, no lo suficiente.

Vin suspiró.

—Déjame bajar.

Habían descubierto que la proximidad los ayudaba a tomar control de los koloss.

—Seleccionaré a unos mil, después los soltaré. Prepárate para agarrarlos en cuanto lo haga.

Vin asintió, y luego se lanzó acantilado abajo.

TENDRÍA QUE HABERME DADO CUENTA *de que me dejaba llevar por la exaltación de la lucha*, pensó Vin mientras atravesaba el aire. Ahora le resultaba obvio. Y, por desgracia, los resultados del ataque la hacían sentirse más agotada y ansiosa que antes.

Lanzó una moneda y aterrizó. Ni siquiera la preocupaba ya una caída de varias decenas de metros. Resultaba extraño pensar eso. Recordó tímidamente haber estado en lo alto de la muralla de Luthadel, temerosa de usar su alomancia para saltar, pese a la insistencia de Kelsier. Ahora podía lanzarse por un acantilado y meditar mientras caía.

Caminó por el terreno polvoriento. La ceniza le llegaba hasta las pantorrillas y le habría costado caminar si el peltre no le hubiera dado fuerzas. La lluvia de ceniza era cada vez más densa.

Humano se le acercó casi de inmediato. Vin no supo decir si el koloss reaccionaba simplemente a su relación, o si era consciente y le interesaba abordarla. Tenía una nueva herida en el brazo, resultado de la pelea. La siguió mientras ella se internaba entre los otros koloss; obviamente, su enorme forma no tenía ningún problema para moverse entre la ceniza.

Como de costumbre, había poca emoción en el campamento koloss. Apenas un rato antes, gritaban sedientos de sangre, y se atacaban unos a otros mientras las piedras de las catapultas los aplastaban desde arriba. Ahora simplemente estaban sentados en la ceniza, en pequeños grupos, ignorando sus heridas. Habrían encendido hogueras de haber tenido madera a mano. Algunos excavaban, sacando manojo de tierra que mordisquear.

—¿A tu gente no le importa, Humano? —preguntó Vin.

El enorme koloss la miró, el rostro desgarrado sangrándole levemente.

—Importar?

—Que mueran tantos de vosotros —contestó Vin. Había cadáveres por todas partes, olvidados en la ceniza a excepción del despellejamiento ritual que era la forma koloss de enterramiento. Varios koloss se movían aún entre los cadáveres, arrancándoles la piel.

—Nosotros cuidamos de ellos —dijo Humano.

—Sí. Les arrancáis la piel. ¿Por qué hacéis eso?

—Están muertos —dijo Humano, como si eso fuera suficiente explicación.

A un lado, un gran grupo de koloss esperaba, dominados por la orden silenciosa de Elend. Se separaron del campamento principal, pisoteando la ceniza. Poco después, empezaron a mirar alrededor: habían dejado de moverse como uno solo.

Vin reaccionó con rapidez. Apagó sus metales, quemó duraluminio, y luego avivó cinc en un enorme tirón, encendiéndo las emociones de los koloss. Como era de esperar, se opusieron a su control, igual que Humano. Controlar a tantos era más difícil, pero estaba dentro de sus capacidades. Vin les ordenó que se calmaran, y que no mataran, y luego que regresaran al campamento. A partir de ahora, quedarían en el fondo de su mente, sin necesitar ya la alomancia para ser manipulados. Eran fáciles de ignorar, a menos que sus pasiones se volvieran más fuertes.

Humano los observó.

—Somos... menos —dijo por fin.

Vin se sobresaltó.

—Sí. ¿Lo notas?

—Yo... —Humano guardó silencio, observando el campamento con sus ojillos—. Luchamos. Morimos. Necesitamos más. Tenemos demasiadas espadas.

Señaló a lo lejos, a una gran pila de metal. Las espadas koloss con forma de cuña que ya no tenían dueño.

Puedes controlar una población de koloss a través de las espadas, le había dicho Elend una vez. Luchan por conseguir espadas más grandes a medida que crecen. Las espadas de sobra van a los koloss más pequeños y más jóvenes.

Pero nadie sabe de dónde salen.

—Necesitáis koloss para usar esas espadas, Humano —dijo Vin.

Humano asintió.

—Bien. Entonces debéis tener más niños.

—¿Niños?

—Más —insistió Vin—. Más koloss.

—Tú tienes que darnos más —dijo Humano, mirándola.

—¿Yo?

—Tú luchaste —dijo él, señalando su falda. Había sangre en ella.

—Sí, lo hice.

—Danos más.

—No comprendo. Por favor, muéstramelo.

—No puedo —dijo Humano, sacudiendo la cabeza mientras hablaba con su tono pausado—. No está bien.

—Espera. ¿No está bien?

Era la primera declaración de valores que obtenía de un koloss.

Humano la miró, y ella pudo ver consternación en su rostro. Vin le dio un empujoncito alomántico. No sabía exactamente qué pedirle que hiciera, y eso hizo que su control se debilitase. Sin embargo, lo empujó para que hiciera lo que estaba pensando, confiando, por algún motivo, en que su mente luchaba contra sus instintos.

Humano gritó.

Vin retrocedió, sorprendida, pero Humano no la atacó. Corrió hacia el campamento koloss, un enorme monstruo azul de dos patas levantando ceniza. Otros se apartaron de él: no por miedo, pues conservaban sus expresiones impasibles. Simplemente parecieron tener suficiente sentido para apartarse del camino de un koloss enfurecido del tamaño de Humano.

Vin lo siguió con cuidado mientras se acercaba al cadáver de un koloss que aún tenía piel. Sin embargo, Humano no le arrancó la piel, sino que se cargó el

cadáver al hombro y echó a correr hacia el campamento de Elend.

¡Oh, oh!, pensó Vin, lanzando una moneda y saltando al aire. Siguió a Humano, cuidando de no adelantarla. Pensó en ordenarle que regresara, pero no lo hizo. Actuaba de forma extraña, cierto, pero eso era buena cosa. Los koloss generalmente no hacían *nada* fuera de lo común. Eran completamente predecibles.

Aterrizó en el puesto de guardia del campamento e indicó a los soldados que se apartaran. Humano entró en tromba en el campamento, asustando a los soldados. Vin se quedó con él, manteniendo a los soldados a raya.

Humano se detuvo en mitad del campamento, agotada un poco su pasión. Vin le volvió a dar un empujoncito. Después de mirar alrededor, Humano se lanzó hacia la sección del campamento que habían atacado los soldados de Yomen.

Vin lo siguió, sintiendo cada vez más curiosidad. Humano no había sacado su espada. De hecho, no parecía furioso, sino... concentrado. Llegó a la sección donde habían caído las tiendas y muerto los hombres. Habían pasado solo unas horas desde la batalla, y los soldados estaban limpiando los restos. Habían levantado tiendas para atender a los heridos junto al campo de batalla. Humano se encaminó hacia ellas.

Vin se adelantó y le cortó el paso justo cuando llegaba a la tienda de los heridos.

—Humano —dijo con cautela—. ¿Qué estás haciendo?

Él la ignoró y dejó caer al suelo el cadáver del koloss. Por fin, le arrancó la piel a la criatura muerta. Se desprendió con facilidad: era uno de los koloss más pequeños y la piel le colgaba en pliegues, demasiado grande para su cuerpo.

Humano liberó la piel, haciendo que varios guardias gimieran de asco. Vin observó con atención a pesar del repugnante espectáculo. Sentía que estaba a punto de comprender algo importante.

Humano extendió la mano y sacó algo del cadáver del koloss.

—¡Espera! —exclamó Vin, avanzando—. ¿Qué era eso?

Humano la ignoró. Sacó algo más, y esta vez Vin captó un destello de metal ensangrentado. Siguió el movimiento de los dedos y vio lo que era antes de que lo ocultara en la palma de la mano.

Un clavo. Un pequeño clavo de metal clavado en el costado del koloss muerto. Había un trozo de piel azul junto a la cabeza del clavo, como si...

Como si los clavos sujetaran la piel en su sitio, pensó Vin. Como los clavos que sujetan una tela en una pared.

Clavos. Clavos como...

Humano recuperó un tercer y un cuarto clavo y luego entró en la tienda. Cirujanos y soldados retrocedieron asustados, gritándole a Vin que hiciera algo mientras Humano se acercaba al lecho de un soldado herido. Humano miró de un hombre inconsciente a otro, y luego se decidió por uno de ellos.

¡Alto!, ordenó Vin en su mente.

Humano se detuvo. Solo entonces comprendió ella el horror total de lo sucedido.

—Lord Legislador —susurró—. Ibas a convertirlos en koloss, ¿no? De ahí es de donde venís. Por eso no hay niños koloss.

—Soy humano —dijo la gran bestia en voz baja.

La hemalurgia puede utilizarse para robar poderes alománticos o feruquínicos y dárselos a otra persona. Sin embargo, un clavo hemalúrgico puede crearse matando a una persona normal, que no sea alomante ni feruquimista. En ese caso, el clavo roba el poder de Conservación existente en el alma de la persona (el poder que otorga a todas las personas conciencia de sí mismas).

Un clavo hemalúrgico puede extraer este poder, y luego transferirlo a otro, concediendo así habilidades residuales similares a las alománticas. Después de todo, el cuerpo de Conservación (todo ser humano lleva una diminuta huella) es la misma esencia que impulsa la alomancia.

Y así, un kandra con la Bendición de la Potencia adquiere un poco de fuerza innata similar a quemar peltre. La Bendición de la Presencia concede capacidad mental del mismo modo, mientras que la Bendición de la Consciencia es la habilidad de sentir con mayor agudeza y la Bendición de la Estabilidad, tan raramente usada, proporciona fortaleza emocional.

38



A VECES, FANTASMA OLVIDABA QUE las brumas estaban allí. Para él se habían convertido en algo pálido y transparente. Casi invisible. Las estrellas del cielo ardían como un millón de candilejas que lo iluminaran. Era una belleza que solo él podía ver.

Se dio la vuelta y contempló los restos calcinados del edificio. Los obreros skaa removían cuidadosamente el caos. A Fantasma le resultaba difícil recordar que no podían ver bien en la oscuridad de la noche. Tenía que mantenerlos cerca unos de otros, trabajando tanto por el tacto como por la vista.

El olor era terrible. Sin embargo, quemar peltre parecía ayudarle a mitigarlo. Tal vez la fuerza que le concedía ampliaba su habilidad de evitar reacciones no intencionadas, como sentir arcadas o toser. Durante su juventud, le había intrigado el emparejamiento del estaño y el peltre. Otras parejas alománticas eran opuestas: el acero empujaba los metales, el hierro tiraba de ellos. El cobre ocultaba a los alomantes, el bronce los descubría. El

cinc inflamaba las emociones, el latón las contenía. Sin embargo, el estaño y el peltre no parecían opuestos: uno amplificaba el cuerpo, el otro los sentidos.

No obstante, *eran* opuestos. El estaño hacía que su sentido del tacto fuera tan agudo que cada paso que daba llegó a resultarle incómodo. El peltre amplificaba su cuerpo, haciéndolo resistente al dolor... y por eso, cuando caminaba entre las ruinas ennegrecidas, los pies no le dolían tanto. Del mismo modo, donde la luz antes lo cegaba, el peltre le permitía soportarla mucho más tiempo antes de necesitar su venda.

Se complementaban... como las otras parejas de metales alománticos. Se sentía *bien* teniéndolos uno al lado del otro. ¿Cómo habría sobrevivido sin el peltre? Había sido un hombre con solo media habilidad. Ahora estaba completo.

Y, sin embargo, se preguntaba cómo sería tener también los otros poderes. Kelsier le había concedido el peltre. ¿Podría, tal vez, bendecir también a Fantasma con hierro y acero?

Un hombre se dirigía a la hilera de trabajadores. Se llamaba Franson; era el que había pedido a Fantasma que rescatara a su hermana. Solo faltaba un día para la ejecución. La niña pronto sería arrojada a un edificio en llamas, pero Fantasma estaba ideando formas de impedirlo. No había mucho que pudiera hacer en estos momentos. Así que, mientras tanto, Franson y sus hombres cavaban.

Había pasado ya algún tiempo desde que Fantasma había ido a espiar al Ciudadano y sus consejeros. Había compartido con Sazed y Brisa la información conseguida, y ellos parecieron agradecidos. Sin embargo, con la seguridad reforzada en torno al hogar del Ciudadano, le sugirieron que era una locura arriesgarse a seguir espiando hasta que hubieran trazado sus planes para la ciudad. Fantasma había aceptado su guía, aunque se notaba cada vez más ansioso. Echaba de menos ver a Beldre, la muchacha silenciosa de ojos solitarios.

No la conocía. No podía engañarse de lo contrario. Sin embargo, cuando se encontraron y hablaron aquella única vez, ella no gritó ni lo traicionó. Parecía intrigada por él. Eso era una buena señal, ¿no?

¡Idiota!, pensó. ¡Es la hermana del Ciudadano! Hablar con ella casi hizo que te mataran. Céntrate en lo que debes.

Fantasma observó el trabajo durante un rato más. Por fin, Franson, sucio y agotado, se le acercó.

—Mi señor, hemos revisado esta sección cuatro veces ya. Los hombres del sótano han retirado toda la basura y la ceniza, y han rebuscado dos veces. Lo que hubiera que encontrar, ya lo hemos encontrado.

Fantasma asintió. Franson probablemente tenía razón. Fantasma sacó una bolsita, y se la tendió a Franson. La bolsa tintineó, y el hombretón skaa arqueó una ceja.

—La paga para los otros hombres —dijo Fantasma—. Han trabajado aquí durante tres noches.

—Son amigos, mi señor. Solo quieren rescatar a mi hermana.

—Págales de todas formas —repuso Fantasma—. Y diles que se gasten las monedas en comida y suministros sin pérdida de tiempo... antes de que Quellion prohíba el dinero en la ciudad.

—Sí, mi señor —acató Franson. Luego miró hacia un lado, donde un pasamanos casi carbonizado seguía en pie. Ahí era donde los trabajadores habían colocado los objetos que habían localizado entre los escombros: nueve cráneos humanos. A la luz de las estrellas, proyectaban sombras extrañas. Con sus maliciosas miradas, quemados y ennegrecidos.

—Mi señor —dijo Franson—. ¿Puedo preguntar el sentido de todo esto?

—Vi arder este edificio —contestó Fantasma—. Estuve aquí cuando condujeron a esa pobre gente a la mansión y los encerraron. No pude hacer nada.

—Yo... lo siento, mi señor.

Fantasma sacudió la cabeza.

—Ya pasó. Sin embargo, hay algo que sus muertes pueden enseñarnos.

—¿Mi señor?

Cuenta los cráneos, había dicho Durn.

Fantasma sabía que Durn posiblemente se explicaría si lo presionaba, pero ambos parecían comprender algo importante. Fantasma necesitaba verlo por sí mismo. Necesitaba saber qué estaba haciendo el Ciudadano.

Y ahora lo sabía.

—Metieron aquí a diez personas para que murieran, Franson —explicó Fantasma—. Diez personas. Nueve cráneos.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué nos dice eso?

—Nos dice que hay un modo de liberar a tu hermana.

—NO ESTOY SEGURO DE CÓMO interpretar esto, lord Brisa —dijo Sazed. Estaban sentados a la mesa en uno de los bares skaa de Urteau. El alcohol fluía libremente, y los obreros skaa abarrotaban el lugar, a pesar de la oscuridad y las brumas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Brisa. Estaban sentados a una mesa, solos; aunque Goradel y tres de sus hombres ocupaban la mesa de al lado, vestidos de paisano.

—Esto me parece muy extraño —dijo Sazed—. Que los skaa tengan sus propios bares ya es de por sí bastante raro. Pero ¿que salgan de noche?

Brisa se encogió de hombros.

—Tal vez su miedo a la noche fuera más producto de la influencia del lord Legislador que de las brumas. Con sus tropas en las calles en busca de ladrones, había otros motivos aparte de la bruma para quedarse en casa de noche.

Sazed negó con la cabeza.

—He investigado estas cosas, lord Brisa. El temor de los skaa a las brumas era una superstición muy arraigada: formaba parte de sus vidas. Y Quellion la ha roto en poco más de un año.

—¡Oh!, pienso que pudo haber sido cosa del vino y la cerveza —advirtió Brisa—. Te sorprendería lo que es capaz de hacer la gente por embriagarse a base de bien.

Sazed miró la copa de Brisa, que se había aficionado bastante a los bares skaa, a pesar de verse obligado a llevar ropas muy mundanas. Naturalmente, las ropas quizá ya no fueran una necesidad. Si la ciudad tenía un sistema de transmisión de rumores medio decente, la gente habría conectado a Brisa con los visitantes que se habían reunido con Quellion unos días atrás. Y, ahora que Sazed había venido al bar, las sospechas se habrían confirmado. Era imposible ocultar la identidad de Sazed. Su nacionalidad era obvia. Era demasiado alto, demasiado calvo, y tenía la típica cara alargada de Terris con los hombros caídos y los lóbulos de las orejas estirados por la aplicación de numerosos pendientes.

El momento del anonimato había pasado, aunque Brisa lo había aprovechado bien. Durante los pocos días en que la gente no sabía quién era, había conseguido establecer contactos y buenas relaciones con los bajos fondos de la zona. Ahora, Sazed y él podían sentarse y disfrutar de una copa tranquila sin llamar demasiado la atención. Brisa, por supuesto, podía estar aplacando a la gente para conseguirlo, pero aun así Sazed estaba impresionado. Para ser tan

aficionado como lo era a la alta sociedad, Brisa hacía un magnífico trabajo relacionándose con los obreros skaa corrientes.

Un grupo de hombres se rio en la mesa de al lado, y Brisa sonrió, luego se levantó y se acercó a ellos. Sazed se quedó donde estaba, con una jarra de vino intacta en la mesa. En su opinión, había un motivo obvio por el que los skaa ya no temían internarse en las brumas. Sus supersticiones habían sido superadas por algo más fuerte: Kelsier, a quien ahora llamaban Señor de las Brumas.

La Iglesia del Superviviente se había extendido mucho más de lo que Sazed esperaba. No estaba organizada del mismo modo en Urteau que en Luthadel, y su objetivo parecía ser diferente, pero seguía quedando el hecho de que los hombres adoraban a Kelsier. De hecho, las diferencias eran parte de lo que hacía que todo el fenómeno resultara fascinante.

¿Qué me estoy perdiendo?, pensó Sazed. ¿Cuál es la conexión?

Las brumas mataban. Sin embargo, esta gente se internaba en ellas. ¿Por qué no sentían pavor?

Eso no es problema mío, se dijo Sazed. Tengo que seguir concentrado. He descuidado los estudios de las religiones de mi cartapacio. Estaba a punto de terminar, y eso le preocupaba. Hasta ahora, todas las religiones habían demostrado estar llenas de inconsistencias, contradicciones y defectos lógicos. Le preocupaba cada vez más que, a pesar de los cientos de religiones que tenía en sus mentes de metal, nunca pudiera encontrar la verdad.

Un gesto de Brisa lo distrajo. Sazed se levantó, obligándose a no mostrar la desesperación que sentía, y se acercó a la mesa. Los hombres le hicieron sitio.

—Gracias —dijo Sazed, sentándose.

—Olvidaste tu copa, amigo terrisano —señaló uno de los hombres.

—Mis disculpas —contestó Sazed—. Nunca he sido aficionado a la bebida. Por favor, no os ofendáis. Vuestra considerada invitación ha sido debidamente apreciada.

—¿Siempre habla así? —preguntó uno de los hombres, mirando a Brisa.

—Nunca habías visto a un terrisano, ¿verdad? —preguntó otro.

Sazed se ruborizó, y Brisa se echó a reír y le apoyó una mano en el hombro.

—Muy bien, caballeros. Os he traído al terrisano, como pedisteis. Adelante, haced vuestras preguntas.

Había seis hombres a la mesa, todos trabajadores de las minas, por lo que Sazed podía ver. Uno de los hombres se inclinó hacia delante, las manos cruzadas, los nudillos despellejados por la roca.

—Brisa nos ha dicho un montón de cosas —observó el hombre en voz baja—. Pero la gente como él siempre hace promesas. Quellion decía lo mismo hace un año, cuando se hizo con el control tras la marcha de Straff Venture.

—Sí —respondió Sazed—. Comprendo vuestro escepticismo.

—Por eso queríamos hablar contigo —dijo otro de los hombres—. Tal vez tú seas distinto, o tal vez nos mientes. Pero es mejor escuchar a un terrisano que a un aplacador.

Brisa parpadeó y reveló un atisbo de sorpresa. Al parecer, no se había dado cuenta de que ellos eran conscientes de sus habilidades.

—Haced vuestras preguntas —dijo Sazed.

—¿Por qué habéis venido a esta ciudad? —preguntó uno de los hombres.

—Para tomar el control.

—¿Por qué os interesa? —preguntó otro—. ¿Por qué el hijo de Venture quiere Urteau?

—Por dos motivos —contestó Sazed—. Primero, por los recursos que ofrece. No puedo entrar en detalles, pero basta decir que vuestra ciudad es muy deseable por motivos económicos. El segundo motivo, no obstante, es igualmente importante. Lord Elend Venture es uno de los mejores hombres que he conocido jamás. Cree que puede hacerlo mejor para este pueblo que el gobierno actual.

—Eso no sería difícil —gruñó uno de los hombres.

Otro sacudió la cabeza:

—¿Qué? ¿Quieres devolver la ciudad a los Venture? ¿Un año, y ya has olvidado las cosas que Straff solía hacer en esta ciudad?

—Elend Venture no es su padre —dijo Sazed—. Es un hombre digno de ser seguido.

—¿Y la gente de Terris? —preguntó uno de los skaa—. ¿Lo siguen?

—En cierto modo —respondió Sazed—. En su momento, mi pueblo intentó autogobernarse, como vosotros ahora. Sin embargo, comprendieron las ventajas de una alianza. Mi pueblo se ha trasladado al Dominio Central, y aceptan la protección de Elend Venture.

Naturalmente, pensó Sazed, preferirían seguirme a mí. Si yo quisiera ser su rey.

En la mesa todos guardaron silencio.

—No sé —vaciló uno de los hombres—. ¿De qué nos sirve estar aquí hablando de esto? Quiero decir, Quellion está al mando, y estos desconocidos no tienen un ejército para arrebatarle el trono. ¿Qué sentido tiene?

—El lord Legislador cayó ante nosotros cuando no teníamos ningún ejército —recordó Brisa—, y el propio Quellion arrebató el gobierno a un noble. Los cambios pueden producirse.

—No estamos intentando formar un ejército ni una rebelión —añadió rápidamente Sazed—. Solo queremos que empecéis... a pensar. A hablar con vuestros amigos. Está claro que sois hombres influyentes. Tal vez si Quellion se entera del descontento de su pueblo, empezará a cambiar sus costumbres.

—Tal vez —soltó uno de los hombres.

—No necesitamos a estos forasteros —repitió el otro hombre—. El Superviviente de las Llamas ha venido a encargarse de Quellion.

Sazed parpadeó. *¿El Superviviente de las Llamas?* Captó una sonrisa astuta en los labios de Brisa; al parecer, el aplacador había escuchado antes el término, y ahora miraba a Sazed en busca de una reacción.

—El Superviviente no entra en esto —dijo uno de los hombres—. No puedo creer que estemos *pensando* siquiera en una rebelión. ¡La mayor parte del mundo es un caos, si hacemos caso de los informes! ¿No deberíamos contentarnos con lo que tenemos?

¿El Superviviente?, pensó Sazed. ¿Kelsier? Pero parecen haberle dado un nuevo título. ¿El Superviviente de las Llamas?

—Estás empezando a retorcerte, Sazed —susurró Brisa—. Bien puedes preguntar. Preguntar no hace daño, ¿no?

—¿El... Superviviente de las Llamas? —preguntó entonces Sazed—. ¿Por qué llamáis así a Kelsier?

—A Kelsier no —respondió uno de los hombres—. Al otro Superviviente. El nuevo.

—El Superviviente de Hathsin vino a derrocar al lord Legislador. ¿No podemos asumir que el Superviviente de las Llamas ha venido a derrocar a Quellion? —dijo otro—. Tal vez *deberíamos* escuchar a estos hombres.

—Si el Superviviente ha venido a derrocar a Quellion, no necesitará la ayuda de estos tipos. Ellos solo quieren quedarse con la ciudad.

—Disculpadme —dijo Sazed—. Pero... ¿podríamos conocer a este nuevo Superviviente?

Los hombres compartieron una mirada.

—Por favor —insistió Sazed—. Fui amigo del Superviviente de Hathsin. Me gustaría mucho conocer a un hombre a quien consideráis digno de la estatura de Kelsier.

—Mañana —dijo uno de los hombres—. Quellion intenta mantener la fecha en secreto, pero lo sabemos. Habrá ejecuciones cerca del mercado. Estad allí.

Incluso ahora, apenas puedo comprender la magnitud de todo esto. Los acontecimientos que rodean el fin del mundo parecen aún más grandes que el Imperio Final y sus habitantes. Siento fragmentos de algo muy lejano, una presencia rota, algo que abarca el vacío.

He rebuscado e investigado, y solo he podido encontrar un nombre: Adonalsium. Quién, o qué era, eso aún no lo sé.

39



TENSOON ESTABA SENTADO SOBRE SUS cuartos traseros. Horrorizado.

La ceniza caía como añicos de un cielo roto, flotando, haciendo que el aire mismo pareciera enfermo y lleno de pústulas. Incluso donde él se hallaba, en lo alto de una colina barrida por el viento, había una capa de ceniza que ahogaba las plantas. Algunos árboles presentaban las ramas rotas por el peso del amontonamiento repetido de ceniza.

¿Cómo pudieron no haberlo visto?, pensó. ¿Cómo pueden ocultarse en su agujero de la Tierra Natal, dejando que el mundo de la superficie muera?

Sin embargo, TenSoon había vivido durante cientos de años, y una parte de él comprendía la cansada complacencia de la Primera y Segunda Generaciones. En ocasiones, había sentido lo mismo. El deseo de esperar sin más. De pasar los años ociosamente, contento en la Tierra Natal. Había visto el mundo exterior, más de lo que ningún humano o koloss conocería jamás. ¿Qué necesidad tenía de experimentar más?

Los Segundos lo habían considerado más ortodoxo y obediente que sus hermanos, porque continuamente quería abandonar la Tierra Natal y cumplir Contratos. La Segunda Generación lo había malinterpretado. TenSoon no servía por ningún deseo de ser obediente. Lo había hecho por temor a volverse ocioso y apático como los Segundos, a empezar a pensar que el mundo exterior no importaba a los kandra.

Sacudió la cabeza, luego se incorporó y bajó a cuatro patas la colina, esparciendo ceniza al aire con cada salto. Por aterradoras que se hubieran vuelto las cosas, se sentía feliz por una razón: el cuerpo del perro lobo le sentaba bien. Tenía tal poder, tal capacidad de movimiento, que ninguna forma humana podía igualarlo. Era casi como si esta fuera la forma que debería haber tenido *siempre*. ¿Qué mejor cuerpo para un kandra con un ansia insaciable de vagabundeo? ¿Un kandra que había dejado la Tierra Natal con más frecuencia que ningún otro, sirviendo bajo las odiadas manos de amos humanos, todo por su miedo a la complacencia?

Se abrió paso a través de la fina cobertura del bosque, a través de colinas, esperando que la capa de ceniza no le dificultara demasiado el avance. La ceniza afectaba a los kandra, los afectaba enormemente. Tenían leyendas sobre el hecho exacto. ¿De qué servía el Primer Contrato, de qué servían la espera, la protección de la Confianza? Para la mayoría de los kandra, al parecer, estas cosas se habían convertido en un argumento en sí mismas.

Sin embargo, eso *significaba* algo. Tenía un origen. TenSoon ni siquiera existía entonces. Sin embargo, había conocido a la Primera Generación y fue criado por la Segunda. Creció durante los días en que el Primer Contrato (la Confianza, la Resolución) era algo más que palabras. El Primer Contrato era un conjunto de instrucciones. Acciones que emprender cuando el mundo empezara a caer. No solo una ceremonia, no solo una metáfora. Sabía que sus contenidos asustaban a algunos kandra. Para ellos, era mejor que el Primer Contrato fuera algo abstracto y filosófico, pues si aún fuera concreto, aún relevante, requeriría grandes sacrificios por su parte.

TenSoon dejó de correr; estaba hundido hasta su vientre canino en la densa ceniza negra. Aquel lugar le parecía extrañamente familiar. Se volvió hacia el sur, moviéndose a través de una pequeña cuenca rocosa donde las piedras eran ahora solo bultos oscuros, buscando un sitio donde había estado poco más de un año atrás. Un lugar que había visitado tras haberse vuelto contra Zane, su amo, y tras haber abandonado Luthadel para regresar a la Tierra Natal.

Subió unas cuantas rocas y rodeó un macizo de piedra, arrancando terrones de ceniza a su paso. Se rompían al caer, lo cual lanzaba más copos al aire.

Y allí estaba. El hueco en la roca, el lugar donde se había detenido un año antes. Lo recordaba, a pesar de lo mucho que la ceniza había transformado el

paisaje. La Bendición de la Presencia, que lo servía de nuevo. ¿Cómo iba a continuar sin ella?

No tendría conciencia de mí mismo sin ella, pensó, sonriendo torvamente. Era la adjudicación de una Bendición a un espectro de la bruma lo que daba a la criatura conciencia plena y auténtica vida. Cada kandra tenía una de las cuatro: Presencia, Potencia, Estabilidad o Consciencia. No importaba cuál se obtuviera: cualquiera de las cuatro daba conciencia de uno mismo, convertía al espectro de la bruma en un kandra plenamente consciente.

Además, cada Bendición proporcionaba algo más. Un poder. Pero había historias de kandra que habían ganado más de uno al robárselos a otros.

TenSoon hurgó con una pata en la depresión, cavando en la ceniza, trabajando para descubrir las cosas que había escondido un año atrás. Las encontró con rapidez, las sacó rodando, primero una y luego otra, y las colocó en el saliente de roca. Dos pequeños y pulidos clavos de hierro. Hacían falta dos clavos para formar una sola Bendición. TenSoon no sabía por qué. Así eran simplemente las cosas.

TenSoon se tumbó, ordenó que se le abriera la piel del hombro, y absorbió los clavos en su cuerpo. Los movió a través de músculos y ligamentos, disolvió varios órganos y luego los reformó con los clavos que los penetraban.

Inmediatamente, sintió una especie de poder que lo recorría completamente. Su cuerpo se hizo más fuerte. Era más que la simple suma de músculos: eso podía hacerlo reformando su cuerpo. No, eso confería a cada músculo una fuerza adicional innata que los hacía mucho más eficientes, mucho más poderosos de lo que habrían sido en otro caso.

La Bendición de la Potencia. Había robado los dos clavos del cuerpo de OreSeur. Sin esta Bendición, TenSoon jamás habría podido seguir a Vin como lo había hecho durante el año que pasaron juntos. Duplicaba el poder y la resistencia de cada músculo. No podía regular o cambiar el nivel de esa fuerza añadida: no era feruquimia ni alomancia, sino algo diferente. Hemalurgia.

Una persona había muerto para crear cada clavo. TenSoon trataba de no pensar mucho en eso, como tampoco trataba de pensar en que solo tenía esta Bendición porque había matado a uno de su propia generación. El lord Legislador proporcionaba los clavos cada siglo, dando el número solicitado, para que los kandra pudieran engendrar a una nueva generación.

Ahora tenía cuatro clavos, dos Bendiciones, y era uno de los kandra vivos más poderosos. Reforzados sus músculos, TenSoon saltó confiadamente desde lo alto de la formación rocosa, precipitándose sin problemas seis metros hasta

el terreno cubierto de ceniza de más abajo. Echó a correr más velozmente ahora. La Bendición de la Potencia se parecía al poder de un alomante que quemaba peltre, pero no mantendría a TenSoon en marcha indefinidamente, ni tampoco le permitía avivarlo para obtener un estallido adicional de energía. Por otro lado, no necesitaba metales para impulsarse.

Se dirigió al este. El Primer Contrato era explícito. Cuando regresara Ruina, los kandra tenían que buscar al Padre para servirlo. Por desgracia, el Padre estaba muerto. El Primer Contrato no había tenido en cuenta esa posibilidad. Así que, incapaz de acudir al Padre, TenSoon hizo lo más parecido. Fue en busca de Vin.

Originalmente, asumimos que un koloss era una combinación de dos personas en una. Fue un error. Los koloss no eran la fusión de dos personas, sino de cinco, como demuestran los cuatro clavos necesarios para crearlos. No cinco cuerpos, por supuesto, sino cinco almas.

Cada par de clavos proporciona lo que los kandra llamaban la Bendición de la Potencia. Sin embargo, cada clavo distorsiona también un poco más el cuerpo del koloss, volviéndolo cada vez más inhumano. Ese es el precio de la hemalurgia.

40



—NADIE SABE EXACTAMENTE CÓMO se forman los inquisidores.

Elend se dirigía a un grupito que incluía a Ham, Cett, el escriba Noorden y el casi recuperado Demoux. Vin estaba sentada al fondo de la tienda, todavía intentando dilucidar lo que había descubierto. Humano... todos los koloss... habían sido una vez personas.

—Sin embargo, hay un montón de teorías al respecto —continuó Elend—. Cuando el lord Legislador cayó, Sazed y yo realizamos algunas investigaciones, y descubrimos unos cuantos datos interesantes por parte de los obligadores a quienes interrogamos. Por ejemplo, los inquisidores están hechos a partir de hombres corrientes, hombres que recuerdan quiénes fueron, pero ganan nuevas habilidades alománticas.

—Nuestra experiencia con Marsh lo demuestra —dijo Ham—. Seguía siendo él mismo, incluso después de que le atravesaran el cuerpo con todos esos clavos. Y obtuvo los poderes de un nacido de la bruma.

—Disculpadme —intervino Cett—, pero ¿alguien me puede explicar qué demonios tiene esto que ver con el asedio de la ciudad? Aquí no hay inquisidores.

Elend se cruzó de brazos.

—Es importante, Cett, porque estamos en guerra y no solo con Yomen, sino con algo que no comprendemos, algo mucho más grande que esos soldados de Fadrex.

Cett soltó un bufido.

—¿Sigues creyendo toda esa cháchara de destino y dioses y similares?

—Noorden —dijo Elend, mirando al escriba—. Por favor, cuéntale a lord Cett lo que me dijiste antes.

El antiguo obligador asintió.

—Bueno, mi señor, es así: esos números relacionados con el porcentaje de personas que caen enfermas por el mal de las brumas son *demasiado* regulares para ser naturales. La naturaleza funciona en un caos organizado: aleatoriedad a pequeña escala, con tendencias a escala superior. No puedo creer que nada natural pueda haberse producido con resultados tan exactos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cett.

—Bueno, mi señor —dijo Noorden—. Imagina que oyes un golpecito fuera de tu tienda. Si se repite de vez en cuando, sin una pauta exacta, puede ser el viento que agita una lona suelta contra un poste. Sin embargo, si se repite con regularidad exacta, sabes que debe de ser una persona que golpea el poste. Podrías hacer la distinción inmediatamente, porque has aprendido que la naturaleza puede ser repetitiva en un caso como ese, pero no *exacta*. Igual que estos números, mi señor. Son demasiado organizados, demasiado repetitivos, para ser naturales. Tienen que haber sido creados por alguien.

—¿Estás diciendo que una persona hizo enfermar a esos soldados? —preguntó Cett.

—¿Una persona...? No, no una persona, supongo —respondió Noorden—. Pero *algo* inteligente debe de haberlo hecho. Es la única conclusión que puedo extraer. Algo con un plan, algo que se preocupa por ser exacto.

Todos guardaron silencio.

—¿Y esto se relaciona de algún modo con los inquisidores, mi señor? —preguntó Demoux con cuidado.

—Sí —contestó Elend—. Al menos, así es si piensas como yo... lo cual he de reconocer que no hace mucha gente.

—Para bien o para mal... —dijo Ham, sonriendo.

—Noorden, ¿qué sabes respecto a cómo se forman los inquisidores? —preguntó Elend.

El escriba se incomodó.

—Como debes de saber, yo pertenecía al Cantón de la Ortodoxia, no al Cantón de la Inquisición.

—Seguramente habría rumores.

—Bueno, por supuesto. De hecho, había más que rumores. Los obligadores superiores *siempre* intentaban descubrir cómo conseguían su poder los inquisidores. Existía rivalidad entre los Cantones, ya sabes, y... bueno, suponía que eso no te interesaba. De todas formas, sí que corrían rumores.

—¿Y...? —preguntó Elend.

—Decían... —empezó a decir Noorden—. Decían que un inquisidor era una fusión de muchas personas diferentes. Para crear un inquisidor, el Cantón de la Inquisición tenía que conseguir un grupo entero de alomantes, y luego combinar sus poderes en uno.

De nuevo, silencio en la sala. Vin encogió las piernas y se abrazó las rodillas. No le gustaba hablar de los inquisidores.

—¡Por el lord Legislador! —susurró Ham—. ¡Eso es! ¡Por eso los inquisidores se esforzaban tanto en encontrar brumosos skaa! ¿No lo veis? No es solo porque el lord Legislador ordenara matar a los mestizos... ¡Era para que los inquisidores pudieran perpetuarse! ¡Necesitaban matar alomantes para poder crear nuevos inquisidores!

Elend asintió.

—De algún modo, esos clavos que los inquisidores llevan en el cuerpo transfieren la habilidad alomántica. Matas a ocho brumosos, y confieres todos sus poderes a un solo hombre, como Marsh. Sazed me dijo una vez que Marsh se mostraba siempre reacio a hablar del día en que lo hicieron inquisidor, pero dijo que resultó algo... «desagradable».

Ham asintió.

—Y cuando Kelsier y Vin encontraron su cuarto el día en que lo cogieron y lo convirtieron en inquisidor, encontraron allí un cadáver. ¡Un cadáver que al principio pensaron que pertenecía a Marsh!

—Más tarde, Marsh dijo que allí habían matado a más de una persona —recordó Vin en voz baja—. Que no había quedado... lo bastante de ellas para contarla.

—Una vez más —insistió Cett—, ¿todo esto tiene sentido?

—Bueno, parece que hace un buen trabajo molestandote —dijo Ham animosamente—. ¿*Necesitamos* más sentido?

Elend dirigió a ambos una mirada de reproche.

—El tema, Cett, es que Vin descubrió algo esta semana.

El grupo se volvió hacia ella.

—Los koloss están hechos a partir de humanos —informó Vin.

—¿Qué? —preguntó Cett, frunciendo el ceño—. Eso es absurdo.

—No —respondió Vin, negando con la cabeza—. Estoy segura. He comprobado los koloss vivos. Ocultos entre esos pliegues y bolsas de piel de sus cuerpos, están perforados por clavos. Más pequeños que los clavos de los inquisidores, y hechos de metales diferentes, pero todos los koloss los tienen.

—Nadie ha descubierto de dónde salen los koloss nuevos —dijo Elend—. El lord Legislador guardó el secreto, y se ha convertido en uno de los grandes misterios de nuestro tiempo. Los koloss parecen matarse unos a otros con regularidad cuando alguien no los controla de forma activa. Sin embargo, siempre parece que haya más criaturas. ¿Cómo?

—Porque están nutriendo constantemente su número —dijo Ham, asintiendo muy despacio—. En las aldeas que saquean.

—¿Os preguntasteis alguna vez por qué, durante el asedio de Luthadel, el ejército koloss de Jastes atacó una aldea al azar antes de marchar contra nosotros? —preguntó Elend—. Las criaturas necesitaban nutrir su número.

—Siempre caminan, visten ropas, hablan de que son humanos —dijo Vin—. Sin embargo, no recuerdan cómo eran antes. Alguien ha roto sus mentes.

—El otro día, Vin finalmente consiguió que uno de ellos le mostrara cómo hacer nuevos koloss. Por lo que hizo, por lo que ha dicho desde entonces, creemos que intentaba *combinar* a dos hombres en uno. Eso crearía una criatura con la fuerza de dos hombres y la mente de ninguno.

—Un tercer arte —dijo Ham, alzando la cabeza—. Una tercera forma de usar los metales. Está la alomancia, que extrae poder de los metales mismos. Está la feruquimia, que usa metales para extraer poder de tu propio cuerpo, y está...

—Marsh la llamó hemalurgia —dijo Vin en voz baja.

—Hemalurgia... —musitó Ham—. Usa los metales para extraer el poder del cuerpo *de otro*.

—¡Magnífico! —exclamó Cett—. ¿Finalidad?

—El lord Legislador creó sirvientes para que lo ayudaran —respondió Elend—. Por medio de este arte... esta hemalurgia... creaba soldados, los koloss. Creó espías que llamamos kandra. Y creó sacerdotes que llamamos inquisidores. Los construyó todos con debilidades, para así poder controlarlos.

—Al principio, aprendí a controlar a los koloss gracias a TenSoon —dijo Vin—. Me mostró inadvertidamente el secreto. Mencionó que los kandra y los

koloss eran primos, y me di cuenta de que podía controlar tanto a los unos como a los otros.

—Yo... sigo sin ver adónde queréis llegar —dijo Demoux, mirando a Vin y a Elend.

—Los inquisidores deben de tener las mismas debilidades, Demoux —respondió Elend—. Esta hemalurgia deja la mente... herida. Permite que un alomante se introduzca y tome el control. Los nobles siempre se preguntaron qué volvía a los inquisidores tan fanáticamente devotos del lord Legislador. No eran como los obligadores normales... eran mucho más obedientes. Completamente devotos.

—Eso le sucedió a Marsh —susurró Vin—. La primera vez que lo vi después de que lo hicieran inquisidor, parecía diferente. Pero solo se volvió más extraño durante el año siguiente al Colapso. Hasta que, finalmente, se rebeló contra Sazed e intentó matarlo.

—Lo que intentamos sugerir —dijo Elend—, es que algo está controlando a los inquisidores y a los koloss. Algo está explotando las debilidades que el lord Legislador insertó en esas criaturas y los está utilizando como peones. Los problemas que hemos estado sufriendo, el caos tras el Colapso... no es simplemente caos. Como tampoco son caóticas las pautas de gente quecae enferma. Sé que parece obvio, pero lo importante es que ahora conocemos el método. Comprendemos por qué pueden ser controlados y cómo están siendo controlados.

Elend continuó caminando de un lado a otro, marcando con los pies el sucio suelo de la tienda:

—Cuanto más pienso en el descubrimiento de Vin, más creo que todo esto está conectado. Los koloss, los kandra y los inquisidores no son tres rarezas separadas, sino parte de un único fenómeno cohesivo. Ahora, en la superficie, el conocimiento de este tercer arte... esta hemalurgia... no parece gran cosa. Nosotros no pretendemos usarlo para crear más koloss, así que ¿de qué nos sirve el conocimiento?

Cett asintió, con el semblante serio. Sin embargo, Elend estaba ausente, mirando a través de la puerta abierta de la tienda. Era algo que antes hacía con frecuencia, cuando dedicaba más tiempo a los estudios. No respondía a las preguntas de Cett. Expresaba sus propias preocupaciones, siguiendo su propio camino lógico.

—Esta guerra que estamos librando —continuó Elend—, no es solo cuestión de soldados. No es solo cuestión de koloss, ni de tomar Ciudad

Fadrex. Tiene que ver con acontecimientos que inadvertidamente pusimos en marcha desde el momento en que derribamos al lord Legislador. La hemalurgia, el origen de los koloss, forma parte de una pauta. Los porcentajes de los que caen enfermos son también parte de la pauta. Cuanto menos veamos el caos y más veamos la *pauta*, mejor podremos comprender contra qué luchamos... y cómo derrotarlo.

Elend se volvió hacia el grupo.

—Noorden, quiero que cambies el objetivo de tu investigación. Hasta ahora, hemos asumido que los movimientos de los koloss eran aleatorios. Ya no estoy convencido de que eso sea cierto. Investiga los antiguos informes de nuestros exploradores. Traza listas y movimientos. Presta especial atención a los cuerpos de los koloss que sabemos que *no estaban* bajo el control de un inquisidor. Quiero ver si podemos descubrir por qué fueron a donde fueron.

—Sí, mi señor —respondió Noorden.

—Los demás, permaneced atentos —ordenó Elend—. No quiero otro error como el de la semana pasada. No podemos permitirnos perder más soldados, ni siquiera koloss.

Ellos asintieron, y la postura de Elend indicó el final de la reunión. Se llevaron a Cett a su tienda, Noorden corrió a iniciar su nueva investigación y Ham salió en busca de algo para comer. Demoux, en cambio, se quedó. Vin se levantó y se acercó a Elend, y lo agarró del brazo cuando él se volvía hacia Demoux.

—Mi señor... —dijo Demoux, un poco cohibido—. Supongo que el general Ham ha hablado contigo.

¿*Qué es esto?*?, pensó Vin, alzando la cabeza.

—Sí, Demoux —respondió Elend con un suspiro—. Pero, en realidad, no creo que sea algo de lo que preocuparse.

—¿Qué? —preguntó Vin.

—Hay cierto grado de... ostracismo en el campamento, mi señora —comentó Demoux—. A los que estuvimos enfermos durante dos semanas, en vez de un día, se nos trata con cierto recelo.

—Recelo con el que ya no estás de acuerdo, ¿no, Demoux? —recalcó Elend con una severa mirada regia.

Demoux asintió.

—Confío en tu interpretación, mi señor. Pero es que... bueno, cuesta dirigir a hombres que no confían en ti. Y cuesta mucho más a quienes se

encuentran en mi situación. Comen juntos, apartados de los demás durante su tiempo libre. Eso refuerza la división.

—¿Qué piensas tú? —preguntó Elend—. ¿Deberíamos intentar forzar la integración?

—Eso depende, mi señor.

—¿De qué?

—De varios factores —dijo Demoux—. Si planeas atacar pronto, entonces la reintegración sería una mala idea: no quiero luchando a mi lado a hombres en quienes no pueda confiar. Sin embargo, si vamos a continuar el asedio durante algún tiempo, obligarlos a permanecer juntos podría tener sentido. La porción mayor del ejército tendría tiempo de aprender a confiar en los caídos por la bruma.

Caídos por la bruma, pensó Vin. *Interesante nombre.*

Elend la miró, y ella supo en qué estaba pensando. El baile en el Cantón de Recursos se celebraría solo dentro de unos días. Si el plan de Elend salía bien, tal vez no tendrían que atacar Fadrex.

Vin no tenía puestas grandes esperanzas en esa opción. Además, sin suministros de Luthadel, no podían lograr gran cosa. Podrían continuar el asedio tal como habían planeado durante meses, o podrían acabar teniendo que atacar en cuestión de semanas.

—Organiza una nueva compañía —ordenó Elend, volviéndose hacia Demoux—. Fórmala con esos caídos por la bruma. Nos encargaremos de la superstición después de tomar Fadrex.

—Sí, mi señor. Pienso que...

Continuaron hablando, pero Vin dejó de prestar atención en cuanto oyó voces que se acercaban a la tienda de mando. Probablemente no era nada. Aun así, se colocó para quedar situada entre quien se acercaba y Elend, y comprobó sus reservas de metal. Dentro de unos instantes, podría determinar de quién se trataba. Uno era Ham. Se relajó cuando la puerta de la tienda se abrió, revelando a Ham con su chaleco y sus pantalones de rigor, seguido por un cansado soldado pelirrojo. El hombre tenía las ropas manchadas de ceniza y llevaba el uniforme de cuero de los exploradores.

—¿Conrad? —preguntó Demoux, sorprendido.

—¿Conoces a este hombre? —quiso saber Elend.

—Sí, mi señor. Es uno de los tenientes que dejé en Luthadel, con el rey Penrod.

Conrad saludó.

—Mi señor, traigo noticias de la capital.

—¡Por fin! —exclamó Elend—. ¿Qué se cuenta Penrod? ¿Dónde están esas barcazas de suministros que mandé traer?

—¿Barcazas de suministros, mi señor? —preguntó Conrad—. El rey Penrod me envía para pedirte que le envíes suministros *tú*. Hay disturbios en la ciudad, y algunas de las tiendas de alimentos han sido saqueadas. El rey Penrod quiere que te pida un contingente de tropas para ayudarle a restaurar el orden.

—¿Tropas? ¿Qué hay de la guarnición que le dejé? ¡Debería tener hombres de sobra!

—No son suficientes, mi señor. No sé por qué. Solo puedo transmitirte el mensaje que me han encomendado.

Elend maldijo y dio un puñetazo sobre la mesa.

—¿Es que Penrod no puede hacer lo *único* que le he pedido? ¡Todo lo que tenía que hacer era conservar las tierras que ya hemos asegurado!

El soldado dio un respingo ante el arrebato de ira, y Vin observó con preocupación. Elend, sin embargo, consiguió controlar su temperamento. Inspiró profundamente y le hizo un gesto al soldado.

—Descansa, teniente Conrad, y come algo. Hablaremos de esto más tarde.

ESA NOCHE, VIN ENCONTRÓ A Elend en el perímetro del campamento, contemplando las hogueras de vigilancia de Fadrex en los acantilados. Le puso una mano en el hombro, y el hecho de que él no diera un respingo indicó que la había oído llegar. Todavía le resultaba un poco extraño que Elend, que siempre había parecido un poco ajeno al mundo que lo rodeaba, fuera ahora un nacido de la bruma capaz, con estaño, de amplificar sus oídos y poder así escuchar los pasos más sigilosos que se le acercaran.

—¿Hablaste con el mensajero? —preguntó Vin mientras él la rodeaba con un brazo.

Caía ceniza alrededor. Un par de soldados ojos de estaño pasaron de patrulla, sin luces, recorriendo en silencio el perímetro del campamento. La propia Vin acababa de volver de una patrulla similar, aunque la suya había sido en torno al perímetro de Fadrex. Hacía un par de rondas cada noche, vigilando cualquier actividad anormal en la ciudad.

—Sí —contestó Elend—. Cuando hubo descansado un poco, hablé con él en profundidad.

—¿Malas noticias?

—Lo que dijo antes. Al parecer, Penrod nunca recibió mis órdenes de enviar comida y tropas. Conrad era uno de los cuatro mensajeros que él nos envió. No sabemos qué les ha pasado a los otros tres. Un grupo de koloss persiguió al propio Conrad, y este solo escapó despistándolos al enviar su caballo en una dirección y esconderse mientras lo abatían y lo masacraban. Escapó mientras lo devoraban.

—Un hombre valiente.

—Y afortunado. En cualquier caso, parece improbable que Penrod pueda enviarnos apoyo. Hay comida almacenada en Luthadel; pero, si la noticia de los disturbios es cierta, Penrod no podrá desviar soldados necesarios para proteger los suministros.

—Entonces... ¿dónde nos deja eso? —preguntó Vin.

Elend la miró, y a ella le sorprendió ver en sus ojos determinación, no frustración.

—Nos da conocimiento.

—¿Qué?

—Nuestro enemigo se ha revelado, Vin. ¿Atacar directamente a nuestros mensajeros con grupúsculos de koloss? ¿Tratar de minar nuestra base de suministros en Luthadel? —Elend sacudió la cabeza—. Nuestro enemigo *quiere* que esto parezca aleatorio, pero yo veo la pauta. Es demasiado concentrada, demasiado inteligente para ser casualidad. Intenta alejarnos de Fadrex.

Vin sintió un escalofrío. Elend intentó seguir hablando, pero ella extendió una mano y se la colocó sobre sus labios, silenciándolo. Él pareció confuso, pero entonces comprendió, pues asintió. *Digamos lo que digamos, Ruina puede escucharlo*, pensó Vin. *No debemos revelar lo que sabemos*.

Sin embargo, algo se transmitió entre ellos. El conocimiento de que tenían que quedarse en Fadrex, de que *tenían* que averiguar qué había en aquella caverna de almacenaje. Pues su enemigo se esforzaba en impedírselo.

Vin asintió, indicándole a Elend que estaba de acuerdo con su decisión de quedarse. Con todo, estaba preocupada. Luthadel era su puntal en todo aquello, su posición segura. Si perdían eso, ¿qué les quedaba?

Cada vez comprendía más y más que no habría vuelta atrás. No habría ninguna retirada para desarrollar planes alternativos. El mundo se desplomaba a su alrededor, y Elend se había dedicado a Fadrex.

Si fracasaban aquí, no tendrían ningún otro sitio adonde ir.

Al cabo de un rato, Elend le dio un apretón en el hombro, y se internó en las brumas para comprobar algunos de los puestos de guardia. Vin se quedó sola, contemplando las hogueras de vigilancia, experimentando una preocupante sensación de amenaza. Sus pensamientos de antes, en la cuarta caverna de almacenaje, regresaron. Librar guerras, asediar ciudades, jugar a la política... no era suficiente. Estas cosas no los salvarían si la tierra misma moría.

Pero ¿qué más podían hacer? La única opción que tenían era tomar Fadrex y esperar que el lord Legislador les hubiera dejado alguna pista. Seguía sintiendo un inexplicable deseo de encontrar el atium. ¿Por qué estaba tan segura de que los ayudaría?

Cerró los ojos, sin querer enfrentarse a las brumas que, como siempre, se apartaban de ella, dejando media pulgada de aire a su alrededor. Había recurrido a ellas una vez, cuando combatía al lord Legislador. Las llamó, como había hecho tantas otras veces, les suplicó mentalmente, trató de acceder a su poder. Y sintió que *debería* poder hacerlo. Había fuerza en las brumas. Atrapada en su interior. Pero no cedía. Era como si algo las contuviera, una especie de bloqueo, tal vez. O tal vez un simple capricho por su parte.

—¿Por qué? —susurró, los ojos todavía cerrados—. ¿Por qué me ayudasteis una vez y no más? ¿Estoy loca, o realmente me disteis poder cuando os lo pedí?

La noche no le proporcionó ninguna respuesta. Finalmente, Vin suspiró y dio media vuelta, para buscar refugio dentro de la tienda.

Los clavos hemalúrgicos cambian físicamente a las personas, dependiendo de qué poderes se concedan, dónde se coloca el clavo y cuántos clavos se lleven. Los inquisidores, por ejemplo, cambian drásticamente respecto al humano que eran antes. Sus corazones están en sitios distintos, y sus cerebros se reforman para aceptar los metales que les atraviesan los ojos. Los koloss cambian de forma aún más drástica.

Cabría pensar que quienes más cambian de todo son los kandra. Sin embargo, hay que recordar que los nuevos kandra se forman a partir de espectros de la bruma, y no de humanos. Los clavos que llevan los kandra causan solo una pequeña transformación en sus anfitriones, dejando que sus cuerpos sean en su mayor parte como los de los espectros de la bruma, pero permitiendo que sus mentes empiecen a funcionar. Irónicamente, mientras los clavos deshumanizan a los koloss, dan cierta dosis de humanidad a los kandra.

41



—¿NO LO VES, BRISA? —preguntó Sazed, ansioso—. Esto es un ejemplo de lo que llamamos ostensión: una leyenda emulada en la vida real. La gente creía en el Superviviente de Hathsin, y ahora se han inventado *otro* superviviente para que les ayude en momentos de necesidad.

Brisa arqueó una ceja. Se encontraban al fondo de una multitud que se reunía en el distrito del mercado, esperando la llegada del Ciudadano.

—¡Es fascinante! —exclamó Sazed—. Una evolución de la leyenda del Superviviente que no había previsto. Sabía que podrían deificarlo; de hecho, era casi inevitable. Sin embargo, puesto que Kelsier fue una vez una persona corriente, quienes lo adoran pueden imaginar que *otra* persona consigue el mismo estatus.

Brisa asintió, distraído. Allrianne estaba a su lado, muy irritada porque le habían pedido que llevara ropas skaa.

Sazed ignoró su falta de entusiasmo.

—Me pregunto cuál será el futuro de todo esto. Tal vez haya una *sucesión* de Supervivientes para esta gente. Esto podría ser la base de una religión con

auténtico potencial duradero, ya que podría reinventarse a sí misma para encajar con las necesidades del pueblo llano. Naturalmente, nuevos Supervivientes implican nuevos líderes... cada uno con opiniones diferentes. En vez de una línea de sacerdotes que promuevan la ortodoxia, cada nuevo Superviviente buscaría establecerse como diferente a sus predecesores. Podría crear numerosas facciones y divisiones en sus adoradores.

—Sazed —dijo Brisa—, ¿no habíamos quedado en que ya no recopilabas religiones?

—No estoy... recopilando esta religión, en realidad. Me limito a teorizar sobre su potencial.

Brisa arqueó una ceja.

—Además, podría guardar relación con nuestra misión. Si este nuevo Superviviente es una persona real, podría ayudarnos a derrocar a Quellion.

—O —advirtió Allrianne— podría constituir un desafío a nuestro liderazgo de la ciudad cuando Quellion haya caído.

—Ciento —admitió Sazed—. En cualquier caso, no veo de qué te quejas, Brisa. ¿No querías que me volviera a interesar en las religiones?

—Eso fue antes de que me diera cuenta de que eres capaz de pasarte toda la noche, y luego toda la mañana, hablando del tema —respondió Brisa—. Por cierto, ¿dónde está Quellion? Si me pierdo el almuerzo por culpa de sus ejecuciones, me sentiré bastante molesto.

Ejecuciones. En su entusiasmo, Sazed casi había olvidado qué habían venido a ver en realidad. Su ansiedad remitió, y recordó por qué Brisa actuaba de manera tan solemne. El hombre hablaba con tono ligero, pero la preocupación de sus ojos indicaba que le preocupaba la idea de que el Ciudadano quemara a gente inocente.

—¡Ahí! —exclamó Allrianne, señalando el otro lado del mercado. Algo causaba revuelo: el Ciudadano, vestido de brillante azul. Era un nuevo color aprobado, uno que solo él tenía permitido vestir. Sus consejeros lo rodeaban, vestidos de rojo.

—¡Por fin! —dijo Brisa, siguiendo a la multitud que rodeaba al Ciudadano.

Sazed lo siguió, reacio. Ahora que lo pensaba, se sintió tentado a usar sus soldados para intentar detener lo que estaba a punto de ocurrir.

Naturalmente, sabía que eso sería una necedad. Intervenir ahora para salvar a unos pocos estropearía sus posibilidades de salvar a toda la ciudad. Con un suspiro, siguió a Brisa y Allrianne, moviéndose al ritmo de la multitud. También sospechó que ser testigo de las muertes le recordaría la

acuciante naturaleza de sus deberes en Urteau. Los estudios teológicos esperarían a otra ocasión.

—VAS A TENER QUE MATARLOS —dijo Kelsier.

Fantasma estaba agazapado en silencio en lo alto de un edificio en la zona más rica de Urteau. Debajo, la procesión del Ciudadano se acercaba. Fantasma la observaba con los ojos vendados. Había hecho falta mucho dinero (casi todo lo que había traído de Luthadel) para averiguar por medio de sobornos el lugar de las ejecuciones con la suficiente antelación y así poder situarse.

Podía ver a los penosos individuos que Quellion había decidido asesinar. Muchos eran como la hermana de Franson: gente que había descubierto que tenía parentesco noble. Otros, sin embargo, eran solo cónyuges de gente con sangre noble. Fantasma también conocía a un hombre del grupo que había hablado en voz demasiado alta contra Quellion. La conexión de ese hombre con la nobleza era tenue. Una vez fue artesano y atendió a clientes nobles.

—Sé que no quieres hacerlo —dijo Kelsier—. Pero no puedes perder los nervios ahora.

Fantasma se sentía poderoso: el peltre le daba un aire de invencibilidad que nunca antes había imaginado. Apenas había dormido unas pocas horas en los últimos seis días, pero no se sentía cansado. Tenía un sentido del equilibrio que cualquier gato habría envidiado, y una fuerza que sus músculos no deberían haber podido producir.

Y, sin embargo, el poder no lo era todo. Las palmas de las manos le sudaban bajo su capa, y sentía que perlas de sudor le corrían por la frente. No era un nacido de la bruma. No era Kelsier ni Vin. Era solo Fantasma. ¿En qué estaba pensando?

—No puedo hacerlo —susurró.

—Sí puedes —respondió Kelsier—. Has practicado con el bastón: lo he visto. Además, te enfrentaste a aquellos soldados en el mercado. Estuvieron a punto de matarte, vale, pero eran dos violentos. Lo hiciste bien, dada la situación.

—Yo...

—Tienes que salvar a esa gente, Fantasma. Hazte la pregunta: «¿Qué haría yo en tu lugar?»

—Yo no soy tú.

—Todavía no —susurró Kelsier.

Todavía no.

Abajo, Quellion predicaba contra la gente que iba a ser ejecutada. Fantasma pudo ver a Beldre, la hermana del Ciudadano, a su lado. Se inclinó hacia delante. ¿Era una expresión de compasión, incluso de dolor, lo que había en sus ojos mientras veía cómo conducían a los desafortunados prisioneros al edificio? ¿O era solo lo que Fantasma quería ver en ella? Siguió su mirada, contemplando a los prisioneros. Uno de ellos era una niña, que iba agarrada temerosamente a una mujer mientras empujaban al grupo al edificio que se convertiría en su pira.

Kelsier tiene razón, pensó Fantasma. *No puedo dejar que esto suceda. Puede que no lo logre, pero al menos debo intentarlo.* Sus manos continuaron temblando mientras atravesaba la trampilla en lo alto del edificio y bajaba las escaleras, la capa agitándose tras él. Rodeó una esquina en dirección a la bodega.

Los nobles eran extrañas criaturas. Durante los días del lord Legislador, a menudo temían por sus vidas tanto como los skaa, pues las intrigas de la corte solían causar encarcelamientos y asesinatos. Fantasma tendría que haberse dado cuenta desde el principio de lo que se perdía. Ninguna banda de ladrones construiría un cubil sin un agujero oculto para huidas de emergencia.

¿Por qué iban los nobles a ser diferentes?

Brincó, la capa ondeando mientras saltaba los últimos escalones. Golpeó el suelo polvoriento, y sus oídos amplificados oyeron a Quellion que empezaba a gritar allá arriba. Las multitudes skaa murmuraban. Las llamas habían empezado. Allí, en el oscuro sótano del edificio, Fantasma encontró una sección que ya estaba abierta, un pasadizo secreto que conducía al edificio de al lado. Un grupo de soldados lo guardaba.

—Rápido —oyó decir a uno de ellos—, antes de que el fuego llegue aquí.

—¡Por favor! —exclamó otra voz femenina, y sus palabras resonaron en el pasadizo—. ¡Al menos llevaos a la niña!

La gente gemía. Los soldados se situaron al otro lado del pasadizo, impidiendo escapar a la gente del otro sótano. Habían sido enviados por Quellion para salvar a uno de los prisioneros. En el exterior, el Ciudadano hacía el espectáculo de denunciar a los que tenían sangre noble. Sin embargo, los alomantes eran demasiado valiosos para matarlos. Así que elegía sus edificios con cuidado, quemando solamente aquellos que tenían salidas ocultas por las que podía sacar a los alomantes.

Era la forma perfecta de mostrar ortodoxia, y al mismo tiempo controlar el recurso más poderoso de la ciudad. Pero no fue esta hipocresía lo que hizo que las manos de Fantasma dejaran de temblar cuando atacó a los soldados.

Fue la niña llorosa.

—¡Máthalos! —gritó Kelsier.

Fantasma sacó su bastón de duelos. Uno de los soldados finalmente reparó en él, girando asombrado.

Cayó el primero.

Fantasma no había advertido lo fuerte que podía golpear. El casco del soldado voló por el pasadizo oculto, su metal aplastado. Los otros soldados gritaron cuando Fantasma saltó por encima de su compañero caído en tan estrechos confines. Llevaban espadas, pero tuvieron problemas para desenvainarlas.

Fantasma, sin embargo, había traído dagas.

Extrajo una, y la blandió con una potencia impulsada por el peltre y la furia, los pasos guiados por sus sentidos amplificados. Atravesó a dos soldados, empujando sus cuerpos a un lado, aprovechando su ventaja. Al fondo del pasadizo había cuatro soldados más con un skaa de baja estatura.

El miedo brillaba en sus ojos.

Fantasma se abalanzó, y los aturdidos soldados finalmente vencieron su sorpresa. Se volvieron, abrieron la puerta secreta y tropezaron entre sí al entrar en el sótano del edificio del otro lado.

La estructura estaba ya a punto de desplomarse. Fantasma pudo oler el humo. El resto de los condenados estaba en la habitación; probablemente habían intentado atravesar la puerta para seguir al amigo que había escapado. Ahora se vieron obligados a retroceder cuando los soldados se abrieron paso y finalmente desenvainaron sus espadas.

Fantasma destripó al primero de los cuatro soldados, dejó la daga clavada en su cuerpo y sacó un segundo bastón de duelos. Notó la firmeza de la madera en su mano mientras giraba entre los aturdidos civiles y atacaba a los soldados.

—No puedes permitir que los soldados escapen —susurró Kelsier—. De lo contrario, Quellion sabrá que los skaa han sido rescatados. Tienes que confundirlo.

La luz de las llamas titilaba en un pasillo más allá de la bien amueblada habitación del sótano. Fantasma pudo sentir ya el calor. Torvamente, los tres soldados alzaron sus espadas, recortados por la luz de las llamas. El humo

empezó a filtrarse por el techo, esparciéndose como una niebla oscura. Los prisioneros retrocedieron, confusos.

Fantasma se abalanzó hacia un soldado y descargó sus dos bastones contra él. El hombre mordió el anzuelo, esquivó el ataque de Fantasma y embistió hacia delante. En una pelea corriente, Fantasma habría sido ensartado.

El peltre y el estaño lo salvaron. Fantasma se movió con ligereza, sintiendo el viento de la espada que se cernía sobre él, sabiendo por dónde pasar. Su corazón redobló en su pecho cuando la espada cortó la tela en su costado, pero falló la carne. Asestó un golpe con el bastón, rompiendo el brazo del hombre, y luego le golpeó el cráneo con el otro.

El soldado cayó, la sorpresa visible en sus ojos moribundos cuando Fantasma pasó sobre él.

El siguiente soldado ya estaba preparado. Fantasma alzó sus dos bastones, cruzándolos para bloquear el golpe. La espada alcanzó a uno, lanzando al aire la mitad del bastón, pero quedó atascada en el segundo. Fantasma torció su guardia, arrancando la hoja, luego giró para internarse en la defensa del hombre y lo abatió con un codazo en el estómago.

Golpeó la cabeza del hombre al caer. El sonido de hueso sobre hueso resonó en la habitación en llamas. El soldado se desplomó a los pies de Fantasma.

¡Puedo hacerlo!, pensó Fantasma. Soy como ellos. Vin y Kelsier. Se acabó eso de esconderme en los sótanos y huir del peligro. ¡Puedo luchar!

Se dio media vuelta, sonriendo.

Y encontró al último soldado que presionaba el cuchillo del propio Fantasma contra el cuello de una muchachita. El soldado estaba de espaldas al pasillo en llamas, intentando escapar a través del pasadizo oculto. Detrás, las llamas asomaban en el marco de la puerta, lamiendo la habitación.

—¡Los demás, salid de aquí! —dijo Fantasma, sin dejar de mirar al soldado —. Salid por la puerta trasera del edificio que encontraréis al final de este túnel. Allí encontraréis a unos hombres. Os ocultarán en los bajos fondos, y luego os sacarán de la ciudad. ¡Vamos!

Algunos ya habían huido, y los que quedaban obedecieron su orden. El soldado permaneció inmóvil, expectante, obviamente intentando decidir qué hacer. Debía de saber que se enfrentaba a un alomante: ningún hombre corriente podría haber abatido a tantos soldados con tanta rapidez. Por fortuna, parecía que Quellion no había enviado a sus propios alomantes al edificio. Seguramente estaban arriba con él, protegiéndolo.

Fantasma se quedó quieto. Dejó caer el bastón de duelo roto, pero sostuvo el otro con fuerza para evitar que le temblara la mano. La niña gemía.

—*¿Qué habría hecho Kelsier?*

Tras él, el último de los prisioneros huía hacia el pasillo.

—¡Tú! —dijo Fantasma sin volverse—. Cierra esa puerta desde fuera. ¡Rápido!

—Pero...

—¡Hazlo! —chilló Fantasma.

—¡No! —dijo el soldado, apretando el cuchillo contra el cuello de la niña—. ¡La mataré!

—Hazlo y morirás —espetó Fantasma—. Lo sabes. Mírame. No vas a pasar. Estás...

La puerta se cerró.

El soldado gritó, soltó a la niña y corrió hacia la puerta, intentando alcanzarla antes de que la tranca cayera por el otro lado.

—¡Es la única salida! ¡Nos vas a...!

Fantasma rompió las rodillas del hombre con un solo golpe de bastón. El soldado gritó y cayó al suelo. Las llamas ya ardían en tres de las paredes. El calor era intenso.

La tranca chasqueó en su sitio al otro lado de la puerta. Fantasma miró al soldado. Todavía estaba vivo.

—¡Déjalo! —dijo Kelsier—. Déjalo arder con el edificio.

Fantasma vaciló.

—Él habría dejado morir a toda esa gente —dijo Kelsier—. Deja que sienta lo que les habría hecho a ellos... lo que ya ha hecho varias veces, por orden de Quellion.

Fantasma dejó al hombre gimiendo en el suelo y se dirigió a la puerta secreta. Lanzó su peso contra ella.

Aguantó.

Maldijo, alzó una bota y pateó la puerta. Sin embargo, esta se mantuvo sólida.

—Esa puerta fue construida por nobles que temían ser perseguidos por asesinos —dijo Kelsier—. Conocían la alomancia, y se aseguraron de que la puerta fuera lo bastante fuerte para resistir la patada de un violento.

El incendio arreciaba. La niña se acurrucó en el suelo, sollozando. Fantasma giró, contemplando las llamas, sintiendo su calor. Dio un paso

adelante, pero sus sentidos amplificados eran tan agudos que el calor le parecía sorprendentemente poderoso.

Apretó los dientes y recogió a la niña. *Ahora tengo peltre*, pensó.

Puedo equilibrar el poder de mis sentidos. Con eso bastará.

SALÍA HUMO POR LAS VENTANAS del edificio condenado. Sazed esperaba con Brisa y Allrianne, al fondo de una solemne multitud. La gente permanecía extrañamente silenciosa mientras contemplaba cómo las llamas se cobraban su precio. Tal vez sentían la verdad.

Y la verdad era que podían ser detenidos y asesinados tan fácilmente como las pobres víctimas que morían dentro.

—¡Qué rápido cambiamos! —susurró Sazed—. No hace mucho que los hombres eran obligados a contemplar cómo el lord Legislador cortaba las cabezas de gente inocente. Ahora lo hacemos nosotros mismos.

Silencio. Del interior del edificio llegaban lo que parecían ser gritos. Los gritos de gente muriendo.

—Kelsier estaba equivocado —dijo Brisa.

Sazed frunció el ceño y se volvió.

—Echaba la culpa a los nobles —dijo Brisa—. Pensaba que, si nos deshacíamos de ellos, estas cosas no sucederían.

Sazed asintió. Entonces, la multitud empezó a inquietarse, a agitarse y murmurar. Y Sazed notó que estaba de acuerdo con ellos. Había que hacer algo respecto a esta atrocidad. ¿Por qué no luchaba nadie? Quellion estaba allí, rodeado de sus orgullosos hombres de rojo. Sazed apretó los dientes, airado.

—Allrianne, querida —dijo Brisa—, no es el momento.

Sazed se sobresaltó. Se volvió para mirar a la joven. Estaba llorando.

Por los Dioses Olvidados, pensó Sazed, reconociendo por fin su contacto en sus emociones. Los encendía para enfurecerlos contra Quellion. *Es tan buena como Brisa*.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. Se lo merece. Podría hacer que esta muchedumbre lo hiciera pedazos.

—Y su segundo al mando tomaría el control —dijo Brisa—, y luego ejecutaría a esta gente. Aún no estamos preparados.

—Parece que nunca terminas los preparativos, Brisa —replicó ella.

—Estas cosas requieren...

—¡Esperad! —dijo Sazed, levantando una mano. Frunció el ceño y contempló el edificio. Una de las ventanas tapiadas con tablones, en el ático, parecía temblar—. ¡Mirad! —exclamó—. ¡Allí!

Brisa arqueó una ceja.

—Tal vez nuestro Dios de las Llamas está a punto de hacer su aparición, ¿eh? —Sonrió ante lo que obviamente consideraba un concepto ridículo—. Me pregunto qué se supone que tenemos que aprender durante esta experiencia repulsiva. Personalmente, creo que los hombres que nos enviaron aquí no sabían lo que...

De pronto uno de los tablones de la ventana salió volando, girando en el aire, dejando un rastro de humo. Entonces la ventana estalló hacia fuera.

Una figura vestida de oscuro saltó a través del caos de tablas y humo, hasta aterrizar en el tejado. Su larga capa parecía estar ardiendo en algunas partes, y llevaba un bultito en brazos. Una criatura. La figura corrió por el tejado ardiente y saltó al suelo, dejando una estela de humo.

Aterrizó con la gracia del humano que quema peltre, sin tropezar a pesar de los dos pisos de caída, la capa en llamas revoloteando a su alrededor. La gente retrocedió, sorprendida, y Quellion giró asombrado.

La capucha del hombre cayó hacia atrás cuando este se irguió. Solo entonces lo reconoció Sazed.

Bajo la luz del sol, Fantasma parecía mayor de lo que realmente era. O quizá Sazed nunca lo había visto más que como un chiquillo hasta ese momento. En cualquier caso, el joven miró con orgullo a Quellion, los ojos cubiertos por una venda, el cuerpo humeando mientras sostenía en sus brazos a una niña que tosía. No parecía en absoluto intimidado por la tropa de veinte soldados que rodeaba el edificio.

Brisa maldijo entre dientes.

—¡Allrianne, vamos a tener que descontrolarlos, después de todo!

De pronto, Sazed sintió un gran peso. Brisa apartó sus emociones, su confusión, su preocupación, y dejó a Sazed, junto a la multitud, completamente abierto al concentrado estallido de furia de Allrianne.

La multitud se puso en movimiento, la gente gritó el nombre del Superviviente, atropellando a los guardias. Por un momento, Sazed temió que Fantasma no fuera a aprovechar la oportunidad para huir. A pesar del extraño vendaje que le cubría los ojos, Sazed advirtió que el muchacho miraba directamente a Quellion... como desafiándolo.

Afortunadamente, Fantasma se dio media vuelta. La multitud distrajo a los soldados que avanzaban y Fantasma echó a correr a una velocidad que pareció demasiado rápida. Se escabulló por una calleja con la niña que había rescatado, la capa humeando. En cuanto Fantasma tuvo buena ventaja, Brisa controló el deseo de rebelión de la multitud, impidiendo que fueran abatidos por los soldados. La gente retrocedió, dispersándose. Los soldados del Ciudadano permanecieron junto a su líder. Sazed pudo oír la frustración en la voz del Ciudadano cuando este llamó a la inevitable retirada. No podía desviar más que a unos pocos hombres para perseguir a Fantasma, no con el potencial de una revuelta. Tenía que llegar a lugar seguro.

Mientras los soldados se ponían en marcha, Brisa se volvió hacia Sazed.

—Bueno —dijo—, *eso* sí que ha sido inesperado.

Creo que los koloss eran más inteligentes de lo que estábamos dispuestos a reconocer. Por ejemplo, en un principio, solo usaban los clavos que el lord Legislador les daba para crear nuevos miembros. Él les proporcionaba el metal y los desafortunados cautivos skaa, y los koloss creaban nuevos «reclutas».

Tras la muerte del lord Legislador, los koloss deberían haberse extinguido rápidamente. Así los había diseñado. Si se liberaban de su control, esperaba que se mataran unos a otros y pusieran fin a su propia ira destructiva. Sin embargo, de algún modo lograron deducir que los clavos en los cuerpos de los koloss caídos podían ser recogidos y reutilizados luego.

Ya no necesitaban un suministro nuevo de clavos. A menudo me pregunto qué efecto tuvo en su población la reutilización constante de esos clavos. Un clavo solo puede contener una cantidad determinada de carga hemalúrgica, así que no podían crear clavos que les concedieran fuerza infinita, no importa a cuánta gente mataran esos clavos y cuánto poder extrajeran. No obstante, ¿quizá el uso repetido de los clavos reciclados proporcionó más humanidad a los koloss que creaban?

42



CUANDO MARSH ENTRÓ EN LUTHADEL tuvo mucho más cuidado que cuando entró en la población sin nombre de la frontera occidental del dominio. Un inquisidor en la capital del imperio de Elend no pasaría inadvertido, y podría llamar una atención indebida. El emperador no estaba, y había dejado su patio de juegos abierto al uso de otros. No había ninguna necesidad de estropear eso.

Así, Marsh se movía de noche con la capucha puesta, quemando acero y saltando con monedas. Aun así, ver la magnífica ciudad (inmensa, sucia, pero su hogar pese a ello) era duro para la parte de Marsh que esperaba y observaba. En otros tiempos, el propio Marsh había dirigido la rebelión skaa en esta ciudad. Se sentía responsable por sus ocupantes, y la idea de que Ruina les hiciera lo que él le había hecho a la gente de la otra ciudad, donde había estallado el Monte de Ceniza...

No había ningún Monte de Ceniza tan cerca de Luthadel. Por desgracia, había cosas que Ruina podía hacerle a una ciudad que no implicaban fuerzas naturales. Camino de Luthadel, Marsh se había detenido nada menos que en cuatro aldeas, donde en secreto había matado a los hombres que protegían los suministros de alimentos, y luego había prendido fuego a los edificios que los contenían. Sabía que los otros inquisidores iban por el mundo cometiendo similares atrocidades mientras buscaban aquello que Ruina deseaba por encima de todas las cosas. Lo que Conservación le había arrebatado.

Él aún tenía que encontrarlo.

Marsh saltó sobre una calle, aterrizó en un tejado rematado en pico, corrió por el borde y se dirigió hacia la zona nororiental de la ciudad. Luthadel había cambiado durante el año transcurrido desde la última vez que la vio. Los proyectos de trabajos forzados del lord Legislador habían brutalizado a los skaa, pero mantenían las cosas limpias de ceniza e incluso daban a la enorme ciudad una sensación de orden. Ahora no había nada de eso. Obviamente, cultivar alimentos era una prioridad... y mantener limpia la ciudad tendría que esperar a otro momento, si es que había otro momento.

Ahora había muchos más montones de basura, y montículos de ceniza, que antes habrían sido arrojados al río que discurría por el centro de la ciudad, se agolpaban en callejones y contra los edificios. Marsh notó que empezaba a sonreír ante la belleza de la falta de reparaciones, y su pequeña parte rebelde se retiró y se escondió.

No podía luchar. No era el momento.

Pronto llegó a la Fortaleza Venture, sede del gobierno de Elend. Había sido invadida por los koloss durante el asedio de Luthadel, y sus vidrieras inferiores habían sido destrozadas por las bestias. Las ventanas habían sido sustituidas por tablones. Marsh sonrió y, después de un empujón de acero, saltó al balcón de la primera planta. Estaba familiarizado con este edificio. Antes de que Ruina lo tomara, había pasado varios meses viviendo aquí, ayudando al emperador Venture a mantener el control de la ciudad.

Marsh encontró con facilidad los aposentos de Penrod. Eran los únicos ocupados, y los únicos protegidos. Marsh se agazapó en los pasillos, observando con sus ojos inhumanos mientras consideraba su siguiente curso de acción.

Atravesar con un clavo hemalúrgico a un sujeto no dispuesto era una perspectiva muy arriesgada. En este caso, el tamaño del clavo era irrelevante. De la misma manera que una pizca de polvo de metal podía impulsar la

alomancia durante un rato, o un anillo pequeño podía contener una pequeña carga feruquímica, un trocito de metal pequeño podía funcionar para la hemalurgia. Los clavos de los inquisidores eran grandes para intimidar, pero un pequeño alfiler podía, en muchos casos, ser tan efectivo como un clavo enorme. Dependía de cuánto quisieras mantener el clavo fuera del cuerpo de una persona después de usarlo para matar a alguien.

Para los propósitos de Marsh de hoy, era preferible un clavo pequeño; no quería dar poderes a Penrod, sino simplemente penetrarlo con el metal. Marsh sacó el clavo que había hecho a partir del alomante encontrado en la ciudad condenada unos días antes. Medía unos trece centímetros de largo: más grande de lo necesario estrictamente hablando. Sin embargo, Marsh necesitaría clavarlo con fuerza en el cuerpo de un hombre, lo que significaba que tendría que ser al menos lo bastante grande para contener su forma. Había doscientos o trescientos puntos ciegos en el cuerpo de un humano. Marsh no los conocía todos: Ruina guiaría su mano cuando llegara el momento de golpear, asegurándose de que el clavo se hundiera en el lugar adecuado. Por el momento, la atención directa de su amo estaba concentrada en otro lugar, y daba a Marsh órdenes generales para colocarse en posición y prepararse para el ataque.

Clavos hemalúrgicos. La parte oculta de sí mismo se estremeció, recordando el día en que inesperadamente lo habían convertido en inquisidor. Creía que había sido descubierto. Actuaba como espía de Kelsier en el Ministerio de Acero. Poco sabía que no había sido identificado como sospechoso, sino como extraordinario.

Los inquisidores vinieron a por él de noche, mientras esperaba nervioso a reunirse con Kelsier y transmitirle lo que suponía que iba a ser su último mensaje para la rebelión. Irrumpieron por la puerta, moviéndose tan velozmente que Marsh no pudo reaccionar. No le dieron ninguna opción. Solo lo aplastaron contra el suelo y luego le pusieron encima una mujer que no paraba de gritar.

Entonces, los inquisidores atravesaron el corazón de la mujer con un clavo hasta el ojo de Marsh.

El dolor resultaba demasiado intenso como para recordarlo. El momento era como un agujero en su memoria, lleno de vagas imágenes de los inquisidores repitiendo una y otra vez este proceso, matando a otros desafortunados alomantes y clavando sus poderes (sus mismas almas, parecía) en el cuerpo de Marsh. Cuando todo aquello terminó, permaneció tendido en

el suelo, con el nuevo flujo de información sensorial que le dificultaba incluso pensar con claridad. A su alrededor, los otros inquisidores bailaban, descuartizando los otros cuerpos con sus hachas, regocijándose con la suma de otro miembro a sus filas.

Ese fue, en cierto modo, el día de su nacimiento. ¡Qué día tan maravilloso! Penrod, sin embargo, no tendría esa alegría. No iban a convertirlo en inquisidor: solo recibiría un único clavo pequeño. Un clavo hecho hacía días, y que todo ese tiempo había quedado fuera de un cuerpo, manando poder.

Marsh esperó a que Ruina entrara en él por la fuerza. No solo el clavo tendría que ser plantado exactamente, sino que Penrod tendría que dejarlo dentro el tiempo suficiente para que Ruina empezara a influir en sus pensamientos y emociones. Después de clavado, la piel podría sanar en torno al metal y el clavo seguiría funcionando. Sin embargo, para empezar, habría sangre.

¿Cómo lograba olvidar una persona los trece centímetros de metal que brotaban de su cuerpo? ¿Cómo lograba que los demás lo ignoraran? Ruina había intentado hundir un clavo en Elend Venture varias veces ya, y siempre había fracasado. De hecho, casi todos los intentos fracasaban. No obstante, las pocas personas conseguidas mediante este proceso merecían la pena.

Ruina vino a él, y Marsh perdió el control de su cuerpo. Se movió sin saber qué hacer, siguiendo órdenes directas. *Pasillo abajo. No ataques a los guardias. Entra por la puerta.*

Marsh hizo a un lado a los dos guardias, abrió la puerta de una patada y entró en la antesala.

Derecha. Al dormitorio.

Atravesó la habitación en un segundo, mientras los dos soldados pedían ayuda demasiado tarde. Penrod era un hombre mayor con aire digno. Tuvo la valentía de saltar de la cama al oír los gritos, y agarrar un bastón de duelo de su mesilla de noche.

Marsh sonrió. ¿Un bastón de duelo? ¿Contra un inquisidor? Desenvainó su hacha de mano de obsidiana.

Enfréntate a él, dijo Ruina, pero no lo mates. Haz que sea una batalla difícil, pero permítete sentir que te contiene.

Era una petición extraña, pero la mente de Marsh estaba tan directamente controlada que ni siquiera podía pararse a pensarlo. Solo pudo saltar para atacar.

Fue más difícil de lo que parecía. Tuvo que asegurarse de golpear con el hacha de formas que Penrod pudiera bloquear. En varias ocasiones tuvo que decantar velocidad de uno de sus clavos, que funcionaban como una mente de metal feruquírica, para desviar su hacha en la dirección adecuada, evitando decapitar por accidente al rey de Luthadel.

Sin embargo, lo consiguió. Hirió a Penrod unas cuantas veces, luchando todo el tiempo con el pequeño clavo oculto en la palma izquierda, dejando que el rey pensara que lo estaba haciendo bien. Momentos después, los guardias se unieron a la lucha, lo que permitió a Marsh guardar mejor las apariencias. Tres hombres normales contra un inquisidor no eran nada, aunque desde su punto de vista lo parecía.

No pasó mucho rato antes de que una docena de guardias irrumpiera en la antesala, al rescate de su rey.

Ahora, dijo Ruina. Hazte el asustado, prepárate para clavarlo, y disponte a huir por la ventana.

Marsh decantó velocidad y se movió. Ruina guio su mano izquierda con exactitud mientras golpeaba con ella contra el pecho de Penrod, hundiendo el clavo directamente en el corazón del hombre. Marsh oyó a Penrod gritar, sonrió ante el sonido y saltó por la ventana.

POCO DESPUÉS, MARSH COLGABA ANTE esa misma ventana, sin que las numerosas patrullas de guardia lo vieran o lo advirtieran. Era demasiado habilidoso, demasiado cuidadoso, para que lo divisaran escuchando con sus oídos amplificados por el estano, colgando bajo un saliente de piedra cerca de la ventana. En el interior, los cirujanos se explicaban.

—Cuando intentamos sacar el clavo, la hemorragia aumenta drásticamente, mi señor —explicó uno de ellos.

—La esquirla de metal está peligrosamente cerca de tu corazón —dijo otro.

¿*Peligrosamente cerca?* pensó Marsh, sonriendo cabeza abajo. Como Penrod estaba consciente, los cirujanos darían por hecho que el clavo había entrado cerca, pero de algún modo había fallado al corazón por los pelos. No era así.

—Tenemos miedo de sacarlo —dijo el primer cirujano—. ¿Cómo... te sientes?

—Lo cierto es que bastante bien —contestó Penrod—. Me duele un poco y me siento incómodo. Pero fuerte.

—Entonces dejemos el fragmento, por ahora —resolvió el primer cirujano, preocupado. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si extraía el clavo, mataría a Penrod. Un astuto movimiento por parte de Ruina.

Esperarían a que Penrod recuperara sus fuerzas, y luego intentarían extraer de nuevo el clavo. Una vez más, eso amenazaría la vida de Penrod. Tendrían que dejarlo correr. Y, con Ruina capaz ahora de tocar su mente (no de controlarlo, sino solo de empujar las cosas en ciertas direcciones), Penrod pronto se olvidaría del clavo. La incomodidad desaparecería, y con el clavo bajo la ropa, nadie lo encontraría extraño.

Entonces pertenecería a Ruina, como cualquier otro inquisidor. Marsh sonrió, se soltó del saliente y cayó a las oscuras calles de abajo.

Por mucho que me repugne, no puedo evitar sentirme impresionado por la hemalurgia como arte. En la alomancia y la feruquimia, la habilidad y la sutileza son producto de la aplicación de los poderes propios. El mejor alomante puede ser no el más poderoso, sino el que mejor manipule los empujones y tirones de los metales. El mejor feruquimista es el más capaz de organizar la información de sus mentecobres, o el que mejor puede manipular su peso con hierro.

El arte que es único de la hemalurgia es el conocimiento de dónde colocar los clavos.

43



VIN ATERRIZÓ CON UN SILENCIOSO roce de tela. Se agazapó en la noche, sujetando su vestido para impedir que rozara contra el tejado manchado de ceniza, y escrutó las brumas.

Elend se posó junto a Vin y adoptó la misma postura, sin hacer ninguna pregunta. Ella sonrió, advirtiendo que sus instintos mejoraban. También él scrutaba las brumas, aunque obviamente no sabía qué estaba buscando.

—Nos sigue —susurró Vin.

—¿El nacido de la bruma de Yomen? —preguntó Elend.

Vin asintió.

—¿Dónde?

—Tres casas más atrás.

Elend entornó los ojos, y ella sintió que uno de sus pulsos alománticos aumentaba súbitamente de velocidad. Estaba avivando estaño.

—¿Ese bullo de la derecha? —preguntó Elend.

—Más o menos.

—Entonces...

—Sabe que lo he localizado —dijo Vin—. De lo contrario, no me habría detenido. Ahora mismo, nos estamos estudiando mutuamente.

Elend echó mano a su cinturón y desenvainó un cuchillo de obsidiana.

—No atacará —dijo Vin.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, cuando quiera matarnos, intentará hacerlo cuando no estemos juntos... o cuando estemos durmiendo.

Eso pareció poner a Elend aún más nervioso:

—¿Por eso te has quedado despierta toda la noche últimamente?

Vin asintió. Obligar a Elend a dormir solo era un pequeño precio que debía pagar por mantenerlo a salvo. *¿Eres tú el que nos sigue, Yomen?*, se preguntó. *¿La noche de tu propia fiesta? Sería toda una hazaña*. No parecía probable, pero de todas formas Vin desconfiaba. Tenía la costumbre de sospechar que *todo el mundo* era nacido de la bruma. Seguía considerándolo algo bueno, aunque se hubiera equivocado más de una vez.

—Vamos —dijo, incorporándose—. Cuando lleguemos a la fiesta, no tendremos que preocuparnos por él.

Elend asintió, y los dos continuaron su camino hacia el Cantón de Recursos.

El plan es sencillo, había dicho Elend apenas unas horas antes. *Me enfrentaré a Yomen, y la nobleza no podrá evitar acercarse a mirar. En ese momento, tú te escabulles y miras a ver si puedes encontrar el camino a la cámara de almacenamiento*.

En efecto, era un plan muy sencillo: los mejores solían serlo. Si Elend se enfrentaba a Yomen, atraería sobre sí la atención de los guardias, y era de esperar que eso permitiera a Vin escabullirse. Tendría que actuar con rapidez y sigilo, y probablemente habría que eliminar a algunos guardias... todo sin levantar sospechas. Sin embargo, ese parecía ser el único modo. La fortaleza de Yomen no solo estaba bien iluminada y enormemente bien protegida: su nacido de la bruma era bueno. El hombre la había detectado todas las demás veces que había intentado introducirse en la ciudad; se quedaba siempre a lo lejos, y su mera presencia la advertía de que podía dar la voz de alarma en un segundo.

Su mejor posibilidad era el baile. Las defensas de Yomen, y su nacido de la bruma, estarían concentrados en su amo, en mantenerlo a salvo.

Aterrizaron en el patio, haciendo que los carroajes se detuvieran y los guardias se volvieran, aturdidos. Vin miró a Elend en medio de la brumosa oscuridad.

—Elend... —dijo en voz baja—, necesito que me prometas una cosa.

Elend frunció el ceño.

—¿Qué?

—Tarde o temprano, me localizarán —dijo Vin—. Me escaparé lo mejor que pueda, pero dudo que podamos salir de aquí sin crear problemas. Cuando suceda, quiero que te vayas.

—Vin, no puedo hacerlo. Tengo que...

—¡No! —protestó Vin bruscamente—. Elend, no tienes que ayudarme. *No puedes* hacerlo. Te amo, pero no eres tan bueno en esto como yo. Puedo cuidar de mí misma, y necesito saber que no tendrá que cuidar también de ti. Si algo sale mal (o si las cosas salen bien, pero dan la alerta en el edificio), quiero que te marches. Me reuniré contigo en el campamento.

—¿Y si te metes en problemas?

Vin sonrió.

—Confía en mí.

Él vaciló, pero luego asintió. Confiar en ella era algo que podía hacer: siempre lo había hecho.

Los dos avanzaron con paso decidido. Parecía muy extraño asistir a un baile en el edificio del Ministerio. Vin estaba acostumbrada a las vidrieras y los adornos, pero las sedes del Cantón generalmente eran austeras, y esta no era ninguna excepción. Solo tenía un piso de altura, con paredes planas y escarpadas de muy pocas ventanas en ese lado. Ninguna candileja iluminaba el exterior, y aunque un par de grandes estandartes aleteaban contra la piedra, la única indicación de que esta noche era especial era el puñado de carruajes y nobles del patio. Los soldados de la zona habían reparado en Vin y Elend, pero no hicieron ningún amago de acercárseles ni detenerlos.

Los nobles y soldados que los vieron se mostraron interesados, aunque pocos parecían sorprendidos. Estaban esperándolos. La coronada de Vin al respecto se confirmó cuando subió las escalinatas y nadie se dispuso a interceptarla. Los guardias de la puerta los miraron con recelo, pero los dejaron pasar.

Dentro, encontraron un gran salón de entrada, iluminado por lámparas. La gente que entraba era desviada hacia la izquierda, así que Vin y Elend los siguieron, recorriendo unos cuantos pasillos laberínticos hasta llegar a un salón de reuniones más grande.

—No es exactamente el lugar más impresionante para un baile, ¿eh? —dijo Elend mientras esperaban a ser anunciados.

Vin asintió. La mayoría de las fortalezas de los nobles tenían entradas exteriores que daban directamente a sus salones de baile. Por lo visto, la sala

que tenían delante había sido adaptada a partir de una sala de reuniones normal y corriente del Ministerio. Remaches cubrían el suelo donde antes había bancos, y había un estrado al fondo de la sala, desde donde los obligadores probablemente daban antaño las órdenes a sus subordinados. Allí habían emplazado la mesa de Yomen.

Era demasiado pequeño para ser un salón de baile lo bastante práctico. La gente que lo ocupaba no se apretujaba, exactamente, pero tampoco tenía el espacio que la nobleza prefería para formar corrillos separados donde poder chismorrear.

—Parece que hay otras salas —dijo Elend, señalando con la cabeza varios pasillos que salían del «salón de baile». La gente entraba y salía de ellos.

—Lugares para que la gente vaya si se sienten demasiado incómodos —puntualizó Vin—. Va a ser difícil escapar de aquí, Elend. No te dejes acorralar. Allá a la izquierda parece que hay una salida.

Elend siguió su mirada mientras entraban en el salón principal. El aleteo de las antorchas y los rastros de bruma indicaban la existencia de un patio o un atrio.

—Me quedaré cerca. Y evitaré entrar en una de las salas laterales más pequeñas.

—Bien —dijo Vin. También había advertido algo más: durante el recorrido por los pasillos hasta el salón de baile había visto escaleras de bajada dos veces. Eso implicaba un sótano grande, algo que no era corriente en Luthadel. *El Cantón construye hacia abajo, en vez de hacia arriba*, decidió. Tenía sentido, suponiendo que hubiera realmente un depósito debajo.

El heraldo de la puerta los anunció sin que hiciera falta leer ninguna tarjeta de visita, y los dos entraron en la sala. La fiesta no era tan lujosa como la de la Fortaleza Orielle. Había refrigerios, pero no cena, probablemente porque no había sitio para mesas. Había música y baile, pero la sala no estaba adornada con bellos tapices. Yomen había decidido no cubrir las simples y peladas paredes del Ministerio.

—Me pregunto por qué se molesta siquiera en celebrar bailes —susurró Vin.

—Probablemente tuvo que iniciarlos —contestó Elend—. Para animar a los otros nobles. Ahora él forma parte de la rotación. Es una medida inteligente. Eso le permite atraer la nobleza a su casa y ser su anfitrión.

Vin asintió, luego observó la pista.

—¿Un baile antes de separarnos? —preguntó.

Elend vaciló.

—A decir verdad, estoy un poco nervioso.

Vin sonrió y le dio un beso ligero, rompiendo por completo el protocolo noble.

—Dame una hora antes de la distracción. Quiero palpar la fiesta antes de escabullirme.

Él asintió y se separaron. Elend se dirigió a un grupo de hombres que Vin no reconoció. Ella no se detuvo. No quería enzarzarse en conversación, así que evitó a las mujeres que reconoció de la Fortaleza Orielle. Sabía que probablemente debería trabajar para reforzar sus contactos, pero la verdad es que se sentía igual que Elend. Más que nerviosa, deseosa de evitar las típicas actividades de los bailes. No había venido aquí a relacionarse. Tenía tareas más importantes de las que preocuparse.

Así, deambuló por el salón, bebiendo a sorbos una copa de vino y estudiando a los guardias. Había muchos, lo cual era probablemente bueno. Cuantos más guardias hubiera en el salón de baile, menos habría en el resto del edificio. Teóricamente.

Vin siguió moviéndose, saludando a la gente, pero retirándose cada vez que alguien intentaba entablar conversación con ella. Si hubiera sido Yomen, habría ordenado que unos cuantos soldados la vigilaran, solo para asegurarse de que no se perdía por ningún lugar importante. Sin embargo, ninguno de los hombres parecía demasiado centrado en ella. A medida que fue pasando la hora, se sintió cada vez más frustrada. ¿En verdad Yomen era tan incompetente que no vigilaba a una conocida nacida de la bruma que entraba en su casa?

Molesta, Vin quemó bronce. Tal vez había alomantes cerca. Casi dio un respingo de sorpresa cuando sintió pulsos alománticos justo a su lado.

Había dos. Muñecas cortesanas, mujeres cuyos nombres no sabía, pero que parecían claramente inútiles. Probablemente esa era la idea. Charlaban con otro par de mujeres a poca distancia de Vin. Una quemaba cobre; la otra, estaño. Vin nunca las habría detectado si no tuviera la habilidad de penetrar nubes de cobre.

Mientras Vin deambulaba por el salón, las dos la siguieron, moviéndose con increíble habilidad mientras participaban y se retiraban de conversaciones. Siempre estaban lo bastante cerca de Vin para poder ser oídas con la ampliación del estaño, pero lo bastante lejos en la sala relativamente abarrotada para que Vin no las detectara sin ayuda alomántica.

Interesante, pensó Vin, dirigiéndose al perímetro de la sala. Al menos Yomen no la subestimaba. Pero ahora, ¿cómo dar esquinazo a las mujeres? No se dejarían distraer por la maniobra de Elend, y desde luego no dejarían que Vin se escabullera sin dar la voz de alarma.

Mientras deambulaba, pensando en el problema, advirtió una figura familiar sentada al fondo del salón de baile. Lentoveloz, con su traje de siempre, fumaba su pipa mientras se relajaba en uno de los sillones allí colocados para los mayores o los que se cansaban bailando. Se acercó a él.

—Creí que no venías a estas fiestas —dijo Vin, sonriendo. Detrás, sus dos sombras se introdujeron hábilmente en una conversación cercana.

—Solo vengo cuando las celebra mi rey —respondió Lentoveloz.

—¡Ah! —repuso Vin, y se marchó. Por el rabillo del ojo, advirtió que Lentoveloz fruncía el ceño. Obviamente, esperaba que siguiera hablando con él, pero Vin no podía arriesgarse a decir nada incriminatorio. Al menos, no de momento. Sus seguidoras se libraron de la conversación, obligadas a hacerlo con torpeza por la velocidad de la despedida de Vin. Después de caminar un poco, Vin se detuvo, dando a las mujeres la oportunidad de introducirse en otra conversación más.

Entonces, Vin se dio media vuelta y se acercó rápidamente a Lentoveloz, tratando de hacer como si acabara de recordar algo. Sus seguidoras, procurando fingir naturalidad, tuvieron problemas para seguirla. Vacilaron, y Vin ganó unos breves segundos de libertad.

Se inclinó hacia Lentoveloz al pasar.

—Necesito dos hombres —susurró—. De confianza y que se opongan a Yomen. Que se reúnan conmigo en una parte de la fiesta que esté más apartada, un lugar donde la gente pueda sentarse a charlar.

—El patio —respondió Lentoveloz—. Sigue por el pasillo izquierdo, y luego sal.

—Bien —dijo Vin—. Di a tus hombres que vayan allí, pero que esperen a que yo los aborde. Envía también un mensajero a Elend. Hazle saber que necesito otra media hora.

Lentoveloz asintió ante tan críptico comentario, y Vin sonrió mientras sus sombras se acercaban.

—Espero que te mejores pronto —disimuló ella, con una sonrisa de afecto.

—Gracias, querida —respondió Lentoveloz, tosiendo ligeramente.

Vin se marchó de nuevo. Lentamente, se encaminó hacia la dirección que le había indicado Lentoveloz, la salida que había detectado antes. En efecto,

momentos más tarde notó la bruma, y se encontró en un patio jardín iluminado por faroles. Aunque habían colocado mesas para que la gente se relajara, el patio estaba casi vacío. Los sirvientes no se atrevían a salir con las brumas; y la mayoría de los nobles, por mucho que les costara admitirlo, las consideraban desconcertantes. Vin se acercó a una ornada barandilla de metal, se apoyó contra ella, miró al cielo y sintió las brumas a su alrededor mientras acariciaba ociosamente su pendiente.

Pronto aparecieron sus dos sombras, charlando tranquilamente, y el estío de Vin le permitió oír que hablaban de lo repleta que estaba la otra sala. Vin sonrió, manteniendo la postura mientras las dos mujeres se sentaban cerca, sin dejar de charlar. Después de eso, dos jóvenes entraron y se sentaron a otra mesa. No disimulaban tan bien como las mujeres, pero Vin esperó que no fueran lo bastante sospechosos para llamar la atención.

Entonces, esperó.

La vida de ladrona (una vida pasada preparando golpes, espiando, y eligiendo con cuidado la oportunidad adecuada para robar un bolsillo) le había enseñado el arte de la paciencia. Era un atributo callejero que no había perdido. Permaneció de pie, contemplando el cielo, sin dar ninguna indicación de que pretendiera marcharse. Ahora, solo tenía que esperar la distracción.

No tendrías que haber confiado en él para la distracción, susurró Reen en su mente. Fracasará. Nunca dejes que tu vida dependa de la competencia de alguien cuya vida no esté también en juego.

Era uno de los dichos favoritos de Reen. Ya no pensaba mucho en él, ni en nadie de su anterior vida. Aquella había sido una vida de pena y dolor. Un hermano que la golpeaba para mantenerla a salvo, una madre loca que inexplicablemente había asesinado a su hijita pequeña.

Sin embargo, ahora aquella vida no era más que un leve eco. Sonrió para sí, divertida por el largo camino recorrido. Reen podría llamarla idiota, pero confiaba en Elend: confiaba en que tendría éxito, le confiaba su propia vida. Eso era algo que nunca podría haber hecho durante sus primeros años.

Al cabo de unos diez minutos, alguien salió de la fiesta y se acercó a la pareja de mujeres. Habló con ellas brevemente y luego regresó al salón. Otro hombre vino veinte minutos después, e hizo lo mismo. Era de esperar que las mujeres estuvieran transmitiendo la información deseada: que al parecer Vin había decidido pasar un rato indeterminado fuera, contemplando las brumas. Los del interior no esperaban que regresara pronto.

Unos instantes después de que el segundo mensajero regresara a la fiesta, un hombre salió corriendo y se acercó a una de las mesas.

—¡Tenéis que venir a oír esto! —susurró a la gente de la mesa, los únicos que había en el patio que no tenían nada que ver con Vin. El grupo se marchó. Vin sonrió. La distracción de Elend había llegado.

Vin saltó al aire, y luego empujó contra la barandilla, lanzándose a través del patio.

Las mujeres habían acabado por aburrirse, y charlaban ociosas entre sí. Tardaron unos instantes en advertir el movimiento de Vin. En esos instantes, Vin cruzó el patio ahora vacío, el vestido agitándose mientras volaba. Una de las mujeres abrió la boca para gritar.

Vin apagó sus metales, entonces quemó duraluminio y latón, *empujando* las emociones de ambas mujeres.

Había hecho esto antes solo una vez, a Straff Venture. Un empujón de latón avivado por duraluminio era algo terrible: aplastaba las emociones de una persona haciendo que esta se sintiera vacía, completamente carente de todo sentimiento. Ambas mujeres boquearon, y la que estaba de pie se desplomó en el suelo, cayendo en silencio.

Vin aterrizó con fuerza, el peltre aún apagado para no mezclarlo con duraluminio. Volvió a encenderlo al instante, mientras rodaba para ponerse en pie. Dio un codazo en el estómago a una de las mujeres, luego le agarró la cara y se la golpeó contra la mesa, dejándola inconsciente. La otra mujer estaba sentada en el suelo, aturdida. Vin sonrió, luego la agarró por la garganta y apretó.

Fue brutal, pero Vin no cedió hasta que la mujer cayó inconsciente, algo demostrado por el hecho de que dejó caer su nube de cobre. Vin suspiró profundamente al soltarla. La espía inconsciente se desplomó en el suelo.

Vin se volvió. Los jóvenes de Lentoveloz miraban ansiosos. Vin les indicó que se acercaran.

—Ocultadlas en los matorrales —ordenó Vin rápidamente—, y luego sentaos a la mesa. Si alguien pregunta por ellas, decid que las visteis seguirme de regreso a la fiesta. Esperemos que eso mantenga confundido a todo el mundo.

Los hombres se ruborizaron.

—Pero...

—Haced lo que os digo o marchaos —replicó Vin—. No discutáis conmigo. Las dejé a ambas con vida, y no puedo permitir que informen de que

he escapado a su vigilancia. Si se mueven, tendréis que dejarlas de nuevo inconscientes.

Los hombres asintieron, reacios.

Vin se desabrochó el vestido, dejando que el atuendo cayera al suelo y revelando la estilizada ropa oscura que llevaba debajo. Entregó el vestido a los dos hombres para que también lo escondieran, y entonces entró en el edificio, lejos de la fiesta. En el interior del brumoso pasillo encontró una escalera, y la bajó. La distracción de Elend estaba ahora en pleno apogeo. Con suerte, duraría lo bastante.

—ASÍ ES —DIJO ELEND, mirando a Yomen de brazos cruzados—. Un duelo. ¿Por qué hacer que los ejércitos luchen por la ciudad? Tú y yo podríamos zanjarlo nosotros solos.

Yomen no se rio ante la ridícula idea. Simplemente permaneció sentado a su mesa, los ojos pensativos fijos en aquella cabeza calva y tatuada, la perla de atium atada a la frente que chispeaba a la luz de los faroles. El resto de la multitud reaccionaba como Elend había esperado. Las conversaciones habían muerto, y la gente se había acercado, abarrotando el salón de baile para ver la confrontación entre el emperador y el rey.

—¿Por qué piensas que yo accedería a una cosa así? —preguntó por fin Yomen.

—Todos los informes dicen que eres un hombre de honor.

—Pero tú no —respondió Yomen, señalando a Elend—. Este mismo ofrecimiento lo demuestra. Eres alomante: no habría ni punto de comparación entre nosotros. ¿Qué honor habría en eso?

A Elend eso le traía sin cuidado. Solo quería mantener a Yomen ocupado el mayor tiempo posible.

—Entonces elige a un campeón. Combatiré contra él.

—Solo un nacido de la bruma sería rival para ti —dijo Yomen.

—Entonces envíame uno.

—¡Ay!, no tengo ninguno. Gané mi reino con justicia, legalidad y la gracia del lord Legislador... no a través de amenazas de asesinato, como hiciste tú.

—*Ningún nacido de la bruma, dices?*, pensó Elend, sonriendo. *Así que tu «justicia, legalidad y gracia» no excluyen la mentira?*

—¿Dejarías morir a tu gente? —preguntó Elend en voz alta, haciendo un gesto con la mano que abarcaba toda la sala. Más y más gente se reunía para

mirar—. ¿Todo por tu orgullo?

—¿Orgullo? —exclamó Yomen, inclinándose hacia delante—. ¿Llamas orgullo a defender tu propio gobierno? Yo llamo orgullo a marchar con tus ejércitos contra el reino de otro hombre, buscando intimidarlo con bárbaros monstruos.

—Monstruos que tu propio lord Legislador también creó y usó para intimidar y conquistar.

Yomen vaciló.

—Sí, el lord Legislador creó a los koloss —dijo—. Fue su prerrogativa decidir cómo se empleaban. Además, los mantuvo lejos de las ciudades civilizadas... Sin embargo, tú los has traído a nuestras mismas puertas.

—Sí, y no han atacado —contestó Elend—. Porque puedo controlarlos como hacía el lord Legislador. ¿No te sugiere eso que he heredado su derecho a gobernar?

Yomen frunció el ceño, tal vez al advertir que los argumentos de Elend no dejaban de cambiar, que decía lo que se le ocurría para mantener la discusión en marcha.

—Puede que tú no estés dispuesto a salvar esta ciudad —dijo Elend—, pero hay otros que son más sabios. No creerás que he venido aquí sin aliados, ¿no?

Yomen vaciló de nuevo.

—Sí —afirmó Elend, observando a la multitud—. No te enfrentas solo a mí, Yomen. Te enfrentas a tu propio pueblo. ¿Quiénes te traicionarán, llegado el momento? ¿Hasta qué punto puedes confiar en ellos?

Yomen bufó.

—Amenazas vanas, Venture. ¿De qué va todo esto?

Sin embargo, Elend notó que sus palabras molestaban a Yomen. El hombre *no* se fiaba de la nobleza local. Sería un necio si lo hiciera.

Elend sonrió, preparándose para su siguiente argumento. Podía mantener esta discusión durante un rato. Pues, si había una cosa en concreto que había aprendido al crecer en casa de su padre, era esta: cómo incordiar a la gente.

Tienes tu distracción, Vin, pensó Elend. Esperemos que puedas terminar la lucha por esta ciudad antes de que realmente comience.

Cada clavo, meticulosamente colocado, puede determinar de qué manera el cuerpo del receptor es alterado por la hemalurgia. Un clavo en un sitio concreto creará una bestia monstruosa, casi sin mente. En otro sitio, un clavo creará un diestro, aunque homicida, inquisidor.

Sin el conocimiento instintivo conseguido al tomar el poder del Pozo de la Ascensión, Rashek jamás habría podido usar la hemalurgia. Con su mente ampliada, y con un poco de práctica, pudo intuir dónde colocar los clavos que crearían los sirvientes que quería.

Es un hecho poco conocido que las cámaras de tortura de los inquisidores eran en realidad laboratorios hemalúrgicos. El lord Legislador intentaba constantemente desarrollar nuevas clases de servidores. Es un testamento a la complejidad de la hemalurgia que, a pesar de mil años de intentarlo, nunca consiguiera crear nada con ella aparte de los tres tipos de criaturas desarrolladas durante aquellos breves momentos en que ostentó el poder.

44



VIN BAJÓ POR LAS ESCALERAS de piedra. Desde abajo resonaban sonidos extraños. No tenía antorcha ni farol, y la escalera no estaba iluminada; sin embargo, desde abajo se reflejaba la suficiente luz para permitirle ver a través de sus ojos amplificados por el estaño.

Cuanto más lo pensaba, más sentido cobraba el gran sótano. Este era el Cantón de Recursos, el brazo del Ministerio encargado de alimentar a la gente, mantener los canales y avituallar a los otros cantones. Vin suponía que este sótano estuvo una vez repleto de suministros. Si el depósito estaba realmente aquí, sería el primero que descubría oculto bajo un edificio del Cantón de Recursos. Vin esperaba encontrar en él grandes cosas. ¿Qué mejor lugar para ocultar tu atium y tus recursos más importantes que con una organización encargada del transporte y el almacenaje por todo el imperio?

La escalera era sencilla, utilitaria, y empinada. Vin arrugó la nariz ante el aire rancio, que parecía aún más sofocante para su amplificado sentido del olfato. Con todo, agradecía la vista ampliada por el estaño, por no mencionar

el oído, que le permitió captar el sonido de armaduras allá abajo... un indicativo de que necesitaba moverse con mucha cautela.

Y eso hizo. Llegó al pie de la escalera y se asomó a la esquina. Tres estrechos pasillos de piedra surgían del rellano, cada uno extendiéndose en una dirección distinta en ángulos de noventa grados. Los sonidos procedían de la derecha, y cuando Vin se asomó un poco más, casi dio un salto al ver a una pareja de guardias apoyados perezosamente contra la pared a poca distancia.

Guardias en los pasillos, pensó Vin, volviendo hacia la escalera. Definitivamente, Yomen quiere proteger algo aquí abajo.

Vin se agazapó sobre la fría y áspera piedra. El peltre, el acero y el hierro eran de relativa poca utilidad en estos momentos. Podía abatir a ambos guardias, pero sería arriesgado, ya que no podía permitirse hacer ningún ruido. No sabía dónde estaba el depósito, y por tanto no podía permitirse armar alboroto, no todavía.

Cerró los ojos, quemando latón y cinc. Despacio y con cuidado, aplacó las emociones de los dos soldados. Los oyó echarse hacia atrás, apoyarse contra la pared del pasillo. Entonces inflamó su sensación de aburrimiento, tirando de esa emoción. Volvió a asomarse a la esquina, manteniendo la presión, a la espera.

Uno de los hombres bostezó. Segundos más tarde, lo hizo el otro. Entonces bostezaron ambos a la vez. Y Vin cruzó el rellano y se asomó al pasillo oscuro del otro lado. Se apretujó contra la pared, el corazón latiéndole rápidamente, y esperó. No oyó ningún grito, aunque uno de los guardias murmuró que estaba cansado.

Vin sonrió entusiasmada. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido que colarse en algún sitio. Había espiado y explorado, pero siempre confiando en las brumas, la oscuridad y su capacidad para moverse rápido para protegerla. Esto era diferente. Le recordaba los días en que Reen y ella robaban casas.

¿Qué diría ahora mi hermano?, se preguntó, recorriendo el pasillo con pasos silenciosos, innaturalmente ligeros. Pensaría que me he vuelto loca al colarme en un edificio no por riquezas, sino por información. Para Reen, la vida era supervivencia, los sencillos y duros hechos de la supervivencia. No te fíes de nadie. Hazte indispensable para tu banda, pero no seas demasiado amenazadora. Sé implacable. Mantente con vida.

Vin no había olvidado sus lecciones. Siempre formarían parte de ella: eran lo que la había mantenido viva y alerta, incluso durante sus años con la banda

de Kelsier. Era solo que ya no eran lo único a lo que hacía caso. Las templaba con confianza y esperanza.

Tu confianza te matará algún día, pareció susurrarle Reen en el fondo de su mente. No obstante, como es lógico, ni siquiera el propio Reen se había ceñido a su código a la perfección. Había muerto protegiendo a Vin, negándose a entregarla a los inquisidores, aunque hacerlo podría haberle salvado la vida.

Vin continuó adelante. Pronto quedó claro que el sótano era una extensa red de estrechos pasillos que rodeaban salas más grandes. Se asomó a una, entornó la puerta y encontró algunos suministros. Eran artículos básicos, harina y similares, no los suministros de larga duración cuidadosamente envasados, organizados y catalogados de un depósito cualquiera.

Tiene que haber una zona de descarga en uno de estos pasillos, supuso Vin. *Probablemente sea una rampa que conduzca a ese canal secundario que desemboca en la ciudad*.

Vin siguió su camino, aunque sabía que no tendría tiempo de registrar todas las habitaciones del sótano. Se acercó a otro cruce de pasillos y se agazapó, frunciendo el ceño. La distracción de Elend no duraría eternamente, y tarde o temprano alguien acabaría por descubrir a las mujeres que había dejado inconscientes. Tenía que llegar rápido al depósito.

Miró alrededor. Los pasillos estaban escasamente iluminados por alguna lámpara ocasional. Sin embargo, la principal fuente de luz parecía proceder de la izquierda. Recorrió este pasillo, y las lámparas se hicieron más frecuentes. Pronto captó el sonido de voces, y se movió con más cuidado al acercarse a otra intersección. Se asomó. A lo lejos, advirtió a dos soldados a la izquierda. A su derecha había cuatro.

Entonces aquí es, pensó. Sin embargo, esto iba a ser un poco más difícil.

Cerró los ojos y escuchó con atención. Oía a ambos grupos de soldados, pero parecía haber algo más. Otros grupos en la lejanía. Vin escogió uno de ellos y empezó a tirar con un poderoso encendido de emociones. Ni la piedra ni el acero bloqueaban los apagados y los encendidos, por lo que las paredes intermedias no eran ningún obstáculo.

Esperó. No sucedió nada. Intentaba encender la furia y la irritabilidad de los hombres. Sin embargo, no sabía si estaba tirando en la dirección adecuada. Además, aplacar y encender no eran acciones tan precisas como empujar acero. Brisa siempre explicaba que el contorno emocional de una persona era

un complejo amasijo de pensamientos, instintos y sentimientos. Un alomante no podía controlar mentes y acciones. Solo podía empujar.

A menos...

Inspirando profundamente, Vin apagó todos sus metales. Entonces quemó duraluminio y cinc y tiró en la dirección de los lejanos guardias para golpearlos con un poderoso estallido amplificado de alomancia emocional.

Una imprecación retumbó al momento por todo el pasillo. Vin se estremeció. Por fortuna, el ruido no iba dirigido a ella. Los guardias del pasillo se asomaron, y la discusión en la distancia se hizo más fuerte, más ferviente. Vin no tuvo que quemar estaño para oír la refriega cuando estalló y los hombres se gritaron unos a otros.

Los guardias de la izquierda corrieron a averiguar cuál era el origen del tumulto. Los de la derecha dejaron a dos hombres atrás, y por eso Vin bebió un frasco de metales, y luego encendió sus emociones, ampliando al máximo su sentido de la curiosidad.

Los dos hombres corrieron tras sus compañeros, y Vin se abalanzó hacia ese pasillo. Vio que sus instintos habían resultado ser correctos: los cuatro hombres vigilaban una puerta que daba a una de las salas de almacenamiento. Vin tomó aire, abrió la puerta y se metió dentro. La trampilla interior estaba cerrada. Pero ella sabía qué buscar. La abrió y saltó a la oscuridad.

Empujó una moneda hacia abajo mientras caía y se guio por el sonido que hizo contra el suelo para determinar a qué altura estaba. Aterrizó sobre áspera piedra, en medio de una completa oscuridad, mucho más negra de lo que el estaño podía permitirle ver. Palpó a su alrededor hasta encontrar un farol en la pared. Sacó su pedernal, y pronto tuvo luz.

Y allí estaba la puerta, en la pared que conducía a la caverna de almacenaje. Las molduras en la roca habían sido arrancadas, y la puerta, forzada. La pared seguía allí, y la puerta en sí estaba intacta, pero abrirla había requerido claramente una enorme cantidad de trabajo. La puerta estaba lo bastante entreabierta para que pasara una persona. Obviamente, a Yomen le había costado mucho esfuerzo llegar incluso hasta allí.

Debía de saber que estaba aquí, pensó Vin, irguiéndose. Pero... ¿por qué abrirla de esta forma? Tiene un nacido de la bruma que podría haberla abierto con un tirón de hierro.

Con el corazón temblando de expectación, Vin se deslizó por la abertura y entró en el silencioso depósito. Saltó al suelo de inmediato y empezó a buscar la placa que contenía la información del lord Legislador. Solo tenía que...

Tras ella, la piedra rozó contra la piedra.
Vin giró, sintiendo un instante de aguda y terrible comprensión.
La puerta de piedra se cerró tras ella.

—... Y POR ESO EL SISTEMA sistema de gobierno del lord Legislador *tenía* que caer —dijo Elend.

Los estaba perdiendo. Lo notaba: más y más gente perdía el hilo de la discusión. El problema era que Yomen sí que estaba interesado.

—Cometes un error, joven Venture —repuso el obligador, dando un golpecito en la mesa con su tenedor—. El programa de mayordomos del siglo VI ni siquiera fue diseñado por el lord Legislador. El recién formado Cantón de la Inquisición lo propuso como un medio de control de población para Terris, y el lord Legislador accedió a ello provisionalmente.

—Esa provisionalidad se convirtió en un modo de someter a una raza entera.

—El sometimiento comenzó mucho antes —corrigió Yomen—. Todo el mundo conoce la historia, Venture. Los terrisanos eran un pueblo que se negaba por completo a someterse al gobierno imperial, y tuvieron que ser sometidos de forma estricta. Sin embargo, ¿puedes decir abiertamente que los mayordomos de Terris fueron maltratados? ¡Son los sirvientes más respetados de todo el imperio!

—Yo no diría que es justo perder la masculinidad para ser convertido en esclavo favorito —dijo Elend, arqueando una ceja y cruzándose de brazos.

—Al menos hay una docena de fuentes que podría citarte —replicó Yomen, agitando una mano—. ¿Qué hay de Trendalan? Decía que ser eunuco lo había liberado para perseguir pensamientos más potentes de lógica y armonía, ya que no lo distraían las lujurias mundanas.

—No tenía otra elección —dijo Elend.

—Pocos de nosotros tenemos otra elección en nuestros puestos —observó Yomen.

—Prefiero que la gente tenga esa capacidad de elección —dijo Elend—. Habrás visto que he dado a los skaa libertad en mis tierras, y a la nobleza, un consejo parlamentario donde tienen participación en el gobierno de la ciudad donde viven.

—Altos ideales, y reconozco las palabras de Trendalan en lo que dices haber hecho. Sin embargo, incluso él dijo que era improbable que un sistema

semejante conservara mucho tiempo su estabilidad.

Elend sonrió. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido una buena discusión. Ham nunca se implicaba demasiado en los temas (le gustaban las cuestiones filosóficas, pero no los debates eruditos), y a Sazed no le gustaba discutir.

Ojalá hubiera conocido a Yomen cuando era más joven, pensó Elend. Cuando tenía tiempo de preocuparme sin más por la filosofía. ¡Ay, las discusiones que podríamos haber tenido...!

Por supuesto, seguramente esas discusiones habrían terminado con Elend en manos de los inquisidores de acero por revolucionario. Con todo, debía admitir que Yomen no era ningún tonto. Conocía su historia y su política... solo que tenía creencias completamente erróneas. Cualquier otro día, Elend se habría alegrado de persuadirlo de ese hecho.

Por desgracia, esta discusión en concreto se volvía cada vez más tensa para Elend. No podía mantener la atención de su oponente y la de la multitud. Cada vez que intentaba hacer algo para recuperar a la muchedumbre, Yomen parecía recelar... y cada vez que Elend intentaba captar la atención del rey, la multitud se aburría con el detalle filosófico.

Así que Elend se sintió verdaderamente aliviado cuando por fin llegaron los gritos de sorpresa. Segundos después, una pareja de soldados llegó corriendo a la sala, llevando en brazos a una joven aturdida y ensangrentada con un vestido de baile.

¡Por el lord Legislador, Vin!, pensó Elend. ¡Era realmente necesario?

Elend se volvió hacia Yomen, y los dos compartieron una mirada. Entonces Yomen se levantó.

—¿Dónde está la emperatriz Venture? —exigió.

Hora de irse, pensó Elend, recordando su promesa a Vin. Sin embargo, algo se le ocurrió. Probablemente nunca tendré otra oportunidad de acercarme tanto a Yomen. Y solo hay un modo seguro de demostrar si es o no un alomante.

Intentando matarlo.

Era arriesgado, quizás incluso una locura, pero cada vez estaba más seguro de que jamás convencería a Yomen de que entregara la ciudad. Había dicho que no era un nacido de la bruma; era muy importante comprobar si mentía o no. Así, confiando en sus instintos, Elend lanzó una moneda y se impulsó hasta el estrado. Los asistentes al baile empezaron a gritar, su idílico mundo hecho pedazos cuando Elend sacó un par de dagas de cristal. Yomen palideció

y retrocedió. Dos guardias que fingían ser compañeros de cena del rey se levantaron de sus asientos y sacaron bastones de debajo de la mesa.

—¡Mentiroso! —escupió Yomen mientras Elend aterrizaba sobre la mesa —. ¡Ladrón, carnicero, *tirano*!

Elend se encogió de hombros, y luego lanzó monedas a los dos guardias, derribándolos fácilmente a ambos. Saltó hacia Yomen, lo agarró por el cuello y lo arrastró. Gritos y jadeos llegaron de la multitud.

Elend apretó, ahogando a Yomen. Ninguna fuerza fluyó por los miembros del hombre. Ningún tirón o empujón alomántico que intentara librarlo de la presa de Elend. El obligador apenas se debatió.

O no es alomante, pensó Elend, o es un actor magnífico.

Soltó a Yomen y lo empujó hacia la mesa. Elend sacudió la cabeza, un misterio que se...

Yomen saltó hacia delante, sacó un cuchillo de cristal y golpeó. Elend vaciló, esquivó, pero el cuchillo le abrió un tajo en el antebrazo. El dolor del corte ardió, amplificado por el estano de Elend, y el emperador maldijo, retirándose.

Yomen volvió a golpear, pero Elend *tendría* que haber podido esquivarlo. Tenía peltre, y Yomen aún se movía con la torpeza de un hombre sin amplificaciones. Sin embargo, el ataque continuó, y de algún modo consiguió alcanzarlo en el costado. Elend gimió, la sangre caliente en su piel, y miró a los ojos de Yomen. El rey liberó el cuchillo, esquivando con facilidad el contraataque de Elend. Era casi como...

Elend quemó electro, proporcionándose una burbuja de falsas imágenes de atium. Yomen vaciló de inmediato, confundido.

Está quemando atium, pensó Elend con sorpresa. ¡Eso significa que es un nacido de la bruma!

Una parte de Elend quiso quedarse y luchar, pero el corte en su costado era grave, lo suficiente para saber que necesitaba rápida atención. Maldiciendo su propia estupidez, se empujó al aire, salpicando de sangre a los aterrorizados nobles. Tendría que haber escuchado a Vin: iba a recibir una seria reprimenda cuando regresara al campamento.

Aterrizó, y advirtió que Yomen había decidido no seguirlo. El rey obligador permanecía junto a su mesa, empuñando un cuchillo enrojecido con la sangre de Elend, mirando lleno de furia.

Elend se volvió, arrojó un puñado de monedas y las empujó al aire por encima de las cabezas de los asistentes al baile, cuidando de no golpear a

ninguno de ellos. Retrocedieron asustados y se echaron al suelo. Cuando las monedas aterrizaron, Elend las empujó para enviarse, con un salto breve y corto a través de la sala, hacia la salida que Vin había indicado. Pronto entró en un patio cubierto de bruma.

Se volvió para mirar el edificio, sintiéndose frustrado, aunque no sabía por qué. Había cumplido con su parte, había entretenido a Yomen y a sus invitados durante una buena media hora. Ciento, había resultado herido, pero *había* descubierto que Yomen era alomante. Había merecido la pena saberlo.

Arrojó una moneda y se lanzó al aire.

TRES HORAS DESPUÉS, ELEND SE hallaba con Ham en la tienda de mando, esperando en silencio.

Le habían atendido el costado y el brazo. Vin no llegaba.

Explicó a los demás lo que había sucedido. Vin no llegaba.

Ham lo obligó a comer algo. Elend estuvo caminando de un lado a otro durante una hora después de eso, y Vin seguía sin llegar.

—Voy a volver —decidió Elend, poniéndose en pie.

Ham lo miró.

—El, has perdido *muchísima* sangre. Yo diría que lo único que te mantiene en pie es el peltre.

Era cierto. Elend sentía la fatiga bajo su velo de peltre.

—Puedo soportarlo —repuso.

—De esa forma te matarás.

—No me importa. Yo...

Elend se interrumpió cuando sus oídos amplificados por el estaño oyeron a alguien acercarse a la tienda. Retiró la puerta de lona antes de que el hombre llegara siquiera, sobresaltándolo.

—¡Mi señor! —exclamó el hombre—. ¡Mensaje de la ciudad!

Elend agarró la carta, la abrió.

«Pretendiente Venture —decía la nota—. La tengo, como probablemente has deducido. Hay una cosa que siempre he advertido en los nacidos de la bruma. Todos son demasiado confiados. Gracias por la estimulante conversación. Me alegra de haberte podido mantener distraído tanto tiempo.

Rey Yomen.»

VIN ESTABA SENTADA EN SILENCIO en la oscura caverna, la espalda apoyada contra el bloque de piedra que era la puerta de su prisión. En el suelo, junto a ella, se hallaba el fluctuante farol que había traído a la inmensa sala.

Había empujado y tirado, tratando de abrirse paso. Sin embargo, pronto advirtió que las piedras rotas que había visto desde fuera, el proyecto de trabajo que supuestamente habían empleado para abrir la puerta, tenía en realidad un objetivo diferente. Al parecer, Yomen había eliminado las placas de metal del interior de la puerta, las que un alomante podía empujar o tirar para abrirlas. Eso dejó a la puerta convertida en un simple bloque de piedra. Con peltre amplificado por duraluminio, ella podría haberla empujado para abrirla. Por desgracia, le resultaba difícil encontrar un punto de apoyo en el suelo, que caía en pendiente desde el bloque. Además, debían de haberle hecho algo a los goznes, o quizás incluso hubieran apilado más rocas al otro lado, porque ni siquiera podía hacer que la puerta cediera.

Apretó los dientes llena de frustración, sentada de espaldas a la puerta de piedra. Sin duda, Yomen le había tendido una trampa. ¿Tan predecibles eran Elend y ella? En cualquier caso, era un movimiento brillante. Yomen sabía que no podía enfrentarse a ellos. Así que se había limitado a capturar a Vin. Eso surtía el mismo efecto, pero sin asumir ninguno de los riesgos. Y ella había caído justo en la trampa.

Ella había estudiado toda la sala, intentando encontrar una salida, pero no había encontrado nada. Peor aún, no había encontrado ningún alijo oculto de atium. Costaba decirlo, con todas las latas de comida y otras fuentes de metal, pero su búsqueda inicial no había sido prometedora.

—Pues claro que no está aquí —murmuró para sí—. Yomen no habría tenido tiempo de sacar todas estas latas; pero, si planeaba atraparme, se habrá llevado el atium de aquí. ¡Qué *idiota* soy!

Se echó atrás, molesta, frustrada, exhausta.

Espero que Elend hiciera lo que le dije, pensó. Si también a él lo habían capturado...

Vin golpeó la cabeza contra las obstinadas piedras, frustrada.

Algo sonó en la oscuridad.

Vin se detuvo, luego se incorporó rápidamente y se agazapó. Comprobó sus reservas de metal: tenía bastante, por el momento.

Probablemente estoy...

Volvió a repetirse. Una suave pisada. Vin se estremeció, advirtiendo que solo había revisado la cámara por encima, y que solo buscaba atium y otras

formas de salir. ¿Podría haber estado alguien oculto allí dentro todo el tiempo?

Quemó bronce, y lo sintió. Un alomante. Nacido de la bruma. El que había sentido antes, el hombre al que había perseguido.

¡Así que es eso!, pensó. *Yomen quería que su nacido de la bruma se enfrentara a nosotros... pero sabía que tenía que separarnos primero!* Sonrió, incorporándose. No era una situación perfecta, pero eso era mejor que pensar en la puerta inmóvil. Podía derrotar al nacido de la bruma y retenerlo como rehén hasta que la liberaran.

Esperó a que el hombre estuviera cerca: lo notó por el latido de los pulsos alománticos, esperando que él no supiera que podía sentirlos, y entonces giró, lanzándole el farol de una patada. Saltó hacia delante, guiándose hacia el enemigo recortado por los últimos aleteos del farol. Él alzó la cabeza para mirarla mientras surcaba el aire, dagas en mano.

Y Vin reconoció su rostro.

Era Reen.

FIN DE LA TERCERA PARTE



CUARTA PARTE
HERMOSA
DESTRUCTORA

Un hombre con un poder dado (como una habilidad alomántica) que luego obtuviera un clavo hemalúrgico con el mismo poder sería el doble de fuerte que un alomante natural no amplificado.

Un inquisidor que fuera buscador antes de su transformación tendría, por tanto, una mejor capacidad para usar bronce. Este simple hecho explica cuántos inquisidores podían penetrar nubes de cobre.

45



VIN ATERRIZÓ, INTERRUMPIENDO SU ataque, todavía tensa y los ojos entornados de recelo. La oscilante luz del farol recortaba la silueta de Reen, con el aspecto que ella recordaba. Desde luego, los cuatro años transcurridos lo habían cambiado (era más alto, más fornido de constitución), pero tenía el mismo rostro duro, carente de humor. Su postura le resultó familiar; durante la infancia de Vin, él solía adoptar esta pose: los brazos cruzados en gesto de desaprobación.

Todo se hizo presente. Cosas que creía haber desterrado en las partes más oscuras y aisladas de su mente: los golpes de la mano de Reen, las duras críticas de su lengua, las huidas furtivas de una ciudad a otra.

Y, sin embargo, esos recuerdos quedaron templados por una reflexión. Ella ya no era la niña que había soportado las palizas en confuso silencio. Al mirar atrás, podía ver el miedo que Reen había mostrado en las cosas que hacía. Le aterrorizaba que la mestiza alomante que tenía por hermana fuera descubierta y asesinada por los inquisidores de acero. La golpeaba cuando se hacía notar. Le gritaba cuando era demasiado competente. La cambiaba de lugar cuando temía que el Cantón de la Inquisición había captado su pista.

Reen había muerto protegiéndola. Le había inculcado paranoia y recelo por un retorcido sentido del deber, pues creía que era el único modo de sobrevivir en las calles del Imperio Final. Y ella se había quedado a su lado,

soportando el tratamiento. En su fuero interno, ni siquiera enterrado muy profundamente, ella sabía algo muy importante. Reen la amaba.

Miró a los ojos del hombre que se alzaba en la caverna y, lentamente, sacudió la cabeza. *No, pensó. Se parece, pero esos no son sus ojos.*

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy tu hermano —respondió la criatura, frunciendo el ceño—. Solo han pasado unos cuantos años, Vin. Te has vuelto descuidada... Creí que te había enseñado mejor.

Desde luego, tiene todos sus gestos, pensó Vin, avanzando con cautela. ¿Cómo los ha aprendido? Nadie consideró a Reen importante en toda su vida. No habrían sabido estudiarlo.

—¿De dónde sacaste sus huesos? —inquirió Vin, rodeando a la criatura. El suelo de la caverna era áspero y estaba lleno de estantes repletos. La oscuridad se extendía en todas direcciones—. ¿Y cómo lograste reproducir su cara de manera tan perfecta? Creía que los kandra tenían que digerir un cadáver para hacer una buena copia.

Tenía que ser un kandra. ¿Cómo, si no, iba nadie a conseguir una imitación tan perfecta? La criatura se volvió, mirándola con expresión confundida.

—¿Qué tontería es esta? Vin, comprendo que no seas de las que va recibiendo con un cariñoso abrazo, pero al menos esperaba que me reconocieras.

Vin ignoró las quejas. Reen, y luego Brisa, le habían enseñado bien. Habría reconocido a Reen nada más verlo.

—Necesito información —exigió—. Sobre uno de los tuyos. Se llama TenSoon, y regresó a vuestra Tierra Natal hace un año. Dijo que iba a ser juzgado. ¿Sabes qué le ha ocurrido? Me gustaría contactar con él, a ser posible.

—Vin —contestó con firmeza el falso Reen—, *no soy un kandra.*

Eso ya lo veremos, pensó Vin, recurriendo al cinc y golpeando al impostor con una andanada de alomancia emocional impulsada por duraluminio.

Él ni siquiera se tambaleó. Ese ataque debería haber controlado a un kandra, como hacía con los koloss. Vin vaciló. Cada vez le resultaba más difícil ver al impostor a la luz fluctuante del farol, incluso con su visión ampliada por el estaño.

El fallo de la alomancia emocional significaba que no era un kandra. Pero tampoco era Reen. Solo parecía haber un curso de acción lógico posible.

Atacó.

Fuera quien fuese el impostor, la conocía lo bastante bien para prever este movimiento. Aunque soltó una exclamación de falsa sorpresa, inmediatamente dio un salto atrás, apartándose de su alcance. Se movía con pies ligeros, tan ligeros que Vin estuvo razonablemente segura de que estaba quemando peltre. De hecho, aún podía sentir los pulsos alománticos que surgían de él, si bien por algún motivo le resultaba bastante difícil detectar exactamente qué metales estaba quemando.

En cualquier caso, la alomancia era una confirmación adicional de sus recelos. Reen no era alomante. En efecto, podría haber roto durante el tiempo que estuvieron separados, pero ella no creía que tuviera sangre noble que lo dotara de una herencia alomántica. Vin había recibido sus poderes de su padre, un progenitor que Reen no compartía.

Atacó de forma experimental, poniendo a prueba la habilidad del impostor. Él permaneció fuera de su alcance, vigilando con atención mientras ella atacaba y amagaba alternativamente. Trató de acorralarlo contra los estantes, pero él tuvo cuidado de no quedar atrapado.

—Esto no tiene sentido —dijo el impostor, saltando para alejarse de ella nuevamente.

No hay monedas, pensó Vin. *No usa monedas para saltar*.

—Tendrías que exponerte demasiado para darme alcance, Vin —dijo el impostor—, y obviamente soy lo bastante bueno para mantenerme fuera de tu alcance. ¿No podemos dejar esto y pasar a asuntos más importantes? ¿No sientes ni siquiera un poco de curiosidad por lo que he estado haciendo en estos cuatro últimos años?

Vin retrocedió agazapada, como una gata dispuesta a abalanzarse sobre su presa, y sonrió.

—¿Qué? —preguntó el impostor.

En ese momento, la paciencia de Vin tuvo su recompensa. El farol volcado por fin se apagó tras ella, sumergiendo la caverna en la oscuridad. Pero Vin, con su capacidad para penetrar nubes de cobre, todavía podía sentir a su enemigo. Había arrojado al suelo su bolsa de monedas la primera vez que sintió que había alguien en la cueva, así que no llevaba metal alguno que lo advirtiera de su avance.

Se lanzó hacia delante, intentando agarrar a su enemigo por el cuello y darse la vuelta. Los pulsos alománticos no le permitían verlo, pero le decían exactamente dónde estaba. Esa sería ventaja suficiente.

Se equivocaba. Él la esquivó con la misma facilidad que antes.

Vin permaneció inmóvil. *Estaño*, pensó. *Puede oírme llegar.*

Propinó una patada a uno de los estantes, y atacó de nuevo cuando el estrépito de la caída resonó con fuerza en la cámara, desparramando latas por el suelo.

El impostor la eludió de nuevo. Vin se quedó paralizada. Algo iba muy mal. De algún modo, él la sentía. La caverna enmudeció. Ni sonido ni luz rebotaba en sus paredes. Vin se agazapó, los dedos de una mano apoyados ligeramente sobre la fría piedra que tenía delante. Podía sentir los latidos, el poder alomántico del hombre la barría en oleadas. Se concentró en eso, intentando diferenciar los metales que lo habían producido. Sin embargo, los pulsos parecían opacos. Confusos.

Hay algo familiar en ellos, advirtió. *La primera vez que sentí a este impostor, pensé... pensé que era el espíritu de la bruma.*

Había un motivo por el que los pulsos le parecían familiares. Sin luz que la distrajera, hizo conectar la figura con Reen y pudo ver lo que había estado pasando por alto.

Su corazón empezó a latir rápidamente, y por primera vez aquella noche, prisión incluida, empezó a sentir miedo. Los pulsos eran iguales que los que había sentido hacia un año. Los pulsos que la habían conducido al Pozo de la Ascensión.

—¿Por qué has venido aquí? —susurró a la oscuridad.

Una carcajada retumbó en la caverna vacía. Fuerte, libre. Los latidos se acercaron, aunque ningún paso marcó el movimiento de la criatura. De pronto los pulsos se volvieron enormes y abrumadores. Barrieron a Vin, incontenidos por los ecos de la caverna, un sonido irreal que atravesaba las cosas vivas y muertas. Vin retrocedió en la oscuridad, y a punto estuvo de tropezar con los estantes que había derribado.

Tendría que haber sabido que no te dejarías engañar, dijo una amable voz en su cabeza. La voz de la criatura. Ya la había oído antes un año atrás, cuando la liberó de su prisión en el Pozo de la Ascensión.

—¿Qué quieras? —susurró.

Sabes lo que quiero. Siempre lo has sabido.

Y así era. Lo había sentido en el momento en que tocó a la cosa. Ruina, la llamó. Tenía deseos muy sencillos. Ver el mundo llegar a su fin.

—Te detendré —dijo Vin. Sin embargo, era extraño no sentirse como una tonta diciendo aquellas palabras a una fuerza que no comprendía, una fuerza que existía más allá de los hombres y los mundos.

Se oyó otra carcajada, pero esta vez el sonido solo estuvo dentro de su cabeza. Todavía sentía el latido de Ruina, aunque no desde un lugar concreto. La rodeaba. Vin se obligó a enderezarse.

¡Ah, Vin!, dijo Ruina, en un tono de voz casi paternal. Actúas como si yo fuera tu enemigo.

—Eres mi enemigo. Pretendes terminar con lo que amo.

¿Y terminar es siempre malo?, preguntó la cosa. ¿No deben terminar algún día todas las cosas, incluso los mundos?

—No hace falta adelantar ese final —replicó Vin—. No hay ningún motivo para forzarlo.

Todas las cosas están sujetas a su propia naturaleza, Vin, dijo Ruina, y parecía flotar a su alrededor. Ella podía sentir su contacto, húmedo y delicado, como bruma. No puedes culparme por ser como soy. Sin mí, nada terminaría. Nada podría terminar. Y, por tanto, nada podría crecer. Yo soy la vida. ¿Lucharías contra la vida misma?

Vin no dijo nada.

No llores porque ha llegado el día del fin del mundo, dijo Ruina. Ese final fue ordenado el mismo día de su concepción. Hay belleza en la muerte: la belleza de la finalidad, la belleza de completar las cosas.

Nada está verdaderamente completo hasta el día que quede finalmente destruido.

—¡Basta! —exclamó Vin, sintiéndose sola y agobiada en la fría oscuridad—. Deja de burlarte de mí. ¿Por qué has venido aquí?

—Venir? ¿Por qué preguntas eso?

—¿Con qué propósito apareces ahora? —preguntó Vin—. ¿Has venido simplemente a burlarte de mi prisión?

No he aparecido, Vin, dijo Ruina. Vaya, nunca me he ido. Siempre he estado contigo. Una parte de ti.

—Tonterías. Acabas de revelarte.

Me he revelado ante tus ojos, sí. Pero veo que no comprendes. Siempre he estado contigo, incluso cuando no podías verme.

Se detuvo, y se hizo el silencio, dentro y fuera de la cabeza de Vin.

Cuando estás sola, nadie puede traicionarte, susurró una voz en el fondo de su cabeza. La voz de Reen. La voz que a veces oía, casi real, como una conciencia. Había interpretado que la voz era solo parte de su psique, un residuo de las enseñanzas de Reen. Un instinto.

Cualquiera te traicionará, Vin, dijo la voz, repitiendo un consejo que siempre le daba. Mientras hablaba, fue pasando de la voz de Reen a la de Ruina. *Cualquiera.*

Siempre he estado contigo. Me has oído en tu mente desde tus primeros años de vida.

La huida de Ruina merece alguna explicación. Es algo que incluso a mí me costó comprender.

Ruina no podía emplear el poder del Pozo de la Ascensión. Pertenecía a Conservación, su opuesto fundamental. De hecho, una confrontación directa de estas dos fuerzas habría causado la destrucción de ambas.

La prisión de Ruina, sin embargo, se fabricó con ese poder. Por tanto, estaba en sintonía con el poder de Conservación, el mismo poder del Pozo. Cuando ese poder se liberó y se dispersó, en vez de ser utilizado, actuó como llave. La subsiguiente «apertura» fue lo que liberó a Ruina.

46



—MUY BIEN —DIJO BRISA—, ¿alguien quiere especular sobre cómo el espía de nuestro grupo acabó convirtiéndose en un vigilante guerrillero seudorreligioso?

Sazed negó con la cabeza. Se hallaban en su cubil de la cueva situada bajo el Cantón de la Inquisición. Tras declarar que estaba cansado de las raciones de viaje, Brisa había ordenado a varios de los soldados que abrieran algunos de los suministros de la cueva para preparar una comida más adecuada. Sazed podría haberse quejado, pero la verdad era que la caverna estaba tan bien abastecida que ni un Brisa hambriento habría podido causarle mella.

Habían esperado todo el día a que Fantasma regresara al cubil. Había mucha tensión en la ciudad y la mayoría de sus contactos se habían recluido, para capear la paranoia del Ciudadano sobre una rebelión. Los soldados patrullaban por las calles y un contingente apreciable había acampado delante del edificio del Ministerio. A Sazed le preocupaba que los hubiera asociado con la presencia de Fantasma en las ejecuciones. Parecía que los días de circular libremente por la ciudad habían terminado.

—¿Por qué no ha vuelto? —preguntó Allrianne. Brisa y ella estaban sentados a una bonita mesa, saqueada de la mansión vacía de un noble.

Habían vuelto a ponerse sus hermosas ropas: Brisa, un traje, y Allrianne, un vestido de color albaricoque. Siempre se cambiaban lo antes posible, como ansiosos por reafirmarse.

Sazed no cenaba con ellos; no tenía mucho apetito. El capitán Goradel estaba apoyado contra una estantería, decidido a vigilar de cerca a la gente que tenía a su cargo. Aunque sonreía con su buena voluntad de costumbre, Sazed comprendió por las órdenes que había dado a sus soldados que le preocupaba la posibilidad de un ataque. Se aseguraba de que Brisa, Allrianne y Sazed estuvieran dentro de los confines protectores de la caverna. Mejor atrapado que muerto.

—Estoy seguro de que el muchacho se encuentra bien, querida —dijo Brisa, respondiendo por fin a la pregunta de Allrianne—. Puede que no haya vuelto por temor a implicarnos en lo que ha hecho hoy.

—Eso, o es que no puede franquear a los soldados que vigilan ahí fuera —dijo Sazed.

—Se coló en un edificio en llamas mientras estábamos mirando, querido amigo —recordó Brisa—. Dudo que tenga problemas con un puñado de matones, y menos ahora que ha oscurecido.

Allrianne negó con la cabeza.

—Habría sido mejor si hubiera conseguido escabullirse de ese edificio de la misma forma que entró, sin saltar del tejado a la vista de todo el mundo.

—Tal vez —dijo Brisa—. Pero parte de ser un vigilante rebelde es dejar que tus enemigos sepan de qué vas. El efecto psicológico producido por saltar de un edificio en llamas llevando una niña en brazos es bastante fuerte. ¿Y hacerlo delante del tirano que intentó ejecutar a dicha niña? ¡No sabía que el pequeño y querido Fantasma tuviera tanta pasión por el drama!

—Ya no es tan pequeño, me parece —repuso Sazed—. Tenemos la costumbre de ignorar demasiado a Fantasma.

—Las costumbres vienen dadas por la repetición, querido amigo —observó Brisa, agitando un tenedor—. Prestamos poca atención al muchacho porque raras veces tenía un papel importante que representar. No es culpa suya: simplemente, era joven.

—Vin también era joven —advirtió Sazed.

—Debes reconocer que Vin es un caso especial.

Sazed no pudo discutir eso.

—En cualquier caso, cuando examinamos los hechos, lo que sucedió no resulta tan sorprendente. Fantasma ha tenido meses para ser conocido por la

población de los bajos fondos de Urteau, y es uno de los miembros de la banda del Superviviente. Es lógico que se volvieran hacia él para que los salvara, igual que Kelsier salvó Luthadel.

—Estamos olvidando una cosa, lord Brisa —dijo Sazed—. Saltó desde una altura de dos pisos y aterrizó en una calle empedrada. Ningún hombre sobrevive a ese tipo de caídas sin romperse los huesos.

Brisa vaciló.

—¿Crees que estaba preparado? ¿Que tal vez tenía esperando algún tipo de plataforma de aterrizaje que suavizara la caída?

Sazed negó con la cabeza.

—Creo que sería demasiado exagerado asumir que Fantasma podría planear, y ejecutar, un rescate preparado como ese. Habría necesitado la ayuda de los bajos fondos, lo cual habría estropeado el efecto. Si sabían que su supervivencia era un truco, no habríamos escuchado los rumores que hemos escuchado sobre él.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Brisa, dirigiendo una mirada a Allrianne—. No estarás sugiriendo de verdad que Fantasma ha sido un *nacido de la bruma* todo este tiempo, ¿no?

—No lo sé —contestó Sazed en voz baja.

Brisa sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Dudo que pudiera habérnoslo ocultado, mi querido amigo. ¡Tendría que haber soportado todo el lío de derrocar al lord Legislador, luego la caída de Luthadel, sin revelar jamás que era algo más que un ojo de estaño! Me niego a aceptar eso.

O te niegas a aceptar que no habrías detectado la verdad, pensó Sazed. Con todo, Brisa tenía un buen argumento. Sazed conocía a Fantasma desde que era un niño. El chico era torpe y tímido, pero no engañoso. Costaba mucho imaginar que hubiera sido un nacido de la bruma desde el principio.

Sí, Sazed había visto aquella caída. Había visto la gracia del salto, la pose distintiva y la destreza natural de quien quema peltre. Sazed deseó tener sus mentecobres para poder buscar referencias sobre gente que manifestaba espontáneamente tener poderes alománticos. ¿Podía alguien ser un brumoso al principio de su vida, y luego transformarse en un nacido de la bruma pleno?

Era algo sencillo, relacionado con sus deberes como embajador. Tal vez podría pasar algún tiempo revisando sus memorias almacenadas, buscando ejemplos...

Descartó ese hilo de pensamientos. *No seas tonto*, pensó. *Solo estás buscando excusas. Sabes que es imposible que un alomante consiga nuevos poderes. No encontrarás ejemplos porque no los hay.*

No necesitaba revisar sus mentes de metal. Las había descartado por un buen motivo: no podría ser guardador, no podría compartir el conocimiento recopilado hasta aprender a separar las verdades de las mentiras.

Me he dejado distraer últimamente, pensó con determinación, levantándose de su sitio y dejando a los otros atrás. Se dirigió a su habitación del depósito, con las sábanas colgando para bloquear su visión a los demás. Sobre la mesa estaba su cartapacio. En el rincón, junto a un estante lleno de latas, su saco lleno de mentes de metal.

No, pensó Sazed. Me he hecho una promesa. La mantendré. No me convertiré en un hipócrita simplemente porque aparezca una nueva religión que me sorprende. Seré fuerte.

Se sentó a la mesa, abrió el cartapacio y sacó la siguiente hoja de la lista. Hablaba de las características de los nelazan, que adoraron al dios Trell. A Sazed siempre le había agrado esta religión, porque sus fieles se centraban en el aprendizaje y estudio de las matemáticas y los cielos. La había dejado casi para el final, pero más por preocupación que por otra cosa. Había querido posponer lo que sabía que iba a pasar.

En efecto, a medida que fue leyendo sobre la religión, vio lagunas en sus doctrinas. Ciento, los nelazan sabían mucho de astronomía, pero sus enseñanzas sobre la otra vida eran endebles, casi caprichosas. Su doctrina era decididamente vaga, decían, para permitir a todos los hombres descubrir la verdad por sí mismos. Sin embargo, al leer esto, Sazed se sintió frustrado. ¿De qué servía una religión sin respuestas? ¿Por qué creer en algo si la respuesta a la mitad de sus preguntas era «pregúntale a Trell, y él te responderá»?

No descartó la religión de inmediato. Se obligó a hacerla a un lado, reconociendo que no estaba de humor para estudiar. En realidad, no se sentía de humor para nada.

¿Y si Fantasma se ha convertido realmente en un nacido de la bruma?, se preguntó, volviendo a la conversación anterior. Parecía imposible. Sin embargo, muchas cosas que creían saber sobre la alomancia, como la existencia de solo diez metales, habían resultado ser falsas, enseñadas por el lord Legislador para ocultar algunos poderosos secretos.

Tal vez podía ser que un alomante manifestara de forma espontánea nuevos poderes. O tal vez había un motivo más mundano por el que Fantasma

había logrado aquel largo salto. Podría estar relacionado con aquello que volvía sus ojos tan sensibles. ¿Drogas, tal vez?

Sea como fuere, la preocupación por lo que estaba sucediendo impedía que Sazed se concentrara como debía en el estudio de la religión nelazan. Seguía teniendo la sensación de que estaba sucediendo algo muy importante. Y Fantasma se hallaba justo en el centro.

¿Dónde estaba el muchacho?

—SÉ POR QUÉ ESTÁS TAN TRISTE —dijo Fantasma.

Beldre se volvió, reflejando la sorpresa en su rostro. Al principio no lo vio. Debía de estar muy sumergido en las sombras brumosas. Le costaba saberlo.

Dio un paso adelante, cruzando el terreno que antes fuera un jardín en la casa del Ciudadano.

—Lo suponía —prosiguió—. En un primer momento, creí que la tristeza tenía que ver con este jardín. Debió de haber sido precioso, en tiempos. Lo habrías visto en su plenitud, antes de que tu hermano ordenara destruir todos los jardines. Estabas emparentada con la nobleza, y probablemente vivías en su sociedad.

Ella pareció sorprenderse ante sus palabras.

—Sí, lo sé —continuó Fantasma—. Tu hermano es alomante. Un lanzamonedas: sentí sus pulsos. Aquel día en el mercado.

Ella permaneció en silencio, más hermosa ella misma de lo que el jardín podría haberlo sido jamás, aunque dio un paso atrás cuando sus ojos finalmente lo encontraron en la bruma.

—Al final, decidí que debía de estar equivocado. Nadie se entristece tanto por un simple jardín, por hermoso que fuera. Después de eso, pensé que la tristeza de tus ojos se debía a que tienes prohibido tomar parte en los consejos de tu hermano. Siempre te envía fuera, al jardín, cuando se reúne con sus oficiales más importantes. Sé lo que es sentirse inútil y excluido entre gente importante.

Dio otro paso adelante. El áspero terreno se abría bajo sus pies, cubierto por una pulgada de ceniza, los tristes restos de lo que en tiempos había sido un suelo fértil. A su derecha se hallaba el arbusto solitario que Beldre solía venir a contemplar. No lo miró: mantuvo los ojos fijos en ella.

—Me equivocaba —dijo—. Tener prohibido el acceso a las reuniones de tu hermano causaría frustración, pero no dolor. No ese pesar. Ahora conozco esa

pena. He matado esta tarde por primera vez. Ayudé a derrocar imperios, luego ayudé a construirlos de nuevo. Y nunca había matado a un hombre. Hasta hoy.

Se detuvo, y entonces la miró a los ojos.

—Sí, conozco esa pena. Lo que intento comprender es por qué la sientes.

Ella se volvió.

—No deberías estar aquí. Hay guardias vigilando.

—No —repuso Fantasma—. Ya no. Quellion ha enviado demasiados hombres a la ciudad: tiene miedo de que estalle una revolución, como sucedió en Luthadel. Como la que inspiró él mismo cuando se hizo con el poder. Está en pleno derecho a tener miedo, pero se equivocó al dejar su propio palacio tan mal protegido.

—¡Mátalo! —susurró Kelsier—. Quellion está dentro, es la oportunidad perfecta. Se lo merece, y tú lo sabes.

No, pensó Fantasma. *Hoy no. No delante de ella.*

Beldre volvió a mirarlo, con expresión de reproche.

—¿Por qué has venido? ¿Para burlarte de mí?

—Para decirte que te comprendo.

—¿Cómo puedes decir eso? No me comprendes: no me conoces.

—Creo que sí —dijo Fantasma—. Vi tus ojos hoy, cuando mirabas a esas personas marchar hacia la muerte. Te sientes culpable. Culpable por los asesinatos de tu hermano. Lo sientes porque crees que deberías poder detenerlo. —Dio un paso adelante—. No puedes, Beldre. Su poder lo ha corrompido. Puede que una vez fuera un buen hombre, pero ya no lo es. ¿Te das cuenta de lo que está haciendo? Tu hermano está asesinando a gente simplemente para conseguir alomantes. Los captura, y luego amenaza con matar a sus familias si no hacen lo que les pide. ¿Son esas las acciones de un buen hombre?

—Eres un necio simplista —susurró Beldre, aunque seguía sin mirarlo a la cara.

—Lo sé —respondió Fantasma—. ¿Qué son unas cuantas muertes cuando se trata de asegurar la estabilidad de un reino? —Hizo una pausa, luego sacudió la cabeza—. Está matando a niños, Beldre. Y lo hace simplemente por cubrir el hecho de que está reuniendo alomantes.

Beldre guardó silencio un instante.

—Vete —dijo al fin.

—Quiero que vengas conmigo.

Ella alzó la cabeza.

—Voy a derrocar a tu hermano —añadió—. Soy miembro de la banda del mismísimo Superviviente. Derribamos al lord Legislador. Quellion ni siquiera resultará un desafío. No tienes que estar aquí cuando caiga.

Beldre dio un bufido burlón.

—No es solo tu seguridad —continuó Fantasma—. Si te unes a nosotros, será un fuerte golpe para tu hermano. Tal vez eso lo convenza de que está equivocado. Podría haber un modo más pacífico de cambiar las cosas.

—Voy a empezar a gritar en tres latidos —amenazó Beldre.

—No temo a tus guardias.

—No lo dudo —respondió ella—. Pero, si acuden, tendrás que volver a matar.

Fantasma vaciló. No obstante, se quedó donde estaba, aceptando su envite.

Y entonces ella empezó a gritar.

—¡Ve y mátalo! —dijo Kelsier por encima de los gritos—. ¡Ahora, antes de que sea demasiado tarde! Esos guardias que mataste... solo seguían órdenes. *Quellion*, él es el verdadero monstruo.

Fantasma rechinó los dientes, presa de la frustración. Luego por fin echó a correr, huyendo de Beldre y sus gritos, dejando a Quellion con vida.

Por el momento.

EL CONJUNTO DE ANILLOS, CIERRES, aros, brazaletes y otras piezas de metal brillaba sobre la mesa como un tesoro de leyenda. Naturalmente, la mayoría de los metales eran bastante mundanos. Hierro, acero, estaño, cobre. Muy poco oro, y nada de atium.

Sin embargo, para un feruquimista, los metales valían mucho más que su precio. Eran baterías, almacenes que podían llenarse y luego recuperarse. Un anillo hecho de peltre, por ejemplo, podía llenarse de fuerza. Llenarlo vaciaría de fuerza a un feruquimista durante un tiempo, debilitándolo tanto que las tareas simples le resultarían difíciles, pero el precio valía la pena. Pues, cuando fuera necesario, podría recuperar esa fuerza.

Muchas de estas mentes de metal que había esparcidas en la mesa ante Sazed, salvo los anillos, estaban vacías en ese momento. Sazed las había utilizado por última vez durante la horrible batalla que había terminado con la caída, y luego rescate, de Luthadel más de un año atrás. Esa batalla lo había dejado exhausto en más de un sentido.

En el mismo centro de la colección estaban las mentes de metal más importantes de todas. Cuatro brazaletes (que podían colocarse en el brazo tanto como en el antebrazo) descansaban brillantes y pulidos, hechos del más puro cobre. Eran las más grandes de sus mentes de metal, pues almacenaban la mayoría. Las imágenes, pensamientos o sonidos que se almacenaban en las mentecobres, no se deterioraban ni cambiaban, como podían hacer los recuerdos retenidos en la mente.

Cuando Sazed era joven, un feruquimista mayor le leyó el contenido completo de sus mentecobres. Sazed había almacenado el conocimiento en sus propias mentecobres; contenían la suma total del conocimiento guardador. El lord Legislador se había esforzado por aniquilar los recuerdos del pasado de su pueblo. Pero los guardadores los habían recopilado: historias de cómo era el mundo antes de que llegara la ceniza y el sol se hubiera vuelto rojo. Los guardadores habían memorizado los nombres de los lugares y los reinos, acumulando la sabiduría de los que ya no estaban.

Y habían memorizado las religiones que el lord Legislador había prohibido. Las que con más intensidad había intentado destruir; por eso los guardadores habían trabajado con igual intensidad para rescatarlas y asegurarlas, para que algún día pudieran volver a ser enseñadas. Sobre todo, los guardadores habían buscado una cosa: conocimiento de su propia religión, las creencias del pueblo de Terris, olvidadas durante el destructivo caos que siguió a la Ascensión del lord Legislador. Sin embargo, a pesar de siglos de trabajo, los guardadores nunca habían recuperado este conocimiento, el más precioso de todos.

Me pregunto qué habría sucedido si lo hubiéramos encontrado, pensó Sazed, cogiendo una menteacero y puliéndola suavemente. *Probablemente, nada*. Por el momento, había renunciado a su obra con las religiones de su cartapacio, pues se sentía demasiado desanimado para estudiar.

Quedaban cincuenta religiones en su cartapacio. ¿Por qué se había estado engañando a sí mismo, esperando encontrar en ellas una verdad que no existía en las anteriores doscientas cincuenta? Ninguna de las religiones había conseguido sobrevivir al tiempo. ¿No debería dejarlas correr? Estudiarlas parecía formar parte de la gran falacia de los guardadores. Se habían esforzado por recordar las creencias de los hombres, pero esas creencias ya habían demostrado que carecían de fuerza para sobrevivir. ¿Por qué devolverlas a la vida? Parecía tan absurdo como revivir a un animal enfermo para que pudiera volver a ser víctima de los depredadores.

Continuó puliendo. Con el rabillo del ojo, vio que Brisa lo observaba. El aplacador había venido a la «habitación» de Sazed, quejándose de que no podía dormir, no con Fantasma todavía por ahí fuera. Sazed había asentido, pero siguió puliendo. No quería conversar, solo estar solo.

Por desgracia, Brisa se levantó y se acercó.

—A veces no te entiendo, Sazed —reveló Brisa.

—No pretendo ser misterioso, lord Brisa —respondió Sazed, pasando a pulir un pequeño anillo de bronce.

—¿Por qué las cuidas tanto? Ya nunca te las pones. De hecho, pareces despreciarlas.

—No desprecio las mentes de metal, lord Brisa. En cierto modo, son lo único sagrado que queda en mi vida.

—Pero tampoco te las pones.

Sazed continuó puliendo.

—No. No me las pongo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Brisa—. ¿Crees que ella habría querido esto? También era guardadora. ¿De verdad crees que habría querido que renunciaras a tus mentes de metal?

—Este hábito mío concreto *no* tiene nada que ver con Tindwyl.

—¿Ah, no? —preguntó Brisa, suspirando mientras se sentaba a la mesa—. ¿Qué quieres decir? Porque, sinceramente, Sazed, me confundes. Comprendo a la gente. Me molesta no poder comprenderte a ti.

—Después de la muerte del lord Legislador —dijo Sazed, soltando el anillo—, ¿sabes a qué me dediqué?

—A enseñar. Te marchaste para restaurar el conocimiento perdido al pueblo del Imperio Final.

—¿Y llegué a contarte alguna vez cómo me fue con la enseñanza?

Brisa negó con la cabeza.

—Mal —dijo Sazed, tomando otro anillo—. A la gente no le importaba. No les interesaban las religiones del pasado. ¿Y por qué debería? ¿Para qué adorar algo en lo que antes se creía?

—A la gente siempre le interesa el pasado, Sazed.

—Puede que les interese, pero el interés no es fe. Estas mentes de metal son cosa de museos y bibliotecas antiguas. Poco útiles para la gente moderna. Durante los años del reinado del lord Legislador, los guardadores pretendimos estar haciendo un trabajo vital. *Creíamos* estar haciendo un trabajo vital. Y, sin

embargo, lo cierto es que al final tuvimos poco valor real. Vin no necesitó este conocimiento para matar al lord Legislador.

»Los pensamientos de estas mentes de metal morirán conmigo. Y, en ocasiones, no puedo lamentarlo. Esta no es una época para eruditos y filósofos. Los eruditos y los filósofos no dan de comer a los niños hambrientos.

—¿Y por eso ya no te las pones? —preguntó Brisa—. ¿Porque crees que son inútiles?

—Es más que eso. Llevar estas mentes de metal sería fingir. Estaría fingiendo que considero útiles las cosas que hay en ellas, y aún no he decidido si me lo parecen. Llevarlas ahora parecería una traición. Las aparto, pues no puedo hacerles justicia. No estoy preparado para creer, como antes, que recopilar conocimiento y religiones es más importante que actuar. Tal vez si los guardadores hubieran luchado en vez de solo memorizado, el lord Legislador habría caído hace siglos.

—Pero *tú* resististe, Sazed. Tú luchaste.

—Ya no me represento a mí mismo, lord Brisa —replicó Sazed en voz baja—. Represento a todos los guardadores, porque al parecer soy el último. Y, siendo el último, no creo en las cosas que una vez enseñé. No puedo admitir de manera consciente que soy el guardador que fui.

Brisa suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Eso no tiene sentido.

—Tiene sentido para mí.

—No, yo diría que solo estás confundido. Puede que este no te parezca un mundo para eruditos, mi querido amigo, pero creo que se demostrará que estás equivocado. Ahora, que sufrimos en la oscuridad que podría ser el final de todo, es cuando más necesitamos conocimiento.

—¿Por qué? —preguntó Sazed—. ¿Para poder enseñar a un moribundo una religión en la que yo no creo? ¿Para hablar de un dios que sé que no existe?

Brisa se inclinó hacia delante.

—¿De verdad crees eso? ¿Que nada nos observa?

Sazed continuó puliendo sus metales en silencio.

—Aún tengo que decidirlo —dijo por fin—. En ocasiones, he tenido esperanza de encontrar alguna verdad. Hoy, sin embargo, esa esperanza me parece muy lejana. Hay oscuridad en esta tierra, Brisa, y no estoy seguro de que podamos combatirla. No estoy seguro de querer combatirla.

Brisa pareció preocupado por eso. Abrió la boca, pero antes de que pudiera responder, un temblor sacudió la caverna. Los anillos y brazaletes de la mesa se estremecieron y tintinearon mientras toda la habitación se tambaleaba, y se produjo un pequeño estrépito cuando algunos de los alimentos cayeron; no muchos, pues los hombres del capitán Goradel habían hecho un buen trabajo quitando la mayor parte de los estantes y colocando la comida en el suelo, para que así pudiera soportar mejor los terremotos.

Poco después, los temblores remitieron. Un Brisa pálido se sentó, contemplando el techo de la caverna.

—Te lo digo, Sazed. Cada vez que viene uno de esos temblores, me pregunto si es sabio escondernos en una cueva. No es el más seguro de los lugares durante un terremoto, creo.

—Por el momento, no tenemos otra opción.

—Ciento, supongo. ¿No... no te parece que los temblores son cada vez más frecuentes?

—Sí —respondió Sazed, recogiendo unos cuantos brazaletes del suelo—. Sí, así es.

—Tal vez... esta región sea más proclive a ellos —dijo Brisa, aunque no parecía convencido. Se volvió para mirar a un lado y vio al capitán Goradel que rodeaba un estante y se acercaba velozmente a ellos—. ¡Ah!, ya veo que vienes a comprobar cómo estamos —dijo Brisa—. Hemos sobrevivido sin problemas al temblor. No hay ninguna necesidad de urgencia, mi querido capitán.

—No es eso —dijo Goradel, resoplando—. Es lord Fantasma. Ha vuelto.

Sazed y Brisa intercambiaron una mirada y se levantaron de sus asientos para seguir a Goradel a la entrada de la cueva. Encontraron a Fantasma bajando las escaleras. Tenía los ojos descubiertos, y Sazed vio una nueva dureza en la expresión del joven.

No hemos prestado suficiente atención al muchacho.

Los soldados retrocedieron. Había sangre en la ropa de Fantasma, aunque no parecía herido. Su capa estaba quemada en algunos sitios y la parte inferior terminaba en un desgarro chamuscado.

—Bueno —dijo Fantasma, mirando a Brisa y Sazed—, estáis aquí. ¿Ha causado algún daño ese terremoto?

—¿Fantasma? —preguntó Brisa—. No, aquí estamos todos bien. Ningún daño. Pero...

—Tenemos poco tiempo para charlar, Brisa —dijo Fantasma, pasando de largo—. El emperador Venture quiere Urteau, y nosotros vamos a entregársela. Necesito que empieces a difundir rumores por la ciudad. Será fácil: algunos de los elementos más importantes de los bajos fondos ya conocen la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Brisa, reuniéndose con Sazed mientras seguían a Fantasma por la caverna.

—Que Quellion está utilizando alomantes —dijo Fantasma, y su voz resonó en la cueva—. Acabo de confirmar mis sospechas: Quellion recluta brumosos entre la gente que arresta. Los rescata de sus propios incendios, y luego retiene a sus familias como rehenes. Se basa en aquello contra lo que predica. Toda la base de su gobierno es, por tanto, una mentira. Revelar esa mentira debería conseguir que todo el sistema se viniera abajo.

—Eso es importantísimo, sin duda podemos hacerlo... —dijo Brisa, mirando de nuevo a Sazed. Fantasma siguió andando, y Sazed lo siguió. Brisa se apartó, probablemente para recoger a Allrianne.

Fantasma se detuvo al borde del agua. Se quedó allí un instante, y luego se volvió hacia Sazed.

—Dijiste que has estado estudiando la construcción que trajo aquí el agua, desviándola de los canales.

—Sí.

—¿Hay un modo de invertir el proceso? —preguntó Fantasma—. ¿Hacer que el agua vuelva a inundar las calles?

—Tal vez —respondió Sazed—. Aunque no estoy seguro de tener la experiencia como ingeniero para conseguir ese hecho.

—¿Hay en tus mentes de metal conocimiento que pueda ayudarte?

—Bueno... sí.

—Entonces úsalas.

Sazed se detuvo, incómodo.

—Sazed —advirtió Fantasma—. No tenemos mucho tiempo: debemos tomar esta ciudad antes de que Quellion decida atacar y destruirnos. Brisa va a difundir los rumores, y luego yo voy a encontrar un modo de demostrar ante su pueblo que Quellion es un mentiroso. Él también es alomante.

—¿Bastará con eso?

—Bastará si les damos alguien a quien seguir —dijo Fantasma, volviéndose para contemplar las aguas—. Alguien que pueda sobrevivir a incendios; alguien que pueda devolver el agua a las calles de la ciudad. Les daremos

milagros y un héroe, y luego descubriremos a su líder como hipócrita y tirano. Frente a eso, ¿qué harías tú?

Sazed no respondió de inmediato. Fantasma daba buenos argumentos, incluso cuando decía que las mentes de metal aún eran útiles. Sin embargo, Sazed no estaba seguro de qué pensar respecto a los cambios en el muchacho. Parecía haberse vuelto mucho más competente, pero...

—Fantasma —dijo Sazed, acercándose, hablando en voz baja para que los soldados cercanos no pudieran enterarse—. ¿Qué es lo que no compartes con nosotros? ¿Cómo sobreviviste al salto desde ese edificio? ¿Por qué te cubres los ojos con vendas?

—Yo... —Fantasma vaciló, mostrando un atisbo del muchacho inseguro que había sido una vez. Por algún motivo, eso hizo que Sazed se sintiera más cómodo—. No sé si puedo explicarme —dijo Fantasma, y parte de su pretensión se evaporó—. Sigo intentando comprenderlo. Acabaré por explicarme. Por ahora, ¿puedes confiar en mí?

El muchacho siempre había sido sincero. Sazed escrutó aquellos ojos, tan ansiosos.

Y encontró algo importante. A Fantasma le importaba esta ciudad, le importaba derrocar al Ciudadano. Había salvado a aquella gente antes, mientras Sazed y Brisa se quedaban fuera mirando.

Fantasma se preocupaba, y Sazed no. Lo había intentado, frustrándose cada vez más consigo mismo a causa de su depresión, que esa noche era más profunda de lo habitual.

Sus emociones habían sido muy traicioneras últimamente. Tenía problemas para estudiar, tenía problemas para actuar como líder, tenía problemas para ser de ninguna utilidad. Pero, al mirar a los ansiosos ojos de Fantasma, casi pudo olvidar sus problemas durante un instante.

Si el muchacho quería asumir el liderazgo, ¿quién era él para impedírselo?

Miró hacia su habitación, donde se encontraban las mentes de metal. Había estado tanto tiempo sin ellas... Lo tentaban con su conocimiento.

Mientras no predique las religiones que contienen, no soy un hipócrita, pensó. Usar este conocimiento concreto que Fantasma solicita, al menos, dará algo de significado al sufrimiento de quienes trabajaron para recopilar conocimientos de ingeniería.

Parecía una excusa débil. Pero, la idea de que Fantasma tomara el liderazgo y ofreciera un buen motivo para usar las mentes de metal era más que suficiente.

—Muy bien —dijo Sazed—. Haré lo que me pides.

La prisión de Ruina no era como las que retienen a los hombres. No estaba retenido entre barrotes. De hecho, podía moverse en libertad.

Su prisión, más bien, era de impotencia. En términos de fuerzas y dioses, esto significaba equilibrio. Si Ruina empujaba, la prisión empujaba a su vez, dejándolo esencialmente sin poder. Y, como mucho de su poder estaba despojado y oculto, era incapaz de afectar al mundo salvo en las formas más sutiles.

Debería detenerme aquí y aclarar algo. Decimos que Ruina fue «liberado» de su prisión. Pero no es así exactamente. Liberar el poder del Pozo inclinó el mencionado equilibrio hacia Ruina, pero seguía estando demasiado débil para destruir el mundo en un parpadeo como anhelaba. Esta debilidad venía causada porque parte del poder de Ruina, su cuerpo mismo, le había sido arrebatado y escondido.

Por esa razón Ruina estaba tan obsesionado con encontrar la parte oculta de sí mismo.

47



ELEND ESPERABA ENTRE LAS BRUMAS.

Antes, le parecían desconcertantes. Eran lo desconocido, algo misterioso y poco atractivo, algo que pertenecía a los alomantes y no a las personas normales.

Sin embargo, ahora él también era alomante. Contemplaba los cambiantes y revueltos bancos de vapor. Ríos en el cielo. Sentía casi como si debiera dejarse llevar por alguna corriente fantasma. La primera vez que mostró poderes alománticos, Vin le había explicado el lema ahora aciago de Kelsier: «Las brumas son nuestras amigas. Nos esconden. Nos protegen. Nos dan poder.»

Elend continuó mirando. Habían pasado tres días desde la captura de Vin.

No tendría que haberla dejado ir, pensó de nuevo, el corazón en un puño. No tendría que haber accedido a un plan tan arriesgado.

Vin había sido siempre quien lo protegía. ¿Qué hacían ahora que ella estaba en peligro? Elend se sentía impotente. Si la situación hubiera sido la

inversa, Vin habría encontrado un modo de entrar en la ciudad y rescatarlo. Habría asesinado a Yomen, habría hecho *algo*.

Y, sin embargo, Elend no tenía aquella osada determinación suya. Planificaba demasiado, y estaba demasiado acostumbrado a la política. No podía arriesgarse para salvarla. Ya se había puesto en peligro una vez, y al hacerlo, había arriesgado el destino de todo su ejército. No podía dejarlos atrás otra vez y ponerse en peligro, sobre todo no entrando en Fadrex, donde Yomen ya había demostrado que era un hábil manipulador.

No había habido más noticias de Yomen. Elend esperaba notas de rescate, y le aterraba pensar lo que tendría que hacer si llegaban. ¿Podría cambiar el destino del mundo por la vida de Vin? No. Vin se había enfrentado a una decisión similar en el Pozo de la Ascensión, y había elegido la opción adecuada. Elend debía seguir su ejemplo, tenía que ser fuerte.

Sin embargo, la idea de que pudiera estar capturada casi lo paralizaba de temor. Solo las brumas parecían reconfortarlo de algún modo.

Estará bien, se dijo, no por primera vez. *Es Vin. Encontrará un modo de escapar. Estará bien.*

También le parecía extraño que, después de toda una vida considerando las brumas inquietantes, ahora las encontrara tan reconfortantes. Vin no las veía de esa forma, ya no. Elend podía sentirlo en la forma en que actuaba, en las palabras que decía. Desconfiaba de las brumas. Incluso las odiaba. Y Elend no podía reprochárselo. Después de todo, habían cambiado de algún modo, trayendo destrucción y muerte.

Sin embargo, le resultaba difícil desconfiar de ellas. Le parecían bien. ¿Cómo podían ser su enemigo? Revoloteaban, girando a su alrededor suavemente mientras él quemaba metales, como hojas que retozaran con un viento juguetón. Mientras permanecía allí, parecían aliviar sus preocupaciones sobre el cautiverio de Vin, haciéndole confiar que ella encontraría una salida.

Suspiró, sacudiendo la cabeza. ¿Quién era él para confiar en sus propios instintos sobre las brumas y no en los de Vin? Ella tenía los instintos de toda una vida de luchar por sobrevivir. ¿Qué tenía Elend? ¿Instintos nacidos de toda una vida de bailes y fiestas?

Escuchó sonidos tras él. Gente caminando. Elend se volvió y vio a un par de criados que traían a Cett en su silla.

—Ese maldito violento no está por aquí, ¿no? —preguntó Cett mientras sus sirvientes lo dejaban en el suelo.

Elend negó con la cabeza mientras Cett los despedía.

—No. Está investigando una especie de perturbación en las filas.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Una pelea —dijo Elend, y se volvió para mirar las hogueras de guardia de Fadrex.

—Los hombres están inquietos. Son un poco como los koloss, ya sabes. Si los dejas a su aire demasiado tiempo, acaban por meterse en problemas.

En realidad, los koloss son como ellos, pensó Elend. *Tendríamos que haberlo visto antes. Son hombres... solo hombres reducidos a sus emociones más básicas.*

Cett guardó silencio un rato, y Elend continuó reflexionando.

Al cabo de unos instantes, Cett habló, su voz extrañamente suave.

—Es como si estuviera ya muerta, hijo. Lo sabes.

—No, no lo sé —contestó Elend.

—No es invencible —dijo Cett—. Es una alomante condenadamente buena, cierto. Pero quítale sus metales...

Te sorprenderá, Cett.

—Ni siquiera pareces preocupado.

—Claro que estoy preocupado —repuso Elend, cada vez más seguro—. Es que... bueno, confío en ella. Si alguien puede salir vivo de allí, es Vin.

—Te niegas a admitir la verdad.

—Tal vez.

—¿Vamos a atacar? ¿A intentar rescatarla?

—Esto es un asedio, Cett. No tiene sentido atacar.

—¿Y nuestros suministros? —preguntó Cett—. Hoy Demoux tuvo que dar media ración a los soldados. Tendremos suerte si no nos morimos de hambre antes de conseguir que Yomen se rinda.

—Aún tenemos tiempo.

—No mucho. No con Luthadel en plena revuelta —guardó silencio un momento, luego continuó—. Otra de mis partidas de saqueo ha regresado hoy. Los mismos informes.

La misma noticia que todas las demás. Elend había autorizado a Cett a enviar soldados a las aldeas cercanas para asustar a la gente, quizás también para saquear algunos suministros. Sin embargo, cada uno de los grupos había vuelto con las manos vacías, contando la misma historia.

La gente del reino de Yomen pasaba hambre. Las aldeas apenas sobrevivían. Los soldados no tuvieron valor para continuar haciéndoles daño, y de todas formas no había nada que saquear.

Elend se volvió hacia Cett.

—Crees que soy un mal líder, ¿verdad?

Cett alzó la cabeza, luego se rascó la barba.

—Sí —admitió—. Pero, bueno... Elend, tienes una cosa como rey que yo nunca tuve.

—¿Y cuál es?

Cett se encogió de hombros.

—El pueblo te aprecia. Tus soldados confían en ti, y saben que eres demasiado bueno por tu propio bien. Tienes un extraño efecto sobre ellos. Muchachos como esos deberían estar ansiosos por robar en las aldeas, incluso en las pobres. Sobre todo, considerando lo nerviosos que están nuestros hombres y las muchas peleas que ha habido en el campamento. Y, sin embargo, no lo hicieron. ¡Demonios!, uno de los grupos sintió tanta lástima por los aldeanos que se quedó unos días y les ayudó a regar los campos y a reparar algunas de las casas.

Cett suspiró, sacudiendo la cabeza:

—Hace unos años, me habría reído de quien eligiera la lealtad como base de gobierno. Pero, bueno... con el mundo haciendo pedazos como lo está, creo que incluso yo prefiero tener a alguien en quien confiar, y no a quien temer. Supongo que por eso los soldados actúan como lo hacen.

Elend asintió.

—Pensaba que un asedio era una buena idea —dijo Cett—. Pero ya no creo que funcione, hijo. La ceniza cae ahora con demasiada fuerza, y no tenemos suministros. Todo este asunto se está convirtiendo en un maldito caos. Tenemos que atacar y tomar lo que podamos de Fadrex, y luego retirarnos a Luthadel y tratar de conservarla durante el verano mientras nuestra gente cultiva cosechas.

Elend guardó silencio. Luego se volvió y miró hacia un lado cuando oyó algo en las brumas. Gritaba y maldecía. Era débil: Cett probablemente no podía oírlo. Elend corrió hacia el sonido, dejando a Cett atrás.

Otra pelea, comprendió mientras se acercaba a una de las hogueras para cocinar. Oyó voces, gritos y los sonidos de hombres peleando. *Cett tiene razón. Buena voluntad o no, nuestros hombres están demasiado inquietos. Necesito...*

—¡Basta ya! —exclamó una nueva voz. Justo delante, a través de las oscuras brumas, Elend pudo ver que unas figuras se movían a la luz de las hogueras. Reconoció la voz: el general Demoux había entrado en escena.

Elend se detuvo. Más valía dejar que el general se encargara del asunto. Había una gran diferencia entre ser reprendido por el jefe militar o serlo por el

emperador. Los hombres agradecerían que fuera Demoux quien los castigara.

La pelea, sin embargo, no se paró.

—¡Alto! —gritó de nuevo Demoux, interviniendo. Unos cuantos lo escucharon y se detuvieron. El resto, sin embargo, continuó peleando. Demoux se introdujo en la melé hasta separar a dos de los contrincantes.

Y uno de ellos le dio un puñetazo. De lleno en la cara. Demoux cayó al suelo.

Elend maldijo, lanzó una moneda y se empujó hacia delante. Cayó directamente en mitad del corrillo, mientras aplacaba las emociones de los que peleaban.

—¡Alto! —gritó.

Se detuvieron. Uno de los soldados se alzaba sobre el caído general Demoux.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió Elend, furioso. Los soldados agacharon la cabeza—. ¿Y bien?

Elend se volvió hacia el hombre que había golpeado a Demoux.

—Lo siento, mi señor —gimió el hombre—. Estábamos...

—Habla, soldado —ordenó Elend, señalando. Tras aplacar las emociones del soldado, lo había vuelto dócil y conformista.

—Bueno, mi señor —dijo el hombre—. Están malditos, ya sabes. Son el motivo por el que cogieron a lady Vin. Estaban hablando del Superviviente y sus bendiciones, y me pareció una hipocresía, ¿sabes? Entonces, como es lógico, apareció su líder, exigiendo que paráramos. Yo... bueno, me cansé de escucharlos, es todo.

Elend frunció el ceño, airado. Un grupo de brumosos del ejército, con Ham a la cabeza, apareció entonces entre la multitud. Ham miró a Elend a los ojos, y Elend señaló con la cabeza a los hombres que habían estado luchando. Ham se encargó rápidamente y se los llevó para castigarlos. Elend se acercó para ayudar a Demoux a ponerse en pie. El avezado general parecía más asombrado que otra cosa.

—Lo siento, mi señor —dijo en voz baja—. Tendría que haberlo visto venir. Tendría que haber estado preparado.

Elend tan solo negó con la cabeza. Los dos observaron en silencio hasta que Ham se reunió con ellos, mientras sus brumosos retiraban a los alborotadores. El resto de la multitud se dispersó y regresó a sus deberes. La hoguera quedó ardiendo sola en la noche, como si fuera un nuevo símbolo de la mala suerte.

—Reconocí a varios de esos hombres —observó Ham, acercándose a Elend y Demoux mientras se llevaban a los alborotadores—. Caídos por la bruma.

Caídos por la bruma. Los hombres que, como Demoux, habían estado enfermos durante semanas, en vez de un solo día.

—Esto es *ridículo* —repuso Elend—. Estuvieron enfermos un poco más, ¿y qué? ¡Eso no los vuelve malditos!

—No comprendes la superstición, mi señor —dijo Demoux, sacudiendo la cabeza y frotándose la barbilla—. Los hombres *buscan* a alguien a quien culpar de su mala suerte. Y... bueno, es fácil ver por qué consideran que su suerte ha sido mala últimamente. Han tratado mal a *todos* los que enfermaron por las brumas, pero mucho peor a quienes estuvimos afectados más tiempo.

—Me niego a aceptar esa estupidez en mi ejército —dijo Elend—. Ham, ¿viste a ese que golpeó a Demoux?

—¿Le han *golpeado*? —preguntó Ham, sorprendido—. ¿A su general? Elend asintió.

—El hombretón con el que estaba hablando. Se llama Bilg, creo. Ya sabes lo que habrá que hacer.

Ham maldijo, apartando la mirada.

Demoux pareció incómodo.

—Tal vez podríamos solo... confinarlo en solitario o algo.

—No —dijo Elend, entre dientes—. No, cumpliremos la ley. Si hubiera golpeado a su capitán, tal vez podríamos dejarlo correr. Pero ¿golpear deliberadamente a uno de mis generales? Habrá que ejecutar a ese hombre. La disciplina se está perdiendo.

Ham no quiso mirarlo a la cara.

—La otra pelea que tuve que cortar fue también entre un grupo de soldados corrientes y un grupo de caídos por la bruma.

Elend apretó los dientes, frustrado. Demoux, sin embargo, lo miró a los ojos. *Ya sabes lo que hay que hacer*, parecía decir.

Ser rey no es siempre hacer lo que quieres, solía decir Tindwyl. *Es hacer lo que tiene que hacerse*.

—Demoux —dijo Elend—. Creo que los problemas en Luthadel son aún más serios que nuestras dificultades con la disciplina. Penrod nos pide apoyo. Quiero que reúnas a un grupo de hombres y acompañes por el canal al mensajero, Conrad. Ayuda a Penrod y devuelve el control a la ciudad.

—Sí, mi señor —dijo Demoux—. ¿Cuántos soldados han de acompañarme?

Elend lo miró a los ojos.

—Unos trescientos bastarán.

Era el número de los caídos por la bruma. Demoux asintió, y luego se retiró en la noche.

—Es lo mejor, El —dijo Ham en voz baja.

—No, no lo es —respondió Elend—. Como tampoco es justo tener que ejecutar a un soldado por un error de juicio. Pero tenemos que mantener a este ejército unido.

—Supongo.

Elend se volvió para mirar hacia Ciudad Fadrex a través de las brumas.

—Cett tiene razón —dijo por fin—. No podemos continuar aquí sentados, no mientras el mundo se muere.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Ham.

Elend vaciló. ¿Qué hacer? ¿Retirarse y dejar a Vin, y probablemente a todo el imperio, a su suerte? ¿Atacar, causando la muerte a miles de personas, convirtiéndose en el conquistador que tanto temía? ¿Había algún otro modo de tomar la ciudad?

Elend se volvió y echó a caminar. Se dirigió hacia la tienda de Noorden. Ham lo siguió, curioso. El antiguo obligador estaba despierto. Noorden seguía un horario extraño. Se levantó apresuradamente, inclinando la cabeza con respeto.

Allí, sobre la mesa, Elend encontró lo que quería. Aquello en lo que había ordenado trabajar a Noorden. Mapas. Movimientos de tropas. La ubicación de las bandas de koloss.

Yomen se niega a dejarse intimidar por mis soldados, pensó Elend. *Bien, veamos si podemos volver las tornas contra él.*

Una vez «liberado», Ruina pudo afectar más directamente al mundo. La forma más obvia fue haciendo que los Montes de Ceniza emitieran más ceniza y que la tierra empezara a partirse. De hecho, creo que gran parte de la energía de Ruina durante aquellos últimos días se dedicó a estas tareas.

También pudo afectar y controlar a mucha más gente que antes. Donde anteriormente solo había influido en unos cuantos individuos selectos, ahora podía dirigir ejércitos enteros de koloss.

48



A MEDIDA QUE PASABAN LOS días en la caverna, Vin lamentó haber roto el farol. Trató de recuperarlo, palpando con dedos ciegos. Sin embargo, el aceite se había derramado. Estaba encerrada en la oscuridad.

Con un ser que quería destruir el mundo.

Unas veces podía sentirlo, pulsando cerca, observando en silencio... como un patrono fascinado en un espectáculo de carnaval. Otras veces, desaparecía. Las paredes no significaban nada para aquello. La primera vez que desapareció, Vin experimentó una sensación de alivio. Sin embargo, apenas unos instantes después oyó en su mente la voz de Reen. *No te he dejado*, dijo. *Siempre estoy aquí*.

Las palabras la dejaron helada, y pensó, brevemente, que le había leído la mente. Sin embargo, decidió que había sido demasiado fácil adivinar sus pensamientos. Al repasar su vida, advirtió que Ruina no podía haber hablado todas y cada una de las veces que había oido la voz de Reen en su cabeza. Muchas de las veces que había oido a su hermano era en respuesta a las cosas que estaba pensando, y no a las cosas que hacía. Como Ruina no podía leer mentes, esos comentarios no podían haber venido del ser.

Ruina llevaba hablándole tanto tiempo, que era difícil separar sus propios recuerdos de su influencia. No obstante, tenía que confiar en la promesa del lord Legislador de que Ruina no podía leerle la mente. La alternativa era

abandonar toda esperanza. Y no podía hacer eso. Cada vez que Ruina le hablaba, le daba pistas sobre su naturaleza. Esas pistas podrían proporcionarle la forma de derrotarlo.

¿Derrotarlo?, pensó Vin, apoyándose contra la áspera pared de piedra de la caverna. Es una fuerza de la naturaleza, no un hombre. ¿Cómo podría pensar siquiera en derrotar algo así?

Era difícil medir el tiempo en aquella negrura perpetua, pero calculó por sus pautas de sueño que habían pasado tres o cuatro días desde su aprisionamiento.

Todos consideraban un dios al lord Legislador, recordó. Yo lo maté.

Ruina había estado prisionero una vez. Eso significaba que *podía* ser derrotado, o al menos encapsulado. Pero ¿qué significaba aprisionar a una abstracción, una fuerza como Ruina? Había podido hablarle mientras estaba prisionero. Pero sus palabras habían parecido menos intensas entonces. Menos... dirigidas. Ruina había actuado más como una influencia, dando a la niña Vin impresiones que manifestaba a través de recuerdos de Reen. Casi como si... hubiera influido en sus emociones. ¿Significaba eso que empleaba la alomancia? En efecto, latía con poder alomántico.

Zane oía voces, advirtió Vin. Justo antes de morir, parecía estar hablando con algo. Sintió un escalofrío mientras apoyaba la cabeza contra la pared.

Zane estaba loco. Tal vez no existía ninguna conexión entre las voces que oía y Ruina. Sin embargo, parecía demasiada coincidencia. Zane había tratado de llevársela consigo, de buscar la fuente de los pulsos, los mismos pulsos que habían acabado por hacerla liberar a Ruina.

De modo que Ruina puede influir en mí a pesar de la distancia o el encarcelamiento, pensó Vin. Sin embargo, ahora que ha sido liberado, puede manifestarse directamente. Eso implica otra cuestión. ¿Por qué no nos ha destruido ya a todos? ¿Por qué juega con los ejércitos?

La respuesta a eso, al menos, parecía obvia. Sentía la infinita voluntad de Ruina por destruir. Era como si conociera su mente. Una dedicación. Un impulso: arruinar. Así que, si aún no había conseguido su objetivo, significaba que no podía. Que estaba impedido. Limitado a medios de destrucción graduales e indirectos... como la ceniza que caía y las brumas que robaban la luz.

Con todo, esos métodos acabarían por ser efectivos. A menos que Ruina fuera detenido. Pero ¿cómo?

Estuvo prisionero antes... pero ¿qué lo aprisionó? Vin había asumido que el lord Legislador era quien estaba detrás de la prisión de Ruina. Se equivocaba. Ruina ya estaba prisionero cuando el lord Legislador viajó al Pozo de la Ascensión y asesinó a Alendi para evitar que el presunto Héroe de las Eras hiciera lo que Vin acabó haciendo: liberar a Ruina por accidente.

Irónicamente, había sido mucho *mejor* que un hombre egoísta como Rashek tomara el poder. Porque se quedó con todo el poder, en vez de renunciar a él y liberar al enemigo al que ahora se enfrentaban.

Que Ruina estuviera aprisionado con anterioridad significaba que la Profundidad, las brumas, no estaban relacionadas con Ruina. O, al menos, la conexión no era tan simple como Vin había supuesto. Liberar a Ruina no era lo que había instado a las brumas a empezar a venir durante el día y matar a gente. De hecho, las brumas diurnas habían empezado a aparecer hasta un año *antes* de que ella lo liberara, y a matar, pocas horas antes de que encontrara el camino al Pozo.

Entonces... ¿qué sé? Que Ruina fue aprisionado hace mucho tiempo. ¿Aprisionado por algo que, tal vez, yo podré encontrar y usar de nuevo?

Se levantó. Tanto tiempo allí sentada, contemplativa, la había dejado intranquila. Empezó a caminar, palpando la pared.

Durante su primer día de prisión había empezado a explorar la caverna al tacto. Era enorme, como los otros depósitos, y el proceso le había llevado varios días. Sin embargo, no tenía otra cosa que hacer. Al contrario que el depósito de Urteau, este no tenía laguna ni fuente de agua. Y, a medida que Vin lo investigaba, descubrió que Yomen había retirado todos los barriles de agua de lo que consideraba su sitio en el lejano rincón a la derecha. Había dejado la comida enlatada y otros suministros, pues la caverna era tan enorme que habría tenido problemas para encontrar tiempo para retirarlo todo, y más aún para hallar otro sitio donde almacenarlo. Sin embargo, se había llevado toda el agua.

Eso le causaba a Vin un problema. Se abrió paso palpando la pared, localizó un estante donde había dejado una lata abierta de guiso. Aun con peltre y una piedra, había tardado una eternidad en abrir la lata. Yomen había sido lo bastante listo para retirar las herramientas que podría haber utilizado para abrirlas, y Vin solo tenía un frasquito con peltre. Había abierto unas diez latas de comida el primer día, agotando el peltre que tenía en su interior. Esa comida empezaba ya a agotarse, y sentía la necesidad de agua: el guiso hacía poco para calmar su sed.

Cogió la lata, y comió solo un bocado. Casi se había acabado. El sabor le recordó el hambre que se convertía en un creciente complemento de la sed. Descartó la sensación. Había tratado con el hambre toda su infancia. No era nada nuevo, aunque hubieran pasado años desde la última vez que la había sentido.

Continuó adelante, pasando los dedos por la pared para localizar dónde estaba. Parecía una forma inteligente de matar a una nacida de la bruma. Yomen no podía derrotarla, así que la atrapaba. Ahora, simplemente podía esperar a que muriera de deshidratación. Simple, efectivo.

Tal vez Ruina le esté hablando también a Yomen, pensó. *Esta prisión podría formar parte del plan de Ruina.*

Sea cual sea.

¿Por qué la habría elegido Ruina? ¿Por qué no conducir a otra persona al Pozo de la Ascensión? ¿Alguien más fácil de controlar? Comprendía por qué Ruina había elegido a Alendi, todos aquellos años antes. Durante la época de Alendi, el Pozo se hallaba perdido en las montañas. Habría sido un viaje muy difícil, y Ruina necesitaba a la persona adecuada para planear y sobrevivir a la expedición.

No obstante, en la época de Vin, el Pozo había sido trasladado de algún modo a Luthadel. O tal vez construyeron Luthadel encima del Pozo. En cualquier caso, estaba allí, justo bajo el palacio del lord Legislador. ¿Por qué había esperado Ruina tanto tiempo para liberarse? Y, de toda la gente que podría haber elegido como peón, ¿por qué a Vin?

Sacudió la cabeza mientras llegaba a su destino, la otra única cosa de interés en la enorme caverna. Una placa de metal en la pared. Extendió la mano y pasó los dedos por el acero bruñido. Nunca había sido muy buena lectora, y el último año, entre viajes y guerras, no le había dejado mucho tiempo para mejorar sus habilidades. Así que, palpando cada marca tallada en el metal, tardó algún tiempo en descubrir lo que había escrito en la placa.

No había ningún mapa. O, al menos, no era como los mapas de las cavernas de almacenaje anteriores. En cambio, había un sencillo círculo, con un punto en el centro. Vin no estaba segura de lo que se suponía que significaba. El texto era igualmente frustrante. Vin pasó los dedos por las marcas, aunque ya había memorizado lo que decían las palabras.

Os he fallado.

He planeado construir estas cavernas sabiendo que se avecina una calamidad, esperando poder encontrar algún secreto que sea útil si caigo ante las maquinaciones de esa cosa. Pero no

tengo nada. No sé cómo derrotarla. Lo único que se me ocurre es mantenerla a raya haciéndome con el poder del Pozo cuando regrese.

Sin embargo, si estáis leyendo esto, he fracasado. Eso significa que estoy muerto. Mientras escribo esto, la perspectiva me parece menos trágica de lo que había asumido previamente. Preferiría no enfrentarme a la cosa. Ha sido mi compañía constante, la voz que siempre me susurra, diciéndome que destruya, suplicándome que le conceda la libertad.

Temo que haya corrompido mis pensamientos. Aunque no puede sentir lo que pienso, puede hablar dentro de mi cabeza. Ochocientos años así me han dificultado confiar en mi propia mente. A veces oigo voces, y simplemente asumo que estoy loco.

Sin duda, eso sería preferible.

Sé que estas palabras deben ser grabadas en acero para ser conservadas. Las he escrito en una hoja de acero, y luego he ordenado escribirlas en una placa, sabiendo que al hacerlo revelo mi debilidad a mis propios sacerdotes. La cosa me ha susurrado que soy un necio por exponerme al escribir esto y dejar que los demás lo lean.

Por eso principalmente decidí continuar con la creación de esta placa. Hacerlo parecía enfurecer a la cosa. Creo que con eso me basta. Es bueno que algunos de mis leales sacerdotes conozcan mi debilidad, aunque solo sea por el bien del imperio, si de algún modo caigo.

He intentado ser un buen gobernante. Al principio, era demasiado joven, demasiado airado. Cometí errores. Sin embargo, lo he intentado con fuerza. Casi destruí al mundo con mi arrogancia y, no obstante, temo casi haberlo destruido de nuevo con mi gobierno. Puedo hacerlo mejor. Lo haré mejor. Crearé una tierra de orden.

Pero mis pensamientos hacen que me pregunte cuánto de lo que hago se ha desviado de mis intenciones originales. En ocasiones, mi imperio parece un lugar de paz y justicia. Si es así, ¿por qué no puedo detener las rebeliones? No pueden derrotarme, y he de ordenar que los maten cada vez que se levantan. ¿Es que no pueden ver la perfección de mi sistema?

No importa, este no es lugar para justificaciones. No necesito justificarme, pues soy, después de todo, Dios. Sin embargo, sé que hay algo más grande que yo. Si puedo ser destruido, Eso será la causa de mi destrucción.

No tengo ningún consejo que dar. Es más poderoso que yo. Es más poderoso que este mundo. De hecho, dice haberlo creado. Acabarán por destruirnos a todos.

Tal vez estos depósitos permitan a la humanidad sobrevivir un poco más. Tal vez no. Estoy muerto. Y dudo que deba importarme.

Sin embargo, me importa. Pues sois mi pueblo. Yo soy el Héroe de las Eras. Eso es lo que debe significar: Héroe de las Eras, un héroe que vive a través de las eras, como yo.

Sabed que el poder de la cosa no está completo. Por fortuna, he escondido bien su cuerpo.

Y eso era todo. Vin golpeó la placa con frustración. Todo lo que decían las palabras parecía concebido para frustrarla. ¿El lord Legislador los había llevado a esta larga búsqueda, para al final no ofrecerles ninguna ayuda? Elend apostaba fuerte por el contenido de esta placa que, sin embargo, carecía virtualmente de valor. Al menos las otras contenían alguna información relevante sobre un nuevo metal.

«Os he fallado.» Era irritante, casi devastador, haber llegado hasta allí para descubrir que el lord Legislador había estado tan perdido como ellos. Y, si

sabía más, como implicaban sus palabras, ¿por qué no lo había *compartido* en la placa? Vin podía sentir su inestabilidad incluso a través de estas palabras, su oscilación entre el pesar y la arrogancia. Tal vez fuera la influencia de Ruina sobre él. O tal vez simplemente fuera así siempre. En cualquier caso, Vin sospechaba que el lord Legislador no podría haberle dicho mucho más que resultara útil. Había hecho lo que había podido, manteniendo a raya a Ruina durante mil años. Lo había corrompido, quizá incluso lo había vuelto loco.

Eso no impedía que sintiera una fuerte decepción por el contenido de la placa. El lord Legislador había tenido mil años para preocuparse por lo que le sucedería a la tierra si lo mataban antes de que el poder regresara al Pozo, y ni siquiera él había sido capaz de encontrar una solución al problema.

Alzó la vista hacia la placa, invisible en la oscuridad.

¡Tiene que haber una manera!, pensó, negándose a aceptar la afirmación del lord Legislador de que estaban perdidos. *¿Qué es lo que hay escrito al pie?* «*He escondido bien su cuerpo.*»

Esa parte parecía importante. Sin embargo, ella no...

Algo resonó en la oscuridad.

Vin se dio la vuelta de inmediato, tensa, buscando su último frasco de metales. La proximidad a Ruina la había puesto nerviosa, y su corazón latió con ansiedad mientras escuchaba los ecos: sonidos de piedra rozando contra piedra.

Se abría la puerta de la caverna.

Cabría preguntarse por qué Ruina no pudo utilizar a los inquisidores para que lo liberaran de su prisión. La respuesta es sencilla si se entiende cómo funciona el poder.

Antes de su muerte, el lord Legislador mantuvo un control demasiado firme sobre ellos para que Ruina pudiera controlarlos directamente. Sin embargo, aun después de la muerte del lord Legislador, ningún servidor de Ruina podría haberlo rescatado. El poder del Pozo era de Conservación, y un inquisidor solo podría haberlo tomado quitándose primero sus clavos hemalúrgicos. Eso, naturalmente, lo habría matado.

Por tanto, Ruina necesitó una forma mucho más indirecta de conseguir su propósito. Necesitaba alguien a quien no hubiera contaminado demasiado, pero a quien pudiera llevar de las riendas, manipulándolo con cuidado.

49



SAZED HIZO UNA PEQUEÑA ANOTACIÓN en su diagrama, comparando medidas del canal. Por lo que veía, el lord Legislador no había tenido que esforzarse mucho para crear el lago subterráneo. El agua fluía ya hacia la caverna en pequeñas cantidades. Los ingenieros del lord Legislador simplemente habían ensanchado los pasadizos, causando un flujo más firme y seguro que incrementó el ritmo natural del desagüe.

El resultado fue un acuífero de buen tamaño. Unas máquinas en una caverna lateral resultaron ser un mecanismo para cubrir los desagües del fondo, posiblemente para impedir que la reserva de agua escapara, si algo sucedía al flujo que llegaba. Por desgracia, no había forma de bloquear la entrada.

Antes de que el lord Legislador creara la reserva, la mayoría del agua fluía hacia los canales que ahora eran las calles. Sazed supuso que, si podía impedir que el agua entrara en la caverna, podría volver a llenar los canales.

Necesito saber más sobre la presión del agua, pensó, para así poder proporcionar el peso suficiente para taponar la entrada. Le había parecido ver

un libro sobre el tema en su mente de metal.

Se acomodó en su asiento y la decantó. El recuerdo floreció dentro de su cabeza mientras recuperaba una sección del texto: un índice que había creado con los títulos de los libros que tenía guardados. En cuanto recuperó el texto, las palabras fueron tan claras como si acabara de memorizarlas. Repasó la lista rápidamente, buscando el título que necesitaba. Cuando lo encontró, lo anotó en un papel. Entonces, volvió a guardar la lista en su mente de metal.

La experiencia era extraña. Después de guardar la lista, recordaba haber sacado el material... pero no lo que contenía el índice. Había un hueco en su mente. Solo las palabras escritas en el papel explicaban cosas que había sabido unos pocos segundos antes. Con ese título, podía recuperar el libro adecuado en su totalidad. Seleccionó los capítulos que quería, y luego volvió a guardar el resto en su mentecobre, para que no se estropeara.

Y, con esos capítulos, su conocimiento de la ingeniería era tan fresco como si acabara de leer y estudiar el libro. Calculó fácilmente los pesos y equilibrios adecuados que necesitaba para crear barreras que, según esperaba, devolverían el agua a las calles de arriba.

Trabajó solo, sentado ante un hermoso escritorio robado, con un farol que iluminaba la caverna a su alrededor. Incluso con el conocimiento proporcionado por las mentecobres, era un trabajo difícil, con muchos cálculos, no exactamente el tipo de investigación al que estaba acostumbrado. Por fortuna, las mentecobres de un guardador no se limitaban a sus propios intereses. Cada guardador mantenía todo el conocimiento. Sazed recordaba vagamente los años que había pasado escuchando y memorizando. Solo necesitaba conocer la información lo bastante bien para recordarla a muy corto plazo, y así poder verterla en una mentecobre. De esa forma, era a la vez uno de los hombres más sabios y más ignorantes que habían vivido jamás: había memorizado mucho, pero intencionadamente lo había olvidado todo.

De todas formas, tenía acceso a textos sobre ingeniería además de religión. Saber sobre esas cosas no lo convertía en un arquitecto o un matemático brillante, pero le daba suficiente competencia para llegar a ser mucho mejor que un profano.

Y, mientras trabajaba, le resultaba cada vez más difícil negar que la erudición era algo en lo que destacaba. No era un líder. No era un embajador. Aunque servía como embajador jefe de Elend, se había pasado gran parte del tiempo repasando las religiones. Ahora, cuando debería estar dirigiendo el equipo de Urteau, dejaba que Fantasma asumiera cada vez más liderazgo.

Sazed era un hombre de investigación y de letras. Era feliz con sus estudios. Aunque la ingeniería no fuera una materia con la que disfrutara especialmente, la verdad era que prefería estudiar, fuera cual fuese el tema, a hacer otra cosa. *¿Es vergonzoso ser el hombre al que gusta proporcionar información para los demás, en vez de ser el que tiene que usar esa información?*

El golpe de un bastón en el suelo anunció la llegada de Brisa. El aplacador no necesitaba bastón para caminar, pero le gustaba llevar uno para parecer más caballeresco. De todos los ladrones skaa que Sazed había conocido, Brisa era con diferencia quien mejor imitaba a los nobles.

Sazed tomó rápidamente unas cuantas notas más, y luego devolvió los capítulos sobre la presión del agua a su mentecobre. No hacía falta que se deterioraran mientras hablaba con Brisa. Porque, por supuesto, Brisa quería hablar. Y, en efecto, en cuanto se sentó a la mesa de Sazed, echó un vistazo a los diagramas y arqueó una ceja.

—Eso está quedando muy bien, mi querido amigo. Tal vez hayas perdido tu vocación.

Sazed sonrió.

—Eres muy amable, lord Brisa, aunque me temo que un ingeniero consideraría que este plan es horrible. Con todo, creo que será suficiente.

—¿Puedes hacerlo? ¿Conseguir que las aguas fluyan como pidió el muchacho? ¿Es posible?

—¡Oh!, es bastante posible —dijo Sazed—. La dificultad es mi experiencia, no la plausibilidad de la tarea. Las aguas llenaron una vez esos canales, y pueden volver a hacerlo. De hecho, creo que su regreso será mucho más espectacular que la corriente original. Antes, gran parte del agua se desviaba ya por estas cavernas. Yo debería poder bloquearla en su mayoría y devolverla a la superficie con bastante potencia. Naturalmente, si lord Fantasma desea que los canales sigan fluyendo, tendremos que dejar que parte del agua vuelva a escapar hacia aquí. Los canales en general no tienen mucha corriente, sobre todo en una zona donde hay muchas compuertas.

Brisa arqueó una ceja.

—De hecho —continuó Sazed—, los canales son mucho más fascinantes de lo que cabría esperar. Pongamos, por ejemplo, los métodos para transformar un río natural en un canal, creando lo que se llama una navegación, o quizás los métodos de drenaje usados para quitar la ceniza y los sedimentos de las profundidades. Tengo un libro concreto del tristemente célebre lord Fedre, quien, a pesar de su reputación, era un genio absoluto en lo

referente a arquitectura de canales. Hasta he tenido que... —Sazed guardó silencio, y luego sonrió débilmente—. Pido disculpas. No te interesa esto, ¿verdad?

—No —dijo Brisa—, pero me basta con que *a ti* sí, Sazed. Es bueno verte entusiasmado de nuevo con tus estudios. No sé en qué estabas trabajando antes, pero siempre me inquietó que no lo compartieras con nadie. Parecía que casi te avergonzabas de lo que estabas haciendo. Ahora, sin embargo... ¡este es el Sazed que yo recuerdo!

Sazed miró sus notas y diagramas garabateados. Era cierto. La última vez que le había entusiasmado tanto una línea de estudio fue...

Cuando estaba con ella. Trabajando en su recopilación de mitos y referencias sobre el Héroe de las Eras.

—Lo cierto, lord Brisa, es que me siento un poco culpable.

Puso los ojos en blanco.

—Sazed. ¿*Siempre* tienes que sentirte culpable por algo? En la banda original, considerabas que no hacías lo suficiente para ayudarnos a derrocar al lord Legislador. Luego, cuando lo matamos, estabas inquieto porque no hacías lo que los otros guardadores te decían. Exactamente, ¿por qué te sientes culpable nada menos que por *estudiar*?

—Lo disfruto.

—Eso es maravilloso, mi querido amigo —dijo Brisa—. ¿Por qué avergonzarte de ese disfrute? No es que te guste matar cachorritos o algo por el estilo. Ciento, creo que estás un poco loco, pero si quieres disfrutar de algo tan particularmente esotérico, entonces, adelante. Eso deja más espacio a quienes preferimos placeres más corrientes... como emborracharnos con los mejores vinos de Straff Venture.

Sazed sonrió. Sabía que Brisa estaba empujando sus emociones, haciendo que se sintiera mejor, pero no se rebeló contra las emociones. La verdad era que sí se sentía bien. Mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Aunque...

—No es tan sencillo, lord Brisa —dijo Sazed, soltando su pluma—. Me siento feliz de poder estar aquí sentado y leer, sin tener ninguna responsabilidad. Por eso me siento culpable.

—No todo el mundo está hecho para ser líder, Sazed.

—No, pero lord Elend me encargó proteger esta ciudad. Debería estar planeando derrocar al Ciudadano, y no dejar que lord Fantasma lo haga.

—¡Mi querido amigo! —exclamó Brisa—. ¿Es que no te he enseñado nada? ¡Estar al mando no consiste en *hacer* algo: es asegurarte de que los demás hagan lo que se supone que tienen que hacer! Hay que delegar, amigo mío. ¡Sin eso, tendríamos que cocer nuestro propio pan y cavar nuestras propias letrinas! Y créeme, no te interesa probar nada que yo haya ayudado a cocer. Jamás. Y menos aún después de haber limpiado una letrina.

Sazed sacudió la cabeza.

—No es esto lo que Tindwyl habría querido de mí. Respetaba a los líderes y los políticos.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿no se enamoró *de ti*, y no de un rey o príncipe?

—Bueno, decir que fue amor tal vez...

—Venga, Sazed. Estabais tonteando igual que un adolescente con su nueva novia. Y, aunque ella era un poco más reservada, te amaba. No hacía falta ser aplacador para darse cuenta de eso.

Sazed suspiró y bajó la cabeza.

—¿Es esto lo que ella habría querido de ti, Sazed? —preguntó Brisa—. ¿Que niegues lo que eres? ¿Que te conviertas en otro ocioso político?

—No lo sé, lord Brisa —contestó Sazed en voz baja—. Yo... la he perdido. Tal vez por eso puedo recordarla implicándome en lo que ella amaba.

—Sazed —dijo Brisa con franqueza—, ¿cómo es que puedes ser tan sabio en muchas áreas y a la vez tan completamente *estúpido* en esto?

—Yo...

—Un hombre *es* aquello por lo que siente pasión. He descubierto que, si renuncias a lo que más quieras por lo que *piensas* que deberías querer más, acabarás sintiéndote desgraciado.

—¿Y si lo que yo quiero no es lo que necesita la sociedad? A veces, tenemos que hacer lo que no nos gusta. Es un simple hecho de la vida, creo.

Brisa se encogió de hombros.

—Yo no me preocupo por eso. Simplemente hago aquello en lo que soy bueno. En mi caso, eso es hacer que otra gente haga las cosas que yo no quiero hacer. En el fondo, todo encaja.

Sazed sacudió la cabeza. No era tan sencillo, y su depresión no estaba relacionada *solamente* con Tindwyl y su muerte. Había pospuesto su estudio de las religiones, pero sabía que regresaría a ellas. El trabajo en los canales era una distracción que agradecía, pero ni así. Sazed sentía que sus conclusiones y su trabajo anterior acechaban.

No quería descubrir que las últimas religiones del grupo carecían de respuestas. En parte, por eso le resultaba tan relajante estudiar otra cosa, pues la ingeniería no amenazaba su visión del mundo. Sin embargo, no podía distraerse eternamente. Tarde o temprano, encontraría las respuestas, o la falta de respuestas. Su cartapacio estaba bajo la mesa, apoyado contra el saco de mentes de metal.

Sin embargo, por ahora, se permitió un respiro. Pero incluso con su preocupación por las religiones aplacada por el momento, había otros asuntos que debía atender. Asintió en dirección al lago. Fantasma, apenas visible, estaba en la orilla, hablando con Goradel y algunos de los soldados.

—¿Y qué hay de él, lord Brisa? —preguntó Sazed en un susurro, tan bajo que ni siquiera Fantasma podría oírlo—. Como decía, el emperador Venture me puso al mando de este asunto. ¿Y si dejo que Fantasma tome el control y luego fracasa? Temo que el joven no esté... lo bastante maduro para esta tarea.

Brisa se encogió de hombros.

—Hasta ahora parece estar haciéndolo bien. Recuerda lo joven que era Vin cuando mató al lord Legislador.

—Sí —susurró Sazed—, pero esta situación es diferente. Fantasma parece raro, únicamente. Nos oculta cosas. ¿Por qué está tan decidido a tomar esta ciudad?

—Creo que es bueno que el muchacho muestre un poco de determinación —dijo Brisa, sentándose de nuevo—. El chico ha sido demasiado pasivo casi toda su vida.

—¿No te preocupa su plan? Podría derrumbarse a nuestro alrededor.

—Sazed, ¿recuerdas nuestra reunión de hace unas semanas? Fantasma me preguntó por qué no podíamos derribar a Quellion como hicimos con el lord Legislador.

—Lo recuerdo —contestó Sazed—. Le dijiste que el motivo era que ya no teníamos a Kelsier.

Brisa asintió.

—Bien —dijo en voz baja, señalando a Fantasma con su bastón—, he cambiado de opinión. No tenemos a Kelsier, pero cada vez me da más la impresión de que tenemos algo similar.

Sazed frunció el ceño.

—No estoy diciendo que el muchacho tenga la fuerza de personalidad de Kelsier. Su... presencia. Sin embargo, ya has oído la reputación que se está ganando entre la gente. Kelsier tuvo éxito no por ser quien era, sino por lo que

la gente *pensaba* que era. Eso es algo que yo nunca creí que pudiéramos repetir. Empiezo a pensar que me equivocaba.

Sazed no estaba tan convencido. Sin embargo, se guardó sus reservas mientras volvía a la investigación. Fantasma debía de haberlos advertido mirándolo, pues unos minutos después se acercó a la mesa. El muchacho pestañeó contra la luz del farol, por suave que esta fuera, y acercó una silla. En comparación con las filas de estantes utilitarios y polvorrientos, a Sazed los hermosos muebles le parecían extraños.

Fantasma parecía fatigado. *¿Cuánto tiempo ha pasado sin dormir?*, pensó Sazed. *Sigue estando despierto cada vez que me acuesto, y en pie cuando me levanto.*

—Parece que algo no va bien —dijo Fantasma.

—¿Ah, no? —preguntó Brisa—. ¿Aparte del hecho de que estamos hablando junto a un lago subterráneo en un almacén construido por el lord Legislador bajo una fortaleza de los inquisidores?

Fantasma dirigió al aplacador una dura mirada, y luego se volvió hacia Sazed.

—Me parece que ya tendrían que habernos atacado.

—¿Qué te hace decir eso?

—Conozco a Quellion, Sazed. Es el típico matón. Consiguió el poder por la fuerza, y conserva el control dando al pueblo alcohol en cantidad y pequeñas libertades, como dejarlos ir a los bares de noche. Sin embargo, al mismo tiempo, mantiene a todo el mundo al filo del miedo.

—Por cierto, ¿cómo se hizo con el control? —preguntó Brisa—. ¿Cómo consiguió hacerse con el poder antes de que lo hiciera algún noble con un buen puñado de guardias?

—Las brumas —contestó Fantasma—. Se internó en ellas, y declaró que todo el que fuera fiel al Superviviente estaría a salvo en ellas. Entonces las brumas empezaron a matar, y confirmaron lo que había dicho. Insistió mucho en que las brumas mataban a quienes tenían maldad en el corazón. Todos estaban tan preocupados por lo que sucedía, que lo acabaron creyendo. Consiguió dictar una ley que exigía que todo el mundo se internara en las brumas, para así comprobar quién moría y quién no. Declaró que los que sobrevivían eran puros. Les dijo que podrían establecer una bonita utopía. Después de eso, empezó a matar a los nobles.

—¡Ah! —exclamó Brisa—. ¡Muy astuto!

—Sí —contestó Fantasma—. Pasó completamente por alto el hecho de que los nobles no fueran afectados por las brumas.

—Espera —dijo Sazed—. ¿Qué?

Fantasma se encogió de hombros.

—Cuesta confirmarlo ahora, pero eso es lo que cuentan los rumores. La nobleza parecía inmune a la enfermedad de las brumas. No los skaa que tuvieran sangre noble, sino los nobles de verdad.

—¡Qué raro! —observó Brisa.

Más que raro, pensó Sazed. *Extrañísimo. ¿Conoce Elend esta conexión?* Mientras reflexionaba sobre esto, le pareció improbable que Elend lo supiera. Su ejército y sus aliados estaban todos compuestos por skaa. Los únicos nobles a los que conocían estaban en Luthadel, y todos habían decidido quedarse en casa por la noche, en vez de arriesgarse a salir a las brumas.

—Sea como quiera —dijo Fantasma—, Quellion es un matón. Y a los matones no les gusta tener cerca a nadie que pueda desafiarlos. Ya tendría que haber intentado atentar contra nuestras vidas.

—El chico tiene razón —comentó Brisa—. Quellion no es de los que matan solo con ejecuciones llamativas. Apuesto a que por cada persona que arroja a uno de esos edificios, hay tres muertos en los callejones, enterrados lentamente en ceniza.

—He dicho a Goradel y a sus hombres que tengan muchísimo cuidado —dijo Fantasma—, y he sondeado nuestro perímetro. Sin embargo, no he localizado a ningún asesino espiando. Las tropas de Quellion están ahí fuera, vigilándonos, pero sin hacer nada.

Brisa se frotó la barbilla.

—Tal vez Quellion nos tenga más miedo de lo que piensas.

—Tal vez —suspiró Fantasma. Se frotó la frente.

—Lord Fantasma —dijo Sazed con cuidado—, deberías dormir un poco.

—Estoy bien.

Si no entendiera de esto, diría que quema peltre para permanecer despierto, pensó Sazed. *¿O solo estoy buscando signos para confirmar lo que antes me preocupaba?*

Nunca cuestionamos que Vin y Kelsier manifestaran poderes superiores a los que tenían los alomantes normales. ¿Por qué debería recelar de Fantasma? ¿Simplemente porque lo conozco demasiado bien? ¿Me centro en mis recuerdos del muchacho cuando obviamente ya es todo un hombre?

—Por cierto —dijo Fantasma—, ¿cómo va la investigación?

—Bastante bien —contestó Sazed, dándole la vuelta a varios de los diagramas para que Fantasma pudiera verlos—. Estoy a punto de empezar a trabajar en la construcción en sí.

—¿Cuánto crees que tardarás?

—Tal vez unas cuantas semanas. Muy poco tiempo, teniéndolo todo en cuenta. Por fortuna, la gente que secó los canales dejó una enorme cantidad de restos que podré usar. Además, el lord Legislador aprovisionó muy bien este almacén. Hay madera, aparte de utensilios de carpintería básicos, e incluso algunos sistemas de poleas.

—¿Para qué se estaba preparando ese tipo? —preguntó Brisa—. Comida y agua, eso lo comprendo. Pero ¿mantas? ¿Madera? ¿Poleas?

—Para el desastre, lord Brisa —contestó Sazed—. Incluyó todo lo necesario en caso de que la ciudad fuera destruida. Hasta incluyó petates para dormir y suministros médicos. Tal vez temía que los koloss atacaran.

—No —repuso Fantasma—. Se preparó exactamente para lo que ha sucedido. ¿Construirás algo para taponar el agua? Creí que simplemente derribarías los túneles.

—¡Oh, cielos, no! —contestó Sazed—. No tenemos ni los hombres ni el equipo para causar un desplome. Además, no quiero hacer nada que pueda provocar el derrumbe de la caverna. Mis planes son construir un mecanismo bloqueador de madera que pueda ser introducido en la corriente. El peso suficiente y el entramado adecuado deberían bastar para detenerla. No es muy diferente a los mecanismos empleados en las compuertas de los canales.

—Cosa que estará encantado de explicarte —añadió Brisa—. Detenidamente.

Sazed sonrió.

—Creo que...

Entonces, fue interrumpido por la llegada del capitán Goradel, que parecía un poco más solemne que de costumbre.

—Lord Fantasma —dijo Goradel—. Arriba hay alguien que pregunta por ti.

—¿Quién? ¿Durn?

—No, mi señor. Dice que es la hermana del Ciudadano.

—NO HE VENIDO AQUÍ A unirme a vosotros —dijo la mujer, Beldre.

Se hallaban en una austera sala de audiencias en el edificio de la Inquisición, sobre la caverna. Las sillas de la habitación carecían de cojines y, como decoración, de las paredes de madera colgaban placas de acero; para Sazed, eran incómodos recordatorios de lo que había visto al visitar el Convento de Seran.

Beldre era una joven de pelo castaño. Vestía un sencillo traje aprobado por el Ciudadano, teñido de rojo. Estaba sentada con las manos sobre el regazo, y aunque los miraba a los ojos, había en ella una nerviosa aprensión que debilitaba considerablemente su pose.

—Entonces, ¿por qué has venido, querida? —preguntó Brisa con cuidado. Estaba sentado frente a Beldre. Allrianne estaba a su lado, observando a la muchacha con aire de desaprobación. Fantasma caminaba al fondo, mirando de vez en cuando por la ventana.

Piensa que es una artimaña, advirtió Sazed. *Que la chica es una distracción para cogernos desprevenidos antes de atacar*. El muchacho llevaba sus bastones de duelo, sujetos como espadas a su cintura. ¿Cómo había aprendido Fantasma a luchar tan bien?

—He venido... —contestó Beldre, agachando la cabeza—. He venido porque vais a matar a mi hermano.

—¿De dónde has sacado esa idea? —exclamó Brisa—. ¡Estamos en la ciudad para forjar un tratado con tu hermano, no para asesinarlo! ¡Parecemos capaces de semejante cosa?

Beldre dirigió una mirada a Fantasma.

—Él no cuenta —dijo Brisa—. Fantasma es inofensivo, de verdad. No deberías...

—Brisa —interrumpió Fantasma, mirando con sus extraños ojos vendados—. Ya basta. Nos estás haciendo parecer idiotas. Beldre sabe por qué estamos aquí: todo el mundo en la ciudad lo sabe.

La sala quedó en silencio.

Parece... un poco un inquisidor, con esos anteojos bajo las vendas, pensó Sazed, estremeciéndose.

—Beldre —repuso Fantasma—. ¿De verdad esperas que creamos que has venido aquí simplemente a suplicar por la vida de tu hermano?

Ella miró desafiante a los ojos de Fantasma... o más bien a sus vendas.

—Puedes hacerte el duro, pero sé que no me haréis daño. Sois de la banda del Superviviente.

Fantasma se cruzó de brazos.

—Por favor —dijo Beldre—. Quellion es un buen hombre, como vosotros. Tenéis que darle más tiempo. No lo matéis.

—¿Acabas de decir que sabes que jamás te haríamos daño? —dijo Sazed—. ¿Por qué a tu hermano sí?

Beldre bajó la mirada.

—Vosotros matasteis al lord Legislador. Derrocasteis el imperio. Mi hermano no se lo cree: piensa que os aprovechasteis de la popularidad del Superviviente, diciendo ser sus amigos después de que se sacrificara.

Fantasma resopló.

—Me pregunto de dónde habrá sacado tu hermano una idea así. Tal vez conozca a alguien que diga contar con la bendición del Superviviente, y *mate* a gente en su nombre...

Beldre se ruborizó.

—Tu hermano no confía en nosotros —observó Sazed—. ¿Por qué tú sí?

Beldre se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo en voz baja—. Supongo que... los hombres que mienten no salvan a niñas de edificios en llamas.

Sazed miró a Fantasma, pero no pudo leer nada en la dura expresión del joven. Finalmente, Fantasma habló.

—Brisa, Sazed, Allrianne, salid conmigo. Goradel, vigílala.

Fantasma se dirigió al pasillo, y Sazed y los demás lo siguieron. Una vez cerrada la puerta, Fantasma se volvió para mirarlos.

—¿Bien?

—No me gusta —dijo Allrianne, cruzándose de brazos.

—Pues claro que no, querida —dijo Brisa—. A ti nunca te gusta la competencia.

—¿Qué piensas tú, Brisa? —preguntó Fantasma.

—¿De la chica, o de que me insultes ahí dentro?

—De lo primero —contestó Fantasma—. Tu orgullo no importa ahora.

—Querido amigo, mi orgullo *siempre* es importante. En cuanto a la chica, voy a decirte algo: está aterrada. A pesar de lo que dice, está muy muy asustada, lo que significa que no ha hecho este tipo de cosas muy a menudo. Deduzco que es noble.

Allrianne asintió.

—Definitivamente. Solo hay que mirarle las manos: cuando no tiemblan de miedo, se nota que son limpias y blandas. Creció mimada.

—Obviamente, es un poco ingenua —observó Sazed—. De lo contrario no habría venido aquí, esperando que la escuchemos y luego la dejemos marchar.

Fantasma asintió. Ladeó la cabeza, como si escuchara algo. Entonces, echó a andar y abrió la puerta de la sala.

—¿Y bien? —preguntó Beldre, manteniendo su falso aire de contundencia—. ¿Habéis decidido escucharme?

—Algo así. Voy a darte más tiempo para que te expliques. Tiempo de sobra.

—Yo... no dispongo de tanto —replicó Beldre—. Debo regresar con mi hermano. No le dije que salía... —Se calló, aparentemente al ver algo en la expresión de Fantasma—. Vais a hacerme prisionera, ¿verdad?

—Brisa —dijo Fantasma, volviéndose—. ¿Cómo crees que respondería la gente si empezara a hacer correr el rumor de que la propia hermana del Ciudadano se ha vuelto contra él y ha huido a nuestra embajada en busca de protección?

Brisa sonrió.

—¡Qué astuto! Casi compensa cómo me has tratado. ¿Te he mencionado ya lo grosero que fue?

—¡No podéis hacer eso! —exclamó Beldre, incorporándose y encarándose a Fantasma—. ¡Nadie creerá que he desertado!

—¿No? —preguntó Fantasma—. ¿Hablaste con los soldados de fuera antes de entrar aquí?

—Por supuesto que no. Habrían intentado detenerme. Subí corriendo las escaleras antes de que pudieran hacerlo.

—Así que pueden confirmar que entraste en el edificio por propia voluntad —dijo Fantasma—. Eludiendo la guardia.

—Esto no pinta bien —coincidió Brisa.

Beldre se vino abajo y se sentó en su silla. *Por los Dioses Olvidados, sí que es ingenua*, pensó Sazed. *El Ciudadano debe de haberse esforzado mucho para protegerla tanto*.

Naturalmente, por lo que Sazed había oído, Quellion rara vez perdía a la muchacha de vista. Siempre estaba con él, vigilada. *¿Cómo reaccionará?*, pensó Sazed con un escalofrío. *¿Qué hará cuando se entere de que la tenemos? ¿Atacará?*

Tal vez ése era el plan. Si Fantasma pudiera forzar un ataque directo por parte del Ciudadano, las cosas se pondrían feas. Sobre todo, cuando se viera

repelido por unos pocos soldados: no tendría manera de saber lo bien fortificada que era aquella posición.

¿Desde cuándo Fantasma es tan listo?

Beldre alzó la cabeza, unas cuantas lágrimas de frustración brillaban en sus ojos.

—No podéis hacer esto. ¡Es engañoso! ¿Qué diría el Superviviente si supiera lo que estáis planeando?

—¿El Superviviente? —rio Fantasma—. Tengo la impresión de que lo aprobaría. Si estuviera aquí, creo que sugeriría que hiciéramos esto mismo.

Puede verse la habilidad de Ruina en lo meticuloso de sus planes. Consiguió orquestar la caída del lord Legislador poco antes de que el poder de Conservación regresara al Pozo de la Ascensión. Y luego, pocos años después de ese hecho, se liberó.

En la escala temporal de los dioses y su poder, esta engañosa coordinación fue tan precisa como un corte experto realizado por el cirujano con más talento.

50



LA PUERTA DE LA CAVERNA SE ABRIÓ.

Vin inmediatamente apuró su último frasco de metales.

Saltó, lanzando atrás una moneda, y brincó hasta lo alto de uno de los estantes libres. La caverna resonaba con el roce de piedra sobre piedra mientras la puerta se abría. Vin se abalanzó hacia delante, empujando la moneda para impulsarse a la parte delantera de la sala. Una rendija de luz contorneaba la puerta.

Apretó los dientes contra la luz, parpadeando mientras tomaba tierra. Se apretó contra la pared al lado de la puerta, aferrando sus cuchillos y avivando peltre para que la ayudara a lidiar con el súbito dolor de la luz después de tanto tiempo a oscuras. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

La puerta dejó de moverse. Un hombre solitario entró en la caverna, con un farol en alto. Llevaba un hermoso traje negro y sombrero de caballero.

Vin lo ignoró.

Rodeó al hombre y atravesó la puerta hasta entrar en la pequeña cámara al otro lado. Un grupo de sobresaltados trabajadores retrocedió, dejando caer las cuerdas que estaban conectadas al mecanismo deertura de la puerta. Vin ignoró también a estos hombres, excepto para apartarlos de su camino. Tras lanzar una moneda, se empujó hacia arriba. Los peldaños de madera de la

escalera se convirtieron en un borrón junto a ella mientras surcaba el aire y se lanzaba contra la trampilla del techo.

Y rebotó contra ella con un gruñido de dolor.

Se agarró desesperadamente a los peldaños de la escalera cuando empezaba a caer, ignorando el súbito picor en el hombro por haber golpeado tan fuerte. Avivó peltre y empujó un peldaño con las piernas, y luego golpeó con la espalda la trampilla, intentando abrirla a la fuerza.

Se esforzó. Entonces, el peldaño se rompió bajo sus pies, haciéndola caer de nuevo. Maldijo, empujó la moneda para refrenar su caída, golpeó el suelo y se agazapó.

Los obreros se habían agrupado en un rincón, sin saber si querían aventurarse en la oscura caverna, y también sin saber si querían quedarse en la pequeña sala con una nacida de la bruma. El noble trajeado había vuelto. Alzó el farol e iluminó a Vin. Un trozo de peldaño roto se soltó y cayó al suelo junto a ella.

—La trampilla está bien asegurada con una roca muy grande encima, lady Vin —dijo el noble. Vin lo reconoció vagamente. Estaba un poco grueso, pero iba bien arreglado, con el pelo corto y el rostro pensativo.

—Dile a los hombres de arriba que retiren la piedra —ordenó Vin tranquilamente, alzando una daga.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—Yo puedo hacerlo posible —dijo Vin, avanzando. Los obreros retrocedieron aún más.

El noble sonrió.

—Lady Venture, déjame asegurarte unas cuantas cosas. La primera es que eres la única alomante entre nosotros, y por eso no me cabe ninguna duda de que podrías matarnos con el mínimo esfuerzo. La segunda es que la piedra de arriba no se va a mover ya, así que bien podemos sentarnos y mantener una agradable charla, en vez de empuñar armas y amenazarnos mutuamente.

Había algo... encantador en aquel hombre. Vin comprobó con bronce, pero él no quemaba ningún metal. Para asegurarse, empujó un poco sus emociones, haciéndolo más confiado y amistoso, y luego intentó retirar cualquier sensación de engaño que pudiera albergar.

—Veo que al menos consideras mi ofrecimiento —dijo el noble, haciendo un gesto a uno de los obreros, quien abrió rápidamente la mochila y sacó dos sillas plegables antes de colocarlas en el suelo ante la puerta de piedra. El noble hizo a un lado el farol y se sentó.

Vin se acercó un poco más.

—¿De qué te conozco?

—Soy amigo de tu marido —respondió el noble.

—Telden —dijo Vin, situándolo—. Telden Hasting.

Telden asintió. Ella lo había visto en el primer baile al que asistieron allí. Pero lo conocía también de antes. Era uno de los amigos que Elend tenía en Luthadel, antes del Colapso.

Con cautela, Vin aceptó el asiento ofrecido, tratando de deducir el juego de Yomen. ¿Acaso creía que no sería capaz de matar a Telden, solo por ser amigo de Elend?

Telden se arrellanó en su silla, de manera algo menos que adecuada para un noble. Hizo una seña a un obrero, y el hombre trajo dos botellas.

—Vino —dijo Telden—. Uno es puro. El otro contiene un potente sedante.

Vin arqueó una ceja.

—¿Estamos jugando a las adivinanzas?

—Difícilmente —dijo Telden, abriendo una de las botellas—. Tengo demasiada sed... y por lo que he oído, no eres de las que tienen mucha paciencia para juegos.

Vin ladeó la cabeza mientras Telden aceptaba dos copas de un sirviente, luego sirvió el vino de color rubí en cada una de ellas. Mientras lo observaba, vio por qué le resultaba tan encantador. Le recordaba a Elend, al viejo y descuidado Elend. Por lo que podía decir, este Telden no había cambiado.

Tengo que reconocerle eso a Yomen, pensó. Tal vez su ciudad no sea perfecta, pero ha creado un lugar donde hombres como Telden pueden conservar parte de su inocencia.

Telden dio un sorbo a su copa y le ofreció la otra a Vin. Ella deslizó uno de sus cuchillos en su vaina y la aceptó. No bebió, ni tenía intención de hacerlo.

—Este es el vino sin el sedante —dijo Telden—. Buena añada, por cierto. Yomen es un verdadero caballero: si va a enviar a uno de sus amigos a morir al pozo, al menos le proporciona vino caro para suavizar el golpe.

—¿Se supone que debo creer que estás aquí para ser encarcelado también? —preguntó Vin con voz átona.

—Desde luego que no. Aunque muchos consideran mi misión imposible.

—¿Qué misión?

—Conseguir que bebas el vino adulterado, para que puedas ser transportada con seguridad arriba.

Vin bufó.

—Veo que estás de acuerdo con mis detractores —observó Telden.

—Acabas de descubrirte. Has dicho que, si bebo el vino, caeré inconsciente. Eso significa que tienes un modo de indicar a los que están arriba que has solucionado el problema, para que puedan retirar la piedra y sacarte. Tienes el poder de liberarnos. Y yo tengo el poder de obligarte a hacer lo que quiero.

—La alomancia emocional no puede controlarme hasta ese punto. No soy alomante, pero sé algo del tema. Sospecho que estás manipulando mis emociones ahora mismo, lo cual en realidad no es necesario, ya que estoy siendo completamente sincero contigo.

—No necesito alomancia para hacerte hablar —repuso Vin, mirando el cuchillo que todavía llevaba en la otra mano.

Telden se echó a reír.

—¿Crees que el rey Yomen (sí, está arriba) no sabrá si hablo bajo presión? No tengo ninguna duda de que podrás doblegarme, pero no voy a traicionar mi palabra por una simple amenaza, así que me tendrás que cortar unos cuantos dedos o algo por el estilo para conseguir que haga lo que me pides. Estoy seguro de que Yomen y los demás me oirán gritar.

—Podría matar a los criados —dijo Vin—. Uno a uno, hasta que accedas a decirle a Yomen que estoy inconsciente y que abra la puerta.

Telden sonrió.

—¿Crees que me importaría su muerte?

—Eres amigo de Elend. Eras uno de los que hablaban con él de filosofía.

—De filosofía y de política. Sin embargo, Elend era el único de nosotros que estaba interesado en los skaa. Te lo aseguro, los demás no entendíamos por qué le fascinaban. —Telden se encogió de hombros—. Pero no soy un hombre despiadado. Si matas personal suficiente, tal vez ceda y haga lo que pides. Puedes empezar ya.

Vin miró a los criados. Parecían aterrados ante ella, y las palabras de Telden no ayudaban. Tras unos momentos de silencio, Telden se echó a reír.

—Eres la esposa de Elend. Yomen es consciente de eso, ¿sabes? Estaba convencido de que no nos matarías a ninguno, a pesar de tu temible reputación. Por lo que hemos oído, tienes la costumbre de matar a reyes y dioses, y quizás a algún soldado ocasional. Sin embargo, a los sirvientes skaa...

Vin dejó de mirar a los sirvientes, pero no miró a Telden a los ojos, temiendo que él viera confirmación en ellos. Se equivocaba: podría matar a aquellos criados si considerara que eso la ayudaría a salir de allí. Pero no

estaba segura. Si Yomen oía gritos, no era probable que abriera la trampilla, y Vin habría matado a unos inocentes sin motivo.

—Bien —dijo Telden, terminando su vino—. Estamos en tablas. Damos por hecho que te estás quedando sin comida aquí abajo, a menos que hayas encontrado un modo de abrir esas latas. Aunque así sea, aquí no hay nada que puedas hacer para ayudarte a salir. Mi deducción es que, a menos que te tomes el vino, acabaremos muriendo de hambre en esta cueva.

Vin se recostó en su silla. *Tiene que haber una salida... una posibilidad de aprovechar esto.*

Sin embargo, era muy poco probable que pudiera abrirse paso por aquella puerta de arriba. *Tal vez* podría usar duraluminio y acero para apartarla. Sin embargo, habría consumido su acero y su peltre, y no tenía más frascos de metales.

Por desgracia, las palabras de Telden ocultaban una gran verdad. Aunque Vin pudiera sobrevivir en la caverna, estaría atrapada y sería inútil. El asedio continuaría arriba (ella ni siquiera sabía cómo iba), y el mundo seguiría agonizando por las maquinaciones de Ruina.

Necesitaba salir de esta caverna. Aunque eso significara ponerse en manos de Yomen. Miró la botella de vino adulterado.

Maldición, pensó. *Ese obligador es mucho más listo de lo que pensábamos.* El vino había sido preparado con suficiente potencia para derribar a un alomante.

Sin embargo...

El peltre hacía que el cuerpo fuera resistente a todo tipo de drogas. Si avivaba peltre con duraluminio después de beber el vino, ¿quemaría tal vez el veneno y la dejaría despierta? Podía fingir estar inconsciente, y escapar una vez arriba.

Parecía difícil. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? La comida casi se le había agotado, y sus posibilidades de escapar eran escasas. No sabía qué quería Yomen de ella, y era muy poco probable que Telden se lo dijera, pero no debía de quererla muerta. Si ese fuera el caso, simplemente la habría dejado morir de hambre.

Tenía una elección. O seguir esperando en la caverna, o apostar a tener una mejor posibilidad de escapar arriba. Pensó un instante, y luego tomó su decisión. Extendió la mano hacia la botella. Aunque su truco con el peltre no funcionara, prefería apostar por ello en caso de que se presentara una mejor situación arriba.

Telden se echó a reír.

—Decían que eras decidida. Eso es bastante alentador: he pasado demasiado tiempo con nobles aburridos que tardan años en tomar ninguna decisión firme.

Vin lo ignoró. Quitó el tapón de la botella con facilidad, y luego la alzó y dio un sorbo. La droga empezó a hacer efecto casi de inmediato. Se recostó en la silla, dejando caer los ojos, intentando dar la impresión de que se estaba quedando dormida. De hecho, le resultaba difícil permanecer despierta. La mente se le nublaba a pesar del peltre avivado.

Se desplomó, sintiéndose a la deriva. *Allá va*, pensó, y entonces quemó duraluminio. Su cuerpo ardió con el peltre hiperamplificado. La sensación de cansancio enseguida desapareció. Casi dio un salto por el súbito estallido de energía. Telden se reía.

—¡Quién lo iba a decir! —comentó a uno de los criados—. Ha aceptado.

—Estarías muerto si no lo hubiera hecho, mi señor —respondió el criado—. Todos estaríamos muertos.

Y entonces el duraluminio se agotó. El peltre desapareció con un soplo, y con él la inmunidad a la droga, que no se había consumido. De todas formas, había sido una posibilidad remota.

Apenas oyó el ruido de su arma cuando le resbaló de entre sus dedos y cayó al suelo. Entonces, perdió el conocimiento.

Cuando Ruina quedó libre de su prisión, pudo influir en la gente con más fuerza, pero empalar a alguien con un clavo hemalúrgico era difícil, no importa cuáles fueran las circunstancias.

Para conseguirlo, al parecer empezó con gente que ya tenía una tenue comprensión de la realidad. Su locura los volvía más abiertos a su contacto, y pudo usarlos para clavar a más gente estable. En cualquier caso, impresiona la de gente importante a la que consiguió dominar. El rey Penrod, que entonces gobernaba en Luthadel, es un buen ejemplo de ello.

51



ELEND VOLABA A TRAVÉS DE las brumas. Nunca había logrado hacer el truco que Vin hacía con las herraduras. De algún modo, ella podía mantenerse en el aire, rebotando de un empujón a otro, y tirando luego de cada herradura que dejaba atrás después de haberla usado. Para Elend, el proceso parecía un ciclón de trozos de metal potencialmente letales con Vin en el centro.

Lanzó una moneda, y luego se empujó en un poderoso salto. Había renunciado al método de las herraduras después de cuatro o cinco intentos fallidos. Vin parecía extrañada de que le costara tanto; al parecer, lo había descubierto por su cuenta, y solo necesitó media hora de práctica para perfeccionarlo.

Pero, bueno, era Vin.

Elend lo hacía con monedas, que llevaba en una bolsa bastante grande. Los óbolos de cobre, las más pequeñas monedas imperiales, eran perfectos para su propósito, sobre todo porque al parecer era mucho más poderoso que otros nacidos de la bruma. Cada uno de sus empujones lo llevaba más lejos de lo normal, y no usaba tantas monedas, ni siquiera cuando recorría largas distancias.

Era bueno estar lejos. Se sintió libre mientras caía a través de la oscuridad, y luego avivó peltre y aterrizó con un golpe sordo. El terreno en este valle

concreto estaba relativamente libre de ceniza: había volado con el viento, dejando un pequeño pasillo donde solo le llegaba hasta media pantorrilla. Así, pudo correr durante unos minutos, para variar.

Una capa de bruma aleteaba tras él. Llevaba ropas oscuras, en vez de uno de sus uniformes blancos. Parecía adecuado; además, nunca había tenido la oportunidad de ser un auténtico nacido de la bruma. Desde que había descubierto sus poderes, se había pasado la vida guerreando. Nunca había necesitado ir correteando en la oscuridad, sobre todo con Vin cerca para hacerlo mejor.

Comprendo por qué a Vin le parecía embriagador, pensó, lanzando otra moneda y saltando entre las cimas de dos colinas. Incluso con la tensión de la captura de su esposa y la amenaza para el imperio, había una abrumadora sensación de libertad en surcar las brumas. Casi le permitía olvidarse de las guerras, la destrucción y la responsabilidad.

Aterrizó entonces, con la ceniza casi hasta la cintura. Se detuvo unos instantes, contemplando el suave polvillo negro. No podía escapar de nada. Vin corría peligro, el imperio se desmoronaba y su pueblo pasaba hambre. Su trabajo era arreglar estas cosas: esa era la carga que había asumido al convertirse en emperador.

Se empujó al aire, dejando un rastro de ceniza aleteando tras él en las brumas.

Espero que Sazed y Brisa tengan mejor suerte en Urteau, pensó. Le preocupaba la situación en Fadrex, y el Dominio Central iba a necesitar el grano del depósito de Urteau si querían plantar suficiente alimento para el próximo invierno.

No podía preocuparse por eso ahora. Simplemente tenía que contar con que sus amigos fueran eficaces. El trabajo de Elend era hacer algo para ayudar a Vin. No podía quedarse sentado esperando en el campamento, dejando que Yomen tirara de los hilos. Y, sin embargo, no se atrevía a intentar asesinar a Yomen... no después de que el hombre los hubiera engañado a los dos tan astutamente.

Por eso Elend corría, dirigiéndose al noreste, hacia la última ubicación conocida del ejército koloss. El tiempo para las sutilezas y la diplomacia se había terminado. Elend necesitaba una amenaza, algo que pudiera colocar sobre la cabeza de Yomen y, si era necesario, utilizar para golpearlo. Y no había nada mejor para golpear una ciudad que los koloss. Tal vez fuera un necio por buscar él solo a los brutos. Tal vez fuera un error renunciar a la diplomacia. Sin

embargo, había tomado su decisión. Parecía que había fracasado en tantas cosas últimamente (proteger a Vin, mantener a salvo a Luthadel, defender a su pueblo), que simplemente *necesitaba* actuar.

Vio luz en las brumas ante él. Aterrizó y echó a correr por un campo de ceniza hasta las rodillas. Solo el peltre avivado le dio fuerzas para conseguirlo. Cuando se acercó, vio una aldea. Oyó gritos. Vio sombras que corrían aterradas.

Saltó, lanzando una moneda, avivando sus metales. Atravesó las brumas, se alzó sobre la aldea y sus asustados habitantes, la capa de bruma aleteando. Varias casas estaban en llamas. Y, con esa luz, pudo ver las enormes masas oscuras de los koloss moviéndose por las calles. Elend escogió a una bestia que alzaba su arma para golpear, y entonces tiró. Debajo, oyó gruñir al koloss, pero consiguió aferrarse a su arma. Sin embargo, el koloss no era mucho más pesado que Elend, y por eso se elevó al aire por un brazo mientras Elend caía. Elend se empujó contra el gozne de una puerta cuando se precipitaba, pasando junto al confuso koloss que volaba. Roció de monedas a la bestia.

Bestia y arma giraron en el aire. Elend aterrizó en la calle junto a un grupo de apretujados skaa. El arma del koloss golpeó la tierra cenicienta de punta, a su lado. El koloss cayó muerto al otro lado de la calle.

Un numeroso grupo de koloss se volvió: los ojos inyectados en sangre brillaban a la luz del incendio, el frenesí los excitaba ante la perspectiva de un desafío. Elend tendría que asustarlos primero antes de poder tomar el control. Esta vez anhelaba hacerlo.

¿*Cómo pueden haber sido personas?*, se preguntó Elend, lanzándose hacia delante y recogiendo del suelo la espada del koloss caído al pasar, levantando un chorro de tierra negra. El lord Legislador había creado a las criaturas. ¿Era esto lo que les sucedía a sus detractores? Las criaturas tenían gran fuerza y fortaleza, y podían subsistir con apenas alimento. Sin embargo, convertir a hombres, incluso a tus enemigos, en monstruos como estos...

Elend cargó, derribando a una bestia al cortarle las piernas por las rodillas. Entonces saltó y cercenó el brazo de otra. Giró y clavó su burda espada en el pecho de una tercera. No sintió ningún remordimiento al matar a quienes una vez fueron inocentes. Aquella gente estaba muerta. Las criaturas que quedaban se propagarían usando a otros humanos, a menos que fueran detenidas.

O a menos que fueran controladas.

Elend gritó, abriéndose paso entre el grupo de koloss, empuñando una espada que tendría que haber sido demasiado pesada para él. Más y más

criaturas lo advirtieron, y se volvieron para correr por las calles a la luz de los edificios en llamas. Según los informes de los exploradores, se trataba de un grupo muy numeroso: de unos treinta mil. Esa cantidad podía arrasar rápidamente una aldea tan pequeña, aniquilándola como si fuera un montoncito de ceniza ante los vientos de una tormenta.

Elend no lo permitiría. Luchó, mató a una bestia tras otra. Había venido a procurarse un nuevo ejército; pero, a medida que pasaba el tiempo, descubrió que luchaba por otro motivo. ¿Cuántas aldeas como esta habían sido destruidas sin que nadie en Luthadel se parara a pensar siquiera en ellas? ¿A cuántos súbditos (de Elend, aunque ellos no lo supieran) había perdido ante los koloss? ¿Cuántos no había protegido ya?

Elend decapitó a un koloss y luego se giró, empujando a dos bestias más pequeñas con sus espadas. Una enorme criatura de tres metros y medio avanzaba hacia él, el arma levantada. Elend apretó los dientes, y entonces alzó su propia espada, avivando peltre.

Un arma encontró a la otra en la aldea en llamas, el metal resonó como un yunque bajo el martillo. Y Elend aguantó, igualando la fuerza de un monstruo que le doblaba en altura.

El koloss vaciló, aturrido.

Soy más fuerte de lo que debería, pensó Elend mientras giraba y le cortaba el brazo a la sorprendida criatura. *¿Por qué no puede esta fuerza proteger al pueblo que gobierno?*

Gritó, partiendo en dos al monstruo por la cintura, aunque solo fuera para demostrar que podía hacerlo. La bestia cayó rota en dos sangrientos pedazos.

¿Por qué?, pensó Elend, airado. *¿Qué fuerza debo poseer, qué he de hacer, para protegerlos?*

Las palabras de Vin, pronunciadas meses atrás en la ciudad de Vetitan, volvieron a él. Había dicho que lo hacía todo a corto plazo. ¿Qué más podía hacer? No era un asesino de dioses, no era un héroe divino de ninguna profecía. Solo era un hombre.

Y parecía que hoy en día los hombres corrientes no valían mucho, ni siquiera los alomantes. Gritó mientras mataba, segando otra manada de koloss. Y, sin embargo, como sus esfuerzos allá en Fadrex, no parecía suficiente.

A su alrededor, la aldea seguía ardiendo. Mientras luchaba, podía oír a las mujeres llorar, a los niños chillar, a los hombres morir. Incluso los esfuerzos de un nacido de la bruma eran insignificantes. Podía matar y matar, que eso no

salvaría a la gente de la aldea. Gritó, empujando y aplacando, pero los koloss seguían resistiéndose. No logró poner ni a uno bajo su control. ¿Significaba eso que los manejaba un inquisidor? ¿O era que simplemente no estaban lo bastante asustados?

Siguió luchando. Y, al hacerlo, el dominio de la muerte a su alrededor pareció una metáfora de todo lo que había vivido en estos tres últimos años. Tendría que haber podido proteger al pueblo: lo había intentado con todas sus fuerzas... Había detenido ejércitos, derrocado a tiranos, rehecho leyes y robado suministros. Y, sin embargo, todo eso era una diminuta gota de salvación en un enorme océano de muerte, caos y dolor. No podía salvar al imperio protegiendo una esquinita, como tampoco podía salvar a la aldea matando a una pequeña fracción de los koloss.

¿De qué servía matar a otro monstruo, si era sustituido por dos más? ¿De qué servía la comida para alimentar a su pueblo si la ceniza lo ahogaba todo de todas las formas posibles? ¿De qué servía él, un emperador incapaz de defender a los habitantes de una sola aldea?

Elend nunca había deseado el poder. Lo suyo eran la teoría y la erudición: gobernar un imperio había sido principalmente un ejercicio académico para él. Sin embargo, mientras seguía luchando en la oscura noche entre las ardientes brumas y la ceniza que caía, empezó a comprender. A medida que la gente moría a su alrededor, pese a sus más frenéticos esfuerzos, pudo ver qué llevaba a los hombres en busca de poder y más poder.

Poder para proteger. En ese momento, habría aceptado el poder de un dios, si eso significaba tener fuerza para salvar a la gente que lo rodeaba.

Derribó a otro koloss, y entonces se giró al oír un grito. Una joven estaba siendo sacada a rastras de una casa cercana, a pesar de que un anciano se agarraba a su brazo y ambos gritaban pidiendo auxilio. Elend echó mano a su cinto y liberó su bolsa de monedas. Las arrojó al aire, y simultáneamente empujó algunas de las monedas que había dentro y tiró de otras. El saco explotó con un tintineo de metal, y Elend lanzó unas cuantas hacia el cuerpo del koloss que tiraba de la mujer.

La bestia gimió, pero no cedió. Las monedas rara vez funcionaban contra los koloss: había que golpear bien para matarlos. Vin podía hacerlo.

Elend no estaba de humor para sutilezas, aunque hubiera tenido esa cualidad. Lanzó un grito de desafío, arrojando más monedas a la bestia. Las levantó del suelo hacia sí mismo, y luego las lanzó hacia delante, arrojando un proyectil tras otro contra el cuerpo azul de la criatura. Su espalda se convirtió

en una brillante masa de sangre demasiado roja, hasta que finalmente se desplomó.

Elend se dio media vuelta, dando la espalda al aliviado padre y a su hija para enfrentarse a otro koloss. La bestia alzó su arma para golpear, pero Elend tan solo le gritó, lleno de furia.

¡Tendría que poder protegerlos!, pensó. Necesitaba asumir el control del grupo entero, no perder el tiempo luchando uno por uno. Pero se resistían a su alomancia, aunque volviera a empujar sus emociones. ¿Dónde estaba el inquisidor guardián?

Cuando el koloss blandió su arma, Elend avivó peltre y se lanzó a un lado, y luego cercenó la mano de la criatura a la altura de la muñeca. La bestia gritó de dolor y Elend volvió a la lucha. Los aldeanos empezaban a congregarse a su alrededor. Obviamente, no contaban con ningún entrenamiento para la guerra: lo más probable era que estuvieran bajo la protección de Yomen y no tuvieran que preocuparse de bandidos ni ejércitos vagabundos. Sin embargo, pese a su falta de habilidad, sabían que debían permanecer siempre cerca del nacido de la bruma. Sus ojos desesperados y suplicantes impulsaron a Elend, haciéndole derribar un koloss tras otro.

De momento, no tuvo que preocuparse por el valor moral de la situación. Simplemente podía *luchar*. El deseo de batalla ardía en su interior como metal; el deseo, incluso, de matar. Por eso continuó luchando, luchando por la sorpresa en los ojos de la gente de la aldea, por la esperanza que parecía inspirar cada uno de sus golpes. Ellos habían dado sus vidas por perdidas, y entonces un hombre cayó del cielo para defenderlos.

Más de un año antes, durante el asedio de Luthadel, Vin había atacado la fortificación de Cett y había matado a trescientos de sus soldados. Elend confió en que tenía buenos motivos para el ataque, pero nunca había comprendido cómo pudo hacer una cosa así. Al menos, hasta esta noche, luchando en una aldea sin nombre, con el cielo oscuro inundado de ceniza, las brumas en llamas, los koloss muriendo a docenas ante él.

El inquisidor no apareció. Frustrado, Elend se apartó de un grupo de koloss, dejando a uno moribundo, y luego apagó sus metales. Las criaturas lo rodearon, y él quemó duraluminio, luego quemó cinc, y tiró.

La aldea quedó en silencio.

Elend vaciló, tambaleándose levemente mientras terminaba su giro. Contempló la ceniza, volviéndose hacia los restantes koloss, miles y miles de

ellos, quienes ahora permanecían inmóviles y pacientes a su alrededor, por fin bajo su control.

Es imposible que los haya tomado a todos a la vez, pensó Elend con cautela. ¿Qué le había sucedido al inquisidor? Solía haber uno con una turba de koloss así de grande. ¿Había huido? Eso explicaría por qué de repente Elend había podido controlarlos.

Preocupado, aunque sin saber qué otra cosa hacer, se volvió para escrutar la aldea. Algunas personas se habían reunido y lo miraban. Parecían anonadados: en vez de hacer algo con los edificios en llamas, simplemente permanecían de pie en la bruma, mirándolo.

Tendría que haberse sentido triunfante. Y, sin embargo, su victoria quedó manchada por la ausencia del inquisidor. Además, la aldea estaba ardiendo; a estas alturas, había muy pocas estructuras que no estuvieran en llamas. Elend no había salvado a la aldea. Había encontrado su ejército de koloss, como había planeado, pero sentía que había fracasado. Suspiró, dejando caer la espada entre sus dedos cansados y sanguinolentos, y se dirigió a los aldeanos. Mientras avanzaba, le sorprendió el número de cadáveres koloss que dejaba atrás. ¿De verdad había matado a tantos?

Otra parte de él, ahora aplacada pero aún ardiente, lamentaba que el momento de matar hubiera terminado. Se detuvo ante un silencioso grupo de aldeanos.

—Tú eres él, ¿verdad? —preguntó un anciano.

—¿Quién?

—El lord Legislador —susurró el hombre.

Elend miró su uniforme negro envuelto en su capa de bruma, ambos manchados de sangre.

—Casi —dijo, volviéndose hacia el este, hacia donde su ejército humano estaba acampado a muchos kilómetros de distancia, esperando que regresara con una nueva fuerza koloss para ayudarlos. Solo había un motivo para que hiciera eso. Finalmente, reconoció lo que había decidido, de manera inconsciente, en el momento en que partió para encontrar más criaturas.

El momento de matar no ha terminado todavía, pensó. *Acaba de empezar.*

Cerca del final, la ceniza empezó a apilarse en aterradores montículos. He hablado de los microbios especiales que el lord Legislador diseñó para ayudar al mundo a lidiar con la caída de ceniza. En realidad, no se alimentaban de ceniza. Más bien, la descomponían como un aspecto de sus funciones metabólicas. De hecho, la ceniza volcánica en sí misma es buena para el suelo, dependiendo de lo que se deseé cultivar.

No obstante, demasiado de cualquier cosa es letal. El agua es necesaria para la supervivencia, pero demasiada ahoga. Durante la historia del Imperio Final la tierra se mantuvo equilibrada al mismísimo borde de que la ceniza provocara el desastre. Los microbios la descompusieron tan pronto como caía, pero cuando hubo tanta que saturó el terreno, a las plantas les resultó más difícil sobrevivir.

Al final, todo el sistema se vino abajo. La ceniza caía con tanta intensidad que ahogaba y mataba, y las plantas del mundo murieron. Los microbios no pudieron seguir el ritmo, pues necesitaban tiempo y nutrientes para reproducirse.

52



DURANTE LOS DÍAS DEL LORD LEGISLADOR, Luthadel era la ciudad más poblada del mundo. Con sus casas de vecinos de dos y tres plantas, estaba repleta de skaa que trabajaban en sus numerosos hornos y fraguas, nobles mercaderes que vendían sus artículos, y la alta nobleza que simplemente quería estar cerca de la corte imperial. TenSoon había asumido que, ahora que el lord Legislador estaba muerto y el gobierno imperial se había hecho añicos, Luthadel estaría mucho menos poblada.

Al parecer, se había equivocado.

Todavía con el cuerpo del perro lobo, trotó asombrado mientras exploraba las calles. Parecía que cada rincón, cada callejón, cada esquina, cada casa, se hubiera convertido en el hogar de una familia skaa. La ciudad olía fatal, y los detritos atestaban las calles, enterrados en ceniza.

¿Qué está ocurriendo?, se preguntó. Los skaa vivían en la inmundicia, y muchos de ellos parecían enfermos, tosiendo penosamente en sus zanjas llenas

de ceniza. TenSoon se dirigió a la Fortaleza Venture. Si había respuestas, esperaba encontrarlas allí. De vez en cuando, tenía que gruñir amenazadoramente a los skaa que lo miraban hambrientos, y dos veces tuvo que huir de las bandas que ignoraron sus rugidos.

Sin duda, Vin y Elend no habrían permitido que la ciudad cayera tanto, pensó mientras se ocultaba en un callejón. Era una señal premonitoria. Había abandonado Luthadel sin saber si sus amigos sobrevivirían o no al asedio de la ciudad. El estandarte de Elend, la lanza y el pergamo revoloteaban a la entrada de la ciudad, pero ¿podía alguien más haber tomado para sí el signo de Elend? ¿Y qué había pasado con el ejército de koloss que había amenazado con destruir Luthadel hacía un año?

Nunca tendría que haberme marchado, pensó TenSoon, sintiendo una punzada de ansiedad. *Mi estúpido sentido del deber kandra. Tendría que haberme quedado, y haberle contado lo que sé, por poco que sea.*

El mundo podría acabar por mi necio honor.

Asomó la cabeza y miró la Fortaleza Venture. El corazón de TenSoon se encogió cuando vio que sus hermosas vidrieras estaban rotas. Burdos tablones cubrían los agujeros. Sin embargo, había guardias en las puertas de entrada, lo cual parecía buena señal.

TenSoon avanzó, tratando de parecer un perro vagabundo. Se mantuvo en las sombras mientras se acercaba a la puerta. Allí, se tendió entre los escombros para observar a los soldados. Expidió sus orejas y se esforzó por oír lo que decían los soldados.

No dijeron nada. Los dos guardias permanecieron en silencio, con aspecto aburrido y más que desconsolado mientras se apoyaban en sus lanzas de punta de obsidiana. TenSoon esperó, deseando que Vin estuviera allí para tirar de las emociones de los guardias y volverlos más habladores.

Naturalmente, si Vin estuviera aquí, yo no tendría que andar buscando información, pensó TenSoon, frustrado. Así que esperó. Esperó mientras la ceniza caía, esperó incluso hasta que el cielo oscureció y salieron las brumas. Su aparición finalmente dio un poco de vida a los guardias.

—Odio el turno de noche —murmuró uno de ellos.

—La noche no tiene nada de malo —dijo el otro—. No para nosotros. Las brumas no nos mataron. Estamos a salvo.

¿Qué?, pensó TenSoon, frunciendo el ceño.

—¿Estamos a salvo del rey? —preguntó el primer guardia en voz baja.

Su compañero le dirigió una mirada.

—No digas esas cosas.

El primer guardia se encogió de hombros.

—Yo solo espero que el emperador regrese pronto.

—El rey Penrod tiene toda la autoridad del emperador —dijo severamente el segundo guardia.

¡Ah!, pensó TenSoon. Así que Penrod conservó el trono. Pero... ¿qué es esto de un emperador? TenSoon temió que el emperador fuera Straff Venture. Aquel hombre terrible había amenazado con tomar Luthadel cuando TenSoon se había marchado.

Pero ¿y Vin? De algún modo, TenSoon no era capaz de creer que hubiera sido derrotada. La había visto matar a Zane Venture, un hombre que estaba quemando atium cuando ella no tenía ninguno. Había hecho lo imposible tres veces. Había matado al lord Legislador. Había derrotado a Zane.

Y se había ganado la amistad de un kandra que estaba decidido a odiarla.

Los guardias volvieron a guardar silencio. *Esto es una tontería*, pensó TenSoon. *No tengo tiempo para ocultarme en los rincones y ponerme a escuchar. ¡El mundo está llegando a su fin!* Se levantó, sacudiéndose la ceniza del cuerpo, una acción que hizo que los guardias se sobresaltaran y levantaran ansiosos sus lanzas mientras escrutaban la noche en busca de la fuente del sonido.

TenSoon vaciló, y su nerviosismo le dio una idea. Se dio la vuelta y echó a correr. Había llegado a conocer la ciudad bastante bien durante su año al servicio de Vin: a ella le gustaba patrullar la ciudad, sobre todo la zona alrededor de la Fortaleza Venture. Sin embargo, TenSoon tardó un tiempo en encontrar el camino hacia donde se dirigía. Nunca había visitado el lugar, pero lo había oído describir.

Descrito por alguien a quien TenSoon había estado matando en esos momentos.

OreSeur, su hermano de generación, había ayudado a derrocar al Padre. Cumpliendo órdenes de Kelsier, OreSeur había fingido ser un noble llamado lord Renoux para que Kelsier tuviera como cabeza visible a un supuesto aristócrata. Pero OreSeur tuvo que desempeñar un papel más importante en el plan de Kelsier. Un papel secreto que ni siquiera los otros miembros de la banda habían conocido hasta después de muerto Kelsier.

TenSoon llegó al viejo almacén. Estaba donde OreSeur había dicho que estaría. TenSoon se estremeció al recordar los chillidos de OreSeur. El kandra había muerto torturado por TenSoon, una tortura necesaria porque TenSoon

había necesitado averiguar todo lo que pudiera. Hasta el último secreto. Todo lo que haría falta para imitar de forma convincente a su hermano.

Ese día, el odio de TenSoon hacia los humanos (y hacia sí mismo, por servirlos) ardió más que nunca. Aún no sabía cómo Vin había vencido eso.

El almacén era ahora un lugar sagrado, adornado y mantenido por la Iglesia del Superviviente. Delante colgaba una placa con el signo de la lanza (el arma con la que tanto Kelsier como el lord Legislador habían muerto), y una explicación escrita de por qué el almacén era importante.

TenSoon ya conocía la historia. Este era el lugar donde la banda había encontrado un alijo de armas dejadas por el Superviviente para que los skaa armaran con ellas su revolución. Fue descubierto el mismo día de la muerte de Kelsier, y los rumores susurraban que el espíritu del Superviviente se había aparecido allí, para guiar a sus seguidores. En cierto modo, esos rumores eran ciertos. TenSoon rodeó el edificio, siguiendo las instrucciones que OreSeur le había dado antes de morir. La Bendición de la Presencia le permitía recordar sus palabras exactas, y a pesar de la ceniza, encontró el sitio, un lugar donde el empedrado había sido alterado. Entonces, empezó a cavar.

Kelsier, el Superviviente de Hathsin, se había aparecido a sus seguidores aquella noche de hacía años. O, al menos, lo había hecho su cuerpo, llevado por OreSeur para aparecer ante los fieles skaa y darles ánimos. Las leyendas del Superviviente, toda la religión que había brotado en torno a él, habían sido iniciadas por un kandra.

Y TenSoon había matado a aquel kandra. Pero no sin antes descubrir sus secretos. Como dónde había enterrado OreSeur los huesos del Superviviente, y qué aspecto tenía el hombre.

TenSoon sonrió mientras desenterraba el primer hueso. Ahora ya eran viejos, y odiaba usar huesos viejos. Además, no había pelo, así que lo que creara sería calvo. Con todo, la oportunidad era demasiado valiosa para dejarla pasar. Solo había visto una vez al Superviviente, pero con su experiencia como imitador...

En fin, merecía la pena intentarlo.

WELLEN SE APOYÓ EN SU lanza y contempló de nuevo aquellas brumas. Rittle, su compañero de guardia, decía que no eran peligrosas. Pero Rittle no había visto lo que podían hacer. Lo que podían revelar. Wellen suponía que

había sobrevivido porque las respetaba. Eso, y porque no pensaba demasiado en lo que había visto.

—¿Crees que Skiff y Jaston llegarán tarde para relevarnos otra vez? —preguntó Wellen, tratando de iniciar una conversación.

Rittle tan solo gruñó.

—No lo sé, Wells.

A Rittle no le gustaba mucho charlar.

—Creo que uno de nosotros debería ir a ver —dijo Wellen, contemplando la bruma—. Ya sabes, preguntarles si van a venir ya...

Se calló.

Había algo ahí fuera.

¡Lord Legislador!, pensó, retrocediendo. *¡Otra vez no!*

Pero ningún ataque llegó de las brumas. En cambio, una figura oscura avanzó entre ellas. Rittle apuntó con su lanza.

—¡Alto! —ordenó.

Un hombre surgió de las brumas, vestido con una capa oscura, los brazos a los costados, la capucha puesta. Su rostro, sin embargo, era visible. Wellen frunció el ceño. Algo en aquel hombre le parecía familiar...

Rittle se quedó boquiabierto, y luego cayó de rodillas, agarrando algo que le colgaba del cuello: el colgante de una lanza de plata que siempre llevaba puesto. Wellen frunció el ceño. Entonces advirtió las cicatrices en los brazos del recién llegado.

¡Lord Legislador!, pensó Wellen aturrido, percatándose de dónde había visto el rostro de este hombre. Había sido en un cuadro, uno de los muchos que había disponibles en la ciudad, que describía al Superviviente de Hathsin.

—¡Levántate! —exclamó el extraño, hablando con voz benévolas.

Rittle se levantó, temblando. Wellen retrocedió, sin saber si sentirse asombrado o aterrado, y sintiendo un poco de ambas cosas.

—He venido a alabar tu fe —dijo el Superviviente.

—Mi señor... —balbuceó Rittle, la cabeza todavía gacha.

—Además —añadió Kelsier, alzando un dedo—, he venido a deciros que no apruebo cómo está siendo gobernada esta ciudad. Mi pueblo está enfermo, y pasa hambre, y se muere.

—Mi señor, no hay suficiente comida —lamentó Rittle—, y ha habido tumultos que se han apoderado de lo que había almacenado. ¡Mi señor, y las brumas matan! Por favor, ¿por qué las has enviado a matarnos?

—Yo no he hecho tal cosa —respondió Kelsier—. Sé que la comida escasea, pero debéis compartir lo que tenéis y sentir esperanza. Háblame del hombre que gobierna esta ciudad.

—¿El rey Penrod? —preguntó Rittle—. Gobierna en lugar del emperador Elend Venture, que ha marchado a la guerra.

—¿Lord *Elend* Venture? ¿Y él aprueba cómo está siendo tratada esta ciudad? —Kelsier parecía enfadado. Wellen se estremeció.

—¡No, mi señor! —contestó Rittle, temblando—. Yo...

—Lord Penrod está loco —se oyó decir Wellen.

El Superviviente se volvió hacia él.

—Wells, no deberías... —empezó a decir Rittle, pero se calló cuando el Superviviente le dirigió una severa mirada.

—Habla —le dijo el Superviviente a Wellen.

—Habla solo, mi señor —dijo Wellen, rehuyendo su mirada—. Le habla al aire... dice que ve al lord Legislador delante de él. Penrod... últimamente ha dado un montón de órdenes extrañas. Obliga a los skaa a luchar entre sí por comida, sosteniendo que solo los fuertes deben sobrevivir. Mata a sus detractores. Ese tipo de cosas.

—Ya veo —dijo el Superviviente.

Sin duda esto lo sabe ya, pensó Wellen. *¿Por qué se molesta en preguntar?*

—¿Dónde está mi Heredera? —preguntó el Superviviente—. El Héroe de las Eras, Vin.

—¿La emperatriz? —preguntó Wellen—. Está con el emperador.

—¿Dónde?

—Nadie lo sabe con certeza, mi señor —respondió Rittle, aún temblando—. No ha regresado desde hace mucho tiempo. Mi sargento dice que el emperador y ella están luchando en el sur, contra los koloss. Pero he oído decir a otros hombres que el ejército se dirigió al oeste.

—Eso no sirve de mucho —dijo Kelsier.

Wellen alzó la cabeza, recordando algo.

—¿Qué? —preguntó el Superviviente, advirtiendo el cambio de postura de Wellen.

—Un destacamento del ejército pasó por la ciudad hace unos meses —dijo Wellen, con orgullo—. Lo mantuvieron en secreto, pero yo estaba con el grupo que los ayudó a avituallarse. Lord Brisa estaba con ellos, y habló de reunirse con los otros miembros de tu banda.

—¿Dónde? ¿Adónde iban?

—Al norte —respondió Wellen—. A Urteau. Allí tiene que estar el emperador, mi señor. El Dominio Septentrional se ha rebelado. Debe de haber llevado sus ejércitos para someterlos.

El Superviviente asintió.

—Muy bien —dijo. Se dio media vuelta como para irse, pero entonces se detuvo—. Transmite la noticia como puedas. No queda mucho tiempo. Dile al pueblo que, cuando se marchen las brumas, deben buscar refugio de inmediato. Un lugar subterráneo, si es posible.

Wellen vaciló, y luego asintió.

—Las cavernas —sugirió—. ¿Dónde entrenaste a tu ejército?

—Eso valdrá —contestó Kelsier—. Adiós.

El Superviviente desapareció en las brumas.

TENSOON DEJÓ ATRÁS LAS PUERTAS de la Fortaleza Venture y corrió entre la bruma. Tal vez podría haberse colado en el edificio. Sin embargo, no estaba seguro de cuánto aguantaría su imitación del Superviviente con un escrutinio más atento.

No sabía hasta qué punto era fiable la información de los guardias. No obstante, no tenía mejores indicaciones. Otra gente con la que había hablado de noche no había podido proporcionar ninguna información sobre los movimientos del ejército. Evidentemente, Vin y Elend llevaban fuera de Luthadel algún tiempo.

Corrió hasta el terreno detrás del almacén donde había encontrado el cadáver de Kelsier. Se arrodilló en la oscuridad, y abrió el saco que había llenado de huesos. Necesitaba regresar al cuerpo del perro y dirigirse al norte. Con suerte podría...

—¡Eh, tú! —gritó una voz.

TenSoon alzó la cabeza. En la puerta del almacén había un hombre mirándolo a través de las brumas. Un farol cobró vida tras él, revelando a un grupo de personas que al parecer vivía dentro del lugar sagrado.

¡Oh, oh!, pensó TenSoon mientras los que estaban en primera fila adoptaban una expresión de sorpresa.

—¡Mi señor! —exclamó el primer hombre, arrodillándose rápidamente en su camisón—. ¡Has regresado!

TenSoon se incorporó, escondiendo con cuidado el saco de huesos a su espalda.

—Así es —afirmó.

—Sabíamos que volverías —dijo el hombre, mientras los otros empezaban a susurrar y a llorar tras él. Muchos cayeron de rodillas—. Nos quedamos en este lugar, rezando para que nos dieras consejo. ¡El rey está loco, mi señor! ¿Qué hacemos?

TenSoon estuvo tentado de descubrirse como kandra, pero al mirar aquellos ojos llenos de esperanza, descubrió que no podía. Además, tal vez podría hacer algo bueno.

—Penrod ha sido corrompido por Ruina —dijo—. El ser que pretende destruir el mundo. Debéis reunir a los fieles y huir de esta ciudad antes de que Penrod os mate a todos.

—Mi señor, ¿adónde deberíamos ir?

TenSoon vaciló. ¿Adónde?

—Hay un par de guardias ante la puerta de la Fortaleza Venture. Saben un sitio. Escuchadlos. *Debéis* ir a un lugar subterráneo. ¿Comprendéis?

—Sí, señor —dijo el hombre. Tras él, más y más gente avanzaba, esforzándose por echarle una ojeada a TenSoon, quien soportó su escrutinio con cierto nerviosismo. Finalmente, les dijo que tuvieran cuidado y se perdió en la noche.

Encontró un edificio vacío y rápidamente volvió a cambiar a los huesos del perro antes de que ningún otro pudiera verlo. Cuando terminó, miró los huesos del Superviviente, sintiendo una extraña... veneración.

No seas tonto, se dijo. *Son solo huesos, como otros cientos de huesos más que has usado.* Con todo, parecía una tontería dejar atrás una herramienta tan potencialmente poderosa. Los guardó con cuidado en el saco que había robado, y luego, usando unas patas que había creado para que tuvieran más destreza que las de un perro lobo, se ató el saco a la espalda.

Hecho esto, salió de la ciudad por la puerta norte, corriendo a toda velocidad con su cuerpo de perro. Se dirigiría a Urteau con la esperanza de estar en el camino correcto.

El pacto entre Conservación y Ruina es asunto de dioses, y resulta difícil de explicar en términos humanos. De hecho, al principio, hubo un empate entre ambos. Por un lado, cada uno sabía que solo trabajando juntos podían crear. Por otro, ambos sabían que nunca tendrían completa satisfacción en lo que crearan. Conservación no podía mantener las cosas perfectas y sin cambios, y Ruina no podía destruir por completo.

Como es lógico, Ruina acabó por adquirir la habilidad de poner fin al mundo y obtener la satisfacción que buscaba. Pero, claro, eso no formaba parte del trato inicial.

53



FANTASMA LA ENCONTRÓ SENTADA EN la orilla rocosa del lago, contemplando las aguas negras, tan quietas en el aire sin viento de la caverna. No muy lejos, Fantasma podía oír a Sazed, con un gran contingente de hombres de Goradel, trabajando en su proyecto de desviar el flujo de agua que llegaba a la cueva.

Fantasma se acercó a Beldre en silencio, con un tazón de té caliente. Casi parecía quemarle la piel, lo que significaba que debía de ser adecuado para la gente normal. Fantasma dejaba que sus comidas y bebidas reposaran hasta que quedaban a temperatura ambiente.

No llevaba la venda en los ojos. Con peltre, había descubierto que podía soportar un poco de luz de los faroles. Ella no se volvió mientras se acercaba, así que Fantasma se aclaró la garganta. Beldre dio un leve respingo. No era extraño que Quellion se esforzara tanto en proteger a la muchacha: el nivel de inocencia de Beldre no podía falsearse. No sobreviviría ni tres latidos en los bajos fondos. Incluso Allrianne, que hacía todo lo posible por parecer tonta, tenía una garra que indicaba su capacidad para ser tan dura como fuera necesario con tal de sobrevivir. Beldre, sin embargo...

Es normal, pensó Fantasma. Así sería la gente si no tuviera que tratar con inquisidores, ejércitos y asesinos. La envidiaba por eso. Era una sensación extraña, después de haber pasado tantos años deseando ser alguien más importante.

Ella se volvió hacia las aguas, y él se acercó y se sentó a su vera.

—Toma —dijo, ofreciéndole el tazón—. Sé que hace un poco de frío aquí abajo, con el lago y el agua.

Ella vaciló, pero aceptó el tazón.

—Gracias —susurró.

Fantasma la dejaba deambular libremente por la cueva: había poco que pudiera sabotear, aunque había advertido a los hombres de Goradel que no le quitaran ojo de encima. Sea como fuere, no podía escapar. Fantasma tenía a dos docenas de guardias protegiendo la salida, y había ordenado retirar la escalera que conducía a la trampilla superior, la cual solo volvería a colocarse en su sitio con la debida autorización.

—Cuesta creer que este lugar haya estado siempre bajo la ciudad, ¿eh? —observó Fantasma, tratando de iniciar una conversación. Curiosamente, le había parecido mucho más fácil hablar con ella en los jardines, rodeado de peligros.

Beldre asintió.

—A mi hermano le habría encantado encontrar este lugar. Le preocupan los suministros de comida. Cada vez se pescan menos peces en los lagos del norte. Y las cosechas... bueno, no van muy bien, según tengo entendido.

—Las brumas —dijo Fantasma—. No dejan que pase suficiente luz para la mayoría de las plantas.

Beldre asintió y miró su tazón. Todavía no había dado un sorbo.

—Beldre —dijo Fantasma—. Lo siento. Pensé secuestrarte en los jardines, pero luego decidí no hacerlo. Sin embargo, cuando apareciste aquí, sola...

—Fue una oportunidad demasiado buena —dijo ella amargamente—. Comprendo. Es culpa mía. Mi hermano siempre dice que soy demasiado confiada.

—Hay momentos en que eso es una ventaja.

Beldre hizo un gesto de indefensión.

—No he conocido esos momentos. Parece que toda mi vida he confiado y he resultado herida. Esto no es diferente.

Fantasma guardó silencio, sintiéndose frustrado consigo mismo. *¡Kelsier, dime qué debo decir!*, pensó. Sin embargo, Dios permaneció callado. El

Superviviente no parecía tener muchos consejos que dar en cosas que no tenían que ver con asegurar la ciudad.

Cuando dio orden de capturarla, todo parecía sencillo. ¿Por qué ahora estaba allí sentado con ese vacío en el estómago?

—Yo creía en él, ¿sabes? —dijo Beldre.

—¿En tu hermano?

—No —respondió ella, sacudiendo levemente la cabeza—. En el lord Legislador. Era una buena noble. Siempre hacía mis pagos a los obligadores... incluso pagaba de más, y les pedía que fueran testigos de las cosas más nimias. También les pagaba para que me instruyeran en la historia del imperio. Creía que todo era perfecto. Tan ordenado, tan pacífico. Y entonces, trataron de matarme. Resulta que soy medio skaa. Mi padre quería un hijo desesperadamente, y mi madre era estéril. Tuvo dos hijos con una de las criadas... mi madre incluso lo aprobó.

Sacudió la cabeza.

—¿Por qué hacer algo así? —continuó—. Quiero decir, ¿por qué no elegir a una noble? No. Mi padre eligió a la criada. Supongo que se encaprichó o algo... —Agachó la cabeza.

—Para mí, fue mi abuelo —dijo Fantasma—. Yo no llegué a conocerlo. Crecí en las calles.

—A veces desearía haberlo hecho yo también —contestó Beldre—. Entonces tal vez todo esto tendría sentido. ¿Qué haces cuando los sacerdotes a quienes has estado pagando para que te instruyan desde que eres una niña, hombres en quienes confiabas más que en tus propios padres, vienen a llevarte para ejecutarte? Yo también me habría muerto. Fui con ellos. Entonces...

—Entonces, ¿qué? —preguntó Fantasma.

—Me salvasteis —susurró ella—. La banda del Superviviente. Derrocasteis al lord Legislador y, en el caos, todo el mundo se olvidó de la gente como yo. Los obligadores estaban demasiado ocupados tratando de complacer a Straff.

—Y, entonces, tu hermano tomó el mando.

Ella asintió.

—Creí que sería un buen gobernante. ¡Es un buen hombre! Solo quiere que todo sea estable y seguro. Paz para todos. Sin embargo, a veces, las cosas que *le hace* a la gente... las cosas que pide a la gente...

—Lo siento —dijo Fantasma.

—Y entonces llegaste tú. Salvaste a esa niña, justo delante de Quellion y de mí. Viniste a mis jardines, y ni siquiera me amenazaste. Pensé... tal vez sea

como cuentan las historias. Tal vez nos ayude. Y, como la idiota que siempre soy, vine aquí.

—Ojalá las cosas fueran tan sencillas, Beldre —dijo Fantasma—. Ojalá pudiera dejarte marchar. Pero esto es por el bien mayor.

—Es lo que Quellion dice siempre, ¿sabes?

Fantasma vaciló.

—Sois muy parecidos, vosotros dos —añadió ella—. Enérgicos. Autoritarios.

Fantasma se echó a reír.

—No me conoces muy bien, ¿verdad?

Ella se ruborizó.

—Eres el Superviviente de las Llamas —dijo—. No creas que no he oído los rumores: mi hermano no puede mantenerme al margen de *todas* sus reuniones.

—Los rumores pocas veces son creíbles.

—Formas parte de la banda del Superviviente.

Fantasma se encogió de hombros.

—Eso es cierto. Pero por accidente.

Ella lo miró, frunciendo el ceño.

—Kelsier escogió a los demás —dijo Fantasma—. Ham, Brisa, Sazed... incluso Vin. Escogió también a mi tío. Y, al hacerlo, me tuvo a mí de regalo. Yo... nunca formé realmente parte de todo aquello, Beldre. Era una especie de observador. Me encargaban vigilar y ese tipo de cosas. Me sentaba en las sesiones de planificación, y todo el mundo me trataba como al chico de los recados. ¡Debí de llenar la copa de Brisa un centenar de veces durante aquel primer año!

Un atisbo de diversión asomó en el rostro de Beldre.

—Haces que parezca que eras un criado.

—Más o menos —dijo Fantasma, sonriendo—. No hablaba muy bien: me había acostumbrado a hablar en el argot callejero del este, y todo lo que decía era un galimatías. Dicen que todavía conservo el acento. Así que me quedaba callado casi todo el tiempo, cohibido. La banda era amable conmigo, pero yo sabía que me ignoraban.

—Y ahora estás al mando de todos.

Fantasma se rio.

—No. En realidad, es Sazed quien está al mando. Brisa también es mi superior, pero me deja dar órdenes porque es demasiado perezoso para

hacerlo él. Le gusta obligar a la gente a hacer cosas sin saberlo. La mitad de las veces, estoy seguro de que las cosas que digo son ideas que él me ha metido en la cabeza de algún modo.

Beldre sacudió la cabeza.

—¿El terrisano está al mando? ¡Pero si te consulta a ti!

—Solo me deja hacer lo que él no quiere hacer —repuso Fantasma—. Sazed es un gran hombre, uno de los mejores que he conocido. Se encuentra más a gusto estudiando un proyecto y tomando notas que dando órdenes. Así que solo quedo yo. Hago el trabajo que todos los demás no hacen porque están demasiado ocupados.

Beldre guardó silencio unos instantes, y luego por fin tomó un sorbo de té.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Está bueno!

—Por lo que sabemos, es el que bebía el lord Legislador —dijo Fantasma—. Lo encontramos aquí, con el resto de las cosas.

—Por eso habéis venido, ¿verdad? —preguntó Beldre, indicando la caverna—. Me preguntaba por qué a vuestro emperador le interesaba Urteau. En realidad, no hemos sido una fuerza importante en el mundo desde que el linaje Venture trasladó su centro de poder a Luthadel.

Fantasma asintió.

—En parte por eso, aunque a Elend también le preocupa la rebelión. Es peligroso tener un enemigo que mata a nobles controlando una de las principales ciudades a tan poca distancia del norte de Luthadel. Es todo lo que puedo decirte. La mayor parte del tiempo, me parece que sigo estando al margen en todo esto. Vin y Elend son quienes realmente saben lo que pasa. Para ellos, soy el tipo que pueden permitirse que pase meses espiando en Urteau mientras ellos hacen el trabajo importante en el sur.

—Se equivocan al tratarte así.

—No, no pasa nada. Me gusta estar aquí. Me parece que por fin he podido hacer algo.

Ella asintió. Poco después, soltó la taza y se abrazó las rodillas.

—¿Cómo son? —preguntó—. He oído muchas historias. ¡Dicen que el emperador Venture siempre viste de blanco, y que la ceniza se niega a ensuciarlo! Puede derrotar a un ejército con solo mirarlo. Y su esposa, la Heredera del Superviviente. Nacida de la bruma...

Fantasma sonrió.

—Elend es un estudioso olvidadizo... aún peor que Sazed. Se pierde en sus libros y se olvida de las reuniones que él mismo ha convocado. Solo se viste

más o menos a la moda porque una mujer terrisana le compró un guardarropa nuevo. La guerra lo ha cambiado algo, aunque por dentro creo que sigue siendo un soñador atrapado en un mundo con demasiada violencia.

»Y Vin... bueno, ella sí que es distinta. Nunca he estado seguro de cómo interpretarla. A veces, parece frágil como una niña. Y luego, va y mata a un inquisidor. Puede ser fascinante y aterradora al mismo tiempo. Intenté cortejarla una vez.

—¿De verdad? —dijo Beldre, alzando la cabeza.

Fantasma sonrió.

—Le regalé un pañuelo. Había oído decir que es lo que se hace en la sociedad noble.

—Solo si eres un romántico —precisó Beldre, sonriendo con tristeza.

—Bueno, pues le regalé uno —continuó Fantasma—. Pero creo que ella no sabía lo que significaba. Y, claro, cuando lo supo, me lo devolvió. No estoy seguro de en qué estaba pensando, tratando de hacerle la corte. Quiero decir, solo soy Fantasma. El silencioso, incomprensible y poco memorable Fantasma.

Cerró los ojos. *¿Qué estoy diciendo?* Las mujeres no querían oír hablar a los hombres de lo insignificantes que eran. Eso había oido decir. *No tendría que haber venido a hablar con ella. Tendría que haberme puesto a dar órdenes. Para hacer ver que estoy al mando.*

Sin embargo, el daño ya estaba hecho. Ella conocía la verdad sobre Fantasma. Él suspiró y abrió los ojos.

—No creo que seas poco memorable —dijo Beldre—. Naturalmente, es más probable que te tuviera en mayor estima si me dejaras ir.

Fantasma sonrió.

—Con el tiempo. Te lo prometo.

—¿Vais a usarme contra él? —preguntó Beldre—. ¿Vais a amenazar con matarme si no cede?

—Ese tipo de amenazas son huecas si sabes que no vas a hacer nunca lo que dices. Sinceramente, Beldre, no voy a hacerte daño. De hecho, tengo la sensación de que aquí estarás más segura que en el palacio de tu hermano.

—Por favor, no lo mates, Fantasma —suplicó Beldre—. Tal vez... tal vez puedas ayudarlo de algún modo, hacerle ver que está siendo demasiado radical.

Fantasma asintió.

—Lo intentaré...

—¿Lo prometes?

—Está bien. Prometo que al menos intentaré salvar a tu hermano. Si puedo.

—Y la ciudad también.

—Y la ciudad. Confía en mí. Hemos hecho esto antes: la transición será suave.

Beldre asintió, y pareció que en verdad lo creía. *¿Qué clase de mujer sigue siendo capaz de confiar en la gente después de todas las cosas por las que ha pasado?* Si hubiera sido Vin, lo habría apuñalado por la espalda a la primera oportunidad, y probablemente eso habría sido lo correcto. Sin embargo, esta mujer seguía confiando. Era como encontrar una hermosa planta que crecía sola en un campo de ceniza calcinada.

—Cuando terminemos, tal vez podrías presentarme a los emperadores —sugirió Beldre—. Parece gente interesante.

—Nunca discutiré con esa apreciación —dijo Fantasma—. Elend y Vin... bueno, sí que son *interesantes*. Gente interesante con pesadas responsabilidades. A veces, desearía ser lo bastante poderoso para hacer cosas importantes como ellos.

Beldre le puso una mano en el brazo, y él la miró, un poco sorprendido. ¿Qué?

—El poder puede ser algo terrible, Fantasma —susurró en voz baja—. Yo... no me gusta lo que ha hecho con mi hermano. No lo deseas tanto.

Fantasma la miró a los ojos, luego asintió y se levantó.

—Si necesitas algo, pídeselo a Sazed. Él se encargará de todo.

Ella alzó la cabeza.

—¿Adónde vas?

—A que me vean.

—QUIERO CONTRATOS COMERCIALES exclusivos en todos los canales —dijo Durn—. Y que el emperador me conceda un título.

—¿A ti? —preguntó Fantasma—. ¿Un título? ¿Crees que la palabra «lord» delante de tu nombre va a hacer que esa cara sea menos fea?

Durn arqueó una ceja.

Fantasma se echó a reír.

—Cuenta con ambas cosas. Lo hablé con Sazed y Brisa: incluso te redactarán un contrato, siquieres.

Durn asintió, apreciativo.

—Lo quiero. Los lores prestan atención a ese tipo de cosas.

Se hallaban en una de las muchas cámaras traseras, no en su hogar privado, sino en un lugar anexo a una taberna. Un viejo conjunto de tambores colgaba de la pared.

Fantasma había tenido pocos problemas para eludir a los soldados de Quellion que vigilaban el edificio del Ministerio. Incluso antes de ganar habilidades amplificadas con estaño, y mucho antes de que pudiera quemar peltre, había aprendido a escabullirse en la noche y espiar. Un grupo de soldados difícilmente suponía un obstáculo para él. No podía permanecer enclaustrado en la cueva como los demás. Tenía demasiado trabajo que hacer.

—Quiero despejadas las Gradas —dijo Fantasma—. Inundaremos los canales durante la noche, cuando los mercados estén vacíos. Nadie vive en los surcos excepto los que estáis aquí en los suburbios. Si quieres que este lugar no se inunde, necesitarás levantar una buena barrera a prueba de agua.

—Eso está hecho —repuso Durn—. Cuando las Gradas eran nuevas, les birlamos el sistema de compuertas, pero sé dónde está. Volverá a ser colocado en su sitio para mantener el agua a raya, suponiendo que podamos instalarlo correctamente.

—Más os vale. No quiero sobre mi conciencia la muerte de la mitad de los habitantes más pobres de la ciudad. Te avisaré del día que vayamos a hacerlo. Mira a ver si puedes conseguir algunos de los artículos en el mercado, y mantener a la gente fuera de los surcos. Eso, además de lo que estás haciendo por mi reputación, te garantizará el título que quieras.

Durn asintió y se puso en pie.

—¡Bien!, entonces vamos a trabajar en esa reputación.

Se dirigió a la salida de la habitación trasera, conduciendo a Fantasma al bar. Como siempre, Fantasma llevaba su túnica quemada: se había convertido en una especie de símbolo para él. Nunca había llevado una capa de bruma; pero, en cierto modo, esto era aún mejor.

La gente se puso en pie al verlo entrar. Fantasma sonrió, indicando a los hombres de Durn que sacaran odres de vino, robados de la caverna de almacenaje y traídos por Fantasma a lo largo de varias noches seguidas.

—¡Esta noche no tendréis que pagar el licor robado a Quellion! —pregonó—. Esta es su forma de mantenerlos felices y contentos.

Fue lo único que dijo. No era Kelsier, capaz de impresionar a la gente con sus palabras. En cambio, a sugerencia de Brisa, permaneció casi en silencio. Visitó las mesas, tratando de no parecer distante, pero sin hablar mucho.

Parecía pensativo, y preguntaba a la gente por sus problemas. Escuchó historias de pérdidas y estragos, y bebió con ellos a la salud de aquellos a quienes Quellion había asesinado. Con su peltre, nunca se emborrachaba. Ya tenía fama de eso: la gente lo consideraba algo místico, como su habilidad para sobrevivir al fuego.

Después de ese bar, visitaron otro, y después otro. Durn procuró llevarlo a los sitios más seguros, y sin embargo más concurridos. Algunos estaban en las Gradas, otros en la ciudad. En todos ellos Fantasma notó algo sorprendente: su confianza crecía. *Era* un poco como Kelsier. Puede que Vin fuera la que había sido entrenada por el Superviviente, pero Fantasma era quien hacía lo que él había hecho: animar al pueblo, guiarlos para que se levantaran por su propio bien.

A medida que fue pasando la noche, los diversos bares se convirtieron en un borrón. Fantasma susurró maldiciones contra Quellion, hablando de los asesinatos y de los alomantes que el Ciudadano conservaba. No esparció los rumores de que el propio Quellion era alomante: dejó que Brisa lo hiciera con más cuidado. Así, no parecería que Fantasma estaba demasiado ansioso por acabar con él.

—¡POR EL SUPERVIVIENTE!

Fantasma alzó la cabeza, sosteniendo su jarra de vino, sonriendo mientras los clientes del bar vitoreaban.

—¡Por el Superviviente! —dijo otro, señalándolo—. ¡Por el Superviviente de las Llamas!

—¡Por la muerte del Ciudadano! —gritó Durn, alzando su copa, aunque rara vez bebía—. ¡Abajo con el hombre que dijo que nos dejaría gobernar, y luego se lo quedó todo para él!

Fantasma sonrió, y dio un sorbo. No había advertido lo agotador que podía ser estar allí sentado hablando con la gente. Su peltre avivado mantenía a raya el cansancio de su cuerpo, pero no podía hacer nada con la fatiga mental.

Me pregunto qué pensaría Beldre si viera esto, pensó. Los hombres vitoreándome. Se quedaría impresionada, ¿no? Olvidaría lo que rezongué sobre lo inútil que era.

Tal vez las visitas a los bares habían sido agotadoras porque había otra cosa que prefería estar haciendo. Era una tontería: ella era su cautiva. Y había

traicionado su confianza. Obviamente, Beldre intentaba camelárselo para que la dejara marchar. Sin embargo, Fantasma no podía dejar de recordar su conversación, revisándola una y otra vez en su mente. Pese a las estupideces que había dicho, ella le había puesto una mano en el brazo. Eso significaba algo, ¿no?

—¿Estás bien? —preguntó Durn, inclinándose hacia delante—. Es tu décima jarra esta noche.

—Estoy bien.

—Parecías un poco distante.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

Durn se echó atrás, frunciendo el ceño, pero no dijo nada más.

Algunas cosas de su conversación con Beldre molestaban a Fantasma, incluso más que sus propios comentarios estúpidos. Ella parecía realmente preocupada por las cosas que su hermano había hecho. Cuando Fantasma estuviera en el poder, ¿lo vería como veía a Quellion? ¿Sería algo malo, o algo bueno? Ella ya había dicho que eran parecidos.

El poder puede ser algo terrible...

Alzó la cabeza y miró a los hombres del bar que volvían a vitorearlo, como habían hecho los hombres de los otros bares. Kelsier había podido manejar este tipo de adulaciones. Si Fantasma quería ser como él, tendría que tratar también con esto, ¿no?

¿No era bueno ser apreciado? ¿Que la gente estuviera dispuesta a seguirlo? Por fin podría librarse del antiguo Fantasma. Podría dejar de ser aquel chiquillo tan insignificante, tan fácilmente olvidado. Podría dejar atrás a aquel niño y convertirse en un hombre respetado. ¿Y por qué no debería ser respetado? Ya *no era* aquel niño. Llevaba vendas en los ojos, que ampliaban su reputación mística de alguien que no necesitaba luz para ver. Algunos decían que dondequiera que ardiese el fuego, Fantasma podía ver.

—Te adoran —susurró Kelsier—. Y te lo mereces.

Fantasma sonrió. Esa era toda la confirmación que necesitaba. Se levantó, alzando los brazos ante la multitud. Ellos vitorearon en respuesta.

Aquello había tardado mucho tiempo en producirse. Y parecía mucho más dulce por la espera.

El deseo de Conservación de crear vida inteligente fue lo que acabó por romper el empate. Para dar a la humanidad conciencia y pensamiento independiente, Conservación sabía que tendría que renunciar a parte de sí mismo, su propia alma, para habitar dentro de la humanidad. Eso lo dejaría un poco más débil que su oponente, Ruina.

Esa parte diminuta parecía insignificante en comparación con su enorme suma total de poder. Sin embargo, a lo largo de eones, este pequeño fallo permitiría a Ruina superar a Conservación y causar el fin del mundo.

Este fue, entonces, su trato. Conservación se quedó con la humanidad, las únicas creaciones que tenían más Conservación que Ruina en ellas, en vez de un equilibrio. La vida independiente que podía pensar y sentir. A cambio, Ruina obtuvo una promesa, y la prueba, de que podría poner fin a todo lo que habían creado juntos. Fue el pacto.

Y Conservación acabó por romperlo.

54



CUANDO VIN DESPERTÓ, NO LE sorprendió verse atada. Sí le sorprendió que fuera con grilletes de metal.

Lo primero que hizo, incluso antes de abrir los ojos, fue buscar metales en su interior. Con acero y hierro, tal vez podría usar los grilletes como armas. Con peltre...

Sus metales habían desaparecido.

Mantuvo los ojos cerrados, tratando de no mostrar el pánico que sentía, pensando en lo sucedido. Había estado en la caverna, atrapada con Ruina. El amigo de Elend había llegado, le había ofrecido vino, y ella lo había aceptado. Una apuesta.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había caído inconsciente?

—Tu respiración ha cambiado —informó una voz—. Estás claramente despierta.

Vin se maldijo en silencio. Había una forma muy fácil de quitar sus poderes a un alomante; más fácil aún que haciéndolos quemar aluminio. Solo había que mantenerlos drogados el tiempo suficiente para que los metales pasaran a su cuerpo. Y mientras lo pensaba y su mente se sacudía de los efectos del sueño prolongado, advirtió que esto era lo que debía de haberle sucedido.

El silencio continuó. Finalmente, Vin abrió los ojos. Esperaba ver los barrotes de una celda. En cambio, vio una habitación utilitaria, escasamente amueblada. Yacía en un banco, la cabeza apoyada en una dura almohada. Sus grilletes estaban conectados a una cadena de varios palmos de longitud, que a su vez estaba atada a la base del banco. Tiró con cuidado de la cadena, y decidió que estaba bien colocada.

El movimiento atrajo la atención de un par de guardias que estaban al lado del banco. Dieron un leve respingo, y la apuntaron con sus varas, alerta. Vin sonrió para sí; una parte de ella se sentía orgullosa de poder evocar esa respuesta incluso cuando estaba encadenada y desprovista de metales.

—Lady Venture, nos supones un cierto problema. —La voz procedía de un lado.

Vin se apoyó en un brazo, y se volvió a mirar. Al otro lado de la habitación, quizá a unos cinco metros de distancia, había una figura calva ataviada con una túnica, dándole la espalda. Miraba por una gran ventana, de cara al oeste, y el sol poniente era una violenta llamarada escarlata alrededor de su silueta.

—¿Qué hago? —preguntó Yomen, aún sin volverse hacia ella—. Un simple copo de acero, y matarías a mis guardias con sus propios botones. Un sorbo de peltre, y podrías levantar ese banco y abrirte paso para salir de esta habitación. Lo lógico sería amordazarte, mantenerte drogada en todo momento, o matarte.

Vin abrió la boca para responder, pero lo único que consiguió fue toser. Inmediatamente trató de quemar peltre para reforzar su cuerpo. La falta de metal era como si no tuviera un miembro. Mientras se sentaba, tosiendo y mareada, descubrió que anhelaba el metal más de lo que había imaginado. Se suponía que la alomancia no era adictiva, no como ciertas hierbas o pociónes. Sin embargo, en este momento, podría haber jurado que todos los científicos y filósofos estaban completamente equivocados.

Yomen hizo un gesto brusco con un brazo, todavía sin volverse. Un criado se aproximó y le ofreció a Vin una copa. Ella la miró, insegura.

—Si quisiera envenenarte, lady Venture —advirtió Yomen, sin mirar—, podría hacerlo sin engaños.

Buen argumento, pensó Vin amargamente, aceptó la copa y bebió el agua que contenía.

—Agua —dijo Yomen—. Recogida de la lluvia, luego hervida y purificada. No le encontrarás rastros de metales que quemar. He ordenado especialmente que la guarden solamente en recipientes de madera.

Astuto, pensó Vin.

El agua sació su sed y calmó su tos.

—Pues —dijo por fin—, si tanto te preocupa que ingiera metales, ¿por qué no me amordazas?

Yomen permaneció en silencio un momento. Luego por fin se volvió, y ella pudo ver los tatuajes en sus ojos y su cara, la piel que reflejaba los profundos colores del sol que se ponía en el exterior. En la frente, llevaba su única perla de atium.

—Por diversos motivos —contestó el rey obligador.

Vin lo estudió, y luego cogió la copa para dar otro sorbo. El movimiento sacudió sus grilletes, que miró molesta cuando restringieron de nuevo su movimiento.

—Están hechos de plata —señaló Yomen—. Un metal particularmente molesto para los nacidos de la bruma, según me han dicho.

Plata. Inútil plata, imposible de quemar. Como el plomo, era uno de los metales que no proporcionaba ningún poder alomántico.

—Un metal verdaderamente impopular... —observó Yomen, e hizo un gesto con la cabeza a un lado. Un criado se acercó a Vin, portando algo en una bandeja. El pendiente de su madre. Era una tontería, desde un punto de vista alomántico, hecho de bronce con un poco de chapado en plata. Gran parte del chapado se había gastado con los años, y el bronce marrón asomaba, haciendo que el pendiente pareciera la baratija que era.

—Por eso siento la curiosidad de saber por qué te molestas con un adorno como ese —continuó Yomen—. He mandado que lo comprobaran. Plata por fuera, bronce por dentro. ¿Por qué esos metales? Uno inútil para los alomantes, y otro que concede el que se considera el más débil de los poderes de la alomancia. ¿No tendría más sentido llevar un pendiente de acero o de peltre?

Vin miró el pendiente. Sus dedos ansiaban cogerlo, aunque solo fuera para sentir el metal entre sus dedos. Si hubiera tenido acero, podría haber

empujado el pendiente para usarlo como arma. Kelsier le había dicho una vez que siguiera llevándolo por ese simple motivo. Sin embargo, se lo había dado su madre. Una mujer a la que Vin nunca había conocido. Una mujer que había intentado matarla.

Vin dejó la copa y asíó el pendiente con brusquedad. Yomen observó con curiosidad mientras se lo prendía en la oreja. Parecía... alerta. Como si esperara algo.

Si en verdad tuviera algún truco planeado, pensó, estaría muerto en un instante. ¿Cómo puede estar ahí tan tranquilo? ¿Por qué me da el pendiente? Aunque no esté hecho de metales útiles, podría encontrar un modo de usarlo contra él.

Sus instintos le decían que estaba intentando un viejo truco callejero, como cuando le lanzas una daga a tu enemigo para obligarlo a atacar. Yomen quería accionar cualquier trampa que ella estuviera planeando. Parecía un movimiento tonto. ¿Cómo podía esperar superar a una nacida de la bruma?

A menos que él también lo sea, pensó Vin. Cree que puede vencerme. Tiene atium, y está dispuesto a quemarlo si intento algo.

Vin no hizo nada, no atacó. No estaba segura de que sus instintos fueran acertados, pero tampoco importaba. No podía atacar, pues el pendiente no tenía ningún secreto oculto. La verdad era que simplemente quería recuperarlo porque se sentía cómoda con él en la oreja. Estaba acostumbrada a llevarlo.

—¡Interesante! —exclamó Yomen—. De todas formas, estás a punto de descubrir por qué no te he amordazado.

Dicho esto, alzó una mano hacia la puerta. Se cruzó las manos a la espalda mientras un criado abría la puerta para mostrarle un soldado desarmado con la librea blanca y negra de Elend.

Deberías matarlo, le susurró Ruina al oído. A todos ellos.

—Lady Venture —dijo Yomen sin mirarla—. He de pedirte que no le hables a este hombre excepto cuando yo lo indique, y respondas solo cuando yo lo diga. De lo contrario, lo mandaré ejecutar, y tu ejército tendrá que enviar un mensajero nuevo.

El soldado palideció. Vin tan solo frunció el ceño, mirando al rey obligador. Yomen era obviamente un hombre tranquilo, y quería parecer duro. ¿Cuánto era fingido?

—Puedes ver que está viva, como prometí —le dijo Yomen al soldado.

—¿Cómo sabemos que no es un kandra disfrazado? —preguntó el soldado.

—Puedes hacer tu pregunta —dijo Yomen.

—Lady Venture, ¿qué cenaste la noche antes de ir a la fiesta en la ciudad? —preguntó el soldado.

Era una buena pregunta. Un kandra la habría interrogado sobre momentos importantes, como su primer encuentro con Elend. Preguntar por una comida, sin embargo, era tan aleatorio que a ningún kandra se le habría ocurrido preguntárselo. Ahora, si Vin pudiera recordarlo...

Miró a Yomen. Este asintió: podía contestar.

—Huevos —respondió—. Huevos frescos que compré en la ciudad, durante una de mis rondas de espionaje.

El hombre asintió.

—Ya tienes tu respuesta, soldado —dijo Yomen—. Informa a tu rey de que su esposa sigue viva.

El soldado se retiró y el criado cerró la puerta. Vin permaneció sentada en el banco, esperando a que la amordazaran.

Yomen se quedó donde estaba, mirándola.

Vin le sostuvo la mirada. Finalmente, habló.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás contener a Elend? Si sabes algo de él, comprenderás que primero es rey, y luego, hombre. Hará lo que tenga que hacer, aunque eso signifique mi muerte.

—Tarde o temprano, tal vez —contestó Yomen—. Sin embargo, por ahora, el empate es efectivo. Dicen que eres una mujer tosca, y agradezco la brevedad. Por tanto, seré sincero contigo. Mi propósito al capturarte no era usarte como elemento de presión contra tu esposo.

—Si es así, ¿por qué me capturaste entonces?

—Muy sencillo, lady Vin —dijo Yomen—. Te capturé para poder ejecutarte.

Si esperaba sorpresa por su parte, Vin no dio ninguna muestra de estar sorprendida. Tan solo se encogió de hombros.

—Parece un término innecesariamente formal. ¿Por qué no me cortaste el cuello cuando estaba drogada?

—Esta ciudad es un lugar de ley —contestó Yomen—. No matamos de manera indiscriminada.

—Es la guerra —repuso Vin—. Si esperas a discriminar antes de matar, tendrás a un montón de soldados infelices.

—Tu crimen no es de guerra, lady Venture.

—¿Ah, no? ¿Y puedo saber cuál es, entonces?

—El más sencillo de todos los crímenes. Asesinato.

Vin arqueó una ceja. ¿Había matado a algún pariente de este hombre? ¿Tal vez a uno de los nobles soldados del séquito de Cett, un año atrás, cuando atacó la Fortaleza Hasting?

Yomen la miró a los ojos, y Vin vio algo en ellos. Una repulsa que mantenía oculta tras una calma aparente. No, no había matado a ninguno de sus amigos ni parientes. Había matado a alguien mucho más importante para él.

—El lord Legislador —dijo.

Yomen se volvió.

—No puedes intentar juzgarme por *eso* —protestó Vin—. Es ridículo.

—No habrá ningún juicio. Yo soy la máxima autoridad en esta ciudad, y no necesito ninguna ceremonia que me dé direcciones ni permisos.

Vin bufó.

—Creí que habías dicho que este es un lugar de ley.

—Y yo soy esa ley —dijo Yomen tranquilamente—. Creo en dejar hablar a una persona antes de tomar mi decisión. Te daré tiempo para ordenar tus pensamientos... sin embargo, los hombres que te vigilan tienen orden de matarte si les parece que te metes en la boca algo inadecuado.

Yomen se volvió para mirarla.

—Yo que tú, tendría mucho cuidado al comer o beber. Tus guardias pueden equivocarse por el bien de la seguridad, y saben que no los castigaré si te matan accidentalmente.

Mátalo, susurró la voz de Ruina. Podrías hacerlo. Coge un arma de uno de esos soldados y úsala contra Yomen.

Vin frunció el ceño. Ruina seguía empleando la voz de Reen; era familiar, algo que siempre había parecido parte de ella. Descubrir que pertenecía a esa cosa... era como descubrir que su reflejo pertenecía a otra persona, y que nunca se había visto de verdad a sí misma.

Ignoró la voz. No estaba segura de por qué Ruina quería intentar matar a Yomen. Después de todo, Yomen la había capturado: el rey obligador trabajaba del lado de Ruina. Además, Vin dudaba de su habilidad para causarle ningún daño. Encadenada, sin metales ofensivos... sería una necia si atacara.

Tampoco se fiaba de los comentarios de Yomen sobre mantenerla con vida para que pudiera hablar en su defensa. Preparaba algo. Sin embargo, no podía imaginar de qué se trataba. ¿Por qué dejarla con vida? Era un hombre demasiado astuto para no tener un motivo.

Sin ofrecer ningún atisbo de sus motivaciones, Yomen se dio la vuelta de nuevo y miró por la ventana.

—Lleváosla.

Al sacrificar la mayor parte de su conciencia, Conservación creó la prisión de Ruina, rompiendo su trato y tratando luego de impedir que Ruina destruyera lo que habían creado. Este hecho dejó de nuevo sus poderes casi equilibrados: Ruina prisionero, con solo un rastro capaz de filtrarse. Conservación reducido a una mera sombra de lo que una vez fue, apenas capaz de pensamiento y acción.

Estas dos mentes eran, desde luego, independientes de la fuerza bruta de sus poderes. De hecho, no sé muy bien cómo se unieron en primer lugar pensamientos y personalidades a los poderes, pero creo que no estaban ahí al principio. De hecho, ambos poderes pudieron separarse de las mentes que los gobernaban.

55



ELEND TARDÓ MUCHO MÁS EN volver de la aldea de lo que había tardado en llegar allí. Para empezar, había dejado un montón de monedas a los aldeanos. No estaba seguro de para qué iba a servirles el dinero en las próximas semanas, pero le pareció que debía hacer algo. Iban a pasarlo mal en los próximos meses. Sus almacenes de alimentos estaban casi vacíos; sus hogares, quemados por los koloss; sus fuentes de agua, contaminadas por la ceniza; su capital y su rey, asediados por el propio Elend...

Tengo que concentrarme, se dijo, caminando a través de la ceniza que caía. No puedo ayudar a todas las aldeas. Tengo que preocuparme por todo lo demás.

Y eso incluía usar a los koloss para destruir otra ciudad de hombres. Elend apretó los dientes y siguió caminando. El sol se arrastraba hacia el horizonte, y las brumas ya habían empezado a aparecer, iluminadas por el ardiente fuego del sol rojo. Tras él caminaban unos treinta mil koloss. Su nuevo ejército.

Ese era otro motivo por el que tardaba un poco más en regresar. Quería caminar con el ejército de koloss en vez de adelantarse a ellos, por si aparecía su inquisidor para recuperarlos. Elend seguía sin poder creer que un grupo tan numeroso no estuviera bajo ningún tipo de influencia.

Ataqué a un ejército de koloss yo solo, pensó mientras avanzaba lentamente por un sendero cubierto de ceniza hasta los muslos. *Lo hice sin la ayuda de Vin, con idea de derrotar por mi cuenta a su inquisidor.*

¿Cómo se le había ocurrido hacer eso? El propio Kelsier solo había podido derrotar a uno de los inquisidores.

Vin ha matado a tres ya, pensó. *Los atacamos juntos, pero fue ella quien los mató.*

No lamentaba las habilidades que ella tenía, pero sí sentía algún ocasional atisbo de envidia. Eso lo divertía. Nunca le había molestado cuando era un hombre corriente, pero ahora que también era un nacido de la bruma, deseaba tener su habilidad.

Y, aun así, la habían capturado. Elend continuó avanzando, sintiendo un peso del que no podía desprenderse. Todo le parecía *mal*. Vin prisionera, mientras él estaba libre. La bruma y la ceniza que asfixiaban la tierra. Pese a todos sus poderes, Elend era incapaz de hacer nada para proteger al pueblo y a la mujer que amaba.

Y ese era el tercer motivo por el que caminaba al ritmo de los koloss, en vez de regresar de inmediato a su campamento. Necesitaba algún tiempo para pensar. Algun tiempo solo. Quizá eso fuera lo que lo había impulsado a marcharse, para empezar.

Sabía que su trabajo era peligroso, pero nunca había llegado a pensar que podría perderla. Ella era Vin. Siempre salía a flote. Sobrevivía.

Pero ¿y si esta vez no lo hacía?

Él había sido siempre el vulnerable, la persona corriente en un mundo de nacidos de la bruma y koloss. El erudito que no sabía luchar, que tenía que depender de la protección de Vin. Incluso el último año de lucha, ella había permanecido a su lado. Si ella estaba en peligro, él corría peligro, y no había habido tiempo de pensar en qué pasaría si él sobrevivía y ella no.

Sacudió la cabeza, avanzando a través de la ceniza. Podría haber usado a los koloss para que le abrieran camino. Por el momento, sin embargo, quería estar apartado incluso de ellos. Así que caminaba por delante, una figura solitaria vestida de negro en un campo de consistente ceniza recortado por un sol rojo.

Las lluvias de ceniza empeoraban. Antes de salir de la aldea, se había pasado un día entero haciendo que los koloss limpiaran las calles y reconstruyeran algunas de las casas. Sin embargo, al ritmo con que caía la ceniza, las brumas e incluso la posibilidad de toparse con otros koloss errantes

se convertían en un problema secundario. La ceniza. *Eso* solo los mataría. Ya enterraba árboles y lomas. Le llegaba hasta la cintura en algunos sitios.

Tal vez si me hubiera quedado en Luthadel, pensó, trabajando con mis estudiosos, podríamos haber encontrado un modo de detener esto.

No, eso era una tontería. ¿Qué podrían hacer? ¿Taponar los Montes de Ceniza? ¿Encontrar la manera de empujar toda la ceniza al mar? En la distancia, a través de las brumas, vio un brillo rojo en el cielo, aunque el sol se ponía por el horizonte opuesto. Solo pudo asumir que la luz al este venía del fuego y la lava que surgían de los Montes de Ceniza.

¿Qué hacía con un cielo moribundo, una ceniza tan densa que apenas podía avanzar por ella, y volcanes en erupción? Hasta ahora, su forma de afrontar estas cosas había sido ignorarlas.

O, más bien, dejar que Vin se preocupara por ellas.

Eso es lo que realmente me tiene preocupado, pensó. Perder a la mujer que amo ya es bastante malo. Pero perder a la persona en quien confiaba para que resolviera todo esto... me resulta verdaderamente aterrador.

Era una sensación extraña. La verdad era que confiaba en Vin como en algo más que una persona. Era más bien como una fuerza. ¿Casi un dios? Parecía una tontería, pensar en eso directamente. Ella era su esposa. Aunque fuera miembro de la Iglesia del Superviviente, le parecía mal adorarla, considerarla divina.

Y lo cierto es que no lo hacía. Pero confiaba en ella. Vin era una persona de instinto, mientras que Elend pertenecía a la lógica y el pensamiento. A veces, parecía que ella podía hacer lo imposible simplemente porque no se paraba a *pensar* en lo imposible que era. Si Elend llegaba a un precipicio, se detenía, calibrando la distancia al otro lado. Vin tan solo saltaba.

¿Qué pasaría el día que no llegara al otro lado? ¿Y si los acontecimientos en los que estaban enzarzados fueran más grandes de lo que dos personas podían esperar resolver, aunque una de ellas fuera Vin? Ahora que lo pensaba, incluso la posibilidad de descubrir valiosa información en el depósito de Fadrex había sido una esperanza tenue.

Necesitamos ayuda, pensó Elend frustrado. Se detuvo entre la ceniza y la oscuridad se cerró en torno a él cuando por fin cayó la noche. Las brumas se arremolinaron.

Ayuda. ¿Qué significaba eso? ¿Ayuda de algún dios misterioso como aquellos de los que antes predicaba Sazed? Elend no había conocido más dios que el lord Legislador. Y en realidad nunca había tenido fe en aquella criatura,

aunque conocer a Yomen había cambiado su perspectiva acerca de que algunas personas adorasen al lord Legislador.

Contempló los copos de ceniza que caían del cielo. Continuaban su silenciosa e incesante descarga contra la tierra. Como las plumas de cuervo de una suave almohada que se utiliza para ahogar a una víctima dormida.

Estamos condenados, pensó. Tras él, los koloss detuvieron su marcha, esperando su orden silenciosa. *Ya está. Todo va a terminar.*

Comprenderlo no fue algo agobiante, sino suave, como un último tentáculo de humo de una vela moribunda. De repente supo que no podían luchar, que todo lo que habían hecho a lo largo del último año había sido inútil.

Elend cayó de rodillas. La ceniza le llegó hasta el pecho. Tal vez este era un último motivo por el que había querido regresar caminando. Cuando los otros estaban cerca, sentía la obligación de mostrarse optimista. Pero solo podía enfrentarse a la verdad.

Y allí, en la ceniza, finalmente se rindió.

Alguien se arrodilló a su lado.

Elend dio un salto hacia atrás, y se puso en pie removiendo la ceniza. Avivó peltre, dándose la tensa fuerza de un nacido de la bruma dispuesto a atacar. Pero no había nadie junto a él. Se detuvo, preguntándose si se estaría imaginando cosas. Y, entonces, quemando estaño y esforzándose en la oscuridad de la noche cenicienta, finalmente lo vio. Una criatura de bruma.

No estaba realmente *compuesta* de bruma. Más bien, estaba perfilada por la bruma. Los movimientos aleatorios sugerían su figura, que era más o menos la de un hombre. Elend había visto a esta criatura dos veces antes. La primera vez, se le había aparecido en los páramos del Dominio Septentrional.

La segunda vez, le había apuñalado en el vientre, dejándolo para que muriera desangrado.

Sin embargo, aquello fue un intento para que Vin se hiciera con el poder del Pozo de la Ascensión y lo usara para sanarlo. Las intenciones de la criatura eran buenas, aunque estuviera a punto de matar a Elend. Además, Vin decía que esta criatura la había guiado hasta el trocito de metal que de algún modo había convertido a Elend en alomante.

El espíritu de la bruma lo miró, su figura apenas se distinguía entre las brumas revueltas.

—¿Qué? —preguntó Elend—. ¿Quéquieres de mí?

El espíritu de la bruma alzó el brazo y señaló al sudeste.

Eso es lo que hizo la primera vez que lo vi. Tan solo señaló, como si intentara hacerme ir a alguna parte. Tampoco entendí entonces lo que significaba.

—Mira —dijo Elend, sintiéndose agotado de pronto—. Si quieras decir algo, ¿por qué no lo dices?

El espíritu de la bruma permaneció en silencio.

—Al menos, escríbelo —dijo Elend—. Señalar no sirve de nada.

Sabía que la criatura, fuera lo que fuese, tenía cierta corporeidad. Después de todo, había conseguido apuñalarlo.

Esperó que la criatura continuara allí de pie. Sin embargo, para su sorpresa, siguió la orden y se arrodilló en la ceniza. Extendió una mano brumosa y empezó a araÑar el suelo. Elend dio un paso adelante, ladeando la cabeza para ver qué estaba escribiendo.

Te mataré, decían las palabras. Muerte, muerte, muerte.

—Pero... qué agradable —dijo Elend, sintiendo un extraño escalofrío.

El espíritu de la bruma pareció desmoronarse. Permaneció arrodillado en la ceniza, sin hacer más impresiones en el suelo.

Qué palabras tan extrañas ha escrito, pensó Elend, cuando parecía que intentaba lograr que confiara en él...

—Puede cambiar tus palabras, ¿verdad? —preguntó Elend—. La otra fuerza. Puede reescribir los textos en papel, así que ¿por qué no las cosas marcadas en la ceniza?

El espíritu de la bruma alzó la cabeza.

—Por eso rompiste las esquinas de los papeles de Sazed. No podías escribirle una nota, porque las palabras cambiaban. Por eso tuviste que hacer otras cosas. Cosas más burdas... como señalar.

La criatura se levantó.

—Escribe más despacio —solicitó Elend—. Exagera los movimientos. Yo observaré los movimientos de tu brazo y formaré las letras en mi mente.

El espíritu empezó a agitar los brazos de inmediato. Elend ladeó la cabeza y observó sus movimientos. No pudo hallarles ningún sentido, y mucho menos formar letras a partir de ellos.

—¡Espera! —dijo, alzando una mano—. No funciona. O bien está cambiando las cosas, o no conoces las letras.

Silencio.

Espera, pensó Elend, mirando el texto del suelo. Si el texto ha cambiado...

—Está aquí, ¿verdad? —preguntó, y sintió un súbito escalofrío helado—. Está aquí con nosotros.

El espíritu de la bruma permaneció inmóvil.

—Brinca, si es que sí —dijo Elend.

El espíritu de la bruma empezó a agitar los brazos como había hecho antes.

—Bastante cerca —interpretó Elend, temblando. Miró alrededor, pero no pudo ver nada más en las brumas. Si esa cosa que Vin había liberado estaba allí, no creaba ninguna impresión. Sin embargo, a Elend le pareció que *podía* sentir algo diferente. Una leve reducción del viento, un toque de hielo en el aire, las brumas moviéndose con más agitación. Tal vez solo se estaba imaginando cosas.

Concentró de nuevo su atención en el espíritu de la bruma.

—No eres... tan sólido como antes.

La criatura no se movió.

—¿Eso es un no? —preguntó Elend, frustrado.

La criatura permaneció inmóvil.

Elend cerró los ojos, obligándose a concentrarse, a recordar los acertijos lógicos de su infancia. *Tengo que abordar esto de manera más directa. Usar preguntas que puedan ser contestadas con un simple sí o un no.* ¿Por qué sería ahora más difícil de ver el espíritu de la bruma? Elend abrió los ojos.

—¿Eres más débil que antes? —preguntó.

La criatura agitó los brazos.

Sí, pensó Elend.

—¿Es porque el mundo se está acabando?

Más movimiento.

—¿Eres más débil que el otro ser? ¿El que liberó Vin?

Movimiento.

—¿Mucho más débil?

La criatura se agitó, aunque parecía un poco desconsolada esta vez.

Magnífico, pensó Elend. Naturalmente, eso tendría que habérselo figurado. Fuera lo que fuese el espíritu, no era la respuesta mágica a sus problemas. Si lo fuera, los habría salvado ya.

Lo que más nos falta es información, pensó Elend. *Tengo que averiguar todo lo que pueda de esta criatura.*

—¿Guardas relación con la ceniza? —siguió preguntando.

No hubo movimiento.

—¿Estás causando la caída de ceniza?

Ningún movimiento.

—¿Está causando el otro ser la caída de ceniza?

Esta vez, se agitó.

Muy bien.

—¿Está causando que las brumas salgan también de día?
Sin movimiento.

—¿Estás tú causando que las brumas salgan de día?

La criatura pareció detenerse a cavilar, y luego se movió de forma menos vigorosa que antes.

—*Es un «tal vez»?*, se preguntó Elend. —*O un «en parte»?*

La criatura permaneció inmóvil. Cada vez costaba más verla en las brumas. Elend avivó su estío, pero eso no volvió más clara a la criatura. Parecía estar... desvaneciéndose.

—Adónde querías que fuera? —preguntó Elend, más para sí mismo que esperando una respuesta—. —Señalaste... al este? —Querías que regresara a Luthadel?

La criatura se agitó de nuevo con poco entusiasmo.

—¿Quieres que ataque Ciudad Fadrex?

Permaneció inmóvil.

—No quieras que ataque Ciudad Fadrex?

Se agitó vigorosamente.

Interesante, pensó Elend.

—Las brumas. Están relacionadas con todo esto, ¿verdad?

Se agitó.

—Están matando a mis hombres —dijo Elend.

La criatura dio un paso adelante; luego se quedó quieta, como con urgencia.

Elend frunció el ceño:

—Has reaccionado a eso. —Quieres decir que *no están* matando a mis hombres?

La criatura se agitó.

—Eso es ridículo. Los he visto caer muertos.

Dio un paso adelante, señalando a Elend, que se miró el cinturón.

—¿Las monedas?

La criatura volvió a señalar. Elend rebuscó en el cinturón. Todo lo que había eran sus frascos de metales. Sacó uno.

—¿Metales?

La criatura se agitó vigorosamente. Luego continuó agitándose y agitándose. Elend miró el frasquito.

—No comprendo.

La criatura se quedó quieta. Cada vez era más vaga, como si se estuviera evaporando.

—¡Espera! —gritó Elend, avanzando—. Tengo otra pregunta. ¡Una más antes de que te vayas!

La criatura lo miró a los ojos.

—¿Podemos derrotarlo? —preguntó Elend en voz baja—. ¿Podemos sobrevivir?

Quietud. Entonces, la criatura agitó los brazos brevemente. No con un gesto vigoroso, sino más bien vacilante. Inseguro. Se evaporó, manteniendo el mismo gesto, y las brumas se volvieron difusas y no dejaron ninguna indicación de que la criatura hubiera estado allí.

Elend se quedó quieto en la oscuridad. Se dio la vuelta y contempló su ejército koloss, que esperaba en la distancia como troncos de árboles oscuros. Luego se volvió, buscando cualquier otro indicio del espíritu de la bruma. Finalmente, se dio por vencido y prosiguió su camino de regreso a Fadrex. Los koloss lo siguieron.

Se sentía... más fuerte. Era una tontería: en realidad, el espíritu de la bruma no le había dado ninguna información. Era casi como un niño. Las cosas que le habían dicho eran en su mayoría solo confirmaciones de lo que ya sospechaba.

Sin embargo, al caminar, se movía con más decisión. Aunque solo fuese porque sabía que había cosas en el mundo que no comprendía... y eso significaba, tal vez, que había posibilidades que no veía. Posibilidades de sobrevivir.

Posibilidades de aterrizar a salvo al otro lado del abismo, aunque la lógica le dijera que no saltara.

No sé por qué Conservación decidió usar su última chispa de vida apareciéndosele a Elend durante su viaje de regreso a Fadrex. Por lo que tengo entendido, Elend tampoco descubrió gran cosa con el encuentro. Pero claro, Conservación no era más que una sombra de sí mismo, y esa sombra estaba bajo la inmensa presión destructora de Ruina.

Tal vez Conservación, o los restos de lo que había sido, quisiera encontrarse con Elend a solas. O tal vez vio a Elend arrodillado en aquel campo, y supo que el emperador de hombres estaba a punto de tumbarse en la ceniza, para no volver a levantarse. Sea como fuere, Conservación se apareció, y al hacerlo se rebeló a los ataques de Ruina. Atrás quedaron los días en que Conservación podía repeler a un inquisidor con un simple gesto, incluso los días en que podía golpear a un hombre para que muriera desangrado.

Para cuando Elend vio al «espíritu de la bruma», Conservación apenas debía de ser ya coherente. Me pregunto qué habría hecho Elend de haber sabido que estaba en presencia de un dios moribundo, que aquella noche había sido testigo de la muerte de Conservación. Si Elend hubiera esperado unos minutos más en aquel campo de ceniza, habría visto un cuerpo bajo de estatura, pelo negro y nariz prominente caer de las brumas y desplomarse muerto en las cenizas.

Por así decirlo, el cadáver quedó solo para que esas mismas cenizas lo enterraran. El mundo estaba muriendo. Sus dioses tenían que morir con él.

56



EN LA OSCURA CAVERNA, FANTASMA contemplaba su tablero y papel. Los había colocado como si fueran el lienzo de un artista, aunque en él no esbozaba imágenes, sino ideas. Kelsier siempre había explicado sus planes a la banda en una pizarra. Parecía una buena idea, aunque Fantasma no explicaba sus planes a una banda, sino que más bien intentaba elaborarlos para sí mismo.

El truco estaba en hacer que Quellion se descubriera como alomante ante el pueblo. Durn les había dicho lo que tenían que buscar, y las multitudes estaban preparadas, esperando la confirmación de lo que habían oído. Sin embargo, para que el plan de Fantasma funcionara, tendrían que sorprender al

Ciudadano en un lugar público, y luego conseguir que el hombre usara sus poderes de manera que resultara obvio a quienes estuvieran mirando.

Entonces no puedo permitirle que empuje un metal lejano, pensó, garabateando una nota para sí en la pizarra. Necesitaré que dispare al aire, o tal vez lance alguna moneda. Algo visible, algo que pueda indicarle a todo el mundo qué debe mirar.

Costaría, pero Fantasma no perdía la esperanza. Tenía varias ideas esbozadas en la pizarra, desde atacar a Quellion durante una reunión hasta engañarlo para que usara sus poderes cuando creyera que nadie lo veía. Lentamente, las ideas formaban un plan coherente.

Puedo hacerlo, pensó Fantasma, sonriendo. Siempre me asombró la capacidad de liderazgo de Kelsier. Pero no es tan difícil como creía.

O, al menos, eso era lo que se decía a sí mismo. Trató de no pensar en las consecuencias de un fracaso. Trató de no pensar en el hecho de que todavía tenía a Beldre como rehén. Trató de no preocuparse por el hecho de que, cuando despertaba algunas mañanas, con su estao consumido durante la noche, sentía el cuerpo completamente embotado, incapaz de sentir nada hasta que conseguía más metal para impulsarlo. Trató de no concentrarse en los tumultos e incidentes que causaban sus apariciones, discursos y trabajo entre la gente.

Kelsier seguía diciéndole que no se preocupase. Debería bastar con eso. ¿No?

Unos minutos después, oyó a alguien acercarse, los pasos silenciosos (pero no demasiado para él) sobre la piedra. El rumor de un vestido, pero sin perfume, le permitió saber exactamente quién era.

—¿Fantasma?

Él bajó la pizarra y se volvió. Beldre se encontraba al otro lado de su «habitación». Se había hecho un hueco entre varios estantes, dividido con sábanas: su propio despacho personal. La hermana del Ciudadano llevaba un hermoso vestido noble verde y blanco.

Fantasma sonrió.

—¿Te gustaron los vestidos?

Ella bajó la cabeza, ruborizándose un poco.

—Yo... hace años que no llevaba nada así.

—Nadie en esta ciudad lo ha hecho —dijo Fantasma, soltando la pizarra y limpiándose los dedos en un trapo—. Pero, claro, eso hace que sea fácil

conseguirlos, si sabes qué edificios saquear. Parece que calculé bien tu talla, ¿eh?

—Sí —respondió ella, mientras avanzaba. El vestido le sentaba realmente bien, y a Fantasma le resultó un poco difícil concentrarse cuando se acercó. Miró la pizarra, y luego frunció el ceño—. ¿Esto... se supone que tiene algún sentido?

Fantasma escapó de su trance. La pizarra era un embrollo de borrones y anotaciones. Eso, de por sí, ya debería haber hecho que leerlo resultara difícil. Pero había otra cosa que lo hacía más difícil de entender incluso.

—Está escrito principalmente en argot callejero del este —dijo Fantasma.

—¿El lenguaje con el que creciste? —preguntó ella, pasando los dedos por el borde de la pizarra, cuidando de no tocar lo escrito para no borrarlo.

Fantasma asintió.

—Incluso las palabras son diferentes —observó ella—. ¿Enhaciendo?

—Significa «estaba haciendo» —explicó Fantasma—. Las frases empiezan así: «Enhaciendo la carrerilla hacia enallá» significaría «corría hacia aquel lugar».

—Enhaciendo el dónde de cómo los encuentros —dijo Beldre, sonriendo para sí, mientras leía la pizarra—. ¡Menudo galimatías!

—Enhaciendo el cómo del enquerer el hecho —repuso Fantasma, sonriendo, adoptando el acento total. Luego se ruborizó y se dio la vuelta.

—¿Qué? —preguntó ella.

¿Por qué siempre me comporto como un tonto cuando estoy con ella?, pensó. Los demás siempre se burlaban de mi argot... incluso Kelsier pensaba que era una tontería. ¡Y ahora empiezo a hablarlo delante de ella!

Se había sentido confiado y seguro mientras estudiaba sus planes antes de que ella llegara. ¿Por qué la muchacha podía sacarlo de su papel de líder y hacer que volviera a ser el antiguo Fantasma? El Fantasma que jamás habría sido importante.

—No deberías avergonzarte de tu acento —dijo Beldre—. Creo que es encantador.

—Acabas de decir que es un galimatías —replicó Fantasma, volviéndose hacia ella.

—¡Pero eso es lo mejor! Es un galimatías *a propósito*, ¿no?

Fantasma recordó con afecto cómo sus padres habían respondido a su adopción del argot. Era una especie de poder, poder decir cosas que solo sus

amigos comprendían. Naturalmente, había empezado a hablarlo tanto que le costó trabajo dar marcha atrás.

—A ver —dijo Beldre, mirando la pizarra—. ¿Qué dice ahí?

Fantasma vaciló.

—Solo pensamientos dispersos —contestó. Ella era su enemiga: debía recordarlo.

—¡Oh! —exclamó ella. Algo ilegible asomó a su rostro, y luego se dio la vuelta, apartándose de la pizarra.

Su hermano siempre la apartaba de sus reuniones, pensó Fantasma. Nunca le dijo nada importante. La hacía sentirse inútil...

—Necesito que tu hermano utilice su alomancia ante la gente —dijo Fantasma—. Para que vean que es un hipócrita.

Beldre se volvió.

—La pizarra está repleta de ideas mías. Aunque la mayoría no son muy buenas. Estoy intentando atacarlo, para obligarlo a defenderse.

—Eso no funcionará —repuso Beldre.

—¿Por qué no?

—No usará su alomancia contra ti. No se expondrá de esa forma.

—Si mi amenaza es fuerte, lo hará.

Beldre negó con la cabeza.

—Prometiste no hacerle daño. ¿Recuerdas?

—No —dijo Fantasma, alzando un dedo—. Prometí *intentar* encontrar otra manera. Y no pretendo matarlo. Solo necesito que *crea* que voy a hacerlo.

Beldre volvió a guardar silencio. El corazón de Fantasma se encogió.

—No lo haré, Beldre —dijo Fantasma—. No lo mataré.

—¿Lo prometes?

Fantasma asintió.

Ella lo miró, y sonrió.

—Quiero escribirle una carta. Tal vez pueda convencerlo para que te escuche. Podríamos evitar todo esto.

—Muy bien... —accedió Fantasma—. Pero te advierto que tendré que leer la carta para asegurarme de que no revelas nada que pudiera dañar mi posición.

Beldre asintió.

Naturalmente, Fantasma haría algo más que leerla. La reescribiría en otra hoja de papel, cambiando el orden de las líneas, y luego añadiría unas cuantas palabras sin importancia. Había trabajado en demasiadas bandas de ladrones

para saber que existían los cifrados. Por otra parte, asumiendo que Beldre estuviera siendo sincera con él, que le escribiera una carta a Quellion era buena idea. Eso no haría sino reforzar la posición de Fantasma.

Abrió la boca para preguntarle si su dormitorio era o no aceptable, pero se interrumpió al oír acercarse a alguien. Pisadas más fuertes esta vez. El capitán Goradel, supuso.

En efecto, poco después el soldado apareció rodeando la esquina de la habitación de Fantasma.

—Mi señor —dijo—, deberías ver esto.

LOS SOLDADOS SE HABÍAN MARCHADO.

Sazed y los demás miraban a través de la ventana, inspeccionando el solar vacío donde las tropas de Quellion habían estado acampadas las últimas semanas, vigilando el edificio del Ministerio.

—¿Cuándo se han marchado? —preguntó Brisa, frotándose reflexivamente la barbilla.

—Ahora mismo —explicó Goradel.

A Sazed, el movimiento le parecía ominoso por algún motivo. Se hallaba junto a Fantasma, Brisa y Goradel, aunque los demás parecían interpretar la retirada de los soldados como una buena señal.

—Bueno, ahora creo que podremos salir más fácilmente —comentó Goradel.

—Más que eso —dijo Fantasma—. Significa que puedo incorporar a nuestros propios soldados al plan contra Quellion. Nunca los podríamos haber sacado en secreto del edificio con medio ejército a las puertas, pero ahora...

—Sí —asintió Goradel—. Pero ¿adónde han ido? ¿Creéis que Quellion sospecha de nosotros?

Brisa bufó.

—Eso, mi querido amigo, parece una buena pregunta para tus exploradores. ¿Por qué no los envías a investigar adónde ha ido ese ejército?

Goradel asintió. Pero, para leve sorpresa de Sazed, el soldado se volvió hacia Fantasma en busca de confirmación. Fantasma asintió a su vez, y el capitán se marchó a transmitir las órdenes.

Se vuelve hacia el muchacho antes que hacia Brisa y hacia mí, pensó Sazed. No debería sorprenderle. Él mismo había accedido a dejarle el liderazgo, y para Goradel, los tres eran probablemente iguales. Todos pertenecían al

círculo interno de Elend; y de los tres, Fantasma era el mejor guerrero. Tenía sentido que lo considerara la principal fuente de autoridad.

Pero parecía raro ver a Fantasma dando órdenes a los soldados. Fantasma siempre había sido muy callado durante los días de la banda original. Y, sin embargo, Sazed empezaba a respetar también al muchacho. Fantasma sabía dar las órdenes como Sazed no sabía, y había mostrado una previsión notable en sus preparativos en Urteau, así como en sus planes para derrocar a Quellion. Tenía un gusto por lo dramático que Brisa no paraba de alabar.

No obstante, estaban aquella venda que llevaba en los ojos y otras cosas que no había explicado. Sazed sabía que tendría que haber insistido más en busca de respuestas, pero la verdad era que confiaba en Fantasma. Sazed lo conocía desde que apenas era capaz de comunicarse con los demás.

Mientras Goradel se iba, Fantasma se volvió hacia Sazed y Brisa.

—¿Y bien?

—Quellion planea algo —soltó Brisa—. Pero parece demasiado pronto para aventurar conclusiones.

—Estoy de acuerdo —coincidió Sazed—. Por ahora, sigamos con el plan.

Dicho esto, se separaron. Sazed se dirigió al fondo de la caverna, donde un gran grupo de soldados trabajaba en una zona bien iluminada con faroles. En los brazos llevaba el peso familiar de las mentecobres, dos en los brazos y dos en los antebrazos. En ellas se alojaba el conocimiento de ingeniería necesario para completar la tarea que Fantasma le había asignado.

Últimamente, Sazed no sabía qué pensar. Cada vez que subía las escaleras y se asomaba a la ciudad, veía peores signos. Las caídas de ceniza eran más copiosas. Los terremotos se volvían más y más frecuentes, y más y más violentos. Las brumas duraban cada vez más durante el día. El cielo oscurecía, el sol rojo era más una enorme cicatriz sangrante que una fuente de luz y vida. Los Montes de Ceniza volvían rojo el horizonte incluso durante la noche.

Le parecía que el fin del mundo debería ser una época donde los hombres *encontraran* la fe, no la perdieran. Sin embargo, el poco tiempo que había dedicado a estudiar las religiones de su cartapacio no había sido esperanzador. Veinte religiones más eliminadas, lo cual dejaba solo treinta candidatas potenciales.

Sacudió la cabeza para sí, mientras caminaba entre los esforzados soldados. Varios grupos trabajaban en maquinarias de madera llenas de rocas, sistemas de pesos que caerían para bloquear el agua que entraba en la cueva. Otros trabajaban en el sistema de poleas que harían bajar el mecanismo. Al

cabo de media hora, Sazed determinó que estaban haciendo bien su trabajo, y regresó a sus cálculos. Sin embargo, cuando se dirigía a su mesa, vio que Fantasma se le acercaba.

—Tumultos —le soltó Fantasma, caminando a su lado.

—¿Cómo dices, lord Fantasma?

—Ahí es adonde han ido los soldados. Alguien ha provocado un incendio, y los soldados que nos vigilaban hacían falta para apagarlo antes de que toda la ciudad ardiera en llamas. Aquí hay mucha más madera que en las ciudades del Dominio Central.

Sazed frunció el ceño.

—Me temo que nuestras acciones se están volviendo peligrosas.

Fantasma se encogió de hombros.

—A mí me parece bien. Esta ciudad está al borde de la ruptura, Sazed. Igual que Luthadel cuando nos hicimos con el control.

—La sola presencia de Elend Venture impidió que esa ciudad se destruyera a sí misma —recordó Sazed en voz baja—. La revolución de Kelsier podría haber acabado fácilmente en desastre.

—No pasará nada.

Sazed miró al joven mientras los dos recorrían la caverna. Fantasma parecía esforzarse en adoptar un aire de confianza. Tal vez Sazed se estaba volviendo cínico, pero le costaba trabajo ser tan optimista.

—No me crees —dijo Fantasma.

—Lo siento, lord Fantasma. No es eso... Es que parece que tengo problemas para tener fe en nada últimamente.

—¡Oh!

Caminaron un rato en silencio, hasta que llegaron al borde del cristalino lago subterráneo. Sazed se detuvo junto a las aguas, reconcomido por sus preocupaciones. Permaneció allí un rato, frustrado, sin encontrar la salida.

—¿Tú no te preocupas nunca, Fantasma? —preguntó por fin—. ¿No temes que fracasemos?

—No lo sé —respondió Fantasma, arrastrando los pies.

—Y es mucho más que *esto* —repuso Sazed, indicando las cuadrillas de trabajo—. El mismo cielo parece nuestro enemigo. La tierra se muere. ¿No te preguntas de qué sirve todo esto? ¿Por qué nos esforzamos siquiera? ¡Estamos condenados de todas formas!

Fantasma se ruborizó. Luego, finalmente, agachó la cabeza.

—No lo sé —repitió—. Yo... comprendo lo que estás haciendo, Sazed. Intentas averiguar si dudo de mí mismo. Supongo que puedes calarme.

Sazed frunció el ceño, pero Fantasma no lo estaba mirando.

—Tienes razón —dijo el joven, frotándose la frente—. Sí que me pregunto si fracasaré. Supongo que Tindwyl se habría molestado conmigo, ¿no? Creía que los líderes no deberían dudar de sí mismos.

Eso hizo vacilar a Sazed. *¿Qué estoy haciendo?*, pensó, horrorizado ante su estallido. *¿En esto me he convertido? Durante la mayor parte de mi vida, me resistí al Sínodo, me rebelé contra mi propio pueblo. Sin embargo, estaba en paz, confiado en que hacía lo adecuado.*

Ahora vengo aquí, donde la gente más me necesita, ¿y me siento y reprendo a mis amigos, diciéndoles que vamos a morir todos?

—Aunque dudo de mí mismo —dijo Fantasma, alzando la cabeza—, sigo creyendo que saldrá bien.

Sazed se sorprendió ante la esperanza que veía en los ojos del muchacho. *Eso es lo que yo he perdido.*

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Sazed.

—En realidad, no lo sé. Es solo... Bueno, ¿recuerdas aquella pregunta que me hiciste al llegar? Estábamos junto al lago, aquí mismo. Me preguntaste por la fe. Me preguntaste de qué servía, si solo hacía que la gente se lastimara una a otra, como ha hecho la fe de Quellion en el Superviviente.

Sazed contempló el lago.

—Sí —confirmó en voz baja—. Lo recuerdo.

—He estado pensando en eso desde entonces. Y... creo que tengo una respuesta.

—Por favor.

—La fe significa que no importa lo que pase. Puedes confiar en que hay alguien vigilando. Confiar en que alguien hará que todo salga bien.

Sazed frunció el ceño.

—Significa que siempre habrá una manera —susurró Fantasma, mirando al frente, los ojos brillantes, como si viera algo que Sazed no podía.

Sí, pensó Sazed. *Esto es lo que he perdido. Y lo que necesito recuperar.*

He llegado a ver que cada poder tiene tres aspectos: uno físico, que puede verse en las creaciones de Ruina y Conservación; uno espiritual, en la energía invisible que permea al mundo entero, y uno cognitivo, en las mentes que controlan esa energía.

Hay más. Mucho más que ni siquiera yo comprendo.

57



DEBERÍAS MATARLOS.

Vin alzó la cabeza cuando oyó a un par de guardias pasar ante la puerta de su celda. Había una cosa buena en la voz de Ruina: tendía a avisarla cuando había gente cerca, aunque lo hiciera siempre para decirle que los matara.

Una parte de ella se preguntaba si, en efecto, estaba loca. Después de todo, veía y oía cosas que nadie más podía. Sin embargo, si estuviera loca, no podría darse cuenta. Así que simplemente decidió aceptar lo que oía, y seguir adelante.

En verdad, se alegraba de tener la voz de Ruina. Aparte de eso, estaba sola en la celda. Todo permanecía en silencio. Ni siquiera los soldados hablaban, probablemente por orden de Yomen. Además, cada vez que Ruina hablaba, ella sentía que había aprendido algo. Por ejemplo, había descubierto que Ruina podía manifestarse en persona o afectarla desde lejos. Cuando su presencia real no la acompañaba en la celda, las palabras de Ruina eran mucho más simples y vagas.

Por ejemplo, la orden de Ruina de que matara a los guardias. No podía seguir esa sugerencia, no desde dentro de la celda. No era tanto una orden concreta como un intento de cambiar sus inclinaciones. Una vez más, eso le recordaba la alomancia, que ejercía una influencia general sobre las emociones de una persona.

Influencia general...

De repente se le ocurrió algo. Sondeó y, en efecto, todavía podía sentir los mil koloss que Elend le había entregado. Estaban aún bajo su control, lejanos, obedeciendo las órdenes generales que les había dado antes.

¿Podría usarlos de algún modo? ¿Para entregar un mensaje a Elend, tal vez? ¿Hacer que atacaran la ciudad y la liberaran? Al considerarlos, ambos planes parecían defectuosos. Enviarlos a Fadrex sería matarlos, y además se arriesgaba a desequilibrar los planes que Elend tenía para un ataque potencial. Podría enviarlos a buscar a Elend, pero probablemente los guardias del campamento los matarían, temiendo que fueran presas del ansia de sangre. Además, ¿qué les ordenaría hacer si llegaban a él? Podía ordenarles que emprendieran acciones, como atacar o recoger a alguien, pero nunca había intentado algo tan delicado como ordenarle a uno que dijera palabras concretas.

Intentó formar esas palabras en su cabeza y transmitirlas a los koloss, pero todo lo que recibió a cambio fue confusión. Tendría que esforzarse más con eso. Mientras lo pensaba, se preguntó si hacer llegar un mensaje a Elend sería la mejor forma de utilizarlos. Eso permitiría a Ruina conocer la herramienta potencial que tenía y que tal vez él no había advertido.

—Veo que por fin han encontrado una celda para ti —dijo una voz.

Vin alzó la cabeza, y allí estaba. Todavía bajo la forma de Reen, Ruina se hallaba con ella en la pequeña celda. Se mantenía erguido, mirándola casi con benevolencia. Vin se sentó en su camastro. Nunca había pensado que, de todos sus metales, echaría tanto de menos el bronce. Cuando Ruina regresaba para visitarla «en persona», quemar bronce le había permitido sentirlo a través de los pulbos y le advertía que había llegado, aunque no se le apareciera.

—Tengo que admitir que estoy decepcionado contigo, Vin —dijo Ruina.

Usaba la voz de Reen, pero imbuida en una sensación de... edad. De tranquila sabiduría. La naturaleza paternal de aquella voz, mezclada con el rostro de Reen y su propio conocimiento del deseo de la criatura por destruir, era inquietante.

—La última vez que te capturaron y te encerraron sin metales —continuó Ruina—, no pasó ni una noche antes de que mataras al lord Legislador y derrocaras el imperio. Ahora llevas prisionera... ¿cuánto?, ¿una semana?

Vin no respondió. *¿Por qué viene a burlarse de mí? ¿Acaso espera descubrir algo?*

Ruina sacudió la cabeza.

—Esperaba que al menos mataras a Yomen.

—¿Por qué te preocupa tanto su muerte? —preguntó Vin—. A mí me parece que está de tu parte.

Ruina sacudió la cabeza, las manos a la espalda.

—Veo que sigues sin comprender. *Todos* estás de mi parte, Vin. Yo os creé. Sois mis herramientas... todos y cada uno de vosotros. Zane, Yomen, tú, tu querido emperador Venture...

—No. Zane era tuyo, y Yomen está obviamente equivocado. Pero Elend... él luchará contra ti.

—No puede —repuso Ruina—. Eso es lo que te niegas a comprender, niña. No se me puede combatir, pues el mero hecho de luchar avanza mis objetivos.

—Tal vez los hombres malvados te ayuden. Pero Elend no. Es una buena persona, y ni siquiera tú puedes negarlo.

—Vin, Vin. ¿*Por qué* no puedes verlo? Esto no es cosa del bien y del mal. La moralidad no tiene nada que ver en esto. Los hombres buenos matan con la misma rapidez que los malos por lo que quieren... solo que lo que quieren es diferente.

Vin guardó silencio.

Ruina sacudió la cabeza.

—Sigo intentando explicarlo. Este proceso en el que estamos envueltos, el final de todas las cosas... no es una *lucha*, sino una sencilla culminación de lo inevitable. ¿Puede fabricar el hombre un reloj de bolsillo al que no acabe por gastársele la cuerda? ¿Puedes imaginar un farol que no se apague? Todas las cosas terminan. Piensa en mí como en un cuidador, el que vigila la tienda y se asegura de que las luces están apagadas, que todo está recogido cuando llega la hora de cerrar.

Por un momento, la hizo dudar. Había cierta verdad en sus palabras, y ver los cambios en la tierra estos últimos años, cambios que habían comenzado antes de que Ruina fuera liberado, la hizo vacilar.

Sin embargo, había algo en la conversación que la molestaba. Si lo que Ruina decía era cierto, ¿por qué se preocupaba por ella? ¿Por qué volvía a hablarle?

—Supongo que has ganado, entonces —dijo en voz baja.

—¿Ganar? —preguntó Ruina—. ¿No lo entiendes? No tengo nada que ganar, niña. Las cosas pasan como deben pasar.

—Ya veo.

—Sí, tal vez —dijo Ruina—. Creo que tal vez podrías comprenderlo. —Se dio la vuelta y empezó a caminar sin hacer ruido de un lado de la celda al otro

—: Eres una parte de mí, ¿sabes? Hermosa destructora. Burda y efectiva. De todos los que he reclamado durante estos breves mil años, tú eres la única que creía capaz de comprenderme.

¡Está regodeándose!, pensó Vin. *Por eso está aquí... ¡Porque quiere asegurarse de que alguien comprenda lo que ha conseguido!* Había una sensación de orgullo y victoria en los ojos de Ruina. Eran emociones humanas, emociones que Vin podía comprender.

En ese momento, Ruina dejó de ser algo indeterminado en su mente, y se convirtió en él.

Vin empezó a pensar, por primera vez, que podía encontrar un modo de derrotarlo. Era poderoso, tal vez incluso incomprendible. Pero había visto humanidad en él, y esa humanidad podía ser engañada, manipulada y rota. Tal vez era la misma conclusión que había extraído Kelsier, después de mirar a los ojos al lord Legislador aquella aciaga noche en que fue capturado. Finalmente, Vin sintió como si lo comprendiera, y supiera cómo sentaba emprender algo tan osado como la derrota del lord Legislador.

Pero Kelsier tuvo años para planear, pensó Vin. *Yo... ni siquiera sé cuánto tiempo tengo. No mucho, supongo.* Mientras reflexionaba, se produjo otro terremoto. Las paredes temblaron, y Vin oyó a los guardias maldecir en el pasillo cuando algo se cayó y se rompió. Y Ruina... parecía estar en un estado de dicha, los ojos cerrados, la boca levemente abierta y con aspecto de satisfacción mientras el edificio y la ciudad se estremecían.

Al poco rato, todo se tranquilizó. Ruina abrió los ojos y la miró.

—Esto que hago es *pasión*, Vin. ¡Son acontecimientos dinámicos, cambio! Por eso Elend y tú sois tan importantes para mí. La gente con pasión es gente que destruye... pues la pasión de un hombre no se cumple hasta que demuestra cuánto está dispuesto a sacrificar por ella. ¿Matará? ¿Irá a la guerra? ¿Romperá y deshará lo que tiene, todo en nombre de lo que necesita?

No es solo que Ruina sienta que ha conseguido algo, pensó Vin, *siente que ha vencido. A pesar de lo que dice, piensa que ha ganado, que ha derrotado a algo... pero ¿qué o quién? ¿A nosotros? No seríamos adversario para una fuerza como él.*

Una voz del pasado pareció susurrarle. *Primero, hay algo que tienes que comprender sobre la alomancia.*

La consecuencia. Acción y reacción. Si Ruina tenía poder para destruir, entonces había algo que se le oponía. Tenía que haberlo. Ruina tenía un opuesto, un oponente. O lo tuvo.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Vin.

Ruina vaciló, frunciendo el ceño mientras se volvía hacia ella.

—A tu opuesto —precisó Vin—. Al que una vez impidió que destruyeras el mundo.

Ruina guardó silencio durante largo rato. Entonces sonrió, y Vin vio algo escalofriante en aquella sonrisa. El conocimiento de que él tenía razón. Vin era parte de él. Lo comprendía.

—Conservación está muerto —reveló Ruina.

—¿Lo mataste tú?

Ruina se encogió de hombros.

—Sí, pero no. Se entregó para crear una jaula. Aunque sus estertores de agonía han durado varios miles de años, ahora, por fin, ha muerto. Y el trato llega a su culminación.

Conservación, pensó Vin, mientras una pieza de un gigantesco todo encajaba en su sitio. *El opuesto de Ruina. Una fuerza como esa no podía haber destruido a su enemigo, porque representaría lo opuesto a la destrucción. Pero aprisionarlo estaría dentro de sus poderes.*

Una prisión que acabó cuando yo renuncié al poder en el Pozo.

—Y así ves la inevitabilidad —dijo Ruina en voz baja.

—No pudiste crearlo tú solo, ¿no? El mundo, la vida. No puedes crear, solo puedes destruir.

—Él tampoco podía crear —replicó Ruina—. Solo podía conservar. Conservar no es crear.

—Por eso trabajabais juntos.

—Ambos con una promesa —dijo Ruina—. Mi promesa fue trabajar con él para crearos... vida que piensa, vida que ama.

—¿Y su promesa? —preguntó Vin, temiendo conocer la respuesta.

—Que yo podría acabar destruyéndoos. Y he venido a reclamar lo que se me prometió. El único sentido de crear algo es verlo morir. Como una historia que debe alcanzar un clímax, lo que he hecho no se cumplirá hasta que haya llegado el final.

No puede ser cierto, pensó Vin. *Conservación. Si realmente representa un poder en el universo, no pudo haber sido destruido de verdad, ¿no?*

—Sé lo que estás pensando —dijo Ruina—. No puedes contar con el poder de Conservación. Está muerto. No pudo matarme, ya ves. Solo pudo aprisionarme.

Sí. Eso ya lo había descubierto. No puedes leerme la mente, ¿verdad?

Ruina continuó.

—Debo decir que fue un acto indigno. Conservación trató de escapar a nuestro trato. ¿No lo llamarías un acto maligno? Es, como dije antes: bien y mal tienen poco que ver con ruina o conservación. Un hombre malvado protegerá lo que desea con tanta intensidad como un hombre bueno.

Pero algo impide a Ruina destruir el mundo ahora, pensó. Pese a todas sus palabras sobre historias y finales, no es una fuerza que espere el momento «adecuado». Hay algo más en esto, algo más que no comprendo.

—¿Qué lo retiene?

—Vengo a ti —confesó Ruina—, porque quiero que al menos tú observes y veas. Quiero que sepas. Pues ha llegado.

Vin se irguió.

—¿Qué? ¿El final?

Ruina asintió.

—¿Cuánto falta?

—Días —respondió Ruina—, que no semanas.

Vin sintió un escalofrío al advertir algo. Había acudido a ella, revelándose por fin, porque estaba prisionera. Creía que ya no había ninguna posibilidad más para la humanidad. Daba por hecho que había vencido.

Lo cual significa que hay un modo de derrotarlo, pensó con decisión. Y tiene que ver conmigo. Pero no puedo hacerlo aquí, o no habría venido a regodearse.

Y eso significaba que tenía que ser libre. Rápido.

Una vez que se empiezan a entender estas cosas, puede verse cómo Ruina estaba atrapado aunque la mente de Conservación se perdiera, expandida para crear la prisión. A pesar de que la conciencia de Conservación estaba casi destruida, su espíritu y su cuerpo seguían existiendo. Y, como fuerza opuesta a Ruina, todavía podían impedir que Ruina destruyera.

O, al menos, impedirle que destruyera las cosas demasiado rápido. Cuando su mente quedó liberada de su prisión, la destrucción se aceleró enseguida.

58



—APOYAD AQUÍ VUESTRO PESO —dijo Sazed, señalando una palanca de madera—. El contrapeso caerá, bajará los cuatro portantes y cortará el flujo a la caverna. Os advierto, sin embargo, que la explosión de agua arriba será bastante espectacular. Deberíamos poder llenar los canales de la ciudad en cuestión de horas, y sospecho que una porción de la zona norte quedará inundada.

—¿Será peligroso? —preguntó Fantasma.

—No lo creo —contestó Sazed—. El agua estallará a través de los conductos del edificio de intercambio que tenemos al lado. He inspeccionado el equipo, y parece sólido. El agua *debería* fluir directamente a los canales, y a partir de ahí salir a la ciudad. Sea como sea, yo no querría estar en esos surcos callejeros cuando llegue esta agua. La corriente será bastante rápida.

—Me he encargado de eso —dijo Fantasma—. Durn va a asegurarse de que la gente se aleje de los canales.

Sazed asintió. Fantasma no podía evitar estar impresionado. La complicada construcción de madera, engranajes y cables parecía que debería haber tardado meses en ser construida, no semanas. Grandes cadenas de rocas contrapesaban las cuatro puertas, que colgaban, dispuestas a bloquear el río.

—¡Es sorprendente, Sazed! —exclamó Fantasma—. Con un signo tan espectacular como la reaparición de las aguas del canal, el pueblo *seguro* que nos escuchará a nosotros en vez de al Ciudadano.

Los hombres de Brisa y Durn habían estado esforzándose durante las últimas semanas, susurrando a la gente que esperara un milagro del Superviviente de las Llamas. Algo extraordinario, algo que demostraría, de una vez por todas, quién era el legítimo amo de la ciudad.

—Es lo mejor que pude hacer —dijo Sazed, inclinando modestamente la cabeza—. Los sellos no serán perfectamente estancos, por supuesto. Sin embargo, eso poco debería importar.

Fantasma se volvió hacia cuatro soldados de Goradel.

—¿Comprendéis lo que tenéis que hacer?

—Sí, señor —respondió el soldado jefe—. Esperamos al mensajero, y luego tiramos de esta palanca.

—Si no viene ningún mensajero, hacedlo al anochecer —dijo Fantasma.

—Y —añadió Sazed, alzando un dedo— no olvidéis girar el mecanismo de sellado de la otra sala, que mantiene el flujo de agua *fuera* de esta cámara. De lo contrario, el lago acabará vaciándose. Será mejor mantener esta reserva llena, por si acaso.

—Sí, señor —dijo el soldado asintiendo.

Fantasma se volvió y contempló la caverna. Los soldados se preparaban. Iba a necesitar a la mayoría para las actividades de la noche. Parecían ansiosos: habían pasado demasiado tiempo encerrados en la cueva y el edificio de arriba. A un lado, Beldre miraba con interés la maquinaria de Sazed. Fantasma se apartó de los soldados y se acercó a ella con paso vivo.

—¿De verdad que vais a hacerlo? —preguntó Beldre—. ¿Vais a devolver el agua a los canales?

Fantasma asintió.

—A veces imaginaba cómo sería que las aguas volvieran —dijo Beldre—. La ciudad no parecería tan yerma... Sería importante, como en los primeros días del Imperio Final. Todos esos preciosos canales de agua. No más feos surcos en la tierra.

—Será una visión maravillosa —repuso Fantasma, sonriendo.

Beldre tan solo sacudió la cabeza.

—Me... sorprende que puedas ser personas tan diferentes al mismo tiempo. ¿Cómo puede el hombre que va a hacer algo tan hermoso por mi ciudad planear, también, su destrucción?

—Beldre, no planeo destruir tu ciudad.

—Solo su gobierno.

—Hago lo que hay que hacer.

—Los hombres dicen esas cosas con demasiada facilidad. Sin embargo, todo el mundo tiene una opinión diferente de «lo que hay» que hacer.

—Tu hermano tuvo su oportunidad.

Beldre agachó la cabeza. Todavía llevaba consigo la carta que habían recibido antes, una respuesta de Quellion. La súplica de Beldre había sido apasionada, pero Ciudadano había respondido con insultos, dando a entender que se había visto obligada a escribir aquellas palabras porque estaba prisionera.

No temo a un usurpador, decía la carta. *Me protege el mismo Superviviente.*

No tendrás esta ciudad, tirano.

Beldre alzó la mirada.

—No lo hagas —susurró—. Dale más tiempo. Por favor.

Fantasma vaciló.

—No hay más tiempo —susurró Kelsier—. Haz lo que debas hacer.

—Lo siento —se disculpó Fantasma, volviéndose—. Quédate con los soldados: dejo cuatro hombres para vigilarte. No para impedirte que huyas, aunque lo harán. Quiero que te quedes dentro de esta caverna. No puedo prometerte que las calles sean seguras.

La oyó sollozar en voz queda tras él. La dejó allí, y luego se dirigió al grupo de soldados. Un hombre le entregó sus bastones de duelo y su capa chamuscada. Goradel se plantó ante sus soldados, con porte orgulloso.

—Estamos preparados, mi señor.

Brisa se acercó a él, sacudiendo la cabeza y golpeando el suelo con su bastón. Suspiró.

—Bien, allá vamos de nuevo...

LA OCASIÓN ERA UN DISCURSO que Quellion llevaba promoviendo desde hacía tiempo. Había interrumpido las ejecuciones, como si por fin se hubiera dado cuenta de que las muertes contribuían a la inestabilidad de su gobierno. Al parecer, pretendía virar hacia la benevolencia y celebrar encuentros públicos para recalcar las cosas maravillosas que estaba haciendo por la ciudad.

Fantasma caminaba solo, un poco por delante de Brisa, Allrianne, y Sazed, que charlaban detrás. Algunos de los soldados de Goradel también los seguían, vestidos con ropas corrientes de Urteau. Fantasma había dividido sus fuerzas, enviándolas por caminos distintos. Todavía no estaba oscuro: para Fantasma, el sol que se ponía era brillante, y lo obligaba a llevar la venda y los anteojos. A Quellion le gustaba celebrar sus discursos al anochecer, para que las brumas llegaran durante ellos. Le gustaba la conexión implícita con el Superviviente.

Una figura salió cojeando de una calleja junto a Fantasma. Durn caminaba encorvado, con una capa que lo ensombrecía. Fantasma respetaba la insistencia del hombre contrahecho de dejar la seguridad de las Gradas y salir él mismo a realizar sus encargos. Tal vez por eso había acabado siendo líder de los bajos fondos de la ciudad.

—La gente se está congregando, como era de esperar —dijo Durn, tosiendo débilmente—. Algunos de tus soldados ya están allí.

Fantasma asintió.

—Las cosas en la ciudad están agitadas —dijo Durn—. Me preocupa. Segmentos que no puedo controlar ya han empezado a saquear algunas de las mansiones nobles prohibidas. Mis hombres están todos ocupados intentando sacar a la gente de los surcos callejeros.

—No pasará nada —tranquilizó Fantasma—. La mayoría del populacho estará en el discurso.

Durn guardó silencio un momento.

—Se rumorea que Quellion va a usar su discurso para denunciarte —dijo al fin—, y luego ordenar un ataque al edificio del Ministerio donde os alojáis.

—Entonces será buena cosa que no estemos allí —repuso Fantasma—. No debería haber retirado a sus soldados, aunque los necesite para mantener el orden en la ciudad.

Durn asintió.

—¿Qué? —preguntó Fantasma.

—Espero que sepas manejar esto, muchacho. Cuando esta noche acabe, la ciudad será tuya. Trátala mejor que Quellion.

—Lo haré.

—Mis hombres crearán un tumulto para ti en la reunión. Adiós.

Durn dobló la primera esquina a la izquierda y desapareció por otro callejón con surcos.

La multitud empezaba a congregarse. Fantasma se echó la capucha, manteniendo los ojos protegidos mientras se abría paso entre el gentío. Dejó

rápidamente atrás a Sazed y los otros, y se encaminó por una rampa a la plaza que Quellion había elegido para su discurso, donde sus hombres habían levantado un escenario de madera para que pudiera dirigirse a la multitud. El discurso ya había comenzado. Fantasma se detuvo a escasa distancia de una patrulla de guardia. Muchos de los soldados de Quellion rodeaban el escenario, vigilando a la multitud.

Transcurrieron los minutos, y Fantasma los pasó escuchando resonar la voz de Quellion, aunque sin prestar atención a las palabras. A su alrededor caía la ceniza, manchando a la muchedumbre. Las brumas empezaban a retorcerse en el aire.

Escuchó, escuchó con oídos que ningún otro hombre prestaba. Usó la extraña habilidad de la alomancia para filtrar e ignorar, oyendo a través del parloteo y los susurros y los roces y las toses, como si de algún modo pudiera ver a través de las oscurecedoras brumas. Oía a la ciudad. Gritos en la distancia.

Estaba empezando.

—¡Demasiado rápido! —susurró una voz, un mendigo que se acercaba a la vera de Fantasma—. ¡Durn dice que hay tumultos en las calles, y no los ha empezado él! No puede controlarlos. ¡Mi señor, la ciudad está empezando a arder!

—Fue una noche no muy distinta a esta —susurró otra voz, la de Kelsier—. Una noche gloriosa. Cuando tomé la ciudad de Luthadel y la hice mía.

Una perturbación se produjo al fondo de la multitud: los hombres de Durn iniciaban su distracción. Algunos de los guardias de Quellion se pusieron en marcha para aplacar el inminente tumulto. El Ciudadano continuó lanzando sus acusaciones. Fantasma oyó su propio nombre en las palabras de Quellion, pero el contexto era simplemente ruido.

Fantasma recostó la cabeza y miró al cielo. La ceniza caía hacia él, como si surcara el aire. Como un nacido de la bruma.

La capucha se le cayó hacia atrás. Los hombres que lo rodeaban susurraron sorprendidos.

Un reloj sonó a lo lejos. Los soldados de Goradel corrieron hacia el escenario. A su alrededor, Fantasma pudo sentir que un brillo se alzaba. Los fuegos de la rebelión, que incendiaban la ciudad. Igual que la noche que Kelsier había derrocado al lord Legislador. Las antorchas de la revolución. Entonces el pueblo había puesto a Elend en el trono.

Esta vez, pondrían a Fantasma.

No más debilidad, pensó. ¡Nunca más débil!

Los últimos soldados de Quellion se apartaron del escenario, disponiéndose a entablar combate con los hombres de Goradel. La multitud se apartó de la batalla, pero nadie huyó. Estaban bien preparados para los acontecimientos de esa noche. Muchos esperarían los signos que Fantasma y Durn habían prometido, signos revelados apenas unas horas antes, para minimizar el riesgo de que los espías de Quellion se enteraran del plan de Fantasma. Un milagro en los canales, y la prueba de que Quellion era alomante.

Si el Ciudadano, o incluso alguno de sus guardias en el escenario, lanzaba monedas o empleaba la alomancia para saltar al aire, la gente lo vería. Sabrían que habían sido engañados. Y eso sería el fin. La multitud se apartó de los soldados, dejando solo a Fantasma. La voz de Quellion finalmente se apagó. Algunos de sus soldados corrían para llevárselo del escenario.

Los ojos de Quellion se toparon con Fantasma. Solo entonces mostraron miedo.

Fantasma saltó. No podía empujarse con acero, pero el poder del peltre avivado impulsaba sus piernas. Surcó el aire y rebasó fácilmente el borde del escenario, hasta aterrizar agazapado. Sacó un bastón de duelo, y se abalanzó hacia el Ciudadano.

Tras él, la gente empezó a gritar. Fantasma oyó su nombre. Superviviente de las Llamas. Superviviente. No iba solo a matar a Quellion, sino a destruirlo. A socavar su dominio, tal como había sugerido Brisa. En ese momento, el aplacador y Allrianne estarían manipulando a la muchedumbre, impidiendo que huyera presa del pánico. Los retenían allí.

Para que pudieran ver el espectáculo que Fantasma estaba a punto de ofrecer.

Los guardias de Quellion vieron demasiado tarde a Fantasma. Derribó fácilmente al primero, aplastándole el cráneo dentro del casco. Quellion gritó pidiendo más ayuda.

Fantasma atacó al otro hombre, pero su objetivo se apartó, de manera sobrenaturalmente rápida. Fantasma se echó a un lado justo a tiempo para esquivar un golpe, y el arma le rozó la mejilla. El hombre era alomante: quemaba peltre. El enorme bruto no llevaba espada, sino una maza de filo de obsidiana.

El peltre no es lo bastante espectacular, pensó Fantasma. La gente no sabrá distinguir si un hombre se mueve demasiado rápido o resiste demasiado. Tengo

que hacer que Quellion lance monedas.

El violento retrocedió, advirtiendo claramente la velocidad incrementada de Fantasma. Mantuvo el arma preparada y alerta, pero no atacó. Solo tenía que perder el tiempo, permitiendo que su compañero se llevase a Quellion. El violento no sería un enemigo fácil: tendría más habilidad que Fantasma, y sería aún más fuerte.

—Tu familia es libre —mintió Fantasma tranquilamente—. Los salvamos antes. Ayúdanos a capturar a Quellion... Ya no tiene con qué amenazarte.

El violento se detuvo, bajando su arma.

—¡Mátalo! —exclamó Kelsier.

Ese no era el plan de Fantasma, pero respondió a la orden. Se abrió paso entre la guardia del hombre, que se quedó aturdido, y al hacerlo, Fantasma le descargó un revés en el cráneo. El bastón se rompió. El violento cayó al suelo, y Fantasma cogió el arma del hombre, la maza de obsidiana.

Quellion se hallaba en el filo del escenario. Fantasma saltó, cruzando la plataforma de madera. Él sí que podía usar la alomancia: no había predicado en contra. Solo Quellion, el hipócrita, tenía que temer usar sus poderes.

Fantasma abatió al guardia restante al aterrizar, y los filos irregulares de obsidiana desgarraron la carne. El soldado cayó, y Quellion se volvió.

—¡No te temo! —exclamó con la voz temblorosa—. ¡Estoy protegido!

—¡Mátalo! —ordenó Kelsier, apareciendo visiblemente en el escenario a poca distancia. Por lo general, el Superviviente solo hablaba en su mente: no había vuelto a aparecerse desde el día del edificio en llamas. Eso significaba que estaban ocurriendo cosas importantes.

Fantasma agarró al Ciudadano por la camisa, tirando de él. Alzó la porra de madera, y las gotas de sangre de los filos de obsidiana le corrieron por la palma.

—¡No!

Fantasma se inmovilizó al oír la voz, y entonces se volvió para mirar a un lado. *Ella* estaba aquí, abriéndose paso entre la muchedumbre y dirigiéndose hacia la zona despejada ante el escenario.

—¿*Beldre*? —preguntó Fantasma—. ¿Cómo has salido de la caverna?

Sin embargo, como era lógico, ella no pudo oírlo. Solo la sobrenatural capacidad auditiva de Fantasma le había permitido captar su voz entre los sonidos del miedo y la batalla. La miró a los ojos a través de la distancia y la vio susurrar las palabras, más que oírlas.

Por favor. Lo prometiste.

—¡Mátalo!

Quellion escogió este momento para intentar zafarse. Fantasma se volvió, y tiró de él, con más fuerza esta vez, casi rasgándole la camisa mientras lo derribaba a la plataforma de madera. El Ciudadano dejó escapar un grito de dolor, y Fantasma alzó con ambas manos su brutal arma.

Algo chispeó a la luz del fuego. Fantasma apenas sintió el impacto, aunque lo hizo estremecerse. Se tambaleó, bajó la mirada, y vio sangre en su costado. Algo había perforado la piel de su brazo izquierdo y su hombro. No una flecha, aunque se había movido como una de ellas. Su brazo sangraba, y aunque no podía sentir el dolor, parecía que sus músculos no funcionaban adecuadamente.

Algo me ha golpeado. Una... moneda.

Se dio la vuelta. Beldre estaba en primera fila, llorando, la mano alzada hacia él.

Estuvo presente el día que me capturaron, junto a su hermano, pensó Fantasma, aturdido. Siempre la tiene cerca. Para protegerla, pensábamos.

¿O al revés?

Fantasma se irguió. Quellion gemía ante él. Del brazo de Fantasma chorreó un reguero de sangre donde lo había alcanzado la moneda de Beldre, pero lo ignoró, y siguió mirándola.

—La alomante eras tú —susurró—. No tu hermano.

Y entonces la multitud empezó a gritar, posiblemente instada por Brisa.

—¡La hermana del Ciudadano es alomante!

—¡Hipócrita!

—¡Mentiroso!

—¡Mató a mi hermano y dejó viva a su propia hermana!

Beldre gimió mientras la gente, cuidadosamente preparada y situada, veía la prueba que Fantasma les había prometido. No consiguió el objetivo que pretendía, pero la máquina que había puesto en marcha no podía ser detenida ahora. La muchedumbre se reunió en torno a Beldre, gritando airada, empujándose.

Fantasma avanzó hacia ella, alzando el brazo herido. Entonces una sombra se cernió sobre él.

—Planeaba traicionarte, Fantasma —dijo Kelsier.

Fantasma se volvió para mirar al Superviviente. Allí estaba, alto y orgulloso, como el día que se enfrentó al lord Legislador.

—Esperabas a un asesino —dijo Kelsier—. No te diste cuenta de que Quellion ya te había enviado a uno. Su hermana. ¿No te pareció extraño que la permitiera huir de él y entrar en la propia base de su enemigo? La envió para matarte. A ti, a Sazed y a Brisa. El problema es que la criaron como a una niña rica y mimada. No está acostumbrada a matar. Nunca lo estuvo. Y nunca corriste peligro.

La multitud se abalanzó, y Fantasma se volvió, preocupado por Beldre. Sin embargo, se calmó un poco cuando advirtió que la gente simplemente la empujaba hacia el escenario.

—¡Superviviente! —entonaban—. ¡Superviviente de las Llamas!

—¡Rey!

Empujaron a Beldre, obligándola a subir a la plataforma. Su vestido escarlata desgarrado, su figura magullada, el pelo castaño en desorden. A un lado, Quellion gimió. Fantasma parecía haberle roto el brazo sin darse cuenta.

Fantasma se acercó para ayudar a Beldre. Sangraba por varios cortes menores, pero estaba viva. Y lloraba.

—Ella era su guardaespaldas —dijo Kelsier, caminando junto a Beldre—. Por eso estaba siempre con él. En cambio, Quellion no es alomante. Nunca lo fue.

Fantasma se arrodilló junto a ella y se encogió al ver de cerca sus magulladuras.

—Ahora debes matarla —dijo Kelsier.

Fantasma alzó la cabeza, mientras la sangre le corría por el corte de su cara, donde le había rozado el violento, y le chorreaba desde la barbilla.

—¿Qué?

—¿Quieres el poder, Fantasma? —preguntó Kelsier, avanzando un paso—. ¿Quieres ser mejor alomante? Bien, el poder debe venir de alguna parte. Nunca es gratis. Esta mujer es una lanzamonedas. Mátala, y podrás tener su habilidad. Yo mismo te la daré.

Fantasma miró a la mujer que lloraba. Todo le parecía irreal, como si no estuviera aquí. Respiraba con dificultad, entre jadeos, y su cuerpo se estremecía a pesar del peltre. La gente cantaba su nombre. Quellion murmuraba algo. Beldre seguía llorando.

Fantasma extendió la mano ensangrentada, se arrancó la venda y los anteojos quedaron libres. Se puso en pie, tambaleándose, y contempló la ciudad.

Vio que ardía en llamas.

Los sonidos de los disturbios retumbaban por las calles. Las llamas ardían en una docena de puntos diferentes, iluminando las brumas, proyectando una neblina infernal sobre la ciudad. No eran los fuegos de la rebelión. Eran los fuegos de la destrucción.

—Esto es un error... —susurró Fantasma.

—Tomarás la ciudad, Fantasma —avanzó Kelsier—. ¡Tendrás lo que siempre quisiste! Serás como Elend, y como Vin. ¡Mejor que ambos! ¡Tendrás los títulos de Elend y el poder de Vin! ¡Serás como un dios!

Fantasma se apartó de la ciudad en llamas cuando algo captó su atención. Quellion extendía su brazo sano, lo extendía hacia...

Hacia Kelsier.

—Por favor —susurraba Quellion. Parecía ver al Superviviente, aunque nadie más alrededor de ellos podía hacerlo—. Mi señor Kelsier, ¿por qué me has abandonado?

—Te di peltre, Fantasma —repuso Kelsier, airado, sin mirar a Quellion—. ¿Me rechazarás ahora? Debes soltar uno de los clavos de acero que sostienen este escenario. Luego debes apretar a la chica contra ti. Mátala con el clavo y que se hunda en tu propio cuerpo. ¡Es la única forma!

Matarla con el clavo... pensó Fantasma, aturdido. *Todo empezó el día en que estuve a punto de morir. Luchaba contra un violento en el mercado; lo usé como escudo. Pero... el otro soldado me hirió de todas formas, atravesó a su amigo y me alcanzó a mí.*

Fantasma se apartó de Beldre y se arrodilló junto a Quellion. El hombre sollozó cuando Fantasma lo apretujó contra los tablones de madera.

—¡Eso es! —exclamó Kelsier—. Mátalo primero.

Pero Fantasma no escuchaba. Desgarró la camisa de Quellion, explorándole el hombro y el pecho. No había nada raro en ninguno de los dos. El antebrazo del Ciudadano, sin embargo, estaba atravesado por un metal. Parecía bronce. Con mano temblorosa, Fantasma liberó el metal. Quellion gritó.

Pero también lo hizo Kelsier.

Fantasma se dio la vuelta, con el clavo de bronce ensangrentado en la mano. Kelsier avanzó, furioso, las manos como garras.

—¿Qué eres? —preguntó Fantasma.

La cosa gritó, pero Fantasma la ignoró, contemplando su propio pecho. Se abrió la camisa y dejó al descubierto la herida casi sanada de su hombro. Un atisbo de metal aún brillaba allí, la punta de la espada. La espada que había

traspasado a un alomante, lo había matado y luego había entrado en el propio cuerpo de Fantasma. Kelsier le había dicho que dejara allí el fragmento roto. Como símbolo de lo que había experimentado.

La punta del fragmento sobresalía en la piel de Fantasma. ¿Cómo la había olvidado? ¿Cómo había ignorado una pieza de metal relativamente grande dentro de su cuerpo? Fantasma llevó la mano hacia ella.

—¡No! —gritó Kelsier—. Fantasma, ¿quieres volver a ser normal? ¿Quieres volver a ser inútil? ¡Perderás tu peltre y volverás a ser débil, como cuando dejaste morir a tu tío!

Fantasma vaciló.

No, pensó. *Aquí falla algo. Se suponía que iba a desenmascarar a Quellion, obligarlo a usar su alomancia, pero en vez de eso he atacado. Quería matar. He olvidado nuestros planes y preparativos. He traído la destrucción a esta ciudad.*

¡Eso no está bien!

Se sacó la daga de cristal de la bota. Kelsier le gritaba horriblemente a los oídos, pero Fantasma actuó de todas formas, cortando la carne de su pecho. Buscó en el interior con dedos amplificados por el peltre y agarró el anillo de acero que estaba clavado dentro.

Entonces liberó el trozo de metal y lo arrojó al otro lado del escenario, dejando escapar un grito de dolor. Kelsier desapareció de inmediato. Y también la capacidad de Fantasma de quemar peltre.

Todo lo golpeó a la vez: la fatiga de exigirse tanto durante el tiempo transcurrido en Urteau, las heridas que había estado ignorando, la súbita explosión de luz, sonido, olor y sensación que el peltre le había permitido resistir. Lo asaltó como una fuerza física, aplastándolo. Se desplomó sobre la plataforma.

Gimió, incapaz de seguir pensando. Solo podía dejar que la negrura se apoderara de él...

La ciudad de Beldre está ardiendo.

Negrura...

Miles de personas morirán en los incendios.

Las brumas le cosquillearon las mejillas. En la cacofonía, Fantasma había dejado que el estrépito de su estarn, avivándolo de toda sensación, le permitiera sentirse felizmente aturrido. Era mejor así.

¿Quieres ser como Kelsier? ¿Como Kelsier de verdad? ¡Entonces lucha cuando estés derrotado!

—¡Lord Fantasma! —La voz era leve.

¡Sobrevive!

Con un grito de dolor, Fantasma avivó estaño. Como hacía siempre, el metal provocó una oleada de sensaciones, miles de ellas, que lo asaltaban a la vez. Dolor. Tacto. Oído. Sonidos, olores, luces.

Y lucidez.

Fantasma se obligó a ponerse de rodillas, tosiendo. La sangre seguía corriéndole por el brazo. Alzó la cabeza. Sazed se deslizaba hacia la plataforma.

—¡Lord Fantasma! —gritó Sazed, jadeando—. ¡Lord Brisa intenta sofocar las algaradas, pero hemos presionado demasiado a esta ciudad! La gente la destruirá en su ira.

—Las llamas —croó Fantasma—. Tenemos que apagar los incendios. La ciudad está demasiado seca; contiene demasiada madera. Arderá con toda la gente dentro.

Sazed parecía triste.

—Es imposible. ¡Tenemos que salir de aquí! Este tumulto nos destruirá.

Fantasma miró a un lado. Beldre estaba arrodillada junto a su hermano. Le había vendado la herida y le había hecho un cabestrillo improvisado. Quellion miró a Fantasma, con aspecto aturdido. Como si acabara de despertar de un sueño.

Fantasma se puso en pie a duras penas.

—No abandonaremos la ciudad, Sazed.

—Pero...

—*No!* Hui de Luthadel y dejé morir a Clubs. ¡No volveré a huir! Podemos detener las llamas. Solo necesitamos agua.

Sazed se detuvo.

—Agua —repitió Beldre, poniéndose en pie.

—Los canales se llenarán pronto —dijo Fantasma—. Podemos organizar brigadas de bomberos... Usar la inundación para detener las llamas.

Beldre agachó la cabeza.

—No habrá ninguna inundación, Fantasma. Los guardias que dejaste... los ataqué con monedas.

Fantasma sintió un escalofrío.

—*Muertos?*

Ella sacudió la cabeza, el pelo en desorden, el rostro arañado.

—No miré —dijo en voz baja—. No lo sé.

—Las aguas no han llegado aún —dijo Sazed—. Ya tendrían... que haber sido liberadas.

—¡Entonces las traeremos! —replicó Fantasma. Se volvió hacia Quellion y se tambaleó, mareado—: ¡Tú! —dijo, señalando al Ciudadano—. ¿No querías ser rey de esta ciudad? Pues lidera a este pueblo, entonces. Consigue el control y prepáralo para apagar los incendios.

—¡No puedo! —protestó Quellion—. Me matarán por lo que he hecho.

Fantasma se tambaleó, aturdido. Se apoyó contra una viga y se llevó la mano a la cabeza. Beldre dio un paso hacia él.

Fantasma alzó la cabeza y miró a Quellion a los ojos. Los incendios eran tan brillantes que su estío avivado le dificultaba la visión. Sin embargo, no se atrevía a soltar el metal: solo el poder del ruido, el calor y el dolor le mantenía consciente.

—¡Irás con ellos! —ordenó—. Me importa un comino si te hacen pedazos, Quellion. Vas a intentar salvar esta ciudad. Si no lo haces, te mataré yo mismo. ¿Me entiendes?

El Ciudadano se quedó inmóvil, luego asintió.

—Sazed —dijo Fantasma—, llévalo con Brisa y Allrianne. Yo voy al depósito. Traeré las aguas a los canales, de un modo u otro. Que Brisa y los demás formen patrullas de bomberos para apagar las llamas en cuanto llegue el agua.

Sazed asintió.

—Es un buen plan. Pero Goradel acompañará al Ciudadano. Yo voy contigo.

Fantasma asintió, cansado. Entonces, cuando Sazed se dirigió a buscar al capitán de la guardia, que al parecer había formado un perímetro defensivo en torno a la plaza, Fantasma bajó del escenario y se obligó a encaminarse hacia el depósito.

Pronto advirtió que alguien lo alcanzaba. Luego, tras unos instantes, esa persona lo adelantó y echó a correr. Una parte de su mente sabía que era bueno que Sazed hubiera decidido actuar: el terrisano había creado el mecanismo que inundaría la ciudad. Él tiraría de la palanca. Fantasma no era necesario.

Sigue moviéndote.

Lo hizo, como si cada paso fuera una penitencia por lo que le había hecho a la ciudad. Pasados unos momentos, advirtió que había alguien a su lado, vendiéndole el brazo.

Parpadeó.

—¿Beldre?

—Te tricioné —dijo ella bajando la mirada—. Pero no tenía otra opción. No podía dejar que lo mataras. Yo...

—Hiciste lo adecuado —susurró Fantasma—. Algo... algo estaba interfiriendo, Beldre. Tenía a tu hermano. Casi me tuvo él a mí. No sé. Pero tenemos que seguir andando. El cubil está cerca. Siguiendo esa pendiente.

Ella lo sostuvo mientras caminaban. Fantasma olió a humo antes de llegar. Vio la luz, y sintió el calor. Beldre y él subieron a lo alto de la pendiente, prácticamente a rastras, pues ella estaba casi tan agotada como él. Sin embargo, Fantasma sabía lo que iban a encontrar.

El edificio del Ministerio, como gran parte de la ciudad, estaba en llamas. Sazed estaba detenido ante él, las manos ante los ojos. Para los sentidos amplificados de Fantasma, el brillo de las llamas era tan grande que tuvo que apartar la mirada. El calor le hizo sentir como si estuviera a escasas pulgadas del sol.

Sazed trató de acercarse al edificio, pero tuvo que retroceder. Se volvió hacia Fantasma, protegiéndose la cara.

—¡Demasiado caliente! —gritó—. Necesitamos encontrar agua, o tal vez arena. Hay que apagar el fuego antes de poder llegar abajo.

—Demasiado tarde... —susurró Fantasma—. Tardaremos mucho.

Beldre se volvió para contemplar la ciudad. Para los ojos de Fantasma, el humo parecía retorcerse y alzarse por todas partes en el brillante cielo, elevándose como para encontrarse con la ceniza que caía.

Fantasma apretó los dientes y entonces avanzó hacia el fuego.

—¡Fantasma! —exclamó Beldre. Pero no tendría que haberse preocupado. Las llamas eran demasiado calientes. El dolor era tan fuerte que tuvo que retroceder antes de haber cruzado siquiera la mitad de la distancia. Se apartó tambaleándose y se reunió con Beldre y Sazed, jadeando, parpadeando lloroso. Sus sentidos aumentados le dificultaban aún más acercarse a las llamas.

—No hay nada que podamos hacer aquí —dijo Sazed—. Debemos reunir al personal y regresar.

—He fracasado —susurró Fantasma.

—No más que ninguno de nosotros —repuso Sazed—. Esto es culpa mía. El emperador me puso al mando.

—Se suponía que teníamos que traer seguridad a la ciudad —dijo Fantasma—. No destrucción. Debería poder apagar esos fuegos. Pero duele

demasiado.

Sazed sacudió la cabeza.

—¡Ah, lord Fantasma! No eres ningún dios para ordenar el fuego a capricho. Eres un hombre, como el resto de nosotros. Todos somos solo... hombres.

Fantasma permitió que se lo llevaran. Desde luego, Sazed tenía razón. Era solo un hombre. Solo Fantasma. Kelsier había elegido a su grupo con cuidado. Había dejado una nota para ellos al morir. Incluía a los demás: Vin, Brisa, Dockson, Clubs y Ham. Hablaba de ellos, de por qué los había elegido.

Pero no de Fantasma. El único que no encajaba.

Te di nombre, Fantasma. Fuiste mi amigo.

¿No es eso suficiente?

Fantasma se detuvo, obligando a los demás a pararse. Sazed y Beldre lo miraron. Fantasma contempló la noche. Una noche demasiado brillante. Los incendios ardían. El humo era punzante.

—No —susurró Fantasma, sintiéndose plenamente lúcido desde que había empezado la violencia esa noche. Se soltó de la tenaza de Sazed y corrió hacia el edificio en llamas.

—¡Fantasma! —gritaron dos voces en la noche.

Fantasma se acercó a las llamas. Su respiración se volvió entrecortada, y notó caliente la piel. El fuego era brillante, devorador. Corrió directamente hacia él. Entonces, en el momento en que el dolor se volvió demasiado grande, apagó su estío.

Y dejó de sentir.

Sucedió igual que antes, cuando quedó atrapado en el edificio sin ningún metal. Avivar estío durante tanto tiempo había expandido sus sentidos, pero ahora que no lo quemaba, esos mismos sentidos se embotaban. Todo su cuerpo quedó como muerto, carente de sensación.

Atravesó la puerta del edificio, mientras las llamas llovían a su alrededor.

Su cuerpo ardía. Pero no podía sentir las llamas, y el dolor no lo hacía retroceder. El fuego era tan brillante que incluso sus ojos debilitados podían ver aún. Se abalanzó, ignorando el fuego, el calor y el humo.

Superviviente de las Llamas.

Sabía que las llamas lo estaban matando. Sin embargo, se obligó a continuar, a seguir avanzando mucho después de que el dolor debiera de haberlo dejado inconsciente. Llegó a la habitación del fondo, resbaló y se deslizó por la escalerilla rota.

La caverna estaba oscura. Avanzó a tontipones, abriendose paso entre estantes y muebles, palpando el camino en la pared, moviéndose con una desesperación que le advertía de que le quedaba poco tiempo. Su cuerpo no funcionaba bien ya: lo había forzado demasiado, y el peltre ya no podía compensar la diferencia.

Se alegró de la oscuridad. Cuando finalmente se desplomó contra la máquina de Sazed, supo que le habría horrorizado ver lo que las llamas habían hecho a sus brazos.

Gimiendo en voz baja, palpó hasta encontrar la palanca o, con sus manos entumecidas, lo que esperaba que fuera la palanca. Sus dedos ya no funcionaban como para agarrarla. Así que simplemente lanzó su peso contra ella, haciendo que se movieran los engranajes.

Entonces se deslizó hasta el suelo, quedándose a solas con el frío y la oscuridad.

FIN DE LA CUARTA PARTE



No sé qué sucedía en las mentes de los koloss, qué recuerdos conservaban, qué emociones humanas conocían todavía verdaderamente. Sé que nuestro descubrimiento de la criatura que se hacía llamar Humano fue tremadamente afortunado. Sin su esfuerzo por volver a ser humano, tal vez nunca habríamos comprendido la relación entre los koloss, la hemalurgia y los inquisidores.

Naturalmente, tenía que representar otro papel. No grande, cierto, pero importante de todas formas.

59



URTEAU HABÍA VISTO DÍAS MEJORES.

Desde luego, Vin ha hecho bien su trabajo aquí, pensó TenSoon mientras correteaba por la ciudad, asombrado por la destrucción. Unos dos años atrás, antes de que lo enviaran a espiar a Vin, fue el kandra de Straff Venture, y había visitado Urteau a menudo. Aunque nunca pudo compararse a la noble majestuosidad ni la extensa pobreza de Luthadel, era una ciudad hermosa, digna de ser la sede de una Gran Casa.

Ahora, un tercio largo de la ciudad eran ruinas calcinadas. Los edificios que no habían ardido estaban abandonados o abarrotados, una extraña mezcla, en opinión de TenSoon. Al parecer, se evitaban las casas nobles, mientras que los edificios skaa estaban repletos.

Lo más notable, sin embargo, eran los canales. Habían vuelto a ser inundados. TenSoon se sentó sobre sus cuartos traseros y contempló algún barco improvisado recorrer el canal, desplazando la pátina de ceniza que cubría el agua. Aquí y allá, detritos y escombros bloqueaban las vías de agua, pero en la mayoría de los sitios eran transitables.

Se levantó, sacudió su cabeza canina, y continuó su camino. Había escondido en el exterior la bolsa con los huesos de Kelsier, pues no quería parecer extraño llevando una bolsa en el lomo.

¿Qué sentido tenía quemar la ciudad y luego restaurar sus canales? Tendría que esperar a encontrar una respuesta. No había visto a ningún ejército acampado fuera; si Vin estuvo aquí, ya se había trasladado a otro lugar. Ahora, el objetivo de TenSoon era encontrar a quien hiciera las veces de líder en los restos de la ciudad, y luego continuar su camino en busca del Héroe de las Eras.

Mientras caminaba, oyó hablar a la gente, cómo habían logrado sobrevivir a los incendios que se habían cobrado gran parte de la ciudad. Parecían alegres. Había desesperación también, pero había una felicidad inadecuada. No era una ciudad cuya gente hubiese sido conquistada.

Sienten que han derrotado al fuego, pensó TenSoon, abriéndose paso por una calle más poblada. *No consideran un desastre haber perdido un tercio de la ciudad: consideran un milagro haber salvado dos tercios.*

Siguió el fluir del tráfico hacia el centro de la ciudad, donde finalmente encontró a los soldados que esperaba. Eran definitivamente de Elend, pues llevaban la lanza y el pergamo en sus uniformes. Sin embargo, defendían un emplazamiento extraño: un edificio del Ministerio.

TenSoon volvió a sentarse, ladeando la cabeza. El edificio era obviamente un centro de operaciones. La gente entraba y salía bajo la mirada de los vigilantes soldados. Si quería respuestas, tendría que entrar. Pensó un instante en ir a recuperar los huesos de Kelsier. Sin embargo, descartó esa idea. No estaba seguro de querer tratar con las consecuencias de hacer aparecer al Superviviente allí. Había otro modo de entrar, igualmente sorprendente, pero mucho menos preocupante desde el punto de vista teológico.

Se acercó a la entrada del edificio y subió los escalones, provocando unas cuantas miradas de sorpresa. Al acercarse a la puerta, uno de los guardias le gritó, agitando en su dirección el palo de una lanza.

—¡Eh! —dijo el hombre—. Este no es sitio para perros. ¿De quién es este chucro?

TenSoon se sentó.

—No pertenezco a ningún hombre —dijo.

El guardia dio un salto, sorprendido, y TenSoon sintió una especie de placer retorcido. Inmediatamente se reprendió por ello. El mundo estaba agonizando, y él se dedicaba a asustar soldados al azar. Con todo, *era* una ventaja de tener cuerpo de perro que nunca había considerado...

—¿Qué...? —decía el soldado, mirando alrededor para ver si era víctima de alguna broma.

—He dicho que no pertenezco a ningún hombre —repitió TenSoon—. Soy mi propio amo.

Era un concepto extraño cuyo peso, naturalmente, el guardia jamás podría comprender. TenSoon, un kandra, estaba fuera de la Tierra Natal sin un Contrato. Por lo que sabía, era el primero de su pueblo que hacía algo así en setecientos años. Parecía extrañamente... satisfactorio.

Varias personas lo observaban ahora. Se habían acercado otros guardias, que miraban a su camarada en busca de una explicación.

TenSoon se arriesgó.

—Me envía el emperador Venture —dijo—. Traigo un mensaje para vuestros líderes.

Para satisfacción de TenSoon, varios de los guardias dieron un respingo. El primero, sin embargo, experto ya en esto de hablar con perros, alzó un dedo vacilante, y señaló el edificio.

—Ahí dentro.

—Gracias —dijo TenSoon, levantándose y caminando entre la multitud, ahora silenciosa, mientras se dirigía a las oficinas del Ministerio. Oyó comentarios que decían «truco» y «bien adiestrado» a sus espaldas, y advirtió cómo varios guardias lo adelantaban a la carrera, con expresión urgente. Se abrió paso entre grupos y filas de gente, todos ignorantes del extraño suceso ocurrido en la entrada del edificio. Al final de las colas, TenSoon encontró...

A Brisa. El aplacador estaba sentado en una silla que parecía un trono, con una copa de vino en la mano y con aspecto de estar muy satisfecho de sí mismo mientras hacía proclamaciones y zanjaba disputas. Parecía tan metido en su papel como en la época en que TenSoon estuvo al servicio de Vin. Uno de los guardias le susurró a Brisa, y ambos miraron a TenSoon mientras este se acercaba a la primera fila. El guardia palideció un poco, pero Brisa tan solo se inclinó hacia delante, sonriendo.

—Bueno —dijo, dando un suave golpe con su bastón contra el suelo de mármol—. ¿Siempre fuiste un kandra, o te comiste hace poco los huesos del perro de Vin?

TenSoon se sentó.

—Siempre fui un kandra.

Brisa asintió.

—Sabía que tenías algo raro: demasiada buena conducta para ser un perro lobo. —Sonrió y dio un sorbo de vino—. ¿Lord Renoux, supongo? Ha pasado mucho tiempo.

—Soy otro kandra distinto —contestó TenSoon—. Es... complicado.

Eso provocó que Brisa hiciera una pausa. Miró a TenSoon, y el kandra sintió un momento de pánico. Brisa era aplacador... y, como todos los aplacadores, tenía el poder de controlar el cuerpo de TenSoon. El secreto.

No, se dijo TenSoon. *Los brumosos de hoy en día son demasiado débiles como para controlar a uno de los nuestros.*

—¿Bebiendo en el trabajo, Brisa? —preguntó TenSoon, arqueando una ceja canina.

—Por supuesto —contestó Brisa, alzando la copa—. ¿De qué sirve estar al mando si no puedes fijar tus propias condiciones de trabajo?

TenSoon bufó. Nunca le había gustado Brisa, en realidad, aunque quizás se debiera a su predisposición contra los aplacadores. O, tal vez, a su predisposición contra todos los humanos. De todas formas, no tenía ganas de chábbara.

—¿Dónde está Vin? —preguntó.

Brisa frunció el ceño.

—Creí que traías un mensaje de su parte.

—Mentí a los guardias —dijo TenSoon—. Vengo a buscarla. Traigo noticias que tiene que oír... noticias relacionadas con las brumas y la ceniza.

—Bueno, entonces, mi querido amigo... o supongo que quiero decir mi querido *perrito*, retirémonos. Puedes hablar con Sazed. Es mucho más útil que yo en este tipo de cosas.

—Y, COMO FANTASMA APENAS sobrevivió a la terrible experiencia —dijo el terrisano—, me pareció mejor dejar que lord Brisa tomara el mando. Nos establecimos en un edificio distinto del Ministerio (parecía equipado para ser un centro burocrático), e hice que Brisa empezara a atender peticiones. Es mejor que yo en el trato con la gente, creo, y parece disfrutar de estar a cargo de las preocupaciones diarias de los ciudadanos.

El terrisano estaba sentado en su silla, con un cartapacio abierto sobre la mesa que tenía delante y un montón de notas a un lado. Sazed le pareció diferente a TenSoon por algún motivo que no sabría decir. El guardador llevaba las mismas túnicas, y tenía puestos los mismos brazaletes feruquímicos. Sin embargo, faltaba algo.

Ese, no obstante, era el menor de los problemas de TenSoon.

—¿En *Fadrex*? —preguntó TenSoon, sentado en su propia silla. Se hallaban en una de las habitaciones más pequeñas del edificio del Ministerio, una habitación que antaño fuera el dormitorio de uno de los obligadores. Ahora simplemente contenía una mesa y sillas, y las paredes y el suelo eran tan austeros como podía esperarse del mobiliario del Ministerio.

Sazed asintió.

—El emperador y ella esperaban encontrar allí otra de esas cavernas de almacenamiento.

TenSoon se derrumbó. *Fadrex* estaba al otro lado del imperio. Tardaría semanas en llegar aun con la Bendición de la Potencia. Tenía una caminata muy muy larga por delante.

—¿Puedo preguntarte qué asunto tienes con lady Vin, kandra? —preguntó Sazed.

TenSoon vaciló. En cierto modo, le parecía muy extraño hablar tan abiertamente con Brisa, y ahora con Sazed. Eran hombres a quienes había vigilado durante meses mientras se hacía pasar por perro. Nunca lo habían conocido, pero él los conocía a ellos.

Sabía, por ejemplo, que Sazed era peligroso. El terrisano era guardador, un grupo que TenSoon y sus hermanos habían sido entrenados para evitar. Los guardadores siempre estaban investigando rumores, leyendas e historias. Los kandra tenían muchos secretos; si los guardadores descubrieran alguna vez las riquezas de la cultura kandra, podría ser desastroso. Querrían estudiar, hacer preguntas y registrar lo que descubrieran.

TenSoon abrió la boca para decir «*Nada*». Sin embargo, se detuvo. ¿No buscaba a alguien que ayudara con la cultura kandra? ¿Alguien que se centrara en las religiones y que, tal vez, supiera mucho de teología? ¿Alguien que supiera de las leyendas del Héroe de las Eras? De todos los miembros del grupo además de Vin, TenSoon sentía la mayor consideración hacia el terrisano.

—Tiene que ver con el Héroe de las Eras —dijo TenSoon cuidadosamente—. Y la llegada del fin del mundo.

—¡Ah! —respondió Sazed, poniéndose en pie—. Muy bien, pues. Te daré las provisiones que necesites. ¿Partirás de inmediato? ¿O te quedarás a descansar un tiempo?

¿Qué?, pensó TenSoon. Sazed ni siquiera había pestañeado ante la mención de asuntos religiosos. No parecía propio de él.

Sin embargo, continuó hablando como si TenSoon no hubiera mencionado uno de los más grandes secretos religiosos de su época.

Jamás comprenderé a los humanos, pensó TenSoon, sacudiendo la cabeza.

La prisión que Conservación creó para Ruina no fue creada con el poder de Conservación, aunque era suya. Más bien, Conservación sacrificó su propia conciencia (podríamos decir su mente) para fabricar esa prisión. Dejó una sombra de sí mismo, pero Ruina, una vez huido, empezó a sofocar y aislar este pequeño vestigio restante de su rival. Me pregunto si alguna vez Ruina consideró extraño que Conservación se hubiera despegado de su propio poder, hubiera renunciado a él y lo hubiera dejado en el mundo para que los hombres lo recogieran y lo utilizaran.

En la estratagema de Conservación, veo nobleza, astucia, y desesperación. Sabía que no podía derrotar a Ruina. Había dado demasiado de sí mismo y, además, era la encarnación de la estasis y la estabilidad. No podía destruir, ni siquiera para proteger. Iba contra su naturaleza. De ahí la prisión.

La humanidad, sin embargo, había sido creada tanto por Ruina como por Conservación, con una pizca del alma del propio Conservación para otorgar al hombre sapiencia y honor. Para que el mundo sobreviviera, Conservación sabía que tenía que depender de sus creaciones. Darles su confianza.

Me pregunto qué pensó cuando esas creaciones le fallaron repetidamente.

60



LA MEJOR FORMA DE ENGAÑAR A alguien, pensaba Vin, era darle lo que quería. O, como mínimo, lo que esperaba. Mientras asumiera que iba un paso por delante, no miraría atrás para ver si había algún paso que se le hubiera pasado completamente por alto.

Yomen había diseñado bien su prisión. Todo el metal usado en la construcción de su camastro o las instalaciones era alománticamente inútil. La plata, aunque era cara, parecía haber sido el metal escogido, y además había muy poca. Solo unos cuantos tornillos en el camastro que Vin consiguió soltar con las uñas.

Sus comidas (un engrudo graso e insípido) se servían en cuencos de madera, con cucharas de madera. Los guardias eran mataneblinos: hombres que llevaban porras y ningún metal en el cuerpo, y que habían sido entrenados para combatir a los alomantes. Su habitación era una sencilla construcción de

piedra con una sólida puerta de madera, cuyos goznes y cerrojos estaban hechos de plata.

Por la conducta de sus guardias, sabía que esperaban algo de ella. Yomen los había preparado bien, por eso cuando deslizaban la comida a través de la rendija podía ver la tensión en sus cuerpos y la velocidad de su retirada. Era como si estuvieran alimentando a una víbora.

Y por eso, la siguiente vez que vinieron para llevarla ante Yomen, atacó.

Se puso en movimiento cuando se abrió la puerta, empuñando una pata de madera que había arrancado de su camastro. Abatió al primer guardia con un golpe en el brazo, y luego otro en la nuca. Los golpes parecían débiles sin peltre, pero fue lo mejor que pudo conseguir. Dejó atrás al segundo guardia, y se abalanzó para golpear con el hombro el estómago del tercero. Vin no pesaba mucho, pero fue suficiente para hacerle soltar su bastón... que ella recogió de inmediato.

Ham había pasado mucho tiempo entrenándola con el bastón, y a menudo la había hecho luchar sin alomancia. Aun con toda su preparación, los guardias se sorprendieron claramente al ver que una alomante sin metales les causaba tantos problemas, y ella abatió a dos más mientras corría para escaparse.

Por desgracia, Yomen no era ningún necio. Había enviado tantos guardias a por ella que incluso derrotar a cuatro de ellos creaba poca diferencia. Debía de haber al menos veinte hombres en el pasillo, ante la celda, bloqueando la salida.

Su objetivo era darles lo que esperaban, no hacerse matar. Así que, en cuanto confirmó que su «intento de huida» estaba condenado de verdad, permitió que un soldado la golpeara en el hombro y dejó caer el bastón con un gruñido. Desarmada, alzó las manos y retrocedió. Los soldados, naturalmente, la hicieron caer y se abalanzaron sobre ella, sujetándola mientras uno le colocaba los grilletes.

Vin soportó el tratamiento, notando el hombro dolorido. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar sin metal antes de que intentara dejar de quemar peltre por instinto? Esperaba no tener que descubrirlo nunca.

Por fin, los soldados la pusieron en pie y la empujaron pasillo abajo. Los tres que había derribado (por no mencionar al que había desarmado) refunfuñaron un poco, frotándose las heridas. Los veinte hombres la miraron aún con más cautela, si eso era posible.

No les causó más problemas hasta que la llevaron a la sala de audiencias de Yomen. Cuando se dispusieron a encadenar sus grilletes al banco, se resistió un poco, ganándose un rodillazo en el estómago. Boqueó, y luego se desplomó en el suelo. Allí, gimiendo, se frotó las manos y las muñecas con la grasa del engrudo con la que había empapado su camisa interior. Era apestosa y sucia, pero también muy resbaladiza, y los guardias, distraídos por su intento de huida, se habían olvidado por completo de registrarla.

—No pensarás escapar sin tener metal que quemar, ¿no? —preguntó Yomen.

Vin alzó la cabeza. Él volvía a darle la espalda, aunque esta vez la ventana estaba oscura. A Vin le resultó muy extraño ver las brumas arremolinándose contra el cristal de la ventana. La mayoría de los skaa no podían permitirse el cristal, y la mayoría de los nobles lo preferían coloreado. La oscuridad ante la ventana de Yomen parecía una bestia a la espera; y las brumas, su pelaje rozándose contra el cristal mientras se movía.

—Creí que te sentirías halagada —continuó Yomen—. No sabía si eras realmente tan peligrosa como decían los informes, pero decidí asumir que era así. Verás, yo...

Vin no le dio más tiempo. Solo había dos maneras de escapar de la ciudad: la primera sería encontrar metales; la segunda, hacer prisionero a Yomen. Planeaba intentar ambas.

Liberó las manos grasientas de los grilletes, que le habían puesto a sus brazos cuando estaban retorcidos y flexionados. Ignoró el dolor y la sangre mientras los grilletes le arañaban las manos, y se puso en pie de un salto, rebuscó en los pliegues de su camisa y sacó los tornillos de plata que había extraído del camastro. Los lanzó a los soldados.

Los hombres gritaron sorprendidos y se arrojaron al suelo, esquivando el supuesto empujón de acero. Su propia preparación y preocupación les jugó una mala pasada. Los tornillos rebotaron ineficaces en el suelo, y los guardias permanecieron tendidos, confusos por la finta. Estaba ya a medio camino de Yomen antes de que al primero se le ocurriera ponerse en pie.

Yomen se volvió. Como siempre, llevaba la perlita de atium en la frente. Vin se abalanzó hacia ella.

Yomen se apartó sin esfuerzo. Vin volvió a embestirlo, y esta vez hizo una finta y trató de darle un codazo en el estómago. Su ataque no obtuvo recompensa, pues Yomen, todavía con las manos a la espalda, volvió a esquivarla.

Ella conocía aquella expresión en su rostro: la expresión de control absoluto, de poder. Obviamente, Yomen tenía muy poco entrenamiento de combate, pero la esquivaba de todas formas.

Estaba quemando atium.

Vin se detuvo. *No me extraña que lleve esa perla en la frente*, pensó. *Es para emergencias*. Pudo ver en su sonrisa que, en efecto, *había* previsto sus movimientos. Sabía que iba a intentar algo, y la retaba, dejándola acercarse. Pero nunca había estado realmente en peligro.

Los guardias por fin la alcanzaron, pero Yomen alzó una mano, indicándoles que se retiraran. Entonces hizo un gesto hacia el banco. En silencio, Vin se dio la vuelta y se sentó. Tenía que pensar, y no iba a conseguir nada mientras Yomen estuviera quemando atium.

Al tomar asiento, se le apareció Ruina, materializándose como de entre un humo oscuro con el cuerpo de Reen. Ninguno de los demás reaccionó; estaba claro que no podían verlo.

—¡Lástima! —exclamó Ruina—. En cierto modo, casi lo conseguiste. Aunque, en realidad, nunca te acercaste.

Vin ignoró a Ruina y miró a Yomen.

—Eres un nacido de la bruma.

—No —contestó él, negando con la cabeza. Sin embargo, no se volvió hacia la ventana. La miró con cautela. Probablemente había apagado su atium (era demasiado valioso para dejarlo encendido), pero lo tendría en reserva, vigilándola por si decidía volver a atacar.

—¿No? —preguntó Vin, arqueando escéptica una ceja—. Estabas quemando atium, Yomen. Lo vi.

—Cree lo que quieras —dijo Yomen—. Pero entérate de una cosa, mujer: yo no miento. Nunca he necesitado mentiras, y esto es especialmente cierto ahora que el mundo entero está sumido en el caos. La gente necesita la verdad de aquellos a quienes siguen.

Vin frunció el ceño.

—De todas formas, es la hora —dijo Yomen.

—¿La hora?

Yomen asintió.

—Sí. Pido disculpas por haberte tenido tanto tiempo en tu celda. He estado... distraído.

Elend, pensó Vin. ¿Qué ha estado haciendo? ¡Me siento tan ciega!

Miró a Ruina, que estaba de pie al otro lado del banco, sacudiendo la cabeza como si entendiera más de lo que le decía. Se volvió hacia Yomen.

—Sigo sin comprender. ¿La hora de qué?

Yomen la miró a los ojos.

—La hora de que yo tome una decisión sobre tu ejecución, lady Venture.

¡Oh!, pensó ella. *Cierto*. Entre sus conversaciones con Ruina y sus planes para escapar, casi había olvidado la declaración de Yomen de que pretendía dejarla defenderse antes de ejecutarla.

Ruina caminó tranquilamente por la habitación, rodeando a Yomen. El rey obligador se levantó, todavía mirando a Vin a los ojos. Si podía ver a Ruina, no lo demostraba. En cambio, hizo una señal a un guardia, que abrió una puerta lateral y dejó entrar a varios obligadores ataviados con túnicas grises. Se sentaron en un banco frente a Vin.

—Dime, lady Venture —preguntó Yomen, volviéndose hacia ella—, ¿por qué vinisteis a Ciudad Fadrex?

Vin ladeó la cabeza.

—Creí que esto no iba a ser un juicio. Dijiste que no necesitabas ese tipo de cosas.

—Pensaba que te gustaría cualquier retraso en el proceso —replicó Yomen.

Un retraso significaba más tiempo para pensar, posiblemente más tiempo para escapar.

—¿Por qué vinimos? —preguntó Vin—. Sabíamos que tenías bajo la ciudad uno de los depósitos de suministros del lord Legislador.

Yomen arqueó una ceja.

—¿Cómo lo supisteis?

—Encontramos otro. Señalaba a Fadrex.

Yomen asintió para sí. Ella advirtió que la creía, pero había algo más. Parecía establecer conexiones que ella no comprendía, y probablemente tampoco tenía información para comprender.

—¿Y la amenaza que mi reino suponía para el vuestro? —preguntó Yomen—. ¿Eso no tuvo nada que ver con la invasión de mis tierras?

—Yo no diría eso —repuso Vin—. Cett ya llevaba un tiempo insistiendo a Elend para entrar en este dominio.

Los obligadores cuchichearon entre sí ante este comentario, aunque Yomen permaneció apartado, mirándola de brazos cruzados. La experiencia enervaba a Vin. Hacía años, desde sus días en la banda de Camon, que no se sentía tanto

bajo el poder de otra persona. Incluso cuando se enfrentó al lord Legislador, se había sentido distinta. Yomen parecía considerarla apenas una herramienta.

Pero ¿una herramienta para hacer qué? ¿Y cómo podía manipular sus necesidades para que él la mantuviera viva el tiempo suficiente para escapar?

Vuélvete indispensable, le había enseñado siempre Reen. *Entonces el jefe de la banda no podrá deshacerse de ti sin perder poder él mismo*. Incluso ahora, la voz de su hermano aún parecía susurrar aquellas palabras en su mente. ¿Eran recuerdos, interpretaciones de su sabiduría, o efectos de la influencia de Ruina? Fuera lo que fuese, parecía un buen consejo en este momento.

—¿Así que vinisteis con el único propósito de invadirnos? —preguntó Yomen.

—Elend lo intentó primero con la diplomacia —respondió Vin con cautela—. Sin embargo, ambos sabíamos que es un poco difícil ser diplomático cuando acampas un ejército ante la ciudad de alguien.

—Entonces admites que sois conquistadores —dijo Yomen—. *Eres más sincera que tu marido*.

—Elend es más sincero que nosotros dos, Yomen —replicó Vin—. Que interprete las cosas de manera distinta a ti o a mí no significa que no sea sincero cuando expresa sus puntos de vista.

Yomen arqueó una ceja, quizá ante la rapidez de su respuesta.

—Un argumento válido —dijo.

Vin se acomodó en el banco, y envolvió sus manos magulladas en un trozo de tela limpia de su camisa. Parecía muy extraño hablar con Yomen. Por un lado, ambos parecían muy diferentes. Él era un obligador burócrata cuya falta de músculos o gracia guerrera demostraban que se había pasado la vida preocupado con informes y registros. Ella era una hija de las calles versada en guerras y asesinatos.

Sin embargo, sus modales, su forma de hablar, parecían los suyos propios. *¿Es así como habría sido yo, si no hubiera nacido skaa?*, se preguntó. *¿Una ruda burócrata en vez de una ágil guerrera?*

Mientras Yomen la observaba, Ruina caminó lentamente alrededor del rey obligador.

—Él es una decepción —dijo Ruina.

Vin miró a Ruina un instante. Él meneó la cabeza.

—Cuánta destrucción podría haber causado, si hubiera golpeado, en vez de acurrucarse en su pequeña ciudad y rezar a su dios muerto. Los hombres lo habrían seguido. Por desgracia, yo no podría haber llegado hasta él a largo

plazo. No todos los planes pueden tener éxito, sobre todo cuando hay que contar con la voluntad de necios como él.

—Así que vinisteis a tomar mi ciudad porque conocíais la existencia de mi depósito, y porque temíais un regreso del poder del lord Legislador —dijo Yomen, atrayendo su atención hacia él.

—Yo no he dicho eso —respondió Vin, frunciendo el ceño.

—Sin embargo, me temíais.

—Como potencia extranjera, con habilidad probada para socavar un gobierno y apoderarse de él.

—Yo no me apoderé de nada —repuso Yomen—. Devolví esta ciudad, y el dominio, a su legítimo orden. Pero eso no tiene nada que ver. Quiero que me hables sobre esa religión de la que predica tu gente.

—¿La Iglesia del Superviviente?

—Sí. Eres una de sus cabecillas, ¿correcto?

—No. Ellos me reverencian. Pero nunca he considerado que yo encaje bien como parte de la religión. Sobre todo, se centra en Kelsier.

—El Superviviente de Hathsin —dijo Yomen—. Murió. ¿Cómo es que la gente lo adora?

Vin se encogió de hombros.

—Solía ser corriente adorar a dioses que no se pueden ver.

—Tal vez —dijo Yomen—. He... leído sobre esas cosas, aunque me cuesta trabajo comprenderlo. Fe en un dios invisible... ¿qué sentido tiene? ¿Por qué rechazar al dios con el que vivieron tanto tiempo, al que podían ver y palpar, en favor de alguien muerto? ¿Alguien a quien el propio lord Legislador mató?

—Tú lo haces —dijo Vin—. Sigues adorando al lord Legislador.

—Él no ha muerto —replicó Yomen.

Vin frunció el ceño.

—No —dijo Yomen, advirtiendo al parecer su confusión—. No lo he visto ni he sabido de él desde su desaparición. Sin embargo, tampoco doy ninguna credibilidad a los informes sobre su muerte.

—Estaba bastante muerto —dijo Vin—. Créeme.

—Me temo que no me fío de ti. Háblame de esa noche. Cuéntame exactamente lo que pasó.

Vin así lo hizo. Le habló sobre su encarcelamiento, y su huida con Sazed. Le habló sobre su decisión de combatir al lord Legislador, y su utilización del undécimo metal. No mencionó su extraña habilidad para recurrir al poder de las brumas, pero explicó todo lo demás, incluyendo la teoría de Sazed de que el

lord Legislador era inmortal debido a la astuta manipulación combinada de la feruquimia y la alomancia.

Y Yomen la escuchó. Su respeto hacia el hombre fue en aumento a medida que ella hablaba, sin interrumpirla. Quería escuchar la historia, aunque no se la creyera. Era un hombre que aceptaba la información por lo que era: otra herramienta de uso, en la que no había que confiar más que en cualquier otra herramienta.

—Y por eso está muerto —dijo Vin—. Yo misma lo apuñalé en el corazón. Tu fe en él es admirable, pero no puede cambiar lo que sucedió.

Yomen guardó silencio. Los otros obligadores, todavía sentados en el banco, habían palidecido. Vin sabía que su testimonio podía haberla condenado, pero por algún motivo sentía que la sinceridad, brusca y llana, le serviría más que la culpa. Era lo que solía sentir.

Una extraña convicción, para tratarse de alguien que creció entre bandas de ladrones, pensó. Al parecer, Ruina se había aburrido durante el relato y se había asomado a la ventana.

—Lo que necesito averiguar —dijo por fin Yomen— es por qué el lord Legislador consideró necesario que tú *creyeras* que lo habías matado.

—¿Has escuchado lo que acabo de decirte? —preguntó Vin.

—Sí —respondió Yomen, con calma—. Y no olvides que aquí eres una prisionera... una prisionera que está muy cerca de la muerte.

Vin se obligó a guardar silencio.

—¿Encuentras ridículas mis palabras? —dijo Yomen—. ¿Más ridículas que las tuyas? Piensa en cómo te veo yo, diciendo que has matado a un hombre que sé que es Dios. ¿No es plausible que él quisiera que pasase esto? ¿Que esté ahí fuera, todavía, observándonos, esperando...?

Entonces se trata de esto, comprendió Vin. *Por qué me capturó, por qué está tan ansioso por hablar conmigo. Está convencido de que el lord Legislador sigue vivo. Solo quiere descubrir cómo encajo yo en todo esto. Quiere que le dé la prueba que desea tan desesperadamente.*

—¿Por qué no crees que deberías formar parte de la religión skaa, Vin? —susurró Ruina.

Ella se volvió, tratando de no mirarlo directamente, para que Yomen no la viera mirando al vacío.

—¿Por qué? —preguntó Ruina—. ¿Por qué no quieres que te adoren? ¿Todos esos felices skaa? ¿Buscando en ti su esperanza?

—El lord Legislador tiene que estar detrás de todo esto —musitó Yomen en voz alta—. Eso significa que quería que el mundo te viera como su asesina. Quería que los skaa te adorasen.

—¿Por qué? —repitió Ruina—. ¿Por qué tan incómoda? ¿Es porque sabes que no puedes ofrecerles esperanza? ¿Cómo llamaban a quien se supone que has sustituido? ¿El Superviviente? Una palabra de Conservación, creo...

—Quizá pretende regresar de modo dramático —sugirió Yomen—. Para deponerte y derribarte, para demostrar que la fe en él es la única fe verdadera.

—*¿Por qué no encajas?*, susurró Ruina en su cabeza.

—¿Por qué, si no querría que te adorasen? —preguntó Yomen.

—*¡Están equivocados!* —replicó Vin, llevándose las manos a la cabeza, tratando de detener los pensamientos. Tratando de detener la culpa.

Yomen vaciló.

—Se equivocan conmigo —dijo Vin—. No me adoran a mí, adoran lo que creen que debería ser. Pero yo no soy la Heredera del Superviviente. No hice lo que hizo Kelsier. Él los liberó.

Los conquistaste, susurró Ruina.

—Sí —dijo Vin, alzando la cabeza—. Miras en la dirección equivocada, Yomen. El lord Legislador no regresará.

—Te he dicho que...

—No —dijo Vin, poniéndose en pie—. No, no va a volver. No tiene que hacerlo. Yo ocupé su lugar.

A Elend le preocupaba convertirse en otro lord Legislador, pero su preocupación siempre le había parecido absurda a Vin. No había sido él quien había conquistado y reforjado un imperio, sino ella. Ella había hecho renunciar a los demás reyes.

Había hecho exactamente lo mismo que el lord Legislador. Había surgido un Héroe y el lord Legislador lo había matado, y luego este había tomado el poder del Pozo de la Ascensión. Vin había matado al lord Legislador, y luego había tomado ese mismo poder. Había renunciado a él, cierto, pero había cumplido la misma función.

Todo encajó. El motivo por el que los skaa la adoraban, llamándola salvadora, parecía un error. De repente, su verdadera función en todo aquello pareció encajar en su sitio.

—Yo no soy la Heredera del Superviviente, Yomen —dijo asqueada—. Sino del lord Legislador.

Él sacudió la cabeza, en actitud despectiva.

—Cuando me capturaste —recordó ella—, me pregunté por qué me mantenías con vida. ¿Una nacida de la bruma enemiga? ¿Por qué no me mataste sin más para acabar de una vez? Dijiste que querías ofrecerme un juicio, pero entendí que tenías otro motivo. Y ahora sé cuál es. —Lo miró a los ojos—: Antes dijiste que planeabas ejecutarme por el asesinato del lord Legislador, pero acabas de admitir que crees que sigue vivo. Dices que regresará para derribarme, así que no puedes matarme, no vaya a ser que interfieras con los planes de tu dios.

Yomen se dio media vuelta.

—*No puedes* matarme —dijo ella—. No hasta que estés seguro de cuál es mi lugar en tu teología. Por eso me mantienes con vida, y por eso te arriesgas a traerme aquí para hablar. Necesitas información que solo yo te puedo dar: tienes que recibir testimonio por mi parte en ese supuesto juicio porque estás interesado en saber qué sucedió aquella noche. Y así podrás tratar de convencerte de que tu dios vive todavía.

Yomen no respondió.

—Admítelo. No corro ningún peligro aquí —añadió Vin, y avanzó un paso.

Entonces Yomen se movió. De pronto, sus pasos se hicieron más fluidos: no tenía la gracia del peltre ni el conocimiento del guerrero, pero se movió bien. Ella lo esquivó instintivamente, pero el atium le permitió al rey obligador prever sus movimientos, y antes de que pudiera pensar siquiera, la derribó al suelo, sujetándola con una rodilla contra la espalda.

—Puede que no vaya a matarte todavía —dijo él, con calma—, pero eso difícilmente significa que no corras peligro, lady Venture.

Vin gruñó.

—Quiero algo de ti. Algo más que lo que hemos discutido. Quiero que le digas a tu marido que retire su ejército.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso? —preguntó Vin, el rostro apretado contra la fría piedra del suelo.

—Porque dices que queréis mi depósito de almacenaje, pero también dices que sois buena gente. Ahora sabes que usaré sabiamente esos alimentos, para dar de comer a mi pueblo. Si en verdad tu Elend es tan altruista como dices, no caerá en el egoísmo de desperdiciar vidas en la guerra solo para poder robar nuestra comida y usarla para alimentar a los tuyos.

—Los necesitamos para cultivar cosechas —dijo Vin—. A diferencia de vosotros, en el Dominio Central disponemos de luz suficiente. ¡Las semillas

que tenéis de nada os servirán!

—Entonces comerciad conmigo.

—¡No quieres *hablar* con nosotros!

Yomen se retiró, liberando la presión sobre su espalda. Vin se frotó el cuello y se sentó, sintiéndose frustrada.

—No es solo la comida de ese depósito, Yomen —dijo—. Controlamos los otros cuatro. El lord Legislador dejó pistas en ellos. Hay algo en el grupo entero que puede salvarnos.

Yomen resopló.

—¿Estuviste allá abajo todo este tiempo, y no leíste la placa que dejó el lord Legislador?

—Pues claro que lo hice.

—Entonces sabrás que no hay nada más en esos depósitos —repuso Yomen—. Son parte de su plan, cierto. Y por algún motivo ese plan requiere que los hombres crean que está muerto. De cualquier forma, ahora sabes lo que dijo, ¿por qué quitarme la ciudad?

¿*Por qué quitarme la ciudad?* El verdadero motivo ardía dentro de Vin. A Elend siempre le había parecido poco importante, pero para ella tenía un poderoso atractivo.

—Sabes muy bien por qué tenemos que tomar la ciudad. Mientras *eso* esté en tu poder, tenemos motivos para conquistarla.

—¿Eso? —preguntó Yomen.

Ruina dio un paso adelante, curioso.

—Sabes a qué me refiero. El atium. El suministro del lord Legislador.

—¿Eso? —preguntó Yomen, riendo—. ¿Todo esto es por el atium? ¡El atium no vale nada!

Vin frunció el ceño.

—¿Nada? ¡Es la herramienta más útil del Imperio Final!

—¿Ah, sí? —preguntó Yomen—. ¿Y cuánta gente hay por aquí capaz de quemarlo? ¿Cuántas casas nobles quedan para jugar a la política y tratar de conseguir el poder mostrando cuánto atium pueden sacar del lord Legislador? El valor del atium se basaba en la economía del imperio, lady Venture. Sin los recursos de un sistema de reserva y una clase superior para dar valor implícito al metal, el atium no tiene valor alguno. —Yomen sacudió la cabeza—. Para un hombre hambriento, ¿qué es más importante: una hogaza de pan o una jarra entera de atium que no puede usar, comer ni vender?

Indicó a los guardias que se la llevaran. La levantaron, y ella se debatió, sin dejar de mirar a Yomen a los ojos.

Yomen volvió a darle la espalda.

—Esos pedazos de metal no me sirven para nada, excepto, tal vez, para controlarte. No, la comida era el verdadero recurso. El lord Legislador me dejó las riquezas necesarias para volver a establecer su poder. Solo tengo que descubrir qué quiere que haga a continuación.

Finalmente, los soldados consiguieron llevarse a Vin.

No me extraña que nos concentráramos demasiado en las brumas durante aquellos días. Pero, por lo que ahora sé de la luz del sol y el desarrollo de las plantas, comprendo que nuestras cosechas no corrían tanto peligro como temíamos en los días brumosos. Bien podríamos haber encontrado plantas comestibles que no necesitaran tanta luz para sobrevivir.

Cierto, las brumas causaron algunas muertes entre quienes se internaron en ellas, pero el número no fue un porcentaje lo bastante grande de la población para suponer una amenaza a nuestra supervivencia como especie. La ceniza, ese era nuestro verdadero problema. El humo que llenaba la atmósfera, los copos negros que lo cubrían todo, las erupciones de los Montes de Ceniza volcánicos... Eso era lo que iba a matar al mundo.

61



—¡ELEND! —EXCLAMÓ HAM, CORRIENDO a darle encuentro—. ¡Has vuelto!

—¿Sorprendido? —preguntó Elend, leyendo la expresión de su amigo.

—Por supuesto que no —respondió Ham, un poco demasiado rápido—. Los exploradores informaron de tu llegada.

Mi llegada puede que no te sorprenda, pensó Elend, cansado, pero el hecho de que siga vivo sí. ¿Creías que me había marchado para hacerme matar, o simplemente pensaste que me perdería y os abandonaría?

No era algo en lo que quisiera seguir pensando. Así que simplemente sonrió, posó una mano sobre el hombro de Ham y contempló el campamento. Parecía extraño, socavado como estaba, la ceniza apilada en el exterior. Parecía como si lo hubieran hundido unos palmos en el suelo. Había tanta ceniza...

No puedo preocuparme por todo a la vez, pensó Elend con decisión. Solo tengo que confiar. Confiar en mí mismo y seguir adelante.

Había estado pensando en el espíritu de la bruma el resto del viaje. ¿De verdad le había dicho que no atacara Fadrex, o simplemente Elend había

malinterpretado sus gestos? ¿Qué quería que hiciera al señalarle su frasquito de metales?

Junto a él, Ham no quitaba ojo a la masa de nuevos koloss. A un lado del ejército se hallaban sus otros koloss, todavía bajo control. Aunque cada vez era más diestro manteniendo a raya a las criaturas, agradeció estar de nuevo cerca de ellas. Eso hacía que se sintiera más cómodo.

Ham silbó con suavidad.

—¿Veintiocho mil? —preguntó—. Al menos, es lo que dicen los exploradores.

Elend asintió.

—No había advertido lo numeroso que era el grupo —dijo Ham—. Con tantos...

Treinta y siete mil en total, pensó Elend. *Más que suficientes para atacar Fadrex.*

Empezó a bajar por la pendiente, dirigiéndose al campamento. Pese a no haber necesitado mucho peltre que lo ayudase durante el viaje, seguía cansado.

—¿Alguna noticia de Vin? —dijo esperanzado, aunque bien sabía que, si ella hubiera conseguido escapar, ya lo habría encontrado.

—Enviamos un mensajero a la ciudad mientras estuviste fuera —contestó Ham mientras empezaban a caminar—. Yomen dijo que vendría un soldado y confirmaría que Vin seguía con vida, y por eso accedimos en tu nombre, pensando que sería mejor que Yomen creyera que estabas aquí.

—Hicisteis bien.

—Ha pasado ya algún tiempo —observó Ham—. No hemos sabido nada de ella desde entonces.

—Sigue viva —dijo Elend.

—Eso creo yo también.

Elend sonrió.

—No es solo fe, Ham —dijo, señalando los koloss que se habían quedado atrás—. Antes de que la capturaran, le entregué mil. Si hubiera muerto, estos habrían escapado a su control. Mientras viva, tenga o no metales, continuarán unidos a ella.

Ham hizo una pausa.

—Eso... habría sido bueno saberlo antes, El.

—Lo sé. Es demasiado fácil olvidar a cuántos controlo: ni siquiera me dio por pensar que no todos esos son míos. Manda exploradores que no les quiten ojo de encima. Los recuperaré, si se vuelven salvajes.

Ham asintió.

—¿Podrías contactar con Vin a través de ellos?

Elend negó con la cabeza. ¿Cómo explicarlo? Controlar a los koloss no era algo sutil: sus mentes eran demasiado obtusas para hacer otra cosa que no fuera cumplir órdenes sencillas. Podía ordenarles atacar, o inmovilizarse, o que siguieran transportando cosas. Pero no podía dirigirlos con precisión, no podía instruirlos para que entregaran un mensaje o incluso consiguieran un objetivo. Solo podía decir: «Haz esto», y verlos marchar.

—Hemos recibido informes del Dominio Central, El —dijo Ham, la voz preocupada.

Elend lo miró.

—La mayoría de nuestros exploradores no regresaron. Nadie sabe qué les pasó a Demoux y los hombres que enviaste: esperamos que llegaran a Luthadel, pero la ciudad está en mala situación. Los exploradores que han regresado traen algunas noticias frustrantes. Hemos perdido muchas de las ciudades conquistadas este último año. El pueblo pasa hambre, y un montón de aldeas están vacías, a excepción de los muertos. Los que pueden huyen a Luthadel, dejando regueros de cadáveres en los caminos, enterrados bajo la ceniza.

Elend cerró los ojos. Pero Ham no había terminado.

—Cuentan que hay ciudades engullidas por los temblores de tierra —dijo Ham, la voz casi un susurro—. El rey Lekal y su ciudad cayeron ante la lava de uno de los Montes de Ceniza. Hace semanas que no sabemos nada de Janarle: toda su comitiva parece haberse desvanecido. Y el Dominio Septentrional es un caos; dicen que todo el Dominio Meridional está en llamas... Elend, ¿qué hacemos?

Elend continuó caminando por un sendero libre de ceniza, hasta llegar al campamento. Los soldados estaban allí reunidos, susurrando, mirándolo. No sabía cómo responder a la pregunta de Ham. ¿Qué hacía? ¿Qué *podía* hacer?

—Los ayudaremos, Ham —dijo—. No nos rendiremos.

Ham asintió, levemente animado.

—Aunque, antes de hacer nada, lo que deberías hacer probablemente es cambiarte de ropa...

Elend bajó la cabeza, recordando que aún llevaba el uniforme negro, ensangrentado tras la matanza de koloss y manchado de ceniza. Su aspecto hizo que algunos hombres se agitaran. *Solo ven en mí el atuendo blanco y*

prístino. Muchos de ellos ni siquiera me han visto pelear, nunca me han visto manchado de sangre, nunca me han visto cubierto de ceniza.

No estaba seguro de qué era lo que le molestaba de eso.

Ante ellos, Elend pudo ver una figura barbuda sentada en una silla junto al sendero, como si hubiera salido a tomar el aire por la tarde. Cett lo miró al pasar.

—¿Más koloss? —preguntó.

Elend asintió.

—Entonces, ¿vamos a atacar?

Elend se detuvo.

Al parecer, el espíritu de la bruma no quería que atacara. Pero no podía estar seguro de qué quería que supiera o pensara... ni siquiera sabía si debía confiar en él. ¿Podía basar el futuro de su imperio en vagas impresiones recibidas por un fantasma en la bruma?

Tenía que conseguir aquel depósito, y no podía permitirse esperar un asedio, ya no. Además, atacar parecía la mejor manera de recuperar a Vin. Yomen jamás la entregaría: Elend tenía que esperar o atacar, contando con que en el caos de la batalla Yomen la dejara en algún calabozo. Ciento, si atacaba se arriesgaba a que la ejecutara, pero dejar que Yomen la utilizara como moneda de cambio parecía igual de peligroso para ella.

Tengo que ser el hombre que tome las decisiones difíciles, se dijo. Es lo que Vin intentaba enseñarme en el baile: que puedo ser a la vez Elend el hombre y Elend el rey. Me hice cargo de esos koloss para algo. Ahora tengo que usarlos.

—Informa a los soldados —dijo Elend—. Pero que no formen filas. Atacaremos por la mañana, aunque por sorpresa: los koloss primero, para que quiebren sus defensas. Los hombres podrán formar detrás, luego entrar y tomar el control.

Rescataremos a Vin, entraremos en esa caverna y después regresaremos a Luthadel con los suministros de alimentos.

Y sobreviviremos mientras podamos.

Sospecho que Alendi, el hombre al que mató Rashek, era un brumoso: un buscador. La alomancia, no obstante, era diferente en aquellos días, y mucho más rara. Los alomantes vivos en nuestra época son descendientes de los hombres que comieron aquellas pocas perlas del poder de Conservación. Formaron la base de la nobleza, y fueron los primeros en llamarlo emperador.

El poder de aquellas pocas perlas estaba tan concentrado que pudo durar diez siglos de reproducción y herencia.

62



SAZED ESPERABA FUERA DE LA habitación, mirando al interior. Fantasma yacía en su cama, todavía envuelto en vendajes. El muchacho no se había despertado desde su hazaña, y Sazed tampoco estaba seguro de que fuera a hacerlo alguna vez. Aunque viviera, tendría horribles cicatrices el resto de su vida.

Esto demuestra una cosa, pensó Sazed. El muchacho no tiene peltre. Si Fantasma hubiera podido quemarlo, habría sanado mucho más rápido. Sazed le había administrado un frasquito de peltre por si acaso, y no había notado ninguna diferencia. El muchacho no se había convertido místicamente en violento.

En cierto modo, era reconfortante. Significaba que el mundo de Sazed aún tenía sentido.

Dentro de la habitación, Beldre estaba sentada a la vera de Fantasma. Venía todos los días a pasar algún tiempo con él. Más tiempo, incluso, que el que pasaba con su hermano, Quellion. El Ciudadano tenía un brazo roto y algunas heridas más, pero nada letal. Aunque Brisa gobernaba en Urteau, Quellion seguía siendo una autoridad, y parecía haberse vuelto más... amable. Ahora parecía dispuesto a considerar una alianza con Elend.

A Sazed le resultaba extraño que Quellion se mostrara tan cooperador. Habían entrado en su ciudad, habían sembrado el caos y casi lo habían matado. ¿Y ahora escuchaba sus ofertas de paz? Desde luego, Sazed recelaba. El tiempo lo diría.

Dentro de la habitación, Beldre se volvió levemente y advirtió a Sazed en la puerta. Sonrió y se puso en pie.

—Por favor, lady Beldre —dijo Sazed, entrando—. No te levantes.

Ella se sentó de nuevo mientras Sazed avanzaba. Revisó el vendaje de Fantasma, comprobó el estado del joven, comparando notas del interior de los textos médicos de sus mentecobres. Beldre observaba en silencio.

Cuando terminó, se volvió para marcharse.

—Gracias —dijo Beldre. Miró a Fantasma—. ¿Crees...? Quiero decir, ¿su estado ha cambiado?

—Me temo que no, lady Beldre. No puedo prometer nada en lo referido a su recuperación.

Ella sonrió débilmente, y se volvió hacia el muchacho herido.

—Lo conseguirá —dijo.

Sazed frunció el ceño.

—No es solo un hombre —dijo Beldre—. Es algo especial. No sé qué hizo para recuperar a mi hermano, pero Quellion es como era antes de que empezara toda esta locura. Y la ciudad. La gente vuelve a tener esperanza. Eso es lo que Fantasma quería.

Esperanza... pensó Sazed, estudiando los ojos de la muchacha. *Lo quiere de verdad.*

En cierto modo, a Sazed le parecía una tontería. ¿Cuánto tiempo hacía que conocía al muchacho? ¿Unas pocas semanas? En ese breve período de tiempo, Fantasma no solamente se había ganado el amor de Beldre, sino que se había convertido en el héroe de toda una ciudad.

Ella se sienta a esperar, y tiene fe en que se recupere, pensó Sazed. *Sin embargo, al verlo, lo primero que yo pienso es cómo me alivia que no fuera un brazo de peltre.* ¿Tan insensible se había vuelto Sazed? Tan solo año y medio antes, estuvo dispuesto a enamorarse sin esperanza de una mujer que se había pasado casi toda la vida reprendiéndolo. Una mujer con quien solo había pasado unos días preciosos.

Se dio media vuelta y salió de la habitación.

Sazed se dirigió a sus aposentos, que anteriormente pertenecían a un obligador. Era agradable tener de nuevo paredes y escaleras corrientes, en vez

de interminables estantes unidos por paredes cavernosas.

En su escritorio estaba el cartapacio abierto, su forro de tela manchado de ceniza. Un fajo de páginas a la izquierda, y otro a la derecha. Solo quedaban diez páginas en el fajo de la derecha.

Tras inspirar profundamente, Sazed se acercó y se sentó. Era hora de terminar.

ACABABA LA MAÑANA DEL DÍA siguiente cuando colocó la última hoja sobre el fajo de la izquierda. Había repasado rápidamente estas diez últimas páginas, pero había podido concederles toda su atención, pues no le distraía cabalgar mientras leía ni ninguna otra preocupación. Consideraba que había dado a cada una la consideración debida.

Permaneció sentado un rato, fatigado, y no solo por la falta de sueño. Se sentía... aturdido. Su tarea había terminado. Después de un año de trabajo, había revisado todas y cada una de las religiones que tenía almacenadas. Y las había eliminado todas.

Era extraño cuántos elementos en común tenían todas. La mayoría sostenía ser la autoridad definitiva y denunciaba a las otras creencias. La mayoría hablaba de otra vida tras la muerte, pero no ofrecía ninguna prueba. La mayoría hablaba de un dios o unos dioses, pero, de nuevo, tenía poca justificación para sus enseñanzas. Y cada una de ellas estaba plagada de inconsistencias y falacias lógicas.

¿Cómo podían creer los hombres en algo que predicaba amor, por un lado, y enseñaba a destruir a los infieles por otro? ¿Cómo se racionalizaba la fe sin ninguna prueba? ¿Cómo podían esperar sinceramente tener fe en algo que hablaba de milagros y maravillas en el lejano pasado, pero que daba cuidadosamente excusas de por qué esas cosas no sucedían en la actualidad?

Y luego, naturalmente, estaba el último copo de ceniza de la pila: eso que, en su opinión, ninguna de las religiones conseguía demostrar. Todas enseñaban que los creyentes serían bendecidos. Y todas carecían de respuesta para explicar por qué sus dioses siempre habían permitido que los creyentes fueran capturados, encarcelados, esclavizados y masacrados por un hereje conocido como el lord Legislador.

El fajo de páginas estaba colocado en la mesa ante él, boca abajo. Eso significaba que no había ninguna verdad. Ninguna fe que le devolviera a Tindwyl. No había nada que vigilara a los hombres, al contrario de lo que

Fantasma había afirmado con tanto ímpetu. Sazed pasó los dedos por la última página, y por fin, la depresión que había estado combatiendo y apenas había mantenido a raya durante tanto tiempo, fue demasiado fuerte para poder resistirse a ella. El cartapacio había sido su última línea de defensa.

Dolor. Eso producía la pérdida. Dolor y aturdimiento al mismo tiempo; un alambre de espino que se retorcía en su pecho junto con una absoluta incapacidad para hacer nada al respecto. Le apetecía agazaparse en un rincón, echar a llorar y esperar la muerte.

¡No!, pensó. Tiene que haber algo...

Palpó bajo la mesa, buscando con dedos temblorosos el saco de las mentes de metal. En su lugar sacó un tomo. Lo colocó sobre la mesa junto con el cartapacio, y luego lo abrió por una página al azar. Palabras escritas con dos letras diferentes. Una era cuidada y fluida. La suya propia. La otra, tersa y decidida. La de Tindwyl.

Apoyó los dedos en la página. Tindwyl y él habían recopilado juntos este libro, en el que descifraban la historia, las profecías y los significados que rodeaban al Héroe de las Eras. Mucho antes de que a Sazed hubiera dejado de importarle.

Eso es mentira, pensó, cerrando el puño. ¿Por qué me miento a mí mismo? Sigue importándome. Nunca dejó de importarme. Si hubiera dejado de importarme, no estaría investigando todavía. Si no me importara tanto, esta sensación de traición no sería tan dolorosa.

Kelsier había hablado de esto. Luego Vin había hecho lo mismo. Sazed nunca esperó tener sentimientos similares. ¿Quién podía herirlo tan profundamente para hacer que se sintiera traicionado? No era como los otros hombres. Lo admitía no por arrogancia, sino porque se conocía a sí mismo. Perdonaba a la gente, quizá en exceso. Simplemente, no era de los que se sienten amargados.

Por lo tanto, había dado por hecho que nunca tendría que tratar con estas emociones. De ahí que estuviera tan poco preparado para ser traicionado por lo único que no podía aceptar como imperfecto.

No podía creer. Si creyera, eso significaba que Dios (o el universo, o lo que vigilaba a los hombres) había fracasado. Más valía creer que no había nada. Así, todas las inconsideraciones del mundo eran mera cuestión de azar. No algo causado por un dios que les había fallado.

Sazed miró el tomo abierto y advirtió un pequeño papel que sobresalía entre sus páginas. Lo sacó, y le sorprendió encontrar la imagen de una flor que

le había dado Vin, la que llevaba la esposa de Kelsier. La que había usado para darse esperanza. Para recordar un mundo que existía antes de la llegada del lord Legislador.

Alzó la cabeza. El techo era de madera, pero la luz roja del sol, refractada en la ventana, se extendía por él.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué dejarme así? Lo estudié todo sobre ti. Aprendí las religiones de *quinientos* pueblos y sectas distintos. Enseñé sobre ti cuando otros hombres habían renunciado mil años antes.

»¿Por qué me dejas *a mí* sin esperanza, cuando otros pueden tener fe? ¿Por qué me dejas en la duda? ¿No debería estar más seguro que los demás? ¿No debería haberme protegido mi conocimiento?

Y, sin embargo, su fe lo había vuelto aún más susceptible. *En eso consiste la confianza*, pensó Sazed. *En darle a otra persona poder sobre ti. Poder para hacerte daño*. Por eso había renunciado a sus mentes de metal. Por eso había decidido estudiar las religiones una a una, tratando de encontrar la que no tuviera defectos. Nada que le fallara.

Tenía sentido. Mejor no creer que descubrir que estaba equivocado. Sazed volvió a agachar la cabeza. ¿Por qué se le ocurría hablarle al cielo? Allí no había nada.

Nunca lo había habido.

Fuera, en el pasillo, oyó voces.

—Mi querido perrito —decía Brisa—, sin duda podrás quedarte un día más.

—No —respondió TenSoon el kandra, hablando con su voz perruna—. Debo encontrar a Vin lo antes posible.

Incluso el kandra, pensó Sazed. *Incluso una criatura inhumana tiene más fe que yo.*

Y, sin embargo, ¿cómo podían comprenderlo? Sazed cerró los ojos con fuerza, sintiendo que un par de lágrimas asomaban a sus comisuras. ¿Cómo podía nadie comprender el dolor de una fe traicionada? Él había *creído*. Pero, cuanta más esperanza había necesitado, más vacío había encontrado.

Cogió el libro y luego cerró el cartapacio, dejando en su interior los inadecuados sumarios. Se volvió hacia la chimenea. Era mejor quemarlo todo sin más.

La fe... Recordó una voz del pasado. Su propia voz, hablándole a Vin aquel terrible día tras la muerte de Kelsier. *La fe no es solo para los bellos momentos y*

los días felices. ¿Qué es creer, qué es la fe si no continúas en ella después del fracaso?

Qué inocente había sido.

Mejor confiar y ser traicionado, pareció susurrar Kelsier. Era uno de los lemas del Superviviente. *Mejor amar y ser lastimado*.

Sazed cogió el tomo. Era algo carente de significado. Su texto podía ser cambiado por Ruina en cualquier momento. *¿Y en eso sí creo?*, pensó con frustración. *¿Tengo fe en este Ruina, pero no en algo mejor?*

Guardó silencio, sujetando el libro, escuchando a Brisa y TenSoon fuera de la habitación. El libro era un símbolo para él. Representaba lo que una vez había sido. Representaba el fracaso. Alzó de nuevo la mirada. *Por favor*, pensó. *Quiero creer. De verdad. Yo... necesito algo. Algo más que sombras y recuerdos. Algo real.*

Algo verdadero. ¿Por favor?

—Adiós, aplacador —dijo TenSoon—. Dale recuerdos de mi parte al Anunciador.

Entonces Sazed oyó que Brisa se marchaba. TenSoon recorrió el pasillo con sus silenciosas patas de perro.

Anunciador...

Sazed se quedó inmóvil.

Esa palabra...

Sazed se sintió aturdido durante un instante. Después abrió la puerta de golpe y se abalanzó al pasillo. La puerta golpeó contra la pared, haciendo que Brisa se sobresaltara. TenSoon se detuvo al fondo del pasillo, cerca de las escaleras. Se volvió para mirar a Sazed.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó Sazed.

—Anunciador —contestó TenSoon—. ¿No fuiste tú quien señaló a lady Vin como Héroe de las Eras? Pues entonces ese es tu título.

Sazed cayó de rodillas y plantó en el suelo, ante él, su libro. Fue pasando las páginas hasta localizar una en concreto, escrita por él mismo. *Yo me creía el Sagrado Primer Testigo*, decía, *el profeta que descubriría al Héroe de las Eras*. Eran palabras de Kwaan, el hombre que originalmente había llamado Héroe a Alendi. A partir de estos escritos, que eran las únicas pistas sobre la religión original de Terris, Sazed y todos los demás habían conseguido extraer lo poco que sabían de las profecías del Héroe de las Eras.

—¿Qué es esto? —preguntó Brisa, agachándose y echando un vistazo a las palabras—. ¡Humm! Parece que confundes el término, mi querido perrito. No

es «Anunciador», sino «Sagrado Primer Testigo».

Sazed alzó la cabeza.

—Es uno de los párrafos que cambió Ruina, Brisa —susurró en voz baja—. Cuando lo escribí era diferente, pero Ruina lo alteró, tratando de engañarnos a Vin y a mí para que cumpliéramos sus profecías. Los skaa habían empezado a llamarle el Sagrado Primer Testigo, su propio título. Así que Ruina cambió retroactivamente los escritos de Kwaan para que parecieran una referencia profética hacia mí.

—¿Ah, sí? —preguntó Brisa, frotándose la barbilla—. ¿Y qué decía antes?

Sazed ignoró la pregunta y miró a TenSoon a sus ojos caninos.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó—. ¿Cómo conocías las palabras de las antiguas profecías de Terris?

TenSoon se sentó sobre sus cuartos traseros.

—Me resulta extraño, terrisano. Hay una gran inconsistencia en todo esto, un problema que a *nadie* se le ha ocurrido señalar. ¿Qué pasó con los porteadores que viajaron con Rashek y Alendi hasta el Pozo de la Ascensión?

Rashek. El hombre que se había convertido en lord Legislador.

Brisa se irguió.

—Esa es fácil, kandra —respondió, agitando su bastón—. Todo el mundo sabe que, cuando el lord Legislador subió al trono de Khlennium, convirtió en nobles a sus amigos de confianza. Por eso la nobleza del Imperio Final estaba tan mimada: eran descendientes de los buenos amigos de Rashek.

TenSoon no dijo nada.

No, pensó Sazed, asombrado. *No... ¡no puede ser!*

—*No pudo* haber convertido en nobles a esos porteadores.

—¿Por qué no? —preguntó Brisa.

—Porque los nobles se convirtieron en alomantes —contestó Sazed, poniéndose en pie—. Los amigos de Rashek eran *feruquimistas*. Si los hubiera convertido en nobles, entonces...

—Entonces ellos lo habrían desafiado —dijo TenSoon—. Se podrían haber convertido en alomantes y feruquimistas a la vez, como él, y tener sus mismos poderes.

—Sí —corroboró Sazed—. Se pasó diez siglos intentando eliminar la feruquimia de la población de Terris... ¡Todo por miedo a que alguien naciera con feruquimia y alomancia! Los amigos que fueron con él al Pozo habrían sido peligrosos, ya que obviamente eran poderosos feruquimistas, y sabían lo

que Rashek le había hecho a Alendi. Rashek tuvo que hacer otra cosa con ellos. Algo para secuestrarlos, quizá incluso matarlos...

—No —dijo TenSoon—. No los mató. Llamáis monstruo al Padre, pero no era un hombre malvado. No mató a sus amigos, aunque reconoció la amenaza que suponían para él sus poderes. Así que les ofreció un trato, hablando directamente a sus mentes mientras detentaba el poder de la creación.

—¿Qué trato? —preguntó Brisa, sin duda confundido.

—Inmortalidad —dijo TenSoon en voz baja—. A cambio de su feruquimia. La entregaron, junto con algo más.

Sazed miró a la criatura del pasillo, una criatura que pensaba como un hombre, pero tenía la forma de una bestia.

—Renunciaron a su humanidad —susurró Sazed.

TenSoon asintió.

—¿Siguen vivos? —preguntó Sazed, dando un paso adelante—. ¿Los compañeros del lord Legislador? ¿Los mismos terrisanos que subieron con él al Pozo?

—Los llamamos la Primera Generación —respondió TenSoon—. Los fundadores del pueblo kandra. El Padre transformó a todos los feruquimistas vivos en espectros de la bruma, iniciando así la raza. Sus buenos amigos, sin embargo, recuperaron el sentido del yo con unos cuantos clavos hemalúrgicos. Has hecho mal tu trabajo, guardador. Esperaba que me sonsacaras todo esto *mucho antes* de tener que marcharme.

He sido un necio, pensó Sazed, parpadeando para contener las lágrimas. *Un necio total*.

—¿Qué? —preguntó Brisa, frunciendo el ceño—. ¿Qué está pasando? ¿Sazed? Mi querido amigo, ¿por qué estás tan azorado? ¿Qué significan las palabras de esta criatura?

—Significan esperanza —contestó Sazed, y entró en tromba en su habitación y empezó a meter ropa en su mochila de viaje.

—¿Esperanza? —repuso Brisa, asomándose.

Sazed se volvió para mirarlo. El kandra se había acercado y estaba detrás de Brisa en el pasillo.

—La religión de Terris, Brisa —dijo Sazed—. Aquello para lo que fue fundada mi secta, lo que mi pueblo ha pasado siglos intentando descubrir. Sigue viva. No en palabras escritas que puedan ser corrompidas o cambiadas, sino en las mentes de los hombres que la practicaron. *¡La fe de Terris no está muerta!*

Había una religión más que añadir a la lista. Su misión no había terminado todavía.

—¡Rápido, guardador! —exclamó TenSoon—. Estaba preparado para ir sin ti, puesto que todo el mundo me decía que habías dejado de preocuparte por estas cosas. Pero, si vienes, te mostraré el camino a mi Tierra Natal... me coge de camino en la búsqueda de Vin. Esperemos que puedas convencer a la Primera Generación de lo que yo no he podido.

—¿De qué? —preguntó Sazed, todavía empaquetando.

—De que el fin ha llegado.

Ruina intentó muchas veces introducir clavos en otros miembros de la banda. Aunque parte de lo que pasó hace que parezca que fue fácil para él controlar a las personas, en realidad no lo fue.

Colocar el metal en el lugar adecuado, en el momento adecuado, resultaba increíblemente difícil, incluso para una criatura sutil como Ruina. Por ejemplo, intentó hacerlo muchas veces con Elend y Yomen. Elend consiguió evitarlo siempre, como en el campo que había ante la pequeña aldea, que contenía el penúltimo depósito de almacenamiento.

Ruina sí que consiguió introducir un clavo en Yomen, una vez. Pero Yomen consiguió quitarse el clavo antes de que Ruina pudiera apoderarse de él. Era mucho más fácil para Ruina controlar a gente apasionada e impulsiva que a gente lógica con tendencia a sopesar sus acciones.

63



—LO QUE NO COMPRENDO ES por qué me elegiste a mí —dijo Vin—. Tuviste mil años y cientos de miles de personas para escoger. ¿Por qué guiarme a mí hasta el Pozo de la Ascensión para que te liberara?

Estaba en su celda, sentada en su camastro, que ahora yacía sin patas en el suelo, pues se había desplomado después de quitarle los tornillos. Había pedido uno nuevo. La habían ignorado.

Ruina se volvió hacia ella. Venía a menudo, con el cuerpo de Reen, comportándose aún con lo que Vin solo podía interpretar como una especie de regodeo. Pero ignoró su pregunta, como solía hacer, y se volvió hacia el este, como si pudiera ver directamente a través de la pared de la celda.

—Ojalá pudieras verlo —dijo—. Las lluvias de ceniza se han vuelto hermosas y densas, como si el cielo mismo se hubiera quebrado y cayeran fragmentos de su cadáver en copos negros. ¿Sientes cómo tiembla el suelo?

Vin no respondió.

—Esos terremotos son los estertores finales de la tierra —añadió Ruina—. Como un viejo que gime mientras muere, llamando a sus hijos para poder

pasarles sus últimos restos de sabiduría. El suelo mismo se hace añicos. El lord Legislador tuvo mucho que ver. Si quieres, puedes echarle a él la culpa.

Vin se irguió. No atrajo la atención hacia sí misma haciendo más preguntas, sino que dejó hablar a Ruina. Una vez más, advirtió cuán *humanos* parecían algunos de sus gestos.

—Creyó que podría resolver los problemas él solo —continuó Ruina—. Me rechazó, ¿sabes?

Y eso sucedió hace exactamente mil años, pensó Vin. Han pasado mil años desde que Alendi fracasó en su misión; mil años desde que Rashek tomó el poder para sí y se convirtió en el lord Legislador. Es parte de la respuesta a mi pregunta. El líquido brillante que fluía en el Pozo de la Ascensión... se había agotado cuando terminé de liberar a Ruina. También debió de haber desaparecido después de que Rashek lo usara.

Mil años. ¿El tiempo necesario para que el Pozo regenerara su poder? Pero ¿qué era ese poder? ¿De dónde venía?

—En realidad, el lord Legislador no salvó al mundo —prosiguió Ruina—. Tan solo retrasó su destrucción... y al hacerlo, me ayudó. Así es como debe ser siempre, tal como te dije. Cuando los hombres creen que están ayudando al mundo, suelen hacer más mal que bien. Igual que tú. Trataste de ayudar, pero acabaste liberándome.

Ruina la miró, y luego sonrió de manera paternal.

Ella no reaccionó.

—Los Montes de Ceniza —continuó Ruina—, el paisaje moribundo, la gente rota... todo obra de Rashek. Retorcer a los hombres para convertirlos en koloss, kandra e inquisidores, todos suyos...

—Pero tú lo odiabas —repuso Vin—. Él no te liberó, y por eso tuviste que esperar otros mil años.

—Cierto. Pero mil años no es mucho tiempo. Para nada. Además, no pude negarme a ayudar a Rashek. Ayudo a todo el mundo, pues mi poder es una herramienta: la única herramienta con la que se pueden cambiar las cosas.

Todo está llegando a su fin, pensó Vin. De verdad. No tengo tiempo para sentarme a esperar. Necesito hacer algo.

Vin se levantó, haciendo que Ruina la mirase mientras ella se dirigía a la puerta de la celda.

—¡Guardias! —llamó. Su voz resonó en la cámara—. ¡Guardias!

Al cabo de un rato, oyó un golpe fuera.

—¿Qué? —exigió una voz ruda.

—Dile a Yomen que quiero negociar.

Se hizo una pausa.

—¿Negociar? —preguntó por fin el guardia.

—Sí —contestó Vin—. Dile que tengo información que quiero darle.

No supo cómo interpretar la respuesta del guardia, ya que fue un simple silencio. Le pareció oír que se marchaba, pero sin estanío no podía estar segura.

Sin embargo, poco después, el guardia regresó. Ruina la observó, curioso, mientras descorrían los cerrojos y abrían la puerta. El grupo de soldados de costumbre esperó fuera.

—Acompáñanos.

CUANDO ENTRÓ EN LA SALA de audiencias de Yomen, la sorprendieron de inmediato las diferencias que encontró en él. Parecía mucho más demacrado que la última vez que se habían visto, como si hubiera pasado demasiado tiempo sin dormir.

Pero... es un nacido de la bruma, pensó Vin, confundida. *Eso significa que podría quemar peltre para borrar la fatiga de sus ojos.*

¿Por qué no lo hace? A menos que... no pueda quemarlo. A menos que solo haya un metal disponible para él.

Siempre le habían enseñado que no existían brumosos de atium. Pero cada vez se daba más cuenta de que el lord Legislador perpetuaba un montón de desinformación para conservar el control y el poder. Vin tenía que aprender a dejar de depender de que lo que le habían *dicho* era cierto, y concentrarse en los hechos a medida que los fuera encontrando.

Yomen la siguió con la mirada cuando entró, rodeada de guardias. Vin pudo leer la expectación en sus ojos; pero, como siempre, Yomen esperó a que ella actuara primero. Su costumbre parecía ser mantenerse muy cerca del peligro. Los guardias se apostaron en las puertas, dejándola sola en mitad de la sala.

—¿No hay grilletes? —preguntó.

—No —respondió Yomen—. No espero que estés aquí mucho tiempo. Los guardias me dicen que has ofrecido información.

—Así es.

—Bien —dijo Yomen, las manos unidas a la espalda—. Les dije que te trajeron a mí si sospechaban de un truco. Al parecer, no creyeron tus palabras respecto a un trato. Me pregunto por qué. —Arqueó una ceja hacia ella.

—Hazme una pregunta —dijo Vin. A un lado, Ruina caminaba junto a la pared, moviéndose con paso ocioso, despreocupado.

—Muy bien. ¿Cómo controla Elend a los koloss?

—Con alomancia —respondió Vin—. La alomancia emocional, cuando se usa en un koloss, los pone bajo el control del alomante.

—Me resulta difícil de creer —replicó Yomen llanamente—. Si fuera tan sencillo, alguien más lo habría descubierto.

—La mayoría de los alomantes son demasiado débiles para conseguirlo. Hay que usar un metal que amplíe tu poder.

—Ese metal no existe.

—¿Conoces el aluminio?

Yomen vaciló, pero Vin pudo ver en sus ojos que sí lo conocía.

—El duraluminio es la aleación alomántica del aluminio —continuó Vin—. Mientras que el aluminio reduce el poder de otros metales, el duraluminio los amplía. Mezcla duraluminio con cinc o latón, y luego tira o empuja de las emociones de un koloss, y el koloss será tuyo.

Yomen no descartó sus palabras como mentira. Ruina avanzó, caminando alrededor de Vin.

—Vin, Vin. ¿Cuál es ahora tu juego? —preguntó Ruina, divertido—. ¿Guarlo con pequeñas pistas, y luego traicionarlo?

Al parecer, Yomen llegó a la misma conclusión.

—Tus datos son interesantes, emperatriz, pero completamente indemostrables en mi actual situación. Por tanto, son...

—Había cinco cavernas de almacenaje —interrumpió Vin, avanzando un paso—. Encontramos las demás. Nos trajeron hasta aquí.

Yomen sacudió la cabeza.

—¿Y? ¿Por qué iba a importarme?

—Tu lord Legislador planeaba algo para esas cavernas... Se nota en la placa que dejó en esta. Dice que no encontró ningún modo de luchar contra lo que nos sucede en el mundo, pero ¿lo crees? Siento que tiene que haber más, una pista oculta en el texto de las cinco placas.

—¿Esperas que me crea que te importa lo que escribió el lord Legislador? —preguntó Yomen—. ¿Tú, su supuesta asesina?

—Él no me importa nada —admitió Vin—. ¡Pero, Yomen, tienes que creer que me importa lo que le suceda a la gente del imperio! Si has reunido información sobre Elend o sobre mí misma, sabes que eso es cierto.

—Tu Elend es un hombre que tiene un concepto demasiado elevado de sí mismo —observó Yomen—. Ha leído muchos libros, y asume que su aprendizaje lo capacita para ser rey. Tú... sigo sin saber qué pensar de ti. —Sus ojos mostraron parte del odio que Vin había visto durante su último encuentro —. Dices haber matado al lord Legislador. Sin embargo... no pudo haber muerto de verdad. De algún modo, eres parte de todo esto.

Ya está, pensó Vin. *Esa es mi entrada.*

—Él quería que nos conociéramos —dijo Vin. No se lo creía, pero Yomen sí que lo haría.

Yomen arqueó una ceja de nuevo.

—¿No lo ves? —preguntó Vin—. Elend y yo descubrimos las otras cavernas de almacenaje, la primera bajo la propia Luthadel. Por eso vinimos aquí. Esta era la *última* de las cinco. El final del camino. Por algún motivo, el lord Legislador quería guiarnos hasta aquí. Hasta ti.

Yomen vaciló unos instantes. Al lado, Ruina hizo la mímica de un aplauso.

—¡Llama a Lellin! —ordenó Yomen, volviéndose hacia uno de sus soldados—. Dile que traiga sus mapas.

El soldado saludó y se marchó. Yomen se volvió hacia Vin, todavía frunciendo el ceño.

—Esto no va a ser un intercambio. Me darás la información que te pida, y luego yo decidiré qué hacer con ella.

—Bien —contestó Vin—. Pero tú mismo acabas de decir que estaba conectada con todo esto. *Todo* está conectado, Yomen. Las brumas, los koloss, tú, yo, las cavernas de almacenaje, la ceniza...

Él dio un leve respingo cuando ella mencionó la ceniza.

—La ceniza empeora, ¿no? —preguntó ella—. ¿Cae con más intensidad?

Yomen asintió.

—Siempre nos preocuparon las brumas —confesó Vin—. Pero la ceniza es lo que va a matarnos. Bloqueará la luz del sol, enterrará nuestras ciudades, cubrirá nuestras calles, ahogará nuestros campos...

—El lord Legislador no permitirá que eso suceda.

—¿Y si está muerto de verdad?

Yomen la miró a los ojos.

—Entonces nos habrás condenado a todos.

Condenado... El lord Legislador había dicho algo parecido justo antes de que Vin lo matara. Se estremeció, esperando en bochornoso silencio,

sufriendo la mirada sonriente de Ruina hasta que un escriba entró en la sala, con varios mapas enrollados.

Yomen cogió uno de los mapas, apartando al hombre. Lo desplegó sobre una mesa e indicó a Vin que se acercara.

—Muéstramelo —dijo, dando un paso atrás para mantenerse fuera de su alcance mientras ella se aproximaba.

Vin cogió un trozo de carboncillo, y empezó a marcar los emplazamientos de las cavernas de almacenaje. Luthadel. Ciudad Statlin. Vetitan. Urteau. Los cinco que habían encontrado... todos cerca del Dominio Central: uno en el eje, y los otros cuatro formando un cuadrado a su alrededor. Ella puso una «X» final junto a Ciudad Fadrex.

Entonces, con el carboncillo todavía entre los dedos, advirtió algo. *Sí que hay un montón de minas alrededor de Fadrex en este mapa*, pensó. *Un montón de metal en la zona*.

—¡Retírate! —ordenó Yomen.

Vin se apartó. Él se acercó y estudió el mapa. Vin guardó silencio, pensativa. *Los escribas de Elend nunca pudieron encontrar una pauta en los emplazamientos de los depósitos. Dos estaban en ciudades pequeñas, dos en grandes. Unos cerca de canales, otros no. Los escribas decían que no tenían suficientes datos para determinar pautas*.

—Esto parece completamente aleatorio —dijo Yomen, reflejando sus propios pensamientos.

—Yo no inventé esos emplazamientos, Yomen —respondió ella, cruzándose de brazos—. Tus espías pueden confirmar adónde ha llevado Elend sus ejércitos y enviado sus emisarios.

—No todos tenemos los recursos para poder mantener extensas redes de espionaje, emperatriz —repuso llanamente Yomen, mientras miraba de nuevo el mapa—. Tendría que haber alguna pauta...

Vetitan, pensó Vin. *El lugar donde encontramos la caverna anterior a esta. También era un pueblo minero. Igual que Urteau.*

—Yomen, ¿alguno de estos mapas incluye depósitos minerales?

—Por supuesto —contestó él, distraído—. Después de todo, *somos* el Cantón de Recursos.

—¡Sácalo!

Yomen arqueó una ceja, expresando así lo que pensaba de que ella le diera órdenes. Sin embargo, indicó a su escriba que hiciera lo que le pedía. Un

segundo mapa cubrió al primero, y Vin dio un paso adelante. Yomen se retiró de inmediato, manteniéndose fuera de su alcance.

Tiene buenos instintos, para ser un burócrata, pensó ella, sacando el carboncillo de debajo del mapa. Hizo rápidamente de nuevo las cinco marcas. Con cada una de ellas, su mano se fue tensando más y más. Cada caverna se hallaba en una zona rocosa, próxima a minas de metal. Incluso Luthadel tenía ricos depósitos de mineral. Se decía que el lord Legislador había construido su capital en aquel lugar por el contenido mineral de la zona, sobre todo las aguas subterráneas. Eso era mejor para los alomantes.

—¿Qué intentas darme a entender? —preguntó Yomen. Se había acercado para ver qué marcaba.

—Esta es la conexión —dijo Vin—. Construyó sus depósitos cerca de fuentes de metal.

—¡Oh!, eso es pura casualidad.

—No —dijo Vin, alzando la cabeza y mirando a Ruina—. No, metal es igual a alomancia, Yomen. Aquí hay una pauta.

Yomen volvió a indicarle que se apartara, y se acercó al mapa. Bufó.

—Has incluido marcas cerca de las minas más productivas del interior del imperio. ¿Esperas que me crea que no estás jugando conmigo, ofreciendo una prueba fantasma de que son de verdad los emplazamientos de las cavernas de almacenaje?

Vin lo ignoró. Metal. *Las palabras de Kwaan estaban escritas en metal, porque decía que era seguro. Seguro. Asumimos que seguro para que no pudieran ser cambiadas.*

¿O se refería a que no podían ser leídas?

El lord Legislador había dibujado sus mapas sobre placas de metal.

¿Y si Ruina no podía encontrar los depósitos por su cuenta a causa del metal que los protegía? Habría necesitado que alguien lo guiara. Alguien que visitara cada uno de los depósitos, leyera el mapa que contenía y luego lo llevara hasta...

¡Lord Legislador! ¡Hemos vuelto a cometer el mismo error! Hicimos exactamente lo que él quería. ¡No me extraña que nos haya dejado vivir!

Sin embargo, en vez de sentirse avergonzada, esta vez Vin se irritó.

Miró a Ruina, que estaba allí de pie con su aire de sabiduría cósmica. Sus ojos cómplices, su tono paternal y su arrogancia deífica.

Otra vez no, pensó Vin, haciendo rechinar los dientes. Esta vez, le conozco el juego. Eso significa que puedo engañarlo. Pero... necesito saber por qué. ¿Por

qué estaba tan interesado en los depósitos? ¿Qué es lo que necesita antes de vencer esta batalla? ¿Cuál es el motivo de que haya esperado tanto tiempo?

De repente, la respuesta le pareció obvia. Mientras examinaba sus pensamientos, advirtió que uno de sus principales motivos para buscar los depósitos había sido desacreditado varias veces por Elend. Sin embargo, Vin había insistido con los depósitos, en busca de una sola cosa. No sabía explicar por qué, pero lo había considerado algo importante.

Aquello que había impulsado la economía imperial durante mil años. El más poderoso de los metales alománticos.

El atium.

¿Por qué estaba tan entusiasmada con él? Elend y Yomen tenían razón: el atium tenía poca importancia en el mundo actual. Sin embargo, sus sentimientos lo negaban. ¿Por qué? ¿Sería porque Ruina así lo quería, y Vin tenía alguna conexión no explicada con el metal?

El lord Legislador había dicho que Ruina no podía leerle la mente. Pero Vin sabía que él podía influir en sus emociones. Cambiar su manera de considerar las cosas, impelerla. Impulsarla a buscar lo que él quería.

Analizando las emociones que se habían visto afectadas, pudo ver el plan de Ruina, la forma en que la había manipulado, su manera de pensar. ¡Ruina quería el atium! Y, con un escalofrío de terror, Vin advirtió que lo había traído justo hasta él. *¡Con razón se mostraba tan complacido antes! ¡No era de extrañar que diera por hecho que había vencido!*

¿Por qué una fuerza cuasidivina estaría tan interesada en algo tan simple como un metal alomántico? Esa cuestión la hizo dudar levemente de sus conclusiones. Pero en ese momento las puertas de la cámara se abrieron de golpe.

Y un inquisidor apareció tras ellas.

De inmediato, Yomen y los soldados se postraron de rodillas. Vin dio un involuntario paso hacia atrás. La criatura era alta, como la mayoría de su especie, y aún vestía las túnicas grises de su cargo anterior al Colapso. Tenía la cabeza calva arrugada con intrincados tatuajes, la mayoría negros y uno rojo. Naturalmente, también estaban los clavos de sus ojos. Uno de ellos estaba más enterrado en un ojo que en el otro, y aplastaba la cuenca en torno a la cabeza de metal. El rostro de la criatura, retorcido por una mueca inhumana, fue una vez familiar para Vin.

—¿Marsh? —susurró horrorizada.

—Mi señor —dijo Yomen, abriendo los brazos—. ¡Por fin has venido! Envié unos mensajeros a buscar...

—¡Silencio! —ordenó Marsh con voz rechinante mientras avanzaba—. ¡De pie, obligador!

Yomen se incorporó rápidamente. Marsh miró a Vin y sonrió levemente, pero luego la ignoró. En cambio, miró directamente a Ruina e inclinó la cabeza en sometimiento.

Vin se estremeció. Los rasgos de Marsh, retorcidos como estaban, le recordaban a su hermano. Kelsier.

—Estáis a punto de ser atacados, obligador —reveló Marsh, continuando su marcha y abriendo una gran ventana al otro lado de la habitación. A través de ella, Vin podía ver más allá de los salientes rocosos, hasta donde el ejército de Elend acampaba junto al canal.

Solo que esta vez no había ningún canal. No había ningún saliente rocoso. Todo era de un negro uniforme. La ceniza llenaba el cielo, densa como una nevada.

¡Lord Legislador!, pensó Vin. *¡Cuánto ha empeorado!*

Yomen corrió a la ventana.

—¿Atacados, mi señor? ¡Pero si no han levantado el campamento!

—Los koloss atacarán por sorpresa —dijo el inquisidor—. No necesitan formar filas: simplemente, cargan.

Yomen se quedó quieto un segundo y luego se volvió hacia sus soldados:

—Corred a las defensas. ¡Reunid a los hombres en los salientes más avanzados!

Los soldados salieron corriendo de la sala. Vin permaneció en silencio. *El hombre que yo conozco como Marsh está muerto,* pensó. *Trató de matar a Sazed, y ahora es completamente uno de ellos. Ruina ha...*

Ha tomado el control sobre él...

Una idea empezó a cobrar forma en su mente.

—¡Rápido, obligador! —instó Marsh—. No he venido a proteger a tu insignificante ciudad. He venido a por lo que descubriste en ese depósito.

—¿Mi señor? —preguntó Yomen, sorprendido.

—Tu atium, Yomen —dijo el inquisidor—. Dámelo. *No puede* estar en esta ciudad cuando se produzca el ataque, por si caes. Lo llevaré a un lugar seguro.

Vin cerró los ojos.

—¿Mi... señor? —dijo Yomen por fin—. Puedes coger todo lo que poseo. Pero no había ningún atium en la caverna de almacenaje. Solo las siete perlas

que yo mismo recogí, como reserva para el Cantón de Recursos.

Vin abrió los ojos.

—¿Qué?

—¡Imposible! —rugió Marsh—. ¡Pero si antes le dijiste a la muchacha que lo tenías!

Yomen palideció.

—Una estratagema, mi señor. Ella parecía convencida de que yo tenía cierta cantidad de atium, así que le dejé creer que tenía razón.

—¡NO!

Vin dio un respingo ante el súbito grito. Yomen ni siquiera pestañeó, y un segundo más tarde ella comprendió por qué. Quien había gritado era Ruina. Se había vuelto confuso, y había perdido la forma de Reen; la figura estalló hacia fuera en una especie de tempestad de revuelta oscuridad. Casi como bruma, pero mucho mucho más negra.

Vin había visto esa negrura antes. La había atravesado, en la caverna bajo Luthadel, camino del Pozo de la Ascensión.

Un segundo más tarde, Ruina tenía otra vez el aspecto de Reen. Se cruzó las manos a la espalda, y no la miró, como si intentara fingir que no había perdido el control. Sin embargo, en sus ojos vio frustración. Ira. Se apartó de él, para acercarse a Marsh.

—¡Necio! —gritó Marsh, apartándose de ella y dirigiéndose a Yomen—.
¡Idiota!

Maldición, pensó Vin, molesta.

—Y yo... —dijo Yomen, confuso—. Mi señor, ¿por qué te preocupa el atium? No vale nada sin alomantes y políticos que paguen por él.

—No sabes nada —replicó Marsh. Luego sonrió—. Pero estás condenado. Sí... realmente condenado...

En el exterior la lluvia de ceniza había amainado, y Vin vio que el ejército de Elend levantaba el campamento. Yomen regresó a la ventana, y Vin también se acercó, aparentemente para ver mejor. Las fuerzas de Elend se congregaban, hombres y koloss. Probablemente, habrían advertido las defensas de la ciudad y comprendido que habían perdido cualquier oportunidad de atacar por sorpresa.

—Va a saquear esta ciudad —dijo Ruina, situándose al lado de Vin—. Tu Elend es un buen sirviente, niña. Uno de los mejores. Deberías estar orgullosa de él.

—Tantos koloss... —oyó susurrar a Yomen—. Mi señor, es imposible combatir contra tantos. Necesitamos tu ayuda.

—¿Por qué iba a ayudaros? —preguntó Marsh—. ¿A ti, que no me entregas lo que necesito?

—Pero he sido fiel —repuso Yomen—. Cuando todos los demás abandonaron al lord Legislador, yo he continuado sirviéndole.

Marsh resopló.

—El lord Legislador está muerto. También era un servidor improductivo.

Yomen palideció.

—Deja que esta ciudad arda ante la ira de cuarenta mil koloss —dijo Marsh.

Cuarenta mil koloss, pensó Vin. Elend había encontrado más, en alguna parte. Atacar parecía la acción lógica: por fin podría capturar la ciudad, quizá darle a ella la oportunidad de escapar en medio del caos. Muy lógico, muy inteligente. Y, sin embargo, de repente, Vin estuvo segura de una cosa.

—Elend no atacará —anunció.

Seis ojos (dos de acero, dos de carne y dos incorpóreos) se volvieron hacia ella.

—Elend no soltará tantos koloss contra la ciudad. Está tratando de intimidarte, Yomen. Y deberías escuchar. ¿Prefieres seguir obedeciendo a esta criatura, este inquisidor? Te desprecia. Quiere que mueras. Mejor únete a nosotros.

Yomen frunció el ceño.

—Podrías combatirlo conmigo —dijo Vin—. Eres alomante. Estos monstruos *pueden* ser derrotados.

Marsh sonrió.

—¿Idealismo por tu parte, Vin?

—¿Idealismo? —preguntó ella, mirando a la criatura—. ¿Te parece idealista creer que puedo matar a un inquisidor? Sabes que lo he hecho antes.

Marsh agitó una mano.

—No estoy hablando de tus necias amenazas. Estoy hablando de *él*. — Señaló al ejército de fuera—. Tu Elend pertenece a Ruina, igual que yo... igual que tú. Todos nos resistimos, pero todos acabamos por inclinarnos ante él tarde o temprano. Solo entonces comprendemos la belleza que hay en la destrucción.

—Tu dios no controla a Elend —dijo Vin—. Sigue intentando sostener que lo hace, pero eso solo lo convierte en mentiroso. O, tal vez, en un idealista.

Yomen observaba, confuso.

—¿Y si ataca? —preguntó Marsh con voz baja y ansiosa—. ¿Qué significaría eso, Vin? ¿Y si envía a sus koloss contra esta ciudad en un frenesí de sangre, los envía para que masacren y maten, para poder conseguir lo que él *cree* que tanto necesita? El atium y el alimento no pudieron hacerle venir... pero ¿tú? ¿Cómo te haría sentir eso? Mataste por él. ¿Qué te hace creer que Elend no hará lo mismo por ti?

Vin cerró los ojos. Recordó su ataque a la torre de Cett. Recordó las muertes al azar, con Zane a su lado. Recordó el fuego, y la muerte, y a un alomante suelto.

Nunca había vuelto a matar así.

Abrió los ojos. ¿Por qué no atacaría Elend? Atacar tenía todo el sentido del mundo. Sabía que podía tomar la ciudad fácilmente. Sin embargo, también sabía que tenía problemas para controlar a los koloss cuando alcanzaban un frenesí demasiado grande...

—Elend no atacará —aseguró tranquilamente—. Porque es mejor persona que yo.

Cualquiera podría advertir que Ruina no envió a sus inquisidores a Fadrex hasta después de que Yomen confirmara, aparentemente, que había atium en la ciudad. ¿Por qué no enviarlos en cuanto se localizó el último depósito? ¿Dónde estuvieron sus lacayos todo el tiempo?

Hay que tener en cuenta que, para Ruina, todos los hombres eran sus lacayos, sobre todo aquellos a quienes podía manipular directamente. No envió a ningún inquisidor porque estaban ocupados haciendo otras tareas. En cambio, envió a alguien que, para él, era exactamente igual que un inquisidor.

Trató de introducir un clavo en Yomen, fracasó, y para entonces el ejército de Elend había llegado. Por tanto, utilizó a un peón diferente para que investigara el depósito y descubriera si el atium en verdad estaba allí. Al principio, no comprometió demasiados recursos en la ciudad, temiendo un engaño por parte del lord Legislador. Como él, todavía me pregunto si los depósitos fueron diseñados, en parte, para este mismo propósito, para distraer a Ruina y mantenerlo ocupado.

64



—... Y POR ESO DEBES ENVIAR ese mensaje, Fantasma. Las piezas de todo este asunto están girando en el aire, arrojadas al viento. Tienes una pista que nadie más tiene. Hazla volar por mí.

Fantasma asintió, medio aturdido. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué estaba pasando? ¿Y por qué, de pronto, todo parecía doler tanto?

—Buen chico. Hiciste bien, Fantasma. Estoy orgulloso de ti.

Trató de volver a asentir, pero todo era negrura y aturdimiento. Tosió, provocando algunos sonidos de sorpresa procedentes de un lugar lejano. Gimió. Había partes que le dolían mucho, aunque otras tan solo le cosquilleaban. Y otras... bueno, no las sentía en absoluto, aunque creía que debería haber podido hacerlo.

Estaba soñando, advirtió mientras recuperaba lentamente la conciencia. ¿Por qué me he quedado dormido? ¿Estaba de guardia? ¿Debería estar de guardia? El taller...

Sus pensamientos se dispersaron cuando abrió los ojos. Había alguien de pie ante él. Un rostro. Un rostro... bastante más feo que la cara que esperaba ver.

—¿Brisa? —trató de decir, aunque solo consiguió emitir un graznido.

—¡Ja! —exclamó Brisa, con inesperadas lágrimas en los ojos—. ¡Está despertando!

Otro rostro flotó ante él, y Fantasma sonrió. *Ese* era el que había estado esperando. Beldre.

—¿Qué ocurre? —susurró Fantasma.

Unas manos le acercaron algo a los labios: un odre con agua. La sirvieron con cuidado, ofreciéndole un sorbo. Fantasma tosió, pero consiguió tragársela.

—¿Por qué... por qué no puedo moverme? —preguntó. Lo único que parecía poder menear era la mano izquierda.

—Tienes el cuerpo vendado y entabillado, Fantasma —dijo Beldre—. Órdenes de Sazed.

—Las quemaduras —señaló Brisa—. Bueno, no son *tan* malas, pero...

—¡Al diablo con las quemaduras! —croó Fantasma—. Estoy vivo. No me lo esperaba.

Brisa miró a Beldre, sonriendo.

Hazla volar...

—¿Dónde está Sazed? —preguntó Fantasma.

—Deberías tratar de descansar un poco —advirtió Beldre, acariciándole suavemente la mejilla—. Has sufrido mucho.

—Y también he dormido mucho más, parece —dijo Fantasma—. ¿Sazed?

—Se ha marchado, mi querido muchacho —informó Brisa—. Fue al oeste con el kandra de Vin.

Vin.

Un sonido de pasos, y un segundo después el rostro del capitán Goradel apareció junto a los otros dos. El soldado de mandíbula cuadrada sonrió de oreja a oreja.

—¡Superviviente de las Llamas, en efecto!

Tienes una pista que nadie más tiene...

—¿Cómo está la ciudad? —preguntó Fantasma.

—A salvo en su mayor parte —respondió Beldre—. Los canales se inundaron, y mi hermano organizó brigadas de bomberos. De todas formas, la mayoría de los edificios que ardieron no estaban habitados.

—La salvaste, mi señor —dijo Goradel.

Estoy orgulloso...

—La ceniza cae aún más copiosamente, ¿verdad? —quiso saber Fantasma.

Los tres intercambiaron una mirada. Sus expresiones de preocupación fueron confirmación suficiente.

—Están llegando muchos refugiados a la ciudad —dijo Beldre—. De las ciudades y villas cercanas, algunos de lugares tan lejanos como Luthadel...

—Necesito enviar un mensaje —dijo Fantasma—. A Vin.

—Muy bien —trató de calmarlo Brisa—. Lo haremos en cuanto estés mejor.

—Escúchame, Brisa —susurró Fantasma, mirando al techo, incapaz de hacer otra cosa que retorcerse—. Algo nos estaba controlando al Ciudadano y a mí. Lo *vi*... el ser que Vin liberó en el Pozo de la Ascensión. El ser que trae la ceniza para destruirnos. Quería esta ciudad, pero lo repelimos. Ahora tengo que advertir a Vin.

Eso le habían enviado a hacer en Urteau. Encontrar información, y luego informar a Vin y a Elend. Ahora empezaba a comprender lo importante que podía ser esa misión.

—En estos momentos, viajar es peligroso, muchacho —dijo Brisa—. Las condiciones para enviar mensajes no son precisamente perfectas.

—Descansa un poco más —aconsejó Beldre—. Nos preocuparemos por eso cuando estés curado.

Fantasma rechinó los dientes, frustrado.

Tienes que enviar ese mensaje, Fantasma...

—Yo lo llevaré —resolvió Goradel en voz baja.

Fantasma miró a un lado. A veces, era fácil ignorar al soldado, con sus modales sencillos y directos y su agradable conducta. Sin embargo, la determinación en su voz hizo sonreír a Fantasma.

—Lady Vin me salvó la vida —dijo Goradel—. La noche de la rebelión del Superviviente, pudo dejarme morir a manos de la turba. Pudo haberme matado ella misma. Pero se tomó su tiempo para decirme que comprendía mi situación, y me convenció para que cambiara de bando. Si ella necesita esta información, Superviviente, yo mismo se la llevaré, o moriré en el intento.

Fantasma trató de asentir, pero su cabeza estaba bien sujetada por las vendas. Flexionó la mano. Parecía funcionar... o al menos funcionar lo suficiente.

Miró a Goradel a los ojos.

—Ve a la armería y que te preparen una placa de metal muy fino —ordenó—. Luego, regresa aquí con algo que yo pueda usar para arañar el metal. Estas

palabras deben ser escritas en acero, y no puedo pronunciarlas en voz alta.

En aquellos momentos en que el lord Legislador tenía el poder del Pozo y sentía que lo iba perdiendo, comprendió muchas cosas. Vio lo que podía hacer la feruquimia y la temió. Sabía que mucha gente de Terris lo rechazaría como Héroe, pues no cumplía bien sus profecías. Lo verían como el usurpador que era, como quien mató al Héroe por ellos enviado.

Creo que, a lo largo de los años, Ruina lo retorció sutilmente y le hizo infligir cosas terribles a su propio pueblo. Pero sospecho que al principio su decisión contra ellos fue motivada más por la lógica que por la emoción. Estaba a punto de desvelar un gran poder en los nacidos de la bruma.

Supongo que podría haber mantenido la alomancia en secreto y utilizado a los feruquimistas como sus principales guerreros y asesinos. No obstante, creo que fue sabio en su decisión. Dada la naturaleza de sus poderes, los feruquimistas poseen una tendencia a la erudición. Con sus prodigiosas memorias, habrían sido difíciles de controlar a lo largo de los siglos. De hecho, eran difíciles de controlar, aunque los neutralizara. La alomancia no solo proporcionó una espectacular habilidad nueva sin ese contratiempo: también ofreció un poder místico que él podía emplear para sobornar a los reyes y ponerlos de su parte.

65



ELEND CONTEMPLABA SUS TROPAS desde lo alto de un pequeño macizo rocoso. Abajo, los koloss avanzaban, abriendo un camino en la ceniza para que los humanos lo utilizaran después de su ataque inicial.

Elend esperaba. Ham lo acompañaba, unos pocos metros más abajo.

Visto de blanco, pensó Elend. El color de la pureza. Intento representar lo que es bueno y justo. Para mis hombres.

—Los koloss no deberían tener problemas con esas fortificaciones —dijo Ham en voz baja—. Si pueden saltar hasta lo alto de los muros de la ciudad, podrán escalar esos acantilados de piedra.

Elend asintió. Probablemente los soldados humanos no tendrían que atacar. Solo con sus koloss, Elend tenía la superioridad numérica, y era muy poco probable que los soldados de Yomen hubieran combatido antes a estas criaturas.

Los koloss sentían la lucha. Notaba cómo se iban excitando. Se debatían contra él, deseosos de atacar.

—Ham —dijo Elend, bajando la cabeza—, ¿hacemos bien?

Ham se encogió de hombros.

—Este movimiento tiene sentido, El —contestó, frotándose la barbilla—. Atacar es nuestra única posibilidad real de salvar a Vin. Y no podemos mantener el asedio... ya no.

Ham se detuvo, luego sacudió la cabeza, y su tono de voz adoptó aquella inseguridad que mostraba siempre que consideraba uno de sus problemas lógicos.

—Sin embargo, soltar a un grupo de koloss contra una ciudad parece inmoral. Me pregunto si podrás controlarlos cuando se vuelvan completamente salvajes. ¿Salvar a Vin merece la posibilidad de matar aunque sea a un solo niño inocente? No lo sé. Pero, claro, tal vez salvemos a más niños trayéndolos a nuestro imperio...

No tendría que haberme molestado en preguntarle a Ham, pensó Elend. *Nunca ha podido dar una respuesta directa.* Contempló el terreno, los koloss azules sobre una llanura negra. Con estoño, pudo ver a los hombres que se agazapaban en lo alto de los riscos de Ciudad Fadrex.

—¡No! —exclamó Ham.

Elend miró al violento.

—¡No! —repitió Ham—. No deberíamos atacar.

—¿Ham? —dijo Elend, sintiendo una diversión surrealista—. ¿Has llegado de verdad a una *conclusión*?

Ham asintió.

—Sí.

No ofreció ninguna explicación ni razonamiento.

Elend alzó la cabeza. *¿Qué haría Vin?* Su primer instinto fue pensar que atacaría. Pero entonces recordó cuando la encontró años antes, después de atacar la torre de Cett. Estaba encogida en un rincón, llorando.

No, pensó. No, ella no haría esto. No para protegerme a mí. Ha aprendido lo contrario.

—¡Ham! —gritó, sorprendiéndose a sí mismo—. Di a los hombres que se retiren y levanten el campamento. Regresamos a Luthadel.

Ham se volvió para mirarlo, sorprendido, como si no hubiera esperado que Elend llegara a su misma conclusión.

—¿Y Vin?

—No voy a atacar esta ciudad, Ham. No conquistaré a esta gente, aunque sea por su propio bien. Encontraremos otro modo de liberar a Vin.

Ham sonrió.

—Cett va a ponerse furioso.

Elend se encogió de hombros.

—Es parapléjico. ¿Qué va a hacernos? ¿Mordernos? Venga, bajemos de esta roca y vayamos a encargarnos de Luthadel.

—SE ESTÁN RETIRANDO, MI SEÑOR —dijo el soldado.

Vin suspiró aliviada. Ruina permaneció en silencio, su expresión ilegible, las manos a la espalda. Marsh, con una mano como una garra sobre el hombro de Yomen, miraba por la ventana.

Ruina trajo a un inquisidor, pensó Vin. *Debe de haberse cansado de mis esfuerzos por arrancarle la verdad a Yomen, y en cambio ha enviado a alguien a quien el obligador obedecerá.*

—Esto es muy extraño —dijo Ruina por fin.

Vin tomó aliento, y luego decidió arriesgarse.

—¿Lo ves? —preguntó tranquilamente.

Ruina se volvió hacia ella.

Ella sonrió.

—No lo comprendes, ¿verdad?

Esta vez, Marsh también se giró.

—¿Crees que no me di cuenta? —preguntó Vin—. ¿Crees que no sabía que ibas tras el atium durante todo el tiempo? ¿Que nos seguías de caverna en caverna, empujando mis emociones, obligándome a buscarlo para ti? ¡Eras tan obvio! Tus koloss siempre se acercaban a una ciudad solo *después* de que hubiéramos descubierto que era la siguiente en la lista. Nos amenazabas, nos hacías actuar más rápido, pero nunca hacías que tus koloss llegaran lo bastante rápido. Siempre lo supimos.

—Imposible —susurró Ruina.

—No. Bastante posible. El atium es metal, Ruina. No puedes verlo. Tu visión se nubla cuando hay demasiado cerca, ¿no es así? El metal es tu poder; lo usas para crear inquisidores, pero para ti es como la luz: cegador. Nunca veías cuando descubrimos el atium. Solo seguías con nuestro ardid.

Marsh soltó a Yomen, y luego cruzó la habitación y agarró a Vin por los brazos.

—*¿DÓNDE ESTÁ?* —exigió el inquisidor, levantándola, sacudiéndola.

Ella se echó a reír, distrajéndolo, mientras con cuidado echaba mano de su cinturón. Sin embargo, Marsh la sacudió demasiado, y sus dedos no lograron encontrar el objetivo.

—Me vas a decir dónde está el atium, niña —dijo Ruina tranquilamente—. ¿No he explicado esto? No se puede luchar contra mí. Tal vez te consideres lista, pero en realidad no lo comprendes. Ni siquiera sabes qué es ese atium.

Vin apretó los dientes.

—¿Crees que te guiaría hasta él?

Marsh volvió a sacudirla, agitándola. Cuando se detuvo, la visión de Vin se nubló. A un lado, apenas pudo distinguir a Yomen, que los observaba con el ceño fruncido.

—Yomen —dijo—. Ahora tu pueblo está a salvo... ¿No ves aún que Elend es un buen hombre?

Marsh la arrojó a un lado. Golpeó con fuerza el suelo, rodó.

—¡Ay, niña! —exclamó Ruina, arrodillándose junto a ella—. ¿He de demostrar que no puedes conmigo?

—¡Yomen! —gritó Marsh, volviéndose—. Prepara a tus hombres. ¡Quiero que ordenes un ataque!

—¿Qué? —exclamó Yomen—. Mi señor, ¿un ataque?

—Sí —contestó Marsh—. Quiero que cojas a todos tus soldados y les hagas atacar la posición de Elend Venture.

Yomen palideció.

—¿Abandonar nuestras fortificaciones? ¿Atacar a un ejército de *koloss*?

—Esa es mi orden.

Yomen permaneció en silencio un momento.

—Yomen... —dijo Vin, arrastrándose de rodillas—. ¿No ves que te está manipulando?

Yomen no respondió. Parecía preocupado. *¿Qué le haría considerar siquiera una orden como esa?*

—¿Lo ves? —susurró Ruina—. ¿Ves mi poder? ¿Ves como incluso su fe me beneficia?

—¡Dad la orden! —exclamó Yomen, volviéndose hacia sus capitanes—. Que los hombres ataquen. Decidles que el lord Legislador los protegerá.

—BUENO —DIJO HAM, QUE SE hallaba junto a Elend en el campamento —. No me esperaba eso.

Elend asintió lentamente, contemplando cómo la marea de hombres salía por las puertas de Fadrex. Algunos tropezaban en la densa ceniza; otros avanzaban, su ataque reducido a un lento avance.

—Algunos han quedado atrás. —Elend señaló a lo alto de la muralla. Como no tenía estaño, Ham no podía ver a los hombres que la ocupaban, pero confiaba en las palabras de Elend. A su alrededor, los soldados humanos del emperador levantaban el campamento. Los koloss aún esperaban en silencio en sus posiciones, rodeando el campamento.

—¿En qué está pensando Yomen? —preguntó Ham—. ¿Lanza una fuerza inferior contra un ejército de koloss?

Como hicimos nosotros cuando atacamos el campamento koloss allá en Vetitan. Había algo en aquello que hacía que Elend se sintiera muy incómodo.

—Retirada —dijo Elend.

—¿Eh?

—¡He dicho que toques a retirada! —gritó Elend—. Abandona la posición. ¡Retira a los soldados!

Tras su orden silenciosa, los koloss empezaron a alejarse de la ciudad. Los soldados de Yomen seguían abriendose paso entre la ceniza. Los koloss de Elend, sin embargo, despejarían el camino para sus hombres. Deberían poder mantener la ventaja.

—Es la retirada más extraña que he visto jamás —advirtió Ham, pero se dispuso a dar las órdenes.

Se acabó, pensó Elend, molesto. *Es hora de averiguar qué demonios está pasando en esa ciudad.*

YOMEN SOLLOZABA. ERAN LÁGRIMAS diminutas y silenciosas. Permanecía erguido, sin mirar hacia la ventana.

Teme haber enviado a sus hombres a la muerte, pensó Vin. Se acercó a él, cojeando levemente desde donde había golpeado contra el suelo. Marsh miraba por la ventana. Ruina la observó con curiosidad.

—Yomen —dijo.

Yomen se volvió hacia ella.

—Es una prueba —dijo—. Los inquisidores son los sacerdotes más sagrados del lord Legislador. Haré lo que se me ordena, y el lord Legislador

protegerá a mis hombres y a esta ciudad. Entonces verás.

Vin apretó los dientes. Luego dio media vuelta y se obligó a acercarse a Marsh. Miró por la ventana, y le sorprendió ver que el ejército de Elend se alejaba de los soldados de Yomen, que no corrían con mucha convicción. Obviamente, se contentaban con dejar que su enemigo superior huyera ante ellos. El sol por fin se ponía.

Marsh no parecía encontrar divertida la retirada de Elend. Eso bastó para hacer sonreír a Vin, cosa que hizo que el inquisidor volviera a agarrarla.

—¿Te crees que has ganado? —preguntó Marsh, inclinándose, sus clavos irregulares colgando ante la cara de Vin.

Ella echó mano de su cinturón. *Solo un poco más...*

—Presumes de haber estado jugando conmigo, niña —dijo Ruina, acercándose a ella—. Pero soy yo el que ha estado jugando contigo. Los koloss que te sirven reciben su fuerza de *mi* poder. ¿Crees que permitiría que los controlaras, si no fuera en beneficio propio?

Vin sintió un escalofrío.

¡Oh, no...!

ELEND NOTÓ UNA TERRIBLE SENSACIÓN de *desgarro*. Fue como si parte de sus entrañas hubieran sido arrancadas de pronto. Gimió, soltando su empujón de acero. Cayó a través del cielo lleno de ceniza, y aterrizó de mala manera en un saliente rocoso ante Ciudad Fadrex.

Jadeó, respirando entrecortadamente, temblando.

¿*Qué demonios ha sido eso?*, pensó, incorporándose, llevándose las manos a la cabeza.

Y entonces se dio cuenta. Ya no sentía a los koloss. En la distancia, las enormes criaturas azules dejaron de correr. Para horror de Elend, se dieron la vuelta.

Y empezaron a atacar a sus hombres.

MARSH LA AGARRÓ.

—¡La hemalurgia es *su* poder, Vin! —exclamó—. ¡El lord Legislador la utilizó sin saberlo! ¡El muy idiota! ¡Cada vez que construía un inquisidor o un koloss, creaba otro sirviente para su enemigo! ¡Ruina esperó con paciencia,

sabiendo que cuando finalmente se liberara, tendría un ejército entero esperándolo!

Yomen miraba por otra ventana, jadeando en silencio.

—¡Enviaste a mis hombres! —dijo el obligador—. ¡Los koloss se han vuelto para atacar a su propio ejército!

—Después irán a por tus hombres, Yomen —repuso Vin, aturdida—. Y destruirán tu ciudad.

—Es el fin —susurró Ruina—. Todo tiene que encajar en su sitio. ¿Dónde está el atium? Esa es la última pieza.

Marsh la sacudió. Vin por fin consiguió alcanzar el cinturón, y metió dentro los dedos. Dedos entrenados por su hermano, y por toda una vida en la calle.

Los dedos de una ladrona.

—No puedes engañarme, Vin —dijo Ruina—. Soy Dios.

Marsh levantó un brazo, soltando el de ella, y movió la mano en su dirección. Se movía con energía, sin duda quemando peltre alomántico en su interior. Vin alzó la mano y apuró el frasquito de metales que le había robado del cinturón.

Marsh se quedó quieto, y Ruina guardó silencio.

Vin sonrió.

El peltre se avivó en su estómago, devolviéndola a la vida. Marsh se dispuso a completar su golpe, pero ella se apartó, y entonces le hizo perder el equilibrio tirando de su otro brazo, con el que aún la sujetaba. Marsh resistió, a duras penas, pero cuando se volvió para enfrentarse a Vin, le encontró sosteniendo su pendiente en una mano.

Y le dio un empujón con duraluminio directamente contra la frente. Era un trozo de metal diminuto, pero le arrancó una gota de sangre al golpearlo, le atravesó la cabeza y salió por el otro lado.

Marsh se desplomó, y Vin cayó de espaldas por su propio empujón. Chocó contra la pared, haciendo que los soldados se dispersaran y gritaran, alzando sus armas. Yomen se volvió hacia ella, sorprendido.

—¡Yomen! ¡Trae a tus hombres de regreso! ¡Fortifica la ciudad!

Ruina había desaparecido en el caos de su escapada. Tal vez estaba fuera supervisando el control de los koloss.

Yomen parecía indeciso.

—Yo... No. No perderé la fe. Debo ser fuerte.

Vin apretó los dientes y se puso en pie. *Casi tan frustrante como Elend en ocasiones*, pensó, mientras se acercaba al cuerpo de Marsh. Rebuscó en su cinturón, y sacó el último frasquito que tenía allí guardado. Lo apuró, restaurando los metales que había perdido con el duraluminio.

Saltó al alféizar de la ventana. La niebla revoloteó a su alrededor: el sol seguía brillando en el exterior, pero las brumas llegaban cada vez más pronto. Vio las fuerzas de Elend asediadas por los koloss a un lado; los soldados de Yomen sin atacar, pero bloqueando la retirada, al otro. Se dispuso a saltar y unirse a la lucha, y entonces advirtió algo.

Un pequeño grupo de koloss. Un millar, lo bastante pequeño para haber sido ignorado por las fuerzas de Elend y las de Yomen. Incluso Ruina parecía no haberles prestado atención, pues simplemente estaban allí de pie, parcialmente enterrados en la ceniza, como una colección de piedras silenciosas.

Los koloss de Vin. Los que Elend le había dado, con Humano a la cabeza. Con una sonrisa taimada, les ordenó avanzar.

Y atacar a los hombres de Yomen.

—Te lo estoy diciendo, Yomen. —Vin saltó del alféizar y regresó a la habitación—. A esos koloss no les importa de qué bando están los humanos: matarán a quien sea. Los inquisidores se han vuelto locos ahora que el lord Legislador está muerto. ¿No prestaste atención a lo que este dijo?

Yomen parecía pensativo.

—Admitió que el lord Legislador estaba muerto, Yomen —dijo Vin, exasperada—. Tu fe es encomiable. ¡Pero a veces hay que saber cuándo hay que dejarlo y pasar a otra cosa!

Uno de los capitanes gritó algo, y Yomen se volvió hacia la ventana. Maldijo.

Inmediatamente, Vin sintió algo. Algo que *tiraba* de sus koloss. Gritó cuando los arrancaron de su control, pero el daño ya estaba hecho. Yomen había visto a los koloss atacar a sus soldados. Preocupado, miró a Vin a los ojos, silencioso durante un instante.

—¡Retiraos a la ciudad! —gritó por fin, volviéndose hacia sus capitanes—. ¡Y ordenad a los hombres que permitan que los soldados de Venture se refugien dentro también!

Vin suspiró aliviada. Y entonces algo la agarró de la pierna. Vio con sorpresa cómo Marsh se ponía de rodillas. Su pendiente le había atravesado el

cerebro, pero los sorprendentes poderes curativos del inquisidor parecían capaces de soportar incluso eso.

—¡Idiota! —dijo Marsh, poniéndose en pie—. Aunque Yomen se vuelva contra mí, puedo matarlo, y sus soldados me seguirán. Les ha dado fe en el lord Legislador, lo cual la delega en mí como líder de sus sacerdotes.

Vin inspiró profundamente, y atacó a Marsh aplacándolo con duraluminio. Si funcionaba con los koloss y los kandra, ¿por qué no con los inquisidores?

Marsh se tambaleó. El empujón de Vin duró apenas un segundo, pero durante ese segundo *sintió* algo. Un muro como el que había notado la primera vez que intentó controlar a TenSoon, o la primera vez que se hizo con el control de un grupo de koloss.

Empujó con todo lo que tenía. En un estallido de poder, estuvo a punto de controlar el cuerpo de Marsh, pero no lo consiguió del todo. La muralla de su mente era demasiado fuerte, y ella solo tenía un frasco para usar. La pared la repelió. Gritó de frustración.

Marsh extendió una mano, gruñendo, y la agarró por el cuello. Vin jadeó, abriendo mucho los ojos mientras Marsh empezaba a crecer de tamaño. Se hacía más fuerte, como...

Un feruquimista, advirtió. Tengo graves problemas.

La gente de la sala gritaba, pero ella no podía oírlos. La mano de Marsh, ahora grande y carnosa, le agarró la garganta, estrangulándola. Solo el peltre avivado la mantenía con vida. Recordó aquel día, muchos años atrás, en que estuvo en manos de otro inquisidor. En la sala del trono del lord Legislador.

Aquel día, el propio Marsh le había salvado la vida. Parecía una retorcida ironía que ahora fuera quien acabaría con ella.

No. Todavía no.

Las brumas empezaron a girar a su alrededor.

Marsh se sobresaltó, pero continuó apretando.

Vin recurrió a las brumas.

Sucedió de nuevo. No supo cómo, ni por qué, pero *sucedió*. Inspiró las brumas en su cuerpo, como había hecho aquel remoto día en que había matado al lord Legislador. De algún modo, las atrajo hacia sí y las usó para insuflar su cuerpo con una increíble vaharada de poder alomántico.

Y, con ese poder, *empujó* las emociones de Marsh.

La muralla se resquebrajó en su interior, luego estalló. Por un momento, Vin experimentó una sensación de vértigo. Vio las cosas a través de los ojos de Marsh; de hecho, le pareció comprenderlo. Su amor por la destrucción y su

odio hacia sí mismo. Y a través de él vio un atisbo de algo. Un ser odioso y destructivo que se ocultaba bajo una máscara de civismo.

Ruina *no* era lo mismo que las brumas.

Marsh gritó, soltándola. Su extraño estallido de poder se disipó, pero no importaba, porque Marsh saltó por la ventana y se empujó a través de las brumas. Vin se levantó, tosiendo.

Lo hice. Recurrió de nuevo a las brumas. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué, después de tanto intentarlo, sucedió ahora?

No había tiempo para pensar en eso, no con los koloss al ataque. Se volvió hacia el aturdido Yomen.

—¡Continuad la retirada hacia la ciudad! —dijo—. Voy a ayudar.

ELEND LUCHABA A LA DESESPERADA, abatiendo a un koloss tras otro. Era un trabajo difícil y peligroso, incluso para él. Estos koloss no podían ser controlados: no importaba cuánto empujara o tirara de sus emociones, no podía recuperar a ninguno bajo su poder.

Solo podía luchar. Y sus hombres no estaban preparados para la batalla: los había forzado a abandonar el campamento demasiado rápido.

Un koloss atacó, y su espada pasó silbando peligrosamente cerca de la cabeza de Elend. Maldijo, lanzó una moneda, y se empujó hacia atrás por el aire, sobre sus combatientes y de vuelta al campamento. Habían conseguido retirarse a la posición de su fortificación original, lo que significaba que tenían una pequeña colina para defenderse y no tenían que luchar en la ceniza. Un grupo de lanzamonedas (solo tenía diez) disparaba oleada tras oleada de monedas hacia el grueso de los koloss, y los arqueros lanzaban andanadas similares. La línea principal de soldados era apoyada por los atraedores desde atrás, que tiraban de las armas de los koloss para desequilibrarlos, dando a sus compañeros la oportunidad de intervenir. Los violentos corrían por el perímetro en grupos de dos o tres, localizando puntos débiles y actuando como reservas.

Aun así, tenían serios problemas. El ejército de Elend no podía resistir contra tantos koloss mucho más de lo que podría haberlo hecho Fadrex. Elend aterrizó en mitad del campamento a medio levantar, respirando entrecortadamente, cubierto con sangre koloss. Los hombres gritaban sin dejar de luchar no demasiado lejos, manteniendo el perímetro del campamento con la ayuda de los alomantes de Elend. El grueso del ejército koloss estaba aún

contenido en la sección norte del campamento, pero Elend no podía retirar a sus hombres hacia Fadrex sin exponerlos a los arqueros de Yomen.

Trató de recuperar el resuello mientras un sirviente le traía un vaso de agua. Cett estaba sentado cerca, dirigiendo las tácticas de la batalla. Elend arrojó al suelo el vaso vacío y se acercó al general, que tenía sobre una mesa un mapa de la zona, pero sin marcas. Los koloss estaban tan cerca, y la batalla apenas a unos metros de distancia, que no era realmente necesario llevar un mapa abstracto.

—Nunca me gustó tener a esos bichos en el ejército —dijo Cett mientras bebía también un vaso de agua.

Un sirviente se acercó, guiando a un cirujano que sacó un vendaje para empezar a atender el brazo de Elend. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba sangrando.

—¡Bueno, al menos moriremos en batalla, y no de hambre! —exclamó Cett.

Elend bufó y volvió a coger su espada. El cielo estaba casi oscuro. No tenían mucho tiempo antes...

Una figura aterrizó en la mesa ante Cett.

—¡Elend! —dijo Vin—. Retiraos hacia la ciudad. Yomen os dejará entrar.

Elend se sobresaltó.

—¡Vin! —sonrió—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Me entretuvieron un inquisidor y un dios oscuro —contestó—. Ahora, daos prisa. Iré a ver si puedo distraer a algunos de esos koloss.

Los inquisidores tenían pocas posibilidades de resistirse a Ruina. Tenían más clavos que ninguna otra de sus creaciones hemalúrgicas, y eso los ponía completamente bajo su dominio.

Sí, habría hecho falta ser un hombre de voluntad suprema para resistirse a Ruina incluso levemente si llevabas los clavos de un inquisidor.

66



SAZED TRATÓ DE NO PENSAR en lo oscura que era la ceniza en el cielo, ni en el terrible aspecto que tenía la tierra.

He sido un necio, pensó, mientras seguía cabalgando. De todas las ocasiones en que el mundo necesitaba creer en algo, esta es la más importante. Y yo no estaba allí para ofrecérselo.

Se sentía dolorido de tanto cabalgar, pero se aferraba a la silla, aún sorprendido por la criatura que montaba. Cuando Sazed decidió acompañar a TenSoon al sur, le preocupaba el viaje. La ceniza caía como los copos de una nevada y se amontonaba terriblemente en algunos lugares. Sazed sabía que viajar sería difícil, y temía refrenar el ritmo de TenSoon, quien obviamente se desplazaba mucho más rápido con su forma de perro lobo.

TenSoon consideró su preocupación, y entonces pidió que le trajeran un caballo y un cerdo grande. Ingirió primero el cerdo para darse masa extra, y luego moldeó su piel como gelatina alrededor del caballo para digerirlo también. En menos de una hora, había dado a su cuerpo forma de caballo... pero con más músculos y peso, creando la enorme y fortísima maravilla que Sazed cabalgaba ahora.

Llevaban cabalgando sin parar desde entonces. Por fortuna, Sazed tenía algo de desvelo almacenado en una mente de metal desde hacía un año, tras el asedio de Luthadel. Lo usó para impedir quedarse dormido. Todavía le sorprendía que TenSoon pudiera mejorar tanto el cuerpo del caballo. Se movía

con facilidad a través de la densa ceniza, mientras que un caballo real, y desde luego un humano, habrían tenido dificultades. *Otra cosa en la que he sido un necio. Estos últimos días podría haberle preguntado a TenSoon por sus poderes. ¿Cuántas más cosas hay que desconozco?*

Sin embargo, pese a su vergüenza, Sazed sentía algo de paz en su interior. Si hubiera continuado enseñando religiones tras dejar de creer en ellas, habría sido un auténtico hipócrita. Tindwyl creía que había que dar esperanza a la gente, aunque hubiera que mentir para hacerlo. Así consideraba las religiones: mentiras que hacían que la gente se sintiera mejor.

Sazed no podía haber actuado de la misma forma; al menos, no podía haberlo hecho y seguir siendo la persona que quería ser. No obstante, ahora tenía esperanza. La religión de Terris era la que había enseñado sobre el Héroe de las Eras en primer lugar. Si alguna contenía la verdad, era esta. Sazed necesitaba interrogar a la Primera Generación de kandra y descubrir qué sabían.

Aunque, si encuentro la verdad, ¿qué haré con ella?

Los árboles que encontraban a su paso estaban pelados. El paisaje estaba cubierto por más de un metro de ceniza.

—¿Cómo puedes continuar? —preguntó Sazed mientras el kandra remontaba al galope la cima de una colina, apartando ceniza e ignorando los obstáculos.

—Mi pueblo se crea a partir de los espectros de la bruma —explicó TenSoon, sin el menor esfuerzo—. El lord Legislador convirtió a los feruquimistas en espectros, y ellos empezaron a reproducirse como especie. Se añade una Bendición a un espectro de la bruma, y despiertan y se convierten en kandra. Fui creado siglos después de la Ascensión, nací como espectro de la bruma, pero desperté cuando recibí mi Bendición.

—¿Bendición?

—Dos pequeños clavos de metal, guardador —respondió TenSoon—. Somos creados como los inquisidores, o los koloss. Sin embargo, somos creaciones más sutiles que ellos. Fuimos los terceros y últimos, cuando el poder del lord Legislador se desvanecía.

Sazed frunció el ceño, agachándose mientras el caballo pasaba bajo las esqueléticas ramas de un árbol.

—¿Qué tenéis de diferente?

—Tenemos más independencia de voluntad que los otros dos. Solo tenemos dos clavos, mientras que los otros tienen más. Un alomante puede

controlarnos, pero libres somos más independientes de mente que los koloss o los inquisidores, quienes se ven afectados por los impulsos de Ruina aunque no los esté controlando directamente. ¿Nunca te has preguntado por qué ambos tienen esos poderosos impulsos para matar?

—Eso no explica cómo puedes transportarme a mí, a todo nuestro equipaje, y seguir corriendo por esta ceniza.

—Los clavos de metal que llevamos nos proporcionan dones —dijo TenSoon—. Igual que la feruquimia te da fuerza, o la alomancia le da fuerza a Vin, mi Bendición me da fuerza. Nunca se agotará, pero no es tan espectacular como los estallidos que puede crear tu pueblo. Con todo, mi Bendición, mezclada con mi habilidad para darle a mi cuerpo la forma que deseo, me permite un nivel superior de resistencia.

Durante un rato, Sazed volvió a centrarse en sus pensamientos. Continuaron galopando.

—No queda mucho tiempo —observó TenSoon.

—Ya lo veo —dijo Sazed—. Me pregunto qué podemos hacer.

—Es el único momento en que podríamos tener éxito. Debemos estar preparados para actuar. Listos para ayudar al Héroe de las Eras cuando venga.

—¿Cuando venga?

—Ella liderará un ejército de alomantes hacia la Tierra Natal —dijo TenSoon—, y allí nos salvará a todos: kandra, humanos, koloss e inquisidores.

—*¿Un ejército de alomantes?*

—Entonces... ¿qué he de hacer?

—Debes convencer a los kandra de lo complicada que es la situación —explicó TenSoon, deteniéndose—. Diles que hay... algo que deben estar preparados para hacer. Algo muy difícil, pero necesario. Mi pueblo se resistirá, pero tal vez puedas mostrarle el camino.

Sazed asintió, y luego desmontó del kandra para estirar las piernas.

—¿Reconoces este lugar? —preguntó TenSoon, volviéndose para mirarlo con su cabeza equina.

—No. Con la ceniza... bueno, no he podido localizar nuestro camino desde hace días.

—Más allá de ese risco, encontrarás el lugar donde la gente de Terris ha establecido su campamento de refugiados.

Sazed se volvió, sorprendido.

—*¿Los Pozos de Hathsin?*

TenSoon asintió.

—Nosotros lo llamamos la Tierra Natal.

—¿Los Pozos? Pero...

—Bueno, no los Pozos en sí —respondió TenSoon—. ¿Sabes que toda esta zona tiene complejos de cavernas debajo?

Sazed asintió. El lugar donde Kelsier había entrenado su ejército original de soldados skaa estaba un poco más al norte.

—Bien, pues uno de esos complejos de cavernas es la Tierra Natal kandra. Linda con los Pozos de Hathsin: de hecho, varios pasadizos kandra llegan hasta los Pozos, y tuvieron que ser cerrados, para que los trabajadores no llegaran a la Tierra Natal.

—¿Produce atium vuestra Tierra Natal? —preguntó Sazed.

—¿Producirlo? No. Supongo que eso es lo que diferencia la Tierra Natal de los Pozos. Sea como sea, la entrada a las cavernas de mi pueblo está ahí mismo.

Sazed se volvió, sobresaltado.

—¿Dónde?

—Esa depresión en la ceniza —dijo TenSoon, señalando con la cabeza—. Buena suerte, guardador. Yo tengo que atender mis propios asuntos.

Sazed asintió, sorprendido por haber viajado hasta tan lejos de forma tan rápida, y desató su mochila del lomo del kandra. Dejó la bolsa que contenía huesos: los del perro lobo y otro grupo de huesos humanos. Probablemente, un cuerpo que TenSoon llevaba para usarlo cuando lo necesitara.

El enorme caballo se disponía a marcharse.

—¡Espera! —dijo Sazed, alzando una mano.

TenSoon se volvió para mirar.

—¡Buena suerte! —exclamó Sazed—. Que nuestro... dios te proteja.

TenSoon sonrió con una extraña expresión equina, y luego marchó al galope sobre la ceniza.

Sazed se volvió hacia la depresión en el terreno. Entonces se cargó al hombro la mochila, llena de mentes de metal y un tomo solitario, y echó a caminar. Incluso recorrer aquella corta distancia era tarea ardua con la ceniza. Llegó a la depresión y, tras tomar aire, empezó a abrirse paso.

No llegó muy lejos antes de resbalar en un túnel. Por fortuna, la caída no fue muy pronunciada, y no llegó muy lejos. La caverna que lo rodeaba formaba una pendiente y asomaba al mundo exterior con un agujero que era medio pozo, medio cueva. Sazed se levantó, luego rebuscó en su mochila y sacó una mentestaño. Decantó visión, mejorando su vista mientras se internaba en la oscuridad.

Una mentestaño no funcionaba tan bien como el estaño de un alomante; o, más bien, no funcionaba de la misma manera. Permitía ver distancias muy grandes, pero resultaba de menor ayuda con poca iluminación. Pronto, incluso con la mentestaño, Sazed caminó en la oscuridad, palpando las paredes del túnel.

Y entonces vio luz.

—¡Alto! —ordenó una voz—. ¿Quién regresa de un Contrato?

Sazed continuó avanzando. Una parte de él estaba atemorizada, pero otra sentía curiosidad. Sabía algo muy importante.

Los kandra no podían matar a los humanos.

Sazed avanzó hacia la luz, que resultó ser una roca en forma de melón sobre un poste, su material poroso cubierto por una especie de hongo brillante. Un par de kandra le bloqueaba el paso. Era fácil identificarlos como tales porque no llevaban ropa y sus pieles eran transparentes. Parecían tener huesos tallados en roca.

¡Fascinante!, pensó Sazed. Elaboran sus propios huesos. Tengo una nueva cultura por explorar. Una sociedad nueva: arte, religión, costumbres, interacciones entre géneros...

La perspectiva era tan emocionante que, por un momento, incluso el fin del mundo le pareció trivial en comparación. Tuvo que recordar que debía permanecer concentrado. Debía investigar primero su religión. Las demás cosas eran secundarias.

—Kandra, ¿quién eres? ¿Qué huesos llevas?

—Creo que vais a sorprenderos —dijo Sazed, tan amablemente como pudo—. Pues no soy un kandra. Me llamo Sazed, guardador de Terris, y he sido enviado para hablar con la Primera Generación.

Ambos guardias se sobresaltaron.

—No tenéis por qué dejarme pasar —dijo Sazed—. Naturalmente, si no me lleváis a vuestra Tierra Natal, tendré que marcharme y decirle a todos los del exterior dónde está...

Los guardias se miraron el uno al otro.

—Ven con nosotros —dijo por fin uno de ellos.

Los koloss tenían pocas posibilidades de liberarse. Cuatro clavos, y su capacidad mental disminuida, los hacían muy fáciles de dominar. Solo en medio de un frenesí de sangre tenían un poco de autonomía.

Cuatro clavos también hacían que a los alomantes les resultara más fácil controlarlos. En nuestro tiempo, hacía falta un empujón de duraluminio para tomar el control de un kandra. Los koloss, sin embargo, podían ser dominados por un empujón concreto, sobre todo cuando se dejaban llevar por el frenesí.

67



ELEND Y VIN SE ENCONTRABAN EN lo alto de las fortificaciones de Ciudad Fadrex. El saliente de roca había alojado antes las hogueras que atisbaban en el cielo nocturno: podía verse la negra cicatriz de una de ellas a la izquierda.

Era agradable sentirse abrazada de nuevo por Elend. Su calor era un consuelo, sobre todo cuando, desde la ciudad, contemplaban el terreno que antes ocupaba su ejército. Los koloss crecían en número. Permanecían inmóviles en la tormenta de ceniza, miles de ellos. Más y más criaturas llegaban cada día, hasta montar una fuerza abrumadora.

—¿Por qué no atacan? —preguntó Yomen, molesto. Era el único que se encontraba en la atalaya; Ham y Cett estaban abajo, encargándose de los preparativos del ejército. Tenían que estar preparados para defenderse en el momento en que los koloss atacaran la ciudad.

—Quiere que sepamos que su victoria será aplastante —dijo Vin. Además, está esperando, añadió mentalmente. *Esperando la información que necesita.*

—Dónde está el atium?

Había engañado a Ruina. Se había demostrado a sí misma que podía hacerse. Sin embargo, aún se sentía frustrada. Le parecía como si hubiera pasado los últimos años de su vida reaccionando a cada chasquido de los

dedos de Ruina. Cada vez que se consideraba lista, sabia, o dispuesta al sacrificio, descubría que simplemente se limitaba a cumplir su voluntad. Eso la enfurecía.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Tengo que hacer que Ruina juegue su baza, pensó. Hacerle actuar, exponerse.

Durante un breve instante, en el salón del trono de Yomen, había sentido algo sorprendente. Con el extraño poder obtenido de las brumas, había tocado la mente de Ruina a través de Marsh, y había visto algo dentro.

Miedo. Lo recordó, claro y puro. En ese momento, Ruina tuvo miedo de ella. Por eso había huido Marsh.

De algún modo, había tomado para sí el poder de las brumas, y luego lo había utilizado para realizar una alomancia de poder supremo. Lo había hecho antes, cuando luchó contra el lord Legislador en su palacio. ¿Por qué solo podía recurrir a ese poder en momentos impredecibles, al azar? Había querido utilizarlo contra Zane, pero fracasó. Lo había intentado una docena de veces en los últimos días, igual que durante los días posteriores a la muerte del lord Legislador. Nunca había podido acceder a un atisbo de ese poder...

Un chasquido resonó fuerte como un trueno.

Un enorme y abrumador terremoto sacudió la tierra. Los salientes de roca alrededor de Fadrex se rompieron y algunos se desplomaron. Vin permaneció en pie con la ayuda del peltre, y apenas pudo sujetar a Yomen por la túnica de obligador cuando se tambaleó a punto de caer desde el saliente. Elend la agarró por el brazo, reforzándola mientras el terremoto sacudía la tierra. Dentro de la ciudad cayeron varios edificios.

Después, todo quedó en silencio. Vin respiró entrecortadamente, la frente cubierta de sudor. Todavía sujetaba con fuerza la túnica de Yomen. Miró a Elend.

—Este ha sido mucho peor que los anteriores —dijo él, maldiciendo para sus adentros.

—Estamos condenados —dijo Yomen en voz baja, obligándose a ponerse en pie—. Si las cosas que dices son ciertas, no solo el lord Legislador está muerto, sino que el ser contra el que se pasó la vida combatiendo ha venido a destruir el mundo.

—Hasta ahora, hemos sobrevivido —dijo Elend con firmeza—. Lo conseguiremos. Los terremotos pueden hacernos daño, pero también afectan a los koloss: mira, y verás que algunos han quedado aplastados por la caída de

las rocas. Si las cosas se ponen mal aquí arriba, podemos retirarnos al interior de la caverna.

—¿Sobrevivirá a terremotos como este? —preguntó Yomen.

—Mejor que los edificios de la superficie. Ninguno fue construido para resistir terremotos... pero conozco al lord Legislador, previó los terremotos, y sé que escogió cavernas sólidas y capaces de aguantarlos.

Yomen no pareció encontrar mucho consuelo en sus palabras, pero Vin sonrió. No por lo que había dicho Elend, sino por la forma en que lo había dicho. Algo en él había cambiado. Parecía confiado como no lo había estado nunca. Tenía parte del aire idealista que expresaba en la corte cuando era joven, pero también la dureza del hombre que ha dirigido a su pueblo en la guerra.

Finalmente había encontrado el equilibrio. Por extraño que pareciese, al decidir la retirada.

—Tiene razón, Vin —dijo Elend en tono más suave—. Tenemos que decidir nuestro próximo paso. Es evidente que Ruina pretende derrotarnos aquí, pero al menos el ataque ha sido contenido durante un tiempo. ¿Qué hacemos ahora?

Tenemos que engañarlo, pensó ella. Tal vez... ¿emplear la misma estrategia que Yomen usó conmigo?

Vin consideró la idea. Extendió una mano y se acarició su pendiente. Se le había deformado al atravesar la cabeza de Marsh, pero no había tenido ningún problema en hacer que un herrero lo arreglara.

Cuando conoció a Yomen por primera vez, él le devolvió el pendiente. Parecía un gesto extraño, darle metal a una alomante. Sin embargo, en un entorno controlado, fue algo muy astuto. Él había podido ponerla a prueba y ver si tenía algún metal oculto, reservándose mientras tanto el hecho de que podía quemar atium y protegerse.

Más tarde, pudo hacer que ella revelara su jugada, lo atacara y le mostrara lo que estaba planeando, para poder neutralizarla en una situación que él tenía bajo control. ¿Podría hacer ella lo mismo con Ruina?

Ese pensamiento se mezcló con otro. Las dos veces que la habían ayudado las brumas, había sido en un momento de pura desesperación. Era como si reaccionaran a su necesidad. Así pues, ¿había algún modo de colocarse en una situación donde su necesidad fuera aún más grande que antes? Era una tenue esperanza; pero, mezclada con su deseo de forzar la mano de Ruina, formó un plan en su cabeza.

Ponerse en peligro. Hacer que Ruina trajera a sus inquisidores, colocando a Vin en una situación donde las brumas *tuvieran* que ayudarla. Si eso no funcionaba, tal vez podría conseguir que Ruina actuara o lanzara los planes ocultos que tenía para ella.

Era increíblemente arriesgado, pero sentía que no tenía mucho tiempo. Ruina vencería pronto, muy pronto, a menos que ella hiciera *algo*. Y esto era lo único que se le ocurría. Pero ¿cómo actuar sin explicárselo a Elend? No podía hablar del plan, para no revelarle a Ruina lo que estaba haciendo.

Miró a Elend, un hombre a quien parecía conocer mejor que a sí misma. No había necesitado que le dijera que había reconciliado las dos mitades de su persona, simplemente había podido decírselo con solo mirarlo. Con alguien así, ¿en verdad necesitaba revelarle sus planes? Tal vez...

—Elend —dijo—. Creo que solo hay una forma de salvar esta ciudad.

—¿Y cuál es? —dijo él lentamente.

—Tengo que conseguirlo.

Elend frunció el ceño y luego abrió la boca. Ella lo miró a los ojos, esperanzada. Él vaciló.

—¿El... atium? —aventuró.

Vin sonrió.

—Sí. Ruina sabe que lo tenemos. Lo encontrará, aunque no lo usemos. Pero, si lo traemos aquí, al menos podremos luchar.

—De todas formas, aquí estaría más seguro —dijo Elend lentamente, los ojos confusos, pero confiando en ella—. Prefiero tener un ejército entre esas riquezas y nuestros enemigos. Tal vez podamos usarlo para sobornar a algunos caudillos locales para que nos ayuden.

A Vin le parecía una treta endeble. Y, sin embargo, sabía que era porque podía ver la confusión de Elend, podía leer sus mentiras en sus ojos. Lo comprendía, igual que él la comprendía a ella. Era una comprensión que requería amor.

Y sospechaba que eso era algo que Ruina jamás podría entender.

—Entonces debo marcharme —dijo ella, abrazándolo con fuerza, los ojos cerrados.

—Lo sé.

Ella continuó abrazándolo unos instantes más, sintiendo cómo la ceniza caía a su alrededor, le rozaba la piel y las mejillas. Sintió latir el corazón de Elend. Echó la cabeza hacia arriba y lo besó. Finalmente, se apartó y comprobó

sus metales. Lo miró a los ojos y Elend asintió, así que saltó a la ciudad para recoger algunas herraduras.

Unos momentos más tarde, se lanzó al aire ceniciente hacia Luthadel, rodeada por un remolino de metal. Elend permaneció en silencio en el saliente rocoso, viéndola partir.

Ahora, pensó dirigiéndose a Ruina, que sabía que la estaba observando con atención, aunque no se había revelado desde que ella recurrió a las brumas. *Ahora vamos a tener una persecución, tú y yo.*

Cuando el lord Legislador ofreció su plan a sus amigos feruquimistas (el plan para convertirlos en espectros de la bruma), les hizo hablar en nombre de todos los feruquimistas de la tierra. Aunque convirtió a sus amigos en kandra para restaurar sus mentes y recuerdos, dejó al resto como espectros de la bruma sin sentido del yo. Esos crearon más de su especie, que vivieron, murieron y se convirtieron en una raza en sí mismos. De estos hijos de los espectros originales, creó la siguiente generación de kandra.

Sin embargo, incluso los dioses pueden cometer errores, como yo mismo he descubierto. Rashek, el lord Legislador, pensó en transformar a todos los feruquimistas vivos en espectros de la bruma. Pero no pensó en la herencia genética de la otra gente de Terris, a quienes dejó vivos. Por eso los feruquimistas continuaron naciendo, aunque solo rara vez.

Este error le costó caro, pero el mundo salió ganando.

68



SAZED CAMINABA ASOMBRAZO, GUIADO por sus guardias. Vio un kandra tras otro, cada uno con un cuerpo más interesante que el anterior. Algunos eran altos y flexibles, con huesos hechos de madera blanca. Otros eran gruesos, con huesos más densos que los de cualquier humano. Sin embargo, todos tenían más o menos forma humana.

Antes eran humanos, se recordó. O, al menos, sus antepasados lo fueron.

Las cavernas le parecían extrañas. Los caminos estaban lisos y gastados, y aunque no había «edificios» reales, pasó ante muchas cavernas más pequeñas de cuyas aberturas colgaban cortinajes diversos. Había en todo aquello una sensación de artesanía exquisita, desde los postes tallados que sostenían los hongos de luz, hasta los mismos huesos de la gente que lo rodeaba. No era la detallada ornamentación de la fortaleza de un noble, pues no había pautas, hojas ni nudos tallados en la piedra o los huesos; en cambio, las cosas parecían pulidas, talladas con lados redondeados, o tejidas en amplias líneas y formas.

Los kandra parecían temerosos de su presencia. Para Sazed fue una experiencia extraña. Había sido muchas cosas en su vida: rebelde, sirviente,

amigo, erudito. Sin embargo, nunca antes había sido objeto de temor. Los kandra se asomaban a los rincones para observarlo. Otros se quedaban asombrados al verlo pasar. Obviamente, la noticia de su llegada se había extendido con rapidez, pues de otro modo habrían supuesto sin más que era un kandra que llevaba huesos humanos.

Sus guardias lo condujeron a una puerta de acero en la gran pared de la caverna. Uno de ellos entró, mientras que el otro se quedó vigilando a Sazed, quien advirtió que en los hombros del kandra brillaban fragmentos de metal. Parecían clavos, uno en cada hombro.

Más pequeños que los clavos de los inquisidores, pensó. Pero siguen siendo muy efectivos. Interesante.

—¿Qué harías si echo a correr? —preguntó Sazed.

El kandra se sobresaltó.

—Humm...

—Puedo suponer por tu vacilación que seguís teniendo prohibido dañar, o al menos matar, a un humano?

—Seguimos el Primer Contrato.

—¡Ah! —exclamó Sazed—. Muy interesante. ¿Y con quién hicisteis el Primer Contrato?

—Con el Padre.

—¿El lord Legislador?

El kandra asintió.

—Por desgracia, está muerto. ¿Vuestro Contrato sigue siendo válido?

—No lo sé —respondió el kandra, desviando la mirada.

Así que no todos ellos tienen una personalidad tan fuerte como TenSoon, pensó Sazed. Incluso cuando hacía el papel de un simple perro lobo, me parecía intenso.

El otro soldado regresó.

—Acompáñame —dijo.

Condujeron a Sazed a través de las puertas de metal abiertas. Al otro lado de la sala había un gran pedestal de metal de varios palmos de altura. Los guardias no se subieron a él, sino que condujeron a Sazed a un lugar ante un grupo de atriles de piedra. Muchos de los atriles estaban vacíos, aunque tras dos de ellos había otros tantos kandra con huesos chispeantes. Estas criaturas eran altas (o, al menos, usaban huesos altos), y tenían rasgos muy delicados.

Aristócratas, pensó Sazed. Le resultaba fácil identificar a esa clase de gente, sin importar a qué cultura ni, por lo visto, a qué especie pertenecieran.

Los guardias le indicaron que se detuviera ante los atriles. Sazed ignoró los gestos, y caminó en círculo por la sala. Según esperaba, los guardias no supieron qué hacer: lo siguieron, pero se abstuvieron de ponerle la mano encima.

—Hay placas de metal alrededor de toda la cámara —advirtió Sazed—. ¿Es un adorno o tiene alguna función?

—¡Aquí haremos nosotros las preguntas, terrisano! —protestó uno de los aristócratas kandra.

Sazed se detuvo y se dio media vuelta.

—No —repuso—. No, lo haréis. Soy Sazed, guardador de Terris. Pero, en vuestro pueblo, tengo otro nombre: el Anunciador.

El otro líder kandra bufó.

—¿Qué sabe un extranjero de estas cosas?

—¿Un extranjero? Deberías aprenderte mejor tu propia doctrina, creo. —Echó a caminar hacia delante—. Soy de Terris, como vosotros. Sí, conozco vuestros orígenes. Sé cómo fuisteis creados... y conozco la herencia que traéis.

Se detuvo ante los atriles.

—Os anuncio que he descubierto al Héroe. He vivido con ella, trabajado con ella, y la he cuidado. Le entregué la misma lanza que empleó para matar al lord Legislador. La he visto ordenar a reyes, vencer a ejércitos de hombres y koloss. He venido a anunciaros esto, para que os preparéis.

Hizo una pausa, mirándolos.

—Ha llegado el final —añadió.

Los dos kandra guardaron silencio unos instantes.

—Llama a los demás —dijo uno por fin, con voz temblorosa.

Sazed sonrió. Cuando uno de los guardias echó a correr, se volvió hacia el segundo soldado.

—Necesitaré una mesa y una silla, por favor. Y algo para poder escribir.

Unos minutos más tarde, todo quedó preparado. Los kandra habían pasado de cuatro a más de veinte; doce de ellos eran los aristócratas de huesos chispeantes. Unos ayudantes habían traído una mesita para Sazed, y el terrisano se sentó mientras los nobles kandra hablaban entre sí con ansiosos susurros.

Con cuidado, Sazed colocó su mochila sobre la mesa y empezó a sacar sus mentes de metal. Anillos pequeños, pendientes y aretes más pequeños, y grandes brazaletes pronto cubrieron la mesa. Se remangó y se colocó las mentecobres, dos en brazos y otras dos en los antebrazos. Finalmente, sacó el

tomo de la mochila y lo dejó sobre la mesa. Unos kandra se acercaron con finas placas de metal. Sazed vio con curiosidad cómo las preparaban para él, junto con lo que parecía ser una pluma de acero, capaz de hacer marcas en el suave metal para escribir. Los sirvientes kandra hicieron una reverencia y se retiraron.

Excelente, pensó Sazed, cogiendo la pluma de metal y aclarándose la voz. Los líderes kandra se volvieron hacia él:

—¿Supongo que sois la Primera Generación?

—Somos la Segunda Generación, terrisano —respondió uno de los kandra.

—Bueno, entonces os pido disculpas por ocupar vuestro tiempo. ¿Dónde puedo encontrar a vuestros superiores?

El jefe kandra soltó un bufido.

—No creas que nos has embaucado porque hayas podido reunirnos. No veo ningún motivo para que hables con la Primera Generación, aunque sepas blasfemar adecuadamente.

Sazed arqueó una ceja.

—¿Blasfemar?

—No eres el Anunciador —dijo el kandra—. Y esto no es el fin.

—¿Habéis visto la ceniza allá arriba? —repuso Sazed—. ¿O ha cubierto tanto las entradas de este complejo que nadie puede salir para ver que el mundo se hace pedazos?

—Hemos vivido mucho tiempo, terrisano —dijo uno de los otros kandra

—. Hemos visto períodos en que la ceniza caía más copiosamente que otros.

—¿Ah, sí? —preguntó Sazed—. ¿Y tal vez habéis visto también morir al lord Legislador?

Algunos de los kandra parecieron incomodarse, aunque el líder sacudió la cabeza.

—¿Te envía TenSoon?

—Así es —admitió Sazed.

—No puedes dar más argumentos que los que él ya dio en su día —dijo el kandra—. ¿Por qué iba a pensar que tú, un extranjero, podrías convencernos, cuando él no pudo?

—Quizá porque él descubrió algo sobre mí —respondió Sazed, golpeando su libro con la pluma—. ¿Eres consciente de las costumbres de los guardadores, kandra?

—Me llamo KanPaar —contestó el kandra—. Y, sí, sé lo que hacen los guardadores... o, al menos, lo que hacían antes de que el Padre fuera asesinado.

—Entonces tal vez sepas que cada guardador tiene una especialidad. La intención era que cuando el lord Legislador cayera, estuviéramos ya divididos en especialistas que pudieran transmitir nuestro conocimiento al pueblo.

—Sí —dijo KanPaar.

—Bien. —Sazed pasó los dedos por su libro—. Mi especialidad era la religión. ¿Sabes cuántas religiones había antes de la Ascensión del lord Legislador?

—No lo sé. Cientos.

—Tenemos registradas quinientas sesenta y tres —precisó Sazed—. Aunque eso incluye sectas de las mismas religiones. En un cómputo más estricto, había unas trescientas.

—¿Y?

—¿Sabes cuántas han sobrevivido hasta hoy?

—¿Ninguna?

—Una —contestó Sazed, alzando un dedo—. La vuestra. La religión de Terris. ¿Crees que es una coincidencia que la religión que seguís no solo siga existiendo, sino que además prediga este día exacto?

KanPaar bufó.

—No estás diciendo nada nuevo. Mi religión es real, mientras que las demás eran mentira. ¿Qué explica eso?

—Que tal vez deberías escuchar a miembros de tu fe que te traen información. —Sazed empezó a hojear su libro—. Como mínimo, pensaba que os interesaría este libro, ya que contiene la información recopilada que pude encontrar sobre el Héroe de las Eras. Como sabía poco de la verdadera religión de Terris, tuve que conseguir la información de fuentes secundarias... de historias y relatos, y de textos escritos mientras tanto.

»Por desgracia —prosiguió Sazed—, gran parte de este texto fue cambiado por Ruina cuando intentó persuadir al Héroe para que visitara el Pozo de la Ascensión y lo liberara. Por tanto, está corrompido y manchado por su contacto.

—¿Y por qué debería interesarme? —preguntó KanPaar—. Acabas de decirme que tu información es corrupta e inútil.

—¿Inútil? No, para nada. Corrupta, sí. Cambiada por Ruina. Amigo mío, tengo aquí un libro lleno de las mentiras de Ruina. Y vosotros tenéis una

mente llena de las verdades originales. Aparte de eso, muy poco se sabe. Sin embargo, si comparáramos lo uno con lo otro, descubriendo exactamente qué partes cambió Ruina, ¿eso no nos dirá exactamente cuál es su plan? Al menos, seguro que nos dice en qué no quiere que nos centremos.

La sala quedó en silencio.

—Bueno —dijo KanPaar por fin—. Yo...

—Con eso bastará, KanPaar —dijo una voz.

Sazed hizo una pausa, ladeando la cabeza. La voz no había surgido de ninguno de los presentes junto a los pedestales. Miró en derredor, tratando de descubrir quién había hablado.

—Ya podéis marcharos, Segundos —dijo otra voz.

Uno de los segundos dio un respingo.

—¿Marcharnos? ¿Y dejaros con este, un extraño?

—Un descendiente —precisó una de las voces—. Un forjamundos. Lo escucharemos.

—Dejadnos —dijo otra voz.

Sazed arqueó una ceja, y permaneció sentado mientras los miembros de la Segunda Generación, con aspecto molesto, abandonaban sus atriles y salían en silencio de la sala. Un par de guardias cerró las puertas, bloqueando la visión a los kandra que esperaban fuera. Sazed quedó a solas en la sala con los fantasmas que había hablado.

Sazed oyó un roce. Resonó en la cámara forrada de acero, y entonces una puerta se abrió al fondo de la sala. De allí salió lo que supuso que era la Primera Generación. Parecían... viejos. Su carne kandra colgaba visiblemente de sus cuerpos, como el musgo de un árbol transparente que pendiera de ramas de hueso. Caminaban encorvados, parecían más viejos que los otros kandra que había visto y caminaban arrastrando los pies.

Llevaban túnicas sencillas, sin mangas, pero los atuendos seguían pareciendo extraños. Además, bajo la piel transparente, Sazed vio que tenían esqueletos blancos, normales.

—¿Huesos humanos? —preguntó mientras las ancianas criaturas avanzaban, apoyadas en bastones.

—Nuestros propios huesos —dijo uno de ellos, hablando con una voz cansada que era casi un susurro—. No teníamos la habilidad ni el conocimiento de formar Cuerpos Verdaderos cuando todo esto empezó, así que recuperamos nuestros cuerpos originales cuando el lord Legislador nos los dio.

La Primera Generación parecía constar de solo diez miembros. Se sentaron en los bancos. Y, por respeto, Sazed acercó su mesa para sentarse ante ellos, como un presentador ante un público.

—Ahora —dijo, alzando su pluma para rascar el metal—. Empecemos: nos queda mucho trabajo por delante.

La cuestión sigue siendo de dónde surgieron las profecías originales sobre el Héroe de las Eras. Ahora sé que Ruina las cambió, pero no las creó. ¿Quién fue el primero en enseñar que vendría un Héroe que sería emperador de toda la humanidad, y que sería rechazado por su propio pueblo? ¿Quién declaró primero que llevaría en brazos el futuro del mundo, o que repararía lo que estaba roto?

¿Y quién decidió darle un tono neutro al título, para que no se supiera si el Héroe era hombre o mujer?

69



MARSH ESTABA ARRODILLADO EN UNA pila de ceniza, odiándose a sí mismo y al mundo. La ceniza caía sin cesar, posándose sobre su espalda, cubriéndolo, y a pesar de eso, él no se movía.

Había sido expulsado, le habían dicho que se sentara y esperara. Como una herramienta olvidada en el patio, lentamente cubierta de nieve.

Estuve allí, pensó. Con Vin. Sin embargo... no pude hablarle. No pude decirle nada.

Peor aún: no había querido hacerlo. Durante toda su conversación con ella, su cuerpo y su mente habían pertenecido por completo a Ruina. Marsh no había podido resistirse, no había podido hacer nada que hubiera permitido a Vin matarlo.

Salvo por un momento. Un momento cerca del final, cuando ella estuvo a punto de controlarlo. Un momento en que vio algo dentro de su amo, su dios, su yo, que le dio esperanza.

Pues, en ese momento, Ruina la temió.

Y entonces Ruina obligó a Marsh a huir, dejando atrás su ejército de koloss, el ejército que Marsh había recibido órdenes de dejar que Elend Venture le robara, y luego llevara a Fadrex. El ejército que Ruina había acabado volviendo a robar.

Y ahora Marsh esperaba en la ceniza.

¿Qué sentido tiene?, pensó. Su amo quería algo, necesitaba algo... y temía a Vin. Esas dos cosas daban esperanza a Marsh, pero ¿qué podía hacer? Marsh no había podido tomar el control ni siquiera en el momento de debilidad de Ruina.

El plan de Marsh parecía cada vez más absurdo: esperar, mantener en secreto aquella brizna rebelde que había en él hasta el momento adecuado, y luego quitarse el clavo de la espalda y matarse. *¿Cómo podía esperar liberarse, aun durante ese instante?*

Levántate.

La orden llegó sin palabras, pero Marsh reaccionó al instante. Y Ruina volvió a controlar su cuerpo. Con esfuerzo, Marsh conservó un pequeño dominio de su mente, pero solo porque Ruina parecía distraído. Marsh empezó a lanzar monedas, empujándolas, utilizándolas y reutilizándolas del mismo modo que Vin usaba las herraduras. Estas, que tenían mucho más metal, habrían sido mejor, pues le habrían permitido impulsarse más. Pero hizo que las monedas funcionaran.

Se impulsó a través del cielo de la tarde. El aire resultaba desagradablemente abrasivo, tan repleto de ceniza como estaba. Marsh lo observó, tratando de impedir ver belleza en la destrucción sin alertar a Ruina de que no estaba completamente dominado.

No fue fácil.

Un rato más tarde, después de que la noche cayera, Ruina le ordenó que aterrizará. Marsh descendió rápidamente, la túnica ondulando, y aterrizó en una loma. La ceniza le llegaba hasta la cintura, y probablemente se alzaba sobre unos cuantos palmos de ceniza prensada debajo.

En la distancia, loma abajo, una figura solitaria avanzaba con resolución a través de la ceniza. Llevaba una mochila y guiaba un caballo agotado.

¿Quién será?, pensó Marsh, mirando con más atención. El hombre tenía constitución de soldado, la cara cuadrada y la cabeza calva, y barba de varios días. Fuera quien fuese, su determinación era impresionante. Pocas personas se atrevían a adentrarse en las brumas; pero este hombre no solo lo hacía, sino que además se abría camino entre una capa de ceniza que le llegaba hasta el pecho. Su uniforme estaba manchado de negro, igual que su piel. Oscura... cenicienta...

Hermosa.

Marsh se lanzó desde la cima de la loma, abalanzándose a través de las brumas y la ceniza con un empujón de acero. El hombre debió de oírlo llegar, pues se dio media vuelta y echó mano ansiosamente a su espada.

Marsh aterrizó a lomos del caballo. La criatura relinchó, retrocediendo, y Marsh saltó, colocando un pie sobre la cara del animal mientras daba una voltereta y se posaba en la ceniza. El soldado había abierto un camino recto, y a Marsh le pareció estar viendo un pasillo estrecho y negro.

El hombre desenvainó su espada. El caballo relinchó nervioso, pisoteando la ceniza.

Marsh sonrió, y sacó su hacha de obsidiana de la vaina que llevaba al costado. El soldado retrocedió, tratando de abrirse sitio en la ceniza para combatir. Marsh vio la preocupación en sus ojos, la temible expectación.

El caballo volvió a relinchar. Marsh giró y le cortó las patas delanteras, haciendo que chillara de dolor. Detrás, el soldado actuó. Y, sorprendentemente, en vez de huir, atacó.

El hombre atravesó con su espada la espalda de Marsh. Golpeó un clavo y se desvió a un lado, pero lo empaló de todas formas. Marsh se volvió, sonriendo, y decantó curación para mantenerse en pie.

El hombre se acercó hacia el clavo central de Marsh, obviamente con la intención de arrancárselo de la espalda. Marsh quemó peltre, sin embargo, y se apartó, llevándose el arma del soldado.

Tendría que haberle dejado que lo cogiera... dijo su parte libre, esforzándose, pero fue inútil.

Marsh descargó un golpe contra la cabeza del hombre, intentando decapitarlo con un solo movimiento de hacha, pero el soldado rodó en la ceniza, sacó una daga de su bota y trató de apuñalar a Marsh. Un movimiento astuto, que habría dejado a Marsh en el suelo, con poder curador o sin él.

Sin embargo, Marsh decantó velocidad. De pronto se movió varias veces a una velocidad muy superior a la de una persona normal, y evitó fácilmente el golpe, plantando a cambio una patada en el pecho del soldado.

El hombre gimió cuando se le rompieron las costillas. Cayó en la ceniza, rodando y tosiendo, los labios manchados de sangre. Se detuvo, cubierto de ceniza. Débilmente, echó mano a su bolsillo.

¿Otra daga?, pensó Marsh. Pero el hombre sacó una lámina doblada. *¿Metal?*

Marsh experimentó el súbito y abrumador deseo de coger esa lámina de metal. El soldado trató de arrugarla, de destruir su contenido, pero Marsh

gritó y descargó un hachazo contra el brazo del hombre, cercenándolo. Marsh alzó de nuevo el hacha, y esta vez le cortó la cabeza.

Sin embargo, no se detuvo, y la furia le llevó a clavar el hacha en el cuerpo una y otra vez. En el fondo de su cabeza, podía sentir a Ruina exultando en la muerte... pero también notaba frustración. Ruina trató de hacer que se retirara, para obligarle a coger la lámina de metal, pero en el ansia de sangre, Marsh no podía ser controlado. Como los koloss.

No podía ser controlado. Eso es...

Se detuvo, y Ruina tomó el control una vez más. Marsh sacudió la cabeza, la sangre del hombre le corría por la cara y le goteaba en la barbillas. Se volvió y miró al caballo moribundo, que chillaba en la noche silenciosa. Marsh se puso en pie, luego recogió el brazo cercenado y arrancó la placa de metal que el soldado había tratado de destruir con sus últimas fuerzas.

¡Léelo!

Las palabras sonaron claras en la mente de Marsh. Rara vez se molestaba Ruina en dirigirse a él: solo lo utilizaba como a una marioneta.

¡Léelo en voz alta!

Marsh frunció el ceño, desplegando lentamente la carta, tratando de darse tiempo para pensar. ¿Por qué necesitaba Ruina que lo leyera? A menos que... ¿Ruina no supiera leer? Pero aquello no tenía sentido. La criatura había podido cambiar las palabras de los libros.

Tenía que saber leer. Entonces, ¿era el metal lo que detenía a Ruina?

Desplegó la lámina de metal. Había en efecto palabras grabadas en su superficie interna. Marsh trató de resistirse a leer las palabras. De hecho, ansiaba coger su hacha ensangrentada del suelo y usarla para matarse. Pero no pudo conseguirlo. Ni siquiera tenía suficiente libertad para soltar la carta. Ruina empujaba y tiraba, manipulando las emociones de Marsh, hasta que por fin...

Sí. ¿Por qué iba a molestarte en no estar de acuerdo? ¿Por qué discutir con su dios, su yo? Marsh alzó la lámina, y avivó estaño, acero y hierro para ver mejor su contenido gracias a su extraña visión metálica de inquisidor.

«Vin —leyó—. Mi mente está nublada. Una parte de mí se pregunta qué es real. Sin embargo, hay una cosa que me impulsa a continuar. He de decirte algo. No sé si importará, pero debo decirlo de todas formas.

»El ser al que combatimos es real. Lo he visto. Trató de destruirme, e intentó destruir a la gente de Urteau. Me controló a través de un método que no me esperaba. Metal. Una pequeña lasca de metal que penetró mi cuerpo.

Con eso, pudo retorcer mis pensamientos. No pudo tomar control absoluto sobre mí, como a ti te pasa con los koloss, pero creo que hizo algo similar. Tal vez el trozo de metal no era lo bastante grande. No lo sé.

»Sea como fuere, se me apareció bajo la forma de Kelsier. Hizo lo mismo con el rey de Urteau. Es astuto. Es sutil.

»Ten cuidado, Vin. ¡No te fíes de nadie perforado por metal! Incluso el trozo más pequeño puede manchar un hombre.

»Fantasma.»

Marsh, de nuevo controlado completamente por Ruina, arrugó el metal hasta que las marcas fueron ilegibles. Entonces lo arrojó a la ceniza y lo usó como anclaje para impulsarse al aire. Hacia Luthadel.

Dejó los cadáveres del caballo y el hombre, y el mensaje en la ceniza, para que fueran enterrados lentamente.

Como herramientas olvidadas.

Quellion se colocó el clavo él mismo, según tengo entendido. Nunca fue del todo estable. Su fervor para seguir a Kelsier y matar a los nobles fue aumentado por Ruina, pero Quellion ya tenía aquellos impulsos. A veces, su apasionada paranoia rayaba en la locura, y entonces Ruina podía impulsarlo para que se colocara aquel clavo crucial.

El clavo era de bronce, y lo elaboró a partir de uno de los primeros alomantes que capturó. Ese clavo lo convirtió en buscador, y gracias a eso pudo encontrar y chantajear a tantos alomantes durante su reinado en Urteau.

El tema, sin embargo, es que la gente con personalidad inestable era más susceptible a la influencia de Ruina, aunque no llevaran un clavo dentro. Probablemente, Zane consiguió así su clavo.

70



—SIGO SIN COMPRENDER DE QUÉ sirve todo esto —dijo Yomen, caminando junto a Elend mientras atravesaban la puerta de Fadrex.

Elend ignoró el comentario y saludó a un grupo de soldados. Se detuvo junto a otro grupo (no suyo, sino de Yomen) e inspeccionó sus armas. Les dirigió unas palabras de ánimo, y luego continuó. Yomen observaba en silencio, caminando al lado de Elend como un igual, no como un rey capturado.

Los dos mantenían una incómoda tregua, pero el campo repleto de koloss fuera de la ciudad era motivación más que suficiente para que trabajaran juntos. Elend tenía un ejército más grande, pero no mucho más, y su inferioridad numérica iba en aumento a medida que llegaban más y más koloss.

—Tendríamos que estar trabajando más en el problema sanitario —continuó diciendo Yomen cuando nadie podía escucharlos—. Un ejército se basa en dos principios: salud y comida. Con estas dos cosas, se consigue la victoria.

Elend sonrió, reconociendo la referencia. *Suministros a escala*, de Trentison. Unos años atrás, habría estado de acuerdo con Yomen, y probablemente los dos habrían pasado la tarde discutiendo sobre filosofía del liderazgo en el palacio del rey obligador. Sin embargo, en los últimos años Elend había aprendido cosas que no le habían enseñado sus estudios.

Por desgracia, eso significaba que no podía explicárselas a Yomen, sobre todo en el tiempo que tenían. Así que con un gesto de cabeza señaló calle abajo.

—Ahora podemos ir al hospital si quieres, lord Yomen.

Yomen asintió, y los dos se dirigieron a otra zona de la ciudad. El obligador se lo tomaba todo muy en serio. Había que tratar los problemas rápida y directamente. Tenía una buena mente, a pesar de su afición a emitir juicios precipitados.

Mientras caminaban, Elend se paraba a mirar a los soldados, de servicio o no, que había por las calles. Respondía a sus saludos, los miraba a los ojos. Muchos trabajaban para reparar los daños causados por los terremotos cada vez más fuertes. Tal vez era solo imaginación de Elend, pero le parecía que los soldados caminaban un poco más erguidos tras su paso.

Yomen frunció levemente el ceño al ver a Elend hacer esto. El obligador aún llevaba la túnica de su cargo, a pesar de la perlita de atium de su frente que utilizaba para indicar su realeza. Los tatuajes de la frente del hombre casi parecían extenderse hacia la perla, como si hubieran sido diseñados con ella en mente.

—No sabes mucho de liderar soldados, ¿verdad, Yomen? —preguntó Elend.

El obligador arqueó una ceja.

—Sé más de lo que tú sabrás nunca de tácticas, líneas de suministro y la dirección de ejércitos entre puntos distintivos.

—¿Sí? —dijo Elend, sonriente—. Así que has leído *Ejércitos en movimiento*, de Bennitson, ¿eh?

Lo de «puntos distintivos» era una indicación reveladora.

Yomen frunció aún más el ceño.

—Una cosa que los eruditos solemos olvidar, Yomen, es el impacto que la *emoción* puede tener en una batalla. No solo es cuestión de alimento, zapatos y agua fresca, por necesarios que sean. Es cuestión de esperanza, valor y voluntad para vivir. Los soldados tienen que saber que su líder estará en la lucha, si no matando a enemigos, sí dirigiendo las cosas en persona desde

detrás de las líneas. No pueden pensar en él como una fuerza abstracta que está en una torre en alguna parte, mirando por una ventana y reflexionando sobre las profundidades del universo.

Yomen guardó silencio mientras caminaban por unas calles que, pese a haber sido limpiadas de cenizas, presentaban un aspecto triste. La mayoría de la gente se había retirado a la parte posterior de la ciudad, donde los koloss llegarían los últimos, si pasaban. Acampaban a la intemperie, ya que los edificios, con los terremotos, no ofrecían seguridad.

—Eres un... hombre interesante, Elend Venture —dijo por fin Yomen.

—Soy un hijo de perra —corrigió Elend.

Yomen arqueó una ceja.

—De composición, no por temperamento ni nacimiento —dijo Elend con una sonrisa—. Soy una amalgama de lo que he necesitado ser. Parte erudito, parte rebelde, parte noble, parte nacido de la bruma y parte soldado. A veces, ni siquiera me conozco a mí mismo. Lo pasé fatal intentando que todas esas partes encajaran. Y, justo cuando empezaba a cogerle el truco, el mundo se me acaba encima. ¡Ah!, ya hemos llegado.

El hospital de Yomen era un edificio del Ministerio reconvertido, cosa que, en opinión de Elend, demostraba que el obligador estaba dispuesto a ser flexible. Sus edificios religiosos no eran para él tan sagrados como para no reconocer que eran las mejores instalaciones para cuidar a heridos y enfermos. Dentro, encontraron a médicos que atendían a quienes habían sobrevivido al choque inicial con los koloss. Yomen corrió a hablar con los burócratas del hospital, pues al parecer le preocupaba el número de infecciones que habían sufrido los hombres. Elend se acercó a la sección donde estaban los casos más graves, y empezó a visitarlos y darles ánimos.

Era duro mirar a aquellos soldados que habían sufrido por culpa de su estupidez. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de que Ruina recuperaría a los koloss? Tenía todo el sentido. Y, sin embargo, Ruina había jugado bien su mano, había engañado a Elend, haciéndole pensar que los inquisidores controlaban a los koloss. Haciéndole creer que podía contar con las criaturas azules.

¿Qué habría ocurrido si hubiera atacado la ciudad con ellos tal como planeamos en principio?, pensó. Ruina habría arrasado Fadrex, matado a todos sus habitantes y vuelto a los koloss contra los soldados de Elend. Ahora, las fortificaciones defendidas por los hombres de Elend y Yomen habían dado a Ruina tiempo para hacer acopio de fuerzas antes de atacar.

He condenado esta ciudad, pensó Elend, sentado junto al lecho de un hombre que había perdido un brazo ante una espada koloss.

Aquello lo frustraba. Sabía que había tomado la decisión correcta. Y, en verdad, prefería estar dentro de la ciudad, condenado casi con toda certeza, que estar fuera asediándola, y vencer. Pues sabía que el lado vencedor no era siempre el lado justo.

Con todo, la frustración por su incapacidad para proteger a su gente iba en aumento. Y, a pesar de que Yomen gobernaba en Fadrex, Elend consideraba que su pueblo era también el suyo. Había tomado el trono del lord Legislador y se había proclamado emperador. Todo el Imperio Final estaba a su cargo. ¿De qué servía un gobernante que ni siquiera podía proteger una ciudad, y mucho menos un imperio lleno de ellas?

Una perturbación en la parte delantera del hospital atrajo su atención. Apartó sus oscuros pensamientos y se despidió del soldado. Corrió hacia el lugar donde Yomen ya había aparecido, para ver el origen del tumulto. Una mujer traía en brazos a un niño que temblaba incontrolablemente con un ataque.

Uno de los médicos corrió a recoger al niño.

—¿Mal de la bruma? —preguntó.

La mujer asintió entre sollozos.

—Lo tuve en casa hasta hoy. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Sabía que lo quería! ¡Oh, por favor...!

Yomen sacudió la cabeza mientras el médico llevaba al niño a una cama.

—Tendrías que haberme hecho caso, mujer —dijo firmemente—. Todo el mundo en la ciudad tenía que haberse expuesto a las brumas. Ahora tu hijo ocupará una cama que podemos necesitar para los soldados heridos.

La mujer se desmoronó, todavía llorando. Yomen suspiró, aunque Elend pudo ver la preocupación en sus ojos. Yomen no era un hombre despiadado, solo pragmático. Además, sus palabras tenían sentido. No tenía sentido esconder a alguien en casa toda la vida, solo porque existiera la posibilidad de que cayera enfermo ante las brumas.

Caer ante las brumas... pensó Elend, ausente, mirando al niño en la cama. Había dejado de estremecerse, aunque su cara se retorcía en una mueca de dolor. Parecía muy dolorido. Elend solo había sufrido así una vez en la vida.

Nunca descubrimos qué era este mal de la bruma, pensó. El espíritu de la bruma nunca había regresado. Pero tal vez Yomen supiera algo.

—Yomen —dijo, acercándose al hombre, distrayéndolo de su discusión con los cirujanos—. ¿Algún de los tuyos ha descubierto el motivo del mal de la bruma?

—¿Motivo? ¿Tiene que haber un motivo para sufrir una enfermedad?

—Lo hay para una tan extraña como esta —repuso Elend—. ¿Os habéis dado cuenta de que afecta exactamente al dieciséis por ciento de la población? Dieciséis por ciento, invariable.

En vez de sorprenderse, Yomen se encogió de hombros.

—Tiene sentido.

—¿Sentido?

—El dieciséis es un número poderoso, Venture —dijo Yomen mientras revisaba unos informes—. Fue el número de días que el lord Legislador tardó en llegar al Pozo de la Ascensión, por ejemplo. Ocupa un lugar preeminente en la doctrina de la Iglesia.

Por supuesto, pensó Elend. Yomen no se sorprendería al encontrar orden en la naturaleza... él cree en un dios que puso orden a tal naturaleza.

—Dieciséis... —dijo Elend, mirando al chico enfermo.

—El número de los inquisidores originales —dijo Yomen—. El número de los preceptos en cada Cantón. El número de los metales alománticos. El...

—Espera —dijo Elend, alzando la cabeza—. ¿Qué?

—Metales alománticos.

—Solo hay catorce.

Yomen negó con la cabeza.

—Catorce que sepamos, suponiendo que tu dama tuviera razón respecto a ese metal emparentado con el aluminio. Sin embargo, el catorce no es un número de poder. Los metales alománticos vienen en conjuntos de dos, agrupados en cuatro. Parece probable que haya dos más que no hemos descubierto, lo cual hace un total de dieciséis. Dos por dos por dos por dos. Cuatro metales físicos, cuatro metales mentales, cuatro metales de ampliación y cuatro metales temporales.

Dieciséis metales...

Elend volvió a mirar al niño. Dolor. Él había conocido ese dolor una vez, el día que su padre ordenó que lo golpearan hasta causarle tanto dolor que pensó que iba a morir. Golpearon su cuerpo casi hasta la muerte, para que se rompiera.

Lo golpearon para descubrir si era alomante.

¡Lord Legislador!, pensó Elend con asombro. Apartó a Yomen, y volvió a la sección del hospital donde estaban los soldados.

—¿Quién de aquí cayó enfermo por las brumas? —preguntó.

Los heridos lo miraron con extrañeza.

—¿Cayó enfermo alguno de vosotros? —preguntó Elend—. ¿Cuando ordené que os internarais en las brumas? ¡Por favor, tengo que saberlo!

Lentamente, el hombre manco levantó la mano sana.

—Yo caí, mi señor. Lo siento. Probablemente esta herida sea el castigo por...

Elend interrumpió al hombre abalanzándose hacia él y sacando su frasquito de metales.

—Bebe esto —ordenó.

El hombre vaciló, pero hizo lo que se le pedía. Elend se arrodilló ansiosamente junto a la cama, esperando. El corazón le latía con inusitada fuerza.

—¿Y bien? —preguntó por fin.

—¿Bien... qué, mi señor?

—¿Notas algo?

El soldado se encogió de hombros.

—¿Cansancio, mi señor?

Elend cerró los ojos, suspirando. *Era una tontería...*

—¡Vaya, qué raro! —dijo el soldado de pronto.

Elend abrió los ojos.

—Sí —dijo el soldado, un poco distraído—. Yo... no sé cómo interpretarlo.

—Quémalo —dijo Elend, encendiendo su bronce—. Tu cuerpo sabe cómo, si lo dejas.

El soldado frunció el ceño, y ladeó la cabeza. Entonces empezó a latir con poder alomántico.

Elend cerró de nuevo los ojos y resopló suavemente.

Yomen se acercó.

—¿Qué pasa?

—Las brumas nunca han sido nuestro enemigo, Yomen —dijo Elend, los ojos todavía cerrados—. Solo intentaban ayudar.

—¿Ayudar? ¿Ayudar, cómo? ¿De qué estás hablando?

Elend abrió los ojos y se giró.

—No nos mataban, Yomen. No nos hacían enfermar. Nos hacían *romper*. Nos daban poder. Nos hacían capaces de luchar.

—¡Mi señor! —exclamó súbitamente una voz. Elend se volvió y vio a un soldado entrar a trompicones en la sala—. ¡Milores! ¡Vienen los koloss! ¡Están atacando la ciudad!

Elend sintió un sobresalto. *Ruina. Sabe lo que acabo de descubrir, sabe que tiene que atacar ahora, en vez de esperar a que lleguen los refuerzos.*

¡Porque yo conozco el secreto!

—¡Yomen, reúne todo el polvillo de metal que puedas encontrar en la ciudad! —gritó Elend—. ¡Peltre, estaño, acero y hierro! ¡Dáselo a todos los afectados por las brumas! ¡Haz que lo beban!

—¿Por qué? —preguntó Yomen, todavía confuso.

Elend se volvió, sonriendo.

—Porque ahora son alomantes. Esta ciudad no va a caer tan fácilmente como todos creíamos. ¡Si me necesitas, estoy en el frente!

Hay algo especial en el número dieciséis. Para empezar, fue la señal de Conservación para la humanidad.

Incluso antes de aprisionar a Ruina, Conservación sabía que no podría comunicarse con la humanidad cuando redujera su poder. Por eso dejó pistas, pistas que no pudieran ser alteradas por Ruina. Pistas que se remontaban a las leyes fundamentales del universo. El número sería la prueba de que sucedía algo innatural, y que se podía encontrar ayuda.

Puede que tardáramos mucho en darnos cuenta, pero cuando acabamos por comprender la pista, sin importar lo tarde que fuera, nos dio un impulso muy necesitado.

En cuanto a los otros aspectos del número... bueno, incluso yo sigo investigando eso. Basta decir que tiene grandes ramificaciones referidas a cómo funciona el mundo, y el universo.

71



SAZED GOLPEÓ EL PAPEL METÁLICO con la pluma y frunció un poco el ceño.

—Muy poco de este último fragmento difiere de lo que sabía antes —dijo —. Ruina cambió pequeños detalles... quizá para impedir que advirtiera las alteraciones. Es obvio que quería que me diera cuenta de que Vin era el Héroe de las Eras.

—Quería que ella lo liberara —dijo Haddek, el líder de la Primera Generación. Sus compañeros asintieron.

—Tal vez ella nunca fue el Héroe —sugirió uno de los otros.

Sazed negó con la cabeza.

—Yo creo que sí lo es. Estas profecías siguen refiriéndose a ella: incluso las partes no alteradas que me habéis contado. Hablan de alguien separado del pueblo de Terris, un rey de hombres, un rebelde capturado entre dos mundos. Ruina recalcó que era ella, ya que quería que fuera a liberarlo.

—Nosotros siempre dimos por hecho que el Héroe sería un hombre —dijo Haddek con voz sibilante.

—Como todos —repuso Sazed—. Pero tú mismo dijiste que todas las profecías utilizan pronombres neutros. Eso tuvo que ser intencionado: ese lenguaje no se usa por accidente en la vieja Terris. El neutro se eligió para que no supiéramos si el Héroe era masculino o femenino.

Varios de los ancianos terrisanos asintieron. Trabajaban junto a la silenciosa luz azul de las piedras brillantes, aún sentados en la cámara de las paredes metálicas. Por lo que Sazed había podido comprender, se trataba de una especie de lugar sagrado para los kandra.

Cogió la pluma, frunciendo el ceño. ¿Qué le molestaba? *Dicen que tendré en mis brazos el futuro del mundo entero...* Las palabras de Alendi, escritas en su libro hacía tanto tiempo. Las palabras de la Primera Generación confirmaban que era cierto.

Vin aún tenía algo que hacer. Sin embargo, el poder del Pozo de la Ascensión había desaparecido. Agotado. ¿Cómo podía combatir sin él? Sazed miró a su público de ancianos kandra.

—Por cierto, ¿qué *era* el poder del Pozo de la Ascensión?

—No estamos seguros, joven —dijo Haddek—. Cuando vivíamos como hombres, nuestros dioses ya se habían retirado de este mundo, dejando a Terris solo con la esperanza del Héroe.

—Habladme de eso —dijo Sazed, inclinándose un poco hacia delante—. ¿Cómo se retiraron vuestros dioses de este mundo?

—Ruina y Conservación —dijo uno de los otros—. Ellos crearon nuestro mundo, y nuestro pueblo.

—Ninguno podía crear solo —dijo Haddek—. No, no podían. Pues conservar algo no es crearlo... ni se puede crear solo a través de la destrucción.

Era un tema común en la mitología; Sazed lo había leído en docenas de las religiones que había estudiado. El mundo creado a partir del choque entre dos fuerzas, a veces identificadas como caos y orden, a veces llamadas destrucción y protección. Eso le molestó un poco. Esperaba descubrir algo *nuevo* en las cosas que le contaban estos hombres.

Y sin embargo... solo porque algo fuera común, ¿lo convertía en falso? ¿O podían todas esas mitologías tener una raíz compartida y verdadera?

—Ellos crearon el mundo —dijo Sazed—. ¿Y luego se marcharon?

—No de inmediato —contestó Haddek—. Pero ahí está el truco, joven. Hicieron un trato, esos dos. Conservación quiso crear hombres: crear vida capaz de emoción. Llegó a un compromiso con Ruina para que le ayudara a crear hombres.

—Pero a un precio —susurró uno de los otros.

—¿Qué precio? —preguntó Sazed.

—Que se permitiría que Ruina destruyera el mundo un día —replicó Haddek.

La cámara circular guardó silencio.

—De ahí la traición —dijo Haddek—. Conservación dio su vida para aprisionar a Ruina, para impedir que destruyera el mundo.

Otro tema mitológico común: el dios mártir. El propio Sazed había sido testigo de ello con el nacimiento de la Iglesia del Superviviente.

Sin embargo... esta vez es mi propia religión, pensó. Frunció el ceño, echándose hacia atrás, mientras trataba de decidir cómo se sentía. Por algún motivo, había asumido que la verdad sería *diferente*. Su parte erudita discutía con su deseo de tener fe. ¿Cómo podía creer en algo tan lleno de tópicos mitológicos?

Había llegado hasta aquí creyendo que había encontrado una última oportunidad para descubrir la verdad. Sin embargo, ahora que la estudiaba, le parecía sorprendentemente similar a las religiones que había rechazado como falsas.

—Pareces preocupado, hijo —dijo Haddek—. ¿Es por las cosas que decimos?

—Pido disculpas. Es un problema personal, no relacionado con el destino del Héroe de las Eras.

—Por favor, habla —dijo uno de los otros.

—Es complicado. Desde hace ya algún tiempo, he estado investigando las religiones de la humanidad, tratando de decidir cuáles de sus enseñanzas eran verdad. Había comenzado a desesperar, y creía que *jamás* encontraría una religión que ofreciera las respuestas que buscaba. Entonces, me enteré de que aún existía mi propia religión, protegida por los kandra. Vine aquí, esperando encontrar la verdad.

—Esta es la verdad —dijo uno de los kandra.

—Eso es lo que enseñan *todas* las religiones —dijo Sazed, sintiendo que su frustración iba en aumento—. Sin embargo, en cada una de ellas encuentro inconsistencias, saltos lógicos y exigencias de fe que me resultan imposibles de aceptar.

—Me parece, joven, que buscas algo que no existe —dijo Haddek.

—¿La verdad? —preguntó Sazed.

—No. Una religión que no exija fe por parte de sus creyentes.

Otro de los ancianos kandra asintió.

—Nosotros seguimos al Padre y al Primer Contrato, pero nuestra fe no está en él. Está en... algo superior. Confiamos en lo que Conservación planeó para este día, y en que su deseo de proteger demuestre ser más poderoso que el deseo de Ruina por destruir.

—Pero no lo sabéis —dijo Sazed—. Se os ofrecen pruebas solo si creéis; pero, si creéis, podéis encontrar pruebas en cualquier cosa. Es un acertijo lógico.

—La fe no tiene en cuenta la lógica, hijo —dijo Haddek—. Tal vez ese sea tu problema. No puedes refutar las cosas que estudias, como nosotros tampoco podemos demostrar que el Héroe nos salvará. Simplemente debemos creerlo, y aceptar las cosas que nos enseñó Conservación.

A Sazed no le bastaba con eso. Sin embargo, por el momento, decidió seguir adelante. No tenía aún todos los hechos sobre la religión de Terris. Tal vez cuando los tuviera, podría resolver esto.

—Habláis de la prisión de Ruina —dijo—. Contadme cómo se relaciona esto con el poder que usó lady Vin.

—Los dioses no tienen cuerpos como los de los hombres —dijo Haddek—. Son... fuerzas. Podrías decir que son los poderes. La mente de Conservación murió, pero dejó su poder.

—¿En forma de una charca de líquido? —dijo Sazed.

Los miembros de la Primera Generación asintieron.

—¿Y el humo negro de fuera? —preguntó Sazed.

—Ruina —contestó Haddek—. Esperando, observando durante su aprisionamiento.

Sazed frunció el ceño.

—La caverna de humo era mucho más grande que el Pozo de la Ascensión. ¿Por qué esa disparidad? ¿Acaso Ruina era mucho más poderoso?

Haddek soltó un leve bufido.

—Eran igualmente poderosos, joven. Eran *fuerzas*, no hombres. Dos aspectos de un solo poder. ¿Es una cara de la moneda más poderosa que la otra? Empujaban por igual al mundo que los rodeaba.

—Aunque —añadió uno de los otros—, se cuenta la historia de que Conservación dio demasiado de sí mismo para crear la humanidad, para crear algo que tuviera dentro *más* de Conservación que de Ruina. Aunque, sería solo una pequeña cantidad en cada individuo. Diminuta... fácil de pasar por alto, excepto a lo largo de mucho, mucho tiempo...

—Entonces, ¿por qué la diferencia de tamaño? —preguntó Sazed.

—No lo comprendes, joven —dijo Haddek—. El poder de esa charca no era Conservación.

—Pero acabas de decir...

—Era *parte* de Conservación, cierto —continuó Haddek—. Pero era una fuerza: su influencia está en todas partes. Una parte, quizá, se concentró en esa charca. El resto está... en otra parte, en todas partes.

—Pero la mente de Ruina estaba concentrada allí —dijo otro kandra—. Por eso su poder tendió a agruparse en ese lugar. Mucho más que el de Conservación.

—Pero no todo —dijo otro, riendo.

Sazed ladeó la cabeza.

—¿No todo? ¿También se extendió por el mundo?

—En cierto modo —dijo Haddek.

—Hablamos ahora de cosas del Primer Contrato —advirtió uno de los otros kandra.

Haddek hizo una pausa, luego se volvió para estudiar los ojos de Sazed.

—Si lo que este hombre dice es cierto, entonces Ruina ha escapado. Eso significa que vendrá a por su cuerpo. Su... poder.

Sazed sintió un escalofrío.

—¿Está aquí? —preguntó en voz baja.

Haddek asintió.

—Nosotros lo recuperamos. El Primer Contrato, lo llamó el lord Legislador... nuestra ocupación en este mundo.

—Los otros hijos tenían un propósito —añadió otro kandra—. Los koloss fueron creados para luchar. Los inquisidores, para ser sacerdotes. Nuestra tarea era diferente.

—Reunir el poder —dijo Haddek—. Y protegerlo. Ocultarlo. Guardarlo. Pues el Padre sabía que algún día Ruina escaparía. Y ese día empezaría a buscar su cuerpo.

El grupo de ancianos kandra miró más allá de Sazed, quien se volvió para seguir su mirada. Contemplaban el estrado de metal.

Lentamente, Sazed se levantó y cruzó el suelo de piedra. El estrado era grande, de unos tres metros de diámetro, pero no muy alto. Subió, haciendo que uno de los kandra jadeara. Sin embargo, ninguno de ellos le dijo que se detuviera.

Había una línea en mitad de la plataforma circular, y un agujero del tamaño de una moneda grande en el centro. Sazed miró por el agujero, pero estaba demasiado oscuro para ver nada.

Dio un paso atrás.

Debería quedarme un poco, pensó, mirando a su mesa, donde estaban sus mentes de metal. *Rellené ese anillo para unos meses antes de renunciar a mis mentes de metal.*

Se acercó rápidamente a seleccionar un pequeño anillo de peltre de la mesa. Se lo puso, y luego miró a los miembros de la Primera Generación, que no sostuvieron su mirada inquisitiva.

—Haz lo que debas, hijo —dijo Haddek, y su voz anciana resonó en la sala—. No podríamos detenerte, aunque quisiéramos.

Sazed regresó al estrado, y luego decantó su mentepeltre para recabar la fuerza que había almacenado allí hacía más de un año. Su cuerpo enseguida se hizo varias veces más fuerte de lo normal, y de pronto la ropa le quedó estrecha. Con manos que habían pasado a estar bien provistas de músculos, se agachó, plantó los pies en el áspero suelo y empujó un lado del disco.

Rechinó contra la piedra al moverse, hasta descubrir un gran pozo. Algo brillaba debajo.

Sazed se detuvo, su fuerza y su cuerpo se desinflaron mientras liberaba su mentepeltre. Su túnica empezó a aflojarse de nuevo. La sala estaba en silencio. Sazed miró el pozo medio cubierto, y la enorme pila de pepitas ocultas en el suelo.

—La Confianza, lo llamamos —susurró Haddek en voz baja—. Entregada a nuestro cuidado por el Padre.

Atium. Miles y miles de perlas de atium. Sazed se quedó boquiabierto.

—El depósito de atium del lord Legislador... Estuvo aquí todo el tiempo.

—La mayor parte de ese atium nunca dejó los Pozos de Hathsin —dijo Haddek—. Había obligadores de guardia en todo momento... pero nunca inquisidores, pues el Padre sabía que podían ser corrompidos. Los obligadores rompían las geodas en secreto, dentro de una sala metálica construida para ese propósito, y luego sacaban el atium. La familia noble transportaba luego las geodas vacías a Luthadel, sin saber que no tenían ningún atium en su posesión. El atium que el lord Legislador recibía y distribuía a la nobleza lo llevaban los obligadores. Disfrazaban el atium de fondos del Ministerio y ocultaban las perlas en pilas de monedas para que Ruina no pudiera verlas mientras las transportaban a Luthadel en convoyes llenos de nuevos acólitos.

Sazed se quedó anonadado. *Aquí... todo el tiempo. Tan cerca de las mismas cuevas donde Kelsier preparó a su ejército. A un tiro de piedra de Luthadel, completamente desprotegido durante todos estos años.*

Y, sin embargo, tan bien oculto.

—Trabajabais por el atium —dijo Sazed, alzando la cabeza—. Los Contratos kandra se pagaban en atium.

Haddek asintió.

—Teníamos que juntar todo el que pudiéramos. Lo que no acababa en nuestras manos lo quemaban los nacidos de la bruma. Algunas de las casas guardaban pequeños alijos, pero los impuestos y tributos del Padre hacían que la mayor parte del atium le fuera devuelta como pago. Y, con el tiempo, casi todo acabó aquí...

Sazed contempló el depósito. *Tanta fortuna*, pensó. *Tanto... poder.* El atium nunca *había* encajado con los demás metales. Todos ellos, incluso el aluminio y el duraluminio, podían extraerse o crearse por medios naturales. El atium, sin embargo, solo procedía de un sitio, y su aspecto era misterioso y extraño. Su poder permitía hacer algo muy distinto a la alomancia o la feruquimia.

Permitía ver el futuro. Algo que ya no era cosa de hombres... sino de dioses.

Era más que un simple metal. Era poder condensado y concentrado.

Poder que Ruina quería. Con todas sus fuerzas.

TENSOON LLEGÓ A LA CIMA de la colina, a través de una capa de ceniza tan alta que se alegró haber cambiado al cuerpo del caballo, pues un perro jamás podría haberse movido por montículos tan elevados.

Nunca llegaré a Fadrex a este ritmo, pensó con furia. Aun esforzándose, moviéndose con el cuerpo del enorme caballo, avanzaba demasiado despacio para llegar lejos de la Tierra Natal.

Por fin rebasó la cima, su respiración surgiendo en soplidos entrecortados a través de su hocico equino. Allí se detuvo, sorprendido. El paisaje que tenía ante él ardía.

Tyrian, el Monte de Ceniza más cercano a Luthadel, se alzaba no demasiado lejos, con la cima reventada por una violenta explosión. El aire mismo parecía arder con lenguas de fuego, y la amplia llanura al oeste de TenSoon estaba cubierta de lava. Era de un rojo profundo y poderoso. Incluso desde lejos, podía sentir el calor.

Se detuvo un largo instante, cubierto de ceniza, mientras contemplaba un paisaje que antaño había albergado aldeas, bosques, caminos y la zona septentrional del lago Tyrian. Ahora todo había desaparecido, calcinado. La tierra se había abierto en la distancia, y de ella parecía surgir más lava.

Por el Primer Contrato, pensó con desesperación. Podía desviarse al sudeste, hasta donde debería haber estado el lago Tyrian, y continuar hasta Fadrex como si hubiera llegado en línea recta desde Luthadel; pero, por algún motivo, le resultó difícil encontrar motivación para continuar.

Era demasiado tarde.

Sí, hay dieciséis metales. Me parece muy poco probable que el lord Legislador no los conociera todos. De hecho, que hablara de varios en las placas de los depósitos de almacenaje significa que al menos conocía la existencia de esos.

He de asumir que no se lo dijo a la humanidad por algún motivo. Tal vez lo ocultó para tener una ventaja secreta, igual que guardó la única pepita del cuerpo de Conservación que convertía a los hombres en nacidos de la bruma.

O tal vez simplemente decidió que la humanidad tenía ya bastante poder con los diez metales que ya comprendían. Algunas cosas jamás las sabremos. Una parte de mí aún considera lamentable lo que hizo. Durante los mil años de reinado del lord Legislador, ¿cuántas personas nacieron, se rompieron, vivieron y murieron sin saber que eran brumosos, simplemente porque sus metales eran desconocidos?

Naturalmente, esto nos dio una ligera ventaja al final. Ruina tuvo muchos problemas para dar duraluminio a sus inquisidores, ya que necesitaban a un alomante que pudiera quemarlo antes de poder utilizarlo. Y, como ninguno de los brumosos de duraluminio del mundo conocía su poder, no lo quemaron y se revelaron a Ruina. Eso dejó a la mayoría de los inquisidores sin el poder del duraluminio, excepto en unos cuantos casos importantes, como Marsh, que lo recibieron de un nacido de la bruma. Esto solía considerarse un desperdicio, pues si se mataba con hemalurgia a un nacido de la bruma, se aprovechaba solamente uno de sus dieciséis poderes y se perdía el resto. Ruina consideró que era mucho mejor intentar subvertirlos y acceder así a todo su poder.

72



EMPEZÓ A LLOVER JUSTO ANTES de que Vin llegara a Luthadel. Una llovizna fría y tranquila que humedeció la noche, pero no expulsó las brumas.

Avivó su bronce. En la distancia, pudo sentir alomantes. Nacidos de la bruma. La perseguían. Había al menos una docena rastreando su posición.

Aterrizó en la muralla de la ciudad, rozando apenas las piedras con sus pies descalzos. Ante ella se extendía Luthadel, orgullosa incluso ahora. Fundada mil años antes por el lord Legislador, estaba construida encima del mismísimo Pozo de la Ascensión. Durante los diez siglos de su reinado,

Luthadel había florecido, convirtiéndose en el lugar más importante y más poblado de todo el imperio.

Y estaba agonizando.

Vin se irguió, contemplando la enorme ciudad. Bolsas de fuego ardían donde los edificios se habían incendiado. Las llamas desafiaban a la lluvia, iluminando los diversos suburbios y otros barrios como bengalas en la noche. Con su luz, pudo ver que la ciudad era un caos. Franjas enteras habían sido destruidas, los edificios, demolidos o quemados. Las calles estaban fantasmagóricamente vacías: nadie intentaba sofocar los incendios, nadie transitaba por las callejas.

La capital, antaño hogar de cientos de miles de personas, parecía vacía. El viento acarició el pelo de Vin, mojado por la lluvia, y sintió un escalofrío. Las brumas, como de costumbre, permanecían apartadas de ella, repelidas por su alomancia. Estaba sola en la ciudad más grande del mundo.

No. Sola no. Podía sentir que se acercaban, los sicarios de Ruina. Los había conducido hasta aquí, les había hecho creer que los traía a donde estaba el atium. Habría muchos más de los que podría combatir. Estaba condenada.

Esa era la idea.

Saltó de la muralla, impulsándose a través de la bruma, la ceniza y la lluvia. Llevaba su capa de bruma, más por nostalgia que por utilidad. Era la misma de siempre, la que Kelsier le había dado su primera noche de entrenamiento.

Aterrizó con una salpicadura en lo alto de un edificio, y luego volvió a saltar, recorriendo la ciudad. No estaba segura de que fuera poético u ominoso que estuviera lloviendo esta noche. Había visitado Kredik Shaw otra noche lluviosa. Una parte de ella aún pensaba que tendría que haber muerto entonces.

Aterrizó en la calle, luego se irguió, los borbones de su capa de bruma cayéndose a su alrededor, ocultando sus brazos y su pecho. Contempló en silencio Kredik Shaw, la Colina de las Mil Torres. El palacio del lord Legislador, el emplazamiento del Pozo de la Ascensión.

El edificio era una mezcla de varias alas bajas rematadas por docenas de torres, agujas y chapiteles. La terrible cuasisimetría de la amalgama se volvía aún más inquietante por la presencia de las brumas y la ceniza. El edificio llevaba abandonado desde la muerte del lord Legislador. Las puertas estaban rotas, y pudo ver ventanas destrozadas en los muros. Kredik Shaw estaba tan muerta como la ciudad que había dominado antaño.

Una figura apareció junto a ella.

—¿Aquí? —dijo Ruina—. ¿Aquí es donde me traes? Hemos registrado este lugar.

Vin permaneció en silencio, contemplando las torres. Dedos negros de metal hurgando en un cielo aún más negro.

—Vienen mis inquisidores —susurró Ruina.

—No deberías haberte revelado —dijo Vin, sin mirarlo—. Tendrías que haber esperado a que recuperara el atium. Ahora jamás lo conseguiré.

—¡Ah!, pero ya no creo que lo tengas —dijo Ruina con su voz paternal—. Niña... niña. Te creí al principio. De veras. Hice acopio de mis poderes, dispuesto a enfrentarme a ti. Sin embargo, cuando viniste aquí, supe que me habías despistado.

—No lo sabes seguro —repuso Vin suavemente, la voz complementada por la silenciosa lluvia.

Silencio.

—No —dijo Ruina por fin.

—Entonces tendrás que intentar hacerme hablar —susurró ella.

—*Intentar?* ¿Te das cuenta de las fuerzas que puedo usar contra ti, niña? ¿Te das cuenta del poder que tengo, de la destrucción que represento? Soy montañas que aplastan. Soy olas que rompen. Soy tormentas que quiebran. Soy *el final*.

Vin continuó contemplando la lluvia. No cuestionaba su plan: no lo tenía por costumbre. Había decidido qué hacer. Era hora de poner en marcha la trampa de Ruina.

Estaba cansada de ser manipulada.

—¡Nunca lo conseguirás! —exclamó—. No, mientras yo viva.

Ruina gritó, un sonido de ira primigenia, de algo que *tenía* que destruir. Luego, se desvaneció. Restalló un relámpago, y su luz fue una oleada de poder que atravesó la bruma. Iluminó figuras ataviadas con túnicas en la lluvia ennegrecida que caminaban hacia ella, rodeándola.

Vin se volvió hacia un edificio derruido cercano, viendo cómo una figura se encaramaba sobre los cascotes. Iluminada ahora solo por la luz de las estrellas, la figura tenía el pecho desnudo, la caja torácica marcada y los músculos tensos. La lluvia le corría por la piel, goteando desde los clavos que le sobresalían en el pecho. Uno entre cada grupo de costillas. Tenía clavos en los ojos, uno de los cuales le había aplastado la cuenca de un ojo al ser clavado en su cráneo.

Los inquisidores normales tenían diez u once clavos. Marsh parecía tener veinte como mínimo. Gruñó en voz baja.

Y la lucha empezó.

Vin se echó atrás la capa chorreando agua por los borlones, y se empujó hacia delante. Trece inquisidores volaron hacia ella a través del cielo nocturno. Vin esquivó una andanada de hachazos, luego envió un empujón hacia un par de inquisidores, quemando duraluminio. Las criaturas fueron impelidas hacia atrás por sus clavos, y Vin aceleró en un súbito salto a un lado.

Golpeó a otro inquisidor, los pies contra el pecho. Salpicó agua, mezclada con ceniza, cuando Vin agarró uno de los clavos de los ojos del inquisidor. Entonces tiró de sí misma hacia atrás y avivó peltre.

Tiró, y el clavo se soltó. El inquisidor gritó, pero no cayó muerto. La miró, un lado de la cabeza convertido en un agujero abierto, y siseó. Quitarle un clavo del ojo, al parecer, no bastaba para matarlo.

Ruina se rio en su cabeza.

El inquisidor intentó agarrarla, y Vin se impulsó al cielo, tirando de una de las torres de metal de Kredik Shaw. Apuró el contenido de un frasquito de metales mientras volaban, restaurando su acero.

Una docena de figuras con túnicas oscuras saltó a través de la lluvia para seguirla. Marsh se quedó abajo, observando.

Vin apretó los dientes, y entonces sacó un par de dagas y se empujó hacia abajo, directamente hacia los inquisidores. Pasó entre ellos, sorprendiendo a varios, quienes probablemente esperaban que se apartara de un salto. Golpeó directamente a la criatura a la que le había quitado el clavo, haciéndolo girar en el aire, clavándole las dagas en el pecho. Él rechinó los dientes, riendo, y luego la obligó a abrir los brazos y la envió al suelo de una patada.

Vin cayó con la lluvia.

Golpeó el suelo con fuerza, pero consiguió aterrizar de pie. El inquisidor golpeó el empedrado de espaldas, las dagas todavía en el pecho. Pero se incorporó con facilidad, apartando las dagas, rompiéndolas contra el suelo de piedra.

Entonces se movió. *Demasiado* rápido. Vin no tuvo tiempo de pensar mientras se abría paso a través de la lluvia brumosa y la agarraba por la garganta.

He visto antes esa velocidad, pensó mientras se debatía. *No solo en los inquisidores. En Sazed. Es un poder feruquímico. Igual que la fuerza que Marsh empleó.*

Ese era el motivo de los nuevos clavos. Estos inquisidores no tenían tantos como Marsh, pero obviamente tenían algunos poderes nuevos. Fuerza. Velocidad. Cada una de estas criaturas era, esencialmente, otro lord Legislador.

¿*Lo ves?*, preguntó Ruina.

Vin gritó, empujando con duraluminio contra el inquisidor, liberándose de su garra. El movimiento le marcó el cuello con sus uñas, y tuvo que apurar otro frasco de metales (el último) para restaurar su acero mientras resbalaba por el suelo mojado.

Los depósitos feruquimistas se agotan, se dijo. *Incluso los alomantes cometan errores. Puedo vencer.*

Sin embargo, se tambaleó, respirando entrecortadamente mientras hacía una pausa, una mano en el suelo, hundida hasta la muñeca en la fría agua de lluvia. Kelsier había tenido que esforzarse para luchar contra un inquisidor. ¿Qué hacía ella luchando contra trece?

Las figuras empapadas aterrizaron a su alrededor. Vin lanzó una patada que conectó con el pecho de un inquisidor y luego se apartó rodando de otro dando un tirón. Rodó por los resbaladizos adoquines, y un hacha de obsidiana casi le cortó la cabeza cuando se alzó y pateó con dos pies amplificados por el peltre contra las rodillas de un oponente.

Los huesos crujieron. El inquisidor gritó y cayó. Vin se puso en pie apoyándose en una mano, y luego tiró de las torres, lanzándose al aire tres metros para esquivar la multitud de golpes que caían en su búsqueda.

Se posó en el suelo, agarró el mango del hacha del inquisidor caído. Blandió el arma, chorreando agua, la piel manchada con ceniza húmeda mientras bloqueaba un golpe.

No puedes luchar, dijo Ruina. *Cada golpe no hace sino ayudarme. Soy Ruina.*

Vin gritó, lanzándose a por todas al ataque, apartando con el hombro a un inquisidor y luego clavando el hacha en el costado de otro. Las criaturas gruñeron y atacaron, pero ella se mantuvo siempre un paso por delante, esquivando por los pelos sus mandíbulas. Aquel al que había derribado se volvió a incorporar, sanadas las rodillas. Sonreía.

Un golpe que no vio la alcanzó en el hombro, empujándola hacia delante. Sintió que la sangre caliente le corría por la espalda, pero el peltre mató el dolor. Se lanzó a un lado, recuperando el equilibrio, hacha en mano.

Los inquisidores avanzaron. Marsh observaba en silencio, la lluvia le corría por la cara, los clavos sobresalían de su cuerpo como las agujas de Kredik

Shaw. No se unió a la lucha.

Vin gimió, luego volvió a lanzarse al cielo. Voló por delante de sus adversarios y brincó de torre en torre, empleando el metal que llevaban ellos como anclaje. Los doce inquisidores la siguieron como una bandada de cuervos, saltando entre agujas, las túnicas ondeando, siguiendo rumbos distintos a ella. Vin se abalanzó entre las brumas, que continuaban girando a su alrededor, desafiando a la lluvia.

Un inquisidor aterrizó en la torre a la que se dirigía. Vin gritó, blandiendo el hacha con un revés mientras se posaba, pero él se empujó para repeler el golpe y luego tiró de sí mismo. Vin le dio una patada en los pies, lanzándose al aire junto a su oponente. Entonces le agarró la túnica mientras caían.

El inquisidor, con los dientes apretados en una sonrisa, le arrancó el hacha con una mano inhumanamente fuerte. Su cuerpo empezó a hincharse, ganando la masa innatural de un feruquímista al decantar fuerza. Se rio de Vin, y la agarró por el cuello. Ni siquiera se dio cuenta de que Vin tiró levemente de ambos mientras caían por el aire.

Golpearon una de las agujas de abajo, y el metal penetró el pecho del sorprendido inquisidor. Vin se apartó a un lado, pero se agarró a la cabeza de la criatura, y su peso hizo que se clavara aún más en la aguja. No vio cómo el metal desgarraba el cuerpo de la criatura, pero cuando golpeó el suelo, solo tenía la cabeza en las manos. Un clavo sin cuerpo salpicó en un charco ceniciente junto a ella, y Vin soltó junto a él la cabeza de la criatura muerta.

Marsh gritó de furia. Cuatro inquisidores más aterrizaron alrededor de Vin, que dio una patada a uno, pero este se movió con velocidad feruquírica y le agarró el pie. Otro la agarró por un brazo y tiró de ella hacia un lado. Vin gritó, liberándose de una patada, pero un tercer inquisidor la sujetó, su tenaza amplificada por fuerzas alománticas y feruquínicas. Los otros tres lo imitaron, sujetándola con dedos como garras.

Tras inspirar profundamente, Vin apagó su estaño y quemó duraluminio, acero, y peltre. Empujó hacia fuera con una súbita oleada de poder; los inquisidores fueron repelidos por sus clavos. Cayeron desparramados al suelo, maldiciendo.

Vin golpeó los adoquines. De repente, el dolor en su espalda y su cuello parecieron imposiblemente fuertes. Avivó estaño para despejar su mente, pero siguió tambaleándose, mareada, mientras se ponía en pie. Había agotado todo su peltre en aquel estallido.

Se dispuso a echar a correr, y encontró a una figura de pie ante ella. Marsh guardaba silencio, aunque otra andanada de relámpagos iluminó las brumas.

Vin se había quedado sin peltre. Sangraba por una herida que probablemente habría matado a cualquier otra persona. Estaba desesperada.

Muy bien. ¡Ahora!, pensó mientras Marsh la abofeteaba. El golpe la arrojó al suelo.

No sucedió nada.

¡Vamos!, pensó Vin, tratando de recurrir a las brumas. El terror se retorció en su interior mientras Marsh acechaba, una figura negra en la noche. *¡Por favor!*

Cada vez que las brumas la habían ayudado, lo habían hecho en su momento de mayor desesperación. Ese era su plan, por débil que pareciera: meterse en más problemas que nunca, y luego contar con que las brumas la ayudaran. Como ya habían hecho anteriormente en dos ocasiones.

Marsh se arrodilló sobre ella. Las imágenes destellaban como estallidos de rayos a través de su mente cansada.

Camón alzaba una mano carnosa para golpearla. La lluvia caía sobre ella mientras se acurrucaba en un rincón oscuro, con el costado dolorido por un profundo tajo. Zane se volvía hacia ella en lo alto de la Fortaleza Hasting, una de las manos goteando un lento chorro de sangre.

Vin trató de moverse por los resbaladizos y fríos adoquines, pero su cuerpo no funcionaba bien. Apenas podía arrastrarse. Marsh le descargó un puñetazo en la pierna que le rompió el hueso, y ella gritó llena de un dolor helado y sorprendido. Ningún peltre templó el golpe. Trató de incorporarse para extraer uno de los clavos de Marsh, pero él le agarró la pierna, la rota, y su propio esfuerzo la hizo gritar de agonía.

Ahora, dijo Ruina con su amable voz, *empezamos. ¿Dónde está el atium, Vin? ¿Qué sabes de él?*

—Por favor... —susurró Vin, volviéndose hacia las brumas—. Por favor, por favor, por favor...

Sin embargo, las brumas permanecieron distantes. Una vez, habían revoloteado juguetonas alrededor de su cuerpo, pero ahora se alejaban. Igual que habían hecho durante todo el año pasado. Ella gemía, buscándolas, pero se apartaban. La aislaban como a una afectada de la peste.

Era la misma forma en que las brumas trataban a los inquisidores.

Las criaturas se levantaron, rodeándola, siluetas en la noche oscura. Marsh la atrajo de un tirón, luego le buscó el brazo. Vin oyó el hueso romperse antes

de sentir el dolor. No obstante, el dolor vino, y ella gritó.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había sido torturada. Las calles no la habían tratado bien, pero en los últimos años Vin había conseguido evitar la mayoría de esas experiencias. Se había convertido en una nacida de la bruma. Poderosa. Protegida.

Esta vez no, advirtió a través de una neblina de agonía. Sazed no vendrá a por mí esta vez. Kelsier no me salvará. Incluso las brumas me han abandonado. Estoy sola.

Los dientes empezaron a castañearle, y Marsh alzó su otro brazo. La miró con sus ojos claveteados de expresión ilegible. Luego rompió el hueso.

Vin gritó, más de terror que de dolor.

MARSH OBSERVÓ SU GRITO, mientras escuchaba el dulce sonido que emitía. Sonrió, y se dirigió a la pierna intacta. Si Ruina no lo estuviera conteniendo... Tal vez llegaría a matarla. Forcejeaba con sus ataduras, ansiando causarle más daño.

No... pensó una parte diminuta de su ser.

Caía la lluvia, que marcaba con sus gotas una noche preciosa. La ciudad de Luthadel yacía envuelta en su paño funerario, humeante, algunas zonas aún ardiendo a pesar de la noche húmeda. Cuánto deseaba Marsh haber llegado a tiempo para ver los tumultos y la muerte. Sonrió, el apasionado amor de una matanza fresca bullendo en su interior.

No, pensó.

De algún modo, sabía que el final estaba muy cerca. El suelo temblaba bajo sus pies, y tuvo que apoyarse en una mano antes de continuar su trabajo y romperle a Vin la otra pierna. El día final había llegado. El mundo no sobreviviría a esta noche. Se rio alegremente, sumergido en un frenesí de sangre, apenas controlado mientras rompía el cuerpo de Vin.

¡NO!

Marsh despertó. Aunque sus manos aún se movían según lo ordenado, su mente se rebeló. Captó la ceniza, y la lluvia, la sangre y el hollín, y eso le disgustó. Vin yacía medio muerta.

Kelsier la trataba como a una hija, pensó mientras le rompía los dedos, uno a uno. Ella gritaba. La hija que nunca tuvo con Mare.

Me he rendido. Igual que hice con la rebelión.

Era la gran vergüenza de su vida, abandonar el liderazgo de la rebelión skaa apenas un año antes de que, bajo el mando de Kelsier, derrocara al Imperio Final. Marsh había sido su líder, pero abandonó apenas unos meses antes de la victoria.

No, pensó mientras le rompía a Vin los dedos de la otra mano. Otra vez no. ¡Ya basta de rendirse!

Su mano izquierda se dirigió a la clavícula de Vin. Y entonces lo vio. Un único trocito de metal, que brillaba en la oreja de la muchacha. Su pendiente. Se lo había explicado una vez.

No lo recuerdo, le susurró desde el pasado la voz de Vin. Un recuerdo de cuando el propio Marsh se sentaba con ella en el porche de la mansión Renoux, viendo a Kelsier organizar una caravana en el patio, justo antes de que Marsh se marchara para infiltrarse en las filas del Ministerio de Acero.

Vin le habló de su madre loca. *Reen me contó que volvió un día a casa y encontró a mi madre cubierta de sangre*, había dicho Vin. *Había matado a mi hermana pequeña. A mí, sin embargo, no me había tocado, salvo para darme un pendiente...*

No confíes en nadie perforado por metal. La carta de Fantasma. *Incluso el trozo más pequeño puede manchar a un hombre.*

El trozo más pequeño.

Al mirarlo con atención, el pendiente, aunque retorcido y abollado, parecía casi un diminuto clavo.

No pensó. No le dio a Ruina tiempo a reaccionar. Inmerso en la excitación de su siervo inquisidor por matar al Héroe de las Eras, el control de Ruina era más débil que nunca. Acumulando toda la voluntad que le quedaba, Marsh extendió la mano.

Y arrancó el pendiente de la oreja de Vin.

VIN ABRIÓ LOS OJOS DE SOPETÓN.

Agua y ceniza caían sobre ella. El cuerpo le ardía de dolor, y los gritos resonantes de las preguntas de Ruina aún reverberaban en su cabeza.

Pero la voz no siguió hablando. Se había apagado a media frase.

¿Qué?

Las brumas regresaron a ella de golpe. Fluyeron a su alrededor, sintiendo la alomancia de su estaño, que aún quemaba levemente. Se arremolinaron en torno a ella como habían hecho una vez, juguetonas, amistosas.

Estaba agonizando. Lo sabía. Marsh había acabado con sus huesos, y obviamente se impacientaba. Gritó, sujetándose la cabeza con las manos. Entonces cogió su hacha del charco donde la había dejado. Vin no podría haber echado a correr aunque hubiese querido.

Por fortuna, el dolor remitía. Todo remitía. Era negro.

Por favor, pensó, recurriendo a las brumas con una última súplica. De pronto parecían tan familiares. ¿Dónde había sentido aquello antes? ¿De qué las conocía?

Del Pozo de la Ascensión, por supuesto, susurró una voz en su cabeza. *Después de todo, es el mismo poder. Sólido en el metal que le diste a Elend. Líquido en la charca que quemaste. Y vapor en el aire confinado a la noche. Ocultándote. Protegiéndote.*

¡Dándote poder!

Vin jadeó, tomando aliento... aliento que absorbió la bruma. De repente, se sintió cálida: las brumas surcaban su interior, prestándole sus fuerzas. Todo su cuerpo ardía como metal, y el dolor desapareció en un destello.

Marsh blandía la hacha contra su cabeza, chorreando agua.

Y ella le sujetó el brazo.

He hablado de los inquisidores y de su habilidad para penetrar nubes de cobre. Como dije, este poder se comprende fácilmente cuando se advierte que muchos inquisidores eran buscadores antes de su transformación, y eso significaba que su bronce se duplicaba en fuerza.

Hay al menos otro caso de una persona que podía penetrar nubes de cobre. Sin embargo, en el caso de ella la situación era ligeramente distinta. Ella era nacida de la bruma de nacimiento, y su hermana era la buscadora. La muerte de esa hermana, y la subsiguiente herencia del poder a través del clavo hemalúrgico empleado para matar a esa hermana, dobló su capacidad para quemar bronce como nacida de la bruma típica. Y eso le permitió ver a través de las nubes de cobre de los alomantes inferiores.

73



LAS BRUMAS CAMBIARON.

TenSoon contempló el cielo a través de la ceniza. Yacía, agotado y entumecido, en la colina ante el campo de lava que le cerraba el paso al este. Notaba los músculos aletargados, señal de que se había estado esforzando demasiado. Ni siquiera la Bendición de la Potencia podía conseguir tanto.

Se levantó, obligando a su cuerpo de caballo a incorporarse, y contempló la noche que le rodeaba. Interminables campos de ceniza se extendían tras él; incluso el rastro que había dejado hasta la cima de la colina estaba a punto de cubrirse. La lava ardía ante él. Sin embargo, todo parecía diferente. ¿Qué?

Las brumas fluían, moviéndose, girando. Generalmente, las brumas tenían una pauta muy caótica. Algunas partes fluían hacia un lado, mientras que otras giraban en distintas direcciones. A menudo había ríos de movimiento, pero nunca se mezclaban unos con otros. Con frecuencia, seguían al viento; esta noche el viento estaba en calma.

Y, sin embargo, la bruma parecía fluir en una sola dirección. En cuanto lo advirtió, TenSoon sintió que era una de las visiones más extrañas y singulares que había experimentado jamás. En vez de fluir o girar, las brumas se movían

juntas en una especie de corriente con sentido. Pasaron junto a él, y se sintió como una piedra en un río enorme e incorpóreo.

Las brumas fluían hacia Luthadel. *¡Tal vez no llegue demasiado tarde!*, pensó, recuperando parte de su esperanza. Se sacudió de su estupor, y se lanzó al galope por donde había venido.

—BRISI, VEN A MIRAR ESTO.

Brisa se frotó los ojos y se volvió a mirar a Allrianne, que estaba asomada a la ventana, vestida con un camisón. Era tarde... muy tarde. Tendría que estar durmiendo ya.

Contempló su mesa y el tratado en que estaba trabajando; era algo que tendrían que haber escrito Sazed o Elend, no él.

—¿Sabes? —dijo—. Recuerdo claramente haberle dicho a Kelsier que *no* quería acabar a cargo de nada importante. ¡Dirigir ciudades y reinos es un trabajo para idiotas, no ladrones! El gobierno es demasiado ineficaz para proveer unos ingresos adecuados.

—¡Brisa! —insistió Allrianne, tirando de sus emociones de manera descarada.

Él suspiró y se puso en pie.

—Muy bien —gruñó. *Sinceramente*, pensó, *¿cómo es que, de toda la gente cualificada de la banda de Kelsier, soy yo quien acaba dirigiendo una ciudad?*

Se reunió con Allrianne en la ventana, y se asomó.

—¿Qué es exactamente lo que se supone que tengo que ver, querida? Yo no...

Guardó silencio, frunciendo el ceño. A su lado, Allrianne le tocó el brazo, preocupada, mientras miraba por la ventana.

—Eso sí que es raro —dijo él. Las brumas fluían en el exterior, moviéndose como un río... y parecían estar acelerando.

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Brisa dio un salto, y Allrianne chilló. Se dieron la vuelta y encontraron a Fantasma en el umbral, todavía medio cubierto de vendajes.

—Reúne a la gente —croó el muchacho, sujetándose al marco de la puerta para evitar desplomarse—. Tenemos que ponernos en marcha.

—Mi querido muchacho —dijo Brisa, inquieto. Allrianne cogió a Brisa por el brazo, agarrándose en silencio, pero con fuerza—. Mi querido muchacho, ¿qué es esto? ¡Tendrías que estar en la cama!

—¡Reúnelos, Brisa! —dijo Fantasma, y de repente su voz sonó muy autoritaria—. Llévalos a la caverna de almacenaje. ¡Que recojan sus cosas! ¡Deprisa! ¡No tenemos mucho tiempo!

—¿TÚ CÓMO LO INTERPRETAS? —preguntó Ham, frotándose la frente. La sangre manó de nuevo por el corte, corriéndole por un lado de la cara.

Elend sacudió la cabeza, respirando profunda, casi entrecortadamente, mientras se apoyaba contra un macizo de roca. Cerró los ojos, y su cuerpo tembló de fatiga a pesar del peltre.

—Ahora mismo no me importan las brumas, Ham —susurró—. Apenas puedo pensar bien.

Ham gruñó expresando su acuerdo. Alrededor, los hombres gritaban y morían, combatiendo a las interminables oleadas de koloss. Tenían contenidas a algunas de las criaturas en el embudo natural de piedra que conducía a Fadrex, pero los combates reales tenían lugar en las formaciones rocosas que rodeaban la ciudad. Demasiados koloss, cansados de esperar fuera, habían empezado a escalar para atacar por los flancos.

Era un campo de batalla precario, aunque exigía a menudo la atención de Elend. Tenían gran número de alomantes, pero la mayoría eran inexpertos: no habían conocido sus poderes hasta hoy mismo. Elend era una fuerza de reserva de un solo hombre, que saltaba a través de las líneas defensivas, cubriendo agujeros mientras abajo Cett dirigía las tácticas.

Más gritos. Más muerte. Más metal contra metal, roca, y carne. *¿Por qué?*, pensó Elend lleno de frustración. *¿Por qué no puedo protegerlos?* Avivó peltre, inspiró profundamente y se alzó en la noche.

Las brumas fluían en lo alto, como tiradas por una fuerza invisible. Durante un instante, agotado como estaba, Elend permaneció inmóvil.

—¡Lord Venture! —gritó alguien. Elend se giró hacia la voz. Un joven mensajero subía por el macizo rocoso, los ojos muy abiertos.

¡Oh, no...!, pensó Elend, crispándose.

—¡Mi señor, se están retirando! —exclamó el muchacho, deteniéndose ante Elend.

—¿Qué? —preguntó Ham, irguiéndose.

—Es cierto, mi señor. ¡Se han retirado de las puertas de la ciudad! Se marchan.

Elend lanzó inmediatamente una moneda, disparándose al aire. La bruma fluía a su alrededor, sus tentáculos, un millón de diminutas cadenas tiradas hacia el este. Abajo, vio las enormes formas oscuras de los koloss corriendo en la noche.

Son muchos, pensó, aterrizando en una formación rocosa. Jamás los habríamos derrotado. Ni siquiera con alomantes.

Pero se marchaban. Huían a velocidad inhumana. Dirigiéndose... hacia Luthadel.

VIN LUCHABA COMO UNA TEMPESTAD, esparciendo agua de lluvia a través de la oscura noche mientras repelía a un inquisidor tras otro.

No debería haber seguido viva. Se había quedado sin peltre, pero lo sentía avivado en su interior, ardiendo más intenso que nunca antes. Sentía como si el propio sol sangrante ardiera en sus entrañas y corriera derretido por sus venas.

Sus empujones de acero o sus tirones de hierro golpeaban contra ella misma como si estuvieran hechos con el poder del duraluminio. Sin embargo, las reservas de metal de su interior no se desvanecían, sino que se hacían más fuertes. Más grandes. No estaba segura de lo que le estaba sucediendo. Sin embargo, sí que sabía una cosa.

De repente, combatir con doce inquisidores a la vez no parecía una tarea imposible.

Gritó, empujando a un inquisidor a un lado, y esquivando luego un par de hachas. Se agazapó, dio un salto, trazó un arco a través de la lluvia y aterrizó junto a Marsh, que aún yacía aturdido donde lo había arrojado después de su renacimiento.

Él alzó la cabeza, finalmente pareció localizarla, maldijo y se apartó rodando cuando Vin trató de golpearlo. Su puño rompió un adoquín, levantó una andanada de oscura agua de lluvia que le manchó la cara y los brazos, y dejó motas de ceniza negra.

Miró a Marsh. Él permanecía erguido, el pecho desnudo, los clavos brillando en la oscuridad.

Vin sonrió y se volvió hacia los inquisidores que corrían hacia ella desde atrás. Gritó, esquivando un hacha. ¿Estas criaturas le habían parecido rápidas alguna vez? Dentro del abrazo del peltre ilimitado, parecía moverse como la misma bruma. Liviana. Rápida.

Desencadenada.

El cielo giró en una tempestad propia mientras ella atacaba, moviéndose en un trepidante frenesí. Las brumas giraban alrededor de su brazo en un vórtice mientras golpeaba a un inquisidor en la cara, lanzándolo hacia atrás. Las brumas danzaban ante ella cuando cogió el hacha del inquisidor caído y cercenó el brazo de otra de las criaturas. A continuación, le cortó la cabeza y dejó a las demás aturdidas por la velocidad de su movimiento.

Ya van dos muertos.

Volvieron al ataque. Vin saltó hacia atrás, empujándose hacia las torres. La bandada de cuervos saltó tras ella, las túnicas chasqueando en la húmeda oscuridad. Golpeó una aguja con los pies, y luego se lanzó hacia arriba y tiró de los clavos de un inquisidor, algo que resultaba fácil hacer con su nuevo poder. Su presa elegida se abalanzó hacia arriba por delante de sus compañeros.

Vin se lanzó hacia abajo, encontrándose con el inquisidor en el aire. Lo agarró por los clavos de los ojos y tiró, arrancándolos con fuerza renovada. Entonces descargó una patada contra la criatura y empujó contra los clavos de su pecho.

Se lanzó hacia arriba en el aire, dejando un cadáver dando tumbos en la lluvia bajo ella, con enormes agujeros en la cabeza donde antes tenía los clavos. Sabía que los inquisidores podían perder algunos clavos y vivir, pero la eliminación de otros era letal. Perder ambos clavos de los ojos parecía suficiente para matarlos.

Tres.

Los inquisidores golpearon la aguja donde ella se había empujado y saltaron para seguirla. Vin sonrió y lanzó los clavos que aún llevaba; alcanzó con ellos a uno de los inquisidores en el pecho. Entonces empujó. El desgraciado inquisidor fue lanzado hacia abajo y golpeó un tejado plano tan violentamente que sacó varios clavos de su cuerpo. Chispearon y giraron en el aire, y luego cayeron junto a su cadáver inmóvil.

Cuatro.

La capa de bruma de Vin aleteó cuando se impulsó hacia arriba en el cielo. Ocho inquisidores la perseguían aún, intentando darle alcance. Gritando, Vin alzó las manos hacia las criaturas mientras empezaba a caer. Entonces, *empujó*.

No había advertido lo fuertes que eran sus nuevos poderes. Estaban relacionados con el duraluminio, porque podía afectar a los clavos del interior del cuerpo de los inquisidores. Su abrumador empujón forzó a todo el grupo a

caer, como si hubieran sido aplastados. De hecho, su empujón también golpeó la aguja de metal que tenía directamente debajo.

La estructura de piedra que albergaba la aguja explotó, rociando polvo y lascas mientras la aguja hacía caer el edificio que tenía debajo. Y Vin fue lanzada hacia arriba.

Muy rápidamente.

Atravesó el cielo, dejando atrás las brumas; la fuerza del empujón afectó incluso a su cuerpo amplificado por la bruma con la tensión de la súbita aceleración.

Y entonces estuvo fuera. Salió al aire, como un pez que salta del agua. Bajo ella, las brumas cubrían la tierra de noche como una enorme manta blanca. A su alrededor solo había aire libre. Inquietante, extraño. Sobre ella, un millón de estrellas, normalmente solo visibles a los alomantes, la observaban como ojos de muertos remotos.

Su impulso se agotó, y giró suavemente, blancura debajo, luz arriba. Advirtió que había traído un rastro de bruma de la nube principal. Colgaba como un cable dispuesto a tirar de ella. De hecho, todas las brumas giraban levemente en lo que parecía una enorme borrasca. Un remolino blanco.

El corazón del remolino estaba directamente debajo de ella.

Cayó a plomo hacia la tierra. Entró en las brumas, atrayéndolas hacia sí, inspirándolas. Incluso mientras caía, pudo sentir las en una enorme espiral que cubría todo el imperio. Les dio la bienvenida, y el vértice de bruma a su alrededor se hizo más y más violento.

Instantes después, Luthadel apareció, un enorme ribete negro sobre la tierra. Vin descendió, dirigiéndose hacia Kredik Shaw y sus torres, que parecían apuntar hacia ella. Los inquisidores seguían allí: podía verlos de pie en lo alto del tejado plano entre las agujas, mirándola. Esperando. Solo eran ocho, sin contar a Marsh. Uno yacía empalado por un clavo cercano fruto de su último empujón; el golpe, al parecer, le había extraído por la espalda el clavo central.

Cinco, pensó Vin, aterrizando a escasa distancia de los inquisidores.

Si un solo empujón podía lanzarla tan alto que la hacía sobrepasar las brumas, ¿qué sucedería si la empujaba hacia fuera?

Esperó en silencio mientras los inquisidores cargaban. Vio desesperación en sus movimientos. Fuera lo que fuese lo que le estaba sucediendo a Vin, al parecer Ruina estaba dispuesto a arriesgar a todas sus criaturas con la esperanza de que la mataran antes de que llegara a completarse. Las brumas

corrían hacia ella, moviéndose más y más veloces, atraídas como agua por un sumidero.

Cuando los inquisidores casi la habían alcanzado, Vin *empujó* de nuevo hacia fuera, apartando de sí el metal con toda la fuerza que pudo acumular, mientras reforzaba su cuerpo con un enorme avivar de peltre. La piedra crujío. Los inquisidores gritaron.

Y Kredik Shaw explotó.

Las torres se desplomaron. Las puertas se soltaron de sus marcos. Las ventanas se rompieron. Los bloques estallaron, toda la estructura se hizo pedazos mientras los metales salían volando. Vin gritó mientras empujaba, el suelo temblando bajo sus pies. Todo, incluso la roca y la piedra, que obviamente contenían rastros residuales de metal, fue repelido violentamente.

Vin jadeó, deteniendo su empujón. Tomó aire, sintiendo el golpear de la lluvia. El edificio que fuera el palacio del lord Legislador había desaparecido, convertido en escombros que se extendían apartándose de ella como el impacto de un cráter.

Un inquisidor emergió de entre los escombros, el rostro sangrando por el lugar donde se había soltado uno de sus clavos. Vin alzó una mano, tirando y reafirmándose. La cabeza del inquisidor se agitó hacia delante, y su otro clavo del ojo se soltó. Se tambaleó, y Vin cogió el clavo, empujándolo hacia otro inquisidor que corría hacia ella. Alzó una mano para devolvérselo con un empujón.

Y ella continuó impulsándolo de todas formas, ignorando el empujón de la criatura con un rápido empujón hacia atrás para estabilizarse. El inquisidor fue derribado y chocó contra los restos de un muro. El clavo continuó avanzando, empujando como un pez que corriera por el agua, ignorando la corriente. El clavo chocó contra el rostro del inquisidor, aplastándolo, hundiendo su cabeza contra el granito.

Seis y siete.

Vin caminó por entre los escombros, envuelta en la tormenta de brumas. En el cielo, giraban furiosas, formando un torbellino con ella como centro. Era una especie de tornado, pero sin corrientes de aire. Solo brumas impalpables, como pintadas en el aire. Giraban, se revolvían, acudían a su orden silenciosa.

Pasó por encima del cadáver de un inquisidor que había quedado aplastado por los escombros. Le soltó la cabeza de una patada para asegurarse de que estaba muerto.

Ocho.

Tres la atacaron a la vez. Vin gritó, volviéndose, tirando de una aguja caída. La enorme pieza de metal, casi tan grande como el edificio mismo, se abalanzó sobre el aire, girando a su orden. Chocó contra los inquisidores como una maza, aplastándolos. Vin se volvió, dejando la enorme columna de hierro sobre sus cadáveres.

Nueve. Diez. Once.

La tormenta estalló, aunque las brumas continuaron agitándose. Empezó a llover mientras Vin caminaba entre los edificios destruidos, buscando con la mirada líneas azules alománticas que se movieran. Encontró una temblante ante ella, la cogió y apartó un enorme disco de mármol. Un inquisidor gemía debajo; extendió la mano hacia él y advirtió que de sus dedos goteaba bruma. No solo giraba a su alrededor, sino que brotaba de ella, saliendo como humo de los poros de su piel. Resopló, y la bruma tembló ante ella, entonces inmediatamente entró en el vórtice y fue atraída de nuevo.

Vin aferró al inquisidor y lo levantó. La piel de la criatura empezó a sanar cuando usó sus poderes feruquínicos, y se debatió, haciéndose más fuerte. Sin embargo, ni siquiera la asombrosa fuerza de la feruquimia significaba nada contra Vin. Le sacó los clavos de los ojos, los apartó, y dejó que el cadáver se desplomara entre los escombros.

Doce.

Encontró al último inquisidor acurrucado en un charco. Era Marsh. Su cuerpo estaba roto y le faltaba uno de los clavos del costado. El agujero sangraba, pero al parecer no lo bastante para matarlo. Volvió su par de clavos de la cabeza para mirarla, la expresión firme.

Vin se detuvo, inspiró profundamente, sintiendo la lluvia caerle por los brazos y gotearle por los dedos. Aún ardía por dentro, y alzó la mirada para contemplar el vórtice de brumas. Giraba con fuerza, retorciéndose. Por su cuerpo corría tanta energía que le costaba trabajo pensar.

Bajó de nuevo la mirada hacia el inquisidor.

Este no es Marsh, pensó. El hermano de Kelsier murió hace mucho. Esto es otra cosa. Ruina.

La bruma giró en una última tempestad, su movimiento circular se hizo más fuerte, más tenso aún, mientras los últimos jirones se retorcían y corrían hacia el cuerpo de Vin.

Entonces las brumas desaparecieron. La luz de las estrellas brillaba y copos de ceniza caían del cielo. El paisaje nocturno era extraño en su quietud, negrura y claridad. Incluso con estaño, que le permitía ver de noche mucho

mejor que a una persona normal, las brumas siempre habían estado allí. Ver el paisaje sin ellas era... raro.

Vin empezó a temblar. Jadeó, sintiendo que el fuego en su interior ardía más y más caliente. Era alomancia como no la había conocido nunca, y la hizo ser consciente de que jamás la había comprendido. El poder era mucho más grande que los metales, meros empujones y tirones. Era algo asombrosamente más vasto. Un poder que los hombres habían empleado, sin comprenderlo nunca.

Se obligó a abrir los ojos. Quedaba un inquisidor. Los había atraído a Luthadel, los había obligado a revelarse, preparando una trampa para algo mucho más poderoso que ella misma. Y las brumas habían respondido.

Era hora de acabar lo que había venido a hacer.

MARSH VIO SIN REACCIONAR CÓMO Vin caía de rodillas. Temblando, echó mano a uno de los clavos de sus ojos.

No había nada que pudiera hacer. Había agotado casi todo el poder curador de su mente de metal, y el resto no le serviría para nada. La cura almacenada funcionaba con velocidad. Podía curarse poca cantidad muy rápidamente, o esperar y curarse lentamente, pero del todo. Fuera como fuese, estaría muerto en cuanto Vin le arrancara aquellos clavos.

Por fin, pensó con alivio mientras ella cogía el primero. *Sea lo que sea lo que he hecho... funcionó. De algún modo.*

Sintió la furia de Ruina, notó que su amo advertía su error. Al final, Marsh había triunfado. Al final, no se había rendido. Mare se habría sentido orgullosa.

Vin liberó el clavo. Dolió, naturalmente que dolía, mucho más de lo que Marsh habría creído posible. Gritó, de dolor y alegría, cuando Vin se dispuso a arrancar el segundo.

Y entonces ella vaciló. Marsh esperó, expectante. Ella se estremeció, luego tosió, encogiéndose. Apretó los dientes, extendió la mano. Sus dedos tocaron el clavo.

Y entonces Vin desapareció.

Quedó tras de sí el contorno neblinoso de una mujer joven que pronto se disipó y desapareció también, dejando a Marsh solo entre los restos del palacio, la cabeza ardiendo de dolor, el cuerpo cubierto de ceniza empapada y pegajosa.

Una vez ella le preguntó a Ruina por qué la había escogido. La respuesta principal es sencilla. Tenía poco que ver con su personalidad, sus actitudes, o incluso con su habilidad alomántica.

Simplemente era la única niña que había podido encontrar que estaba en posición de conseguir el clavo hemalúrgico adecuado, un clavo que le concedería poderes ampliados con el bronce, y que entonces le permitirían sentir la localización del Pozo de la Ascensión. Tenía una madre loca, una hermana buscadora, y ella misma era una nacida de la bruma. Exactamente la combinación que Ruina necesitaba.

Sin duda, había otros motivos. Aunque ni siquiera Ruina los conocía.

74



EL DÍA EMPEZÓ SIN BRUMAS.

Elend contemplaba el paisaje desde las alturas rocosas ante Ciudad Fadrex. Se sentía mucho mejor tras una noche de descanso, aunque notaba el cuerpo dolorido por la lucha, y el brazo le dolía por sus heridas, igual que el pecho, el lugar donde por descuido había permitido que un koloss lo golpeara. El enorme moratón habría dejado lisiado a otro hombre.

Los terrenos ante la ciudad estaban cubiertos de cadáveres de koloss, apilados en el pasillo que conducía a Fadrex. Toda la zona olía a muerte y sangre seca. Con mucha más frecuencia de lo que a Elend le hubiera gustado, el campo de cadáveres azules quedaba interrumpido por la piel más clara de un humano. Con todo, Fadrex había sobrevivido, aunque solo fuera por la inclusión de último minuto de varios miles de alomantes y la retirada final de los koloss.

¿Por qué se marcharon?, se preguntó Elend, agradecido pero frustrado. Y tal vez, aún más importante, ¿adónde van?

Elend se volvió al oír pasos en la roca y vio a Yomen subiendo los empinados escalones para reunirse con él, jadeando un poco, todavía radiante

con sus ropas de obligador. Nadie esperaba que luchase. Después de todo, era erudito y no guerrero.

Como yo, pensó Elend, sonriendo amargamente.

—Las brumas se han ido —dijo Yomen.

Elend asintió.

—De día y de noche.

—Los skaa huyeron a refugiarse cuando las brumas desaparecieron. Algunos todavía se niegan a salir de sus casas. Durante siglos, temían salir de noche a causa de ellas. Ahora que las brumas desaparecen, les parece tan innatural que vuelven a esconderse.

Elend se volvió para mirar. Las brumas habían desaparecido, pero la ceniza seguía cayendo. Y con fuerza. Los cadáveres caídos durante las horas de la noche estaban casi enterrados.

—¿El sol siempre ha sido tan caluroso? —preguntó Yomen, enjugándose la frente.

Elend frunció el ceño, advirtiendo por primera vez que en efecto *hacía* calor. Todavía era por la mañana temprano, pero parecía mediodía.

Algo sigue yendo mal, pensó. *Muy mal. Peor.* La ceniza ahogaba el aire, volaba en la brisa, lo cubría todo. Y el calor... ¿No debería hacer más frío con más ceniza revoloteando, bloqueando la luz del sol?

—Forma cuadrillas, Yomen —dijo Elend—. Que recojan los cadáveres y busquen heridos entre ese caos de ahí abajo. Luego, reúne a la gente y que empiecen a trasladarse a las cavernas de almacenaje. Diles a los soldados que estén preparados para... para algo. No sé qué.

Yomen frunció el ceño.

—Hablas como si no fueras a estar aquí para ayudarme.

Elend se volvió hacia el este.

—No estaré.

Vin se hallaba allí fuera, en alguna parte. Elend no comprendía por qué había dicho aquello sobre el atium, pero confiaba en ella. Tal vez pretendía distraer a Ruina con mentiras. Elend sospechaba que la gente de Fadrex le debía la vida. Había alejado a los koloss porque había descubierto algo, aunque él no pudiera imaginar qué era.

Siempre se queja de que no es una erudita, pensó, sonriendo para sí. *Pero es solo porque carece de educación. Es el doble de aguda que la mitad de los «genios» que yo conocí entre la nobleza.*

No podía dejarla sola. Tenía que encontrarla. Entonces... bueno, no sabía qué hacer. ¿Encontrar a Sazed, tal vez? Fuera como fuese, Elend no podía hacer nada más en Fadrex. Se dispuso a bajar los escalones, con intención de encontrar a Ham y Cett. Sin embargo, Yomen lo cogió por el hombro.

Elend se volvió.

—Me equivoqué contigo, Venture —dijo Yomen—. Las cosas que dije eran inmerecidas.

—Me permitiste entrar en tu ciudad cuando mis hombres estaban rodeados por sus propios koloss —contestó Elend—. No me importa lo que dijeras de mí. Eres un buen hombre.

—Pero te equivocas con el lord Legislador. Está guiando todo esto.

Elend se limitó a sonreír.

—No me molesta que no creas —dijo Yomen, llevándose la mano a la frente—. He aprendido algo. El lord Legislador usa no creyentes y creyentes por igual. Todos somos parte de su plan. Toma.

Yomen se desprendió de la perla de atium de su frente.

—Mi última perla. Por si la necesitas —añadió.

Elend aceptó el trocito de metal, haciéndolo rodar entre sus dedos. Nunca había quemado atium. Durante años, su familia había supervisado la extracción minera, pero para cuando el propio Elend se convirtió en nacido de la bruma, ya había gastado lo que había podido conseguir, o se lo había dado a Vin para que lo quemara.

—¿Cómo lo hiciste, Yomen? —preguntó—. ¿Cómo conseguiste hacer que parecieras alomante?

—Soy alomante, Venture.

—Pero no nacido de la bruma.

—No. Soy vidente, un brumoso del atium.

Elend asintió. Creía que eso era imposible, pero ya resultaba difícil dar por hecho nada.

—¿El lord Legislador conocía tu poder?

Yomen sonrió.

—Se esforzó mucho en proteger algunos secretos.

Brumosos de atium, pensó Elend. *Eso significa que también hay otros... brumosos de oro, brumosos de electro*. Aunque, pensándolo bien, algunos de ellos serían imposibles de encontrar, como los brumosos de aluminio o duraluminio, ya que les sería imposible usar sus metales sin ser capaces de quemar otros.

—El atium era demasiado valioso para usarlo poniendo a prueba a la gente en busca de poderes alománticos, de todas formas —dijo Yomen, volviéndose—. El poder nunca me pareció útil. ¿Cuántas veces tiene uno a la vez atium y el deseo de usarlo en unos pocos segundos? Coge esa perla y ve a buscar a tu esposa.

Elend vaciló un instante, luego guardó la perla de atium y bajó a darle a Ham algunas instrucciones. Unos minutos más tarde, surcaba el paisaje, haciendo todo lo posible para volar con las herraduras tal como Vin le había enseñado.

Cada clavo hemalúrgico que atravesaba el cuerpo de una persona daba a Ruina una pequeña capacidad para influenciar en ella. Esto se mitigaba, sin embargo, con la fortaleza mental de quien era controlado.

En la mayoría de los casos, dependiendo del tamaño del clavo y de la cantidad de tiempo que se llevaba, un solo clavo daba a Ruina solo poderes mínimos sobre una persona. Podía aparecerse ante ellos y retorcer levemente sus pensamientos, haciéndoles pasar por alto algunas peculiaridades: por ejemplo, su compulsión por conservar y llevar un solo pendiente.

75



SAZED REUNIÓ SUS NOTAS, ORDENANDO con cuidado las finas hojas de metal. Aunque el metal cumplía una importante función para impedir que Ruina modificara (y quizá incluso leyera) su contenido, a Sazed le resultaba un poco frustrante. Las planchas se arañaban fácilmente y no podían doblarse ni encuadrarse.

Los ancianos kandra le habían ofrecido un alojamiento sorprendentemente lujoso para tratarse de una cueva. Al parecer, los kandra disfrutaban de las comodidades humanas: mantas, cojines, colchones. Algunos incluso preferían llevar ropas, aunque los que no lo hacían declinaban crear genitales para sus Cuerpos Verdaderos. Eso hizo que se planteara varias cuestiones intelectuales. Se reproducían transformando los espectros de la bruma en kandra, así que los genitales serían redundantes. Sin embargo, los kandra se identificaban a sí mismos por el género: cada uno de ellos era decididamente masculino o femenino. Pero ¿cómo lo sabían? ¿Elegían al azar, o sabían lo que habrían sido si hubieran nacido humanos en vez de espectros de la bruma?

Deseó tener más tiempo para estudiar su sociedad. Hasta ahora, todo lo que había hecho en la Tierra Natal se había concentrado en aprender más sobre el Héroe de las Eras y la religión de Terris. Había hecho una hoja de notas sobre lo que había descubierto, y la tenía encima de su fajo metálico.

Parecía sorprendente, incluso deprimentemente similar a cualquiera de las hojas de su cartapacio.

La religión de Terris, como cabía esperar, se centraba enormemente en el conocimiento y la erudición. Los forjamundos (su palabra para los guardadores) eran hombres y mujeres santos que impartían conocimiento, pero también escribían sobre su dios, Terr. Era la antigua palabra de Terris para designar la acción de «conservar». Un aspecto central de la religión eran las historias de cómo habían interactuado Conservación, o Terr, y Ruina, y estas incluían diversas profecías sobre el Héroe de las Eras, que se consideraba el sucesor de Conservación.

Sin embargo, aparte de las profecías, los forjamundos habían enseñado templanza, fe y comprensión a su pueblo. Enseñaban que era mejor construir que destruir, un principio que estaba en el núcleo de sus enseñanzas. Naturalmente, había rituales, ritos, iniciaciones y tradiciones. También había líderes religiosos menores, ofrecimientos requeridos y códigos de conducta. Todo parecía bueno, pero poco original. Incluso concentrarse en la sabiduría era algo compartido por varias docenas de religiones que Sazed había estudiado.

Eso, por algún motivo, lo deprimía. Era solo otra religión más.

¿Qué esperaba? ¿Una doctrina sorprendente que le demostrara de una vez por todas que existía un dios? Se sentía como un idiota. No obstante, también se sentía traicionado. ¿Para descubrir esto había cruzado el imperio, sintiéndose jubiloso y expectante? ¿Con esto esperaba salvarlos? Solo eran más palabras. Agradables, como la mayoría en su cartapacio, pero difícilmente convincentes. ¿Se suponía que debía creer solo porque se trataba de la religión que había seguido su pueblo?

Aquí no había ninguna promesa de que Tindwyl viviera todavía. ¿Por qué la gente seguía por eso esta, o cualquiera de las religiones? Frustrado, Sazed recurrió a sus mentes de metal, volcando en su mente un puñado de datos. Escritos que los guardadores habían descubierto: diarios, cartas, otras fuentes con las que los estudiosos habían reunido aquello en lo que una vez creyeron. Los examinó, los revisó, los leyó.

¿Qué había hecho que esta gente estuviera tan dispuesta a aceptar sus religiones? ¿Eran simplemente productos de su sociedad, creían porque era la tradición? Leyó sus vidas, y trató de convencerse de que eran necios, de que nunca habían cuestionado realmente sus creencias. Sin duda habrían visto los

defectos e inconsistencias si se hubieran tomado el tiempo para ser racionales y analíticos.

Sazed cerró los ojos, con un poso de información de los diarios y cartas en la mente, buscando lo que esperaba hallar. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, no descubrió lo que buscaba. La gente no le parecía necia. Mientras permanecía allí sentado, empezó a ocurrirle algo. Algo relacionado con las palabras, los sentimientos, de la gente que creía.

Antes, Sazed había examinado las doctrinas en sí mismas. Esta vez, se encontró estudiando a la gente que creía, o lo que pudo encontrar de ellas. Mientras leía de nuevo sus palabras, empezó a ver algo. Las creencias que había estudiado no podían separarse de la gente que las seguía. En abstracto, estas religiones eran rancias. Sin embargo, mientras leía las palabras de la gente, las *leía* de verdad, empezó a ver pautas.

¿Por qué creían? Porque veían milagros. Cosas que un hombre interpretaba como casualidad, eran una señal para un hombre de fe. Un ser querido que se recuperaba de una enfermedad, un afortunado acuerdo de negocios, una oportunidad de reunirse con un amigo perdido. No eran las grandes doctrinas ni los arrebatadores ideales lo que parecía convertir a los hombres en creyentes. Era la simple magia en el mundo que los rodeaba.

¿Qué fue lo que dijo Fantasma?, pensó Sazed, sentado en la oscura cueva kandra. *Que la fe consistía en confiar. Confiar en que hubiera alguien vigilando. En que alguien lo solucionaría todo al final, aunque las cosas pareciesen aciagas en esos momentos.*

Parecía que, para creer, había que *querer* creer. Era un acertijo con el que Sazed ya se había enfrentado. Quería que alguien, algo, lo obligara a tener fe. Quería tener que creer por las pruebas que se le mostraran.

Sin embargo, los creyentes cuyas palabras llenaban ahora su mente habrían dicho que ya tenía pruebas. ¿No había recibido, en su momento de desesperación, una respuesta? Cuando estaba a punto de rendirse, TenSoon había hablado. Sazed había suplicado una señal, y la había recibido.

¿Era casualidad? ¿Era providencia?

Al final, parecía que le tocaba a él decidir. Devolvió lentamente los diarios y cartas a sus mentes de metal, dejando vacía su memoria concreta de ellos, pero conservando los sentimientos que habían despertado en él. ¿Qué sería? ¿Creyente o escéptico? En ese momento, ninguna de las dos opciones parecía un camino claramente estúpido.

Quiero creer, pensó. Por eso me he pasado tanto tiempo investigando. No pueden ser las dos cosas. Simplemente, tengo que decidir.

¿Qué sería? Permaneció sentado durante unos minutos, pensando, sintiendo y, sobre todo, recordando.

Busqué ayuda. Y algo respondió.

Sazed sonrió, y todo pareció un poco más brillante. *Brisa tenía razón*, pensó, poniéndose en pie y organizando sus cosas mientras se disponía a marchar. *No he nacido para ser ateo.*

El pensamiento parecía un poco demasiado frívolo para lo que acababa de sucederle. Mientras recogía sus placas de metal y se disponía a ir a reunirse con la Primera Generación, advirtió que los kandra pasaban ante su humilde caverna, completamente ajenos a la importante decisión que acababa de tomar.

Pero así eran las cosas, según parecía. Algunas decisiones importantes se tomaban en el campo de batalla o en la sala de reuniones. Pero otras se tomaban en silencio, sin que los demás las vieran. Eso no hacía que la decisión fuera menos importante para Sazed. Creería. No porque se le hubiera demostrado algo más allá de su capacidad para negar. Sino porque había decidido hacerlo.

De la misma manera que Vin había elegido creer y confiar en la banda, advirtió. Por lo que le había enseñado Kelsier. *También me enseñaste a mí, Superviviente*, pensó Sazed, saliendo al túnel de piedra para ir al encuentro de los líderes kandra. *Gracias.*

Sazed recorrió los pasadizos de la caverna, súbitamente ansioso ante la perspectiva de pasar otro día entrevistando a los miembros de la Primera Generación. Ahora que había cubierto la mayor parte de su religión, planeaba averiguar más sobre el Primer Contrato.

Por lo que sabía, era el único humano aparte del lord Legislador que había leído jamás sus palabras. Los miembros de la Primera Generación trataban el metal donde estaba escrito el Contrato con bastante menos reverencia que los otros kandra. Eso le sorprendía.

Naturalmente, tiene sentido, pensó. Para los miembros de la Primera Generación, el lord Legislador era un amigo. Se acuerdan de haber escalado las montañas con él... Era su líder, sí, pero no un dios. Más o menos como los miembros de la banda, que tenían problemas para ver a Kelsier bajo un prisma religioso.

Todavía perdido en sus pensamientos, Sazed se dirigió al Cubil de la Confianza, cuyas amplias puertas metálicas estaban abiertas. Se detuvo nada

más entrar. La Primera Generación esperaba en sus nichos, como de costumbre. No bajaron hasta que Sazed cerró las puertas. Sin embargo, por extraño que parezca, los miembros de la Segunda Generación permanecieron en sus atriles, dirigiéndose a las multitudes de kandra, que a pesar de ser mucho más reservados de lo que lo habría sido un grupo similar de humanos, mostraban cierto aire de ansiedad.

—¿... significa esto, KanPaar? —preguntaba uno de los kandra—. Por favor, estamos confundidos. Pregúntale a la Primera Generación.

—Ya hemos hablado de esto —dijo KanPaar, líder de los Segundos—. No hay ninguna necesidad de alarmarse. ¡Miraos, ahí congregados, murmurando y cuchicheando como si fuerais humanos!

Sazed se acercó a una de los kandra más jóvenes, congregada con los otros ante la puerta del Cubil de la Confianza.

—Por favor —susurró—. ¿Cuál es esta fuente de preocupación?

—Las brumas, Sagrado Forjamundos —respondió susurrando la kandra, o al menos a él le parecía femenina.

—¿Qué pasa con ellas? ¿Es porque cada vez permanecen más durante el día?

—No —respondió la muchacha kandra—. Porque se han ido.

Sazed se sobresaltó.

—¿Qué?

La kandra asintió.

—Nadie lo advirtió hasta esta mañana temprano. Todavía estaba oscuro fuera, y un guardia se acercó a comprobar una de las salidas. ¡Dice que no había ninguna bruma fuera, a pesar de que era de noche! Otros salieron también. Todos están de acuerdo.

—Es una cuestión sencilla —dijo KanPaar a la cámara—. Sabemos que anoche llovió, y a veces la lluvia dispersa las brumas durante un breve espacio de tiempo. Regresarán mañana.

—Pero ahora mismo no llueve —dijo uno de los kandra—. Y no llovía cuando TarKavv salió de patrulla. Ha habido brumas por la mañana durante meses y meses. ¿Dónde están?

—¡Bah! —KanPaar agitó despectivo una mano—. ¿Te preocupaste cuando las brumas empezaron a salir por las mañanas, y ahora te quejas de que hayan desaparecido? Somos *kandra*. Somos eternos: lo superamos todo y a todos. No nos reunimos en turbas ruidosas. Volved a lo que estabais haciendo. Esto no significa nada.

—No —susurró una voz en la caverna.

Las cabezas se alzaron, y el grupo entero guardó silencio.

—No —susurró Haddek, líder de la Primera Generación, desde su nicho oculto—. Esto es importante. Estábamos equivocados, KanPaar. Muy... muy equivocados. Despejad el Cubil de la Confianza. Dejad solo al guardador. Y difundid la noticia. Puede que haya llegado el día de la Resolución.

El comentario solo sirvió para agitar más a los kandra. Sazed permaneció inmóvil, asombrado; nunca había visto una reacción tal en aquellas criaturas, normalmente tan tranquilas. Hicieron lo que se les pedía (los kandra parecían ser muy buenos en eso), y despejaron la sala, aunque entre susurros y debates. Los Segundos salieron los últimos, con aspecto humillado. Sazed los vio partir, pensando en las palabras de KanPaar.

Somos eternos... lo superamos todo y a todos. De repente, los kandra empezaron a tener más sentido para Sazed. Qué fácil sería ignorar al mundo exterior si uno fuese inmortal. Habían superado tantos problemas y predicamentos, levantamientos y disturbios, que cualquier cosa que sucediera en el exterior tenía que parecer trivial.

Tan trivial, de hecho, que era incluso posible ignorar las profecías de tu propia religión cuando empezaban a cumplirse. Al cabo de un rato, la sala quedó vacía, y un par de fornidos miembros de la Quinta Generación cerraron las puertas desde fuera, dejando solo a Sazed, quien esperó pacientemente, disponiendo sus notas sobre su mesa mientras los miembros de la Primera Generación bajaban por sus escaleras ocultas y se reunían con él en el suelo del Cubil de la Confianza.

—Dime, guardador —dijo Haddek mientras sus hermanos se sentaban—, ¿cómo interpretas este hecho?

—¿La marcha de las brumas? Parece portentoso... aunque admito que no puedo dar una razón concreta de por qué.

—Es porque hay cosas que no te hemos explicado todavía —dijo Haddek, mirando a los demás. Parecían muy preocupados—. Cosas relacionadas con el Primer Contrato y las promesas de los kandra.

Sazed preparó una placa de metal.

—Continúa, por favor.

—He de pedirte que no registres estas palabras —replicó Haddek.

Sazed hizo una pausa, y entonces soltó su pluma.

—Muy bien... aunque os advierto. La memoria de un guardador, aun sin sus mentes de metal, es muy larga.

—Eso no puede evitarse —dijo uno de los otros—. Necesitamos tu consejo, guardador. Como alguien de fuera.

—Como hijo —susurró otro.

—Cuando el Padre nos creó —dijo Haddek—. Él... nos hizo un encargo. Algo diferente al Primer Contrato.

—Para él, fue casi como una idea de última hora —añadió uno de los otros

—. Aunque, cuando lo mencionó, dio a entender que era muy importante.

—Nos hizo prometerlo —dijo Haddek—. A cada uno de nosotros. Nos dijo que algún día podría exigírsenos que nos quitáramos nuestras Bendiciones.

—Que las sacáramos de nuestros cuerpos —añadió otro.

—Que nos matáramos —dijo Haddek.

La sala quedó en silencio.

—¿Estáis seguros de que esto os matará? —preguntó Sazed.

—Nos volvería a convertir en espectros de la bruma —contestó Haddek—. Que, en esencia, viene a ser lo mismo.

—El Padre dijo que tendríamos que hacerlo. No que «tal vez tuviéramos». Dijo que tendríamos que asegurarnos de que los otros kandra conocieran este encargo.

—Lo llamamos la Resolución —dijo Haddek—. Cada kandra lo aprende cuando nace. Se les da el encargo, por juramento y arraigo, para que se quiten sus Bendiciones si la Primera Generación lo ordena. Nunca hemos invocado este encargo.

—Pero ¿ahora lo estáis considerando? —preguntó Sazed, frunciendo el ceño—. No comprendo. ¿Simplemente por la forma en que actúan las brumas?

—Las brumas son el cuerpo de Conservación, guardador —dijo Haddek—. Este hecho es *muy* portentoso.

—Hemos estado escuchando a nuestros hijos discutir toda la mañana —dijo otro—. Y eso nos preocupa. No saben todo lo que representan las brumas, pero son conscientes de su importancia.

—Rashek dijo que lo sabríamos. Nos lo contó. «Llegará el día en que tendréis que quitaros vuestras Bendiciones. Cuando llegue, lo sabréis.»

Haddek asintió.

—Dijo que lo sabríamos. Y... estamos muy preocupados.

—¿Cómo podemos ordenar la muerte de todo nuestro pueblo? —preguntó otro—. La Resolución siempre me ha molestado.

—Rashek vio el futuro —contestó Haddek, dándose media vuelta—. Tuvo el poder de Conservación y lo ejerció. ¡Es el único hombre que lo ha hecho! Ni siquiera esa muchacha de la que habla el guardador *usó* el poder. ¡Solo Rashek! El Padre.

—Entonces, ¿dónde están las brumas? —preguntó otro.

La sala volvió a quedar en silencio. Sazed se sentó, la pluma en la mano, sin escribir nada todavía. Se inclinó hacia delante.

—¿Las brumas son el cuerpo de Conservación?

Los demás asintieron.

—¿Y... han desaparecido?

Asintieron de nuevo.

—¿Entonces eso significa que Conservación ha regresado?

—¡Imposible! —dijo Haddek—. El poder de Conservación permanece, pues el poder no puede ser destruido. Su mente, sin embargo, fue destruida por completo... pues ese fue el sacrificio que hizo para aprisionar a Ruina.

—Queda la lasca —recordó otro—. La sombra de identidad.

—Sí —dijo Haddek—. Pero eso no es Conservación, solo una imagen... un resto. Ahora que Ruina ha escapado, creo que podemos asumir que incluso eso ha sido destruido.

—Es más —empezó a decir otro—. Podríamos...

Sazed alzó las manos, llamando su atención.

—Si Conservación no ha regresado, ¿no habrá tomado alguien más su poder para usarlo en esta lucha? ¿No es lo que dicen vuestras enseñanzas que sucederá? Lo que ha sido separado debe de nuevo empezar a encontrar su todo.

Silencio.

—Tal vez —dijo Haddek.

Vin, pensó Sazed, emocionándose. *¡Esto es lo que significa ser el Héroe de las Eras! Tengo razón al creer. ¡Ella puede salvarnos!*

Sazed cogió una hoja de metal y empezó a anotar sus pensamientos. En ese momento, sin embargo, las puertas del Cubil de la Confianza se abrieron de golpe.

Sazed vaciló y se volvió con el ceño fruncido. Un grupo de miembros de la Quinta Generación con huesos de roca entró en la sala, seguidos por los esbeltos miembros de la Segunda. Fuera, el pasillo de la caverna estaba vacío y no se veía a la anterior multitud.

—¡Cogedlos! —ordenó KanPaar furtivamente, señalando.

—¿Qué es esto? —exclamó Haddek.

Sazed permaneció sentado, la pluma entre los dedos. Reconoció la postura urgente y tensa en las figuras de los miembros de la Segunda Generación. Algunos parecían asustados; otros, decididos. Los miembros de la Quinta Generación avanzaron rápidamente, sus movimientos ampliados por la Bendición de la Potencia.

—¡KanPaar! —exclamó Haddek—. ¿Qué es esto?

Sazed se levantó lentamente. Cuatro miembros de la Quinta Generación se dispusieron a rodearlo, blandiendo martillos como armas.

—Es un golpe —dijo Sazed.

—No podéis seguir gobernando —dijo KanPaar a la Primera Generación—. Destruiríais lo que tenemos aquí, contaminando nuestra tierra con gente de fuera, dejando que la cháchara revolucionaria nuble la sabiduría kandra.

—Este no es el momento, KanPaar —dijo Haddek.

Los miembros de la Primera Generación gritaron cuando fueron empujados y apresados.

—¿No es el momento? —preguntó KanPaar, airado—. ¡Habláis de la Resolución! ¿Tenéis idea del pánico que eso ha causado? Vais a destruir *todo* lo que tenemos.

Sin perder la tranquilidad, Sazed se volvió para mirar a KanPaar. A pesar de su furioso tono, el kandra sonreía levemente a través de sus labios transparentes.

Tenía que actuar ahora, pensó Sazed, antes de que la Primera Generación dijera algo más a la gente corriente... volviendo a los Segundos redundantes. KanPaar puede ocultarlos en alguna parte, y luego colocar muñecos en los nichos.

Sazed intentó coger su mentepeltre. Uno de los Quintos se la arrancó con un velocísimo movimiento, y otros dos le sujetaron por los brazos. Se debatió, pero sus captores kandra eran inhumanamente fuertes.

—¡KanPaar! —chilló Haddek. La voz del Primero sonó sorprendentemente fuerte—. Pertenece a la Segunda Generación, me debes obediencia. ¡Nosotros os creamos!

KanPaar lo ignoró, dirigiendo a sus kandra para que ataran a los miembros de la Primera Generación. Los otros Segundos se congregaron tras él, cada vez más aprensivos y sorprendidos por lo que estaban haciendo.

—¡Puede que haya llegado el tiempo para la Resolución! —exclamó Haddek—. ¡Debemos...!

Se interrumpió cuando uno de los Quintos lo amordazó.

—Por eso exactamente he de asumir el liderazgo —dijo KanPaar, sacudiendo la cabeza—. Eres demasiado inestable, viejo. No confiaré el futuro de nuestro pueblo a una criatura que podría, por capricho, ordenarles que se suicidaran.

—Temes el cambio —dijo Sazed, mirando al kandra a los ojos.

—Temo la inestabilidad —respondió KanPaar—. Me aseguraré de que el pueblo kandra tenga un liderazgo firme e inmutable.

—Tu argumento es el mismo que el de muchos revolucionarios —dijo Sazed—. Y puedo ver tu preocupación. Sin embargo, no *debes* hacer esto. Vuestras propias profecías vienen a cumplirse. ¡Ahora lo comprendo! Sin la parte que los kandra van a representar, podrías causar sin querer el final de todas las cosas. Déjame continuar mi investigación, enciérranos en esta sala si debes, pero no...

—¡Amordázalo! —ordenó KanPaar, volviéndose.

Sazed se debatió, sin éxito, mientras le tapaban la boca y lo sacaban del Cubil de la Confianza, dejando atrás el atrium, el cuerpo de un dios, y en manos de traidores.

Siempre me he preguntado por la extraña habilidad que tienen los alomantes para penetrar las brumas. Cuando uno quema estaño, puede ver más allá en la noche, mirando a través de las brumas. Para el profano, esto podría parecer una conexión lógica: el estaño, después de todo, amplifica los sentidos.

La mente lógica, sin embargo, puede encontrar un enigma en esta habilidad. ¿Cómo puede el estaño, exactamente, permitir ver a través de las brumas? Siendo una obstrucción, no están conectadas con la calidad de la vista. Tanto el erudito miope como el explorador de vista de águila tendrían el mismo problema para ver en la distancia si hubiera un muro de por medio.

Esta tendría que haber sido, pues, nuestra primera pista. Los alomantes podían ver a través de las brumas porque las brumas estaban, de hecho, compuestas por el mismo poder que la alomancia. Al quemar estaño, el alomante era casi parte de las brumas. Y, por tanto, estas eran más transparentes para él.

76



VIN... FLOTABA. NO ESTABA DORMIDA, pero no se sentía despierta del todo. Estaba desorientada, insegura. ¿Todavía yacía en el patio destrozado de Kredik Shaw? ¿Estaba dormida en su camarote a bordo del barco con Elend? ¿Se hallaba en sus aposentos de palacio, allá en Luthadel, durante el asedio de la ciudad? ¿Estaba en el taller de Clubs, preocupada y confusa por la amabilidad de esta extraña banda nueva?

¿Estaba acurrucada en un callejón, llorando, la espalda dolorida por otra de las palizas de Reen?

Palpó a su alrededor, tratando de sentir su entorno. Sus brazos y piernas no parecían funcionar. De hecho, no podía concentrarse en ellos. Cuanto más flotaba, sin embargo, más clara se volvía su visión. Estaba... en Luthadel. Después de matar a los inquisidores.

¿Por qué no podía sentir nada? Trató de extender los brazos, de ponerse de rodillas, pero el suelo parecía extrañamente lejano. Y no veía brazo ninguno. Solo continuaba flotando.

Estoy muerta, pensó.

Cuando se le ocurrió esa idea, despertó un poco más. Podía ver, aunque era como si mirara a través de una hoja de vidrio muy borrosa y distorsionada. Sentía... que un poder zumbaba en su interior. Una capacidad distinta a la de sus miembros, pero de algún modo más versátil.

Consiguió darse la vuelta y pudo ver la ciudad. Y, en pleno giro, se encontró cara a cara con algo oscuro.

No supo decir a qué distancia estaba. Parecía cercano y lejano al mismo tiempo. Podía verlo con detalle, con mucho más detalle de lo que podía ver el mundo real, pero no podía tocarlo. Instintivamente, supo qué era.

Ruina ya no parecía Reen. En cambio, se manifestaba como una gran mancha de cambiante humo negro. Un ser sin cuerpo, pero con una conciencia superior a la de un simple humano.

En esto... es en lo que me he convertido, advirtió Vin, la mente más despejada.

Vin, dijo Ruina. Su voz no era la de Reen, sino algo más... gutural. Era una vibración que la barría como un pulso alomántico.

Bienvenida a la deidad.

Vin permaneció en silencio, aunque sondeó con su poder, tratando de decidir qué podía hacer. Comprender parecía a su alcance. Era como antes, cuando tomó el poder del Pozo de la Ascensión. Enseguida *supo* cosas. Solo que esta vez el poder era tan vasto, la comprensión tan grande, que parecía haberla aturdido. Por fortuna, su mente se expandía, y ella crecía.

Despertaba.

Se alzó sobre la ciudad, sabiendo que el poder que la surcaba, el núcleo de su existencia, era simplemente un foco de poder que se extendía por el mundo entero. Vin podía estar donde se le antojara. De hecho, una parte de ella estaba en todas partes a la vez. Podía ver el mundo como un todo.

Y estaba muriendo. Sentía sus temblores, veía que su vida menguaba. Prácticamente toda la vida vegetal del planeta estaba ya muerta. Los animales desaparecerían rápido, y los que sobrevivieran serían aquellos que pudieran encontrar un modo de comer el follaje muerto cubierto ahora de ceniza. Los humanos no tardarían mucho, aunque a Vin le resultaba interesante advertir que un sorprendente porcentaje de ellos había encontrado el camino a una u otra de las cavernas de almacenaje.

No son cavernas de almacenaje... pensó Vin, comprendiendo por fin el propósito del lord Legislador. *Son refugios. De ahí su enorme tamaño. Son*

como fortalezas para que la gente se esconda a esperar, a sobrevivir un poco más.

Bien, ella lo arreglaría. Se sentía electrizada de poder. Extendió la mano y bloqueó los Montes de Ceniza. Los aplacó, los mató, eliminó su habilidad de esparcir ceniza y lava. Después, se volvió hacia el cielo y borró el humo y la oscuridad de la atmósfera, como una criada que limpia el hollín de una ventana sucia. Lo hizo todo en cuestión de instantes: en el mundo de abajo no habrían pasado más de cinco minutos.

Inmediatamente, la tierra empezó a arder.

El sol era sorprendentemente poderoso: ella no había advertido cuánto hacían la ceniza y el humo para proteger la tierra. Gritó, haciendo girar al mundo tan rápidamente que el sol se movió al otro lado. Cayó la oscuridad. Y, en cuanto Vin hizo aquello, las tormentas empezaron a barrer el paisaje. El movimiento perturbó las borrascas, y en el mar apareció una súbita ola, gigantesca. Rodó hacia la costa, amenazando con arrasar a su paso varias ciudades.

Vin gritó de nuevo, extendió la mano para detener la ola. Y algo la detuvo.

Oyó risas. Se volvió en el aire, para ver a Ruina en forma de tormenta ondulante.

Vin, Vin... ¿Te das cuenta de cuánto te pareces al lord Legislador? Cuando él tomó el poder por primera vez, trató de resolverlo todo. Todos los males del hombre.

Ella lo veía. No era omnisciente: no podía ver todo el pasado. Sin embargo, sí podía ver la historia del poder que detentaba. Podía ver cuándo lo tomó Rashek, y pudo verlo a él, frustrado, tratando de colocar al planeta en una órbita adecuada. Sin embargo, lo llevó demasiado lejos, dejando al mundo frío y congelado. Volvió a atraerlo, pero su poder era demasiado vasto, demasiado terrible para que pudiera controlarlo adecuadamente. Así que dejó el mundo de nuevo demasiado caliente. Toda la vida habría perecido.

Abrió los Montes de Ceniza, nublando la atmósfera, volviendo el sol rojo. Y, al hacerlo, salvó al planeta... pero lo condenó también.

Eres tan impetuosa, pensó Ruina. Tengo este poder desde hace mucho más tiempo del que puedes imaginar. Hace falta cuidado y precisión para usarlo correctamente.

A menos, por supuesto, que solo quieras destruir.

Extendió un poder que Vin pudo sentir. Inmediatamente, sin saber cómo ni por qué, Vin lo bloqueó. Lanzó su poder contra el de Ruina, y él se detuvo, incapaz de actuar.

Deabajo, el tsunami se estrelló contra la costa. Aún había gente allá abajo. Gente que se había escondido de los koloss, que había sobrevivido gracias a la pesca cuando fallaron las cosechas. Vin sintió su dolor, su terror, y gritó mientras trataba de protegerlos.

Y, de nuevo, fue detenida.

Ahora conoces la frustración, dijo Ruina mientras el tsunami destruía aldeas. *¿Qué fue lo que dijo tu Elend? Por cada empujón, hay un tirón. Lanza algo hacia arriba, y caerá. Oposición.*

Para Ruina, existe Conservación. ¡Desde tiempo inmemorial! ¡Por toda la eternidad! Y cada vez que yo empujo, TÚ empujas a tu vez. Incluso muerto, me detuviste, porque somos fuerzas. ¡No puedo hacer nada! ¡Y tú no puedes hacer nada! ¡Equilibrio! La maldición de nuestra existencia.

Vin sufrió mientras la gente abajo era aplastada, barrida, ahogada. *Por favor, dijo. Por favor, déjame salvarlos.*

¿Por qué?, preguntó Ruina. *¿Qué es lo que te dije antes? Todo lo que haces me sirve a mí. Te detengo solo por amabilidad. Pues, aunque pudieras alcanzarlos, destruirías más de lo que conservas.*

Así son siempre las cosas.

Vin flotó, escuchando los gritos. Y, sin embargo, una parte de su mente (ahora tan vasta, tan capaz de muchos pensamientos a la vez) diseccionó las palabras de Ruina.

Eran falsas. Decía que todas las cosas destruían, pero se quejaba del equilibrio. Advertía que ella solo destruiría más, pero no podía creer que la detuviera por amabilidad. Quería que ella destruyera.

No podía ser de ambas maneras. Vin sabía que era su antítesis. Podría haber salvado a esa gente, si él no la hubiera detenido. Ciento, probablemente aún no tuviera la precisión necesaria para hacerlo. Sin embargo, eso no era culpa del poder, sino de ella. Él tenía que detenerla para que no aprendiera, como había hecho el lord Legislador, y adquiriera más habilidad con el poder.

Vin se apartó de él, volviéndose de regreso a Luthadel. Su conciencia seguía expandiéndose, pero le confundió algo que vio. Brillantes puntos de luz, moteando el paisaje, brillando como bengalas. Se acercó, tratando de descubrir qué eran. Sin embargo, de la misma manera que costaba mirar directamente un farol encendido y ver qué emitía la luz, era difícil discernir la fuente de ese poder.

Lo descubrió cuando alcanzó Luthadel. Un gran resplandor surgía del palacio destruido. La inmensa luz tenía vagamente forma de...

Torres. Metal. Eso era lo que causaba el poder brillante. *Yo tenía razón. El metal es poder, y por eso Ruina no puede leer las cosas escritas en acero.* Vin se apartó de una aguja brillante. Como siempre, Ruina estaba allí, observándola.

Me sorprendió cuando Conservación dijo que quería crearlos, dijo Ruina, con un poco de curiosidad en la voz. *La otra vida la ordena la naturaleza. Equilibrada. Pero Conservación... quería crear algo intencionadamente desequilibrado. Algo que pudiera elegir conservar en ocasiones, destruir en otras. Algo con la forma de lo que habíamos visto antes. Fue intrigante.*

Me parece extraño que gastara tanto de sí mismo en crearlos. ¿Por qué iba a debilitarse a sí mismo y terminar concediéndome la fuerza para destruir el mundo, solo para situar a seres humanos en su mundo? Sé que otros consideran que su muerte para aprisionarme fue un sacrificio, pero ese no fue el sacrificio. Su sacrificio se produjo mucho antes.

Sí, intentó traicionarme... aprisionarme. Pero no pudo detenerme. Solo pudo refrenarme. Retrasarme. Desde el día en que os creamos ha habido un desequilibrio. Yo era más fuerte. Y él lo sabía.

Vin frunció el ceño... o al menos sintió como si hiciera ese gesto, aunque ya no tenía cuerpo. Sus palabras...

Dice que es más fuerte, pensó. *Sin embargo, somos parejos. ¿Está mintiendo de nuevo?*

No... no mentía. Al recordar con su mente cada vez más expandida. Ella vio que todo lo que Ruina decía, lo creía. Pensaba de verdad que todo lo que ella hacía le ayudaba. Veía el mundo a través de las lentes de la destrucción.

No mentía respecto a que era más poderoso que ella. Sin embargo, obviamente en este momento estaban igualados. Lo que significaba...

Hay otro pedazo de Ruina ahí fuera, pensó Vin. *Conservación es más débil porque renunció a un trozo de sí mismo para crear la humanidad. No su conciencia (esa la usó para impulsar la prisión de Ruina), sino un trozo real de su poder.*

Lo que antes había sospechado, ahora lo sabía con claridad. El poder de Ruina fue concentrado, oculto en alguna parte por Conservación. *El atium.* Ruina era más fuerte. O lo sería cuando recuperara la última parte de su esencia. Entonces podría destruir por completo... ya no estarían equilibrados.

Giró frustrada, una brillante aura blanca de bruma con tentáculos ondulantes se extendió por todo el mundo. *Hay tantas cosas que todavía no sé,* pensó.

Era extraño reconocer aquello, con su mente ampliándose para incluir tanto. Sin embargo, su ignorancia ya no era la de una persona. Su ignorancia estaba relacionada con la experiencia. Ruina tenía una enorme ventaja sobre ella. Había creado para sí sirvientes que podían actuar sin su dirección, y por eso ella no podía bloquearlos.

Vio sus planes manifiestos en el mundo. Lo vio influenciando sutilmente al lord Legislador mil años antes. Aunque Rashek tenía el poder de Conservación, Ruina le había susurrado al oído, dirigiéndole hacia la comprensión de la hemalurgia. Y Rashek había obedecido sin darse cuenta, creando sicarios, ejércitos de ellos, para que Ruina los tomara cuando fuera el momento adecuado.

Vin pudo verlos convergiendo hacia Luthadel. Los koloss.

Te reconozco una cosa, Vin, dijo Ruina, flotando cerca. *Destruiste a mis inquisidores. A todos menos a uno, al menos. Fueron muy difíciles de crear. Yo...*

Ella dejó de concentrarse en él, al menos con la mayor parte de su mente. Otra cosa llamó su atención. Algo se dirigía hacia Luthadel, volando sobre lanzas de luz.

Elend.

Al recordarlo ahora todo, tendríamos que haber podido ver la conexión entre las brumas, la alomancia y el poder del Pozo de la Ascensión. No solo la visión del alomante podía penetrar las brumas, sino que también estaba el hecho de que estas giraban levemente en torno a la persona que usaba algún tipo de alomancia.

Más revelador, tal vez, fue el hecho de que cuando un hemalurgo usaba sus habilidades, espantaba las brumas. Cuanto más se acercaba uno a Ruina, más estaba bajo su influencia, y cuanto más tiempo llevaba sus clavos, más se repelían las brumas.

77



ELEND SE HALLABA ENTRE LAS ruinas de Kredik Shaw, aturdido, contemplando la destrucción.

Parecía... imposible. ¿Qué fuerza habría arrasado un edificio tan enorme y majestuoso? ¿Qué podría haber causado semejante destrucción, arrasando edificios y varias calles? Y toda la destrucción se concentraba allí, en lo que una vez fuera el centro del poder del lord Legislador.

Elend se abrió paso entre los escombros, acercándose al centro de lo que parecía ser un cráter de impacto. Se volvió en la oscura noche, contemplando los bloques y torres caídas.

—Por el lord Legislador... —maldijo en voz baja, incapaz de evitarlo. ¿Había sucedido algo en el Pozo de la Ascensión? ¿Había explotado?

Elend se volvió, contemplando su ciudad. Parecía vacía. Luthadel, la metrópolis más grande del Imperio Final, sede de su gobierno. Vacía. Gran parte en ruinas, una tercera parte quemada, y la propia Kredik Shaw arrasada como si hubiera sido golpeada por el puño de un dios.

Elend lanzó una moneda y se impulsó, siguiendo su camino original hacia la zona noreste de la ciudad. Había venido a Luthadel esperando encontrar a Vin, pero se vio obligado a desviarse al sur para sortear un enorme río de lava

que quemaba las llanuras en torno al monte Tyrian. Esa visión, junto con el espectáculo de Luthadel en ruinas, lo dejó preocupado.

¿Dónde estaba Vin?

Saltó de un edificio a otro. Levantaba ceniza con cada salto. Sucedían cosas. La ceniza se retiraba lentamente; de hecho, casi había dejado de caer. Eso estaba bien, pero Elend recordaba que hacía poco el sol había brillado repentinamente con sorprendente intensidad. Esos pocos instantes lo habían quemado lo suficiente como para que aún le doliera la cara.

Entonces el sol... cayó. Había caído tras el horizonte en menos de un segundo, y el suelo se estremeció bajo los pies de Elend. Una parte de él dio por hecho que se estaba volviendo loco. Sin embargo, no podía negar que ahora era de noche, aunque su cuerpo (y uno de los relojes de la ciudad que había visitado) indicaba que debería ser por la tarde.

Se posó en un edificio, luego saltó, empujando contra el picaporte roto de una puerta. Se estremeció mientras se movía en la oscuridad. Las estrellas ardían incómodamente en el cielo, y no había bruma. Vin le había dicho que las brumas lo protegerían. ¿Qué lo protegería ahora que se habían marchado?

Se dirigió a la Fortaleza Venture, su palacio. Descubrió que el edificio era una carcasa calcinada. Aterrizó en el patio, contempló su hogar, el edificio donde lo habían criado, intentando encontrar algún sentido a la destrucción. Varios guardas con los colores blanco y marrón de su librea yacían descomponiéndose en el empedrado. Todo estaba en silencio.

¿Qué demonios ha pasado aquí?, pensó, lleno de frustración. Examinó el edificio, pero no encontró ninguna pista. Todo se había quemado. Salió por una ventana rota del edificio superior, y luego se detuvo al ver algo en el patio trasero.

Se posó en el suelo. Y allí, bajo un dosel del patio que había contenido la mayor parte de la ceniza, encontró un cadáver vestido con elegantes ropas de caballero. Elend le dio la vuelta, advirtiendo la espada que sobresalía en su estómago y la postura del suicida. Los dedos del cadáver todavía empuñaban el arma. *Penrod*, pensó, reconociendo el rostro. Muerto, al parecer por su propia mano.

Había algo garabateado con carboncillo en el suelo del patio. Elend retiró la ceniza, emborronando algunas letras en el proceso. Por fortuna, aún pudo leerlas. *Lo siento, decía. Algo ha tomado el control sobre mí... sobre esta ciudad. Estoy lúcido solo parte del tiempo. Mejor matarme que causar más destrucción. Busca a tu pueblo en el Dominio de Terris.*

Elend se volvió hacia el norte. ¿Terris? Parecía un lugar muy extraño donde buscar refugio. Si los habitantes de la ciudad habían huido, ¿por qué dejar el Dominio Central, el lugar donde las brumas eran más débiles?

Miró los garabatos.

Ruina... pareció susurrar una voz. *Mentiras...*

Ruina podía cambiar los textos. No podía fiarse de las palabras de Penrod. Elend se despidió en silencio del cadáver, deseando tener tiempo para enterrar al anciano estadista, y luego dejó caer una moneda para empujarse al aire.

Los habitantes de Luthadel habían ido a alguna parte. Si Ruina hubiera encontrado un modo de matarlos, Elend habría encontrado más cadáveres. Sospechaba que, si se tomaba tiempo para investigar, probablemente encontraría a gente todavía oculta en la ciudad. Probablemente, la desaparición de las nieblas, y luego el súbito cambio del día a la noche, los había llevado a esconderse. Tal vez se habían encaminado a la caverna de almacenamiento bajo Kredik Shaw. Elend esperaba que no hubieran ido muchos, considerando el daño que se le había causado al palacio. Si había gente allí, estarían atrapados.

Al norte... pareció susurrar el viento. *Los Pozos...*

Ruina suele cambiar los textos de modo que son muy similares a lo que decían antes, pensó Elend. *Entonces...* Penrod escribió probablemente la mayoría de esas palabras, tratando de decirme dónde encontrar a mi gente. *Ruina hizo parecer que fueron al Dominio de Terris, pero ¿y si Penrod escribió originalmente que fueron con el pueblo de Terris?*

Tenía sentido. Si él hubiera huido de Luthadel, habría ido allí: era un lugar donde ya había un grupo establecido de refugiados, un grupo con rebaños, cosechas y comida.

Elend se volvió al oeste y dejó la ciudad, la capa ondulando con cada salto alomántico.

DE REPENTE, LA FRUSTRACIÓN DE Ruina tuvo todavía más sentido para Vin. Sintió que tenía el poder de toda la creación. Sin embargo, había hecho falta todo lo que tenía para hacer llegar unas pocas palabras a Elend.

Ni siquiera estaba segura de si él la había oído o no. Sin embargo, lo conocía tan bien, que sintió una... Conexión. A pesar de los esfuerzos de Ruina por bloquearla, sentía como si una parte de ella hubiera podido alcanzar

una parte de Elend. ¿Tal vez del mismo modo que Ruina podía comunicarse con sus inquisidores y seguidores?

Con todo, su cuasi impotencia era enfurecedora.

Equilibrio, escupió Ruina. El equilibrio me aprisionó. El sacrificio de Conservación... fue para reducir la parte de mí que era más fuerte, para encerrarla, para dejarme de nuevo igual que él. Durante un tiempo.

Solo durante un tiempo. ¿Y qué es el tiempo para nosotros, Vin?

Nada.

Para quienes lean esto puede parecer extraño que el atium fuera parte del cuerpo de un dios. Sin embargo, es necesario comprender que cuando decimos «cuerpo» generalmente queremos decir «poder». A medida que mi mente se ha expandido, he llegado a darme cuenta de que los objetos y la energía están compuestos de las mismas cosas, y pueden cambiar de estado de uno a otra. Para mí, tiene perfecto sentido que el poder de la deidad se manifestara dentro del mundo en forma física. Ruina y Conservación no eran abstracciones nebulosas. Eran partes integrales de la existencia. En cierto modo, cada objeto que existía en el mundo estaba compuesto por su poder.

El atium, pues, era un objeto de una sola cara. En vez de estar compuesto a medias por Ruina y Conservación (como estaría, por ejemplo, una roca), el atium pertenecía por completo a Ruina. Los Pozos de Hathsin fueron creados por Conservación como lugar donde esconder la porción del cuerpo de Ruina que había robado durante su traición y aprisionamiento. Kelsier no destruyó realmente el lugar al romper aquellos cristales, pues habrían vuelto a crecer con el tiempo, en unos cuantos siglos, y seguirían depositando atium, ya que el lugar era un sumidero natural para el poder atrapado de Ruina.

Cuando la gente quemaba atium, entonces, recurría al poder de Ruina. Por eso, tal vez, el atium convertía a la gente en máquinas de matar tan eficaces. Sin embargo, no agotaban este poder, sino que hacían uso de él. Cuando una pepita de atium se gastaba, el poder regresaba a los Pozos y empezaba a formarse de nuevo, igual que el poder del Pozo de la Ascensión regresaría allí de nuevo después de haber sido utilizado.

78



ESTE ES, SIN DUDA, EL CALABOZO más extraño en el que he estado jamás, pensó Sazed.

Desde luego, era tan solo la segunda vez que lo encarcelaban. Con todo, había observado varias prisiones en su vida, y había leído acerca de otras tantas. La mayoría eran como jaulas. Esta, sin embargo, constaba solo de un agujero en el suelo con una reja de hierro que cubría la parte superior. Sazed se apretujaba dentro, despojado de sus mentes de metal, las piernas doloridas.

Probablemente la construyeron para un kandra, pensó. ¿Un kandra sin huesos, tal vez? ¿Cómo sería un kandra sin huesos? ¿Una pila de grumo? ¿O tal

vez una pila de músculos?

Fuera como fuese, la prisión no había sido diseñada para albergar a un hombre... y menos todavía a un hombre tan alto como Sazed. Apenas podía moverse. Extendió las manos y empujó la reja, pero era segura. Un gran cerrojo la sujetaba.

No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba dentro del pozo. ¿Horas? Tal vez incluso días. Aún no le habían dado nada de comer, aunque un miembro de la Tercera Generación le había echado agua por encima. Sazed todavía estaba mojado, y para calmar la sed sorbió la tela de su túnica.

Esto es una tontería, pensó, no por primera vez. *¿El mundo está llegando a su fin, y yo estoy en prisión?* Era el último guardador, el Anunciador. Tendría que estar arriba, registrando los acontecimientos.

Porque, la verdad fuera dicha, empezaba a creer que el mundo no se terminaría. Había aceptado que algo, tal vez la propia Conservación, vigilaba y protegía a la humanidad. Cada vez estaba más decidido a seguir la religión de Terris, no porque fuera perfecta, sino porque prefería creer y tener esperanza.

El Héroe *era* real. Sazed así lo creía. Y tenía fe en Vin.

Había vivido con Kelsier y lo había ayudado. Había sido cronista del ascenso de la Iglesia del Superviviente durante los primeros años de su desarrollo. Había investigado al Héroe de las Eras con Tindwyl y había tomado sobre sí la labor de anunciar que Vin era quien cumplía las profecías. Pero solo recientemente había empezado a tener fe en ella. Tal vez fue su decisión de ser alguien que veía milagros. Tal vez era el temor al final que parecía acechar. Tal vez era la tensión y la ansiedad. A pesar de todo, de algún modo, extraía paz del caos.

Ella vendría. Conservaría el mundo. No obstante, Sazed tenía que estar preparado para ayudar. Y eso significaba escapar.

Miró la reja de metal. El cerrojo era de fino acero, la reja misma, de hierro. Tocó los barrotes con precaución, extrayendo un poco de su peso y poniéndolo en el hierro. De inmediato, su cuerpo se hizo más liviano: el metal de la reja era lo bastante puro para contener una carga feruquímica. Iba contra los instintos de Sazed usar la reja como mente de metal: no era portátil, y si tenía que huir, tendría que dejar atrás todo el poder que hubiera ahorrado. Sin embargo, ¿de qué servía permanecer sentado en el pozo, esperando?

Extendió la otra mano y tocó el cerrojo de acero con un dedo. Entonces, empezó a llenarlo también, vaciando su cuerpo de velocidad. Instantáneamente se sintió aletargado, como si moverse, incluso respirar, fuera

más difícil. Era como si cada vez que se movía tuviera que abrirse paso por una sustancia densa.

Permaneció así. Había aprendido a entrar en una especie de trance de meditación cuando llenaba sus mentes de metal. A menudo, llenaba muchas a la vez, quedándose enfermo, débil, lento y confuso. Cuando podía, era mejor simplemente...

Vagar.

No estaba seguro de cuánto tiempo duró la meditación. De vez en cuando, el guardia venía a echarle agua encima. Cuando llegaban los sonidos, Sazed se soltaba y se agachaba, fingiendo dormir. Pero en cuanto el guardia se retiraba, volvía a extender los brazos y continuaba llenando las mentes de metal.

Pasó más tiempo. Entonces oyó algo. Volvió a agacharse, y esperó expectante la ducha de agua.

—Cuando te envié a salvar a mi pueblo, no era esto exactamente lo que tenía en mente —gruñó una voz.

Sazed abrió los ojos, miró hacia arriba y le sorprendió ver un rostro canino a través de la reja.

—¿TenSoon?

El kandra gruñó y se apartó. Sazed vio que aparecía otro kandra. Llevaba un delicado Cuerpo Verdadero hecho de madera, flexible y casi inhumano. Y tenía unas llaves.

—Rápido, MeLaan —gruñó TenSoon con su voz de perro. Al parecer había vuelto al cuerpo del perro lobo, cosa que tenía sentido. Moverse en forma de caballo a través de los túneles empinados y estrechos de la Tierra Natal habría sido difícil.

La kandra descorrió el cerrojo y luego retiró la reja. Sazed salió ansiosamente de la jaula. En la habitación encontró a otros kandra con Cuerpos Verdaderos diversos. En el rincón, el guardia de la prisión yacía atado y amordazado.

—Me vieron entrando en la Tierra Natal, terrisano —explicó TenSoon—. Así que tenemos poco tiempo. ¿Qué ha pasado aquí? MeLaan me contó que estabas prisionero... KanPaar anunció que la Primera Generación ordenó que te detuvieran. ¿Qué hiciste para enfrentarte a ellos?

—A ellos, no —dijo Sazed, estirando las piernas abotargadas—. Fue la Segunda Generación. Han tomado cautivos a los Primeros, y planean gobernar en vez de ellos.

La mujer, MeLaan, dio un respingo.

—¡No se atreverán!

—Ya lo han hecho —respondió Sazed, incorporándose—. Temo por la seguridad de los Primeros. Puede que KanPaar tuviera miedo de matarme porque soy humano. Sin embargo, los Primeros...

—Pero los Segundos son kandra —dijo MeLaan—. ¡No harían algo así! No somos de esa clase de gente.

TenSoon y Sazed compartieron una mirada. *Todas las sociedades tienen gente que rompe las reglas, muchacha*, pensó Sazed. *Sobre todo, cuando se refiere al poder*.

—Tenemos que encontrar a los Primeros —dijo TenSoon—. Y recuperar el Cubil de la Confianza.

—Lucharemos contigo, TenSoon —dijo uno de los otros kandra.

—¡Finalmente los expulsaremos! —exclamó otro—. ¡A los Segundos y su insistencia de que servimos a los humanos!

Sazed frunció el ceño. ¿Qué tenían que ver los humanos con este conflicto? Entonces advirtió cómo consideraban los otros a TenSoon. *El cuerpo del perro*, advirtió. *Para ellos, TenSoon es un revolucionario del más alto nivel... todo por algo que Vin le ordenó hacer*.

TenSoon miró de nuevo a Sazed a los ojos, y abrió la boca para hablar, pero se detuvo.

—Vienen —dijo, con una maldición, aplanando sus orejas de perro.

Sazed se volvió preocupado, advirtiendo sombras en las rocas del pasillo que conducía a la prisión. La cámara era pequeña, con unos seis pozos-celda en el suelo. No había otras entradas.

A pesar de sus valientes palabras, los compañeros de TenSoon retrocedieron de inmediato, apretujándose contra la pared. Obviamente, no estaban acostumbrados al conflicto, sobre todo con su propia especie. TenSoon no compartía su timidez. Cargó en cuanto el grupo de Quintos entró en la sala, golpeando con el hombro el pecho de uno, aullando y arañando a otro.

Aquí tengo un kandra que encaja tan poco con su pueblo como yo con el mío, pensó Sazed, sonriendo. Dio un paso atrás, acercándose a la reja de la prisión, y tocó sus metales con los pies descalzos.

Los Quintos tenían problemas para luchar contra TenSoon: el kandra se había entrenado con Vin, y al parecer se sentía muy confiado en su cuerpo de perro. No paraba de moverse, derribándolos. Sin embargo, ellos eran cinco, y TenSoon solo uno. Se vio obligado a retroceder.

Las heridas de su cuerpo se cierran según lo ordena, advirtió Sazed. Debe de ser por eso que los guardias llevan martillos.

Eso dejaba muy claro cómo había que combatir a los kandra. TenSoon retrocedió hasta situarse junto a Sazed.

—Lo siento —gruñó el perro—. Vaya porquería de rescate.

—¡Oh, no sé! —dijo Sazed con una sonrisa, mientras los Quintos los rodeaban—. Creo que no hay que rendirse tan fácilmente.

Los Quintos atacaron, y Sazed decantó hierro de la reja bajo sus pies. Inmediatamente, su cuerpo se hizo varias veces más fornido de lo normal, y agarró a un guardia kandra por los brazos.

Entonces cayó sobre él.

Sazed siempre decía que no era guerrero. Sin embargo, pese a todas las veces que lo había dicho, siempre se había visto obligado a luchar de todas formas, haciéndole pensar que se estaba quedando sin esa excusa. La verdad era que había participado en más batallas estos últimos años de las que consideraba que tenía derecho a haber sobrevivido.

Fuera como fuese, conocía algunos movimientos rudimentarios, y con la sorpresa y la feruquimia de su lado, era todo lo que necesitaba. Decantar peso aumentó la densidad de su cuerpo y sus huesos, impidiendo que se hiciera daño al desplomarse encima del soldado. Sazed notó un crujido satisfactorio cuando golpearon la reja, y su peso amplificado aplastó los huesos del guardia kandra. Usaban Cuerpos Verdaderos de piedra, pero ni siquiera eso bastó.

Sazed liberó la mente de metal, y empezó a llenarla, haciendo su cuerpo increíblemente liviano. Tocó con el pie el cerrojo de acero, y decantó velocidad. De repente, fue más rápido de lo que ningún hombre tenía derecho a serlo. Se levantó mientras los otros cuatro guardias se volvían sorprendidos hacia él.

Dejó de llenar su mentehierro, recuperando el peso normal, y con cegadora velocidad echó mano al martillo del soldado caído. No tenía fuerza ampliada, pero sí velocidad. Golpeó con el martillo el hombro de un kandra, haciéndose más pesado para aumentar el impulso del golpe.

Los huesos del kandra se rompieron. Sazed enganchó el pie en el cerrojo y decantó toda la velocidad restante. Se agazapó, giró, y golpeó con el martillo las rodillas de los dos kandra que intentaban atacarlo con sus propios martillos.

Los kandra gritaron y se desplomaron, mientras la velocidad de Sazed se agotaba.

Se irguió. TenSoon estaba sentado sobre el último guardia, sujetándolo contra el suelo.

—Creí que lo tuyo eran los estudios —dijo el perro, mientras su cautivo se retorcía.

Sazed arrojó el martillo.

—Y así es —contestó—. Vin habría escapado de esta prisión hace días. Ahora creo que tendríamos que tratar con esos...

Señaló los Quintos caídos, que parecían tener problemas para moverse con los huesos rotos.

TenSoon asintió. Indicó a algunos de sus amigos que lo ayudaran con el kandra sobre el que estaba sentado. Ellos sujetaron al cautivo, con cierto resquemor, pero eran suficientes y el prisionero no se movió.

—¿Qué habéis hecho aquí, FhorKood? —le preguntó TenSoon al cautivo. Sazed vigiló a los otros Quintos, y se vio obligado a golpear con el martillo a uno de ellos cuando intentaba escabullirse, rompiéndole más huesos.

FhorKood escupió.

—Sucio Tercero —murmuró.

—Tú eres el traidor esta vez —dijo TenSoon, sonriendo levemente—. ¿KanPaar me acusa de romper los Contratos y luego derroca a la Primera Generación? Si el mundo no estuviera llegando a su fin, me parecería muy divertido. ¡Ahora, habla!

Sazed vaciló cuando advirtió algo. Las otras celdas del suelo estaban ocupadas. Se agachó, reconociendo algo en los músculos que vio dentro. Estaban... descoloridos y un poco deformados. Como... musgo colgante.

—¡TenSoon! —llamó—. Tal vez la Primera Generación *está* todavía viva. Ven aquí.

TenSoon se acercó, y luego se asomó al pozo, con una mueca en sus labios caninos.

—¡MeLaan! ¡Las llaves!

Ella corrió a abrir la reja. Sazed, consternado, pudo determinar que había múltiples grupos de músculos agitándose en el pozo, cada uno de un color levemente distinto.

—Necesitamos huesos —dijo TenSoon, incorporándose.

MeLaan asintió, y salió corriendo de la sala. Sazed compartió una mirada con TenSoon.

—Deben de haber matado a los otros kandra de estas celdas —dijo TenSoon en voz baja—. Traidores de nuestra especie, prisioneros para siempre.

Iba a ser mi destino. Un movimiento astuto: todo el mundo piensa que estas celdas albergan a criminales temibles. No sería extraño que los Quintos continuaran alimentándolos, y nadie sospechara que los ocupantes habían sido sustituidos por la Primera Generación, siempre que no miraran con demasiada atención el color de los músculos.

—Tenemos que actuar —dijo Sazed—. Llegar hasta KanPaar.

TenSoon negó con la cabeza.

—No llegaremos lejos sin los Primeros para apoyar nuestra historia, terrisano. Ve y almacena más feruquimia. Puede que la necesitemos.

Con eso, TenSoon se volvió hacia su cautivo.

—Tienes dos opciones, FhorKood —dijo—. Entrega esos huesos, o digeriré tu cuerpo y te mataré, como hice con OreSeur.

Sazed frunció el ceño. El kandra capturado parecía aterrorizado ante TenSoon. El cuerpo del Quinto se licuó, y se apartó como una babosa de los huesos de granito. TenSoon sonrió.

—¿Para qué es eso? —preguntó Sazed.

—Algo que me enseñó Zane —dijo TenSoon, y su cuerpo de perro empezó a fundirse, y a caérsele el pelo—. Nadie espera que un *kandra* sea un impostor. Dentro de unos instantes, FhorKood acudirá a la Segunda Generación y les dirá que el traidor TenSoon ha sido capturado. Tendría que poder entreteneros lo suficiente para que los Primeros se regeneren... Tardarán bastante más que yo en crear cuerpos.

Sazed asintió. MeLaan regresó poco después con un gran saco lleno de huesos, y TenSoon, tras haber recreado el cuerpo de FhorKood con increíble velocidad, salió de la cámara a cumplir su misión.

Sazed se sentó, quitó el cerrojo y lo sostuvo para usarlo como mente de metal, usando un martillo de hierro en la otra mano para almacenar peso. Le parecía extraño estar allí sentado, pero al parecer los Primeros necesitarían unas cuantas horas para regenerar sus cuerpos.

En realidad no hay prisa, ¿verdad?, pensó. Tengo aquí a la Primera Generación: es a ellos a quienes necesito. Puedo seguir interrogándolos, descubrir lo que me interesa. TenSoon distraerá a KanPaar. No importa que los Segundos estén al mando unas cuantas horas más.

¿Qué daño pueden hacer?

Creo que las brumas buscaban a alguien que se convirtiera en nuevo anfitrión para ellas. El poder necesitaba una conciencia que lo dirigiera. En este asunto, siento aún cierta confusión. ¿Por qué necesita el poder usado para crear y destruir una mente que lo supervise? Y, sin embargo, parece tener solo una vaga voluntad propia, constreñida al mandato de sus habilidades. Sin una conciencia para dirigirlo, nada podría ser creado ni destruido. Es como si el poder de Conservación comprendiera que su tendencia a reforzar la estabilidad no es suficiente. Si nada cambiara, nada llegaría a existir jamás.

Eso hace que me pregunte quién o qué eran las mentes de Conservación y Ruina.

En cualquier caso, las brumas (el poder de Conservación) escogió a alguien para que se convirtiera en su anfitrión mucho antes de que todo esto sucediera. Sin embargo, de inmediato Ruina se hizo con ella para utilizarla como su peón. Debió de saber que al darle a Vin un clavo hemalúrgico disfrazado, impediría que las brumas se Invistieran en ella como deseaban.

Las tres veces que ella recurrió a su poder, por tanto, fueron las tres veces en que el pendiente fue retirado de su cuerpo. Cuando combatió al lord Legislador, su alomancia lo había soltado. Cuando luchaba contra Marsh en Fadrex, usó el pendiente como arma. Y, al final, Marsh lo arrancó, liberándola y permitiendo que las brumas (que ahora deseaban desesperadamente un anfitrión, ya que el último jirón de Conservación había desaparecido) se volcaran finalmente en su interior.

79



ALGO CAMBIÓ.

Vin despertó de su contemplación del mundo. Algo importante estaba sucediendo. No tenía suficiente experiencia para decir qué era inmediatamente, pero vio que el nexo de Ruina se disparaba de repente.

Lo siguió. La velocidad no era un problema. De hecho, ni siquiera sentía estar moviéndose. «Siguió» porque así era como su mente interpretaba la experiencia de mover instantáneamente su conciencia al lugar donde Ruina había concentrado la suya.

Reconoció la zona. Los Pozos de Hathsin, o un lugar cercano. Como una porción de su mente había advertido antes, los Pozos en sí se habían convertido en un enorme campo de refugiados, y la gente que allí había

consumía rápidamente los recursos que los habitantes de Terris habían almacenado con sumo cuidado. Una parte de ella sonrió. Los terrisanos daban libremente sus cosas, ayudando a aquellos que habían huido de Luthadel. El lord Legislador había logrado que los de Terris fueran dóciles. Sin embargo, ¿esperaba que al convertirlos en sus criados perfectos también iba a crear un pueblo reflexivo y amable que entregaría sus últimos rebaños para ayudar a quienes pasaban hambre?

Aquello que había advertido antes no tenía nada que ver con los terrisanos ni sus invitados. Lo vio a medida que se acercaba. Una brillante llamarada de... algo. Poderoso, más poderoso que el mismo sol para sus ojos. Se concentró en ello, pero pudo ver poco. ¿Qué podía brillar tanto?

—Coge esto —dijo una voz—. Encuentra a humanos, y cámbialo por armas y suministros.

—Sí, lord KanPaar —dijo una segunda voz. Procedían del centro de la zona resplandeciente. Estaba junto a los Pozos, apenas a unos minutos de marcha de los refugiados.

¡Oh, no...!, pensó Vin, sintiendo un súbito temor.

—Los necios Primeros han permanecido sentados sobre su tesoro demasiado tiempo —dijo KanPaar—. Con estas riquezas, podríamos *gobernar* y no servir a la humanidad.

—Yo... creí que no queríamos cambiar las cosas —dijo la segunda voz.

—¡Oh!, no lo haremos. No rápidamente, al menos. Por ahora, solo hay que vender esta pequeña cantidad...

Oculto bajo tierra, pensó Vin, y su mente ampliada hizo la conexión. *En un lugar que ya brilla por el gran número de depósitos de metal. Ruina nunca había podido saber dónde estaba el atium.*

La profundidad de la estrategia del lord Legislador la asombró. Había aguantado durante mil años, guardando tan sorprendente secreto, manteniendo el atium a salvo. Imaginó a los obligadores comunicándose solamente con placas de metal, dando instrucciones para el trabajo en los Pozos. Imaginó las caravanas que viajaban desde los Pozos, transportando atium mezclado con oro y monedas para ocultar adónde se dirigía y qué hacía exactamente.

No sabéis lo que hago por la humanidad, había dicho el lord Legislador.

Y no lo sabía, pensó Vin. *Gracias.*

Sintió a Ruina bullir de poder, y lo bloqueó. Pero igual que ella había conseguido enviar un diminuto jirón de poder hacia Elend, burlando así a

Ruina, ahora este pudo hacer pasar el hilillo más diminuto. Fue suficiente, pues la criatura que había hablado estaba manchada de hemalurgia. Un clavo en cada hombro atrajo el poder de Ruina y le permitió hablar con su portador.

¿*Un kandra?* pensó Vin cuando sus sentidos finalmente consiguieron atravesar el resplandor del atium y ver a una criatura de cuerpo transparente en una caverna, justo bajo tierra. Otro kandra salía de un agujero cercano, portando una bolsita de atium.

Ruina tomó el control del kandra KanPaar. La criatura se envaró, traicionada por los clavos de metal.

Habla, le dijo Ruina. Vin sintió sus palabras mientras latían hacia el kandra. ¿*Cuánto atium hay?*

—¿Qué...? ¿Quién eres? —dijo KanPaar—. ¿Por qué estás en mi cabeza?

Soy Dios, dijo la voz. *Y tú me perteneces.*

Todos me pertenecéis.

ELEND TOMÓ TIERRA FUERA DE los Pozos de Hathsin, levantando una vaharada de ceniza. Por extraño que parezca, algunos de sus propios soldados estaban allí, protegiendo el perímetro. Se abalanzaron hacia delante, blandiendo las lanzas con ansiedad, pero se detuvieron al reconocerlo.

—¿Lord Venture? —preguntó sorprendido uno de los hombres.

—Te conozco —dijo Elend, frunciendo el ceño—. De mi ejército de Fadrex.

—Nos enviaste de regreso, mi señor —dijo el soldado—. Con el general Demoux. Para ayudar a lord Penrod en Luthadel.

Elend contempló el cielo nocturno, moteado de estrellas. Había pasado algún tiempo durante su viaje a los Pozos desde Luthadel. Si el tiempo transcurría normalmente, la noche estaba ya bien entrada. ¿Qué sucedería cuando volviera a salir el sol?

—Rápido —dijo Elend—. Tengo que hablar con los líderes de este campamento.

EL REGRESO DE LA PRIMERA Generación se cumplió con mucha más pompa de lo que Sazed esperaba. Los ancianos kandra, vistiendo ahora cuerpos más grandes, aún llevaban los colores distintivos y la vieja piel de su generación. Sazed había temido que los kandra corrientes no los reconocieran.

Sin embargo, no había contado con las largas vidas de los kandra. Aunque los Primeros solo se dejaran ver una vez cada siglo, la mayoría de su pueblo los habría visto varias veces.

Sazed sonrió cuando el grupo de Primeros se dirigió a la cámara principal, causando sorpresa y asombro a su paso. Proclamaron que KanPaar los había traicionado y aprisionado, y llamaron al pueblo kandra en asamblea. Sazed se quedó tras MeLaan y los demás, esperando inconvenientes en su plan.

A un lado, vio a un kandra familiar que se acercaba.

—Guardador —dijo TenSoon, aún con el cuerpo de un Quinto—. Tenemos que ser cuidadosos. Están pasando cosas extrañas.

—¿Como cuáles? —preguntó Sazed.

Entonces, TenSoon lo atacó.

Sazed se sobresaltó, y su momento de confusión le costó caro. TenSoon, o quienquiera que fuese, le rodeó el cuello con las manos y empezó a ahogarlo. Cayeron hacia atrás, atrayendo la atención de los kandra cercanos. El atacante de Sazed, con sus huesos de roca, pesaba mucho más que él, y pudo fácilmente colocarse encima, sin soltarle nunca el cuello.

—¿TenSoon? —preguntó MeLaan, aterrada.

No es él, pensó Sazed. *No puede ser...*

—Guardador —dijo su atacante, los dientes apretados—. Algo va muy mal.

¡Y a mí me lo dices! Sazed trató de encontrar aire, y echó mano al bolsillo de su túnica, esforzándose por encontrar el cerrojo de la mente de metal que llevaba dentro.

—Apenas puedo impedirme el aplastarte la garganta ahora mismo —continuó diciendo el kandra—. Algo me controla. Quiere que te mate.

¡Estás haciendo muy buen trabajo!, pensó Sazed.

—Lo siento —dijo TenSoon.

Los Primeros se habían reunido alrededor. Sazed apenas podía concentrarse, el pánico lo controlaba mientras se enfrentaba a un enemigo mucho más fuerte y pesado. Trató de agarrar su menteacero improvisada, pero entonces se dio cuenta de que la velocidad le serviría de poco cuando lo sujetaban con tanta fuerza.

—Ha llegado, entonces —susurró Haddek, líder de los Primeros. Sazed apenas advirtió que uno de los otros Primeros empezaba a temblar. Los kandra gritaban, pero la sangre que se agolpaba en los oídos de Sazed le impedía oír lo que decían.

Haddek se apartó del agonizante Sazed. Y entonces, en voz alta, gritó algo.

—¡La Resolución ha llegado!

Encima de él, TenSoon se sacudió. Algo dentro del kandra parecía estar luchando: la tradición y toda una vida de entrenamiento pelearon contra el control de una fuerza externa. TenSoon soltó a Sazed con una mano, pero siguió ahogándolo con la otra. Entonces se llevó la mano libre a su propio hombro.

Sazed perdió el conocimiento.

Los kandra decían siempre que eran de Conservación, mientras que los koloss e inquisidores eran de Ruina. Sin embargo, los kandra llevaban clavos hemalúrgicos, igual que los demás. ¿Lo que decían, entonces, era simple autoengaño?

No, creo que no. El lord Legislador los creó para que fueran espías. Cuando decían eso, la mayoría de nosotros interpretaba que planeaba utilizarlos como espías de su nuevo gobierno, por su habilidad para imitar a otras personas. De hecho, fueron usados para este propósito.

Pero veo algo mucho más grandioso en su existencia. Eran los agentes dobles del lord Legislador, plantados con clavos hemalúrgicos, pero se les había encomendado, enseñado, obligado a liberarse cuando Ruina tratara de apoderarse de ellos. En el momento de triunfo de Ruina, cuando dio por hecho que los kandra serían suyos a capricho, la enorme mayoría de ellos inmediatamente cambió de bando y le impidió hacerse con su premio.

Siempre fueron de Conservación.

80



—LOS TERRISANOS HICIERON UN BUEN trabajo en este lugar, mi señor —dijo Demoux.

Elend asintió, mientras recorría el silencioso campamento nocturno con las manos a la espalda. Se alegraba de haberse detenido a ponerse un uniforme blanco nuevo antes de dejar Fadrex. Como se suponía, la ropa llamaba la atención. La gente parecía llenarse de esperanza nada más verlo. Sus vidas se habían sumido en el caos: necesitaban saber que su líder era consciente de su situación.

—Como puedes ver, el campamento es enorme —continuó diciendo Demoux.

Cuando el general descubrió que Penrod estaba muerto y que la mayoría de la población de Luthadel estaba en los Pozos, decidió mantener a sus hombres allí para ayudarlos.

—Varios cientos de miles de personas viven aquí ahora. Sin los terrisanos, dudo que los refugiados hubieran sobrevivido. Tal como están las cosas, conseguimos reducir la enfermedad al mínimo, organizar equipos para filtrar y traer agua fresca al campamento y distribuir comida y mantas. —Demoux vaciló, mirando a Elend—. Sin embargo, la comida empieza a escasear.

Pasaron ante otra hoguera, y la gente que estaba allí congregada se levantó. Miraron a Elend y su general con esperanza. Demoux se detuvo cuando una joven terrisana se acercó y les sirvió un poco de té caliente. Sus ojos miraron con aprecio a Demoux, y él le dio las gracias llamándola por su nombre. Los habitantes de Terris apreciaban a Demoux: le estaban agradecidos por haber traído soldados para ayudar a organizar y controlar las masas de refugiados.

La gente necesitaba liderazgo y orden en estos tiempos.

—No tendría que haber abandonado Luthadel —dijo Elend en voz baja.

Demoux no respondió de inmediato. Los dos terminaron el té, y luego continuaron caminando, acompañados por una guardia de honor de unos diez soldados, todos del grupo de Demoux. El general había enviado varios mensajeros a Elend en Fadrex. Nunca llegaron. Tal vez no habían podido sortear el campo de lava. O tal vez habían sido víctimas del mismo ejército de koloss que Elend había visto camino de Luthadel.

Esos koloss... pensó Elend. *Los que expulsamos de Fadrex, y otros más, vienen directamente hacia aquí, donde hay incluso más gente que en Fadrex. Y no tienen una muralla que los defienda, ni tantos soldados.*

—¿Has podido averiguar qué sucedió en Luthadel, Demoux? —preguntó Elend, deteniéndose en una zona oscura entre las hogueras. Todavía parecía raro estar a la intemperie sin brumas que oscurecieran la noche. Podía ver mucho más lejos, aunque, extrañamente, la noche no parecía tan brillante.

—Penrod, mi señor —contestó Demoux con voz queda—. Dicen que se volvió loco. Empezó a encontrar traidores entre los nobles, incluso dentro de su propio ejército. Dividió la ciudad, y todo acabó en otra guerra de casas. Casi todos los soldados se mataron entre sí, y media ciudad acabó ardiendo. La mayor parte de la gente escapó, pero cuentan con muy poca protección. Un grupo de bandidos decididos podría sembrar el caos entre ellos.

Guerra de casas, pensó con frustración. *Ruina, usando nuestros propios trucos contra nosotros. Es el mismo método que empleó Kelsier para apoderarse de la ciudad.*

—Mi señor... —dijo Demoux, vacilante.

—Habla.

—Tuviste razón al enviarnos de vuelta a mí y a mis hombres. El Superviviente está detrás de todo esto, mi señor. Quería que estuviésemos aquí por algún motivo.

Elend frunció el ceño.

—¿Qué te hace decir eso?

—Esta gente —dijo Demoux—, huyó de Luthadel por causa de Kelsier. Se apareció a un par de soldados, y luego a un grupo de gente. Dicen que les dijo que estuvieran preparados para el desastre, y que sacaran a la gente de la ciudad. Es gracias a ellos que tantos pudieron escapar. Esos dos soldados y sus amigos tenían preparados suministros, y tuvieron la presencia de ánimo suficiente para venir hasta aquí.

La preocupación de Elend fue en aumento. Sin embargo, había visto demasiadas cosas para rechazar incluso una historia tan extraña.

—Manda llamar a esos hombres —dijo.

Demoux asintió e hizo una seña a un soldado.

—Mira, también, a ver si alguien tiene metales alománticos —añadió Elend, recordando que Demoux y sus hombres habían enfermado con las brumas—. Repártelos entre tus soldados y que los ingieran.

—¿Mi señor? —preguntó Demoux, confuso, mientras se volvía.

—Es una larga historia, Demoux. Basta decir que tu dios, o alguien, os ha convertido a ti y a tus hombres en alomantes. Divide a tus hombres según los metales que puedan quemar. Vamos a necesitar a todos los lanzamonetas, violentos y atraedores que podamos.

SAZED ABRIÓ LOS OJOS Y sacudió la cabeza, gimiendo. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Probablemente no mucho, advirtió mientras su visión se aclaraba. Se había desmayado por falta de aire. Esas cosas solo te dejaban inconsciente unos minutos.

Suponiendo que despertaras.

Cosa que he hecho, pensó, tosiendo y frotándose la garganta. Se sentó. La caverna kandra brillaba con la suave luz de sus linternas fosforescentes azules. Con esa luz, pudo ver que estaba rodeado por algo extraño.

Espectros de la bruma. Los primos de los kandra, los carroñeros que cazaban de noche y se alimentaban de cadáveres. Se movían alrededor de Sazed, masas de músculo, carne y hueso... pero aquellos huesos se

combinaban de formas extrañas e innaturales. Pies asomando en ángulos, cabezas conectadas con brazos. Costillas usadas como piernas.

Excepto que estos huesos no eran huesos, sino piedra, metal o madera. Sazed se levantó solemnemente mientras contemplaba los restos del pueblo kandra. Cubriendo el suelo, entre la masa amontonada de espectros de la bruma, que rezumaban como babosas gigantescas y translúcidas, había clavos descartados. Bendiciones kandra. Aquello que les daba capacidad de conciencia propia.

Lo habían hecho. Habían cumplido su juramento y se habían quitado los clavos antes de ser dominados por Ruina. Sazed los miró con piedad, asombro y respeto.

El atium, pensó. Hicieron esto para impedir que Ruina se apoderara del atium. ¡Tengo que protegerlo!

Salió dando tumbos de la cámara principal, recuperando fuerzas mientras se dirigía al Cubil de la Confianza. Se detuvo, sin embargo, al acercarse, al escuchar sonidos. Se asomó a una esquina y contempló el pasillo que conducía a la puerta abierta del Cubil. Dentro, encontró a un grupo de kandra, quizá unos veinte en número, trabajando para retirar la placa del suelo que cubría el atium.

No todos se han convertido en espectros de la bruma, por supuesto, pensó. Algunos no habrían oído a los Primeros, o no habrían tenido valor para arrancarse los clavos. De hecho, ahora que lo pensaba, le impresionó aún más que tantos obedecieran la orden de la Primera Generación.

Sazed reconoció fácilmente a KanPaar dirigiendo el trabajo dentro. Los kandra cogerían el atium y se lo entregarían a Ruina. Sazed tenía que detenerlos. Pero eran veinte contra uno... y Sazed solo tenía una mente de metal pequeña. Las probabilidades no parecían jugar muy a su favor.

Sin embargo, entonces Sazed advirtió algo ante las puertas del Cubil de la Confianza. Un simple saco de tela, de poca importancia excepto por el hecho de que Sazed lo reconoció. Había llevado dentro sus mentes de metal durante años. Debían de haberlo arrojado allí después de hacerlo cautivo. Se hallaba a unos seis metros de distancia, justo ante la puerta del Cubil.

En la otra sala, KanPaar alzó la cabeza y miró directamente hacia la posición de Sazed. Ruina lo había advertido.

Sazed no se detuvo a pensar más. Se metió la mano en el bolsillo, agarró el cerrojo de acero, y lo decantó. Atravesó corriendo el pasillo a una velocidad inhumana, y recogió el saco del suelo mientras los kandra empezaban a gritar.

Sazed abrió el saco, y encontró un conjunto de brazaletes, anillos y argollas dentro. Volcó las preciosas mentes de metal en el suelo y cogió dos en concreto. Entonces, moviéndose todavía a velocidad cegadora, corrió hacia las puertas.

Su menteacero se agotó. Uno de los anillos que había cogido era de peltre. Lo decantó en busca de fuerza, creciendo de tamaño y constitución. Entonces cerró las puertas del Cubil de la Confianza, haciendo que aquellos que quedaron atrapados dentro gritaran sorprendidos. Finalmente, decantó el otro anillo, este de hierro. Se hizo más pesado, convirtiéndose en un parapeto que mantuvo cerradas las enormes puertas metálicas del Cubil de la Confianza.

Era una táctica dilatoria. Permaneció allí, manteniendo cerradas las puertas, mientras sus mentes de metal se agotaban a un ritmo alarmante. Eran los mismos anillos que llevaba en el asedio de Luthadel. Los había recargado tras el asedio, antes de renunciar a la feruquimia, pero eran pequeños y no durarían mucho. ¿Qué haría cuando los kandra atravesaran la puerta? Buscó desesperadamente un medio de bloquearla, pero no pudo ver nada. Y si soltaba, aunque fuera un instante, los kandra del interior se liberarían.

—Por favor —susurró, esperando que, como antes, el ser que escuchaba le ofreciera un milagro—. Voy a necesitar ayuda...

—JURO QUE ERA ÉL, MI SEÑOR —dijo el soldado, un hombre llamado Rittle—. Creo en la Iglesia del Superviviente desde el día de la misma muerte de Kelsier, mi señor. Me predicó, me convirtió a la rebelión. Estuve presente cuando visitó las cuevas e hizo que lord Demoux luchara por su honor. Reconocería a Kelsier como reconocería a mi padre. *Era* el Superviviente.

Elend se volvió hacia el otro soldado, que asintió mostrando su acuerdo.

—Yo no lo conocí, mi señor —dijo este hombre—. Sin embargo, encajaba con la descripción. Creo que era él de verdad.

Elend se volvió hacia Demoux, quien asintió también.

—Describieron con mucha precisión a lord Kelsier, mi señor. Nos está vigilando.

Elend...

Llegó un mensajero y le susurró algo a Demoux. La noche era oscura, y a la luz de las antorchas Elend se volvió a estudiar a los soldados que habían visto a Kelsier. No parecían testigos muy fiables: Elend no había dejado atrás precisamente a sus mejores soldados cuando salió de campaña. Sin embargo,

había otros que al parecer habían visto también al Superviviente. Necesitaba hablar con ellos.

Sacudió la cabeza. ¿Y dónde demonios estaba Vin?

Elend...

—Mi señor —dijo Demoux, tocándole el brazo, preocupado. Elend ordenó retirarse a los dos soldados. Fuera acertada o no su visión, les debía mucho: habían salvado muchas vidas con sus preparativos.

»Informe de los exploradores, mi señor —dijo Demoux, el rostro iluminado por una antorcha colgada de una pica que aleteaba con la brisa nocturna—. Los koloss que viste se dirigen hacia aquí. Se mueven rápido. Los exploradores los vieron acercarse desde la cima de una colina. Podrían... estar aquí antes de que termine la noche.

Elend maldijo en voz baja.

Elend...

Frunció el ceño. ¿Por qué seguía oyendo su nombre en el viento? Se volvió y contempló la oscuridad. Algo tiraba de él, guiándolo, susurrándole. Trató de ignorarlo, volviéndose hacia Demoux. Y, sin embargo, allí estaba, en su corazón.

Ven...

Parecía la voz de Vin.

—Reúne una guardia de honor —dijo Elend, cogiendo la antorcha; luego se echó por encima una capa para la ceniza y la abotonó hasta las rodillas. Se volvió hacia la oscuridad.

—¿Mi señor? —dijo Demoux.

—¡Hazlo! —ordenó Elend, perdiéndose en la oscuridad.

Demoux llamó a unos soldados y lo siguió a toda prisa.

¿*Qué estoy haciendo?*?, pensó Elend, abriéndose paso entre la ceniza, que le llegaba hasta la cintura, usando la capa para mantener su uniforme limpio. ¿*Persigo sueños? Tal vez me estoy volviendo loco.*

Pudo ver algo en su mente. Una colina con un agujero. ¿Un recuerdo, tal vez? ¿Había venido por aquí antes? Demoux y sus soldados lo seguían velozmente, con aspecto aprensivo.

Elend continuó adelante. Estaba casi...

Se detuvo. Allí estaba, la falda de la colina. Habría sido indistinguible de las otras que la rodeaban, salvo por el hecho de que había rastros que conducían a ella. Elend frunció el ceño, y avanzó hasta el lugar donde

terminaban los rastros. Allí encontró un agujero en el suelo, que conducía hacia abajo.

Una caverna, pensó. Tal vez... ¿un lugar para que se esconda mi gente?

No sería lo bastante grande, probablemente. Con todo, las cavernas que Kelsier había utilizado para su rebelión eran capaces de albergar a diez mil hombres. Movido por la curiosidad, Elend entró en la cueva, bajó su empinada pendiente, y se quitó la capa. Demoux y sus hombres lo siguieron, llenos de curiosidad.

El túnel bajaba un poco, y Elend se sorprendió al encontrar que había luz más adelante. Inmediatamente, avivó peltre, y se puso tenso. Apartó su antorcha, luego quemó estaño y amplificó su visión. Pudo ver varios postes que brillaban azules en lo alto. Parecían hechos de roca.

¿Qué demonios...?

Avanzó rápidamente, indicando a Demoux y sus hombres que lo siguieran. El túnel conducía a una enorme cueva. Elend se detuvo. Era tan grande como una de las cavernas de almacenaje. Más grande, tal vez. Abajo, se movía algo.

¿Espectros de la bruma?, advirtió con sorpresa. ¿Aquí es donde se esconden? ¿En agujeros en el suelo?

Lanzó una moneda y se disparó a través de la caverna pobemente iluminada hasta aterrizar en el suelo de piedra a cierta distancia de Demoux y los demás. Los espectros de la bruma no eran tan grandes como otros que había visto. Y... ¿por qué usaban rocas y madera en vez de huesos?

Oyó algo. Solo sus oídos amplificados por el estaño le permitieron captarlo, pero no se parecía a los sonidos que hacían los espectros de la bruma. Piedra contra metal. Hizo una brusca señal a Demoux, entonces se movió con cuidado por un pasadizo lateral.

Al llegar al final, se detuvo sorprendido. Una figura familiar se debatía contra un par de puertas, gruñendo, al parecer intentando mantenerlas cerradas.

—*¡Sazed!* —preguntó Elend, irguiéndose.

Sazed alzó la cabeza, vio a Elend, y al parecer se quedó tan sorprendido que perdió el control de las puertas. Se abrieron de golpe, arrojando a un lado al terrisano, y revelando a un grupo de airados kandra de piel transparente.

—*¡Majestad!* —gritó Sazed—. ¡Que no escapen!

Demoux y sus soldados llegaron junto a Elend. *Ese es Sazed o un kandra que se ha comido sus huesos*, pensó Elend. Tomó una decisión al punto. Confiaría en la voz en su cabeza. Confiaría en que este fuera Sazed.

El grupo de kandra trató de esquivar a los soldados de Demoux. Sin embargo, los kandra no eran guerreros demasiado buenos, y sus armas estaban hechas de metal. Elend y Demoux tardaron unos dos minutos en someter al grupo, rompiendo sus huesos para impedir que curaran y escaparan.

Después, Elend se acercó a Sazed, quien se había levantado y se estaba sacudiendo.

—¿Cómo me encontraste, majestad?

—Sinceramente, no lo sé. Sazed, ¿qué es este lugar?

—La Tierra Natal del pueblo kandra, majestad. Y el escondite del tesoro de atium del lord Legislador.

Elend alzó una ceja y siguió con la mirada la dirección que Sazed indicaba con un dedo. Había una habitación tras las puertas y un pozo en el suelo.

Magnífico, pensó Elend. *Lo encontramos ahora.*

—No pareces demasiado emocionado, majestad —advirtió Sazed—. Reyes, ejércitos, nacidos de la bruma, incluso el propio Kelsier han buscado este depósito durante años.

—No vale nada —dijo Elend—. Mi pueblo se muere de hambre, y no puede comer metal. Esta caverna, sin embargo... podría resultar útil. ¿Qué te parece, Demoux?

—Si hay otras cámaras como la primera, mi señor, podrían albergar a un porcentaje sustancial de nuestra población.

—Hay cuatro grandes cavernas —dijo Sazed—. Y cuatro entradas, que yo sepa.

Elend se volvió hacia Demoux, que ya estaba dando órdenes a sus soldados. *Tenemos que traer aquí a la gente antes de que salga el sol*, pensó Elend, recordando el calor. *Como mínimo, antes de que lleguen esos koloss.*

Después de eso... bueno, ya verían. Por ahora, Elend solo tenía un objetivo.

Sobrevivir.

La ruptura fue siempre el reverso oscuro de la alomancia. La dote genética de la persona podía convertirla en un alomante en potencia, pero para que el poder se manifestara, el cuerpo debía sufrir un trauma extraordinario. Aunque Elend hablaba de lo terrible que había sido su paliza, en nuestro tiempo liberar la alomancia en una persona era más fácil que antaño, pues teníamos la infusión del poder de Conservación en las líneas de sangre humana a través de las pepitas que el lord Legislador concedía a la nobleza.

Cuando Conservación estableció las brumas, tenía miedo de que Ruina escapara de su prisión. En aquellos días tempranos antes de la Ascensión, las brumas empezaron a hacer que la gente rompiera como en nuestra época, pero ese acto de las brumas era una de las únicas formas de despertar la alomancia en alguien, ya que los atributos genéticos estaban enterrados a demasiada profundidad para que afloraran con una simple paliza. Las brumas de esos días crearon solamente brumosos: no hubo nacidos de la bruma hasta que el lord Legislador dio uso a las pepitas.

La gente malinterpretó la intención de las brumas, ya que el proceso de ruptura alomántica hacía que algunos murieran, sobre todo los viejos y los niños. No era este el deseo de Conservación, pero había renunciado a la mayor parte de su conciencia para formar la prisión de Ruina, y las brumas tuvieron que funcionar como mejor pudieron sin direcciones específicas.

Ruina, sutil como siempre, sabía que no podía impedir que las brumas hicieran su trabajo. Pero pudo hacer lo inesperado y animarlas. Y, así, ayudó a hacerlas más fuertes. Eso causó la muerte de las plantas del mundo y creó la amenaza que sería conocida como la Profundidad.

81



VIN SE VOLVIÓ HACIA RUINA, proyectando una sonrisa. La nube de retorcida bruma negra parecía agitada.

Así que puedes influir en un solo esbirro, replicó Ruina, volviéndose sobre sí mismo, alzándose en el aire. Vin lo siguió, alzándose para abarcar con la mirada el Dominio Central entero. Debajo, pudo ver a los soldados de Demoux corriendo al campamento, despertando a la gente, organizándolos para la huida. Algunos de ellos seguían ya los senderos en la ceniza hacia la seguridad de las cavernas.

Pudo sentir el sol, y supo que el planeta se hallaba demasiado cercano a él para estar a salvo. Sin embargo, no podía hacer nada más. Ruina no solo la habría detenido, sino que ella no comprendía aún su propio poder. Se sentía como debió de sentirse el lord Legislador: todopoderosa, pero torpe. Si trataba de mover el mundo, solo empeoraría las cosas.

Pero había conseguido algo. Ruina dirigía a sus koloss hacia la ciudad a paso vertiginoso, pero no llegarían a los Pozos hasta dentro de varias horas. Tiempo suficiente para que la gente se refugiara en las cavernas.

Ruina debió de advertir lo que ella estaba estudiando, o tal vez sintió su complacencia. *¿Crees que has vencido?, preguntó, divertido. ¿Por qué, porque has conseguido detener a un puñado de kandra? Siempre fueron los esbirros más débiles que el lord Legislador creó para mí. Tengo por costumbre ignorarlos. Sea como sea, Vin, no puedes creer de verdad que me hayas derrotado.*

Vin esperó, viendo como la gente huía a la relativa seguridad de las cavernas. Mientras el grueso llegaba y los soldados los separaban por turnos, enviándolos a las diferentes entradas, su buen humor empezó a desvanecerse. Había conseguido contactar con Elend, y aunque le había parecido una gran victoria en el momento, ahora podía ver que era poco más que otra táctica dilatoria.

¿Has contado los koloss de mi ejército, Vin?, preguntó Ruina. Los he hecho con tu gente, ya sabes. He reunido a cientos de miles.

Vin se concentró, enumerando al instante. Él estaba diciendo la verdad.

Esta es la fuerza que podría haber lanzado contra vosotros en cualquier momento, dijo Ruina. La mayoría situados en los Dominios Exteriores, pero los he hecho venir, marchar hacia Luthadel. ¿Cuántas veces he de decírtelo, Vin? No puedes ganar. Nunca pudiste hacerlo. He estado jugando contigo.

Vin se contuvo, ignorando sus mentiras. Él no había estado jugando con ellos: había estado tratando de descubrir los secretos que había dejado Conservación, el secreto que había guardado el lord Legislador. Con todo, los números que Ruina había conseguido reunir seguían siendo asombrosos. Había muchos más koloss que gente dirigiéndose a las cavernas. Con una fuerza así, Ruina podía atacar incluso una posición bien fortificada. Y, según contaba Vin, Elend tenía menos de mil hombres con entrenamiento de batalla.

Además, estaban el sol y su calor destructivo, la muerte de las cosechas del mundo, la suciedad del agua y la tierra con varios palmos de ceniza... Incluso los ríos de lava, que ella había detenido, estaban comenzando de nuevo, pues cubrir los Montes de Ceniza solo habían proporcionado una solución

temporal. Incluso una solución mala. Ahora que las montañas no podían entrar en erupción, en la tierra aparecían grandes grietas, y el magma, la sangre hirviente de la tierra, se abría paso por ahí.

Estamos tan atrás, pensó Vin. Ruina tuvo siglos para planear esto. Aunque creíamos que éramos muy listos, caímos en sus tretas. ¿De qué sirve recluir a mi pueblo bajo tierra si van a morir de hambre?

Se volvió hacia Ruina, que contemplaba su ejército koloss, hinchado, girando sobre sí mismo. Sintió un odio que pareció incompatible con el poder que tenía. El odio la asqueó, pero no se desprendió de él.

Esa cosa que tenía delante destruiría todo lo que ella conocía, todo lo que amaba. No podía comprender el amor. Construía solo para destruir después. En ese momento, invirtió su decisión anterior. Nunca volvería a considerar un ser vivo a Ruina. Humanizarlo daba demasiado respeto a la criatura.

Hervir de furia, mirar, no sabía qué otra cosa hacer. Así que atacó.

Ni siquiera estaba segura de cómo lo hizo. Se lanzó contra Ruina, forzando su poder contra el suyo. Hubo fricción entre ambos, un choque de energía, y atormentó su cuerpo divino. Ruina gritó, y, mezclada con Ruina, ella conoció su mente.

Ruina se sorprendió. No esperaba que Conservación pudiera atacar. El movimiento de Vin se parecía demasiado a la destrucción. Ruina no supo cómo responder, pero devolvió su poder contra ella en un reflejo protector. Sus entidades chocaron, amenazando con disolverse. Finalmente, Vin se retiró, lacerada, repelida.

Su poder era demasiado parejo. Opuesto, aunque similar. Como la alomancia.

Oposición, susurró Ruina. Equilibrio. Sospecho que aprenderás a odiarlo, aunque Conservación nunca pudo.

—¿ASÍ QUE ESTO ES EL cuerpo de un dios? —preguntó Elend, haciendo rodar en su palma la perla de atium. La comparó con la que le había dado Yomen.

—En efecto, majestad —contestó Sazed. El terrisano parecía ansioso. ¿No comprendía lo peligrosa que era su situación? Los exploradores de Demoux, los que habían regresado, informaban que los koloss estaban solo a unos minutos de distancia. Elend había ordenado a sus tropas que se apostaran en

las puertas de la Tierra Natal, pero su esperanza de que los koloss no supieran encontrarlos era tenue, considerando lo que Sazed le había dicho de Ruina.

—No puede sino venir aquí —explicó Sazed. Se hallaban en la caverna rodeada de metal llamada el Cubil de la Confianza, el lugar donde los kandra habían pasado los últimos mil años reuniendo y guardando el atium—. Este atium es *parte* de él. Es lo que ha estado buscando todo este tiempo.

—Lo que significa que tendremos a un par de cientos de miles de koloss tratando de arrancarnos la garganta, Sazed —dijo Elend, devolviéndole la perla—. Yo digo que se lo demos.

Sazed palideció.

—¿Dárselo? Majestad, mis disculpas, pero eso significaría el fin del mundo. Instantáneamente. Estoy seguro.

Magnífico, pensó Elend.

—Todo saldrá bien, Elend —dijo Sazed.

Elend frunció el ceño al terrisano, que permanecía tranquilo en su túnica.

—Vin vendrá —explicó Sazed—. Ella es el Héroe de las Eras: llegará para salvar a su pueblo. ¿No ves lo perfecto que es todo esto? Está preparado, planeado. Que tú vinieras aquí, que me encontraras en el momento exacto... Que podrías liderar al pueblo a la seguridad de estas cavernas... Bien, todo encaja. Ella vendrá.

Interesante momento para recuperar la fe, pensó Elend. Hizo rodar la perla de Yomen entre sus dedos, pensando. Fuera de la sala, pudo oír susurros. La gente (mayordomos de Terris, líderes skaa, incluso unos pocos soldados) estaba escuchando. Elend podía oír la ansiedad en sus voces. Habían oído hablar de la llegada del ejército enemigo. Mientras Elend miraba, Demoux se abrió paso cuidadosamente entre ellos y entró en la sala.

—Soldados en sus puestos, mi señor —dijo el general.

—¿Cuántos tenemos?

Demoux pareció sombrío.

—Los trescientos que traje —precisó—. Más quinientos de la ciudad. Otros cien ciudadanos corrientes que armamos con esos martillos kandra, o con armas de repuesto de mis soldados. Y tenemos cuatro entradas diferentes a este complejo de cavernas que hay que proteger.

Elend cerró los ojos.

—Ella vendrá —dijo Sazed.

—Mi señor —observó Demoux, llevando aparte a Elend—. Esto tiene mal aspecto.

—Lo sé —contestó Elend, resoplando suavemente—. ¿Les diste los metales a los hombres?

—El que pudimos encontrar —respondió Demoux en voz baja—. La gente no pensó en traer metal en polvo consigo cuando huyeron de Luthadel. Hemos encontrado a un par de nobles que eran alomantes, pero solo eran nubes de cobre o buscadores.

Elend asintió. Había sobornado o forzado a los nobles alomantes útiles a unirse a su ejército ya.

—Les dimos esos metales a mis soldados —dijo Demoux—. Pero ninguno de ellos pudo quemarlos. ¡Aunque tuviéramos alomantes, no podríamos sostener esta posición, mi señor! No con tan pocos soldados, no contra tantos koloss. Los retrasaremos al principio, por la estrechez de las entradas. Pero... bueno...

—Me hago cargo, Demoux —dijo Elend con frustración—. Pero ¿tienes alguna otra opción?

Demoux guardó silencio.

—Esperaba que tú tuvieras alguna, mi señor —dijo.

—Ninguna —repuso Elend.

El rostro de Demoux se ensombreció.

—Entonces moriremos.

—¿Qué hay de la fe, Demoux? —preguntó Elend.

—Creo en el Superviviente, mi señor. Pero... bueno, esto tiene muy mala pinta. Me siento como el hombre que espera su turno ante el verdugo desde que localizamos a esos koloss. Tal vez el Superviviente no quiera que tengamos éxito aquí. Al final, la muerte nos llega a todos.

Elend se dio la vuelta, frustrado, abriendo y cerrando el puño en torno a la perla de atium. Era el mismo problema de siempre. Había fracasado durante el asedio de Luthadel: fue Vin quien tuvo que proteger la ciudad. Había fracasado en Ciudad Fadrex: allí solo lo había salvado el hecho de que Ruina ordenara al ejército koloss atacar en otro lugar.

La regla más básica del gobernante era proteger a su pueblo. En este tema, Elend se sentía completamente impotente. Inútil.

¿Por qué no puedo hacerlo?, pensó Elend, lleno de frustración. *Me pasé un año buscando cavernas de almacenaje que proporcionaran comida, solo para quedar atrapado con mi pueblo muriendo de hambre. Busqué el atium todo ese tiempo, con la esperanza de usarlo para conseguir la seguridad de mi gente... y, cuando por fin lo encuentro, es demasiado tarde para emplearlo en nada.*

Demasiado tarde...

Se detuvo, y se volvió para mirar a la placa de metal del suelo.

Años buscando... atium.

Ninguno de los metales que Demoux les había dado a los soldados había funcionado. Elend había supuesto que el grupo de Demoux sería igual que los otros caídos por la bruma de Fadrex, que estaría compuesto por todo tipo de brumosos. Sin embargo, había algo *distinto* en el grupo. Habían estado enfermos más tiempo que los demás.

Elend se abalanzó hacia delante, pasó al lado de Sazed y agarró un puñado de perlas. Un enorme tesoro, como ningún hombre había poseído jamás. Valioso por su rareza. Valioso por su poder económico. Valioso por su *alomancia*.

—Demoux —exclamó, levantándose y lanzándole la perla—. Come esto.

Demoux frunció el ceño.

—¿Mi señor?

—Cómetelo.

Demoux hizo lo que le pedían. Se quedó quieto un segundo.

Trescientos hombres, pensó Elend. Separados de mi ejército porque fueron los que cayeron enfermos, los que estuvieron más tiempo enfermos. Dieciséis días.

Trescientos veintisiete hombres. Una decimosexta parte de los que cayeron enfermos. Uno de los dieciséis metales alománticos.

Yomen había demostrado que era posible un brumoso de atium. Si Elend no hubiera estado tan distraído habría hecho la conexión antes. Si uno de cada dieciséis de los que caían enfermos permanecía en cama más tiempo, ¿no implicaría eso que habían ganado la más poderosa de las dieciséis habilidades?

Demoux alzó la cabeza, los ojos muy abiertos.

Y Elend sonrió.

VIN FLOTABA ANTE LA CAVERNA, viendo con temor cómo aparecían los koloss. Ya estaban sumergidos en el frenesí de sangre, eran miles y miles. La matanza estaba a punto de empezar.

Vin gritó cuando se acercaron, abalanzándose de nuevo contra Ruina, tratando de destruir a la criatura con su poder. Como antes, fue repelida. Se sintió gritar, temblar mientras pensaba en las inminentes muertes de abajo. Sería como las muertes del tsunami en la costa, pero peor.

Pues conocía a esta gente. Los amaba.

Se volvió hacia la entrada. No quería mirar, aunque no podía hacer otra cosa. Su esencia estaba en todas partes. Aunque retirara su nexo, sabía que seguiría sintiendo las muertes, que la harían temblar y sollozar.

Desde dentro de la cabeza, resonando, sintió una voz familiar.

—Hoy, hombres, os pido vuestras vidas.

Vin descendió a escuchar; aunque no podía ver en el interior de la cueva por causa de los metales de la roca, todavía podía oír. Si hubiera tenido ojos, sabría que se habría echado a llorar.

—Os pido vuestras vidas —dijo Elend con voz resonante—, y vuestro valor. Os pido vuestra fe, y vuestro honor: vuestra fuerza, y vuestra compasión. Pues hoy os llevaré a la muerte. No os pido que agradezcáis este hecho. No os insultaré diciendo que es algo bueno o incluso glorioso. Pero sí os diré esto:

»Cada momento que luchéis será un regalo para quienes están en esta caverna. Cada segundo que luchemos será un segundo más que miles de personas podrán respirar. ¡Cada golpe de espada, cada koloss abatido, cada aliento ganado es una victoria! ¡Es una persona protegida un momento más, una vida extendida, un enemigo frustrado!

Hubo una breve pausa.

—Al final, nos matarán —dijo Elend, con voz alta que resonaba por toda la caverna—. ¡Pero, primero, que nos teman!

Los hombres gritaron ante estas palabras, y la mente amplificada de Vin pudo detectar más de trescientas voces distintas. Los oyó dividirse, dirigiéndose a las diferentes entradas de la caverna. Un momento después, alguien apareció en la entrada frontal cerca de ella.

Una figura de blanco salió lentamente a la ceniza, la brillante capa blanca ondulando. Empuñaba una espada en una mano.

¡Elend!, trató de gritarle. ¡No! ¡Vuelve! ¡Atacarlos es una locura! ¡Te matarán!

Elend contempló las oleadas de koloss mientras se acercaban, pisoteando la negra ceniza, un infinito mar de muerte de piel azul y ojos rojos. Muchos llevaban espadas, los otros solo rocas y palos. Elend era una diminuta mota blanca ante ellos, un puntito en un interminable lienzo azul.

Alzó la espada y atacó.

¡ELEND!

De repente, Elend estalló con una energía tan brillante que Vin jadeó. Se enfrentó al primer koloss, esquivando su espada y decapitando a la criatura de

un golpe. Entonces, en vez de apartarse de un salto, giró al lado, descargando un golpe más. Otro koloss cayó. Tres espadas destellaron a su alrededor, pero todas fallaron por poca distancia. Elend se hizo a un lado, alcanzó a un koloss en el estómago, y luego blandió la espada (su cabeza apenas eludió otro golpe) y cercenó el brazo de un koloss.

Todavía no se había empujado para apartarse. Vin se quedó inmóvil, viendo como abatía a un koloss más, y luego decapitaba a otro de un solo golpe fluido. Elend se movía con una gracia que nunca había visto en él. Vin siempre había sido mejor guerrera, aunque en este momento Elend la superaba con creces. Se movía entre las espadas koloss como si formara parte de una lucha coreografiada de antemano, y ante su brillante hoja caía un cuerpo tras otro.

Un grupo de soldados con los colores de Elend surgió de la caverna, cargando. Como una oleada de luz, sus formas explotaron de poder. También ellos se movieron entre las filas koloss, golpeando con increíble precisión. Ni uno solo de ellos cayó mientras Vin miraba. Luchaban con milagrosa habilidad y fortuna, cada espada de los koloss caía un poco demasiado tarde. Alrededor de la brillante falange de hombres empezaron a apilarse cadáveres azules.

De algún modo, Elend había encontrado un ejército entero que podía quemar atium.

ELEND ERA UN DIOS.

Nunca había quemado atium, y su primera experiencia con el metal lo llenó de asombro. Los koloss a su alrededor emitían todos sombras de atium, imágenes que se movían antes que ellos, mostrándole a Elend exactamente qué iban a hacer. Podía ver el futuro, aunque solo fuera unos pocos segundos. En una batalla, era exactamente lo que uno necesitaba.

Podía sentir que el atium amplificaba su mente, que lo hacía capaz de leer y usar toda la nueva información. Ni siquiera tenía que pararse a pensar. Sus brazos se movían por voluntad propia, blandiendo la espada con asombrosa precisión.

Giró entre una nube de imágenes fantasmales, golpeando la carne, sintiendo como si estuviera de nuevo en las brumas. Ningún koloss podía enfrentarse a él. Se sentía lleno de energía, increíblemente bien. Durante un tiempo, fue invencible. Había engullido tantas perlas de atium que casi tenía

ganas de vomitar. Durante toda su historia, el atium había sido algo que los hombres habían necesitado para almacenar y guardar. Quemarlo parecía un despilfarro que solo se usaba de vez en cuando, en casos de gran necesidad.

Elend no tenía que preocuparse por eso. Quemaba tanto como quería. Y eso lo convertía en un desastre para los koloss, un remolino de golpes exactos y fintas imposibles, siempre unos pasos por delante de sus oponentes. Un enemigo tras otro caía ante él. Y, cuando empezó a quedarse sin atium, se empujó sobre una espada caída de vuelta a la entrada. Allí, con suficiente agua para ayudarle a tragarse, esperaba Sazed con otra bolsa de atium.

Elend apuró las perlas rápidamente, y luego regresó a la batalla.

RUINA RABIABA Y GIRABA, tratando de detener la matanza. Sin embargo, esta vez, Vin era la fuerza de equilibrio. Bloqueó todos los intentos de Ruina por destruir a Elend y los demás, conteniéndolo.

No sabría decir si eres un necio, pensó Vin, dirigiéndose hacia la criatura, o si simplemente existes de un modo que te incapacita para considerar algunas cosas.

Ruina gritó, abalanzándose contra ella, tratando de destruirla como ella había intentado destruirlo. Sin embargo, una vez más, sus poderes estaban demasiado igualados. Ruina se vio obligado a retroceder.

La vida, dijo Vin. Dijiste que el único motivo para crear algo era poder destruirlo.

Flotó junto a Elend, viéndolo luchar. Las muertes de los koloss tendrían que haberla lastimado. Sin embargo, no pensaba en la muerte. Tal vez era la influencia del poder de Conservación, pero solo veía a un hombre, debatiéndose, combatiendo, incluso cuando la esperanza parecía imposible. No veía muerte, veía vida. Veía fe.

Creamos cosas para verlas crecer, Ruina, dijo ella. Para sentir placer al ver que lo que amamos se vuelve más de lo que era antes. Dijiste que eras invencible, que todas las cosas se destruyen. Todas las cosas se arruinan. Pero hay cosas que luchan contra ti... y lo irónico es que ni siquiera puedes comprenderlas. Amor. Vida. Crecimiento.

La vida de una persona es más que el caos de su muerte. Emoción, Ruina. Esta es tu derrota.

SAZED OBSERVABA ANSIOSO DESDE LA boca de la cueva. Un grupito de hombres se congregaba a su alrededor. Garv, líder de la Iglesia del Superviviente en Luthadel. Harathdal, el más destacado de los mayordomos de Terris. Lord Dedri Vasting, uno de los miembros supervivientes de la Asamblea del gobierno de la ciudad. Aslydin, la joven de quien al parecer Demoux se había enamorado durante sus breves semanas en los Pozos de Hathsin. Un puñado de personas más, lo suficientemente importantes, o fieles, para acercarse a mirar.

—¿Dónde está ella, maese terrisano? —preguntó Garv.

—Ella vendrá —prometió Sazed, la mano apoyada en la pared de roca.

Llevaba sus mentes de metal, todas ellas con la carga que les quedaba, incluidos sus anillos de la batalla en Luthadel, por si invadían el túnel. Sus mentecobres descansaban en sus brazos listas para registrar cada detalle de la llegada del Héroe. Los hombres guardaron silencio. Los soldados que no tenían la bendición del atium esperaban nerviosos con ellos, sabiendo que eran los siguientes si el ataque de Elend fracasaba.

Ella tiene que venir, pensó Sazed. *Todo apunta a su llegada.*

—El Héroe vendrá —repitió.

ELEND CORTÓ DOS CABEZAS A la vez, derribando a los koloss. Hizo girar la hoja, cercenando un brazo, y luego atravesó el cuello de otra criatura. No la había visto acercarse, pero su mente había notado e interpretado la sombra de atium antes de que se produjera el ataque real.

Se alzaba ya en una alfombra de cadáveres azules. No tropezaba. Con atium, cada paso era exacto, su espada guiada, su mente agudizada. Derribó a un koloss especialmente grande, y luego dio un paso atrás, deteniéndose un breve instante.

El sol asomaba por el este. Empezaba a hacer calor.

Llevaban horas luchando, aunque el ejército de koloss parecía interminable. Elend mató a otro, pero sus movimientos empezaban a parecer más lentos. El atium amplificaba la mente, pero no impulsaba el cuerpo, y había empezado a recurrir al peltre para continuar. ¿Quién habría podido imaginar que podía cansarse, incluso agotarse, mientras se quemaba atium? Nadie había usado antes tanto metal como lo hacía Elend.

Pero tenía que seguir. Se estaba quedando sin atium. Se volvió hacia la boca de la caverna, justo a tiempo de ver cómo uno de sus soldados de atium

caía en medio de un chorro de sangre.

Elend maldijo, girando, mientras una sombra de atium pasaba a través de él. Esquivó el mandoble que siguió, y luego cortó el brazo de la criatura. Decapitó a la siguiente, y luego cortó a otra las piernas. Durante la mayor parte de la batalla no había empleado saltos ni ataques alománticos, solo esgrima directa. Sin embargo, sus brazos empezaban a cansarse y se vio obligado a empezar a empujar koloss para dominar el campo de batalla. La reserva de atium, *de vida*, dentro de él menguaba. El atium se quemaba muy rápidamente.

Otro hombre gritó. Otro soldado muerto.

Elend empezó a regresar a la caverna. Había *tantos* koloss... Su banda de trescientos había matado a miles, pero a los koloss no les importaba. Seguían atacando, una brutal ola de determinación infinita, a la que solo podían resistir por las reservas de brumosos de atium que protegían cada una de las entradas de la Tierra Natal.

Otro hombre murió. Se estaban quedando sin atium.

Elend aulló, blandiendo la espada a su alrededor, abatiendo a tres koloss con una maniobra que nunca debería haber funcionado. Avivó acero y empujó al resto para apartarlo de él.

El cuerpo de un dios ardiendo en mi interior, pensó. Apretó los dientes y atacó mientras sus hombres seguían cayendo. Se enfrentó a un puñado de koloss, cercenando brazos, piernas, cabezas. Apuñalando pechos, cuellos, tripas. Continuó luchando, solo. Hacía tiempo que sus ropas no eran blancas, sino rojas.

Algo se movió tras él, y se dio media vuelta, alzando la hoja, dejando que el atium lo guiara. Sin embargo, se detuvo, inseguro. La criatura que tenía detrás no era ningún koloss. Vestía de negro, con una cuenca ocular vacía y sangrante, la otra perforada por un clavo que se había estampado en el cráneo. Elend podía ver a través del agujero de la cuenca vacía de la criatura.

Marsh. Tenía una nube de sombras de atium a su alrededor: también quemaba metal, por lo que sería inmune al atium de Elend.

HUMANO CONDUCÍA A SUS SOLDADOS koloss a través de los túneles. Mataban a todos los que hallaban en su camino.

Algunos se habían plantado ante la entrada. Lucharon con tenacidad. Eran fuertes. Ahora estaban muertos.

Algo impulsaba a Humano a continuar. Algo más fuerte que nada que lo hubiera controlado antes. Más fuerte que la mujercita del pelo negro, aunque ella era muy fuerte. Esta cosa era más fuerte aún. Era Ruina. Humano lo sabía.

No podía resistirse. Solo podía matar. Abatió a otro humano.

Humano irrumpió en una gran cámara abierta llena de otras personas. Controlándolo, Ruina le hizo volverse y no matarlos. No es que Ruina no quisiera que lo hiciera. Pero quería *más* otra cosa.

Humano se abalanzó hacia delante. Se abrió paso entre rocas y piedras caídas. Apartó a humanos sollozantes. Los demás koloss lo siguieron. Durante un momento, todos sus deseos propios quedaron olvidados. Solo existía su abrumador deseo de llegar a...

Una sala pequeña. Allí. Delante de él. Humano abrió las puertas. Ruina aulló de placer cuando entró en la sala. Contenía aquello que Ruina quería.

—ADIVINA QUÉ HE ENCONTRADO —gruñó Marsh, dando un paso adelante y empujando contra la espada de Elend. El arma salió volando de entre sus dedos—. Atium. Un kandra lo llevaba con intención de venderlo. ¡Estúpida criatura!

Elend maldijo, esquivó a un lado el ataque de un koloss, y sacó de la vaina de su pierna la daga de obsidiana.

Marsh avanzó. Los hombres gritaban, maldiciendo, cayendo, mientras su atium se agotaba. Los soldados de Elend estaban siendo superados. Los gritos se apagaron cuando el último de los hombres que protegía la entrada murió. Dudaba de que los demás duraran mucho más.

El atium de Elend le advirtió del ataque del koloss, le permitió esquivar, a duras penas, pero no podía ayudarle a matarlo con la daga. Y, cuando el koloss llamó su atención, Marsh golpeó con un hacha de obsidiana. La hoja cayó, y Elend saltó para esquivarla, pero perdió el equilibrio.

Trató de recuperarse, pero sus metales se acababan, no solo el atium, sino también los básicos. Hierro, acero, peltre. No les había prestado mucha atención, ya que tenía atium, pero llevaba demasiado tiempo combatiendo. Si Marsh tenía atium, entonces estaban igualados, y sin metales básicos, Elend moriría.

Un ataque por parte del inquisidor lo obligó a avivar peltre para escapar. Abatió a tres koloss con facilidad, pues su atium aún le ayudaba, pero la inmunidad de Marsh era un serio desafío. El inquisidor pasó por encima de

los cuerpos caídos de los koloss, dirigiéndose a trompicones hacia Elend, el único clavo de su cabeza reflejaba la luz demasiado brillante del sol en el cielo.

El peltre de Elend se agotó.

—No puedes derrotarme, Elend Venture —dijo Marsh con voz rechinante —. Hemos matado a tu esposa. Te mataré también.

Vin. Elend no lo creyó. *Vin vendrá*, pensó. *Nos salvará*.

Fe. Era extraño sentirla en este momento. Marsh atacó.

El peltre y el hierro súbitamente cobraron vida dentro de Elend. No tuvo tiempo de pensar en aquella rareza: simplemente, reaccionó. Tiró de su espada, que yacía en el suelo a cierta distancia. Volteó en el aire y la agarró, blandiéndola con un velocísimo movimiento que bloqueó el hacha de Marsh. El cuerpo de Elend parecía pulsar, poderoso y enorme. Golpeó por instinto, obligando a Marsh a retroceder. Los koloss se apartaron por el momento, como asustados de Elend. O asombrados.

Marsh alzó una mano para empujar la espada de Elend, pero no sucedió nada. Fue... como si algo desviara el golpe. Elend gritó, cargando, repeliendo a Marsh con los golpes de su plateada espada. El inquisidor parecía aturdido mientras bloqueaba con el hacha de obsidiana, sus movimientos demasiado rápidos para explicarlos incluso con alomancia. Sin embargo, Elend siguió obligándolo a retirarse, sobre los caídos cuerpos azules, removiendo la ceniza bajo el cielo rojo.

Una poderosa paz inundó a Elend. Su alomancia brillaba, aunque sabía que los metales en su interior tendrían que haberse agotado. Solo quedaba el atium, y sus extraños poderes no podían darle los otros metales. Pero no importaba. Por el momento, lo abrazaba algo más grande. Alzó la mirada, hacia el sol.

Y vio, durante un breve instante, a una enorme figura en el aire sobre él. Un personaje brillante y cambiante de puro blanco. Sus manos se extendían hacia sus hombros, la cabeza hacia atrás, el pelo blanco ondulando, la bruma ondulando tras ella como alas que se extendieran por el cielo.

Vin, pensó Elend con una sonrisa.

Elend se volvió a tiempo de ver como Marsh gritaba y saltaba hacia delante, atacando con su hacha en una mano, con algo enorme y negro como una capa detrás. Marsh se cubrió la cara con la otra mano, como para impedir que su ojo muerto viera la imagen que había en el aire tras Elend.

Elend quemó los restos de su atium, avivándolo en su estómago. Alzó la espada con ambas manos y esperó a que Marsh se acercara. El inquisidor era

más fuerte y mejor guerrero. Marsh tenía los poderes de la alomancia y la feruquimia, lo que le convertía en otro lord Legislador. No era una batalla que Elend pudiera ganar. No con una espada.

Marsh llegó, y a Elend le pareció comprender cómo había sido para Kelsier enfrentarse al lord Legislador en aquella plaza de Luthadel. Marsh golpeó con su hacha; Elend alzó a su vez la espada y se dispuso a golpear.

Entonces, Elend quemó duraluminio con su atium.

¡Visión, Sonido, Fuerza, Poder, Gloria, Velocidad!

Las líneas azules brotaron de su pecho como rayos de luz. Pero quedaron oscurecidas por una cosa. Atium más duraluminio. En un destello de conocimiento, Elend sintió un aturdidor poso de información. Todo se volvió blanco a su alrededor mientras el conocimiento saturaba su mente.

—Ahora lo entiendo —susurró mientras la visión se desvanecía, y junto con ella sus metales restantes. El campo de batalla regresó. Elend se alzaba sobre él, y su espada perforaba el cuello de Marsh. Había quedado atrapada en el clavo que sobresalía de la espalda del inquisidor, entre los omóplatos.

El hacha de Marsh estaba enterrada en el pecho de Elend.

Los metales fantasma que Vin le había dado cobraron de nuevo vida dentro de Elend. Se llevaron el dolor. Sin embargo, había un límite a lo que podía conseguir el peltre, no importa con cuánta fuerza se avivara. Marsh liberó su hacha, y Elend se tambaleó hacia atrás, sangrando, soltando la espada. Marsh se arrancó la espada del cuello, y la herida desapareció, sanada por los poderes de la feruquimia.

Elend se desplomó sobre una pila de cadáveres koloss. Estaría ya muerto, de no ser por el peltre. Marsh se acercó a él, sonriendo. Su cuenca vacía estaba recubierta de tatuajes, la marca que Marsh había recabado sobre sí. El precio que había pagado para derrocar el Imperio Final.

Marsh agarró a Elend por la garganta, empujándolo hacia atrás.

—Tus soldados están muertos, Elend Venture —susurró la criatura—. Nuestros koloss campan por las cavernas kandra. Tus metales se han acabado. Has perdido.

Elend notó cómo se le escapaba la vida, la última gota de un vaso vacío. Había estado aquí antes, en la caverna del Pozo de la Ascensión. Tendría que haber muerto entonces y sentirse aterrado. Esta vez, sin embargo, no lo estaba. No había pesar. Solo satisfacción.

Elend miró al inquisidor. Vin, como un fantasma brillante, aún flotaba sobre ambos.

—¿Perdido? —susurró Elend—. Hemos ganado, Marsh.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso? —preguntó Marsh, despectivo.

HUMANO SE HALLABA JUNTO AL pozo en el centro de la sala de la caverna. El pozo donde se había encontrado el cuerpo de Ruina. El lugar de la victoria.

Humano esperaba, aturdido. Un grupo de koloss se acercó a él, igualmente anonadados.

El pozo estaba vacío.

—EL ATIUM —SUSURRÓ ELEND, saboreando su propia sangre—. ¿Dónde está el atium, Marsh? ¿De dónde crees que conseguimos el poder para luchar? ¿Viniste a por ese atium? Bueno, se ha *acabado*. ¡Dile eso a tu amo! ¿Crees que mis hombres y yo esperábamos matar a todos esos koloss? ¡Hay decenas de miles! Eso no era lo importante.

La sonrisa de Elend se ensanchó.

—El cuerpo de Ruina ha desaparecido, Marsh. Lo hemos quemado, los demás y yo. Puedes matarme, pero *nunca* conseguirás lo que viniste a buscar. Y por eso nosotros ganamos.

Marsh gritó lleno de furia, exigiendo la verdad, pero Elend la había dicho. Las muertes de los demás significaban que se habían quedado sin atium. Sus hombres habían luchado hasta agotarlo, como había ordenado Elend, quemando hasta los últimos restos.

El cuerpo de un dios. El poder de un dios. Elend lo había tenido un momento. Más importante, lo había destruido. Era de esperar que eso mantuviera a su pueblo a salvo.

Ahora es cosa tuya, Vin, pensó, sintiendo aún la paz de su contacto en su alma. *He hecho lo que he podido*.

Sonrió de nuevo a Marsh, desafiante, mientras el inquisidor alzaba su hacha.

EL HACHA DECAPITÓ A ELEND.

Ruina se revolvió, lleno de furia, destructor. Vin tan solo permaneció en silencio, viendo cómo el cuerpo sin cabeza de Elend se desplomaba en la pila

de cadáveres azules.

¿Qué te parece?, gritó Ruina. ¡Lo he matado! ¡He destruido todo lo que amas! ¡Te lo he quitado!

Vin flotó sobre el cuerpo de Elend. Extendió dedos incorpóreos, le acarició la cabeza, recordando cómo fue usar su poder para insuflar su alomancia. No sabía lo que había hecho. Algo parecido a lo que hacía Ruina cuando controlaba a los koloss, tal vez. Solo que al revés. Liberador. Sereno.

Elend estaba muerto. Ella lo sabía, y sabía que no había nada que pudiera hacer. Eso causó dolor, cierto, pero no el dolor que esperaba. *Lo dejé ir hace mucho*, pensó, acariciándole la cara. *En el Pozo de la Ascensión. La alomancia me lo devolvió durante un tiempo.*

Ella no sintió el dolor ni el terror que había conocido antes, cuando lo creyó muerto. Esta vez, solo sintió paz. Estos últimos años habían sido una bendición, una extensión. Había renunciado a Elend para que fuera su propio dueño, para que se arriesgara como quisiera, y quizás para que muriera. Siempre lo amaría. Pero no dejaría de actuar porque él hubiera muerto.

Tal vez lo contrario. Ruina flotaba directamente sobre ella, lanzando insultos, diciéndole que iba a matar a los demás. Sazed. Brisa. Ham. Fantasma.

Quedan tan pocos de la banda original, pensó. Kelsier muerto desde hace tanto. Dockson y Clubs caídos en la batalla de Luthadel. Yeden muerto con sus soldados. OreSeur eliminado por orden de Zane. Marsh, caído para convertirse en inquisidor. Y los demás que se unieron a nosotros, muertos también. Tindwyl, TenSoon, Elend...

¿Acaso creía Ruina que iba a dejar que sus sacrificios fueran en vano? Se levantó, reuniendo su poder. Lo lanzó contra el poder de Ruina, como había hecho otras veces. Sin embargo, ahora fue diferente. Cuando Ruina contraatacó, ella no se retiró. No se conservó. Continuó adelante.

La confrontación hizo que su cuerpo divino temblara de dolor. Era el dolor de unir algo helado con algo caliente, el dolor de dos rocas que se aplastan y se reducen a polvo. Sus formas ondularon en una tempestad de poder.

Y Vin continuó presionando.

¡Conservación no podía destruirte!, pensó, casi gritando contra la agonía. Solo podía proteger. Por eso necesitaba crear a la humanidad. ¡Todo el tiempo, Ruina, esto ha sido parte de su plan!

¡No renunció a una parte de sí mismo, haciéndose más débil, simplemente para poder crear vida inteligente! Sabía que necesitaba algo tanto de

Conservación como de Ruina. Algo que pudiera proteger y destruir. Algo que pudiera destruir para proteger.

Renunció a su poder en el Pozo, y a las nieblas, dándonoslo para que pudiéramos tomarlo. Siempre pretendió que sucediera esto. ¿Crees que fue tu plan? Era suyo. Todo el tiempo.

Ruina gritó. Ella siguió presionando.

Creaste aquello que podía matarte, Ruina, dijo Vin. Y cometiste un último gran error. No deberías haber matado a Elend.

Verás, él era el único motivo que yo tenía para vivir.

No se retiró, aunque el conflicto de opuestos la hacía pedazos. Ruina gritó aterrado mientras la fuerza del poder de Vin se fundía por completo con el suyo.

La conciencia de Vin, formada ahora y saturada con Conservación, se dispuso a tocar la de Ruina. Ninguno cedió. Y, con un arrebato de poder, Vin se despidió del mundo, y luego arrastró a Ruina al abismo consigo.

Sus dos mentes se desvanecieron como bruma bajo el sol caliente.

Cuando Vin murió, el final llegó rápidamente. No estábamos preparados para ello, pero ni siquiera toda la planificación del lord Legislador podría habernos preparado. ¿Cómo se prepara uno para el fin del mundo?

82



SAZED OBSERVÓ EN SILENCIO DESDE la boca de la cueva. Fuera, los koloss deambulaban y se enfurecían, confundidos. La mayoría de los hombres que antes acompañaban a Sazed habían huido. Incluso la mayor parte de los soldados se había retirado a las cavernas, y lo consideraron un necio por esperar. Solo se quedó el general Demoux, que había conseguido regresar arrastrándose a la caverna cuando se agotó su atium, a unos pocos metros en el túnel. El hombre estaba cubierto de sangre, llevaba un torniquete en el brazo, y tenía la pierna aplastada. Tosía sin fuerzas, esperando a que Aslydin regresara con más vendas.

El sol se alzaba en el cielo. El calor era increíble, como un horno. Gritos de dolor resonaban en la caverna tras Sazed. Los koloss estaban dentro.

—Ella vendrá —susurró Sazed.

Podía ver el cuerpo de Elend. Había caído sobre la pila de cadáveres koloss. Destacaba en blanco y rojo contra el negro y azul de los koloss y la ceniza.

—Vin vendrá —insistió.

Demoux parecía aturdido. Demasiada sangre perdida. Se tendió, cerrando los ojos. Los koloss empezaban a dirigirse a la boca de la cueva, aunque no tenían la dirección ni el frenesí que habían mostrado antes.

—¡El Héroe vendrá! —dijo Sazed.

Fuera apareció algo, como surgido de las brumas, y se desplomó entre los cadáveres junto al cuerpo de Elend. Lo siguió inmediatamente algo más, una

segunda figura, que también quedó inmóvil.

¡Allí!, pensó Sazed, saliendo de la caverna. Pasó corriendo junto a varios koloss que intentaron golpearlo, pero Sazed decantó un anillo de acero y esquivó sus ataques. Se movió con rapidez entre la masa de criaturas de aspecto confundido, escalando cuerpos, moviéndose hacia los restos de capa blanca que señalaban el lugar de descanso de Elend. Su cadáver estaba allí, decapitado.

Un cuerpo pequeño yacía junto al suyo. Sazed cayó de rodillas y agarró a Vin por los hombros. Junto a ella, en lo alto de los koloss muertos, yacía otro cuerpo. Era el de un hombre de pelo rojo, a quien Sazed no reconoció, pero lo ignoró.

Pues Vin no se movía.

¡No!, pensó, buscándose el pulso. No había ninguno. Tenía los ojos cerrados. Parecía en paz, pero muy muy muerta.

—¡No puede ser! —gritó, sacudiendo de nuevo su cuerpo.

Miró hacia el sol cada vez más alto. Era difícil respirar por el calor. Sintió la piel ardiendo. Para cuando el sol llegara a su cenit, estaría tan caliente que la tierra ardería.

—¿Así es como termina? —gritó hacia el cielo—. ¡Tu Héroe está muerto! ¡El poder de Ruina puede estar roto, puede que haya perdido su ejército de koloss, pero *el mundo seguirá muriendo*!

La ceniza había matado a las plantas. El sol quemaría todo lo que quedaba. No había alimento. Sazed lloró, pero las lágrimas se secaron en su rostro.

—¿Así es como nos dejas? —susurró.

Y, entonces, sintió algo. Bajó la mirada. El cuerpo de Vin ahumaba levemente. No por el calor. Parecía estar manando algo... o no. Estaba conectado con algo. Los jirones de bruma guiaban hacia una enorme luz blanca. Apenas podía verla.

Extendió la mano y tocó la bruma, y sintió un poder asombroso. Un poder de estabilidad. A un lado, el otro cadáver, el que no reconocía, también manaba algo. Un denso humo negro. Sazed extendió la otra mano, tocó el humo, y sintió un poder distinto, más violento. El poder del cambio.

Se arrodilló, aturdido, entre los cuerpos. Y solo entonces empezó a tener sentido.

Las profecías usaban siempre el género neutro, pensó. Asumimos que para que pudieran referirse a un hombre o una mujer. O... ¿tal vez porque se referían a un Héroe que no era una cosa ni la otra?

Se levantó. El poder del sol parecía insignificante comparado con los poderes gemelos, aunque opuestos, que lo rodeaban.

El Héroe sería rechazado por su pueblo, pensó Sazed. Sin embargo, los salvaría. No un guerrero, aunque sabía pelear. No un rey nato, pero se convertiría en uno de todas formas.

Alzó de nuevo la cabeza.

¿Es esto lo que planeaste todo el tiempo?

Saboreó el poder, pero se retiró, asustado. ¿Cómo podía usar semejante cosa? Era solo un hombre. En el breve atisbo de fuerzas que tocó, supo que no tendría ninguna esperanza de utilizarlo. No tenía la formación.

—*No puedo hacer esto* —dijo con voz quebrada, mirando al cielo—. No sé cómo. No puedo hacer al mundo como era... nunca lo he visto. Si tomo este poder, haré como hizo el lord Legislador, y solo empeoraré las cosas al intentarlo. Soy solo un hombre.

Los koloss gritaban doloridos por la quemazón. El dolor era terrible, y alrededor de Sazed los árboles empezaron a restallar y arder. Su Conexión con los poderes gemelos lo mantuvo vivo, lo sabía, pero no los aceptó.

—No soy ningún Héroe —susurró, todavía mirando al cielo.

Sus brazos tintineaban, dorados. Sus mentecobres, en sus antebrazos, reflejaban la luz del sol. Llevaban con él tanto tiempo, eran sus acompañantes. Su conocimiento.

Conocimiento...

Las palabras de la profecía eran muy precisas, pensó de pronto. Dicen... dicen que el Héroe llevará en sus brazos el futuro del mundo.

No en sus hombros. No en sus manos. En sus brazos.

¡Por los Dioses Olvidados!

Introdujo los brazos en las brumas gemelas y aceptó los poderes ofrecidos. Los inhaló, sintiéndolos cubrir su cuerpo, haciéndolo arder. Su carne y sus huesos se evaporaron, pero al hacerlo decantó sus mentecobres, vertiendo todo su contenido en su conciencia expandida.

Las mentecobres, ahora vacías, cayeron con sus anillos a la pila de cadáveres azules junto a los cuerpos de Vin, Elend, y el cuerpo sin nombre de Ruina. Sazed abrió unos ojos tan grandes como el propio mundo, atrayendo el poder que entrelazaba a toda la creación.

El Héroe tendrá el poder para salvar al mundo. Pero también tendrá el poder para destruirlo.

Nunca comprendimos. Él no podía contener solamente el poder de Conservación. Necesitaba también el poder de Ruina.

Los poderes eran opuestos. Mientras los inspiraba, amenazaron con destruirse mutuamente. Y, sin embargo, al tener decidido cómo iba a usarlos, pudo mantenerlos separados. Podían tocarse *sin* destruirse el uno al otro, si lo deseaba. Pues estos poderes habían sido usados para crearlo todo. Si luchaban, destruían. Si se usaban juntos, creaban.

La comprensión brotó en su interior. Durante más de mil años, los guardadores habían recopilado el conocimiento de la humanidad y lo habían almacenado en sus mentecobres. Lo habían pasado de un guardador a otro, cada hombre o mujer cargaba con todo el grueso del conocimiento, para poder transmitirlo cuando fuera necesario. Sazed lo tenía todo.

Y, en un momento de transcendencia, lo comprendió todo. Vio las pautas, las claves, los secretos. Los hombres habían creído y adorado durante tanto tiempo como existían, y dentro de esas creencias, Sazed encontró las respuestas que necesitaba. Gemas, ocultas de Ruina en todas las religiones de la humanidad.

Hubo un pueblo llamado los benett. Habían considerado el trazado de mapas un deber solemne; Sazed predicó una vez su religión al mismísimo Kelsier. Con sus detallados mapas y cartas, Sazed descubrió cómo fue el mundo una vez. Usó sus poderes para restaurar continentes y océanos, las islas y costas, las montañas y ríos.

Hubo un pueblo llamado los nelazan. Adoraban a las estrellas, las llamaban los Mil Ojos de su dios, Trell, que los vigilaba. Sazed recordaba bien haberle ofrecido la religión a la joven Vin cuando estaba allí sentada, inmóvil, recibiendo su primer corte de pelo como miembro de la banda. De los nelazan, los guardadores habían recuperado cartas estelares, y las habían registrado con diligencia, aunque las consideraban inútiles, pues no eran precisas desde los días anteriores a la Ascensión. Sin embargo, a partir de esas cartas estelares y de las pautas y los movimientos que esbozaban en los otros planetas en el sistema solar, Sazed pudo determinar con exactitud qué órbita debía trazar el mundo. Volvió a poner el planeta en su antiguo sitio, sin empujar demasiado, como había hecho el lord Legislador, pues tenía un marco de referencia por el que medirse.

Hubo un pueblo llamado los caazzi que adoraban la muerte; habían proporcionado notas detalladas sobre el cuerpo humano. Sazed había ofrecido una de sus plegarias sobre los cadáveres que encontró en el escondite de la

antigua banda de Vin, cuando Kelsier todavía vivía. De las enseñanzas caazzi sobre el cuerpo, Sazed determinó que la fisiología de la humanidad había cambiado (bien por intención del lord Legislador o por simple evolución), para adaptarse a respirar ceniza y comer plantas marrones. Con una oleada de poder, Sazed restauró los cuerpos de los hombres para que fueran como antes, dejando a cada persona igual, pero arreglando los problemas que habían causado vivir durante mil años en un mundo moribundo. No destruyó a los hombres, retorciéndolos y revolviéndolos como había hecho el lord Legislador cuando creó a los kandra, pues Sazed tenía una guía con la que trabajar.

Aprendió también otras cosas. Docenas de secretos. Una religión adoraba a los animales, y de ella Sazed extrajo imágenes, explicaciones y referencias sobre la vida que *debería* haber existido en la tierra. La restauró. De otra (dadrada, la religión que había predicado a Clubs antes de que el hombre muriera) Sazed aprendió sobre colores y tonos. Era la última religión que había enseñado, y con sus poemas sobre el color y la naturaleza, pudo restaurar las plantas, el cielo y el paisaje a como habían sido antaño. Todas las religiones tenían pistas, pues las creencias de los hombres contenían las esperanzas, los amores, deseos, y vidas de la gente que había creído en ellas.

Finalmente, Sazed tomó la religión de los larsta, la religión en la que creía la esposa de Kelsier, Mare. Sus sacerdotes habían compuesto poesía durante sus momentos de meditación. De estos poemas, y por un fragmento de papel que Mare le había dado a Kelsier, quien se lo había dado a Vin, que a su vez se lo había dado a Sazed, aprendió las cosas hermosas que el mundo tuvo una vez.

Y restauró flores a las plantas que una vez las engendraron.

Después de todo, las religiones de mi cartapacio no eran inútiles, pensó, mientras el poder fluía de él y rehacía el mundo. *Ninguna de ellas. Ninguna abarcaba toda la verdad.*

Pero todas contenían verdad.

Sazed flotó sobre el mundo, cambiando cosas como consideraba que debía hacer. Protegió los escondites de la humanidad, manteniendo las cavernas a salvo, aunque las trasladó de sitio, mientras rehacía la tectónica del mundo.

Alteró a los koloss para que pudieran elegir reunirse con la humanidad o formar su propia sociedad aparte. Los kandra no deseaban ser humanos, por lo que les restauró sus bendiciones, pero también implementó un mecanismo de mortalidad que pudieran descubrir quienes sintieran el peso de los siglos.

Al finalizar, exhaló suavemente, terminada su obra. Y, sin embargo, el poder no se evaporó de él, como había esperado que hiciera.

Rashek y Vin solo tocaron pequeñas porciones en el Pozo de la Ascensión, advirtió. Yo tengo algo más. Algo infinito.

Ruina y Conservación estaban muertos, y sus poderes se habían unido. De hecho, se pertenecían el uno al otro. ¿Cómo se habían dividido? Algún día, tal vez, descubriría la respuesta a esa pregunta.

Alguien tendría que vigilar el mundo, cuidarlo, ahora que sus dioses ya no existían. Hasta ese momento, Sazed no comprendió el término *Héroe de las Eras*.

No era un Héroe que viniese una vez en las eras.

Sino un Héroe que las abarcaba. Un Héroe que protegería la humanidad a través de los tiempos. Ni Conservación ni Ruina, sino ambos.

Dios.

FIN DE LA QUINTA PARTE

Vin era especial. Conservación la eligió desde muy joven, como he mencionado. Creo que estaba preparándola para que tomara su poder. Sin embargo, la mente de Conservación era muy débil en ese punto, reducida solo al fragmento que conocíamos como el espíritu de la bruma.

¿Qué le hizo escoger a esa muchacha? ¿Fue porque era una nacida de la bruma? ¿Fue porque consiguió sus poderes muy pronto, cuando sufría los dolores del difícilísimo parto que su madre experimentó para darla a luz?

Vin era inusitadamente talentosa y fuerte con la alomancia, incluso desde el principio. Creo que debió de absorber parte de las brumas cuando aún era una niña, en aquellos breves momentos en que no llevaba puesto el pendiente. Conservación casi había conseguido que no lo llevara cuando Kelsier la reclutó, aunque volvió a hacerlo durante un momento antes de unirse a la banda. Entonces, se lo dejó puesto a sugerencia suya.

Nadie más podía recurrir a las brumas. Lo he confirmado. ¿Por qué estaban abiertas a Vin y no a los demás? Sospecho que no pudo tomarlas todas hasta después de tocar el poder en el Pozo de la Ascensión. Creo que siempre debía ser una fuerza afinadora. Algo que, una vez tocado, ajustaría el cuerpo de una persona para aceptar las brumas.

Sin embargo, ella usó una pequeña migaja del poder de Conservación cuando derrotó al lord Legislador, más de un año antes de empezar a oír los latidos del regreso del poder al Pozo.

Hay mucho más en este misterio. Tal vez lo descubriré algún día, cuando mi mente se acostumbre más a su naturaleza expandida. Tal vez determinaré por qué pude tomar el poder yo mismo. Por ahora, solo deseo reconocer el logro de la mujer que tuvo el poder antes que yo.

De todos los que lo hemos tocado, creo que ella fue la más digna.

EPÍLOGO



FANTASMA DESPERTÓ DE LA PESADILLA. Se sentó. La caverna a su alrededor estaba oscura, iluminada solo por lámparas y velas.

Se levantó, desperezándose. A su alrededor, la gente se quedó boquiabierta. Caminó entre ellos, buscando a sus amigos. La caverna estaba repleta, albergando a todos los de Urteau que habían estado dispuestos a venir y esconderse. Por eso a Fantasma le costó trabajo abrirse camino entre los cuerpos que charlaban, se agitaban, tosían. Mientras caminaba, los susurros se

hicieron más fuertes, y la gente se levantó para seguirlo. Beldre se le acercó corriendo, con su vestido blanco ondeando.

—¿Fantasma? —preguntó asombrada—. ¿Qué... qué ha pasado?

Él tan solo sonrió, y la rodeó con un brazo. Se dirigieron a la parte delantera de la caverna. Brisa estaba sentado ante una mesa: naturalmente, *él* tenía muebles, mientras que todos los demás se sentaban en el suelo de piedra. Fantasma le saludó con la cabeza, y el aplacador arqueó una ceja.

—Tienes buen aspecto, muchacho —dijo Brisa, tomando un sorbo de vino.

—Podríamos decir que sí —repuso Fantasma.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —le dijo Beldre a Brisa—. ¡Míralo! ¡Se ha curado!

Brisa se encogió de hombros, soltó su vino y se puso en pie.

—Querida, con todas las cosas raras que han estado pasando últimamente, el aspecto del joven Fantasma no está a la altura. ¿Una simple curación? Algo bastante mundano, si me preguntas mi opinión.

Brisa le guiñó un ojo y luego miró a Fantasma.

—¿Lo hacemos, pues? —preguntó Fantasma.

Brisa se encogió de hombros.

—¿Por qué no? ¿Qué crees que encontraremos?

—No estoy seguro —admitió Fantasma, dirigiéndose a la antesala más allá de la caverna. Empezó a subir la escalera.

—Fantasma —advirtió Beldre—. Ya sabes lo que dijeron los exploradores. La ciudad entera estaba ardiendo por los rayos del sol.

Fantasma alzó la cabeza, advirtiendo la luz que brillaba entre las grietas de la trampilla. Sonrió y entonces la empujó para abrirla.

No había ninguna ciudad fuera. Solo un prado de hierba. Hierba verde. Fantasma parpadeó ante la extraña visión y luego gateó hasta la suave tierra, dejando sitio para Brisa. El aplacador asomó la cabeza, y luego la ladeó.

—Esto sí que es una visión —dijo, arrastrándose tras Fantasma.

Fantasma se incorporó. La hierba le llegaba a los muslos. Verde. Un color muy extraño para las plantas.

—Y... el cielo —dijo Brisa, protegiéndose los ojos—. Azul. Ni rastro de ceniza o de humo. Muy extraño. Muy extraño de verdad. Apuesto a que Vin ha tenido algo que ver con este lío. Esa chica nunca supo hacer las cosas bien.

Fantasma oyó un jadeo detrás, y se volvió para ver a Beldre salir de la caverna. La ayudó a salir y ambos caminaron en asombrado silencio por entre la alta hierba. El sol brillaba en el cielo, pero su calor no resultaba molesto.

—¿Qué ha pasado con la ciudad? —susurró Beldre, agarrada al brazo de Fantasma.

Él sacudió la cabeza. Entonces oyó algo. Se volvió, pues le pareció haber visto movimiento en el horizonte. Avanzó, con Beldre a su lado, mientras Brisa llamaba a Allrianne para que subiera a ver lo que había pasado.

—¿Son... personas? —preguntó Beldre, viendo por fin lo mismo que había visto Fantasma. La gente en la distancia los vio también a ellos, y en cuanto se acercaron Fantasma sonrió y saludó a uno.

—¿Fantasma? —llamó Ham—. Chico, ¿eres tú?

Fantasma y Beldre echaron a correr. Ham estaba acompañado por otras personas, y tras ellos Fantasma pudo ver otra trampilla en mitad del prado. Gente que no reconocía, algunos con el uniforme del ejército de Elend, empezó a salir. Ham se acercó veloz y se fundió en un abrazo con Fantasma.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Ham, soltándolo.

—No lo sé —contestó Fantasma—. Lo último que supe es que estaba en Urteau.

Ham miró al cielo.

—¡Yo estaba en Fadrex! ¿Qué ha pasado?

Fantasma sacudió la cabeza.

—No sé si los lugares que conocíamos tienen ya sentido, Ham.

Ham asintió, volviéndose hacia donde señalaba uno de los soldados. Otro grupo de gente salía de un agujero cercano. Fantasma y Ham se acercaron, al menos, hasta que Ham vio a alguien en el otro grupo. Fantasma la reconoció vagamente como la esposa de Ham, que estaba en Luthadel. El violento lanzó un grito emocionado, y corrió a saludar a su familia.

Fantasma fue pasando de agujero en agujero. Parecía haber seis, algunos muy poblados, otros no tanto. Uno destacaba. No era una trampilla, como las demás, sino la entrada inclinada a una cueva. Allí encontró al general Demoux hablando con un grupito de personas, con una guapa terrisana del brazo.

—Me desmayé y recuperé la conciencia —decía Demoux—, pero lo vi. El Superviviente. *Tuvo* que ser él... flotaba en el cielo, brillando. Olas de color se movían en el aire, y el suelo temblaba, y la tierra giraba y se movía. Vino. Como dijo Sazed.

—¿Sazed? —preguntó Fantasma, y Demoux reparó en él por primera vez—. ¿Dónde está?

Demoux negó con la cabeza.

—No lo sé, lord Fantasma. —Hizo una pausa—. Por cierto, ¿de dónde sales?

Fantasma ignoró la pregunta. Las aberturas y agujeros formaban una pauta. Fantasma recorrió la densa hierba, guiando a Beldre, dirigiéndose hacia el centro mismo. El viento soplaban suavemente entre los tallos de hierba que ondulaban. Ham y Brisa corrieron a alcanzarlo, discutiendo ya por algo trivial, Ham con un niño del brazo, el otro alrededor de los hombros de su esposa.

Fantasma se detuvo al ver una mancha de color en la hierba. Alzó una mano, advirtiendo a los demás, y avanzaron con más cuidado. Allí, en el centro de la hierba, había un campo de... algo. Algo brotaba del suelo, con las partes superiores como hojas de colores brillantes. Tenían forma de campanas invertidas, colocadas sobre largos tallos rectos, los pétalos abiertos al sol. Como si buscaran su luz y quisieran beberla.

—Precioso... —susurró Beldre.

Fantasma dio un paso adelante, moviéndose entre las plantas. *Flores*, pensó, reconociéndolas de la imagen que llevara Vin. *El sueño de Kelsier finalmente hecho realidad*.

En el centro de las flores encontró a dos personas. Vin yacía con su capa de bruma, la camisa y los pantalones de costumbre. Elend llevaba un brillante uniforme blanco, con su capa. Ambos estaban cogidos de la mano mientras yacían entre las flores.

Y ambos estaban muertos.

Fantasma se arrodilló junto a ellos, oyendo llorar a Ham y Brisa. Examinaron los cuerpos, buscando signos vitales, pero Fantasma se concentró en algo más, casi oculto en la hierba. Lo cogió: un grueso tomo de cuero.

Lo abrió y leyó la primera página.

«Soy, por desgracia, el Héroe de las Eras», decían las delicadas y cuidadosas palabras. A Fantasma le pareció reconocer la letra. Mientras hojeaba el libro, un papel se soltó. Fantasma lo recogió: un lado tenía un ajado dibujo de una flor, la misma imagen en la que había estado pensando unos momentos antes. Por el otro lado había una nota escrita con la misma letra que el libro, que decía:

Fantasma, traté de traerlos de vuelta, pero al parecer arreglar los cuerpos no retorna las almas. Mejoraré con el tiempo, espero. Sin embargo, ten por seguro que he hablado con nuestros amigos, que están felices donde están. Creo que se merecen descansar.

El libro contiene una breve narración de los acontecimientos que hicieron morir y renacer al mundo, junto con unas reflexiones que he hecho sobre la historia, la filosofía y la ciencia de

los hechos recientes. Si miras a tu derecha encontrarás un grupo mayor de libros en la hierba. Contienen todo el conocimiento, al pie de la letra, que contenían mis mentes de metal. Que el conocimiento del pasado no se olvide.

Reconstruir será difícil, creo, pero probablemente mucho más fácil que vivir bajo el lord Legislador o sobrevivir a los intentos de destruir el mundo por parte de Ruina. Creo que te sorprenderá el número de personas que huyeron a las cavernas de almacenaje. Rashek planeó muy bien este día. Sufrió mucho bajo la mano de Ruina, pero era un buen hombre que tenía en el fondo intenciones honorables.

Hiciste bien. El mensaje que enviaste con el capitán Goradel nos salvó a todos, al final. La gente necesitará liderazgo en los años por venir. Probablemente, recurrirán a ti. Lamento no estar ahí en persona para ayudarte, pero has de saber que estaré... cerca.

Te he convertido en nacido de la bruma, y he reparado los daños que causaste en tu cuerpo al avivar demasiado estaño. Espero que no te importe. Fue una petición de Kelsier, en realidad. Consideralo un regalo de despedida por su parte.

Cuídalo por mí.

Posdata: Sigue habiendo dos metales básicos junto a sus aleaciones de los que nadie sabe nada. Tal vez quieras investigar para ver si descubres qué son. Creo que te interesarán.

Fantasma alzó la cabeza, contemplando el cielo azul extrañamente vacío. Beldre se acercó y se arrodilló a su lado, miró el papel y le dirigió una mirada de extrañeza.

—Pareces preocupado —dijo.

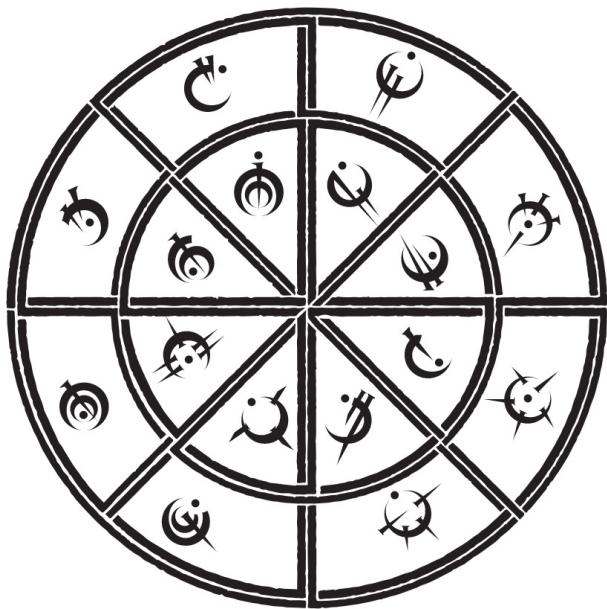
Fantasma negó con la cabeza.

—No —dijo, doblando el papelito y guardándoselo en el bolsillo—. No, no estoy preocupado. De hecho, creo que todo va a salir bien. Por fin.

FIN DEL LIBRO TERCERO

ARS ARCANUM





GUÍA RÁPIDA SOBRE LOS METALES

METAL	PODER ALOMÁNTICO	PODER FERUQUÍMICO	HEMALURGIA	
Ἥ	Hierro	Tira de metales cercanos	Acumula peso físico	Roba fuerza
Ἥ	Acero	Empuja metales cercanos	Acumula velocidad física	Roba alomancia física
Ἥ	Estaño	Incrementa los sentidos	Acumula sentidos	Roba sentidos
Ἥ	Peltre	Incrementa las capacidades físicas	Acumula fuerza física	Roba feruquimia física
Ἥ	Cinc	Enciende emociones	Acumula velocidad mental	Roba fortaleza emocional
Ἥ	Latón	Aplaca emociones	Acumula calor corporal	Roba feruquimia cognitiva
Ἥ	Cobre	Oculta pulsos alománticos	Acumula recuerdos	Roba fortaleza mental
Ἥ	Bronce	Revela los pulsos alománticos	Acumula desvelo	Roba alomancia mental
Ἥ	Atium	Revela el futuro de otras personas	Acumula juventud	Roba cualquier poder
Ἥ	Malatium	Revela el pasado de otras personas	Desconocido	Desconocido
Ἥ	Oro	Revela el pasado propio	Acumula salud	Roba feruquimia híbrida

	Electro	Revela el futuro propio	Desconocido	Roba alomancia de mejora
	Aluminio	Elimina las propias reservas alománticas	Acumula Identidad	Elimina todos los poderes
	Duraluminio	Mejora el siguiente metal	Acumula Conexión	Roba Conexión e Identidad

NOTA: Los metales externos están representados en *cursiva*.
Los metales de empuje están representados en **negrita**.

ÍNDICE ALFABÉTICO ALOMÁNTICO

ACERO (METAL DE EMPUJE FÍSICO EXTERNO): La persona que quema acero puede ver líneas azules transparentes que apuntan a fuentes cercanas de metal. El tamaño y el brillo de la línea dependen del tamaño y la proximidad de la fuente de metal. Se ven todo tipo de metales, no solo las fuentes de acero. El alomante puede entonces empujar mentalmente esas líneas para apartar de sí esa fuente de metal. El brumoso que puede quemar acero es conocido como lanzamonedas.

AHUMADOR: Alomante que puede quemar cobre. También conocido como nube de cobre.

ALUMINIO (METAL DE TIRÓN INTENSIFICADOR INTERNO): Metal que Vin se vio obligada a quemar en el palacio del lord Legislador. Antiguamente conocido solo por los inquisidores de acero. Cuando se quema vacía de poder las reservas de metal de otro alomante. Su aleación, si la tiene, es desconocida.

APLACADOR: Brumoso que puede quemar latón.

ATIUM (METAL DE TIRÓN TEMPORAL EXTERNO): Un extraño metal antiguamente producido en los Pozos de Hathsin. Se congregaba dentro de pequeñas geodas que se formaban en bolsillos cristalinos en cavernas subterráneas. Una persona que quema atium puede ver unos instantes hacia el futuro, que aparece representado como sombras que se proyectan adelantadas a personas y objetos.

ATRAEDOR: Brumoso que puede quemar hierro.

BRAZO DE PELTRE: Otro término para los violentos, los brumosos que pueden quemar peltre.

BRONCE (METAL DE EMPUJE MENTAL INTERNO): La persona que quema bronce siente si las personas cercanas utilizan la alomancia. Los alomantes que queman metales cerca desprenden «pulsos alománticos», algo parecido a tamborileos, audibles solo por una persona que quema bronce. Un brumoso que quema bronce es conocido como buscador.

BUSCADOR: Brumoso que puede quemar bronce.

CINC (METAL DE TIRÓN MENTAL EXTERNO): La persona que quema cinc es capaz de encender las emociones de otra persona, inflamándolas y haciendo que algunas en concreto sean más intensas. No puede leer las mentes ni las emociones. El brumoso que quema cinc es conocido como encendedor.

COBRE (METAL DE TIRÓN MENTAL INTERNO): La persona que quema cobre desprende una nube invisible que protege a todo el que esté dentro del alcance de los sentidos de un buscador. Mientras está en el interior de una de esas «nubes de cobre», un alomante puede quemar cualquier metal que quiera sin temor a que nadie sienta sus pulsos alománticos quemando bronce. Como efecto secundario, la persona que quema cobre es inmune a cualquier forma de alomancia emocional (aplacar o encender). Un brumoso que quema cobre es conocido como ahumador.

DURALUMINIO (METAL DE EMPUJE INTENSIFICADOR INTERNO): La aleación alomántica del aluminio con un cuatro por ciento de cobre. Si un alomante quema duraluminio, el siguiente metal (o metales) que queme obtendrá un poder explosivo, al precio de consumir de golpe toda la reserva de ese metal que exista dentro del alomante.

ELECTRO (METAL DE EMPUJE TEMPORAL INTERNO): La aleación alomántica del oro. Una persona que quema este metal puede ver unos instantes hacia su propio futuro, representado como una sombra del movimiento de su cuerpo. A veces conocido como «el atium del pobre», permite al alomante contrarrestar los efectos de un enemigo que quema atium.

ENCENDEDOR: Alomante que puede quemar cinc.

ESTAÑO (METAL DE TIRÓN FÍSICO INTERNO): La persona que quema estaño amplía sus sentidos. Puede ver más lejos y oler mejor, y su sentido del tacto se vuelve más fino. Esto le permite penetrar las brumas y ver mucho más lejos en la noche de lo que le permitirían sus sentidos sin amplificar. Un brumoso que puede quemar estaño es conocido como ojo de estaño.

HIERRO (METAL DE TIRÓN FÍSICO EXTERNO): La persona que quema hierro ve líneas azules translúcidas que apuntan a fuentes cercanas de metal. El tamaño y el brillo de la línea dependen del tamaño y la proximidad de la fuente de metal. Se ven todo tipo de metales, no solo las fuentes de hierro. El alomante puede entonces tirar mentalmente a lo largo de una de esas líneas para atraer hacia sí esa fuente de metal. A un brumoso capaz de quemar hierro se le llama atraedor.

LANZAMONEDAS: Brumoso que puede quemar acero.

LATÓN (METAL DE EMPUJE MENTAL EXTERNO): La persona que quema latón puede aplacar las emociones de otras personas, refrenándolas y haciendo que algunas en concreto sean menos intensas. Un alomante cuidadoso puede aplacar todas las emociones menos una, logrando esencialmente que la otra persona sienta exactamente lo que él desea. Sin embargo, el latón no permite que el alomante lea la mente o las emociones. Un brumoso que quema latón es conocido como aplacador.

MALATIUM (METAL DE EMPUJE TEMPORAL EXTERNO): Metal descubierto por Kelsier al que suelen llamar el undécimo metal. Nadie sabe dónde lo encontró ni por qué creyó que podría matar al lord Legislador. Sin embargo, el malatium terminó guiando a Vin hasta la pista que necesitaba para derrotar al emperador. Una persona que quema malatium puede ver una versión del pasado de otras personas, o quizás una versión alternativa de esas personas si sus pasados hubieran transcurrido de un modo distinto.

NACIDO DE LA BRUMA: Alomante que puede quemar todos los metales.

OJO DE ESTAÑO: Brumoso que puede quemar estaño.

ORO (METAL DE TIRÓN TEMPORAL INTERNO): Una persona que quema oro puede ver una versión de su propio pasado, o quizás una versión alternativa de sí misma si su pasado hubiera transcurrido de un modo distinto.

PELTRE (METAL DE EMPUJE FÍSICO INTERNO): La persona que quema peltre aumenta los atributos físicos de su cuerpo. Se vuelve más fuerte, más resistente y más diestro. El peltre también incrementa el sentido del equilibrio del cuerpo y la capacidad para recuperarse de las heridas. Los brumosos que pueden quemar peltre son conocidos como brazos de peltre o violentos.

VIOLENTO: Brumoso que puede quemar peltre.



BRANDON SANDERSON (Lincoln, Nebraska, 19 de diciembre de 1975) es un escritor estadounidense de fantasía y ciencia ficción. Es uno de los mayores exponentes de la literatura fantástica del siglo XXI, con más de treinta y cinco millones de lectores en todo el mundo.

Tras debutar en 2005 con su novela *Elantris*, ha deslumbrado a más de treinta y cinco millones de lectores en casi cuarenta lenguas con el **Cosmere**, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Sus *best sellers* son considerados clásicos instantáneos, como la saga *Mistborn*, la decalogía *El archivo de las tormentas*, la saga *Escuadrón*, *El aliento de los dioses*, y las cuatro novelas secretas con las que, en 2022, protagonizó la mayor campaña de financiación de Kickstarter.

Con un plan de publicación de más de veinte futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el Cosmere se convertirá en el universo más extenso jamás escrito en la fantasía épica. Además, en 2007 fue elegido para completar la famosa saga *La rueda del tiempo*, que el fallecido Robert Jordan no pudo terminar.

Sanderson vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young. *Curso de escritura creativa* es el libro que recoge

sus valiosos consejos.

www.brandonsanderson.com

ÍNDICE

NACIDOS DE LA BRUMA

Agradecimientos

Prefacio

Prólogo

Primera Parte: El Superviviente de Hathsin

Segunda Parte: Rebeldes bajo un cielo de ceniza

Tercera Parte: Hijos de un sol sangrante

Cuarta Parte: Bailarines en un mar de bruma

Quinta Parte: Creyentes en un mundo olvidado

Epílogo

Ars Arcanum

EL POZO DE LA ASCENSIÓN

Agradecimientos

Prefacio

Primera Parte: Heredera del Superviviente

Segunda Parte: Espectros en la bruma

Tercera Parte: Rey

Cuarta Parte: Cuchillos

Quinta Parte: Nieve y ceniza

Sexta Parte: Palabras en acero

Epílogo

Ars Arcanum

EL HÉROE DE LAS ERAS

Agradecimientos

Prefacio

Prólogo

Primera Parte: El legado del Superviviente

Segunda Parte: Tela y cristal

Tercera Parte: Los cielos rotos

Cuarta Parte: Hermosa destructora

Quinta Parte: Confianza

Epílogo

Ars Arcanum

Sobre Brandon Sanderson



BRANDON SANDERSON

— TRILOGÍA MISTBORN —



NACIDOS DE LA BRUMA
EL POZO DE LA ASCENSIÓN
EL HÉROE DE LAS ERAS

Se

Lectulanđia